BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

JUNTAS EN COLECCION Y ORDENADAS

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO CUARTO.





MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,

CALLE DE LA MADERA, 8.

—

1860

Al Ejército Español de Africa.

El Editor de la *Biblioteca de Autores Españoles* dedica este volúmen á los insignes defensores de la patria en el territorio africano, á los que con su sangre han encarecido la estimacion de nuestras victorias, y á los que, mártires de su honor y su lealtad, yacen en aquel suelo para veneracion de los propios y ejemplo de los extraños. En ellos vincula hoy España su mayor timbre; en ellos, y en los nombres de sus heróicos caudillos O'Donnell y Prim, Zabala y Echagüe, Ros de Olano y Rios, que vivirán perpétuamente en nuestros anales, como los de los restantes Jefes, que no es posible trasladar á página tan estrecha, pero que darán ámplio asunto á la admiracion y alabanza de las futuras generaciones.

No tiene el Editor de este libro ni más ni mejor ofrenda que tributarles; íbale disponiendo para ver la pública luz cuando mayor era la alegría y el estrépito de los triunfos, y justo es que al nacer le presente á los piés de los vencedores. Aqui terminan las obras que se propuso reproducir del *Fénix* de nuestros ingenios; y nadie llevará á mal que, enlazando entre sí recuerdos que tanto distan, haya querido poner junto al esplendor de nuestras letras la gloria de nuestras armas. Con héroes é ingenios tales, cualquier nacion se envaneceria; séale permitido, al ofrecer este sincero testimonio de su entusiasmo y admiracion, hacerse á sí propio intérprete de los sentimientos que abrigan todos los españoles.

Madrid, 13 de Noviembre de 1860.

M. Rivadeneyra.

PRÓLOGO.

Dimos principio á esta coleccion de comedias escogidas de Lope en el año 1853; llega con el favor de Dios á su término á los siete años de haberla emprendido.

En estos siete años, el distinguido poeta dramático, mi amigo, el señor don Luis Fernandez-Guerra y Orbe, ha publicado la excelente coleccion de comedias escogidas de don Agustin Moreto, sábiamente ilustradas, que forma el tomo XXXII de nuestra Biblioteca; el insigne escritor á quien debe España la preciosa serie de cuadros de costumbres, que lleva el título de *Escenas Matritenses*, mi antiguo amigo y compañero, el señor don Ramon de Mesonero Romanos, ha formado, y dado tambien al público en este tiempo, las apetecidas colecciones de obras dramáticas escritas por autores de segundo órden, que ocupan en la presente Biblioteca los tomos XLIII, XLV, XLVII y XLIX.

Los señores Fernandez-Guerra y Mesonero Romanos, al tratar de Moreto y otros autores que imitaron á Lope, han hecho una porcion de observaciones atinadas y justas que no necesito yo repetir, y que reducen casi á la nada las observaciones y noticias que ofrecí agregar al Catálogo de comedias de nuestro autor.

Ofrecí tambien indicar el argumento de las comedias de Lope no incluidas en los tres volúmenes que habian de componer esta coleccion, segun mi primer pensamiento; pero mis ocupaciones de hora fija me han impedido acudir á bibliotecas que se abren á iguales horas que la Nacional, donde sirvo, y en las cuales se custodian manuscritos é impresos de obras de Lope, no muy conocidas de los curiosos. No habiendo podido adquirir noticias de tales comedias, me ha parecido poco importante darla de las que, habiendo quedado fuera de mi coleccion, cualquiera puede reconocer por sí mismo en el ejemplar íntegro de las comedias de Lope, que existe en la biblioteca de la Universidad Central. No por eso renuncio á formar aquel índice ó breve reseña de argumentos cuando tenga proporcion para ordenarlo bien. La Real Academia Española se propone reimprimir todas las comedias de Lope, y espera ser auxiliada en tan digna empresa por todos los que posean ediciones ó manuscritos singulares de las obras del grande Ingenio: de la Academia Española podré sacar las noticias que necesito, y no faltará ocasion de darlas á nuestros lectores en algun tomo de la Biblioteca. Este, que no habiamos ofrecido al público y que comprende veinte y cinco comedias, puede considerarse como una indemnizacion provisional de lo que, ofrecido y retardado, se cumplirá, si Dios quiere, en mejor ocasion.

Tras las comedias incluidas en este volúmen va el Catálogo de todas las de Lope de Vega. El distinguido y apreciabilísimo literato inglés señor J. R. Chorley, con una bizarría que no podremos encarecer nunca bastantemente, me ofreció y remitió, por medio del docto orientalista don Pascual de Gayangos, su amigo, ese precioso opúsculo, que tenía, años há, trabajado. Recibido por mí con la gratitud correspondiente á tan noble obsequio, supe despues que el señor don Cayetano Alberto de la Barrera, de quien se ha hecho mencion honorífica repetidas veces en esta Biblioteca, se ocupaba en completar y perfeccionar un Catálogo general del Teatro español, obra para la cual recogia materiales mucho tiempo hacia. Interpretando las generosas intenciones del señor

Chorley, no tuve reparo en franquear á mi amigo el señor La Barrera el manuscrito del sabio inglés, y habiéndose cumplidamente servido de él el señor La Barrera, lo ha enriquecido con modificaciones y aumentos de mucha importancia. Á estos dos laboriosísimos eruditos debe el lector el Catálogo de las obras dramáticas de Lope, que adorna la edicion presente; y si algo echa ménos en él, podrá consultar el Catálogo general del señor don Cayetano Alberto de la Barrera, ya mencionado: obra que, premiada por la Biblioteca Nacional é impresa por el Gobierno, verá la luz pública á fines de este año.

Despues del Catálogo de los señores Chorley y La Barrera, encontrará en este tomo el lector dos Apéndices de no poco interes. Forma el primero la comedia titulada: *El mejor amigo el muerto*, con igual argumento que la del propio título, inserta en el tomo IV de *Comedias de Calderon*, XIV de nuestra Biblioteca; pero con un acto, que es el último, versificado enteramente de nuevo, y con frecuentes enmiendas en los dos anteriores. El segundo Apéndice es aquel breve poema en octavas, atribuido á don Juan de Alarcon, del cual hicieron tanta rechifla casi todos los poetas que residian en Madrid el año de 1623, cuando vino el Príncipe de Gáles á pretender la mano de la Infanta doña María. Este documento pone en claro algunas indicaciones mias, con duda expresadas en el prólogo á las comedias de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza; y la comedia *El mejor amigo*, inédita en esta forma (segun creemos) produce una rectificacion necesaria en el primer artículo del Catálogo cronológico que principia en la página 601, tomo XIV de esta Biblioteca, y IV y último de las *Comedias de Calderon*. Conviene repetir aquí el artículo á que nos referimos.

1610.

El mejor amigo el muerto, comedia famosa de tres ingenios: la primera jornada, de Luis de Belmonte; la segunda, de don Francisco de Rojas; la tercera de don Pedro Calderon.

En tales términos aparece encabezado este drama en la *Parte nona de comedias escogidas de los mejores ingenios de España*, impresa en Madrid, año de 1657. Don Juan de Vera Tásis y Villarroel confirmó la noticia, repitiéndola en los tomos V, VI y siguientes de Calderon, en que puso la lista de sus comedias. Si Calderon escribió realmente la jornada última de *El mejor amigo el muerto*, esta obra, de no muy alto valor en verdad, se convierte en una joya inestimable, porque hubo de ser sin duda su primer ensayo en la poesía escénica, hecho en la infantil edad de once años, áun no cumplidos. Dice Vera Tásis que principió Calderon su carrera cómica escribiendo, de poco más de trece años, *El carro del cielo*; pudo ser este el primer drama que trabajase Calderon por sí solo; pero el tercer acto de *El mejor amigo el muerto* estaba ya escrito en 25 de Diciembre de 1610, tres años ántes. Hállase la prueba en la escena XV del acto segundo, en la cual dice un interlocutor:

Es que *hoy cumple nuestra Reina*
Años, y con un sarao
Esta noche los celebran.

Y más adelante canta la música:

Años cumple el cielo,
Y para imitar
Los cielos, Clarinda
Cumple un año más.

La Reina doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, nació á 25 de Diciembre, como Jesucristo; así á principios del siglo XVII se celebraba en España en un mismo dia el cumpleaños de su Reina y el cumpleaños del Rey del cielo: á esta singular circunstancia aluden los versos copiados arriba. Margarita murió en 3 de Octubre de 1611, á los veinte y seis años de edad; y no siendo verosímil que escribiese Calderon jornadas de comedia ántes de haber cumplido siquiera diez años, debemos inferir que *El mejor amigo el muerto* fué escrito para el cumpleaños de 1610, que fué el último de la Reina.

Infiérese tambien de los versos citados, que la comedia debió ser fiesta real, y representarse en la Nochebuena ó en el dia de la Natividad del Señor, de 1610, cuando tendria don Francisco de Rojas unos veinte años, y faltaban á Calderon, para cumplir once, unos veintitres dias.

Tres dificultades ocurren aquí: 1.ª, que diez años y meses son muy poca edad para escribir en el género dramático; 2.ª, que para una fiesta real, para una comedia de circunstancias, que se pediria con prisa, no es natural que los autores admitieran por colaborador á un niño; 3.ª, que ciertos pasajes del acto que se atribuye á Calderon parecen obra, no ya de muchacho, sino de hombre hecho.—Sin empeño de sostener mi opinion, que anda en este caso muy vacilante, diré que se puede responder sin violencia á las tres objeciones. Hombres como Calderon de la Barca no deben medirse por la regla comun; quien de trece años escribió por sí sólo una obra

dramática, que Vera Tásis ofreció publicar, pudo á los diez y medio componer la tercera parte de una, con favor de vecinos. Acaso el padre de Calderon tenía con Belmonte y Rojas bastante amistad para pedirles y conseguir de ellos que dieran á su hijo lugar en la obra. Acaso Belmonte ó Rojas fueron maestros de Calderon, y quisieron lucirse con su discipulo, dirigiéndole en algunos pasajes de la jornada, corrigiéndole en otros.

El año de 1857 salió en Elberfeld á luz un abultado tomo en cuarto, con el título de *Die Schauspiele Calderon's dargestellt und erläutert* (*Las comedias de Calderon expuestas é ilustradas*), obra de gran mérito en que se ocupó durante su vida toda el difunto señor Federico Guillermo Valentin Schmidt, ordenada, corregida y perfeccionada por su hijo el señor Leopoldo Schmidt, igualmente docto que el padre, y tan benemérito como él de las letras de España. El señor Federico Schmidt, examinando una por una todas las comedias de Calderon, expone con claridad y amenidad de estilo el argumento de cada pieza, indaga su orígen, establece la época de su composicion cuando esto es posible, y hace sobre el objeto, plan y desempeño de ellas observaciones generalmente muy atinadas: no se ha hecho, respecto de Calderon, estudio más completo que este. El señor Leopoldo Schmidt en sus *Observaciones del Editor*, que son un bien trabajado Apéndice á la obra de su señor padre, manifiesta (página 533) que en su opinion falta fundamento para sostener que el tercer acto de *El mejor amigo el muerto* fuese escrito por Calderon en la temprana edad de once años áun no cabales: en esto el señor Leopoldo Schmidt ha acertado completamente; en otros puntos de su dictámen con respecto á esta obra, creo que puedo todavía sostener mi opinion, contraria á la de aquel muy respetable crítico, sin incurrir en la nota de temerario.

Mucho tiempo despues de haber reimpreso las comedias de Calderon formando parte de nuestra BIBLIOTECA, me facilitó el excelentísimo señor don Agustin Durán un manuscrito que poseia, copia hecha en el siglo XVII, y no muy correcta, con el título de *El mejor amigo el muerto*, DE TRES INGENIOS. En los últimos versos de la comedia se lee tambien que es obra de *tres;* pero ni allí ni en la portada del manuscrito se expresa quiénes sean los tres autores. El del acto tercero no puede equivocarse con otro: áun cuando Vera Tásis no nos lo hubiera dicho, lo manifestaria, lo evidenciaria el texto mismo de la comedia. Desde los primeros versos del acto se distingue la entonacion y estilo de *La vida es sueño* (1), y más adelante se encuentra el lector con la frase *arrancar del pecho pedazos del corazon*, que se halla en el célebre monólogo de Segismundo; en otra parte se halla la palabra *paladion* aplicada al caballo de Troya, como en várias comedias lo usó Calderon (2), cuya mano es imposible desconocer en todo el acto desde la primera á la última cláusula. Ahora bien: comparando el acto tercero de *El mejor amigo el muerto*, que se imprime ahora por primera vez, á lo que entendemos, con el acto tercero de *El mejor amigo el muerto*, reimpreso en el tomo XIV de esta BIBLIOTECA conforme á las ediciones comunes, es muy de notar que el texto, que la versificacion de los dos terceros actos es diferente de tal manera, que de la redaccion que debe tenerse por la primera, apénas han quedado seis ó siete versos en la segunda. Si el primer tercer acto de *El mejor amigo* fuese de Calderon, y él propio hubiese refundido su obra, claro es que hubiera dejado todos los versos buenos de ella; y, por el contrario, se observa que áun cuando tiene que expresar iguales conceptos, varía la expresion, como huyendo de copiar á la letra, como temiendo cometer una usurpacion, un robo: señal, prueba (en mi concepto) evidente de que don Pedro Calderon imitaba un original que no era suyo. Ade-

(1) El acto 3.° del manuscrito principia así:

Ingrata esfera, donde
El dueño injusto de mi amor se esconde,
Ya llegó, ya llegó fatal el día
De su castigo y la venganza mia;
Pues hoy será el postrero
En que al arbitrio vivas de mi acero,
Ó que al estrago de la hambre mueras,
Si ya no es que admitirme dueño quieras,
Haciendo mi persona
Rey, más de una beldad que una corona.
De ti salí ofendido,
Despreciado ¡ay de mí! y aborrecido,
Despues que, defendida la belleza
De Clarinda, fué roca á la fineza
De mis ansias, feriando mis amores
Á celos, á desdenes y á rigores, etc.

(2) Se lee en la página 577 de este tomo, primera columna:

Esa poderosa armada,
Marítima poblacion
De las ondas, en quien vino
Encerrado tanto horror
De armas, estragos y incendios,
Que cada bajel nos dió
Á presumir si era acaso
Bajel ó paladion.....

El *paladion* era una estatua pequeña de Pálas; pero Cervantes en su *Ingenioso Hidalgo*, parte II, capítulo XII, escribió que «el *Paladion* de Troya fué un caballo de madera, que los griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados.» Quizá Calderon tomaria esta equivocada noticia del *Don Quijote*.

mas, aunque hay en el tercer acto primitivo de *El mejor amigo el muerto* algunos pensamientos y frases que no desdicen de Calderon, son pocos, y de esos que se hallan tambien en otros poetas de su época; y el resto del acto de ninguna manera puede confundirse con la frase calderoniana. El último acto, pues, de *El mejor amigo el muerto*, impreso en el tomo XIV de esta BIBLIOTECA, no es obra de don Pedro Calderon de la Barca, niño, ni de don Pedro Calderon de la Barca, hombre: tiene razon en esta parte el señor Leopoldo Schmidt.

No habiendo escrito Calderon ese acto, falta fundamento para suponer compuesta y representada la comedia precisamente en el año de 1610; y habiéndome proporcionado copia de la partida de bautismo de don Francisco de Rojas, que tuvo parte tambien en *El mejor amigo el muerto*, averigüé que Rojas nació en Toledo, á 4 de Octubre de 1607 (1): así, pues, la comedia de *El mejor amigo*, en que trabajó don Francisco de Rojas, no sólo no pudo ser representada en Diciembre de 1610, cuando Rojas contaba poco más de tres años, sino que probablemente no fué refundida en todo el reinado de Felipe III, que falleció á 31 de Marzo de 1621.

Luis Belmonte Bermudez, que parece nació en Sevilla por los años de 1687, fué, segun leemos en la *Parte nona de comedias escogidas* citada, quien escribió, corrigió ó refundió la primera jornada de *El mejor amigo*, así como la segunda don Francisco de Rojas. Entre el trabajo de estos dos poetas en *El mejor amigo* y el trabajo de Calderon, hay la notable diferencia de que Belmonte y Rojas conservaron muchísimos versos del original, y Calderon casi todos los hizo nuevos; á pesar de lo cual dice Calderon al fin de su acto que es *de tres ingenios* aquella obra: y verdaderamente, que si Belmonte, Rojas y Calderon no habian hecho más que escribir variantes á una obra ajena, los autores de obra tal no eran tres, sino cuatro, y los tres refundidores habian hecho mucho ménos que el autor primitivo, cuyo plan siempre, y cuyas ideas á cada paso, habian seguido con extraña fidelidad. ¿Sería el autor verdadero de la comedia Luis de Belmonte, que habiéndola escrito á la edad de veinte, veintidos ó veintitres años, creyó necesario corregirla despues, ó se le pidió que la corrigiera, y se valió de dos amigos para salir pronto del paso? Así, por lo ménos, quedarian satisfactoriamente explicados los últimos versos de la jornada escrita por Calderon; y hay además una circunstancia digna de atencion en los versos introducidos por Belmonte Bermudez en la refundicion del primer acto de *El mejor amigo*, la cual coincide con otra que se observa en el segundo de la misma comedia, tal como aparece en la primera version: coincidencia que me inclina á creer que el primer acto refundido y el segundo sin refundir son de una mano. En aquel acto (página 563, columna 2.ª) del tomo presente, hallará el lector esta redondilla:

Dicen que es lugar honrado
Venecia, y muy socorrido;
Pues si un hombre no ha comido,
Se consuela en que hay *Senado*.

La palabra *Senado* encierra un equívoco muy natural en un autor andaluz, como Luis de Belmonte, que probablemente, con el suave ceceo de su provincia, pronunciaria *cenado*, convirtiendo así esta palabra en un sustantivo equivalente á *cena*, y queriendo decir que en Venecia el que no *comia* se consolaba con que á lo ménos tendria *cena* (2). Pues nótense ahora estos

(1) Dice así este documento:
«En quatro dias del mes de Octubre de mill y seiscientos y siete años nació un hijo de franc.º Perez de Rojas y de doña Mariana de besga su muger, al qual por el peligro de muerte bautizó doña Juana de besga parroquiana desta parroquia, y despues en veinte y siete dias del mes de Octubre del dicho año fué traido el dicho niño á esta yglesia parroquial de S.º Saluador (*de Toledo*), y io el d.ºr Eugenio de Andrada cura propio de dicha yglesia le administré las sacras ceremonias del s.ᵗᵒ bautismo y le puse por nonbre fran.ᶜᵒ fueron sus conpadres diego lucio y la dicha doña Juana. ts.ºˢ Juan Martinez y Juan Rodriguez.—El *D.ºr Andrada*.»

(2) En el manuscrito del señor Durán se lee claramente: *pues si un hombre no ha comido, se consuela en que hay Senado*. Es de inferir, no obstante, que el autor escribiría *ha cenado*, para unir al equívoco la antítesis completa verbal que resulta del *no ha comido* y *no ha cenado*. *Ha cenado* (en el sentido del equívoco, mudando la *c* en *s*) deberá entenderse *tiene senado*: *ha* por *tiene*, *cenado* por *senado*.

otros versos que se hallan en el acto segundo de la comedia en que nos ocupamos, diferente del refundido:

Pues ¿cómo me habla con tono,
Hijo de aquella irlandesa,
La que no se daba manos
A parir niños *asaz*,
La que en seis partos no *más*
Le dió treinta y seis hermanos?

Asaz no puede ser consonante de *más* si no se pronuncia la *z* como *s* á la valenciana, ó la *s* como *z* á la andaluza: caso idéntico al de confundir la pronunciacion de *Senado* y *cenado*. Si Belmonte escribió en el acto refundido *Senado* por *cenado*, y son tres y no más los autores de *El mejor amigo el muerto*, Belmonte Bermudez debió de ser tambien quien habia ántes escrito *maz* por *más* ó *asás* por *asaz*, es decir, el primitivo acto segundo y toda la comedia.

Que el texto de *El mejor amigo el muerto*, impreso en el tomo IV de Calderon (XIV de esta BIBLIOTECA), es más antiguo que el del manuscrito del señor Durán, es hecho que no se puede poner en duda por várias razones.

Primera. La comedia, segun la publicamos ahora, es mejor que segun aparece impresa en la Parte nona de Comedias escogidas: el acto tercero versificado por Calderon aventaja mucho al otro tercer acto. Aunque no es imposible, no es muy de creer que se atreviera nadie á echar á perder un acto brillantemente escrito por Calderon.

Segunda. El texto del manuscrito que damos á luz, parece pertenecer á época más adelantada y escrupulosa. *Hijo de puta, no tires tanto*, leemos en la página 477 de nuestro tomo IV de Calderon. *Niño diablo, ¿qué me dices?* verá el lector en el lugar correspondiente á tal expresion en la página 567 (2.ª columna) de este volúmen. Parece imposible que si un escritor del reinado de Felipe IV hubiera encontrado las palabras de *niño diablo* en una comedia, hubiese creido necesario cambiarlas en *hijo de puta*: lo contrario es lo natural y creible. Lo de *hijo de puta* parece más propio de la época de Cervantes (que en la primera y la segunda parte de su *Don Quijote* usó de expresiones casi idénticas) que no del tiempo en que floreció Calderon, tiempo en que no solia ya sonar en la escena la voz baja y mal sonante con que áun se baldona á las mujeres perdidas. En la página 475 del tomo citado de Calderon principia el segundo acto de *El mejor amigo*, diciendo Tibaldo:

¡Cielos! ¡que yo venga atado
A un lacayo *mal nacido!*

El acto segundo del manuscrito del señor Durán tiene este principio:

¡Cielos! ¡que me hayan atado
á un lacayo, *hombre comun!*

Llamar *mal nacido* á un lacayo parece desenfado cómico anterior al año de 1615, en que LOPE DE VEGA escribió su comedia de *Los ramilletes de Madrid*, obra que podrá ver el lector en este volúmen, en el cual, página 322, 3.ª columna, hallará estos versos:

Aquí se ha contado
Una relacion moderna
De la jornada de Irun,
Sin hacer memoria en ella
De los *señores lacayos:*
Y así esta noche en la cena
La quiere hacer, porque hay
Mucha nobleza gallega,
Y no es justo que se calle.

Parece que por los años de 1615 ya no se podia llamar, ni áun de chanza, hombres *mal nacidos* á los *señores lacayos*, entre quienes abundaron siempre *gallegos nobles*: áun quizá el calificarlos de *hombres comunes* ofreceria dificultades.

Tercera. En la misma primera escena del acto segundo, página 475 citada, se burla el gracioso Bonete del jóven Tibaldo, achacándole que es hijo de aquella irlandesa *que en seis partos* dió á luz *treinta y seis* criaturas. En el manuscrito del señor Durán replica Tibaldo:

¡Oye! Uced padece yerro;
Que eran más.

Correccion muy del caso, que debió hacer un poeta mejor enterado del romance inserto en la *Rosa gentil* del impresor Juan de Timoneda, y reimpreso en el tomo XVI de la presente BIBLIOTECA, páginas 392 y 393, el cual dice así:

CASO RARO Y MILAGROSO DE UNA MUJER QUE PARIÓ TRESCIENTOS SETENTA HIJOS DE UN PARTO.

Estén atentos los hombres
Sin haberse de admirar;
Las mujeres temerosas
D'esto no se han de espantar,
Y es que aconteció en *Irlanda*,
Verísimo, sin dudar,
Que yendo una mujer pobre
Su limosna á demandar
Llevando en sí muchos hijos
Hermosos para alabar,
Allegó á pedir limosna
Por poderse alimentar
A madama Margarita,
Que así la solian llamar,
Princesa, dicen algunos,
Que fué *de Irlanda*, sin par,
La cual en ver tantos niños
Fué á la pobre á preguntar:
—¿Tus hijos son todos esos?—
Tal respuesta le fué á dar:
—Sí, mi señora, y de un padre,
El cual vive á su mandar.—
Respondióle:—Es imposible,
Antes cierto es de pensar,
Que ellos son de muchos padres,
Y esto no puedes negar.—
La pobre mujer aflicta,
Como se viese infamar,
Con las manos hácia el cielo
Fuése en tierra á arrodillar,
Diciendo:—¡Oh, plegue á Dios,
Como él lo puede obrar,
Que tantos hijos de un padre
Vengas, señora, á alcanzar,
Que no puedas conocerlos,
Ni ménos poder criar!—
Fué este ruego tan acepto,
Que esta dama fué á engendrar
Trescientos setenta hijos,
¡Cosa de maravillar!
Todos los parió en un dia
Sin peligro, y con pesar,
Chicos, como ratoncillos,
Vivos, sin uno faltar;
Á los cuales un obispo
Á todos fué á baptizar
En una fuente de plata:
Despues fuéron á gozar
De aquella gloria suprema
Que no se puede preciar.
Esta fuente en una iglesia
Hoy en dia suele estar,
Y á nuestro emperador Cárlos
Se la fuéron á mostrar;
Y esto ser verdad testiguan
Autores muy de estimar:
Uno es Baptista Fulgoso,
Enrico, con Algozar,
Y el gran doctor valenciano
Vives, que no es de olvidar.

Ya se ve que los hijos de la tal irlandesa eran algunos más de los treinta y seis, lo cual ignoraba el que por primera vez escribió el segundo acto de la comedia.

Cuarta. Se leen en el mismo acto segundo (página 479) del tomo IV de Calderon, XIV de nuestra BIBLIOTECA, estos versos:

En toda mi vida ví
Degollado con dineros.

Cuando se escribió esto, no debian haber degollado áun al opulento don Rodrigo Calderon, Marqués de Siete Iglesias, justicia que se hizo en Madrid, á 21 de Octubre de 1621; y supuesto que Rojas no echó fuera esos versos en las enmiendas que hizo al acto segundo, ya debian haber pasado bastantes años desde aquella catástrofe, para que pudiera decirse en el teatro tal expresion sin que pareciese á los espectadores poco verdadera ó poco oportuna.

Entiendo, pues, que la comedia de *El mejor amigo el muerto* fué compuesta originalmente por Luis de Belmonte Bermudez en el reinado de Felipe III, y refundida por él, Rojas y Calderon en el reinado de Felipe IV, no muy al principio.

No puede persuadirse el señor Leopoldo Schmidt á que la expresion *años cumple el* CIELO, que se halla en el acto segundo de nuestra manoseada comedia, pueda significar *hoy cumple años* DIOS, esto es, Dios Hijo, nuestro Redentor Jesucristo; en otros y más claros términos: *hoy es el dia de Navidad.* Poco importa que yo me haya equivocado, y que tal expresion sea más propia del dia de año nuevo, como el señor Schmidt imagina: cuestion es esta de escaso interes; pero no se me podrá negar que, entre nuestros poetas del siglo XVII, usar la palabra *cielo* ó *cielos* en equivalencia de la de DIOS era comunísimo. Véase cuántas veces ocurren una y otra voz en la misma comedia *El mejor amigo el muerto.*

ACTO PRIMERO.

¡*Cielos!* piedad, que la borrasca crece...
(Primer verso de la comedia).

En la barra de Plemúa,
Nuestro puerto ¡airados *cielos!*
Despojo del crespo mar,
Se rinde un cascado leño.

Si hay en los *cielos* piedad...

Si me diera el *cielo* en premio
De sus piedades tu vida...

Porque la justicia temo
De Dios, á quien he ofendido.

Quéjate á los *cielos*,
Y no á mí.

Piedad, ¡*cielos!*

Advertid ¡ah *cielos!*
Ambos la piedad...

Denme su favor los *cielos*.

Muchas gracias doy al *cielo*.
Tú ¿no das al *cielo* gracias?

Págueos el *cielo*, Señor,
El bien que ofreceis.

Yo solo ¡viven los *cielos!*
Le he de llevar.

Estaba ¡viven los *cielos!*
Por despeñaros al mar.

¡*Cielos!* ¡Que mi libertad
No pueda llamarse mia!

Guarde Dios á vuestra Alteza.—
El *cielo* guarde tu vida.

ACTO SEGUNDO.

¡*Cielos!* ¡que yo venga atado
A un lacayo mal nacido!

Que presto hemos de salir
De la cárcel, Dios delante.

Y por Dios, que lo merece
Quien hizo locura igual.

Que serviros
Quisiera, sábelo el *cielo*.

¡Que el intentar defenderla
Castigue la Reina, *cielos!*

Años cumple el *cielo*,
Y para imitar
Los *cielos*...

Idos con Dios.

Pues me da
Aquesta licencia el *cielo*...

¡*Cielos!* ¡que aquesta maldad
Permitais!

ACTO TERCERO.

Permítanlo los *cielos*.

Guarde Dios á vuestra Alteza.

Sustentando la opinion
Mia y mi libre albedrío;
Que libres los hizo Dios.

Que es un gran siervo de Dios.

Dios los haga bien casados.

¡Oh si el *cielo* ménos sordo...

¡Válgame el *cielo!*

¡Ay *cielos!*
Sin vida estuve.

Fuerzas me ha dejado el *cielo*
Para libraros.

¿Qué es esto, *cielos*, qué es esto?

Sin duda es obra del *cielo*.

Es divino premio
Que da Dios por lo que hiciste
Conmigo.

Dale la mano á Clarinda;
Que esta es voluntad del *cielo*.
—Yo la doy, pues Dios lo quiere.

Que es Dios quien premia piedades.

Treinta veces, si no me equivoco, se emplea en *El mejor amigo el muerto* la palabra *cielos* ó *cielo*, y las veintiocho veces equivale á la de Dios, en el ordinario metafórico uso, en el cual se atiende únicamente á la unidad de Dios, y no se hace distincion de Personas: verosímil y creible parece, en medio de la libertad con que usaban las figuras los poetas castellanos del decimoséptimo siglo, que se extendiese alguna vez más la palabra *cielo* con su plural hasta designar con ellas á la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Redentor del género humano. Porque si

la cláusula *Años cumple el cielo*, etc., hubiese nacido pura y simplemente del asunto del drama, y no hubiese tratado el autor de aludir á la Reina doña Margarita, ¿qué interes, qué gracia, qué intencion poética, ni qué explicacion razonable siquiera podia tener lo de *cumple años el cielo?* Y si, como piensa el señor Schmidt, era el dia de año nuevo el de tal cumpleaños, ¿no hubiera sabido indicar el autor con más claridad y aprovechar mejor tan reparable circunstancia? Poco podia importar á los espectadores que la imaginaria Reina Clarinda cumpliese años en el dia de año nuevo ó en otro cualquiera; pero hacer coincidir el nacimiento de aquella fingida princesa con el de la verdadera Reina de España, que, en efecto, vino al mundo en el cumpleaños del Salvador, era una lisonja de muy buen efecto para la esposa de Felipe III, para el Rey y su Corte. Haber nacido Margarita en un 25 de Diciembre no era un suceso comun para que lo dejaran pasar desaprovechado los poetas de aquellos tiempos. Opina el señor Schmidt que en una comedia representada delante de una Reina no se hubiera atrevido el autor á poner en boca del Gracioso aquellos versos (tomo IV de Calderon, página 481):

BONETE.
Y ¿á que tenga más un año
Le hacen fiestas á una dama?

UN ENMASCARADO.
Pues ¿á qué han de ser?

BONETE.
Hermano,
Á que tenga un año ménos.

No podia ese chiste ofender en lo más mínimo á una Reina tan jóven como doña Margarita de Austria, que lo más tarde que pudo oir semejante expresion fué en el dia en que cumplió veinticinco años: las damas á esa edad, sobre todo las Reinas, áun no desean retroceder en la verde senda de su vida, tan llena de flores. Podré equivocarme, como con frecuencia me sucede; creo, sin embargo, que si Luis de Belmonte Bermudez es el autor original de *El mejor amigo el muerto*, la comedia hubo de ser compuesta y representada en los últimos años de doña Margarita, para celebrar su natalicio; y residiendo ya entónces los Reyes en el sitio del Pardo, y habiendo pasado en Madrid, donde tenian teatro ya para sí, las Pascuas de 1608, 1609 y 1610 (1), en uno de estos años debió representárseles la comedia *El mejor amigo el muerto*, reimpresa en el tomo XIV de esta BIBLIOTECA. Al notar que en esta version de la comedia nada hay que indique enemiga contra los ingleses, y que en el manuscrito del señor Durán ya se dice que Inglaterra es *tierra de mártires* y que difícilmente habrá en Lóndres *quien sepa el Credo*, parece que la comedia, en su primera forma, debió ser escrita poco despues de haber venido á España, con motivo de las paces, el Almirante britano Cárlos Howard, Conde de Nothingham, que fué obsequiadísimo (2), y que la refundicion se hizo despues de rotas las negociaciones para casar á la Infanta doña María con el Príncipe de Gáles, que vino á verla en año de 1623, ó despues que en 1625 acometió á Cádiz la escuadra inglesa.

Con aquel desgraciado Príncipe tiene relacion el segundo Apéndice de este tomo. En el vigésimo de nuestra BIBLIOTECA, el cual contiene las comedias de don Juan Ruiz de Alarcon y Men-

(1) Luis Cabrera de Córdoba. *Relacion de las cosas sucedidas en la Corte de España desde* 1599 *hasta* 1614. Madrid, 1857.

Página 298. Madrid, á 20 de Enero de 1607.

«Han hecho en el segundo patio de las casas del Tesoro un teatro donde vean sus Majestades las comedias como se representan al pueblo en los corrales que están deputados para ello, porque puedan gozar mejor de ellas que cuando se les representan en su sala: y así han hecho alrededor galerías y ventanas donde esté la gente de Palacio; y sus Majestades irán allí de su cámara por el pasadizo que está hecho, y las verán por unas celosías.»

Página 356. «De Madrid, á 20 de Diciembre de 1608. Tomaron resolucion sus Majestades de venirse, por ahora, del Pardo aquí... y así entraron aquí á los 2 de éste.»

Página 390. «De Madrid, 20 de Diciembre de 1609. Volvieron los Reyes del Pardo á los 6 de éste.»

Página 424. «De Madrid á 18 de Diciembre de 1610. Han venido sus Majestades del Pardo á Palacio.»

(2) Llegó á Valladolid (que era entónces la Corte) á 22 de Junio de 1605. (Véase á Cabrera: *Relacion de las cosas sucedidas en la Corte de España*, páginas 243, 244, 247, 248, etc.

doza, dí cuenta (véase la página xxxiii) de una letrilla de Quevedo, unas décimas escritas por varios autores, y unas seguidillas de incógnita pluma, composiciones todas en que se satirizó á don Juan de Alarcon muy acerbamente, acusándosele en las décimas de haberse valido de trabajos ajenos. Para celebrar la venida del Príncipe de Inglaterra Cárlos á nuestra Corte, celebró Felipe IV unas fiestas, cuya descripcion quiso el excelentísimo Duque de Cea que don Juan de Alarcon le hiciera en poética forma. Trasladó Alarcon el encargo á varios amigos suyos; y escrito y publicado el poema, otros escritores, y con ellos algunos de los verdaderos autores de él, blasfemaron de la obra y del buen Alarcon. En la exageracion de las sátiras y en la circunstancia notable de haber ridiculizado el poema parte de los mismos que le habian escrito, creí hallar suficiente fundamento para suponer que sátiras tales eran de chanza: el Apéndice que va en este volúmen colocado en segundo lugar, corrobora mi suposicion y explica el suceso. Forma este Apéndice un cuadernito, impreso en parte y en parte manuscrito, que poseia y me regaló mi compañero de Biblioteca el señor don Indalecio Sancha, bibliógrafo distinguidísimo, quien heredó aquel documento curioso de su abuelo, el excelente impresor don Antonio de Sancha. Principia el cuaderno (tamaño de 4.° español) con una hoja manuscrita y en ella la letrilla de Quevedo, que imprimimos en el tomo de Alarcon de esta Biblioteca, páginas xxxi y xxxii; pero con algunas variantes y una copla más, que es la tercera. Sigue un pliego impreso con este título en la plana primera: «*Elogio descriptivo á las fiestas que la Majestad de Felipe IV hizo por su persona en Madrid, á 21 de Agosto de 1623 años, á la celebracion de los conciertos entre el serenísimo Cárlos Eduardo, Príncipe de Inglaterra, y la serenísima María de Austria, Infanta de Castilla.*» Más abajo, en la misma plana, hay una brevísima dedicatoria al Adelantado Duque de Cea, y luégo principia el poema, que consta de setenta y tres octavas. En la misma página última del impreso comienzan unas décimas manuscritas, entre las cuales hay algunas que no se hallan entre las que publicamos en el tomo de don Juan de Alarcon, páginas xxxii y xxxiii, y de las publicadas allí faltan entre éstas algunas; á continuacion de la hoja en que terminan las décimas, entra un opúsculo manuscrito de otra letra con el encabezamiento siguiente: «*Comento contra setenta y tres stancias que don Juan de Alarcon ha escrito á las fiestas de los conciertos hechos con el Príncipe de Gales y la señora Infanta María.*» Consta el comento de veintidos hojas de letra clara, bien que de copiante poco hábil ó no muy escrupuloso, porque se le notan equivocaciones groseras; el carácter de la escritura (y lo mismo decimos de la letrilla de Quevedo y las décimas) corresponde indisputablemente al siglo xvii. El comento es una crítica justa en lo general, rígida en demasía tal y cual vez, y otras desatinada; el *Elogio descriptivo* adolece de hinchazon y de oscuridad, y merece grave censura; mas tambien la merece el comento, que no está bien escrito. Al fin de él, su autor, cuyo nombre no aparece, suministra la importante noticia siguiente:

«Habiendo dado fin á esta censura, me dijeron por cosa cierta que estas stancias no eran del señor don Juan, sino que él las pidió á diferentes personas: y así me dieron la memoria de sus dueños... Lo pregunté luégo á algunos de ellos, y todos conformes me dijeron que eran suyas, y que ellos las habian compuesto por hacer burla de don Juan... sin pasarles por la imaginacion escribir de veras».

Si los amigos de don Juan escribieron para él octavas de burlas, no hemos de suponer tan viles á algunos de ellos, que escribiesen décimas satíricas de veras contra sus mismos versos, achacándoselos á don Juan. De todos modos, no habiendo escrito Alarcon el poema, la sátira contra la obra no debia recaer en él; y el haber pedido un favor á varios amigos no merecia sátiras.

Aquí me despido del lector benévolo, rogándole que me perdone si esta coleccion de comedias del *ingenio Fénix* no va ilustrada con el caudal de erudicion que le convenia: me hallo falto de memoria, de vista y áun de ánimo para el trabajo; y buscar hoy de nuevo lo que ántes sabia dónde estaba, y no lo recuerdo, es demasiado para mí. La Real Academia Española va á levantar á Lope el magnífico monumento que él merece y yo deseaba; y no pudiendo yo llegar á verle acabado, me tendré por feliz si puedo echar una piedrecilla en la anchurosa zanja de sus cimientos.

J. E. H.

ADVERTENCIAS Y CORRECCIONES.

I.

Un jóven instruido, que por su modestia excesiva se negó á consentir que se publicara su nombre, me entregó años há un cuadernito de noticias sacadas por él de papeles auténticos que reconocí, y principiaba con las que vamos á trasladar. Por entónces vino á Madrid el ilustre autor de la historia de nuestro Teatro, Baron de Schack, le entregué el cuaderno, lo copió, y más adelante lo publicó entre los Apéndices á la segunda edicion de su Historia.

COMEDIAS.—AÑO DE 1622.

APUNTES.

En 4 de Octubre de 1622 salió su Majestad el Rey para San Lorenzo y Valsain, y desde el dia 5 del mismo mes empezaron las comedias que se representaron en el cuarto de su Majestad la Reina los domingos y juéves y las fiestas intermedias.

COMEDIAS REPRESENTADAS EN OCTUBRE.

El autor (1) Pedro Valdés representó con su compañía:

Los celos en el caballo.
La Despreciada querida.
La pérdida de España.

Por estas tres comedias se pagaron nuevecientos reales, á trescientos cada una, por órden de la Reina, á peticion de Jerónima de Búrgos, mujer de dicho autor; pues ántes sólo se pagaban á doscientos reales.

El autor Alonso de Olmedo:

Ganar amigos.
Rodamonte Aragones.
Poderosa es la ocasion (dos veces).
Cómo se engañan los ojos.

Cristóbal de Avendaño, autor de comedias, representó con su compañía:

El Labrador venturoso.
El Infante de Aragon.
El Rey Angel.
(Estas tres se representaron en Octubre y Noviembre.)
Cautela contra cautela.
La pérdida del Rey don Sebastian.
Lo que puede la traicion.
El Marido de su hermana.
El Mártir de Madrid.
El Labrador venturoso (segunda vez).
El mismo *Labrador venturoso.*
San Bruno.
La caida de Faeton.
Ir y quedarse.
Quien no se aventura.
El Príncipe ignorante.
Más merece quien más ama.
Las victorias del Marqués de Cañete (en compañía de Valdés).
Trances de amor.

Juan de Morales:

El Niño del Senado.
La conquista de Jerusalen (dos veces).
Celos engendran amor.
Las pobrezas de Reinaldos.
La Vengadora de las mujeres.
El Vencedor vencido en el torneo.
La milagrosa eleccion de Pio V.

Vallejo:

La Judit castellana.
La Romera de Santiago.
Las pruebas de la lealtad.
Las burlas de Pedro de Urdemalas.
Las selvas de amor.

Pedro de Valdés:

Pleito y desafío.
Los celos en el caballo (segunda vez).
Don Sancho el Malo.
Las hazañas del Marqués de Cañete (con Avendaño).
La Despreciada querida.

Total de comedias representadas en el cuarto de su Majestad la Reina desde 5 de Octubre de 1622 á 8 de Febrero siguiente, cuarenta y cinco, que á trescientos reales cada una, importan trece mil quinientos, satisfechos á los autores de las compañías.

Consta por los precedentes apuntes que *El Labrador venturoso*, y *Las Selvas de amor*, comedias de LOPE, *La pérdida de España*, *La pérdida del Rey don Sebastian* y *Pleito y desafío*, que serian probablemente: *La perdicion de España*, *La Tragedia del Rey don Sebastian* y *Amor, pleito y desafío*, tambien obras de LOPE, ya ocupaban la escena en el año 1622.

Igualmente se representaba ya *La Romera de Santiago*, comedia atribuida á fray Gabriel Tellez (Tirso de Molina).

(1) Cabeza de compañía.

Y tambien *Ganar amigos*, comedia de don Juan Ruiz de Alarcon, y *Cautela contra cautela*, que debe pertenecerle en todo ó en parte.

II.

El insigne y popularísimo poeta dramático, mi amigo y compañero don Tomás Rodriguez Rubí, me ha remitido, hoy 13 de Octubre de 1860, un grueso tomo en cuarto, manuscrito, que nos da tres fechas desconocidas de tres obras de Lope, y noticia de los teatros en que sucesivamente se fueron representando las tres comedias indicadas y otra. El título del volúmen es este:

Libro de comedias antiguas, no impresas, de Lope de Vega Carpio, escritas y firmadas de su propia mano y letra, sacadas de sus tomos originales, que con sus correcciones, censuras y licencias necesarias se hallan en el archivo del excelentísimo señor Duque de Sessa: por don Miguel Sanz de Pliegos, su archivero. En Madrid, año de 1781. *Tomo* II.

En la segunda hoja:

TÍTULOS DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO II.

1.° *El blason de los Chaves.*
2.° *Laura perseguida.*
3.° *El leal Criado.*
4.° *Cárlos quinto en Francia.*

En la tercera hoja:

Comedia intitulada: *El blason de los Chaves*. En Chinchon, á 20 de Agosto de 1599.

En la página última de la comedia:

LICENCIA DE LOS JUECES ECLESIÁSTICOS.

Examínese esta comedia y los entremeses y cantares por el Secretario (*lo que sigue va en la página siguiente y en otra*) Tomás Gracian Dantisco, y dé su censura. Madrid, á 16 de Diciembre de 1600.

Habiendo visto esta comedia, y reparado en ella, conforme á la órden que se me tiene dada por tocar en la historia que toca, el señor Licenciado Tejada mandó que se diese la muestra de ella en su casa, la cual se representó el sábado en la noche, 30 de Diciembre de 1600, en presencia de dicho señor y de los señores Pedro de Tapia, don Juan Ocon, del Consejo de su Majestad, y otros Consejeros, con el Doctor Terrones, Predicador de su Majestad, de lo cual resultó que mudado como está se aprobó, y que para dar licencia se mandó pusiese esta relacion; y conforme á lo que se resolvió, podrá vuestra merced ser servido de firmarla. En Madrid, á 2 de Enero de 1601.— *Tomás Gracian Dantisco.*

Esta comedia se puede representar conforme á la censura de arriba. Fecho en Madrid, á 2 de Enero de 1601.

No tiene esta comedia cosa alguna por donde no se pueda representar. — *Fray Manuel Coalla.*

Podráse representar. — *Juan Granados.*

Podráse representar en virtud de aprobacion del Ordinario. 1.° de marzo de 1607. — *Jerónimo Villasante.*

En la plana última de la comedia *Laura perseguida:*

En Alba, á 12 de Octubre de 1594. — *Lope de Vega Carpio.*

LICENCIA DE LOS JUECES ORDINARIOS.

Doy licencia para que se represente (*lo que sigue va en la siguiente plana*) esta comedia, porque examinada no contiene cosa que ofenda los oidos de los oyentes. En Granada, último de Agosto de 1603 años. — *El Doctor Montoya.*

Por mandado del señor Licenciado Silva de Torres, del Consejo de su Majestad, Alcalde de su Real Casa y Corte, Corregidor de la villa de Madrid y su tierra, he visto esta comedia, y digo que puede representarse. En Madrid, á 3 de Mayo de 1604. — *Liñan de Riaza.*

Represéntese esta comedia. En Madrid, á 4 de Mayo de 1604. (*Una rúbrica.*)

En la última plana de *El leal Criado:*

En Alba, á 24 de Junio de 1594. — *Lope de Vega Carpio.*

LICENCIA DE LOS JUECES ORDINARIOS.

En Granada, á 30 dias del mes de Octubre de 1595 años (*lo que sigue va en las planas siguientes*), el señor Licenciado Almerique Antolinez, Provisor de este Arzobispado, cometió el exámen de esta comedia al Maestro Lobo, y con su declaracion se traiga para proveer. — *Harriega de Valdés*, Notario.

Digo yo el Maestro Lobo, que ví y examiné esta comedia, y que no tiene nada que enmendar, ni hay en ella falta alguna, y así la doy por aprobada, y por la verdad lo firmé de mi nombre en 30 dias del mes de Octubre de 1595 años. — *El Maestro Lobo.*

El Licenciado Almerique Antolinez, Provisor de este Arzobispado, doy licencia á Luis de Vergara, representante, para que en esta ciudad pueda representar la comedia del *Criado leal*, sin que por ello incurra en pena alguna. En Granada, á 30 de Octubre de 1595. — *El Licenciado Antolinez.*

El Secretario Tomás Gracian Dantisco examine esta comedia y los entremeses de ella y cantares, y dé su censura. En Madrid, á 29 de Octubre de 1600. (*Una rúbrica.*)

Esta comedia del *Leal Criado* se podrá representar, mudadas (por algunos respetos por ahora) las ciudades: dó dice *Paris* sea *Dantis*, y *Ruan* sea *Milan*, que en todas partes van borradas, y mudado un verso á fojas doce de la primera jornada.

En el entremés de *La alameda de Sevilla* no diga *el Rufian* aquellos donaires de la caida de los ángeles malos, guardada siempre la honestidad que se debe. En Madrid á 10 de noviembre de 1600. — *Tomás Gracian Dantisco.*

Esta comedia y entremés se podrán representar, guardando en todo la censura. En Madrid, á 10 de Noviembre de 1600. (*Rúbrica.*)

No tiene cosa por donde no se pueda representar. En Granada, á 13 de Agosto de 1603. — *Fray Manuel de Jesus.*

Ví esta comedia y se puede representar. En Granada, 4 de Noviembre de 1605. — *El Doctor Francisco Manuel de Rueda.*

Por órden del señor Gonzalo Guerrero, Canónigo Vicario y Provisor de la santa iglesia de Jaen, he visto esta comedia del *Criado leal*, y no hallo cosa en ella por la cual no se deba dar licencia para representarse. En Jaen, á 15 de Enero de 1614.— *Fray Juan de Jesus.*

Vista la aprobacion antecedente, el señor Provisor dijo que daba y dió licencia para que en esta ciudad y Obispado de Jaen se represente esta comedia del *Criado leal:* y lo firmó en Jaen á 15 de Enero de 1614. — *El Licenciado Gonzalo Guerrero.* — Por su mandado, *Juan de Mata*, Notario.

En la última plana de *Cárlos V en Francia:*

Aquí Belardo acabó (1)
La historia, y lo que pasó
César Cárlos quinto en Francia.

FIN DE LA COMEDIA.

En Toledo, á 20 de Noviembre de 1604.—*Lope de Vega Carpio* (2).

En las planas siguientes:

LICENCIAS DE LOS INQUISIDORES Y JUECES ORDINARIOS.

Por mandado de los señores Inquisidores de Valladolid, Jueces Apostólicos, vi esta comedia de *Cárlos quinto en Francia*, y toda

(1) y (2) Una de las infinitas pruebas que se pueden citar de que Lope se daba á sí mismo el nombre pastoril de *Belardo.*

es historial, y no hay en ella cosa contra nuestra santa fe católica, ni contra buenas costumbres; y así me parece que puede representarse. Fecha en San Francisco de Valladolid, á 9 de Marzo de 1607. — *Fray Gregorio Ruiz.*

Visto por los señores Inquisidores de Valladolid el parecer de arriba de fray Gregorio Ruiz, Lector de teología de San Francisco de esta ciudad, dieron licencia para que se pueda representar esta comedia de atras, intitulada de *Cárlos quinto en Francia*. Fecho en Valladolid, á 9 de Mayo de 1607.—*Juan Martinez de la Vega.*

Examine esta comedia, cantares y entremeses el Secretario Tomás Gracian Dantisco, y dé su censura. En Madrid, á 15 de Junio de 1608. (*Rúbrica.*)

Por mandamiento del Arzobispo, mi señor, he visto esta comedia de *Cárlos quinto en Francia*, y digo que se puede representar; y así lo firmo en Zaragoza, á 16 de Octubre de 1608. — *El Doctor Domingo Villal a.*

Vean esta comedia de *Cárlos quinto en Francia* los padres Prior y Predicador de Santo Domingo, y so pena de excomunion mayor *latæ sententiæ* que no se recite nada de lo enmendado. Fecha en 25 de Julio de 1609. — *El Doctor de la Parra.*

Vi esta comedia así enmendada; como ya está, no tiene cosa por donde no se pueda representar.

Por mandado del señor Gonzalo Guerrero, Canónigo de la doctoral y Provisor general de este Obispado, vi esta comedia de *Cárlos quinto en Francia*; y, á mi parecer, no tiene cosa contra la fe, y así puede representarse, *salvo*, etc. A 11 de Julio de 1610.—*Don Antonio de Godoy Chico.*

En la ciudad de Jaen, á 12 de Julio de 1610 años, su merced, el señor Licenciado Gonzalo Guerrero, Provisor de este Obispado, habiendo visto el testimonio y vista de esta comedia que se intitula, *Cárlos quinto en Francia*, por mandado de su merced, dado por el Doctor Antonio de Godoy y Chica, Prior de la Iglesia de esta ciudad, dijo que daba y dió licencia y facultad á Antonio Granados, autor de comedias, para que la pueda representar en esta ciudad y Obispado; y lo firmó de su nombre. — *El Licenciado Gonzalo Guerrero.* — Ante mí, *Juan de Mata*, Notario.

Doy licencia para que se represente esta comedia: en Málaga, 29 de Noviembre de 1610. — *El Doctor Francisco del Pozo.*

Por mandado del señor Licenciado Alonso Rodriguez, Canónigo de la Santa Iglesia de Cartagena, Provisor y Vicario general de su Obispado, he visto y leido esta comedia de *Cárlos quinto en Francia*; y no hallo cosa ninguna contra la Religion cristiana ni buenas costumbres, por que no se deba representar. Y lo firmé en Murcia, 30 de Mayo de 1611. Y así se podrá representar con su licencia. — *Doctor don Juan Andrés de la Calle.*

Esta comedia se puede representar. En Granada, 3 de Diciembre de 1615. — *El Doctor Francisco Martinez Rueda.*

Podráse representar esta comedia intitulada *Cárlos quinto en Francia*, con bailes y entremeses. En Lisboa, á 2 de Octubre de 1617.

Vi esta comedia, y puede representarse; que no tiene cosa en qué repararse. En Madrid, á 24 de Agosto de 1621.—*Pedro de Vargas Machuca.*

Dase licencia para que se pueda representar esta comedia de *Cárlos quinto en Francia*. En Madrid, á 13 de Diciembre de 1620. (*Rúbrica.*)

III.

En el tomo v de esta Biblioteca, *Comedias escogidas de fray Gabriel Tellez* (el Maestro Tirso de Molina) página 39, al fin de la segunda columna, se pone en una lista de entremeses uno con este título:

Los coches de Benavente.

Léase: *Los coches.*—De Benavente. Esto es, *Los coches*, entremés de Luis Quiñones de Benavente.

IV.

Página 44 del mismo tomo:

Dícese en ella: «Andrés de Claramonte falleció en 1610 (1).» Contra esta noticia, tomada del *Tratado histórico sobre la comedia y el histrionismo en España*, obra de don Casiano Pellicer, depone la décima escrita por el propio Andrés Claramonte contra Alarcon, en el año 1623, que puede ver el lector en este volúmen, página 584, columna primera. Y nótese de paso que entre las décimas de los motejadores de Alarcon, uno de los cuales es Claramonte, hay una de Alonso de Salas Barbadillo, que llama *segundo Claramonte* al pobre Alarcon, lo cual no debe ser un elogio para ninguno de ambos. Otra prueba de que las décimas contra don Juan debieron ser una broma, aunque de nada buena especie.

V.

En el tomo I de Lope (XXIV de esta Biblioteca), página 588, se dice que la comedia de Alarcon titulada *Los pechos privilegiados* se imprimió, en 1630, en la Parte XXI de Comedias de Lope (edicion de Zaragoza) con el título de *Nunca mucho costó poco*. No es así: aquella comedia es verdaderamente de Lope y distinta de la de Alarcon, segun se advierte en el tomo presente, página 552, primera columna.

VI.

Con arreglo á noticias insertas por el señor Baron de Schack en los Apéndices de su *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo III, deben corregirse en nuestro primer tomo de Lope (páginas 589 y 590) las fechas de las comedias de Calderon, que á continuacion van expresadas.

El Médico de su honra. La comedia impresa con este título en 1633, no es la de Calderon, sino una que se atribuye á Lope. La he leido, y el estilo en várias partes no me parece de Lope de Vega. Tal vez sea refundicion de obra de Lope, y contenga escenas de éste y escenas de otro.

La desdicha de la voz existe manuscrita en la biblioteca del excelentísimo señor Duque de Osuna, firmada por Calderon, á 14 de Mayo de 1639.

El Mágico prodigioso. Estrenada en Yépes, año de 1631, probablemente el dia del Córpus.

El secreto á voces existe en la biblioteca del señor Duque de Osuna: es autógrafo de Calderon, firmado á 8 de Febrero de 1642.

El Gran Príncipe de Fez, existe manuscrita en la misma biblioteca, con licencia para representarse, dada á 19 de Setiembre de 1669.

Respecto á la comedia titulada: *Las tres justicias en una*, don Francisco Bances Candamo, citado por Schack, dice (equivocándola con la de *Un castigo en tres venganzas*) que don Pedro Calderon la escribió

(1) Véase la obra que se cita despues, tomo I, página 69.

siendo muy mozo: así en el año de 1630, en que era Calderon hombre de treinta años, debia ya tenerla escrita.

VII.

En el tomo XXXIX de esta BIBLIOTECA, que contiene las comedias escogidas de don Agustin Moreto, dice (página 32) mi amigo el señor don Luis Fernandez-Guerra, que yo no opino que la comedia titulada *La discreta venganza* sea verdaderamente de LOPE. Lo es, sin embargo, y como tal la he incluido en esta coleccion, tomo III de LOPE, XLI de la BIBLIOTECA. La equivoqué sin duda con otra, no recuerdo con cuál.

VIII.

En vista de una alusion hecha á la comedia de don Juan de Alarcon, titulada *La Manganilla de Melilla*, alusion que se halla en el comento á las setenta y tres octavas escritas por los amigos de Alarcon en el año 1623, hay que dar ya por conocida en dicho año la citada comedia. (Léase la primera columna de la página 589 de este tomo.)

NOTA DEL EJEMPLAR DE COMEDIAS DE LOPE QUE EXISTE EN MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL.

Las comedias del famoso poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa. Agora nuevamente impressas y emendadas, con doze entremeses añadidos. Dirigidas a don Gabriel de Nao vezino de Valladolid. Las q. en este libro se contienen van a la buelta desta hoja. Año. 1609. Con licencia. En Valladolid. Por Iuan de Bostillo, en la calle de Samano. Vendese en casa de Antonio Coello.

Segvnda parte de las comedias de Lope de Vega Carpio. Que contiene otras doze, cuyos nombres van en la vltima hoja. Dirigidas a doña Casilda de Gauna Varona, muger de don Alonso Velez de Guevara, Alcalde mayor de la ciudad de Búrgos. Año 1611. Con licencia. En Barcelona en casa Sebastian de Cormellas al Call, Año, 1611. Vendense en la mesma Emprenta.

Tercera parte de las comedias de Lope de Vega, y otros avtores, con sus loas y entremeses, las quales comedias van en la segunda oja. Dedicadas a don Luys Ferrer y Cardona, del Abito de Santiago, Coadjutor en el oficio de Portant vezes de General, Gouernador desta ciudad y Reyno, y señor de la Baronia de Sot. Con licencia, En Madrid, En casa de Miguel Serrano de Vargas, Año, 1613. A costa de Miguel Martinez, Vendese en la calle mayor, en las gradas de san Felipe.

Doze comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Sacadas de svs originales. Qvarta parte. Dirigidas a don Luys Fernandez de Cordoua, Cardona, y Aragon, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de Vaena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos, Conde de Oliuito, Vizconde de Yznajar, Señor de las Baronias de Velpuche, Liñola, y Calonge, gran Almirante de Napoles. Año 1614. Con licencia. En Pamplona, por Nicolás de Asiayn, Impressor del Reyno de Nauarra.

Flor de las comedias de España, de diferentes avtores. Quinta parte. Recopiladas por Francisco de Auila, vezino de Madrid. Dirigidas al Doctor Francisco Martinez Polo, Catedratico de prima de Medicina, en la Vniuersidad de Valladolid. Año, 1616. Con licencia. En Barcelona, en casa Sebastian de Cormellas al Call.

El Fénix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del santo Oficio. Sexta parte de svs comedias, corregida y enmendada en esta segunda impresion de Madrid por los originales del propio Autor. Dirigidas a don Pedro Docon y Trillo, Cauallero del Abito de Santiago, hijo del señor don Iuan Docon y Trillo, del Consejo supremo de su Magestad, y de la santa Cruzada, Cauallero del Abito de Calatraua, Comendador de la Fuente el Moral, y casas de Ciudad Real. Año 1616. Con privilegio. En Madrid, Por Iuan de la Cuesta. A costa de Miguel de Siles Mercader de libros. Véndese en su casa, en la calle Real de las Descalças.

El Fénix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Septima parte de svs Comedias. Con Loas, Entremeses, y Bayles. Dirigidas a don Luys Fernandez de Cordoua, Cardona y Aragõ, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de Baena, Marques de Poça, Conde de Cabra, Conde de Palàmos, Conde de Oliuito, Vizconde de Yznajar, Señor de las Baronias de Belpuche, Liñola, y Calonge, gran Almirante de Nápoles. Año 1617. Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin. A costa de Miguel de Siles mercader de libros. Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.

El Fénix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Octava parte de svs comedias. Con Loas, Entremeses, y Bailes. Dirigidas (como en el tomo anterior). Año 1617. Como en el tomo anterior.

Doze comedias de Lope de Vega, sacadas de sus originales por el mismo. Dirigidas al excelentissimo señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, Duque de Sesa, Lerma y Baena, Marques de Poza, Conde de Ca-

bra, Palamos y Oliuito, Vizconde de Iznajar, Varon de Belpuche, Liñola y Calonje, gran Almirante de Napoles su señor. Novena parte. Año 1617. Con privilegio, etc. Como en los tomos anteriores.

Décima parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del santo Oficio. Sacadas de svs originales. Dirigidas por el mismo al Excelentissimo señor Marques de Santacruz, Capitan General de la esquadra de España. Año de 1621. Con privilegio en Madrid, Por Diego Flamenco. A costa de Miguel de Silis mercader de libros. Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.

Onzena parte (1) de las comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Dirigidas a don Bernabe de Viuanco y Velasco, Cauallero del Abito de Santiago, de la Camara de su Magestad. Sacadas de sus originales. Año 1618. Con privilegio. En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin de Balboa. A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendense en la calle de Santiago.

Dozena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio. A don Lorenzo de Cardenas, Conde de la Puebla, quarto nieto de don Alonso de Cardenas, Gran Maestre de Santiago. Año 1619. Con privilegio. En Madrid, por la viuda de Alonso Martin. A costa de Alonso Perez mercader de libros.

Trezena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procvrador Fiscal de la Camara Apostolica en el Arçobispado de Toledo. Dirigidas, cada una de por si, a diferentes personas. Año 1620. Con privilegio, etc., como en el tomo anterior.

Parte catorze de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y su Notario, descrito en el Archivo Romano, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. A quien van dirigidas dize la siguiente pagina. Año 1620. Con privilegio. En Madrid, por Iuan de la Cuesta. A costa de Miguel de Syles mercader de libros. Vendense en su casa, en la calle Real de las Descalças.

Decima quinta parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procvrador Fiscal de la Camara Apostolica, y Familiar del Santo Oficio de la Ynquisicion. Dirigidas a diversas Personas. Año 1621. Con privilegio. En Madrid. Por Fernando Correa de Montenegro. A costa de Alonso Perez, mercader de libros.

Decima sexta parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador Fiscal de la Camara Apostolica. *Quibvsdam enim canibus sic innatum est, vt non pro feritate, sed pro consuetudine latrent. Seneca de Rem. Fort.* Año 1622. Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin. A costa de Alonso Perez Mercader de libros.

(1) Este tomo no tiene portada en el ejemplar de la Universidad; se ha copiado del de la Biblioteca Nacional.

Decima septima parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Dirigida a diversas personas. Año 1621. Con privilegio. En Madrid. Por Fernando Correa de Montenegro. A costa de Miguel de Siles mercader de libros. Vendense en su casa, en la calle Real de las Descalças.

Décima octava parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador Fiscal de la Cámara Apostólica, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Dirigida a diversas personas. Año 1623. Con privilegio. En Madrid. Por Iuan Gonçalez. A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas en la calle de Santiago.

Parte decinveve y la melor parte de las comedias de Lope de Vega Carpio procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y su Notario, descrito en el Archivo Romano. Dirigidas a diversas personas. *Pedibus conculcabitur corona superbiæ ebriorum Ephraim.* Isai. cap. 28. Año 1624. Con privilegio, etc., como en el tomo anterior.

Parte veinte. Sin portada. La aprobacion, que es del licenciado Juan Perez de Montaluan, tiene la fecha de 29 de Setiembre de 1624. La suma de la tasa es de 18 de Enero de 1625. La primera comedia es *La discreta venganza*, dedicada por el mismo Lope á la Excma. Sra. D.ª Ysabel de Guzman, Duquesa de Frias. El ejemplar de la Biblioteca Nacional es de la edicion de Barcelona, cuya portada es la siguiente:

Parte veynte de las comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Dividida en dos partes.

Qui ducis vultus et non legis ista libenter,
Omnibus invideas, Liuide, nemo tibi.

Año 1630. Con licencia de los Superiores. En Barcelona en la Emprenta de Esteuan Liberòs. A costa de Rafael Viues.

Veinte y una parte verdadera de las comedias del fenix de España Frei Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, sacadas de sus originales. Dedicadas a Doña Elena Damiana de Iuren Samano y Sotomayor, muger de Iulio Cesar Scazuola, Comendador de Molinos y Laguna Rota, de la Orden de Calatraua, Embaxador de Lorena, Tesorero general de la Santa Cruzada, y Media Annata, y señor de la villa de Tielmes.

Nulla (2) fuit Lopio Musarum sacra Poesis.
Illa perire potest, iste perire nequit.

Año 1635. Con privilegio. En Madrid, Por la viuda

(2) *Nata* es como debia decir. Al principio de la Parte IX, página VI, se halla el epigrama entero, al cual corresponde este dístico. Es el siguiente:

AD LICENTIATUM IRONIAM DE CONCULCADIS PSEUDOPOETAM, CLARISS.

Zoyle, quam vano vibras tua spicula nixu,
Cum Phœnix nulla morte perire queat!
Nata fuit Lopio Musarum sacra Poesis:
Illa perire potest, iste perire nequit.

de Alonso Martin. A costa de Diego Logroño, mercader de libros. Vendese en sus casas, en la calle Real de las Descalças.

Ventidos parte perfeta de las comedias del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Habito de San Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Sacadas de svs verdaderos originales (1), no adulteradas como las que hasta aquí han salido. Dedicadas a la Excel.ma Señora doña Catalina de Zuñiga y Avellaneda, Marquesa de Cañete. Año 1635. Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Iuan Gonçalez. A costa de Domingo de Palacio y Villegas, y Pedro Verges, mercaderes de libros.

Parte veinte y tres de las comedias de Lepe Felix de Vega Carpio, del Abito de san Pedro y de S. Ivan. Dedicadas a D. Gutierre Domingo de Teran, y Castañeda, señor de la Casa de Teran del Valle de Iguña Montañas de Burgos. Por Manuel de Faria y Sousa Cavallero del Abito de Christo, y de la Casa Real. Año 1638. Con Priuilegio. En Madrid. Por Maria de Quiñones. A costa de Pedro Coello Mercader de Libros.

Veintiqvatro parte perfeta de las comedias del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San Iuan, Familiar del santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Sacadas de svs verdaderos originales, no adulteradas como las que hasta aqui han salido. A don Bernardo de Velasco y Roias, Secretario del Secreto del Santo Oficio de la Inquisicion del Reyno de Aragon. Año 1641. Con privilegio. En Zaragoza: Por Pedro Verges.

(1) A pesar de esta aseveracion, la penúltima comedia de este tomo, titulada: *Amor, pleito y desafío*, no es la de Lope; es la que escribió don Juan de Alarcon y Mendoza, con el título de *Ganar amigos*.

Parte veintecinco, perfeta, y verdadera, de las comedias del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de Sã Iuan, Familiar que fue del Santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Sacadas de svs verdaderos originales, no adulteradas como las que hasta aqui se han publicado. A don Francisco Antonio Gonzalez Ximenez de Vrrea, Señor de Berbedel, antes de Tiçenique. Con licencia. En Çaragoça, Por la Viuda de Pedro Verges. Año 1647. A costa de Roberto Devport.

El ejemplar de las comedias de Lope que existe en la Biblioteca Nacional está falto de la Parte ó tomo 17; tiene la Parte III impresa en Barcelona: la X tambien impresa en Barcelona, año de 1618: la XIII en Madrid, 1620: la XXII impresa en Zaragoza, en 1630: la XXIV, tambien de Zaragoza, en 1633: y los demás tomos corresponden á las ediciones antes citadas.

La XXII, de Zaragoza, tiene esta portada.

Parte veynte y dos de las comedias del Fenix de España Lope de Vega Carpio. Y las meiores que hasta aora han salido. A la ilustrissima señora D. Ana Martinez de Luna, condesa de Morata, Marquesa de la Baluena, señora de la Varonia de Arandiga, y del Castillo de Illueca. Año 1630 Con licencia y privilegio. En Çaragoça. Por Pedro Verges. A costa de Iusepe Ginobart, Mercader de Libros. (V. Página 539, 2.ª columna de este tomo.)

La XXIV.

Parte veynte y quatro de las comedias del Fenix de España Lope de Vega Carpio. Y las mejores qve hasta aora han salido. A Don Diego Virto de Vera Capitan de Infanteria Española. Con licencia, y privilegio. En Çaragoça, por Diego Dormer, en la Cuchilleria, Año 1633. A costa de Iusepe Ginobart Mercader de Libros. (V. Página 540, 1.ª columna de este tomo.)

PRÓLOGOS DE OCHO TOMOS DE COMEDIAS DE LOPE DE VEGA (1).

PRÓLOGO DEL TEATRO Á LOS LETORES.

(PARTE XI DE LAS COMEDIAS DE LOPE.)

Despues que á viva fuerza de tantas y tan diferentes comedias de varios poetas como en mí se han representado, letor amigo ó enemigo, como tú quisieres, he aprendido á hablar, aunque compuesto de tablas y lienzos, con más trampas que un hombre que no tiene de qué pagar, ni vergüenza de deber; descanso con quejarme de las muchas sinrazones que mis dueños padecen, y á mí me hacen. De las mias, algunas veces me vengo por los que representan en mí las imaginaciones de otros, pues de tantas maneras les dicen sus ignorancias, y yo lo veo con no pequeña risa de los que sin pasion, aficion y odio vienen á verme; pues muchas veces se agradan de comedias indignas de ser oidas, y de otras, que están escritas maravillosamente, se están burlando: porque no sé yo que haya mayor venganza de un sabio, que ver á un ignorante celebrar lo indigno y despreciar lo ingenioso y doctamente escrito. De las de mis dueños no hallo remedio para tomarla, por más que de dia y de noche me desvanezco. La necesidad del comer enseñó á hablar los papagayos, voltear las monas, bailar las mujeres y volar los hombres; en este siglo he visto vivir muchos de fingir cabellos, de teñir barbas, de hacer pantorrillas, de rizar aladares con moldes, de traducir libros de italiano, de concertar cuchilladas, de dar á conocer mujeres, de fingirse bravos, de estudiar flores y de socorrer necesidades: y así no me espanto de que haya hombres que se vengan á mi teatro y oigan una comedia setenta veces, y aprendiendo veinte versos de cada acto, se vayan á su casa, y por los mismos pasos la escriban de los suyos, y la vendan con el título y nombre de su autor, siendo todas disparates y ignorancias, quedando con el que tienen de felicísimas memorias, y los dineros que les vale este embeleco tan digno de reprension y castigo público. Estos que las compran tienen ya sus rétulos á las puertas de sus tiendas, cosa no advertida del Gobierno y senadores regios; pues no permitiendo que se venda libro ninguno impreso sin su licencia y aprobacion, consienten que se vendan manuscritos deste género de gente públicamente, en que hay el agravio de los dueños, pues no es suyo lo que venden con su nombre, y ello es tan feo y escandaloso, que me aseguran que ningun delito es agora más digno de castigo y remedio, y la inobediencia y atrevimiento de vender libros sin la real y suprema licencia, aprobacion y censura de hombres doctos. Estas, que aquí te presento, puedo afirmar como testigo de vista, que son las mismas que en mí se representaron, y no supuestas, fingidas ni hurtadas de otros, donde hay un verso de su autor y trescientos del que dice que de verlas en mí las toma de memoria y las vende á estos hombres que sin licencia del supremo Consejo las venden con rétulos públicos, en afrenta de los ingenios que las escriben, en que hay tantos caballeros, letrados y hombres doctos. Leerlas puedes seguramente; que son de los borradores de Lope, y no de la pepitoria poética destos zánganos, que comen de la miel que las legítimas abejas en sus artificiosos vasos labran de tantas y tan diversas flores; que te prometo que si benignamente las recibes, no llegue á mis manos comedia ingeniosa de las muchas que cada dia escriben tantos ingenios, que no te la presente, no hurtada, sino con gusto de sus dueños, para que el tuyo tenga en su casa, ó recogimiento con su familia, lo que no todos pueden ver, y los que lo hubieren visto puedan considerar; pues no porque una fiesta se vea deja de alegrar escrita á los mismos que la vieron. En lo demas he querido templarme, pues ya no soy prólogo de los que se usaban contra el necio, sino advertimiento de los que me dicta mi conciencia para el discreto y sabio. De los que desprecian á los que lo son por favorecer ignorantes, no tengo que decirte más de que van haciendo actos para graduarse de bestias, y que si supiesen en la opinion que están, darian satisfaccion al mundo de su engaño. Estos dias llegó á la tienda de un mercader de libros un hombre, cuya persona estaba obligada, si no á letras, á buen gusto; y defendiendo á un amigo suyo, que ni tenía lo uno ni lo otro, despreciaba atrevidamente el más docto sugeto de nuestra edad en todas facultades y lenguas: oyólo un estudiante, y admirado de que en aquella persona cupiese tan grande error, consultó un astrólogo, y halló que el ignorante y el defensor se miraban de trino en su horóscopo y nacimiento, y el docto y ofendido, con el que le ofendia, tan adversamente, que era imposible amarse. Con este ejemplo te quiero persuadir á que no escuches opiniones ni apasionados juicios, sino que leas y te entretengas, para que me dés ánimo al cumplimiento de la palabra, que te prometo, y á que imprima otras doce comedias que me quedan de las más famosas que su dueño ha escrito, con llegar ya el número á ochocientas.

(1) Se reimprimen aquí como documentos muy útiles para nuestra historia literaria.

EL TEATRO.

(PRÓLOGO Á LA PARTE XII DE LAS COMEDIAS DE LOPE.)

Yo te prometí en la oncena Parte, letor amigo, otras doce comedias, que aquí te ofrezco, porque no digas que no cumplo mi palabra. Bien sé que leyéndolas te acordarás de las acciones de aquellos que á este cuerpo sirvieron de alma, para que te dén más gusto las figuras que de sola tu gracia esperan movimiento. Quedo consolado, que no me pudrirá el vulgo como suele; pues en tu aposento, don le las has de leer, nadie consentirás que te haga ruido, ni que te diga mal de lo que tú sabrás conocer, libre de los accidentes del señor que viene tarde, del representante que se yerra, y de la mujer desagradable por fea y mal vestida, ó por los años que ha frecuentado mis tablas; pues el poeta no la escribió con los que ella tiene, sino con los que tuvo en su imaginacion, que fueron catorce ó quince. Por acá, ya tú sabes mis trabajos, y á lo que me sujetó la influencia de algun planeta desatinado, que no debe de andar en los almanaques de los pronósticos, por olvidado en algun rincon celestial entre las lunas viejas, que desechan los meses por otras nuevas, como se usa en el mundo; que nadie estima lo que pasa, sino lo que viene. Entre los que me siguen, unos hay que entienden, otros que piensan que entienden, y otros que dicen lo que oyen á los que entienden. No son tan malos éstos como unos hombres que han hecho juramento de no confesar que nadie sabe, y abreviando la mano al cielo, tómanse para sí lo que no les ha dado. Estos no son escorpiones en la triaca, como dijo Aristóteles de la Lógica, sino que fuera de ella vierten veneno. Paréceme que te ries de que un teatro traiga un lugar del Filósofo; pues persuádete, Gramático, que en mí se tratan cada dia tantas diferencias de facultades, que me puedo graduar de la que yo quisiere; pues bien sabes (no sé si lo sabes) que las artes no difieren entre sí más que por la nobleza del sujeto. Mis comedias escriben muchos hombres doctos y graduados: no seas tan puntual que hasta de los títulos pidas satisfaccion, siendo ya las comedias como las damas cortesanas, que en cada calle mudan el nombre para ser nuevas, pues nadie te la pide á tí de los disparates que escribes y de las locuras que haces; pues es mayor error llamar Didáscalo al discípulo, siendo nombre del maestro, como quien llamase lo negro blanco. Pero dirás tú que no es mucho errar en griego: no tienes razon; que lo mismo te sucede en el romance castellano que en el latin: es proceder en infinito. No te fatigues, pues, á quitar el nombre á los ingenios que me honran con sus escritos; que como todos los elementos se corrompen, si no es el fuego, tus palabras serán agua, tus objeciones aire, tus pensamientos tierra, y la fama de mis claros poetas un vivo fuego que consuma tu envidia y no la consuma el tiempo.

PRÓLOGO.

(Á LA PARTE XIII.)

Esta décimatercia Parte de mis comedias sale á luz á la sombra de diversas personas, porque entre tantos no falte el debido agradecimiento al honor que se hace con la direccion de los libros, de que los españoles no se precian, y de que puede ser ejemplo la carta que por Ángelo Policiano escribe el Papa Inocencio VIII á Laurencio de Médicis, Gran Duque de Florencia, y en ella estas palabras: *En nunc in hujus animi testimonium ducentos aureos illi mittere decrevimus*. No corre en esta edad esta costumbre, y así tendrá disculpa la novedad, pues ya en otras he dicho la causa de imprimirlas, aunque algunos rígidos Catones, mal afectos á oirlas, rehusen su leccion y desestimen su estudio; pero por eso se alaba aquel cómico latino por la pluma de Marcial en el sepulcro:

Qui spectatorem potui fecisse Catonem,
Solvere qui Curios Fabriciosque graves.

En cuyo favor dice Escalígero sobre Catulo: *Multa semper lectitasse Chrysostomum proditur, at quantum virum! cui profecto eloquentia, probitate, pietate, alium nulla post aetas tulit.* Otros se les oponen con razones frias, y válense de las que algunos Padres de la antigüedad escriben de ellas, como si fueran de aquel tiempo las de España, no siendo más antiguas que Rueda, á quien oyeron muchos que hoy viven. Pero ya no es este el mayor mal que tienen, pues se le hacen de más consideracion los que las escriben, y áun los que las representan, hurtando, imitando y envidiando. Los poetas que las escriben con erudicion, aunque pocos, puesto que no siempre agradan al vulgo, son dignos de estimacion; pero los legos ignorantes, aunque alguna vez le agraden y contenten hablándole en su lengua, no aspiren á más fama que los médicos empíricos que curan sin arte, y por uno que sanan por dicha, matan mil por temeridad; pues muchas veces acontece estar sólo el filósofo en el teatro, y saliéndose el vulgo poder decirle:

Representa, que Ciceron te oye.

Á esto se añade el hurtar las comedias éstos que llama el vulgo, al uno *Memorilla*, y al otro *Gran memoria*, los cuales, con algunos versos que aprenden, mezclan infinitos suyos bárbaros, con que ganan la vida, vendiéndolas á los pueblos, y autores extramuros: gente vil, sin oficio, y que muchas veces han estado presos. Yo quisiera librarme de este cuidado de darlas á luz; pero no puedo, porque las imprimen con mi nombre, y son de los poetas duendes que digo. Reciba, pues, el lector esta parte, lo mejor que ha sido posible corregirla, y con ella mi voluntad, pues sólo tiene por interes que lea estas comedias ménos erradas, y que no crea que hay en el mundo quien pueda tomar de memoria una comedia viéndola representar, y que si le hubiera, yo le alabara y estimara por único en esta potencia, aunque le faltara el entendimiento, porque raras veces se hallan juntas por opinion del Filósofo, confirmada de la experiencia.

PRÓLOGO AL LECTOR.

(DE LA PARTE XVII.)

Solia el Teatro hacer aquestos prólogos; y cansado de las quejas de los autores (1) que dicen que les im-

(1) Jefes de compañías cómicas: *empresarios*, como ahora decimos.

primen sus comedias en daño de su hacienda, remite el de esta Parte á uno de los académicos de la Corte, para que, en vez de introduccion, satisfaga por los poetas á sus voces y peticiones injustas. Dos veces se les puso pleito á los mercaderes de libros para que no las imprimiesen, por el disgusto que les daba á sus dueños ver tantos versos rotos, tantas coplas ajenas, y tantos disparates en razon de las mal entendidas fábulas y historias; vencieron, probando que *una vez pagados los ingenios del trabajo de sus estudios*, no tenian accion sobre ellas (1): y así se determinaron á pedirles que se las dejasen corregir, y que habiendo de imprimirse, no fuese sin avisarlos. Esto se ha hecho, y las comedias salen mejores, como muestra la experiencia. Cuanto á la queja de los autores, se responde que los unos las hurtan á los otros, ó las venden á los lugares que para sus fiestas las codician; y destruyéndose ellos á sí mismos, ó haciendo componer de otros versos las invenciones que agradan (2), ó hurtándolas ó comprándolas á sus papelistas y secretarios cómicos, que con gran facilidad las venden, el menor daño es imprimirlas; que no ha de andar el poeta guardándolas, y *más quien les da su mismo original, y en su vida guardó traslado*. Demas que la mayor parte son comedias de muchos años, y que los autores que las representaron ya no lo son, ó por viejos, ó porque acabaron la comedia de la vida en la tragedia de la muerte; y por alguna que ellos mismos vendieron ó despreciaron, no es justo que se quejen ni impidan que las demas se impriman, y que quien tiene gusto de leerlas le pierda por su causa; que el que más se agravia de su impresion ha destruido á muchos autores, representándoles las que los otros adquirieron con muchos dineros y pasos, ya por extraños reinos, ya por Andalucía y Castilla; y pues con perversas coplas, que ellos hacen, quieren quitar el nombre á los poetas científicos, hurtando lo que no saben, no hagan vanas quimeras de injustas quejas, si no estimen y guarden sus papeles; que *manuscritos se venden en tiendas públicas* (3), ó por su poca estimacion, ó porque los venden; que los poetas no imprimen lo que les puede hacer daño, sino lo que anda perdido, roto y con mil defectos, por causa suya.

(1) ¡Admirable sentencia! Véase adónde se va á parar aplicando una misma ley á objetos de naturaleza diferentísima. Compra un labrador un trozo de monte, lo roza y lo siembra de trigo; compra un ciudadano una casa, y la derriba y construye en el mismo lugar otra de nueva planta: nada han perdido en ello los dueños anteriores del solar y la tierra. Pero si cada una de las obras maestras de la escena española hubiese caido en manos de un cómico empeñado en hacer sainetes ridículos de aquellas maravillosas obras de ingenio; si además hubiera tenido maña para impedir que se imprimieran los manuscritos originales, pues al cabo eran *hacienda suya*, ¿qué nombre tendrian hoy Lope, ni Calderon, ni Tirso? ¿Qué valdria hoy nuestro antiguo Teatro? ¿Quién le conoceria siquiera? Es un absurdo figurarse que al vender un autor una obra de ingenio, concede permiso para que se la desfiguren y se la calumnien: eso sería vender su reputacion literaria, religiosa y política. De estos daños áun hoy se padecen algunos: tenemos ya en España una ley de propiedad literaria; pero faltan disposiciones legales para su aplicacion oportuna.

(2) Véase aquí la causa probable de tantos aparentes plagios como se notan en el Teatro español antiguo. El actor dueño de una comedia, cuya representacion le producia, no la querria vender; pero permitiria (pagándoselo) que sobre aquel asunto se escribiese otra; cuando se iba haciendo vieja, no tendria inconveniente en venderla; pero buscaria quien se la refundiese, para aprovechar la invencion y situaciones de buen efecto. Así Calderon refundió ó rehizo várias comedias de otros; pues á él, como á tan gran maestro, acudirian los comediantes con preferencia; y Moreto se ocupó en esta clase de tareas en mil ocasiones. Los tribunales habian declarado que aquello era lícito.

(3) Los cuatro trozos que van de bastardilla en este prólogo, están así mismo en la edicion antigua.

EL TEATRO Á LOS LECTORES.

(PRÓLOGO Á LA PARTE XIV.)

No me canso de servir á vuesas mercedes, porque se han convertido en naturaleza mi deseo y mi oficio. Esta es la Parte catorce de las comedias que en mí se han representado, aunque en distintos tiempos, del autor cuyo es el título, y á quien debo, si no mis principios, mis aumentos en la lengua de España, facilitando el camino á los demas raros ingenios, que me honran con sus escritos, y le han seguido. Mayores cosas se pueden esperar dellos; porque ya es tan fácil escribir una comedia de las que se usan fuera del arte, que no se pueden librar los autores de la importunidad de los poetas. Muchas parecen bien al vulgo junto, que á cada uno de por sí desagradan: culpa de los accidentes lo contrario, ya por las pasiones de los poderosos, ya por los defectos de la accion, de la memoria, de la destreza, del lugar, del calor, del frio, de la noche, de las voces, de los pechos y de la música; ya por venir los oyentes con disgustos, con divertimientos, con celos, con pérdidas, con pendencias, con determinada voluntad de que no han de alegrarse, ó por otras diversas causas, que por no cansar no digo, y cada dia se ven sobre mis bancos. Solian (no há muchos años) irse dellos tres á tres y cuatro á cuatro, cuando no les agradaba la fábula, la poesía, ó los que la recitaban, y castigar con no volver, á los dueños de la accion y de los versos. Agora, por desdichas mias, es vergüenza ver un barbado despedir un silbo, como pudiera un pícaro en el coso, y otro pensar que es gracia tocar un instrumento con que pudiera en sus tiernos años haber solicitado cantar tiples. ¡Mísero yo, que veo desde mis tablas, muchos hombres, que para escribir una carta concertada no tienen entendimiento, y escarnecen y mofan de lo que algunos sabios agradecen; y sabiendo que son tan pocos los que escriben mis comedias, en lugar de animarlos con alabanzas, los desmayan con vituperios! Teatro soy; pero en mi vida me reí de lo que no supe hacer; y cuando siento algun defecto, y voy á decir algo, me reprehendo tácitamente, y digo: «Yo soy maderos y tablas, anjeo y cordeles; ¿quién me mete en juzgar de lo que los autores destas fábulas estuvieron imaginando en sus estudios? pues podria ser que alguno destos me dijese alguna pesadumbre que me pesase, y en cifras ó sin ellas diese ocasion á que me señalasen con el dedo en las notas que yo pienso que nadie sabe, y pues no sé hacer otro tanto, más saben estos que yo. Si hoy no me dieren gusto, animados de mi cortesía, me le darán mañana.» Con ser la virtud quien es, se burló Ariston Quio de su maestro Zenon, porque dijo que no

habia cosa buena fuera della, ni mala fuera de su contraria, no dejando alguna para el medio. Así lo refiere Tulio en una de sus cuestiones, pues en cosas tan desiguales, algo se ha de dejar de los extremos buenos y malos para el medio, y no condenarlo todo porque del todo no sea bueno, pues pocas cosas lo son *ex omni parte*. Palabrita de latin es esta: perdonen; que los teatros y los pedantes tenemos licencia de encajar un latinito, para conservar el crédito, aunque nos descuidemos de saber romance. Finalmente, si no admite Ciceron la opinion estoica, que *summum bonum est, sine molestia vivere*, pasemos las que se ofrecen, ellos escribiendo, y yo llamando á escucharlos; pues, por lo ménos, dellos y de mí se sacan tantos ejemplos con que venimos á ser de tan grande importancia á la república, sin apurar las historias, los tiempos, los reyes y los sucesos; pues como Aristóteles siente, *de exemplo non requiritur verificatio, sed manifestatio;* y llega á estado que podríamos decir lo que el Filósofo en su Poética: *Ab exiguo, fabulis, et ab ridicula dictione, satyris exclusis, ad gravem habitum provecta.* Toda la poesía antigua, es opinion de Ateneo, que se dividia en scénica y lírica: luego es digna de más estimacion que algunos piensan, y no de ser tenida por nueva, y de ménos valor en la parte ridícula, pues refiere Robertelio que esos tenian por mejores poetas, *si jocos satyricos intermiscerent, quibus expectantium animi relaxarentur:* de lo que se acordó bien Horacio, cuando dijo: *Jocum tentavit*, etc. Sabrosa cosa es esto de latinizar: ya me iba, de uno en otro lugar, aficionando de lo que reprehendo, pues pudiera haberlo dicho en mi lengua, tan noble, copiosa y rica como todas; aunque un cierto greguizante dijo que dejaba de romanzar un texto de Aristóteles, porque hallaba para su declaracion baja nuestra lengua, siendo certísimo que le leyó en la latina, que tan poco se diferencia de la nuestra, y al fin le declaró de suerte, que se pudiera decir por él lo que Escalígero al que interpretaba aquel lugar de Catulo, *Marita tuum tamen;* que más quisiera que le dejara depravado, como estaba en la lecion antigua: *Quam suum somnum nobis interpretaretur.* No hablo de lo que me deben los oyentes, pues siempre querria deberles cortesía; que las nuevas frases, locuciones, donaires y otras infinitas diversidades de exornaciones en nuestra lengua, de mí se saben primero que de los libros, á lo ménos con la facilidad que la pintura muestra más presto en un lienzo una batalla, que un coronista la refiere en muchas hojas. Soy estafeta brevísima de las sutiles y altas imaginaciones, que por la posta se las traigo al gusto por tan pequeño porte, y no contento desto, tambien quiero que las gocen con más espacio, dandóselas impresas, como las presento en esta Parte. ¡Dichoso yo que no veré la cara que les ponen allá en sus aposentos, como aquí en mis tablas! aunque quedo seguro que las defenderán, pues habiéndolas comprado, ya son más suyas que mias, y los vaqueros tambien silban al toro despues que le han vendido.

EL TEATRO A LOS LETORES.

(PRÓLOGO DE LA PARTE XV DE COMEDIAS DE LOPE.)

Cumpliendo va el Autor de estas comedias la palabra por mí, mejor diré por sí mismo, en dar á luz las que le vienen á las manos ó á los piés, pidiéndole remedio. Él hace lo que puede por ellas; mas puede poco; que las ocupaciones de otras cosas no le dan lugar á corregirlas como quisiera; que reducirlas á su primera forma es imposible; pero tiene por ménos mal que salgan de su casa, que no de las ajenas, por no las ver como las primeras en tal desdicha, ya con loas y entremeses que él no imaginó en su vida, ya escritas con otros versos, y por autores no conocidos, no sólo de las Musas, pero ni de las tierras en que nacen. Estas son suyas, en la lengua que los poetas deste año llaman antigua: ¡caso notable, *que tengan muchos por bueno aquello sólo que no entienden!* Creo que tienen razon; *porque desconfiando de sus juicios, les parece cosa de poco ingenio la que con facilidad alcanza el suyo.* Ya saben, señores, los que leen aquella máxima de Aristóteles en los Tópicos: *Omne inconsuetum est obscurum;* pues ¡qué bien hablarian las Musas cómicas escuramente! La imitacion es su nombre, su materia y su forma: luego esta es su lengua; que aunque confieso las figuras retóricas á los que hablan, aunque sea en las calles, plazas y tiendas, no á lo ménos las trasposiciones, las locuciones inauditas y las metáforas de metáforas; y si alguna vez se levanta el poeta algo más de la imitacion en alguna narracion ó soliloquio, ó ya es éxtasis de la fértil vena, ó por mayor deleite del que escucha docto, y bien intencionado agradece. Y porque, como dice el mismo filósofo, es supérfluo en la definicion, *quo ablato, illud quod remanet manifestat diffinitum*, pasemos de lo que las comedias piden para su perfeccion, al estado en que se hallan. No quiere el poeta de las presentes singularizar las suyas, ni quitar á los que agora las escriben, lo que merecen, ya sea por sólo su natural, ya con algun arte; que de haberlas puesto en el presente hábito no les pide agradecimiento, ni jamás tuvo arrogancia; porque teniendo ingenio y letras para los libros que corren suyos por Italia y Francia, tiene las comedias por flores del campo de su Vega, que sin cultura nacen; sólo pide á los noveleros ó novatos que no levanten á Roma testimonios tan frios, diciendo que mandaban enterrar sus Senadores á los sacerdotes de los dioses que las escribian, para satirizar sin habilidad los que agora las escriben; pues bastan los testimonios en contrario del honor que dieron á Terencio tantos autores clásicos, san Isidoro, san Victor, Paulo Orosio y san Jerónimo, y haberle comentado Elio Donato, maestro suyo; pues entre otras alabanzas dice, escribiendo á Paulino: *Poetæ æmulentur Homerum, Virgilium, Menandrum, Terentium*, poniendo dos griegos y dos latinos, y tras el heroico el cómico; si bien Servio sobre Virgilio solamente en la propiedad concede honor á Terencio. Lea, pues, el desapasionado el libro, *el que no quiere con una comedia sola escurecer novecientas y veinte y siete, que este Autor ha escrito*, contando las que se llaman autos; perdonando los yerros que por haber corrido por tantas manos, serán forzosos: y el

que há tan poco que las escribe, no sea ingrato á lo que en su vida acertara sin esta carta de navegar; y no le parezca que este prólogo no lleva fundamento, pues es una de las tres partes en que Eugrafio sobre el Andria le divide, *Poetam populo commendare.*

PRÓLOGO DIALOGÍSTICO Á LA PARTE XVI.

PERSONAS.

El Teatro.—Un Forastero.

TEATRO.

¡Ay, ay, ay!

FARASTERO.

¿De qué te quejas, Teatro?

TEATRO.

¡Ay, ay, ay!

FORASTERO.

¿Qué tienes? ¿Qué novedad es esta? ¿Estás enfermo? que parece tocador ese que tienes por la frente.

TEATRO.

No es sino una nube que estos dias me han puesto los autores en la cabeza.

FORASTERO.

Pues ¿qué puede moverte á tales voces?

TEATRO.

¿Es posible que no me ves herido, quebradas las piernas y los brazos, lleno de mil agujeros, de mil trampas y de mil clavos?

FORASTERO.

¿Quién te ha puesto en estado tan miserable?

TEATRO.

Los carpinteros por órden de los autores.

FORASTERO.

No tienen ellos la culpa, sino los poetas, que son para tí como los médicos y los barberos, que unos mandan y los otros sangran.

TEATRO.

Yo he llegado á gran desdicha, y presumo que tiene orígen de una de tres causas: ó por no haber buenos representantes, ó por ser malos los poetas, ó por faltar entendimiento á los oyentes; pues los autores se valen de las máquinas, los poetas de los carpinteros, y los oyentes de los ojos.

FORASTERO.

Yo soy forastero, como ves en mi traje: no pensé que en esta tierra habia más comedias que aquellas que se constituyen de personas humildes, aunque en España no se guarda el arte.

TEATRO.

El arte de las comedias y de la poesía es la invencion de los poetas príncipes; que los ingenios grandes no están sujetos á preceptos, y en materia de agradar los ojos, te quiero vencer con un ejemplo. Cuando hay una fiesta de toros, ¿van á verlos ó á oirlos?

FORASTERO.

Yo no he oido decir que hable algun toro, que cante ó baile.

TEATRO.

Pues siendo los ojos tan principal sentido, no es pequeña la causa con que se mueve el pueblo.

FORASTERO.

Digo que es grande y digno de admiracion, pues en aquel espacio cristalino que recibe las especies, por cuya virtud se causa la vista, tanta diversidad de objetos comprende: y aquí viene bien lo que dicen, que ve tambien el alma como los ojos; que ellos ven por el acto de la vision que en sí tienen: el alma, como acto principal eficiente, y la potencia visiva como eficiente instrumental; ¿pues qué verán los ojos que no vea el alma?

TEATRO.

Dellos se dicen grandes alabanzas; pero aunque sea cosa tan excelente el oir, puedo yo con sola la vista oir leyendo, y saber sin los oidos cuanto ha pasado en el mundo.

FORASTERO.

Lo mismo dirán los oidos contra los ojos; pues pueden ver como ellos, retratando en la imaginacion por ideas lo que oyen.

TEATRO.

Las ideas son una perpétua sustancia, causa y principio para que las cosas singulares sean como ella, y de uno que se imagine, se formen muchos.

FORASTERO.

Parece que sabes.

TEATRO.

Hace dias que nací en Grecia, donde nacieron todas las artes. Conocí á Eurípides, á Esquilo, á Sófocles y á Aristófanes. Pero volviendo al pueblo, digo que justamente se mueve á estas máquinas por deleitar los ojos; pero no á las de la comedia de España, donde tan groseramente bajan y suben figuras, salen animales y aves, á que viene la ignorancia de las mujeres y la mecánica chusma de los hombres.

FORASTERO.

Pues ¿no hay discretos?

TEATRO.

Pocos.

FORASTERO.

Eso es mentira.

TEATRO.

Yo digo, algunas veces en la comedia; pues nadie se podrá persuadir con mediano entendimiento, que la mayor parte de las mujeres que aquel jaulon encierra, y de los ignorantes que asisten á los bancos, entienden los versos, las figuras retóricas, los conceptos y sentencias, las imitaciones y el grave ó comun estilo.

FORASTERO.

Algunos doctos y cortesanos habrá tambien, que agradezcan á los poetas sus estudios, con diferencia de los buenos á los no tales, de los legos á los científicos; que bien saben que hay poetas, y unos como poetas, que se salvan con el vulgo en la desconfianza, como los otros se pierden en la satisfaccion. *Que la opinion tal vez hace menores las cosas grandes, y el poco crédito grandes las pequeñas.*

TEATRO.

¿Qué importa, si no puede vivir el autor del parecer y singular voto de los que saben? y más consistiendo la comedia en accidentes, como mandar algun poderoso inquietarla, herir un representante, parir una mujer,

caerse una apariencia, errarse el que no estudia, ó el desairado ser odioso al pueblo, cosas que no están en las márgenes del poeta. Sin esto, muchos van á la comedia, más como figuras que como oyentes; y me hacen allí mayores papeles que los representantes, sin reparar en lo que un hombre de bien se debe á sí mismo (1) cuando está en público; y otros van tambien á que los vean lindos.

FORASTERO.

Con el dolor dices desatinos, Teatro; que sólo se precian de robustos los españoles, y de hombres más para las armas, que para usurpar las acciones femeniles, de que te pudiera traer lugares de antiguos autores, si supieras latin.

TEATRO.

Tanto latin sé yo, cuanto me basta para saber los que no lo saben; y por eso te diré á tu mismo propósito dos versos de Marcial, tan notables, que en esta ocasion me los puedes agradecer por cosa rara. Llamábale Carmenion hermano, y era Carmenion hombre afeminado, y lindo enfadoso; y como Marcial era español, y por esta causa se preciaba de robusto, díjole en un epigrama:

Tu flexa nitidus coma vagaris;
Hispanis ego contumax capillis.

Bien me puedes agradecer esta antigualla, para que sepas que no se rizaban los españoles, como ahora usan muchos tan afrentosamente.

FORASTERO.

El lugar me ha dado notable gusto, y es digno de tu ingenio y curiosidad. ¡Oh cómo se conoce que eres el facistol de los poetas, sobre cuyas espaldas cantan! Pero porque no te diviertas de tu primero intento, ¿qué libro es este que estás mirando?

TEATRO.

La Parte diez y seis de las Comedias de Lope, que no se acabó de imprimir por su ausencia, y así viene despues de la décimaséptima.

FORASTERO.

¿Son buenas estas comedias?

TEATRO.

Mirad á quién alabais, *El Perseo*, *El Laberinto y los Prados*, *el Adónis y Felisarda* están de suerte escritas, que parece que se detuvo en ellas.

FORASTERO.

Tú debes de estar bien con el poeta de estas fábulas.

TEATRO.

Há muchos años que le tengo notables obligaciones.

FORASTERO.

He notado que en sus libros dice bien de otros poetas: indicio que los reconoce por mejores.

TEATRO.

Todos dicen mal dél, y él bien de todos; no sé quien miente. Pero esta manera de alabar poetas no la culpes en Lope, que es muy antigua; pues Ovidio en el primero de los Amores, Elegía XV, alaba á Homero, á Hesiodo, Calímaco, Sófocles, Arato, Menandro, Enio, Accio, Varron, Aesonio, Lucrecio, Virgilio, Tibulo y Galo; y cree de sus estudios, que no hace cosa sin imitacion. En los demas, ellos te dirán lo que él sabe y él lo que saben ellos.

FORASTERO.

A los pintores no se ha de preguntar cuál es el mejor, sino á las imágenes.

TEATRO.

Él, á lo ménos, bien humildemente siente de sí.

FORASTERO.

Yo hallé unas palabras en Séneca, que se pueden aplicar á los poetas presuntuosos. *In primis* (dice) *insolentiam et nimiam æstimationem sui*, *tumoremque elatum supra cæteros*, *et amorem rerum suarum cæcum*, *et improvidum*.

TEATRO.

Esas tres cosas hacen á muchos malquistos y tenidos por ignorantes.

FORASTERO.

La fama no se adquiere con arrogancias, sino con obras. Mas dimé, Teatro, ¿cómo ha escrito tantas? ¿Fué codicia de fama y vanagloria, ó del provecho que se le sigue dellas?

TEATRO.

Necio estás y curioso; conténtate con saber que por desdicha suya ó del tiempo: y escucha á Ovidio en la tercera Elegía de sus tristezas:

Hectora quis nosset, fælix si Troja fuisset?
Publica virtutis per mala facta via est.

FORASTERO.

A esa cuenta, los ricos, los dichosos, los favorecidos no llegarán á sabios.

TEATRO.

Forastero preguntador, no me tientes: lleva estas comedias por mi cuenta, y si te engaño, que me vuelvan á romper la cabeza los carpinteros.

FORASTERO.

Lástima te tengo, porque como se acabaron los Cisneros, los Navarros, Loyolas, Ríos, Solanos, Ramirez, Tapias, Leones, Rochas, Salvadores y Cristóbales, ¿qué han de hacer los autores, sino, convertidos en bolatines, remitir á las tramoyas las comedias, y los poetas los conceptos á los aros de cedazo?

TEATRO.

Yo llevara en paciencia mis fracturas, aunque cada dia me pusieran nuevos emplastos, si sólo me silbaran mecánicos; pero ha llegado la barbada ignorancia de muchos que visten seda, á que con descompuesto deslustre de sus personas, piden parte de los silbos á la chusma.

FORASTERO.

Á eso no tengo que responder. Yo voy á comprar el libro; Dios te dé paciencia.

TEATRO.

Y os guarde, y lleve con bien á vuestra tierra.

FORASTERO.

Tú, pues, sabes latin, oye á Séneca:

Ego laboribus, quanticumque illi erunt, parco animo fulciens corpus.

---

(1) Los que tienen por galicismo reciente la locucion *deberse á sí mismo*, deben reparar que ya se usaba en el año de 1622.

PRÓLOGO DIALOGÍSTICO.

(DE LA PARTE XIX DE COMEDIAS DE LOPE.)

PERSONAS.

Un Poeta y el Teatro.

POETA.

Buenos dias, Teatro.

TEATRO.

¡Oh, Poeta amigo! ¿Dónde bueno tan de mañana?

POETA.

A ver si estabas acabado.

TEATRO.

¿Qué más acabado me quieres?

POETA.

Harto más lo están los autores de las comedias.

TEATRO.

¿Quién les tiene la culpa?

POETA.

Dicen ellos que los que te arriendan á tí por veinte y seis mil ducados al año.

TEATRO.

¿Tanto valgo yo en un lugar sólo?

POETA.

Tanto vales, Teatro.

TEATRO.

Pues esa ganancia ¿no procede de los que representan?

POETA.

Eso está claro.

TEATRO.

Pues ¿cómo se pierden, si los otros se ganan?

POETA.

Porque el representante lleva tres partes, y el arrendamiento siete, sin los aposentos y bancos, que es un exceso terrible.

TEATRO.

¿Tendria eso remedio?

POETA.

Tendria.

TEATRO.

¿Cómo?

POETA.

Volviendo á estar las comedias en el precio antiguo.

TEATRO.

¿Qué precio?

POETA.

Medio real para el autor, y medio para el arrendamiento, digo las obras piadosas, en que este provecho y renta se distribuye.

TEATRO.

Si no sois mejor poeta que arbitrista, aprended otro oficio.

POETA.

La experiencia nos enseñó entónces lo que se ganaba; que yo no doy arbitrios: porque un real es bastante precio, y puédenle dar muchos, con que cada dia se doblaba la gente; y ahora nadie quiere ó no puede dar tanto dinero, ni el representante puede vivir con la poca parte que le toca, siendo tanto el exceso de las galas y los partidos. Pero si de esto te has espantado, ¿qué dijeras si te persuadiera yo á que en esta Corte no habia de haber comedias desde 1.º de Junio hasta fin de Agosto?

TEATRO.

¡Tres meses sin comedia! ¡Oh qué gentil disparate! que montan más de seis mil ducados del arrendamiento; y yo ¡triste! Teatro de tablas, me hiciera bosque de pícaros.

POETA.

¿Qué importa si se ganaran los mismos en sólo Setiembre, viniendo la gente con deseo, como en otro tiempo solian, cuando esto se gobernaba por mayordomos? Que el haber cada dia tantas comedias trae la gente sin gusto, y el vulgo tan entendido, que no perdona sílaba, ni ya se les puede hacer plato sin decir lo dicho. Aquellos tres meses de calor excesivo en Madrid no gana la salud nada, juntándose en tí la gente.

TEATRO.

¿Tambien os haceis médico?

POETA.

Sin esto, la ganancia es poca ó ninguna; porque todos se van al rio, autor más discreto, que representa á deseo, y en unos charcos de agua detenida con puerta franca, las historias honestísimas que toda la Corte sabe, con tan indignos espectáculos de nuestra nacion severa, circunspecta y política.

TEATRO.

¡Graciosa figura debeis de ser! porque vos os habeis hecho arbitrista, médico y repúblico, y ahora os haceis predicador.

POETA.

Los filósofos antiguos escribieron Económicas para que las repúblicas viviesen con las leyes de la razon; que Económica tambien se traslada á la administracion de los reinos, como quiere Aristóteles en el tercero de sus Políticas, sin que nos metamos en la diferencia formal ó específica entre las civiles juntas ó los demas gobiernos: y no fueron los poetas los que ménos en sus comedias reprendieron las costumbres; que de la sátira tuvo orígen la comedia: y aquel antiguo Aristófanes, porque no se atrevia ninguno, tiñéndose la cara, representó los vicios de Cleonte, tribuno poderoso de Aténas, como refiere en su vida Nicodemo, su intérprete.

TEATRO.

Pues yo os aconsejaria echásedes por la lisonja; que no está el tiempo para sufriros á vos ni á nadie reprensiones.

POETA.

Dicen los poetas en disculpa de eso, que no hablan con mala intencion, sino que por haber faltado el simple de la comedia (propia figura ridícula de la nacion española), han introducido la sátira para mover á risa: como, por ejemplo, el marido descuidado, el viejo teñido, el calvo, y el galan con moño, cuya diferencia es tan antigua que della se rie Platon en el quinto diálogo de su República; que de las mujeres ya no se puede decir nada; que todo lo traen los hombres.

TEATRO.

Pues eso que á vos os parece donaire, no lo quiere

nadie oir, ni en seguidillas, ni en lacayos; y habrá comedia, que no vendrán á ella todos los que tuvieren alguna de esas gracias; y áun podria ser que el poeta, en vez de adquirir opinion, se hallase con enemigos.

POETA.

Nunca, Teatro, las cosas generales ofenden, y ménos á los discretos que á los ignorantes.

TEATRO.

Siempre son pocos los discretos.

POETA.

Preguntó Cisneros, representando un Alcalde, que ¿por qué estaba preso un estudiante, que entre otros salió á visita? Díjole el escribano que por una sátira. ¿Qué es sátira? replicó Cisneros. Sátira es, dijo el escribano, decir las faltas de los del lugar; y respondió Cisneros: ¿pues no sería mejor prender á los que tienen las faltas?

TEATRO.

Yo no lo apruebo, aunque Cisneros lo haya dicho, hombre, cuyo donaire no tuvo igual en el mundo. Pero volviendo al arrendamiento, os confieso que nunca lo he entendido. ¿Qué es lo que arriendan esos hombres?

POETA.

El provecho de las comedias.

TEATRO.

¿Quién hace las comedias?

POETA.

Los poetas.

TEATRO.

Y ¿tiénenlas hechas?

POETA.

No; que las hacen cada dia.

TEATRO.

Luego ¿arriendan los ingenios de los poetas?

POETA.

Necio estás; que un hombre que arrienda una heredad, no arrienda á la naturaleza, que es intrumento de la Providencia divina, sino el fruto que han de rendir las cepas ó los árboles.

TEATRO.

¿Y si se muriesen algunos poetas?

POETA.

No importa; que cada dia nacen tantos de la codicia de la fama, como de la humedad del invierno junto á los árboles los hongos: y áun hay quien enseña ya poetas y historiadores con preceptos y ejemplos, que aunque se hicieron entre la cabeza y los piés, no tienen piés ni cabeza.

TEATRO.

Pues con eso ¿quedan enseñados los poetas y los historiadores?

POETA.

Con esto y con remitirse á una Poética invisible que se ha de sacar ahora de los libros vulgares.

TEATRO.

¡Notable monstruo!

POETA.

Será hijo de la ociosidad y de la ignorancia.

TEATRO.

Mucho es que haya en este tiempo quien escriba comedias, así por la rigurosa censura del vulgo junto, que en mí Teatro es un carro de paja con ocho reales de ámbar, como por los accidentes que cada dia suceden y otras veces he referido; porque si un representante yerra una letra, pierde el poeta el paso, y la comedia el gusto.

POETA.

¿De qué suerte?

TEATRO.

Como si por decir uno Arcadia, dijese arcada, ó por escritura, escriatura.

POETA.

Tienes razon, Teatro; que yo he visto por un defeto, que el latin llama *lapsus linguæ*, parar la comedia un hora.

TEATRO.

¿Qué es *lapsus linguæ?*

POETA.

¡Háceste simple! pues yo te he visto, Teatro, hablar como filósofo muchas veces, y no pocas en algunas ciencias; si no eres como un cortesano que, alabándose de que sabía latin, pidió á un maestro de Alcalá le escribiese una sátira, que salió con su nombre y con su vergüenza.

TEATRO.

Como esos publican en el suyo los versos y sátiras de otros, y están contentos de escribir con duende, como el demonio de Sócrates, de quien le acusaron, como Jenofonte dice, casi al principio de sus dichos y hechos: *Quamobrem, ut arbitror, accusatus est nova dæmonia introducere.*

POETA.

Así es verdad, y como por instantes los cogen en sus ignorancias, dicen que no les responden á sus argumentos, como si con Anaxágoras sustentaran que era la nieve negra, como refiere Tulio; pero ignorando, ¿cómo pueden proponer cosa digna de respuesta?

TEATRO.

Valiéndose de las sombras que tú dices.

POETA.

Dirán que ellos lo han hecho.

TEATRO.

¿Qué importa, si esto es público? Y en crédito perdido, no hay invencion que valga.

POETA.

Toda la filosofía se divide en dos partes, racional y real: de las cosas que no son, no hay ciencia, sino sólo de aquellas que tienen ente: éste se divide en ente real, y de razon, como quiere el filósofo en el libro *de anima;* y así es necesario dividirse la filosofía en dos partes, *quarum una ens reale respiciat, altera vero circa ens rationis versetur.*

TEATRO.

¿A qué propósito salís ahora, cansadísimo Poeta, con ese disparate? ¿Pensastes que era yo escuela?

POETA.

Esto dije, porque estos las ignoran entrambas, y lo que tratan ni es ciencia especulativa ni práctica: pues ¿de qué arguyen, ó con qué fundamento hablan?

TEATRO.

Vos sois harto más necio en reparar ni hacer caso de quien nadie lo hace.

POETA.

Hablé en lo que no pensaba, y contigo todo se sufre.

TEATRO.

Nunca os inquieten hombres que sólo sirven de zagüanes á los libros de otros.

POETA.

Eso no entiendo.

TEATRO.

Escribiendo cartas y prólogos con no mayor limpieza, donde á su modo de saber, alaban, vituperan, censuran, gradúan, aprueban y reprueban, dándonos que reir con su ignorancia, y que llorar con su soberbia.

POETA.

Calla, Teatro, no busquen algun maestro de Alcalá ó alguna fantasma de Lusitania, que nos hagan algunas anotaciones que salgan en su nombre, aunque ellos blasonan de haber hallado una copiosa enciclopedia de todas las ciencias.

TEATRO.

Como eso os hallais los poetas cada dia para vuestras hipérboles: perlas, oro, plata, piedras, alquimias, flores, aceites, privilegios y otros sueños semejantes, que nadie puede creer en vuestros versos.

POETA.

Teatro, eso es poesía. Pero resolvamos la plática en lo que más importa.

TEATRO.

¿Teneis algunas comedias nuevas?

POETA.

Despues que se usan las apariencias, que se llaman tramoyas, no me atrevo á publicarlas.

TEATRO.

¿Por qué?

POETA.

Porque cuando veo todo un pueblo atento á una maroma, por donde llevan una mujer arrastrando, desmayo la imaginacion á los concetos y el estudio á las imitaciones.

TEATRO.

Pues ¡qué! ¿querríades ahora meteros con Escalígero á la division y partes de la comedia?

POETA.

¡Bueno fuera que los españoles se embarazaran en eso, y en que tuvieran los actos aquellas especiales partes, Prótasin, Epítasin, Catástasin y Catástrofen!

TEATRO.

¡Qué pullas para el pueblo! ¿De qué conjuro las habeis sacado?

POETA.

Tambien lo son para mí; que sólo el agradarle tengo por máxima: y cánsense Mancinelo sobre Horacio, y Mizolo sobre Eurípides. Pero bien dijo el licenciado Ironía de Conculcabis en el libro futuro que se ha de imprimir en Roma.

TEATRO.

¿Qué dijo?

POETA.

Hasta ahora no ha dicho nada, yo te lo diré entónces; que Ciceron en el libro tercero de sus Oficios dijo que le habia dado licencia su Academia *ut quodcumque maxime probabile occurrat, id nostro jure liceat defendere.*

TEATRO.

Pues yo os quiero dar pesadumbre con un lugar notable de Aristóteles, ya que me teneis por agudo, aunque no por mal nacido, pues ya sabeis que mis dos apellidos son de la Cruz y del Príncipe.

POETA.

¿Cómo?

TEATRO.

Futura repeti memoria non queunt, sed opinione potius comprehendi, et spe præsumi possunt.

POETA.

Bien dice y bien lo traes; pero no hay opinion ni esperanza donde no hay ciencia: y quédate con Dios; que me voy á Trapisonda á imprimir una historia prodigiosa de un varon santo.

TEATRO.

Aquí ¿no hay impresiones?

POETA.

Ando ocupado en distilaciones y alquimias.

TEATRO.

Solo esto os faltaba: seréis pobre y loco.

POETA.

Yo te daré un aceite de memoria, que les dará la vida á tus representantes, puesto en las sienes.

TEATRO.

¡Cuál era ese para muchos que la han perdido de sus cosas, ó piensan que los otros no la tienen! Pero en pago os doy estas doce comedias de Lope, que es la Parte decinueve.

POETA.

¡Oh Teatro! Dios te dé muchas comedias nuevas.

TEATRO.

¡Oh Poeta! Dios os lleve con bien á Trapisonda.

LISTA DE COMEDIAS QUE SE HALLA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL, EN EL CÓDICE NÚM. 195 (1) DEL ESTANTE SEÑALADO CON LA LETRA M. (PÁGINAS 128 Y SIGUIENTES DEL MANUSCRITO.)

Se dió ya cuenta de esta lista en el tomo I de Lope, página 588.

PRIMERA PARTE DE LAS COMEDIAS VIEJAS DE LOS MEJORES INGENIOS DE ESPAÑA, RECOPILADAS POR EL PRIOR DE SAN JERÓNIMO, É IMPRESAS EN GINEBRA, AÑO 1666 (2).

Lo que son mujeres, su autor el Confesor de la Reina.
Justicia y no por mi casa, del Conde de Castrillo.
El Galan fantasma, del Conde de Peñaranda.
El Letrado del cielo, del Marqués de Aytona.
El Licenciado Vidriera, del Duque de Medina de las Torres.
La cena de Baltasar, del Marqués de Velada.
Cuantas veo tantas quiero, del Duque de Alba.
El Diablo de Palermo, del Duque de Montalto.
La ocasion hace al ladron, del Marqués de Caracena.
Un Bobo hace ciento, del Duque de Alburquerque.
Antes que todo es mi dama, del Duque de Medinaceli.
Los Mártires de Madrid, de Mortara, Tejada y Rebolledo.
El yerro del entendido, del Conde de Oropesa.
Por la puente, Juana, de don Luis Ponce.
El mejor Amigo el Muerto, de todos los garnachas, etc., etc., etc.
Cada uno para sí.
Entre bobos anda el juego.
No pagar obligaciones.
El Sabio en su retiro.
El feudo de las cien doncellas.
El Hijo obediente.
Lo que puede la crianza.
Travesuras son valor.
Lo que es un coche en Madrid.
La batalla de Pavía.
No aspirar á merecer.
Dime con quien andas.
Abrir el ojo.
¿Quién tal pensara!
Madrid por dedentro.
Quien guarda halla.
Más sabe el loco en su casa.
Amparar al enemigo.
Los Pastores de Belen.
El Forastero en la Corte.
Casarse por vengarse.
De fuera vendrá.
Agua mansa.
La vida es sueño.
La Renegada de Valladolid.
En esta vida todo es verdad y todo mentira.
Lo que queria ver el Marqués de Villena.
San Ginés, Representante.
El Hombre es lo más.
Don Florisel de Niquea.
El Monstruo de los jardines.
La desdicha de la voz.
El Parecido.
Más pesan barras que culpas.
Quien á buen árbol se arrima.
Penar por culpas ajenas.
Eco y Narciso.
Ello dirá.
Más vale pájaro en mano.
Quien todo lo quiere.
Cata Francia, Montesinos.
No hay duelo entre dos amigos.
El campo de Leganitos.
El Mancebon del camino.
Los tres afectos de amor.
Los cuatro elementos.
Tambien hay duelo en las damas.
Lo mejor de los dados.
Las columnas de la Iglesia.
El Filósofo soldado.
El Convidado de piedra.
Heráclito y Demócrito.
Cegar para ver mejor.
El Lazarillo de Tórmes.
De Madrid á Toledo.
Más vale tarde que nunca.
Las manos blancas no ofenden.
Los tres mayores prodigios.
El Marido hace Mujer.
Malo vendrá.
El Encantado.
Gustos y disgustos son no más que imaginacion.
La traicion busca el castigo.
Resucitar con la agua.
El Bruto de Babilonia.
El secreto á voces.
Mujer, llora y vencerás.
No hay quien entienda la dicha.
Para en uno son los dos.
Más vale salto de mata.
Al enemigo la puente de plata.
El juramento ante Dios.
No hay amigo para amigo.
Sufrir más por querer más.

(1) El códice tiene este título: *Poesías satíricas contra el gobierno de España en los reinados de Felipe IV y Cárlos II.* Hay en el códice varios escritos en prosa, entre ellos las dos listas que publicamos aquí, porque algunas de las comedias que en ellas se incluyen no aparecen impresas hasta algunos despues, y así es de apreciar esta justificacion de su anterior existencia. No aprovecha para las comedias de Lope de Vega, que falleció en 1635; pero sí para las de otros.

(2) De los títulos de comedias comprendidos en esta primera lista, y de los autores que se les fingen, resulta una sátira, cuya intencion en algunos casos no es difícil de conocer. Se ve, por ejemplo, que al Duque de Medina de las Torres quieren motejarle de *Licenciado Vidriera* (delicado y loco), de *Galan fantasma* al Conde de Peñaranda, y al de Castrillo de hombre que apetecia la justicia, pero no para sí.

SEGUNDA PARTE DE LAS MEJORES COMEDIAS DE LOS MAYORES INGENIOS DE ESPAÑA, RECOGIDAS POR EL DOCTOR VALVERDE, CAPITAN DE LA MANCHA. (Página 71 del citado códice.)

La prueba de los ingenios.
El secreto á voces.
No hay amigo para amigo.
Caer para levantar.
Entre bobos anda el juego.
El embuste acreditado y disparate creido.
Quien todo lo quiere.
Los Enemigos hermanos.
El Gobernador prudente.
Agua mansa.
Don Florisel de Niquea.
Madrid por dedentro.
El Sabio en su retiro.
El Laberinto de Creta.
El Letrado del cielo.
Eco y Narciso.
El mejor Padre de pobres.
Con quien vengo.
La vida de San Francisco.
El Licenciado Vidriera.
El juramento ante Dios.
El Renegado del cielo.
El Maestro de danzar.
La cena de Baltasar.
Un Bobo hace ciento.
Oponerse á las estrellas.
El Defensor de su patria.
Primero es la honra.
El Traidor contra su patria.
Los dos mejores Hermanos.
Elegir á su enemigo.
El poder de la amistad.
Dime con quien andas.
El Ofensor de sí mismo.
El Negro del mejor amo.
¿Quién tal pensara!
Quien á buen árbol se arrima.
Los cuatro elementos.
Las columnas de la Iglesia.
El feudo de las cien doncellas.
Cada uno para sí.
El garrote mas bien dado.
Heráclito y Demócrito.

Esta segunda lista se halla en el códice con el título siguiente:

«Papel que se hizo en nuestro Colegio de Alcalá, el año de 1609 para las Carnestolendas de Adviento; hícele en competencia de otro, valga lo que valiera, dispuesto en títulos de comedias.»

ADICIONES Y CORRECCIONES ÚLTIMAS.

Impreso el primer pliego de estos preliminares, que han sido lo último que se ha impreso del tomo presente, he recibido del señor J. R. Chorley dos pliegos de correcciones al Catálogo de comedias de LOPE, firmados los dos con diferente fecha, aunque remitidos de Lóndres juntos. Várias enmiendas de las propuestas por el señor Chorley en ambos pliegos, ya estaban hechas en el Catálogo por el señor don Cayetano Alberto de la Barrera; otras no, y se incluyen por eso en este lugar, único de que se podia ya disponer.

DEL PLIEGO NÚM. 1.

Hamete (El) de Toledo. (Parte IX de LOPE.) Las piezas de este título que van respectivamente en las Partes I y XLI de las *Comedias Escogidas* con los nombres de Belmonte y Martinez, y en la XXIX de la misma coleccion como de tres ingenios, son diferentes de ésta de Lope.

Negro (El) del mejor amo. (Catálogos de Medel y de Huerta.) Quizá es otro título de *El Santo Negro Rosambuco* (Comedias de Lope, Parte III). Esta comedia y la de Méscua (Escogidas, Parte IV) tienen el mismo asunto, aunque son obras enteramente distintas, y por esta causa puede que se les hayan trocado los títulos.

5 de Agosto de 1858.

DEL PLIEGO NÚM. 2.

Achaques de honor. (Catálogo del señor don Ramon de Mesonero Romanos.) Dudosa.

Agravio (El) dichoso. (Segun el señor Mesonero Romanos es otro título de *La locura por la honra.*)

Amores (Los) de Cárlos. — V. *Palacios de Galiana*, últimos versos.

Ascendencia de los Maestres de Santiago y Calatrava.—V. (segun don Juan Isidro Fajardo en su Indice manuscrito) *El sol parado.*

Baldovinos y Carloto.—V. *El Marqués de Mantua*, últimos versos.

Castros y Andradas.—V. *La desdichada Estefanía.*

Cerco (El) de Túnez por Cárlos. V. (Mesonero Romanos.) Dudosa.

Cirro (ó *Zirro*, segun Medel), *Hijo de la perra.* — V., segun Fajardo, *Contra valor no hay desdicha* (1)

Cómo se engañan los ojos, y engaño del anillo,

(1) Debe leerse *Ciro.* Recuérdese el argumento de *Contra valor no hay desdicha*, primera comedia del tomo III de nuestro LOPE, que forma el XLI de esta BIBLIOTECA. Allí (página 7, columna 3.ª) se leen estos versos:

> Al monte parto con ligero paso,
> Que apénas con los piés tocaba al suelo,
> Cuando al bordar el sol de oro el ocaso
> Hallo *mi niño* y mi dolor consuelo.
> Una *perra* le daba ¡extraño caso!
> Piadosa el pecho por piedad del cielo,
> Y de aves y animales defendia
> Que en torno dél la muerte conducia.
> . . . .
> Crióle mi mujer, púsole *Ciro*,
> Por la perra que el pecho le habia dado.

(NOTA DEL COLECTOR.)

Nadie fie en lo que ve, porque se engañan los ojos,
Tambien se engaña la vista.

Segun las noticias del Indice de Fajardo son una misma obra, ya sea de Villegas, ya de Lope. Con el primer título va en la Parte XXV de Comedias de diferentes Autores, como obra de Villegas.

Cortés (El) Galan.—V. *La Niña de plata.*

Dama (La) enamorada. —V. *Más pueden celos que amor.*

De un castigo tres venganzas. (Medel.) Segun Fajardo, se halla en la Parte XXVIII, *extravagante.* Parece que ha de ser en la XXVIII de diferentes Autores, donde la comedia de Calderon, *Un castigo en tres venganzas,* aparece con el citado título.

Duquesa (La) de Bretaña.—V., segun Fajardo, *Más valeis vos, Antona,* etc.

Emperador (El) perseguido.—V. *El Gran Duque de Moscovia.*

Engaño (El) venturoso. (Mesonero Romanos.) Dudosa.

Enredos (Los) de Benito. (Cuatro comedias de Góngora y Lope, 1617). Segun las noticias de Fajardo, corria tambien con los títulos de *Burlas y enredos de Benito; Burlas veras y enredos de Benito; Burlas veras ó amor invencionero y Española de Florencia.* La comedia titulada *Burlas veras* (no más), que tengo suelta, es obra de todo punto distinta.

Excelente (La) Portuguesa.—V. *El Milagro por los celos*, últimos versos.

Gloria (La) de Nápoles. (Mesonero Romanos.) Dudosa. Medel la cita sin nombre de autor.

Honor (El) en el agravio. (Mesonero Romanos.)—Véase *La Lealtad en la traicion.*

Infanta (La) Gridonia, ó cielo de amor vengado. (Mesonero Romanos.) Dudosa. Fajardo cita con el primer título la *Comedia Gridonia*, de Hortensio Félix Paravicino (Arteaga).

Jardin (El) de amor.—V. *Los Ponces de Barcelona*, últimos versos.

Laberinto (El) de amor.—V. *La Prueba de los Ingenios*, últimos versos.

Loco (El) Santo. Segun Fajardo, es segunda parte de *El Loco cuerdo.*

Lucha de amor y amistad. Segun Fajardo y Medel, es de Montalban, con cuyo nombre corre suelta; segun Mesonero Romanos, es la de *Amistad y obligacion* con otro título.

Mal pagador, en pajas. (Mesonero Romanos.) Es una de las que cita Vera Tásis en su Lista de Comedias, que andaban con nombre supuesto de Calderon.

Muza furioso. El señor Mesonero Romanos la cita como la misma que *La Prision de Muza;* pero es de advertir que LOPE las cita como distintas en la lista de *El Peregrino.*

Negro (El) del mejor amo. (Medel, Huerta.) Parece ser otro título de El *Santo Negro Rosambuco.* La comedia de Méscua (diferente de la de Lope) sobre el mismo asunto, lleva el título de *El Negro del mejor amo.*

Niño (El) Pastor. (Medel, Huerta.) Fajardo la cita «en libro de autos».

Pérdida (La) de España y descendencia de los Ceballos. (Fajardo.) ¿Será *La perdicion de España*, incluida en la lista de *El Peregrino?*

Primero (El) Médicis. (Lista de *El Peregrino.*) Segun Mesonero Romanos es *La Quinta de Florencia.*

Prodigio (El) de la India, San Josafat. (Mesonero Romanos.)

Prudencia (La) en el castigo. (Medel, Huerta, Suelta, J. R. C.) Va en la Parte XLIV de las *Escogidas* con nombre de Rojas. No dudo que es obra de Lope.

Rey (El) fingido y amores de Sancha. (Mesonero Romanos.) Medel la cita sin nombre de autor. Dudosa.

Riqueza (La) mal nacida.—V. *Pobreza estimada*, últimos versos.

Santo (El) de los milagros.—V. *San Nicolás de Tolentino*, últimos versos.

Serafin (El) humano, San Francisco. (Parte XIX de Comedias de Lope.) Dice al fin que es *primera parte:* quizá la *segunda* es la que cita Medel con el título de *Glorias de San Francisco.*

Tanto hagas cuanto pagues. Suelta, en el Museo Británico. Es la misma obra que se atribuye á Moreto (Tercera Parte de las Comedias de Moreto: Madrid, 1681) con el título de *La traicion vengada*, y que ya el señor Fernandez-Guerra tenia por dudosa.

No dudo que es obra de Lope. El ejemplar suelto del Museo Británico es anterior al año 1660, porque forma parte de una coleccion que compró en Madrid *Bennet*, despues lord Arlington, ántes de su partida de allí en dicho año.

Triunfo (El) de la humildad, y soberbia abatida, es el verdadero título de la comedia que en la tabla de la Parte X se llama *La humildad y la soberbia.*

Valiente (El) bandolero.—V. (segun Fajardo) *El Maldito de su padre.*

Ventura (La) de la fea. Fajardo: «En la Parte XXVI *extravagante* de Lope.» Medel cita este título sin nombre de autor.

J. R. C. 11 de Setiembre de 1860.

Despues de impreso el prólogo de este volúmen, en el cual se afirma, y se trata de probar que el tercer acto de *El mejor amigo el muerto*, segun aquí se imprime, es obra de don Pedro Calderon de la Barca, se ha obtenido la cabal certeza de aquella opinion. En la biblioteca del Excelentísimo señor Duque de Osuna se halla ese acto con el nombre y apellidos de Calderon en la portada, escritos de su mano misma, y tambien el acto, ménos las hojas últimas.

El Editor de esta BIBLIOTECA, al terminar aquí la coleccion escogida de las obras de LOPE, manifiesta su sentimiento de no haber podido extenderse al resto de ellas, por las razones que ya se indicaron en el prólogo al tomo I de nuestro autor, página VI.

CASTELVINES Y MONTESES,

TRAGICOMEDIA.

PERSONAS.

ROSELO.
OTAVIO.
ANSELMO.
JULIA.
DOROTEA.
SILVIA.
ANTONIO.
TEOBALDO.
ARNALDO.
EL CONDE PÁRIS.
EL SEÑOR DE VERONA.
MARIN.
CELIA.
TAMAR.
CELIO.
FABIO.
FESENIO.
LIDIO.
LUCIO.
FERNANDO.
RUTILIO.
BELARDO.
LORETO.
UN CAPITAN.
DAMAS.—CABALLEROS.
SOLDADOS.
MUSICOS.
CRIADOS.—GENTE.

La escena es en Verona, en Ferrara y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Calle en Verona.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO, ROSELO, MARIN.

ANSELMO.

Ardese la casa toda
De fiesta y de regocijo.

ROSELO.

¿Casa alguna hija ó hijo?

ANSELMO.

Ó es el concierto ó la boda.

ROSELO.

Ve, por tu vida, Marin,
Y entra al descuido.

MARIN.

¡Harto bien!
¿Porque en colacion me dén
Las exequias de mi fin?
¿En cas de tus enemigos
Me mandas entrar á ver!

ROSELO.

Pues ¿quién te ha de conocer?

MARIN.

Para mal siempre hay testigos.
Son gente cruel y fiera
Los del bando Castelvin.

ROSELO.

Tú lindo gallina, en fin.

MARIN.

¡Pluguiera á Dios que estuviera
Junto el bando de esa gente,
Y en aquesta calle armada;
Y yo con capa y espada
Contra todos solamente!
Que tú vieras si de alguna
Hubiera hazañas tan ciertas.
Pero coger entre puertas...
Eso es desgracia perruna.

ANSELMO. (*Á Roselo.*)

Si tienes tanto deseo
De ver aqueste festin,
Donde el bando Castelvin
Junto y con cuidado veo,
Ponte una máscara y entra:
Pensarán que eres pariente.

ROSELO.

Y ¿podré seguramente?...

ANSELMO.

Podrás, si nadie te encuentra
Que quiera saber quién eres.

ROSELO.

Entremos, Anselmo, allá.

ANSELMO.

Hecho un paraíso está
De hermosísimas mujeres;
Pero el peligro es notable,
Porque del bando Montés
Tu padre cabeza es,
Y áun no sufre que se hable
Desta gente en su presencia,
Cuanto más verla en su casa;
Que luego en furor se abrasa,
Sin modestia y sin paciencia.
Pues Antonio, donde agora
Se celebra este festin,
Es cabeza Castelvin,
Que en estos bandos adora,
Y aborrece vuestras vidas.

ROSELO.

Basta, que el cielo reparte
En la una y en la otra parte
Dos cosas bien conocidas.
A nuestro bando Montés
Ha dado valientes hombres,
De tan excelentes nombres
Como en las historias ves;
Y en el de los Castelvines
Mujeres de tal belleza,
Que hurtó la naturaleza
La estampa á los serafines.
Pienso que si se juntaran
Los bandos por casamientos,
Y los extremos violentos [1]
De su venganza dejaran,
Tuviera la Italia envidia
De los hombres de Verona.

MARIN.

No sólo en cualquier persona
Me cansa, enoja y fastidia
Ver el odio que en vosotros
Es causa de tantos yerros,
Pero el ver que hasta los perros
Se muerdan unos con otros.
¿Qué es ver salir de las puertas
Monteses y Castelvines [2]
Bravos gozques y mastines,
Las bocas de furia abiertas,
Que si los dientes sutiles
Espadas pudieran ser,
Bastaban á enriquecer
Por horas los alguaciles!
No hay hombre que sin carlanca
Traiga su alano valiente,
Que parece lindamente
Sobre la piel negra ó blanca.
Pues ¡los gatos!... tan airados
Andan en sus bandos juntos,
Que hacen campaña por puntos
Las cocinas y tejados.
Si maullan, es por fin
De declarar su interés;
Porque unos dicen *Montés*,
Y otros dicen *Castelvin*.
Hasta en los gallos se ve
De aquestos bandos la furia,
Porque tienen por injuria
Que alguno cantando esté;
Y con tantos intereses,
Que si un Castelvin primero
Comienza en su gallinero,
Responden treinta Monteses.

ROSELO.

Tus discursos son muy propios
De tu ingenio y condicion.

MARIN.

Los tuyos pienso que son
Harto más locos y impropios;
Pues en casa vas á entrar
Donde están mil enemigos,
Que de pasados castigos
En tí se pueden vengar;
Que si estos discursos hago,
Es por sólo entretenerte.

ROSELO.

Pues yo, Marin, de otra suerte
Mi condicion satisfago.
Desprecio lo que es posible,
Lo difícil apetezco...
—Anselmo, si algo merezco
Con tu prudencia invencible,
Pierde esta vez de tu humor,
Y acompaña el loco mio;
Porque la sangre y el brio
Son temerario furor.
Dos ropas nos vestiremos
Con dos rostros de Ferrara,
Y en la parte ménos clara
De la sala nos pondremos.
Ven; que en tanta confusion
No seremos conocidos.

ANSELMO.

Los rostros y los vestidos

[1] Verso suplido.
[2] *Puertas Monteses y Castelvines:* Estas voces últimas están usadas aquí como de una sola terminacion. En el acto segundo, no obstante, se lee *señoras Montesas*.

Nuestro pasaporte son.
Vamos; que á ti la hermosura
De las damas te ha incitado.

ROSELO.

Y la privacion me ha dado
Ánimo á tanta locura.

ANSELMO.

De tu condicion lo creo.

MARIN.

¿Mas que vuelves con disgusto?

ROSELO.

Los peligros en el gusto
Despiertan siempre el deseo.

(*Vanse.*)

—

Jardin de casa de Antonio.

ESCENA II.

ANTONIO, TEOBALDO, JULIA, DOROTEA, CELIA, OTAVIO, OTROS CABALLEROS, DAMAS, MÚSICOS.

ANTONIO.

Aquí estaremos mejor.
Por el calor de allá dentro.

OTAVIO. (*Á Julia.*)

Yo, prima, ni salgo ni entro:
Todo es un mismo calor.

JULIA.

Á falta de algun galan,
Favor me quereis hacer.

OTAVIO.

Favores he menester.

JULIA.

Y estas damas ¿no os los dan?

OTAVIO.

¿Cómo, si no se los pido?

JULIA.

Pues pedídselos.

OTAVIO.

No quiero,
Por querer donde no espero
Ser para siempre admitido.

TEOBALDO.

Tomad asientos aquí.

ANTONIO.

¡Cuáles están nuestros hijos!

TEOBALDO.

No fueran los regocijos
Ménos buenos para mí,
Si pudieran ser casados.

ANTONIO.

Primos son, bien pueden ser:
Y bien lo pueden hacer
Hermanos tan concertados.

ESCENA III.

CELIO Y FABIO, *de máscaras.*—ANTONIO, TEOBALDO, JULIA, DOROTEA, OTAVIO, CELIA, DAMAS, CABALLEROS, MÚSICOS.

CELIO.

¿Hay licencia de danzar?

ANTONIO.

¿Por qué no, si vos quereis?

CELIO.

Dancemos.

FABIO.

¿Qué danzareis?

CELIO.

Con los ojos un mirar
Una mudanza que veo,
Que en el alma el son me toca:
Unas quejas con la boca,
Y un favor con el deseo.

ESCENA IV.

ANSELMO, ROSELO Y MARIN, *de máscara.*—DICHOS.

ANSELMO. (*Á Roselo y Marin.*)

Máscaras hay por acá.

MARIN.

Siempre *por acá* es lenguaje
De danza.

ROSELO.

La voz se baje.

ANSELMO.

Pienso que danzaron ya,
Y se han salido al jardin
Sólo á hablar.

ROSELO.

¡Brava hermosura!
Así Dios me dé ventura,
Que sois cielo Castelvin;
Perdone todo el rigor
Que con la leche me han dado
Los padres que me han criado.

ANSELMO.

¿Quién te parece mejor?

ROSELO.

La que habla aquel dichoso
Que mereció tal lugar.

ANSELMO.

Tú puedes tambien hablar.

ROSELO.

¡Qué rostro tan enfadoso!

ANSELMO.

¿La máscara te has quitado!

ROSELO.

No reparé en lo que hacia.

ANSELMO.

Póntela presto.

ROSELO.

Sería
Dar á esta gente cuidado,
Que imaginasen traicion.
Mejor es estarme ansí.

ANSELMO.

Ya te han visto.

ROSELO.

Necio fuí.

ANSELMO.

¡Qué notable confusion!

ANTONIO.

¿Hay mayor atrevimiento?
¡Roselo en mi casa!

TEOBALDO. (*Á Antonio.*)

Oid.

ANTONIO.

¿Qué he de oir?

TEOBALDO.

Sólo advertid
Lo que deste mozo siento:
Que es una noble llaneza,
Y que con su poca edad
No siente la enemistad,
Que es en él naturaleza;
Y es señal que no ha tenido
Odio jamás á esta casa,
Pues sabiendo lo que pasa,
Adonde veis ha venido.

ANTONIO.

¿No puede venir armado,
Y intentar una traicion?

TEOBALDO.

Eso es hablar con pasion.
De noble el mancebo ha entrado,
Sin reparar si era error,
Estando junto un linaje.

ANTONIO.

Y ¿no es de mi casa ultraje?

TEOBALDO.

Ántes me parece honor.

ANTONIO.

Yo lo juzgo de otra suerte,
Y le quisiera matar.

TEOBALDO.

Pues yo no os pienso ayudar
A hacer tan cobarde muerte.
Este, como simple azor,
Se ha entrado en el palomar
A ver si puede cazar
Algunas aves de amor.
No alboroteis á Verona,
Ni el bando resuciteis.

ANTONIO.

Mucha prudencia teneis.

TEOBALDO.

La edad, Antonio, me abona;
Y si teneis hija aquí,
Yo tambien.

ANTONIO.

Por vos le dejo.

TEOBALDO.

Lo que importa os aconsejo.

ANSELMO. (*Á Roselo.*)

¿Qué miras?

ROSELO.

Mi muerte ví.

ANSELMO.

No dices mal, pues mirando
Con tanta contemplacion,
Has dado justa ocasion
A los del contrario bando
Para que te dén la muerte.

ROSELO.

Con mucho sosiego están.

ANSELMO.

Por ventura juzgarán
Tu necedad de otra suerte.

ROSELO.

Déjame, Anselmo, que vea
Aquel ángel celestial,
Y sucédame tan mal
Como esta gente desea;
Que si es fuerza que la vida,
Para llegar hasta el cielo
Se ha de perder en el suelo,
La muerte es justo que pida.
Si matan los Castelvines
Con basiliscos mirando,
¡Oh quién fuera de su bando!

ANSELMO.

No me espanto que te inclines
Á tan debida hermosura.

ROSELO.

¿No es bella?

DOROTEA. (*Á Julia.*)

¡Qué hermoso talle
De mancebo!

ROSELO.

Cuando calle
Mi temor, mi amor procura,
Anselmo, hablando por mí,
Dar á entender mi pasion.
¿Que estos mis contrarios son!

ANSELMO.

Bien haces, piénsalo ansí.

JULIA.

Si el Amor se disfrazara
Para dar envidia á Febo,
Pienso que deste mancebo
El talle y rostro buscara;
Y yo pienso que Amor es,
Que, para quitar la paz,
Viene con este disfraz.

ROSELO. (*Aparte.*)

¡Ay, cielos! ¿que fui Montés!
¡No fuera yo Castelvin!
¿Tanto le costaba al cielo?

JULIA. (*Ap.*)

Entre las flores del suelo
De aqueste verde jardin,
El Abril debe de haber
Resucitado á Narciso.

ROSELO. (*Ap.*)

Si aqueste es el paraiso,
Mi bando ¿qué viene á ser?
Claro está, pues es contrario,
Que es el infierno, por fuerza.
Amor, mi temor esfuerza.—
Loco soy, soy temerario...
—Creo que me he de atrever.

JULIA. (*Ap.*)

¡Oh si se llegase á mí,
Que de cuantas hay aquí
Mas lo pienso agradecer!

DOROTEA. (*Ap.*)

Mi hermano con Julia está:
Sin duda que á mí se llega
La máscara.

ROSELO. (*Ap.*)

Amor me ciega,
Y él mismo me alumbra ya.

JULIA. (*Ap.*)

¡Ay, mancebo, si yo fuese
Tan dichosa!

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Ay si tomase
Mi lado!

JULIA. (*Ap.*)

¡Ay Dios, si llegase!

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Ay Dios, si amor me tuviese!

(*Siéntase al lado de Julia Roselo, y Anselmo al de Dorotea.*)

OTAVIO. (*Á Julia.*)

Habrá parecido á Amor,
Para enseñarme á querer,
Que habia yo menester
Tan cerca el competidor;
Mas en vano gasta el fuego,
Porque está fresco el jardin.
Perdóneselo; que en fin
Todos me dicen que es ciego.

ROSELO.

Aunque atrevimiento ha sido,
Señora, el haber tomado
El lugar de vuestro lado,
De mí tan mal merecido,
Bien me podeis perdonar,
Pues que vos teneis la culpa;
Y para vuestra disculpa,
Ya no me podeis culpar.
De vuestra rara hermosura
Mi atrevimiento nació:
Ella misma me llamó
Con su luz divina y pura.
Como mariposa anduve
Alrededor de la llama;
Que para morir con fama,
Cobarde al principio estuve.
Di tornos al rayo hermoso,
Hasta que vine á tener
Atrevimiento de ser
Faeton, en morir dichoso.
Abrásame vuestro cielo;
Que más estimo á este lado
Morir, Señora, abrasado,
Que vivir conmigo en hielo.
Y no os parezca, mi bien,
Atrevimiento y locura,
Que si es rayo la hermosura,
Su efeto es rayo tambien.
Presto digo lo que os quiero,
Presto me siento mortal:
No es mal si no mata el mal;
Bien puedo hablar, pues hoy muero.

JULIA.

Tierno la máscara viene.
Razones fingidas son.

OTAVIO.

No habla como es razon,
Pues ya quitada la tiene.

ROSELO.

Como máscara he tenido,
Otavio, este atrevimiento;
Que sólo el calor que siento,
Me pudo hacer atrevido.
Si os causo, levantaréme.

OTAVIO.

Bien podeis, si gusto os da.

JULIA.

¿Para qué? Bien estará
Junto á vos, si el calor teme;
Que de lo que á mí me helais,
Le podré helar de tal modo,
Que le vuelva en hielo todo.

OTAVIO.

Prima, mirad cómo hablais.

JULIA.

Favorezco á un hombre extraño,
Porque á vos no es menester.

OTAVIO.

Sí; mas no me habeis de hacer,
Por tan vuestro, tanto daño;
Que si pierdo el bien, creed
Que no lo quiero sin vos:
Y haréme extraño, por Dios,
Para que me hagais merced.

ROSELO.

Señora, si yo he tenido
La culpa, iréme de aquí.

JULIA.

¿Dónde?

ROSELO.

A entretenerme allí.

JULIA.

¿Estais mal entretenido?

ROSELO.

No lo puedo estar mejor;
Pero si soy descortés...

JULIA.

Nunca es descortés el que es
Digno de hacerle favor.
(*Ap. á Roselo.* Estáos quedo, y ¡ojalá
Que este necio se enojase
De suerte, que nos dejase!)
Otavio, llégate acá.

OTAVIO.

¿Qué me tengo de llegar,
Si al otro lado te vuelves?

JULIA.

Presto á enojos te resuelves.
Mas quiero contigo hablar.

OTAVIO.

¡Agora sí que me pagas!
El enojo que tenia,
Te perdono.

(*Habla Julia con Otavio, y da la mano á Roselo.*)

ROSELO. (*Ap.*)

¡Oh mano mia!

JULIA.

Quiero que te satisfagas
(*Hablando con Otavio, pero entendiéndose con Roselo.*)
De que, pues mi atrevimiento
Llega á no mirar mi honor,
No puedo hacerte favor
De más encarecimiento.

ROSELO. (*Ap.*)

No ha menester quien le brinde
El que á beber se resuelve.

JULIA.

El que las espaldas vuelve,
A su enemigo se rinde.

OTAVIO.

Cuando tú me las volvias,
Y á mi enemigo la cara,
No era mucho que pensara,
Julia, que me aborrecias.

JULIA.

Aborrézcote de modo
Que todo por ti lo dejo.

OTAVIO.

Señora, ya no me quejo.

ROSELO. (*Ap.*)

¡Bien! por mí lo dice todo.

JULIA.

Esto de no poder más
Obliga á descortesías.

OTAVIO.

Ya entendí yo que lo hacias
Por el lugar en que estás.

JULIA.

Bien tienes que agradecerme,
Aunque te parezca poco.

OTAVIO.

Digo que me vuelvo loco.

ROSELO. (*Ap.*)

¡Notable favorecerme!

JULIA.

Si aquí me dieran lugar,
Tú vieras mi atrevimiento.

OTAVIO.

¡Bien haya mi pensamiento!

ROSELO. (*Ap.*)

¿Hay tal manera de hablar?

JULIA.

Grande es la fuerza de amor.

OTAVIO.

¡Tanto bien tras tal desprecio!

ROSELO. (*Ap.*)

Habla conmigo, y el necio
Piensa que le da favor.

JULIA.

En mi vida, Otavio, ví
Cosa que más me agradase.

OTAVIO.

Mil veces amor me abrase.

ROSELO. (*Ap.*)

Todo lo dice por mí.

JULIA.

No te parezca que ha sido
Libertad este favor.

OTAVIO.

No hay liviandad en amor.

ROSELO. (*Ap. á Julia.*)

¿No soy yo tan atrevido?
Que de la suerte que yo
Te quise cuando te ví,
Pudo sucederte así.

JULIA.
Mucho el verte me agradó.
Eres gallardo y galan.

OTAVIO.
Seré un ángel, si me quieres.

JULIA.
Espejo á lo ménos eres,
Adonde sus rayos dan;
Que aunque dan agora en tí,
Porque del sol estoy léjos,
Salen de ti los reflejos,
Y queda la luz en mí.

ROSELO. (*Ap.*)
Presumes que el sol me asombra
Porque le tienes enfrente;
Pero como es trasparente,
Ni tiene espaldas ni sombra.

JULIA.
¿Quién me quiere bien?

OTAVIO. (*Bajo.*)
Yo.

ROSELO. (*Bajo.*)
Yo.

JULIA.
¿De quién soy?

OTAVIO.
De mí.

ROSELO. (*Bajo.*)
De mí.

JULIA.
¿Serás tú mio?

OTAVIO.
Sí.

ROSELO. (*Bajo.*)
Sí.

JULIA.
Y ¿negaráslo?

OTAVIO.
No.

ROSELO. (*Bajo.*)
No.

JULIA.
¿Verásme?

OTAVIO.
Veré.

ROSELO. (*Bajo.*)
Veré.

JULIA.
Tarde ¿es bien?

OTAVIO.
Mejor.

ROSELO. (*Bajo.*)
Mejor.

JULIA.
¿Quién te guia?

OTAVIO.
Amor.

ROSELO. (*Bajo.*)
Amor.

JULIA.
Ven solo.

OTAVIO.
Sí haré.

ROSELO. (*Bajo.*)
Sí haré.

JULIA.
¿Esperaré?

OTAVIO.
Espera.

ROSELO. (*Bajo.*)
Espera.

JULIA.
¿Será cierto?

OTAVIO.
Cierto.

ROSELO. (*Bajo.*)
Cierto.

JULIA.
¿A qué parte?

OTAVIO.
Al huerto.

ROSELO. (*Bajo.*)
Al huerto.

JULIA.
Calla.

OTAVIO.
Aunque muera.

ROSELO. (*Bajo.*)
Aunque muera.

OTAVIO.
Paréceme que he sentido
El eco de mis razones.

JULIA.
Serán imaginaciones.

ROSELO. (*Bajo.*)
Todo lo tengo entendido.

JULIA. (*Á Otavio.*)
No me espantan tus recelos,
Ni me agravia tu temor;
Que de las voces de amor
Siempre son ecos los celos.
Y aunque la voz se reparte,
Por haber mas gente aquí,
Como sale y topa en tí,
Resurte el eco á otra parte.

OTAVIO.
En fin, Julia, ¿que los celos
Son ecos de amor?

ANTONIO.
Ya es tarde.

JULIA. (*Á Roselo.*)
Guarda aqueste.
(*Da un anillo á Roselo.*)

OTAVIO.
¡Que éste guarde!
¡Qué me das!

ROSELO. (*Ap.*)
¡Qué os debo, cielos!

JULIA.
Luego ¿no me has entendido?

OTAVIO.
No, Julia.

JULIA.
Puse la mano
En el corazon (que es llano
Que te le he dado y rendido),
Y por eso te decia:
«Guarda aqueste.»

OTAVIO.
Y dices bien,
Porque tus manos le dén,
Y le guarde el alma mia.

ROSELO. (*Ap.*)
¡Qué divina discrecion!
De oirla me maravillo.
Dice que guarde el anillo,
Y él piensa que el corazon.
Matóme el entendimiento,
Si me rindió la hermosura.

ANTONIO. (*Á Teobaldo.*)
Por ti he tenido cordura.

TEOBALDO.
Lo que te aconsejo siento:
Cese la fiesta; que es tarde.

ANTONIO.
¡Hachas! ¡Hola!

TEOBALDO.
Guárdeos Dios.
Mañana hablemos los dos.

DOROTEA.
Prima, adios.

JULIA.
El cielo os guarde.
(*Vanse todos, ménos Julia y Celia. Roselo y Julia se despiden con la mirada.*)

ESCENA V.

JULIA, CELIA.

JULIA.
Espérate, Celia, aquí;
Que tengo un poco que hablarte.

CELIA.
Bien tengo yo que contarte,
Y más si te importa á tí.

JULIA.
¿Has visto más gallardía
Que la de aquel gentil hombre
Que me habló?

CELIA.
¿Sabes su nombre?

JULIA.
No; mas saberle querría,
Porque en la vista primera
Hizo tal efeto en mí,
Que pienso que el galan fuí,
De atrevida y lisonjera.
Mas he oido que se ponen
Hechizos muchos mancebos,
Con que á pensamientos nuevos
Las más altivas disponen:
Y este sin duda traia
Algo desto, porque ya
Sin su vista no podrá
Sosegar el alma mia.

CELIA.
¡Buen lance habemos echado!
Pero no juzgues á hechizo
Lo que este mancebo hizo,
Siendo en Verona estimado
Por su talle y discrecion
De las más hermosas damas.
Pero haz cuenta, si le amas,
Que es tu misma perdicion;
Porque este mozo es Roselo,
Hijo de Arnaldo, cabeza
De aquel bando...

JULIA.
¡Qué tristeza!
No me digas más. ¡Ay cielo!

CELIA.
Pues bien, ¿de qué es el pesar?
¿No fué mejor avisarte
Para que puedas guardarte,
Cuando te puedes guardar?

JULIA.
¿Cómo puedo! que le dí
Livianamente la mano.
Pero ¿cómo ese villano
Osó, Celia, entrar aquí?

CELIA.
A fe que vi yo tratar
A los viejos de matalle;
Y quiera Dios que á la calle
No le salgan á matar.

JULIA.
Escucha...—¡Válgame Dios!
Asómate... Mas no es nada.
Toda estoy alborotada...
—Y va solo.

CELIA.
Y otros dos.

Pero Teobaldo, tu tio,
Sé yo que le reportaba.

JULIA.

¡Para qué este mozo entraba
En casa? ¡Hay tal desvario!
¡Hay tal locura! Y si entró,
Con máscara se estuviera:
Ni mi padre se ofendiera,
Ni me enamorara yo.

CELIA.

Calla; que es mayor locura
Decir que le quieres.

JULIA.

Quiero
Mi honor. ¡Ay, tirano fiero,
Visto por mi desventura!

CELIA.

Pues tú ¿qué honor has perdido
Si áun la espalda le volvias
En el estrado, y tenias
A Otavio favorecido?

JULIA.

Con Otavio hablaba... ¡Ay cielo!

CELIA.

Pues ¿de qué triste te pones?

JULIA.

De que todas las razones
Las dije siempre á Roselo:
De suerte que hablaba á Otavio,
Y Roselo me entendia.

CELIA.

Todo el sarao lo sufria.
No hay en el honor agravio.

JULIA.

Dile un anillo.

CELIA.

Es favor
De fiestas.

JULIA.

Hice concierto
Que me viese en este huerto.

CELIA.

No verle.

JULIA.

Téngole amor.

CELIA.

Olvidalle, porque es hombre,
Que ántes te darán á un moro
Tus padres.

JULIA.

¡Con qué decoro
Le hablara, á saber su nombre!
¡Ah! ¡qué mal que me atreví!
No dudes, hechizos tiene.
Si él á verme otra vez viene,
No sé qué ha de ser de mí.
Mañana, Celia, mañana
Le busca, y di que he sabido
Quién es, y di que le pido,
Ya que he sido tan liviana,
Que no atraviese esta calle.

CELIA.

Yo lo haré: y cree que á mí
Me pesó cuando te vi
Con tanto despejo hablalle.

JULIA.

¡Ojalá me lo dijeras!

CELIA.

Cayóme, Señora, al lado
Su criado.

JULIA.

¡Su criado!

CELIA.

Sí, por tu vida.

JULIA.

¿De veras?

CELIA.

Y te juro que si tiene
Talle y desenfado el dueño,
Que el del mozo no es pequeño.

JULIA.

Mucho saber me conviene
Del mozo, si quiere bien
Roselo en alguna parte.
Procura, Celia, informarte;
Que me va el honor tambien.

CELIA.

¿Para qué, si has de olvidalle?

JULIA.

¡Ah sí! ya no me acordaba.
Dile que inocente estaba...
Y que no pase esta calle.—
Pero ¿qué puede dañar
Que sepa si quiere bien?

CELIA.

Eso es locura tambien.
Déjale, Señora, amar
Adonde le diere gusto,
Pues para tí no ha de ser.

JULIA.

¡Oh qué enfadosa mujer!
¡Siempre me ha de dar disgusto!
¿Qué se te da que yo quiera,
Que no quiera a nadie?

CELIA.

Es cosa
Justa...

JULIA.

¡Otra vez, enfadosa!

CELIA.

Ven; que la cama te espera.

JULIA.

Ya no me quiero acostar.

CELIA.

Iré á llamar á Roselo,
Que te lo ruegue.

JULIA.

Consuelo
Me da el oirle nombrar.—
Ponte mañana el vestido
Con que ayer vi á Dorotea.

CELIA.

¡Plega á los cielos que sea
Roselo!...

JULIA.

¿Qué?

CELIA.

Tu marido.

JULIA.

¿No ves que no puede ser?

CELIA.

Como eso puede el amor.

JULIA.

Agora hablaste mejor.
¡Oh qué discreta mujer!
Y aprende deste disgusto
Que no hay remedio importante,
Para templar un amante,
Como hablar bien de su gusto.

(*Vanse.*)

—

Galería en casa de Arnaldo.

ESCENA VI.

ARNALDO, *de camino*; LIDIO.

ARNALDO.

Quítame, Lidio, estas espuelas.

LIDIO.

¿Vienes
Cansado de la villa?

ARNALDO.

No me cansa
La soledad del campo; que á Verona
El cuidado me trae de mi casa;
Que a no ser por la hacienda y la familia,
Mejor estoy cazando en el aldea.
Toma aqueste arcabuz.

LIDIO.

Mucho me pesa
Que vayas solo y vengas.

ARNALDO.

Mira, Lidio,
Dónde le pones bien.

LIDIO.

¿Viene cargado?

ARNALDO.

Si lo que trae en el cañon, tuviera
Antonio Castelvin dentro del pecho,
Gozara agora más descanso el mio.—
¿Qué hay de mi hijo?

LIDIO.

Bueno está, á Dios gracias.

ARNALDO.

¿Estudia?

LIDIO.

Poco; pero no le faltan
Liciones virtuosas.

ARNALDO.

¿Qué?

LIDIO.

La esgrima,
El caballo y un poco de pelota.

ARNALDO.

¡Virtud llamas al juego!

LIDIO.

Entre los nobles
Se tiene por virtud este ejercicio,
Como dados y naipes por mal vicio.

ARNALDO.

¿Sale de noche?

LIDIO.

Yo me acuesto luego.
Su privanza es Marin; ellos se entienden.

ARNALDO.

¡Gran persona! ¡Marin! Yo te aseguro
Que no le lleve á que sermones oiga.
¡Oh qué de mujercillas que en mi audiencia
Habrán entrado en esta galería!

LIDIO.

Hasta que esté Marin en las galeras,
La galería pasará trabajo.

ARNALDO.

En faltando á una fuerza barbacana,
Entra quien quiere en ella fácilmente.
Mi bijo es mozo; y temo que estos bandos,
Que saben que es los ojos con que veo,
Me los eclipsen dándole la muerte:
Efeto fácil de la escura noche,
Que cubre las traiciones facilmente,
Y se deleita en agradar la envidia.

LIDIO.

Quitalle este Marin, que es el cabestro
Con que le llevan manso donde quiera.

ARNALDO.

Y ¿faltarále otro Marin tan malo?
En los criados hice una experiencia
Toda mi vida...

LIDIO.

Y ¿es?

ARNALDO.

Si no me engaño,
Aquel es el peor que entónces sirve;
Y más si há mucho tiempo que está en casa;
Que entónces el señor es su criado,

Y más si acaso sabe algun secreto,
Por no haber sido su señor discreto.

LIDIO.

Si el criado lo es y bien nacido,
Miéntras más sirve, más leal parece.

ARNALDO.

Lidio, yo quiero cautivar mi hijo:
Con esto pienso que estaré seguro;
Que no hay prision para los tiernos años
De más fuerza que un noble casamiento.
Una de sus virtudes, que son muchas,
Es dar seso á los mozos.

LIDIO.

Miéntras tenga
Un socarron como Marin al lado,
No haya miedo que baste el casamiento;
Antes será peor.

ARNALDO.

¿De qué manera?

LIDIO.

Porque cualquiera libertad que haga
Siendo mancebo, esa disculpa tiene;
Pero si este Marin, que le conduce
A casa de mujeres sospechosas,
Casado le cautiva con alguna,
¿Cuál andará su honor y el de tu casa!
Luego tendrás pendencia con sus suegros,
Luego andarás pagando mil deudillas,
Para que no se sepan sus flaquezas;
Luego hallarás á su mujer llorando
De celos de la libre mujercilla.
Quitarále las joyas y vestidos,
No comerá en su casa muchas veces;
Y cuando coma, será mal y tarde.
Vendrá á acostarse al alba, y la familia
Estará desvelada y afligida.
Todo será pendencias y deshonras;
Y más si pone alguna vez las manos
En su mujer celosa, que es muy cierto.
Pues tenlo tú que es un infierno en vida
Galera donde vive el alma asida.

ARNALDO.

¿Tanto podrá Marin?

LIDIO.

Y ¡cómo tanto!

ARNALDO.

Algo te ha hecho á ti.

LIDIO.

Ya me espantaba
Que no juzgases mal de mis consejos.
Malicias nunca faltan á los viejos.

ARNALDO.

Yo, siempre que un criado se apasiona
En decir mal de otro, pienso y creo,
O que le quiere mal, ó que le envidia.

LIDIO.

Eso será en las casas de los príncipes.

ARNALDO.

Donde quiera la envidia se entremete.

LIDIO.

¡Que tenga esta ventura un alcahuete!
Pero pienso que á mí me ha sucedido,
Diciéndote que sabe deste trato,
Lo que al jüez que el alcahuete azota;
Que desde que le azota, le da fama.
Tú, como todavía te enamoras...
Habráte parecido buen criado
Marin para tus gustos.

ARNALDO.

No respondo,
Porque cansado estoy de tí y del campo.

LIDIO.

Las verdades carecen de respuesta.
Confieso mi pasion; mas todavía
Me obliga la lealtad que te debia.

(*Vase Arnaldo.*)

ESCENA VII.

MARIN.—LIDIO.

MARIN.

Famoso Lidio, ¿qué hay desque ha venido
El gruñidor de casa y está en ella?
¿Qué dice de su hijo? ¿No pregunta,
Como suele, prolijas sutilezas?

LIDIO.

Pocas son á sus voces mil cabezas.
Aquí me estuvo agora examinando.

MARIN.

¿Preguntóte de mí? Mas ¿quién lo duda?

LIDIO.

Hartas cosas me dijo; mas yo á todas
Le respondí que no tuviese pena;
Que miéntras te tuviese por maestro,
Y trajese por ayo, bien podia
Dormir á sueño suelto, confiado
En tu virtud y buen entendimiento.
Díjele los consejos que le dabas,
Y cuántas ocasiones le quitabas.

MARIN.

¡Bien haya el dia que te dí la mano
De amigo, el vino que bebimos juntos,
Y las muchachas, cuya limpia casa
Fué de aquella merienda campo ilustre!
Pues yo te juro, Lidio, que no pierdas
En las fianzas nada.

LIDIO.

A mí me basta
Cumplir con lo que debo á bien nacido.

MARIN.

Hoy por esta merced quiero llevarte
En casa de dos bellas forasteras,
Donde verás con una guitarrilla
Todo el donaire que despierta el gusto.

LIDIO.

Yo voy á ver agora si reposa
Nuestro cansado viejo; tú entre tanto
Preven la casa.

MARIN.

Haré cuanto me mandes.

LIDIO.

De hoy más hemos de ser amigos grandes.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

MARIN.

Este es el mayor bellaco,
Envidioso y socarron,
Que ha disfrazado traicion
Con el rosario y el saco.
Pero quien quiere vivir
En paz en ajena casa,
Ha de sufrir lo que pasa,
Y ver y callar y oir.
Siempre ha de ser lisonjero,
Y hasta el mal agradecer;
Y para causar placer,
Hablador y chocarrero.
Poco obrar, y gran parola,
Para no caer en mengua;
Y cuando alargue la lengua,
No ha de picar con la cola.
Esto del servir entiendo;
Y que, en fuerza ó voluntad,
El que tratare verdad,
Medrará poco sirviendo.

ESCENA IX.

ROSELO, ANSELMO.—MARIN.

ROSELO.

¡Nunca mayor desventura
Ha sucedido por hombre!

ANSELMO.

Este es su linaje y nombre.

ROSELO.

¡Mal empleada hermosura!
¡Que de Antonio Castelvin
Este serafin nació!
Engañóme, pues me dió
Veneno en un serafin.

ANSELMO.

¿Para qué fuiste á su casa?

ROSELO.

Marin...

MARIN.

En la tuya está
Tu padre.

ROSELO.

Presto sabrá
Este furor que me abrasa.

MARIN.

¡Lindo desatino!

ROSELO.

Estoy
Que pierdo el seso, Marin.

MARIN.

¿Sabes ya que es Castelvin
Tu dama?

ROSELO.

Y que muerto soy.

MARIN.

En los principios, no hay mal
Que el remedio dificulte.

ANSELMO.

Harto temo que resulte
Algun desatino igual;
Y si toma mi consejo,
Ha de hacer cuenta que entró,
Y que una pintura vió,
O que se vió en un espejo:
Que en quitándose de allí,
No se ve más la figura.

ROSELO.

No importa, si su hermosura
Truje retratada en mí.
Que fué Julia espejo digo;
Mas si la figura fuí
Que en sus bellos ojos ví,
Esa me traigo conmigo.

ANSELMO.

Pues, Roselo, no hay que hablar
De querer esta mujer;
Que es echaros á perder,
Y revolver el lugar.
Advierte que si algun dia
Pasases una vez sola
Por su calle, una pistola
Castelvin te tiraria;
Que las piedras y la casa
Se moverán y caerán
Sobre tí.

ROSELO.

No harán.

ANSELMO.

Sí harán.

ROSELO.

¡Qué mal sabes lo que pasa!

ANSELMO.

Yo ¿qué tengo que saber
Mas de que eres su enemigo?

ROSELO.

¿Y lo que pasa conmigo
Y aquella hermosa mujer?

ANSELMO.

¿Qué te pudo á tí decir
La que en su vida te vió?

ROSELO.
¡Ay, que la mano me dió!

ANSELMO.
Como eso pudo fingir
Para que te dén la muerte.

ROSELO.
Dióme este anillo tambien.

ANSELMO.
Los ojos más ciegos ven
Que te engañó desa suerte.

ROSELO.
Quiere que por el jardin
La vea.

ANSELMO.
¡Bien digo yo
Que para el jardin trazó,
Pobre Roselo, tu fin!

ROSELO.
Eres un necio, pues ella
No sabe con quien habló;
Sólo el amor la obligó,
Como á mi el verla tan bella.
Y porque no me canseis,
Sabed que me voy á armar;
Que esta noche la he de hablar,
Aunque mas me lo estorbeis.
Anselmo, si eres mi amigo,
Marin, si eres mi criado,
En esta locura he dado,
Y esto he resuelto: conmigo
El que me quisiere bien... [1]
. . . .

ANSELMO.
Seguiréte, aunque me pese,
Y aunque mil muertes me dén.

MARIN.
Sabes que soy temerario:
A tu lado moriré.

ROSELO.
Quien con tanto amor se ve,
No tiene mayor contrario.
Poco hiciera yo en quererte,
Julia, á ser amiga mia.
¡Ojalá llegase el dia
Que te obligase mi muerte!
(*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA X.

JULIA, OTAVIO, CELIA.

OTAVIO.
No te entiendo.

JULIA.
Ni yo á tí.

OTAVIO.
Mira, prima, que he venido
A lo que me has advertido.

JULIA.
¡Yo á ti!

OTAVIO.
Sí, Julia, tú á mí.
Y si es que no me aguardabas,
¿Qué hacias en el jardin?

JULIA.
Pienso que salí á este fin
De enojarme, si llegabas.

OTAVIO.
En el festin me dijiste:
«Ven aquesta noche á verme.»

JULIA.
Primo, mi padre no duerme...
—Yo lo dije, y bien hiciste.—
Sube á entretenerle un rato,

[1] Falta el segundo verso de la redondilla.

Haz que se acueste, y despues
Verás, Otavio, si es
Contigo mi amor ingrato.

OTAVIO.
¿Cumpliráslo?

JULIA.
No hayas pena
Que niegue lo que prometo.

OTAVIO.
Voy á entretenerle, á efeto
De que, despues de la cena,
No recoja, como suele,
La familia.

JULIA.
Aquí te espero.

OTAVIO.
Haz, sueño, que el más ligero
Ministro á esta casa vuele,
Y la cubra de tu olvido. (*Vase.*)

ESCENA XI.

JULIA, CELIA.

JULIA.
Celia...

CELIA.
Señora...

JULIA.
¿Qué haré?

CELIA.
Que miéntras tu padre esté
Con Otavio entretenido,
Desengañes á Roselo,
Si acaso viniere aquí.

JULIA.
¿Que le desengañe?

CELIA.
Sí.

JULIA.
¡Cruel sentencia! A Amor apelo.

CELIA.
¡Cuánto sabe una mujer!
Del mismo competidor
Se vale, para el favor
Que á quien ama quiere hacer.
¡A tu primo haces estar
A tu padre entreteniendo!

JULIA.
Y entretengo á quien pretendo
Aborrecer y engañar:
Si Otavio hablar me quitaba
Mi Roselo, estése allá.

CELIA.
Ruido he sentido.

JULIA.
Y ya
El corazon me avisaba.

CELIA.
Con escala habrá subido.

JULIA.
Pues ¿dónde la pudo asir?
¡Oh! ¡Plegue á Dios que al subir
No caiga!

CELIA.
Si no ha caido.

JULIA.
Si escala la tapia iguala,
Alta ha sido.

ESCENA XII.

ROSELO.—JULIA, CELIA.

ROSELO. (*Dentro.*)
Aquí esperad.

JULIA.
Si fuera mi voluntad,
No era menester escala.
(*Sale Roselo muy galan.*)

ROSELO.
¿Podré, querida Señora,
Llegar á verte?

JULIA.
Bien puedes,
Con la modestia que es justa,
Más que á quien soy, á quien eres:
Y ántes, Roselo, que digas
Palabras tiernas, que suelen
Engañar nuestros oidos
Lisonjera y fácilmente
(Que las mujeres, en fin,
Aunque discretas y fuertes,
Son mujeres, y si escuchan
Responden como mujeres),
Quiero que sepas que sé
Quién eres, y que me duele
Tanto que quien eres seas,
O que yo lo que soy fuese,
Que estoy perdiendo el jüicio,
Y maldiciendo mi suerte,
Pues soy de los Castelvines,
Como tú de los Monteses.
Cuando en tí los ojos puse,
Siguióse amarte de verte,
Porque dicen en Verona
Las damas que lo mereces.
Entónces te di licencia
Para hablarme y para verme,
En fe de hacerte mi dueño,
Si igual á mis prendas fueses;
Pero en sabiendo tu nombre,
Atras el amor se vuelve,
Con el temor, que es razon,
De mi daño y de tu muerte.
Hazme un favor como noble;
No que el anillo que tienes
Me vuelvas; no que no digas
Que me arrojaba á quererte;
Sino sólo que no hables,
Y por las mismas paredes
Te bajes; que estoy temblando,
Y pues no pierdes, me dejes.

ROSELO.
Sabe el cielo que lo hiciera,
Si pudiera obedecerte,
Querida enemiga mia,
Luz del alma que aborreces.
Mas ¿cómo será posible?
Pues será fácil volverte
El anillo y las palabras
Y el saltar estas paredes;
Pero nó dejar de hablarte,
Y decirte que no pienses
Que hay volver, si no al peligro,
Ni amor que sin él se esfuerce.
Advierte pues, Julia mia,
Que tambien, de oirte y verte,
Te amé sin saber quién eras:
Tú sabes si lo mereces;
Y que, cuando supe el nombre,
Y ví el peligro presente,
Amenazando mi cuello
Si este mi amor se supiese,
Procuré dejar de amarte;
Mas amor, que siempre ofrece
Industrias en imposibles,
Y no hay mal que no remedie,
Me dijo que no dejase,
Julia mia, de quererte;
Pues, de secreto los dos,
Si el amor nos favorece,
Bien podremos, Julia mia,
Bien, Julia mia...

JULIA.
Detente;

Detente pues, y no digas
Julia mia tantas veces;
Que temo que harás en mí
Los efetos que quisieres;
Que el nombre en ajena boca
Alegra, enternece y mueve.
Mas dí, ya que hablaste, ¿cómo
Podrás hablarme ni verme?
¿Qué intento llevas? Qué fin?
Qué procuras? Qué pretendes?

ROSELO.

Que nos casemos los dos,
Luz mia, secretamente
En vuestra parroquia un dia;
Que, con quien hacerlo puede,
Yo tengo estrecha amistad;
Y si el peligro le ofende,
Bien podemos engañarle.

JULIA.

Tiemblo de oirte.

ROSELO.

¿Qué temes?

JULIA.

Mil desdichas.

ROSELO.

¡Ay Señora!
¿Qué desdicha te detiene,
Si puede ser que estos bandos
Con tu casamiento cesen?
Mira que por dicha el cielo
Nos provoca ocultamente
A este amor honesto y santo,
Con que todos en paz queden.

JULIA.

¡Ay, sirena! Bien decia
Que no hablases...—Pero vete,
No venga acaso mi primo,
Que á tu enemigo entretiene.
No sé cómo me engendró
Para amarte.

ROSELO.

¿Qué resuelves?

JULIA.

Que iré á la iglesia que dices,
Si á quien nos case previenes;
Que pues yo quise escucharte,
Y no fuí discreta sierpe
En taparme los oidos,
Bien es que los ojos cierre.—
Vete, pues; que siento pasos.

ROSELO.

Voyme; pero no te quedes,
Porque á tu primo no hables.

JULIA.

Mira que de mí te acuerdes.

ROSELO.

¿Eso dices? ¡Plega á Dios
Que nunca mis cosas lleve!...

JULIA.

No jures; que los que juran
Mucho del crédito pierden.

ROSELO.

¿Qué diré?

JULIA.

Que me deseas.

CELIA.

Señora mia, que vienen.

JULIA.

¿Quieres el pié?

ROSELO.

Y áun la mano.

JULIA.

Los brazos tambien.

MARIN. (*Dentro.*)

Ven.

JULIA.

Vete.

ACTO SEGUNDO.

Vista exterior de una iglesia de Verona.

ESCENA PRIMERA.

TEOBALDO, FESENIO.

TEOBALDO.

Y ¿queda ya en la iglesia Dorotea?

FESENIO.

En ella está; mas triste y con cuidado;
Que dos Montesas, Dórida y Andrea,
De su lugar quitaron el estrado.

TEOBALDO.

¿No habia un Castelvin allí?

FESENIO.

Aunque sea
De todo el bando el más determinado,
Solo no ha de atreverse; y fuera desto,
No ha de ser en la iglesia descompuesto.
Ya quisieron hablar; pero en un punto
Tantos Monteses juntos acudieron,
Que parece que estaba el bando junto,
Y así los Castelvines se rindieron.

TEOBALDO.

¿Cómo rendir!

FESENIO.

Callar.

TEOBALDO.

Eso pregunto.
Y áun en sólo callar cobardes fueron.
Y ¿dónde está mi hija Dorotea?

FESENIO.

Callando está; que tu quietud desea.

TEOBALDO.

En fin, ¿que las señoras Castelvines
Inferiores están á las Montesas?

FESENIO.

No es bien que de esa suerte lo imagines,
Si en peso de la paz tu quietud pesas.

TEOBALDO.

Apostaré que echaron los cojines
Dos leguas del estrado.

FESENIO.

Si profesas
El sosiego y la paz de tus parientes,
¿Por qué tu agravio en tanto extremo sientes?
¿Quieres dar ocasion á que por dicha
Tomen las armas y se pierdan todos,
Y se atribuya á tí tanta desdicha?

TEOBALDO.

Pues ¿sufriré tan descorteses modos!

FESENIO.

Y si no hay libertad hecha ni dicha...

TEOBALDO.

¿No es libertad hacerse de los godos,
Y quitar un estrado de una dama
De nobles padres y de casta fama?

ESCENA II.

OTAVIO, *acompañando á* JULIA; CELIA, CRIADOS.—TEOBALDO, FESENIO.

JULIA.

Y vuestra hermana ¿ha venido?

OTAVIO.

Habrá una hora que salió.

JULIA.

¿Tanto madrugó?

OTAVIO.

Pensó
Que te hubieran advertido
De la fama deste padre
Que hoy predica, y que vinieras
Antes.

JULIA.

Si tú lo dijeras
Anoche, primo, á mi madre,
Ya estuviéramos acá;
Que es devota por extremo.

OTAVIO.

Que haya gente y damas temo.—
Bien llena la iglesia está.

(*Éntranse Julia, Otavio, Celia y los criados.*)

ESCENA III.

TEOBALDO, FESENIO.

TEOBALDO.

¿Es mi hijo aquel?

FESENIO.

Sospecho
Que la dama que acompaña,
Es su prima.

TEOBALDO.

¡Cosa extraña!...

FESENIO.

Es ídolo de su pecho.
Ya se entran.

TEOBALDO.

Dí que le llamo.

FESENIO.

Voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

TEOBALDO.

La deshonra me incita,
Me apremia y me solicita:
Tanto esta gente desamo.
Yo, que siempre á mis parientes
La paz les aconsejaba,
Porque entónces no pasaba
Por estos inconvenientes,
Agora á la guerra incite;
Que el juzgar cosas ajenas
O propias, malas ó buenas,
Mayor libertad permite.

ESCENA V.

OTAVIO, FESENIO.—TEOBALDO.

OTAVIO.

¿Mi padre me llama?

FESENIO.

Aquí
Te espera.

OTAVIO. (*Á su padre.*)

¿Qué es lo que mandas?

TEOBALDO.

¡Qué descuidado que andas
De lo que me importa á mí!
Para acompañar tu prima,
¡Gran punto y lisonja vana!
Pero no para tu hermana,
Que tu amor en tanto estima.
¡Oh! ¡qué bien se echa de ver
En esto tu liviandad!
La honra y la autoridad
Dejas, Otavio, perder,
Por andar tras los antojos
De un imposible.

OTAVIO.
¿A qué efeto
Me riñes?

TEOBALDO.
Yo te prometo
Que no me faltan enojos,
Otavio, por tu ocasion.
Si con tu hermana vinieras,
Y de que lo es tuya hicieras
Alguna demostracion,
No me viera yo corrido,
Ni en el estado en que estoy.

OTAVIO.
¿Cómo corrido? Pues hoy
¿Qué puede haber sucedido?

TEOBALDO.
Si yo tuviera tus años,
Si yo tus fuerzas tuviera,
Hoy, hijo, la patria viera
Sucesos varios y extraños:
Y pues el tenerte amor
No me puede reportar,
Ya debes de imaginar
Que me han tocado al honor.

OTAVIO.
¡Qué dices!

TEOBALDO.
No te alborotes
Hasta que me escuches bien.

OTAVIO.
¡Eso es bueno, y que tambien
De ser cobarde me notes!
¿Quién te ha ofendido? Habla presto.

TEOBALDO.
El estrado que á tu hermana
Pusieron esta mañana,
Le han quitado y descompuesto.

OTAVIO.
¿Quién?

TEOBALDO.
Tú lo sabrás allá.

OTAVIO.
Aguárdame, padre, aquí.

TEOBALDO.
No te animaba yo á ti
Solo por quedarme acá:
A tu lado estaré bien.

OTAVIO.
No has de entrar.

TEOBALDO.
Tengo de entrar.
(Éntranse Teobaldo y Otavio.)

FESENIO.
¡Que le ha querido incitar,
Y le va á ayudar tambien!
Por Dios, que es poca prudencia.

ESCENA VI.

ROSELO, ANSELMO.—FESENIO.

ROSELO.
Aquí ha entrado, acompañada
De Otavio.

ANSELMO.
Por olvidada
La juzgaba en esta ausencia;
Que no me has escrito cosa
En que de Julia tratases.

ROSELO.
Porque no te alborotases,
O no te fuese enojosa;
Fuera de que tal secreto
No es para carta.

FESENIO. *(Ap.)*
Estos son
Monteses: ¡triste ocasion,
Si el enojo llega á efeto!
Quiero entrar á ver qué intenta
Otavio. *(Pasa á la iglesia.)*

ESCENA VII.

ROSELO, ANSELMO.

ANSELMO.
¿Secretos tienes
En tu amor!

ROSELO.
A tiempo vienes,
Que es forzoso el darte cuenta
Del estado de mi amor,
Porque hay una historia rara
Despues que fuiste á Ferrara.

ANSELMO.
Ya te escucho con temor.

ROSELO.
La noche, Anselmo, que fuiste
A acompañar mi contento,
Para que pudiese hablarla
Por las paredes del huerto,
Concertamos que algun dia,
Que pudiese con secreto
Ir á la iglesia, tuviese
Para hacer el casamiento
Prevenido ó engañado
Al beneficiado Aurelio,
Porque quedasen allí
Nuestros desposorios hechos.
Yo puse tanto cuidado,
Que aunque él no pensaba hacerlo,
Se dispuso á hacer mi gusto,
Con lágrimas y con ruegos.
Vino Julia á una capilla
Sola con Celia, diciendo
Que queria confesarse:
Fuéronse los escuderos;
Entramos Aurelio y yo;
Y la voluntad sabiendo
De los dos, nos dió las manos.

ANSELMO.
¡Qué notable atrevimiento!

ROSELO.
¿Por qué, si vió que los dos
Habiamos presupuesto
La destruicion de Verona,
Si se excusaba de hacerlo?
Porque si yo la robaba,
Era poner á sus deudos
Y los mios en peligro
De mil trágicos sucesos.
Finalmente, nos casó.

ANSELMO.
Mejor dijeras, Roselo:
«Finalmente fué mi fin;»
Pues el mismo daño espero
Cuando se sepa el agravio.

ROSELO.
No será, queriendo el cielo.

ANSELMO.
¿Puede dejar de entenderse,
Roselo, tu pensamiento,
Ya paseando de dia
Su calle, á su reja atento,
Ya, como agora, en la iglesia?

ROSELO.
En eso, Anselmo, procedo
Con la cordura que basta.

ANSELMO.
Pues ¿hay hombre, amando, cuerdo?

ROSELO.
No paseo yo su calle.
Y de milagro á este templo
Vengo á misa.

ANSELMO.
¿De qué suerte
Os veis?

ROSELO.
Sin peligro, Anselmo

ANSELMO.
¿Cómo?

ROSELO.
Poniendo una escala
Las más noches con silencio
A la pared del jardin
De los naranjos y cedros,
Bajo; y Celia, que me espera,
Me guia hasta su aposento,
Donde primero que el alba
Peine sus rubios cabellos,
Ya doy la vuelta á la escala,
Donde Marin llega presto.
Subo, y desciendo, y en casa
De dia descanso y duermo.

ANSELMO.
Y eso ¿no tiene peligro?

ROSELO.
No, Anselmo: que cuando llego,
Todos duermen en Verona.

ANSELMO.
Y ¿no está Otavio despierto?

ROSELO.
Otavio la quiere bien:
Pero el peregrino ingenio
De Julia sabe engañarle.

ANSELMO.
¿Cómo?

ROSELO.
Por el mismo huerto,
Desde las diez á las doce,
Habla con él, y él con esto
Vase á acostar á su casa.

ANSELMO.
¡Ingenioso pensamiento!
Con eso andará seguro.
Pero tú ¿no tienes celos
De que hable con tu esposa?

ROSELO.
No, porque los oigo y veo
Muchas veces escondido.
Y sé que es lenguaje honesto
El que pasa entre los dos.

ANSELMO.
¿Y el tuyo?

ROSELO.
Licencia tengo
De marido.

ANSELMO.
Luego ¿ya
En la posesion te ha puesto?

ROSELO.
Pues si ya estamos casados,
¿Quién nos obliga á respeto?

ANSELMO.
Tiemblo de lo que me dices.

ROSELO.
Yo, con el favor, no tiemblo.

ANSELMO.
¿No te da miedo la casa?

ROSELO.
Nada, Anselmo, me da miedo,
Porque amor y posesion
Son valientes en extremo.

ANSELMO.
Ya no sé qué aconsejarte.

ROSELO.
Mi bien no quiere consejo,
Porque es llover en la mar
Dar consejo á casos hechos.

ANSELMO.
Pues ¿qué habeis de hacer ansí?
ROSELO.
Aguardar, Anselmo, al tiempo,
Que levanta humildes valles
Y humilla montes soberbios.

ESCENA VIII.

ARNALDO, ANTONIO y TEOBALDO, *dentro*.—ROSELO, ANSELMO.

ANTONIO. (*Dentro.*)
¡Fuera, cobardes Monteses!
ARNALDO. (*Dentro.*)
¡Fuera, infames Castelvines!
(*Ruido de espadas dentro.*)
ROSELO.
¿Qué es esto!
TEOBALDO. (*Dentro.*)
No te imagines
Tan soberbio.
ANTONIO. (*Dentro.*)
Aunque tuvieses
Sobre el cielo estos cojines,
De allí te los quitaría,
Y en el infierno pondría.
ARNALDO. (*Dentro.*)
Calla, que mientes.
ANTONIO.
¡Afuera!
ROSELO.
Mi padre es aquel.
ANSELMO.
Espera...
ROSELO.
¿Que espere! (*Pasa á la iglesia.*)
ANSELMO.
Por vida mia.

ESCENA IX.

Salen de la iglesia, con las espadas desnudas, y pónense á una parte, ANTONIO, TEOBALDO, OTAVIO y FESENIO; *á la otra,* ARNALDO, LIDIO, MARIN y ANSELMO; *y en medio, solo,* ROSELO. GENTE.

ROSELO. (*Ap. á Anselmo.*)
Anselmo, á mi padre llega;
Que Julia á ponerme obliga
En medio, aunque me lo niega
La sangre.
ANSELMO. (*Ap.*)
No hay más que diga.
¡Quién de amor tanto se ciega!
ROSELO.
¡Ah, caballeros! teneos;
Que aunque soy Montés y mozo,
No con tan malos deseos,
Que, en vuestro daño, me gozo
De vengativos trofeos.
¿Sobre qué fué la quistion?—
¡Bueno está!; Bueno está ya!
Valga esta vez la razon,
Pues que tan segura está
La nobleza y la opinion.
Todos sois tan bien nacidos
Como Verona lo sabe,
Todos fuertes y atrevidos.
¿Es el negocio muy grave?
OTAVIO.
Los nuestros los ofendidos.
ROSELO.
Cuéntalo, Otavio, por Dios.
OTAVIO. (*Á los suyos.*)
¡Mueran!
ROSELO.
Refiérelo, Otavio;
Que no es eso de hombre sábio.
OTAVIO.
Mejor fuera entre los dos
Averiguar este agravio,
Y que se fueran los viejos.
ROSELO.
Padre tengo aquí, y me holgara,
Ya mejor para consejos;
Pero en que te amo repara,
Aunque de amarme estás léjos.
OTAVIO.
Que no quiero yo tu amor.
ROSELO.
Yo sí el tuyo.
OTAVIO.
Eres cobarde.
ROSELO.
Calla, Otavio; que es rigor
Que me obligue á que te guarde
Respeto tu mismo honor.
OTAVIO.
¿Es bien que ponga su estrado
De mi hermana su criado,
Y que el tuyo se le quite?
ROSELO.
Si satisfaccion permite,
No quedarás mal vengado.
ARNALDO.
No era ese criado mio.
TEOBALDO.
Pues ¿de quién era?
ARNALDO.
De Andrea.
ROSELO.
Si con la paz os porfío,
Es porque aquí no se vea
Un notable desvarío.
Entrad, y pondré el estrado
Yo mismo en mejor lugar.
OTAVIO.
Eso estará remediado;
Pero el descompuesto hablar
Hoy ha de ser castigado.
ROSELO.
Si eso es agravio, eso sea
Causa de paz.
TEOBALDO.
¡Bien lo anima!
ROSELO.
Cásate tú con Andrea,
Y yo con Julia, tu prima.
OTAVIO.
¡Primero mi muerte vea!
¡Con Julia tú!
ROSELO.
Desta suerte
Se excusará alguna muerte.
OTAVIO.
Cobarde, deja de hablar;
Que te tengo de matar
Como á mujer.
ROSELO.
Oye, advierte...
OTAVIO.
No hay que advertir: llega ya.
ROSELO.
Señores, séanme testigos
Que provocándome está,
Y que os quise hacer amigos,
Y que él ocasion me da.
OTAVIO.
Llega, infame.
ROSELO.
(*Ap.* Julia mia,
Perdona.) ¡Fuera, villano!
Que esto no fué cobardía,
Sino tenerme la mano
Quien solamente podia.
(*Riñen; cae Otavio.*)
OTAVIO.
¡Muerto soy!
TEOBALDO.
¿Matóle?
ANTONIO.
Sí.
ROSELO.
Huye, padre, por aquí.
(*Vanse Roselo, Arnaldo, Anselmo, Lidio y Marin.*)
ANTONIO.
¡Aquí, Castelvines!
TEOBALDO.
¡Hijo!
OTAVIO.
¡Confesion!
ANTONIO.
¡Confesion dijo!
TEOBALDO.
Espira. ¡Triste de mí!
ANTONIO.
Entralde en la iglesia presto;
Remedie siquiera el alma.
TEOBALDO.
¡Que yo soy la causa desto!
(*Vanse los Monteses, llevándose á Otavio á la iglesia. La gente se dispersa.*)
FESENIO.
Teobaldo estaba en la calma,
Y en la tormenta se ha puesto.
Ello ha sido grande error;
Pero pues tuvo la culpa,
Pida disculpa á su honor,
Pues á Roselo disculpa
Su defensa y su valor.

ESCENA X.

EL SEÑOR DE VERONA, UN CAPITAN.—FESENIO, SOLDADOS, GENTE.

VERONA.
No ha de quedar un hombre solamente
De los culpados vivo.
CAPITAN.
Del suceso
Teobaldo Castelvin tuvo la culpa.
VERONA.
¿Quién hay heridos?
CAPITAN.
Muchos de ambas partes.
VERONA.
¿Quién muerto?
CAPITAN.
Otavio, de Teobaldo hijo.
VERONA.
¿Dónde está el cuerpo?
CAPITAN.
Aquí en la misma iglesia,
Donde se ha confesado y le han absuelto,
En brazos de su padre y sus hermanas.
VERONA.
¿Quién le mató?

CAPITAN.

Roselo Montés, hijo
De Fabricio Montés; mas todos dicen
Que fué de Otavio el mozo provocado
Una y mil veces, tanto que esta ofensa
Más que delito fué propia defensa.

VERONA.

Vos ¿teneis algo de Montés?

CAPITAN.

No tengo
De Castelvin ni de Montés un átomo,
Ni soy parcial de alguno de los bandos.

FESENIO.

Yo soy criado de Teobaldo, y quiero
A Otavio como á hermano; que en su [casa
Me dieron este ser hasta ser hombre;
Pero no dejaré, por mi conciencia,
De confesar que Otavio fué culpado,
Provocando á Roselo con palabras
Infames: de manera que Roselo
A todos dijo que testigos fuesen,
Que sólo su persona defendia,
Y la paz de Verona pretendia.

CAPITAN.

Señor excelentísimo, no creo
Que hallarás otra cosa.

FESENIO.

Excelso príncipe,
Infórmate de todos los presentes.

VERONA.

¿Adónde está Roselo?

CAPITAN.

En esa torre,
Donde con un lacayo se ha subido,
Que con piedras su dueño ha defendido.

VERONA.

¡Hola, Roselo! Escucha.

ESCENA XI.

ROSELO Y MARIN, *en una ventana de una torre: Marin con piedras.*—DICHOS.

ROSELO.

¿Quién me llama?

CAPITAN.

¿Ya no conoces al Señor que tienes?

ROSELO.

¿Qué me manda, Señor, vuesa excelen- [cia?

VERONA.

Que bajes de la torre; que, debajo
De mi palabra, bien seguro puedes.

ROSELO.

Si me la das, Señor, de defenderme
De tantos enemigos que me cercan,
Yo bajaré, y á tus reales plantas
Las armas rendiré: de otra manera,
Aquí pienso morir con hambre ó fuego,
Mas no en poder de fieros Castelvines.

VERONA.

Baja seguro; que la doy al cielo
De defenderte contra todo el mundo.

ROSELO.

Yo bajo, en tu palabra confiado.

MARIN.

Mira primero cómo bajas.

ROSELO.

Calla;
Que á nadie teme quien está inocente.
(*Éntrase.*)

MARIN.

Yo sé que tierra en medio es linda cosa,
Y no que andemos llenos de papeles
Con el procurador y el escribano,
Sonando los dineros y los grillos,
A que jure un bellaco que lo ha visto,
Y estaba cuatro leguas de la calle,
Y aquel otro disponga el juramento
Como se le pusiere en el capricho,
Con mil veces el dicho y sobredicho.
(*Éntrase.*)

ESCENA XII.

JULIA, CELIA.—EL SEÑOR DE VERONA, EL CAPITAN, FESENIO, SOLDADOS, GENTE.

JULIA.

Ya no tengo que temer
Vanos respetos de honor,
Ni me queda que perder.

CELIA.

Tente; que está aquí el Señor.

JULIA.

Mas ¿que le viene á prender?

CAPITAN.

¿Quién va?

JULIA.

Julia Castelvin.

CAPITAN.

Su hija de Antonio es.

JULIA. (*Ap.*)

Soy quien desea su fin.

ESCENA XIII.

ROSELO Y MARIN, *entre* SOLDADOS.—DICHOS.

UN SOLDADO.

Este es Roselo Montés.

ROSELO.

Aquí está Julia, Marin. (*Ap. á él.*)

MARIN.

Vendrá á jurar contra tí.

VERONA.

Roselo, ¿mataste á Otavio?

ROSELO.

Si es muerto digo que sí,
Provocado y con agravio,
Y defendiéndome á mí.

VERONA.

Mira que está aquí presente
Una prima del difunto,
Que le amaba tiernamente.

ROSELO.

Y yo á la misma pregunto
Si le maté justamente.

JULIA.

Aunque en Otavio perdí,
Gran Señor, primo y marido,
Digo mil veces que sí,
Porque obligada he nacido
A esta verdad contra mí.

VERONA.

¿Vístelo?

JULIA.

Desde la puerta
De la iglesia; y en aquesto
Toda Verona concierta;
Que ese hombre estaba dispuesto
A la paz segura y cierta,
Cuando Otavio le importuna
A que se maten los dos,
Soberbio desde la cuna.
(*Ap. á Celia.* ¡Ay, Celia, mal me haga [Dios
Si he visto cosa ninguna!)

VERONA.

Y ¿qué dice esa mujer
Que viene con Julia?

CELIA.

Digo
Que le buscó desde ayer,
Porque tras ser su enemigo,
Celos debieron de ser.
Para esto Otavio junta
Sus deudos, con quien agora
A Roselo al pecho apunta.
(*Ap. á Julia.* ¡Mal me haga Dios, Señora
Si sé lo que me pregunta!)

CAPITAN.

Esto mismo te dirán
Cuantos parientes están
En esa iglesia con él.

JULIA.

No hay testigo contra él.

VERONA.

Pues ¿qué he de hacer, capitan?

CAPITAN.

Destiérrale de Verona,
Porque será revolver
La ciudad si se apasiona,
Y es en peligro poner
Tu autoridad y persona.
Julia es su prima y confirma
Su inocencia, y su criada,
Como lo has visto, lo afirma.

VERONA.

Ese conceto me agrada.

CAPITAN.

Dame un bando con tu firma
Con que el vulgo se sosiegue,
Pena de muerte.

VERONA.

Sí haré.

CAPITAN.

Y ántes que el bando se llegue,
Guarda á Roselo se dé,
Que libre en Roma le entregue,
En Venecia ó en Milan.

ROSELO.

No es menester, capitan.
Yo me sabré defender.

VERONA.

Con todo, es bien menester
Miéntras airados están.
Id vos, Señora, en buen hora;
Que yo llevaré á Roselo
A mi palacio.

JULIA. (*Ap.*)

¡Oh, si agora
Me sacara el alma el cielo
De la prision en que mora!

VERONA. (*Á Roselo.*)

En mi palacio os tendré
Miéntras os vais.

ROSELO.

Haz tu gusto.

JULIA. (*Ap.*)

Ven, Celia, porque no dé
Ocasion con mi disgusto
A más mal del que se ve.

CELIA.

Si aquí paran los enojos
De la furia deste dia,
No son muchos los despojos.

ROSELO. (*Ap.*)

¡Ay Julia del alma mia!

JULIA. (*Ap.*)

¡Ay Roselo de mis ojos!
(*Vanse.*)

Sala en casa de Teobaldo.

ESCENA XIV.

TEOBALDO, DOROTEA.

TEOBALDO.

Pues yo tuve la culpa, de ninguno
Debo quejarme en desventura tanta.

DOROTEA.

Por venganza á los cielos importuno.

TEOBALDO.

Que viva yo con tal dolor, me espanta.
¿Escribióse jamás de padre alguno,
Aunque al amor la honra se adelanta,
Que provocase un hijo hasta la muerte?
¡Oh furor de venganza, pasion fuerte!

DOROTEA.

Todos culpan á Otavio, y esto siento,
En incitar á su enemigo manso,
Que intentaba la paz, con pensamiento
De dar á nuestra patria algun descanso.
Vuélvese el irritado sufrimiento
Furor mil veces... Pero ¿qué me canso
En lo que ya ningun remedio tiene?

TEOBALDO.

Que se pierda la patria me conviene.
Con el mismo vestido espada y capa,
En la bóveda lóbrega y escura
De sus mayores, una losa tapa
Su verde edad, su jóven hermosura.
Hija, si no es que aquel traidor se escapa
En las alas del viento, y su ventura
Le lleva sin peligro á extraña tierra,
Ya he dado en esto la señal de guerra.
Enterralle vestido significa
Que sus deudos se obligan á vengalle.
Ya por todos mis deudos se publica.

ESCENA XV.

FESENIO.—TEOBALDO, DOROTEA.

FESENIO.

Ya se cansan tus deudos en buscalle:
A Roma dicen que la posta pica, [ñalle
Y que ha mandado el Duque acompa-
Alguna armada gente hasta Ferrara,
Con que la furia de las armas pára.
Dicen que ha sido acuerdo conviniente
Para templar los Castelvines fieros,
Y porque dice el vulgo que inocente
Estaba el agresor para ofenderos.
Todos culpan á Otavio de insolente,
Y algunos envainaron los aceros
En sabiendo...

TEOBALDO.

No pases adelante; [te.
Que no soy piedra yo, ni amor diaman-
Bástame mi desdicha, sin que agora
Me dén la culpa, pues la pena tengo.
¡Oh canalla cobarde, vil, traidora!
Pues muera yo si mi dolor no vengo.
¡Qué bien consuelan al que un hijo llora!
Pero ¿cómo en vengarle me detengo?
Quejarme quiero al Duque deste agra-
[vio.
No viva yo, pues he perdido á Otavio.
(*Vase.*)

ESCENA XVI.

DOROTEA, FESENIO.

DOROTEA.

¡Qué bárbaro anduviste!

FESENIO.

No he perdido
Con la lisonja del servir, Señora,
La verdad del honor con que he nacido;
Que todos culpan á tu hermano agora.

DOROTEA.

Aunque á Otavio perdí, perdon le pido
A la sangre de hermano que le llora,
Para alegrarme de que guarde el cielo
Los tiernos años del Montés Roselo.

FESENIO.

Pues ¿cómo dices eso!

DOROTEA.

Era estimado
Roselo de las damas de Verona,
Y de las Castelvines celebrado
Por su brio, su ingenio y su persona.
Yo sé que fué de Julia codiciado.

FESENIO.

Las cajas oigo, el bando se pregona.

DOROTEA.

Parte á saber lo que es; que no querria
Perder tras tanto mal la patria mia.
(*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA XVII.

ROSELO y MARIN, *de camino*, *éste á lo gracioso.*

ROSELO.

¿Recogiste las escalas?

MARIN.

Ya, Señor, las recogí.

ROSELO.

En fin ¡has entrado aquí!

MARIN.

Tu amor me ha dado las alas;
Que te quiero defender,
Si algun peligro se ofrece;
Que quien la vida aborrece,
Ya no tiene qué temer.

ROSELO.

Al amor que á Celia tienes,
Y no al mio, lo atribuyo.

MARIN.

Al tuyo, Señor, y al suyo.

ROSELO.

¿Della á despedirte vienes
Como de mi Julia yo?

MARIN.

Celia sola no pudiera
Traerme desta manera:
Todo, Señor se juntó.
Pero viéndome en el puerto,
Tu amor me tiene admirado;
Que no sé cómo has entrado,
Y no has sido descubierto.
¡Tan temprano por aquí
Entrarse sin ser sentido!...

ROSELO.

Mi dicha, Marin, ha sido;
Mas ya todo el bien perdí.

MARIN.

Rüido siento.

ROSELO.

Preven
Las armas.

MARIN.

De aquestas fuentes
Pienso que son las corrientes.

ROSELO.

Mi Julia viene tambien.

ESCENA XVIII.

JULIA, CELIA.—ROSELO, MARIN.

JULIA.

¿Eres tú, mi esposo amado?

ROSELO.

¡Ay, cielos! dadme paciencia;
Que no me basta la vida
Para perder la luz della!
Julia, yo soy, yo, tu esposo
En bien, en mal, gloria y pena;
Y como en presencia he sido,
El mismo seré en ausencia.
Pienso que tendrás llorada
Nuestra desdicha: no seas
Mi muerte llorando aquí,
Ni dés causa á que te sientan.
Aunque si quieres que á entrambos
Una misma espada sea
Fin de desventuras tantas,
Aquí estoy: las vidas mueran;
Que no apartarán las almas
Los que mi muerte desean,
Porque los cuerpos dividan;
Que no hay en las almas fuerza.
Esto no fué culpa mia:
Si de mi espada te quejas,
Vas contra toda opinion;
Pues mil infamias y afrentas,
Por no perderte, sufrí
A su temeraria lengua.
Mas si estimas á tu primo
Más que á tu esposo, no tengas
Suspensos nuestros dos bandos:
Toma esta daga, y con ella
Pasa este pecho, y su furia,
Si está en mi muerte, sosiega.
¿No respondes?

MARIN.

Si por dicha
Estás enojada, Celia,
De que he sido tan gallina,
Que apénas vi la pendencia,
Cuando me subí á la torre,
Y en los chapiteles della
Dije que era de corona
Para provocar la iglesia,
Vesme aquí: con esta daga
Tu mismo pecho atraviesa,
Porque si me das á mí,
No dés lugar que te prendan.
¿No respondes?

JULIA.

Quien, esposo,
Por tí tantas cosas deja,
¿En qué ha de estimar un primo,
Ni cuando su padre fuera?
Si de todo mi linaje
Quieres que la sangre vierta,
La destas venas, mi bien,
Te ofreceré despues della.
Yo no tengo ya otro padre,
Ni otro remedio me queda.
En tí consiste mi amparo;
Basta que tú me defiendas.
Tú eres el bando que sigo,
No el que mis padres profesan:
Castelvin soy en el cuerpo,
Y en el alma soy Montesa.

CELIA.

Quien por tí, Marin querido,
De su casa no se acuerda,
Ni estima su ropa blanca,
Ni sus vidros de conservas,
¿Por qué ha de querer, me dí,
Que bravo y valiente seas?
Que, á serlo, pudiera ser
Matarte en esta pendencia,
Y no te gozara yo,
Que me diera mayor pena.

Créeme que los galanes
Han de ser de esa manera:
Gallinas para durar,
Y darlas para comerlas.
Los cobardes son secretos;
Los bravos con sus bravezas
Desvelan á la justicia,
Y la vecindad despiertan.
Mas te quiero yo gallina
Que si Rodamonte fueras.
Las gallinas, Marin, ponen
Vestidos, joyas, cadenas;
Los gallos quitan y riñen,
Celan, sacuden y mesan.
Matarte yo no es posible
De la suerte que me enseñas.
Aquí tengo á tu servicio
Las llaves de la bodega:
Saca de lo tinto sangre;
Que yo no tengo otra prenda
Que me ampare: tú eres bando
Que sigo, para que creas
Que soy Marina en el alma.
Aunque en el cuerpo soy Celia.

ROSELO.
¡Qué quieres, mi bien, que haga
En tal desdicha?

JULIA.
Que vengas
Con gran secreto á Verona
Todas las noches que puedas
(Hasta que llegue ocasion
Que nos vamos á Venecia),
Dando á estas paredes paso
Los de la escala de cuerdas;
Que hasta que viva contigo,
¿Cómo puedo estar contenta?
¿Cumplirásme esta palabra?

ROSELO.
¡Ay mi bien! Mucho me pesa
Que pongas duda en mi amor.
¡Plega á Dios que nunca vea
En paz mi padre y sus deudos
Destas vengativas guerras;
Que llegue muerto á Ferrara,
O en el camino me prendan
Celadas de Castelvines;
Que para venganza fiera
Me coman el corazon,
Y mi propia sangre beban,
Si te faltare en alguna
De todas nuestras promesas!

CELIA.
Y ¿él no ha de venir por mí?

MARIN.
¡Plega al cielo que no vea
Cosa que me dé disgusto,
Ni en el camino en las ventas
Falten perdices que coma,
Y vino blanco que beba,
Si hiciere cosa por tí
De que algun daño me venga.
Pero tú ¿tendráste firme?

CELIA.
No lo está tanto una rueda,
Una nube, un viento, un dado,
Como yo miéntras tú quieras.

ESCENA XIX.

ANTONIO, *dentro.* — DICHOS.

ANTONIO. (*Dentro.*)
Muestra, Lucio, esa alabarda;
Que sospecho que nos cercan
La casa.

JULIA.
Mi padre es este.

ROSELO. (*Á Marin.*)
pon la escala.

MARIN.
Salta.

CELIA.
Espera.

MARIN.
Que no hay, Celia, que esperar.

JULIA.
¿Tienes fuera guarda?

ROSELO.
Y buena.

JULIA.
¿Quién?

ROSELO.
Anselmo y seis amigos.

JULIA.
Adios.

ROSELO. (*Á Marin.*)
¡Lindo miedo llevas!
(*Vanse los dos.*)

CELIA.
¿Qué has de decir á tu padre?

ESCENA XX.

ANTONIO, LUCIO. — CELIA, JULIA.

LUCIO.
Gente está junto á las hiedras.

ANTONIO.
Dispara.

JULIA.
Tente, Señor.

ANTONIO.
¿Es Julia?

JULIA.
Yo soy.

ANTONIO.
No temas.
Y ¿quién más está contigo?

JULIA.
Celia.

ANTONIO.
Pues ¿desta manera
Estás en tiempo como este!

JULIA.
Y en este ¿quieres que duerma?

ANTONIO.
¿Qué hacias?

JULIA.
Llorar mi primo
Adonde nadie me oyera.

ANTONIO.
¿Resucitará por eso?

JULIA.
No, Señor; pero ¿qué piedra
Estará sin sentimiento
En fortuna tan adversa?
Yo perdí marido en él.

ANTONIO.
¡Marido!

JULIA.
Pues ¿no lo fuera?
Y si á un marido he perdido,
No te espantes que lo sienta.
Yo por mi marido lloro:
Soy mujer, y no es flaqueza,
Sino razon y justicia;
Tú, con tus venganzas fieras,
No sientes más que un diamante.
¡Plega Dios que tantas guerras
No paren en daño tuyo!
(*Vase, y Celia con ella.*)

ESCENA XXI.

ANTONIO, LUCIO.

LUCIO.
Fuése llorando.

ANTONIO.
Oye, espera.

LUCIO.
¿De qué te espantas, pues te dice claro
Que por vuestras venganzas ha perdido
Marido de su sangre?

ANTONIO.
Ya reparo.
Teobaldo, en lo que dice de marido;
Mas pues yo quedo, no le falta amparo.
Su padre soy en fin; y á haber sabido
Que amor tenia á mi sobrino Otavio,
No hubiera sucedido tanto agravio
Hartas veces mi hermano me rogaba
Que por mujer á Otavio se la diera;
Yo que della jamás lo presumiera,
El efeto á sus ruegos dilataba:
Lo que, á saber su voluntad, no hiciera.
Ya es muerto Otavio; y más me pesa ahora,
Que por marido, como veis, le llora.
Mas yo soy padre, y padre que la quiero
Con mas extremo del que fuera justo.
Casarla quiero, y darla presto espero
Marido noble, rico y de su gusto.
El Conde Páris me pidió, primero
Que fuese á acompañar al Duque Augusto,
Mi hija por mujer, y ya ha venido.
¿Paréceos que mejora de marido?

LUCIO.
Y ¡cómo si mejora! que es el Conde
Gallardo caballero.—Dile luego,
Para ver si á su gusto corresponde,
El rico esposo que la das, te ruego.

ANTONIO.
Es en toda mujer sol que se esconde
El muerto esposo: todo queda ciego;
Mas si otro sale en el siguiente dia,
Luego se olvida el que llorar solia.
(*Vanse.*)

—

Campo, y camino que va á Ferrara.

ESCENA XXII.

EL CONDE PÁRIS, ROSELO, MARIN, CRIADOS.

CONDE.
Pesado estás en pesarte
De haber topado conmigo;
Que yo no soy tu enemigo,
Ni de la contraria parte.
¿Cuándo tu decir oiste
Que el Conde Páris trató
De ser Castelvin?

ROSELO.
Si yo,
Tan desesperado y triste,
Discursos pudiera hacer,
De tu valor y mi pecho
Bien pasara satisfecho;
Pero es forzoso el temer
A un dudoso corazon,
A un pensamiento afligido:
Intercadencias han sido
Del alma y de la razon.
Voy, señor Conde, de suerte,
Que todo cuanto hay aquí
Pienso que es muerte, y en mí
Todo es desear la muerte.
No sé en qué estado me veo,
Entre morir y vivir,

Pues vengo yo mismo á huir
De lo mismo que deseo.
Crea vuestra señoría
Que con desear mi fin,
Soy más cierto Castelvin
Que el mismo que me seguia.

CONDE.

Roselo, haberte amparado
En causa tan peligrosa,
Ha sido muy justa cosa,
Y de que estoy muy pagado.
Estimo que en el camino
Llegase á tal ocasion,
Que librase de traicion
Un hombre tan peregrino.
Y aunque he sabido despues
Que has muerto un amigo mio;
Sabiendo su desvarío,
Perdí mi propio interés.
Verdad es que pretendí
Casarme con Julia yo:
De Castelvin me quedó,
Que algun tiempo la serví.
Mas viendo la dilacion
Que en dármela el padre tuvo,
Corrida algun tiempo estuvo
Con mi valor mi aficion.
Yo no soy ya Castelvin,
Pues á Julia no me dieron;
Montés soy, pues me pusieron
Entre enemigos, en fin.
Si quieres que hasta Ferrara
Acompañe tu persona,
Dejaré de ir á Verona.

ROSELO.

Bien tu valor me declara,
Conde Páris, que naciste
De la sangre más real
Que tuvo Italia, pues tal
Para mis desdichas fuiste.
Por esclavo tuyo quedo,
Pues desta fiera celada
Me sacó vivo tu espada,
Que es lo más que decir puedo.
De aquí á Ferrara no hay ya
Cosa que pueda temer,
Y bien te puedes volver;
Que pienso que cerca está;
Que no es razon que Verona,
Alterada la ciudad,
En tanta necesidad
Carezca de tu persona.
Oí decir que trataste
Casar con una señora,
Castelvin; pero ya agora
Que mi pecho aseguraste,
Más te tendré por Montés,
Y escribiré desde aquí
Esto que has hecho por mí

ESCENA XXIII.

FESENIO. — EL CONDE PÁRIS, ROSELO, MARIN, CRIADOS.

CONDE.

¿Es gente?

ROSELO.

¿Quién va?

FESENIO.

¿Quién es?

CONDE.

El Conde Páris.

FESENIO.

A tí
Traigo esta carta, Señor.

CONDE.

Roselo, no hayas temor,
Yo estoy á tu lado aquí.
¿De quién es aquesta carta?

FESENIO.

Es de Antonio Castelvin.

MARIN. (*Ap. á su amo.*)

¿Mataréle?

ROSELO.

No, Marin; (*Ap. á él.*)
Déjale que en paz se parta.

MARIN. (*Ap. á Roselo.*)

¿Si en aquesta carta escribe
Que en el camino te mate?

ROSELO.

¡Ojalá de hacerlo trate!
Bien muere quien triste vive.

MARIN.

Notables admiraciones
Hace leyendo.

ROSELO.

Sin duda
Quiere que á matarme acuda.

MARIN.

A gran peligro te pones,
Si no le das de estocadas.

ROSELO.

Y ¿podré matarle yo,
Si aquí la vida me dió?

MARIN.

Cortesías excusadas.
Por la vida no hay traicion;
Y el que en esto fué cortés,
Tras quedar muerto despues,
Deja en duda su opinion.

CONDE. (*Á Roselo.*)

Yo he leido, y porque veas
Lo que esta carta contiene,
Y á lo que el criado viene,
Quiero que tambien la leas.
Toma, Roselo; que es justo
Tengas parte de mi bien,
Y me dés el parabien
De cosa de tanto gusto;
Que no por ser yerno aquí
De aquel tu grande enemigo,
Dejaré de ser tu amigo.

ROSELO.

¡Cómo!

CONDE.

Lee.

ROSELO.

Dice ansí.
(*Lee.*) «Si alguna cosa pudiera
»Consolarme en tal dolor,
»Será que vengas, Señor,
»Donde esta casa te espera.
»Hónrala con tu persona,
»Porque á defender te inclines,
»No sólo á los Castelvines,
»Pero á tu patria Verona.
»Ya sabrás como Roselo
»Mató á mi sobrino Otavio,
»Cuya sangre y nuestro agravio
»Dan juntos voces al cielo.
»Todos te quieren aquí
»Por amparo y protector,
»Y yo por yerno y señor:
»Julia te espera.» (*Ap.* ¡Ay de mí!)
¡Julia te espera! (*Ap.* ¿Qué es esto!)

CONDE.

¿De qué te turbas?

ROSELO.

De ver
Que si es Julia tu mujer,
En gran peligro estoy puesto.
Toma; que no hay que pasar
Adelante: pues en fin,
Siendo, Conde, Castelvin,
Me has de procurar matar.

CONDE.

No te receles, detente;
Que aunque esta carta ha llegado
A tiempo que te habrá dado
Sospechas forzosamente,
No soy yo sangre tan ruin,
Que, por lo que hacen conmigo,
Dejase de ser tu amigo,
Aunque es Julia Castelvin.
Yo te hallé desamparado
Antes que esta carta viese:
Que así te favoreciese
Es porque estaba obligado
Por ley de ser caballero;
Desfavorecerte agora,
Porque esta hermosa señora
Por mujer estimo y quiero,
Desdice mucho á quien soy.
Vete; que pues desterrado
Vas de donde estoy casado,
Libre de ofenderte estoy.
Fesenio hará como hidalgo
(Pues este es gran testimonio)
En que á su señor Antonio,
Si para servirle valgo,
No diga que te amparé,
Ni que dejé de matarte.

FESENIO.

Fuera, Señor, de agradarte,
Por mi voluntad lo haré;
Que aunque sirvo á Castelvin,
Quiero en extremo á Roselo.

CONDE.

Roselo, guárdete el cielo.
Queda adios.

FESENIO.

Adios, Marin.

CONDE. (*Ap. á Fesenio.*)

El miedo le tiene tal,
Que áun no responde.

FESENIO.

No importa.

CONDE.

Mucho el ver la muerte corta
Al hombre más principal.
(*Vanse el Conde, sus criados y Fesenio.*)

ESCENA XXIV.

ROSELO, MARIN.

MARIN.

¿Echas acaso de ver
El peligro en que te hallas?
¿Sabes que nos pueden dar
Mil muertes de aquí á Ferrara?
Deja el éxtasis de amor,
Deja suspensiones vanas:
Cásese Julia en buen hora,
Pues para su mal se casa.

ROSELO.

¡Que se case!

MARIN.

¡Santo Dios!
¡Qué voces das!

ROSELO.

¿Quién pensara
Que en aquel ángel, Marin,
Hubiera tantas mudanzas?
Los cielos dicen que mueve
Con velocidad tan rara
Un ángel, que en solo un dia
De un polo al otro los pasa:
O lo imitas, ó lo eres,
Pues, en tan breve distancia,
Las esferas del alma
Desde los cielos al infierno pasas.

¡Triste de mí, que creyendo
Tus ojos, que siempre engañan
(Que tambien por hermosura
Son cielos que nunca paran),
Dejé llevar mis deseos
De aquella dulce esperanza,
Que halló su centro en tus ojos!
Niñas y ojos todo es agua.
¡Agua, mis ojos, agua!
Que se abrasa la casa y dentro el alma!
No fué locura quererte,
Porque ninguno te amara,
Sino es el que agora estimas,
Sin estarlo por tu causa. [1]
De tu parte hubo hermosura,
De la mia lo que basta
Para igualarte, no siendo
En lo que al cielo te igualas.
¿Quieres ver en quién has puesto
Los deseos, Julia ingrata?
Mira que no te conoce,
Pues yo sé que no te ama.
Miéntras tu padre, ambicioso
Del honor que no le falta,
Te hace su mujer por miedo
A un hombre que á Otavio mata;
Que si Páris parte á verte
Alegre al ver que le llaman,
Es porque le despreciaron;
Que basta para venganza.
No como tú, que por ser,
Aunque es muy noble tu casa,
Mas Señora que naciste,
Te casas... ¿DiréIo?

MARIN.

Calla.

ROSELO.

¡Que calle! Pues tú ¿no ves
Que en la creciente y mudanza
De la luna, hablan los locos?

MARIN.

Pues si lo confiesas, habla.

ROSELO.

Señora fueras conmigo,
Y no ménos estimada;
Que títulos son mercedes
Y la sangre antiguas armas;
Que si no pongo en las mias
Coroneles de oro y plata,
Yo sé que traigo principio
De las coronas de Italia.
Espero que te arrepientas:
No lo tengas á arrogancia;
Que no está el gusto en las honras,
Sino en que le tenga el alma.
¿Qué importa el dosel de dia,
Cuyo cielo es sombra vana,
Si lo parece de noche
Quien lo ha de ser de tu cama?
¡Fuego, cielos! ¡Quemalda!
Que hoy aborrece á quien ayer amaba. [2]
Mas ¿para qué me enternezco, [3]
Habiéndome dado causa
Para maldecir tus bodas
Ver mi esperanza burlada?
Pero no permita el cielo
Que puedan tanto mis ánsias,
Que pierda aquella modestia
Con que tus cosas trataba.
Si porque maté á tu primo
Tomas aquesta venganza,
¿Cómo no mataste, Julia?...
. . . . [4]
¿Qué vengarás con tu infamia?

MARIN.

Calla; que no es de discretos
Vengarse con las palabras.

ROSELO.

¿Podré vengarme con obras?

MARIN.

¿Pues no? En llegando á Ferrara.

ROSELO.

¿Cómo?

MARIN.

Casándote en ella.

ROSELO.

¡Bien dices!

MARIN.

Camina.

ROSELO.

Aguarda,
Aguarda, Julia ingrata:
Ley es de amor que agravie á quien me [agravia.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Antonio en Verona.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, JULIA.

ANTONIO.

Quitaréte yo la vida.

JULIA.

¡Ojalá que la quitases!

ANTONIO.

Es mi gusto que te cases.

JULIA.

Estoy del Conde ofendida
(Que si no, me estaba bien),
Pues no dió muerte á Roselo,
Pudiendo.

ANTONIO.

No quiere el cielo,
Hija, que muerte le dén:
De todo peligro escapa.

JULIA.

No se escapara aquel dia
Del Conde, pues no tenia
Más que su espada y su capa.

ANTONIO.

¡Tanto á tu primo querias,
Que porque no le mató,
No te casas con él?

JULIA.

Yo
Disimulé muchos dias,
Por mi propia honestidad;
Mas no me siento tan fuerte,
Que pueda sufrir su muerte,
Ni es ahora liviandad.

ANTONIO.

Bien estoy con tu venganza;
Pero puédesla tener,
Siendo del Conde mujer,
Con más segura esperanza;
Que él ha de ser nuestro amparo:
Y en sabiendo que deseas
Que le dé muerte, no creas
Que halle en el mundo reparo.
Él te matará á Roselo:
Cásate con él, y advierte
Que le he llamado, y que es fuerte
La palabra.

JULIA.

¡Ay santo cielo!

ANTONIO.

Si tu voluntad supiera,
Jamás al Conde llamara,
Ni en casamiento le hablara,
Ni como á yerno escribiera.
Ya es hecho, ya lo escribí,
Ya lo dije: ¿qué he de hacer?
Tú eres del Conde mujer.—
¿Qué respondes?

JULIA.

¡Ay de mí!

ANTONIO.

Hija, no estés de esa suerte,
Ni seas cruel conmigo;
Que no soy yo tu enemigo,
Ni el que á Otavio he dado muerte.
Mira que salir no puedo
De mi promesa, y que soy
Hombre principal.

JULIA. (*Ap.*)

¿Qué estoy,
Cielos, temblando de miedo?
La muerte ¿no sabré darme?
Pues ¿qué temo?

ANTONIO.

(*Ap.* No responde.)
¿Qué le he de decir al Conde?

JULIA.

Señor, ya quiero casarme.
Vengan esta tarde aquí;
Que yo le daré la mano.

ANTONIO.

¿Será cierto?

JULIA.

Fuera en vano,
Señor, resistirme á tí,
Y más tocando á tu honor,
Porque yo debo perder
Mi gusto: ya soy mujer
Del Conde.

ANTONIO.

Julia, mi amor
Has de manera aumentado,
Si es que se puede aumentar,
Que sin lo que te he de dar,
Y tu madre te ha dejado,
Seis mil ducados te doy
En dos joyas de diamantes,
Y á tu esposo para guantes
Otros seis mil.

JULIA. (*Ap.*)

Muerta soy.

ANTONIO.

Voy á concertar que sea
Esta noche, por lo ménos
El concierto.

JULIA. (*Ap.*)

¿Qué venenos
Mi pensamiento desea
Más que mi propio dolor?

ANTONIO.

Fesenio, Fesenio, aprisa:
Los Castelvines avisa:
Vengan á cobrar su honor. (*Vase.*)

ESCENA II.

JULIA.

Porcia puede buscar ardiente fuego,
Hierro Lucrecia; Dido, espada en mano,
Reliquias dulces del traidor Troyano,
Que al mar de Italia dió su llanto y ruego;
Ifis cordel, por Anaxarte ciego, [go;

[1] *Sin estar loco por tu causa. Estarlo* se refiere á *locura*, género de elipsis no raro en nuestros escritores del siglo XVII.

[2], [3] No está muy enternecido Roselo cuando pide al cielo que abrase á Julia. Han de faltar aquí versos y en otros lugares de esta escena, ó ha de haber algunas equivocaciones en el texto que seguimos.

[4] Falta un verso.

Y por las amenazas del romano,
Veneno Sofonisba; aguarde en vano
Ero en la torre, hasta arrojarse luego;
La punta al pecho y el aliento en cal-
Tisbe en la sangre mísera resbale [ma,
Del que muriendo fué de amantes pal-
[ma.
Que á mí ni fuego ni cordel me vale,
Pues un acto de amor degüella el alma,
Y no hay cuchillo que al dolor se iguale.

ESCENA III.

CELIA. — JULIA.

CELIA.
A Aurelio, Señora, hablé,
Y tu billete le di.

JULIA.
¿Leyóle?

CELIA.
Sí.

JULIA.
¿Todo?

CELIA.
Sí;
Y de verle me espanté
Llorar con notable afeto,
Dando mas suspiros juntos
Que tiene letras y puntos.
Fuése á su estudio en efeto,
Y al cabo de más de una hora,
Este pomillo me dió,
Para que le bebas.

JULIA.
¡Yo!

CELIA.
Tú, dijo.

JULIA.
¡Yo!

CELIA.
Sí, Señora.

JULIA.
Pues escríbole que estoy
Determinada á matarme
Antes, Celia, que casarme;
Y asegúrole que voy
Derecha á un hierro ó cordel;
Conoce mi amor, y sabe
Que ántes que el papel acabe,
Mi vida acaba con él;
Y ¡envíame confecciones!

CELIA.
Ya sabes que es el más sabio,
Sin hacer, Señora, agravio
A los antiguos varones
Que ha celebrado la fama,
De cuantos su templo tiene..
. . . . [1]

JULIA.
Bien sé, Celia, que nos llama
Hijos á mí y á Roselo, [2]
. . . .
. . . .
. . . .
Y él solo este caso nuestro
Desde su principio sabe.
Sé que es filósofo grave,
Y en aguas y yerbas diestro;
Pero temo que no sea
Alguna cosa tan fuerte,
Que amor del Conde despierte,
Por el bien que me desea,
Y de Roselo me olvide.

CELIA.
Eso es desatino grave.
Vuestro casamiento sabe,
Y ántes, el segundo impide.
Él sabe que estás casada,
Y que no puedes casarte;
Y pues, para remediarte,
Esta confeccion le agrada,
Cierra los ojos, y mira
En el peligro que estás.

JULIA.
Bien dices: ni ha de ser más
El mal cuando el cuerpo espira.
Y pues no puede crecer,
Tomo el agua. Celia, adios.

CELIA.
¡Adios! Luego ¿ya las dos
No nos habemos de ver?
Calla; que es para esforzarte
En tantas melancolías.

JULIA.
¡Ay! De las entrañas mias,
Celia, el alma se me parte.
¡Jesus! ¿Qué es lo que me has dado?

CELIA.
Señora, lo que me dió
Aurelio.

JULIA.
Pues pienso yo
Que habrá las aguas errado,
Y que esta debió de ser
De algun vaso de veneno.

CELIA.
Y ¿bebiste?...

JULIA.
El pomo lleno.
¡Triste! ¿qué tengo de hacer?

CELIA.
¿Qué sientes?

JULIA.
Que me han rompido
Del cuerpo todas las venas,
Y que tengo aliento apénas,
Acabado y oprimido.
Siento sobre el corazon
¡Ay Jesus! un grave peso.—
¡Celia!...

CELIA.
Señora...

JULIA.
¡Qué exceso
De rabia!

CELIA.
¡Extraña traicion!
¡Nunca hubiera yo nacido,
Para ser la mensajera
De tu muerte!

JULIA.
¡Á Dios pluguiera
Que ántes la hubieras traido!
Yo muero... Dile á Roselo,
Si le vieres...

CELIA.
¡Ay de mí!

JULIA.
Dile que su esposa fuí;
Dile que le guarde el cielo;
Dile que muero por él,
Y por no ser de otro... y di
Que no se olvide de mí.

CELIA.
¡Qué congoja tan cruel!
¡Qué color y qué sudor!

JULIA.
No puedo tenerme en pié.

CELIA.
¿Quiéreste acostar?

JULIA.
No sé.
¡Qué triste fin de mi amor!
Pero ya voy consolada
Con que mi Roselo vive.
Celia, mi muerte le escribe.

CELIA.
¿Qué dices?

JULIA.
No digo nada.
¡Ay, ay, ay de mí, que muero!

CELIA.
Ven á tu cama.

JULIA.
Ya voy.
¡Padre! de Roselo soy.

CELIA.
Calla.

JULIA.
Ni puedo, ni quiero.
(*Vanse.*)

—

Calle en Ferrara.

ESCENA IV.

FERNANDO, RUTILIO, MÚSICOS.

FERNANDO.
Aquí podréis cantar.

RUTILIO.
Y vive enfrente
El mismo sol, que si saliera agora,
Fueran sus rejas las del mismo Oriente.

UN MÚSICO.
Un forastero en ellas enamora,
Y áun á fe que le miran tiernamente,
Y él dice en sus papeles que la adora.

FERNANDO.
¿Es de Verona?

MÚSICO.
Sí.

FERNANDO.
¿Quién es?

RUTILIO.
Roselo.

FERNANDO.
¿De tantas gracias le ha dotado el cielo?

RUTILIO.
Sí; pero es vida que ningun discreto
Fundara en ella...

FERNANDO.
Basta: ya lo entiendo.

RUTILIO.
Yo sé que le persiguen de secreto
Los Castelvines.

FERNANDO.
Vana empresa emprendo.

RUTILIO.
Dió muerte á Otavio: vive tan sujeto,
Que de que compitais con él me ofendo.

FERNANDO.
Canten algo los músicos.

RUTILIO.
Detente;
Que pasa gente.

FERNANDO.
Y forastera gente.

ESCENA V.

ROSELO Y MARIN, *sin ver á*—FERNANDO, RUTILIO Y LOS MÚSICOS.

MARIN.
¿Cómo te va de amor?

[1] Falta un verso para la redondilla que acaba con el siguiente.
[2] Primer verso de una redondilla, de la cual no queda más.

ROSELO.

Soy principiante,
Y entra con sangre la primera letra:
Fuera de que no soy tan de diamante;
Que aquel agravio el alma me penetra.

MARIN.

¡Que se casase Julia!

ROSELO.

No te espante;
Mas si del cielo un justo amor impetra,
Marin, venganza, yo la pido al cielo.

MARIN.

Los cielos te la dén.

RUTILIO. (*Ap. á Fernando.*)

Este es Roselo.

FERNANDO.

Si fuera Castelvin, no me parece
Que era mala ocasion.

RUTILIO.

Llega, Fernando,
Y sepamos qué busca.

MARIN. (*Ap. á su amo.*)

Aquí se ofrece
Gente, Roselo, que te está mirando.

ROSELO.

Caballeros, si puede y si merece
Pedir un forastero caminando
Que le digais la plaza, eso pregunto.

MARIN. (*Ap. á su amo.*)

Bien has hecho, que viene el mundo jun-[to.

FERNANDO.

La plaza, hidalgo forastero, queda
En el fin de esa calle que pasastes.

ROSELO.

Dadme licencia que buscarla pueda.

FERNANDO.

En buena hora: volved por donde en-[trastes.
(*Vanse Roselo y Marin.*)

RUTILIO.

Si este es Roselo, del valor que hereda
A su linaje, mal os informastes.

FERNANDO.

Como le siguen tantos, aunque es hom-[bre,
No os espanteis que de morir se asom-[bre.

MÚSICO.

¿Cantaremos?

RUTILIO.

No, Silvio; que allí suenan,
O me engaño, gentiles cuchilladas.

FERNANDO.

Las piedras rompen y la calle atruenan.

RUTILIO.

Vamos allá sacando las espadas.

MÚSICO.

Para estas ocasiones se condenan,
Rutilio, las guitarras más templadas.

RUTILIO.

Y es mal broquel. Mauricio, un instru-[mento.

MÚSICO.

Yo tengo por mejor un aposento.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

ROSELO Y MARIN, *con las espadas desnudas; despues,* SILVIA.

ROSELO.

Bien se fingió la cuestion.

MARIN.

Y allá van á ver lo que es.
(*Asómase á un balcon Silvia.*)

SILVIA.

¡Ah caballero!

ROSELO.

Despues
Te diré, Marin, quien son.

SILVIA.

¡Ah gentil hombre!

MARIN.

A ti
De aquel balcon te han llamado;
Que solo el hombre he tomado,
Desde que gentil nací.

ROSELO.

¿Qué manda vuesa merced?

SILVIA.

¿Quién son los de la cuestion?

ROSELO.

Si callais, diré quién son.

SILVIA.

Sí haré, si me haceis merced.

ROSELO.

Sabed que somos los dos,
Y estos los mismos aceros,
Para que seis majaderos
Dejasen de hablar con vos.
Ellos van á ver lo que es,
Y nosotros nos volvimos
Donde hablaros merecimos.

SILVIA.

¿Quién es?

ROSELO.

Roselo Montés.

SILVIA.

Vos seais muy bien venido;
Mas mirad que os atreveis
A mucho.

ROSELO.

Vos me debeis,
Señora, el ser atrevido.

SILVIA.

¿Qué hay de cosas en Ferrara?

ROSELO.

¡Ay! Que Julia se casó.

SILVIA.

¿Con suspiro!

ROSELO.

Nunca yo
Tuve en Julia fe tan rara.
Díjelo así por memoria
De mis enemigos fieros.

SILVIA.

Aquí me pesa de veros.

ROSELO.

No hay pena con tanta gloria.

ESCENA VII.

ANSELMO.—ROSELO Y MARIN, *en la calle;* SILVIA, *en el balcon.*

ANSELMO. (*Para sí.*)

Aquí dicen que he de hallar
A Roselo en su posada.

MARIN.

La gente desengañada
Vuelve á su puesto á cantar.
Retírate.

ROSELO.

Silvia bella,
Gente vuelve: no es razon
Que los hableis.

SILVIA.

El balcon
Cierro. (*Quítase y cierra.*)

ESCENA VIII.

ROSELO, MARIN; ANSELMO, *retirado.*

MARIN.

¿Qué hablaste con ella?

ROSELO.

¿Qué sé yo? que estoy de suerte,
Que no doy paso, Marin,
Sin ser de mi vida fin
Y principio de mi muerte.

MARIN.

Vámonos, si estás sin gusto.

ROSELO.

Así entretengo mi mal;
Pero como estoy mortal,
Todo me causa disgusto.
¡Ay Julia! Amor me combate,
Aunque el agravio me ciegue.

MARIN.

Un hombre se llega.

ROSELO.

Llegue,
Y ¡plegue á Dios que me mate!

MARIN.

¿Quién va?

ANSELMO.

¿Quién lo pregunta?

MARIN.

Si no tiene
Que hacer en esta calle, tome márgen.

ANSELMO.

Seguros pueden en cualquiera parte
Hablar vuesas mercedes; que he llega-[do
De fuera en este punto y busco un hom-[bre.

ROSELO.

Aquella voz parece que conozco.
¿De dónde sois, Señor?

ANSELMO.

Soy de Verona,
Y aquí en Ferrara busco cierto hidalgo.

ROSELO.

Él es, no hay que dudar ¡Anselmo mio!

ANSELMO.

¿Es Roselo?

ROSELO.

Yo soy.

ANSELMO.

A buena suerte
Tengo el haberte hallado.

ROSELO.

¿Qué hay de nuevo?

ANSELMO.

Las cosas más extrañas y exquisitas
Que han sucedido eternamente.

ROSELO.

¡Cómo!
¿Casóse Julia ya?

ANSELMO.

No.

ROSELO.

Pues ¿qué cosas
Extrañas pueden ser, si no se casa?

ANSELMO.

Diré hasta el fin sin que te cause pena,
Y sabrás á qué vengo y lo que pasa.

ROSELO.

Comienza, Anselmo, y vamos poco á
A la posada. [poco

ANSELMO.

Escucha.

ROSELO.
¡Estoy muriendo!
Todo el sentido de tu voz suspendo.

ANSELMO.
Propuso á Julia su hija
El tratado casamiento
Antonio de Castelvin;
Pero ni el paterno imperio,
Ni los ruegos de su tio
Y regalos de sus deudos
Fueron parte á dar el sí.
Mas como el padre soberbio
Le hiciese fuerza y quedase
Hecho, Roselo, el concierto
Para la siguiente noche;
Cuando estaban previniendo
Libreas, vestidos, hachas,
Y la nobleza y el pueblo
Aguardando á ver al Páris,
Robador de tus deseos,
Julia con mortales ánsias
Cayó difunta en el suelo.

ROSELO.
¡Qué dices!

ANSELMO.
Ya te previne
Que me aguardaras primero.

ROSELO.
¿Qué te tengo de aguardar,
Si mi Julia es muerta, Anselmo!

ANSELMO.
Aguarda; que Julia vive.

ROSELO.
Si vive, vivo y espero.

ANSELMO.
Toda la noche lloraron
Con notable sentimiento
Padres, deudos y ciudad.

ROSELO.
Anselmo, amanece presto;
Que se me acaba la vida.

ANSELMO.
Amaneció; pero viendo
Que no hablaba ni tenia
Calor...

ROSELO.
Anselmo, ¿qué es esto!
Para anochecer cansado,
Amaneciste muy necio.
Si áun no vive, no es de dia.

ANSELMO.
El dia pasó, y creyendo
Su muerte...

ROSELO.
Si pasa el dia,
Mira Anselmo que soy muerto.

ANSELMO.
A las cinco de la tarde
Se previno el triste entierro.

ROSELO.
Si entierras, Anselmo, á Julia,
¿Qué aguardo, Anselmo, y espero?

ANSELMO.
No se ha visto en la ciudad
Tan notable enterramiento.

ROSELO.
¡Mas que nunca para verle
Ojos le dieran los cielos!

ANSELMO.
Iban llorando detrás
Niños, mancebos y viejos.

ROSELO.
¿Qué aguardo, que no me doy
La muerte, que ya deseo!

ANSELMO.
Espera.

ROSELO.
¿Qué he de esperar?
O estás loco, ó no te entiendo.
Despues de enterrada Julia,
¿Dices que espere?

ANSELMO.
No pienso
Que tal historia se ha visto.

ROSELO.
Ni en mi mayor sufrimiento.
¿Pensarás tú que de oir
Que no se case me alegro,
Por ser muerte de ángel?

ANSELMO.
Oye.

ROSELO.
¿Qué hay más que oir?

ANSELMO.
Mucho.

ROSELO.
Temo
Que, como sangría, á pausas,
Por mensajero discreto,
Me das Anselmo el dolor,
Para que no pierda el seso.

ANSELMO.
Yo, que estaba en mi posada...

ROSELO.
¿Aun queda más?

ANSELMO.
¡Esto es bueno!
Lo que queda es lo que importa.

ROSELO.
Si queda, estaréme quedo.

ANSELMO.
Escucha, pues.

ROSELO.
Ya te escucho.

ANSELMO.
Envióme á llamar Aurelio,
Y díjome desta suerte:
«Todo su triste suceso,
Anselmo, me escribió Julia,
Y al fin me dijo: Yo entiendo
Que cuando el papel acabes,
Acabaré, porque tengo
Hierro y cordel en las manos.
Yo, viendo tan grave yerro,
Di á Celia un pomo de agua,
Que es un notable veneno,
Que dos dias naturales
Infunde un helado sueño.
Llevóle, y tomóle Julia,
Pensando morir más presto.
Parte volando á Ferrara,
Y dile, Anselmo, á Roselo
Que queda Julia en su iglesia,
En la bóveda que han hecho
Sus pasados, en que está
De Otavio su primo el cuerpo.
Que venga y de allí la saque,
Donde con mucho secreto
Viva en Francia ó en España.»

ROSELO.
¡Anselmo! ¡de oirlo tiemblo!
Si despertase entretanto,
Como es fuerza, pues sospecho
Que no podremos llegar,
Aun por los aires, á tiempo,
Y se hallase á escuras Julia
Entre tantos cuerpos muertos,
¿No se morirá de espanto?

ANSELMO.
No hay que temer; caminemos;
Que Aurelio tendrá cuidado.

ROSELO.
Marin, ¿qué dices?

MARIN.
Que el miedo
No me deja respirar.

ROSELO.
Si he nacido para ejemplo
De amadores desdichados,
Cielos, ¿en qué me detengo?
Julia, aguarda.

MARIN.
Anselmo, espera.

ANSELMO.
¿Qué quieres?

MARIN.
¿Hay muchos muertos
En esa bóveda?

ANSELMO.
Muchos.

MARIN.
Pues á la puerta me quedo.
(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio del Señor de Verona.

ESCENA IX.

EL CONDE PÁRIS, *con luto;* EL SEÑOR DE VERONA.

CONDE.
Por imposible tengo que en mi vida
Pueda alegrarme.

VERONA.
Conde, el que es discreto
Sabe que la fortuna está subida
Sobre un globo que baña el mar inquieto.
Con esto, de las ondas impelida,
Ya con alegre, ya con triste afeto,
Conduce nuestras vidas á la muerte,
Los males junta y los contentos vierte.

CONDE.
Crea vuesa excelencia que si fuera
Dueño de mil tesoros y del mundo,
Y por sus inconstancias lo perdiera,
Fuera en reir Demócrito segundo.
Mas para ver que un ángel, que me hiciera
Dichoso Páris, con dolor profundo
De toda esta ciudad, difunto quede,
Falta el valor, porque el dolor excede.
Y si fuera, despues de la alegría
Que da la boda á los recien casados,
Un año, un mes, una semana, un dia,
Templara este consuelo mis cuidados.
Pero que al dar el sí la mano fria,
Responda que la fuerza de sus hados
La lleva á los umbrales de la muerte,
¿Qué bronce habrá para sufrirlo fuerte?

VERONA.
Antes fué más ventura que de un año,
De un mes, de una semana, ni de un dia,
Porque el amor creciera y fuera el daño
Mayor.

CONDE.
Ya fuera tal la dicha mia.
No puede hacer á mi dolor engaño
Consuelo alguno, aunque el valor porfía.

ESCENA X.

UN CRIADO.—EL CONDE PÁRIS, EL SEÑOR DE VERONA; *despues*, ANTONIO.

CRIADO.
Antonio Castelvin á hablaros viene.

VERONA.
Tomad ejemplo del valor que tiene.
(*Sale Antonio.*)

ANTONIO.
No vengo á lamentarme de mi suerte,
Ni á enterneceros con mi justo llanto,
Ni á deciros el yerro de la muerte
En perdonar quien ha vivido tanto.
Dicen que amor y muerte, en tiempo fuerte
De invierno, caminaban: no me espanto
Que caminase amor con quien podia
Templar su ardor; que es en extremo fria.
Dicen que en una venta que pararon,
Durmieron juntos, y que al despedirse,
Los arcos y las flechas se trocaron;
Que la luz comenzaba á descubrirse.
Con esto amor y muerte dispararon:
Los mozos comenzaron á morirse,
Y los viejos despues á enamorarse,
Porque nunca pudieron destrocarse.
Esto se ve en mi casa, pues es muerta
Julia mi hija cuando á Otavio amaba;
Y yo, porque mi casa está desierta
De quien sus mayorazgos heredaba,
O porque así mi hermano lo concierta,
Pues en los dos la sucesion se acaba,
Con su hija y mi sobrina me es forzoso
Casarme en esta edad.

CONDE. (*Ap.*)
¡Cuento donoso!

ANTONIO.
Yo, que pensaba descansar contento,
Casada Julia ¡ay cielos! con el Conde,
Con Dorotea trato casamiento;
Y á Julia, como veis, la tierra esconde.
Este es el mundo: sabe Dios que siento
El ver que Dorotea corresponde
Al gusto de su padre, que ya toma
Cuidado de ir por la dispensa á Roma.

VERONA.
Si no hay otro remedio conviniente
Para las dos haciendas, será justo
Que os caseis, pues no hallais otro pariente
Que venga como vos, Antonio, al justo.
Vuestra sobrina en vos tendrá presente
A su padre, y hará tambien su gusto;
Pues muerto Otavio y Julia, á vuestra hacienda
No se le podrá dar tan igual prenda.

CONDE.
Lo mismo digo yo que vuecelencia,
Y que os goceis, Antonio, muchos años.
En vos está mejor que en mí la herencia.

ANTONIO.
No está; pero reparo ansí mis daños.
Vine á pediros á los dos licencia,
Y á daros de sucesos tan extraños
La cuenta que es razon.

VERONA.
Sois en efeto
Hombre de edad, de canas y respeto...
Mal dije hombre de edad, respeto y canas;
Mas no está aquí vuestra querida esposa;
Que todo ha de encubrirse...

ANTONIO.
A las livianas;
Que no á quien es doncella virtuosa.

CONDE.
A todas es razon.

VERONA.
Primas hermanas
Son la edad y injuria,

CONDE.
Es cierta cosa.

ANTONIO.
Venid los dos á ver á Dorotea.

CONDE.
Con todo mi pesar, para bien sea.
(*Vanse.*)

—

Bóveda sepulcral de una iglesia en Verona.

ESCENA XI.

JULIA.

¡Adónde me ha traido
Mi desventura! ¿Cómo, si soy muerta,
Hablo y tengo sentido?
¿Adónde estoy, que sin ventana ó puerta,
En tinieblas escuras,
Me niega el cielo ver sus lumbres puras?
Que soy muerta es sin duda.
Mas ¡ay de mí! ¿cómo no estoy agora
De carne y voz desnuda?
¿Qué casa es esta y quién en ella mora?
Mas tan escura y fuerte,
Sin duda que es la estancia de la muerte.
Paréceme que toco
Cuerpos aquí y allí. ¡Cielos! ¿qué es esto?
Vuestra piedad invoco.
Si acaso no soy muerta, ¿quién me ha puesto
Donde los muertos viven,
Y en sus heladas cuevas me reciben?
Y si, como me acuerdo,
Aurelio me mató con aquel pomo,
¿Cómo ¡cielos! no pierdo
Este cuerpo mortal que tengo? y ¿cómo
Hablo y siento y me asombro
Todas las veces que la muerte nombro?
—Allí una lumbre veo:
Miraré ya si en el infierno vivo,
Si he pasado el Leteo,
Y aquí la pena de mi amor recibo.
—La luz se va acercando.
Si no soy muerta, moriré temblando.

ESCENA XII.

ROSELO, *con una linterna;* MARIN, —JULIA, *retirada de ellos.*

MARIN.
¡No me dejaras á mí,
Y fuera mayor cordura,
A que la puerta guardara!

ROSELO.
Anselmo basta, que acuda
A cualquier caso, Marin.
Entra, pues. ¿De qué te turbas?

MARIN.
¿No fuera mejor, Señor,
Que entrara acá dentro el cura
Con el hisopo y el agua?

ROSELO.
Sube esta grada.

MARIN.
¿Que suba!

ROSELO.
Pues bien, ¿quién te ha de comer?

MARIN.
¡Santo Dios! ¿Quién me rempuja!
(*Asustado Marin, se coge á su amo, caen los dos y matan la luz.*)

ROSELO.
¡Maldito seas, amén,
Que habemos quedado á escuras!

JULIA. (*Ap.*)
¡Virgen Santa, socorredme!
Que donde estoy, es sin duda
Túmulo de mis mayores.

ROSELO.
¡Hablan!

MARIN.
¿Oyes voz alguna?

JULIA. (*Ap.*)
Sin duda el pomo de Aurelio
Era confeccion infusa
En algun sueño, y mi padre
¡Me ha enterrado en esta tumba!

ROSELO.
¡Otra vez vuelven á hablar!

MARIN.
¡San Pablo! *Et ne nos inducas...*

ROSELO.
Toma, Marin, esta vela,
Y en la capilla segunda
De la iglesia, enciende presto.

MARIN.
¿Qué dices!

ROSELO.
Esto que escuchas.

MARIN.
¿Cómo he de poder ir solo!
¿No adviertes que me despulsa
El miedo?

ROSELO.
Acaba, cobarde.

MARIN.
¡Otra vez! ¿Quién me rempuja?

ROSELO.
Quédate aquí; que yo iré.

MARIN.
¡Aquí solo?

ROSELO.
¡Qué locura!...[1]
. . . .

MARIN.
Pues ¿qué purga de ruibarbo
Fuera más corriente purga?

JULIA. (*Ap.*)
Adonde la luz estaba
Oigo una voz que murmura...
—Y aún parecen dos personas.
¿Si hablan despues de difuntas?

ROSELO.
¿No sientes la voz agora?

MARIN.
La sangre dicen que busca
El corazon; mas la mia
Ya pasa de la cintura.

ROSELO.
Paréceme que allí hablan.

MARIN.
¿Piensas tú que no se juntan
Cuatro muertos habladores,
Que no hay diablo que los sufra?

ROSELO.
¿Cómo haremos?

MARIN.
Yo ¿qué sé?

ROSELO.
¿Tientas pared?

MARIN.
En la nuca
He topado cierto muerto...
¡San Anton, san Blas, san Lúcas!

ROSELO.
¿Qué hay?

MARIN.
Topé con la barriga.
¡Gordo estaba! ¡Brava enjundia!
Aquí está una calavera...
Pero parece de mula.
¡Jesus, Jesus! que me muerden!

ROSELO.
¿Qué es eso?

MARIN.
Todo me ofusca.
El dedo metí, Señor...

[1] Parece que faltan versos aquí.

ROSELO.
¿Cómo?

MARIN.
Entre dos tablas juntas,
Y pensé que me mordian.

ROSELO.
¿Qué atientas?

MARIN.
¿Quién me rempuja?

ROSELO.
¿Dónde pusieron á Otavio?

MARIN.
¿Eso me acuerdas? ¡Ayuda!

ROSELO.
¿Qué quieres?

MARIN.
¡Misericordia,
Que no he tomado la bula!
Perdóname.

ROSELO.
Yo, ¿de qué?

MARIN.
De que me comí las truchas
Que faltaron la otra tarde,
Y las peras en azúcar.

ROSELO.
Acaba, necio.

JULIA.
(*Ap.* ¡Ay de mí!
Ya no hay adonde me encubra.
Ya se acercan, ya no hay
Más lugar adonde huya.)
Hombres, ¿sois vivos ó muertos?
(*Caen juntos.*)

MARIN.
¡Muerto soy!

ROSELO.
Mi muerte anuncian.
¿Diéronte con algo?

MARIN.
Sí.
Si desta me escapo, nunca
A bóvedas ni bobadas.

ROSELO. (*Ap.*)
¡Oh amor, con tu luz me alumbra!

MARIN.
Sin duda que aqueste muerto,
Como el abejon, se burla,
Que llama con la derecha
Y sacude con la zurda.

ROSELO.
Quiero animarme á llamar.
¡Ah Julia! ¡Ah mi bien! ¡Julia!

MARIN.
¿Cosa que despierte Otavio
Con treinta muertos de runfla?

ROSELO.
¡Julia mia!

JULIA.
(*Ap.* Aquella voz
Parece que me asegura.
Pero ¿si es la voz de Otavio?
Más quiero llamarle en duda.)
¡Otavio!

MARIN.
¡A Otavio llamaron?
Agora nos descoyuntan.

ROSELO.
No soy Otavio.

JULIA.
¿Pues quién?

ROSELO.
Roselo.

JULIA.
¡Roselo!

ROSELO.
¿Dudas?

JULIA.
Dame unas señas.

ROSELO.
Anselmo
Me dijo que la profunda
Ciencia de Aurelio hizo el agua,
Que fingió la muerte tuya;
Y él mismo á llamar me envía,
Porque miéntras se deslumbran
Con este engaño, te saque
De aquesta bóveda escura.

JULIA.
¿Qué te di yo aquella noche,
Para nuestra desventura
La primera?

ROSELO.
Unas reliquias.

JULIA.
¿Y tú á mí?

ROSELO.
Dos piedras juntas
En un maridaje de oro.

JULIA.
¿Y á la mañana?

ROSELO.
Una pluma
Que llevaba, de diamantes.

JULIA.
Las señas son muy seguras.
Pero en el primer papel,
¿Qué te escribí?

MARIN.
¡Mas preguntas!

ROSELO.
«Al esposo de mi alma.»

MARIN.
¡Oh qué linda doña Nuña!
Diga si es viva ó si es muerta;
Que hay entre los muertos nutrias,
Que no son carne ni huesos.

ROSELO.
Déjame.

MARIN.
¿Qué te apresuras?

JULIA.
Llega, esposo de mi alma.

ROSELO.
Tu voz en mi pecho infunda
La que me falta.

MARIN.
Acabóse.
Aquí el dolor se resuma.
Pero mirad que parece
Muy tarde.

ROSELO.
Fuera locura
Decirte que tengo seso.

MARIN.
Salid, porque no os descubra
La luz del alba al salir.

ROSELO.
¿Dónde iremos?

JULIA.
Si procuras
Que estemos más encubiertos,
Hasta que la suerte cumpla
Sus términos en nosotros,
Si aquellas venganzas duran,
En la hacienda de mi padre
Nos librarán de su injuria
Dos hábitos de villanos.

ROSELO.
¡Ay! temo que tu hermosura
Descubra nuestro concierto.

JULIA.
¿Cómo, si muerta me juzgan?

ROSELO.
Bien dices: sal por aquí.

MARIN.
Aguardad.

ROSELO.
¿Qué quieres?

MARIN.
Nunca
Soy amigo de ir detras.

ROSELO.
Ayúdenos la fortuna.
(*Vanse.*)

—

Casa de campo cercana á Verona.

ESCENA XIII.

BELARDO, LORETO.

LORETO.
Digo que vienen acá,
Y que ya partir los vi.

BELARDO.
¡Tantos señores aquí!
El cortijo es corte ya.

LORETO.
Vos, con vuestra siega y poda
Y libros de cultivar,
No habeis querido escuchar,
Belardo, la nueva boda.

BELARDO.
Hijo, ya no es para mí
Otro cuidado ni fiesta.
Pero di: ¿qué boda es esta,
Si antiyer entierros vi?

LORETO.
De esos entierros nació
A la fe, padre, esta boda.

BELARDO.
¿Cómo, si la ciudad toda
Esta desgracia lloró?

LORETO.
Antonio, mueso señor,
Quedó sin Julia.

BELARDO.
Es verdad.

LORETO.
Su hermano con cantidad
De hacienda, y de igual valor...

BELARDO.
Tambien.

LORETO.
Tiene á Dorotea;
Y á esta quiere hacer mujer
De su tio, para hacer
Que uno el mayorazgo sea,
Y de su casa no salga:
Y á aquesto vienen acá.

BELARDO.
La razon entiendo ya,
Y es buena, así Dios me valga,
Como Julia no apetezca
Despues algun mozo rubio,
Y se lleve algun diluvio
La hacienda, y todo perezca.

LORETO.
Pardiez, padre, mejor fuera
Que con ella me casara.

BELARDO.
¡Tu!

LORETO.
¿Pues quién?

BELARDO.
¡Bien la empleara!

LORETO.
Y ¿es mejor que á un hombre quiera,
Que tiene dos treinta y nueves,
Sin poderse descartar?

BELARDO.
Llama á Tamar.

LORETO.
¡Ah Tamar!

ESCENA XIV.

TAMAR.—BELARDO, LORETO.

TAMAR.
Que soy sorda pensar debes.

LORETO.
Señor me mandó llamarte.

TAMAR.
No te mandó darme voces.

LORETO.
Por no verte tirar coces,
Muero, Tamar, por casarte.

TAMAR.
¡Tú me has de casar á mí!

LORETO.
Yo te tengo por mujer,
Que no me habrás menester.

TAMAR.
¿Llamábasme, padre?

BELARDO.
Sí.
Limpiese toda esa casa;
Que viene el mundo á la huerta.

TAMAR.
¿Quién, padre, si es Julia muerta?

BELARDO.
Tamar, su padre se casa
Con la hija de su hermano.

TAMAR.
Pues ¿á qué vienen acá?

BELARDO.
Miéntras á pedir se va
Al Pontífice romano
Licencia y dispensacion,
Querrán que no esté en Verona.

TAMAR.
Todo la sangre lo abona;
No ha sido mala invencion.
Mas yo sola no podré
Acudir á tantas cosas.

BELARDO.
Dos mozas, las más curiosas
Destas haciendas, traeré,
Que te ayuden.

TAMAR.
Eso sí.

BELARDO.
Vamos, Loreto, á buscallas.
A aquesto bien vas y callas.

LORETO.
Tierno soy, de vos nací.

BELARDO.
¿Fuí yo muy tierno?

LORETO.
En verdad,
Que corazon tan movido
No se ha visto, ni se ha oido.

BELARDO.
Viví conforme á mi edad.
(*Vanse Belardo y Loreto.*)

ESCENA XV.

TAMAR.

Todo el mundo se casa, y todo el mundo
Anda al reves: los mozos á la tierra,
Y los viejos al tálamo. No envidio
La boda de la hermosa Dorotea; [za,
Que más tengo en tener buena esperan-
Que quien ruin posesion tiene y alcanza.

ESCENA XVI.

ANSELMO, ROSELO, JULIA y MARIN, *de villanos, con sombreros y hoces de segadores.*—TAMAR.

ANSELMO.
Paz sea en esta casa.

ROSELO.
Dios la guarde
A la Señora della.

MARIN.
Dios prospere
El pan y el vino, amén.

JULIA.
Dios la dé un novio,
Señora, si está en cierne de casada,
Que se le envidien las que ya lo fueren,
Y las que no, de pura rabia lloren.

TAMAR.
El cielo, buena gente, los bendiga.
¿Son desta tierra?

ROSELO.
Somos de Ferrara.

TAMAR.
Quitáos por vida mia, labradora,
El velo del rebozo y del sombrero.

JULIA.
No puedo agora; que la noche toda
He caminado, y vengo descompuesta.
En tocándome, estoy para serviros.

TAMAR.
Y ¿de cuál de los tres es la Señora?

MARIN.
Mia.

TAMAR.
Pardiez que vos podeis ser bella;
Pero que ya teneis bellaco gusto.
¡Esto escogistes, donde están dos mo-
Cuál los que veis? [zos

JULIA.
Y vos ¿cuál escogiérades?

TAMAR.
Al mayor, por el talle y brio.

ROSELO.
¿A mí! ¿No era mejor mi compañero?

JULIA. (*Ap.*)
Aunque esto burla es, de celos muero.

TAMAR.
Perdone Dios á Julia mi Señora;
Que tanto cuanto semejais su cara.
Mas ¿qué es lo que buscais?

ANSELMO.
Labor buscamos.

TAMAR. [mano
Mi padre no está aquí; que él y mi her-
Van á buscar dos mozas, que me ayu-
[den;
Que vienen á esta hacienda sus señores.

JULIA.
¡Sus señores acá?

TAMAR.
Como se ha muerto
Julia, la hija de mi amo, quiere
Su hermano que se case con su hija;
Y en tanto que les da licencia el Papa,
No quiere el viejo que en Verona viva,
Porque no se le antoje algun mancebo.

ROSELO. (*Ap. á Julia.*)
¿Oyes aquesto?

JULIA. (*Ap.*)
¡Ay triste!

ANSELMO. (*Ap. á Julia.*)
Si se casa
Tu padre, vuestra hacienda se destru-
Y yo quedo tambien sin Dorotea: [ye,
Que desde el dia del sarao la sirvo.

JULIA.
(*Ap. á Anselmo.* Mejor lo haga el cielo.)
[Pues, hermosa,
Ya que habemos venido á tan buen
[tiempo,
Yo la quiero ayudar, y estos zagales
La mano probarán por esas mieses.

TAMAR.
Pues alto; vos subid á este aposento,
Y ellos prueben la mano.

JULIA.
Adios, señores.

ROSELO. (*Á Julia.*)
Adios, Marcela.

ANSELMO.
Adios.

MARIN. (*Ap.*)
¡Extraño cuento!
¿Qué fin han de tener vuestros amores?
(*Vanse Julia, Roselo, Anselmo y Marin.*)

ESCENA XVII.

ANTONIO, LUCIO.—TAMAR.

ANTONIO.
Que lleguen tarde á nuestra hacienda
[siento.

LUCIO.
Y ¿no es mejor, si están los labradores
Descuidados, Señor, de tu venida?

ANTONIO.
¡Tamar!

TAMAR.
¡Señor Antonio de mi vida!

ANTONIO.
¿Sabe tu padre que á esta casa vengo?

TAMAR.
Sabe tu casamiento, y lo desea;
Sólo tiene el cuidado que yo tengo,
De que tan presto como dicen sea.

ANTONIO.
Lo que me puede suceder prevengo.
Soy viejo, y es muchacha Dorotea;
Que si un año las bodas dilatara,
Nuestra esperanza y sucesion burlara.
Bien quisiera avisaros; no he podido;
Que luego al punto me mandó mi her-
Sacar á Dorotea. [mano

TAMAR.
Justo ha sido;
Que no es lícito el trato cortesano
A quien ha de esperar viejo marido;
Que al bozo rubio siempre envidia el
[cano.

ANTONIO.
¿Soy muy viejo, Tamar?

TAMAR.

No eres muy viejo.
¿Nunca tus canas te mostró tu espejo?

ANTONIO.

Véte á hacer tus haciendas.

TAMAR. (*Ap.*)

En tratando
De los años á un viejo, pierde el seso.
(*Vase.*)

ANTONIO.

Ve, Lucio, á ver si vienen.

LUCIO.

Voy volando.
(*Vase.*)

ESCENA XVIII.

ANTONIO.

Bien sé que en esta edad ha sido exceso;
Pero voy el remedio procurando
De nuestra sucesion; y no es suceso
En el mundo tan nuevo; que esta culpa,
En mil ejemplos hallará disculpa.
Bajando va la fria escura noche
Por las gradas de sierras enlutadas
En su medroso coche; y nuestro coche
No llega á estas paredes enramadas. —
Pues no es razon que Dorotea trasnoche.
Estas palabras son enamoradas. [ca [1].
No hay cana edad que tanto enmudez-
. . . .
(*Ruido en alto.*)
¡Válgame el cielo! ¿qué rüido es este?
Pues no son truenos del airado cielo.
Parece que la máquina celeste,
Rota de sus dos quicios, viene al suelo.
Valor mi sangre en tanta edad me pres-
[te.
¡Qué triste voy! Todo me eriza el pelo.

ESCENA XIX.

JULIA, *arriba, dentro de la casa.* — ANTONIO.

JULIA.

¡Padre!

ANTONIO.

La voz conozco. ¡Muerto quedo!

JULIA.

¡Padre!

ANTONIO.

Esta es Julia, ó me la forma el miedo.

JULIA.

Oye, ingrato padre mio,
Si acaso sentido tienes,
Estas últimas palabras,
Aunque despues de mi muerte.

ANTONIO.

¡Hija! ¿eres tú?

JULIA.

¿No conoces
Mi voz? Pero bien parece
Que hasta mi voz olvidaste.

ANTONIO.

Hija, ¿adónde estás? ¿Qué quieres?

JULIA.

Padre, pues del otro mundo
Vengo á hablarte, escucha, atiende.

ANTONIO.

Hija, aunque tu voz conozco,
El no verte me entristece.

[1] Verso nada flúido, despues del cual falta uno que consuene con él: quizá contenga algun yerro de copia.

JULIA.

¿Quieres que salga, en la forma
Que estoy, y á ti me presente?

ANTONIO.

No, hija; que no me siento
Con fuerzas. Háblame y véte.

JULIA.

Yo me maté por tu causa.

ANTONIO.

¡Por mi causa?

JULIA.

Claramente.
Tú me casabas por fuerza.

ANTONIO.

Mi intento fué bueno.

JULIA.

Advierte
Que el Conde me merecia;
Mas no quiso amor que fuese
Mi esposo, porque ya estaba
Casada.

ANTONIO.

Culparte debes
A tí misma en no decirme
Lo que tan tarde me ofreces.
Dijérasme: «Padre mio,
Yo soy mujer flaca y débil;
Caséme contra tu gusto,
Yerros de amor oro tienen.»
Perdonárate yo entónces;
Que no es posible eligieses
Hombre tan vil, siendo cuerda,
Y en virtud y ingenio un fénix.

JULIA.

Cualquier hombre te dijera,
Por vil y bajo que fuese;
Y no pude el que me dió
Para marido mi suerte.
Casóme Aurelio con él;
Que hasta tanto que tuviese
La bendicion de la Iglesia,
No fué posible moverme.
Dos meses fué mi marido.

ANTONIO.

¡Que no se supo en dos meses?

JULIA.

No, padre, porque el peligro...
No hay cosa que más enfrene.
Pues como me vi casada,
Y que casarme pretendes,
Dime la muerte, y estoy
Adonde imaginar puedes.
Pues te casas, padre mio,
Yo te doy mil parabienes:
Que no es mi intencion agora
Que tu casamiento dejes.
Sólo te pido que me honres,
Y que en paz y amistad quedes
Con el que fué mi marido,
Y que su muerte no intentes;
Que si lo haces, te juro
Que los dias que vivieres,
Con el fuego que me abrasa,
Cada noche te atormente.

ANTONIO.

Pues dime ¿quién es el hombre?

JULIA.

El que á Otavio dió la muerte,
El hijo del que sustenta
Tus enemigos Monteses.
Roselo, padre, se llama.

ANTONIO.

Oye, hija, escucha. Fuése.
¡Roselo! ¿quién tal pensara?
El nombre solo me ofende.
Mas yo te doy la palabra
De respetarle y tenerle
(Por haber sido tu esposo),
Por hijo, miéntras viviere.

ESCENA XX.

TEOBALDO, DOROTEA, EL CONDE PÁRIS, BELARDO, SOLDADOS, *con alabardas;* ANSELMO, ROSELO Y MARIN, *atados.* — ANTONIO.

TEOBALDO.

Pasad adelante, infames.

ANTONIO.

¿Qué es esto?

TEOBALDO.

Tu buena suerte.
Alégrate; que ya el cielo
En tu favor amanece.

ANTONIO.

¿Qué gente es aquesta, hermano?

CONDE.

¿No conoces esta gente?
Roselo es este.

ANTONIO.

¡Roselo?

TEOBALDO.

Roselo Montés es este;
Que, en el hábito que miras,
El cielo quiso que fuese
De mi gente conocido.
No le he muerto, por hacerte
Deste y de sus dos amigos,
Como á yerno, igual presente.
Belardo, que viene aquí,
Con solo no conocerle,
De tenerle se disculpa
En tu hacienda.

BELARDO.

Bien entiendes
Que si yo le conociera,
Te excusára de ponerte
En ocasion de matarle.

TEOBALDO.

Si ofender al cielo temes,
Mira, hermano, de qué modo
Pretendes que le atormenten.
¿Quieres que á un árbol le liguen?
¿Quieres que todos le flechen?
¿Quieres que le tiren balas?
Habla, pues. ¿Qué te suspendes?

ANTONIO.

Páris, Teobaldo, y vosotros
Todos los que estais presentes,
Oid.

TEOBALDO.

¿Qué muerte?...

ANTONIO.

Ninguna;
Que Roselo vivir tiene.
Mi hija, amigos, mi hija
Adonde estais me aparece,
Y me dice que Roselo
Era su esposo.

TEOBALDO.

Detente.

ANTONIO.

No hay que detener, Teobaldo.
Por no sufrir que la fuerce
Al casamiento del Conde,
Con ponzoña se dió muerte.
Dice que ha de atormentarme,
Si más su enemigo fuere,
Con el fuego que la quema.

TEOBALDO.

Sospecho que te arrepientes,
Y que esas quimeras finges.

ANTONIO.

Hermano, si no lo crees,
Esta noche, y àun agora,
Podrá ser que venga á verte.

TEOBALDO.

No, no, Antonio; estése allá.
Yo lo creo.

ANTONIO.

Pues advierte
Que Roselo fué mi hijo,
Y que serlo tuvo tiene.
Hoy le has de dar á tu hija.
Yo no la quiero, ni verme
En más desdichas.

TEOBALDO.

¡Mi hija!

ANTONIO.

Tu hija, para que quede
Hoy nuestra paz confirmada.

CONDE.

Cuando los cielos conceden
Que las paces destos bandos
Desta suerte se comiencen,
No hay que replicar, Teobaldo.
A Roselo le promete
Tu hija.

TEOBALDO.

Si nuestras paces
Así el cielo ordena y quiere,
Yo se la doy.

ESCENA XXI.

JULIA.—Dichos.

JULIA.

Eso no.
¡Oh traidor! ¡Con dos mujeres!

DOROTEA.

¿Es esta Julia?

TEOBALDO.

Ella es.

JULIA.

Nadie huya.

CONDE.

Julia, tente.

JULIA.

Padre, mira que estoy viva.
Vuelve, tio; padre, vuelve.

TEOBALDO.

¿Qué nos quieres, Julia? Di.

CONDE.

Dime, esposa, ¿qué nos quieres?

JULIA.

No soy tuya, Conde Páris,
De Roselo soy.

CONDE.

No pienses
Que quiero, ni verte yo.

JULIA.

Viva estoy.

ANTONIO.

Si viva eres
En sola el alma, ¿qué intentas?
¿Quieres que otra vez te entierren?

JULIA.

Viva estoy; que aquel morirme
Fué por un veneno fuerte...
Roselo me trujo aquí.—
Habla, esposo; que ya puedes.

ROSELO.

Yo la saqué del sepulcro,
Y así es mi mujer dos veces.

CONDE.

Y yo digo que otras tantas
De derecho se le debe.

ANTONIO.

Dale la mano, y á mí
Los brazos.

JULIA.

Padre, detente,
Porque primero á mi prima
Cases con quien la merece.

TEOBALDO.

¿Quién es?

JULIA.

Anselmo.

ANSELMO.

Yo soy.
Mis partes sabréis en breve.

ANTONIO.

No es tiempo: dale las manos.

MARIN.

Y á mí ¿no hay quien me consuele?
¿No hay quién me pague el sacar
Esta muerta?

JULIA.

Razon tiene.
Celia es suya y mil ducados.

ROSELO.

Senado, pues ya se entiende
Lo demás, aquí dan fin
Castelvines y Monteses.

EL ALCALDE MAYOR,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA

AL DOCTOR CRISTOBAL NUÑEZ,

en la noble y admirable ciudad de Méjico.

La distancia que entre los dos pone no ménos que un mar tan grande, y el nombre de un nuevo mundo, dividirá el trato, pero no la voluntad, que por medio de sus cartas de vuesa merced ha solicitado la mia por tantos años; porque si bien es opinion de los jurisconsultos que *absens dicitur qui tantum distat, ut verba loquentis non possit audire*, quien escucha tantas por escrito, quiero yo presumir que está distante, pero no ausente; y tendré por infelicidad que vuesa merced juzgase por ingrato mi ánimo, faltando á esta correspondencia con ménos causa. Bien sé que el agradecimiento es ley de la naturaleza, y fué sentencia de Plutarco que *civilia jura violari possunt, naturæ non possunt*. Con este advertimiento pienso que pago el amor y afecto que vuesa merced muestra á la rudeza de mis escritos, los cuales hubieran tenido más castigo, si la fortuna se concertara con la pluma. No entienda vuesa merced aqui el aforismo del filósofo, que *ubi plurimus intellectus, ibi minima fortuna*, y al contrario; porque estoy más léjos desta imaginacion que vuesa merced desta corte, viviendo en Méjico: ya, finalmente, se ha pasado tanta parte de la vida, que no es á propósito quejarse del largo servicio ni del corto premio. Dijo Aristóteles en el primero libro de sus *Ethicas*, que por lo ménos el desdichado no se diferenció del dichoso por la mitad de la vida; yo creo que se ha de entender del sueño, y dese he gozado tan poco, que quien hubiera vivido pocos años, y dichosamente, lo fuera más que yo, cuando mi vida fuera la que tenian los hombres en la juventud del mundo. Bien es verdad que la naturaleza (que como vuesa merced sabe) se contenta con poco, anduvo tan piadosa conmigo, que con dos flores de un jardin, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor, y sin esperanza, vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusion, alegre en la necesidad; y, si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde más me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la invidia. En el número de mis amigos tiene vuesa merced el lugar que permite la distancia, y en el que escogí para estas comedias, le ofrecí la séptima en órden de las desta parte: reciba el don, aunque desigual á sus méritos, con benignidad, pues yo se le presento con amor, sin poder en tan remotas distancias hallar otra proporcion, ni acompañar de otra memoria mi agradecimiento, porque *quando unica tantum ratio assignari potest, illa habetur pro expressa. Glos. singul. etc.* Dios guarde á vuesa merced como merecen sus virtudes y letras, y yo deseo. De Madrid, 9 de Noviembre de 1619.

Capellan de vuesa merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

EL ALCALDE MAYOR.

PERSONAS.

DINARDO.
MAURICIO.
CAMILO.
BELTRAN.
ROSARDA.
TEODORA.
LAURENCIA.
BEATRIZ.
DON JUAN.
DON PEDRO.
FULGENCIO.
MARCELINO.
BERNARDO.
VERINO.
PÁNFILO.
ANDRONIO.
URBANO.
LEONATO.
PINAVELO.
UN PAJE.
UN CRIADO.
DOCTORES.
MACEROS.
ALGUACILES.
MÚSICA.
GENTE.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Toledo, en Salamanca y en Valladolid.

ACTO PRIMERO.

Calle en Toledo.

ESCENA PRIMERA.

DINARDO, MAURICIO.

MAURICIO.

Seguro podeis, por Dios,
Dar principio á vuestra historia.
Solos estamos los dos.

DINARDO.

No pudiera tanta gloria,
Mauricio, serlo sin vos.
Haced que un momento estén
Vuestros cuidados conmigo.

MAURICIO.

Yo haré que silencio os dén.

DINARDO.

Y yo, como á tal amigo,
Digo y aumento mi bien.
En esta insigne ciudad,
Que con imperiales armas
Muestra que tuvo en su frente
El rico imperio de España,
Vive Rosarda, Mauricio,
Hija de Fulgencio y Marcia,
Nobles por sangre y virtudes:
Serví en efecto á Rosarda,
Despues de darme ocasion
Haberla visto en mi casa
Una ó dos veces primero,
Visitando á mis hermanas;
Que nuestros padres tenian,
De mocedades pasadas,
Amistad que confirmó
Trato de hacienda y ganancia.
Al primero papel mio
Respondió que le agradaba
Mi intencion y mi persona;
Pero que desconfiada
De palabras y papeles
De hombres (porque en palabras
De pretensiones de amor
Es necia la confianza),
No me corresponderia,
Si no es que yo se la daba
De que á pariente ni amigo,
Por más que fuese del alma,
Le diria este secreto:
Pues mira si es cosa extraña;
Que lo juré y lo cumplí
De suerte en las sacras aras
De amor, que hoy hace dos años
Que me escribo con Rosarda,
Sin saber la mano izquierda
Lo que la derecha trata.
¿Qué dirias deste amor,
Si te dijese que pasan
Los papeles de trecientos?

MAURICIO.

¡Trecientos?

DINARDO.

¿De qué te espantas?

MAURICIO.

¿Qué ordinario de Castilla
Llevó al real de Granada,
Cuando nuestro Rey Alfonso
Dió principio á conquistarla,
Tan espantosa estafeta,
Tanto número de cartas!
Mas ¿cómo las recibias,
Y de qué suerte las dabas,
Sin terceros? porque son
Los polos en que amor anda.

DINARDO.

Colgaba Rosarda un hilo
De una pequeña ventana,
Que de su casa salia
A una calle extraordinaria,
Donde estaba la respuesta,
Y yo mi papel le daba.
El verla era los domingos;
Pero al descuido el mirarla;
No con libertad de mozo,
Como suelen muchos que aman;
Que con los ojos á veces
Dicen de su dama infamias.
Hoy, Mauricio, me escribió
Que su padre la casaba
A gran priesa, y que temia
Su desdicha y mi desgracia.
Callóme el nombre del novio;
Sospecho que fué la causa
Presumir de mi locura
Que le hiriera ó le matara.—
Paréceme que entre ti
Estás diciendo: «Si estaban
Conformes las voluntades
Destos dos, ¿para qué aguardan
A que los padres impidan
El casamiento que tratan?
Si no, pídela, Dinardo,
Con que la historia se acaba
Destos trecientos papeles.»

MAURICIO.

En mi pensamiento estabas;
Y pues la objecion apuntas,
Responde tú mismo.

DINARDO.

Aguarda.
Como las cosas de hacienda,
De cuentas y de fianzas
Traen voces, nuestros padres
Dieron una tarde tantas,
Que llegaron á sacar,
Aunque viejos, las espadas,
Dando la ocasion el mio
Con no bien dichas palabras.
Esta ira concebida
Del suyo, ha sido la causa
Por donde ya no es posible
Que yo le pida á Rosarda;
Mas tenemos concertado
Que esta noche, las diez dadas,
Saldrá á su puerta, y conmigo
Irá, Mauricio, á mi casa,
De donde á la del júez
Irémos por la mañana,
Porque á su pesar nos case.
Aquí el secreto se acaba;
Y me fué forzoso hacer
De persona tan honrada
Como vos, justa eleccion.
Tengo padre, tengo hermanas;
No los quiero alborotar:
Y así os ruego, pues se halla
Libre vuestra casa ahora,
Que en ella amanezca el alba
Deste sol, que á las diez quiero
Salir á abrasarme el alma.

MAURICIO.

Lo ménos que haré por vos
En ocasion semejante,
Será el dárosla, por Dios.
Mirad si será importante
El ir por ella los dos;
No os suceda alguna cosa
De pesadumbre, si os ven.

DINARDO.

Pienso que será forzosa;
Y ansí lo será tambien
Vuestra espada temerosa.
La noche baja, y se va
Pintando el cielo de estrellas;
La luna mengua, y saldrá
Más tarde á verse con ellas,
Que el sol que esperando está.
Idos á mudar y armar,
Iré á lo mismo.

MAURICIO.

Creed
Que os he de servir.

DINARDO.

Dudar
Que me habeis de hacer merced,
Es pedirle fuego al mar,
Agua al fuego, al suelo estrellas,
Yerba al cielo, al sol secreto.
Adios.

MAURICIO.

Adios.

DINARDO.

Luces bellas,
Tenelde, y tendrán efeto
Mis esperanzas. *(Vase.)*

ESCENA II.

MAURICIO.

¡Pese á ellas!...
¿Es posible que he podido
Disimular mi pesar?
Basta, que yo mismo he sido
A quien trataban de dar
El bien que no he merecido.
Yo fui, Dinardo, yo fui
El que á Rosarda pedia,
Y á quien por ella dió el sí
Su padre, que no sabia
Que estaba empleada en ti.
Callé, porque si dijera
Que yo su marido era,
Tan loco está, que á la espada,
Contra la amistad pasada,
La venganza remitiera.
Mas pues siendo yo su amigo
Usó de traicion conmigo
En encubrirme su amor,
Yo quedo libre, en rigor,
De la obligacion que digo.
No me quiero declarar,
Sino acudir á las diez,
Callando, al mismo lugar;
Que la industria alguna vez
La bendicion supo hurtar.
Rosarda saldrá... yo haré
Un justo engaño á Rosarda
Cuando en mi poder esté...

ESCENA III.

CAMILO, BELTRAN — MAURICIO.

CAMILO. *(Á Beltran.)*
Hasta la mañana aguarda.

BELTRAN.
No hay que tratar, no podré.

CAMILO.
Bestia, ¿por cuál ocasion
De mi servicio te vas?

BELTRAN.
Cosas de importancia son.

MAURICIO. *(Ap.)*
Camilo es este, á quien más
Debo amor y obligacion.
A muy buen tiempo ha venido:
Quiero esperar que esté solo.

BELTRAN.
Yo pienso que te he servido,
Porque no hay de polo á polo
Lacayo tan bien nacido,
Con grande puntualidad:
Hagamos cuenta.

CAMILO.
El sentir
Tu servicio y amistad
Me obliga...

BELTRAN.
Y á mí el salir
Desta famosa ciudad.

CAMILO.
¿Qué has hecho? Que si no es cosa,
Como lo creo de ti,
Baja, infame y afrentosa,
Buen dueño tienes en mí.
Estáte en casa y reposa.

BELTRAN.
¿Qué tengo de reposar,
Si me va la vida?

CAMILO.
Espera.
¿Quiérete alguno matar?

BELTRAN.
No, Señor; que eso no fuera
Parte á dejar el lugar,
Porque soy un Lucifer:
Los hombres suelo comer
Por quitame allá esa paja.

CAMILO.
Pues las desgracias baraja.
¿Quiérente acaso prender?

BELTRAN.
¿Por qué?

CAMILO.
Por alguna moza
Que te pida casamiento.

BELTRAN.
¡Oh qué risa me retoza!
En cosa que se anda á tiento,
Y que sin lumbre se goza,
¿Se puede á un hombre pedir
Debida satisfacion?

CAMILO.
Pues ¿no es razon acudir
Un hombre á su obligacion,
Y el honor restituir?

BELTRAN.
Pida, Señor, el platero
Que da la joya, el dinero;
Y el mercader que midió,
El paño; y si me calzó,
Sus botas el zapatero;
Porque estos y todos dan
Su hacienda á vista de todos;
Mas las mujeres, que están
Cubriendo de tantos modos
Su Doña Alda á don Roldan,
¿Qué es lo que pueden pedir?

CAMILO.
Sin duda debe de ser
Por lo que te quieres ir.

BELTRAN.
Despues lo podrás saber:
Yo te lo quiero escribir
Desde Olías á Getafe.
No permitas, mi Señor,
Que algun soplon me engarrafe;
Que me hace, de temor,
El corazon tafe, tafe.

CAMILO.
Ahora bien, vete con Dios.

BELTRAN.
Pues ¿cómo estamos los dos
De cuentas?

CAMILO.
Diez meses há
Que estás en casa.

BELTRAN.
Si habrá:
Cuatro me llamaste vos,
Y seis tú, como á privado.

CAMILO.
¿Qué has recebido? Yo quiero
Pagarte.

BELTRAN.
Harás como honrado.
Yo gano poco dinero.

CAMILO.
¿Cuánto es el mes?

BELTRAN.
Un ducado.

CAMILO.
¿Qué has recebido? pregunto.

BELTRAN.
Cosa de dueientos reales,
Para que lo diga junto.

CAMILO.
Pues á propósito sales
De mi servicio á este punto;
Que diez meses á ducado
Son ciento y diez, y me debes
Noventa.

BELTRAN.
¡Bueno he quedado!
Adios.

CAMILO.
En cuentas tan breves
No puedes ser engañado.
¿No me pagas este alcance?

BELTRAN.
Si las calzas no me quitas,
No hay órden. Yo eché buen lance.

CAMILO.
Pero pues tú solicitas
Tanto el salir deste trance,
Toma ese doblon, y adios.

MAURICIO. *(Ap.)*
Ya se despiden los dos.

BELTRAN.
Los piés besarte querría.

CAMILO.
Véte, Beltran; que algun dia
Nos veremos.

BELTRAN. *(Ap. yéndose.)*
Si de vos,
Ciudad, Beltran se olvidare,
Fáltele dicha aquel dia
En cuanto hiciere y pensare.
Buen amo, por Dios, tenia.
¿Dónde irá el buey que no are?
Mas este amor socarron
Me saca en esta ocasion
De Toledo, porque llevo
Ciertos ojos con quien bebo,
Que brindan al corazon.
Es una cierta fregona
Que á la corte va conmigo;
Que esta noche entre once y mona
Quiere por cierto postigo
Comunicar su persona.
Voy; que he de estar á las diez
A su puerta, porque en vez
De señas, hicimos trato
Que yo toque mi silbato,
Y ella su limpio almirez. *(Vase.)*

ESCENA IV.

MAURICIO, CAMILO.

MAURICIO.
Cansado estaba ya.

CAMILO.
¿Quién es?

MAURICIO.
Mauricio.

CAMILO.
¡Oh amigo! ¿Dónde bueno?

MAURICIO.
Há dos mil años
Que aguardo que se vaya ese importuno
De Beltran.

CAMILO.
Despediose, y me pesa
De que se vaya, que era humor notable.
¿Qué se ofrece?

MAURICIO.
Si me habeis, Camilo,
Tenido amor, si el mio os ha obligado,

Si sabeis de mi pecho que en sus venas
Y en las del alma (si en el alma hay sangre)
No hay harta que mi amor ofrezca al vuestro,
Agora es tiempo que de vos conozca
La merced que me haceis.

CAMILO.

Dudar que tengo
Más alma que sois vos, fuera pagarme
Ingratamente; y pues se ofrecen pruebas,
Decid en lo que puedo yo serviros,
Y veréis si las obras corresponden.

MAURICIO.

A mí me importa entretener un hombre,
Que os dió celos á vos del amor mio.

CAMILO.

¿Es Dinardo por dicha?

MAURICIO.

El mismo: oidme;
Que yo he pensado el modo.

CAMILO.

¿Por qué causa
Quereis que yo entretenga vuestro amigo?

MAURICIO.

Impórtame la vida; que entre tanto
Tengo de entrar á hablar lo que él impide.

CAMILO.

Pues ¿qué invencion teneis?

MAURICIO.

Sacalde al campo,
Diciendo que os han dicho que ha tratado
O trata de quitaros á Lucrecia;
Que miéntras andan de una y otra parte
Para favores suyos quejas vuestras,
Se pasará la hora.

CAMILO.

No es muy fácil;
Pero para serviros no es difícil.
Yo le voy á buscar.

MAURICIO.

Juntos iremos,
Porque viéndoos con él, quede seguro.

CAMILO.

Aunque el engaño me parece injusto,
Yo no reparo más que en vuestro gusto.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA V.

ROSARDA, BEATRIZ.

BEATRIZ.

¿De que estás tan inquieta,
Que desde aquesta mañana
Del estrado á la ventana
Eres, Rosarda, estafeta?
¿Qué te dice la almohada
Que le digas al balcon?

ROSARDA.

No estoy buena.

BEATRIZ. (*Ap.*)

Y ¿es razon
Que á mí se me encubra nada?

ROSARDA.

No tengo salud, Beatriz.
Mi mal en el cuerpo pára.

BEATRIZ.

La salud es en la cara
El lustre, esmalte y matiz.
Ella dice que la tienes;
Tu mal es del corazon,
Pues del estrado al balcon
Por momentos vas y vienes.
Tras esto, nunca te vi
De noche abrir tu ventana...

ROSARDA.

¿Tiénesme tú por liviana?

BEATRIZ.

Eso me espanta de tí;
Que habiendo sido un ejemplo
De sosiego y de virtud,
Tengas tan grande inquietud.

ROSARDA.

La noche, Beatriz, contemplo,
Y diviértome en mirar
La labor de sus estrellas.

BEATRIZ.

Bien hay que mirar en ellas,
Que mirar y que alabar;
Pero es mucha astrología
Para una mujer.

ROSARDA.

No es:
Bien sabes tú que despues
Que dejo la labor mia,
Leo mil libros curiosos
(Que sé un poco de latin),
Y dellos aprendo, en fin,
Que hay once cielos hermosos
En esta máquina grave:
Y esto miro y no otra cosa.

BEATRIZ.

Que eres en libros curiosa,
Todo Toledo lo sabe;
Pero esta tarde no habia
Estrellas, y á la ventana
Salias.

ROSARDA.

Esta mañana
La esfera, Beatriz, leia,
Y salí á mirar los montes;
Que la línea que imagina
La vista que los termina,
Es la que llama horizontes.
Tras esto el meridiano,
Los trópicos, los coluros,
Sobre aquellos vidrios puros
Se imaginan. (*Ap.* ¡Cuán en vano
Encubro, triste de mí,
El aguardar á Dinardo!)

BEATRIZ.

Que te vuelvas loca aguardo,
Desvaneciéndote ansí.

ROSARDA.

Tras estos cuatro elementos,
Hay el polo de la luna
(*Ap.* Menguante con mi fortuna,
Creciente en mis pensamientos),
Vénus, Mercurio, Sol, Marte,
Júpiter, Saturno, aquel
Que por sernos tan cruel,
Puso Dios en alta parte;
Y á Júpiter allí junto,
Porque tiemple su rigor.

BEATRIZ.

Vénus ¿no es diosa de amor?

ROSARDA.

Ella influye amor.

BEATRIZ.

Pregunto:
Si me forzara á querer,
¿Podríame resistir?

ROSARDA.

El mal bien se puede huir;
Mas es difícil de hacer.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Vénus ha sido
La que á querer me ha forzado,
Y atrevimiento me ha dado
Al mal que no he resistido.
A las diez con mi Beltran
He de salir de Toledo.

ROSARDA.

¿De qué murmuras?

BEATRIZ.

Del miedo
Que esos planetas me dan.

ROSARDA.

Razon tienes de temer;
Que aunque manda las estrellas
El sábio y reina sobre ellas,
No es sábia la que es mujer;
Que en tocando en la flaqueza
Del corazon con amar,
Luego verás derribar
Por el suelo su firmeza.

BEATRIZ.

Tú que jamás has amado,
¿De qué lo sabes?

ROSARDA.

Leyendo
Historias...—Pero ya entiendo
Que habrán mis padres cenado.
Mira, Beatriz, por tu vida,
Si se acuestan.

BEATRIZ.

¿Para qué?

ROSARDA.

Una cosa te diré
Notable, Beatriz querida...
Pero has de tener secreto.

BEATRIZ.

¿No conoces tú quien soy?

ROSARDA.

¿Viste?...

BEATRIZ.

Di.

ROSARDA.

Medrosa estoy.

BEATRIZ.

No temas.

ROSARDA.

¿Viste, en efeto,
Una vieja que me hablaba
El domingo en San Roman?

BEATRIZ.

Allí vi cierto galan,
Que á lo tierno te miraba.
¿Es cosa de casamiento?

ROSARDA.

Yo me deseo casar;
Que sólo he dado lugar
A este honesto pensamiento.
Envióla cierta amiga,
Que me diese una oracion.

BEATRIZ.

¿No ves que es supersticion?
Espántome que eso diga
Mujer que tanto ha leido,
Y que latin ha estudiado.

ROSARDA.

Si la oracion he mirado
Y es muy santa, ¿qué hay perdido?

BEATRIZ.

Como la quieras hacer,
Yo iré contigo, Señora.

ROSARDA.

A las diez será la hora;
Mas nadie lo puede ver.
Despues la haremos por tí,

Si á mi me saliere bien.
Ve y mira, Beatriz, tambien
Si está mi hermanillo ahí,
Que estorbo nos puede hacer.

BEATRIZ.

Tu hermano, en cenando, parte
A un requiebro á cierta parte;
Mas todo lo voy á ver. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ROSARDA.

Inquietud en el alma, que el sosiego
Quita de noche, y el reposo al dia;
Hielo que abrasa, cuando más enfria,
Fuego de infierno, pues del alma es fuego;
Indómito caballo, monstruo ciego,
Que la razon á despeñarse guia,
Temor cobarde, de si mismo espia,
Villano rico á quien ensancha el ruego:
Amor, desnudo y de dolor vestido,
Tirano mercader de tus placeres,
Que fias y ejecutas lo perdido: ¿quieres
Que vea el mundo con mi ejemplo
Que quitar á los hombres el sentido
Dejaste por disculpa á las mujeres.
(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA VII.

CAMILO Y DINARDO, *de noche, puestos de desafío.*

DINARDO.

No pasemos adelante:
No porque yo sé temer,
Ni hay braveza que me espante;
Mas porque tengo que hacer
En ocasion semejante;
Y si pierdo la ocasion,
Pierdo mi gusto.

CAMILO.

En razon
De lo que yo os vengo á hablar,
No da la ciudad lugar.

DINARDO.

Solas estas calles son;
La hora tambien obliga,
Y la escuridad: Toledo
No se anda de noche.

CAMILO.

Siga
Vuesa merced.

DINARDO.

Será miedo.

CAMILO.

No quiera Dios que tal diga;
Que sois caballero honrado.

DINARDO.

Pienso que las diez han dado,
Y es hora que he menester.

CAMILO.

¡Achaques!

DINARDO.

Pudieran ser,
Si fueran á vuestro lado
Amor, la muerte, el veneno,
La traicion, la invidia, freno
De la virtud, la justicia
Del mundo con la malicia,
De que su trato está lleno,
Las plumas que cortan tanto,
Las malas lenguas, que cuanto
Muerden matan á traicion,
Los médicos, que no son
De menos rigor y espanto;
Pero tan solo, no sé
Qué achaques ponga; que á un solo,
Aunque del cabello al pié
Sea todo fraude y dolo,
Y encantado todo esté,
No haré mucho en defender,
Hablando á lo comedido,
Mi persona; que á querer
Responder más atrevido,
Mataros pudiera ser.

CAMILO.

Eso me agrada, y que andeis.

DINARDO.

Iré al infierno tras vos.

CAMILO.

Mas acá negociaréis.

DINARDO.

No quiero que penseis vos
Que ventaja me teneis,
Si no es que al fin de la puente
Me aguarda algun escuadron.

CAMILO.

Yo soy hombre...

DINARDO.

Tan valiente,
Si yo acabo la razon,
Que solo saldréis con veinte.
Y porque lo creo ansí,
Os ruego que desde aquí
Esta noche me dejeis
Volver: que despues sabréis
A la ocasion que volví;
Que os doy palabra de hidalgo
De volver aquí á estas horas
Mañana.

CAMILO.

Cuando yo salgo,
Ni de celadas traidoras,
Ni de ventajas me valgo.
Si es por temor de traicion,
Sosegad el corazon.

DINARDO.

Quíteme el cielo la vida
Si la ocasion ofendida
No es quien me ha dado ocasion;
Y yo, como hidalgo, os juro
Que, aquesta noche, me ofrece
Mi dama el bien que procuro.
Si la pierdo, ¿no os parece
Que la ocasion aventuro?
Quien esto cuenta, ¿no obliga
A un caballero?

CAMILO. (*Ap.*)

No sé,
Por Dios vivo, qué le diga.
Mas si esta la dama fué,
El engaño se prosiga;
Que aunque es lástima, yo debo
Servir á un amigo más.

DINARDO.

¿Qué decis?

CAMILO.

Que no me atrevo
A dejar volver atrás
Los pensamientos que llevo.
Si os quiere, no perderéis
La ocasion que os ha ofrecido,
Pues mañana la tendréis.

DINARDO.

Casi estoy arrepentido
De decirla.

CAMILO.

Bien haceis.

DINARDO.

Ya estamos bien apartados.
Pues ruegos son excusados,
O llamemos, ó se intente [1]
El fin de vuestros cuidados.—
Las diez da la Concepcion.
¡Vive Dios, que pues perdí
De tanto bien la ocasion,
Que he de mostraros aquí
Si me sobra el corazon!

CAMILO.

Oid la causa primero.

DINARDO.

¿Qué tengo de oir?

CAMILO.

Yo quiero
Que á lo que vengo sepais.

DINARDO.

Dadas las diez, no creais
Que vuelva limpio el acero;
Que aunque no os he deservido,
Como sin duda sospecho,
Ya está el negocio perdido,
Porque agravio me habeis hecho
De que me siento ofendido.
Vos me sacastes, yo fuí
El desafiado aquí;
Mas ya que el agravio es mio,
Yo soy quien os desafío:
Por eso alargáos de mí.

CAMILO.

Si, como decís, perdistes
La ocasion, lugar nos queda
De saber si me ofendistes.

DINARDO.

¡Lugar quereis que os conceda
Donde vos no me le distes!
Meted mano.

CAMILO.

Oid primero,
Oid, pues sois caballero.

DINARDO.

¿Qué os hice yo, que en mi vida
Os hablé?

CAMILO.

Bien ofendida
Mostrarla de vos espero.
A mi hermana Claridana
Servis.

DINARDO.

Si yo á vuestra hermana
He visto, ni sé quien es,
Caiga muerto á vuestros piés.

CAMILO.

Pues yo os mostraré mañana
A quien esto me contó.

DINARDO.

¿Estais satisfecho?

CAMILO.

Sí.

DINARDO.

¿Cierto?

CAMILO.

Cierto.

DINARDO.

Pues yo no.

CAMILO.

¿No? Pues ¿en qué os ofendí?

DINARDO.

En que declarándoos yo
Que la ocasion se perdia,
Por vos, de ver una dama,
Que á las diez se me ofrecia,
En deshonor de mi fama
Culpastes mi cobardía.

[1] Verso suelto, porque falta uno para la quintilla, de lo que resulta no entenderse bien dónde, á quién, ó para qué habian de *llamar*.

Mirad si estoy ofendido
De vos con mucha razon;
Pues la ocasion he perdido,
A vueltas de la opinion
En que ya me habeis tenido.
Y bien veis vos que no puedo
Volver con honra, si quedo
Dejándoos este resabio:
Lo que pica, eso es agravio;
Que ansí se dice en Toledo.
Dél somos yo y vos: sacad
La espada.

CAMILO.

Si no hay remedio
De volver con amistad,
Pongamos la puente en medio.

DINARDO.

A las diez todo es ciudad.
No hay más gente allí que aquí.

CAMILO.

Pues defendeos.

DINARDO.

Sí haré,
Porque os defendais de mí.
(*Riñen.*)

CAMILO.

Herido estoy.

DINARDO.

No lo sé.

CAMILO.

Basta ansí.

DINARDO.

No basta ansí.

CAMILO.

¡Válgame Dios! ¡Confesion!

DINARDO.

Ir quiero á la Concepcion.
Mas, porque no me desarmen,
Quiero llamar en el Cármen.
Yo perdí grande ocasion. (*Vase.*)

—

Calle en que vive Rosarda.

ESCENA VIII.

BEATRIZ, *asomada á un balcon.*

Noche, á quien llamaron santa
Porque callas, así estés
Más serenísima un mes
Que la más hermosa infanta;
Ansí dure sola un hora,
Como en Noruega, en España
El dia, á quien tanto extraña
Tu tiniebla encubridora;
Así jamás la mañana
Te despierte, noche, fria,
O amanezca tan sombría
Escura, nevada y cana,
Que no se juzgue si es noche;
Ansí, cuando te importuna,
No sea la blanca luna
Cristal de tu negro coche,
Que me traigas mi Beltran;
Que ya la ropa está aquí:
Tendrás una negra en mí,
De las que á tu lado están.
Mil sacrificios te ofrezco
De desvelo y de temor,
Que por ser sombras de amor,
Tu negro altar enriquezco.

ESCENA IX.

MAURICIO.—BEATRIZ, *al balcon.*

MAURICIO. (*Para sí.*)
¿Si he tardado, y si he perdido,
Amor loco, la ocasion?
Pero no; que en el balcon
Hacen los marcos rüido.
Rosarda debe de estar
Detrás dellos. ¡Qué ventura!
Ayúdame, noche oscura;
Dame silencio y lugar.

BEATRIZ.

¿Eres tú?

MAURICIO.

¿Quién puede ser,
Mi bien, sino quien te adora?
¿Es hora?

BEATRIZ.

Ya mi Señora
Se acaba de recoger.

MAURICIO.

(*Ap.* Por su madre lo dirá.)
Baja, amores; que aquí estoy.

BEATRIZ.

Espérame; que ya voy.
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA X.

MAURICIO.

No se tomara Troya sin engaño,
Ni España se perdiera sin traidores,
Ni á Italia gobernaran dictadores,
Y Grecia no se viera en tanto daño.
Africa no tuviera rey extraño,
Ni el bárbaro laurel conquistadores:
Las industrias en guerras y en amores
Nos muestran con su ejemplo el desengaño.
La industria solamente me concede
Salir del mar de tanto amor á nado,
Porque vencida mi fortuna quede.
Sepa quien ama donde no es amado,
Que solamente por la industria puede
Venir á ser dichoso un desdichado.

ESCENA XI.

BEATRIZ, *tapada.*—MAURICIO.

BEATRIZ.

Como tierna corderilla
A su madre, vengo á tí.

MAURICIO.

Ven conmigo; que va en mí
El Hércules de Sevilla.
¿Llevas la ropa!

BEATRIZ.

Aquí va.
Todo lo que pude así.

MAURICIO.

Gente suena por aquí.

BEATRIZ.

Pues echemos por acá.
(*Vanse.*)

ESCENA XII.

BELTRAN.

Si alguna vez ó muchas,
Noche oscura, fantástica y poeta,
Tú que el secreto escuchas
De todo amante, y siendo su alcahueta,
Jamás dijiste al dia:
«Esto pasó con Juana ó con Lucía;»
Si alguna vez, repito,
Callaste y tu favor diste á quien ama,
Noche famosa, ¡chito!
Así jamás del sol la clara llama
Tus tinieblas ofenda,
Ni hasta que tú te vayas él se encienda
Dame favor agora,
Ansí tu negra tumba de bayeta
Corra la blanca aurora;
Y el postillon de Apolo á la jineta
Jamás te traiga nuevas
De que su luz penetrará tus cuevas.
Si así lo hicieres, noche,
Dénte música amantes trasnochados
Hasta que el sol se abroche
Su sayo de oro, y salga á ver los prados
Que de perlas cubriste,
Cuando tu negra capa recogiste;
Oigas en Salamanca
Cantaletas famosas de estudiantes,
A la lechuza blanca,
Al buho, y á las grullas vigilantes,
Murciégalos, mochuelos;
Endechas en murallas y arroyuelos;
En esta ciudad vayas,
Pandorgas y cencerros en Sevilla,
Y por entrambas playas,
Hasta llegar á la contraria orilla,
Voces que con extremos
Canten al son del agua y de los remos;
En Galicia panderos,
En Portugal tambores y sonajas,
En Madrid pasteleros
Que de las once arriba se hacen rajas;
Y nunca te perfumen,
Ni con su liquidámbar te sahumen.

ESCENA XIII.

ROSARDA, *al balcon.* — BELTRAN.

ROSARDA.

(*Para sí.* Si tuvieras, mi Dinardo,
El cuidado que yo tengo,
Vinieras como yo vengo
Donde te adoro y te aguardo.
Reloj no falta por dar
De cuantos tiene Toledo:
Si es despertador el miedo,
El no temer es no amar.
¡Ay dulcísimo tirano!
¡Quién diera en esta ocasion,
Si es reloj el corazon,
Adonde apunta la mano?
Como es armonía sutil,
Desconcertóse esta vez:
Para tí no son las diez,
Y son para mí diez mil.
Allí un hombre se pasea.)
¡Ce, ce!

BELTRAN.

(*Ap.* ¡Venturosa ce!
Con bien de tal abecé
La tercera letra sea;
Que siendo mi amor el a,
Y el venirme bien la b,
Claro está que aquella c
El conocerme será.)
Yo soy: baja, lumbre mia,
Si te da su llave amor.

ROSARDA.

Espera, dulce Señor.
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA XIV.

BELTRAN.

Dulce dijo: ¿es fantasía?
¿Es esta? Sí, sí lo fué.
Dadme albricias, corazon,
Pues os dan el galardon
Tan debido á vuestra fe.
No estuvo Gerineldos en Sansueña
Tan dulce por la dama Quintañona,
Ni por la bella infanta Palancona
Tan alegre Roldan en Fuentidueña;
Ni Beltenébros en la Pobre Peña
Por su dama tan blando de carona,
Ni ménos por los caños de Carmona

Tan fuerte Baldovinos por su dueña, [da
Como yo por Beatriz. Beatriz mas lin-
Que un pié bien hecho con zapato nuevo,
Más colorada que manzana ó guinda.
Si yo la robo y en mis brazos llevo,
Páris á Elena en competencia rinda,
A Europa el toro, y á su Dafne Febo.

ESCENA XV.

ROSARDA, *en hábito de hombre con espada, capotillo y sombrero.* — BELTRAN.

ROSARDA.
¿Vengo á tu gusto?

BELTRAN.
¡Qué es esto?

ROSARDA.
He tomado este disfraz
Porque lleguemos en paz.

BELTRAN.
¡Bizarra, por Dios, te has puesto!
Ven; que en extremo me agradas,
Y los dos para otros dos.

ROSARDA.
Si alguien viene, ¡vive Dios,
De dalle seis cuchilladas!

(*Vanse.*)

—

Otra calle.

ESCENA XVI.

MAURICIO, BEATRIZ.

MAURICIO.
El cielo me ha castigado.

BEATRIZ.
Y á mí ¿qué premio me dió?

MAURICIO.
Como tu voz me engañó.

BEATRIZ.
Como tu voz me ha engañado.

MAURICIO.
Yo pensé que eras Rosarda.

BEATRIZ.
Yo pensé que eras Beltran.

MAURICIO.
¡Qué bien mis sucesos van!
Quien mal busca, mal aguarda.

BEATRIZ.
¡Rosarda, Señor, tenia
Hecho concierto con vos
De que os fuésedes los dos!

MAURICIO. (*Ap.*)
¡Notable desdicha mia!
¡Hacer eleccion de un hombre
Que me engañó, y no sacó,
De cobarde, á quien llegó
Con la verdad de su nombre!
Si allí me desengañara,
Fácil remedio tuviera;
Que otro y mil hombres hubiera
De quien mi engaño fiara.
Cobarde fué y muy cobarde;
De miedo no le sacó.

BEATRIZ.
Triste de mí! ¿qué haré yo?

MAURICIO.
Aguarda, Beatriz.

BEATRIZ.
¡Que aguarde?
Quiérome á casa volver,
Por ver si á la puerta está
El que, por tardarse ya,
Tanto mal me pudo hacer.

MAURICIO.
Aguarda, escóndete aquí;
Que pasa infinita gente.

BEATRIZ.
¿Si es la justicia?

MAURICIO.
Detente,
Y informaránse de mí.

(*Retíranse á un lado.*)

ESCENA XVII.

ALGUACILES, GENTE; DINARDO, *preso.*—MAURICIO, BEATRIZ.

DINARDO.
Ya que me habeis sacado de la iglesia,
Llevadme como á noble y caballero.

ALGUACIL 1.°
Señor Dinardo, en caso de una muerte
Con indicio tan grande como hallaros
Llamando á un monasterio, y con espada
Sangrienta, fuera cosa tan mal hecha
Dejaros de traer de aqueste modo,
Que nos costara mucho; y os prometo
Que yo jure el primero que os sacamos
De la iglesia, que importa que esteis pre-
Y gozaréis su inmunidad mañana. [so,

MAURICIO. (*Ap.*)
Preso Dinardo, dicen.

ALGUACIL 2.°
¿Quién va?

MAURICIO.
Amigos,
Mauricio soy. ¿Qué es esto?

ALGUACIL 1.°
Poco ó nada.
Llamando hallamos este caballero
En la puerta del Cármen, con la espada
Llena de sangre, y en la cuesta muerto
Al mísero Camilo.

MAURICIO.
¡Caso extraño!

ALGUACIL 2.°
Dadnos lugar.

(*Vanse con la gente, llevándose á Dinardo.*)

ESCENA XVIII.

MAURICIO, BEATRIZ.

MAURICIO.
(*Ap.* ¡Ay trágico suceso!
¡Triste Camilo, muerto por mi causa!
Sin duda que riñeron, y á Dinardo
Ayudó la razon.) Beatriz, escucha.

BEATRIZ.
Temblando estoy.

MAURICIO.
A casa puedes irte;
Que este que llevan preso ha muerto un
[hombre,
Y es el mayor amigo que tenia; [cho.
Aunque tambien el muerto lo era mu-
Quiero librarle, aunque la vida pierda.

BEATRIZ.
Haréis como valiente caballero.
Dios os ayude y guarde.

MAURICIO.
Ya que he sido
Causa de tanto mal, quiero ayudarle.
El muerto es muerto: grande mal sería
Que muriese tambien el que le ha muer-
[to.
¡Oh amor, autor de tanto desconcierto!

(*Vanse.*)

ESCENA XIX.

ROSARDA, *con espada en mano, dando de cintarazos á* BELTRAN.

ROSARDA.
Desvía, infame lacayo.

BELTRAN.
Tente por Dios, oye, advierte.

ROSARDA.
¡Cómo?

BELTRAN.
¡Qué mujer tan fuerte!

ROSARDA.
No soy mujer, sino rayo.
¿Quién le dijo al picaron
Que era mujer?

BELTRAN.
Yo ¿qué sé?

ROSARDA.
¿Quieres saber lo que fué?

BELTRAN.
Sí por Dios. (*Ap.*) ¡Qué confusion!

ROSARDA.
Yo soy un cierto estudiante,
Como ve, barbiponiente.

BELTRAN.
Mirándole atentamente...
Es hombre, diga adelante.

ROSARDA.
Soy de Toledo, y me envía
Mi padre á estudiar agora;
Amaba á cierta señora
Que en esa casa vivia,
La cual Rosarda se llama.
¿Hasla visto?

BELTRAN.
Creo que sí;
Mas muy de prisa la ví.

ROSARDA.
Concerté con esa dama
Verla esta noche, y entré
Donde ella misma le oyó
Que á su Beatriz requebró.

BELTRAN.
Verdad; no lo negaré.

ROSARDA.
Pues díjome que, fingiendo
Ser Beatriz, saliese á dalle
Cuatro palos en la calle,
Y esto es lo que voy cumpliendo.

BELTRAN.
No lo ha cumplido muy mal.

ROSARDA.
¿Oye?

BELTRAN.
Ya estoy escuchando.

ROSARDA.
Luego al momento le mando...

BELTRAN.
¡Le mando! ¿En qué tribunal?

ROSARDA.
Que por catorce años salga
Desterrado de Toledo.

BELTRAN.
¡Catorce años?

ROSARDA.

Yo, que puedo,
Lo mando.

ESCENA XX.

ALGUACILES, *dentro*.—ROSARDA, BELTRAN.

ALGUACIL 1.° (*Dentro*.)

¿No hay quien nos valga!
¡Favor al Rey!

ROSARDA.

¿Qué es aquello!

ALGUACIL 2.°

¡A la Justicia favor!

BELTRAN.

Cuchilladas son, Señor.

ROSARDA.

Parte á vello.

BELTRAN.

Voy á vello. (*Vase*.)

ESCENA XXI.

ROSARDA.

¡Triste yo, que fui burlada
De aquel cruel! ¡Ay de mí,
Que sus palabras creí,
Y amé, de un hombre engañada!
Aunque le quedo obligada;
Pues si el cobarde viniera,
Quitarme el honor pudiera.—
Pero ¿si vino despues?
No es justo, amor, que le dés
Culpa tan injusta y fiera.—
Pero si pasó la hora
Del concierto, ¿en qué le culpo?
—Injustamente disculpo
Alma tan falsa y traidora.
Volver á mi casa agora
No puede ser: pues ¿qué haré?
¿Dónde en este traje iré?
Pero ¿de qué me ha servido
De los libros que he leido
Toda la historia que sé?
Semiramis ¿no regia
Del Asia el imperio todo?
Evádnes, del propio modo
¿A su esposo no seguia?
¿No salió Teodora un dia
De la cárcel, trasformada
En varon? Pluma y espada
¿No han dado á mujeres nombre?
Pues desde agora soy hombre.
Adios, dulce patria amada.

ESCENA XXII.

BELTRAN.—ROSARDA.

BELTRAN.

¡Oh, nunca te hubiera visto,
Para dolor tan notable!
¡Nunca servidote hubiera!

ROSARDA.

¿Beltran?

BELTRAN.

Quedo, no me llames.
Topé, Señor, la justicia,
Y á dos hombres, que le hacen
Resistencia, pretendia
Prender: mas no era bastante.
Pregunté á un mozo sin armas,
Que miraba desde aparte
El suceso y la ocasion,
Y dijo palabras tales:
«Dinardo, sobre unos celos,
Mató á Camilo.»

ROSARDA.

No pases
Adelante.

BELTRAN.

Pues ¿conoces
A alguno?

ROSARDA.

He sido su paje
De Dinardo algunos dias.

BELTRAN.

No son tus penas tan grandes;
Que yo servia á Camilo,
Que en efeto muerto yace.

ROSARDA.

Al muerto, Dios le perdone,
Y al vivo le libre y guarde.

BELTRAN.

¡Ah pobres muertos! que en fin,
Nadie los ayuda y vale;
Que de un muerto, quien le hereda
Sólo espera aprovecharse.
Pues á fe que esa tu dama
Tenga castigo bastante;
Que tambien oí decir
Que han de prender á su padre,
Y esta noche, si le cojen,
Ponerle en pública cárcel
Por culpados en la muerte.
Yo, porque acaso el alcalde
No me prenda y dé tormento
Miéntras se sabe ó no sabe
Si Dinardo le mató,
Quiero con gentil donaire
Amanecer en Illéscas.

ROSARDA.

A mi me fuera importante
Salir luego de Toledo;
Que si en los amigos hacen
Pesquisa, lo que no sé
Querrán que diga y que pague.
Nuestro Rey Alfonso dicen
Que á Valladolid se parte:
Finjamos tú y yo, Beltran,
Que somos dos negociantes,
Y tomarémos dos postas
Miéntras que esta furia pase.

BELTRAN.

¡Postas! ¿Tienes tú dineros?

ROSARDA.

Docientos escudos.

BELTRAN.

Dame
Docientas veces los piés.

ROSARDA.

Deseo tengo notable
De ver la Universidad
De Salamanca.

BELTRAN.

Mi padre
Fué natural de esa tierra.

ROSARDA.

Yo, amigo, como estudiante,
Voy á mi centro.

BELTRAN.

Si allí
Quieres á estudiar quedarte,
¡Vive el cielo, he de seguirte!

ROSARDA.

Los dos mudarémos traje;
Que si llego á tener dicha
De ser hombre y graduarme,
Yo te daré un grande oficio.

BELTRAN.

Basta, Señor, que me ampares;
Que yo tuve, siendo niño,
Principios...

ROSARDA.

¿De qué?

BELTRAN.

De sastre.

ROSARDA.

Camina á buscar las postas.

BELTRAN.

Siempre me dijo mi madre
Que habia de ser sonado
Por uno de mi linaje.

ROSARDA.

¿En qué lo vió?

BELTRAN.

En la nariz.

ROSARDA.

Adios, patria.

BELTRAN.

En esta calle
Vive un maestro de postas.

ROSARDA.

Hoy, fortuna favorable,
Pongo en tus manos mi vida.
Afuera, temor cobarde;
(*Ap.* Que á una mujer, y en peligro,
No hay rayo que se compare.)

ACTO SEGUNDO.

Calle en Salamanca.

ESCENA PRIMERA.

PÁNFILO, VERINO.

PÁNFILO.

No me espanto que hayais hecho,
Verino, con tal donaire
Ese vejámen.

VERINO.

Sospecho
Que cuanto le digo es aire,
Y no hay cosa de provecho.
Era famosa ocasion
La que ha dado el dotorando,
Sólo en parecer capon:
Y es en la parte que ando
Más frio que ellos lo son.
En lo que es su habilidad,
Le digo algunas mentiras;
Pues, si dijera verdad,
Ninguno mas hábil miras,
Pánfilo, en esta ciudad.

PÁNFILO.

Por Dios que teneis razon.
No ha venido á Salamanca
Tal ingenio.

VERINO.

Su nacion
Anda liberal y franca.

PÁNFILO.

Estima su erudicion;
Que debe de imaginar
Un catedrático en él,
Asombro deste lugar.

VERINO.

Esperanzas tienen dél
Por ingenio singular;
Que esto de no haber barbado
Debe de ser que es muy mozo.

PÁNFILO.

¡Que de doctor tenga el grado
Antes de apuntarle el bozo!

VERINO.

¿Qué hará sin barba y letrado?

PÁNFILO.

Esperar á que le venga,
Si es que le puede venir,
Y abogar cuando la tenga.

VERINO.

Ellos deben de salir.

PÁNFILO.

El teatro se prevenga.
¿Quién el vejámen tomó?

VERINO.

Pinavelo lo estudió,
Que tiene donaire en todo.

PÁNFILO.

Bueno será de ese modo.
El dotorando llegó.

ESCENA II.

MÚSICA y ACOMPAÑAMIENTO. *Vienen los* DOCTORES, *con sus capirotes y borlas, y los* MACEROS *de la Universidad;* ROSARDA, *de letrado, con capa y gorro;* UN PAJE *con una fuente, y la gorra con la borla en ella;* PINAVELO, *de capigorron, y* BELTRAN, *de estudiante, y* GENTE. *Pasan y vanse.*

—

Sala en casa de don Juan y don Pedro en Valladolid.

ESCENA III.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON JUAN.

No comen juntos bien dos pleiteantes.

DON PEDRO.

Si no es el uno cuerdo, no por cierto.

DON JUAN.

¡Que sufra yo palabras semejantes!

DON PEDRO.

Don Juan, si habeis en las fronteras [muerto
Los moros que decis algunas veces,
Que no me mataréis á mí os advierto.
Ya tienen nuestro pleito los jüeces:
Hermanos somos; no haya más.

DON JUAN.

Fortuna, [ces!
¡Este descanso en tanto mal me ofre-
¿No era mejor morir con honra alguna
Adonde he sido capitan, que agora
Morir mil veces sin morir ninguna?

DON PEDRO.

Si la guerra que tanto al hombre honora,
Os era provechosa allá, ¿á qué efeto
Venís donde la paz habita y mora?

DON JUAN.

Porque os pedí, don Pedro (con respeto
No debido á ser vos mayor hermano,
A quien como menor estoy sujeto,
Porque del mayorazgo sois tirano,
Siendo de un parto; pues despues naci-
Saqué primero la derecha mano, [do,
Y fuí por una cinta conocido),
Que me diérades justos alimentos,
Y de ninguna suerte habeis querido.
Debistes esperar, y por momentos,
Que me matase un moro.

DON PEDRO.

Vuestras cosas
Llevan siempre, don Juan, tales cimien-
[tos.
Yo os respondí con cartas amorosas,
Que siendo vos soldado, ya la guerra
Os daba sus ganancias provechosas;
Que yo estaba empeñado, y que esta
Estaba con la guerra tan perdida, [tierra
Que hasta los hombres á morir destier-
Que llegaba la hacienda destruida [ra;
Para sólo casar á nuestra hermana,
Que no ha de estar así toda su vida.
Venistes de la guerra; hallastes llana
La entrada desta casa como vuestra;
No os supo mal la vida cortesana;
Pedistesme dineros...

DON JUAN.

¿No era nuestra
Esta casa y su hacienda? ¿Qué portazgo
Debe un hermano que la sangre os
[muestra?

DON PEDRO.

Nací primero yo: ser mayorazgo
Me hace único dueño.

DON JUAN.

Si he perdido
Ese nombre, yo doy de hallarle hallaz-
[go.

DON PEDRO.

Los jüeces no tienen difinido
Ni aun visto el pleito, que es dificultoso,
Pues fuí primero yo que vos nacido;
Que aquello de la cinta es fabuloso.

DON JUAN.

En las sagradas letras hay ejemplo.

DON PEDRO.

Yo lo creo y lo adoro...

DON JUAN.

Así es forzoso.

DON PEDRO.

Pero dúdolo en vos, cuando contemplo
Que no somos los dos profetas santos.

DON JUAN.

Basta que somos de su iglesia y templo.
Tengo desta verdad testigos tantos,
Cuanto presto veréis en el proceso.

DON PEDRO.

Falsos no faltarán.

DON JUAN.

¿Qué es falsos! Cuantos
Dijeren que lo son, mienten.

DON PEDRO.

Si en eso
Recibo agravio, sacaré la espada.

DON JUAN.

Ya sabes que es honor lo que profeso;
Que no tengo por él la sangre en nada.

(*Desenvainan.*)

ESCENA IV.

TEODORA. — DON JUAN, DON PEDRO.

TEODORA.

¿A qué puede ya llegar
La locura de los dos!
¿No sois hermanos los dos?
Que lo he venido á dudar.

DON JUAN.

Bien haces; que para mí,
Ya lo tengo yo dudado.

TEODORA.

Bien estuviera excusado
Esto que ha pasado aquí.
Envainad las armas presto,
No os vean vuestros criados.

DON PEDRO.

Todos están bien cansados
Deste pleito que me ha puesto.
Hácese hermano mayor,
Quiéreme quitar mi hacienda.

DON JUAN.

Que lo que es mio pretenda,
A nadie parece error.

DON PEDRO.

Miéntras pretendes, don Juan,
Salte de mi casa.

DON JUAN.

¡Cómo!

DON PEDRO.

Que salgas.

DON JUAN.

Posesion tomo
De la hacienda que me dan.
Don Pedro, en mi casa estoy.
Vete, si te quieres ir;
Que en mi casa he de vivir.

DON PEDRO.

¡Tu casa! Pues yo me voy.
Esa hacienda habrás comprado,
Camas, cofres, colgaduras,
Escritorios y pinturas,
Y esos dos cuartos labrado.
Tuyos mis caballos son;
El coche tú le compraste.

DON JUAN.

Todo eso es mio...

DON PEDRO.

Pues baste.

DON JUAN.

Y hoy tomo la posesion.

DON PEDRO.

Es libertad de soldado.
Toma esas llaves; saquea;
Y para bien, don Juan, sea
La sentencia que te han dado.

TEODORA.

Ea, don Pedro, detente:
Sed amigos; no haya más.

DON PEDRO.

¡Amigos! No me verás
Miéntras viva ese insolente. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON JUAN, TEODORA.

TEODORA.

No tienes, don Juan, razon.
Háblale.

DON JUAN.

¿Que yo le hable!
Por Dios, que vienes notable.

TEODORA.

Entre nobles, es blason
Pleitear y comer juntos.

DON JUAN.

No lo debemos de ser.

TEODORA.

Vergüenza es veros poner
En tan delicados puntos.

DON JUAN.

Yo soy un hombre, Teodora,
Que si de tantos oficios
Como sobran, mis servicios
Alcanzaran uno agora
Por premio suyo, que fuera
Bastante para vivir,
Nunca viniera á pedir
A don Pedro que me diera
Ni alimentos ni su casa.
Tarda el Rey en proveerme;
Mi hermano á mis quejas duerme,
Viendo lo que el suyo pasa.

Ya estoy cansado de heridas,
De asaltos, frios y nieves.
La parte que llevar debes,
Teodora, no se la pidas;
Que ¡vive Dios, que si acaso
Salgo con el pleito aquí,
Que tú conozcas de mí
Como te remedio y caso!

TEODORA.

Agradezco la intencion
Que de mi remedio tienes;
Pero no entiendo que vienes
A este pleito con razon.
Oigo decir que es de suerte
Extraño, que no veremos
Su fin.

DON JUAN.

¿Cómo no! Sí haremos.

TEODORA.

Mejor es que se concierte,
Y que tú sigas, don Juan,
La guerra y tus pretensiones.

DON JUAN.

Duda en mi justicia pones,
Y á mi esperanza me dan.
No dejo de pretender
Con el Rey, aunque pleiteo
Con mi hermano; que deseo
Tener sin él de comer.
Pienso que estoy consultado
Y á otros muchos preferido.

ESCENA VI.

UN CRIADO.—DON JUAN, TEODORA.—*Despues*, ROSARDA Y BELTRAN.

CRIADO. (*Á don Juan.*)

Aquí en tu busca ha venido,
Y de camino, un letrado
Que te trae cierto pliego
De Salamanca.

DON JUAN.

¡Oh, si fuese
El que deseo, y viniese
Para mi bien!—Entre luego.

(*Va el criado á avisar, y salen Rosarda, de camino, como letrado, y Beltran.*)

ROSARDA.

Sea vuesa merced muy bien hallado.

DON JUAN.

Vuesa merced mil veces bien venido.

TEODORA. (*Ap.*)

¡Qué poca edad para tan gran letrado!

ROSARDA.

Esta carta me dió el Doctor Leonido.

DON JUAN.

Bésoos las manos por tan gran cuidado.
Si de darme licencia sois servido,
Leeré la carta.

ROSARDA.

Yo recibo en eso [os beso.
Muy gran merced.—Los piés, Señora,

TEODORA. [mana

Vuesa merced me tenga, como á her-
De don Juan, por su grande servidora.

ROSARDA.

Por mi Señora os tengo.

DON JUAN.

No era vana
Mi presuncion: leeré la carta agora.

ROSARDA.

¿Habrá posada por aquí cercana?

BELTRAN.

Negocia aquí; que dentro de media hora
Tendrás recado.

ROSARDA.

¿Y nuestra ropa?

BELTRAN.

Hernando [dando.
Con las mulas tambien lo está guar-

DON JUAN. (*Lee.*)

«Ha dado de manera que hacer vuestro pleito á los doctores desta Universidad, no solo legistas y canonistas, pero tambien teólogos, que no se ha visto en ella otra quistion tan notablemente controvertida. El que con más curiosidad la ha visto, es el señor doctor Aurelio, que os dará esta. Si alguno en el mundo, aunque resuciten Bártulo, Baldo y Jason de Maino, os puede dar este pleito, es él, por ser el más raro, único y famoso ingenio que han visto nuestras escuelas. El va á sus pretensiones: regalalde, servilde; que solo lo que tiene escrito es para que el Consejo os adjudique el mayorazgo.—*El Doctor Leonido.*»

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Posible es que en estos años
Hay tantas letras! No sé
Qué diga; mas bien se ve
Que estos no fueran engaños.
Catedrático de prima
De leyes es quien le abona;
Él tiene gentil persona;
Mas la edad me desatina.
Pero yo debo creer
Al Doctor: no hay que dudar.

ROSARDA. (*Ap.*)

Dado habrá que sospechar
La carta.

DON JUAN.

Hacedme placer,
Pues que no teneis posada,
Que esta casa lo sea vuestra,
Para que la amistad nuestra
Quede, Señor, confirmada.
A pretensiones venís;
Sé que os estoy obligado;
Si habeis de ser mi letrado,
Si estudiais y si escribís
En estas dificultades
De mi pleito, ¿en qué lugar
Más ciertos podréis hallar
Deseos y voluntades?
Hacedme tanta merced
Que desta casa os sirvais.

ROSARDA.

Mucho, Señor, me obligais;
Y que me debeis creed
Tanto estudio y tal desvelo.
Que ese amor es como hallazgo
Que me dais del mayorazgo
Que os dió por milagro el cielo.
De la primogenitura
De Jacob conocereis
La justicia que teneis,
Viendo que el cielo procura
Restituirle el derecho
Por la venta de su hermano;
Cain, el de Abel, es llano
Que fué reprobado y hecho
Indigno, por justa pena,
Del mayorazgo del cielo:
Y, en medicina, recelo
Que Galeno y Avicena
Prueban que el hijo que nace
Con otro, y sale el postrero,
Fué el que se engendró primero;
Y á este propósito hace
Que áun entre los animales,
Cuando en sus secretos éntre,
Primero le rompe el vientre,
Para dar claras señales
Que fué el primero engendrado,
A la víbora, el mayor
De los hermanos.

DON JUAN.

Señor,
Yo quedo muy confiado
De mi justicia con vos.— [hermana!)
(*Ap. á Teodora.* ¡Qué divino ingenio,

TEODORA.

Yo tengo por cosa llana
Que es un ángel.

DON JUAN.

Sí por Dios.
En el rostro ¿no lo ves?

TEODORA.

Si es tan sábio como hermoso,
Tuyo es el pleito.

DON JUAN.

Es forzoso
Que un aposento le dés
Como para el Rey, si fuera
El Rey el que aposentaras.

TEODORA.

Mucho quisiera que hablaras
A don Pedro, y que viniera
A su casa; que es razon.

DON JUAN.

Yo lo haré por darte gusto. [justo.)
(*Ap. á Rosarda.* Que descanseis será

ROSARDA.

Beltran...

BELTRAN.

Señor...

ROSARDA.

A un meson
Lleva esas mulas.

DON JUAN.

No hará;
Que en casa habrá donde estén.—
Venid, y veréisla bien.

ROSARDA.

¡Tanta merced!

DON JUAN.

Hoy se da
Sola la muestra en serviros.
Seguidme.

ROSARDA.

Ya voy con vos.

(*Vanse Rosarda y don Juan.*)

ESCENA VII.

TEODORA, BELTRAN.

TEODORA.

Oid, hidalgo, por Dios;
Que tengo yo que advertiros.

BELTRAN.

Si en algo os sirvo, aquí estoy.

TEODORA.

¿Cómo es del Doctor el nombre?

BELTRAN.

Aurelio.

TEODORA.

¡Qué gentil hombre
Letrado!

BELTRAN.

Mucho lo soy.

TEODORA.

El Doctor digo.

BELTRAN.
Pues yo
¿Pensais que soy licenciado?
Pues tambien soy graduado.
TEODORA.
¿Por Salamanca?
BELTRAN.
Eso no.
TEODORA.
Pues ¿por dónde?
BELTRAN.
Por Tejares,
Que es media legua de allí.
TEODORA.
Algo que á mi hermano oí,
Deseo que me declares.
¿Es allá muy estimado
Aurelio?
BELTRAN.
¡Pesia á mi mal!
No dicen que tiene igual;
Diéronle por claustro el grado.
Verdad es que él no llegara
A la opinion que ha tenido,
Si por mí no hubiera sido.
TEODORA.
¡Por vos!
BELTRAN.
Pues ¿no es cosa clara?
Yo soy, para entre los dos...
TEODORA.
¡Cómo! ¿El que le enseña acaso!
Bien sospechaba.
BELTRAN.
Hablad paso;
Que era muy mozo, por Dios.
TEODORA.
Vos debeis de trabajar,
Y él ganarse la opinion.
BELTRAN.
No está en eso la razon.
TEODORA.
Pues ¿en qué?
BELTRAN.
Voy á comprar
A la plaza de comer;
Y comiendo por mi mano,
Vive y estudia, y es llano
Que por mí viene á saber;
Que en lo demás, un rocin
Aprendiera más...
TEODORA.
¡Qué engaños!...
BELTRAN.
Pues sólo aprendí en seis años
A pedir vaca en latin.
TEODORA.
¿Es ya casado el Doctor?
BELTRAN.
Casamientos le han salido;
Pero es hombre bien nacido.
Tiene sus puntos de honor.
Préciase de caballero;
Y hasta que esté proveido,
No hay órden de dar oido
A lo que llaman dinero.
Ayer, por Dios, me decia
Que gastar en pretender
El dote de su mujer
Era catarribería.
TEODORA.
¿Que es caballero?
BELTRAN.
¡Oh qué lindo!
No hay hidalgote de aldea
Que más bien nacido sea.
Es Arias, Mendez, Galindo,
Giron, Mendoza, Pacheco,
Domingo, Lúnes y Mártes.
TEODORA.
Un hombre de tantas partes,
Casaráse bien, sospecho.
BELTRAN.
Veinte mil le dan y más.
TEODORA.
¿Veinte?
BELTRAN.
Mas la desposada
Era tuerta y corcovada
Y parienta de Caifás.
TEODORA.
Ahora bien, la ropa sube,
Y daráslа á una criada.
BELTRAN.
¿Que hay criada?
TEODORA.
Y bien hablada.
BELTRAN.
Será de tal sol tal nube.
TEODORA.
Puesto que estudiante seas,
Su agudeza estimarás.
Mas pienso que visto habrás
Otras más sábias Medeas;
Que las damas de tu amo
Tendrian en tal ciudad
Criadas de habilidad.
BELTRAN.
¿Damas ó qué?
TEODORA.
Damas llamo
Los requiebros que tendria
Un mozo de su persona.
BELTRAN.
Lo que ha estudiado le abona
Para que pienses que un dia
Los ojos no levantó
De los libros.
TEODORA.
¿Por tu vida?
BELTRAN.
Amor fué siempre homicida
De las letras.
TEODORA.
Pienso yo
Que quieren más los letrados;
Que quien más sabe más siente.
BELTRAN.
Es argumento evidente;
Yo he visto mil lastimados.
TEODORA.
Ve por la ropa.
BELTRAN.
El Doctor
Muestra su edad en su cara.
TEODORA.
Sospecho que me pesara
Si á nadie tuviera amor.
(*Vanse.*)

—

Calle en Toledo.

ESCENA VIII.

DINARDO, *en hábito de soldado;* URBANO.

DINARDO.
Esta es, Urbano, la imperial Toledo,
Famosa con razon á los extraños,
Y adonde llego con notable miedo,
Aunque della he faltado tantos años.
Este, español y no cretense, enredo
Tuvo, para ser causa de mis daños,
Aquella fiera ó Minotauro fiero,
Primera causa de mi mal postrero.
Aquí, de un caballero decendiente,
De quien la conquistó del africano,
Nació Rosarda, y fui su pretendiente
Con memoriales del amor en vano.
¿Ves aquesta calzada que á la puente
Baja del Tajo á la siniestra mano,
Tajo que vence en majestad al Nilo?
Pues allí nos hablamos yo y Camilo.
Pienso que si bajásemos, verias
Aun hoy la sangre, que pegada al muro,
Vivo testigo entre sus piedras frias,
Muestra el suceso que encubrir procu- [ro.
Allí, cargado de desdichas mias,
Llamé a la puerta por estar seguro;
Mas visto de dos varas, ¡triste suerte!
Por poco fueran aspas de mi muerte.
Prendiéronme, y llevándome, al camino
De la cárcel, salió Mauricio, armado
De un jaco y un broquel, Mauricio, dino
De honrar el templo á la amistad sagra- [do.
¿No has visto arrrebatar un torbellino
Los cardos secos de arenoso prado?
Pues ansí los llevaba dando vueltas
Con manos fuertes y con plantas suel- [tas.
Apénas me desasen dos corchetes
(Que ansí los llama el vulgo), cuando [arranco
La espada al uno...
URBANO.
Áun pienso que arremetes.
DINARDO.
Y voy haciendo riza y campo franco.
Yo no he visto ligeros martinetes
Del azor de Noruega, pardo y blanco,
Tan veloces huir; pero el postrero
Pienso que dijo: *¡confesion!* primero.
Por san Miguel el Alto, bajo al barco;
Y apénas llegó el agua á hacerme señas,
Cuando sin él en su furor me embarco,
Y á nado salgo á las opuestas peñas.
La espada y capa como puedo abarco,
Y por las cuestas, que no son pequeñas,
Doy en la Sisla.
URBANO.
¿Qué es la Sisla?
DINARDO.
Un templo
Del Cardenal, de penitencia ejemplo.
Allí estuve dos meses; mas sabiendo
Que aquella misma noche fué mi dama
De casa de su padre sola huyendo,
Y que donde se fué calló la fama,
Fuí por toda la Francia discurriendo,
Y en cuanto el mar de Italia se derrama,
Hasta pasar el golfo de Venecia,
Que, como dicen, quien la ve la precia.
Di la vuelta, despues de gran discurso,
Por todo el Archipiélago y Morea,
Y en España otra vez paró mi curso,
Donde el Genil morisco la rodea.
Allí del Rey Alfonso el gran concurso
Contra los moros mi persona emplea;
Serví, fui alférez de don Luis Galindo,
A cuyo lado tres banderas rindo.
Nunca en todo este tiempo tuve nuevas,
Por cartas que escribiese, de Rosarda,
Aunque sus padres con prolijas pruebas
La hallaron muerta, por lo menos, tar- [da.
URBANO.
Ya no es tiempo que lágrimas le debas.
DINARDO.
¡Ay, Urbano, que solo me acobarda
Pensar que por mi culpa se ha perdido!

URBANO.

Tan triste historia como extraña ha sido.
Y no es justo. Señor, que tengas miedo
De volver á tu patria tras seis años,
Pues ya nueva justicia habrá en Toledo.

DINARDO.

La patria es buena siempre para extra- [ños.
Los padres de Camilo temer puedo,
Que no se olvidarán de tantos daños;
Tambien los de Rosarda, si han creido
Que de su hija el robador he sido.
Mas de cualquiera suerte, ya he llegado.
Saber, Urbano, quiero de secreto
De mis desdichas el presente estado.

URBANO.

Servirte en cuanto pueda te prometo.

DINARDO.

Si algun amigo, Urbano, me ha que- [dado,
Que ausente pueda yo llamar perfeto,
Dél sabré de Rosarda, y del estilo
Con que ablandar los padres de Camilo.
Esta es mi casa antigua; en esta piedra
Se ve el blason de mis mayores nobles,
Si no le cubre aquella verde hiedra
Coronada de palmas y de robles.
¡Cuál vengo, y cuál salí! Mas esto me- [dra
Quien de amor fia y de sus tratos dobles.
Entra conmigo aquí: la casa es fuerte.

URBANO.

Antes que tu prision, veré mi muerte.

(*Vanse.*)

—

Valladolid. Sala en casa de don Juan.

ESCENA IX.

DON PEDRO, TEODORA, FABRICIO.

DON PEDRO.

Solo esta nueva me diera
Ocasion de ser su amigo.

TEODORA.

A las albricias me obligo,
Para tiempo en que Dios quiera
Que te pueda regalar.

DON PEDRO.

Yo, Teodora, ya no soy,
Pues que tan humilde estoy,
El que te puede casar.
Corra á cuenta de don Juan:
Él te case, que yo no.
Ya Su Majestad le dió
Lo que á pocos hombres dan.

TEODORA.

No es poco un hábito y ser
Corregidor de Toledo.

DON PEDRO.

Si estando solo ya puedo
El pleito, hermana, temer,
¿Quién duda que ha de vencerme,
Y el mayorazgo quitarme?

TEODORA.

Si desto debo alegrarme,
Deso debo entristecerme.
Aunque para sustentar
Hábito y corregimiento
De tanto honor, que no siento
Que otro le pueda igualar,
La hacienda habrá menester.

DON PEDRO.

No le tuviera temor
Que saliera vencedor
Del pleito que hoy se ha de ver,
Como no hubiera venido
Este Doctor desbarbado,
Que tiene al mundo admirado,
Y al mismo inventor vencido
De los decretos y leyes.

TEODORA.

¿Qué dice el Consejo dél?

DON PEDRO.

Que están cifradas en él
De emperadores y reyes
Y pontífices las sumas
Con que el mundo se gobierna;
Que merece que la eterna
Fama le ponga en sus plumas.
Yo, por no hacer un mal hecho
Con él, ó con sangre mia,
Quiero que sirva este dia
Mi paciencia de provecho.
Voyme una legua de aquí,
Donde un monasterio está,
Con quien me defenderá
De los que son contra mí.
Dile á don Juan que le doy
Del hábito el parabien;
Que es honra mia tambien,
Pues al fin su hermano soy;
Y que por mil años sea
Corregidor de Toledo;
Y que si servirle puedo,
De nuestra sangre lo crea:
Que desde allí vaya á ser
Asistente de Sevilla.—
¡Fabricio!

FABRICIO.

Señor?

DON PEDRO.

Ensilla.

TEODORA.

Aguarda, hermano, á comer.

DON PEDRO.

Dame licencia y perdona;
Que hasta ver quién ha vencido,
No lo he de ver.

TEODORA.

No has tenido
Razon; que á don Juan le abona
La necesidad notable
Con que vino de la guerra.

DON PEDRO.

Si tanto valor encierra
Que no hay soldado que hable
Sin mil alabanzas dél,
Lo que el Rey le dió esperara,
Y con su sangre no usara
Un término tan cruel.

TEODORA.

Don Juan no se pensó ver
Con este cargo.

DON PEDRO.

Es decir
Que á quien vence has de acudir.
Eres, Teodora, mujer.

(*Vase, y Fabricio le sigue.*)

ESCENA X.

TEODORA.

¿Con cuáles ojos te miró Teodora,
Doctor de amor, esfinge de su enima,
De su ley catedrático de prima,
Que enseñas á querer quien ya te adora!
Si vences pleitos que el más sábio ig- [nora,
¿Qué mucho que tu ciencia en mí se im- [prima?
Tu dicípulo soy, tu luz me anima
Al alto grado de quererme agora.
Repartir la justicia en igual grado
Es la definicion más excelente:
Luego es justicia amar al que es amado.
La ley de amor entiéndese igualmen- [te;
Que siendo, Aurelio, tú tan gran letra- [do,
No has de darle sentido diferente.

ESCENA XI.

BELTRAN.—TEODORA.

BELTRAN.

Sin advertir en que soy
Estudiante y pretendiente,
Graduado por Tejares
In utroque y en *utreque*,
Por toda Valladolid,
Corte donde Alfonso tiene
Los más heróicos letrados
Del Consejo y de las leyes
Que vieron Roma y Aténas,
Aunque sus Licurgos entren,
Vengo dando voces «¡vítor!
¡Vítor don Juan!» y la gente
Como el eco me responde,
Que dice lo que no entiende.
Alzan la cabeza sastres,
Calceteros me detienen,
Agujeteros no clavan,
Y espántanse mercaderes.
Las plumas sobre las mesas
Los escribanos suspenden,
Sin proseguir, miéntras paso:
«Sepan cuantos ésta vieren.»
Ni acepilla el carpintero,
Ni los sombrereros venden,
Ni los herreros martillan,
Ni los cordoneros tuercen.
Los taberneros no miden,
Ni de golpe espuma vierten,
Ni con el dedo el frutero
Baja el peso donde quiere.
Los buñoleros no hilan
Masa que echar en aceite,
Ni los zapateros cosen
Ni los alguaciles prenden.
Verdad es (y áun era justo)
Que decia muchas veces
«¡Vítor el doctor Aurelio!»
Vítor que mil pretendientes
Salen tras él y me ayudan,
Diciendo que lo merece.
Unos le llaman Jason,
Demóstenes elocuente,
Licurgo, Bártulo y Baldo;
Y otros desbarbado Fénix.
Porque despues de informar
A los señores jüeces
En impresa informacion
Del hecho en que el pleito pende,
Habló en sus estrados hoy
Aurelio tan altamente,
Que mal año para Livio,
Él Petrarca ni Holofernes.
En fin, á don Juan le han dado
Sentencia en favor, y creen
Que le darán al Doctor
Una honrosa plaza en breve.
Dame albricias; que bien ves
Que traigo los zaragüelles
Con más troneras que un muro,
Y en cuartos los dos cuarteles,
Tanto que ya al zancarron
De Mahoma se parecen;
Que si él se tiene en el aire,
Ellos tambien como fuelles.

TEODORA.

¿Sabe ya, Beltran, don Juan
Que salió en este momento
Hábito y corregimiento?

BELTRAN.

Todos parabien le dan
De hábito, sentencia y vara.

TEODORA.

Pues esta sortija es tuya.

ESCENA XII.

ROSARDA, DON JUAN.—TEODORA, BELTRAN.

ROSARDA.

Sólo en que mi amor se arguya
Mi pensamiento repara.

DON JUAN.

Tu amor se arguye tan bien,
Fenix de todo el derecho,
Que mi hacienda ni mi pecho
No hallan premio que te dén.

TEODORA.

¡Oh, señor Corregidor!
Por muchos años goceis
El hábito.

DON JUAN.

Aunque me veis,
Teodora, con tanto honor,
Más estimo haber salido
Con la sentencia de hoy.

TEODORA.

Pues el parabien os doy.

DON JUAN.

Estoy tan agradecido,
Aurelio, que á no tener
Agora en que le emplear,
Recibiera más pesar
Que el bien me ha dado placer.
Abrazalde, hermana mia:
Todo esto y más le debemos.

TEODORA.

Vos haceis justos extremos.
Todo lo merece el dia,
Todo el Doctor lo merece.
Brazos y abrazos le doy.

ROSARDA.

Como vuestra hechura soy,
Mi honor con el vuestro crece.

TEODORA.

De buena gana os abrazo.

ROSARDA.

Hacéisme toda merced.

TEODORA.

Que soy muy vuestra creed.

ROSARDA.

Nunca amor deshaga el lazo.

DON JUAN.

Pues yo no tengo que os dar
Que iguale á vuestro valor,
Ya que soy Corregidor,
Os doy mi propio lugar.
Mi *Alcalde mayor* seréis;
Conmigo iréis á Toledo.

ROSARDA.

¿Cómo agradeceros puedo
Las mercedes que me haceis?

DON JUAN.

Deteneós, Aurelio. ¿Cómo?
¡Vos á mis piés!

ROSARDA.

¿No es razon?

DON JUAN.

Esto no es satisfacion;
Que si como vara tomo,
Tomara cetro, por Dios,
Que era vuestra la mitad.

ROSARDA.

Otra vez los piés me dad.

DON JUAN.

Esto y más os debo á vos.

BELTRAN. (*Á Teodora.*)

Señora, pues mi Señor
Va á Toledo á ser Alcalde,
No vaya Beltran de balde:
Decidle al Corregidor
Que me haga su alguacil;
Mas de los veinte he de ser;
Que si más piensa tener,
Será la ganancia vil.

TEODORA.

¿Serás para serlo?

BELTRAN.

¿Qué!
¡Vive Dios, que os prenda á vos!

DON JUAN.

De hoy más vivirá en los dos
Una voluntad y fe;
Y porque veais que quiero
Vuestra persona estimar,
Muy presto os quiero casar,
Por la fe de caballero.

ROSARDA.

De vuestra mano no dudo
Que será bien acertado.

DON JUAN.

Si yo soy, Aurelio, honrado,
Cuando el Rey honrarme pudo,
Eso será el casamiento... [quiero dar.)
(*Ap. á Rosarda.* Que á mi hermana os

ROSARDA.

Los piés os quiero besar
Mil veces.

DON JUAN.

Hablad con tiento,
Porque no lo entienda agora.

ROSARDA. (*Ap.*)

¡Buenos mis intentos van,
Si hoy me obligase don Juan
A casarme con Teodora!

TEODORA.

Hermano, pues hoy es dia
De hacer merced y favor,
Siendo vos Corregidor,
Llevad una vara mia.
Sea yo vuestro alguacil.

DON JUAN.

Todas son vuestras, Teodora,
Yo os la mando desde agora,
Y mil como fueran mil.

TEODORA.

Bésoos las manos.

DON JUAN.

¿Quién es
El hombre que os la pidió?

TEODORA.

Beltran.

DON JUAN

Débosela yo.

TEODORA. (*Á Beltran.*)

Llegad, besalde los piés.

BELTRAN.

Yo tu alguacil, aunque indino,
Prometo serte leal,
Y no hacer á nadie mal.

DON JUAN.

No jureis.

ROSARDA.

¡Qué desatino!

BELTRAN.

Prometo de no prender
Amancebado ninguno,
Ni entrar á prender alguno
A las horas del comer,
Ni sacarle de la cama
(Que es gran descomedimiento),
Ni por treinta ni por ciento
Quitar á nadie la fama.
Prometo prender ladrones,
Tahures y vagamundos,
Y sacar de los profundos
Falsos testigos, soplones,
Maldicientes, homicidas,
Pesos falsos, mohatreros,
Aguadores taberneros,
Que adoban y quitan vidas.

DON JUAN.

Dejad de jurar, Beltran;
Que despues vos no sabréis
De qué manera seréis.

TEODORA. (*Á Rosarda.*)

¿Qué es lo que os dijo don Juan?

ROSARDA.

Que me aprestase á partir.

TEODORA.

¿No otra cosa?

ROSARDA.

No por Dios.

TEODORA.

Hablemos despues los dos;
Que tengo yo que os decir.

DON JUAN.

Vamos á hablar á mi hermano;
Que ya sé yo donde está;
Que esto y más lo dejo ya,
Como primero, en su mano.
Teodora nos haga amigos
Antes que vaya á Toledo.

TEODORA.

Yo lo intentaré, si puedo.

ROSARDA. (*Ap.*)

¡Cielos divinos, testigos
Del principio de mi amor,
Notable cosa ha de ser
Que en su patria una mujer
Sirva de *Alcalde mayor*!

ACTO TERCERO.

Calle en Toledo.

ESCENA PRIMERA.

MAURICIO, DINARDO, URBANO.

MAURICIO.

Conviene que os guardeis, porque, en [efeto,
Cualquier justicia nueva entra furiosa;
Y como no conoce, no hay respeto.

DINARDO.

¿Que, en efeto, la noche rigorosa,
Que de los alguaciles me librastes
Con tal valor y hazaña tan famosa,
En la ciudad, Mauricio, os sosegastes,
Y dentro de dos meses, con amigos
A la nueva justicia os presentastes?

MAURICIO.

Idos de la ciudad los enemigos,
No tuve que temer; y, finalmente,
Abonaron mi causa los testigos;
Que los testigos pueden fácilmente
Dar ó quitar, y mucho más la pluma,
Si del favor la lleva la corriente.

Costóme cárcel y dinero: en suma,
Libre salí de aquella resistencia.

DINARDO.

¡Que el tiempo mis desdichas no consuma!

MAURICIO.

Bien pudiérades vos tras tanta ausencia,
Dinardo, presentaros, si la muerte
Que resultó de tan igual pendencia
Fuera vuestro delito, aunque tan fuerte
Os parezca su padre de Camilo.

DINARDO.

Pues ¿qué puede estorbarlo desa suerte?
¿Tengo otra cosa yo?

MAURICIO.

De vuestro estilo
Y la verdad que siempre habeis tratado,
Y de tenerme á mí por vuestro asilo,
Creo, Dinardo, que no estais culpado
En la querella que los padres tristes
De vuestra dama contra vos han dado,
Porque, la misma noche que os partistes,
De su casa faltó.

DINARDO.

Pues dese modo,
Vos solo mi secreto descubristes.

MAURICIO.

¡Yo, Dinardo!

DINARDO.

Mis quejas acomodo
Con justa causa á vos.

MAURICIO.

Tened sosiego;
Que unos papeles lo dijeron todo.
Buscando su aposento, hallaron luego
De un escritorio las navetas llenas;
Que harto mejor se los guardara el fuego.
No vió su padre vuestra letra apénas,
Cuando con ellos y un testigo solo
Se querella de vos.

DINARDO.

¿Quedan más penas?
¿Ha visto en cuanto cerca el rojo Apolo
Algun hombre más triste y desdichado?
¡Querella contra mí!

MAURICIO.

De polo á polo
A Rosarda sospecho que han buscado.
Las joyas que sacó, dicen que ha sido
Por quien es muerta, y las habeis robado.

DINARDO.

¡Aun eso más! Y ¿quién tan atrevido
Pudo jurar que yo servia á Rosarda,
Si no es haber mi letra conocido?

MAURICIO.

Beatriz, una criada que áun aguarda
Que vos se lo pagueis, y que aquí vive.

DINARDO.

¡Cómo, Mauricio, mi venganza tarda!
Enseñadme la casa.

MAURICIO.

Cuando estribe
Vuestro remedio en eso; pero agora
Ya veis, Dinardo, el daño que recibe.
La justicia entra nueva: no mejora
Vuestro pleito el matar esta criada;
Que jura que os amaba su señora.

DINARDO.

¿Quién es Corregidor?

MAURICIO.

La más honrada
Persona que elegir el Rey pudiera,
Y de una cruz su sangre acreditada.
Don Juan de Salazar, que en la frontera
De Granada hizo cosas valerosas,
De Alfonso levantando la bandera.
Pero daña en extremo vuestras cosas
La amistad de su padre de Rosarda.

DINARDO.

¡Aun esto más, desdichas rigurosas!

MAURICIO.

Él le puso la casa, y él le aguarda;
Él regala á una hermana que ha traido.
Que es Dinardo, por Dios, dama gallarda,
Y de quien yo me siento tan perdido,
Que á Marcelino, de Rosarda hermano,
Matar de celos pienso que he querido.

DINARDO.

¡Oh vária condicion del pecho humano!
¡Válame Dios! ¡qué extrañas novedades!

MAURICIO.

Destas, Dinardo, os admirais en vano.
En siete años han visto mil ciudades
Su elevada soberbia por el suelo,
Cuanto más nuestras flacas voluntades.
Muda la tierra el variar del cielo,
Y que halleis á Toledo diferente
No es ver un monte por el aire en vuelo.
Tambien os daña un grande inconveniente.

DINARDO.

¡Otra cosa os quedaba!

MAURICIO.

Haber traido
Un Alcalde mayor barbiponiente,
Que, porque le parece que es tenido
Por mozo más gallardo que letrado,
En tigre y no en jüez se ha convertido.
No le ha quedado bravo, y desterrado,
Valiente, jugador y vagamundo.

DINARDO.

¡Qué desdicha!

MAURICIO.

Yo soy el desdichado;
Porque es el mozo más galan del mundo,
Y está medio casado con Teodora.
Ansí en el aire mi esperanza fundo.

DINARDO.

¿Quién es esta Teodora?

MAURICIO.

Esta señora,
Hermana de don Juan.

DINARDO.

¡Ah, noche amiga,
De todo fugitivo defensora!

URBANO.

Si el miedo desas cosas os obliga,
Echad por esta calle; que gran gente
Baja con armas.

MAURICIO.

¿No es peor que siga?
Dinardo viene ya tan diferente...
Fuera de que son todos forasteros
Y el huir es hacerse delincuente.

DINARDO.

Yo pienso que son todos caballeros.

ESCENA II.

Salen de ronda ANDRONIO, LEONATO *y* OTROS ALGUACILES; BERNARDO *de escribano;* BELTRAN, *vestido de alguacil, á lo gracioso,* Y ROSARDA, *de Alcalde mayor.*—MAURICIO, DINARDO, URBANO.

ROSARDA.

Llegad presto.

BELTRAN.

Llegarán.

ANDRONIO.

Llegad, Beltran.

BELTRAN.

¡Solo yo!

LEONATO.

¿Pues quién?

BELTRAN.

¿Son ladrones?

DINARDO.

No.

ROSARDA.

Pues bien: ¿qué dicen, Beltran?

BELTRAN.

Dicen que no son ladrones.

ROSARDA.

Decid que os dén las espadas,
Y se recojan.

BELTRAN.

¿Son dadas
Las once?

ROSARDA.

¡Lindas razones!

BELTRAN. *(Á los tres.)*

El sor Alcalde mayor
Dice que me dén las armas.

MAURICIO.

¡A caballeros desarmas!
¡Lindo alguacil!

DINARDO.

¡Lindo humor!

BELTRAN.

Créanme y dénmelas luego;
Que si me enojo...

MAURICIO.

Mirad
Que es peligro.

BELTRAN.

Esta ciudad
¿No me conoce?

MAURICIO. *(Á los otros dos.)*

Yo os ruego
Que las deis de buena gana,
Y nos vamos (que es mejor);
Porque el Alcalde mayor
Me las volverá mañana;
Que si él llega, podrá ser
Que haya alguno que os conozca.

URBANO. *(Á Dinardo.)*

No dejeis que os reconozca;
Que os echaréis á perder.

DINARDO.

(Ap. De mála gana la doy.)
Tomad, hidalgo, la espada.

BELTRAN.

Muestre.

DINARDO.

Mirad que es dorada.

BELTRAN.

(Ap. Esta noche bueno voy.)
El ¿no da la suya? *(Á Mauricio.)*

MAURICIO.

Sí:
Mirad que me la guardeis.

BELTRAN. *(Á Urbano.)*

Vos ¿para qué os escondeis?

URBANO.

¿Yo me escondo! Veisla aquí.

ROSARDA. *(Á los que la acompañan.)*

¡Hay gusto como mirar
Rondar á Beltran?

BERNARDO.

Sufrimos
Mal la risa.

BELTRAN. *(Á los tres.)*

¿Oyen?

DINARDO.
Sí, oimos.
BELTRAN.
Que se vayan á acostar.
ROSARDA.
¿Qué hay, Beltran?
BELTRAN.
Por Dios, Señor,
Que solo, como me ves,
He desarmado á los tres.
ROSARDA.
Sois ministro de valor.
¡Hola! los hombres se van:
Reconoced bien quién son.
URBANO. (*Á los otros dos.*)
Acá vuelve el escuadron.
BERNARDO.
¡Ah caballero! ¡Ah galan!
¿Quién diremos al señor
Alcalde mayor?...
DINARDO. (*Ap. á los otros dos.*)
¿Fué bueno
Dar las espadas?
MAURICIO.
Condeno
Mi consejo y mi temor.
DINARDO.
Ya que nos han desarmado,
¿Qué es lo que quieren saber?
¿Correré? (*Ap. á Mauricio.*)
MAURICIO.
Ya no hay correr.
Los pasos nos han tomado.
ROSARDA.
¿Quién va, señores?
MAURICIO.
Mauricio,
A tu servicio, soy yo.
ROSARDA.
¿Y ese hidalgo?
MAURICIO.
Aquí llegò,
Que á pretender un oficio
Pasa á la corte.
ROSARDA.
¡Embozado
Delante de mí se pone!
DINARDO.
Vuesa merced me perdone;
Que ando un poco resfriado.
ROSARDA.
Llega esa linterna tú.
(*Desemboza á Dinardo.*)
¿Adónde os he visto yo?
DINARDO.
¡A mí! Yo pienso que no.
ROSARDA.
¡Jesú mil veces! Jesú!
BERNARDO. (*Ap. á Rosarda.*)
Señor, retírate aquí.
ROSARDA.
¿Qué hay, Bernardo?
BERNARDO.
Yo que puedo,
Porque al fin soy de Toledo,
Diré quién son. Oye.
ROSARDA.
Dí.
BERNARDO.
Conozco los delincuentes,
Que tú no sabes quién son,
Y hoy quiero que tu opinion
Con esta prision aumentes.
ROSARDA.
Dejadme, no lo digais.
BERNARDO.
¡Cómo no!
ROSARDA. (*Ap.*)
Gran mal aguardo.
BERNARDO.
Mira, Señor, que es Dinardo.
ROSARDA.
Sospecho que os engañais.
BERNARDO.
Este dió muerte á Camilo,
Este á Rosarda robó,
Y áun dicen que la mató.
Mira que no es buen estilo
Rondar de aquesta manera.
ROSARDA.
(*Ap.* Ya no lo puedo excusar.
Mas ¿quién le puede librar
Como yo? Pues ¿qué me altera?
Fuera desto, en la prision
Cada dia le veré;
Que puesto que ingrato fué,
Por él mis desdichas son;
Y al cabo de tantos años.
Se renueva en mi memoria
Aquella sabrosa historia
De mi amor y sus engaños.
Quiérole mostrar rigor.)
Asid aquel hombre luego.
DINARDO.
Suplícoos, Señor...
ROSARDA.
No hay ruego
Con quien no merece amor.
DINARDO.
Señor Alcalde...
ROSARDA.
Ya sé
Quién sois.
DINARDO.
Soy un caballero.
ROSARDA.
Sois un ladron que yo quiero
Como al alma.
DINARDO.
¡A mí! ¿por qué?
ROSARDA.
Vos matastes á Camilo.
DINARDO.
No hay tal.
BELTRAN.
Negallo es peor.
DINARDO.
Señor Alcalde mayor,
Aunque del cuchillo el filo
Me podais poner al cuello,
No es bien que me trateis mal.
MAURICIO.
De que es hombre principal
(Que no debeis de sabello,
Pues le tratais desta suerte),
Os aseguro.
ROSARDA.
Por Dios,
Que os prenda tambien á vos,
Por cómplice desta muerte.
No es caballero quien es
Ladron.
DINARDO.
¡Yo ladron!
ROSARDA.
Pues ¿no?
MAURICIO.
Los que dicen que robó
A Rosarda, y que despues
La mató para roballa,
Hablan á tiento, Señor.
DINARDO.
Confieso teneria amor,
Y que concerté sacalla
Por temor de un casamiento;
Pero si yo la saqué,
Máteme un rayo.
ROSARDA.
Eso fué,
Dinardo, lo que yo siento.
DINARDO.
¿Fuera roballa mejor?
ROSARDA.
Mejor en efeto fuera,
Que no que ella se perdiera
Por teneros tanto amor.
Ea, llevalde.
DINARDO.
Acabó
Hoy la fortuna conmigo.
ROSARDA. (*Á Mauricio.*)
Vos ¿no volveis por amigo
Que tal mujer os quitó?
MAURICIO.
Yo tengo allá que os contar,
De que estoy arrepentido.
ROSARDA.
Id cuando seais servido.
BELTRAN.
¿Téngole yo de llevar?
ROSARDA.
¡Vos!
BELTRAN.
Pues ¿quién?
ROSARDA.
Que ayudeis sobra.
ROSARDA.
¡Buena prision la primera!
BERNARDO.
¡Gran premio el Doctor espera!
ANDRONIO.
Fama para siempre cobra.
ROSARDA.
¿Que este es Dinardo? Llevalde.
(*Ap.* Mas ¿de qué sirve el furor?
Que el ser yo Alcalde mayor
Es tener el padre alcalde.)
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Juan en Toledo.

ESCENA III.

TEODORA; DON JUAN, *con hábito de Santiago.*

DON JUAN.
Procede, hermana, tan bien,
Que se espanta la ciudad,
Y tiene Su Majestad
Gran noticia dél tambien.
A Murcia, que siendo infante
Ganó el Rey, tiene aficion,
Y quiere en esta ocasion
Darle un gobierno importante.
Mi hermano me escribe aquí
Que le ha propuesto el Consejo
A este mozo, en letras viejo.
TEODORA.
Y ¿daránle á Murcia?
DON JUAN.
Sí,
Porque él iba consultado,

Pienso que en primer lugar.
¿Qué es menester aguardar,
Pues yo estoy determinado?

TEODORA.

Tu hechura soy: á tu cuenta,
Que no de don Pedro, está
Mi remedio.

DON JUAN.

Pues que ya
Esto de veras se intenta,
Declararéme con él;
Que, en fin, un Corregidor
De Murcia tiene valor
Que puedes honrarte dél.
No estés agora delante;
Retírate.

TEODORA.

¡Ay cielo eterno!

DON JUAN.

¿Qué dices?

TEODORA.

Que este gobierno
Traerá una plaza importante. (*Vase.*)

ESCENA IV.

BELTRAN. — DON JUAN.

BELTRAN.

¿Pensará vuesa merced
Que es como quiera alguacil
Beltran?

DON JUAN.

Tu ingenio es sutil.

BELTRAN.

Háceme en todo merced.
Yo he preso á Dinardo.

DON JUAN.

¿Vos!

BELTRAN.

Yo propio.

DON JUAN.

¡Prision notable!

BELTRAN.

Caso ha sido razonable.

DON JUAN.

Mereceis premio, por Dios.
De hoy más en mucho os tendrán:
Bravo sois de polo á polo.
¿Fué solo?

BELTRAN.

Prendile solo.

DON JUAN.

¡Bien, por vida de don Juan!
¡Qué! ¿ninguno destos viles
Iba con vos?

BELTRAN.

Sí, Señor.

DON JUAN.

¿Quién?

BELTRAN.

El Alcalde mayor,
Y diez ó doce alguaciles.

DON JUAN.

¡Eso llamais solo?

BELTRAN.

Pues.

ESCENA V.

ROSARDA, *con capa y gorra;* BERNARDO. — DON JUAN, BELTRAN.

ROSARDA. (*Tomando del escribano papeles.*)

¿Qué es aqueste?

BERNARDO.

Una prision.

ROSARDA.

¿Y estos?

BERNARDO.

Para fuera son.

ROSARDA.

¿Este?

BERNARDO.

Un desembargo es.

ROSARDA.

Tomad allá: que está aquí
El señor don Juan.— Señor...

DON JUAN.

Que hablaros tengo, Doctor.

ROSARDA.

Beltran...

BELTRAN.

Señor...

ROSARDA.

¿Fuiste?

BELTRAN.

Fui;
Pero Beatriz, la criada
De Rosarda, estaba fuera.
Supe la casa, y quisiera
Saber si estaba cerrada
Por de fuera, como suelen
Los que están amancebados;
Y de romper los candados,
Manos y brazos me duelen.
Agora vuelvo, y verás
Cómo te la traigo aquí.

ROSARDA.

Parte.

(*Vanse Beltran y Bernardo.*)

ESCENA VI.

ROSARDA, DON JUAN.

DON JUAN.

¿Puedo hablarte?

ROSARDA.

Sí.

DON JUAN.

Yo, Aurelio, pienso que estás
De mi voluntad seguro.

ROSARDA.

Las mercedes que me has hecho
Lo dicen bien.

DON JUAN.

Satisfecho
De que tu aumento procuro,
Sabe que mi diligencia
Te ha dado el corregimiento
De Murcia.

ROSARDA.

Será mi aumento
Para servirte.

DON JUAN.

Tu ausencia
Tengo de sentir, Doctor;
Pero un consuelo he buscado,
Que es enviarte casado
Con mi hermana.

ROSARDA.

Tanto honor,
Tanto bien, tanta grandeza,
¿De quién se pudo esperar?

DON JUAN.

El acertarte á obligar
Tengo por honra y riqueza.
¿Cuándo te resolverás
A desposarte?

ROSARDA.

A que acabe
Este negocio, que es grave,
Quiero que aguardes no más;
Que quiero dejar, Señor,
Buena opinion en Toledo.

DON JUAN.

Luego ¿hablar con ella puedo?...

ROSARDA.

Dile que á su gran valor
Ofrezco un esclavo.

DON JUAN.

Vamos,
Para que juntos la hablemos.

ROSARDA.

Serás medio en dos extremos.

DON JUAN.

Hoy los tres nos igualamos.

ROSARDA.

Sólo servirte pretendo.

DON JUAN.

A todos nos ha de honrar.

ROSARDA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿En qué han de parar
Los desatinos que emprendo?

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VII.

BELTRAN, LEONATO *y* OTRO ALGUACIL.

BELTRAN.

Háme dado comision
Para esta causa, en que aguardo
Gran premio, porque á Dinardo
Yo le prendí.

LEONATO.

¡Gran prision!

BELTRAN.

Los cómplices, los testigos,
Todos los he de prender.

ALGUACIL 2.°

¡Qué gran ministro has de ser!

BELTRAN.

Prenderé los más amigos.
No sé qué diablos se tiene
Esta vara que empuñé,
Que desde entónces no sé
Qué furia della me viene,
Que se me entra al corazon,
Y me dice: «Prende, prende
Cuantos topares.»

LEONATO.

¿No entiendo
La razon?

BELTRAN.

Pues ¿hay razon?

LEONATO.

Todos los desta ciudad
Son su pegujar y hacienda:
El usufruto es que prenda;
El mal año es la amistad,
El buen año es la prision.

BELTRAN.

Luego ¿están los malos años
En que no sucedan daños?
Pues yo pienso una razon:
No hay tan honroso ejercicio
Como esta vara, ni tiene
El mundo, en cuanto contiene,
Más hidalgo y noble oficio.
Dios con ángeles castiga,

Los ministros de Dios son,
Y á serlo á su imitacion
Este cargo ilustre obliga.
La justicia es la virtud,
De que Dios se precia tanto:
Quien la imita es justo y santo.

ALGUACIL 2.°

¡Bien, ansí tenga salud!

BELTRAN.

Soy muy discreto.

ALGUACIL 1.°

Ya vemos [1].

BELTRAN.

Llegad en cas de Beatriz.

LEONATO.

¿Hay reclamo?

BELTRAN.

Es codorniz.
Ahora bien, llamad.

ALGUACIL 2.°

Llamemos.

BELTRAN.

¿Quién pensais que prendo aqui?

ALGUACIL 2.°

Una mujer.

BELTRAN.

Pues, por Dios,
Que lo estuve della.

LEONATO.

¡Vos!

BELTRAN.

Yo pues.

LEONATO.

Y ¡prendeisla?

BELTRAN.

Sí.

ALGUACIL 2.°

Mal hecho.

BELTRAN.

El tahur famoso
Con su padre ha de tirarse,
La justicia ejercitarse
Sin excepcion.

ALGUACIL 2.°

Voy medroso;
Que me dicen que esta tiene
Un galfarro.

BELTRAN.

Llegad, pues.

ALGUACIL 2.° (*Llama.*)

¿Quién está en casa?

ESCENA VIII.

BEATRIZ Y LEONATO, *dentro.* — BELTRAN, LOS DOS ALGUACILES.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

¿Quién es?

BELTRAN.

La justicia.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

Y ¿á qué viene
En mi casa la justicia?

BELTRAN.

Abre, diablo.

ALGUACIL 2.°

Abre, Leonato [2].

BELTRAN.

¡Suena el tejado?

LEONATO.

Es un gato.

BELTRAN.

Rompe esas puertas, desquicia.

(*Sale Beatriz.*)

BEATRIZ.

No las rompan, señor bravo;
Que ya está su dueño aqui.

BELTRAN.

¿Es Beatriz?

BEATRIZ.

Mi Señor, sí.

BELTRAN.

¿Conoce á Beltran?

BEATRIZ.

No acabo
De conocerte... ¡Tú eres?
Abrázame.

BELTRAN.

Que me place.
(*Ap.* No sé qué cosquillas hace
Esto de abrazar mujeres.)
Ya no la quiero prender. —
Pero ¿qué dirá el Doctor?

BEATRIZ.

¡A mí prenderme, traidor,
Dia en que te vengo á ver!

BELTRAN.

Beatriz, si fuera otra cosa
Que decir un dicho, fuera
Crueldad; mas desta manera
Será una prision piadosa.
Luego te traeré á tu casa.

BEATRIZ.

Vamos muy enhorabuena.

BELTRAN.

No tengas, mis ojos, pena,
Pues que sabes lo que pasa.

(*Vanse.*)

—

Cárcel.

ESCENA IX.

ROSARDA, BERNARDO.

ROSARDA.

Haced llamar á Dinardo.

BERNARDO.

¡Hola!

UNA VOZ. (*Dentro.*)

¡Hola!

ROSARDA.

¡Qué rigor!

BERNARDO.

Llamad á Dinardo.

ROSARDA. (*Ap.*)

Amor,
¡Qué fin de mi pena aguardo!
Yo soy jüez de mi esposo,
Dinardo es el delincuente.
Ya está Dinardo presente.

ESCENA X.

DINARDO, *con grillos.* — ROSARDA, BERNARDO.

DINARDO.

¿Qué mandas? (*Ap.* ¡Qué rostro hermoso!
Si la cara del Jüez
Anuncia muerte si es fea,
Quien esta hermosura vea,
Bien es que viva esta vez.
¡Hay tal presencia! ¿Y si acaso
No estoy léjos de tener
Presente aquella mujer,
Por cuya ausencia me abraso?
¿Qué traslado como el suyo?)

ROSARDA.

Escribid.—¿Eres de aquí?

DINARDO.

Sí, Señor.

ROSARDA.

La verdad di.

DINARDO.

¿Qué tormento como el tuyo?

ROSARDA.

¿Conocias á Camilo?

DINARDO.

Iglesia.

ROSARDA.

(*Ap.* ¡Pluguiera á Dios
Que nos viéramos los dos
A su puerta!) ¡Lindo estilo
De delincuentes! El dia
Que al campo salió contigo,
¿No llevabas otro amigo?

DINARDO.

Iglesia.

BERNARDO.

Verdad seria
Que por la iglesia pasó;
Que muy cerca de la puente
(El portazguero presente,
Y un pescador) le mató.
Si os preciais de caballero,
Negar una muerte honrada,
Cara á cara, espada á espada,
No es bajeza.

DINARDO.

Si yo quiero
En la iglesia estar, Señor,
¿Por qué me quereis echar?

ROSARDA.

Si en ella quereis estar,
Eso es consejo mejor.
Mas vos no sois ordenado.

DINARDO.

Sí soy.

ROSARDA.

Por Dios, que os confieso
Que me pesaria deso
Más que del haber negado.
¡Ordenado estais! ¿De qué?

DINARDO.

De corona.

ROSARDA.

Eso no importa;
Que á la larga ó á la corta,
Dinardo, yo os cogeré.
Mas decid, ya que negais
La muerte, á la iglesia asido:
Si la de Rosarda os pido,
¿Qué iglesia en disculpa dais?

DINARDO.

Yo no he muerto esa mujer.

ROSARDA.

¡Esa mujer! Si algun dia
Pensó ser vuestra...

DINARDO.

A ser mia,
No estuviera en tu poder.

ROSARDA.

¡Pobres muertos! ¡De qué suerte
La trata su amante ya!
Yo sé que presente está...
En los que sienten su muerte.
¿Quisístela bien?

DINARDO.

Y tanto,

[1] Supido.
[2] Querrá decir á Leonato que abra con violencia la puerta.

Que me puedes degollar;
Pero no lo he de negar.

ROSARDA.

¿Y agora?

DINARDO.

De tí me espanto.
Siete años y ser ya muerta,
¿No han de haber hecho impresion?

ROSARDA.

Si ella vive, su aficion
Será más firme y más cierta.

DINARDO.

Si ella vive, ¿por qué causa
Estoy preso?

ROSARDA.

No sabemos
Que viva, y preso tenemos
Á quien las sospechas causa.
¿Qué hiciste las joyas?

DINARDO.

Mira
Que soy noble.

ROSARDA.

Si te enseño
Un diamantillo pequeño,
Aunque su fineza admira,
¿Qué dirás?

DINARDO.

Muestra.

(*Rosarda le enseña una sortija.*)

¡Ay de mí!
Este yo se le envié,
Porque en un liston le até,
Donde otras cosas le dí.

ROSARDA.

Luego es señal que vendiste
Las joyas que le robaste.

DINARDO.

Pues ¿cómo el diamante hallaste?

ESCENA XI.

MAURICIO, LAURENCIA. — ROSARDA, DINARDO, BERNARDO.

MAURICIO.

Como mujer noble hiciste.

ROSARDA.

¿Qué es esto?

MAURICIO.

La hermana es
Del muerto, que se bajó
De la queja, porque yo
Lo he concertado, despues
Que supe que era ya muerto
Su padre.

ROSARDA.

¡Buena amistad!
. . . . [1]
Es digna de honor por cierto.

LAURENCIA.

Muerto mi hermano, Señor,
Y mi padre, yo he querido,
Haciéndole mi marido,
Dar á su memoria honor.
Siéndolo Dinardo espero
Hallar padre, hallar hermano;
Pero háme de dar la mano
Delante de vos primero.

ROSARDA.

Luego el concierto y perdon
¿Se ha hecho de esa manera?

LAURENCIA.

Pues ¿fuera justo que fuera
Sin esta satisfacion?

[1] Falta un verso.

ROSARDA. (*Á Dinardo.*)

Y ¿quieres tú?

DINARDO.

Yo, Señor,
Deseo mi libertad;
Su hermosura y calidad
Merecen mi justo amor.

ROSARDA.

¿Y la muerta?

DINARDO.

Si lo está,
Encomendaréla á Dios.

ROSARDA. (*Á Laurencia.*)

Yo quiero hablaros á vos.

LAURENCIA.

Pues aquí me teneis ya.

ROSARDA.

Oid.

LAURENCIA.

Decid.

ROSARDA. (*Ap. á Laurencia.*)

¿Es razon
Que os caseis con un villano,
Que dió muerte á vuestro hermano?
¿Podréis tener corazon
Para que, estando con él,
Se os acuerden sus heridas?
Todas las cosas teñidas
De sangre hallaréis en él.
Fuera deso, os muestra amor
Fingido y por interés.

LAURENCIA.

¿Qué tengo de hacer, si es
El remedio de mi honor?

ROSARDA.

Vuestra virtud y hermosura
Me han parecido de suerte,
Que sin perdonar la muerte,
Hallaréis mayor ventura.
Yo soy más mozo y galan
Que Dinardo, y proveido
Para Murcia: hoy he sabido
Que este gobierno me dan.
Es ciudad que la ganó
El Rey, y la estima en tanto,
Que de la plaza me espanto;
Pero dicen que soy yo
En la corte un gran letrado.

LAURENCIA.

Tal fama, Señor, teneis,
Y mucha merced me haceis;
Que Mauricio me ha engañado.
Verdad es que me agradaba
Dinardo; pero, por Dios,
Que le haceis ventaja vos
Como el vivo al que es pintado.

ROSARDA.

Dadme la palabra aquí
De que seréis mi mujer,
Y allá podréis deshacer,
Sin darme la culpa á mí,
El apartamiento hecho,
Pues que no le habeis firmado.

LAURENCIA.

Yo os la doy.

ROSARDA.

Y yo os traslado
Desde los ojos al pecho.
Id presto, y llevad de aquí
Á Mauricio.

LAURENCIA.

¿Oyes, Mauricio?

MAURICIO.

¿Qué tenemos?

LAURENCIA.

Cierto indicio,
Que allá le sabrás de mí,
De una cosa bien notable.

MAURICIO.

Pues ¿no te apartas?..

LAURENCIA.

Sí haré.

DINARDO.

Pues ¿cómo se va?

MAURICIO.

No sé.
Como es mujer, es mudable.

(*Vanse Laurencia y Mauricio.*)

ESCENA XII.

BELTRAN, BEATRIZ. — ROSARDA, DINARDO, BERNARDO.

BELTRAN.

Beatriz es esta, Señor.

BEATRIZ.

Aquí estoy á tu servicio.

ROSARDA.

Ya lo estuviste en oficio
Y nombre de más honor.

BEATRIZ.

¡Yo te he servido!

ROSARDA.

No entiendes
Lo que digo.

BEATRIZ.

¡Santo cielo!

ROSARDA.

¿De qué te turbas?

BEATRIZ.

Recelo
Que darme á entender pretendes
Que ántes de agora te vi.

ROSARDA.

Deja de pensar quimeras.
Hablemos, Beatriz, de veras:
No pienses agora en mí.
Tú ¿conociste á Rosarda?

BEATRIZ.

Yo la serví.

ROSARDA.

Gran placer
Tengo en ver esta mujer,
Beltran.

BELTRAN.

Un momento aguarda;
Que voy por otros testigos.

ROSARDA.

Parte, que todo va bien.

(*Vase Beltran.*)

ESCENA XIII.

ROSARDA, BEATRIZ, DINARDO, *retirado*; BERNARDO.

ROSARDA.

Beatriz...

BEATRIZ.

Señor...

ROSARDA.

Hoy tambien
Seremos los dos amigos,
Si me dices la verdad.
Rosarda ¿amaba á Dinardo?

BEATRIZ.

Ese fué un mozo gallardo,
Fábula desta ciudad,
Con quien ella se escribia.

ROSARDA.

¿Vístelo tú?

BEATRIZ.
Sí, Señor.
ROSARDA.
Mientes.
BEATRIZ.
¡Yo miento!
ROSARDA.
El temor
Me han dicho que le escondia.
¿Cómo lo puedes saber?
BEATRIZ.
Porque sospeché su amor.
ROSARDA.
Y ¿fuése con él?
BEATRIZ.
Señor,
Yo no he podido creer
Que ella se fuese á otra parte.
ROSARDA.
Si te muestro el caballero,
¿Conocerásle?
BEATRIZ.
Sí.
ROSARDA.
Quiero
El caballero mostrarte.
(*Por Dinardo.*)
¿Es este?
BEATRIZ.
El mismo; y áun creo
Que pudiera conocer,
Como tú fueras mujer,
La causa de su deseo.
ROSARDA.
Tú, Dinardo, ¿has conocido
Esta mujer?
DINARDO.
Sí, Señor.
ROSARDA.
¿Fué tercera de tu amor?
DINARDO.
Nunca mi tercera ha sido,
Porque fué con gran secreto;
Pero sé que la servia
Cuando á Rosarda queria.
ROSARDA.
Y ¿son tuyos, en efeto,
Estos papeles?
DINARDO.
Yo fui
Quien todos los escribió.
ROSARDA.
¿Qué probanza quiero yo
Mayor que esta, contra tí?
Tú confesarás su muerte.

ESCENA XIV.

BELTRAN, *con* FULGENCIO Y MARCELINO. — ROSARDA, DINARDO, BEATRIZ, BERNARDO.

BELTRAN.
Ea, pasen adelante.
FULGENCIO.
Mirá, que será importante
Que nos trateis de otra suerte.
Prender á mí y á mi hijo,
Que seguimos á Dinardo,
¿Para qué es bueno?
BELTRAN.
Ya tardo
En hacer lo que me dijo.—
Señor, otros dos que son
Del pleito, te traigo aquí.
ROSARDA.
¡Prendístelos!
BELTRAN.
Señor, sí.
ROSARDA.
¡Por Dios, que es gentil prision!
Majadero, ¿no sabeis
Que estos caballeros fueron
Los que el daño recibieron
Del reo que preso veis?
¿Que uno es padre y otro hermano
De Rosarda, y más que amigos
Del señor don Juan?
BELTRAN.
¿Testigos
No me pediste?
ROSARDA.
Es en vano
Pensar que se hará de vos,
Si sois bestia, un hombre honrado.
Mucho me habeis enojado.
BELTRAN.
¿No son del pleito los dos?
ROSARDA.
Del pleito son; mas no tienen
Culpa.
BELTRAN.
Quizá la tendrán.
ROSARDA. (*Ap.*)
¡Extraño temor me dan!
¿Qué espero ya, pues que vienen
Mi propio padre y hermano
Presos ante mí?
MARCELINO.
Señor,
Dejad por Dios el rigor;
Que Beltran es hombre llano,
Y nos prendió sin malicia.
ROSARDA.
Si el necio fuera discreto,
Supiera tener respeto.
BELTRAN.
¿No dices que la justicia
Es para todos igual?
ROSARDA.
Luego ¿argüirme quereis?
FULGENCIO.
Suplicoos no os enojeis,
Ni por mí le trateis mal.
ROSARDA.
(*Ap.* ¡Cielos santos! Ya ¿á qué aguardo,
Pues aquí juntos están
Rosarda, Beatriz, Beltran,
Mi padre, hermano y Dinardo?
Mas ¿cómo diré quién soy?
Que no pienso que ha llegado
Tiempo en que deje el cuidado
En que por Dinardo estoy.)
Bernardo...
BERNARDO.
Señor...
ROSARDA.
Llevad
Ese preso; que no es bien
Que pena á Fulgencio dén,
A quien tengo voluntad,
Y don Juan en tanto estima.
BERNARDO.
Vamos, Dinardo, de aquí.
(*Ap. á él.* En mi vida pleito ví,
Que tanto parezca enima.)
DINARDO.
No os espanteis que lo sea,
Porque mis desdichas son
Tiniebla de la razon,
Que no hay luz con que se vea;
Y si alguna pudo haber,
Es solo el júez, que aquí
Es enigma para mí,
Que no le puedo entender.
Otros reos, en estando
Delante, tiemblan la vara;
Y yo mirando su cara,
Estoy mi gloria mirando,
Porque, con cierta memoria,
Como otros jüeces siento
Que condenan á tormento,
Este me condena á gloria.
(*Vanse Dinardo y el escribano.*)
ROSARDA.
Vos, Beatriz, id en buen hora,
Y rogalde á Dios tambien
Que llegue algun dia, en quien
Parezca vuestra Señora;
Que le debeis grande amor.
BEATRIZ.
El cielo, Señor, lo quiera.
FULGENCIO.
Ver á Beatriz no quisiera,
Porque aumenta mi dolor.
(*Vase Beatriz.*)

ESCENA XV.

ROSARDA, FULGENCIO, MARCELINO, BELTRAN.

BELTRAN.
¿Podréla yo acompañar?
ROSARDA.
¿No sois más necio, ignorante?
BELTRAN.
Túvela amor: no te espante.
ROSARDA.
¡Siempre me habeis de enojar!
Vos no sois para este oficio,
Beltran: arrimad la vara.
BELTRAN.
¡Ved la privanza en qué pára!
¡Bien pagas tanto servicio!
ROSARDA.
Arrimalda, mentecato.
BELTRAN.
Señor, costóme un real.
ROSARDA.
¡Hay atrevimiento igual!
BELTRAN.
Eres á mi amor ingrato.
ROSARDA.
¿Cosa que os haga poner
Un par de grillos, Beltran?
BELTRAN.
Ea, ya la arrimarán,
O ella se puede tener.
En verdad que no era cosa
Muy de codicia.
ROSARDA.
Por ser
Vos de tan mal proceder
Para cosa tan honrosa.
BELTRAN.
¡A fe que te ha levantado
El oficio el mal humor!
Pues yo me acuerdo, Señor,
De verte más humillado.
La sombra de los gobiernos
Es la arrogancia.

ROSARDA.

Ignorante,
¿Quereisos quitar delante?

BELTRAN.

¡Mal hayan tantos inviernos
Como pasé en Salamanca
Estregando tus manteos!

ROSARDA.

¡Oh, qué pucheros tan feos!

BELTRAN.

Que no se me da una blanca.
¿Hay más de volver allá
Otra vez á sorber caldo?

FULGENCIO.

Señor Doctor, perdonaldo;
Que es un buen hombre, y se irá
Donde por dicha se pierda.

MARCELINO.

Si, Señor, dalde la vara.

BELTRAN.

Hombre sin barba en la cara
Mal del servicio se acuerda.
Ea, no sea tan necio,
Vuélvamela.

FULGENCIO.

Ya es razon
Pagarle tanta aficion;
Que el amor no tiene precio.

BELTRAN.

Ya la obligacion deshizo.

ROSARDA.

Lo que no haga por vos,
No lo pienso hacer, por Dios,
Por el padre que me hizo.

FULGENCIO.

Si algun hermano tuviera,
Pienso que viendo esa cara,
Vuestro padre imaginara,
Y por mi sangre os tuviera.
Por estas similitudes
Que con mis cosas teneis,
Un grande amor me debeis.

MARCELINO.

Vuestras letras y virtudes,
Y el ser retrato tan vivo
De Rosarda, con razon
Nos pone en obligacion.

ROSARDA.

Merced, Señores, recibo.

ESCENA XVI.

DON JUAN, MAURICIO.—ROSARDA, FULGENCIO, MARCELINO, BELTRAN.

DON JUAN.

Paréceme imposible.

MAURICIO.

A mí lo mismo,
Por la buena opinion en que le tuve.

DON JUAN.

¡Tan grande liviandad! ¡Cosa notable!
Aurelio...

AURELIO.

¿Qué me mandas?

DON JUAN.

El enojo
Que traigo contra tí, no me permite
Ni respetos ni prólogos. Yo pienso [cho
Que has perdido el júicio, ó que por di-
Te mueve alguna causa que no entien-
[do.
Viene Laurencia aquí para apartarse,
Concertando Mauricio el casamiento;
Y tú (que no lo hiciera un hombre loco)
¡La engañas con palabras, y la dices
Que serás su marido! ¿Qué es aquesto?
¡Los júeces las partes desconciertan,
Y quitan á los presos su remedio!
¡Los jueces se casan de esa suerte,
Y mas cuando con otra están casados,
De quien áun no merecen ser criados!

ROSARDA.

Señor, Dinardo es reo de la muerte
Por la que dió á Rosarda: si Laurencia
Se casaba engañada, ¿no era justo
Decirle la verdad?

DON JUAN.

¡Eso respondes!
Pero si dicen, y se ve tan claro,
Que no viene sin canas la prudencia,
¿Cómo vendrá sin barbas? Yo he tenido
El justo pago de mi amor injusto.
¡Para eso te puse en este puesto!

ROSARDA.

¿Hallásteme en la calle por ventura,
Que me puedes tratar de esa manera?
Yo ¿no te di el hacienda con que vives,
Allanándote un pleito en cuatro meses,
Que no fuera entendido en muchos años?
Si me pusiste aquí, yo lo merezco;
Y si no, te doy puesto.

DON JUAN.

Paso, paso;
Que soy soldado: y esta vara, Aurelio,
Era tan gruesa, ménos há de un año,
Que con ella rompí muchos ejércitos;
Y delgada como es, áun ser podria
Que rompiese con ella alguna frente.

FULGENCIO.

Señor, suplico que mireis que pudo
Errar como mancebo, y que los sábios,
Cuando hacen necedades son terribles,
Porque yerran, sabiendo lo que hacen.

DON JUAN.

Deja la vara luego.

ROSARDA.

Si tu enojo
Estriba en eso, arrimaré la vara.

DON JUAN.

¡Vive Dios!...

MARCELINO.

Si á mi padre, si á sus canas,
Si á nuestro amor debeis algun respeto,
Suplícoos le dejeis.

MAURICIO.

Señor, no ha sido
Mi pensamiento, en lo que os he conta-
Para que le trateis con tanto enojo. [do,

DON JUAN.

Si no me voy de aquí, ¡viven los cielos,
Que pienso que he de hacer un desatino!

MARCELINO.

Vamos con él.

MAURICIO.

Seguilde, Marcelino.

MARCELINO. (*Ap.*)

Todo mi bien resulta deste enojo;
Que este Doctor sin duda me quitara
La pretension que tengo de Teodora.
Segura queda mi esperanza agora.

(*Vanse don Juan, Fulgencio y Marcelino.*)

ESCENA XVII.

ROSARDA, BELTRAN.

BELTRAN.

En fin ¡sin varas quedamos!

ROSARDA.

¿Ríeste?

BELTRAN.

Pues ¿qué he de hacer?

ROSARDA.

¡Agora tomas placer,
Cuando en tanta pena estamos?
¿Adónde hallaré paciencia!

BELTRAN.

Pues ¿no ha de causarme risa
El ver, Señor, con la prisa
Que te toman residencia?
Huélgome, señor Doctor;
Que no hay gobierno ninguno,
Fuera del Rey, y ese es uno,
Que no tenga superior.
Y si ya tengo licencia
De hablar en tantos cuidados,
Por estar desenvarados
Los dos en esta pendencia
(Que bien podemos hablar
Sin que los dos nos matemos,
Pues ya lanzas no tenemos
Con que podamos justar);
Dime, ¿qué quimera fué
Querer á Laurencia agora?
¿No era tu esposa Teodora?

ROSARDA.

¡Ay, Beltran! no sé.

BELTRAN.

¡No sé?
No sé dicen que fué nieto
De *Penséque*, y que *Penséque*
Fué lígitimo de *Asneque*.

ROSARDA.

Decirte quiero un secreto.

BELTRAN.

¡Secreto!

ROSARDA.

Veme á llamar
A Fulgencio...—Pero no.
A Marcelino...—Mas yo
Le podré mejor buscar.
—Mas oye, á Beatriz me llama.
—Más tente, á Dinardo dí...

BELTRAN.

¡Qué Dinardo! Vuelve en tí.

ROSARDA.

Oye una industria de fama.
Yo te daré un mandamiento
Con que saques á Dinardo
De la cárcel... ¿En qué tardo?

BELTRAN.

¡A Dinardo! ¡Lindo cuento!
Pues tú ¿qué tienes con él?

ROSARDA.

En sacándole, dirás
Que dos palabras no más
Venga á hablarme á san Miguel;
Que allí le estoy esperando.
Toma la vara, camina.

BELTRAN.

Yo pienso que desatina.

ROSARDA.

Mátasme, Beltran, tardando.

BELTRAN.

Pues ¿quién diré que le aguarda
En sacándole, Señor?

ROSARDA.

Di que el Alcalde mayor,
Que se parece á Rosarda.

(*Vanse.*)

Sala en casa de don Juan.

ESCENA XXVII.

DON JUAN, FULGENCIO, MARCELINO.

DON JUAN.
A mí me va la honra en lo que digo.

FULGENCIO.
¿La honra á vos?

DON JUAN.
Laurencia le perdona
La muerte de su hermano.

FULGENCIO.
Pues yo digo
Que perdono á Dinardo, á quien abona
La aficion que á su bien habeis mostra-[do.

DON JUAN.
Es caballero y de gentil persona;
Y si verdad os digo (que he tratado
Siempre con vos mis cosas claramente),
En secreto Teodora me ha contado
Que este letrado vil, que este insolente
Le debe más que abrazos; y esto basta
Para quien es tan noble y tan prudente.

FULGENCIO.
Si un átomo, Señor, tu honor contrasta
Lo que á Dinardo pido, yo le absuelvo.

DON JUAN.
En habiendo ocasion, no hay mujer cas-[ta.
De todo contra mí la culpa vuelvo.

MARCELINO. (*Ap.*)
¡Que Teodora y Aurelio se han gozado!
Aquí mi amor y pretension resuelvo.

DON JUAN.
Por Dinardo á la cárcel he enviado,
Por Laurencia á su casa con Mauricio,
Porque no alegue nada este letrado;
Que si lo funda en pleito, de su quicio
Sacará la justicia.

FULGENCIO.
¡Ingenio extraño!

DON JUAN.
Por él tengo esta hacienda y este oficio.

ESCENA XIX.

TEODORA, *que se queda á una puerta.* — DON JUAN, FULGENCIO, MARCELINO.

TEODORA. (*Ap.*)
Amor, que da el remedio con el daño,
Viendo que se casaba mi enemigo,
Aunque contra mi honor, me dió un [engaño.
Que me le debe, injustamente digo,
Para no le perder. Mi hermano es este
Y el pretendiente, de mi mal testigo.

ESCENA XX.

DINARDO, *sin prisiones*, *con* BERNARDO *y* UN ALGUACIL. — DICHOS.

DINARDO.
¡Para casarme dices que me apreste!

BERNARDO.
La libertad del cuerpo os dan agora,
Para que luego la del alma os cueste.

DON JUAN.
Que delante de mí venga Teodora.
(*Adelántase Teodora.*)

ALGUACIL.
Ya tienes á Dinardo en tu presencia.

ESCENA XXI.

MAURICIO, LAURENCIA.—DICHOS.

MAURICIO.
Esto conviene á vuestro bien, Señora.

LAURENCIA.
Aurelio me engañó con su presencia
Y sus buenas palabras.

MAURICIO. (*Á don Juan.*)
Aquí viene
A solo hacer tu voluntad Laurencia.

LAURENCIA.
Trato el bien de Dinardo, porque tiene
Presente su traicion el alma mia,
Y pagarla en servirle me conviene.

DON JUAN.
Dinardo, yo he querido que este dia,
Por ser tu caballero tan honrado,
Halles en mí piedad y cortesía.
Por mí el señor Fulgencio se ha bajado
De la queja en la muerte de Rosarda,
Por lo ménos de habérsela robado;
Por mí Laurencia, dama tan gallarda
Como tú sabes, de su muerto hermano
Te da perdon; pero tu mano aguarda.
Con aqueste concierto queda llano
El vivir en Toledo con tu hacienda.

DINARDO.
Digo, Señor, que le daré la mano,
Si darte la palabra basta en prenda.

ESCENA XXII.

ROSARDA, BELTRAN.—DICHOS.

ROSARDA. (*Ap. Beltran.*)
¡De la cárcel! ¿Qué me dices?

BELTRAN.
Digo, Señor, que le llevan,
Para casarle, sin duda.

ROSARDA.
¡Ay Beltran! detente, espera.
¿No los ves juntos aquí?
Sin duda que se concierta,
Pues ya está libre Dinardo,
Y está á su lado Laurencia.
Llegaré furiosa...

BELTRAN.
Aguarda.

ROSARDA.
Que no hay aguarda. Amor, llega,
Y si es como rayo amor,
¿Quién le ha de hacer resistencia?
Honor de los Salazares, (*Adelántase.*)
Cielo azul de sus estrellas,
Censorino en el gobierno,
Y en la guerra Julio César,
¿Cómo tu claro jüicio
Desta manera se ciega,
Que á los reos hagas libres
Sin castigo y sin sentencia?
Dinardo mató á Camilo,
Cuya sangre en esas piedras
Está pidiendo justicia;
Que dan luz vueltas en cera.
Mató á Rosarda y robóla:
Pues ¿cómo no le condenas
A muerte! ¿Qué te ha movido,
Que en vez de castigo premias?
Dios y el Rey son los jüeces
Que en el cielo y en la tierra
Dan premio á los virtuosos,
Y á los malhechores pena.
Los demás sólo castigan:
Pues ¿por qué causa deseas
Premiar á Dinardo?

DON JUAN.
Infame,
No prosigas, que me afrentas;
Porque, como caballero
Y soldado, si te llegas,
Te daré mil estocadas,
Tan dignas de tu soberbia;
Y como jüez del Rey,
Que hacer justicia profesa,
Por el hábito que traigo,
Que te corte la cabeza.

ROSARDA.
Pues, Señor, pedir justicia
¿Es bien que al jüez ofenda?

DON JUAN.
Tú ¿de qué, si se han bajado
Los que piden, de sus quejas?
Dinardo es libre y se casa.

ROSARDA.
Sí; mas no es libre Laurencia,
Que me ha dado la palabra.

DON JUAN.
Y tú, infame, ¿no la quiebras
A mí y á Teodora, á quien
Debes más costosas deudas?

ROSARDA.
Cuando eso sea, no puede
Dinardo casarse.

DINARDO.
Enreda
Por tu vida alguna cosa,
Con que mi vida perezca.

ROSARDA.
A todos os digo á voces
Que es cosa injusta que quiera
Casar don Juan á un casado.

DON JUAN.
¡Casado! Di, Aurelio, ¿piensas
Acotar leyes aquí?

ROSARDA.
La ley de Dios donde quiera
Se debe acotar.

DON JUAN.
Señores,
¿Cuánto va que su agudeza
Me levanta alguna cosa?

ROSARDA.
¿No es ley de Dios que el que sea
Casado, miéntras que vive
Su mujer, otra no tenga?

DON JUAN.
Es verdad.

ROSARDA.
Pues si Dinardo
Es casado, ¿es bien que pueda
Casarse?

DON JUAN.
¿Con quién lo está?

ROSARDA.
Con Rosarda.

DON JUAN.
¡Cosa nueva!
¡Tú estás casado!

DINARDO.
Señor,
Cuanto á Dios, fué mi primera
Mujer, por muchas palabras;
Pero ya Rosarda es muerta.

DON JUAN.
Pues si es muerta, Aurelio loco,
¿Qué leyes de Dios se quiebran?

ROSARDA.
No es muerta.

DON JUAN.
Ya ¿no os lo dije?
¿Cuánto va que aquí nos prueba
Con argumentos, que es viva
La que há siete años que es tierra?

ROSARDA.

Cásense luego Mauricio
Y Laurencia, aunque no sea
Más de por ver el milagro,
Y que la verdad se entienda;
Y Marcelino á Teodora
Ser su marido prometa;
Que yo diré dónde está.

FULGENCIO.

Señor, mis canas os ruegan
Que me hagais esta merced.

DON JUAN.

Ahora bien, dale, Laurencia,
La mano á Mauricio; y tú,
Teodora, en burlas ó en veras,
Da la tuya á Marcelino.

ROSARDA.

¿Quedan casados?

TODOS.

Sí quedan.

ROSARDA.

Pues yo soy Rosarda.

DON JUAN.

¿Quién?

ROSARDA.

El Alcalde.

FULGENCIO.

Aguarda.

MARCELINO.

Espera.

ROSARDA.

No hay que esperar: yo lo soy;
Que, aficionada á las letras,
La noche que con Dinardo
Por una secreta puerta
Pensé aventurar mi honor,
Fuí á Salamanca, y en ella
Estudié como lo veis.

DON JUAN.

¿Hay tan extraña quimera!

BELTRAN.

Diga, señora Doctora,
¿Acuérdase de la vieja
Que la forzaba una noche?

ROSARDA.

Cree, Beltran, que no pierdas
Tu servicio.

DINARDO.

Prenda mía,
Perdona; que el ser tan cierta
Tu muerte, á mi libertad,
Casándome, dió licencia.

ROSARDA.

Estos son mis brazos.

DINARDO.

Dignos
Del trabajo que me cuestan.

DON JUAN.

Al Rey escribo el suceso.

BELTRAN.

Haz que mi vara me vuelvan.

DINARDO.

Y del *Alcalde mayor*.
Demos fin á la comedia.

EL SERVIR CON MALA ESTRELLA,

PERSONAS.

RUGERO DE VALOES.
TURIN, *su lacayo.*
DON TELLO.
DON RAMIRO.
DON FORTUNIO DE ROJAS.
NUÑO ALFONSO.
DOÑA BLANCA.
EL REY DON ALFONSO VIII.
DOÑA SANCHA.
DOÑA HIPÓLITA.
DOÑA CLARA.
DOÑA MARCELA.
DON FERNANDO.
ZELIMA, *esclava.*
DORAICEL, *Rey moro.*
DON IÑIGO.
UN SECRETARIO.
SOLDADOS.
CRIADOS.
MÚSICOS.
MOROS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Toledo y fuera.

ACTO PRIMERO.

Sala en el Alcázar de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

RUGERO Y TURIN, *de camino, á lo frances.*

RUGERO.

¿No te agrada la ciudad?

TURIN.

Por todo extremo me agrada:
De rio y muro cercada,
Muestra heróica majestad;
Y, de cuanto he visto en ella,
Este alcázar suntüoso
Me ha parecido famoso.

RUGERO.

España, Turin, es bella.

TURIN.

Notable hermosura encierra.

RUGERO.

Bien nuestra Francia igualara,
Si el Moro no le ocupara
Tan fértil parte de tierra;
Aunque sus heróicos reyes
Poco á poco se la quitan.
Ya la guerra solicitan,
Ya la paz con santas leyes,
De los cuales no ha tenido
Hombre como Alfonso España.

TURIN.

Así por la tierra extraña
Es estimado y querido.

RUGERO.

Coronóse Emperador,
Título en sus reyes nuevo.

TURIN.

Si lo ha merecido, apruebo
El premio de su valor.
¿A qué ocasion ha venido
A Toledo? ¿No es Leon
Su asiento?

RUGERO.

Y con gran razon,
Pues para el moro lo ha sido.
Mas despues que aquel famoso
Alcaide suyo se fué
A Jerusalen, en fe
De su valor generoso,
A Nuño Alfonso eligió,
Caballero castellano,
Cuya belicosa mano
Tantas batallas venció,
Que desde Alejandro acá,
Ninguno, Turin, como él
Se puso el verde laurel
Que en las vitorias se da.
Este por Toledo entró
Triunfando, como solian
Los romanos que volvian
(A quien igualó y venció)
De alguna insigne vitoria;
Y el triunfo tan grande ha sido,
Que el mismo Rey ha venido
A ver envidiar su gloria.

TURIN.

¿A quién venció?

RUGERO.

A dos ó tres
Reyes del Andalucía,
Cuyas cabezas traia,
Y el Rey envió despues
A las moras sus mujeres.
Trujo africanos pendones,
Preseas, armas, municiones,
Cautivos...

TURIN.

¡Qué español eres!

RUGERO.

De mil castillos y villas;
Y esto no es ser español,
Si no es que, de oir que el sol
Tiene luz, te maravillas;
Que soy frances, y es nacion
Que en guerra y paz no ha tenido
Qué envidiar á las que han sido
De mayor estimacion.

TURIN.

Como vienes á servir
Al Rey de España, querrás
Alabar sus hijos más
De lo que puedo sufrir.
No es mal principio, Señor,
La lisonja para entrar
Al alma de un rey.

RUGERO.

Tratar
De la virtud y valor
De un capitan como Nuño,
No es hacer lisonja al Rey;
Que los hombres de mi ley,
Con esta lengua que empuño,
Que es de acero, han de servir
A su rey de otra manera;
No con lengua lisonjera,
No con hablar ni fingir.

TURIN.

Él sale: ¿iréme?

RUGERO.

¿Por qué?
Apártate allí, y espera.

ESCENA II.

EL REY, NUÑO ALFONSO.—RUGERO, TURIN.

REY.

Vuelve, Nuño, á la frontera,
Y Dios vitoria te dé.

NUÑO.

Para servirle y servirte
Solamente la deseo.

REY.

Que vuelven los moros creo,
Con ánimo de seguirte.

NUÑO.

Deben de querer vengar
De sus reyes africanos
La muerte.

RUGERO. *(Al Rey.)*

Dame esas manos,
Si las merezco besar,
Por la aficion con que vengo.

REY.

¿Quién eres?

RUGERO.

De aquesta carta
Lo sabrás.

REY. *(A Nuño.)*

Allí te aparta.

RUGERO. *(Ap. á Nuño.)*

A extraña ventura tengo,
Haberos, don Nuño, visto;
Que en Francia es vuestra opinion
Notable.

NUÑO.

Mercedes son
De amigos que allá conquisto,
Que me honran en ausencia.

REY. *(Para sí.)*

Del Rey es la carta.

RUGERO.

Aparte
Quiero, Nuño Alfonso, hablarte.

REY. *(Para sí.)*

¡Buen talle! ¡gentil presencia!
(Lee mirándole.) «Rugero de Valoes, »mi pariente, aficionado de sus heróicos hechos de Vuestra Majestad, me »ha pedido licencia para servirle, y yo »por lo mismo se la he dado: á quien »suplico estime su voluntad por sus

»méritos y por mi intercesion; que pa-»ra la guerra es un gran soldado, y para »la paz un discreto consejero, etc.—*El »Rey.*»

REY.
Rugero...

RUGERO.
Señor...

REY.
Si fuera
En mi voluntad dudosa
La del Rey, hoy la tuviera
Por segura.

RUGERO.
Es justa cosa
Que honres quien servirte espera.

REY.
Alzate del suelo... y [1]
Puedes, Rugero, estar cierto
Que haré por honrarte aquí,
Ya que así me has descubierto
Los deseos que hay en tí,
Cuanto los mios podrán.
El Alcaide de Toledo,
De quien ya dicho te habrán
Que es del Africano miedo,
Es general capitan
De mis cristianas banderas;
Si quieres irte con él,
Podrás honrar sus fronteras;
Que piensa el Moro cruel
Bañar las verdes riberas
Del Tajo en sangre, atrevido.
Mas si por venir cansado
Quieres la paz, siempre ha sido
El más heróico soldado
Al plático preferido.
Conmigo podrás quedarte
En un Consejo de guerra,
Hasta que por otra parte
Vaya á hacer temblar su tierra
El leon de mi estandarte.

RUGERO.
Para servirte, Señor,
No me ha cansado el camino;
Que no se cansa el amor.
Ir con Nuño determino,
Y á sombra de su valor,
Cuando sea la jornada;
Que á la fama de su espada
Tal aficion he cobrado,
Que estimo más que á su lado
Vaya mi persona honrada,
Que si Rey de Francia fuera,
De donde á servirte vengo.

NUÑO.
Si me honrais desa manera,
Dejaré el cargo que tengo,
Tomaré vuestra bandera,
Y daros he mi baston.

RUGERO.
Nuño, yo os tengo aficion.
Los cumplimientos dejemos;
Que allá en Francia bien sabemos
Vuestra virtud y opinion.
Yo iré por soldado vuestro.

NUÑO.
Descansad hoy.

RUGERO.
Mal pagais,
Alcaide, el amor que os muestro.

NUÑO.
Si acompañarme gustais,
Confirmese el amor nuestro;
Que solo con el valor
Dese brazo heróico espero
Que he de volver vencedor.

[1] La edicion que seguimos dice: *Álzate del suelo, y dime.*

REY.
¿Pártese tambien Rugero?

NUÑO.
Hoy me acompaña, Señor.

REY.
Estimo su pensamiento.
Vamos, Nuño Alfonso, á ver
La gente.
(*Vanse el Rey y Nuño.*)

ESCENA III.

RUGERO, TURIN.

RUGERO.
¿Qué sientes?

TURIN.
Siento
Que darás á conocer
Presto al español tu intento.
Nuño me agrada.

RUGERO.
¿Sabias
Su valor?

TURIN.
Tratar oí
En Francia dél muchos dias.

ESCENA IV.

DOÑA HIPÓLITA, DOÑA BLANCA, DOÑA MARCELA, DOÑA CLARA.—RUGERO, TURIN.

DOÑA BLANCA.
Luego ¿ya se parte?

DOÑA HIPÓLITA.
Sí.

DOÑA BLANCA.
¡Qué propias venturas mias!

DOÑA HIPÓLITA.
Dirá Blanca que le pesa
De que se parta Fernando.

DOÑA MARCELA.
No es poco si lo confiesa.

RUGERO. (*Ap. á Turin.*)
Las damas son, que tratando
Vienen, Turin, de la empresa.

TURIN.
¡Bellas hembras!

RUGERO.
Son tan bellas,
Que merecen ser estrellas.
Envidia el sol las tres solas.

TURIN.
Lo que tienen de españolas
Luce por extremo en ellas.
No hay brio como el de España.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Vase Fortunio?

DOÑA BLANCA.
Tambien
A Nuño Alfonso acompaña.

RUGERO.
Todas estas quieren bien
A los dueños de esta hazaña,
Porque muestran sentimiento
De su partida.

DOÑA BLANCA.
Allí está
Un soldado.

RUGERO.
Atrevimiento
Hablarlas, Turin, será. (*Ap. á él.*)

TURIN.
Antes justo pensamiento.

RUGERO.
No me atrevo.

DOÑA HIPÓLITA.
Hablar quisiera
Con este hidalgo.

DOÑA BLANCA.
Ese paje
Puedes llamar.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)
Habla.

RUGERO.
Espera.

TURIN.
Habla, ¡pese á mi linaje!

RUGERO.
¿No ves que es del sol la esfera?
¿No ves que puedo caer,
De sus rayos abrasado?

DOÑA HIPÓLITA. (*A Turin.*)
¡Ah escudero!

RUGERO. (*Ap. á Turin.*)
¡Oh gran placer!
¡Vive Dios que te ha llamado!
Llega.

TURIN.
¿A mí! No puede ser.
¿Qué tenemos, saber quiero,
Por escudero?

RUGERO.
Escudero
Es en Castilla un hidalgo.

TURIN.
Límpiome y compongo y salgo.

RUGERO.
Llega, habla: aquí te espero.

TURIN.
El cielo, hermosas señoras,
Os guarde: ¿qué me mandais?

DOÑA MARCELA.
¿Es extranjero?

DOÑA BLANCA.
¿Eso ignoras?

TURIN.
Soles, que al cielo le dais
En un dia tres auroras,
A que me mandeis espero.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Quién es este caballero?

TURIN.
Es deudo del Rey frances.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Su nombre?

TURIN.
Rugero es.

DOÑA BLANCA.
Y ¿vos quién sois, escudero?

TURIN.
Un hombre, á quien engañó
El diablo á entrar en palacio,
Que acaso le acompañó.

DOÑA CLARA.
¿Viene á la Corte despacio?

TURIN.
Hoy por la posta llegó,
Y hoy tambien se ha de volver.

DOÑA CLARA.
¿A qué ha venido?

TURIN.
A servir.

DOÑA BLANCA.
Soldado debe de ser.

TURIN.
Si no hay más que me decir,
Voyme; que tengo que hacer.

DOÑA BLANCA.
Esperad. ¿De qué os cansais?

TURIN.
De verme hablando en razon;
Porque si bien lo mirais,
No tengo yo condicion
Para el lugar donde estais.
Aflijome de hablar grave.

DOÑA MARCELA.
El hombre es de humor: bien sabe.

DOÑA HIPÓLITA.
¡Buen talle tiene el frances!
¿Deudo del Rey, decís que es?

TURIN.
Y de su Consejo y llave.

ESCENA V.

DON FERNANDO, DON FORTUNIO, DON RAMIRO y DON TELLO, *de soldados*.—DOÑA HIPÓLITA, DOÑA BLANCA, DOÑA MARCELA, DOÑA CLARA, RUGERO, TURIN.

DON FERNANDO.
Hoy, por ser nuestra partida,
De hablaros nos da licencia.

DON FORTUNIO.
El principio de la ausencia
Es como el fin de la vida.

DON RAMIRO.
Hoy es dia de favor:
Bien le merecen soldados.

DON TELLO.
Y más si van alistados
Para la guerra de amor.

DOÑA BLANCA.
¡Qué lisonjeros venís!

DOÑA CLARA.
¡Qué vanagloria mostrais!

DOÑA HIPÓLITA.
¡Qué poca pena llevais!

DOÑA MARCELA.
¡Qué descuidados partís!

DON FORTUNIO.
Yo de sentir ya no siento.

DON FERNANDO.
Yo sé que parto sin mí.

DON RAMIRO.
Yo sé que me quedo aquí.

DON TELLO.
Y yo que mi muerte intento.

DON FERNANDO.
Hacednos algun favor.

DON FORTUNIO.
Honrad quien os va á servir.

DOÑA BLANCA.
Lo que amor suele decir,
Suele cumplir el honor.
Doy este anillo á Fernando.

DOÑA CLARA.
Yo á Fortunio este liston.

RUGERO. (*Ap. á Turin.*)
¿Qué es aquello?

TURIN.
Prendas son
Con que los están honrando.

DOÑA MARCELA.
Doy á Ramiro esta flor.

DOÑA HIPÓLITA.
(*Ap.* Pena me da el estranjero.
Quiero hablalle.) ¡Ah, caballero!

RUGERO.
¿Dicen á mí?

TURIN.
Sí, Señor.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Vais á la guerra?

RUGERO.
Querria,
Si vos licencia me dais.

DOÑA HIPÓLITA.
Pues, para que allá tengais
Alguna memoria mia,
Esta banda os quiero dar.

RUGERO.
Bésoos las manos, Señora,
Pues que quisisteis agora
Mi pecho y mi cuello honrar;
Y os juro en satisfacion
Lo que ganare traeros
Como á templo, y ofreceros
Mi fe con el corazon.

DON TELLO. (*Ap.*)
¿Qué es esto! Pues ¿no merezco
Prenda de Hipólita yo?
¡A un extranjero la dió!

RUGERO.
Lo más que puedo os ofrezco.

DOÑA HIPÓLITA.
Ya estais en obligacion
De estimar mi voluntad.

RUGERO.
No responde mi humildad
Hasta mejor ocasion.

DOÑA BLANCA.
Vamos; que es mucha licencia.

DON FORTUNIO.
De acompañaros la pido.

(*Vanse las damas, y quedan, de los caballeros, don Tello y Rugero, y Turin.*)

ESCENA VI.

RUGERO, DON TELLO, TURIN.

DON TELLO. (*Ap.*)
¿Parécete, amor, que ha sido
Poco peligro una ausencia!
Mas por no darme desvelos,
Los celos anticipaste.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)
¿Prenda en efeto alcanzaste!

RUGERO.
Sí; mas de color de celos;
Que el hidalgo que está allí,
Deste azul celoso está,
Porque me ha mirado ya
Como envidioso de mí.

TURIN.
Descolorido se ha puesto.
Hablarte quiere.

RUGERO.
Ganemos
Por la mano, y la tendremos,
Si aquí se aventura el resto.
(*Llégase á don Tello.*)
La licencia de extranjero
A preguntaros me obliga,
Caballero...

DON TELLO. (*Ap.*)
¡Ay enemiga!
Mal me pagas! ¡bien te quiero!

RUGERO.
¿Cómo se llama la dama
Que aquesta banda me dió?

DON TELLO.
La que á ese cielo os llevó,
Doña Hipólita se llama.

RUGERO.
¿Qué calidad?

DON TELLO.
La que basta
Para ser de un Rey mujer.

RUGERO.
Esto queria saber.

DON TELLO. (*Ap.*)
¡Lindo humor el frances gasta!

RUGERO.
Turin...

TURIN.
Señor...

RUGERO.
Ven conmigo;
Que hay mucho que hacer.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)
No queda
Con gusto.
(*Vanse Rugero y Turin.*)

ESCENA VII.

DON TELLO.

Cuando no pueda
Tan verdadero testigo
De tu deslealtad vencerme,
Yo le quitaré la prenda
Donde todo el mundo entienda
Que nadie puede ofenderme.
¡Oh frances! ¡plegue á los cielos
Que te mate el primer moro,
Pues la esperanza que adoro
Por tí se convierte en celos! (*Vase.*)

—

Sala en casa de don Tello.

ESCENA VIII.

DOÑA SANCHA, ZELIMA.

DOÑA SANCHA.
Con celos del Rey, Celima,
Me ha sacado de palacio
Mi hermano, sin darme espacio:
Tanto nuestro honor estima.
No quiere de ningun modo
Confiar la resistencia
De su furia á mi prudencia.

ZELIMA.
Acierta, Señora, en todo;
Porque pudiendo igualar
Al mismo Alfonso, es razon
No desdorar la opinion
En la malicia vulgar.
Y ¿cómo lo lleva el Rey?

DOÑA SANCHA.
Muestra en la pena el valor.

ZELIMA.
Tirano rey es amor,
Que á reyes no guarda ley.

DOÑA SANCHA.
Tú ¿qué hicieras, si te amara
En tu tierra un gran Señor?

ZELIMA.
Rogara, Sancha, al honor
Que del poder me librara.

DOÑA SANCHA.

¿Y si en alguna partida
Vieras unos ojos graves
Con dos lagrimas suaves?

ZELIMA.

Temiera perder la vida:
Y era discrecion temer;
Porque lágrimas es mar
Donde se suele anegar
La piedad de la mujer.

DOÑA SANCHA.

Luego, si yo la tuviese,
¿Tendria alguna disculpa?

ZELIMA.

Quien al amor puso culpa,
Si la eleccion justa fuese,
Ni amó ni tuvo sentido,
Ni razon ni entendimiento.

DOÑA SANCHA.

Pues sea mi sentimiento
En tu disculpa admitido.
Yo quiero al Rey. No dirás
Que hay otro mejor que el Rey.
Si la eleccion justa es ley
De amor, no hay que elegir más.
Demas que yo no buscara
A Alfonso para querer
Lo que no pudiera ser
Para que no me casara.
Amé, porque fué accidente
Que de mirarle nació;
Que quien amado no amó,
No puede decir que siente.
Amar al Rey es del mundo
Precepto en primer lugar;
Servirle tras el amar,
Es mandamiento segundo.
Pues darle lo que ha de ser
Para su gusto y su intento,
Es tercero mandamiento;
Y el cuarto es no le ofender.
Más, no pasando adelante,
Mas obligan los precetos
A los nobles y discretos,
Que al ciego vulgo ignorante.
Amo, sirvo y quiero el gusto
De Alfonso, huyendo ofendelle;
Porque servilles y querelle
Es un precepto muy justo.

ZELIMA.

Y ¿qué espera tu memoria
De guardar por justa ley
Los mandamientos del Rey?

DOÑA SANCHA.

Espero gozar su gloria.

ZELIMA.

¿Ya estás en eso?

DOÑA SANCHA.

¿Qué quieres,
Si soy mártir de su amor?

ZELIMA.

¿Y tu honor, si es el honor
El freno de las mujeres?

DOÑA SANCHA.

Mi honor demonio sería,
Que como al Rey no sirviese,
Ni sus preceptos cumpliese,
Su cielo me quitaría.
Mas yo le sabré vencer.

ZELIMA.

No te quiero aconsejar;
Que dicen que es abreviar
La infamia de una mujer.
Sólo te suplico y ruego
Mires que es tu hermano un hombre
Que pondrá en honor del nombre
A su misma sangre fuego.

DOÑA SANCHA.

¿Es mi marido mi hermano?
¿Por qué le toca mi honor?

ZELIMA.

Poner en razon á amor,
Es coger el aire en vano.—
Pisadas siento.

DOÑA SANCHA.

¡Ay Zelima!
Un hombre se ha entrado acá.

ESCENA IX.

EL REY.—DOÑA SANCHA, ZELIMA.

REY. (*Para sí.*)

¿Qué es lo que amor no podrá,
Si á tal locura me anima?

DOÑA SANCHA.

¡Señor!...

REY.

¡Mi bien!

DOÑA SANCHA.

¡Cómo ansí?

REY.

Hasta la calle he llegado
En un coche, y embozado:
Ciego de mi amor salí;
Que quien en tanta aficion
En tales cosas no cae,
Vendados los ojos trae,
Y embozada la razon.
¿Dónde está tu hermano?

DOÑA SANCHA.

Ayer
Trataba de ir á la guerra;
Mas la que en el alma encierra,
Más guerra debe de ser.
Tratar quiere con mi tio
Que me vuelva á la montaña.

REY.

Si al poder, Sancha, acompaña
Tan ciego amor como el mio,
¿Quién le tendrá de esconderte?

ZELIMA.

Tu hermano viene.

DOÑA SANCHA.

¡Ay de mí!

REY.

¿Qué haré?

DOÑA SANCHA.

Esconderte.

REY.

¿Yo!

DOÑA SANCHA.

Sí.

REY.

¿No es mejor matarle?

DOÑA SANCHA.

Advierte
Que destruyes cuanto soy,
Y que esconderte es muy justo.

REY.

¡Yo esconderme?

DOÑA SANCHA.

Hazme este gusto.

REY.

Ya ¿no sabrá que aquí estoy?
Nunca los Reyes se esconden.

DOÑA SANCHA.

El sol lo es más, y le ciega
Cualquiera nube que llega.

ZELIMA.

Ya llama, y no le responden.

REY.

El sol ó el Rey, imagina
Que no es posible.

DOÑA SANCHA.

Mas son
Imágenes, que es razon
Que tal vez tengan cortina.

ESCENA X.

DON TELLO.—EL REY, DOÑA SANCHA, ZELIMA.

DON TELLO. (*Dentro.*)

¿No hay un escudèro aquí?
¿No hay un paje que responda?

DOÑA SANCHA.

Vuestra Majestad se esconda.

REY.

Escondido estoy así.
(*Quédase inmóvil.—Sale don Tello.*)

DON TELLO.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¿qué veo!
¿No es el Rey? ¿Qué dudo, ya
Que tan declarada está
Mi deshonra y su deseo?
¿Qué haré? ¿Hablaréle?—Mas él
Ni me mira ni se mueve,
Porque no quiere que pruebe
A quejarme dél con él.
¿Hay más notable pintura
De la majestad de un rey?
Divina y humana ley
De mi espada le asegura.
Y puesto que me ha ofendido,
Yo confieso que me ha honrado,
Pues de quien soy se ha fiado
En no haberse defendido;
Que es, quitándome el honor,
No quererse defender,
Confianza de su ser
Y abono de mi valor.
¡Qué bien me ha dado á entender
Que es quien es, solo en callar!
¿Tendré licencia de hablar,
Pues no la tengo de hacer?
Mejor, pues es justa ley,
Sera hablar; mas con recato.)
¿Quién trajo á casa el retrato,
Hermana, del señor Rey?
¿Véndese aquesta figura?
Cierto que es muy parecida,
Y que no he visto en mi vida
Tan extremada pintura.
Pero yo, Sancha, quisiera
Que el pintor que la ha pintado,
Como está en la guerra armado,
En el lienzo le pusiera;
Que son lustrosas y bellas
Las armas reales y adorno,
Y otra vez á decir torno
Que parece mal sin ellas.
Los que le vieren galan
En casa de una mujer
Por casar, que él lo ha de ser,
O que lo ha sido dirán.
Con el baston y la espada,
Como está ahora en la guerra,
Que entra el Moro por su tierra,
Será pintura extremada;
No en nuestra casa, no así...
(*Vuelve el Rey las espaldas y vase.*)

ESCENA XI.

DON TELLO, DOÑA SANCHA, ZELIMA.

DON TELLO.

Fuése, la espalda volvió,

Porque al honor le llegó
Ver este respeto en mí.
Así del leon se cuenta
Que huye si no le ven,
Y aunque mil muertes le dén,
Miéntras le ven no se ausenta.
¿Qué es esto, Sancha? ¿A qué efeto
Te visita el Rey a tí?
¿Trojete por dicha aquí
Para perderme el respeto?
Pues ¡vive Dios!.....

DOÑA SANCHA.

Ten la daga;
Que no soy culpada yo.
Ya se fué quien te ofendió,
De quien te debe te paga.
Si haces, al que es ofensor,
Pintura, por no atreverte
Al poder del que ves fuerte,
Siendo el rayo de tu honor;
A mí que soy la pintura,
Porque soy flaca mujer,
¿Hacesme viva, por ver
Que está la espalda segura!
Pues, Tello, tambien soy yo
Sangre del Rey de Navarra;
La misma cadena y barra
De padre y madre me honró.
No culpes mi honesto celo:
Y si tu honor turbio corre,
De remediarle, socorre
La fuente, no el arroyuelo.
No me dés la culpa á mí,
Porque si el Rey aquí entró,
No soy quien le busco yo;
Que él viene á buscarme á mí.
(*Vanse doña Sancha y Zelima*)

ESCENA XII.

DON TELLO.

Esto me obliga á sufrir
Aquel inmenso poder!
Pues algo tengo de hacer;
No ha de ser todo decir.
Cerraría quiero en la torre
Desta casa, pues es fuerte,
Miéntras la mia ó su muerte
Intento... Mal me socorre.
¡Bien me va de amor y honor!
Por Hipólita dejé
De ir á la guerra, que fué
Celos de su poco amor.
No quise, pues al frances
Dió el favor que me debia,
Poner á peligro un dia
La vida sin interes.
Y en materia de mi honor
Veo mi deshonra llana
Con doña Sancha mi hermana,
Y á Alfonso loco de amor.
Pues yo pienso hacer de suerte,
Como cosa aborrecida,
Que pierda una infame vida,
Y gane una honrosa muerte. (*Vase.*)

—

Sala del Alcázar de Toledo.

ESCENA XIII.

EL REY, DOÑA HIPÓLITA.

REY.

No supe qué responder;
Que al hombre de más valor
Siempre obliga á enmudecer,
Hacer ofensa al honor
Del hombre por la mujer.
Rey, Hipólita, me vi;
Y con ver que no ofendí
Su esposo, sino su hermano,
No fué, en viéndole, en mi mano
Dejar de temerme á mí.

DOÑA HIPÓLITA.

No te dé pena la suya;
Considera tu valor,
Para que por él se arguya
El caso del deshonor
Que causa la ofensa tuya.
La que ella tiene, es razon
Que sientas.

REY.

Al corazon
Me llega su sentimiento,
Y tengo en el pensamiento
De Tello la condicion.
Sospecho que ha de llegar
A más cólera con ella.

DOÑA HIPÓLITA.

El te sabrá respetar.

REY.

Mucho el honor atropella,
Y me tiene con pesar.
Ve y escribele un papel,
Y dile, Hipólita, en él
Que me cuente lo que pasa,
Porque el alma se me abrasa
Hasta ser respuesta dél.

DOÑA HIPÓLITA.

A hacer lo que mandas voy.

REY.

Camina.

DOÑA HIPÓLITA.

Tu esclava soy. (*Vase.*)

REY.

¡Por Dios, que diera á Toledo,
Por no estar con este miedo,
Que de su peligro estoy!

ESCENA XIV.

DON FERNANDO.—EL REY.

DON FERNANDO.

Bien puede Tu Majestad,
Invicto Rey don Alfonso,
Alto Emperador de España,
Fénix de dos santos godos,
Prevenir grandes mercedes
A los pechos valerosos
De los fuertes castellanos,
Que han vencido á tantos moros.
Al Rey de Córdoba ha muerto,
Lanza á lanza, Nuño Alfonso,
Y al de Sevilla, Rugero,
Aquel frances valeroso,
Que hoy ha mostrado en el campo
Ser rama del noble tronco
De los doce paladines
Que traen la fama en sus hombros.
Es el hombre mas valiente
Que ha visto el dorado Apolo
En cuantos círculos hace
Por el estrellado globo.
Si te dijere la envidia
Contra sus hechos famosos
Alguna cosa, no creas
Las entrañas de este mónstruo;
Que él solo ha muerto más vidas
Que el labrador presuroso
Derriba espigas al suelo
En el abrasado Agosto.
Yo estuve, Alfonso, á su lado,
Yo le ví con estos ojos
Entre las blancas adargas,
Y entre los alfanjes corvos,
Echar á rodar turbantes,
Como en el Setiembre airoso
Suele derribar el cierzo
Las secas hojas del olmo.
Quitóles tantas banderas,
Armas, trofeos, despojos,
Que puede entoldar con ellos
El templo más suntüoso.
De los demás no te digo,
Señor, los hechos heróicos,
Porque con los de Rugero
Todos me parecen pocos.
Nuño viene: que estas cajas
Y sus pífanos sonoros
Vienen pidiéndote albricias.

REY.

Aquí, Fernando me pongo,
A esperar al General
Y ejército vitorioso,
A quien ofrecer quisiera
Montañas de plata y oro.

ESCENA XV.

DON TELLO, *que se queda retirado.*
—EL REY, DON FERNANDO.

DON TELLO. (*Ap.*)

Aunque á la guerra no fuí,
Por los celos de Rugero,
Entrar con el campo quiero,
Y del Rey vengarme así;
Que pues él me dió á entender
Que no hablaba ni sentia,
Lo que no le he visto querria
Tambien hacelle entender.
A Sancha dejo encerrada
En la torre, de manera,
Que puesto que Alfonso quiera,
No pueda ser conquistada.
La gente viene: con ella
Al Rey besaré los piés,
A despecho del frances,
Que mi valor atropella;
Que cuando llegue ocasion,
Yo le quitaré la prenda,
Para que Hipólita entienda
Que vuelvo por mi opinion.

ESCENA XVI.

Tocan, y salen SOLDADOS *en órden;* NUÑO ALFONSO *con baston*, RUGERO, DON FORTUNIO, DON RAMIRO, Y TURIN: DON TELLO *se une á ellos.* —EL REY, DON FERNANDO.

NUÑO.

Dame, heróico señor, esos piés inclitos.

REY.

¡Oh generoso Nuño! ¡Oh noble alcaide!
¡Oh vitorioso capitan insigne,
Tan digno de añadir tu nombre claro
A los famosos nueve que honra el mundo!
¿Qué os puedo dar por tan heróicos hechos?

NUÑO.

Ninguno, gran señor como serviros,
Que es la palma mayor de mis deseos.

REY.

Añadid, Nuño Alfonso, á vuestras armas
La cabeza del moro Rey de Córdoba,
Y el título de Conde á vuestra casa,
Con la villa de Mora y sus aldeas.

NUÑO.

Sois en efeto Emperador de España.

DON FERNANDO.

Aunque os besé los piés, Rey soberano,
No os pedí las albricias, tan debidas
Al justo celo del servicio mio.

REY.

¡Oh Fernando de Zúñiga famoso!
Mi mayordomo os hago, y juntamente
Quiero que os dén de renta por dos vi-
[das
Diez mil maravedís todos los años.

DON FORTUNIO.

Aunque, como merece la grandeza
De vuestro nombre, mi humildad no
[puede
Serviros, gran Señor, los piés os pido,
Y os suplico aceteis mi buen deseo.

REY.

¡Oh Fortunio de Rojas! desde ahora
Mi Justicia mayor os constituyo,
Y Canciller mayor de España os hago.

DON FORTUNIO.

Quien á los buenos sirve, presto medra.

DON TELLO.

Dadme á besar esas heróicas manos,
Alfonso generoso, y á las mias
Agradeced el ánimo, que sólo
Merece el premio que á las obras falta,
Puesto que humilde á majestad tan al-
[ta.

REY.

Tello, á ninguno de todos,
Cuantos vienen de la empresa,
Aunque éntre el que más profesa
Ser reliquia de los godos,
Conoceré obligacion,
Como la que os he tenido.
¿Cómo en la guerra os ha ido?

DON TELLO.

(*Ap.* ¡Terrible imaginacion!)
Señor, no me fué muy bien,
Pues que vuelvo á vuestros ojos
Sin la honra... de los despojos
Que en los presentes se ven.
Pero he sido acometido
De un hombre tan poderoso,
Que ha sido justo y forzoso
Volver como veis vestido.
Pero de cualquiera suerte
He de hacer mi obligacion.

REY.

Tello, haced buen corazon
Cuando la ocasion es fuerte.

DON TELLO.

Fuerte es, Señor, la pintura,
Que jamás me pudo hablar.

REY.

Si os enseñaba á callar,
Que lo aprendais es cordura.
De mi cámara sois ya;
Mi llave, don Tello, os doy,
Porque entreis adonde estoy.

DON TELLO.

Bésoos los piés.

REY.

Bueno está.
Y pues mi llave tomais,
Entraréis donde yo esté;
Que es bien que licencia os dé,
Aunque vos no me la dais.

DON TELLO.

Si el Rey á todos prefiere,
¿Al Rey quién se la ha de dar,
Pues se la puede tomar
De entrar adonde quisiere?

REY.

Los que á los Reyes provocan,
Mejor es que los igualen
Al sol, pues entran y salen
Sin manchar en lo que tocan.
Id con Dios.

TURIN. (*Á Rugero.*)

¿Qué tardas? Llega,
Para que premio te dé.

RUGERO.

Ya no tiene qué, porque
Todo cuanto tiene entrega.
De sus manos liberales
Mil cosas, Turin, oí:
Pero ya las veo aquí
A sus grandezas iguales.

TURIN.

Si á los que ves galardona,
Que apénas han muerto un moro,
Para tí no habrá tesoro
En su española corona.
Llega; que el quererte bien
Me martiriza el deseo.

RUGERO.

Rugero soy.

REY.

Ya lo veo,
Y en tu persona tambien.
A Héctor, al Rey de Tébas,
A Aquiles, á Scipion,
Y al famoso Paladion,
Vencer tus hazañas pruebas.
¡Oh valeroso Rugero!
¡Cómo has mostrado el valor
De Francia!

RUGERO.

Invicto Señor,
Más mi humildad considero,
Cuanto más me encareceis.

REY.

Honor de Francia y de España
Te ha de llamar esta hazaña.

RUGERO.

Vuestra hechura engrandeceis.

REY.

Todos querréis descansar:
Id norabuena, soldados.
(*Vanse todos, ménos Rugero y Turin.*)

ESCENA XVII.

RUGERO, TURIN.

RUGERO.

No quedamos mal pagados.

TURIN.

Ya comienzas á medrar.

RUGERO.

¡Válgame Dios! ¿Qué sería
No darme en esta ocasion
Alfonso aquel galardon,
Con que á los demas envía?

TURIN.

Debe de ser porque quiere
De otra manera premiarte
Que á los otros: tiempo y parte
Podrá ser que el Rey espere;
Que habiéndoles preferido,
Parece justa razon
Que lo sea en galardon
El que mejor le ha servido.

RUGERO.

Cordura de Alfonso fué:
No hay sino esperar callando;
Porque servir murmurando
Solo en gente vil se ve.
Yo sé que me ha de premiar:
No demos causa á decir
Que no comienzo á servir,
Y comienzo á murmurar.
Ya sabes que he prometido
A la que mi cuello honró
De aquel cielo azul que dió
Luz y gloria a mi sentido,
Lo que en la guerra ganase:
Pues parte, y los treinta moros
Viste de azul.

TURIN.

¿Qué tesoros
Me has dado que á España pase,
Que vistes á treinta galgos?
¿No se están vestidos?

RUGERO.

No:
Azul la banda me dió;
Sepan aquestos hidalgos
Que es de Hipólita color.

TURIN.

Parecerá cofradía.
De otra color ¿no sería
Más agradable y mejor?

RUGERO.

¿Qué color, como los cielos?
Aunque aquí de celos fué.

TURIN.

¡Moros y azules! ¿por qué?

RUGERO.

Porque son moros los celos.

TURIN.

Mala propiedad tendrán:
Celos lo averiguan todo;
Y el moro de ningun modo
Disputa de su Alcoran.

RUGERO.

Celos es falta de fe,
Y así moros los hacía.

ESCENA XVIII.

DON RAMIRO.—RUGERO, TURIN.

DON RAMIRO.

El Rey, Rugero, me envía...

RUGERO. (*A Turin.*)

¿Ves cómo no me engañé?

DON RAMIRO.

A decirte que le esperes;
Que á solas te quiere hablar.

RUGERO.

Aquí espero, aquí hay lugar.
(*Vase don Ramiro.*)
¿Qué dices?

TURIN.

Discreto eres.

RUGERO.

¿Ves cómo á solas quería
Premiarme el Rey?

TURIN.

Es prudente.

RUGERO.

Echó de ver que á su gente
Causar envidia podría,
Y toma discreto acuerdo.
Parte, y darás un recado
A Hipólita, con cuidado
De que le parezcas cuerdo,
Miéntras hablo á Alfonso aquí.

TURIN.

Voy.

RUGERO.

Camina; que el Rey viene.—
Di que treinta esclavos tiene;
Pero comienza por mí.
(*Vase Turin.*)

ESCENA XIX.

EL REY.—RUGERO.

REY.

Rugero, á los discretos caballeros
Y valerosos como tú, es muy justo

Elegir para puestos y lugares
Tan altos, como ahora te apercibo.

RUGERO. [ras

Mil veces, gran Señor, por tantas hon-
Y tan grandes mercedes, tus piés beso.
En cualquiera lugar que tú me pon-
[gas,
Te servirá mi voluntad de suerte,
Que no llames á engaño tu deseo.
Supuesto que los méritos me faltan:
Mas como en hacer hombres de la tier-
[ra
Parezcan más á Dios que en otra cosa
Los Reyes, tú podrás de nada hacerme,
Y yo confesaré que soy tu hechura.

REY.

Yo, Rugero, te fio mi alma propia,
Toda mi calidad, mis pensamientos.
No tengo que decir ni exagerarte
Si te digo que quiero y que me quiere
Una mujer que en sangre me ha igua-
[lado,
Y que en dones del cielo me ha excedi-
[do.
Tiene un honrado hermano, y tan hon-
[rado,
Que lleva mal que el sol se la visite.
Quise verla en su casa, y hoy me ha vis-
Entrar en ella: fuíme sin hablarle, [to
Escribila, y responde estos renglones...
Este papel responde, en que me dice
Que la tiene encerrada en una torre.
Si desto me ha pesado, ten por cierto
Que le dijera bien su desatino,
Si no fueran los Reyes un espejo
En que toman ejemplo sus vasallos.
No dudes que la torre conquistara
Mejor que las fronteras de los moros;
Pero, pues es razon que considere
Que me miran los cielos y los hombres,
Solo pretendo hablarla de secreto.
Preven tus armas para aquesta noche,
Que es cuando quiero que conmigo va-
Y algun criado tuyo, como sea [yas,
Extranjero tambien. ¿Hasme entendi-

RUGERO. [do?

Agradezco, Señor, tantos favores. [do
Tantas mercedes y honras. Bien entien-
El lugar que me das, y juntamente
El estado que tienen tus deseos.
Yo vendré, como dices, prevenido,
Esta, y la noche que salir gustares.
Tú serás general, y yo el ejército.
Aventura esta vida, como sueles,
A la vitoria dulce desa dama.

REY.

Pues alto, quede así; guarda el secre-
Y guárdente los cielos. [to,

RUGERO.

Y tu vida
Aumenten y prosperen largos años.
(Vase el Rey.)

ESCENA XX.

TURIN. — RUGERO.

TURIN.

Aquí esperaba que se fuese Alfonso.
Llegué á buen tiempo; hablé con doña
[Hipólita,
Y dice que te espera en esas rejas;
Que quiere darte el parabien.

RUGERO.

¡Qué dices!

TURIN.

Que está loca de ver que vienes bueno,
Y con tanta opinion desta jornada.
Muestra adorarte en todo cuanto dice,
Y me dió esta cadena por albricias.

RUGERO.

Conócese el amor, Turin, en dádivas.

TURIN.

Eso quisiera yo que me dijeras.
¿Qué te ha dado, Rugero, el Rey?

RUGERO.

Estuvo
Prometiendo, diciendo, honrando. . y
[todo,
Pára en decir que aquesta noche quiere
Que á unos amores suyos le acompañe.

TURIN.

¡Qué! ¿no te ha dado nada?

RUGERO.

Lo que digo.

TURIN.

Pues que pretende, gran lugar espera.

RUGERO.

No es posible otra cosa, porque creo
Que á ninguno en su corte estima tan-

TURIN. [to.

Más quisiera que fuera ahora dándote
Un poco, y otro poco, y, por lo ménos,
Que hiciera fundamento al edificio;
Que quien comienza á dar, á dar se en-
[seña:
Y un discreto que á un Rey servia en
[Francia,
Decia que tomar del Rey se debe,
O mucho, ó poco, ó siempre estar que-

RUGERO. [joso.

Servir por interes es cosa infame.
Vamos á hablar á Hipólita, y advierte
Que has de ir conmigo y con el Rey.

TURIN.

Bien creo
Que te sabrá pagar el castellano.

RUGERO.

Obligar con servir es buena estrella.

TURIN.

Guárdete el cielo de servir sin ella.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, DON FERNANDO.

DON TELLO.

Como á mi deudo y pariente,
Os doy cuenta de este caso.

DON FERNANDO.

¿Qué sentis?

DON TELLO.

Que hablemos paso,
Como ha de callar quien siente.
No da licencia el dolor
A que se cure el enfermo;
Que yo, Fernando, no duermo,
De los que me da mi honor.
Por honor, sufren las leyes
Matar la propia mujer.

DON FERNANDO.

No hay honor para vencer
Lo que se debe á los Reyes.

DON TELLO.

Pasa de lo que es razon.

DON FERNANDO.

¿No decis que la pusistes
En la torre?

DON TELLO.

Sí.

DON FERNANDO.

Ya hicistes
Vuestra justa obligacion.
Si llega el poder, y sube
Donde el tesoro poneis,
Disculpa, Tello, teneis..
O encerradla en una nube.
¿No os habeis quejado?

DON TELLO.

Sí.

DON FERNANDO.

Pues ¿qué dice?

DON TELLO.

Que la casa
Con Rugero, y esto pasa
Delante dél y de mí.

DON FERNANDO.

Por ventura puede ser.

DON TELLO.

Pues ¿cómo! ¿Vos me engañais!
O acaso ¿me consolais
De lo que vengo á perder?
¿No veis que sé yo que adora
En Hipólita Rugero?

DON FERNANDO.

Daros un remedio quiero.

DON TELLO.

Pues ¿habrá remedio ahora?

DON FERNANDO.

Yo le quiero al Rey pedir
Por mujer á vuestra hermana:
Si la niega, es cosa llana
Que la debe de servir.
Si responde que la tiene
A Rugero prometida,
Por los filos de la herida
La justa venganza os viene;
Porque diciendo que está
Con vuestra hermana casado,
A Hipólita os ha dejado,
Por quien tanta pena os da;
Que luego la pediréis
Al Rey, pues no es de Rugero:
Con que de los tres espero
Que con un tiro os vengueis.
Del Rey, porque ha de quitar
A su privado su dama;
De Rugero, pues lo que ama,
Por fuerza lo ha de dejar;
Y de Hipólita mejor,
Que se case ó no se case
Rugero, porque se abrase
De celos como de amor.
Si no se casa, con celos,
Porque la sospecha es llana
De que adora en vuestra hermana;
Y si se la dan los cielos,
Con venir á ser mujer
De quien tiene aborrecido,
Que sois vos.

DON TELLO.

Tengo entendido,
Ó vos me dais á entender,
Que no estais bien con Rugero.

DON FERNANDO.

Porque os quiere mal á vos,
Estoy mal con él.

DON TELLO.

Por Dios,
Que de envidia y celos muero.
Fuera de que está en razon
Aborrecer quien ha sido
Por quien me ha puesto en olvido
La que me tuvo aficion,
Sin la ofensa que me ha hecho

En ser la capa que cubre
El amor del Rey.

DON FERNANDO.

Descubre
La falsedad de su pecho.

ESCENA II.

TURIN. — DON FERNANDO, DON TELLO.

DON FERNANDO. (*Ap. á don Tello*.)
¿No es este aquel francesillo
Que le sirve?

DON TELLO.

El mismo es.

TURIN. (*Para sí.*)
Aquí estará.

DON FERNANDO.

¿Qué hay, frances?

TURIN.

Lo que hay, no puedo decillo;
Lo que no hay, si dijera,
Si alguien me lo preguntara.

DON TELLO.

Lo que hay, cosa es tan clara,
Que ¡ojalá que no lo fuera!
¿Qué es lo que no hay?

TURIN.

Dinero,
Ni verdad.

DON TELLO.

Ya la verdad
Se fué al cielo.

DON FERNANDO.

Y la amistad
Dicen que se fué primero.

TURIN.

Y el dinero, que no es cosa
Que en el cielo pueda estar,
¿Dónde está?

DON FERNANDO.

Debe de estar
En aquella arca famosa
Que llaman de la Fortuna,
Donde dicen que hay tres llaves.

TURIN.

¿Por dicha los dueños sabes?
¿Conoces quien tenga una?

DON FERNANDO.

La industria una llave tiene,
Y otra la pluma.

TURIN.

¡La pluma!
Pero todo es uno.

DON FERNANDO.

En suma,
A ser la tercera viene,
Y aun primera en parte alguna,
La espada.

TURIN.

¿Que pluma, espada,
Y industria, della dorada,
Llaves son de la fortuna?

DON FERNANDO.

A la pluma se remite
La ciencia; la espada encierra
Todo el poder de la guerra,
Leyes ponga ó leyes quite.
La industria para subir
Es, y para pelear
Por la tierra, por la mar,
Y tambien para servir
Sirve la industria; y consigo
Lleva la eterna asistencia,
La prudencia y la paciencia,
Y otras cosas que no digo.

TURIN.

Lisonja y adulacion,
Diligencia y falsedad,
Dirás bien.

DON TELLO.

Dices verdad;
Mas esas cosas no son
Buen camino de servir.

TURIN.

Moral filósofo estás;
Pero yo os dijera más,
Si lo pudiera decir.
Y sí podré, pues sabeis
Que industria, pluma, y espada,
Si no hay estrella, son nada,
Como el ejemplo teneis.
Industria no le ha faltado
A Rugero mi Señor;
Su pluma es ciencia, y favor
Pudiera haber conquistado,
Pues quien tiene entendimiento
Tendrá industria; pues la espada...
Tanta hazaña celebrada
Os dan notorio argumento.
Pues con aquestas tres llaves,
No sólo de la fortuna
Puede [1] abrir llave ninguna,
Y con servicios tan graves,
Pero parece que es ley
Del merecimiento ya
No hallar premio, pues está
Pobre, y en gracia del Rey.
Tres llaves tiene gallardas;
Pero pienso en parte alguna
Que al arca de la fortuna
Le ha mudado el Rey las guardas.

DON TELLO.

¡Pobre Rugero!

TURIN.

Y ¡qué tanto!

DON TELLO.

¿No tiene ayudas de costa?

TURIN.

Las del Rey van por la posta,
Que no paran: no me espanto.
Mas buenas ayudas son
De costa tantos criados;
Que cuesta muchos ducados
El dar á todos racion.

DON FERNANDO.

¿No tienes gajes del Rey?

TURIN.

No, sino grajos; que ya,
Si es que el pobre muerto está,
Comérsele es justa ley.

DON FERNANDO.

Eres discreto, Turin:
Porque enemigos no cobre,
A tu Señor haces pobre.

DON TELLO.

¡Qué cuerdo!

DON FERNANDO.

Frances al fin.
Quédate con Dios.

TURIN.

Yo creo
Que esto sabeis como yo.

DON TELLO. (*A don Fernando.*)
¿Hablaréis al Rey?

DON FERNANDO.

¿Pues no?
Saber su intento deseo.
(*Vanse los dos caballeros.*)

ESCENA III.

DOÑA HIPÓLITA. — TURIN.

DOÑA HIPÓLITA.

Verte á solas deseaba.

TURIN.

No puede una dama hacer
Mayor favor.

DOÑA HIPÓLITA.

Desde ayer
Con esta congoja estaba.
Dime luego, ¿cómo ha sido
Esta mudanza en Rugero!

TURIN.

Gastóse todo el dinero
Que de Francia hemos traido,
Hasta joyas y cadenas,
Porque el Rey no da un cuatrin;
Y el gasto ordinario, al fin,
Vacía las arcas más llenas.
Con esto Rugero quiere
Ménos casa, y áun no alcanza.

DOÑA HIPÓLITA.

Que no digo esa mudanza.

TURIN.

¿Qué puede haber que te altere?

DOÑA HIPÓLITA.

¿No es mudanza pretender
Casarse, ó estar casado
Con doña Sancha?

TURIN.

¿No has dado
En lo que eso puede ser?

DOÑA HIPÓLITA.

Pues ¿qué puede ser?

TURIN.

Cubierta
De las cartas del amor
Del Rey.

DOÑA HIPÓLITA.

Tú eres un traidor,
Y él quien mi muerte concierta.
Yo sé que tú le acompañas
Todas las noches.

TURIN.

Verdad;
Pero él á Su Majestad;
Porque en lo demas te engañas.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Cómo engaño! (*Arremete á él.*) ¡El cielo vive,
Que te tengo de matar!
La verdad me has de contar,
Si la habla, ó si le escribe,
Y cómo tiene tratado
Este casamiento.

TURIN.

Advierte
Que estoy, Señora, de suerte,
Con las noches que he pasado,
Hielos, escarchas y nieves,
Mal comer, peor dormir
(Que trae siempre el servir
Largas penas, premios breves),
Que con un soplo no más
Me echarás donde quisieres.

DOÑA HIPÓLITA.

Tú ¿sabes qué son mujeres
Y celos?

TURIN.

¡Celosa estás,

---

[1] No sólo de la fortuna
No puede abrir llave ninguna, etc.
Se omite aquí la negacion, como se halla omitida varias veces en las comedias de Calderon.

De que quiera á Sancha el Rey,
Y de que esté en cinta ya!

DOÑA HIPÓLITA.

Cinta, que cordel será
De mi cuello á toda ley.
Quiérense Rugero y Sancha,
Y ¡al Rey culpas!

TURIN.

Del Rey es.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Que está en cinta!

TURIN.

En cinta pues;
Que Sancha es ancha, y ensancha.

DOÑA HIPÓLITA.

Mientes, Turin. (*Ap.* ¡Muerta soy!)
Todos dicen que se casa
Rugero con ella.

TURIN.

Y pasa
Lo que digo; que hombre soy
Que la verdad te dijera.
Por Tello es todo el engaño.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Ay Dios! ¡quién un desengaño
Tan importante creyera!
Si Rugero acompañara
Al Rey, Rugero no fuera
Pobre.

TURIN.

Si Rugero naciera
Con buena dicha, medrara.

DOÑA HIPÓLITA.

Quiero creerte.

TURIN.

Bien puedes.

DOÑA HIPÓLITA.

Toma esta joya que vendas.
Mas tambien quiero que entiendas...

TURIN.

Hácesnos dos mil mercedes.

DOÑA HIPÓLITA.

Que no has de decir que yo
Te la he dado; porque ansi
Podré acudirte.

TURIN.

De mí
Todo el mundo se fió.
Guárdete el cielo, y te dé
Deste bien el contracambio;
Que á fe que lo das á cambio
Para cuando rico esté;
Que no es posible que ya
El Rey no le dé á Rugero
Lo que de un príncipe espero,
Pues tan obligado está.

DOÑA HIPÓLITA.

Él y el Rey vienen aquí.
Háblame despues, y adios. (*Vase*)

ESCENA IV.

EL REY, RUGERO, CRIADOS.—TURIN.

RUGERO. (*Ap. al Rey.*)

En esto hablamos los dos,
Y esto te ruega por mí;
Porque si el parto se acerca,
Y Tello presente está,
¿Quién duda que lo verá,
Pues la guarda, vela y cerca?

REY.

¿Cómo le echaré de aquí?

RUGERO.

Dale un cargo en la frontera,
Con que honradamente muera,
Pues que le tratas así.

REY.

¡Buen consejo! pero ¿cuándo,
Rugero, no me aconsejas
Bien?

RUGERO. (*Ap.*)

Deso son mis quejas;
Que siempre estoy obligando
A quien jamás me hace bien.

REY.

¿Qué dices?

RUGERO.

Que si él se va,
Segura Sancha podrá
Parir, y vivir tambien.

TURIN.

¿No hay para mí bien ninguno?

REY.

¿Es Turin aquel?

TURIN.

Señor,
Tu esclavo soy.

REY.

Tu valor
No halla igual en precio alguno.
Alzate, Turin, del suelo.
Muy amigos somos ya.

TURIN.

Quien á vuestros piés está
Ya tiene en la tierra un cielo.

REY.

Malas noches te hemos dado.
Castilla es fria, aunque ménos
Que la Vieja.

TURIN.

Yo, á lo ménos,
Sirviéndote, no he pensado
Que haya frio ni calor.

REY.

La media capa, Turin,
Del español san Martin
No ha sido poco favor.

TURIN.

Donde vos, Señor, estais,
¿Qué capa faltarme puede,
Aunque en mil hielos me quede?
Que vos vestís y amparais,
A la imitacion del cielo,
Cuantos os piden favor.

REY.

Estimo tu buen humor.

TURIN. (*Ap.*)

Con los favores me hielo.
¡Válgate Dios por el Rey!
Por acá, ni por allá,
Ninguna cosa nos da.
¿Si es acaso de otra ley?
¿Soy algun diablo? ¿A quién trato?
¿A quién sirvo? Mas contemplo
Aquel de lealtad ejemplo,
Aquel de un príncipe ingrato.

ESCENA V.

UN SECRETARIO, *con papeles.*—EL REY, RUGERO, TURIN, CRIADOS.

SECRETARIO.

Aquí están ya las libranzas.

REY.

Muestra, si son pocas.

SECRETARIO.

Seis.

(*Fírmalas el Rey.*)

RUGERO. (*Ap.*)

Vil fundamento teneis
En viendo el mundo, esperanzas.
Como las almas el cielo
Por centro en la tierra tienen,
Son violentas cuantas vienen
A estar en bienes del suelo.

ESCENA VI.

DON TELLO, DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO.

¿Qué hace el Rey?

RUGERO.

¡Oh caballeros!
Ya lo veis: firmando está.

DON TELLO.

Si es de mercedes que os da,
Que os debe y que puede haceros,
Quiéroos dar el parabien.

RUGERO.

Tello, no lo sé por Dios;
Mas por serviros á vos,
Quiera Dios que algo me dén.

DON FERNANDO. (*Ap. á don Tello.*)

Esto ya sabe á cuñado.

DON TELLO.

¡Ojalá que verdad fuera!

REY. (*Al Secretario.*)

Véte.

(*Vase el Secretario.*)

ESCENA VII.

EL REY, RUGERO, DON TELLO, DON FERNANDO, TURIN, CRIADOS.

REY.

¿Qué hay, Rugero?

RUGERO.

Espera.
Tello y Fernando han entrado.

REY.

¿Quereis algo?

DON FERNANDO.

Hablarte quiero.

REY.

¿Importa á solas?

DON FERNANDO.

No importa.

REY.

Pues di, y el prólogo acorta;
Que ya te escucho y espero.

DON FERNANDO.

Tello me ha dado á su hermana
Por mujer, con tu licencia.
¿Fuí breve?

REY.

Y tu diligencia
Fué tan breve como llana.
Tú ¿se la das? (*A don Tello.*)

DON TELLO.

Sí, Señor.

REY.

¿No has oido que la he dado
A Rugero?

DON TELLO.

No he mirado
Tan de espacio su valor.

REY.

Pues tiénele.

DON TELLO.

Yo sospecho

Que le debe de tener;
Mas no se ha echado de ver
En la merced que le has hecho.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

Agora el Rey, provocado,
Te da un título.

REY.

Si ha sido
Entre muchos elegido,
Eso es haberle pagado.

TURIN.

Tampoco te ha dado nada.

RUGERO.

Pasó notable ocasion.

TURIN.

Conoce la obligacion,
Y está la deuda entrampada.

DON TELLO.

En fin, ¿que mi hermana das
A un extranjero!

REY.

Rugero
Es más propio que extranjero,
Porque es mi amigo, que es más.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

Notables honras te hace;
Pero no te da un cuatrin.

RUGERO.

No sé qué piense, Turin.
De alguna desdicha nace.

DON TELLO.

Señor, pues que ya has casado
A Rugero, que servia
A Hipólita, bien sería
Casar tambien su cuñado.
Yo quiero á Hipólita bien.
Esta por mujer te pido.

REY. (*Á un criado.*)

Llamalda.

(*Vase el criado.*)

ESCENA VIII.

DON RAMIRO. — EL REY, RUGERO, DON TELLO, DON FERNANDO, TURIN, CRIADOS.

DON RAMIRO.

Porque en olvido,
Señor, por un rato estén
Los cuidados de tu imperio
Y la paz de tus vasallos,
Ven á ver treinta caballos,
La cifra del reino iberio.
Estos te envía Zarquen,
Rey de Granada.

REY.

¡Presente
De Rey!

DON RAMIRO.

Ven á ver su gente;
Que es ver arribar tambien
Tanta del gallardo moro,
Tanta luz, adarga y plumas,
Tantas cargas, tantas sumas
De granas, de plata y oro,
Que te causará alegría.

REY.

Luego iré: tengo qué hacer.
Pero hasme dado el placer
Con mucha descortesía.

DON RAMIRO.

¿En qué de mí te ofendiste,
Porque la disculpa intente?

REY.

En que de tan buen presente
Albricias no me pediste.
Doyte, Ramiro, dos potros,
Los mejores de los treinta.
Fernando y Tello...

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

Ten cuenta
Si se acuerda de nosotros.

REY.

Otros dos escogeréis.

DON TELLO.

Esos piés, Señor, te pido.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

Otros dos ha repartido.
¿Mas que te da?...

RUGERO.

¿Cuántos?

TURIN.

Seis.

REY.

Rugero...

RUGERO.

Señor...

REY.

¿No sabes
Como te he casado?

RUGERO.

¡A mí!

REY.

A tí, pues.

RUGERO.

Siendo por tí,
Que del alma tienes llaves,
No tengo qué responder.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

A tanto favor yo callo:
Esperabas un caballo,
Y hate dado una mujer.
Mas por favor no lo cuentes;
Porque es, aunque algo te ha dado,
La cosa de más cuidado,
Y que á tu costa sustentes.

RUGERO.

¿Podré yo saber con quién?

REY.

Con doña Sancha.

RUGERO.

Es favor
Como tuyo.

DON FERNANDO. (*Ap. á don Tello.*)

De tu honor
Quedas satisfecho bien.

REY. (*Ap. á Rugero.*)

Estos dos vienen fingidos.
No te alteres.

RUGERO.

Ya lo veo.
(*Ap.* Hoy cumplen un gran deseo
Todos mis sumos sentidos.)

ESCENA IX.

DOÑA HIPÓLITA.—EL REY, RUGERO, DON TELLO, DON FERNANDO, RAMIRO, TURIN, CRIADOS.

DON RAMIRO.

Aquí está Hipólita.

REY. (*Á doña Hipólita.*)

¿Quieres
Saber mi grande cuidado?

DOÑA HIPÓLITA.

Sí, Señor.

REY.

Yo te he casado.

DOÑA HIPÓLITA.

Muestras, gran Señor, quien eres.

REY.

No lo he tenido á disgusto,
Por ser quien te quiere bien.

DOÑA HIPÓLITA.

Mis padres gracias te dén,
Alfonso César augusto,
Y en su nombre yo y Rugero,
Que tal merced recebimos...

REY.

¡Cómo!

DOÑA HIPÓLITA.

Pues que merecimos
Tal merced.

DON TELLO. (*Ap.*)

Mi muerte espero.

REY.

Yo te he dado á Tello.

DOÑA HIPÓLITA.

¡A quién!

REY.

A Tello; que no sabia
Que Rugero te servia,
Y Tello te quiere bien.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

¡Qué es esto!

RUGERO.

Yo soy perdido.

REY. (*Ap.*)

¡Ay, honra, siempre tirana!

DON TELLO.

Señor, ¿diré ya á mi hermana
Que es Rugero su marido?

DOÑA HIPÓLITA.

Luego ¡á Rugero has casado!

REY.

Ignorancia fué mi error.
Escucha, Tello.

DON TELLO.

Señor...

TURIN. (*Ap.*)

Marea se ha levantado.

REY.

Miéntras se tratan aquí
Estos nuevos casamientos,
Y miéntras sus pensamientos
Hipólita pone en tí,
Quiero que con embajada
Vayas al moro.

DON TELLO.

Yo iré
A servirte.

REY.

Hoy te daré
Órden. Pártete á Granada;
Que las treguas me están bien.
Venid conmigo los dos.

DON FERNANDO. (*Ap. á don Tello.*)

¿Qué te ha dicho?

DON TELLO.

¡Plegue á Dios,
Fernando, que no me dén
Otra esposa diferente!

REY.

Ramiro, á ver los caballos
Vamos.

DON RAMIRO.

Pueden envidiallos
Los que el sol saca en oriente.

(*Vanse el Rey, don Tello, don Fernando, don Ramiro y los criados.*)

ESCENA X.

RUGERO, DOÑA HIPÓLITA, TURIN.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Podrá el alma, á quien le toca,
Hablar en esta ocasion?
¿Tendrá palabras mi boca
Y discurso mi razon,
En esta ocasion tan loca?
¿Podrán mis ojos llorando
Mostrar su agravio, Rugero. —
O ¿será mejor callando
Probar á decir que muero,
Que suspirando ni hablando?
Es propio a un quejoso pecho
Dar en rostro á quien le agravia
Con lo que por él ha hecho;
Yo seré en esto mas sábia,
Pues ha de ser sin provecho.
Porque decirte que has sido,
Cruel, desagradecido
A mis obras y á mi nombre,
Con decirme que eres hombre,
Queda todo respondido.
Rugero, yo te creí...
—Extranjero al fin, Rugero.—
Si me engaño, veslo aquí;
Pero ¿como un extranjero
Fuera propio para mí!
La queja de tu desden,
Con que más mi pecho abrasas
Cuando más te quise bien,
Es que ya que tú te casas,
A mí me cases tambien.
Pero ¡qué mal lo has trazado,
Aunque el amor te provoca,
Pues con Sancha te has casado,
Y por taparme la boca,
Me casas con tu cuñado!
No pudo en tu falso pecho
Caber mayor osadía,
Que es tenerme á mi despecho
Donde vea cada dia
El agravio que me has hecho.
Pero el cielo, á quien provoco,
¡Con un rayo haga pedazos
Mi vida, extranjero loco,
Antes que mire en tus brazos
A tu mujer!

RUGERO.

Tente un poco.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Para qué puede ser bueno?

RUGERO.

Para que, ya que me has dado
Este vaso de veneno,
No muera el pecho culpado,
Ya que de ponzoña lleno.

DOÑA HIPÓLITA.

Pues ¿qué puedes tú decirme
Que pueda satisfacerme?

RUGERO.

Que he sido en amarte firme.

DOÑA HIPÓLITA.

Si es vergüenza de ofenderme,
¿Para qué sirve advertirme?

RUGERO.

A Tello quiere engañar
El Rey, que goza de Sancha.

DOÑA HIPÓLITA.

Y á ti te quiere casar.
¡Oh qué conciencia tan ancha!
¡Bien te podrán murmurar!

RUGERO.

Luego ¿piensas que lo trata
De veras el Rey?

DOÑA HIPÓLITA.

Si á mí
Me casa, digo, me mata,
¿Qué bien me ha de hacer sin tí
El engaño que dilata?

RUGERO.

No hayas, Hipólita, miedo
Que Tello te goce.

DOÑA HIPÓLITA.

Es llano;
Porque asegurarte puedo
Que no le daré la mano
Por lo que vale Toledo.

RUGERO.

Espera, espera.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué quieres?

RUGERO.

Que escuches.

DOÑA HIPÓLITA.

Suéltame.

RUGERO.

Aguarda;
Que no es razon que te alteres.

DOÑA HIPÓLITA.

Celos es mal que acobarda
Fuertemente las mujeres.
No me verás en tu vida.

RUGERO.

Ni será mi vida más.

(*Vase doña Hipólita.*)

ESCENA XI.

RUGERO, TURIN.

TURIN.

¿Qué es esto?

RUGERO.

Una despedida
Sin causa, un «no me verás»
De una mujer ofendida.

TURIN.

Es fallo de su sentencia
No me verás; pero pasa
Con pocas horas de ausencia.

RUGERO.

Ella piensa que me casa
El Rey con Sancha: ¡paciencia!
¿Que esto, al cabo de servir
Con tal lealtad y cuidado,
Vengo á medrar!

TURIN.

No hay decir
Que hasta ahora no has medrado;
Porque vengo á presumir
Que son aquellas libranzas,
Que firmó el Rey, para tí.

RUGERO.

Turin, si á librarme alcanzas
De servir, diré que vi
Libranza en mis esperanzas.
Libre me quisiera ver
De una carga tan pesada.

TURIN.

No sé cómo pueda ser.
Pues nunca te ha dado nada,
Algun bien te quiere hacer.

RUGERO.

Vamos, y no me atormentes;
Porque de mil excelentes
Señores oigo decir,
Suele la merced venir
Cuando el alma está en los dientes.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Tello.

ESCENA XII.

DOÑA SANCHA, ZELIMA.

ZELIMA.

Estudié nigromancia,
Como te he dicho, en Granada.

DOÑA SANCHA.

No creo, Zelima, nada.
. . . . [1]

ZELIMA.

Yo, aunque mora, destas ciencias
Nunca fio mis verdades;
Pero en tus adversidades
Pueden servir de advertencias.
Digo que será mujer
La que has de parir.

DOÑA SANCHA.

Ya en eso
Pronosticas mal suceso.

ZELIMA.

Que me engañe, podrá ser;
Mas ser mujer no era nada,
Sino que he venido á hallar
Que España la ha de llamar
La Mujer más desdichada.

DOÑA SANCHA.

¡Válgame el cielo! ¡Qué pena!
Pues, de un Rey del mayor nombre,
¿Saldrá cosa dese nombre!
¡Será mala ó será buena!
El alma tengo turbada.
¡Eso dices que ha de ser!
¡No le basta ser mujer,
Sino la más desdichada!

ZELIMA.

¿Cómo tenias pensado
Llamar al varon?

DOÑA SANCHA.

Pensé
Llamarle Alfonso; mas fué
Mi pensamiento engañado.
Pero si es hembra, la quiero
Llamar...

ZELIMA.

¿Cómo?

DOÑA SANCHA.

Estefanía.

ZELIMA.

Bien puedes desde este dia,
Aunque lo contrario espero,
Tener por cierto que España
La llamará *Estefanía*
La desdichada.

DOÑA SANCHA.

Podria
Tu ciencia, que siempre engaña,
Ser falsa, y trocarse en esto.

ZELIMA.

Yo pienso que es falsedad;
Pero si digo verdad,
Lo podremos ver en esto.
Por mi ciencia hallo que intentas
Dar veneno á Tello...

DOÑA SANCHA.

¡Ay cielos!

ZELIMA.

Por librarte de sus celos,
Fuertes palabras y afrentas.
Pues si es verdad que intencion
Tienes de matar tu hermano,
No es mi pronóstico vano:
Verdades pienso que son.

[1] Falta un verso.

DOÑA SANCHA.
Nuevamente me has turbado:
Adivinaste mi intento.
No ha sido sin fundamento
Lo demás que me has contado. (*Llora.*)
¿Que yo tengo en mis entrañas
Tan desdichada hermosura!

ZELIMA.
No es esta ciencia segura;
Sin causa los ojos bañas.
Mira que se puede errar
En un punto, en un segundo,
Mas cielo, que todo el mundo,
Y que es milagro acertar.

DOÑA SANCHA.
Tarde me consuelas.

ZELIMA.
Mira,
Señora, que entra tu hermano.

DOÑA SANCHA.
Que me dijeras tan llano
Mi pensamiento, me admira.

ESCENA XIII.

DON TELLO. — DOÑA SANCHA, ZELIMA.

DON TELLO.
Dos cosas traigo, Sancha, que decirte,
Y una que yo he de hacer.

DOÑA SANCHA.
Vendrás, don Tello,
Con alguna invencion de las que sueles.

DON TELLO.
El Rey quiere casarte con Rugero
De Valoes, un hombre cuyos méritos
Te habrá dicho su fama; que la fama
Es como el sol: por todas partes entra,
Y á tu recogimiento habrá llegado.
A mí me quiere dar á doña Hipólita;
Pero quiere primero que á Granada
Lleve al Moro Zarquen una embajada.
Las dos cosas te he dicho; la tercera,
Que yo he de hacer es, que llevarte [quiero
Conmigo, por el gusto de Rugero.
Apercíbete, Sancha, porque vamos
Los dos á ver la cïudad mas bella
Que cubre el sol en cuantos climas anda;
Que no me atrevo, miéntras tratan des- [to,
Sola á dejarte. ¿No respondes nada!

DOÑA SANCHA.
Pues ¿cómo á mí me llevas á Granada!
¿Quién ha visto jamas que embajadores
A extraños reinos sus hermanas lleven?
¿Qué tengo yo que ver con tu embajada?
Y si es temor del nuevo casamiento,
De que yo estoy segura, pues apénas
Puedo decir que este Rugero he visto;
¿Qué licencia tendrá de entrar á verme,
Si yo no se la doy? Advierte, hermano,
Que las mujeres que por sí no viven
Con el recato de su honor que es justo,
Ménos por celos le tendrán; y pienso
Que apretallas sin causa, es destruillas;
Que la desconfianza da licencia,
Y la seguridad causa prudencia.

DON TELLO.
Yo no tengo de andar contigo á pruebas.
Estoy cansado de guardar esquinas,
Y de ver rebozados á esta puerta
Reyes... No digo sin razon que reyes;
Que como mueve el corazon la sangre
Cuando uno ve los padres que no ha vis- [to,
Así los Reyes mueven á respeto
Cuando un hombre los ve sin conocellos.
Puede ser que Rugero pueda tanto
Con el Emperador, que le acompañe;
Y que Rugero por amor merezca
Que le guarde esta calle miéntras habla.
No es bueno para nada, donde hay hon- [ra,
Que sea el Rey el que éntre ó el que [guarde.
No has de quedar aquí: no me atormen- [tes,
Sino mira que soy tu hermano y padre.

DOÑA SANCHA.
No quiero replicarte, ya que el cielo
Te me dió por marido. Ve y ordena
Que salgamos de noche; que no es justo
Que sepa nadie el desatino que haces.

DON TELLO.
Con sólo obedecer me satisfaces.
(*Vase.*)

ESCENA XIV.

DOÑA SANCHA, ZELIMA.

DOÑA SANCHA.
Esta es locura ya. Pues si lo digo
Al Rey, ha de matarle con infamia
Desta casa, Zelima, y de mi honra.
Hazme un veneno, y démosle la muerte.

ZELIMA.
Míralo bien.

DOÑA SANCHA.
Si ya en mi estrella viste
Primero esta desdicha, ¿qué me advier- [tes?

ZELIMA.
Yo haré lo que me mandas.

DOÑA SANCHA.
No te espantes
Que esto intente quien es tan desdicha- [da,
Que en sus mismas entrañas este dia
Lleva á la desdichada Estefanía.
(*Vanse.*)

—

Sala en el Alcázar de Toledo.

ESCENA XV.

DOÑA HIPÓLITA, DOÑA MARCELA.

DOÑA MARCELA.
Yo soy deste parecer.
Finge querer bien á Tello,
Y traerás con un cabello
A Rugero á tu poder,
Sea ó no sea culpado.
Pica siempre al que desea;
Que no hay ganancia que sea
Como jugar de picado.

DOÑA HIPÓLITA.
Eso podria dañar,
Marcela amiga, á mi intento;
Que tratando casamiento,
¿Para qué es bueno picar?

DOÑA MARCELA.
Picar es querer decir
Que apuntes con otro amor;
Que no se afrenta el honor
De picar, sino de herir.
Las heridas de la honra
Son las ofensas; los celos
Son picar y dar desvelos,
Cosa que á nadie deshonra.
Créeme; que yo lo sé
De experiencia con Ramiro.

DOÑA HIPÓLITA.
Hoy tengo de hacerle un tiro.

DOÑA MARCELA.
Tello es este.

DOÑA HIPÓLITA.
¡Bien á fe!

ESCENA XVI.

DON TELLO. — DOÑA HIPÓLITA, DOÑA MARCELA.

DON TELLO.
¿Sabes ya como me ha dado
El Rey palabra este dia,
Señora, que has de ser mia?

DOÑA HIPÓLITA.
Conoció el Rey mi cuidado.
Estimo que me acompañe
De tu valor.

DON TELLO.
Mil prisiones
Al alma que estimas, pones;
Mas da licencia que extrañe
Este nuevo proceder,
Con que me has hecho favor.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Por qué, si es justo el amor
En mujer que es tu mujer?

ESCENA XVII.

RUGERO, TURIN. — DICHOS.

RUGERO. (*Ap. á Turin.*)
¡Habla con ella!

TURIN.
Pues ¿no?

RUGERO.
Mira que está allí Marcela.

TURIN.
Amor confiado vuela:
Tú juegas y miro yo.

RUGERO.
Pasa de conversacion,
Y llega á burla pesada,
Porque á los ojos traslada
Su alegría el corazon.

TURIN.
Estorba; que el estorbar
Es gran venganza de amor.

RUGERO. (*A don Tello.*)
Si puede un competidor,
Cuando tiene que envidiar,
Dar parabien á un dichoso,
Yo os le doy.

DON TELLO.
Si yo lo soy,
Las gracias, Rugero, os doy
De llamarme venturoso.

DOÑA HIPÓLITA.
Ya, Rugero, que es por gusto
Del Rey, mi esposo don Tello
(Que bien debeis de sabello,
Pues que lo teneis por justo),
Esa banda azul que os dí,
Cuando por gala os hablé,
Quiero que á Tello se dé,
Y que la traiga por mí.
Quitáosla luego del cuello.

RUGERO.
Tráigola tan bien asida
Con él, que si no es rompida,
No podré dalla á don Tello.
Pero no la querrá él.

DON TELLO.
Si quiero, y es justa cosa:
Porque prenda de mi esposa
Me toca quitarla dél.

Esto excusaréis con dalla,
Pues sin causa la teneis;
Y cuando no me la deis,
Me será fuerza el quitalla.

RUGERO.

De vuestras manos confio
La fuerza que es menester
Para poderla romper;
Pero aqueste cuello es mio.

DON TELLO.

Rugero, en aquel lugar
Que Alejandro el lazo halló,
«Tanto monta, respondió,
Cortar como desatar.»

RUGERO.

Alejandro habeis de ser
Para poderlo cumplir:
Mas dicen que del decir
Hay gran jornada al hacer.

DON TELLO.

Toledo tiene un castillo,
Que llaman de San Cervantes,
Para casos semejantes,
Adonde sabré cumplillo.
¿Sabéisle por dicha?

RUGERO.

Sí.

DON TELLO.

Allí podeis esperarme,
Si quereis desenojarme,
Y saber lo que hay en mi. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

RUGERO, DOÑA HIPOLITA, DOÑA MARCELA, TURIN.

RUGERO.

Dadme licencia.

DOÑA HIPÓLITA.

No quiero.

RUGERO.

Mirad que se fué.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué importa?

RUGERO.

Quiero ver si el lazo corta,
Que me atastes vos primero.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo no quiero que salgais.

RUGERO.

¿Por qué, si me aborreceis?
Mas ya sé yo qué temeis.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo ¿qué temo?

RUGERO.

Lo que amais.

DOÑA HIPÓLITA.

Bien decis, porque es á vos.

RUGERO.

A mí me amais!

DOÑA HIPÓLITA.

¿No lo veis?

RUGERO.

Que mate á Tello temeis,
Y engañaisme. ¡Bien por Dios!
Soltadme; que estar asido
No es razon, pues sois ajena.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo os quise dar esta pena
Por muchas que he recebido.
Pero llegando á que sea
Temer perderos, Rugero,
Manda amor que lo que os quiero,
Distintamente se vea.

RUGERO.

Soltadme; que viene el Rey.

DOÑA HIPÓLITA.

Dadme la palabra aquí.

DOÑA MARCELA.

Ya viene.

DOÑA HIPÓLITA.

Voyme. ¡Ay de mí,
Que no hay en los hombres ley!
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XIX.

EL REY, DON RAMIRO.—RUGERO, TURIN.

REY.

No habrá consuelo en el mundo
Para tanto mal.—Rugero..

DON RAMIRO.

Hoy pierdes un consejero
Y un Belisario segundo.

RUGERO.

¿Qué es esto, Señor!

REY.

Cayó
De mi imperio la coluna.

RUGERO.

Juraré, sin duda alguna,
Que Nuño Alfonso murió.

DON RAMIRO.

En Peñanegra, castillo
De la morisca frontera,
El Alcalde de Toledo,
Nuño Alfonso, estaba en treguas,
Cuando el bárbaro Faraez
Con cinco mil de pelea,
Adalid de Calatrava,
A Peñanegra se acerca:
Nuño con quinientos hombres
La batalla le presenta [1].
Por no perder el castillo,
A Martin Fernandez ruega
Que con algunos soldados,
Pues está herido, se vuelva;
Y volviendo á su sobrino,
Le dijo: «El cielo no quiera,
Sobrino, que vuestra madre
En un dia á los dos pierda.
Volved apriesa á Toledo,
Y de mi casa y la vuestra
Seréis amparo, sobrino.»
Pero el mancebo que apénas
Cubria del bozo el labio,
Le dió el morir por respuesta;
Porque poniendo al caballo
El ánimo y las espuelas,
Fué el primero que se entró
Por la batalla sangrienta.
Lo que hizo Nuño Alfonso,
No cabe en plumas ni en lenguas;
Pero vendiendo su vida,
Murió de dos mil saetas.
Desarmáronle los moros;
Los piés, manos y cabeza
Le cortaron, y envolvieron
El cuerpo en paños de seda.
A Córdoba parte envian,
Para vengar á la Reina
De la muerte de su esposo;
Parte en Calatrava cuelgan;
Y la cabeza en Sevilla
Al rey Azabel entregan,
Que al Africa la envió,
Diciendo al de Fez que venga
A conquistar otra vez
A España, porque no queda
(Muerto el toledano Nuño)
Muro, espada ni defensa.
Permitió Dios esta muerte,
Porque á una hija doncella,
Que vió hablar con un mancebo,
Dió sin razon muerte fiera.
Pasarse á Jerusalen
Quiso Nuño en penitencia;
Pero viendo que importaba
Su espada á España y su fuerza,
El Arzobispo Remon
De la toledana Iglesia
Le condenó á que anduviese
Toda su vida en la guerra.
Así murió Nuño Alfonso,
Y todo el llanto que suena
Es que toda la ciudad
Hace sus tristes exequias.

REY.

Con mucha razon lo siente;
Y en tanto mal me consuela
Que Rugero de Valoes,
Y de igual valor, me queda.
Parta luego con mi gente
A castigar su soberbia,
Miéntras yo voy en persona.

RUGERO.

Rugero, Señor, os besa
Los piés por tanta merced.
(*Vase el Rey.*)

DON RAMIRO.

Fuése. ¡Lágrimas le ciegan! (*Vase.*)

ESCENA XX.

RUGERO, TURIN.

RUGERO.

Tiene razon; que ha perdido
Toda España su defensa.
Mas vén conmigo; que pienso
Que en San Cervantes me espera
Tello.

TURIN.

¿Cómo puede ser,
Si es más justo que obedezcas
Al Rey!

RUGERO.

Turin, en dos cosas
Tienen los nobles licencia,
En jugar con quien trujere
Dineros, quien fuere sea,
Y con quien diere ocasion,
Reñir porque no se atreva.
(*Vanse.*)

—

Alto en que está el catillo de San Cervantes.

ESCENA XXI.

DON TELLO, DON FERNANDO.

DON TELLO.

Desde aquí podeis volveros;
No venga el frances, y aquí
Piense que riñen así
De España los caballeros.
Aunque os juro que me siento
De suerte, que me ha pesado
De haberle desafiado,
Aunque fué justo mi intento.
Mas es que de un gran dolor

[1] Parece que faltan versos aquí, porque se dice despues que Martin Fernandez está herido, sin haber explicado quién es Martin Fernandez, ni de qué está herido ántes de principiarse la batalla. Tambien se habla, como de improviso, del sobrino de Nuño. Sobre la muerte de Nuño ó Munio puede verse la Crónica de Alfonso VII, ó la Sinópsis histórica de Ferreras, tomo v.

Siento el corazon de suerte,
Que podrá darme la muerte,
Cuando le falte valor.

DON FERNANDO.

En el rostro he conocido
Que poca salud teneis.

DON TELLO.

Ya mi condicion sabeis.
Soy honrado y mal sufrido.
Hoy con mi hermana he reñido,
Y este enojo habrá causado
Este accidente.

DON FERNANDO.

En cuidado
Me habeis puesto.

DON TELLO.

Estoy perdido.
Fui á casa, si he de decir
Verdad, á ponerme un jaco,
Que es el amigo que saco
Cuando así salgo á reñir.
Pedí de beber, pensando
Que la cólera templaba;
Dióme un vaso aquella esclava...
Matóme... estaba sudando.
Pero ¿qué se puede hacer?
Quizá viendo el enemigo
Volveré en mí; mas yo os digo
Que dudo que pueda ser.

DON FERNANDO.

Ya nos ha visto Rugero.

ESCENA XXII.

RUGERO, TURIN.—DON TELLO, DON FERNANDO.

RUGERO.

Caballeros, Dios os guarde.
Perdonad si vengo tarde.

DON TELLO.

Meted mano al blanco acero;
Que Fernando mirará,
Pues no es igual el criado
Que traeis.

TURIN.

Yo soy honrado;
Pero si él mirando está,
Miraré. Mas ¡vive Dios
Que si hubiere falsedad,
Que sin mirar igualdad,
Hemos de reñir los dos!

RUGERO.

Yo traigo sola esta espada,
Que saco de aqueste modo.
No hay más en mi cuerpo todo;
Si allá lo hay, no importa nada.
El reñir á la francesa
Es abrazarse primero.

DON TELLO.

Pues sois tan noble, Rugero,
De abrazaros no me pesa.
¡Válgame Dios! ¡Jesus! *(Cae.)*

RUGERO.

¡Cielo!
¿Qué es esto!

DON FERNANDO.

¿Habeisle apretado?

RUGERO.

Él se cayó de su estado,
Y se ha convertido en hielo.

TURIN.

¿Es muerto!

RUGERO.

Así lo parece.

DON FERNANDO.

¡Tello! ¡Hermano!

RUGERO.

¿Qué habrá sido!

DON FERNANDO.

Por cumplir lo prometido,
Muerto á tus ojos se ofrece.
Vino enfermo, y aun sospecho
Que alguna cosa le han dado.

RUGERO.

¡Vive Dios que me ha pesado,
De su valor satisfecho,
Y que no le consintiera
El salir al desafío,
Aunque perdiera del mio,
Si lo que decís supiera!...
Tómale en brazos, Turin.
Volvamos á la ciudad.

DON FERNANDO.

Veneno ha sido. ¿Hay maldad
Tal! De una mujer, al fin.

RUGERO.

No digas, Fernando, nada;
Que lo mismo hubiera sido
Veneno, si le ha bebido,
Que el acero de mi espada.

DON FERNANDO.

Con los que ya muertos son,
¿Qué sirven fieros altivos?

RUGERO.

Pues probémoslos los vivos.

DON FERNANDO.

Cuando me dés ocasion.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO, DON ÍÑIGO.

DON RAMIRO.

Hanse hecho aquí grandes fiestas
A sus vitorias y hazañas.

DON ÍÑIGO.

¡Cosas notables y extrañas!

DON RAMIRO.

Pues son las menores estas.
Lo que cuentan de Rugero
Paladin, es fabuloso;
Pero de aqueste famoso
Todo es cierto y verdadero.
Al Moro Rey de Jaen
Trujo preso, y lo está aquí.

DON ÍÑIGO.

¿Hale honrado Alfonso?

DON RAMIRO.

Sí.

DON ÍÑIGO.

¿Hale premiado?

DON RAMIRO.

Tambien.

DON ÍÑIGO.

¿Qué le ha dado?

DON RAMIRO.

Él lo dijera,
Si aquí entre los dos se hallara.

DON ÍÑIGO.

¿Quéjase?

DON RAMIRO.

¿No es cosa clara?
Hasta ahora el premio espera.
Si su hija Estefanía,
Como es niña, á edad llegara
De casarse, sospechara
Que dársela pretendía;
Porque hasta agora no veo
Que á Rugero haya premiado
Su virtud.

DON ÍÑIGO.

Habeis tocado
Cosa que saber deseo:
Que esta larga ausencia mia
Me ha tenido sin saber
Cosas de la corte.

DON RAMIRO.

Ayer
Su madre de Estefanía
Me habló aquí, y tambien está
Quejosa dél; que la tiene
Donde ménos le conviene.

DON ÍÑIGO.

Luego ¿en palacio está ya?

DON RAMIRO.

Pienso que Alfonso pretende
Casarla.

DON ÍÑIGO.

Será razon;
Que pierde de su opinion,
Y sus grandezas ofende.
¡Oh cuánto á un príncipe afea
Una liviandad!

DON RAMIRO.

Sospecho
Que es abono de su pecho
Que todo el mundo la vea
Donde con tanto recato
Se guarda el justo decoro.

ESCENA II.

RUGERO, TURIN.—DON RAMIRO, DON ÍÑIGO. *Despues*, DON FERNANDO Y DON FORTUNIO.

RUGERO.

Jugando está con el Moro.

TURIN.

Llega á que te dé barato.

RUGERO.

Caro será para mí,
Si en esto me ha de pagar.
(Salen don Fernando y don Fortunio.)

DON FERNANDO.

Dicen que empieza á jugar.

DON FORTUNIO.

¿Juega con el Moro?

DON FERNANDO.

Sí.

DON FORTUNIO.

Dicen que es gran jugador
De las tablas Doraicel.

DON FERNANDO.

Por eso juega con él.

DON FORTUNIO.

¿Quién gana?

DON FERNANDO.

El Emperador.

DON FORTUNIO.

¿Qué juegan?

DON FERNANDO.

Hoy se han picado.
Villas y castillos juegan,
Y los alcaides entregan
Las llaves.

DON FORTUNIO.

Tengo pensado
Que las que perdiere el Moro,
Las rendirá luego al Rey,
Porque es honra de su ley,
Y conforme á su decoro;
Mas las que Alfonso perdiere,
No sé si se las darán;
Que hombres en ellas están,
De quien jamás las espere.

ESCENA III.

Córrese una cortina y se vé al Rey DON ALFONSO *jugando al ajedrez con el Rey Moro* DORAICEL, *y alrededor sentadas* DOÑA MARCELA, DOÑA CLARA, DOÑA SANCHA Y DOÑA HIPÓLITA, CABALLEROS, CRIADOS Y MÚSICOS.— DICHOS.

UN MÚSICO. (*Cantando.*)

De las fronteras de Cuenca
Venia el Cid Campeador
Con cinco alcaides vencidos,
Y un Rey de Alcalá en prision.
Once banderas presenta,
Que de los moros ganó,
Al Rey Fernando el primero
De Castilla y de Leon.
Envidiosos de sus glorias
Los que están alrededor,
Escurecerlas querian,
Como las nubes al sol.

RUGERO. (*Ap. á Turin.*)

¡Válgame Dios! ¡Qué retrato
Los versos que escucho son
De los servicios, Turin,
Que nunca el Rey me pagó!

MÚSICO.

De rodillas está el Cid;
No muestra el Rey aficion:
Bien se le ha visto en la cara,
Que es crisol del corazon.
Con los venerables ojos
A todas partes miró;
Y aunque no les dijo nada,
Todos tuvieron temor.

RUGERO. (*Ap. á Turin.*)

¿Será envidia por ventura,
Por quien, como ves, estoy,
O que á los buenos servicios
Faltó siempre el galardon?

MÚSICO.

Cuando el Cid vió que su Rey
No le hacia algun favor,
Quiso volverse á Vivar;
Pero consejo tomó.
Díjole Martin Pelaez:
«Acertais, Cid mi señor;
Que quien sirve á dueño ingrato,
Merece tal galardon.
Quien sirviendo se envejece,
Al leal perro imitó,
Que viene á morir de hambre
A puertas de su señor.»
¡Dichoso quien á Dios sirve!
Que Dios premia como Dios.
Porque al fin el hombre es hombre,
Y tierra y nada el mejor.

RUGERO. (*Ap.*)

¡Hay palabras semejantes?
¡Hay despertador reloj
Del engaño de mi vida,
Esperanza y pretension,
Como lo que estoy oyendo?

TURIN.

¿Quieres por dicha, Señor,
Que sea Martin Pelaez?
Pues escucha mi razon.
Demos á Francia la vuelta,
Antes que el tiempo veloz
Vista nuestros verdes años
De canas y de dolor.
No mueras en los umbrales
Como el perro que cazó;
Porque el dia que no caces,
Morirás á palo y coz.
No se lleve las raices
Quien se ha llevado la flor.
Pídele licencia al Rey.

RUGERO.

¿Atreveréme?

TURIN.

¿Pues no?
Ensáyate desde aquí.

RUGERO.

Hoy le digo al Rey: Señor,
Iréme á Francia mi patria...

REY. (*Jugando.*)

Jaque de aquí.

TURIN.

Bien habló.

RUGERO.

Tómolo por mal agüero,
Pues jugando aquel peon,
A lo que yo le decia,
Su intencion me respondió.

TURIN.

Si entablas el ajedrez,
Y con la imaginacion
Juegas, hallarás que pierdes
Dama y Rey.

RUGERO.

¡Bravo rigor!
Piérdase todo, y no el tiempo.

DORAICEL.

Perdí.

DON FERNANDO.

Ya el Moro perdió.

DORAICEL.

No juego más, dé tu Alteza
Barato.

(*Levántanse.*)

REY.

Es mucha razon.
Tomad, Hipólita bella,
Este diamante.

DOÑA HIPÓLITA.

Los piés
Os beso.

DORAICEL.

Muy justo es,
Señor, comenzar por ella;
Que es, por Alá, como el sol.

REY.

Vos, Marcela, esta cadena.

TURIN.

Hoy nos quita el Rey la pena.

DOÑA MARCELA.

Sois Alejandro español.

REY.

Ahora á cumplir soy forzado
De galan la obligacion.
Sancha, la villa de Ardon,
Junto á Jaen, he ganado,
Y della os hago merced.

DOÑA SANCHA.

No la podré yo guardar
Sin alcaide: en su lugar,
Por mi nombre la tened.

REY.

Yo os daré alcaide muy presto.

DOÑA SANCHA.

Señor, vuestra hechura soy.

DORAICEL.

Liberal procedes hoy.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

¡No te da nada!

RUGERO.

¿Qué es esto!
¡Hay fortuna semejante!
¿Que áun barato no me ha dado?

DORAICEL.

Los hidalgos que han mirado,
Tienes, Alfonso, delante.
¿Por qué no les das tambien,
Pues para todos me ganas,
Y preso yo, tienes llanas
Las fronteras de Jaen?

REY.

Pareces el que ha ganado,
Segun estás liberal.

DON FERNANDO.

Sabe tu pecho real,
Y á lo que estás obligado.

REY.

Cuatro villas que gané
En este juego postrero...

TURIN.

¿Mas que se las da á Rugero?

REY.

Bien es que á los cuatro os dé.
Doy á Fernando Archidona,
A Belches Ramiro tenga.

TURIN.

¿No hay un rincon que prevenga
Para tu inútil persona?

RUGERO.

Si el cielo por larga pieza,
Sombreros, Turin, lloviese,
No hayas miedo que cayese
Uno sobre mi cabeza.

REY.

Doy á Fortunio á Montilla,
Y á don Íñigo le doy
A Martos.

DON ÍÑIGO.

Tu hechura soy.

RUGERO.

Reviento.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

No es maravilla.

DORAICEL.

Con tu licencia, me voy
Al jardin con estas damas.

REY.

Acompañadle.

RUGERO.

¡En qué llamas
De cólera ardiendo estoy!

(*Vánse todos los caballeros y damas acompañando al Moro, y quedan el Rey, Rugero y Turin.*)

ESCENA IV.

EL REY, RUGERO, TURIN.

RUGERO.

¿Podréte hablar?

REY.

¡Oh Rugero!

RUGERO.

Una merced, gran Señor,
Confiado en tu valor
Y gracia, pedirte quiero.

REY.

Mil veces he deseado,
Por lo bien que me has servido,
Que se me hubiese ofrecido
Tiempo de haberte premiado.
Pide, Rugero; que estoy
Obligado á tus hazañas.
Una (á tener dos Españas)
Te diera, á fe de quien soy.

RUGERO.

Señor, ¿qué mayor ganancia
Que ver que me honrais lo es?

REY.

Por Rugero de Valoes,
Y sangre del Rey de Francia,
Todo lugar merecias,
Cuando tu virtud no fuera
Lo que yo he visto.

RUGERO.

Quisiera,
Por ciertas sospechas mias,
Que me juraras primero
De no negarme este bien.

REY.

(*Ap.* Casarse quiere.) ¿ Tambien
Quieres que jure, Rugero?

RUGERO.

Por quien eres, y no más.

REY. (*Ap.*)

Hoy á Hipólita me pide.

TURIN. (*Ap. á su amo.*)

Más apriesa te despide.

RUGERO.

Calla.

TURIN.

¡Qué despacio estás!

REY.

Juro, por quien soy, de hacer
Lo que pides.

RUGERO.

Pues, Señor,
Sólo te pido en favor
Licencia para volver
A Francia, mi natural
Patria; que al fin me provoca
Su amor : la causa no es poca,
Y es tu palabra real.
Cúmplemela; que he faltado
El tiempo que te he servido;
Puesto, Señor, que no ha sido
Como yo estaba obligado.
En la paz te aconsejé
Lo que alcanza mi discurso,
Puesto que léjos del curso
De otros hombres caminé.
En las cosas de tu honor
Y vida, puse la mia;
He criado á Estefanía
Como tu prenda, Señor.
A doña Sancha he servido
En todas sus ocasiones;
En la guerra tus pendones,
Sin haber uno perdido;
Pues en moriscas fronteras
Pocas fueron las heridas;
Mas si tuviera mil vidas
De todas mil te sirviera.
Perdona; que un hombre solo
No puede ofrecerte más.

REY.

Rugero, engañado me has,
Porque deste al otro polo
No hay tesoro para mí
Que se iguale á tu valor.
Mas si de Francia el amor
Te llama y provoca ansí,
Ya lo juré, y no es razon
Volver mi palabra atrás.
¿Cuándo, Rugero, te irás?

RUGERO.

Hoy se me ofrece ocasion.

REY.

¿Cómo?

RUGERO.

Con cierto paisano.

REY.

¿No se puede detener?

RUGERO.

No es posible.

REY.

Ello ha de ser...
Juré... ya no está en mi mano.
(*Ap.* Enojado se ha el frances
De mi poco galardon :
Satisfacerle es razon...
Mas esto ha de ser despues;
Que ya la traza he pensado.)
Anora bien, Rugero, adios.
Abracémonos los dos.

RUGERO.

Si soy de vos tan honrado,
Sentiré más la partida.

REY.

Quiero, por señal de amor,
Darte un caballo, el mejor
Que vi, Rugero, en mi vida.
Este, que para el camino
No es de pequeña importancia,
Tendrá más estima en Francia,
Porque es color peregrino,
Talle, casta, manchas, piés
Y ligereza notable.

RUGERO.

La fama en tus hechos hable.
Mil veces beso tus piés.
Yo serví como vasallo;
Tú en fin pagas como Rey.
Dejo la hermosura y ley
Dese famoso caballo :
Sólo por ser de tu mano
Le tendré por tal tesoro,
Que de todo el mundo el oro
No le saque de mi mano.
Haré que un sutil pincel
Dél pinte un retrato cierto,
Para que despues de muerto
Aun no me quede sin él.
La piel pondré en mi armería
Sobre madera, de suerte
Que pueda pensar la muerte
Que está vivo todavía.

TURIN.

Dale los piés á Turin.

REY.

Turin, pues tienes Señor
Tan bueno, muéstrale amor.
Sirve como bueno, en fin :
Entre las cosas que tiene
Rugero, le envidio á tí.

TURIN.

¡Bien se luce en él y en mí!
Pero pues por prenda viene
De tu amor ese caballo,
Regalalle te prometo,
Como hace el Rey de secreto
Al buen y leal vasallo,
Para que en verle lucido
Digan todos : «Guarde el cielo
Tu dueño, porque en el pelo
Se te luce que has servido.»

RUGERO.

Camina, Turin, tras mí.
Adios, España.

TURIN.

¡Quién fuera,
Como este, Rey, que no diera
Un jumento para mí!

(*Vanse Rugero y Turin.*)

ESCENA V.

REY.

¡Qué bien me han motejado los frances[ses!
¡Bien me han dicho los dos su pensa[miento,
Y de su pretension los intereses!
Dejádome han con justo sentimiento.
¡Bien me han dado en el rostro los ser[vicios!
Porque tienen razon, las suyas siento.
Alientan la virtud los beneficios.
Mal he pagado á quien tan bien ha he[cho
En la guerra y la paz tantos oficios.
Mas no ha sido la culpa de mi pecho;
En la estrella deste hombre está la [culpa;
Que de mi condicion no lo sospecho,
Porque por todo el mundo me disculpa
La generosidad con que yo trato
Cuantos me sirven... y el frances me [culpa.
¿Cuál será la razon de ser yo ingrato
Con este caballero, si no es esta,
Pues á Alejandro dicen que retrato?
Mil veces ya con voluntad dispuesta
Iba á ofrecerle y darle alguna cosa;
Y me atajaba con pasion molesta
Una secreta fuerza rigurosa,
Que la mano y la lengua detenia;
Porque quiere el servir suerte dichosa.
Mas pues el propio amor hacer podia
Que me engañase yo y culpado fuese,
Quiero ver si la culpa es suya ó mia.
¡Hola!

ESCENA VI.

DON FERNANDO.—EL REY.

DON FERNANDO.

Señor...

REY.

(*Ap.* Dios quiso que viniese
Fernando, que es discreto.) Oye, Fer[nando.
Rugero se va á Francia, aunque me pe[sa.
Advierte que le has de ir acompañan[do
Hasta donde dijere alguna cosa
(Porque sospecho que se va quejando)
Del premio que le he dado; y si reposa
El corazon, hasta llegar á Francia,
Despídete con maña cautelosa.
Pero si alguna cosa de importancia
Dijere contra mí, daráslе un pliego,
O sea larga ó breve la distancia,
Y á Toledo con él volverás luego.
¿Haslo entendido?

DON FERNANDO.

Sí, Señor.

REY.

(*Ap.* No hallo
Remedio igual. La brevedad te ruego,
Y dirás que le dén aquel caballo,
Que me dió Doraicel, como venia.

DON FERNANDO.

Pierdes un gran soldado, un gran vasa[llo.

REY.

Presto sabré si fué la culpa mia.

(*Vanse.*)

—

Vista exterior del Alcázar.

ESCENA VII.

RUGERO, DON RAMIRO, TURIN.

RUGERO.

Dos cosas habeis de hacer,
Ramiro, en esta partida,
Que cualquiera os ha de ser
Por extremo agradecida.
Si á España acierto á volver.
La primera es que me deis
Del Rey Alfonso un retrato,
Que en vuestro jardin teneis;
Que, en ciertas cosas que trato,
Notable merced me haréis.
La segunda, que digais
A Hipólita que acabais
De verme partir.

DON RAMIRO.

Yo creo
Que de mi amor y deseo
Con satisfacion estais.
El retrato darán luego
Por este anillo á Turin.

RUGERO.

Pues que se le deis os ruego.

DON RAMIRO.

Toma, y parte á mi jardin.

RUGERO. (*Ap.*)

¡A qué desatinos llego!

TURIN.

Con estas señas ¿darán
El retrato?

DON RAMIRO.

¿En eso dudas?

RUGERO.

Turin...

TURIN.

Señor...

RUGERO.

Si te dan
El lienzo, mira que acudas
Donde las postas están.

TURIN.

¡Gracioso divertimiento!
¿Ya se te olvida el caballo
Del Rey?

RUGERO.

De sentir, no siento;
Que en las ofensas que callo,
Ocupo el entendimiento.
Pues vendrás á la posada,
Donde á caballo estaré.

TURIN.

Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

RUGERO, DON RAMIRO.

RUGERO.

A mi prenda amada
Diréis, Ramiro, que fué
Tan violenta mi jornada,
Que no tuve corazon
Para despedirme della.

DON RAMIRO.

¿Podré saber la ocasion,
Y referírsela á ella?

RUGERO.

Pensamientos del Rey son:
A Francia voy á tratar
Cosas del Rey, de importancia.
Esto le podeis contar.

DON RAMIRO. (*Ap.*)

¡Rugero en postas á Francia!
El Rey se quiere casar.
Confirma aquesta opinion
El pedirme este retrato.
Basta: casamientos son.
Pero es á Hipólita ingrato
En no decir la razon. (*Vase.*)

ESCENA IX.

RUGERO.

En tanto que me aperciben
Este famoso caballo,
Que es en la casta español,
Y en artificio troyano
(Pues si de tantos servicios
Viene á ser carta de pago,
No pone en ménos incendio
La Troya de mis agravios),
Quiero quejarme á tus puertas,
¡Oh casa, ataud dorado
De muchos que entierras vivos,
Y que muertos viven sanos!
Dióme la esperanza un hilo,
Con que en el viento fiado,
Entré en este laberinto
Por la puerta del engaño.
Fuí dando á sus salas vueltas,
De la experiencia guiado,
Que es el mozo de los ciegos
Que rezan en los palacios.
Topé el favor cauteloso,
Que me enseñó dos retratos
De la guerra y del consejo:
Hice reverencia á entrambos.
Vi la soberbia ambicion
Y á la lisonja, contando
Sobre una mesa de viento
Muchos contadores falsos.
La puntualidad miré,
Que se estaba levantando
Antes que el sol; que el sol guarda
Las leyes que Dios le ha dado.
La ceremonia pasé,
Que estaba con el cansancio,
Repitiendo reverencias
A unos ídolos de mármol.
La solicitud tras ella,
Que con notable cuidado
Se desvelaba en juntar
Honra y provecho en un saco.
Llena de dos mil papeles
Vi la pretension, llorando,
Mesándose los cabellos,
Más que los papeles canos.
A la desdicha en un rio,
Con mucha flema y espacio,
Vi pescar con una caña
Peces; pero sin sacarlos.
Vi al olvido que borraba
Los números desdichados
De los servicios, y sólo
Iba los ceros dejando.
Vi al poder que estaba haciendo
Figuras y hombres de barro;
Mas los que una mano hacia,
Deshacia la otra mano.
Vi sobre todas las puertas
Siete letras en sus arcos:
Envidia. ¡Envidia decian!
¡Ay de los que van entrando!
Vi en un peso al galardon,
Entre las nubes tan alto,
Que le alcanzaba una estrella
Que á pocos muestra sus rayos.
Y entre estas dificultades,
Sin otras muchas que callo,
Vi dentro del laberinto,
En forma de minotauro,
Al tiempo, á quien a empellones
Iban los hombres echando,
A quien la suerte cabia
De morir y sustentarlo.
Pero pues pude salir,
Aunque dejo algunos años,
¡Bien haya el piadoso cielo!

ESCENA X.

DON FERNANDO.—RUGERO.

DON FERNANDO.

¡Gracias al cielo que os hallo!

RUGERO.

¿Dónde, Fernando?

DON FERNANDO.

Con vos.

RUGERO.

¡Conmigo?

DON FERNANDO.

El Rey me ha mandado
Que hasta Francia os acompañe.

RUGERO.

¡Tantas honras! ¡favor tanto!
¡Bien haya el dichoso dia
Que entré á servirle, Fernando!

DON FERNANDO.

Gran voluntad le debeis.

RUGERO.

No hablemos en esto. Vamos;
Que me habeis de hacer merced
De que ni en bueno ni en malo
Hablemos nada de Alfonso,
De quien para respetarlo
Llevo un retrato; que quiero
Llevar delante el retrato,
Porque á respeto me mueva.

DON FERNANDO.

Pues ¿por qué razon?

RUGERO.

Dejadlo;
Que no hemos de hablar del Rey.

DON FERNANDO.

Si teneis de qué quejaros,
¿No soy vuestro amigo yo?

RUGERO.

Pongámonos á caballo;
Que son retratos los reyes
De Dios, y á Dios alabamos.

(*Vanse.*)

—

Sala en el Alcázar.

ESCENA XI.

DOÑA HIPÓLITA, DOÑA SANCHA.

DOÑA SANCHA.

¡Que sin decirlo, ni darte
Muestras de amor de importancia,
Rugero se parte á Francia!

DOÑA HIPÓLITA.

¡Rugero á Francia se parte!
Y cree, Sancha, de mí
Que la desesperacion
Que tengo en el corazon,
A no hallar consuelo en ti,
Luego que me habló Ramiro,
Me hiciera con el furor
Vengarme en mi propio honor.
Pero tus desdichas miro.

DOÑA SANCHA.

Allá y aquí me has contado
Dos veces, que de mi mal
Tomas consuelo, y que es tal
Que te suspende el cuidado.
¿Qué mal puede ser el mio?

DOÑA HIPÓLITA.

Luego ¿no lo sabes?

DOÑA SANCHA.

No.

DOÑA HIPÓLITA.

Mal que mi mal igualó,
Que no es pequeño te fio.
Y áun el tuyo fué primero;
Que dél nace el que me mata;
Pues á lo que Alfonso trata,
Se parte á Francia Rugero.

DOÑA SANCHA.

¿Qué puede Alfonso tratar
Que á mí me dé sentimiento?

DOÑA HIPÓLITA.

¿No podrá su casamiento?

DOÑA SANCHA.

¡El Rey se quiere casar!

DOÑA HIPÓLITA.

Así Ramiro lo cuenta;
Aunque fué con gran recato.
Lleva Rugero el retrato
De Alfonso: agradar intenta;
Que las lisonjas perfetas
Nacen, porque no lo ignores,
De pinceles de pintores
Y de plumas de poetas.
¿Quién duda que irá gallardo,
Armado al talle español,
Con más resplandor que el sol
Tras el dia fresco y pardo?
Ya debe de estar Luis
Contento, Sancha, del yerno.

DOÑA SANCHA.

Celos, que en el fuego eterno
Como demonios vivis,
De mi desdicha llegó
Aquella ocasion temida:
Salid, acabad la vida
En que tanto amor vivió.
¡Alfonso casado! ¡Ay celos!
Tarde, amor, te persüades.
Mas ¿quién hay que á las verdades
Llame celos? No son celos;
Agravios son. Mas no son;
Que si el Rey casarse gusta,
Fué obligacion y fué justa:
Basta ser obligacion.
Mas ¿cómo en tanta mudanza
Podré vivir para vello!
¡Ay, que la sangre de Tello
Debe de pedir venganza!
¡Bien paga Alfonso en casarse
Una hazaña tan cruel!
Si faltó firmeza en él,
¿De quién pudiera esperarse?
Si Zelima á Estefanía
Predijo fortuna airada,
De madre tan desdichada
¿Qué dicha tener podia?
Yo muero. ¡Triste de mí,
Que pensé que Alfonso honrara
Mi sangre, y que no dejara
Burlado mi honor así!
Mas ¿cómo digo que muero?
Muerta estoy; y áun es forzoso,
Pues se casa el Rey mi esposo,
Y va á tratarlo Rugero.
¡Alfonso casado, y yo
Sin honra!

DOÑA HIPÓLITA.

Sancha, ¿qué es esto?

DOÑA SANCHA.

La desdicha en que me ha puesto
Fortuna, que me engañó.
No dudes, diréle al Rey,
Diré al mundo, diré al cielo
Que no hay verdad en el suelo,
Que no hay palabra ni ley.
¡Justicia, cielos!

DOÑA HIPÓLITA.

Advierte
Que es locura.

DOÑA SANCHA.

¿Quién lo niega?
¡Qué tarde á los tristes llega
El postrer mal, que es la muerte!

DOÑA HIPÓLITA.

¡Oh, nunca yo te contara
Lo que me dijo Ramiro!

DOÑA SANCHA.

¡Muérome!... Rabio, suspiro,
Abrásome!

DOÑA HIPÓLITA.

Escucha, pára.

DOÑA SANCHA.

Potencias del alma mia, [1]
. . . .
Sentidos del cuerpo mio,
Para tanto desvarío,
¡Todos me habeis engañado!
Yo me querello al Senado
Del tribunal del amor.
Entendimiento traidor,
Vos el primero habeis sido,
Que entender no habeis querido
Su discurso á la razon,
Que en seguir su inclinacion
Que debe la voluntad,
Adoró la majestad
De un Rey. Bien hizo, no hay duda;
Mas majestad que se muda,
¿Para qué la llamo así?
Quéjome tambien aquí
De la pertinaz memoria,
Porque me acuerda la historia
De tantos bienes pasados.
Sean luego castigados
Todos mis cinco sentidos:
Los primeros, los oidos
Que creyeron lo que oyeron.
Los ojos que á Alfonso vieron,
Ménos culpa merecieran,
Si al alma no le dijeran
Mil engaños conocidos.
Todos los demás sentidos
Entren en esta querella,
Y el alma misma sin ella.
¡Ay reliquias de mi amor!
Cielos, mirad por mi honor.
¿Sentencian? Sí, sentenciamos
Que por la culpa que hallamos
En sentidos y potencias,
Mueran con mil diferencias
De penas y celos hoy.
¡Oh, gracias á Dios que estoy
Sin sentido, y que podré
Vivir, donde no sabré
Si viva ó si muerta estoy!

ESCENA XII.

EL REY, DON RAMIRO, DON FORTUNIO. — DOÑA SANCHA, DOÑA HIPÓLITA.

REY.

¿Qué es esto!

DOÑA SANCHA.

No hay qué saber.
Yo soy, que he perdido el seso.
Si os parece gran suceso,
Pensad en que soy mujer.

REY.

Sancha, ¡tú de aquesta suerte!

DOÑA SANCHA.

Pues ¿cómo puedo yo estar,
Si vos os quereis casar,
Y á mí que me dén la muerte!

REY.

Detenedla.

DOÑA SANCHA.

¡Detener
Con tan justo sentimiento?
¡Oh, qué lindo pensamiento!
Pensad en que soy mujer.

REY.

¡Yo casarme? ¿Quién ha sido
Deste enredo el inventor?

DOÑA HIPÓLITA.

Ramiro.

REY.

¡Tú?

DON RAMIRO.

¿Yo, Señor!

DOÑA HIPÓLITA.

Tú lo has dicho ó lo has fingido.

DON RAMIRO.

Señor, pregunté á Rugero
A qué iba, y respondió
Que á casarte, y me pidió
Un retrato tuyo entero
Que en mi jardin visto habia.

REY.

¡Rugero me casa á mí!
Si él lo intenta, será así;
Mas será en su fantasía;
Que hasta ahora no he tenido,
Despues de mi casamiento,
Ni áun primero movimiento.

DOÑA SANCHA.

Todo lo tengo entendido.
¿Para qué es bueno engañarme?

REY.

Llevadla de aquí los dos.—
Ve tú con ella.

DOÑA SANCHA.

¡Por Dios,
Que he de ser Reina ó matarme!

REY.

Locura debe de ser.

DOÑA HIPÓLITA.

No te aflijas.

DON FORTUNIO.

No te mates.

DOÑA SANCHA.

Si os parecen disparates,
Pensad en que soy mujer.

(*Vanse.*)

—

Campo y camino, y á un lado una venta.

ESCENA XIII.

RUGERO, FERNANDO, TURIN.

RUGERO.

Aquí tendremos esta siesta.

DON FERNANDO.

Pienso,
Segun es la tristeza con que sales
De la imperial ciudad, centro de España,
Que te sirvo, Rugero, en que paremos.
Entra, Turin, y mira si mi gente
Apercebida la comida tiene.

TURIN.

Há poco que pararon; no es posible.
Mas yo sabré qué hay de la bucólica;
Que estas leguas famosas de la Mancha,
Me dieran hambre si comiera hierro.
¡Maldiga Dios, amén, el que las puso!

[1] Verso sin consonancia con los demás.

DON FERNANDO.

¿Cánsante mucho?

TURIN.

Son un poco angostas;
Mas ¡largas! no lo es tanto la Cuaresma,
Una noche de invierno á quien le duele
Alguna pierna, ó en la calle espera
Que hable algun amigo con su dama.

DON FERNANDO.

Cuando encarezcas una cosa larga,
Di una esperanza de palacio.

RUGERO.

Deja
Por tu vida, Fernando (pues te aviso
Por puntos), de tratarme desas cosas.

DON FERNANDO.

Sabiendo te ha pagado ingratamente
Alfonso, ¿es mucho que te diga?...

RUGERO.

Calla.
No me incites que diga mal de Alfonso.

DON FERNANDO.

Habla, por Dios; que soy amigo tuyo.

RUGERO.

Turin...

TURIN.

Señor...

RUGERO.

Descoge luego el lienzo.

TURIN. (*Descoge el retrato de Alfonso.*)
Vesle aquí descogido.

DON FERNANDO.

Pues ¿qué importa?

RUGERO.

Si es tan mal hecho hablar en una ausencia,
¿Quién será con un Rey libre en presencia?

DON FERNANDO.

Luego, si te reportas con miralle,
Y te sirve de freno este retrato
Para que dél no digas lo que sientes,
Algo tienes, Rugero, que decirle.

RUGERO.

El Rey está presente: no tratemos
Si el Rey fué ingrato ó no con mis servicios;
Que si una vara de justicia obliga
A obedecer á un Rey, mayor respeto
Merece su retrato.

DON FERNANDO.

Pues no puedo
Vencer tu discrecion y entendimiento,
No será justo que adelante pase.
Esta carta es del Rey.

RUGERO.

Pues ¿á qué efeto?

DON FERNANDO.

Coge ese lienzo tú, porque las cartas
Son para las ausencias. Toma y lee.

RUGERO.

En confusion me has puesto.

DON FERNANDO.

No la tengas;
Que no pienso que es cosa de importancia.

RUGERO.

¡Carta del Rey cuando me vuelvo á Francia!
(*Lee.*) «A mi servicio conviene que luego que don Fernando os dé esta carta, volvais con toda brevedad á Toledo, sin preguntar la causa.— *El Rey.*»
Toda la carta es de su letra.

DON FERNANDO.

Al punto
Nos hemos de volver.

RUGERO.

Aquí me manda
Que no os pregunte nada.

DON FERNANDO.

Ni supiera,
Rugero, responderos cosa alguna.

RUGERO.

Yo he sido tan leal al Rey de España,
Que aunque me pesa de volver, no puedo
Dejar de obedecerle.—Di que enfrenen.

TURIN.

¿Enfrene un turco. ¡Sin comer! ¿Qué es esto?
No sólo el Rey no da que un hombre coma,
Sino que aquí nos quita la comida.
¡Vive el de Francia que se han de ir, si quieren,
Y que me he de comer cuanto hay guisado,
Brindando á la salud del cocinero!

RUGERO.

No repliques, Turin: ponte á caballo.

TURIN.

En la mesa, por Dios, pienso ponerme,
Porque el mejor caballo es de madera;
La jineta, la brida y los borrenes
En una silla de respaldo.

RUGERO.

Acaba.

TURIN.

¿De comer, ó de qué?

RUGERO.

¿Qué será aquesto!

DON FERNANDO.

No temas nada.

RUGERO.

En confusion me ha puesto.

(*Vanse*)

—

Sala en el Alcázar.

ESCENA XIV.

EL REY DON ALFONSO, EL REY DORAICEL, DON RAMIRO, DON IÑIGO; MOROS, *uno con un cofrecillo.*

DORAICEL.

De tu liberalidad
Quedo muy agradecido;
Porque el darme libertad
Más que el vencerme ha tenido
De gloria y de majestad.
Ese cofre, en que el tesoro
Que tengo de plata y oro
He recogido, te doy;
Y será, pues tuyo soy,
Feudo de un Príncipe moro.
Acétale, gran Señor,
Pues para rescate sobra
Deste mi humilde valor;
Aunque ya es grande, pues cobra
Por dueño un Emperador.
Todos los años en párias
Tendrás de colores várias
Diez caballos, que en aliento
Desafiaran al viento,
Si fueran cosas contrarias.
Perdona, y dame licencia;
Que como ha sido prision,
Desean ver mi presencia
Mi esposa y hijos, que son
Las espuelas del ausencia.

REY.

Doraicel, en más estimo
Tu amistad que este rescate.

DORAICEL.

Esas razones imprimo
En el alma, y á que os trate
Con esta amistad me animo.
Las villas que habeis ganado
Al juego, os entregaré,
O á quien vos las hayais dado.

REY.

Dios te reduzga á su fe.

DORAICEL.

Alá prospere tu estado.
(*Vanse Doraicel y los moros y dejan el cofrecillo.*)

ESCENA XV.

EL REY, DON RAMIRO, DON IÑIGO.

REY.

Ramiro...

DON RAMIRO.

Señor...

REY.

Advierte:
¿Ves este cofre?

DON RAMIRO.

Muy bien.

REY.

Haz luego que desta suerte
Otro en palacio te dén,
Tan bien labrado y tan fuerte;
Y si no le hubiere así
(Que yo pienso que le habrá),
Hágaule luego.

DON RAMIRO.

Voy. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL REY, DON IÑIGO.

REY.

Di,
Iñigo, ¿en qué estado está
Sancha?

DON IÑIGO.

Está fuera de sí.

REY.

Luego ¿crece aquel furor?

DON IÑIGO.

¿No sabes que en los discretos
Suele con este furor
Hacer sus locos efetos
Esto que llaman amor?

REY.

¿Cómo le daré á entender
Que el frances no va á tratar
Mis bodas?

DON IÑIGO.

Con solo hacer
Que vuelva, á desengañar
Los celos de una mujer.
Y para cuando lo intentes,
Ten prevenido el casalla
Primero, y vivan ausentes
Adonde el desengañalla
Modere los accidentes.

REY.

Bien me aconsejas. Yo haré
Que llamen luego á Rugero.

DON IÑIGO.

Si tú lo mandas, yo iré.

REY.

Con su desengaño espero
Que doña Sancha lo esté.

ESCENA XVII.

DON FERNANDO. — EL REY, DON ÍÑIGO.

DON FERNANDO.
Dame esos piés.
REY.
¡Oh Fernando!
¿Qué buena venida es esta?
¿Viene Rugero?
DON FERNANDO.
Aquí viene:
Ya de la posta se apea;
Que yo quise adelantarme,
Por darte de todo cuenta.
REY.
Cuéntame, Fernando, el caso;
Que tengo el alma suspensa.
DON FERNANDO.
Con poca ocasion, Señor,
Quise que diese la vuelta,
Por verle tan advertido
En hablar bien en tu ausencia:
Para lo cual el frances,
Que como á Rey te respeta,
Y como á Señor te quiere...
REY.
Prosigue, no te detengas.
DON FERNANDO.
Llevaba un lienzo ó retrato,
Para que cuando la pena
De ver que no le has pagado,
Le obligase á alguna queja,
Con descogerle y mirarte
(Como si vivo te viera)
El sombrero te quitara,
Y te hiciese reverencia.
Pero al pasar un arroyo
Que estaba al pié de una venta,
El caballo que le diste,
Como es costumbre en las bestias,
Paró á lo que suelen todas;
Y el dijo desta manera:
«Bien pareces á tu dueño,
Que das agua á quien la lleva,
Habiendo en todo el camino
Pasado arenas tan secas.»
Parecióme al apearnos
Que eran razones aquellas
En que el pecho descubria,
Y el fuego por las centellas.
Dí tu carta, y luego al punto,
Poniéndola en la cabeza,
Besó la firma y partimos.
Si ha de entrar, ya está en la puerta.

ESCENA XVIII.

RUGERO, TURIN. — DICHOS.

RUGERO.
Beso á tu alteza los piés.
REY.
¡Oh Rugero! Bien venido.
¿Vienes cansado?
RUGERO.
Si ha sido
Servirte, descanso es.
Mas ¿cómo, Señor, mandaste
Que vuelva?
REY.
Por un engaño;
Que solo este desengaño,
Cuando te fuiste, dejaste.
Que á negocios mios ibas,
Dijiste á Ramiro.
RUGERO.
Fué
Por disimular.
REY.
Ya sé
Tu intento.
RUGERO.
Este fué, así vivas.
REY.
Esto, y llevar mi retrato,
Le puso en el pensamiento
Que á tratar mi casamiento,
Cosa que ahora no trato,
Ibas á Francia, Rugero.
Díjolo á Hipólita, y ella
A Sancha, y ha sido en ella
Este accidente tan fiero,
Que ha perdido el seso.
RUGERO.
¡Ay cielos!
REY.
Para cuyo desengaño
Te he llamado.
RUGERO.
¡Enredo extraño!
REY.
Sosiega, por Dios, sus celos.—
Vayan por ella. (*Vase Don Íñigo*)
RUGERO.
Señor,
Yo no tuve en eso culpa.
REY.
A doña Sancha disculpa,
Rugero, el pasado amor;
Que, supuesto que es pasado,
No tengo más que decirte.
RUGERO.
¿En qué acertará á servirte
Un hombre tan desdichado!
TURIN.
¡Para aquesto nos llamaron!
¿Hay impertinencia igual?
¿No basta el pagarnos mal,
Que aun unos no nos dejaron!

ESCENA XIX.

DOÑA SANCHA, DOÑA HIPOLITA, DOÑA MARCELA, DOÑA CLARA — EL REY, RUGERO, DON FERNANDO, TURIN.

DOÑA SANCHA.
¿Qué me quiere Alfonso á mí?
DOÑA HIPÓLITA.
Desengañarte pretende.
DOÑA SANCHA.
Con engaños no me ofende,
Y con desengaños sí.
REY.
Sancha, para que no creas
Lo que dices que hacer quiero,
Ves, aquí vuelve Rugero
Para que le hables y veas.
Dél te informa.
DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)
¡Ay cielo santo!
¡Rugero aquí?
DOÑA SANCHA.
Si mi pena
Fué justa, si un alma llena
De amor se enloquece tanto,
No lo juzgues tú, Señor,
Pues ya mi amor olvidaste;
Ni tú, pues que te ausentaste,
Rugero, teniendo amor:
Júzguelo quien sabe amar.
Mas pues verte causa ha sido
De haber cobrado el sentido;
Antes que me vuelva á dar
Otra ocasion como aquesta
Otro accidente y furor,
Dame licencia, Señor,
Pues yo me siento dispuesta,
Que en las Huelgas me recoja
De Búrgos, porque es mi intento
No aguardar que un casamiento
Tuyo al descuido me coja.
La tabla quiero poner
De la tormenta del mar
De amor en aquel lugar,
Porque mi templo ha de ser.
No tengo que encomendarte
A Estefanía, pues es
Tu hija. Dame tus piés.
REY.
Mil veces quiero abrazarte.
¿Quién sino tú se supiera
Valer de su discrecion?
Fia de mi obligacion,
Y en tu intento persevera;
Que haré lo que tú verás.

ESCENA XX.

DON RAMIRO, DOS CRIADOS *con dos cofrecillos muy parecidos.* — DICHOS.

DON RAMIRO.
Los cofres están aquí.
REY.
¿Traes las llaves?
DON RAMIRO.
Señor, sí:
Las llaves y lo demas.
REY.
Ponlos sobre aquella mesa.
DON RAMIRO.
Ya, Señor, puestos están.
RUGERO.
Recelos, Turin, me dan; (*Ap. él.*)
De haber venido me pesa.
REY.
Rugero, cuando veniste
A España, bien se me acuerda
Que en esta misma ciudad
Me viste la vez primera.
Traté de honrarte, Rugero;
Y en la paz como en la guerra,
Con los cargos que tú sabes,
Tu espada estimé y tus letras;
Y agora en la misma quiero
Que, como es razon, adviertas
Que el premio de tus servicios,
Que mi obligacion confiesa,
No ha estado de parte mia;
Que mil veces, que quisiera
Premiarte, no dió lugar
Alguna virtud secreta.
Mas para que no te quejes
Deste Rey, y España sepa
Que ha sido la culpa tuya
(Digo, de tu mala estrella);
Porque á Francia no te vayas,
Y allá de mí tengas queja,
Toma de aquestos dos cofres
El que mejor te parezca;
Que para poder pagarte,
Están llenos de riquezas.
Y porque á Hipólita estimas
Te la quiero dar, si aciertas
En el que tiene su nombre [1],

[1] No ha dicho el Rey que escriban en el un cofre el nombre de Hipólita: ha de faltar algun trozo al principio de esta escena ó en otra.

Que está escrito en la cubierta.
Rugero, escoge. — ¿Qué miras!

RUGERO.

Heróico Señor, no quiera
El cielo que de Rugero
Queja de interes se entienda.
Quéjome de mi desdicha,
Por cuya mala influencia
No me habeis hecho merced.

REY.

Por esto ó por eso sea,
Hoy sabrás y hoy sabré yo
Cuya fué la culpa. Llega.
Escoge á Hipólita: mira
Cuál destos dos te contenta.

RUGERO.

Señor...

REY.

No hay que replicar.

TURIN.

Acaba, ó á mí me deja.

RUGERO.

Tú ¿qué tomaras?

TURIN.

Los dos.

RUGERO.

¿Quieres que su peso vea?

REY.

¿Para qué? Llega y escoge.

RUGERO.

Haréle, porque me fuerzas.
Este escojo.

REY.

Abre, Ramiro.

DON RAMIRO.

No hay nada dentro.

REY.

¿Qué esperas
Más de tu mala fortuna,
Pues por ti la culpa queda?
Abrid esotro.

DON RAMIRO.

Este tiene
Joyas... diamantes, cadenas...
Valor infinito, en fin.

REY.

Y ¿qué más en la cubierta?

DON RAMIRO.

Hipólita dice aquí.

REY.

Con esto verás de cerca
Que no dió el caballo el agua
Al agua, y no en el arena,
Sino porque le obligó
Secreta naturaleza:
Y así me obligó contigo
Algun opuesto planeta
Que tu nacimiento tiene.
Mas porque entiendas y veas
Que puede más mi valor
Que el rigor de tus estrellas,
Hipólita sea tu esposa,
Y ese cofre el dote sea,
Donde te aseguro que hay
Lo mejor de mi riqueza.
Dale la mano.

RUGERO.

Las tuyas
Beso mil veces.

REY.

Marcela
Sea esposa de Fernando.

DON FERNANDO.

¡Qué bien mis servicios premias!

REY.

Ramiro goce de Clara.

TURIN.

Para mí ¿no hay una yema?

REY.

Alcaide te hago, Turin,
De todas las cuatro puertas
Desta famosa ciudad.

TURIN.

Halles las del cielo abiertas.
Aquí, Senado, se acaba
El servir con mala estrella.

SERVIR A SEÑOR DISCRETO.

PERSONAS.

DON PEDRO.	ELVIRA.	FINARDO.	INÉS
DOÑA LEONOR.	FELIPA.	CELIO.	ROSARDO.
EL CONDE DE PALMA.	SEVERO.	GERARDO.	ESTÉVAN.
DON FERNANDO.	LUDOVICO.	LISENO.	UN NOTARIO.
DON SILVESTRE.	LICISO.	OTAVIO.	CRIADOS.
DON DIEGO DE LA CERDA.	LIRANZO.	FABIO.	MÚSICOS.
GIRON.	ROSALES.	ARNALDO.	BAILARINES.

La escena es en Sevilla, en Córdoba y Madrid.

ACTO PRIMERO.

Una calle de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.

Para alabar á Sevilla,
Deja su Contratacion
Y cuanto encierra, Giron,
De Guadalquivir la orilla.
Deja la Torre del Oro,
Y aquellos barcos de plata
En que el indio mar desata
Su más precioso tesoro.
Deja la hermosa Aduana
Y la puente que en su orilla,
Para alcanzar á Sevilla,
Sirve de brazo á Triana.
Deja sus puertas y hermosos
Edificios, y sus muros
Altos, del tiempo seguros,
Y del agua temerosos.
Deja su famosa Iglesia
Y templo tan soberano,
Que se le rinde el de Jano
Y la maravilla Efesia.
Deja sus plazas, teatros
De grandeza y de sustento,
Su Cabildo y Regimiento,
Jurados y veinticuatros.
Deja su insigne Alameda,
Su diversidad de calles,
Sus hermosuras, sus talles,
Donde con envidia queda
Toda Europa; y sólo alaba,
Giron, á doña Leonor,
A quien ha dado el amor
Su fuego, flechas y aljaba;
Porque con esto dirás
Lo que hay en Sevilla sólo,
Que es Reina de polo á polo
Con esta prenda no más.

GIRON.

Más para vituperalla,
Si algun mal gusto quisiera,
Sólo nombralla me altera,
Porque tiemblo de nombralla.
De todo el mundo, Señor,
Es Sevilla Reina bella,
Como no estuviera en ella,
Tan bella, doña Leonor.
Yo confieso su hermosura;
Mas confieso nuestro daño,
Y que te lleva un engaño
A perdicion y locura.
¡Nunca vinieras acá!

DON PEDRO.

¡Maldiga Dios tu mal gusto!

GIRON.

Gusto, Señor, que es injusto,
Malo por fuerza será.
No te obligan las verdades:
De desengaños te admiras;
Que á lisonjas y mentiras
Más presto te persüades.
Estamos gastando aquí
Lo que tú no has trabajado,
Y ¡quieres ser alabado
De que te pierdes ansí!

DON PEDRO.

Ahora, ven acá, Giron:
Pues que vienes tan preciado
De consejero en mi estado,
Pongamos esto en razon.

GIRON.

Pongamos enhorabuena.

DON PEDRO.

Yo naci en Madrid...

GIRON.

Verdad.

DON PEDRO.

De mediana calidad.

GIRON.

Sangre tiene cualquier vena,
Y todas son coloradas.

DON PEDRO.

Hidalgo soy; que no quiero
Decir que soy caballero.

GIRON.

Con esa humildad me agradas:
Y sabe que la nobleza
Está en la limpia hidalguía;
Que lo que es caballería,
Más consiste en la riqueza.
Caballero se deriva
De caballo; que este nombre
Le ha dado el caballo al hombre:
Mira ¡en qué principio estriba!

DON PEDRO.

Murieron mis padres.

GIRON.

Ya
Tus padres murieron.

DON PEDRO.

Yo
Heredé su hacienda.

GIRON.

No
Para consumirla acá.

DON PEDRO.

Salir quise á ver el mundo;
Que no era doncella.

GIRON.

Bien.

DON PEDRO.

Y tú dijiste tambien
Que en justa razon me fundo.

GIRON.

Confieso.

DON PEDRO.

Vine á Sevilla.

GIRON.

Veniste.

DON PEDRO.

¿Fueron á honrados
Pensamientos los ducados
Que traje de mi haciendilla?

GIRON.

Fueron.

DON PEDRO.

Y el haber dejado
El hábito estudiantesco
Por este galan y fresco,
¿Fué acertado?

GIRON.

Fué acertado.

DON PEDRO.

Vi un dia á doña Leonor.

GIRON.

Vístela.

DON PEDRO.

Quísela bien...

GIRON.

Quisístela.

DON PEDRO.

Que tambien
Es afecto propio amor.

GIRON.

Concedo, pues no volvemos
A las pasadas sotanas.

DON PEDRO.

No son esperanzas vanas
Que el casamiento intentemos
De una mujer principal
Y tan rica.

GIRON.

Bueno fuera,
Si cosa posible fuera,
Y que no te estaba mal.

DON PEDRO.

Si me hubiera enamorado
De una ramera cruel,
Destas de plata y dosel,
Cama dorada y estrado,
Que me fuera consumiendo
El dinero y la salud,
Malo; pero ¿no es virtud
Amar, Giron, si pretendo
Casarme?

GIRON.

Tan declarado
Nunca yo te pensé ver.
Ella es gallarda mujer,
Su padre un indiano honrado.
Pero solo y extranjero,
¿Cómo piensas negociar?

DON PEDRO.

Por papel y por mirar,
Por hablar y por dinero.
El hombre que viene aqui,
Este pleito solicita.

GIRON.

Amor los pleitos imita.

DON PEDRO.

Aqueste aboga por mí.

GIRON.

Y por ti podrá bogar,
Si le conocen la flor.

ESCENA II.

LUDOVICO.—DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.

¿Qué hay, Ludovico?

LUDOVICO.

Señor,
Albricias me puedes dar.

DON PEDRO.

¿Respondió?

LUDOVICO.

Pues ¿no lo ves?

DON PEDRO.

Cincuenta escudos te doy
En esta bolsa.

LUDOVICO.

Ya estoy,
Por tal merced, á tus piés.
Bien se conoce quién eres
En tu generosidad.

DON PEDRO.

La mayor dificultad
De conquistar las mujeres
Está en el atrevimiento.
Leo el papel.

GIRON.

Ya le aguardo.

DON PEDRO.

Escribile, á lo gallardo,
Muy cortés mi pensamiento.
Paréceme que tenemos
Mujer que llevar allá. (*Abrele.*)

GIRON.

El papel nos lo dirá.

DON PEDRO.

¿Qué camino llevaremos?
(*Lee.*) «O no supistes mi calidad, como extranjero, ó debeis de ser loco: si entendiera que la sabíades, os hiciera matar; y porque os tengo por lo que os digo, os respondo ansí, con avisaros de que lo haré si proseguís.»

GIRON.

¿Qué te parece!

DON PEDRO.

No eres
Mujer en esta crueldad.

GIRON.

La mayor dificultad
De conquistar las mujeres
Está en el atrevimiento.

DON PEDRO.

¿Qué quieres? La muerte aguardo.

GIRON.

Escribile, á lo gallardo,
Muy cortés mi pensamiento.

DON PEDRO.

¡Linda respuesta me da!
Tiempo en Sevilla perdemos.

GIRON.

Paréceme que tenemos
Mujer que llevar allá.
¿No le podremos quitar
Los escudos al señor?

DON PEDRO.

Templado se me ha el amor.

GIRON.

Debes de querer cantar.

DON PEDRO.

¿Qué he de hacer?

GIRON.

No hacer extremos.

DON PEDRO.

Hoy dejamos á Sevilla,
Y partimos á Castilla.

GIRON.

¿Qué camino llevaremos?

DON PEDRO.

No te burles ¡pesia tal!
Que estoy perdiendo el júicio.

LUDOVICO.

Yo estoy sin él.

DON PEDRO.

Vuestro oficio
No fué por hacerme mal:
Las mismas gracias os doy.
Si viéredes algun dia
La cruel señora mia,
Decilde cuán suyo soy;
Y que soy un caballero,
Deudo (mire si se engaña)
De cuanto hay bueno en España:
Pacheco, Puerto Carrero,
Guzmán, Toledo y Mendoza;
Que tengo ocho mil ducados
De renta, calificados
Mejor que los que ella goza
Sobre tablas de navíos
De su indiano mercader;
Que tal fué su proceder
En aquestos desvaríos;
Que si ella mi casa viera
En Madrid, y áun mis vasallos,
Criados, coches y caballos,
Sospecho que enmudeciera...
Y que hoy me voy á Castilla.

LUDOVICO.

Así todo lo diré;
Que le ha de pesar, á fe,
Si os ve salir de Sevilla. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PEDRO, GIRON.

GIRON.

¡Estás loco!

DON PEDRO.

¿Es porque digo
Que soy esto que no soy?
Pues ¿qué importa, si me voy?
¿Llévola á Madrid conmigo?
¿Ha de saber más de mí,
Ni que soy un gentil-hombre,
Que allá apénas tengo nombre?

GIRON.

Bien has hecho, y quede así.

DON PEDRO.

Demas que los casamientos
Las más veces van fundados
En ir todos engañados
En cuentos y en fingimientos.
Verás un dote famoso
Que como sal se deshace,
Si el casamiento se hace:
Verás un marido honroso,
Y despues sin calidad;
Porque no hay mercaduría,
Donde se engaña y se fia,
En que haya más falsedad.

GIRON.

Ahora bien, hasta aquí he sido,
Don Pedro, de parecer
Que te debieras volver;
Ya lo contrario te pido,
Y déjame á mí tentar
Este vado, si es tu gusto.

DON PEDRO.

Todo el pasado disgusto
Me obligas á perdonar.
¡Ay, Giron! No la riqueza
De doña Leonor me obliga:
¿Quieres que verdad te diga?
Obligame su belleza.
Muerto habias de llevarme
Por esa Sierra-Morena.

GIRON.

Pues quedo, y no te dé pena;
Que yo quiero aventurarme.
Has de saber que esta dama
Tiene una cierta esclavilla,
Mulata, y no de Sevilla,
Porque ser indiana es fama.
Con esta sus cosas trata,
Y esta la puerta ha de ser
Para entrar á esta mujer.

DON PEDRO.

¡Mulata, Giron?

GIRON.

Mulata,
De quien estoy informado
Que corta en el aire un pelo,
Y que del libro del duelo
Tiene ya su borla y grado.

DON PEDRO.

Y ¿esa podrás conquistar?

GIRON.

Más fácil, porque es discreta.

DON PEDRO.

Pues ¿cómo!

GIRON.

Como prometa...
Mas no te quiero contar
El modo que he de tener.
Ven conmigo, y verás presto
De lo que sirve haber puesto
La mira en esta mujer.

DON PEDRO.

Pues como amor me despache
Por esa mulata, á ejemplo
De otros, colgaré en su templo
Una imágen de azabache.

(*Vanse.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR; ELVIRA, *con delantal blanco y sus llaves al lado.*

ELVIRA.

De mal gusto me pareces.

DOÑA LEONOR.

Digo que confieso el talle;
Mas que no quiero acetalle
Por lo que tú le encareces.

ELVIRA.

En tu vida pienso yo
Que te casarás.

DOÑA LEONOR.

¿Qué quieres?
Soy cual las demas mujeres;
Pero en el casarme, no.

ELVIRA.

¿Qué tiene aqueste don Pedro,
Que le respondiste así?

DOÑA LEONOR.

El no me agradar á mí.

ELVIRA.

Pues ¿hay en limon ó en cedro
Algun pimpollo de flores
De abierto y blanco azahar
A que se pueda igualar?

DOÑA LEONOR.

Elvira, no me enamores
Con gracias imaginadas,
La lengua haciendo pincel.

ELVIRA.

Pensarás que tengo dél
Ricas albricias ganadas:
Pues en verdad que me obligan
Deseos de tu remedio.

DOÑA LEONOR.

Cuando fuera el mejor medio
Que estos amores me digan
Para venirme á casar,
¿Es bueno que un caballero,
En Sevilla forastero,
Me venga, hermana, á engañar?

ELVIRA.

Cuando eso llegase á efeto,
¿Tan á escuras ha de ser?
Informacion ha de haber.

DOÑA LEONOR.

Que me cansas te prometo.
Vete á jabonar, mulata.

ELVIRA.

¡No sabes lo que es amor
Tú!

DOÑA LEONOR.

Por vida de Leonor,
Que te han dado alguna plata.
¿Qué te han comprado, Elvirilla,
En Cal de Francos?

ELVIRA.

¿A mí!
Un mes há que no salí,
Sino es á misa, en Sevilla.
Por ahí veo pasar
Ese mozo... pisa bien...
—Soy yo tentada tambien
Desto de brio y pisar.—
Vile una daguita al lado,
Buen cuerpo, sombrero á orza,
El cuello como una alcorza,
El bigote cultivado...
Aunque le comienza á hilar;
Que habrá poco que salió.—
Los ojos arriba alzó,
El talle á medio parar...
Yo estaba en la celosía,
Cuadróme y dije entre mí:
«Entraréis, si hablais ansí,
Por esa puerta algun dia.»

DOÑA LEONOR.

Fué profecía muy vana.

ELVIRA.

¡Ea, leona de parto!
Pues maje Elvirilla esparto
A la puerta de Triana,
Si enfada á vuesamerced
Que su mulata le diga
Desto de amor.

DOÑA LEONOR.

¡Que prosiga
Esta necia!

ELVIRA.

Por merced,
Que se humane tantitito,
Y muéstreme el corazon.

ESCENA V.

DON FERNANDO, LUDOVICO.—DOÑA LEONOR, ELVIRA.

DON FERNANDO.

Su remedio, que es razon,
Ludovico, solicito.

DOÑA LEONOR.

Mi padre.

DON FERNANDO.

Leonor...

DOÑA LEONOR.

Señor...

ELVIRA.

Yo voy á mi jabonado. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON FERNANDO, DOÑA LEONOR, LUDOVICO.

DON FERNANDO.

Yo trato de darte estado,
Porque ya es tiempo, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Aquí, Señor, me tienes, como hechura
Desas manos, que beso dos mil veces.

DON FERNANDO.

Leonor, tú tienes gracia y hermosura;
Hacienda tengo yo: muéstrate al cielo
Por tanto beneficio agradecida.

DOÑA LEONOR.

Tú sabes mi humildad, como él mi celo.

DON FERNANDO.

Hoy vendrá á verte don Silvestre, un hombre
Señor de tres navíos: no le alabo,
Pues le has de ver, de mozo y gentilhombre.
Es á mi gusto: pienso que esto basta,
Porque sé que tambien lo será tuyo.

DOÑA LEONOR.

¿Qué libertad á la razon contrasta?

DON FERNANDO.

Ponte gallarda; que si le hallo agora
En Gradas, como suelo, vendrá á verte,
O iremos á buscarle adonde mora.

DOÑA LEONOR.

Bien estoy desta suerte.

DON FERNANDO.

Yo confío
Que harás mi gusto, pues le tengo desto.

DOÑA LEONOR.

Ya te he dicho, Señor, que el tuyo es mio.

DON FERNANDO.

Diez mil ducados á tu dote añado
Por sola esa palabra. Vamos luego.

LUDOVICO.

El parabien te doy.

DOÑA LEONOR.

Si dél me agrado.

LUDOVICO.

Sí harás; que el casamiento siempre es ciego.

(*Vanse Don Fernando y Ludovico.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR.

Camina por el mar sin senda alguna
El navegante; y siendo campo incierto,
Viene la nave como flecha al puerto,
Si no es que la contrasta la fortuna.
La sierra más helada é importuna,
Que no deja en la nieve paso abierto,
La tabla del más áspero desierto
No niega el pueblo en ocasion ninguna.
Entre en el mar el que á surcarle viene
Y tenga por la tierra atrevimiento
El que su hacienda en tierra ó mar previene;
Pero como este mar del casamiento
La muerte sola por posada tiene,
Es mucha discrecion entrar con tiento.

ESCENA VIII.

ELVIRA.—DOÑA LEONOR.

ELVIRA.

¿Qué es esto que, así de paso,
Ludovico me contó!

DOÑA LEONOR.

¡Ay, Elvira! ¿qué sé yo?

ELVIRA.

¿Qué tenemos?

DOÑA LEONOR.

Que me caso.

ELVIRA.

¿Ya te casas!

DOÑA LEONOR.

Y que viene
A vistas el novio á casa.

ELVIRA.

¿Quién te casa?

DOÑA LEONOR.

Quien me casa,
Libertad y poder tiene.
Mi padre me ha dicho aquí
Que á decir sí me prevenga;
Y basta que él gusto tenga,
Para que le dé por mí.

ELVIRA.

¿Si es el mismo caballero?...

DOÑA LEONOR.

No; que aqueste es capitan
De tres naves.

ELVIRA.

Y ¿es galan?

DOÑA LEONOR.

No le he visto; verle espero.
Voy, Elvira, á consultar
Sólo un instante el espejo;
Que he menester su consejo
Para acertarme á casar.

ELVIRA.

Ponte un poco de salud;
Aunque la vergüenza hará
Su oficio; que luego está
En el rostro su inquietud.

Da otra capa de jazmin
A la de aquesta mañana,
Porque asiente bien la grana
Del granadino carmin.
Ensaya en él qué manera
De rostro te estará bien,
Y sea conforme á quien
Verte y cautivarte espera.
Si te agradare risueño,
Mira afable, y si te enfada,
Triste: que si no te agrada,
Despídase de tu dueño.
Si fuere muy desigual,
Abre los ojos así,
Para que conozca en tí
Que te ha parecido mal.
Y si fuere pica seca,
Destos de gala en pelota,
Pon un rostro de chacota,
Que es risa falsa con mueca.

DOÑA LEONOR.

Y ¿eso tengo de ensayar
En el espejo?

ELVIRA.

Pues ¿no?
Señor una vez contó
Que ántes que saliese á hablar
En público un orador
De Grecia, enfrente colgaba
Un espejo, en que miraba
Qué efeto seria mejor.

ESCENA IX.

GIRON. — DOÑA LEONOR, ELVIRA.

GIRON. (*Dentro.*)

¿Quién compra la obra nueva
Recien impresa y famosa,
Della verso y della prosa?
¿Quién la compra? ¿quién la lleva?

DOÑA LEONOR.

¡Obra nueva! ¿Qué es aquello?

ELVIRA.

¡Ay, señora! ¿entrará acá?

DOÑA LEONOR.

Éntre á ver lo que será;
Que poco se pierde en ello.

ELVIRA.

¡Hola, mozo!

GIRON. (*Dentro.*)

¿Quién me llama?

ELVIRA.

Entrad.

(*Sale Giron.*)

DOÑA LEONOR.

¿Qué es lo que vendeis?

GIRON.

Estas coplas ¿no las veis?
Y de un poeta de fama.

DOÑA LEONOR.

¡Coplas! Pensé que traia
Puntas de Flándes y Holandas.

GIRON.

Ni sé de puntas ni bandas,
Porque yo trato en poesía.

DOÑA LEONOR.

¿Véndese ya?

GIRON.

Por nosotros.

DOÑA LEONOR.

¿Los versos!

GIRON.

Si satisfacen.

DOÑA LEONOR.

¿Cierto?

GIRON.

Y áun los que los hacen
Se venden unos á otros.

DOÑA LEONOR.

¿De qué trata ese papel?

GIRON.

Cinco elogios milagrosos
De capitanes famosos
Vienen escritos en él.
Es el primero el origen
De los antiguos Bazanes,
Que se llamaron Bastanes.

DOÑA LEONOR.

El mar justamente rigen.

GIRON.

El segundo, cómo fué
La ocasion de aquella tabla
De ajedrez, donde se entabla
Este blason, y porqué
El Rey Abarca le dió,
Y en contraditorio juicio,
Para mayor beneficio,
El nuestro le confirmó;
Que á su Rey dió libertad
Aquel Bastan de quien vienen,
Y por él las armas tienen,
Que es notable autoridad.
El tercero es la vitoria
De mar, y el frances estrago
Que hizo el dia de Santiago
Don Alvaro, cuya gloria
No la callará la fama.

DOÑA LEONOR.

Y don Alvaro ¿quién es?

GIRON.

Padre del primer Marqués
De Santa Cruz.

DOÑA LEONOR.

Esa rama
De tal tronco justamente
A honrar á España salió.

GIRON.

Dél es el cuarto á quien yo,
Si entendiera de la fuente
Desto que llaman Pegaso,
Mil alabanzas hiciera.
Trata lo de la Tercera,
Digno sujeto de un Tasso;
Que España es falta de plumas,
Aunque no de presunciones.
Por quinto destos varones,
Aunque primero en las sumas
De tan ilustres vitorias,
Está el Marqués que ahora vive,
A quien España apercibe
Laureles, palmas y glorias.

ELVIRA.

Señora, si es un mancebo
Que vimos en Portugal,
Es un águila real
Que mira el rostro de Febo.
Di, por tu vida, que diga
Los versos que escriben dél.

DOÑA LEONOR.

Leed, amigo, el papel.

GIRON.

Oid.

DOÑA LEONOR.

Su valor obliga.

GIRON. (*Lee.*)

«Cante mi lira tu gloria,
»Gran Marqués de Santa Cruz,
»Pues de la fama eres luz,
»Y de los tiempos historia.
»En tí vive la memoria
»De tu padre soberano;
»Que entre la suya y tu mano
»Tal diferencia lo es,
»Que á él le tembló el frances,
»Y á tí el bárbaro africano.

DOÑA LEONOR.

¡Buena para ser de ciego!

GIRON.

Escuchad por vida mía,
Veréis ¡qué linda poesía
Para ser de un hombre lego!
(*Lee.*) «Como Felipe Tercero
»Tu gran valor conoció,
»Al África desterró
»De España al morisco fiero.
»Con los que tuvo primero,
»Rendida á tus plantas viene:
»Y ansí, ocuparla conviene
»Con los que se van de aquí;
»Que son pocos para tí
»Todos los moros que tiene.»

DOÑA LEONOR.

¡Bien pensado!

ELVIRA.

Yo te juro
Que es notable aqueste ciego.

ESCENA X.

LUDOVICO. — DOÑA LEONOR, ELVIRA, GIRON.

LUDOVICO.

Señor te manda que luego
Entres á verle.

DOÑA LEONOR.

Procuro
Obedecer á Señor,
A costa de mi vergüenza.

LUDOVICO. (*A Elvira.*)

¿Es esto bodas?

ELVIRA.

Comienza
La fama por el rumor.

(*Vanse Doña Leonor y Ludovico.*)

ESCENA XI.

ELVIRA, GIRON.

ELVIRA.

Prosiga, por vida mia,
Aunque mi ama se vaya,
Porque gastaré la saya
Por lo que llaman poesía.
Remátome en viendo versos.

GIRON.

Arguye gran discrecion,
Cuando los versos no son
De los que llaman perversos.

ELVIRA.

¿Es él el componedor?

GIRON.

Estoy por decir que sí.

ELVIRA.

¿Quiere componerme á mí
Algunas cosas de amor?

GIRON.

(*Ap.* ¡Buena ocasion se me ofrece!)
No sé por dónde me atreva.

ELVIRA.

Tendrálo por cosa nueva;
Dirá que se desvanece
A versos una mulata.
Pues yo tengo por muy bueno
Mi color, porque el moreno
Dicen que á los hombres mata.

GIRON.

Tú me has muerto de manera,

Morena de aquestos ojos,
Que á remediar mis enojos,
Inmortal tu fama hiciera.
Por loarte consultara
A las musas de Etiopía,
Porque fuera cosa impropia
Que las de España invocara.
No soy el hombre que ves;
Que como me ves aquí,
Sólo viniera por tí,
Que eres de mis versos piés.

ELVIRA.

Oigo decir que á poetas
Suele venirles furor,
Y más en cosas de amor,
Por ciertas causas secretas.

GIRON.

Dicen los libros verdad.

ELVIRA.

Y áun un médico decia
Que era esta negra poesía
Especie de enfermedad.
Sarna, dijo, á lo divino,
Que de uno en otro se pega,
Porque se rasca y se estriega,
Y es todo un puro veneno.
Dígame, señor poeta,
¿Por mí ha hecho esta invencion?

GIRON.

Y por más alta ocasion,
Que tiene un alma sujeta.
Yo soy, morena, criado
De don Pedro, aquel galan
A quien los desdenes dan
De doña Leonor cuidado;
Y tú me le das á mí:
De suerte que por los dos
Vengo, como sabe Dios,
Con tanta vergüenza aquí.
Esto ha sido la poesía.
Tu eres, morena, discreta...
—Detente. ¿Qué te inquieta?
Hazla suya y serás mia.
Dale, Elvira, este papel
Y este collar de diamantes,
A su pecho semejantes,
Como en la firmeza á él.
Es don Pedro un caballero
De lo mejor de Madrid;
Su sangre viene del Cid,
De sus armas su dinero;
Que sus padres conquistaron
Vasallos que se le dan,
Que en esa montaña están,
Donde sus lanzas llegaron.
Él vino á ver á Sevilla
Por gusto; mas quiso amor
Que viese á doña Leonor,
Para volver á Castilla
Casado, si tú quisieres,
Y yo contigo; que allá
Nos casaremos, si ya
Como te quiero me quieres.
Dueños seremos los dos
De su hacienda.

ELVIRA.

Tente, espera;
Que he sido buena tercera
Para don Pedro, por Dios;
Sino que aquesta mi ama
Tiene proprio proceder
De mujer, que ha de querer,
Porque al principio desama.
La respuesta fué rigor;
Mas si don Pedro es discreto,
Verá que el primer efeto
De un desden es mucho amor.
Hay mujeres como potros,
Que rehusan la carrera;
Pero en entrando...

GIRON.

Eso fuera
A ser tan propios nosotros
Que esperáramos aquí
Con nuestra comodidad.

ELVIRA.

¿Tan corta es esta ciudad?

GIRON.

Grande me parece á mí;
Pero hacemos falta allá.

ELVIRA.

Ella sale y mucha gente.
¿Adónde vives, pariente?

GIRON.

Morena, en tus ojos ya.

ELVIRA.

Dejemos el regodeo;
Que tiempo habrá, si se cuaja.

GIRON.

Por toda esta calle baja,
Si te llevare el deseo;
Y á la vuelta, en un balcon
Que tiene una celosía...

ELVIRA.

Vete.

GIRON.

Pues, morena mia,
¿Cómo llevo el corazon?

ELVIRA.

Como me ha dejado el mio.

GIRON.

Y ¿cómo queda?

ELVIRA.

Abrasado.

GIRON.

Tu pimienta me ha quemado.

ELVIRA.

Pues, mis ojos, bebe frio.
(*Vase Giron.*)

ESCENA XII.

DON FERNANDO, DON SILVESTRE, *con plumas en el sombrero y con cadena de oro*; LIRANZO, ROSALES. — ELVIRA.

DON FERNANDO.

¿Cómo os ha parecido?

DON SILVESTRE.

Como suele
Un almendro florido por Enero,
Que se ha librado que sus flores hiele
El soplo abrasador del cierzo fiero,
O como cuando á un verde sauce impele
El céfiro por Mayo lisonjero;
Que aquella suavidad y melodía
Hallé en esta señora esposa mia.
Pero templóse todo mi contento
Con ver que no me hablase.

DON FERNANDO.

La vergüenza
De hablarla, como veis, de casamiento,
No es mucho, don Silvestre, que la venza.

DON SILVESTRE.

Áun no me diera un sí.

DON FERNANDO.

Del pensamiento
Viene el temor, y del temor comienza
A enmudecer la lengua.

DON SILVESTRE.

Fuera justo
Saber su gusto.

DON FERNANDO.

Ya sabeis mi gusto:
Tratad del dote.

DON SILVESTRE.

Haceisme agravio: quiero
Dotarla yo.

DON FERNANDO.

Cincuenta mil ducados
Os quiero dar.

DON SILVESTRE.

Cincuenta mil espero
Que ha de tener doña Leonor doblados.

DON FERNANDO.

Vamos á Gradas.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Pobre caballero!

DON FERNANDO.

Los casamientos quedan concertados.
(*Vanse Don Fernando y Don Silvestre.*)

ESCENA XIII.

ELVIRA, LIRANZO, ROSALES.

LIRANZO.

No es mala la mulata.

ROSALES.

¡Ah tizne mia!
Si soy de casa, ¿harásme cortesía?

ELVIRA.

Señor pan y catorce, allá en su nave
Le diga esos requiebros á un piloto.

LIRANZO.

Diz que tienen el cuero muy suave.

ELVIRA.

Pues ¡tócame el pajazo calcirroto!
Pues, por vida de Elvira, que le clave
Un cuchillo de estuche.

LIRANZO.

Urraca en soto,
¿Sabe que hay bofetadas?

ELVIRA.

Señor paja,
¿Sabe que hay cuchilladas de ventaja?

ROSALES.

¡Por vida de la gaiga de su abuela!

LIRANZO.

Aforro de tí misma, ¿qué te entonas?

ELVIRA.

¿Téngome de quitar una chinela?
Váyanse á requebrar á sus fregonas.

ROSALES.

Vuestro amo llama.

LIRANZO.

Vamos.
(*Vanse los dos.*)

ELVIRA.

A cautela,
Para aqueste linaje de personas,
Traigo siempre el estuche.

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR.—ELVIRA.

DOÑA LEONOR.

Elvira, Elvira...

ELVIRA.

Sola, Señora, estoy: escucha, mira.

DOÑA LEONOR.

¡Misera yo!

ELVIRA.

¿Qué quieres?

DOÑA LEONOR.

Que ha llegado
De mis dias el último.

ELVIRA.

Sospecho
Que nace ese dolor del desposado.

DOÑA LEONOR.

Primero salga el alma de mi pecho.
¡Qué capitan es este, qué soldado,
De la guerra del tiempo más deshecho
Que de la de la mar? Mi padre es loco,
Su hacienda, sangre y honra tiene en [poco.
A un tirano me entrega.

ELVIRA.

Estoy turbada.
¿Quién diera (que á pensarlo aun no me [atrevo)
Tal marido á mujer rica y honrada,
Y pasado por agua como huevo!
¡Nunca me quieres dar crédito en nada!
¿Era mejor aquel gálan mancebo
Que aquesta senetud?

DOÑA LEONOR.

¿Si se habrá ido?

ELVIRA.

¡Eso dices?

DOÑA LEONOR.

No sé, pierdo el sentido.

ELVIRA.

Agora de otra suerte respondieras.

DOÑA LEONOR.

Pienso que á mi aficion le provocara,
Por no me ver entre las manos fieras
De aquel soldado.

ELVIRA.

Tente, escucha, pára.
Aquel hombre y sus versos son quime- [ras
De ese don Pedro. Aquí su amor decla- [ra.
Las coplas del Marqués y sus vitorias
Eran disfraz por conquistar tus glorias.
Es don Pedro en Madrid un caballero
De las casas más nobles. No te espan- [tes:
No son fábulas, no, de forastero.
Dígalo aquesta joya, estos diamantes.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Elvira! ¡ay amiga! ya le quiero,
Si me perdona los desdenes de ántes.
Leamos el papel. Estoy turbada.
Léele tú. Ya estoy enamorada.

ELVIRA.

(*Lee.*) «Creciendo tu desden, el amor [crece,
»Efetos del amor que es verdadero.
»Dices que harás matarme, y él te ofre- [ce
»La vida, ya no vida, pues ya muero.
»Más mata á quien amó quien aborrece
»Con no le amar, que con el duro acero.
»Si supieras quién soy, no me perdie- [ras;
»Que como yo te quiero me quisieras.
»¡Cuán presto quedarás arrepentida!
»Y más cuando te conste de qué suerte
»Me doy la muerte.»

DOÑA LEONOR.

Guarde Dios su vida.
No tratemos, Elvira, de su muerte.
Yo estoy con una cosa aborrecida.
Y tal, que el mismo viento me divierte.
¿Que es caballero ese hombre!

ELVIRA.

¡Oh qué lindico!
Y ¡con vasallos!

DOÑA LEONOR.

¡Noble, hermoso y rico!...
¿Qué aguardas, desdichado pensamien- [to?
Ven; que quiero escribirle que me vea.

ELVIRA.

Besar quiero tus piés.

DOÑA LEONOR.

¿Date contento?

ELVIRA.

¿No lo ha de ser que tu remedio sea?
Mira el collar.

DOÑA LEONOR.

Que me le nombres siento.
Para los casamientos, nadie crea
Que hay diamante mejor que el buen [marido,
Porque no es rico el que es aborrecido.

(*Vanse.*)

—

Posada de don Pedro.

ESCENA XV.

DON PEDRO, *en jubon y con capa de barrio*, GIRON.

DON PEDRO.

Todo me sacas de mí
Con referirme el suceso,
Porque escucharle con seso
Aun era agraviarte á ti.

GIRON.

Habla bajo; que lo oirá
La huéspeda.

DON PEDRO.

¿Cómo puedo
Hablar bajo? Tengo miedo
Que el amor se enojará;
Que las venturas de amor,
Si no se dicen á voces
(¡Oh qué mal á amor conoces!),
Suelen trocarse en rigor.

GIRON.

Aun agora no sé más
De que el papel y la joya
Tomó.

DON PEDRO.

En tomarle se apoya
Lo que muy presto verás;
Que si el pasado rigor
Del suyo no fuera traza
Para ver si á su amenaza
No estaba firme mi amor,
No tomara el que le diste
Esa mulata del cielo.

GIRON.

¿Del cielo! ¿Estás loco?

DON PEDRO.

Es velo
Del sol.

GIRON.

Harto bien dijiste.

DON PEDRO.

Si á su divino arrebol
Del sol, hay nubes á ratos,
¿Qué piensas que son mulatos
Sino nublados del sol?
Luego tiénelos el cielo.

GIRON.

¡Qué gracioso silogismo!

DON PEDRO.

Y yo lo soy de mí mismo,
Que al alma sirvo de velo.
Es la sombra en la pintura
La cosa más esencial;
Lo negro es clara señal
De honestidad y cordura.
Es la sombra en el verano
Más estimada que el sol;
Y como al oro en crisol,
Giron, purifica el grano
De soliman, dese modo
La noche á la luz del dia,
En cuya sombra, aunque fria,
Se olvida y descansa todo.

GIRON.

Allá en Plutarco he leido
Que aunque de suyo el amor
Es en extremo hablador,
Nunca con tanto lo ha sido
Como queriendo alabar
Lo que ama: así tú no sólo
Alabas de polo á polo
Tu dama y de mar á mar,
Mas la esclava de tu dama
Y aquella parda color.

DON PEDRO.

Plauto disculpa mejor
La lisonja de quien ama;
Que dice que hasta los perros
De sus damas lisonjean.
Pues como los perros sean
La disculpa de sus yerros,
Mira tú si alabo bien
La mulata.

GIRON.

Harto bien amas,
Pues que ya perra la llamas.

DON PEDRO.

Perra, y áun perla tambien.

ESCENA XVI.

INÉS.—DON PEDRO, GIRON.

INÉS.

¿Qué hace tu amo?

GIRON.

Está
De barrio como le ves.
Pero ¿qué quieres, Inés?

INÉS.

¡Amoritos tiene ya!

GIRON.

¡Cómo!

INÉS.

Cierta mulatilla
Le busca con un recado.

GIRON.

Alto, el amor se ha embarcado
Desde Guinea á Sevilla.—
(*A don Pedro.*)
La mulata está á la puerta.

DON PEDRO.

¿Elvira!

GIRON.

La misma.

DON PEDRO.

¡Ay Dios!

GIRON.

Vete, Inés.

INÉS.

¡Para los dos
El picarazo concierta?

GIRON.

¿*Zelaverunt!* ¿Qué doncella
Se encontrará como tú?

(*Vase Inés.*)

ESCENA XVII.

ELVIRA, *con manto y un sombrerillo de los de Sevilla.* —DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.

¡Jesú, mi Elvira, Jesú!
Nube de mi blanca estrella,
Sombra del sol que me abrasa,
Morena, boca de perlas,
Riete y déjame verlas.
¡Tú, mis ojos, tú en mi casa?
¡Válate Dios, y qué hermosa!
¿Has visto, Giron, mujer
De más lindo parecer?
¡Qué aseada! ¡qué briosa!
¡Qué limpia! Bien haya amén
El caballero que amó
Tu madre, pues engastó
Ébano en marfil tan bien!
Es, Giron, muy bien nacida
La señora Elvira.

ELVIRA.

Quedo,
Quedo; que sufrir no puedo
Esas burlas, por mi vida.
Esto poco de bayeta
Cortó de mi madre un sastre,
Allá por cierto desastre
Que á los hombres inquieta
Yo soy (dejémoslo estar),
Don Pedro, tan servidora
Suya, que esto traigo agora.

DON PEDRO.

Déjame, mi bien, besar
Esa mano.

ELVIRA.

¡Ay! ¿no imagina
Que se tiznará la boca,
Si en estos carbones toca?

DON PEDRO.

¡Que es de mi Leonor divina
Este papel! Y yo ¡tengo
Seso! Bien dicen que el bien
Es como el mal: que tambien
Con el bien a helarme vengo.
Quito el sombrero al papel.
Tómale Giron, allá;
Que cubierto, no será
Justo abrirle ó leer en él.
Papel mio, perdonad
Que os pronuncie con mis labios.
Hablad vos, y estos agravios
Miéntras leyere, callad.

(*Lee.*) «Ha llegado la fuerza de mi padre á casarme contra mi gusto; y sabiendo quién sois (que cuando os traté con rigor no sabía), pongo los ojos en vos, señor mio, para que me libreis de sus manos; que yo me pongo en las vuestras.»

GIRON.

Poco y bueno.

DON PEDRO.

Y ¡que tal sea
La vida que he de vivir!

ELVIRA.

¿Qué le tengo de decir?

DON PEDRO.

Dile, mi Elvira, que crea
Que perderé treinta vidas,
Mil honras, cuatro mil almas,
Si no la sacare en palmas,
Y un millon, estas perdidas.

ELVIRA.

Esta noche, me mandó
Aparte que te dijese,
Que la veas.

DON PEDRO.

Aunque fuese
Un nuevo Leandro yo.

ELVIRA.

No hay mar, sino cierta reja
A las espaldas de casa,
Por donde, si nadie pasa
Y el amor se lo aconseja,
Quizá te abrirá la puerta,
Y hablaréis en mi aposento.

DON PEDRO.

Si amor nuestro pensamiento,
Elvira hermosa, concierta,
Ella será mujer mia.
Toma esta cadena, amores;
Que iré á gozar los favores
Que por tu boca me envia.
Más, esta bolsa tambien,
En que hay doscientos doblones.

ELVIRA.

Aunque mil hierros me pones,
Que de oro mejor se ven,
No me los mandes tomar;
Que me reñirá mi ama.

DON PEDRO.

Diré yo que me desama,
Si riñe.

ELVIRA.

No hay que tratar.

DON PEDRO.

¡Ea, mis ojos!

ELVIRA.

No haré,
Por el siglo del hidalgo
Que me engendró.

GIRON.

Y si era galgo,
No poco entónces lo fué.

DON PEDRO.

Toma; que estoy enojado.

ELVIRA.

¡Ay! no te enojes, Señor,
Aunque me mate Leonor
Despues, porque lo he tomado.

GIRON.

Achaques quieren las cosas.

ELVIRA.

Queda adios.

DON PEDRO.

Adios morena,
Noche más clara y serena
Que con estrellas hermosas.

GIRON.

Adios, señora pastilla.

ELVIRA.

Adios, mi señor cerote. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.

¡Que esto pasa, y no alborote
Hoy como loco á Sevilla!

GIRON.

¡Muy buen recado tenemos!
¡Doscientos doblones das,
Y una cadena!

DON PEDRO.

¿No es más
Darme este papel?

GIRON.

¡Qué extremos!
Pues ¿en qué piensas parar,
Si se te acaba el dinero?

DON PEDRO.

Vender mi hacendilla quiero;
Toda la pienso gastar
Conquistando esta mujer.

GIRON.

A este paso, no lo dudo.
¡Tal cadena y tanto escudo!..
¡Ah! ¡cómo se echa de ver
Que tú no los has ganado!

DON PEDRO.

Si mi padre los ganó,
No trabajé ménos yo.

GIRON.

¿En qué?

DON PEDRO.

En haberle esperado.

GIRON.

¿Esperado!..

DON PEDRO.

A que muriese.

GIRON.

Y eso ¿es trabajo?

DON PEDRO.

¿Es muy poco?

GIRON.

¡Ya estás loco!

DON PEDRO.

Ya estoy loco.

GIRON.

Ya me pesa...

DON PEDRO.

No te pese.

GIRON.

De haber llevado el papel.

DON PEDRO.

Espada y broquel me da.

GIRON.

La espada tuya será,
Y mi paciencia el broquel.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XIX.

DOÑA LEONOR, ELVIRA,

DOÑA LEONOR.

Tú seas muy bien venida,
Y el ser tan presto me espanta.

ELVIRA.

Es al cabo de la calle
Deste don Pedro la casa.
Vengo loca de haber visto
Un ángel en forma humana;
Porque en un traje le hallé
Para cautivar mil almas.
Un rico jubon de tela
Sobre una camisa blanca,
Que al descuido descubrió
Por los botones las randas;
Capa de barrio con oro,
Y con tal aire la capa,
Que la proporcion del cuerpo
Más que encubria mostraba:
Esta cadena en el cuello.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿diótela?

ELVIRA.

Aquesto es nada.
Mira esta bolsa.

DOÑA LEONOR.

¿Qué tiene?



ELVIRA.

Doscientos doblones.

DOÑA LEONOR.

Pára.

¡Doscientos doblones?

ELVIRA.

Sí,

Que, como si fueran blancas,
Me los dió con mil perdones.

DOÑA LEONOR.

Perdones son, pues son gracias.
Sin duda es gran caballero.

ELVIRA.

¿No lo dice aquella cara?
Y estas manos ¿no lo dicen?
Porque en las manos estampa
El cielo de letra suya
La nobleza de las almas.
El dar es ejecutoria
Más que de letras doradas.
Quien tiene y no da, ¿qué tiene?
Nada, pues que no da nada.

DOÑA LEONOR.

Yo me determino, Elvira. —
¿Llaman?

ELVIRA.

Sí.

DOÑA LEONOR.

Pues ve si llaman,
Y quita la aldaba.

ELVIRA.

Voy...

DOÑA LEONOR.

¿Adónde?

ELVIRA.

A quitar la aldaba. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DOÑA LEONOR.

Estoy loca. ¡Ah padre mio!
Mucho yerra en apretalla
Quien sabe que la mujer
En la resistencia es palma.
Temblando estoy.

ESCENA XXI.

ELVIRA. — DOÑA LEONOR. *Despues,* DON PEDRO y GIRON.

ELVIRA.

Ya está dentro.

(*Salen Don Pedro y Giron con broqueles y espadas. Don Pedro y doña Leonor se miran sin acertar á hablarse.*)

GIRON.

Los dos se miran y callan.

ELVIRA.

¡Hay tan extraño silencio!

GIRON.

Hablemos, pues que no hablan.

ELVIRA.

¿Cómo está vuestra merced?

GIRON.

Estos dias no me agrada
Cosa sin vos.

ELVIRA.

¿Por mi vida?

GIRON.

Díganlo suspiros y ansias;
Que no son malos testigos.
Y vos ¿cómo estais?

ELVIRA.

Tan mala,
Que no duermo al levantarme,
Ni cómo despues de harta.

GIRON.

¡Brava cosa!

ELVIRA.

Estoy perdida.

DON PEDRO.

¿Quereis dar licencia á un alma
Para que os hable?

GIRON.

Ya hablaron.

ELVIRA.

¿Que ya cobraron el habla!

GIRON.

¿No lo ves?

DOÑA LEONOR.

No sé qué os diga;
Que estoy confusa y turbada.
El lugar es peligroso,
La casa tiene más guardas
Que escriben de los jardines
De las manzanas doradas.

ELVIRA.

Creo que los dos estais
Con sision de la cuartana.
Espere, señor don Pedro:
Entraré por una caja
De azahar, y sendos tragos
De Alanis ó de Cazalla.

GIRON.

Mejor es que en tu aposento
Vamos á buscar el alba,
Y hablarán por dicha allí,
Pues es jaula de picaza.

ELVIRA.

¿Paréceos bien?

DON PEDRO.

A mí, Elvira,
Cualquiera lugar me agrada,
Como en esta casa sea.

DOÑA LEONOR.

Enseña, Elvira, la casa.
Mucho, señor, me debeis.

DON PEDRO.

Yo os lo pago con el alma.

GIRON.

¿Y ella á mí?

ELVIRA.

Despues diré
Lo que me debe.

GIRON.

¿A qué aguardas?

ELVIRA.

Aguardo á que este carbon
Le ponga en toda la cara...

GIRON.

Prosigue.

ELVIRA.

Elvira me fecit,
Porque ninguna bellaca
Ose hablar en su persona
En conociendo la marca.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON SILVESTRE, DON FERNANDO.

DON SILVESTRE.

Dióme palabra al fin deste viaje
Tomar resolucion en estas bodas,
Y parece que me ha desconocido.

DON FERNANDO.

No os puedo exagerar lo que he sentido.
Si va á decir verdad, habeis tardado.

DON SILVESTRE.

Los viajes del mar son diferentes
De los que un hombre por la tierra intenta.
Si quereis de Sevilla ir á la corte,
Ya sabeis que ocho dias son bastantes;
Que habeis de entrar en Peñaflor y en Lora,
Atravesar á Córdoba la llana,
La fértil Sierra y áspera montaña,
Y por Ciudad-Real hasta Toledo.
Mas por el mar no topareis ciudades
Ni sierras verdes, sino montes de agua,
Que irán á dar con vos donde ellas quieran.

DON FERNANDO.

Ya con Leonor os tengo disculpado;
Mas dice que seis meses han pasado,
Y en estos ha mudado pensamiento.

DON SILVESTRE.

¡Maldigo, amor, la nave, el mar y el viento!

DON FERNANDO.

Todo cuanto me dice son quimeras
Y respuestas equívocas: no hay cosa
De que pueda tomarse fundamento.
¡Oh, cuán bien os quejais del mar y el viento!
Del mar, porque alargó vuestro viaje;
Del viento, porque ha dado en la veleta;
Que en las mudanzas no hay mujer discreta.

DON SILVESTRE.

Volvamos, si quereis, á persuadilla.

DON FERNANDO.

Tan presto no es razon: yo os doy licencia
Que podais cada dia visitalla,
Y si os diere contento, regalalla.

DON SILVESTRE.

Bésoos las manos; que á mi esposa traigo
Mil cosas de la China, que á venderse
Llegan á Lima, como son damascos
Y rasos de matices diferentes,
Con mil varias figuras, colchas llenas
De animales extraños, flores, pájaros,
Y en barniz de azarcon doradas jícaras
Y algunas porcelanas, de quien tiene
La plata envidia, si por plato viene.

DON FERNANDO.

Vamos á negociar; que hablar me importa
Aquel amigo indiano de la Habana;
Que despues volveremos, porque creo
Que trazaba Leonor una visita.

DON SILVESTRE.

En todo he de seguiros como es justo.

DON FERNANDO.

Yo intento su remedio y vuestro gusto.
(*Vanse.*)

Campo.

ESCENA II.

DON PEDRO, GIRON.

GIRON.

En parte, por mi venganza,
Me huelgo de tu pesar.

DON PEDRO.

¿Cómo te puedes holgar,
Si tanta parte te alcanza?

GIRON.

¿Es posible que has querido,
Tan loco y desatinado,
Tu dinero ver gastado!

DON PEDRO.

Excusarme no he podido.
Fingíme gran caballero;
Que bien era menester,
Para conquistar mujer
Toda arrogancia y dinero,
Y no con poca hermosura
Ni mediana discrecion:
Cosas que dan ocasion
A vanidad y locura.
No pude volver atras
Del intento que tomé...
Necedad entónces fué.

GIRON.

Despues lo fué mucho más.
¿Cuánto tu hacienda valdria?

DON PEDRO.

Valdria seis mil ducados;
Hay aquí cien mil sobrados:
Ventura fuera la mia
Si con seis pescara ciento.

GIRON.

Bien pudieras reportarte,
Y guardar dinero aparte.

DON PEDRO.

No tienes entendimiento.
Estoyte diciendo aquí
Que me fingí caballero
(Que áun fingido, no hay dinero
Para arrojar por ahí);
Y ¡quieres que lo guardase!
Eso hace la vil gente:
Que un señor ha de ser puente
Por donde el dinero pase.

GIRON.

Pienso que te has de quedar
Con pensar que eres señor.

DON PEDRO.

Más daño me hace el amor.
Que el no tener que gastar.

GIRON.

En Claudiano leí
Una cosa semejante,
Allá cuando era estudiante,
Y viénete bien á tí.
La necesidad, decia
Que se puede tolerar,
Y no el amor.

DON PEDRO.

Ni pasar
De aquí la desdicha mia.
El dinero se acabó;
Hasta las casas vendí
Adonde en Madrid nací.
Ya mi tutor me dejó;
Ya, como ves, no me escribe,
Ya no puedo pretender.

GIRON.

Digamos á esta mujer
Que tan engañada vive
(Pues estando enamorada
No te ha de olvidar por pobre,
Y que te falte ó te sobre,
No puede importalle nada)
La pura y cierta verdad
De todo lo que ha pasado,
Y que por ella has llegado
A tanta necesidad.
¿Ha de ser esta mujer
Como las viles mujeres,
Que cuando por sus placeres
Viene un hombre á empobrecer,
No le prestarán dos reales
Para una soga?

DON PEDRO.

¡Que sea
Tan vil tu pecho, tan fea
Tu alma! ¡Con eso sales!
Yo que, fanfarron gallardo,
He hecho tan del señor;
Yo que me muero de amor,
Y que consumirme aguardo,
¿Habia de hacer bajeza
De que ella pueda pensar
Que la he querido engañar
Por conquistar su riqueza!
Vete, Giron, noramala.

GIRON.

Pues bien: ¿qué piensas hacer?

DON PEDRO.

Hoy quiero á Madrid volver.

GIRON.

¿Qué loco á tu furia iguala?

DON PEDRO.

Hoy, con alguna invencion,
Le contaré mi partida;
Y pues he sido en la vida
Del viento camaleon,
Cisne en la muerte seré;
Porque perderla es mejor,
Que no que mi mucho amor
Piense que fingido fué.
Acaba de conocerme:
Pobre soy; pero tan noble,
Que no habrá mal que me doble,
Si al último vengo á verme.

GIRON.

Como pretendiente has sido,
Cual en la corte acontece,
Que en pretender desvanece
El dinero y el sentido;
Y consumidos los dos,
Se vuelve á su tierra en cueros.

DON PEDRO.

Yo he gastado mis dineros
En alta empresa, por Dios.

GIRON.

¡Lindo consuelo! Ahora bien:
Déjame tú hacer á mí;
Que sin ofenderte á tí,
Sabré negociar tambien;
Que Elvirilla la gobierna,
No ménos enamorada.

DON PEDRO.

Sacaré, por Dios, la espada,
Y cortaréte una pierna.
Majadero porfiado,
No hables más: eso cesó.
Yo estoy contento.

GIRON.

Yo no.

DON PEDRO.

Necio, mi hacienda he gastado.

GIRON.

Yo mi servicio, discreto.

DON PEDRO.

Aquí un coche se ha parado:
Si es el que está concertado,
¡Qué lágrimas me prometo!

GIRON.

Ellas son, que ya se apean,
Y un paje á la puerta va.

DON PEDRO.

¡Qué hermosa, Giron, está!

GIRON.

No hay, Señor, cuando lo sean,
Como es en una partida
Y en una Semana Santa.

DON PEDRO.

A abrazarme se adelanta.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR y ELVIRA, *con mantos*.—DON PEDRO, GIRON.

DOÑA LEONOR.

¡Esposo mio!

DON PEDRO.

¡Mi vida!

DOÑA LEONOR.

Un papel tuyo he tenido,
Que aquí te viniese á hablar;
Que hasta la noche aguardar
No puedes.

DON PEDRO.

Verdad ha sido;
Porque es forzoso partirme
Hoy á Madrid.

DOÑA LEONOR.

¡Cielo santo!

GIRON.

Desmayóse.

DON PEDRO.

Aparta el manto.

GIRON.

Ténla en esos brazos firme.

ELVIRA.

En verdad, señor don Pedro,
Que fué poca discrecion.

GIRON.

Bascas tiene... Un mojicon
De aqueste desmayo medro.

ELVIRA.

¡Eso podia decir
Hombre que tuviera seso!

DON PEDRO.

No le tuve; que por eso
Me fué forzoso partir.
¡Ay Elvira! ¿Qué haré yo,
Que se me muere mi bien?

GIRON.

Morirnos todos tambien.

ELVIRA.

¡Tú, mármol, tú!

GIRON.

¿Por qué no?

ELVIRA.

Apriétale bien el dedo
Del corazon.

DON PEDRO.

Salga el mio,
Vuelto por los ojos rio.

ELVIRA.

Y tú ¿no lloras?

GIRON.

No puedo.
Mas luego de la botica
Pienso un aceite traer
De lágrimas de mujer;
Que si á los ojos se aplica,
Lloraré por cualquier cosa,
Sin que el corazon lo sepa.

ELVIRA.

Tú llorarás como cepa.

GIRON.

Y tú, morena graciosa,
Como redoma de tinta.

DON PEDRO.

¡Oh perlas, que vais á dar
De otras perlas á la mar!

GIRON.

¡Qué lindamente que pinta
Las lágrimas y los dientes!

DOÑA LEONOR.

¡Ay Dios!

DON PEDRO.
¿Habló?

GIRON.
Con la boca.

DON PEDRO.
Enjuga con esa toca,
Elvira, esas claras fuentes,
Y pues son perlas, cogerlas
En este lienzo podrás.

GIRON.
Y á fe que importara más
Vender un lienzo de perlas;
Que estás por extremo pobre.
Pero perlas de mujer,
¿Qué precio pueden tener?

DON PEDRO.
Mundos de oro.

GIRON.
Ni áun de cobre.

DON PEDRO.
Hablad, mi bien, dadme vida;
Que si os tardais, ya cesaba
La que ese aliento me daba,
Y está de la vuestra asida.
Mirad que aquesta jornada
Es sólo por vuestro bien.

DOÑA LEONOR.
No hay consuelo que me dén;
Que todos importan nada,
Si os he de perder de vista.

DON PEDRO.
Don Silvestre ¿no volvió
De las Indias? Mejor yo
De Madrid.

DOÑA LEONOR.
¡No hay quien resista,
Pedro, vuestras sinrazones!
¿Esa fiera me nombrais
Por consuelo, cuando os vais?

GIRON. (*Ap. á su amo.*)
Pídele algunos doblones.

DON PEDRO.
Demonio, déjame aquí.

DOÑA LEONOR.
Si don Silvestre volvió,
Nace de quererle yo
Tan mal, como vos á mí.
Lo que se aborrece aguarde
Presto el que dejarlo quiere;
Y si quiere bien, espere
Que no vuelva, ó vuelva tarde.
Todos los aborrecidos
Son muy prestos en volver;
Mas no lo aciertan á ser
Cuando se van los queridos.
¿A qué vais, esposo, agora
A la corte?

DON PEDRO.
He procurado
Un hábito, con cuidado
De honraros, dulce Señora;
Y tengo ya la merced,
Y á las pruebas quiero hallarme.

DOÑA LEONOR.
¡Justa causa de dejarme!

DON PEDRO.
Consuelo, mi bien, tened.

DOÑA LEONOR.
Ya vuestro amor me da luz
Con tan cierto testimonio.
Creo nuestro matrimonio,
Pues ya he sentido la cruz;
Que aunque honrosa en vuestro pecho,
Tal sentimiento me da,
Que de ver que os vais allá,
Me tiene el hombro deshecho.

GIRON. (*Ap. á su amo.*)
¡Linda ocasion de pedir
Algo para la jornada!

DON PEDRO.
¡Oh qué gentil cuchillada!

ELVIRA. (*A Giron.*)
Y él, diga, ¿se ha de partir?

GIRON.
No; que yo me quedo acá.

ELVIRA.
Luego ¿vase?

GIRON.
¿No lo ve?
Y áun pienso que he de ir á pié,
Segun el negocio está.
¡Ah, Elvira, por cuántas veces
Temí lo que agora veo!

ELVIRA.
¿Lloras, ó sudas?

GIRON.
Deseo
Que entiendas lo que mereces.

ELVIRA.
Merezco que por mí llores,
Aunque negra, pues te vas.
«Toma lágrimas» dirás;
Ya no dirás: «toma flores.»
No hay cosa que más deslustre
A un hombre...

GIRON.
No eres discreta.

ELVIRA.
Prestárate mi bayeta
Para que dieras un lustre
A la cara de zapato
Que Nuestro Señor te dió;
Mas soy muy honesta yo,
Y desdice á mi recato
Tal indecencia, Giron.

GIRON.
¿Tienes algo que me dar,
Para que pueda llevar
Alguna consolacion?

ELVIRA.
Cajas de conserva ricas,
Y una bota de azahar.

GIRON.
A don Pedro puedes dar
Eso que á Giron aplicas;
Que yo otra cosa entendí.

ELVIRA.
¿Prenda ó favor, mi Giron?
¡Jesus! Daréle un cordon,
Que de cabellos tejí.

GIRON.
¿Cordon, y de tus cabellos!
Silicio le llama, Elvira.
Que voy en *puribus*, mira,
Y que sólo fueron bellos
Los cabellos de Absalon,
Que en gran precio se vendian.
Los tuyos pienso que crian,
Y como jurisdicion,
Les pones horca y cuchillo.

ELVIRA.
¡Dinero dices?

GIRON.
Dinero.

ELVIRA.
Pues, con tan gran caballero,
¿Te ha faltado el dinerillo!

GIRON.
A él no; mas á mí sí.

ELVIRA.
Con él ¿qué puede faltarte?
Bien puedes tú regalarte
Con mi memoria.

GIRON.
Es ansí.

ELVIRA.
Que lleves mi alma quiero.

GIRON.
Mejor tu cuerpo quisiera;
Que, en efeto, le vendiera,
Y me valiera dinero.
Hate dado mi Señor
Cerca de dos mil ducados.
Por cierto, ¡bien empleados
En tu cuidado y amor!

ELVIRA.
¿Mas que matarme imagina?
Que ese ceño es testimonio.

GIRON.
No soy, Elvira, Sempronio.

ELVIRA.
Ni yo, Giron, Celestina.

GIRON.
¡Maldito sea el que fia
Su amor de baja mujer!

ELVIRA.
¡Estafita! ¡Oh qué placer!
¿Soy yo maca, vida mia?

GIRON.
Maca y macarela, y crea...

ELVIRA.
¿Ha de haber cosa de escachas?
Pues sepa que de esas tachas
Sabe el cura de mi aldea.

GIRON.
¡Qué! ¿tiene su gazmio ella?

ELVIRA.
Pues ¿qué se pensaba él?

GIRON.
Ella es ella.

ELVIRA.
Y él es él.

GIRON.
Quedito, galgui-doncella.

ELVIRA.
Gentil hombre alacayado,
¿Con la morena se toma!
¿No ve que no lleva á Roma
Uñarada ni bocado?
En Biafara nació
Mi madre, y mi padre en Lima.

GIRON.
¿Dígole yo nada, prima?

ELVIRA.
Pues esto le digo yo.

GIRON.
¿Hame visto estornudar,
Ni hacer cosa que no deba?

ELVIRA.
Todos somos hijos de Eva;
Los rios salen del mar.

GIRON.
Solo probarte queria
Que no quiero, Elvira, nada.

ELVIRA.
Sepa que estoy enojada.

GIRON.
Descoge, por vida mia,
De los ojos el gaban
(Que en corte llaman capote)
De ese rizo ó chamelote
En que tus cejas están;
Que aquí y en Sierra-Morena,
Que por ti pienso pasar,

Con gusto te he de llevar
Por mi cantora sirena.
No quiero nada de tí
Mas que esos ojos morenos.

ELVIRA.

De luto de ausencia llenos,
Que dan mi vida por tí.
Y toma aquesta bolsilla,
En que cien escudos van;
Que estos, cuando quieren, dan
Las morenas de Sevilla;
Mas no por via de estafa.

GIRON.

¡Oh mi Elvira! ¿Adónde hay
Mas blanco y terso cambray,
Mas bruñida sinabafa?
Ponme esos cinco palillos
De hacer randas y nogal
Sobre esta boca.

ELVIRA.

En señal
De amor quisiera imprimillos.

DOÑA LEONOR.

Pedro, mi gente viene, y me parece
Que a caballo mi padre con el novio.
Que te vayas, mis ojos, será fuerza:
¿Escribirásme luego?

DON PEDRO.

¡Eso me dices!
No habré llegado, dulce vida mia,
Cuando por sólo hablar contigo el rato
Que durare escribirte, tanto escriba
Que te canses leyendo mis locuras;
Que á las cartas llamó por este efeto
Conversacion de ausentes un discreto.

DOÑA LEONOR.

En poniéndote el hábito, te aguardo.

DON PEDRO.

Con él vendré á pedirte; que tu padre
Tendrá entónces por bien que yo te pi-
[da.

DOÑA LEONOR.

Adios, esposo mio.

DON PEDRO.

Adios, mi vida.

ELVIRA.

Adios, Giron del ánima.

GIRON.

¡Qué fieros
Tragos de amor!

ELVIRA.

¡Qué boca y qué pucheros!
(*Vanse las dos.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.

Los ojos se me van tras aquel ángel.

GIRON.

Y á mí tras el hollin de aquella perra...
Perla, quise decir.

DON PEDRO.

¡Qué entendimiento!
¡Posible es que me voy!

GIRON.

¡Qué picardía!
¡Posible es que la sufro!

DON PEDRO.

¿Qué vestido
Habemos de vender para partirnos?

GIRON.

El de rizo ha quedado solamente.

DON PEDRO.

Pues véndele, Giron.

GIRON.

Mejor se ha hecho.
La mulata me ha dado cien escudos:
Mira si el ama...

DON PEDRO.

Quedo; no me nombres
Cosa que contradiga á mi nobleza.

GIRON.

¿Qué es aquello del hábito?

DON PEDRO.

Locuras.
No la tengo de ver, y quise honrarme
De la mejor disculpa que pudiera.
Ve por mulas.

GIRON.

¡Qué lástima te tengo!

DON PEDRO.

Dios sabe cómo voy.

GIRON.

Amor es loco.

DON PEDRO.

Por la honra, la vida tengo en poco.
(*Vanse.*)

—

Calle en Madrid.

ESCENA V.

EL CONDE DE PALMA, DON DIEGO DE LA CERDA, CRIADOS.

CONDE.

He de estar en la corte pocos dias,
Aunque he traido parte de mi casa.

DON DIEGO.

Servíos, por mi vida, de las mias.

CONDE.

Ya en otras la recámara se pasa.
¡Qué bueno está Madrid!

DON DIEGO.

Con alegrías
Y luminarias, como veis, se abrasa.
¿Saldréis en estas fiestas?

CONDE.

Salga el gozo;
Que yo vengo á la corte de rebozo.

DON DIEGO.

Bien os hallais en vuestra Andalucía.

CONDE.

Es paraiso de la tierra y palma
Un jardin junto al Bétis, que podia
Llevarla á cuanto el sol mira en su
[calma.
¿Hay caballos acá?

DON DIEGO.

Como solia.

CONDE.

¿Qué hay de damas? ¿Teneis que os lle-
[gue al alma?

DON DIEGO.

¿No dicen que se usa?

CONDE.

¡Bien pensado!

DON DIEGO.

Amar de mezcla es ya razon de estado.

CONDE.

Yo vi aqueste lugar bien diferente,
Muchas joyas, esgrima y regocijos.

DON DIEGO.

Agora está mejor, y el bien presente,
Y de famosos padres tales hijos.

CONDE.

La novedad es fuerza que contente.
Los años por allá son más prolijos;
Pero mejor se goza de la vida,
Sin que el cuidado del vivir la impida.
Son acá menester extrañas cosas.

DON DIEGO.

¿Qué hubo de las fiestas concertadas?

CONDE.

Que fueron para allá maravillosas:
Caballos y libreas extremadas.

DON DIEGO.

Vuestra cuadrilla...

CONDE.

Fué de las famosas.

DON DIEGO.

¿Qué colores? ¿Al vuelo, ó dadas?

CONDE.

Dadas,
Y no de mala mano...

DON DIEGO.

Así lo creo.

CONDE.

Aunque ninguna fué de mi deseo.
La mia fué de naranjado y plata.

DON DIEGO.

¿Hubo palmas, coronas y memorias?

CONDE.

Es empresa muy vieja y muy ingrata
La palma, si no mienten las historias.
Era un cordon que unos laureles ata,
Premio á las armas de pasadas glorias.
Entré en el jazminillo Valenzuela.

DON DIEGO.

Ese no corre...

CONDE.

Bien decís, que vuela.
El de Córdoba entró como pudiera
Cuando prendió los Reyes de Granada,
Por quien de tanta arábiga bandera
Está su digna empresa coronada.
Era el color azul, y de una esfera
Bordado el capellar y la encarnada
Marlota, en cuyo círculo se via
El sol que por sus líneas discurria.

DON DIEGO.

Por cierto que los Córdobas han sido
Y son agora gloria y honra á España.

CONDE.

Grandes señores tiene este apellido
En el Consejo y la marcial campaña,
Y el que os digo es en todo tan lucido,
Que como en plaza la delgada caña,
Juega en el campo el riguroso acero.

DON DIEGO.

Nunca la envidia vió Puerto Carrero.

CONDE.

Desta manera los demas, gallardos
Entraron, ya en melados, ya en morci-
[llos,
Ya de colores, nácares ó pardos,
Blancos, leonados, verdes y amarillos.
Entraron, ya conoces los bastardos,
Tan sembrados de esposas y de grillos,
Que la cárcel de amor ennoblecieron,
Porque de oro en morado los hicieron.

DON DIEGO.

¿Por qué no dices apellidos tantos?

CONDE.

La fama se los diga, pues los sabe;
Que hay muchos por allá, que sin ser
[santos,
No quieren que ninguno los alabe.

DON DIEGO.

¿Qué damas hubo?

CONDE.

Lo mejor con mantos,
Para que el sol hiriese más süave;
Que cuando el resplandor por nubes
[pasa,

Si no calienta más, ménos abrasa.
Yo vi en Sevilla una mujer, don Diego,
Hija de un mercader, pienso que indiano,
Que era rayo de amor, que es poco fuego,
Con los ojos de un rostro soberano;
Y amor por ella fué dos veces ciego,
Aunque la nieve de su blanca mano
Templaba aquel incendio con que ardia
El alma que á mirarla se atrevia.
No os digo yo que vengo enamorado:
Que ya no trato de rendir tan presto
Lo que merece ser tan estimado,
Y porque ya profeso andar compuesto;
Pero si hubiera de tener cuidado,
Sólo en doña Leonor le hubiera puesto:
Este es su nombre, y sólo el sol divino
De andar por las estrellas deste sino.

DON DIEGO.

Quiero creeros; que Menandro en breve
Dijo que quien á amar mujer alguna
Aguarda á la vejez, y á que la nieve
Se le muestre en las sienes importuna,
Paga á la juventud lo que le debe.
Vos sois mancebo y de mejor fortuna:
Pues agora no amais, despues tampoco.

CONDE.

Al cuerdo sabe amor volver más loco.

DON DIEGO.

Esta noche podréis salir al Prado.

CONDE.

Y ¿qué hay en él más nuevo que sus fuentes,
Y los olmos que ya en gastar han dado
La esperanza, en la corte pretendientes?

DON DIEGO.

No faltan coches donde echar el dado.
Y suceder las suertes diferentes.
Músicos hay: no faltan, por lo ménos,
Aires, del fresco de las fuentes llenos.

CONDE.

Estoy mal con las fuentes en la corte;
Que lo que oyen, me han dicho que murmuran.

DON DIEGO.

No pueden murmurar cosa que importe.
Los tiempos con su dicha lo aseguran.
Yo os tengo de enseñar un cierto norte,
Aunque en su mar peligros se aventuran,
Por donde hallaréis puerto á vuestro gusto.

CONDE.

Donde vos le teneis, no será justo.

DON DIEGO.

No será desa suerte.

CONDE.

Yo querria
Tener en paz aqueste tiempo.

DON DIEGO.

Haremos
De suerte que sigais la infantería,
Y los caballos, pues gustais, dejemos.

CONDE.

Yo vi dichosa aquí la suerte mia.

DON DIEGO.

Del aurora á la noche son extremos.

CONDE.

El medio busco yo.

DON DIEGO.

Virtud es esa.

CONDE.

Este quiero en la corte por empresa.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior de una posada á la entrada de Córdoba.

ESCENA VI.

DON PEDRO, *de camino;* GIRON.

DON PEDRO.

Pregunta, Giron, qué habrá
En Córdoba de comer.

GIRON.

Perdigones ha de haber,
Pues cerca la Sierra está.

DON PEDRO.

Por comer pregunto yo,
Y no he de comer bocado.

GIRON.

Pues ¿no estás ya consolado?

DON PEDRO.

¿Consolado!

GIRON.

Luego ¿no?

DON PEDRO.

¡Pesia tal! vengo muriendo.
No doy paso en que no sienta
Su ausencia más.

GIRON.

Pues intenta
Algun remedio.

DON PEDRO.

¿Viviendo?

GIRON.

Pues ya muerto, ¿para qué?

DON PEDRO.

¿Qué hará agora el ángel mio?

GIRON.

Iráse á holgar hácia el rio,
Para que más fresca esté.

DON PEDRO.

No lo digas, mas llorando,
Si darme consuelo quieres.

GIRON.

¡Bonitas son las mujeres
En no viendo y en no dando!

DON PEDRO.

¿Son muy falsas?

GIRON.

¿Hay amigo,
Qué envidie la habilidad
De otro, con más falsedad?

DON PEDRO.

A probar, Giron, me obligo
Que no hay regla general
Que no padezca excepcion.

GIRON.

Muchas hay que firmes son.

DON PEDRO.

Pon esta, que es principal.
Pero ¿qué hará tu mulata?

GIRON.

No habrá fingido desmayo.
El cuello de algun lacayo
Habrá puesto como plata.

DON PEDRO.

¡Maldito seas, ingrato
A cien escudos!

GIRON.

Bien dices.

ESCENA VII.

ROSARDO.—DON PEDRO, GIRON.

ROSARDO. (*Dentro.*)

Asen esas dos perdices.
Tú, Leonelo, pide un plato,
Y saca esa fruta luego.—
(*Sale Rosardo de camino.*)
Seais, señor, bien hallado.

DON PEDRO.

Y vos, señor, bien llegado.

ROSARDO.

¡Gran calor!

DON PEDRO.

Inmenso fuego.
¿De dónde venis?

ROSARDO.

De ver
Cierto hermano que en Granada
Tengo.

DON PEDRO.

¡Ciudad extremada,
Y que puede merecer
La corona de su flor!
Echareis ménos la nieve.

ROSARDO.

Fuego ¡vive Dios! se bebe.

DON PEDRO.

Es temerario rigor.

ROSARDO.

Por el pozo pregunté.

DON PEDRO.

¿Hay frasco?

ROSARDO.

No me faltara;
Este es mi repuesto.

UNA VOZ DENTRO.

Pára.

ROSARDO.

Despues á hablaros vendré. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ESTÉVAN.—DON PEDRO, GIRON.

ESTÉVAN. (*Dentro.*)

Mariquita me llaman
Los arrieros;
Mariquita me llaman,
Voyme con ellos.
(*Sale Estévan.*)

DON PEDRO.

¿Con quién viene, gentil-hombre?

ESTÉVAN.

Pardiez, Señor, no lo sé.
Una mula le alquilé,
Ni sé si es diablo ó si es hombre.

DON PEDRO.

¿Cómo!

ESTÉVAN.

Por todo el camino
Viene en círculos hablando,
Y cielo y tierra enfadando.
Que es escolar imagino.

DON PEDRO.

¿Astrólogo?

ESTÉVAN.

Sí, por Dios:
Astroso es harto y podrido.
Tal camino no he tenido.

DON PEDRO.

Diversos seréis los dos.

ESTÉVAN.

Temblando vengo, y pensando
Cuándo el diablo le llevaba
Por esos aires: ya estaba
Mi pobre mula llorando.
Si llegamos á un lugar,
Quiere que sea á tal hora;
Si salimos al aurora,
Luego se quiere parar,
Porque reina no sé quién...
Aunque San Turno le llama;
Que santo y con mala fama,
No sé si lo piensa bien.
Yo no entiendo ni recelo
Lo que este secreto encierra:
Yo camino por la tierra,
Y él camina por el cielo.

DON PEDRO.

¡Es este?

ESTÉVAN.

El mismo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

SEVERO.—DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.

Seais
Muchas veces bien llegado.

SEVERO.

Vos las mismas bien hallado.
Pienso que á la corte vais.

DON PEDRO.

Sí Señor.

SEVERO.

Juntos iremos.

DON PEDRO.

Será para mi merced,
Y de comer me la haced
Conmigo.

SEVERO.

Los dos podremos
Comer juntos; que he traido
De esas ventas dos conejos.

DON PEDRO.

Son tan buenos los consejos,
Que desde agora os le pido.
Yo, caballero, soy hombre
Noble, de mediano estado:
Estoy de vos informado,
Sé vuestras letras y nombre,
Y así he tenido á ventura
Que caminemos los dos;
Porque hemos de hablar, por Dios,
De mi vida y mi locura.

SEVERO.

Amor, que el italiano
Llama de sangre, es estrella;
Que buscar amor sin ella
Es dar el alma á un tirano.
Yo os amé luego que os vi,
Y por la fisonomía
He visto bien que algun dia
Os acordareis de mí,
Porque habeis de ser dichoso.

DON PEDRO.

¡Dichoso yo?

SEVERO.

Dad la mano
A un hombre, nuevo Cardano,
Que fué en esto milagroso.

DON PEDRO.

En Juan Tisnerio he leido
Lo que de aquesto escribió,
Para que sepais que yo
Tambien estudiante he sido;
Mas no he tenido por cierta
Ninguna adivinacion.

L.-v.

SEVERO.

Eso con la religion
Y con la verdad concierta.

DON PEDRO.

Lo que es Lecanomancia,
Que se hace en agua, y adonde
El espíritu responde,
Topéla en el Plinio un dia,
Y áun pienso que en Tomás Moro
Sobre el Menipo Luciano;
Pero esto y el rostro y mano
Lo impide la fe que adoro.
Yo dejo cierta mujer
En Sevilla, porque estoy
Pobre, y á la corte voy
A servir, no á pretender,
Porque he gastado mi hacienda.

SEVERO.

¿Los modos de adivinar
Habeis leido?

DON PEDRO.

Eso es dar
A los pensamientos rienda.

SEVERO.

Yo sólo os sabré decir,
Y esto tenedlo por cierto,
Que de solamente un puerto
El bien os ha de venir.

DON PEDRO.

¡De un puerto! ¿De qué manera?
¿Tengo de arrendarlos yo,
O pasar los mares?

SEVERO.

No.
Vamos á comer.

GIRON.

Espera,
Espera, por Dios te ruego.
Mira esta mano, señor.

SEVERO.

Tú sirves con grande amor,
Puesto que te enojas luego.
Sólo te digo, está atento,
Que harás tu sangre ajedrez.

GIRON.

¡Ajedrez!

SEVERO.

Hablé una vez,
Y ya muchas me arrepiento.

GIRON.

¡Yo ajedrez mi sangre!

SEVERO.

Sí.

DON PEDRO.

¡Yo hallar en puerto mi bien!

SEVERO.

Tu bien en puerto tambien,
Y tú verás que es ansí.

GIRON.

Yo imagino dos mil modos,
Y en este ajedrez no acierto.

DON PEDRO.

Yo sí, porque sé que el puerto
Es la muerte, para todos.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando en Sevilla.

ESCENA X.

DON FERNANDO, DOÑA LEONOR,
DON SILVESTRE, ELVIRA.

DON FERNANDO.

¡Quitaréle la vida!

DOÑA LEONOR.

¡Ay, padre mio!

DON SILVESTRE.

¡Estais sin seso!

DON FERNANDO.

Ni áun tenerle quiero.
¡De esa suerte respondes á tu padre!

DOÑA LEONOR.

Pues ¿cómo quieres, padre, que responda?

DON FERNANDO.

Casarte tienes con quien es mi gusto.

DOÑA LEONOR.

¡Daga sacas, Señor!

ELVIRA.

¡Huye, Señora!

(*Vase doña Leonor.*)

ESCENA XI.

DON FERNANDO, DON SILVESTRE,
ELVIRA.

DON SILVESTRE.

No se puede sufrir vuestra locura.

DON FERNANDO.

Yo soy cuerdo en mi casa, don Silvestre.
Idos con Dios.

DON SILVESTRE.

Que os reporteis os ruego.

DON FERNANDO.

Pues bien: ¿y si no quiero reportarme?

DON SILVESTRE.

Dejaros, y no veros en mi vida.

DON FERNANDO.

Haréisme gran merced, porque en su casa
El loco sabe más que el que es más cuerdo.

DON SILVESTRE.

Yo sé que andais errado, y así os dejo.

DON FERNANDO.

Ni yo os pido remedio ni consejo.

(*Vase don Silvestre.*)

Ven acá, perra, tú.

ELVIRA.

¡Yo, Señor mio!
¿Qué culpa tengo yo de que no sea
A tu gusto obediente?

DON FERNANDO.

Yo te fio
Que presto la verdad de todo vea.
¡Ludovico!...

ESCENA XII.

LUDOVICO.— DON FERNANDO,
ELVIRA.

LUDOVICO.

Señor...

DON FERNANDO.

¡Qué desvarío
Es este de Leonor? ¿Habrá quien crea
Que no se case con quien yo le pido?
Mi gusto ¿no le basta por marido?

LUDOVICO.

Yo he visto hablar esta mulata un hombre,
Criado de un gallardo forastero.

DON FERNANDO.

Pues ella me dirá partes y nombre.
Un hacha presto.

LUDOVICO.

Voy.

DON FERNANDO.

Aquí te espero.

(*Vase Ludovico.*)

ESCENA XIII.

DON FERNANDO, ELVIRA.

DON FERNANDO.

¿Quién es, mulata, aqueste gentil hombre?
No te me turbes; que pringarte quiero.

ELVIRA.

De celos dice aquesto: los celosos
Siempre fueron traidores y envidiosos.

DON FERNANDO.

Como se mira pámpano, pasado,
Por varias partes de las hojas rotas,
Con blancas balas de granizo helado,
Han de quedar tus carnes de las gotas.
Pergamino no habrá tan arrugado
Al fuego, si las calles alborotas
Con gritos, oraciones y plegarías.
Hoy ha de ser tu cuerpo luminarias.

ELVIRA.

¡Señor! Señor! escucha.

DON FERNANDO.

Dilo presto,
O corre á los membrillos la cortina.

ELVIRA.

Señor, yo soy mujer y sirvo; que esto
Ya sabes tú que si no obliga, inclina.
El amor de tu hija ha sido honesto.
Por lo que ajena vista determina,
Ella quiere del alma á un caballero...

DON FERNANDO.

¡Ah, cielos!

ELVIRA.

De Sevilla forastero.

DON FERNANDO.

¿De dónde?

ELVIRA.

De Madrid.

DON FERNANDO.

¿Calidad?

ELVIRA.

Mucha.

DON FERNANDO.

Y ¿cuánto há que se quieren?

ELVIRA.

Há seis meses.

DON FERNANDO.

¿Hanse hablado?

ELVIRA.

Señor... no sin escucha.
Sus palabras oí, todas corteses...

DON FERNANDO.

Si tu temor con la vergüenza lucha,
No hay para qué; que si verdad dijeses,
Casarlos era todo.

ELVIRA.

Yo no creo
Que áun tenga ofensa tuya su deseo.
Era una dama el hombre.

DON FERNANDO.

¿Es gentil hombre?

ELVIRA.

Es un ángel, Señor.

DON FERNANDO.

Y ¿qué criado
Es este con quien hablas?

ELVIRA.

Es un hombre
Casi de mi color, y bien hablado.

DON FERNANDO.

Dime del caballero el nombre.

ELVIRA.

El nombre
Es don Pedro de Ibar.

DON FERNANDO.

¿Y su privado?

ELVIRA.

Giron, Señor, y el hombre mas gracioso
Que has visto.

DON FERNANDO.

Calla.

ELVIRA.

Es mozo virtuoso.

DON FERNANDO.

¿Cómo se fué?

ELVIRA.

Porque merced le ha hecho
Su Majestad de un hábito.

DON FERNANDO.

¡Es posible!

ELVIRA.

Es un príncipe el mozo.

DON FERNANDO.

Ya sospecho
Que buscarle es remedio convenible.
Un hombre con un hábito en el pecho
Honrará mi linaje.

ELVIRA.

Es imposible
Que deje de volver presto á Sevilla.

DON FERNANDO.

Primero nos veremos en Castilla.
Dile á Leonor que puesta de camino
Baje al zaguan.

ELVIRA.

¿Y yo, Señor?

DON FERNANDO.

Quisiera
No darte aquese gusto... y imagino
Que has de ser menester.

ELVIRA.

Yo parto.

DON FERNANDO.

Espera.
No digas á Leonor mi desatino.

ELVIRA.

Yo callaré como si bronce fuera.

DON FERNANDO.

¡Qué poco hay que fiar de gente moza!

ELVIRA. (*Ap.*)

El camino en el alma me retoza.

(*Vanse.*)

—

El Prado de Madrid.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, GIRON.

GIRON.

Ya que estamos en Madrid,
Patria comun, propia tierra,
¿Qué es lo que piensas hacer?

DON PEDRO.

Ni tengo casa ni hacienda,
Giron: por todo el camino
La imaginacion dió vueltas
A cuantos remedios hay.

GIRON.

Toda es trazas la pobreza.

DON PEDRO.

Es trazas, Giron, y es-traza,
Que se pasa con cualquiera
Tinta que la suerte escribe,
Porque no tiene defensa.

GIRON.

¡No guardaras en Sevilla
Dos mil ducados siquiera!

DON PEDRO.

Aunque los tuviera agora,
O mi amor ó mi nobleza
De joyas los enviaría.

GIRON.

Mil cosas tienes de bestia.
No digas tal necedad.

DON PEDRO.

¡Que un hombre de bien no tenga
Cama siquiera en su patria,
Que tanto extranjero alberga!

GIRON.

Eso es cosa muy comun:
La patria al propio es ajena,
Y al ajeno propia.

DON PEDRO.

Es cosa
Que me mata y desespera.

GIRON.

Cuando veo un extranjero,
Que habla, manda y pasea,
Admitido y estimado
Con ninguna ó pocas prendas;
Y un propio, que tiene algunas,
Desechado, no hay paciencia
Para no llamar la patria
Madrastra, y no madre.

DON PEDRO.

Cerca
He sentido gente.

GIRON.

Es prado,
Y hace la noche serena.

DON PEDRO.

Música viene tambien.
¡Qué poco, Giron, alegra
A un hombre que no ha cenado!

GIRON.

Ni tiene cama en que duerma.

ESCENA XV.

LICISO, FINARDO, CELIO, MÚSICOS. — DON PEDRO, GIRON. *Despues,* EL CONDE Y FELIPA.

MÚSICOS. (*Cantando.*)

Cuando rien las fuentes
Desta alameda,
Va llorando la niña
Celos y ausencia.

(*Salen el Conde, de noche, y Felipa.*)

CONDE.

Por veros sólo me atrevo.

FELIPA.

No es la cortesía nueva
En hombres de vuestro talle.

DON PEDRO.

¡Bien cantan!

GIRON.

La copla empiezan.

MÚSICOS.

Cuando al cielo tiran
Menudas perlas
Cupidos del agua
Que tiran flechas,
Y sobre las tazas
Caen risueñas,
Va llorando la niña
Celos y ausencia.

LICISO.

Oid el otro bergante,
¡Cuál va con doña Jimena!

CELIO.

¡Qué solos van los cuitados!

FINARDO.
¡Ah fulana de estameña!
FELIPA.
Él debe de ser lacayo.
CELIO.
Y ella buscona de aquellas
Que andan al vuelo de noche,
Murciélagos de moneda.
FINARDO.
Deja la dama, pantuflo.
LICISO.
Suelta el lacayo, chinela.
CONDE.
Suplico á vuesas mercedes
Anden más cuerdos de lengua;
Que esta señora es honrada
Y es mujer, y voy con ella.
CELIO.
Bachiller es el señor.
FINARDO.
En efeto, ¿no la deja?
CONDE.
Si la dejo y otra saco,
Que estimo y traigo más cerca,
Pasará á vuesas mercedes.
LICISO.
¡Comedida desvergüenza!
CONDE.
¡Mienten los seis treinta veces!
CELIO.
Matémosle.
LICISO.
¡Muera!
FINARDO.
¡Muera!
DON PEDRO.
Eso no; que estoy yo aquí.
GIRON.
Y yo ¿soy barro?
(*Riñen.*)
FELIPA.
¡Voy muerta! (*Vase.*)
CELIO.
Demonios son; no son hombres.
DON PEDRO.
Huyendo van.
(*Sigue don Pedro á los caballeros y músicos, que huyen, y éntrase tras ellos.*)
CONDE.
Tente, espera.
Espera, hidalgo: no sigas
Gente tan vil.
UNO. (*Dentro.*)
¡La cabeza
Le abrió de una cuchillada!
GIRON.
Que la parta le aconseja;
Que entre seis les cabrá á poco.

ESCENA XVI.

DON PEDRO.—EL CONDE, GIRON.

CONDE.
¿Quién sois?
DON PEDRO.
Un hombre que llega
A estas horas de camino.
CONDE.
Grande obligacion me queda
De serviros.—¿Vuestro nombre?
DON PEDRO.
Don Pedro de Ibar.
CONDE.
Quisiera
Hablaros con mucho espacio,
Y conocer vuestras prendas;
Pero váse la mujer,
Y impórtame el ir tras ella.
Mas para que esta merced
No quede sin recompensa,
Yo soy el Conde de Palma,
Y vivo á la Madalena.
Buscadme esta misma noche.
DON PEDRO.
Mi dicha es bien manifiesta,
Pues que llegué en ocasion
Que este servicio os hiciera.
Déme vuestra señoría
Los piés.
CONDE.
Si alguna cadena
Me quisiérades poner,
Señor don Pedro, os los diera.
Abrazadme, y adios.
DON PEDRO.
Quiero
Acompañaros.
CONDE.
Si fuera
Posible, me holgara mucho. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO, GIRON.

GIRON.
Ya tienes cama en que duermas.
DON PEDRO.
Luego ¿pedírsela tengo?
GIRON.
Espero de su grandeza
Que no te deje salir.
DON PEDRO.
¿Sabes qué pienso?
GIRON.
¿Qué piensas?
DON PEDRO.
Que fuera bueno servirle;
Que en toda España se suena
Que en el ingenio y las armas
Se puede igualar con César.
GIRON.
Servir á Señor discreto
Es gran bien; que aunque no pueda
Pagar bien, es imposible
Que no conozca la deuda.
DON PEDRO.
¿Querrá servirse de mí?
GIRON.
De que lo digas me pesa.
Puede fiarte Alejandro
Su honra, su vida y hacienda,
Y á mi mejor que á sí mismo
Las llaves de una despensa.
DON PEDRO.
¿No sabes qué he imaginado,
De supersticion afuera,
(Que yo no creo adivinos
De los que Roma destierra
Y Genetliacos llaman)?
GIRON.
¿Qué has pensado?
DON PEDRO.
Una quimera.
Es la casa de los Palmas
Puerto Carreros. Si llega
Mi nave á Puerto Carrero,
¿No podria ser que sea
Este el puerto, como dijo,
Que la ampare y favorezca,
Para que libre y segura
Escape de la tormenta?
GIRON.
¡Admirable pensamiento!...
Y que con él se concierta
Servir á Señor discreto.
Mas tú, que entiendes problemas,
¿Qué será aquel mi ajedrez?
DON PEDRO.
Que si por dicha le juegas,
De allí te vendrá algun bien.
GIRON.
Erraste: no me contenta.
¡Yo ajedrez! ¡estudiar yo!
¡Si algunas pintas dijeras!
DON PEDRO.
Vamos á buscar al Conde;
Que esta Palma ya me enseña
El fruto de su servicio,
Y el Puerto Carrero, puerta
Por donde éntre á mi descanso,
Y salga de tantas penas.

ACTO TERCERO.

Sala de la habitacion de don Fernando en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, ELVIRA.

DOÑA LEONOR.
Grandeza tiene Madrid.
ELVIRA.
Es de los grandes lugares
Del mundo.
DOÑA LEONOR.
¡Oh sacros altares
De mi remedio! decid,
¿Adónde hallaré mi bien?
ELVIRA.
Cantemos, pues que se esconde
Don Pedro, *¡ay! ¿adónde, adónde?*
DOÑA LEONOR.
Culpa al deseo tambien;
Que en Babilonia tan grande,
No es mucho no hallar un hombre
Con no más señas que el nombre.
ELVIRA.
¡Que con sus criados ande
Tu padre, y no dé con él!
DOÑA LEONOR.
Agradézcote, Leonor,
El ser á mi grande amor
Poco en Sevilla fiel;
Pues por haber descubierto
Mi secreto, hemos venido
Donde será mi marido,
Conforme á nuestro concierto.
ELVIRA.
¡Ay Señora! Aquella noche,
Si mis carnes desdichadas
Quedaran más enceradas
Que unas cortinas de un coche,
¿Qué dijeras tú de mí?
DOÑA LEONOR.
Ya te lo agradezco, Elvira.
Lo que he de parecer, mira,
Casada con hombre aquí,

Que le cruce todo el pecho
Un hábito de Santiago.

ELVIRA.

Dame solamente en pago
Un giron de tu provecho.

DOÑA LEONOR.

¿Querrá casarse Giron
Contigo?

ELVIRA.

Polvillos tengo.
De allá prevenida vengo.

ESCENA II.

DON FERNANDO.—DOÑA LEONOR, ELVIRA.

DON FERNANDO.

¡Oh bárbara confusion!
Bien dijo el otro en sus versos,
Que en ellos mismos me fundo:
«¡Oh Babilonia del mundo,
De lenguajes tan diversos!»

DOÑA LEONOR.

¿No parece, mi Señor?

DON FERNANDO.

Ni en las calles ni en palacio,
Buscándole tan de espacio
Cuanto me pide mi honor.
Hija, ¿qué embeleco es este!
¿Qué don Pedro Ibar? ¿qué cruz?

DOÑA LEONOR.

Traemos tan poca luz,
Que no es mucho que nos cueste
Trabajo hallarle.

DON FERNANDO.

Es verdad;
Mas que lo fuese querría.

ESCENA III.

LUDOVICO.—DON FERNANDO, DOÑA LEONOR, ELVIRA.

LUDOVICO.

Bien, Señor, te lo decia
Al salir de la ciudad.

DON FERNANDO.

¡Cómo! ¿hay nuevas desdichadas?

LUDOVICO.

Yo he topado con Giron.

DON FERNANDO.

¿Qué Giron?

LUDOVICO.

El bellacon,
Correo destas jornadas:
El que nos vino á vender
Coplas y alcahueterías.
Díjele que tú venias
Para saber y entender
Este negro casamiento
(Negro sea el inventor);
Y, demudado el color,
Mostró un triste sentimiento.
Roguéle que me llevase
Adonde don Pedro estaba;
Y el bellaco, que buscaba
Cómo mejor me dejase,
Entró en cas de un caballero,
Y á la puerta me dejó,
Porque «luego salgo yo»,
Me dijo, y yo á él: «ya espero.»
Pero ¡así pudiera estar
Dias y noches allí!
Pregunté por él, y fuí
Mayor necio en preguntar;
Porque la casa tenia
Dos puertas, y se salió
Por la que quiso, y que yo,
Nuevo en Madrid, no sabia.

DON FERNANDO.

¿Qué dirás desto?

DOÑA LEONOR.

No sé.

ELVIRA.

Señor, con tu discrecion,
¿No echas de ver que Giron
De puro miedo se fué?

DON FERNANDO.

¿Cómo miedo!

ELVIRA.

Imaginando
Que á don Pedro harás prender.

DON FERNANDO.

Tienes razon... puede ser.

LUDOVICO.

Que mi señor don Fernando
Venia, dije á Giron;
Pero no dije enojado.

DOÑA LEONOR.

Temor, Señor, lo ha causado
De quistion ó de prision.
Suplícote desengañes
A don Pedro.

DON FERNANDO.

Yo diré
A lo que vengo.

ELVIRA.

Y yo sé
Que en decirlo no te engañes;
Porque es un gran caballero,
De lo mejor de la corte
Pariente.

DON FERNANDO.

Haré cuanto importe
A tu descanso.

DOÑA LEONOR.

Yo espero
Que en don Pedro le tendrás.

ELVIRA.

Señor, en fin, de vasallos,
Con carrozas y caballos
Y trecientas cosas más.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Conde.

ESCENA IV.

GERARDO, LISENO.

GERARDO.

Recibióle, Liseno, en su servicio
El Conde mi señor.

LISENO.

Él lo merece.

GERARDO.

Como amigo le trata.

LISENO.

Y ¡en qué oficio!

GERARDO.

De secretario, á quien jamás se ofrece
Cosa que importe, que otro voto siga.

LISENO.

Envidia de su bien te desvanece.

GERARDO.

Sea envidia ó razon, á mí me obliga
La ingratitud del Conde en no estimar-[me,
Y que á un extraño sus secretos diga.

LISENO.

Yo, Gerardo, procuro conformarme
Con el gusto del dueño, que es el mio.
Amo á quien ama, y le convido á amar-[me;
Y en el que sirve tengo á desvarío
Que le quite al Señor su propio gusto,
Si Dios áun no le quita su albedrío.

GERARDO.

Recibo de don Pedro tal disgusto,[lle.
Que no le puedo ver ni acierto á habla-

LISENO.

A mí no me parece que eso es justo,
Y soy aficionado á su buen talle,
Entendimiento y condicion.

GERARDO.

No hallo
Cosa porque debamos estimalle.

LISENO.

Ayer le vi salir en un caballo,
Y me llevó los ojos.

GERARDO.

Sois un loco.

LISENO.

En viendo la razon, me humillo y callo.

GERARDO.

El Conde es este.

LISENO.

Si tuviere en poco
Quien lo merece, el cielo me castigue.

GERARDO.

Resistido, á más furia me provoco.

ESCENA V.

EL CONDE.—GERARDO, LISENO.

CONDE.

¿Está aquí el secretario?

GERARDO.

¿No te sigue
El secretario siempre?

CONDE.

No le veo
Aquestos dias, aunque más le obligue.

GERARDO.

A tu engañado amor culpa; que creo
Que le ves por momentos.

CONDE.

¡Engañado!
¿No merece don Pedro mi deseo?

GERARDO.

No por cierto, Señor.

CONDE.

¿Qué le ha faltado?

GERARDO.

Las partes á servirte convenientes.

CONDE.

Los méritos le han hecho desdichado.
Luego ¿soy ignorante?

GERARDO.

No lo sientes
Como lo digo yo; que amor te engaña;
Que se gobierna amor por accidentes.

CONDE. [España,

No pienso yo que hay hombre en toda
Ni en los que á ella de otras partes vie-[nen,
Que tenga tantas.

GERARDO.

¡Aficion extraña! [nen
Pues yo pienso, Señor, que no convie-
Sus partes á un perfeto secretario.

CONDE.

Don Pedro tiene las que todos tienen.
Y ¿qué es á un secretario necesario?

GERARDO.

Saber cinco ó seis lenguas.

CONDE.

Él las sabe.

GERARDO.

¿Tiene estilo elegante?

CONDE.

Culto y vario.

GERARDO.

La frase ¿es fácil?

CONDE.

Y el hablar es grave.

GERARDO.

Luego ¿imita al Señor?

CONDE.

Divinamente
El hablar y escribir.

GERARDO.

Esa es la llave.

CONDE.

Nació en la corte, cosa conveniente
Para la inteligencia de sus cosas.

GERARDO.

¿Tiene ejercicio?

CONDE.

Y ciencia suficiente.

GERARDO.

Y ¿no ha de ser leal?

CONDE.

Partes forzosas
Son el secreto y la lealtad.

GERARDO.

Felipa
Dijera sus lealtades amorosas.

CONDE.

Pues ¿conoce á Felipa?

GERARDO.

Participa
De tus cosas don Pedro por amigo,
Y aun pienso que en gozarlas se antici-
[pa.

CONDE.

¿Visitala?

GERARDO.

Mil veces.

CONDE.

Yo te digo
Que no me guarda en eso buen secreto.
Vete con Dios.

GERARDO.

A que lo veas me obligo.
¿Qué te parece? (*Ap. á Liseno.*)

LISENO.

Que es el propio efeto
De la envidia, Gerardo, la mentira,
Y que es el Conde el hombre más dis-
[creto,
Pues sufre y calla y sus efetos mira.

(*Vanse Gerardo y Liseno.*)

ESCENA VI.

EL CONDE.

Llamó Plinio, menor al envidioso,
Y mayor, con razon, al envidiado;
Que nunca del humilde y bajo estado
Invidia tuvo el mundo codicioso.
Camina por el sol el virtuoso,
Y es fuerza que de sombra acompañado:
Quien nunca fué envidiado es desdicha-
[do,
Y á quien muchos envidian es dichoso.
Es opinion que de soberbia nace
La envidia: si tal madre la produce,
La sangre en los efetos satisface.
Inquiere, insiste, impide, infama, in-
[duce,
Y pésale de aquello que Dios hace,
Sin ver que á su alabanza se reduce.

ESCENA VII.

DON PEDRO. — EL CONDE.

DON PEDRO.

¿Solo, Señor, está vuseñoría! [miento.
Mas es propio de un grande entendi-

CONDE.

Alabas tu tristeza con la mia.
A Felipa me importa (porque siento
Tu condicion leal) un papel lleves,
Pues que tienes allá conocimiento.

DON PEDRO.

¿Conocimiento yo! Con pasos breves,
De Gerardo y Otavio importunado,
Pasé su calle, si culparme debes;
Y los dos que la sirva me han rogado,
Porque solicitarla prometian.

CONDE.

¿Cierto!

DON PEDRO.

Y lo probaré con ésta al lado.

CONDE.

Nadie me ha dicho nada.

DON PEDRO.

Ni podian.

CONDE.

Si un Señor se sirviese de dos hombres,
Destos inquietos que las cortes crian,
¿Qué debe hacer?

DON PEDRO.

Para que igual te nombres
Al padre de Alejandro, el que tenia
Tal fama en Grecia, escucha y no te
[asombres.
Juzgó la causa el gran Filipo un dia
De dos mozos viciosos, porque fuese
La pena igual, con esta gallardía.
Al uno dijo que de Grecia huyese.

CONDE.

¿Y al otro?

DON PEDRO.

Que detras fuese corriendo.

CONDE.

Y yo lo mismo haria si pudiese.

DON PEDRO.

Mal te informaron esos, conociendo
Que era tu gusto; pues que yo ignorante
Te pudiera ofender, no lo sabiendo.
Agradezco á un disgusto, que es bas-
[tante
A traerme cual ves, el no servilla;
Que á veces una pena es importante.

CONDE.

¿Son cuidados acaso de Sevilla?

DON PEDRO.

Allá tuvo principio mi cuidado;
Mas no le templa el hielo de Castilla.

CONDE.

Ausencia de algun bien lo habrá causa-
[do.

DON PEDRO.

No puedo responder, vuseñoría
Me perdone, por triste y desdichado.

CONDE.

Eso no pienso hacer; por vida mia, [na.
Que me digais, don Pedro, vuestra pe-

DON PEDRO.

Esa vida, Señor, sola podia,
Porque es con ella la que tengo ajena,
Mandarme declarar mi sentimiento.

CONDE.

Dél tengo el alma á vuestras quejas lle-
[na.

DON PEDRO.

Oidme y perdonad.

CONDE.

Ya estoy atento.

DON PEDRO.

Heróico Puerto-Carrero,
Puerto y carrera divina,
Por donde el cielo á mis males
Unico remedio aplica;
Palma famosa, que cubres
Con virtudes peregrinas,
Hojas de tu tronco fértil,
Mi desamparada vida;
Ni es mucho si á tus mayores
Tantas coronas cubrian,
Que excedieron en sus frentes
Las palmas de Palestina:
Yo, recien muertos mis padres,
Fuí, Conde ilustre, á Sevilla,
La mejor ciudad que el sol
Cubre de España á Capina.
Llevé mis bienes en oro,
Llevé la pobre haciendilla
Que mis padres me dejaron,
Bien ganada y mal perdida.
Andaba entre las grandezas
De su otava maravilla
Dando deleite á los ojos
Que á veces su muerte miran,
Un Dios de amor, una dama
Hermosa, gallarda, rica,
Y tan rara, que ella sola
Puede igualarse á sí misma.
Vila, quísela, adoréla,
Solicitéla, escribila;
Desprecióme, porque el padre
Cifró en su hacienda las Indias
Trataba entónces casarla;
Vino el desposado á vistas,
Capitan gallardo y viejo,
Si hay con canas gallardía.
Hallóse tan atajada,
Que estorbando mi partida,
Abrió puerta á mis deseos
Con amorosas caricias.
Concertamos nuestras bodas,
Si la ocasion ofrecia
Lugar en que ejecutallas;
Mas nunca vuelve perdida.
Yo, Alejandro de mi hacienda,
Y sabiendo que conquista
El oro más en un hora
Que en mil años la codicia,
Finjo que soy de alta sangre;
Finjo que deudo tenia
Con los mejores de España,
Y que en Madrid me servian
Mil vasallos y criados,
Coches, caballos, vajillas,
Para que su mucha hacienda
A mi vanidad se rinda.
Conquistole al fin el alma;
Y como fué mi porfía
Darle presentes y joyas,
Dió fin el oro y la dicha;
Porque la dicha y el oro
Siempre mueren en un dia.
Víme sin remedio, y ví
Que en descubrirme perdia
Aquel crédito de honrado
Que tanto quien ama estima;
Y con saber que si entónces
Mi pobreza descubria,
Mi dama la remediara,
Rica, obligada y rendida,
Doy en perderla y volverme:

¡Tanto en el alma sentía
Que entendiese que no era
El que le dije, en Castilla!
Despídome, y para dar
Disculpa de mi partida,
Digo que el Rey, que Dios guarde,
Por cosas de la milicia,
Con un hábito me honraba,
Y que á mi honor convenía
Ir á las pruebas: creyóme.
Parto á Madrid, ¡qué desdicha!
En el camino hallo un hombre
Que por la fisionomía
Del rostro, y viendo en mis manos
Ciertas señales ó líneas,
Me dijo, Señor, que estaba
El remedio de mi vida
En un puerto. Llego en fin
A ver mis casas vendidas;
Sálgome al campo de pena,
Y á sus fuentes dando envidia,
Hallé tu Palma en el Prado
Que solos álamos cría,
Y en ocasion, que tú sabes
Que á tenerme amor te obliga.
Y aunque no era menester,
Quise servirte, en que estriba,
Por ser tú Puerto Carrero,
Lo que mi pecho imagina;
Y para que fueses puerto,
Até mi pobre barquilla
Al gran tronco de tu Palma,
Para que segura viva.
Ya estaba yo consolado
(¡Mira mis fortunas, mira
Si estoy triste con razon!),
Cuando viene de Sevilla
Su viejo padre, engañado
De lágrimas y mentiras,
A buscar el caballero
Que dió palabra á su hija.
Yo, porque hallándome pobre
Y mentiroso, no diga
Afrentas á un ángel, y ella
Llore las bajezas mias,
Huygo de ver lo que adoro:
Cosa que en amor admira,
Pues por ver su amada prenda,
O por cosa en que la sirva,
Suele el ménos noble amante
Ir á la abrasada Libia,
A la más desierta Arabia,
O á la más helada Scitia.
Yo solo, invicto Señor,
Huyo de mi propia vida,
Y estoy pidiendo á la muerte
Que ponga fin á mis dias.

CONDE.

Con lástima notable te he escuchado,
Don Pedro amigo; pero estoy contento
De ser el puerto yo donde has llegado,
Y ¡permitiese Dios que á salvamento!
Oye, don Pedro, pues, lo que he pensa- [do.
Yo no sé si es valor ó entendimiento;
Mas sea lo que fuere, si tú puedes, [des.
Haré que honrado y con tu prenda que-
Doy, pues, principio á tu remedio (ad- [vierte)
Con que tu dama traigas á mi casa,
Y le digas que es tuya; y desta suerte
Creerá que todo puntualmente pasa:
Y si el padre con eso se divierte,
Y una por una te desposa y casa,
Siendo tan rico, y tú tan hombre hon-
Quedará satisfecho y engañado. [rado,
Yo te dejo mi casa; que don Diego
La suya me dará por estos dias.
Ve por tu dama en mi carroza luego,
Y sepa que es verdad cuanto decias.
Tú, con semblante grave y con sosie-
Imitador de las acciones mias, [go,
A su padre aposenta; que avisados
Dejaré que te sirvan mis criados.
Quisiera que la plata y colgaduras
Fueran de un rey.

DON PEDRO.

Cuando la tierra bese,
¡Oh puerto celestial de mis venturas!
Y que tu esclavo...

CONDE.

Tente.

DON PEDRO.

Ser profese,
No puedo...

CONDE.

Bien está. Lo que procuras,
Conquista, Pedro, aunque á la envidia [pese.

DON PEDRO.

¿Y si me descubriesen los criados?

CONDE.

Yo sé que callarán amenazados.

DON PEDRO.

¿Si preguntan del hábito?

CONDE.

Bien puedes
Decir que un freile es ido á hacer las
Haz sacar la carroza. [pruebas.

DON PEDRO.

Hoy, Conde, excedes
Tu misma Palma, y el laurel te llevas
De discreto Señor. ¡Tales mercedes!..

CONDE.

No quiero más de que este amor me de- [bas.
No pierdas tiempo, parte: y con secreto.

DON PEDRO.

¡Dichoso quien sirvió Señor discreto!
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE.

Con natural piedad me he condolido
Deste pobre mancebo, y desta gente
Que á buscarle cien leguas ha venido:
Justo será que su remedio intente.
Solamente reparo en que he podido
Darle casa, que á todos aposente;
Y el hábito imposible me parece,
Aunque por sangre y partes le merece.
Porque á Su Majestad pedirle agora,
Supuesto que le haga deudo mio,
No sé cómo ha de ser; y esta Señora
En hábito fundó su desvarío.
La vanidad por la riqueza adora...
Mas ¿no me dijo en Córdoba mi tio
Que al de Priego dos hábitos ha dado
Su Majestad? Pues ¿qué me da cuida-
¡Hola! do?—

ESCENA IX.

GERARDO, LISENO.—EL CONDE.

GERARDO.

Señor...

CONDE.

(*Ap.* Yo sé que si le pido
El uno dellos, le dará sin duda.)
¡Oh Gerardo! ¿Tú eres?

GERARDO.

Siempre he sido
Quien te sirve.

CONDE.

Vestido al punto muda.
Tú al maestro de postas sin rüido
Harás, Liseno, que el veedor acuda
Miéntras escribo, y el partir concierta.
Has de tener las postas á la puerta.

GERARDO.

¿Adónde he de correr?

CONDE.

Hasta Montilla
Con esta carta; que el Marqués de Prie-
Años há que reside en esa villa. [go,

GERARDO.

Voy á mudarme.

CONDE.

Imita al aire, al fuego.
(*Ap.* Mas no venga esta dama de Sevi- [lla,
Y me halle aquí: busquemos á don Die- [go:
Que allá despacharé. ¡Qué bien casti- [go
La envidia de Gerardo, su enemigo!)

(*Vanse.*)

—

Patio en la casa en que vive don Fernando.

ESCENA X.

DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.

Todo lo que digo pasa.

GIRON.

Es en fin Puerto Carrero.

DON PEDRO.

¡Qué discreto caballero!

GIRON.

¡Con qué artificio te casa!

DON PEDRO.

¿Hay hombre como el de Palma!

GIRON.

El nombre iguala al valor;
Pero dijeran mejor
Trocando la Palma en Alma.
Quien las almas señorea,
Dellas se ha de intitular.

DON PEDRO.

¿Hay tal gracia en el hablar!

GIRON.

Pues ¿hay cosa que no sea
Gracia en el Conde?

DON PEDRO.

La espada
Es única.

GIRON.

¿Y el salir
A una plaza?

DON PEDRO.

No hay decir
En sus alabanzas nada;
Que lo que él tiene por ménos,
Que es hacer versos, pudiera
Dar fama á Ovidio.

GIRON.

Aquí espera.

DON PEDRO.

¡Bien haya quien sirve á buenos!

GIRON.

A discretos di tambien;
Que hay buenos sin esta parte.
¿Llamo?

DON PEDRO.

¿Quieres que me aparte?

GIRON.

Como te estuviere á bien.
¡Ah de casa! —¿Vive aquí
Un caballero de Lima?

ESCENA XI.

ELVIRA.—GIRON, DON PEDRO, *retirado.*

ELVIRA.
¿Quién le busca?

GIRON.
Yo soy, prima.

ELVIRA.
¿Es Giron!

GIRON.
Mi cuza, sí.

ELVIRA.
Hágase allá; no me abrace.

GIRON.
¡Ay qué crueldad! ¡A Giron!

ELVIRA.
Estoy muy...

GIRON.
Muy es razon
De buey que con celos pace.

ELVIRA.
Muy enojadilla estoy.

GIRON.
La corte se te ha pegado.

ELVIRA.
Hablarle quiero de un lado;
La cara al sesgo le doy.

GIRON.
Es propio del terciopelo.

ELVIRA.
¿Por qué huyó?

GIRON.
Porque creí
Que á prendernos vino aquí
El alcaide de aquel cielo.
Vuelva la cara, mi hongo,
A don Pedro mi señor.

DON PEDRO.
¡Así se olvida el amor!
¡En buenos pechos le pongo!

ELVIRA.
Él es sin duda.—¡Señora!
¡Señora!

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR.—DON PEDRO, GIRON, ELVIRA.

DOÑA LEONOR.
¡Qué voces das!

ELVIRA.
De que no las diese más,
Me disculparás agora.

DOÑA LEONOR.
¡Es mi don Pedro!

DON PEDRO.
Yo soy.

DOÑA LEONOR.
¡Esposo del alma mia!
¿Que llegó tan dulce dia?

ELVIRA.
Agora, Giron, te doy
Mis brazos.

GIRON.
Délos á un sastre.

ELVIRA.
Ea, mi turco.

GIRON.
¿Qué manda?

ELVIRA.
¿Andamo disimulanda?

GIRON.
¡Negrita!

ELVIRA.
Por mi desastre,
Deja esas necias porfías.
Cuélgame al cuello, y por Dios,
Que parezcamos los dos
Tintero y escribanías.

GIRON.
¡Lindo azabache me cuelgo!

ELVIRA.
¿Tan blanco es vuesa merced?

DOÑA LEONOR.
Mi padre satisfaced;
Que de ese temor me huelgo,
Porque con la dilacion
Recibió mi bien aumento.

DON PEDRO.
Temí que su pensamiento
Era ponerme en prision.

DOÑA LEONOR. (*Llamando.*)
¡Ludovico!

ESCENA XIII.

LUDOVICO.—DICHOS.

LUDOVICO.
Mi Señora...

DOÑA LEONOR.
¿Mi padre?..

LUDOVICO.
En palacio está.

DON PEDRO.
Aquí Giron quedará,
Para que le espere agora;
Y vos y Elvira entrareis
En la carroza que aguarda.

DOÑA LEONOR.
Ya la vi pasar gallarda.
¡Linda carroza teneis!
Mas no sé si será justo
Ir sin su licencia allá.

DON PEDRO.
Yo pienso que se holgará
De lo que fuere mi gusto.
Entrad; que en viniendo él,
Le llevarán á mi casa.

DOÑA LEONOR.
Vamos, Elvira.

ELVIRA.
Hoy te casa
Con mucho gusto con él.
Mas no te olvides de mí,
Que tengo este socarron
En medio del corazon.

DOÑA LEONOR.
Verás lo que haré por ti.
(*Vanse don Pedro, doña Leonor y Elvira.*)

ESCENA XIV.

GIRON, LUDOVICO.

LUDOVICO.
Contigo estoy, Giron, muy enojado.

GIRON.
¿Es por el trascanton, hermano? Tuve
Miedo á tu dueño; que si aquí pidiera
El negro escalamiento de su casa,
Cortaran á mi amo la cabeza,
O le echaran á Orán con treinta lanzas,
Y á mí me dieran de color librea,
Porque pasé caballos á Guinea.

LUDOVICO.
No viene mi Señor á haceros daño;
Que sólo viene á remediar su honra.

GIRON.
Esa, bien sabe Dios que no le debe
Don Pedro, si palabras no la quitan
Entre dos que casarse solicitan.

ESCENA XV.

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO.
¿Adónde está mi hija, Ludovico?

LUDOVICO.
Con su marido es ida en su carroza.

DON FERNANDO.
¿Qué dices!

LUDOVICO.
Lo que oyes; que en sabiendo
Que venias de paz, se ha descubierto,
Y te ruega que poses en su casa;
Y áun es razon; que aquesta es indecente.

GIRON.
Yo quedo aquí, Señor, para llevarte.

DON FERNANDO.
¿Quién es este mancebo?

GIRON.
No le informes;
Que yo se lo diré por el camino.

DON FERNANDO.
¿Es Giron por ventura?

GIRON.
Procuremos
Alcanzar la carroza, por tu vida;
Que por ver el lugar, irá de espacio.

DON FERNANDO.
Quiero abrazarte.

GIRON.
Y yo, Señor, quererte.

DON FERNANDO.
En casando á Leonor, venga la muerte.

—

Sala en casa del Conde.

ESCENA XVI.

LISENO, OTAVIO, FABIO, ARNALDO Y OTROS CRIADOS.

LISENO.
Todos estad advertidos,
Para en viniendo esta dama,
Que habeis de tener por ama.

OTAVIO.
Bastantemente instruidos
El Conde nos ha dejado,
Y encomendado el secreto.

FABIO.
¡Por qué estilo tan discreto
Quiere hacer bien á un criado!

ARNALDO.
Algunos duda tendrán
De que esto suceda así.

FABIO.
Paso; que vienen aquí.

LISENO.
Risa y envidia me dan.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DOÑA LEONOR, ELVIRA.—DICHOS.

DOÑA LEONOR.
¡Qué lindas colgaduras!

ELVIRA.
Como el dueño.
LISARDO.
Dénos vuesa merced los piés á todos.
DOÑA LEONOR.
¿Quién son estos hidalgos?
DON PEDRO.
Mis criados.
DOÑA LEONOR.
Por cierto que os servís de honrada [gente.
DON PEDRO.
Téngolos todos en lugar de hermanos.
DOÑA LEONOR.
¡Qué ricas galas!
DON PEDRO.
Donde está la vuestra,
Ninguna cosa es rica, mi Señora.
Yo no soy más de un pobre caballero.
OTAVIO. (*Ap.*)
¡Bien finge gravedad el escudero!

ESCENA XVIII.

DON FERNANDO, GIRON, LUDOVICO. — DICHOS.

DON FERNANDO.
¿Es este?
GIRON.
El que la tiene de la mano.
DON FERNANDO.
Dadme esos brazos y licencia, hijo,
Para llamaros este nombre.
DON PEDRO.
Luego
Que don Fernando mi Señor se sirva
De que la tenga de llamarle padre.
DON FERNANDO.
Alégrome de ver vuestra persona,
Y disculpo el amor y los amores
De mi hija: por cierto que hago mucho
En detener las lágrimas, que salen
Impelidas del gusto de teneros
Por hijo, y otra vez quiero abrazaros.
DON PEDRO.
Y yo las manos, mi Señor, besaros.
DON FERNANDO.
Hijo, ya no quisiera hallaros rico;
Pobre os quisiera ya con ese talle.
Cien mil ducados os daré de dote,
Con buena ejecutoria de hijodalgo;
Que no por mal nacido fui dichoso.
Mi vida es corta: gozaréis, sospecho,
Otros cien mil despues; sólo os suplico
Os desposeis con brevedad.
DON PEDRO.
Yo aguardo
Sólo al Conde de Palma, que es mi deu- [do.
Con su licencia, y siéndome padrino,
Haremos en llegando nuestras bodas.
DON FERNANDO.
Y ¿cuándo ha de venir?
DON PEDRO.
Hoy le aguardaba.
DON FERNANDO.
Del hábito ¿qué hay?
DON PEDRO.
No sé qué diga.
A las pruebas es ido un caballero.
DON FERNANDO.
Y ¿cuándo volverá?
DON PEDRO.
Presto le espero.
Entraos á descansar, por vida mia,
Y á ver mi casa. Mi Leonor, decilde
A mi Señor que es aposento humilde.
DOÑA LEONOR.
Dejad de encarecer nuestra alegría.
Vamos, Señor.
DON FERNANDO.
¡Qué dicha!
DOÑA LEONOR.
Tuya y mia.
DON PEDRO.
¡Hola, criados, id delante!
DON FERNANDO.
El cielo
Me dió este bien por último consuelo.
(*Vanse todos, ménos Don Pedro y su criado.*)

ESCENA XIX.

DON PEDRO, GIRON.

DON PEDRO.
¿Qué te parece?
GIRON.
Que estoy
Con tanta seguridad,
Que pienso que esto es verdad.
DON PEDRO.
Y yo sé apenas quién soy.
¡Qué desatinados van
Con la grandeza prestada!
GIRON.
Que ya no te importa nada.
De verte honrado y galan,
Don Fernando está sin seso.
Lo mismo te ha de querer
Cuando se venga á entender.
DON PEDRO.
¿Qué fin tendrá mi suceso?

ESCENA XX.

LISENO.— DICHOS. *Despues* EL CONDE Y DON DIEGO.

LISENO.
Embozado, con don Diego
Viene el Conde mi señor.
DON PEDRO.
No pudo á tiempo mejor.
Di, Liseno, que éntre luego.
(*Va Liseno á avisar, y salen el Conde y Don Diego con capas de color y sombreros de plumas.*)
CONDE.
¡Don Pedro!
DON PEDRO.
¡Señor!...
CONDE.
¿Están
Tus huéspedes alojados?
DON PEDRO.
Y tan contentos y honrados,
Que al cielo mil gracias dan.
Dijeles que te esperaba
Para concluir la boda;
Que eras mi deudo, y que toda
De tu venida colgaba,
Y que hoy habia de ser,
Y tú mi huésped aquí;
Que quise trazarlo ansí,
Para que puedas tener
Mayor ocasion de honrarme,
Y estarte en tu misma casa.
CONDE.
¿Qué os parece lo que pasa?
DON DIEGO.
Que no acabo de admirarme;
Y me parece mejor
Que digan que habeis llegado.
CONDE.
Vaya á decirlo un criado.
GIRON.
Yo voy corriendo, Señor. (*Vase.*)
CONDE.
Entre sus dichos famosos,
Diógenes, gran varon,
Dijo que amor con razon
Era ocupacion de ociosos.
Mirad si se prueba aquí.
DON DIEGO.
Mal puede el que es ocupado
Tener en amor cuidado,
O se ha de olvidar de sí.

ESCENA XXI.

DON FERNANDO, DOÑA LEONOR, GIRON.—EL CONDE, DON PEDRO, DON DIEGO.

DON FERNANDO.
Seais, Señor, bien venido
A esta casa de mi yerno,
Ya vuestra, pues que la honrais
Como dueño y como deudo.
A doña Leonor, mi hija,
Dad las manos.
CONDE.
Antes quiero,
Como á mi prima, abrazarla.
DOÑA LEONOR.
Las manos, Señor, os beso.
CONDE.
¡Don Diego! (*Ap. á él.*)
DON DIEGO.
¿Qué hay?
CONDE.
Por Dios,
Que su mujer de don Pedro
Es la que os dije...
DON DIEGO.
¡Oh qué gracia!
CONDE.
Y que la quiero en extremo.
Pensé en volviendo á Sevilla
Servilla; mas ya no puedo.
DON DIEGO.
Colores os han salido.
CONDE.
Que me ha pesado os confieso.
DON FERNANDO.
Cuando mi yerno, Señor,
Fuera un hombre que sirviendo
En vuestra casa estuviera,
Y no tan gran caballero,
Le estoy tan aficionado,
Que el ser quien es es lo ménos.
Yo tengo para los dos.
CONDE.
Gracias, don Fernando, al cielo.
¿Cuándo se hará el desposorio?
DON FERNANDO.
Pues habeis venido, luego.
CONDE.
Id á sacar la licencia.
DON FERNANDO.
Quiero haceros aposentos,
Primero que intente nada.

Hija, entrad, y aderecemos
Un cuarto en que el Conde viva...

CONDE. (*Ap.*)

¡Esto es bueno!

DON FERNANDO.

Porque quiero
Que á tan buen huésped en casa
De nuestro yerno le honremos.

DOÑA LEONOR.

Vamos, Señor; que es muy justo.

GIRON. (*Ap. á su amo.*)

¡Con qué linda flema el viejo
Da al Conde su misma casa!

DON PEDRO.

Calla, bestia; ten secreto.

(*Vanse Don Fernando y Doña Leonor.*)

ESCENA XXII.

EL CONDE, DON PEDRO, DON DIEGO, GIRON.

CONDE.

Don Pedro, tú te has casado
Tan bien, que envidioso quedo.
Si yo volviera á Sevilla,
Fuera esta dama sujeto
De mis ojos, porque allá
Lo fué de mi pensamiento.
Vila en el Remedio un dia...

DON PEDRO.

Pues, Señor, áun hay remedio.
No estoy casado, Señor,
Y de rodillas os ruego
Que por mí no dejeis cosa
Que sea del gusto vuestro.
Yo me iré á Flándes ó Italia;
Yo diré que un hombre he muerto
Esta misma noche.

CONDE.

Paso:
Con ménos furia, don Pedro;
Que ganarme en cortesía
Suelo sentir en extremo.
Yo solo pensé servirla;
De pensarlo me arrepiento.
Muchos años la goceis;
Y para que tenga premio
Ese amor, sabed que ya
Tendréis el hábito cierto;
Que por la posta á Montilla
Gerardo al Marqués de Priego
Es ido con cartas mias;
Porque el Rey merced le ha hecho
De dos hábitos, que pueda
Dar á cualquier caballero,
Pariente ó criado suyo,
O de alguno de sus deudos.
Yo le pido para vos.

DON PEDRO.

Las estampas, Señor, beso
Adonde imprimís los piés.

CONDE.

Pues creed que será cierto;
Que Córdobas y Aguileras
Son Alejandros.

DON PEDRO.

No puedo
Responderos de turbado.

CONDE.

Vamos á saber, don Diego,
Dónde me han aposentado.

DON PEDRO.

En el alma y en el pecho;
Aunque Palma como vos
Toca con la frente al cielo.

GIRON.

¿Qué te parece!

DON PEDRO.

¡Bien haya
Quien sirve á señor discreto!

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XXIII.

DON SILVESTRE, ROSALES.

DON SILVESTRE.

Tomé ocasion de pretender, Rosales,
Y por doña Leonor vengo á la corte.

ROSALES.

De disculpa justísima te vales.

DON SILVESTRE.

No hay prudencia ni edad que amor re- [porte.
¡Que don Fernando por enredos tales
Busque á don Pedro, aunque al honor [le importe!

ROSALES.

Pienso que por venir le han engañado.
Tú solo en este engaño estás culpado.

DON SILVESTRE.

No puedo más; que mis engaños veo,
Y para resistillos, no soy parte.

ESCENA XXIV.

LUDOVICO.—DICHOS.

ROSALES.

¿Es este Ludovico ó mi deseo?

DON SILVESTRE.

¡Ludovico!

LUDOVICO.

¡Señor!...

DON SILVESTRE.

Quiero abrazarte.

LUDOVICO.

¡Don Sivestre en la corte! No lo creo.
El viento que en la mar suele llevarte
Por la canal furiosa de Bahama,
¡A Madrid te ha traido!

DON SILVESTRE.

Amor le llama.

LUDOVICO.

¿Pretendes en las Indias?

DON SILVESTRE.

Ludovico,
Pretendo aquella ingrata.

LUDOVICO.

Pues ya es tarde;
Y que no la pretendas te suplico;
Que ya tiene marido que la guarde,
Caballero galan, bien quisto, rico,
Que hoy ha hecho en su casa un grande [alarde
De toda su riqueza.

DON SILVESTRE.

¿Qué me dices!

LUDOVICO.

Que sus bodas, que es justo, solenices.
Visítalos; que quedan concertados
Por escrituras, hechas en presencia
Del gran Conde de Palma y sus criados,
Que hoy ha venido de una larga ausen- [cia.

DON SILVESTRE.

¡Qué buen consuelo hallé de mis cui- [dados!
No me da el cielo á mí tanta paciencia.
Doña Leonor es mi mujer, y tengo
Firma ó palabra, y á casarme vengo.
Pondréle impedimento; y si me fuere
Necesario salir en desafío,
Haré á don Pedro y á quien darle quiere
Lo que merezco yo, y ha de ser mio,
Que juntos se desdigan.

LUDOVICO.

No prefiere
Don Fernando, que fuera desvarío,
De don Pedro el valor al que tú tienes;
Sólo la edad, en que engañado vienes.

DON SILVESTRE.

Que no se cuenta edad en los soldados.
Nieve es esta, que haciendo centinela,
Me cayó en Flándes.

LUDOVICO.

¿Hombres hay nevados!

ROSALES.

Engéndranlos sus padres cuando hiela.

DON SILVESTRE.

Yo traigo mis papeles y recados.
Que tengo de impedirles me consuela;
Y no la ha de gozar, pues no la gozo.
Cincuenta mil ducados me hacen mozo.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Conde.

ESCENA XXV.

EL CONDE, DON FERNANDO, DON PEDRO, DOÑA LEONOR, ELVIRA, GIRON, CRIADOS.

CONDE.

Bien queda ansí concertado.

DON FERNANDO.

Y más siendo vos testigo.

CONDE.

Soy llano y soy abonado,
Aunque soy deudo y amigo.

DON PEDRO.

Yo soy, Señor, tu criado.

CONDE.

Mundos quisiera tener
Que dar á doña Leonor.

DOÑA LEONOR.

Del que hay os quisiera hacer
Príncipe, rey y señor.

ELVIRA.

¡Qué bien lo merece ser
Tan galan Puerto Carrero!

DON PEDRO.

Y de mis desdichas hoy
Puerto, en que salvarme espero.
Cumpliendo en tu puerto voy
Lo que me dijo Severo.

ELVIRA. (*A Giron.*)

Y tú y yo ¿no concertamos
Hacer nuestras escrituras?

GIRON.

¿Qué quieres tú que escribamos
Cuando, como ves, á escuras
Y en tinieblas nos casamos?
Un miércoles de Ceniza
Se me figura tu boda,
Pues de negro se entapiza.

ELVIRA.

Y yo ¿cómo quedo toda!

GIRON.

¿Todavía te autoriza
Esto de ser hija de algo?

ELVIRA.

Pues ¿quién hay hijo de nada?

GIRON.
Mejor es algo que galgo.
Pero cuéntale casada,
Ya que de galgo me valgo.
¿Qué hemos de hacer?

ELVIRA.
Yo sé hacer
Rica conserva y jalea,
Con que darte de comer.

GIRON.
Di, Elvira, tambien grajea.
Paciencia habré menester.
Pero conservas sutiles
Téngolo por cosas viles.

ELVIRA.
No eres señor; si lo fueras...

GIRON.
¡Oh, si chorizos hicieras,
Salchichones y perniles!

CONDE.
Poco nos regocijamos.

DON PEDRO.
Para boda es gran tristeza.

CONDE.
Fiesta y música traigamos.

DON FERNANDO.
No está léjos una pieza
Que suele hacerla á sus amos;
Que si vos se lo mandais,
Un lindo baile vereis,
Con que buen rato tengais.

CONDE. (*A Elvira.*)
¿Sois vos?

DON FERNANDO.
Mal la conoceis.

ELVIRA.
Basta que vos lo querais.
Pero advierte que es guineo,
Ingerto en indio; que allá
Todas estas mezclas veo.
Pero ¿quién me ayudará?

ESCENA XXVI.

LA VIOLILLA [1], MÚSICOS Y BAILARINES. —EL CONDE, DON FERNANDO, DOÑA LEONOR, DON PEDRO, ELVIRA, GIRON, CRIADOS.

UN MÚSICO.
Yo, que ayudaros deseo.
(*Cantan y danzan.*)
¿Taquitan mitanacuni,
Español, de aquí para allí,
De aquí para allí?
—
Soy nuevo y soy chapeton.
—
Pencacuni:
No tengais deso vergüenza;
Que india nací.
—
Al amor pintan desnudo.
—
Miraldo en mí.
—
En España no hay amor.
—
Créolo ansí.
—
Allá reina el interes.
—
Y amor aquí.
¿Taquitan mitanacuni,
Español, de aquí para allí,
De aquí para allí?
—
En las Indias nace el oro.
—
Chichicorí.
—
No le buscan ni le estiman.
—
España sí.
—
Los bienes del alma adoran.
Veisme aquí.
Amor con amor se paga.
—
Nunca le vi.
—
Español, si no lo crees,
Míralo en mí.
¿Taquitan mitanacuni,
Español, de aquí para allí,
De aquí para allí?

ESCENA XXVII.

DON SILVESTRE, UN NOTARIO.—DICHOS.

DON SILVESTRE.
Haced, Señor, vuestro oficio.

NOTARIO.
Presto lo dirá el efeto...
(*Al Conde.*) Dándome vuseñoría
Licencia, digo.

CONDE.
¿Qué es esto!

NOTARIO.
Que en esta boda se pone...

DON FERNANDO.
¿Qué se pone?

NOTARIO.
Impedimento
Por el capitan...

DON FERNANDO.
Oid.

NOTARIO.
Don Silvestre.

CONDE.
¿Quién?

DON SILVESTRE.
Yo vengo
A impedir que no se case
Con doña Leonor don Pedro,
Por palabra que me ha dado.

DOÑA LEONOR.
Eso no, palabra niego;
Que si mi padre la dió,
No pudo obligarme, siendo
Mi voluntad la que obliga.
Y que no la tuve es cierto,
Pues sufrí muchas afrentas;
Y finalmente, siguiendo
Mi esposo, vengo á Madrid.

CONDE.
¿Sabeis que deste concierto
He sido parte y testigo?

DON SILVESTRE.
A vuseñoría ruego
Que me escuche y me perdone,
Si esto fuere atrevimiento.
Don Fernando está engañado,
Pues piensa que tiene yerno
Rico y dueño desta casa,
Siendo vos, Señor, su dueño.
Ni hay hábito ni hay merced,
No habiendo servicios hechos.
Que os sirve de secretario
Dice á voces todo el pueblo:
Siendo ansí, ¿cómo es razon?...

CONDE.
No prosigais.

DON SILVESTRE.
Yo obedezco.

CONDE.
Don Pedro es mi secretario,
Y si no es mejor, tan bueno
Como yo. Lo que mirais
En todos los aposentos
Desde el zaguan al jardin,
Con cuantos caballos tengo,
Plata, camas, colgaduras,
Le doy. Si el hábito es cierto,
Aquesta carta lo diga,
En que hoy el Marqués de Priego,
De dos hábitos que tiene,
Envia el uno á don Pedro:
De Santiago como el mio,
Le ha de tener en el pecho.
Vos, don Fernando, teneis
Un yerno muy caballero;
Vos, doña Leonor, marido
Galan, gallardo y mancebo,
Hombre que merece estar
Por sólo su entendimiento
En servicio del Rey mismo;
Y tan cortés, que pudiendo
Hacer ofensa á su honor,
Si se puede hacer á un suegro,
Nunca á Leonor dijo amores,
Que no fuesen muy honestos.
Él gastó seis mil escudos
De su patrimonio; y creo
Que sesenta mil gastara
Con tan limpio y casto celo.
Por no ofendella, se vino
Pobre, de Sevilla huyendo.
¿No es heróica esta virtud?
¿No merece justo premio?
¿No tiene cien mil ducados
Don Fernando, y áun docientos?
Pues ¿cuál es mejor? ¿Un hombre
Con un hábito en los pechos,
Entendido y gentil-hombre,
O un piloto rico y viejo?

DON SILVESTRE.
Tráteme vueseñoría
Como sabe que merezco;
Que soy capitan del Rey.

CONDE.
Pues pretenda en el Consejo,
Y verá que yo le ayudo;
Pero ¡damas! ¿á qué efeto?

DON SILVESTRE.
Déme esa palabra.

CONDE.
Haré,
Por la fe de caballero,
Lo que digo.

DON SILVESTRE.
Pues, Señor,
La dama á don Pedro dejo;
Que bien veo que es razon.
Pretender quiero un gobierno.

CONDE.
Pues yo haré cuanto pudiere
Con mis amigos y deudos.

ELVIRA.
Si está todo esto acabado,
Y eres, gran Puerto Carrero,
El presidente de amor,

[1] Esta *Violilla* debe ser la criada, la *moza* que suele hacer fiesta y música á sus amos.

Y de Marte amor te has vuelto,
Oye...

DON FERNANDO.

Más justa razon
Es que me escuches primero.

CONDE.

¿Qué quereis?

DON FERNANDO.

Digo, Señor,
Que agora quiero á mi yerno
Mucho más que le queria;
Que rico fuera soberbio,
Y pobre ha de ser humilde,
Que es lo más que yo deseo
Para mí y para Leonor.

CONDE.

Hablais muy prudente y cuerdo:
¿Qué es lo que quieres, Elvira?

ELVIRA.

Tengo vergüenza.

CONDE.

Sospecho
Que no lo dirá la cara.

ELVIRA.

A Giron...

CONDE.

Prosigue.

ELVIRA.

Quiero
Para en matrimonio.

CONDE. (*A Giron.*)

Y tú
¿Qué respondes?

GIRON.

Que me entrego
A un mar de tinta en sus brazos.

CONDE.

Daos las manos.

GIRON.

Esto es hecho.
El astrólogo me dijo
Verdad pura; que si tengo
Hijos, ajedrez serán,
Pues serán blancos y negros.

DON PEDRO.

Esta comedia, senado,
Hecha por daros contento,
Se llama...

ELVIRA.

Yo lo diré:
Servir á señor discreto.

EL PRINCIPE PERFECTO

(PRIMERA PARTE).

PERSONAS.

EL PRÍNCIPE DON JUAN DE PORTUGAL.
EL REY DON ALFONSO, *su padre.*
EL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO.
LA REINA DOÑA ISABEL.
LA REINA DE PORTUGAL.
DON JUAN DE SOSA.
DOÑA LEONOR.
DOÑA CLARA.
EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN.
BENOÍ, *rey negro.*
COLON.
BELTRAN.
INÉS.
ESPERANZA.
LEONEL DE LIMA.
FERNANDO.
RUY DE SILVA.
MENDO ENRIQUEZ.
UN PICADOR.
UN CRIADO.
UN PRETENDIENTE.
UN VIEJO.
GARCÍA.
EMBOZADOS.
CABALLEROS.
DAMAS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.

La accion pasa en Lisboa y en otros varios puntos.

ACTO PRIMERO.

Una calle de Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE, DON JUAN DE SOSA y BELTRAN, *de noche; éste último retirado.*

PRÍNCIPE.

La misma naturaleza
Tiene por vária, don Juan,
La belleza que le dan.

DON JUAN.

No se canse Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

No me canso de mi gusto.

DON JUAN.

Há gran rato que rondais.

PRÍNCIPE.

Yo pienso que vos lo vais,
Y quitároslo no es justo. [1]
Id con Dios (que por ventura
Tendréis que hacer); que yo sé
Las calles, y volveré,
Como persona segura,
De aquí á un rato á desnudarme,
Pues que la ciudad lo está. [2]

DON JUAN.

Vuestra sospecha me da
Ocasion para quejarme,
Y ha sido gran disfavor
El decirme Vuestra Alteza
Que me vaya; aunque es nobleza
Dese divino valor.
Bien sé que seguro fuera
(Aunque no lo esté Lisboa)
Consigo mismo, á quien loa
Por Marte la quinta esfera;
Mas no hay gusto por quien yo
Le dejase de servir,
Aunque me importe el vivir.

PRÍNCIPE.

¡Bravamente me agradó
Aquella dama que canta!

DON JUAN.

¿Quiere volver Vuestra Alteza?

PRÍNCIPE.

No me agradó su belleza,
Que no me pareció tanta;
Lo que canta me agradó.

DON JUAN.

Es algo tarde.

PRÍNCIPE.

Don Juan,
Muchos recelos me dan
Que os cansais.

DON JUAN.

¡Yo, Señor, yo!...

PRÍNCIPE.

Ea, decí la verdad.

DON JUAN.

Si tuviera yo que hacer,
¿Habíalo de esconder
De Vuestra Alteza?

PRÍNCIPE.

Mirad
Que me enojaré.

DON JUAN.

Señor...

PRÍNCIPE.

Decildo, por vida mia.

DON JUAN.

Por esa vida diria
Infamias contra mi honor.—
Quiero bien, y soy querido.

PRÍNCIPE.

Yo no me espanto; mas ya
Que casado estoy, está
Cubierto el amor de olvido:
¡Tan tibiamente me acuerdo
De doña Ana de Mendoza!

DON JUAN.

¡Dichoso el reino que goza
Príncipe tan noble y cuerdo!
En fin, ¿que para obligarme
A que yo diga á quien quiero,
Me lo decís vos primero,
Y así quereis animarme!

PRÍNCIPE.

Teneos; que no lo digo
Sino porque os quiero bien.

DON JUAN.

¡Tantas mercedes á quien
No os sirve!...

PRÍNCIPE.

Soy vuestro amigo.
Tuve á don Jorge en doña Ana:
¡Bello niño!

DON JUAN.

Angel del cielo,
En quien sólo puso el velo
La naturaleza humana.
Y pues tanto me obligais,
Sabed que yo quiero bien...

PRÍNCIPE.

Quedo: no digais á quién,
Si no es que mucho gustais.

DON JUAN.

¡Cómo no! Si [3] fuera cosa
En que luego Vuestra Alteza
Me cortara la cabeza.

BELTRAN. (*Ap.*)

¿Dónde va don Juan de Sosa
Con este honrado fidalgo
Tan hinchado y espacioso?

DON JUAN.

Soy en amores dichoso:
Con lo más que intento, salgo.
Habrá un mes que requebré
Cierta doña Clara aquí...
Hablé, paseé, escribí,
Gasté, regalé, y entré.

PRÍNCIPE.

De la puerta del favor
Es la llave el regalar.

DON JUAN.

No sospecheis del entrar
Más del hablarla, Señor;
Que es mujer muy principal.

PRÍNCIPE.

Pues lo principal faltó.

DON JUAN.

En esto entretengo yo
Las noches.

PRÍNCIPE.

Hicistes mal

[1] Pienso que vais *cansado*, y no es justo quitaros vuestro *gusto*.
[2] Pues que la ciudad está *segura*, esto es, *tranquila*. Suponer que quiere decir *pues que la ciudad está desnuda*, parece ménos oportuno, aunque no repugnante.

[3] Aunque.

El no avisarme primero;
Mas si es hora, juntos vamos.

DON JUAN.

Bien cerca, Señor, estamos.
Esta es su casa.

PRÍNCIPE.

Yo espero:
Bien podeis seguro estar.

DON JUAN.

¿Qué decís!

PRÍNCIPE.

Que entreis os digo

DON JUAN.

¡Señor!...

PRÍNCIPE.

Don Juan, de un amigo
La puerta podeis fiar.
¿Quién es aquese escudero
Que traeis con vos?

DON JUAN.

Señor,
Era un pobre labrador;
Vino á ser mi despensero,
Y porque un dia le vi
Menear la blanca bien,
Le traigo conmigo.

PRÍNCIPE.

A quien
Fiais el venir aquí
Debe de tener valor.
Él no me habrá conocido.

DON JUAN.

No, Señor.

PRÍNCIPE.

Que entreis os pido.

DON JUAN.

Quiero obedecer, Señor;
Que ya sé vuestra grandeza
Y corazon generoso.

PRÍNCIPE.

Entrad seguro.

(*Éntrase don Juan.*)

ESCENA II.

EL PRÍNCIPE, BELTRAN.

BELTRAN. (*Ap.*)

¡Famoso
Sueño me da en la cabeza!
Mi amo se entró; y pues tiene
Quien le guarde, yo me valgo
Desta rodela.

PRÍNCIPE.

¡Ah fidalgo!

BELTRAN.

¡Llama! ¡Á lindo punto viene!

PRÍNCIPE.

¿Cómo es el nombre?

BELTRAN.

Beltran.

PRÍNCIPE.

¿De dónde sois?

BELTRAN.

Soy de Almada.

PRÍNCIPE.

¿Traeis buena espada?

BELTRAN.

Espada
De las que ciñe don Juan.

PRÍNCIPE.

¿Sabeis de la negra bien?

BELTRAN.

Desde que se fué de casa,
No la he visto: todo pasa;
Lo negro es color tambien.
Mi amo os lo contaria;
Que por mi ocasion la echó.
Él que á los blancos crió,
Tambien á los negros cria.
Apasionóme el parir
Un mulato como un oro.
Si crece, ha de ser un toro.

PRÍNCIPE.

Si vos sabeis esgrimir
Con la negra, os preguntaba;
No si entre negros andais.

BELTRAN.

De lo que me preguntais,
Señor, divertido estaba.
Siempre piensa el que tratando
Anda en algo que le apuntan,
Que es lo que otros le preguntan
Lo que él está imaginando.

PRÍNCIPE.

¡Discreta respuesta! En fin,
Vos ¿de la negra sabeis?

BELTRAN.

Lo que basta para seis;
Que no soy espadachin.

PRÍNCIPE.

¿Y con la blanca?

BELTRAN.

Con esa,
Para uno.

PRÍNCIPE.

¡Buen tallazo
Teneis!

BELTRAN.

Bien pego un porrazo.

PRÍNCIPE.

¿Con fuerza?

BELTRAN.

Fuerzas profesa
Mi dueño: ya vos sabeis
Que delante de los Reyes
De Castilla, como á bueyes
A cinco toros ó á seis
En Arévalo cortó
Los pescuezos con la espada;
Pero su fuerza no es nada
Con la que profeso yo.

PRÍNCIPE.

A ver, encajad la mano.

BELTRAN.

Tomad. ¡Ay!

PRÍNCIPE.

¿De qué os quejais?

BELTRAN.

Aunque otra vez la pidais,
No ganaréis por la mano.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué fué?

BELTRAN.

Que, de apretada,
Me hicisteisla mano un dedo.

PRÍNCIPE.

Mostrad, á ver.

BELTRAN.

Téngoos miedo.

PRÍNCIPE.

Mostrad.

BELTRAN.

Digo que no es nada.

PRÍNCIPE.

Pues veamos cuál á cuál
Tuerce el brazo: el brazo os pido.

BELTRAN.

Yo me le doy por torcido.

PRÍNCIPE.

¿Desto os quejais?

BELTRAN.

¡Pesia tal!
Pues ¿qué prensa de bonetes
Me pusiera deste modo?
Las cuerdas tengo hasta el codo
Más negras que dos pebetes.
Si riñera con vos, digo,
Y no es la experiencia en vano,
Que por no daros la mano,
Nunca fuera vuestro amigo.
Y pues lo sois de mi dueño,
Suplicoos que le guardeis
Las espaldas, pues podeis,
Miéntras yo me rindo al sueño.

PRÍNCIPE.

Dormid seguro.

BELTRAN.

Ojo alerta.

(*Échase á dormir.*)

PRÍNCIPE.

¡Muy bien me empleo, por Dios,
Guardándoos el sueño á vos,
Y á vuestro dueño la puerta!
¡Oh noche desigual, del sol ausencia
(Ausencia, en fin, para que causes ma-
Adonde tantas luces celestiales [les),
No son de tus delitos resistencia! [cia,
Eres, miéntras te ausenta su presen-
Talega de ajedrez con piezas tales,
Que son en tí confusamente iguales,
Y del peon al Rey no hay diferencia.
No pienses que la luna en tí se goza,
Ni con sus luces te hagas de los godos,
Pues tantos años há que fuiste moza:
Porque siendo alcahueta de mil mo-
Te sirven las estrellas de coroza, [dos,
Para que miren tus infamias todos.

ESCENA III.

CUATRO HOMBRES, *embozados.* — EL PRÍNCIPE; BELTRAN, *dormido.*

HOMBRE 1.°

Gente suena en la calle.

HOMBRE 2.°

Y se pasea [dado
Un hombre de buen talle. Hame enfa-
Que no haga caso de nosotros cuatro.

HOMBRE 3.°

¡Vive Dios, que se estira con desprecio

HOMBRE 1.°

¿Darémosle con algo?

HOMBRE 2.°

No se excusa
Saber quién es.

HOMBRE 4.°

¿Quién va, señor fidalgo?

PRÍNCIPE. [des.

Un hombre, como ven vuesas merce-

HOMBRE 4.° [bre.

En la hinchazon parece más de un hom-

PRÍNCIPE. [compone

Pues no soy más de un hombre, á quien
Cuerpo y alma, sujeto á lo que todos;
Mas soy hombre de bien.

HOMBRE 1.°

Diga su nombre.

PRÍNCIPE.

Mi nombre es *Yo.*

HOMBRE 2.°

¿Qué es yo?

PRÍNCIPE.

Nombre de un hombre.

HOMBRE 3.°

Pues yo tambien soy yo.

PRÍNCIPE.

Pues bien: ¿qué quiere?

HOMBRE 4.°

Que nos diga quién es á cintarazos.

PRÍNCIPE.

¡Oh, pícaros infames!

(*Meten mano.*)

HOMBRE 3.°

Dale, Enrico.

(*Riñen.*)

PRÍNCIPE.

A mí no me da nadie; que soy rico.

HOMBRE 2.°

¡Muerto soy!

HOMBRE 1.°

Huye, Vasco.

HOMBRE 4.°

Este no es hombre;
Demonio es.

(*Cae muerto el segundo, y huyen los tres.*)

ESCENA IV.

DON JUAN; DOÑA CLARA Y ESPERANZA, *deteniéndole.*—EL PRÍNCIPE; BELTRAN, *dormido.*

DON JUAN.

¡Afuera! ¿Qué es aquesto?

PRÍNCIPE.

¿Sois dellos vos?

DON JUAN.

Yo soy don Juan de Sosa.

PRÍNCIPE.

Y yo quien vos sabeis.

DOÑA CLARA.

Don Juan, tenéos.

DON JUAN.

Dejadme; que la vida de un amigo
A todo se antepone.

PRÍNCIPE.

Sosegáos. Ya;
Un hombre he muerto; la ocasion es suya;
Tres van huyendo: haced que, con secreto,
No se sepa quién soy, pues sois discreto.
(*Vase.*)

ESCENA V.

DON JUAN, DOÑA CLARA, ESPERANZA; BELTRAN, *dormido.*

DON JUAN.

Ya se fué el caballero que era dueño
Desta pendencia, y díjome que estaba
Un hombre muerto.

DOÑA CLARA.

Y dos decir pudiera.

DON JUAN.

¡Ay de mí! ¿Qué es aquesto? Mi criado...

DOÑA CLARA.

¡Beltran por dicha!

DON JUAN.

El mismo

DOÑA CLARA.

¡Ah desdichado!

DON JUAN.

¿Tienes algun aliento?

(*Levántase alborotado Beltran.*)

BELTRAN.

¿Quién me llama?

DON JUAN.

¿Habló?

DOÑA CLARA.

Pues ¿no lo ves?

BELTRAN.

Señor, ¿qué es esto?

DON JUAN.

¿Cómo te has levantado?

BELTRAN.

Yo sospecho
Que fué teniendo piés.

DON JUAN.

¿No estás herido?

BELTRAN.

Herido no, Señor, sino dormido.

DOÑA CLARA.

Luego tú ¿no has oido la pendencia?

BELTRAN.

¡Hubo pendencia aquí!

DON JUAN.

Y un hombre muerto.
Cógele en brazos ántes que amanezca.

BELTRAN.

Aquel fidalgo [1]
Debió de sacudille por la panza;
Que linda fuerza el bellacon alcanza.
Mas mira que no es bien que vaya solo.

DON JUAN.

Yo iré contigo.—Clara, adios.

DOÑA CLARA.

El cielo
Os guarde, mi don Juan.

BELTRAN.

Señor difunto,
¿Por qué se hace pesado?

DON JUAN.

Acaba presto.

BELTRAN.

Mire que vamos á nadar al Tajo.
¡Qué hermoso atun!

DON JUAN.

Por esta calle abajo.

(*Vanse don Juan de Sosa y Beltran con el muerto en brazos.*)

ESCENA VI.

DOÑA CLARA, ESPERANZA.

ESPERANZA.

¿Quién sospechas que sería
El amigo de don Juan?

DOÑA CLARA.

Otro don Juan, el galan
Como el sol que alumbra el dia.

ESPERANZA.

¿Es el Príncipe por dicha?

DOÑA CLARA.

Y el hombre de más valor
Que ha visto el mundo.

ESPERANZA.

Mayor
Pudiera ser tu desdicha,
Si él no fuera, cual lo es,
El agresor desta culpa;
Porque no hallaras disculpa
De ser la causa despues;
Que es tan grande su justicia,
Miéntras su padre está ausente,
Que le habla y tiembla la gente.

DOÑA CLARA.

Lo que temo es la malicia
De don Juan, que ha de decir
Que el hombre era mi galan.

ESPERANZA.

Los celos que no se dan,
Fáciles son de sufrir.

DOÑA CLARA.

Dices bien: hay dos maneras
De celos.

ESPERANZA.

Y ¿cuáles son?

DOÑA CLARA.

Los que toman sin razon
Los hombres por sus quimeras,
Y los que les suelen dar
Las mujeres.

ESPERANZA.

Esos tengo
Por peores.

DOÑA CLARA.

Yo me vengo
Fácilmente á disculpar
Con que esta fué valentía
Del Príncipe, y no otra cosa.

ESPERANZA.

¡Gallarda espada!

DOÑA CLARA.

Famosa.

ESPERANZA.

¡Qué notable gallardía!
¡Matar uno y herir tres!

DOÑA CLARA.

Él es hombre, que en Castilla
Le tienen por maravilla
Del mundo: un Hércules es.
En la batalla de Toro
Fué divino su valor...
En fin, salió vencedor.
En África tiembla el moro,
Desde que le vió en Arcila
Acometer la muralla.

ESPERANZA.

Para más cruel batalla
Contigo la espada afila,
Si no me engaña el semblante;
Que alabar una mujer
A un hombre... ó quiere querer,
O ya quiere.

DOÑA CLARA.

No te espante,
Esperanza, mi alabanza;
Que el Príncipe la merece.
Pero es necio el que apetece
Lo que áun la vista no alcanza.
Desde que el Príncipe amó
A doña Ana de Mendoza,
De cuyos amores goza
Tal fruto como le dió,
No se sabe que haya amado
Más que á su esposa, á quien tiene
Justo amor.

ESPERANZA.

Ya el alba viene,
El rostro en perlas bañado.
Entra; que te pueden ver.

DOÑA CLARA.

¡Terrible noche he pasado!
Nunca más he deseado
Ver la luz amanecer;
Que al fin cuidado me dan,

[1] Verso incompleto.

Aunque estamos disculpadas,
Del Príncipe cuchilladas
Y sospechas de don Juan.

(*Vanse.*)

—

Sala del Real palacio.

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE, DON JUAN, BELTRAN.

PRÍNCIPE.
¿Hízose bien?

DON JUAN.
Y muy bien.
Beltran le arrojó en el mar,
Adonde quisiera echar
Mis celos.

PRÍNCIPE.
¿Celos! ¿De quién?

DON JUAN.
De aquel galan que pensó
Quitaros de aquella puerta.

PRÍNCIPE.
No pasaba á cosa cierta,
Segun imagino yo,
Sino que es muy de cuadrilla
Reconocer hasta el nombre.—
Era de buen talle el hombre.

DON JUAN.
Con eso agora acuchilla
Mis sospechas, y será
El hombre muerto mi amor.

PRÍNCIPE.
Pues ¿de qué teneis temor,
Don Juan, si el galan lo está?
Si yo amara, no me diera
Celos un muerto.

DON JUAN.
¿No son
Celos saber la ocasion
Y la deslealtad?

PRÍNCIPE. (*Ap. á don Juan.*)
Espera.
¿Es aquel el escudero
Que anoche te acompañó?

DON JUAN.
Y el que en la mar le arrojó.

PRÍNCIPE.
Bien duerme.

DON JUAN.
Es hombre grosero,
Pero muy hombre de bien,
De la espada y del secreto.

PRÍNCIPE.
Vos os fiais, sois discreto,
Sin duda sabeis de quién.
Dalde quinientos escudos,
Como que vos se los dais.

DON JUAN.
Cuanto veis, Señor, honrais.

PRÍNCIPE.
Soy amigo de hombres mudos.

ESCENA VIII.

EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN.— EL PRÍNCIPE, DON JUAN, BELTRAN.

PRIOR.
Déme los piés Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.
Seais, Prior, bien venido.
Alzad y dadme los brazos.
¿Cómo queda el padre mio?

PRIOR.
Señor, el Rey vuestro padre
A tantas tristezas vino
De ver sus pleitos, sus guerras,
Que del reino de su primo
El Rey de Francia salió
Sin despedirse, aunque ha sido
En extremo regalado
Y estimado con el mismo.
Una noche me apartó
De los demas y me dijo:
«Yo voy á Jerusalen...»

PRÍNCIPE.
¡A Jerusalen!

PRIOR.
«Que he visto
Por experiencia que el mundo
Es como un fingido amigo;
Que las mayores lisonjas
Y los mayores servicios
Paran en una traicion;
Y fuera desto, imagino
Que proceden mis trabajos
De estar el cielo ofendido.
Y pues es por mis pecados,
Jerusalen peregrino
Me ha de ver, y yo he de ver
El gran sepulcro de Cristo.
Sólo os encargo que deis
Esta al Príncipe, mi hijo,
Porque es como testamento
Y el último codicilo
De mi voluntad postrera.»

PRÍNCIPE.
El amor hace su oficio.
Ya los ojos con el llanto
Impiden á los oidos
La historia más lamentable
Que nuestros reinos han visto.

PRIOR.
Con un capellan, Señor,
Y dos criados le vimos,
Partir á Jerusalen,
Aunque de sus piés asidos
Llorando tan tiernamente,
Estas palabras dijimos:
«¿Por qué dejas, claro Alfonso,
Tu reino, tu amado hijo,
Tus vasallos y tus deudos
En tanto dolor y olvido?
¿Por qué los cubres de luto,
Cuando con tal regocijo
Te esperan?»

PRÍNCIPE.
No digas más.

PRIOR.
De todos, llorando á gritos,
Se despidió, y se partió.

PRÍNCIPE.
Si alguna cosa he tenido
Donde mi valor se esfuerce,
Es esta.

DON JUAN.
Y yo lo confirmo
En la templanza que muestras.

PRÍNCIPE.
Leed, don Juan; que resisto
A los ojos más que puedo.

DON JUAN.
Así dice...

PRÍNCIPE.
¡Ay padre mio!

DON JUAN. (*Lee.*)
«De mis trabajos, amado hijo, no
»quiero darte cuenta; pienso que los
»sabes, y como yo los padeces: si algun
»consuelo en ellos me ha quedado, y
»en la última resolucion que he toma-
»do de no volver eternamente á Port
»gal, es ver que le dejo en ti. Sé pi
»doso Príncipe, como yo lo he sido; re
»nuncio en tí mis reinos, y por últim
»voluntad quiero que desde el dia qu
»ésta recibas, dejando el nombre d
»Príncipe, te llames Rey; y mando
»mis vasallos que como á tal te obe
»dezcan y besen la mano. Hazme enco
»mendar á Dios; que yo tendré el mis
»mo cuidado. Él te guarde y haga ta
»justo Rey, que excedas á tus pasado
»y á sus gloriosas memorias.»

PRÍNCIPE.
Al dolor desta carta, yo no siento
Más eficaz consuelo, Prior de Ocrato
Que volver las espaldas.

PRIOR.
¡Sentimiento
Justo!

PRÍNCIPE.
Soy hijo, y no soy hijo ingrato.

DON JUAN.
Obedecerle es fuerza.

PRÍNCIPE.
Si á su intento
No hay dónde replicar, no le dilato
La ejecucion; porque si dónde hubiera,
Ni él vivo, yo reinara, ni él se fuera.
Juntad, Prior, los títulos, prelados
Y consejeros luego, á quien se lea
La carta que traeis, y convocados
A Córtes, luego obedecido sea.— [dos
Y vos, don Juan de Sosa, en mis cuida-
Siempre amigo, hoy es justo que se vea
Vuestra solicitud.

DON JUAN.
Que tienes, creo,
Justa satisfacion de mi deseo.

PRÍNCIPE.
Partid luego á Castilla, y á los Reyes
Católicos diréis de parte mia
Que ansí obedezco las paternas leyes.

DON JUAN.
Saldré de aquí, sin detenerme un dia.

PRÍNCIPE.
Daldes por mí las Pascuas y los Reyes;
Y si hubiere ocasion (que ser podria),
Tratad el casamiento del Infante,
Que *Príncipe* diréis de aquí adelante.

(*Vanse el Príncipe y el Prior.*)

ESCENA IX.

DON JUAN, BELTRAN.

DON JUAN.
¿Qué te parece, Beltran,
Cómo vamos á Castilla?

BELTRAN.
El ver no me maravilla
Rey al Príncipe don Juan
(Que en fin lo habia de ser),
Mas ver que reine, viviendo
Su padre.

DON JUAN.
Él lo va sintiendo,
Como se ha echado de ver,
Pues lágrimas le ha costado.

BELTRAN.
Esas naturales son;
Mas cree que el corazon
Ni ha sentido ni ha llorado.

DON JUAN.
Yo creo de su grandeza
Que siente el reinar en vida
De su padre.

BELTRAN.

Conocida
Su real naturaleza,
Se puede creer ansi;
Mas ¡vive Dios que reinar
A un mármol puede ablandar!
Y... escucha una historia.

DON JUAN.

Di.

BELTRAN.

En el cuadro de un jardin
De un gran Señor castellano
Estaba un César romano
De marmol, medalla, en fin.
Mirándole un paje un dia,
Le dijo: «César, albricias,
Si ver el laurel codicias
De la antigua monarquía;
Que hoy el cielo decretó
Vuelvas á reinar en Roma.»
Mira si placer se toma,
Pues la estátua se rió,
Y estuvo ansi muchos dias,
Hasta que el paje volviendo,
Le dijo: «¿Qué estás riendo
Con esperanzas tan frias?
Que Otavio es Rey, César fiero.» —
Y el mármol, como le oyó,
Dicen que á poner volvió
La boca como primero.

DON JUAN.

De la virtud de don Juan
Yo sé qué deba creer.
Él es Rey y lo ha de ser,
Y yo partirme, Beltran.
Grande ventura he tenido,
Así por dar pena á Clara
Por una ofensa tan clara
Cual la desta noche ha sido,
Como por ver á Leonor,
Dama castellana y bella,
Pues há dos años que en ella
Puse, Beltran, tanto amor.

BELTRAN.

¡De eso se te acuerda agora!

DON JUAN.

No; que quien se ha de acordar,
Primero se ha de olvidar,
Y siempre el alma la adora.
De su padre fui en Toledo
Huésped: allí la vi yo,
Y allí me favoreció.

BELTRAN.

A la ausencia tengo miedo;
Que tiene, segun he oido,
Si falta solicitud,
La cara de ingratitud
Y las espaldas de olvido.

DON JUAN.

Cuando me hubiese olvidado,
Agora, en volviendo á verme,
Leonor volverá á quererme.

BELTRAN.

Dijo una vez un letrado
Que era el amor de mujer
Como tabla de barniz
En cuyo blanco matiz
Memorias suelen poner;
Que borrando con saliva
Lo que primero se escribe,
Aquello que despues vive
Hacen que encima se escriba.
Como blanca tabla están
Las almas de las mujeres:
Si hoy el escrito eres,
Mañana te borrarán,
Con sólo faltar un dia.
Como es de barniz su amor,

L.-V.

Pondrán *don Pedro*, Señor,
Adonde *don Juan* decia.

DON JUAN.

La novedad te agradezco;
Pero si á don Juan borró
La ausencia, en volviendo yo
Tendré el lugar que merezco.
Avisa; que he de tomar
Postas.

BELTRAN.

La obediencia es ley.

DON JUAN.

Sólo la carta del Rey
Tengo, Beltran, de aguardar;
Que este camino repara
Mis celos.

BELTRAN.

¿Cómo, Señor!

DON JUAN.

Que iré pensando en Leonor,
Para olvidarme de Clara.

(*Vanse*)

—

Playa de un puerto frances del Mediterráneo.

ESCENA X.

EL REY DON ALFONSO V, *con hábito de Cristo*, LEONEL DE LIMA, FERNANDO.

REY.

No he tenido pesar como este ha sido.

LEONEL.

Mire Tu Majestad, Señor, que el cielo
Deste intento, aunque es santo, no es [servido,
Y Francia le impidió con justo celo.
Y pues tan encubierto y escondido,
Por tan remoto y tan desierto suelo,
Caminaba á Venecia, y pretendia
Pasar á Chipre aqueste mismo dia,
Y de tan noble gente fué hallado. [mo,
Que con cartas del Rey frances, su pri-
Y del Papa tambien, le han estorbado
Esta jornada; aunque el intento estimo,
Vaya á Jerusalen algun criado
En su lugar.

REY.

No sé cómo reprimo
Mi sentimiento.

FERNANDO.

Con saber su celo
Que esta no ha sido voluntad del cielo.
Vuélvase á Portugal vuestra grandeza,
¡Oh claro Alfonso quinto! hoy resucite
La alegría que ha muerto su tristeza,
Destierre su dolor, su luto quite.

REY.

Ya, puesta la corona en la cabeza
El Príncipe mi hijo, no permite
La razon que á quitarla se resuelva,
Ni habiéndosela dado, me la vuelva.
Yo lo mandé, yo lo escribí; si agora
Reina don Juan pacífico, yo creo
Que ni él ni el reino todo que le adora,
Me la vuelvan á dar, ni lo deseo.
Quien los discursos de la historia igno-
Por fácil lo tendrá; pero yo veo [ra,
Muchos ejemplos que temor me ponen,
Aunque el amor y la razon perdonen.
Mi hijo reina en Portugal; la culpa
Túvela yo, que lo mandé y lo quise,
Y tiene prevenida la disculpa
Cuando mi intento de reinar le avise.
Esta inconstancia mis grandezas culpa,
Y puede ser tambien que apénas pise
Las riberas de España, cuando intente
(¿Diréle así?) matarme injustamente.

FERNANDO.

¡Ha de caber tan fiero pensamiento
En Príncipe tan justo y virtuoso?

REY.

Haber reinado mudará de intento,
Por no dejar el ceptro poderoso.
Yo temo justamente.

LEONEL.

Yo no siento
Que aquel pecho magnánimo y piadoso
Adonde puso Dios grandezas tales,
Olvide sus acciones naturales.
Demas, que puedes ir á alguna parte,
Adonde, miéntras sabes lo que intenta,
Estés seguro.

REY.

No es el reino parte
Segura para mí, sin darle cuenta.

FERNANDO.

Africa te obedece, y puede darte,
Miéntras la paz en Portugal se asienta,
Seguro puerto en Ceuta ó en Arcila.

LEONEL.

¡Fuerte ciudad!

REY.

Ganéla y defendílla.

LEONEL.

Podrás por Gibraltar seguramente
Tomar puerto en la márgen africana,
Y desde allí escribir.

FERNANDO.

Cuando él intente
Cosa, contra quien es tan inhumana,
El mismo mar te servirá por puente.

LEONEL.

Aunque es del reino la esperanza vana,
Al África os partid.

REY.

Quien el bien deja,
Si despues no le halla, ¿á quién se [queja!

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Leonor en Toledo.

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR, INÉS.

DOÑA LEONOR.

Esto puede la ausencia.

INÉS.

Siempre la tuve yo por sospechosa.

DOÑA LEONOR.

En mí no hay diferencia;
Que tengo condicion más amorosa,
Firme y agradecida.

INÉS.

Primer amor, en fin.

DOÑA LEONOR.

Tarde se olvida.
Cuando don Juan de Sosa
Vino á Castilla, y huésped de mi padre
(Obligacion forzosa,
Por ser algo pariente de mi madre),
En nuestra casa estuvo,
Tú sabes, como yo, qué amor me tuvo.
A diligencias suyas,
A inclinaciones y desdichas mias
Y á persuasiones tuyas,
Quise á don Juan, despues de algunos
En fin, le quise tarde; [dias:
Que amor primero suele ser cobarde.
Mas como en blanda cera

Lo que se imprime presto, fácilmente
Se borra, y con ligera
Mano se quita; y dura eternamente
Lo que en mármol se imprime,
Aunque la mano al escribir lastime;
Así fui yo en amarle.
Piedra dura al amor, dura en mi pecho,
Sin que puedan borrarle
Los agravios y ofensas que me ha hecho,
Miéntras tuviere vida, [olvida.
Porque, en fin, quien bien ama tarde

INÉS.

Pues si quieres, ¿qué intentas?

DOÑA LEONOR.

Hacer por no querer. Dame esas cartas:
Asentaréme á cuentas
Con este amor.

INÉS.

A fe que tienes hartas.
(*Saca unas cartas atadas con un liston verde.*)

DOÑA LEONOR.

Quita esa cinta verde;
Que á quien engañan, la esperanza pier-
Y dice la primera... [de.
Dirá mentiras con palabras de oro.
¡Ay, ¿quién no las creyera!
(*Lee.*) «Dulce Señora mia, yo os adoro;
»Y en este gusto ciego, [go.»
»De un dia en otro basta la muerte lle-
(*Rompe el papel.*)

INÉS.

¿Rómpesle?

DOÑA LEONOR.

Por infame
De amor, que engaña y llora. Aqueste
(*Lee.*) «Venturoso se llame, [leo.
»Hermosa castellana, mi deseo;
»Pues sólo el desearos [ros.»
»Es premio al padecer que causa ama-
Tambien este condeno. (*Lo rasga.*)

INÉS.

¿Por qué?

DOÑA LEONOR.

Por alevoso á mis verdades.
—Este pienso que es bueno.
(*Lee.*) «Si de mi pura fe te persüades...
No quiero persuadirme, [me.
Sino es saber que no hay ausente fir-
Veamos esta. ¡Ay cielo! [me abrasa,
(*Lee.*) «Yo me muero de amor, Leonor
»Angel de puro hielo... (*Rómpele.*)
¡Qué derretido portugues!

INÉS.

En casa
Siento gente y rüido.— [do!
¡Don Juan, dicen, Señora, que ha veni-

DOÑA LEONOR.

¿Cómo don Juan!

INÉS.

Sin duda,
Señora, que es don Juan.

DOÑA LEONOR.

Temblar me has hecho...
El color se me muda,
Y quiere el corazon romper el pecho.
—Sus golpes he sentido:
Sin duda me pregunta si ha venido.
Corazon, sosegáos.
Mis ojos son más cuerdos y desean
Ver su dueño: esperaos.

INÉS.

De las postas sospecho que se apean.

DOÑA LEONOR.

Doyte, Inés, un vestido.

INÉS.

Tus manos beso.

DOÑA LEONOR.

Ya su olvido olvido.

ESCENA XII.

DON JUAN Y BELTRAN, *de camino.* —DOÑA LEONOR, INÉS.

DON JUAN.

¿Podrá llegar á esas manos
Vuestro ausente portugues?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo á las manos, despues
De agravios tan inhumanos!

DON JUAN.

¡Yo agravios, Señora mia!
¿Qué decis?

BELTRAN.

Y ella, Señora
Inés ¿no me abraza agora?

INÉS.

Si quisiera, bien podia.

BELTRAN.

Oiga el cruel desdeñazo.

DON JUAN.

Señora, ¿en qué os ofendí?
Que áun por huésped merecí
Lo que es el primer abrazo.
Dadme á besar esas manos.

DOÑA LEONOR.

Bien me lo aconseja amor;
Mas como es amor traidor,
Afuera, consejos vanos.

DON JUAN.

De aquel pasado rigor
Mi amor, Señora, os avise.

DOÑA LEONOR.

No me acordeis lo que os quise;
Que despertais mi dolor.

DON JUAN.

No niegan los más tiranos
Las manos á los que vienen.

DOÑA LEONOR.

Yo sé el peligro que tienen:
No me toquen vuestras manos.

DON JUAN.

Yo os aconsejo, Leonor,
Que no me cerreis las puertas.

DOÑA LEONOR.

¿Dónde hay mentiras más ciertas
Que en los consejos de amor?

DON JUAN.

Pues matais, ojos tiranos,
No estais enfermos de amor;
Que en amor cuando hay rigor,
Los que matan son los sanos.
Mas pues que me aborreceis...
—Beltran, búscame posada;
Que no es mucho que ocupada,
Ojos, en Leonor la halleis.
La ausencia su oficio ha hecho.

DOÑA LEONOR.

Sí, si fuera como vos;
Que no se aposenta en vos
La verdad de un limpio pecho.
Vos, que habeis tenido á Clara
Y á otras muchas aficion,
Teneis alma de meson,
Que aposenta cuanto pára;
Y que os vais ó que os esteis,
No importa.

DON JUAN.

Tened, oid.

DOÑA LEONOR.

A Clara, don Juan, mentid,
Aunque verdad la trateis;
Que aquí ya no hay para qué. (*Vase.*)

DON JUAN.

Iré tras vos como loco;
Que no es bien tenerme en poco
Por tanta lealtad y fe.
No será el amor de Clara
Quien esos celos os da,
Sino el ser claro que ya
Vuestro olvido se declara. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

BELTRAN, INÉS.

BELTRAN.

¿Qué es esto, Inés!

INÉS.

La razon
Que mi señora ha tenido
De tal mudanza y olvido,
Despues de tanta aficion.

BELTRAN.

Yo no lo entiendo, ni sé
Que don Juan le hiciese ofensa;
Pero si Leonor lo piensa,
Justo castigo le dé,
Y tú á mí tus bellas manos.

INÉS.

Hágase allá, majadero.

BELTRAN.

¿Qué dices!

INÉS.

Que no le quiero.

BELTRAN.

Ha de haber *consejos vanos*
Y aquello de *mi dolor?*

INÉS.

La señora doña Clara
¿No tendrá criada?...

BELTRAN.

Pára,
Estornudo de Leonor;
Que tú debes de tener
En esta ausencia algun daifo.

INÉS.

¡Qué linda flor de azufaifo!

BELTRAN.

De carrasco solia ser.
En fin, ¡buscamos posada!

INÉS.

Si no es que don Juan suplique
A su padre don Fadrique,
Ya está la sentencia dada.

BELTRAN.

¡Las dos juntas se declaran!

INÉS.

Tienes alma de meson,
Donde por tu condicion
Todas las borricas paran.
No me verás en tu vida. (*Vase.*)

BELTRAN.

¡Inés! ¡Inés! Trascolóse.
Era mujer, y mudóse.
Quien presto ama, presto olvida.
(*Vanse.*)

Sala en el palacio de Lisboa.

ESCENA XIV.

EL PRÍNCIPE, RUY DE SILVA.

PRÍNCIPE.

¡Mi padre en Ceuta!

RUY.

Ansí, Señor, se dice.

PRÍNCIPE.

¡Extraño caso!

RUY.

Admira y causa espanto
Ver que lo que ha mandado contradice.
El reino que te dió con celo santo
De morir como Dios en la cruz puesto,
¿Querrá pedirte, y olvidarse tanto
De que no puede haber partido honesto
Para que deje de ser Rey un hombre
Del cetro y de la púrpura compuesto!

PRÍNCIPE.

Siendo yo Rey, no habré perdido el [nombre
De hijo.

RUY.

Ansí es verdad.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué le mueve [bre?
A que de entrar en Portugal se asom-

RUY.

Temor tiene, Señor, pues no se atreve.

PRÍNCIPE.

¡Tengo yo de poner en él las manos,
Vida, á quien vida la que tengo debe!

RUY.

Dijo aquel gran valor de castellanos,
Gonzalo Hernandez, capitan famoso,
Que en la tierra temia dos tiranos:
El papel y el veneno riguroso.
El papel, porque en él tan libre escribe
El hombre más cobarde y vergonzoso;
El veneno, Señor, porque al que vive,
Sin sangre y con silencio le da muerte,
Y el agresor ni áun lástima recibe.

PRÍNCIPE.

Está bien dicho, Ruy de Silva: advierte
Que aunque hay venenos como temen [tantos,
Aquí la ley y la piedad los vierte.
Mejor guardamos los preceptos santos
De honrar los padres: pésame que pue- [dan
Vanas sospechas ofrecerle espantos.
Mas pues ellos con él en Ceuta quedan,
Partamos á libralle dél y dellos,
Mientras el mar y el viento lo concedan.
Prevenid en qué parta, y él y ellos
Se aseguren de mí, pues que me ofrece
Hazaña tan piadosa los cabellos.

RUY.

¿Qué dices, gran Señor?

PRÍNCIPE.

Que si el mar crece
Hasta los cielos, y el airado viento
Las márgenes opuestas estremece,
Tengo de ver mi padre.

RUY.

¡Justo intento
Y admirable piedad!

PRÍNCIPE.

El cielo sabe
Con la verdad que sus trabajos siento.

RUY.

El mundo te honre y Portugal te alabe.

(*Vanse.*)

—

Playa de Ceuta.

ESCENA XV.

EL REY, LEONEL.

LEONEL.

Notables cosas, Señor,
Refieren los que vinieron
De Portugal.

REY.

Tiene Juan
Divino el entendimiento.

LEONEL.

República no se ha visto
Que tenga mayor concierto,
Con salva de los romanos
Y con perdon de los griegos.
Rindan Aténas y Roma
Leyes, laureles y premios;
Las togas del consulado
Sus Césares y Pompeyos
Pongan, coronas murales
Y cívicas por el suelo,
Y las navales que forman
Marítimos instrumentos,
A los piés del gran don Juan,
Que en el popular gobierno
Y militar diciplina
El mundo tiene suspenso.
Ya le va sirviendo el oro
De tantos descubrimientos
En los reinos donde el sol
Produce los hombres negros.
Ya el Africa está temblando,
Fez, Tarudante y Marruécos,
Y á los Montes claros hace
Obscuro su nombre el miedo.
Reyes ha tenido insignes
Portugal; pero sospecho
Que tu hijo los excede.

REY.

Muchas gracias debo al cielo,
Leonel de Lima, en tener
En trabajos tan inmensos
Hijo de tanto valor.

LEONEL.

Es de suerte, que en los reinos
Más extranjeros, le llaman
Hoy el *Príncipe perfeto.*
No hay virtud que falte en él;
De todas está compuesto
Su sujeto celestial,
A ningun vicio sujeto;
Y si alguna mocedad
Tuvo, aunque pocas sabemos,
Está tan cuerdo, Señor,
Que es de los mozos ejemplo,
Espejo de los casados
Y retrato de los viejos.

REY.

¡Ay hijo! Mis ojos vean
Tu afable rostro, primero
Que los cierre la que acaba
Los reyes y los imperios!
Digno es el reino de tí.

ESCENA XVI.

FERNANDO, *alborotado.*— EL REY, LEONEL.

FERNANDO.

¡Oh famoso amparo y dueño
Del lusitano valor,
Tan digno de honor eterno!
¿Qué haces con tal descuido,
En tantos cuidados puesto?
Sobre tí viene tu hijo,
Tu legítimo heredero,
A quien diste á Portugal,
Por dicha con mal acuerdo;
Porque quien da lo que es suyo
Antes de su muerte, pienso
Que se arrepiente, aunque tarde,
Y cuando falta el remedio.
En un pequeño navío,
A quien el ligero viento
Sirve de piés con las velas
Como de mano en los remos,
Dicen, Señor, que en la Almina
Tomó con su gente puerto.
¿Qué piensas hacer?

REY.

Huir,
Pues Dios me trajo á tal tiempo,
Fernando, por mis pecados;
Que cuando castiga el cielo
Los padres, es cuando toma
Los hijos por instrumentos.

ESCENA XVII.

EL PRÍNCIPE, RUY DE SILVA, EL GRAN PRIOR, ACOMPAÑAMIENTO. — EL REY, LEONEL, FERNANDO.

PRÍNCIPE.

¡Dónde, Señor? En mi pecho,
En mi alma, en mis entrañas,
Aunque indigno templo vuestro;
Pero de mí para mí,
Seré bien seguro templo,
Y para vos, pues por vos
Es cuanto vos habeis hecho.

REY.

¿Es el Rey?

PRÍNCIPE.

No, mi Señor;
Que el Rey vos sois; que yo tengo
Sólo en ser hechura vuestra,
Y sólo en ser hijo vuestro
Tanta gloria, que es mayor
Que los mayores imperios.
Si fuí Rey, fué porque vos
Lo mandastes; que obedezco
Siempre vuestra voluntad
Como divino precepto.
Perdonadme si reiné,
Rey poderoso, viviendo
Vuestra Majestad; que yo
No tuve culpa: á lo ménos
Huélgome que hayais venido,
Porque es la enmienda que tengo,
Pues volveréis á ser Rey
Y yo á ser Príncipe vuestro.
Tomad, Señor, la corona,
Volved á honrar vuestro reino,
Mejoralde de Señor,
De luz, de amparo y gobierno.
Sin vos estábamos todos
Con notable desconsuelo.
¡Gracias á Dios que vinisteis!
¡Gracias á Dios que habeis vuelto!
Mil veces beso esos piés.

REY.

Levántate, Juan, del suelo,
Si no quieres que se humille
Tu padre á tus piés.

PRÍNCIPE.

Teneos;
Teneos, mi padre amado;
Que yo soy quien no merezco
Besar la tierra que pisan
Los piés que á sus piés han puesto
Tanta tierra, tanto mar,
Tantos climas tan diversos,
Desde el etiope adusto
Hasta el español soberbio.
Venid conmigo, Señor,

A Portugal, donde quiero
Daros cuanto me habeis dado,
Dando mil gracias al cielo
Que me dió para pagaros
Reino, si me distes reino.

REY.

¡Hijo discreto en el mundo,
Hijo con el mismo extremo
Piadoso! lágrimas sean
Palabras, porque no puedo
Responder, enternecido
De ver á un hombre que ha puesto
Su laurel sobre las sienes
De cuantos ilustres hechos
Celebra la antigua historia.
¡En hora buena te dieron
Ese ser, esas entrañas,
Donde de nuevo te vuelvo!
Que para poder pagarte
Te pongo en ellas de nuevo,
Porque volviendo á nacer,
Me debas dos nacimientos;
Pues ya me has pagado el uno,
En cuya verdad te beso
Ese rostro, honor del mundo,
Digno de mayores cetros.
Iré seguro contigo
Más que de mí mismo, haciendo
De tus lágrimas la carta,
De tu amor el juramento.
No puedo decirte más.

PRÍNCIPE.

Prelados y caballeros,
El Príncipe vuelvo á ser,
No el Rey, y ansí os mando y ruego
Llameis Infante á mi hijo.
¿Haréislo ansí?

TODOS.

Ansí lo harémos.

PRÍNCIPE.

Mirad que el Príncipe soy.

PRIOR.

Desde hoy te llamaremos
El Príncipe, gran Señor,
Mas el *Príncipe perfeto.*

ACTO SEGUNDO.

Sala en el Alcázar de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

ACOMPAÑAMIENTO, DON JUAN DE SOSA, *de embajador;* EL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO, LA REINA DOÑA ISABEL, BELTRAN. *Tocan chirimías.*

DON FERNANDO.

Con esas cartas podeis
Partir cuando os diere gusto.

DON JUAN.

Con justa causa teneis,
Rey poderoso y augusto,
La fama que mereceis,
Y vos, hermosa Señora,
Desde el ocaso al aurora
Y del austro al mediodía:
La Libia ardiente y la fria
Scitia vuestro nombre adora.

REINA.

Cuando Fernando tuviera
El mayor lustre del mundo,
Vuestro Rey le escureciera,
Y á su valor sin segundo
La fama el laurel le diera;
Que aunque es verdad que ha perdido
A su padre Portugal,
Y Alfonso segundo ha sido
Hasta el mar occidental
Por sus hazañas temido;
Con el gran don Juan le queda
Tan soberano Señor,
Que no hay valor que le exceda.

DON JUAN.

Pagar tan alto favor
No hay satisfacion que pueda.

REINA.

El hombre que he deseado
Ver con mayor aficion
Es vuestro Rey.

DON JUAN.

Si pintado
De mi corta relacion
Con más verdad que cuidado,
Señora, le quereis ver,
Podré, haciéndole, correr
La cortina á su retrato.

DOÑA ISABEL.

Decid.

DON JUAN.

Por no ser ingrato,
Ignorante quiero ser.
El invicto Rey don Juan
El Segundo, aunque el primero
En el heróico valor,
En el militar esfuerzo,
Rey tercio de Portugal,
Desde el Santo Alfonso el Bueno,
A quien dió sus mismas llagas
Por armas el Rey del cielo,
Es hombre proporcionado
De suerte en mediano cuerpo,
Con tal rostro y gravedad,
Que entre mil hombres diversos
Le conocerán por Rey;
Que luego obliga á respeto.
En las cosas de placer
Es afable, aunque modesto,
Y en las que son de importancia,
Humanamente severo.
En lo blanco de los ojos,
Venas de color sangriento,
Airado le hacen temido;
Que pone el mirarle miedo,
Como alegre confianza
Verle cuando está contento;
Porque las venas de sangre
Vuelve de color de cielo.
Es bien hecho á maravilla
Y galan por todo extremo,
La habla apacible y mansa,
En los donaires discreto,
Y en las sentencias tan sabio,
Que ningun romano ó griego
De cuantos celebra el mundo,
Habló mejor á su tiempo.
Es hombre, sin arrogancia,
De tan altos pensamientos,
Que en sus acciones parece
Que el mundo le viene estrecho.
Es justiciero y piadoso,
Y piadoso justiciero:
De suerte, que es la prudencia
De los extremos el medio:
En mercedes y castigos
Mucho se parece al cielo.
No hay excepcion de personas:
Quita al malo y premia al bueno,
Sabe todos los que son
En su reino beneméritos,
Y aunque ausentes, no olvidados,
Se acuerda de darles premios:
Tanto que en Roma, en las Indias,
En Jerusalen viviendo
Letrados y capitanes
(Que no puede ser más léjos),
Las encomiendas y mitras
Les envia, conociendo
Sus méritos y servicios,
De que él está satisfecho,
Con que á ser buenos se animan
Letrados y caballeros.
Guarda las leyes que hace
Como si fuese sujeto
A las leyes el que es Rey,
Y es Rey de tan alto extremo
En cosas de religion,
Que admira tan alto celo.
Contáronle un cierto dia
Que en una casa de juego
Se blasfemaba el divino
Nombre de Dios; y sintiendo
Este agravio de su honor,
Mandó que pusiesen luego
Fuego á la casa, y ardió
Hasta los mismos cimientos.
Desde que murió su padre,
A quien volvió á dar el reino
Que le habia dado en vida,
Digna hazaña de su pecho,
Ningun sábado ha dejado
De ver los presos y pleitos,
Que allá relacion llamamos,
En que parece que vemos
Un ejemplo en Salomon
Con divino entendimiento.
Es don Juan en sus palabras
Tan cierto y tan verdadero,
Que si promete una cosa,
Va tan alegre y contento
El hombre á quien la promete,
Como si fuera el efecto.
Estima notablemente
A los nobles caballeros,
A los que tratan verdad,
Y á los que tienen extremo
En alguna profesion:
Con que procuran ser diestros
En todos artes y oficios
Por el interés y el premio.
Es en el dar Alejandro;
Pero da mejor que el griego;
Que él miró la propia fama,
Y éste el ajeno provecho.
Tiene un libro de memoria
Donde él mismo va escribiendo
Los servicios que le hacen,
Que satisface á su tiempo;
Y con dar á todos tanto,
Por otra parte le vemos
Solicitar cuidadoso
Su prosperidad y aumento,
Ya con las nuevas conquistas
Del moro, del indio y negro,
Ya con piadosos arbitrios
De las rentas de sus reinos.
Sus limosnas son tan grandes,
Que llegan al monte excelso
Donde Caterina yace,
Y Dios legisló su pueblo.
De su divino sepulcro
Favorece tanto el templo,
Que se ve bien el amor
Que tiene á su santo dueño;
Porque jamás por sus llagas
Cosa alguna le pidieron
Que la negase, si acaso
No era en daño de tercero.
Es desenvuelto y mañoso,
Danza muy galan y diestro,
Y anda tan bien á caballo,
Que hasta agora no sabemos
Quién lleve en entrambas sillas
Más fuerte y airoso cuerpo.
Corta de un revés cuatro hachas:

¡Tal fuerza el brazo derecho
Alcanza, y tal compostura
De gruesas venas y niervos!
Gusta mucho de la caza,
Ya con aves, ya con perros,
Al jabalí por el monte,
Y á la garza por el viento.
Los más domingos y fiestas
Sale á caballo, moviendo
Los corazones á amor
Con rostro grave y risueño;
Que lo que ha de ser amado,
Es cosa forzosa verlo,
Porque solamente á Dios
Le amamos, y no le vemos.
Las cosas de su capilla,
Como plata y ornamentos,
No reconocen igual;
La música sólo al cielo.
Es su devocion muy grande
A los divinos misterios,
Y al Pan de amor es su amor
Exceso, porque es exceso.
Tiene en cuantas casas tiene
Oratorios bien compuestos,
Adonde todas las noches
(Que es loable y santo celo)
Se retira en oracion.
Son sus entretenimientos
Músicas, toros y danzas,
Ver luchar fuertes mancebos,
Y ejercitar varias armas...
—Pero vanamente emprendo,
No siendo yo Jenofonte,
Pintaros con rudo ingenio
Tan nuevo cristiano Ciro;
Porque tengo por muy cierto
Que para ejemplo de Reyes
Hizo este Príncipe el cielo.

DON FERNANDO.

¿A quién no pone aficion
De Príncipe tan perfeto
La fama y la relacion?

DOÑA ISABEL.

Es el ejemplo, en efeto,
De la mayor perfecion.
Bien merecen admiraros
Estilos que son tan raros.

DON JUAN.

Lo ménos sólo os refiero;
Que lo más dejarlo quiero
A dos ingenios tan claros.

DON FERNANDO.

En lo que tratado habemos
Acerca de nuestra hija,
Resolucion tomaremos.

DON JUAN.

Ya el reino se regocija
Con dos tan altos extremos.

DOÑA ISABEL.

¿Qué edad el Príncipe tiene
Que nuestro yerno ha de ser?

DON JUAN.

Trece años á cumplir viene
Por ahora.

DON FERNANDO.

Por tener
Tan poca edad, nos detiene.
Escrito habemos que ya
Resolucion se tomó:
Su esposa Isabel será.

DON JUAN.

En su nombre os beso yo
Las manos.

DOÑA ISABEL.

Resuelto está
Fernando de que esto sea:
Hoy os partireis.

DON JUAN.

Castilla
Reyes de Granada os vea.

(Vuelven á tocar, y vanse todos, ménos don Juan y Beltran.)

ESCENA II.

DON JUAN, BELTRAN.

DON JUAN.

Beltran...

BELTRAN.

¿Qué mandais?

DON JUAN.

Ensilla.
Amor la patria desea,
Y hoy á verla he de volver.

BELTRAN.

Si da licencia Leonor.

DON JUAN.

Paró en pesar su placer:
Si fuere Circe su amor,
Ulises sabré yo ser.
¿Ves toda aquella braveza,
Que al venir mostró celosa?
Pues en fingiendo tristeza
Mi amor, se rindió amorosa;
Que la mayor fortaleza
De la mujer que no sabe,
Tiene un alcaide traidor,
Que al enemigo más grave
De cuantos tiene el honor
Rinde la fuerza y la llave.
Confesóme finalmente
Leonor que adoraba en mí;
Y estando su padre ausente,
El Comendador, que aquí
Me honró como su pariente,
Tuve una noche el lugar
De que le hallase el deseo.

BELTRAN.

¡Qué dices!

DON JUAN.

Que pude entrar,
Lo que yo mismo áun no creo:
Ya no hay más que desear.

BELTRAN.

Luego el deseo ¿cesó?

DON JUAN.

Y áun estoy arrepentido.

BELTRAN.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque me costó
Una cédula en que yo
Confieso ser su marido.

BELTRAN.

Si te vas á Portugal,
¿Qué se te da de lo escrito?

DON JUAN.

Es Leonor muy principal.

BELTRAN.

Siempre fué de amor delito
Cumplir las promesas mal.

DON JUAN.

Corre, suda, y se resfria.

BELTRAN.

Con esta manta de ausencia
Queda seguro.

DON JUAN.

Este dia
Me voy, con más diligencia
Que tuve al venir porfía.
Los gustos de amor fiados
(Porque escarmienten sus dueños)
Siempre fueron mal pagados;
Que son gozados pequeños,
Y grandes imaginados.

BELTRAN.

Luego ¿cobrará de tí
Tarde ó nunca en Portugal?

DON JUAN.

Beltran, cuando vine aquí,
Quise á doña Clara mal,
Por lo que una noche ví;
Mas ya vuelvo con intento
De adorarla; que es mujer
De mayor merecimiento.

BELTRAN.

¡Que de amor siempre ha de ser
Sombra el arrepentimiento!
Pues yo te digo que Inés...

DON JUAN.

¿Hay algo que obligar pueda?

BELTRAN.

Allá lo sabrás despues.
Su cedulita le queda.

DON JUAN.

Y ¿cumplirásla?

BELTRAN.

Al revés,
Si no es que tú me lo mandes.

DON JUAN.

¡Lindas burlas!

BELTRAN.

¡Lindas! Grandes.

DON JUAN.

¿Cédula le hiciste?

BELTRAN.

Sí;
Mas la paga remití
Para los bancos de Flándes.
(Vanse.)

—

Palacio Real de Lisboa.

ESCENA III.

LEONEL DE LIMA, RUY DE SILVA.

LEONEL.

Notables son del Rey don Juan las dichas.
Despues de muerto el Rey su padre, Alfonso,
Tuvo grandes trabajos y desdichas.

RUY.

Estos descubrimientos son notables,
Y van tan adelante sus conquistas,
Que acá tambien hay cosas nunca vistas.
Oro, marfil, diamantes, plata y perlas
Le van enriqueciendo.

LEONEL.

A verle vino,
Aunque es tan largo y áspero camino,
Benoí, Rey etíope: su reino
Llaman Gelofe.

RUY.

El Rey.

ESCENA IV.

ACOMPAÑAMIENTO, EL GRAN PRIOR, EL PRÍNCIPE DON JUAN, *vestido de Rey*.—LEONEL, RUY.

EL PRÍNCIPE, *ya* REY.

Mucho me huelgo
Que trate Benoí de ser cristiano.

PRIOR.

Eso dice, Señor, que más le obliga;

Y así os pide licencia; que la mano
Quiere besaros.

REY.

¿Dónde queda?

PRIOR.

Afuera
Aguarda vuestro gusto.

REY.

¡Hola! Llegadme
Esa silla, pondré la mano en ella;
Que no quiero sentarme; que aunque [bárbaro,
Es Rey en fin. Decilde que éntre luego.

PRIOR.

Tiene, Señor, gallardo entendimiento.

REY.

Por eso, y por el nombre, no me siento.

ESCENA V.

BENOÍ, *de indio, con plumas en el tocado.*—DICHOS.

BENOÍ.

Prospere, Juan invito,
El poderoso cielo
Tu vida y reino.

REY.

Seas bien venido.

BENOÍ.

Al último distrito
De la region del hielo,
Como la del calor se te ha rendido,
Tu nombre esclarecido
Lleve en hombros la fama,
Si puede á tanto peso:
En cuyo nombre beso
Tus piés; y á las grandezas de tu fama
Vengo á ser más adusto,
Porque es mayor que el sol tu nombre [augusto.
Las guerras que he tenido
Con reyes de mis tierras,
Te habrán contado ya tus capitanes:
En fin, desposeido
Por sus injustas guerras,
Vengo á pedir que su soberbia allanes.
Valientes y galanes
Tus portugueses fueron
En sus fuertes navíos
A los límites míos,
Donde mis pensamientos conocieron,
A tu nombre humillados,
Y en vez de resistidos, estimados.
Grandes cosas emprendes;
Mas digno es de tu nombre,
Porque á no saber yo por el camino
Del Dios á quien pretendes
Servir, y que eres hombre,
Por Dios de los cristianos imagino
Que á tu nombre divino
Edificara altares;
Que viendo tus banderas
Cubrir nuestras riberas,
Y abrir camino en sus remotos mares,
No es mucho atrevimiento.

REY.

Verte me ha dado general contento.
Y pues noticia tienes
Del Dios á quien confiesas,
Antes que trates de otra cosa, es justo
(Pues á ninguna vienes,
Si nuestra ley profesas,
Que á tí te dé más bien ni á mí más gus- [to)
Que te bautices.

BENOÍ.

Gusto
De obedecerte luego;
Mas oye, te suplico,
De un deseo muy rico
El pobre don con que atrevido llego
Al primero segundo
Que ha tenido la fábrica del mundo.
De granos de oro puro
De nuestras ricas minas
Te traigo cantidad, aunque son viles,
Y el oro queda oscuro,
Con tus luces divinas;
Y los dientes que acá llamais marfiles,
De que labrais sutiles
Hermosas diferencias;
Y traigo cien diamantes,
Al sol tan semejantes,
Que suplirán de noche sus ausencias;
Y de esmeraldas finas
Dos peñas, arrancadas de sus minas:
Un hermoso elefante
A jugar enseñado
Con mil habilidades; y de olores
Traigo copia bastante,
Y un pabellon pintado
Que de dosel te sirva cuando comas;
De los mares que domas,
Nácares relucientes,
Y con varias labores
De plumas de colores,
Pintadas mil historias diferentes,
Fiado en que tu Alteza
Perdonará mi bárbara pobreza.

REY.

Id, Ruy de Silva, con él,
Para que el Rey y su gente,
Como es justo, se aposente;
Que yo pienso hacer por él
Cuanto en mí fuere posible.
Dadme esos brazos.

BENOÍ.

Señor,
Al sol de vuestro valor
Será tocarle imposible.

REY.

Amigos somos los dos.

BENOÍ.

Dadme otra vez vuestra mano.

REY.

En fin, ¿vos seréis cristiano?

BENOÍ.

Placiendo á Dios.

REY.

Id con Dios.

(*Vanse Benoí y Ruy de Silva.*)

ESCENA VI.

EL REY, EL GRAN PRIOR, LEONEL, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Prior...

PRIOR.

Señor...

REY.

Prevenid
Fiestas de toros y cañas,
Y vos á vuestras hazañas (*A Leonel.*)
Alguna fama añadid.

LEONEL.

Los caballos han venido,
Señor, á buena ocasion.

REY.

¿Cuántos son?

LEONEL.

Catorce son;
Pero los más no han tenido
Buen maestro en su crianza,
Y ha menester Vuestra Alteza
Hombre de cuya destreza
Se pueda hacer confianza:
Y éste se había ofrecido;
Pero no os puede servir.

REY.

¿Qué tiene?

LEONEL.

Quiero decir
Que es bajamente nacido.

REY.

¿Mucho?

LEONEL.

Es su padre arriero.

REY.

No importa: sírvame aquí;
Que no ha de enseñarme á mí:
Para las bestias le quiero.
¿No sabes que sé estimar
Los que tienen excelencia
En sus oficios?

LEONEL. (*Yendo á avisar.*)

Licencia
Teneis: bien podeis entrar.

ESCENA VII.

UN PICADOR.—DICHOS.

PICADOR.

Déme los piés Vuestra Alteza.

REY.

Esos caballos mirad.

PICADOR.

Veréis mi curiosidad,
Mi cuidado y mi destreza.
En cuatro dias veréis
Que sólo les falta hablar.

REY.

Con callar y con picar,
Eso que decis haréis.

PICADOR.

Mis piés alabaros quiero:
Raros son.

REY.

Leonel...

LEONEL.

Señor...

REY.

Picado está el picador
De hablar: mira si es barbero...
—Y mirad si hay por ahí
Alguien que me quiera hablar.

LEONEL. (*Llegándose á una puerta.*)

¿Hay quién quiera negociar?

REY.

Dad voces.

LEONEL.

Dicen que sí.

ESCENA VIII.

UN VIEJO, *con un memorial.*—DICHOS.

EL VIEJO.

La merced que este papel
Dice, os pido.

REY.

Ya la he dado.

VIEJO.

Ciña tu frente el sagrado
Y vitorioso laurel;
Véaste señor del mundo;
Que es corto nuestro hemisferio:
Seas en dicha el primero,
Como en el nombre el segundo.
Llegue al Japon tu corona.

REY.

¿Habeisme bien entendido?

VIEJO.

Sí, Señor: que lo que pido
Habeis dado á otra persona.

REY.

Pues ¿por qué me agradeceis
Lo que ha sido en vuestro daño?

VIEJO.

Porque en este desengaño
Notable merced me haceis;
Que si yo aquí me estuviera,
A mi casilla faltara,
Mi hacienda en vano gastara,
Y tiempo y pasos perdiera.
Con esto, luego me iré.

REY.

Iréis mejor despachado,
No del oficio que he dado;
Que otro mejor os daré;
Porque quien mercedes quiere
Los desengaños hacer,
Mejor sabrá agradecer
Las mercedes que le hiciere.
Alcaide sois del lugar
Donde pedis regidor.

VIEJO.

Beso vuestros piés, Señor.

(*Vanse el Viejo y el Picador.*)

REY.

Mirad si hay quien quiera hablar.

ESCENA IX.

UN CRIADO, *con unas llaves.*—DICHOS, *ménos* EL VIEJO Y EL PICADOR.

CRIADO.

Aquestas llaves te envia,
Señor, de Mora el Alcaide,
Porque ya espirando queda:
Mandóme que te besase
Las manos, y en ellas mismas
Las entregase.

REY.

Que falte
Un fidalgo tan valiente
Me pesa. Volved y dadle
Las llaves, pues tiene un hijo,
Y decidle que quitarle
A su hijo lo que es suyo,
No es justo: que dé las llaves
De su mano á quien le hereda
La lealtad, valor y sangre.

CRIADO.

Beso vuestros piés.

REY.

Andad.

(*Vase el criado.*)

LEONEL.

¿Hay más alguno que hable
A Su Alteza?

ESCENA X.

MENDO ENRIQUEZ.—EL REY, EL GRAN PRIOR, LEONEL, ACOMPAÑAMIENTO.

MENDO.

Aquí estoy yo.

REY.

Pues, Mendo Enriquez, ¿qué os trae
Por acá? ¿Qué es menester?

MENDO.

Vacó, Señor, que Dios guarde,
La alcaidía de Castil
David, y podréis honrarme
Con ella, si sois servido.

REY.

¿Dejó hijos el Alcaide?

MENDO.

Cinco ó seis pienso que deja.

REY.

Pues en caso semejante,
Lo que podré hacer por vos
Será el no decir á nadie
Una demanda tan necia;
Y agradecedme que os guarde
Secreto, siéndolo tanto,
Pues que teniendo el Alcaide
Cinco hijos, me pedís
De Castel David las llaves.

MENDO.

Conozco mi error. (*Vase.*)

ESCENA XI.

RUY DE SILVA.—DICHOS.

RUY.

Ya queda
En la mejor casa y calle
Aposentado el Gelofo.

REY.

De hacer las fiestas se trate.
Mas id á comer ahora;
Que me parece que es tarde.—
Ea, Prior, caballeros,
Adios.

PRIOR.

Tu nombre dilate
A los dos polos del mundo.
. . . . . [1]

REY.

Dios te guarde.

(*Vanse todos, ménos el Rey y Leonel, que se queda retirado sin que el Rey le vea.*)

ESCENA XII.

EL REY, LEONEL.

REY. (*Para sí.*)

Con justa causa agradecido al cielo
Miro mi reino dilatarse tanto,
Que causa el nombre portugues espanto
Del clima que arde hasta el que baña el hielo.
El mar de Taprobana, el indio suelo
De las Quinas respeta el blason santo,
Sin que pueda impedir sireno canto
Las naves que arma tan divino celo.
El remoto Ceylan, el chino, el persa,
Bárbaro y moro sus laureles bajen,
Y la nacion más última y diversa.
Ya no es posible que mi curso atajen,
Porque no hay para el Rey fortuna adversa,
Si imita á Dios, porque es de Dios imágen.—
¿Quién está ahí?

LEONEL.

Yo, Señor.

REY.

¿No os mandé á todos que os vais
A comer?

LEONEL.

Vos lo mandais,
Y yo tuviera á favor
De la fortuna el poder
Ir á obedeceros hoy;
Mas á comer no me voy
Por no tener que comer.
Ruy de Silva y el Prior
Y los demás bien pudieron
Irse á comer, y ansí fueron,
Porque lo tienen, Señor.
Pero yo, cuando mandais
Que nos vamos á comer,
¿Cómo os puedo obedecer,
Si de comer no me dais?

REY.

Habeislo dicho tan bien,
Que despertastes mi olvido.
Una encomienda he tenido
Guardada, que os está bien.
Vale cuatro mil ducados.

LEONEL.

Pues ya me voy á comer;
Que es muy justo obedecer
Vuestros reales mandados.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Leonor en Toledo.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, DON JUAN, INÉS, BELTRAN.

DOÑA LEONOR.

Si pudiera hacer del llanto
Palabras, tú conocieras
Del alma que desesperas,
Cuánto á amor obliga á tanto.
Que te vayas no me espanto,
Pues ya supe que debias
Volver al centro en que habias
Visto de tu parte el cielo,
Ni de ver el presto vuelo
Con que al bien llegan los dias.
Sólo me espanta saber
Que pueda en esta partida
Conservar, don Juan, mi vida
El pensar volverte á ver;
Que ya, como tu mujer,
Bien puedo estar temerosa...
—Quisiera decir celosa;
Mas no quiero que te alteres,
Porque en las propias mujeres
Es siempre cansada cosa.
Si te acordares de mí,
Tal vez que ocioso te halles,
Destas rejas, destas calles
Donde me viste y te vi,
Piensa que una mujer fuí
A quien dentro de su casa
Conquistaste; que la abrasa
Mejor en toda ocasion
El doméstico ladron
Que el que por la calle pasa.
No pude yo defenderme,
Portugues del alma mia,
De tu amorosa porfía,
Tan cerca de verte y verme.
Huésped, pudiste vencerme.
Ansí de Eneas se escribe:
La mujer que le recibe,
Despues se ha de hallar burlada;
Que de ordinario la espada
Rompe la casa en que vive.

DON JUAN.

No me olvidaré de ti,
Bellísima castellana;
Que noche, tarde y mañana
Pienso pensar siempre en tí.
La palabra que te di,
Con mi nombre la firmé.
Presto á verte volveré,
Y me casaré contigo;
Que el tiempo será testigo
De aquesta verdad y fe.

[1] Falta un hemistiquio.

Con tu Rey queda tratado
Su niña Isabel casar
Con mi Príncipe; y en dar
La nueva me va un estado.
Volveré con el cuidado,
Que del que tienes recibo:
Con esta prisa me privo
De tus bellos ojos hoy,
Porque piensa el Rey que estoy
Puesto ya el pié en el estribo.

DOÑA LEONOR.

¡Ay, don Juan! si has de olvidarme,
Si has de ser hombre en la fe,
Y el estribo dese pié
Ha de ser para dejarme,
Quieras siquiera obligarme,
Miéntras que no puedo verte,
Con escribirme, de suerte
Que pierda á la ausencia el miedo:
Mira, mis ojos, que quedo
Con las ansias de la muerte.

DON JUAN.

Mal hace tu pensamiento
En dudar que he de escribir,
Pues no he de poder vivir
Con otro mantenimiento.
Cartas vendrán por el viento,
Como á la patria el cautivo;
Y miéntras ausente vivo,
Con la misma sangre sé
Que escribiéndote diré:
Señora, aquesta te escribo.

DOÑA LEONOR.

Tu memoria será prueba,
Mi bien, si me tratas mal.

DON JUAN.

Nació amor en Portugal:
No llevo allá cosa nueva.

DOÑA LEONOR.

Sólo mi dolor te mueva,
Y un amor tan excesivo,
Miéntras de verte me privo.

DON JUAN.

Tú verás presto en mi carta
Lo que siento cuando parta,
Pues partir no puedo vivo.
Queda adios, y él te me guarde.

DOÑA LEONOR.

Adios; que cobarde estoy.

DON JUAN.

Lo que tardo en irme hoy,
Haces que en volverme tarde.

DOÑA LEONOR.

Soy, como mujer, cobarde,
Aunque en la firmeza fuerte.
Véte y déjame á la muerte,
Porque no puedo vivir
Para mirarte partir,
Cuanto más volver á verte.

(*Vanse don Juan y doña Leonor.*)

ESCENA XIV.

BELTRAN, INÉS.

BELTRAN.

¿Qué dice, señora Inés,
De aquesta triste partida?

INÉS.

¡Ay, Beltran! ya ¿no lo ves!
No tengo un hora de vida.

BELTRAN.

¿Diré aquello de los piés,
De los estribos y aciones?

INÉS.

Cansanme mucho razones
De poetas arrendajos:
Dime, Beltran, tus trabajos
Por tus propias invenciones.

BELTRAN.

¡Ay, mi bien, que has de olvidarme!

INÉS.

¿Cómo, mi bien, si te adoro!

BELTRAN.

Mira que podré vengarme,
Si me pierdes el decoro,
Con no volver á casarme.

INÉS.

Si hombre en mi vida mirare...

BELTRAN.

Calla, Inés; que eres mujer.

INÉS.

Porque en eso no repare
Tu amor, dejaré de ser.

BELTRAN.

¿De ser?

INÉS.

Sí.

BELTRAN.

Tu intento pare;
Que cierta fabula trata
Que un hombre quiso una gata,
De suerte que cada dia
A Júpiter le pedia,
Con ofrendas de oro y plata,
Se la volviese mujer.
Júpiter lo vino á hacer;
Y estando el hombre casado,
Y ella sentada en su estrado
Viendo cantar y tañer,
Dicen que un raton pasó;
Y apénas ella le vió,
Cuando corriendo tras él,
Le dió uñarada cruel,
Y al primero ser volvió.
Pues aplico y digo, Inés,
Que apénas verás, despues
De mi ausencia y tu desmayo,
Pasar un raton lacayo,
Cuando uñarada le dés.

INÉS.

Mal conoces mi valor.

BELTRAN.

Las postas de mi Señor
Han llegado: adios, Inés.

INÉS.

¿Escribirásme?

BELTRAN.

Eso es
Hablar de vicioso humor:
Verso ha de haber como el brazo,
Romance y esmeraldazo.

INÉS.

¿Qué nombre me has de poner?

BELTRAN.

Inesilis: yo he de ser...

INÉS.

¿Cómo, mi bien?

BELTRAN.

Beltranazo.

INÉS.

Pues adios.

BELTRAN.

¡Qué corazon
Me basta en esta ocasion!

INÉS.

Hoy se acabó mi alegría.

BELTRAN.

Acuérdate que eres mia,
Si pasare algun raton.

(*Vanse.*)

—

Calle en Lisboa con entrada á una plaza.

ESCENA XV.

LEONEL, *con hábito de Alcántara*, UN CABALLERO.

LEONEL.

Ninguno como el Rey anda á caballo.

CABALLERO.

Él es en todo un Príncipe perfeto.

LEONEL.

¡Dichoso el que merece ser vasallo
De un Rey en quien jamás se halló defeto!

CABALLERO.

No pienso que es pasion; mas yo no hallo
Su igual en Portugal.

LEONEL.

Tiene sujeto
Para regir el mundo.

CABALLERO.

¡Qué gallarda
Está la plaza!

LEONEL.

¡Brava fiesta aguarda!
Para los Reyes es aquel tablado,
Que cubierto de telas encarnadas,
La frente adorna aquel dosel bordado,
Y á él los piés dos sillas y almohadas.
El que miramos al siniestro lado,
Que las tiene pajizas y moradas,
Es para Bemoi, por quien se han hecho
Las fiestas.

CABALLERO.

Quiere el Rey mover su pecho.

LEONEL.

Los Reyes vienen por aquesta calle.

CABALLERO.

A pié vienen, por Dios, y de la mano
Trae á la Reina.

LEONEL.

¡Qué gallardo talle!

CABALLERO.

Préciase dél; que á pié no viene en vano.

LEONEL.

A los tablados van: acompañalle
Será razon.

CABALLERO.

¡Qué bien lo grave y llano
Juntó naturaleza en un sujeto!

LEONEL.

Quiso formar en él un Rey perfeto.

ESCENA XVI.

Tocan música. ACOMPAÑAMIENTO, *y con él*, RUY DE SILVA: EL REY, *trayendo de la mano á* LA REINA. GENTE.—LEONEL, UN CABALLERO.

REINA.

Admirado está de ver
Tantas ventanas compuestas:
La grandeza destas fiestas
No acaba de encarecer.

REY.

Tiene el bárbaro razon.

REINA.

Hoy es dia, que á cualquiera,
Puesto que de España fuera,
Le causara admiracion.

REY.

No tienen estos allá
Destreza ni policía.

REINA.

Lisboa en esta alegria
En dos extremos está

De grandeza y de riqueza.
Todo es hermosura y oro.

GENTE. (*Dentro.*)
¡Guarda el toro! ¡guarda el toro!

RUY.
Huya, Señor, Vuestra Alteza.

LEONEL.
Señor, en aquesta casa
Puede Vuestra Alteza entrar.

REINA.
¿Qué haré?

REY.
¿Como qué! Esperar.

REINA.
Pues ¿no veis que el toro pasa?

GENTE. (*Dentro.*)
¡Guarda el toro! ¡guarda el toro!

REY.
No importa; yo estoy aquí.
(*Huyen todos; éntrase el Rey, desnudando la espada: hay grita dentro; vuelve el Rey á salir.*)
¡Notable herida le dí!

REINA.
¡Con justa causa os adoro!

REY.
Pasad: bien podeis venir,
Y volverme á dar la mano.

REINA.
¡Turbada estoy!

REY.
No es en vano,
Viendo nuestra gente huir.
(*Vuelve Ruy de Silva.*)

RUY.
¿Por qué se quedaba ansí
En la calle Vuestra Alteza?

REY.
Porque la real grandeza
No sabe salir de sí.
(*Vuelve Leonel.*)

LEONEL.
Estamos, y con razon,
Afrentados deste caso.

REY.
Era muy estrecho el paso
Y grande la turbacion.

ESCENA XVII.

EL PRIOR, GENTE, ACOMPAÑAMIENTO.—EL REY, LA REINA, RUY, LEONEL.

PRIOR.
¡Es posible que esto ha hecho!

REY.
¿Dónde bueno vais, Prior?

PRIOR.
A ver, Invicto Señor,
La grandeza dese pecho.
Dejadme besar la mano
Con que tal hazaña hicistes.
¡Qué brava herida le distes!

LEONEL.
El prueba á correr en vano.
Ya baña en sangre la calle.

RUY.
Don Juan de Sosa no diera
Esta herida, aunque saliera
Vuestra Alteza á celebralle.

LEONEL.
Es mucha la diferencia
De ir á caballo ó á pié.

RUY.
La diferencia se ve
En el ánimo y la ciencia;
Que donde no hay prevencion
Es el ánimo maestro.

REY.
Don Juan de Sosa es muy diestro,
Y á hallarse en esta ocasion,
No sacara yo la espada.

PRIOR.
Bien sabe don Juan, Señor,
Dar á un toro con valor
O lanzada ó cuchillada;
Mas son aciertos, que el dallos
En buena fortuna están.

REY.
Sí; pero sólo don Juan,
Fidalgos, sabe acertallos.
(*Vanse todos, excepto el Prior.*)

PRIOR.
Aunque yo me hubiera hallado
En la ocasion que he perdido,
No estuviera más corrido.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, BELTRAN, *de camino.*—EL PRIOR.

DON JUAN.
¡A lindo tiempo he llegado!

BELTRAN.
Tu dicha es notable cosa.

PRIOR. (*Para sí.*)
A mí me conviene hacer
Cómo el Rey venga á entender
Que hay más que un don Juan de Sosa.
Saldré á la plaza este dia. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON JUAN, BELTRAN.

DON JUAN.
Con el valor de quien soy;
Palabra, Beltran, te doy
Que esta esperanza traia.
Llegué como he deseado:
Haz ensillar mi alazan.

BELTRAN.
¡Qué alazan!

DON JUAN.
Presto, Beltran;
Que está el Rey en el tablado.

BELTRAN.
¿Tienes seso! ¿estás en tí!
¡Cien leguas, sin mudar sillas,
En postas, que mil postillas
Las postas han hecho en mí!...
En quitándote las botas,
Saldrás á la plaza.

DON JUAN.
Advierte
Que no se excusa una suerte.

BELTRAN.
Tengo las alforjas rotas.
Tú solo salir concierta;
Porque si el toro me huele,
Me ha de encontrar como suele
Quien halla la puerta abierta.

DON JUAN.
Yo he de salir embozado
Con una capa con oro.

BELTRAN.
¿No era mejor ver el toro
Con el Rey y en el tablado,
Recebir mil parabienes
De los fidalgos y damas?
¿Siempre has de andar por las ramas!
Mira que cansado vienes,
Y hay toro tan descortés,
Que no ha de tomar en cuenta
Que vienes de venta en venta,
Y que á Leonor viste un mes.
Flaco estás; que en el color
Se te ven las dos jornadas.

DON JUAN.
Dos veces, Beltran, me enfadas:
Una en hablar de Leonor,
Y otra en querer que no salga.
Desta grita ¿no te alteras!

BELTRAN.
Pues en tu error perseveras,
Tu misma fuerza te valga.
Caballo y capa con oro
Voy volando á prevenir;
Pero yo pienso dormir.

ESCENA XX.

GENTE, *dentro.*—DON JUAN, BELTRAN.

GENTE. (*Dentro.*)
¡Guarda el toro! ¡guarda el toro!

UNOS. (*Dentro.*)
¿Quién es este?

OTROS. (*Dentro.*)
El Gran Prior.

DON JUAN.
Ya el Prior sale á la plaza.
Presto.

BELTRAN.
Todo me embaraza.
¿No era más justo, Señor,
Ir á ver á doña Clara?

UNO. (*Dentro.*)
¡Bravo Ruy de Silva viene!

DON JUAN.
Todo el mundo lugar tiene
Y en mi ausencia se declara.

GENTE. (*Dentro.*)
Don Gonzalo de Meneses
Sale agora muy galan.

DON JUAN.
Bestia, dame mi alazan.

BELTRAN.
¡Que á matar toros vineses
Desde Toledo á Lisboa!

DON JUAN.
No tendrá en ausencia mia
Hidalgo la bizarría
De que mi patria me loa.

BELTRAN.
Yo pienso, miéntras por fama
Sales á tal desatino,
Matar un toro de vino,
Y derriballe en la cama.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Clara.

ESCENA XXI.

DOÑA CLARA, ESPERANZA.

DOÑA CLARA.
Pensamientos atrevidos,
Pero muy bien empleados,
Cuidados para cuidados
Aun apénas merecidos,
Aunque vais desvanecidos,
Subid adonde os resista
El alma al sol que conquista

Con tan dulce desvarío;
Que yo misma que os envío,
Os vengo á perder de vista.
A lo ménos no diréis,
Aunque de méritos faltos,
Que os pude subir más altos
Que la esfera que teneis.
Lo que espanta es que dureis
En tanta desconfianza,
Ardiendo tan sin mudanza,
Que haceis el alma crisol;
Porque es llover y hacer sol
Querer bien sin esperanza.
De manera amor me trata,
Que con quitarme la vida,
Os estoy agradecida
Por la causa que me mata.
Fuera á mis ojos ingrata,
Si de tanta gloria llenos,
De morir los viera ajenos;
Que no hay vida que se iguale
Con muerte que tanto vale,
Que estimo la vida en ménos.

ESPERANZA.

Pienso que te has de volver
De ese pensamiento loca.

DOÑA CLARA.

La causa que me provoca
¿Qué otro efeto puede hacer?

ESPERANZA.

Y ¿aquel el antiguo querer
De don Juan de Sosa, ausente,
¿No templa el loco acidente
De los amores del Rey?

DOÑA CLARA.

De amor, Esperanza, es ley
Que viva el amor presente.
Desde la noche que vi
Del Rey el bizarro talle,
Acuchillando en la calle
Aquellos hidalgos, dí
En imaginar en mí
Sus heróicas perfeciones:
Ponerse el alma en razones
Con la memoria, es error,
Porque ésta engendra un amor
De dos imaginaciones.
Con ausentarse don Juan
Y ver el Rey estos dias,
Crecieron las ansias mias
Hasta el estado en que están.
Estos cuidados me dan
Una perezosa muerte,
Que en vida se me convierte.
El Rey no me ha de querer;
Mas yo tengo el padecer
Por la más dichosa suerte.
Dos alas dicen que tiene,
Esperanza, el corazon,
Y con aquel aire son
Quien le alienta y entretiene.
Si el mio á templarse viene
Con tanto fuego de amor,
Es porque en este rigor
Esta templanza le dan;
Que de alas sirviendo están
Su grandeza y mi temor.

ESCENA XXII.

LEONEL.—DOÑA CLARA, ESPERANZA.

LEONEL.

Como ayer te prometí
El referirte la fiesta,
Aunque apénas acabada,
Quiero que la fiesta sepas.

DOÑA CLARA.

No me la cuentes, Leonel;
Que ya no hay fiestas que sean
De más fiesta para mí,
Que las glorias de mis penas.
Estarian ¿quién lo duda?
Los Reyes con la grandeza
Que suele el sol y la luna,
Que son las luces más bellas,
Ella en su esfera de plata,
Y él en su dorada esfera;
Guarnecidos los tablados
De ricas doradas telas,
Y vertiendo amor mil flores
En las damas portuguesas.

LEONEL.

Parece que las has visto
De la suerte que lo cuentas.

DOÑA CLARA.

El Rey negro en su tablado,
Admirado de que tenga
Del mundo la parte blanca
Que conquistar en la negra.
Entrarian mil fidalgos
Con notable gentileza
A pedir fama á los toros,
Haciendo suertes diversas.
¿Puede ser más?

LEONEL.

No darás,
Por más que presumas dellas,
En quién sería un fidalgo
Que entró embozado en las fiestas
Con una banda de nácar
Y una capa de oro.

DOÑA CLARA.

Espera.
¿Era el Prior?

LEONEL.

No, por Dios.

DOÑA CLARA.

¿Fué don Alonso de Almeida?

LEONEL.

Ménos.

DOÑA CLARA.

¿Ruy de Silva?

LEONEL.

No,
Porque el Silva entró sin ella,
Y ha hecho con un rejon
Que bese el toro la tierra.

DOÑA CLARA.

¿Fué acaso el Embajador
De Castilla?

LEONEL.

No fué á ellas,
Porque le falta salud.

DOÑA CLARA.

¿Fué Valentin de Ferreira,
Ó Vasco de Acuña?

LEONEL.

No.

DOÑA CLARA.

¿Lope de Melo?

LEONEL.

No aciertas.

DOÑA CLARA.

Doyme por vencida.

LEONEL.

Fué
Don Juan de Sosa. No tengas
Por fábula lo que digo;
Que con mayor gentileza
No ha entrado en plaza de toros
Hombre que se precie della.
Despues, en fin, de mil suertes,
Que áun la envidia las celebra,
Se fué á apear al tablado,
Adonde el Rey y la Reina
Le han hecho notables honras. —
¿No me dices que te huelgas?

DOÑA CLARA.

Si no me huelgo, Leonel,
¿Para qué quieres que mienta?

LEONEL.

¿Díceslo de veras?

DOÑA CLARA.

Sí;
Que ausencias hablan de veras.

LEONEL.

Pues en tu casa le tienes
Con la misma gentileza
Que entró gallardo en los toros.

ESCENA XXIII.

DON JUAN DE SOSA, *con capa de oro, banda de nácar, borceguíes y espuelas como de juego de cañas;* BELTRAN. — DOÑA CLARA, ESPERANZA, LEONEL.

DON JUAN.

¿Hay quien dé la norabuena
A un hombre, que de Castilla
Corrió la posta cien leguas,
Sólo por ver una dama
Más clara que las estrellas?

DOÑA CLARA.

La plaza debió de ser
Esa dama; que áun apénas
Llegó de Castilla aquí,
Cuando embozado fué á vella.

DON JUAN.

¿Quién no habia de pensar
Que estaba en tan grande fiesta
Vuesa merced? que si fuí
A la plaza, fué por verla.

LEONEL.

¡Buenos estais, por mi vida,
Despues de tan larga ausencia!

DOÑA CLARA.

Pues ¿cómo habemos de estar!
¿Hay cosa alguna que tenga
Don Juan en aquesta casa?

DON JUAN.

El alma. ¿Es prenda pequeña?

DOÑA CLARA.

¡El alma! Y ¿es prenda el alma
Que algun instante se deja?
Su alma llevó á Castilla
El señor don Juan.

DON JUAN.

Bien fuera
No dejalla á quien ahora
Que se la he dejado niega.

DOÑA CLARA.

Hablemos de la salud;
Que esto del alma es materia
Para sólo el purgatorio.

DON JUAN.

¡Donaires despues de ausencias!

DOÑA CLARA.

Pues ¿cuándo he tenido yo
Con vuesamerced más veras?

LEONEL.

¿Mas que aguardais á que os deje?

DOÑA CLARA.

Antes seré la primera
Que me vaya porque hableis;
Pues adonde se profesa

Tanta amistad, habrá cosas
Que más importancia tengan. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DON JUAN, LEONEL, ESPERANZA, BELTRAN.

LEONEL.

¡Fuése! ¿Quién creyera tal?
Yo le vine á dar las nuevas
De vuestra buena venida,
Y no me dió albricias dellas.

BELTRAN. (*A Esperanza.*)

Téngase vuesa merced.

ESPERANZA.

¿Hay causa por qué me tenga?

BELTRAN.

¿No es causa un recien venido?

ESPERANZA.

Si se mira la grandeza,
Vuesa merced es causon,
Que es calentura soberbia.

BELTRAN.

Mentira; porque un ausente
Siempre de olvidos enferma,
Y los olvidos son frios.

ESPERANZA.

Frios ó calientes sean,
Sepa que soy de mi ama,
Como aforro de entretela:
Ella es el haz, yo el envés,
Y así es bien que se le vuelva. (*Vase.*)

ESCENA XXV.

DON JUAN, LEONEL, BELTRAN.

BELTRAN.

¡Esto es venir de Castilla!

LEONEL.

En fin, rondando las puertas
Todas las noches por vos,
No he visto una sombra en ellas.
¿Si son celos castellanos?

DON JUAN.

Esos presumo que sean.

LEONEL.

¿Habeisle dado ocasion?

DON JUAN.

¿Cómo es posible que sepa
Lo que ha pasado en Toledo?

LEONEL.

¿No veis que son estafetas
Del alma los pensamientos,
Y van y vuelven con nuevas?
Volved á hablarla mañana.

DON JUAN.

De aquí á mañana no queda
Para la vida remedio,
Ni para el amor paciencia.
¿Hablaste con Esperanza,
Beltran?

BELTRAN.

Aquí hablé con ella,
Y con esperanza hablé
Sin esperanza en mi ausencia.

DON JUAN.

¿Qué te dijo?

BELTRAN.

Puesto el labio
Como quien tañe corneta,
Me dijo que de su ama
Era aforro y entretela,
Dando á entender que en el modo
Que se visten, juntas, era
La entretela de su gusto.

DON JUAN.

Y mi amor, Beltran, la tela
De Penélope; que en fin,
Si dia y noche se cuenta,
Cuanto la presencia hizo,
Tanto destrizo la ausencia.
Vamos, Leonel, á Palacio;
Que quiero hallarme en la cena
Del Rey, que querrá saber
De Castilla cosas nuevas:
Y para mí lo son tanto
Los desdenes y soberbias
De Clara, que han de matarme,
Si en mudarse persevera.

LEONEL.

Satisfacerle los celos;
Que con eso se contentan
Las mujeres ofendidas.

BELTRAN.

¡Ahora vas á la cena
Del Rey? Duerme; que, por Dios,
Que es tu corazon de piedra.

DON JUAN.

Vete, borracho, á dormir.

BELTRAN.

Si yo tan dichoso fuera
Que hubiera entrado en la plaza,
¡Qué buen desgarron me cuesta!

ACTO TERCERO.

Calle en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR É INÉS, *con mantos.*

INÉS.

¿Quién te dijera que habias
De venir á Portugal?

DOÑA LEONOR.

No puede haber largo mal,
Siendo tan breves los dias.
Casóse, Inés, en Sevilla,
Donde está el Rey castellano,
El Príncipe lusitano
Con la Infanta de Castilla.
Mi padre, el Comendador,
En su servicio venía;
Escribíle yo que hacia
Su ausencia falta á mi honor;
Y de Toledo á Lisboa
Me ha traido como ves,
Ciudad que en España, Inés,
Tan justamente se loa,
Donde pienso que podré
Ver aquel mi dueño ingrato,
Falso en el alma, en el trato,
En las obras y en la fe.
¿Ves lo que dijo al partir,
Que con sangre escribiria?
Pues tinta desde aquel dia
Le faltó para escribir.
Nunca mas vi letra suya.

INÉS.

Mudó tierra: no te espantes,
Aunque burlas semejantes
Calidad y sangre tuya
Mal las pueden admitir.

DOÑA LEONOR.

Aun bien que estoy en lugar
Donde no habrá que esperar
Que se acuerde de escribir.
Rey es don Juan tan temido
Por su justicia, que hará
Que se cumpla lo que está
Bien firmado y mal cumplido.

INÉS.

¡Ay Señora! Tú ¿no ves
Que es su privanza don Juan?

DOÑA LEONOR.

En aquesta iglesia están
Bautizando un Rey. Inés,
Donde me dijo un criado
Que podré ver el traidor
De quien se queja mi amor,
Y está mi honor agraviado.

INÉS.

Este palenque se ha hecho
Para que pasen.

DOÑA LEONOR.

Aquí
Veré la llama que ví,
Para incendio de mi pecho.

ESCENA II.

Tocan música, y salen por un palenque RUY DE SILVA, LEONEL Y EL PRIOR Y DON JUAN DE SOSA, *con fuentes y aguamaniles*, Y EL REY BENOÍ, *vestido de cristiano*, *las* DAMAS Y LOS REYES, Y BELTRAN, *detrás.* GENTE. — DOÑA LEONOR, INÉS.

REY. (*Al Rey Benoí.*)

Dad muchas gracias á Dios,
Que os dejó ver este dia.

BENOÍ.

Es natural deuda mia
Dar gracias á Dios y á vos,
Y es forzosa obligacion.

REY.

¿No estais contento?

BENOÍ.

De modo
Que porque no salga todo,
Hago fuerza al corazon.
Negro nací; pero ya
Más blanco estoy que la nieve.

DOÑA LEONOR.

De suerte el alma se atreve
Que tras sus ojos se va.

INÉS.

¡Qué galan viene don Juan!

DOÑA LEONOR.

Si las galas son cuidado
Y él viene tan descuidado,
No puede venir galan.

INÉS.

Si es el cuidado de sí,
Antes con cuidado viene.

DOÑA LEONOR.

Digo yo que no le tiene,
Pues no le tiene de mí.

INÉS.

Bravamente nos burló.—
Pero los Reyes se van.
(*Vanse por la misma órden.*)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR, INÉS, BELTRAN.

DOÑA LEONOR.

Inés, este ¿no es Beltran!

INÉS.
La librea me engañó.

DOÑA LEONOR.
¿No ves que viene de fiesta?

INÉS.
¿Ols, fidalgo?

BELTRAN.
¿Quem ser?

INÉS.
Huma mulher que vos quer
Fallar.

BELTRAN.
Dizel o que resta.

INÉS.
Traidor, en mi lengua, di,
¿Conócesme?—¿Qué me miras?
Inés soy. ¿De qué te admiras!

BELTRAN.
Pensando estoy que te vi
En África... Pero no,
En los Algarbes, sospecho.

INÉS.
Sombra ingrata de aquel pecho
Que en Castilla amaneció,
Y anocheció en Portugal,
¿Aun niegas que me conoces?

BELTRAN.
Castellana, no dés voces,
Que en público suenan mal.
¿Qué viento desatinado
Te trajo aquí? ¿De qué nube
Caiste?

INÉS.
Por darte estuve,
Pícaro desvergonzado,
Cuando te vi hacer de nuevas,
Un cachete castellano.

BELTRAN.
Deten, bella Inés, la mano;
Que todas estas son pruebas
De tu ausencia y de mi amor.
Dime: ¿quién te trajo aquí?

INÉS.
Mira, perro, que está allí...

BELTRAN.
¿Quién?

INÉS.
¡Bueno! Doña Leonor;
Que el Comendador Fadrique
Su padre, viene sirviendo
A la Infanta.

BELTRAN. (*A doña Leonor.*)
No pretendo
Disculpa, sino que aplique
Ese pié todo el chapin
A esta boca.

DOÑA LEONOR.
En fin, Beltran,
En verte he visto á don Juan,
Y de mi desdicha el fin;
Que si tú no conociste
A Inés, mal puedo esperar
Que él me conozca.

BELTRAN.
El burlar
En el propio humor consiste.
Don Juan te adora.

DOÑA LEONOR.
¡Harto bien
Se conoce en su cuidado!
¿Qué hombres propios me ha enviado,
Y qué regalos tambien?
¿Qué cartas ó qué memorias?

BELTRAN.
Tiénele el Rey ocupado;
Que estos dias han llegado
Mil nuevas de mil vitorias;
Que en África se han rendido
Las costas que el Rey desea.
Fuera deso, ha proveido
Las armadas, que ya van
A fundar una famosa
Ciudad, que llaman Graciosa,
Entre las peñas que están
Sobre el rio de Alarache
Para resistir al Moro.
Naves, cartas, plata y oro,
No hay otro que los despache
En palacio, sino es él.
Mira si está disculpado.

DOÑA LEONOR.
Amor nunca está ocupado;
Que si amor hubiera en él,
Hurtara el tiempo á las horas,
A la mesa, al sueño.

BELTRAN.
Presto
Verás que su amor honesto
Y su pretension desdoras.
El ha de ser tu marido.

DOÑA LEONOR.
Ahora bien, queda con Dios.

BELTRAN.
Yo sé que en viéndoos los dos,
No te quejarás de olvido.

DOÑA LEONOR.
Camina, Inés, por aquí.

INÉS.
¿Adónde vas dese modo?

DOÑA LEONOR.
A ver la parte ó el todo
Adonde el alma perdí.

INÉS.
Bien dices, porque topar
Con aqueste majadero
Es ver la horca primero
Que la cerca del lugar.

BELTRAN. (*Á Inés.*)
¿Qué le digo? ¿Tiene ahí
La cédula que en Toledo
Le di? porque ya no puedo
Ménos que negarla aquí.

INÉS.
¡Vaya, señor ganapan!
(*Vanse las dos.*)

¿Dale vicio la librea?

BELTRAN.
Que vaya ó que venga, crea
Que tarde ó nunca verán
Cumplido lo que desean. (*Vase.*)

—

Sala de Palacio.

ESCENA IV.

BELTRAN, *y luego* DON JUAN.

BELTRAN.
Yo he llegado hasta palacio.
Mi amo estará de espacio:
Dudo que agora le vean.
Quiero entrar á prevenir
Esta desdicha.
(*Sale don Juan.*)

DON JUAN.
¿Es Beltran?

BELTRAN.
No estás sin causa galan:
Las galas han de lucir
Hoy en unos ojos bellos.

DON JUAN.
¿Quién te ha dicho bien de mí?

BELTRAN.
Una dama.

DON JUAN.
¿Cómo ansí,
Para que me abrase en ellos?
Mas dudo que á doña Clara
Parezca bien cosa mia.

BELTRAN.
Si en desdeñarte porfía,
Ya que no hieres, repara;
Que aquí está doña Leonor
Con la reverenda Inés.

DON JUAN.
Qué doña Leonor? ¿Quién es?

BELTRAN.
La castellana, Señor,
Hija de aquel caballero,
Que sois parientes los dos.

DON JUAN.
Pues, Beltran, mal te haga Dios;
Que es partir el mal que espero.
¡La hija de don Fadrique
En Portugal?

BELTRAN.
Con la Infanta
Viene su padre.

DON JUAN.
¡Que tanta
Desdicha el cielo me aplique,
Despues de celos tan graves
De Clara!

BELTRAN.
¿Qué hemos de hacer
Destas casas de alquiler
Con las cédulas que sabes?

DON JUAN.
Cuando cédula le di, [1]
Eso de cumplilla es sueño...
Fué, Beltran, que era mi dueño;
Mas no que era para mí.
Retírate; que ha salido
Su Alteza.

BELTRAN.
Afuera te espero. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL REY.—DON JUAN.

REY. (*Dentro.*)
Proseguir mañana quiero
El principio prevenido. (*Sale.*)
¿Es don Juan?

DON JUAN.
Aquí, Señor,
A Vuestra Alteza esperaba.

REY.
De dar principio trataba
Al fundamento mayor
Del hospital de Lisboa
Con ricas medallas de oro.

DON JUAN.
Pondréis seguro el tesoro
Donde más se estima y loa.
¿Qué nombre, Señor, le dais?

REY.
La Misericordia.

DON JUAN.
Es justo.
Dícenme que os dió disgusto
La embajada en que tratais
Cómo se han de repartir
Los mares que abrió Colon.

[1] Aun cuando, aunque.

REY.

Yo perdí buena ocasion;
Pues pudiéndome servir
De Colon en esta empresa,
Perdimos por no admitilla
Un mundo que dió á Castilla,
De que ya tarde nos pesa.

DON JUAN.

Otro mayor os darán
Presto vuestros capitanes.

REY.

¡Embajadores galanes
En este concierto están,
Para el nuevo mundo indiano,
Que ha de partirse, en rigor!

DON JUAN.

¡Cómo galanes, Señor!

REY.

Uno es cojo y otro es vano.

DON JUAN.

Y ¿qué dijo Vuestra Alteza?

REY.

Que no resolvia nada,
Porque en aquesta embajada
Ni bailaba piés ni cabeza.

DON JUAN.

¡Discretamente, por Dios!

REY.

Yo me quiero retirar:
Mañana habemos de hablar
En un negocio los dos.

DON JUAN.

Vuestro esclavo soy.

REY.

Mi amigo
Sois, y como tal os quiero. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN.

Terribles daños espero
Deste forzoso enemigo.
¡Qué haré para que Leonor
No prosiga con su intento,
Pues comienza el casamiento
Donde se acaba el amor?
Yo quiero á Clara: ¿qué haré
Para que Leonor me deje,
De suerte que no se queje
De la mal guardada fe?
Mas será tiempo perdido;
Que en este vano cuidado,
Cuanto de Leonor amado,
Soy de Clara aborrecido.
Olvidóme en esta ausencia:
Celos debieron de ser;
Que si obligan á querer,
Debe de ser en presencia.
No querria que Leonor,
Si con desdenes la trato,
Diese cuenta de mi ingrato
Término al Comendador,
(*Llaman por dentro á una puerta.*)
Y él al Rey. Rüido siento.
(*Llaman.*)
¿Si está en su oratorio? No.
Ya pienso que se acostó.
(*Llaman.*)
Otra vez: ¡y en su aposento!
Quiero irme; que si sale,
No es bien que me vea aquí. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL REY, *con espada desnuda y una vela.*

¿Quién llama? Quién está ahí?
¿Hay confusion que á esta iguale!
¿Si es don Juan, que áun no se fué?
¿Quién llama? Quiero llamar.—
Mas no es justo alborotar
Hasta que otro golpe dé.
(*Llaman.*)
Otra vez. ¡Hola! ¿Quién es?
Pero ¿qué dudo de abrir,
Pues puedo verle salir,
Y sea quien fuere despues?
Aunque en ser en mi aposento
Me ha causado gran temor.
Mas la fuerza del valor
Anima al atrevimiento...
Y si conjurados son,
Morir, la espada en la mano.
Yo abro.

ESCENA VIII.

Abre EL REY *la puerta, y sale* UN DIFUNTO [1] *empuñando la espada.*

REY.

¿Eres cuerpo vano
O fantástica ilusion?
¿O eres sombra de mí mismo,
Que con esta luz se causa?
Entra, pues, dime la causa;
Que aunque del oscuro abismo
Vengas, no has de hallar temor
En este pecho. ¿Quién eres?

EL MUERTO.

Huélgome que no te alteres.

REY.

Mal conoces mi valor.

MUERTO.

Un hombre soy, Rey don Juan,
A quien tú mismo mataste
Una noche que rondaste.

REY.

Pues ¿qué cuidados te dan
Este deseo de hablarme?

MUERTO.

Cosas de mi alma son.

REY.

Habla.

MUERTO.

No es esta ocasion
En que puedo declararme;
Que la Reina está despierta.
¿Atreveráste á seguirme?

REY.

¿No me ves seguro y firme?
Vuelve el rostro [2] hácia esa puerta;
Que un mozo quiero llamar
De mi cámara.—¡Ah, García!

ESCENA IX.

GARCÍA.—EL REY, EL DIFUNTO.

GARCÍA.

Señor...

REY.

¿Dormias?

GARCÍA.

Dormia;
Que tardas mucho en rezar.

[1] El que cayó muerto en el primer acto.
[2] Porque su rostro es el de un esqueleto, una calavera.

REY.

Dame una capa y sombrero,
Y toma esa luz allá.

GARCÍA.

¿Es hombre aquel?

REY.

Sí será.
(*Vase García.*)
Bien ves que á escuras te espero.

MUERTO.

Valor soberano tienes.

REY.

¿Dónde me quieres llevar?

MUERTO.

Aquí orillas de la mar.

REY.

¡García!

GARCÍA. (*Dentro.*)

¡Señor!

REY.

¿No vienes?
(*Sale García con la capa y el sombrero del Rey.*)

GARCÍA.

Aquí tienes lo que pides.

REY.

Vete.

GARCÍA.

¿Dónde vas, Señor?

REY.

Vete, necio.

MUERTO.

Tu valor
Con tu nacimiento mides.
Sígueme.

REY.

Parte delante;
Que con la espada en la mano
Y las armas de cristiano,
No hay ilusion que me espante.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior del Palacio.

ESCENA X.

DOÑA CLARA y LEONEL, *de noche.*

LEONEL.

Mucho me admiro de verte
A las puertas de Palacio,
Pasado el mayor espacio
De la noche.

DOÑA CLARA.

Desta suerte
Me trae cierto imposible,
Que en estas puertas adoro.

LEONEL.

Mucho desdice al decoro
De tu valor invencible
Seguir de aquesta manera
Los amores de don Juan.

DOÑA CLARA.

Otros amores me dan
Más dulce muerte y más fiera.
Y con palabra segura
De caballero, Leonel,
Sabrás el dueño cruel
Del error de mi locura;
Que aunque me obliga don Juan,
No es el don Juan que decís.

LEONEL.

El seguro que pedís,
Mi amor y palabra os dan.

DOÑA CLARA.

Yo quiero al mayor señor
De Portugal.

LEONEL.

¿Al Rey!

DOÑA CLARA.

Sí,
Desde que una noche vi
A mi puerta su valor.

LEONEL.

Si á vuestras puertas le vistes,
Ya no me espanto que andeis
Por las suyas.

DOÑA CLARA.

Vos teneis
(Que una vez me lo dijistes)
Lugar, Leonel, con el Rey.
¿Quereis hacer de manera
Que sepa mi amor?

LEONEL.

Quisiera
Que fuera entre amigos ley.
Mas quejaráse don Juan,
Si por ventura lo entiende.

DOÑA CLARA.

Ya don Juan no me pretende;
Que otros cuidados le dan
Soledades de Castilla.

ESCENA XI.

EL REY, EL PRIOR.—DOÑA CLARA, LEONEL.

REY.

Huelgo de haberos hallado.

PRIOR.

De lo que me habeis contado,
La sombra me maravilla,
No vuestro valor, Señor.

REY.

Topar vuestra cruz ha sido
Dicha, pues me ha defendido
Del daño de aquel temor.

PRIOR.

Si en cimenterios andais,
Cruces, Señor, topareis.
Y ¿qué os dijo?

REY.

Allá sabréis
Lo que aquí me preguntais;
Mas quiero daros cuidado
En que hagais decir por él
Ciertas misas.

DOÑA CLARA. *(Ap. á él.)*

¡Ay Leonel!
Con don Juan habemos dado.

LEONEL.

Dices bien... Mas en el talle
Es el Rey.

REY.

¿Quién va?

DON LEONEL.

¡Señor!

REY.

¿Leonel?

LEONEL.

Sí, Señor.

REY.

Á amor
Siempre suelo discupalle;
Mas no de aquesta manera.
¿Dónde esa mujer llevais?

LEONEL.

Si á amor, Señor, disculpais,
Disculpa esta dama espera;
Que os viene á buscar á vos.

REY.

¿A mí!

LEONEL.

Las más noches viene
A ver estas puertas.

REY.

Tiene
Mal gusto, Leonel, por Dios.

LEONEL.

Una noche que don Juan
Os llevó á ver á su dama,
La enamoró vuestra fama.

REY.

Muy olvidadas están
Mis mocedades en mí.
Pero admírame que hallé
Esa noche á quien maté,
Esa misma que la ví.

LEONEL.

¡Qué muerte!...

REY.

Bajad la voz.
Cuando ese gusto tuviera,
Vería esta noche me diera
Agüero de un caso atroz.—
¡Ah señora doña Clara!

DOÑA CLARA.

¡Mi Rey y señor!

REY.

(Ap. á ella. Tenéos.
Agradezco los deseos
Que aquí, Leonel, me declara.
Pero la palabra os doy
Que desde el dia que fuí
Rey, sólo el nombre admití
De quien justamente soy.
Ya no estoy para galan;
Pero cuando lo estuviera,
Tambien sé que no le hiciera
Tan grande ofensa á don Juan;
Que es honrado caballero,
Y mi amigo, y me llevó
A vuestra casa, á quien yo
Hacer agravio no espero.)
Llevad, Leonel, esta dama
Con seguridad; que soy,
Como puedo desde hoy,
Galan de sola su fama.
Y de ser su defensor
Desde aquí quiero ofrecelle;
Que es muy justo agradecelle
Que nos tenga tanto amor.

DOÑA CLARA.

Humillen á tu grandeza
Las montañas orientales
El pié de sus minerales,
De su altura la cabeza.
Bese tus plantas el moro
De Tarudante y Marruécos,
Y hasta el sol lleve los ecos
La fama en sus alas de oro
De tu nombre soberano,
Pues con solas dos razones
Aplacastes las pasiones
Deste amor tan loco y vano.
Acepto el nombre, Señor,
De defensor, y te ruego
Que aquí me defiendas luego
De tí, de mí, y de mi amor.
De tí, contra tu valor,
De mí, contra mi deseo,
Y de amor, contra el empleo
De su mismo defensor.
Que defendiéndome aquí
Como tu valor procura,
Quedaré, Señor, segura
De tí, de amor y de mí.
Y prometo, gran don Juan,
Al favor agradecida,
De no tener en mi vida
Otro amor, ni otro galan.
(Vase, y con ella Leonel.)

ESCENA XII.

EL REY, EL PRIOR.

REY.

Prior...

PRIOR.

Señor...

REY.

¿Qué he de hacer?
Toda esta noche es visiones.

PRIOR.

Alejandros y Cipiones
Pueden su laurel romper,
Aunque de castos, altivos.

REY.

Acostarme es lo mejor.
Toda esta noche, Prior,
Me buscan muertos y vivos.
No son de temer los muertos;
Los vivos son de temer,
Y deseos de mujer
Son vivos peligros ciertos.
Los muertos piden, Prior,
Misas y satisfaciones,
Y los vivos ocasiones
Donde se pierde el honor.
(Vanse.)

—

Sala en casa de don Juan.

ESCENA XIII.

DON JUAN.

Aborrecí querido, y olvidado
Quiero por condicion de amor injusto;
Que la satisfacion causa disgusto,
Y la sospecha enciende un pecho helado.
A quien me quiere olvido, y, desamado,
Adorar un desden tengo por justo:
Tal es la diferencia con que el gusto
Desprecia amado, y quiere despreciado.
Amor que los deseos satisface,
Ya no es amor, sino amoroso empleo,
Que quiere aquello que su gusto hace.
Pues por tan claras experiencias veo
Que en la dificultad el amor nace,
Y en la facilidad muere el deseo.

ESCENA XIV.

BELTRAN.—DON JUAN.

BELTRAN.

Dos sombras están aquí.

DON JUAN.

¡Dos sombras!

BELTRAN.

Dos hembras, digo;
Que en una letra es muy grande
La diferencia.

DON JUAN.

¿Es oficio
Para con el Rey, Beltran,
O limosna?

BELTRAN.

No he sabido
Qué quieren. Que no es limosna,
De sus tallazos, lo afirmo,
Mantos delgados y olor;
Que mujeres y tocino,
Por el olor dicen luego
O la fineza ó el vicio.

A los dobleces del manto
Se asomó por un resquicio
Un ojo como un diamante:
Brillaba de puro fino.
Doña Clara me parece.

DON JUAN.

Bestia, rompe el frontispicio
Desa puerta, en duda, y di
Que entre aquel ángel divino.

BELTRAN.

¡Divino!

DON JUAN.

Humano lo quiero.
Loco es amor, él lo dijo.

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR É INÉS, *tapadas*.—DON JUAN, BELTRAN.

DOÑA LEONOR.

¿Estais solo?

DON JUAN.

Solo estoy:
Mirad, Señora, en qué os sirvo,
Pues quereis honrar mi casa.

DOÑA LEONOR.

¿No me conoceis?

DON JUAN.

No quito
Las cortinas á mis ojos,
Mientras que los vuestros miro
Con las de ese negro manto.

BELTRAN. (*A Inés.*)

Y ella ¿no corre un poquito
La sobrevaina á la hoja
O al ojo?

INÉS.

Paso, hipogrifo.

BELTRAN.

¡Hipogrifo?

INÉS.

¿No es caballo?

BELTRAN.

Con alas.

INÉS.

Luego bien digo,
Pues es caballo con alas
Un necio favorecido.

DON JUAN.

Descubra vuesamerced
El rostro, se lo suplico.

DOÑA LEONOR.

Véisle aquí.

DON JUAN.

¡Válgame Dios!

BELTRAN.

Descubra, dama, le pido
El retablo, aunque haya diablo
A los piés de san Benito,
O sayon del rey Heródes:
Ni inocente soy, ni niño.

INÉS.

Este es mi rostro, Beltran.

BELTRAN.

¡Válgame santo Domingo!

DOÑA LEONOR.

¡Tanta admiracion! ¿Qué es esto?
¿Qué os ha dado? Qué habeis visto?
¡Pésaos de verme! Pues yo
No he venido á deserviros.
Acuérdome que en Toledo
De otra suerte os recebimos
En mi casa; mas hay gastos
Que se olvidan del recibo.
Gastado estais, como dicen
En vuestra lengua.

DON JUAN.

No ha sido
Ingratitud, sino amor,
Y el veros tan de improviso.

DOÑA LEONOR.

¡Ansi que os habeis turbado!
No habia en ello caido.
Traed, Beltran, á vuestro amo,
Al señor don Juan ¿oislo?
Dos tragos de agua de azâr,
Que en Lisboa lo hay muy fino:
Y perdonadme que os mande;
Que me habian prometido
Ser de aquesta casa dueño.

DON JUAN.

Y yo estoy muy ofendido
De que hayais venido ansí.
De mi calidad os digo
Que ya no podré casarme
Con quien, como vos, se vino
De Castilla á Portugal;
Ni querrá el Rey á quien sirvo
Darme licencia, si sabe
Tan extraño desatino.

DOÑA LEONOR.

Yo confieso que el quereros
Grande desatino ha sido,
Pero no el venir; que yo
Vengo con mi padre mismo.
Sirviendo á la Infanta viene,
Y es tan bueno y es tan limpio
Como aquella cruz lo muestra,
Y estará muy ofendido
Si sabe que á un escudero
Le doy por yerno.

DON JUAN.

Confirmo
Vuestra locura con eso.
Tiempo habrá de persuadiros
A lo que fuere razon.
Quedad con Dios; que al Rey sirvo,
Y he de hallarme al levantarse.
(*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¡Esto escucho! Oye, enemigo,
Oye, traidor.

INÉS. (*A Beltran.*)

Y él ¿tambien
Se va tan presto?

BELTRAN.

Yo sirvo
Al caballo de mi amo,
Y dicenme sus relinchos
Que ya querrá levantarse. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, INÉS.

INÉS.

¿Qué dices!

DOÑA LEONOR.

¡Pierdo el júicio!
Estoy por salir de aquí
Dando voces, dando gritos.
¿Hay tal maldad!

INÉS.

Y el bellaco
Del Beltran ¡con qué artificio
No conocerme fingió!

DOÑA LEONOR.

Hallar un amante tibio
Tras una ausencia, no es mucho;
Pero ¡ingrato y fementido
Y descortés! ¡Muerta soy!
¿Cuándo en el mundo se ha visto?
Echate el manto en el rostro,
Y sígueme.

INÉS.

No te pido
Más de que mires tu honor.

DOÑA LEONOR.

No hay honor, si no hay júicio.
(*Vanse.*)

—

Cámara del Rey.

ESCENA XVII.

DON JUAN *y* OTROS CABALLEROS *vistiendo al* REY.

REY.

Y ¿cómo, en efeto, os va
De amores de doña Clara?

DON JUAN.

Tan mal, que sólo repara
En los celos que me da.

REY.

Y ¿qué causa habrá tenido?

DON JUAN.

Ser yo ausente, ella mujer.

REY.

A otro debe de querer,
Pues os ha puesto en olvido.

DON JUAN.

¿Sabe deso Vuestra Alteza?

REY.

Por mi vida, procurad,
Pues no os tiene voluntad,
De no sufrir su aspereza.
Más firmes los hombres son:
A Castilla os envié;
Pero nunca me olvidé
De teneros aficion.

DON JUAN.

Mil veces los piés os beso,
Y os certifico, Señor,
Que esa merced y favor
Os pago con grande exceso.

REY.

A una doncella tenia
Cargo un hombre que murió.
Anoche lo supe yo,
Y remediarlo querria.
Daréos cuatro mil ducados,
Y las señas de la casa;
Pues si con esto se casa,
Quedan los dos remediados:
El, pues la palabra dió,
Y ella por quedar ansí.

DON JUAN. (*Ap.*)

Algo sabe el Rey de mí,
Que esta materia tocó;
Porque como es tan discreto,
Cuando favorece más,
Es para reñir.

ESCENA XVIII.

EL PRIOR.—DICHOS.

PRIOR.

¿Ya estás
Levantado?

REY.

Estoy inquieto.
No he dormido bien, Prior,
Y á la cárcel quiero ir.
¿Qué hay nuevo?

PRIOR.

Que oí decir

Al Embajador, Señor,
Que la Reina de Castilla
Un recado os enviaba.

REY.

¿Cómo?

PRIOR.

Que ver deseaba,
Por otava maravilla,
A Lisboa, solamente
Con veinte de á mula.

REY.

Bien;
Mas decid vos que le dén
Por respuesta suficiente,
Cuando le escriba á Castilla
Ese Conde su vasallo,
Que con ciento de á caballo
Deseo ver á Sevilla.

RUY.

¿Vió ya Vuestra Alteza el oro
Que del oriente ha venido?

REY.

Sus Reyes se han convertido,
Que es para mí más tesoro.

RUY.

Bien sé yo quién con él fuera
Rico.

REY.

Creed de mi amor
Que con liberal valor
Toda esta riqueza os diera,
A no haber hecho primero
Don Alonso aquesta hazaña,
Rey de Nápoles.

PRIOR. (*Ap.*)

¡Qué extraña
Respuesta!

REY.

¿Qué hay del overo?
¿Sáleos bien, señor Prior?

PRIOR.

Aseguro á Vuestra Alteza,
Que es notable la destreza
Deste nuestro Picador,
Puesto que le ha sucedido
Un desaire.

REY.

Ya le espero.

PRIOR.

Como es su padre arriero
(Que esto ya lo habeis sabido),
Yendo á caballo arrogante,
Topó al padre, cierto dia
Que con los machos venia:
Pasó el viejo por delante,
Y quitóle su sombrero;
Pero el hijo se pasó
Muy tieso; que se corrió
De ver al padre arriero.

REY.

Llamalde.

RUY.

Él viene.

ESCENA XIX.

EL PICADOR. — DICHOS.

PICADOR.

He sabido
Que me llama Vuestra Alteza.

REY.

De vos, por vuestra destreza,
Me he pagado y me he servido;
Mas ya no os he menester.

PICADOR.

¡Señor! ¿en qué os deserví?

REY.

¿Qué lealtad me tendrá á mí
El que no sabe tener
Respeto á quien le engendró?
Id, culpad á vuestra madre;
Que á quien desprecia á su padre,
No quiero estimarle yo.
Sed de hoy más agradecido
A quien estais obligado,
Pues yo no me he deshonrado
De haberme de vos servido;
Y vos, necio, ¡os deshonrais
Del padre que os engendró!

PICADOR.

Dios por vos me castigó,
Que vos no me castigais. (*Vase.*)

ESCENA XX.

LEONEL.—EL REY, EL PRIOR, DON JUAN, RUY, CABALLEROS.

LEONEL.

¿No sabe Vuestra Alteza cómo vino
Colon del Nuevo mundo conquistado,
Que en Portugal se tuvo á desatino?

REY.

Por infinitas cosas me ha pesado
De no haber admitido aquesta empre- [sa,
Pues de Colon mil veces fuí rogado.

LEONEL.

A verte vine, y que verdad profesa
Se conoce en el oro que ha traído.

REY.

Vuelvo á decir, fidalgos, que me pesa.

PRIOR.

Pues no os pese, Señor, si habeis sen- [tido
Que ha de dañar á la conquista vuestra;
Pues, muerto, quedará en eterno olvi- [do.

RUY.

Hacer podemos que la gente nuestra
Se junte con la suya, y desta suerte
Podrán matalle, y la fortuna diestra
Cesará de las Indias con su muerte,
Que te amenaza en tantas ocasiones.

ESCENA XXI.

COLON.—DICHOS.

COLON.

No quise, gran Señor, pasar sin verte.

REY.

¡Colon amigo!

COLON.

El nombre que me pones
Fuera con más razon si tú aceptaras
La empresa destas bárbaras regiones.
Yo llevo al Rey Fernando cosas raras:
Oro, indios, aves, plata, y sobre todo
De imperios grandes esperanzas claras.

REY.

Dios lo guardaba al castellano godo:
Él lo goce, Colon; mas oye aparte.

COLON.

Ya de servirte es imposible el modo.

REY. (*Ap. á Colon.*)

Oye, que en Portugal quieren matarte.
Vete, y gocen los Reyes de Castilla
Este mundo que halló tu ingenio y arte.

COLON.

No en balde tu grandeza maravilla
A España, á Italia, al mundo: con licen- [cia
Tuya me parto desde aquí á Sevilla. (*Vase.*)

PRIOR.

¿Cómo se fué Colon?

REY.

La diligencia
Que llevaba á sus Reyes es muy just[a].
¿Hay quien me quiera hablar?

PRIOR.

No diferencia [t...]
De un ángel tu persona siempre augu[sta].

ESCENA XXII.

UN VIEJO. — EL REY, EL PRIOR, DON JUAN, RUY, LEONEL, CABALLEROS.

VIEJO.

Un aviso os vengo á dar,
Señor, de un vuestro criado,
Porque casado, y casado
Con mujer que puede honrar
Cualquier fidalgo marido,
Está siempre amancebado.

REY.

¿Sabéislo vos?

VIEJO.

Con cuidado
Lo he procurado, y sabido
Que tiene veinte mujeres.

REY.

¡Veinte! ¿Juraréislo vos?

VIEJO.

Sí, Señor.

REY.

Andad con Dios.

VIEJO.

Rey eres, justicia eres.

REY.

No es esa causa bastante.

VIEJO.

Pues ¿cómo no le castigas?

REY.

El que tiene veinte amigas,
No tiene amiga, ignorante.
(*Vase el Viejo.*)
Mucho me enfadan á mí
Aquestos hombres chismosos;
Y porque son tan curiosos,
Quise responderle ansí.

ESCENA XXIII.

UN HOMBRE, *con una pretina ceñida por los pechos.* — EL REY, EL PRIOR, DON JUAN, RUY, LEONEL, CABALLEROS.

HOMBRE.

A Vuestra Alteza he pedido
El oficio que ya sabe.

REY.

(*Ap.* Sin duda que es hombre grave,
Tan altamente ceñido.)
Ya le he dado: no há lugar.

HOMBRE.

¿A quién, Señor?

REY.

Este dia
Le dí á un hombre que traia
La pretina en su lugar.

PRIOR.

¡Qué bien le supo reñir!
(*Vase el pretendiente.*)

ESCENA XXIV.

DOÑA LEONOR, *con el manto echado.* —EL REY, EL PRIOR, DON JUAN, RUY, LEONEL, CABALLEROS.

DOÑA LEONOR.

Príncipe, que en paz y en guerra
Te llama perfecto el mundo,
Oye una mujer.

REY.

Comienza.

DOÑA LEONOR.

Del Comendador Fadrique
De Lara soy hija.

REY.

Espera...
Perdona al no conocerte
La cortesía, que es deuda
Digna á tu padre y á tí.

DOÑA LEONOR.

Esa es gala y gentileza
Digna de tu ingenio claro,
Que el mundo admira y celebra.
Por dos veces á Castilla
Fue un fidalgo desta tierra,
Que quiero encubrir el nombre
Hasta que su engaño sepas,
Porque le quieres de modo,
Que temiera que mis quejas
No hallaran justicia en tí,
Si otro que tú mismo fueras.
Pasó entrambas en mi casa,
Solicitó la primera
Mi voluntad...

REY.

Di adelante,
Y no te oprima vergüenza;
Que tambien con los jüeces
Las personas se confiesan.

DOÑA LEONOR.

Agradecí sus engaños,
Partióse, lloré su ausencia;
Que las partes deste hidalgo,
Cuando él se parte, ellas quedan.
Volvió otra vez, y volvió
Mas dulcemente sirena.
Con la voz no vi el engaño.
—¡Ay Dios, Señor, si nacieran
Las mujeres sin oidos,
Ya que los hombres con lengua!
Llamóme al fin, como suele
A la perdiz la cautela
Del cazador engañoso,
Las redes entre la yerba:
Resistíme; mas ¿qué importa,
Si la mayor fortaleza
No contradice el amor,
Que es hijo de las estrellas?
Una cédula me hizo
De ser mi marido, y esta
Debió de ser con intento
De no conocer la deuda
En estando en Portugal,
Como si el cielo no fuera
Cielo sobre todo el mundo,
Y su justicia suprema.
Al fin, Señor, él se fué
Ufano con las banderas
De una mujer ya rendida;
Que donde hay amor no hay fuerza.
Despojos trajo á su patria,
Como si de África fueran,
De los moros que en Arcila
Venciste en tu edad primera,
O de los remotos mares,
De cuyas blancas arenas
Te traen negros esclavos
Tus armadas portuguesas.
Nunca mas vi letra suya;
Lloró mi honor; sus obsequias
Hice el túmulo del llanto,
Y de amor las hachas muertas;
Casó el Príncipe tu hijo
Con nuestra Infanta, que sea
Para bien de entrambos reinos;
Vino mi padre con ella.
Vine con él á Lisboa,
Donde este fidalgo niega
Tan justas obligaciones;
Y de suerte me desprecia,
Que me ha de quitar la vida
Si Tu Alteza no remedia
De una mujer la desdicha.

REY.

¿Vive la cédula?

DOÑA LEONOR.

Fuera
Error no haberla guardado.

REY.

Yo conoceré la letra,
Si es criado de mi casa.

DOÑA LEONOR.

Señor, la cédula es esta.

REY.

La firma dice *Don Juan
De Sosa.* No lo creyera,
A no conocer la firma.
A su virtud y prudencia,
Que me han obligado á amarle,
Contradice la aspereza
Y ingratitud con que dices
Que en Portugal te desprecia.
Entra y besarás la mano,
Sin decir nada, á la Reina;
Y di que te mando yo
Que estés agora con ella,
Miéntras para remediarte
Hago cierta diligencia.

DOÑA LEONOR.

Guárdete el cielo, Señor,
Y ruego al cielo que veas
Tu sucesion dilatada
Siglos y edades eternas.

(*Vanse todos, ménos Leonel, que se cubre.*)

ESCENA XXV.

EL REY, LEONEL.

REY.

Leonel...

LEONEL.

Señor...

REY.

¿Cómo estás
Cubierto!

LEONEL.

A tu espalda estaba:
Que no me vias pensaba.

REY.

Pues, Leonel, no lo hagas más;
Y sabe (porque las leyes
No rompas al ser cortés)
Que no tienen haz ni envés
Las personas de los Reyes.

LEONEL.

Perdona mi atrevimiento.
Fiado en que no me vias...

REY.

Bien á Clara conocias.

LEONEL.

Sí, Señor.

REY.

Y ¿el pensamiento
Has sabido de don Juan?

LEONEL.

Sí, Señor.

REY.

Llámame á Clara,
Y en el silencio repara.

LEONEL.

Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA XXVI.

DON JUAN.—EL REY.

DON JUAN.

Ya, Señor, están
Cuatro mil ducados juntos.

REY.

Las señas haré que os dén
En un papel, porque es bien
Dar descanso á los difuntos.
Mas tratando de los vivos,
Porque tambien es razon,
Hoy veréis de mi aficion
Dos ejemplos excesivos.
El primero es el haceros
De Arcila gobernador...

DON JUAN.

Querer loaros, Señor,
Mi ignorancia, es ofenderos.

REY.

Y el segundo, es hoy casaros
Con una parienta mia.

DON JUAN.

Si agora, Señor, decia
Que era ofenderos loaros,
Ya el silencio será error.

REY.

Id á poneros galan;
Que con la Reina, don Juan,
Está la novia.

DON JUAN.

Señor,
A tantas obligaciones,
¿Qué puedo yo prometer?

REY.

Querer á vuestra mujer,
Y dejaros de aficiones. (*Vase.*)

ESCENA XXVII.

DON JUAN.

Sin duda que mi loco pensamiento,
Desvanecido por la hermosa Clara,
Conoce el Rey, cuyo cristiano intento
En las cosas más mínimas repara.
¡Con qué silencio ha hecho el casamiento!
No osé contradecirle; que en su cara
Fuera notable error, y en lo postrero
Se partió grave y me miró severo.
Díceme que me deje de aficiones,
Y quiera á mi mujer: no hay que excusarme.
El Rey lo manda al fin: no hay más razones,
Y por Leonor me huelgo de casarme.
Al Rey puede pedir obligaciones:
Casado, cansaráse de cansarme;
Que en Portugal la deuda de Castilla,
Y más de amor, es necedad pedilla.

ESCENA XXVIII.

BELTRAN.—DON JUAN.

BELTRAN.

Todo hoy te busco.

DON JUAN.

Ya, Beltran amigo,
Me ha casado Su Alteza.

BELTRAN.
¿Qué me cuentas!
DON JUAN.
En este punto lo trató conmigo.
BELTRAN.
¿Con quién, Señor?
DON JUAN.
Un imposible intentas.
BELTRAN.
¿No se puede saber!
DON JUAN.
No te lo digo,
Porque yo no lo sé.
BELTRAN.
Mi gozo aumentas.
Al fin te quiere bien.
DON JUAN.
Parienta es suya.
BELTRAN.
Huélgome por Leonor.
DON JUAN.
¿Por vida tuya?
BELTRAN.
Váyase norabuena á su Castilla
La toledana daifa, y á su puerta
Ponga como alquiler su cedulilla;
Que es deuda de aficion y aficion muerta.
Pues ¿la bellaconaza de Inesilla, [ta
Dueña de honor, que vino muy cubier-
Con el manto soplon! y ¡con qué susto
Me pidió los principios de su gusto!
Váyase legua y media del infierno;
Que la daré...
DON JUAN.
Deten al habla el paso;
Que Leonor es señora...
BELTRAN.
¡Buen gobierno!
DON JUAN.
Y la he de respetar, aunque me caso.
BELTRAN.
En faltando el honor, hay odio eterno,
Declárase la guerra en campo raso.
DON JUAN.
Hablemos bien de las señoras, loco.
BELTRAN.
¿Quién será tu mujer?
DON JUAN.
Espera un poco.

ESCENA XXIX.

DOÑA CLARA, LEONEL.—DON JUAN.

LEONEL.
Aquí podréis esperar;
Que Su Alteza saldrá luego.
DOÑA CLARA.
¿Para qué puede quererme?
Que no lo entiendo, os prometo.
DON JUAN. (*Ap. á su criado.*)
Beltran, Beltran, ¡vive Dios
Que es doña Clara, y que creo
Que es la mujer que me da!
BELTRAN.
Pues eso tenlo por cierto.
DON JUAN.
Díceme el Rey que me deje
De aficiones: y así entiendo
Que me dice que la olvide
Con dármela en casamiento.
¿No viene bella?
BELTRAN.
Notable.
DON JUAN.
Vamos á casa de presto,
Pondréme galan.
BELTRAN.
Camina.
Pero una cosa te ruego,
En parabien de tu gusto.
DON JUAN.
¿Cuál es?
BELTRAN.
La aficion que tengo
A Esperanza, ya la sabes.
DON JUAN.
Ya es tuya.
BELTRAN.
Guárdete el cielo. (*Vase.*)

ESCENA XXX.

DOÑA CLARA, LEONEL.

DOÑA CLARA.
En fin, el Rey me ha llamado,
Y no es sin causa.
LEONEL.
No entiendo
Para qué puede quererte.
DOÑA CLARA.
Suele á veces el deseo
Dispertar á la memoria,
Y muchos suelen tenerlo
De las cosas que ofrecidas
Trataron con más desprecio.
Muchos en público dejan
Lo que buscan en secreto.
Razon de estado en los graves
Es fingirse muy honestos.
LEONEL.
Sólida virtud parece
La del Rey... El viene.

ESCENA XXXI.

EL REY.—DOÑA CLARA, LEONEL.

DOÑA CLARA.
Vengo
Como vos me lo mandais,
Invicto Señor, á veros.
REY.
Clara, vos ¿no procurastes
Que fuese yo galan vuestro?
DOÑA CLARA.
Quise yo ser vuestra esclava.
REY.
Pues dada una traza tengo
Para hacerlo, y visitaros
Sin escándalo del pueblo.
DOÑA CLARA.
¡Cómo, Señor!
REY.
Por mi vida,
Que entreis en un monasterio;
Pues siendo vuestro galan,
Quiero asegurar mis celos.
¿No haréis vos esto por mí,
Que como galan os ruego?
DOÑA CLARA.
Sí, Señor; y aunque traia
Diferente pensamiento,
Como vos me prometais
De verme en el monasterio
Con nombre de mi galan,
Viviré con más contento
Que en otro ningun estado.
REY.
La palabra os doy, haciendo
Juramento de estimaros,
De honraros y de quereros,
Y en prendas os doy los brazos,
Si no basta el juramento.
Y este diamante, que fué
De la conquista que emprendo
El primero que se halló
De lo que está descubierto.
DOÑA CLARA.
Beso vuestros piés.
REY.
Leonel,
Llevalda, y volved; que quiero
Dar traza y decir el nombre
Del monasterio.
(*Vanse doña Clara y Leonel.*)

ESCENA XXXII.

DON JUAN Y BELTRAN, *muy galanes.*—EL REY. *Despues*, LA REINA, DOÑA LEONOR É INÉS.

DON JUAN.
Ya vengo,
Señor, á lo que mandais.
REY.
Galan venís: yo os prometo
Que no os he visto en mi vida
De mejor talle.
DON JUAN.
Deseo
Pagaros tanta merced,
Y tanta merced no puedo.
REY.
Don Juan, ántes de casaros
Tengo que hablaros.
(*Sale la Reina con doña Leonor é Inés, tapadas.*)
REINA.
Entremos;
Que ya está don Juan aquí.
REY.
¡Señora mia!
DON JUAN. (*Ap.*)
¡Qué es esto!
BELTRAN. (*Ap. á su amo.*)
No me parece que es Clara
La novia: obscura la veo:
Y áun detras viene la sombra
De la obscuridad que temo.
REY.
Oid aparte, don Juan.
Hanme informado que al tiempo
Que estuvistes en Castilla
Y posastes en Toledo,
No pagastes la posada
(Por ventura no pudiendo),
Y una cédula dejastes
Para que luego en volviendo
A Portugal, se pagase;
Mas vos, mudando de acuerdo,
No habeis querido pagar:
Y así con quejas y ruegos
Me piden que yo os obligue.
Aquí la cédula tengo.
¿Conoceis aquesta firma?
DON JUAN.
Sí, Señor.
REY.
Pues pagad luego;
Que aquí está el acreedor.
DON JUAN.
Es muy justo; que á no serlo,
Basta mandármelo vos.
REY.
Dalda la mano.

DON JUAN.

No llego
Forzado, Leonor hermosa;
Que bien sé que no os merezco.

DOÑA LEONOR.

Ni yo os quisiera forzado.

REY.

¿Quién es aquí un escudero,
Que tiene otra obligacion?

BELTRAN. (*Ap.*)

Por mí lo dice: ya tiemblo.

DON JUAN.

El que anda siempre conmigo
Es Beltran.

REY.

¡Hola!

BELTRAN.

Ya entiendo.
Soy de doña Inés marido.
Don Beltran soy: esto es hecho.
¡Diablos sois las castellanas!
No me aprietes tanto: quedo;
Que me has quebrado la mano.

INÉS.

Pues no es porque vienes tierno.

REY.

Llamad al Comendador,
Celebren el casamiento,
Y dé á la primera parte
Fin *El Príncipe perfecto*.

EL PRÍNCIPE PERFECTO,

(SEGUNDA PARTE)

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A DON ALVARO ENRIQUEZ DE ALMANZA,

Marqués de Alcañices, Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad y su Montero Mayor, Caballero del hábito de Santiago, y Señor de la casa de Almanza y su tierra.

En tanto que con diferentes rimas celebra mi ignorancia el claro nombre de vueseñoría, promesa que cumpliré sin falta, llegando la vida al deseo de satisfacion tan justa, ofrezco á vueseñoria la segunda parte del *Príncipe perfecto*, el Rey don Juan el Segundo de Portugal, espejo verdaderamente de toda perfeccion, y por quien dijo bien Plutarco que los Reyes eran ministros de Dios para el cuidado y salud de los hombres, y para que los bienes que les dió, parte guardasen, y parte distribuyesen. El nuestro, que Dios guarde, es tan divino ejemplar en tan tiernos años, que pudiera excusar la historia propuesta, á no ser justo proponer estas excelentes acciones en mayores progresos á todo heróico Príncipe; pues vemos de su entendimiento y de su anticipada prudencia tales efetos (porque sin ella, como dijo Lipsio, la fuerza y las riquezas son inútiles), y de su valiente ánimo tales brios, referidos de vueseñoría con tanto gusto, mostrándome las lanzas y sus resplandecientes hierros vestidos de sangre, con que hace pedazos en el campo tan bravas fieras; pues de la caza á la milicia hay tan poca distancia, que por preludio de la guerra fué de los persas tan alabada, y así la llamó Natal Conde en su primero libro *De Venatione: Dura batalla de Marte*, y lo sintió Ciceron llamándola *semejanza de la disciplina bélica*. No se despreciaron de enseñarla Platon y Jenofonte: cuyo ejercicio, para descansar de los cuidados de la república, fué tan acepto al Emperador Antonino, aunque era filósofo, refiere Julio Capitolino; y ansí mismo Lampridio de Severo, y Diodoro de Alejandro, hombre que no se olvidó de la caza cuando conquistaba el mundo. Los daños encarecen muchos con los ejemplos que cuenta de Adriano y de su caballo Elio Esparciano, y las corónicas de España del Rey Favila; pero los mismos peligros tiene la guerra, inexcusable si llega la ocasion, al generoso Príncipe, como se vió en Cárlos V, matando en Túnez por sus manos al moro que tenia entre los piés del caballo aquel hidalgo sevillano que conocia el César: y no se debe mirar, ni es justo, por el provecho cierto el peligro dudoso: y así fué opinion de Plinio el Mayor que agradan más las cosas que se buscan con peligro, porque allí, sintió Quintiliano, que consistia más el afecto. Ni se entienden los gastos que reprehende san Agustin, con los Reyes soberanos, en cuya monarquía grande no imponen necesidad, ántes conveniencia de su grandeza, autoridad y pompa, siendo uno de los mayores adornos á la admiracion de los extranjeros, de quien con más cuidado son advertidas las cortes. No querria que lo fuese mi atrevimiento de vueseñoría, viendo hablar en la caza un hombre, desde que nació sólo inclinado á las musas; pero estando el ejemplo tan presente en el gusto con que vueseñoria las mira y celebra, y tal vez por su entretenimiento las honra con sus versos, tendré disculpa, y confesaré la envidia de los que pueden ocupar algunas horas en este belicoso ejercicio. Lea finalmente vueseñoría *El Príncipe perfecto*; pues aunque este nombre no viniera aquí tan á propósito, era fuerza decir que lo era vueseñoría en todas cuantas acciones se debe á sí mismo un caballero de tan heróicas partes, y á quien Nuestro Señor guarde como deseo.

Capellan de vueseñoría,

LOPE DE VEGA CARPIO.

EL PRINCIPE PERFECTO

(SEGUNDA PARTE).

PERSONAS.

EL REY DE PORTUGAL.
LA REINA.
EL PRÍNCIPE DON ALFONSO.
LA PRINCESA.
LOPE DE SOSA.
EL GRAN PRIOR.
DOÑA LEONOR.
EL CONDE DON FERNANDO.
DON GUTIERRE.
DON NUÑO.
TRISTAN.
SILVA.
ATAÍDE.
EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.
OCTAVIO.
MADANELA.
BRITO.
ÁLVARO.
MARGARITA.
UN LETRADO.
UN ALCALDE.
UN MAESTRESALA.
UN PAJE.
MELO.
MENDO.
FERNANDO.
RODRIGO.
JULIAN.
JULIA.
PORCELO.
ALBERTO.
MÚSICOS.
CRIADOS.
CAZADORES.
PRESOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.

La accion pasa en Lisboa y fuera.

ACTO PRIMERO.

Cámara del Príncipe en el Real palacio de Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE DON ALFONSO, *vistiéndose;* LOPE DE SOSA, *con la capa y espada, y* UN PAJE, *con el espejo;* EL CONDE DON FERNANDO, MÚSICOS.

PRÍNCIPE.

Estrecho viene este cuello.
Muestra el espejo, Tristan.

TRISTAN.

Antes estás muy galan:
Rízate un poco el cabello.

PRÍNCIPE.

¡Qué cosa para mi padre!

CONDE.

Puesto que el Rey, mi Señor,
Procede con el rigor
Que es bien que á un Príncipe cuadre,
No todo se ha de poner
En aquella ejecucion
Que pide su perfeccion.

PRÍNCIPE.

Y ¿no es justo obedecer?

CONDE.

Lo mismo corre en los reyes
Que en las leyes.

PRÍNCIPE.

¡Bien le imitas!

CONDE.

Es comun cosa que escritas
Están con sangre las leyes;
Pero el discreto júez
Ablanda con su piedad
Aquella riguridad.

PRÍNCIPE.

Ensanchen más otra vez
Estos puños; que la mano
Toma sangre si se aprieta.

LOPE.

Dijo una cosa discreta
Julia al gran César romano,
Porque un dia la riñó
El vestirse poco honesto,
Y otro dia más compuesto
Vestido y rostro sacó.
«Ayer á gusto venia
De mi marido, Señor,
Y hoy vengo al vuestro.»

PRÍNCIPE.

En rigor,
Mejor un hombre se cria
Con estos justos preceptos.
Dadme la capa y la espada.

LOPE.

¿Cuál destas joyas te agrada?
(*Se las presentan en una salva.*)
Y déjate de conceptos.

PRÍNCIPE.

Dadme esas dos cadenillas.—
(*Póneselas.*)
¡Hola! vosotros, cantad.

TRISTAN.

Si hoy sales por la ciudad,
Perdonen las almohadillas.

PRÍNCIPE.

¿No se hará mucha labor?

TRISTAN.

Los ojos te llevarás.

PRÍNCIPE. (*A un músico.*)

¿Ahora tiemplas?

MÚSICO.

No es más
De la prima.

PRÍNCIPE.

Di á Leonor...

UN MÚSICO. (*Canta.*)

En la fuente está Leonor,
Lava el cántaro llorando,
Sus amigas preguntando:
¿Visles por allá mi amor?—
No le hemos visto, Leonor.

LOPE.

¿Has oido cierta glosa
Á esta cancion?

PRÍNCIPE.

Dila á ver.

TRISTAN.

Poeta debe de ser
El galan Lope de Sosa.

LOPE.

Leonor á su amor buscando,
Y (de amor la mayor prueba)
Agua á la fuente sacando,
Mas que en el cántaro lleva,
La restituye llorando.
El curso murmurador
Aumenta con sus enojos,
Pues que buscando su amor,
Con dos fuentes de sus ojos,
En la fuente está Leonor.
Sus amigas que la ven,
Están de verla admiradas,
Y ella se guarda tambien;
Que hay lágrimas envidiadas
Cuando son por querer bien.
La fuente se está alegrando
De las perlas que atesora;
Y ella, en fin, disimulando,
Porque no piensen que llora,
Lava el cántaro llorando.
Mas viéndose retratar
Del agua, como de espejo,
Por él quiere preguntar:
Quiere mudar de consejo;
Que no es remedio el llorar.
Como se aumenta callando
Lo que el corazon inflama,
Quiere descansar hablando;
Porque descansa quien ama
Sus amigas preguntando.
Fuera de que es natural
Al amoroso accidente,
Descansa en remedio igual;
Que decir lo que se siente
Mucho disminuye el mal.
Comunicando el dolor
El alma en descanso está,
Y así les dice Leonor:
«¿Si el mio veis por acá,
Vistes por allá mi amor?»
«Tu amor, le responden ellas,
Habemos visto, serrana,
En esas lágrimas bellas,
Con que toda la mañana
Llora el sol por dos estrellas.
Puede ser que á tu pastor
Olvido, Leonor, detenga;
Porque fuera de tu amor,

Amor que este nombre tenga,
No le hemos visto, *Leonor*.»

PRINCIPE.

¿Quién la hizo?

LOPE.

Un criado tuyo.

PRÍNCIPE.

¿Eres tú?

LOPE.

Pienso que sí.
De mi padre lo aprendí;
Todo aqueste estilo es suyo.

CONDE.

Fué, Señor, don Juan de Sosa
Un valiente trovador.

PRÍNCIPE.

Quísole el Rey, mi Señor,
Por su espada y por su prosa.

LOPE.

Embajador fué á Castilla
Para aqueste casamiento.

PRÍNCIPE.

Heredas su entendimiento.

LOPE.

Mi amor á tus piés se humilla.

PRÍNCIPE.

Ponte, Lope, este diamante.—
Y vosotros proseguid
La cancion; pero advertid
Que esta mañana se cante.

(*Sale el Rey en comenzando á tañer, y suspéndense todos.*)

ESCENA II.

EL REY.—EL PRÍNCIPE, LOPE, EL CONDE, UN PAJE, MÚSICOS.

REY.

¿Está Alfonso levantado?

LOPE.

Sí, Señor.

REY.

En el rüido
Lo pude haber conocido
Aun ántes que hubiera entrado.

PRÍNCIPE.

Deme Vuestra Majestad
La mano.

REY.

Y la bendicion.
¿Quién son estos?

PRÍNCIPE.

Todos son
Criados.

REY.

Cantad, cantad.

PRÍNCIPE.

No, Señor; que ya vestido,
No es razon que canten más.

REY.

Bueno presumo que estás,
Alfonso: ¿cómo has dormido?

PRÍNCIPE.

A tu servicio, muy bien.

REY.

Campo, Príncipe, pareces,
Que con música amaneces;
Mas bien es que te la dén.
¿Has tomado espadas ya?

PRÍNCIPE.

No, Señor.

REY.

¿Ni la licion
De letras?

PRÍNCIPE.

Las ocho son:
Presumo que tiempo habrá.

REY.

Lope de Sosa ¿está aquí?

LOPE.

Sí, Señor.

REY.

¿Qué le enseñais?

LOPE.

Cuando vos presente estais,
Más os oye á vos que á mí.

REY.

¿Qué leeis?

LOPE.

De cielo y mundo.

REY.

¿A quién teneis por autor?

LOPE.

A Aristóteles, Señor.

REY.

¿Qué parte?

LOPE.

El libro segundo.
Que era noble calidad
La luz ayer enseñaba,
Y si los celestes cuerpos
Entre sus esferas andan
Naturalmente, ó se mueven
En círculo; pues se engañan
Los que con tal opinion
Afirman que tienen alma.
Dijimos tambien, Señor,
Qué diferencia se halla
Entre la naturaleza
Angélica soberana,
Y nuestra alma.

REY.

Pues ¿cuál es?

LOPE.

Ser unible al cuerpo el alma,
Y componer una cosa
Los dos; aunque si se apartan,
Puede tener subsistencia
Donde Dios quiere que vaya;
Y la del ángel no puede
Unirse á materia humana,
Ni en efeto corporal.

REY.

Pues decidme, ¿por qué causa
Esta distincion hicistes?

LOPE.

Para mostrar que tocaba,
No más de por su virtud,
La inteligencia las altas
Ruedas del primero móvil,
Como la nave animada
De la ciencia del piloto,
No porque en la nave hay alma.

REY.

Bien parece á un caballero
La ciencia.

LOPE.

Señor, las armas
Nunca embotaron la pluma:
César por ejemplo basta.

REY.

Con razon á vuestro padre
Don Juan de Sosa estimaba:
Con la misma Alfonso estima
Vuestra pluma y vuestra espada.

LOPE.

A los dos beso los piés.

REY.

Proseguid.

LOPE.

Ahora trata
Nuestra leccion que, del modo
Que se divide y separa
Esta elemental region,
La experiencia nos declara,
La antigua filosofía
Y la teología santa,
Que tambien la celestial
Se divide en partes varias.
Siete planetarios orbes
Antiguamente formaban
Algunos, el primer móvil
Haciendo la esfera otava;
Pero despues, convencidos
Que el movimiento que anda
Del Oriente al Occidente,
De Occidente á Oriente pasa,
Añadieron otra esfera
Con más arte y vigilancia
Que Alfragano y Tolomeo.
Y este movimiento llaman
De trepidacion, que encierra
Los dos.

REY.

Y de ese ¿quién habla?

LOPE.

Jorge Purbaquio y Lignerio
Con Alfonso Rey de España.
Sobre éstas el cielo impíreo
Nos enseña la fe santa,
Quieto y lleno de gloria,
Y de luz divina y clara.
Llámase impíreo, que quiere
Decir del fuego; que es tanta
La claridad, que su lumbre
A este término trasladan.
Aquí reposan, Señor,
Las almas que á verse alcanzan
En presencia del Cordero,
Con ropas rojas ó blancas.

REY.

¿Tiene alguna accion?

LOPE.

Ninguna,
Porque á las segundas causas
Influyen los que se mueven;
Él, sin moverse, descansa.

REY.

¿Once son en fin los cielos?

LOPE.

Sí, Señor, y este órden guardan:
El impíreo y primer móvil;
El cristalino en que hay agua,
El firmamento, y tras él
Siete esferas planetarias,
Saturno, Júpiter, Marte,
El Sol que ocupa la cuarta,
Vénus, Mercurio y la Luna.

ESCENA III.

EL PRIOR.—EL REY, EL PRÍNCIPE, LOPE, EL CONDE, EL PAJE, MÚSICOS.

PRIOR.

El obispo de la Guarda,
Revestido, en el altar
Aguarda que á misa vaya
Vuestra Majestad.

REY.

Alfonso,
Aquí las lecciones paran.
Nunca, aunque grandes negocios
Os ocupen, ántes salga
Que vos quien ha de decirla;
Y si la salud no os falta,
No oigais en la cama misa;

Que no es cortesía cristiana
Que baje del cielo Dios,
Y le espereis en la cama.—
Venid.

PRÍNCIPE.

Vuestra hechura soy.

REY.

Si viniera á vuestra casa
Un Rey, ¿saliérades della?

PRÍNCIPE.

Sí, Señor.

REY.

Pues ¿qué ventaja
Hará Dios á un Rey?

PRÍNCIPE.

Señor,
En infinita distancia
No se admite proporcion.

REY.

Pues, hijo, aquesta mañana
Aprended esta leccion;
Que tambien las hay del alma.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Leonor.

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR.

Dulces pasiones de amor,
Centro de mi pensamiento,
No en balde á vuestro tormento
Llaman alegre dolor,
Con razon tuve temor
De embarcarme en vuestro mar:
Suspensa estuve al entrar;
Pero ya que dentro estoy,
O veré el puerto á que voy,
O me tengo de anegar.
En el amor que es injusto
Es esclava la razon,
Y con injusta pasion
Sirve el alma y reina el gusto.
Mas donde es amor tan justo,
La razon su imperio tiene:
Amar lo que me conviene
Es discreta ley de estado,
Y más cuando concertado
Desde las estrellas viene.
Pintó con discreto celo
La antigüedad dos amores:
Uno con varios colores
Hijo del terrestre suelo;
Y el otro del puro cielo,
Para dar con su belleza
Aumento á naturaleza:
Luego hay amor cuya union
Es rayo del corazon
Sin abrasar la corteza.
Tampoco se conservara
El mundo sin vos, amor,
Porque sois el mar mayor
Donde cuanto vive pára.
¿Pero quién, amor, no amara
Con tantas partes un hombre,
Y de tanta fama y nombre,
Pues no hay cosa más perfeta
Que amar una alma discreta
En un cuerpo gentil hombre?

ESCENA V.

TRISTAN.—DOÑA LEONOR.

TRISTAN.

Ya, como tengo licencia
Del señor Embajador,
Sin ella me entro, Leonor,
A vuestra hermosa presencia.
Temprano estais levantada;
Presto tomasteis consejo
Con el cristal del espejo;
Ya estaréis enamorada
De vos misma; que tambien
Dan los espejos aviso
De la fuente de Narciso,
Y aquí entra la copla bien.
«Si no habeis de dar favores
Sino á quien se iguale á vos,
A solas podréis con vos
Andar, Señora, de amores.»
¡Bravo mayo os habeis puesto
En esa cabeza hermosa!

DOÑA LEONOR.

Pensé que entraba la glosa.

TRISTAN.

Sois vos muy difícil texto.
Pero yo sé quien decia
Hoy una glosa á Su Alteza,
Que si no á vuestra tristeza,
A vuestro nombre seria.

DOÑA LEONOR.

¿Era letra portuguesa?

TRISTAN.

En la fuente está Leonor;
Mas glosóla un cierto autor
Que vuestra lengua profesa.
Y no le falta razon,
Porque es medio castellano.

DOÑA LEONOR.

No lo entiendo.

TRISTAN.

Pues bien llano
Llevo en esta danza el son.
Su padre á Castilla fué,
Como el vuestro vino acá,
Y trujo mujer de allá,
Bella de la frente al pié.
Pues no será maravilla
Que á su hijo en caso igual
Le suceda en Portugal
Lo que á su padre en Castilla.

DOÑA LEONOR.

Mi padre es Embajador
Aquí del Rey castellano.
Si allá vive el lusitano,
¿De qué presumes su amor?

TRISTAN.

A quien no quiere entender,
¿Quién le podrá persuadir?
La glosa me dió á sentir
Que él os debe de querer.

DOÑA LEONOR.

¿Quién es él?

TRISTAN.

Lope de Sosa.
¿Habéislo entendido ya?

DOÑA LEONOR.

Ya lo entiendo; bien está.
Dime en portugues la glosa.

TRISTAN.

Em a fonte está Leonor,
Lava o cantaro chorando,
Suas amigas perguntando,
¿Vistes-la o meu amor?
Naon o hemos visto, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Y ¿eso ha glosado por mí?
Luego ¿yo lloro por él!

TRISTAN.

No hizo esta copla él;
Fué fuerza glosarla ansí;
Pero el nombre de Leonor
Le dió el gusto, y fué la musa.

DOÑA LEONOR.

Del testimonio te acusa;
Que yo á nadie tengo amor.

TRISTAN.

No lo dicen los ojuelos,
Ni la boca con la risa;
Que el uno y otro me avisa
Ya por perlas, ya por velos.
Fia de mí, y te diré
Un secreto.

DOÑA LEONOR.

De tu humor
Temerosa estoy.

TRISTAN.

Leonor,
Fidalgo soy; no hay de qué.

DOÑA LEONOR.

¿Qué secreto me dirás?

TRISTAN.

Que me hace Lope de Sosa
Alcahuete de una hermosa.
No puedo decirte más.

DOÑA LEONOR.

Harto has dicho. ¿Es en palacio
O en la ciudad?

TRISTAN.

Fuera es;
Lo demás sabrás despues,
Cuando estemos más de espacio.

DOÑA LEONOR.

¡Cómo espacio! No te irás
Sin que me lo digas todo.

TRISTAN.

Pues si quieres de ese modo,
¿Para qué negando estás?

DOÑA LEONOR.

No quiero; que no es amor
El deseo de saber,
Cosa tan propia en mujer.

TRISTAN.

Aquí lo vieras mejor
En un papel que me ha dado,
Si se pudiera quitar
La oblea.

DOÑA LEONOR.

Si al despegar
Se pusiese algun cuidado,
Podrá volverse á poner.

TRISTAN.

Con el aliento la ablanda.
(*Ap.* Lo que amor cubriendo anda,
Celos lo dan á entender.
Mas ¡qué propio de los celos
Abrir papeles, mirar
Por resquicios, preguntar
Mil cosas con mil desvelos!)
Ea: ¿quitóse la nema?

DOÑA LEONOR.

Quitóse, aunque me ha costado,
Tristan, notable cuidado.

TRISTAN.

Y esto ¿no es amor?

DOÑA LEONOR.

Es tema.
(*Lee.*) «El principio del nombre de mi dama
»Le dió un *leon*: no puede ser más fiero:
»El fin le dió mi *amor*; que al fin espero
»Lo que merece quien padece y ama.
»Entre un leon y amor vive mi llama,
»Donde mi muerte y vida considero:
»Cuanto al leon, de vida desespero;
»Cuanto al amor, á su piedad me llama.
»Mas ¡ay! que si el leon tiene más parte,
»Pues cuatro letras son, no espero vida;

»Que amor le dió las dos por no cansarte.
»Mas juntas en *Leon-or*, aunque ofendida,
»Dejando la crueldad del *leon* aparte,
»Serás por el am*or* agradecida.»
. . . . [1]

TRISTAN.

Y para tí me le ha dado.

DOÑA LEONOR.

¿Pues para qué me has cansado?

TRISTAN.

Para conocer tu amor.

DOÑA LEONOR.

En fin, ¿don Lope me quiere?

TRISTAN.

Él lo dice y yo lo creo.
Paga, Leonor, un deseo,
Que por tu hermosura muere.

DOÑA LEONOR.

Ya que siendo tan discreto,
De ti se fió, Tristan,
Y los amores no estan
Sin un tercero secreto,
Sabe que le tengo amor,
Y como decis acá,
Saudades su amor me da.

TRISTAN.

En la fuente está Leonor.

DOÑA LEONOR.

Y ¡cómo si estoy, mirando
Mis tristezas cuidadosa!

TRISTAN.

Hace que bebe, y celosa
Lava el cántaro llorando.

DOÑA LEONOR.

Dile, Tristan, que me vea
Esta noche en mi ventana.

TRISTAN.

Él vendrá á verla mañana,
Y el sol que en ella desea.

DOÑA LEONOR.

¿Quiéreme bien? Que dudando
Lo estoy.

TRISTAN.

Amor hay aquí,
Cuando va Leonor ansí
…igas preguntando.

DOÑA LEONOR.

No te espante mi temor,
Ni que descanse contigo;
Pues hasta á las piedras digo:
¿Vistes por allá mi amor?

TRISTAN.

Que no, respondo en rigor,
Y de tu temor lo arguyo;
Porque otro amor como el tuyo
No le hemos visto, Leonor.

(*Vanse.*)

—

Sala en el Real palacio.

ESCENA VI.

LOPE, EL PRIOR, DON GUTIERRE, EL CONDE, DON FERNANDO, EL REY, EL PRÍNCIPE.

REY.

Con esta devocion y este cuidado,
Para que deis á todos buen ejemplo,
Habeis de estar en el lugar sagrado;
Es el lugar de más respeto el templo.
Venid conmigo, advertiréis el modo
Con que gobierno el reino en que os contemplo.

PRÍNCIPE.

Vos sois, claro Señor, mi espejo en todo.

REY.

Adios, Prior; adios, Lope de Sosa.
¡Qué bien á tales hombres me acomodo!

PRIOR.

Tu condicion y sangre generosa
Levanta tus hechuras á tus brazos
Cual húmedo vapor la llama hermosa.

(*Vanse el Rey y el Príncipe.*)

ESCENA VII.

LOPE, EL PRIOR, EL CONDE, DON GUTIERRE.

CONDE.

Don Gutierre, al Prior y á Lope abrazos,
¡Y á nosotros los rayos de sus ojos!

DON GUTIERRE.

Pueden iras de un Rey hacer pedazos,
Solamente mirando con enojos,
Las torres de su reino más sublimes.

CONDE.

¿De quién procederán estos antojos?

DON GUTIERRE.

Si con ellos la cólera reprimes,
Diré que de los dos que hablan secreto.

CONDE.

Más es razon que mi valor estimes.—
Señor Prior, quien tiene mal conceto
Del pecho de los hombres de mi estado
(Que en lo que es calidades no me meto),
Y con siniestra informacion turbado
Tiene el rostro de un Rey con sus parientes,
O es envidioso ó mal intencionado.
El vulgo de los hombres maldicientes
No vive en estas salas.

PRIOR.

Paso, Conde;
Que no se juzga bien por accidentes.
Si el Rey á mí y á Sosa corresponde
Con esta voluntad que ahora vistes,
Y su cara parece que os esconde,
Debe de ser porque ocasion le distes;
Que lo es muy grande estar del Rey quejoso,
Pues sabe que con quejas le ofendistes.

DON GUTIERRE.

El Rey, Prior, aunque hombre valeroso,
Y de divino y claro entendimiento,
¿No puede en algo ser defectuoso?

LOPE.

No, don Gutierre, pues al bien atento
De sus vasallos, vela eternamente,
Y lleva á Dios por luz y fundamento.

CONDE.

Pues ¿es justo que envíe tanta gente
En forma de jueces al estado
Del título, del grande, y del pariente,
Y que miren allí con qué cuidado
Se administra justicia y otras cosas
Que tocan al Señor ó le han tocado?

PRIOR.

Nunca sin informarle cuán forzosas
Eran en Portugal las residencias,
Que son en esta edad tan provechosas,
Mandara el Rey hacer las diligencias
Que ha hecho de su reino en los estados,
Sobre que son tan grandes diferencias.
Si sabe que los pobres son tratados
Con tan grande aspereza y tiranía,
Y los que no lo son mal gobernados;
Si sus pobres haciendas cada dia
Les quitan sin razon, ¿de qué se espanta
Que lo remedie el Rey, vueseñoría?
El más vil hombre, la más tierna planta
Vive á sombra del Rey, y él le asegura:
Con su favor se acuesta y se levanta.
Lo que el Procurador de Cortes jura
A todos igualmente comprehende:
Que con la voz comun su bien procura.
Imita el Rey á Dios: á todo extiende
La gran juridicion de su corona,
Porque como castiga, así defiende.

DON GUTIERRE.

Eso la ley y la razon lo abona,
Que es alma de la ley; mas yo quisiera
Que el Rey sin interpósita persona
Al dueño del estado remitiera
Lo que hacen los jueces, y que á alguno,
Pues que no es del Consejo, no le diera.

PRIOR.

Aquí no pienso yo que habrá ninguno
Que le aconseje mal, y al que lo piensa...

CONDE.

Ni el tiempo ni el lugar es oportuno.

LOPE.

Donde quiera hay lugar para la ofensa.

(*Empuñan las espadas los cuatro, dos á dos.*)

ESCENA VIII.

EL REY.—EL PRIOR, LOPE, EL CONDE, DON GUTIERRE.

REY.

¡Que donde quiera hay lugar
Para la ofensa! ¿Qué es esto!
Prior, pues ¡vos descompuesto?

PRIOR.

Quisiera, y no puedo hablar.

REY.

Salid allá, don Gutierre.
Vos, Conde, ¿qué haceis aquí?

CONDE.

Señor, ¿en qué os ofendí?

REY.

Lope, esa puerta se cierre.

(*Vanse el Conde y don Gutierre.*)

LOPE.

Ya, Señor, lo está.

ESCENA IX.

EL REY, EL PRIOR, LOPE.

REY.

¿Qué es esto?

PRIOR.

Si yo os pudiera engañar,
Procurara disculpar
Al Conde.

REY.

Decildo presto.

PRIOR.

Señor, la locuacidad
Del vulgo y sus torpes leyes
Suele decir que á los Reyes
Nunca se dice verdad.
Y esto es tan grande mentira
Como las demas vulgares,
En que con voces dispares,
Como está loco, delira:
Pues pienso, y son justas leyes,
Que nadie de los mortales
Oye, y más cuando son tales,
Más verdades que los Reyes.

[1] Falta un verso.

Porque ¿quién se ha de atrever
A mentir al Rey, imágen
De Dios?

REY.

Prólogos se atajen;
Que aquí no son menester.

PRIOR.

Señor, don Fernando siente,
Y de su parcialidad
Muchos, que esa Majestad...

REY.

No mas; ya lo sé, pariente.
Y pues ya sé lo que ha dicho,
No quiero que lo digais,
Para que decir podais
Que vos no me lo habeis dicho.
Encomendóle el silencio
A un pintor el maestresala,
A quien esta historia iguala,
O poco la diferencio;
Quejóse el Rey de que allí
Le hubiesen dejado entrar,
Queriéndolo averiguar;
Y él por parecerse á mí,
Pintó en los blancos manteles
Su rostro con un carbon
Con tan viva perfeccion
Como retrato de Apéles.
Así yo lo que ha pasado,
Y que tanto á mi honor toca,
No lo sé de vuestra boca;
Mas basta verlo pintado.—
Mirad ¡hola! si está ahí
Uno de aquestos jüeces.

(*Va Lope á verlo.*)

PRIOR.

Inteligencia pareces.

ESCENA X.

LOPE, UN LETRADO.—EL REY, EL PRIOR.

LETRADO.

Yo, Señor, estoy aquí.

REY.

¿Qué hay del estado del Conde?

LETRADO.

Señor, su gobernador
Es persona de valor:
A su oficio corresponde.
Imputáronle que habia
Tomado, pero engañados,
Mil y quinientos cruzados.

REY.

¡Qué buenas manos tenia!
Centena millar de cuentos
Son los de aquese jüez;
Pues caben en dedos diez
Cruzados mil y quinientos.
En fin, eso le imputaron.
¿No hicistes informacion?

LETRADO.

Contra su buena opinion
Veinte y dos pobres juraron;
Pero luego recebí
Cuatro ricos principales,
Que le abonaron iguales,
Y contestaron allí.
Con que, vista la malicia
De los pobres y enemigos,
Y el valor de los testigos,
Para gastos de justicia
Le condené que pagase
Cuarenta cruzados.

REY.

¡Bien!
Vos lo juzgastes muy bien,
Y así es bien que por bien pase.
En fin, ¿que en una balanza
Veinte y dos pobres pesais
Con cuatro ricos, y dais
Más peso al que más alcanza!
¿Dónde estudiastes?

LETRADO.

Señor,
En Coimbra.

REY.

En mis galeras
Fuera mejor.

PRIOR. (*Al Letrado.*)

Ya ¿qué esperas?

LETRADO.

Habladle, señor Prior. (*Ap. á él.*)

REY.

¡Que pese un pobre tan poco!
No me espanto; está desnudo.
Siempre, en fin, quien poco pudo,
Sufre mucho y vale poco.
Un rico, Lope de Sosa,
Con el peso del vestido,
Calza y jubon guarnecido,
Con la cadena lustrosa,
Con las joyas y diamantes,
Claro está que ha de pesar,
Y más si se ha de estimar
En contrastes semejantes.
¡Ay de aquellos peces chicos!
¡Ay pobres! ¡qué compasion,
Pues ya solamente son
Los jumentos de los ricos!
Ellos les traen el pan,
El vestido y el calzado:
Si es pobre y noble, es criado;
Este descanso le dan.—
Ahora bien, señor Jüez,
Vos os sentenciad á vos.

PRIOR.

Señor, perdonad por Dios
Este ignorante esta vez.

REY.

Ya le perdono, Prior;
Pero esto, en siendo pagados
Mil y quinientos cruzados
Que tomó el Gobernador.
Éstos se han de repartir
Entre pobres del estado. (*Vase.*)

LOPE.

Id con Dios, señor letrado;
Que no fué poco vivir.

LETRADO.

A los dos beso los piés.
Voy á pagar el dinero. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL PRÍNCIPE.—EL PRIOR, LOPE.

PRÍNCIPE.

Más há de un hora que espero,
Prior: veréisme despues;
Que tengo que hablar á Sosa.

PRIOR.

Mozos con mozos, Señor (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL PRÍNCIPE, LOPE.

PRÍNCIPE.

Hablemos cosas de amor,
¡Pesia vida tan ociosa!
Yo sé que mi padre fué
Antes de sus perfecciones,
A más de cuatro estaciones
De quien hoy fruto se ve,
Como es don Jorge, mi hermano.

LOPE.

Ya, Señor, vendrá tu esposa,
Que no nació más hermosa
En el reino castellano.

PRÍNCIPE.

Yo lo confieso, don Lope;
Pero quien quiere reñir
Suele enseñarse á esgrimir
Antes que al contrario tope.
¿Cómo he de saber hablar
Con una dama tan bella,
Si lo que más dicen della
Es su ingenio singular?
Claro está que no estaréis
Sin amor. ¿A quién amais?

LOPE.

Si vos palabra me dais
Que á ninguno lo diréis,
Yo os diré cierto sujeto
Que me tiene el alma allá.

PRÍNCIPE.

Juro...

LOPE.

Basta, bien está:
Como jurado lo aceto.
Vuestra Alteza no se empeñe;
Que un Rey en causa cualquiera
Basta que diga primera,
Sin que las cartas enseñe.
Quiero, y por mujer conquisto
La bella doña Leonor,
Hija del Embajador
De Castilla.

PRÍNCIPE.

No la he visto.

LOPE.

Esta noche la veréis...
Digo, veréis en su reja.
Y si visitarse deja,
Tambien la visitaréis;
Porque tengo concertado
Irla á ver.

PRÍNCIPE.

Pues vamos, Sosa;
Que en otra causa amorosa
Fué mi padre disfrazado
A guardar la puerta al vuestro,
Y lo mismo sabré hacer.

LOPE.

No nos ha suceder,
Señor, caso tan siniestro;
Porque anduvo el Rey despues
Con un alma en mil trabajos.

PRÍNCIPE.

No entiendo tanto de tajos,
Que agora voy de revés.
Disfrazado, á divertirme
Saldré con hábito suelto.

LOPE.

Algo está el cielo revuelto.

PRÍNCIPE.

Sabré mejor encubrirme.

LOPE.

La noche de varios modos
Ayuda á la libertad.

PRÍNCIPE.

Es como universidad,
Que da liciones á todos.

(*Vanse.*)

ESCENA XIII.

EL REY, EL PRIOR.

REY.

No me quiero recoger
Hasta saber si hay alguno
Que quiera hablarme.

PRIOR.

Ninguno,
Gran Señor, debe de haber.

REY.

Haceldo mirar; que Dios
Nos puso en este lugar
Para oir y gobernar.

PRIOR.

Todos, Señor, como vos.

REY.

Tuvo Dios un Rey abuelo
Que mil veces le pedia
Que oyese al pobre, y decia
Que juzgase su buen celo.
Por los montes entendió
Los ricos, y por los valles
Los pobres, para mostralles
Que paz y amistad pidió
Para los ricos, y luego,
Para los pobres justicia.
Quien la administra, codicia
Para su reino sosiego,
Y esta en los Reyes es ley,
Aunque trabajo se tome.
Dad voces.

PRIOR.

¿Ha algum home
Que queira fallar á o Rey?

ESCENA XIV.

OCTAVIO.—EL REY, EL PRIOR.

OCTAVIO.

Otras veces, gran Señor,
Hablé á Vuestra Majestad
Sobre mi comodidad.

REY.

Mucho estimo vuestro amor.

OCTAVIO.

Sabe Dios que no me mueve
Otro interés.

REY.

Yo lo creo,
Porque tan claro deseo
No es menester que se pruebe.

OCTAVIO.

Muchos príncipes pudiera
Servir en Italia y Flándes,
Y con partidos tan grandes,
Que honrado y rico viviera.
Pero viendo que os llamaban
A vos *Príncipe perfeto*,
Y que en el mejor sujeto
Mis servicios se empleaban,
Me determiné á servir
Al más perfecto Señor,
Con gusto, lealtad, amor
Y asistencia hasta morir.
Justo consejo me mueve
Que en discreto me emplease,
Porque si no me pagase,
Conociese que me debe.

REY.

Octavio, vuestra persona
Estimo, agradezco y quiero,
Aunque admitir extranjero
No suele nuestra corona.
Pero pues deseo y amor
Os hacen propio y propicio,
Yo os recibo en mi servicio.

OCTAVIO.

Beso vuestros piés, Señor. (*Vase.*)

ESCENA XV.

MADANELA, *con una cesta.*—EL REY, EL PRIOR.

MADANELA.

A la fe que he de gozar
De la puerta y de esos piés.

REY.

Prior, áun habrá despues
Mil que quieran negociar.

MADANELA.

Señor, yo soy de una aldea,
Por decillo en dos palabras,
Donde apaciento unas cabras...
—El cielo conmigo sea;
Que toda me voy turbando.
No me mire, por su vida;
Que no hablaré, de perdida,
Si acaso me está mirando.—
Sucedióle á mi carillo
(Que nunca le sucediera)
Cierto enojo en la ribera...
No estaré para decillo.—
Ahora bien, yo traje acá
Estos blancos naterones;
Que dicen sus infanzones
Que bravo enojo le da
El dar nada á los jüeces:
Y pues él es el jüez
Mayor, tómelos, pardiez,
Y esta quillotra de nueces.

REY.

Vos habeis hecho muy bien,
Y como mujer discreta,
Y así este soborno aceta
El Rey y jüez tambien.
¡Hola! — A la Reina llevad
Este presente, y decid
Que le guarde, y advertid
Que tiene en él la mitad
Como mujer del jüez. —
Vos, cuando coma, mañana,
Venid, discreta aldeana:
Negociaréis de una vez.

MADANELA.

Pues no se olvide de mí.

REY.

¿Cómo os llamais?

MADANELA.

Madanela. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL REY, EL PRIOR.

REY.

Lo que desto se recela,
Prior, ya lo veis aquí.
Si no abriéramos la puerta,
Perderíamos los jueces
Estas natas y estas nueces.
¿Veis cómo está bien abierta?

PRIOR.

Señor, porque descansases
La cerraba á toda ley;
Que es lástima, aunque eres Rey,
Que tantos trabajos pases.

ESCENA XVII.

ALVARO.—EL REY, EL PRIOR.

ÁLVARO.

Nunca, Señor, para ningun efeto
Desconfiaron de piedad las canas,
Cuanto más en un *Príncipe perfeto*,
Con acciones que son tan soberanas.
Con esto la justicia me prometo,
Que desde las riberas lusitanas
Al más opuesto polo alaba el mundo,
Pues os llama perfeto y sin segundo.
No es bien que os desagrade la alabanza,
Pues todos ya vuestras virtudes saben,
De quien ni engaño ni lisonja alcanza,
Pues vemos que Dios quiere que le alaben.
Hablando, pues, con esta confianza,
Pues en vuestro valor mayores caben,
Sabed, Señor, que un bofeton me han dado,
De que estoy doloroso y afrentado.
Por vida de la Reina mi Señora,
Y así veais de Alfonso claros nietos,
Que castigueis con mano vengadora
La causa de tan bárbaros efetos:
Y aunque os parezcan, Rey supremo, agora
De mi sangre rigores imperfetos,
Sabed que yo engendré quien atrevido
Sangriento autor del bofeton ha sido.

REY.

¡Hijo vuestro os hirió!

ÁLVARO.

Verdad os digo.

REY.

No sé por dónde en ley cupiese humana
Para tan gran maldad justo castigo.—
Traedme aquí vuestra mujer mañana.

ÁLVARO.

Sí haré, Señor, y esa piedad bendigo,
Gloria de vuestra sangre lusitana.

REY.

¡Por vida de Leonor que no se alabe!

PRIOR. (*A Alvaro.*)

Mal habeis hecho, aunque el delito es grave.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVIII.

EL PRINCIPE, LOPE Y TRISTAN, *de noche.*

LOPE.

Voy con notable temor
Que el Rey mi Señor lo sepa.

PRÍNCIPE.

Si acompañaba á tu padre,
No será justo que temas.
Como un Rodamonte voy.
¡Ojalá que me salieran
Mil cuerpos, aunque sus almas
Despues me hablaran en pena!

TRISTAN.

Si habeis de desenfadar
Las vuestras, ya estamos cerca
De dos mozas como un oro,
Porque del mucho que pescan
Están en él convertidas.

LOPE.

Luego ¿el oro al oro truecan?

PRÍNCIPE.

Esas habrá menester
La casa de la moneda.
Di que las hagan escudos.

TRISTAN.

Aquí hay dos como dos perlas,
Pero doncellas entrambas,
Y en extremo bachilleras.

PRÍNCIPE.

Pues si son perlas, Tristan,
Y sólo de hablar se precian,

Cosa que me enfada tanto,
Póntelas en las orejas.

LOPE.

Aquí, Señor, me parece
Que entretenerte pudieras
Un rato.

PRÍNCIPE.

¿Conoces algo?

LOPE.

Una señora muy fea,
Y tan preciada de linda,
Que no hay hombre que la vea
Que no diga que la adora,
Y todos se burlan della.

PRÍNCIPE.

Pues burlémonos nosotros,
Don Lope, y hagamos cuenta,
Sin verla, que ya la vimos.

TRISTAN.

En esta dorada reja
Asoma una casadilla
Ciertas pestañas y cejas
Que a los ojos ponen luto,
Si se ponen luto estrellas.

PRÍNCIPE.

¿Por quién?

TRISTAN.

Por su gusto.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

TRISTAN.

Anda un poco descontenta
Por celos de su marido.

PRÍNCIPE.

¡Celos! vísperas de afrenta.

TRISTAN.

Aquí viven sesenta años
Vestidos de oro y de seda,
Como cubre a un olmo antiguo
La juventud de una hiedra.
Fué hermosa, y pésale mucho
De que agora no lo sea.

PRÍNCIPE.

Dios le reciba, Tristan,
Su arrepentimiento.

LOPE.

Aquesta
Es de nuestro Embajador
La casa.

PRÍNCIPE.

Pues, Sosa, espera.
Hagamos a tus amores
La debida reverencia.

TRISTAN.

Cuidadoso está el halcon.
Yo aseguro que te esperan.

PRÍNCIPE.

Pues llega y habla, don Lope;
Que yo te guardo la puerta.

ESCENA XIX.

DOÑA LEONOR, *al balcon.*—DICHOS.

LOPE.

¿Sois vos, estrella del alba?

TRISTAN.

Cuido que falla a janela.

PRÍNCIPE. (*Ap. á él.*)

Por nosso Senhor, Tristaon,
Que estou morrendo de enveja.

DOÑA LEONOR.

¿Es Lope de Sosa?

LOPE.

Soy
Un esclavo que desea
Que conozcais lo que os ama.

DOÑA LEONOR.

Cobrada teneis la deuda;
Que vuestros merecimientos
Ya me dan nombre de vuestra.

PRÍNCIPE. (*Ap. á Tristan.*)

¿Sabes, Tristan, cómo estoy?
Como el caballo en la guerra,
Que relincha por la silla,
En oyendo la trompeta.
¡Pesia tal! ¿Para esto vine!

TRISTAN.

¿Sabes tú qué casa es esta?

PRÍNCIPE.

En oyendo hablar de amor,
Se me acaba la paciencia.

DOÑA LEONOR.

Lugar habia de verme.
Mi madre licencia diera,
Si el hábito os ayudara.

LOPE.

Mi desdicha desconcierta
De otra suerte ese favor;
Que no puedo, aunque quisiera,
Desamparar á un amigo.

DOÑA LEONOR.

Si no importa que me vea,
Entre, y entren los criados;
Que miéntras más gente venga,
Ménos ocasion tendrán
De alguna sospecha necia.

LOPE.

Yo se lo voy á decir.

DOÑA LEONOR.

Y yo, con vuestra licencia,
A prevenir las criadas.

LOPE.

Señor...

PRÍNCIPE.

¿Quién es?

LOPE.

Vuestra Alteza
Disimule el ser quien es,
Porque Leonor para verla
Nos da licencia en su casa.

PRÍNCIPE.

Pues, Tristan...

TRISTAN.

Señor...

PRÍNCIPE.

Ten cuenta,
Que soy merced esta noche.

TRISTAN.

Siempre ese nombre tuvieras;
Que el de merced en los Reyes
Es el de mayor grandeza.

ACTO SEGUNDO.

Sala del Real palacio.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA MADRE, EL PRÍNCIPE, LOPE, TRISTAN, MÚSICOS.

REINA.

¿De qué estás triste?

PRÍNCIPE.

No sé.

REINA.

¿Así á tu madre respondes?
¡Bien á su amor correspondes!

PRÍNCIPE.

Tristan, ¿qué haré? qué diré? (*Ap. á él.*)

TRISTAN. (*Ap. al Príncipe.*)

Dile, Señor, la ocasion;
Di que una mujer que viste
Te ha obligado á estar tan triste.

PRÍNCIPE.

¡Qué infames remedios son!
Advierte que solo á tí
Dije que quiero á Leonor.

TRISTAN.

¡Que de una vista el amor
Tenga tanta fuerza en tí!

REINA.

Cantad algo; que el cantar
Las tristezas entretiene.

PRÍNCIPE.

Al que mis tristezas tiene,
Mas le consuela el llorar.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Por las almenas de Toro...

PRÍNCIPE.

(*Ap.* Dellas esteis despeñados.)
Cantad algo á mis cuidados...
(*Ap.* Que parezca al bien que adoro.)

MÚSICOS.

Sahe a estela de alba,
A manhan se ven,
Recordai, minha alma,
Naon dormais, mio bem.

TRISTAN. (*A la Reina.*)

Señora, aparte me escucha.

REINA.

¿Qué quieres?

TRISTAN.

En esta edad
Despierta la voluntad;
Su fuerza y violencia es mucha.
Entreténganle las damas
Al Príncipe.

REINA.

¿Estás en tí?

TRISTAN.

Nunca honestamente ví
Recibir daño sus famas.

REINA.

La vida de Alfonso temo.

TRISTAN.

La bella doña Leonor,
Hija del Embajador
De Castilla, es un extremo
De hermosura y discrecion.
Como esta á palacio venga,
No hay quien mejor le entretenga.

REINA.

No hablaste sin ocasion...
Pero lo que fuere sea.—
Lope...

LOPE.

Señora...

REINA.

A Leonor,
Hija del Embajador,
Llamad para que la vea;
Que le soy aficionada
Desde que en Lisboa entró.

LOPE.

Yo voy. (*Ap.* ¡Oh amor! ¿quién amó
Con dicha tan declarada?
¡Ahora sí que á Leonor,
Mi divina castellana,

A la tarde, á la mañana,
Verá despacio mi amor!)
(*Vase, y Tristan con él.*)

ESCENA II.

EL REY, EL PRIOR.—LA REINA, EL PRÍNCIPE, LOS MÚSICOS. *Despues,* OCTAVIO Y MADANELA.

REY.
Señora mia, si con vos estaba
Alfonso, no sé yo por qué me quejo
De que paseis sin verme tanto espacio.

REINA.
Aquí estaba con él entretenida.
(*Sale Octavio.*)

OCTAVIO.
A Vuestra Majestad audiencia pide
Una graciosa y pobre labradora.

REY.
¿Es la de ayer?

OCTAVIO.
La misma.

REY.
Decid que éntre.
(*Va Octavio á avisar y sale Madanela.*)

MADANELA.
Que con la Reina á su merced encuen-[tre,
Por más que buen agüero lo he tenido,
De que podré salir con lo que os pido.

REINA.
¿Quién es aquesta mujer?

REY.
Quien las natas presentó
Que Vuestra Alteza comió,
A quien hoy mandé volver.

REINA.
Pues ¿para qué vuelve aquí?

REY.
De otros me maravillo.
Tiene cierto pleitecillo,
Que ha de pasar ante mí,
Por quien las natas me ha dado.—
Informad, buena mujer.

MADANELA.
El pleito pienso vencer
Con tan famoso abogado.
Señores Reyes, que Dios
Conserve por muchos años,
¿Quién ha de temer sus daños,
Estando juntos los dos?
Sepan pues sus reverencias...
¡Oh que erré! paternidades
Iba á decir... que en ciudades
Tambien suceden pendencias.
Sobre el comerle una viña
Que mi marido guardó,
La riña se comenzó,
Y mató un hombre en la riña.
La justicia le prendió:
No sé si está bien probado;
Mas yo se lo he preguntado,
Y dice que él se murió.
En fin, há un año que está
Preso: su vida les pido.

REY.
Lástima por Dios ha sido.

MADANELA.
¡Que enternecido estáis ya?

REINA.
Mujer, si á un hombre mató
Vuestro marido, es forzoso
Que muera.

MADANELA.
De ese piadoso
Pecho ¡tal crueldad salió!

REY.
Paso; que son muy ingratas
Esas razones, Señora,
Siendo vos, cual sois, agora
Quien comió más de las natas.
Si tomamos el cohecho,
Por fuerza se ha de torcer
La justicia.

MADANELA.
Esto es hacer
Justicia.

REY.
Muy buen provecho
Os haga lo ya comido
Y la cestilla de nueces,
En que verán los jüeces
Peligro tan conocido.
Id, Octavio, y concertad
Con la parte aquesta muerte.
(*Vase Octavio.*)
Si el tomar es desta suerte,
Paguémosla por mitad. (*A la Reina.*)
Y dadme lugar aquí;
Que en los negocios forzosos
Terceros tan rigurosos
No son buenos para mí.

REINA.
Voyme por obedeceros.

REY.
A su tiempo sé yo dar
Castigo.

REINA.
Quiero pagar
Lo que decís con perderos.
(*Vase la Reina, el Príncipe y los músicos.*)

ESCENA III.

EL REY, EL PRIOR, MADANELA.

MADANELA.
¡Plegue á Dios, invicto Juan,
Que os besen moros los piés;
Los Indios, gran portugués,
Las alfombras en que están;
Y que tiemblen vuestras Quinas
Del mundo las cuatro partes,
Llegando sus estandartes
A los más remotos Chinas!
¡Plegue á Dios!...

REY.
Callad, mujer;
Que haberos bien despachado,
Si vos me habeis sobornado,
No teneis que agradecer.
Si libremente juzgara,
El agradecerlo fuera
Justo.
(*Vase Madanela.*)

ESCENA IV.

ÁLVARO, MARGARITA.—EL REY, EL PRIOR.

MARGARITA.
¡Que á mí el Rey me quiera!...

ÁLVARO.
En que ha de hablarte repara.—
Señor, á vuestro mandado
Viene mi mujer.

REY.
¡Ah! sí; [aquí.
Ya os conozco. (*A Margarita.*) Oidme

MARGARITA.
Temo vuestro rostro airado.

REY. (*Ap. á Margarita.*)
Díjome vuestro marido
Que le ha dado un bofeton
Su hijo y vuestro: ocasion
Que suspenso me ha tenido,
Y he venido á imaginar
Que si deste hombre lo fuera,
Ni él el bofeton le diera,
Ni él le viniera á acusar.
No es posible que aquel sea
Su hijo, ni este su padre:
Lo cierto es ser vos su madre...
Y lo que es bien que se crea.
A mí no me admiran cosas
Que suele causar amor.
Decidme verdad.

MARGARITA.
Señor...

REY.
Sabed que me son odiosas
Bravamente las mentiras.

MARGARITA.
Mi temor...

REY.
No hay que temer,
Porque me suelen mover
A más enojosas iras.
Bien podeis fiar de mí,
Que soy Rey, vuestro secreto.

MARGARITA.
Sois príncipe tan perfeto,
Que luego, Señor, que os ví,
Un ángel me pareció
Que en vuestro rostro miraba.—
Miéntras mi marido estaba
Ausente, un hombre me habló.
Rindióme al fin su porfía,
Quedé preñada, y viniendo
Mi marido...

REY.
Ya lo entiendo.
Sólo eso saber queria.
En fin, su hijo no es.

MARGARITA.
No, Señor.

REY.
¡Válgame el cielo!
¿Que fué cierto mi recelo!
Prior.

PRIOR.
¡Gran Señor!

REY. (*Ap. al Prior.*)
Despues
Que el cetro de Portugal
Tengo, no me ha sucedido
Caso tan grave...

PRIOR.
¿Qué ha sido?

REY.
Ni vos le habeis visto igual.
Averigüé que no era,
El que le dió el bofeton,
Su hijo deste hombre.

PRIOR.
Son
Cosas que sólo pudiera
Penetrar tu entendimiento.

REY. (*A Alvaro.*)
Buen hombre...

ALVARO.
Señor...

REY.
Oid,
Y por mi vida, advertid
Vuestro injusto sentimiento.

ÁLVARO.

¡Injusto, Señor!

REY.

Si Dios
Sufrió en su rostro divino
Tal mano y tal desatino,
Para con Dios ¿qué sois vos?

ÁLVARO.

Señor, llegado á pensar,
Echaréme por el suelo.

REY.

¿Perdonais?

ÁLVARO.

Tal Rey del cielo
Me ha enseñado á perdonar,
Y tal Rey acá en la tierra.

REY.

A la India que conquisto,
Vaya ese mozo; que he visto
Que es bueno para la guerra.
Una compañía le doy.

MARGARITA.

Pues, Señor...

REY.

No hay que tratar.
(*Ap. á ella.* Si te prometí callar,
Ya cumplo como quien soy.
Pero el agravio que heciste
A tu marido, castigo
En que no esté más contigo
Tu hijo.)

MARGARITA.

Sentencia diste
Digna de un Rey tan discreto.

REY.

Si su sangre no tenia,
¿No ves tú que cada dia
Le ha de perder el respeto?
Sufre tú, pues le agraviaste,
Su destierro, y ese viejo
Viva en paz.

MARGARITA.

De mí me quejo.
Tú como un ángel hablaste.

(*Vanse Alvaro y Margarita.*)

ESCENA V.

LOPE, *acompañando á* DOÑA LEONOR, *que sale con el manto quitado de la cabeza.*—EL REY, EL PRIOR.

LOPE.

Aquí está Su Majestad.

REY.

¡Señora doña Leonor!...

DOÑA LEONOR.

Con tantas honras, Señor,
Levantaréis mi humildad
Al sol de vuestra grandeza.

REY.

A lo ménos, del que espero,
De Castilla, sois lucero,
Con luz de tanta belleza;
Y porque no sé decilla,
No es lisonja, no por Dios,
Holgar que fuérades vos
La que espero de Castilla.

DOÑA LEONOR.

Por lo ménos, no dirán,
Aunque indigno mi sujeto,
Que os faltó para perfeto
Ser de las damas galan.
Yo vengo á besar los piés
A la Reina mi Señora.

REY.

Y yo, adivinando agora
Este dichoso interés,
Salí para recebiros.

DOÑA LEONOR.

No sabré pasar de aquí.

REY.

Alfonso vendrá por mí,
Más mozo para serviros;
Y yo á la Reina diré
Que estais aquí.

DOÑA LEONOR.

No hay respuesta
Para una merced como esta.
Callando responderé.

(*Vanse el Rey y el Prior.*)

ESCENA VI.

LOPE, DOÑA LEONOR.

LOPE.

Ya con un Rey por galan,
¿Qué arrogante pensamiento
Pondrá en vos su atrevimiento?

DOÑA LEONOR.

Con justa razon os dan
Las perfecciones del Rey
Celos, porque son notables.
Pero en los ojos mudables
Sólo se entiende esa ley;
Que vos sois Rey para mí,
Y vos para mí perfeto.

LOPE.

Y vos para mí el sujeto
A quien sujeto nací.

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE Y TRISTAN, *sin ver á*—LOPE Y DOÑA LEONOR.

PRÍNCIPE.

¿Tú la viste?

TRISTAN.

Sí, Señor,
Que como el sol se apeaba
De una carroza, á quien daba
Su hermosura resplandor.

PRÍNCIPE.

¡Que don Lope me llevase
A ver aquesta mujer,
Y que solamente el ver
La libertad me costase!
¿Qué hechizos fueron, Tristan,
Los que bebí por los ojos,
Que tantas penas y enojos
Y tantas ansias me dan?
Ya la salud he perdido
A fuerza del sufrimiento.

TRISTAN.

No sufras; que es loco intento
Sufrir, habiendo nacido
Príncipe de Portugal.

PRÍNCIPE.

¿No he de guardar á un amigo
Lealtad?

TRISTAN.

Y ¿usara contigo
Cosa de lealtad igual?

PRÍNCIPE.

Yo soy hijo de quien soy.

TRISTAN.

Alto: déjate morir.

PRÍNCIPE.

Determinado á sufrir,
Por no hacelle ofensa, estoy.

TRISTAN.

Pienso que hay gente.

LOPE.

¡Señor!
¿Vuestra Alteza estaba aquí?

PRÍNCIPE.

¿Es don Lope?

LOPE.

Señor, sí;
Y aquí está doña Leonor.

PRÍNCIPE.

¡Quién creyera maravilla
Tan notable, aunque la viera!
¡Que en esta casa cupiera
Todo el valor de Castilla?
Por muchos años la honreis.

DOÑA LEONOR.

No os quiero negar, Señor,
Que tengo todo el valor,
Pues á esos piés le teneis.—
Pero esperad: ¿no sois vos
El amigo que venía
Con don Lope?

PRÍNCIPE.

Yo sería.

DOÑA LEONOR.

Pues quéjome de los dos:
De Lope por encubrirme
Lo que pudo tanto honrarme,
Y de vos por engañarme,
Y áun de mí por divertirme;
Que lo fué no conocer
Al sol la ignorancia mia;
Pues aunque hay nublado, hay dia
En que ha de resplandecer.

PRÍNCIPE.

Deseando conoceros,
Quise disfrazarme así:
Perdonad si os ofendí;
Que no he pensado ofenderos.
Antes, cual suele dejar
El ministro de justicia
La vara, cuando codicia
La casa donde entra honrar,
A vuestra puerta dejé
La autoridad y el valor,
Por mostrar que sois, Leonor,
A quien respeto guardé.

LOPE.

Señor, pues que sois discreto,
No me quiteis el lugar,
Que agora tengo, de hablar,
Pues vos sabeis mi secreto,
Y que aqueste honesto amor
Se dirige á casamiento.

PRÍNCIPE.

Fué forzoso cumplimiento
Y obligacion á Leonor.
Pero hablad; que aquí estaré
Para que nadie os impida.

TRISTAN. (*Ap. al Príncipe.*)

No has hecho cosa en tu vida
Que tanto enfado me dé.
Mueres por esta mujer,
Y ¡ya sirves de encubrir!

PRÍNCIPE.

Yo me tengo de morir.

TRISTAN.

Pues ¿de qué sirve el poder?
Si un Príncipe sólo es
Para el nombre, bien está.
Si yo lo fuera...

PRÍNCIPE.

¿Qué?

TRISTAN.

Ya
Vieras el mundo al revés.
Si á un Señor un sastre hace
Un jubon, y entran de raso

Tres varas, ¿qué hace al caso
Que digan que señor nace?
Si entran en un ferreruelo
Tres de paño, como á mí,
A un gran señor ¿en qué, di,
Le ha diferenciado el cielo?
Si come por solo un hombre,
Y duerme cuando yo duermo,
Y enferma cuando yo enfermo,
¿Qué tiene mas? Sólo el nombre.
Pardiez, que si yo lo fuera,
Que luego al sastre quemara,
Si el jubon que me cortara
De treinta varas no fuera.
Mi herreruelo habia de ser
De ochenta varas de paño,
Comer lo que el vulgo un año
Ser mi ordinario comer,
El dormir, en una cama
De setecientos colchones,
Mi andar en once frisones,
Y cuando tuviera dama...

PRÍNCIPE.

No digas más, hablador.

TRISTAN.

Pues bien, ¿en qué viene á estar
La diferencia? ¿En mandar?
¡Lindo descanso, Señor!
Caminar, poco dormir,
Sufrir quejas, que son hartas,
Escribir cuatro mil cartas...
¿Hay mayor mal que escribir?
Pues muriéndose un discreto
Sin calentura, decia
Que de veneno moria;
Y preguntado, en efeto,
Cuándo el veneno tomó,
Dijo: «Ayer, porque escribí
Diez cartas»: y para mí,
Con justa causa murió.
Una carta un castellano
Acabo de recibilla;
Y de Madrid á Sevilla
Fué en el rigor del verano,
Y dijo al que la escribió:
«Yo he caminado hasta aquí,
Por no cansaros.» Y ansí
De palabra respondió.

PRÍNCIPE.

¿Quiéresme dejar?

TRISTAN.

Espera.
¡Vive Dios que no han de hablar!—
(*A doña Leonor.*)
La Reina os manda llamar,
Que agora viene de fuera.

LOPE.

Perdone la suspension
Al amor, que nunca avisa.

TRISTAN.

Entrad, mi Señora, aprisa.

LOPE. (*A doña Leonor.*)

Que os acompañe es razon.

DOÑA LEONOR.

Bésoos, don Lope, las manos.

TRISTAN.

Vos ¿para qué entrais allá?

LOPE.

No voy al uso de acá;
Que somos ya castellanos.

(*Vanse doña Leonor y Lope.*)

ESCENA VIII.

EL PRÍNCIPE, TRISTAN.

PRÍNCIPE.

¡Hay semejante fortuna!
¡Que haya mi vida llegado
A un estado sin remedio!
Yo me muero, yo me abraso.
¿No fuera mi amor siquiera
Como el de todos? Pues cuantos
Aman, esperanza tienen;
Y si á algunos ha faltado,
A lo ménos á su dama
Pudieron decir: «Yo os amo.»
¡Ay, Leonor! ¡Ay, imposible!
Volved esos ojos claros,
Esas divinas estrellas,
A verme morir callando;
Y no pudiendo hablaros,
No me querais más mal que desearos.
Tristan, ¿sabes tú de mí?
Mas ¿por qué Tristan te llamo?
Yo soy el triste, Tristan;
Sé tú Alfonso el lusitano.
¡Lope de Sosa y Leonor
Se casan! Ya están casados;
Que en juntándose las almas
Para en uno son entrambos.
¿Hay tan gran desasosiego!
Leonor, si fuí disfrazado,
¿Por qué muero descubierto,
Aunque encubriendo que os amo?
Y no pudiendo hablaros,
No me querais mas mal que desearos.

TRISTAN.

Señor, repórtate un poco;
Que si llega á imaginarlo
El Rey, ni Leonor ni Lope
Vendrán á lograr sus años.
Ten lástima de ti mismo.

PRÍNCIPE.

Necio, no seas pesado;
Que no hay enfermo en el mundo
Que no quiera verse sano.
¿Qué consejo tomaré?

TRISTAN.

Matar á Lope, quemarlo,
Echarle de todo el mundo...

PRÍNCIPE.

¿Hablas con algun tirano?

TRISTAN.

Enviarle á Ceuta luego;
Pues será más acertado
Que mate en Africa moros,
Que no en Portugal cristianos.
Dale un cargo en la conquista
De las Indias; vuelva al cabo
De Vasco de Gama Lope,
O lleve su mismo cargo.

PRÍNCIPE.

Ahora bien: mi padre ¿no es
El hombre más cuerdo y sábio
Desta edad, á la opinion
Del mundo? Pues consultarlo
Quiero en aquesta desdicha,
Y su parecer tomando,
Vivir ó morir.

TRISTAN.

Pues di,
¿No es eso para más daño?

PRÍNCIPE.

No, porque no le diré
Que soy yo el dueño del caso;
Que, por tercera persona,
No entenderá lo que trato.

TRISTAN.

Él viene, tu gusto sigue.

ESCENA IX.

EL REY, EL PRIOR.—EL PRÍNCIPE, TRISTAN.

REY.

¿Qué hay, Alfonso?

PRÍNCIPE.

Un castellano
De los Córdobas de allá,
Que son valientes hidalgos,
Me envia á pedir consejo,
Diciendo que soy retrato
Vuestro, y que en cosas de amor
Se atreve más á mis años.
En fin, el ser vos perfeto
Hace que imaginen tantos
Que os tengo de parecer.
Yo, Señor, estoy turbado,
Si la verdad os confieso,
Y á responderle no basto,
Sin consultar vuestro intento,
Del mundo tan celebrado.

REY.

¿Qué es lo que el Córdoba escribe?

PRÍNCIPE.

Dice, Señor, que un criado
De su casa, á ruego suyo,
Y disfrazado en su daño,
Le llevó á ver á su dama;
Y que tan enamorado
Volvió de verla, que tiene
Por sustento sólo el llanto.
Vive con salud tan poca,
Que por remedio ha tomado
Hacer lo que le dijere:
Si darle muerte, matarlo;
Si quitarle la mujer,
Quitársela; en fin, reparo
Con justa causa en saber
Qué consejo más honrado,
Cuerdo y seguro le envie.

REY.

Dificultad tiene el caso.
Mas dame un hora no más
De término; que pensarlo
Despacio será razon:
Y si un hora es largo espacio,
Vuelve luego.

PRÍNCIPE.

Tus piés beso.

TRISTAN. (*Al Príncipe.*)

¿Estás contento?

PRÍNCIPE.

Hoy acabo
Con el amor, ó la vida.
¡Ay, Leonor, por vos me abraso!
Y no pudiendo hablaros,
No me querais más mal que desearos

(*Vanse el Príncipe y Tristan.*)

ESCENA X.

EL PRIOR, EL REY; *despues*, LOPE.

REY.

Llamadme á Lope de Sosa,
Prior.

PRIOR.

Yo voy á buscarlo. (*Vase.*)

REY.

Hame dado el pensamiento
Que Alfonso me trata engaño,
Y pienso con la mentira
Sacar la verdad del caso.

(*Salen el Prior y Lope.*)

PRIOR.

Aquí está Lope, Señor.

REY.

Con vos estoy enojado,
Sosa.

LOPE.

Vuestra Majestad
Matará de sobresalto
El criado más leal
Que ha tenido en muchos años
La casa real de Enriquez;
Porque dijo un cortesano
Que eran balas las palabras
De los Reyes enojados,
De tiro de artillería;
Que cuando erraron el blanco
Y no mataron del golpe,
Con solo el aire mataron.

REY.

Crio al Príncipe mi hijo,
Sosa, con tanto cuidado,
Que velando su edad tierna
Estoy convertido en Argos.
Pienso yó que á Jenofonte
Le tengo dado por ayo,
Y ¡ llevaísle donde vea
Vuestra dama muy de espacio,
Siendo el primero discreto
Que tuvo amor confiado!
¿Qué queríades que hiciese
Un mozo de aquellos años,
Sino venir, como vino,
Tiernamente enamorado,
Para perder la salud
Y el gusto! Cuando le caso
Con la Princesa que espero
De Castilla...

LOPE.

¡Señor!...

REY.

Cuando
Los Reyes piden, don Lope,
Verdades á sus criados
Para procurar remedio,
No hay que andarlas dilatando.

LOPE.

Señor, como ya tenia
Determinado salir,
Y es fuerte de persuadir
Aquella edad, si porfía;
Porque con otro no fuese
Con quien peligro llevase,
Fué bien que le acompañase,
Y un rato le entretuviese.
No dije á doña Leonor,
Que tambien segura estaba,
Que era el que la visitaba
El Príncipe mi señor,
Ni hasta agora yo he sabido
Que estuviese enamorado;
Que á pensar...

REY.

No os dé cuidado.

LOPE.

Perdon de mi yerro os pido.

REY.

Prior, mañana partid
A Castilla.

PRIOR.

Lo mejor
Me parece, y deste amor
Los principios divertid
Con traer á la Princesa.

REY.

(*Ap.* ¡Por qué camino he sabido
Todo lo que ha sucedido,
De que en extremo me pesa!
¡Que bien saqué la verdad!
Bien dicen, que no hay discreto
Sin puerta falsa, en efeto,
De muy fina necedad.
El está triste, y corrido.)
Lope...

LOPE.

Señor... (*Ap.* Esta vez
Di en las manos del jüez:
Hoy á Leonor he perdido.
A Ceuta voy desterrado,
Si no hay más larga prision.)

REY.

Sosa, en aquesta ocasion
Una encomienda ha vacado.
¿Quién os parece que aquí
Seis mil escudos de renta
Merece?

LOPE.

(*Ap.* ¿Qué es lo que intenta?)
¿Encomienda, Señor!

REY.

Sí;
Que más de seis han vacado.

LOPE.

Pues ¿cómo ha estado encubierto?

REY.

Porque en Portugal han muerto
Muchos con ese cuidado.
Ya don Gutierre murió,
Murió el Conde don Fernando...

LOPE. (*Ap.*)

Todo esto me va avisando
Que tome su ejemplo yo.
¡Vive Dios, que los ha muerto
Sobre aquella rebelion!

REY.

Buenas encomiendas son.

LOPE. (*Ap.*)

Apénas á hablarle acierto.

REY.

¿No me decís quién será?

LOPE.

Señor, muy bien se empleara
En Melo, Ataide y Lara,
O en don Alvaro de Sa.
De Silva estais bien servido,
Miranda os tiene obligado...

REY.

Buenos los habeis nombrado;
Mas vos la habeis merecido.

LOPE.

¡Vuestra Majestad me paga,
Cuando ménos le serví!

REY.

Antes cuando más.

LOPE.

¿Yo!

REY.

Sí;
Y así es bien que os satisfaga.
Deseaba sumamente
Saber, Lope, si tenia
Hijo discreto, y temia
Lo contrario justamente;
Y por vos vengo á quedar
Seguro, Lope, en efeto,
De que tengo hijo discreto,
Pues se sabe enamorar.
Y que quiera castellana
Me ha dado gusto, y es justo,
Porque es ensayar el gusto
De la que espera mañana.
En palacio está Leonor:
No le digais desto nada,
Ni al Príncipe; que me agrada
Tal vez el honesto amor.
Es amor, cuando es honesto,
Luz de todas las acciones
De un caballero...

LOPE.

Razones
De tu ingenio.

REY.

Está dispuesto
A ser galan en la paz,
A ser valiente en la guerra...

ESCENA XI.

MADANELA, BRITO.—EL REY, EL PRIOR, LOPE.

MADANELA.

A nadie las puertas cierra.

BRITO.

Yo soy de hablarle incapaz.

MADANELA.

Pues yo le hablaré por tí.—
Señor, Brito, mi marido,
Está á tus piés.

BRITO.

Tus piés pido.

REY.

¿Sois el preso?

BRITO.

Señor, sí;
Y aunque mi pobreza es
Indigna de su zapato,
Para no mostrarme ingrato,
Vengo á besalle los piés.

REY.

Bien se debe á los jüeces;
Mas mirad que no mateis
A nadie, ni os confieis
En las natas y en las nueces.
Tened las armas villanas;
Que se os pueden acedar
Las natas de aquí al lugar,
Y las nueces salir vanas.

BRITO.

No haya miedo su mercé,
Que me meta en otra riña,
Aunque me entren en la viña,
Y la coman por el pié.
No más cárcel: sus regalos
Para un moro de Azamor.
No sé cuál hombre, Señor,
No sufre bien dos mil palos,
Por no se ver solo un dia
En este vivo retrato
Del infierno, cuyo trato
Es la mayor tiranía.
Mandad remediar, Señor,
La crueldad de aquesta gente.

REY.

Sois en efeto inocente.
Andad con Dios, labrador;
Que la cárcel no es posada
De gente que vive bien,
Y así no es bien que les dén
Gusto ni contento en nada.
Si es tan fiera de sufrir,
Y está siempre de hombres llena,
¿Paréceos, si fuera buena,
Que se pudiera vivir?
Id con Dios.

BRITO.

¡Digna respuesta
De su nombre! Alto, mujer,
Pardiez, que le heis de traer
Dos pollos la primer fiesta.

MADANELA.

¿Eso? y ¡cómo! los primeros,
Y por dicha dos lechones,

Que me eche mil bendiciones,
Cuando les coma los cueros.

(*Vanse Brito y Madanela.*)

ESCENA XII.

MELO, *con un libro.*—EL REY, LOPE, EL PRIOR.

MELO.

Aunque atrevimiento sea,
Siendo tal tu entendimiento,
Este libro te presento:
Vuestra Majestad le vea,
Si dan las ocupaciones
Lugar á reales pechos.

REY.

¿Qué trata?

MELO.

Dichos y hechos.

REY.

¿De quién? ¿De claros varones?

MELO.

De vos solo, gran Señor.

REY.

¡Miéntras vivo me alabaste!
Mal del sábio te acordaste:
Lisonja ha sido, en rigor.

MELO.

Muchos dicen que lo son;
Y aquí el ejemplo se ofrece,
Que la gran virtud carece
De envidia y adulacion.
El libro me vuelve á dar;
Que en los dichos poner quiero
Este de agora el primero.

REY.

Bien le le puedes llevar;
Y que no te pago advierto,
Por lo mal que me has tratado;
Pues en haberme alabado,
Ya me has tenido por muerto;
Y si por vivo, no es bien
Que mi vanidad abones:
Y si esto en los dichos pones,
Pon en los hechos tambien,
Si hablares del liberal:
«El Rey don Juan el Segundo
No dió á nadie en todo el mundo
Por lisonjas un real.»

MELO.

Alejandro no fué así,
Y hoy le alaban en efeto.

REY.

No fué Alejandro discreto;
Valiente dicen que sí.

(*Vase Melo.*)

ESCENA XIII.

MENDO.—EL REY, EL PRIOR, LOPE.

MENDO.

Sabiendo, invicto Señor,
Vuestra gran curiosidad,
Quise de mi habilidad
Mostrar el mayor primor.

REY.

¿Qué primor?

MENDO.

Puedo decillo,
Seguro de hallar igual.
Los Reyes de Portugal
Con la punta de un cuchillo
He cortado de papel.

REY.

¿Habeis sido religioso?

L.-v.

MENDO.

No, Señor.

REY.

Pues es forzoso;
Que esa flema es digna dél.

MENDO.

No hay hombre que no se espante.

REY.

Claro está, y es justa ley,
Si haceis de papel un Rey,
Que Dios hizo de diamante.
Alabo el primor gentil;
Pero no le quiero ver;
Que los Reyes no han de ser
De materia tan sutil;
Que es tanto el valor que en él
Pusieron Dios y las leyes,
Que áun las firmas de los Reyes
No habian de ser en papel.
Id con Dios.

MENDO.

Guárdete el cielo. (*Vase.*)

REY.

¡Hola!

PRIOR.

Señor...

REY.

Agua.

PRIOR.

¡Plaza! (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL REY, LOPE.

REY.

¿Qué hay, Lope?

LOPE.

Admiro la traza
De tu estilo y de tu celo.
Bien sabes que yo estudié,
Bien sabes lo que he leido:
Si es lisonja, perdon pido,
Pues para mí no lo fué.
De ningun Rey se ha contado
Tan divino proceder.

ESCENA XV.

EL PRIOR, *y detrás un* MAESTRESALA *con salva y copa.*—EL REY, LOPE.

PRIOR.

¡Plaza!

MAESTRESALA.

¡Hubiera de caer! (*Tropieza.*)

PRIOR.

¿El agua habeis derramado?
Volved por más.

REY.

No volvais,
Sino mirad lo que os digo.

(*Ap. al Maestresala.*)

Creedme á mí como amigo,
Que á servirme no acertais.
¿Cuánto habrá que me servís?

MAESTRESALA.

Seis meses pienso que habrá.

REY.

Yo os tengo notado ya;
Y aunque es verdad que acudís
Con amor, son tan extraños
Vuestros yerros á porfía,
Que parece que en un dia
Me habeis servido mil años.
Cuando entrastes á servirme,
¿Qué pensastes? Responded.

MAESTRESALA.

Que me hiciésedes merced,
Porque pude persuadirme
Que honrais hasta los extraños.

REY.

Seis meses servido habeis.
¿Con qué tiempo me querréis
Pedir merced?

MAESTRESALA.

Con diez años.

REY.

Los diez años os perdono:
Id con Dios, ya son pasados.
De renta dos mil ducados
Llevaréis.

MAESTRESALA.

Sirvan de trono
A tus piés el Cita helado
En el mas frígido clima,
Y desde Sofala á Lima
El indio más abrasado. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL PRÍNCIPE.—EL REY, EL PRIOR, LOPE.

PRÍNCIPE.

¿Consultó ya Vuestra Alteza
Su divino entendimiento?

REY. (*Ap. al Príncipe.*)

Ya, Príncipe, lo he mirado,
Y porque nunca tenemos
Los padres con nuestros hijos
Ni respetos ni secretos,
Sabed que sé que sois vos,
Porque estándome diciendo
La mentira de Castilla,
Hice en el alma conceto
Que el Córdoba fuistes vos;
Y así le dije de hecho
A Sosa que yo sabia
Que era el dueño del suceso.
El me dijo la verdad,
Por ventura presumiendo
Que yo de vos lo sabia:
Y pues me pedís consejo
Para vos, yo como padre
Desta manera os advierto.
A cazar el blanco armiño
Van los cazadores diestros,
Y alrededor de la cueva
Le ponen de lodo un cerco.
El sale para buscar
Por la campaña el sustento,
Y en viendo el lodo se pára,
Tan turbado solo en verlo,
Que allí se deja cojer;
Porque más quiere ser muerto
Que ensuciar tanta blancura.
Harto os he dicho; entendeldo.
Sosa, aunque es vuestro criado,
Es honrado caballero:
Antes de hacelle traicion,
Dejaos morir, que es lo ménos;
Porque no habeis de manchar
La blancura que os ha puesto
La real naturaleza,
Sino ántes morir sufriendo.
Para con vos esto basta.
Armiño sois de mi pecho:
No mancheis tanta blancura
Por un deleite tan feo.

(*Vanse el Rey y el Prior.*)

ESCENA XVII.

EL PRÍNCIPE, LOPE.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Amor, de amar me reprehendo y riño:
Amé por accidente: excusa tengo:
Arrepentido al desengaño vengo;
Sus blancas aras de laureles ciño.
Mi pecho quiere ser cándido armiño:
Mirando el lodo vil, los piés detengo:
Para defensa la razon prevengo;
Gigante quiero ser, si tú eres niño.
Suele un cobarde andar con un valiente,
Y temerle por eso su enemigo,
Que solo, le matara fácilmente.
Amor, cobarde soy; mas yo te digo
Que para mi defensa eternamente
Pienso llevar á la virtud conmigo.

ESCENA XVIII.

DOÑA LEONOR, TRISTAN.—Dichos.

TRISTAN. (*Ap. á doña Leonor.*)

El Príncipe y Lope están
En una imaginacion.

DOÑA LEONOR.

Hablar á Alfonso es razon;
Primero llego, Tristan.

TRISTAN.

Déjame pedir á mí
Las albricias.

DOÑA LEONOR.

¿Que me tiene
Amor!

TRISTAN.

De suerte, que viene
A estar sin alma por tí.

DOÑA LEONOR.

¿Es Príncipe!

TRISTAN.

Y poderoso.
(*Acércase al Príncipe y háblale aparte.*)
Señor, albricias: Leonor,
A hablarte viene; hoy tu amor
Ha de salir vitorioso.
¿Qué me das? ¿Piénsaslo acaso?
Sea vestido ó cadena.

PRÍNCIPE.

Doyte en albricias mi pena
Y parte del mal que paso.

TRISTAN.

¡Iré muy bien despachado!

DOÑA LEONOR.

Señor, ¿qué hace Vuestra Alteza?

LOPE. (*Ap.*)

Muriendo estoy de tristeza,
Confuso, loco y turbado.

PRÍNCIPE.

Castellana, en cuyos ojos,
Se mira amor al espejo,
Para ponerse la venda,
Porque despues queda ciego:
Muy grande amor os cobré,
Cuando los mios os vieron,
Ya por belleza tan rara,
Ya por tan sublime ingenio.
Mas viendo que Lope os ama,
Pedí á mi padre consejo,
Y dijo que me dejase
Morir de amor y de celos
Antes que hacerle traicion,
Y así para siempre os dejo. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DOÑA LEONOR, LOPE, TRISTAN.

DOÑA LEONOR.

¡Qué es esto, Tristan!

TRISTAN.

No sé.
¡Tales albricias me dieron!

DOÑA LEONOR.

Yo te las daré mayores,
Por la novedad que veo;
Que como me habias dicho
Que estaba el Príncipe enfermo
De amor, ya estaba temblando
Algun extraño suceso:
Porque yo quiero á don Lope,
Como ves, con tanto extremo,
Que ya temblaba el poder
De un competidor soberbio.
(*A Lope.*) Pues bien: ¿qué tristeza es esta!
Señor mio, si son celos
Del Príncipe, buenas nuevas
Os puedo dar dél y dellos.
Aquí dijo que la noche
Que me vió, volvió tan muerto
De amor, que ha estado hasta agora
Enfermo de mil deseos;
Mas que viendo que es traicion
A tan noble caballero,
Se quiere dejar morir.

LOPE.

Al Príncipe lo agradezco;
Y pues vos, Señora mia,
Teneis tal entendimiento,
Poco será menester
Para persuadiros luego
Las grandes obligaciones
En que el Príncipe me ha puesto.
Si él por su real virtud,
Generoso nacimiento,
Y costumbres heredadas
De tal padre y tal abuelo,
Siendo quien es, se hace fuerza
Y pierde su gusto, hoy quiero
Mostrar que le igualo yo,
Si no en sangre, en sufrimiento.
La fortaleza es virtud
Que tiene al honor por premio;
Tambien quiero ver amando
Si al premio del honor llego.
Deseaba un capitan
Que tenia puesto un cerco,
Agua de una fuente pura,
Que estaba del muro adentro.
Trujéronsela soldados
Que supieron su deseo,
Y vertióla el capitan,
Diciéndoles: «Yo no bebo
Las aguas que cuestan sangre
De tantos ilustres pechos.»
Agua sois, y agua cercada;
Y aunque en mis manos os veo,
Por no beber con infamia,
De amor os consagro al templo. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Oid.

TRISTAN.

No quiso escuchar.

ESCENA XX.

DOÑA LEONOR, TRISTAN.

DOÑA LEONOR.

Tristan, ¿qué enredos son estos!
Hablar quiero al Rey.

TRISTAN.

Señora,
Harás un notable yerro;
Demas que es ido á cazar.
Que no hay entretenimiento
De más gusto para él.

DOÑA LEONOR.

Mi amor ha sido muy necio,
Aunque parece imposible
Amando un hombre discreto.
Mas ¡á los ojos de amor
Hago juramento eterno
De procurar mi venganza!

TRISTAN.

Tú juras por lindo ciego.

DOÑA LEONOR.

Amor pagado mal, ¡cuán presto olvida!

TRISTAN.

Antes suele crecer con el desprecio.

DOÑA LEONOR.

Cualquiera que ama aborrecido, es necio.

TRISTAN.

No hay discrecion con que el amor se mida.

DOÑA LEONOR.

Pues yo sé aborrecer aborrecida.

TRISTAN.

Veros quejar de amor, no tiene precio.

DOÑA LEONOR.

Yo soy Lucrecia.

TRISTAN.

Y yo seré Lucrecio,
Cuando vuestra merced pierda la vida.

DOÑA LEONOR.

Si amé sin discrecion, tendré cordura.

TRISTAN.

Viera entónces amor, que agora es ciego:
Que amando, nadie cumple lo que jura.

DOÑA LEONOR.

Yo te juro olvidar ó morir luego.

TRISTAN.

¡Juramento en mujer!

DOÑA LEONOR.

¡Pues qué! ¿no dura?

TRISTAN.

Es ola de la mar y dicha al juego.

ACTO TERCERO.

Monte y vista exterior de una casa de labranza.

ESCENA PRIMERA.

CAZADORES, EL REY.

CAZADOR 1.° (*Dentro.*)

Por aquí dicen que va.

CAZADOR 2.° (*Dentro.*)

Aquella senda siguió.

CAZADOR 3.° (*Dentro.*)

Y en el valle le vi yo.

(*Sale el Rey.*)

REY.

No léjos Octavio está,
Que es para lo que he fingido
Esta caza en este monte.
Ya Febo por su horizonte
Baja en púrpura teñido,
Y para dar su tesoro,
Corre el polo diligente
A la cama de occidente
Cortinas de azul y oro.

Casa es esta, y áun parece
Aldea.

ESCENA II.

BRITO. — EL REY; *despues*, MADANELA.

BRITO.
Tened allá
Ese ganado; que ya
La gente que vi se ofrece.
Y si acaso son soldados
Que andan por estos caminos,
A los gansos y cochinos
Echad cuarenta candados.
(*Sale Madanela.*)

MADANELA.
¡Soldados andan aquí!

BRITO.
Estos que á las Indias van,
Aloja algun capitan.

MADANELA.
¿Si es este?

BRITO.
Pienso que sí.

REY.
Buena gente, ¿habrá posada
Para esta noche?

BRITO.
Si hubiera,
Como su merced no fuera
Soldado.

REY.
¿No es gente honrada?

BRITO.
Los que son de profesion
Soldados, es noble gente;
Pero estos que van á Oriente
Y no salen del meson,
De mujercillas cargados,
Robando los labradores,
Si viven de salteadores,
¿Por qué los llaman soldados?
Estos que á las Indias van,
Y los negros han traido,
Hónrelos el Rey.

REY.
Yo he sido
De una nave capitan,
Y sé que teneis razon.
Aunque el Rey no sé qué intenta,
Si ya no es que envidia sienta
De las Indias de Colon.

MADANELA.
¡Envidia el Rey! ¡Malos años!

REY.
De Castilla bien podrá,
Pues que la enriquecen ya
Mares y reinos extraños.

MADANELA.
¿Cómo el Rey don Juan habia
De envidiar los castellanos,
Si sus fuertes lusitanos
Llegan donde nace el dia?
Pardiez, vos debeis de ser
Algun parvo, ó mal nacido.

REY.
(*Ap.* Estos no me han conocido:
Oirlos me da placer.)
Pues decidme: si es el Rey
Tan perfecto y celebrado,
¿Cómo esta empresa ha intentado
Entre una gente sin ley?
Bárbaros negros conquista,
Mares no vistos penetra,
Bulas romanas impetra,
Naves hace, gente alista.
A la fe, debe de ser
Perfeto por solo el nombre.

BRITO.
Por Dios, vos seréis buen hombre;
Pero no se echa de ver.
Y a no haberme el Rey mandado
Que no riñera otra vez,
Porque no siempre el jüez
Se puede hallar sobornado,
Que os habia de pegar.

MADANELA.
Dale, Brito, seis pancadas;
Que unas natas presentadas
Nos puede el hombre costar,
Y, como el otro, unas nueces.

BRITO.
No; que me dijo al partir
Que me guarde de reñir,
Y que tema los jüeces.
Y con palabras más llanas,
Que las natas del lugar
Se podian acedar,
Y las nueces salir vanas.
Lo que haré sera cerralle
La puerta.

REY.
Amigos, oid.

MADANELA.
¿Qué es oir?

REY.
Paso; advertid...

BRITO.
Duerma en el fresco del valle,
Tirai-là, villaon ruin.

REY.
Advertid que soy el Rey.

MADANELA.
¡El Rey!

REY.
Pues ¿es buena ley
Cerrarme la puerta? En fin,
Estais falto de nobleza.

BRITO. (*De rodillas.*)
¡Misericordia, Señor!
¿Quién pensó que ese valor
Honrara tanta aspereza?

REY.
¿No me vistes?

BRITO.
Cosa es clara;
Pero en la ciudad, Señor,
El Rey tiene resplandor,
Y nadie le ve la cara.
El sol en el mediodia
De nadie se deja ver;
Ahora, al anochecer,
Puse en vos la vista mia.
¿Cómo estais solo?

REY.
He venido
A hablar con un hombre aquí.

MADANELA.
Pues ¿en este monte!

REY.
Sí,
Y que me dejeis os pido.

MADANELA.
Pardiez, que habeis de cenar.

BRITO.
A dos pollos mi mujer
Puso unas calzas ayer,
Porque os los quiere llevar.
Para vos son: todo es uno
Comerlos acá ó allá.

REY.
El hombre se ofrece ya,
Y no me ha de ver ninguno.
Entraos; que he de hablar con él
Cosas de gran confidencia.

BRITO.
Dios guarde á su reverencia.

MADANELA.
Y el arcángel san Miguel.
(*Vanse Brito y Madanela.*)

ESCENA III.

OCTAVIO.—EL REY.

OCTAVIO.
A dicha he tenido hallaros,
Gran Señor, en tal lugar.

REY.
Por aquí podeis bajar.

OCTAVIO.
Si acaso quereis sentaros,
No suena mal esta fuente.

REY.
¿Estamos bien apartados
De lugares y criados
Y el concurso de la gente?

OCTAVIO.
Sí, Señor.

REY.
En fin, ¿aquí
No hay persona que nos vea?

OCTAVIO.
No, Señor.

REY.
Pues porque crea
Tu maldad lo que hay en mí,
Lee esta carta en voz alta.

OCTAVIO.
¡Maldad, Señor!

REY.
Sin turbarte
La lee parte por parte:
Luego verás lo que falta.

OCTAVIO.
(*Lee.*) «La envidia de vuestro nombre clarísimo, Rey don Juan, la gloria de vuestras conquistas, y el casamiento de vuestro hijo con la Infanta de Castilla, ha movido el mal inclinado ánimo de ciertas personas graves destas provincias, que no es bien nombrarlas, á quitaros la vida; y para esto envian desde Italia á Octavio Castellon, que está en vuestro servicio. Guardaos dél; que os ha de hacer una traicion.»
No me mandeis que prosiga;
Que todo aquesto es maldad.

REY.
Yo sé, Octavio, que es verdad,
Y que su interes te obliga.
En mi servicio has entrado
Sólo á buscar ocasion
Para matarme á traicion:
Por valiente te han pagado.
Bien pudiera, en recibiendo
La carta, hacerte colgar
De un palo; pero el pensar
Que á mi real nombre ofendo,
Porque cuando esto se sepa,
Dirán que fué imperfecion,
No me sufre el corazon
Que en él tal bajeza quepa.
Por eso saca la espada, (*Sácala el Rey.*)
Y procúrame matar;
Pues el monte da lugar,

Y aquí no te estorba nada.
Ea, valiente, ¿qué esperas?
Para matarme ¿no vienes?
Pues dime, ¿en qué te detienes?
¿Qué aguardas? qué consideras?
Un hombre soy: ¿qué te espanta?

OCTAVIO.

Pues ¿no quieres que me espante
De ver acto semejante
Y de fortaleza tanta?
Confieso á tus piés, Señor,
Que de Italia vine aquí
Para matarte, y que fuí
A tus mercedes traidor.
Pero tambien te confieso
Que viendo tu gran valor,
Te he cobrado tanto amor,
Que no sólo tanto exceso
Tan vilmente acometiera[1]
Pero que ántes me matara
Que matarte imaginara,
Ni un cabello te ofendiera.
En fe de lo cual te ruego,
Para verme el corazon,
Rompas mi pecho.

REY.

Aficion
Te tuve, no te lo niego;
Eso te pudo obligar,
Que no virtud que haya en mí.

OCTAVIO.

Señor, sírvete de mí,
Pues no me quieres matar,
Y verás que por tí pierdo
Mil vidas.

REY.

No era razon,
De quien quiso hacer traicion,
Confiarse un hombre cuerdo.
Esto hice, porque veas
Que soy hombre cuya espada
Ni teme ni estima nada
Que diestro y valiente seas.
Pesadumbres he tenido
Con hombres vivos y muertos,
Y en los peligros más ciertos
Más valor me han conocido.
Tú no me has de servir más,
Ni estar un punto en Lisboa.

OCTAVIO.

No en balde el mundo te loa.
¡Fuerte sentencia me das!

REY.

Desde aquí te has de partir.

OCTAVIO.

No tengo, Señor, con qué.
Allá, aunque poco, dejé
Con lo que me puedo ir.

REY.

Pues toma aquesta cadena
Y estas tres sortijas, tales,
Que pocas has visto iguales.

OCTAVIO.

Tu valor crece mi pena.

REY.

Todas tres diamantes son,
Y del Oriente traidos.
A esos príncipes fingidos
Que me envidian sin razon
Las muestra, y di que conquisto
Unas tierras que á tributo
Me dan diamantes por fruto;
Pero que ninguno has visto,
Como yo, ni le verás.

OCTAVIO.

En tí se engendran mayores.

REY.

Ve delante; que traidores
Nunca fueron bien detrás.

(*Vanse.*)

—

Sala en Palacio.

ESCENA IV.

LOPE.

Fálaris, el tirano de Agrigento,
Tuvo en tormentos tan extraño estilo,
Como bramando lo mostró Perilo,
Autor del toro y de su fin violento.
Puso Dionisio (¡extraño pensamiento!)
Sobre la frente, de la espada el filo
Al que dió de comer, y el Rey del Nilo
El áspid de Cleopatra vió sangriento.
Mas ni Perilo, que en el toro grave
Por alma de su cuerpo gime y brama,
Ni el áspid, de Cleopatra fin suave,
Merecen del mayor tormento fama;
Porque el mayor tormento que se sabe,
Es resistirse del amor quien ama.

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE.—LOPE.

PRÍNCIPE. (*Para sí.*)

Topáronse el amor desnudo y ciego
Y el que de la virtud se engendra y cria,
En una selva deleitosa un dia,
Y comenzaron su contienda luego.
Venció el divino, y al humilde ruego
No se dejó vencer de su porfía;
Que atado á un sauce que en el valle habia
Le puso con sus mismas flechas fuego.
Tal yo, que de nobleza al fin presumo;
Y atando á amor mi noble pensamiento,
Puesto que como fénix me consumo,
Para que no renazca mi tormento,
Púsele fuego, y convertido en humo,
Di al mar la llama, y la ceniza al viento.

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR.—DICHOS.

DOÑA LEONOR. (*Para sí.*)

Yo muero y vivo, yo me hielo y ardo,
Y de lo que me alegro me entristezco;
A un mismo tiempo adoro y aborrezco,
Y despreciando el bien, del mal me guardo.
Temo el remedio y el remedio aguardo,
Con dicha pierdo, y con temor merezco;
Huyo el peligro, y al mayor me ofrezco,
Y donde más me animo, me acobardo.
Ya mi amor se levanta, ya se humilla,
Ya se mira los piés, y ya la rueda,
Ya tiene el gusto, y ya el desden la silla.
Pero viendo que ya resuelto queda,
Al mismo amor espanta y maravilla
Que entre tantos contrarios vivir pueda.

LOPE. (*Ap.*)

Apénas alzo los ojos
Del centro de mis tristezas,
Cuando ven mis asperezas
La causa de mis enojos.
Sin duda mira Leonor
La gentileza de un Rey;
Que si en el gusto no hay ley,
El gusto es hijo de amor.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Del amor oí contar
Que fué un tiempo pescador,
Viendo que le iba mejor
Al interes con pescar,
Y que en los dulces anzuelos
Celos por cebo ponia;
Porque las almas prendia,
Más que con amor, con celos.—
Aquí está Lope, y aquí
Alfonso tambien está:
Demos celos, pues que ya
No tiene amor fuerza en mí.)
¿Está firme todavía
En su desden Vuestra Alteza?

PRÍNCIPE.

Quien tiene tanta nobleza,
Tan justamente porfía.
Ya os dije mi pensamiento,
Y el consejo que me dió
Mi padre, con que templó
Mi amoroso atrevimiento.
No habrá cosa que por vos,
Fuera de amores, no haga.

DOÑA LEONOR.

Amor con amor se paga.

PRÍNCIPE.

Bien puede haberle en los dos.
Lope me enseñaba á mí
Cierta opinion de Platon...

DOÑA LEONOR.

Y ¿qué es, señor, la opinion?

PRÍNCIPE.

¡Qué! ¿no lo sabeis?

DOÑA LEONOR.

No y sí.
Bien sé que se puede amar
El alma; pero no sé
Que el cuerpo en sosiego esté.

PRÍNCIPE.

Pues hacelle sosegar.

DOÑA LEONOR.

No sé qué tiene, Señor,
Vuestra Alteza en el cabello.

PRÍNCIPE.

No sé, no he mirado en ello.

LOPE. (*Ap.*)

¿Qué aguardas, infame amor?

PRÍNCIPE.

¿A qué lado?

DOÑA LEONOR.

En el izquierdo.

PRÍNCIPE.

Quitádmelo.

DOÑA LEONOR.

Un mondadientes
Era.

LOPE. (*Ap.*)

Amor, ¿esto consientes!
De celos el seso pierdo.

DOÑA LEONOR.

Vuestra Alteza me le dé.
Ya que me costó el sacalle.

PRÍNCIPE.

Pedir despues de tomalle,
Excusado, Leonor, fué.

DOÑA LEONOR.

Por prenda vuestra le guardo;
Que ya su punta en rigor
Será una flecha de amor.
(*Pónesele entre los botones de la pechera del jubon.*)

LOPE. (*Ap.*)

Ya ¿qué desengaño aguardo?

DOÑA LEONOR.

El corazon me ha pasado.

PRÍNCIPE.

Si heriros, Leonor, podia,

[1] *No* acometiera.

No en balde yo le tenia
De los cabellos atado.

DOÑA LEONOR.

Antes como dardo fué,
Que en la cuerda atado, admira
Que se vuelva al que la tira.

PRÍNCIPE.

Pues ¿vuelve á mí?

DOÑA LEONOR.

No lo sé.

PRÍNCIPE.

Leonor, quien quiere vencer
Al amor, intente huir.

DOÑA LEONOR.

¡Qué! ¿tan presto os quereis ir?

PRÍNCIPE.

Para hoy concerté ayer
Un partido de pelota.
Adios.

DOÑA LEONOR.

Desde el corredor
Os quiero ver.
(Vase el Príncipe.)

ESCENA VII.

LOPE, DOÑA LEONOR.

LOPE.

¡Ah Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Quién llama y quién me alborota?

LOPE.

Yo soy: ¿no me conoceis?

DOÑA LEONOR.

¡Ah! sí. ¿Qué hay, Lope de Sosa?

LOPE.

¿Hay mudanza más graciosa?

DOÑA LEONOR.

Pues bien, Señor, ¿qué quereis?

LOPE.

Oí decir que os habia
Pasado el pecho una flecha,
Que del cabello derecha
De Alfonso, al vuestro venia;
Y quise saber si es cosa
De algun peligro la herida.

DOÑA LEONOR.

De esa estoy agradecida,
Pero no estoy peligrosa;
Que flechas de los cabellos,
Por forzadas ocasiones,
No pasan de los botones,
Y así se quedan en ellos.

LOPE.

Y ¿quereis dármela á mí?

DOÑA LEONOR.

No me la podré sacar,
Y témome desangrar;
Que no está el remedio aquí.
. . . . [1]

LOPE.

Id en buena hora. *(Ap.* Yo muero.)

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

¡Ah celos! ¡Cuánto podeis!
¡Bien haya, pues me le haceis,
El que os inventó primero! *(Vase.)*

ESCENA VIII.

LOPE.

¿Qué aguarda mi pensamiento,
Que de aborrecer no acaba?
¿Qué aguarda mi loco amor?
Mis esperanzas ¿qué aguardan?
Un mondadientes, que acaso
Sobre la oreja guardaba
Alfonso, es flecha de amor,
Que á Leonor el pecho pasa.
En los botones le lleva,
Y dice que no la saca,
Porque desangrarse teme.
¡Melindre en celos! ¡Qué rabia!
Ya con botones de fuego
Diré que mi pecho abrasa:
La flecha que lleva en ellos,
A mí me penetra el alma.
El favor del mondadientes
Atrevidamente habla;
Porque de estar en la boca
Aprendió lengua tan clara.
Paciencia, amor, ó acaba:
Si tú no puedes, sinrazones bastan.
(Óyense tiros dentro.)

ESCENA IX.

TRISTAN. — LOPE.

TRISTAN.

Cuando de tiros y fuego
De Belen arde la playa,
Y el castillo de san Juan
Hace á las naves la salva,
Que ha traido de la India
El fuerte Vasco de Gama,
¿Estás tú con esa flema!

LOPE.

Pues bien, que venga ó que vaya,
¿Qué me importa á mí, Tristan?

TRISTAN.

Pues ¿no es gloria lusitana
Que un portugués valeroso
Con tres navichuelos salga
Y ciento y cincuenta hidalgos
De Belen una mañana,
A buscar un mundo nuevo,
Y desde Buena Esperanza,
Que antiguamente el leon
Del Océano llamaban,
Llegue con tantas tormentas,
Sin ver más que cielo y agua,
Al golfo de Monicongo,
Y al reino con que se espantan
Los gatos, llamado Zape,
De donde por señas traiga
Hombres y mujeres negros,
República gobernada
Sin sastres, porque en efeto
En los vivos cueros andan?
Pero como sobre negro
Dicen que no se ve nada,
Pardiez que es gente discreta,
Pues no se pierden por galas.
¡Ah Dios! si por estas tierras
Andar como ellos se usara,
¡Qué ricos fuéramos todos!
¡Qué se excusaran de infamias!
Las galas han destruido
El mundo: todo se gasta
En disparates de telas
Y en necedades bordadas.
El diamante que más luce
A una bujía no iguala...
¿Que es bujía? ni á un candil.

LOPE.

Calla, bestia, bestia, calla;
Que en tiempos de tal desdicha
Y de tan loca mudanza,
Mal bufonizan los libres
A los que tristezas pasan.
Paciencia, amor, ó acaba:
Si tú no puedes, sinrazones bastan.

TRISTAN.

¡Ahora tenemos eso!
¡Qué amor y qué calabaza?
Ven, Señor, á entretenerte:
Oirás mentiras mas largas
Que en la Ulisea de Homero,
Aunque Polifemos haya.
Verás, Lope, lo que cuentan
De los reinos de Sofala,
De Quiloa y Mozambique,
Melinde y Ormuz.

LOPE.

Si hablas
Otra palabra en Oriente,
No hablarás otra palabra.

TRISTAN.

Yo, Señor, en Portugal
Hablo, y en la más nombrada
Ciudad; que estoy en Lisboa;
Pero digo que allá tratan
Del reino de Calicut,
Y que Vasco...

LOPE.

¡Malas bascas
Te dén en el corazon!

TRISTAN.

Pues ¿no fué notable hazaña
Atravesar esos mundos?

LOPE.

Atraviésete una jara
Por medio. Déjame aquí...
Déjame.

TRISTAN.

¿No es cosa brava
Que de ciento y cincuenta hombres
Que sacó de aquesta playa,
No vuelve más de cincuenta?

LOPE.

¿No ves, Tristan, que me matas?
Pues para que tambien sepas
Qué viaje, qué jornada
Han hecho mis pensamientos,
Escucha.

TRISTAN.

Adelante pasa.

LOPE.

Con la nave del deseo
Salí por la hermosa playa
De los ojos á buscar
Las Indias en una dama.
Embarqué cien mil soldados
Con plumas de confianzas,
Con armas de mil servicios,
Prometiendo mil hazañas.
Navegué el mar de Castilla
Tambien entre cielo y agua,
Agua de mi llanto humilde,
Cielo de su hermosa cara.
Llegué al cabo en el principio,
Pues fué de Buena Esperanza;
Pero estando en ella alegre,
Revolvióse el mar; que estaba,
Como era mar de mujer,
Sujeto á mayor mudanza.
Mis tres pobres navichuelos,
Aunque potencias del alma,
Perdieron en la tormenta
Arboles, velas y gavias.
Allá fué la racamenta
De trinquetes y mesanas,
Aflechates, trizas, trozas,
Estayes, escotas, armas...
Favores quiero decir.
Papeles, manos, palabras:
Con que solo, cual me ves,
Llegué al puerto en una tabla.
Esta quiero que, en el templo
Del desengaño colgada,
A todos diga mi historia.

[1] Quizá faltan versos aquí.

TRISTAN.

Si; pero Vasco de Gama...

LOPE.

Si el Príncipe no viniera,
Te diera una cuchillada.

ESCENA X.

EL PRÍNCIPE, DON NUÑO, SILVA y ATAÍDE, *con palas de jugar á la pelota*.—LOPE, TRISTAN.

PRÍNCIPE.

No juego más.

DON NUÑO.

Vuestra Alteza
Saca valerosamente;
Pero mucho el perder siente.

PRÍNCIPE.

¿A quién no causa tristeza?
Este es partido robado;
Pero ayudeme Ataíde.

DON NUÑO.

Para serlo, lo que pide
Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

Estoy cansado.

DON NUÑO.

Ayúdeme Silva á mí.

PRÍNCIPE.

Tomad esa pala allá.

ESCENA XI.

EL REY, UN PAJE.—DICHOS.

PAJE.

Aquí con don Nuño está.

REY.

Alfonso, ¿qué haceis aquí?

PRÍNCIPE.

Señor, un poco he jugado.

REY.

Es buen entretenimiento.
¿Cómo va del pensamiento
De aquel caballero honrado
Que os escribió de Castilla?

PRÍNCIPE.

Señor, jugar y cazar
Le han divertido de amar.

REY.

No es, Alfonso, maravilla,
Y más si añadir pudiera
Un pleito.

PRÍNCIPE.

Un pleito, Señor,
No solamente el amor,
La vida le suspendiera.

REY.

¿No os ha dado gran contento
El ver á Vasco de Gama?

PRÍNCIPE.

Cierto que es ménos su fama
Que su gran merecimiento.

REY.

Mañana veré sus naves.

PRÍNCIPE.

Y yo os acompañaré.

PAJE.

Aquí está el Prior.

REY.

No sé
Que haya nuevas más suaves.

ESCENA XII.

EL PRIOR.—DICHOS.

PRIOR.

Si Vuestra Majestad me diera albricias,
Aunque á sus piés las hallo con besar-
Diréle que ya viene la Princesa... [los,
Quiero decir que aprestan la jornada
Con la mayor grandeza de Castilla.

REY.

De Castilla, Prior, no es maravilla;
Porque ella sola es la mayor grandeza,
La mayor gala y la mayor riqueza.
Dale albricias, Alfonso, pues las nuevas
Más te tocan á ti.

PRÍNCIPE.

Yo lo confieso;
Mas Vuestra Majestad me dé que darle;
Que no lo tengo yo, sino los brazos.

PRIOR.

Esos estimo tanto, que por vida
De mi Señor el Rey, que no tomase
Reinos ni imperios.

PRÍNCIPE.

No, Prior, no es justo:
Yo os doy...

PRIOR.

No me deis nada.

PRÍNCIPE.

Desto gusto.

PRIOR.

No se dirá, cuando me dais los brazos,
Que yo estuve tan necio...

REY.

Alfonso, Alfonso,
Deja al Prior, que es grande cortesano;
Pero pues tanto tu favor estima,
Yo no le di los brazos, y yo puedo
Hacerle destos mares Almirante,
Que ahora corre el valeroso Gama.

PRIOR.

Serán para que llanos los ofrezca
A vuestras quinas, Príncipe perfeto.

REY.

La cárcel voy á visitar.

PRIOR. (*Al Príncipe.*)

Aparte
Tengo que daros un retrato hermoso
Del ángel castellano, y un recado.

PRÍNCIPE.

Soy portugués; ya fineo enamorado.
(*Vanse.*)

—

Sala de Audiencia.

ESCENA XIII.

UN ALCALDE, CRIADOS.

ALCALDE.

Poned ese estrado bien,
Que vendrá Su Majestad.
Ya veis su puntualidad.

UN CRIADO.

¿Pondré el alfombra tambien?

ALCALDE. (*A otro criado.*)

Limpia esa silla, ¿qué aguardas?

CRIADO.

Y ¿quién es hoy relator?

ALCALDE.

Lope de Sosa.

CRIADO.

Señor...

ALCALDE.

Abre; que suenan las guardas.

ESCENA XIV.

Salen chirimías, ACOMPAÑAMIENTO, LOPE DE SOSA, EL PRIOR y EL REY, *que se sienta debajo del dosel*. EL CRIADO, CRIADOS.

REY.

Siempre que en este lugar,
Fidalgos, á verme llego,
Del persa me acuerdo luego.

LOPE.

Tú le excedes en juzgar.

REY.

Desollar hizo un jüez
Cambises, y con el cuero
Aforró la silla.

PRIOR.

Es fiero
Ejemplo, y bastó una vez
Para los demás jüeces.

REY.

Su hijo en ella asentó,
Que del padre se acordó
Por la silla tantas veces.
Cierto que los buenos pueden
Con pocas leyes juzgar.

LOPE.

Esa gente haced llamar.
(*Vase un criado.*)

PRIOR.

Los vicios, Señor, exceden.

REY.

De la multitud de leyes,
Agesilao decia
Que los vicios conocia.

PRIOR.

¡Gran cuidado el de los Reyes,
Atlantes de un peso eterno!

REY.

Por eso Crisipo un dia,
Preguntando por qué huia
Los oficios del gobierno,
Respondió: «Si lo hago mal,
A Dios desagradaré,
Si bien, á los hombres.»

PRIOR.

Fué
Respuesta á su nombre igual.

ESCENA XV.

FERNANDO, RODRIGO, JULIAN, JULIA, PORCELO, ALBERTO, UN LETRADO y OTROS VARIOS PRESOS.—DICHOS.

LOPE.

Este, Señor, está preso,
Porque mató con violencia
Un gobernador.

REY.

La causa...

LOPE.

La causa, Señor, es esta:
Que el gobernador mató
A su padre.

REY.

Un poco espera.—
Di, hombre, ¿no era mejor
Pedir la muerte, y que fuera
Castigado por justicia?

FERNANDO.

Ya la pedí, y la sentencia
Del jüez fué la ocasion
Para que muerte le diera.

REY.
Pues ¿en qué le sentenció?

FERNANDO.
En que dos años por pena
No pudiese ejercitar
Su oficio.

REY.
¡Extraña sentencia!

FERNANDO.
Yo, viéndole libre ya,
Puesto que sin vara vuestra,
Con el agravio y la sangre,
Le maté, y áun no me pesa.

REY.
¡Dos años le suspendió
Del oficio?

LOPE.
Así se prueba.

REY.
¿Qué oficio tienes?

FERNANDO.
Señor,
Zapatero de obra gruesa.

REY.
Pues yo mando que en dos años
Coser zapatos no puedas,
Y te suspendo de oficio.

FERNANDO.
¡Viva mil años Tu Alteza! (*Vase.*)

LOPE.
Este que ves deste talle,
Es ladron.

REY.
En mis galeras
Le dad posada de balde.

LOPE.
¿Qué tiempo?

REY.
Diez años sean.
(*Llévanle.*)

LOPE.
Este, Señor, es pintor.

REY.
Honralde, por la excelencia
De la pintura.

LOPE.
No es este
De los que el arte profesan,
Sino destos que en las calles
Pinturas infames [1] cuelgan.

REY.
¿Qué ha hecho?

LOPE.
Retratos tuyos,
Mas con pintura tan fea,
Como es él tan mal pintor,
Que es en tu notable ofensa.

REY.
¿Cómpranlos?

LOPE.
Los ignorantes
De aquesta divina ciencia,
De tan pocos conocida...

REY.
Abrilde luego la puerta;
Que va que pinta mi rostro
Con mano torpe y grosera,
No á lo ménos mis costumbres.

PRIOR.
¡Piedad cristiana y discreta!

LOPE.
Vengan más.
(*Vase el Pintor.*)

[1] Malas, mal hechas.

ALCALDE.
Julia está aquí.

LOPE.
Esta mujer está presa
Porque dicen que dió á un hombre
Los sesos de cierta bestia.

REY.
¿Qué tiempo tuviste amores
Con él?

JULIA.
Señor...

REY.
No me mientas.

JULIA.
Diez años.

REY.
Y ¿no quereis
Que en diez años se convierta
En bestia un hombre? Dejalda
Para la primera audiencia;
Porque en pasando, Prior,
De un año quien desto enferma,
Los sesos de bestia son
Los que él tiene en la cabeza.
(*Vase Julia.*)

LOPE.
Este es, Señor, un filósofo:
Claramente se le prueba
Haber muerto á su mujer.

REY.
Pues ¿por qué?

LOPE.
Por no tenella.

REY.
¿Cómo la mató?

LOPE.
Señor,
Tres dias tuvo á cautela
Una mula sin beber;
Puso á su mujer en ella,
Y llevóla á cierto rio,
Concertando una merienda.
La mula, en mirando el agua,
Entró furiosa por ella:
Cayó la mujer, ahogóse...
Sentenciáronle á que muera.

REY.
Justamente.

LETRADO.
Señor...

REY.
Dime,
¿No eres letrado? Sentencia
Tú mismo esta causa.

LETRADO.
Advierte
Una cosa extraña y nueva.
¿Es bien que mi habilidad
Tan peregrina se pierda?

REY.
¿En qué la tienes?

LETRADO.
Escucha:
En que, fuera de mis letras,
Haré tan notables cosas,
Que será la menor dellas
El hacer que un elefante
Hable nuestra propia lengua.

REY.
¡Un elefante?

LETRADO.
¿Eso dudas?
Intenta, Señor, la prueba
Con los que Gama ha traido,
O á mil muertes me condena.

REY.
¿En qué termino le harás
Hablar?

LETRADO.
Diez años.

REY.
Pues sea:
El y el elefante estén
Presos, miéntras que le enseña.

ALCALDE. (*Ap. al Letrado.*)
Hombre, ¿qué es lo que habeis dicho?
¿Cómo intentais tal quimera!

LETRADO.
Callad, Alcalde: ¿no veis
Que en diez años que me quedan
De término, es imposible
Claramente que no muera
Yo, ó el Rey, ó el elefante?

ALCALDE. (*Ap.*)
¡Qué peregrina advertencia!
(*Llévanse al Letrado.*)

LOPE. (*Ap. al Rey.*)
Pues ¿vos perdonais este hombre!

REY.
Es por estimar las letras,
Y porque el mayor castigo
Que puede darse en la tierra
Es condenar á un discreto
Que trate con una bestia.

LOPE.
Este preso es vidriero:
De seis cruzados de pena
Apela á vos.

REY.
¿De qué culpa?

LOPE.
Tienen por ofensa vuestra
Hacer copas, que por vos
Las ha llamado *perfectas*.

REY.
¿Por qué perfectas las llamas?

PORCELO.
Porque de una de Venecia
En que vos soleis beber,
Al vivo saqué la muestra;
Y como os llaman *perfecto*,
Perfectas las puse á ellas.
Pero decidme, Señor,
El que gobierna la Iglesia,
¿No es más que vos?

REY.
Claro está.

PORCELO.
Pues Roma en públicas tiendas
Vende copas papalinas,
Porque el papa bebe en ellas.

REY.
Bien decís, y desde hoy más
Llamad *perfectas* las vuestras.

PORCELO.
Pues por Dios que como á naipes,
He de poner *con licencia*. (*Vase.*)

LOPE.
Este viene bien ahora;
Porque contra él se prueba
Decir que no sois perfecto.

REY.
Pues ¿qué cosa hay en la tierra
Que, en razon de perfeccion,
De todo punto lo sea?
Mas dime en lo que he faltado,
Para que yo tome enmienda.

ALBERTO.
El mismo nombre *perfecto*
Dentro en sus letras encierra
Lo que ha de tener un Rey
Para que perfecto sea.

Vos teneis las siete partes
Que piden las siete letras;
Pero ha sido imperfeccion
El faltaros la postrera.
Por la P sois propio, en fin,
Sois portugués, sangre nuestra.
Por la E sois entendido,
Y mucho, en todas materias.
Por la R sois resuelto,
Y por la F á la Iglesia
Fiel en las obras y fe,
Y fuerte en el defenderla.
Vos sois por la E segunda
Estudioso, honrais las letras;
Por la C compuesto y grave,
Como es bien que un Rey lo sea.
Por la T temido sois;
La O que es letra postrera,
Y olvidado decir quiere,
Os falta, y queda imperfecta.

REY.

Pues ¿olvidado ha de ser
Un Rey?

ALBERTO.

Sí, de las ofensas,
Y de cosas ordinarias,
Que el ejemplo manifiesta.
Un oficio entré á pediros,
Cargo honroso de la guerra:
Dijistesme que era viejo.
Volví á mi casa con pena,
Y como supe mejor,
Aderecé mi cabeza
Y mi barba, y de allí á un mes
Volví á ver vuestra presencia.
El mismo oficio os pedí.
Respondistes: «¡Bueno fuera
Que ahora os le diera á vos,
Si ahora un mes se me acuerda
Que le negué á vuestro padre!»
Pues quien de cosas como estas
Se acuerda, ya veis que falta
En esta letra postrera.

REY.

Ya es tarde: venid conmigo;
Que porque imperfecto sea,
No me olvidaré de vos;
Y si sois pobre, me pesa.
Porque como no hay halcon
Que sin un pájaro duerma
Por la frialdad de los piés,
No hay noche que yo no tenga
Un hombre pobre en las manos.

LOPE.

¡Qué piedad!

PRIOR.

Abrid las puertas.
(*Vanse.*)

—

Sala de Palacio.

ESCENA XVI.

EL PRÍNCIPE, DOÑA LEONOR, MÚSICOS *con chirimías*, ACOMPAÑAMIENTO. *Despues y detrás*, LOPE.

DOÑA LEONOR.

Pues se casa Vuestra Alteza,
De que el parabien le doy,
Y sabe tambien que estoy
Por su causa en tal tristeza,
Muestre su grandeza en mí.

PRÍNCIPE.

Si yo la culpa he tenido,
¡Bien lo he pagado!

DOÑA LEONOR.

Yo pido
Justicia en esto.

PRÍNCIPE.

Es ansí.

DOÑA LEONOR.

Y pues Vuestra Alteza es
Hijo de Rey tan perfeto,
Y no ménos que él discreto,
Mire que estoy á sus piés.

PRÍNCIPE.

Basta, Leonor: levantad;
Que no es imposible cosa
Hacer que Lope de Sosa
Os pague tal voluntad.
Hoy será vuestro marido.

DOÑA LEONOR.

Los piés os vuelvo á besar.

PRÍNCIPE.

Ahora yo os quiero enseñar
Un retrato que he tenido
De un serafin en belleza.

DOÑA LEONOR.

La Princesa mi señora
Es un sol que á España dora.

ESCENA XVII.

EL PRIOR.—DICHOS.

PRIOR.

¡Agora está Vuestra Alteza
Con este descuido aquí?

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué tenemos, Prior?

PRIOR.

Que quiere el Rey mi Señor,
Y será forzoso ansí,
Partir á Yélves ahora,
Donde dicen que ya llega,
Con el Guzmán que la entrega,
La Princesa mi señora.

PRÍNCIPE.

Leonor, adios.

DOÑA LEONOR.

Vuestra Alteza
Cumpla lo que prometió.

PRÍNCIPE.

La vuestra imagino yo
Por mi pasada tristeza.
(*Vánse el Príncipe, el Prior, los músicos y el acompañamiento.*)

ESCENA XVIII.

LOPE, DOÑA LEONOR.

LOPE.

¿Sabes cómo has de partir
Con la Reina?

DOÑA LEONOR.

¡Tú me adviertes!

LOPE.

Como tanto te diviertes,
Bien te puedo yo advertir.
¿Qué retrato te enseñaba
El Príncipe?

DOÑA LEONOR.

El de su esposa.

LOPE.

¡El suyo no?

DOÑA LEONOR.

¡Linda cosa!
Deja de ser necio; acaba.

LOPE.

Como no puedo dejar
De ser celoso, no puedo
Dejar de ser necio.

DOÑA LEONOR.

El miedo
Con que ya te vengo á hablar,
Me aparta, Lope, de tí.

LOPE.

Pues ¿de qué tienes temor?

DOÑA LEONOR.

De que ofendes el amor
Honesto que puse en tí.
Vine á tus manos ingratas,
Donde ya la muerte espero,
Por lo bien que yo te quiero,
Y lo mal que tú me tratas. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

LOPE.

Señora, Señora, advierte...
Porque, si yo te ofendí...
—Fuése, y dijo que por mí
Espera Leonor la muerte.
Haced amistad, mis ojos,
Conmigo; que no hay mayor
Gusto que paces de amor,
Despues de celos y enojos. (*Vase.*)

—

Calle en Yélves.

ESCENA XX.

Tocan chirimías, ACOMPAÑAMIENTO; LA PRINCESA *por palenque* Y EL GUZMAN DE SIDONIA.

PRINCESA.

De la fiesta estoy contenta.

GUZMAN.

Muy bien nos han recibido.

PRINCESA.

Por la carta que he tenido,
El Rey mi Señor intenta
Venir con su Alteza aquí.

GUZMAN.

La Reina vendrá tambien.

PRINCESA.

Vendrá todo junto el bien;
Que no hay más bien para mí.

ESCENA XXI.

MÚSICOS, ACOMPAÑAMIENTO, EL REY, LA REINA, EL PRÍNCIPE, DOÑA LEONOR, EL PRIOR, GENTE.—DICHOS.

REY.

Bien nos podeis dar los brazos,
Como á padres vuestros ya.

PRINCESA.

Quien á vuestros piés está,
Y sube á tales abrazos,
Podrá decir que ha medido
Lo que hay de la tierra al cielo.

REY.

Hoy tengo todo el consuelo
Con veros, que al cielo pido.

PRÍNCIPE.

Dadme, Señora, las manos.

PRINCESA.

Turbada estoy con razon.

REY.

Esta generosa union
Es vuestra paz, lusitanos.
Dad vuestra mano á Leonor.

PRINCESA.

Seas, Leonor, bien hallada.

DOÑA LEONOR.

Y vos para bien casada
Con prenda de tal valor.

PRINCESA.

Yo te traigo un casamiento.

PRÍNCIPE.

Eso no, Señora esposa,
Que es para Lope de Sosa.

PRINCESA.

Basta, si es á tu contento.

PRÍNCIPE.

Mi camarero mayor,
Y Marqués de Mariálva
Le hago.

LOPE.

Con esa salva
Daré la mano á Leonor.

DOÑA LEONOR.

Este fué el premio de amarte.

LOPE.

Y aqui, Senado discreto,
Cesa *El Príncipe perfeto*
Hasta la tercera parte.

LA POBREZA ESTIMADA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO DE BORJA,

Príncipe de Esquilache, Conde de Mayalde, Comendador de Azuaga, Gentil Hombre de Cámara del Rey Nuestro Señor y su Virey en los reinos del Pirú.

Despues que vuexcelencia se partió á esos reinos, dejando las musas de su patria en tanta soledad de su divino ingenio, pues ocupado en su gobierno era imposible honrarlas como solia, sobrevino en el Parnaso tan estupenda mudanza (perdone vuexcelencia que le hable como poeta, pues yo no tengo otros casos de estado ni de guerra), que como tempestad violenta, pretendió llevarse los consagrados templos, los laureles antiguos y los mismos jardines y baños de Euterpe y Clio. Acordábame yo, en estos miserables sucesos, de la autoridad y grandeza de vuexcelencia, tan verdadero asilo de nuestra lengua; y no hallando ramas tan seguras de que asirme, dejábame llevar de la corriente del vulgo, de quien la novedad es ídolo; y pasando y advirtiendo los poemas heróicos, líricos, trágicos, epigramatarios y bucólicos griegos, latinos, toscanos y franceses, consolábame con que ninguno habia hablado con tales locuciones, frasis y metonimias. No acabo de entender el juicio de los hombres; pero ¿quién le ha entendido? Muchos estuvieron de su parte desta nueva poesía ó quimera fantástica, de quien ese insigne libro de vuexcelencia será brevemente Belerofonte. ¡Oh, qué grandes palabras son aquellas de Luis Vives! *Vera sapientia est de rebus incorruptè judicare, ut talem unamquamque existimemus, qualis ipsa est, ne vilia sectemur tamquam pretiosa, aut pretiosa tamquam vilia rejiciamus, ne vituperemus laudanda, neve laudemus vituperanda.* La amistad, la pasion, la envidia suelen contradecir la verdad y hacer lisonja á la mentira; mas ¿quién dirá que la envidia tambien alaba? Pues es uno de sus efetos alabar los ignorantes por escurecer los sabios; y ¡ hay tantos deste género, que no caen en que los alaban sin razon, por deshacer con malicia á los que tienen méritos! Así la define san Agustin: *Mentis atque animi depravatio à tramite veritatis devia, quæ incuriosorum animos frequenter obrepit.* Alguna defensa se ha hecho á esta fiera introduccion de voces; mejor hubiera sido olvidarla, pues como violenta injuria de nuestro idioma, habia de ser efímera. Grave socorro se hubiera tenido en vuexcelencia; que el excelentisimo Conde de Lemos estaba en Galicia y el Duque de Taurisana en Italia; pero el doctísimo fray Angel Manrique, el señor doctor Gregorio Lopez Madera, del Consejo de Su Majestad, y don Francisco de la Cueva, jurisconsulto insigne, nos han dado su patrocinio, ya por escrito, ya con voz viva y autoridad irrefragable : lo que estuviera difinido sin réplica con presidir á este acto vuexcelencia, de quien podré decir con Ovidio :

Sic tibi nec docti desunt, nec principis artes,
Mixta sed est animo cum Jove Musa tuo.

Aquí no permite dilacion la verdad, si bien segura de parecer lisonjera. Y con algun miedo de errar (si amor yerra), me paso á decir á vuexcelencia que en esta edad se puede dar el parabien á la facultad de los poetas, de la honra y favor que Su Majestad les hace : cosa que desde el Rey don Juan no estaba en Castilla en el lugar que merecia; aunque entónces hubo mejores poetas de aquel estilo, con paz de los que ahora tratan destos estudios con más arrogancia que ciencia : mayormente despues que se dividieron en bandos, como los güelfos y gebelinos, pues á los unos llaman *culteranos*, deste nombre, *culto*, y á los otros *llanos*, eco de *castellanos*, cuya llaneza

verdadera imitan. Vuexcelencia, que no le ha visto, no podrá hacer discurso á este nuevo arte; pero le certifico, así las musas me sean favorables, que no tiene todo su diccionario catorce voces, con algunas figuras imposibles á la retórica, á quien niegan que sea el fundamento de la poética: digo, en las locuciones; que en lo demas ya sé que lo es la filosofía. Es finalmente tan escura, que tiene por hieroglífico á la puerta la cábala, y por letra, *Plus ultra*. Pues no tengo esta controversia por ménos grave, si se tratara de hombres que lo fueran, que la de los estóicos y peripatéticos, de que habla Tulio; y más cuando por último encarecimiento dice: *Nihil est quod Deus efficere non possit; utinam sapientes stoicos effecisset, ne omnia cum superstitiosa sollicitudine et miseria crederent.* Mas ello tendrá sosiego, reduciéndose á su centro la verdad, porque *omnia quæ moventur* (como dijo el filósofo), *quum perveniunt ad suum locum, quiescunt.* Paréceme que está ya deseoso vuexcelencia de ver algun ejemplo: irá con esta, y ¡plega á Dios que no halle á vuexcelencia en ese reino! Entre tanto, digo que es cosa digna de consideracion que algunos estudios y no pocos años de leccion en esta materia, y tantos versos escritos, no me aprovechen para entender una estancia de uno de los poetas desta vena; pues muchas veces quisiera, ó pedir la construccion de su gramática á los mismos, ó que los que dicen que los entienden, me la enseñaran; si bien esto último nunca lo he creido, porque por no confesar que no lo penetran todo, hay hombres que los alaban exteriormente, y en sí mismos están corridos de ver que ni lo saben ni lo alcanzan ni tienen esperanza de entenderlo; mas presumen que debe ser muy excelente, pues no lo entienden: y en esta presuncion tienen por mejor alabar lo que no lo merece, que confesar que hay en el mundo cosa que ignoren. Esto hay en el mundo de acá, harto mejor para el que vuexcelencia gobierna, por la parte, digo, que hay indios bárbaros. Esta comedia de *La pobreza estimada* envío á vuexcelencia donde lo es tanto la riqueza, porque agrade por novedad; que hasta los defectos lo son: si bien no vale el argumento donde pasan para no lo ser; pero válgame á mí para que vuelva esta pobreza enriquecida del favor de vuexcelencia, en quien con la generosidad de la sangre compite la abundancia de divinas y humanas letras, lustre de nuestra nacion y envidia de las extranjeras. Guarde Dios á vuexcelencia como deseo.

Su capellan,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA POBREZA ESTIMADA.

PERSONAS.

DOROTEA, *dama*.
RISELA, *su prima*.
ISABEL, *esclava*.
LEONIDO, *hidalgo*.
TANCREDO, *criado suyo*.
RICARDO, *caballero*.
CELIO, *criado*.
JULIO, *criado*.
FELISARDO, *amigo de Leonido*.
AURELIO, *viejo*.
AUDALLA, *Rey de Argel*.
ZULEMA.
LIMAMI.
ALIMO.
ELIZBEY.
ARNAUTO.
RIBERA, *soldado*.
DON FRANCISCO, *capitan*.
ROSADO, *alférez*.
UNA MUJER.
UN PREGONERO.
UN PÍCARO.
CUATRO SALTEADORES.
MOROS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Valencia, Argel y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Dorotea, en Valencia.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TANCREDO.

TANCREDO.

No me niegues, Isabel,
Que tu ama no ha entendido
Lo que la quiere Leonido,
Y que no repara en él;
Que, aunque esclava, honrada eres,
Y me quieres bien tambien,
Y no sé que el querer bien
Sea afrenta en las mujeres;
Que el no querer y engañar
Debe de ser más delito.

ISABEL.

Necio estás.

TANCREDO.

Mi dueño imito.

ISABEL.

Lo malo no es de imitar.

TANCREDO.

¿Quieres que te quiera bien?

ISABEL.

Sí quiero.

TANCREDO.

Pues si Leonido
Quiere más que hombre ha querido,
Debo imitarle tambien.

ISABEL.

Mira, Tancredo, en mujer
Es gran daño la ocasion;
Que es fácil su condicion
Para inclinarse á querer.
La que es cuerda, sabe huilla,
Y del peligro se guarda.

TANCREDO.

Ya tu retórica tarda.
¿A qué piensas reducilla?

ISABEL.

A que viendo Dorotea
Que la ocasion suele hacer
A la más cuerda mujer
Que más arrojada sea,
Guardase de la ocasion.

TANCREDO.

¿Tan poco fia de sí?

ISABEL.

Lo que yo fié de mí,
Cuando escuché tu razon.
Que se guarde una doncella
De padre y madre guardada,
Como la fruta cercada
Que es imposible cogella,
No me causa admiracion;
Mas guardarse ella á sí propia
Muestra una divina copia
De entendimiento y razon.
Eso de las pomas de oro
Y el vellocino dorado
Fué de mil fieras guardado,
Y fué inviolable tesoro;
Mas como vino Jason,
Rindiólo todo Medea,
Porque en ejemplo se vea
La fuerza de la ocasion.
Mi ama, pues, no guardada
De padre que está cautivo,
Muestra valor excesivo
Siendo por sí sola honrada.

TANCREDO.

Bien hablas de la ocasion;
Que es grande peligro en ellas:
Fidias puso á las doncellas
Por guarda un fuerte dragon.
Es animal de gran vista,
Símbolo de vigilancia,
Aunque de poca importancia
Cuando el fuerte la conquista.
Y pues que sabes tan bien
Que á la ocasion poderosa
No se le resiste cosa,
De ocasion á su desden,
Háblala en Leonido, y di
Que estará mejor guardada
Con un hidalgo casada,
Que no de sí ni de ti.
Si su padre está cautivo,
¿Qué cosa habrá que le cuadre
Como dar á nuevo padre
Ese cuidado excesivo?
Si de Fidias la intencion
Fué guardar á Palas bella,
Hoy Leonido á sus piés della
Puede servir de dragon.
¿Qué Jason habrá que intente
Su mal, miéntras no se abrasa?
Que en fin, un marido en casa
Más verá que un padre ausente.
Si yo, Isabel, te dijera
Que á Dorotea allanaras,
Y que á Leonido entregaras
Lo que lícito no fuera,
Pudieras reprehenderme;
Mas dalle padre y marido
A Dorotea, no ha sido
Ni ofendella ni ofenderme.

ISABEL.

Digo que me persüades,
Y á que lo intente me animas,
Y estimo el ver que la estimas
Con tan honradas verdades;
Que aunque esclava, ya otras veces
Te he dicho mi nacimiento.

TANCREDO.

Por él y tu entendimiento
Ser Reina, Isabel, mereces.

ISABEL.

No lo dudes que pudiera
Serlo, pues de Rey nací.

TANCREDO.

Algunas veces te oí
Hablar en esa quimera;
Pero entiendo que son leyes
De esclavos hacerse altivos,
Porque siempre los cautivos
Os fingís hijos de Reyes.
Y eso aparte, ¿cómo, di,
Le darás este papel?

ISABEL.

Haré del ladron fiel
Diciendo que es para mí,
O buscaré la invencion
Que mejor me pareciere.

TANCREDO.

Pues sabe que darte quiere
Leonido para un jubon.

ISABEL.

Bien conforma esa presea
Al oficio de los dos:
Démele, y guárdeme Dios
Que de la justicia sea.
Pero véte; que ella sale.
Esta noche te hablaré.

TANCREDO.

¿Irás á la fuente?

ISABEL.

Iré,
Si algun achaque me vale.

(*Vase Tancredo.*)

ESCENA II.

DOROTEA.—ISABEL.

DOROTEA.

¿Con quién hablabas aquí?

ISABEL.

Con una vecina hablaba.

DOROTEA.

¡Que mujer contigo estaba,
Isabel?

ISABEL.
Señora, sí:
Bien me lo puedes creer.

DOROTEA.
Pues ¿de qué te has alterado?

ISABEL.
De pensar que has escuchado
Lo que dijo la mujer.

DOROTEA.
¿Era cosa sospechosa?

ISABEL.
Flaqueza suya.

DOROTEA.
¿Qué fué?

ISABEL.
Otra vez te lo diré;
Que ahora estoy vergonzosa.

DOROTEA.
No lo digas, si no es
Conforme á mi honestidad.
¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

ISABEL.
El ver que tan sola estés;
Que se tiene á novedad
Que vivan con tal clausura
Necesidad y hermosura,
Que no sufren soledad.

DOROTEA.
Donde tú vas, no me espanto
Que como es gente ignorante,
En plática semejante
A mi honor se atreva tanto.
La honestidad recogida,
Contra la necesidad,
Es la cierta honestidad,
Que no por fuerza oprimida.
—¿Qué te dijo la mujer?

ISABEL.
¿No me mandaste callar?

DOROTEA.
Y ¿quién se sabrá guardar
Del deseo de saber?
Bien dices; no me lo digas.
¿Llevaste aquella labor?

ISABEL.
Leonarda estaba mejor,
Y estima cuánto la obligas.
Dice que si en casa estás...

DOROTEA.
¿Quiéresme hacer un placer?

ISABEL.
Servicio.

DOROTEA.
Aquella mujer
¿Qué te dijo?

ISABEL.
¡En eso das!

DOROTEA.
Si verdad te digo, muero
Por sabello.

ISABEL.
Este papel
Me daba, y dijo que dél
Era dueño el caballero
Que el domingo...

DOROTEA.
No más, loca.
Quítale allá.

ISABEL.
Tú no tienes
La culpa.

DOROTEA.
¡Qué necia vienes!
Rásgale, y calla la boca.

ISABEL.
Pues papel que un hombre honrado
Le escribe á aquella mujer,
¿No le pudieras leer?

DOROTEA.
¡Suyo!

ISABEL.
Sí.

DOROTEA.
¡Cuento extremado!
Muestra; que papel de amores
Ajeno, leerse puede.

ISABEL.
Toma.

DOROTEA. (*Ap.*)
Mi término excede.
Saliéndome van colores.

(*Lee.*) «No creo que servir un hijo»dalgo una dama de vuestros méritos »con santo deseo del sacramento del »matrimonio...»

¡Jesus! ¡qué devoto amante!
Toma allá.

ISABEL.
¿Qué te amohina?

DOROTEA.
Creo que de la doctrina
Sacó papel semejante.
¡Sacramento y matrimonio!

ISABEL.
Para tí fuera extremado,
Pues en hipócrita has dado.

DOROTEA.
Eso es mayor testimonio;
Que si lo fuera, ¿no ves
Que ese papel me agradara?

ISABEL.
Pues, por vida de tu cara,
Que le leas.

DOROTEA.
Muestra, pues.

(*Lee.*) «Es negocio de tanto escán»dalo, que apénas os dejeis ver, cuan»to más hablar. Pues por vida de esos »ojos, que son todo el regalo de los »mios...»

Aquí jugó del vocablo.

ISABEL.
Sí; pero no lo sacó
De la doctrina.

DOROTEA.
Esto no.
Si no es doctrina del diablo.
Tómale allá, que es lascivo.

ISABEL.
Ya es santo, ya es amoroso...
—Todo lo vuelve enfadoso
Tu estragado gusto esquivo;
Que no hay buen manjar sin gana,
Ni á la gran hambre mal pan;
Que yo sé bien que el galan
Escribe á la cortesana.

DOROTEA.
Otro capítulo quiero
Leer, por ver en qué pára.

ISABEL.
¿Quiéreslo?

DOROTEA.
Sí.

ISABEL.
Y lo jurara.

DOROTEA.
¡Qué gracia de caballero!

ISABEL.
¿Sabes que te ha sucedido
Como al que del plato toma
Fruta, que la vista coma
Como primero sentido?
Escoge la más madura,
Y va la dura dejando;
Mas cuando se va acabando,
Tambien se come la dura.

DOROTEA.
Oye, verás lo que dice.

ISABEL.
Ya sé que lo has de leer;
Que eso estima la mujer,
Que al principio contradice.

DOROTEA.
(*Lee.*) «Que me debe vuestro rigor »más honrado acogimiento, y que no »seria malo un marido hidalgo, adonde »falta un padre cautivo.»

¡Ay, Isabel! ¿cómo es esto?
¿Es por dicha para mí?

ISABEL.
Señora...

DOROTEA.
Di presto.

ISABEL.
Sí.

DOROTEA.
¡En qué confusion me has puesto!
Este papel ¿es de un hombre
Que anda por mí divertido?

ISABEL.
Señora, sí, y que es Leonido,
A lo que pienso, su nombre.
No aquel rico que pasea
Esta calle muy galan
En un caballo alazan
Con seis pajes de librea,
Sino aquel que tiene sólo
Un gentil-hombre de espada,
Que pasea la estacada
A pié, más bello que Apolo.

DOROTEA.
¡Cómo tomaste el papel!

ISABEL.
Deseando tu remedio,
Por verte, Señora, en medio
De tanto daño cruel.
Para tu mucha hermosura
Tu recogimiento basta;
Que la que es por fama casta,
Esa la tiene segura.
Pero tu necesidad
Por grande enemigo tiene
Tu recogimiento, y viene
A ofender tu calidad.
Cásate; que, en fin, casada,
De todo estarás segura.

DOROTEA.
Lo que ese hidalgo procura,
No niego que es cosa honrada.
Ni del papel ni de tí
Ni dél me quiero enojar;
Antes hoy le quiero hablar.

ISABEL.
¿Hablarle?

DOROTEA.
Digo que sí.

ISABEL.
¿Cuándo ó cómo te has mudado?

DOROTEA.
Ahora me he persuadido
Que no ha de estar, sin marido,
Del vulgo mi honor guardado.
¡Bien me has sabido engañar!
Rompiste más que el acero

Con un papel tierno: hoy quiero
A su hidalgo dueño hablar.
Mas di, ¿parécete á ti
Hombre que me estará bien?

ISABEL.

Yo te doy el parabien
Sólo en verte hablar así;
Que si en el mundo ha nacido
A tus méritos igual,
Es este hidalgo.

DOROTEA.

Si es tal,
Yo tengo Isabel, marido.
Cuanto á su talle, ya estoy
Satisfecha, si es quien pienso;
Lo que es á su amor inmenso,
Algo inclinándome voy.
Su nacimiento es honrado...
—Sólo una cosa le temo.

ISABEL.

Que es gentil-hombre en extremo,
Bien nacido y bien criado,
Es sin duda; y si esto es,
¿Cuál otro miedo te queda?

DOROTEA.

Suele tener esa rueda
Cierta fealdad en los piés.

ISABEL.

¿Presumes que es jugador?
¿Que es mal quisto? ¿Que es valiente
De los que llama la gente
Matachines del honor?
¿Piensas que es loco ó avaro,
O gastador en extremo?

DOROTEA.

¿Que no entiendes lo que temo?
Pues no es este sol tan claro.

ISABEL.

¿Que trata alguna mujer,
Que la tiene obligacion?

DOROTEA.

¡Qué necia estás!

ISABEL.

Con razon,
Si me haces desvanecer.

DOROTEA.

¿No puede ser ese hombre
Pobre y hidalgo?

ISABEL.

Confieso
Que no he reparado en eso,
Con ser anejo á su nombre.
¡Válgate Dios por faltilla!
¡En verdad que no era nada!

DOROTEA.

El gentil-hombre de espada
¿No te ha dicho la cartilla?

ISABEL.

El ser hidalgo es el diablo,
Para que sospecha cobre;
Que parece que ser pobre
Anda con este vocablo.
Luego le verás asido
Como si fuese su hermano:
«Hidalgo honrado es fulano,
Y aunque es pobre, es bien nacido.»
¿No sabes que el Rey Fernando
Al Cid una vez pedia,
Que de fronteras venia
Gran riqueza publicando,
Que diese al de Ordoñez algo,
Y que prosegula luego:
«Que sabed, Cid, que don Diego,
Aunque pobre, es buen hidalgo?»

DOROTEA.

Reir me has hecho, en efeto.
¿Pobre será?

ISABEL.

¿Qué lo dudas?
Pero de estado no mudas,
Que es un notable secreto.
Mudar estado es casar;
Tú no, por pobre, empobreces.

DOROTEA.

Si tan buen aire me ofreces,
Habréme de resfriar.

ISABEL.

Tambien puedo yo engañarme;
Que sus galas no proceden
De pobreza.

DOROTEA.

Tambien pueden
Sus galas asegurarme;
Que son gallardas y honestas.

ISABEL.

¡Bueno! Es más limpio que el sol.

DOROTEA.

Si no es como el caracol,
Que trae cuanto tiene acuestas.

ISABEL.

El trae su calza y su cuera
De ámbar, cadena y cintillo.

DOROTEA.

¿Fino todo?

ISABEL.

De martillo.

DOROTEA.

¿Haslo tocado?

ISABEL.

Pudiera.

DOROTEA.

Mira que hay pobre afeitado,
Que engaña como mujer.

ISABEL.

Bien puede Leonido ser
Pobre, pero es pobre honrado.
El viene de noche aquí
Con su calzon de color,
Zapato blanco y olor,
Media azul ó carmesí,
Plumita, garzota, airones...
En fin, bien puede haber sido
Este hombre niño movido,
Mas con todas sus facciones.—
¡Ay! á la puerta han llamado!

DOROTEA.

Pues parte, y mira quien es.

(*Vase Isabel.*)

La virtud y el interes
Hoy en acuerdo han entrado;
Mas como pueda vivir,
La virtud ha de vencer.

ESCENA III.

RICARDO, ISABEL, CELIO, JULIO. —DOROTEA.

ISABEL.

Bien podeis la casa ver.

RICARDO.

Sólo os pretendo servir.
¿Es esta dama su dueño?

DOROTEA.

¿Qué es lo que mandais, Señor?

RICARDO.

Háseme huido un azor.
De las manos como sueño,
Y dicen que ha entrado aquí.
Si el buscarle os causa enfado,
Volveréme.

DOROTEA.

¡Aquí se ha entrado!

JULIO.

Sí, Señora, yo lo vi.

DOROTEA.

¿Por dónde?

JULIO.

Por la azotea.

DOROTEA.

Mandalde, Señor, buscar.

RICARDO.

Si dais licencia y lugar...

DOROTEA.

Que muy en buen hora sea.

RICARDO.

Estos criados irán.

DOROTEA.

Vaya esta esclava con ellos.

RICARDO.

Bien decís, aunque fiar dellos
En otra parte podrán.

DOROTEA.

Y en esta mucho mejor;
Pues aunque vuestros no fueran,
No hallaran en que pudieran
Hurtar cosa de valor.

CELIO.

Venga, hermana.

ISABEL.

Vaya, hermano.

JULIO.

¿Cómo se llama?

ISABEL.

Mi nombre.

JULIO.

Dígame algo que me asombre.

ISABEL.

Toque, y daréle de llano.

CELIO.

Pellizcalda en la escalera.

JULIO.

Es un oro la esclavilla.

(*Vanse Isabel, Celio y Julio.*)

ESCENA IV.

DOROTEA, RICARDO.

DOROTEA.

Que entrase me maravilla;
Que hay una red por defuera.

RICARDO.

Mucho siento que haya entrado,
Si os ha causado disgusto.

DOROTEA.

Ya que de serviros gusto,
Lo doy por bien empleado;
Que una simple palomilla
Que allí me puede haber muerto,
No era tesoro encubierto,
Si á tan vil presa se humilla.

RICARDO.

Si la ha muerto, ¡vive Dios
De cortarle la cabeza,
Si no usais de la nobleza
Que os dió el cielo con los dos!
Que como el azor culpado,
A vos me lanzó el amor
Por presa de más valor
Que el cielo á esta tierra ha dado.
En el vuelo que he traido,
Parezco azor de Noruega;
Que voy temiendo que llega

La noche de vuestro olvido.
Mas ¿cómo si vuelo ciego,
Puedo acertar á seguiros
En aire de mis suspiros
Que se exhalan de mi fuego?
Que el baleto[1] más gentil
Que la India á España ha dado,
Se quedara atras cansado
En vuestro vuelo sutil.
A buscar vengo un perdido,
Ciego y loco; halladme vos.

ESCENA V.

CELIO, *y despues*, JULIO É ISABEL, *dentro*.—DOROTEA, RICARDO.

CELIO. (*Dentro.*)
¡Uchohohobó!

DOROTEA.
¡Ay Dios,
Y qué descuidada he sido!
Supl̃icoos que os vais de aquí;
Que ya sé lo que buscais.

RICARDO.
¿Desto solo os azorais?
Pues no busco azor aquí;
Que soy, Señora, un galan
Que más virtud que hermosura
De vuestra casa procura.

JULIO. (*Dentro.*)
¿Si se entró en este desvan?

RICARDO.
De vuestro merecimiento
Estoy, Señora, informado;
Que hasta agora he deseado
Deciros mi pensamiento.
Heredé tanta riqueza,
Que sólo en decir Ricardo
En competencia acobardo
A la mayor gentileza.
Sé que sois pobre, y que está
Aurelio, vuestro buen padre,
Cautivo, y que vuestra madre
Deste dolor murió ya;
Y que nunca ha sido oida
De la fama en altas cumbres
Tal santidad de costumbres,
Ni tal limpieza de vida.
Esto sólo he menester,
Que es virtud y gentileza:
El pobre busque riqueza,
Y el rico honrada mujer.
Nacistes para ser dueño
De un mundo; y así, soy loco
En ofreceros tan poco;
Que sois grande, y soy pequeño;
Pero lo que puedo os doy.

DOROTEA.
Teneisme tan obligada,
Que no os digo, de turbada,
De la suerte que lo estoy;
Que como los casamientos
Bien por terceros se tratan,
Aquí agora se dilatan
Mis justos atrevimientos.
Yo estoy muy agradecida
Del ofrecimiento hecho,
Que de vuestro noble pecho
Dió muestra tan conocida.
Y para daros respuesta,
Sólo hasta mañana os pido
De término.

RICARDO.
Largo ha sido
Por lo que al alma le cuesta,
Y corto por la merced
Que espero dese valor.

[1] Especie de halcon.

Basta, que he hallado el azor
Que osó romper vuestra red.
Pero si en vos se perdió,
¿Adónde hallarse podia?
Cansaros no es cortesía.—
¡Hola, Julio!

JULIO. (*Dentro.*)
¡Uchó! ¡Uchó!

DOROTEA.
Bien disimula.

RICARDO.
Desea
Que acierte á hallarse el perdido.

JULIO. (*Dentro.*)
Sin duda que se ha salido
Por la misma chimenea.

ISABEL. (*Dentro.*)
¿Era brujo por ventura?

RICARDO.
¡Celio! ¡Julio!

JULIO. (*Dentro.*)
¡Señor!

RICARDO.
¡Hola!

ESCENA VI.

ISABEL, JULIO, CELIO.—DOROTEA, RICARDO.

DOROTEA.
¿Cómo así me dejas sola?

ISABEL.
Si sola no más, segura.
¿No estaba Ricardo aquí?

RICARDO. (*A Dorotea.*)
En fin, ¿que mañana vuelvo?

DOROTEA.
Hasta entónces no resuelvo
Lo que pienso hacer de mí.

RICARDO.
¡Oh noche larga y pesada!
Por verte de luz vestida,
Diera diez años de vida.

CELIO. (*Ap.*)
¿Mas que dice la pasada?

JULIO. (*Ap. á su amo.*)
¿Cómo has negociado?

RICARDO.
Bien,
Si no se me trueca en mal.

JULIO.
¿No es hermosa?

RICARDO.
Celestial,
Y más con ménos desden.
(*Vanse Ricardo, Julio y Celio.*)

ESCENA VII.

DOROTEA, ISABEL.

ISABEL.
¿Qué sientes de la invencion
Deste galan halconero?

DOROTEA.
Que no ha sido muy grosero
Para rico fanfarron.
Hoy sin duda la ventura
Debe de estar muy ociosa.

ISABEL.
No suele en mujer hermosa
Durar gran tiempo segura.

DOROTEA.
Y el cielo debe de estar
De gracia.

ISABEL.
Con dos sentidos
Hablas.

DOROTEA.
Hoy llueve maridos.

ISABEL.
¿Quiérese aqueste casar?
Hay algunos ricos destos,
Que entran con esa añagaza,
Y fundan toda su traza
En pensamientos honestos.
Si, ¡que eres bobilla tú!
¡Engáñante dese modo!
Mas ¿qué respondiste á todo?

DOROTEA.
No me lo mientes, ¡Jesú!

ISABEL.
Pues ¿de qué contento parte?

DOROTEA.
Espera resolucion;
Pero tengo inclinacion
A aquel pobre Durandarte.

ISABEL.
Que me maten, si su talle
No es autor de esos antojos.

DOROTEA.
Téngole más en los ojos;
Mas no para desealle.
Vé, por tu vida, y preven
Que esta noche me hable aquí.

ISABEL.
Harélo, Señora, así.

DOROTEA.
Ya le voy queriendo bien;
Aunque aqueste caballero
Es hombre de gran valor.

ISABEL.
No me espanto: es niño Amor,
Y derríbale el dinero.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Leonido.

ESCENA VIII.

LEONIDO, TANCREDO.

LEONIDO.
En fin, ¿que con ese engaño,
Tancredo, tendrá el papel?

TANCREDO.
Este es el punto que dél
Sabe tu amoroso daño.
Pero no habrá sierpe herida
Y del labrador pisada,
Cuando esté desengañada,
Más soberbia y desabrida.

LEONIDO.
Como eso suele vencer
Largo amor, fuerte paciencia.

TANCREDO.
Es mayor la resistencia.

LEONIDO.
¿No es mujer?

TANCREDO.
Sí que es mujer.

LEONIDO.
Pues bien, ¿de qué se formó?
¿De qué pórfido, qué mármol?
¿De qué metal, ó qué árbol?

¿No es de carne como yo?
¿No ha de amar por fuerza amada?

TANCREDO.

Miéntras que no quiere bien,
Tiene por guarda un desden
Y una virtud siempre armada.

LEONIDO.

Que Argos dormir se ha visto:
Cuanto más que su intencion
Está muy puesta en razon:
Virtud con virtud conquisto.
Este es buen medio; que esotro,
Ya yo entiendo que es cansarse,
Y así vendrán á labrarse
Como un diamante con otro.
¡Posible es que ha de enojar
A una mujer sólo el ser
De un hombre hidalgo mujer!

ESCENA IX.

ISABEL, *con manto.*—DICHOS.

ISABEL.

Albricias me puedes dar.

LEONIDO.

¡Oh mi Isabel! bien venida.
¡Oh alba de aquel lucero,
Por quien ver el sol espero
En la noche de mi vida!
De tus cabellos hablando
Estábamos yo y Tancredo.
Si es que albricias darte puedo,
¿De qué son? Yo te las mando.
¿Ha recebido el papel
Aquel júez riguroso?
¿Ha respondido quejoso?
¿Hale rasgado cruel?
¿Qué hay dél? Qué hay de mí? Qué hay [della?
¿He de morir ó vivir?

ISABEL.

Esta noche puedes ir,
Mi Señor, á hablar con ella.
En la ventana te aguarda
A las diez.

TANCREDO.

¡Famoso hechizo!

LEONIDO.

Efeto notable hizo.
¡Ay diez! Ay noche! Ya tarda.
Toma este anillo, Isabel,
Y este abrazo.

TANCREDO.

Aqueso no.

LEONIDO.

¡Cómo!

TANCREDO.

Daréselé yo,
Y holgaréme más con él.

ISABEL.

Licencia, señor Leonido;
Que es ya tarde.

LEONIDO.

Adios.

ISABEL.

Adios.

TANCREDO.

Y diga, ¿irémos los dos!

ISABEL.

O mataréle.

TANCREDO.

Eso pido.
(*Vase Isabel.*)

LEONIDO.

Esto es hecho: vente á armar.

TANCREDO.

Felisardo viene: espera.

LEONIDO.

¡Así la noche viniera,
Y el sol se fuera á acostar!

ESCENA X.

FELISARDO.—LEONIDO, TANCREDO.

LEONIDO.

¿Dónde bueno?

FELISARDO.

En busca tuya.

LEONIDO.

¿Hay algo nuevo?

FELISARDO.

Y tan nuevo,
Que del enojo que llevo,
No hay amigo que no huya.

LEONIDO.

Felisardo, si has perdido,
Yo no estoy para esos duelos;
Si vienes con mal de celos,
Yo con placer de marido.
Dame licencia, y adios.
¿Serán por dicha las diez?

TANCREDO.

Ni áun las seis.

FELISARDO.

Oye esta vez;
Que nos importa á los dos.

LEONIDO.

¿Cómo?

FELISARDO.

¿Es ese casamiento
Con Dorotea?

LEONIDO.

Pues ¿quién
Puede enriquecer tan bien
Mi esperanza de contento?
Resueltamente la he escrito
Que para mujer la adoro:
Debajo deste decoro
La pretendo y solicito.
A las diez la voy á hablar;
Mi mujer será á las diez.

FELISARDO.

Tanto diez alguna vez
Habrá de salirte azar.
Y pues debo, cuanto á ser
Tu amigo, desengañarte,
Oye; que quiero informarte
Desa tu honrada mujer.

LEONIDO.

¿Qué dices?

FELISARDO.

¿Quién la pasea,
Habrá dos meses?

LEONIDO.

Ricardo,
Rico mancebo y gallardo,
Que como yo la desea.

FELISARDO.

El y sus criados hoy
Salieron públicamente
De su casa.

LEONIDO.

Oye, detente.
¡Confuso en extremo estoy!
Pero no, no puede ser.
En aquel fuerte cerrado,
¡Ricardo ha entrado?

FELISARDO.

Y rondado
Puerta y calle á su placer.

LEONIDO.

¡En aquella torre fuerte,
Con el terrapleno y foso
De su desden vitorioso
Contra el amor y la muerte,
Donde más fuertes que en Flándes,
O cuando á Celanda apliques,
Tiene de dunas y diques
Fortificaciones grandes!
Tiene inclusas contra el mar,
Tiros, ingenios, defensas
Contra amorosas ofensas,
Y fuegos para arrojar,
Cuerpos de guarda del suyo,
Plazas de armas y soldados
Viejos, sin viejo guardados,
Que á más valor lo atribuyo.
En fin, es inexpugnable,
Porque desde el caballero
De su valor verdadero,
No yerra tiro notable.

FELISARDO.

Leonido, esa torre y foso,
Terrapleno, duna y dique,
Ese Ambers, ese Mastrique,
Esa inclusa en mar furioso,
Tiro, ingenios y defensas,
Cuerpo de guarda y soldados,
Plaza de armas, donde armados
Velan los Argos que piensas,
Ese fuerte caballero,
En el suelo ha derribado
Otro caballero, armado
De solamente dinero.
No te canses; que, por Dios,
Que le vi salir de allá.

LEONIDO.

¿Soñástelo?

FELISARDO.

¡Bien está!
El salió, y áun otros dos.

LEONIDO.

Piérdome. ¡Triste de mí!
¡Que era su virtud fingida!
Necesidad atrevida,
¿Qué no podrás!

FELISARDO.

Eso sí.
Di que fué necesidad,
Y no que no puede ser.

LEONIDO.

Tal estoy, que he de saber
Lo que ya sé que es verdad.
Tú mismo, esta noche, quiero
Vengas conmigo á su casa.

FELISARDO.

Pues tú verás si no pasa
Este fuerte aventurero,
Y que me maten á mí,
Si no te quieren vender
Decentada la mujer,
Por pobre.

LEONIDO.

¡Por pobre!

FELISARDO.

Sí.
Compras con necesidad,
Y fiado, que es adonde
Gana el mercader, que esconde
Lo mejor y la verdad.
Abre los ojos de un palmo
Para ver toda la vida;
Que no es el casarse herida
Que se cura con ensalmo.
Infórmate bien primero,
No te engañe el mercader;
Que en mohatra de mujer
Se pierde todo el dinero.

LEONIDO.
Estoy como suele estar
Aquel por quien ha pasado
Hora menguada.

TANCREDO.
Ha menguado
Tu bien.

LEONIDO.
Creció mi pesar.
Ya me espantaba, por Dios,
Que se me rindiese así.
¿Vístele, en fin?

FELISARDO.
Sí, resí:
A Ricardo y otros dos.

LEONIDO.
Por dicha trata casarse.

FELISARDO.
Pues ¡allá dentro con ella!...
No es buen casar de doncella
Entre los novios tratarse.

FELISARDO.
¡Oh, casa sin padre, al fin!
Oh pobre viejo cautivo!

TANCREDO.
Si hemos de ir, ¿qué te apercibo?

LEONIDO.
¿Es Ricardo espadachin?

FELISARDO.
Que ya el tiempo se pasó
De los bravos macabeos...

LEONIDO.
¿Cómo es eso?

FELISARDO.
Y los trofeos
Que al templo con armas dió.

LEONIDO.
¿Es mal nacido Ricardo?

FELISARDO.
Por cierto que te mintieron.
Su abuelo y padre lo fueron;
Que él es un mozo gallardo.
Es confeso y confesado
Por boca de san Benito,
Un santo en la iglesia escrito,
Donde tambien es guardado.

LEONIDO.
¿Qué me cuentas!

FELISARDO.
Lo que es llano.
¡Oh santa y noble pobreza!

LEONIDO.
¡Oh poderosa riqueza,
Que me ganas por la mano!
Y aunque al dolor se atribuya,
Digo que, por tanta gloria,
Trocara mi ejecutoria
Por la rica infamia suya:
No por lo que toca á Dios,
Sino por lo temporal.

FELISARDO.
Si sientes bien, no hables mal.
Bien estais así los dos;
Que por la que un siglo leas
Contra él, fiscal gran sentencia,
Diera el otro con su herencia
Mil cargas de Doroteas.

LEONIDO.
Anda; que aquel no tener
Pienso que es mayor bajeza;
Porque la naturaleza
¿Cómo puede agravio hacer?
Son hidalguías molestas
Cuando no hay plata que sobre;
Que basta una cruz, cuando es pobre,
Dicen que se lleva á cuestas.
Los sacerdotes no pueden
Sin patrimonio ordenarse,
Ni estas armas deben darse
A los que tan pobres queden.

FELISARDO.
No hay mayor caballería
Que portarse un hombre bien.

LEONIDO.
Di que á un hidalgo le dén
Dineros sobre hidalguía.

FELISARDO.
¡El competidor alabas!
¡Bueno estás! Vamos, que es tarde.

LEONIDO.
Dinero, no seas cobarde;
Que cuanto quieres acabas.

(*Vanse.*)

—

Portal de casa de Dorotea.

ESCENA XI.

DOROTEA, RISELA, ISABEL.

RISELA.
¡Que me envíes á llamar
No quieres que estime tanto?

DOROTEA.
¡Tan esquiva soy!

RISELA.
Me espanto
De que me aciertes á hablar...

DOROTEA.
Hazte más cruces. ¡Jesú!
¡Qué de melindres!

RISELA.
Que ya
No pienso que Aurelio está
Tan cautivo como tú.
¿Tienes carta? ¿sabes dél?

DOROTEA.
¡Tan aprisa las querías!
¿Suelen ir en cuatro dias
Cartas de Valencia á Argel?

RISELA.
Es tan amargo su estado
Y tu soledad, que creo
Que las lleva tu deseo,
Y las vuelve su cuidado.
Pues ¿qué es lo que me querías,
Si de mi tio no sabes?

DOROTEA.
Prima, entregarte las llaves
De todas las cosas mias.
Hoy es el dia que el cielo
Remedia mi soledad.

RISELA.
Ya lo adivino en verdad,
Si tiene tu igual el suelo.

DOROTEA.
Oye, si lo has entendido,
Que dos casamientos son.

RISELA.
Ya pido difinicion.

DOROTEA.
Y yo consejo te pido.
Hidalgo y pobre es el uno:
No há una hora que me informé.

RISELA.
¿Tiene buen talle?

DOROTEA.
No sé;
Que no he mirado á ninguno.

RISELA.
¿Quién podrá mejor juzgar
Que tú, si estás sin pasion?
Vaya la difinicion
Del que debes de estimar.
Hásme la capa arrojado
Dese pobre por cegarme:
¡Bravo golpe quieres darme!

DOROTEA.
Grande, pero no pesado.
Es un rico mal nacido
El otro que me pretende.

RISELA.
Uno es tesoro de duende,
Y otro labrador vestido.
Si rica fueras, sospecho
Que supiera aconsejarte;
Pero pobre, á un pobre darte
Es darte honor sin provecho.
Pues darte el rico, en ofensa
De tu sangre y calidad,
La misma necesidad
Se levanta á la defensa.
Letrados has menester
Que digan lo que te cuadre;
Aunque mejor que tu padre
Ninguno lo puede ser.
Escríbele lo que pasa.

DOROTEA.
Y entre tanto ¿no podria
Mudarse la fantasía
O el amor desta á otra casa?

RISELA.
No hayas miedo; que eres tal
Y de tal fama en Valencia,
Que áun no pudiera el ausencia
Engendrar mudanza igual.
Sábelos entretener,
Míralos, habla, regala,
Todo aquesto con la gala
Que tú lo sabes hacer;
Que un amante entretenido
Tras la esperanza se va,
Como el pez que asido está
Rio abajo y siempre asido.

DOROTEA.
Esta noche has de quedarte
Conmigo á cierto suceso.

RISELA.
Esta y muchas; que por eso
Me das de tus cosas parte.

DOROTEA.
Entra, y vamos al balcon;
Que hay cierta sombra en la calle.

RISELA.
No parece de mal talle.

ISABEL.
Leonido y Tancredo son.

(*Entranse.*)

—

Calle.

ESCENA XII.

LEONIDO, FELISARDO Y TANCREDO, *de noche, bien puestos de armas y galas.*

LEONIDO.
¿Estaban en el portal?

FELISARDO.
Así me lo pareció;
Que pudiera llegar yo
Y hablarla desde el umbral.
Pero guardad esta esquina,
Miéntras por la llave miro.

TANCREDO.
Mete por ella un suspiro
Que la despierte.

ESCENA XIII.

RICARDO, JULIO Y CELIO, *de noche, bien puestos.*—DICHOS.

RICARDO.

Camina,
Y llega sin alboroto.

JULIO.

Tomada la calle está,
Y en el locutorio ya
Cierto cofrade devoto.

RICARDO.

¡Válgame Dios! Tal mujer,
Y ¡habla de noche! Mirad
Si es la puerta.

CELIO.

¿Qué?

RICARDO.

Llegad.

CELIO.

Y eso ¿es tan fácil de hacer?

RICARDO.

Y ¿es hazaña muy distinta
Del valor de un hombre honrado?

CELIO.

Tú ¿no ves que me han parado
Un hombre, y dos á la pinta?

RICARDO.

¿No estamos tres?

CELIO.

¡Gran tropel!

JULIO.

Oye, hasta ver lo que pasa.

CELIO.

De ser la casa, es la casa;
Mas no le ha venido el niel.

FELISARDO.

Ce, Leonido.

LEONIDO.

¿Qué hay?

FELISARDO.

Tres hombres.

LEONIDO.

Ricardo debe de ser.

FELISARDO.

Cúbrete bien, hasta ver
Ó sus señas ó sus nombres.

ESCENA XIV.

DOROTEA, RISELA É ISABEL, *á una ventana.*—LEONIDO, FELISARDO, TANCREDO, RICARDO, JULIO Y CELIO, *en la calle, tres en un lado y tres en otro.*

LEONIDO. (*Ap. á los que están con él.*)
Ya se ha puesto á la ventana.

TANCREDO.

Alquilada puede ser,
Si el torneo sale á ver.

LEONIDO.

Pues que le abra, cosa es llana.

DOROTEA. (*A su prima.*)
No es posible, que es Leonido,
Ni tanta gente trujera.

LEONIDO. (*A Dorotea.*)
Leonido, Señora, espera
El sí de ser tu marido.

DOROTEA.

¿Cómo podrémos hablar
Con la gente que traeis,
Miéntras que no la aparteis?

LEONIDO. (*Ap. á Felisardo.*)
Estos me manda apartar.

FELISARDO.

¿Piensa que vienen contigo?

LEONIDO.

¿No lo ves?

FELISARDO.

Pues no sé yo
Cómo ha de ser.

LEONIDO.

¿Cómo no!—
¡Ah hidalgos!

RICARDO.

¿Quién es?

LEONIDO.

Amigo.

RICARDO.

Diga adelante.

LEONIDO.

Querria
En esta ventana hablar.

RICARDO.

Eso ¿qué puede estorbar
Lo que pretendo en la mia?

LEONIDO.

¿Cuál es?

RICARDO.

Esta de aquí enfrente.

LEONIDO. (*A Dorotea.*)
Señora, por vuestro honor
Pierdo aquí de mi valor,
Y nos escucha esta gente.
Lo que hablamos es honrado,
Y ellos están divertidos;
Cuando llegue á sus oidos,
No os puede causar cuidado.
¿Qué respondeis? que ya espero.

DOROTEA.

Que esta tarde ¡oh invencion!
Entró buscando un halcon
En mi casa un caballero...
Finalmente, me pidió
Que me casase con él;
Que haciendo el halcon papel,
Lo que escribistes me habló.
De los dos me informé luego,
Cuyas partes desiguales
Son tales y no son tales:
Yo ni concedo ni niego.
Mañana á mi padre escribo,
Y desto cuenta le doy:
De quien él me diere soy
Cautiva, como él cautivo.
Si hasta venir la respuesta
Os diere gusto esperar,
Si lo que se ha de estimar
Es por lo mismo que cuesta,
Aquí estoy la misma yo.

LEONIDO.

¿Qué le escribis que tenemos?
Que no quepa en dos extremos
Vuestra virtud?

DOROTEA.

Eso no.
No me mandeis que os lo diga.
Sólo os suplico que os vais,
Y que escándalo no hagais
Que mi opinion contradiga;
Que esta noche sólo os digo
Que inclinacion me debeis.

LEONIDO.

Razon, Señora, teneis;
Ni os culpo ni os contradigo.
Esperaré que de Argel
Y de la remota China,
De la Libia que camina
El Troglodita cruel,
Venga mi bien ó mi mal,
No años de esos temores,
Pero mil siglos mayores
Que el tiempo, y tiempo inmortal.
Sólo os pido que seais
Piadosa de vuestra vista.

DOROTEA.

Quien tan humilde conquista,
Lo merece. En fin ¿os vais?

LEONIDO.

Ya me voy. ¿No me avisais?
(*Ap.* ¡Que aqueste se quede aquí?)
(*Vanse Leonido, Felisardo y Tancredo mirando á lo valiente á los otros tres.*)

ESCENA XV.

DOROTEA Y RISELA, *en la ventana;* RICARDO, JULIO Y CELIO, *en la calle.*

RISELA.

¿Fuése ya el hidalgo?

DOROTEA.

Sí.

RISELA.

Vamos.

RICARDO.

Paso, no os entreis.

DOROTEA.

¿Quién es?

RICARDO.

Aquel cazador
Que tuvo tan mala traza,
Que le ha espantado la caza
El otro competidor.
Ya sé lo que pasa todo.

DOROTEA.

Yo os lo dijera, á ignorallo.

RICARDO.

Si ese es vuestro gusto, callo.

DOROTEA.

No supe hallar otro modo.
Si os está bien esperar,
Aquel cautivo es mi dueño.

RICARDO.

Mi bien se convierte en sueño,
Y más pasando la mar;
Pero si escribis quien soy,
Seguro estoy que me elija.

DOROTEA.

Ansí no es bien que os aflija
La resolucion que os doy;
Y más, que la adelantais,
Pues el término corria.

RICARDO.

Tardábase mucho el dia.

DOROTEA.

Yo me entro.

RICARDO.

En efeto ¿os vais?
Dadme, Señora, un favor,
Con que aquesta noche duerma
Un alma de amor enferma.

RISELA.

No duerma quien tiene amor.

DOROTEA.

A no estar mi prima aquí,
Creo que esta cinta os diera.

RICARDO.

¡Prima del cielo! oye, espera.
Prima, duélete de mí.

RISELA.

Dásela, acaba.

DOROTEA.

Tomad,
Y agradecédselo á ella. (*Éntrase.*)

RICARDO.

¡Oh prima hermosa y más bella
Que fué la misma beldad!
¡Oh prima, neblí! ¡Oh mi prima
De la vihuela de Apolo!
(*Éntrase Risela.*)

ESCENA XVI.

LEONIDO.—RICARDO, JULIO, CELIO.

LEONIDO. (*Ap.*)

Al puesto me vuelvo solo:
Tanto el amor me lastima
Acompañado de celos.

RICARDO.

¿Quién va?

LEONIDO.

Un hombre.

RICARDO.

Pase pues.

JULIO. (*Ap. á Ricardo.*)

Este es uno de los tres.

RICARDO.

¡Muera, y mueran mis recelos!
(*Riñen.*)

LEONIDO.

¡Oh perros! Todos á uno,
Y denantes tan cobardes!

CELIO.

Dale por detras, no aguardes.

LEONIDO.

¡Ay!

JULIO.

Huye.

LEONIDO.

Espéreme alguno.
(*Vánse Ricardo y los suyos.*)

ESCENA XVII.

TANCREDO Y FELISARDO, *metiendo mano.*—LEONIDO.

FELISARDO.

¿Eres tú?

LEONIDO.

Yo soy, y herido.

TANCREDO.

¿Dónde?

LEONIDO.

Por detrás me han dado.
Seguillos es excusado.

FELISARDO.

¡Cómo no! ¿Por dónde han ido?

LEONIDO.

¡Ah vil Ricardo! no esperes,
Ni tu infame espada aguarde;
Que en sólo verte cobarde,
He conocido quién eres.

ACTO SEGUNDO.

Sala del palacio del Rey de Argel.

ESCENA PRIMERA.

AURELIO.

¡Oh libertad preciosa,
Que el oro de la tierra
Es precio vil para poder comprarte!
¡Oh virtud generosa,
Descanso de la guerra,
Que á la naturaleza ha dado el arte!
¡Oh siempre en toda parte
Diosa adorada y santa,
A la salud querida
Igual y parecida,
Pues cuando falta la que hace es tanta,
Que vuelve á un hombro loco,
Y cuando sobra más se tiene en poco!
¿Qué mucho que llorara,
Atado á un palo infame,
Creso que tuvo tanta copia de oro,
O que con triste cara
(Que ansi es bien que se llame)
Bayaceto infamara su tesoro,
Si á quien el turco y moro
Por señor adoraba,
Y el más feroz cristiano
Temblaba de su mano,
En una jaula de madera estaba,
De donde cada dia
En su caballo un bárbaro subia?
Lloró el frances soberbio
Que el águila de España
Se le trujo en las uñas en Pavía;
Que el más precioso nervio,
Que del reino acompaña
El cuerpo y toda humana monarquía,
Es libertad, que cria
La paz, letras y leyes.
Un pájaro la llora
De la noche al aurora,
Los animales, cuanto más los reyes;
Y el pez más pequeñuelo,
Mientras vive en la red se queja al cielo.
Por libertad dejaban
Los reyes sus imperios,
Los sabios sus haciendas y regalos;
Que, en efeto, llamaban
Del alma cautiverios
Las cortes en quien viven tantos malos.
Pues ¿qué si tantos palos,
Si tanta sed y hambre,
Si tantos bofetones,
Si tan feas razones
Con que se acorta la vital estambre,
En un Argel sufrieran,
¿Qué hicieran? qué dijeran? qué sintieran?
Si calabozos, baños,
Mazmorras y sagenas
Vieran en Susa, Tripol y Biserta,
Hierros, prisiones, daños,
No hicieran de sus penas
Comparacion con nuestra vida muerta,
Cama y comida incierta,
El vestido un jaleco,
El trabajo en la tierra,
Un hacha, un remo en guerra,
El agua hedionda, el pan bizcocho y seco;
Y áun esto poco fuera,
Si otras memorias de dolor no hubiera.
¡Ay, carta mia! ¡ay, carta
De mi querida hija!
¡Ay si estuviera yo de donde vienes!
Pártase el alma, parta,
Y el deseo la rija,
A ver en tantos males tantos bienes!
No hay letra en cuantas tienes,
Que al alma no le cueste
Mil suspiros bañados
En llanto y mil cuidados.
¿Cuál será el daño, si el descanso es este?
¡Ay dulce y cara España!
¡Ay mar de Argel que á mi Valencia baña!

ESCENA II.

AUDALLA.—AURELIO

AUDALLA.

Aurelio...

AURELIO.

Mi buen señor...

AUDALLA.

¿Qué lloras?

AURELIO.

Mi libertad:
No porque siento el rigor
De aquesta cautividad
Con tu presencia y favor;
Pero al fin aquella prenda
No es mucho que el hielo encienda
De la nieve destas canas
En las playas africanas,
A quien su llanto encomienda.

AUDALLA.

Aurelio, haberte estimado
Para mi amigo y gobierno
La libertad te ha quitado,
Cuando más piadoso y tierno
Me ha tenido tu cuidado.
¿Cómo te puedo dejar,
Si apénas sé gobernar
Mi familia sin tu acuerdo?

AURELIO.

¿De suerte, Señor, que pierdo
Por lo que vengo á ganar!
No hay desdicha cual la mia,
Pues me quita mi remedio
Lo que darmele podria,
Haciendo otro mar en medio
De Valencia y Berbería.
Afligios, tristes canas,
Volad, esperanzas vanas,
Y decilde á Dorotea
Que no os acoja ni crea
Por pesadas y livianas.

AUDALLA.

Si Dorotea te aflige
(Quiero decir, no tenella),
Siendo el alma que te rige,
Envía, Aurelio, por ella,
Como otras veces te dije.
Muestra esa mano, esta toma;
Que ¡por Alá y por Mahoma
De casalla con Zulema
Mi hijo!

AURELIO.

¡Graciosa tema!

AUDALLA.

Deja ese alfaquí de Roma
Con todos sus embarazos,
Venga Dorotea á Argel,
Goce Zulema sus brazos.

AURELIO.

Otro mayor habla en él,
Que es el que pone estos lazos.
No es sólo el mal del cautivo
El estar sin libertad;
Si ese favor no recibo,
Es por la dificultad
De la ley santa en que vivo.
Venir aquí Dorotea
Es imposible.

AUDALLA.

No sea.

Sigue tu ley y tu Dios;
Que él sabe cuál de las dos
Es más razon que se crea.

AURELIO.

Pues hablas de casamiento,
Como á Señor quiero darte
Parte del que ahora intento,
Y como á viejo informarte
De todo mi pensamiento;
Que he menester tu consejo.

AUDALLA.

Como amigo y como á viejo,
Pedirle, Aurelio, podrás;
Que el que mira juega más,
Y vése el hombre en su espejo.

AURELIO.

En Valencia á Dorotea
Dos casamientos le salen,
Que cada cual la desea.
Lo que son y lo que valen
Aquí está.

AUDALLA.

¿Quieres que lea?

AURELIO.

Sí, pues lo sabes tan bien.

AUDALLA.

Siempre al Rey parece bien
Saber las lenguas que trata.
En fin, ¿casarse dilata
Hasta que sepa con quién?

AURELIO.

Pide consejo y licencia.

AUDALLA.

Bien hace, porque tu ausencia
Mejor pasára casada.
¿Es su letra?

AURELIO.

Sí.

AUDALLA.

¡Extremada!
La fecha dice: «En Valencia.»
Los cristianos escribís
Al reves del moro: en todo
De nuestra ley diferís.

AURELIO. (*Ap.*)

El vuestro es bárbaro modo;
Pero tal como vivís.

AUDALLA.

¿Por qué arriba poneis cruz?

AURELIO.

Porque para todo es luz,
Que alumbra al hombre más ciego.

AUDALLA.

Y ¿quién te trujo este pliego?

AURELIO.

Un mercader andaluz.
(*Lee.*) «Cuidados de tu remedio,
»Padre, otras veces te escribo;
»Pero esta vez solamente
»De los que importan al mio
»Doyte cuenta como á padre
»Y consejo y licencia pido
»Para casarme, cansada
»De aguardar tantos peligros;
»Que mejor que tú podrá
»Guardar mi honor mi marido,
»Estando libre en Valencia,
»Que no tú en Argel cautivo.
»Dos á un tiempo se me ofrecen,
»No buscados ni adquiridos
»En las ventanas las noches,
»Ni en la iglesia los domingos;
»No con galas, que no tengo,
»Ni con requiebros que digo,
»Ni con visitas que hago,
»Ni con billetes que escribo;
»Porque mejor las doncellas
»Hallan remedio y maridos
»Encerradas en su casa,
»Entre la labor y el libro.
»Las señas dellos son estas;
»El alma y cuerpo les pinto,
»Respondiendo como Apéles
»Lo que en el convite dijo.
»Es el uno hidalgo y pobre,
»De sus cuatro abuelos limpio,
»Y tanto que lo es tambien
»De entendimiento y vestido.
»Es galan por todo extremo,
»Es bien hablado y bien quisto;
»Que se conocen los hombres
»A veces por los amigos.
»Ha estudiado en su niñez,
»De que sabe unos principios;
»Que el hombre que no los tiene,
»No puede ser entendido.
»Nunca le he visto á caballo,
»Por dos cosas que me han dicho,
»Y son porque no le tiene,
»Y por no perder el juicio.
»No juega, porque no sabe,
»Que no por pobre; que he visto
»Mil que son pobres y juegan
»Mas que los que son mas ricos.
»No se acompaña de mozos
»Valientes ni distraidos;
»Que amigos de poco seso
»Destruyen á los amigos.
»El otro es rico y mancebo,
»Heredado y mal nacido,
»Cofrade de san Andrés,
»Devoto de san Benito.
»Es gallardo, humilde, alegre,
»Galan, vistoso, pulido,
»Hombre de á caballo airoso,
»Y de á pié de gentil brio;
»Liberal con los extraños,
»Y con los propios propicio,
»Gran justador, y que armado
»Parece un César invicto.
»Deséanle muchos nobles,
»Y que es la causa averiguo
»Desear lo que no tienen,
»Y dar descanso á sus hijos.
»Este mozo es hombre cuerdo,
»Y aunque en la sangre ofendido,
»De Adan decendemos todos:
»Mírale con los oidos.
»Ahora de aquestos dos
»Escoge y piensa el más digno
»Que pueda darme hijos pobres,
»O que te dé nietos ricos.
»En Valencia, diez de Marzo,
»Año de sesenta y cinco
»Sobre los mil y quinientos
»Del nacimiento de Cristo.»

AUDALLA.

Ahora envidio más lo que deseas.

AURELIO.

No es necia.

AUDALLA.

Es una Safo, una Sibila.

AURELIO. [quieres

¿Qué me aconsejas? ¿Cuál de aquestos
Que le escriba que elija por marido?

AUDALLA.

Oye lo que no entiendo de la carta,
Y luego te diré lo que te importa.
Lo que toca al principio está bien dicho,
En razon de ser justo el casamiento;
Que una doncella, Aurelio, hermosa y
[pobre,
Con padre ausente, mal podrá guar-
[darse.
La descripcion me agrada de los novios,
Y aunque consejo pide, te aconseja. [1]
. . . .

AURELIO. [ma,

Cuando, por quebrantar la ley que to-
Moro, gentil, hebreo ú otro alguno,
La Inquisicion de España le castiga,
Y al cristiano tambien si da en hereje,
Échanle al cuello un hábito que tiene
Las armas de un discípulo de Cristo,
Que son un aspa, cruz en que fué muer-
[to:
Este es aquel Andrés que allí refiere.
El hábito tambien tiene aquel nombre
Del otro santo: la razon es larga,
Y atribúyenla muchos á costumbre.

AUDALLA.

Ya lo entiendo; mas di: ¿qué significa
Decirte, cuando habla del segundo,
Que le puedes mirar con los oidos?
Los oidos no miran, sino escuchan.

AURELIO.

Como ese es rico y mal nacido, dice
Que escuche su dinero, y que á su san-
[gre
Cierre los ojos. Tú ¿qué me aconsejas?

AUDALLA.

Si lo has de hacer, diréto; si no, Aurelio,
La autoridad de Rey, Señor y viejo,
No la estimes en poco.

AURELIO.

Rey invicto. [ritos
A quien el Gran Señor por tantos mé-
Te dió en gobierno á Argel, por ellos
[te juro
De tomar el consejo que me dieres,
Y hacer que Dorotea le ejecute.

AUDALLA.

Pues mira, dala al pobre bien nacido,
Que te ha de dar, Aurelio, honrados
[nietos;
Que al fin cuando morimos todo sobra,
Y nadie lleva mas de la mortaja.
Es la nobleza un sol de las costumbres,
Es honra de la vida, gloria y crédito,
Es santa inclinacion, es puerto y norte
Del bien obrar, es condicion legítima.
El mal nacido finge las costumbres;
En el hidalgo viven naturales.
No vendas por dinero á Dorotea;
Que es infamia y deshonra de los padres,
Y nunca de dos sangres diferentes
Genízaro se vió ménos que bárbaro.

AURELIO.

Aconsejado me has como filósofo.

AUDALLA.

¿Piensas tú que ignoramos la política,
Y que no hay en arábigo Aristóteles?
Por materia de estado te aconsejo,
Y por el Dios que adoro te conjuro,
Como Señor te mando, y como amigo
Te ruego que la dés á ese hombre hi-
[dalgo.

AURELIO.

Tú ¿no ves que mi hija es pobre?

AUDALLA.

Basta
Que tenga compañía que la honre.

AURELIO.

No hay honra allá en España sin dineros.

AUDALLA.

No es posible que allá sean tan bárbaros.

AURELIO. [deudas.

Quien tiene tiene deudos, quien no,

[1] Aquí han de faltar unos versos en los cuales diria Audalla qué era lo que no entendia de la carta de Dorotea.

AUDALLA.
Quien no tiene nobleza vive esclavo.
Y cuando alcanza estima es á su costa,
Y no le honran á él, sino al dinero.

AURELIO.
El virtuoso es noble entre cristianos.

AUDALLA.
Y entre moros tambien es santo y noble.

AURELIO.
Mil Reyes comenzaron por esclavos,
Y esclavos han venido á ser mil Reyes.
De un hombre hemos nacido.

AUDALLA.
Ya lo entiendo;
Pero de tres que el mundo dividieron,
Dios bendijo los dos, maldijo el uno.

AURELIO.
¿Con la Escritura acotas?

AUDALLA.
Luego ¿dudas
Que no la lee el moro?

AURELIO.
Si la sabes,
Mira el valor de los hebreos, mira
El libro de los Reyes y Júeces.

AUDALLA. [sen,
Antes que á vuestro Cristo maltrata-
Tuvieron gran valor; mas mira ahora
Que son esclavos del cristiano y turco.

AURELIO.
Luego ¿conoces el valor de Cristo?

AUDALLA.
Y le adoro tambien como á profeta,
Y á su Madre Santísima; que el moro
Confiesa en vuestra fe muchos articu-
[los.
Mas dejemos la ley (que no consiente
Disputa la que yo profeso, Aurelio),
Y por las de nobleza te aconsejo
Dés tu hija al pobre.

AURELIO.
Ansi lo haré sin duda,
Por no degenerar de mis abuelos.

AUDALLA. [cribas,
Dile que el Rey de Argel, cuando le es-
Te dió el consejo, porque bien te quie-
Que si viviera ahora aquella hija [re;
Que tantas veces he llorado en vano,
Y entiendo que en España está cautiva,
La diera á un pobre noble y bien nacido,
Y no á un rico villano; y porque creas
Que la nobleza viene á casos prósperos,
Mira que yo nací pobre en extremo,
Y que en mis mocedades fui soldado:
Serví en Persia á Selin, hízome alférez,
Fuí Azapo y Belerbei, que es hombre
[de armas,
Y últimamente á Argel por Rey me en-

AURELIO. [via.
¿Al pobre al fin me mandas que la en-

AUDALLA. [tregue?
Y te quiero notar la misma carta.

AURELIO.
Beso tus piés.

AUDALLA.
Bien puedes; que un consejo
En más se ha de estimar que mil mer-

AURELIO. [cedes.
Hoy va nave á Valencia.

AUDALLA.
Enviarla puedes.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Dorotea en Valencia.

ESCENA III.

DOROTEA, ISABEL.

DOROTEA.
¿Que ya está convalecido
De la herida aquel galan?

ISABEL.
Todos, Señora, le dan
Parabienes á Leonido.

DOROTEA.
¿No se sabe quién le hirió?

ISABEL.
No lo ha querido decir.

DOROTEA.
Sin duda debió de huir;
Que en las espaldas le dió.

ISABEL.
Antes dicen que eran tres,
Y uno le dió por detras,
Y esto se presume más,
Porque es honrado.

DOROTEA.
Si es,
Dejarse un hombre matar
Es lo más que puede ser;
Pero la espalda volver
No se puede disculpar.

ISABEL.
A bellacos en cuadrilla
Huir la cara ¿es deshonra?

DOROTEA.
En hombre que tiene honra
No es infamia, es maravilla.

ISABEL.
¿No es mejor jugar los piés
Donde no valen las manos,
Y conocer los villanos
Para buscarlos despues?
Hombre verás que en cuadrilla
Muy armado y fanfarron,
A media noche es leon,
Y á cuanto encuentra acuchilla;
Pero cógele apartado,
Y verásle sin consejo
Más humilde que un conejo,
Y más que una liebre helado.

DOROTEA.
Yo entiendo poco del duelo,
Ni obligaciones de Malta;
Pero no cayera en falta,
Si hombre me volviera el cielo.
De noche solo anduviera;
Si cuadrilla me afrentara,
No conocido, callara,
Y conocido, riñera.
A bellacos fanfarrones
Dejara desvanecer;
Mas despues habia de ver
Las obras y las razones.
Sufrir de noche cuadrilla
Muy de cuerdos dicen que es:
Con dos riñera; que á tres
Fuera tomando la orilla;
Que quien, cuando muchos son,
Entra en medio y se aventura,
Es mártir de su locura
Y hereje de su opinion.

ISABEL.
Divinamente está dicho.
¡Qué varonil presupuesto!
Tuvo Leonido sobre esto
Desesperado capricho.
Riñó solo, y si no fuera
En Valencia, que es hoy dia
Reina de la cirugía,
En su tierna edad muriera.

DOROTEA.
Ya no hubiera que escoger.
Sólo Ricardo quedara.

ISABEL.
En extremo me pesara,
Y que fueras su mujer;
Que no sé qué se murmura
De su herida.

DOROTEA.
Yo muy tarde
La supe.

ISABEL.
Ansi Dios te guarde,
Que tu deshonra procura.

DOROTEA.
No lo creas; mas no puedo,
Pues ya á mi padre escribí,
Dar sin su licencia el sí.

ESCENA IV.

TANCREDO. — DOROTEA, ISABEL

ISABEL.
¿Quién es?

TANCREDO.
Tu esclavo Tancredo.

DOROTEA.
Tancredo, ¿qué hay de Leonido?

TANCREDO.
Que ha visto el rostro á la muerte;
Mas, gracias á Dios, que á verte
Viene ya convalecido.
Licencia pide: ¿entrará?

DOROTEA.
Allega una silla aquí.

TANCREDO.
Con *silla* dijiste *sí*,
Y el eco ha sonado allá.
Él entra: trátale bien;
Que ha menester tu regalo.

ESCENA V.

LEONIDO, *de color, con una banda á lo convaleciente.*— DICHOS.

LEONIDO.
¡Tanto mal, Señora, á un malo!
¿Tanto descuido y desden,
Tanta falta de memoria,
Tanta esquividad y olvido!—
¿Posible es que os he reñido
En dia de tanta gloria?
Perdonad mi atrevimiento;
Que en esto á un niño me igualo,
Pues me enternezco y regalo
Cuando más el vuestro siento:
Y siéntome aquí; que estoy
Más flaco de haberos visto,
Que no del mal que resisto,
Bien habrá tres meses, hoy.
¿Cómo estais?

DOROTEA.
Muy deseosa
De vuestra salud y vista.

LEONIDO.
Yo del fin desta conquista
Tan heróica y peligrosa;
Que es un gran competidor
La riqueza de Ricardo,
Y que ha de tener aguardo
De Argel sentencia en favor.
Si vuestro padre viviera
En Valencia, libre y rico,
La vitoria que le aplico

Más de mi parte estuviera;
Mas cautivo y pobre, creo
Que le ha de cegar el oro.

DOROTEA.

No estraga el noble decoro
El estado en que le veo;
Y si es discreto, creed
Que hará la eleccion de vos.

LEONIDO.

A ninguno de los dos
Entiendo que haceis merced:
¡Tan esquiva os hizo el cielo,
Ó á lo ménos tal cordura
Ha puesto en vuestra hermosura,
Y en vuestro amor tanto hielo!

DOROTEA.

Isabel...

ISABEL.

Señora...

DOROTEA. (*Ap. á ella.*)

Escucha;
Jamás he visto á Leonido
De tan buen talle. ¿Qué ha sido?
¿No tengo razon?

ISABEL.

Y mucha.
Habrále purificado
El crisol de aquesta herida.

DOROTEA.

Aquella sangre encendida
La del corazon me ha helado.

ISABEL.

¿Que te ha parecido bien?

DOROTEA.

En extremo.

ISABEL.

Amor se entabla.
Ha regalado la habla
Con la enfermedad tambien.
Toda mujer es piadosa;
Por lo tierno te ha cogido.

LEONIDO.

Tancredo...

TANCREDO.

Señor...

LEONIDO. (*Ap. á Tancredo.*)

¿Qué ha sido
Estar mi bien tan hermosa?

TANCREDO.

La privacion destos dias;
Que deseado el amor
Parece al gusto mejor.

ESCENA VI.

RICARDO, CELIO.— DOROTEA, ISABEL, TANCREDO.

RICARDO. (*Dentro.*)

Entra ó llama.

CELIO. (*Dentro.*)

¿Entrar porfías!

(*Salen Ricardo, Celio y Julio.*)

RICARDO.

Perdonad, que sin licencia
(Que aquí no pensaba hallaros)
He osado entrar.

DOROTEA.

Perdonaros,
Si no es razon, es paciencia.
Tomad, Señor, esta silla.

RICARDO.

Vos seais bien levantado;
Que á todos nos ha pesado
Vuestro mal.

LEONIDO.

No es maravilla.

(*Tuércese Leonido.*)

RICARDO.

¿Teneis ya salud?

LEONIDO.

Sí tengo,
A pesar de quien le pesa.

RICARDO.

Razon equívoca es esa.

LEONIDO.

Ya con muchas bocas vengo,
Y áun se mueren en los labios
Razones más atrevidas,
Porque suelen las heridas
Ser bocas de los agravios.

RICARDO.

¿Con quién hablais?

LEONIDO.

Con aquel
Que las espaldas me hirió,
Cuando las suyas mostró
A los que fueron tras él.

RICARDO.

¿Vos, Señora, cómo estáis?

DOROTEA.

A vuestro servicio, buena.

RICARDO.

Parece que alguna pena
De haberme visto mostrais.

DOROTEA.

¿Venis vos tambien herido?

RICARDO.

De vuestra mano, Señora.

DOROTEA.

Que la que yo tengo ahora
No es vuestra; que es de Leonido.

RICARDO.

¡Pluguiera á Dios me la diera
Otro enemigo aquel dia!

LEONIDO.

No fuera como la mia;
Pero en las espaldas fuera.

RICARDO.

¿Qué hay de Argel? ¿No han respondido?

DOROTEA.

Por horas respuesta aguardo.

ISABEL. (*Ap. á su ama.*)

Temeroso está Ricardo.

DOROTEA.

Y despechado Leonido.
Quiérole favorecer;
Que sin duda este le hirió.

ISABEL.

No lo hagas...

DOROTEA.

¿Cómo no?

ISABEL.

Si no has de ser su mujer.

DOROTEA.

Leonido, digo...

ISABEL. (*Ap. á su ama.*)

Eso sí;
Que lo seas ó no seas.

DOROTEA.

(*Ap. á Isabel.* De hoy más es bien que [lo creas,
Que el alma lo dice ansí.)
Leonido, ¿cómo callais?

LEONIDO.

Por no decir lo que siento.

DOROTEA.

¿Hay sangre en la herida?

LEONIDO.

A tiento
La verdad adivinais.

DOROTEA.

Reñir con tres es valor,
Pero valor muy costoso.
¿Qué hay del brazo?

RICARDO. (*Ap.*)

¡Oh venturoso
Herido, y sano amador!

LEONIDO.

Bueno está; que aquesta banda
Es de la espada disculpa.

DOROTEA.

No tiene la espada culpa,
Que tal corazon la manda.

RICARDO.

(*Ap.* ¡Ay de mí!) Celio... (*Ap. á él.*)

CELIO.

Señor...

RICARDO.

Dame otra herida.

CELIO.

¿A qué efeto?

RICARDO.

A efeto que te prometo
Que la trueque á tal favor.

DOROTEA.

Dadme esa banda, Leonido,
Si no la habeis menester.

LEONIDO.

¿Es querer favorecer
Mi herida?

RICARDO. (*Ap.*)

¡Dichoso herido!

DOROTEA.

Ponérmela quiero al cuello.

LEONIDO.

Habia de ser de diamantes.

RICARDO.

(*Ap.* ¿Hay requiebros semejantes?
Ahogarme puede un cabello.)
¡Qué bien la banda os está!
¿Quereis que aquí la rifemos?

DOROTEA.

¡Jesus!

RICARDO.

¿De qué haceis extremos?

DOROTEA.

No es juego, veras son ya.

RICARDO.

Feriádmela.

DOROTEA.

¡Linda cosa!

RICARDO.

Collar y cintura bella
De diamantes, doy por ella.

LEONIDO.

¡Qué necedad tan donosa!
Como el vender y comprar
Fué en vuestra casa primero
Que el blason de caballero,
No lo podeis olvidar.
Esa banda en mi poder
Poco valor atesora;
Pero el pecho en que está ahora
No es tienda para vender;
Y si yo tuviera espada,
Allá afuera ser pudiera
Que las espaldas os viera,
Como vos mi cara honrada;
Que entónces, con más recelo
Que dueña de toca y faldas,
Me sajastes las espaldas,
Oficio de vuestro abuelo.

Aquella herida, aunque brava,
No fué herir ni fué blason,
Sino hurtar sangre á traicion,
Para honrar la que os faltaba.
Heridas con tal violencia
Daldas en buen hora, daldas;
Que heridas por las espaldas
Es como hablar en ausencia.
Y este agravio pensar puedo
Que fué de otras manos hecho;
Que áun por la espalda, sospecho
Que me tuviérades miedo.

RICARDO.

Que hableis ó no sin espada,
A un mismo fin se endereza;
Que en efeto la pobreza
Fué siempre desvergonzada.
Que hidalgo seais no sé;
Pero cuando lo seais,
Ni con hablar lo mostrais,
Ni en vuestro talle se ve.
¿Son las cartas de nobleza
De solar y hechos notorios
Libelos infamatorios
Contra la naturaleza?
Al que es vil ¿recibe el cielo
Descargo de que es hidalgo?
¿Estima la muerte en algo
Al más hidalgo del suelo?
Son las hojas de que fundo
La más noble ejecutoria,
Cédulas de vanagloria
Que da firmadas el mundo.
Yo soy de mis obras hijo;
Mis padres fueron honrados,
Tengo amigos y criados,
De quien me acompaño y rijo.
Si la noche que os hirieron
Las espaldas les mostrais,
En la cara que les dais,
En esa la herida os dieron.
¡Gran blason de marquesotes
El decir que fué sajía!
Si en espalda no hay sangría,
Debieron de ser azotes.
Pero tan hinchado os siento
De hidalgo hasta en el decir,
Que no os debió de salir
Sangre entónces, sino viento.
Vuestras palabras lo son,
Y el no os haber castigado
Es que la casa he mirado,
Y á mi propia obligacion;
Pero acá afuera os aguardo,
Y veréis si tengo miedo.

LEONIDO.

Dame esa espada, Tancredo.

DOROTEA.

¡Leonido! ¡Señor Ricardo!
Pues ¿cómo aquí?...

RICARDO.

Afrenta mia
Es matarte, desdichado.

LEONIDO.

Sí; que no está un afrentado
Sin afrenta ningun dia.

RICARDO.

¡Matalde!

LEONIDO.

¡Fuera!

DOROTEA.

Detente.
¡En mi casa esta deshonra!

RICARDO.

Por la opinion de tu honra,
Vive aqueste injustamente.
Sal acá fuera, arrogante.

LEONIDO.

Espérame, mal nacido.

RICARDO.

Mientes.

LEONIDO.

Ya estás desmentido;
Pero recibe este guante.

RICARDO.

Criados, vamos con él,
Si acaban de predicar;
Que me le debe de dar
Para que pida por él.
(*Toma el guante, vase, y síguenle Celio y Julio.*)

ESCENA VII.

DOROTEA, LEONIDO, ISABEL, TANCREDO.

DOROTEA.

¡Esto, Leonido, os debia
Mi amor y mi buen deseo!

LEONIDO.

Ahora mi culpa veo.
Perdonad, señora mia;
Que el primero movimiento
No se puede resistir.

DOROTEA.

Ni de los dos concluir
El tratado casamiento.

ESCENA VIII.

FELISARDO.—DICHOS.

FELISARDO.

¿Hay alguna novedad?

LEONIDO.

¡Siempre á buen tiempo te ofreces!
Como Santelmo apareces
Despues de la tempestad.

FELISARDO.

¿Salió Ricardo de aquí?

LEONIDO.

¿Va muy furioso?

FELISARDO.

Jurando
Que ha de matar...

LEONIDO.

¿Dice cuándo?

FELISARDO.

Quién y cuándo no entendí.

DOROTEA.

Han hecho estos caballeros
En mi casa esta locura,
Con mucha descompostura,
Malas palabras y fieros.

FELISARDO.

La cólera ciega mucho.
Que templeis la vuestra os ruego,
Señora, con este pliego.

DOROTEA.

¿Es de Argel?

FELISARDO.

De Argel.

DOROTEA.

¡Qué escucho!

FELISARDO.

A Denia llegó un navío,
Con viento airado y contrario,
De un redentor trinitario,
Y dióla á un pariente mio,
Que aquí me la despachó.

DOROTEA.

¡Oh letras de mi cautivo!
¡A buen tiempo las recibo!

LEONIDO.

¡Ay Tancredo! ¿Si soy yo?

TANCREDO.

¿Qué me mandas si lo eres?

LEONIDO.

Hasta el corazon te doy.

ISABEL.

¿Y á mí?

LEONIDO.

Pobre, Isabel, soy:
Tocas, guantes y alfileres.
Felisardo, tú has traido
Mi vida ó mi muerte.

FELISARDO.

Creo
Que á tu esperanza y deseo
Traigo el remedio, Leonido.

LEONIDO.

Señora, ¿quereis que yo
La lea?

DOROTEA.

Y yo ¿no sabré?

LEONIDO.

No sé si sufrir podré
La dilacion.

DOROTEA.

¿Por qué no?

LEONIDO.

Mostrad, por Dios: si es veneno,
Dejádmele á mí tomar,
Porque si me ha de matar,
No venga de brazo ajeno.
(*Lee.*) «Al Rey de Argel, mi Señor,
»Hija, tu carta he leido,
»Para pedirle consejo;
»Que es cuerdo, viejo y amigo:
»Y habiendo mirado bien,
»Con libre seso y arbitrio,
»Las partes y calidades....»
¡Cielo! mi remedio os pido.
¿Osaré pasar de aquí?

FELISARDO.

A vuelo mira lo escrito,
Como quien, juntos los naipes,
Mira si la suerte vino.

LEONIDO.

(*Lee.*) «Las partes y calidades
»De esos dos mancebos, dijo...»
¿Qué dijo? ¡Cielos, leerélo?
Ved ¡á qué tiempo he venido!
¡Que pleito de dos cristianos
Pase en tribunal morisco!
¡Oh moro, de mi remedio
El instrumento divino!
Di que goce á Dorotea
El pobre hidalgo Leonido;
Ansí reines desde Argel
Hasta los remotos Indios,
Ansí tus helados huesos
Engastados de oro fino
Cuelguen de la iman preciosa
En el aire sostenidos.

FELISARDO.

Lee, acaba. ¿Dijo en fin?...

LEONIDO.

»¡Que *no* se la diese al rico!»
¡*No* dice! ¡Mira, Tancredo!

TANCREDO.

Ya lo veo, ya lo he visto.

ISABEL.

¡Qué loco está!

TANCREDO.

(*Lee.*) «Sino á aquel
»Pobre, hidalgo y bien nacido,
»Que me dé nietos con sangre;
»Que no los quiero vacíos.»

LEONIDO.

¡Oh moro discreto y sabio,[1]
. . . .
Moro filósofo y noble,
Moro hermoso, moro lindo!
Cuando tengas el tormento
Temple el cielo tu martirio,
Por este santo consejo
Y piedad de tu cautivo.
Si la lengua de Trajano,
Porque siempre verdad dijo,
Quedó fresca siendo muerto,
De ti se cuente lo mismo.
¡Oh morito de mis ojos,
Tu ingenio alabo y bendigo,
Beso desde aquí tus manos,
Y á tus alfombras me inclino!

DOROTEA.

¡Habeisnos de dar lugar
Que hablemos?

LEONIDO.

Perdon os pido;
Que no puede celebrarse
Tal bien, teniendo júicio.
Ya sois mia, ya soy vuestro:
Aquí *esposa* viene escrito.

DOROTEA.

Al cielo, á mi padre, al Rey
Se lo agradezco infinito:
Veis aquí, Señor, mi mano.

LEONIDO.

Yo con la mia confirmo
Mi fe, mis deseos, mis obras,
Y soy vuestro esclavo indigno.

FELISARDO.

Y yo el parabien os doy.

TANCREDO.

Tancredo, Señor, lo mismo.

ISABEL.

Y vuestra Isabel, á quien
Pagaréis mal lo servido,
Si no le dais á Tancredo.

LEONIDO.

Tancredo, escucha.

TANCREDO.

Di.

LEONIDO.

Digo
Que aunque esta es mora, los moros
Son nobles, son bien nacidos,
Mayormente los de Argel,
Más sabios que los antiguos.

TANCREDO.

¡Qué pleito me han sentenciado,
Que siendo yo un hombre limpio,
Me quieres mezclar con ellos?
Si el Rey dijera lo mismo,
Nunca diera á Dorotea
A hombre pobre, sino al rico.

LEONIDO.

Bien dices. Vamos de aquí.
Venga clérigo y testigos.

DOROTEA.

¿Qué hará con esto Ricardo?

LEONIDO.

Matar á traicion moriscos.

(*Vanse.*)

—

[1] Falta un verso.

Playa de Argel.

ESCENA IX.

Grita de desembarcacion, y salen ZULEMA, ALIMO, LIMAMI, ARNAUTO, ELIZBEY Y OTROS MOROS.

ZULEMA.

No he tenido, por Alá,
Argel, tan grande deseo
De verte.

ARNAUTO.

En él estás ya.

ZULEMA.

¡Gracias á Alá que le veo,
Y que en él mi gente está!

ELIZBEY.

¿Miedo has tenido?

ZULEMA.

Y amor;
Que el deseo y el temor
Mas aprisa me han traido.
Hoy la cruz blanca he temido,
Y de su espada el furor,
Y á Celinda he deseado
Como quien ya no pensó
Volverla á ver.

ALIMO.

El cuidado
Que Malta esta vez te dió,
Yo sé que tú se le has dado.

ZULEMA.

¡Pluguiera á Alá que en la tierra
Volver la espalda á la guerra
Se usara como en la mar,
Sin ser deshonra el mostrar
El miedo que el alma encierra!
Si á un hombre dos acometen,
No ha de huir, ni hay ocasion
De quien al honrado exceten;
Que ha de hacer buen corazon,
Si mil muertes le prometen.
Que bien pudieran gritalle
A un hombre por una calle,
Huyendo de su enemigo
«Del mar el mayor castigo
Es cansarse en alcanzalle.»

ARNAUTO.

En el mar no es cobardía
Huir una galeota
De una galera á porfía.

ZULEMA.

Ni meterla en Argel rota
Por un cañon de crujía.
Al fin estamos acá.

ALIMO.

Tu padre el Rey viene ya.

ELIZBEY.

Sin duda estaba en su quinta.

ALIMO.

Todo el viaje le pinta.

ESCENA X.

AUDALLA, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

ZULEMA.

¡Oh padre! guárdete Alá.

AUDALLA.

Desde esa torre te vi,
Y la señal de tus gavias,
Mi Zulema, conocí.

ZULEMA.

Favorécesme y agravias,
Señor, en venir ansí.

AUDALLA.

¿Qué nuevas traes de Alara?

ZULEMA.

Por ventura me costara
Ir en su busca la vida.

AUDALLA.

Está de mi alma asida.

ZULEMA.

Escucha atento, y repara.
Con Alimo y Arnaúto,
Elizbey, Limami y otros,
Las márgenes de Valencia,
De Denia á Tortosa corro:
Vi á Córcega y á Cerdeña,
Y de españoles y corzos
Tres barcas y tres tartanas
Con cuarenta esclavos tomo.
Cuando las torres hacian
Humos, riendo nosotros,
Mirábamos desde el agua
Los caballos perezosos.
Como no era mi intencion
Robar, la derrota pongo
A la fuerza de Tabarca,
De esclavos puerto dichoso.
Lomelinos ginoveses
Son sus dueños, de quien cobro
Rescate de mis cautivos,
Y allí se los dejo y torno.
A Limami pongo en tierra
Junto á Valencia animoso
En el valle de Sagó;
Y cuando se puso Apolo
(Iba en traje de cristiano),
Entró en ella; y por el modo
De la instruccion que me diste,
Hizo informacion de todo.
Era muerto el caballero
Que robó del barco solo
Tu hija y mi hermana Alara,
De seis años con diez moros.
Por el nombre Castelví
Y cruz de Malta, le informo:
De suerte que hallé esta nueva,
Y no del precioso robo;
Aunque algunos me dijeron
Que en su almoneda (que es como
Decir nosotros vender
Bienes de muerto en el zoco)
Fué vendida á una doncella.
Su nombre y su casa ignoro,
Y ansí me vuelvo á la mar,
Trayendo á la espalda en corso
Dos galeras de cruz blanca.
Doy remos, velas desdoblo;
Que temo más estas cruces
Que mil estandartes rojos.

AUDALLA.

¿Que no quiera Alá que halle
Nuevas de mi bien perdido?

ZULEMA.

No te canses en buscalle;
Descanse ya tu sentido
De pretendelle y lloralle,
Y vamos á descansar
De tanto peligro y mar,
Señor, si nos das licencia.

AUDALLA.

¡Cuánto me cuestas, Valencia!

ZULEMA.

A Celinda quiero hablar.

(*Vanse.*)

—

Calle en Valencia.

ESCENA XI.

RICARDO, CELIO, JULIO.

RICARDO.

¿Cartas decís que han venido?

CELIO.

Dame albricias; que esto es cierto.

RICARDO.

Si soy vivo; que si muerto,
Dártelas debe Leonido.

JULIO.

¡Cómo es posible, Señor,
Que no te escoja su padre?
¿Qué hay en tí que no le cuadre,
De honra, hacienda y valor?
De que serás preferido
No debes duda poner.

RICARDO.

¡Ay! Julio, que esta mujer
Se inclina más á Leonido!

JULIO.

El gusto del padre importa
Más que lo que ayer pasó.

RICARDO.

¡Que no le matara yo!

CELIO.

Calla, el enojo reporta.
¿Qué mayor muerte que ver
Que gozas de Dorotea!
Que no es posible que sea
De un pobre y loco mujer.
Ríete de su pobreza;
Honra esta casa.

RICARDO.

Bien dices.
Cuélguense aquí mis tapices,
Viértase aquí mi riqueza.
Haya carroza, haya silla
En que Dorotea salga;
Que aquella pobreza hidalga
Al mismo suelo se humilla.
Cuando en mi cama bordada
Durmiendo con ella esté,
O cuando esta mano dé
A su mano delicada,
Y vamos juntos á misa,
Me acordaré del hidalgo.
Verá entónces lo que valgo,
Y le mataré con risa;
Que es su vida tan incierta,
Y con tal descortesía,
Que puede ser que algun dia
Le dé limosna á mi puerta.
Esta es la de Dorotea.
Llama ahí.

CELIO. (*Llamando.*)

¿Quién está acá?

ESCENA XII.

ISABEL, *asomándose á una ventana.* — RICARDO, CELIO Y JULIO, *en la calle. Despues*, TANCREDO.

ISABEL.

¿Quién llama? ¿Quién va?

CELIO.

Si va.

ISABEL.

¿Es pobre? Dios le provea.

RICARDO.

No es sino rico, por Dios.
Isabel, Ricardo es.

(*Asómase á la ventana Tancredo.*)

TANCREDO.

¡Hola, hermano! ya es despues.

RICARDO.

Burlándose están los dos:
Cartas de Argel han venido.

ISABEL.

Por el ánima, Tancredo, (*Ap. á él.*)
De mi confesor, que he miedo
Que no le sienta Leonido.

TANCREDO.

(*Ap. á Isabel.* Pues déjame hablar con [él.)
Señor, las cartas vinieron,
Y un decreto nos trujeron
De los chupeques de Argel.

RICARDO.

¿Qué es chupeque, Julio?

JULIO.

Perro
En arábigo lenguaje.

RICARDO.

Pues ¿qué decretaron, paje?

TANCREDO.

Vuestro forzoso destierro.
Escogieron á Leonido,
Que anoche se desposó,
Y doy fe que le vi yo
Con la paloma en el nido.

RICARDO.

¡Ay de mí! ¿Que se ha casado!

TANCREDO.

Esto es lo que pasa: adios.

ISABEL.

Adios, hidalgo.

(*Éntranse Isabel y Tancredo.*)

ESCENA XIII.

RICARDO, CELIO, JULIO.

CELIO.

Los dos
Sus pobrezas han juntado.

JULIO.

Cuando no haya qué comer,
Ni de qué, me lo dirán.

CELIO.

Contentos ahora están.

JULIO.

Aun corre sangre el placer.
Sábete que el casamiento
Quita á amor las cataratas.

CELIO.

¿Qué es, mi señor, lo que tratas
Con el cielo, pico al viento?

RICARDO.

¡Ay de mí, que soy muerto!
Muerto soy: Celio, Julio,
Venció el vencido, el vencedor perece.
Matóme Dorotea,
O matóme su padre,
Que ya debe de ser bárbaro y moro,
Pues que dió tal sentencia.
Pues tal sentencia ha dado
(Así lo dijo el paje),
Sentencia fué de perro.
Mas ¿qué pudo de Argel venir á España?

CELIO.

¿Voces das en la calle?

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.
No en balde estaba tímido,
Suspenso y melancólico;
No en balde en sueños una sombra pá-[lida
Me dijo con voz trémula
Este suceso trágico.

JULIO. (*A Celio.*)

¿Mas que se vuelve de dolor frenético?

RICARDO.

¡Oh corazon astrólogo!
Ya se ha cumplido el término.
Cierto salió el pronóstico.

CELIO. (*A Julio.*)

Parece que habla en récipes.

JULIO.

¿Cómo, Señor! ¿Ansí se pierde el áni-[mo,
Cuando es razon mostralle!

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.
¡Ay tesoros espléndidos!
¡Qué de empresas difíciles
Os parecieron con el oro fáciles!
Quitar la clava á Hércules,
El rayo al mismo Júpiter,
Coger el sol, el viento, en él los pájaros
Juzgastes facilísimo,
Haciéndome fantástico
Y pretensor legítimo
De la hermosura angélica, [pero.
Que goza un pobre rico, alegre y prós-

CELIO. (*Á Julio.*)

De aquí quiero llevalle.

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.
Id, esperanzas frágiles,
Mal empleadas lágrimas,
A Dorotea, de mi pena incrédula:
Bañad su alegre tálamo,
Decid que sois de un mísero, [nime.
Que ayer fué rico y fuerte, hoy pusilá-

CELIO.

Pon á las quejas límite.

RICARDO.

Calla, ignorante, bárbaro

CELIO.

¡Por eso estás colérico!
¿Es honra dar escándalo
A la calle y la casa?

RICARDO.

Calla, rústico.

JULIO.

Salgamos de la calle.

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Dorotea.

ESCENA PRIMERA.

DOROTEA, LEONIDO.

DOROTEA.

Si con mi sangre pudiera,
Y ofreciéndote mi vida,
Pedirte que esta partida
Despues de mi muerte fuera,
No dudes que restaurara
Por un instante mi pena,
Y el alma del cuerpo ajena
Por lo ménos descansara.
Mira que no es buen acuerdo
Irte ansí desesperado.

LEONIDO.

Ya, Dorotea, he pensado
Lo que gano y lo que pierdo.

La dura necesidad
Que paso, y pasar te veo,
Deste mi injusto deseo
Quitó la dificultad.
Un año habrá que casado
Contigo estoy: sabe Dios
Lo que nos cuesta á los dos
De pesadumbre y cuidado.
Eras más pobre que yo,
Cosa que nunca entendí:
Juntámonos, pues, ansí;
Que honra y amor nos forzó.
A los principios vivimos
Conforme á nuestra nobleza
Gastando aquella pobreza
Que por entónces tuvimos.
Luego la necesidad
Su vil cara nos mostró;
Que mozo[1] nunca vi yo
En ella tanta fealdad.
Comenzaste á entristecerte,
Comencélo yo á sentir;
Que no te poder servir
No era vida, sino muerte.
Ya el amor andaba flaco,
Puesto que en el alma ardia,
Porque, en efeto, se enfria
Vénus sin Céres y Baco.
Ya el criado no me hablaba;
Que más afrenta el criado
A un hombre necesitado,
Y si hablaba, murmuraba.
Desta tristeza tú puedes
Ver si es bien que pena tome;
Que en casa que no se come,
Lloran hasta las paredes.
Vendí joyas y vestidos,
Y á los tuyos me atreví;
Que cuando se llega aquí,
Ya están los gustos rendidos.
Como sabes he quedado:
Soy hidalgo, y en razon
De mi esquiva condicion,
No acierto á pedir prestado.
Soy maldito notador
De billetes de pedir:
Vivir del juego, es vivir
Muy á costa del honor.
Hacer mohatras, sí hiciera;
¿Pero de qué he de pagar?
Hidalgo, ¿dónde he de hallar
Quien darme esos lances quiera?
Pues servir, no tengo á quien,
Ni sé lisonjas decir,
Ni ya conoce el servir
Los que son hombres de bien.
No porque falta el valor
En los señores de ahora;
Mas porque es mayor señora
La avaricia que el señor.
Estar un hombre casado
En brazos de su mujer,
Y pedir para comer
Por la mañana el criado,
Y entrarse por el resquicio
De la puerta aprisa el dia,
Yo sé á quien le parecia
La trompeta del Júicio:
Pues ¡levantarse á buscallo,
Y al deudo y amigo ver,
Y sin pedirlo volver!...
Más lo encarezco si callo.
Tener hoy, y no mañana,
El ordinario sustento,
Es dar al entendimiento
Una enfadosa terciana.
Por esto, mi bien, me voy
Donde pueda procurar
Con que os poder sustentar;
¡Tan pobre he nacido y soy!
Despedid ese criado,
Y quedaos con Isabel,
Miéntras el tiempo cruel
Pone en razon nuestro estado.
Sustentaos de esa labor
Como antes del casamiento.

DOROTEA.

No sé cómo el sufrimiento
Resiste vuestro rigor.
No os vais, mi bien; que cosiendo
Y labrando noche y dia,
Yo os sustentaré.

LEONIDO.

¡Alma mia!
Mirad que de eso me ofendo.
No tengais por hombre honrado
Aquel que viene á comer
Lo que busca su mujer,
Bien labrado, ó mal buscado.
Mirad que entra mucho el dia,
Y me verán ir á pié.

DOROTEA.

¿Que á pié vais!

LEONIDO.

Medir podré
A piés la desdicha mia.

DOROTEA.

Pasos tan desesperados
Dan más culpa á vuestra ausencia.

LEONIDO.

Sí, mi bien, porque en Valencia
Van á pié los justiciados.

DOROTEA.

Gran consuelo de los dos
Fuera á caballo partir,
Pues pudiera yo decir
Que otro os llevaba, y no vos.

LEONIDO.

Tomad, mi esposa, este escudo
De dos que anoche busqué.

DOROTEA.

De paciencia me le dé
Quien darme la causa pudo.
Llevalde, no seais extraño;
Que más os importa á vos.

LEONIDO.

De paciencia sí que áun dos
Son pocos para mi daño.
No porfieis.

DOROTEA.

No, mi bien.
¿No veis que es crueldad?

LEONIDO.

Callad:
Partid la prosperidad,
Como el trabajo tambien.
No os encargo que en mi ausencia
Mireis por mi honor: yo sé,
De lo que por vos pasé,
Vuestra honrada resistencia.
La doncella que no ha sido
Con su galan atrevida,
Despues por toda la vida
Hace seguro el marido.
Adios, amores.

DOROTEA.

Adios,
Dueño mio.

LEONIDO.

Adios. ¡Ah cielo!

DOROTEA.

¿Dónde vais?

LEONIDO.

No sé.

DOROTEA.

Recelo
Que lo sabeis.

LEONIDO.

Como vos.

DOROTEA.

Dios os me traiga con bien,
Y os dé por allá ventura.

LEONIDO.

¡Qué dolor!

DOROTEA.

¡Qué desventura!

LEONIDO.

¡Adios, alma!

DOROTEA.

¡Adios, mi bien!
Oid.

LEONIDO.

¿Qué quereis?

DOROTEA.

¿Por dónde
Vais, ó por qué puerta salis?

LEONIDO.

Por la de Cuart. (*Vase.*)

DOROTEA.

¡Que os partis!
Que os vais, mi bien!—¡No responde!
(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA II.

RICARDO, JULIO, CELIO.

RICARDO.

No he visto peor mujer.

JULIO.

¿Tampoco aquesta te agrada?

RICARDO.

Si una noche tanto enfada,
No pienso volverla á ver.

CELIO.

Tienes el gusto estragado;
Que pardios que es como un oro.

JULIO.

Siempre juzgan manso el toro
Los que están en el tablado.

RICARDO.

¡Qué comparacion tan necia!
Resuélvome en que es demonio.

JULIO.

Aun bien, que no es matrimonio.

CELIO. (*Ap. á Julio.*)

No entiende lo que desprecia.

RICARDO.

Si hay penas en el infierno
De tener mujer al lado
Quien de otra está enamorado,
El es un tormento eterno.
¡Qué necio se acuesta un hombre
En los brazos de una fea,
Con el alma en Dorotea!

JULIO. (*Ap. á Celio.*)

Aun no se le olvida el nombre.

RICARDO.

Decid: ¿por qué una mujer,
Que de otro está enamorada,
No siente el verse gozada
De quien no acierta á querer?

JULIO.

¡Qué! ¿no sabes en que estriba?

[1] *Soltero.*

RICARDO.
Ni su razon apercibo.

JULIO.
En no tocarle lo activo,
Sino la parte pasiva.
En cualquier cosa que informa
Su autor (que es harta miseria),
No se cansa la materia,
Sino el que imprime la forma.

RICARDO.
Finalmente, yo no veo
Remedio para mi amor.

JULIO.
El ausencia es el mejor.

RICARDO.
Ese temo, y le deseo.
Pues no me cura mujer,
Mi amor es, Celio, inmortal.

CELIO.
Si amor mal pagado es mal,
No hay mal que lo pueda ser.

JULIO.
Busquemos una hechicera.

RICARDO.
¿Sabrá desapasionarme?

JULIO.
Pues ¿no? Con darte un adarme
De infernal adormidera.
Yo sé un récipe.

RICARDO.
A ver, di.

JULIO.
De seso de Orlando un poco,
De los discursos de un loco,
De las barbas del Sofí,
De la espuma del Pegaso
Con un diente de Holoférnes,
Destilados en un viérnes,
Y cada mañana un vaso.
Despues con polvos del mar
Y humo de nieve quemada,
Con los aires de Granada
Y el cerco de Gibraltar,
Untarse muy bien el pecho
Da al celebro gran virtud.

RICARDO.
¡Tal te venga la salud,
Como la receta has hecho!
¿No fuera mejor buscar
Una gentil alcahueta,
Principio de la receta
Del amar y del gozar,
Y ofreciéndole dinero,
Pues tan pobre está, vencella?

JULIO.
¿Que está pobre?

RICARDO.
Hasta vendella
Su hacienda aquel escudero.

JULIO.
No supo la desdichada
Conocerte.

RICARDO.
Mucho erró.
¡Cuál la regalara yo!

ESCENA III.

TANCREDO.—RICARDO, JULIO, CELIO.

TANCREDO. (*Para sí.*)
¡Paga, por mi vida, honrada!
Quien sirve á pobre, ¿qué espera?

JULIO.
El criado es de Leonido.

RICARDO.
Pues, gentil-hombre, ¿qué ha sido?
¿Dónde vais de esa manera?

TANCREDO.
Salió la necesidad
De madre en cas de Leonido,
Y llevósele perdido,
Huyendo de la ciudad.
Llamóme luego mi ama,
Y con éste que me dió,
Treinta meses me pagó
De mala mesa y peor cama.
Pero ya en culparla dudo;
Que á tal extremo ha llegado,
Que no sé adónde ha buscado
Este desdichado escudo.
Y áun en alto cadahalso
Me saquen á ajusticiar,
Si yo le osare trocar.

RICARDO.
¿Cómo!

TANCREDO.
Que áun pienso que es falso.

RICARDO.
Mostrad. ¿Qué quereis por él?

TANCREDO.
Perderé los tres cuartillos.

RICARDO.
¿Tomaréislos amarillos,
Y de más valor que es él?

TANCREDO.
¡Qué me dais!

RICARDO.
Seis veces más.
Veis aquí estos tres doblones.

TANCREDO.
En obligacion me pones.

RICARDO.
Alzate, tente. ¿Do vas?

TANCREDO.
¡No te hubiera yo servido,
Y no al hidalgo pelon!

RICARDO.
Si quieres, á la ocasion
Mejor del mundo has venido.

TANCREDO.
Beso mil veces tus piés.
Tu esclavo seré.

RICARDO.
Hoy, Tancredo,
Hoy pienso que vivir puedo,
Como tú favor me dés.
Pues eres ya mi criado,
Y en la casa que has servido
Puedes ser ladron fingido
Y enemigo disfrazado,
Mi desventura te duela.

TANCREDO.
Tu remedio está en mi mano.
El paso te ofrezco llano
Para cualquiera cautela.
La esclava me quiere bien,
Puesto que no la he gozado;
Que para el fin deseado
Podrá ayudarnos tambien.
La mujer es pobre y sola:
Caerá con facilidad;
Que está la necesidad
Con los piés sobre una bola.
Dicen que tiene á los lados
Hurtos, riquezas, tesoros,
Libros hebreos y moros,
Traiciones, gustos y estados;
Y que un viento de ocasion
La sopla con tanta fuerza,
Que como la bola tuerza,
Cae en cualquiera traicion.
Sé tu amor, sé tu deseo,
Y su pobreza y su casa:
Presto verás lo que pasa,
Y que en servirte me empleo

RICARDO.
Amigos, médico hallé,
Remedio, salud y vida.
Ya no hay que busque ó que pida:
El escudero se fué,
Y Dorotea quedó.
Tancredo es ya mi criado.

JULIO.
Agradécele el cuidado
Con que la vida te dió;
Que acá le regalaremos
Lo que toca á nuestra parte.

RICARDO.
¡Hoy te rindes, baluarte
De inaccesibles extremos!

TANCREDO.
Decirlo puedes.

RICARDO.
Bien puedo.

TANCREDO.
Ven, y por sus rejas pasa.

RICARDO.
Tancredo, manda mi casa;
Manda mi casa, Tancredo.
(*Vanse.*)

—

Playa de Cartagena.

ESCENA IV.

SOLDADOS, *con caja y bandera, en tropa para embarcarse;* DON FRANCISCO, *de capitan.*

CAPITAN.
Ea, señores soldados,
Alto, á embarcar, á embarcar.

SOLDADO 1.°
¿Comprastes pan, Escobar?

SOLDADO 2.°
Y dos gambetes salados.

SOLDADO 1.°
¡Buen vino va en la galera!

SOLDADO 2.°
En eso no hay que gastemos
El poco argen que tenemos.

SOLDADO 1.°
¿Lleva la Fraila Ribera?

SOLDADO 1.°
Con su servicio del diablo
Se embarca el pobre señor.

SOLDADO 2.°
Callar en diciendo amor.

SOLDADO 3.°
Aborrezco su vocablo.

CAPITAN.
Caminen, pues: ea, caminen.

SOLDADO 1.°
Entrarán; que no es ganado.

CAPITAN.
Entrad vos: ¿qué haceis parado?

SOLDADO 3.°
Aguardo que me encaminen.

CAPITAN.
¡Hola! haced que esté el Sargento
Alerta, no se nos vayan;
Porque en viendo el mar desmayan,
Y se irán de ciento en ciento.

ESCENA V.

RIBERA, *con* UNA MUJERCILLA, *y* UN PÍCARO, *con bagaje y una guitarra.*— DICHOS.

RIBERA.

Haga pucheros ahora
Si le parece, probada.

CAPITAN.

¡Hola! ¿Qué es eso?

RIBERA.

No es nada.

CAPITAN.

¿Va allá tambien la señora?

RIBERA.

Si va ó no, á Dios darémos
La cuenta: que acá no somos
De los que atientan los lomos:
Cara á cara acometemos.
Si hombre es flaco ¿dónde ha de ir
Con las cosas no excusadas?
¡Ha de ir á las arrumbadas?

CAPITAN.

Héchome ha, por Dios, reir.
La recámara me agrada.

RIBERA. (*Al pícaro.*)

Lleva la guitarra encima,
Y no le quiebres la prima,
Que llevarás tabalada.

LA MUJER.

¡Ay, ay! y ¡qué mar tan grande!

RIBERA.

¡Qué te espantas, socarrona,
Si en tu golfo de Narbona
No hay ganapan que no ande?

CAPITAN.

¡Alto! á la mar, á la mar.
¡Ea! soldados...

SOLDADO 4.°

La fruta
Compré.

SOLDADO 5.°

¿Pagastes la fruta? [1]

SOLDADO 4.°

Allá quedó Salazar.

(*Van pasando soldados arcabuces y armas.*)

CAPITAN.

¡Buena es la gente! y no toda
Bisoña; aunque al fin, de España,
En un hora á la campaña,
Hielo y frio se acomoda.
¿De dónde sois? (*A uno.*)

SOLDADO 6.°

De Getafe.

CAPITAN.

¡Buen soldado!

SOLDADO 6.°

De Madrid
Está dos leguas.

CAPITAN.

Decid
Que os dén buen puesto al viaje.
¿Vos, compadre?

SOLDADO 7.°

De la Mancha;
Y máteme un esmeril
Antes que espere otro Abril,
Cuando no llueve y se ensancha.

[1] ¿Habria aquí otra palabra menos decente en lugar de *fruta*?

ESCENA VI.

LEONIDO, EL ALFÉREZ ROSADO.— DICHOS.

ALFÉREZ.

Mirad que tengo entendido
Que nos embarcan á Orán.

LEONIDO.

Donde vos vais y otros van,
Iré, ganado ó perdido.
Yo estoy tan desesperado,
Que el mayor mal me está bien.

CAPITAN.

¿Es camarada tambien?

ALFÉREZ.

Es muy hidalgo soldado,
Señor capitan, Leonido,
Y es amigo de Valencia.

CAPITAN.

Muestra en su talle y presencia
Que justamente lo ha sido.
Mi mesa tenga de hoy más,
Y de mi escuadra se nombre.

LEONIDO.

Dadme esos piés.

ALFÉREZ.

Y es muy hombre.

LEONIDO.

No lo fuí ménos jamás.
Huyendo de una mujer
Salgo de España: mirad
¡Qué valor y calidad!

CAPITAN.

Y ¿qué mayor puede ser?
Traiga aquesos mosqueteros
De guarda, Sargento, y vamos.

LEONIDO. (*Ap.*)

Ya, esposa, en la mar estamos.
¿Si podré volver á veros?
¡Ay dulce Señora mia!
¡Ay Valencia! ¡Ay Cartagena!

ALFÉREZ.

Parece que llevais pena.

LEONIDO.

Yo os la contaré algun dia.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Dorotea.

ESCENA VII.

DOROTEA, ISABEL.

ISABEL.

Aquestos cuatro reales
Me dieron por la labor.

DOROTEA.

Haré dos partes iguales;
Que la tiene tu señor
Como bienes gananciales.
Dos misas di con los dos,
Para que le guarde Dios.
¡Rogad por él, almas santas,
Pues que ya lágrimas tantas
Todas las dirijo á vos!

ISABEL.

Tu virtud, Señora, es tal,
Tu vida tan limpia y sana,
Que te ha de dar nombre igual
De Penélope cristiana,
Tipo de amor conyugal.
¡Qué ventura de Leonido,
Ya que desdichado ha sido,
En no poder sustentarte!

DOROTEA.

Por eso de mí se parte
Desesperado y corrido.
¡Con qué lágrimas bañaba
Ojos y cama aquel dia
Que estrechamente pasaba!
Que sola la falta mia
Pena y confusion le daba.
Con verme tan afligida,
Aun no estoy arrepentida,
Ni deste arrepentimiento
Aun primero movimiento
Podré tener en mi vida.

ESCENA VIII.

TANCREDO. — DOROTEA, ISABEL.

TANCREDO.

Como de casa, en efeto,
Aunque della me han echado,
Vengo, á servirte sujeto,
Y sin licencia me he entrado.

DOROTEA.

Has hecho como discreto.
Pues, Tancredo, ¿cómo va?

TANCREDO.

Bien, gracias á Dios, Señora;
Qué hallé mi remedio ya.

DOROTEA.

Y ¿con quién estás ahora?

TANCREDO.

Con el que más bien me está:
Estoy con un caballero
Ginovés.

DOROTEA.

Con extranjero,
Por ventura medrarás.

TANCREDO.

Y tanto, que yo no más
Soy llave de su dinero.
Viendo la necesidad
Que pasais, os he traido
Esta poca cantidad,
Por lo que á vos y á Leonido
Debí de amor y amistad.
Tomad; que en esta bolsilla
Va más alma que dinero;
Y bien podeis recibilla,
Que es deuda, sin lo que os quiero,
Que debo restituilla.
Siempre, con lo que tuviere,
Acudiré de este modo,
Si mi Señor no viniere.

DOROTEA.

Muestras ser hidalgo en todo.
¡Gran nombre tu fama adquiere!
¡Oh ejemplo de gran lealtad!
¡Criado reconocido!
¡Oh luz de fidelidad,
Obligado, agradecido,
Y dechado de amistad!
Tomarlo quiero; que empieza
A darle mi obligacion
Lugar sobre la cabeza,
Más porque tenga ocasion
Tu virtud, que mi pobreza;
Que no querer dar lugar
A lo que en esto mereces,
Pudiera el cielo culpar:
Otro Nicolás pareces
En la bolsa y en el dar.
No eres siervo lisonjero,
Que al Señor presta dinero,
Codiciando su riqueza;
Que quien da á tanta pobreza
Es liberal verdadero.
Si á tomarla me he atrevido,

Es porque puedo pensar
Que te ha enviado Leonido.

TANCREDO.

Deja, Señora, de honrar
Hombre que tu hechura ha sido.
¡Pluguiera á Dios que tuviera
Un mundo pequeño ahí!
Un paje me aguarda afuera,
De quien no me despedí:
Miéntras me despido, espera. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOROTEA, ISABEL.

ISABEL.

Notable lealtad ha sido.
¡Mira si tenelle amor
De balde ha sido!

DOROTEA.

Has querido
Al hombre de más valor
De todos los que han servido,
Al más honrado y leal.

ISABEL.

Cuenta el dinero, Señora:
Consuele el son nuestro mal.

DOROTEA.

¡Qué de escudos!

ISABEL.

Suena ahora.
¡Oh campana celestial!

DOROTEA.

El pensamiento me ha dado,
Si este mozo los ha hurtado.

ISABEL.

No le ofendas de ese modo.

DOROTEA.

¿Si son falsos?

ISABEL.

¿Eso y todo!

DOROTEA.

¿Si por ventura ha jugado?
Un papelillo está aquí.

ISABEL.

¡Papelillo! Aguarda á ver,
No sea el aforro.

DOROTEA.

¡Ah! sí!
Cédula debe debe de ser
De cómo los recibí.
(*Lee.*) «Leonido, tu esposo, te ha deja»do por pobre: ahora echarás de ver »que mintió el Moro en despreciar el »marido rico, y que en efeto fué con»sejo de enemigo. Sírvete de eso, y »pide lo que hubieres menester en su »ausencia, porque él te goce y yo lo »pague.—Ricardo.
¡Válame Dios!—Vil Tancredo,
Vil hombre, criado vil!

ISABEL.

¡Oh perro! ¿Tan fiero enredo!

DOROTEA.

La industria ha sido sutil.

ESCENA X.

TANCREDO.—DOROTEA, ISABEL.

TANCREDO.

(*Ap.* Leyó el papel: entrar puedo.)
Ya, Señora, se fué el paje.

DOROTEA.

Ruin hombre, de ruin linaje,
Desleal, fiero, atrevido,
¿Este es el pan que has comido!
¡A tu Señor tanto ultraje!
Toma vil, tu bolsa allá,
Y el veneno en taza de oro;
Que aquese papel, que ya
Osó ofender mi decoro,
Cual áspid en yerba está.
Mi necesidad discreta
Por otros pasos camina;
Que es medicina imperfeta
Que dentro en la medicina
Me dé á comer la receta.
Vuélvase el oro á su centro:
Di que resisto su encuentro,
Que no es dado ni prestado;
Debe de ser alquilado,
Pues tiene cédula dentro.
Era esta bolsa campana,
Lengua el papel que traia:
¡Mira si tu culpa es llana,
Pues tocándola diria
Que fuí deshonesta y vana!
A bolsa que sabe hablar,
Echalle los cerraderos;
Y á quien sabe disfamar,
Mostralle honrados aceros.
Yo os haré ¡infame! matar.
Salid fuera, y al hebreo
El dinero en que vendido
Habeis por delito feo
A vuestro señor Leonido,
Le volved para su empleo;
Que no os faltará un saúco.

TANCREDO.

¡Señora!...

DOROTEA.

¿Que no te vas!

ISABEL.

Vete, infame. ¡Qué trabuco!
Deja, y verás, si habla más,
Que la cara le machuco.

TANCREDO.

Isabel, ¡tú á mí?...

ISABEL.

Alcahuete,
Ya no soy la que solia.

DOROTEA.

Vete, traidor; Júdas, vete.

TANCREDO.

¡Pequé!

DOROTEA.

Cierra, Isabel mia.

ISABEL.

¿Tú cristiano? Perro Hamete.
(*Vanse.*)

—

Playa de Argel y mar.

ESCENA XI.

LEONIDO, *nadando en el mar, asido á una tabla.*

LEONIDO.

¡Valedme, Vírgen bella,
Más pura que los ángeles!
Estrella de la mar, valedme ahora!
Vírgen que del Milagro
Os llaman en Valencia,
Sacadme á tierra, á tierra, á tierra, á [tierra!
Yo colgaré esta tabla,
Y en ella pondré escrito
Este milagro vuestro.
(*Sale á la playa.*)
Sin duda que estoy libre.
Toda es aquesta orilla arena y algas.
Las cosas veo distintas.
Jardines hay aquí, huertas y quintas.
Lugar es grande aqueste...
—Las casas son extrañas.
Torres y chapiteles diferentes...
—No veo en ellas cruces.
¡Adónde estoy, Dios mio!
Madre de los perdidos pecadores,
¿Adónde mis pecados
Me han traido perdido?
A Orán dijo el Alférez
Que el Capitan venia:
¿Si es este Orán? Mas ¡ójala que fue-
¡Ay esposa querida! [se!
Ya se parte de mi tu media vida.
Sentarme quiero un rato,
Cubierto destos árboles,
Solo, mojado, hambriento, flaco y tris-
Miéntras que veo gente. [te,
¡Ay misero Leonido!

ESCENA XII.

AUDALLA, *con arco, flechas y alfanje, sin ver á* — LEONIDO.

LEONIDO. (*Ap.*)

Moro es aqueste. ¡En tierra estoy de
Quiero ver lo que hace; [moros!
Que sale desta huerta,
Y á la playa se inclina.
Honrado aspecto tiene:
Sin duda es principal. Ventura ha sido.
Del cielo fué clemencia
Aprender el arábigo en Valencia.

AUDALLA. (*Para sí.*)

Deste fresco jardin salgo á la playa
Del mar azul, porque en sus claras on-
[das
Limpio mi cuerpo y descansado vaya.
¡Oh soledad! Ahora es bien que escon-
[das
Mis cuidados en tí, gente y disgusto,
Y que con dulces ecos me respondas.
No siempre los palacios causan gusto:
Los pinos verdes, más que los dorados,
Objetos son del ver más sano y justo.
Dejo la cama rica y los estrados,
Con las alfombras de oro y tornasoles
Y los lienzos del ámbar perfumados;
Las granas que nos venden españoles,
El traspontin de raso y la almohada
Labrada de colores y de soles.
Este fresco jardin tal vez me agrada,
Los paramentos de la verde hiedra,
De quien está su casa coronada,
El madroño que crece entre la piedra,
Donde el oso peludo se embriaga,
La verde palma que casada medra,
El agudo cipres que al cielo amaga,
Y el bajo y salutífero romero,
Contra toda hinchazon, dolor y llaga,
Y en el Julio abrasado ó fresco Enero
Miro la cabra asida del tomillo,
Y colgado del pámpano al cordero;
Tañer su ruda flauta el pastorcillo,
Y buscando los pechos de la cabra,
Retozar á la tarde el cabritillo.
Baja de aquella amarga cornicabra,
Haciéndose pedazos, una fuente
Que me murmura sin decir palabra,
Y por aquestas guijas blandamente,
Jaspes tornasolados y pizarras,
Piensa que aumenta el mar con su
[corriente.
Yo, sentado á la sombra destas parras,
Estoyla oyendo, y canto las canciones
De las Sierras Bermejas y Alpujarras,
Cuando puso Fernando sus pendones
En el Alhambra de Granada hermosa,
Y el Rey Chico lloró tales razones.

De aqui corto el jazmin, violeta y rosa,
Cojo la roja guinda, ó verde pera,
La cermeña amarilla y olorosa.—
Pero la soledad de la ribera
Ya me obliga á bañar: guardadme el
Y mataré volviendo alguna fiera; [arco,
Que si á la isla con el sol me embarco,
De aves del cielo y liebres de la tierra,
Suelo colmar la voluntad y el barco.
Dejemos el alfanje, pues no hay guerra.
Hurta la yerba ya, la ropa estafa,
Tanto en sus hojas y frescura encierra.
Aquí pongo el turbante y la almalafa:
Que basta que me quede esta camisa
De cándida y bruñida sinabafa.
De estotra parte el agua con su risa
Me está llamando.

LEONIDO.

(*Ap.* Alfanje y flechas tomo.)
¡Ah moro! date preso, y date aprisa.

AUDALLA.

¡Quién eres, di, vision! Y ¿dónde y cómo
Viniste aqui?

LEONIDO.

Pues ríndete primero,
Ó asentaréte de la punta al pomo.

AUDALLA.

Mira que soy honrado prisionero.

LEONIDO.

Seas quien fueres.

AUDALLA.

Yo me rindo: basta.
¿Quién eres?

LEONIDO.

Español y caballero.

AUDALLA. [ta.

Basta español; que de su espada y as-
Pues hasta Argel llegais ansi desnudos,
Tengo noticia.

LEONIDO.

¡Argel! ¡Oh esposa casta!

AUDALLA. [dos:

Dime por Dios, pues no soleis ser mu-
¿Cómo en mi propia tierra me cautivas?
Pues no somos tan bárbaros y rudos.

LEONIDO.

Moro, necesidad.

AUDALLA.

¡Fuerzas altivas! [bres!
¿Sólo vienes á Argel á prender hom-
¿Cómo es tu nombre que inmortal re-

LEONIDO. [cibas?

En Argel te dijeran bien los nombres
De mi esposa y de mí; que el padre
Está cautivo en él. [suyo

AUDALLA.

¡Qué!

LEONIDO.

No te asombres.

AUDALLA.

¡Cautivo está en Argel el suegro tuyo!

LEONIDO.

El Rey le tiene: Aurelio es su apellido.

AUDALLA.

Conózcole, y por ti, que es noble ar-

LEONIDO. [guyo.

Aconsejóle un moro que á Leonido,
Un pobre que soy yo, su hija diese,
Y no á un rico, porque era mal nacido.
Caséme ¡ay triste! y como no pudiese
Sustentar mi familia, al fin del año
Pobreza me forzó que me partiese.
Pasaba á Italia, aunque si no me enga-
Un capitan de infantería española [ño,
Me llevaba á lugar de mayor daño.
Corrió tormenta, y mi persona sola
Escapó donde ves, triste y perplejo,
Con una tabla entre una y otra ola.

AUDALLA. [viejo

¿Que eres tú aquel por quien le dije al
Que diese, aunque eras pobre, á Do-
[rotea?
¡Mal haya yo que dí tan buen consejo!

LEONIDO.

¿Eres el Rey?

AUDALLA.

¿Quién quieres ya que sea?

LEONIDO.

Toma, Señor, tus armas, y vestido.

AUDALLA.

Será porque tu hidalgo pecho crea.
¿Qué quieres por mí?

LEONIDO.

En trueco sólo pido
Mi viejo suegro.

AUDALLA.

El viejo y tu rescate.
Mas dí: ¿dónde mi lengua has apren-

LEONIDO. [dido?

Cualquier cristiano que en los pueblos
[trate
De moriscos del reino de Valencia,
La aprende como yo.

AUDALLA.

Con este embate
Nos iremos á Argel, y la presencia
De Aurelio gozarás, y de mi casa
Como Señor y dueño, sin licencia.

LEONIDO.

Tu esclavo soy.

AUDALLA.

Por esta acequia pasa.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XIII.

RICARDO, TANCREDO, JULIO y CELIO, *en la calle.*

TANCREDO.

Lo que no puede interes,
¿Quién lo basta á derribar?

RICARDO.

Que allí no tenga lugar,
Novedad extraña es.

JULIO.

Sabe, Señor, que hay mujer,
Que es flamenca en el rendir;
Que el hombre no ha de decir
Que con su gusto ha de ser.
Fuérzala; que muchas nacen
Tan duras de los talones,
Que si no es con encontrones,
Jamás cosa buena hacen.
Hay mujer que no ejecuta
Con palabras ni regalos;
Que es nogal, que á puros palos
Rinde á su dueño la fruta.

RICARDO.

Pues, Tancredo, ¿de qué suerte,
Si me atreviese á forzalla,
Podré entrar?

TANCREDO.

Será obligalla
A que procure tu muerte.
Aunque por lo que es su honor,
No dudes que ha de callar;
Que Lucrecia en porfiar,
Lo será en callar mejor.

RICARDO.

Ello es muy tarde: un enredo
Para la puerta buscad.

TANCREDO.

Las espadas desnudad,
Como que herís á Tancredo;
Y en abriéndome entrareis.
(*Hacen lo dicho. Tancredo grita.*)
¡Oh, perros! Pues ¡tres á mí!

RICARDO.

¡Muera, muera!

TANCREDO. (*Gritando.*)

¡Ayuda aquí!

RICARDO.

No digas tres; dí que seis.

TANCREDO. (*Gritando.*)

¡Ah señora Dorotea!
¡Ah Isabel! ¡Jesus! ¡Ay triste!
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Dorotea.

ESCENA XIV.

DOROTEA, ISABEL. *Despues*, TANCREDO, RICARDO, JULIO y CELIO.

DOROTEA.

¿La voz de Tancredo oíste?

ISABEL.

Y ¿qué dudas de que sea?

TANCREDO. (*Dentro.*)

Abrid, ¡que me matan!

DOROTEA.

Corre;
Que aunque es traidor, fué criado
De Leonido.
(*Isabel va y abre la puerta y sale Tancredo.*)

ISABEL.

Entra, cuitado.

TANCREDO. (*Entrando.*)

Algun ángel me socorre.

RICARDO. (*Dentro.*)

Quedaos vosotros aquí.

DOROTEA.

¿Estás muy herido?

TANCREDO.

Muerto.

DOROTEA.

Daca esa luz.

JULIO. (*Dentro.*)

Ello es cierto.
¡Qué bien se ha trazado ansí!
(*Salen Ricardo, Julio y Celio.*)

DOROTEA.

¿Adónde tienes la herida?

RICARDO.

Yo soy, Señora, el herido.

DOROTEA.

¡Oh, vil Ricardo, atrevido,
Y de mi honor homicida!
Con vanas industrias sales
A conquistar mi desden;
Que para matar mi bien,
Siempre de heridas te vales.
Mira tú ¡cuáles heridas
Son las que á mi honra das!
Las que aciertas, por detrás;
Y las que yerras, fingidas.

RICARDO.

Señora, escucha.

DOROTEA.

¡Oh traidor!
(*A Isabel.*) Descuelga aquellas espadas.

ISABEL.

Voy por ellas. (*Vase.*)

RICARDO.

¡Que te agradas
De mi muerte y tu rigor!
¡Ah mi bien!

DOROTEA.

¡Ah infame y vil!

(*Vuelve Isabel con dos espadas.*)

ISABEL.

Toma, Señora.

RICARDO.

¿Qué quieres?

DOROTEA.

Que conozcas las mujeres
En acto más varonil.
Sacude, Isabel; echemos
Estos cobardes de casa.

RICARDO.

¡Hay tal cosa! ¡Que esto pasa!

TANCREDO.

¿Qué haremos?

ISABEL.

¡Fuera!

CELIO.

¿Qué haremos?

(*Emprenden las dos á cuchilladas con los cuatro.*)

JULIO.

Defiéndete; que por Dios
Que las juegan lindamente.

RICARDO.

Tente, Dorotea, tente.

DOROTEA.

Déjame con estos dos.

RICARDO.

Mira que te puedo herir.

DOROTEA.

Es tu espada muy cobarde.

CELIO.

Huye; que ansí Dios me guarde,
Que no se puede sufrir.

(*Huyen todos.*)

ISABEL.

Ya los podemos dejar.

DOROTEA.

Bien huyen.

ISABEL.

Su infamia es cierta.

DOROTEA.

Pues cierra, Isabel, la puerta,
Y vámonos á acostar.

ISABEL.

¡Hermosamente acuchillas!

DOROTEA.

Y tú en extremo me agradas.

ISABEL.

Entra.

DOROTEA.

Cuelga estas espadas
Donde están las almohadillas.

(*Vanse.*)

—

Campo y camino á una jornada de Valencia.

ESCENA XV.

AURELIO, LEONIDO.

LEONIDO.

Hízolo el moro honrado con extremo.

AURELIO.

Si puede haber, Leonido, en pecho moro
Entrañas de cristiano, aquel las tiene.
¿No ves qué honradamente nos envia!

LEONIDO.

Veo que del consejo que te ha dado
Ha resultado todo el bien que has visto.
Traerte libre es el mayor de todos;
Fuera del gran rescate prometido,
Cuando venga Zulema de Biserta.

AURELIO.

¡Con qué lágrimas tristes ha sentido
Nuestra partida!

LEONIDO.

Tuve á gran ventura
Que estuviese aprestada aquella nave;
Que no quiero regalos entre moros,
Sino necesidad entre cristianos.
Mil escudos me dió para el camino,
Y con Zulema me promete cosas
Que por ser tan extrañas no las creo.

AURELIO.

Si hay verdad entre bárbaros, no dudes
Que está en Audalla. ¡Oh mi querida patria!
¿Es posible que pudo mi desdicha
Vencerse así, trayéndome á gozarte?
Ahora, gran Señor, pon justo límite
. . . . [1]
En los brazos del ángel que me espera;
Pero sospecho que en llegando á ellos,
Como en otro Jordan, me tornen mozo.

LEONIDO.

Ya, Señor, se acabaron tus trabajos;
Ya quiere el cielo que descanses libre
De cautiverio de tan largos años.
Estas son las campañas fertilísimas
Del reino de Valencia; este camino
Nos llevará á poner mañana en ella.

ESCENA XVI.

CUATRO SALTEADORES. — LEONIDO, AURELIO.

SALTEADOR 1.º

Si hacen cortesía, no dispares.

SALTEADOR 2.º

¡Hola! ¿qué digo?

LEONIDO.

Mi Señor, escucha.

AURELIO.

¡Ay Leonido! ¿Con esto nos recibe
Nuestra patria cruel!

SALTEADOR 3.º

Ríndanse presto.

LEONIDO.

Un padre y hijo peregrinos somos,
Que de cautivos en Argel venimos.

SALTEADOR 4.º

Suelta la espada.

SALTEADOR 1.º

Espérate, Ruperto.
No le quites aquí más que las armas;
Que en nuestro rancho los desnudaremos.

AURELIO.

¡Pobre viejo! ¿Que áun esto te faltaba

LEONIDO.

Amigos, desnudadnos en buen hora,
Y reservad las vidas: á lo ménos
La de este honrado viejo, que es mi padre.

AURELIO.

Amigos, si piedad no os enternece
De dos cautivos, que en Argel pasaron
Tan miserable y trabajosa vida,
Guardad, ansí la vuestra guarde el cielo,
La deste honrado mozo, que es mi hijo!

SALTEADOR 2.º

Caminen donde digo, y manifiesten
El plus de argen.

LEONIDO.

¡Qué han de traer cautivos?

SALTEADOR 3.º

Gofredo, destos pobres peregrinos
Se ha de quemar la ropa como tela
Para que salga el oro entretejido.

AURELIO.

¡Ay triste Aurelio!

LEONIDO.

¡Ay mísero Leonido!

(*Llévanlos.*)

—

Calle en Valencia.

ESCENA XVII.

RICARDO, TANCREDO, CELIO, JULIO.

RICARDO.

¿Que tiene tanta pobreza!

TANCREDO.

Hoy supe de una vecina
La referida fineza.

RICARDO.

¡Tanto ayuno y disciplina,
Tan flaca naturaleza!

TANCREDO.

Digo, Señor, que contaba
Que sin comer se pasaba
Algunas veces dos dias.

RICARDO.

Come las entrañas mias,
Ave de Sísifo brava.
¿Por qué te matas ansí?
Ya no quiero pedir nada;
Quiere tú pedirme á mí,
Que por sustentarte honrada,
Ya te sustentas de tí.
¡Que te adore, y que le sobre
A los perros de mi casa!
¡Que vida en viéndote cobre,
Y que con mi mano escasa
Te deje vivir tan pobre!
¡Oh fiera crueldad no vista!
Ya, mi bien, no te conquista
Amor, sino obligacion;
Ya pido á tu condicion
Que de nuevo se resista.
Ya tu santidad, Señora,
Mucho más que tu hermosura,
Me deleita y enamora:
Que vivas no más procura
Éste que tu vida adora.
Dineros me sobran: toma.

TANCREDO.

Hablas, Señor, como honrado;
Pero no se ablanda y doma.

[1] Parece que falta un verso.

RICARDO.

El darle me da cuidado,
Siquiera para que coma.
Si de un real de su labor
Da el medio á un pobre, yo puedo
Con ella partir mejor.

JULIO.

Ya es tarde, y dice Tancredo
Que no está en casa, Señor;
Que al Remedio fué á rezar.
Vamosla al campo á esperar;
Que es de noche: y miedo ó fuerza
Causarán que el rigor tuerza
Con que te suele matar.

RICARDO.

Julio, ya estoy muy trocado:
Su virtud estimo sola:
Aquí la historia ha cesado
Desta Lucrecia española
Y este Tarquino afrentado.
No más amor; ántes creo
Que si viese en esta calle
Alguno con mal deseo,
Fuese mejor a matalle,
Que por mi agravio el más feo.
Lo que quiero agora hacer
Es en este umbral poner
Este lienzo con dinero;
Que ya solamente quiero
Remediar esta mujer.
Cierta invencion viene aquí
Para que lo tome luego.
Vosotros venid tras mí.

CELIO. (*Aparte á Julio.*)

Hoy está santo, ayer ciego.
Si ha de ser mañana así...

JULIO.

Celio, dale cantonada,
Y volveremos por ello.

CELIO.

Calla.

RICARDO.

¿Qué es eso?

JULIO.

No es nada.

TANCREDO. (*Ap.*)

Si aquestos piensan cogello,
Tomada está la posada.
(*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

DOROTEA É ISABEL, *con mantos.*

DOROTEA.

Muy tarde habemos venido.
¡Cosa que la vecindad
Lo tenga por liviandad
En ausencia de Leonido?
Abre esa puerta, Isabel;
Que más de las siete son.

ISABEL.

Es muy larga la estacion
Y está el camino cruel.—
¡Ay, Señora!

DOROTEA.

¿Qué hay?

ISABEL.

Un lienzo
Con dinero en los umbrales.

DOROTEA.

A pensar lo que es comienzo.

ISABEL.

Como á Francisco, reales.

DOROTEA.

Que lo pienses me avergüenzo.
Demonio es este sin duda.

ISABEL.

Otro papel.

DOROTEA.

Muestra á ver;
Que á verle la luna ayuda.
La letra es esta de ayer;
Treta ni letra no muda.
(*Lee.*) «Cierta persona de la Iglesia, »que sabe vuestra vida y necesidad, os »envía ese dinero: seguramente lo po»deis tomar, pues es como limosna.»
Basta; que da en limosnero
Nuestro amador tosco y rudo.
¿Cómo, amor, siendo desnudo,
Ya dais limosna y dinero?
¡No ha sido mala la treta!
Ven conmigo.

ISABEL.

¿Dónde vas?

DOROTEA.

Adonde presto verás
Que soy honrada y discreta.
(*Vanse.*)

ESCENA XIX.

JULIO.

Fingiendo cierta invencion,
De Ricardo me escapé.
¡Qué bien á Celio hurtaré
El lienzo y la bendicion!
¡Puertas de mi alma y vida!...
—¡Vive Dios, que lo han cogido!
Aquel bellaco ha venido
Con la treta desta herida.
Pero allí viene: no ha hecho.
Otro el venturoso ha sido.

ESCENA XX.

CELIO.—JULIO.

CELIO. (*Para sí.*)

Milagro escaparme ha sido.
Qué llego á tiempo sospecho.
A Julio le he de negar
Que no vine ni le ví.

JULIO.

Ya no hay pájaros ahí.
Todos echamos azar.

CELIO.

¡Ah, traidor, que lo has cogido!

JULIO.

Otro ha venido primero.

ESCENA XXI.

TANCREDO.—DICHOS.

TANCREDO. (*Para sí.*)

Codicia de aquel dinero
Sin aliento me ha traido
A estos umbrales, más reales
Que de la casa real;
Que no hay más real umbral
Que el que da tantos reales.

CELIO.

¿Qué le digo? ¿Está cabal?

TANCREDO.

¡Oh ladrones! Bien sabia
Que corristes á porfía
Al palio de aqueste umbral.
Envióme mi Señor
A ver si lo habeis tomado.

ESCENA XXII.

RICARDO.—DICHOS.

RICARDO (*Ap.*)

¡Que los tres me hayan dejado!
¡Hay desvergüenza mayor!
Sin duda han venido aquí
Para coger el dinero.

JULIO.

¿Quién va?

RICARDO.

Un hombre, un caballero.

CELIO. (*Ap. á Tancredo.*)

¿Si es este Ricardo?

TANCREDO.

Sí.

JULIO.

Señor, ¿eres tú?

RICARDO.

Yo soy.
¿Qué haceis aquí?

JULIO.

Yo á buscarte
Vine.

CELIO.

Yo vine á aguardarte.

TANCREDO.

Pues yo aguardándote estoy.

RICARDO.

Sin duda me he convertido
En dinero é interes;
Que este pienso que los tres
A buscar habeis venido.

JULIO.

Tancredo dijo que tú
Le enviabas á sabello.

TANCREDO.

No debí bien de entendello.

RICARDO.

¿Yo á tí, Tancredo! ¡Jesú!

ESCENA XXIII.

DOROTEA É ISABEL, *con un* PREGONERO. —DICHOS.

ISABEL.

Dad, hermano, otro pregon.

PREGONERO. (*Pregonando.*)

Cualquiera que haya perdido
Cierto dinero...

RICARDO. (*Ap.*)

¿Si ha sido
El de mi nueva invencion?

PREGONERO.

Vengan las señas y hallazgo;
Que yo le pondré con quien
Lo tiene.

RICARDO.

Ce, hombre de bien.

DOROTEA. (*A Isabel.*)

Este es nuestro mayorazgo.

RICARDO.

Yo he perdido ese dinero.

ISABEL.

¿Cuánto es?

RICARDO.

Quinientos reales
Y un papel.

ISABEL.

¡Buenas señales!

DOROTEA.

Dádsele así.

PREGONERO.

Todo entero.

DOROTEA.

Decid que el hallazgo os dé
Para vos.

RICARDO.

Tomalde vos.—
Ce, Señora. Ella es, por Dios.
(*Entranse en casa Dorotea é Isabel.*)
Fuése, entróse. Al fin, se fué.
¡Hay valor más invencible!
Tomad, amigo.

PREGONERO.

Señor,
Ya os conozco.

RICARDO.

Y yo mejor
Este divino imposible.

PREGONERO.

Si algo fuere menester,
Allí en el Encante estoy. (*Vase.*)

RICARDO.

No poco encantado voy
Del valor desta mujer.
¡Hay tan heróica matrona!

ESCENA XXIV.

AURELIO Y LEONIDO, *muy rotos.*—RICARDO, TANCREDO, CELIO, JULIO.

LEONIDO.

Aquí vive Dorotea.

AURELIO.

Ven por donde no nos vea,
Ni nos conozca persona.

RICARDO.

¿Quién va allá?

AURELIO.

Van dos cautivos,
Que ladrones han robado.

RICARDO.

¡A buen puerto habeis llegado!

AURELIO.

No es malo, llegando vivos.

LEONIDO. (*Ap. á Aurelio.*)

Este, Señor, es Ricardo.
¿Qué hace á mi puerta? ¡Ay de mí!

AURELIO.

Hijo, si él ha entrado aquí,
Vengarte y vengarme aguardo.
Mataré á mi hija, en vez
De dalle el primer abrazo,
Haciendo á su cuello un lazo
Del cordel de mi vejez.

LEONIDO.

¡Ah traidora! ¡así guardaste
El casto amor prometido!
Necesidad te ha vencido.

RICARDO. (*Llegándose á la ventana de casa de Dorotea.*)

Tú, que el alma me robaste,
Fiera esquiva, Dorotea,
Darás causa á mi remedio;
Que yo pondré tierra en medio,
Y áun cielo, que cielo sea.
¿Que, en ausencia de tu esposo,
Dinero no te ha vencido,
Y en los tiempos que te ha sido
Para el sustento forzoso!
¿Que toda mi diligencia
Ha sido en balde, enemiga,
Ni mi presencia te obliga,
Ni de Leonido la ausencia!
Mas ¿qué me quejo de tí,
Santa, honrada, casta, hermosa,
Pues has sido poderosa
Que hoy vuelva á vivir en mí?
Echéle aqueste dinero
Sólo para que comieses:
Y ¡que tan honrada fueses,
Que le has dado al pregonero!
Pues no ha de volver conmigo.—
Cautivos, tomá ese lienzo;
Que desde agora comienzo
A ser de pobres amigo.
Goce mi renta mi hermana:
A un monasterio me voy. (*Vase.*)

JULIO. (*A Celio.*)

Síguele.

CELIO.

Sin seso estoy.

TANCREDO.

¡Estás contenta, inhumana!
(*Vanse Tancredo, Celio y Julio.*)

LEONIDO.

¡Oh padre! ¡dadme esos brazos!

AURELIO.

¡Ay vida del alma mia!
Quien con tal valor porfía
Déme infinitos abrazos.
Llama, toca.

LEONIDO. (*Llamando.*)

¡Ah Dorotea!

ESCENA XXV.

DOROTEA, *en su casa.*—AURELIO Y LEONIDO, *en la calle; despues,* ISABEL.

DOROTEA. (*Dentro.*)

Ricardo, vete en buen hora.

LEONIDO.

No es Ricardo, mi Señora.

DOROTEA.

Él ó quien quiera que sea.

LEONIDO.

No desconozcas mi voz.
Mi vida, yo soy Leonido.

AURELIO.

Todo me has enternecido.

LEONIDO.

Pudiera á un tigre feroz.

DOROTEA. (*Dentro.*)

Traidor, la voz de Esaú
Y las manos de Jacob.

LEONIDO.

Mas la paciencia de Job.
¡Mi bien!

DOROTEA. (*Dentro.*)

¡Señor! ¿eres tú?

LEONIDO.

Yo soy.

DOROTEA. (*Dentro.*)

¡Sin duda que es él!
Abre.
(*Salen Dorotea é Isabel.*)
¡Ay triste!

LEONIDO.

No te espantes.

ISABEL.

¡Hay visiones semejantes!

LEONIDO.

No tiembles; vuelve, Isabel.
Yo soy; que ciertos ladrones
Me han robado, esposa mia.

DOROTEA.

Ya te conozco.

AURELIO.

Desvia,
Aunque en buen lugar te pones.
Déjame, pues fuí primero,
Que goce lo que he engendrado.

DOROTEA.

¡Ay Dios!

AURELIO.

¿De qué te has turbado?
Tu padre soy verdadero.
No soy sombra ni fingido.
Toma estos brazos bañados
En lágrimas.
(*Abrázanse.*)

ESCENA XXVI.

ZULEMA Y OTROS OCHO MOROS *con cofrecillos.*—DICHOS.

ZULEMA.

Bien guiados
Del cautivo habemos sido.
Aquí vive Dorotea.

ISABEL.

Gente viene: recordad
Que á salir de la ciudad
Madrugan.

LEONIDO.

Quien fuere sea.

DOROTEA.

Ponte esta ropa, Señor.

AURELIO.

No te desnudes.

DOROTEA.

Es justo.

ISABEL.

Y tú aquesta.

LEONIDO.

Por tu gusto,
Aunque así estaba mejor.

ZULEMA.

Gente hay aquí: llegar quiero,
Pues traigo salvoconduto.

LEONIDO.

Sin duda es este el tributo
Del rescate.

ZULEMA.

¡Ah caballero!
¿Vive Dorotea aquí?

AURELIO.

Ya con el alba te veo.
¡Zulema!

ZULEMA.

¡Aurelio!

AURELIO.

No creo
Tanto bien.

DOROTEA.

¿Qué es esto! di.

LEONIDO.

Mi esposa, del Rey de Argel,
Que he cautivado, el rescate.

AURELIO.

Deja que despues se trate.

DOROTEA.

¿Tú al Rey!

LEONIDO.

Yo al Rey, que por él
Me dió á tu padre.

ZULEMA.

Y aquí,
Señora, te envia un presente,
Obligado eternamente
A tu marido y á tí.

Caro le costó el consejo,
Aunque fué bien empleado,
De haberte á un pobre entregado:
Las causas aquí las dejo.
Su hijo soy, y me envia
A que en pago del presente
(Que de una prenda que siente
Haberla perdido un dia,
Le han dicho que eres el dueño),
Si la tienes, se la dés;
Que no es poco el interes,
Aunque el servicio pequeño.
Diez mil ducados en oro
Te traigo, y otros diez mil
En joyas, por la gentil
Prenda cristiana de un moro:
Y esto fuera del rescate,
Que aparte traigo á Leonido.

DOROTEA.

¿Qué prenda, decidme, ha sido,
Porque de dárosla trate?

ZULEMA.

Una esclava, que cautiva
Teneis en vuestro poder,
Que es su hija.

ISABEL.

¿Puede ser
Que tanta gloria reciba!
¡Zulema!

ZULEMA.

¿Sois vos, Señora?

ISABEL.

Aunque niña, no he perdido
Tu memoria.

DOROTEA.

Di, Leonido,
¿Sueño, velo ó duermo agora?
¡Padre, marido y hacienda,
Y padre para Isabel!

ISABEL.

Este es mi nombre: por él
El Rey lo que soy entienda.
Soy cristiana.

ZULEMA.

Ya él lo sabe.
Entra y sabrás su intencion;
Qué á tu fe tiene aficion.

ISABEL.

Sólo en ella verdad cabe.

ZULEMA.

Cristianos queremos ser:
No lo oigan estos aquí.
Regalo te traigo á ti,
Muestras de amor y poder.

AURELIO.

Entra, Zulema, y descansa.

LEONIDO.

¿Dónde está tu galeota?

ZULEMA.

Bien puedes llamarla flota;
Trecientos remeros cansa.
Salvoconduto he traido,
Con esclavos rescatados.

AURELIO.

Todos sean bien llegados,
Y tú en buenhora venido.
Entra; que esta es tu posada.

LEONIDO.

Acabe con tu venida
La riqueza mal nacida
Y *la pobreza estimada.*

LA OBEDIENCIA LAUREADA,

Y PRIMER CÁRLOS DE HUNGRÍA.

PERSONAS.

FILIBERTO, *Rey de Bohemia.*
MARÍA, *Reina de Hungría.*
CÁRLOS, *caballero.*
AURELIO, *viejo.*
ALEJANDRO.
MARCELA, *dama.*
ROSELA, *dama.*
DORISTEO.
FILIPO.
TEBANO.
FLAMINIO.
GUARIN, *lacayo.*
LUCRECIA, *criada.*
DOS CAPITANES.
UN SECRETARIO.
SOLDADOS.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Nápoles y en Bohemia.

ACTO PRIMERO.

Plaza de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

FILIPO, ALEJANDRO, DORISTEO, TEBANO.

FILIPO. (*Dentro.*)
Basta que lo diga yo.

ALEJANDRO. (*Dentro.*)
Miente si lo dice.

FILIPO. (*Dentro.*)
¡Muera!

ALEJANDRO.
¡Fuera, villanos!

DORISTEO. (*Dentro.*)
¡Paz! ¡Fuera!

TEBANO. (*Dentro.*)
Dentro de mi casa, no.

(*Salen acuchillándose Filipo y Alejandro, y Doristeo y Tebano metiéndolos en paz.*)

DORISTEO.
¿No basta que de por medio
Estén dos hombres de bien?

ALEJANDRO.
Ver que de por medio estén
Fué de su vida remedio.

FILIPO.
No me faltará lugar
En que me vengue de ti.

ALEJANDRO.
Camina al campo.

FILIPO.
¿Irás?

ALEJANDRO.
Sí.

FILIPO.
Allá te voy á esperar.

DORISTEO.
Sed amigos.

FILIPO.
¿Yo su amigo!
Cuando aquel alma le saque. (*Vase.*)

DORISTEO.
No hay remedio que se aplaque.

ALEJANDRO.
Él se aplacará conmigo.

ESCENA II.

AURELIO, *con báculo*, FLAMINIO.—ALEJANDRO, DORISTEO, TEBANO.

AURELIO.
¿Qué es esto?

ALEJANDRO.
¡Mi padre viene!

AURELIO.
¿Reñia Alejandro?

DORISTEO.
No.

AURELIO.
Pues ¿quién? por mi vida.

DORISTEO.
Yo.

AURELIO.
Desnuda la espada tiene.

DORISTEO.
Era porque paz metia.

AURELIO.
¿Sobre qué fué la cuestion?

DORISTEO.
Disgustos del juego son:
Él miraba y yo perdia.
Llegó una suerte dudosa;
Juzgó, si verdad os digo,
Alejandro, como amigo,
Y pareció injusta cosa
A Filipo, que compite
Conmigo en cosas mayores.

AURELIO.
¿Qué cosas?

DORISTEO.
Ciertos amores:
Cosa que allá se desquite.

AURELIO.
¿Es esto verdad, Tebano?

TEBANO.
La verdad es que reñia
Tu hijo.

AURELIO.
No lo temia
El alma, Flaminio, en vano.

FLAMINIO.
Honradamente procede
Tebano.

TEBANO.
Así quise hablar,
Pues no es bien dejar pasar
Lo que remediarse puede.

AURELIO.
¿Dónde está Filipo?

TEBANO.
Es ido
Al campo.

AURELIO.
Y ¿era razon
Encubrirme la cuestion?

DORISTEO.
Mejor decírtela ha sido;
Mas, sin darte pesadumbre,
Se pudiera remediar.

AURELIO.
El sol quieren eclipsar,
Que es de aquestos ojos lumbre.
—¡Ay Alejandro! por Dios,
Que de mis canas te duelas.

ALEJANDRO.
Vanos peligros recelas
De lo que dicen los dos;
Que no soy el agraviado,
Ni tengo por qué salir.

AURELIO.
Sí; mas debes acudir,
Como caballero honrado,
Al plazo del desafío.
¿Qué palabras hubo?

DORISTEO.
Creo
Que fué un mentís.

AURELIO.
Caso feo.

ALEJANDRO.
No fué gran delito el mio,
Porque, la espada en la mano,
No agravian palabras.

AURELIO.
Bien.
Flaminio, conmigo ven;
Que Doristeo y Tebano
Tendrán á Alejandro aquí,
Por hacerme á mi placer.

TEBANO.
Seguro puedes tener
Que no se aparte de mí.

AURELIO.
¡Ay Alejandro! mal pago
Das á mi amor; y en mi edad
Hacen, con poca piedad,
Tus travesuras estrago.
Yo te doy cuanto tú quieres,
Y aunque tengo otros dos hijos,
Sólo son mis regocijos

El pensar que tú lo eres.
Aunque es Cárlos el mayor,
Le hago estudiar, para darte
De mi hacienda la más parte,
Sólo por tenerte amor.
Casarte quiero y hacer
Un gran mayorazgo en tí,
Porque eres el alma en mí,
Por quien tengo vida y ser.
A tu hermana daré presto
Marido, y hacienda aparte,
Sólo por poder dejarte
Más rico, honrado y bien puesto.
—No te digo aquesto aquí
Porque te enojes; repara
Que es amor...— Alza la cara,
Mira que me miro en tí.—
Ahora bien: esta blandura
¿Te ofende? Voyme á buscar
Á Filipo, y remediar
El daño que te procura.
Ven, Flaminio.

FLAMINIO. (*Ap. á Aurelio.*)
No sabeis
Reportar el loco amor
De Alejandro.

AURELIO.
Es un rigor
Que me tiene cual me veis.

FLAMINIO.
A los hijos no es cordura
Mostrarles amor.

AURELIO.
No puedo
Reportarme.
(*Vanse Aurelio y Flaminio.*)

ESCENA III.

ALEJANDRO, DORISTEO, TEBANO.

ALEJANDRO.
¡Bueno quedo!

DORISTEO.
Este suceso asegura
Vuestro honor en no salir.

ALEJANDRO.
Querrá por satisfacion
Filipo esta obligacion.

DORISTEO.
Yo se lo sabré decir.
Quiero con un argumento
Probaros que esto es bastante.

ALEJANDRO.
¡Cómo!

DORISTEO.
¿No es más importante
Del cielo aquel mandamiento
Que nos manda no matar,
Ni al prójimo aborrecer?

TEBANO.
Tambien manda obedecer
Al padre en primer lugar.

ALEJANDRO.
No hay disputa con la honra,
Que es en el mundo alcoran.

TEBANO.
Pues mirad que al campo van.

ALEJANDRO.
Van á tratar mi deshonra;
Mas yo llegaré primero.

DORISTEO.
Yo pienso quedarme aquí;
No digan que con vos fuí.

ALEJANDRO.
Ni yo he menester tercero.

TEBANO.
Yo ¿iré con vos?

ALEJANDRO.
Vos tampoco;
Porque dirán que es traicion. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DORISTEO, TEBANO.

TEBANO.
¡Arrogante presuncion!

DORISTEO.
¿Ahora sabeis que es loco?

TEBANO.
¡Extraño amor tiene el viejo
Al que ménos le ha obligado!

DORISTEO.
Por Dios, que en eso ha mostrado
Poca prudencia y consejo.
Al hijo que es virtuoso,
Noble y honrado, aborrece;
Y al malo su hacienda ofrece,
De su vida cuidadoso.
Siempre le da pesadumbre
Con mil maneras de enojos,
Y aquí le dice en sus ojos
Que ve por sus ojos lumbre.
Pues no piense tratar mal
A Marcela; que Marcela
Tiene una guarda que vela
Su remedio, á un lince igual.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA V.

DORISTEO, TEBANO.

DORISTEO.
Y porque habemos llegado
A su casa poco á poco,
Sabed que me tiene loco
De su hermosura el cuidado.
Trato de ser su marido,
Y por eso os hablo así.

TEBANO.
Bien podeis fiar de mí:
Como confesor me olvido
De lo que decirme suele
Cualquier amigo en secreto.

DORISTEO.
Tengo de vos buen conceto.
No es razon que me recele
De hablarla en vuestra presencia,
Y que á mi propio os iguale...
—Pero ya como el sol sale,
Dando á la noche licencia.

ESCENA VI.

Asómase á una ventana MARCELA, *con almohadilla y en ella un ancho de cambray, como que hace vainillas.* — DORISTEO *y* TEBANO, *en la calle.*

MARCELA.
Por la calle os vi pasar;
Que por la reja miraba,
Con mi labor, si pasaba
Quien me obliga á descartar,
Cuando pasa, el almohadilla,
Porque no hay tomarla más.

DORISTEO.
¿Qué es lo que labrando estás?

MARCELA.
Una flamenca vainilla
En un ancho de cambray;
Mas con tal divertimiento
De ver si pasais y os siento,
Que hay lindas cosas.

DORISTEO.
¿Qué hay?

MARCELA.
Anda, como niño, amor
Entre el alma y la almohadilla,
El aguja y la vainilla,
Jugando con la labor.
Sangre, por Dios, me costais;
Que dos veces me he picado,
Sólo porque me ha engañado
Diciendo que vos pasais.

DORISTEO.
¡Mal haya el rapaz, amén!
Pero no hagais vos labor
Con aguja; que es dolor
Que me alcanza á mí tambien.

MARCELA.
Pues ¿qué labor hay sin ella
En gente moza?

DORISTEO.
El hilar
No se suele mucho usar;
Mas podréis, Marcela bella,
Con randas entreteneros.

MARCELA.
Si uno así suele ofender,
¿Qué labor yo puedo hacer
Entre tantos majaderos?

DORISTEO.
Teneis razon; que áun de palo
Deben de ser enfadosos.

ESCENA VII.

CÁRLOS, *de camino;* GUARIN, *con escopeta y una maleta.*—MARCELA, *en la reja, hablando bajo con* DORISTEO; TEBANO.

GUARIN.
Adonde somos odiosos,
¿Vienes á buscar regalo!

CÁRLOS.
Aunque mi padre, Guarin,
Me aborrece de tal suerte,
Por ser de condicion fuerte,
Es esta mi casa en fin;
Es donde vi la primera
Luz del cielo, y vuelvo aquí,
Porque es centro en que nací,
Y vuelvo á mi propia esfera.
Amo á Marcela, mi hermana,
Amo á Alejandro tambien,
Aunque no me quieren bien,
Que es una cosa inhumana.
Si de mi madre pudiera
Presumir algun error,
Que fué á mi padre traidor
Su pensamiento dijera.
Creyera, pues me aborrece,
Que no me engendró, Guarin;
Mas fué un ejemplo su fin,
Que como el sol resplandece.

GUARIN.
No debe de aborrecerte;
Mas á tu hermano menor
Tiene tan notable amor,
Que del tuyo le divierte.
Quiérele por su virtud,

Modestia y recogimiento,
Discrecion y entendimiento...
¡Tal le venga la salud!
¡Vive Dios, que no hay mayor
Bellaco desde aquí á Roma!
¡Qué bien unos naipes toma!
¡Qué bien sabe cualquier flor!
Con una aguja una tarde,
Para una flor que sabia,
En cierta baraja hacia
De las figuras alarde.
Palillos les encajaba
De biznaga por los piés,
Con que parando despues,
Los encuentros atentaba.
Si llegaba rey, decia;
Si azar, pasaba adelante.
¡Este sí que es estudiante
De buena filosofía!
¡Qué cuartos no me ha ganado?
¡Qué racion no me cogió?
¡Qué de veces me faltó
La vela, estando picado,
Y aplicando el derretido
Sebo al pié del candelero,
Alumbraba hasta el lucero
El pábilo consumido!
Pues de sus manos ¿no tengo
Mas de seis mil mojicones?

CÁRLOS.

No digas esas razones.

GUARIN.

Poco en decirlas me vengo.
Pues en llegando á mujeres,
¿Qué fregona me ha dejado,
Con andar fuera cansado
De otros mayores placeres?
Decíale yo: «Señor,
Las sedas, los tafetanes
Se hicieron para galanes,
Y el artificial olor;
Pero el devantal fruncido
Y el zapato de ramplon,
Para pobretos, que son
Muladares de Cupido.
Allá tienes cada dia
Dos mil damas quintañonas:
Deja las pobres fregonas.»
Y el bellaco respondia:
«Caballo, en largo camino,
Es bizarría española;
Mas para una legua sola,
No hay cosa como un pollino.»

CÁRLOS.

Espera. ¡Triste de mí!
Mi hermana está á la ventana,
Y hablando está con mi hermana
Un caballero.

GUARIN.

Es ansí.

DORISTEO. (*A Marcela.*)

Hacedme tanto favor,
Que aquese lienzo me deis,
En que la sangre teneis
Que os sacó jugando amor.

MARCELA.

¿No creeis que me he picado,
Y lo que de vos lo estoy?

DORISTEO.

Creo que necio no soy
Miéntras no soy confiado.

MARCELA.

Así como me piqué,
El lienzo me revolví
A la mano: véisle aquí.

CÁRLOS. (*Ap. á Guarin.*)

¿Qué fué aquello?

GUARIN.

Yo ¿qué sé?

CÁRLOS.

¿No era un lienzo?

GUARIN.

Sí sería.

DORISTEO.

Unos versos quiero hacer
A esta sangre.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Y yo tener
Por deshonrada la mia.
¡Esto mi padre consiente?
¡Esto Alejandro, mi hermano?

TEBANO. (*Ap. á Doristeo.*)

Retírate.

DORISTEO.

¿Qué hay, Tebano?

TEBANO.

Viene por la calle gente.

DORISTEO.

¡Su hermano Cárlos, por Dios!—
Adios, Marcela.

MARCELA.

Él os guarde.

(*Vanse Doristeo y Tebano, y Marcela se quita de la ventana.*)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, GUARIN.

CÁRLOS.

No llegábamos muy tarde,
Si no se fueran los dos.

GUARIN.

Dispárale esa escopeta.

CÁRLOS.

Bien pudiera, si á mi honor
Sale aqueste salteador,
A ser la senda secreta.
Sígueme, veré quién es.

GUARIN.

¡Con maleta y todo!

CÁRLOS.

Sí.

GUARIN.

Descansa ahora...

CÁRLOS.

¡Ay de mí!

GUARIN.

Y buscarásle despues.

CÁRLOS.

El honor no aguarda plazo.
Sepamos quién son los dos.

GUARIN.

Pues vamos; que ¡vive Dios,
Que han de llevar maletazo!

(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA IX.

FILIPO.

Tarda Alejandro, cobarde,
Como ve que no hay testigos;
Que áun el sol apénas arde,
Si no es que de sus amigos
Está haciendo el miedo alarde.
Mal se aplican los trasuntos
De Alejandro con su ser;
Y aunque el honor todo es puntos,
Esto del decir y hacer
Pocas veces comen juntos.—
¿Qué es esto que viene aquí?

ESCENA X.

AURELIO.—FILIPO.

AURELIO.

¿Conoceisme?

FILIPO.

No, señor.

AURELIO.

¿Cómo que no, si yo fuí
La causa de aquel furor,
Que os trujo, Filipo, ansí?

FILIPO.

¿Vos!

AURELIO.

Sí, porque el padre soy
Del hombre que os ha ofendido.
Aquí en su lugar estoy;
Que con la espada he venido,
Con que por Nápoles voy.
Mi edad ésta me consiente;
Que la de mi edad briosa
Tiene, de un clavo pendiente,
La cuchilla ya mohosa,
Y un tiempo resplandeciente.
Este báculo es la espada
Que se ciñe la vejez;
No tengais ésa envainada;
Que no ha de verse esta vez
En Alejandro manchada.
Heridme, matadme á mí;
Que le quiero de tal suerte,
Que vengo por él aquí
Para que me deis la muerte,
Pues soy el que os ofendí.
Que si yo no le engendrara,
Vuestro agravio se excusara;
Pero pues yo le engendré,
Yo he sido el que os agravié.

FILIPO.

Padre, detente y repara...

AURELIO.

¿Qué quieres?

FILIPO.

Que no es razon
Descomedirme á esas canas,
Que tan venerables son.

ESCENA XI.

ALEJANDRO, FLAMINIO. — AURELIO, FILIPO.

ALEJANDRO.

Todas son quimeras vanas
Contra mi honor y opinion.

FLAMINIO.

Tente. ¡Qué poco respeto!...

AURELIO.

Alejandro, ¿dónde vas?

ALEJANDRO.

No has tenido buen conceto
De mi honor, pues aquí estás.

AURELIO.

Soy padre: temo en efeto.

ALEJANDRO.

Bien pudieras excusar
El venir, Aurelio, aquí.

AURELIO.

Tu padre me has de llamar.

ALEJANDRO.

¿Qué importa llamarte ansí?

AURELIO.

Que se te puede olvidar.

ALEJANDRO.

¿No imaginas que dirá

Filipo que te avisé,
Y que Nápoles sabrá
Que tu báculo envié
Adonde mi espada está?

AURELIO.

Hijo, no dirá; que aquí
Estamos solos los tres;
Que Flaminio es yo.

ALEJANDRO.

Pues di:
¿No querrá tomar despues
La satisfacion de mí?

AURELIO.

Cuando se llame agraviado,
Le casaré con Marcela.

ALEJANDRO.

Mayor deshonra has pensado,
Porque dirán que es cautela
Ser de Filipo cuñado.

AURELIO.

¿Qué es cautela?

ALEJANDRO.

De temor:
Y así es más justo, Señor,
Que á las armas se remita.

AURELIO.

Hijo, ¿qué furia te incita?

ALEJANDRO.

Sólo volver por tu honor.
¿Qué aguardas, Filipo?

FILIPO.

Aquí
Solo te quisiera ver.

AURELIO.

Hijo, duélete de mí.

ALEJANDRO.

Quitaos allá.
(*Rempuja á su padre y cae Aurelio en el suelo.*)

AURELIO.

¿Puede ser
Que tú me trates ansí!

FILIPO.

¡A tu padre has arrojado
Al suelo! Alejandro, tente.

ALEJANDRO.

¿Qué te detiene?

FILIPO.

He pensado
Que el ser quien soy no consiente
Reñir tan aventajado.

ALEJANDRO.

Pues ¿qué ventaja me tienes?

FILIPO.

Arrojar tu padre ansí;
Pues que con eso previenes
Todo el cielo contra tí:
¡Mira si á la muerte vienes!
Pero pues tú le arrojaste,
Yo le alzaré deste suelo;
Y á mi desagravio baste
Haber obligado al cielo
Por lo que tu le enojaste.

ALEJANDRO.

¡Que dé mi padre lugar
A estas afrentas? No quiero
Verle en mi vida, ni hablar.

AURELIO.

¡Hijo, hijo!...

ALEJANDRO.

No te espero,
Pues ya no te puedo honrar. (*Vase.*)

AURELIO.

Si de cosas semejantes
La vergüenza te destierra,
Vuelve, vuelve; no te espantes;
Que yo me echaré en la tierra
Para que tú me levantes.

FILIPO.

El se fué.

AURELIO.

La causa es mucha;
Pero vámosle á buscar.

FILIPO.

Con justa vergüenza lucha.

AURELIO.

Ven tú, Filipo, en lugar
Del hijo que no me escucha.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XII.

CÁRLOS, GUARIN.

CÁRLOS.

En efeto, ¿se llama Doristeo,
Y es caballero noble?

GUARIN.

Más quisiera
Llegar á casa y descansar un rato;
Que de Bolonia aquí no habemos hecho
Jornada ménos que de doce leguas.

CÁRLOS.

¡Ay Guarin! que el honor nunca des-
[cansa,
Sino es en la virtud, su propio centro,
Como la nave por el mar: mi ánimo
Se vuelve aquí y allí cada momento,
Que es lo que dijo de las dudas Séneca.

GUARIN.

¡Válame Dios! ¿por fuerza ha de ser
[malo
Hablar un caballero con Marcela!
Todos los casamientos que se hacen,
¿Han de ser por concierto?

CÁRLOS.

Y fuera justo.

GUARIN.

¿No se han de hacer algunos por amo-
[res?

CÁRLOS.

Dejarse una mujer amar es justo
Y muy conforme á la naturaleza;
Pero favorecer al que la sirve,
Contra su honestidad, es cosa injusta.

GUARIN.

Pues ¿qué favor le dió?

CÁRLOS.

¿No viste el lienzo?

GUARIN.

¿Era por dicha el lienzo alguna sábana?
¿Cubriéronse los dos con ella acaso?

CÁRLOS.

Guarin, ¿qué no dará quien da su san-
[gre?

GUARIN.

¿Sangre le dió?

CÁRLOS.

Yo vi la color viva.

GUARIN.

Cuando dos en Italia se conforman,
¿No dicen por adagio: «dióle sangre»?
Pues ¿qué delito es dársela en el lienzo?

CÁRLOS.

¡Mi sangre le ha de dar Marcela á un
[hombre?
¿Mi honor ¿ha de ir mezclado con mi
[sangre?

GUARIN.

Cárlos, la antigüedad ha errado en
[mucho,
Pues hizo un solo amor, y ése no quiso
Que fuese hembra tambien; pues jus-
[to fuera
Que hubiera dos amores, macho, y
[hembra:
Y así la edad de agora, más discreta,
Ha hecho un amor hembra.

CÁRLOS.

¡Estás en seso?

GUARIN.

No sé qué puede ser dar amor sangre
Sino que á amor le baja, porque es
[hembra.

CÁRLOS.

¡Extraños disparates apercibes!
Hizo naturaleza con tu ingenio
Una pintura loca á lo grutesco,
Donde se ven mil cosas concertadas,
Que ninguna le tiene por sí sola.

GUARIN.

Señor, miéntras tu hermana tiene pa-
[dre,
No corre por tu cuenta el honor suyo.

CÁRLOS.

¿Sabes, Guarin, cómo es la honra?

GUARIN.

¿Cómo?

CÁRLOS.

Como un cuerpo gentil proporcionado:
La cabeza es el dueño de la casa,
Los sentidos los hijos, piés y piernas
Son los criados. Si los ojos faltan,
¿Qué culpa puede darse á los oidos?
Mas luego queda todo el cuerpo feo:
De manera que á todos les conviene
Cuidar de aquesta union por cualquier
[parte.

GUARIN.

¿No dicen los filósofos que tiene
El medio la virtud, si son viciosos
Los dos extremos?

CÁRLOS.

Es comun proverbio.

GUARIN.

Luego siendo Marcela virtuosa,
No ha de ser ojos deste cuerpo vuestro.

CÁRLOS.

Pues ¿qué ha de ser?

GUARIN.

El medio, y siendo el medio,
¿Qué mucho que á otro medio el me-
[dio aplique?
Medio y medio son uno, y dos mitades
Fabrican un entero, y lo que tiene
Entero ser, entónces es perfecto:
Luego Marcela es sábia y virtuosa,
Pues que juntando el medio que le
[falta,
Viene á quedar perfectamente buena.

CÁRLOS.

Majadero sofístico, ¿qué dices!

GUARIN.

Que aquí tu padre viene.

ESCENA XIII.

AURELIO.—CÁRLOS, GUARIN.

CÁRLOS.

¡Oh padre mio!
Dadme esos piés, pondrélos en mi boca;
Dadme esas manos, de quien soy he-
[chura.
¿Estáis bueno, señor? No me responde.
¿Cómo están mis hermanos?—Dios os
[guarde.

GUARIN. (*Ap.*)

¿Mas que habemos venido mal y tarde?

AURELIO.
¡Cómo te veniste ansí,
Y tus estudios dejaste?

CÁRLOS.
Aunque no me lo mandaste,
Acabé el curso, y partí;
Que allá no tengo que hacer,
Y me mataba el deseo
De verte, aunque no te veo
Como te quisiera ver.

AURELIO.
Allá ¿pasar no podias?

CÁRLOS.
¿Qué habia de hacer allá
Gastando dineros?

AURELIO.
Ya
Conozco tus fantasías.
Mejor por acá te hallas:
Nápoles es muy vicioso.
¡Qué estudiante virtuoso!

GUARIN. (*Ap. á Cárlos.*)
¡Esto escuchas! ¿Por qué callas?

CÁRLOS.
Es padre: debo callar.

AURELIO.
Pues el criado ¡es un santo!

GUARIN.
Si tú nos aprietas tanto,
Por fuerza habremos de hablar.
Si estamos sorbiendo caldo
Todo el año entre mil textos,
Donde somos más digestos
Que los de Bártulo y Baldo;
Si antes de salir el sol.
Ya con la leccion de prima
Nos cae más niebla encima
Que al Pireneo español;
Si despues de haber comido
Ménos carne que un alcon,
Volvemos á otra leccion,
¿Qué tiempo juzgas perdido?
Si ántes de la noche fria,
Ya estamos, como los bueyes,
Volviendo á rumiar las leyes
Que pacimos todo el dia;
Si viene el ama despues
Con la cena, tan escasa
Que es juego de pasa pasa,
Porque es cena, y no lo es;
Si ántes de entrar en la cama
Hay rosario como el puño,
Y aunque más tiente el dimuño,
No hay mas remedio que el ama,
Y ésta pasa de sesenta,
Con más papos que una mona,
¿Parécete que hay persona
Que viva con mayor cuenta?
Alejandro será el bueno,
Que estudia, y vive muy bien:
Nunca en los juegos le ven,
Ni ronda, ni anda al sereno.
No está en la cárcel por puntos,
No desuella mil rameras,
No trae calzas ni cueras,
Pide cien escudos juntos,
Y otras cosas desta suerte.

AURELIO.
¡Calla!... ¡Mal venido seas!

GUARIN.
Pues ¿por qué, Señor, deseas
Al pobre Cárlos la muerte?

AURELIO.
¡De Alejandro dices mal!
Liciones de Cárlos son,
Que envidia..

CÁRLOS.
Tienes razon...

GUARIN. (*Ap.*)
¡Qué modestia! ¿Hay cosa igual?

CÁRLOS.
Envidio el amor que tienes
A Alejandro.

AURELIO.
Éntrate allá.

GUARIN.
¡Bien recebido entrará!—
¡A qué buen descanso vienes!

CÁRLOS.
Calla, Guarin, ten paciencia.
Yo soy el malo.

GUARIN.
Ansí sea
Mi vida. ¿Quién hay que crea
Tanta virtud y obediencia?
(*Vanse Cárlos y Guarin.*)

ESCENA XIV.

AURELIO.

¡Que siendo la virtud digna de amarse,
Hasta en los enemigos, por sí propria,
En Cárlos la desame! Cosa impropia,
Y que más en mi edad debe culparse.
Pero si suele el cielo desvelarse,
Por ser el hombre su retrato y copia,
Y buscalle en la Scitia y la Etiopía,
Si allá de la virtud quiere alejarse;
¿Qué mucho que yo imite al mismo [cielo
En reducir al malo, y dar castigo
Al bueno que ya tengo por consuelo?
Por reducir al malo me fatigo,
Y como en no perderle me desvelo,
Huyo de Cár os, y á Alejandro sigo.
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA XV.

MARCELA; *y luego*, AURELIO.

MARCELA.
No vendrá jamás aquí
Este estudiante pesado
Ménos que á darnos enfado.
(*Sale Aurelio.*)

AURELIO.
¿Es Carlillos?

MARCELA.
Señor, sí.

AURELIO.
¿En qué te dió pesadumbre?

MARCELA.
Ya nos quiere reducir
A buen modo de vivir,
Como tiene de costumbre.

AURELIO.
¿Tan buenas las suyas son?

MARCELA.
No creo que son muy buenas,
Porque basta que estén llenas
De su mala condicion.

AURELIO.
Sufre sus impertinencias,
Marcela, pues Dios te ha dado
Discrecion, si has imitado
El arte de mi paciencia.
¿Vino Alejandro?

MARCELA.
Sospecho
Que allá en su aposento está.

AURELIO.
Voyle á ver. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

MARCELA.

¿Qué no podrá
Amor, que me abrasa el pecho?
De mi virtuoso hermano
Digo mal al padre mio,
Porque de mi desvarío
Quiere reducirme en vano.
Dar paz á los elementos,
Mezclar el agua y el fuego
Es querer poner sosiego
A mis locos pensamientos.
No me faltaba á mí más
Que á Cárlos compuesto y cuerdo,
Cuando me deshago y pierdo.

ESCENA XVII.

LUCRECIA. — MARCELA.

MARCELA.
Pues, Lucrecia, ¿adónde vas?

LUCRECIA.
A buscarte, mi señora,
Con este papel.

MARCELA.
Ya creo
Que me estima Doristeo.

LUCRECIA.
Dí que te estima y te adora.

MARCELA.
Muestra.

LUCRECIA.
Lee, y dame albricias.

MARCELA.
Estoy triste.

LUCRECIA.
¿Es porque vino
Cárlos?

MARCELA.
Tambien imagino
Que su venida codicias
Con el amor de Guarin.

LUCRECIA.
Mucho ha templado el ausencia.

MARCELA.
Ten, miéntras le leo, paciencia. (*Lee.*)

ESCENA XVIII.

CÁRLOS, *sin ser sentido de* — MARCELA Y LUCRECIA.

CÁRLOS.
(*Ap.* Respondióme airada, en fin;
Que tras el casto valor
Va la vergüenza.—Un papel
Está leyendo, y en él
Los libelos de mi honor.
Quitársele quiero.) Suelta.

MARCELA.
¡Ay Dios!

CÁRLOS.
Suelta, ingrata hermana.

MARCELA.
¡Cómo que suelte!

CÁRLOS.
Villana,

A nuestra infamia resuelta,
Suelta el injusto proceso
De nuestra afrenta.

MARCELA.

No seas
Necio, Cárlos, si deseas
De tus cosas buen suceso;
Que cuando este papel fuera
Sospechoso, eres mi hermano,
Y no mi marido.

CÁRLOS.

En vano
Le defiendes: suelta.

MARCELA.

Espera.

CÁRLOS.

Suéltale, Marcela.

MARCELA.

¡Cárlos!
Deja el papel.

CÁRLOS.

Suelta, digo.

MARCELA.

¿Esta fuerza usas conmigo!—
¡Padre! hermano! (*A Lucrecia.*) Vé á [llamarlos.

CÁRLOS.

No porfíes.

MARCELA.

Con alguno
Debió de ser vil mi madre.

CÁRLOS.

¡Así infamas á mi padre,
A quien no iguala ninguno,
Y á una madre santa y tal,
Que sólo malo ha tenido
Haberte, infame, parido
Para una deshonra igual?
Toma. (*Dale un bofeton.*)

MARCELA.

¡Bofeton á mí!—
¡Padre!... Alejandro!...

LUCRECIA.

¡Qué has hecho?

CÁRLOS.

Voyme; que estoy satisfecho
Que me matarán aquí. (*Vase.*)

LUCRECIA.

No dés voces, no lo digas.

MARCELA.

¡Cómo no!—¡Padre! Señor!

ESCENA XIX.

AURELIO.—MARCELA, LUCRECIA.

AURELIO.

¿Qué voces das?

MARCELA.

Que á un traidor
Con tus regalos obligas
A que me dé un bofeton.

AURELIO.

¿Es Alejandro?

MARCELA.

Si fuera
Alejandro, lo tuviera
Por más señal de aficion.

AURELIO.

Pues ¿quién te pudo ofender?

MARCELA.

Cárlos.

AURELIO.

¡Cárlos! ¡Cosa extraña!
¿Cómo tan infame hazaña
Pudo en su virtud caber?

MARCELA.

¿Qué virtud? Que es un infame.

AURELIO.

¿Por qué te dió?

MARCELA.

Porque digo
Bien...

AURELIO.

¿De quién?

MARCELA.

De su enemigo;
Que así quiere que le llame.

AURELIO.

¿Es de Alejandro!

MARCELA.

Señor,
Véngame, si eres mi padre.

AURELIO.

¡Por el amor que á tu madre
Tuve, y por tu mismo amor;
Por el que á Alejandro tengo,
Que es más que todo, que hoy veas
La venganza que deseas!
Tú verás cómo te vengo.
¡A mi hija bofeton
Porque á Alejandro defiende!
¡Vive el cielo, que me ofende
Las telas del corazon! (*Vase.*)

ESCENA XX.

MARCELA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Mal has hecho.

MARCELA.

No he podido,
Lucrecia, disimular.
Aquí te puedes quedar,
Miéntras de lo sucedido
Aviso con un papel
A Doristeo.

LUCRECIA.

No seas
Causa que más mal te veas.

MARCELA.

No tengo vida sin él. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

LUCRECIA.

Amor, todos se quejan que eres loco;
Pues años tienes ya para ser cuerdo.
Todos se pierden donde yo me pierdo.
Si eres tan viejo, ¿cómo sabes poco?
Viéndote niño, á furia me provoco;
Pues con haberlo oido, no me acuerdo
Cuánto há que llevas en el hombro iz- [quierdo
Colgado el arco, cuyas flechas toco.
Tras tanta cantidad de desengaños,
Estás, como primero, antojadizo,
Tan niño en el llorar y en los engaños.
Mas eres como el cielo movedizo,
Que habiendo dado vuelta seis mil años,
Está tan mozo como Dios lo hizo.

ESCENA XXII.

GUARIN. — LUCRECIA.

GUARIN. (*Para sí.*)

¡Mal haya amor, amén, quien no con- [forma
Tu pintura á tu trato semejante!
Cuando con sarna das á un estudiante,
Con procesos, si hieres al que informa;
Cuando le das á un pícaro una cor- [ma,
Y cuando á un herrador un pujavante,
Cascabeles, si quieres, á un danzante,
Y á un zapatero el boj, trinchete y [horma;
¿Por qué te pintan niño, hermoso, [afable,
Si eres aquel que tantas cosas mudas?
Mejor fuera robusto y espantable.
Aunque pues ya del interes te ayu- [das,
Mejor fuera, villano, interesable,
Pintarte con la bolsa como Júdas.

LUCRECIA.

¿Es mi Guarin?

GUARIN.

Soy, Señora,
El que solia vivir
Del favor de vuestros ojos;
Mas ya no soy el que fuí.
Era yo Guarin un tiempo;
Mas ya soy fray Juan Guarin,
Pues en vuestras soledades
Tan largo tiempo viví.

LUCRECIA.

¿Por qué me niegas tus brazos?

GUARIN.

Por indigno de medir
Lo que hay de la cincha al suelo,
Como el caballo del Cid.
Dejéos yo, mi señora,
Cuando de vos me partí,
Con una basquiña rota
Y un remendado mandil,
Un sayuelo con mas chias
Que de un árbol la raiz,
La media de cordellate,
De hiladillo el cenojil;
Hálloos ahora más hueca
Que el turbante del Sofí,
Herrada, en vez de tres suelas,
Con el dorado chapin,
El donaire á lo bellaco,
Y de la cara el perfil
Con más varias sabandijas
Que curioso camarin.
Cuando era yo vuestro pobre,
Erais vos mi san Martin;
Mas ahora que soy puerco,
Sois san Lucas para mí.

LUCRECIA.

¿Son celos?

GUARIN.

Celuchos son.

LUCRECIA.

¿De qué los podeis pedir?

GUARIN.

De ver que vuestra ama quiere
Otro dichoso Amadís:
Y pues ella quiere bien,
¿Quién duda, mirando el fin,
Que ella quiere á Lanzarote,
Y vos querais su rocin?

LUCRECIA.

Injustamente me agravias,
Porque si el alma te dí,
Y eres alma deste cuerpo,
Mal puedo en otro vivir.

GUARIN.

Demonios sois las mujeres;
Y si tú eres alma en mí,
Bien me pueden conjurar...
Mas no entenderás latin.

LUCRECIA.

¿Espíritu me has llamado?

GUARIN.

Pues ¿no lo sois?

LUCRECIA.

¿Cómo ansí?

GUARIN.

Porque andais de cuerpo en cuerpo,
Y con apremios salis.
Espíritu no te quiero,
Lucrecia; mas carne sí;
Que si eres alma, estoy cierto
De irme al infierno por tí.

LUCRECIA.

Muy necio á Nápoles vienes.

GUARIN.

Ea, por Dios, dime aquí
Las partes de tu galan.
¿Es caballo ó es arfil?
¿Es roque ó peon? ¿Es paje
Ó escudero gandalin?
¿Es calcilla con su liga?
¿Es lacayazo gentil?
¿Busca á dicha cofres vivos?
Caballos quise decir;
Mas por no espantar la yegua,
Su dulce nombre encubrí.
Ea, ¿quién es, por mi vida?

LUCRECIA.

Por esos ojos, Guarin,
Que sabes á moscatel
Con algo de torongil.

GUARIN.

Gil, norabuena; mas toro,
Eso no, por san Crispin;
Que no soy de los que tienen
Su honor en cosa tan vil.
Ya yo sé que tus iguales
Sois lo mismo que un candil,
Que en faltándole.. ya entiendes...
De ningun modo vivis.

LUCRECIA.

De tu amo has deprendido.

GUARIN.

¿Hasle visto?

LUCRECIA.

Aquí le ví,
Tan necio y tan descompuesto,
Como te contemplo á tí.
Dió un bofeton á Marcela.

GUARIN.

¿Hubo coz?

LUCRECIA.

¿No bastó ansí,
Para una mujer tan noble,
Sin las cosas que decís?

GUARIN.

No lo digo yo por eso,
Sino porque siempre vi
Juntos bofeton y coces,
Como el agua y el anis.
¿Dónde le hallaré?

LUCRECIA

No sé.

GUARIN.

Voyle á buscar, y de tí
Me libre el cielo, Lucrecia.

LUCRECIA.

¡Ay, majadero en latin!

GUARIN.

¡Ay, picarona en romance!

LUCRECIA.

¡Ay, alcahuete sutil!

GUARIN.

¡Ay, zapato de aguador!

LUCRECIA.

¡Ay, desechado escarpin!

GUARIN.

¡Ay, gualdrapa por Enero!

LUCRECIA.

¡Ay, almohaza en Abril!

GUARIN.

¡Ay, almirez boticario!

LUCRECIA.

¡Ay, corchete de alguacil!

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XXIII.

FILIPO, DORISTEO, TEBANO.

DORISTEO.

En fin, ¿cómo quedastes concertados?

FILIPO.

Viendo el respeto que le tuve á Aurelio,
Cuando fué tan villano el hijo suyo,
Me prometió á Marcela en casamiento.

DORISTEO.

¡A Marcela! ¿Qué dices!

FILIPO.

Lo que oyes.

DORISTEO.

Y ¿qué le respondiste?

FILIPO.

Que lo aceto,
Con treinta mil ducados.

TEBANO.

Dí, Filipo,
¿No sabes que la sirve Doristeo?

FILIPO.

¡Doristeo la sirve?

DORISTEO.

Si la quieres,
Filipo, desposada ya conmigo
Por palabras, papeles y otras cosas,
Que afirman el concierto que hemos [hecho,
Y que entre amantes sirven de escri- [turas,
Buen provecho te haga.

FILIPO.

Si supiera
Sólo tu pensamiento, no aceptara
Los tesoros del mundo con Marcela;
Pero desde hoy le suelto la palabra.

TEBANO.

Quedo; que es este su mayor hermano,
Recien venido agora de Bolonia.

DORISTEO.

¿Es este acaso el estudiante bravo,
Á quién Marcela teme?

TEBANO.

El mismo es este.

DORISTEO.

Si no mirara yo que era su hermano,
Ya por su mal á Nápoles viniera.

TEBANO.

Guárdala más que si su esposa fuera.

ESCENA XXIV.

CÁRLOS.—FILIPO, DORISTEO, TEBANO.

CÁRLOS. (*Para sí.*)

Honra, por nuestro daño introducida
En las leyes del mundo, siempre er- [radas,
¿Cómo, si son tus manos delicadas,
Aprietas tanto el cuello á nuestra vida?
Escura enigma, apénas entendida,
¿Adónde están tus cifras declaradas,
Pues de culpas ajenas no excusadas
La propria calidad queda ofendida?
Si el hombre que en virtudes se se- [ñala
Es honrado tambien, ¿cuál pensamien- [to
Tu santa ley con las del mundo iguala?
Però una cosa de las tuyas siento:
Que no puede ser, honra, cosa mala
Quien tiene en la virtud su fundamen- [to.

ESCENA XXV.

AURELIO.—DICHOS.

AURELIO.

En tu busca vengo, Cárlos.

CÁRLOS.

¡Oh mi padre y mi Señor!

DORISTEO. (*Ap. á Tebano.*)

¿Es Aurelio?

TEBANO.

Llega á hablarlos.

CÁRLOS.

¡Siempre con tanto rigor!

DORISTEO. (*Ap. á Tebano.*)

A solas quiero buscarlos.

AURELIO.

Pues ¿qué rigor no mereces,
Si con tan poca ocasion
Das, cuando á verla te ofreces,
A Marcela un bofeton,
Que es esta cara dos veces?
Pues si fuera el que debia
Tu ingenio y tu cortesía,
Y tu obligacion tambien,
En la suya vieras bien
La de su madre y la mia.
No la diste, sino á mí:
El ofendido soy yo,
Y el que el golpe recebí;
Pues si el dolor está allí,
Aquí la afrenta quedó.
Y pues de aquel bofeton
Queda el agravio á mi cuenta,
Cosa es muy puesta en razon
Que quien recibió el afrenta
Busque la satisfacion.
¡Toma, traidor! ¡Toma, infame!
(*Dale con el báculo y cae en el suelo.*)

CÁRLOS.

¡Aquí en público, Señor!
¡Padre!...

AURELIO.

Ninguno me llame
Padre.

CÁRLOS.

¡Que así tu honor
Tu propria mano disfame!—
(*Levanta á su padre.*)
Quiero el báculo alcanzar,
Besarle y dártele quiero...
Quiérole del suelo alzar,
Pues, más en él que en mí, espero
Que te quieras arrimar.
(*Alza el báculo, bésale y dásele á Aurelio.*)
Ponte la capa más bien,
No recibas tanto enojo;
Que en los hombres que me ven
La de mi obediencia arrojo,
Que los cubrirá tambien.
No verán, aunque aquí están,

Estos palos que me dan,
Porque, en la inocencia mia,
Son palos de celogía,
Por donde no me verán.
Arrímate á tu bordon,
Sosiega, padre querido;
Que aunque á mí me dan pasion,
Yo sé que á tí te han dolido
En medio del corazon.
Pero es razon que me asombre,
Si no debes de tener
El duelo con otro nombre,
Que bofeton á mujer
Se desquite en palos de hombre.
Disele, porque si vieses
En tí alguna ofensa clara,
Ménos pena recibieses;
Que fué tapalle la cara
Porque no la conocieses.
Fuera más justa razon
Que te escondiera la cara;
Que si le dí el bofeton,
Fué para que se acordara
De aquella confirmacion.
Como á roble me has tratado;
Que temiendo que el tributo
No pague á quien me ha plantado,
A palos pides el fruto
Del haberme cultivado.
¿Quieres arrimarte á mí,
Que vas cansado, Señor?

AURELIO.

Vete, villano de aquí.
Vete, traidor.

CÁRLOS.

¡Yo traidor!
Duélase el cielo de mí.

AURELIO.

No me entres más en mi casa;
Véte de Nápoles luego.

CÁRLOS.

Yo lo haré.

(*Vase Aurelio.*)

ESCENA XXVI.

CÁRLOS, FILIPO, DORISTEO, TEBANO.

TEBANO.

¡Ved lo que pasa!

DORISTEO.

¡Este es el bravo! Reniego
Del padre que no le abrasa.

FILIPO.

¡Oh qué gentil valenton!

DORISTEO.

¡Lindos palos!

TEBANO.

¡Gran paciencia!

CÁRLOS.

(*Ap.* Estos con poca razon
Murmuran de mi obediencia:
Volveré por mi opinion.)
¿Qué les digo? ¿Es muy mal hecho
Sufrir á un padre estos palos,
A cuyo caduco pecho
Debo el ser y los regalos
De que estoy tan satisfecho?
¿Paréceles cobardía
No matar la senectud,
Que estos palos le ponia
Al árbol de mi virtud,
Porque tanto fruto habia?
¿No ven cuán de otra manera
Los palos se han de sentir,
Pues son palo de escalera,
Por donde pueda subir
A la fama que me espera?
¿No ven que mi justo amor,
Mi obediencia y mi temor
Los recibió por regalos,
Y que en estos cuatro palos
Funda su palio mi honor?
¿No ven que en el mar profundo
Nave destos palos fundo,
Y que voy seguro más,
Siendo este palo el compás,
Por la maroma del mundo?
¿No ven que en mi honrosa historia,
De aquel bordon, por memoria,
Hizo dos palos la fama
Para la caja en que llama
Los hombres á eterna gloria?
Pero pues que no lo ven,
Este acero les dirá,
Castigándoles muy bien,
Que aquel por padre se va
Sin que respuesta le dén.
Aquel hombre que me hizo,
Bien me puede deshacer.

(*Echa mano y acuchíllanse.*)

DORISTEO.

Tente.

CÁRLOS.

Infame advenedizo,
No es Marcela tu mujer,
Si mujer te satisfizo.

TEBANO.

¡Extraña furia!

FILIPO.

¡Ay de mí!

CÁRLOS.

Huid, villanos, ansi.

(*Huyen los tres.*)

ESCENA XXVII.

GUARIN. — CÁRLOS.

GUARIN.

¿Qué es esto, Señor?

CÁRLOS.

No sé.
Aquí con mi padre hablé,
Y tan desdichado fuí,
Que me dió con el bordon.
Fuése, y la murmuracion
Desta gente me ha obligado
A haberles mil palos dado,
Si espaldarazos lo son.

GUARIN.

Vente á casa; que la gente
Se junta.

CÁRLOS.

¿Qué es ir á casa!
Yo soy, Guarin, obediente.

GUARIN.

Pues ¿hay más? Di lo que pasa.

CÁRLOS.

Que me manda que me ausente.
Aquí hay tres cosas, que son
De Alejandro la aficion,
De mi padre la obediencia,
De Marcela la insolencia:
Todas me dan ocasion.
Bohemia hace guerra á Hungría:
Yo me he de ir á ser soldado.
Si quieres mi compañía,
Sin lo que me has obligado,
Nueva obligacion sería.

GUARIN.

¡Eso dices! ¡Vive Dios,
Que iré contigo hasta el fin
Del mundo!

CÁRLOS.

Pues ea, adios...
—Pero escucha, mi Guarin;
Que nos importa á los dos.

GUARIN.

¿Cómo?

CÁRLOS.

Ve á casa, y el palo
Con que mi padre me dió,
Le hurtarás por mi regalo,
Cuando coma.

GUARIN.

Y ¿podré yo?

CÁRLOS.

Con Alejandro te igualo
En hurtar lo que hay en casa.
Miéntras come, bien podrás.

GUARIN.

Voy.

CÁRLOS.

El alma me traspasa,
¡Oh padre! el no veros más.
¡Cielos! ya veis lo que pasa.
Voy, pues lo quereis ansí,
A la guerra desde aquí;
Premiad mi justa obediencia,
Pues me debeis la paciencia
Con que estos palos sufrí.

ACTO SEGUNDO.

Campo cortado por un rio junto á una ciudad de Hungría.

ESCENA PRIMERA.

Salen en órden SOLDADOS, *marchando al son de un tambor, y con ellos* CÁRLOS Y GUARIN Y UN CAPITAN; *detras de todos*, EL REY DE BOHEMIA FILIBERTO, *con gola y baston.*

REY.

¿Qué le habrán dicho de mí,
Caballeros de Bohemia,
A esta mujer que ofendí,
Que con desdenes me premia,
Cuando laurel merecí?
¿Qué sabe de mis mayores,
Que en lugar de mis amores,
Mis regalos y suspiros,
Sufre mis marciales tiros,
Mis pífaros y atambores?
¿Qué piensa tan sin razon
De mis condiciones graves,
Que teme mi condicion
Como al águila las aves,
O las fieras al leon?
De mi persona envidioso,
¿Qué le ha dicho algun celoso?
Pues cuando al cristal me veo,
Ni soy Tersítes de feo,
Ni como Narciso hermoso.
Pues mire bien lo que siente;
Que cuando Dafne cruel
Hacerme su Apolo intente,
¡Por Dios, que ha de ser laurel
Para coronar mi frente!
¿Guerra contra mí pregona,
Cuando la busco en persona!
Pues, por Dios, que lo deseo,
Porque ha de hallarme Teseo,
Si ella se vuelve Amazona.

CAPITAN.

La profundidad del rio

Que defiende esta ciudad,
Niega á tu gallardo brio
Que sepas su voluntad
Y entiendas su desvarío.
No puede reconocer
Tu gente el muro y defensa,
Ni sus desinios saber.

REY.

¡Que esté durmiendo á mi ofensa
El desden de una mujer!
¡Que por no casar conmigo,
Me traiga desde mi tierra,
Más que marido, enemigo,
A dar á sus muros guerra
Y á sus soberbias castigo!
¡Que á mis ruegos tan extraña,
Rompiendo á mi amor los lazos,
Quiera ver en la campaña
Al que tuviera en sus brazos!
¡Qué mal consejo la engaña!
¿Cuál de vosotros, soldados,
Me dará arbitrio que sea
Remedio de mis cuidados?

CÁRLOS.

Si Vuestra Alteza desea
Ver mis brazos empleados
Y el alma de aqueste brio,
Yo pasaré á nado el rio,
Y sabré lo que allá pasa,
Hasta meterme en su casa,
Si acepta el servicio mio.

REY.

¿Quién eres?

CÁRLOS.

Soy un soldado,
Hoy á tu campo venido.

REY.

Presencia tienes de honrado.

CÁRLOS.

Soy hidalgo y bien nacido,
Aunque nací desdichado.

REY.

Pareces de Italia.

CÁRLOS.

Soy
De Nápoles, aunque estoy
Tal, que mi patria desamo.

REY.

¿Qué nombre?

CÁRLOS.

Cárlos me llamo,
Que á honrar este nombre voy.

REY.

¿Por qué dejaste tu tierra?

CÁRLOS.

Por medrar algo en la guerra,
Porque me faltó favor
Para las letras, Señor.

REY.

Justa ocasion te destierra.

GUARIN.

Yo tambien era estudiante,
Y estaba muy adelante,
Y por servirte he venido
Con Cárlos.

CÁRLOS.

Mi amigo ha sido
En fortuna semejante.

REY.

¿Qué nombre tienes?

GUARIN.

Señor,
¿Qué importa el nombre, si ignoran
Del hombre el justo valor?
Cuando los muchachos lloran,
Te lo dijeran mejor;
Que ese nombre tengo, en fin,
Y el eco de *camarin*.
Si un niño llorando está,
Señor, ¿no dice: *gua, gua?*
Pues yo me llamo *Guarin*.

REY.

Hombre pareces de humor.

GUARIN.

Si de humor, Señor, naciera,
No tuviera este valor;
Hongo sospecho que fuera,
Porque es la humidad mayor.

CÁRLOS.

Calla, Guarin, en buen hora.
Ten respeto á un Rey.

GUARIN.

La guerra
Es libre: déjame agora.

REY.

Valor el soldado encierra.

CAPITAN.

Tu crédito le mejora.

REY.

(*Ap.* A buena suerte he tenido
Que haya este hidalgo venido
A servirme.) Cárlos, oye,
Para que mejor se apoye
Lo que hacerme has prometido.
¿Cómo el rio pasarás?

CÁRLOS.

Con esta espada en la boca,
Y este corazon no más.
Allá haré lo que me toca;
Que esto despues lo sabrás.

REY.

Si nadas bien, ¡buena traza!

CÁRLOS.

El mar es pequeña plaza.

GUARIN.

Seguro podrá pasar,
Como le dejes llevar
A Guarin por calabaza.

REY. (*Al Capitan.*)

Pues retira el campo mio.
Tú con animosos brazos (*A Cárlos.*)
Rompe las ondas del rio.

CÁRLOS.

Con mil círculos y lazos
Bordar su campo confío.

REY.

Vamos, que tu vuelta espero.
Tú el premio esperar podrás.

(*Vanse el Rey, el Capitan y los soldados.*)

ESCENA II.

CÁRLOS, GUARIN.

CÁRLOS.

Guarin, desnudarme quiero
Ropilla y calzon no más.

GUARIN.

Tú eres lindo majadero.
¿Veniste por nadador,
Ó á ser soldado, Señor?
La ropilla sólo basta,
Porque si álguien te contrasta,
Tengas defensa mayor.

CÁRLOS.

Bien dices, porque desnudo
Ménos podré pelear.

GUARIN.

Que has de volver, temo y dudo.

CÁRLOS.

Quisiera el bordon llevar,
Que me sirviera de escudo.
¿Donde está?

GUARIN.

Guardado está.

CÁRLOS.

No se pierda.

GUARIN.

No podrá,
Que á tus espadas le até.

CÁRLOS.

Guárdale bien.

GUARIN.

¿Para qué?

CÁRLOS.

Por el honor que me da.

GUARIN.

¡Honra te ha dado un bordon,
Que te dió públicamente
Palos en tal ocasion?

CÁRLOS.

Sí; que en un hijo obediente
Las armas de hidalgo son.
¿Con la espada no le dan
Al que arman caballero,
Cuando á ceñírsela van?
Pues lo mismo considero
En los que viéndome están.
Toma y aguarda, y adios.

GUARIN.

El te guie, y á los dos
Nos vuelva á juntar aquí.

CÁRLOS.

Rio, á César veis en mí,
Y yo mi remedio en vos.

(*Vanse.*)

—

Jardin á la orilla opuesta del rio; en el fondo un palacio.

ESCENA III.

LA REINA DE HUNGRÍA, ROSELA.

REINA.

Miéntras la gente se ordena
Del nuevo ejército mio,
Salgo, Rosela, á este rio
A pisar su blanca arena,
Así por tratar contigo
Cosas de tanta importancia,
Como por ver la arrogancia
Del campo de mi enemigo.
Entre aquestas soledades
Que estas arboledas forman,
Adonde mejor informan
Las almas de sus verdades,
Quiero que sepas mi intento
En el dilatar mi estado,
Por si acaso me has culpado
En razon del casamiento.

ROSELA.

Ínclita Reina María,
Sangre del claro Boemundo,
Que puedes serlo del mundo
Como lo fuiste de Hungría:
Conozco tu entendimiento,
Tu varonil proceder;
Pero no puedo entender
Qué te mueva á tal intento.
Filiberto es Rey, y mozo
Tan gallardo y envidiado,
Que á muchas hubiera dado
Su amor amoroso gozo:
De su ingenio hay clara fama,
De sus hechos mil historias,

De sus armas mil vitorias,
Mil versos de que te ama.
Pues ¿qué es esto?

REINA.

No lo sé:
Contrarias estrellas son,
Que gobiernan mi razon
Donde ménos razon fué.
Comencé á negar, Rosela;
De negar, di en porfiar;
De porfiar, en tratar
Su embajador con cautela.
Cuando una mujer porfía,
No le preguntes por qué,
Porque te dirá que fué
Por tema ó por fantasía.
Tras esto, si era aficion
Y no interes en el Rey,
No ha guardado bien la ley
De su misma obligacion.
Y pues las armas tomó,
¿Cómo me podré rendir,
Si Alemania ha de decir
Que con ellas se casó?
Por eso me he prevenido;
Que si fuese su mujer,
Siempre me querrá tener
Como á mujer que ha vencido.
Quisiera yo que esperara
Con paciencia mi rigor;
Mas cuando no sufre amor,
En otro interes repara.
No me verá Filiberto,
Si puedo y si tengo vida,
Ni casada ni vencida.

ROSELA.

No sé si aciertas.

REINA.

Yo acierto.

ROSELA.

Contempla que eres mujer.

REINA.

Ya lo sé; mas es muy llano
Que si él fuere Otaviano,
Sabré yo Cleopatra ser.
Mis estados hacen gente;
La que basta tengo aquí:
Para no sufrir nací
Imperio de hombre insolente.
Mujeres habrán reinado
Sin casarse.

ROSELA.

Eso es enojo.

REINA.

Si ha sido aquel vano antojo
De Semíramis culpado,
Yo me guardaré de ser
La causa de mi rüina;
Que la que al amor se inclina,
No es reina, sino mujer. —
Calor excesiva hace,
El rio, amiga, provoca:
La sombra de aquella roca,
Y el laurel que á sus piés nace,
Me obliga á bañarme. Ven,
Y ayúdame á descalzar.

ROSELA.

Los piés te quieres bañar,
Mas no el corazon.

REINA.

Tambien.

ROSELA.

¿Para qué quieres templanza
Donde jamás hubo fuego?

REINA.

Por este desasosiego
Que de su enojo me alcanza.
¿Cerraste la puerta?

ROSELA.

Sí.
Con el jardin bate el rio,
Que va creciendo.

REINA.

Confio
Que no se alabe de mí
El soldadillo arrogante.
Entrate en esta arboleda;
Que como el agua va queda,
Tendré su espejo delante.

(*Vanse.*)

ESCENA IV.

CÁRLOS, *con la espada desnuda y mojado.*

Por la parte que he pasado,
Bate el rio con el muro;
Y puesto que estoy seguro,
Parece que estoy cerrado.
Esta pared es jardin;
Bien lo muestran sus almenas,
De diversas plantas llenas,
Que enredan hiedra y jazmin.
—¡Qué edificio tan real!
¡Qué de rejas y ventanas,
Donde al sol por las mañanas
Llama su vidrio y cristal!
Palacio debe de ser
De algun húngaro famoso.
¡Qué corredor tan vistoso,
Para no ser visto y ver!
¡Qué torres tan bien labradas! —
¡Ah cielos! dos bultos veo...
Mas parece, y áun lo creo,
Lienzo de ninfas pintadas,
Que dejando las alcobas
Del cristal del manso rio,
Salen de su centro frio
Cubiertas de verdes ovas.
¡Cielos! movimiento veo;
Que para que el tiro goce,
Así el cazador conoce
Si es la caza ó el deseo.
Lavándose está los piés
Una bellísima dama.
Olmos, cuya verde rama
Corona de Hércules es,
Animad mi atrevimiento,
Ansí os vistais de hojas nuevas...
—Mas ya el Príncipe de Tébas
Se ofrece á mi pensamiento;
Que esta es Diana, sin duda,
Y seré yo como él,
Si me trasforma en laurel,
Porque la he visto desnuda.
El marfil, cristal, el hielo
Ménos blanco y terso es:
Tal deben de ser los piés
Con que el alba pisa el cielo.
¿Hay mármol en fuente alguna
De más limpia perfeccion?
O blancos jazmines son,
O son los piés de la luna.
Alzó el rostro... ¡Santo cielo,
Qué hermosura celestial!
Castigo me espera igual,
Pues ya me convierte en hielo.
En mi vida tu rigor
Supe, amor, ni tus efetos;
Que aunque es mal para discretos,
Yo era ignorante de amor.
Agora sabré lo que es,
Y pienso decir á voces:
Amor, rendísteme á coces,
Pues me has muerto con los piés.
Mas trueca el efecto luego,
Pues por los piés es verdad
Que suele entrar la humedad,
Y tú quieres que éntre el fuego.
— Sintiéronme: huyendo van.

ESCENA V.

LA REINA, ROSELA.—CÁRLOS.

REINA. (*Dentro.*)
Huye, Rosela. ¡Ay de mí!

ROSELA. (*Dentro.*)
¿Viéronte?

REINA. (*Dentro.*)
Pienso que sí.

CÁRLOS.

Abriendo una puerta están.

REINA. (*Dentro.*)
Cierra presto.

ESCENA VI.

CÁRLOS.

Ya se entraron.
Dueños desta casa son.
Con la mucha turbacion
Una liga se dejaron.
¡Oh gran ventura! Alzaréla.

(*Va á cogerla y vuelve.*)

Verde es, por Dios: quien alcanza
En tanta dicha esperanza,
¿Qué mal suceso recela?
¡Oh piés! ya que huyendo vais,
Dejarme prenda es exceso.
Pero como me habeis preso,
Vuestros grillos me dejais.
Ya no podré defenderme
De vuestros hermosos brazos;
Que pues me habeis puesto lazos,
Sin duda quereis cogerme.
Verde prenda, que ceñistes
Aquella coluna hermosa,
Decidme quién es la diosa
Cuyo mármol blanco vistes.
Mas, por Dios, que sobre el muro
De aquella almena se han puesto.

ESCENA VII.

LA REINA y ROSELA, *en las almenas del palacio.* — CÁRLOS *en el jardin.*

REINA.

Yo estoy ya resuelta en esto.

CÁRLOS. (*Ap.*)
No sé si estoy muy seguro.

ROSELA.

¿Qué importa que te haya visto?

REINA.

Pensar que no tengo honor.

CÁRLOS.

Sol, á cuyo resplandor
Indignamente resisto,
¡Qué bien haces de salir
A enjugarme este vestido!
Pero estás tan encendido,
Que me podrás consumir.
Pon los rayos soberanos
En toda el agua que ves:
Agua soy; baña tus piés,
O por lo ménos tus manos.

REINA.

Hombre, ¿quién eres?

CÁRLOS.

Un hombre.

REINA.

¿Cómo estás ansí mojado?

CÁRLOS.
Porque este rio he pasado.
REINA.
¿A qué efeto?
CÁRLOS.
A ganar nombre.
REINA.
¿Eres Filiberto?
CÁRLOS.
No.
REINA.
Pues ¿quién?
CÁRLOS.
Un soldado suyo.
REINA.
Pues ¿qué es el intento tuyo?
CÁRLOS.
Cumplir lo que él me mandó.
REINA.
¿Qué te ha mandado?
CÁRLOS.
Saber
Lo que la Reina de Hungría
Intenta.
REINA.
¡Brava osadía!
Valor debes de tener.
CÁRLOS.
Si ántes que pasara el rio,
Que habia de ver supiera
Lo que he visto en su ribera,
Otro valor fuera el mio.
REINA.
¿Qué has visto?
CÁRLOS.
Dos blancas lunas,
Y sin ser Hércules yo,
Junto al mar que me anegó,
Dos imposibles colunas.
REINA.
Mientes.
CÁRLOS.
Aun bien que esta prenda
Te dirá, si la dejaste,
Cuándo huyendo me llevaste
El alma por ella en prenda.
REINA.
Soldado...
CÁRLOS.
Hermosa Señora...
REINA.
Tu ventura y tu valor
Fuerzan á tenerte amor.
CÁRLOS.
¡Ay Dios! engáñasme agora.
REINA.
¿Eres caballero?
CÁRLOS.
Sí.
REINA.
Venme aquesta noche á hablar.
CÁRLOS.
¿Por dónde tendré lugar
Para hablarte?
REINA.
Por aquí.
CÁRLOS.
Prenderásme y mandarás
Que me maten.
REINA.
No lo creas.
CÁRLOS.
Mas si matarme deseas,
Muerto estoy ya, no podrás.
REINA.
Véndeme esa liga.
CÁRLOS.
Harélo,
Que es despojo y soy soldado.
REINA.
¿Qué quieres?
CÁRLOS.
Lo que me has dado,
Y te dió de gracia el cielo.
REINA.
Dos mil escudos te doy
Por ella, y los echaré
Por esta almena.
CÁRLOS.
Yo sé
Que en buena opinion estoy.
Ménos que por lo que vi,
Si diez mil mundos me dieses,
No hayas miedo que tuvieses
Lo que pretendes de mí.
REINA.
Pues ven á verme, y yo haré
Que vaya un barco por tí
A media noche.
CÁRLOS.
Eso sí.
¡Vive el cielo, que vendré!
REINA.
Pues él irá con secreto,
Y te volverá á llevar.
CÁRLOS.
Animo tengo de dar
A tan grande hazaña efeto,
Aunque me quites la vida.
Mas ¿podrá venir conmigo
Cierto soldado mi amigo?
REINA.
No hay ocasion que lo impida.
CÁRLOS.
¿Quién eres?
REINA.
Ya lo sabrás.
ROSELA. (*A la Reina.*)
Vete, que siento rüido.
Gente del fuerte ha salido.
REINA.
Soldado, no esperes más.
Échate al agua.
CÁRLOS.
Adios queda. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SOLDADOS, *dentro.* LA REINA Y ROSELA, *en las almenas.*

SOLDADO 1.° (*Dentro.*)
Alerta, que hay una espía.
SOLDADO 2.° (*Dentro.*)
Este del agua salia;
Haced que volver no pueda.
(*Disparan dentro.*)
REINA.
¿Tiráronle?
ROSELA.
¿No lo ves?
Disparáronle una pieza;
Pero bajó la cabeza.
REINA. (*Ap.*)
Hombre que me vió los piés,
Y que fué tan atrevido
Que hasta aquí pudo llegar,
Ó le tengo de matar,
Ó le he de hacer mi marido.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Aurelio, en Nápoles.

ESCENA IX.

ALEJANDRO Y MARCELA, *forcejando.*

MARCELA.
Suelta, Alejandro, la cadena: mira
Que es mucho atrevimiento.
ALEJANDRO.
Suelta, hermana,
Y advierte que me vas moviendo á ira.
MARCELA.
¿Quién sufrirá tu condicion tirana?
¡Cómo las joyas quieres tú quitarme!
¿Eres ladron?
ALEJANDRO.
¡Qué resistencia vana!
¡Vive Dios, que por sólo despicarme,
Mi propia madre desnudara ahora!
MARCELA.
Y á mí ¿qué te ha faltado de robarme?
Fiero rigor en tus entrañas mora;
No tienes más piedad que un indio, [un moro.
Tu desenfreno tu opinion desdora;
Y para que tú juegues, no hay tesoro
En Florencia, en San Márcos de Vene- [cia.
ALEJANDRO.
Calla, hermana Marcela, y suelta el oro.
Ménos pierdes en esto, no seas necia;
Que por eso te sufro yo otras cosas
De un loco amor que nuestro honor [desprecia.
Súfreme, pues te sufro tus viciosas
Costumbres.
MARCELA.
¡Yo, viciosas! ¡Estás loco!
ALEJANDRO.
¡Sí, que tener galan son virtuosas!
Súfreme que yo juegue mucho ó poco,
Marcela, pues te sufro á Doristeo.
MARCELA.
¡A qué furor y rabia me provoco!

ESCENA X.

AURELIO. — ALEJANDRO, MARCELA.

AURELIO.
¿Qué es esto, hijos, en que siempre os [veo?
¿Qué tienes, Alejandro, con Marcela?
MARCELA.
Hablarte claro, padre mio, deseo.
Estas son las costumbres, que en la [escuela
De buenas compañías ha estudiado
Quien para tus agravios se desvela.
¿No le ves? De jugar viene picado;
Y como si yo fuese una ramera,
La cadena del pecho me ha quitado.
AURELIO.
Hijo Alejandro, cuando yo no fuera
Tu padre, por ser viejo merecia
Que un bárbaro respeto me tuviera.
Robásteme mi trigo el otro dia,
Antenoche rompiste el escritorio,
Y sacaste el dinero que tenia.

La herida de Tristan y la de Honorio
Me cuestan más de siete mil ducados;
Que esto es á todo Nápoles notorio.
Sin esto á mil tratantes y agraviados
Contento con mi hacienda por momen-
Todos están de tu rigor cansados. [tos.
¿En qué piensas parar tus pensamien-
[tos,
Si ya robas en público á tu hermana?
Estos exceden ya de atrevimientos.

ALEJANDRO.

Padre, no más; que si esa barba cana
Fuera de plata, como lo parece,
Hoy os la hurtara, por jugar mañana.

AURELIO.

Traidor, tu desvergüenza me enloque- [ce.
¿No basta que mi herencia has destrui-
[do?
Al paso de mi amor tu maldad crece.
El cielo me castiga, de ofendido
De ver que á Cárlos desterré sin culpa;
Cárlos, que ejemplo de obediencia ha
[sido.

ALEJANDRO.

Padre, ninguno en Nápoles me culpa,
Sino sois vos, pues dicen que os imito,
Que basta á mis locuras por disculpa.
Si mozo fuistes loco, y solicito
Pareceros á vos como hijo vuestro,
Con justa causa vuestra hacienda os
[quito.
Si es cuerdo Cárlos, claramente os
[muestro
Que soy más hijo vuestro que fué Cár-
[los,
Pues fuistes mozo, jugador y diestro.
A los padres debemos imitarlos:
Si yo os imito, estad agradecido.

AURELIO.

Tales hijos, ¿quién quiere desearlos?
¡Yo he sido loco y jugador he sido!
¿Esto escucho?

MARCELA.

Señor, no llores: mira
Que hasta el temor á Dios tiene per-
[dido.

AURELIO.

¡Plegue á Dios que no incites más su
[ira!
Esto con tiernas lágrimas le ruego.

ALEJANDRO.

Que llore un viejo, á mí nunca me ad- [mira.
Son niños ya: los niños lloran luego.

AURELIO.

Entre el mucho dinero que perdiste,
Tambien perdiste la vergüenza al jue-
—Dale el oro á Alejandro. [go.

MARCELA.

No pudiste
Decir cosa más loca.

ALEJANDRO.

Adios te queda.

AURELIO.

¿De qué montañas ásperas naciste?

ALEJANDRO.

No me asga nadie.

MARCELA.

¡Que esto decir pueda
Un hombre con sentido?

AURELIO.

Aguarda un poco.

ALEJANDRO.

El buen hijo á su padre en vida hereda.

MARCELA.

No le incites, Señor.

AURELIO.

Aguarda, loco.
(*Vanse.*)

—

Acampamento del Rey de Bohemia.

ESCENA XI.

EL REY, CÁRLOS, UN CAPITAN, SOLDADOS; GUARIN, *detras.*

REY.

Muy agradecido estoy
De las nuevas que me das.
Mis brazos, Cárlos, te doy.

CÁRLOS.

No puedo obligarte más
Que con darte cuanto soy.
Un César quisiera ser,
Un Horacio en defender,
Un Decio en saber morir,
Un Scévola en resistir,
Y un Alejandro en vencer;
En la espada un Scipion,
En la lealtad un Zopiro,
En la fe un Efestion,
En alta mar Cinegiro,
Y por la tierra Milon.

REY.

Cárlos, aunque el premio es corto,
Te hago mi capitan:
Por envidias me reporto.

CÁRLOS.

Tus enemigos verán
Si para servirte importo.

REY.

Dénle una jineta luego.

CAPITAN.

Aquí está.

CÁRLOS.

Beso tus piés;
Que como cansado llego,
Bien es que bordon me dés,
Adonde tenga sosiego.—
Guarin... (*Llamándole.*)

GUARIN. (*Adelántandose.*)

¡Señor! Ya me arrojo
A tus brazos. Vesme aquí.

CÁRLOS.

¿Cómo estás?

GUARIN.

Lleno de enojo,
Hecho cuaresma por ti,
Viéndote echar en remojo.
¡Bravo nadador te has hecho!
Otros llevan en el pecho
Calabazas por firmeza...

CÁRLOS.

Y yo ¿dónde?

GUARIN.

En la cabeza.

CÁRLOS.

Que ya estoy loco sospecho.
Tráeme luego aquel bordon
De mi padre.

GUARIN.

¿Para qué?

CÁRLOS.

Ya lo verás.
(*Vase Guarin.*)

REY.

Con razon,
Cárlos amigo, te honré.

CÁRLOS.

Grandezas de Reyes son.

REY.

Si á la envidia no temiera,
Diferente premio fuera
El que diera á tu valor.
(*Vuelve Guarin con el báculo.*)

GUARIN.

Aquí está el bordon, Señor.

CÁRLOS.

Darle más honra quisiera.
Quita el hierro á la jineta,
Y en este palo le encaja.

GUARIN.

Quitéle.

CÁRLOS.

Pon, tuerce, aprieta.

REY.

¿Tiene ese palo ventaja?

CÁRLOS.

Tiene una virtud secreta.

REY.

¿Es de algun árbol precioso,
Aromático oriental?

CÁRLOS.

Era de un tronco famoso
De donde soy natural,
Y en serlo soy muy dichoso.—
Palo, si á quien palos da,
Por la afrenta le dan hierro,
Vengado mi pecho está,
Pues con este hierro os hierro,
Pues por vos acerté ya.
Pero pienso que le abona
Lo que mi amor pretendió,
Por ser vos de tal persona;
Que pues un Rey me le dió,
No es hierro, sinó corona.
Y esta borla es bien que pueda
Honrar quien de vos lo queda...
Pero dirán muchos malos
Que por encubrir mis palos,
Os quiero vestir de seda.
Ya con borla estais mejor;
Que aunque sois arma, sois ciencia,
Pues en facultad de amor,
El maestre-escuela obediencia
Os da el grado de doctor.

REY.

Cárlos, cuéntame el estado
De la Reina mi enemiga.

CÁRLOS. (*Ap. al Rey.*)

Estás muy acompañado.

REY.

Dejadnos solos.

CAPITAN. (*Ap.*)

¡Que siga
Tanto la suerte á un soldado!
(*Vanse el Capitan, los soldados y Guarin.*)

ESCENA XII.

EL REY, CÁRLOS.

CÁRLOS.

Generoso Filiberto,
Cuyos abuelos invictos
Dieron más nombre que á Grecia
El gran Alejandro y Pirro:
A saber de tus contrarios
Los encubiertos desinios,
Con esta espada en la boca
Me arrojé al agua vestido.
A la orilla contrapuesta
Llegué con mayores brios

Que por llegar á su lumbre
Iba el amador de Abido.
Tomé puerto entre unas cañas,
Que á unos álamos sombríos
Cubrian los verdes troncos,
Cuyos piés bañaba el rio.
Detúveme, contemplando
La fertilidad del sitio;
Vi los muros que le cercan,
Las torres y los castillos.
No hay foso ni contrafoso
Por la parte que te digo,
Sino jardines y peñas
Y un espléndido edificio.
De suerte, que por combate
Es imposible camino
Tomar esta gran ciudad:
Hambre es forzosa y partido.

REY.

¡Qué! ¿no sientes en sus muros
Flaqueza, ni hay un portillo,
Ni donde batirlo pueda,
Sino es desde el mismo rio?

CÁRLOS.

Yo, por más que lo miré,
Sola una flaqueza he visto,
Que agora sabrás, Señor.

REY.

Ya te escucho.

CÁRLOS.

Y yo prosigo.
Al pié de un verde laurel,
A un pardo peñasco asido
(Que bien lo está con las peñas
Quien lo fué á tantos suspiros),
Vi dos gallardas mujeres
Entre dos arroyos limpios,
Como pintan á Diana
En el lance de Calisto.
Lavaba la una de ellas
Unos piés, adonde quiso
Mostrar la naturaleza
Las manos de su artificio.
Vi dos columnas de mármol;
Que lo que estaba ceñido
Del agua, parecia nieve;
Lo que estaba dentro, vidro.
Lavábase, y de lo alto
Bajaba el cristal rompido,
Como cuando se tornea
Blanca plata ó marfil liso;
Porque parecian pedazos
Del mismo mármol bruñido,
Y que las enflaqueciesen
Me pesaba, por Dios vivo.

REY.

No las pintas, Cárlos, mal:
Mira que por los oidos
Corre peligro el deseo.

CÁRLOS.

Y en los ojos ¿no hay peligro?

REY.

¡Qué peligro! Por los tuyos
Trocara entónces los mios,
Aunque esas pellas de nieve
De fuego me hicieran tiros.

CÁRLOS.

Apénas, Rey de Bohemia,
Las dos sienten el rüido...

REY.

¿Qué rüido? ¿No podias
Irte allegando quedito?

CÁRLOS.

Donde hay guerra, ¿no ha de haber
Voces?

REY.

Voces hay y gritos.

CÁRLOS.

Pues la de mis pensamientos
Alzó sus ojos divinos;
Vióme: y a los piés mojados
Dejó caer los vestidos,
Y por el jardin se entraron.

REY.

¡Bueno quedaste!

CÁRLOS.

Perdido.
La mano bella cogió
Las medias y zapatillos;
Mas cayósele esta liga
Para mis locos sentidos.
En esta cárcel los tengo;
Con esta prision los ligo,
Y no es perdida esperanza.

REY.

Cuéntame eso.

CÁRLOS.

Perdon pido
Al secreto y al amor,
Pues lo manda el dueño mio.
Salieron á unas almenas,
De la puerta frontispicio,
Y desde allí me llamaron.

REY.

¡Caso, por Dios, peregrino!

CÁRLOS.

Quisieron saber quién era.
Dije que de su enemigo
Era un soldado, y mi intento
Ver la calidad del sitio.
Dábanme dos mil ducados
Por la liga, y yo replico
Que por ménos que su dueño
Era el mundo precio indigno.
Mandáronme que esta noche
Las viese, cuando en su frio
Manto cerrasen sus ojos
Rosas, claveles y lirios;
Que una barca vendria aquí.

REY.

¿Piensas ir?

CÁRLOS.

Es desatino;
Pero estoy determinado.
Y más dije: que un amigo
Me habia de acompañar.

REY.

Gran ventura te ha ofrecido
El cielo, Cárlos...— ó acaso
Tu muerte.

CÁRLOS.

¿Quién te lo ha dicho?

REY.

Esa es la Reina sin duda.
Pero advierte que he nacido
Rey, y que tengo el valor
Que nació tambien conmigo.
Yo he de acompañarte, Cárlos.

CÁRLOS.

Mire tu Alteza...

REY.

Ya miro
Que hay peligro temerario,
Y que es muy cierto el peligro.
Pero oblíganme dos cosas:
Porque sin ser conocido
Puedo, Cárlos, ver y hablar
La enemiga que conquisto;
Y pues ya tu amigo soy,
No cumplo la ley de amigo
Si en el peligro te dejo.

CÁRLOS.

Viva tu fama mil siglos.
No te quiero replicar,
Porque embarcado contigo,
Podrás decir al barquero
Lo mismo que César dijo.

REY.

Vamos á esperar la barca;
Que si sucede lo mismo,
Yo te haré mi general.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Fortuna, apriesa subimos...
Aunque en la puerta del cielo
De letras de oro está escrito:
«Dios ensalza al que es humilde,
Y al soberbio da castigo.»
(*Vanse.*)

—

Calle en Nápoles.

ESCENA XIII.

ALEJANDRO, DORISTEO.

DORISTEO.

Ménos furia, Alejandro; que soy hombre
Que no me quedaré, como Filipo,
Con las deshonras que le habeis dejado;
Que si os salis en Nápoles agora
Con todo lo que haceis, la causa ha sido
No haber hallado un hombre que os castigue.
Fiad que no junteis mi mal suceso
A vuestras travesuras. ¿Qué os enfada
De mí, que me llamais tan á lo bravo,
Y dais señales de querer matarme?
Como si yo pudiese persuadirme
Que no se ha de cansar de vos el cielo
Alguna vez, de tantas que os avisa.

ALEJANDRO.

Si hubiera de trataros como á muchos
Que he castigado á sombras de la noche,
No fuera aquí con vos tan bien hablado;
Mas como os he tenido por amigo,
Y por hombre que haréis esas palabras
Tan obras como suenan, he querido
Hablaros en razon y con prudencia,
Aunque os parezca á vos que tengo poca.
¿Qué teneis con Marcela?

DORISTEO.

Solamente
Casarme con Marcela he pretendido.
Si no la igualo en calidad, yo creo
Que en hacienda, Alejandro, la aventajo;
Que vos habeis la hacienda destruido.

ALEJANDRO.

Que está mi padre pobre por mi causa
Os confieso muy claro, Doristeo,
Y tanto, que no puede aquesta noche
Daros dos mil ducados, si se vende,
De más de ochenta mil con que le hallaron
Mi juego y mis desgracias algun dia.
Una de dos: ó vos desde este punto
No habeis de entrar jamás por nuestra calle,
O habeis de ser marido de Marcela,
Con solo el manto que la cubre agora.

DORISTEO.

Dadme un dia de término.

ALEJANDRO.

¡De término!

DORISTEO.

¿Un dia?
Pues ¿no es término honrado sólo un dia?
¿No he de dar á mis deudos cuenta desto?

ALEJANDRO.

Yo me contento.

DORISTEO.

Pues el cielo os guarde.

ALEJANDRO. (*Ap.*)

Y tú te guarda de casarte ahora,
Porque tu pobre hacienda verás luego
Pasar desde tu casa á la del juego.

(*Vanse.*)

—

Jardin de la Reina de Hungría.

ESCENA XIV.

EL REY, CÁRLOS, GUARIN.

REY.

¿Retiró la barca?

CÁRLOS.

Ya.
Deste sitio la apartó.

REY.

Bien su palabra cumplió.
Guarin ¿dónde está?

GUARIN.

Aquí está.

REY.

En fin, ¿no se puede hacer
Este negocio sin tí?

GUARIN.

Vuestro peligro temí.

REY.

Y ya ¿no le puede haber?

GUARIN.

Pues ¿quién, si yo os acompaño,
Que soy el valor del mundo,
Que soy Hércules segundo,
Os puede hacer algun daño?
¿Es de corcho aquesta espada?
¿Soy de natas, ó qué soy?
Que me atrevo como estoy...

REY.

Dí adelante.

GUARIN.

A no hacer nada.

REY.

En los peligros, Guarin,
No es defensa el buen humor.

GUARIN.

Llegando á veras, Señor,
Y dando á las burlas fin,
Es soltar de una leonera
Dos leones africanos
Verme la espada en las manos:
Todo un ejército altera.
En lo que ahora hay criado,
Para matar yo, no hay gente:
No hay ingerto de valiente,
Como estudiante y soldado.

REY.

¿Juegas las armas?

GUARIN.

Muy bien.

REY.

Mucho tardan.

CÁRLOS.

Ya vendrán.

REY.

Si no es que trazando están
Cómo la muerte nos dén.
¿Qué armas juegas?

GUARIN.

Siete espadas,
Si me entran el seis y el as.

REY.

Con esas armas darás
Cincuenta y cinco estocadas.
¿Qué más juegas? Que dos solos
Toman bien la espada y daga.

GUARIN.

No quiera Dios que tal haga.

REY.

Pues ¿qué?

GUARIN.

Dados, truco y bolos.

REY.

Ménos sabrás de montante.

GUARIN.

Ese sé yo bien meter;
Que al reñir suelo poner
Cinco ó seis calles delante.

REY.

¡Buen compañero traemos!

CÁRLOS.

La puerta abren al jardin.
Desvíate allí, Guarin.
Ten cuenta en tanto que hablemos.

GUARIN.

Allí me hallarás sentado. (*Retírase.*)

ESCENA XV.

LA REINA, ROSELA. — EL REY, CÁRLOS; GUARIN, *retirado.*

REINA.

Cierra sin hacer rüido.

ROSELA.

Gente suena.

CÁRLOS.

Aquí ha venido,
Señora, vuestro soldado.

REINA.

¿Venís solo?

CÁRLOS.

Ya os previne
De que un amigo vendria.

REINA.

Que nos sentemos querria.

REY. (*Ap. á Cárlos.*)

Dios, Cárlos, nos encamine;
Que en grande peligro estamos.

CÁRLOS. (*Al Rey, aparte.*)

Esa señora entreten.

(*Siéntanse á parlar Cárlos y la Reina, y el Rey y Rosela, y Guarin se echa á dormir.*)

GUARIN. (*Para sí.*)

Por Dios, que me suena bien
El airecillo en los ramos.
¡Musiquitas para mí!
Pues búrlense como quiera;
Que si calo la visera,
Y corre este fresco ansí,
No hay niño en cuna que duerma
Como yo ¡viven los cielos!
Sin que me despierten celos
De Belisa ni Belerma.
No hay ánima que esté firme
Cuando airecillo sonó;
Porque no he menester yo
Peregil para dormirme.
Porfía mata á venado:
Rendíme: Cárlos, á Dios.

REY. (*Ap.*)

Envidia tengo á los dos.

ROSELA. (*Al Rey.*)

Y vos ¿quién sois?

REY.

Un soldado
Que á aquesta aventura viene
Con Cárlos.

ROSELA.

Cárlos ¿quién es?

REY.

Un capitan.

ROSELA.

¿Y despues?

REY.

Opinion, Señora, tiene
De caballero.

REINA. (*A Cárlos.*)

En efeto,
Procedeis como hijodalgo.

CÁRLOS.

Si soy algo, por vos valgo.

REINA.

Y como galan, discreto.

CÁRLOS.

A lo ménos conoced
Que me he fiado de vos.

REINA.

Confieso, hidalgo, por Dios,
Que me habeis hecho merced.
¿Cómo llegastes?

CÁRLOS.

Mojado,
Aunque enjuto el corazon
Del fuego de la aficion
Que vuestros ojos me han dado.

REINA.

Luego ¿aficion me teneis?

CÁRLOS.

¡Ay! que no sé lo que ví!

REINA.

Yo sí, pues por este sí,
Adonde estoy me teneis.
¡Hombre se puede alabar
Que me vió!

CÁRLOS.

¿Pensais que sé
Quién sois?

REINA.

¿Qué ventura fué
La que te dió aquel lugar?
¿Qué estrella tu bien procura,
O mi daño procuró,
Que para verme te dió
Lugar y tiempo y ventura?

CÁRLOS.

Hasta el fin no he querido
Este bien agradecer,
Porque ventura de ver
Muchos hay que la han tenido.
¿Qué me sirve que yo vea
Lo que ví en este jardin,
Si no llega el bien al fin
Que en el principio desea?
Saber quisiera qué ha sido
La causa que os ha obligado:
Que amar, muchos han amado;
Pero pocos han sabido.

REINA.

La coyuntura es ventura.

CÁRLOS.

Decid quién sois, y sabré
Si teniéndola, podré
Gozar de la coyuntura.

REINA.

Si yo te digo quien soy,
Luego á matarte me obligo.

CÁRLOS.

Pues decidme lo que os digo;

Que alegre en mi muerte estoy.
Demas, que ¿cómo podeis
Matarme?

REINA.

Podrá mi gente.

CÁRLOS.

Pues con eso solamente
Lo que sois dicho me habeis.
Vos sois la Reina de Hungría.

(*Levántanse, y hace Cárlos á la Reina un gran acatamiento.*)

REINA.

Haré señal... (*Ap.* ¿Qué he hacer?)

CÁRLOS.

Pues sois Reina, aunque mujer,
Viva yo, dulce María.
Aunque echándonos al rio
Yo, y el soldado que veis,
Si lo que decis haceis,
Daréis el golpe en vacío.

REINA.

Detente, y dime tu nombre.

CÁRLOS.

Cárlos.

REINA.

Pues, Cárlos, detente;
Que ese corazon valiente
Tambien es de Rey, si es de hombre.
¡Vive Dios, que no ha nacido
Quien á mí me pueda ver
Sin ser!...

CÁRLOS.

¿Qué es lo que ha de ser?

REINA.

Treinta veces mi marido.

CÁRLOS.

Si mis humildes despojos
No alcanzan á tal grandeza,
Por lo que vi, vuestra Alteza
Me mande sacar los ojos.
Paguenlo, pues tienen culpa
De ver vuestros rayos bellos...
Mas el mismo bien de vellos
Es desta culpa disculpa;
Que cuando pudiera ser,
Por igual, vuestro marido,
Soy del Rey favorecido,
Que ya os llama su mujer.
Sirvole, su sueldo tiro...
No hay remedio...

REINA. (*Ap.*)

¿Qué es aquesto!
¡Un hombre me ha descompuesto!
¡Hombre me cuesta un suspiro!
¡Yo hablo en cosas de amor!
¡Yo hallé un hombre á mi gusto!
¡Que hombre me vea es justo,
Sin ser del mundo el mejor!
Yo le haré Rey ¡vive el cielo!
Yo le igualaré á quien soy.

CÁRLOS.

¿Vaste?

REINA.

A matarme voy.

CÁRLOS.

Mal estimas mi buen celo,
Señora.

REINA.

Rosela, ven.

REY.

Aguardad, Señora mia;
Que de mi parte os querria
Hablar ahora tambien.

REINA.

¿Qué quereis?

REY.

¿Por qué olvidais
A Filiberto, y quereis
Que guerra os haga? ¿No veis
En el engaño en que estais?
Amadle, y palabra os doy,
Que en vuestra vida habeis visto
Hombre más noble y bien quisto.

REINA.

¿Mas que eres tú?

REY.

El mismo soy.
Y por Dios, que si no fuera
Por Cárlos, que en la barquilla
Volviérades á la orilla,
Donde mi campo os espera.

REINA.

Pues, por Dios, que si no fuera
Por Cárlos y su aficion,
Que os pusiera en la prision
Donde mi gente os espera.
Vaya con Dios vuestra Alteza,
Y haga la guerra en buena hora;
Que yo tengo gente agora
Que guardará mi cabeza:
Y despídase de ser
Mi marido eternamente.

REY.

Señora, espera, detente.

REINA.

No me puedo detener.
Con esta barca vendrás
A verme, cuando quisieres,
Haciendo como quien eres,
Y tú con Cárlos no más.
Que si intentases traicion,
Cuatro mil hombres esperan
Una seña, que hicieran
Mil pedazos tu escuadron.

(*Vanse la Reina y Rosela.*)

ESCENA XVI.

EL REY, CÁRLOS, GUARIN.

REY.

¡Hay tal? ¡Cárlos! ¿qué es aquesto?

CÁRLOS.

Ya lo ves; la Reina es,
Que porque la vi los piés,
Hoy en sus manos me ha puesto.

REY.

El alba se está riendo
Destos disparates, Cárlo.
Los pájaros, sin llamarlos,
Que nos vamos van diciendo.
Llama á Guarin, y partamos.

CÁRLOS.

Guarin...

GUARIN. (*Despertando.*)

¡Moricos á mí?

CÁRLOS.

Tente.

GUARIN.

Que muy bien los vi
Salir de entre aquestos ramos.

CÁRLOS.

Vuelve en ti, necio.

GUARIN.

¡Señor!...

CÁRLOS.

Mira que el barco se acosta.

GUARIN.

¿No era mejor una posta?

REY.

La cama fuera mejor.
¡Qué bien, Guarin, me has guardado!

GUARIN.

¡Oh qué bien que lo has oido!

REY.

¿Cómo?

GUARIN.

Miéntras he dormido,
Cien moros he degollado.

CÁRLOS. (*Al Rey.*)

El barquero acosta el barco.
¿Vas enojado conmigo?

REY.

No, Cárlos; que soy tu amigo.
Con mucho gusto me embarco.
(*Ap.* Muriéndome voy de celos.)

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay, bellísima María!

GUARIN. (*Ap.*)

¡Ay, cama vellosa mia,
Que toda la lana es pelos!

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Aurelio, en Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, DORISTEO.

MARCELA.

¿Que estás dudoso respondes!

DORISTEO.

¿Parécete gran rigor?

MARCELA.

¡Desa manera á mi amor
Y voluntad correspondes!

DORISTEO.

Marcela, ningun agravio
Has de presumir de mí,
Porque te responda aquí
Como hombre discreto y sabio.
Tú eres mujer bien nacida;
No hay casa de más nobleza
En Nápoles; tu belleza,
Si no es vista, es pretendida.
Casados, es justa ley
Sustentar casa que iguale
El tronco de donde sale
Familia que tuvo un Rey.
Alejandro ha destruido
Vuestra hacienda; estás sin dote,
Para que Nápoles note,
De quien sol y ejemplo ha sido,
Lo que á malas lenguas queda.
Tú pobre, y yo más, ¿no ves
Que es mirarnos á los piés
Para deshacer la rueda?
¡Bien parecerá, por Dios,
El ver una gran Señora,
Aun recien casada ahora,
Con una doncella ó dos!

MARCELA.

Si me tuvieras amor,
Y no te hubieras mudado,
Como ya me lo han contado,
Tú respondieras mejor.
Los hombres presto olvidais,
Cansados de pretender,
Con gustos de otra mujer,
Aquello que no gozais.
Esta será la ocasion
Más que no el ver mi pobreza,
Pues bastaba mi nobleza
Y mi virtud y opinion
Para dote á un Rey del mundo;

Que la virtud es tesoro
De más estima que el oro,
Y yo en mi virtud le fundo:
Quien tiene amor, no repara
En lo que dirá la gente;
Amor con inconveniente
Sus flacas fuerzas declara.
Cuando con una doncella
Me vieran, dime, en la calle,
En honesto traje y talle,
¿Qué dijeran de mí y della?
No á lo ménos que algun hombre
Me vió galas desiguales,
Ni pasó destos umbrales
Ménos que con justo nombre.
Tú testigo, si en tu vida
Una mano me has tocado.
Dame un lienzo que te he dado,
O habrá alguno que le pida;
Que una gota que va en él
De la sangre desta mano,
Pudiera hacerte, villano,
Noble, como el dueño dél,
Y no quiero que lo seas.

DORISTEO.

Detente, Marcela mia.

MARCELA.

Tuya no desde este dia,
Que sólo hacienda deseas.
Vete con Dios desta casa;
Que ya te aborrezco.

DORISTEO.

Advierte...

ESCENA II.

ALEJANDRO. — MARCELA, DORISTEO.

ALEJANDRO.

¿Qué haceis los dos desta suerte?

DORISTEO.

Oye, y sabrás lo que pasa.

ALEJANDRO.

No hay que saber: yo te dí
Para responderme un dia
De término, y hoy podria
Decir que há un mes.

DORISTEO.

Es así.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo no sólo pasa
La calle tu atrevimiento,
Sino que sin casamiento
Entraste en aquesta casa!
¿Animóte la pobreza
A que ha venido por mí?

DORISTEO.

Vine á responderte á tí,
Que no á ofender su nobleza.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo al cabo de un mes!...

DORISTEO.

He tenido que pensar...
Y ya me quiero casar.

MARCELA.

No quiere; que es interes,
Y tambien ha de engañarte
Luego que salga de aquí.

DORISTEO.

Antes vengo á dar el sí
De la suya y de mi parte.

MARCELA.

De la mia, ya es mentira;
Que yo aborrezco al villano.

ALEJANDRO.

¿Qué te debe?

MARCELA.

Ni una mano.

DORISTEO.

Mi bien, lo que dices mira.

MARCELA.

¡Mi bien! Ya es tarde ese bien.
Hasme tratado muy mal,
Y eres tú muy desigual
Para igualarme tambien.

DORISTEO.

¡Lo que es la mujer airada!

ALEJANDRO.

¿Sabes, Doristeo, quién es,
La que fué por interes
De tu infamia despreciada?
Lo que de Francia le toca,
Sangre de Rey le acompaña;
Por lo que tiene de España,
No pienso que tiene poca;
Que de un sobrino de Rey
Es biznieto el padre mio.
Por mi loco desvarío
Y el querer vivir sin ley,
Es pobre; mas es quien es:
Y pues que no te has casado,
Y en esta casa has entrado,
Saldrás en ajenos piés.

DORISTEO.

A la defensa me obligas.

(*Meten mano á las espadas.*)

ALEJANDRO.

¡Muere, infame!

(*Riñen y cae Doristeo.*)

DORISTEO.

¡Muerto soy!

MARCELA.

¡Qué has hecho!

ALEJANDRO.

A una iglesia voy.

MARCELA.

Pues ¿qué he de hacer?

ALEJANDRO.

Que me sigas.

MARCELA.

¿Y aquel viejo padre mio?
¿No le prenderán tambien?

ALEJANDRO.

¡Ay, Marcela! dices bien.
Llevarle en hombros confío,
Porque dirán que es culpado,
Y pagará por los dos. —
Padre, yo entraré por vos,
Y no os dejaré del lado.
Si hasta aquí mi vida fué
Cifra de hazañas tan feas,
Hoy seré segundo Enéas
De la casa que abrasé.

(*Vanse.*)

—

Acampamento del Rey de Bohemia.

ESCENA III.

EL REY, CÁRLOS, GUARIN, DOS CAPITANES, SOLDADOS.

REY.

Conocida tu ascendencia,
Pues tienes sangre real,
De mi campo en la presencia
Hoy te he de hacer general.

CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Oh humilde y santa obediencia!)
Beso mil veces tus piés.

REY.

Deja la jineta, pues,
Y dénle luego un baston.

CÁRLOS. (*Ap. á Guarin.*)

Guarin, oye una razon.

GUARIN.

En alto lugar te ves.
Ya, Cárlos, no seré yo
Tu privanza.

CÁRLOS.

Mi Guarin,
Siempre mi amor te estimó.

GUARIN.

¿Qué es lo que mandas, en fin?

CÁRLOS.

Con este palo me dió
Mi padre Aurelio.

GUARIN.

Es ansí.

CÁRLOS.

Pues córtale por aquí,
Y hazme del medio un baston.

GUARIN.

¡Válate Dios por bordon,
Lo que se sirven de tí!
¡De qué huevos se habrán hecho
Más guisados que de un palo
De un viejo mal satisfecho,
Que por un hijo tan malo
Puso al bueno en tal despecho?
Ya nos sirvió de jineta,
Ya es baston de general.

CÁRLOS.

Parte; que bien interpreta
Que á la mano celestial
Mi obediencia ha sido aceta.

(*Vase Guarin.*)

Y mostraré, pues me honra
En el oficio segundo
El que primero deshonra,
Que de un palo mismo el mundo
Hace la infamia y la honra.

REY.

¿Por qué no tomas baston?

CÁRLOS.

Ya, Señor, se fué á cortar
De la jineta, en razon
De que en cualquiera lugar
Piense que unos mismos son.

REY.

Tu humilde pecho me obliga
A que te levante al cielo.

CÁRLOS.

Y á mí tu valor que siga
Del águila tuya el vuelo,
Que al sol los rayos mitiga.

(*Vuelve Guarin.*)

GUARIN.

Este es el baston, Señor.

CÁRLOS.

Recíbale por favor
De tu mano generosa.

REY.

En la tuya belicosa
Estará, Cárlos, mejor.
Quedemos solos.

CAPITAN 1.°

Soldados,
Retírense.

CAPITAN 2.° (*Ap.*)

Bien podrán,

Por no ver tan mal pagados.
¡General á un capitan!
Mas toda la guerra es dados.
(*Vanse los Capitanes, los soldados y Guarin.*)

ESCENA IV.

EL REY, CÁRLOS.

REY.
¿Qué hay de la Reina?
CÁRLOS.
Señor,
Pregúntalo á tu valor.
REY.
¿Responde á tu carta?
CÁRLOS.
Sí.
REY.
Y ¿qué te dice de mí?
CÁRLOS.
Tú lo entenderás mejor.
Toma y lee.
REY.
Pues confia;
Que soy tu amigo.
CÁRLOS.
Señor...
REY.
Detente; que el cielo guía
Los pasos de aqueste amor.
La firma dice: «María.»
(*Lee.*) «Mi desasosiego crece,
»Miéntras más te voy tratando,
»Y es porque ya me enloquece
»Que esté tu Rey deseando
»Lo que imposible parece.
»Si quieres servirme á mí,
»Ven público á la ciudad.
»Haréte abrir... »—¿Dice así?
CÁRLOS.
Todo, Señor, es verdad;
Mas no que he dicho que sí.
REY.
(*Lee.*) «Podrásme tú defender
»Del Rey con la gente mia,
»Y yo luego podré hacer
»De un soldado un Rey de Hungría,
»De quien me llamen mujer.»
Cárlos, gran cosa te ofrece
La fuerza de tu fortuna.
CÁRLOS.
Señor, á mí me parece
Que en tu sol mi humilde luna
Con la luz que le da, crece.
Y paréceme tambien
Que aunque mil reinos me dén,
No dejaré tu servicio.
REY.
Es de tu nobleza indicio.
¿Quieres á la Reina bien?
CÁRLOS.
Señor, llegado á pensar
Que no sabiendo quien era
La di en el alma lugar,
Aquel amor persevera,
Que no me puede culpar.
Pero despues que entendí
Que era la Reina, no creas
Que á tu ofensa me atreví.
REY.
Cárlos, yo quiero que seas
Hoy jüez della y de mí.
CÁRLOS.
¿Cómo, Señor?
REY.
Oye atento.
Si porque viste sus piés,
Intenta tu casamiento
La que á un Rey y á muchos es
Como dura roca al viento.
Porque así piensa que muda
De su vergüenza la duda,
¿Parécete á tí que es bien
Que me case yo con quien
Fué vista de otro desnuda?
CÁRLOS.
Señor, si te importa tanto
Hungría y su Reina bella,
Diré, aunque te cause espanto,
Lo que siento de tí y della:
Perdona si me adelanto.
Ella es honesta Señora,
Si la ha visto el rojo Apolo
En cuantos círculos dora,
Y tú en la nobleza solo
Desde el ocaso al aurora.
Razon será que os junteis;
Que si el haberla mirado,
Como ya los dos sabeis,
A los dos causa cuidado,
Fácil remedio teneis.
REY.
Pues ¿hay remedio?
CÁRLOS.
Matarme;
Que yo te ofrezco esta vida,
Sólo por desobligarme
De la merced recebida
Conque has intentado honrarme;
Que muerto yo, bien podrá
Casar la Reina contigo
Y tú con ella, pues ya
No vive aquel enemigo
Que tanta vergüenza da.
Y no tienes que pensar
Si es injusto ó no es injusto,
Pues queriéndote obligar,
Fuí á quitarte el mayor gusto,
Y á hacerte el mayor pesar.
REY.
Cárlos, pues no soy contigo
Alejandro, ni tú Apéles,
No lo seas tú conmigo,
Mas da al amor los pinceles
Porque pinte un grande amigo.
Aunque juzgaste y creíste
Lo que por tí presumiste
De un Rey poderoso y mozo;
Pues no te doy lo que gozo,
No me dés tú lo que viste.
Antes, pues yo he comenzado
A ponerte en el lugar
Que esta ventura te ha dado,
Desde aquí me quiero honrar
De haberte, Cárlos, honrado.
Matarte no es cosa igual
Ni á mi nombre ni á mi ley:
Honrarte, es cosa real;
Que más es hacer un Rey
Que matar á un general.
Vete en buen hora, y corona
Tus sienes dese laurel,
Pues mi voluntad te abona;
Que para ponerte en él,
Le quito de mi persona.
CÁRLOS.
¡Oh Alejandro sin segundo!
La tierra es bien que me dés
Desos piés; que en razon fundo
Que es el mundo, si tus piés
Merecen pisar el mundo.
La fama en su anfiteatro
De la última Tile á Batro
Y de Poniente á Levante
Diga, ensalce, escriba y cante
Ese nombre que idolatro.
Si te parece mejor,
Tomaré tan alto estado;
Que el poder de más valor
Es el hacer de un criado
Un absoluto señor.
Pero la traza has de darme;
Que sin tu gusto no hay cosa
Que pueda en el mundo honrarme.
REY.
Vete, y dí á la Reina hermosa
Que determinas dejarme.
Ordena su campo y gente,
Pon casa á tu honor decente;
Y acabado de trazar,
Me has de enviar á llamar
Por criado ó por pariente;
Porque á la Reina dirás
Que aquí tienes tus criados,
Y llevaré algunos más,
Que juntos y disfrazados
En tu servicio tendrás.
Y si amor tanto la apremia
Que con casarte le premia,
Haré paces con María.
Y dejándote en Hungría,
Daré la vuelta á Bohemia.
CÁRLOS.
Yo parto y te avisaré.
REY.
Dios te encamine.
CÁRLOS.
Y te dé
La vida que te deseo.
REY.
¡Buen Cárlos!
CÁRLOS.
Si Rey me veo,
Yo vendré á besarte el pié. (*Vase.*)

ESCENA V.

REY.

No sé quién ama donde no es querido,
Siendo todo el amor un instrumento,
Que destemplado su divino acento,
Disuena á la razon como al oido.
¿Qué consonancia harán amor y olvido,
La fuerza y el desden, si el fundamento
De amor es un igual consentimiento,
De las dos voluntades admitido?
Ya no quiero querer lo que solia,
Ni de amor las tormentas ni las calmas;
Hoy toma puerto la esperanza mia.
Quien no ha vencido no pretenda palmas;
Que consiste de amor el armonía
En la correspondencia de las almas.

ESCENA VI.

UN CAPITAN Y SOLDADOS, *que traen preso á* ALEJANDRO.—EL REY.

ALEJANDRO.
Con ménos fuerza podeis
Llevarme.
CAPITAN.
Para un ladron
No hay respeto.
ALEJANDRO.
No hay razon
Para que así me trateis.
REY.
¡Hola! ¿Qué es eso?

CAPITAN.

Aquí está
Su Majestad.— Gran Señor,
Este traidor...

ALEJANDRO.

No es traidor,
Aunque desdichado es ya.
Y en la presencia de un Rey
Tratadme bien, capitan;
Que todos los que aquí están
Saben que es injusta ley.

REY.

Quedo. ¿Dónde le llevais?

CAPITAN.

A ahorcarle.

REY.

¿Eres soldado?

ALEJANDRO.

No, Señor; que hoy he llegado
A este arrabal donde estais.

REY.

¿Qué ha hecho?

CAPITAN.

Un hombre mató.

REY.

¿Por qué?

ALEJANDRO.

Yo te lo diré.

REY.

Habla.

ALEJANDRO.

A este campo llegué
Hoy cuando el alba salió,
Con un viejo, padre mio,
Y una hermana.

REY.

¿Dónde vas?

ALEJANDRO.

Buscando un hombre no más,
Que en tu campo hallar confio,
Desde Nápoles salí.
Llegóse cierto soldado
A esta mujer, mal criado
Cuanto en mi vida le ví;
Pues sin respetar un viejo,
Cuyas canas y valor
Pudieran servir, Señor,
A tu supremo Consejo,
Y un mozo, que aunque yo soy
Como muchos que aquí están,
Pudiera ser capitan
(Esta palabra te doy),
Y una dama, que en honesta,
Y áun en hermosa, podria,
Junto á la Reina de Hungría
Parecer noble y compuesta;
Dió en que habia de llevalla
Adonde gusto le diese.
Si es bien que la defendiese,
O consintiese gozalla,
Dilo tú, pues eres Rey,
Y Dios te puso en lugar
Que á todos has de juzgar
Con igual derecho y ley.

REY.

Soltadle, y dadle su espada.

ALEJANDRO.

Eres Rey.

REY.

Traed la mujer
Y el viejo.—¿A quién vas á ver
Con tan áspera jornada?

(*Vase el Capitan.*)

ALEJANDRO.

Ya te dije que... á un hermano.

REY.

¿Sirveme aquí?

ALEJANDRO.

Sí, Señor.

REY.

¿Es hombre de algun valor?

ALEJANDRO.

Tú sabrás el de su mano;
Que el de su sangre... yo sé
Que no habrá, despues de ti,
Un hombre tan noble aquí.

REY.

Yo me huelgo que aquí esté.

ESCENA VII.

EL CAPITAN *con* AURELIO Y MARCELA. — EL REY, ALEJANDRO, SOLDADOS.

CAPITAN.

Besad los piés á su Alteza.

AURELIO.

Dad á este viejo, Señor,
Los piés; será su valor
Corona de mi cabeza.

MARCELA.

Si estais mejor informado,
Glorioso Alejandro nuevo,
Invicto César mancebo,
De las prendas de mi estado,
De la sinrazon y agravio
De un hombre, y la obligacion
De un noble, pues cosas son
Tan dignas de un Rey tan sabio;
Si en vos la benignidad
Como el valor resplandece,
Y un peregrino merece
En vuestras manos piedad;
Dadme á mi hermano (pues es
La culpa de aquel soldado),
No por mí, por este honrado,
Viejo, que llora á esos piés.
Anticiparéis su muerte
Si á su hijo se la dais,
Y á mí en los dos me quitais
Lo que mi estado os advierte.
Y si el morir es forzoso,
Matadme, Señor, á mí;
Que es el verme sola aquí
Tormento más riguroso.
Que si un padre y un discreto
Hermano guarda no fué,
Cuando sin ellos esté,
¿Cómo me tendrán respeto?

REY.

Señora, cuando no hubiera
De vuestra parte razon,
Vuestra honesta informacion
En vez de razon sirviera.
Yo entiendo la que teneis,
Y así le dí libertad,
Conociendo la verdad
Antes que vos la informeis.
Muy discreto fué el soldado,
No en lo que quiso intentar,
Pero en dejarse matar
De un hidalgo tan honrado,
Pues con eso lo quedó;
Y si viviera, era cierto
El ser con infamia muerto
Por la maldad que intentó.
Dícenme que habeis venido
Aquí á buscar un hermano,
Que por lo que en esto gano
Le estoy muy agradecido:
Y entre tanto que le hallais,
Tendréis, como de soldado,
Un alojamiento honrado
En el campo donde estais.
Huéspeda mia seréis.

MARCELA.

Mi padre, Señor, podrá
Responder, pues aquí está,
A la merced que me haceis.

AURELIO.

Cuando no hubiera vivido
Más que para ver, Señor,
Un Rey de tanto valor,
Dichosa mi vida ha sido.
Caballero noble soy;
Trabajos me han puesto ansí
Desde que un hijo perdí,
Por quien donde veis estoy.
Mas no que merezca ser
Huésped de un Rey, ni áun criado.
Sólo os doy este soldado:
Que no tengo que ofrecer,
Para reconocimiento
Desta merced, otra cosa.
Y porque en mi edad briosa
Tuve algun conocimiento
De las armas, que seguí
Con Cárlos, Delfin de Francia;
Si aquí os fuere de importancia,
Podréis serviros de mí;
Que estas canas respetadas
Os allanarán la tierra,
Porque un gobierno en la guerra
Vale más que mil espadas.

ALEJANDRO.

Lo que mi padre ha ofrecido
Es cuanto os podemos dar.

REY.

No me ha dejado lugar
De mostrarme agradecido.

MARCELA.

Id á Hungría conquistando;
Que la iréis toda rindiendo
Con este mancebo hiriendo,
Y este viejo gobernando.

REY.

De todos contento estoy.
Venid conmigo.

MARCELA.

Hoy el cielo
Ha dado á mi mal consuelo.

AURELIO.

Señor, vuestra hechura soy.

REY. (*Ap.*)

¡Por cuán extraño camino
Me ha robado el corazon
La extremada perfeccion
Deste rostro peregrino!
En mi vida mujer vi
Que obligase á mi respeto,
Ni hiciese mayor efeto,
Que se ha conocido en mí.
Humille la majestad,
Porque como la hermosura
Su mismo Hacedor figura,
Obliga y fuerza á humildad.
Por esta vez dejo á Hungría;
Que esta rara perfeccion
Viene á famosa ocasion
Para olvidar á María.

(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio de la Reina de Hungría.

ESCENA VIII.

LA REINA, ROSELA.

ROSELA.

¿Si habrá mudado intento?

REINA.

Ya sospecho [dado.
Que la amistad del Rey le habrá mu-

ROSELA.

Siendo el amor que te mostró tan gran-
Paréceme imposible que le mude, [de,
En espacio tan breve por lo ménos.

REINA. [prendas,

Segun es Cárlos, aunque humilde en
En pensamientos de lealtad altivo,
Aunque se muera del amor que tiene,
Y aunque se pierda con perder mi es-
Respetará la fe de Filiberto. [tado,

ROSELA.

Bien le desvía el Rey con obligarle.

REINA.

¿Qué cargo tiene?

ROSELA.

General le ha hecho.

ESCENA IX.

EL SECRETARIO.— DICHAS.

SECRETARIO.

Cárlos está, Señora, sobre el puente.
¿Mandas echarle, ó que se vuelva Cár-

REINA. [los?

Mando que Cárlos éntre muchas veces.

SECRETARIO.

Entre, Señora, muchas veces Cárlos.
(*Vase.*)

REINA.

¿Qué te parece?

ROSELA.

Que pues viene público,
Habrá dejado al Rey, y será cuerdo;
Porque un reino es mejor cierto y se-
[guro,
Que un gobierno de un campo sospe-
(*Vuelve el Secretario.*)[choso.

SECRETARIO.

Ya Cárlos está aquí.

ESCENA X.

CARLOS, GUARIN.—LA REINA, ROSELA, EL SECRETARIO.

REINA.

Salios afuera.
(*Vase el Secretario.*)

CÁRLOS.

Dame tus piés.

REINA.

Si no te doy mis brazos,
Es porque temo, Cárlos, que has venido
A disculparte, y no á acetar mi oferta.

CÁRLOS.

Engáñate, Señora, el pensamiento.
Del Rey vengo, Señora, despedido.
Ya dejé su baston, y su gobierno
Dió al Conde Anselmo, y el servirte es
[justo;
Que no es nuevo en la guerra ganar
[sueldo
De diferente Rey, con su licencia
Del que servido fué por algun tiempo.

REINA.

Y ¿serásme leal?

CÁRLOS.

Amor lo diga.

REINA.

Ya no me hablais, Guarin.

GUARIN.

Soy muy discreto,
Y sé las leyes de la cortesía.
Dame esos piés, y sabe, invicta Reina,
Que cuatro cosas á silencio obligan:
La Iglesia, la presencia de los reyes,
Cuando hablan los mayores y los sa-
[bios,
Y cuando dos amantes se requiebran.

REINA.

Pues ¿cuáles son aquí los dos aman-

GUARIN. [tes?

Cárlos...

REINA.

Y ¿quién?

GUARIN.

Dos dedos de licencia.

REINA.

Yo te la doy, con que de mí no digas.

GUARIN.

Pues mal se hará la boda sin la novia:
Despidamos al cura y convidados.
Mas ¿no sabes que cuentan de los in-
[dios,
Que para no cansar á sus caballos,
Caballeros en ellos, á sus casas
Llevan la leña encima de sus hombros?
Si vas sobre tu fama, ¿de qué sirve
Llevar de amor la leña en la cabeza?
¿No ves que es fuerza lastimar tu fama,
Pues así como así llevas la leña?

REINA.

Luego ¿yo quiero á Cárlos?

GUARIN.

Un poquito:
Y ¡vive Dios que aciertas, gran Señora,
Porque donde es casamentero el cielo,
Jamas se ha errado casamiento alguno!
Pastor era David y Viriato,
Y fueron grandes reyes y caudillos.
Cárlos es caballero, descendiente
De la casa Aragon y la de Francia:
Él te viene á servir; pero advirtiendo
Que amor suele tambien ser carnicero,
Merced tienes de hacerme como Reina,
Porque soy de esta pierna el contrapeso.

REINA.

Pues ¿qué pretendes tú?

GUARIN.

Yo te confieso
Que no soy bueno para cosas graves;
Porque si acaso fuese presidente
De tu real Consejo, y por la calle
Viese pasar un tamboril y flauta
Tocando acaso un sonecillo alegre,
¡Vive Dios que saltase de la silla,
O hiciese con los piés el toqueado!
Empléame en oficio conveniente.

REINA.

Guarin, yo quiero darte mis leones.
Mi leonera tendrás.

GUARIN.

¿Cuántos son?

REINA.

Siete.

GUARIN.

Si yo hubiera quitado á vuestra alteza
Del heróico lugar que tiene agora,
O muértole á traicion su mismo padre,
No me podia echar más á galeras.
¡Qué cosa para mí, siete leones,
Que me suelo espantar de dos mosqui-
[tos!
¡Oh bellísimo oficio! Por mi vida,
¿Pensaste acaso que era yo profeta?

ROSELA.

Vuelve, Guarin; que burla mi Señora.

GUARIN.

¿Que burla? ¡Linda cosa! Si me hiciera
Sobrestante mayor de sus cocinas,
O que guardara yo siete bodegas...
Pero ¡siete leones!...

REINA.

En fin, Cárlos,
Ya ¿vienes á servirme?

CÁRLOS.

Aquí me tienes.

REINA.

¿Defenderásme del cruel bohemio?

CÁRLOS.

Tú lo verás; mas sólo te suplico
Que licencia me dés para que traiga
La casa que en el campo me servia.

REINA.

Yo gusto que te sirvan tus criados.
Parte, Guarin, y sus criados vengan.

CÁRLOS. (*Ap. á Guarin.*)

Guarin, ya sabes lo que está tratado.

GUARIN.

Déjame hacer; pero por Dios te ruego
Que temples de la Reina el pensamien-
Porque siete leones no se pueden [to;
Entregar á un cristiano temeroso
De Dios y de las gentes.

CÁRLOS.

Ten cuidado; [sado.
Que has de contar al Rey lo que ha pa-
(*Vanse Guarin y Rosela.*)

ESCENA XI.

LA REINA, CÁRLOS.

REINA.

Cárlos, notable alegría
Me da el verte.

CÁRLOS.

Pues en mí
¿Cuál será, viéndome aquí,
La que siente el alma mia?

REINA.

Creo que he de aventurarme
A hacerte dueño de todo.

CÁRLOS.

Si el amor te ha dado el modo,
Bien puede amor levantarme.

REINA.

Hoy has de comer conmigo
En público, y te ha de ver
Mi gente, aunque venga á ser
Más envidia en mi enemigo.
Y al fin de aquella comida
Te he de poner el laurel
De mis reinos, y con él...

CÁRLOS.

Dilo, ansí Dios te dé vida
Que alcance á ver en tus brazos
Tus biznietos.

REINA.

He de ser
Con mil firmas tu mujer,
Y quizá serán abrazos.

CÁRLOS.

Abra el alma á tus mercedes
Tal puerta en su mismo centro,
Que ellas y tú quepais dentro,
Aunque en el mundo no puedes.
Hagan fiestas mis oidos
Como aquel dia los ojos,
Que mirando tus despojos,
Fueron ellos los rendidos.

REINA.
Quedo, Cárlos; que no es
Tiempo de hacerme colores,
Porque me saldrán mayores,
Si me tratas por los piés.

CÁRLOS.
Á lo ménos decir puedo
Que por los piés os así
Porque no os fuéseis de mí,
Y en fin fin, con vos me quedo.
En juego de tal ventura,
Brújula del alma es
El conocer por los piés
De una Reina la figura.
Jugando en tan alto puesto,
Bien sé que puedo envidar.
Pues esos piés me han de dar
La mano, y con ella el resto.
De piés nació mi ventura,
Para que diga despues
Que los que nacen de piés
La suelen tener segura.

REINA.
Ven, tratarémos los dos
Que mi reino te reciba.

CÁRLOS.
Vivas mil años.

REY.
Y viva
Mi Cárlos.

CÁRLOS.
Guárdete Dios.
(*Vanse.*)

—

Acampamento del Rey.

ESCENA XII.

EL REY, MARCELA.

REY.
No te mueva admiracion
Una cosa tan posible.

MARCELA.
¿Por qué no, si no es razon?

REY.
Amor no tiene imposible,
Y es regla sin excepcion.

MARCELA.
Una persona real
Ame su igual.

REY.
¿No es igual
Aquello á que obliga amor?

MARCELA.
Yo no os merezco, Señor,
Aunque es regla general;
Que bien sé que un Rey tambien
A querer está sujeto.

REY.
Eso ¿es desden?

MARCELA.
No es desden;
Que á ser mi igual, os prometo
Que os quisiera yo muy bien.
Pero creed que he tenido
Por blason, y justo ha sido,
Que no me ha de tocar hombre
La mano, si no es con nombre...

REY.
¿De marido?

MARCELA.
De marido.

REY.
Y ¿ya no podria ser
Hacerte yo mi mujer?

MARCELA.
Soy muy indigna de vos,
Aunque sé que amor es Dios,
Y que es mayor su poder.

ESCENA XIII.

GUARIN.—EL REY, MARCELA.

GUARIN.
¿Puédote hablar?

REY.
Bien podrás.

GUARIN.
Por tí vengo, cuando ménos,
Y no hay en el mundo más.

REY.
Como eso pueden los buenos.

GUARIN. (*Ap. al Rey*)
¡Con dama, Señor, estás!

REY.
¿No es hermosa?

GUARIN.
A verla voy...
(*Ap.* ¿Qué es esto que viendo estoy!)

REY.
¿De qué te admiras?

GUARIN.
No sé...
Mas despues te lo diré.
(*Ap.* O no es ella, ó yo no soy.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto!
¡Marcela, y en este puesto!
Mas quiero disimular.)

REY.
Y ¿cómo tengo de entrar?

GUARIN.
Señor, con vestido honesto,
Y con algunos soldados,
Que se han de llamar criados
De Cárlos...

REY.
¡Notable empresa!

GUARIN.
Y servirle hoy á la mesa,
Que es dia de convidados.

REY.
¿Cómo?

GUARIN.
La Reina ha querido
Que coma Cárlos con ella.

REY.
Favor de marido ha sido.

GUARIN.
Pienso que la Reina bella
Le quiere hacer su marido.

REY.
Vete y dí que parto luego.

GUARIN. (*Ap.*)
Yo debo de venir ciego.
Marcela se me antojó. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL REY, MARCELA.

REY.
Parece que el veros dió
A este hombre desasosiego.

MARCELA.
Turbada estoy.

REY.
Yo he de hacer
A la ciudad un camino,
Y disfrazado ha de ser:
Que son bodas imagino,
Que es el disfraz menester.
Vos, vuestro padre y hermano
Conmigo habeis de venir.

MARCELA.
Con ellos será muy llano.

REY.
Los cuatro hemos de servir
A cierto Napolitano,
Que es gran privado y amigo.

MARCELA.
Pues yo los voy á llamar.

REY. (*Ap.*)
Amor, tus banderas sigo;
Que yo no voy á pelear
Contra tí, sino conmigo.
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio de la Reina de Hungría.

ESCENA XV.

LA REINA, EL SECRETARIO; *despues*, ROSELA.

REINA.
De la suerte que he trazado,
La comida se ha de dar.

SECRETARIO.
No puede á nadie faltar [1]
Ni voluntad ni cuidado.
De todo serás servida.

REINA.
Esté, como digo junto,
Y lo que es mi guarda á punto,
Bien armada y prevenida.
(*Sale Rosela.*)

ROSELA.
Los músicos he llamado,
Por si quisieres danzar.

REINA.
Podrán con la mesa entrar,
En viniendo el convidado.
¿Cómo toma ya la gente,
Rosela, mi pretension?

ROSELA.
Armado está el escuadron,
Y de tu palacio enfrente;
Tu guarda en torno ha de estar
De la mesa: yo no creo
Que aunque hubiese mal deseo,
Lo pueda nadie mostrar.

SECRETARIO.
Cárlos está aquí.

ESCENA XVI.

CÁRLOS.—DICHOS.

CÁRLOS.
¿No es hora
De venir el convidado?

REINA.
Yo pienso que habeis tardado.

CÁRLOS.
Antes no tardo, Señora;
Que se me ha puesto en la frente
Que lo que tardo, eso vivo,
Viendo un escuadron altivo
De tanta lucida gente
En la plaza de palacio.
Y si es que vengo á morir,

[1] *Nayde* trae en este verso y otros la edicion antigua de que nos servimos.

No me parece venir
Apriesa, sino despacio.

REINA.

Cárlos, para darte muerte
Bastaba un hombre...

CÁRLOS.

Es así.

REINA.

Que los muchos que hay aquí,
Vienen para defenderte;
Que aunque todos son amigos,
La envidia de tu ventura
En la tierra más segura
Puede engendrar enemigos.
Dénnos luego de comer.—
La mesa junta sacad.

CÁRLOS.

Espere tu Majestad,
Pues merced me quiere hacer,
Que me sirvan mis criados.

SECRETARIO.

Cuatro ó cinco están aquí.

REINA.

Que entren á servir les dí.

ESCENA XVII.

CRIADOS *sacan la mesa y platos cubiertos en que vienen retratadas ciudades, y en otro plato una corona de laurel y un cetro;* EL REY, AURELIO, ALEJANDRO, MARCELA, GUARIN, SOLDADOS DEL REY, ACOMPAÑAMIENTO *y* SOLDADOS DE LA REINA.—DICHOS.

REY. (*Ap. á los suyos.*)

Entrad en cuerpo, soldados,
Y por cosas que veais,
No habléis palabra.

GUARIN. (*Ap. á Cárlos.*)

Señor...

CÁRLOS.

¿Qué quieres?

GUARIN.

Hazme favor
De oirme.

REY. (*Ap. á Aurelio y sus hijos.*)

¿Qué os admirais?

ALEJANDRO.

Callaremos, pues tú quieres
Que callemos.

REY.

No se excusa.

REINA. (*A Cárlos.*)

¿Y en vuestra tierra ¿ se usa
Servir tambien las mujeres?

CÁRLOS. (*Ap. á Guarin.*)

¡Qué me dices!

GUARIN.

Que aquí está
Tu padre y tus dos hermanos.

CÁRLOS.

Ya los cielos soberanos
Venganza en esto me dan.
Disimula.

GUARIN.

Que me place.

CÁRLOS.

¡Hola! agua á manos me dad.
Presto: esa fuente tomad.

(*A Alejandro.*)

ALEJANDRO.

(*Ap.* El cielo estas cosas hace.)
Aquí está, Señor, la fuente.

CÁRLOS.

Echa. (*Ap. á Alejandro.* Aunque fuera
Que se lavara el traidor, [mejor
Y la diera el inocente.)

REINA.

¡Qué maestresala tan viejo!

ROSELA.

Tambien será allá costumbre.

AURELIO. (*Ap.*)

¡Que vea en tan alta cumbre
Mi no conocido espejo!

ALEJANDRO.

¿Quieres más agua?

CÁRLOS.

Echa más.
(*Ap. á Alejandro.* Aunque más discreto
Si de los ojos la dieras, [fueras
Que de donde me la das.)
Dad acá el paño, buen viejo.

(*A Aurelio.*)

AURELIO.

Bueno solia yo ser:
Pero vineme á perder,
Gran Señor, por mal consejo.

CÁRLOS.

No me llames gran señor,
Aunque el dolor te lo mande;
Porque cuando soy más grande,
Para tí soy el menor.
Si cuando tú me ofendiste,
Del suelo te levanté,
¿En qué lugar te pondré,
Ahora que me serviste?

AURELIO.

El paño te doy, Señor,
Que para mis ojos fuera
Mejor, si enjugar pudiera,
No el llanto, sino el dolor.
Todos estamos aquí,
A todos nos trujo á verte
El cielo en tan alta suerte.

(*Marcela llega á coger las tohallas en dos platos trincheos.*)

CÁRLOS. (*Ap. á Marcela.*)

¡Tú me sirves!

MARCELA.

Señor, sí;
Que pues yo fui la ocasion
Del mal que vino despues,
Que te sirva justo es.

CÁRLOS. (*A la Reina.*)

¿Comeremos?

REINA.

Ya es razon.

CÁRLOS. (*Ap. á Marcela.*)

¿Qué se ha hecho Doristeo?

MARCELA.

Matóle Alejandro.

CÁRLOS.

Bien.

MARCELA.

Esa es la causa tambien
De venir donde te veo.

REINA. (*A Cárlos.*)

Siéntate.

CÁRLOS.

Ya estoy sentado,
Y con harto sentimiento.
¿Qué es, gran Señora, tu intento,
Que de guardas me has cercado?

REINA.

Aseguran tu persona
Hoy, que comes con la mia.

CÁRLOS.

¿Qué he de comer?

REINA.

¿Qué? De Hungría
El laurel que hoy te corona.
En estos platos están
Las ciudades retratadas
De que eres Rey.

CÁRLOS.

¡Qué extremadas!
¡Qué buen provecho me harán!

REINA.

Este es, Cárlos, el laurel,
Y este el cetro, que quisiera
Que fuera del mundo.

CÁRLOS.

Espera,
Antes que me honres con él.—
Guarin...

GUARIN.

Señor...

CÁRLOS.

Del baston
De general que te dí,
Corta un cetro.

GUARIN.

Haréle ansí. (*Vase.*)

REINA.

¡Del baston! ¿Por qué razon?

CÁRLOS.

Sabed los que estais presentes
Que este laurel, cetro y silla
Me dió el cielo, que hoy ordena
Premiar la obediencia mia.
Mi padre, que es aquel viejo,
Porque tuve cierta riña
Con Marcela, que es mi hermana,
Me dió de palos un dia.
Es mi hermana la que veis,
De sangre tan clara y limpia,
Que con lo mejor de Francia,
Es de Aragon y Castilla.
Cayó mi padre en el suelo,
La edad del tiempo vencida;
Levantéle humildemente,
Que es lo más que al cielo obliga;
Besé el bordon, y en sus manos
Le puse; mas encendida
La fria sangre, desterróme
De su casa el mismo dia.
Pero como muchos padres
A quien amor desatina,
El hijo vicioso adoran,
Y al que los honra castigan...
. . . . [1]
Hurté el bordon, y salí
De Nápoles, con la mira
Puesta en la guerra, que al hombre
Levanta á mayor estima,
Sólo llevando á Guarin,
Porque servido me habia
Desde niño: ya le veis,
Que es Guarin la lealtad misma.
Sirviendo al Rey de Bohemia
(Perdóneme que lo diga,
Señor, vuestra Majestad;
Que el tiempo me necesita,
Y me obliga su grandeza
A que miéntras tenga vida
Ensalce su nombre heróico,
Que al cielo en grandeza imita,
Porque como el hombre hace,

[1] Han de faltar versos aquí.

Y de la tierra los cria.
Vuestra Majestad, Señor,
De muertos los resucita.....
. . . . [1]
Servíle, y por galardon
De una hazaña bien sucinta,
Una jineta me dió,
Y una hermosa compañía.
Yo puse entonces el hierro
En aquella vara misma
Con que mi padre me dió,
Por más obediencia mia.
Despues, para que pudiese
Seguir la hermosa conquista
De la Reina mi Señora,
Y con persona más digna,
A general me levanta;
Yo del palo que servia
De jineta, hice el baston,
Por más obediencia mia.
Y este dia venturoso,
Que nuestra Reina divina
Me pone en tan alto estado,
Y el cetro á mi mano aplica,
Del mismo baston le hago,
Porque el mismo palo sirva
De baston, jineta y cetro,
Y mas obediencia mia.
Y tú, mi hermano Alejandro,
Causa de tantas desdichas
De mi padre y de mi hermana,
Vuelve á tu nobleza antigua.
Veis aquí todos mis brazos.

AURELIO.

Hijo, de las culpas mias
Piden perdon estas canas.

[1] Parece que faltan versos.

REINA.

¡Grave historia!

ROSELA.

Peregrina.

REY.

Hermosa Reina, yo soy
Filiberto.

REINA.

Si tenia
Guerra contigo y desden,
Hoy á justo amor me inclinas
Por lo que has hecho con Cárlos.

REY.

Por tí conmigo confirma
Carlos inviolables paces,
Porque Marcela me obliga
A ser su esposo.

CÁRLOS.

Señor,
El laurel que tengo pisa.
Prometí besarte el pié;
Cumplirlo quiero.

REY.

Desvía
Para que Marcela llegue.

MARCELA.

Yo soy de tu mano indigna.

CÁRLOS.

Manda, Señora, á Rosela
Que á mi Alejandro reciba
Por marido.

REINA.

Ella es dichosa.
Dadle vuestra mano, prima.

GUARIN.

¡Eso sí: cargar! cargar!
Andese entre ellos la gira,
Y tire el pobre Guarin:
Todos de Guarin se olvidan.
Allá los siete leones
Me darán su compañía,
Despedazarán mis carnes,
En mí vengarán sus iras,
Holgaránse algunas viejas,
Lloraránme algunas niñas...

CÁRLOS.

Tente, Guarin. ¿Dónde vas?

GUARIN.

A la leonera me iba.

CÁRLOS.

Diez mil ducados te doy
Y una famosa alcaidía.

GUARIN.

¿Por una vez, ó de renta?

CÁRLOS.

De renta.

REY.

Y yo treinta villas. [2]

GUARIN.

Entróme treinta con Rey,
Gané diez mil: ¡brava dicha!

ALEJANDRO.

Aquí, senado, se acaba,
Todos á sus padres sirvan, [3]
La Obediencia laureada,
Y *El primer Cárlos de Hungría*.

[2] Mucho dar es: debe estar viciado el texto en varias partes de esta escena.
[3] Este verso pudiera tambien pertenecer al título de la comedia.

EL HOMBRE DE BIEN.

PERSONAS.

EL REY[1].
LUCINDA, *dama.*
CLORIDANO, *caballero, su hermano.*
FELICIO, *viejo, su padre.*
BELARDA, *criada, villana.*
GAVINO, *villano, lacayo.*
JACINTO, *caballero.*
GLICENIO.
CLAVELA, *dama.*
TANSILO.
LUCRECIO.
SILVERIO.
DORISTEO.
OLIVERIO.
SULPICIO.
RUTILIO.
CRIADOS.

La escena es en una ciudad de Dalmacia y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, LUCINDA.

REY.

¿Tu nombre no me dirás?

LUCINDA.

Si mi nombre has de saber.

REY.

Advierte que eres mujer,
Y que en este campo estás.

LUCINDA.

Pensad, señor cazador,
Quien quiera que vos seais,
Cuanto más sujeto estais
A mi disgusto y rigor.
De aquel castillo soy dueño,
Y con una voz que dé,
Gente a caballo y á pié
Os sabrán quitar el sueño.
Hacedme la cortesía
Que se debe á ser mujer,
Porque estais en mi poder,
Y toda esta hacienda es mia.

REY.

La libertad de ser hombre,
Y la que este campo ofrece,
Limitada me parece
Para saber vuestro nombre.
No he sido tan descortés
Como os habrá parecido;
Y si la culpa he tenido,
No es mia, que vuestra es.
Cazando entré por aquí;
Y viendo en esta aspereza
Vuestra divina belleza,
En sus bellos lazos dí.
Vine con plantas ligeras
A daros mil verdes palmas,
Porque andais á cazar almas
Donde yo silvestres fieras.
Que seais de aquel castillo
El dueño, poco me ofendo;
Como serviros pretendo,
Del rigor me maravillo.
Que no hay por qué venga gente:
No por temor; que la mia
Pasa en esa fuente fria
El rigor del sol ardiente;
Y tambien viniera acá,
Si yo alguna voz les diera,
Y esta vida defendiera
De quien la muerte me da.

LUCINDA.

Quién sois deseo saber,
Ya que más templado hablais.

REY.

Cuando vos quién soy sepais,
No os tendré que agradecer.—
Jacinto... (*Llamando.*)

ESCENA II.

JACINTO.—EL REY, LUCINDA.

JACINTO.

Señor...

REY.

Advierte...

JACINTO. (*Ap. al Rey.*)

Ya sé el estado en que estás.

REY. (*Ap. á Jacinto.*)

No puedo decirte más
De que he llegado á mi muerte.
A Scila llegué, Jacinto;
Jacinto, á Circe llegué:
Hoy, sin ver por dónde, entré
De Creta en el laberinto.
¡Vive Dios, de no salir
Del bosque sin esperanza
De algun remedio!

JACINTO.

Ese alcanza
Un siempre honesto sufrir.
Y aunque en materia de amor
Yo tengo poca experiencia,
Presumo que la paciencia
Es el principio mejor.
No muestres aquí el poder:
Pretende, sigue, confia,
Sirve, ama, sufre, porfía:
Tambien es ciencia el querer.
En los términos estás:
Ve estudiando: que no es bien
Que el grado de amar te dén,
Miéntras que no sabes más.

REY. (*Alto.*)

Esta divina Señora,
Ninfa desta verde selva,
No es mucho que se resuelva
Al desden que muestra agora,
Miéntras no sabe quién soy.
Dile, Jacinto, mi nombre.

JACINTO.

He pensado que se asombre,
Si tales nuevas le doy;
Pero habré de hacer tu gusto.

REY.

Pues advierte que se va.

JACINTO.

No irá; que yo sé que está...
(*Ap.* Con más gusto que era justo.)
Hablaros aparte quiero. (*A Lucinda.*)

LUCINDA.

Ya estoy aparte con vos.

JACINTO. (*Ap. á Lucinda.*)

¡Ay Lucinda! ¡plega á Dios
Que mueras del mal que muero!
Dime, cruel, ¿no sabias
Que andaba el Príncipe á caza
En este bosque? ¿Esa traza
Para matarme tenías!
Cuando corren por los dos
Tan grandes obligaciones,
¡En este punto me pones!
¡Bien lo has pensado, por Dios!
¿Qué será tu pensamiento
De haberte puesto en lugar
Que á un príncipe le ha de dar
Para tanto atrevimiento?
Al paso nos has salido;
Pero dijera mejor
Que, por robarme el honor,
Como salteador ha sido.
Mira, cruel, lo que has hecho,
Pues ya te quiere, y de suerte,
Que dice que está á la muerte,
Y que se le abrasa el pecho.
El Rey es mozo, yo soy
Su criado; tú, mujer:
Lo que ha de venir á ser,
Adivinándolo voy.
El Rey mostrará su fuerza,
Tú la flaqueza del ser,
Y yo aquel poco poder
Que mi grande amor esfuerza:
De donde vengo á inferir,
Porque tú has dado lugar,
Que el Rey te vendrá á gozar,
Tú á dejarme, y yo á morir.

LUCINDA.

Si no tuviera el amor,
Como los locos, licencia
Para cualquiera insolencia,
Efeto de su furor,
Respondiérate agraviada,
Y agraviárame enojosa,
Enojárame quejosa,
Y quejárame enojada.
Yo no supe que venía
El Príncipe donde está;
Que a verte me trujo acá
La amorosa estrella mia.
En los álamos que ves,
Olmos blancos deste rio,
Suele el pensamiento mio
Escribir que tuyo es.
A ver las letras venía
En este entretenimiento,

[1] Ó *el Príncipe*: de ambos modos se le llama.

Y á ver si mi pensamiento,
Escrito en ellos, crecia.
Estaba pensando en tí,
Cuando orillas desta fuente
Ví tus perros, y la gente
Que era tuya presumí.
Por eso me he detenido,
Y porque miéntras halago
Tus perros, pienso que pago
El haberme conocido.
Al Príncipe, ya tú sabes
Que no le he visto en mi vida;
Que me pusiera en huida,
Por otros respetos graves;
Que hasta ahora que me adviertes,
Entendí que era tu igual:
Y si los que dicen mal,
No nos tienen por muy fuertes,
Mira que lo es la que quieres,
Y que habrá tambien algunas;
Que no serán todas unas,
Como dicen, las mujeres.
Que aunque el Rey tiene poder,
No es en las almas: y ansí,
Ni tú me pierdes á mí,
Ni yo haré como mujer.

JACINTO.

Mucho consuelo me has dado:
Si el Príncipe no me viera,
Con abrazos te dijera
Lo que he de callar forzado.
Ya te ha visto: gran fortuna
Ha de levantar su amor
En el mar de mi temor.
Que te hable me importuna:
¿Qué le podré responder?

LUCINDA.

Que si hay rocas en el mar,
Las aguas podrán pasar;
Pero no mudar mi ser.
Y tú en aquesta tormenta
Amaina velas, Jacinto,
Miéntras el puerto distinto
Te muestra mi luz atenta;
Que con recato y secreto,
Polos en que amor estriba,
Gozarás de tu cautiva,
Hasta el prometido efeto.

JACINTO.

Tus desdenes le diré,
Porque no cobre esperanza.

LUCINDA.

Háblale.

JACINTO.

Voy. (*Llégase al Rey.*)

REY. (*Ap. á Jacinto.*)

Tu tardanza
Toda mi esperanza fué;
Que en ver que te detenias,
La cobré de mi remedio.

JACINTO.

Pensé que era honesto medio
El decir que la darias
Marido, hacienda y estado
Conforme á su calidad,
Si con igual voluntad
Paga tu amor de contado;
Y en mi vida pensé oir,
Señor, tan libres razones.
A un imposible te pones.

REY.

No lo supiste decir.
¿Has querido?

JACINTO.

No, Señor.

REY.

¿En tu vida?

JACINTO.

Eternamente.
(*Ap.* La boca, Lucinda, miente,
Porque os tengo eterno amor.)

REY.

Pues mal puede terciar bien
Quien no entiende lo que trata.

JACINTO.

Ya la dije que era ingrata
En tratarte con desden,
Y áun hasta necia en pensar
Que á un Rey se le puede huir.

REY.

¿En qué se funda?

JACINTO.

En decir
Que sólo la ha de gozar
El que fuere su marido.

REY.

Pues eso no puede ser;
Que aunque es principal mujer,
Soy su Rey.

JACINTO.

Ya lo ha entendido.

REY.

Pues si lo entendió, y desprecia
Mi valor y mi poder,
Presto verá que es mujer.

JACINTO.

Y, por Dios, que es harto necia.
Si la hablases sin amor,
Como yo, verias mil cosas;
Que las mujeres hermosas
Son de imperfecto valor.

REY.

¿No las hay discretas?

JACINTO.

Sí;
Mas suele ser su pension
Necedad y presuncion,
Que hoy en esta conocí.
Vale más el pié, la cinta
Del zapato de Clavela,
Que cuanto aquí te desvela
Desta, que tu igual se pinta.
En efeto, se ha criado
En montes, rústica es.
Ese castillo que ves
Sobre ese bosque fundado,
Un padre viejo, un mancebo
Hermano, son su caudal.

REY.

No me digas della mal;
Que yo sé que al sol me atrevo:
Y como el sol no se mira
Sin notable turbacion,
Ansí de tu imperfeccion
Su resplandor se retira.
¿Dice que va a la ciudad?

JACINTO.

Muchas veces vive en ella.

REY.

Aunque va allá, quiero vella.
Que aquí me quedo avisad;
Que diciendo que no quiero
Volver á la Corte, iré
A su castillo, y veré
La vida y luz por quien muero.
Esta noche estaré allí,
Adonde habrá más lugar
Para que la pueda hablar.

JACINTO.

No te lo aconsejo así;
Que es caballero discreto
Su hermano, y es cosa llana
Que entienda que por su hermana
Vas al castillo en efeto.
Pero si dos ó tres dias
En la caza te detienes,
Y al cabo perdido vienes
Por estas montañas frias,
Y con dos ó tres criados
Quieres aquí descansar,
¿Qué lince podrá mirar
El blanco de tus cuidados?

REY.

¡Linda y ingeniosa traza!
¡Oh Jacinto! ¡qué invencion
Para encubrir mi pasion!

JACINTO.

Pues prosigamos la caza.

REY.

¿No me podré despedir?

JACINTO.

Cortésmente bien podrás.

REY.

Disimular quiero más,
Y algun desamor fingir.
(*Alto.*) Voyme, y miéntras en la fuente
Tomo el caballo que aguarda,
Dile á esa dama gallarda
Que viva seguramente,
Pues me voy por no ofendella.

JACINTO.

¡Oh qué entendimiento grave
Te dió el cielo!

REY. (*Ap.*)

El cielo sabe
Que voy muriendo por ella. (*Vase.*)

ESCENA III.

JACINTO, LUCINDA.

JACINTO.

Lucinda mia, el Príncipe Rugero
Alojarse queria en tu castillo;
Yo le engañé, porque de celos muero.
Díjele (aunque de ver me maravillo
En mi nobleza cosa tan extraña,
Y en mi lealtad y corazon sencillo)
Que se fuese á cazar por la montaña,
Y que volviese al cabo de tres dias,
Por ver si á tu discreto hermano engaña.
Tú, hermoso dueño de las prendas mias,
A la ciudad te irás, porque si viene,
Halle las cuadras de tu luz vacías.
Di á tu padre y hermano que conviene
Mudar tu casa; ó mudarás mi vida
Donde tu voluntad por alma tiene;
Que si se aloja aquí, tú vas perdida.
Perdido va tu honor, por más que quieras
Mostrarte á sus regalos desabrida.—
Esto le dije, porque tú pudieras
Ponerte en la ciudad. No me respondas,
Si mis obligaciones consideras;
Que antes verás volver atrás las ondas
De aqueste rio, y que la mar distante
Cubra de tu castillo el foso y rondas,
Mudarse á España el africano Atlante,
Y derribarse el cielo de los ejes
Donde estriba su máquina constante,
Que vuelva á verte, miéntras no te alejes
Desta ocasion con la presente huida.

LUCINDA.

Escúchame primero que te quejes.

JACINTO.

Mi honor tienes allá, tuya es mi vida.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

LUCINDA.

¡Ansí te vas! ¡Ay, justa confianza,
A tantas prendas de mi amor asida!
Pues yo haré tan segura tu esperanza,
Que primero, Rugero, que me goces,
Tenga sosiego el mar, amor templanza,
El infierno quietud y el cielo voces.[1]

(*Vase.*)

—

Sala en el castillo de Felicio.

ESCENA V.

BELARDA, GAVINO.

BELARDA.

No me podrás aplacar,
Si me dieses...

GAVINO.

No lo digas.

BELARDA.

Si me dieses...

GAVINO.

No prosigas.

BELARDA.

¿Aun no me dejas hablar?

GAVINO.

No; mas si el alma te he dado,
¿Qué te puedo dar de precio?

BELARDA.

Lo que tienes, sobre necio,
Gavino, es ser porfiado.

GAVINO.

Porfiar con libertad,
Tras ser necio, es discrecion:
La porfia es guarnicion
De la misma necedad.
Como sobre azul seria
El oro gala de precio,
Están en paño de necio
Pasamanos de porfía.

BELARDA.

Necio, en fin, te has confesado.

GAVINO.

Quien lo conoce, no creo
Que lo es, porque yo veo
Todo necio confiado.
Si es que me has aborrecido,
Si es que acaso te has mudado,
Si has puesto en algun criado
El amor que me has tenido,
Dímelo, Belarda mia,
Más claro, ansí Dios te guarde;
Que para olvidar, no es tarde,
Pues bastan celos de un dia.

BELARDA.

Mala pascua y negra tenga,
Si hay en amor invencion
Como, tras de hacer traicion,
Cuando á declarar se venga,
Levantar un testimonio,
Y culpar el que es culpado.—
Yo sé que á Arminta has hablado.

GAVINO.

¡De amor!

BELARDA.

Y áun de matrimonio.

GAVINO.

¡Plega á Dios que si á otra quiero
(¿Qué es querer?) ni miro á otra,
Que jamás halle en la siesta
Arbol, ni en el árbol sombra,
En la sombra dulce sueño,
En el sueño dulces horas,
En las horas el descanso
Que descanse á mis congojas,
En las congojas quietud,
En la quietud fin de todas,
En todas alegre paz,
Y en alegre paz concordia!
¡Plega á Dios que nunca vean
Mis ojos el bien que gozan,
Ni gocen tus dulces prendas
Por prendas de mi vitoria!
De mi la tengan los lobos;
Lobos, Belarda, me coman,
Y comiéndome, no quede
Memoria de mi memoria,
Ni la tengas de mis brazos,
Ni mis abrazos te pongan
Deseos de mis palabras,
Mis palabras de mis obras.
Eres para mi, Belarda,
Lo que á las plantas las hojas,
A las hojas las raices,
A las raices las rosas,
Las rosas para las huertas,
Para las huertas las norias,
Para las norias las ruedas,
Para las ruedas las sogas,
Para las sogas las arcas,
Para las arcas que tornan
Vacías, las claras aguas.
Y el agua sus fuentes propias:
Lo que el cuerpo adorna el brazo,
Al brazo la mano adorna,
A la mano la muñeca,
A la muñeca el aljorca,
A la aljorca los esmaltes,
A los esmaltes las joyas,
A las joyas el diamante,
Y al diamante la persona,
A la persona el buen traje,
Al traje la buena ropa,
A la buena ropa el talle,
Y al talle la cara hermosa,
A la cara el ojo, al ojo
La niña, á la niña toda
La pestaña, á la pestaña
La ceja larga, y no corta,
Para la ceja la frente,
A la frente, sin corcova,
La nariz, á la nariz
La boca bella, á la boca
Dientes, á los dientes pan,
Para el pan renta forzosa,
A la renta calidad,
A la calidad la honra,
A la honra la virtud,
A la virtud la corona,
A la corona los cielos,
Y al cielo la eterna gloria.

BELARDA.

¿Que no hablaste con Arminta,
Por vida de aquesos ojos?

GAVINO.

Deja, mi bien, los enojos.
Como una roca me pinta.

BELARDA.

No hay firmeza, aunque sea mucha,
Para comparar mi amor.

GAVINO.

Luego ¿es el tuyo mayor?

BELARDA.

Es notable.

GAVINO.

¿Cómo?

BELARDA.

Escucha.
¡Plegue á Dios que si yo quiero,
De cuantos cubre la cerca
Del castillo de Lucinda,
Su dueño y Señora nuestra,
Otro criado ó pastor
De la Corte ó del aldea,
Que los ánades que guardo,
Y á veces blancas ovejas,
No hallen jamás verde soto,
Ni en el soto fértil yerba,
Falte á la yerba el rocío,
Al rocío el alba bella,
Al alba no salga el sol,
El sol falte á las estrellas,
Las estrellas á la noche,
Y en la noche jamás duerma!
¡Plegue á Dios que cuando vayas
A la Corte á ver la feria,
Que en la feria halles amores,
Y en los amores te pierdas!
Perdido, me dés mal pago,
Con mal pago, me aborrezcas,
Aborrecida, me dejes,
Dejada, nunca me veas,
No viéndome, enferme yo,
Estando enferma me muera,
Muerta yo, vivas más años,
Que yo tengo de estar muerta:
Porque tú eres para mí
Lo que es el agua á la tierra,
Lo que es á la tierra el hombre,
Al hombre huesos y venas,
Lo que á las venas la sangre,
A la sangre las arterias,
A ellas el corazon,
A él las alas y telas,
A las alas aquel aire,
Al aire que sale y entra,
El de fuera que respira,
Al que respira su esfera,
A las esferas el móvil,
Al móvil su inteligencia.

GAVINO.

Tente; que te vas muy alta.

BELARDA.

Pues bájome á los planetas.
Lo que es el sol para el oro,
El oro para las piedras,
Las piedras para los reyes,
Los reyes á la obediencia,
La obediencia á los vasallos,
Los vasallos á la guerra,
La guerra para la paz,
Y la paz para las letras,
Las letras para la fama,
La fama para que crezcan,
El crecer para estimallas,
La estima para emprendellas,
Las empresas al valor,
El valor á la grandeza,
La grandeza á la virtud,
A la virtud la excelencia,
La excelencia á ser perfeto:
A la perfeccion no queda
Sino la quietud del alma,
Al alma las tres potencias;
Lo que es al entendimiento
La memoria, y para ella
La voluntad, y á su lumbre
La razon. Esto me enseña
Amor que eres para mí
En bien, en mal, gloria y pena,
Porque si me hablas de burlas,
Yo te respondo de veras.

ESCENA VI.

LUCINDA, CLORIDANO.—BELARDA, GAVINO.

CLORIDANO.

Pues ¿cómo puede ser que nos mu- [demos
A la ciudad, Lucinda, de improviso?

GAVINO.

Nuesa ama con su hermano.

[1] Voces de discordia, riñas.

LUCINDA.

Si tuviera
Facilidad lo que te pido, hermano,
No te apremiara con humildes ruegos.
Conviene que nos vamos luego al pun- [to.

CLORIDANO.

¡Luego al punto, Lucinda! ¿por qué [causa?

LUCINDA.

Cloridano, ya sabes que en mi vida
Hice cosa sin mucho fundamento.
Irnos conviene, pues mi padre puede,
Y el de Belarda, gobernar la hacienda.
Allá te doy palabra, hermano mio,
De decirte la causa.

CLORIDANO.

Ya que vamos, [te?
¿Cómo quieres que estemos en la Cor-
¿Quién me ha de acompañar, y quién [servirte?

LUCINDA.

Estos villanos mudarán el traje.—
Belarda...

BELARDA.

¿Qué me mandas?

LUCINDA.

Si te visto
En cortesano traje como el mio,
¿No irás conmigo á la ciudad?

BELARDA.

Señora,
Este castillo conocí por patria,
A tus padres por dueños de los mios.
Donde quisieres viviré contigo.

LUCINDA.

Ansí podrás mudar los que te importan.

CLORIDANO.

Gavino...

GAVINO.

¿En qué te sirvo?

CLORIDANO.

¿No sabrias
Servirme en la ciudad con unas calzas,
Ceñirte espada, y con gentil donaire,
Cuando vaya á caballo, acompañarme
Delante, y cuando á pié, detras?

GAVINO.

Sospecho
Que se llama ese oficio ayo.

CLORIDANO.

¿Qué es ayo?

GAVINO.

Ayo ¿no es quien gobierna y quien en- [seña?

CLORIDANO.

Ansí es verdad.

GAVINO.

Tú llevarás tu haca:
Pues yo seré del haca el ayo, y creo
Que porque enseña, y es del haca el [ayo,
Le dieron este nombre de lacayo.
Mas dime: ¿sabré yo llevar las calzas?

CLORIDANO.

Y eso ¿es mucho de hacer?

GAVINO.

¿Hay edificio
Que tenga más entradas y salidas
Que las calzas, Señor, de un escudero?
¡Qué cosa es ver aquellos dos melones,
Señalando sus largas rebanadas
Las faldriqueras, que en estando rotas
Se corresponden por extraño círculo,
Y como caracol se andan en torno,
Tanto que lo que suele echarse en una,
Se va rodando, y suele hallarse en otra!
Mas aunque sabes tanto de la Corte,
¿Cuánto va que no sabes el principio
De aquello que se pone entre las calzas
Y junta en una cinta los dos muslos?

CLORIDANO.

Tendrá principio dellas, pues es fuerza
Que alguna cosa las cerrase.

GAVINO.

Advierte [pio.
Que desde Adan, Señor, tiene princi-

CLORIDANO.

¡Desde Adan! ¡Estás loco!

GAVINO.

¿Cómo loco?
En el punto que Adan se vió desnudo,
¿No se cubrió con hojas de higuera?

CLORIDANO.

Bien dices.

GAVINO.

Pues aquello significa
El término que cierra las dos calzas.
Aquella es una hoja de higuera,
Tan natural, que es su retrato mismo.

CLORIDANO.

¡Oh qué etimología tan gallarda!

GAVINO.

En nada mostraré lo que te quiero
Como en ponerme calzas atacadas.
Es una arquitetura prodigiosa.
¡Válame Dios! ¡qué de colunas tiene!
¡Qué laberinto cifran tan extraño!
Los persas no lo usaron ni los griegos.
No hay unas calzas hoy en Asia y Africa.

CLORIDANO.

¿De qué lo sabes tú?

GAVINO.

Pues ¿no he leido
Mil librillos en casa?

CLORIDANO.

Desa suerte
Más de mal se te hará ceñir la espada.

GAVINO.

[fensa.
No, porque es propia al hombre la de-
Las calzas son al hombre como grillos,
Y por eso las huye; mas la espada
Le acompaña, le adorna y le defiende.

LUCINDA.

Ahora bien, Cloridano, no gastemos
En vano el tiempo; pongan éstos luego
En ese carro largo nuestra ropa.
Allá yo tengo quien nos preste casa,
Y servirán las mulas; y pues tienes
Dos caballos o tres, ¿qué te acobarda?

CLORIDANO.

Son más de campo que de Corte todos.

GAVINO.

Eso no te fatigue: de la suerte
Que cubre el cuello y banda la corco- [va,
La ropa los jubones sin espalda,
El sombrero la calva y el cabello,
Los guantes el defeto de las manos,
Las canas de la edad el escabeche,
El afeite lo negro de la cara,
A las amargas píldoras el oro
Y al oculto ladron la buena capa,
Así al rocin de Corte la gualdrapa.

CLORIDANO.

Pues alto: si esto importa al honor tuyo,
Venga esa gente, pues que tiempo so- [bra
Para tres leguas: habla con mi padre.

LUCINDA.

Ya tengo dél licencia.

CLORIDANO.

Pues partamos.

GAVINO.

Toca, Belarda; que á la corte vamos.
(*Danse las manos Gavino y Belarda, y vanse los cuatro.*)

—

Sala en casa de Clavela en la Corte.

ESCENA VII.

CLAVELA, TANSILO.

CLAVELA.

¿Cómo guardas ese estilo
En cosas de tanto peso?

TANSILO.

Culpa á amor.

CLAVELA.

Mira, Tansilo,
Que estás poniendo con eso
A tu mismo pecho el filo.

TANSILO.

Si amor temiera la muerte,
No le llamaran más fuerte;
Porque es su fuerza mayor,
Dicen que la vence amor,
Y esto de mi amor advierte.
Cuando el Príncipe Rugero,
A quien sirvo, me fió
Este secreto primero,
A guardar en ti me dió
Lo que referirte quiero:
Un áspid libio ó indiano,
Un basilisco africano,
Un fiero leon de Orán,
Una culebra de Adan,
Que pintan con rostro humano,
Un veneno en vaso de oro,
Una navaja afilada,
Un sueño de un gran tesoro,
Una muerte disfrazada,
Con un ídolo que adoro.
Bien creerás que he resistido
Este loco pensamiento
Lo más que posible ha sido;
Ya se acabó el sufrimiento,
Y el freno al alma ha rompido;
Ya derribó la razon
Esta pasion amorosa,
Y gobierna mi aficion.

CLAVELA.

Pues no corra tan furiosa,
Que pase su obligacion.
Yo soy del Príncipe, y soy
Por mi quien sabes, y estoy
A su lealtad obligada:
¿De qué te admiras si airada
Respuesta á tus quejas doy?
Templa, por Dios, el deseo,
Enfrena la voluntad.

TANSILO.

No puedo, cuando te veo,
Porque vences mi lealtad,
Y mil imposibles creo;
Pues si te dejo de ver,
No puedo ausente sufrir
Un infierno en padecer,
Porque no verte y vivir,
Clavela, no puede ser.

CLAVELA.

Pues si estás determinado,
Diréle al Príncipe yo
En la locura que has dado,
Y que su gusto fió
De quien el suyo ha buscado.
Con esto en paz viviremos,
Pues cayendo en su desgracia,
No me dirás tus extremos.

TANSILO.
Si es cielo humano su gracia,
Los dos ángeles seremos;
Que tambien caerás conmigo.

CLAVELA.
¿Cómo?

TANSILO.
Un testimonio habrá,
Y no faltará un testigo.

CLAVELA.
Lucrecio viene, y vendrá
Quien sabrá darte castigo.

ESCENA VIII.

LUCRECIO. — CLAVELA, TANSILO.

CLAVELA.
¿Viene Rugero?

LUCRECIO.
Señora,
A decirte me envió
Que no le esperes ahora.

CLAVELA.
¿Dónde el Príncipe quedó?

TANSILO. (*Ap.*)
Ya mi peligro mejora.

LUCRECIO.
Perdióse en el monte ayer;
Y viendo ya anochecer,
A un castillo se acogió,
Donde apénas cama halló
Ni aun quien le saliese á ver.
No quiso venir de dia.

CLAVELA.
¿Y esta noche?

LUCRECIO.
Ser podria,
Si quiere tomar la posta.

CLAVELA.
¡Qué gustos con tanta costa!
¡Qué mala noche tendria!

LUCRECIO.
No la ha tenido muy buena.

CLAVELA.
¿Vendrá á descansar aquí?

LUCRECIO.
Pienso que sí.

CLAVELA.
Pues ordena,
Tansilo amigo, por mí
Una regalada cena.

TANSILO.
Yo voy luego.

CLAVELA.
El tiempo es poco.

TANSILO.
La mesá...

CLAVELA.
Donde me toco.

TANSILO.
¿Quién servirá?

CLAVELA.
Criadas mias.

TANSILO. (*Ap.*)
¡Qué aguardais, vanas porfías,
De un imposible tan loco?
(*Vanse.*)

—

Sala en el castillo de Felicio.

ESCENA IX.

EL REY, JACINTO, FELICIO.

REY.
Sacad los caballos luego.

FELICIO.
Mucho me pesa, Señor,
De vuestro desasosiego.

REY.
Padre, yo estoy ya mejor.

JACINTO. (*Ap.*)
¡Que esté el Príncipe tan ciego!

FELICIO.
Partiéronse ayer de aquí
Mis hijos á la ciudad.

REY.
¿Hijos teneis?

FELICIO.
Señor, sí:
Y sin mi gusto en verdad;
Que harto á los dos los reñí.

REY.
¿Son varones?

FELICIO.
Uno es hombre,
Que há dias que ciñe espada,
Y es Cloridano su nombre.
Lucinda no está casada,
Aunque no hay cosa que asombre
A cuantos la hablan y ven,
Porque parece muy bien;
Que hartos nobles la han pedido.

REY.
(*Ap.* Parece tan bien, que ha sido
Luz destos ojos tambien.)
¿Que no se quiere casar!

FELICIO.
No, Señor.

JACINTO. (*Ap.*)
Grande mal, cielos,
Me comienza á amenazar.

REY. (*Ap.*)
¿De qué nieve, de qué hielos
La quiso el cielo formar?
Mas esto ¿qué me acobarda,
Si el ser tan libre y gallarda
Ha sido por mi ventura,
Porque tan alta hermosura
Para sólo un Rey se guarda?

JACINTO. (*Ap.*)
Mal hice en no le decir
Al Príncipe mi secreto.
Ya es tarde: habré de sufrir.

REY.
¿No quisieron, en efeto,
Este castillo vivir?

FELICIO.
Muchas veces han estado
En la Corte, gran Señor,
Puesto que aquí se han criado.

REY.
(*Ap.* Por dicha [1] ha sido mi amor
El que la ocasion ha dado.)
Jacinto...

JACINTO.
Señor...

REY. (*Ap. á Jacinto.*)
Sin duda
Lucinda su casa muda
A la Corte, confiada
En que su talle me agrada,
Y para que á verla acuda.
Mucho debe de saber.

[1] Tal vez.

JACINTO.
No sé, por Dios, la intencion
Que esto debe de tener.

REY.
Padre, yo os tengo aficion,
Y os quiero dar de comer.
¿Queréisos venir conmigo?

FELICIO.
Gran Señor, Dios me es testigo
Que la merced que me haceis
Estimo; pero ya veis
Qué diverso intento sigo.
Darme de comer, no es cosa
Que la ha de hacer esa mano
Tan heróica y poderosa;
Que yo, como viejo anciano,
Soy más tierra que otra cosa.
Poco puedo ya comer,
Pues puedo vivir tan poco;
Para lo que he menester,
Aquí brevemente os toco
Lo que tengo en mi poder.
Cien bueyes, dos mil ovejas,
Cuyas bien limpias guedejas
Parecen nieve en los prados,
Dos ó tres campos sembrados
Con seis mulas y tres rejas,
Cuatro cercados de fruta
Que una alta pared ataja,
Que cuando el tiempo se enluta,
Me dan el níspero en paja
Y la parda serva enjuta;
Pero cuando está sereno,
La endrina cana, el melon
De grietas y letras lleno,
El rubio melocoton
Y el pérsigo damasceno.
Esas campiñas bizarras
Me dan de vino, que estimo,
Dos mil cántaras ó jarras,
Porque de arroba el racimo
Suele colgar de sus parras.
El aceite no se cobra
Por cuenta ni por medida...
— Pasa el tiempo, la edad obra:
Mirad si para esta vida,
Comeré lo que me sobra.
Donde me quereis llevar
Es vida muy infeliz,
Porque sin poder tocar
Las espaldas á un tapiz,
Diez horas tengo de estar.
El que en palacio se ve,
Cuando más seguro esté
De su envidia y su cautela,
Yo digo que es como vela,
Que se va acabando en pié.

REY.
¡Discreto viejo!

JACINTO.
Extremado.

REY.
Dadme el mancebo, buen viejo.

FELICIO.
Yo iré á hablarle, y dotrinado
De mi experiencia y consejo,
Os servirá con cuidado.

REY.
¿Sois caballero?

FELICIO.
Pues ¿no,
Si con la edad, ya no puedo
Andar á pié? Y porque yo
Regale al Rey, pues lo quedo
De que mi casilla honró,
Con un potro he de serviros
De piel negra y blancos giros,
Que si lo mandais hacer,
Tendréis que me agradecer,
Y yo tendré que pediros.

REY.

Pues haced que me le lleve
Vuestro hijo: — y porque es tarde,
Adios.

FELICIO.

Todo el bien es breve.

REY. (*Ap.*)

¡Ay, Lucinda!...

JACINTO.

El cielo os guarde.

REY. (*Ap.*)

¡Qué penas tu amor me debe!

JACINTO. (*Ap. al Rey.*)

De Clavela...

REY.

No hay señal.

JACINTO.

¿Y de Lucinda?

REY.

Eso sí.

JACINTO.

¿No has dormido?

REY.

Poco y mal.

JACINTO. (*Ap.*)

¿Qué haré yo ¡triste de mí!
Que estoy de celos mortal?

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Felicio en la Corte.

ESCENA X.

LUCINDA; BELARDA, *de dama.*

BELARDA.

Está la casa de suerte,
Que no se podrá limpiar
En un año, ni hay lugar
Donde puedas recogerte.
¿No fuera mejor venir
Nosotros acá primero?

LUCINDA.

Lo que importa considero,
Porque me importa el vivir.

BELARDA.

¿Has mudado de intencion?
¿Preténdeste ya casar?

LUCINDA.

En mi vida dí lugar
A nadie en el corazon.
Yo sola me vivo en él,
Yo sola su dueño soy,
Yo le mando, en él estoy,
Y sola me sirvo dél.
Es casa y alojamiento
De la libre vida mia,
Aunque cierto Rey querria
Tomármele de aposento.
Pero aunque fuera justicia
Servirle tambien con él,
No hayas miedo que éntre en él,
Porque es hecho á la malicia.

BELARDA.

Agravio me has hecho á mí
En encubrirme mil cosas.

LUCINDA.

En siendo al honor forzosas,
No hay órden. Quédate aquí;
Que voy á ver si ha llegado
Cierta esperanza que tengo.

BELARDA.

¿Vendrás luego?

LUCINDA.

Luego vengo. (*Vase.*)

BELARDA.

¡Brava mudanza de estado!

ESCENA XI.

GAVINO, *de lacayo.*—LUCINDA.

GAVINO.

¿Es Belarda?

BELARDA.

¿No lo ves?

GAVINO.

¡Válgate Dios! ¡cuál estás!
A ver: vuelve por detrás.

BELARDA.

Todo es seda.

GAVINO.

Seda es.
Mejor oficio es el tuyo,
Que te han vestido mejor.

BELARDA.

¿No ves que he de hacer labor
En el mismo estrado suyo?

GAVINO.

Ya con respeto te hablo.
¡En el estrado has de estar?
Pues bien es diferenciar
Lo que va de estrado á establo.
Aquí me han vestido á mí
Aquestas guazamalletas
Con estos hongos ó setas;
Mas no puedo andar así.

BELARDA.

¿Cómo!

GAVINO.

Albayalde he traido;
Que como apretado voy,
Desde esta mañana estoy
Como muchacho escocido.
La gorreta es temeraria.
¡Vive Dios, que si supiera
Que de aquestos moldes era,
Que me embarcara á Canaria!
Pues ¡la capa! ¡no es mohina
Ver un corte tan extraño?
A ser cuero, como es paño,
Me sirviera de esclavina.
La espada, aunque es española,
De tal manera la siento,
Que pienso que soy jumento,
Y que me sirve de cola.
¡Lindo es esto para mí,
Que en mi capa de sayal
Envuelto sobre un jaral,
El sol me buscaba allí!
Pues ¡el cuello! no sé yo
Qué carlanca de lebrel
Pueda comparar con él.
¿Quién piensas que le labró?

BELARDA.

¿Quién?

GAVINO.

La esposa de Gaiféros.

BELARDA.

No tienes razon, Gavino;
Que estás galan peregrino,
Y es traje de caballeros.
El otro, aunque es más holgado,
No tiene tal bizarría.

GAVINO.

¿Qué gala, Belarda mia,
Como vivir descansado?
Si me viese en un aprieto,
Con más cintas que un tambor,
¿Parécete que es mejor
Aqueste ongil parapeto?
Pues si yo quiero correr,
¿Cómo á mirar no te pones
Estos dos calabazones,
Que no me dejan mover?
Si ello no fuese por ti,
Pardiez que hoy me volveria
Al castillo en que vivia.
Haz una cosa por mí.

BELARDA.

¿Cómo?

GAVINO.

Troquemos vestidos:
Quizá á ti te estará bien.

ESCENA XII.

LUCINDA.—BELARDA, GAVINO.

LUCINDA.

Belarda...

BELARDA.

Señora...

LUCINDA.

Estén
Los criados prevenidos;
Que no se ha de abrir la puerta
Antes que anochezca un hora.

BELARDA.

Ya está cerrada, Señora.

LUCINDA.

El que no la hallare abierta,
Se quede fuera de casa.—
¿Qué haces tú aquí? ¿No hay lugar
Adonde puedas estar?

GAVINO.

Pues ya ¿vivimos por tasa?

LUCINDA.

Ya es otra vida, Gavino,
No hay tanta llaneza acá.
¿Adónde mi hermano está?

GAVINO.

De ver el palacio vino,
Y á escribir se recogió.

LUCINDA.

¿Qué querias?

GAVINO.

Preguntar
Cómo me he de descalzar,
Porque no acertaba yo.

LUCINDA.

¿No aciertas á desnudarte?

GAVINO.

No, Señora; que es muy nuevo
El hato, y yo no me atrevo
Sin saber bien por qué parte.

LUCINDA.

Pues, bestia, ¿no te vestiste?

GAVINO.

¿Es lo mismo desnudarse?

LUCINDA.

¿Hay más de aquello quitarse
Que en el cuerpo te pusiste?

GAVINO.

Las calzas probé á sacar
Por la cabeza, y no puedo.

LUCINDA.

¡Háse visto tal enredo!
Por abajo has de tirar.

GAVINO.

Pues si tiro por abajo,
¿No se soltará algun punto?

LUCINDA.

Vé, enséñale.

GAVINO.

Yo pregunto.

BELARDA.

¡A fe que es lindo trabajo!
Niño tengo que empañar.

GAVINO. (*Ap. á Belarda.*)

Ven, Belarda, y hablaremos.

BELARDA.

Mucho sabes.

GAVINO.

Buscaremos,
Aunque no quieran, lugar.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XIII.

LUCINDA.

Con tal secreto me rendí há seis años
Del amor de Jacinto, que en efeto
Nos habemos gozado con secreto,
Haciendo burlas y trazando engaños.
En medio de sucesos tan extraños
Ha tenido á mi honor tanto respeto,
Que el cielo, á quien el mundo está sujeto,
Solo sabe mis bienes ó mis daños.
Amor ha de estar siempre con recelo
Encubriendo sus sendas y veredas,
Cual nave en agua, y ave en aire el vuelo.
Anden las manos; mas las lenguas quedas;
Que amor ha de moverse como el cielo,
Que por más que anda, no se ven las ruedas.

ESCENA XIV.

JACINTO.—LUCINDA.

JACINTO.

¿Estás sola?

LUCINDA.

¡Ay gloria mia!
¿Cómo entraste?

JACINTO.

Con la llave
Que ahora un año tenia.

LUCINDA.

El dueño todo lo sabe,
Del Señor todo se fia.
¿Fué el Rey al castillo?

JACINTO.

Sí.
Sintió el no hallarte en extremo.

LUCINDA.

Tu mandado obedecí.

JACINTO.

Vino por la posta, y temo
Que viene gran mal tras mí.
¡Ay hermosura querida!
¿Cómo le dieron tus ojos
Ocasion tan atrevida?

LUCINDA.

Ya he llorado tus enojos,
Alma desta propia vida;
Pero de lo que es mi celo,
Pongo por testigo el cielo.

JACINTO.

¿Hay álguien que pueda verme?

LUCINDA.

No, que todo el mundo duerme;
Yo sola amándote velo.

JACINTO.

Pues mucho tengo que hablarte;
Que el Rey ha de pretender
Perseguirte hasta gozarte.

LUCINDA.

Es átomo su poder,
Y tú sol para enojarte.
Ven á una cuadra escondida,
Donde tratemos los dos
Cómo su intento se impida.

JACINTO.

¡Ay, Lucinda! ¡plegue á Dios
Que no me cueste la vida!
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XV.

EL REY, TANSILO Y SILVERIO,
de noche.

SILVERIO.

Muy enojada dejas á Clavela.

TANSILO.

Y yo la ví llorar.

REY.

Llore; no importa:
Otro amor me da pena y me desvela.

SILVERIO.

¿Son celos?

REY.

Esta plática reporta.

TANSILO. (*Ap.*)

Si al Príncipe otro gusto pone espuela,
¿Por qué os quedais atrás, ventura corta?
Que si deja á Clavela, será mia,
Como es cierto seguir la noche al dia.

REY.

Mucho tarda Lucrecio.

SILVERIO.

Ya ha llegado.

ESCENA XVI.

LUCRECIO.—DICHOS.

LUCRECIO.

Buenas nuevas, Señor.

REY.

¿De qué manera?

LUCRECIO.

La casa de Lucinda me han mostrado.

REY.

Di, Lucrecio, del sol la misma esfera.

LUCRECIO.

Dos ó tres vueltas por la calle he dado;
Mas ninguna persona sale fuera;
Que con la escura noche, más temprano
Estará recogido Cloridano.

SILVERIO.

Sin eso, haber llegado de camino
Los habrá retirado á igual descanso.

REY.

Ver las puertas, Lucrecio, determino,
Por ver si en ellas yo tambien descanso;
Y que es curioso término imagino,
Aunque se ve que en descansar me canso,
Ver la casa de noche, que atesora
Al sol, y donde duerme con la aurora.

LUCRECIO.

¿Ves estas rejas y esta honrada puerta
De aquellas armas, que parece espejo
Su mármol en la noche más cubierta?
Pues es solar de aquel su padre viejo.

REY.

¡Que aquí toda mi gloria esté encubierta!
Lucinda, mira que á Clavela dejo
Solícita, amorosa, enamorada,
Por ver tu puerta á mi poder cerrada.

TANSILO.

Paso, Señor, que han abierto.

REY.

¡Ay, Tansilo! ¿quién será?

SILVERIO.

Un hombre sale de allá,
Rebozado y encubierto.

LUCRECIO.

¿Si es su hermano?

REY.

Puede ser;
Que habrá salido á rondar.

ESCENA XVII.

JACINTO, *embozado.*—DICHOS.

JACINTO. (*Para sí.*)

Por no dar que sospechar,
Al Príncipe vuelvo a ver;
Que hasta dejarle acostado,
No quiero gusto en recelos.

REY. (*Ap. á Tansilo.*)

Tansilo, amor todo es celos:
Celos este hombre me ha dado.
Por sí, ó por no, sabe el nombre.

JACINTO. (*Ap.*)

¡Cielos! gran gente está aquí:
Si es el Rey, yo me perdí.

REY. (*Ap. á Tansilo.*)

¿Qué aguardas? ¿Es más de un hombre?

TANSILO.

¿Quién va?

JACINTO. (*Ap.*)

¿Qué responderé?
Muerto soy... Mas mudar quiero
La voz.

REY. (*Ap. á Tansilo.*)

¿Qué esperas?

TANSILO.

(*Ap. al Rey.* Espero
A que repuesta me dé.)
¿Quién es?

JACINTO.

Un hombre de bien.

TANSILO.

Diga el nombre.

JACINTO.

Este es mi nombre.

TANSILO.

Hombre de bien es el hombre.

REY.

Pues diga el nombre tambien.

JACINTO.

Hombre de bien, y no hay más.

TANSILO.

¡Que no hay más de hombre de bien!

REY.

Alto: la muerte le dén.

SILVERIO.

¡Muera!

JACINTO.

Ahora lo verás.
(*Meten mano, y vase Jacinto de entre todos.*)

REY.

Él lo va cumpliendo bien.

TANSILO.

Y tan bien, que se escapó.

REY.

¿Haos herido?

SILVERIO.

A mí me hirió.

REY.
El hombre es hombre de bien.

SILVERIO.
Sin duda que es Cloridano.

REY.
Llamad á esa puerta luego.

LUCRECIO. (*Llamando.*)
¿Quién está acá?

ESCENA XVIII.

GAVINO, *asomándose á una ventana alta.*—EL REY, TANSILO, LUCRECIO, SILVERIO.

GAVINO.
¿Venis ciego?
¿Qué es lo que quereis, hermano?

LUCRECIO.
¿Vive Cloridano aquí?

GAVINO.
Aquí vive.

LUCRECIO.
Y ¿está en casa?

GAVINO.
Acostado está.

REY. (*Ap.*)
¡Que pasa
Esta desdicha por mí!

GAVINO.
¿Quereis más?

LUCRECIO.
Ver si te vas.

GAVINO.
Guardaos; que vácio el orin.

LUCRECIO.
Lacayo en fin.

GAVINO.
¿Qué es en fin!
Desde hoy lo he sido no más.
(*Métese dentro.*)

ESCENA XIX.

EL REY, TANSILO, LUCRECIO, SILVERIO.

REY.
¡Galan tiene esta mujer!
¡Hombre que la goza tiene!
Saber quién es me conviene.

TANSILO.
Fácil será de saber,
Como acudamos aquí,
O te informes de criados.

REY.
Creciendo van mis cuidados.
¡Que éste se os fuese! ¡Ay de mí!
¡A tres hombres solo un hombre!

SILVERIO.
¿No ves que es hombre de bien?

LUCRECIO.
A mí me ha herido tambien.

TANSILO.
Las obras muestran su nombre.

REY.
De su hermosura se infiere
Que tendrá galan honrado;
Mas si me cuesta mi Estado,
Sabré quien la goza y quiere.

TANSILO.
Eso, yo te diré quién.

REY.
¿Sábeslo?

TANSILO.
Sí, señor.

REY.
Dilo.
Dímelo por Dios, Tansilo.
¿Quién es?

TANSILO.
El Hombre de bien.

ACTO SEGUNDO.

Sala de Palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, JACINTO.

JACINTO.
¡*Hombre de bien*, vuestra Alteza,
Que de su casa salió![1]

REY.
Y hombre con tal gentileza,
Que á Lucrecio un brazo hirió,
Y á Silverio la cabeza.

JACINTO.
¡Y que no se supo quién!

REY.
Muy bien defendió su nombre;
Pero fué justo tambien
Que un hombre, que era tan hombre,
Se llamase hombre de bien.

JACINTO.
Luego ¿habló?

REY.
Sólo esto dijo.

JACINTO.
¡Que no llegara y le viera!

REY.
Mucho, Jacinto, me aflijo.
Diera por saber quién era
Cuanto ves que mando y rijo.

JACINTO.
¡Hombre de bien!

REY.
Y lo fué
De manera, que crecieron
Mis celos, porque invidié
Las fuerzas que le infundieron
De donde sacaba el pié.

JACINTO.
Si á la vista de la dama
Sacó la espada, fué bien
Que emprendiese ganar fama.
En fin, es hombre de bien.

REY.
El Hombre de bien se llama.

JACINTO.
¡Que mujer tan principal
Trata de su honor tan mal!

REY.
¡Ay, Jacinto! estoy de suerte,
Que pues no llega mi muerte,
Debo de ser inmortal.

JACINTO.
Antes sospecho, por Dios,
Que te viene bien si alguno
La amó en espera de vos;
Que mujer que hoy habla á uno,
Mañana hablará con dos.
Eso que has visto agradece;
A su persona te ofrece,
Y dí que te quiera bien;
Que eres más hombre de bien
Que el otro que lo parece.
¿Cómo te podrá negar
Lo que al dicho comunica?

REY.
Pues dí: ¿podréla yo hablar?

JACINTO.
Poder y dinero aplica,
Si vas por el mar de amar;
Que estos son velas y remos.

REY.
¿Entraré por sus criados?

JACINTO.
Esos, Señor, conquistemos;
Que criados obligados
Son desta virtud extremos.

REY.
¿Cómo será?

JACINTO.
No sé yo...

REY.
¿No los conoces?

JACINTO.
Yo no;
Pero es fácil de saber.

REY.
Dos cosas es menester.
Ya que el amor me forzó:
La una, conocer bien,
Jacinto, este Hombre de bien;
La otra, hablar sus criados,
Que le digan mis cuidados,
Y mis papeles le dén.
Esto quisiera encargarte.

JACINTO.
Señor, eso hará Tansilo:
Dale de tu intento parte;
Aunque si entiendo el estilo,
Tambien sabré yo agradarte.
Mas oye; que viene á verte
Clavela.

REY.
Viene á enfadarme.

ESCENA II.

CLAVELA.—EL REY, JACINTO, TANSILO.

CLAVELA.
Príncipe...

REY.
Señora... (*Ap. á Jacinto.* Advierte,
Jacinto, que es esto darme
Una temeraria muerte.
No hay Sisifo, ni Ixíon,
Con la rueda ó con la peña,
Que tenga tanta pasion.)

JACINTO. (*Ap. al Rey.*)
Buen rostro á Clavela enseña:
Disimula; que es razon.

CLAVELA.
Viene anoche vuestra Alteza
De ausencia de cuatro dias,
Recibe con aspereza
Las tiernas palabras mias,
Muéstrame enfado y tristeza,
No me cuenta su viaje,
Vase, y no sólo no vuelve,
Pero ni me envia un paje,
Y aunque el llanto me resuelve,
Sale fuera y muda el traje.

[1] Se comprende con facilidad que en el primer verso, despues de las palabras *Hombre de bien*, se ha de suplir el verbo *dice* ó *vió*, ú otro así conveniente á la frase.

Espérole hasta el aurora,
No viene... Aunque más me admira
Ver, que buscándole ahora,
Con tanto desden me mira.

REY.

Fáltame salud, Señora.
Suplícoos que no penseis
Que hay falta en mi voluntad.

CLAVELA.

¡Qué mayor falta quereis
Que andar vos por la ciudad,
Sin que á mi casa llegueis?
¡Toda la noche rondais,
Cuando sin salud estais!
¿Quién por mi vida, Rugero,
(Pero juralla no quiero,
Pues que ya no la estimais;
Por la vuestra, que ninguna
Iguala, aunque mi pasion
Conozco que os importuna)
Os ha hecho Endimion,
Y fué esta noche la Luna?
¿Quién fué aquella venturosa
Que os merece entretener?
¿No hablais?

REY.

¡Qué cansada cosa!

CLAVELA.

¡Lo que cansa una mujer
Cuando es otra más dichosa!

REY.

Extraño enojo me causas.

JACINTO. (*Ap. al Rey.*)

Señor, habla con cautela.

CLAVELA.

Mátame, y dime las causas.

REY.

Déjame por Dios, Clavela;
Que me vas sangrando á pausas.

CLAVELA.

¡Que te deje!

JACINTO. (*Ap. á Clavela.*)

Entiende bien:
Está su Alteza enojado.

REY.

Conmigo, Jacinto, ven.

JACINTO. (*Ap. al Rey.*)

Triste estás.

REY.

Dame cuidado.

JACINTO.

¿Quién?

REY.

Aquel hombre de bien.

CLAVELA.

¿Desa manera te vas?

(*Vanse el Rey y Jacinto.*)

ESCENA III.

TANSILO, CLAVELA.

TANSILO.

Si la palabra me das
De no decir que yo he sido
De quien la causa has sabido,
De mí agora la sabrás.

CLAVELA.

¡Ay Tansilo! ¡plega al cielo
Que me trague viva el suelo,
Si tal dijere de tí!

TANSILO.

Fuera destruirme á mí,
Y dar mal pago á mi celo.—
El Príncipe quiere bien.

CLAVELA.

¿Sabes por ventura á quién?

TANSILO.

Sé que Lucinda se llama
La mujer; mas no le ama;
Antes le muestra desden.

CLAVELA.

¡Desden á un Príncipe!

TANSILO.

Creo
Que con un engaño puedes
Saber de su nuevo empleo,
Para que segura quedes
De tu celoso deseo;
Que la casa yo la sé.

CLAVELA.

Pues ¿podréla visitar?

TANSILO.

Pues ¿no?

CLAVELA.

Sí; mas ¿qué diré,
Si á verla me da lugar,
Que en paz respuesta me dé?

TANSILO.

No le digas tú que quieres
A Rugero, y tus recelos
La alteren; pues desto infieres
Que entra mil veces por celos
El amor en las mujeres.
Di que te han dicho que ama
Un caballero de aquellos
Que le sirven, y que es fama
Que tratan casarse entre ellos.

CLAVELA.

¿Cómo diré que se llama?

TANSILO.

Silverio, Jacinto ó yo,
Lucrecio, Albano ó Tancredo.
Ella, viendo que le dió
Amor por los celos miedo
De un hombre que nunca amó,
Dirá que estás engañada,
Que sólo ha visto á Rugero,
Y de tu engaño fiada,
Pensando que es verdadero,
No puede encubrirte nada.
De la justicia aprendí
Esta treta.

CLAVELA.

¿Cómo así?

TANSILO.

Cuando va á prender un reo
Por algun delito feo,
Y no le conoce allí,
Pregúntaule si es un hombre
De otro nombre del que tiene,
Para que él mismo se nombre:
Piensa que por otro viene,
Y dice él mismo su nombre.
Así que nombres espero
A Lucinda un caballero
Que el nombre apénas supiese,
Para que ella te confiese
Que sólo quiere á Rugero.

CLAVELA.

¡Ingenioso laberinto!
Mas ¿á quién podré nombralle,
Si mis sospechas le pinto?

TANSILO.

Jacinto tiene buen talle.

CLAVELA.

Pues yo le nombro á Jacinto.

TANSILO.

Dí que Jacinto te ha dado
Palabra de casamiento;
Que ni le has visto ni hablado;
Que ella te dirá al momento
Qué amores le dan cuidado.

CLAVELA.

Dime la casa.

TANSILO.

No es léjos:
En la calle de la Flor.

CLAVELA.

¿Qué señas?

TANSILO.

Rejas, espejos
En marcos, que al resplandor
Del sol le vuelven reflejos,
Puerta de mármol, zaguan,
Y dos figuras están
De alabastro por colunas...
—Aunque sin señas ningunas
Los celos te llevarán.
Llamábalos un discreto
Perros de muestra.

CLAVELA.

Es verdad,
Y bien me viene el conceto.

TANSILO.

¿Conoces mi voluntad?

CLAVELA.

La causa muestra el efeto.
Mas si tú me quieres bien,
Ya ves que al Príncipe quiero.

TANSILO.

¿No te obliga su desden?

CLAVELA.

Como á tí el mio.

TANSILO.

Yo espero...

CLAVELA.

¿Qué?

TANSILO.

Mudanza.

CLAVELA.

Yo tambien.

TANSILO.

Ahora bien, á mi licion
Te parte; que la razon
Te ha de vencer.

CLAVELA.

Si porfian
Celos, gran tibieza crian.
Yo estimaré tu aficion. (*Vase.*)

ESCENA IV.

TANSILO.

Que estimará mi amor dice Clavela,
Si la desprecia el Príncipe Rugero.
¡Triste de aquel que quiere como quiero
A quien por otro gusto se desvela!
Con que si no la quiere me consuela.
Mirad ¡qué premio de mi amor espero!
Mas si la quiere, sin remedio muero:
Así que este mi amor quiere cautela.
Amar quien ama, justa ley lo ordena;
Pero querer á nadie á su despecho,
Si no es locura, es temeraria pena.
Querer lo que otro deja, no es bien hecho;
Porque es como vestirse ropa ajena,
Que nunca viene justamente al pecho.

ESCENA V.

CLORIDANO, GAVINO.—TANSILO.

CLORIDANO.

¿Quién quedó con el caballo?

GAVINO.
Liberto quedó con él;
Pero sinrazon es dallo.

CLORIDANO.
Para mostrarse fiel,
Esto ha de hacer el vasallo.

GAVINO.
¿Caballos no tiene el Rey?

CLORIDANO.
Es de la obediencia ley,
Y en nuestra Dalmacia al doble,
Darle el buen caballo el noble,
Y el villano el mejor buey.
Y fuera de que esto es justo,
Yo ¿qué puedo replicar,
Si fué de mi padre gusto?

GAVINO.
Aquí puedes preguntar,
Y no recibas disgusto.

CLORIDANO.
¿Podré yo hablar á su Alteza?

TANSILO.
¿Quién sois?

CLORIDANO.
Cloridano soy.

TANSILO.
Conozco vuestra nobleza,
Y así á decírselo voy. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CLORIDANO, GAVINO.

CLORIDANO.
¿No te alegra esta grandeza?

GAVINO.
Bien me agradan estas salas
Llenas de tela y brocado;
Pero á fé que no eran malas
Las del castillo.

CLORIDANO.
¡El cayado
Con el cetro de oro igualas!

GAVINO.
Pues ¿ves estos artesones
Cubiertos de azul y oro?
Mas me agradan mis terrones,
Si es bien que llames tesoro
Adonde el contento pones.
Bien sé que allá dentro habrá
Camas ricas, y estará
Engastado el Rey en piedras;
Pero de parras y hiedras
Mayor contento me da.
Pardiez, entre cuatro leños,
Si es el invierno importuno,
Se pasan sabrosos sueños
En lugar do todo es uno,
Las ovejas y los dueños.

CLORIDANO.
La sábia naturaleza
El mundo reparte así:
Ser vária le dió belleza;
Tú vives tan bien allí
Como el Rey en su grandeza.
Mas ya vuelve el caballero.

ESCENA VII.

TANSILO.—CLORIDANO, GAVINO.

TANSILO.
Aquí os viene á hablar, Señor,
Nuestro Príncipe Rugero.

CLORIDANO.
Abajo estarás mejor,
Gavino.

GAVINO.
Por Dios, que quiero
Ver al Rey.

CLORIDANO.
Salte allá fuera.

GAVINO.
No hay que hablar: aunque viniera
Toda su guarda, he de ver
De qué suele el cielo hacer
Los reyes.

CLORIDANO.
Abajo espera,
Gavino, miéntras le hable.

GAVINO.
Déjame ver si es palpable;
Que despues de lo que es cielo,
El ver un rey en el suelo
Es la cosa más notable.

ESCENA VIII.

EL REY, JACINTO.—DICHOS.

REY. (*Ap. á Jacinto.*)
Este es, Jacinto, de Lucinda hermano:
Ocasion de amistad se me ha ofrecido.

JACINTO. (*Ap.*)
Contra mi muerte me defiendo en vano.
Todo lo puede un rey.

REY.
Seais bien venido.

CLORIDANO.
Su Alteza dé los piés á Cloridano.

REY.
Gran deseo de verte me has debido.

CLORIDANO.
Ya os paga mi humildad ese deseo.

REY.
Gran parte en tí de los que tengo veo.

CLORIDANO.
Mi padre, gran Señor, á vos me envia,
Agradecido de que honreis su casa;
Y aunque el reconocerlo no confia
De su humildad ni de su mano escasa,
De los caballos que en sus prados cria
Porque se ocupe la campaña rasa,
A Vuestra Majestad presentar osa
Un potro que el zaguan os desenlosa.
Es bayo, cabos negros, muy bien hecho,
Firme de piés para el camino y saltos,
Grueso de caña y muslo, ancho de pecho,
De gruesas uñas y de cascos altos,
De las quijadas fuertemente estrecho,
Los lomos anchos, los ijares faltos,
Alto espinazo, grande la testera,
De orejas cortas y de vista fiera.
No dobla el cuello al fin; que las cervices
Los caballos no es bien doblar al peso;
De ojos saltado, abierto de narices,
La cabeza de duro y fuerte hueso:
Lo bayo á ruedas forma tres matices,
Más claro, más escuro y más espeso;
Siempre mira á los piés, que le hace hermoso,
Leal en paz, y en guerras animoso.
No trae silla, en que su edad os muestro;
Que á vuestros picadores la reserva:
Solo un cordon le sirve de cabestro;
Ni sabe más bocado que en la yerba.
Este os presenta aquel vasallo vuestro.
Quisiéraos dar el de Trajano ó Nerva,
El de Hétor, el de Páris ó Alejandro,
Que pació las riberas de Escamandro.

REY.
La relacion es tal, que el verle excusa.
De mi cámara os hago, Cloridano;
Y pues la Corte y confusion rehusa,
No doy oficio á vuestro padre anciano.
Todos teneis del cielo gracia infusa;
Con todos liberal mostró su mano,
Porque me dicen que una hermana bella
Adorna vuestra casa como estrella.
A Felicio diréis que darle espero
Para su casamiento alguna cosa,
En que mostrarme agradecido quiero.

CLORIDANO.
Haceis nuestra familia venturosa.
Cante la fama, Príncipe Rugero,
Vuestra grandeza en trompa sonorosa;
Dilate vuestro nombre á los dos polos,
No sólo Augustos, ni Alejandros solos.
Ansí era aquel que las ciudades daba
Por una flor, por agua en una mano.
Vuestra es Lucinda y vuestra humilde esclava,
Felicio viejo, y mozo Cloridano.
La lengua de los dos por mí os alaba
De liberal, de Príncipe, de humano:
Y así á tres voces, si la vida alcanza,
Cantaremos, Señor, vuestra alabanza.

REY.
Id, Tansilo, con él, y ese caballo
Entregad á Riodante.

TANSILO.
Mucho estima
El Rey vuestro valor.

CLORIDANO.
De humilde callo,
Aunque su humanidad mi lengua anima.
Pero aumentar un Príncipe un vasallo
Es dar firmeza al cetro en que se arrima.
Venid á ver el bayo.

TANSILO.
¿Pica en negro?

CLORIDANO.
En el lomo no más.

TANSILO.
Mucho me alegro.
(*Vanse Tansilo y Cloridano.*)

ESCENA IX.

EL REY, JACINTO, GAVINO.

REY. (*A Jacinto.*)
Deten ese criado.

JACINTO. (*A Gavino.*)
Tente, amigo;
Que quiere hablarte el Rey.

GAVINO.
¡El Rey!

JACINTO.
Detente.

GAVINO.
¿A mí, Señor!

JACINTO.
A tí.

GAVINO.
¡Válgame el cielo!
Señor, ¿los Reyes hablan con los hombres?

JACINTO.
Hombres, amigo, son tambien los Reyes.

GAVINO.
Dígale, por su vida, que mi amo
Se enojará, si no le voy sirviendo.

REY.
Mancebo, escucha.

GAVINO.
¿Era su voz aquella?
JACINTO.
La misma..
GAVINO.
Y ¿qué, en efeto, hablarle [tengo?
JACINTO.
No se excusa. (*Ap*. Dios sabe si me pe- [sa.)
GAVINO.
Advierte que la sangre se me cuaja,
Si no es la que á las calzas se me baja.
REY.
Di, mancebo, ¿eres criado
De Cloridano?
GAVINO.
Señor,
Yo era un pobre labrador
Que allá guardaba ganado.
Como venimos acá,
Estas calzas me pusieron:
Harto mis padres riñeron,
Y aun estaran muertos ya
De la pena que tomaron
De vérmelas.
REY.
No te alteres.
GAVINO.
¡Ay, Señor! pues que Rey eres,
Y los cielos te entregaron
Tantos reinos que mandar,
Rige estas calzas entre ellos,
Que no hay más que hacer en ellos
Que en sabérselas calzar.
De la Cámara le hiciste
A Cloridano, mi amo;
Ya de la suya me llamo,
Despues que calzas me viste.
Mándele que á mi lugar,
Señor, me deje volver.
REY.
Lo que habia menester,
Jacinto, he venido á hallar. (*Ap. á él.*)
Este es simple, este dirá
Quién es el Hombre de bien.
JACINTO. (*Ap.*)
Yo lo dijera más bien;
Pero importa callar ya.
¡Ah, cielos, remedio aquí!
REY.
¿Cómo es tu nombre, mancebo?
GAVINO.
A decirle no me atrevo,
Señor, delante de tí.
REY.
Di, acaba, no tengas pena.
GAVINO.
Gavino, Señor, me llamo.
REY.
Gavino, diz que tu amo
Tiene una hermana muy buena.
GAVINO.
Salud tiene por agora.
REY.
Buena... digo, hermosa y bella.
GAVINO.
No se comparan con ella
Las colores del aurora;
Porque parece que fueron
Como natillas cuajadas
Donde rosas deshojadas
Al descuido se cayeron.
Yo la vi, Señor, un dia,
Que á dos manos se afeitaba
Con el agua que tomaba
De una fuentecilla fria...
Pues ¿discreta! ¡vive Dios,
Que se ha tomado conmigo,
Y me hace callar! y áun digo
Que se tomara con vos.
REY.
¿Es doncella?
GAVINO.
¿Qué es doncella?
REY.
Mujer que á nadie conoce.
GAVINO.
No es doncella, asi me goce:
Todos tratamos con ella.
REY.
(*Ap*. ¡Extraña simplicidad!)
¿Quién es aquel que la abraza?
¿Con quién habla, y con quién traza
Cosas de su voluntad?
GAVINO.
Eso, yo lo sé muy bien.
JACINTO. (*Ap.*)
¡Ay triste! ¿Si este me ha visto!
REY.
(*Ap*. Cosas posibles conquisto.)
(*Ap. á Jacinto*. Hoy sabré, el Hombre de [bien
Quién es.) ¿Quién es?
GAVINO.
Pues ¿diráIo?
REY.
Yo de ninguna manera.
¿Qué miras adentro y fuera?
GAVINO.
¿No importa?
JACINTO. (*Ap.*)
Esto va muy malo.
REY.
¿Quién la abraza?
GAVINO.
Quien sospecho
Que no irá sobre ello á Roma.
El sastre cuando la toma
La medida por el pecho.
REY.
No digo, sino galan,
Que entra y sale, y que la goza.
GAVINO.
Por Dios, que es honrada moza,
Y que mentido le han.
REY.
Pues ¿no es cierto caballero
Con quien casarse pretende?
GAVINO.
Antes ella se defiende
De todo el linaje entero;
Que no se quiere casar,
Ni dar ese gusto al viejo.
REY. (*Ap. á Jacinto.*)
Jacinto, nuestro consejo,
De encuentro se vuelve azar.
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer!
Pues yo vi el hombre salir.
JACINTO.
Si viste la puerta abrir,
Llave debe de tener.
REY.
No hay duda: y este villano
Debe de tener malicia,
Y temiendo mi justicia,
Se finge inocente y sano.
Saca, Jacinto, la espada,
Pónsela al pecho.
JACINTO. (*Ap.*)
¡Ay de mí!
Si él me ha visto, dice aquí
Toda mi historia pasada.
REY.
¿No la pones?
JACINTO.
Si, señor.
(*Pónele la espada al pecho.*)
Di, perro, al momento el nombre
Y la calidad del hombre
Que tiene á Lucinda amor.
GAVINO.
¡Esto es llegar á los reyes!
Señor, su padre y su hermano
La quieren mucho.
JACINTO.
Es en vano...
GAVINO.
Bien me estaba entre mis bueyes.
Desde que en calzas me vi,
Esto me pronostiqué.
JACINTO.
Él no lo sabe.
REY.
(*Ap*. ¿Qué haré?)
Di que se vuelva.
JACINTO.
Oye.
GAVINO.
Di.
JACINTO.
El Rey gusta de tu humor,
Y se ha burlado contigo,
Y yo te soy muy amigo.
GAVINO.
Dile que estimo el favor;
Pero dile, pues esperas
Pasar por las mismas leyes,
Si así se burlan los reyes,
¡Cuál deben de ser las veras!
REY. (*Ap. á Jacinto.*)
Cuéntaselo á Cloridano,
Y por la mano ganemos.
JACINTO.
Y áun será bien.
(*Vanse el Rey y Jacinto.*)

ESCENA X.

GAVINO.

¡Ay, extremos
De cortesano y villano!
Llegué al Rey desde la arada;
Pero he visto á toda ley
Que desde el vasallo al Rey,
Sólo está en medio su espada. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Felicio en la Corte.

ESCENA XI.

LUCINDA; CLAVELA, *con manto.*

LUCINDA.
La visita os agradezco;
Pero no que me digais
Que de mí quejosa estais,
Cosa que yo no merezco;
Que soy tan recien venida,
Y tan nueva cortesana,
Que de vuestra queja vana
Vengo á quedar ofendida.
CLAVELA.
No he querido en vuestro estrado,
Bella Lucinda, deciros
La causa de mis suspiros,
La ocasion de mi cuidado;
Pero agora que las dos
Estamos solas aquí,

Quiero que sepais de mi
Por qué me quejo de vos.
Yo quiero un hombre muy bien,
Que vos desasosegais.

LUCINDA.

¿Veis cómo engañada estais,
Y quien os burló tambien!
Sin duda que habeis errado
La casa.

CLAVELA.

Yo sé que acierto
En decir que me habeis muerto,
Y este bien me habeis quitado.

LUCINDA.

Otra será de mi nombre.
Vos venís mal informada.

CLAVELA.

Yo sé que sois adorada
Deste ingrato.

LUCINDA.

Si algun hombre
Ha tenido pensamiento
De poner su gusto en mí,
No creais que yo le dí
Del mio consentimiento.
No podemos las mujeres
Impedir el ser queridas;
Que penetran nuestras vidas
Sus ligeros pareceres.
Y hablando en materia igual
Sin melindre y sin desden,
Más quiero parecer bien
Que no que me quieran mal.
En llegando una mujer
A ser muy aborrecida,
Ya va la edad de caida
O el gallardo parecer.
Ansí que no ha de pesar
De ser querida á ninguna,
Porque ninguno importuna
Donde no le dan lugar.
Clavela, si habeis querido
Ese de quien os quejais,
Y mal satisfecha estais
Del amor que os ha debido;
Si ha querido amartelaros
Con que soy recien venida,
Aseguraos por mi vida
De que no puedo enojaros.
Y si há dias vuestro amor,
Y con el suyo os obliga,
No os den los celos fatiga
En casa de tanto honor.
Si vos sois tan bien nacida,
Yo soy mujer principal.

CLAVELA.

Si vine á veros mortal,
De veros vuelvo sin vida.
Truje de vuestra hermosura
Celos á vuestro aposento;
Ya de vuestro entendimiento
Los llevo con más locura.
Gallardo gusto teneis,
Lindo despejo y agrado:
Bien puedo haberme engañado
En que este galan quereis;
Pero no me engañaré
Cuando diga que él os quiere:
Y por lo que desto fuere,
Bien es que este aviso os dé.
No le admitais; que me debe
El honor, y há mas de un año
Que vivo con este engaño.
No os burle.

LUCINDA.

No hará, aunque pruebe;
Porque es término sucinto
Un siglo para vencer
Mi honor. Mas ¿puedo saber
Su nombre?

CLAVELA.

Pues ¿no? Jacinto.

LUCINDA.

¡Jacinto!

CLAVELA.

El mismo.

LUCINDA.

No creo
Que haya tal hombre en palacio.

CLAVELA.

¡Pluguiera á Dios!

LUCINDA.

(*Ap.* Más despacio,
Celos. ¿Qué es esto que veo!)
Decid, Clavela, y Jacinto
¿Ha que os quiere bien un año?

CLAVELA.

(*Ap.* ¡Con lindo estilo la engaño,
Pues de quien no soy me pinto!)
Por agora puede haber
Un año que me engañó.

LUCINDA.

¡Jacinto!

CLAVELA.

Pensaba yo
Que fuera piedra en querer;
Mas no fué piedra Jacinto,
Sino fué Jacinto flor,
Pues floreciendo mi amor,
Está el fruto tan distinto.
Juró de ser mi marido,
Que es cebo donde caemos
Las más, porque nos creemos
De aquel vano amor fingido.
El hombre, con el deseo,
Promete; mas satisfecho,
Huye.

LUCINDA. (*Ap.*)

¡Que Jacinto ha hecho
Lo que ésta dice! No creo
Que hay verdad, que hay juramento,
Que hay palabras, que hay lealtad
En el mundo.

CLAVELA.

Esto es verdad,
Y que es su fe fingimiento.

LUCINDA.

¿Es Jacinto un caballero
De la cámara del Rey?

CLAVELA.

El mismo.

LUCINDA.

(*Ap.* ¡Cielos! ¿qué ley
Es esta en el hombre? Hoy muero,
Hoy pierdo la vida, hoy loca
Por esas calles saldré...
—Pero callaré y haré
Lo que á mi nobleza toca.)
Clavela, está muy segura
Que á Jacinto no es razon
Que yo le tenga aficion.
El Príncipe me procura,
Que es más honrado sujeto:
Vióme en mi castillo un dia,
Que á unos olmos me traia
Un pensamiento secreto.
Allí me dijo su amor,
Y aquí me pretende agora,
Y aunque dice que me adora,
Siempre le muestro rigor.
No sé qué haré si porfía.

CLAVELA.

(*Ap.* Con lindo engaño encubierto
Lucinda me ha descubierto
Más de lo que yo queria.
Pero agora le diré
Que no es Jacinto el que quiero,
Sino el Príncipe Rugero...
Mas no sé si acertaré;
Que es Rey, y si yo le impido
Su gusto, tendrá poder
De amar y de aborrecer,
Y aborrecerá ofendido.
Más acertado será
Callar y ver en qué pára:
Que si su amor se declara,
Ocasion y tiempo habrá.)
Lucinda, no es bien que en pié
De aquesta manera os tenga,
Sino que despacio venga
Cuando más alegre esté.
Tenedme por muy amiga,
Y logre ese talle el cielo.

LUCINDA.

Estad cierta de mi celo,
Si el ser quien soy os obliga.

CLAVELA.

Es tan notable el valor
Que en vos han puesto los celos,
Que vine á veros con celos,
Y de veros llevo amor.
Adios.

LUCINDA.

¿En qué habeis venido?

CLAVELA.

En coche.

LUCINDA.

Silla hay acá.

CLAVELA.

Bien iré ansí. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LUCINDA.

Tiempo es ya
Que hablemos, pecho ofendido.
Dad lugar al corazon
Para que salga, y si el pecho
Es para la puerta estrecho,
Los ojos tambien lo son.
Salga pues en dolor tanto,
Y en tal confusion de enojos,
Que bien podrá por los ojos,
Si sale deshecho en llanto.
¡Ay Jacinto! ¿quién creyera
Que me dieras este pago,
Ni que tan infame estrago
Tu amor en mi honor hiciera!
¿Otra mujer quieres bien!
¿Con otra mujer te casas!
Sol, que los indios abrasas,
Pasa el polo, el mar tambien;
Deja que la noche venga,
No te detengas, trasponte;
Cúbrele de presto, monte,
Para que más luz no tenga.
Salid, estrellas, aprisa;
Las lluviosas, ved mi lloro,
No el alba con rayos de oro,
Que dicen que toda es risa.
¡Jesus! ¡Jacinto traicion!
¡Un caballero tan noble!
¿En Jacinto trato doble!
No es él: mis desdichas son.
¿Quién viene aquí?

ESCENA XIII.

BELARDA.—LUCINDA.

BELARDA.

Yo, Señora.

LUCINDA.

Y ¿qué me quieres, Belarda?

BELARDA.

Tu primo, Señora, aguarda.

LUCINDA.
Dile que no puedo agora.
BELARDA.
Con el Rey dice que ha estado
Tu hermano.
LUCINDA.
(*Ap.* ¡Ay triste! No sé
Si à la noche aguardaré,
Segun me aprieta el cuidado.)
Toma un manto, y dame el mio;
Dame otra basquiña luego.
BELARDA.
¡Extraño desasosiego!
LUCINDA. (*Ap.*)
Del tiempo apénas me fio:
No pienso que le ha de haber
De aquí à la noche, ni vida,
Para que el alma ofendida
Se pueda satisfacer. —
Pero gran locura intento.
—Mas ¿por qué ha de ser locura?
¿Hay vida, hay honra segura
En la desdicha que intento?
Mas quiero disimular;
No entienda aquesta mi pena.
BELARDA.
¿Qué es aquesto? ¿No estás buena?
LUCINDA.
Buena solia yo estar;
Pero por no lo haber sido,
Belarda, ya no lo estoy.
BELARDA.
¿Adónde quieres ir?
LUCINDA.
Voy
A hablar un hombre atrevido;
Que esta dama que se fué
Me ha dicho que se alabó...
BELARDA.
¿De qué?
LUCINDA.
De que me gozó.
BELARDA.
¡Oh falso, traidor, sin fe!
Y ¿quién es?
LUCINDA.
Un caballero
De Palacio.
BELARDA.
A Cloridano
Di tu injuria.
LUCINDA.
Y si mi hermano
Pierdo, ¿qué remedio espero?
Mejor es ir á saber
Dél mismo lo que le mueve.
BELARDA.
A mucho tu honor se atreve.
Y ¿dónde le podrás ver?
LUCINDA.
A estas horas jugará
A la pelota en Palacio.
El honor no quiere espacio:
Manto y basquiña me da.
Tú sola conmigo ven.
(*Ap.* ¡El Hombre de bien te llamas,
Jacinto! Pues a dos amas,
Ya no eres hombre de bien!)

—

Galería de Palacio.

ESCENA XIV.

JACINTO, CLORIDANO, TANSILO Y SILVERIO, *con palas, como que acaban de jugar á la pelota*; GAVINO, CRIADOS.

TANSILO.
No juego más: enmienden el partido.
Más que Jacinto saca Cloridano.
CLORIDANO.
Mejor vuelve Tansilo que Silverio,
Y no sé cómo agrada lo que saco;
Que como el corredor para mí es nuevo,
Ni entiendo los azares ni la losa.
JACINTO.
Yo pierdo quince tantos.
SILVERIO.
La traviesa
Saqué á dos juegos, de lo cual me pesa.
CLORIDANO.
No habeis vuelto á mi gusto.
SILVERIO.
Convalezco
De cierta herida.
CLORIDANO.
¿Herido habeis estado?
SILVERIO.
Una noche me dieron una herida,
Que con Su Majestad iba rondando.
CLORIDANO.
¡Extraño atrevimiento! ¿No se supo
Quién os hirió?
SILVERIO.
Sí supo, que él lo dijo.
CLORIDANO.
¿Cómo?
SILVERIO.
Un hombre de bien.
CLORIDANO.
¡Extraño nombre!
JACINTO.
Pues él lo dijo, á fe que lo seria.
TANSILO.
Bien lo mostró, pues dió que hacer á [tantos.

ESCENA XV.

EL REY, *que se asoma al balconaje de la galería.* — DICHOS.

REY.
¿Qué es esto? ¿No se juega, caballeros?
TANSILO.
Deshízose el partido.
SILVERIO.
Era robado.
CLORIDANO.
¿Quiere jugar conmigo vuestra Alteza?
REY.
¿Quién os ayudará?
CLORIDANO.
Tansilo puede.
REY.
Ayúdeme Silverio, y jugaremos.
CLORIDANO.
¿Tengo de sacar yo?
REY.
Saque Tansilo,
Y vuelva yo.
CLORIDANO.
Que soy contento, digo.
Pues alto, vuestra Alteza se desnude.
REY.
Yo bajo. (*Quítase del balcon.*)
CLORIDANO.
Ya hay partido.
JACINTO.
Por mí, vaya.
CLORIDANO.
Atravesad, pues que la dita es buena.
JACINTO.
De que habeis de perder perded la pe- [na.

ESCENA XVI.

LUCINDA Y BELARDA, *tapadas de medio ojo.*—JACINTO, CLORIDANO, TANSILO, SILVERIO, GAVINO, CRIADOS.

BELARDA.
Con notable atrevimiento
Has llegado al corredor.
LUCINDA.
Es la fuerza del honor,
Belarda, un quinto elemento.
¿Cómo le podrás llamar?
BELARDA.
Criados están aquí
Con los vestidos.
LUCINDA.
Pues dí
Que á Jacinto quiero hablar.
BELARDA.
A Gavino llamaré,
Que no me conocerá.
LUCINDA.
Con la espada y capa está
De Cloridano.
BELARDA.
¡Ce, ce!
GAVINO.
¿Es á mí?
BELARDA.
Llegaos aquí.
GAVINO.
A muy buen tiempo han venido;
Que se ha hecho un gran partido.
BELARDA.
¿A buen tiempo! ¿Cómo así?
GAVINO.
Porque vienen algo rotas,
Si no es máscara trazada,
Y entre gente tan honrada
Habrán menester pelotas.
BELARDA.
¿Quién le mete al muy lacayo
En hablar tan atrevido?
GAVINO.
¿En qué lo vió?
BELARDA.
En el vestido.
GAVINO.
¡Mas que la asiento al soslayo!
BELARDA.
No te enojes, por tu vida.
Llámame aquel hombre.
GAVINO.
¿Cuál?
BELARDA.
Aquel. (*Por Jacinto.*)
GAVINO.
Voy.

BELARDA. (*A su ama.*)
¡Buena señal!

LUCINDA.
Temo...

BELARDA.
No fuí conocida.

GAVINO.
Una palabra os querria.

JACINTO.
¿A mí?

GAVINO.
A vos.

JACINTO.
¿Qué puede ser?

GAVINO.
Que os llama aquella mujer.

JACINTO.
(*Ap.* ¡Buen talle, por vida mia!)
¿Sois vos la que me llamais?
—¡Lucinda! ¿qué es esto?

LUCINDA.
Espera.

BELARDA.
Aquí con peligro hablais.

LUCINDA.
Toma la capa y la espada,
Y haz cuenta que es desafío;
Que la del agravio mio
Te amenaza muerte airada.

JACINTA.
¿Estás loca? ¿A qué venías?

LUCINDA.
Loca estoy.

JACINTO.
Bien lo has mostrado.
Pues ¿cómo aquí me has buscado,
Tú, que de tí no te fias,
Tú que del cielo te guardas,
Tú que la luz aborreces,
Tú que de noche amaneces,
Tú que á su silencio aguardas,
Tú que de ningun criado
Has fiado nuestro amor!

LUCINDA.
En esto verás, traidor,
Cuán fuerte ocasion me has dado.
Perdido traigo el sentido.
Al Príncipe vengo á hablar...
Rugero me ha de gozar.

JACINTO.
¿Qué te han dicho? ¿Qué has tenido?
¿Qué nuevo hechizo te han dado?
El Rey anda por aquí.

LUCINDA.
Ya soy del Rey.

JACINTO.
Eso sí:
Agora te has declarado.
Si para hacerle favor
Buscas estas invenciones,
¿Para qué, Lucinda, pones
Culpa á mi inocente amor?

LUCINDA.
¿No es nada el haber gozado
De Clavela un año y más?
¿Tú me engañas! ¿tú me das
Mano que á Clavela has dado!
Traidor, del Rey vengo á ser.

JACINTO.
¡Oh qué mal trazado enredo!
¡Yo á Clavela!

LUCINDA.
Tengo miedo
Al honor que he de perder;
Que si no, yo te dijera
Con voces, con libertades,
La historia de tus maldades.

JACINTO.
¡Ah falsa, enemiga fiera!
¡Ah traidora, que vencida
De persuasiones del Rey,
Quieres con infame ley
Ser de tu amante homicida!
Y ya que hacerlo te agrada,
¿Por qué me culpas á mí?
Déjame morir así;
No me afrentes disculpada.
¿Cómo á la primer conquista
Te rendiste! Eres mujer.
De los reyes el poder
Es basilisco en la vista.
Vino el Rey, vióte, y venció:
César de tu honra fué.
Pues de mi amor yo diré:
Sirvió, no agradó, y murió.
Clavela, dama del Rey,
¿Puede ser mia!

LUCINDA.
¡Ay de mí!
¡Si acaso engañada fui!

JACINTO.
¡Esto es amor! ¡esto es ley!

LUCINDA.
Ven conmigo; que es ya tarde.

JACINTO.
¿Dónde?

LUCINDA.
Al campo.

JACINTO.
Allá te sigo:
Porque aunque eres mi enemigo,
No he de parecer cobarde.

BELARDA.
Lacayo, con mi Señora
Me voy.

GAVINO.
¿Dónde vives?

BELARDA.
Vivo
A la Flor.

GAVINO.
¿Es flor de olivo?

BELARDA.
No; de carrasco es agora.

GAVINO.
¿Por quién he de preguntar?

BELARDA.
Entre las once y las doce,
Por Diana.

GAVINO.
Así te goce,
Que te tengo de buscar.

BELARDA.
Dame señal que vendrás.

GAVINO.
Este liston.

BELARDA.
¿De quién es?

GAVINO.
De una ninfa, que despues
Toda su historia sabrás.

BELARDA.
¿Cómo se llama?

GAVINO.
Belarda.

BELARDA. (*Ap.*)
¡Fiad en hombres!

GAVINO.
Adios.

(*Vanse Jacinto, Lucinda, Belarda y Gavino.*)

ESCENA XVII.

EL REY.—CLORIDANO, TANSILO, SILVERIO, CRIADOS.

REY.
¿Estais á punto los dos?

CLORIDANO.
Sólo á tu Alteza se aguarda.

REY.
Dadme otra pala mejor;
Dadnos pelotas, Tristan.

TRISTAN.
Ya, Señor, á punto están.

TANSILO.
¿Qué hemos de jugar, Señor?

REY.
De veinte escudos el tanto.

TANSILO.
No es mucho.

REY.
Bien está así.
Yo quiero pagar por tí.
(*Ap.* ¡Ay, noche! extiende tu manto.
Esto es sólo entretener
El largo y penoso dia,
Para que á la prenda mia
Pueda con tu sombra ver.)
Tansilo...

TANSILO.
Señor...

REY.
¿No estaba
Agora Jacinto aquí?

TANSILO.
Fuése.

REY.
¡Fuése!

TANSILO.
Señor, sí.
Como vió que no jugaba...

REY.
Advertille fuera bien
Que aquesta noche se armase,
Porque conmigo buscase,
Tansilo, el Hombre de bien;
Que estoy con mortal cuidado.

TANSILO.
¿No basto yo?

REY.
Bastarás;
Pero llevaremos más;
Que es hombre de bien y honrado.
Yo no tengo de reñir;
Que no es de mi autoridad,
Porque nuestra majestad
Con otro se ha de medir;
Y sé del Hombre de bien
Que os dará que hacer á todos,
Si no buscais otros modos
Para rendirle.

TANSILO.
Está bien:
Que esta noche irán dos bravos
Que tienen fama en Dalmacia.

REY.
¡Qué espada! ¡qué talle y gracia!

TANSILO.
Yo hiciera que dos esclavos
Le pasaran por el pecho
Con dos alabardas bien,
Por ver si al Hombre de bien
Era el nombre de provecho.

REY.
¡Ay que no! que es el objeto
De aquellos ojos divinos.

Busquemos otros caminos
Para saber el secreto.

TANSILO.
¿A qué hora habemos de ir?

REY.
En hora de noche iremos,
Para que entrar le estorbemos,
Pues ya no importa el salir. —
¿Jugaremos, Cloridano?

CLORIDANO.
Aquí espero á vuestra Alteza.

REY. (*Ap. á Tansilo.*)
¿No es bueno que su belleza
Estoy mirando en su hermano?

TANSILO.
¿Mas que te enamoras dél?

SILVERIO.
¡Hola! pelotas, Tristan.

CLORIDANO.
En fin, veinte escudos van.

REY. (*Ap.*)
¡Ay, dulce desden cruel!
Saca amor, y volveis vos;
Mas esperanzas tan altas,
Todas en su Rey son faltas,
Pues una jugais con dos.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Clavela.

ESCENA XVIII.

CLAVELA, DORISTEO, OLIVERIO, SULPICIO.

CLAVELA.
Para aquesto os he llamado.

DORISTEO.
Por cien ducados iremos.

SULPICIO.
Muy bien la calle sabemos.

OLIVERIO.
El galan es hombre honrado.

CLAVELA.
No quiero que le mateis,
Mas que ser deudos finjais
De Lucinda, y que digais
Que sus infamias sabeis.
Mi intento es hacer rüido
Tal, que su hermano lo entienda,
Y que la calle se ofenda
De haber este amor sentido.
Guardaos, que no habeis de herir
De ninguna suerte al hombre.

OLIVERIO.
Pues ¿no sabremos su nombre?

CLAVELA.
¿Qué os puede el nombre servir?
Cada noche va á su calle,
Y estoy celosa, y querria
Que dejase esta porfía.

DORISTEO.
¿Qué señas tiene? ¿Qué talle?

CLAVELA.
Siempre va con otros dos:
La puerta suele rondar
De donde le habeis de echar.

DORISTEO.
Declaradlo más por Dios.

CLAVELA.
Pretendo hacer un rüido
Que infame á cierta mujer,
Con que la venga á esconder
Su hermano, padre ó marido.
¿Habeislo entendido?

SULPICIO.
Sí.

CLAVELA.
Pues yo me iré con los tres
En hábito de hombre.

SULPICIO.
Pues
Mejor lo haremos así,
Y veréis si os agradamos
En seguir esta cuestion.

CLAVELA.
¡Ay amigos! celos son.

OLIVERIO.
Donde quisiéredes vamos.
Mas llevaos los cien escudos.
Por si fueren menester.

CLAVELA.
Esos os daré al volver;
Que al ir habemos de ir mudos.

DORISTEO.
Vamos.

CLAVELA. (*Ap.*)
Infame he de hacer,
Lucinda, tu amor constante;
Que una pendencia es bastante
Á infamar una mujer.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XIX.

FELICIO, GLICENIO.

FELICIO.
Áun no saben mis hijos que he venido:
Llama, Glicenio, llama, y dénte albri-[cias.

GLICENIO.
Tambien me las dará Belarda.

FELICIO.
Llama,
Para que salgan Cándido ó Gavino,
Y ayuden á sacar lo que traemos
En ese carro; que hace escura noche,
Y en las ciudades hay notables hurtos,
Mayormente á quien viene de camino.

ESCENA XX.

CLORIDANO, GAVINO.—DICHOS.

CLORIDANO.
¡Carro en la calle! ¿Si es de nuestra [aldea?

GAVINO.
A la puerta está gente.

CLORIDANO.
¿Si es mi padre?

FELICIO.
¿Es Cloridano?

CLORIDANO.
Soy tu humilde hechura.

FELICIO.
¡Hijo!

CLORIDANO.
¡Señor!...

FELICIO.
¿Cómo te va de Corte?

CLORIDANO.
Entra; que hay grandes cosas que de-[cirte.

FELICIO.
¿Hablaste al Rey?

CLORIDANO.
Ya soy su gran privado.
De su Cámara soy.

FELICIO.
¡Válgame el cielo!

CLORIDANO.
Dotar quiere á Lucinda.

FELICIO.
¿De qué suerte
Nos ha subido la fortuna tanto?

CLORIDANO.
Agradecido á ser tu huésped sólo,
Y agradecido á ver aquel caballo.

FELICIO.
A caballo alcanzaste esta fortuna.
¡Plega Dios que no caigas ó te arras-[tre!
¿Está Lucinda buena?

CLORIDANO.
A tu servicio.

FELICIO.
¿De dónde vienes?

CLORIDANO.
De jugar venia
Con su Alteza.

FELICIO.
¿A qué juego?

CLORIDANO.
A la pelota.

FELICIO.
Pues no hagas falta, hijo; que los reyes
Por una falta olvidan mil servicios.
¿Ganaste?

CLORIDANO.
Veinte tantos he perdido.

FELICIO.
Pues paga luego; que los reyes gustan
De gozar lo que cuesta algun trabajo,
Más que de los tesoros de sus reinos.

GLICENIO.
Ya ¿no me hablais?

CLORIDANO.
¡Glicenio!...

FELICIO.
Entrad.

CLORIDANO.
Entremos.

GAVINO.
¿Ya, Señor, no te acuerdas de Gavino?

FELICIO.
Yo no te conociera en este traje.

GAVINO.
Traigo calzas, estoy muy adelante,
Hablo ya al Rey.

FELICIO.
¡Hay cosa semejante!
(*Éntranse.*)

ESCENA XXI.

EL REY, TANSILO, SILVERIO, RUTILIO.

REY.
Guardad bien estas esquinas.

TANSILO.
Mal conoces esta gente.

REY.
¿Es este bravo valiente?
Que hay muchos bravos gallinas.

TANSILO.
Hombres come, y sangre bebe.
El Hombre de bien verá
Que hay hombres de bien acá.

REY.
¿Es hombre?... (*Designando á Rutilio.*)

TANSILO.
Vale por nueve.

REY.
Quedo; que siento rüido.

TANSILO.
Un hombre con dos mujeres.

REY.
Déjalos ir, y no alteres
La calle.

ESCENA XXII.

JACINTO, LUCINDA, BELARDA. —DICHOS.

LUCINDA.
Dichosa he sido
En que me has desengañado;
Porque la muerte me diera.

JACINTO.
Llega.

LUCINDA.
Llama.

BELARDA.
Aparte espera.
(*Llama Belarda á la puerta de casa de sus amos, responden y abren.*)

JACINTO.
¿Quién ha salido?

BELARDA.
Un criado.

LUCINDA.
Mi bien, paséate, un poco;
Que yo te saldré á llamar.
(*Éntranse Lucinda y Belarda.*)

ESCENA XXIII.

EL REY, TANSILO, SILVERIO, RUTILIO; JACINTO, *retirado.*

REY. (*Ap. á los suyos.*)
Ya ¿qué teneis que esperar?
Este es el hombre. ¡Estoy loco!

TANSILO.
Señor, con ella venía.

REY.
Sí, pues en su casa entró.
Aguarda, y hablaré yo.

JACINTO. (*Ap.*)
El Rey viene en busca mia.

REY.
¿Qué gente?

JACINTO.
El Hombre de bien.

REY.
Yo le busco por su mal;
Aunque por ánimo igual
Creo que le quiero bien.
Diga el nombre verdadero,
Y pase.

JACINTO.
El Hombre de bien.

REY.
Digo que me diga quién.

JACINTO.
El Hombre de bien.

REY.
¡Qué espero!
Matalde.

JACINTO.
No puede ser.
(*Meten mano los tres para él, y él da sobre todos.*)

TANSILO.
¡Qué furor! ¡Bravos, aquí!

JACINTO.
Que no hay bravos para mí.

REY. (*Ap.*)
A fe que les da que hacer.
(*Jacinto ahuyenta á cuchilladas á sus contrarios, y vase calle adelante persiguiéndolos.*)

ESCENA XXIV.

EL REY; RUTILIO, *dentro.*

RUTILIO. (*Dentro.*)
¡Ay que me ha muerto!

REY.
¡Traidores!
¡Todos tres de un hombre huis!
¡Guarda! ¡Gente! ¿no me ois?
¡Qué extraña historia de amores!
¿Es esta puerta encantada!
¿Qué hombre de bien es aquel!
Iréme á matar con él.

ESCENA XXV.

JACINTO.—EL REY.

JACINTO. (*Para sí.*)
Todos valen poco ó nada.
Quiero, pues que ya se han ido,
Ver si puedo entrar.

REY. (*Ap.*)
¡Ay cielos!
¿No es la ocasion de mis celos
Él que otra vez ha venido?

JACINTO (*Ap.*)
El Rey está aquí. ¡Ay de mí!
Quiérome encubrir.

ESCENA XXVI.

CLAVELA, DORISTEO, OLIVERIO, SULPICIO. —DICHOS.

CLAVELA. (*Ap. á los suyos.*)
Llegad,
Y la calle alborotad.

SULPICIO.
¿Es aquel el hombre?

CLAVELA.
Sí.

OLIVERIO. (*Yéndose para el Rey.*)
Perro, ¡esa capa!

REY.
¡Oh traidores!
Esta sabré defender.

JACINTO.
(*Ap.* Ladrones deben de ser;
Que esta no es cuestion de amores.
Á su lado me pondré.)
¡Animo! y ¡mueran!

REY.
Hidalgo,
¡Ayuda!

JACINTO.
Veréis que valgo
Mucho en virtud de mi fé.

SULPICIO.
Huye, Oliverio, la furia
De este demonio.
(*Huyen los tres, y van trás ellos Jacinto y el Rey.*)

CLAVELA.
¡Ay de mí!
Quiérome quitar de aquí;
Que resultará en mi injuria. (*Vase.*)

ESCENA XXVII.

EL REY Y JACINTO, *que vuelven, desnudas las espadas.*

REY.
Dejaldos; que huyendo van.
Hidalgo, así os guarde Dios,
Conozcámonos los dos,
Pues castigados están.

JACINTO.
¿Quién sois vos?

REY.
Yo soy el Rey.

JACINTO.
Pues, Señor, quedaos con Dios.

REY.
Eso no: decidme vos
Quién sois, pues es justa ley.

JACINTO.
Yo soy el Hombre de bien.

REY.
Pues tan bien lo habeis mostrado,
Idos conmigo á mi lado;
Que quiero que el premio os dén.

JACINTO.
No puedo.

REY.
Hacedme favor
De descubrirme la cara.
El Rey soy... Tente, repara...

JACINTO.
No puedo esperar, Señor.

REY.
Mira que te quiero bien.

JACINTO.
Sí; mas quereis á mi dama...

REY.
Aguarda á un Rey que te llama,
Si eres tan Hombre de bien.

ACTO TERCERO.

Sala de Palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, TANSILO.

REY.
Esta sospecha me ha dado.

TANSILO.
No se engaña vuestra Alteza;
Que perderé la cabeza,
Ó Jacinto le ha engañado.

REY.
Fuera de que el aire es dél,
Y la voz tan parecida,
Obliga el darme la vida
A que imagine que es él.
He caido en que no viene
De noche en mi compañía,
Como otras veces solía:
Pues ésto misterio tiene.
Despues que Lucinda vino,
Todas las noches se esconde:
Pues ¿dónde está?

TANSILO.
El sabe dónde,
Y yo tambien lo adivino.

REY.

Tansilo, ¡viven los cielos
Que este es el Hombre de bien!
Su talle y rostro tambien
Me está abrasando de celos.
¡Válgame Dios! Si no es él,
¿Cómo de noche no viene
Conmigo ya!

TANSILO.

Porque tiene
Algo que le duele á él.
Y para no confirmar
De cierto tu pensamiento,
Una objecion sola siento.

REY.

Bien me la puedes contar.

TANSILO.

No tener en posesion
A Jacinto de tan hombre,
Que el Hombre de bien se nombre
Con tanta satisfacion.

REY.

Ahora bien, amor es todo
Industrias.

TANSILO.

¿Cuál se te ofrece?

REY.

Oye, á ver si te parece
Que lo sabré deste modo.
Mi esposa dicen que envia
Un embajador, y está
En el puerto, ó llega ya
El Almirante de Hungría;
Y es bien que vaya un recado
Mio á dalle el bien venido.
Jacinto me ha parecido
Para este efecto, extremado:
Enviaréle al puerto.

TANSILO.

Bien.

REY.

Y si de noche no viene
Adonde costumbre tiene,
El es el Hombre de bien.

TANSILO.

Ha sido un gran pensamiento.
Mas ya Cloridano y él
Se ofrecen.

REY.

Irá con él
Para asegurar mi intento.

ESCENA II.

JACINTO, CLORIDANO. — EL REY, TANSILO.

REY.

¿Qué hay de nuevo, Cloridano?

CLORIDANO.

La nueva fama, Señor,
Del Húngaro embajador.

REY.

No viene la fama en vano;
Antes dicen que tambien
Quedó mi esposa embarcada,
Y que viene esta embajada
Para que se sepa bien:
Y asi querria que al punto
Fuésedes Jacinto y vos,
Y le recibais los dos,
Pues haber llegado es cierto.
Voy á escribir, y advertid
Que os habeis de partir luego.

CLORIDANO.

Que vivas mil años, ruego
Al cielo.

REY.

Al punto os partid.
(*Vanse el Rey y Tansilo.*)

ESCENA III.

JACINTO, CLORIDANO.

JACINTO. (*Ap.*)

En el rostro de los reyes
Se ve el odio ó el amor;
Que su blandura ó rigor
Es el libro de sus leyes.
Si al Rey he mirado bien,
Del modo con que me ausenta
Creo que saber intenta
Quién es el Hombre de bien.
Tras esto, otro daño igual
Es ausentar á su hermano,
Pues de Hombre de bien, es llano
Que he venido á tanto mal.
En ausencia de los dos
Gozar á Lucinda quiere.
Pero sea lo que fuere,
Si él es Rey, amor es dios.
¡Ah Lucinda! ¡cuán seguro
De tus lágrimas quedé!
Tus celos aseguré,
Que es la lealtad que procuro;
Mas no lo estoy de los mios.

CLORIDANO.

Parece que os ha pesado
De lo que el Rey ha mandado.

JACINTO.

Populares desvarios
Traen esta falsa fama.
Tras esto, por ser tu amigo,
Que pierdo esta noche, os digo,
Gozar una hermosa dama,
Y no se me ha de ofrecer
En todo el año ocasion.

CLORIDANO.

Mirad si negocios son
En que yo os puedo valer,
Y estad en mi amor seguro
Que la sangre misma os dé.

JACINTO.

¡Ay Cloridano! ¿qué haré,
Si pierdo el bien que procuro?
Pero si vos con secreto
Quereis al puerto partir,
Y al Embajador decir
Lo que el Rey manda en efeto,
No fué Lelio á Scipion
Amigo de tal decoro,
Epicuro á Metrodoro,
Ni Pomponio a Ciceron.
Nunca tal amistad hizo
A Efestion Alejandro,
El Troyano con Evandro,
Ni Dario con Megabizo.
Nunca hazañas tan gentiles
Niso y Eurialo hicieron,
Ni á Patroclo y Cástor dieron
Más vida Pólux ni Aquiles.
Compradme por vuestro esclavo,
Sacadme deste rigor.

CLORIDANO.

Jacinto, en cosas de amor
La desconfianza alabo;
Mas no la tengais de mí;
Que iré solo, y sabré hacer
Que el Rey no pueda sàber
Que sin vos al puerto fui.

JACINTO.

Dadme esos piés.

CLORIDANO.

No es razon
Que useis de tanta humildad:
Salgamos de la ciudad
Juntos en esta ocasion;
Que en cubriéndonos la noche,
Os volveréis del camino.

JACINTO.

Bien decís; pero imagino
La vuelta.

CLORIDANO.

Tomad un coche,
Y hasta una legua saldréis,
Y volveremos los dos.

JACINTO.

¡Alto consejo, por Dios!

ESCENA IV.

TANSILO.— JACINTO, CLORIDANO.

TANSILO.

¿Cómo á punto no os poneis?
Que ya su Alteza escribió.

CLORIDANO.

Por las cartas entraremos.
(*Éntranse Jacinto y Cloridano.*)

ESCENA V.

TANSILO.

Hoy sospecho que sabremos
Si sois aquel hombre ó no.
Trazando va mi fortuna
De asegurar mi temor.
¡Qué bien dijo el que al amor
Llamó hijo de la luna!
No hay bien que dure constante;
Que el que más firmeza siente,
En llegando á estar creciente,
Declina para menguante.
Ya la Princesa de Hungría
Viene á serlo de Dalmacia;
Clavela está ya en desgracia
Del Rey, para dicha mia.
La que agora se defiende,
Hará amor de mí se agrade;
Que quien ama y persüade,
Alcanza lo que pretende. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Felicio en la Corte.

ESCENA VI.

CLAVELA, LUCINDA, BELARDA.

CLAVELA.

Puesto que no me pagueis
Estas visitas que os hago,
Sólo con veros me pago
Del amor que me debeis.
Y esto no lo agradezcais,
Pues vengo á negocio mio.

LUCINDA.

Desa discrecion confio
Que de mi segura estais.
Yo os doy palabra, Clavela,
Que me debeis mucho amor.
¿Cómo os va con el traidor
Que conmigo os amartela?
¿Acude Jacinto allá?
¿No cumple su obligacion?

CLAVELA.

¡Ay Lucinda! no es razon
Querer engañaros ya.
No es Jacinto el que yo quiero,
Porque en mi vida le hablé.

LUCINDA.
¡Que no es Jacinto!

CLAVELA.
No, á fe,
Sino el Príncipe Rugero.
Por sacarós lo que habia
En la vuestra y su aficion,
Dije con falsa intencion
Que á Jacinto amor tenia.
De Tansilo, un caballero
Que sirve al Rey, he sabido
Que á vuestra puerta tendido
Le ve del alba el lucero:
Y véngoos á suplicar
Me dejeis quedar con vos
Esta noche, en que las dos
Podemos despacio hablar;
Que desde alguna ventana
Quiero ver este enemigo.

LUCINDA.
Clavela, á todo me obligo,
Si queda mi honra llana.

CLAVELA.
Pues ¿qué peligro temeis?

LUCINDA.
Si hablais, pensar que soy yo.

CLAVELA.
La lengua amor me quitó.

LUCINDA.
Pues, sin hablar, bien podeis
Mirar desde ese balcon
Al Príncipe, si viniere.

CLAVELA.
¿Qué no intentará quien quiere?
Todo, Lucinda, es pasion.
Vos que lo que es no sabeis,
Mirais en fama y honor.

LUCINDA.
En mi vida tuve amor.

CLAVELA.
Mil años os alabeis.

LUCINDA.
¿Posible es que á tanto obliga?

CLAVELA.
Quita el seso y la razon.

LUCINDA.
¿Qué es amor?

CLAVELA.
Una pasion
Que dos voluntades liga.

LUCINDA.
No digo el amor pagado.

CLAVELA.
Pues esotro es un infierno,
Una inquietud, un eterno
Fuego, en el alma engendrado.

LUCINDA.
Y ¿qué es lo que llaman celos?

CLAVELA.
Sospechas de que se ama
Otra cosa.

LUCINDA.
¡Ay honra! ¡Ay fama!
De amor os guarden los cielos.
(*Ap.* ¡Quien me escucha responder
Con tal descuido á Clavela...
Y puedo poner escuela
Y dar licion de querer!)
Id, Clavela, á pasear
Un rato por mi jardin,
Porque se aderece en fin
Donde podais descansar.

CLAVELA.
¿No merezco vuestra cama?

LUCINDA.
No duermo, aunque era favor,
Bien con enfermos de amor.

CLAVELA.
¿Por qué?

LUCINDA.
Tienen mala fama:
Sueñan, suspiran, dan vueltas...
Y más vos, que estais celosa.

CLAVELA.
Teneis razon; que es la cosa
Que más pasiones trae sueltas.
Al jardin voy á esperaros. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LUCINDA, BELARDA.

LUCINDA.
Belarda...

BELARDA.
Señora mia...

LUCINDA.
Ya ves que declina el dia;
No es menester avisaros
De que hay huésped de valor.

BELARDA.
Pues tú verás con qué priesa,
Aunque poco, está en la mesa
Puesto, y con ella mi amor.

LUCINDA.
Comen los enamorados
Muy poco, estando celosos:
Harto habrá.

BELARDA.
Maravillosos
Son del amor los cuidados.
Gavino viene.

LUCINDA.
Y ¡qué aprisa!

ESCENA VIII.

GAVINO.—DICHAS.

GAVINO.
Mi señor es ido al puerto;
Que se dice por muy cierto,
Y el Embajador lo avisa,
Que viene la bella esposa
Del Príncipe.

LUCINDA.
¡Ya partió!

GAVINO.
Así el Rey se lo mandó,
Y fué hacerlo justa cosa.

LUCINDA.
¿Quién iba con él?

GAVINO.
Jacinto.

LUCINDA.
¿Qué Jacinto?

GAVINO.
¿Qué sé yo?

LUCINDA. (*Ap.*)
¡Que sin verme se partió!

BELARDA.
¡Bueno vas de blanco y tinto!

GAVINO.
Tengamos la fiesta en paz.

LUCINDA.
(*Ap.* Quiero saber lo que es esto.)
Despacha, Belarda, presto. (*Vase.*)

ESCENA IX.

GAVINO.—BELARDA.

GAVINO.
¿Ya te serenas de faz?

BELARDA.
No estoy más turbia.

GAVINO.
Por Dios,
Que estás muy necia.

BELARDA.
No quiero,
Lacayo, tu amor trampero,
Ni un hombre que engaña á dos.

GAVINO.
¡Qué dices! ¡Pliega á los cielos!...

BELARDA.
¿Qué pliegas de maravillas?
¿No harás una vez vainillas
A tantos pliegues de celos?

GAVINO.
Digo que si te ofendí,
Mala sarna se me pegue,
Que por más que rasque y friegue,
Jamás se aparte de mí.
Digo que me dé dos coces
El overo en la barriga,
Que una deuda me persiga,
Y una mujer me dé voces.
Que templen á mis oidos
Un órgano, que es la cosa
Del mundo más enfadosa
Para todos los sentidos.
Que duerma donde haya lana,
Que es el más terrible olor,
O que viva un herrador
Enfrente de mi ventana.
Que entre bárbaros sin ley
Ande, las piernas descalzas,
Y se me caigan las calzas
Delante del mismo Rey.

BELARDA.
Yo creo tu juramento:
No hay por qué mis labios abra;
Basta tu simple palabra,
De tu lealtad argumento.
Pero dame aquel liston
Que en el castillo te dí,
Por prenda de que admití
Una tarde tu aficion;
Que en el brazo te le ataste,
Y dijiste que la muerte
No era á rompértele fuerte.

GAVINO.
¿Desas cosas te acordaste?

BELARDA.
Quiero ver si las estimas,
Porque es señal de memoria.

GAVINO.
Ha sucedido una historia
Que es bien que en la tuya imprimas.
Donde duermo hay un raton,
Que en viendo en mis ojos sueño,
Es de mi persona dueño,
Y me muerde á discrecion.
Este andaba enamorado;
Su ratona adolescía,
Y para cierta sangría
Le pidió un liston leonado.
Viómele en el brazo, y luego
Poco á poco le royó,
Y á su dama le llevó,
Cuando yo estaba en sosiego.
Así que, se fué corriendo,
Y quedé en extremo triste.

BELARDA.

Si: pero ¿cómo le viste,
Gavino, estando durmiendo?

GAVINO.

No lo vi entónces.

BELARDA.

Pues ¿cuándo?

GAVINO.

Levantéme, y en persona
Vi la sangrada ratona
Con la banda paseando.

BELARDA.

Antes dijeras mejor,
Gavino, así Dios te guarde,
Que se la diste una tarde
A cierta percha en favor.

GAVINO.

¡Yo!

BELARDA.

Pues ¿esto te alborota?

GAVINO.

¡Qué dices, Belarda!

BELARDA.

Acaba.
¿No te acuerdas que jugaba
Cloridano á la pelota?

GAVINO.

Testimonios tuyos son.

BELARDA.

Más hay; que la prometiste
Verla, y pienso que la viste.
Mira si es este el liston.

GAVINO.

(Ap. Maméla: no hay qué decir.
Al maestro cuchillada.)
Fuiste tú, Belarda amada.

BELARDA.

Que no conmigo fingir.
Esto se acabó. Gavino.
Vete allá con tu Diana.

GAVINO.

Belarda, Belarda hermana...

BELARDA.

Nunca más perro al molino. (*Vase.*)

ESCENA X.

GAVINO.

¡Que al fin te vas, ingrata! Vuelve y [mira
Este Apolo lacayo que te llama,
O que tropieces en un pié de cama,
Para que pague tu desden la ira.
Pues tantas coces tu desden me tira,
No te vuelvas laurel, sino retama:
Coronará mi frente amarga fama,
Y una almohaza tomaré por lira.
Hirió el amor con diaquilon mi pecho;
Con ungüente de plomo te amohina:
Por eso con desdenes me haces fieros.
¡Ay, Dafne! que me quejo sin pro- [vecho,
Pues que sé que he de hallarte en la [cocina,
Y tú entre tantas ollas mis pucheros.
(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XI.

EL REY, TANSILO Y CRIADOS, *todos de noche, con broqueles y rodelas.*

REY.

Si no viniere á este puesto
El Hombre de bien, Tansilo,
Yo vengo á creer dispuesto
Que es Jacinto.

TANSILO.

Ha sido estilo
En que echó tu ingenio el resto;
Porque en efeto está ausente,
Y si aquel Hombre de bien
Viene visible y patente,
No será Jacinto quien
Es tan gallardo y valiente.
Pero si no viene aquí,
Será señal que es Jacinto.

REY.

¿Partióse?

TANSILO.

Partir le vi.

REY.

Hoy salgo del laberinto,
Donde mis celos metí.
Hoy la libertad restauro;
Que los celos son enredo
Donde es amor Minotauro.

TANSILO.

Teseo llamarte puedo:
Fedra te conceda el lauro.
Una ventana han abierto.

ESCENA XII.

CLAVELA, *con rebozo, á una ventana.* — DICHOS, *en la calle.*

CLAVELA. (*Ap.*)

Ya está el Príncipe en la calle.

REY.

Salió el sol, aunque encubierto.

CLAVELA. (*Ap.*)

Rugero es este en el talle.

REY.

¡Ah cielo, siempre cubierto!
¡Que hubiese de ser menguante
De luna en esta ocasion!
Pero estando el sol delante,
Zelos tendrá Endimion,
Y yo seré vuestro Atlante.

CLAVELA. (*Ap.*)

Aunque se enoje Lucinda,
Fingirme Lucinda quiero.

REY.

Diana, más bella y linda
Que la luna y que el lucero
Que con sus rayos alinda,
Soberana perfecion
Que matais de amor los reyes,
Que vuestros vasallos son,
Porque ya son vuestras leyes
El alma de la razon:
¿Quereisme hablar, y doleros,
No de un Rey, mas de un esclavo,
Que el alma viene á ofreceros?

ESCENA XIII.

JACINTO, *embozado.*— DICHOS.

JACINTO. (*Ap.*)

De dejar la posta acabo,
Calles, por venir á veros.
Bien sé que vendrá seguro
Esta noche el Rey de mí,
Porque aquel desden perjuro
Me ha mandado echar de aquí,
Por ser hiedra de otro muro
La cruel: todo fué engaño,
Todo artificio y enredo.
Mas ¿qué es esto! ¡Caso extraño!
¡Cuán certificado quedo
De tu deshonra y mi daño!
¡Vive Dios, que hablando está
Por la ventana con él!
Sin duda abrirle querrá.

REY.

¿Qué decis! ¡Desden cruel!

CLAVELA.

Pues quereis hablarme ya,
Digo que á Clavela ameis.

REY.

Pues yo aborrezco á Clavela.
Mi vida, no lo mandeis;
Pero si hablais con cautela,
Injustos celos teneis.

JACINTO. (*Ap.*)

Celos de Clavela pide.
¡Ah traidora! ¿Quién no llega,
Y sus requiebros impide?

CLAVELA.

Clavela, Señor, os ruega,
Ya que mi honor os despide.

REY.

Más os quiero yo desden,
Que de Clavela el amor.
Pero suplícoos tambien
Que me digais por favor
¿Quién es el Hombre de bien?

CLAVELA.

¿Quién puede ser sino vos?

JACINTO.

¡Ah cruel!

REY.

Si yo lo fuera,
Honráramonos los dos.

CLAVELA.

Quien mujer tan presto espera,
¡Trata deso! Mal, por Dios.

REY.

Esa es cosa que no he visto;
A vos, mi bien, porque os vi,
Enamorado os conquisto.

JACINTO. (*Ap.*)

¿Diré quien soy? ¡Ay de mí,
Que tantas penas resisto!
Ni de su rueda á Ixion,
Ni á Tantalo sus manzanas,
Ni á Ticio su corazon,
Ni de las cincuenta hermanas
Tan grandes las penas son.
¿Daré voces?

TANSILO.

Gente suena.

REY.

¿Quién va allá?

JACINTO.

¿Qué sé yo quién?

TANSILO.

El talle y voz le condena.

REY.

¿Eres el Hombre de bien?

JACINTO.

Soy un alma que anda en pena.

REY.

El es: no hay más que mirar.

JACINTO.

Pues yo soy: ¿qué os acobarda?

REY.

Bien dice. Hacedle matar.
(*Ap. á Tansilo.*)

TANSILO.

Escondida está la guarda.

REY.

La guarda podeis llamar.

JACINTO. (*Ap.*)

Huir me conviene aquí.

TANSILO.

Él huye.

REY.

Seguidle.

TANSILO.

Tente.

(*Vase Jacinto, y síguenle Tansilo y los criados. Clavela se quita de la ventana.*)

ESCENA XIV.

REY.

El dará en la guarda allí:
Poco importa el ser valiente.
Hoy mi esperanza cumplí.
No tuve mayor deseo,
Despues que en mi mano y frente
El cetro y corona veo.
No es Jacinto; que está ausente:
Sospechas, en vano os creo.
¡Ah celos mal engendrados!
Mas por eso os llaman celos,
Por no estar averiguados.
Diéronme quietud los cielos,
Vosotros me dais cuidados.

ESCENA XV.

TANSILO, UN CRIADO, *con la capa de Jacinto.*—EL REY.

TANSILO.

Si leiste algun dia, invicto Príncipe,
Por entretenimiento libros vanos
De aquellos caballeros fabulosos,
Y sus quimeras encantadas viste,
Presente tienes la verdad de aquello.
No son ménos extraños tus amores:
Aquel Hombre de bien es un encanto
Con que está defendida aquesta puer- [ta.
Como supo que estaba aquí tu guarda,
Al alabarda del primero arroja
La capa desde léjos, y al segundo
El bote le desvía con la espada,
Y atraviesa en efecto por encima. [ta?
Allá le van siguiendo; mas ¿qué impor-
Que no va más veloz el viento Bóreas
Por las ondas del mar, que baja y sube.

REY.

¡Hay cosa tan extraña! Mas decidme:
¿Podráse conocer por esta capa?

TANSILO.

Si se viese á la luz, será posible,
Y llamando los sastres de tu corte,
Fácilmente dirán los que la han hecho
Para quién, pues es capa conocida
Por la color y el pasamano de oro.

REY.

Lucinda se escondió por la pendencia,
Y tambien las tinieblas de la noche
Parece que se esconden poco á poco
Del resplandor del venidero dia.
Vamos donde la capa se conozca;
Que me muero, Tansilo, de deseo
De conocer un hombre tan extraño.

TANSILO.

Si ser Hombre de bien es ser de hecho,
Y á la virtud la sangre le acompaña,
Que es en lo principal que yo la fundo,
No hay Hombre más de bien en todo el [mundo.

(*Vanse.*)

ESCENA XVI.

CLAVELA, *á la ventana; y despues,* LUCINDA.

CLAVELA

Hasta en esto la fortuna
Me ha querido ser contraria,
Para que en cosa ninguna
A mi intento necesaria,
Me quede esperanza alguna.
¡El Rey con nadie cuestion!

(*Lucinda tambien á la ventana.*)

LUCINDA.

¿Qué es esto, Clavela mia?

CLAVELA.

No sé... mis desdichas son.

LUCINDA.

¿Esto quieres que se diga
Contra mi buena opinion?
¿No te avisé que no hablases?

CLAVELA.

Yo no hablé.

LUCINDA.

Vete de aquí.

CLAVELA.

¿Qué importa que me avisases,
Cuando estoy fuera de mí?

LUCINDA.

¿No te dije que callases?

CLAVELA.

No fué nada, por tu vida.

LUCINDA.

Vete á recoger un poco,
Si ya el alba te convida.

CLAVELA.

El no dormir es de un loco
La señal más conocida.

LUCINDA.

Si aquí mi hermano estuviera,
Y esto á nuestra puerta oyera,
¿Qué presumiera de mí?

(*Éntrase Clavela.*)

ESCENA XVII.

JACINTO, *sin capa, la espada desnuda.*—LUCINDA, *á la ventana.*

JACINTO.

(*Ap.* Celos me vuelven aquí.)
¿Eres tú?

LUCINDA.

Yo soy.

JACINTO.

Espera.

LUCINDA.

¡Ay Dios! ¿Eres tú, mi bien?
¿Cómo has venido?

JACINTO.

¡Ah traidora!
¡Disimulas!

LUCINDA.

¡Yo! ¿con quién?

JACINTO.

¡Mandaste matarme agora!
¡Cánsate el Hombre de bien!
Pues el cielo me ha guardado.

LUCINDA.

¡Yo te he mandado matar!

JACINTO.

Sí, cruel.

LUCINDA.

Algo te han dado.

JACINTO.

¿Más veneno hay que me dar,
Que ver que al Rey has hablado?

LUCINDA.

Deja ese recelo vano.
¿Cómo vienes? ¿cómo dejas,
Ó en qué parte, á Cloridano?

JACINTO.

No respondes á mis quejas,
Como el delito es tan llano.
¿Qué! ¿pensaste con echarme,
Gozar del Rey? Pues, cruel,
Aquí supe yo quedarme,
Para verte hablar con él,
Y para desengañarme.
Por esta noche, enemiga,
No gozarás de Rugero.

LUCINDA.

¿Que hay hombre que esto me diga,
No estando loco primero?

JACINTO.

No poco el dolor me obliga;
Mas ya no quiero estar loco,
Sino estimarte en tan poco
Como merece tu engaño.

LUCINDA.

Cuanto más me desengaño,
A más furor me provoco.
Como piensas que he sabido
Que con Clavela has hablado,
Levántasme que yo he sido
La que al Rey hablé: tú has dado
En lance bien conocido.
Esas tretas, si son tretas,
No son para jugadores.

JACINTO.

Bien el sentido interpretas.
¡Qué propias sois para amores
Las que nacistes discretas!
Los celos que le has pedido
De Clavela al Rey aquí,
Disfrazas con que yo he sido
Quien á Clavela hablé y vi,
Que ni me ha visto, ni oido.

LUCINDA.

Jacinto, ¿en eso porfías!

JACINTO.

Pues lo que vi con los ojos,
¿De los ojos me desvías?

LUCINDA.

¡Para darme estos enojos,
Á la ciudad te volvías!

JACINTO.

Y tú, que della me echabas,
Para lo que agora hiciste,
¡Qué segura estar pensabas!

LUCINDA.

Bien sé por qué te volviste
Del camino que llevabas.

JACINTO.

Sabrás que por verte aquí
Con el Rey, como te vi.

LUCINDA.

Por ver y hablar á Clavela,
Que es lo que á tí te desvela.

JACINTO.

¿Tú me has visto hablarla?

LUCINDA.

Sí.

JACINTO.

¿No hubiera sido más cierto
Ver yo que al Rey has hablado,
Y el haber hecho concierto,
Para hablaros sin cuidado,
Que fuese Jacinto al puerto?
Pues aunque aquí me quedé,

Al puerto, enemiga, fuí;
En tu engaño me embarqué,
Tormenta en tu amor corrí,
Y en tu traicion me anegué.
Por velas llevé mis celos,
El viento fué mis desvelos,
El mar fué mi amor extraño;
Pero en este desengaño
Me han dado puerto los cielos.
Hoy para mi empresa pinto
Un deshecho laberinto
Con el Minotauro muerto:
Que ha de ser puerta este puerto
Por donde salga Jacinto.

LUCINDA.

Si te has hallado muy bien
Con el enredo pasado,
Yo me libraré tambien;
Yo saldré del mar á nado,
Donde la mano me dén.
Yo me casaré, y verás
Que ni tú me gozarás,
Ni el Rey tampoco. *(Retírase.)*

JACINTO.

Detente;
Que es celos un acidente
Que el amor aumenta más.
Oye, Lucinda, Señora,
Mi bien, amores, mi prenda.
¡Así me dejas agora
Á que la gente me entienda,
Porque ya sale el aurora!
Hermosa Señora mia,
Ahí te asoma no más:
Si te enfado y viene el dia,
Ponte un momento detrás
De esa verde celosía.
¡Ah mi bien! mira que estoy
En cuerpo, y que me han querido
Matar. ¿Soy Jacinto, ó soy
Algun hombre aborrecido?
¿Voyme? Mira que me voy.
¿Tanto hicieras en ponerte
Un momento á la ventana?
¡Maldiga el cielo mi suerte!
Sin luz viene la mañana,
Pues que no merezco verte.
¿Es porque me ves llamarte,
Con ser el que fuí ofendido?
Pero ya no quiero hablarte;
Si necio en amarte he sido,
Más necio he sido en rogarte.
(Asómase Lucinda.)

LUCINDA.

¡Jacinto! ¡Jacinto mio!

JACINTO.

¿Eres tú?

LUCINDA.

Mi bien, yo soy.

JACINTO.

Ya que de ti me desvío,
No volveré, porque estoy
De tu misma nieve frio.

LUCINDA.

Oye, amores.

JACINTO.

No hay oir;
Que para vencer á amor,
Todo es comenzar á huir. *(Vase.)*

LUCINDA.

Fuése. ¡Notable rigor!
¡Oh qué mal hice en salir! *(Éntrase.)*

Sala del Palacio.

ESCENA XVIII.

EL REY, TANSILO.

TANSILO.

No dicen que se ha hecho en esta tierra
Aquella capa, y por el uso y traza
Dicen que puede ser de Ingalaterra.

REY.

Segun eso, Tansilo, no amenaza
Á Jacinto el rigor de aquestos celos.
¡Qué cosa es ver un Rey, de un hombre [á caza!

TANSILO.

Que nos pueda poner tantos desvelos
Es cosa que me quita los sentidos.

REY.

[cielos;
No han hecho un hombre tan sutil los
Mas yo sé que sus pasos atrevidos
Le traerán á mis manos de otro modo.

TANSILO.

Los hombres son agudos, ofendidos.

REY.

Casar quiero á Lucinda, que de todo
Es el mejor remedio.

TANSILO.

¿Y si no quiere?

REY.

Sí hará, si con su gusto me acomodo.
No hay cosa en la mujer que tanto al- [tere
Como es el casamiento: por casarse,
No habrá paseo, ni galan que espere.
Pero no ha de llegar á ejecutarse
(Mira lo que te digo) sin que vea
Él mismo que se esconde declararse;
Y cuando entonces por temor no sea,
Vengarémonos dél, pues le quitamos
La cosa que más ama y más desea.

TANSILO.

Si este es inglés, Señor, y le buscamos
Por todas las posadas de la Corte,
Podrá ser que mejor le conozcamos.

REY.

Aunque le busques del ocaso al norte,
No le hallarás, por vida de Rugero:
Él sabe bien lo que el huir le importe.
Ya no le quiero hallar, vengarme quie- [ro.
Pensemos el marido.

TANSILO.

Escoge alguno
Que la merezca.

REY.

Dime un caballero.

TANSILO.

No puedo en el Palacio hallar ninguno.

REY.

Pues yo pensé que tú la apetecieras,
Y aunque en esto me fueras importuno.

TANSILO.

[ras;
Merced notable, gran Señor, me hicie-
Pero yo quiero bien en otra parte.

REY.

Pues ¿cuál otro en Palacio consideras?

TANSILO.

Ya que tanto has llegado á asegurarte
Que no es Jacinto el hombre que te- [mías,
Que se la dés me atrevo á aconsejarte.

REY.

¿Á Jacinto?

TANSILO.

Por Dios, que acertarías; [creo
Que es mancebo gallardo, y con quien
Que del hombre de bien te vengarías.

REY.

Bien dices; que vengarme dél deseo.
Y cuando aquel Hombre de bien le vea
Hacer en hombre cual Jacinto empleo,
No dudo, si la quiere y la desea,
Que de celos se ahorque.

TANSILO.

No has tenido
En tu vida, Señor, tan alta idea.
Y todo viene bien.

REY.

¿Cómo?

TANSILO.

Han venido.

ESCENA XIX.

JACINTO, CLORIDANO.—EL REY, TANSILO.

CLORIDANO.

Dénos los piés tu Alteza.

REY.

¡Oh Cloridano!
¡Oh Jacinto! ¿Tan presto!

CLORIDANO.

Fué la fama,
En alguna manera mentirosa;
Que no era el Almirante el que venia,
Sino algunos criados de la Reina
Que traen caballos y carrozas ricas
En dos famosas naves, y en el puerto
Las van armando para cuando llegue,
Que dicen que será dé aquí á diez dias.
Trujeron cartas, y este pliego es suyo.

REY.

Por las albricias de tan buenas nuevas
Os quiero hacer una merced á entram- [bos.

JACINTO.

No es nuevo en tu valor hacer merce- [des.

REY.

Quiero casar su hermana á Cloridano.

CLORIDANO.

Los piés beso á su Alteza.

REY.

Y á Jacinto
Quiero casar tambien.

JACINTO.

¿De qué manera?

REY.

Casándote con ella.—¿No respondes?

JACINTO. *(Ap.)*

El Rey quiere saber mi pensamiento:
Bueno será decir que no la quiero.
Pero si aquí le hiciese aquesta afrenta
Á su hermano, y al Rey este disgusto,
Perderé la esperanza de gozarla.
¡Aun esta confusion faltaba agora!

REY.

¿En qué dudas, Jacinto?

JACINTO.

Estoy pensando
Una dificultad. Escucha á solas.

REY. *(Ap. á Jacinto.)*

[no,
Pues ¿cómo aquí, delante de su herma-
No te muestras, Jacinto, agradecido?

JACINTO.

Señor, de obedecerte gusto mucho;
Y porque ella merece lo que sabes.
Pero si tú...

REY.

No más; que eres un necio.
Mi esposa viene, á quien el cielo man-
Que quiera solamente. [da

JACINTO.

Muchas veces
No ejecutan los hombres todo aquello
Que el cielo manda.

REY.

Pues, en esta parte,
Bien te puedes casar y estar seguro.

JACINTO.

Señor, los reyes son muy poderosos.
No me mandes casar con la que quie- [res.

REY.

Ya lo dije delante de su hermano.
No repliques, Jacinto, ¡ó vive el cielo
Que te mande matar!

JACINTO.

Si despues vienes
A matarme el honor, quítame ahora
La vida.

REY.

Necio, escucha esta palabra.
Por vida de Isabela, y así vea
La sucesion que ha menester Dalmacia,
De que una vez casado no te ofenda.

JACINTO.

Pues di á su hermano que á tratarlo [vaya,
Y esta tarde podemos desposarnos.

REY.

Cloridano...

CLORIDANO.

Señor...

REY.

Jacinto dice
Que haberse detenido en acetallo
Nació de conocer sus pocos méritos.
Está, como es razon, agradecido:
Y así podréis hablar á vuestro padre,
A cuya casa iremos esta noche [chos;
Para que queden los conciertos he-
Que quiero ser tercero y ser padrino.

CLORIDANO.

Habiendo de dotarla vuestra Alteza,
Le vienen bien esos oficios todos.

REY.

Pues yo me voy á abrir aqueste pliego.
Daréisle de mi parte un gran recado.—
Tansilo...

TANSILO.

Gran Señor...

REY.

Parte á Clavela,
Y dile cómo viene ya mi esposa.
Ruégale de mi parte que los ojos
Ponga en un caballero de mi casa,
Para que cuando mi Isabela venga,
No se pueda quejar del amor mio.

TANSILO.

Iré á servirte. (*Ap.* Cielos, hoy alcanza
Mi amor la posesion de su esperanza.)

(*Vanse el Rey y Tansilo.*)

ESCENA XX.

JACINTO, CLORIDANO.

JACINTO.

¿De qué estais tan pensativo?

CLORIDANO.

Tengo, Jacinto, razon.

JACINTO.

¿Puedo saber la ocasion,
Si acaso en tu gracia vivo?

CLORIDANO.

No hay hombre en toda Dalmacia
Que yo quiera como á tí.

JACINTO.

¿Estoy en tu gracia?

CLORIDANO.

Sí.

JACINTO.

Pues di, si estoy en tu gracia,
De qué nace esta tristeza.
¿No merezco yo á Lucinda,
Cuando á lo humano se rinda
Lo que es celestial belleza?
¿No la igualo en calidad?
¿No me quiere bien el Rey?

CLORIDANO.

Más te supliera la ley,
Jacinto, de la amistad.
Pero cuando me pediste
Que aquel recado llevase,
Para que no te culpase
De noche quien no dijiste,
Tan perdido te mostraste
De amores de aquella dama
(Tú sabes cómo se llama
Y quién es, pues la gozaste),
Que de lástima de tí,
Solo el recado llevé.
Pues dime: ¿cómo estaré,
Si hoy te doy mi hermana aquí!
Un hombre, que está perdido
De amores de otra mujer,
A mi hermana ha de tener
En desprecio y en olvido.

JACINTO.

Pues ¿no te parece á tí
Que una mujer tan hermosa
Será á quitar poderosa
El amor que hubiere en mí?

CLORIDANO.

No, Jacinto; que el tratar
Muchos años a una fea,
A la que más linda sea
Hara olvidar y dejar.
Librete Dios de costumbre,
Que es otra naturaleza.

JACINTO.

No he gozado su belleza,
Por esta divina lumbre.
Vamos á ver á tu hermana:
Diréle un cierto secreto.

CLORIDANO.

¿Es ella?

JACINTO.

Tú eres discreto.

CLORIDANO.

No fué mi sospecha vana.
Como te quedaste aquí...

JACINTO.

Todo fué celos del Rey.

CLORIDANO.

Quejarme es injusta ley
De Lucinda ni de tí,
Pues que ya somos cuñados.

JACINTO.

Lucinda ¿es ya mi mujer?

CLORIDANO.

Ménos tendremos que hacer,
Si estais los dos concertados.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Felicio.

ESCENA XXI.

TANSILO, LUCINDA, CLAVELA.

TANSILO.

En tu casa te busqué,
Y por ser del Rey recado,
En esta en que estás he entrado.

LUCINDA.

Muy justa licencia fué.

TANSILO.

Tan justa, que podeis darme
Albricias de cierta nueva.

LUCINDA.

¿Qué puede haber que no os deba,
Tansilo, despues de honrarme?

TANSILO.

El Rey os casa.

LUCINDA.

¡A mí!

TANSILO.

Sí.

LUCINDA.

Beso los piés de su Alteza.

TANSILO.

Y emplea vuestra belleza
Donde yo siempre entendí.

LUCINDA.

No os quiero, señor Tansilo,
Preguntar con quién; mas creo
Que siendo del Rey empleo,
Será conforme el estilo.

CLAVELA.

Si á mí me venis á hablar,
Dejad á Lucinda un rato.

TANSILO.

El ver vuestro pecho ingrato,
Clavela, me hace callar.

CLAVELA.

¿Qué es el recado del Rey?

TANSILO.

Que viene la Reina ya;
Y porque casado está,
Dice que no es justa ley
Que os halle libre su esposa:
Que escojais con quien casaros,
Porque quiere él mismo honraros
De su mano generosa.
Donde no, que esteis segura
Que caeréis en su desgracia,
Y que saldréis de Dalmacia.

CLAVELA.

¡Mi casamiento procura!
¿Ya está Rugero en estado,
Que trata mi casamiento?

LUCINDA.

Miéntras ese pensamiento,
Clavela, te da cuidado,
Dale á Tansilo licencia,
Que me diga, que me nombre
Con quien me casan.

TANSILO.

Es hombre
De hermosa y gentil presencia;
Es discreto y es galan,
Y es Jacinto, finalmente.

LUCINDA.

¡Jacinto!

TANSILO.

Como os contente;
Que si no, no os le darán.
Mas tómase tan aprisa,
Que el Rey vendrá aquí esta tarde.

LUCINDA.

¡Jacinto! El cielo me guarde.

TANSILO.

Pues por mi fe, que la risa
Se os ve del alma, en los ojos.

LUCINDA.

No me los mirais muy bien,

Porque cierto Hombre de bien
Recebirá deso enojos.

TANSILO. (*Ap.*)

¡Pesia tal! Eso queria
Saber el Rey. Ya desprecia
Á Jacinto.

LUCINDA.

Fuera necia
En resistir con porfía
La voluntad de su Alteza.

ESCENA XXII.

BELARDA, *y despues*, JACINTO Y CLORIDANO.—LUCINDA, CLAVELA, TANSILO.

BELARDA.

Tu hermano y Jacinto están
A la puerta.

LUCINDA.

¿A qué vendrán?

TANSILO.

A daros mayor tristeza.

(*Salen Jacinto y Cloridano.*)

CLORIDANO.

Si Tansilo no ha ganado
Las albricias, aquí estoy.

LUCINDA.

¡De qué, hermano?

CLORIDANO.

De que soy
Del señor Marqués cuñado;
Que esta mañana su Alteza
Este título le dió.

JACINTO.

Fué para que entrase yo
Mayor a vuestra grandeza.
Si por Jacinto no llego,
Sea por Marqués Jacinto,
Aunque de vos más distinto
Que está la nieve del fuego.
El Rey me manda casar,
Y me da merecimiento
Para el alto casamiento
Que vos habeis de ilustrar.
El intento que esto tiene,
Vos, Señora, lo sabeis.

LUCINDA.

Pues aquí á Clavela veis,
Vuestro desengaño viene.
Ella ha sido la que habló
Esta noche con Rugero;
Que yo lo que quise quiero,
Y soy vuestra.

JACINTO.

Y ¿del Rey?...

LUCINDA.

No.

JACINTO.

Clavela, dime verdad.

CLAVELA.

Jacinto, aquí me quedé,
Sospechosa de la fe
De una incierta voluntad.
Yo fuí la que á la ventana
Con Rugero anoche hablé,
Y á Lucinda el nombre hurté.

JACINTO.

¡Ay, Lucinda soberana!
¿Cómo os pediré perdon?

ESCENA XXIII.

GAVINO. — DICHOS.

GAVINO.

Tan alborotado vengo,
Que apénas aliento tengo
Para decir mi razon.

CLORIDANO.

Gavino, ¿qué es lo que pasa?

GAVINO.

No pienso que en daño sea.

CLORIDANO.

¿Cómo?

GAVINO.

El Príncipe se apea
De una carroza en tu casa.
Por tu padre ha preguntado,
Y viene el viejo con él,
Y tan humilde, que dél
Parece que se honra al lado.

CLORIDANO.

Recebirle será justo.
Lucinda, vente tras mí.

GAVINO.

Ya es tarde, porque está aquí.

ESCENA XXIV.

EL REY, FELICIO, GLICENIO.— DICHOS.

REY

Digo que en extremo gusto,
Padre, de hablaros y veros.

FELICIO.

Dos veces habeis honrado
Mi casa, con un cuidado
Que me obliga á engrandeceros.
La primera, allá en mi hacienda
El dote me prometistes
De Lucinda, cuando vistes
Que era destos ojos prenda;
La segunda, al cumplimiento
Del casamiento venís.

REY.

Y vos, Lucinda, ¿admitís
A Jacinto en casamiento?

LUCINDA.

Haré vuestra voluntad.

REY.

Tansilo...

TANSILO.

Señor...

REY.

Escucha.
(*Ap. á él.* El amor pasado lucha
Con mi honor y autoridad.)

TANSILO.

¿De qué suerte?

REY.

Vengo aquí,
De casarla arrepentido.

TANSILO.

¡Que á deshacerlo has venido!

REY.

Si te digo verdad, sí.

TANSILO.

Pues ya ¿cómo puede ser,
Que no ofenda tu valor?

REY.

La industria me ofrece amor.

TANSILO.

Tu ingenio lo puede hacer.

REY.

Lucinda, cuando traté
Casarte, por verte honrada
De un hombre como Jacinto,
Fué todo con ignorancia.
No ha faltado quien me ha dicho
Que algunas noches que pasa
Rondando por esta puerta
(Que tiene enfrente una dama),
Ha visto della salir
Un hombre de buena gracia;
Y que porque á Cloridano
Y á tu viejo padre amaba,
Le pretendió desterrar
De la impresa comenzada,
Y trujo dos ó tres hombres
Que con encubiertas armas
Le preguntaron quién era;
Y él con la mano en la espada,
Dice que le respondia
No más de aquestas palabras:
«Yo soy un Hombre de bien.»
Pues si á un Hombre de bien amas,
No sera razon, Lucinda,
Hacer á Jacinto infamia,
Burlando un Rey como yo,
Que es el tercero que os casa;
Pues con ese Hombre de bien
Estarás mejor casada.
A dos cosas vengo aquí;
Que tambien Clavela alcanza,
Y no con ménos enojo,
Su parte en esta jornada.
Escoja de quien me sirve,
Para quedar en mi gracia,
Un caballero, con quien
Quede esta tarde casada,
Porque si no, ¡por Dios vivo,
Que ha de salir de Dalmacia!

CLAVELA.

Miéntras que Lucinda piensa,
Melancólica y turbada,
Lo que te ha de responder,
Digo, que pues tú me casas,
Hago eleccion de Tansilo.

REY. (*A Tansilo.*)

¿Quieres tú?

TANSILO.

Nombrarme hasta,
Para que lo estime en mucho.

REY.

Con Tansilo estás casada.
¿No me respondes, Lucinda?

FELICIO.

Lucinda, ¿por qué no hablas?
¿Qué Hombre de bien es aqueste
Con quien afrentas mis canas?

CLORIDANO.

¡Ah hermana! ya no es posible
Que pueda llamarte hermana.
¿Qué Hombre de bien te requiebra
Para nuestra eterna infamia?

GAVINO.

Pues que tampoco responde,
Escúchame dos palabras,
Invito Rey.

REY.

Habla presto.

GAVINO.

Despues que traigo estas calzas,
Está de mí tan celosa
Belarda...

REY.

¿Quién es Belarda?

GLICENIO.

Mi hija, Señor.

REY.

¿Quién eres?

GLICENIO.

El alcaide que guardaba
El castillo de Lucinda,
Cuando tú andabas á caza.

REY.

Pues bien: ¿de qué tiene celos?

GAVINO.

No está bien determinada
Si es de las calzas ó el dueño.
Yo, Señor, por sosegarla,
Te suplico que la obligues
A que, por fin de mis ansias,
Se case conmigo aquí.

REY.

Cásate con él, Belarda.

BELARDA.

A no lo mandar el Rey...

GAVINO.

Dame aquesa mano, acaba;
Que dentro de cuatro dias,
De la mesa y de la cama,
Me enfadará el casamiento
Y la mujer y la casa.

REY.

¿Aun no respondes, Lucinda?

LUCINDA.

Si á Jacinto quieres y amas,
Y temiendo el honor suyo,
Como dices, nos descasas,
Yo haré que Jacinto quiera,
Cuando él quiera, que éntre y salga
En casa el Hombre de bien.

REY.

¡Que éntre y salga! ¡Cosa extraña!
Pues, Jacinto, ¿tú eres hombre
De condiciones tan blandas,
Que sufrirás que otro alguno,
Cuando él quiera, éntre en tu casa!

JACINTO.

Otro ninguno que yo,
No lo creas; que te engañas.
Sólo aquel Hombre de bien
Tiene licencia firmada.

REY.

¿De quién?

JACINTO.

De mí.

REY.

¿De tí mismo?

JACINTO.

De mí mismo.

REY.

¿Por qué causa?

JACINTO.

Porque fui el Hombre de bien,
Que sólo por no infamalla,
Puse mil veces mi vida
En los filos de tu espada.

REY.

¡Tú!

JACINTO.

Yo.

REY.

Pues no quiera el cielo
Que, si Lucinda te ama,
Y tú eres hombre tan hombre,
Que el Hombre de bien te llamas,
Yo te quite lo que es tuyo;
Antes desde hoy más, por armas
Ten una espada desnuda
Con esta letra adornada:
Nada debe al Rey el Hombre de bien.

JACINTO.

Dame esos piés, gran Señor.

FELICIO.

Jacinto, á tu padre abraza,
Y á tu cuñado tambien.

(*Disparos dentro.*)

REY.

¿Qué es esto?

TANSILO.

Parece salva.

REY.

Sin duda viene mi esposa.
Alguno a saberlo vaya.

CLORIDANO.

Señor, yo iré.

JACINTO.

Aquí, Senado,
El *Hombre de bien* acaba.
Si es buena, seráio el hombre;
Si no, perdonad las faltas.

VIRTUD, POBREZA Y MUJER,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL CABALLERO JUAN BAUTISTA MARINO,

celebérrimo poeta napolitano.

Antes que el señor Juan Jacobo Pancirolo, Auditor de Monseñor Ilustrísimo Julio Saccetto, Nuncio de Su Santidad en estos Reinos de España, me dijese la merced y favor que vuesa Señoría me hacia, el Secretario del Duque de Monte-Leon en la jornada de Francia me habia dado estas nuevas, y de haber conferido con vuesa Señoría en Paris algunas cosas acerca de mi persona y estudios, de que me confieso tan obligado, que, á no constar mi sentimiento por escrito en algunos mios, hiciera particulares demostraciones de la esclavitud y rendimiento en que me ha puesto; porque *laudari à viro laudato*, y ser estimado de quien todos estiman, es la mayor felicidad que puede adquirir la peregrinacion de los estudios en la opinion extraña de la patria. Y siendo vuesa Señoría en su profesion tan único, que los bien nacidos ingenios le conceden el primero lugar en toda Italia, y nuestros españoles leen con venerable admiracion la inmensa copia de sus escritos en tantas rimas sacras y humanas, ¿quién duda que puede calificar su alabanza, graduar su estimacion y defender su juicio?

Debe á mi amor y inclinacion vuesa Señoría justamente tanto favor, que haya tenido deseo de mi retrato; que puesto que la pluma lo es del alma, despues de haberla leido en el entendimiento, tengo por honra grande hacer estimacion de los exteriores instrumentos; y obediente al señor Auditor, dejé copiar á los pinceles de Francisco Yaneti, florentin, en estos años las ruinas de los dias al declinar la tarde, cuyas primeras flores *aut morbo aut ætate deflorescunt*. Si ha llegado el lienzo, podrá vuesa Señoría con juicio fisionómico reconocer fácilmente si corresponde á su voluntad quien esas señas tiene. Pregunté al señor Juan Jacobo si me parecia, y respondióme con aquella natural gracia y afabilidad de que el cielo dotó su claro entendimiento: *En Roma os parecerá mucho*. Y pues en ella se hacia tanta honra á los libertos, como consta de Ciceron, que puso á Tiron su esclavo el de Marco Tulio, haga vuesa Señoría que le honren de su nombre para confirmacion de la esclavitud que reconozco, y en satisfacion de haber puesto el de vuesa Señoría en mi jardin imaginario, impreso en la *Filomena*, que no por eso es de ménos estimacion, como las figuras astronómicas en el cielo. Los versos dicen así:

Juan Bautista Marino, que enamora
Las piedras Anfion, es sol del Tasso,
Si bien el Tasso le sirvió de aurora.

Corta alabanza; pero no dió más lugar la que allí tuvieron tantos: más dilatada (aunque siempre corta) está en mi *Amaryllida*, égloga piscatoria.

Ausoniæ raucum qua divitis Amphitritæ
Nereidum lusus inter, dulcesque choreas
Nectareis implet modulis maria alta Marinus:
Armatum cantat Martem, tunicaque trilice
Accinctum, et divûm thalamos, puerumque ferocem
Idalia insignem pharetra et fulgentibus armis.

Assurgit pater ipse Tibris, divinaque latè
Carmina fundentem, vitreis miratur ab antris,
Et molle electrum totoque corallia Ponto.
Pertulit huc etiam cantus resonabilis Echo,
Inde Tagus flavis Vatem veneratus ab undis,
Offerre auriferas gaudet de littore arenas,
Dulcisonaque virum modulantur arundine læti
Pastores silvis, Lupius quós inter eburno
Exurgit plectro, laudesque ad sidera tollit.

A lo ménos quisiera que llegaran á ellas, y que para conseguir este deseo los ingenios que ahora florecen en España con justa opinion ocuparan las plumas en alabanza de vuesa Señoría, como lo han hecho en Italia cuantos se leen impresos en la tercera parte de su lira, entre los cuales dice muy bien el señor de Estrasoldo :

Ben col divino tuo soave canto
Spirto celeste et non Marin dimostri :
Meraviglia, che porta à giorni nostri
Fra tutte le altre meraviglie il vanto.

No he querido escribir á vuesa Señoría sin ofrecerle alguna parte de las que este libro contiene, y asi le suplico por todo el amor que me ha mostrado y la veneracion y respeto que me debe, se digne de acetar en su gracia esta comedia (humilde ofrenda en el templo de su celebrado ingenio y insigne nombre), para que, llevándole en la frente, la alaben de bien empleada los que la culparen de atrevida.

En España no se guarda el arte, ya no por ignorancia, pues sus primeros inventores Rueda y Naharro le guardaban, que apénas há ochenta años que pasaron, sino por seguir el estilo mal introducido de los que les sucedieron. Los versos cortos son castellanos antiguos, no usados en Italia, aunque he visto algunos en el *Serafino;* no despreciados de la lengua latina, como se ve en sus himnos, hasta guardar el rigor de los consonantes : dulce y dificultosa composicion, que la falta del natural, que ha de ser el primero fundamento deste edificio, destierra con arrogancia, introduciendo en España la bárbara aspereza que llaman culta, por quien la defensa de la lengua (cuya gramática no sufre estas novedades) me debe tantas injurias. *Quid enim* (escribió Cortessio a Policiano) *voluptatis afferre possunt ambiguæ vocabulorum significationes, verba transversa, abruptæ sententiæ, structura salebrosa, audax translatio nec felix, ac intercisi de industria numeri?* ¡Qué excelentes palabras! Vale, Antistes Musarum et Italiæ decus.

LOPE DE VEGA CARPIO.

VIRTUD, POBREZA Y MUJER.

PERSONAS.

ISABEL, *dama*.	DON JUAN, } *caballeros*.	FABIO, } *criados*.	ARLAJA, } *moros*.
DON CÁRLOS, *caballero*.	FELICIANO,	RAMIRO,	ZARTE,
DON VASCO DE ARAGON.	FINARDO,	FLORENCIO,	MAIREN,
HIPÓLITO, *mercader*.	ROSELIO,	INÉS, *criada*.	MUZA,
VIOLANTE, } *damas*.	LUDOVICO,	FÁTIMA, } *moros*.	Dos MERCADERES.
CELIA,	ELISO,	AUDALLA,	UN PREGONERO.
OTAVIA,	JULIO, *criado*.	ALÍ,	GENTE.

La escena es en Toledo, en Madrid y en Tremecen.

ACTO PRIMERO.

Una calle de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁRLOS, JULIO.

DON CÁRLOS.

El mundo quiere abrasarse,
Julio.

JULIO.

No sé, vive Dios,
Donde nos vamos los dos,
Si no no hay otro en que salvarse.

DON CÁRLOS.

En la tierra, sólo sé
Que el hombre es mundo menor.

JULIO.

¿Sabes por dicha, Señor,
Adonde vive Noé?
Pero quiérome informar
Si es por agua ó fuego luego,
Aunque, en esta edad, por fuego
Pienso que se ha de acabar.
Mas ¿no me dirás quién es
El astrólogo ignorante
De suceso semejante?

DON CÁRLOS.

Tú mismo.

JULIO.

¡Yo soy!

DON CÁRLOS.

Tú, pues.

JULIO.

¡Plega á Dios que si he creido
Que hay figuras en el cielo,
(Digo, en su primero velo,
Azul, y blanco vestido,
Como peces y serpientes,
Toros, carneros, leones
Y otras varias invenciones
Hermosas y impertinentes,
Con que nos dan á entender
Que saben lo porvenir),
Que caiga como albañir,
Quiebre como mercader,
Mienta como mal deudor,
Espere como cochero,
Ande como cabestrero,
Trabaje como impresor,
Sea en invierno azacan
Y sea herrero en verano,
Sufra como cortesano,
Y coma como truhan.

DON CÁRLOS.

¿No me acabas de decir
Que á mi ruego, á mi dinero,
A estas partes con que espero
Almas de bronce rendir,
Se muestra esquiva y cruel
Isabel, pobre y hermosa?

JULIO.

¿No puede ser virtüosa,
Pobre y hermosa Isabel,
Sin que esto sea señal
Para que el mundo se acabe?

DON CÁRLOS.

Quien las que en él pasan sabe,
¡Responde ignorancia igual!
En esta edad, ¡mil escudos
No engañan una mujer
Tan pobre, pudiendo hacer
Ochenta maridos mudos,
Cuentos treinta criados,
Veinte madres satisfechas!

JULIO.

Poco, Señor, te aprovechas
De tus intentos honrados.
Satírico y necio estás:
No quieras con tan vil precio
Que en el punto del desprecio
Alcance tanto el compás.
Esta mujer es doncella
Pobre, hermosa y virtüosa,
Y no habrá en el mundo cosa
Bastante á satisfacella,
Sino es casarte.

DON CÁRLOS.

¡Casarme
Con una pobre mujer!

JULIO.

Pues cánsate en pretender.

DON CÁRLOS.

Antes no pienso cansarme,
Sino decirle que es justo,
Y que casarme prometo;
Mas que ha de ser en secreto,
Para no causar disgusto
A mi tio, que podria
Dejar su hacienda á mi hermana.

JULIO.

¡Industria ó fuerza tirana
Contra tu honor y hidalguía!
Pues ¿cómo, don Cárlos, quieres
Adquirir tan viles nombres?

DON CÁRLOS.

Para vengar tantos hombres
Que [1] han engañado mujeres.

[1] Á quienes.

JULIO.

Pues ¿hante dado poder
Para cobrar sus engaños?

DON CÁRLOS.

Si nacen, Julio, mil daños
De cualquier planta mujer,
¿Qué te admira que en un hombre
Haya alguno, pues forzado
De amor lo intento?

JULIO.

En cuidado
Me has puesto.

DON CÁRLOS.

Nada te asombre;
Que esto ha de correr por mí,
Y aquesta noche ha de ser.

ESCENA II.

ISABEL, INÉS.— DON CÁRLOS, JULIO.

ISABEL. (*Hablando con Inés al salir.*)
No está en mi mano querer
Dejar de querer así.

INÉS.

Pues ¿cómo á don Cárlos quieres,
Y te sabes defender?

ISABEL.

Porque nací para ser
Ejemplo de las mujeres.
Cánsese Cárlos, Inés;
Que si mil mundos hubiera
Tan suyos, que me pusiera
Sus tesoros á los piés,
Era imposible rendirme.

DON CÁRLOS.

Ya que te estoy escuchando
Cómo me estás despreciando,
Escucha cómo soy firme.
Si tantos años viviera
Como el alma ha de durar,
No te pudiera olvidar,
Ni aunque pudiera, quisiera.
Mas yo me espanto de tí
Que juzgas loco mi amor,
Si sólo intenta tu honor,
Que es luz con que vive en mí.

ISABEL.

¡Tú mi honor, si con vil precio,
Cárlos, le quieres comprar!

DON CÁRLOS.

¿Mas que no te supo dar
Mi recado aqueste necio?
El dinero te enviaba,

Sabiendo que tu pobreza
Deslucia tu belleza,
Aunque tu virtud la honraba;
Que sólo quiero de ti
Merecer ser tu marido.

ISABEL.

Confieso que necia he sido:
Mal tu recado entendí.
Siendo así, Cárlos, yo soy
Tu esclava, pues mi pobreza
Quieres honrar.

DON CÁRLOS.

Tu belleza
Y tu virtud, de que estoy,
Isabel, tan satisfecho,
Son la riqueza que adoro;
Porque no hay mayor tesoro
Que el que es de virtudes hecho.
Del Sur, la China, Ceilan,
Perlas, diamantes, rubíes;
Holandas, telas, tabíes
De Flándes, Persia y Milan
Podrá tener en el suelo
El señor ó el mercader;
Pero la buena mujer
Viene de mano del cielo.
Esta te doy con testigos,
Aunque el principal es Dios;
Que en declararnos los dos
Hay que temer enemigos.
Mi tio, rico y señor,
Piensa en la Corte casarme;
Disgustarle, es obligarme
A perder todo el valor
De su casa y de su hacienda,
Que yo tengo de heredar:
Y así me importa casar
Sin que ninguno lo entienda;
Que él no ha de mirar en ti
La virtud ni la hermosura,
Sino el dote que procura,
Y calidad, para mí.
Y para mí, calidad
Es la virtud y belleza,
Que te han dado la riqueza
Que estima mi voluntad.
¿Qué respondes?

ISABEL.

Que no puedo
Agradecer tanto bien,
Si no es que tus piés me dén
Licencia.

DON CÁRLOS.

Yo tengo miedo
Que nos vean: tanto importa
El recato. Entra en tu casa.

ISABEL.

Cuanto amor tuyo me abrasa,
Tanto el temor me reporta.
Licencia quisiera darte;
Pero estórbanlo dos cosas.

DON CÁRLOS.

No serán dificultosas
Si en ellas puedo agradarte.

ISABEL.

Quiero más seguridad
De que serás mi marido,
Por la opinion que he tenido
En mi honrada vecindad;
Que juzgarán mal de mí,
Aunque entres honestamente.

DON CÁRLOS.

Parte, Julio, diligente,
Y venga un notario aquí:
Hagamos mil escrituras.

JULIO.

¿Díceslo de veras?

DON CÁRLOS.

Tanto,
Que de que tardes me espanto,
Si mi remedio procuras.

JULIO.

Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

ISABEL, DON CÁRLOS, INÉS.

DON CÁRLOS.

Ya puedes entrar
Y darme licencia á mí.

ISABEL.

Asegurarme de ti,
Cárlos, no te ha de enojar,
Pues sabes que mi pobreza
No te hubiera merecido,
Y que mi virtud ha sido
Para tus ojos riqueza.

DON CÁRLOS.

Los pasos que me has costado,
Dos años lo muestran bien:
No hayas miedo que te dén
Mis pensamientos cuidado;
Que aunque casado en secreto,
Haré con mi voluntad
Que guarde á tu honestidad
Tan merecido respeto:
Sólo quiero visitarte.

ISABEL.

Lo segundo que pensaba
Decirte, se me olvidaba;
Pero no quiero dejarte...

DON CÁRLOS.

¿Es por ventura no estar
Tu casa con la grandeza
Que merece?

ISABEL.

Mi pobreza
Pienso que te ha de espantar;
Si bien lo que tengo en ella
Está limpio y aseado.

DON CÁRLOS.

No te dé, Isabel, cuidado;
Que la fuente pura y bella
Más agrada al pié de un árbol, [1]
Entre arenillas y flores,
Que de jaspes de colores
Y de figuras de mármol; [2]
Y más el campo florido
Que el más compuesto jardin;
Que á lo natural en fin
Siempre está el arte rendido.
Por mal que engastada estés,
No dejas de ser diamante.

ISABEL.

Entra, pues, y no te espante
La pobreza en que me ves;
Que un padre honrado, perdido
Por fianzas, y al fin muerto,
Dejó este campo desierto,
De sus consejos florido,
Donde sólo mi labor
Me sustenta, como sabes.

DON CÁRLOS.

No hay tesoros que me alabes
Como tu virtud y honor.
Presto verás tan trocada
Tu casa, como ha de ser
Para quien es mi mujer.

ISABEL.

Si el alma, Cárlos, te agrada,
Presto en su centro verás
Tan rica tapicería,
Que digas que el sol al dia
No alumbra ni adorna mas.

(*Vanse.*)

[1] y [2] *Árbol* no es consonante de *mármol*. Otras veces ha usado LOPE esta misma licencia.

Otra calle de la misma ciudad.

ESCENA IV.

DON JUAN, HIPÓLITO, RAMIRO, FLORENCIO.

HIPÓLITO.

¡Hermosa ciudad, Toledo!

DON JUAN.

Sobre estas inmensas peñas
Tiene su nombre imperial
La silla de su grandeza.

HIPÓLITO.

Desde ella sus altas torres
Llegar parece que intentan
Al sol hermoso de dia,
Y de noche á las estrellas.
Parece que quiere España
Mirar su antigua cabeza
En los espejos del Tajo,
De su hermosura soberbia.

DON JUAN.

Hicieron los reyes godos
Su silla y córtes en ella,
Como Recisundo y Vamba
En tantas partes lo muestran,
Puesto que en vuestra Sevilla
Vivieron con tal grandeza
Los que las memorias dicen,
Los que las historias cuentan.
El águila del Imperio
Se aplica por excelencia
A estas dos nobles ciudades,
Que es un cuerpo y dos cabezas.

HIPÓLITO.

Todo lo que en ella he visto
Es digno de fama eterna.
Envidia tengo á las plumas
Que en dulces versos celebran
Los milagros con que el cielo
Ha dado honor á la tierra,
Por no poder celebrarla
Con mi ignorante rudeza;
Mas pues en ella nació
Garcilaso de la Vega,
Su espíritu resucite.

DON JUAN.

¡Qué bien que pintó las ruedas,
En sus églogas divinas,
Por donde las aguas trepan
A competir con los olmos
Que el Tajo dorado riega!

HIPÓLITO.

Gregorio Hernandez llegó
A la mayor excelencia
Que pudo ingenio español.

DON JUAN.

Toledo, Hipólito, precia
Estos dos famosos hijos
Por su más alta riqueza;
Y si admite algun tercero
De muchos, que en competencia
De los dos pueden honrarla,
Bien me admitirán que sea
Pedro Liñan.

HIPÓLITO.

Justamente,
Aunque sus obras no quedan
Impresas, con que se olvida
La memoria de sus letras.

DON JUAN.

Tal fué de Pedro Lainez,
Raro y único poeta,
Por no imprimir, olvidado.

HIPÓLITO.

Hoy Henáres lo lamenta
Del divino Figueroa.

DON JUAN.

¿Qué os pareció nuestra iglesia?

HIPÓLITO.

Con el silencio, don Juan,
Os he de dar la respuesta,
Pues callan siete milagros
Que la antigüedad celebra;
Que no hay colosos ni faros,
Sepulcros, templos de Efesia
Y las demas maravillas,
Que puedan lucir con ella.
Pero dejando á la fama
Que del Sur al Norte vuela,
Y del Austro á los Triones,
Su hermosa fábrica inmensa;
Al salir por el Perdon,
Que es aquella insigne puerta,
Que está sólo en tales dias
Para ganarlos abierta,
Yo vi con honesto rostro,
Don Juan, la mujer más bella
Que para milagro suyo
Formó la naturaleza.
Y cuando en hábito pobre
Luce una mujer, no queda
Mayor encarecimiento.

DON JUAN.

Ya os vi reparar en ella.

HIPÓLITO.

¡Hay tan divina hermosura!
¡Hay tal ropa de bayeta!
¡Hay tal saya de picote!
¡Hay tal toca! ¡Hay tal limpieza!
¿Conocéisla?

DON JUAN.

Sí conozco.

HIPÓLITO.

Y ¿podré yo conocerla?

DON JUAN.

¿Qué dias pensais estar
En Toledo?

HIPÓLITO.

Veinte ó treinta
Despues que la vi, don Juan,
Y dos ántes que la viera.

DON JUAN.

Pues convertildos en años,
Y tendréis despues de verla
Lo mismo que ántes.

HIPÓLITO.

¡Por Dios!

DON JUAN.

Con ser tanta su belleza,
Es mayor su honestidad.

HIPÓLITO.

Será porque no lo intentan;
Que Ovidio dice que es casta
Aquella á quien nadie ruega,
Y así será desta dama.

DON JUAN.

Él habló como poeta;
Porque ninguna mujer
Pienso yo que en la edad nuestra
Ha sido más perseguida.

HIPÓLITO.

Pues ¿cómo en tanta pobreza
Puede haber tanta virtud?

DON JUAN.

Teneldo por cosa cierta,
Y que no hay mozo en Toledo
De los que edad, gentileza,
Brio y hacienda acompañan,
Que no haya entrado por ella
En el mar de su conquista;
Pero, en efeto, se anegan,
Y cansados del viaje,
Vuelven sin jarcias y velas.

HIPÓLITO.

¿Qué dice el dinero, el oro?

DON JUAN.

Corrido delante della,
Aunque ha nacido amarillo,
Está rojo de vergüenza.

HIPÓLITO.

¡Válgame Dios! ¡Mujer pobre
Al señor Oro atropella?
¿Al príncipe Dar resiste?
Al rey Dinero desprecia?
No puede ser.

DON JUAN.

Ahora bien,
Remitámoslo á la prueba.
Vos sois rico y liberal.

HIPÓLITO.

Valdrá en Sevilla mi hacienda,
Sin las naves que á la India
Navegan, y que Dios vuelva,
Cien mil ducados, y más.

DON JUAN.

Pues conquistaréis con ellas
A los bárbaros de Chile,
Y no á la casta Isabela:
Que aunque se llama Isabel,
Porque Ariosto celebra
Una casta deste nombre,
De quien mil virtudes cuenta,
La llama Toledo ansí.

HIPÓLITO.

Pues ¿cuánto va sobre apuesta
Que ántes que vuelva á Sevilla?.....

DON JUAN.

No digais más; que es soberbia
Indigna de vuestro ingenio.
Aquí hay una forastera
Bella como el mismo sol...
—Mal dije, porque es más bella.
Esta del mar de Madrid
Arrojó á nuestra ribera
La justicia de sus ondas;
Que Madrid, aunque aposenta
Tantas conchas en que cria
Naturaleza las perlas,
Tambien tiene sus mariscos,
Sus caracoles y almejas,
Con que purga sus escorias,
Y entre las espumas llegan
A los pueblos comarcanos.
Entretengamos la fiesta
Con su brio, si os parece.
Pide, Florencio, licencia,
Y veréis que se os olvida
La castidad de Isabela.

FLORENCIO.

Yo voy.

HIPÓLITO.

Tú, Ramiro, ¿traes
Dineros?

RAMIRO.

Treinta ó cuarenta
Doblones.

HIPÓLITO.

Bastan.

DON JUAN.

Veréis
Una de aquellas sirenas
Que dieron temor á Ulises.

HIPÓLITO.

Pasaré, don Juan, por ellas,
Atado al árbol hermoso
De la divina Isabela.

(*Vanse.*)

ESCENA V.

DON CÁRLOS, JULIO.

JULIO.

Pierdo el júicio de escucharte sólo.

DON CÁRLOS.

Yo te digo verdad, verdad te cuento.

JULIO.

No pudiera, Señor, de polo á polo
Contarme nadie tan feroz portento:
Como en el cielo es uno solo Apolo,
Sola Isabela en casto pensamiento
Es única en el mundo; pero basta
Que digas tú que no es, como ántes, [casta.

DON CÁRLOS.

Necio, si me casé por escritura,
Por testigos, por graves juramentos,
Por invencion, por acto de locura,
¿Qué culpas de Isabel los pensamientos?

JULIO.

Así prospere el cielo tu ventura
(Que yo sé que hay á tu ventura atentos
Más de cuatro envidiosos pretendien- [tes),
Que su inocencia y tu traicion me cuen- [tes.

DON CÁRLOS.

Julio, yo entré en su casa de Isabela,
Tan pobre, aunque tan limpia y asea- [da,
Que unos paños de red juzgaba á tela,
Y a escarcha de oro su labor pintada.
Animábame todo á la cautela;
Que la pobreza siempre fué burlada:
Y así mirando en todo tan vil precio,
Hice de la virtud y honor desprecio.
Imágenes tenia, que no eran
Del Mudo, del Bassan ni del Ticiano,
Ni de las vanas fábulas que alteran
El mayor de los tres contrario huma- [no:[1]
Dar devocion sospecho que pudieran;
Mas no al hereje amor, tan luterano,
Que ni templos ni imágenes respeta:
Tanto á su imperio la razon sujeta.
La cama, pobre y limpia, contenia
Una colcha de holanda tan delgada,
Que pudiera servir de celosía
Cuando á Isabel miraras acostada:
Sus almohadas con terliz habia,
Que era una banda verde y encarnada:
Estas muy buenas; que sus manos be- [llas
Son prados en labor, y en nieve es- [trellas.
La alcoba una antepuerta defendia
De un tapiz de la historia de Susana,
En cuyo espejo yo miré que habia
Disculpa de mi error en la edad cana.

JULIO.

Fué necio amor, porque mirar debia
El fin que tuvo presuncion tan vana;
Que los ejemplos tomas en la parte
Del bien, no la del mal.—Quiero escu- [charte.

DON CÁRLOS.

Sentámonos los dos, Julio, en dos si- [llas,
Que aunque eran de respaldo, no te [asombre,
Por lo que maltrataban las costillas,
Las pudieran llamar con este nombre.
Vino á hacer la escritura, y maravillas
De amor, un escribano gentil-hombre
Y conocido de mi viejo tio:
Pesóme, aunque el secreto le confio.
Hízose con testigos; fuése... dile
La mano, por tomársela mil veces...
Y como amor con la ocasion se afile,

[1] La carne.

Anduve despejando los jüeces.
Que cenásemos juntos persuadíle,
Cosa que tú me dices y encareces,
Y dices bien, porque la mesa sabe
Juntar lo más humilde á lo más grave.
Cenamos en su limpia Talavera. [na.
Que á mí me pareció que era en la Chi-
Dieron las diez; rogóme que me fuera;
Y era arrancar la más antigua encina.
Tocó de los maitines la primera
Torre del mundo en música divina;
Y yo del alma asido, loco y ciego,
Rogando un mármol, y encendido en [fuego.
Por abreviar, despues de las dos dadas,
Y de sufrir mil cóleras y enojos,
Y querer con las manos enojadas
Rasgar las hojas y bañar los ojos,
Quitó de las paredes las pintadas
Imágenes, que al mar de mis antojos
Pudieran dar templanza, y así dijo:
«Cárlos, jura á esta Madre y á su Hijo.»
Juré. Julio, juré; Julio, jurara [todo;
Si hubiera más, que allí se encierra
Y ella con dulce y vergonzosa cara
Me permitió de su conquista el modo.
Amaneció del alba la luz clara,
Y yo, por los vecinos, acomodo
Mi partida, y por mí, que ya tenia
Mas arrepentimiento que osadía.

JULIO.

¿Con hermosura tal te arrepentiste!

DON CÁRLOS.

No sé, Julio, qué tiene la pobreza,
Que de menor contento el alma viste.

JULIO.

Pues ¿está la hermosura en la riqueza?
A la fe ¿que la causa de estar triste
Es ver que te costaba su belleza
El haberte casado?

DON CÁRLOS.

Estoy de suerte,
Que si la vuelvo á ver veré mi muerte.

JULIO.

¡Oh efeto de los gustos de la tierra!
¡Grandes, dijo un poeta, imaginados,
Con que el humano entendimiento yer-
Y pequeños despues de ejecutados! [ra,

DON CÁRLOS. [cierra
Muchos dicen que el gusto no se en-
En las bordadas camas, los estrados
De tela, el ámbar puro; y no hay belleza
Que no tenga su fuerza en la riqueza.
Porque, Julio, mirar entre unas redes
De lienzo tosco un ángel de hermosura
Con un vestido roto... pensar puedes
Que miras una imágen sin moldura.
Una bayeta vil, unas paredes
Desnudas, Julio, en una casa oscura,
Hacen cobarde la mujer más bella;
Y desmáyase amor de hablar con ella.
Dejemos esto, y á tratar pasemos
De andar de mezcla y de olvidar enfa-
Todas estas damazas visitemos: [dos.
No más amores, Julio, trasnochados.
Es linda, es dulce cosa que lleguemos,
Y nos reciban gustos despejados,
Palabras libres, dulces ademanes
Adonde baila amor escarramanes.

JULIO. [vidas
Loco estás ¡vive Dios! Mas ¿cómo ol-
El juramento en una imágen hecho?

DON CÁRLOS.

No tratemos de cosas desabridas;
Que traigo lleno de cansancio el pecho.

JULIO.

Aquí viven dos mozas relamidas,
Gente que solicita su provecho,
Destas que llamas tú dulces y tiernas,
Con muchas ligas y muy pocas piernas.
Descubren hasta el codo su zoquete;
Que dicen que en España es impor-
[tante
Brindar los hombres con igual saínete.

DON CÁRLOS.

¡Qué majadero estás y qué apretante!
¿Quién en los trajes, bárbaro, te mete?

JULIO.

No léjos vive una mujer pasante.

DON CÁRLOS.

Quédome en veinte.

JULIO.

¡Aciertas, vive el cielo!
Porque esto de sesenta es punto abuelo.

DON CÁRLOS.

Violante, aquella que en Madrid vivia,
¿Adónde se ha pasado?

JULIO.

Aquí repasa
La paja del pesebre en que solia
Comer cebada de la Corte.

DON CÁRLOS.

Pasa...
—Pero no pases; que me dijo un dia
Que me olvidaba mucho de su casa.

JULIO.

Pues llamo.

DON CÁRLOS.

Espera.

JULIO.

Acompañada viene.

DON CÁRLOS.

No gusta de estar sola.

JULIO.

Temor tiene.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Violante.

ESCENA VI.

DON JUAN, VIOLANTE, HIPÓLITO, FLORENCIO. *Despues*, DON CÁRLOS Y JULIO.

VIOLANTE.

Mucha merced me habeis hecho.

HIPÓLITO.

Poned á cuenta, señora,
Del señor don Juan agora
Lo que juzgais de mi pecho.

VIOLANTE.

Nunca fué el señor don Juan
Mi galan.

DON JUAN.

De parte nuestra
Bien ese desprecio muestra
Que no soy vuestro galan.
Mas vos escogeis muy bien;
Que Hipólito justamente
Merece, aunque está presente,
Que aquese nombre le dén.

HIPÓLITO.

Yo paso porque Violante
Me favorezca, no vos.

(*Salen don Cárlos y Julio.*)

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

¿Qué habemos de hacer los dos,
Estando otros dos delante?
¿Hemos de aguardar la vez
Como aguadores en fuente! [1]
¿Es mejor esperar veinte [2]

[1] y [2] *Veinte* consonando con *fuente*. Esta es licencia comun en nuestros poetas antiguos.

Desde las dos á las diez,
Que servir una doncella
Limpia y sola como el sol?

DON CÁRLOS.

Es pobre.

JULIO.

En ese crisol
Se apura cuanto hay en ella.

DON CÁRLOS.

Pues ¿qué gusto como entrar,
Aunque haya dos mil galanes!

JULIO.

Todo este mundo es desmanes.
Quien sirve aprenda á callar.

DON CÁRLOS.

Señora Violante, ¿es hora
De hallaros en vuestra casa?

JULIO. (*Ap.*)

Esto allá en la Corte pasa,
Y acá se introduce agora.

VIOLANTE.

¿Qué novedad es aquesta!—
¡Hola! sillas.

FLORENCIO.

Aquí están.

(*Don Juan é Hipólito se levantan.*)

HIPÓLITO.

¿De qué os enfadais, don Juan?

DON JUAN.

Lo mismo os doy por respuesta.

VIOLANTE.

Vuesas mercedes se sienten.

DON JUAN.

Antes nos queremos ir.

DON CÁRLOS.

Si yo he venido á impedir
Que aquí serviros intenten
Estos caballeros hoy,
Mejor es que yo me vaya.

DON JUAN.

Antes no es justo que haya
Quien os cause: yo me voy.

VIOLANTE.

Eso no, por vida mia:
Y todos se han de sentar.

DON JUAN.

Si en eso os pienso obligar,
Siéntome por cortesía.

JULIO. (*Ap. á su amo.*)

¿Es este trato mejor
Que el de Isabel?

DON CÁRLOS.

Calla, necio.

JULIO.

No está en la riqueza el precio,
Sino en la virtud, Señor.
¡Mal hayan los ademanes,
Amén, y quien gusta dellos!
Mira que de los cabellos
Tienes estos dos galanes.
Deja solo al de Sevilla;
Que no es bien que tú te quedes.

VIOLANTE.

¿Quiérenme vuesas mercedes
Rifar una cadenilla?

HIPÓLITO.

Yo por mí, digo que sí.

DON CÁRLOS.

Pues yo, Señora, aquí estoy.

VIOLANTE.

¿Y vos, don Juan?

DON JUAN.

Vuestro soy.

VIOLANTE.
¡Cómo respondeis así?
¡Qué extraño estais!—Naipes: ¡ hola!
HIPÓLITO.
¡Cómo ha de ser?
DON JUAN.
¿Bastará
Á una quínola?
DON CÁRLOS.
Sí hará.
DON JUAN.
Pues va á una quínola sola.
¿Qué precio?
VIOLANTE.
Como no baje
De treinta escudos, se allana.
HIPÓLITO.
Pues alto: el mejor la gana,
Y el ruin la pierde.
DON CÁRLOS.
Baraje.
DON JUAN.
Alzo por mano.
HIPÓLITO.
¡Qué sota!
DON CÁRLOS.
Yo soy mano.
HIPÓLITO.
Y yo doy cartas.
JULIO. (*A don Cárlos.*)
¡Bueno, á fe! ¿Sietes descartas?
DON CÁRLOS.
¿Eso poco te alborota?
Treinta y nueve.
HIPÓLITO.
Pocas son.
DON JUAN.
Yo hice veinte.
HIPÓLITO.
Y yo cincuenta.
DON JUAN.
Perdí
HIPÓLITO.
Ya está por mi cuenta.
VIOLANTE. (*A don Juan.*)
Mohino estais sin razon.
DON JUAN.
Florencio os dará el dinero.
HIPÓLITO. (*A Violante.*)
Y yo la cadena os doy,
Porque de otro dueño soy,
Y con vos librarme quiero.
VIOLANTE.
Estoy por no la tomar,
Porque más os quiero á vos
Que á cien cadenas.
DON JUAN.
Por Dios,
Que me pudieran ganar
Mi hacienda en este disgusto.
En fin, el más ruin fuí yo.
Pero aunque el naipe me dió
Agora este nombre injusto,
No pienso que de los tres
Que en la rifa entrado habemos,
Soy el más ruin.
DON CÁRLOS.
¿Quién diremos
Que de todos tres lo es,
Sino el que perdió?
DON JUAN.
Yo fuí
Quien perdió, y el ruin sois vos.
DON CÁRLOS.
Mentís.
DON JUAN.
¡Fuera!
VIOLANTE.
¡Ay! ¡No, por Dios!
DON JUAN.
Villano, venid tras mí.
VIOLANTE.
Hipólito, escucha.
HIPÓLITO.
En vano.
Me detienes, ofendido.
(*Vanse ellos.*)
VIOLANTE.
¡Lindo dinero he perdido
Del mercader sevillano! (*Vase ella.*)

—

Sala en casa de Isabel.

ESCENA VII.

ISABEL, INÉS.

INÉS.
Suspende el llanto á los ojos,
No los maltrates ansí.
ISABEL.
Para vengarme de mí,
Doy á mis ojos enojos.
Suyos fueron los antojos;
Paguen su contento, Inés.
Si suya la culpa es,
Pasen penas semejantes;
Que pues se alegraron ántes,
Bien es que lloren despues.
INÉS.
¡Que no te haya visto más!
¡Extraña desdicha ha sido!
ISABEL.
¿Quién ha visto del olvido
Tan cerca el amor jamás?
INÉS.
Deja los ojos; ya estás,
Señora, vengada dellos.
ISABEL.
Quejaránse los cabellos;
Que con el dolor terrible,
Á ser mi culpa visible,
La puedo cubrir con ellos.
No siento tanto el dejarme
Don Cárlos de aquesta suerte
(Aunque el desprecio me advierte
Que sólo vino á burlarme),
Como el venir á contarme
Que anda de noche y de dia
Con mujeres, que podria
Afrentarse su criado
De haber en su casa entrado,
Y ha despreciado la mia.
INÉS.
Ponle pleito.
ISABEL.
¿Cómo puedo,
Que tengo buena opinion,
Y será dar un pregon
De almoneda por Toledo?
Vendrán sin respeto y miedo;
Que quien el honor perdió,
Licencia y áun puerta dió
Para que el más despreciado
Quiera llegar confiado
Por donde el otro pasó.
INÉS.
Pues ¿qué has de hacer?
ISABEL.
Esperar
En la justicia del cielo;
Que no puede la del suelo
Á ninguno hacer amar.
INÉS.
Sí; mas puede castigar.
ISABEL.
No quiero yo sino amor:
Y casado por rigor,
¿Cómo me le ha de tener?
Que áun por bien no suele ser
Firme el marido mejor.
INÉS.
Habla, Señora, á su hermana.
ISABEL.
¿Qué remedio podrá darme
Sino cansarme, y culparme
De que fuí necia y liviana?
Toda mi esperanza es vana.
Engañóme el juramento.
INÉS.
¿Llamaron?
ISABEL.
Sí.
INÉS.
Á Julio siento.
(*Va á abrir.*)

ESCENA VIII.

JULIO, INÉS.—ISABEL.

ISABEL.
¡Julio! ¿tú en aquesta casa?
JULIO.
¿No has sabido lo que pasa?
ISABEL.
Tú sabes mi encerramiento.
JULIO.
En casa de una Violante,
Cortesana de Madrid,
Por sangre nieta del Cid,
Y amante por no diamante,
Don Cárlos, mozo arrogante,
Con un don Juan de Toledo
Tuvo palabras: no puedo
Decirte bien la ocasion,
Ni más de que en la quistion...
ISABEL.
¡Ay Julio! tiemblo de miedo!
¿Murió Cárlos?
JULIO.
No, Isabel.
Cárlos á don Juan mató;
Y aunque á san Miguel huyó,
No le valió san Miguel;
Que acudiendo de tropel
La justicia, queda preso.
ISABEL.
¡Triste, aunque mejor suceso!
JULIO.
Por no ser caso pensado,
No pienso que es tan culpado
Cárlos deste loco exceso.
ISABEL.
¡Ah Julio! no era posible
Parar don Cárlos en ménos.
JULIO.
Yo pienso que han sido frenos
Á su condicion terrible.
Reducirle fué imposible
Á que estimase tu amor:
Y así preso está mejor,
Pues será por tiempo tanto,
Que le reduzga el espanto
Á satisfacer tu honor.

ISABEL.
¿Podréle ver?

JULIO.
Bien podrás.

ISABEL.
¿Dónde le han dado prision?

JULIO.
En la puerta del Cambron
Con tres guardas.

ISABEL.
¿Eso más!

JULIO.
Antes mejor le verás,
Por ser cárcel más secreta.

ISABEL.
Ni en el bien ni en el mal quieta
Fortuna estar me permite,
Pues no hay bien que no me quite,
Ni mal que no me prometa.

(*Vanse.*)

—

Cárcel.

ESCENA IX.

DON CÁRLOS, DON VASCO.

DON VASCO.
Tú tienes lo que mereces:
No hay para qué replicarme.
Pésame que mi respeto
Te dé tan honrada cárcel.
¿En qué podian parar,
Don Cárlos, tus disparates
Sino en haberte perdido?

DON CÁRLOS.
Como me aborreces, haces
Tan inorme mi delito;
Que yo sé que cuantos saben
Que ofendido y provocado
Di muerte á don Juan Velazquez,
Alaban el valor mio;
Y que, cuando tú te alabes
De los muchos enemigos
Que has muerto soldado en Flándes,
No has ganado tanto honor.

DON VASCO.
¡Qué loco del Nuncio sales!
Mal dije; que entras agora,
Donde, por Dios, que te amansen
Muchos años de prision.

DON CÁRLOS.
Como tú, Señor, me ampares,
No pienso que serán meses.
Pero como ansí me trates,
Veráme Zocodover
Verter del cuello tu sangre.

DON VASCO.
Sobrino, si esta pendencia
Fuera con disculpas tales
Que pudiera honrarme dellas,
Mi hacienda (no es alargarme),
Mi vida vender supiera.
Pero ¡en casa de Violante,
Mujer libre de Madrid,
Sobre el juego! ¡es cosa infame!
Oí decir á un amigo
Que mujeres semejantes,
Y los que se pagan dellas,
Eran baraja de naipes.
En copas dan el veneno,
Que emborracha á sus galanes;
En los bastos, los bordones
De tantas enfermedades.
Esto dan ellas; y ellos
Dan los otros dos manjares:
En los oros sus haciendas,
Pues hay tantos que las gasten;
Y en las espadas las muertes
Y heridas que en tantas partes
Han sucedido por ellas.

DON CÁRLOS.
Para consejos ya es tarde:
Lo que importa son remedios,
Y que á este Hipólito hables,
Que era amigo de don Juan.

DON VASCO.
¿Para qué?

DON CÁRLOS.
Para que calle;
Que si él jura, soy perdido.

DON VASCO.
¿Dónde está?

DON CÁRLOS.
La misma cárcel
Le han dado que á mí; si bien
La culpa no es más de hallarse
Al lado del muerto entónces.

DON VASCO.
Vete á esas rejas, que salen
A la vista de la Vega,
Cárlos, miéntras puedo hablarle;
Que yo haré que suba aquí.

DON CÁRLOS.
Haciendo las amistades,
No hay que temer más testigos.

DON VASCO.
¡Plega á Dios, Cárlos, que pare
En que escarmientes!

DON CÁRLOS.
Sí haré,
Y muchos años te guarde. (*Vase.*)

ESCENA X.

ISABEL, INÉS.—DON VASCO.

INÉS. (*A su ama.*)
Mucho atrevimiento ha sido.

ISABEL.
Amor es incontrastable:
No hay fuerza que le derribe.
No hay peligro que le espante.

DON VASCO. (*Ap.*)
¡Damas! Juráralo yo.
Ya vendrán á visitalle
Estos médicos á Cárlos.

ISABEL. (*Ap. á Inés.*)
Sin duda es este el Alcalde.

INÉS.
Pues ¿qué le piensas decir
Para que nos deje hablarle?

DON VASCO.
Damas, si buscan á Cárlos,
Suplícoles que se bajen
De la torre, porque agora
No hace tiempo de ocuparle.
Dineros, piés y favor
Dicen que son en la cárcel
Las tres potencias del preso:
¿Cuál de aquestas cosas traen?
Que melindres y deleites
Tienen sus tiempos iguales
Allá donde piden celos,
Allá donde engaños hacen.

ISABEL.
Yo no soy la que pensais,
Y es justo que os desengañe
La vergüenza de mi rostro,
La honestidad de mi traje.
Y porque en secreto son
Las canas la mejor llave,
Sabed que soy su mujer.

DON VASCO.
¡Su mujer! ¡Caso notable!
Don Cárlos es mozo libre.

ISABEL.
Esto agora no se sabe,
Por don Vasco de Aragon,
Que vino agora de Flándes,
Porque ha de heredar su hacienda,
Y quiere en Madrid casarle.
Yo soy, Señor, su mujer.

DON VASCO.
¿Teneis calidad bastante?

ISABEL.
Hija soy de un pobre hidalgo
De limpia y antigua sangre.

DON VASCO.
¿Qué hacienda?

ISABEL.
Mucha virtud,
Heredada de mis padres.

DON VASCO.
No es moneda que ya pasa,
Aunque era bien que pasase;
Ni basta limpia hidalguía,
Si no hay oro que la esmalte.
Si fué casamiento á escuras,
Porque pareceis un ángel,
Y me obligais á respeto
(Que no fué poco obligarme),
Yo tengo algunos dineros
Con que vos en otra parte
Hallaréis igual marido;
Porque sabed (escuchadme)
Que soy Vasco de Aragon,
Y no desta puerta alcaide;
Y ¡vive Dios!...

ISABEL.
Señor mio,
Sin amenazar á nadie;
Que á mí no me conoceis:
Y en llegando á despreciarme,
Ni vos ni Cárlos ni el mundo
Merece que yo me baje
A admitirle por marido,
Ni que él á mí me descalce.
Cárlos, con fuerte escritura
Y juramentos bastantes,
Está obligado á mi honor:
Este no es pleito de alcaldes,
Ni jüeces de la Iglesia;
Porque sabré yo quejarme
Al Rey y á su Presidente;
Y cuando no, hacer matarle.
Ese dinerillo vuestro
A las mujercillas dalde,
Que suelen vender su honor;
Que como es su honor tan grande,
Hay para venderle á muchos,
Y entre tantos, mucho vale.
Yo os hablé con inocencia:
Si os ofendí, perdonadme;
Que Cárlos es mi marido.

DON VASCO.
A un espejo semejante
Miro la virtud en vos,
Y como en vuestros cristales
Miro mis canas, por ellas
Quiero tambien reportarme.
Desheredo á Cárlos hoy,
Con juramento inviolable
De dar mi hacienda á su hermana,
Y de no verle ni hablarle
Miéntras Dios me diere vida,
O le destierren ó maten,
O aquí le tengan mil años.

ISABEL.
Señor, escuchad.

DON VASCO.
Dejadme. (*Vase.*

ESCENA XI.

DON CÁRLOS.—ISABEL, INÉS.

DON CÁRLOS.
¡Qué has hecho!

ISABEL.
Si lo has oido,
¿Qué preguntas?

DON CÁRLOS.
Para darte
La muerte, ocasion me has dado.

ISABEL.
No puedes, Cárlos, culparme,
Porque hablé sin conocerle.

DON CÁRLOS.
¿Tú dices, infame, á nadie
Que eres mi mujer!

ISABEL.
Advierte,
Cárlos, que no soy infame:
Mira que es ofensa tuya
Que desa suerte me trates.

DON CÁRLOS.
¿Cuándo fuí yo tu marido?

ISABEL.
Cuando á Dios, cuando á su Madre
Lo juraste.

DON CÁRLOS.
¿ Yo!

ISABEL.
Sí.

DON CÁRLOS.
¿ Yo!

ISABEL.
Testigo su santa imágen.

DON CÁRLOS.
No se llaman juramentos
Esos que los hombres hacen
Cuando están fuera de sí;
Que fuera de sí, no valen.

ISABEL.
¡Qué ejemplo para mil necias!
Pero cuando ellos no basten,
Bastarán mil firmas tuyas.

DON CÁRLOS.
Papel es manjar del aire.
¡Vive Dios, que no me veas,
Mujer enemiga, hablarte,
¿Qué digo hablarte? ni verte,
Aunque dos mil siglos pasen,
Porque en cuanto dices, mientes!

ISABEL.
Mi bien, si es enojo, baste.
Mira que esas asperezas
En mujeres principales
Han causado muchos yerros.

DON CÁRLOS.
¿Para qué me persüades
Con amenazas á mí?
El cielo podrá bajarse
Al suelo, el suelo subirse
A la esfera en que el sol nace,
Dejar de ser lo que fué,
Ser el agua y tierra, graves,
Ligeras, y el aire y fuego,
Graves y dejar tocarse.
Persuadir a un hombre lego
Con principios de estudiante,
O hacer que mujer con celos,
Siendo propia, sienta y calle,
Primero que eternamente,
Verte, Isabel, ni escucharte.

ISABEL.
Pues primero, Cárlos mio,
Verás que los cielos caen
De los polos en que estriban,
Y que junta se deshace
Su soberana armonía;
Y verás que dos amantes,
Cuando juraron no verse,
Dejen de verse y hablarse;
Primero los elementos
Firmarán eternas paces,
Tendrá el infierno alegría,
Y será á un discreto fácil
Sufrir un necio, que yo
Pueda dejar de adorarte.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Isabel.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, FELICIANO.

FELICIANO.
Años há que deseaba
Ver á tu padre, mi hermano.

ISABEL.
Murió, señor Feliciano,
Quien vida y honra me daba.
Quedaron mis esperanzas,
Rota su firme coluna,
A discrecion de fortuna,
Mujer en hacer mudanzas.
Aunque en las que vengo á ver
En mi desdicha y pobreza,
Tanta ha sido mi firmeza,
Que no parezco mujer.

FELICIANO
¿Tan necesitada estás?

ISABEL.
Tanto, que sólo, Señor,
Me sustenta mi labor;
Que despues de Dios, no hay más.

FELICIANO.
Desde el valle de Carriedo,
Montaña limpia y leal,
De donde era natural
Tu padre, vino á Toledo.
Quedé yo allí, y estos años
Tan mal de hacienda me fué,
Que por acá imaginé
Poder reparar mis daños.
Hallo difunto á mi hermano,
Y a ti con tanta pobreza,
Que has doblado mi tristeza,
Viendo mi remedio en vano.
Y pues tu cuidado es tal,
Ya que es fuerza que me vaya,
Vente conmigo á Selaya:
Pasaráslo ménos mal;
Que en aquel pobre rincon,
Aunque agradable aspereza,
Nos sustenta la nobleza
Como acá la ostentacion.

ISABEL.
Bien sabe Dios si quisiera
Poder esconderme en él
De mi desdicha cruel,
Tio, si posible fuera;
Mas no puedo, aunque lo intento,
Por una notable historia.

FELICIANO.
Aunque aflijas tu memoria,
Refiérela.

ISABEL.
Estadme atento.
En esta noble ciudad,
Roma de España en grandezas,
Y en tener su eterna silla
Sobre montañas soberbias;
En esta torre de casas,
Adonde mejor pudiera
La arrogancia de Nembrot
Atreverse á las estrellas;
Viéndome tan pobre y sola
Y con alguna belleza,
De la ociosa juventud
Sufrí notables ofensas.
No tuvo plata labrada
Su casa de la moneda,
Ni joya su platería,
Ni su Alcana seda y telas,
Ni flor ni fruto su campo,
Ni caza su verde Vega,
Ni peces su claro rio,
Ni libres aves su selva,
Ni conceptos la poesía,
Ni las tinieblas licencia,
Ni la música instrumento,
Ni amor tercera discreta,
Con que no me conquistasen;
Pero eran balas de cera;
Que en la casa del honor
Son de diamante las puertas.
Mas como donde no pueden
Entrar humanas flaquezas,
Hallan paso las desdichas
Que entran en casa por fuerza,
Cárlos de Aragon, un hombre
De conocida nobleza,
Se casó conmigo. ¡Ay Dios!...
¡Qué traicion y qué inocencia!
Fué secreto el casamiento;
Porque viendo mi pobreza
Vasco de Aragon su tio,
No le quitase su herencia.
Apénas de cierta noche
(¡Oh! ¡qué bien he dicho *á penas!*
Que tantas como he tenido,
Todas procedieron della)
Llegó la luz del Aurora,
Cuando, como hombre que deja
La capa al toro y se escapa,
Huye de mi cama, y vuela.
No sólo no me vió más,
Mas dió en vivir de manera,
Que su salud consumia
Con infamia de sus prendas.
Mató finalmente un hombre;
Y por muchas diligencias
Y poca prueba, á seis años
De Orán á Cárlos sentencian.
Parte á cumplirlos; su tio
Airado le deshereda,
Sabiendo mi casamiento;
Muere, y su hacienda le deja
A doña Elena su hermana;
Mas no goza doña Elena
Su hacienda, hasta que se case.
Lloré seis meses su ausencia:
Julio despues, Julio, un hombre
Que le sirve, trujo nuevas
De que quedaba cautivo;
Porque alargando la rienda
Una noche en Berbería
De la demas soldadesca,
Le prendió un alarbe moro;
Y porque tuvo sospecha
Que era caballero, pide
Con temeraria insolencia
Mil y docientos ducados.
Yo vendo mi pobre hacienda,
Que llega á docientos solos;
Su hermana, poniendo en venta
Sus vestidos y sus joyas,
Miéntras su herencia posea,
Cuatrocientos me ha enviado,
De su valor justa prueba;
Mas no puedo hallar arbitrio
A los seiscientos que restan;

Que todos cuantos me miran,
Y apasionados intentan
Hacerme bien, á mi honor
Quieren remitir la deuda;
Pero aunque yo muera ausente,
Y Cárlos cautivo muera,
Ha de vivir mi virtud,
Ha de triunfar mi paciencia;
Que quiero yo que por mí,
Aunque imposible parezca,
Virtud, pobreza y mujer
En un sujeto se vean.

FELICIANO.

Mis brazos te quiero dar
Con uno y con mil abrazos;
Que bien merece mis brazos
Quien mis brazos sabe honrar.
No puedo yo darte aquí
Lo que mi amor pretendia,
Pues en efeto venia
A socorrerme de tí.
Lágrimas me han atajado.
Queda, sobrina, con Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

JULIO.—ISABEL.

JULIO.

A que hablásedes los dos
Aguardaba mi cuidado.
Ya está aquí todo el dinero
Que doña Elena envió.

ISABEL.

¡Ay Julio! En lo que faltó,
¿Qué humano remedio espero?

JULIO.

Ya con seiscientos ducados
Tendremos toda la talla
Con que le rescate Audalla,
Por Cárlos bien empleados;
Mas por el moro es maldad,
Y ha sido precio excesivo.

ISABEL.

¡Que de tanto bien me privo
Por tanta necesidad!
¡Cielos! condoleos de ver
Que por conservar mi honor,
Resisto á ruegos de amor
Y al ser pobre, y soy mujer.
Bien sabeis que no ofendí
Eternamente el espejo
De mi virtud.

JULIO.

Un consejo
Quiero darte.

ISABEL.

¡Ay, Julio! dí.

JULIO.

Bien pudieras en Toledo
Pedir para su rescate;
Pero desto no se trate
Por justo respeto y miedo
De lo que pueden decir,
Y por ser tan conocidos
Y tantos los atrevidos
Que te intentaron servir.
Madrid es corte, en efeto;
Su gente y riqueza es más:
En ella pedir podrás
Con libertad y secreto;
Y no dudes que en seis dias
Tengas mayor cantidad.

ISABEL.

¡Ah fuerte necesidad!
¡A qué obligas si porfías!
Ahora bien, esto ha de ser.
Vamos: aunque he de sentir
Notablemente el pedir.

JULIO.

¿El pedir, siendo mujer!
Mal lo entiendes.

ISABEL.

¿Por qué no,
Si soy quien sabes?

JULIO.

No creas
Que en comenzándolo, seas
Más vergonzosa que yo.
El pedir se ha de seguir
Al nacer cualquier mujer,
Porque el llorar al nacer
Es comenzar á pedir.
La primera le pidió
A su esposo que comiese;
Y aunque él su desdicha viese,
Eso que pidió le dió.
Y quiero que consideres
Que la demanda, oracion,
Deuda, firma y peticion,
Porque piden, son mujeres.[1]
Pintan la tierra con velos
De mujer sobre la frente,
Porque pide eternamente
Agua y más agua á los cielos.
La prision, la enfermedad,
Que son mujeres entiendo,
Porque siempre están pidiendo
La salud y libertad.
Por el pedir se conforma
La venganza al mismo ser,
Y la materia es mujer
Por pedir siempre la forma.
En este traje verás
A la codicia vestida,
Y siempre mujer la vida
Porque siempre pide más:
Y son tales sus desvelos
En pedir y en perseguir,
Que en no habiendo que pedir,
Nos matan pidiendo celos.
En fin, ó buenas ó malas,
Consumen sin resistencia
Con los celos la paciencia,
Y la bolsa con las galas.

ISABEL.

Julio, no corre por mí
Ese discurso que has hecho.

JULIO.

Que sabrás pedir sospecho.

ISABEL.

Por causa tan justa, sí,
Y siendo honrada y fiel.

JULIO.

En comenzando á pedir,
Tan dulce lo has de sentir,
Que rescates medio Argel.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Audalla en Tremecen.

ESCENA III.

DON CÁRLOS, *de cautivo*; FÁTIMA.

FÁTIMA.

Con lástima de tu historia,
Bañé los ojos en llanto
Y en tristezas la memoria.

DON CÁRLOS.

En penas que afligen tanto,
Causa el referirlas gloria;
Pero ya me pesa en parte,
Fátima hermosa, de darte
Pena con mi historia triste.

FÁTIMA.

¿Tanto esa mujer quisiste?

DON CÁRLOS.

Dejo su belleza aparte,
Y alabo su discrecion
Y su virtud sumamente.

FÁTIMA.

Pues ¿cómo tanta aficion
Pudiste olvidar presente,
Sin que te diese ocasion?

DON CÁRLOS.

Porque es fácil olvidar
A cualquier mujer de bien;
Que, en no poderse vengar
Con dar celos, no hay con quien
Pueda picar y abrasar,
Y hace que sin pesadumbre
El que quiere olvidar pase:
Amor no es más de una lumbre,
Porque no hay cosa que abrase
Como el trato y la costumbre.
Muchos piensan que es amor
Aquel gran desasosiego;
Y es la costumbre, en rigor;
Que amor, hasta el bien, es ciego,
Y luego, al trato inferior.
Yo he sido desta opinion,
Si bien causa maravilla
A muchos que de otra son;
Que amor no es más de tablilla,
Y la costumbre meson.
Así yo pude olvidar,
Pues una noche no es trato,
Y pudo mi amor cesar.

FÁTIMA.

Ó tú eres, Cárlos, ingrato,
Ó nunca supiste amar.
Moras han estado aquí
De las que echastes de España,
Que me contaban á mí
Cómo vuestro amor engaña,
Y desde entónces temí.

DON CÁRLOS.

¿Qué tienes tú que temer?

FÁTIMA.

Yo me entiendo.

DON CÁRLOS.

Bien quisiera,
Fátima hermosa, querer
A Isabel, si no tuviera
Gusto de propia mujer.
Ya te dije que era honrada
Y en extremo virtüosa,
Y que me quiso engañada.

FÁTIMA.

Siendo propia, ¿no era cosa
Más segura y más fundada?

DON CÁRLOS.

Al principio te decia
Que como ella no sabia
Dar celos, sino llorar,
No me podia picar,
Y yo dejarla podia.
Cuando es libre una mujer,
Más presto á querer obliga,
Porque está diestra en hacer
Las varetas y la liga
En que se vuelve a querer.
¿No has visto que un cazador
De su red alrededor
Pájaros suele poner?
Pues lo mismo la mujer,
Con hombres, provoca á amor.

FÁTIMA.

¡Alá me libre que hiciera
Más que esa necia tu esposa,
Aunque nunca más te viera!
Que amar sin honra es la cosa

[1] *Fragilidad, tu nombre es mujer*, dijo Shakespeare en su *Hamlet*, acto primero.

Mas indigna, injusta y fiera.
Querer en correspondencia
Es justicia y es prudencia;
Pero de otra suerte no;
Porque en los desprecios, yo
Ni tengo amor ni paciencia.

DON CÁRLOS.

Pues, Fátima, la mujer
Que no sabe dar disgusto...
Pocos la saben querer;
Que hacer pesar dobla el gusto,
Y no hay sin pesar placer.
Si la mujer que yo quiero,
Por honrada considero
Que está en su casa llorando,
Miéntras de su amor burlando
Ajenos brazos espero,
¿Qué celos me han de picar?
¿Qué temores despertar?
Mas si no es mujer de bien,
Y en haciéndola un desden,
Otro ocupa mi lugar,
Y le veo con buen talle,
Que para verme salir,
Ronda su puerta y su calle,
¿Dónde me tengo de ir?
¿Cómo tengo de dejalle?

FÁTIMA.

De suerte que ¿no quereis
Sino sólo maltratados?

DON CÁRLOS.

Eso todas lo sabeis.

FÁTIMA.

De manera que, obligados,
¿Olvidais y aborreceis?

DON CÁRLOS.

Estoy por decir que sí.

FÁTIMA.

Y yo te quiero creer,
Pues aborreciendo á Alí,
Da en que he de ser su mujer,
Como yo en quererte á tí.—
¡Qué dije!

DON CÁRLOS.

No te arrepientas;
Que en esta desigualdad
Lo que no es posible intentas.

FÁTIMA.

¿Naciste sin voluntad?

DON CÁRLOS.

¿Por tan bárbaro me cuentas?

FÁTIMA.

No digo yo que lo eres;
Pero parecen mujeres
Los hombres, cuando los ruegan;
Y sin perder honra, niegan
Lo que tú negarme quieres.
Ea, cristiano y esclavo,
Acércate á mí: no seas
Tan desabrido y tan bravo.

DON CÁRLOS.

Quiero, Fátima, que creas
Que de cristiano me alabo.
Mi ley me aparta de tí.

FÁTIMA.

Si me quisieras, dejaras
El mismo cielo por mí.

DON CÁRLOS.

Tu padre...

FÁTIMA.

¿En eso reparas?

ESCENA IV.

AUDALLA, ALÍ.—FÁTIMA, DON CÁRLOS.

AUDALLA.

Yo te le presento, Alí;
Pero por precio, no puedo,
Pues á traer mil ducados
Partió un soldado á Toledo;
Que tiene deudos honrados.

ALÍ.

Basta: satisfecho quedo.

AUDALLA.

Demas, que le tengo amor;
Y si es para tus fragatas,
Será venderle rigor;
Que aunque tú no los maltratas,
Viviera en tierra mejor;
Que al alcanzar y al huir,
Es fuerza azotar y herir.

ALÍ.

Por Alá, que no es mi intento
Echarle al remo.

AUDALLA.

Esto siento.

FÁTIMA. (*Ap. á don Cárlos.*)

Cárlos, yo me quiero ir;
Que no quiero que me hable
El Alcaide, aunque te diera
Celos, que es licion notable.

DON CÁRLOS.

Yo pienso que entónces fuera
Roca al mar incontrastable.

(*Vase Fátima.*)

ALÍ.

Diez esclavos te daré
Por este español.

AUDALLA.

No sé
Cómo negártele pueda.
Ya es tuyo: contigo queda. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON CÁRLOS, ALÍ.

ALÍ.

(*Ap.* Fátima ingrata se fué.)
Cárlos...

DON CÁRLOS.

Señor...

ALÍ.

Ya eres mio;
Audalla te me vendió.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

De libertad desconfío.

ALÍ.

¿Sabes quién soy?

DON CÁRLOS.

Bien sé yo...
(*Ap.* Que contra el cielo porfío.
Él me quiere castigar.)

ALÍ.

¿Sabes que el Alcaide soy
De Tremecen?

DON CÁRLOS.

(*Ap.* Si tratar
Verdad no es ley donde estoy,
¿Qué tengo ya que esperar?)
Con Audalla he concertado
Mi rescate, y un soldado
Por él á España partió,
Y ¿hame vendido!

ALÍ.

Si yo
Soy, Cárlos, quien te ha comprado,
No pierdas las esperanzas.
Turco soy, que no soy moro;
Noble soy.

DON CÁRLOS.

¡Tantas mudanzas!...
(*Ap.* ¡Cielo! tu castigo adoro,
Y de Isabel las venganzas.)

ALÍ.

Ven conmigo; que yo creo
Que te has de hallar bien.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Deseo
La muerte...—pero si en fin
Es de los trabajos fin,
Un imposible deseo.

(*Vanse.*)

—

Calle Mayor de Madrid.

ESCENA VI.

ISABEL Y JULIO, *de camino. Mucha* GENTE *que pasa por la calle en diversas direcciones.*

JULIO.

Si pides de aquesa suerte,
La limosna será corta.
Mira que el pedir no quiere
Vergüenza.

ISABEL.

Pues pidan otras;
Que yo no puedo perder,
Julio, tan preciosa joya.

JULIO.

Pide con rostro apacible,
Pide con risa en la boca,
Y con los ojos de suerte,
Que las entrañas les rompas.
¡Bien hayan las cortesanas,
Que áun para pedir aloja,
Dan dos ojos en almíbar
Y una mano en pepitoria!
Da muñecas ¡pésia tal;
Que estas las llaman ahora
Pronóstico de los bajos,
Aunque hay temerarias sotas;
Que hay mujer de puños grandes,
Que despues que artificiosa
Da muñecas garrofales,
Tiene piernas cantimploras.
Pide con aire, con brio:
Que tu honor no se desdora
Porque les parezcas bien;
Que á ser eso cierta cosa,
No fueran dando en los coches
Manos blancas las hermosas,
Manteos cuando se apean,
Chapines cuando se mojan:
Y no te detengas tanto,
Ni á tantos cuentes tu historia.

ISABEL.

Pues ¿qué tengo que decir?

JULIO.

Aprende la jerigonza
De los pobres ordinarios.

ISABEL.

¿Estás loco?

JULIO.

Tú estás loca.
¿No has visto un pobre que tañe
Su vigüela, ó su bigornia,
Que en llegando á alguna puerta
Medio sonecillo toca,
Y si responden, espera,
Pasa el arco á la zampoña,
Y en diciendo «no hay que dalle»

El muchacho ó la fregona,
Sin tocar otro compas
Deja el son á media copla?
Pues eso mismo has de hacer.
Haz cuenta que eres gascona,
Y en viendo «Dios la provea»,
Dalle codo y tomar postas.

ISABEL.

¿Soy yo piedra, Julio? Yo
¿Soy bronce?

JULIO.

Si melindrosa
Pensára que hablas de ser,
¡Por Dios, que vinieras sola!
Llévote donde posaba
Un Duque de Alba que adorna
Mejor la Corte del Rey,
Que el verde campo la aurora;
Un Duque de Feria, honor
De los nobles Figueroas,
Con un Conde de Salinas
Que las cárceles adoran;
Un Duque del Infantado;
Que, no él, cualquier Mendoza
Puede traer los esclavos
De Argel y Constantinopla;
Un Duque insigne de Sesa,
De Córdoba honor y gloria,
Que te diera más escudos
Que el suyo trofeos bordan...
Dije que el Duque de Cea
Pasaba en una carroza:
No le quisiste pedir,
Ni despues en la Vitoria
Al Marqués de Peñafiel,
Ni al Enriquez á quien postra
Castilla como á Almirante
Las torres de su corona.
Pues si no pides á estos,
¿Qué esperas?

ISABEL.

Temor reporta
Mi lengua, mis plantas hiela.

JULIO.

Pues dame ese manto y toca:
Yo seré mujer de Cárlos;
Que no seré, si me enjoyas,
La primer mujer barbada:
Y para disculpa sobra
Que de la humedad del mar
Me salieron estas pocas.—
Allí va, corre tras él,
El Marqués de Barca-Rota,
Príncipe, que no sin causa
Puerto-Carrero se nombra.
Con el Conde de Saldaña
Va don Antonio de Borja.
Mira al Duque de Maqueda,
Que se parte á Orán agora:
Piedad tendrá, pues don Cárlos
Se perdió por ganar honra
En las campañas de Orán.

ISABEL.

¡Ay Julio! yo tiemblo toda.—
¡Ah señores!...—Yo no puedo.

JULIO.

Pues gente de toda broza
¿Qué nos han de dar? Ochavos.

ISABEL.

Soy nueva, estoy temerosa.

JULIO.

Para el Duque de Pastrana
No hay disculpa: llega, dobla
Esa condicion esquiva.

ISABEL.

Julio, no me descompongas.

JULIO.

El Arzobispo su hermano,
Adonde España atesora
Tantas virtudes y letras,
Que ya lo es de Zaragoza,
Con llanto igual de Granada,
Viene con él. ¿Qué te asombras?

ISABEL.

No puedo, Julio.

JULIO.

¡No puedo!
¡Oh, bien hayan las busconas,
Que van de noche tapadas
Por callejuelas angostas,
Zapateras al pedir,
Pues como al quitar las hormas
Tienen sus sacabocados,
Ellas tienen sacabolsas!
¡Vive Dios, que nos volvemos
Sin blanca!

ISABEL.

¿Deso te enojas?
¿Piensas tú que soy gitana,
Que he de llegar desa forma,
Julio, á decir al que pasa
Que tiene cara de rosa?
El arbitrio que me has dado
Es mi destruicion notoria,
Porque en llegando á pedir,
Ma dan mortales congojas.

JULIO.

¡Harto bien negociaremos!
Mas si tanta pena tomas,
Dale al Rey un memorial;
Que en su piedad generosa
Y cristianísimo celo
Hallarás, como conozca
Tu necesidad, remedio;
Ó á la Princesa española,
Si tenemos tanta dicha
Que alguno á sus piés te ponga.

ISABEL.

Espera, Julio; que viene
Un galan.

JULIO.

Llega animosa.

ESCENA VII.

FABIO.—ISABEL, JULIO, GENTE.

FABIO. (*A un criado.*)

¡Hola! llévame el caballo
Al juego de la pelota.

ISABEL. (*A Julio.*)

Caballo dice que tiene.

JULIO.

Si él es necio, tanto monta.

ISABEL. (*A Fabio.*)

Suplico á vuesa merced
Que me mande dar limosna
Para mi esposo cautivo.

FABIO.

¿Dónde?

ISABEL.

En Argel.

FABIO.

¡Buena moza!—
¿Cómo cautivó?

ISABEL.

En Orán,
Saliéndose de la tropa
En que iba á los aduares
De su campaña arenosa.

FABIO.

¿Cómo se llama?

ISABEL.

Don Cárlos.

FABIO.

¿De dónde sois?

JULIO. (*Ap.*)

¡Con qué sorna
Habla el señor cortesano,
Y le responde la tonta!

ISABEL.

De Toledo soy, Señor.

FABIO.

¡Hermosa ciudad!

ISABEL.

Famosa.

FABIO.

Señora, Dios os provea.—
Lleva ese caballo. ¡Hola! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ISABEL, JULIO.

JULIO.

Oleado estés, borracho,
¡Plega á Dios! ántes de un hora.
¡Dios os provea!

ISABEL.

¿Qué dices?
¿No quieres tú que me corra
De ver que un hombre galan
Desta suerte me responda?

JULIO.

¿Sabes cómo son aquestos
Tan compuestos de persona,
Y tan grandes majaderos,
Que es semejanza ingeniosa?
¿No has visto venir de Flándes
En unos lienzos agora
Pintado un galan bizarro
Con su cuello, capa y gorra,
Y mirándole de un lado
Es un jumento que rozna,
Con vara y media de orejas?
Pues en esto se trasforman
Muchos destos cortesanos.

ISABEL.

Las preguntas enfadosas
En «Dios, Señora, os provea»
Pararon, despues de un hora.
No es oficio para mí.
—Mas con dos damas hermosas
Vienen dos gallardos mozos.

JULIO.

Estos, de vergüenza sola,
Te darán cuarenta escudos.

ISABEL.

Los treinta y nueve perdona.

JULIO.

Hay pobre que en viendo hembras
Toda la labia desdobla,
Porque sabe que por ellas
Es la limosna forzosa.

ESCENA IX.

CELIA Y OTAVIA, *con mantos;* ROSELIO Y LUDOVICO.—ISABEL, JULIO.

ROSELIO.

Y ¿dónde en efeto vais?

CELIA.

A la comedia famosa
Que representa Morales.

LUDOVICO.

¡Famosa! ¿Cómo se nombra?

OTAVIA.

La Rueda de la Fortuna.

ROSELIO.
Teneis razon: escribióla
El doctor Méscua.

LUDOVICO.
Bebió
Todo el cristal de Helicona.

ISABEL.
Suplicó á vuesas mercedes
Dén su bendita limosna
Para rescatar un hombre.

OTAVIA.
Si esos ojos le aprisionan,
¡Quién le basta á rescatar?

CELIA.
¡Qué belleza!

LUDOVICO.
Milagrosa.
Si me quereis por esclavo,
Tendré por dicha y por honra
Serlo de tan dulce Argel,
Que cautiva y enamora.

ISABEL.
Requiebros, señor hidalgo,
Vicio son, que no limosna.
Mirad que esta allí mi hermano.

LUDOVICO.
Las ofensas amorosas
Merecen perdon.—Tomad.

ISABEL.
¡Págueos Dios la buena obra!

ROSELIO.
Esto recibid de mí,
Y ¡dichoso del que goza
De tal prision!

(*Vanse los dos caballeros y las dos damas.*)

JULIO.
¿Qué te han dado?

ISABEL.
Dos de á ocho; pero nota
Que fué, por esas mujeres,
Limosna de vanagloria.

JULIO.
Ella vino con muletas;
Que debia de estar coja.

ESCENA X.

ELISO, UN CRIADO.—ISABEL, JULIO.

ELISO. (*Al criado.*)
Dirásle que vuelvo luego.

JULIO.
Otro llega: al mar te arroja.

ISABEL.
Para un cautivo, Señor.

ELISO.
Estas bellezas ociosas
Andan con aquestas flores.
¡Mal haya quien no os azota!

JULIO. (*Queriendo desenvainar.*)
¡Guarda la cara!

(*Vanse Eliso y el criado.*)

ESCENA XI.

ISABEL, JULIO.

ISABEL.
¡Esto es hecho!
Si cuanto cercan las ondas
Del mar me diesen, no pienso
Pedir más.

JULIO.
Ya con la hoja
Estuve por responder.

ISABEL.
Julio amigo, á Barcelona
O á Valencia caminemos;
Que una invencion milagrosa
Se me ha ofrecido por Cárlos.

JULIO.
¿Cómo?

ISABEL.
En esclava me torna,
Y véndeme á quien te diere,
Pues hay muchos que las compran,
Lo que falta del rescate.

JULIO.
¿Estás loca!

ISABEL.
No interrumpas
El intento de mi amor.

JULIO.
¿Y los clavos?

ISABEL.
Pues ¿qué importa
Si me los puedes fingir?

JULIO.
Celebren versos y prosas
Tu nombre.

ISABEL.
¿Qué voz es esta?

JULIO.
Es de un hombre que pregona
Un coche para Sevilla,
Linda ciudad.

ISABEL.
Nueva Roma.
Éste alquila.

JULIO.
Voy.

ISABEL.
El cielo
Mi buena intencion disponga.

JULIO.
¿De quién se contó en el mundo
Una hazaña tan heróica?

(*Vanse.*)

—

Calle en Tremecen.

ESCENA XII.

DON CÁRLOS, ALÍ.

ALÍ.
Yo quiero que andes galan,
Aunque en hábito de esclavo.

DON CÁRLOS.
Tu hidalgo término alabo.

ALÍ.
¿Qué sabes, Cárlos, de Orán?

DON CÁRLOS.
No más de que han proveido
Al gran Duque de Maqueda,
Y que mi soldado queda
En nuestra tierra afligido
En no juntar mi rescate;
Que mi tio se ofendió
De que me casase yo,
Y no hay quien de darle trate.
Sólo dice que Isabel
Vendió su pobre hacendilla.

ALÍ.
Por Alá, que maravilla
Ver una mujer fiel.

DON CÁRLOS.
Es de suerte, que me ha hecho
Venir á tenella amor.

ALÍ.
Y ¿que conserva su honor
En ausencia!

DON CÁRLOS.
Sí, sospecho.

ALÍ.
Siendo tan pobre y tan bella,
¡Tanta virtud, donde usais
La libertad que les dais!

DON CÁRLOS.
La virtud se prueba en ella.

ALÍ.
Difícil es de creer.
Yo pienso que amor te engaña:
En la libertad de España,
Virtud, pobreza y mujer
No puede ser.

DON CÁRLOS.
Las que aquí son virtuosas,
Alcaide, sonlo forzadas;
En España son honradas
Por sí mismas, siendo hermosas.
Y pues que llega á tener
Isabel, con tal belleza,
Tanto honor en tal pobreza,
Virtud, pobreza y mujer
Bien puede ser.

ALÍ.
Si aquí con tanto recato
Aun no podemos vivir,
Donde el dejarlas salir
Es de muchos hombres trato,
¿Cómo, libres, puede haber
Lo que falta á quien las cierra?
Mira, Cárlos, que en tu tierra
Virtud, pobreza y mujer
No puede ser.

DON CÁRLOS.
Hay tantas allá tan buenas,
Que con esa libertad,
De ejemplos de honestidad
Están las ciudades llenas.
Si se deja parecer
Una mujer tan hermosa,
Por ser pobre y virtüosa,
Virtud, pobreza y mujer
Bien puede ser.
Pero quiérote enseñar
Una carta que me escribe.

ALÍ.
De quien tan honrada vive,
Déjame el papel besar.
¡Pluguiera á Alá me quisiera
Fátima, como Isabel
Te quiere! pues tan cruel
En no querer persevera
Acetar el casamiento
Que tenemos concertado
Yo y su padre.

DON CÁRLOS.
Tu cuidado
Suspende, y estáme atento.
(*Lee.*) «Cautivo del alma mia,
»Donde está mi libertad,
»Por quien vivo en soledad
»En esta noche sin dia:
»Desde Toledo te envía
»El alma (si hay alma en mí,
»Pues sabes que te la dí)
»Más suspiros que razones
»Y más almas que renglones,
»Para que vivan en tí.
»Esta tinta con que escribo
»Lágrimas del pecho son,
»El papel, del corazon,

»Que está contigo cautivo.
»No sé, mi bien, cómo vivo;
»Pero sé que he de morir;
»Que no puedo resistir
»De tu prision los enojos,
»Porque ausente de tus ojos,
»Es imposible vivir.
»No los vuelvo á parte alguna,
»Donde, aunque me fuiste ingrato,
»No me asombre tu retrato,
»Aunque sin piedad ninguna.
»Quejarme de mi fortuna
»No quiero, pues que te vi;
»Que vale más para mí
»El ser de ti aborrecida,
»Que tener descanso y vida
»En otros brazos sin ti.
»¡Ojalá que aquese moro
»Me quisiera en tu lugar!
»Que yo fuera á rescatar
»Con mi vida la que adoro.
»Dicenme que árenas de oro
»Lleva el Tajo: si esto fuera,
»Una á una las cogiera
»Para juntar tu rescate;
»Pero a que venderme trate,
»Cárlos, con paciencia espera.
»Dos hierros pienso ponerme,
»Y venderme por librarte,
»Carlos, en alguna parte,
»Que no puedan conocerme.
»A todo pienso atreverme,
»Hasta morir ó vencer;
»Esta te dará Jafer,
»Y él te dirá cómo quedo,
»Y que hay juntas en Toledo
»Virtud, pobreza y mujer.»

ALÍ.

Huélgome de haberla oido.
Aqueste Jafer ¿quién es?

DON CÁRLOS.

Un moro de Ifre.

ALÍ.

Que estés
Agradecido te pido;
Que lo merece Isabel:
Y que tengas esperanza
Que habrá muy presto mudanza
En tu fortuna cruel.
Ya ves que á Fátima adoro:
Si negocias que me quiera,
Que será mi boda espera
Tu rescate, á fe de moro.
Yo te daré libertad.

DON CÁRLOS.

Cuando en España se muere
Quien tiene esclavos, y quiere
Mostrar entónces piedad,
Libres los deja al partirse;
Y si tú me la has de dar
Casándote, harás pensar
Que es el casarse morirse.

ALÍ.

Esto procura, pues puedes;
Que en persuadir teneis gracia
Los cristianos.

DON CÁRLOS.

Mi desgracia
Con tu nuevo intento excedes.

ALÍ.

Mis galeotas están
A vista de Tremecen:
Visitarlas será bien
Miéntras tus cuidados van
A pedir para los dos
A Fátima libertad.

DON CÁRLOS.

De tu liberalidad
La espero.

ALÍ.

Guárdete Dios. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON CÁRLOS.

Desde estas playas bárbaras y costas
Que miran la desierta Berbería,
Toma por verte, España, cada dia
Alas el alma, y la esperanza postas.
Amor, que la más verde selva agostas
De las que tiene quien en ti confía,
Pues si á tus puertas el engaño guia,
De entrar son anchas, de salir angostas;
¿Cuándo veré mi patria? ¿Cuándo el
Tajo, que baña de cristal sonoro [claro
La gran ciudad que fué de España
[amparo?
¿Cuándo, al opuesto de su Atlante
[moro,
Serán sus torres de mis naves faro?
Que de la libertad no es precio el oro.

ESCENA XIV.

FÁTIMA, ARLAJA.—DON CÁRLOS

FÁTIMA. (*A Arlaja.*)

¡Qué buen encuentro al salir
Del baño!

ARLAJA.

¿Es este el esclavo?

FÁTIMA.

¿Parécete que le alabo
Sin causa?

ARLAJA.

Puedes decir
Que vives bien empleada.

FÁTIMA.

Aun no le parezco bien.

ARLAJA.

¿Qué es la causa?

FÁTIMA.

Que tambien
Tiene el alma apasionada.

ARLAJA.

¿Hate visto bien?

FÁTIMA.

No sé.

ARLAJA.

Descúbrete más.

FÁTIMA.

No puedo;
Que tengo á algun lince miedo,
Que por ventura me ve.

ARLAJA.

Finge que por el cendal
Te va una araña.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya baja
Fátima del baño.

FÁTIMA.

¡Arlaja!
¡Arlaja! ¡Ay Dios! ¡qué animal!

ARLAJA.

Sacude el manto de presto.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Bizarro talle!

ARLAJA.

¡Ay, cristiano!
Llega, llega, da la mano
A Fátima!

DON CÁRLOS.

Pues ¿qué es esto!

FÁTIMA.

¡Ay, Cárlos! tan fiera araña
En mi vida pensé vella.

DON CÁRLOS.

Para dejar de tenella,
¡Buen san Jorge os acompaña!
Traed con vos un membrillo
O algun pedazo de sal;
Que á su veneno mortal
Son contrayerba y cuchillo.
Pero yo tengo que hablaros.

FÁTIMA.

De aquí á mi casa podrás,
Aunque fuera della estás.

DON CÁRLOS. (*A Arlaja.*)

Y á vos quiero suplicaros
Lo que decirla rehuyo.

ARLAJA.

¿Qué te ha parecido el talle
De Fatima?

DON CÁRLOS.

Que envidialle
Puede el sol.

ARLAJA.

Pues ése es tuyo.

DON CÁRLOS.

¿Qué puedo hacer?

ARLAJA.

Que no aguarde
A hablarte, perdiendo honor;
Que á mujer que tiene amor,
Enfada un hombre cobarde.

(*Vanse.*)

—

Calle en Sevilla.

ESCENA XV.

HIPÓLITO, FINARDO.

HIPÓLITO.

En esto me entretuve todo el tiempo,
Finardo, que sabeis, tan olvidado,
Como si hubiera con el griego Ulises
Comido el árbol del olvido eterno.

FINARDO.

Amor es un hechizo dulce y tierno
Que embelesa y aduerme los sentidos,
En este error fantástico perdidos.

HIPÓLITO.

Quise notablemente la belleza
Desta mujer.

FINARDO.

Y siendo su pobreza
Tan notable, ¿fué siempre virtüosa?

HIPÓLITO.

Vivió siempre, Finardo, cuidadosa
Con tanta honestidad como hermosura.

FINARDO. [tura

Merece en bronce, en oro, en escul-
De pórfidos lustrosos, por más gloria,
Escribir á los siglos su memoria.

HIPÓLITO.

No sólo yo de aquesta fortaleza
Fuí resistido; pero el oro, el ruego,
La diligencia de otros mil amantes,
Que vieron sus almenas de diamantes
De valientes soldados coronadas,
Reluciendo los yelmos, las espadas
Del honor, la vergüenza y el recelo,
Por quien pelea agradecido el cielo.
Toledo en lo demás me entretenía,
Ya por los verdes bosques escuchando

Los ruiseñores en los altos olmos,
Ya sentado á la orilla de su rio,
Viendo casi los peces en la arena,
Pues al rojo metal de que está llena
Sirve de toldo de cristal el agua.
Allí pues donde el pensamiento fragua
Tantas resoluciones y quimeras,
Trazaba ver del Bétis las riberas;
Pero luego me echaban sus prisiones
De Isabel las divinas perfecciones.

FINARDO.

Bien estais en la patria, bien en Gradas.

HIPÓLITO.

¿Qué gente es esta que mirando viene
Con círculo vulgar alguna cosa,
Que debe de ser nueva y monstruosa?

FINARDO.

Una esclava que venden junta el vulgo.

HIPÓLITO.

Y tienen gran razon, pues su belleza
Mas muestra una real naturaleza,
Que no de humilde y bajo nacimiento.

FINARDO.

Teneis razon.

HIPÓLITO.

Estad al precio atento.

ESCENA XVI.

ISABEL, *con hierros en el rostro*, JULIO, UN PREGONERO, DOS MERCADERES, GENTE. — HIPÓLITO, FINARDO.

MERCADER 1.°

Lo que digo daré.

JULIO.

Pues es muy poco.

MERCADER 1.°

No se ha dado tal precio por esclava,
Y aun en Sevilla me tendrán por loco.

HIPÓLITO.

¿Sabeis, Finardo amigo, qué miraba,
Si no es que con las ánsias me provoco?
Que es esta la Isabel que yo adoraba.

FINARDO.

Pues ¿era esclava?

HIPÓLITO.

No, sino señora.
Faltó, por Dios, naturaleza agora.
Este es su rostro; y si en sus rosas viera
Ménos los clavos sin respeto impresos,
Que era la misma que adoré dijera.

FINARDO.

Son de un ausente amor locos excesos.

HIPÓLITO.

El alma que me avisa persevera.

FINARDO.

En el mundo se ven tales sucesos.

HIPÓLITO.

Sea quien fuere, parecella basta,
Como no la parezca en ser tan casta.

FINARDO.

Pues ¿compraria quereis?

HIPÓLITO.

¿Quién no codicia
Tanta hermosura?

MERCADER 2.°

Doy los cuatrocientos.

MERCADER 1.°

Parece que los distes de malicia.

MERCADER 2.°

Rufino, en el comprar no hay cumplimientos.

HIPÓLITO.

¿Qué piden de la esclava?

MERCADER 1.°

Si es justicia,
A mí me la darán.

PREGONERO.

Piden seiscientos,
Y cuatrocientos dan.

HIPÓLITO.

La esclava es mia.

MERCADER 1.°

Por vos me huelgo.

MERCADER 2.°

Haceisme cortesía.

PREGONERO.

Pues buen provecho, y buena pro le haga.

JULIO.

¿Dónde se ha de acudir por el dinero?

HIPÓLITO.

En oro, y luego, llevaréis la paga.

JULIO.

Merced me haréis, porque partirme quiero.

HIPÓLITO.

(*Ap.* No hay imaginacion que satisfaga
Al bello rostro que miré primero.)
¿De dónde sois?

ISABEL.

Señor, de Berbería.

HIPÓLITO.

¡Bendiga el cielo tierra que tal cria!

JULIO. (*Ap.*)

Pues bendiga en Toledo al Pozo amargo.

HIPÓLITO.

¿Sois cristiana?

ISABEL.

Querria.

JULIO.

Pruebe á dalle
Dos lonjas de pernil, así á lo largo.

HIPÓLITO.

Yo he comprado un tesoro en vuestro talle.—
Venid tras mí.

ISABEL.

Ya voy. (*Ap. á Julio.* Julio, á tu cargo
Queda mi bien.)

JULIO.

Yo parto á rescatalle.

ISABEL.

Y yo en Sevilla por esclava quedo.

JULIO.

Y laurel de las armas de Toledo.

ACTO TERCERO.

Huerta extramuros de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

HIPÓLITO, FINARDO.

FINARDO.

¿De esa suerte se defiende?

HIPÓLITO.

Dos meses há que peleo
Con ella y con mi deseo.

FINARDO.

Pues ¿qué dice?

HIPÓLITO.

Que no entiende.

FINARDO.

Las irlandesas que á España
Vinieron, si les decian
Que sirviesen, respondian
Eso mismo.

HIPÓLITO.

¡Cosa extraña!
¡Que una esclava se defienda
De su dueño, y siendo mora!

FINARDO.

Si ella en el honor adora,
No es mucho que no le ofenda.

HIPÓLITO.

Creo que tiene por Dios
La honra esta alarbe fiera.

FINARDO.

Por Dios, que yo la vendiera,
Si fuera, Hipólito, vos.
Vos no comeis ni dormís
Ni un instante sosegais;
Si de vos no la apartais,
Con más tormento vivís
Que de Sicilia el tirano,
Que Falaris de Agrigento.

HIPÓLITO.

Hoy en esta huerta intento
El postrer remedio humano.
Los criados con secreto
Hice á Sevilla volver.
Ella sola ¿qué ha de hacer,
Si doy á la fuerza efeto?

FINARDO.

Rendirse, pues no hay aquí
Quien la escuche, aunque dé voces.

HIPÓLITO.

Estas bárbaras feroces
Se quieren tratar ansí.
Salid presto, que ha venido,
Y cerrad con esta llave
La huerta.

FINARDO.

Voy. (*Vase.*)

HIPÓLITO.

Amor sabe
Que estoy perdiendo el sentido.

ESCENA II.

ISABEL. — HIPÓLITO.

ISABEL. (*Sin ver á su amo.*)

Verdes álamos altos, cuyas copas
Las gavias vencen destas fuertes naves,
Haciendo en vos los céfiros suaves
Las hojas velas y las ramas popas;
Adonde acuden en diversas tropas
Mil diferencias de pintadas aves,
Campos de flores y edificios graves,
Donde roba el amor tantas Europas:
Arbol de Palas, de la paz despojos,
Que al claro Bétis coronais la frente
Entre ovas verdes y corales rojos:
Llorad conmigo, convertidme en fuente;
Mas ¡ay! que aunque sus hojas fueran ojos,
No pudieran llorar mi dulce ausente.

HIPÓLITO.

Zaida...

ISABEL.

Señor...

HIPÓLITO.

¿Han traido
La comida?

ISABEL.

A punto está;
Mas ¿dónde Antonio se va,
Quedando en casa Leonido?
A ningun criado veo:
Su descuido castigad.

HIPÓLITO.

Conocen mi voluntad,
Adivinan mi deseo.
Solos estamos aquí:
Yo he trazado la invencion.

ISABEL.

Pues ¿á qué efeto?

HIPÓLITO.

En razon
De que te duelas de mí.
Pareces tanto á Isabel,
Que ménos, Zaida, quisiera;
Pues quien no la pareciera,
¿Como fuera tan cruel?
Quiere, Zaida, quiere á un hombre
Que es por lo ménos tu dueño.

ISABEL.

Como quien de un grave sueño
Despierta oyendo su nombre,
De mi tierna condicion
Sale mi honor en oyendo
Vuestra ofensa.

HIPÓLITO.

¿En qué te ofendo?

ISABEL.

En esa loca aficion.

HIPÓLITO.

¡En quererte! Bien se ve
Que eres, bárbara, de tierra
Que la dulce paz destierra
Que nace de amor.

ISABEL.

¿Por qué?

HIPÓLITO.

Todas las cosas criadas
Están al amor sujetas,
Y no pueden ser perfetas
Si estan de amor separadas.
En los orbes celestiales
Hay una perfeta union,
Que causa su duracion
Con movimientos iguales;
Y con ser los elementos
Tan contrarios, él tambien
Los hace que en paz estén,
Y enfrena sus movimientos.
Al agua adora la tierra,
Al aire el agua, y al fuego
El aire; que el amor luego
Vuelve en paz su eterna guerra.
Cuanto vive está con él
En una cadena eterna,
Y cuanto enlaza y gobierna
Tiene duracion por él.
Aman, Zaida, aquestas flores,
Y amor es tercero aquí;
Que parece que entre sí
Se casan con sus colores.
No lleva fruto la palma,
Si está donde no la vea
La palma que ella desea;
Que hay en los árboles alma.
Aman las fieras, suspiran
Los peces mudos, las aves
Dicen sus quejas süaves
A las fuentes que las miran;
Y las aguas dan señales
De amar, pues con dulce son,
Por estar en más union,
Se convierten en cristales.
Quiere tú, pues no es tu ser
De piedra, planta ni flor,
Si quien no conoce amor
Se puede llamar mujer.

ISABEL.

Si yo amase en otra parte,
¿Qué tan bárbara sería?

HIPÓLITO.

Sería desdicha mia...
Y ocasion para matarte.

ISABEL.

Si amase un hombre en Orán
De mi ley y de mi tierra,
Y que más partes encierra
De gentil-hombre y galan,
¿En qué os ofendeis de mí?

HIPÓLITO.

En que está ausente y le quieres;
Que no soleis las mujeres
Tratar los hombres así.

ISABEL.

Si le olvidara, dijeras
Que era falsa y desleal:
Ni os agrada el bien ni el mal,
Ni las burlas ni las veras.

HIPÓLITO.

Zaida, cerrados estamos;
Yo tengo resolucion
De salir con mi intencion:
Si las voces excusamos,
Será bien para los dos;
Si no, yo sabré taparte
La boca. No hay que turbarte.

ISABEL.

¿Que estás resuelto?

HIPÓLITO.

Por Dios,
Que está todo prevenido,
Y hasta las puertas guardadas:
Las voces son excusadas.

ISABEL.

Pues que me escuches te pido.
Yo no soy Zaida.

HIPÓLITO.

Pues ¿quién?

ISABEL.

Isabel la de Toledo.

HIPÓLITO.

Si fuese verdad, no puedo,
Amor, desear más bien.
Tú me quieres engañar.

ISABEL.

Pues ves los clavos aquí. [1]

HIPÓLITO.

¡Isabel y esclava!

ISABEL.

Ansí
Me manda amor disfrazar.

HIPÓLITO.

Pues ¿por qué causa te has puesto
En hábito tan extraño?

ISABEL.

Por amor, tuve el engaño
Que has visto, por más honesto.

HIPÓLITO.

Tanto tu virtud me agrada,
Que me casaré contigo,
Y desde ahora me obligo.

ISABEL.

No puedo; que soy casada.

HIPÓLITO.

¡Casada, Isabel! ¿Con quién?

[1] Parece que aquí se los quita, ó borra, por ser postizos ó fingidos.

ISABEL.

Con don Cárlos de Aragon,
Que desde aquella prision
Tú le conociste bien.
Echáronle por seis años,
Por la muerte de don Juan,
Hipólito noble, á Orán,
De que nacieron mis daños.
Cautiváronle, vendí
Mi hacendilla, nó alcanzó;
Pedí, ninguno me dió;
Que con vergüenza pedí.
En mil remedios hallé
Que si por él me vendia,
Con mi obligacion cumplia:
Vendíme, á Julio envié.
Dél una carta he tenido,
Que el primer dueño vendió
A Cárlos, á quien compró
Un alcalde bien nacido,
Que lo tiene en Tremecen;
Que estos dias que he llorado,
Esta carta lo ha causado.

HIPÓLITO.

Premio los cielos te dén,
Isabel, de esa firmeza,
Y rindante su laurel
Ródope y Porcia, Isabel,
Y su casta fortaleza
Sulpicia, Lucrecia y Drías,
Y hónrese tu patria bella
De que tú naciste en ella
En tan peligrosos dias.
A ejemplo de tu valor,
Tan liberal quiero ser
(Que no es bien que una mujer
Pueda tenerle mayor),
Que á Orán tengo de partir,
Y tu esposo rescatar;
Que historia tan singular,
Cuando se venga á escribir,
No ha de dar más maravilla
Por virtud que envidiar puedo,
De una mujer de Toledo,
Que de un hombre de Sevilla.
Voy á hacer abrir la puerta;
Que ya sé que de la Fama,
Que con su laurel te llama,
La tienes al templo abierta,
Donde en gloria de tu nombre
Puede este siglo poner
Que hubo en el una mujer
Que se vendió por un hombre.

ISABEL.

Espera, Hipólito, espera.
¿Dónde me quieres dejar?

HIPÓLITO.

En mi casa, hasta tomar
La playa desta ribera,
Adonde á Cárlos traeré.

ISABEL.

Eso no: yo he de ir contigo.

HIPÓLITO.

Si quieres venir conmigo,
Hasta Orán te llevaré;
Y llevaré para el moro
Telas, joyas, Isabel,
Que me dé otros mil con él
Por granas, diamantes y oro.

ISABEL.

Beso tus piés; que si aquí
Algun valor he tenido,
Tú le venciste, que has sido
Quien pudo vencerse á sí.
Vamos, y un mismo laurel
Para los dos se confirme:
A mí por mujer y firme,
Y á ti por hombre y fiel.

(*Vanse.*)

Sala ó patio de casa de Audalla en Tremecen.

ESCENA III.

FÁTIMA, ALÍ.

FÁTIMA.

¡Cómo tengo yo de amarte,
Alcaide, si de mis ruegos
Nunca conocí en tu amor
La ejecucion que deseo?
¿No te he rogado que echases
Aqueste español al remo?
¿Por qué le tienes en casa?

ALÍ.

Fátima, todo lo entiendo.
Porque Cárlos ha tratado
Contigo mi casamiento;
Porque no te quiere Cárlos,
Te vengas de su desprecio.

FÁTIMA.

¿Sábeslo ya?

ALÍ.

Ya lo sé,
Y tambien lo sabrá presto
Audalla tu padre.

FÁTIMA.

Audalla
Es mi padre y es mi dueño.
Confieso que quise á Cárlos;
Pero fué con pensamiento
De hacer un servicio á Alá
Con darle este hombre.

ALÍ.

Yo creo
Que fué tu celo piadoso;
Pero no lo son mis celos.

FÁTIMA.

Tú ¿no dices que me quieres?

ALÍ.

Bien sabes tú que te quiero.

FÁTIMA.

Pues haz diligencias tú,
En tanto que yo no puedo,
Para desenamorarme.

ALÍ.

Dímelas tú.

FÁTIMA.

Espera.

ALÍ.

Espero.

FÁTIMA.

Para desenamorar,
Dicen que el mejor remedio
Es casar una persona
Con la que tiene en deseo:
Siendo así, con él me casa,
Y verás, Alí ¡qué presto,
Si la receta no miente,
Desenamorada quedo!

ALÍ.

¡Que te case con él!

FÁTIMA.

Sí,
Para que pueda con esto
Pasar á Cárlos, Alcaide,
Todo el amor que le tengo.

ALÍ.

Harto mejor es matarle,
Que es el remedio mas cierto;
Y ese lo he de ejecutar,
Pues á perderme el respeto
Llega de tu loco amor,
Fátima, el infame exceso.
Presto llorarás su muerte. (*Vase.*)

FÁTIMA.

¡Ay, cielos! poned en medio
De los dos vuestra piedad!

ESCENA IV.

DON CÁRLOS.—FÁTIMA.

DON CÁRLOS.

Fátima hermosa, ¿qué es esto?

FÁTIMA.

¿No te vió el Alcaide?

DON CÁRLOS.

No.

FÁTIMA.

Pues huye, Cárlos; que pienso
Que quiere matarte Alí.

DON CÁRLOS.

Pues ¿dónde, Fátima, puedo?

FÁTIMA.

A esos montes, á esos valles
Del rio; que pues yo llego
A quitarte de mis ojos,
Ten el peligro por cierto.
Daránte dorado fruto
Las palmas para sustento,
Agua te darán mis ojos.

DON CÁRLOS.

Guárdete, Fátima, el cielo. (*Vase.*)

ESCENA V.

ALÍ, *con un alfanje desnudo.*—FÁTIMA.

ALÍ.

¿Ha venido aquí mi esclavo?

FÁTIMA.

Mil veces, Alí soberbio,
El espejo de tus ojos
Me llamaste; no lo creo,
Pues dicen que el más airado,
Como se mire á un espejo,
Pierde la cólera; y tú,
Viéndote en mí, no lo has hecho.

ALÍ.

¿Qué importa que espejo seas,
Si te ha manchado el aliento
De un esclavo?

FÁTIMA.

¿Por qué diste
Por Cárlos tanto dinero,
Si era persona tan vil?

ALÍ.

Por tratar mis pensamientos
Con un discreto; que dicen
Que los alivia un discreto.

FÁTIMA.

Oye, Alcaide, por tu vida.

ALÍ.

Si son entretenimientos
Para que yo no le mate,
Presume que ya te entiendo.

FÁTIMA.

Antes te engañas, Alí,
Porque hoy me contó Fidelio
Que por el rio á la mar
Él y otros cuatro se huyeron.

ALÍ.

Doy albricias, por Alá,
Aunque mil escudos pierdo;
Que más que cien mil escudos
Pesan dos horas de celos.

ESCENA VI.

JULIO, ARLAJA.—ALÍ, FÁTIMA.

ARLAJA. (*A Julio.*)

El que miras es Alí.

JULIO.

Con salvoconduto vengo
Del gran General de Orán
Para desde aquí á Marruécos,
Famoso Alcaide, á quien guarde
Por muchos años el cielo,
Para rescatar á Cárlos,
Un cristiano de Toledo,
Que fué cautivo de Audalla.

ALÍ.

¿Dónde tienes el dinero?

JULIO.

¿Dónde tienes el esclavo?

ALÍ.

El esclavo no le tengo;
Que se me huyó desde anoche.

JULIO.

Pues, Alcaide, yo me vuelvo.

ALÍ.

Daca el dinero.

JULIO.

En Orán
Le tiene Josef Hebreo,
Donde le he depositado.

ALÍ.

¿Quién eres tú?

JULIO.

Soy su deudo.

ALÍ.

No serás sino su deuda,
Pues de ti cobrarla espero.
El esclavo se va á España:
Dame, cristiano, el dinero.

JULIO.

Ya te digo quien lo tiene:
Y yo ¿por qué te lo debo?

ALÍ.

¡Hola!

ESCENA VII.

ZARTE, MAIREN, MUZA.—FÁTIMA, ALÍ, JULIO, ARLAJA.

ZARTE.

Señor...

ALÍ.

Una almilla,
Bonete y cadena presto,
Y dadle docientos palos,
Hasta que caliente un remo.

JULIO.

¡Docientos palos! ¡Por Dios,
Que bien despachado vengo,
Pues que pidiendo un cautivo,
Quieren que lleve docientos!
Pasito, señores moros.
(*Vanle desnudando.*)

MAIREN.

Acabe, vístase presto.

JULIO.

Esto más es desnudar.

ALÍ.

Todo cuanto ves he hecho,
Fátima, por darte enojo,
Y vengarme de aquel perro.

JULIO.

Al Conde pienso escribir
Que así le guardas respeto.

ALÍ.

Pues dile al Conde que venga,
Y á Tremecen ponga cerco. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FÁTIMA, JULIO, ARLAJA, ZARTE, MAIREN, MUZA.

JULIO.

¿Hay hombre más desgraciado!

FÁTIMA.

¿Qué hay, cautivo?

JULIO.

¡Aquesto es bueno!

ARLAJA.

¿Qué hay, esclavo?

JULIO.

Ya se enmienda.
¡Vive Dios, que no há un momento
Que estaba libre, señoras!

FÁTIMA.

Soldado, aquestos sucesos
Son de la guerra.

JULIO.

¡Qué guerra!
Que en mi vida, fuera desto,
Salí de Zocodover.

FÁTIMA.

Cristiano, verdad diciendo,
Bárbaro ha sido el Alcaide.

JULIO.

Sea bárbaro ó barbero,
¡Vive Dios, que no podia
Tenerme sin culpa preso,
Porque yo vengo de paz!

ARLAJA.

El os tendrá, por lo ménos,
Aquí trece ó catorce años.

JULIO.

¡Trece ó catorce! ¡Santelmo!
¡Vive Dios, que es maldicion
Si entre bárbaros me quedo,
Pues por no pagar la barba,
Di perro muerto á un barbero!
Adios, España; adios, patria;
Adios, Tajo; adios, Toledo;
Huerta del Rey, Cigarrales...

FÁTIMA.

Pues ¿los llorais?

JULIO.

Poco ménos.

FÁTIMA.

Ahora bien: venid conmigo;
Que quiero daros remedio
Para vos y para Cárlos.

JULIO.

Mil veces los piés os beso;
Que bien será menester,
Segun los tienen pequeños
Las señoras africanas.

FÁTIMA.

La historia contaros quiero
Del enojo del Alcaide.

JULIO.

Y yo deciros que tengo
Una hambre temeraria.

FÁTIMA.

Tambien regalaros pienso.

JULIO.

¿Habrá cosa de pernil?

FÁTIMA.

¿Qué es pernil?

JULIO.

Puerco.

FÁTIMA.

¿Qué es puerco?

JULIO.

Cochino.

FÁTIMA.

¿Cómo?

JULIO.

Tocino.

ARLAJA.

Aquí no se trata de eso.
Arrope, miel y alcuzcuz
Hasta no más os daremos.

JULIO.

¡Alcuzcuz! Ahora bien, vamos.
¡Ah España, tierra del cielo!
(*Vanse.*)

—

Campo de Tremecen.

ESCENA IX.

ISABEL É HIPÓLITO, *en traje de moros.*

HIPÓLITO.

Con la nueva que tuve que vivia
Cárlos en Tremecen, doblando el cabo,
Vine á vista de Argel y de Bujía.

ISABEL.

La poblacion de aquesta costa alabo.

HIPÓLITO.

Deshizo á Tremecen de Argel la envi- [dia,
Que la trataba como á propio esclavo:
Tanto, Isabel, la sujecion fastidia.

ISABEL.

Pequeño reino.

HIPÓLITO.

Quince millas tiene
Desde el mar á los montes de Numidia.
Estos pocos castillos entretiene
Por las guerras del Turco y Cárlos quin- [to.

ISABEL.

Veloz el rio al mar huyendo viene.
Ya mi cautivo en la memoria pinto,
Del africano sol todo abrasado,
Y de la suya mi valor distinto.[1]

HIPÓLITO.

¡Qué notable es la industria que has [pensado
De fingirnos moriscos españoles,
Para buscar á Cárlos sin cuidado!

ISABEL.

Ya voy sintiendo los ardientes soles
De aquesta tierra vil.

HIPÓLITO.

Tienen su arena
Los trópicos en rojos arreboles.
Siéntate un rato en esta orilla amena,
Puesto que no corone al claro rio
Mastranzo, lirio, trébol y verbena,
Hasta que descogiendo el manto frio
De la noche la tarde perezosa,
Llegue la barca que á la sirga envio.

ISABEL.

Puesto que el corazon nunca reposa,
Sentarme quiero, á ver si vence el sue- [ño
Una imaginacion tan poderosa.
(*Siéntanse.*)

[1] *Distinto:* y mi valor distante (esto es, *léjos*) de su memoria.

ESCENA X.

DON CÁRLOS.—ISABEL, HIPÓLITO.

DON CÁRLOS. (*A lo léjos.*)

Huyendo voy de aquel tirano dueño,
Hasta que su furor injusto pase,
Que nunca con los celos fué pequeño.
Aunque su misma condicion le abrase,
Si debiera el honor con juramento,
Aconsejo á cualquiera que se case.
¡Ay, Isabel! ¡qué claramente siento
Que el cielo me castiga aquel engaño!
¡Mas ay! ¿quién habla aquí si no es el [viento?
A quien huyendo teme el propio daño,
Las peñas hombres y armas le pare- [cen,
Hasta que son las manos desengaño.
Si son moros aquellos que se ofrecen,
Yo soy perdido. ¡Extrañas confusiones!
Y mis ingratitudes las merecen.
Allí bajan al agua dos leones.
De los dos daños, á los moros quiero;
Que hay mal y hay ménos mal en oca- [siones.
¡Ay cielos! ¿Qué es aquesto! Ya ¿qué [espero,
Pues he perdido el seso en la desdicha!
Tal puede de un dolor el curso fiero.
De la imaginacion será por dicha
Falsa pintura; y aunque engaño sea,
Por ser de mi Isabel la tengo á dicha.
Mas porque luego el desengaño vea,
Está á su lado un hombre de buen talle,
Con que ya no es posible que lo crea.

HIPÓLITO.

Gente deciende por el verde valle.

ISABEL.

Un cautivo se aparta del camino.

HIPÓLITO.

Sin duda es español: quiero llamalle.

DON CÁRLOS.

¡Que llegue una tristeza á desatino,
Que me parece á mí que estoy mirando
Aquello que tan léjos imagino!
Quiero, por estos árboles buscando
Lo más oculto, huir mi pensamiento...
Mas no podré; que va conmigo hablan- [do.

HIPÓLITO.

Cautivo, espera.

DON CÁRLOS.

¡Ay Dios! mi lengua siento.

ISABEL.

Oye, cautivo.

DON CÁRLOS.

Aquella voz me asombra,
Y detiénese el alma al dulce acento.

ISABEL.

Oye, español.

DON CÁRLOS.

¿Quién español me nombra?

ISABEL.

Una mujer de España.

DON CÁRLOS.

Sombra mia
Debe de ser, si el ama tiene sombra;
Porque despues que de Isabel tenia
La imágen, que otro tiempo desprecia- [ba,
Dentro del alma, como sol vivia.—
Cuando de responder me retiraba,
Era por presumir que érades moros.

HIPÓLITO.

¿Vas fugitivo acaso?

DON CÁRLOS.

El mar buscaba.

ISABEL.
La libertad son últimos tesoros.
HIPÓLITO.
Un bergantin tenemos en el puerto.
DON CÁRLOS.
Mueve á piedad los celestiales coros
Un pobre esclavo, de favor desierto.
Si me quereis llevar, la misma vida
De la satisfacion será el concierto.
HIPÓLITO.
En esta selva de árboles vestida [mos
Te puedes esconder, miéntras halla-
(¡Oh! plega á Dios que en Tremecen
[resida!)
Un español cautivo que buscamos.
DON CÁRLOS.
Esclavo soy allí: decidme el nombre;
Que al fin los de la patria nos juntamos.
HIPÓLITO.
Don Cárlos de Aragon.
DON CÁRLOS.
Aunque os asombre
El verme tan mudado y diferente,
Ese hombre soy, si tengo forma de
HIPÓLITO. [hombre.
Tus trabajos y el sol de Libia ardiente,
Cárlos, te desconocen.
ISABEL.
No tu esposa,
Que en el alma tu voz llorando siente.
DON CÁRLOS.
¡Quién sino tú, Penélope famosa,
Por tanta tierra y mar peregrinara!
ISABEL.
Pues no muero por tí, no soy dichosa.
DON CÁRLOS.
Fénix serás por una fe tan rara.
ISABEL.
Seré tu esclava yo, pues por no verme
Con hermosura, ausente, herré mi ca-
Julio y amor vinieron á venderme [ra.
A Hipólito en Sevilla, para efeto
De darte libertad, y esclava hacerme;
Pero luego que él supo mi secreto,
Y que Julio escribió no hallaba el moro;
Al mar, al tiempo y al temor sujeto,
Cargando un bergantin de granas y oro,
Fingiendo ser morisco desterrado,
A dar viene por tí mayor tesoro.
DON CÁRLOS. [mado
Echaréme á sus piés; donde han for-
Sus estampas señal, pondré la boca.
HIPÓLITO.
Y el pecho ¿qué dirá tan agraviado?
Pues bien sabeis que ese favor le toca.
DON CÁRLOS. [bleza
El pecho, el alma os doy; que tal no-
A daros cuanto pueda me provoca.
HIPÓLITO.
Aquel divino ejemplo de firmeza
Lo que veis me enseñó, donde están
[juntas
La virtud, la hermosura y la pobreza.
ISABEL.
Cárlos, ¿qué haremos ya?
DON CÁRLOS.
¡Qué bien preguntas!
El peligro es notable; que Alí tiene
Diez galeotas en aquellas puntas.
Pero que vaya Hipólito conviene
A Tremecen, y al bárbaro le diga
Que desde España á rescatarme viene;
Y pues el oro sobre todo obliga,
Conténtele con darle mi rescate,
Que al más airado corazon mitiga.
Con esto haremos que dejarnos trate
Salir del puerto.
HIPÓLITO.
Voy.
DON CÁRLOS.
Aquí te espero.
ISABEL.
No quiera el cielo que mi bien dilate.
HIPÓLITO.
Por el peligro deste monte fiero,
Mejor será que os vais á nuestra nave.
Pero á las guardas advertid primero,
Pues son para salir del mar la llave,
Que aguardo del Alcaide la licencia.
DON CÁRLOS.
Quien ve lo por venir, sólo ese sabe.
ISABEL.
Vencieron mi constancia y mi pacien-
(*Vase Hipólito.*) [cia.

ESCENA XI.

DON CÁRLOS, ISABEL.

DON CÁRLOS.
¡Ay, Isabel! ¡cómo el cielo
Castigó mi ingratitud!
Mas fué porque tu virtud
Diese tal ejemplo al suelo.
¡Que te has vendido por mí!
ISABEL.
Y otras mil veces me obligo.
Si Hipólito, tu enemigo,
Hizo esta hazaña por tí,
¿Qué te espantas que yo fuera
La que era forzoso ser?
DON CÁRLOS.
No te supe conocer.
ISABEL.
Gente suena.
DON CÁRLOS.
¡Ay Dios! espera.
ISABEL.
Una mora viene aquí
Con arco y flechas.
DON CÁRLOS.
Vendrá
Cazando.
ISABEL.
El amor será.
DON CÁRLOS.
Ya el amor me ha muerto á mí.
ISABEL.
Yo estoy en hábito moro,
Y en traje que hombre parezco.
Escóndete, Cárlos, tú,
Miéntras que yo á hablarla vengo.
DON CÁRLOS.
Aquí estoy entre estas murtas.
(*Ocúltase.*)

ESCENA XII.

FÁTIMA, *con arco y flechas.* — ISABEL.

FÁTIMA.
Perdida buscando vengo
Aquel fugitivo esclavo,
Que tiene el alma por dueño.
Mal hice en aconsejarle
Que se fuese al monte huyendo;
Pero más le quise entónces
Llorar perdido que muerto.
¡Si algun leon en el suyo
Ha sepultado su cuerpo?
¡Si se fué de noche á Orán
Por su tiniebla y silencio?
Quiero darle voces.—¡Cárlos!
¡Cárlos!
ISABEL. (*Ap.*)
¡Ay cielo! ¿Qué es esto!
¡Cárlos esta mora dice!
FÁTIMA.
¡Cárlos! Ya responde el eco:
«Cárlos.»
ISABEL.
Yo soy. ¿Qué buscais?
FÁTIMA.
No sois vos; que el que yo quiero,
Le conozco más que á mí,
Y retratado le tengo
En los ojos y en el alma.
Pero con traje tan nuevo
No he visto alarbe ni moro.
¿Quién sois? ¿Dónde vais?
ISABEL.
Tenemos
Los moriscos españoles
Deste vestido, aunque es bueno,
Poco gusto y experiencia.
FÁTIMA.
¡Que vos sois de los que fueron
Por Felipe desterrados!
ISABEL.
A vivir á Túnez vengo,
A Tremecen ó á Bujía.
FÁTIMA.
¿De dónde sois?
ISABEL.
De Toledo.
FÁTIMA.
¡Ay Dios! ¿De Toledo sois!
Daros mil abrazos quiero.
ISABEL.
¿Sois vos de allá?
FÁTIMA.
No; mi alma.
ISABEL.
¿Vuestra alma?
FÁTIMA.
Sí.
ISABEL.
No lo entiendo.
FÁTIMA.
Quiero un hombre que es de allá.
ISABEL.
¿Era esclavo?
FÁTIMA.
De su dueño;
Pero dueño desta esclava:
Y ya, de los dos huyendo,
Al moro que le tenia,
Le lleva el precio del cuerpo,
A mí lo que vale el alma:
Por eso le voy siguiendo.
ISABEL.
Si él se llamaba don Cárlos,
Yo le conozco.
FÁTIMA.
Y yo espero
Verle en España algun dia.
De su ley principios tengo;
Que como me tiene el alma
Dentro de la suya, aprendo
Esa ley de los cristianos.
ISABEL. (*Ap.*)
¡Extraños son mis sucesos!
Pienso que acabo mis males,
Y nuevos males comienzo.

¡Que hasta en hábito de moros
Vengan contra mí los celos!
Mas ¿qué mucho, si en el mismo
Buscando á Cárlos me vieron?

FÁTIMA.

¿Quién es, amigo, este Cárlos?

ISABEL.

Un honrado caballero,
Limpio de sangre y de hacienda.

FÁTIMA.

¡Qué! ¿es pobre?

ISABEL.

Pobre en extremo,
Porque perdió de su tio
Ser por su causa heredero,
Y lo fué su hermana.

FÁTIMA.

¿Tiene
Hermana?

ISABEL.

Un ángel del cielo,
Que está ya para casar,
Y este tio que os refiero
La dejó cien mil ducados.

FÁTIMA.

Si me voy á España huyendo,
¿No se casará conmigo
Cárlos?

ISABEL.

No, porque sospecho
Que es casado.

FÁTIMA.

Pues ¿qué importa,
Si él me quiere, y yo le quiero?
Cuatro mujeres y más
Tienen los moros: bien puedo.

ISABEL.

En la ley de los cristianos,
Por inviolable decreto,
Una se permite sola;
Y áun hay casados tan buenos,
Que una les parece mucho,
Y que dura un siglo entero,
Y más cuando tienen suegra.

FÁTIMA.

¡Ay qué tierra de los cielos!

ISABEL.

Sois bárbaros por acá.
Pero por darte contento,
Haré que veas á Cárlos.

FÁTIMA.

¡Tú! ¿Cómo?

ISABEL.

Soy hechicero.—
¡Ah señor Cárlos!

ESCENA XIII.

DON CÁRLOS. — ISABEL, FÁTIMA.

DON CÁRLOS. (*Dentro.*)

¿Quién llama?

ISABEL.

¿Es su voz?

FÁTIMA.

La misma siento.

ISABEL.

Tu nombre...

FÁTIMA.

Fátima.

ISABEL.

Salga;
Que es Fátima: pierda el miedo.
(*Sale don Cárlos.*)

DON CÁRLOS.

¡Fátima aquí!

FÁTIMA.

¡Cárlos mio!

DON CÁRLOS.

(*Ap. á Isabel.* Isabel, pues te dió el [cielo
Tan valiente corazon,
Tan divino entendimiento,
Disimula; que despues
Sabrás que alabarme puedo
De la firmeza mayor
Que cupo en hombre sujeto.)
Fátima, este deudo mio
Viene con otro mancebo
A rescatarme, inducido
De los que en Toledo tengo.
Un bergantin que han traido,
Con licencia está en el puerto:
Si quieres venir á España,
A España te llevaremos.

FÁTIMA.

¿Si quiero dices? Si adonde
No calienta el sol el hielo,
O donde la arena abrasa,
Y vierte la mar en fuego
Me llevases, no tendria
Mi amoroso pensamiento
Dificultad ni respuesta.

DON CÁRLOS.

Pues guia al puerto, Cardenio,
Y vamos, de aquestos olmos,
Por esta orilla cubiertos.

ISABEL.

Vamos, pues que quieres tú.

DON CÁRLOS.

Yo, Cardenio, te lo ruego.

FÁTIMA.

¡Ay cielos! ¡que voy á España,
Y que voy con Cárlos, cielos!

ISABEL (*Ap.*)

Del placer con el pesar
Se paga otro tanto censo.
(*Vanse.*)

—

Patio en casa de Alí, en Tremecen.

ESCENA XIV.

ZARTE y MUZA, *dando de palos á* JULIO. *Despues*, ALÍ.

ZARTE.

Sal allá, perro cristiano,
Y agradece, si vivieres,
La vida al ser de quien eres.

JULIO.

Basta, no más, ten la mano.

MUZA.

Dale, mátale.

JULIO.

¿No hay más
De «dale, mátale?»
(*Sale Alí.*)

ALÍ.

Paso.
¿Qué es esto?

ZARTE.

Un extraño caso
Y no pensado jamás.
Estaban en la mezquita,
Señor, los moros más graves;
Y á la puerta, como sabes
Que cada cual se los quita,
Más de trecientos zapatos:
Este cristiano llegó,
Y como juntos los vió,
Por burla (que son sus tratos)
Los juntó de tal manera,
Que al salir, en todo el dia
Ninguno dellos sabia
Cuál zapato de cuál era.

ALÍ.

¿Por qué hiciste esta maldad?

JULIO.

Por ver la prisa que habria,
Y en tanta zapatería
Ver tanta dificultad.
Cuál, Señor, en nueve puntos
Quiere meter diez y siete;
Cuál en diez y nueve mete
Las hormas de dos piés juntos.
Cuál riñe por el más nuevo,
Cuál niega que el viejo es suyo:
Finalmente, yo concluyo
Con que lindos palos llevo.

ALÍ.

No le deis hoy de comer.

JULIO.

¿Eso más? No importa nada.
Mire ¡qué hermosa lunada,
Puesta en agua desde ayer!
Alcuzcuz y arrope, dalo
A una madrastra, á una suegra.

ALÍ.

Con su despejo me alegra.

JULIO.

Pues ¡agua! ¡Lindo regalo!

ESCENA XV.

MAIREN.— ALÍ, JULIO, ZARTE, MUZA. *Luego*, HIPÓLITO.

MAIREN.

Aquí está un moro de España.

ALÍ.

Dile que éntre.
(*Va á avisar, y sale Hipólito.*)

HIPÓLITO.

Alá te guarde
De traiciones de cobarde
Y amigo que falso engaña.

ALÍ.

De amigo falso, hablador,
Lisonjero, mentiroso,
Te guarde Alá poderoso.

HIPÓLITO.

Yo vengo á darte, Señor,
El rescate de un cautivo,
Aunque casi libre está.
Pide, aunque me pidas ya,
Alcalde, un precio excesivo;
Que Cárlos es caballero
Tan noble, y te quiere tanto,
Que para que entiendas cuánto
Te quiere dar el dinero,
Pudiendo no le pagar;
Pero, aunque en ley enemigo,
Sin que entiendas que es tu amigo
No quiere pasar el mar.

ALÍ.

Cárlos fué de mí estimado,
Cárlos muy bien me sirvió,
Cárlos nunca me ofendió;
Pero fué Cárlos amado
De una bárbara que adoro.
Matarle determiné,
Porque le olvidase, y fué
Todo amor, á fe de moro;
Que llegado á ejecucion,
Antes la muerte me diera,
Que á Cárlos: y de que huyera
De mi amistad y prision,

Sólo estoy triste por mí:
Y en prueba desta verdad,
Le di que la cantidad
Del oro le vuelvo ansí;
Que la mitad dé á su esposa
Para galas, y á su hermana
La otra.

HIPÓLITO.

De la africana
Playa á la Libia arenosa
Te haga Selin señor;
Que tal liberalidad
Muestra, que la Majestad
Es digna de tu valor.
Pero has de hacerme un placer.

ALÍ.

No habrá cosa que no haga.

HIPÓLITO.

Presupuesto que no es paga,
Pues que no la puede haber,
Te suplico que hoy conmigo
Cenes en mi bergantin;
Que quiero enseñarte, en fin,
Como á hidalgo y como amigo,
La cosa más peregrina
Que ha visto el mundo hasta hoy.

ALÍ.

Digo que contigo voy,
Noble hidalgo, á la marina,
Y que juntos cenaremos.

HIPÓLITO.

Tambien te he de presentar
Dos granas, que puedan dar
Al mismo coral extremos,
Seis jaeces cordobeses,
Dos piezas de terciopelo,
Que no es más azul el cielo
En los más serenos meses,
Con una sarta de perlas
Que presentes á esa mora,
Porque ella imite la aurora,
Y tú á la tierra en cogerlas.

ALÍ.

Muestras nobleza y valor.
Pide esclavos cuantos quieras.

HIPÓLITO.

Puesto que merced me hicieras,
No tengo á nadie, Señor.

JULIO.

Si tienes; yo estoy aquí,
¡Pesar de quien me vistió!

HIPÓLITO.

¿Quién eres?

JULIO.

¿Quién eres? Yo,
El que á Zaida te vendí;
Julio soy, Julio, Señor.

HIPÓLITO.

¡Julio amigo!

JULIO.

¡Pésia tal!
Sácame deste arenal,
Hazme, Hipólito, favor;
Que por Cárlos estoy preso,
Despues que Cárlos se huyó.

HIPÓLITO.

Conocer á Julio yo,
Por un extraño suceso,
Me obliga á que te le pida.

ALÍ.

No es mi esclavo: que enojado
Desta suerte le he tratado.
Ya el enojo se me olvida.

JULIO.

Desde el cabello á la uña
Te beso.

HIPÓLITO.

Conmigo ven.

JULIO.

¡Vivas más años, amén,
Que un agravio en Cataluña!

(*Vanse.*)

—

Cubierta de un buque.

ESCENA XVI.

DON CÁRLOS, *en hábito de caballero*, ISABEL, FÁTIMA.

DON CÁRLOS. (*A Fátima.*)

Por la gente que viniere,
Debajo de la cubierta
Primero te has de esconder;
Que en trayendo la licencia,
Nos partiremos á España.

FÁTIMA.

Alá, Cárlos, me conceda
Que en esa patria dichosa
Donde naciste, me vea.
Ni se me acuerda de Audalla,
Ni de nadie se me acuerda;
Que sólo en que voy contigo
Tengo la memoria puesta.
Voyme á esconder, por si miran
La nave. (*Bájase á la cámara.*)

ESCENA XVII.

ISABEL, DON CÁRLOS.

DON CÁRLOS.

No te entristezcas,
Isabel; que aquesta alarbe
Un imposible desea.
Ya te ha dicho mis rigores.

ISABEL.

Trabajos, Cárlos, pobrezas,
Soledades, enemigos,
Ingratitudes y ausencias
No me han desmayado el alma;
Celos sí; que celos llegan
Más á lo vivo.

DON CÁRLOS.

¡Ay de mí!
¿Quién en una barca llega?

ISABEL.

Hipólito. ¿No le ves?

DON CÁRLOS.

O mi temor lo sospecha,
O viene con él mi dueño.

ISABEL.

¿Qué importa, cuando lo sea?

DON CÁRLOS.

Allí, Isabel, te retira.

(*Retírase Isabel.*)

ESCENA XVIII.

HIPÓLITO.—DON CÁRLOS. *Luego*, ALÍ.

HIPÓLITO (*Dentro.*)

Acosta la barca; apresta
Un cabo. Subid, Alí.

(*Suben Hipólito y Alí.*)

DON CÁRLOS.

Puesto que enojado vengas,
Y más que para piedad
Para castigar ofensas,
No pienso esconder de tí
Mi rostro.

ALÍ.

Muy mal hicieras,
Pues fuera poner en duda
El valor de mi nobleza.
Dame, don Cárlos, los brazos.

DON CÁRLOS.

Los tuyos serán cadena
De los mios.

ALÍ.

Este moro
Me dijo la gentileza
Con que el rescate me envías;
Yo le dije que no eras
Mi esclavo, sino mi amigo,
Y por esta recompensa
Quiere que cenemos juntos,
Y por postre me presenta
Ciertas joyas que ha traido,
Y dice que á todas ellas
Prefiere una maravilla
Que puede hacer competencia
A las siete que en el mundo
Por únicas se celebran.

HIPÓLITO.

Yo lo digo, y es verdad.
Haz, Cárlos, que luego venga
Aquí tu esposa Isabel.

ESCENA XIX.

ISABEL.—DICHOS.

ISABEL.

Aquí estoy.

HIPÓLITO.

Pues mira en ella
El ave que de sí nace
Y que en Fenicia se quema,
El mónstruo por quien compiten
Con España Italia y Grecia,
El honor de las mujeres,
Por quien juntas se contemplan
La hermosura y la virtud,
La constancia y la pobreza.
Esta es aquella Isabel,
Que, por ser corta su hacienda,
Se vendió por su marido;
No fábula, verdad cierta.
Yo la compré: que yo soy
No moro, como tú piensas,
Sino Hipólito de Ochoa,
A quien ha dado nobleza
Vizcaya.

ALÍ.

Muy justo es
Que tal mujer encarezcas.
Huélgome de haberla visto,
Más que si en Fenicia viera
El pájaro solo al mundo,
Que abrasan gomas sabeas;
Y á tí por único amigo,
Más que si viera en Efesia
El templo, en Ménfis las piras
Que amenazan las estrellas.
Dadme los brazos los dos.

ISABEL.

Porque dos esclavos tengas.

ALÍ.

Yo os doy, Isabel hermosa,
Y perdonad que me atreva,
Estos dos bellos diamantes
De tanta luz y grandeza,
Que valen tres mil ducados.

DON CÁRLOS.

A tal valor ya es vergüenza
No ser un hombre leal.
Yo quiero con una prenda
Pagarlas de más valor.

ALÍ.

Cárlos, si Fátima fuera,
No hubiera que desear.

DON CÁRLOS.

La misma es bien que poseas.—
¡Fatima!...

ESCENA XX.

FÁTIMA, JULIO [1]. —DICHOS.

FÁTIMA.

Aquí estoy.

JULIO.

Y yo
Vengo, señores, con ella.

DON CÁRLOS.

¿Es Julio?

JULIO.

El mismo.

DON CÁRLOS.

¡Los brazos!

ALÍ. (*A Fátima.*)

¿De qué te has puesto suspensa?
Aunque yo pregunto mal,
Pues que de verme lo quedas.

FÁTIMA.

Pues, Cárlos, ¿tú eres traidor!
¡Así das al viento velas
Para conducirme á España!

DON CÁRLOS.

Fátima, tan grandes deudas
Tú sola puedes pagarlas.
Isabel, mi esposa, es esta;
Yo no me puedo casar...
Cristiano soy... considera
El grande amor del Alcaide.

FÁTIMA.

Si así lo quiere mi estrella,
Doyle la mano y los brazos.

ALÍ.

Árdase la playa en fiestas,
Y el mar en fuego.

HIPÓLITO.

Pues dése
Fin con esto á la comedia,
Donde juntos su autor puso,
Por historia verdadera,
Virtud, Pobreza y Mujer,
Aunque imposibles parezcan.

[1] Julio debe salir al buque, suponiéndose que ha venido con Hipólito y Alí en la barca de éste. El verso *Vengo, señores, con ella* está equivocado: Julio no viene con Fátima; viene, sí, para volverse á España con Isabel, don Cárlos é Hipólito.

POBREZA NO ES VILEZA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DUQUE DE MAQUEDA MANRIQUE, AFRICANO.

En una relacion de la última jornada á los Aduares de los moros de Beniaghu, tan vecinos de Orán cuanto les permite el miedo, llamó su autor á Vuexcelencia príncipe alentado, dadivoso, y padre de sus soldados: causáronme alegría estos atributos, partes tan esenciales en el capitan, que es imposible que sin ellas lo sea, ni consiga, por medio del amor al que gobierna, las vitorias y trofeos que han tenido los que, preciados de tan justos títulos, dejaron tanto cuidado á la fama de eternizar sus nombres, como descuido al olvido de acordarse dellos. Así fué César vitorioso en Francia y en Farsalia; así Alejandro fué temido de los dos polos del universo, y así trujo Cárlos V el laurel de Alemania á sus cabellos, ántes que el morrion de acero los cubriese de plata. Ya no son esperanzas las de Vuexcelencia, sino sucesos heróicos; que el freno que ahora ensaya en Alarbes sabrá poner á Turcos, trasladando las armas de las puertas del África á los canales de Constantinopla y á los confines de Persia. Criéme en servicio del ilustrísimo señor don Jerónimo Manrique, Obispo de Ávila y Inquisidor General supremo apostólico, uno de los grandes príncipes que ha tenido esa clara sangre en el estado eclesiástico; pues con tenerle, no olvidó las armas en la batalla naval de Lepanto, siendo su Vicario General por la Santidad de Pio V, de felice memoria; y cuantas veces me toca al alma sangre Manrique, no puedo dejar de reconocer mis principios y estudios á su heróico nombre, como en tantas partes se conoce mi agradecimiento, particularmente en mi Jerusalen, donde parecen vaticinio de las de Vuexcelencia las hazañas de Garcerán Manrique; que tantos tiempos há que en su casa de Vuexcelencia tomaban, en defensa de la fe y restauracion de los lugares sagrados, las españolas armas los Manriques. Esta comedia es de guerra; que, aunque se llama *Pobreza no es vileza*, por la de un valiente soldado que se introduce en ella, son hazañas y vitorias en Flándes del valeroso don Pedro Enriquez de Toledo, Conde de Fuentes, espejo de armar caballeros tan ilustre, que me pareció poner el de Vuexcelencia enfrente, porque en la sala de la fama hay tambien correspondencias de ornamentos de armas, como en la generosa curiosidad de las cortes de retratos insignes; que allí son los olores pólvora, como aquí el ámbar: en cuyos extremos toca tan fácilmente el volante de la grandeza de los señores, que de la manopla al guante no hallará más distancia que la voluntad de su Rey, la reputacion de sus armas y la honra de nuestra nacion. Dios guarde á Vuexcelencia.

Su capellan,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

POBREZA NO ES VILEZA.

PERSONAS.

MENDOZA.
EL CONDE FABIO.
LAURA, *española.*
ROSELA, *dama flamenca.*
EL CONDE DE FUENTES.
PANDURO.
TIBURCIO, *escudero.*
LUNA, *criada.*
DURÁN.
LIRANZO.
PERALTA.
CABRERA.
FRISO.
UN CAPITAN.
UN MERCADER.
SOLDADOS. — CRIADOS.

La escena es en Bruséłas y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Campo, bosque y entrada á una quinta cerca de Bruséłas.

ESCENA PRIMERA.

ROSELA, TIBURCIO, LUNA.

ROSELA.

De ver, Tiburcio, estas tierras
Recibo grande contento.

TIBURCIO.

Pienso que en buscarlas yerras.

LUNA.

Es notable atrevimiento
En tiempo de tantas guerras.

ROSELA.

Bien segura estoy aquí,
Pues que no son contra mí
Ni contra el Conde, mi hermano.

TIBURCIO.

Ser neutral pretende en vano.

ROSELA.

No lo es ya.

TIBURCIO.

Pienso que sí.

ROSELA.

¿Quién duda que su aficion
Sigue la parte de España?

LUNA.

Si aquestos países son
De su Rey, no es mucha hazaña.

ROSELA.

A no ser fuerza, es razon.
Murió el Archiduque Ernesto,
Que estos estados regía
Por Felipe.

TIBURCIO.

Verá presto
¡Qué falta en su monarquía
La de su persona ha puesto!
Aunque haberle sucedido
Aquel bizarro español,
Amado cuanto temido
Sobre la esfera del sol,
De verde laurel ceñido,
Don Pedro Enriquez, famoso
Conde de Fuentes, le ha dado
Consuelo.

ROSELA.

Tan vitorioso
Príncipe, deste condado
Será defensor dichoso.
Yo me alegro en esta villa,
Puesto que á Bruséłas dejo;
Porque más me maravilla
Que este rio forme espejo
A los sauces de su orilla,
Que su Corte y la riqueza
De sus damas.

LUNA.

Si contigo
Traes su gala y belleza,
No habrás menester testigo
Para abonar su tristeza,
Ni te puede faltar nada,
De tí misma acompañada.

ROSELA.

Claras fuentes, aquí estoy:
Dadme el parabien que os doy,
Amada y no murmurada.
Y vosotras, várias flores,
Que al engaño en sus cristales
Dejais retratar colores,
Volved á mi gusto iguales
A soledades amores.
Aves parleras, pagad
Dejar la Corte y ciudad
En música á mis oidos,
Que no están bien divertidos
Donde no tratan verdad.
Acentos dulces y graves
Forme vuestra melodía:
Corred, arroyos süaves;
Que ya sois mi compañía,
Rio, flores, fuentes y aves.

TIBURCIO.

Siéntate miéntras la sombra
Sirve de ameno dosel
A su cristal, y de alfombra
Tanta violeta que dél
Azul guarnicion se nombra;
Y para no ser ingrato
A la merced que me haceis,
Haré un bosquejo al retrato
De nuestra edad.

(*Siéntanse.*)

ROSELA.

Ya sabréis
Con qué respeto y recato.

TIBURCIO.

Érase... Mas ¿qué es aquesto!

LUNA.

¡Ay, señora! ¡Gran rüido!

ROSELA.

¡En qué confusion me has puesto!

ESCENA II.

LIRANZO, DURÁN, PERALTA Y CABRERA, *que se quedan en el fondo.*—ROSELA, TIBURCIO, LUNA.

TIBURCIO.

Éranse los que han venido;
Lo demás se sabrá presto.

LIRANZO.

Pues ¿dónde vais por aquí,
Si en esta casa no hay gente?

DURÁN.

Gente, y áun cerca, se siente.

ROSELA.

¿Soldados?

LUNA.

Señora, sí.

ROSELA.

¿De qué nacion?

TIBURCIO.

Españoles.

PERALTA.

Liranzo, tened el paso.

CABRERA. (*Ap. á Peralta.*)

¿Es algun respeto acaso?

LIRANZO.

Dáseme dos caracoles
De respetos sin comer,
Cuando voy á pecorea.

CABRERA.

¡Brava dama!

PERALTA.

Y no fea.

TIBURCIO. (*Ap. á Rosela.*)

Bien te puedes recoger
En duda á la casería.

DURÁN. (*Ap. á Cabrera.*)

¿Qué habemos de hacer, Cabrera,
Que es gente de paz?

PERALTA.

Espera.

CABRERA.

No hay con hambre cortesía.

DURÁN.

Si vos no quereis, Peralta,
Tomad el bosque, y adios.

LIRANZO.

Durán, váyanse los dos;
Que yo, si veo y me falta,
Lo quitaré del altar.

DURÁN.

Acabóse.

LIRANZO.

Esto es comer. (*Adelántase.*)
Señora, yo vengo á ser,
Hablando en lengua vulgar,
Embajador del sustento
De aquellos pobres soldados.
Esos diamantes sobrados,
De vuestro pecho ornamento,
Dicen que faltan allí,
Y que luego os los quiteis.

ROSELA.

Españoles, no penseis

Que vine sin gente aquí:
Mirad que os haré matar.

DURÁN.

Déjese vueseñoría
De obligar con su porfía
A lo que puede obligar.

TIBURCIO.

¡Cómo soldados del Rey
Roban sus mismos vasallos!

PERALTA.

No venimos á roballos;
La necesidad sin ley
Nos obliga, como gente
Mal pagada, miéntras llega
Dinero de España.

CABRERA.

Entrega,
Madama, tú blandamente
Las joyas para empeñallas;
Que en pagándonos el Conde,
La misma razon responde
Que vendremos á quitallas.[1]

ROSELA.

¿Sabeis quién soy?

DURÁN.

¿Quién serás,
En este bosque?

ROSELA.

¡Qué caro
Os ha de costar!

CABRERA.

¿Reparo!

LIRANZO.

Yo tiro, y no juego más.

ESCENA III.

MENDOZA, *con capote de dos haldas, jubon y calzones pobres.* — DICHOS.

MENDOZA.

¿Qué es esto?

PERALTA.

¿Quién lo pregunta?

MENDOZA.

Yo soy.

DURÁN.

¡Oh, señor Mendoza!
No es nada: pase adelante.

MENDOZA.

De aquel álamo á la sombra
Aguardaba mi bagaje,
Cuando de aquesta señora
Oí las voces: no es justo,
Ya que he visto su persona,
Que se le haga este agravio.

LIRANZO.

Pues ¿de cuándo acá le toca,
No siendo oficial del Rey?

MENDOZA.

De ver que es injusta cosa
Que infamen vuesas mercedes
A la nacion española;
Y el ser de su compañía
Y testigo en sus vitorias
Me obliga, por hijodalgo,
A que vuelva por su honra.

DURÁN.

Habrá comido.

MENDOZA.

Por Dios,
Que desde ayer á estas horas,
Pienso que no me ha debido
Sino suspiros mi boca.

[1] Desquitarlas, abonarlas, pagarlas.

Si llegare mi bagaje,
De la pobreza forzosa
Tomarán vuesas mercedes,
Y ¡ojalá que fueran joyas!
Pero las de aquesta dama
Se han de reservar agora
En el pecho como están,
Ó con las cuatro pistolas
Hacer pedazos el mio.

DURÁN.

Señor Mendoza, si toma
Vuesamerced la defensa
Por valiente, tambien cortan
Nuestras espadas sin fuego.

MENDOZA.

No hay cosa de que me corra
Como de que nadie entienda
Que soberbia me provoca.
Esto pido en cortesía,
Por ver esta dama sola,
Con el sombrero en la mano.

LIRANZO.

Con ménos término sobra.
—Vamos de aquí; que el señor
Mendoza basta que ponga
Su mano en esto.

MENDOZA.

Yo espero
Que habrá tiempo en que conozcan
Vuesas mercedes que soy
Su amigo.

DURÁN.

Quien hoy os cobra
Con ese nombre, más gana
Que pierde en aquestas joyas.

MENDOZA.

Soy hombre que cumpliré
Lo que digo.

LIRANZO. (*Ap. á sus compañeros.*)

La oratoria
Deste soldado me enfada.

DURÁN.

Ofreciéronse dos cosas:
Ó matarle, ó confiar
De su lengua la deshonra
Que resultarnos podia.

LIRANZO.

La confianza era loca,
La muerte injusta.

PERALTA.

Ya es hecho.

LIRANZO.

Hay hombres hechos de alcorza,
Que engañan como los versos,
Como el buen término en prosa.

(*Vanse los cuatro soldados.*)

ESCENA IV.

ROSELA, MENDOZA, TIBURCIO, LUNA.

ROSELA.

Español, aunque en el traje
Pobre (si bien la nobleza
Del alma no es la corteza,
Ni le puede hacer ultraje),
Por más que te humille y baje
Necesidad de la guerra,
Se ve la que el pecho encierra;
Que el sol ilustre español
Nunca deja de ser sol,
Aunque le eclipse la tierra.
El término que has tenido
De manera me ha obligado,
Que me ha puesto en más cuidado
Que el agravio recebido.
Manos y abrazos te pido,
Y, á nuestra usanza, la cara.

MENDOZA.

Madama ilustre, repara
Que ensalzando el beneficio,
Harás pequeño el servicio
Que en noble término pára.
Esta fué mi obligacion;
Que soy hombre bien nacido:
Y la que ves ha corrido
Por cuenta de mi nacion.
Para pedirte perdon
Del término que han usado,
Huelgo de haberte obligado:
Perdona su atrevimiento,
Si sabes el descontento
De un soldado mal pagado.
Que te prometo, señora,
Que son el mismo valor;
Pero el más dorado honor
Necesidad le desdora.
Yo te prometo que agora
Bien arrepentidos van,
Con temor del capitan,
Si son culpados en algo;
Que Peralta es muy hidalgo,
Y muy valiente Durán.
Liranzo y Cabrera son
La misma honra y nobleza:
La causa fué la pobreza
Y dar el oro ocasion.
Mientras se hizo eleccion,
Hubo estos inconvenientes;
Ya nos gobierna el de Fuentes,
Para quien traigo favores
De algunos grandes señores,
Sus amigos y parientes.
Mira qué mandas; que quiero
Ver si llega con mi hermana
Mi criado; que hay villana
Gente (y desde ayer la [2] espero),
Que con término tan fiero
Tratan al que solo ven,
Que puedo temer tambien
Que algo le haya sucedido.

ROSELA.

No habrá, pues que prenda ha sido
De quien procede tan bien.
Y pues que tienes en Flándes
Hermana, dale en mi nombre
Estas joyas.

MENDOZA.

No soy hombre,
Puesto que tú me lo mandes,
Que con favores tan grandes
Me pague de tan pequeños
Servicios.

ROSELA.

De los empeños
Desta merced, en mi vida
Podré salir, y ofendida
Dejais la casa y los dueños.

MENDOZA.

Si estas joyas os tomaban,
Y agora os las llevo yo,
¿En qué os sirvo?

ROSELA.

Quien llegó
Cuando ya me las quitaban
Y agraviada me dejaban,
De manera me obligó
Que las joyas mereció;
Porque hay mucha diferencia
De tomar sin resistencia
A dar porque quiero yo.

MENDOZA.

Perdonad, aunque el indicio
Del traje causa os ha dado,

[2] Á mi hermana.

Porque adonde se ha pagado,
Pierde el nombre el beneficio.
Si os he hecho algun servicio,
Quede por satisfacer,
Pues no se puede perder;
Y quiero que viva en vos,
Si en algun tiempo los dos
Nos volviéremos á ver.
Pero allí á mi hermana veo
Y el criado que os decía:
Hácia aquesta casería
Los ha inclinado el deseo
De descansar, porque creo
Que todo les ha faltado.

ROSELA.

Huélgome que hayan llegado;
Pues si la causa le digo,
Ha de ser mujer conmigo;
Que vos sois hombre y soldado.

ESCENA V.

LAURA, *con sombrero con una pluma y rebozo, en un pollino con jamugas;* PANDURO, *con espada, cuera, calcillas, sombrero y pluma de gallo y banda roja rota.*—ROSELA, MENDOZA, TIBURCIO, LUNA.

PANDURO.

¡Arre!... ¡Maldígate Dios!

LAURA.

No le deis de esa manera.

PANDURO.

¿Cómo le tengo de dar?
Vas tú á caballo, y ¡te quejas!
¡Oiga la bestia del puto!...
¡Vive Dios, que se derrienga!

LAURA.

Con ménos fuerza, Panduro.

PANDURO.

¡Panduro, con ménos fuerza!—
Haz melindres; que con eso
Favorecido solfea.
Hermano, pára la carga.

LAURA.

¡Basta, que voy con dos bestias!

PANDURO.

¿Cómo quieres que le trate?

LAURA.

Como á prójimo siquiera.

PANDURO.

Hartos hay, gracias á Dios,
Que lo son y no lo piensan.

MENDOZA.

¡Laura mia!

LAURA.

¡Hermano mio!

(*Mendoza apea en brazos á Laura.*)

PANDURO.

¿Mas que anda ahora?

MENDOZA.

¡Qué pena
Me ha causado tu tardanza!

PANDURO.

Bien pudieras no tenerla,
Sabiendo que no venía
En carroza ni en litera,
Sino en aqueste espantajo,
Compuesto de hambre y flema;
Que no es más decirle «arre»
Que hablar en griego á una dueña.

MENDOZA.

Vendrás cansada.

LAURA.

Perdida.

MENDOZA.

Pues advierte que te apeas
Sólo á besarle la mano
A esta señora flamenca,
Cuya es esta casería.

PANDURO.

Luego ¿no es meson ni venta?

MENDOZA.

No, Panduro.

PANDURO.

Pues, por Dios,
Que puedes llevar acuestas
A Laura, porque el frison,
Como piensa que le piensan,
No ha de dar paso adelante.

TIBURCIO. (*A Rosela.*)

No la aguardes, pues ya llega.

ROSELA.

Señora española, el cielo
Guarde esa rara belleza.

LAURA.

Más justo será que alcance
Esa bendicion la vuestra.

ROSELA.

Ya tenía por desdicha
Haber dejado á Bruséłas;
Que me han querido robar
Estas joyas y cadenas
Unos soldados, de quien,
Con generosa nobleza,
Me ha librado vuestro hermano;
Pero ya es bien que lo tenga
Por dicha, si en este bosque
Vengo á ser huéspeda vuestra.

LAURA.

Yo no encarezco la mia,
Porque no es justo que quiera,
Ni áun en cortesía, igualar
Señora de tantas prendas.

PANDURO.

¡Que diese aqueste pollino,
En viendo un puño de arena,
En echarse con la carga! [aquesta?
(*A Tiburcio.*) Mosiur, ¿qué dama es

TIBURCIO.

Hermana del Conde Fabio.

PANDURO.

Nombre...

TIBURCIO.

Madama Rosela.

PANDURO.

Esta casa de placer
¿Es suya?

TIBURCIO.

Y bosque y ribera.

PANDURO.

¿Habrá acaso algun bagaje
Para llegar á Bruselas?

TIBURCIO.

Hay carro largo y caballos.
No os dé la jornada pena.

PANDURO.

¡Válate el diablo por asno!
¡Que en viendo un cardo, una yerba,
A darle dos mordiscones
Se apartase de la senda!
Pues en topando mojado,
Luego alzaba la cabeza,
Y arremangando el hocico
Pudiera desde una legua
Saber la edad en sus dientes
El ménos cursado albéitar.

TIBURCIO.

¿Eso os daba pesadumbre?

PANDURO.

Cuando la dama más bella
Hace gestos con la boca
Porque los dientes le vean
(Que es falta en muchas personas),
De los asnos se me acuerda,
Porque no puede una dama
Tener costumbre más fea.
Pero dejando á una parte
Estas quejas borriqueñas,
¿Habrá qué beber?

TIBURCIO.

Habrá
Una extremada cerveza.

PANDURO.

Vino español...

TIBURCIO.

No se gasta;
Bebemos á la flamenca.

PANDURO.

Oir cantar en falsete
Un hombre con barba negra,
Que hable de niña una dama
Que haya pasado de treinta,
Peinarse un galan lindoso,
Atada la bigotera,
Y que con ojos azules
Trate un hombre de pendencias,
Que ande diciendo sus versos
Eternamente un poeta,
Que un escudero se precie
De entendimiento sin letras,
Que califique discretos
Una doña hermosa y necia,
Que sea gracioso un frio
Porque perdió la vergüenza,
Que quien viste á la española
Traiga rosetas inglesas,
Que se descuide jugando
Quien tiene mujer y suegra,
Ver con despensero y coche
Quien tiene en aire la renta,
Y un rico por la fortuna
Desvanecido en soberbia,
Es lo mismo para mí
Que hacerme beber cerveza.

MENDOZA. (*A Rosela.*)

A mí me es fuerza partirme
Por no perder la ocasion.

ROSELA.

Prendas me dejais, que son
Bastantes á persuadirme
Que me volveréis á ver.

MENDOZA.

Antes si á Bruselas vais,
Quiero que merced me hagais,
Si la puedo merecer,
Que vaya Laura con vos.

ROSELA.

Será favor para mí.

MENDOZA.

Panduro...

PANDURO.

Señor...

MENDOZA.

Aquí
Podeis descansar los dos.
Y cuando madama quiera,
Acompañarla.

PANDURO.

Pues ¿dónde
Te hallaré despues?

MENDOZA.

El Conde
Es nuestro centro y esfera.

Allí con otros soldados
Me hallarás, porque pretendo
Hablarle: aquí te encomiendo
La causa de mis cuidados,
Pues no tengo más honor
Que á doña Ana... á Laura digo.

PANDURO.

¿Para qué cifras conmigo?
Parte y descuida, Señor.

LAURA.

De la merced que me haceis
Estoy tan agradecida,
Cuanto prendada y rendida
A las gracias que teneis.
Dicha ha sido de mi hermano
Que os acertase á servir.

ROSELA.

No lo muestra el encubrir
Su nombre, mi Laura, en vano,
Aunque sea honesto intento.

LAURA.

Yo os he dicho la verdad,
Porque sangre, y no amistad,
Nos dió un mismo nacimiento.

ROSELA.

Basta: yo lo creo ansí,
Y á prevenir donde esteis
Voy á la quinta.

LAURA.

No habeis
De embarazaros por mí.

ROSELA.

Soy ya tan amiga vuestra
Como veréis.

LAURA.

Dios os guarde.

(*Vanse Rosela, Mendoza, Tiburcio y Luna.*)

LAURA.

¿Qué te parece?

PANDURO.

Que es tarde,
Y que esta huéspeda nuestra
Se querrá quedar aquí.

LAURA.

¿Qué importa?

PANDURO.

Hay sola cerveza.

ESCENA VI.

EL CONDE FABIO, FRISO. — LAURA, PANDURO.

EL CONDE FABIO.

No ha sido poca fineza.

FRISO.

Novedad ha sido en ti.

FABIO.

A la puerta de la quinta
Hay gente.

FRISO.

Españoles son.

FABIO.

¿Dama?

FRISO.

Sí.

FABIO.

¡Qué perfeccion!
Hoy la primavera pinta
De más hermosas colores
Estos cuadros.

PANDURO. (*Ap. á Laura.*)

Gente viene.

FABIO.

Dama española, si hoy tiene
Al sol que engendra las flores
Esta casa de placer,
¿Qué tendré que desear?
Y como el sol puede entrar,
No se la pienso ofrecer;
Mas por el nombre de mia,
Serviros della podeis:
Darélsla luz, pues teneis
En vuestros ojos el dia;
Que serán con vos más grandes
Si venis á ser su sol;
Que importa un sol español
Para las nieves de Flándes.

PANDURO. (*Ap.*)

¡Esto es bueno para mí!

LAURA.

¿Sois vos desta casa dueño?

FABIO.

Deste campo, aunque pequeño,
Para serviros, lo fuí
Hasta que vos le pisastes:
El Conde Fabio es mi nombre.
¿Quién es este gentil-hombre
Que de vuestro lado honrastes?

PANDURO. (*Ap.*)

¿Mas que quiere ya saber
Si soy marido?

LAURA.

Señor,
Bien se ve vuestro valor
Sin que le deis á entender.
Paso á la Corte; que tengo
En ella un soldado honrado.
Este bosque, fuente y prado,
Viendo que cansada vengo,
Con su yerba y con su risa
Me han detenido (que arde
El sol) á esperar la tarde.
Dadme licencia.

FABIO. (*A Friso.*)

¡Hola! Avisa
A mi hermana de que tiene
Una huéspeda española.

PANDURO.

No viene esta dama sola;
Con dueño esta dama viene.
Antes que vueseñoría
Viniese, pudiera ser;
Mas ya no puede.

FABIO.

Es hacer
Agravio á mi cortesía.
Yo me volveré á Bruséla;
Quédese aquí con mi hermana.
La gente flamenca es llana,
No hay de qué temer cautelas.

LAURA.

Ya he visto y hablado aquí
A madama, de quien soy
Huéspeda, y por vos me voy.

FABIO.

Pues no os habeis de ir por mí.
Entrad; que sin que me vea,
Quiero volverme.

PANDURO.

No es justo.

FABIO.

Pues no recibais disgusto
De que vuestro huésped sea;
Que os doy palabra de ser
Defensor de vuestro honor.

LAURA.

Fiada en vuestro valor,
Quiero esta noche tener
En vuestra casa posada.

FABIO.

Entrad, Señora, segura:
Que tan honesta hermosura
De sí misma está guardada.

PANDURO. (*Ap. á Laura.*)

Pienso que yerras.

LAURA.

Si aquí
Me dejó mi hermano, ¿en qué?

FABIO.

¡Ah, español!

PANDURO. (*Ap. á Laura.*)

¿Qué le diré?

LAURA.

Lo que quisieres le di.

(*Vase á la quinta.*)

ESCENA VII.

FABIO, PANDURO, FRISO.

PANDURO.

¿Qué manda vueseñoría?

FABIO.

¿Quién?...

PANDURO.

No pases de ese quién;
Que yo te entiendo tan bien
Cuanto responder querría.
Esta dama es de Toledo,
Aquella insigne ciudad
Que dió á España majestad,
Y á toda el África miedo.
Llámase Laura, es hermana
De un cierto galan Mendoza,
Que por privilegio goza
La nobleza castellana.
Viene á servir á Felipe
Despues de sucesos largos;
Y para que de los cargos
De la guerra participe,
Trae cartas á don Pedro
Enriquez, Conde de Fuentes,
De sus deudos y parientes;
Yo le sirvo, aunque no medro,
Porque salimos de España
Huyendo; mas tengo amor
Y un poquito de valor,
Que su pobreza acompaña.
Es mi apellido Panduro,
Y el nombre de pila Juan;
Que da la fortuna el pan
A unos tierno y á otros duro.
Esta es la historia, el camino,
Los nombres y la pobreza:
Voy á probar la cerveza
A falta de español vino;
Aunque con mejores ganas
Tomara una purga yo,
Pues pienso que la orinó
Algun rocin con tercianas. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FABIO, FRISO.

FABIO.

El despejo y bizarría
De todo español.

FRISO.

A tí
Bien te agradan.

FABIO.

Cuando vi
La hermosura y gallardía
Desta española, quedé
Deslumbrado de su sol.
¡Bravo es el brio español!

Laurel y palma le dé
Toda nacion.

FRISO.

Ya estarás
Enamorado.

FABIO.

Querria
Que esta mujer fuese mia.

FRISO.

En casa está, bien podrás...

FABIO.

No sé si me ha de querer.

FRISO.

Luego ¿piensas que el Mendoza
Es su hermano?

FABIO.

Si la goza,
Presto se podrá saber.
Pero está cierto de mí
Que no ha sido liviandad
El rendir mi voluntad
Luego que sus ojos vi.
Sino influencia del cielo,
Causada de las estrellas.

FRISO.

Disculpan las cosas bellas.

FABIO.

¡Bien haya el ameno suelo
Que produce tales flores!
Voy á ver si puedo hartar
Los ojos.

FRISO.

Donde hay lugar,
Presto acuden los favores.

FABIO.

Hermosos ojos, rayos habeis sido
En la presteza con que habeis llegado,
Y al alma con el fuego penetrado,
Dejando sano el exterior vestido.
Si las almas se hubieran conocido
Por opinion gentil, fuera un traslado
De Hero y Leandro el amoroso estado
Dulce prision donde me habeis traido.
No elijas general, Felipe, ni andes,
Marte, abrasando con tu guerra el sue-
[lo,
Ni soldados marchar, Enriquez, man-
[des:
Tu empresa justa favorece el cielo,
Pues viene un sol de España á ser en
[Flándes
Incendio vivo de su eterno hielo.

(*Vanse.*)

—

Alojamiento del Conde de Fuentes
en Bruselas.

ESCENA IX.

MENDOZA, DURÁN.

DURÁN.

Aquí podréis hablar, Mendoza, al Con-
[de.

MENDOZA.

En fin, venció, Durán, nuestra porfía.

DURÁN.

Al de Masfelt la patria corresponde,
Que á Luzemburque gobernar solia;
Mas como á los flamencos se responde
Que en tan justa eleccion se obedecia
Del Príncipe Archiduque el testamento,
Cesó de su esperanza el fundamento.
La toma de Hül, los despojados
Holandeses, que ricos se acogian
Con los carros del saco tan cargados,
Que de trigo en Agosto parecian,
Del gran don Juan de Córdoba guiados,
Con los famosos tercios que regian
El de Velasco y Zúñiga, dos hombres
Que á la fama inmortal dieron sus
[nombres,
Han movido al de Fuentes, que pro-
Exceder en ventura y valentía [mete
Los nueve de la Fama, como excete
De Cárlos el valor que vive hoy dia,
A partir á sitiar á Chatelete.

MENDOZA.

¿Con qué gente?

DURÁN.

Serán caballería
Y infantes ocho mil.

MENDOZA.

Es suficiente
Con tan gran capitan tan poca gente;
Que si el bravo Aníbal, que honra á
[Cartago,
El griego Pirro, el fuerte Macedonio,
Y el que deshizo con fatal estrago
El triunvirato del romano Antonio,
Vivieran hoy, ó en el profundo lago
Del Lete dar pudieran testimonio
De su valor, rindieran al de Fuentes
Los dorados laureles de sus frentes.
Faltó el gran Duque de Alba, heróica
[hazaña
De la muerte cruel; mas ya camina
Tras ella el sol, que en cercos de oro
[baña
La tierra ménos de su luz vecina:
Púsose el Alba que alumbraba á Es-
[paña;
Y que saliese es bien con luz divina,
Para quitarle de la noche el miedo,
Enriquez sol del alba de Toledo.
Confieso que le soy aficionado,
Y que á venir á Flándes me provoca.

DURÁN.

Si el capitan es de su gente amado,
De Batro puede conquistar la roca.

ESCENA X.

EL CONDE DE FUENTES, UN CAPITAN, SOLDADOS.—MENDOZA, DURÁN.

CONDE.

Quiéroles dar, si puedo, algun cuidado,
Aunque la ofensa les parezca poca.

CAPITAN.

Muchos quieren hablarte.

CONDE.

Todos lleguen. [guen.
Ni áun las ventanas quiero que les nie-

MENDOZA.

Voyme.

DURÁN.

¿Por qué?

MENDOZA.

Si dice que no quiere,
Antes de hablarle, hacer lo que le pido,
¿Qué quieres que despues de hablarle
[espere?

DURÁN.

Teneis razon: donaire habeis tenido.

CONDE. (*A Mendoza.*)

¿Quereis algo, soldado?

MENDOZA.

Aunque refiere
La fama tu valor, y yo he venido
Desde España á servirte, ¿cómo puedo
Pedirte nada, si me pones miedo?
Si niegas sin hablarte y sin pedirte,
Y me dices de no con la cabeza,
No me quiero cansar con persuadirte.

CONDE. [queza?

Luego ¿no ves que es de la edad fla-

MENDOZA.

En esto bien podré contradecirte,
Pues eres todo heróica fortaleza.

CONDE.

Los soldados quisiera deste modo,
¡Sí, por vida del Rey y el campo todo!
Acércate á mis brazos; que aborrezco
Soldados temerosos.

MENDOZA.

Tus abrazos
Me pegarán valor, si los merezco.
Déjame refregar en esos brazos.
Agora. ¡vive el cielo, que me ofrezco
A hacer á Liramonte mil pedazos,
Y yo solo ganar á Chatelete!

CONDE.

Hará todo español lo que promete.
Tu nombre...

MENDOZA. (*Ap. al Conde.*)

Para tí traigo fingido
El hábito y el nombre. Aquí te aparta:
Sabrás quien soy, mejor que del ves-
[tido,
De la firma y renglones desta carta.

CONDE.

Yo leo para mí.

MENDOZA.

Sólo te pido [parta,
Calles mi nombre; que despues que
Y por algunas obras lo merezca,
Harás lo que más justo te parezca.

ESCENA XI.

PANDURO.—EL CONDE, MENDOZA, DURÁN, UN CAPITAN, SOLDADOS.

PANDURO. (*Ap.*)

Ya con el Conde está hablando:
Aguardarle será bien.

MENDOZA. (*Ap.*)

Ya le parezco más bien,
Pues va leyendo y mirando.
Todo me está tanteando,
Porque mi suerte cruel
Causará piedad en él,
Si no le agrada el vestido,
Y por ventura ha querido
Que le hagan otro por él.
Diga el mundo cuanto quiera,
Que en fin fin los trajes son
La primera estimacion,
Y las andas la postrera.
No hay cosa que más adquiera
Honor, sin ser conocido:
De donde queda advertido
Que se conoce sin mengua,
Como el alma por la lengua,
El honor por el vestido.

CONDE.

Sin nombraros, pues no es justo
Mis brazos, Señor, os doy.

MENDOZA.

Mendoza por Flándes soy,
Y que así me llamen gusto.

CONDE.

Pesado me ha del disgusto
Que habeis tenido, por Dios.
¡Hola! Sillas á los dos.

MENDOZA.

No es disgusto, si he llegado
A merecer ser soldado
De un general como vos.

CONDE.

Aquí os sentad.

MENDOZA.

Obedezco,

Señor, á Vuestra Excelencia:
Efetos de la prudencia,
Que en vuestro pecho engrandezco.
Sol pareceis, y parezco
Campo seco y agostado.

CONDE.

Vos sois quien sois, tan honrado
Que igualais al mismo sol.

CAPITAN. (*Ap.*)

Que esté un pícaro español
Con el General sentado!

ESCENA XII.

UN SOLDADO, *y despues*, EL CONDE FABIO.—DICHOS.

SOLDADO.

El Conde Fabio está aquí.

CONDE.

Entre el Conde.

(*Va el soldado á avisar Fabio.*)

MENDOZA.

¿Iréme?

CONDE.

No;
Que á los buenos quiero yo
Honrar y tratar ansí.

(*Sale el Conde Fabio.*)

FABIO.

Vuestra Excelencia me dé
La mano.

CONDE.

Una silla presto.

FABIO.

Vengo á serviros dispuesto.

CONDE.

Por una carta lo sé;
Mas quiero á vueseñoría
En algun cargo emplear,
Y así, en habiendo lugar,
Aceto la cortesía.
Por agora estése aquí.

FABIO.

Si es servir obedecer,
Réplica fuera ofender.
Yo lo haré, Señor, ansí.

CONDE.

Cuando parta el de Pastrana,
Será mejor ocasion.

FABIO.

No hay hombre de mi nacion
Que sirva de mejor gana,
Ni que más opinion cobre.

CONDE.

Con vuestra licencia, quiero
Hablar á este caballero.

FABIO. (*Ap.*)

¡Qué caballero tan pobre!
Bien se puede llamar sola
Esta nueva maravilla:
Mucho ha sido dalle silla
A la soberbia española.

CONDE. (*Ap. á Mendoza.*)

En este bolsillo van
Docientos doblones de oro:
Muy conforme á su decoro
Se me vista, y muy galan;
Que en la primera ocasion
Le daré una compañía.

MENDOZA.

Mis ojos desde este dia
De esos piés esclavos son.

FABIO. (*Ap.*)

Dinero el Conde le ha dado:
Misterio debe de haber.
Sin duda debe de ser
Algun valiente soldado.
Ya le he cobrado aficion.

CONDE.

Ocupado estoy, señores.
Adios.

(*Levántanse.*)

MENDOZA.

Con eternos loores
Diga al mundo tu opinion
El sonoroso metal
De la fama voladora,
Y del ocaso al aurora
Lleve tu nombre inmortal.

(*Vase el Conde y con él el Capitan y los soldados.*)

ESCENA XIII.

MENDOZA, EL CONDE FABIO, PANDURO.

FABIO. (*A Mendoza.*)

Téngase, señor soldado,
Aunque atrevimiento sea.

MENDOZA.

¿Manda vuestra señoría
Algo en que servirle pueda?

FABIO.

Hame causado aficion
Verle honrar de su Excelencia:
Desta cadena se sirva.

MENDOZA.

Será ponerme cadena
De esclavo en la voluntad.

FABIO.

Hablar al Conde quisiera.
Luego salgo.

MENDOZA.

Aquí os espero;
Que aunque con esta pobreza,
Os tengo de acompañar.

(*Vase Fabio.*)

ESCENA XIV.

MENDOZA, PANDURO.

PANDURO.

¿Acompañar? No lo crea.

MENDOZA.

¡Qué es esto, Panduro amigo!
¿Dónde vas desta manera?

PANDURO.

Bastaba entrar de palacio,
Señor Mendoza, las puertas,
Para aprender á tomar.
Pero aquesto es gran bajeza.

MENDOZA.

De un señor, de un Conde Fabio,
Descortés necedad fuera.
¿Adónde dejas á Laura?

PANDURO.

A Laura tengo en Bruselas.

MENDOZA.

¿Vino con Rosela?

PANDURO.

No.

MENDOZA.

Pues ¿cómo venir la deja?

PANDURO.

Porque sin que lo supiese,
En aquella misma bestia,
Que ya descansada estaba,
La saqué, cuando las perlas
Del alba enjugaba el sol,
Y sacaban las cabezas
A beber átomos de oro
Las flores por verdes rejas.

MENDOZA.

Pues ¿no me dirás la causa?

PANDURO.

No quiero más de que sepas
Que no es bien que tomes nada,
Porque no es justo que entienda
Aquella flamenca dama,
Aquella hermosa flamenca
Que á la española te mira,
Que te da nadie preseas;
Porque esta noche le he dicho
Que eres de tan altas prendas,
Que no te se acerca el sol
Con más de cuarenta leguas.
Contéle desdichas tuyas,
Y vi más de cuatro perlas
Deslizarse de sus ojos,
Aunque las niñas risueñas
Las pestañas alargaban
Para pensar detenerlas;
Pero como las mejillas,
Que eran de claveles hechas,
Solicitaban sus fuentes
Para regarlos con ellas,
Bajaban unas tras otras
A un lienzo de puntas bellas,
Porque en ellas se ensartasen
Para no perder las perlas.
¡Extraña cosa es amor!
Apénas al pulso llega
De la enferma voluntad,
Cuando purga la cabeza.
Tú ¿piensas volverla á ver?

MENDOZA.

Agora, hermano, la guerra
Me llama á diversos casos.
Esas cajas y trompetas
Son del Duque de Pastrana,
Digno de más alta esfera
Que sobre el orbe de sol
Ilustra el quinto planeta.
Aquellas son de don Juan
De Córdoba; mira en ellas
El moro rey de Granada,
Armas de tan alta empresa.
Las de don Antonio mira,
Que parte la banda negra
De los Zuñigas, y él parte
Resplandor con las estrellas.
Las de don Luis de Velasco
¿Cuál ánimo no despiertan?
¿A qué cobarde no animan?
¿A qué animoso no premian?
De don Agustin Mejía
Es este tercio, que tercia
Los blancos fresnos herrados,
Que ya los contrarios tiemblan.
Si de don Sancho de Luna
Los soldados consideras,
Dirás que anima Alejandro
Las fuertes naciones griegas.
Este es ahora mi amor,
Y la dicha que me espera:
Fama se llama mi dama,
Que no madama Rosela.
Salí de España, Panduro,
Y aunque por desgracia ajena,
Ya estoy en Flándes, ya sigo
Las venturosas banderas
Del Católico Felipe,
Que dignamente gobierna
El claro don Pedro Enriquez,
A quien el mundo laurea
Con más glorias que á Alejandro
Dieron Macedonia y Grecia.
No se ha de tratar de amor
En tanto que Marte reina:
Mira al romano vencido

De su deleite sin guerra;
Mira como el Macedon
El oro a las armas trueca.
Yo soy quien sabes.

PANDURO.

Detente;
Que no quiero que revuelvas
Historias para conmigo.
Bien sabes tú que á la guerra
Vienen muchos caballeros
A servir damas flamencas.
Mas si habemos de partir,
¿Adónde á doña Ana dejas?
Porque llevarla contigo
Es imposible que puedas.

MENDOZA.

Ya sabes tú que mi honor
Compite con las estrellas,
Y que la saqué de España
Por las peligrosas fuerzas
De señores poderosos.
Es mi hermana, y tengo en ella
Depositado mi honor.
Hasta que los cielos quieran
Que la entregue á su marido.
Despues, corra por su cuenta:
Con ella te has de quedar.

PANDURO.

¿Dónde?

MENDOZA.

En casa de Rosela;
Que todo estará seguro
Si tú te quedas con ella.

PANDURO.

¿Soy alguna mandria yo?
¿Soy gallina? ¿Qué coneja
Me parió, por vida tuya,
Que entre mujeres me dejas?
¿Para eso me sacaste
De capigorron de escuelas,
Y por bonete y sotana
Me diste plumita y cuera?
¡Por la tribuna de Dios,
Que á ser brodista me vuelva,
Y á escribir mil solecismos
A Alcalá contra la guerra
En un latin remendado
Que ningun hombre le entienda,
Y que á cualquier boticario
Pueda servir de recetas!

MENDOZA.

Panduro, si te saqué
De Alcalá, quiero que sepas
Que fué más para ser ayo
De mi honor, que porque vengas
A graduarte de bravo.

PANDURO.

¡Qué bien mis servicios premias!

MENDOZA.

¿Quieres guerra?

PANDURO.

Sí, Señor.

MENDOZA.

Pues ¿dónde hallarás más guerra
Que guardando una mujer?

PANDURO.

Cuerdamente me aconsejas;
Porque más fácil podré
Guardar de gatos manteca,
De estorninos aceitunas,
Y de gorriones brevas;
Que hay mujeres tan de miel,
Que es menester para ellas
Un aventador de moscas
Que alcance toda la tienda.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del Conde Fabio en Bruséles.

ESCENA PRIMERA.

ROSELA, LUNA.

ROSELA.

¡Extremada infantería!

LUNA.

Si entre todos no viniera
Quien tan bien te pareciera,
Pocos extremos tenía.

ROSELA.

La española gallardía
No se puede encarecer
Sin interés de querer.

LUNA.

Si puede por su valor;
Mas suele por ciego amor
Imaginar y no ver.

ROSELA.

Verdad es que yo miré
Aquel español que adoro;
Pero no con el decoro [1]
Que de su valor pensé.
Aunque yo le imaginé
Más galan con su pobreza,
Que los que con más riqueza
Salieron á la jornada.

LUNA.

Es con la fortuna airada
Piadosa naturaleza.
El tiene gentil persona;
Pero no se trata bien.

ROSELA.

Para que cargos le dén
No poco el talle le abona.

LUNA.

Mal te empleaste, perdona.

ROSELA.

No te espantes: soy mujer.
Pero si no le he de ver
Más en mi vida, ¿qué importa?

LUNA.

Amor sin ver se reporta.

ROSELA.

Ni fué amor, ni lo ha de ser:
Demás que en esta jornada
Este español matarán,
Y con él mi amor.

LUNA.

No harán,
Si bien el temor me agrada.

ROSELA.

Amara si fuera amada;
Pero quien nunca lo ha sido,
Supuesto que haya tenido
Algun deseo en presencia,
Fácil será con la ausencia
Ponelle en eterno olvido.

ESCENA II.

TIBURCIO.—ROSELA, LUNA.

TIBURCIO.

Si te dijese quién viene
A verte, ¿no me darías
Crédito?

ROSELA.

Por estos dias
Nadie conmigo le tiene.

TIBURCIO.

¿Acuérdaste de un soldado,
Que en el bosque te libró
De unos españoles?

ROSELA.

No;
Porque nunca me he olvidado

TIBURCIO.

Pues ¿qué dirías si fuese
El mismo que quiere hablarte?

ROSELA.

Querría en albricias darte
Lo que él de gusto me diese.
Pero ¿haste engañado acaso?
Que ese soldado partió
Con el Conde, y le vi yo
Medir con la caja el paso.
Airoso y galan salió
De Bruséles.

TIBURCIO.

Si estuviera
Fuera de mí, ser pudiera:
Salió, Señora, y volvió.
En tan fácil desengaño
No dés lugar al temor.

ROSELA.

Desconfiado es amor;
Sólo da crédito al daño.

ESCENA III.

MENDOZA, LAURA, PANDURO.—
ROSELA, TIBURCIO, LUNA.

MENDOZA.

Puesto que te parezca atrevimiento,
Madama, el verte un español soldado,
Y no ménos humilde pensamiento
Querer pagarse del favor pasado;
Seguro de tu noble entendimiento,
Y de tu sangre ilustre confiado,
A suplicarte vengo que este dia
Halle en tu casa defensor la mia.
Laura, que está presente, á quien de [España
Truje por mis desdichas á esta tierra;
Que con piadoso amor las acompaña,
Y no con ménos causa se destierra,
No es mujer para andar en la campaña
Ni seguir los peligros de la guerra:
Y así viene á valerse de tu amparo,
En fe de tu valor, como el sol claro.
Si puede ser sin pesadumbre alguna,
Miéntras que vuelvo yo (si volver tengo,
Llevando tan dudosa la fortuna),
A suplicarte que la guardes vengo.
Ella tambien con ruegos me importuna,
Viendo que por su causa me detengo,
Agradecida á la merced pasada,
Y de tu amor y partes obligada.

LAURA.

Habiendo de partir forzosamente
Mi hermano á la jornada, le he rogado
Me deje en vuestra casa, en quien [presente
Tendrá su honor de vuestro honor [guardado:
Amor y confianza justamente
Nos obligaron del favor pasado
A tenerla de vos; que á tal nobleza
Sólo pudo igualar vuestra belleza.

ROSELA.

Laura, con mis abrazos, con mi pecho

[1] *Pero no* le miré *con el decoro que pensé propio de su valor:* esto es, no vi en él el lucimiento correspondiente á su mérito; reparé en su persona; pero eché ménos en su traje la gala de hombre principal. *Mirar* por *ver*.

Sólo pudiera el alma responderte
A la merced y gusto que me has hecho,
Cuando apénas pensé volver á verte.
Mi amor, de que le pagas satisfecho,
No tiene sino el alma que ofrecerte:
Ya la casa era tuya, y tú su dueño;
Que, dado con amor, no hay don peque-
Vos, señor español, estad seguro [ño.
Que la dejais en fe de mi nobleza.

MENDOZA.

No quiero yo mayor defensa y muro,
Si fuera la de Elena su belleza.
Aquí con ella quedará Panduro;
No para guarda, no, que era bajeza,
Sino para servirla á la española,
Porque no se halle entre flamencos so-
Pasad por esto vos, si sois servida, [la.
Por el gusto de Laura.

ROSELA.

Sólo gusto
De lo que fuere el vuestro.

MENDOZA.

El alma y vida,
Y muchas vidas, fuera daros justo.
La trompeta me llama á la partida:
Pártome de esos ojos con disgusto;
Pero con esperanza de la vuelta.

ROSELA. (*Ap. á Mendoza.*)

Oid aparte una mujer resuelta.
Señor español,
Vos vais á la guerra,
La trompeta os llama,
La vitoria os lleva.
Las armas son honra,
Gloria las empresas:
Ya sois conocido,
Ya el partir es fuerza.
Mas deciros quiero
Que mis ojos quedan
En guerras mayores
Y en mayores penas.
No pensando veros,
Siento vuestra ausencia;
Que como os he visto,
Veros más quisiera.
Llevad estas cintas,
Uso desta tierra;
Que favorecidos
Los hombres pelean.
En carrozas suelen
Ir sus damas bellas
A ver la campaña,
Sitios y trincheras.
Acordaos de mí.

MENDOZA.

Tened las estrellas,
Y entre los claveles
Esconded las perlas.
Aunque en españoles
Agüeros no puedan
Lo que en estas partes,
Que más los profesan;
Si os enterneceis,
Temeré que sean
De mi mal suceso
Las primeras nuevas;
Pues el sol se eclipsa
De vuestra belleza,
Y quisieron juntas
Llorar dos estrellas.
Fuiles á la mano,
Aunque bien cayeran
Sobre tales flores
Tan hermosas perlas.
Sus claros cristales,
Como cuando hiela,
Quedaron asidos
A las niñas bellas.
Yo les doy palabra
Que estas cintas sean
De mis armas cajas,
De mi honor trompetas.
Si desta jornada
Quiere Dios que vuelva,
Seré yo muy vuestro.

ROSELA.

No quiero más prendas
Que la bella Laura.

MENDOZA.

A serviros queda,
Porque voy seguro
De vuestra nobleza.

ROSELA.

La palabra os doy
De ser su defensa.

MENDOZA.

Panduro...

PANDURO.

Señor...

MENDOZA.

Advierte...

PANDURO.

No tienes que me advertir:
Cuanto me puedes decir,
Lo sé de la misma suerte.
Parte seguro, Señor,
Ya que me dejas aquí.

MENDOZA.

Confiado voy de tí
Como de mi propio honor.
Adios, Laura.

LAURA.

Adios, hermano.

MENDOZA.

Madama, adios.

ROSELA.

Él os guarde.

MENDOZA. (*Ap.*)

Pensaba hacerme cobarde
Amor con su tierna mano;
Mas fuera de su nacion,
Si en casos de honor se emplea,
No hay español que no sea
Un africano leon. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL CONDE FABIO, FRISO.—ROSELA, LAURA, LUNA, PANDURO.

FRISO. (*Ap. al Conde.*)

Digo, Señor, que aquí entró.

FABIO.

Pues ¿en casa de mi hermana!

FRISO.

La suya, es cosa muy llana
Que en su defensa dejó.

FABIO.

¡Rosela!

ROSELA.

¡Conde y Señor!

FABIO.

Laura hermosa, estos favores
Ya no pueden ser mayores.

PANDURO. (*Ap. á Laura.*)

¿Qué es esto?

LAURA.

(*Ap. á Panduro.* No hayas temor.)
Señor, mi hermano ha elegido
De su honor esta defensa.

FABIO.

Siendo imposible la ofensa,
Vos la habeis favorecido.

LAURA.

¿No va vuestra señoría
A la guerra?

FABIO.

Ya ofrecí
Mi persona cuando aquí
El General se partia;
Mas no quiso que sirviese
Su cargo á quien soy igual;
Que puedo ser General
Si el Conde á España se fuese.

ROSELA.

Conde, para otra ocasion
La conversacion se quede;
Que Laura ahora no puede
Haceros conversacion.
Vamos; que despues vendréis.

FABIO.

¡Qué cruel conmigo estás!

ROSELA.

Guárdola de vos no más,
Porque sé que la quereis.

LAURA.

Y yo me sabré guardar:
Que tengo pecho español.

FABIO.

En vano encierras el sol.
(*Vanse Rosela y Laura.*)

ESCENA V.

EL CONDE FABIO, PANDURO, FRISO.

PANDURO. (*Ap.*)

Quiero á Mendoza avisar
De que éste se queda aquí;
Que no sabe que es hermano
De Rosela...—Pero en vano
Pretendo inquietarle ansí;
Pues aunque sacarla quiera,
¿Cómo la podrá dejar
En más seguro lugar?

FABIO.

Español...

PANDURO.

Señor...

FABIO.

Espera.
Mucho he deseado ser
Tu amigo.

PANDURO.

Mucho me espanto
Que lo deseeis.

FABIO.

Es tanto,
Cuanto puedo encarecer.

PANDURO.

Yo no tengo que prestar,
Ni puedo haceros favor.
Mi entendimiento, Señor,
Es entre noble y vulgar.
No soy bravo, ni persona
De provecho: y así os pido
Licencia...

FABIO.

Dame tu oido.

PANDURO.

No lo puedo dar: perdona;
Que está asido á la cabeza.

FABIO.

¡Ay, español!

PANDURO. (*Ap.*)

Aun seria
El diablo, si en fantasía
Se hubiese puesto otra pieza.

FABIO.

Soy yo muy aficionado
A la española nacion.

PANDURO.
Secretos del cielo son.

FABIO.
Laura me ha puesto en cuidado.

PANDURO.
Mayor me lo ha dado á mí.

FABIO.
Este Mendoza ¿es su hermano?

PANDURO.
No es la palma de la mano
Más llana.

FABIO.
Créolo ansí;
Mas ya que me la has mostrado,
Las rayas te quiero ver.

PANDURO.
Acá suélese saber
Desto con mayor cuidado.

FABIO.
Muestra.

PANDURO.
¿Hay raya por ahí
De que volveré á mi tierra?

FABIO.
En acabando la guerra:
Lo dice esta línea aquí.
Y ésta muestra que en tu mano
Está una bella mujer,
De que puedes disponer
Sin ser melindroso y vano.
Ésta dice que la adoro,
Y ésta que la hables por mí,
Con este bolsillo aquí
Y cien doblones en oro.

PANDURO.
Desvialde por mi amor,
Y sabed que yo tambien
Estudié esta ciencia, y bien,
En los libros de mi honor.
Mostrad la mano.

FABIO.
¿Eso sabes?

PANDURO.
Esta raya da á entender
Que es hija aquesta mujer
De padres nobles y graves.
Esta, que en esta ocasion
Llega tarde este bolsillo,
Aunque el metal amarillo
Es notable tentacion.
Aquí dice que su hermano
Vendrá por ella muy presto,
Si sabe que me habeis puesto
Esa blandura en la mano,
Porque todo lo corrompe;
Que aqueste metal bendito
Es como yerba del pito,
Que las cerraduras rompe.
Cuantas rayas hay aquí
Dicen que os cansais en vano,
Pues yo no cerré la mano
Cuando los doblones vi. (*Vase.*)

ESCENA VI.

FABIO, FRISO.

FABIO.
Fuése.

FRISO.
¿Qué le estás mirando?

FABIO.
No tomó el oro.

FRISO.
Es verdad,
Aunque mostró voluntad,
Y estuvo abriendo y cerrando.
Como en el pulso el doctor,
Las intercadencias vi.

FABIO.
¿Qué será, Friso, de mí,
Que estoy muriendo de amor?

FRISO.
¿Qué torre, y en medio el mar,
Como á Leandro te impide?
Entra, conquista, habla, pide,
Promete...

FABIO.
Tiemblo de entrar.

FRISO.
Si parte el Conde á campaña,
Don Pedro Enriquez, de aquí,
Por opinion para sí
Y por laurel para España,
A conquistar cuando ménos
A Chatelete y Durlan,
Y él y sus soldados van
De mil esperanzas llenos;
Tú, que sola una mujer
Emprendiste conquistar,
¿No te atreves á llegar?

FABIO.
El Conde lo puede hacer,
Que lleva ocho mil soldados.

FRISO.
Lleva tú ocho mil doblones,
Porque á tiro de ocasiones
Derriban muchos honrados.

FABIO.
Bien dices; que como al fuego
No hay materia que resista,
A lo que el oro conquista
Todo se le rinde luego.
Oro me sobra y amor,
Y Laura está en mi poder:
Si dejare de vencer,
Será cobarde temor.
(*Vanse.*)

—

Acampamento del Conde de Fuentes.
Se ve á lo léjos una fortaleza.

ESCENA VII.

Tocan cajas. EL CONDE DE FUENTES, DURÁN, PERALTA, LIRANZO, SOLDADOS.

DURÁN.
Alojarte, Señor, es imposible;
Que con flechas de fuego desde el muro
Abrasaron las casas, con el trigo
Que en ellas recogieron los villanos.

CONDE.
Trocar por los de pólvora sus granos.
Pero gaste las flechas Liramonte
En abrasar las casas del castillo,
Que el dia que le demos batería,
Pudieran abrasar mejor la pólvora.
Asistirá don Agustin Mejía
Con su tercio gallardo á las trincheras
Para batir el caballero luego
Que mira al Norte.

PERALTA.
El aire enciende el fuego.

LIRANZO.
De humo como en nube polvorosa
Se cubren los soldados.

CONDE.
Esa nube
No cubre el sol, que del Oriente sube,
Del valor español, donde le llama
A su verde laurel la inmortal fama.
La labor es moderna, aunque muy fuerte
Con cinco caballeros continuados
Al lienzo de los muros; y aunque tiene
Secos los fosos, por estar tan alto,
Las bóvedas que dentro están más bajas,
Impiden mucho que minarle pueda,
Y harto difícil de batirle queda.

DURÁN.
Opuesto á la famosa citadela,
Que el padre de Filipe, Cárlos Quinto,
Hizo en Cambray, labró Francisco el fuerte
De Chatelete; y más cuidado fuera
El que pusiera entónces, si supiera
Que habia de batirle el más valiente
Capitan, que salió jamás de España.

CONDE.
Soldados, no hay lisonjas en campaña.
Al Duque de Alba demos lo que es justo,
César de Flándes y español Augusto,
Eterno honor del nombre de Toledo,
Que oponer al valor de Aquíles puedo.
Esto es en Flándes; que en Italia vieron
Aquestos siglos otro Macedonio,
Como quedó por claro testimonio
El nombre que de Grande ocupa el mundo,
Primero que Alejandro, aunque segundo.

DURÁN.
Digno es de tu loor, famoso Enriquez,
Aquel gran capitan, gloria de España,
De la casa de Córdoba y de Sesa:
Bien lo dice de Nápoles la empresa.
Pero tambien entónces florecian
Pedro Navarro y otros capitanes,
A quien el Rey hacia mil mercedes;
Y bastaba García de Paredes,
Hombre, cuyas hazañas prodigiosas
No las puede igualar lengua ni pluma.
Ni habrá vida ni edad que las consuma.

ESCENA VIII.

MENDOZA.— EL CONDE DE FUENTES, DURÁN, PERALTA, LIRANZO, SOLDADOS.

MENDOZA.
El Duque de Pastrana, invicto Conde,
General de la gran caballería
Deste famoso ejército, que donde
Llegó el de César exceder porfía,
Como á la luz de su valor responde,
Aguila al sol en la mitad del dia,
Ya partió de Bruselas, y promete
Rendir con su valor á Chatelete.
Llegaron tarde algunas compañías;
Mas cuando vió ocasion, marchó con ellas;
Que con tener los de Cambray espías,
No osaron por el Duque acometellas.
Si fueran musas como son las mias
Marciales famas, fama en las estrellas
Tuviera el gran Rodrigo, el Silva Aquíles,
Cipion cristiano en años juveniles.
¡Oh, si viera, Señor, vuestra Excelencia,
Con unas armas que de fuegos llaman,
Y Ambéres de Milan en competencia
Hacepensar que en torno los derraman,
Del generoso Duque la presencia,
Que por valiente y gentil-hombre aclaman;
Dijera al ver su rostro que habia sido
Adónis en diamante convertido!
De raso carmesí llevaba encima

Una casaca, que bordada de oro
Con mil laureles, de su triunfo enima,
Daban á su belleza real decoro:
Y porque montes de soberbia oprima,
Con freno que nielaba esmalte moro,
Un caballo español era su Atlante,
Hércules de caballos arrogante.
Tascaba el freno, en rosicler bañado
De espuma y sangre, y con los piés queria
Romper el paramento, que bordado
El aire de las manos le cubria:
Cual suele descuidada con cuidado
Mostrar dama gentil por bizarría
Los ricos bajos, el caballo hermoso
Mostrar quisiera el pié galan y airoso.
Máscara el rostro, y acerada punta
Cubre el copete que la frente enzarza:
Si es unicornio el vulgo le pregunta,
Cisne en color, en ligereza garza:
La crespa clin, que en lazos verdes junta,
Plata permite que á la tierra esparza,
Sellando tan ligero sus arenas,
Que el círculo del pié mostraba apénas.
Así pasó Pastrana, así la gente
Siguiendo á Marte, y esta noche llega,
Porque mejor vuestra Excelencia intente
Vencer el fuerte que rendirse niega.
Presto al laurel de su temida frente
Verá que Liramonte se le entrega,
Preámbulo divino de las glorias
Que esperan á sus ínclitas vitorias.

CONDE.

Oígame vuesa merced
Aquí aparte dos palabras.

MENDOZA.

¿Qué manda vuestra Excelencia?

CONDE.

¿Cómo desta suerte anda,
Despues que le dí en Bruselas
El porte de aquellas cartas?
¿Es bueno que un caballero
Más pobres vestidos traiga
Que de municion del Rey?
Dirá que el cuerpo de guarda
Tuvo la culpa: «llegué
A mirar cómo jugaban;
Tentóme el dado, esto paro,
Perdí, piquéme...» No basta
Por disculpa; que primero
Es hacer lo que le mandan.
Bando son todas las cosas,
Aunque no se toquen cajas,
Que mandan los generales.

MENDOZA.

No jugué, Señor, ni osara,
Por vida de la ocasion;
Quiero decir, de una dama
A quien vestí del dinero.

CONDE.

¿Dama tiene?

MENDOZA.

Desde España
Hácia Flándes me he traido
De mi destierro la causa.

CONDE.

¿Amiga suya?

MENDOZA.

Peor.

CONDE.

¿Mujer propia?

MENDOZA.

Peor.

CONDE.

¿Hermana?

MENDOZA.

Por ella fué ¡pesia á tal!
Aquella danza de espadas,
Que la carta referia.

CONDE.

Y ¿tiénela en la campaña?

MENDOZA.

No, Señor, sino en Bruselas
Con una cierta madama,
Mujer principal.

CONDE.

Mal hizo.

MENDOZA.

No hice mal; que está guardada
De ser quien es.

CONDE.

Dice bien;
Pero mujeres que andan
Desde unas tierras á otras,
Suélense cansar y paran.

MENDOZA.

¿Ha estudiado astrología
Vuestra Excelencia?

CONDE.

¿No basta
Saber las cosas del mundo
Quien muchos años le trata?
Tome este dinero, y luego
Bizarramente se haga
De vestir; que este es mi gusto;
Que en lo que toca á su hermana,
Si Dios nos vuelve con bien
A Bruselas y á la patria,
Yo miraré por su honor.

MENDOZA.

Gaste la sonora fama
Mil trompetas en tu nombre,
Y á tus vitorias España
Haga fiestas desde adonde
Comienza su mar, y acaba
La tierra, hasta las colunas
Que baña en ondas de plata.

(*Vanse el Conde y los soldados.*)

ESCENA IX.

MENDOZA.

Ahora bien: pues los disfraces
Ya no aprovechan ni dañan,
Vistamos sedas y telas.
La soldadesca bizarra
No tiene ménos honor
Por la riqueza y las galas
Que la más lucida corte.
¡Oh, qué de tiendas gallardas!
¿Quién dirá que hay estas sedas
En una marcial campaña?
Quien no sabe qué es la guerra;
Que en este punto se halla
Una portátil ciudad.
¡Ah, señor maestro!

ESCENA X.

UN MERCADER. — MENDOZA.

MERCADER.

¿Manda,
Soldado, en qué le sirvamos?

MENDOZA.

Aquella tela de Italia
Me ha parecido muy bien.
¿Con qué jubon se acompaña
Aquel calzon y ropilla?

MERCADER.

Con un tabí, cuyo nácar
Siembran clavellinas de oro,
Que cercan ramos de plata.
Mas viendo á vuesa merced,
Puesto que el talle me agrada,
Me parece que es muy caro.
Hay uno de raja parda
Que puede ponerle el Rey.

MENDOZA.

No baje de tela á raja.
Así Dios le dé salud,
Entre, y saque de esas arcas
Cuanto bueno tiene en ellas.

MERCADER.

Habrá ganado.

MENDOZA.

¡Qué extraña
Condicion de mercader!
¿Busca dineros de España,
O calidad en quien compra?

MERCADER.

Bien se os parece en la cara;
Que cubre mucha hidalguía
El capote de dos haldas.
Voy á sacar seis vestidos
Con guarniciones, que bastan
A volver más oro al sol
Que él saca por la mañana. (*Vase.*)

ESCENA XI.

MENDOZA.

¡Vive Dios, que desta vez,
Si me encajo el de oro y nácar,
No me ha de reñir el Conde!
Y quizá la roja espada
Asentaré en la ropilla,
Que no sale de la vaina
Por no tener donde asiente.

ESCENA XII.

DURÁN. — MENDOZA.

DURÁN.

¡Hay más notable desgracia!
¡Hay semejante desdicha!

MENDOZA.

¿Qué hay, señor Durán?

DURÁN.

No acaba
La fortuna de acabarme.

MENDOZA.

Estése quedo; no haga
Extremos de hombre de poco.

DURÁN.

Si á dar garrote le sacan
A mi hermano por la muerte
De aquel huésped, ¿será hazaña
No hacer sentimiento, y más
Cuando la parte contraria
Por cien doblones perdona?

MENDOZA.

¿No los tiene?

DURÁN.

Ni una blanca.

MENDOZA.

En esta bolsa los hay,
Si no es que el peso me engaña.
Sin cuenta los recebí;
Sin ella los tome, y vaya
Corriendo á darle la vida.

DURÁN.

La mia, la suya, y cuantas
Hay en todo mi linaje
Son de vuestros piés esclavas.

MENDOZA.

No se detenga; camine.

DURÁN.

¡Plega al cielo!...

MENDOZA.
Plegue y vaya;
Que en las muertes de la guerra
No hay iglesias ni paradas.
Un árbol y medio credo
Tienen por mucha distancia
(*Vase Durán.*)

ESCENA XIII.

EL MERCADER.—MENDOZA.

MERCADER.
Yo he sacado seis vestidos,
Que valieran en España
Seis mil escudos.

MENDOZA.
¿Por Dios?

MERCADER.
Lucen, brillan, bullen, saltan...
Entre á verlos.

MENDOZA.
Oiga.

MERCADER.
Diga.

MENDOZA.
¿Dará sobre mi palabra
Vuesa merced esa ropa
Para la primera paga?

MERCADER.
(*Ap.* Por Dios que lo imaginé,
En viendo las alpargatas!)
Hoy solamente no fio:
Vuelva por aquí mañana.
Basta, que es hombre de humor
El capote de dos haldas.

MENDOZA.
Porque con verdad lo diga,
Aguarde.

MERCADER.
No aguardo nada
De quien sin dinero compra. (*Vase.*)

MENDOZA.
¡Pésia, fuera de las armas,
Al dinero! ¿Han de ahorcar
Al otro porque yo salga
A dar que mirar un dia?
Vamos al cuerpo de guarda;
Que *pobreza no es vileza*
Miéntras no hace cosas malas. (*Vase.*)

—

Pieza de paso en casa del Conde Fabio.

ESCENA XIV.

LAURA, PANDURO.

LAURA.
Ya le trato con desden,
Por ser hombre desigual.

PANDURO.
Lo que me parece mal,
No acierto á decirlo bien.
Laura, Laura, en las ausencias
Se conocen las verdades:
¿Para qué me persüades
Con vanas impertinencias?
No es mejor el Conde Fabio
Que tú: bien sabes quién eres.
De parte de las mujeres
Ha estado siempre el agravio.
Un hombre puede querer
A una rubia, blanca ó negra,
Al Turco, al diablo, á una suegra,
Cuanto más á una mujer.
Crióle Dios veneciano,
Libre república, exento
A cualquiera pensamiento,
Ó bien fundado ó liviano.
Pero una mujer no puede
Sin atreverse á su honor.

LAURA.
Disculpa tiene el amor,
Cuando del honor excede.
Es amor una pasion
Reina de cuantas pasiones
Han dado imaginaciones
A nuestra imaginacion.
Es amor atrevimiento
Del sentido más hermoso,
De la voluntad reposo
Y error del entendimiento.
Es amor enfermedad,
Que con los remedios dura,
Y un género de locura
En que da la voluntad.
Es amor un accidente
Que no puede difinirse,
Pues cuando acierta á decirse,
Es cuando ménos se siente.

PANDURO.
Laura, ó doña Ana, ó quien quiera
Que eres ó has de ser en Flándes,
Amor en ingenios grandes
Más yerra y más persevera.
Dime que tienes amor
Sin buscar difiniciones,
Y disculparé traiciones
Al más obligado honor.
Desde que este caballero,
Que por rayas conocia,
En la mano me ponia
Esto que llaman dinero,
Dije entre mí: «Si anda aquí
Este metal sonoroso,
No será dificultoso
Lo que pretende de ti.»
Que puesto que una mujer
No tenga necesidad,
Y tenga la voluntad
Sobre ellas mayor poder,
No sé qué hechizo se tiene
Este amarillo señor.

LAURA.
Yo no tengo á Fabio amor,
Y sé lo que me conviene.

PANDURO.
Mira que andan él y Friso
Con grande solicitud.
Tu honor, Laura, tu virtud
No dirán que no te aviso.
Mendoza está peleando:
Pelea tú aquí tambien.

LAURA.
Si yo le quisiera bien,
Pudieras estar dudando
De mi flaqueza ó mi amor;
Pero vive confiado
Que si al alma no ha llegado,
No ha de llegar al honor.
Tengo españolado el gusto:
No creas que otra nacion
Merezca su posesion.

PANDURO.
Harás, Laura, lo que es justo.
Recógete: que ya es tarde;
Aunque el buen recogimiento
Consiste en el pensamiento.

LAURA.
Panduro, adios.

PANDURO.
El te guarde.
(*Vase Laura.*)

ESCENA XV.

PANDURO.

Ya las cabras ó cabrillas
Van saltando por el cielo,
Y al sol en el indio suelo
Saca el alba de mantillas.
Todo calla, todo está
Puesto en silencio, y el sueño
De todo sentido es dueño:
Doña Ana se acuesta ya.
La casa está recogida;
Mas de celos del honor
De Mendoza mi señor
Soy centinela perdida.
¡Vive Dios, que he de saber
Si entra en casa el Conde ó no!
Que anoche ocasion me dió,
Y Laura al fin es mujer.
No hay confiado discreto,
Ni hombre ausente que lo esté.
Solo he quedado: ¿qué haré?
Quiero decir un soneto.
Dieron por competencia los planetas
En conquistar á Vénus amorosa:
Júpiter, gran Señor, con poderosa
Mano engendraba rayos y cometas;
Mercurio, en oradores y poetas
Versos crueles, temeraria prosa;
Valiente Marte, la cuchilla airosa
Brillaba al son de cajas y trompetas.
Pero el discreto Sol de su tesoro
Labró unas joyas, con que Vénus bella
Puso á Vulcano sobre el signo Toro.
En fin, el claro Sol se vió con ella,
Y como estaba imaginando el oro,
Nació el amor en su dorada estrella.

ESCENA XVI.

EL CONDE FABIO, *con una pistola*, FRISO *y* SEIS CRIADOS, *con rodelas.* — PANDURO, *que se oculta.*

FABIO. (*A su gente.*)
La puerta habeis de guardar.

PANDURO. (*Ap.*)
¡Válame el cielo! ¿Qué es esto!
¡Gente en casa!

FRISO.
Llama presto.

FABIO.
No es necesario llamar.
Luna concertó conmigo
Que el aposento abriria.

FRISO.
Pues si esta noche te guía,
César, Señor, va contigo.

FABIO.
Entro.
(*Vase por donde se entró Laura.*)

PANDURO. (*Ap.*)
¡Vive Dios, que entró
Con una pistola! ¡Ah cielos!
No fueron vanos mis celos.
Dos, tres, seis hombres dejó.
¿Qué haré? ¿Daré voces?

FRISO.
Siento
Rüido, y no veo adonde.

PANDURO. (*Ap.*)
Laura quiere bien al Conde...
Fabio ha entrado en su aposento...
Soy hidalgo, soy leal,
Soy sangre de los Panduros...
—¡Pobre Mendoza, en los muros
De Chatelete!

ESCENA XVII.

LAURA Y EL CONDE FABIO, *dentro.* PANDURO, FRISO *y* LOS OTROS CRIADOS, *en la escena.*

FABIO. (*Dentro.*)
Mi mal
Os debe mover, señora.
LAURA. (*Dentro.*)
¡Hay tal maldad, tal traicion!
PANDURO. (*Ap.*)
El Conde y doña Ana son.
FABIO. (*Dentro.*)
Mi vida, el Conde os adora.
PANDURO. (*Ap.*)
¡Mi vida! ¡Pesia al bellaco
Que nos trujo á aquesta tierra!
FABIO. (*Dentro.*)
Vuestro hermano está en la guerra.
PANDURO.
Aquí la hojarasca saco.
—Pero si me han de matar,
La traicion se ha de encubrir.
Pues ¿de qué sirve morir,
Sino á mi dueño avisar?
Demás, que Laura ó doña Ana
Puede ser que se resista;
Que no es firma á letra vista,
Que se ha de pagar mañana.
Escucho más. ¿Oigo? No.
¡Pesia tal! ya están callando.
Callando, amando y forzando...
Hoy me matan.
FRISO.
¿Quién va?
PANDURO.
Yo.
FRISO.
¿Qué yo?
PANDURO.
Panduro, señores.
FRISO.
¡Agora está levantado!
PANDURO.
Ando un poco resfriado.
FRISO.
¿Cuánto va que son amores
De madama Luna?
PANDURO.
¿Quién?
En mi vida fui Mosiur.
Para partirme á Anamur
He de madrugar tambien.
Déme licencia.
FRISO.
Seguro
La tiene. A la estufa vamos;
Que no hay vino, y nos helamos.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA XVIII.

PANDURO.

¿Quién dirá que soy Panduro?
Panduro mi padre hidalgo,
Mi abuelo Panduro. ¡Ay triste!
Mal el poder se resiste.
Uno soy; por uno valgo.
Aquí hay pistolas y espadas...
Lo mejor es escuchar.
Pero ya deben de hablar
Con razones encontradas.

ESCENA XIX.

EL CONDE FABIO.—PANDURO.

FABIO.
¿Quién va?
PANDURO.
Panduro, Señor.
FABIO.
¿Sabes quien soy?
PANDURO.
¡Gracia tienes!
¡De mí te encubres, y vienes
De atreverte á tanto honor!
En mi tierra un licenciado
Hermosa mujer tenia,
Que á cierto galan queria,
Bien necio y bien confiado.
Púsole una noche al tal
Detrás de ciertas cortinas
De una cama, por vecinas
Alcahuetas de su mal,
Y díjole: «Si por mí
O por vos se hace rüido,
Y despierto mi marido
Dijere: ¿Quién está ahí?
Con los guantes haced son,
Porque piense que es el galgo.»
A media noche el hidalgo
Habló recio en ocasion,
Y diciendo el Licenciado:
«¿Quién es el que hace rumor?»
Le dijo: «El galgo, señor,
Que está aquí detras echado.»—
Tú, Conde, vienes de allá,
¡Y pregúntasme quien eres!—
FABIO.
Hombres, Panduro, y mujeres
Son el mundo.
PANDURO.
Claro está.
FABIO.
Calla la boca, y mañana
Sal con aquesta cadena.
PANDURO.
Para Luna será buena,
Que te dió puerta y ventana.
FABIO.
Haréte matar.
PANDURO.
No harás;
Que tengo piés.
FABIO.
Oye, espera.—
Criados, ¡matalde, muera!
Erréle. (*Dispárale el pistolete.*)
PANDURO.
¡San Gil, san Blas!
(*Vanse.*)

—

Acampamento del Conde de Fuentes.

ESCENA XX.

EL CONDE DE FUENTES, DURÁN, PERALTA, LIRANZO, SOLDADOS. *Despues*, MENDOZA.

CONDE.
Aquí quiero yo ver la bizarría
De vuestros corazones, españoles;
Aquí vuestra gallarda valentía,
Del mundo envidia, de las armas soles.
DURÁN.
Si con el norte que las naves guía
Caminan por el campo los faroles
Del mar, aunque sus olas montes hacen
Donde por flores las estrellas nacen,
¿Qué mucho que contigo á la vitoria
Camine desta empresa el valor nuestro?
CONDE.
Hoy habeis de ganar eterna gloria.
La voz es mia, y el esfuerzo es vuestro.
(*Sale Mendoza.*)
MENDOZA.
Aquí no hay más honor que la memoria.
El ánimo es el fuerte, el sábio, el dies- [tro.
CONDE.
¡Oh buen Mendoza! ¿qué hay?
MENDOZA.
La batería
Ha hecho poca escarpa, aunque porfía.
CONDE.
Valientemente la ha reconocido.
MENDOZA.
Sirvo á vuestra excelencia con deseo
De acertar á servirle.
CONDE.
Aunque he tenido
Gusto de verle en tan honroso empleo,
Me pesa de que traiga ese vestido.
¿No le di cien doblones?
MENDOZA.
Bien lo veo;
Pero en aqueste asalto yerro fuera
Si más que el corazon vestido hubiera.
CONDE.
Luego ¿no se vistió?
MENDOZA.
Famosamente;
Pero ¿hanme de romper á cuchilladas
Vestido que me dió vuestra excelencia?
CONDE.
Caminen, pues, en la vanguardia luego
El capitan don Pedro de Guevara,
El capitan Nodera, que ha probado
En el Peñon tambien su heróico es- [fuerzo,
Don Francisco Mejía y don Francisco
Del Corral, como Alférez valeroso
Del Maese de Campo generoso
Don Agustin Mejía; y vaya entre ellos
El capitan don Diego, que promete
Su bandera poner en Chatelete;
Y el Villalobos en la misma fama.
PERALTA.
Tu frente adornará la verde rama,
Primera gloria del valor romano.
CONDE.
El caballero Reina, italiano,
Acuda con valor.
LIRANZO.
Subir porfía,
Señor, la valerosa infantería.
CONDE.
Jueguen las bombas y guirnaldas lue- [go.
¡Santiago! ¡al arma, al arma! ¡a sangre [y fuego!
(*Vanse todos, ménos Mendoza.*)

ESCENA XXI.

PANDURO.—MENDOZA. SOLDADOS, *dentro.*

MENDOZA.
Hoy ha de ser aquel dia
Que gane tan alta fama,
Que pueda decir quien soy,

Y que por la blanca espada
Me pueda poner la roja. [1]
(*Al entrarse con la espada desnuda, sále le al encuentro Panduro.*)

PANDURO.
¡Qué ventura tan extraña!

MENDOZA.
¿Quién es?

PANDURO.
Panduro, Señor.

MENDOZA.
Pues ¿cómo dejas á Laura,
Perro?

PANDURO.
Deten el acero.

MENDOZA.
Daréte una cuchillada.

PANDURO.
¡Mi lealtad pagas muy bien!

MENDOZA.
¿Qué hay de Laura, ó de doña Ana?

PANDURO.
Estoy turbado, Señor,
Puesto que entre gente tanta
Fué notable dicha el verte.

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Cierra, España! cierra, España!

MENDOZA.
Panduro, ¿no escuchas esto!
Voyme si no hablas.

PANDURO.
Pára
Miéntras me sosiego.

MENDOZA.
Dí.

PANDURO.
Aguarda, pues.

MENDOZA.
¿Qué es aguarda!

PANDURO.
Madama Rosela...

MENDOZA.
¡Oh perro!
¿Tiempo es este de madamas!

PANDURO.
Oye.

MENDOZA.
¿Qué tengo de oir?

PANDURO.
Es del Conde Fabio hermana.
El Conde á Laura...

MENDOZA.
¿Qué dices!

PANDURO.
Que, como yo sospechaba
Que el Conde á Laura queria,
Velé de la noche al alba,
Y vi que el Conde y seis hombres
A su aposento llegaban.
Ellos se quedaron fuera...
Digo, adentro... digo...

MENDOZA.
Acaba.

PANDURO.
Fuera ú dentro, el Conde entró
Con una pistola armada
En el aposento mismo
De Laura.

MENDOZA.
Pues ¿abrió Laura!

PANDURO.
Abrió Luna, una doncella
De la marca, ó Dinamarca,
Destas de digalo ella:
Luna en fin, luna eclipsada,
Luna menguante.

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Santiago!

MENDOZA.
Presto, infame; que me llaman.

PANDURO.
Pues ¿llámaste tú Santiago?

MENDOZA.
¿No miras que el fuerte asaltan,
Y que esto es grande bajeza?

PANDURO.
Entró el Conde por la cuadra,
Y abrazóme luego.

MENDOZA.
¡A tí!

PANDURO.
Que no digo sino á Laura;
Y ella respondió: «¿Qué es esto!
¡Traicion!»

MENDOZA.
Tú, que lo escuchabas,
¿Por qué no entraste?

PANDURO.
Esperé
A ver en lo que paraba.—
En fin, besándome el Conde...

MENDOZA.
¿Qué dices!

PANDURO.
Que no besaba
Sino á Laura.

MENDOZA.
¿Estás en tí?

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡España! Felipe! España!

MENDOZA.
Luego ¿ya no tengo honor?
¡Oh perro! ¡oh villano! ¡oh mandria!
¿No le mataras?

PANDURO.
No quise,
Por ver en lo que paraba.
Al fin el Conde salió.

MENDOZA.
¿Luego?

PANDURO.
No, por la mañana.

MENDOZA.
¡Vete, infame, que me has muerto!
(*Alza la espada contra Panduro.*)

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Santiago!

PANDURO.
¿Por qué me matas? (*Huye.*)

ESCENA XXII.

MENDOZA.

¡Triste! ¿qué tengo de hacer?
Ni á irme ni estar me atrevo.
¿Cumpliré con lo que debo?
Si es mi sangre esta mujer,
¿Podré dejarla perder?
Pero ¿qué dirán de mí,
Si agora falto de aquí?
Las cajas me están llamando,
Y mi honor me está incitando,
Si es verdad que le perdí.
Mas porque no se anticipe
La afrenta, vamos, honor,
A castigar al traidor,
Y de mi mal partícipe.
Mas la lealtad de Felipe
Me incita con fuerzas grandes:
Honor, no hay para qué andes
Estorbándome á quedar.
Pero ¿qué puedo ganar,
Si pierdo el honor en Flándes?

ESCENA XXIII.

EL CONDE DE FUENTES, *dentro.*—MENDOZA.

CONDE. (*Dentro.*)
¡Ea, valientes soldados!

MENDOZA.
El Conde es aquel: ¿qué haré?

CONDE. (*Dentro.*)
Hoy lo que tengo veré
En vuestros pechos honrados.

MENDOZA.
Todos suben, animados
De su divino valor.
Acometer es mejor:
Felipe ha de ser servido;
Que si el honor he perdido,
El me volverá mi honor.
Mas si entre tanto que quiero
Asistir valiente al muro,
A Laura goza seguro
Aquel traidor caballero,
¿Qué venganza dél espero?

CONDE. (*Dentro.*)
¡Ea, valiente Mejía!
Hoy ha de ser nuestro dia.
¡Ea, Duque de Pastrana!

MENDOZA.
Piérdase mi honor, mi hermana,
Mi vida y la sangre mia.
Voy al asalto, pues creo
Que muriendo con valor
Vengo á cobrar más honor
Que en la venganza deseo.
Allí por mujer le veo
Perdido: ¿qué más disculpa?
Miente el honor si me culpa,
Pues lo que un hombre defiende,
Si no lo sabe, le ofende,
Y si lo sabe, le culpa.
Claro está que si yo falto
En aquesta batería,
Dirán que es de cobardía,
Desde el humilde al más alto.
Morir en aqueste asalto
El honor que pierdo adquiere,
Si en mi patria se supiere
A un tiempo el bien como el mal.
¡Cierra, España, pesia tal;
Que no puede más quien muere!

ACTO TERCERO.

Sala en casa del Conde Fabio en Bruselas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE FABIO, FRISO.

FABIO.
Pues esto has de hacer por mí.

FRISO.
Bienaventurados son

[1] La cruz de Santiago.

Los que están en posesion;
Que una ley lo dice ansí.

FABIO.

Tambien dice en otra parte
Que si aquello que se entrega
Naturalmente se niega,
No se conceda por arte.

FRISO.

No es eso en cosas gozadas.

FABIO.

Propiedad y posesion
Dos cosas diversas son,
Quiero decir, separadas.

FRISO.

Quien posee el bien de amor
Con buena ó con mala fe,
Yo sé que es dichoso, y sé
Que es la propiedad mayor.

FABIO.

Pierde el bien la calidad,
Si gustos forzados son:
Ni se llama posesion
Un alma sin voluntad.
Y por tenerla, te pido
Finjas que es muerto su hermano.

FRISO.

Dicen que todo el verano
Valientemente ha servido
En Chatelete y en Han,
Clari y Cambray, y en la gloria
Que dió a España la vitoria
Del socorro de Durlan;
Y será fácil decir
Que en alguna bateria
Murió.

FABIO.

La esperanza mia
Podrá fingiendo vivir;
Que si Laura se imagina
En Flándes sin defensor,
Lo que es fuerza, será amor.

FRISO.

Mucho la defensa inclina,
Y conociendo que ya
Fuera de ti no la tiene,
Te querrá bien.

FABIO.

Laura viene;
Mas no á quererme.

FRISO.

Sí hará;
Pero presente no estés,
Porque no le dés sospecha:

FABIO.

Mucho el engaño aprovecha,
Aunque se entienda despues. (*Vase.*)

ESCENA II.

LAURA.—FRISO.

LAURA. (*Para sí.*)

Amor que no es amor, forzado el gus- [to,
Tener de desamor nombre merece,
Donde la posesion forzada ofrece
Deshonor, confusion, pena y disgusto.
Donde hay amor cualquier engaño [es justo,
Si con igual correspondencia crece;
Pero si no provoca y enloquece,
Será traicion y atrevimiento injusto.
No siempre han de obligar las cosas [bellas;
De inclinaciones puede y igualdades
Nacer amor, si el trato está con ellas.
Amor es igualdad de voluntades,
Que en el cielo conciertan las estrellas
Antes que la ocasion las amistades.

FRISO.

No quisiera, por verte tan contenta,
Interrumpir tu gusto.

LAURA.

¿En qué has hallado
Que tenga gusto yo?

FRISO.

Porque aposenta [do.
El semblante al placer como el cuida-
Mas ya que el avisarte corre á cuenta
Del mio, escucha.

LAURA.

¡Qué temor me has dado!

FRISO.

Rendido Chatelete, y en su monte
La soberbia del bravo Liramonte,
El Conde, su guion y entretenidos,
Tercios, coronelias y escuadrones
A convoyar salieron los rendidos,
Corteses en el trato y las razones.
Dejando finalmente guarnecidos
Los muros de defensa y municiones,
Caminaron á Clari.

LAURA.

Dí adelante.

FRISO.

Rindióse Clari, ménos arrogante.
Durlan, bella ciudad en Picardía,
Por el famoso Conde fué sitiada,
En cuyo rebellin se vió aquel dia
España de laureles coronada,
Y en uno y otro asalto y bateria
De felices vitorias ilustrada,
Donde ganó Mendoza nombre eterno
Para todo lugar, plaza y gobierno.
Ganóse en fin Durlan, de donde parte
Para Cambray, del Cambresi cabeza,
El fuerte Enriquez, valeroso Marte,
Símbolo militar de fortaleza.
Allí el ingenio, la experiencia, el arte
Mostraron su valor, fuerza y destreza,
Y por extremo bravos y galanes
Flamencos y españoles capitanes.
De don Luis del Castillo valeroso
Hable la fama, á Salamanca honrando;
De don Cárlos Colonia el sonoroso
Bronce, por toda Europa dilatando;
El gran Sotomayor viva glorioso,
Henares sus hazañas publicando;
Y en don Sancho de Luna la fortuna
No permita jamás menguante alguna.
Nombre inmortal don Juan de Silva ad- [quiera;
Don Pedro de Guevara justamente
Con don Alonso de Mendoza espera
Mural corona, digna de su frente:
Sobre el planeta de la quinta esfera
La virtud militar triunfos aumente
Por tanta copia de una y de otra hazaña
De don Luis de Velasco, honor de Es- [paña.
De Villalobos á don Diego cante
El premio de la espada y de la pluma,
Y de Estéban de Ibarra, á quien levan- [te
Donde imperio jamás la edad presuma:
En láminas escriba de diamante, [ma,
Que envidia de los tiempos no consu-
La famosa memoria de aquel dia,
Con su valor don Agustin Mejía. [taron
Hecho, pues, un reducto, en que plan-
Cuatro piezas á cierta plataforma,
En cuyas explanadas asentaron
Otras por los traveses de otra forma,
Reconocer á tu español mandaron
(Así la fama su desdicha informa)
Por dónde la ciudad batiese el Conde:
Bravo Mendoza, con partir responde.
Pero la pieza que apuntada estaba
De aquella plataforma en los cestones,
Cuando animosamente se acercaba...

LAURA.

No digas más: ¡en confusion me pones!

FRISO.

Volóle la cabeza.

LAURA.

Aquí se acaba
Mi vida.

FRISO.

Escucha solas dos razones.

LAURA. [fuerte,

¿Qué tengo de escuchar en mal tan
Trágico mensajero de mi muerte!

FRISO.

El Conde lo sabia: en él te queda
Mejor hermano.

ESCENA III.

EL CONDE FABIO.—LAURA, FRISO.

FABIO.

Así es verdad, mi Laura. [pueda,
Conmigo no hay temor que ofender
Pues lo que pierdes, mi valor restaura.
Fabio su sangre, su defensa hereda,
Pues miéntras me animare vital aura
Tendrás en mí más obligado hermano.

LAURA.

Ya mi remedio y tu consuelo es vano.
Primero se verán bordando el suelo
Las estrellas espléndidas mayores,
Y por las listas del celeste velo
Sin capitan ejércitos de flores;
Dejará de moverse el claro cielo
Que lleva tras su curso los menores,
Y quedarán en paz los elementos,
Que se rindan á ti mis pensamientos.
Violentamente nadie amó querido,
Ni se obligó la voluntad forzada:
Humildemente te suplico y pido
Te deba yo gozar mi patria amada.

FABIO.

No fué tu hermano, Laura, tu marido.
¿Qué fe le guardas, necia y engañada?
Mira que pierdes mucho, si me pier- [des.

LAURA.

De lo que pierdo, Fabio, no me acuer-
Todo lo sé. [des.

FABIO.

Pues ¿qué es lo que pretendes?

LAURA.

Que me dejes volver á España.

FABIO.

Mira
Que si llorando así mi amor enciendes,
Tu desesperacion me mueve á ira.
Detente, espera.

LAURA.

Tu valor ofendes.

CONDE.

Tu resistencia y mi desdicha admira.
Friso, ¿qué haré? (*Vase Laura.*)

FRISO.

Señor, tener paciencia; [sencia.
Que son el fin de amor muerte y au-
(*Vanse.*)

—

Alojamiento del Conde de Fuentes.

ESCENA IV.

EL CONDE DE FUENTES, MENDOZA, PANDURO, SOLDADOS.

CONDE.

Alabar la virtud de los soldados

Fué siempre de excelentes capitanes:
Así en Farsalia César á los suyos,
Así en la India el próspero Alejandro.

MENDOZA.

Cuando no fuera ejemplo tan antiguo,
Le hallara tu valor, Conde magnánimo.

CONDE.

Esto les debo á todos de justicia;
Y fuera de ser leyes de milicia,
A vos con más razon, señor Mendoza.

MENDOZA.

¡Dichoso el que tal premio y lauro goza!

CONDE.

He reparado en vuestro descontento;
Y si lo estais de haber tan bien servido,
Y que satisfacion no habeis tenido,
Yo os nombro capitan, y os haré presto
Mayor merced; pero advertid con esto
Que os habeis de tratar con vuestro [nombre,
Y que se ha de saber que sois...

MENDOZA.

Tenéos:
Que ya vendrá ocasion de daros gusto.

CONDE.

¿Aun no templais la causa del disgusto?
¿Qué teneis? ¿Qué os aflige? Oid aparte.
¿Es falta de dinero, ó por ventura
Deseo de volver á España?—¡Agora
Suspiros y mirar, Mendoza, al cielo!
Amigo vuestro soy: hablad conmigo.

MENDOZA.

Que no es nada, Señor.

CONDE.

¿Soy vuestro amigo?

MENDOZA.

Es mi señor Vuestra Excelencia.

CONDE.

Habladme,
Y participe yo de vuestra pena.

MENDOZA.

¿Acordaisos que un dia dia me dijistes
Que hacia mal en confiar mi hermana,
Y que las experiencias que teniades
De las cosas del mundo os lo enseña- [ban?
Pues ya, Señor, me han dicho que pro- [cura
Mi deshonor un príncipe extranjero:
Y así pediros por entrambos quiero
Licencia para dar remedio á entram- [bos.

CONDE.

¿Escribeos ella que la sirve alguno?

MENDOZA.

Este criado mio, cuando estaba
Vuestra Excelencia sobre Chatelete,
Me vino á dar aviso.

CONDE.

Y desde entónces
¿Habeis siempre asistido á la campaña?

MENDOZA.

Antepuse á mi honor vuestro servicio
Y el del Rey mi señor, que guarde el [cielo.
Sabe Dios cuántas veces de los muros
El amor de mi honor me retiraba,
Y cuántas el serviros me volvia.

CONDE.

Teneis honrada sangre y sangre mia.
¡Ah gentilhombre! oidme. (*A Panduro.*)

PANDURO.

¿Soy por dicha
El gentilhombre yo de vuestra boca?
Ó ¿á quién de los que están aquí le to- [ca?

CONDE.

¿Cómo os llamais?

PANDURO.

Panduro me apellido,
Aunque de carne, y tierna, soy nacido.

CONDE.

¿Hidalgo sois?

PANDURO.

Deciendo de las piedras
De que queria el diablo que le hiciese
Pan el Señor: por eso soy Pan-duro.

CONDE.

Humor gastais.

PANDURO.

Si humor gastar pudiera,
Con más salud sospecho que viviera.
Mas diciéndoos verdad, mi bisabuelo
Era alcaide de cierta fortaleza.
Resistióla á un ejército de moros,
Y dándole las gracias su Rey, dijo [ro,
Que un mes la sustentó con un pan du-
Y el Rey le honró de aqueste nombre, [y tiene
Por armas este pan en campo de oro.
Aunque otros dicen que tiraba al moro
Piedras desde una almena de aquel mu- [ro,
Diciendo: «Tomad pan, aunque pan du-
Y que descalabrados le dejaron, [ro;»
Y del pan de Panduro se acordaron.

CONDE.

¿Cómo pasastes á esta tierra?

PANDURO.

Andando,
Sospecho que pasé.

CONDE.

¿Con quién? os digo.

PANDURO.

Con el señor don Juan, digo, pasamos
Mendoza y yo, con ciertas compañías
Del capitan Cimbron, natural de Avila.

CONDE.

¿Qué erades ántes vos?

PANDURO.

Era estudiante.

CONDE.

¿Qué facultad?

PANDURO.

Compraba la comida.

CONDE.

¿Nunca fuistes pasante?

PANDURO.

Antes pasaba
Mucha necesidad.

CONDE.

Pues de ese modo
Sabréis poco latin.

PANDURO.

Griego sé un poco. [cia,
Pregúnteme, Señor, Vuestra Excelen-
Y verá como en griego le respondo.

CONDE.

¡Si no sé griego yo!

PANDURO.

Desta manera [griego,
Mil dicen que lo sáben, porque al
Como nadie lo sabe, callan luego.

CONDE.

¿Qué vistes en Bruselas?

PANDURO.

Yo no he dicho
Que ví cosa ninguna; solamente
Sentí una noche aquel rumor gozoso
Estrépito de amantes amoroso. [ño,
Y aunque en todas las cosas hay enga-
¿Qué malo fué avisar para que el daño
No cunda, tunda, y hunda el honor [nuestro?

CONDE.

Y ¿aquí habeis peleado?

PANDURO.

¡Pésia al diablo!
Eso sé yo mejor que no latines [nes.
Destos que escriben bárbaros pasqui-
¡Por el aguá de Dios! Mire, seor Conde:
Ya sabe que *pobreza no es vileza*,
Aunque es ramo de horca y picardía,
Si bien Adan más pobre se vestía,
En llegando á sacar la de Toledo,
Puesto que recibiendo algunas veces,
Panduro daba un pan como unas nue- [ces.

CONDE.

Hombre me pareceis de buena traza.

PANDURO.

En la traza, Señor, me gano ó pierdo;
Que en lo demas procedo honrado y [cuerdo.

CONDE.

Ponéos esta cadena, y en España
Decid que yo os la di.

PANDURO.

Guarde tus años
Más que sus fueros Aragon, el cielo,
Más que un cobarde guarda su cabeza,
Mas que su ejecutoria un escudero,
Y más que un hombre indiano su di- [nero.

CONDE.

Mendoza, si á invernar vuelvo á Bru- [sélas,
Juntos podremos ir; que el tiempo im- [pide
Proseguir las empresas comenzadas.

MENDOZA.

Deme los piés, Señor, Vuestra Exce-
Y para adelantarme la licencia, [lencia.
Que tan justa parece.

CONDE.

Sea en buen hora;
Que todos casi á un tiempo llegaremos.

MENDOZA.

Previenen tantas fiestas justamente
Para Vuestra Excelencia en el camino,
Que á ir delante, Señor, me determino.

CONDE.

El cielo os guarde.

MENDOZA.

Y vuestra vida aumente.
(*Vanse el Conde y los soldados.*)

ESCENA V.

MENDOZA.—PANDURO.

MENDOZA.

Licencia tengo ya: vamos, Panduro,
Y cobremos mi honor.

PANDURO.

Ciña la frente
Deste gran capitan laurel eterno.

MENDOZA.

Ve presto, y junta nuestra pobre ropa.

PANDURO.

Juntada luego está, pues toda es nada.

MENDOZA.

Así se hará más breve la jornada.
Quien dice que *pobreza no es vileza*,
Nunca pensó dejar de ser honrado;
Que á un hombre en bajos paños dis- [frazado
Se atreve fácilmente la riqueza.
De mi parte no estuvo la bajeza,
Sino de mi desdicha, que ha llegado
A perderme el respeto en el estado
Que ménos me defiende mi nobleza.

Mas culpar mi nobleza son engaños
Miéntras mis pensamientos son mayo-[res
Que mis desdichas por ajenos daños.
Las almas no las visten exteriores;
Que muchos pechos hay en pobres [paños
Que pudieran ser almas de señores.
(*Vanse.*)

—

Bosque y entrada al jardin de la quinta del Conde Fabio.

ESCENA VI.

LAURA, LUNA, TIBURCIO.

LAURA.
Dificilmente podria
Consolarme de mi mal.

LUNA.
Para mi, Señora, es tal,
Que no admite compañía;
Y si alguna puede haber,
Es pensar en la pobreza
De Mendoza.

LAURA.
La nobleza,
Que nunca ha dado á entender,
Haré qué os diga el de Fuentes.
Ya que murió peleando
Mi hermano.

TIBURCIO.
Están murmurando
Tu sentimiento estas fuentes;
Que el Conde Fabio te adora,
Y ya le has cobrado amor;
Que el trato ablanda el rigor
De los desdenes, Señora.

LAURA.
Despues que faltó mi hermano,
Puse mi esperanza en él;
Que no tengo fuera dél,
Tiburcio, remedio humano.
Si el Conde á España me envia,
¿Qué puedo hacer en España,
Ya para mi más extraña,
Supuesto que patria mia?
Así que es fuerza vivir
Sujeta á su voluntad:
Y sobre aquesta verdad
No tengo más que decir.
Este bosque, en que ha querido
Que pasemos estos dias,
Fué de las desdichas mias
Principio mal prevenido;
Que bien mi hermano pudiera
Temer de ausencia y de mí,
Cuando permitió que aquí
Aquella noche estuviera.

LUNA.
Laura, ya tienes amor
Al Conde; ya no hay que hacer
Extremos: si eres mujer
De tanto lustre y valor,
Aquí le muestra en pasar
La fortuna como viene

TIBURCIO.
Partes este bosque tiene
Para poderte alegrar;
Y si quieres el jardin,
Echen el agua á esas fuentes,
Cuyos espejos lucientes
Retratan hiedra y jazmin.
Advierte ¡con qué donaire,
Como ya de amor seguras,
Deste estanque las figuras
Tiran diamantes al aire!
Y aunque salen tan helados,
Poco en serlo perseveran;
Que si no se deshicieran,
Valieran muchos ducados.
Mira esta Vénus que aquí
Está azotando al Amor.

LUNA.
Laura, el Conde, mi Señor.

ESCENA VII.

EL CONDE FABIO, FRISO, CRIADOS.—LAURA, LUNA, TIBURCIO.

FABIO.
No puedo vivir sin tí.

LAURA.
¡Fabio mio!

FABIO.
¡Agora sí,
Que me llamas Fabio mio!

LAURA.
Pues ¿no fuera desvarío
Dejar de amarte?

FABIO.
Sí fuera;
Que desden que persevera
Marchita al amor el brio.

LAURA.
Ya de que vos me querais
Estoy, Señor, tan gustosa,
Que temo que de amorosa
Como hombre me aborrezcais.
Aborrecidos amais,
Amados aborreceis:
Gusto notable teneis,
Pues una hermosa rendida
Dejais, y por desabrida
La más fiera apeteceis.
Por esta causa engañaros
A la mujer se concéde:
Poco el estimaros puede,
Mucho puede el despreciaros.
Gustais de los gustos caros,
Y así me doy parabienes,
Sabiendo que vuestros bienes
Consisten en largos plazos,
Pues para comer los brazos,
Haceis salsa los desdenes.
No querer luego no es cosa
Que puede ofender quien ama;
Que pierde mucho una dama
Cuando comienza amorosa,
Y debe de estar celosa
Si es mentira ó si es verdad:
Nunca la facilidad
Solicita estimacion,
Porque toda privacion
Enciende la voluntad.

FABIO.
Laura de mi alma y mi vida,
Solo dueño de las dos,
Poca me conceda Dios,
Si no sois de mí querida,
Y en posesion preferida
A mi esperanza y deseo.—
Mas ya que contenta os veo,
Y que cesan los enojos,
Gozad, Laura de mis ojos,
Cuanto yo tengo y poseo.—
Friso...

FRISO.
Señor...

FABIO.
¿Han traido
Los regalos que mandé?

FRISO.
Midas pienso que no fué,
Como tú serás, servido.

FABIO.
Los músicos...

FRISO.
Ya han venido.

CONDE.
Los cazadores...

FRISO.
Tambien.

CONDE.
Pues, mi bien, conmigo ven.

LAURA.
Aunque estuviera sin tí,
Fuera contigo; que en mí
Ya no hay, mi Fabio, otro bien.
(*Vanse.*)

ESCENA VIII.

MENDOZA, PANDURO.

MENDOZA.
Mucho quisiera excusar
El camiuar por aquí.

PANDURO.
Pues yo te juro que á mí
No me da poco pesar.

MENDOZA.
¡Qué descuidado venía
Por este bosque una tarde,
Haciendo, Panduro, alarde
De tanta desdicha mía,
Cuando á Liranzo y Durán
Con otros dos camaradas
Vi con pistolas y espadas,
Y quise hacerme galan
De una madama, ú demonio,
A quien desnudar querian!
De la hambre que tenian
No pequeño testimonio.
¡Pluguiera el cielo que allí
Una bala me tiraran,
Ó las espadas sacaran
Sin amistad contra mí!

PANDURO.
Aquí comenzó tu mal,
Aquí tu desdicha fué,
Aquí con Laura llegué
En aquel caballo asnal;
Aquí (que nunca le viera)
Aquel escudero vi,
Aquí fué donde bebí
Cerveza la vez primera.
Mal agüero, ó el peor;
Pues desde entonces acá,
Traigo los bigotes ya
A lo flandesco, Señor.
¿Cuándo beberé con nombre
Más claro que el mismo sol
Aquel vinazo español,
Que hace barbinegro un hombre!
¿Cuándo aquel licor divino?
Que en fin, cerveza es mujer,
Y el vino es hombre.

MENDOZA.
Hasta ver
El fin de aqueste camino,
Fundado en justa venganza,
No he de mudar el vestido.

PANDURO.
Tu disfraz por dicha [1] ha sido
Causa de tanta mudanza:
Y yo lo mismo he jurado,
Porque no tengo con qué;
Que si no, claro se ve
Que me le hubiera mudado.

[1] Acaso, tal vez.

MENDOZA.
En la márgen desta fuente
La siesta quiero pasar.

PANDURO.
Busquemos que manducar;
Será corriente y moliente.

MENDOZA.
Parte á aquella casería:
¡Mal fuego en ella se encienda!

PANDURO.
No hay argen.

MENDOZA.
Pues da una prenda.

PANDURO.
Basta la palabra mia. (*Vase.*)

ESCENA IX.

MENDOZA.

Sueño, si tal vez habeis
Algun enfermo engañado,
Y que está bueno ha soñado,
Engañadme, pues podeis.
Si al preso burlar sabeis,
Y sueña su libertad,
Tenerme será piedad
Por algunas horas muerto,
Aunque despues de despierto
Me mate mas la verdad.
Truje ignorante mi engaño
A Flándes; que no sabia
Que quien la causa traia,
No estaba libre del daño.
Bien me muestra el desengaño
De la desdicha de España
Cuánto á si mismo se engaña,
Si alegre piensa volver,
El hombre que con mujer
Camina por tierra extraña.
(*Échase y duérmese.*)

ESCENA X.

LAURA, EL CONDE FABIO.—MENDOZA, *dormido*.

FABIO. (*A Laura*)
Quiero enseñarte á tirar,
Y será pintura nueva
Ver que haya trocado amor
Por el arcabuz las flechas;
Aunque ya la antigüedad,
Para exagerar su fuerza,
Le pintó rompiendo rayos.

LAURA.
Tengo temor.

FABIO.
Pues no temas.
Vino de Chipre Cupido
Cierto dia á Vénus bella
Quejándose que le habia
Picado el dedo una abeja;
Y respondióle la diosa:
«La queja excusar pudieras,
Pues que tan pequeño picas
Almas que abrasas y hielas.»
Más fuego tienen tus ojos
Que su elementar esfera.
Toma, tira, ponte así,
Y en estando bien, aprieta.

LAURA.
Allí hay un bulto.

FABIO.
Pues tira.

LAURA.
Miedo me ha dado.

FABIO.
¿Qué piensas?

LAURA.
No es temor del arcabuz;
Causa parece secreta.

FABIO.
¡Secreta! Espera, no tires;
Que no sin causa recelas.—
Aquí hay un hombre durmiendo.

LAURA.
Dicha tuvo

FABIO.
Y no pequeña.

LAURA.
Sí; porque quien ménos sabe,
Para hacer mal, más acierta.
Despiértale.

FABIO.
Dame á mí
El arcabuz.

LAURA.
Toma.

FABIO.
Fuera
Notable cosa matarle
¡Oh Laura! la vez primera
Que te enseñas á matar.

LAURA.
Pienso que me sucediera
Lo que á médicos modernos,
Que la primer cura yerran.

FABIO.
Antes acertaras, Laura.—
Hombre, despierta, no duermas.

LAURA.
Soldado me ha parecido.

FABIO.
Hombre parece de guerra.

LAURA.
¿Si es español?—¡Ay!

FABIO.
¿Qué hay?

LAURA.
¿No es este mi hermano! Espera.

FABIO.
El mismo.

LAURA.
Pues ¿no era muerto?

FABIO.
Así se dijo en Bruselas.
(*Levántase Mendoza.*)

MENDOZA.
¡Qué es esto que viendo estoy!
¿Sueñan mis ojos, ó sueñan
Mis pensamientos!

LAURA.
¡Hermano!

MENDOZA.
¡Hermano, en esta bajeza!
¿Qué aguardas, hidalgo brazo?
Aquí tu deshonra muera.

FABIO.
Tente, español, ó haré yo
Que tu soberbia detenga,
Sin que muevas otro paso,
El alma desta escopeta.

MENDOZA.
No me detiene el morir;
Que solamente pudiera
El no ser con honra mia;
Mas pues de noble te precias,
Arroja ese fuego vil,
Arma de cobardes fuerzas,
Y saca la blanca espada.

FABIO.
Soy tan noble, que lo hiciera,
Si tú fueras igual mio.

MENDOZA.
Pues si por eso lo dejas,
Yo soy don Juan de Mendoza,
De la casa que celebra
España entre las montañas,
De cuyo origen se precia
La casa del Infantado:
La cruz de aquesta venera,
Por la pobreza en que estoy,
Traigo, como ves, cubierta.
Servia un hombre á doña Ana
(No Laura, como tú piensas);
Aviséle que dejase,
Aunque igual, tan loca empresa;
No quiso, y en desafío
Y cuerpo á cuerpo, en la Vega
De Toledo le maté;
Y porque no me ofendiera
Ningun atrevido ausente
(Pues hubo alguno en presencia),
Saqué á mi hermana una noche,
Y á Flándes vine con ella
Tan pobre, que nos mudamos
Los nombres por la pobreza,
Respeto de no poder
Valernos de nuestra hacienda,
Que nos quitó la justicia:
Costumbre de aquella tierra.
Y por la cruz desta espada,
Que vendimos en Valencia
Los vestidos, por no dar
De nuestras personas cuenta.
Bien sabes tú, Conde Fabio,
Que *Pobreza no es vileza*,
Cuando á los hombres honrados
Ponen desdichas en ella.
En las vitorias del Conde
Me he portado de manera,
Que me dió una compañía:
Y si estas cosas son ciertas,
Acuérdate que me viste
Sentado un dia en Bruselas
A su lado en este traje;
Que *Pobreza no es vileza*,
Sino rigor de fortuna,
Fortuna, mujer y ciega,
Tan inconstante de piés,
Que son sus chapines ruedas.
Aquí hay dos cosas: ó tú,
Pues ya sabes mi nobleza,
Saca la espada conmigo,
Ó vete, y matar me deja
Esta villana mujer.

FABIO.
No aceto ninguna dellas.
Don Juan, porque sé quién eres;
Que de otra suerte, lo hiciera.
Mira tú si puedo yo
Satisfacerte, y no seas
Tan español en la honra.

MENDOZA.
Como te cases con ella,
No tengo qué replicar.

FABIO.
Yo lo haré desta manera:
Que primero han de saber
En la Corte tu nobleza.

MENDOZA.
¿Cómo?

FABIO.
Yo quiero casarte;
Seis mil ducados de renta
Te haré dar, con una dama
De lo mejor desta tierra.
Casado y puesto en estado,
Cuando en Bruselas te vean

Con tu cruz y con tu nombre,
Y tu calidad se entienda,
Daré la mano á doña Ana
Y haré que el padrino sea
El mismo Conde de Fuentes.

MENDOZA.

Aceto el partido.

FABIO.

Queda
Desta suerte.

MENDOZA.

Ve adelante.

LAURA.

¿Podré hablarte?

MENDOZA.

No, ni creas
Que has de merecer mis brazos,
Hasta que marido tengas.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Conde Fabio en Bruséllas.

ESCENA XI.

ROSELA, LUNA.

LUNA.

Vienen ya las compañías,
Y presumo que se esconde.

ROSELA.

En fin, ¿quiere estarse el Conde
En el bosque tantos días?

LUNA.

Con Laura la soledad
Tiene por Corte, y la Corte
Por soledad, aunque importe
Menos a su calidad;
Que bien fuera que se hallara
A la entrada del de Fuentes.

ROSELA.

Amor es todo accidentes;
Sólo en sus gustos repara.
Como ha perdido el temor
Despues de muerto Mendoza,
A sueño suelto se goza,
Libre del ajeno honor.
—¿Qué piensa mi hermano hacer
Con esta bella española?

LUNA.

¿Qué ha de hacer, si es bella y sola,
Y no ha de ser su mujer?

ROSELA.

Aun salir á recebir
Al Conde ¿no fuera justo?

LUNA.

Es como Ginebra el gusto:
Sin leyes quiere vivir.

ROSELA.

El Conde.

LUNA.

No puede ser.

ROSELA.

¿Cómo no, si ya le veo?

LUNA.

¡El Conde sin Laura!

ROSELA.

Creo
Que no hay paz donde hay mujer.

ESCENA XII.

EL CONDE FABIO, FRISO. — ROSELA, LUNA.

FABIO.

Por mucho que la causa te desvele
De mi venida, no sabrás la causa.

ROSELA.

Será despues lo que entre amantes [suele.
Cualquier enojo estos efetos causa;
Mas lo poco que duran te consuele.
La gracia de la música es la pausa;
Que despues de celosos intervalos
Crecen las amistades, los regalos.

FABIO.

Léjos, Rosela, estás del pensamiento
Con que he venido desde el bosque á [hablarte:
Sólo vengo á tratarte un casamiento.

ROSELA.

¿Eso ha podido agora desvelarte?
¿En eso se ocupó tu entendimiento?

FABIO.

Pues ¿adónde mejor que en remediar- [te?

ROSELA.

Algo te ha sucedido: triste vienes.

FABIO.

No sé si amor, Rosela, á España tienes.

ROSELA.

De una dama francesa se decia [extraña
Que al señor don Juan de Austria tan
Aficion, tan inmenso amor tenía
De verle tan galan por la campaña,
Que en lugar de la blanca, se ponia
La banda roja, de que se honra España,
Debajo del jubon; y yo sospecho
Que la traigo en el alma y en el pecho.

FABIO.

Por la nueva te doy este diamante;
Y seguro que estimas españoles,
Tu marido lo es, aunque arrogante
Nacion, en armas y en nobleza soles:
Hombre en aqueste ejército importan- [te,
Que cuando más le apures y acrisoles,
No le hallarás defeto, y cuyo pecho
Honra una cruz.

ROSELA.

Parece que le has hecho.

FABIO.

Soy muy interesado en que te agrade.

ROSELA. (*Ap.*)

Salid, pasion del español ya muerto,
Con un vivo español, si persüade
Amor con otro amor nuevo concierto.

FABIO.

Como ser español no desagrade,
Estoy de su valor seguro y cierto.

ROSELA.

¿Viene con el de Fuentes?

FABIO.

Ya ha venido.
Dí que entre.

FRISO.

Otro parece bien vestido.

ESCENA XIII.

MENDOZA, *muy galan, con hábito de Santiago;* PANDURO, *asimismo, bien aderezado.*—DICHOS.

PANDURO. (*Ap. á su amo.*)

¡Por Dios, que vienes galan!

MENDOZA.

Y necio vendré tambien,
Pues que me caso.

PANDURO.

¿Con quién?

MENDOZA.

Mis desdichas lo sabrán;
Que yo no sé más aquí
De lo que ellas han causado.

FABIO.

El español ha llegado:
Halle buena gracia en tí.

ROSELA.

¡Buen talle!

FABIO.

Yo voy á hablalle.

LUNA. (*Ap. á su ama.*)

Señora, ¿qué pensamiento
Trae el Conde?

ROSELA.

Un casamiento.

LUNA.

¡Bravo español!

ROSELA.

¡Lindo talle!

FABIO.

Don Juan, yo he tratado ya
Con esta dama el concierto.

MENDOZA.

¿Qué dice?

FABIO.

Que será cierto.

MENDOZA.

Pues ¿cómo en tu casa está?

FABIO.

Porque yo la truje aquí.
Llega á hablalla, porque vea
En qué persona se emplea,
Y tú qué mujer te dí.

MENDOZA. (*Ap. á Panduro.*)

Panduro, yo voy á hablar
La que ha de ser mi mujer.

PANDURO. (*Ap. á Mendoza.*)

Mayor cosa vas á hacer
Que quien se embarca en el mar.
Descubre la cruz; que son
Como diablos.

MENDOZA.

(*Ap. á Panduro.* ¿Quién pensara
Que doña Ana me obligara,
Panduro, á tal confusion?)

(*Llega á Rosela.*)

Señora, el Conde ha querido
Que os hable en que habeis de ser
Mi señora y mi mujer,
Yo vuestro esclavo y marido.
Si os ha dicho lo que he sido
Y lo que soy... (*Ap.* ¡Qué es aquesto!
En más confusion me ha puesto.)

ROSELA.

(*Ap.* ¡Qué es lo que mirando estoy!)
¿Eres Mendoza?

MENDOZA.

Yo soy.

PANDURO. (*Ap. á Mendoza.*)

Dale cruz; dásela presto.

ROSELA.

¿No eres muerto?

MENDOZA.

Quien no tiene
Honor, débelo de ser.

PANDURO. (*Ap.*)
No le habrá muerto mujer,
Pues con mejor pelo viene.

ROSELA.
La fama siempre entretiene
Los ausentes con mentiras.

MENDOZA.
Mucho de verme te admiras:
Don Juan soy, Mendoza soy.
No soy muerto; vivo estoy,
Aunque con la cruz me miras.
—Conde, ya no puede ser
Que te cases con doña Ana;
Que aunque es tan noble tu hermana,
No la quiero por mujer;
Que quien no supo tener
Guardada la que le di,
Ya no es buena para mí,
Ni yo lo soy para ella,
Pues pensaré siempre della
Que no ha de guardarse á sí.
Si ella la hubiera guardado,
Grande mi ventura fuera
Que su mano mereciera,
Habiendo mi honor cobrado;
Mas como el ser hombre honrado,
Rosela, al encuentro sale,
Ningun remedio me vale;
Pues casarse con recelo
Es tener llovido el suelo
Adonde el honor resbale.
Mi hermana está en mi poder;[1]
Yo sabré darle castigo,
Pues que casarse contigo
Dices que no puede ser
Sino es dándome mujer
Que pueda darme valor:
En mi culpa y en ti error;
Que marido acreditado
Por mujer, ó es desdichado,
Ó sabe poco de honor.
Noblezas, Conde, y espadas
Acreditan bien en Flándes
Hechos y servicios grandes
En seis famosas jornadas.
Las mujeres más honradas
Lo han de ser por su marido;
El que por mujer lo ha sido,
Sujeto vive á mujer;
Que basta una vez nacer
De mujer el bien nacido.

FABIO.
Espera.

MENDOZA.
No hay que esperar
Cosa buena de los dos.

ROSELA.
Óyeme á mí.

MENDOZA.
¡Bien, por Dios!

ROSELA.
Pues déjame disculpar.

MENDOZA.
¿Qué disculpa puedes dar,
Si, fiado en tu valor,
Me quita el Conde el honor,
Y de mi infamia se goza!
Pero un español Mendoza
Sabrá cobrarle mejor.

FABIO.
Yo te haré matar.

MENDOZA.
Pues ven,
Y sabremos si doña Ana
Es tu dama ó es mi hermana.

[1] Quiere decir *bajo mi potestad*, aunque realmente Laura está en casa del Conde Fabio.

FABIO.
Hablaré al Conde tambien.

MENDOZA.
El Conde es mi deudo, y quien
Sentirá este agravio más.

FABIO.
¡Criados!

MENDOZA.
Pues ¿voces das!
En tu tierra la dejé.
Ven y cóbrala.

FABIO.
Sí haré.

MENDOZA.
Mas muerta, no la querrás. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE FABIO, ROSELA, PANDURO, LUNA, FRISO.

FABIO.
Una palabra, Panduro.

PANDURO.
Advierta Vuseñoría
Que en guardar la lealtad mia
Soy como las piedras duro.

FABIO.
Honrar á don Juan procuro.

PANDURO.
Pues mucho os ha de costar,
Si es que os habeis de casar
Porque deje de vengarse;
Pues quien pasa por casarse,
Por todo puede pasar. (*Vase.*)

FABIO.
Sígueme, Friso.

FRISO.
No sé
Si aciertas.

FABIO.
Mátame amor.

FRISO.
En este español, Señor,
Bizarro valor se ve.
(*Vanse los dos.*)

ROSELA.
Luna, ¡Mendoza se fué!

LUNA.
¿Qué harás?

ROSELA.
Presto lo sabrás;
Que no ha de volver atrás
La nobleza de los buenos;
Que ni á mi honor debo ménos
Ni á mi amor puedo dar más.
(*Vanse.*)

—

Bosque.

ESCENA XV.

DURÁN, LIRANZO. *Óyese salva de arcabucería.*

DURÁN.
¡Bravas fiestas!

LIRANZO.
Cortas son.
Bien merece su excelencia,
Que, imitando al de Trajano,
Hiciera un arco Bruséläs.

DURÁN.
No le mereció mayor
Escipion, Mario ni César,
Que el Conde don Pedro Enriquez.

LIRANZO.
¡Gran soldado!

DURÁN.
Fama eterna
Promete el cielo á su nombre.
¿Qué villa, qué corta aldea
Por donde habemos pasado,
No le recibió con fiestas?

LIRANZO.
¿Acuérdaseos deste bosque?

DURÁN.
Deste bosque se me acuerda,
Donde el valiente Mendoza
Sirvió á la dama flamenca
A costa de nuestras joyas.

LIRANZO.
¡Bravamente le celebra
El Conde!

DURÁN.
Con gran razon;
Que en todas estas empresas
Ha mostrado igual valor.

ESCENA XVI.

LAURA, TIBURCIO.—DURÁN, LIRANZO.

LAURA.
En fin, ¿en la Corte queda?

TIBURCIO.
Ya debe de estar casado.

LAURA.
Yo sé que el Conde y Rosela
No pierden nada en su sangre.

TIBURCIO.
¿Quién es Mendoza?

LAURA.
No sepas
Más de que es Mendoza.

TIBURCIO.
Basta

LAURA.
¡Qué bizarra soldadesca
Se va descubriendo ya!

TIBURCIO.
Sin duda que el Conde llega.

LAURA.
¡Ah caballeros!

DURÁN.
¿Quién llama?

LAURA.
¿Llega el Conde?

DURÁN.
Ya se acerca.—
¿Habrá, señora española,
Alguna cosa que pueda
Refrescarnos del camino?

LAURA.
Entren por aquella puerta,
Digan que yo los envío.
—Vos, Tiburcio, ésas almenas
Cubrid de mil luminarias.

TIBURCIO.
¡Eres española!

LAURA.
Piensa
Que las vitorias del Duque
Como á su sangre me alegran.
(*Vanse los dos soldados y Tiburcio.*)

ESCENA XVII.

MENDOZA, PANDURO.—LAURA.

PANDURO. (*Ap. á Mendoza.*)
Aquí está. Por Dios, Señor,
Que no manches la grandeza
De tus hechos en matar
Una mujer.

MENDOZA.
Suelta. Deja.

PANDURO.
Huye, doña Ana.

LAURA.
¿Qué es esto!

MENDOZA.
¡Vive Dios, si no me sueltas,
Que he de comenzar por tí!

PANDURO.
¡Oh Señor! ¡qué mal comienzas!
Advierte que las mujeres
No se hicieron de cabezas
De hombres, sino de costillas;
Y en viéndose á espaldas vueltas,
Sillas de costillas son,
Que á pocos lances se quiebran.
Si del corazon del hombre
Fueran las mujeres hechas,
¡Oh qué tuvieran, don Juan,
De virtud y fortaleza!
Son flacas, son temerosas;
Que si tuvieran más fuerza,
Nos dieran dos mil azotes.

MENDOZA.
¡Tú me predicas y enseñas!

PANDURO.
¡Qué conclusiones me has visto,
De mil desatinos llenas,
Que tal presuma de mí?

LAURA.
Tente, hermano, escucha, espera.

MENDOZA.
¡Esto ha de ser, vive Dios!
Laura ó doña Ana, encomienda
Tu vida á Dios.

LAURA.
¡Tú me matas!

PANDURO.
No mata, ni Dios lo quiera.

MENDOZA.
Si mato. Aparta, desvia.

PANDURO.
No mata tal: váyase ella.

LAURA.
¡Ay! ¡que me matan!

ESCENA XVIII.

ROSELA, *en hábito de hombre.*—DICHOS.

ROSELA.
Las voces
Entre estos árboles suenan.

PANDURO.
Gente del Conde, Señor.

MENDOZA.
¿Quién eres?

ROSELA.
Quien verte espera
Muerto á sus manos. (*Desenvaina.*)

MENDOZA.
¡Oh perro!
(*Acomete á Rosela.*)

PANDURO. (*A Laura.*)
Huye entre tanto.

LAURA.
No creas
Que puedo estimar la vida.
(*Hiere Mendoza á Rosela.*)

ROSELA.
Muerta soy.

MENDOZA.
¿Qué dijo?

PANDURO.
Muerta.

MENDOZA.
¡Es mujer!

PANDURO.
Veré la herida...

MENDOZA.
esvía ¿Quién es?

ROSELA.
Rosela.

MENDOZA.
Pues ¡tú desta suerte!

ROSELA.
Sí.

MENDOZA.
¡Maldita la espada sea
Y el brazo tambien!

ROSELA.
No es nada.

MENDOZA.
Con este lienzo te aprieta.

ESCENA XIX.

EL CONDE FABIO, FRISO, CRIADOS.—DICHOS.

FABIO.
Pasalde aquel pecho infame.

MENDOZA.
Conde, con ménos soberbia.

FABIO.
¿Dónde está Laura?

MENDOZA.
Aquí está.

FRISO.
Mira que el de Fuentes llega.

ESCENA XX.

EL CONDE DE FUENTES, DURÁN, SOLDADOS.—DICHOS.

CONDE.
¿Es algun soldado mio
Con la gente de la aldea?

DURÁN.
No, Señor.

CONDE.
¿Quién contra el bando
Sacó la espada?

MENDOZA.
Si [1] fueras,
Invictísimo Señor,
Ménos mi deudo, y las deudas
De mis servicios menores,
Justo perdon mereciera
Por una cosa tan justa.
Mi hermana doña Ana es esta,
Y ésta del Conde, aunque en traje
De hombre: madama Rosela.
Dejésela en confianza
Para servirte en la guerra;
Venciόla el Conde á quien yo
Dije despues mi nobleza.
Dióme á Rosela, y dudando
De su valor, despreciéla.
Siguióme para matarme;
Herila sin conocerla.
Esta es la suma, Señor.

ROSELA.
Si juzga Vuestra Excelencia,
Oiga primero.

CONDE.
Sí haré.

ROSELA.
Vino con tanta pobreza
Mendoza á dejarme á Laura,
Que no defendí su ofensa,
Porque no le conocí.
(*A Mendoza.*) Y si tú me conocieras,
¿Hiriérasme?

MENDOZA.
No; que ha sido
Desdicha de mi nobleza.

CONDE.
Don Juan...

MENDOZA.
Señor...

CONDE.
Escuchad.
Estas amistades sean
Debajo de mi palabra;
Y más con las almas hechas
Que con los brazos.

MENDOZA.
Yo soy
Su amigo.

CONDE.
Doña Ana sea
Mujer del Conde, y don Juan
Le dé la mano á Rosela.

PANDURO.
¿No darán algo á Panduro?

CONDE.
De Mendoza la bandera
Y ocho escudos de ventaja.

PANDURO.
Aquella Luna flamenca
Me dió cerveza: mandad
Que la cerveza le vuelva.

MENDOZA.
Aquí se acaba, senado,
La Pobreza no es vileza,
Más riqueza, si os agrada,
Para el autor [2] y el poeta.

[1] Aunque.
[2] El empresario, como ahora diríamos, de la compañía que representó la comedia.

EL GRAN DUQUE DE MOSCOVIA

Y EMPERADOR PERSEGUIDO.

PERSONAS.

BASILIO, *gran Duque de Moscovia.*
TEODORO, } *sus hijos.*
JUAN,
DEMETRIO, *hijo de Teodoro.*
CRISTINA, *mujer de Teodoro.*
ISABELA, *mujer de Juan.*
BÓRIS.
OROFRISA, *su mujer.*
EL REY DE POLONIA.
EL CONDE PALATINO.
MARGARITA, *su hija.*
LAMBERTO, *caballero.*
TIBALDA, *su mujer.*
CÉSAR, *su hijo, niño.*
LISENA, *dama.*
RUFINO, *español.*
RODULFO,
CONRADO,
AUGUSTO, *caballeros.*
TIANO,
SEVERIO,
ELIANO, } *caballeros.*
ALBAÍNO,
EL DUQUE ARNIES.
FINEA.
UN PRIOR.
UN MAESTRO DE NOVICIOS.
BELARDO,
FEBO, *villanos.*
LUCINDA,
UN SASTRE.
UN ASTRÓLOGO.
UN CAPITAN.
UN VEEDOR.
UN MAESTRESALA.
UN CAMARERO.
DOS PAJES.
CABALLEROS.
SEGADORES.
GUARDAS.
CRIADOS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en varios puntos de Rusia y Polonia.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del Duque Basilio.

ESCENA PRIMERA.

BASILIO, TEODORO, EL NIÑO DEMETRIO, CONRADO.

BASILIO.

Mónstruo de naturaleza,
Hijo en mal punto engendrado,
Indigno de la grandeza
De mi generoso estado,
Vil, fabulosa cabeza,
A la que miraba igual
Aquel astuto animal
Que de verla se espantaba,
Viendo que sin seso estaba
La belleza natural,
Hombre falto y ignorante,
Rudo, villano, grosero,
A una estátua semejante,
Más que los bárbaros fiero
Que habitan el moro Atlante...

TEODORO.

Señor...

BASILIO.

Esa boca tapa,
Infame, medio mujer.
¡Tan vil razon se te escapa!
¡Ansí se ha de responder
A un Embajador del Papa!

TEODORO.

Pues ¿sé yo quién es?

BASILIO.

¿No sabes
Que es el que tiene las llaves
De Pedro, y Pedro de Cristo?

TEODORO.

Cuando yo le hubiera visto...

BASILIO.

Pero ¿quién en cosas graves
Mete á un hombre sin razon
Y discurso natural?

TEODORO.

Señor, tú tienes pasion...
Todo te parece mal...
Celos de mi hermano son.—
Pues cierto que soy discreto,
Y que dicen por ahí
Que sé más que tú.

BASILIO.

En efeto,
¿Yo te engendré!

TEODORO.

Y yo ¿salí
De ti con tan mal conceto!

BASILIO.

¿Qué sierpe de libio monte,
¡Cielo! qué asirio elefante,
Cuál indio rinoceronte,
O qué mónstruo semejante
A los que abrasó Faetonte,
Ví pintado en mi aposento
La noche que te engendré!

TEODORO.

Calla ya; que hablas á tiento;
Que ningun mónstruo se ve
Mayor que el mismo contento.
Tú has sembrado en tu Ducado,
Por lo que quieres á Juan,
Que soy yo tonto.

BASILIO.

Admirado
Los sentidos que le dan [1]
Me dejan, por Dios, Conrado.
Mira lo que dijo: advierte
Si sentencia puede haber
Tan alta.

CONRADO.

Es razon muy fuerte;
Que es gozar una mujer
Mónstruo que el alma divierte.
No le apremies, pues que sabes
Que estos intervalos tiene.

TEODORO.

Si no hablo palabras graves
Como á un Príncipe conviene...

[1] *Las ideas, los pensamientos* que se le ocurren.

Tú tienes urcas y naves:
Envíame á Roma luego,
Pediré al Papa perdon.

EL NIÑO DEMETRIO.

Señor, humilde te ruego
Que no le dés ocasion
A mayor desasosiego.
Acepta, si he merecido
Tu gracia por ser tu nieto.

BASILIO.

Si por tí no hubiera sido,
Demetrio, que tan discreto
Has de una bestia nacido,
Sospecho que le encerrara
Donde ninguno le viera.

DEMETRIO.

Abuelo y señor, repara
En que la celeste esfera
Nunca el movimiento pára.
Ella en las causas segundas
Infunde este bien ó mal.

BASILIO.

Muy bien su disculpa fundas.

DEMETRIO.

Y ¿qué más clara señal,
Para que tu error confundas,
Que ver que de tí, en efeto,
Padre tan sabio y discreto,
Naciese un hijo ignorante,
Y de un hijo semejante
Venga á nacer este nieto?

BASILIO.

Deso entiendo que los cielos
Dan, Demetrio, á los abuelos
Parte en la generacion
De los nietos.

DEMETRIO.

Ramas son
De sus troncos.

TEODORO.

Todo es celos,
Todo es querer dar á Juan,
Tu hijo, aqueste Ducado.
Pues tus ojos no verán
Ese tu Juan coronado,
En quien tan puestos están;
Que yo pediré favor

Al Papa, al Emperador
Y á los principes cristianos,

BASILIO.

Si no pongo en ti las manos,
Es por ver...

DEMETRIO.

¡Señor!...

CONRADO.

¡Señor!...

TEODORO.

Tú ¿qué me puedes hacer?
Dame, padre, á mi mujer:
Seremos frailes los dos;
Que quiero servir á Dios,
Que es Rey de mayor poder.

BASILIO.

¡Tu mujer fraile contigo,
Animal!

TEODORO.

Pues ¿por qué no?

BASILIO.

Yo me voy, Conrado amigo.
¡Qué hijo el cielo me dió
Para mi afrenta y castigo!
Segun la cólera mia,
Temo que aqueste baston[1]
Le ha de dar la muerte un dia.

CONRADO.

Nunca, Señor, la razon
Con la ignorancia porfía.
Juan te queda, aunque menor,
Para que herede tu estado,
Y á quien tienes tanto amor.

BASILIO.

Ese remedio me ha dado
Consuelo en tanto dolor. (*Vase.*)

ESCENA II.

TEODORO, EL NIÑO DEMETRIO, CONRADO.

CONRADO.

No tienes razon, Teodoro,
De hablar á tu padre ansí.

TEODORO.

¿En qué le pierdo el decoro?
¿Tiranizo para mí
Sus reinos y su tesoro?
Si para tal monarquía
No tengo capacidad,
No ha sido la culpa mia.

DEMETRIO.

La virtud en esta edad
Es corta sabiduría.

TEODORO.

¡Vive Dios, que si me hace
Que me vaya por el mundo!...

DEMETRIO.

Dios da el ser: si Dios nos hace,
O el instrumento segundo,
No tiene culpa el que nace.
Padre mio y mi señor,
Dejad agora el furor.

TEODORO.

Hijo, ¿qué quieres que quiera?
¡Ah! ¡Nunca yo te pariera
Para ver tanto dolor!

DEMETRIO.

Engendrado fuí de tí;
Que no has de decir parido.

TEODORO.

¡Engendrado!

DEMETRIO.

Señor, sí.

TEODORO.

¡Ved el mundo á qué ha venido,
Y ved quién me enseña á mí!
Entre parir y engendrar
¿Hay alguna diferencia?

ESCENA III.

AUGUSTO.—TEODORO, DEMETRIO, CONRADO.

AUGUSTO.

¿Qué caballo han de sacar?

TEODORO.

¡Qué graciosa impertinencia!
¡Qué enfadoso preguntar!
Cualquiera me lleva bien:
Saca cualquiera.

DEMETRIO.

Señor,
Di que el castaño te den;
Que hay gustos en la color,
Y bueno y malo tambien.

TEODORO.

Si la eleccion muestra el gusto,
Y el gusto el entendimiento,
Saca el castaño; que gusto
Del castaño.

AUGUSTO.

Mucho siento
Que esté enfermo.

TEODORO.

¡Cómo, Augusto!

AUGUSTO.

Que ese caballo, Señor,
Está enfermo.

TEODORO.

Pues ¿qué esperas
Que no llamas un doctor?

AUGUSTO.

¡Doctor!

TEODORO.

Pues ¿de qué te alteras?
Dios, que es soberano Autor
De la noche, el sol y el dia,
¿No cria al hombre?

AUGUSTO.

Sí cria.

TEODORO.

Pues tambien cria al caballo,
Y ansí es menester curallo.

CONRADO.

¡Notable filosofía!

DEMETRIO.

Tú ¿no ves que la excelencia
Del hombre es por diferencia
Del ánima racional?

TEODORO.

Darle racion será igual
Irracional preeminencia.

(*Suena dentro ruido de perros.*)

¿Qué es eso?

CONRADO.

Los perros son,
Que ladran.

TEODORO.

¿Por qué razon?

CONRADO.

A quien los cura[2] maldicen.

TEODORO.

Id vos á ver lo que dicen.

CONRADO.

¡Yo!

TEODORO.

Vos.

CONRADO.

Pedirán racion. (*Vase.*)

TEODORO. (*Dirigiéndose á los perros.*)

Sois en lisonja primeros,
Y ¿no comeis! Eso es más
Que no el correr tan ligeros,
Porque en palacio jamás
Han faltado lisonjeros.[3]

AUGUSTO.

Cosas dice que me admiran.

CONRADO.

Aquí está el Sastre.

ESCENA IV.

CONRADO, UN SASTRE.—TEODORO, DEMETRIO, AUGUSTO.

TEODORO.

¡Oh maestro!
Siéntate aquí.

CONRADO.

Señor, mira...

TEODORO.

Callad: todo el trato nuestro
Es arrogancia y mentira.
¿Quién viste á un toro del cuero,
De escama al pez, pluma al ave,
Para su curso ligero?

SASTRE.

Naturaleza, que sabe...
Y ella fué el sastre primero.

TEODORO.

Pues si tiene tanto nombre
Quien viste con tal primor
Un animal, no os asombre
Que le merezca mejor
El sastre que viste al hombre.
Siéntate.

SASTRE.

Señor, yo estoy
Como debo estar.

TEODORO.

Querria,
Pues harta seda te doy,
Vestir por la traza mia
Esto que en el mundo soy.

SASTRE.

¿Qué traza tienes pensada?

TEODORO.

Una vestidura holgada,
Que ni me ciña ni apriete,
Ni á nueva ley me sujete,
Pues fué la antigua extremada.
Cuantos habemos nacido,
Del cuerpo esclavos nos llaman
Con la comida ó vestido:
Unos más que otros le aman;
Pero todos le han seguido.
Y pues yo le he de seguir
Y desnudar y vestir,
No me hagas calza ó jubon
Que me apriete el corazon,
Y no me deje vivir;
Hazme, si me has entendido,
Una ropa de una pieza,
Que sin paje ni rüido,
Se me entre por la cabeza,
Y quede todo vestido.
Baste el dormir y el comer,
Sin que el vestir venga á ser
El que tambien se nos lleve

[1] Este baston traen los Duques de Moscovia por cetro. (*Nota de la edicion de 1617, que es la que se sigue, en general, para ésta.*)

[2] Cuida.

[3] Querrá decir: En palacio jamás faltan lisonjeros que coman *bien*, *á costa del Príncipe*.

La mitad del tiempo breve
Que pasa, y no ha de volver.

CONRADO.

Mucho que decir darás.
Nunca tal error dijiste.

TEODORO.

Conrado, engañado estás;
Que como el Señor se viste,
Se vestirán los demas.
Ven, sastre amigo: que quiero
Darte la traza a mi gusto.

(*Vanse Teodoro y el Sastre.*)

DEMETRIO.

Miéntras que más considero
A mi padre, amigo Augusto,
Ménos su remedio espero.
Peor está cada dia.

AUGUSTO.

Esto es cosa sin remedio.

CONRADO.

Tu madre viene.

ESCENA V.

CRISTINA, LAMBERTO. — DEMETRIO, CONRADO, AUGUSTO.

LAMBERTO.

Sería
Un justo y honesto medio,
Pues tanto el Duque porfía;
Mas no sé yo si seré
Tal que le enseñe y dotrine.

CRISTINA.

Justa mi esperanza fué,
Porque á la virtud se incline
Que en tus costumbres se ve.

LAMBERTO.

Aquí está Demetrio.

CRISTINA.

Quiero
Hablarle á solas.

LAMBERTO.

Y es justo,
Porque si tu suegro fiero
Lo sabe, en mayor disgusto
Te ha de poner que el primero.

CRISTINA.

Conrado, Augusto...

CONRADO.

¡Señora!...

CRISTINA.

Despejad la cuadra.

AUGUSTO.

El cielo
Te guarde.

(*Vanse Conrado y Augusto.*)

ESCENA VI.

CRISTINA, DEMETRIO, LAMBERTO.

CRISTINA.

Demetrio, agora
Conocerás de mi celo
Lo que una madre te adora.
A lo que te digo advierte;
Que en guardarte y advertirte
Están tu vida ó tu muerte.

DEMETRIO.

Tu esclavo seré en servirte,
Tu hijo en obedecerte.

CRISTINA.

Juan Basilio, Duque ilustre
De Moscovia, mi Demetrio,
Tuvo dos hijos, Teodoro
Y Juan, gallardos y bellos.
Mas como Teodoro fuese
El mayor, y de su ingenio
Se esperase gran bondad,
Virtud, justicia y gobierno,
Invidiosos y privados
De Juan, segundo heredero,
Dieron yerbas á Teodoro
Para que perdiese el seso.
Quedó incapaz de reinar,
Con tanto aborrecimiento
Del padre y de sus vasallos,
Como has visto en él y en ellos.
No porque furioso intente
Su daño ni su provecho,
Mas porque en muchos discursos,
Le falta el entendimiento.
Los lucidos intervalos,
Los movimientos diversos,
Deslucen la majestad
De un príncipe noble y cuerdo.
Cuerdo ó loco, al fin me cupo
En suerte, y no me arrepiento
De haberme con él casado,
Pues que fué gusto del cielo,
Y porque, en fin, de los dos
Naces al mundo, cual vemos
Salir el sol coronado
De luz por nublados negros.
Ha puesto el Duque Basilio
Tanto amor en su heredero,
En Juan, digo pues, que al fin
Le quiere dejar sus reinos;
Que nos aborrece á todos
Con el más notable extremo:
A mí por mujer, á él
Por hijo, y á tí por nieto.
Mas el cielo y su divino
Autor, que los pensamientos
Por tantas ventanas mira
Como estrellas tiene el cielo,
No ha dado á Juan, que le adora,
Hijos: de donde sospecho
Que quite al hijo la vida
Quien quita al padre el imperio.
Muchos enemigos tienes,
Demetrio: mira que temo
Que me han de dejar sin tí
Tantos envidiosos pechos.
Por esta causa envié
Por Lamberto, caballero
Tudesco, hombre de valor,
Y de notable sujeto.
Este quiero que te lleve
Á un castillo, que no léjos
De la Corte está, en un sitio
Fuerte y de defensas lleno.
Allí quiero que te enseñe
Actos de príncipe, y quiero
Que sepas armas y letras,
Porque ha de llegar el tiempo
En que las letras te ayuden,
Las armas te dén esfuerzo;
Porque en un príncipe juntas
Hacen un imperio eterno.
Su mujer tendrás por madre:
Una dama de quien creo
Que á las Porcias y Artemisas
Pudiera dar casto ejemplo.
Su hijo, que es de tu edad,
Tendrás por hermano: y pienso
Que habeis de crecer los dos
Como Cupido y Antéros.
Parte sin ver á tu padre;
Que me conviene el secreto;
Que ese es loco á quien le falta
Para sus cosas silencio.

DEMETRIO.

Todo lo entiendo, Señora,
Y con el alma agradezco
Ese cuidado por quien
Dos vidas, madre, te debo.
Dame licencia y tus brazos,
Y miéntras los piés te beso,
Con tu bendicion me ampara.

(*Arrodíllase.*)

CRISTINA.

¡Dios te bendiga, Demetrio,
Te libre de Juan, tu tio,
Y de Basilio, tu abuelo,
Te confirme en su fe santa,
Porque merezca tu celo;
Que como ensalces su fe,
Ayudará tus intentos!
¡Plega á Dios y á aquella Aurora,
En cuyo virgíneo pecho
Tomó nuestra carne y sangre
Por el humano remedio
(De quien has de ser devoto,
Si en tus dichos ó en tus hechos
Quisieres tener ventura),
Que alumbren tu entendimiento!
¡Que como te veo tan niño,
Me dejen verte mancebo!
Que si á ser mancebo llegas,
Tú sabrás cobrar tu reino. —
Levántate y da tus brazos
A Lamberto, tu maestro.

DEMETRIO.

Dame, Lamberto, tus brazos;
Que ya como á padre quiero
Obedecerte desde hoy.

LAMBERTO.

Yo, pues de padre merezco
Piadoso nombre, Señor,
Seros tan leal prometo,
Que venda mi propia sangre
Por vos.

DEMETRIO.

Adios, fiero abuelo;
Adios, padre mio Teodoro;
Que por defender mi seso
De las yerbas que os han dado,
Entre enemigos os dejo.
Pero hago al cielo voto
Y solemne juramento
De preciarme eternamente,
Señor, de ser hijo vuestro,
De guardar la ley de Dios
Y sus santos mandamientos
Sobre todo: que bien sé,
Y por infalible tengo,
Que Dios pone de su mano
Los reyes, reparte imperios,
Da victorias, alza humildes,
Y humilla y baja soberbios.

(*Vanse Demetrio y Lamberto.*)

ESCENA VII.

ISABELA. — CRISTINA.

ISABELA.

¿Qué haces tan sola?

CRISTINA.

No estaba
Sola: con Demetrio aquí
Hablaba.

ISABELA.

¿Hablabas de mí?

CRISTINA.

No, amiga; del Duque hablaba.

ISABELA.

Hanme dicho que murmuras
De Juan, mi esposo, y hermano
Del tuyo.

CRISTINA.

Princesa, en vano
Descomponerme procuras.
Ni tengo qué murmurar

De un Príncipe virtüoso,
Ni [1] pecho tan cauteloso,
Ni tú tienes qué envidiar. [2]
Si es belleza, no sé yo
Qué desigual [3] me ha criado
El cielo. Pues si es estado,
¿Qué más estado te dió?
Si es virtud, no sobra en ti;
Si es entendimiento, ménos:
Tus ojos de envidia llenos
Deben de mirarme á mí;
Que como sin hijo estás,
Y el que Dios me ha dado miras,
Lo mismo por que suspiras
Eso me atribuyes más;
Pues aunque á mi dulce esposo
Quite el Duque injustamente
El reino, Dios no consiente,
Jüez justo y poderoso,
Que vengas á verte en él;
Porque aunque le herede Juan,
¿Cómo tus hijos podrán,
Pues que no los tienes dél?

ISABELA.

Oye, Cristina, detente.
(*Vase Cristina.*)

ESCENA VIII.

ISABELA.

Fuése por no me escuchar;
Que supiera castigar
Su fiero pecho insolente.
¡Ah, cielo, cruel conmigo!
¿Cómo un hijo no me dieras?
¿Posible es que perseveras
En darme tanto castigo?
Ya que no hereda Teodoro
Por loco, y el reino dan
A Juan, ¿qué sirve que Juan
Goce la corona de oro?
¡Válame Dios! ¿cuál será
De los dos, por quien no tengo
Hijos? que yo á pensar vengo
Que en él el defeto está.
Mas ya tengo imaginado
Cómo lo diga mejor
La experiencia; que este error
Merece ser perdonado.
Ni seré yo la primera
Que dé á su esposo un extraño
Hijo, pues con este engaño
Mi sangre este imperio espera.
Este es Rodulfo, de quien
No soy celebrada poco.

ESCENA IX.

RODULFO. — ISABELA.

RODULFO. (*Ap.*)

Si amor vuelve á un hombre loco,
¿Qué hará el amor y desden?
Ciego en arrojarme fuí;
Mis penas son inmortales,
Pues con dos contrarios tales
En el campo me metí.
Pero ya la causa veo,
Amor, por quien peno más.

ISABELA.

¿Adónde, Rodulfo, vas?

RODULFO.

A lidiar con mi deseo.
Mi deseo y yo, aunque dos,
Somos uno, pues está
Dentro del alma, que ya
Toda se ha rendido á vos.
Por él gozais el trofeo:
Yo me rindo á vos y á él;
Pues en pelear con él,
Conmigo mismo peleo.
A él por vos me rendí;
Pero si os juntais los dos,
No me defiendo de vos:
Defiéndame Dios de mí.

ISABELA.

Ese colérico amor,
Rodulfo, muestra que es poco.

RODULFO.

Isabel, si amor es loco,
No puede ser sin furor.
Hay entre enojo y locura
Diferencia conocida:
El loco es toda la vida,
Y la pasion miéntras dura.
Locura es pasion de amor:
Miéntras dura, ha de ser furia.

ISABELA.

Quien da esperanza no injuría,
Y la esperanza es favor.
Ten paciencia y confianza,
Pues hay poca diferencia;
Y advierte que la paciencia
Es hija de la esperanza.

RODULFO.

De que esperanza me dés
Estoy muy agradecido.
Tus manos, Isabel, pido...
— Mal dije, dame tus piés.

ISABELA.

Alza, levanta del suelo.

ESCENA X.

BASILIO. — ISABELA, RODULFO.

BASILIO.

(*Ap.* ¡Parece que la abrazó!
¿Mancha en mi honor sufro yo,
Claro como el mismo cielo!)
Isabel...

ISABELA.

Señor...

BASILIO.

Rodolfo, [4]
Salte allá.

RODULFO. (*Ap.*)

¡Oh amor incierto!
Celajes muestras del puerto,
Cuando me anego en el golfo. (*Vase.*)

ESCENA XI.

BASILIO, ISABELA.

BASILIO.

¿Cuántas veces te he pedido
Que con Rodulfo no hables!

ISABEL.

A tus canas venerables
Justo respeto he tenido;
Que aunque es cosa tan injusta
Que siendo suegro me celes
Con el cuidado que sueles,
Mi amor de servirte gusta:
Y hasta agora no le hablé,
Que con un recado entró
De cierta dama, á quien yo
Hoy una carta envié
Que vino en un pliego mio
De Alemania...—y por tu vida
Que dé voces mi ofendida
Honra...

BASILIO.

Paso: ménos brio.

ISABELA.

¡Cómo, paso! A no saber
Cuantos tus estados viven,
Y malas obras reciben
De tu absoluto poder,
Que eres en la condicion
Un nuevo Neron romano,
Que porque fuiste liviano
Piensas que todos lo son,
Quejárame á mi marido,
Y por dicha le dijera
Que el celarme tú no era
Sin causa.

BASILIO.

Causa he tenido;
Que sospecho que el honor
De mi hijo tratas mal.

ISABEL.

Yo soy quien soy, tan leal
Cuanto debo á mi valor;
Y esos celos han nacido
Quizá de que me pretendes.

BASILIO.

Mientes en eso que entiendes,
Y en lo que has dicho has mentido.
El testimonio comienza;
Que en la mujer no me admira
Que camine la mentira
A espaldas de la vergüenza.
Aun bien que soy poderoso
Para deshacer tu ofensa.

ISABELA.

Allá de Cristina piensa
Ese deshonor celoso;
Que es mujer que pare y cria
Y tiene un marido loco.

BASILIO.

Puesto que le tengo en poco,
Le estimo por sangre mía.
Adoro en Juan tu marido;
Mas ¡ojalá que tú fueras
Como Cristina, y que dieras
Su ejemplo!

ISABELA.

Luego ¿no he sido?...

BASILIO.

Ni mereces desatar
La cinta de su chapin.

ISABELA.

Caducas, Basilio, en fin.

BASILIO.

Siempre llamais caducar
Las verdades de los viejos,
Dichas con justo rigor,
Mirar por el santo honor
Y daros buenos consejos.
Mas porque tan vil razon
A la venganza provoca,
Te quiero tapar la boca
Con aqueste bofeton. (*Se le da.*)

ISABELA.

¡Justicia de Dios del cielo,
Pues que no tengo marido!... [5]

ESCENA XII.

JUAN, TEODORO, CONRADO, AUGUSTO.—BASILIO, ISABELA.

TEODORO.

¿Qué es esto?

[1] Se suple el *tengo* de arriba.
[2] Ni tú tienes cosa que yo te envidie.
[3] Desigual á ti.

[4] *Rodulfo* se llama en todo el poema á este personaje; pero segun el consonante que se le da aquí, parece que el autor debió llamarle *Rodolfo*.

[5] Aquí, presente.

JUAN.

Isabel, ¿qué ha sido?
(*Ap.* Mi desventura recelo.)

ISABELA.

¡Tu padre á mí me ha de dar
Un bofeton!

JUAN.

Pues, Señor,
Tú, que me has de dar honor,
¡Me le vienes á quitar!
¡Tú pones mano en la cara,
Que yo como al cielo adoro!
¿Qué más hiciera Teodoro,
Si á verla furioso entrara?
¿Ese es todo aquel amor
Que me tienes y has tenido?
¿Sabes que el espejo ha sido
En que se mira mi honor?
¡Bofeton! ¡qué barbarismo!
Pues mira que me le diste;
Que en el cristal que rompiste,
Estaba mi rostro mismo.
Mi rostro rompen tus brazos,
Pues que, mirándome en él,
Lo mismo que has hecho dél,
Han de mostrar los pedazos.
¿Cómo le diste ocasion? (*A Isabela.*)

ISABELA.

¡Triste! ¿Qué ocasion le dí?
Anda celoso de mí.

BASILIO. (*A Juan.*)

Celos de tu honra son.

JUAN.

¡De mi honra, Isabela!

ISABELA.

Sí,
Pues te la quiere quitar.

TEODORO.

¡Guarda afuera!

BASILIO.

No hay que dar
Satisfaciones de mí.
Yo soy tu padre: esta loca
Se vale, para indignarte,
Deste enredo.

JUAN.

Por mi parte,
Volver por mi honra me toca;
Que aunque eres padre, eres hombre,
En cuya naturaleza
Cupo gozar la belleza
Con infamia de mi nombre.
¡Ah padre! ¿qué he de creer,
Mirando la cara hermosa
De una mujer virtüosa
La fuerza de tu poder!
De los gigantes del suelo
Se ve historia semejante;
Que ménos fuerte gigante
No se atreviera á su cielo:
Y si á una deuda tan clara
Como es padre, no tuviera
Respeto, Júpiter fuera,
Y tu crueldad fulminara.

BASILIO.

Si á ella dile el bofeton
Por lasciva é insolente,
A ti por inobediente
Con este cetro ó baston.
(*Dale en la cabeza un fuerte golpe.*)

JUAN.

¡Ay! que me ha muerto!
(*Cae y muere.*)

ISABELA.

¡Qué has hecho!

BASILIO.

¡Herile?

TEODORO.

¿Eso preguntó?
Pues ¿qué más dijera yo?

BASILIO.

¡Hijo!...

TEODORO.

Ya no es de provecho.

BASILIO.

¡Juan mio!

ISABELA.

¡Esposo querido!

CONRADO.

Espiró.

TEODORO.

¡Lindo garrote!
Le ha pegado en el cogote...

ISABELA.

¡Ah, mi bien!

BASILIO.

Pierdo el sentido.
¿Que yo fuí tu muerte! ¡yo!
¡Yo maté un hijo el más bueno
Que tuvo padre, y más lleno
De virtud!

TEODORO.

Bien le pagó.

BASILIO.

¿Habia tu entendimiento
En el mundo? Mis estados
Dejas á un loco.

TEODORO.

Cuidados
De bien poco fundamento.
Dadme con ese baston
Otro coscorron á mí,
Y quedaréis libre ansí.
Mas oid una razon
Que de la vuestra se arguya:
¿Veis toda su gentileza?
Pues más quiero mi cabeza
Que como tiene la suya.

BASILIO.

Quitateme de delante,
Mujer, causa de mi afrenta;
Que si tu maldad intenta
Venganza, ésta fué bastante.
Si mi hijo muerto hubiera
Como el romano Torcato,
No fuera á mi patria ingrato,
Ni infame en el mundo fuera.
Colérico le ofendí;
Arrepentido sabré
Llorarle, ó me mataré.
Llevad el cuerpo de aquí.
No quedes en mi palacio, (*A Isabela.*)
Fiera, y al cielo agradece...
(*Llevan el cuerpo Conrado y Augusto.*)

ISABELA.

Yo me iré como merece
Quien...

BASILIO.

No vayas tan despacio;
Que ¡vive Dios!...

AUGUSTO.

Tente un poco.

ISABELA.

El cielo te dé el castigo.

BASILIO.

¿Qué mayor!...
(*Vase Isabela.*)

TEODORO.

Padre, á vos digo:
Sed vos desde hoy más el loco.

BASILIO.

Bien dices: nadie me vea,
Nadie á mi aposento llegue. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

CRISTINA, BÓRIS.—TEODORO.

CRISTINA.

¡Que tanto un hombre se ciegue!

BÓRIS.

¡Qué hazaña tan vil y fea!

CRISTINA.

¡Ay, Bóris, hermano mio!
¿Quién no tiembla?

BÓRIS.

Con razon,
Si advierten la condicion
De aqueste tirano impío.

CRISTINA.

Si al hijo querido mata,
¿Qué espera el aborrecido?

TEODORO.

¿Habeis lo que pasa oido?

BÓRIS.

Quien ansí, Teodoro, trata
Al hijo que tanto amó,
Que de un palo le ha quitado
La vida, ¿qué hará, cuñado,
Al que tanto aborreció?

TEODORO.

Pardios, cuñado, á dos palos
Que dé el Duque deste modo,
Queda á buenas noches todo:
Ni hay hijos buenos ni malos.
Veis aquí por lo que yo
Digo que esto de reinar
De burlas se ha de tomar.

BÓRIS.

Luego ¿no es de veras?

TEODORO.

No;
Pues el más dichoso estado
Le sujeta vez alguna
Cualquier vaiven de fortuna
A un palo de un enojado.
Mirad si es reinar regalo,
O si viene á ser molestia,
Pues á un Rey como á una bestia
Le matan á puro palo.

BÓRIS.

Esta es permision de Dios,
Porque el reino te quitaba
Tu padre, y á Juan le daba.

TEODORO.

¡Oh qué bien decis los dos!
En Moscovia es el baston
Ceptro y insignia real,
Y éste le dan por señal
En nuestra coronacion:
Y ansí el Duque lo ha mostrado,
Pues con el baston le dió
En señal que le dejó
Heredero de su estado.

ESCENA XIV.

CONRADO.—DICHOS.

CONRADO.

No vienen sin misterio de los cielos
Estas cosas jamás.

CRISTINA.

Conrado amigo,
¿Qué es esto? ¿Qué hay de nuevo?

CONRADO.

Entrad, señores,
Á la cámara luego del gran Duque;
Que de pena y dolor que ha recebido
De ver muerto á su hijo, está acabando,
Y pienso que ya llega al postrer punto.

CRISTINA.

Extrañas desventuras amenazan
Estos estados.

TEODORO.

Habla como sientes;
No finjas nada. ¡Vive Dios, Cristina,
Que te huelgas de ver que el Duque ha muerto
A Juan, mi hermano, y que él se muera agora,
Para que reine yo que soy un asno,
Y gozar á tu gusto los mayores
Estados que en Europa tiene príncipe,
Miéntras Demetrio á edad bastante llega!

BÓRIS.

No digas tal; que no es razon que pienses
Tan mal de tu mujer y hermana mia.

TEODORO.

Cuñado, ¿qué descuento dar pudiera
El cielo á un loco de un dolor tan grave,
Fuera de la licencia que tenemos
De decir y de hacer cuanto queremos?

CRISTINA.

Déjale, Bóris, y en el daño advierte
Que viene á estos estados, pues ya quedan
En poder de Teodoro.

BÓRIS.

Tú, Señora,
Eres bastante á gobernar el mundo.

CRISTINA.

¡Pluguiera á Dios que fuera yo bastante!
Pero si muere el Duque, hacerte quiero
Gobernador de todos sus estados
En nombre de Teodoro mi marido.
Daré tambien tutores á Demetrio,
Y contigo serán los adjutores
Hasta que tenga edad.

BÓRIS.

Beso tus manos
Por tan alta merced.

CRISTINA.

Vamos, Teodoro,
A ver al Duque.

TEODORO.

Vamos, pues tú quieres;
Que ya sé que deseas verle muerto.
Advierte que soy tanto como nada,
Y que no he de estorbar lo que tú hicieres.

CRISTINA.

¿Por qué me adviertes?

TEODORO.

Porque mujer eres.

BÓRIS.

Si yo me ve veo en el lugar que dices,
Yo daré cuenta del sobrino mio;
Que de Teodoro no hago cuenta agora.

CRISTINA.

Vamos á ver qué tiene.

TEODORO.

Dios me guarde
De algun palo de aquestos; que yo entiendo,
Puesto que alcanzo pocas sutilezas,
Que es el reinar enfermo de cabezas.

(*Vanse.*)

—

Sala de un castillo, en que habita Lamberto.

ESCENA XV.

DEMETRIO, LAMBERTO, TIBALDA, CÉSAR, RUFINO.

LAMBERTO.

Quien padre habeis de llamar
Gran premio á su casa ofrece.

DEMETRIO.

Todo esto y más merece
Quien á mí me ha de enseñar.

CÉSAR.

Quien os tiene por hermano,
Demetrio, estímese en mucho.

DEMETRIO.

Las dulces voces que escucho
Me dan, señores, la mano
Para levantarme al cielo.

LAMBERTO.

A Rufino conoced,
Que os ha de servir.

DEMETRIO.

Creed
Que estimaré su buen celo.

RUFINO.

Para cuando llegue el sol
Del aurora que gozais,
Os suplico que os sirvais
De un gentil-hombre español.
Mis señores os dirán
De mi lealtad lo que saben.

DEMETRIO.

No es menester que os alaben,
Rufino: diciendo están
Vuestros ojos el valor
Que ese noble pecho encierra.

RUFINO.

Todo el mundo os hace guerra;
Pero no temais, Señor;
Que Dios vuestra causa ampara,
Y él os sabrá defender.

DEMETRIO.

Despues de su gran poder,
Que cuanto cubre repara,
Confio en mi nuevo padre,
Lamberto, mi amparo y bien,
Y en vos, mi Tibalda, á quien
Tengo en lugar de mi madre.
Suplicoos, Señores mios,
Que no me desampareis,
Pues perseguido me veis
De mil tiranos impíos.
Ya veis que el nuevo Caín
Quiso dar la muerte á Abel,
Y aunque vive, es más cruel,
Pues le volvió loco, en fin.
La Princesa mi Señora,
Su esposa y mi madre amada,
Con Isabel su cuñada
Anda en gran peligro agora.
El Duque mi abuelo intenta
Hacer á Juan sucesor
Su hijo, aunque es el menor:
Todo es mi daño y afrenta.
Guardadme; que el cielo muestra
Que quiere honrar mi verdad:
Pagará mi voluntad
Lo que debiere á la vuestra.

LAMBERTO.

Si el hijo de mis entrañas
Que veis, Demetrio, presente,
Por vuestra vida inocente
Ya por naciones extrañas
Importara desterrar,
O dar á un cuchillo fiero
Su cuello, advertiros quiero,
Y á fe de noble jurar,
Que podeis estar seguro
Que el ser padre no lo impida.

TIBALDA.

Fiad, Demetrio, la vida,
No tanto de aqueste muro
Como de nuestra lealtad.

DEMETRIO.

Ansí estoy yo satisfecho.

LAMBERTO.

¿Está el aposento hecho?

RUFINO.

A punto está todo: entrad.

DEMETRIO.

Venid, César, y los dos
Estudiemos.

CÉSAR.

Dios os guarde;
Que vos seréis Duque tarde,
Y yo moriré por vos.

(*Vanse.*)

—

Sala del palacio del Duque.

ESCENA XVI.

BÓRIS, RODULFO.

BÓRIS.

Ansí tuvieron grandes monarquías
Los medos, los asirios y romanos.
El Duque es muerto, y en tan breves dias
Ya tengo sus estados en mis manos.
No has de llamar las pretensiones mias
Los pensamientos locos y tiranos
De los que pretendieron las coronas
Indignas [1] de sus hechos y personas.
Justa razon, Rodulfo, me ha movido;
Dignamente merezco estos estados.
Teodoro es loco: en su lugar he sido
Puesto de su mujer y sus privados.
Esos dos coadjutores que he tenido
Y conmigo al gobierno son llamados,
Por no temer de su opinion contraria,
Los envio á la guerra de Tartaria.
Resta sólo Demetrio; que Teodoro
(Fuera de ser lo que es) acá me queda.
El medio sólo de matarle ignoro,
Sin que Moscovia murmurarme pueda.

RODULFO.

Como á la prenda que en el alma adoro,
El cielo larga vida te conceda,
Para que, los estorbos derribados,
Goces la posesion destos estados;
Que no será Demetrio el que te impida
Que goces el laurel.

ESCENA XVII.

RUFINO, *que sale quedito, y se queda escuchando.*—RODULFO, BÓRIS.

RUFINO. (*Ap.*)

Con gran secreto,
El Príncipe Demetrio, cuya vida
Guarden los cielos para un grande efeto,
Me envia del castillo á que resida
En la Corte, por ver el mal conceto
Que Lamberto ha tomado de su tio,
Fiando esta lealtad del pecho mio.
Soy español: mil vidas que tuviera
He de ofrecer, pues mi nacion me inclina
A la suya inocente.

BÓRIS.

¿Qué te altera?

RODULFO.

No más del sentimiento de Cristina.

RUFINO. (*Ap.*)

Bóris es este.

BÓRIS.

A que se ponga, espera,
El sol, y al fuerte próximo camina,
Y éntrale con gran número de gente.

[1] Inmerecidas.

RUFINO. (*Ap.*)
Peligro corre el Príncipe inocente.

BÓRIS.
¿Qué defensa te puede hacer Lamberto?

RODULFO.
De Lamberto no temo.

RUFINO. (*Ap.*)
¡Ah cielo airado!
Al niño tratan de matar.

BÓRIS.
Y muerto,
Di que Lamberto [1] le mató pagado.

RUFINO. (*Ap.*)
Pues he entendido el bárbaro concierto,
¿Qué aguardo más? (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

RODULFO, BÓRIS. *Luego*, DOS GUARDAS.

RODULFO.
Un hombre entró, y turbado
Nos volvió las espaldas.

BÓRIS.
¿Si habrá oido
Nuestro concierto?

RODULFO.
Muy posible ha sido.

BÓRIS. (*Llamando.*)
¡Guardas!...
(*Salen dos guardas.*)

GUARDAS.
Señor...

BÓRIS.
Prended á un hombre al punto,
Que entró y salió de aquí.
(*Vanse los guardas.*)

RODULFO.
No tengas pena.
¿Cuándo quieres que vaya? te pregunto.

BÓRIS.
Luego era tarde: tu partida ordena.

ESCENA XIX.

Los DOS GUARDAS, *trayendo á* RUFINO. —BÓRIS, RODULFO.

UN GUARDA.
Este, á la puerta de tu cuadra junto,
Iba saliendo; pero, el alma llena
De temor, no responde preguntado.

BÓRIS.
Debe de estar con el temor turbado.
¿Entraste agora aquí?

RUFINO.
Ba, ba.

BÓRIS.
¿Qué es esto?

RODULFO.
¿De dónde eres?

RUFINO.
Ba, ba.

BÓRIS.
¿Qué tiene este hombre!

RODULFO.
¿A quién sirves?

RUFINO.
Ba, ba.

[1] Falta este nombre en las ediciones antiguas.

RODULFO.
Señas y gesto
De mudo son.

BÓRIS.
Si hablas, di tu nombre.

RUFINO.
Ba, ba.

RODULFO.
No hay que tener recelo desto.
El es mudo, sin falta: no te asombre
Agüero alguno; y pues entrarse pudo,
El cielo permitió que fuese mudo.

BÓRIS.
Dejad salir este hombre.

RODULFO.
Ba, ba.

UN GUARDA.
Hermano,
Idos con Dios.

OTRO GUARDA.
Besar quiere tu mano.

BÓRIS.
Sacalde allá; que de su voz me ofendo.
(*Llévanse los guardas á Rufino.*)

ESCENA XX.

BÓRIS, RODULFO.

BÓRIS.
¡Ah! ¡cuánto debo al cielo soberano!
Con justa causa la corona emprendo,
Pues quiere que secretos que la inten-[ten
Los hallen mudos porque no lo cuenten.
Parte, Rodulfo, y quitarás la vida
A mi sobrino, y vuelve con secreto;
Que Isabel será tuya.

RODULFO.
Agradecida
Mi voluntad, matalle te prometo.

BÓRIS.
No soy yo de mi sangre el homicida
Primero por reinar.

RODULFO.
Pondré en efeto
Lo que mandas.

BÓRIS.
Tendrás honor y fama.

RODULFO.
Yo te daré este reino.

BÓRIS.
Y yo á tu dama.
(*Vanse.*)

—

Sala del castillo en que vive Demetrio.

ESCENA XXI.

DEMETRIO y CÉSAR, *con espadas negras.*

DEMETRIO.
Afírmate bien conmigo,
El pié derecho delante.

CÉSAR.
Soy desta ciencia estudiante
Nuevo.

DEMETRIO.
Escucha lo que digo.
Yo tengo agora la espada
Uñas arriba.

CÉSAR.
Está bien.

DEMETRIO.
Y tú la tuya tambien.
Tienta.

CÉSAR.
¿Cómo?

DEMETRIO.
No haces nada,
Porque ha de ser por defuera.
Saca por debajo, y tira
Una estocada, y retira
El cuerpo.

CÉSAR.
¿Desta manera?

DEMETRIO.
Bien. Tírame á derribar
La espada. Un golpe tras esto.

CÉSAR.
Estoy muy nuevo.

ESCENA XXII.

LAMBERTO. — DEMETRIO, CÉSAR.

LAMBERTO.
¿Qué es esto?

CÉSAR.
Padre y Señor, batallar.

LAMBERTO.
No me desagrada, á fe,
El ejercicio: otro vaya.

DEMETRIO.
Mide en una línea ó raya
La espada.

CÉSAR.
Ansí la pondré.

DEMETRIO.
Tienta, y á un tiempo metiendo
El pié izquierdo, al rostro tira
De puño.

LAMBERTO.
Detente, y mira,
Si algo de la espada entiendo.
Si metió el pié, ¿cómo pudo
Tentar? Y en fin, si tentó,
¿Cómo á un tiempo el pié metió?
Que ese movimiento dudo.
Y la espada del contrario
¿Cómo queda, pues no hiere?

DEMETRIO.
Para lo que esto requiere,
Más tiempo fué necesario.
El maestro que tenía
Era de Italia, y muy diestro.

LAMBERTO.
El cielo ha de ser maestro
De tu heróica valentía:
Y hacedme placer, por Dios,
Que de dia ejercitéis
Las armas, pues ya teneis
Maestro y tiempo los dos;
Que de noche es peligroso
Este ejercicio, y peor
Despues de cenar.

CÉSAR.
Señor,
Dar gusto me fué forzoso
A Demetrio.

LAMBERTO.
Y fué razon;
Mas, vete agora á acostar.
Vos podeis, Demetrio, estar
Algun rato en oracion.
Mete, César, las espadas:
Dénle á Demetrio unas horas.

DEMETRIO.
Verás lo que en mí atesoras.

LAMBERTO.
Con tu obediencia me agradas.
(*Vanse Demetrio y César, cada uno á su cuarto.*)

ESCENA XXIII.

RUFINO. — LAMBERTO.

RUFINO.
Sin aliento y áun sin vida,
Pues muerto un caballo dejo,
Vengo, Señor, á avisarte.

LAMBERTO.
¿Qué hay, Rufino? ¿Qué hay de nuevo?

RUFINO.
Del dolor del muerto hijo,
El Duque Basilio es muerto;
Bóris, de Cristina hermano,
Tio del Príncipe nuestro,
Tiraniza los estados;
Que á sus tutores ha hecho
Ir á Astracan y á Casano
A título del gobierno.
De los que al suyo ayudaban,
Conrado, Augusto y Damperto
A los tártaros envía
De Turquestan con ejército.
Presto matará á Teodoro
Y áun á Cristina, sospecho,
Porque tras mí viene quien
Ha de dar muerte á Demetrio.
Mira, Señor, lo que haces;
Que me venian siguiendo
De suerte, que mis espaldas
Iban sintiendo sus pechos.

LAMBERTO.
No digas más, español;
Entra á su cuadra corriendo,
Mira si duerme mi hijo
Miéntras á Demetrio llevo
Donde le libre.

RUFINO.
Yo voy. (*Vase.*)

LAMBERTO.
¡Cielos! A un ángel defiendo,
A un príncipe, á un inocente.

ESCENA XXIV.

RODULFO, *con* CUATRO SOLDADOS, *con alabardas y pistolas.*—LAMBERTO.

RODULFO.
Este, amigos, es Lamberto.

LAMBERTO. (*Ap.*)
Estos son: tiempo es agora,
Generosos pensamientos,
De dar mi sangre á un tirano
Por dar un rey á estos reinos.

RODULFO.
¿Quién va?

LAMBERTO.
Tened las pistolas,
Si no es que buscais mi pecho.

RODULFO.
¿Eres Lamberto?

LAMBERTO.
Yo soy.

RODULFO.
¿Dónde tienes á Demetrio?

LAMBERTO. (*Señalando una alcoba.*)
En esta cama acostado.

RODULFO.
Corred las cortinas luego;
Y pues duerme, será bien
Que duerma el postrero sueño.

UN SOLDADO.
¿Cómo morirá?

RODULFO.
Ahogado.

LAMBERTO.
Señores, mirad que es hecho
Indigno de hombres tan nobles.

ESCENA XXV.

Tiran la cortina, y aparece en una cama acostado CÉSAR, *durmiendo.* —DICHOS.

RODULFO.
Apriétale presto el cuello.

CÉSAR.
¡Ay que me matan!

RODULFO.
Aprieta.

CÉSAR.
¡Jesus!

RODULFO.
¿Espiró?

SOLDADO 2.°
Ya es muerto.

RODULFO.
Pues salgamos del castillo,
Y caminad con secreto.
(*Vanse Rodulfo y los soldados.*)

ESCENA XXVI.

LAMBERTO.

¿Cuál hombre se alabará
De más lealtad que Lamberto,
Pues di un hijo por la vida
Que en confianza me dieron?
¡Ángel, que el divino coro
Aumentas! por Dios te ruego
Que perdones á este padre,
Pues gozas de mejor reino.
Y pues fuerzas he tenido
Para dejar que tu cuello
Rindiese el alma á mis ojos,
Sin duda es gusto del cielo.

ESCENA XXVII.

RUFINO, DEMETRIO. — LAMBERTO.

RUFINO.
No temas, ven por aquí.

DEMETRIO.
Español, ánimo tengo.

LAMBERTO.
¿Es Demetrio?

DEMETRIO.
Sí, Señor.

LAMBERTO.
En gran peligro te han puesto.
¿Partiéronse los traidores?

RUFINO.
Ya del castillo salieron.

LAMBERTO.
Mira si leal he sido;
Mira, Príncipe, si puedo
Decir yo que la palabra
Cumplí como caballero.
En tu lugar César yace
Muerto.

DEMETRIO.
¡Qué me dices!

LAMBERTO.
¡Quedo!
No lo entiendan los criados,
Ni su madre.

DEMETRIO.
¡Extraño ejemplo
De lealtad y de verdad!

LAMBERTO.
Vente conmigo, Demetrio;
Que quiero ponerte en salvo.

DEMETRIO.
La vida y alma te debo.

LAMBERTO.
¡Ay mi César!

DEMETRIO.
¡Ay mi hermano!

RUFINO.
Camina, Príncipe excelso;
Y pues que Dios te ha guardado,
Él te volverá tu reino.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Lamberto.

ESCENA PRIMERA.

DEMETRIO, *ya hombre*, Y RUFINO, *sosteniendo á* LAMBERTO.

DEMETRIO.
Poco á poco, ¿no podrás?

RUFINO.
Anda, Señor, poco á poco.

LAMBERTO.
Hijo, pues tus hombros toco,
Y no me levantan más,
Siendo, como son, colunas
Del templo de mi esperanza,
Es que la muerte me alcanza
Con sus alas importunas;
Porque es un ave cruel
Que cuanto vive deshace,
Pues desde que un hombre nace,
Viene volando tras él.
Yo muero sin ver cumplido
Lo que tanto he deseado,
Que fué verte en el estado
Para que fuiste nacido.
Abre los ojos, y advierte
Estas últimas palabras.

DEMETRIO.
En mí tu sepulcro labras;
Que he de ser piedra en tu muerte.

LAMBERTO.
Desde que Bóris, tirano
Del ducado de Moscovia,
Te quiso matar, Demetrio,
Sucedieron tantas cosas,
Que no sólo aquí mi lengua,
Pero apénas las historias,
Archivos de los sucesos
Del mundo, las dirán todas.
Yo puse á César, mi hijo,
Cuando su gente traidora
Entró á buscarte en el fuerte
Llena de armas y pistolas,
En tu lugar, donde fué
Muerto por ti: hazaña honrosa
Más que fué la de Zopiro;
Que si él los labios se corta,

Darte la vida de un hijo
Fué prenda mas amorosa;
Porque si hay boca en las almas,
Del alma te di la boca.
En aqueste sacrificio
Fué al reves la sacra historia:
Yo fui Abraham, mi hijo Isac,
Tu fuiste el cordero y hostia;
Pero no bajando el ángel
A la espada rigorosa,
Quedóse el cordero vivo,
Y el hijo muerto en memoria.
Bóris pensando, Demetrio,
Que eres tú el muerto, negocia
Con los homicidas fieros
Que en la Corte de Moscovia
Digan que de peste fué;
Porque es gente tan medrosa
De peste, como se vió
En el remedio que toman.
Pusieron fuego al castillo,
Donde las casas, la ropa,
Mi hijo y alguna gente
Hicieron consuelo á Troya.
Della te saqué, Demetrio,
Por remate de mi gloria,
Dejando á Tibalda muerta,
¡Tibalda, mi amada esposa!
Tambien fué historia al revés,
Pues quiere el cielo que ponga
En salvo Anquises á Enéas,
Pues era tu edad tan poca.
Bóris envió á Tartaria
Las personas sospechosas
De su imperio, donde á muchos
Les dió muerte con ponzoña.
Murió Teodoro, tu padre:
Cristina dicen que es monja;
Mas pienso que la mataron
Tantas penas y congojas.
Con esta seguridad,
El tirano se corona
Emperador de Rusia
Y Gran Duque de Moscovia,
César de Astracan se llama,
Rey de Tartaria se nombra,
Porque son estos estados
De los mayores de Europa.
Yo con aqueste criado,
De cuya fiel persona
Fié tu nombre y tu vida
Como se ha visto en las obras,
Várias provincias anduve,
Hasta que la edad briosa
De los juveniles años
Despertase tu memoria.
Ya es tiempo, Príncipe ilustre,
Que volviendo por tu honra,
Por tu vida, por tu fama,
A quien eres correspondas,
Cobrando el paterno imperio;
Que Dios te dará victoria
Del tirano que há diez años
Que de tu laurel se adorna.
Mas mira cómo lo intentas,
Y fias tan grandes cosas;
Que no hay amistad segura
Donde interés se interponga.
Mira que te han de vender
La codicia y la lisonja,
Que en las córtes de los reyes
Andan en diversas formas.
Si intentares declararte,
Ha de ser cuando conozcas
El pecho de quien te fias
Con experiencias notorias.
Gran Señor naciste al mundo:
Si tantos estados cobras,
Ten memoria deste viejo...
—Y adios; que mi vida es poca,
Y gastada en tus cuidados,
No es maravilla que rompa
El hilo la dura Parca,
Que me niega el ver tus glorias.
(*Danle bascas de muerte.*)

DEMETRIO.
¿Espira mi padre?

RUFINO.
Espira.

DEMETRIO.
¡Ah padre! ¿Por qué me dejas?

RUFINO.
Deja, Demetrio, las quejas,
Y al remedio incierto mira.

DEMETRIO.
¡Ay Rufino! ¿qué consuelo
Puede haber en tanto mal?

RUFINO.
Ya tiene el rostro mortal
Y el cuerpo se vuelve un hielo.
Llevarle quiero á su cama.
Aguarda, Demetrio, aquí.
(*Lleva adentro á Lamberto.*)

DEMETRIO.
¡En dura estrella nací!

RUFINO.
¡Ah viejo, digno de fama!

ESCENA II.

DEMETRIO.

Nací rey, pobre soy, secreto vivo.
Si digo que soy rey, cierta es mi muerte;
Si no lo digo, viviré de suerte
Que envidie el remo del más vil cautivo.
Pues si paso la vida fugitivo,
¿Qué dura pena, qué dolor mas fuerte!
¿Adónde me pondré que no me acierte
El rayo? ¿Seré palma ó seré olivo?
¡Pluguiera á Dios que un labrador naciera!
No hay en este ajedrez tretas sutiles,
Porque se acaba el juego de manera,
Que los reyes, las damas, los arfiles
Junta la muerte, sin quedarse fuera
Las piezas altas ni las piezas viles.

ESCENA III.

RUFINO. — DEMETRIO.

RUFINO.
Ya de todo punto es muerto.

DEMETRIO.
En él murió mi esperanza,
Padre, amparo, confianza,
Luz, maestro, norte, puerto.
No quiero vida, Rufino,
No quiero estado, ni imperio.
Sea el reino un monesterio.

RUFINO.
¿Qué dices?

DEMETRIO.
Que determino
Tomar un hábito aquí,
Y con disfrazado nombre
Vivir, Rufino, como hombre
Que para morir nací.

RUFINO.
¡Fraile!

DEMETRIO.
Pues ¿qué puedo hacer
Para asegurar mi vida,
De un tirano perseguida
Que tiene tanto poder?

RUFINO.
Fia, Demetrio, de mí
Que no habrá cosa que seas,
En que tambien no me veas.
¿Quieres ser fraile?

DEMETRIO.
Yo sí.

RUFINO.
Pues yo soy tu compañero.
Da á Lamberto sepultura,
Y un monesterio procura.

DEMETRIO.
Darte mil abrazos quiero.

RUFINO.
¿Serás de misa?

DEMETRIO.
Es razon
Que me ordene, siendo rey.

RUFINO.
Bien dices: yo á toda ley
Pienso ser...

DEMETRIO.
¿Qué?

RUFINO.
Motilon.
(*Vanse.*)

—

Sala en un palacio de los Duques de Moscovia.

ESCENA IV.

BÓRIS, OROFRISA, RODULFO.

BÓRIS.
¿Quién puede haber que eso diga,
Ni que lo funde en razon?

OROFRISA.
Una vulgar opinion
A mucha sospecha obliga.
Dicen que Demetrio es vivo,
Y que le guardó Lamberto.

BÓRIS.
Demetrio, Señora, es muerto:
Cese tu deseo altivo.
Ni áun reliquias puede haber
De sus cuerpos abrasados:
Creed que destos estados
Mira la envidia el poder.
Alguno, por levantar
A Moscovia contra mí,
Dice que vive.

OROFRISA.
¿Es ansí?

BÓRIS.
Ejemplos os puedo dar,
No sólo que antiguamente
Muchos reyes se fingieron
Por aquellos que murieron,
Pero en esta edad presente;
Porque en Portugal de España
Mil intentaron reinar,
Que los hizo castigar,
Felipe.

OROFRISA.
La misma hazaña,
Bóris, podrá ser que intente
Quien hace á Demetrio vivo.

BÓRIS.
Orofrisa, en este altivo
Lugar y imperio eminente,
Estoy por industria yo,
Y alguno querrá entender
Que le podrá suceder
Lo que á mí me sucedió.—
Rodulfo...

RODULFO.
Señor...

BÓRIS.

Aquí
Te llega más con los dos.
¿Murió Demetrio?

RODULFO.

Por Dios,
Que entre estas manos le vi
Rendir el alma del pecho.

BÓRIS.

¿Pusiste fuego al castillo?

RODULFO.

Que digas me maravillo
De lo que estás satisfecho.
Ni una piedra se descubre;
Que donde el castillo fué,
La yerba, no sólo á pié,
Un hombre á caballo cubre.

BÓRIS.

Orofrisa está dudosa,
La vulgar opinion sigue.

RODULFO.

Intenta que se mitigue
Esta plática enfadosa:
Pon penas, pues es justicia,
A quién dijere que es rey.

BÓRIS.

¿No ves tú que de la ley
Nace tambien la malicia?
Los reyes nunca han de hacer
Premáticas de callar,
Porque es obligar á hablar,
A preguntar y saber.

OROFRISA.

Forzallos á obedecella.

BÓRIS.

Lo que una cosa dilata
Es decir, cuando se trata,
Que ninguno trate della.
El medio que yo tendré
Para saber la intencion
De aquesta nueva opinion,
Aunque pienso que la sé,
Es visitar mis estados,
Y luego pienso partir.

OROFRISA.

Con vos, Señor, quiero ir
A sentir vuestros cuidados,
Aunque detenerme intenta
De mis hijos el amor.

BÓRIS.

El ver la cara al señor,
Mucho al súbdito sustenta. —
Rodulfo, esté á punto luego
Lo necesario.

OROFRISA.

Querria
Ver el fuerte.

BÓRIS.

Prenda mia,
En las cenizas del fuego
Hallaréis un bosque agora.
Demetrio murió.

OROFRISA.

Eso creo:
Vivid vos.

BÓRIS.

Vivir deseo
Para serviros, Señora.

(*Vanse*)

—

Galería abierta de un convento, la cual da á una huerta.

ESCENA V.

DEMETRIO, *en hábito de fraile.*

Temerosa vida mia,
Que tantas figuras haces,
No fies en tus disfraces;
Sólo en el cielo confia.
Pues ya con otros intentos
Estoy, con el bien que fundo,
Destotra parte del mundo,
¿Qué me quereis, pensamientos?
Ya no soy rey: ¿qué quereis?
Un pobre fraile soy ya:
A donde el mundo no está,
Pues que sois de allá, no esteis.
Conquistad otro lugar
Adonde la ambicion sóbre:
Mirad que quiero ser pobre,
Dejadme de atormentar.
Haced cuenta que estoy muerto:
Ya no quiero otra corona;
Porque ésta, aunque pobre, abona
Reino más durable y cierto.
¿Qué sirve representar
Al alma la sangre mia?
Salid de mi fantasía;
Que no me pienso mudar.
Ya sé que tiene mi tio
Mi imperio y reino usurpado,
Ya sé que me lo ha quitado,
Y que de derecho es mio;
Pero conquistais los vientos
En decirme lo que fui,
Porque no saldré de aquí
Aunque me deis más tormentos.

ESCENA VI.

RUFINO, *de lego, con dos escobas.*— DEMETRIO.

RUFINO.

¡Ah padre fray Bernardino!

DEMETRIO.

¿Qué quiere, padre fray Gil?

RUFINO.

Mire ¡á qué oficio tan vil
Le ha traido su destino!
Tome esa escoba, y comience
A barrer por esta parte.

DEMETRIO.

De servir á Dios es arte,
Y todo imposible vence.
Musa musae es el barrer;
Que *Dominus* es Señor,
Y *templum templi* es mejor
Que todo el mortal poder.
Sermo sermonis tambien
Es la palabra de Dios.
Que aquí guardamos los dos.

RUFINO.

Los principios sabe bien;
Mas, en los nominativos,
Veru ¿no es el asador?
Pues ¿cómo estamos, Señor,
Muertos de hambre más que vivos?

DEMETRIO.

Barra y calle.

RUFINO.

Barreré,
Consolado en que las leyes
Del mundo á los altos reyes
Ponen en el cuello el pié.
Pues barre un rey, ¿qué atropellas
Tiempo, en un pobre español?

DEMETRIO.

Tambien barre el sol.

RUFINO.

¿El sol?

DEMETRIO.

Sí; que al alba barre estrellas.

RUFINO.

Pues ¿en qué espuerta las coge?

DEMETRIO.

En la noche.

RUFINO.

¡Extraño caso!

DEMETRIO.

Barre aprisa, y habla paso.

(*Barren los dos.*)

ESCENA VII.

EL PRIOR DEL CONVENTO, EL MAESTRO DE NOVICIOS.—DICHOS.

MAESTRO. (*Al Prior.*)

Todos los frailes recoge,
Y saldrásle á recebir;
Que pasa por nuestra puerta.

PRIOR.

¿Es nueva cierta?

MAESTRO.

Es tan cierta,
Que ya le siento venir.

DEMETRIO.

¿Qué es esto, padre fray Blas?

MAESTRO.

Que el gran Duque, que visita
Sus reinos (que en esto imita
A sus ascendientes más),
Hoy pasa por nuestra puerta.

DEMETRIO.

¡El gran Duque!

MAESTRO.

Y áun los dos.

DEMETRIO.

¡Los dos!

MAESTRO.

Sí.

DEMETRIO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios!

PRIOR.

¿Si entrarán á ver la huerta?

DEMETRIO.

Rufino... (*Ap. á él.*)

RUFINO.

¿Qué?...

DEMETRIO.

Grande mal.

RUFINO.

No temas.

PRIOR.

Ya el Duque viene:
Salgan los padres.

MAESTRO.

Él tiene
Rostro y presencia real.

ESCENA VIII.

BÓRIS, OROFRISA, RODULFO, ACOMPAÑAMIENTO, GUARDAS.— DICHOS.

PRIOR.

Déme Su Alteza los piés.

BÓRIS.

¡Oh padre! Seais bien hallado.

PRIOR.
Mucho habeis, gran Duque, honrado
Esta tierra.
BÓRIS.
Ella lo es.
PRIOR.
Dadme vuestros piés, Señora.
OROFRISA.
Alzáos, padre.
PRIOR.
Justamente
Sois deste polo el Oriente,
Soberana emperadora.
(*Repara Bóris en Demetrio y mírale.*)
BÓRIS.
¿Quién es este fraile?
PRIOR.
Aquel,
Gran Señor, es un novicio.
BÓRIS.
De hombre noble muestra indicio.
PRIOR.
No hay mucha nobleza en él;
Antes es un hombre bajo,
Que aquí por Dios se le dió
El hábito, y prometió
Darse al servicio y trabajo.
BÓRIS. (*Ap.*)
En mi vida vi retrato
De mi sobrino como él.
PRIOR.
Hablad, gran Señor, con él.
DEMETRIO. (*Ap.*)
Hoy muero.
BÓRIS.
Deja el recato,
Mancebo, dime tu nombre.
DEMETRIO.
Bernardino, gran Señor.
BÓRIS.
¿Eres hombre de valor?
DEMETRIO.
Apénas, Señor, soy hombre.
Hijo fui de quien no fué
Sin servicio y sin valor;
Porque fué... esclavo y señor...
De quien lo mismo heredé.
Nunca mi padre fué nada,
Mi madre no era profeta,
Ni áun pienso que fué discreta,
Porque fué muy confiada.
Dió su hacienda, y me dejó
Pobre; y cuando ansí me vi,
A sagrado me acogí:
Vos sois Duque, y fraile yo.
BÓRIS.
Padre, encomiéndeme á Dios.
DEMETRIO.
Con mil ruegos le importuno,
Y no pasa dia ninguno
Que no me acuerde de vos.
BÓRIS. (*A Orofrisa.*)
Parece un santo... y parece
A Demetrio.
OROFRISA.
¡Caso extraño!
Y temo desto algun daño.
BÓRIS.
(*Ap.* Mil pensamientos me ofrece.)
¿De dónde sois, padre?
DEMETRIO.
Soy
Natural desta ciudad.
BÓRIS. (*Ap. al Prior.*)
Padre prior, escuchad.
Viendo mis estados voy,
Por quietud de la opinion
Que tienen de que está vivo
Demetrio.
PRIOR.
¡Engaño excesivo!
BÓRIS.
Engaños del mundo son.
Este fraile le parece
De suerte, que á no ser cierto
Que el mismo Demetrio es muerto,
Viva su imágen me ofrece.
Desto puede resultar
Que algunos que allá le vieron
Muchacho, y le conocieron,
Por Rey le quieran alzar:
Y esto no piense que es cosa
Nueva en el mundo.
PRIOR.
Ansí es.
BÓRIS.
¿Quiere matarle, y despues
Le daré una iglesia honrosa?
PRIOR.
¿Cómo podré?
BÓRIS.
Calle ya;
Que en la comida bien puede
O ¿quiere que aquí se quede
Quien le mate?
PRIOR.
Esto será
Cosa más fácil á un Rey;
Que á un perlado es indecente.
BÓRIS.
Pues calle.
PRIOR.
Sí haré.
BÓRIS.
Esa gente
Camine.
PRIOR. (*Ap.*)
¡Qué injusta ley!
BÓRIS.
Rodulfo, mira... Al oido.
(*Háblale aparte.*)
PRIOR. (*Ap.*)
¿Cómo le podré avisar?
DEMETRIO. (*Ap. al Prior.*)
Padre, escuche.
PRIOR.
No hay lugar.
(*Vanse todos, ménos Demetrio y Rufino.*)

ESCENA IX.

DEMETRIO, RUFINO.

RUFINO.
Fuéronse.
DEMETRIO.
Yo soy perdido.
RUFINO.
En gran peligro has estado.
DEMETRIO.
No es menor en el que quedo.
RUFINO.
Justo miedo.
DEMETRIO.
Ya no es miedo;
Es peligro declarado.
El preso, con pesadumbre
Hasta la sentencia está;
Que cuando la sabe, ya
No es temor, es certidumbre.
Desnuda presto, y colguemos
Destos árboles, Rufino,
Los hábitos, y el camino
De aquella sierra tomemos.
RUFINO.
Bien dices. Adios, capilla;
Adios, santo escapulario.
(*Desnúdanse los hábitos.*)
DEMETRIO.
Darte priesa es necesario.
RUFINO.
Tu estrella me maravilla,
Toda sujeta á traidores.
DEMETRIO.
¿No acabas?
RUFINO.
Poco me falta.
DEMETRIO.
Cubre esa rama más alta.
RUFINO.
Vesme aquí en paños menores.
¡Huye!
DEMETRIO.
Parece mas ley
Por reinar pasar tormento;
Mas yo paso los que siento
Porque huyo de ser Rey.
(*Dejan colgados los hábitos, y vanse.*)

ESCENA X.

RODULFO, DOS GUARDAS.

RODULFO.
Parécele al Duque justo.
No teneis que replicar.
GUARDA 1.°
Y ¿adónde le manda echar?
RODULFO.
Nadie replique á su gusto.
Con una piedra, me ordena
Que le arroje en ese rio.
¡Sabe Dios el celo mio!
GUARDA 2.°
Escucha y no tengas pena;
Que él tomó mejor consejo,
Y de morir se libró.
RODULFO.
¡Cómo!
GUARDA 2.°
Que aquí se dejó,
Como culebra, el pellejo.
RODULFO.
¡Son los hábitos!
GUARDA 2.°
Sin duda.
RODULFO.
Él lo debió de entender.
GUARDA 1.°
¿Qué es lo que habemos de hacer?
RODULFO.
Seguirle.
GUARDA 2.°
El intento muda,
Y di al Duque que le dejas
Muerto.
RODULFO.
Vámosle á buscar;
Que no le pudiendo hallar,
Sosegaremos sus quejas
Con decir que es muerto.
GUARDA 1.°
En vano
Teme, asegurarle puedo.

RODULFO.
Mal sabes tú lo que es miedo
En un príncipe tirano.
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XI.

BELARDO, FEBO, LUCINDA.

BELARDO.
Échalas por acá abajo.
¡Mal les haga Dios, amén!
LUCINDA.
Sábeles, Belardo, bien
El tomillo.
BELARDO.
¡Hay tal trabajo!
FEBO.
Mucho en cólera te ciegas,
Pues es bien que consideres
Que cabras, sarna y mujeres
Son golosas y andariegas.
Todo el monte anda la cabra,
Y la sarna un cuerpo todo;
La mujer, del propio modo,
Come y anda, cunde y labra.
LUCINDA.
¡Las malicias del rapaz!

ESCENA XII.

DEMETRIO y RUFINO, *de segadores*. — DICHOS.

DEMETRIO.
Aquí hay gente.
RUFINO.
¿Hay qué comer?
FEBO.
Pollos debeis de traer;
No les faltará el agraz.
DEMETRIO.
¿Ansí llegas?
RUFINO. (*Ap. á Demetrio.*)
¿Pues qué quieres,
Si rabio de hambre, Señor?
DEMETRIO.
¿Sois vos el dueño, pastor?
BELARDO.
Yo soy.
RUFINO.
Buen hombre, ó quien eres,
¿Hay algun cabrito asado?
¿Hay algun pan por acá
Sobrado?
BELARDO.
Sobrado está;
Que está en la parva del prado.
¿Quién sois?
RUFINO.
¡Bueno! ¿No lo veis?
Dos segadores.
BELARDO.
Por Dios,
Que teneis talle los dos
De comeros otros seis.
DEMETRIO.
Padre, ¿hay qué hacer por acá?
BELARDO.
No faltará, si sois gente
De pro.
DEMETRIO.
Con él nos asiente;
Que la pro ya la verá.
BELARDO.
¿Recibirélos, Lucinda?
LUCINDA.
Pardiez, padre, que á mi ver,
Bien los habeis menester.
FEBO.
Son tordos: ¡guarda la guinda!
BELARDO.
Las tierras del Romeral
Están ya que es bendicion.
Ya los llevo, nuestros son.
¿Cómo os llamais?
DEMETRIO.
Yo, Marzal.
BELARDO.
¿Y vos?
RUFINO.
Yo me llamo Bruto.
BELARDO.
¿Segais bien?
RUFINO.
Ya lo verán.
De un golpe derribo... un pan
De seis libras.
FEBO.
¡Oxte, puto!
RUFINO.
Tengo la hoz en la boca.
FEBO.
¡Mala pedrada que os dén!
LUCINDA.
Marzal es hombre de bien,
Y regalarle me toca.
FEBO.
¡Cómo os llegais al zagal
Antes que el zagal os ruegue!
Guardáos que Marzal no os pegue
El fuego de San Marzal.
(*Vanse.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE PALATINO, MARGARITA y EL DUQUE DE ARNIES, *de caza, con venablos.*

CONDE.
Por aquí decendió corriendo al rio:
No habrá llegado al agua.
MARGARITA.
Entre estos árboles
Se debió de quedar.
CONDE.
Ansí contemplo
Nuestra vida veloz, que va corriendo
Al mar de nuestra muerte.
DUQUE.
Si estuviera
Entre estos blancos álamos, no hay duda
Que volviera á seguir á nuestras voces
El fugitivo curso que llevaba.
CONDE.
Yo quiero entrar á ver si por ventura
Le saco desta fértil espesura. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL DUQUE, MARGARITA.

DUQUE.
¿Hasta cuándo, Margarita,
Tendrá mi loca esperanza
Fuerzas contra tu mudanza?
MARGARITA.
¡Cuánto la ocasion incita!
Tú ¿no ves, Duque, el rigor
Del Conde mi padre?
DUQUE.
Advierte
Que el imperio de la muerte
Es feudatario al amor.
Vuelve esos ojos al alma,
Que no tiene luz sin ellos;
Que en rendillos, no en querellos,
Consiste de amor la palma;
Pues conocido el intento
Con que los mios te ven,
Bien merecen que les dén
Los tuyos alojamiento.
MARGARITA.
Quejarte de mí pudieras,
Si me vieras inclinada
A otra cosa.
DUQUE.
¿En ser amada
Y en no amarme perseveras?
¡Nuevo modo de matar!
No sé cómo puede ser;
Que el aprender á querer
Consiste en dejarse amar.

ESCENA XV.

EL CONDE. — DICHOS.

CONDE.
Por más que entre las ramas destos árboles
Hice rüido y sacudí las hojas
Con el venablo, no parece el gamo.
MARGARITA.
Sentémonos al pié de aquesta fuente,
Que parece que llama con su risa.
DUQUE.
Allí se ven algunos segadores,
Que nos dirán si por aquí le vieron.
MARGARITA.
Paréceme que ya del rubio trigo
Las hoces sutilísimas suspenden,
Y con alegre música decienden.

ESCENA XVI.

SEGADORES, *cantando;* DEMETRIO, RUFINO, BELARDO, LUCINDA, FEBO. — DICHOS.

SEGADORES. (*Cantan.*)
Blanca me era yo,
Cuando entré en la siega;
Dióme el sol, y ya soy morena.
Blanca solia yo ser
Antes que á segar viniese;
Mas no quiso el sol que fuese
Blanco el fuego en mi poder.
Mi edad al amanecer
Era lustrosa azucena;
Dióme el sol, y ya soy morena.
BELARDO.
En aquesta verde orilla
Os podeis todos sentar.
RUFINO.
Ya rabio por merendar.
LUCINDA.
Gente hay aquí de la villa.
DEMETRIO. (*Ap.*)
¡Triste de mí! que áun apénas
Veo de la Corte gente,
Cuando mi sangre inocente
Se vuelve hielo en mis venas.
Rufino, ¿quién serán estos? (*Ap. á él.*)
RUFINO.
¿Quién te puede conocer
En tierra extraña?

FEBO.
A placer
Tomad por la yerba puestos,
Y tenderé los manteles.

CONDE.
¿Hay para todos, amigos?

RUFINO. (*Ap.*)
¡No se hiciera sin testigos!

BELARDO.
Háblalos tú como sueles.

FEBO.
Por Dios, que si lo traeis,
Que á muy buen tiempo llegais.

DEMETRIO.
Si por el monte cazais,
Gana de comer tendréis.

RUFINO.
Lo que come un cazador...

FEBO.
Comen y mienten que es gloria;
Mas mienten en una historia,
Que un hombre que tiene amor.

LUCINDA.
¡Ay! ¡qué señora tan linda!
Nunca me habeis hecho á mí,
Padre, un vestidillo ansí.

BELARDO.
Yo soy labrador, Lucinda:
Conforme á mi calidad
Te visto...

LUCINDA.
Tambien lo creo.

BELARDO.
Ricas telas del deseo,
Bordadas de voluntad.

LUCINDA.
¡A fe que estais de gobierno!
De la voluntad, es llano
Que es muy caliente el verano,
Y el mismo hielo en invierno.

FEBO.
Segun eso, á la veleta
Se debe de parecer.

DEMETRIO. (*Ap.*)
¡Qué bellísima mujer!
¡A cuanto mira sujeta!
¡Dichoso el que amaneciere
Con tan bello sol al lado!

RUFINO. (*Ap.*)
¡Que á este tiempo hayan llegado!
¿Qué es lo que esta gente quiere?

DEMETRIO. (*Ap.*)
¡Qué rostro! ¡Qué hermoso brio!
Un hielo puede encender.

RUFINO.
Si es que habemos de comer,
Soltad la merienda, tio.

BELARDO.
Si alguna cosa mandais,
Aquí, Señor, nos teneis;
Si no, perdon nos daréis.

CONDE.
Contento en veros me dais.
Merendad; que ver me agrada
El modo...

RUFINO.
¿Quién sois, vecino?

CONDE.
Soy el Conde Palatino,
Vuestro señor.

RUFINO.
¡Mas nonada!

BELARDO.
¡El Conde! Echaos en el suelo.

FEBO.
¿Ha de pasar por encima?

BELARDO.
Si un rey la humildad estima,
A ejemplo del mismo cielo,
De rodillas os suplico
De mi casilla os sirvais
Miéntras vuestra gente hallais.

CONDE.
¿Qué palacio habrá más rico?
Digo, amigos, que la aceto.

BELARDO.
Guiad á la casería.
Por aquí, Señora mia.

DEMETRIO.
(*Ap.* ¡Alto y celestial sujeto!)
Escucha, y déjalos ir,
Rufino. (*Ap. á él.*)
(*Vanse todos, ménos Demetrio y Rufino.*)

ESCENA XVII.

DEMETRIO, RUFINO.

RUFINO.
¿Qué te parece
El Conde?

DEMETRIO.
El bien que me ofrece
El cielo, quiero seguir.

RUFINO.
¿Cómo!

DEMETRIO.
El Conde Palatino,
Que agora vive en Livonia,
Es del gran Rey de Polonia
Amigo, deudo y vecino.
Ir quiero tras él, y entrar
A servir algun criado
De su casa, disfrazado,
Hasta que le pueda hablar.
Y si el Conde hablase al Rey,
Y el Rey me diese favor
Para hacer guerra al traidor
Sin Dios, sin alma y sin ley,
Que usurpa el imperio mio,
No dudes que le cobrase,
Y que al Conde le pagase
Con la vida que le fio,
Y áun con tomar por mujer
Su bella hija.

RUFINO.
Señor,
Ya es tiempo que tu valor
Comience á darse á entender.
No me ha parecido mal
Que sigas al Conde.

DEMETRIO.
Quiero
Servir, Rufino, primero
En traje tan desigual,
Que nadie entienda quién soy.

RUFINO.
Todo será menester.

DEMETRIO.
Que me venga á conocer
La envidia, temiendo estoy.

RUFINO.
Busca un oficio que tenga
Tu rostro desconocido.

DEMETRIO.
En el oficio he caido
Para que, aunque el mundo venga,
No me pueda conocer.

RUFINO.
Y ¿es?

DEMETRIO.
Servir en la cocina,
Donde el carbon y la harina
Me sabrán desconocer.

RUFINO.
Bien dices; y allí sabrás
(Porque es palacio, en efeto)
Del tirano con secreto,
Y algun principio darás
A la justa ejecucion
Del reparo de tu estado;
Que en un monte desterrado
Nunca hallarás ocasion.

DEMETRIO.
¿Reparaste en la divina
Hija del Conde?

RUFINO.
Pues ¿no?

DEMETRIO.
Matóme.

RUFINO.
Así te envió,
Como caza, á la cocina.

DEMETRIO.
¡Ojalá que el corazon
Le guisara yo de modo,
Que le supiera bien todo!

RUFINO.
Pícale y harásle alcon.
Mas di: ¿tengo yo tambien
De ser pícaro contigo?

DEMETRIO.
Quien es en el daño amigo,
Tambien lo será en el bien.
Vamos; que si en la cocina
Conmigo sirves, es ley
Justa que siendo yo Rey,
Seas rey.

RUFINO.
Señor, camina;
Que con ánimo español
Seré, pues siempre le tuve,
Nube cuando fueres nube,
Y sol cuando fueres sol;
Que si un alma es adevina,
Tú serás emperador,
Tras ser fraile y segador
Y pícaro de cocina.
(*Vanse.*)

—

Sala del palacio de Bóris.

ESCENA XVIII.

BÓRIS, RODULFO.

RODULFO.
Crecen los desatinos de la gente,
Y pienso que ha nacido...

BÓRIS.
No prosigas:
Dirás que soy malquisto.

RODULFO.
Culpa tuya;
Que tienes algo de cruel.

BÓRIS.
Rodulfo, [tengo,
¿Qué agravios, qué crueldades hechas
De que puedan quejarse estos estados?
Diez y seis años há que reino en ellos:
¿Quién de toda Moscovia y de Casano,
Hasta el más vil y más remoto tártaro,
Puede decir que le tomé su hacienda,
Que hice imposicion, fuerza ó tributo
Que fuese injusto, exorbitante y feo?

RODULFO.
Señor, bien puede ser que injustamente
Tu estado te aborrezca, alborotado

Con esta nueva de que vive y viene
Demetrio contra ti.

BÓRIS.

Pues si es ansina,
¿Por qué llamas crueldad que yo castigue
Los que tratan de hacer con ese engaño
Tanto daño á la paz de aqueste imperio,
A mi sosiego y de mis hijos?

ESCENA XIX.

UN CAPITAN *con* SOLDADOS *que traen preso á un* ASTRÓLOGO.—DICHOS.

CAPITAN.

Entra,
Fiero alborotador de la república.

BÓRIS.

¿Qué es esto?

RODULFO.

Traen preso á un hombre.

CAPITAN. (*A Bóris.*)

Agora
Conocerás el gusto y diligencia
Con que te sirvo: aqueste es el astrólogo
Que ha dicho que Demetrio vive.

BÓRIS.

El cielo
Castigue, loco, tu arrogancia vana.
¿Cómo alborotas mis estados?

ASTRÓLOGO.

Nunca
Fué, mi Señor, mi intento alborotarlos.
Como vi que trataban vulgarmente,
Y áun entre las personas muy ilustres,
De la vida del príncipe Demetrio,
Quise saber la causa, y ya me pesa.
Las doce casas escribí en un pliego,
Y poniendo los signos y planetas
En el lugar del sol y de la luna,
Hallé, juzgando la figura...

BÓRIS.

Calla.

ASTRÓLOGO.

No hallé nada, Señor; que bien entiendo
Que no se ha de dar crédito á estas cosas;
Que por eso esta ciencia se reprueba,
Respecto de que el vulgo y inorantes
Ponen en ella fe.

BÓRIS.

¿No sabes, necio,
Que llama engañadores é infieles
Tácito á los astrólogos, y afirma
Que en Roma se vedaron para siempre?

ASTRÓLOGO.

Alguna vez tambien, escribe Séneca,
Que dicen cosas ciertas los astrólogos.

BÓRIS.

Pues mira lo que dice Favorino,
Referido por Gelio; mira á Erasmo.
O verdadero, ó falso, ó incierto, dices.
Si incierto, ¿de qué sirve? Pues si falso,
¿Qué más mal que engañar con la mentira?
Si verdadero, ó es alegre, ó triste:
Si triste, ántes de tiempo te entristeces;
Si alegre, te fatigas esperándolo.
Pues mira luego lo que Tulio siente.
¿Qué mucho reprobándolo los santos
Y los profetas?

ASTRÓLOGO.

Gran Señor, si fuera
Lícito disputar el bajo súbdito
Con el Señor y príncipe, sospecho
Que te dijera en lo que es cierta ó falsa.

BÓRIS.

¿Quieres ver cómo es falsa?

ASTRÓLOGO.

¿De qué suerte?

BÓRIS.

¿Cómo has pensado tú morir?

ASTRÓLOGO.

Yo pienso
Que tengo un gran peligro; mas si puedo
Salir agora dél, mi vida es larga.

BÓRIS.

Alban, cuélgale luego de las rejas
Deste palacio, á vista de los locos
Que creyeron sus fábulas y círculos;
Pues que quieren con mil y treinta estrellas
Saber lo que hace Dios con mil millones.

ASTRÓLOGO.

¡Señor, piedad!

BÓRIS.

Si fueras buen astrólogo,
Supiéraste guardar deste peligro.—
Tirad con él.

CAPITAN.

Camina.

(*El Capitan y los soldados se llevan al Astrólogo.*)

BÓRIS.

Y tú, Rodulfo,
Desvélate en buscar mis enemigos,
Y no me dés consejos excusados.
(*Vase.*)

RODULFO.

Con la sonda en la mano eternamente
Ha de andar el que sirve, porque un príncipe
Tiene en la voz la espada, de la suerte
Que el basilisco en la mirada fiera,
Porque es matar decir que un hombre muera.
(*Vase.*)

—

Cocina del palacio del Conde Palatino.

ESCENA XX.

UN VEEDOR, UN MAESTRESALA.—*Despues*, DEMETRIO Y RUFINO.

VEEDOR.

¿No está á punto la comida?

MAESTRESALA.

Todo está á punto, Señor;
Mas permitid por favor,
Que sólo un instante os pida.
Ea, pícaros, daos prisa.
¿Tengo de enojarme?

(*Sale Rufino, tiznado, de pícaro.*) [1]

RUFINO.

Ya
A punto lo asado está.
(*Ap.* ¡Cielos! Si yo muevo á risa,
¿Cuánto más el ver asar
A un nieto de emperadores?)

(*Sale Demetrio de pícaro, con su delantal.*)

DEMETRIO.

Todos estos asadores
Puedes aparte arrimar.

MAESTRESALA.

¿Están las perdices bien?

DEMETRIO.

En un punto se pasaron.

MAESTRESALA.

¿Y los capones?

DEMETRIO.

Quedaron
A que una vuelta les dén.

MAESTRESALA.

Los dos pavos. .

DEMETRIO.

Esos, creo
Tienen algo que esperar.

MAESTRESALA.

La sopa...

DEMETRIO.

Sólo afeitar
La sopa falta.

VEEDOR.

Deseo
Saber lo que afeite llamas.

DEMETRIO.

La canela es el color,
Y el azúcar es, Señor,
El afeite de las damas.

MAESTRESALA.

Tú, ¿partiste los limones?

RUFINO.

Habrá media hora que están,
Amo mio, maese Juan,
Con más ruedas que pavones.

VEEDOR.

Ya da prisa el mayordomo.
(*Vanse el Maestresala y el Veedor.*)

ESCENA XXI.

DEMETRIO, RUFINO.

RUFINO.

Triste vida es cocinero,
Pues cómo lo que no quiero,
Y lo que quiero no cómo.
Cómo el humo, que desamo,
A la lumbre noche y dia,
Y la carne que querria,
Esa se come mi amo.
¿Sabes, Maese Andrés, qué siento?

DEMETRIO.

¿Qué sientes, Maese Pasquin?

RUFINO.

Que es este oficio rüin
Un camaleon del viento.

DEMETRIO.

Que otros me guisen espero
Lo que tengo de comer.

RUFINO.

Una cosa viene á ser
Alcahuete y cocinero.

DEMETRIO.

¿Cómo puede ser que haga
Igualdad?...

RUFINO.

En esta forma:
Que guisa, junta y conforma
Para que coma el que paga.

DEMETRIO.

Ya la comida han subido.
Bien puedes luego sacar
El recado de fregar.

RUFINO.

¡A fregar hemos venido!

DEMETRIO.

Camina presto.

RUFINO.

Señor,
Tanta humildad me enternece. (*Vase.*)

DEMETRIO.

Esta humildad os ofrece,
Cielos, mi antiguo valor.
Recebid de un perseguido,
Aceptad de un desdichado

[1] Vestido de *pícaro de cocina*, de *pinche*, ó mozo ordinario de cocina.

En traiciones engañado,
Con deslealtades nacido,
Estos inmensos trabajos.

ESCENA XXII.

RUFINO, *que vuelve con una caldera de agua y recado para fregar.*— DEMETRIO. *Despues,* UN PAJE.

RUFINO.

Aquí está ya el fregatorio.

DEMETRIO.

Aqueste es el refitorio.

RUFINO.

Y estos son los estropajos.

DEMETRIO.

Advierte, hidalgo español,
Pues sabes mi majestad,
Que el oro de mi humildad
Se afina en este crisol.

RUFINO.

Harto mejor se afinara
En la olla que llevaron,
La mia.

(*Sale un Paje.*)

PAJE.

Platos faltaron.
¡Hola, pícaros!

RUFINO.

Repara
En que hay un pícaro aquí,
Que duque pudiera ser.

PAJE.

Y ¿quitárale el poder
La gran fortuna?

DEMETRIO.

Es ansí.

(*Friega Demetrio, y Rufino limpia los platos.*)

PAJE.

Siempre aquestos desdichados
Se nos fingen bien nacidos.

DEMETRIO.

Si estamos tan mal vestidos,
No fué por no ser honrados.
Yo salí á correr un toro,
Y por escapar la vida,
Traigo la capa rompida,
Que traje bañada en oro.
Cuando niño, me prendió
Su alguacil de la fortuna;
Pero dejéle la cuna
En que acostado me halló,
Y vine de una corrida
Hasta donde Dios lo sabe;
Porque es bien perder la nave
Porque se salve la vida.

RUFINO.

Ya están limpios: toma, y trae
Algo que coma.

PAJE.

Sí haré. (*Vase.*)

RUFINO.

El pajecillo se fué.

ESCENA XXIII.

OTRO PAJE, *con una pella en un plato.*— DEMETRIO, RUFINO.

PAJE 2.º (*Ap.*)

Este necio en todo cae:
Pues esta vez no lo vió,
Comereme el manjar blanco.

RUFINO.

¡Manjar blanco! ¿Soy yo manco?

PAJE 2.º

¡Ay! ¿quién me lo toma?

RUFINO.

Yo.

PAJE 2.º

¡Pícaro!...

RUFINO.

No hay que tratar.
Muquirélo á la española.

PAJE 2.º

¡Hola, pajes! ¡pajes, hola!

RUFINO.

¿Qué sirve tanto holear?
Aunque estuviera oleado,
Me lo habia de comer.

DEMETRIO.

¡Maese Pasquin!

RUFINO.

No he de ser
En palacio, corto.

PAJE 2.º

¿Has dado
Fin á la pella, marqués?
Pues aguarda, y lo veremos.

RUFINO.

Marqués dicen que seremos,
En siendo rey mase Andrés.

PAJE.

¡Vive Dios, que te he de echar
Un libramiento traidor!

RUFINO.

A Maese Andrés es mejor,
Que se procura librar.

(*Vase el Paje.*)

DEMETRIO.

¡Que no quieres tener seso!

RUFINO.

Y ¿que no quieres saber
Lo que es pícaro, y comer
Como gavilan, en peso?
¡Ay dichosa picardía!
¡Comer provechoso en pié!
¿Cuándo un pícaro se ve
Que muera de perplejía?
¡Ah dormir gustoso y llano,
Sin cuidado y sin gobierno,
En la cocina el invierno,
Y en las parvas el verano!
Vida de rey fuera risa
Con esta vida ligera,
Si un pícaro se pusiera
Cada dia una camisa.
Por esto le tratan mal,
Y causa al discreto enojos;
Que aquesto de tener piojos
Es temerario fiscal.
La honra, la presuncion,
¿De qué sirven en el mundo?

DEMETRIO.

De dar almas al profundo
Y cuerpos á lo que son.

ESCENA XXIV.

TIANO, SEVERIO.— DEMETRIO, RUFINO.

TIANO.

Suceso será notable
Si Demetrio es vivo.

DEMETRIO. (*Ap.*)

¡Ay cielo!
¡Mi nombre!

SEVERIO.

Lo que es recelo,
Y es que es el vulgo variable,
Amigo de novedad.
Como á Bóris aborrece,
Da vida á Demetrio, y crece
Por una y otra ciudad.
Este correo que vino,
Que era vivo dijo.

DEMETRIO.

Espera.

RUFINO.

¿Qué quieres?

DEMETRIO.

Esa caldera
Lleva allá dentro, Rufino;
(*Ap. á él.* Que estas son nuevas de mí.)

RUFINO. (*Ap. á Demetrio.*)

Mira lo que haces.

DEMETRIO. (*Ap. á Rufino.*)

No temas.

(*Vase Rufino.*)

TIANO.

Hablan con lenguas blasfemas
Deste Bóris.

SEVERIO.

Y es ansí,
Y no les falta razon.

DEMETRIO.

Señores, aunque sea mengua
Que un hombre mueva la lengua
De tan baja condicion
En presencia de criados
Del Conde; porque yo soy
De Moscovia, y lleno estoy
De pensamientos honrados,
Me decid: ¿qué nuevas son
Las que de allá le han traido?

TIANO. (*Riéndose.*)

Marqués, el Conde ha sabido
Que hay grande revolucion.
En la mesa se ha tratado
Que Demetrio es vivo.

DEMETRIO.

¡Vivo!

TIANO.

Y que aquel tirano altivo
Mata á quien lo dice, airado;
Que se previene de gente,
Que á un astrólogo ahorcó,
Y que á dos nobles cortó
Los cuellos públicamente.—
Las mesas alzan, Severio.
Vamos á dar aguamanos.

(*Vanse.*)

SEVERIO.

Vamos. (*Vase.*)

—

Sala del palacio del Conde.

ESCENA XXV.

DEMETRIO.

¡Cielos soberanos!
Dadme mi paterno imperio.
¿Qué fama es esta ó por quién?
Si yo soy que vivo estoy,
¿Como diré que yo soy
Para que el reino me dén?
¿Osaréme descubrir
Al Conde? Sí, que es señor
De gran valor; y el valor
¿Cómo le puede encubrir
La maldad y la traicion?
Su hija es esta. ¿Qué haré?
¡Ay cielo! ¿cómo me entré!

Mas vuestros secretos son.
Ya me ha visto; ya no puedo
Volverme atrás.

ESCENA XXVI.

MARGARITA.— DEMETRIO.

MARGARITA.
¿Qué es aquesto!
Dí, villano, ¿quién te ha puesto
En este lugar?

DEMETRIO. (*Ap.*)
¡Qué miedo!
¿Iréme? ¿Responderé?
¿Diré quien soy?

MARGARITA.
¿No responde?

DEMETRIO.
Gran señora, busco al Conde.

MARGARITA.
Pues ¿tú al Conde! ¿Para qué?

DEMETRIO.
Sirvo al Conde, mi señor,
En la cocina.

MARGARITA.
¿Qué intento
Te ha dado ese atrevimiento?

DEMETRIO.
Señora, mi gran valor.

MARGARITA.
¿Eres truhan?

DEMETRIO.
Sí, señora;
Que el gran valor que decía,
Fué burlas.

MARGARITA.
Eso sería.

DEMETRIO.
Pretendo ser duque ahora,
Y emperador.

MARGARITA.
Bien harás.
¡Locura maravillosa!

DEMETRIO.
Pienso que ninguna cosa,
Si yo lo soy, perderás.

MARGARITA.
¿Harásme merced?

DEMETRIO.
Sospecho
Que te haré mayor señora;
Porque el alma que te adora,
Más te ha dado en darte el pecho.

MARGARITA.
¡Amores tambien!

DEMETRIO.
Tambien.
¿Qué loco has visto, señora,
Sin punto de amor?

MARGARITA.
Agora
Te voy conociendo bien.

DEMETRIO.
Si Dios me lleva al estado
Que pretendo, tú has de ser
Mi mujer.

MARGARITA.
¡Yo tu mujer!

DEMETRIO.
Esta noche lo he soñado.

MARGARITA.
¡Buenos pensamientos tienes!

DEMETRIO.
Si Dios los deja lograr,
Tú me verás coronar
De oro y laurel las dos sienes.

MARGARITA.
¿Qué le llevas que decir
A mi padre?

DEMETRIO.
Grandes cosas,
Que parecen fabulosas;
Que sabe el tiempo fingir,
Y el presente en que me veo
A aqueste disfraz me obliga.

MARGARITA.
Pues Vuestra Alteza prosiga:
Saber su nombre deseo.

DEMETRIO.
Yo me llamo el Perseguido
Del nuevo Heródes cruel;
Pero en viéndome con él,
Se verá á mis piés rendido;
Que espero en Dios que ha de darme
De mi enemigo vitoria,
Para aumento de tu gloria.

MARGARITA.
Ni acierto á irme ni á estarme.

DEMETRIO.
Pues estáte, de mi voto,
Y vete.

MARGARITA.
En verte me rio,
Para ser truhan tan frio,
Y para señor tan roto.
Ven, porque te vea agora
Mi padre.

DEMETRIO.
Harásme favor.

MARGARITA.
Entrad, roto emperador.

DEMETRIO.
Entro, sana emperadora.

ACTO TERCERO.

Sala en un palacio del Rey de Polonia.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DE POLONIA, EL CONDE PALATINO, UN CAMARERO, CRIADOS.

REY.
Seais, Conde, bien venido.

CONDE.
Vuestra Majestad, Señor,
Me dé sus piés: sus piés pido.

REY.
Conde, á vuestro gran valor
Teneis mi pecho ofrecido.—
Una silla al Conde.

CONDE.
En todo
Honra Vuestra Majestad
Su hechura.

REY.
Ese estilo y modo
Dese pecho ilustre y godo
Merece esta autoridad.
Tome, vuestra señoría
La silla.

CONDE.
Tantos favores...

REY.
Esta es corta cortesía:
Los méritos son mayores.
(*Siéntanse.*)

CONDE.
Señor, la venida mia,
Despues de besar los piés
De Su Majestad, no es
A cosa breve y ligera.

REY.
Salíos todos afuera.
(*Vanse el Camarero y los criados.*)
Hablar puedes.

CONDE.
Oye, pues.
La opinion que se tenía,
Famoso Rey de Polonia,
De que Demetrio vivia,
Pasó de Móscua á Livonia,
Y de Tartaria á Rusia.
Creció de suerte, Señor,
A todos comun deseo
De que fuese emperador
El que ser sin duda creo
Legítimo sucesor,
Que animado el encubierto
Príncipe de la piedad
General, se ha descubierto.

REY.
¿Cómo!

CONDE.
Vuestra Majestad
Escuche.

REY.
Luego ¿no es muerto?

CONDE.
No, Señor.

REY.
Prosigue, acaba.

CONDE.
Sirviendo Demetrio estaba
En mi cocina.

REY.
¿Qué! ¿Dónde?

CONDE.
Sin duda.

REY.
¿Qué dices, Conde!

CONDE.
Tanto el temor le obligaba.

REY.
Advierte que la opinion
Del vulgo loco, atrevido,
Habrá hecho esta invencion.

CONDE.
De que es Demetrio, he tenido
Bastante satisfacion.
Seis caballeros, criados
De su abuelo, con secreto
A conocerle llamados,
Juran que es él.

REY.
En efeto
¿Vive?

CONDE.
Y pide sus estados.
Las señas, la majestad
Del rostro, la autoridad,
Aunque en un roto vestido,
Muestran bien que no es fingido.
Ten por cierto que es verdad;
Que del modo que luciera
Un diamante, si estuviera

En pardo plomo engastado,
Aquel valor heredado
Sale del vestido afuera.

REY.

Pues ¿no ha mudado vestido?

CONDE.

Hasta verte no ha querido.

REY.

¿Dónde está?

CONDE.

Quedó á la puerta.

REY.

La del alma tengo abierta,
Piadoso y enternecido.
¿Quiere verme roto?

CONDE.

Quiere;
Que cuanto más te moviere
A compasion, más lo estima.

REY.

A que me vea le anima.—
Pero aguarda, Conde; espera,
Y una ropa le traerán.

CONDE.

No habrá remedio que quiera.

REY.

Pues dile que éntre.

CONDE.

Aquí están
El y un español.
(*Va á una puerta y habla á Demetrio, que está fuera de la sala.*)
Ya espera
El Rey, y licencia os dan.

ESCENA II.

DEMETRIO y RUFINO, *de cocineros.* —DICHOS.

DEMETRIO.

Aunque el hábito, Señor,
Sea de veros indigno,
Mi antigua sangre y valor
Dan atrevimiento digno
A mi vergüenza y temor.
Dadme, Señor, esos piés;
Que yo pongo en vuestras manos
Mi vida.

REY. (*Al Conde.*)

¿Qué es él?

CONDE.

Él es.

REY.

¿Cierto?

CONDE.

Temor de tirano
Le ha puesto como le ves.

REY.

Aunque viera á Valeriano
Puesto á los piés del Persiano,
O al Turco, del mundo asombro,
Dando á Taborlan el hombro,
O al grande Emilio Romano;
Aunque viera dando enojos
A Pompeyo la Fortuna,
Y de un egipcio despojos;
A Mario en una laguna,
Y á Belisario sin ojos;
Aunque á las cerdas sutiles
Del gran caballo de Aquiles
Viera á Héctor arrastrado,
Y á Julio César pasado
De cuatro puñales viles;
Aunque á Federico viera,
Cuando iba á Jerusalen
Darle un rio muerte fiera,
O preso al Inglés por quien
Vió el Jordan nuestra bandera;
O agora viera la muerte
De mi padre, que en tan fuerte
Prision acaba un traidor,
No tuviera más dolor,
Demetrio, que tengo en verte.
Bien has hecho de venir
Desa manera á mover
Mis ojos.

DEMETRIO.

¿Qué hará el oir,
Señor, si te mueve el ver?

REY.

Poco habrá que persuadir.
Siéntate.

DEMETRIO.

El hábito impide
Que me siente.

REY.

Tu valor
En las estrellas le pide.
Siéntate en medio.

DEMETRIO.

Señor,
De Tu Majestad divide
Esta ropa, que del toro [1]
Muestra la señal.

REY.

No ignoro
Que es tu vergüenza profunda;
Pero estás como en la funda
Viene de la mina el oro.
Mas tráigante de vestir.

DEMETRIO.

Primero, Rey, me has de oir.

REY.

Pues comienza, y di qué quieres.

DEMETRIO.

Que cuando lágrimas vieres...

REY.

Sin miedo puedes decir.

(*Siéntanse todos tres, Demetrio en medio, y cúbrese con su sombrero de pícaro.*)

DEMETRIO.

Ínclito Rey de Polonia,
Gran Sigismundo tercero:
De Cristina y de Teodoro
Soy hijo; yo soy Demetrio.
El gran Duque Juan Basilio
Fué, como sabes, mi abuelo;
A mi padre dieron yerbas
Envidiosos caballeros.
La intencion era matarle;
Pero quitaronle el seso:
Aunque hay muertes en la vida,
El que es loco, es vivo y muerto.
Mató el Duque á Juan, su hijo,
Que llamaba su heredero,
Riñendo con su mujer:
¡Mira lo que pueden celos! [2]
Murió de pena Basilio;
Mi madre, con poco acuerdo,
Dió á Bóris, mi tio, su hermano,
Por su marido el gobierno.
Lo que ha hecho, ya lo sabes;
Mas sólo advertirte quiero
Que mi ayo, en mi lugar,
Cuando matarme quisieron,
Puso un hijo que tenia;
Y por lugares diversos
Me trujo y guardó mi vida
En traje y nombre encubierto;
Que solamente sabia
Este español el secreto,
De mis trabajos testigo,
De mis desdichas consuelo.
Murió, y quedamos los dos
Sin padre, amparo y maestro; [3]
Pero muriendo exhortóme
A que cobrase mi imperio.
Lloré su muerte; y pensando
En el fin de sus consejos,
Vi que mi vida temia
El que me tuvo por muerto.
Con este miedo, Señor,
Tomé un hábito de lego
En un monasterio santo.
Visitó Boris su reino;
Vióme, hablóme, y dióle al alma
Tanto cuidado y recelo,
Que mandó matarme. Yo
Salí por la huerta huyendo
Donde [4] otras dos veces fuí
Fraile en otros monasterios,
Hasta que viví en un campo,
Labrador de pensamientos;
De donde, siguiendo al Conde,
Serví en su casa algun tiempo,
Disfrazado en la cocina,
Para vivir encubierto:
Donde oyendo que Moscovia
Con tanto aborrecimiento
Hablaba de su tirano,
Osé hablar al Conde Aurelio.
Él hizo las diligencias
Que sobre caso tan nuevo
Parecieron necesarias;
Y viendo que era tan cierto,
A tu presencia me trujo,
De mis lágrimas y ruegos
Movido, de ver los daños
Que desterrado padezco.
Duélate un Emperador,
A quien en tantos destierros
Se atrevió la hambre fiera,
No digo el calor y el hielo;
Que como me dés tu ayuda,
Al cielo, á quien soy prometo
De confesar para siempre
Que cuanto fuere te debo.

REY.

Para significar como quisiera
A Vuestra Majestad, Príncipe ilustre,
Mi sentimiento, fueran necesarias
Muchas razones justas, muchas lágri-
[mas,
De que los perseguidos tienen copia,
Y vienen bien cuando consuelo piden;
Pero no cuando piden su remedio:
Y así, excusando de lo que él no sea,
Algunas circunstancias, sólo digo
Que (fuera [5] de la suma del dinero
Que fuere necesario para el gasto
De la casa y familia, que es tan justo
Que Vuestra Majestad tenga en Polonia)
Le haré cincuenta mil hombres de guer-
[ra.
Sin éstos podré hacer de los confines

[1] En la escena XXII del acto anterior se lee otra metáfora ó comparacion del toro, y allí está bien expresada y es oportuna, y aquí no. Más arriba, para manifestar que Demetrio merece un asiento muy alto, se dice que el valor del Príncipe *pide asiento en las estrellas*. Hay en esta comedia una porcion de trozos que parecen ingeridos por una mano muy distinta de la del gran poeta.

[2] Basilio no mató por celos á su hijo: otro indicio de que esta comedia está remendada por alguno que no la habia estudiado bien.

[3] En ninguna parte de la comedia se dice que Rufino hubiese tenido por padre, por maestro, ni áun por amparo á Lamberto.

[4] Salí huyendo *á otros puntos*, donde fuí fraile otras dos veces.

[5] Además.

Cinco ó seis mil cosacos, gente diestra,
Que militaron con el Rey Estéfano,
Y que tienen la guerra por ganancia.
Esto es de paso lo que ofrezco agora
A Vuestra Majestad, porque quisiera
Verle mudar del hábito que tiene.

DEMETRIO.

Nunca yo tuve ménos confianza [lo,
De Vuestra Majestad que guarde el cie-
Y á quien pido con lágrimas que pre-
Tanta merced y beneficios tales. [mie
Digo que agora mudaré vestido.

REY.

¡Hola!

ESCENA III.

UN CAMARERO.—Dichos.

CAMARERO.

Señor...

REY.

Vestidos al Rey, presto.
Entre Su Majestad.

DEMETRIO.

De ningun modo.

REY.

Por vida mia.

DEMETRIO.

Estimo el juramento.
(*Vanse el Rey, Demetrio y el Conde.*)

ESCENA IV.

RUFINO.—EL CAMARERO.

RUFINO. (*Ap.*)

Ya parece que levanta
El cielo aquella inocencia.

CAMARERO. (*Ap.*)

Lo que manda el Rey me espanta.

RUFINO. (*Ap.*)

Descubrióse la excelencia
De un Rey en miseria tanta.

CAMARERO.

(*Ap.* Vestidos oí decir
De rey: aquí me dirán
A quién tengo de acudir.)
¿Quién es aqueste truhan
A quien manda el Rey vestir?

RUFINO.

Majadero camarero,
Ya que podemos hablar,
Quién somos deciros quiero,
Pues me venís á informar
Vos de que sois majadero:
Y vos, cuanto á vos, estais
A saber vos para vos
Con quien vos agora hablais;
Que vos sois vos, y por vos
A vos mismo os agraviais.
Este, á quien el Rey queria
Vestir, y hizo cortesía,
Es de Moscovia el gran Duque,
Es de Astracan Archiduque,
Y Emperador de Rusia,
Rey de Tartaria, y señor
De cien provincias.

CAMARERO.

¡Ay cielo!
¿Es Demetrio?

RUFINO.

En su valor
¿No lo ha visto?

CAMARERO.

Sin recelo
Pido perdon de mi error.
(*De rodillas.*)

¡Hola! ¿qué digo? ¡Criados!
Telas, brocados, bordados...
—¿Quién es vuestra señoría?
Porque vestirle querria.

RUFINO. (*A lo grave.*)

Soy quien rige sus estados.
Marqués, dicen que seré,
Duque dicen, Conde dicen,
Si Demetrio Rey se ve.

CAMARERO.

Pues bien es que le autoricen
Desde la cabeza al pié.
¿Qué color vueseñoría
Quiere que le dén?

RUFINO.

Querria
Azul, porque estoy celoso.

CAMARERO.

¿De quién?

RUFINO. (*Muy á lo grave.*)

Ya estais enfadoso.
Dejadme, por vida mia.
Dicen que tengo de ser
Galan de cierta mujer,
Y de celos me prevengo;
Que hasta agora no la tengo;
Pero puédola tener.

CAMARERO.

¿Qué caballo?

RUFINO.

Azul tambien.

CAMARERO.

¡Azul!

RUFINO.

Pues ¿qué se os da á vos?

CAMARERO.

Los pobres, cuando se ven
Ricos...

RUFINO.

(*Ap.* Bien dice, por Dios.)
Haced que á comer me dén:
El vestir, mando y replico;
Esto de comer, suplico.

CAMARERO.

Voy. (*Vase.*)

RUFINO.

Por mí mismo he sacado
Que no hay necio más cansado
Que pobre que llega á rico. (*Vase.*)

—

Sala en el palacio de Bóris.

ESCENA V.

BÓRIS, OROFRISA, RODULFO, *con una carta.*

OROFRISA.

¡Tanto dolor os ha dado!

BÓRIS.

Vengo de pesar furioso.

OROFRISA.

Leédmela.

BÓRIS.

Estoy turbado.—
De tí, infame, estoy quejoso.
(*A Rodulfo.*)

RODULFO.

¡Señor!...

BÓRIS.

Tú me has engañado.
¿Es éste el Demetrio muerto?

RODULFO.

Luego ¿vive!

BÓRIS.

Y está cierto
Que está en Polonia.

RODULFO.

¡En Polonia!

BÓRIS.

Y que fué desde Livonia,
Dice esta carta, encubierto;
Y el Rey con gente le anima,
Y iguala á su majestad.
Ya todo el vulgo le estima:
Pues ¿quién habrá, si es verdad,
Que su violencia reprima?

RODULFO.

Señor, tú propio has contado
Que mil hombres han tomado
Las personas de los muertos,
Y fingiéndose encubiertos,
A mil reinos aspirado.
Mira que aquesto es fingido.

OROFRISA.

Que lo sea ó no lo sea,
Estando tú prevenido,
Jamas en lo que desea
Se verá restituido.
Escribe al Emperador,
Al Papa, á Bohemia, Hungría,
Y pide á todos favor.

BÓRIS.

Al Emperador querria
Hacer un embajador,
Que ofrezca de parte mia
Paz y amistad verdadera
Y gente, como le envia
Italia, contra la fiera
Guerra del Turco en Hungría.
Quiero ofrecerle un tesoro
En mis amorosas cartas,
Y conforme á su decoro,
Tantas cebellinas martas
Que valgan un millon de oro.
Al Papa quiero escribir
Que soy príncipe clemente
Y católico, y pedir
Que al Rey Sigismundo intente
Este disinio impedir;
No habrá príncipe de quien
Demetrio espere favor
En este intento, con quien
No trate paz por amor,
O por interes tambien...
—Aunque mejor medio fuera
Matarle, si yo pudiera.

OROFRISA.

Pues ¿por qué no has de poder,
Sin aguardar á temer
Lo que si él vive se espera?
¿Para qué es la industria, el oro,
El poder y el amistad?

BÓRIS.

Daré, Orofrisa, un tesoro
A quien le mate.

RODULFO.

Escuchad;
Que yo la prenda que adoro
Quiero dejar por resguardo
De que iré á dalle la muerte.

BÓRIS.

¡Oh buen Rodulfo gallardo!
¡Cómo cumples desa suerte
Lo que de tu pecho aguardo!
Mas porque vayas mejor,
Si en la libertad repara,
Irás por embajador
Al mismo Rey que le ampara.
Quejoso de su rigor,
Di el agravio que recibo

En que á un fingido villano
Dé crédito...

RODULFO.

Yo apercibo
Mi partida.

BÓRIS.

Y cuán en vano
Piensa que Demetrio es vivo.
Camina presto.

RODULFO.

Yo voy
A servirte. (*Vase.*)

BÓRIS.

Triste estoy.
Con razon tengo cuidado.

ESCENA VI.

ELIANO.—BÓRIS, OROFRISA.

ELIANO.

Otras nuevas han llegado.

BÓRIS.

El blanco del vulgo soy.

ELIANO.

Dicen, Señor, que ha salido
Demetrio, ya revestido
De sus títulos y nombres,
Con cincuenta y dos mil hombres.

BÓRIS.

¡Brava desvergüenza ha sido!
¡Que esto el de Polonia intente!
¡Hay tal maldad!

OROFRISA.

Gran Señor,
Toma las armas.

BÓRIS.

En gente,
En oro, en fuerza, en valor,
Le venceré fácilmente.
Salgan luego mis banderas,
Cubran las verdes riberas
Del Boristénes helado;
Marchen en campo formado
Las bien armadas hileras.
Cien mil hombres llevaré:
Los veinte mil á caballo,
Los ochenta mil á pié.

OROFRISA.

Algun infame vasallo
Autor deste enredo fué.
Pues yo tengo de ir contigo.

BÓRIS.

Y nuestros hijos irán,
Aunque pequeños, conmigo.

OROFRISA.

Bien haces, y aprenderán
A dar á infames castigo.

BÓRIS.

Haz una horca, Eliano,
Miéntras que voy á prender
A este fingido villano.

ELIANO. (*Ap.*)

La de Amán te pienso hacer.

BÓRIS.

¿Qué dices?

ELIANO.

Que áun es temprano.

BÓRIS.

Vamos.

(*Vanse Bóris y Orofrisa.*)

ELIANO.

Todos con deseo
De ver su Príncipe están.
Ya me parece que veo
Triunfar del soberbio Amán
Al humilde Mardoqueo. (*Vase.*)

—

Vista exterior del palacio del Rey
de Polonia.

ESCENA VII.

MARGARITA y LISENA, *en un balcon*.

LISENA.

Desde este balcon, Señora,
Verás el lucido alarde
Del Príncipe.

MARGARITA.

Dios le guarde.

LISENA.

¡Eso respondes agora!

MARGARITA.

Y le dé vitoria, amén;
Pues es la causa tan justa,
Que favorecerle gusta
Mi padre, y el Rey tambien.

LISENA.

Ayer, roto, le tenías
Por truhan, y hoy ¿le deseas
Tanto bien!

MARGARITA.

Para que veas
Sus venturas y las mías.
Palabra me dió desnudo
De que seré su mujer.

LISENA.

Vestido podrá romper
La que roto darte pudo.
Agora es gran Duque y Rey;
Entónces era una sombra.

MARGARITA.

El alma siempre se nombra
De un valor y de una ley;
Y pues la misma tenía,
No dudes que era verdad
La fe de la voluntad,
Pues yo le he dado la mía.

ESCENA VIII.

Salen CAPITANES *y* SOLDADOS, *y sacan una bandera con un sol que una mano saca de unas nubes, y hay algunas aves huyendo. Salen* EL CONDE PALATINO, RUFINO *y* DEMETRIO, *con un baston y gola, muy galan, y* EL REY DE POLONIA, *tambien muy galan, con capa adornada de camafeos.*

REY.

Dios te haga venturoso.

DEMETRIO.

Mi fe en su piedad espera.

REY.

La empresa de la bandera
Me da á entender.

DEMETRIO.

Rey famoso,
Deste sol que ves aquí
Mi nuevo oriente se arguya,
Porque aquella mano es tuya,
Que me saca al mundo ansí.
Los nublados son mis graves
Penas y rotos vestidos.
Destos rayos esparcidos
Van huyendo aquellas aves:
Buhos y mochuelos son,
Y otras que de noche vuelan,
Que apénas el sol recelan,
Cuando huyen.

CONDE.

La invencion
Es como de ingenio tal.
La letra dice...

DEMETRIO.

En naciendo.

REY.

Todo el pensamiento entiendo,
Digno de un pecho Real.
Muestra que Bóris tirano,
Y los que le dan favor,
Han de huir del resplandor
Del sol que saca esta mano:
De manera, que en naciendo
Su luz, el vuelo les quita.—
¿Quién está allí?

CONDE.

Margarita,
Mi hija.

DEMETRIO.

¡A verme, partiendo!
(*Hácense cortesías.*)
¡Notable favor, Señora!

MARGARITA.

Nuevo Alejandro segundo,
¿Vais á conquistar el mundo?
¿Sol llevais?

DEMETRIO.

El de esa aurora:
Y esos ojos, Margarita,
De luz divina adornados,
Han subido á tantos grados
La que al sol la suya quita,
Que le han convertido en fuego:
De cuyo fuego nació
Este sol que llevo yo,
Con que tantas aves ciego.

MARGARITA.

Luego ¿podré estar segura
De la palabra?

DEMETRIO.

Y tan cierta,
Si este sol á verse acierta
En el centro que procura,
Que ántes dejaré de ser
Que dejarla de cumplir.

MARGARITA.

Si á un Rey se puede pedir,
Y obliga el dar la mujer,
No mireis para rompella
Que tan roto me la distes.

DEMETRIO.

Si vestida el alma vistes,
Desa salió á vos por ella:
Y palabras desa suerte,
Dadas á personas tales,
Son espíritus vitales,
Que se rompen con la muerte.—
El cielo en mi bien se muda.

MARGARITA.

Vamos, Lisena, de aquí;
Que no es bien estar así.—
¡Dios en tu defensa acuda!
(*Quítanse del balcon Margarita y Lisena.*)

DEMETRIO.

Vuestra Majestad me dé
Su bendicion.

REY.

Con los lazos
Destos amigables brazos,
Y testigos desta fe.
(*Abrázanse.*)
Dios, Demetrio valeroso,
Te restituya en tu imperio.

DEMETRIO.

No me guardó sin misterio
De un hombre tan cauteloso.
Dios me dé vitoria dél,
Y tiempo de agradecerte
Tanta merced.

REY.

Conde, advierte
Que llevas un hijo en él,
Tuyo por obligacion,
Y mio por voluntad.

CONDE.

Crea Vuestra Majestad
Que intentos del cielo son.

(*Vanse.*)

—

Sala del palacio del Rey de Polonia.

ESCENA IX.

EL REY DE POLONIA, EL DUQUE DE ARNIES, *y luego*, RODULFO.

DUQUE.

En este punto ha llegado
De Bóris embajador.

REY.

¡Embajador de un traidor!

DUQUE.

¿Por qué traidor le has llamado?

REY.

Duque, vos sois de su parte:
Entre, y no me repliqueis.

DUQUE. (*Yendo á avisar.*)

Entrar, Rodulfo, podeis.

(*Sale Rodulfo.*)

RODULFO.

Guárdete Dios.

REY. (*Ap.*)

De ayudarte.

RODULFO.

El gran Duque, Señor, á tí me envia
Con justa queja de una cosa injusta,
Que apénas creo de la vista mia.
Dice que tu persona heróica, augusta,
Ha sido indigna á dar crédito á un loco,
Que de engañarte con quimeras gusta.
Sin las dificultades que no toco,
Se ve que en lo que agora intenta, ha [dado
A un hecho grande fundamento poco.
Este nuevo Demetrio, levantado
De la espuma vulgar, del lodo infame
Del pueblo á novedades inclinado,
¿Por qué quieres que príncipe se lla- [me,
Siendo hijo de un clérigo que hoy vive,
Y que esta voz y fábula derrame?
El proceso tendrás, que ya se escribe,
De la vida de aqueste sedicioso,
De quien Moscovia tanto mal recibe.
Fué estudiante primero y religioso,
Y en desprecio del hábito, soldado;
Fué encantador y astrólogo famoso.
Por salteador ha sido castigado:
¡Qué bien vendrá la púrpura en espaldas
De un hombre infame, en público afren- [tado!
¡Qué bien vendrán las hojas de esme- [raldas
Del divino laurel á quien se ordene,[1]
Y el cetro á quien merece rueca y fal- [das!
Ya el Papa deste vil noticia tiene:
Descomulgarte en cónclave se trata,
Y áun el Emperador armas previene.
A la remota España se dilata
La nueva; de tu error todos se admiran;
De tu inocencia todo el mundo trata.
A su ejemplo tambien otros aspiran,
Y hay mil Demetrios ya: pues ¿cómo [quieres
Hacer secreto lo que tantos miran?
¿Qué puede haber que de un traidor [esperes,
Que tiene ya la horca apercebida?
Siendo cristiano, Príncipe, y quien eres,
No dejes la amistad, tan bien nacida,
De Bóris, el gran Duque, rico y noble,
Ni desprecies que agora, Rey, te pida
Que adornes de su cuerpo infame un [roble,
Para que sirva á los demas de ejemplo;
Pues no es razon que tu valor se doble
Que ha tenido en la fama heróico tem- [plo.

REY.

Estoy desa relacion,
Embajador, admirado.
Basta, que me han engañado.
¡Qué extraño enredo y traicion!
Mas no pasará adelante.
Yo escribiré al Conde luego
Que le abrase en vivo fuego.
Duque, ¿hay traicion semejante!

DUQUE.

Todo el mundo, gran Señor,
De tu engaño murmuraba.

REY.

Como el Conde le fiaba,
Di crédito á tanto error.
Voy escribir que en el punto
Que llegues, corte su cuello.

RODULFO.

Yo ¿iré con la carta?

REY.

En ello
Me servirás. (*Vase.*)

ESCENA X.

RODULFO, EL DUQUE.

DUQUE.

No pregunto,
Rodulfo, si es ó no es
Este Demetrio; mas digo
Que soy de Bóris amigo,
Y que me corre interes.
Quiere el Conde Palatino
Casarle con Margarita,
Y de mis brazos la quita.

RODULFO.

Tu pensamiento adivino.
Mas no temas; que sin duda,
Demetrio, fingido ó cierto,
No puede escapar de muerto.

DUQUE.

¿Y si el Rey de intento muda?

RODULFO.

Ya con cien mil hombres marcha
Bóris, ceñidas las sienes
De laurel, al Boristénes,
Sin temer su helada escarcha,
Adonde le hará pedazos
Con vitorioso trofeo.

DUQUE.

¡Ay Margarita! no creo
Que te han de gozar mis brazos.

(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XI.

DEMETRIO, EL CONDE PALATINO, RUFINO.

CONDE.

Impórtanos, pasando aqueste rio,
Cuidado y vigilancia, ilustre Príncipe.

DEMETRIO.

Mayor importa en tan oscuras selvas,
Donde tengo noticia que escondidos
Algunos enemigos nos esperan.
Mucha gente nos falta.

CONDE.

Dicen muchos
Que con dineros Bóris los atrae;
Que es invencible el oro.

DEMETRIO.

¡Ah cielo santo!
Yo, pobre, sin tesoro y sin ejército,
Pues que me falta gente cada dia,
¿Cómo podré salir con tal empresa,
Y contra el más cruel y poderoso
Tirano que hasta agora el mundo ha [visto,
Aunque entren los Dionisios de Sicilia,
Polícrates en Éfeso, y Busiris
En Egipto, pues todos no le igualan?

ESCENA XII.

ELIANO, FINEA.—DICHOS.

ELIANO. (*Ap. á Finea.*)

Dando el debido respeto
Que se debe á las sagradas
Letras, no habrá, te prometo,
En las historias pasadas
Hazaña de tanto efeto.
Dejo á Judit y á Jahel;
Pero daránte el laurel
Dálida y Amalasiunta,
Si con esa aguda punta
Pasas su pecho cruel.
De su parte estaba yo;
Mas Bóris me prometió
Darme un título, que ha sido,
Finea, el que me ha traido;
Que razon y gusto no.

FINEA.

A mí me trujo el quererte,
Y el decir que has de casarte
Conmigo, si le doy muerte.

ELIANO.

Si él apetece el gozarte,
En que es muy seguro advierte.
Será secreto el lugar;
Y que le podrás matar
En su deleite ocupado,
Es sin duda.

RUFINO. (*A Demetrio.*)

Aquí ha llegado
Gente que te quiere hablar.

DEMETRIO.

¿Qué quereis?

FINEA.

Yo te buscaba.

DEMETRIO.

Pues ¿quién eres?

FINEA.

¿No lo ves?
Cuando tu ejército entraba
Por el bosque del Simbés,
Con este soldado estaba.
Vite, Demetrio, y nací
Con flaqueza de mujer,
Que vive ansí.

[1] En las ediciones antiguas dice:
Del divino laurel *entre las sienes.*
Sienes no es consonante de *tiene.*

DEMETRIO.
Pues de mí,
¿Qué es lo que puedes querer?

FINEA.
Óyeme en secreto.

DEMETRIO.
Di.
(*Hablan Demetrio y Finea aparte.*)

ELIANO.
¡Así se conciertan ¡cielos!
Y yo doy tiempo y lugar,
Que ántes tenia recelos
Del sol, y ya vengo á dar
Por un título mis celos![1]
De más que tengo creido
Que se anticipe su muerte
Al intento prometido.

DEMETRIO.
No digas más.

FINEA.
Oye, advierte...

DEMETRIO.
Todo lo tengo entendido.—
Soldado... (*A Eliano.*)

ELIANO.
Señor...

DEMETRIO.
¿Quién es
Esta mujer?

ELIANO.
¿No lo ves?

DEMETRIO.
Si fueras hombre discreto,
No fiaras tu secreto
De mujer.

ELIANO.
¿Pues?...

DEMETRIO.
Ya es despues.—
Conde...

CONDE.
Señor...

DEMETRIO.
El soldado
Es un traidor que ha enviado
Bóris á darme la muerte.

CONDE.
¡Qué dices!

DEMETRIO.
La industria advierte,
Que la mujer me ha contado.
Para que me enamorase
La trujo, y que me matase
Cuando en secreto estuviese.

CONDE.
¡Que tal maldad presumiese!

RUFINO.
Deja que el pecho le pase.

DEMETRIO.
Tente, Rufino: eso no;
Porque ha de haber diferencia
Del traidor que le envió,
Porque diga esta clemencia
Al mundo, que yo soy yo.—
Véte, villano Eliano.

ELIANO.
¡Señor!...

DEMETRIO.
Huye.
(*Vase Eliano.*)

RUFINO.
¡Que esto quieres!

[1] Parece que faltan versos entre esta quintilla y la siguiente.

CONDE.
A no lo tener por llano,
Supiera agora quién eres,
Viendo tu piadosa mano.
A la mujer premio debes.

DEMETRIO.
Esta cadena y anillo,
Puesto que son premios leves.

FINEA.
No quiero yo recebillo,
Aunque á darme el mundo pruebes.
Guarda el oro; que si es justo,
Me honrarás cuando rey fueres;
Que la moneda del gusto
Tambien corre en las mujeres,
Queriendo á veces lo justo.

DEMETRIO.
Guárdame aquesta mujer,
Rufino.

RUFINO.
De buena gana.
Mi camarada has de ser. (*A ella.*)

CONDE.
Ya la gente el paso allana.

DEMETRIO.
Pues Dios me ha de socorrer.

ESCENA XIII.

RODULFO.—DEMETRIO, EL CONDE, RUFINO.

RODULFO.
¿Quién es el Conde aquí?

CONDE.
¿Quién lo pregunta?

RODULFO.
Un criado del Rey, con esta carta.

CONDE.
Yo os apuesto, Demetrio, que os avisa...
Muestra: leeréla.

RODULFO.
Toma. (*Ap.* ¡Cielo santo! [muerte!
¿Que éste es Demetrio, á quién le di la
No puede ser. Yo ¿no apreté su cuello,
Pequeño niño, y le dejé en la cama
Sin aliento vital? Y despues desto,
¿No puse fuego al fuerte?)

CONDE.
(*Despues de leer.*) ¡Extraño caso!

DEMETRIO.
¿Qué escribe, Conde, el Rey?

CONDE.
Oye qué escribe.

CONDE. (*Leyendo alto.*) [me;
«El que ésta lleva, vino, Conde, á ver-
»Contóme mil enredos y mentiras,
»Llamando encantador al inocente
»Demetrio, y hombre castigado en pú-
[blico.
»Mas como á mí de la verdad me consta,
»Quise enviárosle allá disimulando,
»Porque la ley de embajador le valga
»Conmigo, y con Demetrio no, pues vie-
[ne
»A procurar su muerte, pues me pide
»Sea de roble ó haya, que hay bien altos.
»Dalde el castigo que merece, en tanto
»Que se le da al traidor mayor del mun-
[do.

DEMETRIO.
Firma...

CONDE.
«El Rey de Polonia, Sigismundo.»

DEMETRIO.
¡Faltan más persecuciones!

CONDE.
¡Quedan ya más asechanzas!

RODULFO.
¡Del Rey son esas razones!
Burló el Rey mis esperanzas.

CONDE.
En contingencia me pones
De ser tu verdugo fiero,
Miéntras á Bóris espero.

RUFINO.
Pues ¿no estoy yo aquí?

CONDE.
Rufino,
Al capitan Albaino
Entrega este caballero:
Haz que con su cuerpo infame
Afrente el tronco de un roble.

RUFINO.
No es menester que le llame.

DEMETRIO.
Tente; que no es bien que un hombre
Con la crueldad se disfame.
¿Quién eres?

RODULFO.
Rodulfo soy:
Con la mujer de tu tio
Estoy casado.

DEMETRIO.
Y yo estoy
Tan justo con el ser mio,
Que vida y perdon te doy.
Parte á Bóris, y dirás
Que lo mismo hiciera dél:
Y no es piedad, porque es más,
Como ha sido tan cruel,
No parecerle jamás.
El quiere ser mi homicida,
Y no le quiero ofender;
Quiero que perdon me pida;
Que no le he de parecer
Miéntras Dios me diere vida.
En diferentes estados
Hoy somos tan diferentes
De todo el mundo notados,
Que él no perdona inocentes,
Y yo perdono culpados.
Él dice que he sido yo
Castigado por justicia.
Aunque en esto se engañó,
Porque lo fui de malicia,[2]
Pero de justicia no.
Encantador me ha llamado;
Pero si mira mejor
Los trabajos que he pasado,
Él es el encantador,
Y yo he sido el encantado.
¿Qué formas no ha habido en mí?
Fraile fuí, para rogar
A Dios volviese por mí;
Segador, para enseñar
La hoz, que ya corta aquí.
Espigas hay que derrame
Al suelo, en tanto que llame
Mi piedad la maldad suya;
Pero dejando la tuya
Porque ha sido intento infame,[3]
No fué el estar sin provecho
En la cocina: sospecho
Que allí me enseñé á guisar
El veneno que he de dar
A la traicion de su pecho.
Agora ya soy soldado,
Porque Dios me da favor
Para que cobre mi estado.

[2] Perseguido, si ha sido por malicia Demetrio; pero castigado, no.
[3] En las ediciones antiguas leemos:
Pero dejando la suya
Porque es decente, no infame.

RODULFO.

Quien tiene tal defensor
No puede ser derribado.
Déjame besar el suelo
De esos piés.

DEMETRIO.

Ten; que recelo
Que por los piés solicitas,
Si tu veneno vomitas,
Dar con mi vida en el suelo.
La cabeza fué la pieza
Que buscaba tu interes
En aquella fortaleza;
Y agora intentas los piés,
Como escapé la cabeza.
Vete, Rodulfo; que es cierto
Que si de César la historia,
Por ser hijo de Lamberto,
Me atormenta la memoria,
No escaparás de ser muerto.

RODULFO.

Voyme; pero á voces quiero
Decir que Demetrio vive. (*Vase.*)

RUFINO.

¿Que así se vaya este fiero!

ESCENA XIV.

ALBAÍNO, CABALLEROS.—DEMETRIO, EL CONDE, RUFINO.

ALBAÍNO.

¡Oh gran Demetrio! apercibe
Contra el tirano tu acero;
Que desa parte del rio
Ya con su campo te aguarda
Y provoca á desafío.

DEMETRIO.

Cielos, el castigo tarda.
¡Ea, Conde, Señor mio!
¡Ea, ilustres caballeros
De Polonia!...

CONDE.

Los primeros
Habemos de acometer.

DEMETRIO.

Señor, ¿quién puede vencer
Sin vos contrarios tan fieros?
¡Virgen santa, mi abogada!
Aquí os traigo retratada,
Y en el corazon mejor.
Diez templos en vuestro honor
Prometo: ¡ayudad mi espada!
(*Vanse. Voces y toques de guerra dentro.*)

—

Sala del palacio del Rey de Polonia.

ESCENA XV.

EL REY DE POLONIA, MARGARITA.

MARGARITA.

¡En ese trance se ha visto!
Su vida me da cuidado.

REY.

Piérdele de eso.

MARGARITA.

Su estado
Con mis lágrimas conquisto,
Como con las armas él.

REY.

Si esta vitoria se gana,
Todo lo demas allana.

MARGARITA.

Ese tirano cruel
Es, señor, muy poderoso:
Cien mil hombres ha juntado,
Y un ejército pagado
Es por extremo animoso.

REY.

Juzgaste como mujer.
Los que sirven por amor
Tienen doblado valor
Para morir ó vencer.
El soldado que es amigo,
Si al capitan pobre siente,
Pelea como valiente
Por cobrar del enemigo.

MARGARITA.

Oigo decir que se va
Toda su gente al tirano:
Con el dinero en la mano
A todos llamando está.
Los cosacos, gente diestra,
Le han dejado; y le importara
(Pues que tu favor le ampara,
Y ya es honra tuya y nuestra),
Señor, que te hallaras donde
Que se reportara hicieras;
Que se va por las riberas,
Y por las selvas se absconde;
Que yo iré tambien contigo,
Y otra Tomiris seré.

REY.

Pues su amparo comencé,
Y soy su deudo y amigo,
Vamos: que yo no me canso
De dar á Bóris enojos.

MARGARITA.

¡Ay, Demetrio de mis ojos!
¿Cuándo te veré en descanso!
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XVI.

Tocan dentro, y salen SOLDADOS *huyendo, y* DEMETRIO *tras ellos con rodela y espada. Despues*, RUFINO.

DEMETRIO.

¿Adónde, soldados, vais,
Vuelta la espalda al traidor,
Que él la volverá mejor,
Como el rostro le volvais?
Demetrio soy, caballeros;
Que no soy encantador,
Aunque á mi voz y á mi honor
Pareceis áspides fieros.—
¡Triste de mí! No aprovecha.
(*Sale Rufino.*)

RUFINO.

¡Ah Príncipe desdichado!

DEMETRIO.

¿Qué hay, Rufino?

RUFINO.

Que ha parado
Tu rueda de viento hecha.

DEMETRIO.

¿Esto da esta gente vil!

RUFINO.

No lo digas; que el exceso
Nos puso en tan mal suceso.

DEMETRIO.

¿Cómo?

RUFINO.

Porque son cien mil,
Y acá veinte mil no son.

DEMETRIO.

Pues hoy cesan mis trabajos.
¡No más en hábitos bajos;
Que es de infame corazon!—
¡Virgen! ayudad mi espada.

RUFINO.

¿Adónde vas?

DEMETRIO.

A morir.

RUFINO.

Pues yo te voy á seguir.

DEMETRIO.

Hoy seré César, ó nada.
(*Vanse.*)

ESCENA XVII.

Tocan dentro cajas. EL CONDE, SOLDADOS.

CONDE.

¡Oh gallardo! ¡Oh famoso caballero!
Con tal valor ha vuelto á la batalla,
Que la gente que ya vencida huia,
Le van siguiendo, y á su ejemplo hacen
Hazañas inauditas.

ESCENA XVIII.

BÓRIS, *con la espada desnuda, huyendo, y* DEMETRIO *siguiéndole.*—DICHOS.

DEMETRIO.

Oye, espera.

BÓRIS.

¿Qué quieres?

DEMETRIO.

Que me escuches.
Yo soy Demetrio.

BÓRIS.

¡Tú! Si quiere el cielo
Mostrar milagros en defensa tuya,
Vesme aquí de rodillas á tus plantas.
Por secretos del cielo y por castigo
Yo te rendiré el alma envuelta en san-
(*Vase.*) [gre.

DEMETRIO.

¡Espera! . . . . . [1]
(*Dase Bóris dentro de puñaladas.*)

CONDE.

Murió vertiendo sangre por la boca.

DEMETRIO.

¡Ah bárbaro! ¿que en fin lo fuiste tanto,
Que quisiste morir con esta furia,
Por quitarme la gloria que tuviera
De perdonarte, pues perdon te diera!

ESCENA XIX.

UN SOLDADO.—DICHOS.

SOLDADO.

Advierte, heróico Señor,
Para fin de tu vitoria,
El más extraño suceso
Que has oido en tantas cosas
Cómo en años diez y seis
Pasaron por tu memoria.
Luego que entendió Orofrisa
Que Bóris perdió la gloria
Desta batalla, y que en sangre
Echó el alma por la boca, [2]
Hizo a su gente y privados
Una plática amorosa,
Pidiendo que á Juan, su hijo,
Diesen su real corona.

[1] Falta para completar un verso.
[2] Demasiado pronto lo ha sabido. Harto será que no falte algo en la escena anterior.

Mas viendo que á voces dicen
«¡Viva Demetrio!» furiosa
Discurrió toda la tienda,
Y halla un vaso de ponzoña.
En un estrado se sienta,
Y á sus dos hijos exhorta:
Juan estaba de una parte;
De la otra Isabel, la hermosa:
Dióles á beber primero;
Y luego, temblando toda,
Cuando los niños espiran,
El vaso en la mano toma.
Pero dióse tanta priesa,
Y murió tan por la posta,
Que alcanzó las almas dellas:
La esperaron en las bocas.
Allí cayó, y á este punto
Sigismundo de Polonia
Con Margarita llegó,
Que dicen que es ya tu esposa.
La gente de Bóris junta
La llama Reina y Señora,
Y con laureles y palmas
Gran Duque y Señor te nombran.

ESCENA XX.

EL REY DE POLONIA, MARGARITA, RUFINO, RODULFO, LISENA, SOLDADOS.—DICHOS.

UNO.

¡Viva el Príncipe Demetrio!

TODOS.

¡Viva el Duque de Moscovia!

UNO.

¡Muera Bóris el tirano!
¡Muera el tirano sin honra!

REY.

Dame, Demetrio, esos brazos.

DEMETRIO.

Despues de Dios, esta gloria
Se os debe, Señor, á vos.

MARGARITA.

Demetrio...

DEMETRIO.

Duquesa hermosa...

MARGARITA.

Cumplido habeis la palabra. [1]

DEMETRIO.

Mi mano es prenda.

MARGARITA.

Esta sola
Estimo más que el imperio,
Porque siendo vuestra, sobra.

CONDE.

Hijo, de mi mano quiero
Ceñir destas verdes hojas
Tu cabeza.

DEMETRIO.

Sois mi padre.
(*Pónenle una guirnalda de laurel.*)

RUFINO.

¿Podré hablar contigo agora?

DEMETRIO.

Rufino, español, amigo,
Hermano, a tu arbitrio toma
Deste imperio cuanto quieras.

RUFINO.

Sólo á Rodulfo perdona,
Porque él, gran Señor, ha sido
Quien tus grandezas pregona,
Quien dijo que eras Demetrio,
Quien con voces animosas
Hizo volver á tu gente.

[1] Porque el ejército viene ya aclamándola Reina, y esposa de Demetrio.

DEMETRIO.

Agravio ha sido que pongas
Mi piedad en contingencia;
Pero su culpa te abona.
Lo que una vez perdoné,
Perdono mil veces.

RODULFO.

Cobras
Un nuevo vasallo en mí.

DEMETRIO.

Premiar quiero tu persona,
Pues tú no quieres, Rufino.

RUFINO.

Señor, el verte me sobra
Donde mi amor deseaba.

DEMETRIO.

Serás Duque de Cracovia
Y Marqués de Cacuriso;
Pero que le dés me importa
La mano á Lisena.

RUFINO.

Digo
Que ya es Lisena mi esposa.

LISENA.

¿Qué mejor bien pudo darme
Que aquesta mano española
Esa generosa mano?

DEMETRIO.

A vos, gran Rey de Polonia,
Mi vida, mi imperio ofrezco,
Y por mi persona propia
Iré luego contra Cárlos. [2]

REY.

Tu esposa y tu imperio goza,
Dando fin a los sucesos
Del *Gran Duque de Moscovia.*

[2] El Rey de Suecia, á quien hasta ahora no se había nombrado.

ROMA ABRASADA,

TRAGEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL MAESTRO GIL GONZALEZ DE AVILA,

Coronista de Su Majestad.

Para dar á vuesa merced las gracias y alabanzas, si no iguales á sus méritos, posibles á mi ignorancia, era tan preciso como justo referir las de la historia, por cuya excelencia se viniera en perfecto conocimiento de su claro ingenio y universales estudios; pero á quien sabe tan bien sus grandezas como sus preceptos, vanamente se buscarán en la retórica, que, despues de la verdad, es su fundamento, si bien quiere Ciceron que sea *vera et sincera narratio*. Dejando, pues, aparte sus escritos de vuesa merced en todo grado y perfeccion histórica, donde se ven la verdad, la elocuencia, la exornacion y el ejemplo, abrazados con armonía en la pureza de nuestra lengua, pues como dijo Livio *Hoc illud est præcipuè in cognitione rerum salubre et frugiferum, omnis te exempli documenta in illustri posita monumento intueri*, etc., le debemos los que nacimos en Madrid la honra que le ha dado; porque si el amor de la patria

Nescio qua (natale solum) *dulcedine cunctos*
Ducit,

en mayor obligacion nos pone vuesa merced, cuanto más ilustre le ofrece á los extraños, que sólo le han de ver por los oidos; pues cuando, como á tantos imperios ha puesto en miserable ruina la voracidad del tiempo, se atreviese su mudable condicion á su feliz fortuna, ya quedaba alta memoria de su estado á la posteridad de los siglos, y supiera la sucesion de los años que fué Madrid tan grande. A deuda que lo es tanto, paga mi corto caudal con la *Tragedia de Roma*, no en su grandeza y suma felicidad, como vuesa merced nos da á Madrid en descripcion tan heróica, que como tabla de pintor insigne con admirable veneracion se respeta, sino abrasada, aunque Roma, y á los piés de un tirano la cabeza del mundo, para que se vea lo imposible de la proporcion en la infinita distancia. A la corona que vuesa merced puso á mi patria, doy un laurel indigno; al honor de nuestros magistrados, el pervertido gobierno de aquellos cónsules; al premio de las letras en esta edad dichosa, el ingrato discípulo de Séneca; á la reputacion de nuestras armas, las consulares insignias desatadas y las águilas de plata teñidas del ocio; y el más sangriento perseguidor de la Romana Iglesia, á quien tanto ha celebrado la católica monarquía de Felipe IV; pero finalmente, historia, porque no le alcance (hablando con vuesa merced) la opinion de Herodoto; pues no dirá, si van juntas : *Quo fit ut sapientius atque præstantius poesis historia sit*. Patiare igitur, obsecro, hanc opellam tuo faustissimo nomini dicatam per Hispaniam diffundi. *Vale.*

Lope Félix de Vega Carpio.

ROMA ABRASADA.

PERSONAS.

CLAUDIO, *Emperador.*	SÉNECA.	CAMILO.	UN BOTICARIO.
BRITÁNICO, *niño,* } *hijos de Claudio.*	FÉLIX.	FURIO.	UN LABRADOR.
OTAVIA,	PALANTE.	VIRGINIO.	CUATRO EMBOZADOS.
NERON.	OTON.	GALO.	MÚSICOS.
AGRIPINA, *su madre.*	NICETO.	LUCIO.	GUARDA.
POPEA.	FENICIO.	HORTENSIO.	ACOMPAÑAMIENTO.
VOLGESIO, *Rey de los partos.*	MARIO, *Cónsul.*	VITELIO.	SOLDADOS.
PARDANIO, *su hermano.*	FULGENCIO, } *cristianos.*	SULPICIO.	PUEBLO.
GALBA, *General.*	CALIXTO,	UNA VIEJA.	

La accion pasa en Roma y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala de un palacio imperial en Roma.

ESCENA PRIMERA.

CLAUDIO, FÉLIX, PALANTE, GUARDA.

CLAUDIO.

Ni judío ni cristiano
Quede en Roma: vayan fuera.

FÉLIX.

Hoy el imperio romano
Eterna quietud espera
De tu poderosa mano;
Que le alborota esta gente.

PALANTE.

Cualquiera ley diferente
Le ha de tener dividido.

FÉLIX.

Arbitrio, César, ha sido
Provechoso y conveniente.

CLAUDIO.

Pues parte, amigo Palante,
A la justa ejecucion.
Salga de Roma triunfante
Toda la hebrea nacion,
Salga el cristiano arrogante.
Hoy con los dos me enemisto.
Es el cristiano mal quisto,
Y el hebreo lo es tambien:
Los unos por su Moysen,
Y los otros por su Cristo.
Aqueste Pedro ¿quién es?

PALANTE.

El Pontífice mayor
De los cristianos.

FÉLIX.

Despues
Que vino á Roma, su honor
Se aumenta al paso que ves.

PALANTE.

Al tercer año dichoso
De tu imperio, á Roma vino
De Antioquía.

CLAUDIO.

Esto es forzoso.
A lo ménos, determino
Que salga el hebreo odioso:
No quede en Roma un hebreo.

PALANTE.

Voy á cumplir tu deseo. *(Vase.)*

ESCENA II.

CLAUDIO, FÉLIX, GUARDA.

CLAUDIO.

Pues, Félix, ¿en qué has pasado
Mi ausencia?

FÉLIX.

Con el cuidado
De verte como te veo.
Deseaba, gran Señor,
De una y otra Mauritania
Verte volver vencedor,
Como un tiempo de Britania,
Humillada á tu valor;
Y todo, en fin, se ha cumplido.

CLAUDIO.

¿Sabes, Félix, que he sentido
Que no me viniese a ver
Mesalina, mi mujer?
Siempre ausencia engendra olvido.
¿Qué habrá sido la razon?—
¿No respondes? ¿No me miras?

FÉLIX. *(Ap.)*

¡Ay notable confusion!

CLAUDIO.

¿Qué te encoges? Qué suspiras?
Dime la triste ocasion.
¿Es muerta? ¿Hánmelo encubierto,
Por no me dar pena acaso?

FÉLIX.

No, Señor; mas ten por cierto
Que fuera dichoso caso
Que hubiera en tu ausencia muerto.

CLAUDIO.

¡Muerto, mejor! ¿De qué suerte
Pudo estarme bien su muerte!

FÉLIX.

No sé cómo te lo diga.

CLAUDIO.

¡Oh Félix! mi amor te obliga
Y tu fe y lealtad.

FÉLIX.

Advierte.
Las mujeres, no excusadas
Para conservar el mundo,
Veneno y vida del hombre,
Forzoso mal y bien sumo;
Las mujeres, que en las buenas
Tanto bien el cielo puso,
Que al oro, plata ni piedras
Jamás igualarse pudo;
Y siendo malas (que en esto
Poco á las buenas injurio),
No ha dado el cielo á los hombres
Castigo tan fiero y duro:
Han sido de nuestras honras,
Invicto Claudio, un verdugo,
Que en la plaza nos afrenta
Con pregones disolutos.
Mas fué permision del cielo
Que las malas lo sean mucho,
Para que las que son buenas
Se estimasen en lo justo.
No digo yo que la tuya
Tuvo acceso con los brutos,
Como de algunas se cuenta,
De cuyos ejemplos huyo.
No fué la que edificó
El babilónico muro,
Que tuvo con un caballo
Vil ayuntamiento espurio.
No fué Pasifae de Creta,
Que en el artificio escuro
De Dedalo gozó el toro,
Que á su marido antepuso.
Mas, fuera de lo que es esto,
Ni los incestos ni estupros,
Sacrilegios ni adulterios
De cuantas pasadas culpo,
Se igualan á la maldad
Y atrevimiento que tuvo
En ausencia tu mujer:
Que ha sido espantable insulto.
Que dejar Elena un Rey
Y irse á Troya, no presumo
Que dió tal espanto en Grecia
(Que cuanto es amor disculpo);
Pero está admirada Roma
De que no siendo difunto
Su esposo de una mujer,
Ni desterrado ni oculto,
Se case públicamente,
Siendo en cielo y tierra injusto,
Contra Júpiter en cielo,
Y en tierra contra Licurgo.
Miéntras fuiste á conquistar
El africano perjuro,
Cuyas célebres vitorias
Oyó de tus propios nuncios;
Y áun sabiendo que ya Roma
Previniendo estaba el triunfo;
No siendo mujer plebeya,
Que es lo que mas dificulto;
Siendo emperatriz romana,
Se casó con Cayo Lucio,

Que llamen Silio tambien,
Honrando su infame gusto.
Casada está Mesalina.
¡Mira si jamás se supo
Semejante atrevimiento
De cuantas mujeres hubo!
Que casarse por engaño,
Despues de viudez y luto,
Por momentos acontece,
Y no es milagro que dudo;
Mas siendo un emperador
Sólo á Júpiter segundo,
¿De qué bárbara etiopisa
Tan nueva maldad escucho?
Que es el hombre más hermoso
Que vió Roma, te aseguro;
Mas bien pudiera gozarle,
Sin ser vista de ninguno;
Mas irse á casar á un templo
Por medio del libre vulgo
Es hazaña que avergüenza
Cielo y mar, tierra y profundo.

CLAUDIO.

No creo yo que se ha oido
Tal locura, ni afrentado
Hombre como yo lo he sido,
Ni se haya mujer casado
En vida de su marido.
Si repudiado la hubiera,
Y aquel marital consorcio
Se acabara y deshiciera
Por las leyes del divorcio,
Disculpa alguna tuviera.
¡Oh mujeres! ¡Oh casadas,
Cuando buenas, celebradas
Por corona del marido;
Pero si como ésta han sido,
Con razon vituperadas!
Casada ya Mesalina,
Vivo yo, ¿qué vituperio
Mayor, sino es que imagina
Quitarme vida y imperio,
Y dársele determina?
Esto, sin duda, es lo cierto.
¿Dónde está?

FÉLIX.

En su cuarto está.

CLAUDIO.

Mátala.

FÉLIX.

¿Cómo?

CLAUDIO.

Encubierto:
El alma á los vientos da
Por medio del pecho abierto.

FÉLIX.

¿No será mejor prendella?

CLAUDIO.

Préndela y mátala, y muera
El traidor Silio con ella.

FÉLIX.

Voy. (*Ap.* Que si lo considera,
Se ha de olvidar dél y della;
Que la tiene grande amor,
Y es hombre tan descuidado,
Que se le olvida el honor.)

(*Vase, y con él la Guarda.*)

CLAUDIO.

¡De qué mujer se ha contado
Tan nuevo y famoso error!
¡Mi mujer casada! ¿Hay cosa
Tan notable y prodigiosa!

ESCENA III.

PALANTE. — CLAUDIO.

PALANTE.

Ya he cumplido tus deseos,
Y se aprestan los hebreos
A la partida forzosa.

CLAUDIO.

Estoy de tí bien servido.
Mas ¿cómo, amigo Palante,
No has, por lo ménos, oido
El caso más importante
Que mi honra y vida han tenido!

PALANTE.

¿Cómo, Señor!

CLAUDIO.

Di: ¿tú solo
Fuiste en Roma peregrino,
Si deste hemisferio y polo
A ser tan público vino
Hasta el sepulcro de Apolo!
No, Palante, no es posible:
Sin duda que me encubrías
Esta deshonra insufrible.

PALANTE.

¡Qué dices!

CLAUDIO.

Que la sabías.

PALANTE.

Fuera, Señor, imposible...
Y no sé de qué te quejas.

CLAUDIO.

De mi mujer.

PALANTE.

Gran Señor,
¡Ya de mi verdad te alejas!
¡Ya con nombre de traidor
Pagado á Palante dejas!
¿Qué sé yo de tu mujer?

CLAUDIO.

Di la verdad.

PALANTE.

Si perder
Se debe á un Rey el respeto,
De decírtela prometo.

CLAUDIO.

Esa pretendo saber.

PALANTE.

Señor, tú has tenido humor
Tan descuidado y dormido
En materia de tu honor,
Que á muchos ha parecido
Querer decírtelo error;
Que Mesalina hasta hoy dia
Tan libremente vivia
Como plebeya mujer.

CLAUDIO.

Y ¿podrá Roma creer
Que ha sido ignorancia mia?

PALANTE.

No, Señor, porque el marido
Que se finge divertido,
No tiene buena opinion.

CLAUDIO.

Luego ¿matarla es razon?

PALANTE.

En eso culpan tu olvido;
Que eres hombre que si ayer
Mandaste un hombre matar,
Y tu amigo solia ser,
Hoy le envias á llamar
Y convidas á comer.
Y ansí dicen que sabías
Tus ofensas, y que luego
En la venganza dormias,
Porque pudo ver un ciego
Las cosas que tú no vias.

CLAUDIO.

¡Oh cuán desdichado he sido!
Cinco veces me he casado,
Y de todas he salido
Descasado ó agraviado,
Pero nunca arrepentido.
A Emilia Lépida tuve
Por mujer; luego contento
Con Livia Camila estuve;
Pero en este casamiento
Poco tiempo me detuve.
De Emilia un niño quedó;
A Livia no la gocé,
Porque en las bodas murió:
Plautina Herculana fué
Quien á las dos sucedió.
Tuve á Druso, que ya es muerto;
Hecho el divorcio y concierto,
Casé con Elia Petina,
A quien siguió Mesalina,
De tantas fortunas puerto;
No porque allí descansé,
Mas porque libre he quedado.

ESCENA IV.

FÉLIX. — CLAUDIO, PALANTE.

FÉLIX.

Ya por tus libertos fué
Muerta en su real estrado
La adúltera de tu fe.

CLAUDIO.

Fielmente procediste.
Y pues ya de blanca nieve
El tiempo mis años viste,
Sexta vez no es bien que pruebe
Lo que en desdicha consiste.
¡Vive Júpiter sagrado!
Si me volviera á la edad
Del verde tiempo pasado,
No me viera esta ciudad
Eternamente casado.
Y más, ya que tierra soy.
Un hijo tengo, ese basta;
Que á tener edad, desde hoy
Rigiera á Roma.

FÉLIX.

¿Fué casta
Su madre?

CLAUDIO.

Dudoso estoy.
No más casar; no más, honra;
Pues no basta la grandeza
Para excusar la deshonra.
¡Oh flaca naturaleza!
¡Qué loco te ensalza y honra!
No más mujer: vivo fuego
Me abrase cuando intentare
Verme en tal desasosiego,
Ni el alma y cuerpo enredare
En laberinto tan ciego.
Ya que escapado me veo
De aquel minotauro fuerte,
Tiemple la edad el deseo;
Pues hoy me ha dado la muerte
El hilo de oro á Teseo [1]
Pero, volviendo á tratar,
Palante, de aquella gente
Que te mandé desterrar,
¿Huélgase Roma? ¿Qué siente?
¿Muestra placer ó pesar?

PALANTE.

Señor, tan odiosos son
Desde que al profeta Cristo
Mató la hebrea nacion,
Que en todos contento he visto,
Y en nadie he visto pasion.
Estaban aniquilados,
Perseguidos, afrentados
En todo el romano imperio;
Que debe de ser misterio
De nuestros dioses sagrados.

CLAUDIO.

Luego ese Cristo ¿tambien

[1] *Dado* á Teseo.

De nuestros dioses ha sido,
Y entre ellos ponerle es bien?

PALANTE.

Antecesor has tenido
Que quiere que honor le dén.
Y ansi, gran César Augusto,
Que dejes en Roma es justo
Por esta vez los cristianos;
Que hay muchos nobles romanos.

CLAUDIO.

Digo que dejarlos gusto.
Salgan los hebreos luego...
—Y, porque á comer me voy,
Decid que esperando estoy
A Mesalina.

FÉLIX.

¡Estás ciego!

CLAUDIO.

¿Ciego! Pues ¿en qué lo soy?
Si á mi casa vine ayer,
¿Es mucho que mi mujer
Hoy, Félix, coma conmigo?

FÉLIX.

Luego ¿fué burla el castigo
Que en ella mandaste hacer?

CLAUDIO.

Pues ¿qué ha sido?

FÉLIX.

¿No mandaste
Matarla, y el adulterio
Con su muerte castigaste!

CLAUDIO.

¿Que es muerta!

FÉLIX.

¿Del vituperio
De su traicion te olvidaste!
¿Habrán los hombres oido
Tan gran descuido y olvido!

CLAUDIO.

Pues si es muerta, no la llames.
Pagó sus obras infames,
Castigo del cielo ha sido.
Voyme á comer. *(Vase.)*

FÉLIX.

Que se olvide
De tal manera ¿es ficcion,
O con la razon se mide?

PALANTE.

Fuera de ser condicion,
El mismo cetro le impide.
La confusion del gobierno
No le deja discurrir.

ESCENA V.

AGRIPINA, NERON.—PALANTE, FÉLIX.

AGRIPINA. *(Hablando con su hijo, sin reparar en Félix y Palante.)*

Aun eres mancebo tierno
Que comienzas á vivir,
Y él tiene reposo eterno.
Conviene que al César hable,
Y que esta hacienda se cobre.

NERON.

Es en vuestro honor culpable;
Que no, madre, por ser pobre,
Disculpo el yerro notable;
Que una viuda matrona
Como vos, no ha de venir
A hablar á nadie en persona,
Ni aunque fuese á recibir
Deste imperio la corona.
Todo cuanto os digo y muestro,
Por mi bien y por el vuestro,
Sea de vos bien recibido,
Pues sabeis que es aprendido
De Séneca mi maestro,
Que es el mas claro español
Y de más digna persona
Que ha visto en su patria el sol
De Cádiz á Barcelona,
Y de Navarra al Ferrol.

AGRIPINA.

Calla; que están aquí juntos
Los dos polos, los dos puntos
En que se mueve este imperio.

NERON.

Y de Roma el vituperio,
Que tiene á tantos difuntos.
No les hago rostro humano
A aquestos aduladores,
Que mataron por su mano
A un hombre de los mejores
De Roma.

AGRIPINA.

¿Quién fué?

NERON.

Silano,
Que Séneca dice dél
Mil bienes.

FÉLIX. *(Ap. á Palante.)*

¿Si es la sobrina
De Claudio?

PALANTE.

Y su hijo aquel.

FÉLIX.

¡Oh hermosa Julia Agripina!

AGRIPINA.

¡Félix, Palante fiel!
Los brazos os quiero dar.

PALANTE.

¡Tú, Señora, en tal lugar!

AGRIPINA.

Al Emperador, mi tio,
Vengo á hablar, y el hijo mio
Sus manos viene á besar.

PALANTE.

Dadnos las vuestras, Neron.

NERON.

Antes me dad vos las vuestras,
Palante; que es más razon.

PALANTE.

¡Qué humildad!

FÉLIX.

¡Qué hidalgas muestras
De valor y discrecion!

PALANTE.

Bien se os luce el buen maestro.

NERON.

Yo recibo como vuestro
Ese honor, que á darle viene
A quien falta, quien le tiene.

FÉLIX.

El que vos teneis es nuestro.

AGRIPINA.

¿Qué hace Claudio?

PALANTE.

Está comiendo.
Pero á buen tiempo venis.

AGRIPINA.

Hoy un pleito os encomiendo.

PALANTE.

¡Pleito, Señora, decís!
De que le tengais me ofendo.
El padre teneis júez
Y sus privados esclavos:
Saldréis con él esta vez.

NERON. *(Ap. á Agripina.)*

No se os dé, madre, dos clavos
Deste adulador soez.
El príncipe verdadero
Huye de la adulacion
Del que fuere lisonjero.

AGRIPINA.

Traigo en mi pleito razon,
Y así el expidiente espero.
Aunque Germánico fué
De Claudio hermano, y mi padre,
De quien sobrina quedé,
Por la parte de mi madre
Igual nobleza heredé.
Murió mi amado marido,
Domicio Anneo Neron,
De quien, cual veis, he tenido
La presente sucesion
Del mismo noble apellido.
Sobre cosas de su hacienda
A mi tio vengo á hablar.

FÉLIX.

Pues bien será que lo entienda;
Que se holgará descansar
Como con su sangre y prenda;
Que hoy ha muerto á su mujer.

AGRIPINA.

¡Válgame Júpiter santo!

NERON.

Debiólo de merecer.
¿Para qué os espantais tanto
Donde hay razon y poder?

PALANTE.

Quédese Neron aquí,
Y entrad conmigo.

NERON.

Aunque es tio,
Me pesa que entreis ansí;
Que, por Marte, que no os fio
Con ser mi madre, de mí.

AGRIPINA.

Neron, con Félix te queda.

FÉLIX.

Que me place.

(Vanse Agripina y Palante.)

ESCENA VI.

NERON, FÉLIX.

NERON.

No hay que pueda
Pedir á Júpiter Roma,
Pues Claudio en hombros la toma,
Y el nombre de Augusto hereda.
Cuando yo no hubiera sido
Su sangre, le hubiera amado
Por el valor que ha tenido,
Y porque os trae á su lado,
Que siempre le habeis regido.

FÉLIX.

Cuando yo Séneca fuera,
Vuestra alabanza sufriera.
¿Qué os enseña? ¿A qué os inclina?

NERON.

La lengua griega y latina,
En que hacerme diestro espera.

FÉLIX.

Esas ya vos las sabeis.
En las artes liberales
Más ocupado estaréis.

NERON.

Las que son más principales,
Y áun, fuera de una, las seis.
A la música tambien
Tengo mucha inclinacion.

FÉLIX.

¿Cantais?

NERON.

Diestro; mas no bien.

FÉLIX.

Bien es tambien que licion
Maestros de armas os dén.

NERON.

Tambien me inclino á la guerra,
Y al gran César tengo amor,
Por ver el valor que encierra.

FÉLIX.

Con espantoso valor
Ha vencido á Ingalaterra.

NERON.

¿Cómo fué elegido en Roma?
Que de várias suertes toma
El vulgo eleccion tan justa.

FÉLIX.

Ansí su corona augusta
Su libre cabeza doma.
Siendo Calígula muerto
De treinta y dos puñaladas,
Y aprobándose su muerte
Por su crueldad y arrogancia,
Porque en su escritorio hallaron
Dos grandes listas selladas,
La una con un puñal,
La otra con una espada,
Y escritos allí los nombres
De la nobleza romana,
Condenados á la muerte
Sin haber delito ó causa,
Quedó la ciudad confusa;
Que todos imaginaban
Que él propio fingia ser muerto
Por conocer quién le amaba.
Pero siendo ya muy cierta,
Luego los Cónsules tratan
Que volviese la gran Roma
A la libertad pasada.
Con esto, del Capitolio
Se apoderaron sus armas
Con el favor que les dieron
Los que el palacio guardaban.
Pero el novelero vulgo,
Que de la crueldad y infamia
De los Césares pasados
La mejor parte alcanzaba,
Y gozaba de las fiestas
Que hacian en partes várias,
Y de los repartimientos
De monedas, oro y plata,
César á voces pedian;
Y con la misma esperanza,
La fiera gente de guerra
Pide al Senado monarca.
El vulgo en Roma, y las cohortes
Cerca de Roma alojadas,
A los Cónsules tenian
Temerosos de su patria.
Claudio entónces, que era tio
De Calígula, no hallaba
Dónde esconder su persona
De la espantosa matanza.
Al fin, con el miedo infame,
En los huecos de una escala
Metió el cuerpo, de manera
Que los piés deja en la sala.
¡Caso extraño, que es tan digno
Que desde Roma la fama
Le lleve de Europa al indio,
Y desde el África al Asia!
Que un soldado vió los piés
Que por el hueco asomaban,
Y dellos, por ver quién era,
Casi arrastrando le saca.
Echóse Claudio á los suyos,
Deteniéndole la espada;
Pero el soldado á altas voces
Claudio emperador le llama.
Otros hicieron lo mismo,
Y al real con gente y guarda
Sobre los hombros le llevan,
Donde los demas le ensalzan.
Cuando el Senado lo supo,
Con tribunos le amenaza;
Claudio responde medroso
Que los soldados lo tratan.
Hallóse Heródes Agripa
En Roma cuando esto pasa,
Nieto de aquel que por Cristo
Hizo en los niños matanza.
A Claudio, que se rendia,
Puso valor y constancia,
Diciéndole que siquiera
Espere hasta la mañana.
Pasóla Claudio dudoso
Entre miedo y esperanza,
Que fué causa que el Senado
Temiese alguna desgracia.
Al fin se le rinden todos;
Y el que en el mundo no hallaba
Lugar adonde esconderse,
Del mundo señor se llama.

NERON.

¡Caso notable!

FÉLIX.

¡Espantoso! [1]
Ya Palante vuelve.

NERON.

Y ¡solo!

ESCENA VII.

PALANTE.—NERON, FÉLIX.

PALANTE.

¡Suceso á Roma dichoso,
Y que deste al indio polo
Quedará eterno y famoso!

FÉLIX.

¿Qué ha sucedido?

PALANTE.

Primero
Albricias me dé Neron.

NERON.

Dártelas, Palante, espero,
Y más si del pleito son.

PALANTE.

Del pleito de un mundo entero.
Tu madre, Julia Agripina,
Es ya de Claudio mujer.

NERON.

Pues ¡cómo! ¡Con su sobrina!...
No puede eso en Roma ser
Por ley humana y divina.

PALANTE.

Verdad, que entre los romanos
Aun no se consiente al Rey;
Pero por tocar sus manos,
Ha hecho agora una ley
Que casa hasta los hermanos.

NERON.

¡Mil años vivas, amén!
Di que mi hacienda te dén,
Aunque es tan pobre, en albricias.

PALANTE.

Entra, si darles codicias
De la boda el parabien.

NERON.

Entro, de contento lleno. (*Vase.*)

[1] Admirable.

ESCENA VIII.

PALANTE, FÉLIX.

FÉLIX.

¿Cómo este suceso ha sido?
Que estoy de sentido ajeno.

PALANTE.

Vino y amor le han vencido,
Licor uno, otro veneno.

FÉLIX.

¿No blasfemaba sin tiento
Del matrimonio y su fe
Con el pasado escarmiento?

PALANTE.

Pues ¿hay cuando un hombre esté
Más cerca del casamiento?

FÉLIX.

¿Qué vió en Julia?

PALANTE.

Su hermosura,
Su honestidad, su blandura.

FÉLIX.

En eso tiene razon,
Que, junta á la discrecion,
Ablanda una piedra dura.

PALANTE.

Con esto tiene disculpa;
Aunque hombre tan desdichado
Con mujeres, tuvo culpa,
Félix, de haberse casado,
Cuando la edad le disculpa.
Hijo, aunque niño, tenia,
Si fué por la sucesion.

FÉLIX.

Este amor y fantasia
Como llamaradas son
Del fin de su monarquia.

PALANTE.

Ven á ver los desposados
En su tálamo sentados.

FÉLIX.

Parecerán esta vez
La juventud y vejez
Nave y rémora abrazados.

—

Una plaza de Roma.

ESCENA IX.

SÉNECA, OTON.

OTON.

¿Que es tan hermosa España?

SÉNECA.

Es admirable,
Es de Europa sin duda la más bella:
Su cielo benignísimo y afable;
Y no porque yo soy nacido en ella,
Te la encarezco, Oton, porque sin duda,
Si fuera extraño, esto dijera della.
Es su gente feroz, sábia y aguda;
Que es notable de España la agudeza:
Tan firme que jamás su intento muda.
No es tanta como Italia su grandeza;
Pero tiene grandezas que la encumbran
Por su espaciosa y fértil aspereza.
Sus hombres más las armas acostumbran,
Que no las letras, porque las de Roma
Desnudas siempre en su cerviz relumbran.
La grande sierra Oróspeda la doma;
El monte de Idubeda no descansa
Hasta que al mar su blanca arena toma.
Es tierra fértil, que jamás se cansa

En producir sustento, plata y oro;
Y más donde á Pirene el agua amansa.
Tiene rios que llevan un tesoro
Entre las guijas de diverso jaspe,
Y montes más famosos que Peloro.
De Ilerda á Dóris, de Hispalis a Caspè
Hay cosas prodigiosas y riquezas
Como no las ha visto el indio Hidaspe.

OTON.

¿Posible es que entre tales asperezas
Produzca España tan notables cosas,
Y sobre todo á ti que á honrarla em- [piezas?

SÉNECA.

De todas las ciudades más famosas
A Córdoba te alabo, en que he nacido,
Puesto que hay muchas por extremo [hermosas.

OTON.

Bien basta haberte ¡oh Séneca! tenido
Por hijo esa ciudad.

SÉNECA.

No me honres tanto;
Que tambien de Lucano patria ha sido,
De cuyos versos y furor me espanto;
Que así llama Aristóteles los versos,
Homero musas y Virgilio canto.

OTON.

Versos severos son, graves y tersos
Los de Lucano; yo tu prosa estimo.

SÉNECA.

Oton, nuestros estilos son diversos;
Mas si á loar á Córdoba me animo,
Con ser mi patria el crédito me valga:
El Bétis olivífero y opimo,
Puesto que no tan fértil cuando salga,
A mi patria corone con olivas,
Como su playa el mar de arena y alga.

OTON.

Dime de los caballos, ansí vivas.

SÉNECA.

¿Qué quieres que te diga? Al viento ex- [ceden.
Pero pues tanto con Dionisio privas,
Mira, Oton, lo que hacer los tiempos [pueden;
Que por gobernador has de ir á España,
O los astros por fábula se queden.

OTON.

¿Sábeslo por tu ciencia?

SÉNECA.

Si no engaña,
Como te digo, el variar del cielo,
Con las luces que adora y acompaña
El claro sol que es lámpara del suelo.

ESCENA X.

PALANTE.—SÉNECA, OTON.

PALANTE.

En tu busca venia.

SÉNECA.

¡Oh gran Palante!

PALANTE.

Tu Domicio Neron, tu hijo y discípulo,
A decirte me envia que le honres
En el lugar que tiene para honrarte.

SÉNECA.

¿De qué manera?

PALANTE.

Ya Agripina hermosa
Es del Emperador esposa.

SÉNECA.

¡Oh cielos!

OTON.

Julia Agripina ¿es ya mujer de Claudio?

PALANTE.

Ya salen del famoso Capitolio,
Por dar á la ciudad este contento,
Claudio, Agripina y el pequeño niño
Que le quedó de Mesalina solo,
Y Domicio Neron.

OTON.

Gran boda es esta.

SÉNECA.

Ya Roma se alborota de la fiesta.

ESCENA XI.

CLAUDIO, AGRIPINA, FÉLIX, NERON, EL NIÑO BRITÁNICO, OTAVIA, ACOMPAÑAMIENTO, GUARDAS, PUEBLO.—SÉNECA, OTON, PALANTE.

Tocan chirimías.

CLAUDIO.

Creo que Roma se alegra
De vernos, esposa mia,
Como mi madre y mi suegra,
Aunque el laurel deste dia
No caiga en cabeza negra.
Pero ansí, blanca y nevada,
Como el cielo á veces vemos;
De Agripina laureada,
No muestra helados extremos,
Sino la cumbre dorada.
Y como tras el invierno
El árbol se ve esmaltado,
Dando vuelta el curso eterno,
Del pimpollo colorado
Y del ramo verde y tierno,
Ansí yo reverdecido
Nuevamente viviré
Cual hiedra á este muro asido.

FÉLIX.

Para bien de Roma fué.

PALANTE.

Para bien de Roma ha sido.

OTON.

Roma te da el parabien.

AGRIPINA.

Pues á quién le está tan bien,
¿Qué parabien os dará?

CLAUDIO.

Son los brazos, que me da
Deste parabien el bien.

AGRIPINA.

Segun eso, tiempo es hoy,
Señor, de pedir mercedes.

CLAUDIO.

Alegre aguardando estoy.
Disponer de todo puedes:
Todo es tuyo, y tuyo soy.

AGRIPINA.

Aunque á Británico tienes
Por hijo de Mesalina,
Injustamente previenes
Darle tu imperio.

CLAUDIO.

Agripina,
Prosigue. ¿Qué te detienes?

AGRIPINA.

Por adúltera la has muerto.
¿De qué puedes estar cierto
Que es tu hijo?

CLAUDIO.

Di.

AGRIPINA.

Prosigo.

CLAUDIO.

¿Qué dudas?

AGRIPINA.

Querria contigo
Hacer, Señor, un concierto.
Otavia, que es ya mujer,
Fué al principio, que era buena
Mesalina, y puede ser...

CLAUDIO.

Habla, Agripina, sin pena.

AGRIPINA.

Pues oye lo que has de hacer.

CLAUDIO.

Comienza.

AGRIPINA.

Adopta y prohija
A mi Domicio Neron,
Y cásale con tu hija,
Para que con esta union
Uno y otro á Roma rija.
Tu sangre y la mia ansí
Gozarán tu imperio.

BRITÁNICO.

Di:
Si yo legítimo soy,
¿No ves que primero estoy?

CLAUDIO.

Rapaz, ¿vos hablais aquí?

FÉLIX.

Calla, Británico. (*Ap. al niño.* Advierte
Que te mandarán matar.)

AGRIPINA.

¡Bravo rapaz!

NERON.

Bravo y fuerte.

BRITÁNICO.

Si no tengo de reinar,
Quiero hablar: dadme la muerte.

CLAUDIO.

Llevalde de aquí.

FÉLIX.

Camina.

CLAUDIO.

Respondo, Julia Agripina,
Que hago aquesta adopcion,
Y que prohijo á Neron.

PALANTE.

¡Qué bravo amor!

FÉLIX. (*Ap.*)

Desatina.

CLAUDIO.

Y pues se llamó hasta aquí
Domicio Neron, por mí
Neron Claudio desde hoy más
Se llame.

AGRIPINA.

Cumpliendo vas
Lo que esperaba de tí.

NERON.

Dadme esos piés, gran Señor.

CLAUDIO.

Dale esos brazos á Otavia;
Que hoy eres mi sucesor.

NERON.

Vuestro gran valor se agravia,
Mas no de mi grande amor.
Dadme, Señora, esa mano.

OTAVIA.

Yo soy, Neron, la que gano.

CLAUDIO.

Publíquese en Roma todo,
Y vamos del mismo modo
Juntos al templo de Jano.

(*Vanse todos, ménos Séneca y Oton.*)

ESCENA XII.

SÉNECA, OTON.

OTON.

¡Notable fuerza de amor!

SÉNECA.

Eso tiene de furor
De bárbaro ejecutivo.

OTON.

Basta: ¡que al hijo adoptivo
Quiere hacer emperador!

SÉNECA.

Pues, Oton, con tu licencia
(Aunque no soy judiciario
Que lo profeso por ciencia,
Y ántes pienso que es contrario
A la moral excelencia),
Quiero alzar una figura,
Para saber si Neron
Se ha de ver en tal ventura,
Desde este punto y sazon
En que esto Julia procura;
Que del amor y cuidado
Que tengo á aqueste mancebo
(Que en efeto le he criado),
Más en los ojos le llevo,
Que si le hubiera engendrado.

OTON.

Júpiter vaya contigo,
Y él se muestre tan amigo
En la parte que es planeta,
Que en cuanto influya y prometa,
Venza á Saturno enemigo.
Que las partes de Neron,
Su ingenio, su entendimiento,
Su cordura y discrecion,
Son evidente argumento
De su afable condicion.
Y al fin, un hombre enseñado
Por un sabio el más versado
En moral filosofía,
Que conocen este dia
Griego y romano Senado,
No puede ser que no sea
El que tan alto lugar
Más dignamente posea,
Aunque su honesto callar
No muestra que lo desea.

(*Vanse.*)

—

Campo en Armenia.

ESCENA XIII.

VOLGESIO, DARDANIO, SOLDADOS ARMENIOS *y* PARTOS, *con banderas y cajas.*

VOLGESIO.

La sujecion jurada á los romanos
Desde este dia al duro imperio quito,
Que quiere desde Roma con sus manos
Gozar lo que por armas solicito.
Déjense ya sus Césares tiranos,
Pues el valor de Armenia resucito,
De pedirnos tributo y poner reyes
Con sus bárbaros Cónsules y leyes.
Rey de los partos soy, y tambien puedo
Poner igual ejército en campaña,
Sin tener á sus águilas el miedo
Que tiene agora la sujeta España:
Pues tanto imperio como Roma heredo
En cuanto el mar del Occidente baña,
A su pesar de Roma y su tirano,
De Armenia quiero hacer Rey á mi her-
[mano.
Vengan acá sus armas y pendones,
Si con éstas no llego allá primero;
Ofendan nuestro sol sus escuadrones,
Imitando sus rayos el acero;
Que ya aquellos Horacios y Cipiones,
Reliquias de su Rómulo agorero,
Se han consumido con el tiempo leve,
Que hasta el valor de Júpiter se atreve.

DARDANIO.

Pasa, famoso hermano, el Asia, y llega
Hasta el Tibre de Rómulo divino,
Donde los campos de la Loba riega
Con el curso veloz y cristalino;
Gana los siete montes, y despliega
Sobre el Celio, Esquilino y Aventino
El rojo tafetan de tus banderas,
Asombrando naciones extranjeras.
¿Qué es esto de sufrir nuestras cervices
El espantoso yugo desta gente,
Más llena de retóricos matices
Que del valor marcial belipotente?
Que miéntras que no hicieres lo que di-
Nunca del yugo sacarás la frente, [ces,
Ni se verá la tuya coronada
De aquella planta que del sol fué amada.

VOLGESIO.

Con ese ánimo tuyo al arma toca,
Y á la mísera Roma te avecina;
Pon el metal belísono en la boca,
Y la baqueta al pergamino inclina.
Humíllese esta vez su gente loca,
Sabiendo que mi ejército camina [cha.
Ya por el campo al sol, ya por la escar-

DARDANIO.

Marte va contra Roma.

VOLGESIO.

Toca.

DARDANIO.

Marcha.

(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio imperial.

ESCENA XIV.

AGRIPINA, SÉNECA.

AGRIPINA.

¿Qué dices, Séneca!

SÉNECA.

Digo,
Si la judiciaria es cierta,
Que Tu Majestad no acierta,
Pues se aconseja conmigo.
Porque alzada la figura,
Muestra, si es emperador
Neron, que llega su error
A darte muerte tan dura.
Yo solo no me fié
De mi mismo en lo que digo;
Que á un astrólogo, mi amigo,
Lo mismo le pregunté.
Y dijo: «Yerra su padre
Claudio en aquesta adopcion,
Porque en siendo rey Neron,
Ha de matar á su madre.»
De mí bien creo que puedes
Su amor de Neron fiar;
Pero si te ha de matar,
Mejor es que no le heredes.

AGRIPINA.

De tí, Séneca, me espanto
Que á genetliacos dés
Crédito, si verdad es
Que sabes y enseñas tanto.
Esa ciencia es disparate;
Y cuando no fuera error,
Tenga un hijo emperador;
Que yo huelgo que me mate.
Que no es bien que por querer
Vivir, no le dé lugar
Para que pueda llegar
Al más supremo poder.
Parte, y di que venga aquí.

SÉNECA.

Yo voy.

AGRIPINA.

Dilo con secreto.

SÉNECA. (*Ap.*)

De tal causa, tal efeto.
¡Ay, Roma! ¡triste de ti! (*Vase.*)

ESCENA XV.

AGRIPINA.

Semíramis no diera muerte á Nino,
Ni el hijo airado fuera matricida,
Ni le quitara Rómulo la vida
Al fuerte hermano que pasó el camino,
Si el imitar á Júpiter divino,
Que del padre Saturno fué homicida,
Ya no fuera disculpa conocida,
A que yo por reinar tambien me inclino.
Él amor de los hijos es tan tierno,
Que por su bien, ninguno considera
Si es veneno ó antídoto el que toma.
Morir quiero y dejalle en el gobierno,
Como esta voz escuche cuando muera:
«¡Claudio Neron, emperador de Ro-
[ma!»

ESCENA XVI.

NERON. — AGRIPINA.

NERON.

El veneno traigo aquí,
Si para eso me llamas.

AGRIPINA.

Hoy quiero ver si me amas,
Y hoy verás si te amo á tí.

NERON.

¿Qué modo se ha de tener
Para matar á mi padre?

AGRIPINA.

Si has de decir *á tu madre*, [1]
Quítete el cielo el poder.

NERON.

No es posible, en la comida,
Que este veneno le dén.

AGRIPINA.

¿Y en la bebida?

NERON.

Tambien, [2]
Si hacen salva á la bebida.

AGRIPINA.

Pues escucha: este gloton
Ansí ejercita la boca,
Que á vómitos se provoca,
Que es una infame invencion.
Para esto, por la garganta
Se mete una pluma, y luego
Sale de aquel vientre ciego
Bebida y comida tanta.
En esta pluma podremos
Poner el veneno.

NERON.

Bien.
El premio, Señora, os dén
De dos tan raros extremos.
¡Qué hermosura y discrecion!

AGRIPINA.

Entra pues, Neron, y muera;
Que yo haré que Roma quiera,
Aunque le pese, á Neron.

(*Vanse.*)

1 Si algun dia *has de decir: ¿Qué modo se ha de tener para matar á mi madre*, etc.
2 Tambien *no es posible*, en lugar de *tampoco es posible*.

ESCENA XVII.

PALANTE, FÉLIX, OTON.

PALANTE.

Fué notable espectáculo el del lago,
Y la naumaquia cosa milagrosa.

OTON.

De toda Italia vino gente á vella,
A fama de la fábula y batalla
De cincuenta galeras, que se hicieron.

FÉLIX.

No es justo que llamarse pueda fábula
Donde hubo vencedores y vencidos,
Y sobre libertad se peleaba.

OTON.

¡Hermosas fiestas hizo Claudio á Julia!

FÉLIX.

Fueron, en fin, de emperador romano.

OTON.

No las ha visto Roma semejantes.
¡Qué grande amor la tiene!

PALANTE.

No ha querido
A ninguna mujer como á Agripina.

FÉLIX.

Jamás le pide cosa que le niegue.

OTON.

Es viejo esposo de mujer gallarda;
Que paga en obras lo que falta en gus-
[tos.

FÉLIX.

Luego ¿es grande el amor en hombres
[viejos?

OTON.

Los mozos, Félix, en efeto mozos,
Que gozamos con gusto y bizarría
La verde primavera de los años
Sin admitir humanos desengaños:
Los mozos, que pasamos por las flores
Que pasaron entónces los mayores;
Los mozos, que pensamos que la vida
Es una cosa que jamás se acaba,
Engañados del tiempo, y satisfechos
De que por nuestros años, gusto y méri-
Donde quiera seremos admitidos, [tos
No tenemos amor tan verdadero;
Pero un hombre que ya pasó los dias
Mejores de su edad y está en las noches;
El que con blanca barba ve mezclarse
Unos cabellos como el oro rubios,
Y en su boca desierta ajenos dientes,
Ama, regala y sirve noche y dia.

ESCENA XVIII.

AGRIPINA. — DICHOS.

AGRIPINA.

Guárdeos el cielo, lustre, honor y gloria
Del imperio romano, y las colunas
En que su excelsa máqnina sustenta.

PALANTE.

[radora!
¡Oh hermosa Julia! oh hermosa empe-
Digna de serlo de infinitos mundos,
Si un mundo se volviera cualquier hom-
[bre,
Grande, como pequeño se imagina.

AGRIPINA.

¡A mí lisonjas, singular Palante,
Palante bien nacido, antiguo y noble!

FÉLIX.

Por él, Señora, responderos quiero
Que no sólo Palante, pero Roma
Toda generalmente, el vulgo y nobles,
La plebe, los patricios y los équites,
Los pretores, tribunos y los cónsules,
Las cohortes urbanas, las pretorias,
Todas adoran ese nombre tuyo.

AGRIPINA.

Si eso fuese verdad, Félix gallardo,
Félix de noble sangre, bien podria
Vivir segura, que muriendo Claudio
Cumplirán su palabra y juramento
De recibir en el romano imperio
A mi hijo Neron.

OTON.

Bella Agripina,
¿En eso pones duda! Agravio haces
A tu hermosura, sangre, ingenio y mé-
[ritos,
Y al valor de Neron, que está jurado
Ya por emperador de toda Roma.

AGRIPINA.

Oton valiente, por tus armas digno
De mil coronas cívicas, y láureas
Murales y castrenses y gramíneas.
Si reina mi Neron, todo este imperio
Sin duda es de los tres: regilde todos.

OTON.

¡Ojalá que llegase tan buen dia!

PALANTE.

¡Quiéralo Marte!

FÉLIX.

¡Júpiter lo ordene!

AGRIPINA.

¿Que me puedo fiar de todos?

PALANTE.

Puedes.

AGRIPINA.

Pues sabed ¡oh romanos generosos!
Que Claudio es muerto.

PALANTE.

¡Válgame el gran Júpiter!

AGRIPINA.

Sobre mi estrado en mi aposento que-
[da.

OTON.

Pues ¿qué aguardas?

AGRIPINA.

Saber la intencion vuestra.

FÉLIX.

Esta es nuestra intencion y la de Roma.

AGRIPINA. (*Llamando.*)

¡Neron!...

ESCENA XIX.

NERON.— DICHOS.

NERON.

Señora...

AGRIPINA.

Llega á tus amigos.

NERON.

Dadme esos brazos, como á hechura de-
[llos.

OTON.

¡Oh gran Neron, oh emperador romano!

PALANTE.

¡Oh gran César, augusto, milagroso!

FÉLIX.

¡Oh padre de la patria felicísimo!

PALANTE.

¿Qué tardamos? Levántese en los hom-
[bros.

FÉLIX.

Véale Roma, ¡y viva el que le amare!

PALANTE.

Y ¡muera el que su nombre aborreciere!

NERON.

En mí no teneis rey, sino un amigo.
A todos os tendré por padres.

FÉLIX.

Vamos.

PALANTE.

¡Neron, César augusto! Neron, vitor!

FÉLIX.

¡Neron la posesion del mundo toma!

OTON.

¡Neron invicto, emperador de Roma!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

NERON, SÉNECA, PALANTE, OTON, DARDANIO, *preso*, ACOMPAÑAMIENTO.

OTON.

Volgesio queda vencido,
Y el Rey de Armenia, su hermano,
Viene en resguardo ofrecido
De que al imperio romano
Está sujeto y rendido.
Con el ejército queda
Vinidio, para que pueda,
Como capitan valiente,
Conducir la demas gente,
Sin que de lo justo exceda.

NERON.

¿Tú eres Dardanio?

DARDANIO.

Yo soy.

NERON.

¿Qué razon movió á tu hermano
A alzar sus banderas hoy
Contra el imperio romano,
En cuya defensa estoy?

DARDANIO.

No saber que tú vivias
En el lugar donde estás;
Que de Claudio, bien sabías
Que nos obligaba á más
Remision de tantos dias.
Ya, Señor, estás seguro,
Pues dentro el romano muro
Tienes á Dardanio preso.

NERON.

Tu prision parece exceso
En la piedad que procuro.
No conviene á nuestro imperio
Usar mal de la vitoria,
Ni tenerte en cautiverio.
Basta el honor de la gloria:
La venganza es vituperio.
A tu tierra libre parte;
Que es infamia aprisionarte,
De mi poder imperial;
Que si no fueres leal,
Roma sabrá castigarte.

DARDANIO.

Beso, gran César, tus piés.

SÉNECA.

¡Qué hazaña tan valerosa!

NERON.

Vete.

DARDANIO.

Tú verás despues
Que esta piedad poderosa
Más que tus águilas es. (*Vase.*)

ESCENA II.

NERON, SÉNECA, PALANTE, OTON, ACOMPAÑAMIENTO.

PALANTE.

¿Quién podrá dar alabanza,
Gran Señor, á tu respuesta,
Que en tal bienaventuranza
Tiene á vuestra Roma puesta,
Que tal siglo de oro alcanza?

FÉLIX.

Los soldados pretorianos
Ayuda de costa piden.

NERON.

¡Oh valerosos romanos!
Agora verán que miden
Sus espadas con mis manos.
Repártanles diez talentos...
¿Qué digo diez? treinta digo;
Y para que estén contentos,
Diez mil hanegas de trigo.

OTON.

¡Qué famosos pensamientos!
¿Hay príncipe semejante?

PALANTE.

Las provincias con tributos
Tienen queja, y es bastante,
Que estériles van de frutos.

NERON.

¡Oh buen amigo Palante!
Adviérteme; que el que rige,
Si no le avisa el privado,
Jamás sus faltas corrige;
Y no há mucho que al Senado
Eso que me dices dije.
Moderense desde hoy más,
Y paguen un tercio ménos.

PALANTE.

Si desa manera das,
A los Césares más buenos
Dejará tu fama atrás.

NERON.

¿Quién fué dellos el mejor?

FÉLIX.

El divino Otaviano.

NERON.

¿Hizo leyes?

FÉLIX.

Sí, Señor,
De verdadero romano
Y de heróico emperador.

NERON.

Pues por esas instrucciones
Roma se rija.

SÉNECA.

Al dorado
Siglo su nombre antepones.

PALANTE.

Si cuantos la han gobernado
Hubieran sido Nerones...

NERON.

¿Hay pobre algun senador?

FÉLIX.

Curio Camilo, Señor,
Terencio, y Flavio Vopisco.

NERON.

Pues dénles renta del fisco.

SÉNECA.

¡Gran príncipe!

FÉLIX.

¡Gran valor!

PALANTE.

El Cónsul Mario está aquí.

ESCENA III.

MARIO, *con un papel*.—NERON, SÉNECA, PALANTE, OTON, ACOMPAÑAMIENTO.

NERON.

¡Oh mi buen amigo Mario!

MARIO.

Guárdete Júpiter.

NERON.

Di:
¿Qué te ha sido necesario
Del Capitolio ó de mí?

MARIO.

No me trates desa suerte,
Aunque tu valor confirmes.

NERON.

¿Qué es lo que quieres?

MARIO.

Advierte
Que sólo vengo á que firmes
Una sentencia de muerte.

NERON.

¡Que algun hombre ha de morir,
Y lo he de firmar!

MARIO.

¡Me espanto
Que eso me puedas decir!

NERON.

¡Pluguiera á Júpiter santo
Que no supiera escribir!

SÉNECA.

¡Oh, gran palabra, tan dina
De ser al mundo famosa!
¡Palabra noble y benina,
Palabra santa y piadosa,
Palabra casi divina!
¿A qué rey ó emperador
Ha sido en el mundo oida
Palabra de más valor!

NERON.

¡Que éste ha de perder la vida!

MARIO.

Esto es justicia, Señor.

NERON.

Muestra; que tiembla la mano
De un acto tan inhumano.—
«Neron Claudio.» Ya firmé.

MARIO.

Beso tus piés.

NERON.

¡Que esto fué
Ser emperador romano!

(*Vase Mario.*)

FÉLIX.

La Emperatriz viene aquí.

ESCENA IV.

AGRIPINA.—NERON, SÉNECA, PALANTE, OTON, ACOMPAÑAMIENTO.

AGRIPINA.

¿Tiene negocios Neron?

NERON.

¡Hálos de haber para ti,
Si ellos, yo y el mundo son
Tierra en tus piés?

AGRIPINA.

¿Cómo ansí?

NERON.

Porque Neron los adora.

AGRIPINA.

¡De rodillas, mi Señor!

NERON.

Vos, madre, sois mi Señora.

AGRIPINA.

Ved que sois emperador.

NERON.

Ved que sois emperadora.

SÉNECA.

¡Vió el mundo tal obediencia!

PALANTE.

Tal maestro tuvo en ti.

AGRIPINA.

Vengo á pedirte licencia
Sólo para hacer de ti
Por ménos de un hora ausencia.

NERON.

Mi señora, ¡á vuestra hechura!
¡A mí, á quien le distes ser!
O ¿haceis burla por ventura?
Vuestro es el ser, y el poder
Por vos es, y por vos dura.

AGRIPINA.

Tambien querria que deis
A Cuadrato el consulado,
Y aquellas legiones seis
Que Córbulo ha gobernado
En Furio Plaucio paseis.

NERON.

En lo que es vuestro, Señora,
¿Quereis que yo mande agora?
Daldo vos á quien gusteis.

SÉNECA.

¿Qué más humildad buscais?

AGRIPINA.

Roma con razon te adora.
Con esto me voy.

NERON.

Palante,
Séneca, Félix, amigos,
Dejadme solo: id delante.

AGRIPINA.

Dios te libre de enemigos.

NERON.

Poco es agora importante:
Y perdonad, que no voy
Con vos; que estoy ocupado.

(*Vanse Agripina, Séneca, Palante y el Acompañamiento.*)

ESCENA V.

NERON, OTON.

NERON.

Ya, Oton, que á solas estoy,
Quiero ver qué has negociado.

OTON.

¿Puedo hablar?

NERON.

Licencia doy.

OTON.

A Fenicio pregunté
Lo que Aeta respondió.

NERON.

Dime presto lo que fué.

OTON.

Dijo al principio de no,
Incrédula de tu fe;
Despues dijo que secreto
Esta noche á su ventana
Vayas á hablarla.

NERON.

En efeto,
¿Que ya la mujer se allana?

OTON.

Era el tercero discreto;
Y para decir verdades,
Con el talle persüades
Más que con la majestad.

NERON.

¿Que ese engendra voluntad
Más que no las majestades?

OTON.

Tráesle agora encogido,
Y á Séneca tan sujeto
(Aunque por esto querido
De Roma), que algo, en efeto,
Tienes el gusto abatido.
Bueno es que seas humano;
Pero dasle tanta mano
A tu madre, que es muy cierto
Que en Roma y en Asia ha muerto
A Narciso y á Silano.
Y si Séneca no hubiera
Puesto freno á su crueldad,
Notables cosas hiciera.

NERON.

Ya sé que tanta bondad
Me alaba y me vitupera.
De hoy más seré diferente;
Que cinco años he vivido
Recogido injustamente,
Por no llegar á mi oido
Que era mi madre insolente.
Esta noche salgo fuera.
Voyme á armar: dile á Fenicio
Que vamos donde me espera
La que ha sido el sacrificio
De mi voluntad primera.
Y guardad, no sepa Otavia
Que voy á gozar de Aeta;
Que aunque es en extremo sábia,
O no ama ó no es discreta
Quien de celos no se agravia.

(*Vanse.*)

ESCENA VI.

OTAVIA, PALANTE.

PALANTE.

Con razon estás quejosa,
Que el Emperador tu esposo
Intente tan nueva cosa.

OTAVIA.

De verle andar receloso,
Vengo yo á estar sospechosa.
La compañía de Oton,
No la culpo, ni es razon;
Que es de sangre consular;
Pero ¿por qué ha de privar
Un hombre vil con Neron?

PALANTE.

Por Fenicio y por Niceto
Debes de estar con cuidado.

OTAVIA.

Que le tengo te prometo;
Y me da celos y enfado
Verlos hablar en secreto.
¿Qué tiene Neron que hablar
Con Niceto y con Fenicio?

PALANTE.

No tienes que recelar
De su prudente jüicio
Y su valor singular.

OTAVIA.

Anda, Palante; que tiene
Muy nueva la condicion.
Ya sale, ya se detiene,
Ya contra su inclinacion
A la media noche viene.
Ya no ocupa tantas horas
Con Séneca, ya le deja;
Y cuando viene á deshoras,
Si estima en algo mi queja,
Es con palabras traidoras.
Ya da vueltas en la cama,
Ya no sosiega ni duerme,
Ya lo que es lícito infama:
Señales de aborrecerme,
O de que tiene otra dama.
Ya, si requiebros le digo,
Que se duerme me responde;
Si está despierto, y prosigo
¿Que por qué el rostro me esconde?
Me dice que le persigo.
No dudes que no es quien era.

PALANTE.

Mucho, Señora, me altera
Esa notable mudanza;
Pero ten buena esperanza,
Y que es mozo considera.
Que no es posible que un hombre,
Aunque algun vicio tuviese,
Escureciese su nombre,
Y su crédito perdiese,
Para que Roma se asombre,
Donde tiene justa fama
De que te estima y te ama:
Y porque de celos mudes,
Mira que por sus virtudes
Pompilio Roma le llama.
Mas si gustas que yo entienda
Lo que con Niceto trata,
Y qué es lo que le encomienda,
Yo lo haré.

OTAVIA.

Si fuere ingrata,
Fuego de celos me encienda.—
Parte, Palante, y conoce
Qué es lo que tratan los tres,
Y por qué viene á las doce.

PALANTE.

Yo aseguro que no es
Dama que requiebre y goce.
Negocios de Roma son,
Porque en su gobernacion
Se aventaja á Otaviano.

OTAVIA.

Seguros dejo en tu mano
Los miedos del corazon.

(*Vanse.*)

—

Una calle, en la cual desembocan otras.

ESCENA VII.

NERON, NICETO, FENICIO Y OTON, *de noche, con rodelas y capotillos.* UNOS MÚSICOS. UN HOMBRE, *dentro.*

UNO. (*Dentro.*)

Aguarden los bellacones,
Aguarden.

NERON.

El diablo aguarde.

NICETO.

¡Bien se hizo!

FENICIO.

Llegué tarde.

NICETO.

¡Brava fruta!

OTON.

Es canelones.

NERON.

¡Hermosamente corrí
El papel de confitura!

OTON.

¡A qué buena coyuntura
El cintarazo le dí!

FENICIO.

Vuestra Alteza ¡vive Apolo,
Que corre como una cebra!

NERON.

Ya la cabeza me quiebra
Tanta Alteza, estando solo.
Aquí no hay Alteza agora;
El César quédese allá;
Que por dicha dormirá
Con su enfadosa señora.
Cinco años de emperador
No estimo en lo que esta noche.

NICETO.

Allí suena un coche.

NERON.

¿Coche?

OTON.

Será de algun Senador.

NERON.

Si es de damas, parte, Oton,
Y diles dos picardías.

OTON.

Creo que son vecinas mias.

NERON.

¿Quién?

OTON.

Las de Mario Pison.

NERON.

¡Oh, qué feas! Tirarélas
Cuatro pelladas de lodo.

OTON.

No las trates de ese modo,
Que traen hacha y centinelas.

NERON.

Démosles vaya.

FENICIO.

Eso sí.

NERON. (*Llegándose á una bocacalle.*)

¡Ah borrachas, picaronas,
Arrugadas como monas!
¿Adónde os llevan ansí?
¿Vais acaso desterradas,
O á hacer alguna invencion?
Guardaos que sepa Neron
Que sois ninfas deportadas;
Que os llevará á su palacio.

OTON.

Ya los hombres se alborotan.

FENICIO.

¿Si vendrán á reñir? ¿Votan?

OTON.

Parécese en el espacio.

NERON.

Eso sí: mátese alguno,
Ya que he salido esta noche.

OTON.

Ya pasa adelante el coche.

NERON.

Todos mentís uno á uno,
¡Picaños, cobardes!

FENICIO.

¡Bueno!
¡Bravo, Señor, has quedado,
Habiendo á Aeta gozado!

NERON.

Pues áun agora soy trueno.
Todo aquesto ha sido ensayo
De mi furia y valentía:
Líbrete Dios de aquel dia
Que Roma conozca el rayo.

OTON. (*Ap. á Fenicio.*)

No habla, con la blandura
Que suele, el Emperador.

FENICIO.

Calla y síguele el humor;
Que agora todo es locura.

NERON.

¿Quién vive en aquesta reja?

FENICIO.

Una vieja que se vende
Por niña.

NERON.

A quien no lo entiende.
(*Llégase á la ventana.*)
Sal aquí, bellaca vieja.
¡Ah hechicera, imitadora
De Circe, Medea y Canidia!
¡Ah retrato de la envidia!
¿Andas por el aire agora?
¿Duermes, bellaca, ó brujeas?
¿Qué chupas agora, di?
¿Son niños ú hombres?

OTON.

¡Ansí!
¡Bien la pintas y hermoseas!

NERON.

¿No hay una piedra?

FENICIO.

Pues ¿no?
Toma.

NERON.

A la ventana.

NICETO.

¡Bien!

ESCENA VIII.

UNA VIEJA, *saliendo á una ventana con un candil.*— NERON, OTON, FENICIO, NICETO. Músicos.

VIEJA.

¡Mala pedrada te dén!

NERON.

¿Cómo es eso?

FENICIO.

Que salió.

NERON.

¡A la vieja!

OTON.

Tira.

VIEJA.

¡Ay, ay!
No habrá sabido el ladron
Que hay Emperador Neron,
Donde tanta virtud hay. (*Retírase.*)

NERON.

¡Mi virtud cuenta!

OTON.

Cerró.
Aquí un boticario vive.

NERON.

Muchas piedras me apercibe:
Quitaré estas tablas yo.

OTON.

¿Qué quieres hacer?

NERON.

Romper
Cajas, redomas y botes.

OTON.

Paso: no los alborotes;
Que te podrán conocer.

NERON.

Déjame ver derramar
El *sirupus* y *uncias tres.*

OTON.

Mira que lástima es.

L.-V.

NERON.

Pues ¿véngolo yo á comprar?
¡Ah, mi señor Diaquilon!
¿Está vuarced acostado?

ESCENA IX.

UN BOTICARIO, *dentro de su casa.*— NERON, OTON, FENICIO, NICETO *y* LOS MÚSICOS *en la calle.*

UN BOTICARIO. (*Dentro.*)

Allá va azúcar rosado.

NERON.

¿Cuántas uncias?

BOTICARIO. (*Dentro.*)

Cuatro son.
(*Vierten por una ventana un jarro de agua.*)

OTON.

Desvía.

NERON.

Ya es tarde.

NICETO.

¿Cómo?

NERON.

Embistióme.

FENICIO.

Y ¿era ansí
Azúcar rosado?

NERON.

Sí;
Mas huele á ungüento de plomo.
Perezca este boticario.

FENICIO.

Dale al diablo, que es guillote,
No nos arroje algun bote
Del humano letuario.
Vente á casa.

NERON.

¿Cómo á casa!
¿Hay imperio ó majestad
Como andar por la ciudad
Gritando, y viendo qué pasa?
Música demos aquí.

OTON.

Conoceránte en la voz.

NERON.

¿Qué importa?

NICETO.

Hoy estás feroz.

NERON.

Y lo he de ser desde aquí.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Aquiles estaba en Troya
Mirando torres y almenas,
Altas y vanagloriosas
De haber afrentado á Grecia.

NERON.

Dejaldo, no canteis más.
¿Qué es Troya ni qué es Aquiles?

NICETO.

Bien dices: todos son viles
Donde tú, Neron, estás.

NERON.

Aquilillos era un loco,
Arrogante y fanfarron.
Torná á decir la cancion.

FENICIO.

Cantad: — y sosiega un poco.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Y mirándolas con ojos
De venganza y de soberbia,
Arrojó una lanza y dijo
A los que estaban en ellas:
Decilde á Elena
Que fué mujer, y que mi lanza es esta.

NERON.

¡Extremado desatino!

NICETO.

Dice que Elena es mujer,
Y que ansí pudo ofender
De Grecia el valor divino;
Mas que su lanza es aquella
Y aquel su valor sin par,
Que podrá desagraviar
Mejor que ofenderlos ella.

NERON.

¿Quién compuso esta cancion?

FENICIO.

Camilo, un nuevo poeta.

NERON.

Esto de poesía es seta
Donde es el dios la opinion.
Mañana le he de llamar
Y reprendelle.

FENICIO.

¿Por qué?

NERON.

Porque contra Troya fué,
A quien debiera amparar.
Nosotros somos troyanos,
Que decendimos de Eneas:
—Y eso de Troya, no creas
Que fué por falta de manos.

FENICIO.

Verdad es que fué traicion.

NERON.

Pues oid un epigrama
Que hice.

NICETO.

Será de fama.

OTON.

¿Quién lo duda?

NERON.

Escucha, Oton.
Mientras Héctor divino despojaba
Un griego muerto en el troyano fuego,
Aquiles griego (basta decir griego)
Por las espaldas á traicion le clava.
Neron leyendo el vil suceso estaba,
Y donde dijo *Aquiles*, borró luego
El nombre infame, de coraje ciego,
Y dijo ansí con voz soberbia y brava:
Si como yo te borro, te pudiera
Quitar de los archivos de la fama,
Esto en lugar de la traicion pusiera:
«No vió la muerte á Héctor, pues le [infama;
Por la espalda murió; que si le viera,
Muriera como fénix en su llama.»

OTON.

¡Notable!

NICETO.

¡Lindo!

FENICIO.

¡Extremado!

OTON.

¡Malos años para Enio!

NICETO.

¿Qué es Enio para su ingenio,
Ni el griego Homero imitado?

OTON.

Su caja de oro, es muy llano
Que hoy Alejandro te da.

NICETO.

Métase Virgilio allá
Con su *Arma virumque cano.*

FENICIO.
En música y poesía
Ninguno á Neron iguala.

ESCENA X.

Cuatro embozados, *con rodelas.* — NERON, OTON, FENICIO, NICETO, músicos.

NERON.
No es esta trápala mala
Para aquello que os decia.—
¿Quién va allá?

UN EMBOZADO.
Unos hombres son.

NERON.
¿Son de paz?

EMBOZADO.
A cantar vienen.
Si no es que en la calle tienen
Mucho en qué entender, alon.

NERON.
¿Qué es alon? ¡Pese al gallina!
¡Mueran!

FENICIO.
Sacude.
(*Riñen.*)

OTON.
Eso sí.

FENICIO.
¡Bravo valor!

UN EMBOZADO.
¡Ay, cai!

NERON.
Clavéle con esa esquina.

NICETO.
Gente viene á socorrer.

FENICIO.
¿Si es justicia?

NERON.
Sea quien fuere.

OTON.
Harás que Roma se altere,
Si te viene á conocer.

NERON.
Vamos á tu casa, Oton.

OTON.
Creo que estará acostada
Mi mujer.

NERON.
Pues ¿qué te enfada?

OTON.
Vamos.

NERON.
Di que soy Neron.
(*Vanse.*)

—

Sala del palacio imperial.

ESCENA XI.

AGRIPINA, PALANTE.

AGRIPINA.
¿Que el Emperador, Palante,
Con Niceto y con Fenicio
Sale de esa suerte!

PALANTE.
Es vicio
Agora poco importante;
Pero puédese enseñar...

AGRIPINA.
Antes el principio importa,
Porque quien éste no corta,
Despues no tiene lugar.
Dime ¿á qué va?

PALANTE.
Diligencia
Me ha costado, porque Otavia
Ya de sus celos se agravia.

AGRIPINA.
Derriban toda paciencia.
Son celos envidia fiera,
Y la envidia no reposa.
¿Es amor?

PALANTE.
De cierta hermosa.

AGRIPINA.
¿Casada ó libre?

PALANTE.
Soltera.

AGRIPINA.
¿Tiene valor?

PALANTE.
No; que fué
Esclava, y ya se libró.

AGRIPINA.
¿Que es liberta?

PALANTE.
Y pienso yo
Que há poco, cuando lo esté.

AGRIPINA.
¿Es bella?

PALANTE.
Por todo extremo.

AGRIPINA.
¿Llámase?

PALANTE.
Aeta.

AGRIPINA.
Y ¡que sea
Tan dichosa!

PALANTE.
Que desea
Neron regalalla, temo.

AGRIPINA.
Que ella fuera su privanza,
No nos importara mucho;
Pero temo lo que escucho
De su desden y mudanza.
Ya sale, ya se entretiene,
Ya no estudia, ya estos dias
Anda en malas compañías,
Ya armado y desnudo viene.
Anda con desasosiego,
Y no me visita tanto.

PALANTE.
Ya sabes, Señora, cuánto
Se apaga al principio el fuego.
Remedia este mal temprano.

AGRIPINA.
Celos quiero hacerle.

PALANTE.
¿Cómo?

AGRIPINA.
Ocasion fingida tomo
De regalar á su hermano.
Esto le dará temor,
Pensando que ha de perder
Su imperio, y que quiero hacer
A su hermano emperador.

PALANTE.
Eres, Señora, tan sábia,
Que luego en el blanco diste.

AGRIPINA.
Este es Británico triste,
Y su pobre hermana Otavia.—

ESCENA XII.

BRITÁNICO [1], OTAVIA.—AGRIPINA, PALANTE.

AGRIPINA.
¡Tan de mañana, hijos mios!

OTAVIA.
No debe de ser por bien.

AGRIPINA.
Bien es que celos te dén
De Neron los nuevos brios.
¿A qué hora vino?

OTAVIA.
A las tres.

AGRIPINA.
¿En qué anda?

OTAVIA.
Enamorado.

AGRIPINA.
Antes dicen que el Senado
Causa de tus celos es.

OTAVIA.
Pues ¿qué el Senado le ocupa?

AGRIPINA.
Tratan de cierto gobierno.

OTAVIA.
Otro Senado más tierno
Del suyo le desocupa.
Fínjase Tu Majestad
Muy ignorante de todo.

AGRIPINA.
Luego ¿es tu queja de modo
Que ofenda la voluntad?

OTAVIA.
La voluntad y la vida,
Porque no es ménos que haber
Otra gallarda mujer...

AGRIPINA.
Dilo.

OTAVIA.
De Neron querida.

PALANTE.
Todo lo sabe, Señora:
Bien puedes hablar más claro.

AGRIPINA.
Antes, mi Otavia, reparo
En lo mucho que te adora.
Deben de ser mocedades
Eso que cuentan de Aeta.

OTAVIA.
Dasme, en fin, como discreta
Poco á poco las verdades.
No ignorabas tú sus nombres.

AGRIPINA.
Culparme en vano procuras;
Que hacer esas travesuras
Es condicion de los hombres.

OTAVIA.
Hiciéralas cuando mozo.

AGRIPINA.
Siempre quieren libertad.

OTAVIA.
Si causa la voluntad,
No há tanto que yo le gozo:
Y como no le quisiera,
El sentimiento excusara.

BRITÁNICO.
Mi hermano viene.

AGRIPINA.
Repara...

[1] A este personaje se le llama *Germánico* en las ediciones antiguas.

ESCENA XIII.

NERON, NICETO, FENICIO.—Dichos.

NERON.

¡Extremado lance fuera!
Mas quede para otro dia.—
¡Todo el linaje está aquí!
Guárdeos Júpiter; y á tí,
Dulce Otavia, esposa mia.
¿Qué hay de nuevo? ¿Qué teneis
Todos juntos que tratar?
¿Qué teneis que despachar?
¿Qué es lo que en consulta haceis?
¿Qué nuevo Senado es este?
¿Es Palante el secretario?
¿Qué hay en Roma necesario,
Que tanto cuidado os cueste?

AGRIPINA.

Como andas tan ocupado
En tus gustos, y tan tierno,
A falta de tu gobierno
Los cuatro hacemos Senado;
Que tambien será razon
Aliviarte algun disgusto.

NERON.

Que ninguno mande gusto
En Roma, sino Neron.

OTAVIA.

¡Gentil manera de hablar!

AGRIPINA.

¿Cómo respondes ansí?

NERON.

Porque áun Júpiter aquí
No tiene ya qué mandar.
El daros yo tanta mano
Y libertad en mi imperio
Ha causado el vituperio
De mi valor soberano.
Pues ya los cuatro os juntais
En mi ausencia desta suerte,
Para tratarme la muerte
¿Quién duda que os conjurais?

AGRIPINA.

Temblando estoy de escucharte.
¡Qué desobediencia es esta!

NERON.

Madre, más blanda respuesta;
Que soy Neron y soy Marte.

AGRIPINA.

Que Británico está aquí,
Que es agora mi regalo.
Este á mis pechos igualo;
Este engendré, que no á tí.
Este es hijo de mi esposo,
Legítimo sucesor
Deste imperio.

NERON.

Si es temor,
¡Por mi vida, que es donoso!
¡Oigan qué lindo martelo!

AGRIPINA.

Palante, ¡extraña mudanza! (*Ap. á él.*)

PALANTE.

(*Ap. á Agripina.* Perdiendo voy la esperanza,
Y alguna traicion recelo.)
¿Qué es esto, amigo Fenicio? (*Ap. á él.*)

FENICIO.

Entre padres y hijos es;
Todo es más amor despues.

PALANTE.

Efetos son de algun vicio.
Como el agua detenida,
Al tiempo que se destapa,
Con más veloz curso escapa,
Ansí imagino su vida.
Todo aquel encerramiento
Creo que ha de correr más.

OTAVIA.

Mi vida, enojado estás:
Sabe el cielo si lo siento.
Si yo la ocasion he sido,
Mira que celos son rabia.

NERON.

Vete norabuena, Otavia.
Todos me habeis ofendido.

AGRIPINA.

Ea, vámonos de aquí.
Británico vive.

NERON.

Y viva,
Porque el imperio reciba,
Que ya me quitas á mí.

OTAVIA.

¡Ah mi Señor!

NERON.

Quita allá.

OTAVIA.

¡Así me tratas!

NERON.

Y es poco.

AGRIPINA. (*Ap.*)

Yo le amansaré si es loco.

PALANTE. (*Ap.*)

¡Qué temerario que está!

(*Vanse Agripina, Otavia, Británico y Palante.*)

ESCENA XIV.

NERON, FENICIO, NICETO.

NERON.

¡Por Júpiter soberano,
Por el Dios de Delfo y Delo,
Por Marte, por todo el cielo,
Que no ha de vivir mi hermano!
¡Martelos á mí con él!
¡Mi madre así me amenaza!
Pues yo daré mejor traza
Para anticiparme á él.
Parte, Fenicio, y á Hircano,
Mi médico, di que luego
Haga un veneno.

FENICIO.

¿Estás ciego?
Mira que es hecho inhumano.

NERON.

Parte luego, y muera hoy.

FENICIO.

No te quiero replicar. (*Vase.*)

ESCENA XV.

NERON, NICETO.

NERON.

Furioso estoy de pesar.

NICETO.

Y yo de verte lo estoy.

NERON.

¡Hay insolencia tan fiera!
¡Quitarme el imperio á mí!
¡Esta es madre!

NICETO.

Vuelve en tí,
Y su intencion considera.

NERON.

Juzgue Dios de la intencion;
Que yo de las obras juzgo.

NICETO.

¿Cuánto va que te reduzgo
A tu primera razon?

NERON.

No me enfades, por tu vida.
Hablemos de mi Popea.

NICETO.

¡Qué! Tu Alteza ¿la desea?

NERON.

Téngola en el alma asida.
Entramos en cas de Oton,
Huyendo de la justicia;
Que ya la vulgar malicia
Me conoció por Neron;
Y, como sabes, salió
A entretenerme Popea
Su mujer, con quien es fea
La que á Grecia Troya hurtó.
Niceto, no es liviandad
Decirte que estoy perdido,
Porque lo que fué sentido
Se convirtió en voluntad.
Amaba á la bella Aeta;
Pero estoy de suerte ya,
Que mi alma huyendo va
Como del arco saeta.
Al tiempo que entraba Oton
A recebir á su hermano,
Tomé temblando su mano,
Desmayado el corazon.
Díjele: «Hermosa Popea,
¡Quién te gozara!» y calló;
Mas con la vista mostró
Lo que mis brazos desea.
No sé qué tengo que hacer;
Que estoy de Oton bien servido,
Y no ha de caber olvido
En tan violento querer.
¿Cómo he de ofender á Oton,
Ni él querrá darme lugar?

NICETO.

Bien le podrás ausentar
De Roma en esta ocasion.

NERON.

¿Cómo?

NICETO.

Dale algun oficio.

NERON.

¡Vive Júpiter, Niceto,
Que eres amigo discreto!

NICETO. (*Ap.*)

¡Qué bien le paga el servicio!

NERON.

Oye, el lobo está en el cuento.

ESCENA XVI.

OTON.—NERON, NICETO.

OTON.

Gran alboroto, Señor,
Ha puesto en Roma el temor
De tu nuevo pensamiento;
Que ha sido cosa muy nueva
No la haber obedecido.

NERON.

Justo pensamiento ha sido:
Yo sé que Roma lo aprueba.
Allá Ovidio, el gran poeta,
De amar y reinar decia
Que aborrecen compañía:
Y fué sentencia discreta.
Yo quiero solo mandar
Para premiar mis amigos,
Castigar mis enemigos,
Y mis injurias vengar:
Entre los cuales, Oton,
Tú debes ser preferido.

Así porque me has servido,
Como por tu discrecion.
Hoy te has de partir á España
Para ser gobernador
De Lusitania.

OTON.

Señor,
Tu amor me obliga y te engaña.
Mejor estoy á tu lado
Para servirte.

NERON.

Ya, Oton,
Esta determinacion
He consultado al Senado.
A España has de ir: parte luego.

OTON.

Pues ¿hoy, Señor!

NERON.

Hoy. ¿Qué aguardas?
Mira, Oton, que cuanto tardas
Me quitas de mi sosiego.—
¡Hola! vosotros haced
La carta como merece.

OTON.

Mira, Señor, que parece,
Más destierro que merced.

NERON.

Vete luego.

OTON.

¿Qué mudanza
Es esta en tu condicion?

NERON.

¿He de matarte?

OTON. (*Ap.*)

¡Estas son
Mercedes! ¡Esta es privanza! (*Vase.*)

NICETO.

De mala gana ha partido.

ESCENA XVII.

FENICIO.—NERON, NICETO.

FENICIO.

Ya Británico espiró.

NERON.

¿Cómo?

FENICIO.

De beber pidió...

NERON.

Y ¿qué?

FENICIO.

La muerte ha bebido.

NERON.

Presto se hizo. ¿Qué dice
Mi madre?

FENICIO.

Temblando está.

NERON.

Eso sí: guárdese ya
Que otra vez me escandalice.
¡Cocos á un emperador
De Roma! ¡A un Neron, á un hombre,
Que basta escuchar su nombre,
Para temblar de temor!
¿Y Otavia?

FENICIO.

Llora.

NERON.

Recelo
Que áun ella ménos se agravia.
Tiemble mi madre y Otavia,
Tiemble el mundo, tiemble el cielo.

NICETO.

Eso no; que si él temblase,
Y Júpiter dél cayese,
Adonde quiera que diese,
No dudo que lastimase.
(*Ap. á Fenicio.* Él está loco y blasfemo.)

FENICIO. (*Ap. á Niceto.*)

Así es bien para medrar.

NERON.

¿Quién me puede gobernar,
Que á cielo ni tierra temo?
Ya basta lo que he sufrido,
Ya basta lo que he callado.—
Niceto...

NICETO.

Señor...

NERON.

Ha estado
Neron hasta aquí dormido;
Ya es tiempo de despertar.
Ve y di, porque no me enoje,
Que allá en la ciudad se aloje,
Ú donde hubiere lugar,
Y que salga de palacio.
Y la guarda de alemanes,
Dirás á mis capitanes
Que le quiten.

NICETO.

Voy.

NERON.

¡Despacio!
Quien á mí me ha de servir,
Muy por la posta ha de andar,
Y no me ha de replicar,
Si el mundo me viese hundir.
(*Vase Niceto.*)

ESCENA XVIII.

NERON, FENICIO.

NERON.

Fenicio, ya es ido Oton.

FENICIO.

¿Dónde?

NERON.

A España le envié.

FENICIO.

Bien haces, si acaso fué
Para gozar la ocasion...

NERON.

Es Oton muy principal,
Y en su presencia, no es justo.

FENICIO.

¿Partió con gusto?

NERON.

O sin gusto.
Él va al fin á Portugal.

FENICIO.

Discretamente procedes.
(*Ap.* ¡Tal te venga la salud!)

NERON.

Hago del vicio virtud
Y de los daños mercedes.
Así gozaré á Popea.
¡Oh bellísima criatura,
Más digna de ser figura
Del cielo, que Casiopea!
Parte y dile que ya Oton
A Lusitania se parte;
Y dale, Fenicio, parte
De mi espantosa pasion.
Dile que por ella muero,
Y que esta noche me vea.

FENICIO.

Yo parto.

NERON.

¡Oh, hermosa Popea,
Que ya en mis brazos espero! (*Vase.*)

Habitacion de Agripina.

ESCENA XIX.

AGRIPINA, PALANTE, NICETO.

AGRIPINA.

¡Cómo! ¿Que me arroja así!
¡A quien sangre y ser le ha dado!

NICETO.

Esto, Señora, ha mandado.

AGRIPINA.

¡Notable monstruo parí!
¡Mi guarda me quita agora
Del palacio, y su presencia!

PALANTE.

Julia Agripina, paciencia.

NICETO.

Paciencia, noble Señora;
Que ya no es lo que solia.

AGRIPINA.

Dime, gallardo Niceto,
Tan digno de ser discreto
De su guarda y compañía,
¿Qué tiene agora Neron,
Contra todos tan airado?

PALANTE.

La inocencia lo ha pagado,
Debiéndolo la traicion.
¡Pobre Británico triste!

NICETO.

No sabré decir, Señora,
De lo que pides agora
En qué la razon consiste;
Pero lo que yo adivino,
Sin rayas de frente ó mano,
Es que tiene más de humano
Tu hijo, que de divino.
Los cinco años que ha vivido
Por Séneca gobernado,
Ha sido por él forzado,
Enseñado y instruido.
Luego que gozó de Acta,
Comenzó á mostrar Neron
Esta humana inclinacion,
Que alma y cuerpo le inquieta.
Ya trata de otra mujer,
Y tratará de otras mil.

AGRIPINA.

Es la inclinacion más vil
Que pudo Neron tener.
Pero partid los dos juntos,
Y decid que aquí le espero
Para hablarle.

PALANTE.

Considero
Que ya nos hallas difuntos.
Pero pues es despedida,
Él vendrá.

NICETO.

Guárdete Apolo.

AGRIPINA.

Decilde que venga solo,
Y que le importa la vida.
(*Vanse Palante y Niceto.*)

AGRIPINA.

Es tan extraño el temor
Que he cobrado á este cruel,
Despues que no he visto en él
Aquella gracia y amor,
Que no ha de haber en el mundo
Camino que no le allane,
Hasta que su gracia gane,
En que mi esperanza fundo.
Porque, en tenerla perdida,
¿Qué cosa tendré segura?

ESCENA XX.

NERON, FENICIO.—AGRIPINA.

NERON. (*Ap. á Fenicio.*)
Es la respuesta más dura
Que pudo esperar mi vida;
Mas parte y dile á Popea
Que cuanto quisiere haré.

FENICIO.
Allá vuelvo.

NERON.
Aquí estaré.
(*Vase Fenicio.*)

ESCENA XXI.

NERON, AGRIPINA.

NERON.
¿Quién es?

AGRIPINA.
¿Quién quieres que sea?
Quien tu martelo ha de ser,
Quien te dió ese ser que tienes,
Y la que ya á tratar vienes
Como quien no tiene ser.
En este vientre anduviste,
Aqueste pecho te di.

NERON.
¡Oh qué historias para mí!
Cese, madre, el llanto triste.
Salid de palacio luego;
Que no fué haberme engendrado
Sacarme en hombros turbado
Del mismo troyano fuego.
¡Qué bacen de encarecer
Las madres el engendrar!
Si el parir fué algun pesar,
Cobrado estaba el placer.

AGRIPINA.
Hijo de mi alma y vida,
Si hasta aquí yo te cansaba,
No era porque no te amaba,
Sino de envidia ofendida.
Que trates otras mujeres
Es lo que siento y persigo,
Pues puedes tener conmigo
Aquellos mismos placeres.
Eres hermoso y galan;
Quiérome á mi propia en tí.

NERON.
¿Posible es que yo nací
De tí! Engañado me han.
¡Oh monstruo! ¡oh furia! ¡oh portento,
Que está, de verte con vida,
Naturaleza corrida,
Y el cielo sin movimiento,
Los orbes con pesadumbre,
Sus inteligencias bellas
Con vergüenza, y las estrellas,
Planetas y astros, sin lumbre!
¡Huye mi presencia luego!

AGRIPINA.
Hijo, tente.

NERON.
¡Huye, enemiga!
¡Todo el cielo te maldiga!
¡Abrásete vivo fuego!
¡La madre á un hijo! ¡Hay tal cosa!
¡Por solo ganar su gracia!
¿En qué Libia ó en qué Tracia
Pasó tan nefanda cosa!
(*Vase Agripina, sin hablar.*)
Conviéneme reportar,
Y pues no he de dar razon,
Buscar alguna ocasion
Cómo la pueda matar.
No sepa la causa Roma;
Que parecerá muy fea.

ESCENA XXII.

FENICIO.—NERON.

FENICIO.
Ya, excelso César, Popea
Tu imperial palabra toma,
Y dice que, repudiada
Otavia, vendrá á ser tuya,
Donde la boda concluya
La voluntad confirmada;
Que ya Oton á España es ido,
Y podrás casarte luego.

NERON.
Estoy de coraje ciego:
Por hoy del amor me olvido.
Mi madre se ha de matar,
Fenicio: ¿cómo ha de ser?

FENICIO.
Pues ¿por qué?

NERON.
Porque es mujer.

FENICIO.
Alguna causa has de dar.

NERON.
Pues escucha una invencion.
Ve, y dile de parte tuya
Que para que se concluya
La paz entre ella y Neron,
Me envie algun grande amigo
Que me hable; y cuando llegue,
Y por su gracia me ruegue,
Presente estarás conmigo,
Y harás caedizo un puñal.
Yo diré que ella me envia
A matar.

FENICIO.
Parto.

NERON.
Este dia
Soy monstro y furia infernal.
(*Vase Fenicio.*)

ESCENA XXIII.

NERON.

¡Qué listo que viene y va
Este ministro! Pues bien,
Algun dia habrá tambien
En que el tambien morirá.
¡Qué á propósito un señor
Halla un traidor á su gusto!
Pues quien no perdona al justo,
¿Qué premio dará al traidor?

ESCENA XXIV.

NICETO, PALANTE, FÉLIX.—NERON.

FÉLIX.
Fuertemente Otavia toma
Que trates de su repudio.

NERON.
¿Qué quiere? ¿Que ande al estudio
Con los tirones de Roma?
¡Oh qué graciosa mujer!
Pues sepa que lo es Popea.
Decid que mil años sea,
Mostrando todos placer.

FÉLIX.
Que la goces muchos años.

NERON.
¿De aquesto poco se agravia?
No me dé ocasion Otavia...

PALANTE. (*Ap. á Niceto.*)
¡Espantosos desengaños!
¡Este es Neron! ¡Este el bueno!
¡Este el príncipe enseñado
De Séneca? ¡Monstro airado,
De furia y ponzoña lleno!

NICETO. (*Ap. á él.*)
Calla, Palante: no quieras
Lograr mal tus pocos dias.

PALANTE. (*Ap.*)
¡Tal mudanza en cuatro dias!
Mísera Roma, ¿qué esperas?

ESCENA XXV.

FENICIO, MARIO.—DICHOS.

MARIO.
Como otras veces, César invictísimo,
Llego á tus piés humilde.

NERON.
¡Oh amigo Mario!
¿Qué hay de nuevo?

MARIO.
Tu madre á tí me envía.

NERON.
Pues ¿qué quiere mi madre?

MARIO.
Hablarte quiere;
Y para que de paz se trate, dice [vido.
Que me oigas, gran Señor, si éres ser-
(*Fenicio echa un puñal desnudo á los piés de Mario.*)

NERON.
¿Qué es eso que sonó!

NICETO.
¡Supremos dioses!
¡Un puñal que en las manos trujo Mario!

NERON.
¡A matarme envió mi fiera madre! [ma!
Romanos, ¿no lo veis? ¿Qué es esto, Ro-
¡A vuestro César dan la muerte en pú-
¡Madre Roma! ¿Qué es esto! [blico!

MARIO.
¡Yo! ¿Qué dices!

FENICIO.
Pues ¿qué hay qué replicar? ¿Aquesto [niegas?

NERON.
Matalde luego.

NICETO.
¡Muera!

MARIO.
¡Oh santo Júpiter!
(*Fenicio y Niceto matan á Mario.*)

NERON.
Yo me parto de aquí, para que entienda
Esta conjuracion Roma: al Senado [go,
Quiero llevar la daga. El que es mi ami-
El que quisiere que mi amor entienda,
Mate á mi madre, libreme, consuéleme.
(*Vase.*)

FENICIO.
La Emperatriz ha de morir, romanos:
El que fuere leal, saque la espada.

ESCENA XXVI.

AGRIPINA.—PALANTE, NICETO, FÉLIX, FENICIO.

AGRIPINA.
¿Qué alboroto es aqueste? ¡A Mario han [muerto!

NICETO.
Infame Julia, que matar querias [tro,
Por mano de un traidor al César nues-

Y hacer á Roma un mal tan fiero y grave,
Hoy es tu fin.

(*Cércanla todos con las espadas desnudas.*)

AGRIPINA.

Tened un poco: un poco,
Amigos, esperad.

FENICIO.

Ya no es posible.

PALANTE.

Tened, por Dios, oilda; que es gran [lástima
Que ya que ha de morir, no la escuche- [mos.

AGRIPINA.

Sabido lo que quiero, lo que pido,
Yo sé que no podréis, hijos, negármelo.

FENICIO.

Di presto pues.

AGRIPINA.

Que la primera herida
Me deis en este vientre; que este ha sido
Causa de que Neron saliese al mundo;
Y la segunda en este pecho, en éste,
Que alguna vez le dió su leche y sangre.
¿Haréjslo ansí?

NICETO.

Sin duda.

AGRIPINA.

Pues ya muero
Contenta en que lo pague quien lo debe.

FENICIO.

Acaba ya de hablar.

(*Hiérenla.*)

NICETO.

Paséla el vientre.

PALANTE.

¡Temeraria crueldad!

FÉLIX.

¡Extraño caso!

FENICIO.

Neron vuelve.

ESCENA XXVII.

NERON.—PALANTE, NICETO, FELIX. FENICIO, AGRIPINA, *muerta.*

NERON.

¿Qué es esto?

FÉLIX.

Que ya es muerta.

NERON.

Dejádmela mirar.

NICETO.

Mírala.

PALANTE. (*Ap.*)

Creo
Que algun demonio tiene en las entra- [ñas.
Ni se le muda la color del rostro,
Ni de mirar su sangre tiene lástima.

NERON.

¡Bella mujer, por cierto! ¡hermosos [miembros!
¡Qué lindas manos! ¡qué blancura y cue- [llo!
Llevalda; que ya Roma sabe el caso,
Y cómo á Otavia repudié, y pretendo
Casarme con Popea aquesta noche:
Popea, mas hermosa que Diana,
Más bella que Lucrecia y que Semira- [mis.

PALANTE. (*Ap.*)

¡Ah corazon de piedra!

NERON.

¿Qué hay, Palante?
¡Aquí estás tú!

PALANTE.

Para servirte: dime
Qué mandas, gran Señor.

NERON.

Dicen en Roma
Que de mi antecesor fuiste privado,
Y que despues tambien lo has sido mio,
Y que con esto, toda la riqueza
Que tiene Roma has usurpado.

PALANTE.

¡Bueno!
Muy pobre estoy.

NERON.

Llevalde y dalde muerte,
Y traedme el tesoro de su casa,
Sin que dejeis hasta un tapiz tan solo.

PALANTE.

¡A mí, Señor!

NERON.

A ti.

PALANTE.

¿Por qué?

NERON.

Por rico.
¿No sabes tú que están siempre sujetos
A un golpe del ladron ó del tirano?

PALANTE.

¡Señor!...

NERON.

Llevalde: muera.

PALANTE.

¡Qué buen pago!

NERON.

Agora que estás gordo, es bien que sea.

PALANTE.

¡Ay, tirano cruel!

NERON.

¡Ay, mi Popea!

ACTO TERCERO.

Plaza.

ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO, CALIXTO.

FULGENCIO.

¡Que en estos años que de Roma falto,
Ha crecido, Calixto, la dureza
De aqueste mónstro, que en lugar tan [alto
Puso para su mal naturaleza!

CALIXTO.

Aunque este campo Viminal esmalto
De propia sangre que á verter empieza,
De la naturaleza no me quejo,
Pues fué del cielo el gusto y el consejo.
Los gentiles, que mueren como has [visto,
Esos haber nacido Neron sientan;
Que los que mueren por la fe de Cristo,
Aquel breve morir por vida cuentan.

FULGENCIO.

No deja de causar dolor, Calixto,
Ver cómo los acaban y atormentan,
Aunque, deste la Iglesia perseguida,
Goza mil triunfos de la eterna vida.
Séneca se ha apartado del gobierno,
Viéndole ya del todo aborrecido,
Y que hinche á un tiempo el cielo y el [infierno
De muertos que han bajado y que han [subido.
Todas las furias del tormento eterno
Tiene en el pecho bárbaro, vestido
De soberbia, arrogancia, crueldad y ira,
Venganza, enemistad, odio y mentira.

CALIXTO.

¿Tantos cristianos mata?

FULGENCIO.

Que han pasado
De cinco mil, y algunos [1] de gentiles.
A Publio Sila en Francia ha degollado
Y á Plauto, capitanes como Aquiles;
En músicas y fiestas ocupado,
Juegos y danzas y ejercicios viles,
Representa tragedias, y hace en ellas
Que entren hermosos mozos y donce- [llas.
Su casa, desde el monte Palatino
Al Esquilino llega, que es distancia
Como de media legua de camino:
Edificio de altísima arrogancia.
El licor de las fuentes cristalino
Es agua de odorífera fragrancia;
Los estanques [2], del mar, que muda á [veces
Para criar y para ver sus peces.
Las huertas frutüosas y jardines
De mil cuadros floríferos esmalta,
Cuyos márgenes verdes y confines
Guarda una cerca defendida y alta.
Allí corren las cabras mallorquines,
El búfalo se tiende, el ciervo salta,
Y en las jaulas de patios y leoneras
Los osos, tigres, onzas y panteras.
Las piezas de las salas, fabricadas
De jaspes, mármol, pórfido y topacio,
Envidia el sol, y las de oriente amadas
Deja para salir deste palacio.
Las techumbres y bóvedas doradas
Se van moviendo con el mismo espacio
Que el cielo, con sus orbes semejantes,
Sus eclipses, crecientes y menguantes.
Por alambiques de marfil y oro
Caen á tiempos flores y aguas puras;
Tiene baños labrados, que un tesoro
Cuestan sus aromáticas misturas:
Aquí el infame, sin real decoro,
Goza de mil deleites y blanduras;
Aquí se afeita, lava y entretiene.

CALIXTO.

¡Extrañas cosas y grandezas tiene!
¿Cómo Roma lo sufre?

FULGENCIO.

Dios lo quiere.

CALIXTO.

¿No se rebela nadie?

FULGENCIO.

Ingalaterra;
Pero vencida de Suetonio, muere
Por ofrecelle el resto de la tierra.

CALIXTO.

¿Que tales timbres un infame adquie- [re?

FULGENCIO.

Otra vez á los Partos hizo guerra,
Hasta que Tiridates vino á Roma,
Y la corona de sus manos toma.

CALIXTO.

¿Qué hay del buen Pedro y Pablo? ¿qué [se han hecho?

FULGENCIO.

Presos los tiene.

CALIXTO.

¡Oh Iglesia primitiva,
Que has de permanecer á su despecho,
Aunque al ganado de pastor nos priva!

FULGENCIO.

Gran gente viene.

CALIXTO.

Ya apercibo el pecho
Para que muerte por su Dios reciba.

1 Miles.
2 *Son agua* del mar.

ESCENA II.

NICETO, FÉLIX, FENICIO, GUARDA.—FULGENCIO, CALIXTO.

NICETO.
Mirad si son cristianos y qué gente.

FENICIO.
¿Quién vive?

CALIXTO.
Sólo Dios omnipotente.

FÉLIX.
¿Qué Dios?

CALIXTO.
El que es un Dios y tres personas,
Cuyo hijo es Cristo, en cruz por todos
[muerto.

NICETO.
Vayan presos. ¿Qué aguardas?

FULGENCIO.
¡Qué coronas
Nos muestra ya su claro cielo abierto!
(*Llévase la Guarda á Calixto y Fulgencio.*)

NICETO.
¿Así, villano, tanto error pregonas?
Presto no lo dirás, el pecho abierto.
¡Cosa es de ver el ánimo y denuedo
Con que estos mueren sin dolor ni mie-
[do!
(*Vanse.*)

—

Sala del palacio imperial.

ESCENA III.

NICETO, FÉLIX, FENICIO.

FÉLIX.
¡Qué bien Neron anoche en la comedia
Uno destos cristianos contrahacia!

NICETO.
Agora intenta hacer una tragedia
De cuando Aquiles por Briseida ardia.

FENICIO.
Si el lago para el Juéves se remedia,
Será famoso de su fiesta el dia;
Que se ha de hacer una naval batalla
Que pueda el mismo Jérjes envidialla.

NICETO.
Ayer hizo vestir á seis cristianos
Pieles de osos y ciervos fugitivos,
Y echarles perros turcos y britanos,
Que así á pedazos los comiesen vivos;
Y los sabuesos rígidos y alanos
No se mostraron á la caza esquivos,
Porque los tiene hambrientos para esto.

FENICIO.
Por Dios, que es acto mísero y funesto.
Harto más gusto yo de sus banquetes,
Que de las cazas trágicas que dices;
Que aunque cristianos, hombres son.

NICETO.
Prometes
Ménos piedad, cuando eso solenices.

FENICIO.
Eso quiero pedir que me interpretes.

NICETO.
Que no son todos pavos y perdices,
No todos francolines ni capones.

FENICIO.
En confusion, por Júpiter, me pones.

NICETO.
Convite ha hecho á algunos, en que ha
Sus mismos padres ó sus hijos. [dado

FENICIO.
¿Cómo?

NICETO.
Un pedazo cocido y otro asado.

FENICIO.
Cosa me has dicho que en mi vida cómo.

NICETO.
[usado,
Entre muchas crueldades de que ha
Es la que ménos en paciencia tomo
La que agora pretende.

FENICIO.
¿De qué suerte?

NICETO.
A Otavia quiere dar injusta muerte.

FENICIO.
¡A Otavia su mujer!

NICETO.
Sí.

FENICIO.
¿Por qué á Otavia?

NICETO.
Porque fué la mujer más virtüosa
Que tuvo Roma.

FENICIO.
Y su virtud ¿le agravia?

NICETO.
Pues ¡tiene agora más contraria cosa!

FENICIO.
¡Que á una mujer tan virtüosa y sábia
Le quiere agora dar muerte afrentosa!

NICETO.
Paso, que viene.

FENICIO.
¡Que éste el mundo asombre!

NICETO.
[bre.
Debe de ser demonio; que no es hom-

ESCENA IV.

NERON, CAMILO, GUARDA.—NICETO, FÉLIX, FENICIO.

NERON. (*A Camilo.*)
Yo lo tengo así trazado.
Por lo demás, le dirás,
Camilo amigo, al Senado
Que no me he visto jamás
A su amor tan obligado.
Bien se echa de ver quién son.

CAMILO.
Tambien muestran su aficion
En otra hazaña gentil.

NERON.
¿De qué suerte?

CAMILO.
Al mes de Abril
Le quieren llamar Neron.

NICETO. (*Ap. á Fenicio.*)
¡Ved la lisonja en que ha dado!
Que como Julio fué así
Por Julio César llamado,
A Abril llama desde aquí
Neron el ciego Senado!

FENICIO.
No hayas miedo que eso dure.

NERON.
¡Oh Fenicio! Oh buen Niceto!
Ya es razon que se procure
Aquel trazado secreto,
Como mi honor se asegure.

NICETO.
¿Es de la muerte de Otavia?

NERON.
Hoy Otavia ha de morir.

NICETO.
¿Por qué, siendo honesta y sábia?

NERON.
Porque hoy tengo de decir
Que con un hombre me agravia.

NICETO.
Pues ¿dónde un hombre hallarás
Que diga que la gozó?

NERON.
Tú has de ser.

NICETO.
Burlando estás.

NERON.
Tú lo dirás

NICETO.
¿Yo!

NERON.
Tú.

NICETO.
¿Yo!

NERON.
Tú, Niceto, ó morirás.

NICETO.
¡Señor!...

NERON.
No repliques nada.—
Camilo, lleva en prision
A Niceto.

NICETO.
Si te agrada
Darme tan mal galardon,
Pase mi pecho tu espada;
Pero no que tal se diga.

NERON.
Di, amigo, que era tu amiga;
Que yo me ofrezco á librarte.

NICETO.
No tengo que replicarte.
Preso voy: tu amor me obliga.

NERON.
No morirás.

NICETO. (*Ap.*)
¡Ay de mí!
Que éste á ninguno perdona.
(*Camilo y Fenicio se llevan á Niceto.*)

NERON.
Félix...

FÉLIX. (*Ap.*)
Ya yo tiemblo.

NERON.
Di.

FÉLIX. (*Ap.*)
No está segura persona.

NERON.
¿Cumplióse mi edicto?

FÉLIX.
¡Ah! Sí.
No queda vivo cristiano.—
Popea viene, tu esposa.

ESCENA V.

POPEA.—NERON, FÉLIX, GUARDA.

NERON.
¡Oh mi bien! Dadme esa mano
Blanca, hermosa, y poderosa
De rendir un leon romano.

POPEA.
¿Qué haceis, mi Señor, aquí?

NERON.
A Félix le preguntaba
De un edicto que hoy le dí.

POPEA.
¿Es del cristiano?

NERON.
Hoy acaba.

POPEA.
No vengo informada así.

NERON.
¿De qué modo?

POPEA.
Que se aumentan
Miéntras más los atormentan.

NERON.
¿Cómo es aquesto?

FÉLIX.
De paso
Lo refiriera, si acaso
Es verdad como lo cuentan.

NERON.
Siéntate, hermosa Popea,
Y darános la razon
Félix de lo que esto sea.

FÉLIX.
De una larga confesion,
Si della es bien que se crea,
Que por mi gusto escribí,
De un cristiano lo aprendí;
Mas no lo diré tan bien.

NERON.
Como quiera será bien:
Comienza.

FÉLIX.
Pues pasa así.
Crió Dios la luz del cielo
Y los ángeles divinos,
A quien los grandes secretos
Comunicó de su Hijo.
El más hermoso de todos,
Por su hermosura atrevido,
Con alguna parte de ellos
Rebelándose, le dijo
Que obedecer no quería
Al que no fuese más digno;
Que por la parte del hombre
No tuvo respeto á Cristo.
Pues, rebelado á su Dios,
Otro leal, puro y limpio,
En virtud de su poder
Le echó del cielo al abismo;
Que esto tambien se parece
A lo que nos pinta Ovidio
De aquellos fuertes gigantes
Contra Júpiter altivos.
Mas, volviendo á los cristianos,
Dicen que Dios, condolido
De ver las sillas perdidas
De su hermoso cielo impíreo,
Formando al hombre de nada,
Le puso en un paraíso
Con una mujer hermosa
Y un precepto mal cumplido;
Porque vedándole un árbol,
El ángel que dije vino,
Y engañando la mujer,
Ella engañó á su marido.
Comió la fruta vedada;
Que á no comerla, en mil siglos
No vieran muerte los hombres,
Enfermedad ni peligro:
No fueran menester artes,
Maestros, ciencias ni libros,
Jueces, médicos, armas,
Ni mecánicos oficios;
Pero que en pecando el hombre,
Todo á propósito vino.
Las leyes fueron primeras
En razon de su delito;
Porque citando la parte,
Y habiendo á Dios respondido,
Oyó la justa sentencia
De su acusacion castigo.
Luego el arte militar,
Porque le salió al camino
Un ángel con una espada,
Que fué de su guerra indicio.
Tras ésta la medicina,
Porque sujeto se hizo
A enfermedades y penas,
Y de la muerte cautivo.
Dicen que para librarle,
No ménos persona quiso
Que su Hijo el mismo Dios,
Que estas deudas satisfizo.
Éste se ofreció á la muerte;
Que tan alto sacrificio
Era la hostia por quien
Se perdonaba el delito.
Trató Dios de hacerse humano,
Para lo cual luego vino
Por el sí de una doncella
Un celestial paraninfo.
Dió el sí, bajó Dios, parióle
Dios y hombre, humano y divino,
Virgen ántes y despues,
Como en su parto bendito;
Que así le llama el cristiano,
Y yo tambien le bendigo
Porque en todas las naciones
Que lo ha de ser está escrito.
Éste fué aquel que en Judea
Dar la muerte Heródes quiso,
Sabiéndolo de unos reyes;
Pero él se fué huyendo á Egipto,
Despues de ser por su ley,
Como hebreo, circunciso,
Porque acababa las sombras,
Y á la verdad dió principio.
Muerto Heródes, volvió libre;
Perdióse en el templo niño;
Pero llegando á ser hombre,
Quién era á los hombres dijo.
Cuentan mil cosas de un Juan
Que le dió en agua el bautismo,
Y despues por la verdad
Dió la garganta al cuchillo.
Cristo, en fin, que es este Dios
(Que así se llaman de Cristo
Cristianos los que le siguen),
Notables milagros hizo.
Resucitaba los muertos,
Daba piés á los tullidos,
Consejo á los ignorantes,
Reprension á los altivos.
No quitó jamás á César
Su poder, mas ántes dijo:
«Dalde á Cesar lo que es suyo,»
Viendo su rostro esculpido.
Creció su [1] envidia de suerte,
Que habiendo el pueblo un domingo
De la gran Jerusalen
Con laureles recebido
A este Cristo, al punto fué
Condenado á muerte el mismo
Vendióle un amigo suyo,
Y entrególe á los judíos,
Y azotado y puesto en cruz
Dió su espíritu divino.
Resucitó glorioso,
Sacó los Padres del Limbo,
Y aparecióse á sus doce,
Que era su amado concilio.
Con su espíritu de fuego
Alumbrados y encendidos,
Van predicando su fe
Hasta los remotos indios.
Hízolos sus sacerdotes,
Dióles su cuerpo divino;
Que al altar baja del cielo
Con las palabras que dijo.
Destos es Pedro el mayor,
Pues tiene el lugar de Cristo,
El que con Pablo está preso,
Que escribe á Éfeso y Corinto.
Por el consejo de aquestos
Tantos sufren el martirio:
Y esto es, Señor, lo que dicen
Las confesiones que escribo.

NERON.
¡Notable historia!

POPEA.
Extremada.

NERON.
¿Paréceos que fundan mal
Su ley?

POPEA.
Digo que me agrada.

NERON.
No digais, Señora, tal,
Aunque no parezca errada. —
Hablemos en nuestras fiestas.

POPEA.
Dícenme que otras aprestas.

NERON.
Castillos ordeno agora,
Que han de llevar, mi Señora,
Mis elefantes á cuestas.
Allí se ha de pelear;
Que eso de los gladiatores
Ya te debe de cansar.

POPEA.
Las comedias son mejores,
Y el vértelas recitar.

NERON.
¡Qué de laureles gané!

POPEA.
¡Hermoso saliste, á fe!
Mas ¡qué de damas hermosas
Tuve esa noche envidiosas!

NERON.
¿Que en efeto te agradé?

ESCENA VI.

SERGIO.—NERON, POPEA, FÉLIX, GUARDA.

SERGIO.
Este papel es de Albino.

NERON.
Muestra, Sergio.

SERGIO.
Es muy secreto.

NERON.
Algo, por Marte, adivino.

SERGIO.
Lee para tí.

POPEA.
En efeto,
¿Qué hay de Otavia?

SERGIO.
Un desatino.

POPEA.
¿Cómo?

SERGIO.
Que presa ha quedado
Por adúltera.

POPEA.
Eso creo.

NERON.
¡Oh Júpiter consagrado!
¡Cómo tu clemencia veo!
Llamadme luego al Senado.

POPEA.
¿Qué es eso, dulce amor mio?

[1] ¿La envidia de quién? Como no está expresado, puédese sospechar que faltan algunos versos aquí, á no suponer que la expresion *creció su envidia* equivale á *creció la envidia de él*, esto es, *la envidia que de él tenian.*

NERON.

Media Roma conjurada
Contra mí; pero en Dios fio
Que ella se verá abrasada,
Y eterno mi poderío.

POPEA.

Pues ¿no me diréis quién son?

NERON.

Escuchad: Cayo Pison,
Tito, Plaucio, Rubeliano,
Andronio, Flavio, Espartano,
Cornelio, Espurio y Oton...
—No me mandeis que mas lea;
Que mas de quinientos son.
Pero hoy es bien que se vea
Que el cielo guarda á Neron:
Dios sabe para qué sea.
Toma; y al Senado di,
Fenicio, que como aquí
Van escritos, vayan luego
Dando sus cuerpos al fuego.

FÉLIX.

¡A quinientos hombres!

NERON.

Sí;
A quinientos, á ochocientos,
A dos mil, á dos millones,
Al mundo, á los elementos,
Y al cielo, si al cielo pones
En tan bajos pensamientos.

FÉLIX.

Voy. (*Vase.*)

POPEA.

¡Qué enojado que estás!

NERON.

Tú la cuartana serás,
Mi vida, deste leon:
Tiémplame este corazon.

POPEA.

Vése en las voces que das.

NERON.

Miéntras el papel leia,
Quejarte de Otavia vi.

POPEA.

Alguna queja tenia.—
Tu maestro viene aquí.

NERON.

Pues ¿es hoy de licion dia?

ESCENA VII.

SÉNECA.—NERON, POPEA, SERGIO, GUARDA.

NERON.

¿Qué hay, señor Séneca?

SÉNECA.

Agora
Me han dicho que, sospechoso
De Séneca, que te adora,
Me mandas, como á alevoso,
Sacar mi sangre traidora.
¡Esto has creido de quien
Te ha criado y te ha enseñado!

NERON.

¡Que allá estabas tú tambien!
Ya está, Séneca, mandado:
Dirás que á escoger te dén.
Toma cordel ó veneno,
O acero, si éste no es bueno;
Que esto sólo haré por tí.

SÉNECA.

¡Hijo!

NERON.

Véteme de aquí,
Sabio de ignorancias lleno.
A mi madre ¿no dijiste
Que la habia de matar,
Si reinaba?

SÉNECA.

Y ¿no lo hiciste?

NERON.

¡Eso pudiste acertar,
Y para tí no pudiste!
¡Oh astrólogo impertinente!
¿Ves cómo esa ciencia miente?
Tambien yo á hechizos me he dado,
Y la mágica estudiado;
Que soy mágico excelente.
Mas desde que vi á Simon
Bajar de la alta region
Del aire, y hacerse piezas,
No quiero más sutilezas

SÉNECA.

Hijo, escucha una razon.

NERON.

Tú ¿eres filósofo?

SÉNECA.

Sí.

NERON.

Pues ¿cómo tiemblas la muerte?

SÉNECA.

No más, no más. ¡Ay de tí
Cuando te toque la suerte!

NERON.

Echadme este hombre de aquí.

SÉNECA.

Ya por mí, César romano,
No hablo; mira á Lucano,
Gran poeta de mi tierra,
Preso sin culpa.

NERON.

No yerra
Quien te llama loco y vano.
Va á morir, y no alcanzando
Piedad, ¡para otro la pide!

SÉNECA.

Mira que vas acabando
El mundo: tu furia mide;
Que vas al cielo enojando.

NERON.

¿No es Lucano el que escribió
La Farsalia?

SÉNECA.

El mismo.

NERON.

Muera;
Que mal del imperio habló.

SÉNECA.

Hijo, Neron, considera
Quién eres, y quién soy yo.

NERON.

Infames, ¿no le llevais?
Daréos la muerte.

SÉNECA.

¡Sufris,
Cielos, tal monstro, y callais!

NERON.

Parece que no me ois.
¿Cómo de mí no temblais?
¿Cómo no tiembla quien mira
Mi rostro bañado en ira?
Yo soy el que abraso el suelo,
Yo soy los rayos del cielo;
Que los otros son mentira.
Aqueste pecho es la nube
De donde la exhalacion
A mi airada boca sube:
Rayos las palabras son,
Que como truenos detuve.
¿Quién me detiene y repara?
Para muerte, yo bastara.
¡Ojalá en esta fiereza
Fuera Roma una cabeza,
Que de un golpe la cortara!

POPEA.

Mira, mi amigo y mi bien,
Que estoy yo agora contigo.

NERON.

No te ofenda mi desden;
Que siempre en el alma digo:
«No al ángel que quiero bien.»
(*Algunos de la Guarda se llevan á Séneca.*)

POPEA.

Mil años te guarde el cielo.
Niceto y Otavia son
Los que vienen.

ESCENA VIII.

OTAVIA, NICETO, FENICIO.—NERON, POPEA, SERGIO.

NERON.

Ya recelo
De mi honor la perdicion.
(*A Otavia.*) Publica por todo el suelo
Que osaste venir aquí.

OTAVIA.

Pues dime: ¿en qué te ofendí?

NERON.

¡Adúltera vil, infame!
¿No quieres que afrenta llame
Que lo seas contra mí?

OTAVIA.

¡Yo, Señor! ¡Tal testimonio!

NERON.

¡Bien, por mi vida, guardaste
La lealtad del matrimonio!
Que de Niceto gozaste,
Juran Lépido y Antonio.

OTAVIA.

Que sean falsos testigos
Se ve en que son tus amigos.
Si á mí me quieres matar,
Mal te podrás disculpar
De tus injustos castigos;
Que Roma, que te aborrece,
Dice bien en tu presencia,
Y allá lo que le parece.

NERON.

Crece al paso mi paciencia,
Que tu desvergüenza crece.
Niceto, si la verdad
Dices, con sólo destierro
Desta sagrada ciudad
Quiero castigar tu yerro.

NICETO.

¡Oh piadosa majestad!
Verdad es, César supremo,
Que yo he gozado de Otavia.

NERON.

Di, Otavia, que yo blasfemo;
Dí que mi envidia te agravia.

OTAVIA.

Tu infamia llega á su extremo.
Di, Niceto, ¿tú has gozado
De mí, y en público dices
Que á Neron has infamado!

NICETO.

Esa verdad contradices
Como mujer que has errado.
A tu vergüenza está bien;
Pero á mí, como hombre soy,
No es bien que afrenta me dén.

NERON.

A mí, que tanto [1] lo estoy,

[1] Tan *afrentado*.

Parte me alcanza tambien.
¿Veis como se hablan los dos?
Ya no me falta, por Dios,
Sino sufrir sus regalos.
Daldes garrote en dos palos.

POPEA.

Señor...

NERON.

Y ¿rogáisme vos!
¿De qué mi afrenta ha nacido,
Sino que ante vos, mi bien,
Mi afrenta se ha referido?

NICETO.

¡A mí me matas!

NERON.

Tambien.

NICETO.

Pues ¿qué es lo que has prometido?

NERON.

¡Ah, sí! no se me acordaba.
Desterrado irás, y muera
Otavia.

OTAVIA.

¡Sentencia brava!
¡Fiera, como de una fiera
Que el género humano acaba!
No me pesa de morir,
Sino de morir culpada;
Pero mal podrá argüir
Roma de mi vida honrada
Tan deshonesto vivir.
Y pues sabe tus maldades,
Tiranías y crueldades,
Verá que para matarme
Has querido deshonrarme;
Que no porque son verdades.
Los dioses hago testigos.

NERON.

¿Qué es esto! ¿Cómo dejais
Que ansí me trate, enemigos!

OTAVIA.

Servilde bien, pues medrais,
Aduladores amigos.
Y tú, gallarda Popea,
Mira que querida fuí
Como tú, por más que sea;
Y que ha de haber para tí
Otra venganza tan fea.
Este vil mató á su padre,
Mató su hermano y su madre,
Su maestro y su mujer:
Pues ¿qué piensas que ha de hacer,
Cuando otro gusto le cuadre?
¡Ay de tí, que viva en calma
Quedas, cuando no te asombre
Este infame triunfo y palma,
Para dormir con un hombre
Lleno de sangre hasta el alma!

POPEA.

No le dieras tú ocasion;
Que muy bien mueres, villana.
Castigos del cielo son,
Que contra la culpa humana
Toma por rayo á Neron.
No es sangriento; es justiciero.

NERON.

Llevalda luego de ahí.

OTAVIA.

¡Oh Roma! sin culpa muero.
¡Ay de tí, Roma! ¡Ay de tí,
Sujeta a un bárbaro fiero!

(*Sergio y algunos de la Guarda se llevan á Otavia.*)

ESCENA IX.

NERON, POPEA, FENICIO, NICETO.

NERON.

¡Qué desvergüenza!

POPEA.

Notable.

FENICIO.

Va á morir.

NICETO.

En fin, Señor,
¿Que me destierras?

NERON.

No hable
Con Niceto mi rigor,
Que fué ministro inculpable.
Y pues yo le desterré,
Como rey le alzo el destierro.

NICETO.

Bien en tu valor se ve
Que á un tiempo castiga el yerro,
Y á un tiempo premia la fe.

NERON.

Oid lo que me ha pasado
Por la idea en este punto.

POPEA.

¿Es fiesta?

NERON.

Fiesta he trazado,
Que se alegre el pueblo junto,
No para solo el Senado.

POPEA.

Buenas para el pueblo han sido
Las que has hecho, y repartido
En ellas grande tesoro.

NERON.

Esta es digna del decoro
De mi nombre esclarecido.
Quiero á Roma poner fuego.

NICETO.

¡A Roma!

NERON.

Enciéndase luego:
Echad fuego en toda Roma;
Que mañana ántes que coma,
No habrá Roma.

POPEA.

Si mi ruego...

NERON.

¿Qué ruego? Calla, Popea;
Que en una torre los cuatro,
Que la más segura sea,
Miraremos el teatro
Como se arde y centellea.
Querria representar
De Troya el fuego, y no hallaba
Ni propiedad ni lugar.
Arda esta máquina brava;
Que esta la puede imitar.
De cuantas fiestas al suelo
He hecho con gastos tantos,
Quiero hacer fiestas al cielo.

POPEA.

Representarán sus llantos,
Su tristeza y desconsuelo.

FENICIO. (*Ap.*)

¡Qué crueldad! ¡Qué desatino!

NERON.

¡Oh, cuánto se han de alegrar
Marte y Júpiter divino!

NICETO.

Aquí no hay que replicar.
Hecho de quien eres dino.

NERON.

Los Césares mis pasados
No entendieron su poder.

ESCENA X.

SERGIO.—Dichos.

SERGIO.

Los Cónsules, obligados
A tu amor, quieren hacer
Fiesta á los dioses sagrados.

NERON.

¡Cómo!

SERGIO.

A la diosa Salud,
En cuya fuerza y virtud,
De aquella conjuracion
Fuiste libre.

NERON.

Honrados son,
Ruegan por paz y quietud.
Y miéntras ellos lo tratan,
Vamos; que tengo que hacer.

NICETO. (*Ap.*)

¡Con qué lisonjas le matan!

NERON.

Popea, Roma ha de arder,
Si mil mundos la rescatan.
Niceto, delitos graves,[1]
Es muy justo castigar.—
¡Hola! llevaldo á quemar.

NICETO.

¿Por qué?

NERON.

Porque no te alabes.
(*Vanse.*)

—

Un campo en España.

ESCENA XI.

Salen con una caja y bandera SOLDADOS ROMANOS, *y* FURIO, *y* GALBA *detrás con laurel y baston y un papel.*

GALBA.

Ya la carta de Oton, Romana gente,
Os he mostrado, y que es de Lusitania,
Donde gobierna aquella parte noble
De la famosa España, donde estamos.
¿Qué me decís del César, y su vida?

FURIO.

Si de Neron se dicen tantas cosas,
Que cinco años fué tan cuerdo príncipe,
Roma tiene enojado al alto Júpiter.
¿Posible es que un mancebo generoso
Enseñado de Séneca, haya muerto
Cien mil hombres romanos en seis años,
Por envidia los más, y sin delitos!

GALBA.

Furio, Roma se queja deste monstro,
Que dicen que ha nacido entre los hombres
Como veneno de naturaleza:
Y fuera de que Oton me avisa, os digo
Que tambien del Senado tengo cartas,
Que su muerte desea y le maldice.
Mas es su poder tanto, y tiene al vulgo
Y á la gente de guerra tan contenta
Con los repartimientos y los gastos,
Con fiestas y con vicios consentidos,
Que estima su salud con más lisonjas
Que si fuera el divino Otaviano.

[1] Esta redondilla al fin de una escena en quintillas, debe ser añadidura de otra mano que la de LOPE, pues más adelante vuelve Niceto á salir sin que se diga cómo su muerte se ha quedado sólo en amenaza.

Probablemente aunque LOPE escribió la dedicatoria de esta comedia, no veria el manuscrito dado al impresor, que lo habria obtenido de los cómicos, viciado por ellos.

Cerca está Roma de elegir un César;
Pésame de estar léjos por vosotros,
Que yo os diera su Erario y sus oficios,
Como quien sabe vuestros altos méri-
[tos;
Que para mí ya veis que yo soy viejo,
Y que el imperio no le estimo en nada.

FURIO.

Pues ¿qué importa, Señor, que léjos vi-
[vas,
Y que te coja en Aragon de España
La nueva de Neron aborrecido?
Soldados tienes tú, tú tienes hombres
Que en Roma te pondrán sobre los
[hombros;
Que no somos plebeyos, sino militas,
Usados á rendir el fiero esfuerzo
De los rebeldes pechos españoles,
Mas invencibles que orientales fieras.
¿Qué os deteneis, soldados? Galba es
[César,
Galba es emperador.

TODOS.

¡Viva mil años!

GALBA.

Soldados, ¿qué decís!

FURIO.

Que Sergio Galba
Es el invicto emperador de Roma.

GALBA.

Aceto vuestro honor por sólo honraros,
Para satisfacer vuestros servicios,
Para daros oficios, rentas, pagas,
Y lo que debe Roma á vuestra sangre.

FURIO.

¡Viva Galba, soldados, y reciba
La corona en España!

TODOS.

¡Galba viva!

(*Vanse.*)

—

Plaza, y á un lado una torre desde la cual se ve á Roma ardiendo.

ESCENA XII.

NERON, POPEA, NICETO Y FENICIO, *en la torre.*

LOS CUATRO. (*Tañendo y cantando.*)

Mira Nero de Tarpeya
A Roma cómo se ardia:
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia.
¡Qué alegre vista!
Por representar á Troya,
Abrasarla quiso un dia,
Para hacer fiesta á los dioses
Que desde el cielo la miran.
¡Qué alegre vista!
Con su gallarda Popea,
Dueño de su alma y vida,
Mira el incendio romano
Cantando al son de una lira.
¡Qué alegre vista!
Siete dias con sus noches
Arde la ciudad divina,
Consumiendo las riquezas
Que costaron tantas vidas.
¡Qué alegre vista!

NERON.

No cantemos más; que ya
Parece que el fuego cesa,
Y que aplacándose va.

POPEA.

Ya su máquina confiesa,
Señor, que vencida está.

NERON.

¡Qué bien se ha representado!
¡Qué de Anquises, qué de Enéas
Desde aquí habemos mirado!

POPEA.

Con tu patria es bien lo seas,
Y no como griego airado:
Baja á darle algun consuelo.

NERON.

Quiérola reedificar,
Pues la he puesto por el suelo:
Mi nombre la haré llamar.

POPEA.

Bien haces: guárdete el cielo.

(*Vanse*)

ESCENA XIII.

VIRGINIO Y GALO, *en la plaza.*

VIRGINIO.

¡Misera, Roma, de ti
En las manos de un tirano!

GALO.

Dais quejas al viento en vano,
Virginio, llorando así.
El pueblo infame contento
Y el vil Senado cobarde
Quieren que al cielo se guarde
La muerte deste sangriento,
Y de manera consiente
El uno y otro sus daños,
Que ha de llegar á cien años
Y morir naturalmente.

VIRGINIO.

Si algun hombre de valor
Este Senado tuviera;
Si algun Cévola viviera,
Que no vió el rostro al temor;
Si algun Horacio ó Torcato,
No viera Roma abrasar
Su muro antiguo, ni dar
Tal venganza á un hijo ingrato.

ESCENA XIV.

LUCIO, HORTENSIO.—DICHOS.

LUCIO.

Los dioses os dén salud.

VIRGINIO.

¿Para qué, Lucio, si ha muerto
En Roma el santo concierto,
La verdad y la virtud?
¿De qué sirve hacer Senado?
¿A qué, Señores, venis
Si un tirano consentis,
Mancebo precipitado?
¿A qué os juntais? ¿Qué quereis?

HORTENSIO.

Tiene Virginio razon;
Que esto, Senado, es traicion
Que á la misma Roma haceis,
Pues se sabe que por miedo
La lisonja y la maldad
Han vencido á la verdad:
Perdonad si en esto excedo.
Cuanto más este enemigo
La república destruye,
En quien el infierno influye
Su envidia, furia y castigo,
Tanto más haceis por él
Ruegos y demostraciones
De plegarias y oraciones.

LUCIO.

No es cruel; Roma es cruel:
Y así ha permitido el cielo
Que la abrase y la deshaga;
Que ha sido la justa paga
De su injusto y falso celo.
¿Qué le falta ya que hacer,
Si muertos los ciudadanos,
Quema la ciudad, romanos,
Que áun hoy no cesa de arder?
Salga una romana espada,
Salga un Bruto, un Mario, un Sila:
Mirad que en vos se aniquila
La sangre teucra heredada.

ESCENA XV.

VITELIO, SULPICIO.—DICHOS.

VITELIO.

¡Parece que hay alboroto!

SULPICIO.

¡Oh Cónsules!

VIRGINIO.

¡Oh Sulpicio!
¿Habemos vuestro ejercicio
Acaso deshecho y roto?

SULPICIO.

Aunque es cosa de sospecha
Esto que aquí se trataba,
A quien tanto Roma alaba
Todo peligro desecha.

VITELIO.

¿Es acaso del tirano?

HORTENSIO.

¿De quién se puede tratar?

VITELIO.

Pues ya bien podeis hablar,
Senado y Pueblo romano.

HORTENSIO.

¿Cómo?

VITELIO.

Que hay emperador,
Y emperadores tambien.

GALO.

Quiéroos dar el parabien,
Y Roma os le dé mayor.
Aunque en ser tantos hay daño,
No es mucho, pues es tan grande
Que este tirano la mande,
Del género humano extraño.
¿Quién se alzó? Quién lo pretende?
Que si alguien nos favorece,
Hoy este mónstruo perece,
Que así á cielo y tierra ofende.

VITELIO.

Julio Vindice, que fué
Capitan de las legiones
En Galia, alzó sus pendones,
Negando á Neron la fe.
En Jerusalen está
Contra el rebelado hebreo
Vespasiano, que el deseo
Del imperio os muestra ya.
La mayor parte de España
Con Sergio Galba se alzó,
Y en Alemania salió
Rufo Virginio en campaña.
Veis aquí cuatro señores,
Y que no ménos Oton
Muestra al imperio aficion,
Y es sangre de emperadores.
Ánimo, Pueblo romano;
Que ya marcha tanta gente,
Por quien alzaréis la frente
Del yugo deste tirano.
Y cuando no, mejor es
Morir, que ver abrasada
A vuestra ciudad sagrada,
Y de un muchacho á los piés.

GALBA.

Bajo, Vitelio famoso;
Que las nuevas nos animan
De suerte, que sólo estiman
A Júpiter poderoso.

Aquesta conjuracion
Se jure, y al templo vamos.—
¿Juráislo así?

TODOS.

Sí juramos.

GALBA.

¿Quién ha de morir?

TODOS.

Neron.

GALBA.

Pues alto; que esto consiste
En el secreto no más.
¡Ah Roma! Presto serás
Señora como ántes fuiste.

(*Vanse.*)

—

Sala del palacio imperial.

ESCENA XVI.

NERON, POPEA, NICETO, FENICIO.

NERON.

Acaba; suelta el papel.

POPEA.

Deja, no me dés enojos:
Que, por vida de tus ojos,
Que he de ver lo que hay en él.

NERON.

¿De mí tienes celos!

POPEA.

Pues
¿De quién quieres que los tenga?

NERON.

¿Quieres que la mujer venga
En el papel?

POPEA.

¿Cúyo es?

NERON.

De una romana matrona,
Viuda de un capitan
De los que en España están
Entre Augusta y Tarragona.

POPEA.

¡Viuda! Tanto peor.

NERON.

Suelta ya, no seas pesada;
Que es noble y persona honrada.

POPEA.

O tengo ó no tengo amor.
Si tengo amor, celos tengo:
Pues con celos, esta culpa
De ofenderte es la disculpa,
Con que á disculparme vengo.
¿Qué te pide?

NERON.

Por la muerte
Del capitan su marido,
Que en España muerto ha sido
Subiendo á una torre fuerte,
Alguna merced me pide.

POPEA.

¡Sonríeste! Tú me agravias.
Pues no son todas Otavias,
Ni á mí el divorcio me impide.
Vivo tengo yo mi Oton
En Lusitania de España.

NERON.

¡Hay necedad tan extraña!
¡Tú á Oton, viviendo Neron!
Mataréla.

POPEA.

Paso, paso...
¡Mira que preñada estoy!

NERON.

Por dos coces que te doy
No temo siniestro caso.
Y tú debes hablar bien,
Sin fiarte en que te adoro.

POPEA.

¡Ay! ¡Ay!

NERON.

¡Qué fingido lloro!

(*Cae Popea.*)

NICETO.

Y verdadero tambien.
¡Viven los dioses, que espira!
¿Cómo en el vientre le has dado?

NERON.

¡Triste de mí! ¡Desdichado!
¡Ah, mi mujer! No me mira.
¡Ah, mi Popea! No habla.
¡Ah, mi gloria! No se mueve.
Cubrió las rosas de nieve,
Perdió para siempre el habla.
¡Ah, dulce bien!

FENICIO.

La funesta
Parca tiene el alma asida.

NERON.

No hice cosa en mi vida
Que me pesase, sino ésta.
Llevalda presto de aquí.

(*Niceto y Fenicio la llevan.*)

¡Maldiga el cielo el papel,
Pues hice cosa por él,
Que no la hiciera por mí!
¡Ay, desdichada Popea!
¡Oh infame enemigo Oton,
Que al fin diste la ocasion
Para una hazaña tan fea!

(*Vuelve Fenicio.*)

¿Qué la hicistes?

FENICIO.

En la cama
La echamos.

NERON.

Y ¿no respira?

FENICIO.

No hay hablar en eso.

NERON.

Mira
Si áun tiene aliento su llama;
Que volverla en sí presumo,
Si áun no está del todo fria
Con la llama de la mia,
Como á vela por el humo.

(*Vuelve Niceto.*)

NICETO.

Señor, ya no hay qué llorar.
Popea y tu hijo han muerto.

NERON.

¡Que hubo cosa en que fué cierto
Que yo tuviese pesar!

ESCENA XVII.

SERGIO.—NERON, NICETO, FENICIO.

SERGIO.

¡Oh gran Emperador! ¡Oh invicto César,
De quien ayer y áun hoy temblaba el [mundo!
Huyendo hasta los justos de tu cara!
Huye, si puedes, del rigor de Roma.

NERON.

¿Qué dices, hombre! ¿Vienes en tu seso!
¿Que huya, dices, el mayor monarca
Que tiene el mundo, ni tendrá, ni tuvo?
¿Sabes que hablas con Neron?

SERGIO.

Y ¿sabes [do?
Que á ese mismo Neron busca el Sena-

NERON.

¡A mí el Senado!

SERGIO.

A ti, para matarte;
Que á muerte por escrito te condena,
Y te llama enemigo de la patria.

NICETO.

Señor, pues hombre humano se te atre-
Gran mal es este: por tu vida mira. [ve,

NERON.

¡A mí el Senado me condena á muerte!

SERGIO.

A ti el Senado á muerte te condena.

NERON.

¿Quién le ha dado favor?

SERGIO.

Cuatro colunas
En quien apoya esta esperanza Roma.

NERON.

Derribarélas yo.

SERGIO.

¿Cómo es posible?
Que están léjos y tienen tus ejércitos.

NERON.

¿Quién son?

SERGIO.

En Galia el bravo Julio Vindice,
Sergio Galba en España, en Alemania
Rufo Virginio, y Tito en Palestina.

NERON.

¡Oh injusto y fiero Júpiter! ¿Qué es esto!
¿Qué haré, Niceto? ¿Si hablaré al Sena-
[do?
¿Si saldré para ver lo que me quieren?
¿Si se sosegarán con mi presencia?

FENICIO.

Señor, aqueste es vulgo amotinado;
Huye, y guarda tu vida, ó por lo ménos,
Si mueres, muere por tu propia mano.

NERON.

Aquí en esta bujeta de oro tengo
Ponzoña con que puedo darme muerte,
Sin dar esa venganza á mis contrarios...
—Ya suena el gran rigor.

FENICIO.

Pues huye.

NERON.

Vamos.

NICETO.

Hasta morir, Fenicio, le sigamos.

(*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

LUCIO, HORTENSIO, VITELIO, SULPICIO, GALO, VIRGINIO y PUEBLO, *todos armados.*

VIRGINIO.

Saqueen los soldados cuanto hallaren.
Romped aquesas arcas y tesoros.

GALO.

¿Cómo es esto, Sulpicio? ¿No parece
El tirano Neron?

LUCIO.

¿Si está escondido?
Avisado le habrán estos privados,
De quien se gobernaba en tiempo prós-
[pero.

VITELIO.

Todos le habrán dejado en el adverso.

LUCIO.
¡Bravo estrago se hace en sus riquezas!
Aprisa, aprisa, hinchid, hinchid, roma-
En el tesoro de Neron las manos. [nos,
(*Éntranse saqueando y riñendo sobre quitarse lo que cogen.*)

—

Casa rústica.

ESCENA XIX.

NERON, UN LABRADOR; *despues*, NICETO *y* FENICIO.

NERON.
¿Que podré estar escondido
En esta heredad?

LABRADOR.
Señor,
En Roma siento el rüido;
Si sois el Emperador,
Vos seréis mal recebido;
Que aquesta pobre heredad
Es cerca de la ciudad.

(*Salen Niceto y Fenicio.*)

NICETO.
Huye, Señor, si hay adonde,
O en el abismo te esconde,
Si allá ignoran tu crueldad.
Toda Roma entra contigo.

NERON.
Pues ¿qué haré, Niceto amigo?
¿Si tomaré este veneno?

FENICIO.
Donde no hay consejo bueno,
Tomar el del enemigo.

NERON.
¿Cómo?

FENICIO.
Si él viene á matarte,
Mátate tú.

NERON.
Bien. Pues quiero
Probarme por esta parte.

(*Prueba la daga.*)

¡Qué miedo tengo al acero!
¡Pese á Júpiter y Marte!
¡Oh vida, á los hombres cara,
Y cuánto el perderte altera!
¡Esto es morir! Cosa es clara
Que si su pena supiera,
Nunca yo á tantos matara.
¿Quiere alguno de los dos
Matarse?

LABRADOR.
¡Bueno, por Dios!
¡Ved con lo que nos convida!

NERON.
No os defendais tanto, vida,
Pues tantas quitastes vos.
¡Júpiter conmigo sea![1] (*Hiérese.*)
Muero ya. ¡Popea! ¡Popea!

ESCENA XX.

PUEBLO; *y luego*, GALBA, VITELIO, VIRGINIO, HORTENSIO, LUCIO, SULPICIO, SOLDADOS — NICETO, FENICIO, UN LABRADOR; NERON, *muerto*.

PUEBLO. (*Dentro.*)
¿Adónde está aquel tirano?

NICETO.
Ya viene el pueblo romano.

LABRADOR.
¡Qué cara ha puesto tan fea!

NICETO.
Huye, Fenicio.

FENICIO.
Eso intento.

(*Vanse los dos, y salen Galba y los demás.*)

GALBA.
¿Dónde está aquel vil sangriento?

LABRADOR.
Agora se ha muerto aquí.

VITELIO.
¿Quo áun no me aguardase á mí!

VIRGINIO.
¡Áun pienso que es fingimiento!
La sangre quiero tentar.

HORTENSIO.
¡Ved en qué vino á parar
Quien hoy el mundo mandaba!

LUCIO.
Todo con la muerte acaba,
Sino sólo el bien obrar.

GALBA.
Senado, César ha sido:
Dalde entierro; que es honor
De Roma y vuestro.

LUCIO.
Elegido
Ha de ser emperador
Por Roma: este bien os pido,
Porque no quedará salva
Cosa desta noche al alba,
Si no hay César.

VITELIO.
Galba sea,
Que es el que Roma desea.
¡Viva Galba!

TODOS.
¡Viva Galba!

GALBA.
Dése en el foro un pregon.

SULPICIO.
Aquí, ilustre y sábia union,
A vuestro honor recitada,
Hace fin *Roma abrasada*
Y crueldades de Neron.

[1] La nota de la edicion antigua dice: «*Métase aquella daga de la invencion de Bárbara.*» Alude sin duda á la famosa actriz Bárbara Coronel. La tal daga sería como los cuchillos ó puñales de que se hace uso en los juegos de manos: instrumento sin punta, en que la hoja, cuando es preciso, se entra y oculta en el mango.

LOS RAMILLETES DE MADRID.

PERSONAS.

MARCELO, *caballero.*	INÉS, *criada.*	BELISA, *dama.*	CABALLEROS.
FABIO, *lacayo.*	OTAVIO, *viejo.*	CLARA, *criada.*	DAMAS.
LISARDO, *alférez.*	LIDIO, *paje.*	LISEO.	VIZCAINOS.
FINEO, *caballero.*	LUCINDO.	CELIO.	MÚSICA.
ROSELA, *dama.*	LAUSO.	DOMINGA, *labradora.*	GENTE.

La escena es en Madrid y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Calle en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

MARCELO y FABIO, *de camino.*

MARCELO.

¿Hay gusto como llegar
Un ausente adonde quiere?

FABIO.

Conforme le sucediere,
Y mas en este lugar.

MARCELO.

¿Qué puedo, Fabio, temer?
¿No está Belisa segura?

FABIO.

Si hay en la Corte hermosura,
Es la de aquesta mujer.

MARCELO.

Pues ¿qué más seguridad?

FABIO.

¡Segura, y mujer hermosa!

MARCELO.

Sí, porque en ella es forzosa
La arrogancia y gravedad
Y la presuncion de sí.
Ménos segura es la fea;
Que al primero que la vea,
Dirá mil veces que sí;
Porque está desconfiada
Que si aquel galan se va,
En un año no hallará
Otro que le diga nada.
Una hermosa, en confianza
De los que la han de querer,
Por lo que ha de merecer,
Desestima lo que alcanza.

FABIO.

De manera que las feas
Son fáciles.

MARCELO.

Esto siento.

FABIO.

¡Dichoso tu pensamiento,
Que en tal belleza le empleas!

MARCELO.

Mil gracias, Fabio, le dan
Mis celos: celoso estuve
Del Alférez con quien tuve
La pesadumbre en Milan.
Por él la guerra dejé;
Y en la que me dieron celos,
Por la piedad de los cielos,
Ya pongo en Madrid el pié.

FABIO.

Sospechas me dió que habia
Aquel Alférez valiente
De procurar libremente,
Señor, tu muerte y la mia;
Que como buen escudero
Me afirmé con don Lüis,
Cuando tras de aquel mentís,
Le diste con el sombrero.
En fin, ha sido cordura
Dejar, Marcelo, á Milan
Por Madrid, adonde están
Las armas de la hermosura.
Esta es la casa en que vive
El dueño de tu cuidado.

MARCELO.

¡Oh edificio, el más honrado
Que el tiempo en la fama escribe!
¡Oh caja de la belleza
De un ángel, cuyos umbrales
Exceden los orientales
En resplandor y en riqueza!
¡Oh puerta del sol hermosa!...

FABIO.

Con su fruta y su pescado.

MARCELO.

En cuyo alcázar dorado
Vive el aurora, su esposa.
¡Aquí sí que ménos vanas
Fueran con varias molduras
Las griegas arquitecturas
Y las soberbias romanas!
Pero será la mayor
La firmeza de Belisa,
Porque ya el alma me avisa
De la que tiene su amor.—
Si has llorado, si has sentido
Mi ausencia, bien te he pagado;
Pues la he sentido y llorado
Hasta perder el sentido.

FABIO.

¿No me dejarás á mí
Hacer otra exclamacion!

MARCELO.

¿Tienes á Inés aficion?

FABIO.

Participada de ti.
Cuando un amo quiere bien,
Es descomunion, Señor,
Que todos tienen amor
Cuantos le tratan y ven:
Amor tengo; que es el tuyo
Amor de participantes.—
¡Oh más que el sol rutilantes
Umbrales, oriente suyo!
¡Oh casa de una platera,
Tan limpia en su proceder,
Que sin plata puede hacer
Las Indias en Talavera!
A tu espetera me inclino
Más que á armería en Milan.
Por ti dijo el gran Liñan,
Aquel ingenio divino:
«Tanto lustre y gracia reina
En lo que friega Inesilla,
Que parece su vajilla
Talavera de la Reina.»

MARCELO.

Desvía, ignorante, y mira
Que sale el sol.

ESCENA II.

BELISA, INÉS.—MARCELO, FABIO.

BELISA.

¿Qué me cuentas!
¡Marcelo en Madrid!

INÉS.

Si intentas
Hacer la verdad mentira,
Vuelve los ojos á ver
Que aguarda, abiertos los brazos.

MARCELO.

Si puede justos abrazos
Un ausente merecer,
Voy á tu pecho, mis ojos,
Tras mil siglos de no verte,
Para dar vida á mi muerte,
Y dar muerte á mis enojos.
—¿Qué es esto? ¿Los brazos dejas
Caer con tibieza tanta!
¿Ya mi presencia te espanta!
¿Ya de mi pecho te alejas!
¿No me abrazas?

BELISA.

¿Por qué no?

MARCELO.

Pues ¿con esa flojedad!
¿No sabes que á la amistad
Estrecha el sabio llamó,
Porque es de las almas lazo,
Apretado de tal suerte,
Que no le rompe la muerte?

BELISA.

¿Cómo ha de ser un abrazo?
Que yo no pienso, Marcelo,
Que, para honesto, ha de ser
De otra suerte.

MARCELO.

¡A tanto arder,
Tales efetos de hielo!
Basta: engañado he venido.

BELISA.

¿Cómo te ha ido en Milan?

MARCELO.
Tus mudanzas te dirán
De la suerte que me ha ido.

BELISA.
Mucho me espanta de verte,
Sin acabarse la guerra.

MARCELO.
El verte, no el ver mi tierra,
Me trajo de aquesta suerte,
Y una bien necia quistion
Que con un Alférez tuve,
Donde sospecho que anduve
Como era mi obligacion.

BELISA.
¿Quistion con Alférez?

MARCELO.
Sí;
De que pudo resultarme
Lo que me obliga á ausentarme.

BELISA.
Luego ¿no ha sido por mí?
Ahora bien: ¿tienes salud?

MARCELO.
Salud debo de tener,
Si no la vengo á perder
En esta nueva inquietud;
Que, si te digo verdad,
Apénas puede el deseo
Persuadirse á que te veo,
Viendo tanta novedad.
Que la hay en tu pensamiento
Ya no lo puedo dudar,
Pues no te puedes forzar
A un forzoso cumplimiento.
Yo he venido, y no es razon
Tenerte en pié desta suerte.
Basta el verte, y basta el verte
Con salud y sin pasion.
Mira si me mandas algo,
Aunque más ausente estoy
Que en Milan; porque te doy
Mi palabra, á fe de hidalgo,
De no rehusar cosa alguna
Que de tu servicio sea.

BELISA.
Así es razon que lo crea,
Sin poner duda ninguna.
¿Mandas otra cosa?

MARCELO.
No.

BELISA.
Dios te guarde.

MARCELO.
Y á ti.

(*Éntrase Belisa en su casa.*)

ESCENA III.

MARCELO, INÉS, FABIO.

FABIO.
Inés...

INÉS.
¿Quieres algo?

FABIO.
Que me dés,
Si soy tan dichoso yo,
Los brazos por bien venido.

INÉS.
¿Cómo te los puedo dar,
Si el ejemplo he de imitar
De lo que has visto y oido?

FABIO.
Luego ¿ya se ha declarado
El olvido de Belisa?

INÉS.
Cuidado que vino aprisa,
Con prisa fué descuidado.
¡Es gran bellaca el ausencia!

FABIO.
¿Hay alguna novedad?

INÉS.
Un poco de voluntad
Y casi correspondencia.

FABIO.
Mujer que quedó llorando,
¿Tan presto se ha vuelto hielo!

INÉS.
Fabio, el amor es buñuelo,
Que ha de comerse abrasando.
Hiélase amor en ausencia.
Mudó Belisa galan.

FABIO.
Y ¿tan adelante están?

INÉS.
No hay sino prestar paciencia.
¿Mandas otra cosa?

FABIO.
No.

INÉS.
Dios te guarde. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MARCELO, FABIO.

FABIO.
¿Ves qué tienes
Donde tan seguro vienes?

MARCELO.
¡Ay! que mi amor me engañó!

FABIO.
Una hermosa, en confianza
De los que la han de querer,
Por lo que ha de merecer,
Desestima lo que alcanza.—
¿Qué te parece, si están
Las hermosas más seguras?

MARCELO.
¡Pluguiera á Dios, desventuras,
Que me matara en Milan
El Alférez á quien di
Con el sombrero en la cara,
Antes que la tuya hallara
Tan airada contra mí!
¿Qué dice Inés?

FABIO.
Claramente
Dice que hay otro.

MARCELO.
No engaña.

FABIO.
No miente quien desengaña;
Sólo quien engaña miente.
¡Vive Dios, que la mujer
Que dice luego: «yo tengo
Dueño, á no engañaros vengo,»
Que es de noble proceder!
Unas bellaconas que hay
(Que en Madrid no pocas vi),
Que toman deste el tabí,
De aquel el sutil cambray,
Ya la joya y ya el regalo,
Y á todos dicen: «Vos solo
Sois mi dueño, sois mi Apolo»,
Quisiera ver en un palo,
O hacer fruta de sarten
De sus ánimas.

MARCELO.
¡Ay Fabio!
¿Qué haré con tan claro agravio?

FABIO.
Consolarte.

MARCELO.
Dices bien.
Pero ¿dónde está el consuelo?

FABIO.
¿Dónde? En cuatro mil mujeres.

MARCELO.
¡Que quiera, queriendo, quieres?

FABIO.
De amor, al amor apelo.

MARCELO.
Pues ¿dónde quieres que tope
Quien pueda querer ansí?

FABIO.
Pienso que una vez leí
En las rimillas de Lope
Que el querer olvidar era
El principio de olvidar.

MARCELO.
Yo quiero.

FABIO.
Ven á buscar
A quien quieras y te quiera.

MARCELO.
¿Dónde?

FABIO.
En el Prado.

MARCELO.
He pensado
Que son verdes pensamientos.

FABIO.
Bien dices; que es de jumentos
Enamorarse en el prado.
Pues ir á la iglesia á ver
Mujeres, es gran maldad.

MARCELO.
Injusta infidelidad
Fué siempre, á mi parecer.

FABIO.
Óyeme atento, así vivas.
Junto á la plaza Mayor
Tiene Madrid una calle,
Que la Imperial se llamó.
Trasladó la primavera
Sus vestidos de color
A esta calle, y áun el año
Todo el suyo trasladó:
Que todos sus doce meses
La ofrecen ó yerba ó flor,
Porque Madrid es tan fértil,
Que las da á cualquier sazon.
Jardineros y aldeanas,
Como cuadros de labor,
Con mil varios ramilletes
Componen hileras dos.
Allí trae sus macetas
Codicioso el labrador
De Leganés ó Getafe,
Fuenlabrada ó Alcorcon.
Salen las hermosas damas
A ser deste campo el sol,
Y en los ramilletes paran,
Porque como abejas son.
La que es hermosa, parece
Entre las flores mejor;
La fea no desagrada:
Tanto puede el buen olor.
Las viejas hallan la ruda,
Las niñas, la que tomó
El nombre de Valeriano,
El romano emperador.
Las hechiceras el maro
Y otras yerbas que sé yo;
El apio las opiladas,
Si un niño es opilacion.
A este paso los claveles,
La violeta, flor de amor,
El alelí y el jazmin,
La azucena y girasol.

Madruga, Señor, mañana;
Que el campo siempre engendró
Amores y pensamientos,
Y esta es notable ocasion,
Pues no hay lugar en el mundo
Que desde el alba á las dos
Plante un jardin, que á la tarde
Es piedra, es lodo y peor.
Escoge en sus ramilletes
Alguna gallarda flor,
O alguna yerba, que cure
Esta tu necia aficion.

MARCELO

Tu consejo aceto, Fabio.
Mañana al aurora voy
A ver esos ramilletes;
Aunque es antigua opinion
Que no cura amor con yerbas.
Dadme templanza y favor,
Ramilletes de Madrid;
Que me abraso de aficion.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

EL ALFÉREZ LISARDO, FINEO, CELIO.

ALFÉREZ. [vio:

Pienso que en ver mi casa os hice agra-
Tal es mi voluntad y lo que os debo.

FINEO.

Procedeis como amigo y como sabio,
Y no es honrarme en vos, Alférez, nue-

ALFÉREZ. [vo.

De ver mi hermana, de mi padre Otavio,
Ménos el gusto satisfecho llevo,
Que de veros contento y bueno.

FINEO.

Ausente [te?
De vos, ¿qué bien habrá que me conten-
Vuelvo á daros mis brazos, y estad cier-
[to
De que he sentido vuestra ausencia tan-
[to,
Que hasta tomar en vuestro pecho puer-
[to,
Mi sentimiento ha sido un mar de llanto.
Y porque de teneros encubierto
El mio no se ofenda el cielo santo
Que estima la leal correspondencia,
Oidlo que ha pasado en vuestra ausen-
El dia que celebra á su patrona, [cia.
Madre de la mejor madre del suelo,
Esta famosa villa, que corona
Sus armas con estrellas como el cielo,
La rica plaza, que de ser blasona
Fértil de cuanto al aire extiende el vue-
Arboles crian, ó la yerba pace, [lo,
Fui á ver: la fiesta que con luces hace.
Iban pisando la regada arena
Tres ó cuatro mujeres en manteo,
Que cada cual pudiera ser sirena
En el golfo del mar Partenopeo.
La soberbia del oro, que encadena
Tal vez los ojos á mayor deseo,
Me llamó, me llegó más atrevido
Que fui por los principios recebido.
Cúpome la más bella y más discreta.
Hablamos: no le fué desagradable;
Que en tales noches á la mas quieta
Obliga el tiempo á libertad notable;
Y esto de negociar sin estafeta,
Sino que á boca se responda y hable,
Abrevia dilaciones de tal modo,
Que allí se ha de ganar ó perder todo.
Prometíles ventanas y merienda.
Vieron los toros, y esa noche tuve [da
Puerta en su casa: no porque se entien-
Que más que con los ojos me entretuve.
Sólo me ha dado una esperanza en pren-
[da,
Que al cielo claro de su sol me sube,
Si no pretende fácil engañarme
Para despues difícil despeñarme.
Así paso los dias con papeles,
Y las noches con armas á su puerta,
Hasta que con sus labios de claveles
Roja y blanca la aurora al sol despierta;
Pero á no me matar celos crueles
De un cierto ausente, aunque con pena
[incierta,
No pienso que el estado de mis males
Hallara bienes que llamara iguales.
Díjome una criada que tenia
Correspondencia allá con un soldado,
Primero amor de aquesta prenda mia,
Que del Duque de Sesa fué criado;
Mas que desconfiada que vendria,
O agradecida á mi mayor cuidado,
Le olvidaba por mí, cuyos desvelos
Me matan de su amor y de mis celos.

ALFÉREZ. [sencia

¡Pluguiera á Dios que yo de vuestra au-
Os pudiera contar la misma historia,
Y más, que el asistir á su presencia
Son actos para el fin de la vitoria.
Hace mi mal al vuestro diferencia [ria.
Por la distancia que hay de pena á glo-
Vos en casos de amor vivis dudoso,
Yo en los de honor, ni alegre ni dichoso.
Y para que sepais con qué disgusto
Vengo á Madrid, sabed que estando un
[dia
No léjos de Milan el campo augusto,
Salió de la española infantería
Un cierto aplauso de contento y gusto
De hablar en la retórica y poesía:
Porque suelen tal vez andar las musas
En las armas y pólvora confusas.
Yo discurrí por los que España goza,
Como Gregorio Hernandez, que al Par-
[naso
Dió nueva luz, don Diego de Mendoza,
Don Fernando de Acuña y Garcilaso.
Un muy discreto entre la gente moza
Dijo que el Ariosto solo y Taso
Eran poetas, porque desta ciencia
Gozaba España estado de inocencia.
Yo dije que no sólo los pasados
En letras y conceptos excedian,
Pero que ser del mundo celebrados
Muchos de los presentes merecian.
Respondióme que legos, engañados
De vulgares aplausos, escribian,
Y que eran gente sin dotrina alguna,
Pobres en la virtud y en la fortuna.
—«Muchos conozco yo muy principa-
[les»,
Le dije entónces, «y es pasion muy necia
No honrar un español sus naturales;
Pues á sí mismo en ellas se desprecia.»
«Vos sois el necio (replicó); que tales
Son como quien sus necedades precia.»
—«Mentís,» le dije; y él me tira luego
El sombrero á la cara, vuelto en fuego.
Esto es decir verdad: sola una pluma,
Del trencellin entónces desasida,
Me tocó el rostro; y por decirlo en suma,
Le di riñendo una pequeña herida. [ma
Si afrentan plumas, que lo estoy presu-
Mi honor; mas la quistion controvertida,
Él dicen que lo está, cuantos Guzmanes
Aste, alféreces tiene, y capitanes.

FINEO.

Lisardo, nunca ofenden plumas viles,
Mayormente de bárbaros sujetos,
O cortadas, groseras ó sutiles;
Que todos para el mal nacen discretos.
Si fueras Héctor tú, si el griego Aquiles,
No pudieras salir con más efetos
Honrado de suceso semejante.

ALFÉREZ.

Con esto no pasamos adelante.

FINEO.

Pues ¿hízose amistad?

ALFÉREZ.

Partióse luego,
Y no le he visto más.

FINEO.

No os dé cuidado.
Venid á ver el fénix de mi fuego,
Único como yo por abrasado;
Que quiero que veais si amor es ciego.

ALFÉREZ.

Ya no es ciego el amor, sino vendado.
Decidme el nombre.

FINEO.

Si es Belisa, ¿es bueno?

ALFÉREZ.

Está de gracias y excelencias lleno.
(*Vanse.*)

—

Plaza Mayor de Madrid, con salida á la calle Imperial.

ESCENA VI.

ROSELA y CLARA, *con mantos, y con ramilletes en las manos.*

ROSELA.

¿Hay en el mundo jardin
Como aquesta hermosa calle!
Digo que Valencia calle,
Calle su azár y jazmin.

CLARA.

Y más si por serafin
Deste paraíso estás;
Porque tan hermosa vas,
Que parece que estas flores,
Si no hurtaron tus colores,
Confiesan que se las das.

ROSELA.

¿Hay tan lindos ramilletes?
¿Hay cuadros tan bien formados! [1]

CLARA.

Destos portátiles prados
Tanto gusto te prometes,
Que habrán de ser alcahuetes
Para salir cada dia.

ESCENA VII.

DOMINGA, *con un canastillo de flores.* — DICHAS.

DOMINGA.

¿Qué digo, Señora mia?
¿No ha de llevar de mis flores?
Mas no las querrá menores
Quien en su rostro las tiene;
Porque parece que viene
Vertiendo un jardin de amores. [2]
¿Quiere el clavel carmesí?
Mas tiénele en las mejillas.
¿Quiere rojas maravillas?
¡Oh, mayor la tiene en sí!
¿Quiere este vario alelí?
Mas tendrá firme valor.
¿Quiere violetas de amor?
Pero ya con él vendrá,
O juntas el cielo da
La belleza y el rigor.

1 y 2 Combinacion rara de doce versos, colocada entre dos décimas.

ROSELA.

Aldeana cortesana.[1]
¿Vendeis lisonjas ó flores?

DOMINGA.

Vos á lo ménos colores
En campos de nieve y grana.

ROSELA.

Yo he comprado esta mañana
Las flores que he menester.

ESCENA VIII.

MARCELO, FABIO.—DICHAS.

MARCELO. (*Ap. á Fabio.*)

Aquestas deben de ser
Las que denantes decias.

FABIO.

No ha dado tan buenos dias
Como hoy el alba á las plantas.

MARCELO.

Claro sol, que te levantas
En el jardin imperial
Desta plaza universal,
Que haya tantas no me espanto
Hoy que las alegras tanto
Con esa luz celestial.[2]
Diréle desto..

FABIO.

En llegando.

MARCELO. (*A Rosela.*)

Si vuesamerced, Señora,
Es primavera y aurora,
Que flores anda buscando,
Las abejas susurrando
Vienen al alba por ellas;
Pero si miel forman dellas,
¿Por qué vos, de las que veis,
Al alma veneno haceis,
Y le dais en dos estrellas?
Desde que entre flores vi
Vuestra divina hermosura,
Dije: «Aquí estará segura
La vida que ya perdí;
Pues como el áspid aquí
Entre flores escondida,
Me habeis quitado la vida.»
Mas tanto venis á honrarme,
Que por el bien de matarme,
Beso la mano homicida.
Mirad si de aquí quereis
Algo en que serviros pueda;
Aunque no es oro ni es seda
Lo que en estas tiendas veis.
Mas si oro ó seda quereis,
No léjos de aquí la Puerta
De Guadalajara abierta
Tanto á mi crédito está,
Que quererlo vos, será
Libranza acetada y cierta.

ROSELA.

Yo os agradezco, Señor,
La merced como el cuidado;
Pero yo vivo en estado
Que se ofenderá mi honor
De tomar sola una flor.—
Clara, vámonos de aquí.

MARCELO.

Perdonad si os ofendí.

ROSELA.

Sois como galan, cortés.—
(*A Dominga.*)
En fin, ¿volveréis despues
A mi casa, labradora?

DOMINGA.

No los tengo aquí, Señora;
Que yo soy de Leganés.
Pero palabra le doy
Que puede honrar dos verjeles
Con los tiestos de claveles
Que agora criando estoy.

ROSELA.

Y ¿podréis traerlos hoy?

DOMINGA.

Hoy no; mas será mañana.

ROSELA.

Adios, hermosa aldeana.

MARCELO.

¡Qué bellísima mujer!

FABIO.

Puede en estos campos ser
Flora, Amaltea y Diana.

(*Vanse Rosela y Clara.*)

ESCENA IX.

MARCELO, DOMINGA, FABIO.

MARCELO.

¡Ah labradora gentil!
¿Qué te dijo aquesta dama?
Ansí de rosa y de retama
Te enriquezca el mes de Abril,
Que no me niegues quién es.

DOMINGA.

Caballero, aquí llegó,
Y de otras flores compró,
Porque yo llegué despues.
Mas díjome si tenia
Seis macetas de claveles:
Que trasformar en verjeles
Ciertos balcones queria.
Yo le respondí que sí,
Y se los pienso llevar,
Si no me falta lugar,
Porque no los tengo aquí.

MARCELO.

¿Dónde vive?

DOMINGA.

Que vivia
Me dijo... Llegáos acá.

(*Habla á Marcelo en voz baja.*)

FABIO. (*Ap.*)

¡Al oido!

MARCELO.

Bien está:
Yo la sé, como la mia.

DOMINGA.

No me espanto que os agrade.
Yo soy mujer, y la hermosa
Me vuelve loca.

MARCELO.

Es la cosa
Que más rinde y persüade.
Tomad aqueste doblon,
Y á la casa no volvais.

DOMINGA.

Pues de mí, ¿qué recelais?

MARCELO.

Basta: yo tengo ocasion.

DOMINGA. (*Mirando la moneda.*)

Este ¿es falso ó verdadero?
Que dan en la Corte agora
Metal que se sobredora,
A título de dinero.

FABIO.

Malicias de Leganés.
¿Queréis por él veinte reales?

DOMINGA.

¿Tráelos ahí cabales?

FABIO.

Sí.

DOMINGA.

Pues volveré despues. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARCELO, FABIO.

MARCELO.

Fabio, la mujer es bella.
No lo dudes; no me acuerdo
De Belisa.

FABIO.

¿No te dije
Que hay aquí yerbas del cielo?

MARCELO.

Ramilletes de Madrid,
Si teneis estos remedios,
¿Para qué van á Tesalia
Por yerbas los hechiceros,
Ni á los montes de la Luna?

FABIO.

Yo apostaré que por eso,
A la puerta de la Cárcel[3]
Mandaron en cierto tiempo
Que se vendiesen las flores.

MARCELO.

Pues ¿es delito dar seso?

FABIO.

¡Pluguiera á Dios que prendieran
Las muchas flores que vemos
Andar agora en la Corte!

MARCELO.

¿Flores de qué?

FABIO.

Yo me entiendo.
No quiero hacerme mal quisto.

MARCELO.

¿Flores en la Corte, necio![4]

FABIO.

Pues cuando aquellos señores
Los ramilletes prendieron,
Un jeroglífico fué
De las flores deste tiempo.

MARCELO.

Siempre en los grandes lugares
Ha de haber grandes excesos.
Gracias al Gobierno, Fabio,
Que son los malos los ménos.
Pero advierte que he pensado
Que en esta mujer tenemos
Contrayerba de Belisa.

FABIO.

Es bella.

MARCELO.

Escribirla quiero.
Tú llevarás el papel.

FABIO.

¿Cómo?

MARCELO.

Fingiéndote luégo
Labrador de Leganés,
Que eres marido diciendo
Desta bella labradora.

FABIO.

Y ¿dónde hallaré los tiestos
De los claveles que pide?

---

[1] y [2] Combinacion de catorce versos, tambien entre dos décimas.

[3] A la puerta de la Cárcel de Corte, costumbre que ha llegado hasta nuestros dias. La Casa de la Audiencia de Madrid estaba ántes unida con la Cárcel de Corte, edificio que ha desaparecido ya.

[4] Lo que entendia Fabio por *Flores de la Corte*, puede verse en el tomo XXIII de esta BIBLIOTECA (primero de las *Obras de Quevedo*), páginas 401 y siguientes.

MARCELO.
En Madrid, con el dinero.
FABIO.
Voy.
MARCELO.
Y yo voy á escribir.
FABIO.
Tente.
MARCELO.
¿Quién viene?
FABIO.
Sospecho
Que es la mudable Belisa.
MARCELO.
¡Ay, Fabio, en mirarla tiemblo!

ESCENA XI.

BELISA, INES.—MARCELO, FABIO.

BELISA.
Ya se acabaron las flores.
INÉS.
Tarde llegas.
BELISA.
Tarde llego.
INÉS.
Aunque si árboles buscaras,
Dos robles enfrente veo.
BELISA.
¿Es aquel Marcelo?
INÉS.
El mismo.
BELISA.
¿Adónde bueno, Marcelo?
MARCELO.
¡Oh, mi reina entre las flores!...
—Pero, por Dios, que soy necio;
Que quien es jardin mudable
Está bien en este puesto;
Porque es jardin medio dia,
Y el otro medio le vemos
Campo inútil de pizarras:
Y ansi vuestro pensamiento,
Al alba es jardin de flores,
Y á la noche es campo seco.
¿Qué mandais?
BELISA.
Que os espereis.
MARCELO.
Si esperara; pero temo
No dar celos á un galan,
Ya que vos no me dais celos.
BELISA.
¿Qué galan?
MARCELO.
Vos lo sabeis;
Y pues que dél no los tengo,
No es bien que de mí los tenga.
Dios os guarde.
BELISA.
Oid.
MARCELO.
No puedo.
BELISA.
Escuchad por cortesía.
MARCELO.
Tengo que hacer: luego vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

BELISA, FABIO, INÉS.

BELISA.
Oye, Fabio: Fabio, escucha,
No seas como tu dueño.
FABIO.
¿Qué me mandas? que ando aquí
Tan ocupado, que llevo
De mil regalos cargados
Seis ó siete esportilleros.
BELISA.
¡Válgame Dios!
FABIO.
Valga y lleve.
No reñiremos por eso.
BELISA.
¿Qué huespedes ó parientes
Teneis en casa?
FABIO.
Tenemos
Una parienta no más;
Que para ti no hay secreto.
BELISA.
¡Parienta!
FABIO.
Del corazon,
Y como un ángel del cielo,
A la traza del romance,
Manos blancas y ojos negros.
La ceja con la pestaña
Son entre raso revuelto
Molinillo y entorchado,
Y por niñas dos azuelos.
Airosa como en Madrid,
Discreta como en Toledo,
Como en Sevilla amorosa,
Y con fe como en Marruécos.
Yo he comprado seis capones,
Diez perdice-, tres conejos,
Un pernil de Garrobillas
Y dos piernas de carnero.
De las demas zarandajas,
Por la prisa no te cuento;
Que hasta pasas de Corinto
Para la ensalada llevo.
¿Qué mandas? que á buscar voy
Un goloso cocinero
Para cuatro platos dulces.
BELISA.
Que os haga muy buen provecho.
Y ¿es esta noche la fiesta?
FABIO.
Esta y otras, porque creo
Que es ginovesa de gusto,
Y quieren estar de asiento. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

BELISA, INÉS.

BELISA.
¿Haslo oido?
INÉS.
Bien lo oí.
BELISA.
¿Qué dices?
INÉS.
Que mudó presto
De amor aqueste galan.
BELISA.
¡Ay Inés! el seso pierdo.
INÉS.
¿Cómo el seso? Pues ¿por qué?
¿No decias que Fineo
Era tu gusto?
BELISA.
Es verdad.
Pero como suele el fuego
Estar, cuando no le buscan,
De la ceniza cubierto,
Ansi lo estaba mi amor;
Porque fué mi amor primero
Marcelo, que agora en mí
Han descubierto los celos.
Tratéle mal, culpa tuve:
Buscó Marcelo remedio;
Hallóle, porque Madrid
Es selva de encantamento.
Matóme Fabio de envidia:
Tú verás cómo me muero.
¡Qué bien la pintó el bellaco!
¡Manos blancas y ojos negros,
Airosa como en Madrid,
Discreta como en Toledo,
Como en Sevilla amorosa,
Y con fe como en Marruécos!—
Esta noche disfrazada
Iré á su calle; y si veo
Que es verdad lo que éste dice,
Puertas, rejas, aposentos,
Cena, mujer y criados
Han de rodar por el suelo.
INÉS.
¿Qué dices!
BELISA.
Que soy mujer,
Y que distancia ponemos
Desde resolver á obrar
Como desde el rayo al trueno.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Otavio en Madrid.

ESCENA XIV.

ROSELA, CLARA.

CLARA.
¡Qué gentil talle tenía!
ROSELA.
A lo ménos, ¡qué cortés,
Clara, amores me decia!
CLARA.
Intenté saber despues
Quién era, y dónde vivia;
Pero nunca me atreví.
ROSELA.
Agrádanme, Clara, á mí
Los hombres de aquella traza.
CLARA.
¡Que se vendan en la plaza
Hombres tambien!
ROSELA.
¿Cómo así!
CLARA.
Pues ¿no le hallamos en ella?
ROSELA.
Sí; pero no le llevamos;
Porque eso fuera ir á ella
Por flores, yerbas y ramos,
Y con fruto volver della.

ESCENA XV.

LIDIO.—DICHAS. *Despues*, FABIO.

LIDIO.
Aquí trae un labrador
Unos tiestos de claveles.
ROSELA.
¿Labrador?
LIDIO.
Y hombre de humor.
ROSELA.
Entre.
(*Va Lidio á avisar, y sale Fabio de labrador.*)
FABIO.
(*Ap.* ¿Qué villano, Apéles
Pudo retratar mejor?)

¿Cuál de sus mercedes es
Desta casa la señora?

ROSELA.

Yo soy.

FABIO.

Yo beso sus piés.
Soy, de aquella labradora
Del lugar de Leganés.
Su marido, con perdon;
Que porque andaba ocupada
En esta buena ocasion
En hacer cierta colada,
Me dió á mi la comezon
De traeros unos tiestos
De claveles, tan compuestos
Que á haber azucenas rojas,
Dijérades en las hojas
Que eran azucenas estos.
No ha producido tan bellos
Claveles (venid á vellos)
El instrumento de Dios;
Pues á no haber boca en vos,
No hubiera color como ellos.
Si os diera un hijo, no hiciera
Más que en daros su hermosura.
El olor siento acá fuera.

ROSELA.

¡Qué inocencia!

FABIO.

En sangre pura
Los bañó la primavera.

ROSELA.

Eso ¿pudo ser?

FABIO.

Bien pudo;
Que un dia que hizo menudo,
A las hojas se limpió,
De quien el clavel salió
Teñido en sangre.

ROSELA.

No es rudo.

FABIO.

Esto dicen los poetas,
Que son bravos tintoreros
De hacer rosas y mosquetas.

ROSELA.

¿Qué os he de dar?

FABIO.

No hay dineros
Para flores tan perfetas.
Y Dominga no me habló
En que los cobrase yo;
Porque dice que los juego,
O topo algun diablo luego
Destos que no dicen no.
Ella vendrá por acá:
Su merced se los dará.

ROSELA.

¿Teneis hijos?

FABIO.

Diez ó doce.

ROSELA.

¿Tantos!

FABIO.

Y áun, así me goce,
Que en cinta Jimena está;
Que como tan mal cenamos,
Que es causa de no dormir,
Bien desvelados estamos.
—Mas yo tengo qué os pedir,
Si hácia aquí nos retiramos.

ROSELA.

¡Cómo!

FABIO.

De un galan novel
Traigo aquí cierto papel
Para dar á su quillotra;
Y escarmentado de otra...
¿Quiere ver lo que hay en él?

ROSELA.

¡Qué! ¿sois alcahuete?

FABIO.

No.

ROSELA.

Pues ¿qué?

FABIO.

Estafeta amorosa.
Cobro el porte y pico.

ROSELA.

Halló
En vos persona oficiosa.

FABIO.

Soy un mentecato yo.

ROSELA.

(*Leyendo.*) «Por más acertado he tenido el deciros con atrevimiento que me habeis muerto, que el dejarme morir de cobardía.»

FABIO.

Hasta ahí no dice mal.
Pero ¿sabeis si la tal
Es doncella ó es casada?

ROSELA.

Leeré más.

ESCENA XVI.

OTAVIO.—ROSELA, FABIO, CLARA.

OTAVIO. (*Dentro.*)

¡Cosa cansada,
Atrevida y desigual!

CLARA.

¡Tu padre!

FABIO.

¡Guarda el papel!

(*Sale Otavio.*)

ROSELA.

¿Con quién vienes enojado?

OTAVIO.

Contigo.

ROSELA.

¡Cosa cruel!
Pues yo ¿qué ocasion te he dado?

OTAVIO.

Yo haré en mi casa un verjel,
Con que las mañanas tengas
Más quietas y recogidas,
Y á mediodía no vengas
Con flores tan mal nacidas,
Que en buscallas te entretengas.
Entro, y hallo ramilletes
Y claveles que has comprado...
¿No es mejor que te sujetes
Al almohadilla, al estrado?

ROSELA.

¿Serán por dicha alcahuetes
Los ramilletes, señor,
De la plaza de Madrid,
Para quitarte el honor?

OTAVIO.

Buen hombre...

FABIO.

Señor...

OTAVIO.

Oid.

FABIO. (*Ap.*)

Temblando estoy de temor.

OTAVIO.

¿Sabréis un jardin hacerme
En un poco de corral
Que tengo?

FABIO.

Holgara de verme
Libre en ocasion igual,
Y á serviros detenerme.
Soy de aquí, de Leganés,
Y espero el Agosto agora;
Pero mi vecino Andres,
Que junto a mi casa mora,
Bravo jardinero es.
Mañana le traigo aquí.

OTAVIO.

Id con Dios, y haceldo ansí.

ROSELA.

¡Hola!

FABIO.

Señora...

ROSELA. (*Ap. á Fabio.*)

El papel
Tomad.

FABIO. (*Ap. á Rosela.*)

Quedáos vos con él.

ROSELA.

Pues ¿ya? para mí?

FABIO.

Sí.
De Marcelo, el caballero
Que hoy en la plaza os habló,
Soy lacayo ó escudero,
Y él para vos me le dió.

OTAVIO.

¿Qué te dice el jardinero?

ROSELA.

Como te ve con disgusto,
Llevar quiere los claveles.

OTAVIO.

Eso no; que dellos gusto.

ROSELA.

Tú, por reñir como sueles,
No miras justo ni injusto.

(*Vanse Fabio y Otavio.*)

ESCENA XVII.

ROSELA, CLARA.

CLARA.

¿Qué tenemos?

ROSELA.

Que el papel
Es del galan, que con él
Hablamos hoy.

CLARA.

¿Y el villano?

ROSELA.

Su lacayo.

CLARA.

No era en vano
Más moscon que moscatel.
¿Hate pesado?

ROSELA.

En mi vida
Pensé ser agradecida,
Y agora lo pienso ser;
Porque á ninguna mujer
Le pesa de ser querida.

(*Vanse.*)

—

Calle en Madrid.

ESCENA XVIII.

BELISA É INÉS, *con capotillos y mantos.*

INÉS.

Mira que vienes á hacer

El mayor atrevimiento
Que puedes contra tu honor.

BELISA.

Amor no quiere consejo;
Demas que yo quiero, Inés,
Sin dar á entender que vengo
A su calle ni á su casa,
Saber lo que pasa dentro.

INÉS.

Pues ¿no te ha de dar más pena?
¿No sabes que los discretos
Nunca escuchan?

BELISA.

Muy bien dices;
Pero es el amor muy necio.
Aunque si verdad te digo,
Como ya por mí lo siento,
Poco entendimiento tiene
Quien no quiere bien con celos.
Son celos despertador
Del amor rendido al sueño,
Que inquietan alma y sentidos
Al contínuo movimiento.
Dice la memoria á amor:
«Hasta tal hora me duermo»;
Y él, cuidadoso, á la misma
Los celos le pone luego.
Llega el punto, da la rueda,
Y quedan juntos despiertos
Alma, potencias, sentidos,
Levantándose al remedio;
Porque en viendo que otro alcanza
El lugar que yo merezco,
Poco entendimiento tiene
Quien no quiere bien con celos.
Esta es la casa ¡ay de mí!
De mi Marcelo ó martelo,
Y áun de mi martirio ó mar,
Donde me abraso y me anego.—
Llama, llama.

INÉS.

¿Estás en tí?

BELISA.

La noche su manto negro
Desguarnecido de estrellas
Tiende en los hombros del cielo.
Ella nos cubre: no importa.

INÉS.

Ya he llamado, y tan suspenso
Está el aire, que responde
En lo más léjos el eco.

BELISA.

¡Suspenso!

ESCENA XIX.

FABIO, *que saca la cabeza por una ventanilla.*—DICHAS.

FABIO.

¿Quién está ahí?

INÉS.

Fabio, yo soy.

FABIO.

¿Quién diremos?

INÉS.

Inés.

FABIO.

¿Qué Inés?

INÉS.

La de antaño.

FABIO.

¡A tales horas! ¿Qué es esto?

INÉS.

Di á Marcelo que está aquí
Belisa.

FABIO

¡Guarte acá, negro!
¡Vive Dios, que me matase!
Dile que se vaya luego;
Que si lo sabe Cardenia,
Tarde ó nunca cenaremos.

BELISA.

¡Qué es esto, pícaro infame!
¿Sabes que soy yo quien llego
A tu puerta? ¿Qué Cardenia
Es esta? Abre aquí, abre presto.

FABIO.

¿Cómo abrir! Cierro, y me voy;
Que están cenando, y yo tengo
A mi cargo la bebida. (*Éntrase.*)

INÉS.

Fuése.

BELISA.

Y yo me estoy muriendo.

FABIO. (*Dentro.*)

Dice Cardenia que está
La bebida como un fuego.
Da prisa á la cantimplora.
Daca esas tortadas, Pedro.
Ea, apercibe los postres.

BELISA.

¡Los postres! Pues sean mis celos.

INÉS.

¿Coces das!

BELISA.

Y he de romper
La puerta.

ESCENA XX.

MARCELO.—BELISA, INÉS.

MARCELO.

Paso. ¿Qué es esto?

BELISA.

Esto es honra.

MARCELO.

¿Quién es?

BELISA.

Yo.

MARCELO.

Pues ¿de cuándo acá tenemos
Estos brios?

BELISA.

Desde agora.

MARCELO.

Vete con Dios; que es mal hecho
Que tú pierdas de quien eres,
Y yo pierda por tus celos
El crédito que tenia
Con los padres y los deudos
Desta dama que está aquí;
Que han venido á los conciertos
Del casamiento que trato.

BELISA.

¡Que tú tratas casamiento!

MARCELO.

Como tú con quien te sirve.

BELISA.

Pues ten, Marcelo, por cierto
Que ántes que llegue á mi casa
Me he de matar; porque creo
Que mi llanto y tus agravios
Servirán de lazo estrecho
Al cuello que de tus brazos
Pensó hacerle en algun tiempo

MARCELO.

No llores, Belisa mia;
Que todo fué fingimiento
De Fabio para afligirte.
Entra, y verás en silencio
Toda la casa, que ni hay
Cardenia, ni en mi deseo,
Alma y ojos más que á tí.

BELISA.

¡Que no hay nadie!

MARCELO.

Entra tú á verlo.

BELISA.

¡No; que me voy!

MARCELO.

Oye, espera.

BELISA.

No hay que esperar, porque quiero
Con celos, y en viendo amor,
De las ofensas me acuerdo.
(*Vanse ella é Inés.*)

MARCELO.

Mal hice. ¡Gran necio fuí!
Pero ¿quién amó discreto?
Ramilletes de Madrid,
A vuestras flores me vuelvo.

ACTO SEGUNDO.

Cobertizo de la casa de Otavio, que da á un corral.

ESCENA PRIMERA.

OTAVIO, ROSELA.

ROSELA.

En fin, ¿á fabricar te determinas
Este jardin en casa?

OTAVIO.

Tener quiero
Para el Abril y Mayo clavellinas,
Porque del alba al resplandor primero
No salgas á buscarlas á la plaza,
Miéntras honrarte de marido espero.
Ya vino el labrador, ya dió la traza,
Y áun hoy presumo que traerá las flo-
[res.

ROSELA.

¡En qué cosas tu ingenio se embaraza!

OTAVIO.

Aquí en la variedad de las colores
La vista ocuparás por las mañanas.
Son los gustos domésticos mejores.

ROSELA.

Si á la sentencia más comun te allanas,
Nunca el propio es mejor, aunque sea
¿Nunca has oido .... [bueno.

OTAVIO.

¡Qué quimeras vanas!

ROSELA.

Más que la fruta del cercado ajeno?

OTAVIO.

Bien sé tambien que dijo Sanazaro
Que era más agradable el campo ame-
Pero con esto yo pondré reparo [no.
A las mañanas que me causan celos;
Que aquí saldrá tambien el sol tan cla-
[ro.

ESCENA II.

CLARA; *y luego*, MARCELO.—OTAVIO, ROSELA.

CLARA.

Aquí está Andrés.

OTAVIO.

Pues éntre Andrés.
(*Vase Clara, y sale Marcelo, de jardinero*)

MARCELO.

Los cielos
Guarden, señor, tu vida largos años,
Como á mis flores de aire, cierzo y [hielos,
Y esa hermosura de la edad engaños
Logre, señora, en vos.

ROSELA.

Bien seais venido.

MARCELO.

(*Ap.* ¡Oh, amor! ¡qué atrevimientos tan [extraños!)
Yo he buscado, señor, y prevenido
Diversas flores, yerbas olorosas,
Cuanto posible á mí memoria ha sido.
Aquí pondré las encarnadas rosas,
Aquí las manutisas naranjadas,
Aquí las valerianas amorosas
Con los lirios que dan hojas de espa- [das;
El timo, el hisopillo, las violetas
Y las estrellamares turquesadas.
Pondré claveles rojos en macetas,
Azucenas, narcisos y jacintos,
Amarillas y cándidas mosquetas:
Y en oro, en nieve, en sangre, en cla- [vel tintos,
Debajo de las pálidas retamas,
Los alelíes en color distintos.
Sándalos, pajarillos, siete en ramas.
Harán tambien igual correspondencia
A las tudescas, que parecen llamas.

OTAVIO.

¿Hallaremos jazmines de Valencia?

MARCELO.

Para Madrid son flores delicadas:
Pero tendrán al hielo resistencia.

OTAVIO.

Yo pienso que serán las cuatro dadas:
Trazad los cuadros miéntras yo voy [fuera.

MARCELO.

Hallaréis vuestras armas dibujadas.

OTAVIO.

¿No haremos una fuente?

MARCELO.

Sí tuviera
Noria, yo la formara tan curiosa,
Que se parara el sol cuando corriera.

OTAVIO.

Pues yo la haré, por ver tan nueva cosa.
(*Vase.*)

ESCENA III.

ROSELA, MARCELO.

ROSELA.

¿Adónde pensais fundar,
Andrés, aqueste jardín?

MARCELO.

Aquí lo veréis; que, en fin,
De vos le pienso imitar.
Naranjos, por el azár,
No pienso poner en él;
Pondré, señora, un laurel
Para tan justa vitoria,
Si el fin de mi dulce historia
Me coronare con él.
Oid pues; que voy plantando
El jardín de aqueste modo,
Porque en vuestras partes todo
Le voy, señora, imitando.
Vuestra frente me está dando
Coronas de rey hermosas;
Vuestras mejillas las rosas;
Estrellamares ó estrellas
Vuestros ojos, y esas bellas
Manos mosquetas lustrosas.
Claro está que he de tomar
De vuestra boca el clavel:
Habrá de coral plantel
Como le tiene la mar.
Con temor que se ha de helar,
No quiero nieve pediros;
Mas si puedo persuadiros,
Veréis crecer sus despojos
Con el agua de mis ojos
Y el aire de mis suspiros.
Quisiera tambien poner
Algun cuadro de esperanza;
Pero mi desconfianza
Dice que se ha de perder,
Pues sembrar y no coger
Es perder tiempo y caudal;
Pero ya piensa mi mal
Hacer en este jardín
Una fuente en un delfin,
Que es de tormentas señal.
Dad vos licencia á mis ojos
Para que vueltos en fuentes,
Fertilicen sus corrientes
Las plantas de mis enojos
Vuestros serán los despojos,
Las labranzas serán mias;
Y si tras tantas porfías
Algun bien el alma alcanza,
Será ejemplo mi esperanza
De lo que pueden los dias.

ROSELA.

¡Qué es lo que decís, Andrés!
¡Cómo hablais tan cortesano!
¿Sois caballero, ó villano?

MARCELO.

El amor nunca lo es.
Con este disfraz intento,
Y con honesta aficion,
Poner en obligacion
Vuestro libre pensamiento.
¿Aun no me habeis conocido?

ROSELA.

¿Sois Marcelo?

MARCELO.

El mismo soy,
Que tras mis engaños voy,
Sin esperanza atrevido.

ROSELA.

Pues ¿qué habeis hallado en mí
Para tal atrevimiento?

MARCELO.

Pensar de mi pensamiento
Que os puede obligar ansí.
Donde no tiene interes
Lugar, la industria es el medio
Mejor, si vos al remedio
Quereis acudir despues.
Dentro estoy de vuestra casa,
Jardinero en ella soy.

ROSELA.

Temblando, Marcelo, estoy;
Todo me hiela y me abrasa.
Si os considero atrevido,
Luego os miro enamorado;
Si enamorado, arrojado;
Y si arrojado, perdido.
Dejaros de agradecer
Lo enamorado, no puedo;
Lo atrevido me da miedo,
Aunque no es amar temer.
Deseos tengo de amaros:
No os confieso poco en esto,
Porque siendo amor honesto,
Fuera ingratitud culparos.
Pero cuando fuesen culpas,
Es gran señal de querer
Cuando busca una mujer
Al que se atreve, disculpas.
¿No fuera mejor pedirme
A mi padre ó á mi hermano?

MARCELO.

¿Hermano teneis?

ROSELA.

Tan vano,
Que he venido á persuadirme
Que ha de ser la confusion
En que vuestro amor se acabe.

MARCELO.

Si más vuestro padre sabe,
Y siempre los viejos son
Más astutos y advertidos,
Y ya le tengo engañado,
¿Qué temeis?

ROSELA.

Que es un soldado,
No de los mal recebidos,
Si no de mucha opinion.
Ya en Flándes, y ya en Milan.

MARCELO.

¿En Milan?

ESCENA IV.

EL ALFÉREZ, FINEO.—ROSELA, MARCELO.

ALFÉREZ.

Pienso que están
Con esta nueva invencion
Todos en casa ocupados.

FINEO.

Bien hace en hacer jardin
Vuestro padre, porque en fin
Alivia grandes cuidados,
Y Rosela me parece
Que á ver su principio está.

MARCELO. (*Disimulando.*)

Por aquí este cuadro irá,
Porque mejor vista ofrece.
De seis piés serán mejores;
Que el sitio no da lugar
A poderlos dilatar.

ROSELA.

Haced las calles mayores.

MARCELO.

Una quisiera yo hacer,
Y holgara de estar en ella.

ALFÉREZ.

Hermana...

FINEO.

Rosela bella,
¿Qué es aquesto?

ROSELA.

Entretener
La tarde en verle trazar
Aquestos cuadros á Andrés.

FINEO.

¿Es famoso?

ROSELA.

El mejor es
Que habemos podido hallar.

ALFÉREZ.

Dejádmele hablar á mí;
Que áun yo tengo gusto en esto.

FINEO.

¿Pensais que es fuerte, compuesto
De justas medidas?

ALFÉREZ.

Sí;
Que como cuadrangular
O exágono suele ser,
Se puede un jardin hacer
Como dispone el lugar.
¿Qué pensais que es un jardin?
Una planta ó pitipié
De un edificio.

MARCELO. (*Ap.*)

Yo entré
A buscar mi cierto fin.

FINEO.
¡Qué natural en soldados
Es trazar cuanto se ofrece!
ALFÉREZ.
A todo allá nos parece
Que venimos enseñados.
FINEO.
Pues ¿qué dique ó rebelin,
Casamata ó contradique,
Quereis que agora se aplique
A los cuadros de un jardin?
ALFÉREZ.
Callad, veréis lo que pasa. —
Habeis de saber, Andrés...
(*Ap.* ¡Ay cielos! Marcelo es.)
(*Ap. á Marcelo.*) ¿Tú estás en aquesta [casa!
¿Tú, vestido de villano,
Con aqueste engaño aquí!
FINEO.
¿Qué es eso?
MARCELO. (*Ap.*)
¡Qué bien cai
De mi enemigo en la mano!
ALFÉREZ.
Hermana, desembaraza,
Por tu vida, este lugar;
Que solos hemos de estar
Para comenzar la traza.
ROSELA.
No hagas algo que se enoje
Nuestro padre.
ALFÉREZ.
No hayas miedo.
(*Vase Rosela.*)

ESCENA V.

MARCELO, EL ALFÉREZ, FINEO.

ALFÉREZ.
No sé cómo verte puedo,
Sin que á matarte me arroje.
Bien sé, traidor, que has venido
A lo mismo.
FINEO.
¡Qué es aquesto!
MARCELO.
Escucha.
ALFÉREZ.
Traigo dispuesto
El agravio, y no el oido.
MARCELO.
Pues ¡espada para quien
Viene sin ella!
ALFÉREZ.
¿Quién duda
Que traerás espada muda,
De las que responden bien?
FINEO.
Póngome deste hombre al lado
(Aunque no soy contra tí),
Porque dés Lisardo, en mí,
Como hombre noble y soldado;
No porque no es mi enemigo
Este que tuyo lo es,
Pero porque no le dés
Sin armas.
ALFÉREZ.
Lugar te pido
Para matar un traidor,
Que con algun pistolete
Eso mismo se promete
En forma de labrador.
MARCELO.
Que no le traigo, es sin duda,
Ni de matarte deseo,
Puesto que agravio tan feo
A todo engaño me ayuda.
El haber entrado aquí
Diré á aqueste caballero,
Porque ni puedo ni quiero
Decirte la causa á tí.
FINEO.
Sosegaos, por vida mia,
Alférez; que él me hablará.
ALFÉREZ.
Conmigo ¿qué no podrá
Vuestro amor y cortesía?
Mas no he de poner la espada
En la vaina hasta saber
Lo que éste pretende hacer;
Pues es cosa declarada
Que ha venido de Milan
Sólo á matarme.
FINEO.
No sé.
Apartaos, yo le hablaré.
MARCELO.
(*Ap.* ¡Buenos mis sucesos van!)
(*Ap. á Fineo.*) Yo soy ¡oh ilustre y noble [caballero!
Pues que de hoy más os deberé la vida,
A quien Madrid, Marcelo de Vivero
Por conocidas armas apellida.
En medio del amor más verdadero
Que cupo en alma de su ardor vencida,
Me fuí á Milan, por ver tan variable
La condicion de una mujer mudable.
Cuando la visitaba, le pesaba;
Cuando faltaba un hora, me escribia;
Cuando no la buscaba, me buscaba,
Y cuando la olvidaba, me queria.
Si algun regalo ó joya le enviaba,
Sin descubrirla, á mi poder volvia.
Canséme, y fuime á ver si entretenido
Hallaba á un largo amor un breve ol- [vido.
Sucedióme la historia con Lisardo
Que habréis sabido ya: volvíme á Espa- [ña;
Y cuando abrazos como ausente aguar- [do,
De que á otro quiere bien, me desenga- [ña.
No me hallé para celos tan gallardo;
Que no tengo en sufrillos buena maña;
Dejé la empresa, y di en buscar un me- [dio,
Que fuese con amor, de amor remedio.
Vi del Alférez la famosa hermana
Entre las yerbas y diversas flores
Que sin sembrallas ve toda mañana
En su plaza Madrid, de mil colores.
Dijele amores; fué esperanza vana;
Pero despues de algun papel de amo- [res,
Con aquesta invencion entré en su casa.
FINEO.
Esto ¿es verdad, en fin?
MARCELO.
Sólo esto pasa.
Porque si ser hermana conociera
Del Alférez, la calle no pasara;
Porque cuando agraviado me sintiera
Campos tiene Madrid, y el me buscara.
Si amais su hermana, nunca el cielo [quiera
Que debiéndoos la cosa que es más [cara,
Os quite vuestro gusto; pues ya intento
Volverme á mi primero pensamiento.
Belisa, aquesta dama que os decia,
Anoche me buscó, muerta de celos
De una Cardenia, á quien querer fingia
Por dar justa venganza á mis desvelos.
Decid á vuestro amigo...
FINEO. (*Ap.*)
¡Ay, suerte mia!
Su enigma declararon mis recelos.
MARCELO. [sabio,
Que esté seguro, aunque no soy muy
De que no tengo que vengar mi agravio.
FINEO.
Alférez, retiraos aquí conmigo.
(*Hablan aparte el Alférez y Fineo.*)
ALFÉREZ.
¿Qué dice ese hombre?
FINEO.
Más que yo quisiera.
ALFÉREZ.
¿Por qué razon?
FINEO.
Porque es quien yo temia,
Y á quien Belisa tanto amor tenía.
ALFÉREZ.
Luego ¿éste fué de quien tuvistes celos?
FINEO.
Mayores son los que me ha dado agora
Con decirme, Lisardo, que le adora,
Y que anoche, de celos, a buscalle
Vino á su casa, y que rondó su calle.
ALFÉREZ.
Pues ¿no será mejor que le matemos?
Cerrad aquesa puerta.
FINEO.
Ya no es justo,
Pues quien á otro sus secretos fia,
Ya por amigo entónces le tenia.
Pues ¿cómo quereis vos que mate un [hombre,
Cuando ya de su amigo tengo nombre?
ALFÉREZ.
¿En la corte buscais filosofías,
Donde el vivir es la razon de estado
Con su comodidad más elegante!
Mas ¿cómo no pasais más adelante?
En razon de mi casa y del vestido,
¿Puede negar ese hombre que ha ve- [nido
A matarme á traicion?
FINEO.
Él no sabia
Que fuese vuestra casa.
ALFÉREZ.
¿A qué venía?
Porque tambien es cosa temeraria
Disculpar una infamia tan contraria
A la verdad y á la razon.
FINEO.
Las cosas,
Cuando son de creer dificultosas,
Quitan á un hombre el gusto de deci- [llas.
No os habeis de reir deste cuitado,
Si os digo lo que aquí me ha dicho [agora.
ALFÉREZ.
¿Qué puede ser?
FINEO.
Contóme que le dijo
En Italia un astrólogo famoso
Que debajo de tal y de tal signo,
O tal y tal estrella que miraba
Así piramidál-ménte esta casa,
Habia un gran tesoro que escondieron
De la expulsion de España los moriscos;
Y por buscalle cuando cave el huerto,
Con vuestro padre ha hecho este con- [cierto:
Y él, como es avariento y viejo, quiere
Partirle entre los dos, si pareciere.
ALFÉREZ.
La cosa más extraña y peregrina
Me habeis contado que creer pudiera,

Si agora con mis ojos no la viera.
¡Qué dé mi padre en esto! ¿Hay tal lo-[cura!

FINEO.

Pues advertid que el viejo no lo en-[tienda.

ALFÉREZ.

La espada envaino, y voyme haciendo [cruces.
(*Vase.*)

FINEO.

Cavad, Andrés; que ya teneis licencia.

MARCELO.

Antes me vuelvo á mi jardin primero;
Que ni peligros ni esperanzas quiero.

FINEO. (*Ap.*)

Yo he levantado una gentil quimera
Sólo por estorbar que éste no muera.
Mas deben de quererlo ansí los cielos,
Pues yo le guardo, y él me mata á ce-[los.

(*Vanse.*)

—

Calle. A un lado la casa de Belisa.

ESCENA VI.

BELISA, LISEO.

LISEO.

Mal hiciste.

BELISA.

No he podido
Reportar mi necio amor.

LISEO.

Siempre ha de ser el honor
A todo amor preferido.

BELISA.

Amor, hermano Liseo,
Es ceguedad de los ojos,
De la corta vista antojos,
Y de la larga deseo.
Es luz que léjos engaña
Al que peregrino va,
Y es un enfermo que está
Pidiendo lo que le daña.
Es amor una pasion
Que pide (y yo ansí lo siento)
Un divino entendimiento
Para tener perfeccion.
No le vi tener en precio
De hombre que poco alcanzase,
Ni discreto que olvidase
Tan apriesa como un necio.
Con esto, que no es por dar
A mi ingenio vanagloria,
Doy á amor en mi memoria
Tanta fe como lugar.
Medio tratado tenia
De Fineo el casamiento;
Mas mudó mi pensamiento
Con los celos de aquel dia.
Habla con Marcelo, hermano:
Cásame con él, por Dios;
Que mejor entre los dos
Quedará el concierto llano.
Es Marcelo caballero.

LISEO.

¿Há mucho tiempo?

BELISA.

No sé.
El nombre siempre lo fué.

LISEO.

¿De qué apellido?

BELISA.

Vivero.

LISEO.

Y yo salgo á la fianza;
Pero has de saber, Belisa,
Que hay caballeros aprisa,
A quien el nombre no alcanza.
¿Quieres ver por qué en España
Se pierden muchas ciudades?

BELISA.

Entre muchas novedades,
Nunca la vi más extraña.

LISEO.

Es gallardo advertimiento
De un hombre de buen jüicio.

BELISA.

Alabarle tú, es indicio
De su buen entendimiento.

LISEO.

Pues piérdense muy ligeros
Los lugares sin recato,
Cuando los hombres de trato
Se meten á caballeros;
Que en cesando en un lugar
Lo que es la mercadería,
Desde una casa vacía
Hasta mil suelen quedar;
Porque pueden enterrallo,
Y clamorear á pino,
En pasándose un vecino
Desde la tienda al caballo.

BELISA.

Pues ¿piensas que es de ese modo
Marcelo?

LISEO.

No lo sé yo.

BELISA.

Tan noble, hermano, nació,
Que por su linaje todo
Es hidalgo desde Adan.

LISEO.

¡Qué! Entónces ¿hubo Viveros?

BELISA.

A tan nobles caballeros
Este principio les dan.

LISEO.

Ahora bien: á hablarle voy.
Recógete.

BELISA.

Satisfecha
De tu amor, voy sin sospecha.

LISEO.

Tu hermano y su amigo soy.

BELISA.

Mi vida en tu mano he puesto.

LISEO.

De las partes deste hidalgo,
Hermano, al crédito salgo.
Con el sí volveré presto.
(*Entra Belisa en su casa.*)

ESCENA VII.

FINEO, CELIO.—LISEO.

LISEO.

Fineo ¿es este?

FINEO. (*Ap. á Celio.*)

El hermano
Está aquí de mi Belisa.

CELIO.

Harto bien tu amor avisa
A lo cuerdo y cortesano.

FINEO.

Luego, ¿entiende mi aficion?

CELIO.

Pues ¿qué aficion no se entiende?
El que ama, y el que pretende,
Y el que teme, ciegos son.
Quien ama, poniendo fe;
Quien pretende, porque espera;
Quien teme, porque le altera
Cualquiera sombra que ve.

FINEO.

¡Oh Liseo!

LISEO.

¡Oh mi Fineo!
¿Qué hay de nuevo por acá?

FINEO.

Veros; que há mil tiempos ya
Que en ninguna parte os veo.
¿Hay amor?

LISEO.

No amé jamás,
Y ya pasó si algo fué.

FINEO.

¿No jugais?

LISARDO.

No tengo qué,
Y hay muchos que saben más.

FINEO.

¿Vais á la comedia?

LISEO.

No,
Porque no me siento en parte,
Donde no traten del arte
Que há mil años que pasó.
Yo voy no más de á escuchar:
Buena ó mala, al fin se acaba.—
Pero ¿cómo me olvidaba,
Viendo que os habeis de holgar,
De pediros que me deis
El parabien de una boda,
Para que mi casa toda
Con vuestra persona honreis?

FINEO.

¿Habéisos casado?

LISEO.

No,
Aunque en Madrid bien pudiera,
Pues hay virtud que me diera
Más honra que tengo yo.
Mirad qué prenda en mi casa
Puede casarse tambien.

FINEO.

Bien merece el parabien,
Si vuestra hermana se casa;
Que es un ángel en belleza
Y en ingenio singular
Quien más pudiera imitar
Su pura naturaleza.
Pero ¿quién es el dichoso?

LISEO.

Es Marcelo de Vivero,
Un gallardo caballero,
Un mancebo generoso,
Bien visto en este lugar.

FINEO.

Ya le conozco. (*Ap.* ¡Ay de mí!)

LISEO.

Belisa lo quiere ansí...
Yo... no lo pienso estorbar.

FINEO.

Ni era, Liseo, acertado.
Casallos es lo mejor;
Que donde es tercero amor
Lo más está concertado.
Marcelo se ajusta bien
A vuestro merecimiento.

LISEO.

¿Sentislo ansí?

FINEO.

Ansí lo siento.
Conózcole, y sé tambien
Que él y sus padres sirvieron
A la gran casa de Sesa.

LISARDO.
Buena ejecutoria es esa.
FINEO.
Los Duques le ennoblecieron.
¿Habeisle hablado?
LISEO.
A eso voy,
Seguro de que seré
Bien recebido.
FINEO. (*Ap.*)
¿Qué haré?
Por darme la muerte estoy.
LISEO.
¡Mandais algo?
FINEO.
Dios os guarde.
(*Vase Liseo.*)

ESCENA VIII.

FINEO, CELIO.

FINEO.
Puertas de Belisa ingrata,
Pues más que Anaxarte dura,
Corresponde á mi esperanza:
Más firme que aquel mancebo
Que de sus ventanas altas
Colgó la vida, hoy seré
Ifis de vuestras ventanas;
Y ¡ojalá que vuelta en piedra
Ardiera, Belisa, el alma
De tu ingratitud, si al hielo
Que tiene, un infierno basta!
Si quereis enterneceros,
Piedras, dinteles y jambas,
Yo os diré toda mi historia,
Bañando el papel en agua.
Oid, rejas; oid, balcones.
CELIO.
¡Qué es lo que dices! Repara
En la gente que te escucha.
FINEO.
¿Por qué me has muerto sin causa?
Quisisteme, estando ausente
Tu amor, Belisa, en Italia;
Vino á España al fin, me olvidas...
¡Oh, nunca viniera á España!
¡Pluguiera á Dios que el Alférez,
A quien detuve la espada,
Le diera muerte aquel dia,
Que dió con él en su casa!
Yo tuve la culpa, yo.
CELIO.
Fineo, ya que las ansias
De tu amor á esto te obligan,
En otra parte las pasa.
Vamos á casa ó al campo.
Da voces en él, descansa;
Pero ¡aquí!
FINEO.
Déjame, Celio,
Pues me estorbas y me matas.
¿Qué casa ó campo ha de haber
Que me alivie en pena tanta,
Si es todo para los tristes
Duro campo de batalla?
¡Que librase yo á Marcelo,
Contra la amistad jurada
De un hombre como el Alférez!
¡Vive Dios, que es justa paga
De mi necia cortesía!
Belisa, ya que te casas,
Conoce que esto me debes.

ESCENA IX.

MARCELO, FABIO.—DICHOS.

MARCELO. (*Ap. á Fabio.*)
Aquí de Belisa tratan.
FABIO.
Siempre trae en los oidos
El nombre amado quien ama,
Como el que ha estado en la cárcel,
Que por muchos dias anda
Oyendo el son de los grillos.
MARCELO.
Fineo es éste.
FABIO.
¿Qué aguarda
A la puerta de Belisa?
MARCELO.
¿Cosa que fuese la causa
De los celos que he tenido?
—Fineo...
FINEO.
¡Marcelo!...
MARCELO.
Abraza
El hombre, amigo Fineo,
Que con mayor confianza
Puedes de su obligacion;
Y conociendo que es tanta,
Ocúpame en tu servicio;
Que bien sé que es corta paga
La vida, el alma, la hacienda;
Que la hacienda, aunque no iguala
A estas dos, tal está el mundo,
Que el amigo que se halla
Que la pierda por su amigo,
Bien merece eterna fama:
Gasten versos los poetas
En su divina alabanza:
Y para que sepas tú
Si soy destos, prueba el alma
En la voluntad, la vida,
En la sangre y la esperanza,
En la hacienda; que de todas
Puedes tener la que basta
Para saber que sabré
Hacer obras las palabras.
FINEO.
A tantos ofrecimientos
Para responder me faltan;
Pero aseguraros puedo
De que en esa confianza
Os diré que me ha pesado
De que fuese mi desgracia
Tal, que amase yo á la prenda
Que es de vos tan estimada.
Quisiera no haber nacido,
Antes que ver que se casa
Con vos, pesándome á mí;
Que el amistad limpia y santa
En los bienes del amigo
Se alegra; y ha de ser falsa
La mia forzosamente,
Pues vivos celos me abrasan.
MARCELO.
Yo os dije, como sabeis,
Fineo, en aquella casa
Que amaba á cierta Belisa
Antes que me fuese á Italia,
Y que por hallar, volviendo,
De su amor tanta mudanza,
Quise á Rosela, Rosela
De aquel mi enemigo hermana.
Pero si vos la quereis,
Haré tan poco en dejalla,
Que no hablaré mas en ella.
FINEO.
¡Yo á Rosela!
MARCELO.
Imaginaba
Que el amistad del Alférez
Sería por esa causa;
Que s usa en este lugar
Andar siempre los que agravian
Unidos con los que sufren.
FINEO.
Mis desventuras ¿qué aguardan,
Que no os dicen la verdad?
¿Para qué mis celos callan?
¿Habeis topado á Liseo?
MARCELO.
No.
FINEO.
Pues á buscaros anda
Para casaros.
MARCELO.
¿Con quién?
FINEO.
¿Con quién? Con su bella hermana.
MARCELO.
¿Con Belisa?
FINEO.
Con Belisa.
MARCELO.
Luego ¿sois á quien amaba
Miéntras estuve en Milan?
FINEO.
Soy á quien el tiempo engaña,
Como á muchos que en mujer
Han puesto sus confianzas.
MARCELO.
Pues ¡vive Dios, que ha de ver
Amor la mayor hazaña
De amistad que ha visto el mundo!
Yo no os podré dar palabra
De que no amaré á Belisa,
Que es carácter en el alma;
Mas si me busca Liseo,
Y este casamiento trata,
No me hallará, porque pienso
Hacer á Irun mi jornada
Sirviendo al Duque de Sesa,
Que el gran Príncipe acompaña
De Lerma y Denia. Y con esto
Yo os cumpliré la palabra,
Vos en mi ausencia podréis
Volver, Fineo, á su gracia;
Y ella, que al fin es mujer,
Hallará bastante causa
Para poderse mudar;
Y más ella que es tan vária,
Que no hay veleta en el viento
Que sepa tantas mudanzas.
FINEO.
Eso no es justo.
MARCELO.
Dejadme
Aquí enfrente de su casa;
Que yo os hablaré despacio
Antes que á Búrgos me parta.
FINEO.
Vamos, Celio.
CELIO. (*Ap. á Fineo.*)
¿Qué te ha dicho
Marcelo?
FINEO.
Es historia larga.
(*Vanse Fineo y Celio.*)

ESCENA X.

MARCELO, FABIO.

FABIO.
¿Qué hay de nuevo?

MARCELO.

Que hoy me voy,
Y á lo más largo, mañana.

FABIO.

¿Dónde?

MARCELO.

A Búrgos con el Duque.

FABIO.

¡Esa sí que es buena traza
De olvidar! Vamos, señor,
A ver la ocasion más alta
Que España y Francia han tenido,
Juntándose España y Francia.
El de Sesa, mi señor,
Con ostentacion que iguala
Al valor de sus abuelos,
Sale de Madrid mañana.
Vamos á ver las entregas
De las estrellas trocadas
Sobre las aguas del rio,
Último contin de España.
Ahórquese amor.

MARCELO.

Ahorque;
Que yo dejaré en las aguas
Del mar de España su fuego.

FABIO.

¡Viva treinta veces Francia!

ESCENA XI.

BELISA, INÉS.—Dichos.

BELISA.

A la voz, nueva en mi oido,
Salgo, conociendo, Fabio,
Que es tuya.

FABIO.

Si en él ha sido
Tan dulce como en mi labio,
Justa disculpa has tenido.
Va Marcelo mi señor,
Con su dueño á Burgos.

BELISA.

¿Cuándo?

FABIO.

Hoy, pienso.

BELISA.

¡Bravo rigor!

MARCELO.

El tuyo me está forzando,
Y un noble competidor.

BELISA.

En fin ¿vas á la jornada?

MARCELO.

Con el Duque á Búrgos voy.

BELISA.

Al Duque estoy obligada,
Pues por su excelencia estoy
De tu amor desengañada.
¿Has hablado con Liseo?

MARCELO.

Sé que me andaba á buscar.

BELISA.

Y ¿sabes mi buen deseo?
O ¿para no te casar
Tan de camino te veo?

MARCELO.

Fineo es hombre de bien:
Con él estarás mejor.
Yo, en fin, me voy.

BELISA.

Haces bien.

MARCELO.

Ni tú agradeces mi amor,
Ni yo entiendo tu desden.
El de Sesa me ha mandado
Irle á servir...

BELISA.

Obligado
Estás: yo no te replico.
Solamente te suplico
Te acuerdes que me has dejado.

MARCELO.

Miéntras yo tuviere vida,
Segura la tuya quede;
Y aunque el alma se divida,
En ella irás, pues no puede
Ser de los tiempos vencida.
Mira si en esta ocasion
En algo puedo servirte.
Si á Francia llego, es razon
Que pidas.

BELISA.

Quiero pedirte.

MARCELO.

¿Qué, Belisa?

BELISA.

El corazon.

MARCELO.

Digo de otras niñerías:
Randas, estuches, espejos,
Relojes...

BELISA.

¿Medir querías,
Marcelo, estando tan léjos,
Las horas de tales dias?
Vete, pues mi amor ignoras,
O tu engaño sobredoras,
Dando, al no poder sufrillas,
Relojes para medillas,
Cuando me quitas las horas.
Pues ¿espejos! ¿para qué?
Yo siempre en tí me miré:
Luego estaba en tu presencia,
Aunque es espejo el ausencia
Donde la verdad se ve.
Pues ¿estuches! ¿á qué efeto?
Yo no me pienso matar.
Lo que es randas, te prometo
Que si las llego á asentar,
O me canso, ó me inquieto,
—Y maldigo á los primeros
Que trataron de inventallas.

MARCELO.

¿Por qué?

BELISA.

Por malos agüeros,
Si me acuerdo al asentallas
Que se hacen de majaderos.
Así que no traigas nada...
Ni áun á tí si puede ser,
Pues es lo que más me enfada.
Y no hay para qué volver.
Pues has de hallarme mudada. (*Vase.*)

MARCELO.

Eso juro yo por Dios.

ESCENA XII.

MARCELO, FABIO, INÉS.

FABIO.

¿Oye? ¿No hablamos los dos?

INÉS.

¿Qué quiere el que ya se va?

FABIO.

¿Qué he de traerla de allá?

INÉS.

Mucho romadizo y tos.

FABIO.

Présteme para traello
Su pecho, señora Inés:
Verá ¡lo que traigo dello!
Mas pues al contin francés
Voy, como galgo, del cuello,
Dígame cualque encomienda.

INÉS.

Que á nadie le dé la paz,
Aunque la costumbre ofenda.

FABIO.

Yo le guardaré la faz
A título de su prenda.

INÉS.

¿Oye? Si á Vizcaya va,
Tráigame un poco de dicha.

FABIO.

Nobleza y lealtad dirá.

(*Vase Inés.*)

ESCENA XIII.

MARCELO, FABIO.

MARCELO.

¡Hay más notable desdicha!

FABIO.

Calla; que por bien será.

MARCELO.

Bien ó mal, yo he de cumplir
Mi obligacion, ó morir.

FABIO.

¿Qué galas has de llevar?

MARCELO.

Si me llevan á enterrar,
¿Qué me tengo de vestir?

FABIO.

Deja locuras cansadas.

MARCELO.

Yo me voy por mis jornadas
A la muerte.

FABIO.

¡Oh moscatel!
—¡Vivan Ana y Isabel,
Las dos estrellas trocadas!

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Otavio.

ESCENA XIV.

EL ALFÉREZ, ROSELA.

ALFÉREZ.

Debajo de juramento
Te he contado lo que pasa.

ROSELA.

¡Que hay tesoro en nuestra casa!

ALFÉREZ.

Con nuestro viejo avariento,
Este mancebo engañado
Ha hecho el concierto.

ROSELA.

En fin,
¿Fingen hacer un jardin
Para tenerle cerrado?

ALFÉREZ.

Quieren con esa invencion
Sacar el oro encubierto.

ROSELA.

Pues tú ¿tiéneslo por cierto?

ALFÉREZ.

Los moros de la expulsion
Dicen que en España dejan
Gran número de doblones,
Porque no los corazones,
Sino los cuerpos alejan;

Y pensando que algun dia
Los podrán volver á ver,
Más los quieren esconder,
Que perderlos.

ROSELA.

Ser podria.
Mas ¿dónde supo Marcelo
Este secreto?

ALFÉREZ.

En Milan.

ROSELA.

Pocos secretos lo están,
Lisardo, al tiempo y al cielo.
Muy cierto debe de ser,
Pues Marcelo se disfraza.

ALFÉREZ.

Habrán buscado esta traza
Por no darse á conocer.
Otra vez, Rosela mia,
Te encomiendo este secreto.
Adios.

ROSELA. (*Ap.*)

No es hombre discreto
El que de mujer los fia.

(*Vase el Alférez.*)

ESCENA XV.

CLARA.—ROSELA.

ROSELA. [1]

¿Qué te parece de haber
Fingido Marcelo amor
Para encubrirse mejor?

CLARA.

Que no seré yo mujer,
Si dél y del bellacon
Que con los tiestos venía,
No me vengare algun dia.

ROSELA.

¡Hay más extraña invencion!
¡Oro encubierto buscaba!

CLARA.

Como Juan de Leganés
Venia vestido Andrés,
¡Y las estrellas contaba!

ROSELA.

Toma los tiestos, y así,
Con los claveles, los echa
Por la ventana.

CLARA.

¿Aprovecha
De alguna venganza?

ROSELA.

Sí;
Que de quien traicion me hacia
Y con engaños me abrasa,
No ha de quedar en mi casa
Esperanza ni alegría,
La alegría en la color,
Y la esperanza en lo verde;
Para que jamás se acuerde
De su memoria mi amor.
¿Es este mi padre?

CLARA.

Él es.

ROSELA.

Corrida estoy.

[1] Segun como habla Rosela en esta corta escena con Clara, ésta debe haber oido el diálogo anterior de los dos hermanos.

ESCENA XVI.

OTAVIO.—ROSELA, CLARA.

OTAVIO.

¿No ha venido
Andrés?

ROSELA.

¿Qué Andrés? ¿el fingido?

OTAVIO.

Pues ¿era fingido Andrés?

ROSELA.

Hazte de nuevas conmigo:
Ya sé todo lo que pasa.

OTAVIO.

Pues ¡hay traicion en mi casa!

ROSELA.

Traicion tratada contigo.

OTAVIO.

¡Conmigo!

ROSELA.

Donaire tienes.
Si en forma de jardinero
Entra en ella un caballero,
¡Con ese descuido vienes!

OTAVIO.

Luego ¿no es aqueste Andrés
De Leganés labrador?

CLARA.

De Leganés es, Señor;
Pero es Juan de Leganés.

ROSELA.

Estais los dos concertados
De fingir aqueste huerto,
Porque hay en él encubierto
Casi un millon de ducados,
Que dejaron escondido
Los moros de la expulsion;
Y ¡con disimulacion
Niegas que le has conocido!

OTAVIO.

¡Oro de moros aquí!

ROSELA.

Aquí, muy finos doblones.

OTAVIO.

Basta; que las invenciones
Son para engañarme á mí;
(*Ap.* Que sin duda el caballero,
Contra su noble decoro,
Pretendió buscar el oro...
¡Gran fuerza tiene el dinero!
No en balde el sol le escondió
En las venas de la tierra.
Pues si mi casa le encierra,
Su labrador seré yo.
Hoy amanece la dicha
En ella.) Si acaso Andrés,
Ese villano, ó quien es,
Me viene á buscar por dicha,
En mi escritorio dirás,
Clara, que estoy. (*Ap.* ¿Hay fortuna
Como la mia, si alguna
Pudo igualarla jamás!
No ha de quedar en mi casa
Cueva ó sótano: hasta el centro
Se ha de abrir, y buscar dentro.)
¡Hay tal engaño! ¿Esto pasa!
(*Ap.* En forma de labrador
¡Venís á buscar dinero!
Pues perdonad, caballero;
Que para el dueño es mejor.)
¿Quién te lo ha dicho?

ROSELA.

Mi hermano;
Que allá se supo en Milan.

OTAVIO.

Luego ¿de concierto están?

ROSELA.

No sé; mas será muy llano.

OTAVIO.

Entrate, y pregunta allá
Si ha venido Andres.

ROSELA.

Yo voy.

OTAVIO. (*Ap.*)

Loco de contento estoy.

(*Vanse Belisa y Clara.*)

ESCENA XVII.

EL ALFÉREZ.—OTAVIO.

ALFÉREZ.

(*Ap.* Ya mi padre solo está.)
De en casa del mercader
Vienen por aquel dinero
De mis vestidos.

OTAVIO.

No quiero
Darlo: — ni áun te quiero ver.

ALFÉREZ.

¿No me mandaste sacar
Vestidos negros?

OTAVIO.

Si tienes
Oro, ¿qué buscando vienes?
Mejor lo podrás pagar.

ALFÉREZ.

Bien dices; que en el soldado
Oro las heridas son,
Pues es el de la opinion
Más que el del sol estimado.
Esto traigo de Milan;
Que soy tu hijo: mas oro
Que corra, ¿de qué tesoro?

OTAVIO.

De los que en el huerto están.
Vienes tú con el soldado,
Que en forma de labrador
Me engaña á buscar mejor
El tesoro en él guardado,
Y ¡pídesme á mí dinero!

ALFÉREZ.

¿Quién te lo ha dicho?

OTAVIO.

Tu hermana.

ALFÉREZ.

(*Ap.* ¡La más cuerda, al fin de lana.)
Advierte por Dios...

OTAVIO.

No quiero. (*Vase.*)

E SCENA XVIII.

EL ALFÉREZ.

En la plaza da voces libremente,
Y con su mano sus delitos firma;
Falsa proposicion delante afirma
Del vulgo que le escucha atentamente;
De una casada es loco pretendiente,
Y en públicos lugares lo confirma;
En blanco ha dado á su enemigo firma,
O quiere siendo infame honrar la frente;
A todos sus criados dió la llave
De papeles ocultos que tenía;
Imprimió su ignorancia el que no sabe;
De colores se viste en claro dia,
O siendo mal nacido ha dado en grave
Quien su secreto de mujer confia.

(*Vase.*)

—

Una plaza en Búrgos.

ESCENA XIX.

MARCELO, FABIO.

MARCELO.
A Búrgos llegado habemos

FABIO.
¡Famosa ciudad!

MARCELO.
La silla
Y cabeza de Castilla.

FABIO.
La Corte en ella tenemos.
No falta señor ó amigo.

MARCELO.
Esta no puede llamarse
Ausencia.

FABIO.
No es ausentarse
Traerse á Madrid consigo.
Ver del Rey tantos criados,
Mercaderes y guanteros,
Sastres y de otros oficios,
¿A quién no causa contento?
Que de los de su persona
Es infinito el proceso.
A los músicos de cámara
Topé.

MARCELO.
Por Dios, que me huelgo;
Que decian que el mejor,
Que el mismo Apolo, era muerto.

FABIO.
Tambien he visto á Belardo; [1]
Que decian que por medio
Se habia quebrado un brazo:
Y debió de ser del peso
De lo que tiene en las manos, [2]
Pues es más que todo el cielo.

MARCELO.
Hay en Madrid ciertos hombres,
Fabio, que sueñan despiertos.
Ellos se entienden.

FABIO.
Mañana,
Segun se dice, saldremos;
Que hoy ha salido la casa
De aquel Príncipe supremo,
Excelentísimo Duque
De Lerma.

MARCELO.
Pasa en silencio
Tan alta grandeza, Fabio;
Que ni romanos ni griegos,
Desde César á Alejandro,
Tal ostentacion hicieron.
De sola aquesta salida
Puede escribir, te prometo,
Un libro un historiador.
Dos horas enteras, pienso
Que tardó en pasar su casa.
¡Qué plata! ¡Qué reposteros!
¡Qué órden! ¡qué majestad!

FABIO.
¡Vive Dios, que estoy suspenso!
No pensé envidiar jamás
Ser acémila yo; y creo
Que lo fuera por cubrirme
De plata y oro hasta el suelo.
Mañana dicen que vamos
A Quintanapalla.

[1] El mismo Lope.
[2] Probablemente aludirá al encargo de escribir la relacion de la jornada. (Véase el tomo XXIV de esta Biblioteca (primero de Lope), página XX, columna 2.ª, línea 22 y siguientes.

MARCELO.
Tengo
Escrita, Fabio, á Belisa
Una media carta en verso.
Tú has de ir por la posta allá.
Cien escudos te prometo,
Si ántes de llegar á Irun,
Letra de Belisa veo.
¡Ea! ¿Qué me estás mirando?

FABIO.
¡Agora tenemos eso!

MARCELO.
Esto has de hacer.

FABIO.
Ahora bien:
Por ir á Madrid, me huelgo.
Mas porque de versos tratas,
Hoy en un corrillo dieron
Cuatro versos de una glosa
A estos altos casamientos.

MARCELO.
¿Tienes el papel?

FABIO.
Pues ¿no?

MARCELO.
Muestra.

FABIO.
Lee recio.

MARCELO.
Leo.
(*Lee.*) «Por una enigma tan alta,
»Triunfos España apercibe,
»Pues dando lo que recibe,
»Le queda lo que le falta.»
¡Brava, por Dios!

FABIO.
Es notable.

MARCELO.
Y el tercer verso imposible.

FABIO.
Yo la tengo por posible
A un ingenio razonable.

MARCELO.
Pues yo la quiero glosar
Miéntras á Madrid te envío.

FABIO.
Si la glosas, yo te fio
El premio.

MARCELO.
Yo he de probar.
Busca posta; que en un dia
Has de ver á mi sirena.

FABIO.
¡Dios me la depare buena!
Como el médico decia.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Belisa.

ESCENA PRIMERA.

BELISA, LISEO.

BELISA.
¿Parécete que será
Yerro que lo mire ansí?

LISEO.
Basta, Belisa; que en tí
Es lo más difícil ya
Lo que en todas las mujeres
Es más fácil.

BELISA.
Desear
Muchas casarse, hace errar
Los más de sus pareceres.
Yo no quiero en una cosa,
Que es para toda la vida,
Ser necia ó ser atrevida.

LISEO.
Pues ¿qué serás? ¿Melindrosa?

BELISA.
Los hombres podeis casar
Más fácilmente, os prometo;
Porque si errais en efeto,
Teneis adónde apelar.
Pero una mujer, Liseo,
Es infierno en su eleccion,
Que no tiene redencion.

LISEO.
Que has de enloquecerme creo.
Propóngote mil maridos,
Y en llegando á ejecutallos,
Todo para en despreciallos,
Y todos se van corridos.
Pues quiero, hermana, que notes
Que un loco en Toledo habia
Que tu condicion tenía,
Único en hacer virotes.
Todo el dia los labraba
Dentro de aquella prision,
Y hasta dalles perfecion
Los miraba y remiraba.
Deseaban mil criados
De señores que les diese
Alguno; y como él le viese
Perfeto por los dos lados,
Poníale en las rodillas
Cuando alargaban los brazos,
Y haciéndole dos pedazos,
Arrojaba las astillas.
Así tú con manos necias,
En teniendo en perfecion
Un novio, sin discrecion
Le rompes y le desprecias.

BELISA.
No me has comparado bien,
Porque aquello fué locura,
Y esto es prudencia.

LISEO.
Segura
Estás que intento tu bien.
Si fué pasion por Marcelo,
Ya se fué: ¿qué puedo hacer?
Y ¿no ves que esto ha de ser
Por disposicion del cielo?
Con tantas faltas le nota
A todo novio tu intento,
Que has hecho tu casamiento
Como juego de pelota.
Di *vale* una vez, Belisa;
Quiere un envite, y acaba.

BELISA.
Aquel proverbio miraba:
«Con espacio, date prisa.»
Pero pues tanta me das,
Yo me resuelvo en Fineo.

LISEO.
Con eso me voy; mas creo
Que ántes que salga, dirás
Que otras tantas faltas tiene
Que los demás.

BELISA.
Para mí,
Yo se las doy desde aquí,
Pues que Marcelo no viene.

(*Vase Liseo.*)

ESCENA II.

BELISA.

Mujeres, que á casar tan fácilmente
Dais el oido, sin mirar el daño [traño,
Que os puede resultar de un hombre ex-
¿Cómo os podeis casar por acidente?
Si vuestra libertad eternamente
En dos letras de un sí cierra el engaño,
¿Por qué con tanto ejemplo y desenga-
Su mal ninguna en el ajeno siente? [ño,
Bien sé que dicen que es mortal dis-
Casar por amorosas fantasías, [gusto
Y que el concierto es más seguro y jus-
[to.
Digan lo que quisieren sus porfías;
Que la mujer que casa con su gusto,
Por lo ménos, le tiene algunos dias.

ESCENA III.

INÉS.—BELISA.

INÉS.
¿Cómo albricias no me das?

BELISA.
¿Vino Marcelo?

INÉS.
Su sombra.

BELISA.
¿Fabio?

INÉS.
El mismo.

BELISA.
Al fin se nombra
Efeto del sol. ¿Qué hay más?

INÉS.
¿No has visto un Júdas colgado
En una parroquia pobre?
Pues tal viene.

BELISA.
¡Ay! éntre y cobre
La vida que me han quitado.

ESCENA IV.

FABIO *con un sombrero francés, un fieltro viejo, unas botazas y un azote.*—DICHAS.

FABIO.
Paz sea en aquesta casa.

INÉS.
Y será la paz de Júdas.

BELISA.
¡Fabio!

FABIO.
Pues ¡áun no te mudas
Siquiera á ver lo que pasa!
¿Tenemos ya novedad?
¿No te alegras de mirarme?

BELISA.
¿De qué tengo de alegrarme?

INÉS.
¡Muy linda fiesta en verdad!
¡Ver metido un salchichon
En un fieltro y un sombrero!

FABIO.
¡Buenas albricias espero!
Pues cuarenta leguas son
Las que he venido hasta aquí
Por arte del diablo.

BELISA.
Muestra
La carta.

FABIO.
Es desdicha nuestra
No hallar jamás gracia en tí.

BELISA.
¿Dónde queda tu señor?

FABIO.
Camina á Fuenterrabía,
Y yo pienso que podria
Por mí decirlo mejor;
Que cuatro postas arreo,
Más que postas melecinas,
Me han dejado más rüinas
Que al romano Culiseo.

BELISA.
(*Lee.*) «Belisa, yo voy sin tí,
»Pero con tantos cuidados,
»Que ellos me llevan á Búrgos,
»Pues yo no siento los pasos.
»Si creo que voy conmigo,
»Son ilusiones y engaños;
»Pues miéntras más tierra piso,
»Más atrás me voy quedando.
»Desdichado por tu ausencia
»Piso de Lerma los campos,
»El primero que en el mundo
»Llegó á Lerma desdichado.»

BELISA.
No lo entiendo.

FABIO.
Dice bien,
Porque á Príncipe tan alto,
Nadie le vió que no fuese
Dichoso.

BELISA.
¡Bien dicho, Fabio!
(*Lee.*) «No sé que traigo sin tí,
»Más pienso que celos traigo,
»Infames para sufrillos,
»Terribles para nombrallos.
»¿Qué importa que en Madrid quedes,
»Lugar de quien salen tantos,
»Si queda en él uno solo,
»Que es causa de mis agravios?
»Huélgome que es hasta Francia
»La jornada que llevamos;
»Que quiero sacar de España
»Amor tan desatinado.
»Traducir pienso en Paris
»La historia de mis cuidados
»De castellano en francés,
»Porque no la entiendan tantos;
»Que áun hay en él hermosuras
»Que con firmeza han quedado,
»Desde que lloró Belerma
»Un corazon tantos años.»
—No leo más.

FABIO.
¿Por qué no?

BELISA.
Porque sólo le ha faltado
A cada copla de aquestas
¡Ay, ay, ay! [1]

FABIO.
¡Rigor extraño!

BELISA.
Pues, Fabio, si allá hay Belermas,
Dile á tu dueño engañado
Que en Madrid hay Durandartes
Ménos firmes y más sabios,
Que dan corazones de oro
Con diamantes, que más años
Duran, y con más provecho;
Y si no, pide un traslado
Al célebre don Lüis
De Góngora, que guardado
Dijo que tuvo Belerma
Ese corázon siete años
Envuelto en un paño sucio.

[1] Alude al cantar famoso del *ay, ay, ay!*

FABIO.
Luego bien nos vendrá á entrambos
¡Ay, ay, ay!

BELISA.
A escribir voy. (*Vase.*)

FABIO.
Inés, ¿qué es esto?

INÉS.
Es el diablo,
Fabio, que anda en Cantillana.

FABIO.
Pues, Inés, exorcizallo
Con el hisopo del cura,
Que fué sacristan de faunos.
(*Vanse.*)

—

Puerto de Pasajes.

ESCENA V.

MARCELO, LUCINDO.

LUCINDO.
Desde Briviesca ha dado,
Por traer algo su persona enferma,
La vuelta con cuidado
El Duque Excelentísimo de Lerma
A Búrgos, donde queda
El Príncipe, y por él vino el de Uceda.
Su Majestad, que estaba
Ya de la Reina despedido, vino
De Búrgos; que animaba
Paterno amor su gusto á este camino,
De un ángel en belleza,
Honra de la real naturaleza.

MARCELO.
En la Virgen que llaman
De Gamonal vi despedir las damas.

LUCINDO.
Quieren, adoran, aman
Su Reina con razon.

MARCELO.
Las vivas llamas
Del sol, el amoroso
Llanto templara al caso lastimoso.
Besábanle la mano,
Y ella en el cuello el brazo les ponia;
Que el otro, aunque era en vano,
El llanto á las estrellas suspendia
De aquel cielo sereno,
Y un lienzo que de perlas quedó lleno.

LUCINDO.
Desde Briviesca á Aranda,
Della á Vitoria, y desta hasta Salinas,
Cortas jornadas anda.

MARCELO.
Por Dios que son, Lucindo, peregrinas
Las costumbres y el traje
De Guipúzcua.

LUCINDO.
Esto llaman el Pasaje:
Desde aquí á Rentería
Han de ir Sus Majestades en su barca.

MARCELO.
¡Qué brava infantería
Tiene esta tierra!

LUCINDO.
En cuanto el mundo abarca
No hay mejores soldados,
Más prevenidos ni más bien armados.
De todos los lugares
De la provincia salen compañías.

MARCELO.
Es justo que repares
Que es cuidado tambien por muchos
Del Virey de Navarra. [dias

LUCINDO.
¡Qué brava soldadesca!

MARCELO.
¡Qué bizarra!

LUCINDO.
En toda Italia y Flándes
Es don Alonso Idiaquez celebrado,
Por hazañas tan grandes,
Que fué del Rey Enrique siempre hon-
Del de Parma y de Fuentes, [rado,
Que fueron capitanes excelentes.

MARCELO.
La tierra es paraíso,
Y á la vista en extremo deleitosa.

LUCINDO.
Entre montañas quiso
Naturaleza ser tan cuidadosa,
Que son sus hermosuras,
Más que humanas, angélicas criaturas.

MARCELO.
Ellas son los remeros
De aquestas barcas del pasaje.

LUCINDO.
¿Hay cosa
Como ver cuán ligeros
Conducen á la orilla venturosa
Sus popas enramadas,
De laureles y flores coronadas?

MARCELO.
Parece que se alarga
Este brazo, que el mar tiene encogido,
Porque con mano larga
Reciba á su señor recien venido.

LUCINDO.
Como sus naturales,
Se preciarán sus aguas de leales.

MARCELO.
Del Duque de Pastrana
Trae música el barco vizcaino.

LUCINDO.
En lengua castellana
Cantan.

MARCELO.
Del barco sale á la marina.

LUCINDO.
Ya de España el Monarca
Con la Reina tambien entra en la barca.

ESCENA VI.

Cruza el fondo del teatro, que es de mar, una barca enramada, en que van LOS REYES: *en tierra sale un gran número de* GENTE *y* VIZCAINOS, *que tocan, cantan y bailan.*—MARCELO, LUCINDO.

VIZCAINOS. (*Cantan.*)
Sea bien venida
La Reina linda,
Sea bien venida.
Venga el sol de España
May en hora buena.
Nora buena venga
La linda señora.
Sea bien venida,
Para ser aurora:
Sea bien venida
De Francia dichosa.
Sea bien venida:
Guipúzcua la adora,
Sea bien venida
Provinciana toda,
Que no vizcaina.
Sea bien venida
La Reina linda,
Sea bien venida.
Filipe divino
(Venga norabuena)
Los franceses lirios
(Venga norabuena)
Junte á sus castillos,
(Venga norabuena)
Que duren mil siglos.
Venga norabuena;
Mas no vizcaino,
Guipuzcuano sea:
Venga norabuena,
Norabuena venga,
Venga norabuena.

(*Mudan el son á folías.*)

Zure vegui ederro, [1]
Enel astaná,
Cativaturic nave,
Librea ninzaná.

(*Vanse.*) [2]

—

Sala en casa de Otavio en Madrid.

ESCENA VII.

OTAVIO, ROSELA.

OTAVIO.
En tanto tiempo ¿puede ser, Rosela,
No parecer Marcelo, muerto ó vivo?
Sin duda de tu hermano fué cautela.
Yo, como en bronce, en la memoria es-
[cribo
La ofensa vil del que una vez me enga-
Y para la venganza me apercibo. [ña.
¿Para qué vino este soldado á España?
¿Qué hace aquí, pues ya sufrir no puedo
Que tenga el ocio por heróica hazaña?
Si fué á Milan don Pedro de Toledo,
Favor le diera yo con su Excelencia.
La patria siempre dió pereza y miedo.
Debele de agradar la diferencia
De los gustos y amigos de la Corte,
Y no querrá sufrir su larga ausencia.

ROSELA.
¿Quién habrá que tu cólera reporte,
Tan diferente de lo que él merece?

OTAVIO.
[importe?
¿Qué tiene aquí que hacer que á nadie
El venir de Milan nos encarece,
Y viene con Marcelo por tesoro,
Que en forma de villano se me ofrece.
No dudes tú de que han partido el oro.

ROSELA.
Yo pienso que te engaña la codicia,
Contra la gravedad de tu decoro.

OTAVIO.
Yo he entendido, Rosela, su malicia.
No será más mi hijo este soldado
Que en la corte profesa la milicia.
De casarte desde hoy tendré cuidado.
Tú sola eres mi hija.

ROSELA.
Guarde el cielo
Tu vida.

OTAVIO.
Estoy contra tu hermano airado,
Pues me engañó por su ocasion Marcelo.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL ALFÉREZ.—ROSELA.

ALFÉREZ.
¿Dura, Rosela, en Otavio
El enojo sin razon?

ROSELA.
Su avarienta condicion
Se lamenta de tu agravio.
Dice que trajiste aquí
A Marcelo disfrazado,
Y que el oro habeis sacado.

ALFÉREZ.
¡Bien se va luciendo en mí!

ROSELA.
Dice que le habeis partido,
Pues Marcelo no parece.

ALFÉREZ.
Como eso, hermana, merece
El que tan cobarde ha sido,
Que no le quitó la vida;
Pues este es aquel soldado
De quien estoy agraviado,
Si le hay despues de una herida.
Mas ¡vive Dios, que yo sea
Tan diligente en buscalle,
Sin dejar plaza ni calle
Alguna que más pasea,
Que quede mi padre presto
De su error desengañado!

ROSELA.
¡Que fué Marcelo el soldado
Que en tanto rigor te ha puesto!

ALFÉREZ.
El mismo por quien estoy
En confusion tan notable.

ROSELA.
Ya es tiempo, Alférez, que hable,
Pues tu misma sangre soy,
En otro agravio que á mí
Me ha hecho tambien Marcelo.

ALFÉREZ.
¡Agravio á tí!

ROSELA.
Quiso el cielo
Defenderme.

ALFÉREZ.
¡Cómo ansí!

ROSELA.
Saliendo cierta mañana
Por flores á ese jardin,
Que con más razon pudiera
Llamarle huerto pensil,
Pues por él tienen más fama
Ramilletes de Madrid
Que el muro de Babilonia,
Marcelo me vió y le ví.
Llegóse cortés á hablarme,
Ofreciéndome servir
De aquella calle de flores.
No sé si le respondí;
En efeto, yo tenia
A Clara vuelta en Abril
De retamas y de rosas,
Con que á casa me volví.
A cierta hermosa aldeana
Unos claveles pedí,
Que á la cuenta del suceso
Marcelo debió de oir.
Otro dia un cierto Fabio
De la boca del rocin
En que anda este gentil hombre,
Y como él hombre gentil,
En traje de labrador,
Aunque no lo conocí,
Me trajo los que esas rejas
Adornan.

[1] Cara y ojos hermosos,
Amada mia,
Me tienen cautivo,
Siendo libre.

[2] La nota de la edicion antigua es la siguiente: En bailando esta folía, diga una *zatoz, zatoz,* y respóndanle (a) *zatoz, andrea; vay, vay, andrea, zatoz enequin:* y otra diga *vay, jauna,* y éntrense con regocijo.

(a) Vente, vente. Vente, mujer. Sí, sí, mujer, vente conmigo. Sí, señor.

ALFÉREZ.
¡Bravo fingir!
ROSELA.
Dióme un papel por engaño;
Con ignorancia le abrí,
En que conocí su intento
Si bien con honesto fin.
Como mi padre trazó
Este jardin, por asir
El cabello á la ocasion
Entró disfrazado aquí.
Lo que te ha dicho Fineo
Yo pienso que fué fingir
Que entraba á buscar tesoro,
Para librarse de ti;
Porque en habiéndote visto,
Cobarde ha dado en huir,
Dejando mi amor burlado.
ALFÉREZ.
Luego ¿amor le tienes?
ROSELA.
Sí.
ALFÉREZ.
¿Sí?
ROSELA.
¿Pues qué quieres que diga?
¿Téngote yo de mentir?
ALFÉREZ.
Hago juramento al cielo
Santo de no desceñir
La espada hasta que le halle;
Que si le busqué por mí,
Agora por ti me toca.
¡Tal maldad se ha de sufrir!
¿Dónde tienes el papel?
ROSELA.
Aquí.
ALFÉREZ.
Muestra. Si nací
Con honra, verás agora.
ROSELA.
La que tengo vive en ti.
(*Vanse.*)

—

Plaza en Irun.

ESCENA IX.

LUCINDO, MARCELO, LAUSO.

LUCINDO.
La glosa ha sido extremada.
MARCELO.
Por estar ya de partida,
No pudo ser más lucida,
Más vista y más castigada;
Que las musas con espuelas
Nunca fueron de provecho.
LAUSO.
¡Cómo hablais de satisfecho!
LUCINDO.
Todas estas son cautelas
Para pedirnos agora
Lisonjas.
MARCELO.
Tengo razon;
Pues hijas las musas son
Del silencio y del aurora.
Y aquí ni le puede haber,
Ni hay mañana en qué escribir.
LAUSO.
¿Quereis volverla á decir?
MARCELO.
Siempre os quiero obedecer.
Por una enigma tan alta,
Triunfos España apercibe,
Pues dando lo que recibe,
Le queda lo que le falta.
Propuso España una enima
De una estrella celestial,
Que un sol coronado anima,
Con una perla oriental,
Que el cielo por lumbre estima.
Francia, que la frente exalta
De triunfos y lirios de oro,
El blason del sol esmalta
Con darle otro igual tesoro
Por una enigma tan alta.
Trocar quieren dos estrellas
Alegres Francia y España,
Yendo Júpiter por ellas,
Y en el mar que á las dos baña
Poner columnas tan bellas.
Alégrase cuanto vive
Con las estrellas hermosas
Que la blanca paz recibe,
Y a las entregas dichosas
Triunfos España apercibe.
No gozara del laurel
Deste divino tesoro,
A no tener para él
Ana celestial el oro
De lo que vale Isabel.
El mismo peso apercibe,
Y en este cambio real
Donde la partida escribe,
Claro está que queda igual,
Pues, dando lo que recibe.
Llevan á Francia el aurora,
Que de Francia viene á España,
Cuyos piés Madrid adora:
Y así España en esta hazaña
Lo que le falta atesora.
Con esto á enigma tan alta
Ha satisfecho Isabel;
Que aunque su sol le hace falta,
En el que viene por él
Le queda lo que le falta.
LUCINDO.
Confieso sin invencion
De envidia ó lisonja vana,
Que lo difícil allana
Con toda satisfacion,
Y que ese verso tercero,
Que imposible parecia,
Está más claro que el dia.
LAUSO.
Marcelo, un traslado quiero
Para enviar á Madrid.
MARCELO.
Vuestro es el papel y el dueño.
(*Ap.* Fabio es este. ¡Cielo! ¿es sueño?)
Por palacio os divertid,
Pues hay un año que ver
En solo un aparador
Del Duque; que con temor
De ausente, aguardo á saber
Nuevas de Madrid.
LAUSO.
No sé
Si allá asegure un ausente.
(*Vanse Lucindo y Lauso.*)

ESCENA X.

FABIO.—MARCELO.

FABIO.
Dame los dos piés.
MARCELO.
Detente.
FABIO.
Pues ¿qué! ¿Quieres darme un pié,
Despues de tanta porfía
De tales postas causada,
Que traigo desmantelada
A toda Fuenterrabía?
MARCELO.
Cartas, presto.
FABIO.
Una dirás.
MARCELO.
Si es de Belisa, esa sobra.
FABIO.
Paso; que rompes la obra.
Parece que loco estás.
MARCELO.
Quien inventó las cubiertas
De espacio debia de estar.
(*Abre y lee la carta.*)
FABIO.
Antes se habian de usar
De ante, ó hierro como puertas.
Ninguna cosa, decia
Un cortesano por ellas,
Que más bien a las doncellas
Propriamente parecia.
Y ansí puede ser que tema
Algun amante casado,
Que, el sobrescrito quitado,
Se le dén con otra nema.
MARCELO.
¡Fuego de Dios en ella y en mis ojos!
¡Fuego de Dios en quien de ausencia fia!
FABIO.
Habla bajo de fuego con enojos;
Que anda en esta jornada noche y dia;
Y no sabiendo que es de tus antojos,
La vizcaina gente, con porfía
De apagarle, cual suele cuando dura,
Dirá en vascuence á voces: «Ura, ura.»
MARCELO.
Ura y agua y cristal y nieve, y hielo,
Y la cicuta más helada y fria,
Y el alma de Belisa en quien el cielo
Puso la Citia donde el sol se enfria,
No me podrán templar ni dar consuelo:
Tal es mi fuego y la desdicha mia.
Yo soy la esfera elemental, mi pecho
Es la region adonde el rayo es hecho.
FABIO.
¡Para esto vine yo con tanta costa [pero!
Rompiendo cinchas! ¡Bravo premio es-
MARCELO.
Siempre vienen los males por la posta;
Que nunca el bien se precia de ligero.
FABIO.
Pues ¿qué es aquesto? ¿Hay moros en la
¿Hay celos? ¿Hay galan? [costa?
MARCELO.
Fabio, yo muero.
Casada dice aquí que está Belisa.
FABIO.
¡Tan aprisa casada!
MARCELO.
Tan aprisa.
FABIO.
¡Vive Dios, que es picon y martelazo
Por hacerte volver!
MARCELO.
No sé si el viento
Corre el campo del mar en ménos plazo,
Que yo á Madrid á ver su casamiento.
FABIO.
Y si en lugar del esperado abrazo,
Hallas el novio en el nupcial asiento,
¿Qué tan bien nos saldrá la diligencia?
MARCELO.
De imposibles se forma la paciencia.
Pues ya de las entregas pasó el dia,

Pedir licencia y que corramos quiero,
A ver si es la ocasion que yo temia.

FABIO.

¡Otra vez postas! ¡Bueno va el pandero!

MARCELO.

Montes de la Bureba, que la fria
Castilla dividís con hielo fiero,
¡Cuán bien, pues nunca os viste yerba [verde,
Mi amor en vos las esperanzas pierde!
Creced, Ebro, que vais á Zaragoza,
Con mi amoroso llanto; y vos ¡oh sierra
De Guadarrama, que otro cielo goza!
Abrid el paso á mi amorosa guerra.

FABIO.

Dejadme á mi pasar, montes de Poza,
A los nabos del alta Somosierra;
Que al tiple del amor de aqueste loco
De posta en postillon los bajos toco.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Belisa.

ESCENA XI.

BELISA, FINEO.

FINEO.

Estoy tan agradecido
A la merced que me has hecho,
Que de que tenga mi pecho
Sola una alma, estoy corrido;
Que quisiera que tuviera
Tantas como tú me pones
Deseos y obligaciones.

BELISA.

Nunca, Fineo, pidiera
Más de un alma á quien amara;
Que es lo demás confusion.

FINEO.

Juzga la buena intencion,
Y en el deseo repara.
A mis parientes he dado
Cuenta deste casamiento,
Y todos con gran contento
Le han recebido y honrado.
Con tu licencia vendrán
Para hacer las escrituras.

BELISA. (*Ap.*)

¿Cuándo tantas desventuras
Fin á mis penas darán?
Pero bien, alma ofendida,
Podeis tener sufrimiento,
Pues aqueste casamiento
Ha de quitarme la vida.

ESCENA XII.

LISEO.—Dichos.

LISEO.

Aquí, hermana, cierta dama
Viene á darte el parabien,
Y podrá darle muy bien,
Pues la hermosura se llama
Bien de la naturaleza.

BELISA. (*A Fineo.*)

¿Es deuda vuestra?

FINEO.

No sé.

LISEO.

Quién era le pregunté,
Ciego de tanta belleza,
A un escudero ó criado
Que del coche la sacó,
Y *Rosela* respondió,
Hija de Otavio.

FINEO.

El cuidado
De su hermano habrá nacido,
Que es el amigo mayor
Que tengo.

BELISA. (*Ap.*)

Vengóse amor
De mi mudanza y olvido;
Pues ni olvido ni mudanza
Puedo hallar contra Marcelo,
Ni entre montañas de hielo
Hallará mi ardor templanza.

ESCENA XIII.

ROSELA, CABALLEROS Y DAMAS *de acompañamiento.*—Dichos.

ROSELA.

A daros el parabien
Vengo; mas con más razon
Le da vuestra perfecion
A quien os le da tambien.
Gozad del señor Fineo,
Y las prendas que aquí están,
Mil años; que sí serán,
Si son las de mi deseo.
Debo á Lisardo, mi hermano,
El bien de veros.

BELISA.

Dejad
Cumplimientos y tratad
En estilo humilde y llano
Esta vuestra servidora.

FINEO.

¿No dejaremos, Liseo,
Estas damas?

LISEO. (*Ap. á Fineo.*)

Un deseo
Tan tierno que nace agora
En los ojos de Rosela,
Me mandaba detener.

FINEO.

Bien puede llegar á ser
Mayor de lo que os desvela;
Porque á fe que es casamiento
De más valor que pensais.

LISEO.

Si os caso y vos me casais,
Pagaréis mi pensamiento.

FINEO.

Daréle un tiento á su hermano.

(*Vanse Fineo, Liseo y el acompañamiento.*)

ESCENA XIV.

BELISA, ROSELA.

BELISA.

Mucho me huelgo de veros.

ROSELA.

Yo tanto de conoceros,
Que lo encareciera en vano.
Acertais en la eleccion
De Fineo de tal modo,
Que en sus partes hay el todo
De vuestra imaginacion.
Años há que el amistad
Que con mi hermano profesa
Nos dice con voz expresa
Su nobleza y su bondad.
Huélgome que vuestro empleo
Acertase en su valor.

BELISA.

Ya presumo que mejor
Cupiera en vuestro deseo;
Que de suerte le alabais,
Que creo que habeis venido
Celosa: y si aquesto ha sido,
A tan buen tiempo llegais,
Que os le alargo desde aquí.

ROSELA.

¡Ay, Belisa! no penseis
Que habeis visto ni áun veréis
El fuego que vive en mí.
Confieso que tengo amor,
Pero amor tan diferente,
Que ingrato, traidor y ausente,
Le llora mi ciego error.
Y porque perdais los celos
Y agradezcais la visita,
Sabed que el alma me quita
Por el rigor de los cielos
Un mancebo, un caballero
Que de la casa de Sesa
Es hechura, aunque profesa
Ser tirano, injusto y fiero.
Este, que con invencion
Entró en mi casa á inquietarme,
Puede aunque ausente matarme:
Tales sus méritos son.
Mirad si estaréis segura
De quien agora sabeis
El nombre.[1]

BELISA. (*Ap.*)

¿Qué me quereis,
Desdichas? ¿Soy piedra dura?
¿Soy diamante? O ¿soy mujer?
¡Esto me faltaba agora!

ROSELA.

¿Qué decís?

BELISA.

Que sois, Señora,
Tan venturosa en querer
A Marcelo... como yo.
Mas contadme como ha sido...

ESCENA XV.

MARCELO, FABIO.—Dichas.

FABIO.

Atrevimiento has tenido.

MARCELO.

Ninguno que amó temió.

BELISA.

Esperad; que no sé quién
Ha entrado en el aposento.

MARCELO.

Yo soy.

BELISA.

¡Hay atrevimiento
Como el tuyo!

MARCELO.

El brazo ten;
Porque ¡vive, ingrata, el cielo,
Que no has de casarte!

ROSELA.

¿Hay cosa
Más extraña y espantosa! —
Belisa, aqueste es Marcelo.

BELISA.

Si estás loco, habrá muy presto
Quien te encierre y te castigue;
Pero basta que te obligue
Rosela...

ROSELA.

¡Traidor!

[1] Realmente no ha dicho el nombre de Marcelo; quizá falte una redondilla ántes de ésta.

ESCENA XVI.

LISEO.—DICHOS.

LISEO.

¡Qué es esto!

FABIO. (*Ap.*)

El diablo nos trajo acá.

MARCELO.

¡Oh Liseo! en este punto
Llego, y por vos le pregunto
A Belisa, que ya está,
Segun me dice, casada.

LISEO.

Casada no; mas tratamos
Casalla.

MARCELO.

A buen tiempo entramos,
Fabio.

FABIO.

Si hallamos posada.
Mas yo creo que tenemos
De ir á dormir al pajar.

LISEO.

Conmigo habeis de cenar;
Que convidados tenemos
Los deudos del desposado.

MARCELO.

Merced notable me haceis.

LISEO.

Pero la cena teneis
De pagarnos de contado,
Contándonos la jornada.

MARCELO.

Como supiere lo haré,
Y muy breve, aunque ella fué
Grande, insigne y dilatada:
Como suele hacer los léjos
La pintura ó perspectiva,
O como ciudad altiva
Se ve en pequeños espejos.
Al Católico Felipe
Y á la bellísima Reina,
Entrando en San Sebastian,
Recibió gente de guerra,
Que de la misma provincia,
Como al fin general della,
Juntó don Alonso Idiaquez,
El que á Navarra gobierna.
Con bizarros capitanes
La lucida soldadesca
Hizo salva al sol y al alba,
En forma de escuadron puesta.
Entró en la villa de noche,
Cuyo castillo y sus piezas
Pusieron al mar temor
Y estremecieron la tierra,
Subió á verle una mañana,
Y como entre sus almenas
Le vió el mar, dicen que al muro
Bajó humilde la cabeza,
Y dijo: «Para los mares
Que tus piés, Felipe, besan,
Yo soy una gota de agua,
Cifra soy de su grandeza.»
Partióse á Fuenterrabia,
Y de una barca pequeña
Hizo el pasaje á la Luna
Y al Sol una corta esfera.
Mas deteniéndose, en esto
Nubes de envidia comienzan
A dar á la escura noche
Mares de agua por estrellas,
De suerte, que el Sol de España
Perdió el camino, y pudiera
Perderse más, si faltaran
Dos ángeles que le cercan.
Toda la noche formaron
Los coches por varias sendas
Una ciudad del diluvio
Entre arboledas y piedras.
A las once, en fin, entró;
La salva á las nubes vuela
A castigarlas con humo
Lo que con las aguas pecan.
Hubo consejo de estado
Por la mañana, y la puerta
Se dió á los franceses franca,
Que admiraron la grandeza
Del Duque y la ostentacion
De aparadores y mesas;
Porque fué, todo el camino,
Tan grande, que se confiesan
Vencidos, Cleopatra, Antonio,
Jérjes, Alejandro y César.
El obispo de Bayona
Y otra francesa nobleza,
Que á la Luna el pié besaron,
Trataron de las entregas;
Mas Su Majestad, que estuvo
Hasta las doce con ella,
Salió á cenar con indicios
Del dolor de tanta ausencia.
Partió á Búrgos, y con él
Fué el de Velada, Lisera,
Flores de Avila, Almazan
Y el de San Roman.

LISEO.

¡Qué pena
Llevarian de sus galas!

MARCELO.

Tiempo y ocasion les queda
Para mostrallas en Búrgos.
En fin, á las diez la Reina
Partió á Irun, donde comió,
Y se juntó la riqueza
De Grandes, Títulos, guardas
Y de la gente de guerra.

LISEO.

¿Quién fueron los que se hallaron
Para acompañarla?

MARCELO.

Tiembla
La imaginacion, Liseo,
Ansí por tanta grandeza,
Como porque justamente
Todos formarán mil quejas.
Mas remitiendo á los libros
Que difusamente puedan
Celebrarlos, oid la cifra.

LISEO.

Esa es disculpa y prudencia.

MARCELO.

Cabeza desta jornada
Era el gran Duque de Uceda,
Con poderes y recados
Que trajo desde Briviesca:
Príncipe, que si la fama
Contase sus excelencias,
Faltaria tiempo al tiempo
Y á la edad plumas y lenguas.
Gorgueran pardo vistió,
Cuajado de oro: no sepas
Más de que tuvo el vestido
Cuarenta libras de perlas.
Cien mil ducados valia
El cintillo.

LISEO.

¡Bravas piezas!
¿Qué caballo?

MARCELO.

Rucio, y tal,
Que copete y clin pudieran,
Como quisiera esconderse,
Envolverle en blancas cerdas.
El Obispo de Pamplona, [1]
Que acompañaba á la Reina,
El Almirante gallardo
Y el galan Duque de Cea,
Cuyas galas son sus años
Que más se envidian y precian.
El Duque de Sesa...

LISEO.

¿Paras?

MARCELO.

En Sesa mi lengua cesa,
Porque siendo dueño mio,
Dirán que es de amor licencia;
Mas tiempo me queda á mí
En que celebrarle pueda
Sin que parezca lisonja.

LISEO.

De mala gana le dejas.

MARCELO.

Es puerto de mis fortunas
Y de mi remedio puerta,
Donde puso mi esperanza
Con pluma de oro: «Aquí cesan.» [2]
Para el Duque de Pastrana,
Si tú no le conocieras,
Hurtara flores al campo:
Volvióse la Silva en selva.
El Duque de Peñaranda,
De cuyo padre se acuerdan
Repúblicas en la paz,
Ejércitos en la guerra.
El de Maqueda, de quien
Dicen que el Africa tiembla;
Mas viéndole tan galan
Asegurará sus fuerzas.

LISEO.

¡Bien!

MARCELO.

El Conde de Alta-mira
Hoy la puso en las estrellas,
Y el Mayordomo mayor
Que la Reina á Francia lleva,
Duque de Monte Leon.
Mas mirad, musas, que llega
El gran Conde de Saldaña,
El rayo del sol de Lerma.
Dadme versos, dadme flores,
Y vosotras, verdes vegas
De Osuna, alegráos de ver
Que *Peña* tan *fiel* suceda
A tales padres y abuelos.

LISEO.

¿Qué galas?

MARCELO.

Las que al sol cercan
Cuando en el Oriente sale.
Y el de la Laguna, Cerda,
Que ya fué real corona.
El de Olivares no deja
Pluma ni lengua á la fama,
Con ser diamantes sus lenguas.
El de Povar, Mirabel,
Paredes y Santistéban,
Barajas, Arcos y Castro,
Camarasa y Siete Iglesias,
Capitanes de las guardas
Españolas y tudescas.
El Conde de Villamor,

[1] Este nombre y todos los otros de persona que entran en esta relacion hasta el verso *Iba don Pedro Carrillo*, forman la respuesta á la pregunta de Liseo *¿quiénes fueron los que acompañaron á la Reina?* Súplese, pues, el verbo *fueron*, aunque el de la pregunta se queda algo distante, y continúase la relacion diciendo *El Obispo de Pamplona, el Almirante, el Duque de Cea*, etc. Tambien puede suceder que falten algunos versos despues de aquellos en que se pinta el caballo del Duque de Uceda.

[2] Aquí cesan *mis fortunas*, esto es, los vaivenes de mi fortuna.

Bizarro en cualquier empresa;
Cantillana, que hasta Francia
Llevó española firmeza.
El Comendador mayor
De la gran cruz de Montesa,
Y del Consejo de Estado
El que en mil reinos celebran.

LISEO.

¿Quién?

MARCELO.

Don Agustin Mejía;
Y del Consejo de Guerra,
Don Diego Brochero, á quien
Malta con razon laurea.
Don Pedro Pacheco, ilustre
Y insigne en gobierno y letras;
Don Fernando el de Carrillo,
Presidente en el de Hacienda;
Gil Ramirez de Arellano,
Tan ilustre en la nobleza
Como en letras y virtud,
Y tan claro en todas ellas.
El gran padre Confesor
A quien España venera
Por único religioso:
Tanto las honras desprecia.
Al cuidado del Alcalde
Francisco Marquez Gaceta,
Todos confiesan que están
En obligacion y deuda.

LISEO.

¿Lució mucho don Antonio
Portocarrero?

MARCELO.

Pudiera
Hacer competencia al sol.

LISEO.

¿Don Juan de Córdoba?

MARCELO.

Llega
A tenerla de sí mismo
En única gentileza.

LISEO.

¿Don Diego Chacon?

MARCELO.

Bizarro,
Con don Juan de Saavedra,
Que allí el galan se llamara,
Si ántes él galan no fuera.
A don Francisco de Prado
Dió su nombre flores bellas;
De don Vicente Zapata,
De don Francisco Brizuela,
De don Fernando Verdugo,
Y de otros mil, si me diera
Licencia el tiempo, yo hablara;
Mas será razon que sepas
Que don Antonio Beforte,
Que los archeros gobierna,
Fué lucidísimo en todo;
Que siempre en todo se extrema.
Iba don Pedro Carrillo,
El de Pinto y Caracena;
Don Antonio de Toledo,
Y para cerrar la cuenta,
Don Bartolomé Sarmiento;
Y porque si algunos quedan
No presuman que es malicia,
Les doy palabra que sean
Brevemente celebrados.

LISEO.

¿Qué dices de las libreas?

MARCELO.

Si en eso he de hablar, Liseo,
Primero dará la rueda
Del cielo la vuelta á un siglo;
Mas porque la entrega entiendas,
Sabrás que divide un rio
A España y Francia, que encuentra
Bajando de las montañas,
Del mar la llena marea.
Las dos orillas tenian,
Fabricadas de madera
Dos casas, con mil pinturas,
Y gradas en torno dellas.
Con ricas tapicerías
Estaban las dos compuestas,
Y un dosel en cada una
Correspondiente á la puerta.
Tambien en medio del agua
Otras dos estaban hechas
A modo de cenadores,
Con mil colores diversas,
Coronadas por lo alto,
Y á todas partes abiertas.
Dos barcas chatas habia
Que gobernaban dos cuerdas,
Que á este sitio caminaban
Sin otros remos ni velas.
Bajaron, pues, los de España
Por su parte con la Reina,
Y los de Francia, Liseo,
Con la divina Princesa.
Trájola el Duque de Guisa,
Y acompañando Su Alteza
Mucha nobleza de Francia
Y brava gente de guerra,
Que estaba en dos escuadrones
Sobre una montaña puesta;
Y en las orillas del rio
A este tiempo las trompetas,
Las cajas, las chirimías
Las dos naciones alegran.
Entraron en las dos casas,
Y á las dos barcas por ellas,
Donde en la mitad del rio
Se vieron Reina y Princesa:
Habláronse... no lo oí.
Luego dicen que el de Uceda
Hizo su razonamiento
De aquella famosa entrega,
A quien respondió el de Guisa
Lo mismo en lengua francesa.
Escribióse todo ansí;
Y al despedirse la Reina,
Le dió una cruz de diamantes
A la señora Duquesa
De Medina. Volvió al fin
La barca á Francia con ella...
—Yo fuí á llorar, y mirando
En España la Princesa
Serenísima, á los ojos
Di otro sol que el agua templa.
Andaba encima del rio
La Paz, divina doncella,
Con una túnica roja
Y azul á girones hecha,
Sembrada de lirios de oro
La parte azul, la sangrienta,
De castillos y leones:
Y encima de sus cabezas
Sembraba oliva y laurel,
Clavellinas y azucenas,
Diciendo: «¡Felipe y Luis
Vivan en paz! ¡vivan! ¡sean
Ana é Isabel sus lazos!»
Y luego rompiendo vieras
La superficie del agua
Sacar la honrada cabeza
El claro rio Behovia
Revuelta en coral y perlas,
Y que cercado de ninfas
Españolas y francesas,
Todas respondieron: «¡Vivan!
¡Que por muchos años sea!»

ESCENA XVII.

EL ALFÉREZ, *desenvainando la espada*. FINEO, OTAVIO, CELIO. — DICHOS.

ALFÉREZ.

Ellos, traidor, vivirán;
Pero tú es razon que mueras.

OTAVIO.

Hijo, detente.

FINEO.

Lisardo,
Si á tu padre no respetas,
¿Qué has de hacer con tus amigos?

MARCELO.

Pues ¿cómo, Alférez! ¿Tú intentas
Matarme sobre seguro!

ALFÉREZ.

No son aquestas las quejas
Del agravio de Milan,
Que ya satisfecho queda.
A mi padre le he contado
Lo que me ha dicho Rosela.
En mi casa entraste: basta.

OTAVIO.

¿Era justo pretenderla
En forma de jardinero?

MARCELO.

No conociendo las prendas
De vuestro valor y sangre,
Amor me dió la licencia.
Ramilletes de Madrid,
Buscando remedio en yerbas
De mudanzas de Belisa,
A hacer jardines me enseñan.
Luego que supe mi error,
Volví la espalda.

ALFÉREZ.

No creas
Que aquí valen las espaldas.

MARCELO.

Nunca yo supe volverlas.
¿Sabeis que soy hombre noble?

OTAVIO.

Muy bien.

MARCELO.

Pues mi mujer sea
Rosela, y goce Fineo,
Que es justo, á Belisa bella.

ALFÉREZ.

Basta: yo envaino la espada.
Todos mis agravios quedan
Satisfechos en tus brazos.

FABIO.

Pues yo no envaino mis quejas.

LISEO.

¿Qué hay, Fabio?

FABIO.

Aquí se ha contado
Una relacion moderna
De la jornada de Irun,
Sin hacer memoria en ella
De los señores lacayos:
Y así esta noche en la cena
La quiero hacer, porque hay
Mucha nobleza gallega,
Y no es justo que se calle.

FINEO.

Aquí acaba la comedia,
A quien dió Madrid la historia,
Y *Ramilletes* su VEGA.

EL AMIGO HASTA LA MUERTE.

PERSONAS.

FEDERICO.
JULIA.
LEONOR.
LIRANZO.
DON SANCHO.
DOÑA ÁNGELA.
DON BERNARDO.
CAMILO.
OTAVIO.
GUZMÁN.
FELISARDO.
RIBERA.
RICARDO.
ARLAJA, *mora.*
JACIMIN, *criado.*
FLORISAN, *criado.*
RODRIGO, *criado.*
EL DUQUE DE MEDINA.
UN ALCAIDE.
UN TENIENTE.
DOS ESCRIBANOS.
UNA CRIADA.
CRIADOS.
ALGUACILES.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.

La escena es en Sevilla y Tetuan.

ACTO PRIMERO.

Una calle en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO Y LIRANZO, *de camino;* JULIA Y LEONOR, *tapadas.*

JULIA.
Mirad que es descortesía.

FEDERICO.
No debo yo de saber
Sus leyes.

JULIA.
Id á aprender,
Pues la enseñan cada dia...

FEDERICO.
¿Dónde?

JULIA.
A la Corte.

FEDERICO.
No voy,
Aunque me veis de camino,
A la Corte.

JULIA.
Es desatino
Seguirme y saber quien soy;
Y poca prisa llevais,
Pues os ocupais en esto.

FEDERICO.
Yo estoy á veros dispuesto.

JULIA.
Antes indispuesto estais.

FEDERICO.
¿De qué?

JULIA.
De necio.

FEDERICO.
¡Oh, qué bien!

JULIA.
No hay mayor enfermedad.

FEDERICO.
Pegado se os ha, en verdad;
Que lo pareceis tambien.

JULIA.
Si necia os he parecido,
¿Qué es lo que quereis de mí?

FEDERICO.
Veros hermosa.

JULIA.
Nací
Fea.

FEDERICO.
Dadme rostro, os pido;
Que pues necia sois, es llano
Que habeis de ser muy hermosa.

JULIA.
No he visto, Leonor, tal cosa.
(*Ap. á ella.*)

LEONOR. (*A Liranzo.*)
Quedito: tened la mano.
¡Qué atezado majadero!

JULIA.
Él está, en la discrecion,
De camino.

LEONOR.
(*A su ama.* Y postas son,
Segun camina ligero.)
¡Oh tú, cualquiera que seas,
(*A Liranzo.*)
Que más sabrás que tu dueño,
Puesto que fueses un leño!
Pues somos necias y feas,
Lleva esta bestia de aquí.

LIRANZO.
Esas vamos á buscar;
Y si aquí las vino á hallar,
Concierta alquiler por mí;
Que á Cádiz nos vamos luego.

LEONOR.
Aunque se vayan á pié,
Irán en bestias, á fe.

FEDERICO.
Corred la cortina, os ruego.

JULIA.
Pues estais tan porfiado,
Federico, Julia soy. (*Descúbrese.*)

FEDERICO.
Pues por esa duda estoy
Tan necio y determinado.
Perdonad si enfado os di,
Incitado de mi amor;
Que no ha sido mucho error,
Pues por cansaros os vi.
No os esquiveis, pues sabeis
La verdad con que os adoro.

JULIA.
Guardad mejor el decoro
A un hermano que teneis;
Pues no ignorais que me quiere,
Y que no le miro mal.

FEDERICO.
Donde hay competencia igual,
Que venza el que más pudiere.
¿Qué calidad, qué riqueza
Tiene, miéntras no heredó,
Don Bernardo más que yo?

JULIA.
Mi amor y su gentileza,
Pues quereis que me declare.

FEDERICO.
Ea; que es eso crueldad,
Y no ha de haber voluntad
Que tantos golpes repare.
Servíos, pues aquí estais,
Y á Cádiz, Julia, me voy,
De que en prendas de que soy
Vuestro, aunque vos lo negais,
Tomeis desta platería
Joya ó cadena... y cadena,
Si del amor fuera buena,
Yo os presentara la mia.
Ea, llegad: que allí veo
Arracadas de diamantes:
Trocádmelas á esos guantes.

JULIA.
Irme y dejaros deseo.
Yo no he de tomar de vos
Ni de nadie cosa alguna.
Tened la mano importuna;
Dejadme pasar, por Dios,
No me vean de mi casa.

FEDERICO.
Sin dar prenda no os iréis.

JULIA.
¿Prenda? ¿Qué prenda quereis?

FEDERICO.
Aunque en dar sois tan escasa,
Me habeis de dar una mano.

JULIA.
Federico, yo os la diera,
Como ya no la tuviera
Don Bernardo, vuestro hermano.

FEDERICO.
¡Hay palabras semejantes!

JULIA.
A ser cuñada me ofrezco.

FEDERICO.
Pues las manos no merezco,
Dadme siquiera los guantes.

JULIA.
Tomad, y dejadme ir.—
Ven, Leonor.

LEONOR.
No has hecho poco.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA II.

FEDERICO, LIRANZO.

LIRANZO.

Triste quedas.

FEDERICO.

Triste y loco.
No la pude persuadir.
Pídole manos que adoro;
Y con los guantes se escapa,
Como quien deja la capa
Sobre la furia del toro.
Ya de mi hermano se nombra:
Y aunque más la importuné,
Cuando estar al sol pensé,
Me vengo á hallar á la sombra.
Sombras de las manos son
Los guantes que me ha dejado.

LIRANZO.

Con las fundas te ha pagado:
No tuvo Julia razon.
Pero toma buen consejo;
Que pues por piedra te tiene,
Hoy como culebra viene
A dejar en ti el pellejo.
¿Hay muda? ¿Huele á cabrito?
¿Era almáciga y limon?

FEDERICO.

De flores del cielo son.

LIRANZO.

¿Quién desde allá te lo ha escrito?
Mas ¿que hay lirio y hiel de vaca?
Ya me ha dado el olorcillo
Del almendra y vinagrillo.

FEDERICO.

¿Nunca has visto cuando saca
Del boton verde la rosa
Aquel parto de rubíes,
Y en los ojos carmesíes
Perlas llora el alba hermosa?
Pues ella las hojas lleva,
Y el boton lleno de olor
Me deja, porque el licor
Como abeja el alma beba.

LIRANZO.

Si dijeras azucenas,
Fueran blancas y alcorzadas;
Pero manos coloradas
¿Para qué pueden ser buenas?

FEDERICO.

Deja donaires, y advierte
Que me voy, y que he topado
Mi muerte.

LIRANZO.

Huir con cuidado,
Pues conoces que es tu muerte.

FEDERICO.

En volviendo desta ausencia,
A mi padre Felisardo
Pongo mal con don Bernardo.

LIRANZO.

Amas con poca prudencia.

FEDERICO.

Si le digo que pretende
Casarse sin gusto suyo,
Con sus intentos concluyo,
Y Julia en mi amor se enciende,
Porque le ha de echar de aquí.

LIRANZO.

No dudes que si lo sabe
Mi Señor, que no se alabe
De que se burla de ti.
Echarále de Sevilla
A la Corte, y áun sospecho
Que á Italia.

FEDERICO.

Estoy satisfecho
De que volviendo á Sevilla
En ausencia de mi hermano,
Julia me ha de querer bien.
Lo que es guantes y desden
Allí será amor y mano.
Ven; que tú me ayudarás
A que le echemos de aquí.

LIRANZO.

Por Leonor me huelgo.

FEDERICO.

En mí
Favor, Liranzo, tendrás.
¡Oh guantes! aunque livianos,
Hoy me dice mi ventura
Que os tengo como escritura
Con que he de cobrar las manos.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Felisardo en Sevilla.

ESCENA III.

DOÑA ÁNGELA, GUZMÁN.

DOÑA ÁNGELA.

Pues me declaro contigo,
Dame ayuda y no consejo.

GUZMÁN.

Es de don Bernardo espejo
Don Sancho, es único amigo;
Y siendo como es tu hermano
Don Bernardo, no sé yo
Si espera ménos que un no
Tu pensamiento liviano.
Don Sancho no ha de querer
Quererte.

DOÑA ÁNGELA.

¿Por qué, Guzmán?

GUZMÁN.

Porqué los dos no querrán
Tanto amor descomponer.

DOÑA ÁNGELA.

¿Halo de saber mi hermano?

GUZMÁN.

Amor dicen que es tocino,
Que se asa aquí, y el vecino
Lo huele como en la mano.
Pensarás que no te ven,
Cuando por cualquiera parte
Se cansen de murmurarte.

DOÑA ÁNGELA.

Si quiero á don Sancho bien,
Mi hermano tuvo la culpa.

GUZMÁN.

¿Cómo?

DOÑA ÁNGELA.

Trayéndole aquí;
Que por él le hablé y le vi.

GUZMÁN.

No me parece disculpa.

DOÑA ÁNGELA.

¿Por qué? Si jamás Bernardo
Habla ó trata, como ves,
Sino que don Sancho es
Galan, valiente, gallardo,
Limpio, airoso y generoso;
Si cuenta de noche y dia
Sus gracias; que esté en la mia,
No es caso tan milagroso.
Reportárase en traelle,
Acortara en alaballe,
Y no me enseñara á amalle,
Ni diera ocasion de velle.
Yo estoy ya determinada.

GUZMÁN.

Determinada y mujer,
No hay más de decir á hacer
Que el golpe y cortar la espada;
Pero mira que vendrán
Por ti tan grandes amigos
A mayores enemigos,
Y que en fin se matarán.

DOÑA ÁNGELA.

Maten: yo no puedo más.
A don Sancho he de querer.

GUZMÁN.

Resolucion de mujer,
Tudesco sin paso atrás.
Ahora bien: ¿qué haré por ti?

DOÑA ÁNGELA.

Que le dés este papel.

GUZMÁN.

¿Qué es lo que dices en él?

DOÑA ÁNGELA.

Todo cuanto pasa en mí.

GUZMÁN.

¡Que reportar no te puedes!

DOÑA ÁNGELA.

Guzmán, todo lo he probado:
Bien saben lo que he pasado
Algunas cuatro paredes.
Esfuérzome á no le ver,
Escóndome hasta de mí,
Tráele mi hermrno aquí,
Oígole hablar: ¿qué he de hacer?

GUZMÁN.

Quererle, pues que te dan
Barro á la mano, hasta hacer
Un cántaro en que traer
La mocedad del Jordan.
Pardiez, tú estás disculpada,
Y yo no mal inclinado
A alcahuete, oficio honrado
Y de gente bien hablada.
Cierto que habia de haber,
Con salario y mucho honor,
Sus corredores de amor
Para llevar y traer.
¿No los hay para mohatras,
Cambios, censos, ropas, joyas?
Pues haya un griego en mil Troyas
Para un hombre que idolatras.
¡Válate Dios por oficio!
¿Que no tenga estimacion,
Tratando de paz y union,
Que es un discreto ejercicio!
No puso la antigüedad
A Vénus por el tercero
Planeta sin causa: hoy quiero
Serlo de vuestra amistad.
¡Cuántas puertas desquiciadas
Por este discreto oficio,
Hallan su centro y su quicio,
Y se mueven concertadas!
La plata el azogue liga,
Perliciona el soliman
El oro, las aves van
Adonde canta la amiga;
Y advierte, porque lo cuentes,
Que dijo cierto oficial
Que era alcahueta la sal
Entre la carne y los dientes.
El llamar á una tercera
Cobertera es calza en polla,
Porque no puede la olla
Cocerse sin cobertera.
La bellaca ó bellacon
Que á una casada se arrima,
Y al honor que tanto estima
Quiere quitar la opinion,
Dalle cien priscos detras;
Mas ¡cosa de casamiento!
Piadoso entretenimiento,
Y para mí mucho mas.

Dame el papel; que yo haré
Que hoy don Sancho le reciba.

DOÑA ÁNGELA.
Don Bernardo sube arriba.
¿Si viene con él?

GUZMÁN.
No sé.

DOÑA ÁNGELA.
No quiero en duda esperar.
Tus manos tienen mi honor.

GUZMÁN.
Las tuyas, dirás mejor,
Y que se puede quebrar.
Por doncellas en sus casas,
Que es ganado harto prolijo,
Del honor, un sabio dijo
Que era barro con dos asas.
Aunque una doncella pueda
Tener un asa, es el peso
Tal, que se quiebra por eso,
Y con el asa se queda.
Mas cuando le dan esposo
Y está el barro entre los dos,
Está firme... y áun, por Dios,
Que áun así está peligroso;
Que hay bocas que por proballe
Suelen llegar á beber
Por donde asió la mujer,
Que es tanto como quebralle.
Y áun decir pienso que oí
Que hay quien, el barro teniendo,
Deja estar otro bebiendo;
Pero nunca lo creí.

DOÑA ÁNGELA.
¡Curiosa imaginacion!
Mas don Sancho viene.

GUZMÁN.
Vete;
Que oficios del acabuete
Para las ausencias son.
(*Vase doña Ángela.*)

ESCENA IV.

DON SANCHO, *con borceguíes, acicates, capa y gorra:* DON BERNARDO.—GUZMÁN.

DON BERNARDO.
¡Corrió bien!

DON SANCHO.
Por todo extremo.

DON BERNARDO.
¡Hay tal partir y parar!

DON SANCHO.
El partir puede igualar
El viento, y áun eso temo.
En el parar, con tan brava
Furia, gala y bizarría,
Un tahur me parecia
Segun de golpe paraba.

DON BERNARDO.
¡Qué correr atropellado!

DON SANCHO.
En el arena que ves
Parece que con los piés
Iba escribiendo tirado;
Y áun si lo miran, verán
Que en las letras que escribia,
Por más ligero, decia:
«¡Vítor del viento Guzmán!»

DON BERNARDO.
Bien dices; que el retular
Le pone, aunque disimula,
El mismo que se retula,
O á quien se lo va á rogar:
Y así Guzmanillo fué;
Que él mismo se retuló.

DON SANCHO.
Era animal, que hombre no.

GUZMÁN.
Basta; que historia se ve
La fabula del caballo
De Alejandro, que tenia
Manos de hombre, si escribia
Como acabais de contallo.
Pero decid: ¿qué razon
Hay para llamar Guzmán
Un caballo?

DON BERNARDO.
Este le dan
Por el dueño.

GUZMÁN.
¡Qué invencion!

DON BERNARDO.
¿Por qué te llaman á ti
Guzmán, sin ser de Toral,
Ni del Algaba ó Real
Como el de Medina, di?

GUZMÁN.
Porque soy hombre, que basta,
Y tengo de un santo el nombre;
Pero si el nombre de un hombre
Dais á un caballo de casta,
Debe de ser porque ya
Hay hombres tambien caballos,
Y por no diferenciallos,
Nombre de hombre se les da.
Pero dejando esto aparte,
¿Tan bien corrió Guzmanillo?

DON SANCHO.
Aun aquí me maravillo
De la manera que parte.
No le dieron yerba ó malva
Las dehesas gamenosas
De Córdoba, sino rosas,
Como á los que corre el alba.
¡Qué alentado! qué galan!

DON BERNARDO.
No le alabeis: vuestro es.

DON SANCHO.
¡Mio!

DON BERNARDO.
Sí.

DON SANCHO.
Bésoos los piés.

DON BERNARDO.
Llévale luego, Guzmán,
Miéntras á mi padre veo:
Y vos esperadme aquí.

DON SANCHO.
Dios os guarde.
(*Vase don Bernardo.*)

ESCENA V.

DON SANCHO, GUZMÁN.

GUZMÁN.
No entendí
Vuestra dicha, y hoy la creo.
Poned al ser pobre tregua,
Pues que ya tan rico os hallo,
Que mi amo os da un caballo,
Y que yo os traigo una yegua.
Y porque no soy amigo
De preámbulos ni ambages,
Y andan por aquí los pajes,
Que sois venturoso os digo;
Pues es aqueste papel
De doña Angela, su hermana
De vuestro amigo, que allana
Todo cuanto vale en él.
Leed y pagad el porte;
Que no viene en la cubierta,
Porque esa es cifra encubierta
A entendimientos de Corte.—
¿Qué mirais? ¿En qué pensais?

DON SANCHO.
¡Doña Angela, á mí! ¿Por qué?

GUZMÁN.
Porque os ama, y yo lo sé.
Mas no sé si vos la amais.

DON SANCHO.
Como hermana de mi amigo,
Honestamente la quiero.

GUZMÁN.
Leed el papel; que espero
Que os holgueis.

DON SANCHO.
¡Pruebas conmigo!

GUZMÁN.
Yo soy Guzmán, tan leal,
Que queda en borrachería.
Vos haceis la jerarquía
De doña Angela infernal
Con tormentos que le ha dado
Estos dias vuestro amor.
Casaros no es ser traidor.
Vos sois caballero honrado,
Pero pobre sumamente.
Felisardo es un indiano,
Que treinta mil antemano
Haré que del dote os cuente.
Remediaos ¡cuerpo de tal!
No os andeis á ser fiel;
Que os quedaréis moscatel,
Si pasa este vendabal.

DON SANCHO.
¿Quieres no ser majadero?
¿Quiéresme dejar?

GUZMÁN.
No es
Estilo noble y cortés
No ver el papel primero.

DON SANCHO.
De verle yo le veré.

GUZMÁN.
Y responder, ¿por qué no?

DON SANCHO.
Pues, majadero...

GUZMÁN.
Tú y yo.

DON SANCHO.
¿Yo, dirás tú que seré?

GUZMÁN.
Pues llamen un alarife
Que entienda de majaderos,
O que avisen á Gaiféros
Cuando sus docenas rife;
Y si no dice que tú,
Que me corten por aquí.
Si ésta ganó para ti
Un millon en el Pirú,
¿No es perdello necedad?

DON SANCHO.
Don Bernardo es éste.

GUZMÁN.
Callo.

ESCENA VI.

DON BERNARDO.—DON SANCHO, GUZMÁN.

DON BERNARDO.
¿Aun no has llevado el caballo?

GUZMÁN.
Quiere, por más gravedad,

Llevarle su mismo dueño,
Pues que de jinete está.

DON SANCHO.

¿Vino vuestro padre ya?

DON BERNARDO.

Ya le está llamando el sueño.

DON SANCHO.

Yo tengo que preguntaros.

DON BERNARDO.

Apartáos conmigo aquí,
Aunque éste calla.

(*Apártanse de Guzmán, y él de ellos.*)

DON SANCHO.

Es ansí;
Pero aquí me importa hablaros.
Don Bernardo, si un hombre (y hombre [noble)
Tuviese un grande amigo, ¿sería justo
Que le encubriese algun secreto?

DON BERNARDO.

¡Como!
No sólo amigo entónces le llamara, [1]
Pero enemigo, y más que mi enemigo,
Pues lo es mayor quien es fingido ami- [go.

DON SANCHO.

Quien tuviese un amigo verdadero,
¿Podia honestamente con la hermana
Deste amigo tratar amores?

DON BERNARDO.

Pienso
Que está la duda en el *honestamente:*
Y no sé si os responda de improviso.
Dejádmelo pensar.

(*Apártase de don Sancho.*)

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Qué bien le aviso!

DON BERNARDO.

(*Ap.* Basta; que al buen don Sancho le [ha pasado
Por el entendimiento, honestamente
Decir amores á mi rica hermana,
Y no se atreve sin licencia mia.
¡Extraño modo de pedir licencia!
Pues yo le quiero tanto, y le deseo
Tanto bien, que sabiendo que es tan po- [bre,
Con esto me holgaria remedialle,
Y que nuestra amistad con parentesco
Quedase confirmada para siempre.)

(*Llegándose á don Bernardo.*)

Don Sancho, yo he pensado en la pre- [gunta
Que me habeis hecho aquí, y hallo que [puede
Lícitamente amar un hombre noble
La hermana de su amigo honestamente,
Como casarse, y no otra cosa, intente.

DON SANCHO.

Quedaos con Dios; que voy á dar res- [puesta
A quien me puso aquesta duda. Dadme
Por un momento al buen Guzmán.

DON BERNARDO.

Que vaya
A serviros, y yo.

DON SANCHO.

Teneos, teneos; [justo.
Que aquí ni hay cumplimientos, ni era

DON BERNARDO.

Siempre obedezco humilde vuestro [gusto.

(*Vanse don Sancho y Guzmán.*)

ESCENA VII.

DON BERNARDO.

Santísima amistad, cuando contem- [plo
Los altos bienes que de ti resultan,
Pues áun las mismas almas no se ocul- [tan,
Deseo ser imágen de tu templo.
Cuando miro de algunos el ejemplo,
Donde ningun peligro dificultan
Para ver si las almas se consultan,
Dos instrumentos unísones tiemplo.
El bien humano todo se confunde
Sin la amistad, porque de muertas cal- [mas
No hay vivo efeto que al vivir redunde.
De cuantas cosas hoy pretenden pal- [mas,
El alma es lo mejor que el cielo infunde,
Y el amistad es alma de las almas.

ESCENA VIII.

DOÑA ÁNGELA.—DON BERNARDO.

DOÑA ÁNGELA.

¿Há mucho que estás aquí?

DON BERNARDO.

¡Oh mi doña Angela, á quien
Deseando estaba el bien
Que pudiera para mí!
¿Cómo va? ¿Qué haces ansí,
Tan descuidada de verte
En alguna buena suerte,
Que cada vez que te veo,
Me pesa que mi deseo
No pueda más de quererte?
¿Qué trata de casamiento,
Nuestro padre? Qué imagina?
¿A qué persona se inclina?
¿Riqueza ó merecimiento?
Yo procuro tu contento.
Más te quisiera casada
Con un pobre, si te agrada,
Que con rico á tu disgusto;
Porque en igualdad del gusto
Toda la riqueza es nada.
La que como tú ya tiene
Hacienda con que pasar,
¿Por qué ha de comprar pesar
Donde más placer conviene?
Pienso que ya el novio viene,
Que mi padre concertaba:
Para mí, seguro estaba
Que mi voto no tuviera,
Aunque más rico estuviera
Que el que las Indias compraba.
En fin, ¿qué resolucion
Para casarte ha tomado?

DOÑA ÁNGELA.

Los deseos de mi estado
De padre, Bernardo, son;
Pero los de tu aficion,
De padre, hermano y amigo:
Y por eso más me obligo
Que al de mi padre, á tu amor,
Porque de amigo es mayor,
Y ansí descanso contigo.
Acábame de decir
(Y bien digo que me acaba,
Pues con lo que me mandaba
Es imposible vivir)
Que acaba de recebir
Dos cartas de un caballero,
O mercader, extranjero,
Que compra mi libertad;
Mas dice mi voluntad
Que me ha de matar primero.
Es rico, y no es á mi gusto,
Y sin gusto no hay riqueza,
Porque la naturaleza
Se contenta con lo justo:
Y confirma mi disgusto
Que hoy me dice que le espera.

DON BERNARDO.

Mal mi padre considera
El peligro á que te pone:
No me diga que le abone
La experiencia con la edad;
Que hacienda sin calidad
Mucho el valor descompone.
Lo que á ti bien te estuviera
Era un noble caballero,
A quien diera su dinero,
Y él su calidad le diera;
Que cuando muy pobre fuera,
Fuera muy rico á tu gusto;
Que casarte á tu disgusto
Con ese rico extranjero
Es venderte por dinero,
Y no por el precio justo.
Un hombre, al parecer mio,
Como don Sancho, era bueno,
De tantas virtudes lleno
Y de tan gallardo brío,
Cuya nobleza te fio
Como quien tan bien la sabe:
Blando, apacible, suave,
Cuerdo, discreto, animoso,
Entre humildes amoroso,
Y con los soberbios grave.
Hoy ¿no le viste llegar
En mi alazan á esta calle?
¿No puede sólo aquel talle
Toda nuestra casa honrar?
Angela, si has de buscar
Con los ojos un marido,
De aqueste molde te pido
Que le saques, porque siento
Que no hay rico sin contento,
Ni pobre si le ha tenido.

DOÑA ÁNGELA.

Hablas como hombre discreto;
Vences en tu mocedad
A la experiencia y la edad
De quien caduca, en efeto:
Y desde aquí te prometo
De no casarme en mi vida,
Si no fuere á la medida
De don Sancho la eleccion;
Que el dinero no es razon
Que con las almas se mida.
Yo le buscaré de modo,
Aconsejada contigo,
Que á ese don Sancho, tu amigo,
Venga á parecerse en todo;
Porque yo más me acomodo
A nobleza que á riqueza.
La bien nacida pobreza
Hacienda puede buscar;
Mas no la hacienda comprar
La verdad de la nobleza.
Con esto te queda aquí,
Y á mi padre le diré
Que sin dineros me dé,
Pues que con ellos nací:
Y está seguro de mí
Que no me meta en abismo
De tan ciego barbarismo,
Si el marido que me ofrece
A don Sancho no parece,
Como si fuese lo mismo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON BERNARDO.

No presumo que he tocado,
Aunque con mano veloz,
Instrumento que á mi voz
No estuviese acomodado.
La respuesta que me ha dado
Me ha dado bien á entender
Que algo debe de saber
Del intento de mi amigo;
Pero el que yo en esto sigo
Es dársela por mujer.

[1] Se suple una negacion. *No sólo no le llamara amigo entónces*, etc.

ESCENA X.

GUZMÁN. — DON BERNARDO.

GUZMÁN.

Lleno de pena vengo por la ausencia
De don Sancho, tu amigo.

DON BERNARDO.

¿Vienes loco?

GUZMÁN.

¡Loco! Si se ha partido en mi presencia.

DON BERNARDO.

Para pensarlo, aun era el tiempo poco.
¡Sin darme parte, sin pedir licencia!
Guzmán, ájustas quejas me provoco
Contra don Sancho.

GUZMÁN.

Este papel me ha dado.

DON BERNARDO.

Por abrir con enojo le he rasgado.
(*Lee.*) «A mí me fué forzoso, hermano [mio,
»Para partirme desde allí á Lisboa,
»Irme luego á Sanlúcar por el rio.»
—Dichoso quien de amigo fiel se loa!»
¡Hay tal locura, hay tanto desvarío?
¿Que se partió, Guzman!

GUZMÁN.

Sentado en proa
Le vi salir de la arenosa orilla,
Mirando con suspiros á Sevilla.
En tanto que la quilla le desagua
El arráez al barco, intento medios
Hasta que van los remos por el agua,
Ya haciendo enteros círculos, ya me-
Como parte veloz india piragua, [dios.
De la Torre del Oro á los Remedios
Pasó el barquillo convertido en flecha,
Dejándome por arco la sospecha.
No te diré de lo que fué: prosigue
En tu papel.

DON BERNARDO. (*Lee.*)

«Desde Lisboa, hermano,
»Os diré la ocasion, porque os obligue
»A disculparme.» Ya lo intenta en vano.
¿Disculpa puede haber con que mitigue
Tan grande agravio en un amor tan lla- [no?
Guzmán, di la verdad de lo qué es esto.

GUZMÁN.

¡Yo!

DON BERNARDO.

Tú, villano.

GUZMÁN.

¡En confusion me has puesto!

DON BERNARDO.

¡Vive Dios, que esta daga te sepulte
Dos mil veces por ese infame pecho,
Sin que ningun peligro dificulte!

GUZMÁN. [vecho!

¡En verdad que el jarabe es de pro-
Señor, aunque el disgusto te resulte,
No lo que sé, diré lo que sospecho.

DON BERNARDO.

Di la verdad, aunque mil vidas cueste.

GUZMÁN.

Todo me rompes.

DON BERNARDO.

¿Qué papel es este?

GUZMÁN.

Hasme roto de suerte todo el pecho,
Que el secreto, Señor, se me ha caido.
Sabe que á mí me dió un papel tu herma-
Para don Sancho: yo inocentemente [na
Se le di, porque soy muy inocente.

DON BERNARDO.

Si te viera, Guzmán, el rey Heródes,
No anduvieras agora con papeles,
Porque eres inocente como dices.

GUZMÁN.

Diómele por engaño mi Señora.
Don Sancho, apénas vió lo que decia,
Cuando los borceguíes cordobeses
Trocó en flamencas botas, y las galas
En un vestido pardo de camino; [do,
Y escribiendo el papel que á ti te he da-
Y éste á tu hermana, al Arenal se parte,
Y concertando un barco con un paje,
Se fué solo á Sanlúcar, y en la orilla
Dijo: «¡Adios, don Bernardo! ¡adios,

DON BERNARDO. [Sevilla!»

¿Qué encantamento es este?

GUZMÁN.

Quita el sello,
Y sabrás la verdad.

DON BERNARDO.

Así comienza:
(*Lee.*) «Guzmán me dió, Señora, un pa- [pel vuestro.
»En él decis que amor de vuestro her- [mano
»Ha inficionado vuestra casa toda,
»De que os alcanza á vos la mayor parte.
»Decís tambien que por mujer os pida.
»¡Dichoso yo, si tanto bien cupiera
»En un pecho tan pobre como el mio!
»Yo sé que vuestro padre, codicioso
»De hacienda, os ha casado, ó que lo [trata,
»Con un rico de hacienda, y de honor [pobre.
»La obligacion que tengo á vuestro her- [mano,
»Y el amor singular al que le debo,
»Me fuerza á usar con vos descortesía:
»Y porque no se queje eternamente
»Mi amigo de que yo traidor he sido,
»Me parto de Sevilla al mismo instante.»
—¿De qué sirve pasar mas adelante?
¡Hay tal fineza! Hay tal verdad! ¡Dichoso
Don Sancho, quien merece tal amigo!

GUZMÁN.

Agora pocos hay de esa manera.

DON BERNARDO. [cos.

Pues estimallos más, pues son tan po-
¡Que se haya ido, de temor honroso
De no dar ocasion!

GUZMÁN.

Amigo hubiera
Que, no digo por treinta mil ducados,
Pero por liviandad de un vil deleite,
Comiera con su amigo y le vendiera.

DON BERNARDO.

Ese, enemigo, que no amigo fuera.
¿Cómo haré que don Sancho vuelva?

GUZMÁN.

Escribe
A Cádiz á tu hermano Federico
Que le detenga.

DON BERNARDO.

Está tan envidioso
Del amistad que entre los dos ha visto,
Que ántes me hiciera daño que prove- [cho.
Pues ir por él es descubrirlo todo.
Mas ¿cómo fué por agua?

GUZMÁN.

La pobreza
Le ha pasado por agua como huevo,
Aunque el honor le estrella con las nu-

DON BERNARDO. [bes

Yo quiero hacerle un propio.

GUZMÁN.

Bien has dicho.

DON BERNARDO.

Ven conmigo á buscarle. ¡Ay mi don San-
¡Sin ti vivo en Sevilla! [cho!

GUZMÁN.

Honrado eres.

DON BERNARDO.

¿Por qué?

GUZMÁN.

Porque á un amigo pobre quieres;
Que en esta edad se buscan los amigos,
O poderosos, ricos ó júeces,
Que presten y conviden muchas veces.

(*Vanse.*)

ESCENA XI.

FELISARDO. — CAMILO.

CAMILO.

Hoy ha llegado á Sevilla.

FELISARDO.

Agravio Otavio me ha hecho,
Pues no vino aquí.

CAMILO.

Sospecho,
Y no es, Señor, maravilla,
Que por más honestidad
Se fué á posar con Ricardo.

FELISARDO.

¿Quién es Ricardo?

CAMILO.

Un gallardo
Hidalgo desta ciudad,
Amigo suyo, y que ha estado
Con él en Italia.

FELISARDO.

Aquí
Fuera, Camilo, de mí
Con mucho amor hospedado.
Pero Otavio, como esposo
Que ya de Angela ha de ser,
Quiere cortés proceder.
Y de mi honor cuidadoso,
Quiérole hacer un presente.

CAMILO.

Siempre fuiste liberal;
Pero no hay presente igual,
Ni que más salud le aumente,
Que licencia para ver
Su esposa: si ésta le llevo,
Obligarásle de nuevo.

FELISARDO.

Hoy no sé si podrá ser;
Pero no es tarde mañana.
Esto le dirás.

CAMILO.

Yo voy.

FELISARDO.

Y dile cuán suyo soy.

(*Vase Camilo.*)

ESCENA XII.

FELISARDO; *y luego*, RIBERA.

FELISARDO. (*Alzando la voz.*)

Llama, Bernardo, á tu hermana.

(*Sale Ribera.*)

RIBERA.

No está don Bernardo aquí.

FELISARDO.

¿Es Ribera?

RIBERA.

Sí, Señor.

FELISARDO.
Llama á doña Angela.
(*Vase Ribera.*)

ESCENA XIII.

FELISARDO.

Amor
Me tiene fuera de mí.
Deseo á mis hijos dar
Miéntras vivo algun descanso,
Y en procuralle me canso
Para poder descansar.
Federico ya procura
Negociar; que yo he ganado
Con industria y con cuidado
Hacienda y renta segura,
Y él sigue mi inclinacion.
Don Bernardo, por la senda
De caballero, encomienda
Su misma imaginacion.
Da en andar acompañado
De nobles; gasta, pasea:
No digo que mal se emplea,
Pero que me trae cansado;
Que aunque son nuestros espejos
Los hijos, quitan mil gozos
Si vemos que gastan mozos
Lo que ha de faltarles viejos.
Angela sola me falta
De darle estado.

ESCENA XIV.

DOÑA ÁNGELA. — FELISARDO.

DOÑA ÁNGELA.
Sospecho
Que hablas en mí.

FELISARDO.
Bien has hecho; [1]
Pues no de qué tengas, falta.
De tu virtud soy galan;
Que padre, agraviarte fuera;
Que en mí nunca haber pudiera
Las que en tu persona están.
Ya tu marido ha llegado.
Soy galan, pues te le ofrezco:
Si en la edad no lo parezcó,
No niegues que en el cuidado.

DOÑA ÁNGELA.
¡ Marido!

FELISARDO.
¿De qué te alteras?

DOÑA ÁNGELA.
Del nombre, fuera excusado;
Pero de que haya llegado,
Bien es, si lo consideras;
Porque apénas me dijiste
Que me querias casar,
Cuando tratas de llegar [2]
Quien por tí solo escogiste.

FELISARDO.
Si yo la vida te di,
Despues del primer autor,
Bien te dirá el mismo amor
Que te confíes de mí.

DOÑA ÁNGELA.
Mi remedio, bien podria;
Pero mi gusto, no sé;
Que diferencia se ve
Entre tu edad y la mia.
Tú mirarás con la luna
De tus prudentes antojos,
Y yo con la de mis ojos
Donde no hay prudencia alguna.
Respondo á tus objeciones,
Porque luego me dirás
Que tus años saben más.

FELISARDO.
Anticipas las razones.

DOÑA ÁNGELA.
¿Será yerro preguntarte
Señas siquiera de un hombre
A quien le das ese nombre?

FELISARDO.
Antes gusto de informarte.
Él tiene mediana edad,
De talle muy prevenido
A condicion de marido,
Que es la mayor calidad.
Humilde traje, y mirado
Por las cosas de su hacienda;
En fin, para ser tu prenda,
De mis pinceles pintado.

DOÑA ÁNGELA.
No me agrada la pintura,
Siendo siempre los retratos
Más liberales que ingratos
Al resplandor y hermosura.
Pues si el retrato, Señor,
Que es siempre tan lisonjero,
Es tan humilde y grosero,
No será el dueño mejor.
Años, mal talle, escaseza,
Y no sé qué más que oí:
No será casarme á mí,
Sino á tí con su riqueza.
Un mancebo liberal,
Gallardo, valiente, hermoso,
Noble, cuerdo y generoso,
No me estuviera tan mal,
Así, á la traza y medida
De un don Sancho que entra aquí.

FELISARDO.
Pues ¿cómo quieres, me di,
Que con don Sancho le mida?
En mi tiempo no se usaban,
Ni áun en los cuentos fingidos,
Moldes de cortar maridos,
Ni medida les tomaban.
¿Dónde hallaré caballero
Que venga por largo y ancho
En la horma de don Sancho
Como fieltro de sombrero?
No sé qué piense de ti;
Pero quédate á pensallo;
Que si lo que siento callo,
Despues lo sabrás de mí. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA ÁNGELA.

Un sabio Rey de Persia, desde veinte
Y ménos años, viendo sus engaños,
Hizo pintar su vida por sus años
Todos los meses á un pincel valiente.
Mandó fijar la de cincuenta enfrente
De sus jardines y olorosos baños,
Y en las historias destos varios paños
Formaba espejos á la edad presente.
Si queria culpar á un mozo nuevo,
Mirábase en la edad que lo habia sido,
Y disculpaba al que picaba el cebo.
Quien ha llegado á edad, ponga el [seutido
En dejar que quien viene atrás mance-
Pase por el camino [3] que ha venido. [bo
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Julia en Sevilla.

ESCENA XVI.

JULIA, DON BERNARDO, GUZMÁN.

DON BERNARDO.
Con esta tristeza vengo.

JULIA.
No poco me pesa á mí:
Porque basta verla en ti
Para tener la que tengo.

DON BERNARDO.
Fuése sin decirme nada;
Porque á saber la ocasion,
Aunque tuviera pasion,
Tuviera pasion templada.

GUZMÁN.
El partirse de improviso
Fué ver que si te avisaba,
Al instante se quedaba
Que tuvieras el aviso.
Y espántome yo de ti
Que quieras bien á un ingrato.

JULIA.
Es por hacer un retrato
En escaparse de mí.

DON BERNARDO.
Luego ¿soy ingrato yo?

JULIA.
No importa: tiempo ha llegado
De vengarme.

DON BERNARDO.
¿Habrás pensado,
Julia, casarte?

JULIA.
Pues ¿no?

DON BERNARDO.
¡Cómo!

JULIA.
El novio que ha venido
Para tu hermana, Bernardo,
De mi buen padre Ricardo
El mayor amigo ha sido.
Posa en casa, y de manera
Anoche le parecí,
Que trueca el ángel por mí
Aun ántes de ver su esfera.
Ya están medio concertados
Mi padre y él.

DON BERNARDO.
Bien te diera,
Angela, albricias, si fuera
Cierto.

GUZMAN.
¿Ya habiais de picados?
¿Para qué es amartelar,
Julia, á este pobre Amadís,
Dar cominos por anís
Y tártagos por azar?
Y tú, con boca de almíbar
Y el alma de queso fresco,
¿Para qué te haces tudesco,
Y pasas tragos de acíbar?
Tú, Julia, no le darás
Al señor italiano,
Por todo el mundo, la mano
Que á don Bernardo le das.
Y tú no finjas que sientes
Ménos que muerte, de ver
Que sea de otro mujer,
Teniendo el alma en los dientes.

DON BERNARDO.
Si ella dice que se casa,
¿Qué quieres? Su gusto sigo.

[1] Bien has hecho *en sospechar*; pues no falta de qué tengas *sospecha*.
[2] Cuando *me hablas* de *que ha llegado*.

[3] Por *que* él *ha venido*.

JULIA.

Y si él no le está conmigo,
¿Qué mucho, si bien lo pasa?

GUZMÁN.

¡Ea! ¿Qué es esto de enojos,
Costando en breve lugar
Tener despues que llorar?
¡Qué miras con falsos ojos,
Y tú muy á lo discreto,
Si un albéitar que os tomara
Los pulsos, adivinara
El aparato secreto?
Daca esa mano, y mirad
A qué punto habeis llegado,
Pues un lacayo cuitado
Hoy hace vuestra amistad.

JULIA.

Yo no me enojo con él.

DON BERNARDO.

Ni yo con ella, Guzmán.

GUZMÁN.

¡Satisfaciones se dan?
Ea, tú, poza de miel,
Daca esa mano.

DON BERNARDO.

Por mí,
Que me place.

JULIA.

Esta es la mia.

GUZMÁN.

¡Qué presto! No lo decia
Por tanto.

JULIA.

Guzmán, yo sí.

GUZMÁN.

¿Es, por tu vida, verdad
Lo del novio?

JULIA.

Por los ojos
De Bernardo tras enojos.
Que tienen mayor beldad.

DON BERNARDO.

Pues, Julia, ¡triste de mí!
¿Qué es lo que habemos de hacer?

JULIA.

Que sea yo tu mujer,
Viniendo esta noche aquí.

DON BERNARDO.

Pues ¿abrirás?

JULIA.

Puerta y alma.

GUZMÁN.

Y á la mañana, ¿qué habrá?

JULIA.

Que el sol, si quiere, saldrá.

GUZMÁN.

Y es más llano que la palma.

DON BERNARDO.

Julia mia, yo vendré
A las once en punto aquí.
Vuelve á decir sí.

JULIA.

¿Qué es sí?
Sí, con cien eses diré.

GUZMÁN.

Cuando muchas erres junta,
Bien borracho está quien bebe;
Quien da más eses que debe,
Vino de amor le pregunta.
Hechos estais dos pellejos.
¡Bríndis!

ESCENA XVII.

LEONOR. — Dichos.

LEONOR.

Tu padre está aquí.

JULIA.

¿Qué haremos? ¡Triste de mí!

(*Vase Leonor.*)

GUZMÁN.

De improviso no hay consejos.
¿Tienes manillas?

JULIA.

Sí tengo.

GUZMÁN.

Una te quita.

JULIA.

Esta es.

GUZMÁN.

Dásela á Bernardo.

DON BERNARDO.

Pues...

GUZMÁN.

Diré que contigo vengo,
Y tú á traerla.

DON BERNARDO.

¿A qué efeto?

GUZMÁN.

A que en la iglesia la hallaste,
Y del dueño te informaste.

ESCENA XVIII.

RICARDO, OTAVIO.—DON BERNARDO, JULIA, GUZMÁN.

RICARDO. (*Ap. con Otavio.*)

Procedes como discreto;
Pero sin la voluntad
De Julia, yo no me atrevo.

OTAVIO.

Conozco lo que te debo.

RICARDO.

Sólo en albricias me dad
El recebir el deseo.—
¿Qué gente es esta? (*A Julia.*)

JULIA. (*A don Bernardo.*)

En favor
Os pido que á mi señor
Hableis, pues aquí le veo.

DON BERNARDO.

Por servidor me tened.

RICARDO. (*A don Bernardo.*)

¿Qué es, Señor, lo que mandais?

DON BERNARDO.

Aunque no me conozcais,
Quiero que me hagais merced.
Perdió una manilla ayer
La señora Julia, y yo
La hallé donde la perdió,
Y al fin la vengo á traer;
Que no quise que tuviese
Sola la mano, y así
Se la traigo, porque á mí
La prenda me agradeciese.
Ya no dormirá sin ella.

RICARDO.

En buena mano cayó.

JULIA.

Tan buena, que pienso yo
Honrarme ya de tenella.
Y si vos la quereis dar,
Con ella os quiero servir.

DON BERNARDO.

La mano que ha de ceñir,
No la pretendo agraviar.
Ni me la deis; que no es cosa
Que agora me viene bien,
Ni que manilla me dén,
Que la tendré por esposa.
Basta que en obligacion,
Aunque penseis que os serví,
Esposa lleve de aquí
Cuando llegue la ocasion.

GUZMÁN. (*Ap. á su amo.*)

Bien lo has dicho.

RICARDO.

¡Qué mancebo
Tan gallardo y bien hablado!

ESCENA XIX.

LEONOR.— Dichos.

LEONOR.

El escribano ha llegado.

RICARDO.

Julia, hoy soy padre.

JULIA.

Yo debo
Ser hija en obedecerte.

RICARDO.

Vamos á hacer la escritura.

OTAVIO. (*Ap.*)

¡Oh soberana hermosura!
¿Qué más firmeza que verte?

JULIA. (*Ap.*)

Poco importa; pues aguardo,
En dando las once, ser
La más dichosa mujer,
Siendo mujer de Bernardo.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Felisardo.

ESCENA XX.

FELISARDO, DOÑA ÁNGELA, FEDERICO.

FELISARDO.

Dar puedes el parabien
A doña Angela mil veces.

FEDERICO.

En cambio del bien venido,
Se le daré justamente.
Mas ella sabe que á mí,
Porque agora llego, puede
Dármele; mas yo, Señor,
No sé la ocasion que tiene.

FELISARDO.

Es la ocasion, Federico,
Que se ha casado.

FEDERICO.

Prospere
Sus bodas, Señor, el cielo.
Mucho pasa en tiempo breve
Que un hombre deje su casa,
Y que sus parientes deje.—
¿Con quién te has casado?

DOÑA ÁNGELA.

Yo
Soy hasta agora obediente
Al gusto de nuestro padre,
Que un extranjero me ofrece;
Pero como tú le has visto,
Que agora de Cádiz vienes.

FEDERICO.

Lo que mi padre y Señor
Tan cuerdo, noble y prudente,
Doña Angela, te buscare,

Eso sólo te conviene.
¿Dónde está?

FELISARDO.

Pienso que agora
De Otavio es Ricardo huésped [1]
Por conocimiento antiguo.

ESCENA XXI.

UNA CRIADA, *y luego*, DON BERNARDO Y GUZMÁN. — DICHOS.

LA CRIADA.

Tu hermano, Señora, viene.
(*Salen don Bernardo y Guzmán.*)

DON BERNARDO.

¡Federico, hermano mio!

FEDERICO.

¡Bernardo!

DON BERNARDO.

Dame mil veces
Tus brazos.

FEDERICO.

Con justo amor
Los honras, pues me le debes.
Hallo á mi hermana casada...

DON BERNARDO. (*Ap. á Federico.*)

Para entre nosotros, puedes
Tener la boda por burla.

FEDERICO.

Eso mismo me parece.

DON BERNARDO.

¿Qué hay en Cádiz?

FEDERICO. (*Ap. á su hermano.*)

Una nueva
Tan triste de quien más quieres,
Que con dártela te pago
Los brazos injustamente.
Llegó don Sancho á un negocio,
Segun me dijo, tan breve,
Que para cenar conmigo
Aun no quiso detenerse.
Partióse con solo un hombre
En un pataje, y de suerte,
Que ántes que otro dia el sol
Dorase los campos verdes,
Vino nueva que es cautivo.

DON BERNARDO.

¿Qué dices!

FEDERICO.

Bien sé que sientes
Su desdicha.

FELISARDO.

Don Bernardo,
Otavio quejarse puede,
Sino voy á visitarle
Y nuestra casa ofrecerle.
A verle voy.
(*Vanse Felisardo y la criada.*)

ESCENA XXII.

DON BERNARDO, DOÑA ÁNGELA, FEDERICO, GUZMÁN.

DON BERNARDO.

¿Has oido,
Angela, dolor como éste!
El solo bien que tenia,
El fin de todos mis bienes,
El descanso de mis males,
El que en los tiempos alegres
Se alegra con mi alegría,
Y en los tristes se entristece,
El que es mitad de mi alma,
El Pílades deste Oréstes,
El Eurialo de Niso,
El Efestion valiente
Del más dichoso Alejandro,
Aunque dos mundos sujete,
El Acátes deste Enéas,
Y el Cástor resplandeciente
Deste Pólux desdichado,
Que ausente de su luz muere,
Don Sancho, en fin, ¡es cautivo!

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué dices!

FEDERICO.

Que ya no esperes
Ver á don Sancho en tu vida.

DOÑA ÁNGELA.

¡Gran desdicha!

GUZMÁN.

¡Extraña suerte!
¡Don Sancho preso!

FEDERICO.

De un moro
Que en Argel su casa tiene:
Salí Jafer es su nombre,
Aunque nacido en los Vélez.
Pésame de haberte dado
Tal nueva; mas porque intentes
Su rescate, ha sido justo,
Y que á sentirlo te deje.
Yo me voy á descansar. (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

DON BERNARDO, DOÑA ÁNGELA, GUZMÁN.

DON BERNARDO.

Doña Angela...

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué me quieres?

DON BERNARDO.

El alma tengo en Argel.
¿Tienes qué darme?

DOÑA ÁNGELA.

No pienses
Que tengo joya ó cadena
Que á su rescate no trueques.

DON BERNARDO.

Entra y júntame tus joyas.

DOÑA ÁNGELA.

Voy, y ¡plega á Dios que llegue,
Hasta dártelas, con vida! (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DON BERNARDO, GUZMÁN.

GUZMÁN.

Las lágrimas entretiene,
Como en cuello de redoma,
Que por mucha se suspende.

DON BERNARDO.

Guzmán, hoy me parto á Argel.

GUZMÁN.

¡Linda locura!

DON BERNARDO.

Resuelve
La duda en que has de ir conmigo.

GUZMÁN.

¡Entre moros!

DON BERNARDO.

Entre sierpes.

GUZMÁN.

¿Ya se te olvida que Julia
Te aguarda á las diez? Detente
Siquiera esta noche sola.
Pues tal ocasion te ofrece.

DON BERNARDO.

El que es verdadero amigo
Todo lo deja y lo pierde.
Piérdase Julia, Guzmán.

GUZMÁN.

¿Es posible que la quieres?

DON BERNARDO.

Más que al alma; pero en fin,
Ver que don Sancho padece
Me ha quitado todo el gusto.

GUZMÁN.

Serás de amistades fénix.

DON BERNARDO.

Seré á lo ménos, Guzmán,
El amigo hasta la muerte.

ACTO SEGUNDO.

Entrada á la casa de Arlaja en Argel.

ESCENA PRIMERA.

ARLAJA, FLORISAN, JACIMIN.

ARLAJA.

Dame un velo, Jacimin,
Y tú un arco, Florisan;
Que me voy á mi jardin.

JACIMIN.

Aquí velo y arco están.

ARLAJA.

Amor es tristeza, en fin;
La tristeza es soledad,
La soledad es huir
De la confusa ciudad.

FLORISAN.

¿A qué vas?

ARLAJA.

Sólo á decir:
«Campos, tenedme piedad.»
Quien cautiva el alma tiene
En España, ¿qué ha de hacer?

JACIMIN.

Entretenerse.

ARLAJA.

Si viene
Cierto el pesar, el placer
Fingido mal le entretiene.
¿Qué esclavos juntos están
Para rescatar mi ausente?

FLORISAN.

De gente humilde serán
Cincuenta.

ARLAJA.

Y ¿de nobles?

FLORISAN.

Veinte.

ARLAJA.

Nómbralos.

FLORISAN.

Dionis, Tristan,
Leonardo, Fabricio, Arsenio,
Don Pedro, don Tello, Honorio,
Don Félix, Analdo, Ismenio,
Clarindo, don Sancho Osorio,
Marcelo, Ermelin, Eugenio...

ARLAJA.

Tente: ¿qué don Sancho es ese?

FLORISAN.

Un español de Sevilla,
Que aunque su grandeza pese,

[1] Hospedador.

Quiere el cielo que su orilla
De tu mar la arena bese.
Este compré por san Juan
En Argel del gran Jafer,
Y le traje á Tetüan.

ARLAJA.

Ese esclavo quiero ver.

JACIMIN.

Pues ve por él, Florisan.

FLORISAN.

Voy. (*Vase.*)

ESCENA II.

ARLAJA, JACIMIN.

ARLAJA.

¡Que sea el portugues,
Que á mi esposo Masadal
Tiene preso como ves,
(Por decir que es general
De dos fragatas ó tres)
Tan soberbio, que me pida
Cien esclavos por su vida,
Setenta humildes, y treinta
Nobles, de sangre y de renta,
En sus patrias conocida?

JACIMIN.

No te espantes; que es altivo,
Y tambien estima el preso.

ESCENA III.

FLORISAN, *con* DON SANCHO, *de cautivo.*— DICHOS.

FLORISAN.

Aquí está, Arlaja, el cautivo.

ARLAJA.

¡Buen talle!

FLORISAN.

Yo te confieso
Que es milagro verle vivo;
Que con rodela y espada,
Segun Jafer me contó,
Con fuerza tan extremada
Su navío defendió
A su poderosa armada,
Que hasta tener mil heridas
Jamás se quiso rendir,
Ni aun mostrar fuerzas rendidas.

ARLAJA.

Que tienen, oigo decir,
Los españoles mil vidas. —
¿De dónde eres?

DON SANCHO.

De Sevilla.

ARLAJA.

¿Tu nombre?

DON SANCHO.

Don Sancho Osorio.

ARLAJA.

¿Qué sangre?

DON SANCHO.

Dióme Castilla
Ser caballero notorio;
Aunque del Bétis la orilla,
Por conquista de mi abuelo,
Tengo por mi patrio suelo.

ARLAJA.

¿Eres rico?

DON SANCHO.

Pobre soy.

ARLAJA.

Licencia de andar te doy
Sin prision.

DON SANCHO.

Guárdete el cielo.

ARLAJA.

¿Dónde ibas con tu nave?

DON SANCHO.

A Lisboa.

ARLAJA.

¿A qué?

DON SANCHO.

A huir
De una sirena süave...

FLORISAN.

Mujer, te quiso decir.

DON SANCHO.

Y prenda de un hombre grave.

ARLAJA.

Pues ¿qué temias?

DON SANCHO.

Su ofensa;
Que ella me amaba, y ansí
Pensé ponerme en defensa.

ARLAJA.

¿Eso hay en España!

DON SANCHO.

Sí.

ARLAJA.

En Roma volverse piensa.
Estátuas pueden hacerte.

DON SANCHO.

He jurado á cierto amigo
Ser *amigo hasta la muerte.*

ARLAJA.

¿Hará lo mismo contigo?

DON SANCHO.

Juró de la misma suerte.

ARLAJA.

Yo tengo el arco y el velo.
Dejalde andar libremente.

DON SANCHO.

Alargue tu vida el cielo.

ARLAJA.

Guie á mis baños la gente:
Tiemple este calor su hielo.
(*Vanse todos, ménos don Sancho.*)

ESCENA IV.

DON SANCHO.

Quien puesto en la ocasion vitoria espera,
A riesgo pone su opinion, si es noble;
Pues no hay tan firme pecho á quien no doble
Una mujer, si aman lo persevera.
Tal vez al olmo firme en la ribera
Mudan las blandas aguas, y al inmoble
Muro la hiedra, el viento al duro roble.
Pues ¿qué hará el ruego en condicion ligera?
Mas quiero ser de un bárbaro enemigo
Cautivo en Tetüan, que hacer ofensa
A la lealtad de un verdadero amigo.
Mal hace quien vencer y esperar piensa;
Que los peligros del amor que digo,
En las espaldas tienen la defensa.

ESCENA V.

DON BERNARDO, GUZMÁN. — DON SANCHO.

DON BERNARDO.

A no me haber informado
Que le vendió en Tetüan,
Fuéramos á Argel, Guzmán,
Y fuera el suceso errado.
La vida nos dió saber
De su prision la verdad.

GUZMÁN.

Es una luz la amistad
Que á nadie deja perder.
Un esclavo pasa allí:
Por don Sancho preguntemos.

DON BERNARDO.

¡Qué buen talle!

GUZMÁN.

Dél sabremos
Si vive cautivo aquí.

DON BERNARDO.

¡Ah cautivo!

DON SANCHO.

¿Quién me llama?

DON BERNARDO.

Guzmán, la voz me turbó.
«¿Quién me llama?» respondió,
Y el alma dijo: «Quien ama.»

DON SANCHO.

(*Ap.* ¡Ay cielos! ¡Qué extraño encuentro!
Aquí me han dicho: ¡«Ah cautivo!»
Y el corazon: «Por ti vivo
Cautivo,» responde dentro.)
¿Es don Bernardo?

DON BERNARDO.

¿Es don Sancho?

DON SANCHO.

En los brazos lo verás;
Que, para que quepas más,
Brazos, pecho y alma ensancho.
¿Qué es esto?

DON BERNARDO.

Venir por tí,
Que eres del alma mitad,
Aunque con tal deslealtad
Vienes huyendo de mí.

GUZMÁN.

Si ya os habeis abrazado,
Dejadme á mí descansar.

DON SANCHO.

¡Guzmán en este lugar!
¡Brava lealtad de criado!

GUZMÁN.

Soy el perro de Tobías.
Mas de perros, poco á poco,
No me muerda alguno.

DON SANCHO.

Hoy toco
Tus verdades con las mias.
Hoy conozco tu amistad.

DON BERNARDO.

Estoy quejoso.

DON SANCHO.

Dejemos
Quejas.

DON BERNARDO.

Bien dices: tratemos,
Don Sancho, tu libertad.

DON SANCHO.

¡Ay Dios! Soy de una mujer.

DON BERNARDO.

Tráigole damascos bellos,
Y brocados, que con ellos
Al sol se puede oponer.
Tráigole granas y perlas
En que el Africa idolatra.

DON SANCHO.

Las que cuentan de Cleopatra
Aun no estimara ponerlas.
No me podrás rescatar
Con los tesoros de Midas.

DON BERNARDO.

Pues daréle yo mil vidas

Por perlas del mar de amar.
Pero dime la razon.

DON SANCHO.

Estar su esposo cautivo
En Lisboa, y así vivo
Tan sin remedio en prision;
Que el Rey, por ser un cosario
Que las costas españolas,
Con cuatro fragatas solas,
No tienen mayor contrario,
No le deja rescatar
Ménos que por cien cristianos,
Los treinta nobles.

DON BERNARDO.

Las manos
Quiero á tu dueño besar.
Y porque importa á tu honor
Que á Sevilla vuelvas luego,
Para su esclavo me entrego,
Aunque de ménos valor;
Y advierte que si replicas,
En mi vida te hablaré.

DON SANCHO.

Yo te agradezco la fe
Que en tanto amor significas.
Pero advierte...

DON BERNARDO.

Si á tu honor
Conviene, ¿qué hay que advertir?

DON SANCHO.

La causa me has de decir;
Que si es fineza de amor,
No has de quedar tú cautivo
Por darme á mí libertad,
Siendo ménos amistad
La que en dejarte recibo;
Pues si te quedas por mí,
Más me agravias que me honras.

DON BERNARDO.

Mucho, don Sancho, deshonras
Tus deudos y sangre aquí;
Que en Sevilla hay cierta cosa
Que enemigos en tu ausencia
Han hecho, en que tu presencia
Es á tu fama forzosa.
No repliques; que, por Dios,
Que me mate si no vas.

DON SANCHO.

No quiero ofenderte más.

DON BERNARDO.

Parte; que importa á los dos.
Mas dime: ¿adónde hallaré
La mora?

DON SANCHO.

Es ida á sus baños.

DON BERNARDO.

A buscarla voy. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON SANCHO, GUZMÁN.

DON SANCHO.

¡Qué engaños!
¡Qué fuerzas!—Guzmán, ¿qué haré?
¿No ves esta sinrazon?
¿Qué hay en Sevilla de mí?

GUZMÁN.

Lo que yo sospecho aquí
Es que en aquesta ocasion
Su padre de don Bernardo
Casa á doña Angela; y él,
Como tu amigo fiel,
Tan animoso y gallardo,
Quiere quedar en prision
Miéntras á Sevilla vas;
Que sabe que allá tendrás
De su hermana posesion;
Que ella misma le ha entregado
Sus joyas para comprar
Tu rescate.

DON SANCHO.

¡Qué pesar
Su resolucion me ha dado!

GUZMÁN.

No tienes razon, Señor.
Parte á Sevilla contento
A hacer este casamiento
Por prenda de tanto amor.
Confirma, con ser cuñado
De un hombre tan principal,
Una amistad tan leal
Y un término tan honrado.
Mira que es ingratitud;
Y advierte, que no le digas
Lo que te he dicho.

DON SANCHO.

Mitigas
Mi enojo con su virtud.
Partamos en busca suya;
Que le quiero obedecer.

GUZMÁN.

Todo tu bien ha de ser
El ser doña Angela tuya.

DON SANCHO.

El que buen amigo halló,
Guzmán, gran tesoro tiene.

GUZMÁN.

Dos tienes tú.

DON SANCHO.

¿Dos?

GUZMÁN.

Quien viene
Para rescatarte y yo.

DON SANCHO.

Sombra de su sol me nombra.

GUZMÁN.

Sí; mas dice el español
Que hay tiempo que abrasa el sol,
Y es bueno estar á la sombra.

(*Vanse.*)

—

Jardines de Tetuan.

ESCENA VII.

ARLAJA.

Clarísimos cristales,
Que á no formar las ondas trasparentes
Evidentes señales
De que sois aguas puras y corrientes,
Pensaran los reflejos
Del sol hallar en vos firmes espejos,
Templad su fuerza en tanto
Que la de amor se junta con su fuego.
Guardadme el arco y manto,
Hermosas flores; que yo vuelvo luego
A deciros amores,
De celos destos dulces ruiseñores.
Cubrid con anchas hojas
Esta laguna al sol, lascivas vides;
Y tú, si no te enojas,
Del peso que te dan, árbol de Alcides;
Porque ninguno vea
Lo que mi ausente amor pierde y desea.

(*Pasa detrás de unas matas al sitio del baño.*)

ESCENA VIII.

DON BERNARDO.

El amistad divina,
Del armonía celestial retrato,
Aquella á quien se inclina
El tiempo, á tantas obras tan ingrato,
Pues pone su memoria
En conservar ejemplo de su gloria,
Todo lo facilita,
Todo lo halla dulce, á todo sale,
Todo lo solicita,
Pues de las alas del amor se vale.
No hay mar, no hay tierra extraña:
Allanara de Jérjes la montaña.—
¡Bella mujer! ¿Si fuese
Por dicha la que busco entre estos baños?
Mas temo que le pese
Que la haya visto desnudar; que engaños
Los jardines ofrecen,
Donde los hombres árboles parecen.
Pienso que me ha sentido.
Ya se vuelve á vestir: aquí me escondo.

ESCENA IX.

ARLAJA, *volviendo.*—DON BERNARDO, *retirándose.*

ARLAJA.

Mas ¿qué manso rüido,
Si acaso no es que á mi temor respondo,
Anda por estas plantas?
Si es hombre, ¿de qué sirven guardas tantas?
Si es animal ¡oh flores!
Volvedme el arco y flecharéle.

DON BERNARDO.

Tente.

ARLAJA. (*Ap.*)

No eran vanos temores.

DON BERNARDO.

¿Eres Arlaja?

ARLAJA.

Sí.

DON BERNARDO.

Cuando te cuenta
Mi disculpa, sospecho
Vuelvas color al rostro y alma al pecho.
Pienso que satisfecha
El arco bajes y la flecha quites.

ARLAJA.

Bajo el arco y la flecha.

DON BERNARDO.

Disculparéme, si disculpa admites.

ARLAJA.

(*Ap.* ¡Lo que puede un buen talle!
Voyle á reñir, y mándame que calle.
Bien me parece el hombre,
O fué que al desnudarme no tenía
Muy léjos de su nombre
El natural amor y fantasía;
Porque las cosas bellas
Agradan más cuando se piensa en ellas.)
¿Por dónde, dime, entraste?

DON BERNARDO.

Dormida hallé la guarda.

ARLAJA.

(*Ap.* No me pesa.)
¿Para qué me buscaste?

DON BERNARDO.

Soy español, y tengo por empresa
Amigo hasta la muerte
De un cautivo que tienes.

ARLAJA.

Dél me advierte.

DON BERNARDO.

Don Sancho se apellida.
¿Cuánto quieres por él? que ir á su tierra
Le importa honor y vida.

ARLAJA.

Que te quedes por él.

DON BERNARDO.
La venta cierra;
Que desde aquí soy tuyo.

ARLAJA.
¡Mi esclavo!

DON BERNARDO.
Sí; que soy amigo suyo.

ARLAJA.
¡Extraño amor!

DON BERNARDO.
Soy noble.

ARLAJA.
Si amaras una dama, ¿fueras, dime,
Tan leal?

DON BERNARDO.
Fuera al doble.

ARLAJA.
Razon es que te estime.

DON BERNARDO.
No me estime
Hasta darle la vida.

ARLAJA.
¿No lo es la libertad?

DON BERNARDO.
No está perdida.

ARLAJA.
¿No eres mi esclavo agora?

DON BERNARDO.
Ser tu esclavo es ser libre.

ARLAJA.
El nombre tuyo...

DON BERNARDO.
Bernardo, hermosa mora.

ARLAJA.
Mi gente viene. Tu nobleza arguyo
De tan heróica hazaña.

DON BERNARDO.
Esto es lo ménos del valor de España.

ESCENA X.

FLORISAN, JACIMIN.—DICHOS.

JACIMIN.
Gran Señora, ¿qué es esto?

ARLAJA.
Nadie se altere. Jacimin, al punto
Trae á don Sancho: presto.

JACIMIN.
Ya, por obedecerte, no pregunto
Novedad tan extraña. (*Vase.*)

ARLAJA.
¿De qué apellido te honras en España?

DON BERNARDO.
Despues que soy amigo
De don Sancho, me llamo Osorio; que
Deste tiempo que digo, [ántes
Mi apellido era Chaves y Cervántes.
Mas tú desto ¿qué sabes?

ARLAJA.
Pues sé tu lengua, bien sabré que es
Tres leguas hay á España [Chaves.
Desde mi tierra.

DON BERNARDO.
Ya la mar me enseña
Cuán cerca el muro baña
De Gibraltar, y la dichosa peña
De la Virgen de Europa,
Estrella de la mar y viento en popa.

ARLAJA.
¿Qué negocio tenía
En Sevilla don Sancho?

DON BERNARDO.
Un casamiento,
Y la ocasion perdía.

ESCENA XI.

JACIMIN *con* DON SANCHO Y GUZMÁN.—DICHOS.

JACIMIN.
El esclavo está aquí.

ARLAJA.
Con gran contento
A Gibraltar te parte: [te.
Que hasta el mar Jacimin sabrá llevar-

DON SANCHO.
¿Que tengo de ir, Bernardo!

DON BERNARDO.
Impórtate la vida.

DON SANCHO. (*Ap.*)
Callar quiero.

ARLAJA.
Tú hallaste el más gallardo
Amigo que en el mundo ver espero.

DON SANCHO.
Da, Señora, licencia
Para que sienta ménos esta ausencia.

ARLAJA.
¿Cómo?

DON SANCHO.
Que me acompañe
Hasta el mar don Bernardo con tu gen-
Pues no habrá quien la engañe. [te,

ARLAJA.
Vayan todos.—Tú vuelve brevemente.

DON SANCHO.
En fin, ¡preso te quedas!

DON BERNARDO.
Porque librar tu honor de afrenta pue-

DON SANCHO. [das.
Yo volveré. Paciencia
Para vivir sin tí, si amor la ofrece.

DON BERNARDO.
Y yo quedo en tu ausencia [ce.
Más triste que un pinar cuando anoche-
(*Vanse don Sancho y don Bernardo y los moros.*)

ESCENA XII.

ARLAJA, GUZMÁN.

ARLAJA.
¡Hay dos amigos tales!

GUZMÁN.
No los celebra Roma y Grecia iguales.

ARLAJA.
¿Tambien tú quedas aquí?

GUZMÁN.
Con mi Señor, es sin duda.

ARLAJA.
La lealtad nunca se muda.
¿De qué le sirves?

GUZMÁN.
¿Yo?

ARLAJA.
Sí.

GUZMÁN.
De carta de marear,
De Colon de su rocín;
Que por mí descubre, en fin,
La tierra que ha de pasar.
Su padre de mi Señor
Estuvo en Indias, y allí
Quieren decir que nací,
Aunque de aleman color.
Vine á Sevilla con ellos,
Donde soy su portafrascos
Desto que cruje damascos,
Aunque no he tratado en ellos.
Tengo gracia en conocer
La virilla de un chapín;
Que dice cierto malsin
Que es cédula de alquiler.
En fin, yo soy su ventor.

ARLAJA.
No debe de amar, pues viene
Adonde su amigo tiene.

GUZMÁN.
Muere Bernardo de amor.
Y la noche que pudiera
Dar fin á un grande deseo,
Hizo esta fineza.

ARLAJA.
Creo
Que si amara, no la hiciera.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Arlaja en Tetuan.

ESCENA XIII.

ARLAJA, GUZMÁN.

GUZMÁN.
Señora, ya que estamos en tu casa,
O cautivos ó huéspedes ó prendas,
Sábete, que pues somos prendas vivas,
Que habemos de comer.

ARLAJA.
Eso es forzoso.
No os faltarán regalos en mi casa;
Que á don Bernardo no le llamo esclavo,
Sino del amistad la quinta esencia.
Y así, con aficion y cortesía
Le haré tratar, y de la gente mia.

GUZMÁN.
Yo, si verdad te digo, no es posible
Que me aplique al sustento de tus mo-
[ros,
Porque esto de alcuzcuz, cabra y aceite
Es como darme el alma del afeite.

ARLAJA.
¡Alma de afeite!

GUZMÁN.
Soliman te digo;
Que áun á la vista mata.

ARLAJA.
Pues ¿qué quieres?

GUZMÁN.
Yo he metido, Señora, amortajados
En dos sábanas...

ARLAJA.
Dilo.

GUZMÁN.
Tengo miedo...
Hablando con perdon, dos cochinitos
En sal, de á seis arrobas cada uno.

ARLAJA.
¡Ay Mahoma! ¿Qué has hecho!

GUZMÁN.
Da licencia
Para que los colguemos en tu casa;
Que no lo sabrá nadie.

ARLAJA.
Español loco,
Al instante, al momento, al punto, luego
Los lleva con secreto á tu navío;
Que si lo saben moros, te prometo
Que te quemen con ellos.

GUZMÁN.
Pues, Señora,
Dame una guarda que conmigo vaya
Hasta el navío que quedó en la playa.

ARLAJA.

Voylo á mandar; mas tú con gran secre-
Envueltos en sus sábanas los saca [to,

GUZMÁN.

Que no lo sabrá nadie te prometo.

ESCENA XIV.

GUZMÁN.

¡Oh bella industria! En vez de los to-
[cinos,
Envuelto entre las sábanas, mi amo,
Al mar le haré llevar, y desde el barco
Le guindaré á la nave fácilmente. [to;
Si salgo con la empresa, al Rey me par-
Ni dudo, aunque parezcan desatinos,
Que me ha de dar por armas dos tocinos.
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Ricardo en Sevilla.

ESCENA XV.

RICARDO, FELISARDO, FEDERICO.

RICARDO.

Sin haceros la salva que debia,
Con mucha cortesía, no le diera
Mi hija, aunque supiera que heredaba
Las Indias; pues bastaba haber tratado
Con vos lo que ha pasado.

FELISARDO.

Si yo os digo
La verdad como amigo, estaréis cierto
Que no traigo encubierto vuestro agra-
[vio.
Trató conmigo Otavio que le diese
A doña Angela, y fuese mujer suya:
De que sólo se arguya su mudanza.
En esta confianza le escribimos
Que viniese, y le hicimos aposento.
Él, por honesto intento, hurtó el cami-
[no,
Y á vuestra casa vino; y viendo en ella
A vuestra Julia bella, os la ha pedido.
Que más discreto ha sido, no os lo
[niego,
Y así, Ricardo, os ruego hagais su gusto

RICARDO.

Felisardo, no es justo, ni que el necio
Tenga á Julia en más precio.

FELISARDO.

Ya, Ricardo,
Casar mi hija aguardo de otra suerte.
Mi amistad os advierte que os importa,
Pues tan mal se reporta un atrevido
Vulgo.

RICARDO.

No haber sabido lo que Otavio
Trataba en vuestro agravio, me discul-

FELISARDO. [pa.

Agora os daré culpa si cesase
Lo que es razon que pase hasta su efeto.

RICARDO.

Como sois tan discreto y tan prudente,
Quiero estar obediente á tal consejo.

FELISARDO.

Soy, Ricardo, más viejo. Esto os convie-
Y porque Julia viene, solo os dejo. [ne;

RICARDO.

Entrad; que ese consejo á vuestra boca
Es bien que oiga esta loca inobediente,
Rehuyendo la frente al yugo santo,
Pues gana tanto en merecer esposo
Tan noble, virtuoso, hidalgo y rico.

FELISARDO.

Espera; que ya salgo, Federico.
(*Vanse Felisardo y Ricardo.*)

ESCENA XVI.

FEDERICO.

¿Qué puedo ya esperar, desesperado
De un bien, de quien jamás tuve espe-
[ranza?
Si la esperanza lo que sigue alcanza,
Quien no la tiene alcanzará cuidado.
Mas bien puede quien ama desamado
Esperar de los tiempos la mudanza:
Nace de la tormenta la bonanza,
Y sale el claro sol por el nublado. [vo?
Mas ¿qué es lo que mis penas entretu-
O ¿cómo tanto amor sin fin se adquiere,
Pues en alguno el pensamiento estuvo?
Que no es posible que ame, y que no
[espere,
Porque quien niega que esperanza tu-
Confiesa que el amor sin ella muere. [vo,

ESCENA XVII.

JULIA.—FEDERICO.

JULIA.

¿De qué sirve persuadirme?
Antes me daré la muerte.
Pero la obediencia es fuerte.
¿Cómo podré resistirme?
Que aunque el alma esté más firme,
Un padre del cuerpo es dueño.

FEDERICO.

Si lo contrario te enseño,
¿Qué dirás? ¿Que harás por mí?

JULIA.

Hacer cuenta que te vi
Como sombra de mi sueño.
Cásanme, y digo que yo
Con el alma huir quisiera
El cuerpo, si no tuviera
El dueño que Dios le dió.

FEDERICO.

El albedrío quedó
Franco desde el mismo dia,
Y casarte es tiranía.

JULIA.

Si un hombre un vaso tuviese,
Y otro un licor le pusiese,
¿De cuál de los dos seria?

FEDERICO.

El licor, del que le puso,
Y el vaso, del dueño dél.

JULIA.

Así no es hecho cruel
Lo que mi padre dispuso.
Si el alma es licor infuso,
El cuerpo es vaso que ha hecho
Mi padre: suyo es el pecho;
Y cuando suyo no fuera,
Donde la fuerza le altera
Se pierde todo el derecho.

FEDERICO.

Nunca tú me has estimado;
Que ya casada estuvieras,
Por amar con tantas veras
Un hombre que te ha burlado.
Mira ¡cómo te ha dejado
Por ir siguiendo un amigo!
Pero mira que te digo,
Que áun agora te querré,
Si la verdad desta fe
Tiene su valor contigo.

JULIA.

Si quiero tomar venganza
De don Bernardo, no es bien
Que tus manos me la dén,
Pues áun su sangre me alcanza.
Si ejecuto mi mudanza,
Ha de ser dél y de tí,
De doña Angela y de mí.
De todo me he de mudar;
Que quien se quiere vengar
Aun se ha de mudar de sí.

FEDERICO.

Pues estás tan rigurosa,
Aun le debes de querer.

JULIA.

Pues ¿qué piensas? Soy mujer,
Y humana; que no soy diosa.
Mi voluntad presurosa
Corria amando, y pensando
Que corriendo iba quitando
A mi esperanza los grillos;
Mas ya tomo pajarillos,
Y dejo buitres volando.

ESCENA XVIII.

LEONOR.—JULIA, FEDERICO.

LEONOR.

Dame albricias.

JULIA.

¿De qué son?

LEONOR.

De que ya quedas casada.

JULIA.

¿Qué es casada!

LEONOR.

Concertada.

JULIA.

¡Albricias!

LEONOR.

Pues ¿no es razon?

JULIA.

De mi desesperacion,
Leonor, te mando un vestido,
De mi dolor guarnecido,
Con pestañas de pesares,
Y botones y alamares
De tanto tiempo perdido.
Mándote aquella cadena
Que traje por un traidor;
Que en el toque del amor
Sale falsa la más buena;
Las sortijas de mi pena,
Chapines de mi mudanza,
Guantes de mi confianza,
Con tocas de mi tormento,
Y un abanillo del viento,
Donde se fué mi esperanza. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

FEDERICO, LEONOR.

LEONOR.

¡Yo quedo muy bien vestida!

FEDERICO.

Y yo, ¿qué tendré, Leonor?

LEONOR.

Mándote un jubon de amor,
Y una cuera guarnecida
Del desden de quien te olvida.
Mándote unas calzas negras
De cuchilladas de suegras,
De que ninguna se escapa,
Y de la noche la capa,
Si de su sombra te alegras.
Mándote aquella camisa,
En que Alcides se abrasó,
Y el cuello con que movió
Orfeo el infierno á risa,
Y una medalla y divisa
De la que adoran los moros,
Y por letra un flux de oros
Con un sombrero de celos;

Que es lo mismo que los cielos
Dan á los ciervos y toros. (*Vase.*)

ESCENA XX.

FEDERICO.

Fuése haciendo testamento.
Pues tambien le quiero hacer,
Y á quien viniere á querer
Con mi loco pensamiento,
Mando una cama de viento,
Que tenga por almohada
Una calabaza atada
A un bordon de peregrino,
Donde si errare el camino,
Pueda dormir sin posada. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Felisardo.

ESCENA XXI.

DON SANCHO, LIRANZO.

LIRANZO.

En pago de haberte dado
Toda esta casa, Señor,
Ménos deudora á tu amor
Que tú le estás obligado,
Para bien de tu venida
¿Muestras tanto descontento!

DON SANCHO.

Eso es lo mismo que siento,
Y ántes perdiera la vida.
¡Oh! maldiga el cielo el mar
Que ansí sus ondas dispuso,
Que una tartana me puso
En un hora en Gibraltar!
Quiero tambien maldecir
Los barcos, que hasta Sevilla
Fueron postas de la orilla
Del claro Guadalquivir.
¡Mal haya el próspero viento
Y el pardo lienzo mal haya,
Que me trajo hasta su playa
Para tan cobarde intento!
¡Pluguiera á Dios que cautivo
Me diera el suelo africano
Sepulcro, ó el mar hispano
Como á traidor fugitivo:
Julia se casa: y de mí
¿Qué sentirá don Bernardo?
Pero yo, triste, ¿qué aguardo?
¿En qué me detengo aquí?
¿Cómo no parto por él?

LIRANZO.

Pues ¿sabes tú dónde está?
Que de ti se dijo acá
Que estabas preso en Argel.

DON SANCHO.

¡Ay de mí! ¡cuán al contrario
Ha sido todo el suceso!
Mejor estaba yo preso
Por rescate de un cosario.
Díjome Bernardo á mí
Que doña Angela y Otavio
Se casaban; fuerte agravio
De su engaño recebí;
Pues hallo que los conciertos
De Julia y Otavio son.

LIRANZO.

No dirán por tu aficion
Que son los contrarios muertos.
¿Tanto sientes, por ser dama
De Bernardo, el casamiento?

DON SANCHO.

Poco, pues que vivo siento,
Si el morir vida se llama.
¡Pluguiera á Dios que casado
Con Angela á Otavio hallara,
Y que la fortuna avara
En mí se hubiera vengado,
Como guardada estuviera
Julia, para quien la adora,
Que es á quien yo debo agora
Muchas vidas que tuviera!
Mas di, ¿no me enseñarás
Ese Otavio?

LIRANZO.

Agora estaba
Con Felisardo, y trataba
De lo que tratando estás.
Si quieres ver un retrato
De la inconstancia, aquel es.

DON SANCHO.

Véte y búscame despues,
Que no me hallarás ingrato.

LIRANZO.

Si piensas reñir con él,
No sea en casa, Señor.

DON SANCHO.

De reñir, no hayas temor,
Si no comienza por él.
(*Vase Liranzo.*)

ESCENA XXII.

OTAVIO.—DON SANCHO.

OTAVIO. (*Para sí.*)

No sé si es condicion, ó si es deseo
De mejorar las bodas que he tratado,
Pues tanta dilacion en ellas veo.
Visitando á doña Angela, he mirado
Virtud, honestidad y entendimiento,
Potencias para el alma de un casado.
Llevóme á imaginar el pensamiento
Que la deje por Julia: ¡extraña cosa!
Pues ántes de casarme me arrepiento.
Pero Julia es honesta y virtuosa;
Yo acierto bien, y con mi igual me caso.

DON SANCHO.

(*Ap.* Aquí ha de ser la industria prove- [chosa.)
Guárdeos el cielo. ¿Conoceisme acaso?

OTAVIO.

Desta casa seréis deudo ó amigo.

DON SANCHO.

Amigo soy, que de ser deudo paso.
Don Sancho Osorio soy.

OTAVIO.

Que soy, os digo,
Aficionado á vuestro nombre y fama.

DON SANCHO.

No lo muestran las obras de enemigo.

OTAVIO.

Enemigo, ¿por qué?

DON SANCHO.

Pues ¿no se llama
Enemigo mortal y riguroso [y ama?
Quien quita á un hombre lo que adora

OTAVIO.

¿De quien jamás os vió vivis quejoso?
¿Dama he visto yo vuestra!

DON SANCHO.

Y de tal suerte, [so.
Que dicen que os llamais de Julia espo-
Quien con tal libertad desto os advier-
Y viene de mil leguas á avisaros, [te,
Ni estimará la vida ni la muerte.
Y fuera desto, no podeis casaros,
Porque lo está conmigo de secreto,
Y llora y se maldice por dejaros.
Su padre la ha forzado, y os prometo
Que si os casais, publicaré en Sevilla
La oculta infamia á que estaréis sujeto.

OTAVIO.

Como celoso hablais: no es maravilla.
Yo pude entrar al golfo de mi engaño,
Y hallé los desengaños á la orilla:
No me casaba para haceros daño,
Pues lo era el mio, sino simplemente
Como hombre dél y desta tierra extraño.
De no mirar á Julia eternamente
Palabra os doy: tenedla por segura.

DON SANCHO.

El cielo, Otavio, vuestra vida aumente,
Y perdonad; que celos son locura.
(*Ap.* ¡Oh, qué bien he deshecho el casa-
[miento,
Aunque he puesto mi vida en aventura!)

OTAVIO.

Yo os juro de mudar el pensamiento
De Julia, en quien hasta en el nombre
Angel de paz. [se

DON SANCHO.

Y áun es mejor intento.
Yo sé que Felisardo lo desea.
Doña Angela es gallarda, rica, hermosa,
Y que en vuestro valor mejor se emplea.

OTAVIO.

Hoy ha de ser doña Angela mi esposa;
Que yo sé que se queja Felisardo,
Y áun ella pienso yo que está celosa.

DON SANCHO. (*Ap.*) [nardo,
¿Qué más puedo yo hacer por don Ber-
Pues que la hacienda y el honor me
[quito,
Con que su dama le defiendo y guardo?
Marido á quien adora solicito,
Pierdo mujer y treinta mil ducados;
Y aunque es grande mi amor, el suyo
[imito.
Quiero hablar á los padres descuidados
De Julia, y con Otavio revolvellos:
Quedarémos Bernardo y yo pagados,
Y la ocasion guardando los cabellos.
(*Vase.*)

ESCENA XXIII.

OTAVIO.

¡Cuántas cosas del honor
Cubre en el mundo el secreto
Contra el natural valor!
¡Cuán diferente conceto
Hizo de Julia mi amor!
Pero quisieron los cielos
Que ese su galan ausente
Venga incitado de celos
Para que tan libremente
Corriese á mi honor los velos.
No más Julia, Angela sí.

ESCENA XXIV.

DOÑA ÁNGELA.—OTAVIO.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es lo que tratais de mí?
¿No estoy segura en mi casa?

OTAVIO.

Alguna traicion que pasa
Hace que me queje así.

DOÑA ÁNGELA.

¡Traicion aquí contra vos!

OTAVIO.

Aquí no; mas porque os diga
La verdad...

DOÑA ÁNGELA.

Tened por Dios;
Que si es de Julia, mi amiga,
Nos agraviais á las dos.

OTAVIO.

¿Pues paréceos que es razon,
Si me quejo de traicion,
Y en el honor claro agravio,
Que me case?

DOÑA ÁNGELA.

¿Quién, Otavio,
Os puso en tal confusion?

OTAVIO.

Su galan, que estando ausente,
Mi casamiento entendió,
Y es bien que estorbarlo intente.

DOÑA ÁNGELA.

¿Mi hermano?

OTAVIO.

Señora, no,
Aunque es su amigo ó pariente.
Este dice que casado
Con Julia está de secreto.
Al fin me ha desengañado.

DOÑA ÁNGELA.

Y ¿qué nombre? que os prometo
Que me habeis puesto en cuidado.

OTAVIO.

Don Sancho, el que hoy ha venido
A Sevilla, éste que ha sido
Recibido en vuestra casa
Con tanto amor.

DOÑA ÁNGELA.

¡Eso pasa!
Mirad que lo habrá fingido.

OTAVIO.

¿Fingido, si me contó
La obligacion que la tiene,
Y acuchillarme intentó?

DOÑA ÁNGELA.

¡Don Sancho!

OTAVIO.

Si á veros viene,
Decid que lo digo yo.

DOÑA ÁNGELA.

¡Hola?

ESCENA XXV.

RIBERA.—DOÑA ÁNGELA, OTAVIO.

RIBERA.

Señora...

DOÑA ÁNGELA.

¿Está ahí
Don Sancho?

RIBERA.

Con Felisardo
Quedaba hablando.

DOÑA ÁNGELA.

Pues dí,
Ribera, que aquí le aguardo.
Vos dejadme, Otavio, aquí.
(*Vase Ribera.*)

OTAVIO.

¿Quereis que presente esté?

DOÑA ÁNGELA.

A solas se lo diré,
Porque sabed que engañada
Palabra le tengo dada,
Pero no la cumpliré.

OTAVIO.

¿Acá tambien?

DOÑA ÁNGELA.

Es traidor,
Es mercader de su talle,
Vende burlas, gana amor.

OTAVIO.

Si vos quereis castigalle,
Y á vuestra amiga mejor,
El casamiento tratemos
Que por mi culpa dejámos.

DOÑA ÁNGELA.

En él, Otavio, hablaremos.

OTAVIO.

Para vengarnos tardamos;
Si os tardais, no nos vengamos.

DOÑA ÁNGELA.

Hablad mi padre.

OTAVIO.

Sí haré. (*Vase.*)

ESCENA XXVI.

DOÑA ÁNGELA.

Cuando el papel escribí
A don Sancho, imaginé
Que era el responderme ansí
Virtud, amistad y fe;
Y era que el traidor hablaba
Con la dama de su amigo,
Con quien en secreto estaba
Casado.

ESCENA XXVII.

DON SANCHO, RODRIGO. — DOÑA ÁNGELA.

DON SANCHO.

Vuelve, Rodrigo, (*Ap. á el.*)
Donde el arráez quedaba,
Y otra vez concierta el barco.

RODRIGO.

Pienso que vive en Triana.

DON SANCHO.

Mira que luego me embarco;
Que anda amor esta mañana
Poniendo flechas al arco.

RODRIGO.

Yo le voy á concertar. (*Vase.*)

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Cielos, Angela está aquí!
El alma me hace temblar
Mirar el bien que perdí;
Mas no lo pude excusar.
El amistad de Bernardo
Vence el mayor interés.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Hablaré: ¿qué me acobardo?

DON SANCHO.

Solo besaros los piés
Para mi partida aguardo.

DOÑA ÁNGELA.

Hoy venis, y ¿ya os partis!
Alma teneis de cometa:
Presto naceis y moris.

DON SANCHO.

Siempre la tengo inquieta:
Muy bien, Señora, decís.
Hoy vuelvo á cierto lugar
Donde dejo á vuestro hermano.

DOÑA ÁNGELA.

Mi hermano vais á buscar;
Pero sois tan gran villano,
Que le querreis engañar.
¿Es esto lo que merece
Quien vida y alma os ofrece?
¡A Julia amais de secreto!

DON SANCHO. (*Ap.*)

Ya hace mi industria efeto.

DOÑA ÁNGELA.

Bien la lealtad se os parece.
¡Vos sois aquel bien nacido!
¡Vos este pago habeis dado
A quien vuestro amparo ha sido,
Y á mí que os he deseado
Y cuanto soy ofrecido!
¡A mí, que mis joyas dí
Para rescataros! ¡Cielos!
¿Esta traicion pasa aquí!
Voces han de dar los cielos.

DON SANCHO.

(*Ap.* Lloverá amor sobre mí:
Mejor es no responder.)
Angela, culpas de amor
Mas perdon suelen tener.

DOÑA ÁNGELA.

Espera, Osorio traidor,
Que no lo debes de ser;
Espera, noble fingido;
Oye, amigo desleal.

DON SANCHO.

Señora, perdon os pido.
Amor es un grande mal
Que ocupa todo el sentido.
Este me obligó á querer
A Julia.

DOÑA ÁNGELA.

Yo haré á mi hermano
Que te mate.

DON SANCHO.

Podrá ser;
Pero detened la mano,
Angela; que os pueden ver;
Que vos sabréis algun dia
El fin de la empresa mia.

DOÑA ÁNGELA.

Si aquí una espada tuviera,
Por don Bernardo te hiciera
Confesar tu cobardía.
¿Qué has hecho dél? ¿Hásle muerto?
Que no es posible otra cosa.
Pues que lo diré te advierto.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Esta es mujer y celosa,
Que es alquitran encubierto.
Voyme; que el incendio llega. (*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.

¡Padre! Hermano! Federico!

ESCENA XXVIII.

FELISARDO.—DOÑA ÁNGELA.

FELISARDO.

¿Qué das voces? ¿Estás ciega?

DOÑA ÁNGELA.

A la voz la fuerza aplico,
Que el cielo á las manos niega.
Soy mujer.

FELISARDO.

Pues ¿qué quisieras?

DOÑA ÁNGELA.

Ser hombre, para que vieras
Cómo vengaba á mi hermano,
A quien ha muerto un villano.

FELISARDO.

Con justa razon te alteras.
¿Cuál es, hija, de los dos?

DOÑA ÁNGELA.

Don Bernardo.

FELISARDO.

¿Quién le ha muerto?

DOÑA ÁNGELA.

Don Sancho.

FELISARDO.

¡Válame Dios!

DOÑA ÁNGELA.

De Julia ha sido el concierto
Para casarse los dos.

FELISARDO.
Agora ¿no estaba aquí!

ESCENA XXIX.

RIBERA, *y luego*, JULIA y LEONOR.—DICHOS.

RIBERA.
Julia viene á visitarte.

DOÑA ÁNGELA.
Y ¿entra ya?

RIBERA.
Señora, sí.

FELISARDO.
Apénas acierto á hablar.

DOÑA ÁNGELA.
Y yo estoy fuera de mí.
(*Salen Julia y Leonor.*)

JULIA.
Dame esos brazos.

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué brazos?

JULIA.
Los tuyos, con mil abrazos
Tan debidos á mi amor.

DOÑA ÁNGELA.
Hacellos fuera mejor
Entre los brazos pedazos.

JULIA.
¿Qué es esto!

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué puede ser,
Si el vil don Sancho por ti
Mató mi hermano?

JULIA.
Es hacer,
Ángela, burla de mí.
Si soy de Otavio mujer.

DOÑA ÁNGELA.
¡De Otavio, que aquí me ruega
Que yo me case con él,
Viéndote sin honra y ciega!

JULIA.
¿Estais locos?

FELISARDO
Si el cruel
Velas al viento despliega,
Si al mar del Sur, si á la Tierra
Del Fuego se va á esconder,
Allá le pienso hacer guerra.

DOÑA ÁNGELA.
¡Tú de don Sancho mujer!

JULIA.
Señor, esta loca encierra.

FELISARDO.
¿Qué he de encerrar, si me ha muerto
Por ti un hijo?

ESCENA XXX.

FEDERICO, *y luego*, DON BERNARDO.—DICHOS.

JULIA.
¡Por mí!

FEDERICO.
Agora
Acaba de tomar puerto
Mi hermano.

JULIA.
Muerto le llora
Toda esta casa á concierto,
Y así será lo demás.
(*Sale don Bernardo.*)

DON BERNARDO.
Cuando más seguro [1] estás,
Me vengo a echar a tus piés.

FELISARDO.
¿Es mi hijo?

JULIA.
El mismo es,
Y Guzmanillo detrás.

ESCENA XXXI.

GUZMÁN.—DICHOS.

FELISARDO.
¡Es posible que sois vivos!

GUZMÁN.
No; por artificio andamos.

FELISARDO.
¿Adónde andais fugitivos?

GUZMÁN.
Riñe un poco porque vamos...

FELISARDO.
¿Dónde?

GUZMÁN.
A rescatar cautivos.

DOÑA ÁNGELA.
¡Qué notables confusiones!
Ya por muertos os tuvimos.

GUZMÁN.
Pues, para abreviar razones,
A cazar monas nos fuimos
A la Sierra de Bullones.

DON BERNARDO.
Todos confusos estais.
¿Qué teneis, que me mirais
Con ceño y desabrimiento?

JULIA.
Yo tengo un gran descontento
Del que todos me mofais,
Y en mi vida os he de ver.

FELISARDO.
Señora, esperad, oid.

FEDERICO.
Angela, ¿qué puede ser?

DON BERNARDO.
Julia, el enojo decid.

JULIA.
¡Yo de don Sancho mujer!

FELISARDO.
Ven, Federico, conmigo;
Que la quiero acompañar.

FEDERICO.
A servirla voy contigo.
(*Vanse Julia, Federico, Felisardo y Leonor.*)

ESCENA XXXII.

DON BERNARDO, DOÑA ÁNGELA, GUZMÁN.

DON BERNARDO.
Y á mí ¿por qué me han de dar,
Angela, aqueste castigo?
¡Así Julia me recibe!
Pero sentirá el agravio;
Que en la mujer siempre vive.
¿Qué hay, doña Angela, de Otavio?
Don Sancho todo lo priva.
Adoro á Julia; mas soy
Tan cierto que leal amigo,
Que como él viva, aunque estoy
De Julia en desgracia, digo
Que por contento me doy.
¿Qué dirás de como fuí,
Y qué presto le envié?
Por su rescate me dí;
Que allá entre tanto quedé,
Y en gran peligro me vi;
Que me adoraba la mora
A quien de esclavo servia
Don Sancho, y áun hoy me adora.

GUZMÁN.
Gracias á la industria mia
Por quien estás libre agora;
Que trasformado en tocino,
Te saqué de entre los moros.

DON BERNARDO.
Valióme tu desatino;
Que si no, por mil tesoros
No hallará á España camino.
¿Dónde mi don Sancho está?
Que padres y hermanos veo,
Y nadie gusto me da;
Que solo en él mi deseo
A su esfera y centro va.
¿Hase casado contigo?
¿Fuése Otavio? ¿Qué hay de nuevo?

DOÑA ÁNGELA.
¡Gracia tienes con tu amigo!
Si desengañarte debo,
Que es un infame te digo.

DON BERNARDO.
¡Vive Dios, que si no fueras,
Mi hermana!...

DOÑA ÁNGELA.
Deja quimeras;
Que don Sancho es un traidor,
Pues con Julia trata amor.

DON BERNARDO.
¿Hablas, Angela, de veras?

DOÑA ÁNGELA.
Él propio se lo ha contado
A Otavio, y Otavio á mí.

DON BERNARDO.
Otavio te habrá engañado.

DOÑA ÁNGELA.
Si él mismo me dijo aquí
Que está con Julia casado,
Si el no me querer hablar
Ni responder al papel
Fué no poderse casar,
Y agora dice el cruel
Que te pretende matar;
Si me desprecia en mi cara,
Y de Julia dice que es,
¿Son burlas?

GUZMÁN.
¡Quién tal pensara!

DON BERNARDO.
Doña Angela, si despues
Que me engañas se declara,
¡A qué peligro te pones!
Mira que es don Sancho Osorio
De los ínclitos varones
Que por hecho tan notorio
Celebran tantas naciones.
Mira...

DOÑA ÁNGELA.
Que no hay que mirar:
Acábame de contar
Que está con Julia casado,
Y áun ella no lo ha negado.
Pues ¿qué se puede esperar?

DON BERNARDO.
¡Don Sancho!

GUZMÁN.
¡Ah Señor! un dia

[1] *Seguro* en el sentido de *descuidado*, *desapercibido*, *desprevenido*. Cuando ménos me esperabas.

Te dije yo que no habia
Verdad con amigos ya.

DON BERNARDO.

¡Con Julia!

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué loco está!

DON BERNARDO.

¿Cuál hombre del hombre fia?

DOÑA ÁNGELA.

Yo me pongo á que me dés
Mil puñaladas despues,
Si esto no fuera verdad.

DON BERNARDO.

No hay en el mundo amistad;
Todo es traicion y interés.
¿Há mucho que se embarcó?

DOÑA ÁNGELA.

Agora de aquí partió.

DON BERNARDO. (*A Guzmán.*)

Ensilla los andaluces,
Y carga dos arcabuces;
Que honra y sangre tengo yo.
Él irá á Coria á parar;
Yo, por San Juan de Alfarache,
Por tierra le he de alcanzar.

GUZMÁN.

¡Plega al cielo que despache
Todos sus vientos la mar!
¡Plega á Dios que la marea
Le detenga, y que no sea
Ir á la sirga remedio!

DON BERNARDO.

Más peligros hay en medio
Como yo su traicion crea.

DOÑA ÁNGELA.

Esa es muy necia porfía.

DON BERNARDO.

¡Bien nuestra amistad conforma!

GUZMÁN.

¡Mal tablazo de Tarfia!
Zozobre el barco de forma
Que muestre la quilla al dia!

DOÑA ÁNGELA.

Que te desengaño advierte.

DON BERNARDO.

Ya voy, ya quiero creerte.
Guzmán, si aquesto es verdad,
Habrá en el mundo amistad,
Mas no amigo hasta la muerte.

(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XXXIII.

DON SANCHO, RODRIGO.

RODRIGO.

Aquí es forzoso parar
Miéntras la corriente viene.

DON SANCHO.

¡Oh, si fuera hasta la casa
De Arlaja aquesta corriente!
Claro cristalino rio,
Ansi tus ondas celebren
Los ingenios milagrosos
Que nacen donde tú mueres;
Así del árbol de Pálas
Corones tus blancas sienes
Entre perlas y corales
Que las dos Indias te ofrecen;
Ansí tus espaldas blancas
Doradas barras sujeten
Que á tu gran señor Felipe
Rindas de seis á seis meses;
A su Sevilla y Triana
Engasten eternamente
El diamante de tus aguas
Anillo de tantos reyes;
Así á la Torre del Oro
Tus barcos de plata besen
Y truequen flamencas urcas
Sus holandas á tus nieves;
Que á Sanlúcar me lleves
A ver aquel mi amigo hasta la muerte.
Si me llevas á esperanza,
Esta misma me entretiene:
Desde allí ya pueden naves
Dar velas al viento leve;
Así trueques con su sal
Tus dulces aguas que trueques
Por los siglos de mil mundos
Sin que enemigos las entren.
Así pues, padre de España,
Godo bien nacido Bétis,
Esto de Guadalquivir
A los africanos dejes;
Así en tu espejo famoso
El sol tus cabellos peine,
Y se conviertan sus hebras
Los tejos que á España ofreces,
Que á Gibraltar me lleves
A ver aquel mi amigo hasta la muerte.

ESCENA XXXIV.

DON BERNARDO y GUZMÁN, *con dos arcabuces.* — DON SANCHO, RODRIGO.

GUZMÁN.

Él es. ¿Qué dudas?

DON BERNARDO.

No dudo.

GUZMÁN.

¿Quieres que le tire?

DON BERNARDO.

Tente,
O pondréme en medio yo,
Para que juntos nos lleves.

GUZMÁN.

Desvíate; que estás loco.

DON BERNARDO.

Quísele bien, y no puede
Persuadirse el corazon,
Y el corazon nunca miente.

RODRIGO.

Señor, ¡ladrones!

DON SANCHO.

¿Qué dices?

RODRIGO.

Que a la defensa te aprestes.

DON SANCHO.

¿Es don Bernardo?

DON BERNARDO.

Yo soy.

DON SANCHO.

Pues ¿cómo aquí te apareces!
¿Es milagro? ¿Haste ofrecido
A alguna imágen?

DON BERNARDO.

Detente.

DON SANCHO.

¿Los brazos me niegas!

DON BERNARDO.

Sí.
Pues ¿no es razon que los niegue?

DON SANCHO.

A la cuenta, de tu casa
Y de hablar tu hermana vienes.

DON BERNARDO.

Sí vengo.

DON SANCHO.

¡Buen rostro muestras
A lo que en esto me debes!

DON BERNARDO.

Ella dice que traiciones.

DON SANCHO.

Respóndeme si las crees,
Y arrojaréme en el rio
Sin que mi vida remedies.

DON BERNARDO.

No las creo.

DON SANCHO.

Pues los brazos.

DON BERNARDO.

Primero el caso me advierte.

DON SANCHO.

Brazos, arrójome al rio
Sin que mi vida remedies.

DON BERNARDO.

¡Muy buen estribo has hallado!
Brava confianza tienes!
Mis brazos quiero fiarte,
Aunque me mates.

DON SANCHO.

Detente;
Que quien sospecha de mí
Esta traicion, no merece
Mis brazos; mas por mi honor
Es bien que el caso te cuente.
Yo hallé en Sevilla trocados
Los sucesos como suelen.
Ya se casaba tu dama
Con Otavio: y por hacerte
Servicio, á Otavio le dije
Que el casamiento no hiciese,
Que yo lo estaba con Julia;
Y para lazo más fuerte
Le enamoré de tu hermana,
Para que su esposa fuese:
De suerte que me quité
Mi propio bien por tenerte
Guardada á Julia hasta ahora.
Y pues lo contrario crees,
En tu vida me hables más;
Que quien por locas mujeres
O por terceros traidores
Sus amigos aborrece,
No merece mi amistad.

DON BERNARDO.

Lo mismo puede moverte,
Pues pudiendo perdonarme
Como los amigos suelen
Esta falta, me castigas.

GUZMÁN.

Ea, ¿qué término es este
Entre amigos tan del alma,
Entre tan honrada gente!
Dénse las manos y brazos,
Y esto quede para siempre;
Que en Coria hay vino y ostion:
No haya más, ó enojaréme.

DON BERNARDO.

Por abrazarte me muero.

DON SANCHO.

Y yo por darte mil veces
Los brazos.

GUZMÁN.

Rodrigo, corre,
Di que saque vino el huésped.

DON SANCHO.

¿Qué hay de la mora?

DON BERNARDO.

Mil cosas.

Ven á aquel pradillo verde,
Y contaréte la historia.

GUZMÁN.

¿Oyes, don Sancho?

DON SANCHO.

¿Qué quieres?

GUZMÁN.

¡Arrojaréme en el rio
Sin que mi vida remedies!

DON SANCHO.

No te burles; que no sabes
Lo que pierde aquel que pierde
Un buen amigo.

DON BERNARDO.

Y más yo,
Que lo soy hasta la muerte.

ACTO TERCERO.

Sala en el Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

FELISARDO, DON BERNARDO, GUZMÁN.

FELISARDO.

No tienes que persuadirme.
La palabra he dado á Otavio.

DON BERNARDO.

Haces á tu honor agravio.

FELISARDO.

Soy en mis palabras firme.
Fuera desto, aunque muy noble
Don Sancho, es pobre en extremo.

DON BERNARDO.

¿No eres tú rico?

FELISARDO.

Eso temo,
Porque es en mi daño al doble;
Que si tu amigo se casa
Con doña Angela, es traer
La destruicion que ha de ser
De mi hacienda y de mi casa.
Deja esas caballerías;
Que no en balde bien estoy
Con tu hermana, á quien ya doy
Crédito en las cosas mias.
Federico ha de ser rico:
Negocia, en fin me parece.

DON BERNARDO.

Y con eso ¿te ennoblece,
Padre y señor, Federico?

FELISARDO.

Bástame á mi ser hidalgo.
¿Qué me puedes tú aumentar
Con don Sancho, que ha de dar
Fin á cuanto soy y valgo?
¡Lindo consejo me has dado,
Aunque tu amor significa,
Que meta en mi casa rica
Un yerno necesitado!
Deja de ser caballero,
Trata como yo.

DON BERNARDO.

Señor...

FELISARDO.

Déjame. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON BERNARDO, GUZMÁN.

DON BERNARDO.

¡Bravo rigor!
Pero remediarlo espero.
El gran Felipe Segundo
Viene á Sevilla, Guzmán.
Casa apercibiendo están
A quien es pequeño el mundo;
El gran Duque de Medina-
Sidonia vino antiyer.

GUZMÁN.

Pues el Duque ¿qué ha de hacer?

DON BERNARDO.

Quien ama siempre imagina.
Y pues habemos venido
A ver el Alcázar, donde
A su valor corresponde
Lo que tiene prevenido,
Déjamele hablar.

GUZMÁN.

Bien puedes.

DON BERNARDO.

Aunque no se persüade,
Yo haré que don Sancho agrade
A mi padre.

GUZMÁN.

Cuando heredes.

ESCENA III.

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA, DON SANCHO, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

DUQUE.

Dicen que Su Majestad
Salió de Córdoba ayer.

GUZMÁN.

Don Sancho le viene á ver.

DON BERNARDO.

Tiene mucha calidad,
Aunque es grande su pobreza.
Mas yo la remediaré.
Vuestra excelencia me dé
Los piés...

GUZMÁN. (*Ap.*)

¡Qué amor, qué fineza!

DON BERNARDO.

Y licencia juntamente
Para hablarle aparte.

DUQUE.

Aquí
Nos retiremos.

DON BERNARDO. (*Ap. al Duque.*)

De mí
No hay, Señor, para qué intente
Haceros más relacion
De que soy un hijo-dalgo,
Que lo que en Sevilla valgo
Merece mi condicion.
De Felisardo soy hijo,
Hombre rico en tierra y mar
Por esto del negociar,
Si ya la fama os lo dijo.
Tengo un amigo: este es hombre
Noble y pobre con extremo;
Quiero remediarle, y temo
Que su enemigo me nombre;
Porque es tanta su aspereza,
Que no me verá en su vida.
Yo, porque á mi amor no impida
El remediar su pobreza,
He dado en un pensamiento,
Y es que á vuestro tesorero
Acudir cada año quiero,
Si vos fuéredes contento,
Con dos mil ducados, que estos
Habeis de decir, Señor,
Que se los dais...

DUQUE.

¡Gran valor!

DON BERNARDO.

O los dejaré bien puestos,
De suerte que sin que entienda
Que más que vos se los dais,
Merced á los dos bagais,
Y él tenga bastante hacienda.

DUQUE.

Vos sois un perfecto amigo
Y yo lo quiero ser vuestro,
Y para el concierto nuestro
Todo lo que puedo obligo.
Mas ¿cómo tengo de dar
Dos mil ducados á un hombre
Que nunca supe su nombre?

DON BERNARDO.

Eso se ha de remediar
Con decir vuestra excelencia
Que ha sabido que es pariente
Suyo.

DUQUE.

Y ¿es hombre decente?

DON BERNARDO.

Fuera loca impertinencia
Poneros en esto yo,
A no ser gran caballero,
Y que ayude el nombre espero.

DUQUE.

¡Dónde esta amistad se vió!

DON BERNARDO.

Don Sancho Osorio y Guzmán
Se llama.

DUQUE.

Bien puede ser
Mi deudo: quiérole ver.

DON BERNARDO.

De los que juntos están,
Es aquel pequeño y rojo.

DUQUE.

Llamalde. (*Va don Bernardo á don Sancho.*) ¡Qué alegre parte!

DON BERNARDO.

Don Sancho...

DON SANCHO.

¿Qué hay?

DON BERNARDO.

Oye aparte.

DON SANCHO.

¿Tenemos algun enojo
En esto de gravedad?
¿Para qué el Duque te llama?

DON BERNARDO.

De tu virtud, nombre y fama
Se informa por la ciudad;
Que ha sabido por muy cierto
Que eres su deudo cercano.
Yo le he dicho á todo, hermano,
Las cosas que vivo y muerto
Digan los hombres de mí.
Díjome que te llamase.

DON SANCHO.

Como él de tí se informase,
Bien seguro estoy de tí.

DON BERNARDO.

Llega, bésale los piés.

DON SANCHO.

Deme los piés su excelencia.

DUQUE.

¡Oh, pariente! ¿Tanta ausencia!
¡Fuera de Sevilla un mes
Para llegar á Sanlúcar!

DON SANCHO.

Que me enmudece creed,
Gran Señor, tanta merced.

DON BERNARDO. (*Ap.*)

Hoy hago á don Sancho un Fúcar.

DUQUE.

Ya sé, primo, la razon
Porque no me vais á ver.
Pues los deudos suelen ser
Buenos en toda ocasion.

DON SANCHO.

¿Quién tan bueno como vos,
Siendo vos Guzmán el Bueno,
Ni de más grandezas lleno?

DUQUE.

Hacienda, gracias á Dios,
Tenemos con que paseis:
Desta os doy seis mil ducados
Cada un año, sitüados
Adonde vos señaleis.
Con estos bien podeis ir
A vernos cuando querais.

DON SANCHO.

Si vuestros piés no me dais,
La tierra quiero imprimir
De mil besos de mi boca.

DON BERNARDO. (*Ap. al Duque.*)

Oye una palabra.

DUQUE.

Di.

DON BERNARDO.

Confuso me has puesto aquí,
Por ser tu memoria poca
O ser tu grandeza mucha;
Que dos mil te dije yo.

DUQUE.

¿Dos mil?

DON BERNARDO.

Sí; que seis mil no,
Ni puedo darlos.

DUQUE.

Escucha.
No fué olvido, sino ley
De una invidia generosa,
Ver que intentas una cosa
Digna de un príncipe ó rey.
Tú le darás los dos mil;
Yo los cuatro le daré.

DON BERNARDO.

Aun responderte no sé;
Mas si nacieras gentil,
En tu imágen te adorara.

DUQUE.

Y yo en la de tu amistad.

DON BERNARDO.

Si en tu generosidad
Poco mi alabanza pára,
Es porque no nos entienda
Don Sancho, que no querrá
La renta.

DUQUE.

Yo tardo ya.

DON BERNARDO.

Ya tienes, don Sancho, hacienda.
Doyte el parabien.

DUQUE.

Don Sancho...

DON SANCHO.

Señor...

DUQUE.

A Su Majestad
En llegando á esta ciudad...

DON BERNARDO. (*Ap.*)

Todo el corazon ensancho
Para que quepa el contento.

DUQUE.

Un hábito para vos
Le he de pedir.

DON SANCHO.

Guárdeos Dios,
Y dé á vuestra casa aumento.

(*Vase el Duque y los que salieron con él.*)

ESCENA IV.

DON SANCHO, DON BERNARDO, GUZMÁN.

GUZMÁN.

¿Qué habeis tratado?

DON BERNARDO.

Hale dado
Seis mil ducados de renta.

GUZMÁN.

¿Por qué?

DON BERNARDO.

Por pariente.

GUZMÁN.

Intenta
Que conozca á tu criado,
Pues ves que no tengo un pan.

DON BERNARDO.

Pues ¿qué te ha de dar á tí?

GUZMÁN.

¿No me llamo Guzmán?

DON BERNARDO.

Sí.

GUZMÁN.

Y él ¿no se llama Guzmán?

DON BERNARDO.

Sí; pero grande nació.

GUZMÁN.

Que soy su pariente hallo
Por parte de aquel caballo
Que se llama como yo.
La razon está en la mano.

DON BERNARDO.

¿Cómo?

GUZMÁN.

El caballo es Guzmán.

DON BERNARDO.

Bien.

GUZMÁN.

Distele por galan
A don Sancho.

DON BERNARDO.

Todo es llano.

GUZMÁN.

Don Sancho, de andar sobre él,
Tambien Guzmán se llamó,
Y el Duque renta le dió:
Luego empariento con él.
Que yo al caballo, el caballo
A Sancho, y Sancho al Guzmán
Por línea derecha van,
Y en cuarto grado le hallo.

DON BERNARDO.

A perderse la locura,
Se hallaria en tu cabeza.
Vaya fuera la tristeza,
Pues Angela está segura
Para don Sancho, Guzmán,
Teniendo seis mil ducados
De renta.

GUZMÁN.

Bien empleados,
Y en tí mil mundos lo están.
¡Qué amigo, tú!

DON BERNARDO.

No lo dudes,
Hasta la muerte seré.

GUZMÁN.

¿Que nunca un amigo hallé
De tus heróicas virtudes?
Nunca nadie me prestó
Ni me ha guardado lealtad.

DON BERNARDO.

¿Nunca tuviste amistad?

GUZMÁN.

Cierto amigo tuve yo
Que con mi fregona hablaba,
Y un hijo que nos hallamos
A tres quínolas echamos
Cuál de los dos le llevaba.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Felisardo.

ESCENA V.

JULIA, DOÑA ÁNGELA.

JULIA.

No respondo á tu papel
Por letra, sino en persona.

DOÑA ÁNGELA.

Que te escribiese perdona,
Y no fuese en lugar dél,
Que habiéndose declarado
Lo que don Sancho intentó,
La ofendida he sido yo.

JULIA.

Ya le tendrás perdonado,
Pues sabes la obligacion
En que á don Bernardo está.

DOÑA ÁNGELA.

Sola esta disculpa da
De la pasada invencion.
Porque haberle dicho á Otavio
Que se casase conmigo
Porque él lo estaba contigo,
Era de tu honor agravio,
Ingratitud para mí
Y á don Bernardo traicion.

JULIA.

Finezas de amigo son,
Que quieren pagarse ansí.

DOÑA ÁNGELA.

Cuando miro que Bernardo
Quedó cautivo por él,
De ser conmigo cruel
Sola esta disculpa aguardo.

JULIA.

Yo le estoy agradecida,
Pues aunque me hizo agravio,
Estorbó que el necio Otavio
Tiranizase mi vida.
Mas ¿cómo te va con él?
¿Hácese ya el casamiento?

DOÑA ÁNGELA.

No me le nombres; que siento
Pena y tormento cruel.
Antes que en aquellos brazos
Me vea...

JULIA.

No jures más.

DOÑA ÁNGELA.

En el lugar donde estás
Me haga un rayo pedazos.

ESCENA VI.

FEDERICO.—DOÑA ÁNGELA, JULIA.

FEDERICO.

Angela, quejoso estoy,
De que estando Julia aquí,
No me dieras parte á mí.

DOÑA ÁNGELA.

Nunca del alma la doy.

FEDERICO.

Si del alma no la das,
¿Qué amistad haces á quien
Por sangre te quiere bien,
Y por amistades más?
(*Ap. á ella.* Duélete, hermana, de mí:
Háblala, dile mis celos.)

DOÑA ÁNGELA.

Mejor me guarden los cielos,
Que yo le ruegue por ti.
Y tú ¿no ves que es locura,
Queriendo bien á mi hermano?

FEDERICO.

Tiene imperio tan tirano
En las almas la hermosura,
Que no me ha dado lugar
A que le guarde respeto.
Háblala; que te prometo...

DOÑA ÁNGELA.

¿En qué la tengo de hablar?
¿Téngole yo de decir
Qué á don Bernardo aborrezca,
Y que te quiera?

FEDERICO.

Merezca
Sola una palabra oir
De aquella graciosa boca.

DOÑA ÁNGELA.

Terceros son para ausencia;
Que negociar en presencia
Al mismo amante le toca.

FEDERICO.

En la mesa del señor,
Angela, ponen un ave,
Y allí la corta el que sabe
Con mucha gala y primor:
A ti, pues, ¿por qué te pesa,
Pues nadie tu ingenio iguala,
Ser del amor maestresala,
Ya que está el ave en la mesa?

DOÑA ÁNGELA.

Córtala tú, pues te dió
La ocasion por quien lo estuvo;
Que nunca quien hambre tuvo
Al maestresala aguardó.
Vesla allí: dile tu mal.

FEDERICO.

Temblando llego.

JULIA.

¿Qué quieres?

FEDERICO.

Saber, ingrata, si eres
Piedra ó mujer celestial.

JULIA.

¿Cómo lo quieres saber?

FEDERICO.

Tocándote.

JULIA.

No seas loco.

FEDERICO.

Pues si esta vez no te toco,
Ni eres piedra ni mujer.

JULIA.

Todo lo soy.

FEDERICO.

¿Cómo ansí?

JULIA.

Libre decírtelo aguardo.
Mujer soy para Bernardo,
Y piedra soy para ti.

FEDERICO.

Y áun piedra de rayo fuiste
En esa resolucion.
Mas ten de mí compasion;
Que me has de matar de triste.
No me quieras; mas consiente
Que, por sangre de mi hermano,
Te toque sola una mano.

DOÑA ÁNGELA.

Mi padre viene.

JULIA.

Detente.

ESCENA VI.

FELISARDO.—DICHOS.

FELISARDO.

Huélgome de su bien como del mio.

DOÑA ÁNGELA.

¿De qué vienes alegre?

FELISARDO.

De que el Duque,
El Guzmán generoso de Medina,
El Bueno por grandeza y excelencia,
Ha dado dado al buen don Sancho, al grande amigo
De Bernardo, tu hermano, como á deudo,
Seis mil ducados que de renta coma,
En tanto que le hace otras mercedes,
Y promete pedir para él un hábito
Luego que el gran monarca de dos mundos
Entre en Sevilla, que le espera alegre.

DOÑA ÁNGELA.

Huélgome de su bien, porque á don Sancho
Eso faltaba sólo.

JULIA.

Y yo me huelgo
Por lo que le estimais en esta casa.

FEDERICO.

No es ménos que de todos mi alegría,
Por la que desto ha de tener mi hermano.

FELISARDO. (*Ap. á él.*)

Estoy arrepentido, Federico,
De no le haber casado con doña Ángela.

FEDERICO.

A tiempo estás agora.

FELISARDO.

Agora creo
Que se querrá estimar.

FEDERICO.

Don Sancho estima
Sólo á Bernardo.

FELISARDO.

Pues tratarlo pienso,
Cansado deste Otavio ó otavario,
Que nunca acaba de salir de fiestas,
Sin conclusion de cosa que procure.

ESCENA VII.

LEONOR.—DICHOS.

LEONOR. (*A Julia.*)

Tu coche y tus criados han llegado.

JULIA.

Irme será razon; que es ya de noche.

FELISARDO.

Yo, como viejo, haré esta vez oficio
De escudero.

DOÑA ÁNGELA.

Vos sois mi señor.

JULIA.

Ángela,
Adios, hasta mañana.

DOÑA ÁNGELA.

Si allá vieres
A Bernardo, dirás que agora es tiempo
De que don Sancho lo que debe pague.

FELISARDO.

Ven, Federico.

FEDERICO. (*Ap.*)

Iré siguiendo el alma
Que me llevan los ojos celestiales
Desta mujer, que dice que es de piedra.
Pues piedras hay que abraza verde hiedra.

(*Vanse todos, ménos doña Angela.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ÁNGELA.

Esperanza del bien que me entretiene
¿Qué me decís? ¿Tendréis agora efeto?—
En nombre de tu amor te le prometo,
Que más se estima cuando tarde viene.
—Alma, ¿qué quieres? ¿Que descanse ó pene?—
Descansa y pena, corazon inquieto.—
Pues ¿cómo han de caber en un sujeto?—
Porque el cielo de amor infierno tiene.
Como oráculo amor sentidos junta;
Tiene su voz entendimiento vario,
Donde promete el bien, el mal apunta.
Astrólogo es amor y judiciario;
Que quien quiere saber lo que pregunta,
De lo que dice espera lo contrario.

(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA IX.

DON BERNARDO y DON SANCHO, *en hábito de noche*, *y* GUZMÁN.

DON BERNARDO.

Han hecho las amistades,
Y ya las dos enemigas
Son desde esta tarde amigas.

DON SANCHO.

¿Cómo estais de voluntades
Julia y tú?

DON BERNARDO.

Sospechas tiene
Que no le trato verdad;
Porque de nuestra amistad
A estar tan celosa viene,
Que no lo estuviera tanto
De las damas de Sevilla.

DON SANCHO.

Quiere bien: no es maravilla.

DON BERNARDO.

De lo que sufre me espanto.
¿Dónde quieres que pasemos,
Miéntras viene Julia, un rato?

GUZMÁN.

No está léjos un retrato
De sus melindres y extremos;
Pero tiene ocupacion
De un cierto diestro en bigotes.

DON BERNARDO.

Nunca donde hay marquesotes
Procuro conversacion.

GUZMÁN.

Al salir de la Alameda
Vive una dama bizarra;
Mas toca tantico en Sarra,
Aunque lo cubre de seda.
Un preso, habrá cuatro dias,
Envió á esta dama un papel,
Y suplicábala en él
Con ruegos y cortesías,
(Porque temia los daños
De confesar en un fuerte
Tormento) que ¿de qué suerte
Negaba siempre sus años?

DON SANCHO.

El preso anduvo discreto;
Que no hay tan fuerte negar.

DON BERNARDO.

Bien puede disimular,
Si lo permite el sujeto,
Una mujer, cuatro ó seis
Años, en llegando á treinta.

GUZMÁN.

Yo conozco unos cincuenta
Negar...

DON BERNARDO.

¿Cuántos?

GUZMÁN.

Veinte y seis.

DON BERNARDO.

¡Válame Dios!

GUZMÁN.

¿Qué te espantas?

DON BERNARDO.

Bestia, ¿no me he de espantar?
¿Veinte y seis puede negar!

GUZMÁN.

Pues de sabandijas tantas,
De afeites, mudas y enrubios,
La gala, ropa y basquiña,
¿Es mucho se haga niña
Entre mozos boquirubios?

DON SANCHO.

Por esos perecen ellas.
¿Sabes otra cosa?

GUZMÁN.

Sí;
Pero paréceme á mí
Que os cansarán dos doncellas.

DON BERNARDO.

¿Qué traza?

GUZMÁN.

Un eterno hablar.

DON BERNARDO.

¡Gentil dolor de cabeza!

DON SANCHO.

¿Juegan del vocablo?

GUZMÁN.

Es pieza
Que las enseña á jugar;
Pero fuera desto, cantan
Poéticas necedades.

DON SANCHO.

¿Cantan?

GUZMÁN.

Sí; mas son abades
Que de lo que cantan yantan.

DON BERNARDO.

¿Hay romancito y pastor
Sentado junto á una fuente?

GUZMÁN.

Y su estribo diferente
Desto de celos y amor.

DON BERNARDO.

Ve, por tu vida, Guzmán;
Que ya Julia habrá venido.
Entra á su cuadra atrevido,
Pues tan bien contigo están:
Y dile que estoy aquí:
Que se ponga en esa reja.

GUZMÁN.

Yo voy, aunque está con queja
De tu don Sancho y de tí.
(*Ap.* En hablando á Julia hermosa,
Con mi fregona me zampo;
Que habemos partido el campo
Con una cena famosa.
Hay ostion frito en la concha
Que huele como ámbar gris,
Y vinazo de Alanis,
Que alza dos dedos de roncha.
Tiénela cierto piloto
Que anda agora en la carrera,
Miéntras yo... Mas ya me espera;
Que un gusto á lo dulce y roto
Vale más que gravedades;
Porque un amor socarron
Es divino salpicon
De perdices voluntades.) (*Vase.*)

ESCENA X.

FEDERICO, *embozado.*—DON BERNARDO, DON SANCHO.

FEDERICO. (*Para sí.*)

Siguiendo el coche he venido
De Julia: ya está en su casa,
Nube del rayo que abrasa
El centro de mi sentido.
Hame muerto su desden;
No me deja sosegar.
¡Ay, rejas! dadme lugar,
Aunque sois hierros tambien,
Para que de noche bese
Adonde ha puesto su mano,
Aunque á mi dichoso hermano
De que os ablandeis le pese.

DON BERNARDO.

¿Qué hombre, Sancho, es aquel?

DON SANCHO.

No le conozco.

DON BERNARDO.

Repara
En que á las rejas se para.

DON SANCHO.

Parece á Otavio.

DON BERNARDO.

¿Si es él?

ESCENA XI.

JULIA, *á un balcon.*—DICHOS.

JULIA. (*Para sí.*)

Aquí me ha dicho Guzmán
Que don Bernardo me espera.

FEDERICO.

Rüido siento en la esfera
Donde sol y luna están.

JULIA.

¿Es don Bernardo?

FEDERICO.

(*Ap.* Diré
Que soy don Bernardo?) Sí.

DON BERNARDO. (*Ap. á don Sancho.*)

Julia está con él allí.
¡Muerto soy! Sancho, ¿qué haré?

DON SANCHO.

Quisiera saber quién era.

DON BERNARDO.

Yo iré á saberlo.

DON SANCHO.

Detente;
Porque á Julia es más decente
Que yo vaya: aquí me espera.

DON BERNARDO.

Parte con gran discrecion.

DON SANCHO.

¿Quién va?

FEDERICO.

¿Quién le mete en eso?

DON SANCHO.

Yo que puedo.

FEDERICO.

Es mucho exceso.

JULIA.

Señores, no haya quistion
A esta puerta, por mi vida;
Que si la ocasion he dado,
Con entrarme es acabado.
(*Éntrase y cierra.*)

DON SANCHO.

No puede en este balcon
Hablar nadie.

FEDERICO.

Pues yo puedo;
Y ha sido gran necedad
Dejarme con libertad
De la manera que quedo.

DON SANCHO.

Vos sois el necio.

FEDERICO.

Mentis.

DON SANCHO.

Así respondo á villanos.

FEDERICO.

Luego ¿yo no tengo manos?

DON SANCHO.

Pues haced como decis.
(*Riñen, y cae Federico.*)

FEDERICO.

¡Muerto soy!

DON BERNARDO.

¡Fuera! ¿Qué es esto?

DON SANCHO.

Maté el hombre.

DON BERNARDO.

¡Pésia tal!

DON SANCHO.

¿Hice mal?

DON BERNARDO.

No hiciste mal.
Ello fué bien hecho y presto.

DON SANCHO.

Quedáos á mirar quien es,
Miéntras me voy á la torre.

DON BERNARDO.

Pues presto, don Sancho, corre.

DON SANCHO.

Como manos, tengo piés. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON BERNARDO; FEDERICO, *caido en el suelo.*

DON BERNARDO.

¡Ah caballero! ¡ah Señor!

FEDERICO.

¡Confesion! esto os suplico.

DON BERNARDO.

¡La voz es de Federico!

FEDERICO.

Yo soy.

DON BERNARDO.

¡Qué extraño dolor!
¡Ah querido hermano mio!

FEDERICO.

¿Es Bernardo?

DON BERNARDO.

Sí.

FEDERICO.

¡Yo muero!

DON BERNARDO.

Dios te socorra; que espero...

FEDERICO.

Bernardo, el alma te fio.
Abrázame, y haz por ella
Lo que pudieres. Adios. (*Muere.*)

DON BERNARDO.

¡Ay, si salieran las dos!
Pero quiero detenella,
Porque no salga tambien
La de Sancho, que en la mia
Tuve desde el triste dia
Que he dado en quererle bien.
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho, mi mayor amigo!
Cielos, ¿qué haré, pues me obligo,
Por amor, á un desconcierto!
Mas no quiero detenerme.
Quiero en los brazos llevalle;
Que de hallarlo en esta calle,
Puede otro mal sucederme.
¡Ved qué carga llevo aquí,
Y sin poderla vengar!
. . . . [1]
Sancho le ha muerto por mí.
¡Oh hermano! ¡qué triste empresa!
¿Quién pensara que pesar
Pudieras!... pero un pesar
Pesa en el alma á quien pesa.
Tú más cortés, á lo ménos,
De tu nobleza me adviertes;
Que toda la sangre viertes
Para sólo pesar ménos.
Yo tuve, en fin, un amigo,
Hermano, que te mató,
Y por mi desdicha yo
Fuí de tu muerte testigo.
¡Pluguiera á Dios que jamás
De cautiverio saliera,
Para que ocasion no diera
A la desdicha en que estás!—
¡Triste de mí, que la calle
Viene ocupando gran gente!

ESCENA XIII.

UN TENIENTE DE VILLA, ALGUACILES, *uno con una linterna*, GENTE.—DICHOS.

ALGUACIL.

Téngase al señor Tiniente.

TINIENTE.

¿Quién va?

ALGUACIL.

Un hombre de mal talle.

DON BERNARDO.

No es de mal talle el que va;
Mas está mal entallado,
Porque á otro hombre se ha juntado,
Que pienso que muerto está,
Y no hay muerto con buen talle.

ALGUACIL.

Un difunto trae á cuestas.

[1] Falta un verso.

TINIENTE.

Bien quien eres manifiestas.

DON BERNARDO.

Aquí le hallé en esta calle.

TINIENTE.

Habrále muerto el ladron,
Y llévale á desnudar.

DON BERNARDO.

Merced me haceis en quitar
A mi padre la ocasion
De tanta pena, si entrara
Con un hijo muerto un vivo.

TINIENTE.

Notable pena recibo.
Hombre, en mirarte la cara.
Por quién eres te pregunto.

DON BERNARDO.

Estaré disfigurado,
Porque pienso que he trocado
Mi rostro con el difunto.
Soy don Bernado de Chaves,
Que no léjos de aquí agora
Hablando á cierta señora,
Cuya calidad no sabes,
A Federico, mi hermano.
En sus mismas rejas ví,
A quien hoy por celos dí
Muerte con mi propia mano.

TINIENTE.

¡Extraño caso!

DON BERNARDO.

Esto pasa.

TINIENTE.

Mucho me pesa. Mostrad
Esa casa.

DON BERNARDO.

Perdonad;
Que es muy honrada la casa.
Por yerro muerte le dí;
Que ser otro imaginé.

TINIENTE.

Allá lo diréis.

DON BERNARDO.

Yo sé
Que no lo sabréis de mí.

TINIENTE.

Caminad con él.

DON BERNARDO. (*Ap.*)

Advierte,
Don Sancho, á cuánto me obligo,
Pues hoy he de ser tu amigo
No ménos que hasta la muerte.
(*Vanse.*)

ESCENA XIV.

DON SANCHO.

Con aquel notable amor
Que á don Bernardo he tenido,
A la Justicia he seguido;
Pero con algun temor.
Léjos estuve mirando
Que á don Bernardo llegó,
Y, á lo que me pareció,
Les iba el caso contando.
¡Válgame Dios! ¿Si dirá
Que yo la muerte le dí?
Pero el dolor ¡ay de mí!
Bastante ocasion le da.
¡Que no lo mirara bien!
¡Ah cólera, ciega, errada!
¡Maldita seas, espada,
Fuera de la cruz, amén!
Hélo aquí todo perdido:
Del Duque seis mil ducados,
El deudo y favor hallados
Por milagro en tanto olvido,
De aquel ángel la hermosura,
Que por esposa tuviera,
Con que al extremo subiera
De perfeccion mi ventura;
Sobre todo, la amistad
Del hombre que más la muestra
Que se ha visto en la edad nuestra,
Y escrito la antigua edad.
¿Si sabrán algo en la casa
De Julia? Gente ha salido.

ESCENA XV.

OTAVIO, RICARDO.—DON SANCHO.

OTAVIO.

¿No habeis sentido el rüido?

RICARDO.

Ya sé todo lo que pasa,
Y sospecho que mi honor,
Otavio, lo pasa mal.

OTAVIO.

Es el vulgo desigual...
Con razon teneis temor.

RICARDO.

¡Que don Bernardo matase
Su propio hermano de celos!

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Qué es esto que dicen, cielos!

RICARDO.

¡Que tanto amor le cegase!
¡Ay, Otavio! pues que va
La hermana de don Bernardo
Da á don Sancho Felisardo,
Despues que tan rico está,
Casáos vos con Julia, á efeto
De que hallándola casada,
Pues en esto no es culpada,
Quede el agravio secreto.
Andemos todos de boda;
Disimúlese el dolor.

OTAVIO.

Ricardo, si con mi honor
Hoy el vuestro se acomoda,
Véisme aquí, puesto que siento
Verme de una en otra casa,
Que mi casamiento pasa
Como pelota de viento.
La calle se ha sosegado;
Adentro, Ricardo, entremos,
Donde en secreto tratemos
Si soy ó no soy casado;
Que tengo tanto escarmiento,
Que aunque se acabe de hacer,
Sospecho que no he de ver
Firmeza en mi casamiento.

DON SANCHO.

(*Ap.* Hacer quiero que pasaba
Acaso por esta puerta.)
Señores, ¿es cosa cierta
Esto que dicen que acaba
De suceder por la hija
De Ricardo?

OTAVIO.

¡Bueno es esto!

RICARDO.

¡Que se murmure tan presto!

DON SANCHO.

Si sois parte, no os aflija;
Que no dicen que es culpada.
Pero ¿quién fué el matador?

RICARDO.

El que han hallado, Señor,
Desnuda la blanca espada,
Y en los hombros al difunto:
Don Bernardo dicen que es.

DON SANCHO.
Sí; mas si llegó despues,
No era mucho hallarle junto.

RICARDO.
No, siendo el muerto su hermano;
Pero á voces va diciendo
Que él le ha muerto.

DON SANCHO.
No lo entiendo.

RICARDO.
Es el suceso inhumano. —
Vamos, Otavio, de aquí.

OTAVIO.
Caballero, adios.

DON SANCHO.
Adios.

RICARDO.
Tratemos esto los dos.

OTAVIO.
Ya os dije una vez que sí.
(*Vanse Ricardo y Otavio.*)

ESCENA XVI.

DON SANCHO.

De un hermano tan noble y tan gallardo
¿No bastaba la muerte perdonarme,
Que á voces va diciendo don Bernardo
Que ha muerto á Federico por librarme?
Si se dejó prender, ¿qué me acobardo?
¿Qué le queda que hacer? ¿Qué puede [darme
Más que su vida en ocasion tan fuerte?
Este sí que es *amigo hasta la muerte*.
Pues ¿sufriré que diga que le ha muerto,
Si estos dicen verdad que él se ha culpa- [do,
Y que un amigo verdadero y cierto
Muera por mí de tal fineza honrado?
Aunque parezca á todos desconcierto,
A confesar estoy determinado
Que le maté, librando desta suerte
De la muerte *al amigo hasta la muerte*.
Iré, Sevilla, iré diciendo á voces [do,
Que he muerto á Federico. Ea, Felisar-
Aquestas manos, bárbaras, feroces,
Dieron muerte á tu hijo, y no Bernardo.
Don Sancho Osorio soy: ¿no me conoces?
¡Julia, Otavio, doña Angela, Ricardo!
Yo he muerto á Federico: así se entien- [da.
Yo he muerto á Federico: ¿hay quien me [prenda?
(*Vase.*)

—

Cárcel en Sevilla.

ESCENA XVII.

DON BERNARDO.

Este es el punto á que llegar desea
El que se precia de perfeto amigo,
Pues á morir por su ocasion me obligo;
Que ya ¡plugulese á Dios que verdad [sea!
¿Quién hay que en este punto un [hombre vea
Sujeto á las prisiones y al castigo,
Y á un padre airado con razon conmigo,
Que la verdad de mis finezas crea?
Mi voluntad te he dado conocida,
En que por tí jamás estuvo en calma:
Tambien te dí la libertad perdida.
Bien merezco de amigo lauro y palma,
Pues que cristiano te daré la vida,
Y si fuera gentil, te diera el alma.

ESCENA XVIII.

EL ALCAIDE, GUZMÁN.— DON BERNARDO.

ALCAIDE.
Entra, pues, picaron, y no te entones.

GUZMÁN.
Poquito á poco, mi señor Alcaide;
Que todos somos hombres.

ALCAIDE.
¡Aun replica!
¿Quiere que haga que le den docientos?

GUZMÁN.
Pues si jugamos cientos, ¿qué se espan- [ta
Que replique y que pique hasta capote?

ALCAIDE.
¿Quiere que le aposente donde pase
Espantosa culebra?

GUZMÁN.
Ya es de dia,
Y no quiero aposentos con culebras.
¿Oye, señor Alcaide?

ALCAIDE.
¿Qué me quiere?

GUZMÁN.
Que trate esa mujer, porque es honrada,
Como á prenda de un hombre que algun [dia...

ALCAIDE.
¡Oiga el belitre! (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON BERNARDO, GUZMÁN.

GUZMÁN.
(*Ap.* ¡Cielos, qué es aquesto!
¿No es este don Bernardo? Él es sin du- [da.
¿Don Bernardo en la cárcel con prisio- [nes!)
¡Ah señor, ah señor! ¡Qué gran tristeza!
Aun no vuelve á mirarme la cabeza.
¡Ah señor don Bernardo!

DON BERNARDO.
¿Quién me llama?

GUZMÁN.
Un racionero de tu casa, un hombre
Que se espanta de verte en este puesto.

DON BERNARDO.
¡Ay, Guzmán! ¿Cómo vienes desa suer- [te?
¿Prendiéronte por cómplice en la muer- [te?

GUZMÁN.
¿Cuál muerte ó calabaza? En dando ano- [che
Á Julia tu recado, fuí Leandro
De cierta pescadora que sin lumbre
En la torre de Sesto me esperaba.
Cené y brindé por tu salud contento,
Incitado de almejas temerarias:
Pero apénas sonaba espanta albures
(Ya sabes que es campana de las Cue- [vas),
Cuando llamando un envarado destos
Con seis esbirros, nos metió en la cárcel.

DON BERNARDO.
¡Así fueran mis males!

GUZMÁN.
Pues ¿qué tienes?
¿Anduvo la destreza de Carranza?
¿Fué por la general ó por qué línea?

DON BERNARDO.
Guzmán, yo he muerto á Federico.

GUZMÁN.
¡Tente,
Por Dios; que los cabellos como en hilos
De alambre me conviertes!

DON BERNARDO.
Yo le he muerto

GUZMÁN.
¿Por Julia!

DON BERNARDO.
Sí.

GUZMÁN.
¡Qué extraño desconcierto!

ESCENA XX.

FELISARDO. — DON BERNARDO, GUZMÁN.

FELISARDO.
Si no fuera porque ya
Hará el verdugo este oficio,
Diera mi valor indicio,
Aunque tan caduco está.
Mas porque mejor será
Que mueras públicamente
Á vista de tanta gente
Como engrandece á Sevilla,
Es de mi amor maravilla
Que dejarte vivo intente.
Aquel que la ley compuso
Que al adúltero sacasen
Los ojos, porque pagasen
El peligro en que los puso,
No estuvo mucho confuso
Cuando al hijo propio halló,
Pues un ojo le sacó
Por no le cegar allí,
Y sacóse el otro á sí,
Con que la ley se cumplió.
Manda la ley del amor
Que me saquen los dos ojos,
Para pagar los enojos
Que me ha dado tu rigor.
Fué el primero ¡qué dolor!
Federico: y así ruego
Que te maten, porque luego,
Por fin de mis regocijos,
Pues tambien son ojos hijos,
Quede sin mis hijos ciego.
No sé qué te diga, en fin,
De una muerte tan cruel,
Que temo que pida Abel
La maldicion de Caín.
Tú diste á mi vida fin
Cuando porque hacienda hallaste,
Ser caballero intentaste;
Pues corriendo sin saber,
Por mirar una mujer
A tu hermano atropellaste.
¿Quién me podrá consolar
De que mueras con deshonra?
Que un hijo muerto con honra
Poco deja que llorar.
El dolor me ha de matar;
Pues cuando ménos me apura
Por templar mi desventura,
Y á ver á mis hijos vengo,
El uno en la cárcel tengo,
Y el otro en la sepultura.

ESCENA XXI.

EL ALCAIDE, DON SANCHO, CRIADOS.—FELISARDO, DON BERNARDO, GUZMÁN.

DON SANCHO.
Yo digo en esto verdad.

ALCAIDE.
Mirad, Señor, que estais loco.
No digais que le habeis muerto.

DON SANCHO.
Pues ¿qué os va en esto á vosotros?

ALCAIDE.
Ver que os condenais sin culpa.
DON SANCHO.
¡Sin culpa! A deciros torno
Que yo he muerto á Federico,
Por doña Julia celoso.
FELISARDO.
¿Qué es esto, Alcaide?
ALCAIDE.
Que viene
Sin seso don Sancho.
FELISARDO.
¿Cómo!
ALCAIDE.
Diciendo que fué homicida
De Federico.
DON SANCHO.
Y que pongo
Por testigo al cielo.
FELISARDO.
¿Al cielo!
DON SANCHO.
Diga el manto que en los hombros
La escura noche tenía,
Lleno de diamantes todos;
Y digan siete testigos
Que en su carro luminoso
Llevaba el Norte á Oriente
Donde estaba ausente Apolo;
Diga Marte que reinaba
Opuesto al planeta hermoso,
Y cuantas claras estrellas
Caminan de polo á polo,
Si le di muerte á la puerta
De Julia.
FELISARDO.
¡Caso espantoso!
DON BERNARDO.
Piensas, don Sancho, engañado;
Que el librarte de los moros,
El haberte dado hacienda
Y otras cosas que no toco,
Por no afrentar mis deseos
Pagas con estos tesoros
De generosa piedad,
Diciendo á voces que solo
Diste muerte á Federico.
Pues ¿no conoces que todos
Echan de ver que pretendes
Mostrarte amigo piadoso,
Y para librarme á mi
Levantarte un testimonio?
¿No sabes tú que yo he muerto
Á Federico?
DON SANCHO.
Respondo
Que es lo mismo que tú mismo
Has hecho, y que estoy quejoso
De que dés muerte á tu padre
Y á toda Sevilla asombro
Por ser piadoso conmigo;
Pues es caso tan notorio
Haber yo muerto á tu hermano.
DON BERNARDO.
Tan grande cólera tomo
De oirte decir locuras,
Que desde aquí me dispongo
Á confesar mi delito.
DON SANCHO.
¿Qué delito, ó de qué modo,
Pues sabes tú claramente,
Y áun viste el acero rojo,
Que yo soy el homicida?
DON BERNARDO.
Habla y cánsate envidioso
De ver cuán perfecto amigo
Hasta la muerte me nombro;
Que pues á mi muerto hermano,
Pudiendo ponerme en cobro,
Por no negar mi delito
Me halló la justicia al hombro.
A mí me han de castigar.
DON SANCHO.
No sé cómo me reporto
Oyendo tus desatinos.
DON BERNARDO.
Don Sancho, si eres Osorio,
Yo soy Chaves y Cervántes.
FELISARDO.
Hijo, repórtate un poco;
Que si no has muerto á tu hermano,
Serás de amistades mónstruo,
Quitándome á mí la vida,
Que soy tu padre y te adoro;
Pues ya, muerto Federico,
Vienes á dejarme solo.
DON BERNARDO.
Padre, si yo conociera
En el confuso a boroto
De su arrogancia y mis celos
A mi hermano cauteloso,
Volviera á envainar la espada.
Mudó la color el rostro
Y la cólera la voz;
Y así, de mis golpes roto,
Por el desarmado pecho
Entró el acero furioso.
DON SANCHO.
Felisardo, no lo creas;
Que aunque son mudos y sordos
Los testigos de la noche,
El cielo es Argos celoso,
Que para mirar el mundo
Hace las estrellas ojos.
Si no he muerto á Federico,
Aunque despues lo conozco,
Aquí me trague la tierra.
FELISARDO.
De afligido y temeroso
Mis canas, don Sancho, arranco,
Mi autoridad descompongo.—
Parte al Duque de Medina,
Guzmán, parte presuroso,
Y cuéntale mi desdicha.
GUZMÁN.
Aunque recibas enojo,
Sabe, Señor, que estoy preso,
Y que yo fuera el dichoso.
FELISARDO.
¿Por cómplice en este caso?
GUZMÁN.
No, Señor, sino por otro.
FELISARDO.
¡Por otro, Guzmán! ¿Qué has hecho?
GUZMÁN.
Andaba cierto alboroto
En una casa de un tuerto,
Que en años sesenta y ocho
Vivia de hacer mohatras,
Usuras, cambios y logros.
Y para quitar el miedo
A una niña de retorno,
Llevé una noche á guardalla
Estoque y broquel de corcho.
Y porque cantaba letras
No falta un Vellido Dólfos
Que dice que entré en su casa
A templalle el clavicordio.
FELISARDO.
En escuelas de tal amo
¡Qué pudo aprender tal mozo!
Yo te haré dar cien azotes.
GUZMÁN.
¡Aderézame esos órganos!
FELISARDO.
A hablar al Duque me parto.—
Tú, hijo, miéntras negocio,
Ten lástima de mis canas.
DON BERNARDO.
Señor, aunque reconozco
Mi obligacion, la verdad
Me fuerza.
FELISARDO.
No te perdono
El dolor en que me pones.
DON SANCHO.
¡Que tan fiero y riguroso
Procedas con quien te ha dado
La vida!
DON BERNARDO.
Yo sé que abono
Aquel nombre que tú sabes,
Pues á morir me dispongo.
DON SANCHO.
No saldrás con lo que intentas;
(*Ap. á él.* Que yo he traido en un pomo
Veneno para matarme.)
DON BERNARDO.
Mira que cristianos somos.
DON SANCHO.
Míralo tú.
DON BERNARDO.
Ya lo miro;
Pero no hay poner estorbo,
Cuando veo que tu *amigo*
Hasta la muerte me nombro.
(*Vanse todos, ménos Guzmán.*)

ESCENA XXII.

GUZMÁN.

Si se usaran amigos desta suerte,
No hubiera entre los hombres tantos [males;
Que por usarse amigos desleales,
No hay lazo de amistad seguro y fuerte.
El hierro en oro nuestra edad con- [vierte
Por el valor de dos amigos tales,
Pues quieren ser en la lealtad iguales,
Pagándose el amor hasta la muerte.
Sirena es la amistad que mata y llora;
El amigo más cándido murmura,
La fama quita y el honor desdora.
Prestar y confiar es gran locura;
Que en amigotes de los que hay agora
Ni deuda ni mujer está segura.

ESCENA XXIII.

UN ESCRIBANO.—GUZMÁN.

ESCRIBANO.
¿Quién es aquí Guzmán?
GUZMÁN.
Yo soy el mismo.
ESCRIBANO.
Pagando dos ducados, salga luego;
Mas mire que debajo de tejado
No se junte, so pena de cuarenta.
GUZMÁN.
Y si, como los gatos por Enero,
Encima del tejado me juntase,
¿Deberé los cuarenta, ó si por dicha
Patio, corral ó huerto me valiese?
ESCRIBANO.
Agora salga, y allá fuera puede
Informarse en materia de tejados
De quien le pareciere que lo entiende.
(*Vase.*)

GUZMÁN.

Saldré de aqueste mapa de embelecos
A la luz de la calle.

ESCENA XXIV.

OTRO ESCRIBANO. — GUZMÁN.

ESCRIBANO.

Escuche un poco.
¿No se llama Guzmán?

GUZMÁN.

Guzmán me llamo.

ESCRIBANO.

Pues mire que al Alcaide notifico
Que le embargo.

GUZMÁN.

¿Por qué?

ESCRIBANO.

Por una muerte.

GUZMÁN.

¡Yo muerte!

ESCRIBANO.

Sí.

GUZMÁN.

¿De quién?

ESCRIBANO.

De Federico.
Grillos mandan ponelle, y que le metan
Del tormento en la cámara.—Camine.

GUZMÁN.

Daránmelas á mí con sólo vella.

ESCRIBANO.

No ha de faltar incienso y vino fuerte.

GUZMÁN.

¿Soy yo rosario, que me cuelgan muer- [te?

(*Vanse.*)

—

Sala en el Alcázar.

ESCENA XXV.

EL DUQUE, FELISARDO, GENTE.

DUQUE.

Cuanto me habeis alegrado,
Felisardo, en conoceros,
Tanto me habeis lastimado
En ver vuestra edad, y en veros
Puesto en tan grave cuidado.
No sé que la antigua historia
En ejemplos de su gloria
Pueda tener dos tan vivos,
Si revuelve los archivos
Que conservan su memoria.

FELISARDO.

En esta aflicion me veo,
Cerca de perder dos hijos.

DUQUE.

Daros remedio deseo.

FELISARDO.

Están los dos tan prolijos,
Señor, que á ninguno creo.
Sancho dice que él ha muerto
A Federico, y Bernardo
Que él le dió muerte; y lo cierto
Es que yo la muerte aguardo,
De tantas fortunas puerto.
Bernardo por un amigo
Es de sí propio enemigo,
Y deste su padre viejo;
Que de Sancho no me quejo,
Pues es piadoso conmigo.
Hoy á vuestros piés, Guzmán,
A quien llama el mundo Bueno,
Mis blancas canas están,
Regadas con el veneno
Que ya mis ojos les dan.
Tened lástima de mí.

DUQUE.

Tengo á dicha haber entrado
Hoy Su Majestad aquí;
Que lo que me habeis contado,
Ha de remediarse ansí;
Porque el júicio profundo
De un pleito que en confusion
Vence á cuantos tiene el mundo,
Como nuevo Salomon,
Juzgue Felipe Segundo;
Porque casos tan extraños
Sólo de su entendimiento
Tendrán remedio.

FELISARDO.

En mis daños
Sólo vuestro amparo siento
Por últimos desengaños.

DUQUE.

Miéntras le hablo, podeis
Ir á la cárcel; que allí
Lo que resulta sabréis.

FELISARDO.

No hay otro remedio en mí,
Sino es que vos me le deis
Haced como decendiente
De tantos Buenos, Señor:
¡Ansí vuestra vida aumente
El cielo!

DUQUE.

No hayais temor,
Por más que Bernardo intente.
Ya sé la gran amistad
Que tiene á don Sancho Osorio:
Creed que Su Majestad,
Siéndole el caso notorio,
Muestre grandeza y piedad.

(*Vanse.*)

—

Cárcel.

ESCENA XXVI.

JULIA, DOÑA ÁNGELA,
EL ALCAIDE.

JULIA.

Como quien sois procedeis.

DOÑA ÁNGELA.

Haceisnos tantas mercedes,
Que es imposible pagallas.

ALCAIDE.

Puesto que el sol no se afrente
Hoy de entrar en nuestra cárcel
Y sus tinieblas alegre,
No quiero que desta sala
Paseis, mas que á veros entren
Sin prisiones los dos presos,
Que el mundo admirado tienen.

DOÑA ÁNGELA.

Los hidalgos como vos
Las mujeres favorecen.

(*Vase el Alcaide.*)

ESCENA XXVII.

DOÑA ÁNGELA, JULIA; *despues*,
GUZMÁN.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay, Julia, qué confusion!

JULIA.

Deseo que me aconsejes
Cómo olvidaré á Bernardo,
Pues veo que me aborrece
Por querer este su amigo.

DOÑA ÁNGELA.

Mas tú á mí, para que vengue
Lo que me agravia don Sancho
En dejarme y en quererle.

(*Sale Guzmán.*)

GUZMÁN.

Cuando Orfeo por su esposa
Pasó las aguas del Lete,
Y á las puertas del infierno
Cantó dulce y tiernamente,
Suspendiéronse las penas:
Y ansí no es justo que pene
Hoy ningun preso en la cárcel;
Pues no solo Orfeo viene,
Pero dos ángeles bellos,
Que su confusion suspenden.
Ya no cantan nuestros grillos,
Ya ningun triste padece,
Ya no sale al corredor
El libro de vida y muerte;
Ya no ahogan los letrados,
Ya no juzgan los jüeces,
Ni leen los relatores,
Ni el procurador defiende,
Ni al reo dineros pide
Como suele tantas veces;
Ni sin órdenes confiesa
Quien condena ó quien absuelve.
Ya las plumas de tirado
No caminan á las veinte
Por caminos de renglones
Que tanto espacio requieren.
No os vais, Orfeos divinos;
Cantad en estos canceles
Hasta tanto que esas arpas
Los espíritus ausenten.
Sacadme el alma de aquí;
Que estoy en estos retretes
Sin saber cuándo es de noche
Ni ménos cuándo amanece,
Sino es por treinta ratones
Que me cantan y entretienen,
Comiéndome las orejas
Como si fuesen lebreles.

JULIA.

¡Ay, Guzmán! ¡fueran mis males
Como los tuyos!

GUZMÁN.

¿Qué sientes?

JULIA.

Que por librar á don Sancho
Don Bernardo se condene.

DOÑA ÁNGELA.

Y yo ¿qué diré de mí!

GUZMÁN.

¡Es posible que se quejen
Los que tienen libertad!
El que tristeza padece
Venga sólo á ver la cárcel;
Que si es cuerdo, saldrá alegre.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay, Guzman! no hallo dichosa
Otra mujer que tuviese
Amor, si no es Eva.

GUZMÁN.

¿Cómo?

DOÑA ÁNGELA.

Porque no habiendo mujeres,
No tuvo celos de Adan,
Ni amigos con quien pudiese
Divertirse de querella,
Holgarse y entretenerse.

GUZMÁN.

Tambien fué Adan venturoso,

Porque como hombre no hubiese,
Él solo vivió seguro
De sospechas y desdenes.

ESCENA XXVIII.

EL ALCAIDE.—DICHOS.

ALCAIDE.

Albricias me podeis dar.

GUZMÁN.

Señor Alcaide, creedme
Que deseara ser viento,
No más de porque me suelten.

ALCAIDE.

El gran Duque de Medina,
Vuestros padres y la gente,
Que la novedad del caso
Llama, solicita y mueve..... [1]
En esta cárcel real
Es hoy real Presidente;
Todos los presos levantan
Las cabezas para verle
Como las aves al sol.

[1] Faltan algunos versos despues de éste. Podrian ordenarse con mejor sentido de esta manera:

El gran Duque de Medina
Es hoy real Presidente
En esta cárcel Real.
Vuestros padres y la gente
Que la novedad del caso
Llama, solicita y mueve,
Todos los presos, levantan
La cabeza para verle.

JULIA.

¡Notable caso!

ALCAIDE.

Ya viene.

ESCENA XXIX.

RICARDO, OTAVIO, FELISARDO, DON SANCHO, DON BERNARDO, EL DUQUE.—DICHOS.

DUQUE.

Ser el suceso tan raro
Me obliga que desta suerte
Venga á daros libertad.

DON BERNARDO.

Esa humildad te engrandece.

DUQUE.

La Majestad de Felipe,
Que hoy hace tantas mercedes
A su ciudad de Sevilla,
Felisardo, manda y quiere
Que pues que vos como padre
No quereis pedir la muerte,
Dén libertad á don Sancho
Y á don Bernardo, y yo lleve
Sus personas á palacio
Adonde los piés le besen,
Porque quiere conocerlos;
Y les hace juntamente
De dos hábitos merced,
Y que á don Sancho le entreguen
Del Alcázar la alcaidía,
Y que don Bernardo quede
Por Veinticuatro en Sevilla.

DON SANCHO.

Danos esos piés mil veces.

DUQUE.

Dos amigos tan leales,
Dice el gran Rey que le cuenten
Por tercero en su amistad.

FELISARDO.

Cosa tan suya parece.
Conoce, Señor, mi hija.

DOÑA ÁNGELA.

Dame esos piés.

RICARDO.

Que tú llegues,
Julia, tambien es razon.

DON SANCHO.

Pues tanto bien nos concedes,
Confírmale, gran Señor,
En dárnoslas por mujeres.

OTAVIO.

Aunque soy el agraviado,
Quiere amor que te lo ruegue;
Que solos tales amigos
Tales mujeres merecen.

DUQUE.

Dénse las manos.

GUZMÁN.

¿Y yo,
Que aunque no soy tu pariente,
Soy Guzmán en campo prieto?
¿He de ser ochos y nueves?

DUQUE.

Yo te mando mil escudos.

FELISARDO.

Yo otros mil.

GUZMÁN.

Aquí se quede
Por hoy la primera parte
Del amigo hasta la muerte.

LA INOCENTE SANGRE,

TRAGEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL SEÑOR LICENCIADO DON SEBASTIAN DE CARAVAJAL,

del Consejo de su Majestad y Alcalde de su Casa y Corte.

No ha tenido España suceso de quien con tanta admiracion hablen las historias, como esta rigurosa sentencia del Rey Don Fernando el Cuarto contra los dos ilustres hermanos Caravajales, muertos por la invidia de sus virtudes heróicas y clarísima sangre. El Rey le dió fácilmente crédito, no advirtiendo que en los poderosos jueces, *neque severitatis neque clementiæ gloria affectanda est;* que en estos dos extremos hay peligro. *Præclarissima virtutum* llamó á la justicia Aristóteles; pero el juicio temerario más daña al que juzga que al que es juzgado, como sintió San Agustin en el libro II, *De sermone Domini in monte;* y tomaron justamente las leyes aquellas palabras de Tertuliano, que *non hominis fictio*, *sed veritas exspectanda est.* Cruel fué la sentencia, la muerte injusta; el valor con que la sufrieron, digno de eterna fama. No le hallan los historiadores al Rey disculpa con haber sido engañado; porque el juicio absoluto *non debet esse in rebus dubiis,* por opinion de San Gregorio, y de la misma razon que nos lo enseña, siendo la verdadera alma de las leyes, y como en las potencias de la república, acto primero y forma sustancial suya: y así es buena filosofía, que, cuando decimos acto primero, *omnes habitus species, potentias aut accidentarias dispositiones abjicimus;* y como es grave ejemplo *prætextu nocentis insontem periclitari*, no se puede hallar camino para que alguna accidentaria disposicion perturbase con disculpa la razon que anima todo el cuerpo del derecho: pues cuando del testimonio falso hubiera testigos, *non ad testium multitudinem, sed ad sinceram testimoniorum fidem respici oportet.* Años há que escribí este suceso; y como ahora saliese en la impresion lo que ántes en el teatro, no hallé á quien tan justamente debiese dirigirle como á Vuesamerced, que decendiendo desta ilustre familia, es juez tan recto, estimado y bien visto en esta Corte. No quiero ocupar el juicio de Vuesamerced en sus alabanzas propias, ni parecer lisonjero donde ya todos me conocen por apasionado, sino suplicar á Vuesamerced reciba en su proteccion esta historia de los Caravajales, como quien con sus virtudes y letras les ha dado tanto lustre,—y á quien guarde Dios como deseo.

Capellan de Vuesamerced,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

LA INOCENTE SANGRE.

PERSONAS.

EL REY DON FERNANDO IV.
EL INFANTE DON ALONSO.
GOMEZ DE BENAVIDES.
DON PEDRO CARAVAJAL.
DON JUAN DE CARAVAJAL.
DON RAMIRO.
DON GARCÍA.
FELICIANO.
HIPÓLITO.
Dos villanos.
UNA VILLANA.
DOÑA ANA DE GUZMÁN.
LA REINA DOÑA MARÍA.
ISABEL, *criada de doña Ana.*
MORATA, *lacayo.*
DON ÁLVARO DE ESTÚÑIGA.
MENDO DE SANDOVAL.
EL CONDE DE BENAVENTE.
EL RETOR DE SALAMANCA.
UN GORRON.
UN ESTUDIANTE.
LAURENO, *jardinero.*
LEONIDO, *criado.*
UN PORTERO.
Guardas.
Soldados.
Acompañamiento, etc.

La accion pasa en Palencia, Salamanca, Mártos y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

GOMEZ DE BENAVIDES, *con un pendon. Suenan dentro cajas de guerra.*

Aun tiene Castilla Cides,
Y ya sabrás por lo ménos
Que se los cria tan buenos
El solar de Benavides.
¡Mal haya, amén, la ocasion
Por quien hoy no queda en paz
Esta guerra pertinaz
Entre Castilla y Leon!
¡Ea, fuertes caballeros!
Que hoy es el dichoso dia
De mostrar la valentía
De vuestros nobles aceros.
Justicia llevais, soldados,
Y vuestro Rey defendeis.

ESCENA II.

EL REY DON FERNANDO, *con la espada desnuda, gola y baston.*—GOMEZ.

REY. (*Dentro.*)

Mostrado en efeto habeis
Que sois hidalgos honrados. (*Sale.*)
¡Gomez!

GOMEZ.

¡Invicto Señor!

REY.

Dame los brazos.

GOMEZ.

Bien creo
Que conoces mi deseo.

REY.

Tu deseo y tu valor.

GOMEZ.

Este pendon, que el blason
Muestra quién el dueño es,
Gran Señor, pongo á tus piés.

REY.

Ya es blason de tu pendon;
Que pudiéndole ganar
A quien tan mal le sustenta,
En él es blason de afrenta,
Y en tí de honor militar.

GOMEZ.

Sigue, Señor, la vitoria.

REY.

No podré, Gomez amigo;
Que es mi tio el enemigo,
Y no lo tengo por gloria.

GOMEZ.

Tu padre no lo dijera
De esa suerte.

REY.

Ni yo alabo
Llamarle don Sancho *el Bravo;*
Mejor el *Piadoso* fuera.
Si hubiera puesto las manos
En guerra de moros, piensa
Que yo vengara su ofensa;
Pero no contra cristianos.
Mis vasallos son tambien
Los soldados de mi tio:
Y vengarme en lo que es mio
Ni es justo, ni me está bien.—
¿Quién son aquellos que van
Hiriendo y matando allí?

GOMEZ.

Los que siempre he visto ansí,
Y que tanto honor te dan.
Son los dos Caravajales,
Don Pedro y don Juan, Señor.

REY.

Mucho estimo su valor.

GOMEZ.

No tienes dos hombres tales.
Mas advierte que se vuelve
La batalla á encender más.

REY.

A no volver paso atras
El contrario se resuelve.
Esto es honor: no perdamos,
Benavides, lo que habemos
Ganado.

GOMEZ.

No perderemos,
Miéntras justicia llevamos.
Id delante; que si os miran,
Vencerán: seguro estoy.

REY.

Miéntras á animarlos voy,
Deten los que se retiran. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PEDRO CARAVAJAL, *acuchillando á* DON RAMIRO, *que va retirándose: ambos con rodelas.*—GOMEZ.

DON RAMIRO.

Deten, don Pedro, el furor.

DON PEDRO.

Si te confiesas rendido.

DON RAMIRO.

Mucho pides.

DON PEDRO.

Poco pido
Para quien profesa honor.

DON RAMIRO.

Yo lo confieso.

DON PEDRO.

Esa banda
Me has de dar, Ramiro, en prenda.

DON RAMIRO.

¡Que esto tu rigor pretenda!

DON PEDRO.

Esto la guerra me manda.

DON RAMIRO.

Morir quiero.

DON PEDRO.

Bien harás.

GOMEZ.

Tenéos, no le mateis.

DON PEDRO.

Como vos me lo mandeis,
No hay que replicaros más.

GOMEZ.

Sois quien sois. Corra por mí
La vida de don Ramiro.

DON PEDRO.

La espada, Gomez, retiro.

DON RAMIRO (*Ap.*)

¡Que tanta afrenta sufrí!

GOMEZ.

Mal, Ramiro, habeis mirado
La obligacion que teneis
A nuestro Rey, pues le habeis
Por su enemigo dejado.
A don Sancho, que Dios tiene,
Su padre, debeis, Ramiro,
El buen estado en que os miro:
Que del bien que os hizo os viene.
La calidad que teneis,
Y dejar su hijo, es cosa

Injusta y tan poco honrosa
Como en los sucesos veis.
Don Alonso se ha llamado
Rey de Castilla, y ha sido
Injustamente admitido,
Tiranamente jurado.
El legítimo heredero
Del Rey don Sancho es Fernando:
Que los que le van dejando,
Y le sirvieron primero,
Hanlo hecho por codicia,
Que tantas desdichas causa;
Que no porque en esta causa
Les conste de su justicia.
Volved á servir al Rey;
Dejad de seguir su tio.

DON RAMIRO.

Yo conozco el error mio,
Y que por derecho, y ley
Debida al justo señor,
La razon me está obligando
A servir al Rey Fernando,
Legítimo sucesor.
Id con Dios, y le diréis
Que ya de su parte quedo.

DON PEDRO.

Juraros, Ramiro, puedo
Que vuestro provecho haceis.
Vamos, Benavides fuerte;
Que sois menester allá.

GOMEZ.

Donde vuestro acero está
Tiene sus armas la muerte.

DON PEDRO. (*Ap. á don Gomez.*)

Por vos perdono al villano.

GOMEZ.

Bástale, Pedro, su afrenta.
(*Vanse don Pedro y don Gomez.*)

ESCENA IV.

DON RAMIRO.

Quien vivir sin honra intenta,
No diga que es castellano.
¡Fuerte infamia de mi nombre,
Pudiendo agora morir,
Tales palabras oir
De un hombre, y no más de un hombre!
¡Ah vida! ¿por cuál razon
Quieres, por guardarte á ti,
Que muera mi honor en mí,
Mi nobleza y mi opinion!

ESCENA V.

DON JUAN DE CARAVAJAL. — DON RAMIRO.

DON JUAN.

(*Dentro.* Que duren tanto me admiro,
Sin arrojarse á tus piés.)
(*Ap.* Por las armas del paves, (*Sale.*)
Este sin duda es Ramiro.
¡Oh cómo huelgo de haber
Llegado en esta ocasion!)
¿Es Ramiro de Leon?

DON RAMIRO.

¿Quién sino yo puede ser?

DON JUAN.

Rebelde á tu Rey, aquí
La vida me has de dejar.

DON RAMIRO.

Pues yo la quise guardar,
¡Bien fuera dártela á ti!
Vete, don Juan, en buen hora.
De tu hermano soy prision;
Que por humilde blason
Me ha dado la vida agora.
Ya no hay en mí qué vencer.

DON JUAN.

¿Como te dejó la espada?

DON RAMIRO.

Porque estando en mano honrada,
No ha de volver á ofender.

DON JUAN.

Necedad hizo mi hermano,
Miéntras que la guerra dura,
Si acaso no le asegura,
Que esa espada está en tu mano;
Que lo mismo pienso que es
Tenella que no tenella;
Que lo que has hecho con ella,
Eso mismo harás despues.
Nunca espada de traidor
Hirió donde es cara á cara
La guerra.

DON RAMIRO.

Don Juan, repara
En que soy hombre de honor.

DON JUAN.

No lo creo: y si te agravias,
¿Por qué lo sufres?

DON RAMIRO.

Si ha sido
Más honra darla al vencido,
Tú mismo me desagravias.
No te aproveches tan mal
De la presente vitoria;
Que esa arrogancia no es gloria
Del nombre Caravajal.
Soy quien sabes; y si culpa
Fué servir al Rey su tio,
De cualquiera desvarío
La confusion me disculpa
De las leyes y letrados,
Sin difinir á quién toca.

DON JUAN.

De tu culpa, ó mucha ó poca,
Ya estamos desengañados;
Y de que en esta ocasion
Estés preso no me agrada,
Porque preso con espada
No guarda bien la prision.
Y pues durando la guerra
Con ella en el campo estás,
Ramiro, agora verás
Qué valor mi pecho encierra.
Defiéndete, ó dame aquí
Algun despojo por prenda,
En que el Rey y el mundo entienda,
Ramiro, que te vencí.

DON RAMIRO.

Si el declinar la vitoria
Por la parte del Infante
Te ha hecho tan arrogante
De laurel, fama y memoria,
No quiero, Caravajal,
Pues mi nacimiento sabes,
Que de mis prendas te alabes
Cuando las ganes tan mal.
La espada que me han dejado
No desdice á mi prision;
Antes es satisfacion
De que soy hidalgo honrado;
Que previniendo mi injuria,
Debieron de echar de ver
Que la habia menester
Para castigar tu furia.
Y pues de haberme rendido
Tan arrepentido estoy,
Si allá la espada le doy,
Aquí la espada te pido.

DON JUAN.

A libertad semejante
Responderé con la mia.

DON RAMIRO.

Y yo á tu loca porfía
Hoy pondré fin, arrogante.

ESCENA VI.

EL INFANTE DON ALONSO *con* ALGUNOS CABALLEROS, *y* EL REY DON FERNANDO *con* DON GOMEZ *y* OTROS, *trabados en batalla, unos de una parte y otros de otra.*— DON JUAN, DON RAMIRO. *Despues*, LA REINA.

REY.

¡Aquí, nobleza y honra de Castilla!

INFANTE.

¡Aquí, vasallos nobles! ¡Aquí, amigos!

GOMEZ.

Hoy gozarás la castellana silla,
Si se vuelven las yerbas enemigos.

REY.

Teñid de Arlanza la esmaltada orilla
Con tal valor, que queden por testigos
Sus plantas, y de verdes vueltas rojas,
Vuestra vitoria escriban en sus hojas.
(*Sale la Reina doña María y pónese en medio.*)

REINA.

Fernando, si algun respeto
Debes á ser yo tu madre;
Alfonso, si á ser mujer
Debes siquiera escucharme;
Soldados y caballeros,
Belicosos capitanes:
Si merece vuestra Reina
Que en este tumulto os hable,
Suspended los golpes fieros
Del riguroso combate,
Y oidme, pues no he de hablar
Cosa en disgusto de nadie.
Diez veces el sol tocó
En los Peces desde el Aries,
Y doce veces diez veces
La luna se vió menguante,
Miéntras con guerra espantosa,
Aunque injusta, á fuego y sangre
Vais consumiendo esta tierra
Y su gente miserable;
Que siendo sobrino y tio,
Para que reyes os llame,
Traeis en guerras civiles
Los hijos contra los padres.
En las leyes destos reinos
No es bien, señores, que trate,
Siendo mujer: ya fué Rey
Don Sancho, que muerto yace;
Si el nieto en la herencia excluye
Al tio, para que pase
La línea derechamente,
Pues representa á su padre,
No sé qué fuerza ha tenido,
Si no es que en fortunas tales
Lo que más puede es más justo,
Aunque la razon se engañe.
Ya en fin don Sancho, mi esposo,
Reinó aquí, sin que bastase
Fuerza ni ley contra él:
Tú, Alfonso, su valor sabes.
Heredó su posesion
Mi Fernando, que es bastante
Para no ser ya posible
Que puedas desheredarle.
Tras tantos años de guerra
Ya es bien que te desengañes,
Alfonso, deste imposible,
Y de los daños que haces.
Miéntras que te llamas Rey,
Y con la gente que traes

De Fernando te defiendes
Por una y por otra parte;
Y miéntras Fernando intenta
Que la vana furia amalues,
Desterrarte de Castilla,
O por ventura matarte,
La misera y pobre gente
Llorando viene á quejarse
Al cielo y á mí, que sufre
Guerra, incendio, muertes y hambres.
Y tras esta desventura
Civil, hay otra más grande,
Pues crece al moro las fuerzas
El ver que las nuestras falten;
Que miéntras vuestras espadas
Quereis que la sangre os saquen,
Ya por las fronteras corre
Con los bárbaros alfanjes.
Las villas que conquistó,
Por ventura inexpugnables,
El Santo Rey vuestro abuelo,
Vuelven á entrar sus alcaides.
Ya las lunas, que solian
A vuestro sol eclipsarse,
Descogen al viento libre
En azules tafetanes;
Y vuelven á estar crecientes
Las que dejaron menguantes
Reyes de santa memoria,
Que agora en Toledo yacen.
Si de la Morena Sierra
Pasa una vez su estandarte,
Y sus albeñadas yeguas
Beben del Tajo en la márgen,
No dudeis de que os maldiga
Por perdicion semejante,
Como á Rodrigo y al Conde
España, y os llame infames.
Mirad esto como es justo,
Y dad un medio que baste
Para que vivais en paz,
Y vuestros reinos descansen.
Era yo de parecer
Que júeces se nombrasen
Don Dionis de Portugal
Y el Rey de Aragon don Jaime;
Y que, por lo que los dos
Justamente sentenciasen,
Pase Castilla, y vosotros
Confirmeis eternas paces.
¿Qué respondeis? Qué os parece?

INFANTE.

Que eres, gran señora, el ave
Que trujo la verde oliva
Sobre tantas tempestades.
Tú sobre el cielo apareces
Como aquel arco de jaspe, [1]
Luz del mundo y paz del hombre
Para eternas amistades.
En el romano castillo
Pareces, Señora, el ángel
Que envainó la espada al cielo
De su furia irreparable.
Digo que por mí, á tu gusto
Me sujeto, y que se trate
Que los dos Reyes sentencien
A quién toca la más parte
De los pretendidos reinos.

REY.

Pues yo, generosa madre,
¿Qué diré á lo que es tan justo,
Si basta que tú lo mandes?

REINA.

Pues alto: abrazáos los dos,
Para que tambien se abracen
Vuestros soldados.

[1] De varios colores como el jaspe.

INFANTE. *(Al Rey.)*

Yo soy
Tu amigo.

REY.

Aunque me ganaste
Por la mano en el decirlo,
Bien es que en amor te gane.
Tocad las cajas á fiestas,
Y los ejércitos marchen
A Palencia, donde quiero
Que se huelguen y regalen;
Que mejor harán las leyes
Lo que las armas no hacen.

INFANTE.

Si fuere tuya Castilla,
Sobrino, un rayo me mate
Cuando más guerra te hiciere.

REY.

Alfonso, el cielo te guarde.
(Vanse: la Reina entre los dos Reyes.)

—

Sala en casa de doña Ana en Palencia.

ESCENA VII.

DOÑA ANA, ISABEL.

DOÑA ANA.

Oigo decir, Isabel,
Que va adelante la guerra.

ISABEL.

Y la que tu pecho encierra
No es ménos fiera y cruel.

DOÑA ANA.

Loca me tiene el ausencia.
Nunca pensé que el amor
Usaba tanto rigor
A quien le pide clemencia.
Y si el amor solo fuera
Quien sólo me atormentara,
Con más paciencia pasara
El mal de ausencia tan fiera;
Pero júntase el temor
Del peligro de mi bien;
Que, para hacer mal, tambien
Busca quien le ayude amor.
Temo que don Juan no intente
Por ganar fama empeñarse
Donde venga á aventurarse,
Y donde yo muera ausente.
Conozco su condicion,
Tú sabes su valentía.

ISABEL.

Es amor, Señora mia,
Volante del corazon;
Que el perpetuo movimiento
Que en el reloj suele hacer,
Eso mismo viene á ser
En el alma el pensamiento.
Don Juan vendrá vitorioso;
No temas, aunque es valiente,
Que entrar en peligro intente
Ménos que á salir famoso.

DOÑA ANA.

¿Quién es aquel que pasea?

ISABEL.

Paréceme á don García.

DOÑA ANA.

¿No fué á la guerra?

ISABEL.

No iria.
Vivir pienso que desea.

DOÑA ANA.

¿No fué Ramiro su hermano?

ISABEL.

Ramiro al Infante sigue.

DOÑA ANA.

¿Qué puede haber que le obligue,
Siendo, como es, castellano?

ISABEL.

Las mercedes que el Infante
A sus parciales promete.

DOÑA ANA.

Siento que este me inquiete.

ISABEL.

Es desvanecido amante.

DOÑA ANA.

Ya puede ser, Isabel,
Que le escriban a don Juan
Que tengo aqueste galan,
Y que me olvide por él.

ISABEL.

No lo creas; que los cielos
Te han hecho en esto favor,
Pues no hay cosa que al amor
Aumente más que los celos.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA.—DOÑA ANA, ISABEL.

DON GARCÍA.

Dame licencia de hablarte.

DOÑA ANA.

¿Cómo te has entrado aquí?

DON GARCÍA.

Por verte.

DOÑA ANA.

¿Por verme á mí!

DON GARCÍA.

Sí; que vivo de adorarte.

DOÑA ANA.

Yo en la guerra te juzgaba:
¿Vienes de allá por ventura?

DON GARCÍA.

No me la da tu hermosura
Ménos rigurosa y brava.
No fuí á la guerra por tí.

DOÑA ANA.

¡Buen cargo para obligarme!

DON GARCÍA.

Pensé obligarte á escucharme,
Faltando un hombre de aquí.

DOÑA ANA.

Harto mejor me obligaras
Mostrando el justo valor
De un hombre.

DON GARCÍA.

¡Tanto rigor!...

DOÑA ANA.

¡Cuánto más galan tornaras
Que aquí pareces, García,
Volviendo con los demas!

DON GARCÍA.

Amas valientes, no hay más:
Todo ha de ser valentía.
Belicoso humor te dieron
Los padres que te engendraron.

DOÑA ANA.

De los suyos lo heredaron,
Que tantos campos vencieron.
Soy Guzmán y Benavides:
Mira si mi hermano está
Donde al Rey sirve.

DON GARCÍA.

Sí hará.

DOÑA ANA.

Pues ¿cómo no te despides
Del ámbar afeminado,
De las galas y del oro?

DON GARCÍA.

Porque á un cristiano, y no á un moro,
Tiene Fernando cercado,
Y es contra la ley de Dios.

DOÑA ANA.

¡Qué notable santidad!

DON GARCÍA.

Luego ¿no es esto verdad?
(*Ap.* Riéndose están las dos.
Notablemente aborrecen
Las mujeres el temor:
Hoy mostraré mi valor
En lo que más apetecen.
A la guerra quiero ir:
No estaré un hora en Palencia.
Pedirle quiero licencia;
Quiero á Fernando servir.)
Señora, yo he conocido
Que más servido os hubiera,
Si á más peligro pusiera
Lo que habeis aborrecido.
Y pues que mi vida os causa
Desabrimiento tan fuerte,
Con ir á buscar mi muerte
Os quiero quitar la causa.
Yo os juro de no volver
Sin dos banderas contrarias.

DOÑA ANA.

Pon, Isabel, luminarias;
Que bien serán menester.
Haz colgar toda la calle.
Ea, que así os guarde Dios.
Que desde agora á las dos
Pareceis de mejor talle.
¿Cómo no os vais?

DON GARCÍA.

Sólo aguardo
De vuestra mano un favor.

DOÑA ANA.

¿Cinta acaso? ¿Qué color?
¿Blanco, azul, nácar ó pardo?

DON GARCÍA.

De vuestra mano, cualquiera.

DOÑA ANA.

Desdichadas suelen ser
Con favores de mujer
Las armas.

DON GARCÍA.

¡Quién tal creyera!

DOÑA ANA.

Sin ella esta vez iréis:
Cuando volvais, si nos vemos,
Las banderas trocaremos
Al favor que vos mandeis.

DON GARCÍA.

Eso llevo por favor.

DOÑA ANA.

Si á Gomez hablais allá,
Decid que su hermana está
Con salud:—y adios, Señor.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

En extremo voy corrido.
Pésame de haber entrado:
Burla del que ama el amado,
Y el que vence del vencido.
Quiere amor que se me acuerde
Que es juego su gloria vana:
Siempre es discreto el que gana,
Y siempre es necio el que pierde.
(*Vase.*)

ESCENA IX.

MORATA, *de camino.* — DOÑA ANA, ISABEL.

MORATA.

¿Hay quien me dé en esta casa
Albricias?

DOÑA ANA.

Bien seas venido.
¿De qué son?

MORATA.

De beber pido
Presto; que el mundo se abrasa.
Arde el sol; corrí la posta
En un rocin que pudiera
Ser, si en Toledo viviera,
Cuesta larga y calle angosta.

DOÑA ANA.

¿Quién ha vencido?

MORATA.

No sé
Hasta que beba, por Dios,
Señora, cuál de los dos
El de la vitoria fué.

DOÑA ANA.

Parte, Isabel.

ISABEL.

Voy. (*Vase.*)

DOÑA ANA.

¿Adónde
Dejas, Morata, á mi hermano?

MORATA.

Ni sé si es monte ó si es llano,
Ni sé en qué tierra se esconde,
Hasta que haya remojado
La palabra, porque vengo
Hecho una yesca.

DOÑA ANA.

Aunque tengo
De Benavides cuidado,
Mayor me le da don Juan.
¿Viste allá á los dos hermanos
Caravajales?

MORATA.

Si sanos
O si difuntos están,
Sabrás en habiendo dado
Un filo á la lengua en vino.

DOÑA ANA

Dicen que el Infante vino
Bizarro y galan soldado
Y con gente muy lucida.

MORATA.

Hasta disponer bebiendo
La garganta, no pretendo
Hablar palabra en mi vida.

DOÑA ANA.

Su madre del Rey Fernando
Nos dicen que allá partió.
¿Sabes si acaso llegó?

MORATA.

Yo te lo diré en llegando
Con la bebida Isabel.
(*Vuelve Isabel con una copa.*)

ISABEL.

Ya no quedará por mí.

MORATA.

Nunca tan bella te vi.
Muestra: haré un brindis cruel.

ISABEL.

Mira que es Coca.

MORATA.

Eso debe
A tu voluntad mi boca.

ISABEL.

Bebe; que vino que coca
Hará mona á quien le bebe.

MORATA.

¡Brindis á todo soldado,
Brindis á todo valiente,
Brindis á todo hombre ausente
Que habla bien y como honrado!
¡Brindis á quien presta y fia,
A quien convida, á quien tiene
Con quien á buscarle viene,
Rostro alegre y cortesía!
¡Brindis á quien dice bien
De mujeres, y á quien ama
Limpia, honesta y firme dama,
Por siempre jamás, amén!
¡A quien no juega ni vota,
Ni es bravo ni se amohina!
Y ¡brindis á quien camina
Con nieve, pernil y bota!
¡Brindis á quien sin reñir
Sustenta honrada opinion,
Y á quien cuando es ocasion,
Sabe hacer como decir!
¡Brindis al que es poderoso
Y tener humildad sabe,
Y á quien cierra con su llave
Su secreto peligroso!
¡Brindis al que en alto puesto
Mira á los tiempos pasados,
Y al que en negocios honrados
Va siempre solo y bien puesto!
¡Brindis á quien por comer
Nunca habló cosa fingida,
Y brindis al que en su vida
Dijo secreto á mujer!
Que con esto y lo que abona
Un regalado beber,
No hay duda que venga á ser
Aquí Marta y despues mona.

DOÑA ANA.

Buen provecho, y bueno sea
Cuanto bebieres despues.
¿Dónde fuiste?

MORATA.

¿No lo ves?
A la gloria de Niquea.[1]

DOÑA ANA.

¿Dirásme agora el suceso?

MORATA.

Don Gomez ha peleado
Como caballero honrado;
Morata como un sabueso:
Don Juan de Caravajal
Y su hermano, como Alcides;
Que tienen de Benavides
No quererlos nadie mal.
Los del Infante anduvieron
Valientes y no dichosos,
Porque casi vitoriosos
Los de Fernando se vieron.
La Reina llegó, y bastó
Su santidad y prudencia
A refrenar la violencia
Que en los ejércitos vió.
Concertólos en nombrar
Jueces que aquesto decidan,
Porque á su arbitrio dividan
Lo que les puede tocar.
A don Jaime de Aragon
Fué Mendo de Sandoval,
Y á Dionis de Portugal
Don Luis Ponce de Leon.
Todos vuelven á Palencia
A hacer fiestas, y estarán
Hoy don Gomez y don Juan

[1] Título de una comedia del Conde de Villamediana, representada en Aranjuez, en Abril de 1622.

Con salud en tu presencia.
Si he pagado lo bebido,
Aquí lo puedes juzgar;
Que te deseo obligar
Soldado y recien venido.
Si satisfecha no estás
De la relacion sucinta,
Perdona á la poca tinta;
Que no puedo escribir más.

ISABEL.

Cajas y trompetas suenan.

MORATA.

Los Reyes entran, Señora.

DOÑA ANA.

Verán mis ojos agora
Las dos luces por quien penan.
Abre toda la ventana.

ISABEL.

¿Quitaré la celosía?

DOÑA ANA.

Bien podrás; pues entra el dia
Que ha de dar vida á doña Ana.
(*A Morata.*) Tú parte, y á Benavides,
Mi hermano, di que me vea. (*Vase.*)

ESCENA X.

MORATA, ISABEL.

MORATA.

Pide lo que no desea.—
Mas tú, Isabel, ¿qué me pides?

ISABEL.

No tengo yo que pedir,
Morata, despues de verte.

MORATA.

¡Despues de ausencia estás fuerte!

ISABEL.

Y estuviera hasta morir.

MORATA.

¡Qué bien lo decís!...

ISABEL.

Muy bien.

MORATA.

Y ¡qué mal que lo cumplís!
Y por eso no decís
Cosa á que crédito os dén.
¿Cómo has estado? Por dicha
¿Pensaste que mi valor
Me pusiera en el rigor
De alguna honrada desdicha?
¿Pensaste que me pusiera
En mil palabras por puntos?
¿Contásteme en los difuntos?

ISABEL.

¡Ay Dios! la sangre me altera.
No me digas valentías;
Que me moriré en pensallas.

MORATA.

Pues ¿cómo en tantas batallas
Amabas y no temias?

ISABEL.

Siempre yo te imaginé...

MORATA.

¿Adónde?

ISABEL.

Con los que huyeron
Y nunca el peligro vieron.

MORATA.

¡Cómo, huyeron!

ISABEL.

Yo lo sé.

MORATA.

Engaño, Isabel, ha sido.

ISABEL.

Esto que digo creí.

MORATA.

¡Vive Dios, que nunca huí;
Que siempre estuve escondido!

ISABEL.

Así te quiere y te adora
Esta tu esclava, aunque indina;
Que si no fueras gallina,
No te gozara yo agora.
Ven, daréte de almorzar:
Que de lo que has peleado
Vendrás cansado.

MORATA.

Cansado
De querer y de esperar.

ISABEL.

¿Cómo lo ha hecho en la guerra
Don Juan de Caravajal?

MORATA.

Es mancebo criminal;
Tiembla su nombre la tierra.

ISABEL.

Piérdese por él doña Ana.
No lo sepa mi señor.

MORATA.

Es casamiento su amor.

ISABEL.

Ya le espera en la ventana.

MORATA.

Los que deben satisfagan
La deuda.

ISABEL.

A estos brazos ven.

MORATA.

¡Dichoso el que quiere bien
Adonde tan bien le pagan!
(*Vanse.*)

—

Calle en Palencia.

ESCENA XI.

FELICIANO, HIPÓLITO: *despues*, VILLANOS.

FELICIANO.

Desde aquí podemos ver
A su Alteza con más gusto.

HIPÓLITO.

Nunca de Trajano augusto,
Cuando volvió de vencer
Tantas provincias á Roma,
Mayor triunfo se contó.
(*Salen villanos y villanas.*)

VILLANO 1.º

Acá dicen que coló,
Sancha: estotra calle asoma.

UNA VILLANA.

¿Has vido qué mozo es
El señor Rey, que Dios guarde!

VILLANO 2.º

¡A la fe, que no es cobarde!

VILLANO 1.º

¿Quién eran aquellos tres
Que venian á su lado?

VILLANA.

Conozco de los que pides
A Gomez de Benavides,
Su más querido y privado.
Los demas quizá serán
Almirante y Condestable.

VILLANO 1.º

Gomez es hombre admirable,
Benavides y Guzmán.

ESCENA XII.

ALABARDEROS, ACOMPAÑAMIENTO, RAMIRO, DON GARCÍA, DON GOMEZ, EL REY, PUEBLO.—DICHOS.

REY.

Detened esa gente, que me enoja;
Y aunque sé que es amor y buen deseo,
Cánsame mucho que me apriete tanto.

GOMEZ.

Ténganse, caballeros.

REY.

No aprovecha.

GOMEZ.

¡Cómo que no aprovecha!—¡Hola, soldados!
Mostrad esa alabarda. — Hidalgos, fuera!
¡Fuera, canalla! (*Juega la alabarda.*)

FELICIANO.

Vuestra señoría
Mire que hay gente aquí tan buena...

GOMEZ.

Afuera;
Que no hay autoridad donde el Rey viene.

FELICIANO.

Paso.

GOMEZ.

No hay paso; apártense del paso.
(*Da á Feliciano con el cuento de la alabarda.*)

REY.

Cansado, Gomez, de la gente vengo.

HIPÓLITO. (*A Feliciano.*)

¿Haos lastimado?

FELICIANO.

Sí: vengarme tengo.
(*Vanse todos, ménos don Ramiro y don García.*)

ESCENA XIII.

DON RAMIRO, DON GARCÍA.

DON RAMIRO.

No le acompaño más por abrazaros.

DON GARCÍA.

Seais, señor hermano, bien venido.

DON RAMIRO.

Bien venido, García, es imposible,
No viniendo de allá como quisiera.

DON GARCÍA.

¿Es porque ya desiste don Alonso
De la accion y derecho que tenía
Al reino de Castilla pretendido?

DON RAMIRO.

No es esa la razon.

DON GARCÍA.

¿No estais en gracia
Del Rey Fernando, por parcial y amigo
Del Infante, su tio, y su enemigo?

DON RAMIRO.

Seguir á don Alonso en esta empresa,
Miéntras que la justicia está indecisa,
No es delito que pueda con Fernando
Perder la gracia que hoy se recupera.
Pues la sentencia en su favor espera.
Vengo, García...

DON GARCÍA.

¿Cómo vienes?

DON RAMIRO.

Vengo
Sin honra de la guerra.

DON GARCÍA.

¡Tú sin honra!
¿Díceslo porque yo quedé en Palencia?
¿Han murmurado acaso estos hidalgos,
De los oidos de los reyes músicos,
Que desentonan las ajenas famas
Por entonar sus pretensiones locas?
Ya me partia, como ves: no era
Tan tarde, á no tratar la Reina paces.
Detúvome doña Ana; que en ausencia
De don Juan, su galan, pensé agradalla,
Aunque por ella misma me partia.

DON RAMIRO.

No es eso, don García.

DON GARCÍA.

Pues ¿qué tienes?

DON RAMIRO.

Sólo á tí como á hermano me atreviera.
Estos Caravajales, estos mozos,
García, estos demonios me han tratado
De suerte, cuando ya de parte suya
Estaba la vitoria declarada,
Que en mi vida tendré contento en nada.

DON GARCÍA.

¿En qué te han ofendido?

DON RAMIRO.

De don Pedro
Fuí vencido una vez y despojado,
Y de ese tu don Juan, de ese gallardo,
En quien doña Ana adora, fuí tras esto
Atropellado con palabras tales,
Con tanta libertad y desvergüenza,
Que no hay valor que mis agravios ven- [za.

DON GARCÍA.

Si en la Corte sacadas las espadas
No hay agravio, Ramiro, ¿cómo puede
Haberle en la campaña?

DON RAMIRO.

¡Ay don García!
Ese es agravio de que un hombre siente
Que está agraviado: y cuando el ofendi- [do
Echa de ver que no cumplió con obras,
Ni áun con palabras, con su honor, y sa- [be
Que el ofensor quedó vanaglorioso
Y teniéndole en poco, no me digas
Que puede haber consuelo.

DON GARCÍA.

Mal hiciste
En no morir.

DON RAMIRO.

Así lo dicen todos;
Pero llegados al extremo punto
Muchos guardan la vida y pocos mueren.

DON GARCÍA.

Luego ¿más que el honor la vida quie- [ren?

DON RAMIRO.

Yo no vengo á pedirte en lo que es hecho
Consejo: ya callé; ya sólo importa
Tratar de la venganza, y de que sea
De suerte que estos dos Caravajales
Me paguen las afrentas que me han he- [cho.

DON GARCÍA.

Calla; que salen:—y sosiega el pecho.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, DON JUAN — DON RAMIRO, DON GARCÍA.

DON PEDRO.

¡Bizarra estaba, por Dios!
Con razon la quieres bien.

DON JUAN.

A verla despacio ven,
Y hablarémosla los dos.

DON PEDRO.

¿Cómo podrás, si pasean
Los dos hermanos la calle?

DON JUAN. (*Ap. á don Pedro.*)

¿Que estos dos con aquel talle
Tan cobardes hombres sean?
No hagas caso, si no llega:
Y si saliere al balcon,
Da lugar á mi razon.

DON PEDRO.

Mucho la aficion te ciega.
No por éstos (que en efeto
Ya sabemos donde alcanza
Todo el golpe de su lanza;
Que no están en buen conceto);
Mas Gomez de Benavides,
Su hermano, respeto justo
Merece.

DON JUAN.

La ley del gusto
¿Con las del respeto mides!
Di que se vayan de aquí
Estos, por quien por ventura
No sale aquella hermosura
Que por alma vive en mí;
Que Gomez, hasta que sea
De noche, estará en palacio.

DON PEDRO.

Amor no requiere espacio
Si espera el bien que desea.
Voy á decir que de aquí
Estos gallinas se vayan.

DON JUAN.

Si en verte no se desmayan.

DON RAMIRO. (*Ap. á don García.*)

¿Viene hácia nosotros?

DON GARCÍA.

Sí.

DON PEDRO.

Suplico á vuesasmercedes
Despejen toda la calle.

DON RAMIRO. (*Ap. á don García.*)

Responder será matalle.

DON GARCÍA.

¡Qué bien has dicho, si puedes!

DON RAMIRO.

Pero será alborotar
La Corte...

DON GARCÍA.

Tienes razon.

DON RAMIRO.

Que estos donde quiera son
De nuestra ventura azar.

DON PEDRO.

¿Oye?

DON RAMIRO.

¿Qué es lo que quereis?

DON PEDRO.

Si á Gomez vieren venir,
Envíenmelo á decir
Con un paje.

DON RAMIRO.

Y áun con seis.

DON GARCÍA (*Ap. á don Ramiro.*)

Mira que es infamia nuestra,
Sirviendo á doña Ana yo.

DON RAMIRO.

Quien calló bien, se vengó.
García, á callar te muestra;
Que tú verás estos dos
Tales que toda Castilla
Les tenga duelo y mancilla.

DON GARCÍA.

¡Buena paciencia, por Dios!
(*Vanse don Ramiro y don García.*)

ESCENA XV.

DOÑA ANA, *á una reja.*—DON JUAN, *que va á hablar con doña Ana;* DON PEDRO, *que se retira.*

DOÑA ANA.

Para que no me impidiesen
Dos mil parabienes darte,
No quise salir á hablarte
Hasta que aquellos se fuesen.
¿Cómo vienes?

DON JUAN.

Como fuí.

DOÑA ANA.

¿No hay diferencia?

DON JUAN.

El ausencia
No ha hecho más diferencia
Que el apartarme de tí
Y el aumentarme el amor;
Que si el amor es deseo,
Pues más te deseo, creo
Que el amor traigo mayor.
Y este aumento está en razon,
Pues allá me han puesto espuelas
Celos.

DOÑA ANA.

¿Tú celos! ¿Qué celas?

DON JUAN.

Tu hermosura y mi aficion,
Que son dos monstros de altura
Tan grande, que sólo en mí
Cupiera este amor, y en tí
Tan sola tanta hermosura.

DOÑA ANA.

¿Celos te han dado desvelos!

DON JUAN.

El más lerdo amor camina
Por la posta, si imagina
Que vienen detras los celos;
Que si el amor es temor
Y los celos son castigo,
Con temor de su enemigo
Va siempre delante amor.

DOÑA ANA.

Si fuesen de don García
Esos celos, ¿no es razon
Que me ria?

DON JUAN.

No esp asion
Para que nadie se ria.
Pero ya baste de celos;
Que para recien venido
Muy necio en quejarme he sido.

DOÑA ANA.

Saben mi verdad los cielos.

ESCENA XVI.

DON GOMEZ Y MORATA; *y detras, embozados y recatándose,* FELICIANO É HIPÓLITO.—DOÑA ANA *hablando con* DON JUAN, *sin verlos.* DON PEDRO, *retirado, donde tampoco los ve.*

GOMEZ.

Los deseos de mi casa
Me han hecho venir ansí.

MORATA.

Mendocica estaba allí,
Y yo le dije á Sarasa
Que me avisase al salir,
Por si el caballo querias.

GOMEZ.

¿Quién duda que pedirias
Albricias?

MORATA.

Fuíle á pedir
A mi señora doña Ana
Albricias de tu valor;
Que no vió espada mejor
La nobleza castellana.

GOMEZ.

De nuevo puedes pedilla
Albricias.

MORATA.

¿De qué, Señor?

GOMEZ.

De la encomienda mayor
Que hoy me dió el Rey de Castilla.

MORATA.

Mil años, Señor, la goces.
Dia de mercedes es.

HIPÓLITO. (*Ap. á Feliciano.*)

Si aguardas, no habrá despues
Tal ocasion.

FELICIANO.

No dés voces.

HIPÓLITO.

Notable ventura ha sido
El ir desacompañado.

FELICIANO.

Tú le has de dar al criado.

HIPÓLITO.

Llega.

(*Hieren á don Gomez y á Morata.*)

GOMEZ.

¡Ay Dios, que me han herido!

MORATA.

Y á mí me han dado tambien
Una gentil cuchillada.

GOMEZ.

No puedo sacar la espada.

FELICIANO. (*Ap.*)

Una daga venga bien
El palo de una alabarda.

HIPÓLITO.

Huye.

FELICIANO.

Sígueme.

(*Vanse Feliciano é Hipólito.*)

MORATA.

¡Traicion!

GOMEZ.

¡Válgame Dios! ¡Confesion!

DON PEDRO. (*Acudiendo.*)

Voces son éstas: aguarda.

DON JUAN.

Entráos, Señora, y veremos
Quién son los desta quistion.

DOÑA ANA.

Dios os libre. (*Éntrase.*)

ESCENA XVII.

DON JUAN Y DON PEDRO; DON GOMEZ Y MORATA, *heridos.*

GOMEZ.

¡Confesion!

DON JUAN.

¿Quién va?

MORATA.

Ni va ni podemos.

GOMEZ.

Si por ventura mi nombre
Algunas veces oiste,
Caballero, di que han muerto
A Gomez de Benavides.
Esa de enfrente es mi casa.

DON JUAN.

¡Gomez dijo!

DON PEDRO.

Gomez dice.

DON JUAN.

Señor don Gomez, ¿qué es esto?

MORATA.

¿Y á mí? ¡nadie quiere oirme!

GOMEZ.

¿Quién sois, caballero noble,
Que á socorrerme venistes?

DON JUAN.

Don Juan de Caravajal.

GOMEZ.

Muerto me ha un hombre, seguilde.

DON JUAN.

Hermano, tomad en brazos
A don Gomez.

DON PEDRO.

Tenle, ¡ay triste!
Que yo seguiré el traidor. (*Vase.*)

DON JUAN.

Presto la ocasion decidme.

GOMEZ.

Invidia debió de ser.

DON JUAN.

¿Ninguna causa le distes?

GOMEZ.

Ninguna, por Dios, don Juan.
Mas ya el alma se despide
Del cuerpo mortal: tenedme.

DON JUAN. (*A Morata.*)

¡Hola! Si puedes asirle,
Miéntras traigo un confesor,
Tenle.

MORATA.

Aunque no estoy muy firme,
El amor me dará fuerzas.

(*Vase don Juan.*)

ESCENA XVIII.

DON GOMEZ, MORATA.

GOMEZ.

Si del corazon humilde
Recibís la contricion,
Perdon, buen Jesus, os pide.—
¿Quién eres?

MORATA.

Morata soy.

GOMEZ.

¿Estás herido?

MORATA.

Con quince
Puntos no podrá el barbero
La cuchillada zurcirme.

GOMEZ.

Quítame aquesta cadena
Y tómatela.

MORATA.

¿Que quite
La cadena, buen Señor!

GOMEZ.

Más merece quien bien sirve.
Toma, ó quitaréla yo.

MORATA.

Quiero obedecerte.

GOMEZ.

Dime,
¿Vendrá el confesor?

MORATA.

Ya viene.

ESCENA XIX.

EL REY, DON RAMIRO, DON GARCÍA, GUARDA.—DICHOS.

REY.

¡Que han muerto á don Gomez, dices!

DON RAMIRO.

Así lo dicen, Señor.
Aquí está Gomez.

MORATA.

Repite
De Jesus el santo nombre.

GOMEZ.

¡Jesus!

MORATA.

Ya ha espirado.

REY.

Espire
Mi alegría, mi esperanza.
¡Ah Gomez! ¡ah Benavides!—
Llevalde á su casa. ¡Ah cielo!
¿Quién está aquí?

DON GARCÍA.

Llega y dile
Quien eres.

MORATA.

¿Quién he de ser?

REY.

¡En qué mal punto que vine!

MORATA.

Lacayo soy de don Gomez.

DON GARCÍA.

¿Qué es aquello que escondiste?

DON RAMIRO.

Una cadena, por Dios.

MORATA.

Herido estoy, no me mires.

DON GARCÍA.

Este es, Señor, su lacayo.

REY.

Tú de palacio saliste
Solo con él.

MORATA.

Sí, Señor.

REY.

¿Quién ha muerto á Benavides?

MORATA.

Yo no vi nadie.

DON RAMIRO.

Este tiene
Una herida, y, como viste,
La cadena y la venera
Que la cruz roja divide.
Por quitársela le ha muerto;
Que don Gomez pudo herirle
Por defenderse.

REY.

Es sin duda.

MORATA.

Yo, ¡muerto!

DON RAMIRO.

Que se averigüe
Hará muy presto el tormento.

MORATA.

Señor, ¿tal crueldad permites!

REY.

No estaré un punto en Palencia.—
¡Hola! postas apercibe
A Salamanca, en que ya
La Universidad reside,
Que de aquí mudó mi padre.

MORATA.

Señor, mira que estoy libre
De la traicion desta muerte.

REY.

¡Ay Gomez de Benavides!

ACTO SEGUNDO.

Claustro de la Universidad de Salamanca.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO, DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¡Notable sentimiento el Rey ha hecho
Por Benavides!

DON RAMIRO.

Él lo merecia
Por las virtudes de su heróico pecho.

DON GARCÍA.

Con extraña y mortal melancolía
Vino desde Palencia à Salamanca.

DON RAMIRO.

Tiernamente le amaba don García.

DON GARCÍA.

Jamás tan liberal, hermosa y franca
Salió de noche escura y tenebrosa
La bella aurora colorada y blanca,
Como me pareció su hermana hermosa
Con el luto [1] que ayer al Rey hablaba.

DON RAMIRO.

Mucho enternece una mujer llorosa.

DON GARCÍA.

Las estrellas bellísimas bañaba
Del cielo de sus ojos tan honesta,
Que aunque daba dolor, enamoraba.

DON RAMIRO.

¿Dióle el Rey más que la comun respues-
[ta?

DON GARCÍA.

Dióle tantas respuestas y favores,
Cuanto cuidado desde ayer me cuesta.
Casarla quiere el Rey: pues ¿qué mayo-
Para mí que la adoro y no lo digo, [res
Si no me han de faltar competidores!
Este Caravajal, este enemigo,
Me mata con sus celos.

DON RAMIRO.

Presto espero
Que el justo cielo le dará castigo.

DON GARCÍA. [quiero,

Quiero hablarte, Ramiro, y cuando
Me ocupa la vergüenza de tratarte
Un pensamiento por venganza fiero.
Fiero parece; mas por otra parte,
Parece justo por venganza nuestra.

DON RAMIRO.

Pues yo te excusaré de declararte.

[1] *Con* que.

DON GARCÍA.

¡Oh cielos! suspended la piedad vuestra:
No siempre habeis de ser, cielos, hu-
[manos; [2]
Tambien en castigar quien sois se mues-
[tra.

DON RAMIRO.

Tú quieres intentar que estos herma-
[nos
Pierdan del Rey la gracia y áun las vidas.

DON GARCÍA.

Eres mi sangre al fin: dame esas manos.
¿No diremos que fueron homicidas
De don Gomez los dos?

DON RAMIRO.

Si alguno hubiera
Que al darle aquella noche las heridas
Con nosotros tambien al Rey dijera
Que vió que eran los dos Caravajales,
Gran fundamento de verdad tuviera.

DON GARCÍA.

¿Testigos falsos dudas? Por cien reales
Te vendrán a rogar de veinte en veinte.

DON RAMIRO.

¿Querrán contra personas principales?

DON GARCÍA.

¿Eso preguntas? Dame tú que intente
Probar un hombre la mayor mentira
Que puede imaginar quien siempre
Y verás mil testigos á la mira [miente,
Para ver si los llama con dinero.

DON RAMIRO.

Si para Dios los hubo, no me admira.

DON GARCÍA.

Probanza con testigo verdadero
Siempre con la verdad va limitada,
Aunque la adorne el escribir ligero;
Mas con testigo falso, tan pintada,
Que hay hombre a quien le dan el jura-
[mento,
Y es como dar licion bien estudiada.

DON RAMIRO. [tento

A escuelas viene el Rey, que está con-
De que ya de Palencia se mudasen
Y que vayan las letras en aumento.
Pidióles que un poeta laureasen
(Cosa que suele pocas veces verse)
El Almirante, y que su frente honrasen,
Y ha convidado al Rey.

DON GARCÍA.

Suelen hacerse
En Italia estos actos; que en España
Pocas frentes pudieran atreverse.
La causa es el andar en la campaña
Con los moros, Ramiro, cada dia.

DON RAMIRO.

Ya vienen.

DON GARCÍA.

Noble gente le acompaña.

DON RAMIRO.

Busca ocasion de hablarle.

DON GARCÍA.

Eso querria.

ESCENA II.

CABALLEROS, DOCTORES, MAESTROS, UN GORRON, EL GRADUANDO, EL RETOR DE LA UNIVERSIDAD, EL REY, PUEBLO.—DON RAMIRO, DON GARCÍA.

REY.

Andad más; que este lugar
Hoy os toca á vos, Rector.

[2] Piadosos.

RETOR.

Como sois su protector,
Quereis las letras honrar.
Vuestro padre, que Dios tiene,
Dejó en vos bien heredada
Esa virtud, de que honrada
Toda esta Academia viene.
Y aunque es el Bravo llamado,
Tanto las letras honró,
Que harto mejor mereció
Llamarse Sancho el Letrado.
Pero este nombre, Señor,
Ibale el cielo guardando
Para un divino Fernando,
De las letras protector.

REY.

Siéntense todos.

RETOR.

Aquí
Tienen todos su lugar.
Y vos podeis comenzar, (*Al Gorron.*)
Y sed breve.

GORRON.

¿Incipio?

RETOR.

Sí.

(*Sube el Gorron á una cátedra.*)

GORRON.

Heróico Príncipe, en quien
Se mira el vivo retrato
De aquel fénix de sí mismo,
Del divino Sancho el Bravo,
El que con justo deseo
De que se aumentasen tanto
Las letras, á quien las armas
Escurecieron los rayos,
De Palencia á Salamanca
Mudo este colegio sacro,
Que ha de dar asombro al mundo
Dentro de muy pocos años;
Porque sin ser yo profeta
Ni astrólogo judiciario,
Echo de ver que esta escuela
Dará á España más letrados
Que á Francia ha dado Paris,
Bolonia á Italia, y pasando
Al Asia, Aténas á Grecia,
Como ya se va mirando
En las colores que veis,
Rojo, verde, azul y blanco,
Cánones, leyes, maestros
Teologos y hombres sabios...
Mas porque vuestra alabanza
Toca á oradores tan claros,
Que dirán *latinis verbis*
Vuestros méritos, Fernando,
Yo paso, *amplissime Rector*,
Patres gazpirrios, yo paso,
Yo paso, *pulchra juventus*,
Bonetorum et gorrarum,
A lo que me toca a mí,
Porque el señor laureando
Ya me espera en la estacada
De aqueste insigne teatro.
No es este grado de leyes,
No es medicina este grado,
No es de sacra teologia
Este capirote y lauro;
Es, hablando con perdon
De los que están escuchando,
De un poeta; que hay poetas
Que se han de nombrar con asco.
Dásele lauro despues
De haber hecho algunos actos,
Como es ser latino y griego
Y en muchas lenguas versado,
Buen retórico y filósofo,
Astrólogo tanto cuanto,
Y en todas las demás ciencias
Con principios necesarios.

Recitó en muchos sujetos
Versos suyos aprobados,
Dando todas las escuelas
Famoso y debido aplauso.
Escribió un arte latino
Y un *ecphrasis* castellano,
En fin, sin *R* salió
Digno del laurel sagrado.
Pero *attendite*, señores,
Y para el punto digamos
Qué es poeta, y su principio;
Mas burlescamente hablando.
Cuenta el filósofo Murrio
En el libro treinta y cuatro,
Que andando un hijo de Cam
Unas huertas cultivando,
Vió una calabaza insigne
De tal grandeza y tamaño,
Que le obligó á señalarla
Con un cordel por el cabo.
Creció mucho; y finalmente,
Una mañana, llegando
A verla como otras veces,
Vióla rota, y que un muchacho
Hacia por salir fuerza,
Cual suele salir llorando
Del vientre materno el niño,
Llegado el tiempo del parto.
Como vió el hombre parir
La calabaza, espantado
Llegó y sirvió de partera,
Sacando el muchacho en brazos.
Llevóle á su casa, y dicen
Que iba el niño gorjeando,
Tanto que le preguntó:
«¿Quién eres, mónstruo del diablo?»
Y respondió en voz de tiple:
«Poeta.—¡Qué extraño caso!
¡Poeta! Pues ¿qué has de hacer?»
Replicó el pobre hortelano.
«Versos, dijo, en que celebre
Hechos heróicos y raros
De capitanes ilustres,
O de amor sucesos varios.»
Como vió el hombre que habia
De dar en el aire saltos,
Pues hijo de calabaza
Tales sacaria los cascos,
Puso á su mujer dos fuelles
Por pechos, y entre los labios
Puso la punta, y así
Le fué con aire criando.
Con esto ninguna cosa
Húmida crió el cuitado,
Ni tuvo meollo en hueso
Ni seso en el pericráneo;
Que con celebro tan seco
Sus desdichas le criaron,
Que en tocando en su cabeza,
Aunque fuese con la mano,
Sonaba como pandero
Fuera el pergamino blanco,
Y dentro los cascabeles;
Que como son desbocados,
Corriendo con ellos, tienen
La disculpa del caballo.
Deste procedió el segundo,
Y luego el tercero y cuarto,
Hasta el Homero de Grecia
Y el Virgilio mantüano.
De los latinos vinieron
Los provenzales; y tantos
Desta calabaza insigne
Nacen, por nuestros pecados,
Que hay dellos más en Castilla
Que cerrajeros gabachos,
Porque ya lo son en ella
Hasta pajes y lacayos;
De los cuales el poeta,
Que estais, señores, mirando,
Es hombre que componiendo
Ciertos versos á un retrato,
Se puso un dedo en la boca,
Y en las uñas comenzando,
Se comió todas las yemas
De los dedos de las manos.
Dicen que llegó otra vez
A una venta con un macho,
Notando ciertos conceptos
En un librillo de mano;
Y atándole en el pesebre,
Mil desatinos pensando,
Sin quitar al macho el freno
Le echó la comida á un lado.
Cuando se quiso partir,
Entró, puesto un fieltro blanco,
Y dándole una palmada
En el anca, el pobre macho,
Que de la cebada apénas
Habia tocado un grano,
Alzó los cuartos traseros,
Y dándole un sepan cuantos,
Le trujo por el estiércol
Revolcado un grande rato.
Acudió gente a las voces,
Y envuelto en el fieltro hallaron
Al poeta en el estiércol
A las Musas invocando;
Y que por disimular
El haberle maltratado,
Junto á la misma comida
Estaba enfrenado el macho.
Otra vez, dicen que estaba
Cierta batalla pintando
De un Príncipe y de un gigante
Con una maza en la mano,
Y tomando el orinal
(Porque siempre los letrados
Le tienen en los estudios),
Dió nueva fuente al Parnaso.
Y estando así, divirtióse
En el golpe y alzó el brazo;
Y pensando que era maza
El orinal desdichado,
Dió en la mesa que escribia
Sobre el papel tal porrazo,
Diciendo: «¡Muera el traidor!»
Que acudiendo los criados,
Mesa, libros y papeles
Llenos de orines hallaron.
Es enamorado el triste:
Y esto pudiera excusarlo,
Porque quien dice poeta,
Tambien dice enamorado;
Mas habiéndole cogido
En su casa un boticario,
Porque su honrada mujer
Le dió aviso de su daño,
Le ató á un pilar, y le untó
Desde la cintura abajo
Con miel rosada, y le hizo
Que le escribiese entre tanto
Un epigrama famoso
Las mujeres alabando,
Pero con mayor exceso
A las de los boticarios.
Gastó un dia, y no fué mucho,
Porque las moscas y tábanos,
Como á la miel acudian,
Le hacian darse á los diablos.
Tras esto dicen que un dia
Cierto señor castellano,
No sabiendo quién le habia
Hecho en versos cierto agravio,
Puso premio á cuantos fuesen
Con versos para alabarlo:
Y en llegando el dia, dicen
Que encerró setenta y cuatro,
Entre los cuales se halló
Aquí el señor doctorando,
Y alcanzó la colacion,
Que fueron muy buenos palos.
Pero todo aquesto es burla:
Que si en las veras hablamos,
Es honra destas escuelas
Y muy digno deste lauro.
No es poeta maldiciente,
No es invidioso ni sátiro,
No es ignorante de aquellos
Que están siempre murmurando.
Es poeta noble, heróico,
No de aquellos desdichados
Que dice Merlin que tienen
Cerca del infierno un cuarto,
Y que por cada mentira
Les está el diablo sacando
Una muela, porque luego
Les van haciendo otras cuatro.
Tuvo orígen la poesía
Del mismo Dios increado.
Adan fué el primer poeta;
Que los caldeos el salmo
Noventa y cinco tuvieron
Por suyo en los versos sacros;
Despues, todos los profetas:
Moisés, Samuel, David santo,
Ana, Délbora y Judit
Escribieron y cantaron
Versos; y la misma Vírgen
Compuso un divino canto.
Padres de la ciencia son:
Platon lo dijo; mas cuanto
Puedo decir, lo hallaréis
En Tulio con más espacio;
Que yo pidiendo perdon,
Si os he parecido largo,
Hic finem facio: y así,
A tutti mi raccomando.

ESCENA III.

EL CONDE DE BENAVENTE — DICHOS.

CONDE.

Déme albricias vuestra Alteza.

REY.

¡Oh Almirante! ¿De qué son?

CONDE.

Ya de Castilla y Leon
Sois Rey.

REY.

Cubrid la cabeza,
Mi mayordomo mayor.

CONDE.

Mil veces los piés os beso.

DON RAMIRO.

¡Próspero bien!

DON GARCÍA.

¡Gran suceso!

CONDE.

Juntáronse, gran Señor,
A juzgar á quien tocaba
De don Alfonso ó de vos
El reino, y cuál de los dos
En la posesion estaba
Con más derecho y razon,
Don Dionis, Rey generoso
De Portugal, y el famoso
Don Jaime, Rey Aragon;
Y hallaron, que a vos os toca,
Aunque á don Alonso han dado
Donde viva descansado.

REY.

Justa razon les provoca.

CONDE.

Dadme, gran Señor, los piés.

REY.

Levantáos, Comendador
Mayor de Leon.

CONDE.
Señor,
Vuestra hechura soy.

REY.
Despues
Quiero las albricias daros.

CONDE.
Ya, Rey invicto, lo están.

REY.
Mi general capitan,
Quiero, Pimentel, nombraros
De toda la Andalucía.

CONDE.
¡Tantas mercedes, Señor!

RETOR.
Puesto que puedan mejor
Celebrar esta alegría
Las armas, licencia os pido
Para que las letras puedan,
Pues que tan honradas quedan
Del favor que han recibido.

REY.
Será gusto para mí.

CONDE.
Ea, Caballeros, vamos
Donde mil fiestas hagamos.

DON RAMIRO.
Los dos estamos aquí.

CONDE.
Máscara esta noche habrá,
Cañas y toros mañana.

DON RAMIRO.
¿Saldrás?

DON GARCÍA.
Sí haré, si doña Ana
Licencia y color me da.

DON RAMIRO.
Pues ve esta noche a pedilla.
Al Rey van acompañando.

UNOS.
¡Castilla por don Fernando!

OTROS.
¡Vitor el Rey de Castilla!
(*Vanse.*)

—

Huerta en Salamanca.

ESCENA IV.

DON JUAN, DOÑA ANA.

DON JUAN.
Si el Rey de casarte trata,
Lejos estoy de ser yo
Quien te merezca. Hoy me mata.

DOÑA ANA.
Diré á todo el mundo, no.
Seré á todo el mundo ingrata.

DON JUAN.
¿Cómo podrás aquel dia
Resistir su voluntad?

DOÑA ANA.
Con determinar la mia:
Que no hay fuerza en Majestad
Cuando una mujer porfía.

DON JUAN.
Díceslo aquí, que no ves
La deidad de un Rey; despues,
Yo sé que harás lo que él quiera.

DOÑA ANA.
Que te adoro considera,
Para que seguro estés.
Y para seguridad
Desta fe, dí: ¿cómo quieres
Obligar mi voluntad?

DON JUAN.
Eres mujer: las mujeres
Son...

DOÑA ANA.
¿Qué?

DON JUAN.
Menores de edad.

DOÑA ANA.
No hayas miedo que me valga
De esas leyes.

DON JUAN.
Y es razon;
Que una mujer tan hidalga
No ha de hacer obligacion
Adonde otra deuda salga.
¿Quién está en la huerta?

DOÑA ANA.
Aquí
No hay más, don Juan, de los dos.

DON JUAN.
¿Puedo hablarte claro?

DOÑA ANA.
Sí.

DON JUAN.
Pues, mi Señora, por Dios,
Que estoy sin alma por tí.
Haz de suerte que no tenga
Tan grandes desconfianzas
Antes que un estorbo venga.
Ya se van mis esperanzas:
Haz que el favor las detenga.

DOÑA ANA.
Mano y brazos ¿bastarán
A asegurar tus recelos?

DON JUAN.
Lazos y firmas serán;
Solos estos arroyuelos
Mi amor murmurando van.
La huerta está sola, el luto
No importa donde hay amor:
Paga á amor este tributo.
(*Va á abrazarla.*)

ESCENA V.

LAURENO, *dentro.*—DON JUAN, DOÑA ANA.

LAURENO.
¡Tan temprano llevais flor!
Tarde gozaréis del fruto.

DOÑA ANA.
Detente.

DON JUAN.
¿Quién es aquel?

DOÑA ANA.
Jardinero de la huerta.

DON JUAN.
¡Oh qué respuesta cruel!
Si ella con mi amor concierta,
Ya no hay que esperar en él.
La flor dijo que llevaba
Temprano, y luego añadió
Que tarde el fruto esperaba.

DOÑA ANA.
Con algun árbol habló.

DON JUAN.
Al de mi esperanza hablaba.
Mas cumplid, esposa bella,
La palabra que me dais,
Pues amor sale por ella.

LAURENO. (*Dentro.*)
Yo os juro que no os veais
En vuestra vida con ella.

DON JUAN.
¿Hay tal cosa! ¿Que en el punto
Que voy á tomar tu mano,
Responde á lo que pregunto!

DOÑA ANA.
Caravajal, todo es vano.
Fruto y flor gozarás junto.

ESCENA VI.

LEONIDO, *con una guitarra y unas flores*, LAURENO. — DON JUAN, DOÑA ANA.

LAURENO.
Comienza la primavera,
Y no hay más flores agora.

LEONIDO.
Presentárselas quisiera,
Laureno, á cierta señora.

DON JUAN.
Leonido es aqueste.—Espera.
¿Donde vas?

LEONIDO.
Con la ocasion
Destas flores y esta fuente,
Vine á hacer una cancion,
Por tomar de su corriente
Las consonancias del son.

DOÑA ANA.
Y tú, Laureno, ¿qué hacias?
¿Con qué flor ó árbol tenias
Conversacion?

LAURENO.
Ya, Señora,
Que de hojas su verde autora
Corona estas fuentes frias,
Cerqué la huerta por ver
Romper sus tiernos pimpollos
Desde hoy al amanecer.
Y vi en sus verdes cogollos
Un almendro florecer.
Como vi que parecia
De flores blancas cubierto,
Que en camisa amanecia,
Y vi que el hielo era cierto,
Mirando la escarcha fria
(Que áun tiene el invierno luto,
Y no hay prado ó monte enjuto),
Dije, habiéndole dolor:
«¡Tan temprano dais la flor!
Tarde gozaréis del fruto.
Aunque almendra dulce y bella
Prometeis, y en flores dais
Tales esperanzas della,
Yo os juro que no os veais
En vuestra vida con ella.»

DOÑA ANA.
Esas palabras oí.

DON JUAN.
Yo las entendí por mí.

DOÑA ANA.
La difinicion mayor
De amor fué siempre el temor.

DON JUAN.
Luego ¿con razon temí?

DOÑA ANA.
Siéntate, y pues ha venido
A buena ocasion Leonido,
Cante alguna letra.

DON JUAN.
Canta,
Y éntre al alma en pena tanta
Algun bien por el oido.

LEONIDO.
¿Qué diré?

DOÑA ANA.

Una letra di,
En que una mujer que amó,
Por decir á su amor *sí*,
Diga á todo el mundo *no*.

LEONIDO. (*Canta.*)

Del sí y el no, digo ansí.
Por un sí dulce amoroso,
Dado de quien digo yo,
Diré á todo el mundo no.
¡No, no!
Si aquel á quien me rendí,
Y á quien mi remedio toca,
Junta de su dulce boca
Dos letras que digan sí,
Habrá tanta gloria en mí,
Que si la alcanzase yo,
Diré á todo el mundo no,
¡No, no!

ESCENA VII.

DON PEDRO.—DON JUAN, DOÑA ANA, LEONIDO, LAURENO.

DON PEDRO.

¡De espacio estais, ardiéndose de fuegos,
Voces, carreras, vítores, disfraces
Y fiestas Salamanca! ¿No ha llegado
A vuestro sordo y encantado oido,
Que salió la sentencia por Fernando,
Y que es Rey de Leon y de Castilla?

DON JUAN.

Por muchos años, Pedro; pero advierte
Que un amante en presencia de lo que ama
Tiene en éxtasis dulces los sentidos,
Bañada la memoria en blando néctar
Como el entendimiento en puro ambrósia.
No es tarde agora para hacer que vea
El Rey nuestro contento y regocijo.
¿Cómo saldremos, porque luego sea?

DON PEDRO.

Con máscaras salgamos.

DON JUAN.

Bien has dicho.—
Dame licencia, movimiento mio,
Luz destos ojos, dame solo un rayo
Para que vaya y vuelva á verte.

DOÑA ANA.

Pienso,
Segun mi condicion es belicosa...
Llega el oido. (*Háblale bajo.*)

DON PEDRO.

¿Qué hay, Leonido amigo?

LEONIDO.

Entretener estos amantes locos.

DON PEDRO.

¿Has visto amando algunos cuerdos?

LEONIDO.

Pocos.

DON JUAN. (*A doña Ana.*)

Dices muy bien, y puedes disfrazada
Ver toda la ciudad; que las escuelas
Estarán francas, y sus estudiantes
Con mil disfraces y invenciones.

DOÑA ANA.

Vamos,
Y tú, Laureno, ten secreto.

LAURENO.

Advierte
Que llamaba un discreto, que sabía
Que suelen ser mil veces necesarios..

DOÑA ANA.

¿Cómo?

LAURENO.

A los jardineros, secretarios.

DOÑA ANA.

Dijo muy bien, porque un jardin y un coche
Encubren más que la callada noche.

(*Vanse.*)

—

Calle en Salamanca.

ESCENA VIII.

DON RAMIRO Y DON GARCÍA, *con disfraces, y la máscara en la mano. Suena dentro ruido de cascabeles y atabales.*

DON GARCÍA.

Ni ha salido ni ha querido.

DON RAMIRO.

Si te vas, saldrá despues.

DON GARCÍA.

Esto me parece que es
Correr y quedar corrido.—
Ponte al dorado balcon
De esa cerrada ventana,
Sol; que no es tan de mañana,
Pues más de las cinco son,
Y éstas de la tarde ya.

DON RAMIRO.

En este cielo español
No es justo llamar al sol
Cuando á los indios se va.

DON GARCÍA.

Declaradamente veo
Que miéntras Caravajal
Viviere para mi mal,
No ha de ir bien á mi deseo.

DON RAMIRO.

¿Qué tardas de procurar
Que no viva y que tú vivas?

DON GARCÍA.

No más de que te aperciba
Para que al Rey pueda hablar.

DON RAMIRO.

Yo tengo ya prevenidos
Dos hombres que jurarán.

ESCENA IX.

TROPEL DE GENTE, *con mucho ruido, y entre ella,* EL REY Y EL CONDE DE BENAVENTE, *con disfraces y máscaras puestas.*—DON RAMIRO, DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¡Qué bien disfrazados van
Estos dos!

DON RAMIRO.

¡Buenos vestidos!

DON GARCÍA. (*Ap. á don Ramiro.*)

¡Quedo; que es el Rey, por Dios!

DON RAMIRO.

¡El Rey! pues llégate á él.

(*Pónense las máscaras don Ramiro y don García.*)

REY.

Conde, dejad el tropel,
Vámonos solos los dos.

CONDE.

Por aquí va ménos gente.
¿Quiere Vuestra Majestad
Gozar hoy de la ciudad?

REY.

Querria.

CONDE.

Póngase enfrente
Desta calle, que es el paso
Para la Rua.

DON RAMIRO. (*Al Rey.*)

¿Son nuestros,
Hidalgos?

REY.

No somos vuestros.

CONDE.

Id delante.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Extraño caso
Comenzamos á intentar.

DON RAMIRO.

Pues ¿de qué cuadrilla son?

REY.

De la del Rey.

DON GARCÍA.

Con razon
Del Rey se pueden quejar
Los deudos de Benavides,
Pues á sus ojos aquí
Anda disfrazado ansí.

REY.

¿Ereslo tú, que le pides
Cuenta al Rey con tal malicia
Desta fiesta?

DON GARCÍA.

Era razon
Que mostrara compasion,
Y les hiciera justicia.

REY.

El Rey mostró sentimiento
De la muerte de un criado;
Que no está el Rey obligado
A más luto: y yo no siento
De quién ha de hacer justicia.

DON GARCÍA.

¿No? De dos Caravajales
Hermanos, que desleales,
De pura invidia y malicia
Le mataron, y yo sé
Que porque son sus amigos
Lo han callado dos testigos
Que saben bien lo que fué.

REY. (*Ap. al Conde.*)

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

CONDE.

Helado, Señor, estoy.

DON RAMIRO.

¿Mandais algo, que me voy?

REY.

Esperad, no os vais tan presto.
¿Los testigos no diréis,
Pues decís los matadores?

DON GARCÍA.

Son sus amigos mayores,
Dellos nunca lo sabréis;
Mas si con el Rey hablais,
Decilde que hable algun dia
A Ramiro y á García...
—Pero no se lo digais:
Que no es bien, ya que murió
Benavides, dar la muerte
A dos hombres.

REY.

Conde, advierte (*Ap. á él.*)
Los testigos que nombró.

DON GARCÍA.

Adios, señores.

REY.

El cielo
Os guarde.

(*Vanse don Ramiro, don García y la gente.*)

ESCENA X.

EL REY, EL CONDE.

CONDE.
¡Que no supieras
Quién eran!

REY.
Si consideras
Destos hombres el buen celo,
Echarás, Conde, de ver
Que no será necesario,
Y que de hacer lo contrario
Ménos pudiera saber.
Ellos dan los matadores,
Ellos los testigos dan:
¿Qué quieres más?

CONDE.
¿No podrán
Ser estos hombres traidores?

REY.
Pues ¿cómo dieran testigos,
Y dos caballeros tales?

CONDE.
Nunca los Caravajales
Fueron, Señor, enemigos
De Gomez de Benavides.

REY.
¿No bastaba amarle yo?
Invidia los obligó.
¿Qué más ocasion le pides?

CONDE.
Bien dices; solo seria
Invidia.

REY.
Quiero dejar
Las fiestas, Conde, y hablar
A Ramiro y á García,
Que son buenos caballeros,
Y ellos dirán la verdad.

CONDE.
Triste está tu Majestad.

REY.
¡Vive Dios, bárbaros fieros,
Que ha de ser ejemplo al mundo
Vuestro castigo!

CONDE.
Señor,
No dés lugar al rigor.

REY.
Yo en la justicia me fundo.

CONDE.
Es verdad; mas para hacella,
Disimula, y no los prendas
Hasta que ser cierto entiendas.

REY.
Todo el amor lo atropella.
Quise á Benavides bien:
Hoy que su muerte se prueba,
El dolor se me renueva,
Y la venganza tambien.

CONDE.
Créeme, que es menester
Ir con tiento, gran Señor.

REY.
Si me da lugar amor
Para templar el poder;
Que si no, ¡terrible furia,
Caravajales traidores,
Os amenaza!

CONDE.
Mayores
Son los daños de la injuria;
Pero esto importa al castigo.

REY.
Para mí en el cielo estás,
Gomez; mas presto verás
Que fuí tu Rey y tu amigo.
(*Vanse.*)

ESCENA XI.

MORATA, *con muletas*, UN ESTUDIANTE, *pobre*.

MORATA.
Cierto que es bella ciudad,
Y aunque cansado venía,
Me holgué de verla.

ESTUDIANTE.
Este dia
Hizo la Universidad
La mayor ostentacion
Que puede su escuela hacer.

MORATA.
Tambien han dado que ver
Los que de palacio son.

ESTUDIANTE.
¿Quién como ellos? que en efeto
Son príncipes.

MORATA.
Este dia
Fué de comun alegría,
Y que la tengo os prometo,
Aunque vengo fatigado.

ESTUDIANTE.
¿Qué pensais agora hacer?

MORATA.
Yo no vengo á pretender
Por letrado ni soldado.
Ya os conté por el camino
Mi prision y mi inocencia.
¡Nunca yo entrara en Palencia,
Donde tanto mal me vino!

ESTUDIANTE.
¡Agora os enterneceis!

MORATA.
¿Es vano mi sentimiento,
Si me he tragado un tormento
De la manera que veis?
Solia ser tan ligero,
Que un caballo á más andar
No me podia alcanzar:
Siempre iba yo delantero;
Y agora por mis pecados
No me puedo menear.

ESTUDIANTE.
¿Cómo os pudieron culpar?

MORATA.
Porque no hallaron culpados.
Dióme Gomez, mi señor,
Una cadena en su muerte,
Que nunca en Argel tan fuerte
Ni con tan fiero rigor
Moro la puso á cautivo.
Pensaron que por hurtalla
Le maté.

ESTUDIANTE.
Quien ya se halla,
Morata, con honra y vivo,
Ofrezca á Dios por sus culpas
Lo pasado.

MORATA.
Así lo hago;
Que en las desdichas que pago
Doy de mi ofensa disculpas.

ESTUDIANTE.
En fin, ¿qué pretende hacer?

MORATA.
Aunque digo que no vengo,
Porque armas ni letras tengo,
A la Corte á pretender,
Sepa que tengo pensado
Dar al Rey un memorial,
No porque me pague el mal
Que su prision me ha causado,
Mas sólo por el descargo
De su conciencia real.

ESTUDIANTE.
Bien es que en un memorial
Haga de su deuda cargo,
Y que le note un discreto
Que al Rey el decoro guarde.

MORATA.
Vos érades, si no es tarde,
Unico para este efeto.
Siempre traen estudiantes
Como vos tintero y pluma.

ESTUDIANTE.
¿Quereis que le escriba, en suma?

MORATA.
Siempre somos ignorantes
Estos de la profesion
De la rascativa ciencia;
Y pues que vuestra experiencia
Sabrá mejor la razon,
Poned mi inocencia allí,
Y pedid al Rey merced.

ESTUDIANTE.
Apartáos aquí, y creed
Que hay un Ciceron en mí.—
Pero pase aquesta gente,
Y escribiremos mejor.

ESCENA XII.

DON JUAN, DOÑA ANA y DON PEDRO, *disfrazados*, *máscara en mano*.—MORATA, EL ESTUDIANTE.

DON PEDRO.
En más estimo el favor,
Que los tesoros de Oriente.

MORATA.
Retirado en esta esquina,
Escribiréis más de espacio.

ESTUDIANTE.
Vamos.
(*Vanse Morata y el estudiante.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON PEDRO, DOÑA ANA.

DON JUAN.
¡Bueno está palacio!

DOÑA ANA.
¡Gran belleza!

DON PEDRO.
¡Peregrina!

DON JUAN.
Viene mi hermano muy loco,
Y con razon, pues Leonor
Le hizo tan grande favor.

DOÑA ANA.
Más merece, y todo es poco.

DON PEDRO.
El que en eso me habeis hecho
Estimo en más.

DOÑA ANA.
Dios os guarde.

DON PEDRO.
Ya tiene desde esta tarde
Alta esperanza mi pecho.

DOÑA ANA.
Pues ¿qué os dió?

DON PEDRO.

¿No veis en él
Esta banda verde?

DON JUAN. (*A doña Ana.*)

Y yo
¿No tendré esperanza?

DOÑA ANA.

No;
Que no sois vos tan fiel.

DON JUAN.

Si en mí no hay fidelidad
Para tan justa porfía,
No hay luz. Señora, en el dia,
No tiene el sol claridad,
No es húmido el mar, ni el fuego
Tiene calor, ni es la luna
Inconstante, la fortuna
Mudable, ni el amor ciego:
Y para que os desdigais
Del agravio que habeis hecho
A la lealtad de mi pecho
Donde vos por alma estais,
Me habeis de dar el favor
Que, de invidia de mi hermano,
Os pidió mi amor en vano,
Pues llamais falso mi amor.

DOÑA ANA.

No lo dije porque creo
Que falsedad me tratais;
Que más satisfecho estais
De mi amor y mi deseo;
Pero si á tan firme amante
Pude ignorante agraviar,
Yo os quiero desagraviar
Con daros este diamante,
Cuya firmeza y valor
Se hallará con vos muy bien,
Pues la imitaron tan bien
Vuestra sangre y vuestro amor.

DON JUAN.

Bésoos las manos mil veces
Por la honra que me haceis.
De la verdad que sabeis,
Son vuestros ojos jüeces.
No tengo más que os decir
En abono de mi amor,
Pues en fineza y valor
Le habeis puesto á competir
Con este hermoso diamante,
Que arrimado al corazon
Confiesa en esta ocasion
Que es á vencerle bastante.

DON PEDRO.

Gente pasa: al rostro haced
Con las máscaras defensa.

DON JUAN.

Cubre tu sol.

DON PEDRO.

Haz ofensa
Al dia.

DOÑA ANA.

¡Tanta merced!

DON PEDRO.

Por aquí podemos ir
A casa con ménos gente.

DON JUAN.

Quien ama y calla... no siente.

DOÑA ANA.

Pues ¿qué me quieres decir?

DON JUAN.

Que me dés tus manos bellas.

DOÑA ANA.

Veslas aquí.

DON JUAN.

Quita el guante.

DOÑA ANA.

Guárdame, Juan, el diamante

DON JUAN.

Como el cielo sus estrellas;
Que como en su soberano
Manto cada luz está
Clavada, así lo estará
Este diamante en mi mano. (*Vase.*)

—

Sala en un palacio de Salamanca.

ESCENA XIV.

EL REY, EL CONDE.

REY.

¿Llamaron á Ramiro y á García?

CONDE.

Ya, Señor, los llamaron, y aquí espe-[ran.

REY.

Por puntos crece la tristeza mía.

CONDE.

Seguros los he visto: no se alteran.

REY.

Cualquiera dellos, Conde, merecía
Mayor castigo que las leyes dieran
Al matador, pues han callado.

CONDE.

Han hecho
Como hidalgos de limpio y noble pecho.

REY.

Pues ¿qué perdieran en haberme dado
En caso tan atroz justa noticia,
No por ser Benavides mi privado,
Mas por la autoridad de mi justicia?

CONDE.

Acusarlos pudiera haber culpado
La nobleza que tienen de malicia,
Y no es agora tanto el intervalo.

REY.

No es bueno quien encubre lo que es
Llamaldos, Conde. [malo.

CONDE.

Ya, Señor, los tienes
En tu presencia.

ESCENA XV.

DON RAMIRO, DON GARCÍA. — EL REY, EL CONDE.

REY.

¿Es hecho de hombres nobles...

DON GARCÍA.

¿De qué te turbas y suspenso vienes?

REY.

Encubrir á su Rey los tratos dobles?
¡Qué aspereza, qué furia, qué desdenes
Vistes en mí? Si cuando entre los robles
De Arlanza desnudastes el acero
Contra vuestro Señor y Rey primero,
Yo os hiciera poner entre sus ramas
Colgados de los cuellos en dos sogas,
No hubiera visto aquí...

DON RAMIRO.

¡Traiciones llamas
Los hechos por quien tú tambien abo-
[gas!
¡Servir á Alfonso desa suerte infamas!
¡Tú mismo haces la ley y la derogas!
¿No diste libertad á quien quisiese
Para que á Alfonso en guerra y paz sir-
[viese?
Si agora, gran Señor, que declarada
Tenemos de tu parte la justicia,
Se desnudara contra ti la espada,
Era traicion; mas ántes no es malicia.

REY.

Que no hablo de la guerra: ya es pasada.
Mi nobleza, Ramiro, no codicia
Venganza vil.

DON RAMIRO.

Pues ¿cuál ofensa ha hecho
A tu valor nuestro inocente pecho?

REY.

¿No es ofensa el saber que dos traido-
Villanos, fementidos, desleales, [res,
A quién sino al mejor de los mejores
Diesen la muerte con traiciones tales,
Y callando, mostrarse defensores?

DON GARCÍA.

¿De quién, Señor?

REY.

De los Caravajales;
Que estos valientes Héctores y Cides
Mataron al señor de Benavides.

DON GARCÍA.

Señor...

REY.

No hay que negar: yo lo he sabido
Del Rey el soberano acatamiento
Basta para decir verdad; que ha sido
El más fuerte linaje de tormento.

DON RAMIRO.

¿Quién te lo ha dicho?

REY.

El cielo, que ha querido
Que se descubra esta maldad.

DON GARCÍA.

No siento
Quién puede haberlo visto.

DON RAMIRO.

Si he callado,
Ha sido sólo de amistad forzado. [da,
Mas pues el cielo quiere que se entien-
Advierte que éste sólo servir puede
De indicio; que nosotros no hemos visto
Distintamente el caso, ni sabemos
Que los Caravajales hayan muerto
A Gomez de Guzmán y Benavides

DON GARCÍA.

Yo dije á dos amigos, de quien fio
Mis pensamientos, que sospechas tengo
Que los Caravajales le mataron. [cho.
Y estos, Señor, lo mismo te habrán di-

REY.

Pues ¿cómo presumís que ellos le han
[muerto?

DON RAMIRO.

Topámoslos García y yo una noche
Junto á la puerta de don Gomez: pienso,
Y pienso bien, que fué la noche misma.
Llegaron con estoques y broqueles
A echarnos de la calle, y no dejaban
Que pasase ninguno, aunque tuviese
Su casa en ella: pues si aquesto vimos,
Y luego muerto á Gomez en su calle,
No es fuera de propósito, no digo
Afirmar que ellos son los matadores,
Mas sospechar, Señor, que serlo pue-
[den.
Y porque sólo son sospechas estas
No te habemos hablado en este caso;
Que puede ser engaño, y deste engaño
A quien está inocente venir daño.

CONDE.

¿Ves, gran Señor, cómo era ménos cier-
Esto de haber los dos Caravajales [to
A Benavides en su calle muerto?

REY.

Sí; mas piden prision indicios tales.

CONDE.

Paréceme notable desconcierto

Que cometiesen caballeros tales
Tan gran traicion: infórmate primero
Que trates de prision.

REY.

Prenderlos quiero.

CONDE.

Bastante es el indicio; pero advierte
Que harás mejor la causa de secreto.

REY.

¿Y si se huyen?

CONDE.

¿Dónde?

DON RAMIRO.

Desa suerte
Tendrá, Señor, la informacion efeto.

REY.

Siento en el alma aquella injusta muer- [te;
Mas pues tengo de entrambos tal con- [ceto,
Fiaros quiero el caso, y aunque ami- [gos,
Que me busqueis contra los dos testi- [gos.

CONDE.

Pues deja á nuestra cuenta el darte [gusto,
Y averiguar si son los dos culpados.

REY.

Tendréis de mí satisfaccion al justo.

CONDE.

Son los Caravajales muy honrados:
Yo no puedo pensar por cuál disgusto
Matasen juntos á traicion y armados
A Gomez de Guzmán y Benavides.

REY.

¡Disgustos, Conde, á las invidias pides!

ESCENA XVI.

DON JUAN, DON PEDRO.—EL REY, EL CONDE, DON RAMIRO, DON GARCÍA.

DON PEDRO. (*A su hermano al salir.*)

Fuerte determinacion
Es la que llevas, don Juan.

DON JUAN.

Amor y razon me dan
Animo en esta ocasion.
Dicen que el Rey ha llamado
A don García, y sospecho
Que diligencias ha hecho
De ofendido y despreciado
Para pedir á doña Ana,
Y el Rey se la quiere dar.

DON PEDRO.

Si el Rey le envió á llamar,
Lo tengo por cosa llana.

DON JUAN. (*Ap. á su hermano.*)

¡Ay de mí! Juntos están,
Y hablando con gran secreto.
Que lo tratan, te prometo,
Y que á doña Ana le dan.

DON PEDRO.

El Conde de Benavente
Está con el Rey tambien.

DON JUAN.

¿Qué mucho que se la dén
Con tal padrino presente?

DON PEDRO.

No dudes que la pidió,
De García importunado,
Y que el Rey se la habrá dado.

DON JUAN.

Llegaré á impedirlo yo
Con el mayor desatino
Y mayor atrevimiento
Que cupo en entendimiento:
Mas llevo á amor por padrino.

REY.

Yo me torno á resolver
A prenderlos.

CONDE.

No es razon.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿De qué temes, corazon?
Ya se la dan por mujer.

REY.

Pues ¿podráse averiguar
De secreto, más seguro?

CONDE.

Esto te prometo y juro.

DON JUAN. (*Ap.*)

De prometer oigo hablar.
Sin duda que le promete
El Rey algun dote grande.

CONDE.

Esto Vuestra Alteza mande,
Y don García lo acete.

DON JUAN. (*Ap.*)

Que lo acete don García
Dice el Conde.

REY.

Pues sea ansí.

DON JUAN. (*Ap.*)

Ya el Rey ha otorgado el sí.

DON GARCÍA.

De la diligencia mia
En hacer la informacion,
Tu Majestad esté cierto.

DON JUAN. (*Ap.*)

Ya se concluye el concierto.

REY.

¿Quién está aquí?

DON RAMIRO.

Los dos son.

REY.

Caravajal...

DON JUAN.

Gran Señor...

REY.

¿Quieres algo?

DON JUAN.

Sí quisiera.

REY.

¿Cómo no llega tu hermano?

DON JUAN.

Puesto que es mayor, no llega
Porque este negocio es mio.

REY.

¿Qué quieres?

DON JUAN.

Si en tantas guerras
No trujeran mis servicios
Por testigo tu presencia
Que vale para contigo
Más que mil firmas, hiciera
Más largas informaciones.

REY.

No hay quien como yo los sepa.

DON JUAN.

Los reyes ¿premian servicios?

REY.

Siempre los reyes los premian,
Porque están á cargo suyo
Ya las armas, ya las letras.

DON JUAN.

Pues dame premio, Señor.

REY.

Escoge una cruz, y sea
Para que en vacando goces
De la primera encomienda.

DON JUAN.

Escojo la cruz, y beso
Tus piés por merced como esta.

REY.

Y ¿cuál?

DON JUAN.

La del matrimonio.

REY.

No es mala, aunque á veces pesa.

DON JUAN.

Con doña Ana de Guzmán
Casarme he tratado, y ella
Te lo suplica tambien.

REY.

Ten la mano un poco: muestra.
¿Es diamante?

DON JUAN.

Sí, Señor.

REY.

Yo le conozco.

DON JUAN.

Es la piedra
Muy buena.

REY.

No digo el fondo,
Sino la sortija; que ésta
Dí á Gomez de Benavides
El dia que entré en Palencia.

DON JUAN.

A mí me la dió su hermana.

REY.

Háblame despues.

DON JUAN. (*Ap.*)

No queda
Con gusto.

REY.

Conde...

CONDE.

Señor...

REY. (*Ap. al Conde.*)

La informacion se acrecienta.
Una sortija que dí
A Gomez, trae éste.

CONDE.

Advierta
Vuestra Majestad que sirve
A doña Ana.

ESCENA XVII.

UN PORTERO, MORATA, *con un memorial.*—DICHOS.

PORTERO. (*A Morata.*)

Aquí le espera.

MORATA.

Suplico á Su Majestad,
Que pues vista mi inocencia
Me absolvieron de la instancia
Y libremente me sueltan,
Me haga alguna merced,
Y deste papel entienda
Mi injusta prision.

(*Vase el portero.*)

REY.

¿Quién eres?

MORATA.

¡Qué! ¿ya de mí no se acuerda?
Moratilla soy, Señor,
Aquel grande tragaleguas

De Gomez de Benavides.
¿Ya se le olvida una siesta,
Que caminando á Segovia,
Comimos en una venta,
Y le dijo mi señor,
Que Dios en el cielo tenga,
Que era yo un hombre de bien,
De los buenos de mi tierra?
¿Que en lo que era ser leal
Un perro irlandés no era
Más castizo, y que en la espada
A diez, á doce y á treinta
Les podia tener mano,
Y que por lo que profesa
El arte de los caballos
Puedo curar á Babieca?

REY.

De que estés libre me huelgo.

MORATA.

Pues si vuesasted se huelga,
Déme con que pueda andar;
Que me han quebrado una pierna.

REY.

Acude á mi limosnero. (*Vase.*)

CONDE.

El Rey se va. (*Vase.*)

DON RAMIRO. (*Ap. á don García.*)

¡Buenos quedan
Nuestros enemigos!

DON GARCÍA.

Hoy
Nuestra venganza comienza.
(*Vanse don Ramiro y don García.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, DON PEDRO, MORATA

DON PEDRO.

Aquel ¿no es Morata?

DON JUAN.

El mismo.

DON PEDRO.

¡Morata!...

MORATA.

El cielo me enseña
De mi remedio el camino.

DON JUAN.

Deja los piés.

MORATA.

No me vea
Con libertad en mi vida,
Si agora siento mis penas.

DON JUAN.

¿Saliste libre?

MORATA.

Pues ¿no?

DON JUAN.

Dios vuelve por la inocencia.
Ven y verás á doña Ana,
Aunque en verte se enternezca.

MORATA.

¿Está en Salamanca?

DON JUAN.

Sí.

MORATA.

Y ¿cómo te va con ella?

DON JUAN.

Hoy se la he pedido al Rey.

MORATA.

En tus méritos la emplea.
¿Vive Isabel todavía?

DON JUAN.

Toda la casa está buena.
Mucho se han de holgar de verte.

MORATA.

Vamos, Señor.

DON PEDRO.

¿Cómo queda
Tu pretension con el Rey?

DON JUAN.

Que un hábito y encomienda
Me da con doña Ana en dote.

DON PEDRO.

Para bien, hermano, sea.

DON JUAN.

Por ser ella es parabien;
Y porque no hay bien sin ella,
Dénme este bien Dios y el Rey,
Y nunca otro bien me venga.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Ana en Palencia.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA, ISABEL.

ISABEL.

Mal sosiegas.

DOÑA ANA.

¿Cómo puedo?
Que cuando con tal rigor
No me matara mi amor,
Bastaba á matarme el miedo.
No dudes tú que la ausencia
Haga su efeto en don Juan.

ISABEL.

Obligaciones harán
A la ausencia resistencia.
Desdichas de amantes son
Que se ofreciese jornada
Tan forzosa y tan honrada,
Señora, en esta ocasion;
Casada estuvieras ya,
Si no se partiera el Rey.

DOÑA ANA.

Esto de obligar la ley
A que un hidalgo lo está,
Hizo partir á mi bien,
Por ser guerra á lo que van.

ISABEL.

Presto volverá don Juan,
Y vitorioso tambien.

DOÑA ANA.

¡Presto, dices! Pues ¿hay presto
Para quien ama y espera?
Presto es el mal que á cualquiera
Tiempo está á llegar dispuesto.
¡Maldito sea el aviso
Que le dieron, pues le obliga
A que esta jornada siga
Fernando tan de improviso!
Que cuando no fuera guerra
Que tantas vidas acaba,
Para mi dolor bastaba
La distancia de la tierra.

ISABEL.

¿Cuánto hay de aquí á Gibraltar,
A cuya conquista fué?

DOÑA ANA.

¡Ay Isabel! solo sé
Que está á la orilla del mar.
España se acaba allí:
Mira ¡qué desdicha extraña,
Pues donde se acaba España,
Comienza el mal para mí!
Entraron por Gibraltar
A su destruicion los moros;
Y aunque más que á mil tesoros
La deba el Rey estimar,
Yo pienso que ya los cielos
Mi destruicion le darán,
Si amor, Conde don Julian,
Mete por moros mis celos.

ISABEL.

Si fuera en Valladolid
Esta guerra, ó si pasara
De Guadarrama y llegara
A los muros de Madrid,
Yo te dijera que fueras
A ver a don Juan tu esposo,
Pues serlo ha de ser forzoso,
Y que este dolor perdieras;
Pero siendo en Gibraltar,
Donde se acaba la tierra,
No te lo aconsejo.

DOÑA ANA.

¡Oh guerra!
¿Qué paz me puedes dejar!
Llámame á Morata.

ISABEL.

El viene.

ESCENA II.

MORATA.—DOÑA ANA, ISABEL.

MORATA.

¿Tenemos lamentacion?
¿Anda el soneto y cancion?

ISABEL.

Notables congojas tiene.

MORATA.

¿Puédote hablar?

DOÑA ANA.

¡Ay de mí!

MORATA.

Calla; que presto vendrán.

DOÑA ANA.

No espero ver á don Juan.

MORATA.

No desesperes así;
Que muy presto le verás.
Con esperanza y paciencia
Pasarás mejor su ausencia;
Que si afligiéndote estás,
Se te harán meses los dias,
Y los meses largos años;
Que al amor vencen engaños,
Como á niño.

DOÑA ANA.

¡Ay ansias mias!
Dejad ya de hacer extremos.

ISABEL.

¿Cómo hiciste aquel papel
Para entretenerla?

MORATA.

En él
Hicimos lo que sabemos;
Mas perdonará las faltas.

DOÑA ANA.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Pedile ayer,
Por verte amar y temer
Con esperanzas tan altas,
Que te hiciese alguna cosa
De poesía.

DOÑA ANA.

Pues ¿qué! ¿trata
Destos vaguidos Morata!

ISABEL.

Pienso que ha hecho una glosa.

DOÑA ANA.
¡Jesus! ¿Que vos sois poeta!
MORATA.
¿No tengo fisionomía
Poetil?
DOÑA ANA.
Por vida mia,
Que la teneis muy discreta.
MORATA.
Subíme á un zaquizamí,
Por poder poetizar
De tu ausencia y Gibraltar,
Y dije, Señora, así. (*Saca un papel.*)
DOÑA ANA.
Mucho os lo agradezco.
MORATA.
Luego
Verás si estás obligada.
DOÑA ANA.
¿Qué glosa?
MORATA.
No es casi nada:
Socorred con agua el fuego.
(*Lee.*) «Don Juan se fué á Gibraltar
»Cuando casarse queria;
»Gibraltar está en la mar,
»La mar es agua, y podria
»El fuego de amor aguar.
»Amor es como un borrego:
»¿Qué haré si me abrasa, Diego?
»—Socorred.—Decid, ¿con qué?
»—¿Con qué?—Sí.—Yo os lo diré:
»*Socorred con agua el fuego.*
»Fuése el Rey, porque tenía
»Con los moros una lid
»Más allá de Andalucía;
»Que así lo hizo David
»Con el gigante Golia.
»Doña Ana quedó penando
»Por don Juan, sin cómo y cuándo:
»El cómo porque fué así,
»Y el cuándo porque la vi,
»*Ojos, apriesa llorando.*»
ISABEL.
Tal te venga la salud.
MORATA.
Oye; que falta lo bueno.
ISABEL.
¡David aquí!
MORATA.
Está muy lleno
De Escritura.
ISABEL.
¡Gran virtud!
MORATA.
(*Lee.*) «Los ojos acá en Palencia
»Lloran á don Juan, que está
»En Gibraltar, que es ausencia.
»Si ellos dicen: Vente acá,
»Responde el eco: Paciencia.
»Yo que tambien muero amando
»Por Isabel, pido á Orlando
»Que me dé su reportorio,
»Porque dice el purgatorio
»*Que se está el alma abrasando.*»
DOÑA ANA.
Miéntras la glosa has leido...
MORATA.
¿Qué te parece? ¿No es buena?
DOÑA ANA.
He pensado que mi pena
Descansará mi sentido,
Si te envio á Gibraltar
Con una carta.
MORATA.
Es la glosa
La más sorbitante cosa
Que se puede imaginar.
DOÑA ANA.
Atiende á lo que te digo.
MORATA.
No tardé en hacella un mes.
DOÑA ANA.
Quiero que esta carta dés
A mi adorado enemigo.
MORATA.
¡Oh! pues si él viese la glosa,
Perderá el seso por ti.
DOÑA ANA.
La carta, digo: está en tí.
MORATA.
No dudes, es alta cosa.
Yo te digo que aunque fuera
Vivo agora Ciceron,
Que con toda su opinion
Lo de David no dijera.
Pues lo de encajar á Diego
Para preguntar allí,
¿Quién lo dijera?
DOÑA ANA.
Es ansí.
MORATA.
Que te diviertas te ruego.
DOÑA ANA.
Otro mayor pensamiento
Me ha dado agora.
MORATA.
¿De qué?
DOÑA ANA.
Mas ¿tengo seso!
MORATA.
No sé.
DOÑA ANA.
¡Hay mayor atrevimiento!
MORATA.
¡Qué imaginabas?
DOÑA ANA.
Pensaba
Que ir á Gibraltar podia.
MORATA.
Eso en el aire seria,
A donde tu seso andaba.
DOÑA ANA.
¿Tengo yo padre ni hermano?
¿No es muerto Gomez?
MORATA.
¡Que piensas
A tu honor tales ofensas!
DOÑA ANA.
No me aconsejeis en vano.
Hoy me parto á Gibraltar.
MORATA.
¿Dónde vas?
DOÑA ANA.
A ver si puedo
Perder á mi honor el miedo.
MORATA.
Dejarte quiero engañar,
Que así pasarás tu ausencia.
(*Vase doña Ana.*)

ESCENA III.

MORATA, ISABEL.

MORATA.
Esta mujer está loca.
ISABEL.
Siempre de quien ama es poca
La cordura y la paciencia.
MORATA.
¿Qué te parece la glosa?
ISABEL.
De tu ingenio. Pero estoy
Muy enojada.
MORATA.
A eso voy.
ISABEL.
Sepa que estoy invidiosa.
MORATA.
Calla; que agora compongo
Un libro, y serás en él
Pastora; que yo, Isabel,
Soy el pastor Monicongo,
Y tú la bella Centaura.
ISABEL.
Quisiera una glosa yo.
MORATA.
¡Pesia á tal! Pues ¿escribió
Mejor Petrarca por Laura?
Dí el estribo.
ISABEL.
Que me place.
¿Quién te me enojó, Isabel?
MORATA.
Ven, y déjame con él.
ISABEL.
¿Tardarás?
MORATA.
Cuanto almohace.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior de Gibraltar.

ESCENA IV.

SOLDADOS, *en alarde;* DON RAMIRO, DON GARCÍA, DON PEDRO, DON JUAN, ÁLVARO DE ESTÚÑIGA, MENDO DE SANDOVAL, EL REY, *con baston.*

CONDE.
¿De quién se cuenta, generoso Príncipe,
Tan breve y tan notable vencimiento?
REY.
Obras de Dios se deben llamar estas,
Que no están en las fuerzas de los hom- [bres.
DON RAMIRO.
Haber ganado á Gibraltar ha sido
La cosa de más honra y importancia
Que España, excelso príncipe, ha teni- [do.
Esta es la puerta y la primera estancia
Por donde entró su destruicion, y el [moro
La conquistó con parte de la Francia.
Es la llave mejor de su tesoro
Y el fin de Europa, pues por este estre- [cho
Le dió principio el fabuloso toro.
REY.
Estoy de los servicios satisfecho
Que me habeis hecho, hidalgos caste- [llanos,
Con tal valor de vuestro noble pecho.
Premiaros quiero, aunque mejores ma- [nos
Os premiarán despues tan santo celo,
Que es deuda de los cielos soberanos.
Vos, Conde, me abrazad: alzad del suelo
Y escoged cuatro villas en Castilla.
CONDE.
Esos felices años guarde el cielo.
REY.
Vos, don Ramiro, espanto y maravilla

Del africano, de mi llave de oro
Seréis desde hoy.

DON RAMIRO.

Con gran razon se humilla
El mundo á vuestros piés.

REY.

Un gran tesoro
Tener quisiera para vos, García.

DON JUAN. (*Ap.*)

La vida pierda yo si ha muerto moro.

REY.

Capitan de mi guarda os hago.

DON GARCÍA.

El dia
Que á serviros me trujo mi deseo,
Otro Alejandro dije que servia.

REY.

A vos, Alvaro Estúñiga, deseo
Honrar con una cruz y una encomienda.
Esta escoged miéntras la renta veo.

DON ÁLVARO.

¿Qué premio, qué honra, gran Señor, [qué hacienda,
Como serviros?

REY.

Vos, Sandoval bravo,
Este abrazo tomad por justa prenda.
Alcaide de Segovia os hago.

SANDOVAL.

Alabo
Vuestra grandeza y mi ventura, y quiero
Daros un moro alcaide por esclavo,
Que no le ha visto el África más fiero.

REY.

Los esclavos que habeis todos ganado,
Podeis poner en órden, porque espero
Salir mañana, cuando el sol dorado
Salga del mar; que á Mártos ir me im-
[porta,
Segun estoy por cartas avisado.—
Marche adelante el Conde.

DON PEDRO. (*Ap. á don Juan.*)

O es que corta
El hilo de la paga divertido,
O que nuestra desdicha le reporta,
O no debe de haber visto ni oido
A los Caravajales, que le han dado
¡Vive Dios! la vitoria que ha tenido.

DON JUAN.

A todos ha abrazado y señalado
De sus servicios premio, y solamente
A nosotros sin él nos ha dejado.

DON PEDRO.

Ya se va el Rey.

DON JUAN.

Su vida el cielo aumente;
Mas déjame decir que ha sido ingrato.

REY.

Pues, Conde, haced que marche nues- [tra gente.

(*Vanse todos, ménos los dos Caravajales.*)

ESCENA V.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON JUAN.

Si no es que algun villano con mal trato
Y movido de invidia al Rey informe,
Al Rey, de un César español retrato,
No sé cómo esta paga se conforme
Con servicios tan claros y leales.

DON PEDRO.

Siempre la invidia fué mónstruo disfor- [me.

DON JUAN.

¡A Ramiro y García premios tales,
Que huyeron por momentos de los mo-
[ros,
Y á don Pedro y don Juan Caravajales
Que han comprado con sangre de sus
[poros
A Gibraltar, los deja desta suerte!
¡Las heridas aquí, y allá tesoros!

DON PEDRO.

¿Si por ventura el Rey fingió no verte,
Don Juan, por no casarte con doña Ana?

DON JUAN.

Ya fuera más ingrato desa suerte.

DON PEDRO.

Yo pienso y tengo ya por cosa llana
Que el Rey la quiere dar á don García.

DON JUAN.

Será de entrambos la esperanza vana.
Doña Ana de Guzmán, don Pedro, es
[mia.
Quitarme puede el Rey su gracia, her-
[mano;
Mas no las que en su rostro el cielo
[cria.
Y cuando ese cobarde, ese villano,
Que he visto huir del moro tantas veces,
Viniese á ser de su valor tirano,
Un remedio sé yo.

DON PEDRO.

Poco encareces
Tus celos, si lo son; pero partamos;
Que no te ha de quitar lo que mereces.

DON JUAN.

Dejemos esto ansí, y á Mártos vamos,
Y tomaremos postas á Palencia,
Si en ella ó en Jaen de espacio estamos.

(*Vanse.*)

—

Calle en Mártos.

ESCENA VI.

DOÑA ANA É ISABEL, *en traje de soldados*, *con* MORATA.

DON PEDRO.

Amor es celos.

DON JUAN.

Celos son ausencia.

MORATA.

Con extraño atrevimiento
Hasta Mártos has corrido.

DOÑA ANA.

Mi pensamiento he seguido.

ISABEL.

Mucho corre un pensamiento.

MORATA.

Ya no hay que pasar de aquí,
Pues ganado Gibraltar,
Aquí quiere el Rey tornar.

DOÑA ANA.

Con propósito salí
De no sólo al fin de Europa,
Pero hasta el fin de la tierra
Caminar, ó ya con guerra
Del mar, ó con viento en popa.
Dame tú que una mujer
Amando se determine;
Que no hay tierra que camine,
Si Dios no la vuelve á hacer.

ISABEL.

Como es tiempo de soldados,
Por soldados nos tuvieron.

MORATA.

¡Lindas cosas os dijeron,
Como os ven tan desbarbados!
Cuál caminante decia
Que á cualquiera moro viendo,
Volveríades huyendo
A ver á señora tía;
Cuál decia en los mesones,
O en los corrillos y esquinas,
Que era guerra de gallinas,
Pues iban allá capones.
Viendo mi barba, y sin ellas
A los dos, un atrevido
Dijo: «¡Hola, Nuño Salido!
¿Dónde llevais las doncellas?»
Cuál dijo: «Estos mozos son
Retoños de aquel barbado;»
Y cuál me dijo: «Soldado,
¿Va á nadar, ó al escuadron,
Que lleva dos calabazas?»
Y cuál dijo: «¿A qué persona,
No siendo dos veces mona,
Echara nadie dos mazas?»

ISABEL.

El Rey pienso que ha llegado,
Segun anda el alboroto.

DOÑA ANA.

Yo soy, Morata, de voto
Que engañemos mi soldado.

MORATA.

¿De qué suerte?

DOÑA ANA.

Tomar quiero
Hábito de mora aquí.
¿No le habrá?

MORATA.

Señora, sí.
El fin del engaño espero.

DOÑA ANA.

De moro te has de vestir,
Y hablar al anochecer
Con don Juan.

MORATA.

Deseo saber
Qué le tengo de decir.

DOÑA ANA.

Dirásle que una señora
Turca le vió en Gibraltar,
Y que le viene á buscar,
Porque en extremo le adora.
Y déjame hacer con él.

MORATA.

Agrádame el pensamiento;
Pero ayude al fingimiento
Con turco traje Isabel.

ISABEL.

Yo iré tambien.

DOÑA ANA.

Pues camina,
Y de don Pedro dirás
Tú que enamorada estás.

MORATA.

Ya que esto se determina,
¿De quién diré yo que estoy
Enamorado tambien?

ISABEL.

Eso no.

MORATA.

¿Celillos! ¡Bien!

ISABEL.

Ya llegan.

DOÑA ANA.

A verle voy,
Y alegrarme en su presencia;
Que no hay gustos semejantes
Como verse dos amantes
Despues de celos y ausencia.

(*Vanse.*)

—

Alojamiento del Rey en Mártos.

ESCENA VII.

EL REY, EL CONDE.

REY.

Cuantas veces, Conde amigo,
Los Caravajales veo,
Más la venganza deseo,
Si lo es el justo castigo.
Basta el odio por testigo
De que son los que le han muerto
A Gomez: pues es tan cierto
Que en viéndolos se me altera
La sangre, como si fuera
En las heridas del muerto.
Causa aqueste efeto en mí
Que Gomez era mi amigo,
Y como vive conmigo,
Siento lo que hiciera en sí.
Ya no pasaré de aquí
Sin que les quite la vida:
Que aquella sangre vertida
De mi descuido recelo
Que da más voces al cielo
Que de su mismo homicida.
La guerra de Gibraltar
No me dejó proseguir
Su castigo, ni escribir
Lo que se pudo probar.
Aquí los haré matar;
Que no quiero informacion
Mayor que mi corazon.—
Vaya á prenderlos García;
Que no ha de pasar el dia,
Sin que mueran.

CONDE.

No es razon.

REY.

Razon es, no repliqueis.

CONDE.

Descansa, Señor: que hoy llegas,
Y mira bien que te ciegas.

REY.

¡Qué bien el caso entendeis!

CONDE.

No hay testigos.

REY.

Más de seis;
Y en suceso semejante
Es el indicio importante:
Ni sé yo que diga ley
Que lo que examina un Rey
No es informacion bastante.

CONDE.

Aunque sea el replicar
Al príncipe tan odioso,
Y al oido tan gustoso
El conceder y aprobar,
Yo no he de lisonjear
A vuestra Alteza, Señor.
Pospuesto cualquier temor
Y cualquier respeto, digo
Que es injusto este castigo,
Y ejecutarle, rigor.

REY.

Dejadme, Conde.

CONDE.

Yo sé
Que no hay justa informacion.

REY.

Los Caravajales son
Los matadores.

CONDE.

¿Por qué?

REY.

¿Vos no veis que invidia fué,
Y que Ramiro y García
Vieron cuando anochecia
A los dos junto a su puerta?
Pues ¿qué probanza más cierta
Para la conciencia mia?

CONDE.

Comete la informacion
A tus alcaldes; que es justo:
O si esto no es de tu gusto,
A tu Consejo es razon.
Nombra un jüez de opinion,
O sea tu presidente;
Hagan jurídicamente
Lo que toca á tu justicia,
Y no pueda la malicia
Verter la sangre inocente.
Esto es lo más acertado,
Y en un Rey cristiano es justo;
Que no se ha de hacer lo injusto
Porque fué razon de estado.
Si estos hombres me han hablado,
La vida me quite Dios,
Porque no saben los dos
Que tú los quieres matar.

REY.

Conde, no hay que replicar:
No os pido consejo á vos.
¡Hola, Capitan!

ESCENA VIII.

DON GARCÍA.—EL REY, EL CONDE.

DON GARCÍA.

Señor...

REY.

A los dos Caravajales
Prended luego.

CONDE.

A los leales,
Pudieras decir mejor.

DON GARCÍA.

Yo voy luego.

REY.

Sin rumor;
Que no quiero que se entienda,
Porque escaparse no emprenda
De mi rigor su malicia.

CONDE.

Si agravia el Rey la justicia,
¿Quién habrá que la defienda?

(*Vanse.*)

—

Alojamiento de los Caravajales en Mártos.

ESCENA IX.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON JUAN.

No hallo en qué me partir.

DON PEDRO.

En nuestros caballos vamos.

DON JUAN.

¡Qué de imposibles hallamos,
Don Pedro, hermano, al salir!
Mas todos los vence amor;
Porque pienso que me fuera
A pié, cuando no tuviera
Otro remedio mejor.
Una tristeza me aflige
Desde ayer, que estoy mortal:
Ó me amenaza algun mal,
O algun mal humor me rige.
Toda la noche he soñado
Que andaba huyendo de un toro,
Y que perdiendo el decoro,
Iba á subirme á un tablado.
Desperté mil veces, creo,
Y otras tantas lo soñé;
Levantéme y tropecé,
Y aunque aquestas cosas veo
Que son quimeras de un triste
Y vana supersticion,
Tal está mi corazon
Que de mil nubes se viste.

DON PEDRO.

Don Juan, lo mismo, por Dios,
Anoche pasó por mí.
¡Nunca más triste me vi!
Mas como somos los dos
Una sangre, así tendremos
Un humor. Tambien soñé
Cosas con que desperté,
Haciendo cruces y extremos.
A una torre me subian
Por fuerza, y cuando allá estaba,
No sé quién de allí me echaba,
Y los demas me tenian.
Con esta ansia desperté
Más de tres veces.

DON JUAN.

Partamos;
Que si con salud hallamos
Á doña Ana, sueño fué.
Mas si acaso no la tiene,
O el Rey la escribe que intenta
Darla á García, y contenta
En el casamiento viene,
Cuenta el sueño verdadero,
Porque vengo á ser el toro.

ESCENA X.

UN SOLDADO, *y despues*, DOÑA ANA, ISABEL Y MORATA.—DON JUAN, DON PEDRO.

UN SOLDADO.

A los dos os busca un moro,
Que parece caballero.

DON JUAN.

Dile que llegue.

(*Va el soldado á avisar, y salen Morata, de moro, y doña Ana é Isabel, de moras, con velos.*)

SOLDADO.

Llegad.

MORATA.

Alá os guarde.

DON JUAN.

¿Qué nos quieres?

MORATA.

¿Eres don Juan?

DON JUAN.

Sí.

MORATA.

¿Tú eres?

DON JUAN.

Yo soy.

MORATA.

¡Grave autoridad!
En Gibraltar cierta dama
Turca te vió pelear,
Y áun sin verte en Gibraltar,
Ya te adoraba por fama.
Dejástela de manera
Que te ha seguido hasta aquí.

DON JUAN.

¿Qué quiere?

MORATA.

Quererte.

DON JUAN.
¿Ansí?
Pues dile que no me quiera.
MORATA.
Es bellísima, y tan rica,
Que puede darte un millon.
DON PEDRO.
No dejes esta ocasion.
La mano al dinero aplica,
¡Pésia tal!
MORATA.
¿Sois vos don Pedro?
DON PEDRO.
Yo soy.
MORATA.
A vos os adora
Su hermana, gallarda mora:
Yo, que de juntaros medro
Mas de cuatro mil ducados,
Me retiro, porque habléis;
Que tendréis, si las quereis,
Cuatrocientos mil sobrados.
DON PEDRO. (*Ap. á don Juan.*)
Hermano, llega y hablemos.
DON JUAN.
Déjame.
DON PEDRO.
No seas extraño.
Desto no te viene daño;
Gusto y provecho tendremos.
De lo que aquesta te diere,
Puedes llevar á doña Ana
Mil joyas.
DON JUAN.
¡Cosa inhumana
Para quien la adora y quiere!
Pero ¿soy hombre, ó mujer,
Que estoy mirando en respetos?
DON PEDRO.
Nunca dejan los discretos
La buena ocasion perder.
DON JUAN.
Mora, á quien el cielo guarde,
Ya don Juan está con vos.
DOÑA ANA.
Cristiano, á quien guarde Dios,
No esteis conmigo cobarde.
Mirad que os vengo adorando.
Y como cierva á la fuente
De ese corazon valiente.
DON JUAN.
¿Dónde me vistes, y cuándo?
DON PEDRO. (*A Isabel.*)
Señora mora, yo soy
Don Pedro de Carvajal.
Si no os parezco muy mal,
Descubríos: aquí estoy.
ISABEL.
Si se descubre mi hermana,
Haré cuanto me mandeis.
DON PEDRO.
Gallardo talle teneis.
ISABEL.
Soy en mi tierra sultana.
DON PEDRO.
Hacedme tanto favor
Que os vea.
ISABEL.
Sed más galan.
DON PEDRO.
Yo seré vuestro sultan,
Si quereis tenerme amor.
DOÑA ANA.
Dadme palabra de ser
Mio, don Juan, y os prometo
Descubrirme.
DON JUAN.
Si en efeto
Con ella os tengo de ver,
Yo os la doy de ser muy vuestro.
(*Descúbrense las dos.*)
DOÑA ANA.
Doña Ana soy.
ISABEL.
Yo Isabel.
MORATA.
Yo Morata.
DON JUAN.
¡Hay más cruel
Suceso!
DON PEDRO.
¡Qué engaño el nuestro!
DOÑA ANA.
¡Desta manera se dan
Las palabras!
DON JUAN.
¡Ay, doña Ana!
ISABEL.
¿Qué le dice á la Sultana?
DON PEDRO.
Que has engañado al Sultan.
MORATA.
Y ¿es barro el señor Morata?
DON JUAN.
Dame esos brazos, mi bien.
DOÑA ANA.
¿Quién?
DON JUAN.
Que tú eres ese quién,
Y quien me enamora y mata.
DOÑA ANA.
No hay tratar. ¡Viven los cielos,
Que en tu vida me has de ver!
DON JUAN.
¡Qué engaño!
DON PEDRO.
¡Extraña mujer!
DON JUAN.
Tú sola te dieras celos;
Que si yo te dije sí,
Es porque el alma sabía
Que dentro de ti venía
Lo que me acercaba á ti.
Si no fueras tú, no fuera
El alma tan atrevida.
A ti te dije, mi vida,
Que te amaba.
DOÑA ANA.
Suelta.
DON JUAN.
Espera.
Tú estabas en ti, tú fuiste
A quien yo dije que amaba;
Que más en no amarte erraba
Cuando á engañarme veniste,
Porque bastaba el olor
De ser tú para quererte.
MORATA.
Y más si el olor es fuerte,
Y nace de mal humor.
DON JUAN.
¿No respeta al Rey quien ve
Su vara? Pues si te vi
Con este vestido aquí,
Por reina te respeté.
DOÑA ANA.
¡Estos eran tus cuidados!
DON JUAN.
Rogadle por mí los dos.
DOÑA ANA.
No hay disculpas.
MORATA.
No, por Dios;
Que estamos muy enojados.
DOÑA ANA.
¡Ansí te vence el dinero!
¿Qué hicieras á ser mujer?
MORATA.
No la pudiera tener
Todo un ejército entero.
DOÑA ANA.
¡Qué amores tan bien pagados!
MORATA.
Perdónale, pues pecó
Asegurándole yo
Cuatrocientos mil ducados.

ESCENA XI.

DON GARCÍA, *con* ALABARDEROS. — DICHOS.

DON GARCÍA.
Tomad todas las calles.
DON PEDRO.
¿Qué es aquesto?
DON GARCÍA.
Caravajales...
DON JUAN.
¿No tenemos nombres?
DON GARCÍA.
Caravajales...
DON JUAN.
¡Otra vez! ¿Qué quieres?
DON GARCÍA.
Prenderos manda el Rey: dadme las [armas.
DON PEDRO.
¡El Rey! ¿Por qué?
DON GARCÍA.
Prenderos me ha mandado;
El por qué, no lo sé.
DON JUAN.
Su gusto basta.
DON GARCÍA.
No preguntes, don Pedro, al Rey que [prende
Por qué, pues nunca prende el Rey sin [causa.
DOÑA ANA. (*Ap.*)
¡Mísera yo! ¿qué desventura es esta?
DON GARCÍA.
¿Quién está aquí?
ISABEL. (*Ap.*)
¿Si ha sido por nosotras?
MORATA. (*Ap.*)
Aquí perece el mísero Morata.
DOÑA ANA.
Dos moras somos. ¿Qué es lo que nos [miras?
Cautivas somos destos caballeros.
DON GARCÍA.
Y tú ¿quién eres?
MORATA.
Yo tambien soy moro.
DON GARCÍA.
¿Cautivo?
MORATA.
Alá saber.
DON GARCÍA.
Llevadlos juntos.

MORATA.

¡A nosotros! ¿por qué?

DON GARCÍA.

Porque es mi gusto.

DON PEDRO.

¿Qué es aquesto, don Juan?

DON JUAN. *(Ap. á su hermano.)*

Sin duda sabe
El Rey como doña Ana en este traje
Me ha venido á buscar.

DON PEDRO.

Pues bien, ¿qué ofensa
Se ha hecho al Rey?

DON JUAN.

Aquesta vez nos casa.

DON GARCÍA.

Caminen.

MORATA. *(Ap.)*

Desta vez el Rey me pringa.

DON JUAN. *(Ap.)*

¡Que aqueste nos prendiese!

DON GARCÍA.

¿En qué se paran?

MORATA. *(Ap.)*

Mas ¿que llevo, si el Rey tiene mohina,
Por moro falso, alguna tunda fina?

(Vanse.)

—

Habitacion del Rey en Mártos.

ESCENA XII.

EL REY, EL CONDE.

REY.

A mi determinacion
Este enojo ha echado el sello;
Que tambien coge el cabello
La justicia á la ocasion;
Que si la deja pasar
El júez cuando se ofrece,
Que no la tenga merece
Cuando quiera castigar;
Que el no hacer lo que las leyes
Y la razon constituye
La autoridad desminuye
De los príncipes y reyes.

CONDE.

Habiéndome prevenido
De que no replique en nada,
Aunque la justicia airada
Sospechosa siempre ha sido,
No te podré responder;
Pero podréte rogar
Por sus vidas.

REY.

Replicar
¿De qué efeto puede ser?
Yo estoy ya determinado.
¿No los prendieron?

CONDE.

Yo creo
Que estará ya tu deseo
O cerca, ó ejecutado.

ESCENA XIII.

MENDO DE SANDOVAL.—DICHOS.

MENDO.

¿Podria ser que mis canas
Tuviesen estimacion?...

REY.

Estas diligencias son
Tan cansadas, como vanas.

MENDO.

Si el pecho, invicto Señor,
De Mendo de Sandoval
Que te ha criado, es leal
Y digno de algun valor;
Por el haberte traido
En estos brazos, te ruego
Que no procedas tan ciego.
Supuesto que hayas querido
A Gomez de Benavides
Más que á vasallo, señor.

REY.

Mendo, no es éste rigor;
Que yo hiciera lo que pides.
Con bastante informacion
Castigo á los desleales
Hermanos Caravajales.
Yo sé que tengo razon.

ESCENA XIV.

DON RAMIRO, DON ÁLVARO.—
DICHOS.

DON RAMIRO.

Yo haré lo que me mandais,
Aunque ya otros caballeros
Son en pedirlo primeros.

DON ÁLVARO.

Mucho podeis si le hablais.

DON RAMIRO.

En nombre de tus famosos
Capitanes, gran Señor,
Vengo...

REY.

¡Qué extraño rigor!

DON RAMIRO.

A pedirte...

REY.

¡Qué enfadosos!

DON RAMIRO.

Que entregues á la justicia
A don Pedro y á don Juan.

REY.

Ramiro, si un capitan,
Si un oficial de milicia
Tiene autoridad en ella
Para poder castigar
Por bando á un hombre, ¿ha de estar
Un Rey supremo sin ella?
¿Qué términos judiciarios
El capitan de la guerra
Ha menester?

DON ÁLVARO.

No se yerra
En castigos necesarios,
Cuando contra bando son
En la guerra los delitos;
Que términos exquisitos
Suelen causar dilacion.
Pero este delito fué
Cometido en paz, no en guerra.

REY.

Álvaro Estúñiga, yerra
Quien os lo dijo.

DON ÁLVARO.

Yo sé
Que te lleva y mueve á ira
De Gomez el grande amor,
Porque puede ser, Señor,
Esta sospecha mentira.

DON RAMIRO.

Álvaro, yo dije al Rey
Que en la calle, y á horas tales,
Ví los dos Caravajales:
Y esto sin romper la ley
Que debo á ser caballero,
Y su amigo; que llamado,
Y por ventura forzado,
Un hombre que es verdadero
No ha de negar la verdad
A su Rey. Esto es ansí,
Y que es verdad que lo ví,
Y á no estar Su Majestad
Presente...

DON ÁLVARO.

Luego ¿tú viste
Que le mataron?

DON RAMIRO.

No ví
Sino que estaban allí.

DON ÁLVARO.

Pues la verdad no consiste
En que estén donde murió,
Sino en que ellos le matasen,
Y que de vista jurasen
Los testigos.

DON RAMIRO.

Cuando yo
Vengo á rogar por sus vidas,
Bien claro se echa de ver
Que no los pude tener
Entónces por homicidas.
Mas pues me apretais, yo digo
Que creo que le mataron,
Pues sangrientos los hallaron,
Y hay desto más de un testigo.

DON ÁLVARO.

Yo defenderé, si gusta
Su Majestad, en campaña
Que están libres.

REY.

¡Linda hazaña!

DON ÁLVARO.

Pues ¿no te parece justa?

REY.

Callad, Estúñiga, ya;
Callad todos.

CONDE.

Aquí vienen
Los presos.

REY.

Si culpa tienen,
El suceso lo dirá.

ESCENA XV.

DON GARCÍA, *con* LA GUARDA, *trayendo presos á* DON JUAN, DON PEDRO, DOÑA ANA, ISABEL Y MORATA.—DICHOS.

DON GARCÍA.

Aquí, como mandaste, vienen presos
Los dos Caravajales, y unos moros,
Que ellos dicen que son esclavos suyos.

REY.

Que no quisiera verlos os prometo.
Llegad acá los moros.

MORATA. *(Ap.)*

Hoy me pringan.

DON GARCÍA.

Dos moras y este moro hallé: no tienen
Aquí otra hacienda, ni criado alguno.

REY. *(A Morata.)*

¿Quién eres?

MORATA.

¿No lo ves?

REY.

¿Cómo te llamas?

MORATA.

Yo, Muley Arambel á tu servicio.

REY.

¿Adónde eres nacido?

MORATA.

En una tierra
Que lleva excelentísimos melones.

REY.

El nombre di.

MORATA.

La Fuente del Sahuco.

REY.

¿Qué dices!

MORATA.

Que nací junto á una fuente
En Marruécos, Señor, en una villa
Junto á Medina de Rioseco.

REY.

El moro
Debe de estar turbado.

MORATA.

Fui cautivo
Adonde digo, y tu real presencia
Me causa turbacion.

REY.

¿Quién son las moras?

MORATA.

Mis mujeres, Señor, á tu servicio.

REY.

¿Dos tienes?

MORATA.

Y otras seis que allá se quedan,
Porque los moros, cuya ley es ancha,
Decimos que han de ser como camisas;
Que se mudan tres veces por lo ménos
Cada semana.

REY.

Descubrid las moras.

DOÑA ANA.

Llegado tu rigor, príncipe invicto,
Cesarán los engaños y disfraces
De una mujer que amando á su marido,
Vino desde Palencia á Mártos.

REY.

¿Cómo!

DOÑA ANA.

Yo soy doña Ana de Guzmán.

REY.

¿Qué dices!

DOÑA ANA.

Que soy hermana de don Gomez.

REY.

¡Cielos!
¡Hay mayor liviandad! ¡Hay más locura!

DOÑA ANA.

Si amaste á Benavides, si le debes
Por sus servicios algo, te suplico
Confirmes mis deseos.

DON GARCÍA.

¿Esto sufres!

REY.

García, ¿qué he de hacer? Ya te convie-
No tratar de casarte con doña Ana. [ne

DOÑA ANA.

Don Juan es mi marido.

REY.

Eso confirmo.
Casaros quiero yo: dale la mano,
Caravajal.

DON JUAN.

Espero en tu grandeza
Conocerás nuestra inocencia.

REY.

Agora
Que estás casada, brevemente puedes,
Doña Ana, despedirte de tu esposo. —
¡Hola!

DON GARCÍA.

Señor...

REY.

Llevadle con su hermano,
Y despeñadlos de esa Peña.

DOÑA ANA.

¡Cómo!

REY.

Ni lágrimas ni ruegos aprovechan.

MORATA.

Señor, y yo, si mandas, ¿no me puedo
Ir libre?

REY.

¿Eres cristiano?

MORATA.

Por la gracia
De Dios; que soy de los Moratas finos,
Cristiano viejo, limpio, acicalado
Como un esmerejon.

REY.

¿Que tú, villano,
No has querido quitarte de mis ojos,
Ni dejar estos hombres, matadores
De don Gomez tu amo? ¡Vive el cielo,
Que has de morir! Despéñenle con ellos
De la Peña de Mártos.

MORATA.

¡Yo! ¿qué dices!

REY.

Despéñenle tambien, llevadlos luego.

DON GARCÍA.

Caballeros, caminen.

DON PEDRO.

¿Es posible
Que mande el Rey matar dos inocentes!

DON JUAN.

Oye, Señor, una palabra sola.

REY.

Llevadlos luego.

(*Llévanlos.*)

ESCENA XVI.

EL REY, DOÑA ANA, EL CONDE, DON RAMIRO, MENDO, ÁLVARO, ISABEL, MORATA.

DOÑA ANA.

¿Así, Señor, le pagas
A Gomez el amor que le debías!
Su hermana casas, y al tocar la mano
De su marido, ¡que le maten mandas!

REY.

Yo tengo ya con quien casarte.

DOÑA ANA.

El cielo
Me mate ántes que en eso te obedezca.

REY.

García es caballero de alta sangre.

DOÑA ANA.

García es un traidor; García y Ramiro
Le han levantado aqueste testimonio,
Porque los dos Caravajales fueron
Por defenderte de tu tio leales,
Venciendo y deshonrando estos traido-
[res.

DON RAMIRO.

Hablas conforme al hábito que tienes.

DOÑA ANA.

Yo soy mora en el traje, y tú en cos-
[tumbres
Bárbaro vil, sin ley, sin Dios, sin honra.

DON RAMIRO.

Mira que si te casas con García,
Somos los dos cuñados.

DOÑA ANA.

Esa infamia
Sólo salir pudiera de tu boca.
¿No hay monasterios? ¿no hay cordel,
[no hay muerte
En desesperacion tan lastimosa?
Ven, Isabel, y ruega á Dios que tenga
Piedad de mí.

ISABEL.

Repórtate.

DOÑA ANA.

No puedo.
Ni á la vida ni al alma tengo miedo.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA XVII.

EL REY, EL CONDE, DON RAMIRO, MENDO, ÁLVARO, MORATA.

REY.

Id tras ella, no se mate.

DON RAMIRO.

Es mujer: no tengas pena.

REY.

¡Extraña furia!

CONDE.

Está llena
Del amor que la combate
Ya no te quiero pedir
La vida destos hermanos.

REY.

Ya fueran intentos vanos.
¡Vive Dios, que han de morir!

CONDE.

Morata viva, Señor.

REY.

Porque no digas que fui
Tan ingrato que por ti
Nunca templé mi rigor,
Ven, y sabrás lo que intento.

CONDE.

Tú mirarás á quien eres,
Porque sea lo que hicieres
Conforme á tu entendimiento.

(*Vanse.*)

—

Campo y la Peña de Mártos.

ESCENA XVIII.

PUEBLO, *en lo llano; y en lo alto de la Peña*, UNOS ALABARDEROS, DON JUAN, DON PEDRO, MORATA Y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Haced como caballeros
Y tan notorios hidalgos;
Que en la muerte se conocen
Los ánimos esforzados.

DON PEDRO.

Los consejos, don García,
Sanos son del pecho sano.
No es tiempo de replicar,
Ni al del Rey, ni á tus agravios.
El Rey es mancebo tierno,
Y aunque justísimo y santo,
Pudo engañarse; que es hombre.
¡Ay de quien hizo el engaño!

DON JUAN.

Aunque de tu gran paciencia

En tan fuerte punto, hermano,
Pudiera aprender la mia
A resistir lo que paso;
Como soy menor tambien
En esa virtud, que tanto
Engrandece tu valor
(Que siempre como en los años
Fuiste en la virtud mayor),
En este mísero estado
Tambien soy menor en todo:
Y así, vuelto al cielo santo,
Digo que pues inocente
Muero, al Rey Fernando emplazo
Para el tribunal de Dios,
Donde los dos nos veamos,
A ver quién tiene justicia.

DON GARCÍA.

Acabad ya; despeñadlos.

DON PEDRO.

¡Válgame nuestra Señora
De la Fuencisla!

DON GARCÍA. (*Ap.*)

¡Qué paso
Tan triste!

DON JUAN.

La misma sea
Conmigo.

(*Arrójanlos.*)

DON GARCÍA.

Ya van entrambos
Tiñendo de sangre y sesos
La verde Peña de Martos.
Ea, vos, ¿á qué aguardais,
Que no seguis vuestros amos?

MORATA.

¿Piensas por dicha que es esto
Ir delante del caballo?

DON GARCÍA.

Acabad; no repliqueis.

MORATA.

Espérese; que ya acabo
Aquestas Ave Marías.

DON GARCÍA.

¿Qué os falta?

MORATA.

Treinta rosarios.

DON GARCÍA.

¡Despacio estais, por mi fe!

MORATA.

Yo quisiera estar despacio.

DON GARCÍA.

¿No veis el calor que hace,
Y que me estoy abrasando?

MORATA.

No sudo yo, que ya estoy
Para dar el salto en vago,
Y ¡suda vuestra merced!

DON GARCÍA.

Pues en verdad que no es tanto.

MORATA.

¿Esto le parece poco?
Mas pues es tan esforzado,
Tómelo de tres la una.

DON GARCÍA.

Acabad.

MORATA.

¡Terrible salto!
Déjeme vuestra merced
Poner bien los piés y manos,
No me haga mal al rostro.

DON GARCÍA.

¿Pensais que es echarse en Tajo?

MORATA.

¡Mal tajo le dén, amén,
Al que este reves me ha dado!
Sopeton, uñas arriba,
Mojada al uso del Rastro...
—¡Vive Dios, que no me atrevo
Cada vez que miro abajo!

DON GARCÍA.

Ea, despeñalde.

MORATA.

¡Adios,
Ilustrísimos lacayos,
Rios, fuentes, lavaderos,
Cofias, delantales blancos!
¡Adios, escobas, panderos,
Sayas y sayuelos pardos!
¡Adios Illana, adios Coca,
San Martin!...

ESCENA XIX.

UNA GUARDA. — DICHOS.

GUARDA.

Tente.

MORATA.

¡Oh buen santo!
¿Quién sino tú en este dia
Pudiera darme la mano?

GUARDA.

Por este papel el Rey
Manda suspender el salto
De Morata.

MORATA.

¡Oh Rey famoso
Más que Pepino y que Cárlos,
Más que César, más que Aquiles,
Más que Pirro y que Alejandro!
Dame esos brazos.

GUARDA.

Camina
Donde le beses las manos.

MORATA.

¡Las manos! Los piés, las piernas,
Los muslos.

DON GARCÍA.

No más.

MORATA.

No hago
Debida satisfacion,
Si no me pongo, Fernando,
Por tierra á esos santos piés.

DON GARCÍA.

De buena os habeis librado.

MORATA.

En parte, por Dios, me pesa,
Porque era famoso el salto.

(*Vanse.*)

—

Habitacion del Rey.

ESCENA XX.

EL REY, EL CONDE, DON RAMIRO.

REY.

Decid que me dejen solo;
Que quiero dormir la siesta.

CONDE.

Cama, Señor, está puesta.

DON RAMIRO.

Nubes esconden á Apolo,
Y tempestad manifiesta.
No duermas, si puede ser;
Que acabaste de comer,
Y no ha de ser luego el sueño.

CONDE.

Nunca repliques al dueño
En lo que quisiere hacer.

REY.

No quiero cama; mejor
Podré en esta silla estar.
Hacedme afuera cantar. (*Siéntase.*)

CONDE. (*A don Ramiro.*)

Vete á comer.

DON RAMIRO.

Yo, Señor,
Aquí me quiero quedar.

CONDE.

Vete á comer; que yo quiero
Quedarme.

DON RAMIRO.

Pues con licencia
Tuya, me voy.

CONDE.

Y yo espero
A que el Rey duerma.

(*Vase don Ramiro.*)

ESCENA XXI.

EL REY, *durmiéndose en la silla*, EL CONDE.

REY.

En Palencia
Murió el noble caballero.—
En fin, los Caravajales
Fueron envidiosos... — yo
Castigo los desleales.
Dios manda que quien mató
Muera: leyes son iguales.
Pero... ¿si me han engañado?
Mas no habrán; que yo estoy bien
De todo el caso informado.
Bien quise á Gomez tambien:
Su sangre y vida he vengado.
Hoy sospecho que he cumplido
Veinte y cuatro años... — ¿Qué ha sido
Este sueño, ó desconcierto?
Ni duermo, ni estoy despierto,
Y estoy hablando dormido.

(*Vase el Conde, viendo como dormido al Rey.*)

ESCENA XXII.

UNA VOZ. — EL REY.

UNA VOZ. (*Canta dentro.*)

Los que en la tierra juzgais,
Mirad que los inocentes
Están á cargo de Dios,
Que siempre por ellos vuelve.
No os ciegue pasion ni amor:
Juzgad jurídicamente;
Que quien castiga sin culpa,
A Dios la piedad ofende.

ESCENA XXIII.

EL CONDE, MENDO, DON ÁLVARO. — EL REY.

CONDE.

No podréis hablarle agora;
Que pienso, Mendo, que duerme.

MENDO.

Importa que no durmiera:
No aguarde que le despierten
Cajas del Rey de Granada,
Que con ejército viene.

CONDE.

De esa suerte, yo me atrevo.—

¡Ah Señor! ¡Señor! advierte
Que dicen que viene el moro
Con más de seis mil jinetes
Y casi diez mil infantes,
Corrido de que le hubieses
Conquistado á Gibraltar,
Y vencido en Alcaudete.—
¡Válame Dios! ¡qué gran sueño!

DON ÁLVARO.

Es imágen de la muerte.

MENDO.

Más es verdad que la imágen.

CONDE.

¡Señor!—¡Qué frias que tiene
Las manos!

MENDO.

Tócale más.

CONDE.

No hay que tocarle. O se muere,
O es muerto.

MENDO.

Clamó á los cielos,
Conde, la sangre inocente.

DON ÁLVARO.

¿Daremos voces?

CONDE.

Callad,
Porque el campo no se altere,
Y el moro soberbia tome.—
Voces dan.

DON ÁLVARO.

Un hombre viene.

ESCENA XXIV.

MORATA.—DICHOS.

MORATA.

¡Oh gran secreto de Dios!

CONDE.

¿Qué es esto, hermano? Detente.

MORATA.

Cuando la triste doña Ana
Al pié de esas ramas verdes
Que á la gran Peña de Mártos
La parda falda guarnecen,
Los pedazos recogia
De su esposo tiernamente,
Lavando la sangre en perlas
Que de sus estrellas llueve,
Le vinieron á decir
Que los testigos crueles,
Don Ramiro y don García,
De improvisa muerte mueren.
Voylo á ver, y á los dos hallo
Muertos.

CONDE.

No prosigas.

MENDO.

¿Puede
Haber mayor testimonio,
Si allá los testigos mueren,
Aquí el jüez!

MORATA.

¡Murió!

CONDE.

Calla,
Para que el moro no llegue
Atrevido en tal desgracia.
¡Oh Rey santo! ¡Oh Rey valiente,
Que en solos veinticuatro años
Venciste al moro mil veces!
¡Oh cuánto pierde Castilla,
Rey soberano, en perderte!
Mas son jüicios de Dios.

MENDO.

Corre esa cortina, y dése
Fin á los Caravajales,
Cuya sangre resplandece
Hoy en la peña de Martos,
Porque fué *Sangre inocente*.

DON JUAN DE CASTRO,

(PRIMERA PARTE)

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A DON JUAN VICENTELO Y TOLEDO,

Conde de Cantillana.

Siempre fueron las nueve musas pintadas de los antiguos, así filósofos como poetas, en forma y hábito de damas; y como tales, se aficionan de suerte de los héroes y príncipes marciales, de los galanes bizarros y cortesanos discretos, que, como amor es el primer movimiento de la alabanza, ellas amando escriben, y escribiendo desean agradar lo que aman. Repartieron entre sí las artes liberales, y cupo á las más famosas la historia y la poesía, que todo puede ser uno, aunque haya opiniones contrarias respeto de la verdad y la licencia: cosas en su género distintas; pero pueden usarse iguales, habiendo historia en verso y poesía en prosa. Atentas finalmente á las excelentes gracias de que el cielo dotó á Vuesa Señoría, ya en la plaza en el caballo, donde con tantas airosas suertes se lleva tras sí los corazones y los ojos, ya en conversaciones, donde con tanta gala descubre la claridad de su entendimiento, se le aficionan de suerte, que ninguna le deja de mostrar su amor en cuantas ocasiones puede. Las mias, que desde los tiernos pasos de Vuesa Señoría le iban considerando hijo de tales padres, entre otras memorias, hoy le dedican esta primera parte de los sucesos de *Don Juan de Castro*, historia verdadera con otro nombre, y por la licencia referida, fábula poética: desigual servicio á méritos tan grandes; pero por ser de las ya referidas musas, quedo seguro que Vuesa Señoría le acetará como príncipe tan heróico, galan tan bizarro y cortesano tan discreto. Dios guarde á Vuesa Señoría.

Su capellan,

Lope Félix de Vega Carpio.

DON JUAN DE CASTRO

(PRIMERA PARTE).

PERSONAS.

LA PRINCESA DE GALICIA.
ROSELA, *dama.*
DON JUAN DE CASTRO.
RUGERO DE MONCADA.
ROBERTO, *lacayo.*
FELICIANO.
ENRICO.
TIBALDO.
UN PILOTO.
DON PEDRO ALARCOS, *Príncipe.*
EL REY DE IRLANDA.
MAURICIO.
UN ARMERO.
FAUSTINO, *ermitaño.*
EL DUQUE DE BORBON.
EL REY DE SICILIA.
EDUARDO, *Rey de Inglaterra.*
CLARINDA.
FLORIANA.
BELARDA.
LISENO.
FELICIO.
UN MAYORDOMO.
PAEZ.
FENISO.
ALABARDEROS.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en España y en Inglaterra.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del Príncipe de Galicia.

ESCENA PRIMERA.

LA PRINCESA DE GALICIA, ROSELA.

PRINCESA.

¿Nunca has oido decir
Esto que llaman amor?

ROSELA.

Sé que es un dulce dolor
Y un regalado morir:
Sé que es una escuridad
Del alma y su lumbre pura,
Y una tema de locura
En que da la voluntad.
Sé que es un alegre lloro
Que ninguna edad reserva,
Un áspid en verde yerba,
Y un veneno en vaso de oro.
Sé que es un traidor leal,
Y en el favor y el desden
Un mal disfrazado bien,
Y un bien disfrazado mal.
Pero tú ¿por qué razon
Tienes de amor sentimiento?

PRINCESA.

Pues ¿fáltame entendimiento?

ROSELA.

No; mas fáltate ocasion.
El Príncipe de Galicia
Es tu marido, en edad
Que á ninguna voluntad
Pudiera tener codicia.
Pero debes de querer
Aquel tu primer amor;
Que era el Conde, mi señor,
De extremado parecer.
Mas el haberte casado
Desdice al amor que digo.

PRINCESA.

Escucha, hablaré contigo,
Rosela, pues te he criado.
El Conde de Barcelona
Fué mi marido primero,
De quien tuve sólo un hijo,
Y mil desventuras tengo.
Mirando mis tiernos años
El Rey de Aragon, mi deudo,
Trató con el de Castilla
Mi segundo casamiento.
Pensó el Rey, y pensó bien,
Que fuera acertado empleo
En quien tambien me igualase
En hijo y en heredero.
El Príncipe de Galicia,
El noble español don Pedro,
Tenia á don Juan de Castro,
Ese gallardo mancebo:
Y así á los dos nos casaron,
Y de Barcelona vengo,
Como sabes, á Galicia,
Donde las bodas se hicieron.
Contenta estaba yo entónces
De ver que tal caballero
Fuese con tan alta sangre
De mis pensamientos dueño;
Que estos señores, Rosela,
Hasta mi esposo don Pedro,
De la Infanta doña Sancha
De Castilla procedieron.
Y con gran razon lo estaba,[1]
Viendo que los hijos nuestros
Se criaban como hermanos,
Y que, como ves, sin serlo,
En rostros y condiciones
Se parecen en extremo,
Y mucho más en quererse,
Pues son un alma dos pechos.
Mas ¡ay de mí! que don Juan,
En gracia y virtud creciendo,
En donaire, armas y galas,
En gentileza y ingenio;
Con ser mi alnado, Rosela,
Ha sido un rayo, un incendio
Que me ha vuelto el alma Troya,
De dia y de noche ardiendo.
Culparásme porque di
Puerta á tan vil pensamiento;
Pero es espíritu amor,
Y como no tiene cuerpo,
Entra y sale cuando quiere,
Dejando los ojos ciegos,
Porque entrando por los ojos,
No puedan los ojos verlo.
Que resistí, no lo dudes;
Pero su amoroso fuego
De la misma resistencia
Dicen que recibe aumento.
Miraba que era su padre
Mi esposo, y en conociendo
La fuerza del imposible,
Era mayor el tormento;
Porque si la privacion
Suele hacer tales efetos,
Un imposible en mujer
No permite sufrimiento.
Años há que lo imagino,
Años há que me defiendo;
Que no há meses, que no há dias
Que con este amor peleo.
Enfermedad es de cuenta
El haber tenido preso
Este amor desatinado
En la cárcel del silencio.
Candados eché á mis labios,
Grillos á mis pensamientos,
Cadenas á mis sentidos
Y esposas á mis deseos;
Y porque es el apetito
Bestia que no admite freno,
Antojos puse á los ojos,
Que con los suyos me han muerto.
Mas ya que tantas batallas,
Tantos asaltos y encuentros
Han vencido la razon,
Y al amor dado el imperio,
Resuelta vengo, Rosela,
En decirte que le quiero.
Preso he tenido el amor,
Y amor preso todo es yerros.
Semíramis sujetó
Asirios, partos y medos,
Y amó despues á su hijo,
Y lo que yo emprendo es ménos.
Parte á llamar á don Juan,
Y no respondas, te ruego;
Que amor sus consejos hace
En la sala del remedio.

ROSELA.

Ya que consejo no admites,
Perdonaré tu aficion,
Si la justa admiracion
De tu aficion me permites.
Mira que esto no es consejo,
Sino admirarme no más:
¿Cómo es posible que das
Tal golpe á tan limpio espejo!
La misma naturaleza
Se ofende de tu aficion;
Corrida está la razon,
Y afrentada la nobleza.
Don Juan, por más confusion,
Es hijo de tu marido:
Bastante causa de olvido,

[1] Estaba *contenta.*

Si amor tuviera razon;
Y bastaba ser amigo
De Rugero de Moncada
Para quedar obligada
A volver por ti contigo.
De suerte que este amor fiero
Afrenta y deshonra así
A naturaleza, á tí,
A tu esposo y á Rugero.

PRINCESA.

Licencia para admirarte
Te dejé tomar, Rosela,
Sin ver que desta cautela
Pudieras aprovecharte.
Ya es tarde para moverme:
Más que me has dicho sé yo
Desde que el amor me dió
Ocasion para perderme.
Mas advierte que la vida
Y la honra todo es poco
Para un pensamiento loco:
Tengo hasta el alma perdida.
Parte, y dile que le espero
En mi aposento.

ROSELA.

Yo voy.
(*Ap.* ¿Cómo le hablaré, si soy
Quien más que el alma le quiero?)
(*Vase.*)

ESCENA II.

LA PRINCESA.

Como madrastra soy del bien que [adoro,
Hame engañado, amor, tu confianza,
Pues ya no deja rastro mi esperanza,
Ligera nave por el mar que lloro.
Si lágrimas, si ruegos, si tesoro
Alcanzan más que un justo amor al- [canza,
Sobre pórfido y jaspe tu mudanza
Levantará á tu nombre estátuas de oro.
Pero quejarme de su amor no es jus- [to
Hasta saber su voluntad contraria,
Pues nunca he puesto el declararme en [obra;
Que si el deudor no paga por su gus- [to,
Amor es una deuda voluntaria,
Que mientras no se pide, no se cobra.
(*Vase.*)

—

Otra sala del mismo palacio.

ESCENA III.

DON JUAN, RUGERO.

RUGERO.

Debajo de la amistad
Que profesamos los dos
Te diré, hermano, verdad.

DON JUAN.

Débeslo á mi amor.

RUGERO.

Por Dios,
Que la tengo voluntad.

DON JUAN.

Pues ella la ha puesto en mí.

RUGERO.

Agora la quiero más,
Pues hizo eleccion en tí.

DON JUAN.

Pienso que celoso estás,
Rugero, hablándome ansí.

RUGERO.

Quiérote yo de manera,
Que cuando no la tuviera
Amor cuanto pudo ser,
Porque te supo querer
Sospecho que la quisiera.
Y agora sé la ocasion
Por que el alma la procura.

DON JUAN.

Sus partes bastantes son.

RUGERO.

Yo pensé que su hermosura
Era tenerte aficion.
Mil pensamientos me dan
Que al alma diciendo están:
«Rugero, si has de querer,
Quiere bien á esta mujer;
Que quiere bien á don Juan.»

DON JUAN.

Si no supiera, Rugero,
Que es verdadero tu amor,
Pensara que lisonjero
Me pedias por favor
Lo que ni quise ni quiero.
Y así te suplico aquí
Que sin encarecimiento
(Que es hacerte ofensa á tí)
Trates de mi pensamiento
Como hombre que vive en mí.
No quiero á Rosela bella,
Y así, haré poco en dejalla;
Pero advierte de mí y della
Que por hacer algo en dalla,
Me pesa de no querella.
Y así, pues nací obligado
A querer lo que tú quieres,
Ya la quiero con cuidado
De que lo que quiero esperes
De un pensamiento obligado.
Ya la quiero desde hoy:
Y pues queriéndola estoy,
Darte lo que quiero espero;
Que pues lo que quieres quiero,
Ya lo que quiero te doy.

RUGERO.

De tu liberalidad
Estaba yo satisfecho;
Mas en fe de la amistad,
Por darme prenda del pecho,
Hoy me das tu voluntad.
No me la dés, pues con ella
Me das celos en amalla;
Y si amarla tú es perdella,
Más bien haces en negalla,
Que en dármela y en querella.
Ser Alejandro no esperes
Dándome aquesta mujer,
Ni Apéles me consideres,
Porque yo no he de querer
Lo que confiesas que quieres.

DON JUAN.

De querer has de pensar,
Rugero, á Rosela hermosa,
Que la quiero para dar,
Como el que compra una cosa
Que la quiere presentar.
No la quiero para mí,
Pues que nunca la he querido;
Que si la quiero, es por tí,
Porque este amor ha nacido
De tu pensamiento en mí.
Vanas tus sospechas son:
Que á lo que una vez se da
No le queda á un hombre accion,
Y así Rosela será
Tuya en justa posesion.

ESCENA IV.

ROSELA.—DON JUAN, RUGERO.

ROSELA.

¿Qué se trata de Rosela?

DON JUAN.

Para llamarte no más.

ROSELA.

El murmurar siempre vuela.

RUGERO.

Segura, Rosela, estás.

ROSELA.

Tu poco amor me desvela.

RUGERO.

Desvelarte el mucho mio
Está más puesto en razon.

DON JUAN.

¿Qué temes? Habla con brio.

RUGERO.

Calenturas de aficion
No vienen jamás sin frio.

DON JUAN.

Oye, Rosela, á Rugero.

ROSELA.

Vengo de priesa á llamarte.

RUGERO.

Yo tan de espacio te quiero,
Que muero por esperarte,
Sabiendo que no te espero.

DON JUAN.

¿Quién me llama?

ROSELA.

La Princesa.

DON JUAN.

Voy.

ROSELA.

Y yo te llevaré.
(*Vase don Juan.*)

ESCENA V.

RUGERO, ROSELA.

RUGERO.

Tente, aunque sigues tu empresa,
Para que razon te dé
De que sin razon te pesa.

ROSELA.

¿No ves que quien es mandado
Ha de volver con cuidado
Con el recado á que viene?

RUGERO.

Cuando el recado piés tiene,
Queda el paje disculpado.

ROSELA.

Conozco que sabe andar;
Su prisa me ha dado indicio
Que no le podré alcanzar;
Pero por ley de mi oficio
Quisiérale yo llevar.

RUGERO.

Ya le llevas en el pecho.
Espera, por Dios, un poco,
Pues le sigues sin provecho.
Mira que me vuelvo loco,
Y que tú lo estás, sospecho.
Haz cuenta que hablas con él,
Pues que me parezco á él,
Aunque en la ventura no,
Y sabrás lo que pasó
Para que te canses dél.
Has de saber que me ha dado
Licencia para quererte,
Y aborrecerte ha jurado.

ROSELA.

Y yo juro aborrecerte,
De albricias de ese cuidado.
Si de lo que se presenta
Al que lo trae se le da,

Su olvido tu amor me cuenta:
De lo mismo te doy ya,
Pues lo mismo me atormenta.
Que no te canses te pido,
Porque don Juan me ha enseñado
A olvidarte con su olvido;
Porque si me hubiera amado,
Tambien te hubiera querido.
Y no es justo hacer placer
A cambio de tal pesar;
Que no has visto tú mujer,
Que por nuevas de olvidar,
Diese albricias de querer. (*Vase.*)

ESCENA VI.

RUGERO.

Deten el paso, voladora arpía,
Que en la mesa del alma te has cebado,
Pues no tiene el desden el arco armado,
Ni el Hércules de honor te desafia.
Flechas de amor el corazon te envia,
Suspiros de mi pecho enamorado,
Que como tocan en el tuyo helado,
Vuelven con más furor al alma mia.
Si mi amor de mis lágrimas argüyes,
¿Cómo me dejas de la vida incierto,
Y a engaños mis tormentos atribuyes!
Pero llamarte ha sido desconcierto:
Bien sé por qué te vas, bien sé qué huyes
Porque sospechas que me dejas muer-
[to. (*Vase.*)

—

Habitacion de la Princesa.

ESCENA VII.

LA PRINCESA, DON JUAN.

DON JUAN.

No entiendo lo que me dice
Vuestra Alteza.

PRINCESA.

¿No me entiendes,
O de entenderme te ofendes?

DON JUAN.

Eso mi honor contradice,
Donde tengo por blason
Servirte y obedecerte.

PRINCESA.

Digo que estoy á la muerte.

DON JUAN.

¿De qué mal?

PRINCESA.

De tu aficion.

DON JUAN.

Si le han dicho á Vuestra Alteza
Que voy de noche, que rondo,
Que me escriben, que respondo,
Que adoro alguna belleza,
Que se me atreven vasallos
Que pretenden mis deseos,
Que murmuran mis paseos
Hasta los propios caballos,
Que desenvainé la espada,
Que alguna arrogancia dije,
Y esto la enferma y aflige,
Mire que todo esto es nada;
Que, por vida de don Juan,
Que han mentido las espías,
Pues son todas niñerías
Y reventar de galan.

PRINCESA.

¿Finges el sordo?

DON JUAN.

No sé
Qué te han contado de mí.

PRINCESA.

Lo que me cuentan de tí
Agora te lo diré.
Que naturaleza sabia
Te hizo en el mundo solo,
Como está en el cielo Apolo,
Y el fénix raro en Arabia.
Que naciste de una ingrata,
Pues que la heredaste luego,
Con la condicion del fuego,
Que tiene hermosura y mata.
Que eres en tus pensamientos
Altivo y lleno de honor,
Y que en tu propio valor
Estan tus merecimientos.
Que á la vista y los oidos
Pareces, sembrando amores,
Viento que viene de flores,
Que entra en todos los sentidos.
Que eres sueño que arrebata
El alma en la fantasía,
Y una muerte de sangría
Que durmiendo se desata.
Que con tu dulce mirar
Amor como lince mira;
Que miras como el que tira,
Que mira para matar.
Y si el cielo se reparte
En cuantas acciones tienes,
Que parece que entretienes
Toda un alma en cada parte.
Esto me cuentan de tí
Los ojos y los oidos;
Esto dicen mis sentidos,
Y á fe que se lo creí.
Vuelve á quererme entender,
O vuelve sólo á quererme;
Que hasta para entenderme
Considerarme mujer.

DON JUAN.

El Príncipe mi Señor
Es tu marido, Señora,
Y yo soy tu hijo agora,
Y á quien toca vuestro honor.
Vuelvo por él y por tí,
Y digo que á tí y á él
Debo ser, y soy fiel:
A él, porque dél nací,
Y á tí porque eres mi madre,
Pues estás en tal lugar,
Y porque debo mirar
A Dios, á vos y á mi padre.
Si prueba, Señora, ha sido,
Habeis probado un diamante;
Si teneis pecho de amante,
Conmigo le habeis rompido;
Que si el mundo se volviese
Al principio que tenia,
Cada punto fuese un dia,
Cada dia un mes se hiciese,
Cada mes un año, el año
Un lustro, el lustro una edad,
La edad una eternidad,
Fuera eterno vuestro engaño;
Que si el diluvio á los dos
Solos entónces dejara,
Allí el mundo se acabara
Por no juntarme con vos.

PRINCESA.

Tente y escucha.

DON JUAN.

No puedo.

PRINCESA.

¿Quieres bien?

DON JUAN.

Quiero una dama.

PRINCESA.

¿Cómo se llama?

DON JUAN.

La fama
Que de perder tengo miedo,
No le dé celos hablando
En una cosa tan loca.

PRINCESA.

Sus ojos cierra y su boca
Todo discreto callando.
Calla, y callará esa dama,
Y con un secreto amor
Ni yo perderé mi honor,
Ni tú perderas tu fama.
Llégate á mí, no te aparte
Vergüenza, mujer soy yo:
Un toro Pasife amó,
Y le dió Dédalo el arte.
Menofon gozó á su madre,
A su hermana Tolomeo,
Y Mirra tuvo deseo
De ser mujer de su padre.
Ningun ejemplo me toca,
Ni eres mi padre ni hermano:
Mira, don Juan, cuán en vano
Fama injusta te provoca.
Seleuco á su hijo dió
Su mujer, viéndole enfermo
De amor: yo, mi bien, no duermo,
Ni sosiego, ni soy yo.
Ni vivo, ni quiero vida
Ni salud ni alma sin tí.
Llégate á mí: ¿qué hay en mí
Que de ser hombre te olvida?
¿Qué tengo que no te mueva,
Cuando no á gusto, á piedad?

DON JUAN.

Tienes una enfermedad
Agora en el mundo nueva.
Si de tí, que eres mi madre,
Se viene á pegar en mí,
No habrá hijo desde aquí
Que guarde honor á su padre. (*Vase.*)

PRINCESA.

Espera; que me burlaba.
¡Don Juan! ¡hijo!...

ESCENA VIII.

RUGERO.—LA PRINCESA.

RUGERO.

¿Qué es aquesto?

PRINCESA. (*Ap.*)

¡En qué confusion me ha puesto!

RUGERO.

¿Quién, madre, con vos estaba?

PRINCESA.

¿No le conociste?

RUGERO.

No.

PRINCESA.

Pues aquí estaba don Juan.

RUGERO.

Tiernos vuestros ojos dan
Señal de que pena os dió.
¿Qué fué aquesto, por mi vida?

PRINCESA.

Curiosidad excusada;
Y si esto no importa nada,
La discrecion se te olvida.

RUGERO.

Cosas de don Juan, señora,
Y que su nombre posean,
Aunque las estampas sean
De sus piés, que el alma adora,
¿No le importan, madre mia,
A Rugero de Moncada!
¿Sabeis vos con qué lazada

Amor juntarnos porfía?
Decidme, madre, lo que es,
Y en qué le distes disgusto;
Que él á vos no fuera justo,
Y es muy discreto y cortés.
Los ojos teneis llorosos:
Lo que confiesan negais.
Señora, turbada estais.

PRINCESA

Viejos, hijo, al fin... celosos.
Contélo á don Juan aquí..
—¡Mira el descanso que medro.
Que sospecho que don Pedro
Los tiene agora de mí!
No me habla con el gusto
Que solia; heme quejado
A don Juan, y es tan honrado,
Que sintiendo mi disgusto,
Le va á reñir, sin que fuese
Parte á detenerle aquí.

RUGERO.

¿Por qué no se queja á mí,
Cuando esa ocasion le diese,
Vuestra Alteza, y no á don Juan?

PRINCESA.

Por excusar tus enojos.

RUGERO.

Pues dánmelos en los ojos
Los que á mi hermano le dan.
Y del Príncipe me espanto
Que tenga celos de vos,
Pues que de casados Dios
Os hizo un ejemplo santo.
Pienso que no es la ocasion
Dese disgusto esos celos.

PRINCESA.

Pues ¿cuál?

RUGERO.

Algunos desvelos
De cierta conversacion.

PRINCESA.

¿Quiere bien don Pedro?

RUGERO.

Creo,
Si no me engaña la fama,
Que quiere bien una dama.

PRINCESA.

Saber su nombre deseo.

RUGERO.

Yo haré diligencia tal,
Que sepas más que deseas.

PRINCESA.

De don Juan, cuando le veas,
Rugero, encubre mi mal;
Que con este desengaño
Ménos tengo que sentir.

RUGERO.

A buscarle quiero ir:
No resulte en vuestro daño,
Si dais al Príncipe enojos.

PRINCESA.

Yo á llorar para formar
Con mis lágrimas un mar
Donde se aneguen mis ojos.
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA IX.

DON JUAN.

Desesperado deseo
De una mujer atrevida,
Voluntad determinada,
Causa de tantas desdichas,
Pensamiento descubierto
Que atropellas honra y vida,
Amor loco despreciado
Que truecas el gusto en ira.
Quédate en paz; que el huir
Del peligro de tu vista
Es el más alto remedio
Que la inocencia imagina;
Que cuando una mujer llora y suspira,
¡Ay de la libertad de quien la mira!
Fértiles y hermosos campos
De lo mejor que en Galicia
Baña el noble mar de España,
Solar de mi casa antigua,
Honor de Castros y Andradas;
Padre ilustre, á quien inclinan
Sus cabezas estos montes
Desde el Ferrol á Castilla;
Ruger de Moncada, en quien
Lo más del alma tenía:
Que quien me parece tanto
Debe de tener la misma:
Adios; que me parto huyendo
De un basilisco en la vista,
De un cocodrilo en el llanto,
Y de una mujer fingida;
Que cuando una mujer llora y suspira,
¡Ay de la libertad de quien la mira!
Grandes males me vinieran
De poner las fuerzas mias
A sus lágrimas ó ruegos,
Que al hombre mas grave hechizan;
Y cuando más resistiera
¡Qué llovieran de mentiras
Sobre mi pecho inocente,
Sobre mis entrañas limpias!
Salgamos de España, en duda;
Que en abreviar la partida
Consiste una gran vitoria
Y una divina conquista.
Ningun sabio se ha fiado
De las palabras fingidas
De una mujer, porque hay pocos
Que sus lágrimas resistan;
Que cuando una mujer llora y suspira,
¡Ay de la libertad de quien la mira!

ESCENA X.

ROBERTO.—DON JUAN.

ROBERTO.

El caballo está ensillado,
Y á la huerta le llevé.

DON JUAN.

¿Viéronle?

ROBERTO.

De nadie fué,
A lo que siento, mirado;
Que como me lo mandaste
Le llevé, Señor, en pelo.

DON JUAN.

¿Cuál sacaste?

ROBERTO.

El castañuelo.

DON JUAN.

Pues ¿adónde le ensillaste?

ROBERTO.

Dejéle atado, y volví
Por la silla y por el freno.

DON JUAN.

Este hasta el mar será bueno;
Naves habrá desde allí.
Mucho, Roberto, he fiado
De tí en el punto á que vengo,
Y es la causa que te tengo
En opinion de hombre honrado.
Mira que no digas nada
A mis padres ni á mi hermano.

ROBERTO

¡Que en fin te vas!

DON JUAN.

Pon la mano
Sobre la cruz de la espada.

ROBERTO.

¿Para qué?

DON JUAN.

Para jurar
Que no dirás que me voy,
Hasta que sepas que estoy
De esotra parte del mar.

ROBERTO.

Juro por aquesta cruz,
Y á fe de hidalgo, Señor,
Por ella, por su valor,
Por esta divina luz,
Por la bella Estefanía,
Ninfa gallega, más bella
Que una potranca doncella,
Por su amor, por mi hidalguía,
Por las armas que me dan
En paveses, en corazas,
Que son cincuenta almohazas
En el campo de un zaguan,
De no decir tu partida
A los príncipes ni á quien
Tu mal estorbe ó tu bien,
Tu bien ó tu mal impida.

DON JUAN.

¿Lloras?

ROBERTO.

Pues ¿he de cantar
Cuando te vas de esa suerte?

DON JUAN.

No pronostiques mi muerte.

ROBERTO.

¡Qué al fin te vas á embarcar!

DON JUAN.

No excuso, Roberto amigo,
Esta partida cruel;
Mas porque fuiste fiel
Por tantos años conmigo,
Y tengas de mi memoria,
Toma esta cadena.

ROBERTO.

El cielo
Te guarde, y me dé consuelo
En tan lamentable historia.
Pero espántome de tí,
Que te tuve por discreto,
En tener tan buen concepto...

DON JUAN.

¿De quién, Roberto?

ROBERTO.

De mí;
Pero debes de querer
Dar en casa algun picon,
Si te mueve la aficion
De alguna ingrata mujer;
Pues con avisarme á mí
Que no diga que te vas,
Creo que diciendo estás
Que lo diga desde aquí.
Con esto gente saldrá
Que impida aquesta jornada,
Y dirás que fué forzada
Tu vuelta en llegando acá;
Porque si partir quisieras
Con secreto y con seguro,
Ya que hasta salir del muro,
Señor, menester me hubieras
Para sacarte el caballo,
¿Qué cosa más acertada
Que llevarme á la jornada,
Valiente, hidalgo y vasallo?
¿Qué sé yo, aunque lo juré,
Si el diablo me ha de tentar,

Viendo á tus padres llorar,
Y dónde vas les diré?
¿Tan malo será Roberto
Para cualquiera ocasion?

DON JUAN.

Creo que tienes razon:
Toma el camino del puerto:
Que en mis fortunas te quiero
Por compañero y amigo.

ROBERTO.

Pues Roberto va contigo,
Que es un ejército entero.

DON JUAN.

Adios, España, adios, Galicia amada.

ROBERTO.

Adios, Galicia, hasta que vuelta demos

DON JUAN.

Adios, Monforte, Sarria, Andrada y Lé-

ROBERTO. [mos.

Adios, magostos de castaña asada.

DON JUAN.

Adios, querida patria, siempre ama-

ROBERTO. [da.

Adios, nabos; que ya no nos veremos.

DON JUAN.

Adios, montañas, de nobleza extremos.

ROBERTO.

Adios, carnero y vaca regalada.

DON JUAN.

Adios, mujer mudable como luna.

ROBERTO.

Adios, lunadas que el sentido elevan.

DON JUAN.

Adios, envidia fiera y importuna.

ROBERTO.

Vino de Rivadabia, otros te beban.

DON JUAN.

Yo voy donde me lleva mi fortuna.

ROBERTO.

Y yo tambien donde los piés me llevan.
(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio del Príncipe de Galicia.

ESCENA XI.

RUGERO, FELICIANO.

RUGERO.

¡Carta cerrada en mi aposento!

FELICIANO.

Entrando
La vi, Señor, del modo que te digo.

RUGERO.

Pues ¿por dónde la echaron?

FELICIANO.

Por la reja.

RUGERO.

Confuso estoy.

FELICIANO.

Abriéndola, es más fácil
Dejar de estarlo, pues sabrás por ella
De qué peligro ó de qué bien te avisa.

RUGERO. [letra?

¡Válame Dios! ¿no es de don Juan la
La firma lo confirma. ¡Extraño caso!
(*Lee.*) «Por dejarte, Rugero, hermano
[mio,
»Más segura á Rosela, yo me parto
»De España con intento (¡Ay santos
»De ir á Jerusalen en romería. [cielos!)
»Perdona el no avisártelo primero;
»Que porque no lo impidas, no lo hago.
»Consuela á nuestros padres. Dios te

FELICIANO. [guarde.»

Señor, ¿don Juan es ido!

RUGERO.

¿No lo escuchas?
¡Oh gran dolor! ¡oh desventura grande!
¡Oh mal consejo! ¡oh falso amigo mio!
¿Yo era tu alma! ¿yo, don Juan de Castro!
Mentísteme, don Juan; que si lo fuera,
Yo supiera en tu pecho tu partida.
¡Oh maldita Rosela! Al cielo ruego
Que no te logres, ni en tu vida tengas
Ventura en cosa que la mano pongas.
¡Maldiga amor el pensamiento mio,
Y el dia en que te vi tambien lo sea!
¡Oh! ¡nunca yo dijera que la amaba!
Pero verás, don Juan, que el amor mio
Contigo era mayor que con Rosela
En que jamás la miraré á la cara,
Cuanto y más pretendella ni servilla.
¡Triste de mí! ¿Qué haré?

FELICIANO.

Señor, en tanto
Que das voces al viento, don Juan vuela
Mejor es que á su padre se lo digas.

RUGERO.

Ya será tarde; ya será embarcado,
Pues sabes que el Ferrol está tan cerca.

FELICIANO. [nave

¿Por fuerza en el Ferrol ha de haber
Que esté aprestada, y que la ayude el

RUGERO. [viento!

Bien dices. Vamos. Contarélo al Prín-
[cipe;
Diréselo á mi madre, que le amaba
Mil veces más que á mí: tú en tanto pue-
Decir á la cruel Rosela el caso, [des
Que no sentirá ménos su partida.

FELICIANO.

Yo la voy á decir tan triste nueva.

RUGERO. [das.

Yo te fuera á seguir, aunque te escon-
Si el mar dejara rastro por sus ondas.
(*Vanse.*)

—

Marina.

ESCENA XII.

ENRICO, TIBALDO, UN PILOTO.

ENRICO.

¿Hay viento para salir?

EL PILOTO.

Fresco embate y virazon
Está llamando á partir.

ENRICO.

No perdamos ocasion.

TIBALDO.

El mar comience á abrir
Las alas de nuestra nave.

PILOTO.

Hoy, como el cisne suave,
Cortará el agua veloz,
Miéntras Neptuno feroz
Cierra los vientos con llave.

TIBALDO.

Bien puede vueseñoría
Embarcarse cuando quiera.

ESCENA XIII.

DON JUAN Y ROBERTO.—DICHOS.

ROBERTO. (*Ap. á su amo.*)

Partir dicen que queria.

DON JUAN.

Si sólo á su dueño espera,
Alabo la suerte mía.

ROBERTO.

Señor, aquí está el patron,
Y aquellos los dueños son.

DON JUAN.

Caballeros, Dios os guarde.

TIBALDO.

Bien vengais.

DON JUAN.

¿No vengo tarde?

ROBERTO.

Antes á buena ocasion.

DON JUAN.

¿Quién es dueño desta nave?

TIBALDO.

Este caballero inglés
Del Tuson y de la llave.

DON JUAN.

Déme, Señor, esos piés;
Que bien parece hombre grave.

ENRICO.

¿Qué me quieres, español?

DON JUAN.

Pasaje, si sois servido.

ENRICO.

¿No hay otro en todo el Ferrol?

DON JUAN.

Hoy dos urcas se han partido,
Dicen que al salir del sol.
Llegué tarde; por quien eres,
Que á Ingalaterra nos pases.

ENRICO.

Ni lo pidas ni lo esperes
Cuando solo te embarcases,
Cuanto más con lo que quieres.

DON JUAN.

Señor, rogádselo vos.

TIBALDO.

Milor, no pasen los dos,
Sino solo el caballero,
Y quédese el escudero;
Que lo merece, por Dios.

ENRICO.

Ahora bien: pase por ti.

TIBALDO.

Para vos solo hay pasaje.

DON JUAN.

Llevais un esclavo en mí.

TIBALDO.

Vuélvase el lacayo ó paje.

DON JUAN.

Roberto, quédate aquí:
Ya ves que no puedo más.
Ese caballo, que es bueno,
A algun frances venderás.

ROBERTO.

¿Que al fin me quedo al sereno!

DON JUAN.

Mañana á la villa irás,
Y contarás mi partida.

ROBERTO.

Primero que me despida,
Déjame hablar este inglés.

DON JUAN.

¿En qué?

ROBERTO.

Verásio despues
De mi lealtad conocida.
Sid, monsiur, una parola.
(*Ap. á Tibaldo*)

TIBALDO.

¿Qué quieres?

ROBERTO.

En una sola
Digo que tengo un caballo,
Que puede el sol envidiallo
Cuando su coche enarbola.

TIBALDO.

Bástale ser español
Para que le envidie el sol.

ROBERTO.

Era la joya estimada
De don Juan, señor de Andrada,
De Puentes de Eume y Ferrol.
De crin es largo, pequeño
De testa, color de hormiga,
De brazo y pierna cenceño,
Corpulento de barriga,
Y hidalgo como su dueño.
En lo que es carrera y paso
No le igualó Garcilaso:
La nariz de bravo ahueca;
Que es bizniéto de Babieca
Y pariente del Pegaso.
Cuando relincha, parece
Que habla, y por maravilla
Los tira de trece en trece.[1]
Fuerte freno y mejor silla
Su frente y lomo guarnece.
Este os daré, si me dais
Pasaje, y estad muy cierto
De que un tesoro llevais.

TIBALDO.

¿Está cerca?

ROBERTO.

Está en el puerto.
El de Alejandro embarcais.
Es linda pieza y de casta;
Ciento en herraduras gasta.
Podeis presentarlo al Rey,
O hacer casta: que es de ley,
Y á daros cien potros basta.
Mirad por dónde sois rico

TIBALDO.

Aguarda.—Milor Enrico,
Oid al oido.

ROBERTO.

(*Ap.* El cielo
Va conociendo mi celo.)
(*A don Juan.*) Que me lleve le suplico.

DON JUAN.

Pues ¿qué le das?

ROBERTO.

El caballo.

DON JUAN.

¿No es mejor venderle?

ROBERTO.

No;
Que á tener para comprallo,
Le comprara y diera yo,
A fe de hidalgo y vasallo;
Que precio seguirte más
Que si mil mundos me das.

ENRICO.

Venga el caballo, y embarca.

TIBALDO.

Patron, acosta la barca.

ROBERTO.

¿Voy á la nave?

TIBALDO.

Ya vas.

ROBERTO.

Pues traigo el caballo.

TIBALDO.

Parte.

DON JUAN.

¡Hay tal lealtad!

TIBALDO.

Español,
Tú puedes luego embarcarte.

DON JUAN.

Pues te vas de España ¡oh sol!
Yo voy al Norte á buscarte.—
Neptuno, encoge la rienda;
Vientos, cese la contienda;
Influye templanza, luna:
Don Juan de Castro, fortuna,
En tus manos se encomienda.
(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio del Príncipe.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, LA PRINCESA, RUGERO.

DON PEDRO.

Nadie me diga que paciencia tenga;
Que el temprano consuelo aumenta el [daño,
Sino paterno llanto me prevenga;
Que lo demas conozco que es engaño.
¡Ay hijo! el mar furioso te detenga,
Y ántes que tomes puerto en reino ex- [traño,
Envueltos mis suspiros en sus olas,
Te vuelva á las riberas españolas.

PRINCESA. (*Ap.*)

¿Qué haré yo ¡triste! que la causa he [sido
De tanto mal? ¿Cómo tendré paciencia,
Todo mi bien por mi ocasion perdido,
Para poder sufrir su larga ausencia!
¡Qué soñolientas aguas del olvido
Pondrán á mis memorias resistencia?
Mas ¿qué me aflijo yo, si esta partida
Halló el remedio de acabar mi vida?

RUGERO.

Si el hijo inútil que os dejó la suerte
(Que siempre deja el mal, el bien apar- [ta)
Quereis, pues ni os consuela ni divierte,
Que en seguimiento de su hermano par- [ta,
No habrá Scila feroz, Caribdis fuerte,
Por más que el turbulento mar reparta
Su fuerza entre las dos, que me de- [tenga,
Aunque otra Juno á contrastarme ven- [ga.
Veré del Lilibeo y Pusilipo
Las cumbres altas y al Volcan la frente;
Sin temer las sirenas ni el Euripo,
Las sirtes fieras del azul tridente.
Las regiones que el hijo de Filipo
Vió con su armado ejército en Oriente,
Yo solo pasaré; que puedo solo
Pasar, amor desnudo, al otro polo.
Dadme licencia; que si no le topo,
Pondré silencio al sucesor de Anquises;
Veré como otro César el Canopo,
Y la hija del sol como otro Ulises.
Haré que los apólogos de Isopo
O de los paladines de las lises
Parezcan con mis fábulas pequeños,
Siendo verdades lo que en ellos sue- [ños.

DON PEDRO.

Doblar, Rugero, al preso las prisiones,
Al enfermo el dolor, la pena al triste
Son tus vanas promesas y razones,
Con que se aumenta más que se resiste.
Si va don Juan por ásperas regiones,
Por montes que la mar de espumas [viste,
Es solo un rayo de la luz que vemos;
Mas si te fueses, ciegos quedaremos.
Sólo en el nombre tu padrastro he sido;
En lo demás soy padre verdadero.
Don Juan es hombre fuerte y entendido:
El hará como noble caballero.
Siga su estrella en alta mar perdido,
Y queda tú para mi bien, Rugero;
Que la crianza así el amor acendra,
Que el hijo ajeno con el alma engendra.

ESCENA XV.

ROSELA.—DON PEDRO, LA PRINCESA, RUGERO.

ROSELA.

Nuevas, y tristes nuevas, han venido.

DON PEDRO.

¿Más tristes que perderse el bien que [adoro?

ROSELA.

Un montañes, Señor, les ha traido.

DON PEDRO.

Habla, y aumenta mi cuidado y lloro.

ROSELA.

Don Juan á Ingalaterra se ha partido;
Que el caballero Enrico Lucidoro,
Que vino peregrino á Compostela,
Le dió pasaje, y hácia el Norte vuela.

DON PEDRO.

Ver quiero el mensajero.

PRINCESA.

Y yo contigo.
(*Vanse los Príncipes.*)

RUGERO.

Saber quiero lo que es.

ROSELA.

Detente un poco.

RUGERO.

Ya ves como por ti perdí un amigo
Tal, que puede el dolor volverme loco.

ROSELA.

¿Sabes como resulta en mi castigo,
Y que contigo á furia me provoco!

RUGERO.

¡Sabes como por ti sin alma quedo!

ROSELA.

¿Sabes como sin él vivir no puedo!

RUGERO.

Venganza tomaré en aborrecerte.

ROSELA.

Mejor lo hará el amor que me has te- [nido.

RUGERO.

En desprecio y en ira se convierte.

ROSELA.

¡Así te vieras de mi amor querido!

RUGERO.

Primero llegue mi temprana muerte,
Y cubra mi memoria eterno olvido.

ROSELA. (*Ap.*)

¡Ay almas de hombres! Tornasol pare- [ceu:
En un instante quieren y aborrecen.
(*Vanse.*)

[1] Tira los *relinchos* de trece en trece.

Playa en Inglaterra, inmediata á Plemúa.

ESCENA XVI.

DON JUAN.

(*Dentro.* ¡Valedme, Vírgen santa!
¡Santo Patron gallego,
Que en el fin de la tierra dais principio
Al límite de España,
Valedme; que me anegan
Pecados, más que el mar y el viento [fiero!)
(*Sale en una tabla.*)
¡Mi ruego al fin oístes!
¡Oh amada tierra mia!
Eres madre en efeto,
Como el agua madrastra.
Madrastras me persiguen:
¡Ay! quiera Dios que su rigor miti- [guen!
La nave desdichada
Queda en la mar, cubierta
Desde la cebadera á la mesana;
Salvéme con ayuda
De María y de Diego,
Que rogaron á Dios me diese vida
Para buscar su gracia.—
Mas ¿qué bulto en la arena
Sobre una tabla yace!
Hombre, ¿vives? ¿respiras?

ESCENA XVII.

ROBERTO.—DON JUAN.

ROBERTO. (*Dentro.*)
¡Ay triste! ¿Quién me llama?

DON JUAN.
¡Qué lleno está de arena, espuma y la- [ma!
Hombre, ¿tienes aliento?
Parece que conozco
Su cara... ¿Eres Roberto?

ROBERTO. (*Dentro.*)
Y tú ¿quién eres?

DON JUAN.
Yo soy don Juan.

ROBERTO.
¿Qué dices?

DON JUAN.
Lo que oyes.

(*Sale Roberto, con un portamanteo al cuello, lleno de agua.*)

ROBERTO.
¿Tienes alguna bota, por ventura?

DON JUAN.
Si me pidieras agua,
No poca me ha quedado.
Levántate.

ROBERTO.
Tu nombre me ha alentado.

DON JUAN.
¡Qué buen viaje hicimos!

ROBERTO.
¿Qué tierra es esta?

DON JUAN.
Extraña.
Sin joyas ni dinero, ¡bueno quedo!
Mas ¿qué es esto que traes?

ROBERTO.
El dinero y las joyas;
Que su virtud áun vale contra el agua.

DON JUAN.
Pues ¿cómo en tal peligro
Te acordaste del oro!

ROBERTO.
Tomélo por reliquias.

DON JUAN.
Ya no temo
El verme en tierra extraña.—
Mas oye; que el reflujo
Del mar un hombre hasta la orilla trujo.

ROBERTO.
Ya le arroja en la tierra.

DON JUAN.
Entra por él al agua;
Que puede ser que algun aliento tenga.

ROBERTO.
Aquí me espera.

DON JUAN.
Parte.

(*Vase Roberto.*)

Parece el caballero
Por quien me dió pasaje el Conde En- [rico,
Que muerto en el mar yace.
¡Cielo! su rostro veo.
Hizonos amistad su buen deseo.

ESCENA XVIII.

Vuelve ROBERTO *con* TIBALDO *en hombros.*— DON JUAN.

ROBERTO.
Agora es tiempo, Señor,
De mostrar valor inglés.

DON JUAN.
¿Es Tibaldo?

ROBERTO.
El mismo es.

DON JUAN.
¿Agora falta el valor!
Ánimo.

TIBALDO.
No puedo más.
Muero, español.

ROBERTO.
Él se muere.

DON JUAN.
Pues dile que en Dios espere.

ROBERTO.
¡Pesia tal! ¿adónde vas?

DON JUAN.
A buscar un confesor.

ROBERTO.
Y ¿déjasme solo aquí!

DON JUAN.
Pues ¿qué he de hacer?

ROBERTO.
Tenle ansí;
Que yo iré por él, Señor.—
Pero sospecho que estamos.....

DON JUAN.
¿Adónde?

ROBERTO.
En tierra de moros.

DON JUAN.
¿Cómo?

ROBERTO.
Tiémblanme los poros.
Este dinero escondamos.

DON JUAN.
Trae luego un confesor.

ROBERTO.
¿Qué parroquia ves aquí?
¿Quieres que algun alfaquí
Le ayude á morir, Señor?

TIBALDO.
¡Ay, español! no me pesa
De mi muerte.

ROBERTO.
Ya lo sé,
Sino de que en agua fué.

DON JUAN.
¡Oh qué linda flema es esa!
Tenle tú, y iré por él.

ROBERTO.
Par Dios, que has de perdonar.
Si tú le quieres soltar,
Ayúdele san Miguel;
Que apénas puedo tenerme,
Cuanto más á un hombre aguado.

DON JUAN.
El hombre se ha desmayado.

ROBERTO.
Yo apostaré que se duerme.

DON JUAN.
¡Ah Tibaldo!

TIBALDO.
Esto es morir.
Que debo dos mil ducados
Me aflige.

DON JUAN.
En esos cuidados,
Tibaldo, os puedo servir.
Vamos donde os confeseis;
Que yo los daré por vos.

TIBALDO.
Decid, español, por Dios,
Y de Dios paga tendréis.

DON JUAN.
Tenle.

ROBERTO.
Tu ingenio se agravia.
Por hombre de agua no quiero;
Yo le tuviera, á ser cuero
De vino de Ribadavia.
Déjale morir.

DON JUAN.
¿Tú eres
Cristiano!

ROBERTO.
Y tan bautizado,
Que un mar de agua me han echado.
Mas ¿cómo dices que quieres
Pagar los dos mil ducados,
Si las joyas y el dinero
No lo valen?

DON JUAN.
Darlos quiero,
Y áun se los diera doblados.
Entremos la tierra adentro:
Harémosle confesar,
Si es de cristianos.

ROBERTO.
¡Qué azar
De tan venturoso encuentro!
Mas ya que te has encargado
De las deudas deste inglés,
Págame á mí, pues ya ves
Que fuí en el precio engañado.

DON JUAN.
¿En qué precio?

ROBERTO.
Por nadar
En el mar que nos metió,
Un caballo me llevó,
Que ya es caballo de mar.
Si restituyes por él,
Dame trescientos ducados,
Y es de balde.

DON JUAN.
¡Qué cuidados!
Ten de aquí: vamos con él.

ROBERTO.
Estoy mirando si hay cruces

En todas estas montañas...
Islas parecen extrañas...
Y si la vista reduces
Al horizonte mayor,
Sólo nieve y montes ves. —
Voces oigo: ya no es
Isla desierta, Señor.

DON JUAN.

Sigamos hácia el lugar
Donde la voz has oido.

ROBERTO.

Deja ese cuerpo tendido,
O déle sepulcro el mar:
Que no es tu padre ó hermano.

DON JUAN.

Conmigo irá.

ROBERTO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Acuestas.

ROBERTO.

Mira estas ásperas cuestas.

DON JUAN.

A la virtud todo es llano:
De Dios galardon espero.

ROBERTO.

Tu piedad al mundo asombre.
Pero, Señor, lleva el hombre;
Que yo llevaré el dinero,
Hasta que un lugar hallemos.

DON JUAN.

Por extrañas desventuras
Comienzan las aventuras
De don Juan de Castro y Lémos.

ACTO SEGUNDO.

Campo cruzado por un camino.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, ROBERTO.

DON JUAN.

¿De qué te enojas conmigo?

ROBERTO.

¿No me tengo de enojar?

DON JUAN.

Antes debes alabar
Mi estilo, Roberto amigo.

ROBERTO.

Que has hecho como cristiano,
Don Juan, confesarte quiero;
Pero dar todo el dinero
Ha sido un hecho inhumano.
De sí mismo ¿no comienza
La caridad?

DON JUAN.

Es verdad;
Pero la necesidad
Te desenoje y te venza;
Que como sabes, el mar
Nos echó en Ingalaterra,
Que de Tibaldo era tierrra,
Que le acaban de enterrar.
Llevéle enfermo á su casa;
Murió con dos mil ducados
De deuda.

ROBERTO.

Deudos honrados
¿No supieron lo que pasa?

DON JUAN.

Ninguno quiso pagar,
Con ver su descomunion.

ROBERTO.

Eso esfuerza mi razon.
Pues ¿quién te pudo obligar?

DON JUAN.

Que aquel hombre no muriese
Descomulgado, y gozase
Tierra santa, y no quedase
Donde vil sustento fuese
De las aves y animales.

ROBERTO.

Lo que sus deudos no hicieron,
¿Te obliga á tí?

DON JUAN.

No quisieron,
Con ser hombres principales;
Y movióme á compasion
Un cristiano caballero:
Fuera de que en Dios espero
Que me dará galardon.

ROBERTO.

Ya que dar dos mil ducados
Te pareció cosa justa,
Digo que no me disgusta
(Pues de Dios serán premiados
Tus cristianos pensamientos)
Que absuelvas su excomunion,
Porque cosas dignas son
De tus heróicos intentos.
Mas lo poco que quedaba,
¿No era bueno para hacer
Bien por nosotros?

DON JUAN.

El ver
Que su mujer le dejaba,
Deudos y gente, sin misas,
Me hizo en misas gastar
Lo que me pudo quedar,
De que ya tarde me avisas.

ROBERTO.

¡Tarde! Pues tú ¿no sabias
Que habíamos de comer
Los vivos?

DON JUAN.

¿Qué puedo hacer?

ROBERTO.

No comer en treinta dias.
¡En responsos de un difunto
Gastabas tú cien ducados,
Que de los dos mil pagados
Quedaban no más!

DON JUAN.

Pregunto,
Roberto: cuando en el mar
Nos vimos, ¿no eran perdidos
Y en sus aguas sumergidos,
Y Dios los quiso librar?

ROBERTO.

Es verdad, y entónces fui
El ángel que los sacó.

DON JUAN.

Pues si allí Dios me los dió,
¿Qué mucho si á Dios los dí?

ROBERTO.

Ea, tú has perdido el seso,
O en esta montaña quieres
Ser ermitaño.

DON JUAN.

Que esperes
En Dios te pido.

ROBERTO.

Confieso
Que es bueno esperar en Dios;
Pero ya se pasa el dia,
Y no hay qué comer.

DON JUAN.

Confía
Que él nos ayude á los dos.

ROBERTO.

Si venias á ser santo,
¿No me avisaras allá?
Que mi condicion no está
Enseñada á sufrir tanto.
¡Que saliese aqueste muerto
Del agua y de mil pecados
A pescar dos mil ducados!

DON JUAN.

Calla y espera, Roberto.

ROBERTO.

¿A qué tengo de esperar,
Que de hambre rabio aquí?

DON JUAN.

¿No sientes voces?

ROBERTO.

¿Yo? sí.

DON JUAN.

¿En qué parte? ¿en qué lugar?

ROBERTO.

¿En qué lugar? En mis tripas,
Que de hambre voces dan.

DON JUAN.

Más tus sentidos serán,
Por el bien que participas
Del que habemos hecho al muerto.

ROBERTO.

El muerto ya no comía.
La parte que me cabía
Tomara en este desierto
En vino, carnero y pan
Y algun jamon de tocino.

DON JUAN.

Gente atraviesa el camino.
A Lóndres pienso que van.

ROBERTO.

¡Oh qué gente tan lucida!
Estos no han topado muertos.

DON JUAN.

¡Qué de bagajes cubiertos!
¡Qué gente tan bien vestida!
¡Oh qué gallardas libreas!
¡Qué bellas armas! ¡qué plumas!
¡Hay tal vista!

ROBERTO.

No presumas
Que pan, vino, carne veas:
Que no somos tan dichosos.

DON JUAN.

Dellos toman esta senda.

ROBERTO.

Yo tomara una merienda.

DON JUAN.

¡Gallardos hombres!

ROBERTO.

¡Famosos!

ESCENA II.

EL REY DE IRLANDA, MAURICIO, UN ARMERO, CRIADOS.—DON JUAN, ROBERTO.

MAURICIO.

Ya está cerca de Lóndres vuestra Alteza.
Si quiere prevenir alguna cosa,
Lugar secreto ofrece esta aspereza.

REY DE IRLANDA.

Por ver, Mauricio, la Princesa hermosa,

Clarinda en nombre, en hermosura Ele-
[na,
No me detiene esta arboleda umbrosa,
Ni este cristal que en esas piedras sue-
[na,
A quien ayudan tantas varias aves,
Y entre ellas con su llanto Filomena.
¡Dichoso aquel de tantos hombres gra-
[ves
Como van á estas justas, que merezca
Gozar sus ojos dulces y suaves!

MAURICIO.

La fortuna á tus méritos la ofrezca,
Si ayuda á quien los tiene la fortuna.

REY DE IRLANDA.

Entrar quiero primero que anochezca.

MAURICIO.

No quede atras de aquesa gente alguna.
(*Vanse el Rey y los suyos, ménos el Armero, á quien detiene don Juan.*)

ESCENA III.

DON JUAN, ROBERTO, EL ARMERO.

DON JUAN.

Ce, caballero, tenéos.

ARMERO.

¿Qué es, Señor, lo que mandais?

DON JUAN.

Que por merced me digais
El dueño destos trofeos.

ARMERO.

Es, hidalgo, el Rey de Irlanda.

DON JUAN.

¿A qu vino á Ingalaterra?

ARMERO.

Pues estando en esta tierra,
Y viendo el rumor que anda,
¿No sabeis lo que Eduardo
En todo el mundo pregona?
Vos solo sois la persona
Que lo ignora.

DON JUAN.

Presto aguardo
Daros la satisfacion:
Soy español, y no sé
La lengua bien.

ARMERO.

Yo os diré
Brevemente la ocasion.
Tiene el Rey de Ingalaterra
Una hija hermosa y linda.

DON JUAN.

¿Cómo es su nombre?

ARMERO.

Clarinda,
Luz suya y de aquesta tierra.
De su fama enamorados
Mil reyes, se la han pedido;
Pero sólo ha pretendido
Dar príncipe á sus estados
De mediana calidad
Y de excelente valor:
Y así pregona, Señor,
Que á Lóndres, su gran ciudad,
Acudan los pretendientes,
Donde á quien venza una justa
Darla por esposa gusta.

DON JUAN.

¡Premio y fiestas excelentes!

ARMERO.

Pero advierte que ha de ser
Caballero principal,
Y que de sangre real
Dos partes ha de tener,
De las cuatro que componen
Un hombre, que la merezca.
—Mas porque no me anochezca,
Vuestros deseos perdonen;
Que no puedo detenerme.
Adios.

DON JUAN.

Él os guarde así.
(*Vase el Armero.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, ROBERTO.

DON JUAN.

¿Haslo oido?

ROBERTO.

Señor, sí.

DON JUAN.

¡A qué punto vengo á verme
Sin dinero y sin amparo!
¡Oh qué gallarda ocasion
Para ensalzar el blason
De mi nombre ilustre y claro!
¡Ah Dios! ¿quién tuviera aquí
Con que pudiera mostrar
Qué valor me pudo dar
La sangre de quien nací!
¡Desdichado caballero!
¡En mi vida tendré honor!

ROBERTO.

Huélgome, por Dios, Señor,
Que eches ménos el dinero.
¿No fuera bueno tener
Aquellos dos mil ducados?

DON JUAN.

Ellos están bien gastados.

ROBERTO.

Bien, pues que no han de volver.

DON JUAN.

Pero soy hombre, Roberto,
Y caballero, y quisiera
Tener con que pretendiera
La joya deste concierto,
Por dar honra á toda España,
A Galicia y á los Castros,
Y que en bronce y alabastros
Escribieran esta hazaña.

ROBERTO.

Quien da, Señor, lo que tiene
Antes de su muerte, es bien
Que con un canto le dén.

DON JUAN.

Ya es hecho: sufrir conviene.
Esta ¿es ermita?

ROBERTO.

¿No ves
La cruz puesta y campanario?

DON JUAN.

Llama.

ROBERTO.

Será necesario.—
¡Padre!

ESCENA V.

FAUSTINO.—DON JUAN, ROBERTO.

FAUSTINO. (*Dentro.*)

Deo gracias. ¿Quién es?

ROBERTO.

Échese afuera y verá
Dos hombres que no han comido.

FAUSTINO.

Seais, Señor, bien venido. (*Sale.*)

ROBERTO.

¿Hay vino?

FAUSTINO.

No faltará.

DON JUAN.

Dios os guarde.

FAUSTINO.

¿Qué buscais?
¿Habeis errado el camino?

ROBERTO.

Habiendo acertado al vino,
¿Para qué lo preguntais?

FAUSTINO.

Hambre debeis de traer.

DON JUAN.

Quedarme con vos querria
Esta noche.

FAUSTINO.

Ayer tenia
Bien que daros á comer;
Y la gente que ha pasado
A las justas es de modo,
Que lo han consumido todo.

ROBERTO.

¿Ninguna cosa ha quedado?

FAUSTINO.

Pan y vino y fruta habrá.

ROBERTO.

¿Tiene huevos?

FAUSTINO.

No, por Dios.

ROBERTO.

¿Y gallinas?

FAUSTINO.

Habia dos;
Pero hurtáronmelas ya.

ROBERTO.

¿No hay algun ganso?

FAUSTINO.

No á fe.

ROBERTO.

Cecina alguna ¿no tiene?

FAUSTINO.

Con hambre notable viene.

ROBERTO.

No puedo tenerme en pié.
Tocino ¿no le ha quedado?

FAUSTINO.

De ningun modo quedó.

ROBERTO.

¿Ni un salchichon?

FAUSTINO.

Nunca yo
Vivo aquí tan regalado.
(*Éntranse.*)

—

Interior de la ermita.

ESCENA VI.

DON JUAN, FAUSTINO, ROBERTO.

FAUSTINO.

Sólo por los pasajeros
Tengo á veces lo que digo.
Pondré la mesa, y conmigo
Podrán cenar, caballeros;
Y sobre el pié del altar
Podrán pasar hasta el dia.
(*Pone una mesilla.*)

ROBERTO.

Mal se pasará, á fe mia,

Hasta el dia, y sin cenar.
Mire, padre, siempre tenga
Piés de puerco.

FAUSTINO.

¿Para qué?

ROBERTO.

Para que á quien viene á pié
Le dé pié para que venga.

FAUSTINO.

Él me da buenos consejos
Para la gente que pasa.

ROBERTO.

Piés de puerco en una casa
Son como zapatos viejos.
¿Tiene pollino?

FAUSTINO.

Sí tengo.

ROBERTO.

¿No le podremos cortar
Una pierna?

FAUSTINO.

Y ¿podrá andar?
¿No ve que en él voy y vengo
Por sustento á la ciudad?
—Caballero, ya está puesta
La mesa; sentarse resta.
No hay más de la voluntad.
Aquí hay fruta, pan y vino.

DON JUAN.

Sentáos primero, Señor.

FAUSTINO.

¿Qué teneis?

DON JUAN.

Cierto dolor.

FAUSTINO.

Vuestro cuidado imagino.
¿No aguardais la bendicion?
(*A Roberto.*)

ROBERTO.

Ya Dios lo tiene bendito;
Demas que yo no le quito
Su santa jurisdicion.

FAUSTINO.

Comed, caballero.

DON JUAN.

Estoy
Con poco gusto.

FAUSTINO.

¿Por qué?

ROBERTO.

No importa; yo comeré,
Que su sustituto soy.

DON JUAN.

Hállome pobre, y quisiera
En estas justas entrar.
Sacóme el cielo del mar,
Y trújome á la ribera,
Donde por la obligacion
De un hidalgo que he enterrado,
Dos mil ducados he dado.

FAUSTINO.

Obras santísimas son.
No esteis triste, ántes muy cierto
Que Dios os ha de premiar.
Deste vino os quiero echar,
Que puede dar vida á un muerto.
Tomad, bebed.

DON JUAN.

Bueno está.

FAUSTINO.

El corazon letifica.

ROBERTO.

¡Tomad, si el proverbio aplica!

DON JUAN.

Bebed vos.

FAUSTINO.

Yo bebo ya.

ROBERTO.

Espere, padre; que tiene
Una mosca.

FAUSTINO.

¿Dónde?

ROBERTO.

Aquí,
Y sacarésela ansí. (*Bébeselo.*)

FAUSTINO.

¡Deo gracias! Sediento viene.

ROBERTO.

Por siempre jamás amén.

DON JUAN.

Tú estás de famoso humor.

ROBERTO.

Como yo coma, Señor,
Me hallo en extremo bien.

DON JUAN.

La mesa podeis quitar.

FAUSTINO.

Hijo, muy tarde se hace.
Descansad, dormid. Si os place,
Rezad: veis aquí el altar.
(*Corre una cortina.*)

ROBERTO.

¿Mas que quiere que digamos
La dotrina?

DON JUAN.

Reza un poco.

ROBERTO.

Duérmome todo.

DON JUAN.

¡Estás loco!
¿No miras adonde estamos!

ROBERTO.

En rezando yo, Señor,
Luego es el sueño conmigo.
Acuéstate pues.

FAUSTINO.

Amigo,
¿Oye?

ROBERTO.

No me haga rumor.

FAUSTINO.

Si quiere una diciplina,
Aquí se la dejo al lado.

ROBERTO.

¿Tanto piensa que he cenado?
Vaya, padre, á la cocina.

FAUSTINO.

Deo gracias.

ROBERTO.

Muy bueno es dar
Gracias á Dios...

FAUSTINO.

¿Está loco?

ROBERTO.

Mas cuando ceno tan poco,
Nunca me suelo azotar.

FAUSTINO.

Buenas noches les dé Dios. (*Vase.*)

ROBERTO.

No [1] buena cama, á lo ménos.

DON JUAN.

Con los ojos de agua llenos,
Señor, me aparto de vos.

[1] No *da* buena cama.

Hacedme aquesta merced;
Que soy pobre y extranjero.
Dormirme un momento quiero.
Ojos, descanso tened.
(*Échanse y duérmense.*)

ESCENA VII.

TIBALDO.—DON JUAN y ROBERTO, *dormidos.*

TIBALDO.

Por secretos de Dios, que nadie entien[de,
Vengo desde el lugar donde resido,
Que un fuego y un deseo el alma encien[de
Del inmortal descanso prometido,
Para ayudarlo que don Juan pretende,
Y ser al beneficio agradecido
Que vivo recebí, pues ayudarme
Me puso en la carrera de salvarme.—
¿Duermes, don Juan de Castro?

DON JUAN.

¿Quién me llama?

TIBALDO.

Don Juan, despierta.

DON JUAN.

Estoy, estoy despierto.

TIBALDO.

¿Conócesme?

DON JUAN.

No sé; tu ardor me inflama.

TIBALDO.

¿Ya desconoces á Tibaldo, muerto?

ROBERTO.

¿Quién tira de la manta de la cama?

DON JUAN.

Despierta un poco: anímame, Roberto.

ROBERTO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Oye, que el muerto me ha llamado.

ROBERTO.

Mejor pienso que estoy destotro lado.

DON JUAN.

Mira que está aquí el muerto.

ROBERTO.

¡Lindo cuento!
Di que deje dormir los que están vivos.

DON JUAN.

Despierta, necio.

ROBERTO.

¡Ay cielos!

TIBALDO.

Oye atento.
De tu virtud los bienes excesivos,
La caridad y generoso intento,
Contra mis deudos míseros y esquivos,
Que usaste con mi cuerpo y alma, agora
En los cambios del cielo se atesora.
Dios te ampara, te premia y galardona.
Aguarda en este puesto; que mañana
Tendrás lo necesario á tu persona.

ROBERTO.

¡Válgame Dios! ¡Qué cuerpo ó sombra
[vana!...

TIBALDO.

Pretende la Princesa y la corona;
Sal á esa justa; que esta vega llana
Verá mañana el sol con mil vasallos,
Armas, libreas, galas y caballos.
No desconfies; que será muy cierto:
Y tú, Roberto, anima su esperanza,
Y mira que el favor que se hace á un
[muerto
De Dios el premio áun en la tierra al-
[canza.

ROBERTO.
Si os ha ofendido con hablar Roberto,
Su ignorancia mirad.

TIBALDO.
Ten confianza;
Que no se pierde el bien.

ROBERTO.
Por confirmallo,
Me holgara de saber de mi caballo.

TIBALDO.
Ese salió nadando, y algun dia
Irás honrado en él.

ROBERTO.
Dios se lo pague.

TIBALDO.
Conde, espera el favor que Dios te en- [via.

DON JUAN.
No habrá temor que mi esperanza estra- [gue.

TIBALDO.
Si yo te pago así la deuda mia, [gue;
Tambien es justo que tu amor me pa-
Que ayudarte ha de ser con un concier- [to.

ROBERTO. (*Ap.*)
¡Temerario hablador es este muerto!

DON JUAN.
¿Qué concierto ha de ser?

TIBALDO.
Que darme tienes
La mitad de las cosas que ganares.

DON JUAN.
Yo las prometo, si á ayudarme vienes.

TIBALDO.
Adios.

DON JUAN.
En él espero que me ampares.
(*Vase Tibaldo.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, ROBERTO.

ROBERTO.
¡Qué es esto!

DON JUAN.
Ya lo ves.

ROBERTO.
Tú te entretienes
Con tan sutiles sueños y manjares,
Que deben de ser éstas fantasías,
Que no comiendo ni durmiendo crias;
Que cuanto á mí, no sé que el vino agua-
Santo y bendito en santas vinajeras, [do,
Haya en mi entendimiento fabricado
Tan varias ilusiones y quimeras.

DON JUAN.
Roberto, si los dos lo hemos soñado,
Mañana lo verás.

ROBERTO.
Luego ¿lo esperas?

DON JUAN.
Hablar quiero á este monje y divertir- [me.

ROBERTO.
¿Muéreste?

DON JUAN.
No; mas quiero prevenirme.
(*Vanse.*)

—

Plaza en Lóndres.

ESCENA IX.

EL REY DE IRLANDA, EL DUQUE DE BORBON, EL REY DE SICILIA, *y detras*, EDUARDO DE INGLATERRA, CLARINDA, FLORIANA *y* ACOMPAÑAMIENTO.

BORBON.
Con justa causa alaban su hermosura.

REY DE SICILIA.
Mayores son las obras que la fama.

REY DE IRLANDA.
¡Dichoso el que tuviere tal ventura,
Caballeros, que goce desta dama!

BORBON.
Si yo la llevo á Francia, ¡cuán segura
Fama inmortal mi nombre eterno llama!

REY DE SICILIA.
Y si á Sicilia yo, ¿que mayor gloria
Me puede dar el tiempo en su memoria?

REY DE IRLANDA.
Si amor me ayuda, pienso honrar á Ir- [landa
Del soberano rostro de Clarinda,
Hermosa en cuanto Febo ilustra y anda
Del Tajo á la laguna Temerinda; [da,
Que si dicen que amor las fuerzas man-
¿Quién duda ¡oh reyes! que en la justa os [rinda,
En las vuestras estrago eterno hacien-
Por el laurel y palma que pretendo? [do

EDUARDO.
Estos, Clarinda, son tus pretendientes;
Quiero decir que son los de más nom- [bre,
Más no te digo, porque no te asombre.
Todos pretenden coronar sus frentes.

FLORIANA. (*A Clarinda.*)
¿Parécete el de Irlanda gentil hombre?

CLARINDA.
Como del más gallardo estoy dudosa,
Detengo el alma, y no reparo en cosa.
¿Qué tal será mi dicha, Floriana,
(*Ap. á ella.*)
Si algun príncipe bárbaro y robusto
Por su fortuna próspera me gana,
Y me casase el Rey contra mi gusto?

FLORIANA.
La tuya no será tan inhumana.
Tú mereces el bien; el cielo es justo.
Hoy comienzan las justas, y hoy sospe-
Que verás tu deseo satisfecho. [cho

EDUARDO.
Vamos, Clarinda, al puesto donde veas
La fiesta más notable que vió Roma
En su dorada edad, y vista seas
De cuanto rey por ti las armas toma.

CLARINDA.
Advierte bien, Señor, en quién me em- [pleas.

REY DE IRLANDA.
Ya el sol hermoso en el Oriente asoma.

BORBON.
Ya sube á los balcones. ¡Francia viva!

REY DE SICILIA.
¡Sicilia!

REY DE IRLANDA.
¡Irlanda!

CLARINDA. (*Ap.*)
Hoy he de ser cautiva.
(*Vanse.*)

—

Campo y ermita.

ESCENA X.

DON JUAN, FAUSTINO.

DON JUAN.
Que ha sido engaño recelo,
Pues con su carro oriental
Discurre el sol por el cielo,
Y en arroyos de cristal
Baja deste monte el hielo;
Y no relincha un caballo,
Ni un hombre de tantos hallo
Como me promete el muerto.

FAUSTINO.
¿Adónde es ido Roberto?

DON JUAN.
Por ese monte á buscallo.

FAUSTINO.
Suspenso estoy con razon.

DON JUAN.
Mal hice en crédito dar,
Faustino, á aquella vision,
Pues la gloria de esperar
Ha de aumentar mi pasion.
Mejor me fuera haber ido
A la Corte disfrazado;
Que de muchos que han venido
Pudiera tomar prestado
Armas, caballo y vestido;
Pues como á alguno llegara
Y le dijera quien soy,
Yo sé que no lo negara:
Carta siendo Castro soy,
Y el sobrescrito es la cara.

FAUSTINO.
El de Castro ¿es tu apellido?

DON JUAN.
No mira en España el alba
Un hombre más bien nacido.
Yo soy Conde de Villalba.

ESCENA XI.

ROBERTO.— DICHOS.

ROBERTO.
Albricias, Señor, te pido.

DON JUAN.
¿Qué has visto?

ROBERTO.
Lengua quisiera
Con que contarlo pudiera.
Basta, que ya la verdad,
El favor y la amistad
Sólo en los muertos se espera.

DON JUAN.
¿Cómo?

ROBERTO.
Escucha lo que digo.
Yo he visto en negro escuadron
La gente de aquel tu amigo,
Como suele procesion
De hormigas venir con trigo.
Delante, en presencia extraños,
Traen por el verde suelo
Cien hombres de pocos años
Casacas de terciopelo
Sobre caballos castaños.
Viene un alférez tras ellos
Rojo de barba y cabellos
Con una bandera negra,
Pero tan galan, que alegra
Como el sol que luce en ellos.
Luego que aqueste se ve,
Con un morcillo español
Doce escuderos de á pié,

Que el embarcado en Ferrol
Ménos de tu gusto fué.
Trae de negro terciopelo
Paramentos hasta el suelo
Sobre tela acuchillados,
De tantas flores sembrados
Como de estrellas el cielo.
Atada trae una espada
Con una liga al arzon,
Y una lustrosa celada,
Todo enlazado el codon
Y la frente en blanco armada.
Detras treinta acemileros
Con armas, lanzas, vestidos,
Cubiertos con reposteros,
Por donde se ven lucidos
Brillar los blancos aceros.
Reparé en las armas luego
Deste escuadron, que al sol ciego
Dejaba en el verde llano
Con su luz, y era una mano
Sacando un alma de un fuego.—
Ven, Señor, pues armas tienes.

FAUSTINO.

Salgámosle á recibir.

DON JUAN.

Con nuevas, Roberto, vienes
Que me importan el vivir.

ROBERTO.

Pues alto. ¿Qué te detienes?

DON JUAN.

Padre, con tu bendicion
Me parto á ver esta gente.

FAUSTINO.

Dios te la dé.

DON JUAN.

Cosas son
Del cielo.

FAUSTINO.

Tu vida aumente.
Ya llega el fuerte escuadron.

DON JUAN.

Por estos riscos abiertos,
De varias plumas cubiertos
Vienen á usanza de guerra:
¡Paga el cielo acá en la tierra
El hacer bien á los muertos!

(*Vanse.*)

ESCENA XII.

BELARDA, LISENO, FELICIO.

BELARDA.

Deja por mi fe el azada;
Verás cubrir los caminos,
Liseno, de gente armada.

LISENO.

Belarda, sus temples finos
Lucen como limpia espada.
Subido en aquella peña
De léjos miré la enseña.
¡Voto al sol! gallardos van.

BELARDA.

Hoy bajaba un capitan,
Aunque de escuadra pequeña,
Con más colores que el prado.
La ocasion le pregunté
A un escudero ó soldado.

FELICIO.

Y ¿qué te dijo que fué?

BELARDA.

Que en Lóndres se han pregonado
Justas, torneos y fiestas.

LISENO.

Y ¿supiste la ocasion?
Que bien serán manifiestas.

BELARDA.

Cosas de los Reyes son,
Y en sus consejos dispuestas.
Clarinda de Ingalaterra
Se quiere casar por guerra;
Que debe de adivinar
Que el no acertarse á casar
La paz del alma destierra.
Y el que la ha de merecer,
Dicen que la ha de ganar;
Pues cuando el tomar mujer
Comienza por tal pesar,
¡Cómo acabará en placer!
Porque el Rey dársela quiere
Al que más valiente fuere.

FELICIO.

Menester há ser valiente
Quien se casa y se arrepiente.

BELARDA.

Cordura y paciencia espere.
Basta, que aquesa mujer
Como ganso viene á ser;
Que el que más sin estropiezo
La tirare del pescuezo,
Ese se le ha de comer.

LISENO.

No tiene el Rey heredero,
Y querrá que á Ingalaterra
Gobierne un gran caballero;
Que quien se casa por guerra
Hará los hijos de acero.
Yo pienso partirme allá.

BELARDA.

Desde ayer dicen que está
La Infanta en un mirador.

FELICIO.

¿Es joya de esgrimidor?

LISENO.

Luego ¿son las fiestas ya?

BELARDA.

Una dicen que fué ayer,
Porque tres las justas son.

FELICIO.

Vámoslas todos á ver.

BELARDA.

¡Que venga tanto escuadron
Para una flaca mujer!

FELICIO.

Si sólo para ganalla
Es menester el que ves,
Ya, habiendo de conservalla,
A fe que importa despues
Doblado para guardalla.

BELARDA.

Con tres cosas la mujer
Está muy bien defendida:
Con casarse á su placer,
Y el vestido y la comida
Sobrado en casa tener;
Y no darla jamás celos;
Que hay mujer que estos desvelos
A mil venganzas la obligan.

LISENO.

Ellas sus achaques digan,
Y á mí me libren los cielos.
Pero si quereis venir,
Vamos á aprestar en qué.

FELICIO.

Todos habemos de ir.

LISENO.

Pues es cerca, voyme á pié.

FELICIO.

Y yo te quiero seguir.

BELARDA.

¡Qué de rüido se ve
Para casarla!

FELICIO.

Yo sé
Que aunque agora grande ha sido,
Será mayor el rüido
Despues que casada esté.

(*Vanse.*)

—

Galería provisional ó entoldado contiguo á la plaza del torneo.

ESCENA XIII.

Tocan cajas. EL REY DE IRLANDA, *armado y sin celada, y con una lanza rota.*

¡Maldiga el cielo mi cruel fortuna,
Mis fuerzas, mi destreza, mis caballos,
Mis armas, si tuvieron culpa alguna,
Mi espada, mis criados, mis vasallos!
Mis pensamientos vi sobre la luna:
Bien puedo á los abismos derriballos.
Hoy quedo sin honor, hoy rabio, hoy muero.
Perdí á Clarinda: ¿qué remedio espero?

ESCENA XIV.

EL DUQUE DE BORBON.—EL REY DE IRLANDA.

BORBON.

¡Abriérase la tierra en el instante
Que te perdió Borbon, Clarinda bella!
¡Faltara el sol á tan cobarde amante,
Y el centro oscuro me ocultara en ella!
¿De qué sirvió gallardo y arrogante
Contra el rigor de mi enemiga estrella
«Viva Francia» decir, pues hoy la afrento?
Perdí á Clarinda: ¿qué remedio intento?

ESCENA XV.

EL REY DE SICILIA. — DICHOS.

REY DE SICILIA.

Vuélvanse fieros áspides las hojas
Del laurel que esperaba mi cabeza,
Clarinda celestial, pues hoy me arrojas,
Como á Luzbel, del sol de tu belleza.
Hoy del valor, fortuna, me despojas,
Que me dieron mis armas y nobleza:
El nombre ilustre de Sicilia ofendo.
Perdí á Clarinda: ¿qué vitoria emprendo?

BORBON.

Rey de Irlanda...

REY DE IRLANDA.

Borbon, de Francia gloria...

BORBON.

Príncipe de Sicilia, ¿qué es aquesto!

REY DE SICILIA.

Nuestra comun desdicha, y la vitoria
De quien nos ha vencido y descompuesto.

REY DE IRLANDA.

De lo que pierdo, pierdo la memoria,
Aunque es gran bien, y sólo siento en esto
La envidia de que un hombre tanto pueda,
Pues vitorioso de cien hombres queda.

BORBON.

¿Sabe alguno quién es?

REY DE SICILIA.

De ningun modo.

REY DE IRLANDA.

El caballero Negro se apellida,
Por ser vestido y armas negro todo.

REY DE SICILIA.

No vi tanto valor de hombre en mi vida.

BORBON.

¿Es español, es aleman, es godo?

REY DE IRLANDA.

Ni sé quién es, ni en qué region resida;
Mas sé muy bien que hazañas tan gentiles
No las hicieron Telamon ni Aquiles.

BORBON.

El Rey mandó seguirle.

REY DE SICILIA.

Querrá verle.

REY DE IRLANDA.

Si el rostro iguala al talle, él es gallardo.

BORBON.

Pues la Infanta ya debe de quererle.

REY DE SICILIA.

¿Si es español?

REY DE IRLANDA.

Saberlo presto aguardo.

ESCENA XVI.

DON JUAN, *armado;* CRIADOS, *que vienen desarmándole.*—DICHOS.

DON JUAN.

¿Por qué no hablais, pues me quitais las armas?
¡Válgame Dios! ¡ninguno tiene lengua!

REY DE IRLANDA.

Desarmándole vienen sus criados.

DON JUAN.

Pocó á poco, señores, ménos priesa.
Ya que no hablan, no se vayan luego.
¿Adónde está Tibaldo? Mas ¿qué digo!
¿Cómo pregunto á mudos por un muerto,
Pues ni ellos hablarán, ni él tiene vida!
Mas digo mal; que vida inmortal tiene.
Señores, pues me quitan esta espada,
Démme otra. Buena es esta. ¿No hay sombrero?
Ya le traen. ¡Qué bueno! ¡qué á propósito
Coronado de plumas y de piezas!
Suplicoles tambien que me dén capa.
¡Qué famosos criados! ¿Qué rey puede
Con tal puntualidad, riqueza y gusto
Servirse de su gente en todo el mundo?
Señales hacen de querer partirse.
Adios, señores. ¿Volverán mañana?
Dicen que sí. ¿Traeránme otro caballo,
Armas, plumas y galas diferentes?
Con la cabeza muestran que sin falta.
Las colores por señas me han pedido.
Pues hoy salí de negro, sea de blanco.
¿Que sí? Guárdelos Dios: vengan con tiempo;
Que hoy habemos ganado (á Dios la gloria)
El principio no más desta vitoria.

(*Vanse los criados.*)

BORBON. (*Ap. á los dos Reyes.*)

Las armas se han llevado y queda solo.

REY DE SICILIA.

Sin duda quiere solo pasearse,
Por ver á Lóndres con mayor secreto.

REY DE IRLANDA.

Ya no parece de su gente un hombre.
¿No sabremos quién es?

BORBON.

Lleguemos juntos.

REY DE SICILIA.

Y áun la vida era bien quitalle agora.

DON JUAN.

(*Ap.* Parece que me miran estos hombres,
Codiciosos quizás de conocerme,
Y por dicha animados de la noche.)
¿Quieren alguna cosa, caballeros?

REY DE IRLANDA.

Saber quién sois.

DON JUAN.

Un hombre.

REY DE SICILIA.

Diga el nombre.

DON JUAN.

El caballero Negro me apellido.

BORBON.

¿Qué patria?

DON JUAN.

Todo el mundo.

BORBON.

¡Buena patria!

REY DE IRLANDA.

¿Qué nacion?

DON JUAN.

La de Adan.

REY DE IRLANDA.

¿Qué padre?

DON JUAN.

El mismo.

REY DE IRLANDA.

¿A qué vino á estas fiestas?

DON JUAN.

Sólo á vellas.

REY DE IRLANDA.

Diga verdad.

DON JUAN.

Pues si verdad les digo,
A derribar cobardes, y á llevarme
De camino á Clarinda; que hoy la he visto,
Y pierdo el seso por sus dulces ojos.

REY DE IRLANDA.

¿Ha derribado á muchos?

DON JUAN.

Más de treinta,
Y entre ellos á tres hombres de importancia,
Reyes los dos de Irlanda y de Sicilia,
Y el otro Duque de Nemors en Francia.

BORBON.

Creo que no son ellos; que serian
Sus escuderos.

DON JUAN.

Basta, y yo lo creo;
Que tan cobardes hombres no podian
Ser príncipes tan altos.

REY DE SICILIA.

En la lengua
Pareces español.

DON JUAN.

Los españoles
Por la espada y las obras lo parecen;
Que por la lengua pocos, ó ninguno,
Y por eso la saco de la vaina.

BORBON.

¡Muera el villano!

REY DE SICILIA.

¡Muera el arrogante!

DON JUAN.

Agora lo veréis.

(*Mételos á cuchilladas.*)

REY DE IRLANDA.

¡Oh fiero monstro!
Deten la furia.

DON JUAN.

¿Huis? Pues nunca os sigo;
Que no es cuerdo el que aprieta á su enemigo.

(*Vanse.*)

Campo.

ESCENA XVII.

UN MAYORDOMO DEL REY DE INGLATERRA, CRIADOS, ALABARDEROS. *Despues,* DON JUAN.

MAYORDOMO.

¿Aquí decís que armaron sus criados
La negra tienda al caballero Negro?

UN CRIADO.

Aquí la vimos al salir el alba,
Y aquí mudó caballos y aderezos;
Pero ya no parece en todo el campo.

(*Sale don Juan.*)

MAYORDOMO.

Allí va un hombre. —¡Hola! cualquier que seas,
¿Sabrás decirme hácia qué parte tiene
Su tienda el caballero Negro?

DON JUAN.

Agora
Estaba aquí. Mas ¿quién ó por qué causa
Por él pregunta?

MAYORDOMO.

¿Conoceisle acaso?

DON JUAN.

Como á mí le conozco.

MAYORDOMO.

Caballero,
El Rey me envia en busca suya, y traigo
Un recado amoroso de Clarinda,
En que le manda, y si es bien dicho, ruega,
Que vaya á los saraos aquesta noche,
Porque tiene deseo justamente
De ver su rostro: si sabeis qué parte
Del campo nos lo encubre, estad seguro
Que importa su remedio.

DON JUAN.

Inglés ilustre,
Yo soy el caballero, que he dejado
Mi tienda por buscar un criado mio,
Que en la refriega que esta tarde tuve,
De suerte se metió en los enemigos
Con la espada no más, que temo y pienso
Que me le han muerto.

MAYORDOMO.

Dios le libre y guarde.
Por ser cosa que vos estimais tanto.
Pero suplicoos que vengais conmigo;
Que yo haré que le busquen estas guardas.
¿Cómo se llama?

DON JUAN.

Llámase Roberto.

UN ALABARDERO.

¿Qué nacion?

DON JUAN.

Español.

EL ALABARDERO.

Perded cuidado.

DON JUAN.

Pues vamos á palacio.

MAYORDOMO.

Yo os prometo
Que ha de valerme albricias el llevaros.

DON JUAN.

Muy bien decís. Tomad esta cadena.

MAYORDOMO.

No lo digo por vos; por el Rey digo.

DON JUAN.

Habeisla de tomar.

MAYORDOMO.

El cielo os guarde

DON JUAN. (*Ap.*)
¡Ay, Clarinda, bellísima luz mia!
Mil años há que te amo en solo un dia.
(*Vanse.*)

—

Sala del palacio del Rey de Inglaterra.

ESCENA XVIII.

CLARINDA, FLORIANA.

FLORIANA.
¿Desta manera te sientes?

CLARINDA.
Desta manera me siento:
Con pinceles de accidentes
Retrato en mi entendimiento
Los ojos de un hombre ausentes.
El aire, la valentía,
Gracia, donaire y destreza,
Gentileza y gallardía
Que suelen en la belleza
Hacer divina armonía,
Todas se juntan en él.

FLORIANA.
Tienes, Clarinda, razon
En apasionarte dél:
Que su mucha perfeccion
Habla en las almas por él.
¡Plega al cielo que suceda
Lo mismo en tu padre el Rey!

CLARINDA.
Buscarle, tratando queda.

FLORIANA.
Conforme al concierto, es ley
Que te goce el que más pueda;
Y si su nobleza y trato
Conforma con su valor,
Él es de un Héctor retrato.

CLARINDA.
Fuera no tenerle amor
Ser á los cielos ingrato.
Su nobleza considera,
Porque efeto semejante
De no ménos causa fuera.

FLORIANA.
Tú, para todos diamante,
¡Eres á sus armas cera!

CLARINDA.
¿Qué quieres? Deben de ser
Estrellas que nos conforman.
(*Éntranse.*)

ESCENA XIX.

EL MAYORDOMO, DON JUAN, ROBERTO.

MAYORDOMO.
Desde aquí la podeis ver.

DON JUAN.
Los ojos al alma informan
Que me tengo de perder.

MAYORDOMO.
Yo voy á hablar á su Alteza,
Porque os salga á ver. (*Vase.*)

DON JUAN.
Y yo
Adoraré la belleza,
Entre tanto, que formó
La hermosa naturaleza,
Formando un ángel del cielo
Por ejemplar y modelo.

ROBERTO.
¿Que ya tan perdido estas!

DON JUAN.
No puedo, Roberto, más:
Ya soy fuego, ya soy hielo.
Este es el primero amor
Que á nadie tuve en mi vida.

ROBERTO.
Disculpa tienes, Señor.

ESCENA XX.

Vuelven CLARINDA y FLORIANA.—DON JUAN, ROBERTO.

DON JUAN.
No hay quien hablarla me impida,
Si no es mi propio temor.

ROBERTO. (*Ap. á su amo.*)
Señor, de mi parecer,
Aprovecha la ocasion.

DON JUAN.
¿Qué engaño podré yo hacer?

ROBERTO.
Los principios de amor son
Engaños de hombre y mujer.
Di que le traes un recado
Del caballero español.

DON JUAN.
Voy.

ROBERTO.
Y yo voy á tu lado.

DON JUAN.
Desvía.

ROBERTO.
Si vas al sol,
Llévame para nublado.

DON JUAN.
Clarinda, cuya hermosura
De polo á polo se extiende,
Cuya fama, aunque procura
Decir lo que en vos entiende,
Queda en vuestra lumbre escura:
Aquel negro caballero
(Mejor la ventura tenga,
Como en el cielo lo espero)
Miéntras á besaros venga
Las manos...

ROBERTO. (*Ap. á su amo.*)
Prosigue.

DON JUAN.
(*Ap.* ¡Muero!)
A que os las bese me envia,
Y deciros que mañana
Veros y hablaros querria;
Que vuestra luz soberana
Fué rayo en el alma mia...
Digo, en la de mi Señor.

ROBERTO. (*Ap.*)
Turbado está.

CLARINDA.
A gran favor
Tengo el cuidado que tiene;
Mas ¿por qué á verme no viene,
(*Ap.* Pues viene á matar de amor?)
Decilde que agravio ha sido,
Habiéndole el Rey llamado,
No haber á verle venido.

FLORIANA. (*Ap. á Clarinda.*)
Si el dueño es como el criado,
Dichosa en extremo has sido;
Y suplícote, Señora,
Pues te has de casar con él,
Tenga yo marido agora.

CLARINDA.
Si estos son los rayos dél,
Bello sol el alma adora.

FLORIANA.
Es sin duda que será
Más bello el sol que los rayos.
Suspenso viéndote está.

DON JUAN. (*Ap. á Roberto.*)
¡Qué dulcísimos desmayos
Clarinda á las almas da!

CLARINDA.
Yo prometo, Floriana,
Darte el criado mejor
De mi esposo.

FLORIANA.
Es cosa llana
Que será aqueste.

DON JUAN. (*Ap.*)
¡Ay, valor
Del cielo con cifra humana!

CLARINDA.
Caballero...

DON JUAN.
¡Infanta bella!

CLARINDA.
¿De dónde es el dueño vuestro?

DON JUAN.
La lengua lo dice en ella:
Que soy español os muestro,
Y que los dos somos della.

CLARINDA.
¡Bella patria! Mas deseo
Saber si es noble, aunque creo
Que su riqueza y grandeza
No estuviera sin nobleza,
Ni intentara lo que veo.

DON JUAN.
Aunque de reyes no es hijo,
Es descendiente de reyes.

CLARINDA.
Que dellos desciende, dijo.

DON JUAN.
Y de hombres que han dado leyes
A los Estados que rijo...
Que rige, decir quería.

ROBERTO. (*Ap. á su amo.*)
¡Qué turbado estás!

DON JUAN.
Los fines
De España, su patria y mia,
Su mar, deste mar confines,
Adonde amanece el dia,
Son de su padre el estado,
Príncipe y Señor de salva,
Y agora, por no heredado,
Sólo Conde de Villalba
Es en Galicia llamado.
Tiene madrastra, por quien
Dejó á España, y hizo bien.
Era Sandoval su madre;
Llaman don Pedro á su padre
De Castro, y Lémos tambien,
Y él se apellida don Juan.

FLORIANA.
¡Qué nobles señas te dan!
Pero á mi bien me parece
El mensajero.

CLARINDA.
¿Merece
Tus ojos?

FLORIANA.
Tras él se van.

CLARINDA.
Yo ruego al cielo que sea
Don Juan de aquesta persona.

DON JUAN.
No quiero que el Rey me vea.

Dirásle aquesto, y perdona;
Que verme don Juan desea,
Porque le lleve de tí
Las nuevas que está esperando.

CLARINDA.

Y ¿qué le dirás de mí?

DON JUAN.

Que tambien matas hablando,
Y que sin alma te vi.

CLARINDA.

Dile que verle deseo,
Y dale esta banda verde,
Que lleve para trofeo.

DON JUAN.

Si con esta empresa os pierde,
Mal de sus hazañas creo;
Pero si ella es esperanza,
Y vuestra, que en fin es justa,
Vos veréis que el premio alcanza.

CLARINDA.

¿Qué color traerá en la justa?

DON JUAN.

Blanco del alma en la lanza.

CLARINDA.

Dalde á don Juan de mi parte
Mil encomiendas.

DON JUAN.

Sí haré.

(*Vanse don Juan y Roberto.*)

ESCENA XXI.

CLARINDA, FLORIANA.

CLARINDA.

¡Quién fuera donde éste parte!

FLORIANA.

Si es como éste airoso á pié,
Él es Adonis y Marte.
Mira que me le has de dar.

CLARINDA.

Daréte al mayor amigo
Que tenga.

FLORIANA.

No hay que aguardar
A otra ocasion, pues contigo [1]
Me puedo agora casar.
¡Bella nacion la española!

ESCENA XXII.

EL REY EDUARDO, EL MAYORDOMO.—DICHAS.

EDUARDO.

¿Aquí quedó el español?

MAYORDOMO.

Sí, Señor.

EDUARDO.

¿Cómo estás sola?
Mas dirás que se fué el sol
Que la virtud acrisola.

CLARINDA.

¿Qué sol dices?

EDUARDO.

El que espero
Dar por luz á Ingalaterra,
El español caballero
Que tanto valor encierra
En el fresno y blanco acero.

CLARINDA.

Un criado suyo hablé;
Que el español no le vi.

MAYORDOMO.

Él te engañó, porque él fué.

EDUARDO.

¡No te quedaras aquí!

MAYORDOMO.

Confieso, Señor, que erré.

EDUARDO.

¿Qué te dijo?

CLARINDA.

Su nacion
Y su nombre, que sabrás
De espacio.

EDUARDO.

¡Gran discrecion!
Por no declararse más
Si no lleva el galardon.
Entra; que tengo que hablarte.

CLARINDA.

Floriana, aquel concierto
Por fuerza habré de quebrarte;
Que si este es don Juan, te advierto
Que mires en otra parte;
Que pues el mayor amigo
Juré de casar contigo,
Aquel que vino con él,
Te toca.

FLORIANA. (*Ap. á Clarinda.*)

¡Engaño cruel!
¡Mi mala suerte maldigo!

CLARINDA.

A mí el engaño me salva.
Era el sol, dijo que el alba:
Busca otro nuevo galan,
Porque yo soy de don Juan,
Conde y señor de Villalba.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DE IRLANDA, MAURICIO, CRIADOS.

REY DE IRLANDA.

Tarde, Mauricio, has llegado
Con armas, gente y vestidos:
Fin á las fiestas se ha dado,
Con que quedamos vencidos,
Y nuestro honor derribado.
Perdímos las esperanzas
De la hermosa posesion.
Ya no hay que temer mudanzas.

MAURICIO.

Pues ¿cómo ese galardon
De tu pensamiento alcanzas?
¿Ese respeto ha tenido
Eduardo á tu valor?

REY DE IRLANDA.

Lo que digo ha sucedido.

MAURICIO.

Cuéntame el caso, Señor.

REY DE IRLANDA.

Dame un rato atento oido.
Vino del fin de la tierra,
Donde el claro mar de España
La torre de Hércules mira,
De Roma un tiempo atalaya.
Digo, de la tierra misma
Que con su cuerpo consagra
El apóstol, de Dios primo,
Y les dió la roja espada,
Don Juan de Castro, famoso
Conde y señor de Villalba,
Del Príncipe de Galicia
Hijo: así agora le llaman.
Este gallardo mancebo
Entró, Mauricio, en la plaza
Para la justa primera
Con nuevas armas y galas:
Negras y amarillas plumas,
Negra y pajiza casaca,
Negro el caballo, y la gente
Vestida de negras bandas.
Su empresa no fué entendida,
Que era un brazo que sacaba
Del fuego del purgatorio
Un alma con oro y plata.
Dijeron que el brazo algunos
A Clarinda retrataba,
El purgatorio al amor,
Y aqueste don Juan el alma.
Otros con otros sentidos
Del pendon y empresa hablaban,
Hasta que hablaron sus hechos,
Con que hasta la envidia calla.
Las hazañas de aquel dia
Las de Héctor y Aquíles paran,
Porque derribó en el suelo
Cien hombres con veinte lanzas.
Las del segundo, Mauricio,
De las del primero pasan;
Sólo tuvo diferencia
En blancas armas y galas,
Blancas plumas, y cubiertas
De blanca plata bordadas;
El caballo, como un cisne,
Clines hasta el suelo blancas;
Blancos vestidos sus gentes
Hasta las dagas y espadas;
Sobre una blanca bandera
De oro y colores pintada
Aquella misma divisa,
Mano, letras, alma y llamas,
Por que las letras decian:
«Esta es la deuda y la paga;»
Y dirálo por Clarinda,
Que le remedia y abrasa.
Lo que pareció galan
Hasta agora se alabara,
A no dar más ocasion
Sus peregrinas hazañas.
Llegóse el tercero dia,
Y amaneció con el alba
Don Juan, como el mismo sol,
Hasta que salió la Infanta;
Que entónces ni el sol ni él
Tuvieron más luz ni gracia,
Y si tuvieron alguna,
Fué de Clarinda prestada.
Trujo el de España este dia
Cubiertas de verde y nácar
Verdes y encarnadas plumas
Y libreas encarnadas;
Sobre un overo español,
Que cada vez que pisaba
Juraras que sobre fuego
Iba poniendo las plantas;
Sobre un carmesí pendon
Empresa y letras doradas,
Alma, llamas, mano y cifra
De su amor y su esperanza.
Si los dos primeros dias
Nos echó de la estacada,
Este tercero, Mauricio,
Con la lanza y con la espada
Nos echó de la ciudad
Y del templo de la fama,
Que ya le pone el laurel;
Y el debido premio aguarda
En palacio, donde queda
Codiciado de la Infanta,
Admirado de los hombres,
Y adorado de las damas.

[1] *Cuando tú, al tiempo que tú.*

MAURICIO.

Ventura notable ha sido.

REY DE IRLANDA.

Valor, Mauricio, dirás;
Que le alabo aborrecido,
Pues su virtud puede más
Que la envidia que he tenido.
Aunque yo quedo de suerte,
Que he de procurar su muerte,
Y al reino de Ingalaterra
A fuego y sangre hacer guerra
Con un ejército fuerte.
La razon no fué vencer
Estas justas.

MAURICIO.

Pues ¿qué ha sido?

REY DE IRLANDA.

Quisímosle acometer
Yo y más de algun ofendido
De que goce esta mujer,
Y á tres tan mal nos trató,
Que una banda que perdí,
Luego á palacio llevó,
Y dijo donde lo oí:
«Esta en Irlanda se vio.»
Corrime, y sobre picado,
Mauricio, ocasion me ha dado
A volver con gente aquí.

MAURICIO.

Sospecho, Señor, que allí
Anda el amor disfrazado.
Él te obliga á tal furor.

REY DE IRLANDA.

Entre el honor y el amor
Está la culpa de todo;
Mas yo pienso hacer de modo
Que amor vuelva por mi honor,
Y donde entienda Eduardo
A quien agravia y ofende.

MAURICIO.

Mal para todos aguardo.
Veamos si le defiende
El bravo español gallardo.

(*Vanse.*)

—

Sala del Real palacio.

ESCENA II.

DON JUAN, ROBERTO.

ROBERTO.

Hasta la noche ¿no puedes
Tener paciencia y prudencia?

DON JUAN.

Hasta la noche es ausencia
Del fin de tantas mercedes.
Haz cuenta que estoy ausente
Miéntras no gozo mi bien;
Que bien puede estar tambien
Ausente un hombre presente;
Que como en todo hay mudanza
Y es la suerte tan ligera,
Ausente está quien espera,
Si lo que espera no alcanza.

ROBERTO.

Pues ¿qué te puede quitar
De aquí á la noche tu bien?

DON JUAN.

Mudarse amor en desden,
Y el dado de encuentro, azar,
No tomar resolucion,
Faltarme en esto la dicha,
Un consejo, una desdicha
Y una mala informacion.
Yo estoy de manera ciego,
Que juraré que he esperado
Mil siglos verme casado,
Aunque me casasen luego.

ROBERTO.

La mayor muestra de amor
Es atreverse á casar.

DON JUAN.

¿Por qué?

ROBERTO.

Porque es obligar
La libertad y el honor.
Contigo no hay que temer,
Sino sólo lo primero.

DON JUAN.

¿Qué es aquesto?

ROBERTO.

Un caballero
Del Rey, que te viene á ver.

ESCENA III.

EL MAYORDOMO *y* CRIADOS, *uno con una fuente y en ella un collar de oro.*—DON JUAN, ROBERTO.

MAYORDOMO.

Don Juan de Castro famoso,
Por quien la fama apercibe
Su pluma inmortal, y escribe
Vuestro nombre vitorioso,
El Rey, mi Señor, me envía
Para daros el trofeo,
Joya y precio del torneo,
Tan vuestro el último dia,
Que es este collar de oro
Y diamantes: corto precio,
Porque con vos es desprecio
El precio de más tesoro.
Y en lo que á Clarinda toca,
Dice que un año ha de estar
En la Corte al que ha de dar
El sí de su hermosa boca,
En el cual sabrán de vos
Condiciones del concierto.

DON JUAN.

¡Cómo un año! ¡Yo soy muerto!
Pero bien decís, por Dios.
Yo trazaba aqueste dia
De doce horas por doce años
En los amorosos daños
Que por Clarinda sentia:
Pues si es un año una hora,
Dentro de una, caballero,
Le diréis al Rey que espero
A la Infanta, mi Señora.

MAYORDOMO.

Esto me mandó decir.
Responded si lo acetais,
Y que á su mesa podais
De maestresala servir.
Con esa ayuda de costa
Podráse pasar la vida,
Siempre en el mal detenida,
Siempre en el bien por la posta.

DON JUAN.

Decid que el collar aceto,
Y que á mi esposa le envio;
Y con este anillo mio,
Diamante de amor perfeto,
Recíbale, y su belleza
Hará que el sol se le rinda,
Si le da su luz Clarinda
Como mi fe la firmeza.

MAYORDOMO.

Con eso les voy á hablar.

(*Vase, y los criados.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, ROBERTO.

DON JUAN.

¿Hay más mal que padecer!

ROBERTO.

No sé cómo has de poder
De aquí á la noche esperar.

DON JUAN.

Di, Roberto, de aquí á un año,
Di un siglo, di un tiempo eterno
Con el fuego de un infierno
Y el hielo de un desengaño.

ROBERTO.

Señor, pues amor te anima
A estar un año en la Corte,
Y á que tu deseo reporte
Joya de tan alta estima,
Hazme un bien, pues cabe en tí
Hacerme tan alto bien,
Pues por ser tuyo tambien
Cualquiera bien cabe en mí.
Pagarás mi buen deseo,
Si mis servicios no son
Dignos de tu galardon.

DON JUAN.

Ya te escucho, y tu amor creo.

ROBERTO.

Como á tu lado me ven,
Aunque en traje desigual,
Piensan, y no piensan mal,
Que soy muy hombre de bien.
Ninguno sabe que he sido
Más que un honrado criado;
Y el imaginarme honrado
Es verme de ti querido.
Y si lo son mis intentos,
No hablen deudos y amigos;
Que no quiero más testigos
Que mis altos pensamientos.
Conozco pues cuáles son,
Pues se me ha puesto en la frente
Servir á Floriana.

DON JUAN.

Tente;
Que es soberbia pretension.
Mira, loco, que es mujer
De valor.

ROBERTO.

¡En eso estás!
Pues ¿eso es lo que me das
Hoy, cuando te he menester
En tu próspera fortuna!

DON JUAN.

¿Hate mirado?

ROBERTO.

Tantito.

DON JUAN.

Que la sirvas te permito.

ROBERTO.

Pues no digas cosa alguna,
Y dame esos piés mil veces;
Demas que por merced tanta
Hoy te haré gozar la Infanta
Cuya hermosura encareces.

DON JUAN.

¿Cómo!

ROBERTO.

Finge que de amor
Te ha dado grave accidente,
Diré yo al Rey tiernamente
Que es la causa su rigor.
Él, viendo que á tu salud
Importa darte á Clarinda,
Porque la muerte no rinda
Las fuerzas de tu virtud,

No dudes que hoy ó mañana
La tengas en tu poder.

DON JUAN.

Demonio debes de ser.

ROBERTO.

Ten esta industria por llana.

DON JUAN.

¿Cómo fingiré mi mal?

ROBERTO.

Vete á tu aposento luego,
Y da voces «¡fuego! fuego!»
Con ansia y dolor mortal;
Que temiendo que no llegue
A frenesí tu pasion,
Romperá la condicion
Con que á Clarinda te entregue.

DON JUAN.

Considerándolo bien,
Nada se pierde en probar,
Porque al Rey puede obligar
Y á mi Clarinda tambien.
Voy, Roberto, á mi aposento:
Tú en tanto mi mal dirás.

ROBERTO.

Ya por lo ménos sabrás
De Clarinda el pensamiento.
Los Reyes vienen aquí.
Para cuanto no es la muerte,
La industria es remedio fuerte.

DON JUAN.

Hoy miro el ejemplo en mí. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL REY EDUARDO, FLORIANA, CLARINDA.—ROBERTO.

EDUARDO.

Hizo como discreto caballero.

CLARINDA.

No hay cosa en que no muestre ingenio [y arte.

EDUARDO.

Mal llevarás el año del concierto;
Que le tienes amor, ó yo me engaño.

CLARINDA.

Con ojos le miré que te han pedido
Licencia, pues le llamas mi marido.

EDUARDO.

Don Juan merece amor, yo se le tengo:
Será tu esposo y rey de aquestas islas;
Pero conviene que el concierto cumpla,
Y que te sirva en esta Corte un año.

CLARINDA.

Roberto ¿no es aquel?

FLORIANA.

Y me parece
Que está, Señora, triste y melancólico.

CLARINDA.

Roberto, ¿de qué estás tan pensativo?

ROBERTO.

¿Cómo ha de estar un hombre desdicha- [do?

EDUARDO.

¿Desdichado eres tú! ¿Porqué, Roberto?

ROBERTO.

Como no tengo cosa en esta vida
De más estima que *don Juan de Castro*
(Que le he criado, en fin, y allá en Espa- [ña
En diversos oficios le he servido;
Ya contador, ya mayordomo he sido),
En viéndole afligir ó que se queja
De su poca salud, pierdo el juicio,
Y más ahora que del suyo temo.

EDUARDO.

¡De su juicio! ¿Cómo?

ROBERTO.

Oyendo apénas
Que un año le mandabas que esperase,
A entristecerse comenzó de suerte,
Que á no tenerle en pié su virtud misma,
Pienso que se cayera de su estado.
Pero cuando volvió desta congoja,
A decir comenzó desta manera:
«Clarinda bella, yo salí de España
A sólo verte, y en la mar perdido
Anduve en una tabla; tomé puerto
Por milagro en Plemúa, vine á Lóndres,
Ganéte con mi sangre y con la ajena;
Pensé gozarte luego, y este luego
Se ha vuelto un año. ¡Fuego! ¡fuego! fue- [go!»

CLARINDA.

Roberto, ¿burlas?

EDUARDO.

¿Búrlaste, Roberto?

ROBERTO.

¡Pluguiera á Dios! En su aposento que-
Sobre la cama echado. [da

EDUARDO.

A verle vamos.—
Clarinda, ven.

CLARINDA.

¡Ay triste desventura!

(*Vanse el Rey y Clarinda.*)

ESCENA VI.

FLORIANA, ROBERTO.

ROBERTO.

Floriana, detente.

FLORIANA.

¿Qué me quieres?

ROBERTO.

Decirte que mis penas consideres.

FLORIANA.

¿Qué penas tienes, Roberto?
¿Penas te afligen agora!

ROBERTO.

Pocas penas son, Señora;
Pocas, pues que no me han muerto.

FLORIANA.

Y ¿corre por cuenta mia
Considerarlas?

ROBERTO.

Pues ¿no,
Si quien las penas me dió
Darme el remedio podria?

FLORIANA.

¿Que yo te parezco bien!
No habia en ello caido.

ROBERTO.

Amador callado he sido,
Porque es ley de hombre de bien.

FLORIANA.

¿Gran silencio te parece
Tres dias que há que me viste!

ROBERTO.

Años dirás que resiste
Mi amor el mal que padece.

FLORIANA.

¡Años! ¿Cómo puede ser
Si ayer viste á Ingalaterra!

ROBERTO.

Luego que nací, en mi tierra
Juré, Señora, querer
La mujer de más valor;
Si vos sois y vengo á veros,
Desde que juré quereros
Juraré que os tengo amor.

FLORIANA.

¡Extraño argumento has hecho!
Mas ya que tengas amor,
¿Tienes, Roberto, valor
Para igualarte á mi pecho?
¿Eres caballero noble?

ROBERTO.

Mayordomo y secretario
De un Príncipe, ¿es necesario
Más probanza, ó esta es doble?

FLORIANA.

¿Mayordomo!

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Ya desmayo!

FLORIANA.

Míralo, Roberto, bien;
Que me ha dicho no sé quién
Que eras de don Juan lacayo,
Y yo siempre te he tenido
Por hombre de buen humor.

ROBERTO.

Eso merece el traidor
Que tan buen amigo ha sido.

FLORIANA.

Oye, español.

ROBERTO.

No hay tratar
De más esperanzas vanas;
Muera amor, toquen campanas,
Hoy le tengo de enterrar.
¡Yo de tu boca escuché
Tal bajeza!

FLORIANA.

Oye, mis ojos.

ROBERTO.

¿Mis ojos!

FLORIANA.

Cesen enojos;
Que soy tuya y lo seré.

ROBERTO.

¡Que soy tuya y lo he de ser!
Sin ser nieve me derrito.

ESCENA VII.

EL REY, CLARINDA, DON JUAN.—FLORIANA, ROBERTO.

DON JUAN.

Juzgaba el tiempo infinito
La infinidad de mi ser.
No os espanteis que mi amor
A mí me tuviese ajeno;
Que amor es como veneno,
Que el que obra presto es mejor.
Creció la desconfianza
El término del remedio,
Porque habiendo un año en medio
Pudiera cobrar mudanza,
Y sólo haber prometido
Darme esta noche mi bien
Pudiera cobrar tan bien,
Lo que era tan bien perdido.

EDUARDO.

Quien á tantos vencer pudo
¡No se supo á sí vencer!

CLARINDA.

No dudo vuestro querer;
Mas vuestra firmeza dudo;
Que Jacob supo esperar
Catorce años á Raquel.

DON JUAN.

Tomar el ejemplo en él
Me hizo desconfiar.
Porque si tras siete años
Le pudo engañar Laban,
Tras uno, ¿qué me darán

Sino mayores engaños?
Porque á tener esperanza
De teneros por mujer,
Mil vidas pudieran ser
Cortas para mi esperanza.

EDUARDO.

Esta noche os quiero dar
El premio de tanto amor.

DON JUAN.

La misma decid, Señor,
Me quereis resucitar.

EDUARDO.

Ya mañana, que tendréis
Bendiciones de casado,
Del principio del estado
La posesion tomaréis;
Y yo voy á prevenir
Lo que importa de la mia.

DON JUAN.

Llamaré la noche dia
En que tengo de vivir.

CLARINDA.

Guárdeos Dios.

DON JUAN.

Para serviros.

FLORIANA. (*Ap. á Clarinda.*)

Contenta vas.

CLARINDA.

En extremo.

(*Vanse el Rey, Clarinda y Floriana.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, ROBERTO.

ROBERTO.

Ya ¿no temes?

DON JUAN.

Ya no temo.

ROBERTO.

¿Qué se han hecho tus suspiros?

DON JUAN.

Fueron por mi bien, Roberto,
Y hánmele traido aquí.

ROBERTO.

¿No me agradeces á mí
El haber roto el concierto?

DON JUAN.

Lo que tuviere de vida,
Agradecido estaré.
¿Qué hay de Floriana?

ROBERTO.

Fué
Mi esperanza mal nacida;
No llegó á luz.

DON JUAN.

¡Qué me cuentas!

ROBERTO.

Si digo verdad, Señor,
Dice que me tiene amor.

DON JUAN.

Empresa famosa intentas.
No es posible que no eres
Bien nacido; que á los hombres
Levanta ó baja los nombres
La eleccion de las mujeres.

ROBERTO.

¿Quién como yo bien nacido?...

DON JUAN.

De tí satisfecho estoy.

ROBERTO.

Mira tú cuánto lo soy,
Pues hasta agora he vivido.

ESCENA IX.

MAURICIO.—DON JUAN, ROBERTO.

MAURICIO.

¿Quién es don Juan?

ROBERTO.

¿No lo ve?
¿Cuál puede ser de los dos?

DON JUAN.

El Conde soy.

MAURICIO.

Guárdeos Dios.

DON JUAN. (*Ap. á Roberto.*)

¿Qué será aquesto?

ROBERTO.

No sé.

MAURICIO.

El Rey de Irlanda me envía
A daros este papel.

DON JUAN.

Veré lo que dice en él.

ROBERTO.

¿Mas que en él te desafía?

DON JUAN.

(*Lee.*) «Conde: en palacio os alabastes
»de una banda, que riñendo con vos
»se me cayó en el suelo, que me la ha-
»bíades quitado; y para daros á en-
»tender que mentís, os quedo espe-
»rando con mi capa y espada, desde
»que recibais ésta hasta las doce de la
»noche. — *El Rey de Irlanda.*»
¿En qué parte queda el Rey?

MAURICIO.

Si quereis venir conmigo,
Yo os pondré con él.

DON JUAN.

Yo os digo
Que llega á tiempo el papel;
Que sólo ser español,
Y ser quien soy, me obligara
A que esta noche dejara
De ver á mi lado el sol.
Mas yo pienso negociar
Tan presto, y de tan buen modo,
Que haya tiempo para todo:
Y vos me podeis guiar;
Que el Rey verá, pues en él
Cabe envidia tan honrada,
Lo que responde mi espada
A su mentís de papel.
Mis padres, porque mil fieras
Batallas su sangre abonen,
Por orla á sus armas ponen,
No bandas, sino banderas:
Y así á mi blason honrado
Pienso, en lugar de la banda,
Añadir un Rey de Irlanda
Al fin del escudo atado.—
¡Ah! la banda llevaré,
Que no me acordaba della,
Porque atándole con ella,
Entónces la estimaré.

MAURICIO.

Palabras, español noble,
¿Para qué pueden ser buenas?

DON JUAN.

Porque están de valor llenas,
Que cumplo en obras al doble.

ROBERTO.

¡Cómo palabras! ¡Tú sabes
Quien habla?

DON JUAN.

Calla, Roberto.

ROBERTO.

Cuenta ese tu Rey por muerto,
Cuenta abrasadas sus naves,
Cuenta su tierra acabada,
Y su memoria tambien.

MAURICIO.

La lengua lo dice bien.

ROBERTO.

Y lo cumplirá la espada;
Y pues que va con tu Rey
A hacer campo el dueño mio,
Al mismo te desafío,
Que es de caballeros ley.

MAURICIO.

Pues ¿eres tú igual conmigo?

ROBERTO.

No, porque siendo mejor,
¿Cómo puede mi valor
Tener igualdad contigo?

MAURICIO.

Ven al campo, español fuerte,
Batallemos dos á dos.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay, Clarinda, plega á Dios
Que vuelva esta noche á verte!

(*Vanse.*)

—

Calle en Lóndres.

ESCENA X.

RUGERO, PAEZ.

RUGERO.

En famosa ocasion llegado habemos:
Notables cosas cuentan de mi hermano.

PAEZ.

¡Qué hiciera ménos del señor de Lémos
El hijo ilustre, el nuevo Cid hispano?

RUGERO.

A cuantos propios ó extranjeros vemos,
Irlandes, español, galo ó britano,
Desde que ayer desembarqué en su [tierra,
Oigo decir que es Rey de Ingalaterra.

PAEZ.

Altas hazañas de las justas cuentan:
En fin, dicen que hoy casa con Clarinda.

RUGERO.

Los aparatos que hay lo representan.

PAEZ.

La dama es bella.

RUGERO.

Por extremo es linda.
Hoy, Paez, su placer y gusto aumentan,
Para que más la envidia se le rinda,
Las nuevas que de España le traemos,
Y el vernos en la tierra que nos vemos.
Somos el Conde y yo, sin ser hermanos,
Tan parecidos, que se engañan todos
Cuantos nos miran: fuera desto, somos
Un alma, un gusto y un entendimiento.
Muriérame sin ver á don Juan, Paez:
Dejé á mis padres en igual tristeza,
Dejé mi patria, vine en busca suya...
¡Gracias á Dios que con tan alto aumen- [to
De estado, gusto y honra vengo á hallar-
Y que por gloria destas cosas todas [le,
Venga á ser en la noche de sus bodas!

PAEZ.

Vamos, señor, donde galan te pongas,
Y al desposorio por padrino asistas.
Darás contento al Conde, al Rey y á [todos:

Al Conde, por amarte en tanto extremo,
Y á los demas, por ver el gran milagro
Del cielo en haber hecho vuestros ros-
[tros
Tan parecidos, que es un rostro mismo.

RUGERO.

Camina; que esta gente que discurre
Todos van á palacio; y pues la noche
Baja con tal velocidad, cubriendo
Con negro manto el resplandor del dia,
Presto serán los desposorios.

PAEZ.

Vamos
Donde te vistas españolas galas.

RUGERO.

¡Qué ventura he tenido!

PAEZ.

De aquí espero
Que casado saldrás tambien, Rugero.
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XI.

EL REY DE IRLANDA; FENISO, CRIADOS, *con escopetas.*

REY DE IRLANDA.

Aquí os habeis de poner,
Y destos olmos salir
En viendo resplandecer
Las armas y prevenir
El querer acometer:
Y estad de manera atentos,
Que no se le dé lugar
Para que huya.

FENISO.

Los vientos
No pueden tanto volar,
Ni sus mismos pensamientos.
Si él tiene tanto valor
Que viene al campo contigo,
Está seguro, Señor,
Que no vuelva sin castigo.

REY DE IRLANDA.

Temo que le impida amor.
Pero tiene tanto brio
En volver por su nacion,
Que acetará el desafío,
Pensando que en su blason
Pintará mañana el mio.

FENISO.

Gente siento.

REY DE IRLANDA.

Pues poneos
Donde no os eche de ver.
(*Ocúltanse Feniso y los criados.*)

ESCENA XII.

DON JUAN, MAURICIO, ROBERTO.—EL REY DE IRLANDA.

MAURICIO.

Aquí ganarás trofeos,
Español, para ofrecer
A la luz de tus deseos.
Aquí vencerás agora
Al Rey de Irlanda.

DON JUAN.

Sospecho
Que el valor de España ignora.

MAURICIO.

Ya es el hablar sin provecho;
De infamia es la lengua autora.

REY DE IRLANDA.

¿Es el español?

DON JUAN.

Yo soy,
Por ese nombre, tan bueno
Como tú; pero aunque estoy
De su fama y honra lleno,
Tambien al nombre la doy
Con ser quien soy y quien sabes.

REY DE IRLANDA.

Porque otra vez no te alabes
De vitorias que no tienes,
Don Juan, á la muerte vienes.

DON JUAN.

¿Adónde tienes tus naves?

REY DE IRLANDA.

¿Para qué lo has preguntado?

DON JUAN.

Para que traigas contigo
Todo tu ejército armado.

REY DE IRLANDA.

Para tan flaco enemigo
Yo basto, el un brazo atado.
Váyanse aquestos de aquí;
Que habemos de reñir solos.

ROBERTO.

Vamos al monte.

MAURICIO.

Eso sí,
Pues son de las armas polos.

ROBERTO. (*Ap. á Mauricio.*)

¿Y tú y yo?

MAURICIO.

Vente tras mí.
(*Vanse Roberto y Mauricio.*)

REY DE IRLANDA.

Ya estamos solos, don Juan.
No gozarás de Clarinda,
Aunque á Clarinda te dan.

DON JUAN.

Cuando esta espada te rinda,
Mis brazos por ella irán;
Que he de llevar tu cabeza
¡Por vida de su belleza!
A la mesa en que hoy la ví,
Diciendo que es jabalí
Que maté en esta maleza.
(*Sacan las espadas.*)

ESCENA XIII.

FENISO, CRIADOS.—DICHOS.

FENISO.

Date á prision, arrogante.
(*Los criados ponen á don Juan las escopetas al pecho.*)

DON JUAN.

¡Cómo que me dé á prision!
Pues ¡hay traicion semejante!

REY DE IRLANDA.

Don Juan, no es ésta traicion,
Sino ardid de un loco amante.
No gozarás de la Infanta.

DON JUAN.

¡Hase visto maldad tanta!

FENISO.

Da la espada, ó entrará
Una bala adonde está
El alma que al mundo espanta.

DON JUAN.

La espada no la rendí
En mi vida.

FENISO.

Deja el brio.

DON JUAN.

Mas por no morir ansí
Ni rendilla, en ese rio
La arrojaré desde aquí;
Que pues el rio acompaña
Con otros muchos al mar,
Y el mar desta tierra extraña
Va á España, él podrá llevar
Desde aquí mi espada á España.
Sin espada estoy: llegad. (*La arroja.*)
La traicion ejecutad.

REY DE IRLANDA.

Atalde las manos luego.

DON JUAN.

¡Las manos! Primero el fuego
A los arcabuces dad.
Basta que vaya seguro
Entre sus bocas, ó dadme
La muerte; ya la procuro.
Sin Clarinda voy, matadme.

REY DE IRLANDA.

Mucho en matarte aventuro:
No quiero incitar á España.
Sin atarle, vaya al mar,
Pues tal guarda le acompaña.

DON JUAN.

¿Dónde me quereis llevar
Despues desta infame hazaña?

REY DE IRLANDA.

A Irlanda.

DON JUAN.

¿Por qué razon?

REY DE IRLANDA.

Porque en secreta prision
Te pienso, don Juan, tener,
Y volver á pretender
Del reino la posesion
Y la belleza divina
De Clarinda, por quien muero.
Vaya á las naves.

FENISO.

Camina.

DON JUAN.

¡Tú eres Rey! ¡tú caballero!

REY DE IRLANDA.

Amor, don Juan, desatina.
Mas ven agora conmigo;
Quizá no haré lo que digo,
Si otra cosa me parece.

DON JUAN.

Esto y mucho más merece
Quien fia de su enemigo.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XIV.

RUGERO, PAEZ.

RUGERO.

¿De qué es el alboroto de palacio,
Salir y entrar las guardas y señores?
¿Qué habrá de nuevo en tan pequeño
[espacio?

PAEZ.

Por los patios, Rugero, y corredores
Sólo se escucha que don Juan es ido,
Y que los españoles son traidores,
Pues todo el desposorio prevenido,
El Arzobispo aquí, grandes, Infanta,
Y dadas ya las once, no ha venido.

RUGERO.

¡Que sucediese aquí desdicha tanta!
Pues ¿donde está?

PAEZ.

No sé.

RUGERO.

¿Qué gente es esta?

ESCENA XV.

TIBALDO.—DICHOS.

TIBALDO.

Rugero...

RUGERO.

¿Quién me nombra? ¿Quién me [espanta?

TIBALDO.

Soy un amigo de don Juan.

RUGERO.

Protesta
Al cielo y á sus ángeles ser cosa [ta.
Que su virtud me habla, y doy respues-

TIBALDO.

Si protesto.

RUGERO.

Pues dí.

TIBALDO.

Perder su esposa
Puede don Juan en esta desventura,
Si no le ayuda tu amistad famosa.

RUGERO.

¿Adónde es ido en esta coyuntura?

TIBALDO.

Un hombre por traicion le lleva preso,
Que adora de Clarinda la hermosura;
Mas para remediar este suceso,
Esta noche con ella te desposa.

RUGERO.

Que me turbas el alma te confieso.
¿Qué haré despues, ó qué diré á mi es- [esposa!

TIBALDO.

Podrás fingir un voto ó romería:
Cualquiera dilacion será forzosa.
Entra, dí que eres él, y en Dios confía.
(*Vase.*)

ESCENA XVI.

RUGERO, PAEZ.

RUGERO.

¿Qué te parece desto?

PAEZ.

¿Estás sin seso!

RUGERO.

No ha sido en vano la venida mia: [so
Dios me ha traido, porque estando pre-
Don Juan mi hermano, remediarse pue- [da
La contingencia de tan buen suceso.

PAEZ.

Luego ¿casarte quieres!

RUGERO.

Si ansí queda
Seguro el reino y la mujer, que el cielo,
Paez, por largos años le conceda, [lo?
¿No quieres que lo intente con buen ce-

PAEZ.

Tú te obligas á cosa bien extraña.

RUGERO.

El cielo ¿no me avisa? Pues haréio.
Hoy vuelvo por don Juan y por España.
(*Vanse.*)

—

Sala del palacio Real.

ESCENA XVII.

EL REY EDUARDO, CLARINDA, FLORIANA, ACOMPAÑAMIENTO.

CLARINDA.

No aciertas en juzgar tan mal del Conde.

EDUARDO.

¿Qué tengo de juzgar de un hombre [bárbaro,
Que á un Rey, Clarinda, trata desta [suerte?

CLARINDA.

Que puede haber algun impedimento,
Algun suceso, alguna cosa extraña,
Que á estas horas detenga su persona.

EDUARDO.

No puedo presumir cosa que pueda
Haber, Clarinda, al Conde detenido.

CLARINDA.

La envidia, gran Señor, de sus hazañas,
Del precio que le das en hija y reino,
¿No le puede haber hecho algun agra- [vio?
Que mis sospechas mientan quiera el [cielo.

EDUARDO.

Bien puede ser; pero partidos todos
Los que por este premio competian,
No sé donde la envidia quedar pueda.

CLARINDA.

Donde quiera, Señor, cabe la envidia.

ESCENA XVIII.

EL MAYORDOMO.—DICHOS. *Luego*, RUGERO Y PAEZ.

MAYORDOMO.

Bien te puedo, Señor, pedir albricias

EDUARDO.

¿Vino el Conde?

MAYORDOMO.

Ya vino.

CLARINDA.

¿Dónde queda?

MAYORDOMO.

El y otro caballero en este punto
Se apean á la puerta de palacio.

EDUARDO.

La nueva es tal, que por mi cuenta
El agradecimiento, Clarinardo. [queda
(*Salen Rugero y Paez muy galanes.*)

PAEZ.

A pedirte perdon el Conde viene.

RUGERO.

Perdona, gran Señor, el justo enojo,
Que tan injusta dilacion te ha dado.

EDUARDO.

Alzate, hijo; que tu vista sola
Templar pudiera el justo enojo mio,
Á quien con más razon disculpa debes,
Para que premio por castigo lleves.

RUGERO.

Perdonad, Clarinda bella,
El enojo recibido.

CLARINDA.

Quien la disculpa ha traido
Sólo servirá por ella.
Manos y brazos os doy.

RUGERO.

Yo las manos y los brazos,
Para que sirvan de lazos
Donde tan bien preso estoy.
Hoy con ellos me ataréis,
Porque pueda estando atado
Tener el lugar guardado
Para el alma que sabeis.

CLARINDA.

¿Dónde estuvistes?

RUGERO.

Salí
En busca de mis criados,
Que no están bien alojados,
Por no estar secreto aquí;
Porque traeros queria
Ciertas joyas de valor,
Que el Príncipe mi señor
Para esta ocasion tenia;
Y sólo he podido hallar
El caballero que viene
Conmigo.

CLARINDA. (*Al Rey.*)

Disculpa tiene,
Y perdon le podeis dar.

EDUARDO.

Ya le tengo perdonado,
Que es efeto de mi amor.

RUGERO.

Bien lo merezco, Señor,
De mi esposa disculpado.

EDUARDO.

Sentaros podeis en tanto
Que la nueva se publica,
Y vuestras manos aplica
Lazo y matrimonio santo.
(*Siéntanse.*)
Las fiestas pueden volver:
Los grandes haced llamar;
Que luce tras del pesar
Con mayor fuerza el placer

FLORIANA. (*Ap. á Paez.*)

Hablar, español, quisiera
Un rato á solas con vos.

PAEZ.

¡Pluguiera, Señora, á Dios
Que tal suerte me cupiera!

FLORIANA.

¿Quién es Roberto, un criado
Del Conde don Juan allá?

PAEZ.

Si es su criado, será
Por fuerza un hidalgo honrado.
(*Ap.* Quiero conceder con ella.)

FLORIANA.

Finalmente, ¿es bien nacido?

PAEZ.

Tal fama siempre ha tenido.
¿Hay álguien que diga della?

FLORIANA.

¿Qué oficio en España hacia?
¿Secretario ó contador?

PAEZ.

Teniéndole el Conde amor,
De uno y otro le servia.
(*Ap.* Mal me haga el cielo si sé
Por quién ésta me pregunta.
Mas ya la gente se junta,
Y del peligro saldré.)

ESCENA XIX.

ROBERTO.—DICHOS.

ROBERTO.

Famoso Rey Eduardo,
Que á Ingalaterra gobiernas,
Extendiéndose tu imperio
A Francia, Escocia y Bohemia:

Haz que se apresten tus naves;
Salgan de presto, dén velas
Tras el fiero Rey de Irlanda,
Que preso al Conde te lleva.
Por engaño le ha sacado
Deste rio á las riberas,
Diciendo que á un desafío
Sobre cierta banda ó prenda;
Y miéntras yo con Mauricio
A la falda de una sierra
Saqué la espada, y le dí
La paga de su soberbia,
Con gente armada que estaba
Entre aquellas alamedas,
Prendió á don Juan. ¡Ay de mí!
Que les hace viento y vuelan;
Porque conozco en el aire
Y en mi dicha que navegan
Con bonanza si ya están
Adonde las naves dejan.

RUGERO.

Hombre, ¿qué es esto que dices!

ROBERTO.

Roberto soy: ¿no te acuerdas
De mi nombre?

RUGERO.

¿Cómo has dicho,
Roberto, cosas como estas!

ROBERTO.

¡Señor! ¿por donde veniste!
Que al valle, al bosque, á la vega,
Al camino, al monte, al rio,
He dado trescientas vueltas,
Llamando tu nombre, y dado
Mil voces que el viento lleva.
Cuando salieron los hombres
De los olmos, con sospechas
Cogí la márgen más alta;
Y escondido en una cueva,
Que dos peñas confirmaban,
Tres horas entre sus peñas
Estuve, miéntras se fueron
Llenos de infamia y vergüenza

RUGERO.

Dame mil veces tus brazos.

EDUARDO.

Pues, Conde, ¿por qué me niegas
La traicion del irlandes?

RUGERO.

Señor, por no darte pena.

CLARINDA.

¿Que tal peligro ha tenido
Mi vida!

RUGERO.

Clarinda bella,
Los cielos quieren que viva
Para que servirte pueda.

EDUARDO.

No habrá mañana, Clarinda,
Mostrado el sol la cabeza
Sobre los hielos del Norte
Que de su balcon son rejas,
Cuando contra el fiero Arnaldo
Pregone sangrienta guerra,
Y en persona vaya á darle
Paga de traicion tan fiera.

RUGERO.

Eso me toca, Señor;
Y pues ya seguras quedan
Mis esperanzas casado,
Mañana me da licencia
Para que parta á Plemúa.

EDUARDO.

Despues que la Infanta sepa
Que me has dado sucesion,
Será bien que lo conceda.
Goza tu prenda unos dias
Miéntras la gente se apresta;
Que fiado en tu valor,
Te daré, don Juan, la empresa.

RUGERO.

Beso, gran Señor, tus manos.—
Paez de Ribadeneira...

PAEZ.

Señor...

RUGERO.

Escuchadme aparte.
Grande confusion me cerca.
¿Cómo estaré con la Infanta?

PAEZ.

Pues ¿cómo no se te acuerda
De lo que aquel hombre dijo,
De que has hecho una promesa,
Cuando esta noche te acuestes,
De no hablar la Infanta bella
Hasta que á Roma visites?

RUGERO.

Ya de la industria me pesa;
Que para estar en la cama
Con una mujer como ésta,
De solo un perfeto amigo
Fiarse el cielo pudiera.

PAEZ.

¿Qué harás de aqueste Roberto?

RUGERO.

Esta es confusion muy nueva,
Porque no le ví en Galicia.

PAEZ.

Esta dama que requiebra
Me ha dicho que es secretario.

RUGERO.

Pues alto, ese nombre tenga;
Que en lo que toca á llevar
La armada que el Rey intenta,
Nadie podrá como yo.

PAEZ.

Habla á Roberto más cerca.

RUGERO.

Secretario...

ROBERTO.

(*Ap.* Ya me honra,
Porque Floriana crea
Que soy hombre de valor.
Quien sirve á buenos bien medra.)
Aquí, gran Señor, estoy.

RUGERO.

Mis vestidos y libreas
Para mis bodas trazad.

ROBERTO. (*Ap. á Rugero.*)

No hay cosa, Señor, que tengas,
Si el muerto no las envía.

RUGERO.

¿Qué muerto?

ROBERTO.

Aquel alma en pena...

RUGERO.

¿Cuál alma?

ROBERTO.

La de Tibaldo.

RUGERO.

Sí por Dios; ya se me acuerda.

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que he sospechado,
Mirando este hombre más cerca,
Que no es el Conde don Juan,
Y que preso al Conde llevan,
Sino que aquel alma ha hecho
Esta imágen ó quimera,
Porque no pierda á su esposa
Y el reino de Ingalaterra!

RUGERO.

Secretario...

ROBERTO.

¿Qué me quieres?

RUGERO.

Llegate á mí: ¿de qué tiemblas?

ROBERTO.

Yo te lo diré despues.
(*Ap.* Él es sin duda.)

RUGERO.

No temas.

ROBERTO.

Señor, ¿dónde está mi amo?

RUGERO.

Calla agora á cuanto veas;
Que soy...

ROBERTO.

Tente y no lo digas.

FLORIANA.

Señor, aguardando quedan
El Arzobispo y los grandes.

EDUARDO.

Vamos.

ROBERTO.

La primer comedia
Del Conde don Juan de Castro
En este suceso queda:
Aguardad á la segunda,
Que en vuestro nombre comienza.

DON JUAN DE CASTRO,

(SEGUNDA PARTE)

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A DON ALONSO PUS MARIN,

Relator del Consejo Supremo de Castilla.

Envidié siempre los raros y sutiles conceptos de que Vuesamerced adorna algunos versos, que por su entretenimiento escribe, aunque tambien pudiera las demas excelencias de su ingenio, envidiadas de tantos; que si á esto me determinara (aunque habia envidia para todos), no me cupiera un átomo. Hablando de Zenon y los peripatéticos Ciceron en sus Tusculanas, *Rem enim*, dijo, *spectari oportere*, *non verba*, pues fuera de la novedad no les hallaba otra cosa, como afirma él mismo; y ahora pudiera añadir la escuridad, que es como no haber escrito : *Paria sunt non esse scriptum, vel ita scriptum ut intelligi non possit.* En Vuesamerced veo yo la singular claridad, donde el concepto corre libremente á deleitar el entendimiento, sin hacer fuerza la aspereza de la locucion á la breve inteligencia : tal conviene á los versos líricos en nuestra lengua, de los cuales he visto muchos de Vuesamerced, horacianos y marcialistas, que cualquiera de los dos pudiera con ellos esmaltar sus epigramas. He loado en Vuesamerced esta parte, como la que tiene en ménos, por faltarme atrevimiento para las mayores, y porque es para mí la que más descubre la agudeza y prontitud de su raro espíritu : causa esencial de poner en su proteccion materia de las musas, porque *à quo removetur genus, removetur et quælibet ejus species.* En señal de mi amor (prenda que Vuesamerced tiene tan conocida), de mi ánimo y obligacion, quiero que la *Segunda Parte* de las dos comedias de *Don Juan de Castro* se honre del nombre de Vuesamerced como lo está de tan ilustre y excelente apellido, y que pues ya pasó la carrera de los teatros, descanse en quien lo es de cortesía y urbanidad, á quien llamó virtud el Estoico; que, si tal vez Vuesamerced no admite algun linaje de gente, conversacion ó versos en la academia de su condicion y escuela de su entendimiento, no es ira que excede la templanza de la razon, sino sales latinos dignos de su claro ingenio, porque, como dijo el Filósofo, *irasci in quibus non oportet, et non irasci in quibus oportet*, *insipientis est*.

Capellan de Vuesamerced,

Lope Félix de Vega Carpio.

DON JUAN DE CASTRO,

(SEGUNDA PARTE).

PERSONAS.

EDUARDO, *Rey de Inglaterra.*
CLARINDA.
FLORIANA.
RUGERO.
ROBERTO.
PAEZ.
EL REY DE IRLANDA.
FRANCELISA.
FENISO.
DON JUAN.
ALEJANDRO.
UN MAYORDOMO.
BELARDO, *labrador.*
EL PRÍNCIPE DE GALICIA.
DON FÉLIX.
DOS NIÑOS.
ARNESTO.
TIBALDO.
CUATRO HOMBRES ARMADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.

La accion pasa en Inglaterra, en Irlanda y en Galicia.

ACTO PRIMERO.

Vista exterior del palacio del Rey Eduardo en Lóndres.

ESCENA PRIMERA.

En un balcon, el REY EDUARDO, CLARINDA Y FLORIANA; *en el tablado,* RUGERO, ROBERTO, PAEZ Y SOLDADOS. *Tocan cajas.*

RUGERO.

Parad, hablaré á mi esposa.

PAEZ.

Ya te mira en su balcon
Como al sol el alba hermosa.

ROBERTO. (*Ap.*)

Que una sombra, una ilusion,
Venga á ser tan poderosa,
Y que pueda conducir
Un ejército á morir,
No es de lo que más me espanta:
Que durmiese con la Infanta
No lo he podido sufrir.

RUGERO.

Clarinda bella, hoy ha llegado el dia
Que de la hermosa luz de vuestros ojos
Me dividen de Marte los enojos,
Con quien el tierno amor se desafía.
Amor muestra en el campo cobardía,
Los celos le apadrinan con antojos,
Marte lleva de entrambos los despojos,
Y va el honor por la venganza mia.
Apartarme de vos parece injusto,
Y ansí me dá el amor la penitencia
De aqueste atrevimiento en el disgusto.
Mirad cuál voy, y si tendré paciencia,
Pues llevo en vez de paz, descanso y [gusto,
Guerra, venganza, amor, celos y ausen- [cia.

CLARINDA.

Guerra, venganza, amor, celos y au- [sencia
Me deja, esposo, á mí vuestra partida,
Por cambio de la paz y alegre vida,
Que á mis ojos causó vuestra presencia.
En vano intenta el alma resistencia,
La hermosa luz de vuestro sol perdida;
Pues ha llegado noche que la impida,
Y acaba la esperanza y la paciencia.
Como la luna soy: mi luz prestada
Era, con vos, con la presente vuestra
Clarinda de mil rayos coronada.
La noche contra mí su poder muestra;
Mas para no quedar toda eclipsada,
Tomaré la del sol á falta vuestra.

EDUARDO.

No me espanto del dolor
Que causa toda partida,
Hijos, donde vive amor.
Pero es razon que la impida
La grandeza del valor.
Don Juan parte á la venganza
De una afrenta injusta y fiera,
De que á todos parte alcanza:
Quien su valor considera,
No agravie su confianza.
Vaya en buena hora á la guerra
Del Rey de Irlanda, pues anda
Tan libre por nuestra tierra,
Para que pague en Irlanda
Lo que hizo en Ingalaterra.
Sepan qué dueño le he dado,
Y que ha de ser respetado
Este gallardo español
Desde la cuna del sol
Hasta su sepulcro helado.

RUGERO.

Yo prometo á Vuestra Alteza,
A fe de español inglés
(Que aquesto es naturaleza,
Y estotro amor), que estos piés
No vuelvan sin su cabeza.
Yo le haré entender quién soy.

EDUARDO.

Vamos, Clarinda; que voy
Satisfecho, que es tan cierto
Lo que dice, que en el puerto
Casi esperándole estoy.

CLARINDA.

Adios, dulce esposo.

RUGERO.

Adios,
Mi querida y dulce esposa.
(*Vanse todos, ménos Rugero, Floriana y los soldados.*)

ESCENA II.

ROBERTO, FLORIANA, SOLDADOS.

ROBERTO.

¿No nos hablamos yo y vos?

FLORIANA.

No nos han dejado cosa
Que sentir ni hablar los dos.

ROBERTO.

¿No os parece que es muy justo
Que sientan este disgusto
Dos desposados de un mes?

FLORIANA.

No por cierto, y pienso que es
Todo sentimiento injusto.

ROBERTO.

¿Por qué?

FLORIANA.

Porque el desposado
Pienso que tiene un defeto.

ROBERTO.

¡Defeto!

FLORIANA.

Pues ¿no ha dado
En estar, siendo discreto,
Más necio que porfiado?

ROBERTO.

No lo entiendo.

FLORIANA.

Pues sabed
Que ha estado siempre en la cama
Con la cara en la pared:
Y no sé yo que quien ama
Hace tan poca merced.
¿De qué se queja de ausente,
Pues que lo estuvo presente?
Que en la cama, de amor nido,
Agujas de Roma han sido,
De espaldas eternamente.

ROBERTO.

Pues ¿no ha gozado á Clarinda?

FLORIANA.

¿Qué es gozado! Ni áun tocado
Una mano

ROBERTO.

¡Hembra tan linda!

FLORIANA.

Sin tapias está el cercado
Que á los casados alinda,
Porque matrimonio santo
Campo franco les concede;
Pero de don Juan me espanto:
O lo que quiere no puede,
O puede y no quiere tanto.

ROBERTO.

¡Válgame Dios! ¿qué habrá sido?

FLORIANA.

¿Si es defeto natural,
Aunque él un voto ha fingido?

ROBERTO.

No querais mayor señal
De ser boto, pues no ha herido.

FLORIANA.

A Roma dice que ha de ir
Primero.

ROBERTO.

Bien puede ser.
Don Juan se quiere partir.

FLORIANA.

El cielo os deje volver.

ROBERTO.

No respondo por sentir.

FLORIANA.

Adios, Roberto.

ROBERTO.

Él os guarde
(*Éntrase Floriana.*)

ESCENA III.

ROBERTO, SOLDADOS.

ROBERTO.

Ya quedo de todo punto
Desengañado y cobarde.
El alma de aquel difunto
Es General de este alarde.
¡Vive Dios, que está don Juan
Preso, y que Tibaldo viene,
En su lugar, capitan!
Su cara y su talle tiene.
¡Buenos los soldados van!
Que si en la mar se le antoja,
De las naves nos arroja,
Y todos juntos nos hunde.

ESCENA IV.

RUGERO, PAEZ.—ROBERTO, SOLDADOS.

RUGERO.

De esta manera se funde,
Y poned nuestra cruz roja.

PAEZ.

Así queda bien trazado.
Yo he de poner las veneras
En nuestro pendon cruzado.

ROBERTO. (*Ap.*)

Parece que hablan de veras
Él y el que viene á su lado,
Y son fantasmas, por Dios:
Almas son los dos en pena.
Mas, don Juan, vaya por vos;
Que aunque me cuelgue una entena,
He de seguir á los dos.
Del desengaño estoy cierto,
Porque si aquéste hombre fuera,
Y no espíritu de un muerto,
¿Cómo partirse pudiera,
Sin gozar su esposa, al puerto?
¿Cuál hombre tuvo en la cama
Su esposa, y tan bella dama,
Que usó tal descortesía?
El es alma, y alma fria
No siente de amor la llama.

RUGERO.

Secretario...

ROBERTO. (*Ap.*)

Él me ha entendido.
Ya sabe que he murmurado.

RUGERO.

Cuidado grande he tenido
De veros con tal cuidado.

ROBERTO.

(*Ap.* Verdad mi sospecha ha sido.)
¿Cómo me tratas ansí,
Pues aquí, para los dos,
Sabes quién soy, y quién fui!
Pero duélete, por Dios,
De mi señor y de mí.
Mira que sin duda está
Preso en Irlanda.

RUGERO. (*Ap.*)

¿Qué haré,
Que conociéndome va?
Pero yo me embarcaré,
Y en alta mar lo sabrá.

ROBERTO.

Ya sé como no has tocado
A la Infanta.

RUGERO.

Paez...

PAEZ.

Señor...

RUGERO. (*Ap. á Paez.*)

Sospecha este hombre me ha dado
Más, de que es encantador,
Que no de don Juan criado.

PAEZ.

Yo le he mirado tambien,
Y no me parece bien.

RUGERO.

Él sabe cuanto en secreto
Pasé en palacio, en efeto,
De la princesa en desden.
¿Si es demonio?

PAEZ.

Esto sospecho.

RUGERO.

Que, como por una sombra
Este engaño habemos hecho,
Algun demonio me asombra,
Y teme la cruz del pecho.

PAEZ.

Pienso que tienes razon.
Mírale agora temblando.

ROBERTO. (*Ap.*)

No hay que dudar: almas son.
Sólo en estarme mirando,
Conozco su pretension.
Pero sean lo que fueren,
La tierra ó la mar alteren,
Yo los tengo de seguir.

PAEZ.

Pues no le dejemos ir.

ROBERTO. (*Ap.*)

Algo preguntarme quieren.

RUGERO. (*Ap. á Paez.*)

Yo te diré lo que haremos:
Cuando embarcarnos queramos,
En tierra le dejaremos.

PAEZ.

Marche el ejército, y vamos.

RUGERO.

Ea, soldados, marchemos.

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Que yo vaya entre estos dos!

PAEZ. (*Ap. á Rugero.*)

Todo el color se le muda.

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Qué paso, don Juan, por vos!

RUGERO. (*Ap.*)

El es demonio sin duda.

ROBERTO. (*Ap.*)

Ellas son almas, por Dios.
(*Vanse.*)

—

Palacio de Arnaldo, Rey de Irlanda.

ESCENA V.

EL REY DE IRLANDA, FRANCELISA, FENISO.

FRANCELISA.

Apénas vienes, Señor,
Y ¿ya tratas de partida!

REY DE IRLANDA.

Vame acabando la vida,
Francelisa, un ciego amor.
Volver quiero á Ingalaterra
A mi nueva pretension.

FRANCELISA.

¿Quién es el que esta prision
Con tanto cuidado encierra?

REY DE IRLANDA.

Un hombre que cautivé
En la mar, cuando venía.

FRANCELISA.

Toda la noche y el dia
Suspira.

REY DE IRLANDA.

Él sabe por qué.

FRANCELISA.

Si no me ha engañado, hermano,
La fama, ya se casó
Clarinda, y sospecho yo
Que la pretendes en vano.

REY DE IRLANDA.

Nuevas que pasan el mar
Siempre son, hermana, inciertas;
Que son sus puertos mil puertas
Por donde suelen entrar.
Juntas de varias naciones
Engendran monstros iguales.

FRANCELISA.

De sus fiestas principales
Hay aquí mil relaciones.

REY DE IRLANDA.

¿Con quién, dicen?

FRANCELISA.

Con don Juan
De Castro, bello español,
Que compite con el sol
En generoso y galan.

REY DE IRLANDA.

¿Ves como es todo mentira?

FRANCELISA.

¿Por qué?

REY DE IRLANDA.

El por qué, yo lo sé.

FRANCELISA.

¿No puedo saber por qué?

REY DE IRLANDA.

De que lo escriban me admira;
Que yo sé bien que don Juan
No está en Lóndres ni en su tierrra,
Ni áun en toda Ingalaterra.

FRANCELISA.

Luego ¿engañado nos han!

REY DE IRLANDA.

Tenlo por cierto, y que yo
Puedo seguro volver
A pedirla por mujer.

FRANCELISA.

Pues ¿quién las justas venció?

REY DE IRLANDA.

Jüeces apasionados
Y con jiron de españoles,
Puestos sobre estanteroles
De teatros entoldados,
Dieron el premio á don Juan

Por una ú dos buenas lanzas;
Mas sus vanas esperanzas
Léjos de gozarle están;
Que no puede la razon
Sufrir que viva el engaño.

FRANCELISA.

Admírame el desengaño
De su fama y opinion,
Porque en Irlanda no hay cosa
Más vulgar que su belleza,
Armas, valor, gentileza
Y sangre maravillosa,
Su gala á caballo, á pié,
Peleando, hablando...—en fin,
Que es un Roldan paladin
El *don Juan de Castro*, sé.
Bien dicen que son gigantes
Las famas de léjos vanas,
Y las verdades enanas,
En personas semejantes.

REY DE IRLANDA.

Esto, hermana, es la verdad,
Y que es don Juan generoso;
Pero de fuerte y brioso
Puedes quitar la mitad.
Voy á dar traza en saber
Cuándo me podré partir.

FRANCELISA.

¿Ya me dejas?

REY DE IRLANDA.

No hay vivir
En ausencia, ó no hay querer. (*Vase*)

ESCENA VI.

FRANCELISA, FENISO.

FRANCELISA.

Detente, Feniso, un poco.

FENISO.

¿Qué me manda vuestra Alteza?

FRANCELISA.

¡Que es tan grande la belleza
De Clarinda!

FENISO.

Viene loco.

FRANCELISA.

Bien se le ha echado de ver,
Pues apénas ha llegado,
Cuando vuelve, y confiado
Que la podrá merecer.

FENISO.

Estando ausente don Juan,
Pienso que posible sea,
Porque ella á don Juan desea,
Que es en extremo galan.
Que aunque el Rey su fama cuenta
Desta suerte, y su valor,
Es por celos de su amor,
Que injustamente le afrenta;
Que sin duda le venció
Tres veces, y que fué hazaña
Con que á los Castros y á España,
Su padre y su patria honró.

FRANCELISA.

Eso creo yo muy bien.
Pero don Juan, ¿dónde está?

FENISO.

Tu hermano y señor se irá
Donde á Clarinda le dén,
Y luego sabrás adónde.

FRANCELISA.

Y agora ¿no puede ser,
Feniso, amigo, saber
Qué tierra á don Juan esconde?

FENISO.

Hablas con los ojos tanto,
Que voy entendiendo dellos
Más que de tu boca.

FRANCELISA.

En ellos
Pudiera ser lengua el llanto.
Y pues que á fiar de tí
Me atrevo igual pensamiento,
O estoy sin entendimiento,
O todo el amor en mí.
La fama deste don Juan,
Feniso, con vivo fuego
Me abrasa.

FENISO.

El amor es ciego,
Y esa es la razon que dan
Para que quiera sin ver;
Que de todos los sentidos
Entra amor por los oidos
Con mayor fuerza y poder.

FRANCELISA.

¿Quiéres saber cómo es eso,
Y cómo el alma lo siente?
Que se me ha puesto en la frente
Que es don Juan aqueste preso.

FENISO.

¡Don Juan! ¿Cómo?

FRANCELISA.

No hay poder
Saber el cómo, Feniso;
Pues el alma me da aviso,
Bien lo debe de saber.

FENISO.

Por lo mucho que te debo
Y que á tus padres debí,
Te dijera adonde vi
Ese gallardo mancebo,
Si no temiera á tu hermano.

FRANCELISA.

¡A mi hermano! ¿De qué modo?
Dímelo, Feniso, todo,
Porque ese temor es vano;
Que, fuera de que el secreto
Me importa tambien á mí,
Sabré yo sacarte á tí
Del más peligroso aprieto.

FENISO.

¡Ah, lengua! ¿Por qué te puso
La naturaleza en parte
Que pudieses deslizarte?
Nuestra fábrica compuso... [1]
¿Qué mucho que te deslíces,
Si siempre en húmedo estás?
Pero áun mostrándolo vas
En esto mismo que dices.
Toda tu disculpa es nada,
Porque el cerco de los dientes
Fueron muros excelentes
Con que estuvieses guardada.
Temblando estoy, y deseo
Decir todo lo que sé.

FRANCELISA.

Mucho me agravia tu fe,
Cosa que en tu amor no creo.
Esto ¿no fías de mí!

FENISO.

Señora, yo lo diré;
Que pues á dudar llegué,
Señal de decirlo dí.
Aqueste preso es don Juan,
Preso del Rey por traicion,
Si en amor traiciones son,
Por que otro nombre les dan.
Salió al campo á desafío
Con un escudero á pié;
Mandóme el Rey (que esto fué
No traicion, servicio mio)
Que con armado escuadron
De entre unos olmos saliese,
Y que al español prendiese:
Prendíle al fin á traicion.
El escudero y Mauricio
Se fueron á pelear;
Mauricio no ha de tornar
Hasta el dia del júicio,
Porque el gallego español
Con una y con otra herida
Vengó muy bien en su vida
De su señor la traicion.

FRANCELISA.

¡Que aquí está don Juan! y ¡preso!

FENISO.

Preso, como digo, está.
Tu hermano agora se irá:
No te está mal el suceso,
Porque le podrás hablar,
Ver, y casarte con él,
Miéntras Arnaldo sin él
La suerte puede obligar.
Y aunque fué su amor terrible,
Cualquiera mujer ausente
Se cura con lo presente,
Y olvida de lo imposible.

FRANCELISA.

¿Cómo aguardar el ausencia
Del Rey?

FENISO.

Porque sí lo sabe...

FRANCELISA.

¿Tienes tú acaso la llave?

FENISO.

Señora, con más paciencia.
¿Quién te dijo que tenía
La llave?

FRANCELISA.

Necio, si á mí
Me dijo que estaba aquí
Don Juan mismo el alma mia,
¿Son efetos della ajenos
Decir que tú la tendrás?
Habiendo dicho lo más,
¿Habia de callar lo ménos?

FENISO.

Ahora bien: la confianza
De tu ingenio y tu valor,
Y el tenerte tanto amor,
Aqueste imposible alcanza.
Alcalde soy de don Juan.
La llave es esta; yo sé
Solo el secreto.

FRANCELISA.

Mi fe
Y el amor dándote están
De aquesta merced en prendas
Mil almas. Muestra la llave.

FENISO.

Mira tu honor.

FRANCELISA.

Amor sabe
Lo que ha de hacer.

FENISO.

No le ofendas [2].

FRANCELISA.

Yo sabré mirar por él.
Retírate allí.

FENISO.

Aquí estoy.

[1] Parece que falta algo entre este verso y los siguientes.

[2] Al honor.

FRANCELISA.

A abrir esta torre voy,
A hablar un rato con él.

FENISO.

Pues no le digas quién eres.

FRANCELISA.

Que soy tu mujer diré. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FENISO.

Poco sé, pues que no sé
Las fuerzas de las mujeres.
¿Qué Sanson no han derribado?
¿A qué David no han vencido?
¿Qué Salomon no han rendido?
¿Qué Alcides no han engañado?
Pero ya vienen allí.
El Rey la muerte me da...
—Mas ella no lo dirá.
Quiero escucharlos aquí. (*Escóndese.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, FRANCELISA.—FENISO, *oculto.*

DON JUAN.

Pues que inoro la ocasion,
¿Para qué vienes á verme,
Alumbrarme y defenderme
En esta escura prision?
Paréceme que has entrado
No más de como el sol entra
Para alumbrar cuanto encuentra,
Y calificar [1] lo helado.
Porque, segun tu hermosura,
Sólo puede ser el sol
Efeto en un español
Ausente de su luz pura.
Pintábanle en forma humana
Los indios, y esto conforma
Con tu más que humana forma,
Pues es forma soberana.
Y aunque el sol no suele hablar
A los presos que entra á ver,
Si sol y ídolo has de sér,
Bien me puedes consolar.
¿Qué dices? ¿Trata mi muerte
El Rey de Irlanda? que Apolo
Es Dios de oráculos solo,
Y quiero consulta hacerte.
¿Es hoy el fin de mi vida?
¿Acaban con hoy mis daños?

FRANCELISA.

Tú verás á sus engaños
Opuestas las fuerzas mias.
Y si no te he respondido,
Es porque he estado ocupada
En dar tu presencia amada
A mi más noble sentido.
Confórmaste con mi idea,
Igual eres á tu fama,
Satisfaces quien te ama,
Y alegras quien te desea.
¿No eres tú don Juan de Castro?

DON JUAN.

Aunque como ves estoy,
El mismo, Señora, soy,
Que aquesta cadena arrastro.
Yo soy el Conde de Andrada,
Yo soy aquel español
Notorio desde el Ferrol
Y el Sil á la Citia helada.
Yo soy... Mas ¿para qué digo
Que ninguna cosa soy,
Si agora esperando estoy
La espada de mi enemigo?

FRANCELISA.

¿Que tú eres don Juan!

DON JUAN.

No sé.
Tales mis dichas están.

FRANCELISA.

No tengas pena, don Juan.

DON JUAN.

Bien dices, no la tendré;
Y mal en peso levantas
El peso desta cadena,
Porque mal tendrá una pena
Un hombre que tuvo tantas.

FRANCELISA.

Esta, y muchas que tuvieres,
Te quiero yo remediar.

DON JUAN.

Mucho suele hacer y obrar
La piedad en las mujeres;
Mas ¿no podré yo saber
Quién eres, y cómo sabes
Quién soy?

FRANCELISA.

De quien estas llaves
Me pudo dar, soy mujer.

DON JUAN.

Pues ¿qué ocasion te ha movido
A quererme ver?

FRANCELISA.

No más
De ver que sin causa estás
Aprisionado y rendido,
Y el tener noticia alguna
De tu valor, porque sé
Que la envidia pone el pié
Donde le alza la fortuna.
Y pues no puede faltar
En tu claro entendimiento
Y sangre agradecimiento,
Quiérote en esto obligar:
Que si correspondes bien
A tan justa obligacion,
Trocaremos la prision
Y la libertad tambien.
Porque si tu voluntad
La misma sangre confiesa,
Yo gustaré de estar presa
Porque tengas libertad.

DON JUAN.

Pues ¿en qué puedo obligarte,
Tan pobre como me ves?
¿Adónde hallaré interes
Para que pueda pagarte?
Cuando fuera esta cadena
Del oro que Arabia cria,
Era corto premio el dia
Que á muerte el Rey me condena.

FRANCELISA.

Tan corto, que si pudieras
Toda la arena del mar
En oro puro mudar,
De que una cadena hicieras
Con que pudieras ceñir
El mundo y sus elementos,
No eran agradecimientos
Para poderme servir.
Y cuando della colgado,
Por joya el mundo me hicieras,
Con su valor no pudieras,
Don Juan, haberme pagado.

DON JUAN.

Si dices que eres mujer
De un alcaide, dama hermosa,
Fuera de oro, ¿qué otra cosa
Te puedo yo prometer?
No pienso yo que en el mundo
Tan mal recebido está
El interes.

FRANCELISA.

Si será;
Pero yo en otro me fundo.

DON JUAN.

¿De qué hay mayor interes
Que del oro? pues con oro,
Guardando al cielo el decoro,
Se hace todo lo que ves.
Cleopatra á Antonio mostró
Sólo en oro su grandeza.

FRANCELISA.

Las almas tienen nobleza
Que el oro jamás compró.

DON JUAN.

Pues ¿qué! ¿quieres proponerme
Que por tu propio valor
Te dueles de mi dolor?

FRANCELISA.

Ya comienzas á entenderme.

DON JUAN.

Pues llegado á que por él
Te quieres doler por mí,
Tambien hay valor en mí
Para pagarte con él.

FRANCELISA.

Agora aciertas mejor;
Que á una mujer principal
Todo interes le está mal
Que no sea interes de amor.

DON JUAN.

Pues ¿cómo! ¿Amor te ha obligado!

FRANCELISA.

Amor, don Juan, me obligó.

DON JUAN.

Pues ¿podré pagarte yo?

FRANCELISA.

Podrás, pues no eres casado.

DON JUAN.

¿Cómo, si tú eres casada!

FRANCELISA.

No soy.

DON JUAN.

Pues ¿qué puedo hacer?

FRANCELISA.

Quererme por tu mujer.

DON JUAN.

Y mujer determinada.
¿Sabes tú quien soy?

FRANCELISA.

Muy bien.

DON JUAN.

¿Sabes quien los Castros son?
¿Sabes mi grande opinion?

FRANCELISA.

Y sé tu valor tambien.

DON JUAN.

Pues ¿cómo sabes de tí
Que me podrás igualar?

FRANCELISA.

Las almas vengan á estar
Iguales en tí y en mí;
Que lo que es sangre, yo haré
Para igualar tu persona
Que te sobre una corona,
Y quizá te la daré.

DON JUAN.

Dadme, Señora, esos piés,
Porque ya os he conocido,

[1] Parece que este verbo *calificar* significa aquí *calidificar*, dar calor, calentar.

FRANCELISA.

Luego ¿ya sabes que pido
De mi amor justo interes?

DON JUAN.

Es tan justo, si sois vos
Quien pienso, que si seréis...
(*Sale Feniso.*)

FENISO.

Ciegamente procedeis.

FRANCELISA.

¡Cómo!

FENISO.

El Rey viene.
(*A don Juan.*) Por Dios,
Éntrate de presto.

FRANCELISA.

Cierra.
(*Vanse don Juan y Feniso.*)

ESCENA IX.

EL REY DE IRLANDA.—FRANCELISA.

REY DE IRLANDA.

¡Todavía estás aquí?

FRANCELISA.

En tratar me diverti
Sucesos de Ingalaterra.

REY DE IRLANDA.

Yo vengo con poco gusto.

FRANCELISA.

¿De qué?

REY DE IRLANDA.

De que cierta fama
A la defensa nos llama
Desta isla.

FRANCELISA.

¡Caso injusto!
Pues ¿quién te viene á hacer guerra?

REY DE IRLANDA.

No sé más de que en el puerto
Dicen que han visto, y es cierto,
Armada de Ingalaterra.

FRANCELISA.

¡Contra ti! ¿por qué ocasion?

REY DE IRLANDA.

Si verdad te he de decir,
Tienen razon de acudir
A una justa obligacion.

FRANCELISA.

¿Cómo?

REY DE IRLANDA.

El hombre que está preso
Es *don Juan de Castro*.

FRANCELISA.

Pues
Don Juan, ¿qué importa al Inglés?

REY DE IRLANDA.

Que le prendí mal, confieso,
Y el Rey le tiene aficion;
Que hacerle heredero trata:
Fuera de que aquella ingrata
Habrá sido la ocasion:
Que con amor, que le tiene,
Al viejo Rey ha incitado
Para librarle, y juntado
La armada, si armada viene.

FRANCELISA.

Pues ¿qué te movió á prender
Aquel bizarro español?

REY DE IRLANDA.

Quitar un águila al sol
Que pudo sus rayos ver.

FRANCELISA.

Mátale aquí.

REY DE IRLANDA.

Tú ¿no entiendes,
Francelisa, que era error
Hacer la causa mayor?

FRANCELISA.

Pues ¿para qué le defiendes?
Entrega á don Juan al Rey
O al General de la armada.

REY DE IRLANDA.

Pienso que es cosa acertada.

FRANCELISA.

Pero es yerro á toda ley;
Pues fuera de que dirán
Que ha sido por cobardía,
Queda de tu alevosía
Mal satisfecho don Juan.
Y si ese español despues
Y el Inglés te han de hacer daño,
Paréceme que es engaño
Dalle tal hombre al Inglés.

REY DE IRLANDA.

Pues ¿qué he de hacer?

FRANCELISA.

Defenderte.

ESCENA X.

ALEJANDRO, FENISO.—EL REY, FRANCELISA.

ALEJANDRO.

¡Con tanto descuido estás!

REY DE IRLANDA.

¿Hay, Alejandro, algo más?

ALEJANDRO.

¡Cómo más!

REY DE IRLANDA.

Prosigue.

ALEJANDRO.

Advierte.
Cuando al puerto, gran Señor,
Partí corriendo la posta,
Para saber si la fama,
Tantas veces mentirosa,
En la causa lo sería
De tu presente congoja,
Veo en sendas y caminos
Gente que la tierra brota,
Porque pienso que excedian
De los árboles las hojas,
Todos huyendo á tu amparo
Como á centro en quien reposan.
Unos me cercan, Señor,
Otros con manos piadosas
Me detienen el caballo,
Y cuál de la misma ropa.
«Vuelve, Alejandro, me dicen,
Vuelve al Rey, di que socorra
El mísero reino suyo,
Que ya su descuido nota,
Porque sesenta y tres naves
En aqueste punto abordan,
Una belicosa armada
De Ingalaterra y Escocia,
Todos los bordes vestidos,
Hasta el corredor de popa,
De damascos y de telas,
Y de la popa á la proa
Coronadas de soldados
Que las gúmenas enroscan.
Han hecho fuertes trincheras
Para ocultar sus personas;
Sobre los garceses altos
Los estandartes tremolan
Con los leones de España
Y de Britania las rosas;
Y las flámulas que bajan,
Que casi las aguas tocan,
Desde los penoles altos
De las entenas, se mojan
Todas con diversas velas,
Ya latinas, ya españolas,
Entre mil veneras blancas
Bordadas de cruces rojas.
Jamás fábrica tan bella
Ni máquina tan hermosa
Tuvo en sus hombros Neptuno
Desde el incendio de Troya.
Y más, que por General
Desta armada belicosa
Viene el mejor español
Que vió lo mejor de Europa,
Del Príncipe de Galicia
Y doña Elvira de Rojas
Es hijo y Conde de Andrada:
Don Juan de Castro se nombra.
Dice que viene en venganza
De una injuria vergonzosa
Que le hiciste al mismo en Lóndres,
Y que esta es la causa sola.»
—Hízosele resistencia
Desde el puerto; mas fué poca;
Que como el cielo granizos,
Llueven las naves pelotas.
Tomáronle, en fin, las lanchas
Por unas calas angostas,
Y formando un escuadron
Vienen marchando á la sorda.
Don Juan, dicen los soldados,
Que ha prometido á su esposa
No volver sin tu cabeza,
Y que se han hecho las bodas.
Mira, valeroso Arnaldo,
Lo que á tu remedio importa,
Al bien de tu reino triste
Y al honor de tu corona;
Porque segun es la fama
De aqueste español agora,
Sólo el nombre les espanta,
Y del arcabuz se asombran.

REY DE IRLANDA.

Si no dijeras que la gente misma [mas
Te detuvo, Alejandro, y que con lágri-
Viene á pedirme como á Rey amparo
Contra los enemigos que me cuentas,
Por fábula tuviera lo que dices
Respeto de llamar *don Juan de Castro*
El General de la presente armada.

ALEJANDRO.

Antes si alguna cosa tan vilmente
Hizo acudir á la defensa justa,
Fué el nombre de don Juan.

REY DE IRLANDA.

Don Juan de Castro
¿Viene por General de aquesta armada!
¿Qué dices, Alejandro!

ALEJANDRO.

Lo que oyes.

REY DE IRLANDA.

¿Hasle tú visto?

ALEJANDRO.

No.

REY DE IRLANDA.

Pues no lo creas.

ALEJANDRO.

¿Cómo que no lo crea, si lo dicen
Soldados, gente, fama, naves, armas,
Banderas, estandartes, gallardetes,
Las veneras y cruces de Santiago,
Y el mismo miedo que es mayor testigo!

REY DE IRLANDA.

Siempre el miedo es testigo mentiroso.
Yo tengo á don Juan preso.

ALEJANDRO.
¿Preso!
REY DE IRLANDA.
Preso.
ALEJANDRO.
¿Adónde?
REY DE IRLANDA.
En esta torre.
ALEJANDRO.
¿De qué modo?
REY DE IRLANDA.
De que le truje yo de Ingalaterra:
Y esa armada la rige el Rey sin duda,
No de tanta opinion ni buena gente.
Ven conmigo, Alejandro: que en un [punto
Verás si salgo á la defensa armado.
Dame las llaves tú de aquesta torre,
Y pon cien hombres de mi guarda en [ella;
Aunque no será tanta su ventura
Que lleguen á alcanzarla con los ojos.
Tú, hermana Francelisa, atiende en tan- [to
A amparar las mujeres generosas,
Cuyos maridos á servirme fueren.
FRANCELISA.
Haré lo que me mandas; y si acaso
Fueren los hombres pocos, yo me atrevo
A salir como bárbara amazona,
Con muchas que tendrán el mismo brio,
A la defensa de la honra y patria.
REY DE IRLANDA.
Guárdete el cielo.
(Vanse el Rey y Alejandro.)

ESCENA XI.

FRANCELISA, FENISO.

FRANCELISA.
¡Ay triste, yo, Feniso!
¿Qué haré en suceso tan confuso?
FENISO.
Darle
Con discrecion lugar á la fortuna.
FRANCELISA.
Si vencen los ingleses y se llevan
Al español que como ves adoro,
Gozarále Clarinda.
FENISO.
Pues ¿qué intentas?
FRANCELISA.
Animarme tambien á defendelle:
Que nunca á las mujeres faltó el ánimo;
Que, con amor, un pájaro en su nido
Con tierno pico á la culebra ofende.
FENISO.
¡Tú podrás defendelle!
FRANCELISA.
Amor me anima.
FENISO.
¿De qué suerte podrás?
FRANCELISA.
Mudado el hábito.
FENISO.
En todo tengo de servirte.
FRANCELISA.
Vamos;
Que no he de ser quien soy, ó ha de ser [mio.
FENISO.
¿Qué no podrá mujer?
FRANCELISA.
Añade luego:
Si tiene amor, miéntras le dura el fuego.
(Vanse.)

Campo y muros de la residencia de Arnaldo.

ESCENA XII.

SOLDADOS, *con cajas y banderas;* PAEZ; RUGERO, *con baston.*

RUGERO.
Huyendo van los cobardes.
PAEZ.
¡Brava entrada!
RUGERO.
¡Gran vitoria!
PAEZ.
Prosigue, Señor, no aguardes.
RUGERO.
¿Qué es de la soberbia y gloria
De los contrarios alardes?
¿Dónde está Arnaldo alevoso?
PAEZ.
Fuiste en llegar tan dichoso
Con la bonanza del mar,
Que esto debe de inorar
Cuando llegas vitorioso.
RUGERO.
Pues ¿cómo hasta la ciudad,
Donde tiene corte y vive,
Llego sin dificultad,
Y un hombre no se apercibe
A tener de sí piedad!
O es fuerza de la razon,
O debe de estar ausente,
O le falta el corazon.
PAEZ.
Pienso que sacar intente
Al Conde de la prision.
Con volverle, habrá creido
Que has de volverte á embarcar.
RUGERO.
Engaño cobarde ha sido:
Más pienso que me ha de dar;
Que más tengo prometido.
Sin su cabeza, no creas,
Paez, que de Irlanda salga,
O sin que preso le veas.
PAEZ.
Ya no hay ruego que le valga,
Si la venganza deseas.
RUGERO.
¿Dónde la torre será
En que mi hermano está preso?
PAEZ.
El muro contemplo ya.

ESCENA XIII.

ROBERTO. — DICHOS.

ROBERTO. *(Ap.)*
Ya no temo mal suceso;
Aquí el General está.
El espíritu cruel
Que en el puerto me dejó,
Porque no fuese con él,
Hoy en el de Irlanda entró,
Digno de palma y laurel.
Bien pensó que no pudiera
Seguirle; pero mi amor,
Que en ser firme persevera,
Halló fuerza en mi valor
Y una barca en la ribera.
Encontré con una nave
Donde, el acogerme incierto
(Pues toda el armada sabe
Que hay bando contra Roberto
Para que mi vida acabe),
Al agua me eché desnudo;
Y nadando, así de un cabo
Que darme la vida pudo,
Trepé, acogióme un esclavo,
Vine entre la gente mudo
Hasta que á Irlanda llegamos,
Donde si á don Juan cobramos,
Venga la muerte, no quiero
Vida.
RUGERO.
Este muro primero,
Cubierto de verdes ramos,
Es la señal que me dió
El irlandes, de la torre
Adonde don Juan quedó.
PAEZ.
Del muro una fuente corre.
RUGERO.
Deso tambien me advirtió.—
¿Qué es esto! ¡Válgame el cielo!
PAEZ.
¿Qué miras?
RUGERO. *(Ap. á Paez.)*
Aquel soldado.
PAEZ.
Todo me ha cubierto un hielo.
ROBERTO. *(Ap.)*
Las dos almas me han mirado.
Que me conocen recelo.
RUGERO. *(Ap. á Paez.)*
¿El demonio no es aquel
Que en Ingalaterra vimos?
PAEZ.
Mira si es cierto ser él,
Pues de allá sin él venimos,
Y aquí nos vemos con él.
ROBERTO. *(Ap.)*
¿Qué dirán ¡válgame Dios!
Aquestas almas de mí?
RUGERO.
¿No le hablaremos los dos?
PAEZ.
¿Qué puede hacernos aquí?
RUGERO.
(Ap. ¡Qué paso, don Juan, por vos!)
Roberto...
ROBERTO.
Señor...
RUGERO.
¿No sabes
Que no gusto verte aquí?
ROBERTO.
¿Por qué?
RUGERO.
Por cosas bien graves,
Que tú las sabrás de mí:
Deja, Roberto, mis naves.
Mira que yo soy cristiano,
Mira que no has de mostrar
En mí tu rigor tirano,
Porque Dios me ha de librar
De tu cautelosa mano.
ROBERTO.
Señor, ¿cuándo te ofendí?
Si acaso eres tú don Juan,
Quien tanto me quiso á mí,
¿Este galardón me dan
Tus obras! ¡Tú hablas ansí!
¡Yo cauteloso, que adoro
Tu sombra! ¡yo soy tirano!
¿Por qué fuerza ó qué tesoro?
Pues, Señor, si eres cristiano,
¿Cuándo fué Roberto moro?
En Dios creo yo tambien;
Tengo crisma, y sé muy bien
La doctrina que aprendí

En Frades donde nací.
¿Conmigo tanto desden!
Si es porque fuí tu lacayo,
Y tuve aquel pensamiento,
Ya de la empresa desmayo,
Aunque me dió atrevimiento
Darme de tu sol un rayo.
Ya no pienso en Floriana;
Que fué locura, Señor.
Mira que es cosa inhumana
Que quepa en tu gran valor
Una venganza tan vana.
Mira lo que te he servido
En Sarria, en Monforte, en Lémos,
En tierra y mar padecido.

PAEZ. (*Ap. á Rugero.*)

Engañado nos habemos;
Que este es hombre conocido,
Y me acuerdo haberle visto
Con el Conde en el Ferrol,
Por donde fuí tan mal quisto.

ESCENA XIV.

FRANCELISA, FENISO. — DICHOS.

FRANCELISA. (*A Feniso.*)

Feniso, si es español,
Un imposible conquisto.
Pero ¿cómo el Rey inglés
Hizo español general?

FENISO.

Español me dicen que es.

FRANCELISA.

Este es el guion real.

RUGERO. (*A Paez.*)

¿Qué quiere aqueste irlandes?

FRANCELISA.

¡Válgame Dios!

FENISO. (*Ap. á Francelisa.*)

¿Qué te admira?

FRANCELISA.

¿No es éste don Juan?

FENISO.

No sé.

FRANCELISA.

Don Juan es el que nos mira.

RUGERO.

Paez...

PAEZ.

Gran Señor...

RUGERO.

¿Por qué
El irlandes se retira?

PAEZ.

Admírale tu valor;
Que piensa que eres don Juan.

FENISO.

Señora, hablarle es mejor.

FRANCELISA.

Los dos mirándome están.
Muero de espanto y temor.
¿No quedaba preso?

FENISO.

Sí.

FRANCELISA.

Pues ¿cómo está libre aquí!

FENISO.

Habla con aquel soldado.

PAEZ.

Él no llega, de admirado
Del valor que admira en ti.

FRANCELISA. (*A Roberto.*)

¡Ah hidalgo!

ROBERTO.

¿Qué me quereis?

FRANCELISA.

El General Capitan,
¿Quién es?

ROBERTO.

El mismo que veis.

FENISO.

¿Cómo se llama?

RUGERO.

Don Juan.

FRANCELISA.

¿Don Juan!

RUGERO.

Hablarle podeis;
Aunque no sé, por Dios vivo,
Si es fantasma ó ilusion.

FRANCELISA.

Notable temor recibo. (*Ap. á Feniso*)
¿No quedaba en la prision,
Y con cien guardas cautivo?

FENISO.

Por estos ojos le vi.

FRANCELISA.

Pues ¿cómo está allá y aquí?

FENISO.

Sin duda que hay dos don Juanes,
Españoles capitanes.

FRANCELISA.

Y dos fuegos para mí.

FENISO.

Háblale.

FRANCELISA. (*A Rugero.*)

Dame esos piés.

RUGERO.

Vengas, gallardo irlandes,
Con buena dicha: ¿qué quieres?

FRANCELISA.

Que me escuches, por quien eres;
Lo que soy sabrás despues.
General de Ingalaterra,
Famoso *don Juan de Castro*,
Desde Compostela á Lóndres,
Y desde el Norte al Ocaso;
Tú por quien bárbaros moros,
Desde el Sil gallego al Tajo,
Desde el Tajo al claro Bétis
Y desde el Bétis al Dauro..
—No sé, por Dios, lo que digo;
No sé, por Dios, lo que hablo,
Porque mirándote al rostro,
Del mismo rostro me espanto.
Tiénese en naturaleza
Por espantoso milagro
Ser los rostros diferentes,
Y aquí parecerse tanto...

RUGERO.

¿No prosigues?

FRANCELISA.

Ya prosigo.

RUGERO.

Paez...

PAEZ.

Señor...

RUGERO. (*Ap. á Paez.*)

Contemplando
De este irlandes la hermosura,
Habla, rostro, cuerpo y manos,
He pensado que es mujer.

PAEZ.

Y no te habrás engañado,
Porque yo pienso lo mismo,
Y que es de un ángel retrato.

FRANCELISA.

¿No me escuchas?

RUGERO.

Ya te escucho.

FRANCELISA.

El Rey de Irlanda, mi hermano
(Que soy mujer, español,
Y Francelisa me llamo),
Me contó como tenia
La causa de vuestro agravio
En aquella torre fuerte
Que guardan soldados tantos.
Disculpóse con decir
Que amor está disculpado
Desde el principio del mundo,
Por quien vino tanto daño.
Reñíle el dar ocasion
A que ese inglés Eduardo
Destruyese nuestras islas,
Siendo amigo tantos años.
Finalmente, persuadido,
Dejó de salir al campo
Con seis mil hombres de á pie
Y más de dos mil caballos,
Y á mi ruego darte quiere,
Este preso... (*Ap.* ¡Extraño caso!
¡Que hable yo de un hombre ausente,
Y sea el mismo con quien hablo!).
Por lo que adoras. Señor,
Si es verdad que estás casado
Con la divina Clarinda,
Y que has dormido en sus brazos,
Que te contentes con esto,
Y no dés causa al estrago
Que en los tuyos y en los nuestros
Hará tan sangriento asalto.
Pirro, Jérjes, Ciro, César,
Pompeyo, Alejandro y Dário,
Cuando sin sangre vencieron,
Sus vitorias celebraron.
Si puedes vencer sin ella,
Serás bienaventurado;
Si la ciudad entrar quieres
Cuya cerca estás mirando,
Serás tan mal recebido
Y habrá de costarte tanto,
Como Numancia costó
En España á los romanos;
Porque no sólo los hombres
De defenderse han jurado,
Pero las propias mujeres
Desde diez hasta treinta años;
De las cuales, como ves,
Aqueste traje he tomado,
Soy capitana amazona
En el troyano Escamandro;
Y como al darles tormento,
Hasta que se han desnudado
Corre peligro el delito,
Y luego es cierto el negallo,
Así agora el desnudarse
Del hábito honesto ha dado
Ocasion para morir,
Si llegas á ejecutarlo.
Respóndeme.

RUGERO.

Paez...

PAEZ.

Señor...

RUGERO. (*Ap. á él.*)

Partido hubiera tomado,
Si por partido me dieran
Este celestial milagro.

PAEZ.

¿Hate parecido bien?

RUGERO.

Estoy de verla admirado,
Turbado de responderla,
Y sin alma de pensarlo.
Los ojos, viéndola, ciegan,
Temen la lengua y las manos,

Esta el hablar con soberbia,
Y ellas el hacerle daño.
¿Qué me aconsejas que diga?

PAEZ.

Si tú, como Otaviano
A Cleopatra, la escucharas,
Excusaras preguntarlo.
Mas ya que su rostro has visto,
Su tierna lengua escuchado,
Ya basilisco en la vista,
Ya cocodrilo en el llanto,
Di que quieres ver al preso,
Y que con él consultado,
Te volverás á las naves,
Respeto de ser tu hermano.

FRANCELISA.

¿No respondes?

RUGERO.

Ya respondo.
Dirás, Francelisa, á Arnaldo
Que acetaré su partido,
Si con mi hermano lo trato;
Que es fuerza verme con él.

FRANCELISA.

Luego el español gallardo
¿Es tu hermano?

RUGERO.

Y tan de veras,
Que un alma vive en entrambos.
Somos un cuerpo y un rostro,
Un pensamiento, un retrato,
Una voluntad y un gusto
Y un mismo *don Juan de Castro*.
Y en lo que á defensa toca,
Di que quince mil soldados
Que traigo aquí, sólo tienen
Lo que el pié cubre en el campo.
Esas naves son sus casas
Y estos muros sus ganados,
Vuestra hacienda su sustento,
Y sus dineros sus manos.
Y que pues á las mujeres
Se remiten con ser tantos,
No debe de ser el miedo
Ménos que ha sido el agravio.
Mas si todas, Francelisa,
Como tú matan mirando,
Arnaldo está defendido,
El partido es excusado,
Porque ya tu gallardía
Está de mi amor triunfando;
Que sólo al amor se rinde
Quien tiene sangre de Castro.

FRANCELISA.

¡Por cuánto, ilustre gallego,
Dejaras de ser soldado,
Con tu enemigo y conmigo
Galan, noble y cortesano!
Mas cree que si te precias
De parecerme bizarro,
Que me precio yo de ser
Castro en cuanto soy y trato;
Porque es el cuerpo irlandes
De mis padres heredado;
Pero atrae con el alma
Los pensamientos que traigo,
Las acciones, las potencias;
Que como cuerpo en que ha entrado
Espíritu, en cuanto digo,
Pienso y pretendo, soy Castro.
Iré á llevar la respuesta
Y enviaréte algun regalo,
Porque estoy mirando en tí
El consuelo de mis daños;
Que si dos don Juanes hay,
Y el uno me da cuidado,
Yo sé que no hay dos Clarindas
Para que puedan gozarlos.

(*Vanse Francelisa y Feniso.*)

RUGERO.

¿Entendístelo?

PAEZ.

Sospecho,
Si por dicha no me engaño,
Que quiere bien á don Juan.

RUGERO.

Ahora bien: hagamos alto,
Miéntras la respuesta viene;
Que si ella quiere á mi hermano,
No está léjos de ser mia.

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Extraño y notable caso!
Ya quiere gozar destotra,
Y, con Clarinda casado,
Un mes estuvo con ella
En su cama y en sus brazos.
Si es este espíritu, y quiere
A cuantos cuerpos topamos,
En los dias de mi vida
Vi espíritu tan bellaco.

RUGERO.

Roberto...

ROBERTO.

Señor...

RUGERO.

¿Irás
A ver y hablar á mi hermano?

ROBERTO.

De paz, bien podré.

RUGERO.

Pues ven,
Porque una carta escribamos.
(*Ap.* ¡Ay, hermosa Francelisa!)

ROBERTO. (*Ap.*)

Hoy sabré cuál es mi amo.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio del Rey de Irlanda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DE IRLANDA, FRANCELISA.

REY DE IRLANDA.

¿Cómo dices, Francelisa,
Que al mismo don Juan hablaste?
¿No adviertes que te engañaste?

FRANCELISA.

Remedia este daño aprisa,
Y déjate de saber
Si es don Juan ó no es don Juan,
Pues por partido te dan
Que los dos se quieren ver.

REY DE IRLANDA.

¡Dos don Juanes!

FRANCELISA.

Y que son
Uno mismo y son hermanos.

REY DE IRLANDA.

Por los cielos soberanos,
Que muero de confusion.
Ya sé lo que puede ser,
Que es parecerse dos hombres
Y tener los mismos nombres.

FRANCELISA.

Resuelve lo que has de hacer:
Mira si estos se han de hablar,
O al asalto te apercibe.

REY DE IRLANDA.

No tener gente en que estribe
Pienso que me ha de obligar.
Con justa causa se alaba,
Y yo lo siento en mi tierra,
Que la presteza en la guerra
Todo lo que quiere acaba.
Fué con tal velocidad,
Que apénas naves oí,
Cuando ya su gente vi
Dar asalto á mi ciudad.

ESCENA II.

FENISO. — DICHOS. — *Despues*, ROBERTO.

FENISO.

Un español quiere hablarte
De parte del General.

REY DE IRLANDA.

Entre. ¡Hay confusion igual!

FRANCELISA.

Escucha, Feniso, aparte.

ROBERTO.

Deme los piés Su Alteza.

REY DE IRLANDA.

Di, soldado,
A lo que vienes.

ROBERTO.

Traigo aquesta carta
De nuestro General *don Juan de Castro*,
Para *don Juan de Castro*.

REY DE IRLANDA.

No lo entiendo.

ROBERTO.

Ni yo tampoco.

REY DE IRLANDA.

Dime: ¿cómo traes
De don Juan carta para don Juan mismo?

ROBERTO.

Porque entre ellos es sola diferencia
Estar el uno libre, el otro preso,
Y escribírsela al preso el que está libre.

REY DE IRLANDA.

Abrid por esa puerta aquella torre.

FENISO.

Muestra la llave.

REY DE IRLANDA.

Toma.
(*Vase Feniso.*)

FRANCELISA.

Oye, soldado.

ROBERTO.

¿En qué te sirvo?

FRANCELISA.

Escucha una palabra.
¿Es verdad que don Juan está casado?

ROBERTO.

Casado está don Juan.

FRANCELISA.

¿Con quién y dónde?

ROBERTO.

El con quién es Clarinda, él dónde es [Lóndres.

FRANCELISA.

¿Vístele tú?

ROBERTO.

Con estos mismos ojos.
Mas no la goza, aunque durmió con ella.

FRANCELISA.

¿Por qué razon?

ROBERTO.

Porque primero dice
Que ha de ir á Roma, y es tan bella dama,
Que no sé dónde pudo hallar pacien-[cia...
Yo sé de mí que si forzoso fuera

Hacer como él esta jornada á Roma,
Que no buscara mayor gloria.

FRANCELISA.

Hermosa
Debe de ser.

ROBERTO.

Como al abrir la rosa.

ESCENA III.

DON JUAN, FENISO. — EL REY DE IRLANDA, FRANCELISA, ROBERTO.

FENISO.

Aquí está el preso don Juan.

REY DE IRLANDA.

¿Es como éste, Francelisa, (*Ap. á ella.*)
El que contigo me avisa?

FRANCELISA.

Mil pensamientos me dan
De que es el que allí dejé.

ROBERTO.

(*Ap.* A don Juan mirando estoy.)
Señor...

DON JUAN.

¿Quién eres?

ROBERTO.

Yo soy.
Roberto soy; ¿no me ves?

DON JUAN.

¡Roberto, mi grande amigo!

ROBERTO.

¡Don Juan, mi grande señor!
¡Cómo conozco en tu amor
Que estoy hablando contigo!
Éste sí que es mi don Juan.
Déjame atentarte todo.

DON JUAN.

¿Qué me atientas dese modo?

FRANCELISA. (*Ap. al Rey.*)

¡Qué alegres los dos están!

REY DE IRLANDA. (*Ap. á Feniso.*)

Sin duda es este escudero
El que dió muerte á Mauricio.

FENISO.

Aquel amor es indicio.

ROBERTO.

Cosas referirte espero,
Señor, que te han de espantar.

DON JUAN.

¿Cómo?

ROBERTO.

Clarinda es casada.

DON JUAN.

Pues ya no me cuentes nada;
Que ya no hay más que contar.
¡Desdichado fué aquel dia
Que al campo salí, Roberto,
De aquesta traicion incierto,
Pues perdí la esposa mia!
Mas dime: ¿con quién casó?

ROBERTO.

Con *don Juan de Castro.*

DON JUAN.

¿Quién?

ROBERTO.

Don Juan; que hay otro tambien.

DON JUAN.

¿Qué dices!

ROBERTO.

Lo que ví yo.

DON JUAN.

¡Tú lo viste!

ROBERTO.

Con mis ojos,
Cuando del campo volví.

DON JUAN.

¡Esto oigo y vivo! ¡Ay de mí!

ROBERTO.

¡Qué he recebido de enojos!
¡Qué desdichas he pasado!
¡Qué afrentas en mar y tierra!

DON JUAN.

Pues ¿cómo en Ingalaterra
De don Juan se han acordado?
¿Quién viene á librarme á mí?

ROBERTO.

Don Juan de Castro.

DON JUAN.

¿Quién dices?

ROBERTO.

Porque no te escandalices,
El mayor mal te encubrí.
Aunque tengo imaginado
Que es el alma del difunto,
Y que en tu propio trasunto
Con Clarinda está casado,
Y viene por General
Desta armada.

DON JUAN.

¡Caso extraño!

ROBERTO.

Pero ¿que pueda el engaño
Este mi amor natural!
Que la carta que me dió
Se me ha olvidado de darte.

DON JUAN.

Muestra.

ROBERTO.

Aquí podrá avisarte.

DON JUAN.

La letra conozco yo,
Y en la firma dos mil veces
Pongo, Roberto, la boca.

ROBERTO.

Pues ¿qué razon te provoca?

DON JUAN.

Oye.

ROBERTO.

Mucho lo encareces.

DON JUAN. (*Lee.*)

«Viniendo á buscarte á Ingalaterra »en la noche de tu prision, y que lo ha»bia de ser de tu desposorio, me avisó »un caballero que tomando tu nom»bre diese la mano á Clarinda, porque »no perdieses la ocasion y el reino: »hícelo, y fingiendo vengar mi agravio, »pedí al Rey naves y gente, y vengo á »darte libertad.» — *Rugero de Moncada.*

ROBERTO.

¡Cómo, Señor! ¿Que no es sombra!

DON JUAN.

¿No conociste á Rugero?

ROBERTO.

Conocí ese caballero
Que aquí tu hermano se nombra,
Y es de tu madrastra hijo;
Mas, Señor, nunca le hablé.

DON JUAN.

Prodigiosa industria fué
La que Tibaldo le dijo.
Grandes bienes me han venido
¡De solo un bien que hice á un muerto!

ROBERTO.

¿Que éste es tu hermano!

DON JUAN.

Y tan cierto,
Cuanto es de mí conocido.
¡Oh Rugero! ¿Quién pudiera,
Sino tu amor, socorrerme,
Sin esperanza de verme
Libre de prision tan fiera?
Vuelve, Roberto, y dirás
Que acometa, que no aguarde;
Que miéntras fuere más tarde,
Será la defensa más.
No te detengas ansí.

ROBERTO.

Siento el dejarte, Señor.

DON JUAN.

Muéstrame en partirte amor.

ROBERTO.

Dios te guarde más que á mí. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON JUAN, FRANCELISA, FENISO.

REY DE IRLANDA.

¿Qué te escribe el General?

DON JUAN.

Que á librarme el Rey le envía.

REY DE IRLANDA.

Verá la defensa mia
A sus soberbias igual.

DON JUAN.

Luego ¿entregarme no quieres,
Siendo injusta la prision?

FRANCELISA.

Mira, hermano, que es razon.

REY DE IRLANDA.

Extrañas sois las mujeres.
Vete, Francelisa, á hacer
Con tus dueñas tu labor:
Que las cosas del honor
No las entiende mujer.—
Don Juan, si yo te he de dar,
Ha de ser con un concierto:
Que el General vuelva al puerto
Y que se alargue á la mar,
Y que tú has de hacerme á mí
Pleito homenaje seguro
(Porque á Clarinda procuro,
Que tantos años serví)
De no casarte con ella,
De no pretendella más.

DON JUAN.

¡Cercado y soberbio estás!
La fortuna te atropella.

REY DE IRLANDA.

No lo creas; que el valor
La lleva de los cabellos.

DON JUAN.

Si tú la tuvieres dellos,
Será laurel de tu honor.

FRANCELISA.

Don Juan, aceta el partido;
Que otras Clarindas habrá...
Aunque si casada está,
¿Cómo has de ser su marido?

DON JUAN.

No tengas deso cuidado.
El don Juan que se casó
Es yo mismo, porque yo
Mi poder le tengo dado;
Y no haré el pleito homenaje,
Sólo por ser español,
Por cuanto tesoro el sol
Mira en todo su viaje.

REY DE IRLANDA.

Fué el Rey Eduardo loco
En casar su hija ansí,

Pudiendo dármela á mí,
Con quien no ganara poco.
¿Quién vió á un padre prometer
Su hija hermosa, prudente,
Al que fuese más valiente?

DON JUAN.

Fué discreto proceder,
Porque tuviese valor
El hombre á quien él la diese:
Y quien las historias viese
No lo tendrá por error
Dalle á su hija un marido
Tan valeroso y tan fuerte.

ESCENA V.

ALEJANDRO.—DICHOS.

ALEJANDRO.

¿Qué haces, de aquesta suerte
Vanamente entretenido,
Si por tres partes asaltan
El muro los enemigos?

REY DE IRLANDA.

¿Qué importa?—Vamos, amigos;
Que si son tres, treinta faltan.
Muramos en la defensa.
No quiero vivir sin honra;
Que no puede haber deshonra
Como consentir la ofensa.
Cierra, Francelisa, el preso,
Su guarda anima y repara.

ALEJANDRO.

Vamos, Señor.

(*Vanse el Rey, Alejandro y Feniso.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, FRANCELISA.

DON JUAN.

¿Quién pensara
Tan desdichado suceso?

FRANCELISA.

Ya quedas en mi poder.

DON JUAN.

Y no es novedad ninguna:
Tiéneme el de la fortuna,
Y es la fortuna mujer.

FRANCELISA.

Deseo saber de ti,
Ya que teneis solo un ser
Y un rostro y un parecer,
¿Qué pensais hacer de mí
Tú y aqueste General?
¿Cómo habeis de repartir
A Clarinda hoy, si el vivir
Con ella ha de ser igual?
Porque si la ley de Dios
Manda que una haya de ser,
Quede yo para mujer
Del que deje de los dos.

DON JUAN.

No me has preguntado mal.

FRANCELISA.

Busco lo que me conviene.

DON JUAN.

Yo pienso que á quedar viene
Sin Clarinda el General.

FRANCELISA.

Y ¿tiene el mismo valor
Que tú?

DON JUAN.

Agora lo verás,
Y mucho me obligarás
En tenelle mucho amor.

ESCENA VII.

EL REY DE IRLANDA, *dentro.*—DON JUAN, FRANCELISA. *Suenan cajas.*

REY DE IRLANDA. (*Dentro.*)

¡Aquí, valientes soldados!

FRANCELISA.

El Rey mi hermano es aquel.

DON JUAN.

Será el asalto cruel.
¡Ah, cielos, conmigo airados!
No suelen, si oyendo están
Los caballos la trompeta,
Con boca mas inquieta
Romper la aldaba al zaguan,
Y tirar con más pasion,
Para poder desasilla,
El lebrel de la traílla,
De la pigüela el halcon,
Que yo de aquesta cadena
Por quien tu cautivo soy,
Viendo que aquí donde estoy
La voz del asalto suena.

ESCENA VIII.

RUGERO, *y despues,* ALEJANDRO, *ambos dentro.*—DON JUAN, FRANCELISA.

RUGERO. (*Dentro.*)

¡Aquí, famosos ingleses!
Venceremos de una vez:
Mirad que es don Juan júez.

DON JUAN.

¡Ah, Rugero! ¡si me vieses
Estar batallando aquí
Con el alma que del pecho
Se me salta!...

ALEJANDRO. (*Dentro.*)

Sin provecho
Muere mucha gente aquí.
¿Para qué, Señor, porfías?

FRANCELISA.

Entra en la torre, don Juan;
Que como ves, cerca estan
Tus venturas ó las mias.
Entra; que es obligacion
Encerrarte y defenderte.

DON JUAN.

¡Aun quiere mi dura suerte
Que hoy me dobles la prision!

FRANCELISA. (*Ap.*)

Cerraré por mi interes;
Que miéntras que no te rinda,
No gozarás de Clarinda.

ALEJANDRO. (*Dentro.*)

Mira que es error.

(*Éntrase don Juan.*)

ESCENA IX.

EL REY DE IRLANDA, ALEJANDRO Y FENISO, *con las espadas desnudas.*—FRANCELISA.

REY DE IRLANDA.

No es.

ALEJANDRO.

¡A don Juan quieres matar!

REY DE IRLANDA.

No matar, llevarle al muro,
Por el que, ménos seguro,
Acaban de derribar,
Y al General le diré
Que si dél no se retira,
De la suerte que le mira,
Del muro le arrojaré.

FENISO.

Bien dices.

FRANCELISA.

Advierte, hermano...

REY DE IRLANDA.

Que no tengo que advertir.
O don Juan ha de morir,
O retirarse el villano.

(*Vanse.*)

—

Vista exterior de la torre.

ESCENA X.

EL REY, FRANCELISA, ALEJANDRO, FENISO Y SOLDADOS *al pié de la torre;* DON JUAN, *en lo alto de ella. Despues,* RUGERO.

DON JUAN.

Rey de Irlanda, y vosotros caballeros,
Ninguno llegue cerca de la torre,
Ni la pretenda abrir de ningun modo,
Porque con piedras pienso defendella,
De que no tengo aquí pequeña copia;
Que ya entiendo el intento con que viene
Ese cruel, que con traiciones tales
Persigue injustamente mi inocencia.

REY DE IRLANDA.

¿Estás loco, don Juan?

DON JUAN.

Bien lo preguntas;
Que siempre fué de locos tirar piedras.
Guárdate desta, y desta.

ALEJANDRO.

Tente un poco.

DON JUAN.

¿Cómo podré tenerme, si estoy loco?

RUGERO. (*Dentro.*)

¡Aquí, fuertes ingleses, que hoy es dia
De ganar honra y fama!

FENISO.

¿Oyes aquello?

FRANCELISA.

En el muro han subido.

ALEJANDRO.

La bandera
De la cruz roja y las veneras blancas
Encima puso el español Roberto.

FENISO.

Todos le siguen, y los tuyos dejan
Con miserables muertes la muralla.

FRANCELISA.

Huyeron los soldados de la torre,
Y ya vienen buscando aquesta puerta.

ESCENA XI.

Salen de la torre RUGERO, ROBERTO, PAEZ Y SOLDADOS INGLESES *con espadas desnudas.*—EL REY DE IRLANDA *y* LOS SUYOS.

RUGERO.

¡Aquí, soldados! ¡Muera el Rey de Irlanda!
¡Viva *don Juan de Castro*!

PAEZ.

¡Viva!

ROBERTO.

¡Viva!

REY DE IRLANDA.
¡Muera don Juan, valientes caballeros!
(*Tocan cajas y batallan; retíranse el Rey de Irlanda y los suyos, vuelve Rugero.*)

ESCENA XII.

RUGERO, *abajo;* DON JUAN, *en lo alto de la torre.*

DON JUAN.
¡Ah, caballero!

RUGERO.
¿Quién es
Quien de lo alto me nombra?

DON JUAN.
Un hombre, un preso, una sombra,
Un español: ¿no le ves?

RUGERO.
¡Válgame el cielo! ¿Es don Juan?

DON JUAN.
El mismo.

RUGERO.
¡Don Juan! ¡hermano!

DON JUAN.
¡Qué escucho! ¿si es sueño vano?
¿Quién sois, fuerte capitan?

RUGERO.
Hermano, ¿ya desconoces
A Rugero de Moncada?

DON JUAN.
Alma de esperar cansada,
Vivid con aquellas voces.
¡Rugero mio!

RUGERO.
¡Señor
De mi alma deseado!

DON JUAN.
¡A qué buen tiempo has llegado!
Matarme quiso el traidor;
Con piedras me he defendido.

RUGERO.
¿Cómo estás?

DON JUAN.
Ya ¿no lo ves?
Llenos de hierro los piés,
De que estoy, Rugero, asido;
Que si no, bien sabe el cielo
Que desta torre me echara;
Que sólo que te abrazara
Fuera en mi muerte consuelo.
¿Como queda mi Clarinda?

RUGERO.
Mucho tenemos que hablar,
Y es tiempo de pelear
Hasta que el traidor se rinda.
De espacio te contaré
Mil cosas, en que mi amor
Conozcas.

DON JUAN.
De tu valor
Está muy cierta mi fe.
Sácame, hermano, de aquí,
Quítame aquesta cadena;
Que no me ha dado más pena
Como despues que te vi.

RUGERO.
Espera, hermano; que viene
Aquí un irlandes soldado.

ESCENA XIII.

FRANCELISA, *de soldado, con la espada desnuda.*— DON JUAN, RUGERO.

FRANCELISA.
(*Dentro.* La codicia te ha engañado:
Tal fin su esperanza tiene.) (*Sale.*)
(*Ap.* Vuelvo a ver en lo que está
El dueño de mis deseos.)

RUGERO.
¿Quién va? Soldado, teneos.

FRANCELISA.
¿Quién va? ¿No sabeis quien va?

RUGERO.
Rendid, soldado, la espada:
Mirad que os estará bien.

FRANCELISA.
Decidme primero á quién.

RUGERO.
A Rugero de Moncada.

FRANCELISA.
¡Válgame Dios! ¿No sois vos
Don Juan de Castro?

RUGERO.
Yo sí;
Mas ya sabeis que está allí,
Y que hay dos.

FRANCELISA.
Ya sé que hay dos.

RUGERO.
Y vos ¿no sois Francelisa?

FRANCELISA.
Sí, don Juan; que vuestra soy,
Y en el peligro en que estoy,
Mi desengaño os avisa.
Ríndome, fuerte Rugero,
Si me mandais que así os nombre,
A vos, á don Juan y á un hombre
Que más que á mi vida quiero.
Póngome en vuestro poder,
Ya que vitorioso estais,
Para que me defendais
Como hombre, pues soy mujer.

RUGERO.
Seréis de mí defendida
Tanto como sois amada;
Que no os negará la espada
Quien os ha dado la vida.
Las armas que me entregais,
Guardad; que no es buen concierto
Que despues de haberme muerto,
Con la espada me sirvais.
Decís que á un don Juan quereis:
Mirad cuál es de los dos;
Que está en el decirme: «Vos,»
Que me deis vida ó mateis.
El preso que veis allí,
Con Clarinda está casado;
Yo libre; que libre he estado
Hasta aquel punto que os vi.
Mirad, Francelisa bella,
¿Quién os puede más servir?

FRANCELISA.
¿Qué puedo agora decir
A tal rigor de mi estrella?
La soberbia de mi hermano
A tal punto me ha traido,
Que á vuestros piés me he rendido,
Y entregado á vuestra mano.
Y pues que ya no soy mia
Y estoy en vuestro poder,
Allá podréis escoger
Donde su traicion me envía.

ESCENA XIV.

PAEZ y ROBERTO, *asidos del* REY DE IRLANDA, OTROS SOLDADOS.—FRANCELISA, RUGERO, DON JUAN.

PAEZ.
Suelta, Roberto, el preso.

ROBERTO.
Suelta, Paez.

PAEZ.
Yo le prendí.

ROBERTO.
Yo le prendí primero,
Y tú llegaste sin sazon á entrambos.

RUGERO.
¿Qué es esto, Paez?

PAEZ.
Injurias de Roberto.

RUGERO.
Roberto, ¿qué es aquesto?

ROBERTO.
Iras de Paez.

PAEZ.
Yo he preso al Rey.

ROBERTO.
Yo al Rey primero he preso;
Y si yo le rendí y es prision mia,
Al arbitrio del Rey y su sentencia
Remito mi justicia.

REY DE IRLANDA.
Caballeros,
Remitildo los dos á mi justicia.
Bien hay, á lo que pienso, honra y provecho
En un Rey preso para dos soldados.
Todos lo hicistes valerosamente;
Mi fortuna lo ha hecho mal conmigo.—
¿Estás presa tambien?

FRANCELISA.
¿Eso preguntas?

RUGERO.
Tus soberbias, Arnaldo, te han traido
Al estado en que estás.—Romped, soldados,
Aquella torre.

ROBERTO.
Yo seré el primero
Que deshierre los piés del dueño mio.
Bajad, Señor; que ya por vos subimos.

DON JUAN.
Entra, Roberto, y estos brazos goza;
Que si me otorga el cielo alguna vida,
Yo premiaré con honra y con provecho
Las hazañas heróicas de tu pecho.
(*Pasan á la torre Roberto y soldados; don Juan se entra.*)

REY DE IRLANDA.
¡A qué miserable estado
La fortuna me ha traido!
¡Qué vuelta conmigo ha dado!
Pero como dado ha sido,
Quítame el bien que me ha dado.
¡Oh bienes de bien ajenos!
¡Oh suerte, que á tantos buenos
Quitas lo que á malos das!
¿Por qué, en llegando á ser más,
Es fuerza el venir á ménos?

FRANCELISA.
No te quejes de la suerte;
Quéjate de tu arrogancia;
Que la verdad es tan fuerte,
Que sola en breve distancia
Pudo á sus plantas ponerte.
Pues no aceptaste el partido,
Dale gracias á tu error;
Que á piés de tal vencedor
Es gloria el quedar vencido.

ESCENA XV.

DON JUAN, ROBERTO, SOLDADOS.—EL REY DE IRLANDA, FRANCELISA, RUGERO, PAEZ, SOLDADOS.

DON JUAN.

No me he dejado quitar,
Rugero del alma mia,
La cadena, hasta llegar
A tus piés.

RUGERO.

Señor, desvía.

DON JUAN.

Con ella te he de abrazar.

RUGERO.

Quitalde aquesta prision,
Soldados: ¿qué haceis así?
Si es cadena de aficion,
Quitadla; ponedla en mí,
Aunque sus brazos lo son.

DON JUAN.

¡Que vengo á tenerte en ellos!

RUGERO.

¡Que estoy, don Juan, á tus piés!

DON JUAN.

¡Que el hierro me quitas dellos!

RUGERO.

¡Que me le pones despues!

DON JUAN.

¡Que tengo vida por ellos!

PAEZ.

Señores, no es tiempo agora
De enternecerse y parar
Nuestra gente vencedora.

DON JUAN.

Dé Marte al amor lugar.

PAEZ.

Amor rie y Marte llora.
No es justo parar aquí;
Que saquean la ciudad.

REY DE IRLANDA.

No tengais piedad de mí;
Del reino tened piedad,
Pues yo solo causa fuí.

RUGERO.

Ahora bien, Paez, Roberto,
Los dos llevaréis al puerto
A Arnaldo y á Francelisa,
Con buena guarda y aprisa,
Y por lo más encubierto.
Embarcaldos con recato
En la nave capitana,
Miéntras el remedio trato
Desta venganza inhumana,
Aunque al ejército ingrato;
Que bien merecen gozar
Con el saco los despojos
Del trabajo en tierra y mar.

REY DE IRLANDA.

¡Que tanto mal ven mis ojos!

PAEZ.

Señores, alto, á embarcar.

ROBERTO.

Ea, Francelisa bella,
Venid conmigo.

FRANCELISA.

A mi estrella
Doy gracias por tal ventura.

(Llévanse Roberto y Paez al Rey y á Francelisa.)

RUGERO.

La gente, don Juan, procura
Tomar la venganza en ella.

(Suenan dentro cajas.)

Ven, y la ciudad defiende,
Donde presidio pondrás:
Mira que tu hacienda ofende:
No dejes que roben más.
Tú los castiga ó los prende.

DON JUAN.

Echa un bando, muestra enojos...
—Pero si son sus despojos,
¿Quién ha de haber que los riuda?

RUGERO.

Tu rostro basta.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay Clarinda!
¿Cuándo te verán mis ojos?

(Vanse.)

—

Lóndres: Jardin del Real palacio.

ESCENA XVI.

CLARINDA, FLORIANA.

FLORIANA.

Deja un poco la tristeza,
Pon á los enojos fin.

CLARINDA.

Las flores deste jardin
La aumentan con su belleza.
El agua de aquestas fuentes,
Floriana, me da enojos,
Porque tienen con mis ojos
Competencia sus corrientes.
No hay cosa más excusada
Para mí que la alegría.

FLORIANA.

¡Plega á Dios que llegue el dia
Que goces tu prenda amada!

CLARINDA.

No pienso que aunque llegase,
Le gozara mi deseo,
Por los indicios que veo,
Puesto que el amor me abrase.
Ahora bien: déjame estar;
Que nadie sin causa llora,
Y por dicha el mal mejora,
Dejando al dueño llorar.

FLORIANA.

Si aquello del voto ha sido,
Bella Clarinda, ocasion,
Poner culpa no es razon
A su desamor y olvido.

CLARINDA.

Pues, Floriana, si fuera
Esa disculpa que toma
Verdad, ¿por qué no fué á Roma
Para que el voto cumpliera?
¿No fuera mejor que fuera
Donde prometido habia?

ESCENA XVII.

EL REY EDUARDO.—CLARINDA. FLORIANA.

EDUARDO.

¡Qué César, Clarinda mia,
Tan presto fuera y venciera!
Nuevas de Irlanda he tenido,
Que don Juan su puerto ha entrado,
Y que tiene al Rey cercado.

CLARINDA.

Hecho de su mano ha sido.
No se podia esperar
Ménos de su gran valor.

EDUARDO.

Mi reino tendrá señor
Que el mundo puede envidiar.
Arturo de Ingalaterra,
Por sus hazañas, se llama
De los nueve de la fama
Por la virtud de la guerra,
Desde el cual á ningun hombre
El mismo nombre le dan,
Si no es al fuerte don Juan,
Que ha merecido su nombre.
¿No estás contenta de ser
De un nuevo Alejandro esposa?

CLARINDA.

Soy en extremo dichosa
En ser de don Juan mujer.

EDUARDO.

Parece que triste estás.

CLARINDA.

Siento su ausencia.

EDUARDO.

Es razon;
Pero dame el corazon
Que otra cosa sientes más.
¿Hate dicho alguna cosa?

FLORIANA.

Sospechas pienso que tiene.

EDUARDO.

¿De qué?

FLORIANA.

De que don Juan viene.

EDUARDO.

¿Tú eres tambien melindrosa?

FLORIANA.

Señor, no me ha dicho más.

ESCENA XVIII.

UN MAYORDOMO.—DICHOS.

EL MAYORDOMO.

Un mensajero ha llegado
Del Conde.

EDUARDO.

Necio has andado.
¡Así tal nueva me das!

MAYORDOMO.

¿Quisieras que te pidiera
Albricias?

EDUARDO.

A mí, á su esposa
Y al reino.

MAYORDOMO.

Más justa cosa
Es, Señor, que yo las diera,
Por la parte que me alcanza.

EDUARDO.

Discretamente procedes.—
Clarinda, alegrarte puedes:
Ya se acerca tu esperanza.

CLARINDA.

Vamos, Señor, á saber
Nuevas de don Juan, mi esposo.

FLORIANA.

Que te alegres es forzoso.

CLARINDA.

Nunca es forzoso el placer.

FLORIANA.

¿No te ha causado alboroto?

CLARINDA.

Mal mi pena consideras.

FLORIANA.

Sospecho que le tuvieras,
Si hubiera cumplido el voto.
Mas buena esperanza toma.

CLARINDA.

Tuviera la que amor manda,

Si como viene de Irlanda,
Viniera don Juan de Roma.
(*Vanse.*)

—

Playa de Inglaterra.

ESCENA XIX.

DON JUAN, RUGERO, PAEZ, ROBERTO.

RUGERO.
Con muy próspero viento hemos venido.
DON JUAN.
En todo ha estado el cielo favorable.
RUGERO.
Tu buena estrella, hermano amado, ha [sido.
DON JUAN.
Mejor dijeras tu valor notable.
PAEZ.
No sé si buen acuerdo habeis tenido
(Y perdonad que desta suerte os hable)
En dejar en el puerto nuestras naves,
Y entre soldados libres presos graves.
DON JUAN.
Bien se puede fiar, Paez, la armada,
Los presos y el honor desta vitoria
Del Almirante Aurelio, cuya espada
Y fama en guerra y paz es tan notoria.
Mas id delante, y á mi esposa amada
Decid que llego á declarar la historia
De las fingidas bodas de Rugero.
ROBERTO. (*Ap.*)
Ganarle á Paez las albricias quiero.
PAEZ.
(*Ap.* Roberto se adelanta.) Dios os [guarde.
(*Ap.* No llegará primero, si yo puedo.)
(*Vanse Roberto y Paez.*

ESCENA XX.

DON JUAN, RUGERO.

DON JUAN.
Vuelve á tu cuento, porque voy cobarde,
Rugero, amigo, de mi propio miedo.
RUGERO.
¿En qué andaba?
DON JUAN.
En que la misma tarde
Que entraste en Lóndres...
RUGERO.
Satisfecho quedo.
Digo que entrando en Lóndres, me con- [taron
Tus bodas, que en extremo me agrada- [ron;
Mas luego en un instante se alborota
La ciudad, el palacio, el vulgo todo:
Que no pareces dicen.
DON JUAN.
Mira y nota,
Rugero, ¡á qué desdichas me acomodo!
RUGERO.
La nave, pues, de mi esperanza rota,
No pudiéndote hallar de ningun modo,
Ya se anegaba en mar de tierno llanto
Cuando me asombra de una sombra el [manto.
Háblame, y dice que me case al punto,
Sosegando á Clarinda y á Eduardo,
Pues soy de tu persona igual trasunto;
Y con esto se envuelve en humo pardo.
Yo, viendo lo mejor de Lóndres junto,
Casarme intento, y vístome gallardo;
Entro en la sala, y que he tardado digo
Por falta de un criado ó de un amigo.
Tiénenme todos por don Juan Hispano;
El Arzobispo llega y nos desposa,
Juntando aquella hermosa y blanca ma- [no
A mi robusta mano venturosa.
Así, don Juan, el imposible allano;
Mas ¿qué dirás cuando Roberto llega,
Y cuenta que don Juan preso navega?
Pero creyendo que yo soy, detiene
La relacion, y traen cena y fiesta,
Donde Rugero el lado hermoso tiene
De tu Clarinda, cuanto hermosa hones- [ta.
Allí ya con los ojos me detiene,
Ya con la mano, ya con la respuesta:
Y á todo, cual si fuera tu retrato,
Muestro vergüenza y tímido recato.
Paran la fiesta, y yo temblando llego [1]
Con mi esposa bellísima á su cuadra.
Allí fué mi temor extraño y nuevo...
—Pienso que lo que digo no te agrada.
DON JUAN.
Yo te escucho, Rugero, como debo.
RUGERO.
Bien me creerás que la mejor escuadra
De enemigos airados darme pudo
Ménos temor que verme ya desnudo.
—Mas quédese esto así; que me parece
Que has perdido el color.
DON JUAN.
Prosigue, acaba.
RUGERO.
Clarinda, como á todas acontece,
Junto á la cama con vergüenza estaba.
Yo (que el decirlo agora me enmudece)
De verla desnudar me recataba.
Acostóse primero.— Estás inquieto:
No digo más.
DON JUAN.
Prosigue.
RUGERO.
Vi en efeto,
Su cara, que por una colcha de oro
Mostraba, que la hermosa y limpia fren- [te
Del sol me pareció, con el tesoro
Que sale de las minas del Oriente.
Yo entónces, ya desnudo, con decoro
Alcé la colcha recatadamente
Por un lado no más, y en aquel lado
Toda la noche estuve retirado.
DON JUAN.
¡Válgame Dios, y qué fingido amigo!
¡Válgame Dios, y qué fingido hermano!
RUGERO.
¿La espada sacas!
DON JUAN.
Para dar castigo
Con ella á un fiero bárbaro tirano.
Defiéndete.
RUGERO.
¡Defensa yo contigo!
¡Don Juan! ¡Hermano!
DON JUAN.
Sácala, villano.
RUGERO.
Aunque me mates, la tendré envainada.
DON JUAN.
Eres traidor, y así es cobarde espada.
(*Hiérele y vase.*)

[1] *Llego* no consuena, como deberia, con *nuevo* ni *debo*. Tampoco *agrada*, que se halla más abajo, es consonante de *cuadra*. Puede, sin embargo, creerse que *cuadra*, nombre, consonaria con *cuadra*, verbo; que LOPE escribiria *llevo* en lugar de *llego*, y por consecuencia, que se ha impreso *con mi esposa* en vez de *á mi esposa*.

ESCENA XXI.

RUGERO.

¡Ay, que me has muerto injustamente! [Hermano,
Espera, escucha. Fuése. ¡Triste suerte!
Pésame que me tengas por villano;
Que no me pesa de mi injusta muerte.
Seguirte tengo. ¡Oh pensamiento vano!
Que por la sangre que mi pecho vierte
Quiere salir el alma: el alma sea
La que te siga, pues tu bien desea.
¡Yo traidor, mi don Juan! ¡yo falso ami- [go!
¡Don Juan!— ¡Ya no me escucha! ¿Hay [desventura
Como morir con nombre de enemigo
Quien con tanta amistad tu bien procu- [ra?
Don Juan, espera; moriré contigo.
Dame siquiera, hermano, sepultura
En este monte. ¡Ay, cielos! voy mu- [riendo.
Mi inocencia y mi vida os encomiendo.
(*Vase.*)

—

Sala en el Real palacio de Lóndres.

ESCENA XXII.

CLARINDA, ROBERTO.

ROBERTO.
¿Que he merecido tus brazos!
CLARINDA.
De albricias de tal suceso,
Obligada me confieso
A darte dos mil abrazos.
¿Que hoy viene don Juan, Roberto!
ROBERTO.
Hoy, Señora, le verás.
¿Qué puedo decirte más
De que viene?
CLARINDA.
¿Cierto?
ROBERTO.
Cierto.
CLARINDA.
¿Dónde le dejaste?
ROBERTO.
Queda
Poniéndose muy galan.
CLARINDA.
No lo ha menester don Juan
Para que agradarme pueda.
ROBERTO.
El Rey, mi Señor, es ido
Para recibirle ya.
CLARINDA.
De todo Lóndres será
Con grande amor recebido.
ROBERTO.
Preso viene el irlandes
Y una muy hermosa hermana.
Aquí viene Floriana:
Voy á besarle los piés.

ESCENA XXIII.

FLORIANA.—CLARINDA, ROBERTO.

FLORIANA.
¡Roberto!
ROBERTO.
¡Señora mia!
FLORIANA.
¿Vienes bueno?

ROBERTO.

¿Qué mejor,
Pues merezco ese favor?

FLORIANA.

En fin, ha llegado el dia
Que nos volvamos á ver.
¿Cómo en la mar lo has pasado?

ROBERTO.

He sido medio pescado.
. . . . [1]
Don Juan se embarcó sin mí;
Pero al fin llegué con él.

FLORIANA.

Ya sé que es don Juan cruel.

ROBERTO.

Ya la razon entendí,
Y le tengo disculpado.
¿Qué hay de memorias acá?

FLORIANA.

La que me dejaste está
Muy dueño de mi cuidado.

ROBERTO.

Mi memoria ¿te obligó
A cuidado?

FLORIANA.

Y con gran guerra
Me he visto en Ingalaterra,
Que así á la mar te llevó.
¿Qué traes de la conquista
Que te pueda agradecer?

ROBERTO.

Gran deseo de volver,
Bella Señora, á tu vista.
Y un Rey preso por mi mano,
Que tu esclavo has de llamar.

ESCENA XXIV.

DON JUAN.—CLARINDA, ROBERTO, FLORIANA.

DON JUAN.

(Ap. De otra suerte pensé entrar
En Lóndres, traidor hermano.
Nunca en vitorioso carro
Entró César ni Pompeyo
Con tanto aplauso plebeyo
Ni tan soberbio y bizarro,
Como yo pensé que entraras
Honrando nuestros roeles;
Mas ya las manos crueles
Y tus dos fingidas caras
Triunfan en infame asiento
De los traidores, con quien
Tendrás la fama tambien
De tu loco atrevimiento;
Que hacerlo, aunque fué traicion,
Pasara secreto en mí;
Pero el decírmelo ansí
Me puso en obligacion.
Al que no sabe la ofensa
No le toca infamia grave;
Pero con el que la sabe,
Ninguna excepcion dispensa.
Clarinda está aquí: no quiero
Mostrarme della agraviado,
Pues ser don Juan ha pensado
El mal nacido Rugero;
Que ella, en fin, está inocente,
Y, muerto el que me ofendió,
Por albricias llego yo
Del mismo don Juan presente.)
No hay quién me alargue los brazos?

CLARINDA.

Señor mio!

DON JUAN.

¡Esposa mia!

CLARINDA.

¡Tan solo!

DON JUAN.

¿Qué compañía
Como estos dulces abrazos?

FLORIANA.

¡Conde ilustre!

DON JUAN.

¡Floriana!

ROBERTO.

¡Amo y señor!

DON JUAN.

¡Mi Roberto!
Tomé postas dende el puerto,
Como es la carrera llana;
Y áun, por la fe de español,
Que tomar alas quisiera,
Si algun Dédalo tuviera
Alas para vuestro sol.
Los amigos dejo atras.

CLARINDA.

Mi padre va á recebiros,
Y con él muchos suspiros,
Y áun deseos, que son más.

DON JUAN.

De deseos no trateis
Donde los mios están.

CLARINDA.

¡Vos deseos, mi don Juan!

DON JUAN.

Presto, mi bien, lo veréis;
Que los deseos son cosa
Que tiene cuerpo y se ven.

CLARINDA.

Ménos os creo, mi bien,
Y más estoy sospechosa:
Y de deseos no hableis,
Pues que tan mal los cumplís.

DON JUAN.

¡Yo mal! ¿Por qué lo decís?

CLARINDA.

Por lo mismo que sabeis;
Que llegada la ocasion,
Diréis luego muy devoto
Que habeis hecho á Roma un voto,
Y que cumplirle es razon.
Con esto muy apartado,
Sin tocar mano ni pié,
Toda la noche os veré
Sin vuestro lado á mi lado.
Y si esto llamais deseo,
No digais que los teneis;
Mas decid que los poneis,
Pues que no os gozo y os veo.
¿Cuál mujer se desposó,
Que á su marido ofendiese
De sólo que le dijese
Que os amaba como yo,
Y que en la cama á su lado
Della estuviese tan léjos
Como en la guerra?

DON JUAN.

(Ap. ¡Oh consejos
De un hombre mal informado!
¡Qué hice, triste de mí,
Que por lo que oyendo estoy,
Yo solo el culpado soy,
Y no á quien la muerte dí!
¡Con qué discreta invencion,
Rugero, que más me ama
Que á sí, no ofendió en la cama
De mi honor la obligacion!
Basta; que el voto fingido
Fué de mi honor salvaguarda.
¿Qué me detengo? ¿Qué aguarda
Conmigo el cielo ofendido?
¿Por qué no deciende un rayo,
Que me dé la muerte aquí?
Buscarle quiero... ¡Ay de mí!
Que ya el último desmayo
Habrá cubierto sus ojos.)
Vente, Roberto, conmigo.

ROBERTO.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

¡Ay, querido amigo!

ROBERTO.

¿Agora llanto y enojos!

CLARINDA.

¡Señor! ¡Señor! ¿por qué os vais?

(*Vanse don Juan y Roberto.*)

ESCENA XXV.

CLARINDA, FLORIANA.

CLARINDA.

No me responde y se fué.

FLORIANA.

¿Qué le dijiste?

CLARINDA.

No sé.

FLORIANA.

¡Buenos, por mi vida estais!

CLARINDA.

Hablábamos del deseo,
Y lo del voto le dije.

FLORIANA.

Si la vergüenza le aflige,
Síguele.

CLARINDA.

No habrá lugar,
Segun el enojo toma.

FLORIANA.

Yo apostaré que va á Roma,
Para volverte á gozar.

(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XXVI.

RUGERO, BELARDO.

BELARDO.

Tened ánimo, pues.

RUGERO.

No puedo, amigo:
Tanta es la sangre que mis venas vierten.

BELARDO.

Y ¿há mucho que os hirieron?

RUGERO.

No me siento,
Pastor, para contarte mi desdicha.
Como he podido, fuí subiendo á penas,
Sustentándome ansí, donde balaban
Las ovejas que llevas por el monte.

BELARDO.

Luego que os ví, pardiobre, dejé el hato;
Que me dió el corazon, sólo con veros,
Que os faltaba salud. Tened buen ánimo,
Pues pareceis honrado caballero;
Que no está léjos mi cabaña pobre,
Donde seréis curado de Marcela,
Una hermana que tengo como un ángel,
Porque tiene virtud maravillosa
Para curar los cabritillos tiernos
Que perniquiebran esas altas peñas
Por subir á rumiar esos quejigos.
¿Qué respondeis?

RUGERO.

Que no será posible.

[1] Falta un verso.

BELARDO.

Pues asentaos aquí miéntras que parto
A traer un jumento: iré ligero,
Y así os podré llevar á la cabaña.

RUGERO.

Aquí me siento, pues.

BELARDO.

El cielo os guarde.
Pues sois hidalgo, no murais cobarde.
(Vase.)

ESCENA XXVII.

RUGERO.

Honra, por lo que siempre sois san-
[grienta,
Como fino coral os rompeis de ojo:
Cualquiera burla vuestra causa enojo,
Cualquiera enojo vuestro causa afrenta.
Honra, como preñada, os atormenta
Cualquiera vanidad de un loco antojo:
Ejemplo soy y misero despojo
De vuestra esquiva condicion violenta.
De mi lealtad me reprehendo y riño:
Que no traten con vos de mi se infiere,
Con ser mi honestidad cándido armiño;
Que porque nadie en su firmeza espe-
Tiene la honra condicion de niño, [re,
Que solamente de miralle muere.

ESCENA XXVIII.

DON JUAN Y ROBERTO, *sin ver á* RUGERO.

ROBERTO.

¿No dices que aquí quedó?

DON JUAN.

Junto á aquestos olmos altos
Le dejé, Roberto amigo,
Mi nombre infame llamando.
Aquí me dijo: «¡Don Juan,
Amigo, señor, hermano!»
Y aquí le dije: «¡Traidor,
Enemigo fiero, ingrato!»
Y dándole mil heridas,
Me fui, creyendo mi agravio,
Hasta que, como te he dicho,
Vi en Clarinda el desengaño.

ROBERTO.

¡Ah, Señor! ¡qué mal has hecho,
Pues por no oirle hasta el cabo,
Sin culpa has dado la muerte
A quien la vida te ha dado!
Si Rugero de Moncada
A Clarinda dió la mano,
No fué por deshonra tuya,
Sino con intento casto.
Lo del voto fué invencion:
Floriana me ha contado
Grandes cosas de secreto
De su vergüenza y recato.

DON JUAN.

No prosigas; que de enojo
Y de cólera me abraso.
Sin sentido estoy, Roberto,
De mi locura y engaño.
No volveré con la vida,
Habiéndosela quitado;
No gozaré de Clarinda,
No me verán en sus brazos.
Yo mismo me daré muerte.

ROBERTO.

¿Qué es esto? Deten las manos.
¿Eres gentil, ó quién eres?

DON JUAN.

El hombre más desdichado
Que puso en el mundo el pié.

RUGERO.

La muerte me está llamando.
¡Ay mi don Juan! ¿quién te viera,
Para darte el desengaño!
¡Ay don Juan, hermano mio!

DON JUAN.

No sé quien se está quejando.

ROBERTO.

Don Juan, parece que dijo.

DON JUAN.

Al pié de aquellos castaños
Veo un bulto: ¿si es aquel?

RUGERO.

¿Por qué me dejaste, hermano?
Ya que me diste la muerte,
Diera yo el alma en tus brazos
Por darte satisfacion.

ROBERTO.

Él es. ¿En qué estás dudando?

DON JUAN.

¡Hermano del alma mia!

RUGERO.

¿Quién me ha llamado?

DON JUAN.

Un villano,
Un loco, un bárbaro fiero,
Un falso amigo, un ingrato,
Un celoso, un fementido,
Un hombre desatinado,
Un vengativo sin ley,
El triste *don Juan de Castro*.

RUGERO.

¿Vuélvesme á matar, Señor?

DON JUAN.

Haberme desengañado
De tu gran lealtad mi esposa,
De tu vergüenza y recato,
En busca tuya me vuelve,
Para lavar con mi llanto
La sangre de esas heridas.

RUGERO.

No llores: dame tus brazos;
Que si tu engaño me hirió
(Que eres hombre, y enojado
Diste lugar á la ira),
Ya estoy con oirte sano;
Porque el verte y el saber
Que mi lealtad y buen trato
Te han dado arrepentimiento,
Las heridas me han curado.
El alma, que ya salia,
Me has vuelto al pecho.

DON JUAN.

¡Ay hermano!
Dame la muerte, ó si no
Yo satisfaré mi agravio.

RUGERO.

Tente. ¿Qué haces?

ROBERTO.

¡Señor!...
Deja ese intento inhumano,
Vuelve en tu acuerdo.

DON JUAN.

¡Ay, Roberto!

RUGERO.

Allí, entre aquellos peñascos,
Está un pastor, que bajó
A los ecos de mi llanto.
Llevadme allá, si quereis
Que viva.

DON JUAN.

Con mil abrazos
Te pondré sobre mis hombros.—
Ten de aquí, Roberto, y vamos;
Que si muere, ¡vive Dios
Que ha de contarse de entrambos
Una espantosa tragedia!

ROBERTO.

Ya el pastor deciende al llano.

DON JUAN.

Dios te dé vida, Rugero;
Que, por la cruz de Santiago,
De no vivir si tú mueres.

ROBERTO.

¡Qué dolor!

DON JUAN.

¡Qué triste caso!

ACTO TERCERO.

Sala en el palacio del Príncipe de Galicia.

ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE, DON FÉLIX, ACOMPAÑAMIENTO.

PRÍNCIPE.

En este triste suceso,
Caballeros de Galicia,
Llega el mal á tanto exceso,
Que parece que es justicia
Perder la vida ó el seso.
Cuando del Conde don Juan
Nuevas ni áun señas me dan,
Y Rugero de Moncada
Sigue la misma jornada,
Donde há tres años que están;
Cuando despues de tres años,
Que la fama nunca cesa
De darme nuevas de engaños,
Se me muere la Princesa,
¿Quién sufrirá tantos daños?

DON FÉLIX.

Aunque te sobre razon,
Señor, para tanta pena,
Agravias tu discrecion,
De tanta experiencia llena,
En no templar tu pasion.
Ni está de peligro agora
La Princesa mi Señora.

PRÍNCIPE.

Obligala á mal tan fiero
El no saber de Rugero;
Que, como sabeis, le adora;
Que aunque á don Juan quiere bien,
No es, en efeto, su hijo.

DON FÉLIX.

¿Que no sabes dónde estén?

PRÍNCIPE.

Un peregrino me dijo,
Y otro lo afirmó tambien,
Que él habia visto en la guerra
De Irlanda y de Ingalaterra
A Rugero y á don Juan.

DON FÉLIX.

Señor, si tan cerca están,
Vaya gente de tu tierra,
Que de la verdad se informe.

PRÍNCIPE.

El no quererme escribir
Ha sido delito inorme.

DON FÉLIX.

Querrán agora vivir
En un estado conforme,
Y hasta hacer alguna hazaña

Querránse encubrir á España,
Como otros muchos han hecho.

ESCENA II.

PAEZ, *en hábito de irlandes.* — EL PRÍNCIPE, DON FÉLIX, ACOMPAÑAMIENTO.

PRÍNCIPE.

Correo es este, sospecho.

DON FÉLIX.

¡Qué traje y presencia extraña!

PAEZ.

Déme los piés vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

¿Es Paez!

PAEZ.

Yo soy, Señor.

PRÍNCIPE.

En medio de mi tristeza,
En medio de mi dolor...

PAEZ.

¡Señor!...

PRÍNCIPE.

Cubríd la cabeza.

PAEZ.

Yo estoy como debo estar.

PRÍNCIPE.

Haz lo que digo.

PAEZ.

Si honrar
Me pretendes, sin albricias
De las nuevas que codicias,
Albricias me puedes dar.

PRÍNCIPE.

Llegan á ocasion tan fuerte,
Que la Princesa, temiendo
De su Rugero la muerte,
O es muerta ó está muriendo.

PAEZ.

Escucha.

PRÍNCIPE.

Comienza.

PAEZ.

Advierte.
Con Rugero de Moncada,
Su hijo de la Princesa,
Que Dios guarde tantos años
Como tú mismo deseas,
Salí á buscar una tarde
Con una nave flamenca
Desde el Ferrol á don Juan
Tu hijo, que presto veas
Con la mayor dignidad
Que tenga Rey en la tierra;
Pues sus virtudes y hazañas
No hay cetro que no merezcan.
Propuso Rugero en sí
De dar al mundo una vuelta
Desde Galicia á la China,
Del mar Negro al que se hiela,
De no perdonar peligros,
Citias, Arabias desiertas,
Caribdis, Cilas, Euripos,
Hasta verle ó tener nuevas.
Pero en el primer viaje,
En Lóndres de Ingalaterra,
Supimos que se casaba
Con Clarinda, su Princesa.
Mas porque la misma noche
Un Rey de Irlanda concierta
El prenderle con traicion
Por la misma competencia,
Vino á ser don Juan Rugero,
Y desposóse con ella
Por consejo de una sombra;
Que áun hay sombras que aconsejan.
El cómo destos milagros
A sólo Dios se reserva;
Que no es justo que los hombres
A sus secretos se atrevan.
Fingió un voto, por guardarse
De hacer á don Juan ofensa,
Y aprestando diez mil hombres
En treinta naves inglesas,
Diez urcas, tres galeones,
Surca el mar y á Lóndres deja.
Ganó á Irlanda, libró al Conde,
Prendió al Rey, y trujo presa
A Francelisa, su hermana,
Como el alba hermosa y bella.
Puso en Irlanda presidios,
Donde en mil rojas banderas
Sus seis roeles azules
Dan envidia á las estrellas.
Sanó de ciertas heridas
Rugero...—No es bien que sepas
Quién se las dió ni la causa;
Basta que el remedio entiendas.
Llegaron los dos á Lóndres;
El Conde gozó á su prenda,
Que te ha dado en estos años
Dos nietos, cuya belleza
Con los hijos de Latona
Competirá sin soberbia;
Que Enrique es sol, siendo luna
La bellísima Lucela.
Rugero quiso tratar
Con Francelisa que fuera
Su casamiento la paz
De Irlanda y de Ingalaterra;
Y, en medio deste concierto,
Ha enfermado de manera
De una peste ponzoñosa
Y de un género de lepra,
Que áun á entrar adonde está
No hay un hombre que se atreva
Sino es don Juan, cuyo amor
Tiene con él contrayerba.
Por su mano bebe y come:
Cosa que en Lóndres se cuenta
Por prodigio de amistad
Y de piedad excelencia.
Con esto no te han escrito;
Mas viendo que persevera
Un mal tan grave, Señor,
Quiere el Conde que lo sepas.
Él queda á servicio tuyo
Con su esposa, que desea
Verte y servirte, y por mí
Tus reales manos besa.
Tus dos nietos, aunque niños,
Se te encomiendan por señas:
Del Conde son estas cartas,
Para que su firma veas.

PRÍNCIPE.

Mezclado ha venido el bien
Con el mal de mi Rugero,
Que es bien que calles tambien;
Que á la Princesa no quiero
Que tales nuevas le dén.
Lo contrario le dirás,
Y ven para que te vea.

PAEZ.

Discreta industria me das.

PRÍNCIPE.

No quiero que su mal sea
Para que le aumente más.
Yo responderé á don Juan
Y al Rey con un gran presente.

PAEZ.

Ese, Señor, enviarán
Muy presto; que el Rey ausente
Agora esperando están.
Tiene Clarinda aprestados
Paños de seda, brocados,
Joyas, vajillas que exceden
A las de Midas.

PRÍNCIPE.

No pueden
Tesoros vencer cuidados.
Si ella á quien es corresponde,
A sólo el Conde me envíe,
Que há tres años que le esconde.

PAEZ.

Deja que á tus nietos críe;
Que presto verás al Conde
(*Vanse.*)

—

Palacio Real de Lóndres.

ESCENA III.

DON JUAN, CLARINDA.

CLARINDA.

No siendo la enfermedad
De Rugero agora nueva,
Ni en vos, mi Señor, la prueba
De tanto amor y amistad,
Puesto que sea otro vos
Y más que á vos le querais,
¿De qué nuevamente estais
Tan triste?

DON JUAN.

No sé, por Dios:
Y en esto se echa de ver
Que no es tristeza la mia,
Pues que sin causa porfía
A quererme entristecer.

CLARINDA.

Rugero está como veis,
Mi bien, de la misma suerte.
¿Temeis, mi vida, su muerte,
Ó qué desdicha temeis?

DON JUAN.

La muerte no; que tuviera
Consuelo en ver que acabara
Tanto mal, y que quedara,
Libre de pena tan fiera.
Antes verle padecer
Sin remedio y sin morir
Ni á mí me deja vivir,
Ni esperanza de placer.
Y haréismele muy notable
Que á vuestro oratorio os vais,
Donde otras veces hallais
Consuelo tan saludable,
Y á la reliquia divina
Del Apóstol Santiago,
Del moro español estrago,
Corre esposa la cortina,
Y pídele que me ampare
En una grande afliccion.

CLARINDA.

Puesto me has en confusion.

DON JUAN.

Basta que esto te declare.
Parte, mi bien, y el consuelo
Me venga del cielo á mí.

CLARINDA.

Yo lo haré, mi esposo, ansí. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON JUAN.

Mi desventura recelo.
Grandes males me amenazan,
Tristes sombras me fatigan,
Voces funestas me obligan,
Que mi fin y muerte trazan.
¿Qué quiere amor de mi amor
En que mi firmeza pruebe,

Pues fuera de mí se atreve
A prendas de tal valor?
Tres veces que me he dormido
De mi dulce esposa al lado,
Un triste sueño he soñado,
Y una voz trágica oido.
Dice que tendrá Rugero
Salud, si á beber le dan
La sangre, no de don Juan,
Que él se la diera primero,
Sino la inocente y pura
De mis dos hijos. ¡Ay triste!
¿Qué padre no se resiste
A una sentencia tan dura?
Apelo, cielos airados,
De vuestro grande rigor.
Darle mi sangre es mejor,
Si castigais mis pecados.
Yo me sacaré la mia...
Pero inocente ha de ser,
Y quien esto quiere hacer
Sangre injustísima cria.
¡Válgame Dios! ¿que Rugero
No puede tener salud
Si no le da su virtud
Sangre de un tierno cordero!
Mas dije mal. ¡Ojalá
Que un cordero solo fuera,
Y que el uno de dos diera
Para su remedio ya!
Pero ha de ser de los dos,
Segun la voz me ha mostrado.
¡Oh amor! ¿que me has obligado
A hacer tal ofensa á Dios!
¿Qué bárbaro, qué caribe,
Puesto que un amigo amara,
Dos ángeles degollára
Más que al alma que en él vive?
Perdonad, cielo, que intente
Esta desdicha á que voy,
Pues un sol y luna os doy
Con que alumbreis á Occidente.
No vaya el sol al ocaso,
Ni la luna venga acá;
Sol y luna tendrán ya
Despues deste triste caso.

ESCENA V.

ROBERTO. — DON JUAN.

ROBERTO.

(*Ap.* Temblando estoy ¡Ay de mí!)
El vaso traigo, Señor,
Que me mandaste.

DON JUAN.

¿Hay dolor
Como el que padezco aquí?
Muestra, Roberto.

ROBERTO.

¿Qué quieres
Hacer con él?

DON JUAN.

Salte afuera.

ROBERTO.

Señor, yo ¿no te sirviera?

DON JUAN.

Allá quiero que me esperes.

ROBERTO.

¿No estás bueno?

DON JUAN.

Bueno estoy.

ROBERTO.

Dios te guarde. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN.

Ya he quedado
Como el hombre sentenciado;
Que cerca del palo voy.
Parece que en ver el vaso
Vi la soga que me espera;
Que aunque doy muerte tan fiera,
Es muy mayor la que paso.
Correr quiero la cortina.
(*Córrela, y vense los dos niños en una cama.*)
¡Ay mis ojos! ¿qué furor
Es este, que á tal rigor
Mi paterno amor inclina!
Mucho debo yo á Rugero;
Pero más debo á los dos.
¿Qué decis, Enrique, vos,
Que habeis de morir primero?
Lucela mia y mi luz,
Sabed que os quiero eclipsar:
Vuestra sangre ha de bañar
De aquesta daga la cruz.
Adios, divinos despojos...
—Temor, mis manos enfrias.
¡Que mato á dos almas mias
Y dos niñas de mis ojos!
¡Adios, ángeles! ¡adios,
Mi vida, Enrique, Lucela,
Amores!... Ya el alma vuela,
Ya se acompañan los dos.
Cogeré la sangre aquí,
Cubrirélos deste modo;
Aunque en sabiéndose todo,
Me han de dar la muerte á mí.
Echar quiero la cortina.
La sangre llevo á Rugero.

ESCENA VII.

CLARINDA. — DON JUAN.

CLARINDA.

Darte buenas nuevas quiero,
Don Juan.

DON JUAN.

¡Clarinda divina!

CLARINDA.

Nuevas, mi bien, han venido
Que viene el Rey, mi Señor.

DON JUAN. (*Ap.*)

Para aumentar mi dolor.

CLARINDA.

¿Cómo estais descolorido?

DON JUAN.

Trújome Roberto aquí
Un vaso, que voy á dar
A Rugero, y por mirar,
Mi bien, lo que dentro vi,
Tal fuerza debe de ser
La de aquesta confeccion
Que ha entrado hasta el corazon.

CLARINDA.

¿Qué hará quien la ha de beber?

DON JUAN.

Yo os juro que con mirar
Lo que va dentro del vaso,
Como un doloroso caso
Ha vuelto mis ojos mar.

CLARINDA.

¿Quereis que lo mire yo?

DON JUAN.

No, mi bien; que lloraréis.
Más de espacio lo sabréis.

CLARINDA.

Y ¿no agora?

DON JUAN.

Agora no.

CLARINDA.

Id con Dios.

DON JUAN.

El cielo os guarde. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FLORIANA. — CLARINDA. *Despues*, EL REY EDUARDO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

FLORIANA.

Señora, el Rey llegó ya.

CLARINDA.

El Conde de aquí se va;
Supo que venía tarde.
Pésame de que no fuese
A recibirle.

FLORIANA.

No quiso
Que nadie te diese aviso
Primero que él te le diese.
Ya llega.
(*Sale el Rey y el Acompañamiento.*)

EDUARDO.

¡Dame esos brazos!

CLARINDA.

¡Déme Vuestra Majestad
Las manos!

EDUARDO.

Gran soledad
Me han hecho allá tus abrazos.
¿Cómo está el Conde?

CLARINDA.

Señor,
Muy á tu servicio está.

EDUARDO.

¿Y Rugero?

CLARINDA.

Dicen ya
Que apénas siente dolor.
Pienso que se va acabando:
No se le ve forma de hombre;
De monstruo le dan el nombre,
Y áun al que le está llorando,
Que es tambien monstruo de amor,
De piedad y de amistad.

EDUARDO.

Mucho siento esa piedad,
Aunque es cristiano valor.

CLARINDA.

Él le levanta y acuesta;
Pero ningun mal recibe.

EDUARDO.

La caridad que en él vive,
Lo que puede manifiesta.
Sus hijos ¿adónde están?

CLARINDA.

Están, Señor, en la cama;
Que no los levanta el ama
Hasta que quiera don Juan.

EDUARDO.

Tiene razon; que los niños
Desnudos parecen bien,
Y estos más, porque se ven
Como dos blancos armiños.
Floriana...

FLORIANA.

Gran Señor...

EDUARDO.

Corre esa cortina luego.
¿Juegan?
(*Corre Floriana la cortina.*)

ESCENA IX.

Los DOS NIÑOS. — DICHOS.

FLORIANA.
Sí, Señor.

EDUARDO.
¡Qué juego
Para matarme de amor!
¿Estais bueno, Enrique mio?
Mi Lucela, ¿cómo estais?
¡Qué fuerte sois! Bien mostrais
De vuestro gran padre el brio.
Mas sois, por padre, español:
Teneis lo más, no me espanto.
¡Qué Lucela! Nunca tanto
Me dió luz la luz del sol.
Cerrad, y duerman un poco,
O traeldes de almorzar.

CLARINDA.
Bien te saben alegrar.

LOS NIÑOS.
¡Abuelo!...

EDUARDO.
Vuélvenme loco.

FLORIANA.
Truhanes del cielo son.
(*Extiende la cortina.*)

ESCENA X.

DON JUAN; RUGERO, *ya bueno.* — DICHOS.

RUGERO.
La vida, hermano, te debo.

DON JUAN.
A que dirás dos me atrevo,
Cuando sepas la ocasion.

RUGERO.
El Rey está aquí.

EDUARDO.
¡Don Juan!

DON JUAN.
Dale las manos primero
A Rugero.

EDUARDO.
¿Qué Rugero?

DON JUAN.
Tus ojos te lo dirán.

EDUARDO.
¿Cómo estás desta manera?

RUGERO.
Una pictima me ha dado
Don Juan, que me ha reservado
Toda mi salud primera.

EDUARDO.
¡Milagro, por Dios, extraño!
¿Quién te la dijo? (*A don Juan.*)

DON JUAN.
En vision
Tuve una revelacion
Del remedio de su daño.
Esta pictima formé
De esmeraldas y zafiros
De unos ojos, que en sus giros
La esfera del sol se ve,
De un topacio de cabellos,
Y de un cristal de dos fuentes,
De las perlas de unos dientes,
Y del coral de unos cuellos.
¡Mis dos hijos degollé
Por dar salud á un amigo!

EDUARDO.
¡Qué dices!

DON JUAN.
Verdad te digo;
Mas todo entre sueños fué.

CLARINDA.
¿Cómo!

EDUARDO.
Alzad esa cortina.
Tus hijos vivos están.

DON JUAN.
¡Qué premio á los hombres dan
La fe y la piedad divina!
Rey Eduardo, es sin duda
Que estos hijos degollé,
Porque tres veces soñé
Que en su garganta desnuda
Estaba depositada
De Rugero la salud,
Cuya sangre tal virtud
Tuvo en su valor guardada,
Que bebió apénas el vaso,
Cuando milagrosamente
Desde los piés á la frente
Quedó sano.

EDUARDO.
¡Extraño caso!
¿Que tú has hecho tal crueldad!

CLARINDA.
¡Señor! ¡tal crueldad has hecho!

DON JUAN.
Meta la mano en su pecho
Quien sabe qué es amistad.

EDUARDO.
No pienso hablarte en mi vida.
Mis dos nietos le quitad;
Sálgase de la ciudad
El traidor, vil homicida.
Llevad esos niños luego,
Quitádselos de los ojos.

CLARINDA.
Señor, no muestres enojos
En un hombre de amor ciego.

EDUARDO.
Pues ¿tú me ruegas por él,
Que le debieras matar!
Acabaldos de quitar.
No los verás más, cruel.
Y la hija fementida
Que ruega por él, no crea,
Si vida tener desea,
Que me ha de ver en su vida.
No paren los dos aquí.

DON JUAN.
Tú verás con qué paciencia
Hago de tu reino ausencia.

RUGERO.
¡Que esto padezcas por mí!

EDUARDO.
Si un hora tardan de estar
En la mar ó en la ribera,
Doy facultad á cualquiera
De que los pueda matar.
(*Vase, y el Acompañamiento llevándose los niños.*)

ESCENA XI.

DON JUAN, CLARINDA, RUGERO.

RUGERO.
Echarme quiero á tus piés
Para pedirte, don Juan,
Por la pena que te dan,
Que aquí la muerte me dés.

DON JUAN.
Alzate, amigo Rugero;
Que si treinta hijos tuviera,
Por tu salud los pusiera
En el filo deste acero.
Si durare la crueldad
Del Rey, tierra tengo yo
Donde vivamos, pues dió
Tal pena á tanta amistad.
Vos, discreta esposa mia,
No os espanteis de mi intento,
Pues á mi agradecimiento
Tal favor el cielo envia;
Que pues milagrosamente
Mis hijos resucitó,
O mi piedad le agradó,
O aquella sangre inocente.

CLARINDA.
Yo, Conde, soy vuestra esposa,
Y no á España, al fin del mundo
Iré por el mar profundo
A vuestro lado gozosa.
Si vos vuestros hijos dos
Por un amigo matais,
Mayor ejemplo me dais,
Que no dejarlos por vos.
Con su abuelo quedan bien:
Si le durare el rigor,
Donde fuéredes, Señor,
Irá Clarinda tambien.

DON JUAN.
No ménos siempre entendí
De vuestra virtud, esposa.

ESCENA XII.

EL REY DE IRLANDA, FRANCELISA. —DON JUAN, CLARINDA, RUGERO.

REY DE IRLANDA.
Sentencia fué rigurosa.

FRANCELISA.
Y sentencia contra mí.

REY DE IRLANDA.
El Rey dicen que os destierra;
La causa tiene disculpa,
Pues el rigor de la culpa
Tan alta amistad encierra.
Yo soy vuestro prisionero;
No os ofrezco el reino mio,
Porque fuera desvarío,
Siendo, como es, de Rugero;
Pero si miéntras airado
El Rey se muestra, quereis
Ir á Irlanda, allí teneis
Ricos vasallos y estado.
Viviréis sin duda alguna
Con grandísimo regalo.

RUGERO.
A la de don Juan igualo
Tu piedad en mi fortuna.
Pero, con licencia suya,
Te quiero dar libertad,
Si mi liberalidad
Merece una prenda tuya,
Por la cual vendré de España,
Luego que deje mi hermano
En su casa.

REY DE IRLANDA.
Bueno y sano,
Rugero, al Conde acompaña;
Que esa prenda y cuanto he sido
Y soy, ofrezco á esos piés,
Y que á besar me los dés
Por tanta merced te pido.

RUGERO.
Detente, Arnaldo.

DON JUAN.
Tú has hecho
Cosa digna á tu valor,
Por que te cobrara amor,

Si más cupiera en mi pecho.
Ve libre á Irlanda; que irán
Contigo dos capitanes,
Con quien el presidio allanes
De los que en su nombre están;
Que yo propio quiero ser
Quien venga por Francelisa.

ESCENA XIII.

ROBERTO.—Dichos.

ROBERTO.

Partid, señores, aprisa;
Que el Rey os manda prender.
Vuestros hijos ha encerrado,
A quien por puntos atienta
Las gargantas, dando cuenta
Al Parlamento, al Estado
De los nobles, á la gente
Vulgar, de la historia extraña.

DON JUAN.

Hermosa Clarinda, ¡á España,
Antes que prenderme intente!
Adios, Arnaldo.

REY DE IRLANDA.

Él os guarde,
Y á España con bien os lleve.

RUGERO.

Francelisa, no se atreve
A hablar mi pecho cobarde
En tanto amor y tal prisa.

FRANCELISA.

Sólo os diré, mi Rugero,
Que como á mi vida os quiero,
Y que es vuestra Francelisa.

(*Vanse todos, ménos Roberto y Floriana.*)

ESCENA XIV.

FLORIANA, ROBERTO.

ROBERTO.

¿Vais á España, Floriana?

FLORIANA.

A España, Roberto, voy.

ROBERTO.

Vuestro marinero soy;
Vos mi sol desde mañana,
Mi norte, mi estrella y guia,
Y aguja de marear.

FLORIANA.

Yo á vos os quiero llevar
Por dueño y por prenda mia.

ROBERTO. (*Ap.*)

Ha dado en hacer favor
Aquesta necia á Roberto,
Porque tiene por muy cierto
Que soy allá un gran señor.
Por marido me codicia;
Nada de mi humor discrepa.
¡Oh lo que hará cuando sepa
Que fuí lacayo en Galicia!

(*Vanse.*)

ESCENA XV.

EL REY EDUARDO, ARNESTO, CRIADOS.

EDUARDO.

¡Al Rey dieron libertad!

ARNESTO.

Y á su hermana juntamente.

EDUARDO.

¡Que con tal velocidad,
Tan secreto y libremente,
Saliesen de la ciudad!

ARNESTO.

Ya se aperciben dos naves
Para que salgan del puerto.

EDUARDO.

¿Qué fué la causa?

ARNESTO.

Ya sabes
Que era bastante el concierto,
Y con juramentos graves;
Que Francelisa ha de ser
De Rugero de Moncada.

EDUARDO.

Arnesto, esa paz jurada
Me ha dado bien que temer;
Que el de Irlanda, mozo inquieto,
Deste reino deseoso,
Me ha de poner en aprieto;
Que en viéndose poderoso
No tendrá á nadie respeto,
Ni ha de mirar á Rugero,
Ni ha de temer á don Juan.

ARNESTO.

Pues asegurarte quiero
Que los dos hermanos van
Desenvainando el acero.
Y no les falta razon;
Que fué mucha indiscrecion
La que á tus hijos mostraste.

EDUARDO.

Para mi defensa, baste
Mi justicia y mi aficion.
Adoro, Arnesto, á mis nietos,
A quien dió muerte don Juan,
Lleno de vanos respetos;
Porque si buenos están,
Fueron del cielo secretos.
Al cielo y su autor bendito
Gracias y altar le consagro;
Mas en ejemplos que imito,
Aunque agradezco el milagro,
Castigo, Arnesto, el delito.
A la mira quiero estar
De lo que el de Irlanda intenta;
Que áun hay de por medio el mar.

ARNESTO.

Triste Clarinda se ausenta;
Otro forma con llorar.
Gran Señor, míralo bien.

EDUARDO.

Ya lo tengo bien mirado;
Mas no es posible que estén
Embarcados.

ARNESTO.

Ni áun pensado
Que tanto enojo te den.
Por Dios, que no lo permitas;
Que si los dejas partir,
La vida y honor te quitas.

EDUARDO.

Sería dar que decir,
Si á perdonarlos me incitas.

ARNESTO.

Mira que todos le dan
Mil disculpas á don Juan,
Por ser de un amigo hazaña.
Honra á tus hijos y á España.

EDUARDO.

Tú ¿no ves lo que dirán?

ARNESTO.

Tu gracia y perdon esperan.

EDUARDO.

Todos me dicen que mueran.

ARNESTO.

Como esas cosas se acaban,
Y yo sé que mil le alaban,
Si algunos le vituperan.

EDUARDO.

Es temprano, y fué muy loco.

ARNESTO.

Tú quitas y pones leyes.

EDUARDO.

Ahora bien: ésta revoco,
Aunque digan que los reyes
No se han de enojar por poco.

(*Vanse.*)

—

Playa.

ESCENA XVI.

EL REY DE IRLANDA, FRANCELISA.

REY DE IRLANDA.

Si estabas desa manera,
¿No fuera, hermana, más justo
Que me dijeras tu gusto?

FRANCELISA.

Justo parece que fuera;
Pero fio de Rugero
Vuelva de España por mí.

REY DE IRLANDA.

¿Dióte la palabra?

FRANCELISA.

Sí.

REY DE IRLANDA.

Hará como caballero;
Y te puedo asegurar,
Como esclavo que fuí suyo
(Pues su hacienda restituyo,
Si el reino le quiero dar),
Que le tengo como á ti.

FRANCELISA.

Mil años te guarde el cielo.
Que se ha embarcado recelo.

REY DE IRLANDA.

¿Si es éste?

FRANCELISA.

Pienso que sí.

ESCENA XVII.

RUGERO.—Dichos.

RUGERO.

¡Ay Dios, en la orilla están!—
¡Rey famoso! ¡esposa mia!

REY DE IRLANDA.

¡Gran Rugero!

FRANCELISA.

¡Amado esposo!

RUGERO.

Para que no os embarqueis,
Vengo por la playa sólo;
Porque cuando nos dejastes
Con lágrimas en los ojos,
Dando ya velas al viento,
Llegó Arnesto presuroso,
Diciendo que arrepentido
El Rey del injusto enojo,
Venía por sus dos hijos.
Lo mismo dijo Rudolfo,
Y que ya el Rey se acercaba;
Pero apénas le conozco,
Cuando de vuestra partida
Y mi fortuna celoso,
Vengo á daros estas nuevas,
Para que tambien nosotros
Gocemos de aquestas paces,
Volviendo á palacio todos,

Donde tendrá más firmeza
El tratado desposorio,
Ya que he tenido ventura,
Y quiso el cielo piadoso
Que 1
Haber entrado en el golfo
A imitacion de Leandro
Fuera de la mar despojos.
Ya estarán en la ciudad.
Volvamos, Rey generoso;
Volvamos, esposa mia.

REY DE IRLANDA.

Mostrado ha el Rey de ese modo
Ser padre, cuyo atributo
Ha sido siempre piadoso.
Vamos; que de tu contento
Puedo decir que estoy loco.

FRANCELISA.

Pues ¿yo qué diré, Rugero,
Si por marido te gozo?

RUGERO.

Di que de un furioso Orlando
Has hecho un tierno Medoro.

(*Vanse*)

—

Aposento de don Juan en Lóndres.

ESCENA XVIII.

DON JUAN.

¡Hoy, que tomé posesion
Pacífica de mi estado,
Hoy que me llaman señor
Obedientes mis vasallos,
Hoy que á mi Clarinda he puesto,
No en los reinos conquistados,
Sino en el solar antiguo
De dos príncipes tan altos;
Hoy que, en la cama y la cuadra
Donde nació y la criaron,
Me acuesto á su lado hermoso,
No hay dormir! ¡Extraño caso!
Hoy que dan fin mis desdichas,
Si por dicha no me engaño,
Teniendo mis dulces hijos,
¡Más parezco desdichado!
¡Hoy que estoy en propia tierra,
Reino, ciudad y palacio,
Cercado de deudos nobles,
Ingleses y castellanos;
Hoy que parece que el mar
A mi nombre está humillando
Las aguas en este puerto,
¡No hay dormir! ¡Extraño caso!
Asentarme quiero aquí;
Que, de penas y cuidados,
Sin despertar á mi esposa,
De la cama me levanto:
Podrá ser que en esta silla
Venga el sueño más de espacio,
Pues en la cama no quiere
Darme un hora de descanso.
No me engaño .. está más fresco.
Ya con perezoso paso
El sueño baja á mis ojos:
Detente en ellos un rato.

ESCENA XIX.

TIBALDO, *dentro*. — DON JUAN.

TIBALDO. (*Dentro.*)

Ábreme aqueste aposento;
Abre aquí, don Juan de Castro.

DON JUAN.

¡Válgame Dios! y ¡cuán poco
Dulce sueño, habeis durado!
Soñaba que daban voces.
Ven, sueño: otra vez te llamo.

TIBALDO. (*Dentro.*)

¿No quieren abrir aquí?
Abre, don Juan.

DON JUAN.

¡Cielo santo!
Apénas cerré los ojos,
Cuando despierto, obligado
De mil temerosas voces.
Vuelve, sueño, ya te aguardo.

TIBALDO. (*Dentro.*)

¿Háceslo adrede, don Juan?
Abre aquí.

DON JUAN.

Si no me engaño,
A la puerta me dan voces.

TIBALDO.

¡Estás oyendo y callando!

DON JUAN.

¡Vive Dios, que no era sueño!
Golpes á la puerta han dado.
Mi espada ¿no estaba aquí?
Aquí está: ¿qué me acobardo?
—Entra, quien quiera que seas
A tales horas, villano;
Que si me armaste traicion,
Agora tendrás el pago.
(*Toma la espada y abre la puerta.*)

ESCENA XX.

TIBALDO, CUATRO *figuras de* HOMBRES ARMADOS.—DON JUAN.

DON JUAN.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

TIBALDO.

No te turbes. ¿Qué es del ánimo
Para tantas aventuras?

DON JUAN.

No me turbo. ¿Eres Tibaldo?

TIBALDO.

Tibaldo soy.

DON JUAN.

¿Qué me quieres
A tales horas?

TIBALDO.

Me espanto
Que tal cosa me preguntes.

DON JUAN.

¿Qué! ¿no es justo preguntarlo?

TIBALDO.

¡No te acuerdas, di, don Juan,
De que los dos concertamos,
Cuando en la ermita del monte,
Al pié de un altar echado,
Te prometí dar mi ayuda,
Que el uno al otro juramos,
Yo de ponerte en el punto
Que vieron entónces tantos,
Con caballos, con vestidos,
Negros, blancos y encarnados;
Y tú de que me darias,
De aqueste servicio en pago,
La mitad de la ganancia?
Pues ya, don Juan, que has llegado
A gozar tu amada esposa,
Y estás con ella en descanso,
Cúmpleme lo prometido
Como caballero honrado.

DON JUAN.

Tibaldo, es mucha verdad,
Y que no he de serte ingrato.
¡Clarinda!

ESCENA XXI.

CLARINDA. — DICHOS.

CLARINDA. (*Dentro.*)

¡Señor!...

DON JUAN.

Despierta,
Toma una ropa.—Entre tanto
Que los dos hacemos cuenta,
Se vestirá.—¡Extraño caso!

TIBALDO.

¿Qué ganaste lo primero?

DON JUAN.

Un collar de oro, esmaltado
Con cien diamantes.

TIBALDO.

Pues bien...

DON JUAN.

¿Qué bien? Darte el medio aguardo.

TIBALDO.

¿Qué más?

DON JUAN.

Cantidad de joyas,
De cinturas y tocados,
Y vestidos de mi esposa.

TIBALDO.

Mira que no encubras algo.

DON JUAN.

Gané un reino; pero aqueste
Bien sabes que está empeñado
Por la vida de su Rey.
Presto morirá Eduardo.

TIBALDO.

¿No ganaste más?

DON JUAN.

Yo no.

TIBALDO.

¿Por qué me tratas engaño?

DON JUAN.

¡Yo engaño!

TIBALDO.

Acuérdate bien.

DON JUAN.

No sé, por el cielo santo,
Que haya ganado otra cosa.

TIBALDO.

Pues ¿cómo te has olvidado
De que ganaste á Clarinda?

DON JUAN.

Es verdad.

TIBALDO.

Pues ¿es buen trato
Que de lo que más estimo
La mitad me hayas negado?

DON JUAN.

Extraño rigor es ese.
¡La mitad de un cuerpo humano!

TIBALDO.

Pues ¿no fué concierto así?

DON JUAN.

¿Qué es lo que pides, Tibaldo!

TIBALDO.

La mitad de lo que es mio,
O ¡vive Dios, de tomarlo
De la manera que pueda!
(*Sale Clarinda.*)

CLARINDA.

¿Qué mandas, esposo amado?

DON JUAN.

¿No te acuerdas que una fiesta
Te dije, estando en tus brazos,
Mis aventuras, Clarinda?

1 Falta.

CLARINDA.

¡Ay cielos! ¡Qué extraño espanto!

DON JUAN.

Detente. Tibaldo es este:
Dice que ha llegado el plazo
En que le dé la mitad
Que los dos juntos ganamos,
Él prestando y yo sirviendo;
Y pues cumplir lo jurado
Es de caballeros nobles,
Y pleito homenaje hidalgo,
Para darle la mitad
De tu cuerpo... (*Alza la espada.*)

TIBALDO.

Ten la mano,
Porque sólo aquesto ha sido
Dar más fuerza á este milagro.
Cuando pagaste primero,
Don Juan, los dos mil ducados,
Me mandó el cielo servirte.
Goza á Clarinda mil años:
Que presto verás tus hijos
Con mucho gusto y descanso,
Por el que me diste á mí,
Todas mis deudas pagando.
Aquellos vestidos negros,
Y de amarillo bordados,
Significaban el fuego
En que mi espíritu abraso;
Los blancos, que voy al cielo,
Ya limpio y purificado;
Los encarnados y verdes,
Que ya la esperanza acabo;
Y que la tengo de ver
En carne aquel cuerpo humano,
Cuando el dia del júicio
Salga del sepulcro helado.
Por esta hazaña, don Juan,
Y los fuegos que he pasado
El Tao de san Anton
Traerán desde hoy más los Castros
En sus armas generosas.

DON JUAN.

Aguarda un poco, Tibaldo.

TIBALDO.

No me da licencia el cielo
Para detenerme tanto.

DON JUAN.

Aquí, Senado discreto,
Acaba el extraño caso
Del *Hacer bien á los muertos*,
Y del gran *Don Juan de Castro*.

ADÓNIS Y VÉNUS,

TRAGEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON RODRIGO DE SILVA,

Duque de Pastrana.

Encarecióme tanto Vuesa Excelencia, el dia de aquel insigne torneo, la gallardía, destreza y gala con que se representó *El Premio de la Hermosura* por lo mejor del mundo, que habiendo de salir á luz esta tragedia, que tuvo en otra ocasion las mismas calidades, he querido ofrecerla á su entendimiento y honrarla de su nombre, seguro de que los dueños de la traza, y que con tanta gracia y gentileza la representaron, darán por bien empleado mi pensamiento, y mi eleccion por justa. Reciba Vuesa Excelencia este reconocimiento humilde, en tanto que con mayores musas canto las hazañas de su Excelentísimo padre en Flándes, que tanto dejó que imitar con su heróica vida, y que sentir con su temprana muerte. Dios guarde á Vuesa Excelencia.

Lope de Vega Carpio.

ADÓNIS Y VÉNUS.

PERSONAS.

MENANDRO.	ALBANIA.	CUPIDO.	NARCISO.	NINFAS.
TIMBREO.	FRONDOSO.	ADÓNIS.	JACINTO.	PASTORES.
ATALANTA.	APOLO.	HIPÓMENES.	GANIMÉDES.	CUPIDILLOS.
CAMILA.	VÉNUS.	TEBANDRO.	TESIFONTE.	MÚSICA.

La escena es en Arcadia y en Chipre.

ACTO PRIMERO.

Campo y entrada á un templo de Apolo.

ESCENA PRIMERA.

MENANDRO, TIMBREO.

MENANDRO.

Prosigue, amigo Timbreo,
La relacion de tu mal;
Que yo sus desdenes creo.

TIMBREO.

Ver tu sentimiento igual
A mis desdichas deseo.
— Como digo, entró Camila
En el templo de Diana;
Seguí sus rayos, y vila
Como el alba entre oro y grana
Menudo aljófar distila.
Huyó la noche de ausencia
Luego que su luz salió;
Mas con esta diferencia:
Que el campo reverdeció,
Y me abrasó su presencia.
Iba con otras, y entre ellas
Excedia las más bellas
Lo que excede al cuerpo el alma,
Al mirto humilde la palma,
Y la luna á las estrellas.
Las colores que tenia,
Con que al rubí y esmeralda,
La rosa y clavel vencia,
Envidiaba la guirnalda
Que sus cabellos ceñia.
Cegaba el vellos tan bellos;
Que el aire formaba dellos
Ondas, como suele el mar:
Pienso que para anegar
Mil vidas y almas en ellos.
Iban los azules velos
De sus ojos, dulce guerra
De amor, vistiendo los cielos;
Porque, cielos en la tierra,
Daban á los cielos celos.
El vestido pudo hacer
Envidia á su compostura;
Que el saberse componer
No es la menor hermosura
De una gallarda mujer.
Las cuatro esferas primeras,
Menandro, en Camila vieras:
La luna en el pié gentil,
De donde el florido Abril
Sacaba las primaveras;
La esfera de Vénus bella
Era el cuerpo; el dulce hablar
Mercurio; el sol en la estrella
Del rostro.

MENANDRO.

Aprenda á pintar
La naturaleza de ella,
Si no es arte que te debe.
Pero prosigue; que es breve
El tiempo.

TIMBREO.

A la lumbre pura,
Menandro, de su hermosura
Llegué, convertido en nieve.
Fuíla á hablar: pero sentí
Asir la lengua al temor,
Y quedé fuera de mí;
Pero venciendo el amor,
De tres veces, dije así:
«Pastora de ojos serenos,
Aunque de mil rayos llenos,
¿Cuándo vida me darás?»

MENANDRO.

Prosigue.

TIMBREO.

No dije más,
Y me entendiera con ménos.
Quedó entónces tan hermosa,
Como del alba á la risa
Suele salir vergonzosa
Entre su verde camisa
Bañada en sangre la rosa.
Cuando quiso responder,
Vi que Frondoso llegaba;
Y sin hablar, sólo en ver,
Vi, Menandro, que la amaba.

MENANDRO.

Bien se puede conocer;
Que si á Camila tenías
Por espejo, bien verías
Si se miraba Frondoso
En la luz del rostro hermoso,
Cuando en su cristal te vías.
— Al templo habemos llegado
De Apolo.

TIMBREO.

Deste cuidado
Me sacará su respuesta

MENANDRO.

Gente viene.

TIMBREO.

Ninfa es esta
De extranjero monte y prado.

ESCENA II.

ATALANTA, *con un dardo en la mano.* — MENANDRO, TIMBREO.

ATALANTA. (*Para sí.*)

No desdice al estado
De una doncella tierna
Querer saber el que tendrá su vida;
Que el femenil cuidado
Que nuestro ser gobierna
No es bien que al varonil valor se mida.
Cuando la edad florida
A su límite llega,
Es la igual compañía
Lo que es el sol al dia,
Y el claro norte al que en el mar navega.
Los hombres fueron hechos
Para alivio vital de nuestros pechos;
Que, fuera de ser forma
De la materia nuestra,
Y de nuestras potencias y sentidos
Alma que los informa,
Que los guia y adiestra,
Son Argos del honor, siempre advertidos.
Amores atrevidos
Defienden el deseo,
Y áun esto no es de suerte
Que con temprana muerte
No descendiese la mujer de Orfeo
Al centro en que hoy suspira
Contra la fuerza de su dulce lira.
Saber quiero de Apolo
En su templo divino
Qué esposo quiere darme en casamiento;
Que este cuidado sólo
Es solo peregrino
De mi primero y casto pensamiento.
Si miro el firmamento,
Unas con otras veo
Sus esferas casadas,
Con manos argentadas.
La luna abraza al sol, cuyo himeneo
La alumbra y vivifica,
Y á su humildad los rayos de oro aplica.
Si contemplo la tierra,
¿Cuál animal no tiene
Su semejante, con quien ande y viva?
Cuantas plantas encierra,
Amor las entretiene;
Que su generacion de amor deriva.
Esta hiedra lasciva
Y esta vid trepadora
Fresnos y olmos enlazan;
Los espinos se abrazan;
La tórtola casada gime y llora,
Del caro esposo ausente;
Su centro busca el agua desta fuente.
Dígame, pues, Apolo
Qué esposo será el mio:
Fórmese de dos almas Androgeo.
Quien nace para solo
(Cosa que desconfío)
O es bestia ó es deidad; y así deseo
Al yugo de Himeneo
Rendir el cuello, á ejemplo
De cuantas cosas miro.
Pero ¿por qué suspiro,
Si aqueste suntüoso y rico templo
Es, por lo ménos, donde
Apolo por su oráculo responde?

ESCENA III.

CAMILA, ALBANIA. — ATALANTA, MENANDRO, TIMBREO.

CAMILA. (*Ap. á Albania.*)
A buen tiempo hemos llegado;
Que áun está Apolo cubierto.

ALBANIA.
Mas me mata un bien incierto
Que un daño determinado.
Pues no pienses que será
Solo aquí nuestro deseo.
Menandro es aquel.

CAMILA.
Timbreo,
Albania, con él está.

ALBANIA.
¿Qué querrán saber de Apolo?

CAMILA.
Lo que nosotras tambien.

ALBANIA.
¿A cuál dellos quieres bien?

CAMILA.
Sábelo Amor.

ALBANIA.
¿Amor sólo?

CAMILA.
Sí, porque no me forzara
A declararme, sin ver
Que á quien me inclino á querer
A quererme se inclinara.

ALBANIA.
¡Que ninguno de los dos
Te ha dicho amores jamás!

CAMILA.
Pienso que celosa estás.

ALBANIA.
¡Yo celosa!

CAMILA.
Sí, por Dios.

ALBANIA.
¿De quién?

CAMILA.
De mí.

ALBANIA.
Pues ¿tú sabes
Lo que yo quiero?

CAMILA.
Imagino,
Temo, sospecho, adivino...

ALBANIA.
Si son nuestros ojos llaves
De los secretos del alma,
Abre con ellos el pecho.

CAMILA.
Ya lo contemplo, y sospecho
De su tormenta y su calma
Que como la iman se va
Tras el norte á quien camina,
Así amor la vista inclina
Donde el pensamiento está.

TIMBREO.
Camila, Menandro, viene (*Ap. á él.*)
A saber algun secreto.

MENANDRO.
Si ella te quiere, ¿á qué efeto
De tu amor sospechas tiene?

TIMBREO.
Albania viene con ella,
Que presumo que te adora.

MENANDRO.
De otro sol parece aurora,
Y de otra aurora la estrella.
(*Ap.* Disimulé por saber
A quién amaba Timbreo.
Tanto á Camila deseo,
Cuanto puede un alma arder.
Las sospechas que tenia
De Timbreo, he descubierto.)

ESCENA IV.

FRONDOSO, *con un pájaro en la mano.* — DICHOS.

FRONDOSO. (*Para sí.*)
Por saber si Apolo es cierto,
O vana su profecía,
Este pájaro he traido
Para poderle engañar;
Que se le pienso mostrar,
Pero en la mano escondido.
Preguntaréle si está
Vivo: si dice que sí,
Apretaréle, y así
Le diré que muerto es ya.
Si me dijere que es muerto,
Soltaréle entónces yo,
Diciendo que no acertó,
Y que es su oráculo incierto.
Con esto, entre los pastores
Desacreditado ya,
Ninguno amor mudará
Por el fin de sus amores;
Que por lo que pronostica
De bien ó mal, las mujeres
A diversos pareceres
Con sus respuestas aplica:
Y ellas, que no han menester
Achaques para mudarse,
Saben muy bien disculparse
De querer y aborrecer.

ESCENA V.

Descúbrese una cortina, y vese en un altar sobre una basa EL DIOS APOLO, *con su lira y resplandor de sol en la cabeza.*—DICHOS.

FRONDOSO. (*Ap.*)
Ya corrieron la cortina
De Apolo al sagrado altar.
Quiero primero escuchar
Lo que á tantos adivina.

TIMBREO.
Dime, sagrado Apolo,
Divino autor del dia,
¿Ama la prenda mia,
O á mí me quiere sólo?

APOLO.
Lo que tu prenda quiere
Ausente vive, y por su ausencia muere.

TIMBREO.
¡Ausente! Pues si agora
Me tiene aquí presente,
¿Cómo dice que ausente,
Y que su ausencia llora?
Mas no soy yo á quien ama.
Erró su centro mi amorosa llama.
(*Vase.*)

MENANDRO.
Apolo, tú que mides
El tiempo con eterno
Curso, y el frio invierno
Del verano divides,
¿Veráse en el deseo
Adonde el fin de mi esperanza veo?

APOLO.
Sirve, pretende, espera:
Todo el amor lo alcanza.

MENANDRO.
¡Ay dichosa esperanza!
Menandro, persevera;
Que el fin de un pensamiento
Es premio de mil años de tormento.
(*Vase.*)

CAMILA.
Febo, cuyo deseo
Nos dió el laurel hermoso,
Premio del estudioso,
De las armas trofeo,
¿Tendré ventura amando?

APOLO.
En vano esperas.

CAMILA.
Moriré esperando.
(*Vase.*)

ALBANIA.
Padre de cuanto vive,
Artífice del oro,
¿Querráme á quien adoro?

APOLO.
A olvidar te apercibe.

ALBANIA.
¡Tú eres Apolo santo!
No en vano Dafnes te aborrece tanto.
(*Vase.*)

FRONDOSO.
(*Ap.* A todos les ha dado
Su oráculo fingido
Desabrida respuesta.
El Dios está mohino:
Sospecho que es la causa
Que no le han ofrecido
Lo que otras veces suelen
Pues si dioses divinos
Responden á los hombres
Con rostro desabrido
Cuando no les dan nada,
¿De qué nos afligimos,
Si oráculos humanos,
Por interes movidos,
Responden á la ofrenda
Alegres y propicios?
Si aquellas blancas aras
Del sacerdote al filo
Tiñeran de su sangre
Nevados corderillos;
Si las espigas rojas
Del ofrecido trigo
Cubrieran los altares,
O el oloroso vino;
Si perlas, si diamantes,
Si púrpura de Tiro
Vistieran su persona,
Mirara lo que dijo.
Sin interes del premio
Acuden siempre tibios
El soldado á las armas,
El letrado á los libros.
No pienso darle nada,
Supuesto que lo digo,
Porque á engañarle vengo
Con este pajarillo.)
Diga, señor Apolo,
El que pasa los rios
Sin mojarse los rayos
De sus cabellos lindos,
Alquimista famoso,
Que sin mercurios vivos
Sabe hacer oro y plata
En los crisoles indios,
El que ve cuanto pasa
Pasando los resquicios,
Mostrando al cielo á Vénus
Con el planeta quinto:
En esta mano tengo
Cerrado un jilguerillo:
¿Es vivo, ó muerto acaso?

APOLO.

Rústico cabrerizo,
En tu imaginacion
Y pensamiento mismo,
Conforme á mi respuesta,
Le tienes muerto y vivo:
Vivo, si digo muerto,
Muerto, si vivo digo.

FRONDOSO.

¡Vive, Júpiter santo,
Que la verdad me ha dicho!
¡Tomarse con los dioses!
¡Temerario delito!

APOLO.

Merecieras, Frondoso,
Como Júpiter hizo
A los fieros gigantes,
Fulminarte en castigo,
O que como Anteon
En ciervo convertido,
Huyeras de tus perros
Por árboles y riscos;
Mas porque no te atrevas,
Ni á extranjeros ni amigos
Parecerás lo que eres.

FRONDOSO.

¡Qué loco y necio he sido!
—Adorno de los cielos,
Lámpara de los signos,
Corona de los dias,
Poeta de los siglos,
Medida de los tiempos,
Fitonicida altivo,
Compas de cielo y tierra,
Que desde tu epiciclo
Los miras y gobiernas
Desde que Dios te hizo,
¡Ten piedad de Frondoso!

APOLO.

Vete, villano indigno.

FRONDOSO.

Voyme; que estás airado.
¡Ay, Júpiter Olimpio!
Todo se lo perdono,
Como no sea pollino;
Porque animal y necio
Es desdichado oficio. (*Vase.*)

ATALANTA.

Pues he quedado sola con Apolo,
Quiero saber qué dice á mi deseo;
Que en él espero mi remedio sólo.—
Dime, supremo autor de cuanto veo,
Filósofo divino, sol hermoso,
Délfico, Delio, Cintio y Didimeo,
¿Será mi casamiento venturoso?

APOLO.

Tarde, Atalanta, y con peligro.
(*Ciérrase el templo con música.*)

ESCENA VI.

ATALANTA.

¡Tarde,
Y con peligro! ¡Ay, cielo riguroso!
¡Peligro en el casarme! Dios me guarde
De casarme jamás. ¡Triste respuesta,
Que me ha dejado el corazon cobarde!
En dura confusion estaba puesta;
No la pienso tener de aquí adelante.
Sola quiero vivir en vida honesta;
Porque si de peligro semejante
Puedo librarme, no es razon que viva
Sujeta á esposo ni á fingido amante.
Yo pienso por los montes fugitiva
De los hombres, vivir entre las fieras,
Con ellas mansa, con el hombre altiva.
No me podrán sus burlas ni sus veras
Vencer eternamente, porque venzo
Las alas de los vientos más ligeras.—
Montes de Arcadia, desde aquí comienzo
(Porque del pensamiento que tenía
De pretender esposo me avergüenzo)
A vivir en vosotros. Este dia,
Ninfas de bosques, prados, selvas, fuentes,
Me recibid en vuestra compañía.
Con redes, con ardides diferentes
Los ciervos, osos, jabalíes y gamos,
Los toros más selvajes y valientes
Sabré matar, y de sus fuertes ramos
Honrar los frontispicios de los templos.
Ninfas de Cintia, vamos juntas, vamos:
Animen mi valor vuestros ejemplos.
(*Vanse.*)

ESCENA VII.

VÉNUS, CUPIDO.

VÉNUS.

Por estas márgenes hechas
De clavellinas y rosas,
Sin cuidado y sin sospechas,
Podrás matar mariposas,
Cupido, con esas flechas.
Blancas, pajizas, doradas,
Verdes, claras y moradas,
Con más ojos que un pavon,
Andan en esta ocasion,
Seguras de ser tiradas:
Mátame algunas; que quiero
Entre rosas del tocado
Ponérmelas; porque espero
Aquel sangriento soldado,
Por cuyas hazañas muero.
Parte; que en el traje humano
Quiero verle en esta selva,
Primero que Apolo indiano
Otra vez á verme vuelva,
Y yo en la red de Vulcano.

CUPIDO.

¡Donaire, madre, teneis!
Mariposas ¿me decís
Que mate! Pues ¿no sabeis
Que muerta por mí vivís
De amor del Dios que quereis?
¡Linda caza, á quien derriba
A la garza más altiva
Y al águila mas real!

VÉNUS.

Cuando el vuelo celestial
Subes de mi esfera arriba,
Muestra el poder que engrandeces;
Mas cuando estás en el suelo,
Imita lo que pareces.

CUPIDO.

Siendo primero que el cielo,
¿Nombre de niño me ofreces!
¿Háceslo para encubrir
Tus años?

VÉNUS.

Si mariposas
No es caza que ha de servir
A tu gusto, entre estas rosas
Tórtolas siento gemir.
Ellas y otros pajarillos
Te podrán entretener,
O destos verdes junquillos
Puedes á esta sombra hacer
Jaulas en que tengas grillos.

CUPIDO.

Quien los pone de prision
Al más libre corazon,
¿Cazará grillos del campo!

VÉNUS.

Palomas blancas, que al ampo
De la nieve iguales son,
Por ser quien mi carro tira,
Te mandaba no tirar;
Ya te doy licencia.

CUPIDO.

Admira
Que mandes ejecutar
Flechas de amor, armas de ira,
En aves simples, Señora;
Porque yo á las bravas tiro,
Donde la fiereza mora.

VÉNUS.

Temerosas liebres miro
Por estos bosques agora;
Tira alguna, y del pellejo
Como Hércules te viste.

CUPIDO.

Agradézcote el consejo.
¡Niño finalmente hiciste
Al que es más que el tiempo viejo!
Pues ¿no te acuerdas qué á Apolo,
Que de haber muerto á Fiton
Se alababa, vencí solo?
¿Ignoras tú la opinion
Que tengo de polo á polo?
¿Es esta la vez primera
Que yo te venzo? ¡De mí
Te ríes de esa manera!

VÉNUS.

Ya te conozco: ¡ay de mí!

CUPIDO.

¡Así me tratas! Espera;
Que ántes de un hora verás
Si mariposas, palomas
O liebres venzo.

VÉNUS.

Jamás
Mis tiernas palabras tomas
Como ellas son.—¿Dónde vas?
Espera, Cupido, advierte...
(*Vase Cupido.*)
Fuése, y enojado parte.
De su venganza me advierte:
O enamora de otra á Marte,
O de su amor me divierte.
Como es niño al fin Amor,
Presto se enoja: no sabe
De burlas.

ESCENA VIII.

CAMILA.—VÉNUS.

CAMILA.

(*Ap.* ¡Con qué rigor
Apolo, á todos süave,
Dió respuesta á mi temor!
Aconséjame que olvide...
—Pero ¿qué pastora es esta,
Que nuestra ribera mide?
¡Qué hermosa! ¡qué bien compuesta!
¡Qué rayos de amor despide!
Quiérola hablar.) Si eres diosa,
Perdóname, ninfa hermosa;
Mas si eres humana prenda,
Haz que de tu boca entienda
Tu enigma dificultosa.
¿Eres, dime, desta sierra,
O extranjera?

VÉNUS.

De otra soy.

CAMILA.

¿Qué buscas por esta tierra?

VÉNUS.

Buscando mi manso voy,
Que del redil se destierra.
¿Hásle visto por ventura?

CAMILA.

¿Qué señas?

VÉNUS.
Una carlanca
Y esquila de plata pura.
CAMILA.
¿Qué piel?
VÉNUS.
Encarnada y blanca,
Con sola una mancha escura.
CAMILA.
¿Hácia donde?
VÉNUS.
El remolino
De la frente le cubrió.
CAMILA.
Ayer á este monte vino;
Pero sospechara yo
Que os trajo...
VÉNUS.
Ya lo adivino.
Algun amor, decir quieres.
CAMILA.
Bien podemos las mujeres
Unas con otras hablar.
VÉNUS.
Lo mismo vengo á buscar.
Profeta de amores eres:
Y esto se causa tambien
De que algun pastor querrás.
CAMILA.
Alguno quiero tambien.
VÉNUS.
¿Merécelo?
CAMILA.
Y tanto más
Que adoro...
VÉNUS.
¿Qué?
CAMILA.
Su desden.
VÉNUS.
¿Su desden adoras?
CAMILA.
Sí.
VÉNUS.
¿Tanto merece?
CAMILA.
Quisiera
Hablarte de espacio aquí.
VÉNUS.
Yo escucharte.
CAMILA.
Pues espera.
VÉNUS.
Comienza.
CAMILA.
Escúchame.
VÉNUS.
Di.
CAMILA.
Amor, que á nadie perdona,
Porque si pueden sus fuerzas
Trastornar el armonía
Del cielo, ¿qué hará en la tierra?
Como se ve, por ejemplo,
De Júpiter, que por ellas
Ya fué cisne, ya fué toro,
Como sus historias cuentan...
Pues Vénus... con ser su madre,
Mil veces por estas selvas
La vieron seguir pastores,
Si Anquises guardaba ovejas.
Diana, con ser tan casta,
Bajó de su blanca esfera
Mil veces al monte Lathmo...
VÉNUS.
Hartas disculpas son esas.
No digas más: ya sé yo
Que tiene amor fuerza extrema.
CAMILA.
Este, pues, hizo que Mirra,
Loca, aunque hermosa doncella,
Amase á su mismo padre;
Pero teniendo vergüenza,
Se descubrió á un ama suya,
Que temiendo que se diera
La muerte, por remedialla,
Llevarla á su padre intenta
En forma de otra mujer:
El Rey, sin saber quién era,
Ofendió los cielos altos.
Escondieron las estrellas
Sus rayos de tal maldad;
Pero la noche postrera
Una hacha mandó traer
Para poder conocerla.
Apenas la vió Ciniras,
Cuando Mirra, con vergüenza
De su padre y de sí misma,
Huyó por montes y selvas.
A la tierra de Sabá
Llegó la triste, y en ella
Pidió á los dioses castigo.
Los dioses, porque su ofensa
Pudiese llorar mejor,
Cubriéndola de corteza,
En árbol la transformaron,
Que aquellas aromas tiernas
Llora, que se llaman mirra,
Mirra, ó lágrimas sabeas.
Mas llegado el dia del parto,
Bramaba el tronco; que apénas,
No siendo diosa Lucina,
Pudiera entender sus quejas.
Vino y sacó un bello niño,
Que dándole á las deesas[1]
De los rios, le criaron
Con tan alta gentileza,
Que no hay náyade en su fuente,
Dria en bosque, en monte orea,
Amadriade por árbol,
Que no se pierda por ella.
Adónis tiene por nombre;
Amores mejor dijeran,
Porque todos los del mundo
Se cifran en su belleza.
Una de las que le adoran
Yo soy; pero no me quieras
Más mal; que como es tan niño,
Que le hablen de amor le pesa.
Despreciando la hermosura,
Su oficio es cazar las fieras;
Mas no ha cazado ninguna
Que como su pecho sea.
Mas ¿para qué te le alabo?
Él mismo á esta fuente llega.
Advierte que es basilisco:
Pon á tus ojos defensa.

ESCENA IX.

ADÓNIS; CUPIDO, *detras de él.* — VÉNUS, CAMILA.

ADÓNIS. (*Sin reparar en Vénus ni en Camila.*)
Selvas y bosques sombríos,
Adonde la primavera
Se baña en cristales fríos,
Y donde la luz primera
Dió vida á los ojos mios;
Arbol divino sabeo,
Cárcel de mi triste madre,
Por quien agora me veo
Hijo y nieto de mi padre,
Y monstruo de su deseo:

1 *Deesas*, diosas.

Sabed que en esta ocasion,
Sin estimar sus placeres,
Que siempre pesares son,
Aborrecer las mujeres
Tengo por justo blason.
Como en vuestras espesuras,
Bosques de mi tierna edad,
Paso las horas seguras,
Más precio mi libertad
Que todas sus hermosuras.
Cansado de haber seguido
Un corcillo volador
Que dejo en el monte herido,
Para templar el calor
A vuestra sombra he venido.
Por eso, fuente serena,
Cuyas aguas cristalinas,
Espejos de Filomena,
Vuelven diamantes las chinas
Y perlas la blanca arena,
Perdonad si os enturbiare;
Que quiero bañarme en vos,
Miéntras este sol pasare.
CUPIDO. (*Ap.*)
Hoy veréis si amor es Dios.
Ya tiro: Vénus repare;
Que aunque más mi madre sea,
La tengo de herir de amor.
VÉNUS. (*Ap.*)
¿Qué puede ver quien te vea?
(*Tira Cupido una flecha á Vénus.*)
¡Ay Dios! ¡qué extraño dolor!
(*Vase Cupido.*)

ESCENA X.

VÉNUS, CAMILA; ADÓNIS, *sin verlas.*

CAMILA.
Los ojos, pastora, emplea
En Adónis con recato.
VÉNUS.
Él es del cielo un retrato;
Pero el que adoro es divino.
(*Ap.* Cupido á vengarse vino.
¡Mal hijo, rapaz ingrato!)
¿Quieres que yo persüada (*Ap. á Camila*)
A este Adónis, y le diga
Tus partes?
CAMILA.
Serrana amada,
Dile que mi amor obliga
A un monte, á una piedra helada.
Mis desatinos le cuenta.
VÉNUS.
Entre esos lirios te sienta;
Que le voy á hablar.
CAMILA.
Los cielos
Te libren de amor y celos,
Que es el mal que me atormenta.
VÉNUS.
¿Cómo te llamas?
CAMILA.
Camila.
VÉNUS.
Parte; que le voy á hablar.
Allí me aguarda.
(*Vase Camila.*)

ESCENA XI.

VÉNUS, ADÓNIS.

ADÓNIS.
Distila,

Viento, deste cedro azar;
Tus varias alas afila,
Anima mi sentimiento,
Favonio aromatizado;
Céfiro á mi voz atento,
Hurta a las flores del prado
De su boca el dulce aliento.
Mi carcaj, arco y saetas
Y venablo pongo aquí,
Yerba, en tus manos secretas.

VÉNUS.

Tente.

ADÓNIS.

¡Ay Dios! ¿Quién eres, dí,
Que mi descanso inquietas?

VÉNUS.

No huyas, por mil razones;
Por mujer, la principal.

ADÓNIS.

Con eso temor me pones.

VÉNUS.

Si fuera mujer mortal,
Y sujeta á imperfecciones...

ADÓNIS.

Pues ¿quién eres?

VÉNUS.

Vénus soy,
Que, sólo á buscarte, vengo
De la esfera donde estoy.

ADÓNIS.

Respeto á tu nombre tengo.
Mil alabanzas te doy,
Y en sacrificio, Señora,
La voluntad que jamás
Rendí á mujer.

VÉNUS.

Desde agora
Sabrás qué es amor, sabrás
Querer bien á quien te adora.

ADÓNIS.

¿Qué es amor?

VÉNUS.

¿Amor?... Deseo.

ADÓNIS.

¿De qué?

VÉNUS.

De lo que es hermoso.

ADÓNIS.

Luego ¿querré lo que veo?

VÉNUS.

Si te agrada.

ADÓNIS.

Eso es forzoso.

VÉNUS.

Por tu condicion lo creo.

ADÓNIS.

Cuéntanme de amor mil males,
Pónenme temor.

VÉNUS.

Amor
Es falso entre los mortales;
No se entiende ese rigor
Con los dioses celestiales.

ADÓNIS.

Antes la misma razon
Me da á entender tu mudanza.

VÉNUS.

Los dioses nunca lo son.

ADÓNIS.

Luego en humana esperanza
¿Hay divina posesion?

VÉNUS.

Cuando la humana hermosura
El cielo baja á la tierra:
¿Qué posesion más segura?

ADÓNIS.

Dicen que el Dios de la guerra
O la tiene, ó la procura.
Pues si amas á Marte, en parte
Mujer humana te veo.

VÉNUS.

Bien dices, que quiero á Marte,
No porque á Marte deseo,
Sino porque quiero a-marte.
Ya no quiero aquel soldado,
Que mi celoso marido
Ha puesto en tanto cuidado.

ADÓNIS.

¡En tanto amor tanto olvido!

VÉNUS.

No es amor gusto acabado.

ADÓNIS.

Si la memoria te vuelve,
Y de tu pasada historia
Tantos amores revuelve...

VÉNUS.

¿Y si olvidó la memoria
Quien á olvidar se resuelve?

ADÓNIS.

Yo, Vénus, soy un mancebo
De la manera que ves:
A competir no me atrevo,
Aunque licencia me dés,
Ni con Marte ni con Febo;
Que cuando el fuego consumas,
De las cenizas secretas
Saldrá, cuando más presumas,
En oyendo las trompetas,
Y en viendo brillar las plumas.
Veo tus ojos divinos
Llenos de sol, veo dos cielos;
Pero ya son adivinos
Los mios, que por tus celos
Vengo á llorar desatinos.
Tu talle, tu bizarría
Y tu deidad, de que arguyo
Mi dicha con osadía,
Me fuerzan á ser más tuyo
Que tú pretendes ser mia.
Pero si Febo ó si Marte
Celosos de mí...

VÉNUS.

Detente.
¡Qué es ofenderte ni darte
Disgusto!

ADÓNIS.

Febo luciente
¿No ha de hallarme en cualquier parte?
Marte ¿no puede tambien
Matarme con tantas armas?

VÉNUS.

No, mis ojos; no, mi bien:
Y en vano, Adónis, te armas
Contra amor dese desden;
Que así en el alma guardarte
Y en mis ojos esconderte
Sabrá el gusto de gozarte,
Que ni Febo pueda verte,
Ni Marte pueda matarte.
Vencido me ha tu hermosura.
Si te igualo al ser que soy,
¿Pagarásme?

ADÓNIS.

Está segura.

VÉNUS.

Adónis, á Chipre voy;
Fíame la nieve pura
De esa blanca hermosa mano.

ADÓNIS.

¡Dichoso el mortal que vino
Desde el ser humilde humano
A merecer el divino
De tu valor soberano!

VÉNUS.

Tú puedes honrar el suelo.—
Palomas, alzad el vuelo.

ADÓNIS.

No querria ser Faeton,
Y caer por ambicion
Hecho pedazos del cielo.

(*Suben los dos en un carro, que se levanta sobre una nube. Música hasta que desaparece.*)

ACTO SEGUNDO.

Prado rodeado de un bosque.

ESCENA PRIMERA.

HIPÓMENES, TEBANDRO.

TEBANDRO.

Deja, por Dios, la caza;
Sepamos qué es aquesto.

HIPÓMENES.

En confusion me ha puesto
Ver la campaña y plaza
Deste bosque sagrado
De tan diversas gentes coronado.
Las mudas soledades,
De los pastores nido,
Imitan en rüido
Las confusas ciudades,
Y á sus varios oficios
Los árboles se vuelven edificios.

TEBANDRO.

El que va navegando
El norte va siguiendo;
Quien ignora, leyendo,
Quien mira, preguntando.
Pregunta si te admiras,
Y no te admirarás de lo que miras.

HIPÓMENES.

Aquí vienen pastores,
Tebandro: preguntemos
Qué gente es la que vemos.

ESCENA II.

MENANDRO, TIMBREO.—Dichos.

MENANDRO.

¡Qué triste fin de amores!
¡Oh míseros amantes!

TIMBREO.

¡Ay, Menandro! pues amas, no te espantes.

HIPÓMENES.

Pastores deste monte, selva y prado,
¿Qué suceso ha causado aquesta junta?

MENANDRO.

Bien muestra esa pregunta ser su dueño
No de aqueste pequeño monte.

HIPÓMENES.

Vivo
Donde su extremo altivo alcanza apénas.
Ver las campañas llenas de mil gentes
De partes diferentes, nos admira.

MENANDRO.

Toda la que se mira en este prado,
Sabed que se ha juntado á la carrera,

Que¡nunca á Dios pluguiera se inventa-
¡De la hermosura rara nunca oistes [ra!
De Atalanta, ó supistes este nombre?

HIPÓMENES.

No es justo que te asombre esta igno-
Si miras la distancia de la tierra [rancia,
Nuestra, que este mar cierra.

MENANDRO.

Estad atentos.
Con dulces pensamientos de casarse,
Atalanta á informarse al templo vino
De Apolo; y el divino dios Febeo
Respondió á su deseo que se guarde:
Que con peligro y tarde casaria.
Ella desde este dia, por el monte
Que todo este horizonte muestra en tor-
Con varonil adorno entretenida, [no,
Pasaba honesta vida descuidada.
Mas siendo deseada su hermosura
(Que ésta no está segura aun entre
[fieras),
Pensó de mil maneras esconderse,
Y vino á resolverse que al fin fuese
De aquel que la venciese...

HIPÓMENES.

¿En qué? ¿en la lucha,
O en el tirar?

MENANDRO.

Escucha: es tan ligera,
Que al viento en la carrera se adelanta.
Quiso, pues, Atalanta que corriesen
Los que la pretendiesen, y rendida,
Entregarse vencida al vitorioso.
¡Oh caso lastimoso! que al vencido,
Que le cueste ha querido la cabeza!
Y es tal su ligereza, que los cuellos
De mil mancebos bellos han regado
Con su sangre este prado.

HIPÓMENES.

¿Qué me cuentas!

MENANDRO.

Lo que verás si intentas la aventura.

HIPÓMENES.

Por mortal hermosura, al fin prestada,
Flor, sombra, viento, nada, ¿hay algun
Que se estime en tan poco! [loco

TIMBREO.

Si la vieras,
Yo sé que no dijeras lo que dices.

TEBANDRO.

Por más que solenices su hermosura,
La vida... es gran locura aventuralla.

HIPÓMENES.

No diera por gozalla en casamiento
Un cabello. ¡Oh qué cuento tan donoso!

MENANDRO.

Si le su cuerpo hermoso y rostro vieras
El milagro, dijeras lo contrario.

HIPÓMENES.

Sé que el pincel es vario en la belleza.

TIMBREO.

Ésta á naturaleza misma espanta.

HIPÓMENES.

Mi vida es mi Atalanta. Dios me guarde.
Pues no soy muy cobarde; que las fieras
Deste monte y riberas deste rio
Saben el brazo mio.

TIMBREO.

Laureada
De flores viene, honrada y vitoriosa,
La bella ninfa hermosa.

HIPÓMENES.

Habrá vencido
Algun necio atrevido su hermosura.

TIMBREO.

Morir tienen por dicha.

HIPÓMENES.

¡Qué locura!

ESCENA III.

NINFAS *y* PASTORES, *con instrumentos;* ATALANTA, *detras con una guirnalda de flores.*

MÚSICA.

Triunfa la hermosura,
Vence Atalanta.
Lo que cuesta se estima:
¡Viva quien mata!
No estiman los hombres
Las empresas llanas;
Todo lo que es fácil
Como fácil pasa.
Las dificultades
Merecen almas;
Lo que cuesta se estima:
¡Viva quien mata!
Siendo la hermosura
Prenda tan alta,
Por culpa del dueño
No es estimada.
Atalanta sola
Supo estimarla.
Lo que cuesta se estima:
¡Viva quien mata!

MENANDRO.

¿Qué te parece?

HIPÓMENES.

No sé
Cómo te diga, pastor,
Lo que en sus ojos miré.

TIMBREO.

¿Qué sientes?

HIPÓMENES.

Muero de amor:
Rayo en mis sentidos fué.
¡Con qué brevedad entró
Por el más noble sentido
Al alma que me abrasó!

TEBANDRO.

¿Qué dices?

HIPÓMENES.

Que estoy perdido.
Otro soy; que no soy yo.—
¡Cuán en vano me espantaba
De aquel que por tu belleza
Una vida aventuraba,
Cifra de naturaleza
Donde su poder se acaba!
Que mil vidas que tuviera,
Todas por ti las perdiera.
—Tebandro, yo he de correr.

TEBANDRO.

¿Burlaste?

HIPÓMENES.

Burlé, sin ver
Lo que vi; ¡que nunca viera!
¡Ay de mí! ¿Por qué dilato
Poner en ejecucion
Lo que ya en el alma trato?

TEBANDRO.

Por tan liviana ocasion,
¿Eres á tu vida ingrato?
Detente; no digas nada
A esta mujer, si es mujer
Cosa tan fiera y helada.

HIPÓMENES.

Si la pudiese vencer...

TEBANDRO.

Esa esperanza engañada
Todo este campo ha teñido
De sangre, de mil que han sido
Como tú; mas Dios te guarde.

HIPÓMENES.

Y ¿seré yo más cobarde,
Si es mi amor más atrevido?
Si alguno la ha de vencer,
¡Ay cielos! ¿no puede ser
Que sea yo? ¿Qué me acobardo!

ATALANTA. (*Ap.*)

¡Qué mancebo tan gallardo!

HIPÓMENES. (*Ap.*)

¡Qué más que humana mujer!

ATALANTA.

¡Oh cuánto me pesaria
Que á pretenderme viniese!

HIPÓMENES. (*Ap.*)

¡Ay si la llamase mia!

ATALANTA. (*Ap.*)

¡Ay si la muerte le diese,
Y qué lástima seria!

HIPÓMENES. (*Ap.*)

De la sentencia el rigor
Me hiela; abrásame amor.
Temor me está deteniendo;
Pero amor me está diciendo
Que me dará su favor.

ATALANTA. (*Ap.*)

De cuantos mancebos vi,
Ninguno así me agradó.
¡Nunca yo le agrade así!
Que aunque más le quiera yo,
Él jamás me quiera á mí.
¿Quién ha visto no querer
El que quiere ser querido?
Pues en mí se viene á ver,
Porque ha de morir vencido,
Y no he de ser su mujer;
Pues dejarme vencer yo
Y perder mi honor, no puedo.

HIPÓMENES.

(*Ap.* Si amor se determinó,
¿Por qué me detienes, miedo?
Nunca quien amó temió.
¿Quiero? Sí. Pues ¿cómo temo?
¿Temo? No. Pues ¿en qué cosa
Reparo, si en el extremo
Desta luz soy mariposa,
Y á cada vuelta me quemo?
¡Oh tú, que en belleza igualas
El sol, de su luz vestida,
Que por los ojos exhalas!
Llévame tambien la vida
Donde me quemas las alas.)
Doncella hermosa, ó deidad
Divina, qué en sombra humana
Disfrazas tu claridad,
A tu vista soberana
Se presenta mi humildad.
El premio de tu hermosura
Me anima á perder la vida;
Que por el bien que procura,
Es más inmortal perdida
Que la del alma segura.
Si te venzo y te poseo,
No porque eres celestial
Desprecies mi buen deseo;
Que soy, aunque soy mortal,
Hijo del Rey Megareo.
De mi amor me maravillo
Cómo aspiro á tanta gloria;
Mas ya vencido, me humillo.
Corramos: tú á la victoria,
Y yo, Señora, al cuchillo.

ATALANTA.

Mancebo, cualquier que seas,
Gran lástima tengo en ver
Que á ti mismo no te veas,

Pues pudiéndote querer,
Otra hermosura deseas.
Si no te dueles de tí,
Ten de tus padres dolor;
Que ya veo desde aquí
La fuerza de su rigor
Por el que me das á mí.
Si es mostrar que amor me tienes,
Yo le creo sin probar
El ánimo con que vienes.

HIPÓMENES.

Con mostrarme ese pesar,
Más me animas que detienes.
Si primero que supiese
Que te agradaba, te di
El corazon, no te pese
De que quien te agrada á tí
Lo que le has dado te diese.
Ya no hay remedio: más quiero
Que vivir sin tí, morir.
Si de amor por verte muero,
¿Qué más morir que vivir
Adonde la muerte espero?
Corramos, y los despojos
Goza, y no te cause enojos;
Que yo gusto, y justo es,
De que mates con los piés
Lo que abrasas con los ojos.

ATALANTA.

(*Ap.* ¡Que sea tan desdichada,
Y de tan contraria suerte,
Que de lo que más me agrada,
Para su temprana muerte,
Sea mi hermosura espada!)
Vete, mancebo, y no quieras
Pagarme mal este amor:
Mira que la muerte esperas.

HIPÓMENES.

Yo he de morir.

ATALANTA.

¡Qué dolor!
¡Qué mal tu edad consideras!

HIPÓMENES.

Acaba ya.

ATALANTA.

Yo no quiero. —
¡Jüeces!...

HIPÓMENES.

¿O es ley, ó no?

MENANDRO.

Ley es.

HIPÓMENES.

Pues si es ley, ¿qué espero!
Vencida se confesó.

ATALANTA. (*Ap.*)

Hoy le doy la muerte, hoy muero.

HIPÓMENES.

¿Qué respondes?

ATALANTA.

Que á correr
Vamos, pues quieres morir.

HIPÓMENES.

Ve adelante.

ATALANTA.

¿Qué has de hacer?

HIPÓMENES.

Mi persona prevenir.

ATALANTA.

¡Cielos, dejalde vencer!

(*Vanse todos, ménos Hipómenes.*)

ESCENA IV.

HIPÓMENES.

Ya parte á la carrera,
Ya con pecho brioso
Desnuda el cuerpo hermoso,
Para quedar ligera.
Ya bulle, con los velos
Enamorado el aire.
¡Qué gracia! ¡qué donaire!
De todos tengo celos.
¡Oh! ¿quién cegar pudiera
A cuantos han mirado
El cuerpo delicado
De aquella hermosa fiera!
Deidades de los cielos,
Debeisos de reir;
Que estoy para morir,
Y me muero de celos.
No dirá amor, si advierte
Lo que estoy esperando,
Que voy de espacio amando,
Pues corro hasta mi muerte.
De morir no me pesa;
Que si vencer deseo,
Es por el bien que veo
De tan gloriosa empresa.
Vénus, reina divina,
De amor estrella pura,
Que al sol por su hermosura
Su rayo siempre inclina;
Soberano planeta,
Que amor al hombre influyes,
Tú que de ingratos huyes,
Mi ruego humilde aceta.
Dos palomas ofrezco
A tus aras sagradas,
De oliva coronadas,
Si tanto bien merezco.
De mis años te duele
Y de mi padre anciano;
Que no me queda hermano
Que su vejez consuele.
Si amaste, Vénus bella,
Mira la pena mia,
Y en este mar me guia
Como divina estrella.

ESCENA V.

VÉNUS, *que baja del cielo en una nube cerrada, de la cual salen muchos pajarillos.* ALGUNOS CUPIDILLOS *en la nube.* MÚSICA. — HIPÓMENES.

VÉNUS.

Hipómenes, yo vengo enternecida
De tus ruegos y lástimas, y quiero
Darte favor y remediar tu vida
Con una industria en que tu bien espero.
Atalanta no puede ser vencida,
Porque el viento veloz no es tan ligero.
Sobre los trigos, con destreza extraña,
Camina sin doblar la débil caña;
Pero con estas tres manzanas de oro
Así la vencerás en la carrera.
En viendo la ventaja, su decoro
Descompondrás echando la primera;
Si ves que la codicia del tesoro
La vence, la segunda y la tercera
Podrás echar; que miéntras va por [ellas,
Podrás dejar atras sus plantas bellas.
Con esto, al palio llegarás primero,
Gozando el premio que mil vidas cuesta.

HIPÓMENES.

¡Reina de las estrellas, y lucero
Que aposentas al sol cuando se acuesta,
Madre de amor, retrato verdadero
De la piedad! los cielos hagan fiesta
A tu nombre divino, y los amores
Siembren sobre la tierra oliva y flores.
Por tí vive la paz, por tí se aumenta
Y propaga el linaje de los hombres;
El ave vuela, el árbol se sustenta,
Y hasta las fieras de temidos nombres.
Dame licencia, y á mi curso atenta,
Turba el suyo ligero.

VÉNUS.

No te asombres;
Que vencerás si mi consejo tomas.

HIPÓMENES.

Tuyas serán dos cándidas palomas.

(*Súbese Vénus en la nube, al son de música, y vase Hipómenes.*)

—

Campos de Chipre.

ESCENA VI.

CUPIDO, NARCISO, JACINTO, GANIMÉDES.

JACINTO.

¿A qué habemos de jugar?
Diga Cupidillo un juego.

CUPIDO.

Mis juegos todos son fuego.
¿Para qué os quereis quemar?

GANIMÉDES.

Dile tú, Narciso.

NARCISO.

¡Yo!

GANIMÉDES.

Tú, pues...

NARCISO.

Vaya al esconder.

CUPIDO.

No soy dese parecer.

JACINTO.

Al esconder, ¿por qué no?

CUPIDO.

¿No soy amor?

JACINTO.

Es verdad.

CUPIDO.

Pues cosa imposible ha sido
Estar amor escondido;
Que el fuego da claridad.

JACINTO.

Ganimédes diga un juego.

GANIMÉDES.

Juguemos á la gallina
Ciega.

NARCISO.

Bien, echo la china.

JACINTO.

¿Para qué? Cupido es ciego.

CUPIDO.

Aunque ciego, Dios me guarde.

NARCISO.

¿A quién toca como á tí?

CUPIDO.

No me hagais gallina á mí,
Porque no hay amor cobarde.

NARCISO.

Di tú, Jacinto, algun juego.

JACINTO.

Juguemos á la palmada.

CUPIDO.

Ninguno desos me agrada;
Todos son juegos de ciego,
Y no quiero juego yo
Que tanto imita los celos.

NARCISO.

¿Cómo?

CUPIDO.

Todos son desvelos,
Y adivina quién te dió.

JACINTO.

¿Ningun juego te da aliento?
Ya es ese mucho rigor;
Pero basta ser tú amor
Para nunca estar contento.

CUPIDO.

Juguemos al abejon.

GANIMÉDES.

Para tí es de gusto, hermano;
Que al que coges á tu mano,
Le das lindo bofeton.

NARCISO.

Juguemos á los señores.

CUPIDO.

Donde hay amor, no hay señor;
Que todo lo iguala amor:
Por eso no te enamores.

GANIMÉDES.

Juega al toro de las coces.

CUPIDO.

Soy amor: no quiero toro,
Y más coces.

NARCISO.

Eso ignoro.

CUPIDO.

Es porque no me conoces.

NARCISO.

¿No es mejor ir á coger
Fruta á alguna huerta?

JACINTO.

Sí.

GANIMÉDES.

¿Habrá fruta por aquí?

JACINTO.

En Chipre ¿no la ha de haber?

NARCISO.

Espérate, Ganimédes;
Que allí he visto una colmena.

GANIMÉDES.

¿Tiene miel?

NARCISO.

Toda está llena.

GANIMÉDES.

¿Saltarás tú las paredes?

NARCISO.

Si tú te pones á gatas,
Pondréme de piés en ti.

JACINTO.

Paso: un pastor viene aquí.
No te entienda lo que tratas.

ESCENA VII.

FRONDOSO [1].— CUPIDO, NARCISO, JACINTO, GANIMÉDES.

FRONDOSO. (*Ap.*)

Despues que el señor Apolo
Estuvo conmigo airado,
Ando por aqueste prado
Afligido, triste y solo.
Díjome por maldicion
Que á nadie pareceria
La forma que ántes tenia:
¡Bien castigó mi intencion!
Desde entónces no he dejado
Fuente, ni aun arroyo dejo,
Que no me sirva de espejo:
En su cristal me traslado.
Pero en unas me parezco
Elefante, en otras toro:
Yo ¡triste! aflijome, lloro,
Y en extremo me entristezco.
Huyo de mí por no verme;
Mas viendo que voy conmigo,
Dejo lo mismo que sigo,
Y comienzo á enloquecerme.
¡Oh Apolo! de tu justicia
A tu piedad santa apelo.
¡Oh! ¡cuánto castiga el cielo
Un pecado de malicia!
Confieso que fué maldad;
Mas tú eres Dios, yo soy hombre:
La diferencia del nombre
Ha de obligar tu deidad.

GANIMÉDES.

¡Ay Jacinto! Allí ¿no estaba
Un pastor?

JACINTO.

Allí le ví.

NARCISO.

¿Volvióse culebra?

CUPIDO.

Sí.

GANIMÉDES.

¡Oh qué culebra tan brava!
Huye, Cupido.

FRONDOSO.

¿Qué es esto?
Culebra dicen que soy.
A verme á esta fuente voy. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CUPIDO, GANIMÉDES, NARCISO, JACINTO.

JACINTO.

Arma el arco, tira presto.

CUPIDO.

¡Oh, si esta sierpe matase
Como Apolo!

NARCISO.

Ya se huyó.

CUPIDO.

Luego ¿no le tiro?

NARCISO.

No.

CUPIDO.

Miedo tuvo que tirase.

JACINTO.

Deso las fuerzas se arguyen
De tus manos rigurosas,
Pues las sierpes venenosas,
Amor, de tus flechas huyen.
Trepemos á la colmena.
No hay de que tener temor.

GANIMÉDES.

Llega desta parte, Amor.

CUPIDO.

¡Oh qué linda miel!

NARCISO.

¿Es buena?

CUPIDO.

¡Ay, ay, ay!

GANIMÉDES.

¿Qué es eso?

CUPIDO.

¡Ay, madre,
Que una destas me picó,
Que andan en la miel!

JACINTO.

Pues yo
Oí decir á mi padre
Que sacando lo que deja,
Cesa el dolor.

GANIMÉDES.

¡Ay, Narciso!
Que bulgamos de aquí te aviso:
No te pique alguna abeja.

NARCISO.

Vamos, Jacinto.

GANIMÉDES.

Tambien
A casa me quiero ir.
(*Vase Jacinto, Ganimédes y Narciso.*)

ESCENA IX.

CUPIDO.

¡Ay Dios, que me he de morir!
¿Tanto mal en tanto bien!
¿Esto es miel! ¿Esto es dulzura!
¡Qué amarga pena que cuesta!
¿Esta es miel! Ponzoña es ésta,
Engaño y traicion segura.
¡Ay! ¿Qué haré, triste de mí?
Hinchado se me ha la palma.
¡Ay, que si lo sabe el alma,
Se me saldrá por aquí! (*Vase.*)

—

Bosque de Arcadia, con un templo de Vénus.

ESCENA X.

VÉNUS, CUPIDO.

VÉNUS.

Cansada estoy de buscarte.
Yo juro que he de ponerte
A la escuela, por hacerte
Bueno á puro castigarte.
¿Dónde has estado perdido?
En las espaldas te quiero
Poner, Cupido, un letrero.
Ya no es Amor conocido:
Como reina el interes,
No saben quién es amor.

CUPIDO.

¡Ay! ¡qué terrible dolor!

VÉNUS.

¿De qué lloras?

CUPIDO.

¿No lo ves?
Por los jardines de Chipre,
Madre, andaba divertido,
Entre las flores y rosas
Jugando con otros niños.
Cuál trepa por algun sauce,
Presumiendo alcanzar nidos;
Cuál hace jaulas de juncos
Por coger los pajarillos;
Cuál coge verdes almendras,

[1] La accion de esta comedia principia en Arcadia, segun se infiere de la escena sexta del primer acto, donde dice:

Montes de Arcadia, desde aquí comienzo
A vivir en vosotros.

En la escena sexta de este acto segundo, Cupido y los niños sus compañeros aparecen en Chipre, como lo manifiestan estos dos versos:

GANIMÉDES.
¿Habrá fruta por aquí?
JACINTO.
En *Chipre* ¿no la ha de haber?

El pastor Frondoso, á quien vimos en Arcadia en el acto primero, aparece en Chipre en esta jornada, sin que se exprese cómo lo hizo: deben, pues, faltar algunos versos en que se diria cómo iba ó le llevaban tan fácilmente de un punto á otro, pues luego remanece en Arcadia otra vez.

Cuál blancas flores de espinos,
Cuál entreteje guirnaldas
De rosas y azules lirios,
Cuando en unos corchos altos
Los sabrosos edificios
De cera y miel nos llamaron
Con sus panales nativos.
Púsose Jacinto á gatas;
Comenzó sobre él Narciso
A ver si sacar podia
La miel por algun resquicio...
Yo ¡triste! que siempre fui
Para mi gusto atrevido,
Metí la mano en el corcho...

VÉNUS.

¡Qué notable desatino!

CUPIDO.

Madre mia, una avecilla
Que apénas no tiene pico,
Me ha dado el mayor dolor
Que pudiera un áspid libio.
Ves aquí, madre, la mano.
Ponme un paño. Estoy perdido.
Cúrame presto, ¡ay de mí!
¡Presto, presto!

VÉNUS.

No dés gritos,
Si no, advierte que tú eres
Niño pequeño, Cupido,
Y que en picando en los ojos,
Como fiero basilisco
Dejas en el alma y pecho
Más fuego que en el abismo.
Y eres tan cruel tirano,
Que á mí propia me has herido,
Con ser tu madre; y así
Te ha dado el cielo el castigo.
De Adónis me enamoraste...
¡Muerta estoy, pierdo el júicio!
Celos de las ninfas tengo
Deste bosque y deste rio.
A buscarle vengo aquí
Por tu ocasion, enemigo:
¡Plegue al cielo que te vea
Puesto en el mismo peligro:
Que siendo amor, te enamores,
Porque mueras en tu oficio,
Y no maldigan los hombres
Mi vida por tus delitos!
Que no hay mujer que no diga
De las que una vez te han visto,
Que no está por tí sin fama
Desde Lucrecia hasta Dido.
Por tí Roma, España, Troya...

CUPIDO.

Quedo, madre; que yo os digo
Que no soy sólo el culpado
De sus locos desatinos.
Todos se quejan de amor:
Ya he visto versos y libros,
Porque todas sus flaquezas
Quieren disculpar conmigo.
¿Qué importa que yo os provoque,
Si teneis libre albedrío?
Pero no haceis resistencia
A vuestro propio apetito.
Yo iré á vengarme de vos:
Sabrá Marte y el Sol mismo
Lo que pasa con Adónis. *(Vase.)*

VÉNUS.

Oye, vuelve. Espera, niño.
Fuése. ¡Hay tal atrevimiento?
Pues ¡por Júpiter divino,
Que te has de acordar de mí,
Si otra vez los cielos piso!

ESCENA XI.

FRONDOSO.—VÉNUS.

FRONDOSO.

¿Hay ventura tan alta ni tan célebre?
En efeto, las cosas más difíciles
Tienen su fin; que á todo llega un tér-[mino.

VÉNUS.

Frondoso, ¿de qué vienes tan atónito?

FRONDOSO.

Pastora celestial, belleza angélica,
¿Quién eres tú que de mi nombre rús-[tico
Te has acordado, cuando aquestos [bárbaros
Me tienen por leon, por sierpe rígida,
Que unos me llaman toro y otros sátiro?

VÉNUS.

Una extranjera soy, que de las márge-[nes
Del Erimanto vine á vuestros límites.

FRONDOSO.

Si no eres Vénus ó la luna errática,
Ariadna serás, serás Andrómeda,
Imágen ya de la celeste máquina.
Mas pues que te disfraza el mortal há-bito,
Oye el suceso en este breve epílogo.
Atalanta veloz, que huyendo el tálamo
Vino por estos bosques, siempre indó-[mita,
La que, como has oido, fué tan áspera,
A cuantos en el curso ligerísimo
Pudo vencer, dió en pena muerte in-[félice.
Corrió esta tarde con el bello Hipóme-[nes;
Pero valióse de una industria el Prín-[cipe;
Que tres manzanas, más que las Hes-[pérides,
Que Medea guardó con arte mágica,
Le fué arrojando entre las plantas ági-[les:
Con que, miéntras la ninfa iba cogién-[dolas,
Ganó el laurel tan digno de sus méritos.
Diéronsela sus padres sin escándalo,
Y celebróse allí la boda espléndida,
A que han venido en infinito número
Habitadores destos campos fértiles.
Esta es historia, digna de corónica.
Dadme licencia, pues están pacíficos,
Que desta fuente en el cristal diáfano
Que corre entre los piés de aquellos [árboles,
Pues que ya me llamais mi nombre y [título,
Me vaya á ver, con miedo de un oráculo
Que me ha representado en mil imáge-[nes.

VÉNUS.

Guíete amor.

FRONDOSO.

Y cumpla tus propósitos. *(Vase.)*

VÉNUS.

Huélgome que Atalanta, ya doméstica,
Sea de amor por mis ardides víctima.
Eso me debe Hipómenes solícito.
Bañen mis aras dos palomas cándidas,
Cante su amor en dulce voz Calíope,
Desde el blanco aleman al negro etío-[pe.

ESCENA XII.

HIPÓMENES y ATALANTA, *sin ver á* VÉNUS.

HIPÓMENES.

Dulcísima esposa mia,
Que mil años guarde el cielo
En mi alegre compañía;
Sol que has dado en mortal velo
Envidia al que alumbra el dia:
Tan rico de tu hermosura
Voy por aquesta espesura,
Que se pára, al ver que llevo
Otro más hermoso Febo,
La celeste arquitectura:
No venció mi ligereza
La tuya; venció mi amor,
Que siendo igual en grandeza
Al sol, pienso que es mayor
Que tu divina belleza.
Vencí, Atalanta, vencido,
Vitorioso y preso voy.

ATALANTA.

Mi bien, la vencida he sido:
Yo confieso que lo estoy,
Y que amor lo ha permitido.
Antes de vencer venciste;
Porque desde que te ví,
A tu valor me rendiste:
A correr vencida fuí,
Y tú vitorioso fuiste.
No fué codicia del oro
De las manzanas, mi bien;
De tí sí, que eres tesoro
De mayor valor, y á quien
Por oro del alma adoro.

HIPÓMENES.

Pues ¿qué piensas tú que fueron
Las manzanas que la palma
De la vitoria me dieron?
Las tres potencias del alma
Que tus desdenes vencieron.
La primera, que á tu gloria
Ofrecí, sin libertad
Para tan alta vitoria,
Fué mi ciega voluntad;
La segunda mi memoria...
—Pero pienso que hablo á tiento;
Que creo que la primera
Fué, esposa, mi entendimiento;
Porque si no te entendiera,
No amara con fundamento.
De entenderte nació amarte.
Pero mira que he de hablarte
En cosas de amor aquí:
Del cielo á quien te pedí,
Vengo, Atalanta, á celarte.
Estos árboles no son,
Por ser deste monte sendas,
Buenos en esta ocasion.
Aquí hay un templo.

ATALANTA.

No ofendas
Su divina religion.
Mira que de Vénus es.

HIPÓMENES.

¿Qué es Vénus?

ATALANTA.

Vénus es diosa,
Y reina de amor.

HIPÓMENES.

Despues
Que yo te ví más hermosa,
Pongo esa diosa á tus piés.
No hay Vénus ya, ni de amor
Otra diosa que Atalanta.

VÉNUS. *(Ap.)*

¡Qué bien me paga el favor!

¡Hay descortesía tanta!
¡Hay ingratitud mayor!

HIPÓMENES.

¿Sabes, mi bien, que quisiera
Ver esa Vénus aquí,
Porque confesar la hiciera
Que eres más bella, y que á tí
El arco y flechas te diera?
Que tú has de matar de amor;
Porque Vénus, que le vendo
Por interes, ¿qué valor
Puede tener, pues ofende
Su calidad?

VÉNUS. (*Ap.*)

¡Oh traidor!
¡Oh costumbre de los hombres,
El pagar los beneficios
Con estos ingratos nombres!
¡Estos son los sacrificios!

HIPÓMENES.

Vamos, mi bien: no te asombres;
Que no hay dioses en la tierra,
Que puedan hacerme guerra
Donde tengo tu hermosura.

(*Éntranse en el templo Hipómenes y Atalanta.*)

ESCENA XIII.

VÉNUS.

¡Hay mayor descompostura!
A poder decir que yerra
En alguna cosa el cielo,
Fuera en no haber destruido
Con agua ó con fuego el suelo.
¡Bien lo tengo merecido,
Pues en su bien me desvelo!
Traidor, mis manzanas de oro
Te han dado á Atalanta bella,
Y ¿así tratas mi decoro!
Mas no vivirás con ella,
Por la vida á quien adoro.
¡Vive Adónis, que he de daros
La pena que mereceis,
Y en leones trasformaros,
Para que al mundo le deis
Con dos ejemplos tan raros!
Salid luego de mi templo,
Dejando la humana forma,
Pues tan fieros os contemplo.
Esa figura os conforma.
Servid, ingratos, de ejemplo.

(*Salen del templo dos leones que se echan á los piés de Vénus.*)

No hay que moverme con llanto.
Por esos montes huid,
Dando á las fieras espanto.
Entre ellas siempre vivid,
Pues las parecistes tanto.
¡Qué triste estoy! Buscar quiero
Mi sol; que con él confio
Templar este enojo fiero.
Amanece, Adónis mio,
Si soy tu amado lucero.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

APOLO, CUPIDO.

APOLO.

Mucho me espanto de tí,
Que me digas su aficion.

CUPIDO.

Tu celosa condicion,
Dorado Apolo, advertí.
Tengo tan aborrecida
La de mi lasciva madre,
Y el ver que al cielo y mi padre
Ofenda su libre vida,
Que darte aviso intenté,
Para que otra vez tu mano
Ponga la red de Vulcano.

APOLO.

Todo lo he visto y lo sé.
¿No sabes que soy el sol,
Vida y luz de los vivientes,
De cuyos rayos ardientes
Es todo el mundo un crisol?
¿No sabes que estoy mirando
Desde mi ecliptica bella,
Y por las figuras della
Discurriendo y paseando
Esta máquina inferior
Donde nada se me encubre,
Porque todo lo descubre
Mi divino resplandor?
¿No ves que en mis paralelos,
Que el año del mundo cuenta
Por trecientos y sesenta
Y cinco, giro los cielos,
En que reparto los dias;
Y que más que el pensamiento
El primero movimiento
Recoge las fuerzas mias,
Y desde oriente á poniente
Me obliga á ver cuanto encierra
El círculo de la tierra,
La blanca y la adusta gente?
¿No ves que tan presto voy,
Cuando es noche en este polo,
A ver el Ártico?

CUPIDO.

Apolo,
Pues de tus ojos estoy
Cierto que todo lo ven,
¿Cómo has sufrido que viva
Libre esta Vénus lasciva
Con este Adónis tambien?
¿No basta el amor de Marte,
Que fué de los dioses risa?

APOLO.

Mi luz que el mundo divisa,
En dos polos se reparte.
Miéntras iba al de Calisto,
La Luna, mi hermana, fué
La que en mi lugar dejé,
Y ella sin duda lo ha visto.
No me ha querido decir
Su injusta conversacion,
Porque adora á Endimion;
Antes la quiere encubrir;
Que bien saben las mujeres,
Unas por otras, amando,
Ya callando y ya negando,
Encubrirse sus placeres.
Lo que yo vi por el dia
No fué más de un tierno hablar;
Que á veces no puedo entrar,
Cupido, donde querría.
En los bosques se escondieron,
Cuyos árboles frondosos
Nunca á mis rayos celosos
Entrada á sus plantas dieron;
Mas yo haré venganza en ellos
Luego que el verano llegue,
Cuando la humedad les niegue
Para sus verdes cabellos.
Esto vi; mas sospeché
Que era sólo amor Cupido;
Pero si tú la has herido,
Culpa de tus flechas fué.
¿Cómo á Vénus se la pones?

CUPIDO.

Si va á decir la verdad,
Yo pongo en su voluntad
Estas libres aficiones.
Todo es venganza de ver
Que esta loca se desvela
En que yo vaya al escuela,
Y aprenda, Apolo, á leer.
Ya leo, ya sé escribir,
Compongo versos de amor,
En que digo aquel rigor
Que doy al alma á sentir;
Mas ella, porque el maestro
Me azote, me pone allí;
Que por lo que toca á mí,
Ya estoy en las letras diestro.
Haz por tu vida venganza
Deste mal nacido amor.

APOLO.

Adónis es cazador,
Que puede darte esperanza.
Vete, y déjame con él;
Que yo le daré la muerte.

CUPIDO.

Pues ¿adónde vuelvo á verte?

APOLO.

Junto á aquel verde laurel.

CUPIDO.

¡Aun no tienes olvidada
A Dafnes, que en él suspira!

APOLO.

¡Oh traidor! ¡qué flechas de ira
Pusiste en su vista airada!
Vete; que si de mi historia
Me renuevas el dolor,
No haré cosa, niño Amor,
Que no aflija mi memoria.

CUPIDO.

Guárdete Júpiter santo. (*Vase.*)

ESCENA II.

APOLO.

De Vénus me afligen celos
Desde que ayer por los cielos
Enjugué del alba el llanto.
Pagarme tiene la injusta
Muchas burlas que me ha hecho.
Salga Adónis de su pecho,
Cosa de que tanto gusta.
Bajen mis rayos divinos
A los centros abrasados,
Aunque no están enseñados
A tan escuros caminos.
A las tinieblas eternas
Demos luz. Oye, Pluton:
Tú que la vil confusion
De la escuridad gobiernas,
A mi claridad camina;
Y aunque estés en fuertes lazos,
Deja un momento los brazos
De tu amada Proserpina.
Deja la tiniebla, y ponte
Presto á escuchar la voz mia,
O de tus furias me envia
A la fiera Tesifonte.
Sal presto: ¿quieres acaso
Que entre mi luz más adentro?

(*Aparece un alcázar infernal, y sale de él la furia Tesifonte.*)

ESCENA III.

TESIFONTE.—APOLO.

TESIFONTE.

Ya desde el escuro centro
Salgo á detener tu paso.

Detente, Apolo divino.
Tesifonte soy: ¿qué mandas?
Tú que por los aires andas,
Y es el cielo tu camino,
¿Cómo descendiste al centro?
Aquella dorada cinta
Que tu luz adorna y pinta,
No la has de hallar aquí dentro.
Las figuras celestiales
Son aquí tormentos feos,
Tántalos y Prometeos
En sus penas infernales.
Aquí no hay que repartir
El año en sus doce meses,
Ni hay aquí plantas ni mieses,
Ni flores que producir.
Aquí no hay oro ni plata,
Alquimista celestial;
De sólo fuego inmortal,
Discordia y rigor se trata.
¿Qué es lo que quieres, que así
Con tus rayos nos ofendes,
Pues hacer dia pretendes
La noche que vive aquí?

APOLO.

Tesifonte sangrienta,
Señora de las armas,
Que con hachas de fuego
Influyes guerras tantas,
Yo no quiero que al mundo
Como otras veces vayas,
Ceñida de serpientes,
Y de diamante armada,
A destruir la Europa,
A disfamar el Asia,
Al Africa desierta,
Ni á las indianas playas.
Estése queda Grecia,
Y Troya, coronada
De muros y de olivas,
No tiemble de Casandra.
Duerma el soldado fuerte;
Los parches de las cajas
Sólo á los dados sirvan,
Y á la fortuna varia
Las trompetas sonoras
El bronce por quien hablan
Para siempre enmudezcan,
Ciegas de poco usadas.
Esténse las banderas
Dobladas en las astas,
Sin que las haga el viento
Colores de sus alas.
Las espadas sangrientas
No salgan de las vainas,
Ni las pintadas flechas
De los carcajes salgan.
No se esmalten de plumas
Las lustrosas celadas,
Ni los fresnos y abetos
Déu ramas á las lanzas.
Las naves de altos bordes
Embarquen oro y plata;
No lleven municiones
Ni escuchas en las gavias.
Que vayas quiero sólo
A los bosques de Arcadia,
Y en un jabalí fiero
Embistas tu arrogancia.
Entrate, Tesifonte
En sus fieras entrañas,
Para matar á Adónis,
Que ha de salir á caza;
Que yo te le pondré
Donde con furia extraña
Su verde edad malogres,
Y á Vénus su esperanza.

TESIFONTE.

Apolo soberano,
Que tú lo mandes basta
Para que te obedezca
Cuanto el infierno abarca.
Vete ligero al cielo,
Porque despues que estampas
Tu luz en mis tinieblas,
Descansan estas almas.
Ni aquel peñasco duro
Que á Sísifo quebranta,
Ni de Ixion la rueda,
Ni las cincuenta hermanas..... [1]
Caronte alzó los remos
De su mohosa barca.
Radamanto no juzga,
Ni el Cancerbero ladra.
Yo voy luego á ese bosque,
Y por la misma traza
Daré la muerte á Adónis.

APOLO.

Si aquella vida acabas,
Te prometo cien libras
Del oro del Arabia
Para unas armas bellas.

TESIFONTE.

Pues cumple tu palabra,
Y vete presto al cielo;
Que su grandeza agravia
En este escuro limbo.

APOLO.

Yo vuelvo á ver mi patria.

(Vanse, y aparece otra vez el campo y bosque de Arcadia.)

ESCENA IV.

VÉNUS, *deteniendo á* ADÓNIS.

VÉNUS.

Detente por vida mia,
Si la estimas, prenda amada.

ADÓNIS.

Suelta, acaba.

VÉNUS.

No querría
Que te sucediese nada.

ADÓNIS.

En mi destreza confía;
Que yo suelo al más ardiente
Fiero jabalí, que baña
De sangre y de espuma el diente,
Testigo aquesta montaña,
Atravesar el tridente.
Un oso bajaba ayer,
Todo de abejas pintado,
A este arroyuelo á beber,
O porque en su vidro helado
Pensaba su ardor vencer;
Y por esos ojos bellos,
Espejos de aquestos mios,
Y esos divinos cabellos,
Pues mis juveniles brios
Pudiste rendir con ellos,
Que de errarle con sospecha,
Junté del arco las puntas
Con tal fuerza, que la flecha
Al acabar de estar juntas
Rompió los aires derecha;
Y estando un instante en calma,
Despues de muerto vivió
Para darme mayor palma,
Porque la flecha no dió
Lugar que saliese el alma.
Pero en fin, como le toca
A lo mortal que no impida
Lo mismo que le provoca,
Como le cerró la herida,
Salió el alma por la boca.

VÉNUS.

Mi bien, ya estoy satisfecha
De tu valor, si por dicha
Piensas que hablé con sospecha;
Mas suele ser la desdicha
Del arco del cielo flecha.
¿Adónde hallará reparo
El hombre cuando le tira?

ADÓNIS.

Si tengo un Dios por amparo
Y escudo para su ira,
¿Qué más divino reparo?

VÉNUS.

¡Ay, mi bien! en casos tales
Temor hiela, y amor ciega.
No sólo entre los mortales
La envidia vive; que áun llega
A los dioses celestiales.
Siéntate aquí, por mi vida.

ADÓNIS.

¡Oh, cómo vienes extraña!
¿Ya mi valor se te olvida?
Deja que aquesta montaña,
Siguiendo las fieras, mida.
Si mi rostro y mi cabello
Señas femeniles son, [2]
Mira que un hombre, si es bello,
Tiene más obligacion...

VÉNUS.

¿De qué?

ADÓNIS.

De no parecello.
Un feo procure ser,
A puro artificio, hermoso;
Y un hermoso, parecer
Valiente, fuerte, animoso,
O confiese que es mujer.

VÉNUS.

Ya, mis ojos, que porfías,
Digo que vayas; mas quiero,
Pues son tan grandes los dias,
Que pases el sol primero
Al pié destas fuentes frias.
Esto no es contra el valor
De tu nombre.

ADÓNIS.

Eso es muy justo.

VÉNUS.

Y entre tanto, mi señor,
Te contaré por mi gusto
La ocasion deste temor.

ADÓNIS.

Ya te obedezco, y aquí
Me siento.

VÉNUS.

Espera; que á tí
Que te sirva es justa cosa
El regazo de una diosa.

ADÓNIS.

Comienza.

VÉNUS.

Está atento.

ADÓNIS.

Di.

(Siéntase Vénus, y pónese Adónis en su regazo, recostado.)

VÉNUS.

Hubo, querido Adónis,
En aquestas montañas
Una famosa ninfa,
Que se llamó Atalanta.
Por no casarse, hizo
Una ley tan extraña,
Que á los que pretendian
Casarse, los forzaba

[1] Se han puesto aquí puntos suspensivos para indicar que el sentido queda cortado; pero parece que no es interrupcion hecha por el autor, sino que faltan versos.

[2] Probablemente haria una actriz el papel de Adónis.

A que corriesen juntos;
Pero, si no ganaban,
Cortábales los cuellos.
¡Qué caras esperanzas!
Venció treinta mancebos,
Que de provincias varias
Vinieron á la empresa
Vencidos de su fama,
Entre los cuales uno,
Que Hipómenes llamaban,
Me ofreció dos palomas,
Si mi favor le daba:
Movióme el pecho, y dile
De oro tres manzanas.
Fué su codicia estorbo
De sus ligeras plantas,
Y llegando primero
Venció la bella ingrata,
Y se casó con ella,
Que fué notable hazaña.
Mas donde el beneficio
Sus piés divinos alza,
La ingratitud los pone,
Borrando sus estampas.
Así el mancebo ingrato,
Pasando una mañana
Por un templo de dioses,
No sólo degolladas
Firmaron [1] las palomas
Con plumas de sus alas
La obligacion del voto
Sobre las blancas aras,
Mas infamó mi templo,
Por quien mi mano airada
Los convirtió en leones,
Que es, Adónis, la causa
Por donde yo te ruego
Que no vayas á caza:
No tomen en tu vida
Deste agravio venganza.

(Duérmese Adónis en el regazo de Vénus [2].)

¿Duermes, mis ojos? ¿duermes?
Parece que le baña
Los ojos blando eclipse
De sus estrellas claras.
Amadríades verdes
Destas montañas altas,
Salid á entretener
El bien de mi esperanza.
Tejed alegres coros,
Y amorosas guirnaldas
Al nuevo amor dormido,
Incendio de las almas.

VÉNUS. *(Canta.)*

Rapacillo lisonjero,
El de los ojos vendados,
Si no aciertas cuando tiras,
¿Por qué te pintan con arco?
Niño, que engañas el tiempo,
Un viejo de tantos años,
¿Por qué le hurtaste las alas,
Pues que te vas tan despacio?

ESCENA V.

APOLO, *sin ser visto de* VÉNUS; ADÓNIS, *dormido.*

APOLO. *(Ap.)*

Quien llega á tan triste tiempo
Despues de tiempo tan largo,
¿Para qué pide esperanzas,
Cuando le dan desengaños?
¿Es posible que mis ojos
A Adónis están mirando
En el regazo de Vénus,
Él durmiendo, ella cantando!
Pero yo soy el que sueño,
Pues mis ojos engañados
Quieren juntar lo divino,
Por lo imposible, á lo humano.

VÉNUS. *(Canta.)*

Tú fuiste incendio de Troya,
De España, Roma y Cartago;
Ni ha tenido imperio el mundo
De quien no fueses tirano.
Yo me estaba en mi sosiego,
De mi libertad gozando,
En la deidad de mi trono
Sin pensamientos humanos.

APOLO. *(Ap.)*

¡Que sufran celos de Apolo
Tal infamia! ¡que en sus brazos
Vean un hombre mortal,
Y no le abrasen mis rayos!
Cielos, ¿soy el sol? ¿Quién soy?
Cielos, si haberme mirado
Con alas de cera un hombre
Tuvistes por tanto agravio;
Si Faeton era otro yo,
Y le veis precipitado
En el mar de su soberbia,
Pudiendo en mi propio llanto,
¿Cómo sufris esta fuerza?
Pero ¿qué espero? ¿qué aguardo?
Voy á incitar las tres furias;
Que una es poco en tantos daños.
Buscar quiero algun pastor
Que ayude á mi engaño, en tanto
Que Tesifonte se viste
De aquel animal airado.
Verán los cielos agora
Qué son celos, pues llegaron
A cegarme, si son celos
Los celos averiguados. *(Vase.)*

ESCENA VI.

ADÓNIS, *que despierta;* VÉNUS.

ADÓNIS.

¡Válgame el cielo! ¡qué es esto!

VÉNUS.

¿Qué tienes, Señor?

ADÓNIS.

No sé.

VÉNUS.

Pues habiéndote aquí puesto,
Desde mis brazos en pié
¿Te levantas descompuesto?

ADÓNIS.

La sangre de aquesta edad,
Como está ardiendo en las venas,
Finge con ferocidad
Campañas de guerras llenas,
Armas, sangre y novedad.
Esto soñaba: no quieras
Que con privacion tan grande
Intente algunas quimeras.

VÉNUS.

¿Que el sueño en tus ojos ande
Con imágenes tan fieras!
Yo le haré dar tal castigo
Que no se burle contigo.
Mas ¿qué soñabas, mi bien?

ADÓNIS.

Déjame.

VÉNUS.

¡Tanto desden,
Querido Señor, conmigo!

ADÓNIS.

Era todo fantasía.

VÉNUS.

¿Qué tenias, prenda mia?
De tan mal sueño me advierte.

ADÓNIS.

Corta vida y triste muerte,
Soñaba yo que tenia.

VÉNUS.

Pues ¿eso te da pasion?

ADÓNIS.

Tanta y con tanta razon,
Que sólo en este recelo
Puede tener tu consuelo
Alegre mi corazon.

VÉNUS.

No creas lo que se ve
En ese lienzo imperfeto
De que el sueño pintor fué;
Pero advierte que el discreto
Tiene por madre á la fe.

ADÓNIS.

Por serlo desde este dia,
Si por eso lo he de ser,
Al sueño y su fantasía
Te prometo no creer,
Mas á la fe, madre mia.

VÉNUS.

Eso está puesto en razon.
Vete á cazar.

ADÓNIS.

Bien podré,
Sin que me cause pasion
Con su temor; que bien sé
Que los sueños sueños son.

(Vanse.)

ESCENA VII.

APOLO, FRONDOSO.

APOLO.

Tente, no huyas de mí.

FRONDOSO.

Dióme el verte mil desmayos:
Deten, Apolo, los rayos;
No muestres tu fuerza en mí.
Yo soy el que te queria
Con el pájaro burlar;
Pero bien vine á pagar
La loca malicia mia.
A ninguno he parecido
Este mismo ser que soy;
A todos asombros doy,
Ando de mí mismo huido.
Ya no llego á mi cabaña,
Mi ganado menosprecio;
Si tuve el cayado en precio,
Ni me ayuda ni acompaña.
Todo lo dejo olvidado,
Y jamás cobrarlo espero;
Que, de perdido, no quiero
Mi ganado y mi cayado.
A tal desesperacion
He venido, que he perdido
Mi sentido, mi vestido,
Mi cayado y mi zurron.
A todos parezco mal,
Nadie lo que soy arguye,
Mi propia sombra me huye.
¿Quién ha visto pena igual?
Por venganza ó compasion
Aun no hay en mi mal testigos:
Los que me eran más amigos
Ya mis enemigos son.

APOLO.

Lástima tengo de tí;
Mas yo te perdonaré
Y á tu forma volveré,
Si una cosa haces por mí.

[1] *No* firmaron.
[2] Este grupo no podia ser hecho con decencia sino por dos mujeres.

FRONDOSO.

¿Qué puede haber, Delio santo,
Difícil para servirte?

APOLO.

Quiero un secreto decirte:
Mira si te estimo en tanto.
¿Conoces un cazador
Bellísimo deste monte,
Que por todo su horizonte
No hay hermosura mayor?

FRONDOSO.

¿Es Adónis por ventura?

APOLO.

Por desventura, dirás.

FRONDOSO.

Por la mia mucho más,
Que por su mucha hermosura.
Mi bella Camila adora
Ese mónstruo de belleza,
Donde la naturaleza
Sus riquezas atesora.
¡Nunca yo le conociera!
¡Nunca este monte habitara!
El viento á verle se pára;
Fuentes y árboles altera.
Las ninfas que le han criado
Pierden el seso por él;
Hasta un ingrato laurel
En su tronco ha suspirado;
Y áun dicen, y ser podria,
Que ha bajado á nuestro suelo
Desde su tercero cielo
Vénus á verle algun dia.

APOLO.

Ahora bien: lo que has de hacer
Es no más de irle á buscar,
Y decirle que pasar
Un jabalí viste ayer,
Y que entiendes que está aquí;
Que con codicia vendrá.

FRONDOSO.

Yo voy; mas decid: ¿será
Verdad que yo vuelva en mí?

APOLO.

Pues que ya te perdoné,
No dudes que será cierto.
Busca á Adónis.

FRONDOSO.

Hoy le advierto.

APOLO. (*Ap.*)

Y hoy la muerte le daré. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FRONDOSO.

¡Qué ventura tan grande que he tenido
En que Apolo ofendido
Perdonase mi culpa!
Ya no seré de aquestos montes fiera.
Admitió mi disculpa.
Mas ¿qué valle, qué prado, qué ribera
Tendrá al hermoso Adónis?
Filomela, Corónis,
Progne, y tantas hermosas dulces aves,
Que con voces süaves
Celebrais su hermosura,
¿Qué fuente clara y pura
Le tiene agora, ó qué florido prado?
Mas ¿no es aqueste? ¡Ay cielos!
Sí, pues los lirios deste arroyo helado
Se han vestido de celos.

ESCENA IX.

ADÓNIS, CAMILA, ALBANIA.—FRONDOSO.

CAMILA.

No desprecies mi amor, deidad divina,
Aunque en humanos velos
Cubres el resplandor.

ADÓNIS.

Camila bella,
A tu Menandro inclina
Los ojos, de piedad y amor vencidos.

ALBANIA.

¡Con qué dichosa estrella
Nació destos floridos
Valles la ninfa que gozar espera
En dulce matrimonio
De tus años la verde primavera!

ADÓNIS.

De vuestro amor me basta el testimonio
De tantas alabanzas.

ALBANIA.

¿Qué! ¿ninguna te mueve?

ADÓNIS.

Albania, yo no doy mis esperanzas,
Como el almendro loco,
Que la rígida nieve
Del Capricornio helado tiene en poco.
Como el árbol discreto, el moral sabio,
Procedo en mi temor y en vuestro agravio.

CAMILA.

Di, cuando burla sea,
Que mi amor agradeces.

ALBANIA.

Di, porque yo lo crea:
«Mi voluntad mereces.»

ADÓNIS.

Digo que mayor daño
Hace un fingido bien que un desengaño.

CAMILA.

¿A cuál, di, por lo ménos,
Te inclinas de las dos?

ALBANIA.

¿A cuál estiman
Esos ojos serenos?

ADÓNIS.

Vuestros ruegos me fuerzan y me animan.
¿Quereis que os diga á entrambas lo que siento
De vuestra pretension y pensamiento,
Discrecion y belleza,
Donde naturaleza
Puso la ciencia del pincel cifrada?

ALBANIA Y CAMILA.

Sí.

ADÓNIS.

Pues ninguna de las dos me agrada.

ALBANIA.

¿En qué montañas ásperas naciste?

CAMILA.

¿Qué tigre te dió leche, qué leona?
¿Qué Cáucaso engendró tu basilisco?
¿En qué desierta, inhabitable zona,
En qué Libia aprendiste
Esta cruel dureza?

ALBANIA.

¡Oh más duro que risco,
En las ondas del mar inexpugnable!

CAMILA.

¡Oh más fiero que el viento embravecido
En los Euripos donde brama Scila!

FRONDOSO. (*A Adónis.*)

Por no estorbar que Albania y que Camila
Te dijesen sus celos, me detuve.
Por este monte sube
Agora un jabalí cerdoso y fiero:
Si quieres que te sirva de montero,
Sígueme, Adónis, y darásle muerte
Con esta jabalina.

ADÓNIS.

¡Oh buen pastor!

FRONDOSO.

Agora, Adónis fuerte,
Quiero ver tu valor y gentileza.

ADÓNIS.

Por la huella camina,
Miéntras mis perros llamo.

FRONDOSO.

Pues empieza.

ADÓNIS.

¡To, Melampo, to Cástor, to Menipo!—
Ya vienen.

FRONDOSO.

Pues al paso me anticipo.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA X.

MENANDRO, TIMBREO.—CAMILA, ALBANIA.

MENANDRO.

¿Aquí me dices que están?

TIMBREO.

Aquí, Menandro, las ví.

MENANDRO.

¿No estaba Adónis aquí?

ALBANIA.

Agora, Menandro, van
Él y Frondoso ligeros
Tras un jabalí.

MENANDRO.

Si busca
Fieras, ¿para qué se ofusca
En buscar pechos más fieros?
Aunque pues sois tan de cera
En adorar su desden,
No os viene este nombre bien:
El que os desprecia es la fiera.

ALBANIA.

¡Menandro tan declarado!

MENANDRO.

Antes, Albania, te advierto
Que soy galan encubierto
Con temor de mal pagado.
No me querria embarcar
Donde no pueda salir;
Que encubierto puedo huir,
Y declarado esperar.
Hasta ver nuestros desvelos,
Lazos del favor haceis;
Mas cuando en la red nos veis,
Nos matais á puros celos.

ALBANIA.

De mi error desengañada,
Y el oráculo advertida,
Quiero estimarte ofendida,
Y amarte desengañada.

TIMBREO. (*A Camila.*)

Y tú ¿qué dices de mí?

CAMILA.

Que agradecida á tu amor;
Me ha pesado del rigor
Que te he mostrado hasta aquí

TIMBREO.

Verdad ha venido á ser
El pronóstico de Apolo.

ALBANIA.

Tú eres mi amor, y á ti solo,
Menandro, pienso querer.

CAMILA.

Y yo á ti solo, Timbreo.

MENANDRO.

¡Gracias á Amor soberano
Que vuestro rigor tirano
Conoció nuestro deseo!

ESCENA XI.

ADÓNIS, *dentro*.—DICHOS

ADÓNIS. (*Dentro*.)

¡Ay cielos! ¡que me mata!
¡Socorro, Vénus bella!
¿Adónde estás, Señora?
Pues ¿cómo aquí me dejas!

CAMILA.

¿Qué voces dolorosas,
Pastores, son aquellas?

ALBANIA.

Adónis me parece.
¿Si le ha muerto la fiera?

ADÓNIS. (*Dentro*.)

Ayúdame, Frondoso.

ESCENA XII.

FRONDOSO, *con* ADÓNIS *en brazos*.

FRONDOSO.

Pastores desta selva,
Ayudadme á llorar
Tan mísera tragedia.

ALBANIA.

¿Es muerto el bello Adónis?

FRONDOSO.

Cuál cándida azucena
Del labrador pisada,
Inclina la cabeza;
Cual oriental jacinto
Cuando la noche llega,
Las olorosas hojas
Marchita, humilla y cierra.
Salió de aquestos robles,
Sobre quien ya descienda
De Júpiter tonante
La furibunda flecha,
Un jabalí cerdoso,
Que por la boca abierta,
En vez de blanca espuma,
Arrojaba centellas.
Yo vi donde tocaban
Arder la verde yerba,
Cual suelen los rastrojos
Que los pastores queman.
El animoso mozo
(El corazon me tiembla
Sólo en deciros esto)
Salió de aquesta senda;
Y apénas el venablo
Afirmado en la tierra
Le puso al pecho, cuando
Por él al suyo se entra.
Los agudos colmillos,
¡Ay cielos! atraviesan
La carne delicada...

TIMBREO.

Tente: ¿qué ninfa es esta?

ESCENA XIII.

VÉNUS, CUPIDO.—DICHOS.

VÉNUS.

Dejadme ver, pastores,
La muerta vida de mi Adónis caro.

ALBANIA.

Vénus, de los amores
Diosa, ¿cómo á tu amor no diste amparo!

VÉNUS.

Porque el hado tenia
Dispuesta la tragedia deste dia.
Ponelde en este suelo.
¡Ay mísera de mí! póngase luto
En mi tercero cielo
Toda estrella de amor.

CUPIDO.

¡Qué triste fruto
Ha dado tu esperanza!
Madre, quien siembra amores, viento [alcanza.

VÉNUS.

Bellísimo mancebo,
Envidia de los hombres, y por dicha
Del mismo hermoso Febo.
Bien te pronosticaba esta desdicha.
Mas ¿qué voz ó qué espejo
A la primera edad dará consejo?
Mas pues que los amores
Pocas veces nos rinden mejor fruto
De sus hermosas flores,
Memoria de tu muerte y de mi luto
Quedará desta forma. [ma.
Tu cuerpo en flores mi dolor transfor-
(*Desaparece Adónis, y sale en su lugar una rama llena de flores y hojas*)

CAMILA.

¡Oh qué rama tan hermosa,
De olorosas flores llena!

TIMBREO.

Por memoria de su pena
La vuelve en ella la Diosa.

MENANDRO.

Parécese al tornasol
Que tras Apolo se viene.

CAMILA.

Azul y amarillo, tiene
Colores de cielo y sol.

VÉNUS.

Ya que mi Adónis querido
Es muerto, y su roja sangre
Se ha vuelto en aquestas flores,
No es justo que de amor trate.
Yo me quiero recoger
Entre las monjas vestales.
No me busques más, Cupido.

CUPIDO.

¿Vos monja! ¡Qué disparate!
Cuando yo fuere fraile, madre,
Madre, cuando yo fuere fraile.

MENANDRO.

Sois para monja muy dama:
Cupido os conoce, y sabe
Que no lo podréis sufrir.

VÉNUS.

Sí haré; que la causa es grande.

TIMBREO.

Que vos os consolaréis,
Como las mujeres hacen;
Que lloran al primer dia,
Y al segundo hacen donaire.

VÉNUS.

No creais que me consuele,
Ni que deje de encerrarme.

CUPIDO.

Callad, madre: no creais
Que dejaréis los galanes,
Las ventanas, los favores,
Las joyas, los ricos trajes,
Los billetes y los celos.

VÉNUS.

Nadie del mundo me trate.
Al templo de Vesta voy:
Allí no me busque nadie.
Monja quiero ser, y quiero
Que treinta rejas me guarden.

CUPIDO.

Cuando yo fuere fraile, madre,
Madre, cuando yo fuere fraile.

VÉNUS.

Ya para mí murió el mundo,
Galas, músicas y trajes.
Todo se acabó en Adónis,
Que muerto á mis ojos yace.
Con él se acabó mi vida,
Y comienzan mis pesares.

TIMBREO.

Y aquí la tragi-comedia
Del bello *Adónis* acabe.

LOS PRADOS DE LEON,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A DON FERNANDO JACINTO DE TOLEDO,

Duque de Huéscar.

¿A quién se podian dirigir unos *Prados*, como á un hijo del *Alba*, pues tantos poetas de la antigüedad dieron este nombre al rocío, mayormente siendo tan estériles y incultos, como labrados de mi rudo ingenio? Pero, pues ningunos dan flores sin el beneficio del cielo en el principio del dia, ¿qué cosa pude hacer más acertada para que las tengan, que dirigirlos á Vueseñoría, en cuyo nacimiento, como del Sol en Alba (sirviendo á su Excelentísimo padre), escribí versos? Dios guarde á Vueseñoría.

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

LOS PRADOS DE LEON.

PERSONAS.

EL REY BERMUDO.
ARIAS BUSTOS.
TRISTAN GODO.
NUÑO DE PRADO.
NISE.
SILVERIO, *labrador.*
BATO.
LUCINDO.
EL CONDE DON SANCHO.
EL REY DON ALFONSO EL CASTO.
DOÑA BLANCA.
DOÑA JIMENA.
ORDOÑO, *soldado.*
VELA, *capitan.*
MENDO, *labrador.*
FERNAN NUÑEZ, *embajador.*
DÓRIDA.
MARCIA.
UN PORTERO.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Leon, en sus cercanías y en las de una aldea.

ACTO PRIMERO.

Sala en el Real Alcázar de Leon.

ESCENA PRIMERA.

EL REY BERMUDO, DON ARIAS, TRISTAN.

REY.

Vasallos, no hay que tratar:
Yo envío por mi sobrino;
Mi sobrino ha de reinar.

DON ARIAS.

Señor, don Alfonso es dino
De ocupar vuestro lugar;
Pero miéntras vos vivís,
¿Por qué razon? por qué ley?

REY.

Don Arias, ¡vos me argüís!

DON ARIAS.

Tenemos en vos buen Rey.
No os espanteis.

REY.

Bien decís;
Pero si estoy ordenado
De Evangelio, y por la muerte
De Mauregato he dejado,
Aunque la ocasion es fuerte,
Aquel hábito sagrado:
Si con la Reina Emilena
Me casé por vuestro gusto,
Que á veces lo injusto ordena,
Bien sabe Dios mi disgusto,
Y es buen testigo mi pena.
Ya que dos hijos os dejo,
Y ella queda en religion,
¿Paréceos que es mal consejo
Que reine Alfonso en Leon,
De virtud heróica espejo?
Alfonso, como sabeis,
Fué hijo del Rey Fruela,
Y su reino le volveis;
No porque á mí por cautela
En su lugar me teneis,
Pues que Mauregato ha sido
Quien el reino le ha quitado,
Y por quien siempre ha vivido
En Navarra desterrado,
Y sin razon perseguido.
Dos años reiné en Leon;
A Ramiro y á García
Os dejo de bendicion;
Pero, de un año y un dia,
Muy pequeños réyes son:
Fuera de que á mi sobrino
Le toca al reino, y no á ellos.

TRISTAN.

Es un hecho peregrino
En Alfonso, en ti y en ellos,
Y más que humano, divino:
Y ansí no será razon
Ir contra la tuya en esto.

REY.

Si Alfonso en esta ocasion,
Por ser tan casto y honesto
Como se tiene opinion,
Hijos no tuviere, creo
Que os será bueno Ramiro,
Aunque de un año le veo;
Porque de velle me admiro,
Si no me engaña el deseo.
Un moro ayer me decia
Que Ramiro y don García
Serán reyes; mas yo sé
Que no es conforme á la fe
Tenerla en astrología:
Dios da reinos, Dios vitorias.
Hidalgos, Alfonso es bueno:
Reine Alfonso.

DON ARIAS.

A tantas glorias,
De que está tu nombre lleno
Con inmortales memorias,
Esta faltaba no más.
¿Quién mandas vaya por él?

REY.

Arias, amigo, tú irás;
Que yo sé bien que con él
No poco alegre vendrás.
Y vaya Tristan contigo,
Pues es tu deudo y amigo,
Si te parece.

DON ARIAS.

Señor,
De tu virtud y valor
Es todo el mundo testigo.
Seis batallas has vencido
En dos años que has reinado.
El reino hallaste perdido;
Porque como fué comprado,
Andaba tambien vendido.
Grandes desdichas causó
El tirano Mauregato,
Que con los moros trató;
Porque de aquel falso trato
Todo este daño nació.
Contra los justos decoros,
De cristianos, dió á los moros
Nuestras hijas (¡feudo y párias
Injustas!) y en partes varias
Distribuyó sus tesoros.
Mucho en poco tiempo has hecho;
Más se esperaba de tí;
Pero pues tu santo pecho
Quiere proceder ansí
Y dar á Alfonso el derecho,
No me parece razon
Replicar á tu intencion
Justa, santa, noble y cuerda;
Pues ya que un Bermudo pierda,
Gana un Alfonso Leon.

TRISTAN.

Si él es tal como el primero,
Que Católico se llama,
Gran bien de su reino espero.

REY.

A no ser cierta la fama
De que es tan gran caballero,
No os quiero, amigos, tan mal,
Que os diera un Rey desigual
Al que decís que teneis;
Pero en Alfonso hallaréis
Vivo un sujeto real.
Yo desde aquí me resuelvo
En que á mis órdenes vuelvo.
Dios es Rey sobre los reyes:
Adoro sus santas leyes,
Y de su ofensa me absuelvo.
Quien piensa en el bien que encierra
Ser Rey en el mundo, yerra;
Querer es más justo celo
Reinar con Dios en el cielo,
Que no sin Dios en la tierra.

(Vanse.)

Campo y fuente en las inmediaciones de una aldea.

ESCENA II.

NUÑO, *de labrador*,

NUÑO.

Verdes y ásperas sierras,
Montañas de Leon, claros testigos
De aquellas fieras guerras,
Inmensas peñas, árboles amigos,
Que fuistes barbacanas
Contra tantas banderas africanas:
Selvas, profundos valles,
Arroyos cristalinos, que corriendo
Por arenosas calles
Haceis un dulce y agradable estruendo
Y no como algun dia
Que humor sangriento ese cristal teñía
Claras, músicas aves,
Que al órgano del agua sonorosa
Cantais versos suaves,
Entonando sus ondas la amorosa
Mano del vago viento,
Que forma en ellas tan acorde acento
¿Cuál labrador del campo
Desta pequeña aunque dichosa aldea

En la arena que estampo,
Hoy puede ser que tan dichoso sea?
Pero agravio mi gloria
Si mis iguales traigo á la memoria.
Entren los altos reyes
Que en cerco de oro sus cabezas ponen,
Dando y quitando leyes
(Los príncipes, los césares perdonen):
Oro vista, oro pise
El Rey, y á mí no más me quiera Nise.
Baja la blanca aurora
Por la escala de lirios y azucenas
Al suelo, y borda y dora
Los prados de sus lágrimas, y llenas
Las parvas, la ribera
En tapetes de plata al sol espera.
Entónces Nuño á Nise,
Más bella, más florida y más gallarda,
Sin que el alba me avise
Que viene el sol del alma que la aguarda.
Y en la mañana fria
Me parece su luz sereno dia.
Viene la noche oscura,
Vase á bañar el sol al mar de España;
Y el mio alumbra y dura
La vida en mí, la noche en la montaña;
Y cuando no la veo,
En sueños me la muestra mi deseo.

ESCENA III.

NISE, *sin ver á* NUÑO, *que tampoco la ve.*

NISE.

Si de mi traje humilde
Piensa igualarme desta sierra alguna,
Verdes montes, decilde
Que soy á quien ha dado la fortuna
El bien de mayor gloria
Que cupo en majestad, ni sabe historia.
No causan el contento
Del alma altos palacios, paños de oro;
No el arca al avariento
Que no puede moverla del tesoro,
Ni los jardines bellos,
Ni las fuentes de jaspe y bronce en ellos.
No la espléndida mesa,
No ardiendo el ámbar que á los cielos [sube,
Ni confusa y espesa
Al rededor la bulliciosa nube
De idólatras criados,
De envidia y de lisonja acompañados;
Que en la humildad habita
Tal vez el gusto, y en amor pagado:
Amor, que facilita
El curso de la vida más cansado.
Sóbre al príncipe el oro,
Miéntras á un labrador del alma adoro.
Bajar, Nuño querido,
Contigo destos montes á estas huertas
En el Abril florido
A ver las rosas á la aurora abiertas,
¿Qué reino igualar puede?
Todos los bienes de la tierra excede.
Ver al Junio la fruta
Colgar de aquestas ramas sazonada,
En el invierno enjuta
La verde pera y carmesí granada,
A tu dichoso lado,
No es envidioso bien, sino envidiado.
Caen los chopos altos
En el fuego el invierno, y de su adorno
Los secos fresnos faltos,
Y estamos dellos á la lumbre en torno
Con nuestros padres viejos,
Ya escuchando consejas, ya consejos.
Pues ¿qué mayor ventura
Pueden allá tener los cortesanos,
Que de oro y plata pura [nos?
Hinchen, no el alma, las sedientas ma-
Mas á tanta alegría
Falta ¡ay de mí! de nuestra boda el dia.

NUÑO. (*Ap.*)

Parece que las flores
Me están diciendo que mi Nise hermosa
Las hurta las colores.

NISE. (*Ap.*)

Paréceme que el agua bulliciosa
A mi Nuño me nombra.

NUÑO.

Aquí está Nise, porque el sol es sombra.

NISE.

¡Nuño del alma mia!

NUÑO.

¡Hermosa prenda destos brazos!

NISE.

Tente.
Demos esta alegría
Más poco á poco al alma.

NUÑO.

En esta fuente
Te miré retratada,
O fuiste de mis penas dibujada.

NISE.

Ya de tu voz los ecos
Que resurtian á mi alegre oido,
Y el ver los prados secos,
La capa al hombro del Abril florido,
Me avisaban que estabas
Donde esta primavera al campo dabas.
¿Cómo, Nuño, pasaste
Esta noche sin mí?

NUÑO.

Cual pasar suele,
Hasta que en rojo engaste
La cara asoma el sol para que vuele,
El pájaro escondido,
Que estaba solo en el desierto nido.
No suele el solitario
Llorar la ausencia del hermoso dia,
Ni de su acento vario
Cesar del ruiseñor el armonía,
Cual yo las tristes horas
Que esperé de tus ojos dos auroras.
Mas como del barbecho
Parda calandria alegre se levanta,
Y con vuelo derecho
Se sostiene en el aire, silba y canta
Mil requiebros al dia,
Ansí viendo tu sol mostré alegría.

NISE.

Pues ¿ves la obscura sombra
Que al partirse del sol hace á estos pra-
Este monte que asombra [dos
La plata á estos arroyos delicados?
La misma el alma cubre
Hasta que el alba de tu sol descubre.
Y como duerme el preso
Entre la oscuridad y las prisiones
Esperando el suceso,
Estoy entre dudosas confusiones
Y entre hierros de celos
Hasta que traigan tu beldad los cielos.

NUÑO.

¿Podria, Nise hermosa,
La fortuna mudable hacer de suerte
Que fueses de otro esposa?

NISE.

Ninguna cosa contra amor es fuerte;
Porque si le importuna,
Arrastra del cabello á la fortuna.
Mas, tú si en otro estado
Te pusiese el discurso de los cielos,
Esta fe que me has dado
¿Podria faltar en ti?

NUÑO.

Solos los celos
Podrán al amor mio
Volver atras, y de su curso el rio;
No las varias mudanzas
Que el tiempo hace en las humanas co-

NISE. [sas.

Mejores esperanzas
Te da mi amor.

NUÑO.

Las dudas temerosas
De celos me atormentan.

NISE. [clentan.

Pues yo pienso que entónces le acre-

ESCENA IV.

SILVERIO.—NUÑO, NISE.

SILVERIO. (*Ap.*)

¡Que nunca quiere mi suerte
Que esté sola la ocasion
De mi celosa aficion
Y de mi temprana muerte!
¡Que siempre tengo de verte
Como vid que al olmo enlaza!
¿Qué vano edificio traza
Esta esperanza engañosa,
Que ve el morir, y celosa
El ligero viento abraza!
Dolores habrá probado
Algun enfermo y sufrido,
La medicina el herido,
Y el fuego ardiente el soldado;
Pero todo, comparado
A cuidados que dan celos,
No hay dolor, fuego ni hielos
Que tenga tanto rigor
Como este infierno de amor
A que condenan los cielos.
Primero pienso que pise
Flores al prado en Diciembre,
Y que por Agosto siembre,
Que divididos divise
A Nuño y su bella Nise.
Mas pues amor me fastidia,
Y como toro me lidia,
Yo venceré su rigor,
Porque dos que junta amor
Suele dividir la envidia.

NUÑO. (*Ap. á Nise.*)

Este es Silverio: detente,
Pues que sus celos conoces.

NISE.

Gritos, relinchos y voces
Suenan, Nuño, de la gente
Que va por agua á la fuente.

NUÑO.

Sin duda hay baile esta tarde.

NISE.

¿Quieres tú, mi bien, que aguarde?

NUÑO.

Aguarda; que aunque los cielos
Hacen cobardes los celos,
Nunca el amor fué cobarde.

ESCENA V.

DÓRIDA Y MARCIA, *con cantarillos;* BATO, LUCINDO, músicos.—NUÑO, NISE, SILVERIO.

BATO.

Deja, Dórida, por Dios
La cantarilla.

DÓRIDA.

No haré.

BATO.

O suelta, ó la quebraré.

MARCIA.

Pesados estais los dos.

LUCINDO.

Más vosotras, pues quereis
Salir sin bailar del prado.

DÓRIDA.

¡Ah Bato! no seas pesado.

BATO.

¡Donaire, por Dios, teneis!
Ó quiebro, ó bailen.

MARCIA.

Espera;
Que Nise está allí tambien.

LUCINDO.

Nadie bailará más bien.

MARCIA.

Pues como ella bailar quiera,
Hoy habrá baile en la fuente.

BATO.

Nise, á la fuente ha llegado
Todo lo mejor del Prado.

NISE.

A fe que hay honrada gente.

BATO.

Si tú bailas, bailarán.

NISE.

Por mí, Bato, no dejeis
La fiesta; pero ¿no veis
A Silverio?

LUCINDO.

¡Hola, bausan!
¿Qué haces fuera de ti?

SILVERIO.

¡Oh Lucindo! daba al viento
Las alas del pensamiento,
Que va volando sin mí.

LUCINDO.

Vuelve los ojos al prado,
Verás la flor de la aldea.

SILVERIO.

Para bien de todos sea
El haberos hoy juntado.
Ea, no cese por mí
El baile y conversacion.

BATO.

¿Bailarás?

SILVERIO.

Bailaré al son
De la mudanza que vi.

NISE. (*A Nuño.*)

¿Quieres que baile?

NUÑO.

Pues ¿no?
Si de no querer bailar,
Darias que murmurar
Que te lo mandaba yo?

UN MÚSICO.

¿Qué son habemos de hacer?

LUCINDO.

Uno que andemos en corro.

MÚSICO.

Va de letra.

BATO.

Ya me ahorro.[1]

NUÑO.

Advertid que esto ha de ser
Con la justa honestidad,
Y no ha de abrazar ninguno.

SILVERIO.

Y cuando abrazase alguno,
¿No se usa en la ciudad?
¿Lleva el Rey deso alcabala?

NUÑO.

Si alguno la diese abrazos
A bien sé yo quien, mis brazos
Se la darán noramala.

BATO.

Para los que han de bailar
Es eso helarles los piés.

LUCINDO.

Baila, Bato; que despues
Lo podeis averiguar.

SILVERIO. (*Ap.*)

¡Que esto tengo de sufrir!
Mas ¿cuándo, celos, no ha sido
Cobarde un aborrecido!

MARCIA.

Esto ¿es bailar ó reñir?
Tocá, y dejaos de razones.

(*Pónese en el puesto.*)

BATO.

Comer, bailar y rascar,
Marcia, todo es comenzar.
¡Presto en el puesto te pones!
Músico me has parecido;
Que para helle cantar,
De rodillas se han de hincar,
Y él se está tieso y erguido;
Mas en comenzando el canto,
Dios lo puede remediar;
Que para helle callar
Es menester otro tanto.

MÚSICO.

Ya va de cancion.

LUCINDO.

Comienza;
Que de celos mal sufridos
Están los montes corridos
Y las fuentes con vergüenza.

MÚSICOS. (*Cantan y tocan.*)

Reverencia os hago,
Linda vizcaina;
Que no hay en Vitoria
Doncella más linda.
Llevaisla del alma
Que esos ojos mira,
Y esas blancas tocas
Son prisiones ricas.
Más preciara haceros
Mi querida amiga,
Que vencer los moros
Que á Navarra lidian.
—Id con Dios, el Conde:
Mirad que soy niña,
Y he miedo á los hombres
Que andan en la villa.
Si me ve mi madre,
A fe que me riña.
Yo no trato en almas,
Sino en almohadillas.
—Dadme vuestra mano;
Vámonos, mi vida,
A la mar, que tengo
Cuatro naves mias.
—¡Ay Dios, que me fuerzan!
¡Ay Dios, que me obligan!
—Tómala en los brazos,
Y á la mar camina.

(*Bailando, cáesele á Nise una liga.*)

SILVERIO.

Esta liga se ha caido,
Y no sé á cual de las tres.

MARCIA.

No es mia.

DÓRIDA.

Ni mia es.

NUÑO.

Luego, Nise, tuya ha sido.
Los claveles de tu cara
Se anticipan á tu lengua.

NISE.

No callo porque fué mengua.

NUÑO.

Pára el son, el baile pára.—
Dame esa liga, Silverio.

SILVERIO.

En sabiendo cúya es,
La daré al dueño, y despues
Te diré que tanto imperio
Como tienes en el prado
Ya no se puede sufrir.

NUÑO.

¡Tú me lo osarás decir!

SILVERIO.

Lo dicho es haber osado.

NUÑO.

Dale la liga á su dueño.

SILVERIO.

A su dueño es gran razon;
Que otra más fuerte prision
Me liga y me quita el sueño.
Díganme cuál de las tres
Es el dueño.

NUÑO.

Eso no es justo.
Yo lo soy: hazme este gusto
De que la liga me dés.

SILVERIO.

¡Tú el dueño! Vete con Dios.

NUÑO.

¿No bastará que te avise
Que es de Nise?

SILVERIO.

Si es de Nise,
Tambien será de los dos.

NUÑO.

¿Tuya, por qué?

SILVERIO.

Porque yo
Pretendo lo que pretendes.

NUÑO.

Mira que su honor ofendes.

SILVERIO.

Ninguno amando ofendió,
Por humilde que naciese.
Demas que bien puede ser
De otra serrana, y querer
Que yo, Nuño, te la diese:
Y si no es viendo el lugar
De donde falta la liga,
Nadie en el mundo me diga
Que se la tengo de dar.

NUÑO. (*Ap. á Silverio.*)

Hazme un placer.

SILVERIO.

Que me place.

NUÑO.

Hoy quiero ser muy prudente
Por Nise y por esta gente
Que estorbo á mis brazos hace.
Mañana, en el olivar
Que está al salir de la aldea,
Me aguarda.

SILVERIO.

En buen hora sea.
Yo gusto que haya lugar.

NUÑO.

¿Tienes tú espada?

SILVERIO.

Yo no.

[1] Me aligero de ropa, me quito el gaban.

NUÑO.
Esta noche te daré
Una de las mias.

SILVERIO.
No sé
Si sabré jugarla yo.
Lleva tú lo que quisieres;
Que yo llevaré un baston.

NUÑO.
Villano, en fin.

NISE. (*A Nuño.*)
No es razon
Que ansí dejeis las mujeres.
Mirad que es descortesía.

NUÑO.
Volvámonos á la aldea.

NISE. (*Ap. á Nuño.*)
¿Qué te ha dicho?

NUÑO.
Que no crea
Que es tuya.

NISE.
La liga es mia,
Y yo se la pediré.

NUÑO.
No harás; que es darme pesar.
Volvamos, Nise, al lugar.

NISE.
Pues di, ¿cómo sufriré
Que éste se lleve mi liga,
Dende por dicha se alabe
Que yo se la di!

NUÑO.
Bien sabe,
Nise, que tu honor le obliga.—
Ea, si es que habeis hinchido,
Volved á cantar, y vamos.

BATO. (*Ap. á Lucindo.*)
Cuenta con los dos tengamos.

LUCINDO.
Nuño va descolorido.

MÚSICOS. (*Cantan.*)
De vencer á los moricos
Volvia el Rey de Leon...
(*Vanse.*)

—

Campo á vista de Leon.

ESCENA VI.

EL REY BERMUDO, EL CONDE DON SANCHO.

REY.
Que ¿viene ya tan cerca mi sobrino?

DON SANCHO.
Alguna gente de su gente ha entrado,
Y dicenmeque viene el Rey muy cerca.

REY.
En venir don Alfonso tan seguro,
Sin guarda, sin defensa, sin pedirme
Otro pleito homenaje ni escrituras,
Conozco la bondad de sus entrañas.

DON SANCHO.
Bien dices, gran Señor, porque pudiera
Pensar Alfonso que, pues tienes hijos
Que si él falta te heredan justamente,
Podrias con engaño persuadirle
Que viniese á Leon para matarle;
Mas él que considera tus virtudes,
Y sabe la intencion con que le llamas,
Te paga en la debida confianza
Con que viene sin guarda; que la tuya
Es la mayor que Alfonso agora tiene.

REY.
Pagara mal Alfonso mis deseos,
Aunque agradezco que sin guarda venga,
Si de mi voluntad no se fiara.

DON SANCHO.
Las coronas del mundo á mucho obligan.

REY.
No hay corona mayor que las verdades.
Quien no la trata, Sancho, no la tiene.

DON SANCHO.
A muchos el reinar obliga á mucho.

REY.
Para perder la fama todo es poco.

DON SANCHO.
Las historias nos dicen de mil césares
Que fueron homicidas de su sangre.

REY.
Por eso los infaman las historias,
Y á los que procedieron como buenos
No se cansa la fama de alabarlos.

DON SANCHO.
El Rey es éste.

REY.
Bien venido sea
Para que mi virtud conozca y vea.

ESCENA VII.

ALFONSO EL CASTO, TRISTAN, DON ARIAS.—DICHOS.

DON ALFONSO.
Déme los piés, Señor, tu señoría.

TRISTAN. (*Ap. á Arias.*)
Don Arias, señoría le ha llamado.

REY.
La tu merced, Alfonso, sea mil veces
Bien venido á mis brazos y á su reino.

DON ARIAS. (*Ap. á Tristan.*)
De merced le llamó como á sobrino.

DON SANCHO.
Yo apostaré que llaman á los reyes
Señoría, Tristan, de aquí adelante.

REY.
¿Cómo venis, sobrino?

DON ALFONSO.
A tu servicio.
Y tú, Señor, ¿cómo te sientes?

REY.
Bueno,
Gracias al que reparte tantos bienes
De aquella santa y generosa mano.
Ya que te ven mis ojos, decir puedo
Que he visto el dia de mi gran deseo;
Y ansí, de aquí á Leon atento escucha
Las cosas que por mí quiero que hagas,
Por si allá nos faltare tiempo, Alfonso;
Que principios de reyes son confusos,
Y ocuparán los dias y las noches
Hasta que pongas el gobierno en práctica
Que suele diferir de la teórica.

DON ALFONSO.
Yo soy tu hechura: aquí, Señor, me tienes.

REY.
Óyeme un poco, Alfonso.

DON ALFONSO.
Ya te escucho;
Que poco del que sabe importa mucho.

REY.
Sobrino, el Rey Mauregato,
Tu bastardo hermano fiero,
Con armas y tiranía
Te pudo quitar el reino.
Al Rey de Navarra huiste,
Y los leoneses sufrieron
El yugo de Mauregato
Hasta que su muerte vieron,
Despues de la cual á mí,
Que como sabe profeso
Órdenes sacras, Alfonso,
Y que cantaba Evangelio,
Me hicieron su Rey por fuerza,
Y con Emilena hicieron
Que casase. Al fin, dos años
Fui casado y Rey: ya es hecho.
El Papa tiene poder
Despues de Dios en el suelo,
Pero no para quitar
A la justicia el derecho.
Casarme pudo, sobrino,
El sucesor de san Pedro;
Pero no me da licencia
Para que te quite el reino.
Yo he dejado á mi mujer,
Y á mis órdenes me vuelvo;
Porque mañana me pongo
La sotana y el manteo.
Tú reina; que el reino es tuyo:
Sola una cosa te ruego
Entre algunas encomiendas
Que como amigo te dejo:
Que mires por mis dos hijos,
Ramiro y García, haciendo
Cuenta que son tuyos propios,
Pues que te los doy tan tiernos.
Cuando te envié á llamar,
Tenian, si bien me acuerdo,
Ramiro un año, y García
Un dia.

DON ALFONSO.
Señor, no quiero
Que te enternezcas ansí;
Que es poner duda en mi pecho:
Y si la pones, Señor,
Goza mil años el reino.

REY.
No pongo, por Dios, Alfonso;
Porque sólo me enternezco
De nombrar que son mis hijos,
Y de añadir tan pequeños.
De lo que yo he comer,
Pues ha de ser tan honesto,
No quiero darte cuidado,
Pues bastará, por lo ménos,
Que satisfagas las misas
Que por tus padres y abuelos
Diré como capellan;
Que este nombre al de Rey trueco.
No le faltará á Emilena,
Tambien [1] para su sustento;
Que para ti sabrá hacer
Labor en el monasterio.
Lo que te encomiendo mucho,
Es aquestos caballeros,
Especialmente á don Arias,
Que sabes que es nuestro deudo.
En lo demás, has de hacerme
Una merced.

DON ALFONSO.
Si de nuevo
Me queda que te ofrecer,
Hasta el corazon te ofrezco.

REY.
A lo que te digo agora
Quiero que estés muy atento;
Que lo mismo que en mis hijos
Puedes obligarme en esto.
Yo y mi hermano, el que llamaron
El Católico guerrero,
Íbamos de Ardain y Muza
La retaguarda siguiendo
Una víspera de Pascua
De flores, y entre unos fresnos

[1] Tampoco.

Oimos quejas, Alfonso:
Pasaron todos con miedo,
Y yo con piedad; que siempre
Fué virtud de que me precio.
A las quejas me acerqué,
Puesto que siempre eran ménos.
Cruzaba un arroyo manso
Un prado de flores lleno,
Cuya margen unos juncos
Ceñian de trecho en trecho.
En lo más espeso de unos
Las quejas escucho y siento,
Y como ya estaban roncas,
Algun espanto me dieron.
Pensando que era culebra
O algun otro animal fiero,
Lirios y juncos desvío
De la lanza con el cuento,
Y veo desnudo un niño
Que estaba arrojado en ellos,
Que ansi como vió la lanza,
Asió con la mano el hierro,
Y con su fuerza tan débil
Me la apartaba risueño,
Como si dijera: «Mira
Que me está guardando el cielo.»
Apéome del caballo,
Y como puedo le envuelvo
En lo que pude romper
De la camisa; tras esto,
En la casaca de tela
Que sobre las armas llevo,
A los leones bordados
El cordero niño entrego.
Ellos lo hicieron tan bien,
Que sin llorar le pusieron
En una aldea, sobrino,
Que no está de aquí muy léjos.
Allí le dejé á criar.
Su nombre y el de sus dueños
Os diré, para que vaya
Por él algun escudero.
Lo que os suplico, mi Alfonso,
Es que le honreis, presumiendo
Que nunca supe quién es
Por la cruz que hoy ciño y beso.
Bien podeis, si os pareciere,
Rey, armarle caballero;
Que Dios que me trajo allí,
Le guarda para algun hecho.
Esto os encargo no más.

DON ALFONSO.

Señor, vos veréis que tengo
Tan gran cuidado en serviros,
Que conozcais satisfecho
Que cumplo mi obligacion.
Ramiro será heredero
De aquestos reinos, si vive;
Que casarme no pretendo.
La Reina lo será mia,
Vos mi padre, y el mancebo
Que me encargais, tan mi hermano,
Que hasta la sangre le ofrezco.—
Vaya don Sancho por él.

REY.

Ve, Sancho, tráele corriendo.

DON SANCHO.

Al punto parto, Señor.

REY.

Pues, Sancho, entre estos soberbios
Montes está Flor, aldea
De las mejores que tengo.
Nuño es allí labrador,
Su amo se llama Mendo.
Llámale Nuño de Prado,
Pues en el prado que cuento
Le hallé, cuando me tomó
La lanza, y miró riendo.

DON SANCHO.

Yo le iré luego á buscar.

DON ALFONSO.

Sancho, llevad gente luego,
Porque á don Nuño de Prado
Le deis acompañamiento;
Que yo le quiero estimar
Por hombre que ampara el cielo,
Y que me encarga mi tio.

DON ARIAS.

Ya de Leon van saliendo
A recibirte, Señor.

REY.

Da, Alfonso, contento al pueblo;
Que al Rey que no ve no ama,
Y al que ve quiere en extremo.

(*Vanse.*)

—

Un olivar.

ESCENA VIII.

NUÑO, *con dos espadas.*

NUÑO.

Aun no ha venido el villano
Que me prometió venir
A ser honrado en morir
De mi hidalga y noble mano.
Dos espadas he traido:
La una le quiero dar;
No digan en el lugar
Que fué con ventaja herido;
Que donde no es conocida
La espada, sino el baston,
Presumirán que es traicion
En el corte de la herida.
¡A mí traidor! ¡Vos á mí!
¡Vos liga de Nise! ¡Vos?...
Deshágome; vive Dios,
En ver que no viene aquí!
Mas ya parece, ó me engaño,
Que baja destos enebros,
Por donde dice requiebros
Este arroyo á aquel castaño.
¿Si viene solo? No hará.
Mas venga con quien viniere.

ESCENA IX.

SILVERIO, *con un baston.*—NUÑO.

SILVERIO. (*Dentro.*)

Yo sé que cuando me espere,
Su muerte esperando está.
No venga nadie conmigo;
No me tenga Nuño en poco;
Que no hay enemigo loco,
Que tenga cuerdo enemigo. (*Sale.*)

NUÑO. (*Ap.*)

Ya viene aquí el ignorante,
Cargado de su baston.

SILVERIO.

(*Ap.* ¡Con qué extraña confusion
Me espera Nuño arrogante!)
¿Para qué, di, labrador,
Con armas de cortesano
Me esperas?

NUÑO.

No soy villano
Más que en el trato y labor;
En lo demás, soy tan bueno
Como el que mejor hidalgo.

SILVERIO.

Yo como villano salgo,
Y por traidor te condeno.
Deja, labrador, la espada
De acero y agudo corte
Para los hombres de Corte,
Con la guarnicion dorada.
Reñir con espada y capa
Se dice en comun refran,
No con espada y gaban.

NUÑO.

¡Con lindo achaque se escapa!
Toma esa espada villano.
No por tí, sino por mí,
Te quiero matar ansi
Como hidalgo cortesano.

SILVERIO.

Que no soltaré el baston,
Te aseguro, por la espada.
Andemos á la puñada,
Si te basta el corazon.
Poco de tus fuerzas fias.

NUÑO.

Sí fio; pero repara
Que no ha de tocar mi cara
Hombre nacido en mis dias.
Alza la espada del suelo,
O mataréte.

SILVERIO.

¿A ver? Llega.

ESCENA X.

NISE, BATO Y LUCINDO, *que se ponen en medio de* NUÑO Y SILVERIO.

NISE.

¿Qué desatino te ciega!

NUÑO.

Vino en tu favor el cielo.

BATO.

Teneos enhoramala.

LUCINDO.

¡Espada, Nuño! ¿Eso más!

NISE.

¿Estos disgustos me das!

NUÑO.

Nadie en quererte me iguala.

ESCENA XI.

DON SANCHO, MENDO.—DICHOS.

MENDO.

Aquí pienso le hallaréis.

NUÑO.

Mi amo, Nise. (*Ap. á ella*)

NISE.

¡Qué de gente
Baja con él á la fuente!

DON SANCHO.

Todos en buenhora esteis.
¿Quién es Nuño de vosotros?

NUÑO.

Yo, Señor.

DON SANCHO.

El Rey os llama.

NUÑO.

¡El Rey á mí!

DON SANCHO.

Sí, que os ama
Y que os iguala á nosotros.
Los brazos, Nuño, me dad...
—Mas llamaros me ha mandado
El Rey *don Nuño del Prado*.
Venid luego á la ciudad;
Que os aguarda y quiere ver.

NUÑO.

¿A mí, Señor! ¿Qué decís!

DON SANCHO.

Don Nuño, aquesto que ois.

NUÑO.

¡Don Nuño!

MENDO.
Bien puede ser;
Que si el principio supieses
De tu vida, es milagroso,
Y ansí parece forzoso
Que el fin, don Nuño, tuvieses.

NUÑO.
¡Vos don Nuño me llamais!

MENDO.
Yo te llamo como el Rey.

DON SANCHO.
Mirad que es hidalga ley
Que al Rey, don Nuño, sirvais.
No me detengais aquí.

NUÑO.
Mi ropa habré menester.

DON SANCHO.
Antes no, pues ha de ser
Diferente.

NUÑO.
¿Cómo ansí!

DON SANCHO.
Venid, y sabréis de espacio
Vuestra dicha.

NUÑO.
Nise mia, (*Ap. á ella.*)
No estaré sin verte un dia,
Si me da el Rey su palacio.
¿Qué mandas para Leon?
¿Qué quieres de allá?

NISE.
No sé.

NUÑO.
No te entristezcas; mi fe
Te ha dado satisfacion
De que serás mi mujer.

NISE.
Dios te me vuelva.

NUÑO.
Sí hará.

DON SANCHO.
Adios, Mendo. Vamos ya.

NUÑO. (*Ap. á Silverio.*)
Silverio, lo que has de hacer
Es venir aquí mañana
Con término más de bien.

SILVERIO.
Con honda ó con palo ven,
Reñiré de buena gana;
Con espada, no me entiendo.
(*Vanse don Sancho, Nuño y Mendo.*)

ESCENA XII.

NISE, SILVERIO, LUCINDO, BATO.

BATO.
¡Válasme, Dios! ¿Qué será
Llamarle el Rey?

SILVERIO. (*Ap.*)
Triste está
Nise, y yo en celos ardiendo.

LUCINDO.
El Rey debió de saber
Que este Nuño es caballero.

NISE. (*Ap.*)
Si él es caballero, hoy muero.

SILVERIO.
Por Dios, que debe de ser
Hijo de algun hidalgote;
Que en su término se ve.

LUCINDO.
Algo puede ser que esté
Debajo de aquel capote.

BATO.
Yo he dado en lo que será.
Este es grande cazador,
Y este Nuño el que mejor
Del monte informado está.
Querrále el Rey para guia.

SILVERIO.
Bato ha dicho la verdad.

NISE.
(*Ap.* Si hoy se queda en la ciudad,
¡Ay de la ventura mia!)
Bato, ¿conmigo no irás?

BATO.
Y ¡cómo que iré contigo!

SILVERIO.
Oye, Nise.

NISE.
Di, enemigo.

SILVERIO.
Que me mires, y no más.
(*Vanse.*)

—

Sala en el alcázar de Leon.

ESCENA XIII.

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA.

DOÑA JIMENA.
Esto dicen que trataban,
Y fué don Sancho por él.

DOÑA BLANCA.
Y ¿cuándo vendrá con él?

DOÑA JIMENA.
Esta tarde le esperaban.

DOÑA BLANCA.
Muy sospechosos están
De que de Bermudo es hijo.

DOÑA JIMENA.
Lo contrario á todos dijo.

DOÑA BLANCA.
Vendrá don Nuño galan.

DOÑA JIMENA.
No dejará de venir
A ver al Rey como es justo.

DOÑA BLANCA.
¿Es gentil hombre ó robusto?

DOÑA JIMENA.
Gentil hombre oí decir,
Aunque lo más ha pasado
De su vida en un aldea;
Pero cualquiera que sea,
Ya las damas te han casado.

DOÑA BLANCA.
A tí, Jimena, que en fin
Eres hermana del Rey,
¿No sería justa ley?

DOÑA JIMENA.
No, cuando fuera el Delfin
De Francia ó el sucesor
Del Imperio; que ya sabes,
Como quien tiene las llaves
Del alma en que está mi amor,
El que á don Sancho le debo.

DOÑA BLANCA.
Es el Conde de Saldaña
La mejor sangre de España,
Y este caballero nuevo
Aun no sabemos quién es.

DOÑA JIMENA.
Yo te juro, Blanca amiga,
Que presto el tiempo lo diga;
Y porque avisada estés,
Sospecho que les oí
Qué te casabas con él.

DOÑA BLANCA.
Ni sé lo que saben dél,
Ni lo que piensan de mí.
El Rey es este.

DOÑA JIMENA.
Aguardemos,
Porque á don Nuño veamos.

ESCENA XIV.

EL REY DON ALFONSO, DON ARIAS, TRISTAN.—DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA. *Despues*, DON SANCHO Y NUÑO.

DON ALFONSO.
Los amigos preguntamos
Cosas con que no ofendemos.
No me dijo más Bermudo.

DON ARIAS.
Por hijo suyo se tiene.

TRISTAN.
Pienso que don Nuño viene.

DON ARIAS.
Él te dijo cuanto pudo.
(*Salen Nuño y don Sancho.*)

DON SANCHO. (*A Nuño.*)
Llega, bésale las manos.

DON ALFONSO.
¿Quién es?

DON SANCHO.
Don Nuño, Señor.

NUÑO.
Nuño soy, un labrador
De los campos asturianos.
Allí, Señor, he vivido
Desde que sentido tengo;
Que agora que á verte vengo,
No sé si traigo sentido.
Mendo, un pobre labrador,
En su labranza y cortijo,
Con sospechas de su hijo,
Me ha sustentado, Señor.
Esto sólo sé de mí;
Mas no entiendo la razon
De venir á tu Leon,
Ya que entre ovejas nací.

DON ALFONSO.
Nuño, mi tio Bermudo,
Rey como yo, me contó
Que en unos prados te halló
Niño, en sus yerbas desnudo.
Como el reino me ha dejado,
Entre otras cosas, me deja
Tu persona; que él se aleja
Del mundo á mejor estado.
No me ha dicho más de ti
De que criarte mando;
Mas por lo que pienso yo,
Igualarte quiero á mí.
Deja ese traje villano,
Y toma el de caballero:
Ceñirte la espada quiero,
Nuño, de mi propia mano.
Mucho he holgado de verte.
Besa á mi hermana la mano.

NUÑO.
Lo que en ser tu hechura gano,
Mi imaginacion me advierte.

DON ALFONSO.
Para armarte caballero
Conforme al fuero de España,
Has de hacer alguna hazaña,
Nuño de Prado, primero.

Muza dicen que ha venido
Con mas gente, y yo querria
Resistir tanta osadía
Como cuentan que ha tenido,
Porque no entiendan que vive
Quien les daba los tesoros
Y las hijas á los moros
Por quien arrogante escribe. [1]
Irás conmigo; que quiero,
En prueba de tu valor,
Darte con debido honor
Las armas de caballero.—
Hermana Jimena, haced
Mucha merced á este hidalgo.—
Y vos, Blanca, honralde en algo.
(*Habla el Rey bajo con don Sancho.*)

NUÑO. (*A doña Jimena.*)
Déme los piés tu merced.

DOÑA JIMENA.
Alzáos, don Nuño; que yo
Os estimo, como es justo.

DOÑA BLANCA. (*Ap. á doña Jimena.*)
¡Qué villano tan robusto!
Asco de velle me dió.

DOÑA JIMENA.
¿No te agrada en borrador?

DOÑA BLANCA.
Ni áun en limpio; que este prado
Es mejor para el ganado
Que para gustos de amor.

DOÑA JIMENA.
Mírale bien; que sospecho
Que ha de ser tuyo.

DOÑA BLANCA.
Ese dia
Se cuente la muerte mia,
Y un áspid me abrase el pecho.

NUÑO. (*Ap.*)
Esta dama me murmura,
Y se burla de mi traje.

DOÑA BLANCA.
¡Yo casar con un salvaje!
Mejor me dé Dios ventura.

DOÑA JIMENA.
Calla, Blanca; que lo entiende.

NUÑO. (*Ap.*)
Todo lo que dijo oí.
El Rey se va.

DON ALFONSO. (*A don Sancho.*)
Haceldo así.

DOÑA BLANCA.
Sólo en mirarme me ofende.

DOÑA JIMENA.
Sancho, hablar quiero contigo.
(*Ap. á él.*)

DON SANCHO.
Esta noche habrá lugar.
(*Vanse todos, ménos Nuño.*)

ESCENA XV.

NUÑO.

El Rey debe de tratar
Casar á Blanca conmigo;
Que sin duda hay algo en mí,
Que yo no entiendo, encubierto,
Y que se ha burlado, es cierto,
La dama de verme así.
Pues de una cosa se avise,
Que cuando fuera más rara
Que el fénix, no la trocara
Por una cinta de Nise.

[1] Pidiéndolas, reclamándolas.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON ARIAS, TRISTAN.

DON ARIAS.
Desde el instante que vi
Este mancebo, Tristan,
Tan gentil hombre y galan,
Este suceso temí.
Y no sin razon temia
Desventura semejante,
Porque no hay alma de amante
Sin punta de profecía.
Ves aquí que Alfonso reina,
Y que á Jimena no casa,
Porque no quiere en su casa
Sombra de Rey ni de Reina.
Ves aquí que un labrador
Que ayer andaba al arado,
Hoy es de Alfonso privado
Y camarero mayor.
Por lo que tiene encubierto,
Hónrele el Rey; mas de suerte,
Que la envidia no despierte
Quien tanta privanza ha muerto.
Si á mí me quita el oficio
Y á ti la dama, Tristan,
El premio injusto le dan
Del tuyo y de mi servicio.
Pues quejarnos á Bermudo
Es darle más ocasion
A que le tenga aficion.
¿Quién será tan cuerdo y mudo?
¿Quién podrá disimular?
¿Quién servir con este ejemplo?

TRISTAN.
Cuando su virtud contemplo,
Le pongo en mayor lugar;
Que ser sin duda ha mostrado
En la guerra, donde viene,
La sangre que oculta tiene,
Más de palacio que prado.
Quiso el Rey que alguna hazaña
Don Nuño hiciese primero
Que le armase caballero;
Salió el Prado á la campaña,
Donde hizo tanto estrago,
Que trajo al Rey seis cabezas,
Dejando con sus proezas
Vuelta la campaña en lago.
No dudes de que ha de ser,
Si el principio al fin responde,
Otro Pelayo.

DON ARIAS.
Pues ¿dónde
Podré paciencia tener
Para que el Rey tenga en poco
Por su causa mi servicio,
Y le dé mi propio oficio?

TRISTAN.
Causa tengo de estar loco,
Aunque trato su alabanza,
Porque al fin á Blanca adoro.
Diérale el Rey su tesoro,
Su amor, su justa privanza;
Pero á Blanca no le diera
Con mano tan libre y franca,
Porque en dejarme sin Blanca
Grande pobreza me espera.

DON ARIAS.
Tristan, el Rey me ha quitado
La vida y honra por él:
No será hazaña cruel
Marchitar á Nuño el prado.
Dame esa mano, y confía
Que yo le saque de aquí,
O no ha de haber fuerza en mí.

TRISTAN.
Mano y fe desde este dia,
Contra don Nuño te doy.

DON ARIAS.
Pensemos cómo ha de ser.

TRISTAN.
Yo hablé á un escudero ayer,
De quien satisfecho estoy
Que hará cualquiera traicion.

DON ARIAS.
No ha de haber sangre, Tristan;
Que esas industrias no dan
Buen fin al dueño, en razon
De clamar la sangre al cielo.
Yo tengo una carta...

TRISTAN.
¿Cúya?

DON ARIAS.
Del mismo.

TRISTAN.
Y con carta suya
¿Qué piensas hacer?

DON ARIAS.
Diréla.
La letra quiero imitar,
Y fingir que se cartea
Con Muza, y que el Rey lo vea.

TRISTAN.
Este es público lugar,
Y es menester más secreto.
Hablemos aparte aquí.
(*Vanse.*)

ESCENA II.

NISE, *con rebociño*, BATO.

NISE.
¿Tú le viste?

BATO.
Yo le vi,
Y no le hablé, te prometo,
Por no le causar enojos.

NISE.
¡Quién los ojos te trocara
Para que despues mirara
Con tan venturosos ojos!

BATO.
Entró el Rey con más de mil,
Y aun más de cien caballeros,
Como el manso entre corderos
Y lechuga en toronjil,
Y á Nuño llevaba al lado.
Esto fué cuando llegué,
Y con Mendo te dejé,
Bella Nise, en el mercado.
Cuando á la iglesia volví,
Decian que misa oia
Con el Rey, y que tenia
Las armas.

NISE.
¡Las armas!

BATO.
Sí;
Que el Rey le ciñó la espada,
Y el alaharre ó correa
Le puso, para que sea
De mora sangre manchada.
Jimena, del Rey hermana,
Las espuelas le calzó.
Pero un hombre me contó
Una cosa harto inhumana.

Que por no darte dolor,
Contártela no querría.

NISE.

En tanta desdicha mía,
¿Qué puede ser la mayor?

BATO.

Cuando el Rey quiso en los brazos
Ponelle una rica pieza,
Diz que le dió en la cabeza
Cuatro ó cinco chincharrazos.
¡Voto al sol, si allí estuviera!

NISE.

¡Ay Bato! no es ese el mal.
Tú disimulas.

BATO.

No hay tal.

NISE.

Di la verdad.

BATO.

No quisiera.
Pero si lo has de saber,
Lleva el alma apercebida;
Que una pena prevenida
No suele tanto doler.

NISE.

¿Es que don Nuño se casa?

BATO.

Dícenlo ansí.

NISE.

¡Triste yo!

BATO.

Ya la fiesta se acabó,
Y el Rey se vuelve á su casa.
Desde aquí verás pasar
A Nuño.

NISE.

Y áun desde aquí
Podré morir.

BATO.

Vuelve en ti.

NISE.

No me da el alma lugar.

ESCENA III.

EL REY; NUÑO, *muy galan, con espada y espuelas doradas;* DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, DON SANCHO, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

DON ALFONSO. (*A Nuño.*)

De más honras eres dino,
Don Nuño, por tu valor.

NUÑO.

Todo se debe, Señor,
Al vuestro, heróico y divino.

BATO. (*Ap. á Nise.*)

¿No viene bueno?

NISE.

Y tan bueno,
Que es muy malo para mí.
Prado del alma, yo os vi
Ménos rico, y más ameno.
¡Quién os trajo, Prado mío,
A los palacios del Rey!

BATO.

Los tiempos no guardan ley,
La fortuna es desvarío.
Aunque soy tonto, bien veo
Lo poco que hay que fiar
Del placer y del pesar.

NISE.

Yo sólo morir deseo.

DOÑA JIMENA. (*Ap. á Doña Blanca.*)

¿Qué te parece el villano,
Blanca, de quien burla hacías?

DOÑA BLANCA.

¡Ay, prima! ¡en cuán pocos dias
Me ha rendido amor tirano!
Mas no te espantes que el oro
No conociese en sayal,
Y que hablase entónces mal
Deste bien que ahora adoro.
Quizá fué de amor castigo,
Porque no le conocí.

DON ALFONSO.

Lo que no trato de mí,
Trato, don Nuño, contigo.
Yo te querría casar.

NUÑO.

Huyes tú del casamiento,
Y ¡dale el de otros contento!
Deja, Señor, imitar
Tu virtud á tus criados.
El Casto te llaman ya:
Miéntras el Rey no lo está,
¿Para qué han de estar casados?

DON ALFONSO.

No digas tal; que no quiero
Que nadie en eso me imite;
Y así es bien que solicite
Lo que de todos espero.
Servid á Dios, y tened
Mil frutos de bendicion,
Porque es en esta ocasion
Del cielo ilustre merced.
A la cristiandad que aquí
Tan acabada tenía
El moro, y que cada dia
Destruye la guerra ansí,
Importan más defensores;
Y el aumento importa tanto,
Que del matrimonio santo
Apruebo cien mil loores.
No me casar no os espante,
Ni quiero que lo imiteis.
Nuño, hoy quiero que os caseis.

NUÑO.

Tiempo hay, Señor, adelante.

DON ALFONSO.

Este es mi gusto.

NUÑO.

Yo soy
Tu hechura.

(*Vanse todos, ménos Nise y Bato.*)

ESCENA IV.

NISE, BATO.

NISE.

¿Cuál es de aquellas?

BATO.

Pareceránte muy bellas.

NISE.

Dices bien: celosa estoy.

BATO.

La que estaba con Jimena,
Pienso que es Blanca.

NISE.

Y será
Para mí tan negra ya,
Que á la muerte me condena.
Predicaba el otro dia
El cura, que los romanos,
Cuando de sus ciudadanos
Castigo comun se hacía,
Piedras por suertes echaban
Negras y blancas: á quien
Salía blanca, iba bien;
Pero á quien negra, mataban.
Negra y blanca es esta suerte
De Nuño y de mi escogida;
Blanca á Nuño le da vida,
Negra me ha dado la muerte.

BATO.

Tambien dijo el sacristan
Que el Rey Asuero moría
De amor, y que no sabía
Remedio; que á veces dan
A los Reyes pesadumbre
Cosas que el demonio inventa.
Hízole Vasti una afrenta,
Que era de sus ojos lumbre,
Y quiso no la querer.
Moríase al fin así;
Mas del amor de Vasti
Halló remedio en Ester.
Tú, pues á tal cautiverio,
Por amor, Señora, vienes,
Del amor que ahora tienes
Te curarás con Silverio;
Y si no, yo estoy aquí,
Que no soy de mal pergeño.

NISE.

Cualquiera remedio es sueño,
Bato amigo, para mí.
Nuño fué mi amor primero;
Ya soy de Nuño mujer;
Yo le tengo de querer,
O villano ó caballero.

BATO.

Si es caballero y se casa,
Si está en corte y tú en aldea,
¿No es cosa imposible?

NISE.

Sea.
Como eso en el mundo pasa.
Más quiero lo que es mi gusto
Quererlo y no lo tener,
Que tenerlo, y no querer
Lo que fuera mi disgusto.

BATO.

Demonios sois las mujeres.
¡Extraña resolucion!

ESCENA V.

NUÑO, *sin reparar en* NISE *ni en* BATO.

NUÑO. (*Para sí.*)

¡Qué pocos, fortuna, son
Sin pesares tus placeres!
¡Qué pocos bienes que das
Sin el censo del tormento,
Pues que dice el más contento:
¡Oh contento! ¿Adónde estás?
Yo no hallo quien te tenga;
Que aunque esté más encumbrado,
Ninguno halla el estado
Que á su gusto le convenga.
Que en todo el mundo no hay uno,
Puedo jurar y creer,
Pues por mí vengo á entender
Que no te tiene ninguno.
¿Quién dirá que, ayer villano,
No tengo contento entero
De que hoy noble caballero
Me armase el Rey por su mano!
Contento, quien importuno
Te sigue en el mundo, yerra;
Que no ha de hallarte en la tierra
Quien piensa tener alguno.
Eres sin constancia alguna,
Eres nave en alta mar,
Que viene al fin á parar
Donde quiere la fortuna;
Porque vas tan sin compas,
Que quien tras ti se va ó viene,
Cuando piensa que te tiene,
No sabe por dónde vas.

NISE. (*Ap. á Bato.*)
¿No es éste Nuño?

BATO.
Pardíos,
Que está solo. Habla con él.

NISE.
¿Osaré llegarme á él?

BATO.
Llega, ó lleguemos los dos.

NISE.
¡Nuño ingrato!

NUÑO.
¡Nise mia!

NISE.
¡Tuya, enemigo!

NUÑO.
Pues ¿no?
Mi bien, abrázame.

NISE.
¡Yo!

NUÑO.
¿Quieres matarme?

NISE.
Desvia.

NUÑO.
¿Por qué, si el Rey me ha forzado
Para ausentarme de ti?
Aquel Prado soy, que fuí
De tus mismos piés pisado;
Que aunque mis ojos ausentes
De los tuyos, prenda mia,
Soy Prado que noche y dia
Riego el alma con dos fuentes.

NISE.
No te dejo de abrazar,
Porque te he puesto en olvido:
Temo ensuciarte el vestido.

NUÑO.
¿Es tiempo éste de burlar?

NISE.
Este sayal ¿no está llano
Que ensuciará á un caballero?

NUÑO.
¡Ay Dios! ¡Quién, como primero,
Se volviera a ser villano!
Mira que tu esclavo soy.

NISE.
¡Esclavo un señor tan grande!
Ni el cielo ni amor lo mande:
Ya desengañada estoy.
Tiempo fue que el amor tuyo
Me dijo en más soledad:
«Tu esclavo soy.»

NUÑO.
Es verdad:
Esclavo soy pero cúyo...

NISE.
¿Quieres que lo diga?

NUÑO.
No,
Porque por la cruz que empuño,
Que eres tú.

NISE.
Y de Blanca, Nuño.

NUÑO.
Eso no lo diré yo.

NISE.
Pues ¿cómo, si es tu mujer?

NUÑO.
El Rey no puede forzarme.

NISE.
Puede mandarte.

NUÑO.
Mandarme...
Cosas que yo pueda hacer.
Tuyo soy; que suyo no.

NISE.
Enojaráse.

NUÑO.
No sé;
Mas yo le responderé
Que cúyo soy me mandó.
Enséñale el rostro tuyo,
Y muera Nuño sin nombre.
Si hubiere en el mundo un hombre
Que no diga que soy suyo.

NISE.
Nuño, cuando sea verdad
La voluntad que me muestras,
Poco importarán las muestras,
Siendo ley su voluntad.
¡Maldigo mi mala suerte,
Pues que me ha salido en blanco,
Siendo aquesta Blanca el blanco
De tu vida y de mi muerte!
Que desde que fuiste Prado,
El alma me dió a entender
Que habias, Nuño, de ser
Destos mis ojos regado.
Agradezco el conocerme
Con la humildad que solías;
Que aun no pensé que tendrias
Ojos que pudiesen verme.
Que todos los que han subido
De un humilde á un alto estado,
Pasan por lo que ha pasado
Como si no hubiera sido.
Pues tente bien: que fortuna
Trueca en pesar los placeres;
Que en fortunas y mujeres
No cabe firmeza alguna.

NUÑO.
¡Ojalá que me volviese
A la humildad que solia!
Mas de la grandeza mia,
Miéntras dure, no te pese;
Porque si tuyo he de ser,
¿Qué sirve desminuirme?

NISE.
Luego ¿piensas estar firme?

NUÑO.
Hasta morir ó vencer.

NISE.
Agora te doy mis brazos.

NUÑO.
Y yo mi alma te doy.
(*Abrázanse.*)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA.—NUÑO, NISE, BATO.

DOÑA BLANCA.
(*Ap.* ¡Qué es lo que mirando estoy!
¡Nuño á una mujer abrazos!)
¿Qué es esto, Nuño?

NUÑO.
Señora,
Gente de allá de la tierra.
(*Ap.* ¡Oh cuánto mi lengua yerra!
Que es gente del cielo agora.)

DOÑA BLANCA.
¿Há mucho que no la vias?

NUÑO.
Desde que dejé de ser
El ser con que pude ver
Su hermosura muchos dias.

DOÑA BLANCA.
Allá seria tu amor.

NUÑO.
Y acá tambien, por Dios vivo;
Porque este bien que recibo
Causa al cuerpo un noble honor;
Pero al alma no la muda:
Y ansí, lo que allá tenia
En ella se ve, y hoy dia
Con más firmeza sin duda.

DOÑA BLANCA.
De abrazar á esta villana,
El lenguaje te pegó.

NUÑO.
Antes le sabia yo...
(*Ap.* Que os viese á vos, cortesana.)

DOÑA BLANCA.
Quiérola despacio ver.—
Alzáos, amiga, el rebozo.

NUÑO.
Miralda; que os dará gozo
Ver el alba amanecer.—
Corred al sol esos velos:
Veréisle entre dos estrellas,
Que no las tiene más bellas
Todo el torno de los cielos.

DOÑA BLANCA.
¡Buena, por mi vida! ¡buena!

NISE.
Esto soy para serviros.

DOÑA BLANCA.
(*Ap.* ¡Celos, tened los suspiros,
No deis á entender mi pena!
Mas quiero disimular.)
Patenas, sarta y corales
No son joyas para tales
Pechos: yo os las quiero dar.
Tomad estos brincos.

NISE.
Quedo,
Señora; que estoy corrida;
Que siendo yo la vencida
Tomar despojos no puedo.
Guardad las joyas allá;
Que si á don Nuño teneis,
Por más joyas que me deis,
No tendré riqueza ya.

DOÑA BLANCA.
Pues ¿celos teneis de mí!

NISE.
De vos no; dél tengo algunos.

NUÑO.
No puede tener ningunos,
Puesto que el alma la di.

DOÑA BLANCA.
Ya pasa de atrevimiento,
Y toca en descortesía,
Hablar en presencia mia
Con tan libre sentimiento:
No por vos; por lo que trata
El Rey.

NUÑO.
Vos teneis razon;
Pero es el amor pasion
Que en la lengua se dilata.
Mirad bien á esa aldeana,
Blanca, y mal me haga Dios
Si no dijeredes vos
Que es más divina que humana.
Yo sé que en cierta ocasion
Os pareci tan salvaje,
Que hecistes burla del traje.

DOÑA BLANCA.

¡Gentiles venganzas son!
Lo cierto debe de ser
Que Bermudo se ha engañado.
En prado os halló, y en prado,
¿Qué otra cosa pudo haber?

NUÑO.

Bien decis. Id en buen hora;
Que en tal prado, tal ganado;
Porque este prado es comprado
Desta divina pastora.—
Ven, Nise; que yo no quiero
Más alto estado que á ti.

DOÑA BLANCA.

Hoy sabrá Alfonso de mí
A quién armó caballero.

NUÑO.

Yo cumplo mi obligacion.
Si he jurado defender
Las damas, ¿á mi mujer,
No es, Blanca, mayor razon?

NISE.

Echaste el sello, mi bien.—
Vamos, Bato.

BATO. (*Ap. á Nuño.*)

Hoy te has perdido.

NUÑO.

Con volver á lo que he sido
Quedamos en paz tambien.

(*Vanse Nuño, Nise y Bato.*)

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA.

Ninguno diga, amor, que puede exen-[to
Pasar sin ti la vida; que en tu mano
Está la paz del corazon humano
Y la guerra mayor del pensamiento.
Valiéndome de ti con loco intento,
Pensé librarme de tu fuerza en vano;
Mas tú, del alma robador tirano,
Castigaste mejor mi atrevimiento.
Nadie puede negar, si alguno én pre-[cio
Tu discrecion y vanidad tuviere,
Que en ser pesado en burlas eres necio.
O es porque advierta quien de ti la hi-[ciere
Que aquello que se tiene en más despre-[cio,
Eso viene á faltar cuando se quiere.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON ARIAS, TRISTAN; *despues*, EL REY DON ALFONSO.

TRISTAN.

¿Queda bien enseñado?

DON ARIAS.

Por extremo;
Y hase mostrado tan astuto en todo,
Que si resucitara Sinon Griego,
Le dejara por él.

TRISTAN.

Pues el Rey sale,
Habladle vos miéntras aquí me aparto.

(*Retírase Tristan y sale el Rey.*)

DON ALFONSO.

Don Arias...

DON ARIAS.

Gran Señor...

DON ALFONSO.

¿Qué es lo que quieres,
Que con tanto secreto me apercibes?

DON ARIAS.

La obligacion que un noble y leal vasallo
Tiene á su Rey, me obliga, á lo que creo;
Que te ha de parecer cosa imposible.
Yo pienso que está viva todavía
De Mauregato la memoria y sangre.
¿Sabes quién es acaso este mancebo
Que una lanza sacó de entre unos jun-[cos?

DON ALFONSO.

Arias, si de don Nuño decir quieres
Cosa contra su honor, primero advierte
Que la sepas tan bien, que ménos sepas
Tu mismo pensamiento; porque amo
De suerte á Nuño, que su honra es mia:
Y si te han informado los que pueden
Ser envidiosos de sus grandes méritos
Y de su honor, alguna cosa injusta,
No la quiero saber siendo dudosa.

DON ARIAS.

Señor, cuando de un hombre que tú [amas
De la manera que tu reino ha visto,
Pues á todos los nobles le prefieres,
Se atreve á hablar persona que conoces
De la lealtad que yo, saber debieras
Que tiene informacion bastante y clara:
Y si esto fuera vida y honra mia
O de otros caballeros, y no tuya,
Créeme que otro estilo se buscara,
Sin darte parte, que remedio fuera.

DON ALFONSO.

¡Mi honra y vida!

DON ARIAS.

¿No es tu vida y honra
Escribirse don Nuño con el moro,
Y haber venido carta de su mano
A mi poder, en que tu sangre ofrece
Como le entregue el reino, y darle en [párias
Al doble las doncellas que hoy te pide?

DON ALFONSO.

Eso es cosa imposible: ¡bravamente
La envidia se apercibe contra Nuño!

DON ARIAS.

Pues aquí te dirá Tristan si puede
Ser imposible ó no.

DON ALFONSO. (*Llamando.*)

¡Tristan!

TRISTAN. (*Acercándose.*)

¿Qué mandas?

DON ALFONSO.

Don Nuño ¿escribe á Muza?

TRISTAN.

Y Muza á Nuño.
Un soldado las cartas lleva y trae,
Que queda en esa sala apercebido.

DON ALFONSO.

Apercebido á la traicion, ¿quién duda?

TRISTAN.

Ordoño, entrad.

ESCENA IX.

ORDOÑO.—DICHOS.

DON ALFONSO.

Oid aparte, Ordoño.

ORDOÑO.

Ya sé lo que es, Señor. Nuño tres veces
Con cartas me ha enviado á Muza, y tan-[tas
He vuelto con respuesta al mismo Muza.
Soy hidalgo leal, y con recelo
De alguna alevosía, hablé á don Arias.
La carta me pidió; dísela, abrióla;
Y visto lo que Nuño á Muza escribe
La cuarta vez, á ti volver me manda.

DON ALFONSO.

Parece que se prueba esta mentira,
Y que tiene color de verdad clara.—
Arias, ¿tienes la carta?

DON ARIAS.

Aquí la tengo.

DON ALFONSO.

Esta es la misma letra de don Nuño.
Llamadle.

ESCENA X.

NUÑO.—DICHOS.

TRISTAN.

Él viene ya.

NUÑO. (*Ap.*)

Contenta queda
Nise de verme firme en mi propósito.

DON ALFONSO.

Salid afuera todos, hasta tanto
Que yo os vuelva á llamar.

DON ARIAS. (*Ap.*)

Bien se va haciendo.

(*Vanse todos, ménos el Rey y Nuño.*)

ESCENA XI.

DON ALFONSO, NUÑO.

DON ALFONSO.

Nuño...

NUÑO.

Señor...

DON ALFONSO.

Contigo tengo enojo.

NUÑO.

Tus ojos me lo han dicho con mirarme;
Que sólo con mirar hablan los Reyes.

DON ALFONSO.

¡Cartas escribes, cuando yo te caso,
A otra mujer!

NUÑO.

Señor, cuando vivia
Allá en mi aldea, con mi igual trataba,
Y así mi igual amaba. En el ejército
Dos cartas escribí; pero no entiendo
Quién te las pudo dar.

DON ALFONSO.

Una me han dado.

NUÑO.

Mira que puede ser que no sea mia.

DON ALFONSO.

Esta letra ¿no es tuya, y esta firma?

NUÑO.

Mi firma es esta y es mi letra.

DON ALFONSO.

Toma,
Y mira á quién, y lo que en ella dices.

NUÑO. (*Lee.*)

«Para el dia que dices, venir puedes
»Lo más secreto que te sea posible,
»Y con la gente y armas concertadas
»Yo te daré á Leon y la cabeza
»Del Rey.»—Señor, no mandes que esto [lea.
Este papel no es mio ni esta letra.

DON ALFONSO.

Tú ¿no has dicho que sí?

NUÑO.

Sabe la envidia
Contrahacer muy bien cualquiera cosa.
Es pintora de cifras y de letras.
No es éste original, sino retrato.

DON ALFONSO.
Yo lo creo de tí; pero tú tienes
Muy nobles enemigos, y así, importa
Que salga por su prueba tu inocencia.
—¡Hola!

ESCENA XII.

DON ARIAS. — DICHOS. *Despues*, ORDOÑO.

DON ARIAS.
Señor...

DON ALFONSO.
Llamadme aquel soldado.

DON ARIAS. (*Llamando.*)
¡Ordoño!
(*Sale Ordoño.*)

ORDOÑO.
Aquí me tienes.

DON ALFONSO. (*A Nuño.*)
¿No conoces
A Ordoño?

NUÑO.
Ni en mi vida á Ordoño he visto.

ORDOÑO.
Bien haces en negar, pues me engañas,
Diciéndome que á Muza le escribias
Sobre ciertos cautivos, tus parientes.

NUÑO.
¿Qué dices, hombre!

ORDOÑO.
Esto.

DON ALFONSO.
Yo no digo
Que esto es verdad; pero verdad parece.
Llamadme á un capitan.

TRISTAN.
Aquí está Vela.
(*Va á llamarle y vuelve con él.*)

ESCENA XIII.

VELA.— DICHOS.

DON ALFONSO.
Vela, porque anochece, toma gente,
Y pon este soldado en una torre.

ORDOÑO.
¿Por qué, Señor?

DON ALFONSO.
Porque saber deseo
Si esto es verdad: dudosa me parece.
—Vete, Nuño, y descansa.
(*Llévase Vela á Ordoño.*)

NUÑO.
Si sospechas
Que esto es verdad, ¿por qué no me aprisionas?

DON ALFONSO.
Vete enbuenhora; á la mañana vuelve.

NUÑO.
Guárdete el cielo y mi inocencia guarde.
(*Vase.*)

DON ALFONSO.
Si esto es envidia, se sabrá muy presto.

DON ARIAS.
Mira que se ha de huir.

DON ALFONSO.
Pues ¿qué más prueba?

TRISTAN.
¿No es mejor castigarle?

DON ALFONSO.
¿Qué castigo
Como que pierda con mi gracia el reino?
Que donde reino yo reina mi amigo.
(*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON ARIAS, TRISTAN.

DON ARIAS.
¡Notable es su piedad!

TRISTAN.
Arias, advierte
Que si le dan tormento á este soldado,
Ha de decir que ha sido persuadido.

DON ARIAS.
Un remedio notable se me ofrece,
Y es salirle al camino con los hombres
Que para acometer á Vela basten.

TRISTAN.
Pues ¿qué habemos de hacer?

DON ARIAS.
Matar á Ordoño.
Dando á entender que le dió muerte
Para que la verdad no declarase. [Nuño,

TRISTAN.
La noche baja aprisa; mis criados
Son hombres de valor y hidalgos todos.
Vamos ántes que llegue.

DON ARIAS.
Hoy mi esperanza
Deste villano tomará venganza.
(*Vanse.*)

—

ESCENA XV.

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.
Yo tengo el mal que te digo.

DOÑA JIMENA.
Tú tienes terrible mal

DOÑA BLANCA.
Aunque celosa, mortal,
A mayor dolor me obligo;
Porque este mal es desprecio,
Y tanto más lo he sentido,
Cuanto sé que me ha tenido
En tan poco precio un necio.

DOÑA JIMENA.
Extrañas cosas te escucho.
Pues ¿qué le quisieras?

DOÑA BLANCA.
Loco;
Que tenerme un necio en poco
Es cosa que siento mucho.
¡Ay, Jimena, prima mia!
Si vieras una aldeana
Con más luz que la mañana
Tiene, cuando raya el dia;
Aquel blanco, aquel color,
Aquellas cintas doradas,
Aquellas manchas rosadas
En cándido resplandor,
El cuello y su hermosa cara,
Vieras, Jimena, á los cielos
Hacer que iguale con celos
La que al infierno igualara!
Patenas, sartas, corales
Bordaban su hermoso cuello,
Donde llegaba el cabello
Con madejas orientales.
Estaba el coral corrido
De competir con su boca,
Porque era su fuerza poca
Para no quedar vencido.
Finalmente, no podia
Vencer su labio encarnado,
Con estar más colorado
De vergüenza que tenía.
Las patenas eran buenas;
Mas su esmalte y sus cristales
No eran en color iguales
A sus mejillas serenas.
El sombrero á lo aldeano
Con el tejido cordon
Era, prima, guarnicion
De su rostro soberano,
Como cuando á una pintura
Para que salga el color
Hace el curioso escultor
Con ébano la moldura.
El rebociño era el manto
Con que el alba esparce flores.

DOÑA JIMENA.
En mi vida he visto amores
Ni celos, que teman tanto.
¿Quédate mas que decir?
¿Quédate más que temer?
Amor sabe encarecer,
Y celos saben fingir.
¿Quién duda que era muy fea?

DOÑA BLANCA.
No me burlo: esto es verdad.
La aldea, prima, es ciudad,
Y la ciudad es aldea.
En un blanco delantal
Vi tanto donaire y gala,
Que si á la corte no iguala,
No tiene la corte igual.
Pues si hablase del chapin
Que con aire descubria,
Pienso que mejor sería
Comenzalla por el fin.

DOÑA JIMENA.
Loca estás.

DOÑA BLANCA.
Loco es amor.
Tengo amor, locura tengo;
Y si despreciada vengo,
Será el exceso mayor.

DOÑA JIMENA.
Si alabas lo que él adora,
Que te desprecie disculpas.

ESCENA XVI.

DON ALFONSO.— DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA.

DON ALFONSO. (*Ap.*)
Si fueren ciertas sus culpas,
Y no fué la envidia autora
De lo que agora le imponen,
Yo le sabré castigar.

DOÑA JIMENA. (*Ap. á doña Blanca.*)
¿Quieres que le vaya á hablar,
Aunque los celos perdonen?

DOÑA BLANCA.
Pues ¿qué le piensas decir?

DOÑA JIMENA.
Que te acabe de casar.

DOÑA BLANCA.
Luego ¿quiéresle forzar?

DOÑA JIMENA.
No, Blanca, mas persuadir.

DOÑA BLANCA.
Dilo al Rey, dilo á tu hermano;
Que me obliga amor, Jimena.

DOÑA JIMENA.
¡Ay amor!

DOÑA BLANCA.
Calla mi pena,
Pues que la pongo en tu mano.

DOÑA JIMENA.
Señor...
DON ALFONSO.
Jimena...
DOÑA JIMENA.
He sabido
Que á Blanca quieres casar.
DON ALFONSO.
Hoy la trataba de dar,
Hermana, un noble marido,
Por sospechas del valor
Que imaginaba encubierto;
Pero hame salido incierto.
DOÑA JIMENA.
¡Incierto Nuño!
DON ALFONSO.
Y traidor.
DOÑA JIMENA.
¡Traidor! Luego ¿era villano?
DON ALFONSO.
El desengaño le muestra,
Si en la vida y honra nuestra
Quiso ensangrentar la mano.
A lo ménos, la del moro
Tomaba por instrumento
DOÑA JIMENA.
¡Nuño!
DON ALFONSO.
El mismo.
DOÑA JIMENA.
¡Extraño intento!—
¡Blanca! (*Ap. á ella.*)
DOÑA BLANCA.
¿Qué?
DOÑA JIMENA.
Templa tu lloro.
DOÑA BLANCA.
¿Cómo?
DOÑA JIMENA.
Mi hermano ha sabido
Que Nuño intenta su muerte.
DOÑA BLANCA.
¿Su muerte!
DOÑA JIMENA.
Desto me advierte.
DOÑA BLANCA.
¡Oh villano mal nacido!
Segun eso, á esta aldeana
Que debe de idolatrar,
Intentaba coronar
De la nobleza asturiana.
Si despicarme podia,
Sola esta infamia pudiera.

ESCENA XVII.

VELA, *con la espada desnuda.*—DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA.

VELA.
Entraré desta manera.
Sepa el Rey si es culpa mia.
DON ALFONSO.
¿Qué es aquesto, capitan?
VELA.
Señor, llevando aquel preso
(Descuidado, te confieso,
Como por tu corte van),
Seis hombres me acometieron,
Y junto á mí le mataron;
Que á las guardas no tocaron,
Y en dándole muerte huyeron
Sola una voz les oí,
En que dijeron: «Mejor
Es que muera este traidor,
Que no que me mate á mí.»
DON ALFONSO.
¡Vive Dios, que temeroso
Nuño de ser descubierto,
Con gente el soldado ha muerto!
Ya no estaré sospechoso.
Esta es la mayor probanza
Que pudiera pretender.
Pero ¿cómo he de poder
Tomar del traidor venganza?
Que si es hijo de Bermudo,
Será matar al buen viejo.
Arias me dará el consejo,
Pues darme el aviso pudo.
Id por don Arias, don Vela
VELA.
En la antecámara está.
DON ALFONSO.
Llamadle.
VELA.
Él se ofrece ya.

ESCENA XVIII.

DON ARIAS.—DICHOS.

DON ARIAS.
Basta; que la fama vuela
De que Nuño, con temor
Del ánimo del soldado,
Al capitan le ha quitado.
DON ALFONSO.
Y áun muerto.
DON ARIAS.
¡Muerto, Señor!
DON ALFONSO.
Deso se viene quejando.
DON ARIAS.
¿Cómo os le pudo matar?
VELA.
Tres á seis podrán guardar
Sus personas peleando;
Mas no defender á aquel
Que dellos no se defiende.
DON ALFONSO.
Basta, amigos; que pretende
Matarme Nuño cruel.
¡Oh! ¡qué buen pago me ha dado!
DON ARIAS.
Tú lo mereces, Señor,
Que á los hombres de valor
Oficio y honra has quitado:
Todo por dallo á un villano,
Que por ventura cogió
Las cabezas que te dió,
Cortadas por otra mano.
Da gracias á tu virtud,
Por quien te ha librado el cielo,
Y agradece á nuestro celo
El procurar tu salud.
DON ALFONSO.
Soy hombre, pude engañarme;
Mas tras este desengaño,
¿Cómo podré, sin el daño
Del Rey, de Nuño vengarme?
Que temo que es sangre suya.
DON ARIAS.
A los Reyes, la piedad
Da notable autoridad;
Y pues es tanta la tuya,
Perdónale: no le prendas
Ni castigues.
DON ALFONSO.
Eso no.
¡Oh! ¡qué mal consejo!
DON ARIAS.
Yo
Mírala, Señor, sus prendas;
Que es dar la muerte á Bermudo,
Si su sangre vive en él.
DON ALFONSO.
No quiero ser tan cruel.
DOÑA BLANCA.
Señor, esa mano pudo
Hacer noble y caballero
A un villano, y esa mano
Le podrá volver villano
Como lo estaba primero;
Que aunque es del Rey el hacer
De un bajo un alto lugar,
Tambien en el castigar
Se muestra el justo poder.
Hazle poner en su traje,
Y que se vuelva á su aldea,
Donde Bermudo no vea
La afrenta de su linaje;
Y si pregunta por él,
Alguna excusa darás.
DON ALFONSO.
Blanca, tú has dicho lo más
Que yo puedo hacer con él.
¿Quién pudiera aconsejarme
Como tu ingenio?
DOÑA BLANCA.
Este [1] tengo
Por el mejor. (*Ap.* Hoy me vengo.)
DON ALFONSO.
A Nuño podeis llamarme.
DON ARIAS.
Yo voy por él. (*Vase.*)
DON ALFONSO.
¿Quién dijera
Que hombre que tanto honrara,
Desta suerte me tratara!
(*Vanse todos, ménos el Rey.*)

ESCENA XIX.

DON SANCHO.—DON ALFONSO.

DON SANCHO.
Hablarte á solas quisiera.
DON ALFONSO.
¿Qué quieres, Conde?
DON SANCHO.
Señor,
Hoy quiere dejar el suelo,
Por ir á su patria, el cielo,
Tu tia doña Leonor.
Todo el monesterio siente
Notablemente su falta.
DON ALFONSO.
Tienen razon; que las falta
Una señora excelente.
Por mí, yo lo siento tanto,
Como si mi madre fuera,
Y estas palabras quisiera
Acreditallas con llanto.
¿Podréla hallar viva?
DON SANCHO.
Ya
En mis brazos espiró;
Mas este papel me dió,
Que, cerrado como está,
Me dijo que te entregase.
DON ALFONSO.
Apártate allí. No hay cosa

[1] Este *consejo* tengo por mejor. Elipsis no muy rara en LOPE, fundada aquí en el verbo *aconsejar*, empleado en el verso anterior.

Tan segura y poderosa
Por quien la muerte no pase. [la causa
(*Lee para sí.*) «Sobrino, ya tú sabes que
»Que de mi reclusion fué la primera,
»Tuvo origen del Conde de Castilla,
»Con el cual me casara el padre mio,
»Si no se lo estorbara el de Navarra,
»Puesto que nunca supo mi deseo.
»La muerte, que descubre muchas ve-
»Secretos que la vida no podria, [ces
»Me obliga á que éste diga: que yo tuve
»Una hija del Conde, aunque hasta ago-
[ra
»Se ha criado encubierta en una aldea.
»La aldea es Flor de sus montañas be-
[llas,
»El nombre Nise; pero no es el mismo;
»Que Nise es por Inés, que Inés se llama,
»Porque se escribe con las mismas le-
»Si obligan estas últimas palabras [tras.
»A un Rey que tiene tanta sangre mia,
»Tu prima es Nise. Adios; que ya la
»No me deja escribir.» [muerte
Leonor á Alfonso.
¿Hay suceso tan extraño!
¡Nise encubierta, mi prima!
Su honor, su sangre me anima
A que excuse el mayor daño.
Traerla quiero á mi casa:
No viva, Nise, en aldea.
Dama, y no villana sea,
Sepa el estado á que pasa.—
Conde...

DON SANCHO.

Señor...

DON ALFONSO.

Ya parece
Que estas cosas de secreto
Te tocan.

DON SANCHO.

Y te prometo
Que mi lealtad lo merece.

DON ALFONSO.

Ya sabes á Flor, aldea
De donde á Nuño trajiste.

DON SANCHO.

Sí, Señor, aunque estoy triste
Que en tu deservicio sea.

DON ALFONSO.

Tú ¿qué culpa tienes?

DON SANCHO.

Yo
Hice lo que me mandaste.

DON ALFONSO.

Si en traer el Conde erraste,
Aunque tus deseos no,
En Nise, una labradora,
Por quien agora á Flor vas,
Sospecho que acertarás.

DON SANCHO.

¿Quién es?

DON ALFONSO.

Una gran señora,
Que yo te diré despues.
Lleva carroza y criadas.

DON SANCHO.

Voy. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON ALFONSO.

¡Qué de dueñas honradas
Pone el amor á sus piés!
Pienso que el cielo me envía
Todas estas cosas hoy,
Porque Alfonso el Casto soy,
Para prueba de la mia.
Los sucesos amorosos
Todos vienen á mi edad
Por dar á mi castidad
Estos esmaltes famosos.

ESCENA XXI.

DON ARIAS, NUÑO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, TRISTAN.— DON ALFONSO.

DON ARIAS.

Nuño, Señor, está aquí.

DON ALFONSO.

Si alguna prueba, don Arias, (*Ap. á él.*)
He hecho, en cosas tan varias
Como suceden por mí,
De valor y sufrimiento
Y de prudencia real,
Es ésta, porque es igual
A todo encarecimiento.—
Nuño...

NUÑO.

Señor...

DON ALFONSO.

Yo te traje,
Por voluntad de Bermudo,
A mi casa, de una aldea:
Quién eres, nunca se supo.
Llaméte Nuño de Prado,
Porque dice y canta el vulgo
Que te halló en un prado verde
Entre unos lirios y juncos.
Sospeché que eras su hijo;
Sabe Dios lo que me culpo
De tal imaginacion,
Siendo tú un villano espúreo.
Mi camarero mayor
Te hice; aunque no fué justo
Quitar este oficio á un hombre
Como fué don Arias Bustos.
En la guerra de Simancas,
Sangriento el brazo hasta el puño,
Me trajistes seis cabezas:
Obligóme el valor tuyo
A hacerte mi caballero,
De tu nobleza seguro.
Ceñíte en San Juan la espada;
La espuela de oro te puso
Jimena, mi hermana, y todos
Mostraron contento y gusto.
Tú, por galardon de aquesto,
De toda piedad desnudo,
¡Vendías mi vida al moro!

NUÑO.

De escucharte estoy confuso.
Cuando probarse en España
Un caso extraño no pudo,
A las armas se remite.
Tú, que te precias de justo,
Guárdame justicia á mí;
Que aunque sean cinco juntos,
Saldré al campo; y este reto
Cumplir en tus manos juro,
Porque envidiosos traidores
Del alto valor que encubro,
Y la merced que me has hecho
Por donde á tu gracia subo,
Con mi letra contrahecha
Te dan á entender que cupo
Tal deslealtad en mi pecho.

DON ALFONSO.

De darte el campo me excuso
Con la prueba de tu culpa.

NUÑO.

Prueba es imposible.

DON ALFONSO.

Dudo
Que se pueda hacer mayor,
Pues de tu letra la arguyo,
Y de haber muerto al soldado
Que Vela llevaba al muro.

NUÑO.

¡Yo, muerto!

DON ARIAS.

Tú muerto, pues
Bien lo sabe quien estuvo
Presente á palabras tuyas.

NUÑO.

¿Tú me acusas?

DON ARIAS.

Yo te acuso.

NUÑO.

Pues, con licencia del Rey,
Mientes, Arias.

DON ARIAS.

¡Esto sufro!
Toma, villano, este guante
Entre tanto que te busco.

DON ALFONSO.

¡Qué descompostura es esta!
Por el cuerpo santo juro
De Santiago de Galicia,
De san Félix y Facundo,
De cortaros la cabezas.
Aquí no hay armas, don Nuño.
Ya está probado este caso;
Pero por no dar disgusto
A Bermudo, civil muerte
Darte en castigo procuro.
Yo que te ceñí la espada,
Te la desciño, y renuncio
La nobleza que te dí.

NUÑO.

Hicisteme: no haces mucho,
Gran Señor, en deshacerme.
Tu enojo, Alfonso, disculpo.
Querrá Dios que alguna vez
Entre estos ñublados turbios
Salga el sol de mi verdad;
Que yo, caballeros, cumplo
Con mi honor, y lo que debo
A la obligacion que tuvo
A su Rey un hijodalgo
Retando á don Arias Bustos,
A Tristan Godo, y á todos
Cuantos deste caso injusto
Tienen culpa; que yo espero
Tomar venganza de algunos.

DON ALFONSO.

Quitalde el sombrero y capa,
Y ponedle el gaban suyo
A este, y vuelva á ser villano.

NUÑO.

¡Castigue Dios quien dispuso
Tu pecho á tanta crueldad!

DON ALFONSO.

Vuelve, villano perjuro,
Al azadon y al arado.
Pon á tus bueyes el yugo;
Que así castigan los Reyes
Los que en tan breve discurso,
Por ser luzbeles del sol
Se despeñan al profundo.
(*Vase, y con él don Arias y Tristan.*)

ESCENA XXII.

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, NUÑO.

DOÑA JIMENA.

El Rey se va, doña Blanca.

DOÑA BLANCA.

Apénas, Jimena, enjugo
Las lágrimas.

DOÑA JIMENA.
¡Triste caso!
DOÑA BLANCA. (*Ap.*)
¡Qué bien el tiempo dispuso
Mi venganza en sus desprecios!
Pero si aquí no le injurio,
Es porque vengarse en muertos
Es más bajeza que triunfo.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XXIII.

NUÑO.

¿Qué es esto, cielo! ¿Qué estrella
A mi nacimiento estuvo
Con oposicion tan fiera,
Con tan desdichado influjo!
¿Era yo el que ayer tenia
Del Rey el lugar segundo!
¿Cómo estoy en tal bajeza!
No hay cometa cuyo curso
Haya sido tan veloz
Di luz; pero ya no alumbro.
Mucho parecen los Reyes
En sus gustos y disgustos
A la luz de una linterna,
Que la cubro y la descubro.
La luz es el Rey, la mano
Quien da la vuelta á su gusto;
Y aquello mismo que alumbra,
Deja en un momento obscuro.
El Rey está disculpado;
Que es santo, y aquí me trujo
Para honrarme: envidia fué
La que mi bien descompuso.
Tomar venganza no puedo;
Que ya mis fuerzas detuvo
Su voluntad: sólo á Dios
La pido, hablándole mudo.
Volvámonos á la aldea;
Que en dolor tan importuno
Me consuelo en ver que á Nise
Su labrador restituyo.
¿Quién duda que ella se huelgue,
Viendo que otra vez me cubro
Del gaban con que me iguala?
Campos amenos y augustos,
Recibid vuestro villano.
Altas hayas, robles duros,
Apercebidme esos brazos.
Prados, desnudaos el luto.
Allá va el Prado que ya
Llorábades por difunto,
Porque veais un traslado
De las mudanzas del mundo.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

NISE.

Álamos blancos, que de verdes nuezas
Y de silvestres vides abrazados,
Creceis alegres y vivís casados,
Tomad agora ejemplo en mis tristezas.
Si pensais que vestidas las cortezas
De tantos lazos, estaréis guardados
De veros para siempre despojados,
Así fueron mis frágiles firmezas.
Temed del duro invierno los enojos,
Donde las hojas pálidas y rojas
A los vientos darán vuestros despojos;
Que el tiempo que quitó con mil congojas
Las verdes esperanzas á mis ojos,
Mudará de color á vuestras hojas.

ESCENA II.

SILVERIO.—NISE.

SILVERIO.
Huélgome de hallarte aquí.
NISE.
Ya, Silverio, en soledades
Me hallarás siempre.
SILVERIO.
Si fuí
Desdichado en las verdades
Con que tu pecho ofendí,
Por estar tan ocupado
De aquel Prado que has perdido,
Pues de doña Blanca es prado
Donde apacienta tu olvido,
Que es del ausencia el ganado;
Agora, Nise divina,
A mis desdichas te inclina.
NISE.
Nunca vienes para ménos.
SILVERIO.
Vuelve esos ojos serenos.
NISE.
Ya tu enfado desatina.
SILVERIO.
¿Qué esperanza te entretiene,
Cuando Nuño está casado?
NISE.
¿Casado!
SILVERIO.
Lucindo viene
De la Corte, y me ha contado
Que á Blanca por dueño tiene.
NISE.
¡Nuño casado!
SILVERIO.
Yo digo
Lo que pienso que tú sabes.
NISE.
¡Que te has casado, enemigo!
SILVERIO.
No lloreis, ojos suaves;
Que usais gran rigor conmigo.
¿No es mejor que os desquiteis,
Y á quien os deja dejeis,
Y á quien os quiere querais?
Sin esperanza regais
Prado que tan seco veis.
Ya del ausencia el rigor
Todas sus flores arranca:
La primavera de amor
Traspuso en ella flor blanca,
Donde estaba vuestra flor.
Y debiérades saber,
Ojos, este desengaño,
Despues que mudó su ser;
Que serlo vos era engaño,
Siendo desigual mujer.
Nuño es un gran caballero,
Vos humilde labradora:
¿Qué esperais?
NISE.
Mi muerte espero.
SILVERIO.
Vengaros podeis, Señora.
NISE.
¿Cómo?
SILVERIO.
Decíroslo quiero.
Si el Rey á Nuño ha forzado,
Forzad vuestra voluntad;
Dejad quien os ha dejado,
Lo que aborreceis amad,
Trocad á una selva el prado.
Silverio soy, que os adora.
NISE.
Por consuelo ó por venganza,
Te quiero, Silverio, agora.
SILVERIO.
¡Albricias, muerta esperanza!
¿Hablais de veras, Señora?
NISE.
Tanto vengarme deseo,
Que por ver si doy pesar
A Nuño (como lo creo),
Hoy me tengo de casar.
SILVERIO.
Tan presto llevarme veo
Desde mi desconfianza,
Que es infierno de rigor,
Al cielo desa esperanza,
Que me enloqueciera amor,
Si fuera amor sin venganza.
Mas como quiera que sea,
Esta mano en vos se emplea.
NISE.
Y yo esta mia te doy,
Prenda de que tuya soy.
(*Dánselas.*)

ESCENA III.

NUÑO, *de labrador*.—NISE, SILVERIO.

NUÑO.
(*Ap.* ¿Quién habrá que aquesto crea!
Mas ¿qué loca confianza
No lo pudiera creer,
Ni ménos quien más alcanza,
Siendo el ausencia mujer,
Y las mujeres mudanza!)
Nise...
NISE.
¡Válganme los cielos!
NUÑO.
Nuño soy; que estos recelos
Me han traido á tu presencia.
Si engendra olvido el ausencia,
¿Qué ausente vive sin celos?
NISE.
¿Cómo el hábito has dejado,
Y, con Blanca desposado,
Vuelves villano al aldea?
NUÑO.
¿Qué dichoso hay que no sea
Por envidia desdichado!
Mas ¡yo casado, que á ti
La mano y palabra dí,
Que á un tosco villano das!
SILVERIO. (*Ap.*)
Si yo aguardo á lo demas,
Nuño me da muerte aquí;
Que dicen que allá en la guerra
Cortó más cuellos de moros
Que encinas tiene esta sierra.
NUÑO.
Nise, todos los tesoros
Que Alfonso en el mundo encierra,
No me pudieran mudar;
Mas tú, que en ausencia mia,
Sin rey, sin oro, sin dar
A la fuerza, á la porfía
Y á la privanza lugar,
Te casas con un villano,
¿Qué disculpa das?
NISE.
Creer

Que diste á Blanca la mano;
Que es todo pecho en mujer
Para vengarse inhumano.

NUÑO.

¿Quién te lo dijo?

NISE.

Silverio.

NUÑO.

¡Oh villano!

SILVERIO. (*Ap.*)

¡Cielo santo,
Valedme! (*Huye.*)

NUÑO. (*Siguiéndole.*)

Si al negro imperio
De los que en eterno llanto
Lamentan su cautiverio
Bajaras, ó te subieras
A las más altas esferas,
No te escaparas de mí. (*Vase.*)

NISE.

¡Ay triste! engañada fuí.
Amor es todo quimeras.
La sierra arriba camina...
Piedras le tira... él le mata.

ESCENA IV.

BATO, LUCINDO.—NISE.

BATO.

¿Marcia en fin te desatina?

LUCINDO.

Y cuanto peor me trata,
Más á adorarla me inclina.

BATO.

Aquí está Nise.

NISE.

Quisiera
Que ántes de los dos alguno
Venido á la fuente hubiera.

LUCINDO.

¿Cómo?

NISE.

Silverio importuno,
Para que amor le tuviera,
Me dijo que era casado
Con Blanca Nuño de Prado,
Y que tú se lo dijiste.

LUCINDO.

Miente, ¡por Dios!

NISE.

Mas ¡ay triste!
Que Nuño, disimulado
En el traje que solia,
Me halló, dandole la mano,
Porque vengarme queria,
Y va tras él.

BATO.

Ya es en vano
Querer seguir su porfía.

LUCINDO.

Pues ¿tan presto á tu venganza
Diste lugar!

NISE.

Soy mujer.

LUCINDO.

¡Qué presto disculpa alcanza!

BATO.

Con esto suelen hacer
A cualquiera son mudanza.

ESCENA V.

DON SANCHO, MENDO.—NISE, LUCINDO, BATO.

DON SANCHO.

Otra vez, Mendo, os dije en este prado
Que á un labrador, á un Nuño me enseñásedes;
Y agora á esta gallarda labradora.

MENDO.

Si os llevais, mi señor, de aquesa suerte
Los vecinos de Flor, en pocos dias
Se pasará á la Corte nuestra aldea.
Aquella es Nise.

DON SANCHO.

Y por extremo hermosa.—
Esteis mil veces, Nise, enhorabuena.
Dadme esas manos, y venid conmigo;
Que os llama el Rey.

NISE.

Como mirais villanos,
Con su ignorancia no buscastes prólogos.
¡Que enhorabuena esté y que el Rey me llama!

DON SANCHO.

A vos os miro yo como á señora,
Tanto, que sois de Alfonso prima hermana.
La priesa es grande, y esta fué la causa
De no buscaros prólogos ni arengas.

BATO.

¡Nise prima del Rey!

NISE.

¡Qué es esto, cielos!

DON SANCHO.

Por no poder pasar aqueste arroyo,
Cuya pequeña puente es tan estrecha,
Queda entre aquellos sauces la carroza
Con la gente que viene á acompañaros.
Suplícoos que no espere el Rey.

NISE.

Ni es justo.
(*Ap.* ¡Hay ventura tan grande! ¡Ay Nuño mio!
Hoy sí que soy tu igual. Hoy te merezco,
Hoy te quito del pecho á doña Blanca;
Quiérome ir, porque al venir le digan
Que ya en palacio estoy, y que le igualo.)
Vamos, Señor.

DON SANCHO.

Por esta parte iremos,
Porque mejor en la carroza entremos.
(*Vanse don Sancho y Nise.*)

ESCENA VI.

LUCINDO, MENDO, BATO.

LUCINDO.

¿Qué te parece?

BATO.

No sé;
Mendo lo sabrá mejor.

MENDO.

¡Buena nos dejan á Flor,
Si Nise agora se fué!

BATO.

Calla; que áun tengo esperanza
Que han de volver por los tres.

LUCINDO.

Si tales mudanzas ves,
Espera alguna mudanza.

BATO.

Yo ¿qué puedo ser del Rey?

LUCINDO.

Pariente tambien serás.

BATO.

¡Pariente!

MENDO.

¿Es poco?

BATO.

¿No más?

LUCINDO.

No dijera más un buey.

BATO.

Parientes todos lo son.

LUCINDO.

¿Del Rey? ¿por quién?

BATO.

Por Adan.

MENDO.

Ved ¡qué volando que van!

BATO.

No importa: que habrá ocasion
En que vuelvan por nosotros,
Aunque no tengo pensado
Qué seré del Rey, ni he dado
En lo que seréis vosotros.
¿Seré yo su tio?

LUCINDO.

No.

BATO.

¿No tengo cara de tio?
¿Su padre?

LUCINDO.

¡Qué desvarío!

BATO.

Pero soy más mozo yo.
¿Seré su nieto?

LUCINDO.

Tampoco.

BATO.

Chozno del Rey vengo á ser.
Si se tardan en volver,
Pienso que me torno loco.

ESCENA VII.

NUÑO.—DICHOS.

NUÑO.

¡Que no le pude alcanzar
Ni con piedras ni con piés!

MENDO.

¿Es Nuño?

BATO.

Pues ¿no lo ves?

MENDO.

¡Nuño en aqueste lugar!

NUÑO.

Esteis todos en buen hora.

MENDO.

¿Dónde bueno, caballero,
En el hábito primero?

NUÑO.

¿No estaba Nise aquí agora?

BATO.

Nise estaba agora aquí;
Mas dame albricias, diré
Adónde fué y con quién fué.

NUÑO.

¿Qué albricias, triste de mí?
Ya no espero buen suceso.

BATO.

¿Es malo ser del Rey.....

NUÑO.

¿Qué?

BATO.
Prima?
NUÑO.
¡Prima!
BATO.
Sí, á la he.
NUÑO.
¿Qué dices, que pierdo el seso?
LUCINDO.
Luego ¿puede estarte mal,
Si eres tú tan gran señor,
Que se iguale á tu valor?
NUÑO.
Antes ya no soy igual;
Que sabed que el Rey me ha echado
De su corte.
BATO.
Pues allá
En una carroza va
Nise.
NUÑO.
¡Ay Nuño desdichado!
MENDO.
La envidia, Nuño, sería
Quien te derribó tan presto.
NUÑO.
Ella fué la que me ha puesto
En el lugar que solía.
Pero ¿quién decis llevó
Mi bella Nise de aquí?
MENDO.
Don Sancho.
NUÑO.
¡Don Sancho!
MENDO.
Sí,
Porque el Rey se lo mandó.
NUÑO.
Tenga en eso la ventura
Que yo tuve, porque vuelva
Nise como yo á esta selva,
Ya infierno sin su hermosura.
BATO.
¿Que ya no eres caballero,
Ni aquellas calzas te pones,
La cuera con los botones
Y el emplumado sombrero?
¡Válate Dios por el mundo!
Parece comedia todo.
NUÑO.
Sí, porque del propio modo
Es este el acto segundo.
Vestíme de Rey, y al lado
De un Rey el acto acabé,
Y á ser labrador torné
Con el gaban y el arado.
Mas ¿qué haré, triste de mí,
Sin Nise en este destierro?
Subir quiero en aquel cerro,
Y mirarla desde allí. —
Nise, que á la Corte vas
Cuando de la Corte vengo,
Y cuando este gaban tengo
Al lado de un Rey estás,
Mira que no me casé:
No te cases tú tampoco:
Advierte que el mundo es loco,
Y no es hoy lo que ayer fué.
Espera, Nise, por Dios;
Que podrá ser que mañana
Tú vuelvas á ser villana,
Y nos casemos los dos. (*Vase.*)
MENDO.
Lástima, Nuño, me ha dado.
BATO.
Ya no quiero ser pariente
Del Rey, pues tan libremente
Echa parientes á un lado.
LUCINDO.
Seguirle es muy justa ley,
No se mate.
MENDO.
Está perdido.
BATO.
¡Mira por dónde he venido
A no ser chozno del Rey!
(*Vanse.*)

—

Sala en el Alcázar.

ESCENA VIII.

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.
En fin, ¿me estará más bien
Hacer favor á Tristan?
DOÑA JIMENA.
Arias es gran capitan,
Arias es noble tambien;
Pero el apellido Godo
De Tristan y la blandura
De su trato, y compostura
Que muestra en hablar y en todo,
Me obligan á que te diga
Que es más perfeta eleccion.
DOÑA BLANCA.
Aun tengo á Nuño aficion.
DOÑA JIMENA.
Si la memoria te obliga
De imaginalle galan,
Mírale ya labrador,
Y cura amor con amor,
O pon su amor en Tristan.

ESCENA IX.

DON ARIAS, TRISTAN, *sin ver á* LAS DAMAS.—DICHAS.

TRISTAN.
Adonde hay obligaciones
Tan grandes y confirmadas
Con obras, sirvan de espadas,
Arias Bustos, las razones;
Porque si yo parte os di
De mi pensamiento y gusto,
Alzaros con él no es justo.
DOÑA BLANCA. (*Ap. á doña Jimena.*)
¿Mas que riñen sobre mí?
DON ARIAS. (*Ap. á Tristan.*)
¿Qué importa haberme propuesto
Que á Nise ó á Inés quereis,
Despues que del Rey sabeis
El lugar donde la ha puesto?
TRISTAN.
Si cuando vos me contais
Vuestro intento ó desvarío,
Yo os iba á decir el mio,
Mal, don Arias, me pagais
Cosas que he hecho por vos;
Y suplícoos que de Inés (*Ap. á don Arias.*)
No tomeis por interes
El servirla; que, por Dios,
Que puede ser ocasion
De descomponerlo todo.
DON ARIAS.
Yo soy Bustos.
TRISTAN.
Yo soy Godo.
DOÑA JIMENA. (*Ap. á doña Blanca.*)
¿No gustas de la quistion?
DOÑA BLANCA.
Pues ¿hay cosa como ver
Reñir dos competidores
Quien causa sus disfavores?
DON ARIAS. (*Ap. á Tristan.*)
Doña Inés es mi mujer.
TRISTAN.
¡Cómo, si al Rey la he pedido!
DON ARIAS.
Yo se la he pedido al Rey.
TRISTAN.
¡Qué buena amistad!
DON ARIAS.
¡Qué ley!
DOÑA BLANCA. (*Ap.*)
¡Buenos los pone mi olvido!
TRISTAN. (*Ap. á don Arias.*)
Palabra me habeis de dar
De no pretender á Nise.
DON ARIAS.
Eso es querer que os avise
Que no la habeis de mirar,
Porque soy mejor que vos.
TRISTAN.
Mentís.
DON ARIAS.
Si la lengua agravia,
El acero desagravia.
DOÑA JIMENA.
Teneos.
DOÑA BLANCA.
Tente, por Dios.
TRISTAN.
A no estar aquí la hermana
Del Rey...
DON ARIAS.
Si Blanca no fuera
Quien me tuviera, aquí diera
Fin á tu esperanza vana.
DOÑA BLANCA.
Arias, con ménos braveza;
Que fuera de ser aquí,
Me pesa de que por mí
Se muestre tanta fiereza.
¿Cuándo os he favorecido
Tanto, que pueda el favor
Obligaros al rigor
Que habeis con Tristan tenido?
Y vos, Tristan, ¿qué razon
Teneis tan favorecida
De mi parte, si en mi vida
Os tuve amor ni aficion?
¿Quién duda que ya los dos
Del favor de que os preciais
Que os he hecho, os alabais?
DON ARIAS.
¡Muy bueno es esto, por Dios!
¿Quién te ha dicho, Blanca, á tí
Que por tí saqué la espada?
TRISTAN.
Blanca, tú estás engañada.
DOÑA BLANCA.
Pues ¿no es la cuestion por mí?
TRISTAN.
No, sino por doña Inés,
Prima del Rey, labradora,
Que traen del monte agora.
DOÑA BLANCA.
¿No es por mí?
DON ARIAS.
Por ella es.
DOÑA JIMENA.
¡Qué fria, Blanca, has quedado!
Ver reñir competidores
Es gran gusto.

DOÑA BLANCA.

Ya, señores,
Que aquí os habeis declarado,
En vuestra vida me hableis.
(*Ap.* Si mil galanes buscara,
Esta Inés me los quitara.)

DOÑA JIMENA.

Amigos quedar teneis.

TRISTAN.

¿Cómo, si estoy ofendido!

DOÑA JIMENA.

En palacio no hay, Tristan,
Agravio, ni en el galan
Que esto hubiera respondido.
Yo lo mando: dad la mano
A don Arias.

DOÑA BLANCA.

El Rey sale.

ESCENA X.

DON ALFONSO, NISE, DON SANCHO. — DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, DON ARIAS, TRISTAN.

DON ALFONSO.

No hay belleza que la iguale.
—Dejad el traje villano,
Prima, y el Nise tambien.
De hoy más, Inés os llamad.

NISE.

Las manos, Señor, me dad.

DON ALFONSO.

Jimena, haced que la dén
Vestidos á vuestra prima,
Conformes á su valor.

DOÑA JIMENA.

Debeis, Señora, á mi amor
El gusto con que os estima.

NISE.

Hállome tan atajada,
Como quien fué labradora.

DON SANCHO.

Y há tan poco que es señora,
Que áun piensa que está engañada.

NISE.

Suplícoos me deis los piés.

DOÑA JIMENA.

Dejad, prima, la humildad.
A doña Blanca abrazad,
Que muy vuestra deuda es.

NISE.

Dadme, Señora, esos brazos,
Y por vuestra me tened.

DOÑA BLANCA.

Haceisme mucha merced.
(*Ap.* ¡Quién os hiciera pedazos!)

DON ALFONSO.

Contento en extremo estoy
Del valor de doña Inés.

DON ARIAS. (*Ap.*)

Aunque esta ocasion no es
Para hablarle, á hablarle voy.

TRISTAN. (*Ap.*)

Puesto que ocasion no sea
De hablar al Rey, quiero hablalle.

DON ARIAS. (*Ap.*)

La mano quiero ganalle,
Que éste ganarme desea.

TRISTAN. (*Ap.*)

Ganaréle por la mano.
Cielos, mis intentos veis.

DON ARIAS.

Señor...

TRISTAN.

Señor...

DON ALFONSO.

¿Qué quereis?

DON ARIAS. (*Ap.*)

Tarde llego.

TRISTAN. (*Ap.*)

Llego en vano.

DON ARIAS.

Óigame tu Señoría.

TRISTAN.

Señor, escucha, por Dios.

DON ALFONSO.

¿Quién os ha dicho que á dos
A un tiempo escuchar podia?

DON ARIAS.

Señor, si yo te te he servido.....

TRISTAN.

Señor, si yo te he obligado.....

DON ALFONSO.

Supuesto que Dios me ha dado
A cada lado un oido,
No sé si podré entender
Dos razones diferentes.

DON ARIAS.

Por haber tantos presentes,
Que envidia me han de tener,
Me anticipo á suplicarte.....

TRISTAN.

Señor, lo que yo te pido
Es que habiéndote servido
En la guerra, en cualquier parte,
Con mis vasallos y hacienda,
Que me has mandado acudir.....

DON ALFONSO.

Yo bien sé que os puedo oir;
Mas no sé cómo os entienda.

DON ARIAS.

Señor, mi demanda es
Que con doña Inés me cases.

TRISTAN.

Yo querría que empleases
En mi casa á doña Inés.

DON ALFONSO.

Arias, respondo que á tí
No puedo dártela agora,
Porque áun está labradora.
¿Entiéndeslo?

DON ARIAS.

Señor, sí.

DON ALFONSO.

Y á tí, Tristan, que es rigor
Casarla sin descansar.
Despues nos queda lugar.
¿Entiéndeslo?

TRISTAN.

Sí, Señor.

DON ARIAS. (*Ap.*)

¡Qué mal el Rey me ha pagado!

TRISTAN. (*Ap.*)

¡Qué mal el Rey me pagó!

DON ALFONSO.

(*Ap.* ¡Qué necio Tristan me habló!
Y don Arias ¡qué pesado!)
Lleva á mi prima, Jimena,
A descansar y mudar
El traje. (*Vase.*)

DON SANCHO. (*Ap. á doña Jimena.*)

¿Que no hay lugar
Para decirte mi pena!

DOÑA JIMENA.

(*Ap. á don Sancho.* Con ocasion de [traer
A doña Inés un recado,
Me hablarás.) Ven á mi estrado;
Que te quiero componer. (*A Nise.*)

NISE.

Son favores soberanos;
Que compuesta de vos hoy,
Bien podré decir que soy
Hechura de vuestras manos.

(*Vanse doña Jimena, Nise y don Sancho.*)

DOÑA BLANCA. (*Ap.*)

Mis celos y envidia crecen!
Todo lo lleva tras sí. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON ARIAS, TRISTAN.

TRISTAN.

Basta, que pierdo por tí
Los favores que me ofrecen;
Basta, que siendo tu amigo,
A ser mi enemigo sales.

DON ARIAS.

En ocasiones iguales
Tú quieres ser mi enemigo.
Mas, por Dios, que ha de costarte
La vida la pretension.

TRISTAN.

Dijérasme esa razon,
Don Arias, en otra parte.

DON ARIAS.

¿No me conoces?

TRISTAN.

Y á mí,
¿Conócesme?

DON ARIAS.

Doña Inés
Ha de ser mia.

TRISTAN.

Eso es
Si el Rey te la diere á tí.

DON ARIAS.

Hoy quedamos enemigos,
Y de Inés competidores.

TRISTAN.

No hay enemigos mayores
Que los que fueron amigos.

(*Vanse.*)

—

Patio del Alcázar.

ESCENA XII.

NUÑO, BATO.

BATO.

¿Adónde vas sin sentido,
Que hasta Leon no has parado?

NUÑO.

Desde que dejé el ganado,
Voy perdido.

BATO.

Y ¡qué perdido!
Mira que han de conocerte;
Que á palacio llegas ya.

NUÑO.

Bato, el que sin seso va,
¿Cómo temerá la muerte?

BATO.

Habiéndote desterrado
El Rey, ¡te vuelves aquí!

NUÑO.

Oye un pensamiento.

BATO.

Di.

NUÑO.

Alfonso ¿no me ha mandado
Volver á mi tierra?

BATO.

Pues...

NUÑO.

La tierra ¿no es el lugar
Donde se ha de descansar,
Que la propia el centro es?

BATO.

Eso claro está.

NUÑO.

Pues yo
A Nise por centro tengo.
Si él la tiene aquí, yo vengo
A hacer lo que él me mandó.
Mi tierra y descanso es Nise:
Yo vengo adonde ella está.

BATO.

¿No ves que no es tierra ya
Para que nadie la pise?
Pisa ya alfombras de seda
Y almohadas de brocado.

NUÑO.

Pues pise á Nuño de Prado,
Que tan agostado queda. —
Nise mia, Nise hermosa,
Tus ojos, del prado ausentes,
Hacen crecer á sus fuentes
La creciente caudalosa.
Vuelve, Señora, á tu prado,
Adonde tantos amores
Harán esmaltes y flores
A tu blanco pié nevado.
Cuando yo fui caballero,
No te dejé por villana:
Cuando tú eres cortesana,
No me dejes por grosero.

BATO.

Vete, don Nuño, despacio;
La muerte buscando vas,
Pues que tales voces das
Por los patios de palacio.
En que te escuchen repara.

NUÑO.

Nise mia, vuelve á ver
Estas lágrimas correr,
Que están bañando mi cara.
Caballero, te estimé,
Y yo creo que lo soy:
Así por envidia estoy;
Que no por mi culpa fué.
Nise bellísima, advierte
Que fuiste ayer labradora;
Y si me dejas agora,
Nuño se dará la muerte.
Mármoles, doleos de mí,
Pues que Nise no responde. —
Pero si el Rey me la esconde,
¿Para qué la culpo así?

BATO.

Subir á los corredores
Es locura temeraria.

NUÑO.

Cuando es la vida contraria,
No hay respeto ni hay temores.
Dulce Nise, Nise mia,
¿Quién os trajo entre los Reyes,
De entre las cabras y bueyes
Que Nuño guardar solia?
Fuera de tu centro estás:
No dures en esta ausencia;
Mira, mi bien, que es violencia.

BATO.

¡Nuño!...

NUÑO.

Adios.

BATO.

Terrible estás.

ESCENA XIII.

FERNAN NUÑEZ, DON ARIAS, TRISTAN. — NUÑO, BATO.

FERNAN NUÑEZ.

Entre amigos tan grandes no era justo
Querer averiguar con las espadas
Lo que es razon que con razones sea.

DON ARIAS.

Tú seas, Fernan Nuñez, bien venido:
Que como á caballero castellano
Y embajador del Conde de Castilla,
Yo te respeto como al mismo Conde,
Y paso por el medio que has tomado.

TRISTAN.

Luego que tú, Fernando, compusiste
Con estas suertes nuestro injusto plei- [to,
Te obedecí: prosigue en lo que falta.

FERNAN NUÑEZ.

Yo he puesto de mi letra vuestros nom- [bres
En aquestas dos cédulas, y agora
Las deposito y pongo en el sombrero.
Aquí dice *Tristan*, aquí don *Arias*.
El primer inocente que se ofrezca,
O paje ó niño, meterá la mano;
Si sacare *don Arias*, suya sea
La Nise ó doña Inés; si *Tristan* dice,
Que sea de Tristan.

DON ARIAS.

Allí sospecho
Que están unos villanos, y esos bastan.

FERNAN NUÑEZ.

Pues no se ha de quitar de aquí ninguno.

DON ARIAS.

No te replico en nada.

TRISTAN.

Aquí te espero.

FERNAN NUÑEZ.

Diré verdad, á fe de caballero.

(*Llega á Nuño.*)

Esteis en buen hora, amigos.

NUÑO.

Vengais en mejor que estoy.

FERNAN NUÑEZ.

Sabed que á componer voy
A dos grandes enemigos.
Pretenden aquellos dos
Una dama hasta matarse,
Sobre cuál ha de emplearse
En servilla.

NUÑO.

¡Bien, por Dios!

FERNAN NUÑEZ.

Traigo los nombres aquí,
Y el de la dama.

NUÑO.

¿Quién es?

FERNAN NUÑEZ.

Una Nise ó doña Inés.
Poco os va á vos.

NUÑO.

¡Poco á mí!

FERNAN NUÑEZ.

Meted, buen hombre, la mano;
Que el que acertare á salir,
Por mujer la ha de pedir.
(*Ap.* ¡Qué inocente es el villano!)

NUÑO.

¿Sois de aquí vos?

FERNAN NUÑEZ.

Soy, buen hombre,
Embajador de Castilla.
(*Ap.* ¡Qué inocencia tan sencilla!)
Y es Fernan Nuñez mi nombre.
Para el Conde, mi señor,
Vengo á pedir de Jimena
La prima hermana.

NUÑO.

(*Ap.* ¡Qué pena
Tiene algun hombre mayor!)
Meto la mano.

FERNAN NUÑEZ.

Mostrad.

NUÑO.

Yo sé leer.

FERNAN NUÑEZ.

¿Vos!

NUÑO.

Yo, pues.
Aquí dice *doña Inés*.

FERNAN NUÑEZ.

Pues, alto, el nombre sacad
Del que ha de ser su marido.

NUÑO.

Eso, ya no hay para qué,
Porque el nombre yo le sé
Del que ha de serlo y lo ha sido;
Y decildes á los dos
Que ¿para qué es pretender
A quien es de otro mujer?

FERNAN NUÑEZ.

¿Qué decís?

NUÑO.

Esto, por Dios:
Mas si se les ha olvidado,
Decid, Fernan Nuñez, que es
La señora doña Inés
Mujer de Nuño de Prado;
Y que con este baston,
Aunque ya espada ceñí,
Defenderé que es así.

FERNAN NUÑEZ.

Puesto me has en confusion.
¿Quién es don Nuño?

NUÑO.

Yo soy.

FERNAN NUÑEZ.

Llegaos, señores, acá.
La suerte ha salido ya.

DON ARIAS.

Y ¿por quién?

NUÑO. (*Ap.*)

¡Confuso estoy!

FERNAN NUÑEZ.

Salió por Nuño de Prado,
Que es el que teneis presente.

DON ARIAS.

¿Tú vienes tan libremente,
Habiéndote desterrado,
Hasta el palacio real!

NUÑO.

Vengo en busca de una oveja
Que en su nevada pelleja
Tiene mi roja señal.
Sé que hay dos lobos aquí
Que me la quieren comer,
Y véngola á defender.

TRISTAN.

Loco está.

DON ARIAS.

Pienso que sí.

TRISTAN. (*Ap. á don Arias.*)

Déjale; que es hombre fuerte,
Celoso y determinado.

DON ARIAS.
Él viene desesperado,
Y sin temor de la muerte.
Al Rey demos cuenta desto.

FERNAN NUÑEZ.
Decidme lo que es.

TRISTAN.
Entrad,
Y lo sabréis.

BATO.
Ya es crueldad,
Nuño, hablar tan descompuesto.

NUÑO.
¡Ay Bato! ¡Pluguiera á Dios
Que estos viles no se fueran,
Sino que ocasion me dieran
Para matar á los dos!
¿Ves cuál se van los gallinas,
Tan encogidas las alas?

BATO.
¿Mas que te entras por las salas?
¿Adónde, Nuño, caminas?
(*Vanse.*)

—

Sala en el Real Alcázar.

ESCENA XIV.

NUÑO, BATO, UN PORTERO.

NUÑO.
Déjame llamar aquí.

PORTERO.
Labradores, ¿dónde vais?

NUÑO.
¿Sois quien abrís ó cerrais
Ésta puerta?

PORTERO.
Hermano, sí.

NUÑO.
Pues decid, señor portero,
A Nise ó á doña Inés
(Si ya este nombre no es
Bueno por ser el primero)
Que dos villanos de Flor,
El aldea á do vivia,
Cuando el prado honrar solia
A quien tuvo tanto amor,
La traen cierto presente.

PORTERO.
Por ser cosa tan segura,
Voy.

NUÑO.
El cielo os dé ventura,
Y la vida y honra aumente.
(*Vase el Portero.*)

BATO.
¿Qué haces?

NUÑO.
Ya ¿no lo ves?
Intento cosas de loco.

BATO.
La vida tienes en poco.
¡Tú hablar á doña Inés!

NUÑO.
A doña Inés quiero hablar,
Y en hablándola morir.

BATO.
Pues ella ¿podrá salir?

NUÑO.
Mi nombre la hará lugar.

ESCENA XV.

EL PORTERO, NISE.—NUÑO, BATO.

NISE. (*Al Portero.*)
¿Villanos de Flor á mí!

NUÑO.
Sí; que ya somos villanos
Como otros son cortesanos.

NISE.
Señor, ¡tú llegas aquí!

NUÑO.
¿Dónde no podrá llegar
Un hombre desesperado?
¿Qué palacio, qué sagrado
No se atreviera á pisar?

NISE. (*Ap. á Nuño.*)
Detente por Dios, mi bien:
Mira que te escucha este hombre.

NUÑO.
(*Ap. á Nise.* Yo sabré encubrir mi [nombre,
Y sabré morir tambien.)
Díjome Nuño de Prado
Que las manos os besaba,
Y que allá muy triste estaba
Despues que le habeis dejado.
Y á la fe tiene razon,
Porque ya con tanta seda
No habrá labrador que pueda
Teneros conversacion.
Juróme á vos (y lo creo,
Porque en juraros á vos,
No hay cosa despues de Dios
Que estime con más deseo)
Que se queria morir,
Y lo andaba procurando.

NISE.
Yo, amigo, estoy deseando
Que pueda Nuño vivir.

NUÑO.
¡Vos!

NISE.
Yo pues.

NUÑO.
¡Mal me haga Dios
Si no mentís!

NISE.
Calla, amigo.

NUÑO.
Verdades, Señora, os digo;
Porque ya ¿qué podeis vos?
Él villano, vos señora,
Él desterrado, vos prima
Del Rey, él que desestima
La vida, vos viva agora,
El con grosero vestido,
Vos cubierta de oro y seda,
El, que sin vos muerto queda,
Vos que ya teneis marido,
¿Qué bien le podeis hacer,
Ni qué gusto desear?
Yo sé que le quiso dar
A Blanca el Rey por mujer,
Y la estimó en una blanca.
No lo haréis vos deste modo,
Pues que ya con Tristan Godo
Y Arias Bustos sois tan franca.
Mas, señora doña Inés,
¿Qué fuera de un hombre triste,
A no haber muerte?

NISE.
¿En qué viste
Que esa su firmeza es?

NUÑO.
En que á vos no os falta gusto
De verle entre tantas muertes,
Y en que los dos echan suertes
Sobre la capa del justo.

NISE.
Decilde á Nuño de Prado,
Temeroso mensajero,
Que aquello que quise quiero;
Que la mudanza de estado
No puede el alma mudar;
Y decid que pierda el miedo,
Porque ni casarme puedo,
Ni el Rey me puede casar.
Yo soy casada, y así
Le diréis que esté seguro
Que su libertad procuro,
Y le quiero más que á mí.

NUÑO.
No digais más; que eso basta
A darle vida, Señora.

NISE.
Llevadle este abrazo.

NUÑO.
Agora
La ausencia y muerte contrasta,
Los enemigos, y cuanto
Pueden celos en ausencia.

ESCENA XVI.

DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, DON ARIAS, TRISTAN, FERNAN NUÑEZ, DON SANCHO.—DICHOS.

DON ALFONSO.
Ha sido mucha insolencia:
De su libertad me espanto.
Prendelde.

DON ARIAS. (*A Nuño.*)
Date á prision.

DON ALFONSO.
Prended al que está con él.

BATO.
¡A mí, Señor!

NISE.
¡Qué cruel
Fortuna!

NUÑO.
Mis dichas son.

DON ALFONSO.
Nuño, ¿no te desterré?
Pues ¿cómo vienes aquí?

NUÑO.
Porque sin razon perdí
La gracia que en ti gané,
Porque pudieron traidores
Escurecer tu justicia.

DON ALFONSO.
Llevadle, y por su malicia,
Al tercero en sus amores.

BATO.
¡Yo tercero!

NUÑO.
En Dios espero
Venganza.

BATO.
Y ¿me han de azotar?
(*Llévanse don Arias y el Portero á Nuño y Bato.*)

ESCENA XVII.

DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, NISE, DON SANCHO, FERNAN GONZALEZ, TRISTAN.

DON ALFONSO.
Bien pudieras excusar,
Inés, que un villano fiero,

Un desleal, se atreviera
A mi casa.

NISE.

No sabia
Su destierro.

DON ALFONSO.

Hermana mia,
Mucho esta mujer altera
El sosiego de mi casa.
Casarla quiero.

DOÑA JIMENA.

Harás bien.

DON ALFONSO.

Aconséjame con quién.

DOÑA JIMENA.

Con Arias Bustos la casa.

DON ALFONSO.

Tristan...

TRISTAN.

Señor...

DON ALFONSO.

Llama luego
A don Arias, y hoy se case.

TRISTAN.

(*Ap.* ¿Cómo sufro que esto pase?
Hoy me pierdo loco y ciego.)
Señor, Arias no merece
A tu prima.

DON ALFONSO.

¿Por qué no?

TRISTAN.

Porque es traidor, y sé yo
Que al más indigno se ofrece.

DON ALFONSO.

¡Traidor Arias!

TRISTAN.

El ha sido
Quien á Nuño ha desterrado;
Que ningun hidalgo honrado
Con más lealtad te ha servido.

DON ALFONSO.

No me pudieras, Tristan,
Decir nueva de más gusto,
Si esto es cierto, y no es disgusto
Que envidia y celos te dan.
Mas don Arias viene aquí.
Retírate a aquella parte.

ESCENA XVIII.

DON ARIAS. — DICHOS.

DON ARIAS.

Ya queda preso.

DON ALFONSO.

Aquí aparte
Quiero informarme de ti.

DON ARIAS.

¿De qué, Señor?

DON ALFONSO.

Yo querria
Dar á mi prima á Tristan;
Pero parlado me han
(Creo que envidia sería)
Que don Nuño está inocente,
Y que Tristan levantó
Aquel testimonio, y yo
Le he hablado, y dice que miente
Quien me lo ha dicho y contado;
Que tú fuiste.

DON ARIAS.

Gran Señor,
El miente, como el amor
De doña Inés le ha engañado;
Que no solo levantó
A don Nuño que escribia
A Muza, pero aquel dia
Al preso Ordoño mató.

DON ALFONSO.

Pues tú ¿cómo sabes eso,
Si no es que fuiste con él?

DON ARIAS.

Yo lo supe despues del
Por un extraño suceso.

DON ALFONSO.

Jimena...

DOÑA JIMENA.

Señor...

DON ALFONSO. (*Ap. á doña Jimena.*)

¿No sabes
Como está Nuño inocente?

DOÑA JIMENA.

¡Válgame el cielo!

DON ALFONSO.

Detente;
Que estas cosas son muy graves.
Arias y Tristan lo han hecho
De envidia.

ESCENA XIX.

MENDO.—DICHOS.

MENDO.

Tengo de entrar,
Aunque no me dén lugar.

DON ALFONSO.

(*Ap.* Mayores males sospecho.)
¿Qué quieres, hombre, di?

MENDO.

Quiero
Por Nuño hablarte, Señor,
Aunque tan vil labrador,
Por tan grande caballero.

DON ALFONSO.

¡Por Nuño!

MENDO.

Impórtate mucho,
Y á él la vida le importa.

DON ALFONSO.

De prevenciones acorta.

MENDO.

Escucha un poco.

DON ALFONSO.

Ya escucho.

MENDO.

El Rey Fruela, tu padre,
Andando una tarde á caza,
En Flor, mi pequeña aldea,
Vió a una gallarda aldeana
Que en el prado de los chopos
Junto á un arroyo guardaba
Blancas ánades, que hacian
Sus aguas copos de plata.
Apeóse del caballo,
Y antes que la luna blanca
Saliese a ilustrar la noche,
Con ruegos y con palabras
Rindió su inocente pecho,
Tanto que al salir el alba,
De vergüenza de Ramira,
Mostró más roja la cara.
Volvióse el Rey á la Corte,
Y Ramira á su cabaña,
Dejándola aqueste anillo;
Mas la muerte, que no guarda
Respeto a coronas de oro
Mas que á sombreros de paja,
Llevóse á tu padre; el modo
Bien lo sabe toda España.
Parió Ramira, y temiendo
Que si contaba la causa
No habia de ser creida,
Quiso dilatar su infamia.
Echó el niño entre unos juncos,
Y con estas tristes ansias
Murió aquella misma noche,
Diciéndome esto en su cama.
Yo busqué el niño aquel dia,
Sin hallarle. ¡Cosa extraña!
Que al volverme, el gran Bermudo,
Siguiendo la retaguardia
De Muza, le halló en los juncos
Con el cuento de la lanza.
Diómele á criar allí,
Temiendo que le pesara
A tu padre de tenerle,
Aunque era Ramira hidalga;
Que su padre por los moros
Perdió su hacienda, y estaba
Retirado en esta aldea.
Dile del bautismo el agua
Al niño, y llaméle Nuño;
Que así Bermudo me manda.
Hízose mozo valiente,
A quien, cuando de Navarra
Veniste, te dió Bermudo,
Y tú á él nobleza y armas;
Que el sobrenombre de Prado
Justamente se lo llaman,
Porque en prado lo engendraron,
Y en prado fué su crianza.
Agora que le destierras
Por envidias de tu gracia,
Hablé á Bermudo, que queda
De gota enfermo en la cama.
Mandóme venir a ti
En tanto que él se levanta,
A decirte que á tu hermano
Poca justicia le guardas.

DON ALFONSO.

Conozco el real anillo,
Y tuviera á gran desgracia
El tomar por dos traidores
En su inocencia venganza.
Con aqueste labrador (*A don Sancho.*)
Ireis, señor de Saldaña,
Y traeréis de la prision
A don Nuño.

DON SANCHO.

Lo que mandas
Haré, Señor, al momento.
(*Vanse don Sancho y Mendo.*)

ESCENA XX.

DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, DON ARIAS, FERNAN NUÑEZ, NISE, TRISTAN.

DON ARIAS.

¡Hay más notable desgracia!

TRISTAN (*Ap.*)

¡Qué poco importan traiciones
Contra verdades tan claras!
¡Mal haya el hombre que en ellas
Fundare sus esperanzas!

DON ALFONSO.

Caballeros (aunque el nombre
De caballeros se agravia
Viéndose puesto en vosotros),
¿Qué pensamiento, qué traza
Para el fin que pretendistes
Era decir que intentaba
Don Nuño de darme muerte,
Siendo un hombre en quien se halla
Tanta nobleza y valor?
Que cuando no me informara
Mi tio que era mi sangre,
En sus virtudes lo hallara.
Para probar que era noble,
Sólo aquesto le faltaba;

Pues siempre á los que lo son
Les persigue gente ingrata.
Si el sentimiento teneis
Como teneis para él causa,
Para sentir tanta afrenta
Un alma sola no basta;
Mas yo juzgo de la vuestra
Que siente bien poco ó nada;
Que alma que consiente afrentas,
Sabrá bien disimularlas:
Y muestra bien mi verdad
Lo que miro en vuestras caras;
Pues la vergüenza del caso
No las ha puesto encarnadas.
Mas como á prueba de injurias
Las teneis hechas, no pasan
A ella muestras algunas
De las que fabrica el alma;
Fuera de que es sangre noble
Aquella con que repara
El corazon los afectos
De las otras partes flacas.
Como esta nobleza ya
En vosotros no se halla,
No me espanto que no acuda
Ninguna sangre á la cara.

ESCENA XXI.

NUÑO, DON SANCHO, MENDO, BATO.—Dichos.

NUÑO.

Decid: ¿qué me quiere el Rey?

DON SANCHO.

Daros libertad y gracias
Por vuestro valor, don Nuño.

NUÑO.

Señor Conde de Saldaña,
No tengo mucho valor;
Pero el que me anima el alma
Por mi razon volverá.

DON ALFONSO.

Nuño...

NUÑO.

Señor, ¿qué me mandas?

DON ALFONSO.

Que me dés aquesos brazos.

NUÑO.

Ya de lo que es justo pasas.
¡Hoy ponerme en la prision
Con tan crueles palabras,
Y agora tanto favor!
Yo no te entiendo.

DON ALFONSO.

Levanta;
Que yo hice informacion
Falsamente; que no faltan
Los Reyes á lo que son,
Sino por traidores.

NUÑO.

Basta.

DON ALFONSO.

Tú eres mi hermano, don Nuño,
Y sólo el serlo bastara
Para que yo no creyera
Traiciones tan declaradas.
Pero si dos caballeros
Como Tristan y don Arias
Me lo dijeron, ¿qué habia
De hacer?

NUÑO.

Disculpa es harta.
De que yo tu hermano sea
Doy al cielo muchas gracias;
Que en efecto es obra suya.
Más de lo que me imputaban,
No como á hijo de Rey,
Pues serlo no lo pensaban,
Sino como á un labrador
Favorecido en tu casa;
Antes de tratarme en ella
Como á quien soy, la venganza
De mis manos solamente
Pienso tomar, y alcanzada
La licencia que te pido,
Los desafío á que salgan;
Que yo solo á los dos juntos
Les mostraré que es su infamia
La mayor que en pechos de hombres
Ha publicado la fama.
Y no hago mucho en salir
Con los dos, pues solo basta
Un agraviado sin culpa
Contra diez, si diez le agravian;
Que la razon poderosa
Vence más que no las armas.
Y la que tengo me anima
Tanto, que si aquí se hallaran
Cuantos Vellidos [1] ha habido
Desde la traicion más alta,
Y los que tiene de haber,
Todos juntos los matara.
Ea, infames ofensores
De un hombre que os estimaba
Por sus amigos un tiempo,
Aunque en esto se engañaba;
Si lo que hablais con la lengua,
Lo defendeis con la espada,
Contra las cobardes vuestras
La mia se desenvaina;
Aunque pienso que es tan noble,
Que por no quedar manchada
Con la sangre de traidores,
No entrara en vuestras entrañas.
Pero cuando ella os perdone,
Mi cólera sola basta
Para matar dos cobardes.
¿Qué mirais? Desenvainaldas.

DON ALFONSO.

¡Ah don Nuño! ¿qué es aquesto?
¿Para qué mayor venganza
Que la confesion que han hecho?

NUÑO.

Rey Alfonso, esa no basta;
Que si para cualquier hombre
Es aquesa la ordinaria,
Soy hijo de Rey, y es justo
Que yo la tome más alta.

DON ALFONSO.

Sobre mí tomo tu honra.

NUÑO.

Pues con aquesa palabra
Reporto, Señor, mi enojo.

DON ALFONSO.

Otra ha de ser la venganza.

NUÑO.

Tan noble soy, que si están
Convencidos y declaran
Que les pesa de lo dicho,
Les remitiré su infamia.

DON ALFONSO.

Pues habránlo menester.
Y vos decid la embajada,
Embajador de Castilla.
Decidme lo que me manda
Su Conde y Señor.

FERNAN NUÑEZ.

Alfonso,
Esto pide, si te agrada.
Viendo que se ha de casar
Para tener sucesor,
Y que esto es fuerza en rigor,
Y no se ha de dilatar,
Por su mujer me mandó
Pedir la Blanca que estima.

DON ALFONSO.

Digo que es suya mi prima.

DOÑA BLANCA.

El favor estimo yo.

NISE.

Dadme, Señora, los piés
Por Condesa de Castilla.

DOÑA BLANCA.

Yo os doy la primera villa
En que entrare, doña Inés.

DON ALFONSO.

Eso de dar, á los Reyes
Toca: yo doy á mi hermano
A doña Inés; que es en vano
Poner á los gustos leyes.
Ellos se quieren, y es ley
Que ellos se gocen.

NUÑO.

Señor,
En don de tanto valor
Veo lo que puede un Rey.

DON ALFONSO.

Doy á estos dos labradores
Su aldea, y alrededor
Tres leguas; y pues en Flor
Se halló el prado destas flores,
En tí y en tus descendientes
Quedará el nombre de Prado.

BATO.

¡Pardios que el Rey es honrado,
Y trata bien sus parientes!
Todo es burla, todo es vano,
Aunque hayas guardado bueyes,
Sino andarte tras los Reyes;
Que al fin dan tarde ó temprano.

DON ALFONSO.

Los dos traidores le doy
A Nuño que los castigue.

DON ARIAS.

Si ya es razon que te obligue
El ver que á tus piés estoy,
Por don Tristan y por mí
Misericordia te pido.

NUÑO.

A Inés os doy; que ella ha sido
La piedad que vive en mí.

NISE.

Pues yo les doy el perdon.

TRISTAN.

España toda te alabe.

NUÑO.

Y aquí la comedia acabe
De *Los Prados de Leon.*

[1] La palabra *Vellido* está empleada aquí en lugar de *traidor:* Vellido Dolfos nació más de dos siglos despues.

MIRAD Á QUIÉN ALABAIS,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A LA SEÑORA DOÑA MARIA DE NOROÑA.

PARECE que el argumento desta comedia advierte y enseña *que miren cuidadosamente los que alaban á quién alaban*, porque de muchas maneras puede ser la alabanza sospechosa. Cuatro cosas suelen obligar á ella, que son las mismas que ciegan á la justicia: *lisonja*, *amor*, *obligacion* y *miedo*. Alabar por lisonja es de ánimos bajos; por amor, de poco cuerdos; por obligacion, de agradecidos; y por temor, de cautelosos : destas me toca á mí la que es más justa, pues por tantas causas debo alabar un sugeto tan digno, que para la menor de sus virtudes y gracias era pequeño un libro. Si por el claro nacimiento, ¿quién ignora en España la ilustrísima casa de los Noroñas, honra de Portugal y veneracion de Castilla? Si por las virtudes, que son la principal nobleza, ¿en quién resplandecen tantas? Si por los dotes de naturaleza y fortuna, en cosas tan conocidas lisonjean á los oidos los ojos, y ellos no hallan que pedir á la imaginacion: de suerte que no podrán comprenderme las demas sospechas que tienen las alabanzas, pues que mis deseos y obligaciones las fundan en tan justas causas y en el amor que debo al señor don Diego Jimenez de Vargas, caballero tan digno de merecer á Vuesamerced, que áun la misma envidia, alabándolos á los dos, no podrá decir, *Mirad á quién alabais*. Dios guarde á Vuesamerced como deseo.

LOPE DE VEGA CARPIO.

MIRAD Á QUIÉN ALABAIS.

PERSONAS.

EL REY DE NÁPOLES.
LA DUQUESA DE MILAN.
DOÑA BLANCA.
DON CÉSAR DE ÁVALOS.
CELIA, *hermana de don César.*
ROBERTO.
OTON.
OTAVIO.
FABIO.
CAMILO.
LUPERCIO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Nápoles, Milan y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en el Real palacio de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, OTON.

ROBERTO.
Que os diera tan alta empresa
Era justísima ley.

OTON.
Y ¿quién dijistes al Rey
Que fuése por la Duquesa?

ROBERTO.
Díjele que el Almirante
Don César de Ávalos.

OTON.
Yo
Escogiera el mismo.

ROBERTO.
Dió
Muestra de quien es, bastante.

OTON.
¿Partió gallardo?

ROBERTO.
En extremo,
Y llevando lo mejor
De Nápoles.

OTON.
¡Gran señor!

ROBERTO.
Deciros la causa temo
Por qué le propuse al Rey
En vuestra ausencia.

OTON.
No ha sido
Ley de amigo haber temido.

ROBERTO.
Pues cumpliré con la ley
Debida á tanta amistad.
A su hermana Celia adoro.

OTON.
Bien; pero el intento ignoro.

ROBERTO.
Si falta de la ciudad,
¿No podré asistir mejor
A su casa?

OTON.
Habrá lugar,
Si Celia os le quiere dar.

ROBERTO.
Sólo lugar pide amor,
Y con él ayuda luego
La fortuna al que se atreve.

OTON.
Alto pensamiento os mueve.

ROBERTO.
Tan alto voy como ciego.

OTON.
A dar una vuelta voy,
Como al fin recien venido.

ROBERTO.
Esto en vuestra ausencia ha sido
Lo más, de que parte os doy.
(*Vase Oton.*)

ESCENA II.

EL REY.—ROBERTO.

REY.
Roberto...

ROBERTO.
Señor...

REY.
Ya tarda
La Duquesa.

ROBERTO.
Ansi lo creo,
Porque le aumenta el deseo
La dilacion al que aguarda;
Y puédese amar sin ver
Cuando enamora la fama,
Digno efecto, que tal dama
Puede imaginada hacer.

REY.
Aunque la imaginacion
Suele pintar al deseo
Lo que no ha visto, y yo creo
Que sus efectos lo son,
No tiene fuerza conmigo,
Pues nunca la imaginé,
Ni por fama vista fué
La causa que adoro y sigo.
No pide mi pensamiento
Retratos á la pintora
Imaginacion, ni adora
La ley del merecimiento.
No quiero, formando ideas,
Lo no visto por lo visto:
Que lo que he visto conquisto,
Y hoy quiero que tú lo veas.
Enviar al Almirante
Don César por la Duquesa
De Milan, fué por la empresa
Que hoy sabrás; aunque te espante
Que allá me quiera casar,
Y acá quiera pretender;
Pues una cosa es querer,
Y otra cosa es desear.
Con la Duquesa me han dado
A Milan, y aquí mi amor
Le diera por un favor,
Siendo de amor conquistado.

ROBERTO.
¿Tiene el Almirante dama,
Que tú puedas desear
En su ausencia?

REY.
Si lugar
Pide para hablar quien ama,
Quien le estorba ya le ofreco,
Si está ausente.

ROBERTO.
Asi es verdad.

REY.
Engaño mi voluntad,
Pues ausente, el desden crece.

ROBERTO.
¡Dama de don César!

REY.
Mira
Qué prenda tiene en su casa.

ROBERTO.
¿Su hermana?

REY.
Su amor me abrasa.

ROBERTO.
Tu pensamiento me admira.
(*Ap.* ¡Cuán engañado le di
El consejo que pensaba
Que en mi favor se le daba,
Pues se le di contra mi!)

REY.
¿Qué sientes de esto?

ROBERTO.
No sé,
Pues dices que no has tenido
La dicha que has merecido
Por tanta firmeza y fe.

REY.
Despues que falta de aquí
Don César, tan mal me va,
Que más desdeñosa está.

ROBERTO.
Pues ¿á tí te trata ansi!

REY.
A mí, Roberto.

ROBERTO.
¡Notable
Mujer!

REY.
Esto del valor
No permite que de amor
Sin el casamiento hable
Dama en Nápoles: yo creo
Que el venir ya la Duquesa
Es causa.

ROBERTO.
¿De eso te pesa?

REY.
Así lo dice el deseo.

ROBERTO. (*Ap.*)
¡Buenas mis desdichas van!
¿Qué hará por mí, si desprecia
Un Rey? Pero fuera necia,
Siendo el Rey sólo galan,
Y aspirando á ser marido[1].

ESCENA III.

OTON. — EL REY, ROBERTO.

OTON.
Con buenas nuevas te beso
Los piés.

REY.
Oton, yo confieso
Que el verte las ha traido.
Pero ¿son nuevas de España?

OTON.
De Milan me las ha dado
Don César, que ya ha llegado.

REY.
El amor, Oton, te engaña.

ESCENA IV.

DON CÉSAR, *de camino*, FABIO. — DICHOS.

DON CÉSAR.
Deme los piés vuestra Alteza.

REY.
¡Almirante!...

DON CÉSAR.
Quien merece
Vuestros brazos, ya no crece:
Llegó á la mayor grandeza
En dos tan altos Atlantes:
Cielo vengo á ser en vos.
Los reyes tienen de Dios
El poder hacer gigantes.

REY.
¿Cómo venís de ese modo?
Que me habeis puesto temor.

DON CÉSAR.
Agora, invicto Señor.
Os daré cuenta de todo.
Partí de la ciudad adonde yace
La sirena dulcísima latina, [nace
Que en las memorias de los hombres
Más viva miéntras más el sol camina;
Y si al toro del cielo satisface
La memoria de Europa peregrina,
Sea de la sirena despeñada
Cuando en Fenicia la lloró robada.
Llegué á Milan, adonde ya tenía
La Reina, mi Señora, prevenido
Tan gran recibimiento, que sería
Cansado y imposible referido.
Entré en palacio, donde el sol ardía
Debajo de un dosel de oro vestido,
Dando con dos bellísimas estrellas
Rayos al cielo y al amor centellas.
Si le viera Faeton, estoy muy cierto
Que no pidiera al sol su carro de oro;
Que allí quedara de sus rayos muerto
Sin quemar el leon ni arder el toro.
Entré desde la puerta descubierto,
Besando el suelo en su real decoro,
Y de su luz enamorado y ciego,
Parecí mariposa de su fuego.
¿No ha visto vuestra Alteza algun villano
Mirarle cuando pasa por su aldea,
Que sin mover el pié ni alzar la mano,
Toda la vista en su persona emplea?
Ansí miré su rostro soberano,
Mayor que toda imaginable idea;
Ansí quedé del no pensado caso,
Pidiendo el alma á su belleza paso.
Dióme licencia con mover el suyo
De la grada en que el sol llama al aurora.
Llegué, besé su mano en nombre tuyo;
Dile la carta: que áun me admiro agora,
No de turbarme: mi ignorancia arguyo
En la presencia de tan gran Señora,
Sino de no saber por su blancura
Cual fué el papel, pues fué la carta
[obscura.
La carta guarneció de dos corales
(Quiero decir que la besó), y teñido
En púrpura el marfil, fueron iguales
En la color el rostro y el vestido;
Y con ser en un punto efectos tales,
Pensé que ya me había respondido;
Porque me dió, por sosegar mis miedos,
Cinco billetes en los cinco dedos.
Referirte, Señor, tantos favores
Como me hizo hasta partir, sería
Contar luces al cielo, al campo flores,
Y reducir la edad del tiempo á un dia.
Las fiestas no las vió Milan mejores;
La noche imaginó que Roma ardía,
Y con doseles de humo y de centellas
Se encubrió la ciudad á las estrellas.
En las fiestas, Señor, y los torneos
Mostró Milan en infinitas sumas
Colores, bordaduras y trofeos,
Armas francesas y africanas plumas.
Quien ver quisiera serafines feos,
Porque la dicha de tu bien presumas,
Viera las damas desta fiesta un dia
Que la Duquesa celestial salía.
Tal vez de plata, entre uno y otro velo,
Daba luz á las luces de las salas;
Que para parecer ángel del cielo
Era el cabello sol, los velos alas:
Tal vez con dulce admiracion del cielo
A Vénus retrató, tal vez á Pálas;
Porque si Páris su belleza viera,
Ni Helena fuera vil, ni Troya ardiera.
Partimos finalmente, acompañados
De todo el vulgo, de tu bien gozoso,
Los altos montes convirtiendo en pra-
El sol divino de su rostro hermoso: [dos
Mirábanla los pueblos admirados
Echando bendiciones al dichoso,
A cuyo lado amanecer tenía
La misma luz con que se afeita el dia.
A diez leguas de aquí la dejo agora,
Para que dés el órden que conviene
En recibir la Reina, mi Señora, [viene.
Que á honrar tus brazos y estos reinos
Como previene el sol la blanca aurora,
No ménos de colores se previene
Nápoles bella, y como á esposa tuya,
A doña Juana Esforcia, reina suya.
La cual, Señor, como alcanzara Apéles,
El célebre Timántes ó Lisipo,
Hicieran más famosos sus pinceles
Y más glorioso al hijo de Filipo.
A rosas, á azucenas, á claveles,
Al marfil, á las perlas la anticipo:
¡Dichoso tú que gozarás la joya [ya!
Que honrara á Grecia y abrasara á Tro-

REY.
Descansa, César, y advierte
Que luego vuelvas á hablarme.

DON CÉSAR.
¿No dices más?

REY.
De obligarme
Cuanto debo agradecerte,
¿No son las palabras firmas?

DON CÉSAR.
Por lo ménos es señal
Que á quien sirve tan leal
En su lealtad le confirmas.

(*Vanse el Rey, Roberto y Oton.*)

ESCENA V.

DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.
¡Qué es esto, Fabio!

FABIO.
Señor,
Cosas del mundo.

DON CÉSAR.
No creo
Que he despertado el deseo
Del Rey á tenerla amor,
Por más que hablé en su alabanza.
Vamos á casa.

FABIO.
No estés
Triste, pues ya sabes que es
Gran señora la mudanza.

DON CÉSAR.
Habiéndole yo servido
Al Rey con tanto cuidado,
¡Desta suerte me ha pagado!
¡Tan grave me ha respondido!

FABIO.
En los Reyes no hay semblante,
Ni se puede conocer
Su pesar ni su placer:
Son retratos en diamante.
¿Quién duda que te previene
Grandes mercedes agora,
Pues la Reina, mi Señora,
De ti tan contenta viene?
Ella, en llegando, será
Dueño de todo su pecho:
Los servicios que le has hecho,
En los brazos le dará.
No dudes el galardon.

DON CÉSAR.
Antes le quiero dudar;
Que un buen servir suele hallar
Contraria satisfacion.
Mi hermana es esta: otro amor
Diferente la ha traido
Del que al Rey he conocido.

FABIO.
Aquí hay sangre, allí hay valor.

ESCENA VI.

CELIA. — DON CÉSAR, FABIO.

CELIA.
¡César mio!

DON CÉSAR.
¡Celia amada!

CELIA.
¿Qué es esto?

DON CÉSAR.
Querer saber
Lo que el Rey me manda hacer
Para esta famosa entrada.

CELIA.
¿Dónde dejas á su Alteza?

DON CÉSAR.
Cerca de aquí; mas sospecho
Que tan léjos de su pecho
Como muestra la aspereza
Con que dél fui recebido.

CELIA.
¡Aspereza!

DON CÉSAR.
No me oyó
Como imaginaba yo.

[1] Siendo el Rey sólo galan *de Celia*, y aspirando á ser marido *de la Duquesa*.

CELIA.

¿Si está el Rey arrepentido?

DON CÉSAR.

El ducado de Milan
Ha sido tan codiciado,
Que los Reyes que ha dejado,
Perdidos de envidia están.
No sé qué le pueda dar
Tan fuerte arrepentimiento.

CELIA.

¿No basta ser casamiento?

DON CÉSAR.

Basta despues de llegar;
Mas no viniendo camino,
Y siendo un ángel, su esposa.

CELIA.

¿Es hermosa?

DON CÉSAR.

Tan hermosa,
Que es toda un ángel divino.

CELIA.

Sospecho que puede ser
Tener el alma ocupada,
Pues la fama no le agrada
De tan gallarda mujer;
Que en estando el pensamiento
Divertido en otro amor,
Gracia, hermosura y valor
No tienen merecimiento.

ESCENA VII.

ROBERTO.—DON CÉSAR, CELIA, FABIO.

ROBERTO.

No he dado á vuestra excelencia
La bienvenida, por ver
Al Rey con poco placer,
Y así, le pedí licencia.
Hizome esperar un poco,
Y aqueste papel me dió:
Que es órden, entiendo yo,
Para esta entrada.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Estoy loco.

(*Lee.*) «Don César de Avalos, sin saber la causa por qué no gusto casarme, volved donde habeis dejado á la Duquesa, y ella con vos á Milan. Cuando los Reyes no piden consejo, no tienen más respuesta que la obediencia.»—*El Rey.*

¡Esta, Roberto, es la órden!
Desórden debió de ser;
Que agravio de tal mujer
Por fuerza ha de ser desórden.
Yo fuí á Milan con órden
A su noble casamiento;
Volví con el mismo intento
Con la más bella señora
Que el sol mira en cuanto dora,
Ni mereció pensamiento;
Llego, y dice que la vuelva;
¿Cómo la podré volver,
Ni decille á tal mujer
Que á este agravio se resuelva?
Antes en un monte ó selva
Iré á vivir con ultraje,
Que le haga tal hospedaje,
Ni que señora tan bella,
Del cielo en que fuera estrella,
A tales desprecios baje.
Él ¿sabe lo que ha perdido?
Él ¿sabe lo que ha dejado?
¿Sabe el mal trato que ha usado?
¿Sabe que inocente he sido?
¿Sabe que ser no he podido
El dueño de aqueste agravio?
Sabe que soy quien me agravio,
Y que el que Rey ha de ser
Está obligado á nacer
Prudente, piadoso y sabio?
¡Vive Dios!...

CELIA.

César, detente;
Que si en aquesta ocasion
No le dices la razon
De aqueste agravio insolente,
Ella, su estado y su gente
Sólo á ti te culparán:
Que al Rey, dijiste, dirán
Desprecios de su Duquesa,
Por donde con tanta priesa
Manda que vuelva á Milan.

FABIO.

Dice bien Celia, Señor:
Advierte que te destruyes,
Si en aquesta ocasion huyes.

DON CÉSAR.

¿Podré ofender su valor?

FABIO.

Por lo ménos es mejor
Desengañalla, y culpar
A quien te pudo obligar.

DON CÉSAR.

Vuestro consejo me esfuerza,
Y donde el peligro es fuerza,
Obedecer y callar.

(*Vanse don César y Fabio.*)

ESCENA VIII.

CELIA, ROBERTO.

ROBERTO.

¿Hase acordado de mí
Ese desden?

CELIA.

No he tenido
Desden, Roberto, ni olvido
En mi vida contra ti;
Porque olvidarme de tí
No puedo, si no me acuerdo.

ROBERTO.

¡Cómo el sentido no pierdo!

CELIA.

¡Cómo se me da tan poco!

ROBERTO.

¡Milagro de amor, que un loco
Viva por la pena cuerdo!

(*Vanse.*)

ESCENA IX.

EL REY, OTON.

OTON.

No creyera que tenia
Esa causa vuestra Alteza,
A no oirlo de su boca.

REY.

Pues Oton, sola es aquesta;
Que amar en Nápoles yo
Otra encubierta belleza
No era para no casarme.
Casarme y amar pudiera;
Y pues alaba la fama
De celestial la Duquesa,
Olvidara en pocos dias
Cualquiera trato, con ella.

OTON.

¡Ah Señor, que no conoces
Quien es el trato!

REY.

No creas
Que no sé yo sus costumbres,
De quien los hombres se quejan.

OTON.

Los Reyes tambien lo son.
¡Cuántos mónstruos en la tierra
Produjo el trato! Yo he visto
Cosas que naturaleza
No imaginara jamás,
Puesto que en la Libia engendra,
Más que arena abrasa el sol,
Diversidades de fieras.

REY.

Ya te digo que conozco
El trato; que la grandeza
Tal vez se humilla á los brazos,
Y pasa el tiempo con ella.
No es trato ni amor el mio;
Celos son y justas quejas
De don César.

OTON.

Pues ¿por qué?

REY.

Porque la alaba don César
De suerte, que es imposible
Que no la adore y la quiera,
Porque tan grande alabanza
No puede ser sin quererla.
Angel, cielo, serafin,
Rosas, jazmin, azucenas,
Claveles, púrpura, sol,
Oro, diamantes y perlas,
Era lo ménos, Oton.
¿No has visto la lisonjera
Pluma, guiada de amor,
De un dulcísimo poeta
Que de los cielos más altos
Desencaja las estrellas?
Va por rubíes á Ceilan,
Por jazmines á Valencia,
Por diamantes á la China,
Por alabastros á Grecia;
No deja cándido cisne
Que no diga que le afrenta
Su cuello, y que es con sus manos
La nieve en los Alpes negra.
¿No has visto, Oton, un pintor
Cómo en la tablilla ordena
El blanco, el azul, el rojo,
La sombra, el ancorque templa,
Mezcla el carmin para el labio,
Y para las joyas mezcla
El pajizo y genolí,
Que de ser oro se precia;
Y cómo tiento y pinceles
Tiene en la mano siniestra,
Y con la derecha excede
Tal vez á naturaleza?
¿Cómo á pocas pinceladas
Se levanta por ser cerca,
Y desde léjos advierte
Lo que acierta ó lo que yerra?
Pues haz cuenta, Oton amigo,
Que estás mirando á don César
Con diestro pincel, con pluma,
Ser pintor y ser poeta.
Con tan notable artificio
Me pintaba á la Duquesa,
Que le vi los pensamientos
Por el cristal de la lengua.
Dime, tú: ¿por qué un arroyo
Corre á veces con tal fuerza?

OTON.

Abundancia de su fuente
Lo causa.

REY.

De esa manera,
Bien dijo el sabio, que hablaba
La lengua, siempre ligera,

De abundancia que tenia
El alma que la gobierna.
El Almirante ha venido
De Milan con la Duquesa;
Es hombre: bien pudo, Oton,
Poner los ojos en ella.
No digo yó que tendria
Atrevimiento; que fuera
Ofender ya su lealtad
Mi sangre.

OTON.

Pues ¿qué sospechas?

REY.

Que es gentil hombre y discreto,
Y vino hablando con ella,
Y que en la fábrica humana,
Dios, su autor, tanta excelencia
Puso en los ojos, que son
Del alma lenguas discretas,
Que pueden hacer mirando
Que por los ojos se entienda
Lo que la lengua no dice,
Y que fuesen vidrieras,
Por donde, sin verse, el alma
A cuantos pasan acecha.
Cuando en tan pequeño espacio
Cifrada miro su esencia,
Si fuera bárbaro, Oton,
Dioses los ojos hiciera.
Aristóteles no quiso
Que el alma asiento tuviera
En todo el cuerpo, y le dió
Por silla de más grandeza
El corazon; mas yo digo
Que, á no ser cosa tan cierta
Ser principio de la vida,
Diera aquesta preeminencia
A los ojos, pues en ellos
Se ve cuanto pasa en ella.
¿Para qué dicen que el alma
Es invisible?

OTON.

Pues ¿yerran
En decir que es invisible,
Si Platon nos dijo della
Que es sustancia intelectiva?

REY.

Tambien á mí se me acuerda
Que su discípulo dijo
Que era en alguna manera
El alma todas las cosas.

OTON.

Pues cuando el alma lo sea,
Como Aristóteles dice,
O aquel lugar de las ciertas
Especies inteligibles,
¿Qué importa para que puedas
Decir con celos tan locos
Que ves el alma de César?
Porque, por lisonja tuya,
Una mujer te encarezca,
Que piensa que tú codicias,
¿No ves que sin causa piensas
Que la mira sin lealtad?

REY.

Oton, el venir con ella
Favorecido y galan
Le ha dado tanta licencia.
Hay mil modos de alabanza:
Unos que sólo profesan
Decir lo que hay con verdad;
Otros que envidiosos mezclan
Con las faltas la alabanza,
Y las virtudes cercenan;
Otros con lisonjas vanas
Fingen gracias y excelencias
Al dueño de lo que alaban;
Mas la alabanza más necia
Es la que nace de amor;
Porque éste no considera
Que da celos al que escucha,
O pesadumbre ó sospecha.
Resuélvome, que al letrado,
Entre los hombres de letras,
Se ha de alabar con templanza,
Pues los demas le respetan;
A la dama, entre las damas
Que se precian de ser bellas;
Al valiente entre los hombres
Que de ser hombres se precian;
Al músico, sin exceso,
Con los que el arte profesan;
Al pintor, entre pintores;
Al poeta, entre poetas;
Al casado, á su mujer
Con palabras tan honestas,
Que no piense que el que alaba
Está enamorado de ella. *(Vase.)*

OTON.

¡Extraña imaginacion!

ESCENA X.

DON CÉSAR, FABIO.—OTON.

DON CÉSAR.

¡Oton amigo!

OTON.

Tú llegas
A buena ocasion.

DON CÉSAR.

Si niegas
Tus brazos, no es ocasion.

OTON.

El Rey se parte de aquí.

DON CÉSAR.

Yo vengo á besar sus piés
Para partirme.

OTON.

Pues es
Cumplimiento necio en ti
Despues de lo que escribió.

DON CÉSAR.

¿Por qué razon?

OTON.

Porque es hombre.

DON CÉSAR.

Ménos se entiende ese nombre
Con hombre que Rey nació,
Que con los demas, si es sabio.

OTON.

Ya sabes que soy tu amigo.

DON CÉSAR.

Pues ¿qué dices?

OTON.

Esto digo.

DON CÉSAR.

Habla delante de Fabio.

FABIO.

Bien puedes, aunque el secreto
Muchas vidas importara.

OTON.

¿Del Rey no viste en la cara
Sus celos, siendo discreto?
¿No te lo dijo el papel?

DON CÉSAR.

Pues ¿yo!...

OTON.

Tu mucha alabanza
Le ha puesto en desconfianza.

DON CÉSAR.

Señales he visto en él.

OTON.

Alabaste con exceso
La Duquesa, y dijo aquí
Que está celoso de tí.

DON CÉSAR.

Que fuí necio te confieso.
Mas ¿qué lisonjero hay sabio?
Pues ¡plegue al cielo!...

OTON.

Es error
Calificar tu valor
Y hacer á mi amor agravio.
Este ha sido pensamiento
Del Rey, de cuya verdad
Te avisa nuestra amistad,
Y con harto sentimiento.
No le dés satisfacion,
Sino, pues eres discreto,
Di á la Duquesa el efeto
De su mudable intencion
Por otro grave accidente:
Allá le sabrás fingir,
Aunque sé que ha de sentir
Este agravio justamente.
Llévala á Milan, y luego
Vuelve á darle larga cuenta
De todo.

DON CÉSAR.

Mi muerte intenta.

OTON.

Esto te suplico y ruego. *(Vase.)*

ESCENA XI.

DON CÉSAR, OTON.

FABIO.

Señor, Oton dice bien.
Toma postas y partamos.

DON CÉSAR.

Si con la Duquesa vamos,
Corre peligro tambien
De que allá se vengue en mí.

FABIO.

Pues ¿por qué se ha de vengar?

DON CÉSAR.

Porque yo la fuí á engañar,
Pues que yo por ella fuí.
Sin esto, el pueblo corrido,
De que burlé á su señora,
Que como sabes la adora,
Ha de vengarse ofendido
Como toro, en mí, que soy
La capa por quien se fué
El hombre que le arrojé,
Pues en los ojos le doy.

FABIO.

Desde agora me despido
De alabar cosa que sea
Digna de alabanza.

DON CÉSAR.

Crea
El Rey que al fin le he servido
Aventurando la vida.
Mátenme, Fabio, en Milan;
Que así sus celos verán
Que ha sido mal recibida.
¡Vive Dios, que he de partir
Como quien parte á la muerte!

FABIO.

Alabástela de suerte,
Que esto y más pudo inferir.
Ejemplo quiero tomar
En tu desdicha: á Dios solo
Pienso de uno al otro polo
Eternamente alabar.
No diré que vi mujer
Hermosa, discreta y bella,
Porque no haya quien por ella

Sospecha pueda tener.
No diré que vi galan
Destos de ámbar y alfeñique,
Porque no haya quien replique
Si acaso celos le dan.
No diré «fulano es
Valiente» entre blasonantes,
Sino que broqueles y antes
Siempre llegaron despues.
No diré, si se me ofrece,
Que hay letrado en facultad,
Sino que es necesidad
Que de toda ley carece.
Del médico no diré
Que estudia el mal del que cura:
No me digan por ventura
Que miento y que no lo sé.
No diré bien de alguacil,
No me digan los demas:
«Hombre, ¿no miras que das
Pesar y envidia á otros mil?»
Ní de escribano tampoco:
Que no quiero que las plumas,
De que hay infinitas sumas,
Me tengan por necio y loco.
A los señores que saben
Haré templados favores;
Que tambien a los señores
Les pesa que á otros alaben.
De poetas, pues ¡ mal año,
Que yo diga bien jamás!

DON CÉSAR.

Necio por extremo estás.

FABIO.

Nunca lo fué el desengaño;
Y la gente desta seta
Sufrirá una melecina
Primero que al que se inclina
Alaben á otro poeta.
Pues ¡alabar latinantes!
Eso no: sepan primero
Romance. ¡Yo lisonjero!
No es fiesta para estudiantes.
Yo te juro que he de ser
Cuerdo con tu ejemplo.

DON CÉSAR.

Vamos
Donde el premio consigamos
De las lisonjas de ayer.

FABIO.

Por lo ménos, este aviso
Es cometa que señala
Sobre mujeres.

DON CÉSAR.

Fué gala
Que hacer la lisonja quiso

FABIO.

Hablaré con tal templanza
De mujer, que á la doncella
Diré que lo diga ella;
Que ella sabe su alabanza.
A la casada más grave,
Que la alabe su marido;
A la que viuda ha sido,
Que su difunto lo sabe;
Que las que libres se ven,
Ellas estarán, ¡sí, á osadas!
Alabadas y lavadas
Por siempre jamás, amén.

(*Vanse.*)

—

Alojamiento de la Duquesa de Milan.

ESCENA XII.

LA DUQUESA, CAMILO, LUPERCIO.

DUQUESA.

Mucho tarda el Almirante.

CAMILO.

Las fiestas deben de ser
La causa.

LUPERCIO.

Querrán hacer
Que la obstentacion espante.

DUQUESA.

Grandes virtudes me cuentan
Del Rey.

CAMILO.

No engaña la fama,
Pues el décimo le llama
De los nueve que se asientan
Sobre su templo: ¡triunfante
Nombre á su virtud fiel!

LUPERCIO.

Quizá por venir con él
Se detiene el Almirante.

DUQUESA.

De verle voy deseosa;
Y aunque enamorada diga,
Antes pienso que me obliga
El ser como soy su esposa.

CAMILO.

Don Alonso de Aragon,
Sin ser Rey, fuera estimado
Por hombre el más celebrado
Que ha tenido su nacion.

DUQUESA.

Admito de buena gana
La lisonja, porque ya
Es mi dueño.

CAMILO.

Cerca está
La posesion cierta y llana.

DUQUESA.

Crece con la dilacion
El deseo.

LUPERCIO.

Amor le tiene.

CAMILO.

A la esperanza previene
Que llega la posesion.

DUQUESA.

Glorias y imaginadas confianzas
Justas, de un grande amor dignos em-[pleos,
Que podeis levantar ricos trofeos
En pirámides altos de esperanzas,
Tomad de mi temor tantas venganzas
Cuantas fueron las dudas y deseos,
Pues tan dichosos lazos y himeneos
No permiten desgracias ni mudanzas.
¡Dichosa yo, si fué en el mundo alguna
Digna de tanto bien en reino extraño,
Pues ya no tengo envidia de ninguna!
Segura estoy de no llamarme a enga-[ño,
Cierta de que no puede la fortuna
Ni darme mayor bien ni hacerme daño.

CAMILO.

El Almirante ha llegado.

DUQUESA.

¿En qué lo has visto que llega?

CAMILO.

En que se alegra tu gente.

DUQUESA.

Con justa causa se alegra.

ESCENA XIII.

DON CÉSAR, FABIO.—LA DUQUESA, CAMILO, LUPERCIO.

DON CÉSAR.

Déme tu Alteza los piés.

DUQUESA.

Bien venga el Duque don César.

DON CÉSAR.

No me dés nada, Señora,
Miéntras que no lo merezca.

DUQUESA.

¿Por qué no lo mereceis,
Si yo quiero que en mis tierras
Lo seais?

DON CÉSAR.

¿No os ha mostrado
Mi semblante mi tristeza?
Debe de ser que mirando
Vuestra hermosura se tiempla,
Como airado que el espejo
Más feo le representa.

DUQUESA.

Don César de Ávalos, yo
No imaginé que pudiera
Darme en aquesta ocasion
Pena la venida vuestra,
¿Qué hay de nuevo? ¿Qué! ¿os turbais?
¿Está indispuesto su Alteza?
¿Hay nuevas de España? Hablad.

DON CÉSAR.

De más cerca son las nuevas.
¿Cómo os diré, gran Señora,
Lo que pasa, sin que pierda
El seso, ó cómo podré
Mover turbado la lengua!
La condicion de los hombres,
La inconstancia, las sospechas,
Los recelos, los temores,
Los engaños, las quimeras,
Las contrarias dilaciones,
Las delgadas sutilezas...

DUQUESA.

Paso, don César; que ya
Habeis dicho con que entienda
Que está el Rey arrepentido.

DON CÉSAR.

El Rey me manda que os vuelva,
Sin dar más causa, á Milan.
¡Vive Dios, que si tuviera,
No digo fuerzas (que en fin,
Yo tengo en Italia fuerzas),
Sino ménos de leal,
Que hiciera!...

DUQUESA.

¡Hay cosa como esta!
¡Hay tal desprecio! ¡Hay tal burla!
¡El Rey, César, me desprecia!
¡El Rey ¡me burla!

DON CÉSAR.

No sé.

DUQUESA.

Si sabes: háblame, César.
Salios todos allá;
No quede aquí nadie.

(*Vanse Camilo y Lupercio.*)

ESCENA XIV.

LA DUQUESA, DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.

Espera,
Fabio.

DUQUESA.

¿Quién es Fabio?

FABIO.

Yo,
Para servir á su Alteza.

DUQUESA.

Quédate, Fabio; que en ti
He visto que bien te quedas,
Pues que César te lo manda.

DON CÉSAR.

Señora, yo bien quisiera
Fabricar algun enredo,
Alguna industria ó quimera
Que disculpara á mi Rey;
Pero si decirte es fuerza
La verdad, en confianza
De que eres mujer discreta,
Como Sibila de Italia
Y décima musa en Grecia;
Como señora (que, en fin,
Basta que señora seas,
Aunque muchas veces suelen
Volver en ira la ofensa,
Y por conseguir venganza
Dar con el secreto en tierra),
Sabrás que alegre y contento
Llegué á Nápoles, la bella,
Y besé la mano al Rey.
Que me recibió con muestras
De no menor alegría;
Y dándole larga cuenta
De todo lo sucedido,
De los favores y fiestas,
De las honras que me hiciste;
Pensando que agradeciera
La lisonja que le hacia,
Tus gracias, tu gentileza,
Tu hermosura, tu donaire
Le encarecí de manera,
Que lleno de necios celos
Dió lugar á la sospecha
De que te habia mirado
Con enamorada ofensa;
Porque tales alabanzas
Ningun hombre las dijera),
A no estar loco de amor.
Con esto, en mortal tristeza
Bañado el rostro, se parte,
Y en tal confusion me deja,
Y á poco rato me envia
Un papel, en que me fuerza
A que te vuelva á Milan.
¡Vive el cielo, que quisiera
Que ya que por mi desdicha
Quiso culpar mi inocencia
Por traidor imaginado,
Me cortara la cabeza,
La cual ofrezco á tus piés:
Llama una espada que pueda
Quitarmela de los hombros.
(*Arrodíllase.*)

DUQUESA.

Alza del suelo, y no creas
Que yo sea tan cruel
Como él fué necio, ni sepa
Conocer lo que tú vales
Mejor que él: y porque veas
Que pues él te tuvo en más,
Es bien que tú me merezcas
De Milan has de ser Duque,
Si á toda Italia le pesa;
Que si el Rey se tiene en ménos,
Siendo tanta su grandeza,
Claro está que eres mejor,
Pues él mismo lo confiesa.
Hoy has de ser mi marido.—
¿Qué te encoges? ¿Qué te alejas?
Que es propio de las mujeres
Hacer ciertas las sospechas.
Celos tiene: pues ¿quién duda
Que por mejor se recela?
Que nadie tuviera celos,
Que tuviera en más sus prendas.
Él te estima, yo tambien;
Pues bien, yo haré lo que él piensa:
Si á su valor te prefiere,
Bien es que yo te prefiera.
César, mejor eres que él:
Luego bien será que seas
Mi marido, y que á Milan
Desde aquí conmigo vuelvas.
Esta es ya resolucion:
En una mujer resuelta
No hay que ponerse delante;
Que es detener una flecha,
Un toro al salir del coso,
Nave que en popa navega,
Loco la espada en la mano,
Villano en su misma aldea,
Agraviado con ventajas,
Júez que pasion le ciega,
Y un necio favorecido
Que le hace espaldas la fuerza
De un grande, que es nave, es toro,
Juez, loco, villano y flecha. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.

¡Qué es esto!

FABIO.

Pues ¿sólo yo?

DON CÉSAR.

¿Qué haré?

FABIO.

Falsa resistencia
De aquí á Milan.

DON CÉSAR.

¿Y casarme
No será traicion, con ella?

FABIO.

Dile allá que has de volver
A Nápoles, y á la vuelta
Asegura al Rey, y pide
Para tu casa licencia.
Desde allá podrás tratar
Lo que dice la Duquesa,
Sin que dés celos al Rey.

DON CÉSAR.

Altamente me aconsejas.

FABIO.

Soy un alto consejero.

DON CÉSAR.

En fin, ¿me dices que vuelva
A pedir licencia al Rey?

FABIO.

Quitarásle las sospechas.

DON CÉSAR.

¿Habrá dicha como ser
Duque de Milan?

FABIO.

Que adviertas
Querria ¡por qué camino
La fortuna lisonjera
Da sus bienes a los hombres,
En viendo que no la ruegan!
Sube, Señor; no desprecies
Lo que te da por fineza;
Que es mujer, y despreciada,
Vuelve el amor en ofensa.

DON CÉSAR.

¿Quién pensara que tal bien,
Fabio, resultar pudiera
Del haberla yo alabado?

FABIO.

Proposicion hice necia
De no alabar en mi vida
A ninguno, aunque tuviera
Mil causas para alaballe,
Pensando que de las quejas
Del Rey nos resultaria
Prision, muerte, injuria, afrenta;
Pero agora que sucede
Con tal dicha que se trueca
En mal el bien, desde aquí
Haré alabanzas inmensas.
Alabo á toda mujer,
A la hermosa y á la fea;
Que á no haber feas, Señor,
A peso de oro valieran.

DON CÉSAR.

¿De qué suerte?

FABIO.

¿No has oido
El que la nacion hebrea
No come tocino?...

DON CÉSAR.

¡Ay loco!

FABIO.

¿Y que el moro lo desprecia?
Pues por eso en abundancia
Para los cristianos queda:
Y esto es lo mismo que pasa
Con las hermosas y feas.
Las hermosas, si se guardan,
Las feas nos vengan dellas;
Que hay tocino para todos,
¡Bien hayan sus diligencias!

DON CÉSAR.

Ea, bueno está: camina.

FABIO.

Alabo el mozo que cuelga
Cien espejos cada dia,
En que se enriza y se peina.
Alabo al letrado, y digo
Que es Bártulo de su tierra,
Farinacio de Castilla,
Y Jason de su Medea.
Al médico doy mil gracias,
Pues por no caer enferma
La muerte, no es muerta ya
A las manos de su ciencia.
A los latinistas digo
Que cuando no lo supiera,
Dijera que ellos lo saben
Por no entender su elocuencia.
A los bravos con razon,
Pues no se van á la guerra
A matar á los moricos
Y en la corte se pasean.
A escribanos y alguaciles
Doy mil gracias, pues pudieran
Ser veinte ó treinta no más,
Y son más de ciento y treinta.
A todo Señor alabo;
Mi boca la tierra besa
Adonde pone los piés.
¡Oh qué vestido me espera!
Musas de Milan, load
A los señores poetas,
Aunque son muchos y pasan
Necesidad tan extrema.
Lo demas..

DON CÉSAR.

No digas más,
Que la cabeza me quiebras,
Sino dime si por dicha
Me ha engañado la Duquesa.

FABIO.

No sé; pero sólo sé
Que vas á Milan con ella,
Donde cuando fueses nada,
Vendrás á ser nada y César.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio de la Duquesa en Milan.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA, DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.

Ya mejor rostro me hacen,
De mi inocencia jüeces.

DUQUESA.

De los yerros muchas veces
Los acertamientos nacen;
Porque á tenerse por llano
Que eres mi esposo en Milan,
Los que alterados están
Besaran, César, tu mano.

DON CÉSAR.

Tengo por consejo sabio
Ir á Nápoles agora,
Y referirle, Señora,
Al Rey, mi señor, tu agravio.
Tú, en tanto, pues tienes gente,
Nombra un general, y harás
Guerra al Rey, con que darás
Satisfacion suficiente.
Tratarán medios de paz
El Papa y los potentados
De Italia, desengañados
De que eres mujer capaz
De hacer, como otra Camila,
Valasca y Pantasilea,
Guerra al mundo; y cuando vea
Que tu valor le aniquila,
Y pone miedo tu espada,
Yo iré á verte con licencia
Suya: en cuya justa ausencia
Quedarás mal empleada,
Y yo tu esclavo seré,
Toda Italia satisfecha
De que no es cosa mal hecha,
Ni al Rey, mi señor, quité
La dicha que él se quitó.

DUQUESA.

César, si no conociera
Tu valor, y dél tuviera
Las muestras que tengo yo,
Hoy le viera en tus razones.
Mas dejando tu valor,
Con tanto *Rey, mi Señor*,
En gran confusion me pones.
Creo que estimas en más
Su amor que el mio, pues veo
Que te lleva su deseo,
Y de mis ojos te vas.
¿Qué traicion viniera á ser
Casarte agora conmigo?

DON CÉSAR.

Cuando dije *mi enemigo*,
Te quise satisfacer.
Cuande dije *mi señor*, [1]
Quise pedirte licencia
Para hacer tan justa ausencia,
Y satisfacer mi honor.
Nombra aqueste general,
Aseguremos al Rey;
Cumpliré yo con la ley
De mi obediencia real,
Y tú con agravio y gusto.
Haz esto por tí y por mí,
Y cumplirémos ansí
Con lo que es más honra y justo;
Porque pensar que yo puedo
No estimarte, es desvario.

DUQUESA.

En fin ¿te vas, César mio!
No sé: sospechosa quedo.
Haceis los hombres valor
Atropellar por la honra
Cualquier interes que os honra,
Cualquiera hazaña de amor.
Yo estaba ya consolada
Con tu valor de mi agravio;
Allá te vas; eres sabio;
Yo quedo, y quedo burlada.
Mas porque veas que sigo,
Como quien amor te tiene,
Lo que dices que conviene,
Saldré contra mi enemigo.
Yo conduciré mi gente,
Yo seré su general;
Que lo amoroso y marcial
Se junta gallardamente.
Obedeciendo tu ley
Saldré mañana de aquí,
Más por acercarme à tí,
Que por hacer guerra al Rey.
No voy con ánimo alguno
De vengarme: ya lo estoy;
Siguiéndote, César, voy;
Que no á hacer guerra á ninguno.
Mañana diez mil soldados
Saldrán juntos de Milan,
Y un general seguirán
Que van siguiendo cuidados.
Pero si los acidentes
Del tiempo y de la fortuna
Pudieran dar vez alguna
Los sucesos diferentes,
Mira que suelen hacer,
Ya que pierdes la ocasion,
Mudanzas con poco son
Tiempo, fortuna y mujer.
Mi valor y á Milan juntos
Dejas: no te lo aconsejo;
Que el tiempo, como es tan viejo,
Muda consejos por puntos.
La fortuna, como es vária,
De quien hoy da su favor,
Mañana con su rigor
Suele amanecer contraria.
Pues de mujer, basta el ser,
Y más si el proverbio vale,
Que con cada sol que sale
Mudamos de parecer;
Y aunque con fuerza importuna
Mañana á los tres buscases,
Podria ser que no hallases
Tiempo, mujer ni fortuna. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.

¡Qué amenaza!

FABIO.

La mayor.

DON CÉSAR.

¿Por qué?

FABIO.

Porque es de mujer.

DON CÉSAR.

Con amor no hay que temer:
Nunca temí con amor.

FABIO.

¿Por qué piensas que no es loco
El amor entre casados?

DON CÉSAR.

Porque los bienes gozados
Suelen estimarse en poco.

FABIO.

No es eso.

DON CÉSAR.

¿No? Pues ¿por qué?

FABIO.

Porque les falta el temor
De perder el bien.

DON CÉSAR.

¡Qué error!
Si le faltase la fe
A una mujer, ¿no podia
Hacer una deslealtad?

FABIO.

Ahora bien, la necedad
Es madre de la porfía.
Tú sabes, si en esto aciertas;
Yo fuera Duque en Milan
Cuando á mi ventura están
Todas las puertas abiertas.
Yo no guardara lealtades.

DON CÉSAR.

Yo sí; que trato lealtad,
Porque venza mi verdad
Celos y dificultades.

FABIO.

Tú te debes de entender;
Pero á mi saber me agrada
Que son celos, viento y nada
Tiempo, fortuna y mujer.
(*Vanse.*)

—

Sala en el Real palacio de Nápoles.

ESCENA III.

CELIA, DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

¡Tanta ausencia!

CELIA.

En esta ausencia,
El no venir á besar
Tus piés, no ha sido faltar
Por olvido diligencia
A la justa obligacion
Ni á la merced recibida.

DOÑA BLANCA.

Celia, parece fingida
Tu injusta satisfacion.
¡Tanto tiempo sin entrar
En palacio sola una hora!

CELIA.

Dame licencia, Señora,
De disculparme y hablar.

DOÑA BLANCA.

¿Qué me puedes tú decir?

CELIA.

Tengo, Señora, temor.

DOÑA BLANCA.

¿A quién?

CELIA.

Al Rey, mi Señor.

DOÑA BLANCA.

¿Que puede el Rey impedir
Nuestra amistad?

CELIA.

Es tu hermano,
Y de su parte estarás.

DOÑA BLANCA.

Lo que ha de obligarte más
¿Juzgas á temor?

CELIA.

¿No es llano?

[1] No se halla la expresion *mi enemigo* en el papel de César: quizá habrá desaparecido en alguna supresion. Han de haberse hecho varias en esta comedia.

DOÑA BLANCA.

No, Celia, si tan cortés
Te quiere bien.

CELIA.

Con temor
Vine á verte.

DOÑA BLANCA.

Hazle favor;
Justo será que le dés
Premio de tan buen deseo.
Hoy se ha quejado de ti.

CELIA.

¿No te habrá dicho de mí
Que en otro gusto me empleo?
Por la parte de Aragon
Somos deudos: ¿qué pretende?

DOÑA BLANCA.

No presumas que te ofende
En su honesta pretension.

CELIA.

Si yo sé que con secreto
En Francia casarse trata,
¿Para qué me llama ingrata?

DOÑA BLANCA.

Que no lo sé te prometo:
Sólo sé que me ha contado
Tus desdenes y su amor,
Y que en no hacerle favor
No es solo el Rey agraviado.
Quejosa vivo de tí,
Pues pudieras con querer
A mi hermano, Celia, hacer
Que el tuyo...

CELIA.

Ya lo entendí.
Conozco tu inclinacion
Al Almirante.

DOÑA BLANCA.

Él la niega.
Debe de ser que le ciega
Otra más justa aficion.

ESCENA IV.

EL REY, ROBERTO. — DOÑA BLANCA, CELIA.

. . . . [1]

ROBERTO. (*Ap. al Rey.*)

Ya vino Celia.

REY.

Ya veo
El espejo del deseo
Y el alma en su rayo arder.
¿No has visto el sol, reducido
Al círculo de un cristal,
Con rayo piramidal
Dejar el paño encendido?
Pues así, Roberto, pasa
Por el cristal del deseo
El sol que en sus ojos veo,
Y el alma que toca abrasa.

ROBERTO. (*Ap.*)

¿Qué intentan mis esperanzas
Tras de tantos desengaños,
Pues sólo á mayores daños
Pueden esperar mudanzas?

REY.

Blanca...

DOÑA BLANCA.

Señor...

REY.

Quien tenia
Tal visita, bien pudiera
Darnos parte della.

[1] Falta un verso.

DOÑA BLANCA.

Y fuera
De mayor gusto la mia,
Dividiéndola con vos.

CELIA.

Tanto favor suspended,
Pues para hacerme merced
Quereis juntaros los dos.

REY.

En tantas obligaciones
De deudo y de amor, no es justo
Que llameis favor al gusto
Que os muestran las ocasiones.
Y pues las satisfaciones
Que ya de los dos teneis
Tan claramente sabeis,
Estimad la voluntad,
Obligada á la verdad
De lo que vos mereceis.
Creed que alegrais aquí,
Señora, cuanto mirais,
Y que alegrais y matais...
No sé si os diga que á mí.
Pero sé que os ofendí
Sólo con quereros bien:
Que hay condiciones tambien
De tan extraño rigor,
Que pagan un grande amor
Como si fuera desden.
Blanca, Celia escucha mal:
Vete al jardin; por ventura
Me escuchará más segura
Entre la flor y el cristal;
Que no es amor tan igual
Cuando siente compañía:
Aunque no sé quien se fia
De soledad con amor,
Y más donde es el valor
La mayor desdicha mia.

DOÑA BLANCA. (*Ap. al Rey.*)

Ya previne á tus enojos
El remedio que tendrás.

REY.

¿Qué te ha dicho?

DOÑA BLANCA.

Que serás
Dueño y señor de sus ojos.

REY.

Yo, Blanca, soy sus despojos.

DOÑA BLANCA.

¿Vamos, Celia?

CELIA. (*Ap. á doña Blanca.*)

Respondiera,
Si Roberto no estuviera
Presente.

ROBERTO. (*Ap.*)

Quien esto mira,
¿A qué pensamiento aspira,
Ó qué favores espera?

(*Vanse Celia y doña Blanca.*)

ESCENA V.

DON CÉSAR, FABIO.—EL REY, ROBERTO.

DON CÉSAR.

Si algun dia merecí
Tus piés por servicios mios,
Nunca, Señor, como agora.

REY.

¡César, Almirante, amigo!

DON CÉSAR.

Esclavo, vasallo, hechura
De esas manos.

REY.

Seas venido
Mil veces enhorabuena.
¿Qué hay de la Duquesa?

DON CÉSAR.

He visto
Tigres hircanos, airados
Cuando les llevan sus hijos,
Sierpes levantando el cuello
Contra los desnudos indios,
Basiliscos en Arabia,
Cocodrilos en el Nilo,
Los leones albaneses,
Los fieros áspides libios,
Tiranos apasionados,
Agraviados enemigos,
Todos en una mujer.

REY.

Con vida vuelves.

DON CÉSAR.

No he sido
En eso poco dichoso.

REY.

Agora, César, te digo
Que no entendí que volvieras;
Y admírame que hayas visto
Áspides, sierpes, tiranos,
Cocodrilos, basiliscos
Y leones albaneses
En un serafin divino,
De quien fingiste claveles,
Jazmines, rosas, jacintos,
Corales, púrpura, sol,
Perlas en nácares vivos.
¿Tan airada esta?

DON CÉSAR.

¿No sabes,
Señor, que el rostro más lindo
Airado parece feo?

REY.

No te pregunto qué dijo,
Sino qué hizo.

DON CÉSAR.

Señor,
Yo te diré lo que hizo.
Guardóme del vulgo á mí.
Que estaba tan ofendido,
Que para cada agraviado
No hubiera un cabello mio;
Porque dijo que cobardes
Se vengaban atrevidos
En los retratos pintados
De agravios de dueños vivos;
Porque los embajadores
Retratos colgados hizo
En las salas de los reyes.

REY.

Ecos son de sus disignios.
Culpar al eco no es justo
Si desde léjos le incito;
Porque es un aire animado
Que la voz vuelve al oido.
Así es el embajador.

DON CÉSAR.

Apénas en blanco nicho
Mostró la cándida aurora
Su cuerpo de mármol liso,
Y los orientales rayos
Le daban oro bruñido,
Que se dejaba mirar
Por mantillas del sol niño,
Cuando armada en un caballo
La nueva amazona miro,
Como Semíramis fuerte
Por las murallas de Nino.
Diez mil hombres en campaña
Puso con tal aire y brio,
Que vieras á Cipïon
Cuando mozo á España vino.
Armada del pié al cabello,
Mil veces pensar me hizo

Que era un diamante no más,
Y pongo al sol por testigo.
¿No has visto al ángel que pintan
Con el peso? Pues no has visto
Retrato de la Duquesa
Más vivo y más parecido.

REY.

Bueno está, César: no mas.
Ya parecen desatinos
Tantos encarecimientos.

DON CÉSAR.

Por metáforas la pinto,
Sólo por darte á entender
Más fácilmente sus brios.

REY.

Metáforas, Almirante,
Más parecen que artificio
De pintar una mujer,
Diabólico desatino.
No te faltaba ya más
Que subirla al cielo Impíreo,
Y abajar á san Miguel
De su asiento cristalino.
Mas si doña Juana Esforcia
Ha de ser el ángel mismo
Con el peso de las almas,
Los dos corremos peligro.
Mira tú cuál ha de ser
La que condene al abismo;
Que yo al amor á una parte
Como demonio imagino,
Y como no se le tengo,
De ser la mala me libro.

DON CÉSAR.

Pues ¿téngole yo?

REY.

No sé,
Pues la alabas tan perdido
Que áun los ángeles no dejas.

DON CÉSAR.

Presume, Príncipe Invicto,
Que hablo con inocencia.

REY.

César, tu persona estimo:
Contra la misma Duquesa
General te nombro, y digo
Que el defendella te toca,
Pues sólo de ti confio:
Y pues la sabes pintar,
Sabrás vencerla.

DON CÉSAR.

Desisto
De la merced que me haces.

REY.

Es engaño conocido.

DON CÉSAR.

¡Contra una mujer me envías!

REY.

No es mujer, pues tú me has dicho
Que es diamante armado en blanco,
Y traes al sol por testigo.
Tú vas contra Cipíon
Cuando mozo á España vino,
Sin lo demás de aquel ángel
Que pesa nuestros delitos.
Ocho mil hombres de guerra
Que tenía prevenidos,
Puedes llevar: parte luego;
Que cuanto dices confirmo.
Vence un diamante, un Cipíon
Y un ángel, y vuelve altivo,
Pues eres César, diciendo:
«Vine, vi, venci», en distintos
Tiempos: el vine, al diamante;
El vi, al Cipíon que has dicho,
Y el venci, César, al ángel,
Si acaso no te ha vencido.

(Vanse el Rey y Roberto.)

ESCENA VI.

DON CÉSAR, FABIO.

FABIO.

¿Que no quieres acabar
De ser, sin tener amor,
Tan necio encarecedor?
La vida te ha de costar.
Un judío mohatrero
De estos de que hay copia tanta,
Tenía un peral, cuya planta
Alababa el vulgo entero.
Tanta la alabanza fué,
Que un señor inquisidor
Envió un paje, y por favor
Pidió que un plato le dé
De las peras que llevaba.
Alborotóse el judío;
Que aunque fuese en tiempo frío,
Cualquier temor le quemaba.
Un hacha al tronco aplicó,
Y como le vió caer,
Por no tener que temer
Todo el peral le envió.
El cuento es viejo en efeto;
Mas lo que se ha de lograr
Nunca lo debe alabar
A nadie el hombre discreto.
Cuando pide una mujer
Alguna cosa, aunque calla,
La pide con alaballa;
El que quiere encarecer
Una espada, una pintura,
Peligro corre al deseo,
O quiere darla.

DON CÉSAR.

No creo
Que nadie alabe hermosura
Para darla á quien alaba;
Y el Rey, conforme á razon,
Mostrar debiera aficion
A lo que alabando estaba.
Pero aborrecerme á mí
Y á lo alabado, es la cosa
Más nueva y más rigurosa
Que en mi vida vi ni oí.

FABIO.

Señor, la suerte te llama
A grandes cosas: camina
Por donde el hado te inclina,
A la muerte ó á la fama.
Acércate á la Duquesa
Con el campo que te dan,
Y haz que se vuelva á Milan.

DON CÉSAR.

De mi ventura me pesa.

FABIO.

No eres César, á lo ménos
En el ánimo.

DON CÉSAR.

Sí soy;
Por mi honor dudoso estoy.

FABIO.

Jamás dudaron los buenos
En los hechos de opinion.

DON CÉSAR.

Pues ¿no hay aquí deslealtad?

FABIO.

Ninguna, pues es verdad
Que ella te tiene aficion,
Y á ser Duque te convida
Del Estado de Milan.

DON CÉSAR.

Mis amigos ¿qué dirán,
Si hay deslealtad que lo impida?

FABIO.

Las cosas de la fortuna
Van muy léjos de consejo.

DON CÉSAR.

Siempre el consejo es espejo;
Su cristal llamaron luna:
Por las mudanzas que hace,
Consejo se ha de mudar.

FABIO.

Este temer y no obrar
Ya entiendo yo de qué nace.
Si la flor de las mujeres
No te deshace de amor,
Falta tienes de calor,
Tibio por extremo eres.
Date la fortuna ayer
Una mujer y un ducado
(Que algunos hombres han dado
Muchos por una mujer),
Y ¡estás temblando de miedo!
Sospechoso estoy de ti.
Nunca amar, César, te vi.

DON CÉSAR.

Habla más cuerdo y más quedo.

FABIO.

¡Cómo cuerdo! Si no eres
Para estas cosas de amor,
Dime la verdad, Señor;
Que me han dicho mil mujeres,
A quien tu tibieza mueve
Y el verte tan descuidado,
Que las miras con enfado,
Y que las hablas con nieve.
El hombre, si no es que el nombre
Pueda á respeto obligar,
De en cuando en cuando ha de dar
Algunas señales de hombre.

DON CÉSAR.

Deja esos necios errores;
Yo haré lo que me conviene.

FABIO.

Ya tu intencion á ser viene
Como pleito de acreedores.
Hay unos hombres perdidos,
Ricos de la hacienda ajena,
Que fingiendo mucha pena,
Lloran á todos oidos.
Querrian sin pagar nada
Quedarse con lo escondido.

DON CÉSAR.

Mi pleito, Fabio, no ha sido
De hacienda ajena usurpada.
Si me alzare con Milan,
No es ajeno, pues su dueño
Me lo ofrece, y por empeño
De unas bodas me le dan.
Voy á detener el paso
A esta invencible mujer;
Que no me ha de suceder
Deslealtad por ningun caso.

FABIO.

Y ¿quiéresla?

DON CÉSAR.

Sí querré. *(Vase.)*

ESCENA VII.

FABIO.

¡Sí querré! ¿Qué novia aquí
Dijera tan tibio sí?
Malicia pienso que fué.
Él se debe de entender;
Que tiene pecho invencible,
Aunque parece imposible
Alabar, y no querer.
Aunque desto no se infiere,
Pues que vemos alabada
De grande una cuchillada,
Y que ninguno la quiere. *(Vase.)*

—

Acampamento de la Duquesa.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA, CAMILO, LUPERCIO.

DUQUESA.

No pienso alzar desta primera villa
El campo, sin rendilla.

CAMILO.

Ya tu gente
Desnuda de la vaina la cuchilla
En que se mira el sol resplandeciente.

DUQUESA.

A mí ningun valor me maravilla,
Que fama ensalce ni que gloria cuente,
De griega ni romana celebrada,
Si por agravio desnudó la espada.
Descoged la señal en que he traido
Pintado un peso, en la primer balanza
Dos manos, en el lazo que ha rompido
Traidora fe, segura confianza;
En la segunda, aquel valor temido
De quien tan presto tomaré venganza,
Sola una pluma, por mostrar en suma
Que hay palabra que pesa como pluma.
Marchad al muro; que el primero dia
Que pruebo vuestros nobles corazones,
Veréis el alma á la venganza mia.
Vos, Camilo, ordenad los escuadrones.

CAMILO.

¿A quién no animará tu valentía?

DUQUESA.

Aquí aparte me escucha dos razones.
(*Ap. á él.* Difiere agora acometer el [muro;
Que de mis armas ha de estar seguro.)

CAMILO.

Ya entiendo la intencion de aquesta
Y que quieres fingirla. [guerra,

DUQUESA.

No te espante;
Que sólo doy lugar (no sé si yerra)
A que tenga disculpa el Almirante.
Con licencia del Rey se irá á su tierra;
Yo desde aquí no pasaré adelante,
Pues el concierto deste nuevo engaño
Sólo pretende deshacer el daño.

LUPERCIO.

Por la esmaltada falda dese monte
Vieron las centinelas, gran Señora,
A la primera luz que el horizonte
Miró en los labios de la blanca aurora
Hasta salir el padre de Faetonte
Que enjuga perlas y edificios dora,
Bajar un grueso ejército formado,
De banderas y plumas coronado.
Un mancebo le rige que pudiera
De Alejandro regir los escuadrones
Que penetraron de la Libia fiera
Las ocultas y bárbaras regiones:
En un caballo, cuyo paso altera,
Bizarro, de moradas guarniciones,
Arrogancias y plumas presta al viento,
Rayos al sol, á Marte atrevimiento.

DUQUESA.

Será por dicha el Rey. Poned á punto
La gente en el lugar determinado.

ESCENA IX.

DON CÉSAR y FABIO, *en el fondo.* — DICHOS.

DON CÉSAR.

Si será buen consejo te pregunto.

FABIO.

¡Bueno es pedir consejo en lo pasado!

LUPERCIO.

Del campo, gran Señora, al nuestro jun-
Marcha un soldado. [to,

DUQUESA.

Y el galan soldado
Conozco yo: no quede aquí ninguno.

CAMILO.

Bien es que quede en tu defensa alguno.
(*Vanse Lupercio y Camilo.*)

ESCENA X.

LA DUQUESA, DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.

Tus manos, tras tantos dias,
Bien las podré merecer.

DUQUESA.

Y mis brazos.

DON CÉSAR.

¿Podrá ser
Tener el cielo en las mias?

DUQUESA.

¿Viene el Rey?

DON CÉSAR.

¿Ya desconfías
De mi justo amor, Señora?
Yo soy General agora
Deste campo contra tí.

DUQUESA.

¿Contra mí?

DON CÉSAR.

Señora, sí.

DUQUESA.

Ríndome.

DON CÉSAR.

César te adora.

DUQUESA.

Llévame presa.

DON CÉSAR.

Es traicion.
En el alma podrá ser.

DUQUESA.

¡Qué diera yo por tener
Esa dichosa prision!

DON CÉSAR.

Solos esos ojos son
La prision de mis sentidos,
Tan dulcemente perdidos.

DUQUESA.

No acabo de imaginar
Cómo se ha de pelear
Si estamos los dos rendidos.
¿Es Fabio aquel?

FABIO.

Fabio soy.

DUQUESA.

Pues ¿no llegas, Fabio ingrato?

FABIO.

Con la boca á tu zapato
Los puntos contando estoy.

DUQUESA.

Fabio, ¿quién dijera que hoy
Condujeran dos amigos
Dos campos tan enemigos!

FABIO.

Desdichado amor teneis,
Pues un instante que os veis,
Teneis veinte mil testigos.

DUQUESA.

Tiendas hay donde podemos
Hablar seguros.

DON CÉSAR.

No es bien
Que nos entiendan, si ven
El intento que tenemos.

FABIO.

¡Hay más graciosos extremos!
¿Tienes seso?

DON CÉSAR.

Fabio, sí;
Que no quiero que de aquí
Vayan las nuevas al Rey
De que no guardé la ley
Con que obligado nací.

DUQUESA.

César, de tu gran lealtad
Yo tengo satisfacion,
Y estimo en mas tu opinion
Que mi propia voluntad.
Quedemos en amistad.
Vuelve á Nápoles la gente,
Adonde el Rey, tu pariente,
Te pague tantas lealtades;
Que mirar dificultades
Nunca fué de amor valiente.
¿Qué más tibia voluntad,
. . . . [1]
Si fuera Milan aldea,
Y yo la misma fealdad?
Quien sirve una majestad
Con términos tan leales,
No trate de casos tales;
Que con tantos miramientos
No se ponen pensamientos
En mujeres principales.
Quien á mí me ha de querer,
César, tan loco ha de estar,
Que ni al sol ha de mirar,
Ni al Rey del mundo temer.
A ser del tuyo mujer
Fuí, cuando el pié me besaste:
Tu señora me llamaste;
Bien haces: no seas villano
En querer tomar la mano,
Pues por el pié comenzaste.
Con justa causa diré,
Mirando tu desatino,
Que de mi mano es indino
Quien no ha pasado del pié.
A Milan me volveré,
Pues tan desdichada fuí,
Diciendo, César, que vi
Un hombre de buena ley,
Muy leal para su Rey,
Muy cobarde para mí.
En Alemania ó en Francia,
Por mí, cuando no le obligue
Milan, habrá quien castigue
De Nápoles la arrogancia;
Y pues tan poca distancia
Los ejércitos están,
Prueba á quitarme á Milan:
Peleemos si tú quieres;
Que allá sois todos mujeres,
Y acá sólo el capitan.

DON CÉSAR.

¡Señora!...

DUQUESA.

¡A mí me ha tenido,
César, un hombre en tan poco,
Que viéndome no esté loco,
Y amándole yo, atrevido!

DON CÉSAR.

Ya que tu gracia he perdido,
Mira que querer mirar
El recato y el lugar,
Fué porque en esta ocasion
No presumiera traicion
Quien nos pudiera culpar.
Yo te adoro; que ese pié
Que te besé por señora,

[1] Falta un verso.

Beso mil veces agora,
Y al Rey y al mundo diré
Que te quise, te adoré,
Te dí mil almas, mil vidas.

DUQUESA.

César, César, si te olvidas
De tu dicha, necio estás,
Porque no vuelen jamás
Las ocasiones perdidas.
Ya me parece que es tarde;
Que mis méritos corridos
Están de tales maridos,
Uno necio, otro cobarde.

DON CÉSAR.

Aguarda.

DUQUESA.

Ya no hay que aguarde.

FABIO.

Señora, aguarda por Fabio.

DUQUESA.

Fabio, pues eres más sabio,
Aconseja á tu señor,
Que cuando tuviere amor,
No mire en ajeno agravio. *(Vase.)*

ESCENA XI.

DON CÉSAR, FABIO.

FABIO.

¿Estás contento?

DON CÉSAR.

No he visto
Más desdichado suceso.

FABIO.

Las culpas no son desdichas.

DON CÉSAR.

Pues ¿qué son?

FABIO.

Discursos necios.

DON CÉSAR.

¿De qué suerte?

FABIO.

Esta mujer
¿Fuélo del Rey algun tiempo?

DON CÉSAR.

Sí lo fué.

FABIO.

¿Y agora?

DON CÉSAR.

No.

FABIO.

Pues ¿qué loco pensamiento
Te quita que no sea tuya?

DON CÉSAR.

Mira, Fabio, el ser mi dueño
Me obliga por mil razones
A prudencia y á respeto.
Sin licencia de su Rey
No se casa en ningun reino
Hombre de sangre y valor.
Si yo sin ella lo emprendo,
¿No ha de decir que es verdad
Que por mi loco deseo
Perdió á Milan?

FABIO.

Dices bien;
Pero erraste, por lo ménos,
Convidándote á su tienda,
En excusarte, diciendo
Que tu gente lo diria
Al Rey: cosa que en extremo
Sintió doña Juana Esforcia;
Que fué terrible desprecio.
¿Es bueno que ella te diga:
«Tiendas hay donde podemos
Hablar secreto,» y respondas
Que te verán?»

DON CÉSAR.

Honra es esto.

FABIO.

Sacó una doncella un mozo
Destos que tienen el cuello
Engastado en la carita,
Y hasta los pliegues abiertos;
Y caminando los dos
Por el campo largo trecho,
Ella dijo: «¿Dónde vamos?
¿No estamos, Señor, bien léjos?»
Él dijo: «Temo que deis
Voces.» Ella dijo luego:
«Si por eso lo dejais,
Estoy tan ronca, que creo
Que no me oirán de aquí allí.»
Pareces á este mancebo.
¿Qué aguardas, si ella te ofrece
Tiendas en que hablar secreto?
¡No me ofrecieran á mí
Un Milan, y áun sólo un pueblo
De su Estado! ¡Pésia al diablo,
Con tanto miedo!

DON CÉSAR.

No es miedo,
Majadero porfiado,
Sino que el honor que tengo,
Estimo más que la vida.

FABIO.

Pues ¿qué Tarquino soberbio
Vienes á ser? ¿A quién fuerzas?

DON CÉSAR.

Ahora bien, Fabio, yo vuelvo
A pedir licencia al Rey
Para hacer mi casamiento;
Que yo sé que la Duquesa
No me olvidará tan presto.
Marche el campo.

FABIO.

Puede ser;
Mas una vez en un fresno
Vi un nido de ruiseñores.
Pude llegar á cogerlos,
Y dije: «Críense agora;
Despues volveré por ellos.»
Volví, y al meter la mano,
Agarróme de los dedos
Un lagarto, que me hizo
Ver las estrellas del cielo.

DON CÉSAR.

Las mujeres principales
No son mudables tan presto.
Marche á Nápoles el campo.

FABIO.

¡Ah, Señor, que ha sido yerro!
Cogieras el nido agora
Como prudente discreto;
Que hay mujeres ruiseñores,
Que hoy muestran los picos tiernos,
Y mañana son lagartos,
Que agarran alma y dinero.
(Vanse.)

—

Sala en el palacio del Rey de Nápoles.

ESCENA XII.

EL REY, CELIA, ROBERTO, *detras.*

REY.

Cansan desprecios.

CELIA.

Sí harán;
Pero estos no son desprecios;
Que con vos fueran muy necios.

REY.

Soberbios, Señora, están
Vuestros pensamientos hoy.

CELIA.

Siempre fué la honestidad
Desden.

REY.

De mi libertad
Albricias al alma doy.

CELIA.

Pues segun eso, estaréis
A mi desden obligado,
Porque él sin duda os ha dado
La libertad que teneis.

REY.

Estaba una vez la rosa
Soberbia de su hermosura,
Ya teñida en sangre pura,
Ya en nácar, ya en mezcla hermosa.
Ya de la verde camisa
Salian blancas y rojas,
Apretándose las hojas,
A ver del alba la risa.
Y apercibiendo el boton
Con las dilatadas puntas,
Las guardaba todas juntas
En avarienta prision.
Miró al clavel y azucena,
Y dijo: «¡Qué hermosa estoy!
Obra de Júpiter soy,
Vosotros de mano ajena.»
Oyendo el Dios su locura,
Tantas espinas la dió
Por castigo, que templó
Su loca y vana hermosura.

CELIA.

Engáñase vuestra Alteza.

REY.

¿En qué, Celia, lo imaginas?

CELIA.

En que le dió las espinas
Para guardar su belleza;
Y no hay imágen más clara
De la castidad hermosa,
Pues de las manos la rosa
Con las espinas se ampara. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

EL REY, ROBERTO.

REY.

Roberto, ¡tú estás aquí!

ROBERTO.

Sí, Señor.

REY.

Sombra pareces
De Celia; siempre te ofreces...

ROBERTO.

Tú sólo, sol para mí,
Haces que tu sombra sea;
Que no de Celia, Señor;
Que bien sabes que mi amor
Sólo servirte desea.

REY.

No me querer Celia bien
Y siempre verte tras ella
Me obliga á pensar que en ella
Causas tan fiero desden.
El desden es frialdad;
Tú eres sombra: luego es cierto
Que de ti nace, Roberto;
Que no de su voluntad.
Soy Rey, soy mozo, y pudiera
Ser querido; no lo soy:
Culpa, Roberto, te doy.

ROBERTO.

¡Ojalá culpa tuviera!

Crea vuestra Majestad
Que somos muy parecidos.

REY.

¿En qué?

ROBERTO.

En ser aborrecidos.

REY.

¿Cierto?

ROBERTO.

Es la pura verdad.

REY.

En lugar de tener celos,
Consuelo quiero tener.
No quiero Alejandro ser;
Que no quisieron los cielos.
Diérate á Celia; no es mia.

ROBERTO.

Ni yo puedo ser Apéles:
Mas mi boca hará pinceles
Para pintar cada dia
Tus alabanzas, Señor.

ESCENA XIV.

OTON.—Dichos.

OTON.

Don César de Ávalos llega.

REY.

¡Tan presto!

OTON.

En popa navega
De la fortuna el favor.

REY.

¿Vendrá vencido?

OTON.

No viene.

REY.

¿Y vitorioso?

OTON.

Tampoco.

REY.

Pues ¿qué es esto?

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Ay amor loco!
¿Quién mi esperanza entretiene?

ESCENA XV.

DON CÉSAR, FABIO.—Dichos.

DON CÉSAR.

Tantas veces, gran Señor,
Vengo á verte, tantas llego
A tus piés, que ya no hallo
Justos encarecimientos;
Pero de cualquier manera,
Como vasallo las beso,
Como esclavo las adoro,
Como deudo las respeto.

REY.

Primo, yo soy vuestro amigo.
Siempre os recibo y os quiero
Como defensor y hermano,
Como á consejero y deudo.
Duque de Calabria os hago.

DON CÉSAR.

Señor, la respuesta dejo
Destos favores al alma.

REY.

Vos sois, César, mi gobierno.
Que no gobernaban bien
Los hombres de grande ingenio,
Dijo Tucídides, César;
Mintió en vos el sabio griego.
Ingenio y gobierno en vos
Tienen en su filo el peso.
No quiero ni he de tener
Más armas ni más gobierno.

DON CÉSAR.

Antes de saber, Señor,
Si he vencido ó si lo vengo,
¡Tantas mercedes!

REY.

Yo sé,
Almirante, el valor vuestro.

DON CÉSAR.

Volvió su gente á Milan
La Duquesa, y el concierto
Desta paz fué en vuestro honor,
Y despues en mi provecho.
Concertámonos casar:
Pero que este casamiento
Fuese con licencia vuestra:
Y así os la pido y deseo.

REY.

¡Qué escucho!

ROBERTO. (*Ap.*)

Pienso que el Rey
Se ha enojado.

REY.

Agora creo
Cuanto he pensado de tí.
No me engañaron mis celos.
No en vano la encarecias;
Que los encarecimientos
Son hijos de loco amor,
Habidos en los deseos.
¡Tú casar con la Duquesa!
¡Vive Dios, que ha sido enredo
De los dos, desde el principio
Que fuiste á nuestro concierto!
Pues ¡á mí, César! ¡A mí!...—
¡Hola! en una torre preso
Le poned.

OTON.

¿A quién lo mandas?

REY.

A tí, Oton, ó á Roberto.

DON CÉSAR.

Porque me quiero casar,
¿Me prendes?

REY.

Pues ¿es bien hecho
Que me quites con engaños
Una mujer y dos reinos,
Y la pierda yo por tí,
Y que pasado algun tiempo
Con mi licencia me engañes?
Ayer me dijo Fineo,
Un truhan que tú conoces,
Muy aficionado al juego,
Que ¿para qué castigaba
Los que juegan, pues yo tengo
La culpa? y mostróme un naipe.
Miro la márgen y leo,
Que *con licencia* decia
Del Rey.— Este casamiento...[1]
Llevalde á una torre.

DON CÉSAR.

Escucha.

REY.

Para escucharte es muy presto;
Para creerte, muy tarde.
No gozarás, si yo puedo,
El Estado de Milan.
¡Qué buen vasallo! Qué deudo!
Qué fianzas! Qué lealtades! (*Vase.*)

[1] Parece que faltan algunos versos despues de este.

ESCENA XVI.

DON CÉSAR, ROBERTO, OTON, FABIO.

ROBERTO.

Vamos de aquí.

DON CÉSAR.

¿Qué es aquesto!

FABIO.

Necedades á la pinta.
Pardiez, César, que sin miedo
Puedo decirte que has sido
Un siete y llevar de necios.

ROBERTO.

Todos, señor Almirante,
Somos más amigos vuestros
Que alcaides.

DON CÉSAR.

¿Dónde tenia,
Cuando fui leal, el seso?

FABIO.

¿No fuiste tibio? Pues basta;
Que mil nobles casamientos
Por no tomar posesion
Han perdido su derecho.

OTON.

César, todo se hará bien.

DON CÉSAR.

En mi ejemplo, caballeros,
Mirad á quién alabais;
Que todo el daño que tengo
Nació de alabar un ángel.

FABIO.

No nació (llevalde preso)
Sino de no haber tomado
Posesion de ángel con cuerpo;
Pues los Digestos de amor,
Ley *Tibio*, párrafo *Miedo*,
Dicen que quien *tempus habet*,
Y aguarda que *veniat tempus*,
Pues que no mereció silla,
Quasi jumento albardetur.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, OTAVIO.

OTAVIO.

Esto dicen que ha hecho
La agraviada Duquesa, tu enemiga,
Con atrevido pecho:
Así el desprecio en la mujer obliga.

REY.

Las venganzas, Otavio,
Son hijas de la honra y del agravio.
Ya sé que en las mujeres
Pueden más las venganzas que en los hombres.

OTAVIO.

Con razon las prefieres:
Y así no es justo que de ver te asombres
Que con tantos soldados
Destruya por mil partes tus estados.
Para mayor venganza
Con el Rey albanés casarse intenta;
Y si Rodulfo alcanza
La gran ciudad, de quien la fama cuenta
Tan heróicos trofeos,
Llegarán á la nuestra sus deseos.

REY.

Sabré yo defendiendo

La furia desta bárbara amazona,
Que en nombrarla me ofendo,
Conducir mis soldados en persona;
Que la del Rey, no hay hombre
Que no lleve tras sí: tal puede el nom-
Tú verás que la planta [bre.
Pongo en su cuello vil, aborrecido
De mí con furia tanta,
Que entre estas manos le veré rompido,
Y no estaré vengado.

OTAVIO.

Causa de eterna enemistad te han dado.

REY.

No aborrece más fiero
Magnánimo leon gallo arrogante,
Ni más grave y severo
Doméstico raton sabio elefante,
A quien tanto parezco,
Que á la Duquesa bárbara aborrezco.
No aborrece el prudente
Al lisonjero más, el cuerdo al loco,
El cobarde al valiente,
Ni el pobre honrado al que le tiene en
Y poco lo encarezco, [poco,
Que á la Duquesa bárbara aborrezco.
No es á un Príncipe sabio
La infame adulacion más enojosa,
Al honor el agravio,
Ni la vejez á la mujer hermosa,
Si crédito merezco,
Que á la Duquesa bárbara aborrezco.
No el que es discreto al necio,
El verdadero á las palabras vanas,
El valor al desprecio,
Ni el poco seso á las honradas canas
Cuya estima engrandezco,
Que á la Duquesa bárbara aborrezco.

OTAVIO.

Señor, si las verdades
Estimas como dices, y aborreces
Lisonjas, no te agrades
De los agravios que á vengar te ofreces.
Mira que es importante
La libertad de César, tu Almirante.
No quieras más soldados
Para templar la furia á la Duquesa.
Los príncipes sagrados,
En cuyos hombros el imperio pesa,
Destierran la codicia,
Y abrazan la prudencia y la justicia.

REY.

Otavio, las sospechas
De la lealtad de César me obligaron.

OTAVIO.

Si de celos son hechas,
A nadie la verdad aconsejaron.

REY.

Por tí librarle quiero.

OTAVIO.

Beso tus piés.

REY.

Aquí con él te espero.

(*Vase Otavio.*)

ESCENA II.

ROBERTO.—EL REY.

ROBERTO.

Pasando va sin temor
Las puertas de Celia bella,
Pues ya los desprecios della
Ponen templanza en mi amor,
Apear de un coche vi
Una mujer, que alabarte
Quisiera, á no ser el arte
De tanta sospecha en tí;
Pues para ser peregrina
En peregrino valor,
Era la madre de amor
En forma de peregrina.
El cabello, que hurtó al mar
Olas que al viento ligero
Mueve, cubria un sombrero
Que se dejaba mirar;
Que nadie mirar pudiera
El oro de su guirnalda,
Si del sombrero la falda
De nube al sol no sirviera.
El rostro naturaleza
Formó con tal armonía,
Que excedió lo que sabía
En su divina belleza.
La esclavina era locura
Quererértela yo pintar,
Que se debió de formar
De esclavos de su hermosura.
Lo que á la márgen del pié
La túnica descubria,
Oro, Señor, parecia,
Y imaginaciones fué
¿No has visto los arreboles
Con que sale el sol del mar,
Que no se dejan mirar,
Y parecen muchos soles?
Pues desta suerte brillaba
A cualquiera movimiento
La basa del fundamento
Y aquella imágen formaba.
Entróse al fin recibida
De Celia, y quedé, Señor,
Entre confusion y amor
Toda el alma divertida.

REY.

Prometiste no pintar
Esa dama, temeroso
De que yo soy sospechoso
De lo que escucho alabar;
Y así tu pincel la precia,
Que Céuxis no le igualó
Cuando á Elena retrató
De cinco damas de Grecia.
César y tú los colores
Tanto habeis encarecido,
Que ningun rey ha tenido
Tan excelentes pintores.
No sé si la vaya á ver
Por no ofender tu pintura,
Pues no podrá su hermosura
Como tu pintura ser;
Mas por dar á Celia celos,
Iré á verla y alabarla;
Que podrá ser obligarla
Más que con tantos desvelos.
Pero ¿no sabes quién era?

ROBERTO.

No sé más de que venia
De Roma, y que pasaria
A llevar la primavera
A los campos de Loreto,
Sacando los prados flores
De las hermosas colores
De tan divino sujeto.

REY.

Tienen todas las naciones,
Roberto, un cierto semblante,
O apacible ó arrogante,
Diferente en las faiciones:
Conócese el aleman
En lo rojo y corpulento,
En la hermosura el inglés,
En lo galan el bohemio,
En lo cortés el de Italia,
En lo sutil el flamenco,
En lo bárbaro el indiano,
El de la China en lo feo,
En lo temerario el turco,
El moro en lo verdinegro,
El andegavo en lo fácil,
El japon en el cabello,
El irlandés en lo agudo,
En lo científico el griego,
El portugues en lo grave,
El ginoves en el cuerpo,
Y el castellano en el brio.

ROBERTO.

Si tus retratos contemplo,
No es de la tierra esta dama.

REY.

Pues ¿de adónde?

ROBERTO.

De los cielos.

REY.

¡Qué dices!

ROBERTO.

Esto que escuchas.

REY.

Vamos á verla, Roberto;
Que si es como tú la pintas,
Quiero dar á Celia celos.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Celia ó don César.

ESCENA III.

LA DUQUESA, *de peregrina;* CELIA.

DUQUESA.

Vine á Roma, y desde allí
Quise ver esta ciudad.

CELIA.

Merezca mi voluntad
Saber quién sois.

DUQUESA.

Prometí,
Hasta acabar la jornada,
Encubrir mi patria y nombre.

CELIA.

Cuando de la tierra os nombre,
Quedais, Señora, agraviada.
Del cielo sois, no del suelo;
De allá venís peregrina,
Porque cosa tan divina
Sólo viniera del cielo.

DUQUESA.

Fué mi voto por librar
Un hermano de prision,
Y con la misma aficion
Juré tambien de ayudar
A cualquiera que estuviese
Preso. Con dinero y ruego
Llegué á Nápoles, y luego
Que á la vulgar fama oyese
La prision del Almirante,
Vine á serviros en ella.

CELIA.

Será, peregrina bella,
Obligacion semejante
Para César más prision,
Si el pagalla es justa ley.
Que la en que le ha puesto el Rey
Don Alonso de Aragon,
El cual está sólo airado
De que se case en Milan:
Envidias de que le dan
Tal mujer y tal estado.
Alaban á la Duquesa
De bellísima señora:
César pienso que la adora;
Mas tanta lealtad profesa,
Que sin licencia no quiso
Casarse: al Rey la pidió,
Y enojado le prendió,
Y agora ha tenido aviso

Que la Duquesa, en venganza,
Viene el reino destruyendo.

DUQUESA.

De su ejército lo entiendo,
Porque le mueve esperanza
De librar á su señor.

CELIA.

¡Quién? ¿César?

DUQUESA.

Dicen que sí.
Esto á lo ménos oí
En Roma á su embajador.

ESCENA IV.

EL REY, ROBERTO.—LA DUQUESA, CELIA.

REY. (*Ap. á Roberto.*)

No piden licencia reyes:
Basta, Roberto, la mia;
Que áun hasta en la cortesía
No nos alcanzan las leyes.

ROBERTO.

Esta es la dama.

REY.

Detente.
Si esta es, Roberto, la dama,
No la alabará la fama
Cuando hablara eternamente.

CELIA.

Este es el Rey.

DUQUESA.

Dad los piés
En limosna, gran Señor,
A una peregrina.

REY.

Amor
Peregrino dicen que es,
Porque siendo hijo del cielo,
Permite en sus ocasiones
Peregrinas impresiones
En el cristal de su velo:
Y debeis de serlo vos;
Pero gran causa le ha dado
La tierra al cielo enojado
Cuando peregrina un Dios.
Salir un cometa ardiente
En la postrera region
Del aire en imitacion
De pluma resplandeciente;
Eclipsarse el sol, la luna,
Correr luces celestiales,
Son efetos naturales
Por buena ó mala fortuna;
Mas no sin causa divina
Humilde la tierra sella
La hermosura de una estrella
En forma de peregrina.

DUQUESA.

Los príncipes obligados
Están á favorecer
Las mujeres.

REY.

(*Ap.* No hay que ver
Sino que aumentar cuidados
En mirando su luz pura.)
Celia...

CELIA.

Señor...

REY.

¿De qué Grecia
Trujiste á Elena, si precia
Comparacion su hermosura?

CELIA.

¿Agrádate?

REY.

¿No lo ves?
Belleza que no prendió
Luego que un hombre la vió,
Trato se llamó despues.
Dime quién es. (*Ap. á Celia.*)

CELIA.

Yo, Señor...

REY.

¿Celos?

CELIA.

Así Dios te guarde,
Que lo niega.

REY.

(*Ap.* Estoy cobarde,
Primero efeto de amor.)
Sabe quién es.

CELIA.

Querrá agora
Descansar.

REY.

Será razon;
Pero dile en ocasion
Que merece ser señora
De mí, de un reino, del mundo.

CELIA.

Yo lo haré. (*Ap.* No tuve amor,
Aunque al celoso furor
Llamaron amor segundo;
Y de ver la libertad
Del Rey, le miro más bien:
Debe de ser que el desden
Despierta la voluntad.)
Vamos, peregrina hermosa.

DUQUESA. (*Ap. á Celia.*)

Mucho me he holgado de ver
Al Rey.

CELIA.

Pues no habeis de ser,
Forastera, tan curiosa.

DUQUESA.

Es gentil hombre y galan,
Y habla con grande dulzura.

CELIA.

¿Ya le amaréis?

DUQUESA.

Por ventura
Fuera Duque de Milan
Si el Rey viera á la Duquesa.

CELIA.

Tened más cuerdos los ojos.

DUQUESA.

Pues ¿hay á quien dar enojos?

CELIA.

No es para vos esta empresa.

DUQUESA.

Celia, los que peregrinan
Todo lo quieren saber;
Que para saber y ver
Por tantas tierras caminan.

CELIA.

No hay para vos nada en él.
Dama su igual le desea.

DUQUESA.

Bien puede ser que yo sea...

CELIA.

¿Quién?

DUQUESA.

Tan buena como él;
Mas no es justo que os altere,
Ni tanto cuidado os dé.

CELIA.

Pues ¿quién sois?

DUQUESA.

Yo lo diré.

CELIA.

¿Cuándo?

DUQUESA.

Cuando yo quisiere.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

EL REY, ROBERTO.

REY. (*Para sí.*)

Permíteme, hermosura, que te [nombre
Del cielo bien, aunque por mal del sue- [lo:
No sé si es tu materia fuego ó hielo,
O si de entrambos te daré renombre.
No hay cosa que tan presto al hom- [bre asombre,
Ni á su contemplacion levante el vuelo,
Como entre muchas que produce el [suelo
Belleza de mujer admira al hombre.
Parece que la estampa considera
Naturaleza, y que la mano inclina
A la beldad que reducir quisiera;
Y á poderse decir de la divina
Que le sobraron ángeles, dijera
Que allí fué su hermosura peregrina.

ESCENA VI.

OTAVIO, DON CÉSAR, FABIO.—DICHOS.

OTAVIO.

Aquí está Su Majestad.

DON CÉSAR.

Llego á besarle las manos.

REY.

Amigo César, no quiero
Sino que me dés los brazos.

DON CÉSAR.

Más castigais, gran Señor,
Favoreciendo y premiando,
Que prendiendo y ofendiendo:
Propia condicion de sabios.
No pensé que os deservía
En casarme, imaginando
Que desechábades vos
Lo que yo estimaba en tanto.
De lo que le sobra al dueño
Suele vestirse el criado:
A Milan quise vestirme,
Deshecho de vuestras manos.

REY.

César, Milan es vestido
Que yo no me habia probado:
¿Cómo desecharle pude,
Ni darle por desechado?
Un criado no se pone
Vestidos que no llegaron
A las manos de sus dueños,
Que es lo mismo que usurparlos.
Mujer y vestidos, César,
(Si no lo sabeis, pensaldo)
¿No se han de probar primero?

DON CÉSAR.

No merezco ser culpado,
Señor, si os pedí licencia.

REY.

No hay licencia, si mil años
Pasan despues que la deje;
Que siempre es el mismo agravio.
Para un amigo discreto,
Y que se precia de honrado,
Ya es muerta aquella mujer
Que el otro tuvo en sus brazos.

DON CÉSAR.

Nunca fué vuestra, Señor.

REY.

Basta haberlo imaginado;
Que aún á la imaginacion,
Leyes de amistad jurando,
No ha de agraviar el amigo.
Mas ya estas cosas pasaron.
Yo aborrezco á la Duquesa
Como á causa de los daños
Que por su enojo padecen
Mis inocentes estados;
Amo á una mujer que he visto...
Mejor la llamara rayo,
Pues que de una vista sola
En su hermosura me abraso.
Está en vuestra casa, César.

DON CÉSAR.

¿En mi casa!

REY.

Hoy ha llegado
Vestida de peregrina,
Y peregrino retrato
De los ángeles del cielo.
Que es gran Señora está claro,
Porque su talle lo dice,
Su vestido y sus criados.
Como de fúlgidas nubes
Se forma del cielo el manto,
De diamantes su vestido,
O sus ojos me engañaron;
Que como el sol encendido
Hace parecer dorados
Los campos, los edificios,
Ansí del vestido el manto
Bordaba el sol de sus ojos,
Ojos que no hicieran casto
En Cartago á Cipion,
En Grecia al fuerte Alejandro.
Sus dos niñas, dos amores
Jugaban con flechas y arcos;
De sus pestañas y cejas
Iban mil almas colgando;
Al campo de sus mejillas,
¿Qué flores tienen los campos,
Qué nieve tienen los montes
Con que poder compararlos?
La nieve es negra, las flores
Feas en viendo mezclados
Con azucenas claveles,
Con rosas jazmines blancos.
¿No has visto, César, la risa
De algun arroyuelo manso,
Que en dos márgenes de flores
Va las arenas contando,
Y como músico diestro
Con diversidad de pasos
Trina en los altos la voz,
Y va sonoro en los bajos?
Pues imagina en la suya
Aquel mismo curso blando,
Y otra cosa más sutil,
Aunque parezca milagro,
Que es la voz para el oido;
Y la suya puede tanto,
Que pasma los ojos, viendo
Que la obliga á abrir los labios.

DON CÉSAR.

No sé si me acuerdo bien
Que por haberte alabado
La Duquesa de Milan,
Estoy en tantos trabajos.
Tú, Señor, que tan discreto
Dices que no es de hombres sabios
Alabar á las mujeres,
Porque es poner en cuidado
Sus dueños, ¿has hecho aquí
Tan excelente retrato
De una hermosa peregrina!

REY.

César, su rostro te alabo,
Ya que estás cerca de verla,
Por ganarte por la mano;
Con esto quedas agora
De alabármela excusado:
¡Tal miedo tienen mis celos
Al pincel de tus agravios!
No quiero despues que digas
Que pues que yo no me caso,
Te dé licencia.

DON CÉSAR.

Señor,
Ya que el alma te ha robado
Esa señora, permite
Que prosiga en lo que trato
Con la Duquesa.

REY.

No, César;
Que Milan es fuerte caso
Que os haga tan poderoso,
Y que nos iguale á entrambos.
Hablad aquesta señora;
Decilda entre mis cuidados
Que sea huéspeda nuestra,
Y venga luego á palacio,
Donde con mi hermana esté:
Y advertid que os hago cargo,
Al hablarla en mi deseo,
Que sea con mejor mano
Que tuvistes en Milan;
Que aunque deudo, sois vasallo,
Y es bien pensar que os envio
A casarme, y no á casaros.

(*Vanse el Rey, Roberto y Otavio.*)

ESCENA VII.

DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.

¡Qué de fortunas me cercan!

FABIO.

Tú las mereces.

DON CÉSAR.

¡Ay Fabio!
Perdí la hermosa Duquesa,
Perdí á Milan.

FABIO.

Ya es en vano
Tu necio arrepentimiento.
Tiene amor muchos contrarios:
Desdenes, olvido, celos,
Ausencias, pechos ingratos,
Pero el mayor, la tibieza.

DON CÉSAR.

¿Qué habia de hacer, estando
De por medio el Rey?

FABIO.

Casarte;
Que nunca quien miró tanto
Llegó á ser nada en el mundo.

DON CÉSAR.

Aquí me honró con sus brazos,
Y su amigo me llamó.

FABIO.

Pintó un príncipe Parrasio
Con la cabeza de perro;
Los griegos le murmuraron.
El dijo: «El perro, atenienses
Es del príncipe retrato;
Con los venenosos dientes
Da muerte, da rabia airado;
Con la lengua da salud.»

DON CÉSAR.

Ahora bien, á verla vamos,
Y á decir lo que el Rey dice.

FABIO.

Ella sale.

DON CÉSAR.

¡Ay cielo santo!

ESCENA VIII.

LA DUQUESA.—DON CÉSAR, FABIO.

DUQUESA. (*Ap.*)

Amor desnudo al campo salió un dia,
Que de la honestidad desafiado,
Quiso luchar con ella, y quiso airado
Ver el valor y fuerzas que tenía.
El arco que del hombro le pendia
A las retamas dió á guardar de un prado;
La honestidad vestida, al niño alado
Ceñido el cuello, derribar porfía.
Asiéronse los dos (¡oh cuánto yerra
Quien llega á la ocasion! el laurel dudo);
Y estando en esta lucha, junta y guerra,
Cayó la honestidad, aunque desnudo
Estaba amor, y dió consigo en tierra;
Que la imaginacion vencerla pudo.

DON CÉSAR.

¿Podrá hablaros quien es dueño
Desta casa en que vivis?

DUQUESA.

Podréis, pues vos lo decís.

DON CÉSAR.

¡Fabio!...

FABIO.

Señor...

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Esto ¿es sueño?
¿No es la Duquesa?

FABIO.

Ella es.

DON CÉSAR.

Señora, bien seais venida
A dar á este cuerpo vida.
Dadme mil veces los piés.

DUQUESA.

Quedo, quedo.

DON CÉSAR.

No os espante,
Mi bien, este atrevimiento.

DUQUESA.

¡Mi bien! ¿Con qué pensamiento?
¿Quién sois?

DON CÉSAR.

¡Bueno! El Almirante.
Don César de Ávalos soy.

DUQUESA.

Es muy justa cortesía
De quien sois; mas en la mia
No tanto lugar os doy;
Que vos no me conoceis.

DON CÉSAR.

¿Cómo no, si el nombre os dan
De la Vénus de Milan,
Aunque ser Pálas quereis!
¿Cómo la guerra dejastes?
¿Cómo habeis venido aquí?

DUQUESA.

Ni sé de guerra, ni os vi,
Ni en vuestra vida me hablastes.

DON CÉSAR.

Señora, ¿qué ofensa mia
Obliga á tanto desden?

DUQUESA.

Miradme, César, más bien;
Que soy la Reina de Hungría.
Vine á Roma por mi hermano,
Preso del Turco; y la fama
De vuestra hermana, que llama

Fénix el vulgo romano,
Me trajo á verla.

DON CÉSAR.
No sé
Lo que diga. Fabio, llega;
Que la misma verdad niega,
Lo que se toca y se ve.

FABIO.
Señora, si Vuestra Alteza
Niega por justos enojos
Lo que están viendo los ojos
Y publica su belleza,
Fabio, que no la ofendió,
Merezca...

DUQUESA.
Quitaos allá. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON CÉSAR, FABIO.

FABIO.
¡Quitaos allá! O ella está
Sin júicio, ó lo estoy yo.

DON CÉSAR.
¿Hate conocido?

FABIO.
¡Bien!
¿No has visto por las mañanas
Unas hacas galicianas,
Que apénas las sillas ven,
Cuando están corcoveando
Como quien tiene cosquillas?
Pues tú y yo somos las sillas...
Ya entiendes.

DON CÉSAR.
Estoy pensando
Que se puede parecer
Á la Duquesa.

FABIO.
Podria.

DON CÉSAR.
Dice que es Reina de Hungría.

FABIO.
Presto se puede saber.
Que me maten si no es chanza.

DON CÉSAR.
No viniera la Duquesa
De esta suerte.

FABIO.
Eso confiesa
Tu necia desconfianza;
Demás, que se han parecido
Muchos hombres á otros hombres,
De que no han puesto los nombres
Las memorias en olvido.
Artemio se parecia
Al Rey Antioco, á Nino
Semíramis, al divino
Pompeyo, Publio, y tenia
Del César Otaviano
Un hombre de otra nacion
Tanto, que era admiracion
Y risa al pueblo romano.
Y áun á muchos animales
Hombres vemos parecer.

DON CÉSAR.
¿Por qué causa?

FABIO.
Puede ser
Por influjos celestiales.
Hombres tienen de leon
El ser robustos y fieros;
Hombres parecen carneros,
Y por ventura lo son.
Mujer vi yo que tenia
La cara como una oveja,
Y, almagrada la pelleja,
Balaba cuando pedia.
¿A quién se parecerá
Un hombre, falso testigo,
Que jura contra un amigo
Por lo que el otro le da?

DON CÉSAR.
Mas ¿á quién, Fabio, parece
El buen amigo de Otavio,
Que calla viendo su agravio?

FABIO.
Sufre, César, y padece.
De los amigos de agora
Haz lo que se suele hacer
Del cardo, si has de comer
Lo que el imprudente ignora.
¿No ves cómo van quitando
Pencas y arrojando?

DON CÉSAR.
Sí.

FABIO.
Pues come lo bueno ansí,
Lo que es malo perdonando;
O busca un ángel en quien
Halles pura condicion,
Porque sin imperfecion
Hay pocos hombres de bien.
(*Vanse.*)

—

Sala del Real palacio.

ESCENA X.

EL REY, DOÑA BLANCA, OTAVIO.

DOÑA BLANCA.
¡Tantos encarecimientos!

REY.
Yo sé cuán corto he quedado.
Que venga la he suplicado,
Blanca, con mil cumplimientos:
Tú la verás y tendrás
Por huéspeda á Elena.

DOÑA BLANCA.
¿A quién?

REY.
A Elena, y no dije bien:
La misma Vénus verás.

DOÑA BLANCA.
Eres, cuando te apasionas,
Notable encarecedor.

REY.
Yo ¿no he de tener amor
Como las otras personas?
Preven, así Dios te guarde,
Muchas honras que le hacer.

DOÑA BLANCA.
Si me das tanto poder,
No me tendrás por cobarde. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL REY, OTAVIO.

REY.
Otavio, ¿qué respondió
Celia?

OTAVIO.
Que luego vendria;
Mas que es la Reina de Hungría
Su huéspeda, me contó.

REY.
¡Cómo, la Reina!

OTAVIO.
Esto pasa.

REY.
¿Cosa que hayamos traido
Dueño á Nápoles?

OTAVIO.
No ha sido
Poco alboroto en su casa.
Allá andaba el Almirante,
Lleno de cuidado.

REY.
Aquí
Quiero que corra por mí.

ESCENA XII.

DON CÉSAR, FABIO.—DICHOS.

DON CÉSAR. (*A Fabio.*)
¿No quieres tú que me espante
De cosa tan parecida?

FABIO. (*Ap. á su amo.*)
El Rey te puede escuchar.

DON CÉSAR.
Señor, yo acabo de hablar
La hermosura, encarecida
De tí con tanta razon,
Y dice que vendrá á verte.

REY.
César, pues la viste, advierte
Si me dió justa ocasion.
¿Sabes que es Reina de Hungría?

DON CÉSAR.
Ella lo dice.

REY.
Yo creo
Que he cumplido el gran deseo
Que de casarme tenia,
Por dar contento á mi estado,
En acabando la empresa
De Milan, cuya Duquesa
Me ha puesto en tanto cuidado.
Hasta que la haya vencido
Y traiga cautiva aquí,
No he de casarme; y á tí,
César, porque me has servido,
Te doy á Blanca mi hermana.
Con ella quiero casarte.

DON CÉSAR.
¿Qué gracias podré yo darte?

REY.
Hablemos, César, mañana
En la jornada que intento.
Muera la Duquesa.

DON CÉSAR.
Es justo.

REY.
Dime della mal; que gusto
De infamar su atrevimiento.
(*Vanse el Rey y Otavio.*)

ESCENA XIII.

DON CÉSAR, FABIO.

DON CÉSAR.
Fabio, más mal me ha venido
Del que imaginé que fuera.
Ya, Fabio, cobrar no espera
Mi lealtad el bien perdido.
Perdí á Milan, la Duquesa
Perdí .. Pero tambien gano
A Blanca, que el Rey su hermano
Me ofrece al fin desta empresa.
Paciencia: no estoy muy mal.
Duque de Calabria soy.

FABIO.
El parabien que te doy
Es á tu fortuna igual.

ESCENA XIV.

CELIA, LA DUQUESA.—Dichos.

CELIA. (*Ap. á la Duquesa.*)
Entraré primero yo:
Ganar las albricias quiero.
Aquí, Señora, te espero. (*Éntrase.*)

FABIO. (*Ap. á su amo.*)
Ya la Duquesa llegó,
Engerta en Reina de Hungría.

DON CÉSAR.
Déjame, Fabio, con ella; (*Ap. á él.*)
Que quiero vengarme della.

FABIO.
Eso sí, por vida mia.

DON CÉSAR.
Aquí bracero teneis,
Y algo, Reina, más honrado;
Que con Blanca me ha casado
Su Alteza... Mas no sabréis
Que es Blanca su hermana.

DUQUESA.
Tanto
Mereceis por vos, que honrais
Al Rey, aunque dél lo estais.

FABIO. (*Ap. á su amo.*)
Ya se altera.

DON CÉSAR.
No me espanto.

FABIO. (*Ap.*)
Roja se pone.

DON CÉSAR.
Sí hará;
Que una celosa congoja
Volverá á la nieve roja.

FABIO. (*Ap.*)
Pensando está que dirá.

DUQUESA.
Príncipe cobarde,
Enemigo César,
Ávalos injusto,
Noble sin soberbia,
Tibio con las damas,
Que se llama entre ellas,
Cuando quieren bien,
La mayor bajeza...
—Mas ¿por qué te digo
Mayores afrentas
Que decir que huiste
De hablarme en mi tienda?
Soldado que huye
No es justo que tenga
Nombre de soldado,
Ni honor en la guerra.
¡Tú de una mujer
(¿Qué mayor afrenta?)
Huiste los brazos,
Armas de amor hechas!
Dábate mi pecho
Amorosa y tierna,
Disteme la espalda,
Vi tu pecho en ella.
Con lealtad disfrazas
Lo que fué tibieza:
Quien yerra al principio,
Nunca el fin acierta.
Yo tambien erré,
Pues más justo fuera
Huyendo seguirte
Con armas de guerra.
No sé cómo agora
Conocerte pueda,
Pues siempre te he visto
Las espaldas vueltas.
Los Césares fueron
Del mundo cabeza:
Hojas vitoriosas
Del laurel los cercan.
Césares los llaman,
Imperial grandeza;
Tu á su nombre ilustro
Quitas una letra:
Cesa en ti su fama,
Cesa su grandeza,
Y pues *cesa* el nombre,
Llamaraste *Cesa*.
A Milan te daba,
A Milan desprecias:
No es para milanos
Tan hermosa presa.
Si por conservarlo
Temiste sus fuerzas,
Diérasme tu nombre,
Mi valor te diera.
César dona Juana
Llamarte pudieran,
Y a mí me llamaran
La Duquesa César.
Cuando el Rey Alfonso
Casados nos viera,
Y venganzas suyas
Nos hicieran guerra,
Dentro de Milan
Poco le temiera
La que brios tuvo
De entrar por su tierra.
Quitarte las tuyas,
¿Qué pérdida fuera,
Teniendo las mias,
Y mi alma entre ellas?
¡Tan pobre quedabas!
Mas bien es que adviertas
Que las ocasiones
No es bien que se pierdan.
Aquí me traias
Para ser tu Reina;
Tu Reina seré
Cuando el Rey lo quiera.
Sabré enamorarle,
Sabré hacer que vengas
A besarme el pié,
Pues la mano dejas;
Y cuando tu boca
En mis plantas vea,
Se reirá la mia
De ver tu imprudencia.
Seré tu enemiga,
Hasta dar en necia;
Que con los agravios
No hay mujer discreta.
¡Mal haya el cobarde
Que cuando le enseñan
El camino al gusto,
Por otro rodea!
No ha de perdonarse,
Porque es darle fuerza,
Contrario en el suelo,
Ni hermosura fea. [1]

DON CÉSAR.
Detente, señora mia,
Y no hagas tanto agravio
Con tu entendimiento sabio
A quien de ti se confía.
¿Por qué llamas cobardía
La lealtad que puso en calma [2]
Tu amor, que le dió la palma,
Pues las leyes del valor
Añadieron el honor
Por cuarta potencia al alma?
A la fuerza de lealtad
Que viste en mi pensamiento,
Rindióse mi entendimiento,
Forzóse mi voluntad.
La mas excelsa ciudad
Del mundo fué tu belleza;
Que Milan no era riqueza:
Si fuí en gozalla cobarde,
No es tarde, si ya no es tarde,
Mudándose tu firmeza.
De Otaviano aprendí,
Que á Cleopatra habló sin vella
(Que no eres tú ménos que ella),
Cuando de tu tienda huí.
La ofensa de mi Rey vi;
Y para no darle enojos,
Retiré de tus despojos
Mis pensamientos villanos;
Que no hay deseo con manos,
Cuando hay lealtades con ojos.
Y si yo me retiré
Cobarde de la ocasion,
Así lo fué Cipion,
Así Alejandro lo fué.
A lo que vienes no sé:
Si es por el Rey, ya es igual
Mi pensamiento á mi mal;
Y aunque tu belleza precio,
Más quiero ser leal necio,
Que discreto desleal.
Que mi Reina ser intentes
Te agradezco, pues agora
Quien te aborreció te adora:
Ya lo he visto, y tú lo sientes.
Yo entre tantos acidentes
Otra vez te besaré
El pié, que ya te besé
Por mi Reina; pues es llano
Que haber dejado tu mano
Nació de besarte el pié. (*Vase.*)

ESCENA XV.

LA DUQUESA, FABIO.

FABIO.
¿Por qué le has dejado ir
Con tal rigor?

DUQUESA.
Porque gusto
De vengarme del disgusto
Que me ha dejado sufrir.

FABIO.
Luego ¿ya del Rey serás?

DUQUESA.
No lo creas.

FABIO.
Pues ¿de quién?

DUQUESA.
Del Duque.

FABIO.
No entiendo bien.

DUQUESA.
Sordo del ingenio estás.
¿Cuándo has visto tú mujer
Sin amor buscar un hombre
Con peligro de su nombre,
Y áun del vivir puede ser?

FABIO.
Al corcho de tu chapin
Se inclina mi humilde boca,

[1] No se entiende bien esto de que *no ha de perdonarse á la hermosura* FEA. Si en lugar de *fea* leyéramos *tierna*, comprenderíamos que LOPE habia querido decir que en blandeando una mujer, no se debia desperdiciar la ocasion. Á ser de Tirso esta comedia, hubiéramos leido aquí sin escrúpulo:

No ha de perdonarse
(Porque es darles fuerza)
Ni contrario *en suelo*,
Ni hermosura *en tierra*.

Probablemente LOPE se contentaría con escribir *ni hermosura en tienda*, aludiendo á la escena IX del acto segundo.

[2] *Que rindió, ó dejó postrado* á tu amor, *al amor que yo le tenia*.

Ya no chapin, sino roca,
Pues de la firmeza es fin.
Voyle á buscar; que sospecho
Que se va á echar en el mar. (*Vase.*)

DUQUESA.

Más cerca pudiera hallar
El de mis ojos, sospecho.

ESCENA XVI.

EL REY, DOÑA BLANCA, CELIA. — LA DUQUESA.

REY.

Aquí tienes el valor
Del mundo, aquí la belleza.

DOÑA BLANCA.

Dadme la mano y los brazos.

DUQUESA.

Los vuestros honrar pudieran
La más excelsa corona
Que las dos águilas cercan.

DOÑA BLANCA.

No me ha engañado mi hermano.

DUQUESA.

Favoréceme su Alteza.

REY.

¡Ay Celia! yo soy perdido. (*Ap. á ella.*)

CELIA.

¡A mí tus penas me cuentas!

REY.

¿A quién quieres que las diga,
Sino á quien sabe de penas?

ESCENA XVII.

ROBERTO, *con baston.*—DICHOS.

ROBERTO.

Yo vengo como mandaste.

REY.

Roberto, un instante espera.—
Por vos, hermosa señora,
El Rey de Nápoles deja
La jornada que intentaba.

DUQUESA.

¿Teneis guerra?

REY.

Justa guerra.

DUQUESA.

¿Contra quién?

REY.

Contra una furia
De las que la tierra alteran,
Y en el infierno las almas
Con más dolor atormentan.
Contra un áspid venenoso,
Contra Medusa y Medea,
Una hechicera en cristal,
Y otra en encantadas verbas;
Contra Circe, contra Scila,
Contra las arpías fieras,
Que del príncipe Fineo
Manchaban la ilustre mesa.
Contra doña Juana Esforcia,
Contra la fiera Duquesa
De Milan, que es Circe y Scila,
Furia, Medusa y Medea.

DUQUESA.

¡Notable aborrecimiento!

REY.

No hallo cosa que igual sea
Sino el amor que te tengo.

DUQUESA.

Grande habrá sido la ofensa.
Y ¿enviais este soldado
Nuevamente contra ella?

ROBERTO.

¿Parécete que soy poco?

DUQUESA.

Bien puede ser que no vuelvas.

ROBERTO.

Volveré, y de los cabellos
La traeré á Nápoles presa,
Sino es que como Cleopatra,
Por quitar el triunfo á César,
Con los áspides se mate.

DUQUESA.

¡Arrogancias! No lo creas.
De esa doña Juana Esforcia
Cuenta la fama grandezas
Notables.

ROBERTO.

Eres mujer:
Permito que la defiendas.

ESCENA XVIII.

DON CÉSAR, OTAVIO. — DICHOS.

OTAVIO.

¿Dónde vas?

DON CÉSAR.

Déjame, Otavio.—
De tí formo justas quejas,
Invictísimo señor,
Pues prosiguiendo la guerra
Nombras otro General:
Y así me has de dar licencia
Para que me vuelva á España,
A Francia ó Ingalaterra.
Llama á Roberto Almirante,
Duque de Calabria sea,
Cásale con doña Blanca;
Que no es bien que lo merezca
Un deudo tuyo á quien haces
Tantos géneros de afrentas.
Dejárasme en la prision...
Pero en más prision me dejas,
Pues me dejas de tu mano,
Y de tu amor me destierras.
¡Qué bien mis servicios pagas!

REY.

Almirante, nadie entienda
Que para venganzas mias
Trato las honras ajenas.
A Roberto dí el baston
Despues que quise que fueras
Marido de doña Blanca,
No de Marte, de amor guerra.
¿Es esto verdad, Otavio?

OTAVIO.

Diciéndolo vuestra Alteza,
¿Eran menester testigos?

ROBERTO.

Si César, Señor, desea
La guerra, aquí está el baston.

DON CÉSAR.

Roberto, muy bien se emplea
En tí; sólo del amor
Del Rey formo justas quejas.

REY.

Almirante, yo os le tengo,
Y porque mejor se entienda
Que trato verdad con vos,
Hoy me caso con la Reina.
Dad vos la mano á mi hermana.

DON CÉSAR. (*A la Duquesa.*)

¿Qué respondes?

DUQUESA.

Que no crea
El Rey que soy Reina yo.

REY.

¿Cómo!

DUQUESA.

No hay en mi cabeza
Corona de tantos rayos.

REY.

Basta que del sol lo seas.
Ya eres mia, pues naciste
Emperatriz de belleza,
Reina de la discrecion,
Laurel que en las almas reina.
Hoy has de ser mi mujer,
Como una mujer no seas,
Que sólo ser ella puede
Escurecer tu belleza.
No lo siendo, serás mia:
La mano te doy en prendas;
Mas si por dicha lo eres,
Como el alma ya lo piensa,
Confesaré que he tenido
Mala voluntad á César,
Y para vengarme dél
Confieso que te le diera
Por marido, porque ansí
Vengarme en los dos pudiera,
Dando al fin á cada uno,
Aunque por mal no lo tenga,
Lo que yo más aborrezco.

DUQUESA.

Airado verdad confiesas.
Pero ¿quién es la mujer
Con quien castigarle intentas?

REY.

La Duquesa de Milan.

DUQUESA.

Pues yo soy...

REY.

¿Quién?

DUQUESA.

La Duquesa.
Cumple la palabra, Rey,
Y dame á César.

REY.

Quisiera
Quebrarla; mas no es razon;
Que en reyes es cosa fea.
Daos las manos; que yo quiero
Volver á dársela á César.
Lo que es del Rey dése al Rey.
Dadme vos la mano, Celia.

DON CÉSAR.

Mi dicha alabo.

REY.

Alabalda,
Y acabando la comedia,
¡Mirad á quién alabais!

DON CÉSAR.

Con licencia del poeta,
Alabando á tal Senado,
Será la alabanza cierta.

LA INOCENTE LAURA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

A DON DIEGO JIMENEZ DE VARGAS,

Caballero del hábito de Santiago.

Admirándose Lisandro, lacedemonio (como escribe Sócrates), de un cultivado campo que le enseñaba el Rey Ciro, le dijo el persa: «Yo soy por cuya industria y cuidado se han hecho estas labores; yo planté los más destos árboles, y destos cuadros es mio el artificio:» á quien, como Lisandro viese con la púrpura régia, esmaltada de preciosas piedras, y tan limpia y curiosamente vestido, respondió: *Bienaventurado eres, Ciro, porque has igualado tu virtud á tu fortuna.* Yo pienso que con esto he dicho sin lisonja lo que pudiera decirse de vuesamerced tan justamente; pues con los dotes naturales ha igualado y vencido los de su fortuna, y, en todas acciones, esmaltado con sus virtudes los que benignamente recibió del cielo; pero ¿cómo habia de ser de otra suerte el fruto de tales padres, y que en su educacion sólo le dieron por ayo su mismo ejemplo? Aquí pudiera hacer una digresion larga, discurriendo por su admirable entendimiento y cortesía hasta el valor de su pecho, herencia justa del que en todas sus cosas es tan magnánimo; pero por no dar ocasion á los que piensan que han de ver la verdad con los antojos de la envidia, ofrezco á vuesamerced, entre muchos grandes deseos, esta comedia de *La inocente Laura*, sólo para que sirva de pequeña muestra de los que me quedan para mejores ocasiones, si tuviere vida para lograrlas: la de vuesamerced guarde nuestro Señor muchos años.

Capellan de vuesa merced,

Lope de Vega Carpio.



LA INOCENTE LAURA.

PERSONAS.

LA DUQUESA LEONARDA.
EL DUQUE RODULFO.
EL CONDE RICARDO.
ROBERTO, *caballero.*
LAURA, *su mujer.*
GALO, *su criado.*
ANDRONIO.
TIBERIO.
CLENARDO.
EL REY DE NÁPOLES.
ARISTEO, *caballero.*
BELARDO.
TIRRENO.
FÍLIDA.
ARISTO.
CRIADOS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Nápoles y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Rodulfo, Duque de Santángel.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA LEONARDA y RICARDO: *éste asido de una cadena que aquélla tiene al cuello.*

LEONARDA.

Deja esa loca porfía.

RICARDO.

Si es loca, ¿podré dejalla?

LEONARDA.

Suéltame, Ricardo, y calla.

RICARDO.

Ciego estoy y amor me guía.
Si no tiene vista amor,
Aunque siempre estan sus ojos
Llenos de varios antojos
De su esperanza y favor,
Y yo ciego como efeto
De la causa que me guía,
No es mucho, señora mia,
Que no te guarde respeto.
Aunque un ciego en una calle,
O en un aposento que éntre,
Al que tiene vista encuentre,
No puede nadie culpalle.

LEONARDA.

Si eres ciego, y amor luego,
El que tiene vista es loco,
Pues por no apartarse un poco,
Sufre que le encuentre un ciego.
Porque eres ciego, Ricardo,
Y yo tengo vista, quiero
Dejarte pasar.

RICARDO.

¿Qué espero?...
—Pero ¿por qué me acobardo?
Ya, Duquesa, me atreví.

LEONARDA.

Conde, aunque hermano del Rey,
Mira que es injusta ley
Conmigo atreverte así:
Y ese, Ricardo, no es
Oficio de huesped.

RICARDO.

Ya
La razon, Leonarda, está
Del apetito á los piés.
Huésped soy de tu marido;
Mas tambien lo fué el Troyano.

LEONARDA.

Como tu deseo es vano,
Así tu ejemplo lo ha sido;
Que si Grecia á Troya abrasa
Porque Páris huésped fué,
Mira tú cómo podré
Dejar abrasar mi casa.

RICARDO.

Acuérdate de Tarquino.

LEONARDA.

Seré yo como Lucrecia.

RICARDO.

Tan casta; mas no tan necia.

LEONARDA.

El Duque pienso que vino.
Desviate; que no es bien
Que desta suerte nos vea.

RICARDO.

Es burla.

LEONARDA.

Cuando lo sea,
Criados, Conde, nos ven.
Suelta la cadena.

RICARDO.

Así
Te quisiera tener presa.

ESCENA II.

EL DUQUE RODULFO.—LEONARDA, RICARDO.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Qué es esto!

RICARDO.

Advierte, Duquesa,
Que está tu marido aquí. (*Ap. á ella.*)
(*Alto.*) Digo que de aqueste modo
La pienso hacer.

LEONARDA.

Será buena.

DUQUE.

Señor Conde...

RICARDO.

Esta cadena
Es á propósito en todo
De una que quisiera hacer,
Y estoy mirando la hechura;
Que cierta dama procura
Mi pensamiento prender,
Y yo querria primero
Ponerla en prision con oro.

DUQUE.

Aunque sus partes ignoro,
Mucho de su fuerza espero.
Pero ya que hacer quereis
Prision que os libre de pena,
Suplicoos que esta cadena
En su hermoso cuello honreis;
Que habiendo de hacerse así,
Ahorraréis del cuidado.

LEONARDA.

Con ella le habia rogado.

DUQUE.

Quitáosla pues.

LEONARDA.

Vesla aquí.

RICARDO.

No permitais que yo haga
Tan grande descortesía,
Si no es que otra feria mia
Tanta merced satisfaga.

DUQUE.

Eso, Conde, no es razon,
Y agravio recibo en parte.
Yo huelgo de tener parte
En tan hermosa prision.
Ya que la industria no he dado,
Huelgo de dar la cadena.

RICARDO.

La libertad de mi pena
Del Argel de mi cuidado
Tiene esta prision en sí.
A los dos las manos beso.

LEONARDA.

El cielo os dé buen suceso.
Ved qué me mandais á mí.

RICARDO.

Que os guarde el cielo mil años.
(*Vase Leonarda.*)

ESCENA III.

RICARDO, EL DUQUE.

DUQUE. (*Ap.*)

Mal pensamiento me dió,
Con estar seguro yo
De recelos y de engaños.
¡Qué de cosas ven los ojos,
Que no son como las ven!

RICARDO. (*Ap.*)

Allá te llevas, mi bien,
La libertad en despojos.
Mira si será razon
Creer que causas mi pena,
Pues das á amor la cadena
Con que me ha puesto en prision.

DUQUE.

Conde, el haber entendido
Que tratais cosas de amor,
Aunque con vos su rigor
Justa disculpa ha tenido,
Me ha puesto en el pensamiento

Que sepais agora el mio,
Supuesto que á desvarío
Habeis de juzgar su intento.
Esto, y tener presuncion
Que lo que me ha enamorado
Por dicha os dió ayer cuidado
En cierta conversacion:
Porque si es lo que yo miro,
Por huésped me habeis de hacer
Merced de no lo querer.

RICARDO.

La prenda por quien suspiro,
Duque, no la conoceis.

DUQUE.

Juraldo.

RICARDO.

Por Dios lo juro.
(*Ap.* Y sé que no soy perjuro,
Aunque en casa la teneis;
Que quien por otra la deja,
No conoce su valor.)

DUQUE.

Este mi celoso amor
Que mal pagado se queja,
Piensa con locos desvelos
Que esto que yo quiero bien,
Lo quieren cuantos lo ven.

RICARDO.

Sosegar podeis los celos:
Que lo que quiero no es cosa
Que vos, Duque, la estimais.

DUQUE.

Si la palabra me dais
Que a la Duquesa celosa
Ni á otra persona diréis
Mi pensamiento, os prometo
De deciros mi secreto.

RICARDO.

¡Donaire, primo, teneis!
¿Yo á la Duquesa!

DUQUE.

Estoy loco:
No repareis en que os diga
Desatinos.

RICARDO.

Si os obliga
Amor á tener en poco
Prenda de tanto valor,
Muy celestial ha de ser
La disculpa.

DUQUE.

Es la mujer
De Roberto.

RICARDO.

Justo amor,
Por ser grande su belleza,
No por ser de vuestro amigo.

DUQUE.

Al amor no dió castigo
La sábia naturaleza
De amar lo que en ella cabe.
El bien, donde quiera, es justo
Amarle.

RICARDO.

Esa es ley del gusto,
Que muy pocas leyes sabe.
Mas huélgome de saber
Que lo bueno en cualquier parte
Se debe amar.

DUQUE.

Para hablarte
En materia de querer
Muy tibio, Ricardo, estás.
¿Cómo me dices que quieres?

RICARDO.

Tú amante maestro eres,
Yo dicípulo no más.
En los principios estoy;
Y quiero para aprender
Ser tu tercero, y tener
Este oficio desde hoy.
¿No has visto al famoso lado
De un médico ya maestro
El platicante mal diestro
Andar, y ver con cuidado
Las medicinas que aplica,
Y el método de curar?
Pues así pienso estudiar
De este amor la ciencia rica.
Veré qué medios, qué engaños
Pone tu ciencia famosa
A una mujer virtuosa,
Y si son propios ó extraños;
Que pues puedo entrar contigo,
No será malo aprender
Cómo visitas mujer
De un hombre noble y tu amigo.

DUQUE.

No ha sido con propiedad
La semejanza, en virtud
De que ellas tienen salud,
Y tú y yo la enfermedad.
Es amor todo al reves,
Porque el enfermo de amor
Visita siempre al dotor,
Que ya entónces no lo es
Cuando el dotor le visita.

RICARDO.

Mucho enseña la experiencia.

DUQUE.

Para que aprendas la ciencia,
Mi remedio solicita;
Que más negocia un tercero,
Hablando en lo que no siente,
Que el mismo cuyo accidente
Le tiene mudo.

RICARDO.

Hoy espero
Negociarte un gran favor.

DUQUE.

Pues cuando tú me dés parte
De tu amor, quiero pagarte
En solicitar tu amor.
Pero en lo que toca al mio
No sé cómo has de poder.

RICARDO.

¿No es mujer?

DUQUE.

Sí; mas mujer
De bronce ó de hielo frio:
Y yo tengo para mí
Que en tanto que su marido
Esté presente, en su olvido
No habrá memoria.

RICARDO.

Es así;
Que por tener yo presente
El de la prenda que adoro,
No pueden prisiones de oro
Lo que pudieran ausente.

DUQUE.

Pues sabe que he negociado
Ausentar de aquí á Roberto.

RICARDO.

¿Cierto?

DUQUE.

Y ¡cómo si fué cierto!

RICARDO.

Notable envidia me has dado.
¡Ah cielos! ¡Si yo pudiera
Ausentar el de la mia!

DUQUE.

Oye, para que algun dia
Finjas la misma quimera.
Al Rey tu hermano le envío,
Fingiendo ser de importancia
Ciertos avisos de Francia,
Que sólo á Roberto fio
En unas cartas que lleva,
Y hoy parte á Nápoles.

RICARDO.

Hoy
Tendrás, á fe de quien soy,
De tus pensamientos nueva.
Las albricias me apercibe,
Porque la tengo de hablar.

DUQUE.

Al partir me quiero hallar
Con él. Si quieres, escribe;
Que será buena invencion
Para hablar á Laura.

RICARDO.

Creo
Que ha de medrar mi deseo
Mucho en la primer licion.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Roberto.

ESCENA IV.

LAURA; ROBERTO, *de camino*.

ROBERTO.

Tengo, señora, á ventura
Que el Duque me haya fiado
Cosas de tanto cuidado.

LAURA.

Honrarte el Duque procura.

ROBERTO.

El Rey no me ha visto á mí,
Aunque mis servicios sabe;
Para entrar sirven de llave
Las cartas que llevo aquí.
Estas tienen la importancia
De su vida, y mi aficion
Me obliga á decir que son
Grandes secretos de Francia;
Que ya sabes el deseo
Que deste reino han tenido
Sus reyes.

LAURA.

No te he querido,
Y más cuando ya te veo
Tan de partida, decir
Que, supuesto que te importe,
Esto de andar en la Corte
Es un cansado vivir.
Tú te metes en quimera,
Que presto conocerás
Cuán ciego y errado vas.

ROBERTO.

Si yo, Laura, no te diera
Cuenta con loca aficion
De mis cosas en mi vida,
Y esta secreta partida
Pusiera en ejecucion,
No me dijeras aquí,
Movida acaso de celos,
Que el bien que me dan los cielos
Ha de ser mal para mí.
¡Qué de bienes ha perdido,
Por tomar el parecer
De su celosa mujer,
Más de algun necio marido!
Yo sé, Laura, lo que intento:
No quiero consejos, no.

LAURA.

Mi amor te hablaba; que yo
No tuve tal pensamiento.
¡Sé yo que vas engañado!
¿Qué piensas que hay en la Corte,
Que de unas cartas en porte

Ya esperas un grande estado?
La esperanza y la ambicion
Te meterán por su puerta,
Luego á la privanza abierta
Aumento y estimacion.
Entregaránte al servicio
Lisonja y solicitud,
Y éstos luego á la inquietud
Del favor y del oficio.
La envidia y murmuracion
Te harán luego compañía;
Tu esperanza cada dia
Sentirá diminucion.
Las cautelas, los engaños,
El corto premio, el disgusto,
Más aprisa que era justo
Irán segando tus años.
Verás á la ingratitud
Entregarte á la vejez,
Que es el último jüez,
Ya sin fuerza y sin salud.
No verás más la esperanza,
Sino al arrepentimiento,
Que te muestra el sufrimiento
Junto á la desconfianza.
Quejoso pues desta suerte,
Verás con triste partida
Que en la Corte cualquier vida
Va por la posta á la muerte.

ROBERTO.

Habrás, Laura, imaginado
Que el favor y pretension
Me olvidarán sin razon
La obligacion de mi estado,
Y que dando en las sirenas
De la Corte, olvidaré
La que vida y alma fué
En la sangre de mis venas.
Déjate de imaginar
Que sus Scilas y bajíos
Podrán los intentos mios
De su firmeza mudar.
Yo te adoro, yo soy tuyo,
Yo soy, mi Laura, tu esposo:
La Corte es mar proceloso;
Pero por el golfo suyo
Pasaré yo con llevar
Siempre á Ulíses á mi lado.
El Duque me ha procurado
Dar á conocer y honrar:
Déjame ser algo, pues;
Que léjos del Rey, ninguno
Puede ser nada; y si alguno
Piensa que sin él lo es,
Sólo del sol se contente,
Como Diógenes hizo,
A quien no le satisfizo
Todo Alejandro presente;
Que yo, Laura, no nací
Tan filósofo.

LAURA.

No quiero
Cansarte; mas presto espero
Que te acordarás de mí.

ROBERTO.

Eso siempre, Laura mia.
Y mira que es tarde ya.

ESCENA V.

GALO.—LAURA, ROBERTO.

GALO.

Fabricio aguardando está;
Pero no te aguarda el dia,
Que á toda furia se pasa.

ROBERTO.

Dadme, señora, licencia.
No os encargo que en mi ausencia
No falte yo en vuestra casa,
Pues sois vos quien queda en ella.

LAURA.

El cielo os vuelva con bien.

ROBERTO.

A serviros; que sois quien
Es mi dueño, Laura bella.
No hay corte, Duque ni Rey
Para comparar con vos.
Adios, mi bien.

LAURA.

Guárdeos Dios.

(*Vase Roberto.*)

Galo...

GALO.

Señora...

LAURA.

La ley
De un buen vasallo y criado
Es advertir al señor.

GALO.

Fia de mi grande amor
Ese deseo y cuidado. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LAURA.

¡Oh terrible confusion
En una honrada mujer,
Pues ha de callar, y ver
Su muerte en esta ocasion!
Piensa mi esposo Roberto
Que son celos mi temor,
Y es el temor del amor
Que tiene el Duque encubierto.
Sé que á la Corte le envia
Para poder en su ausencia
Hacerme alguna violencia:
¡Qué desventura la mia!
Procuréle divertir
De la jornada á la Corte,
Donde temo que le acorte
La esperanza de vivir:
Mas él, como va engañado,
Piensa que mis celos son.
Pues decirle la ocasion
Pienso que hubiera causado
Mayor mal; porque es un hombre
Que á ninguno perdonara
Su ofensa, y esto bastara
Para escurecer mi nombre.
Hartas veces pretendí
Decírselo, y finalmente
Ví que es ménos mal que intente
El Duque vencerme á mí,
Pues yo sabré resistirme,
Que ponerle en ocasion
De matarle. ¡Oh confusion
En mis desventuras firme!
Mal hice en no lo decir:
Quizá de aquí me sacara
Con prudencia, y excusara
El ponerme en resistir
La contingencia del daño;
Que fiar de su poder
Sin marido una mujer,
Si no es locura, es engaño.
Escribirle será justo
De manera que lo entienda..
—Pero temo que le ofenda
Más de la carta el disgusto;
Que una pesadumbre escrita
Da más pena que contada;
Que el que la cuenta no enfada
Tanto, porque pone y quita
Al paso del que la escucha,
Como le ve la color;
Pero escrita es más rigor,
Y poca parece mucha,
Porque leyéndola dice
Siempre aquella misma cosa,
Y es mucho más enojosa
Ver que jamás se desdice.
Escribir al fin condeno:
Mil veces habla un papel
Al que está á solas con él.
La tinta llaman veneno:
Pues no se le dé en su luto,
Sino quede esta violencia
A mi honrada resistencia,
Que es palma, y es dulce el fruto.
Quede mi historia, si alguna
De este mi amor ha de haber,
A lo que quisiere hacer
El gusto de la fortuna. (*Vase*

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA VII.

LEONARDA, RICARDO.

LEONARDA.

Si no quiero hablar contigo,
Persuadirme no es razon.

RICARDO.

¿Cuándo no fué discrecion
Escuchar al enemigo?

LEONARDA.

¿Qué me puede resultar
De oirte?

RICARDO.

Si te dijere
Cosa de mi amor, ni diere
A mis suspiros lugar,
Fálteme el cielo y la tierra.
Lo que procuro es tu vida,
Tan locamente ofendida
De quien en su pecho encierra
Las crueldades de Neron,
Las impiedades de Sila,
De Clodomiro, de Atila,
De Alboïno y Ocrion.

LEONARDA.

Pues ¿quién puede ser un hombre
Que á mí me quiera tan mal,
Y pueda hacérmele?

RICARDO.

Igual
A tu poder y á tu nombre.

LEONARDA.

El Rey de Nápoles tiene
Más poder: no será él,
Ni ménos con ser cruel
Su fama y nombre conviene.

RICARDO.

Rodeas el no entender
Que es el Duque tu marido.

LEONARDA.

Si yo lo hubiera entendido,
No fuera noble mujer;
Que tu industria conocida,
Con que nos pones en mal,
De una mujer principal
No puede ser admitida.
Vete con Dios.

RICARDO.

Presupuesto
Que cuanto dijere aquí
Lo has de ver ántes que á mí
Me creas, estoy dispuesto,
Movido de compasion,
A librarte deste daño.

LEONARDA.

¿Cuándo pensaste el engaño?

RICARDO.
Todas las mujeres son
Tan fáciles de creer,
Que al crédito fabuloso
Pintó un poeta famoso
En figura de mujer;
Mas tú, que de ser discreta
Te precias y persüades,
No das crédito á verdades.

LEONARDA.
Verdad es que estoy sujeta
A creer, por ser mujer,
Cualquier cosa que no ha sido;
Pero no de mi marido;
Que es comenzarle á ofender.

RICARDO.
No quiero yo que lo creas;
Que lo veas quiero yo.

LEONARDA.
¡Que lo vea!

RICARDO.
¿Por qué no?
¿Qué pierdes en que lo veas,
Si te libras de la muerte
Con sólo verlo?

LEONARDA.
Aunque son
Celos y amor invencion,
Te quiero escuchar.

RICARDO.
Advierte.
El Duque tu esposo adora
A Laura, la de Roberto.

LEONARDA.
Eso ¿es cierto!

RICARDO.
Y ¡cómo cierto!

LEONARDA.
Tu industria conozco ahora.
Celos tus celos aplican.
¡Oh Conde! discreto eres;
Que es cebo en que las mujeres
Con mayor presteza pican.
¡Celos de Laura me has dado!
Algo te han dicho de mí.

RICARDO.
Del Duque lo sé; que hoy fuí
Testigo de su cuidado.

LEONARDA.
¿Él te lo dijo! ¿A qué efeto?

RICARDO.
Por meterme en su traicion.

LEONARDA.
Traicion es á mi aficion;
Mas no fué el Duque discreto.

RICARDO.
Si te pretende matar,
¿No ha menester un amigo?

LEONARDA.
¡Eso ha tratado contigo!
Tú me quieres engañar.

RICARDO.
Ya digo que lo has de ver:
Y mira si todo es cierto,
Pues que despacha á Roberto
Adonde no ha de volver.

LEONARDA.
¡Cómo!

RICARDO.
Quiere en el camino
Que le salgan á matar.

LEONARDA.
Luego él ¡quiérese casar
Con Laura!

RICARDO.
Yo lo imagino,
Porque matar á Roberto,
Fingiendo que son ladrones,
Y con tan breves razones
Tener resuelto el concierto
Del veneno que ha de darte,
¿A qué puede dirigirse?

LEONARDA.
Yo vi á Roberto partirse...

RICARDO.
Para no volver se parte.

LEONARDA.
¿Cómo podremos hacer
Que vuelva Roberto aquí?

RICARDO.
Siguiéndole yo.

LEONARDA.
Es así;
Pero tambien puede ser
Que el Duque, viendo tu ausencia,
Sospeche el aviso.

RICARDO.
En todo
Se puede buscar un modo
Con discrecion y prudencia.
Mas si le voy á llamar,
¿Adónde le esconderé?

LEONARDA.
En mi casa le tendré,
Donde podremos tratar
El remedio todos tres
De mi vida y de la suya.

RICARDO.
Pues para que más se arguya
Desta verdad, que lo es,
A tí y á Roberto juntos
Haré que aquesta traicion
Os diga Laura.

LEONARDA.
¡Invencion
Notable! Espero por puntos
Ver el fin.

RICARDO.
¿Qué dices?

LEONARDA.
Digo
Que si Roberto y yo vemos
El peligro que tenemos,
Que no faltará castigo
Del cielo á los dos traidores.

RICARDO.
¿Qué más que quererme á mí?

LEONARDA.
¿No me prometiste aquí,
Conde, no hablarme de amores?

RICARDO.
Dices bien.

LEONARDA.
Parte y avisa
Deste suceso á Roberto.

RICARDO.
Mañana estuviera muerto...
—Deja, Leonarda, la risa;
Que has de ver que soy quien soy,
Y que la vida me debes.

LEONARDA.
Como lo que dices pruebes,
En obligacion te estoy.

RICARDO.
Si el Duque me echare ménos,
A tirar dirás que fuí
Deste monte un jabalí. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LEONARDA.

¡Ay, celos, de engaños llenos!
¿Diré que estos son engaños?
¿Tendrélos por desvaríos?
No, porque basta ser míos
Para ser ciertos mis daños.
Porque si no fuera cierto
Que el Duque intenta matarme,
Y éste quiere remediarme,
No me trajera á Roberto.
Si es mentira, es á lo ménos
A la astrología igual;
Que por saber bien ó mal,
La consultan muchos buenos.
Arrojárame á decir
Al Duque aquesta traicion;
Mas es poca discrecion,
Si es que me importa el vivir.
Que si es verdad y le digo
Al Duque que ya lo sé,
¿Cómo con él viviré,
Ni él puede vivir conmigo?
Y si es mentira, y le cuento
Que el Conde ha sido el traidor,
Descubro su ciego amor,
Y su justa muerte intento.
Lo mejor me ha parecido
Dejar venir á Roberto;
Y siendo el suceso cierto
(Que áun piensa amor que es fingido),
Apartarme de mi daño,
Y procurar mi provecho.

ESCENA IX.

EL DUQUE, TIBERIO Y CLENARDO, *sin reparar en* LEONARDA.

DUQUE. (*A Tiberio.*)
¿Partióse?

TIBERIO.
Así lo sospecho.

DUQUE.
¡Bien se ha lucido el engaño!

CLENARDO.
Yo, por lo ménos, le ví
Botas y espuelas calzadas,
Y ví unas perlas lloradas
Sobre un clavel carmesí.

DUQUE.
No me digas sentimientos
De Laura por su marido;
Que de envidia mi sentido
Desmaya mis pensamientos.
Él se partió, yo he quedado:
El competidor ausente,
Por más que un desden intente,
Se ha de rendir de cansado.
Esta noche prevenid
Música y armas.

TIBERIO.
Señor,
Las letras dicen tu amor.

DUQUE.
Mi amor en letras decid,
Y ¡plegue á Dios que le pague,
O á lo ménos que le acete!

CLENARDO.
Mucho la ocasion promete,
Si no es que el desden la estrague.

TIBERIO. (*Ap. al Duque.*)
¡Mi señora estaba aquí!

DUQUE.
No la he visto. ¿Habráme oido?

CLENARDO.
No, señor.

DUQUE.
Señora...

LEONARDA.
¿Es ido
Roberto ya?

DUQUE.
Mi bien, sí.
¿Queriades escribir?

LEONARDA.
Eso pensé; mas no importa.
¿Ha de ser su ausencia corta?
¿Quiere Roberto vivir
En la Corte por ventura?

DUQUE.
Si el Rey, señora, le emplea
En el cargo que desea,
Y con mi favor procura,
Podrá ser que viva allá.

LEONARDA.
Y entre tanto ¿queda aquí,
Laura?

DUQUE.
Mi señora, sí:
Pienso que la deja acá.
Pero ¿por qué lo decís?

LEONARDA.
Por visitarla, que es justo.

DUQUE.
Justamente á su disgusto
El consuelo prevenís.

LEONARDA.
Quiero á Laura en tanto extremo,
Que conmigo la traeré.

DUQUE. (*Ap. á Tiberio.*)
Esto es malicia.

TIBERIO.
No sé.
Que está con sospechas temo.

LEONARDA.
Guárdeos el cielo.

DUQUE.
Y á vos
Para mi bien.

LEONARDA.
¿Vuestro bien!

DUQUE.
Y mi regalo tambien.

LEONARDA.
¡Aun esto más! Guárdeos Dios. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL DUQUE, TIBERIO, CLENARDO.

DUQUE.
Si bien advierto, Tiberio,
En las palabras y el modo
Del hablar, celos es todo.

TIBERIO.
No carece de misterio
Aquella risa fingida
Y el repetir tus amores.

DUQUE.
Hacer á Laura favores
Treta ha sido conocida;
Y más el querer ahora
Traerla á casa.

CLENARDO.
Yo creo
Que el juego de tu deseo
Va entendiendo mi señora:
Mas podrásla deslumbrar.

DUQUE.
Eso es menester saber;
Que no hay en amor placer
Por quien yo le dé pesar.
Llegando á darla disgusto,
Piérdase el gusto; que pesa
Más pesarle á la Duquesa,
Que cuanto pesa mi gusto.
A Laura quiero yo bien,
Por cosa ajena y hermosa;
Mas no aborrezco mi esposa,
Que la quiero bien tambien.

TIBERIO.
Ya conozco tu intencion.
Mi señora estáse en casa;
Que tal vez el gusto pasa
A ver las que ajenas son.
¡Cuán bien en pocas razones
Decia un discreto ayer,
Que habia de estar la mujer
Propia como los balcones!
Que, para que no ofendiera,
Y poder verla con tasa,
Estuviese asida á casa;
Mas siempre estuviese fuera.

DUQUE.
Agudo, pero cruel
Fué el pensamiento.

TIBERIO.
Queria
Ver este balcon de dia,
Y estar de noche sin él.

DUQUE.
Yo no cierro la ventana,
Tiberio, de mi aficion,
Y dejo fuera el balcon;
Que á la noche, á la mañana,
Al mediodía, á la tarde,
Me agrada, y parece bien;
Y así ruego á Dios tambien
Que muchos años la guarde.
Laura es entretenimiento
Más que no extremo de amor.

TIBERIO.
Propio gusto de señor.

DUQUE.
Vencer su rigor intento,
Porque el desprecio he sentido.
Esta noche la paseo.

CLENARDO.
Tú vencerás.

DUQUE.
No lo creo.

CLENARDO.
¿Por qué?

DUQUE.
Adora en su marido.

CLENARDO.
Muchas, si el ejemplo quieres,
Aman otros con ventajas.

DUQUE.
Eso es en mujeres bajas,
Pero no en nobles mujeres.
Llamad al Conde.

TIBERIO.
Habrá un hora
Que fué al monte.

DUQUE.
Si volviere
Presto, decid que me espere. (*Vase.*)

CLENARDO.
Si el Duque á Leonarda adora,
No intente cosas terribles.

TIBERIO.
Es tema que, entre señores,
Esos se llaman amores
Que tienen más imposibles.
(*Vanse.*)

—

Campo y camino.

ESCENA XI.

ROBERTO, RICARDO, GALO, Y ANDRONIO, *de camino.*

ROBERTO.
Cuando te vi venir con tanta furia,
Pensé que ibas á Nápoles, Ricardo.

RICARDO.
Tú solo eres el fin de mi jornada:
A ti, Roberto, viene dirigida.
Un caballo me cuestas; que sospecho
Que ya no puede serme de provecho.

ROBERTO.
En confusion me has puesto con buscarme,
Y más con el cuidado que me dices.

RICARDO.
Si le tienes, Roberto, de tu vida,
No te va ménos en volver la rienda.

ROBERTO.
No hay que advertir en el criado: es hombre
De quien puedo fiar mi honra misma.
(*Habla Ricardo á Roberto en voz baja.*)

GALO.
¿No me dirás, Andronio, á qué veniste?

ANDRONIO.
Galo, yo no lo sé: mas sé que importa
La vida de Roberto.

GALO.
¡Extraño caso!

RICARDO. (*A Roberto.*)
Con todo eso, importa con secreto
Tratar caso tan grave.

ROBERTO.
Estoy de suerte,
Que no puedo, Ricardo, responderte

RICARDO.
Rudolfo, Duque de Santángel, hombre
Cerca del Rey de autoridad tan grave,
Y que tú tienes por amigo y deudo,
Te despacha á la Corte.

ROBERTO.
Quiere el Duque
Que me conozca el Rey, porque en sus cartas
Le encomienda en extremo mi persona,
Refiere los servicios de mis padres,
Y otras cosas que son de harta importancia.
Avisos...

RICARDO.
Ya lo sé, del Rey de Francia:
Mas advierte que todos son fingidos,
Fingida tu jornada y tu privanza,
Fingido el Duque y el favor que pide.

ROBERTO.
¿A qué efeto, Ricardo?

RICARDO.
A efeto sólo
De que las pretensiones te entretenga
En tanto que de Laura goza.

ROBERTO.
Tente:
No pronuncies, Ricardo, con tus labios
La infamia desigual de mis agravios.

RICARDO.
Dirás tú ¿qué me obliga, siendo huésped
Del Duque, á darte aviso y no guardarle
El debido secreto?

ROBERTO.

¿Cómo puedo,
Si veo que de un Rey eres hermano,
Sino pensar que de la sangre misma
Que de tu generoso padre tienes,
Ha nacido este noble pensamiento?

RICARDO.

Aunque en ella se funda este principio,
Más fundamento en la Duquesa tiene,
Con quien yo tengo deudo más estre- [cho.
Matarla intenta el Duque.

ROBERTO.

¡Cielo santo!
Segun eso, ¡mi vida está en peligro!

RICARDO.

Yo pienso que en la Corte le tuvieras,
Porque Laura tu esposa y él conciertan
Vivir, muertos los dos...

ROBERTO.

¿Cómo?

RICARDO.

Casados.

ROBERTO.

¡El cielo sufre tal maldad!

RICARDO.

No sufre,
Pues que te avisa á tí, y ella lo sabe.

ROBERTO.

Laura, mi esposa, ¿fué traidora, Con- [de,
A mi honor, á mi sangre y á mi vida?

RICARDO.

Laura es mujer: mujeres tambien fue- [ron
La que vendió por un collar su esposo,
Y su padre tambien por un deseo.

ROBERTO.

Cosa me dices, Conde, que parece
Imposible al amor que me ha mostrado
Y á las obligaciones que me tiene.

RICARDO.

Si lo has de ver, Roberto, con tus ojos,
Si de la boca de tu esposa oirlo,
¿De qué sirve que dudes?

ROBERTO.

Pues presume
Que aun viéndolo y oyéndolo de Laura,
Estaré más dudoso.

RICARDO.

Pues, Roberto,
Vete con Dios y tu camino sigue;
Que yo pondré remedio en la Duquesa;
Y tú en la Corte, y ántes por ventura,
Tendrás el pago de tu necio crédito.
¿Soy yo por dicha algun villano? ¿Vengo
Conducido á este aviso con dinero?

ROBERTO.

Conde Ricardo, yo no pongo en duda
Cosa ninguna que en mi daño sea,
Porque sé que he nacido desdichado;
Mas no te espantes de que amando á [Laura,
Defienda á Laura este momento solo.

RICARDO.

¿Por qué, si es fiera de tu sangre Laura?
Vuelve conmigo; que has de estar se- [creto
En casa de Rodulfo, porque quiere
Hablarte la Duquesa; que esta noche,
Si llegamos á tiempo, los dos juntos
Habeis de ver que os ha vendido Laura.

ROBERTO.

Todo es cierto. ¿Qué dudo? ¡Ah fiera [esposa!

RICARDO.

Esas cartas despacha al Rey con Galo.

ROBERTO.

¿De qué manera?

RICARDO.

Advierte.—Galo amigo,
Toma ese pliego y á la Corte parte;
Dásele al Rey, y dí que en el camino
Queda Roberto herido de unos hom- [bres
Que quisieron robarle, y sea de suerte
Que se extienda la fama de su muerte.

GALO.

Si porque mi señor viva y se libre,
Importara fingir cosas que apénas
Pudieran ser creidas de los hombres,
Las hiciera mi ingenio á todos fáciles.

ROBERTO.

Este es el pliego: mi remedio estriba
En que sepas fingir.

GALO

Guárdete el cielo
Desta traicion; que tú verás mi celo.

RICARDO.

Volvamos, pues; que Andronio irá con- [tigo
Donde puedas hablar á la Duquesa,
Porque yo pueda divertir al Duque;
Que temo que sospeche lo que trato.

ROBERTO.

Muera sin honra si te fuere ingrato.

(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA XII.

LEONARDA, LAURA.

LEONARDA.

Lo que habia yo de hacer,
Has hecho, Laura, conmigo.

LAURA.

Más justo es venirte á ver
Y á consolarme contigo,
Si amor le puede tener[1].
Pienso que, á no haber pasado
La tarde contigo aquí,
Me hubiera desesperado.

LEONARDA. (*Ap.*)

Basta; que pretende así
Quitarme Laura el cuidado.
Cuando dudosa estuviera
De lo que esta infame trata,
Justas sospechas me diera.

LAURA.

Fuera yo á Roberto ingrata,
Si ménos dolor sintiera;
Que yo sé que de mi ausencia
No siente ménos rigor.

LEONARDA.

Es justa correspondencia.
¡Que le tienes tanto amor!

LAURA.

Pierdo el seso y la paciencia.
En mi casa no cabia
Luego que le vi partir.
Toda infierno parecia:
Tanto que ha sido vivir
El pasar contigo el dia.
Dame licencia, señora;
Que si amor de tierno llora,
Ir á llorar me conviene,
Porque ha de faltarle ahora
Todo el sol que Laura tiene.

LEONARDA.

Pues quédate, Laura, aquí:

[1] *Consuelo*: está indicado por el pronombre *le*, el cual se refiere al verbo *consolarme*.

Esta noche pasaremos
Las dos.

LAURA.

A pensar de mí
Que templara los extremos
Con que te cansara á tí,
Esa merced recibiera;
Pero no quiero inquietarte.

LEONARDA.

Para mí, de gusto fuera
Enamorada escucharte.
(*Ap.* ¡Cómo finge! ¡Ah tigre fiera!
Todo cuanto hacer procura
Es querer asegurarme;
Pero ménos me asegura.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE. — LEONARDA, LAURA.

DUQUE.

(*Ap.* Yo me atrevo á aventurarme,
Ciego de tanta hermosura.)
¿Qué es esto! ¡Ya de partida?

LAURA.

Es muy tarde.

DUQUE.

Por mi vida,
Que no os vais.

LEONARDA.

Ya se lo ruego.
(*Ap.* Verá en sus ojos un ciego
Su traicion. Yo soy perdida;
Mas quiero disimular.)

LAURA.

Mujer que de hoy es viuda,
Bien es que acuda á llorar.

LEONARDA. (*Ap.*)

¡Qué bien lo que tuve en duda
Me ha venido á declarar!
Viuda dice que está;
Que debe de creer ya
Que han de matar á Roberto.
Pues no logrará el concierto.

DUQUE.

En fin, ¿que Laura se va!

LAURA.

Hoy es dia de atender
Al gobierno de la casa.

DUQUE.

Con vos voy; que quiero ser
Hoy vuestro esposo.

LEONARDA.

(*Ap.* ¡Esto pasa!
Pues ya ¿qué tengo que ver!)
¿Vais á acompañarla vos?

DUQUE.

¿No es justo?

LEONARDA.

Muy justo.

LAURA.

Adios.

LEONARDA.

El cielo os vuelva á Roberto.
(*Vanse el Duque y Laura.*)
Todo lo que dijo es cierto,
Y que se adoran los dos:
Ella dice que es viuda,
Y él que es justo que hoy acuda
Al oficio de su esposo.
Pensamiento temeroso,
En las desdichas no hay duda.

ESCENA XIV.

ANDRONIO; ROBERTO, *de camino*. — LEONARDA.

ANDRONIO.

El Conde ha llegado ya.

LEONARDA.

¿Viene Roberto con él?

ANDRONIO.

Aquí disfrazado está.

LEONARDA.

Roberto...

ROBERTO.

El dolor cruel
Lugar apénas me da
Para mirarte á la cara.
¿Quién, Señora, imaginara
Tal desdicha de los dos?

LEONARDA.

Por eso es tan justo Dios,
Que nuestra inocencia ampara.
De aquí se va Laura agora;
Conmigo ha pasado el dia.

ROBERTO.

¡Oh vil mujer! ¡Oh traidora!
Por ver al Duque sería,
A quien es cierto que adora.

LEONARDA.

Yo no lo tuve por cierto,
Hasta agora que la oí
Decir que es viuda, Roberto;
Que con esto conocí
Que ya te juzga por muerto.
Él tambien, muy amoroso,
Le dijo que hacer queria
El oficio de su esposo.

ROBERTO.

¡Laura! ¿tú eres mujer mia!

LEONARDA.

Sufrir, Roberto, es forzoso;
Que áun me queda algun recelo
De que aquesto no es verdad.

ROBERTO.

Si es verdad, yo sé que el cielo
Castigará su maldad,
Viendo mi inocente celo.

ESCENA XV.

RICARDO.—DICHOS.

RICARDO.

Por ver al Duque primero,
No vine á besar tus manos.

LEONARDA.

Que vuelva muy presto espero.
Mis recelos fueron vanos;
Todo ha sido verdadero.
En sus ojos lo leí,
Y de sus bocas oí
Señas bastantes agora.

RICARDO.

¿No te lo dije, Señora?
¿Habia de haber en mí
Género de falsedad?

LEONARDA.

Sí; mas primero que crea
De Rodulfo esta crueldad,
Quieren mis ojos que vea
Más distinta la verdad.

ROBERTO.

Pues yo por fuerza he de ver
Cómo me quita el honor
Laura.

RICARDO.

Yo os quiero poner
Donde la veais mejor,
Ya que esta noche ha de ser.
Id juntos á disfrazaros,
Y en la puerta de Roberto
Podeis los dos ocultaros;
Que el Duque será bien cierto
Conmigo á desengañaros.

LEONARDA.

Vamos; que pienso que viene.

ROBERTO.

¿Podré esconderme?

LEONARDA.

Podrás,
Pues á mi vida conviene,
Dentro en mi pecho.

ROBERTO.

No hay más:
Si es Laura vil, morir tiene.
(*Vanse Leonarda, Roberto y Andronio.*)

RICARDO. (*Ap.*)

Bien se trazan mis quimeras:
Con poéticos engaños
Finjo historias verdaderas.

ESCENA XVI.

EL DUQUE, TIBERIO. — RICARDO.

DUQUE.

¡No habrá remedio á mis daños!

TIBERIO.

¡Qué presto te desesperas!

RICARDO. (*Al Duque.*)

En tu busca voy perdido
Desde que vine de caza.

DUQUE.

Seas, Ricardo, bien venido.

RICARDO.

¿Cómo ha ido?

DUQUE.

Mal se traza.
Toda es desden, todo olvido.
Fuíla á acompañar...

RICARDO.

¿Y bien?...

DUQUE.

Dice que me quiere mal.

RICARDO.

Fingiría ese desden,
Porque por desprecio igual
Querrá picarte tambien.
Los músicos apercibe,
Y ven conmigo á su calle.

DUQUE.

Si mal el dueño recibe,
¿No será mejor que calle?

RICARDO.

No, en tanto que ausente vive:
Demás que finge el desden.
Yo sé que te quiere bien,
Y esta noche lo verás.

DUQUE.

Vamos, y tú le dirás
Lo que la quiero tambien.

RICARDO.

Que es vergüenza considera
No confesarte querer.

DUQUE.

Admira que no me quiera.

RICARDO. (*Ap.*)

Algun monstruo vendrá á ser
El parto desta quimera.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVII.

ROBERTO; LEONARDA, *con capotillo y sombrero*, ANDRONIO.

ROBERTO.

Esta es la casa donde yo vivia,
Leonarda, enamorado y engañado
De Laura, que era el alma que tenia.

LEONARDA.

Con ser tanto mi mal, me has lastimado.

ROBERTO.

¡Es esto lo que yo te merecia,
Ingrata, por haberte idolatrado!
Si yerra el hombre que del hombre fia,
¿Qué bien tendrá quien de mujer confia?
¡Mísero yo, que puse mi esperanza
En tu hermosura!

LEONARDA.

Disimula un poco.

ROBERTO.

Eras mujer, naciste de mudanza.

LEONARDA.

Reporta tu dolor.

RICARDO.

Vuélvome loco.
Si no tiene segura confianza
Bien de la tierra, en cuanto miro y toco,
De donde nace adonde muere el dia,
¿Qué bien tendrá quien de mujer confia?

ESCENA XVIII.

EL DUQUE, RICARDO, CRIADOS y MÚSICOS, *sin ver á* LEONARDA, ROBERTO Y ANDRONIO.

DUQUE.

Si habeis templado ya, cantad mi pena.

ROBERTO. (*Ap. á Leonarda.*)

El Duque es este, y nuestro buen Ricardo
Aquí se esconde.

LEONARDA.

Estoy de furia llena.
¿Qué desengaño más notable aguardo?

DUQUE.

Cantad un mar de amor á su sirena.

ROBERTO. (*Ap.*)

Temo, suspiro, muero, tiemblo y ardo.
Si Laura fué traidora siendo mia,
¿Qué bien tendrá quien de mujer confia?
(*Cantan.*)

ESCENA XIX.

LAURA, *á una ventana de su casa.* — DICHOS.

LAURA. (*Para sí.*)

Si el Duque, por deshonrarme,
Estas locuras intenta,
Saldré á decirle en la calle
Lo que en la calle me pesa.
¡Hay atrevimiento igual!

RICARDO. (*Ap. al Duque.*)

¿No ves que abrieron la reja?
Déjamela hablar primero.

DUQUE.
Pues nadie parece, llega.

RICARDO.
Laura...

LAURA.
¿Quién es?

RICARDO.
Soy el Conde.
No te alteres: oye atenta;
Que te va la vida y honra.

LAURA.
¡La honra! ¿De qué manera?

RICARDO.
El Duque, por tus desprecios,
Con esta falsa encomienda
Tu esposo á la Corte envía.
Mataránle: cosa es cierta;
Porque tambien el tirano
Matar quiere á la Duquesa,
Para casarse contigo.
Yo, viendo tantas quimeras,
He dado aviso á tu esposo,
Que mañana dará vuelta
Secretamente á su casa,
Porque el Duque no lo vea.
Él quiere, Laura, esta noche
Romper ventanas y puertas
Para sacarte de aquí;
Pero tú, si eres discreta,
Llámale, y di que le adoras,
Y esto que el Duque concierta,
Di que es bien hecho, y que quieres
Que los dos que él dice, mueran:
Pero que se vuelva á casa.
Si con esto le sosiegas,
Vendrá mañana tu esposo,
Darásle de todo cuenta,
Y él te librará de todo.

LAURA.
Angel, más que hombre, si queda
Vida en mí para servirte,
Tu esclava soy.

RICARDO.
Pues no temas.
Habla al Duque desde ahí
Muy recio, para que entienda
Que estás ya determinada.

LAURA.
Haré lo que me aconsejas.

RICARDO. (*Ap.*)
Agora oirán lo que dice
Su marido y la Duquesa. (*Retírase.*)

LAURA.
¡Ah señor Duque Rodulfo!

DUQUE.
¡Laura mia!

LAURA.
Yo quisiera
Tener llave para abriros;
Mas tiempo largo nos queda.
Mueran los que vos sabeis,
Nunca los ausentes vuelvan;
Que vos, Señor, seréis mio,
Y yo solamente vuestra.
Sólo os pido que esta noche
Os vais, porque no se entienda
Lo que tratamos los dos.

LEONARDA. (*Ap. á Roberto.*)
¿No lo escuchas?

ROBERTO.
¡Quién pudiera
Hablar agora!

LEONARDA.
Detente.

DUQUE.
Laura, el amor que me ciega,
Desta manera me trajo:
Haz que mañana te vea.

LAURA.
Vuestra soy: vedme mañana. (*Éntrase.*)

RICARDO.
Fuése.

DUQUE.
Déjame que pueda
Darte mil veces los brazos.

RICARDO.
Rodulfo, no te detengas
Con esta gente en la calle.

DUQUE.
Vamos, porque no lo entienda
Leonarda, que anda celosa.

RICARDO. (*Ap.*)
A luz salió mi quimera.
(*Vanse el Duque, Ricardo, los criados y los músicos.*)

ESCENA XX.

LEONARDA, ROBERTO, ANDRONIO.

LEONARDA.
Aunque oyeron mis oidos
Lo que dijo, estoy tan muerta,
Que te pregunto si dijo:
«Nunca los ausentes vuelvan,
Mueran los que vos sabeis.»

ROBERTO.
Los que sabeis, dijo, mueran,
Y no vuelvan los ausentes.—
Déjame, Señora, deja
Que rompa estas puertas viles.

LEONARDA.
Tu muerte, Roberto, intentas.
Avergüénzate de ver
Que una mujer te aconseja,
Y falta paciencia á un hombre,
Cuando ella tiene paciencia.
Pues eres discreto, calla,
Y secretamente ordena
Matar quien quiere matarte;
Que mi venganza secreta
Presto la verás, Roberto.

ROBERTO.
Bien dices, callar es fuerza.
—Yo te daré presto, Laura,
La muerte que me deseas.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, LEONARDA, ROBERTO.

RICARDO.
Si al Duque muerte no das,
¿Cómo aseguras tu vida?

ROBERTO.
Con veneno en la comida
Asegurarte podrás.

LEONARDA.
El amor que le he tenido
Ya su traicion me ha quitado:
La vida el Conde me ha dado,
Será el Conde mi marido;
Pero pensar que tendré
Animo para matar
Al Duque, no hay que tratar.

RICARDO.
Y yo ¿no podré?

LEONARDA.
No sé.
Cualquier hazaña sangrienta
Nos ha de llamar traidores,
Creyendo que tus amores
Le dieron muerte violenta.
Piensa una industria.

RICARDO.
Roberto
Se vaya secretamente
A su casa, donde intente
El fin de nuestro concierto,
Dando muerte con recato
A Laura.

ROBERTO.
Aunque á Laura adoro,
Mi honra es mayor tesoro.
Pasaré su pecho ingrato;
Pero quisiera saber
Qué traza pensais tomar
Con el Duque.

RICARDO.
Del pensar
Suele el acertar nacer.
Yo he pensado que es mejor
Que el Rey mismo le dé muerte.

LEONARDA.
¡El Rey mismo! ¿De qué suerte?

RICARDO.
Diciéndole que es traidor.
Ya sabeis que soy hermano
Bastardo del Rey: yo iré,
Y que me quiere diré
Poner el cetro en la mano,
Movido del interes
De mandar el reino.

ROBERTO.
Es cosa
De probar dificultosa.

RICARDO.
Muy fácil, Roberto, es,
Porque tengo de llevar
Carta tuya que lo afirme;
Y porque más se confirme,
La Duquesa me ha de dar
Otra en que lo mismo diga.
Pues si su propia mujer
Lo dice, ¿no ha de creer
Que sola lealtad le obliga?

ROBERTO.
El pensamiento es seguro,
Y no seré yo traidor,
Si á quien me quita el honor,
Su justa muerte procuro.
Disculpa tengo bastante.
La carta voy á escribir.

RICARDO.
Que te habló, podrás decir,
Como á persona importante,
Sobre alzarme rey, y hacer
Gente en todos sus estados.

LEONARDA.
Yo escribiré sus cuidados
Como su propia mujer.
Diré que con gran secreto
Sus amigos convocaba;
Diré que gente alistaba
De guerra para este efeto,
Y sobre todo diré
Que la lealtad me ha movido
Contra mi propio marido.

RICARDO.
Pues luego me partiré;

Que esas dos cartas harán
Que el Rey, por consejo mio,
Le mate en secreto.

ROBERTO.

Hoy fío
Que nuestras vidas tendrán
Seguridad en su muerte.
Yo voy á vengar mi honor.

RICARDO.

Muestra, Roberto, valor,
Y en honra el amor convierte.
La carta luego me envía,
Que á tu casa llegues.

ROBERTO.

Voy.
(*Ap.* ¡Ay cielos! ¡la muerte doy
A la propia vida mia!) (*Vase.*)

ESCENA II.

RICARDO, LEONARDA.

RICARDO.

¿Echas agora de ver
Cuán obligada me estás?

LEONARDA.

¿Puedo yo pagarte en más
Que en ser, Conde, tu mujer?

RICARDO.

Sí; mas en tanto que el plazo
Llega, ¿no es justo que amor
Te obligue á hacerme un favor?
(*Quiere abrazarla.*)

LEONARDA.

Deten, por tu vida, el brazo;
Que aunque el Duque me ha ofendido
Hasta obligarme á perdelle,
Yo no tengo de ofendelle
Miéntras fuere mi marido.

RICARDO.

¡Extraña resolucion!

LEONARDA.

Si tú, Conde, lo has de ser,
¿No holgarás que tu mujer
Tenga esta buena opinion?
Si á quien me quiso matar,
Guardo, Conde, este respeto,
Mira, pues eres discreto,
Si te le sabré guardar.
Déjame entrar á escribir
Para que luego te partas,
Y haz con el Rey que mis cartas
Procure siempre encubrir;
Que si fuere menester,
Iré á la Corte.

RICARDO.

¡Ay de mí!
¿Que áun esto no mereci,
Llamándote mi mujer!

ESCENA III.

EL DUQUE.—LEONARDA, RICARDO.

DUQUE. (*Ap.*)

Puesto que yo soy quien soy,
Y Leonarda quien yo sé,
No sé qué disculpa dé
De lo que mirando estoy.
Ya muchas veces me ha dado
Cuidado ver á los dos
Con tal secreto.

RICARDO.

(*Ap. á la Duquesa.* Por Dios,
Que el Duque nos ha mirado.
Vete á escribir, y diré
Que de tí me despedí.)

Escribid, señora mia,
Porque luego partiré.

LEONARDA.

Yo voy; y por si no os viere,
El cielo os lleve con bien.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Despídense!

RICARDO.

Haced tambien
Que sólo un momento espere.
(*Vase Leonarda.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE, RICARDO.

DUQUE.

(*Ap.* ¡Válgame Dios! Si no es esto
Celos, los celos ¿qué son?
Mas tenerlos no es razon
De un pecho noble y honesto.
Mas ¿cómo no me ha contado
El Conde á quién quiere bien!
Que esto me pone tambien
Muchas veces en cuidado.)
Conde...

RICARDO.

Agora recebí
Carta del Rey, en que envía
A llamarme: esto decia
Con pena á Leonarda aquí;
Porque, por Dios, que me pesa
Sumamente de dejaros.
Fué á escribir, quedé á rogaros,
Como quien siempre profesa
Favorecerme, escribais
Al Rey mis buenos deseos.

DUQUE.

(*Ap.* ¡Por qué notables rodeos,
Celos, á un hombre llevais!
Pensé que el Conde decia
Amores con celos vanos,
Y besábale las manos
Porque della se partia.
Mas ¿quién tendrá el pensamiento
Que no vuele como un ave?)
Conde...

RICARDO.

Duque...

DUQUE.

El cielo sabe
Cuán notable sentimiento
Me deja vuestra partida;
Pero si os puedo servir,
Y vos me quereis decir
La que de vos fué servida;
Fiádmela en vuestra ausencia,
Y veréis con qué lealtad
La sirvo.

RICARDO.

Nuestra amistad
Ya sé que es toda presencia.
No os lo pensaba decir;
Mas pues me voy á la corte,
Ya no importa, aunque me importe
Lo que yo os debo servir.
A Laura he querido bien,
Y el servicio que os he hecho
Es sacarla de mi pecho
Para dárosla tambien.
Por quererme os despreciaba,
Y cuando os favoreció,
Fué porque le dije yo
Que en amaros me obligaba.
Yo me voy, y con mi ausencia
Queda este negocio llano.

DUQUE.

¿Quién sino un rey, ó un hermano
De un rey, con tanta excelencia,
Con tal grandeza y valor
Su propio gusto me diera?
Dadme esas manos.

RICARDO.

Quisiera
Que fuera el mundo este amor.

DUQUE.

Dos joyas os quiero dar
Que lleveis, y que por mí
Traigais en la Corte.

RICARDO.

Así,
¡Tan presto os quereis pagar!

DUQUE.

La una es un jaez de oro,
Y la otra un trencelin
De diamantes.

RICARDO.

Son, en fin,
Muy dignas de ese decoro.
Y aunque pobre, desde allá
Os enviaré diez caballos,
Que pueda el sol envidiallos,
Cuando en los del cielo va.

DUQUE.

Cualquier merced vuestra aceto.
Vamos á escribir. (*Ap.* Sospechas,
Hoy quedais todas deshechas.)

RICARDO. (*Ap.*)

Hoy tendrá mi gusto efeto.
Amor y ingenio sutil
Tantas quimeras me ofrecen,
Que olas de la mar parecen,
Pues de una salen dos mil.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Roberto.

ESCENA V.

LAURA, ROBERTO.

LAURA.

Pues ¿cómo vienes, Señor,
De aquesta manera!

ROBERTO.

Laura,
Mi honor y vida restaura.
Ya sé que el Duque es traidor,
Ya sé que intenta matarme,
Y sé tambien tu lealtad.

LAURA.

Pues si sabes la verdad,
No tengo que disculparme.
Romper el Duque intentaba
Tus puertas; yo le engañé.

ROBERTO.

Ya, Laura, todo lo sé.

LAURA.

Sabrás que inocente estaba.

ROBERTO.

(*Ap.* La cruel confiesa ya,
Como ve que sé el engaño.)
¡Gracias á Dios, que este daño,
Laura, remediado está!
Y ¡gracias tambien al Conde,
Que me fué avisar!

LAURA.

Mi bien,
El Conde en eso tambien
A su valor corresponde.
Si por él no hubiera sido,
Ya fueras muerto.

RICARDO.

Eso creo;

Pero quien tanto deseo
De mi deshonra ha tenido,
Tendrá castigo de todo
Tan presto, que ejemplo sea.

LAURA.

No será bien que te vea
Haz, mi Roberto, de modo
Que de su tierra salgamos.

ROBERTO.

Hoy conmigo has de partir.
(*Ap.* Ya todo aquesto es fingir.)

LAURA.

Y ¿dónde quieres que vamos?

ROBERTO.

Cerca de la Corte iremos
Al más vecino lugar,
Donde podremos estar
Miéntras que en la Corte entremos.

LAURA.

Por la mar no será bien:
Ya ves que el mar me maltrata.

ROBERTO.

(*Ap.* ¡Cómo se teme la ingrata
De que sus aguas le dén
Merecida sepultura!
Mirándole estoy la cara...
¡Ah cielos! ¿quién tal pensara
De su honesta compostura!)
Por la costa iremos bien,
Porque te alegre la mar:
Sus aguas te han de alegrar,
Cuando por los piés te dén.
(*Ap.* Yo las teñiré, traidora,
En tu sangre.)

LAURA.

Y nuestra hacienda
¿A quién queda en encomienda?

ROBERTO.

Quede Otavio por agora
En guarda suya, hasta tanto
Que la despache al lugar
Adonde habemos de estar.

LAURA.

La noche extiende su manto
Con poco gusto de ver
La tierra con sus estrellas:
Parece que ayudan ellas
A lo que intentas hacer.
Vamos, y á tu gente advierte.

ROBERTO.

Salir muy solo imagino.
(*Ap.* Fiera Laura, en el camino
Te dará mi honor la muerte.)

(*Vanse.*)

—

Sala en el Real palacio de Nápoles.

ESCENA VI.

EL REY DE NÁPOLES, GALO, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Hame pesado, amigo, por extremo
Que de Roberto no tuvieses nuevas.

GALO.

Ya pienso, gran Señor, que será muerto

REY.

Yo hice que saliese de mi corte
Un capitan y guarda conveniente,
Para que le buscase en todo el campo
Y asimismo á sus fieros homicidas;
Mas ni parecen ellos ni Roberto,
Ni hay labrador en monte ni en aldea
Que diga que le ha visto.

GALO.

No me espanto;
Que, como pude, le llevé de noche
Atravesado en el caballo, haciendo
Una senda de sangre las heridas,
Por la aspereza del inculto monte,
A una cabaña de pastores pobres,
Que habrá sido por dicha su sepulcro.
Dame licencia que á buscarle vaya.

REY.

Será muy bien; y si quisieres gente,
Lleva la que quisieres.

GALO.

Dios te guarde;
Que solo iré mejor. (*Vase.*)

REY.

Mucho me pesa
De la desgracia deste caballero,
Por habérmele el Duque encomendado,
Y su virtud y sangre acreditado.

ESCENA VII.

ARISTEO.—EL REY, ACOMPAÑAMIENTO.

ARISTEO.

Tu hermano acaba de apearse agora.

REY.

¡Cómo sin mi licencia! Ya ¿no sabe
Que no ha de estar en Nápoles sin ella?

ARISTEO.

No te enojes, Señor; que yo sospecho
Que viene el Conde ya más sosegado.

REY.

Vosotros ¿no sabeis ya sus costumbres?
¿Qué sosiego quereis que tenga un loco?

ARISTEO.

Pues él te busca, no te importa poco.

ESCENA VIII.

RICARDO, *de camino.* — DICHOS.

RICARDO.

Dame tus piés.

REY.

Levántate del suelo,
Y dime ¿cómo vienes de esta suerte?

RICARDO.

Retírate, y sabrás la justa causa.

REY.

¡Hola! sallos afuera.—¿Qué suceso
(*Vanse Aristeo y el Acompañamiento*)
Te ha traido, Ricardo, á nuestra corte,
Sin que preceda la licencia mia?

RICARDO.

Tu vida ¿no es suceso de importancia?

REY.

¿Son avisos de Francia?

RICARDO.

No es de Francia.
Tú ¿no mandaste que me entretuviese
En la tierra del Duque de Santángel,
Y que su huésped fuese algunos dias,
Entre tanto que á España me enviabas?
Pues ¿qué piensas, Señor, que ha sucedido?

REY.

Tengo tan poco crédito, Ricardo,
De tus cosas, que creo que el deseo
De venir á la Corte te habrá dado
Esta invencion.

RICARDO.

De hoy más, Señor, espero
Que le tendré contigo; pues bien sabes
Que no intenté jamás cosa en tu ofensa.
Pudieron ocasiones de la Corte
Precipitar mis juveniles años.
¿Qué cosa te ofendió de mí, que fuese
Más que juego y amor, armas y empresas?

REY.

Volvamos al suceso.

RICARDO.

Muchos dias
Me regaló Rodulfo; finalmente
Me dijo, que si yo valor tenia,
Tu corona en la frente me pondria.

REY.

¡Qué dices, Conde! Si ocasiones buscas
De vivir en la Corte, ¿cómo intentas
Por tan extraños medios conseguillas!

RICARDO.

Yo te digo verdad, y que ha intentado
Dar la muerte á Roberto en un camino,
Fingiendo que ladrones le robaron:
El cual, herido, se volvió á su tierra,
Y trae su mujer consigo.

REY.

El Duque
¡Intentaba la muerte de Roberto!

RICARDO.

Desta conjuracion le daba parte;
Mas todos los que en ella entrar no quieren
Mueren secretamente: y así el Duque
Te enviaba á Roberto con avisos,
A efeto sólo de matalle. Mira
Si basta á darme crédito esta carta.

REY.

Muestra.—Roberto firma.

RICARDO.

Él mismo escribe.

REY.

(*Lee.*) «Por ser leal, como es razon que sea
»El que nació con mis obligaciones,
»Estuve á pique de perder la vida.
»Da crédito á Ricardo, á quien Rodulfo
»Hacer intenta Rey, y despojarte
»Del reino con la gente que levanta
»De secreto en su tierra, y áun en Francia.
»Ricardo ha hecho como hermano tuyo,
»Pues, que disimulando con Rodulfo,
»Va á darte cuenta de su loco intento.»
—Agora digo que envidiosos viles
Te apartaron de mí, querido hermano.
Dame esos brazos muchas veces.

RICARDO.

Mira
¡Por qué caminos tan notables quiere
Mostrar el cielo la inocencia mia!
Mas para que conozcas más de veras
A lo que llega el bárbaro Rodulfo
Con la ambicion de gobernar á Nápoles,
De su misma mujer es esta carta.

REY.

¡Leonarda es contra él!

RICARDO.

Leonarda misma,
Por ser leal.

REY.

Merece ser la décima,
Ricardo, entre las nueve de la fama.

RICARDO.

Lee y verás.

REY.

Su letra he conocido.

RICARDO.

Lee, y premia, Señor, quien te ha servido.

REY.

(*Lee.*) «Aunque sin incurrir en pena alguna
»Pueda callar una mujer delitos
»De su marido, en cosas de los Reyes

»No dan esa licencia nuestras leyes. [nos
»Si mis hijos, mis padres, mis herma-
»Lo mismo hicieran que Rodulfo in-
[tenta,
»Desta suerte su muerte procurara.
»A Ricardo pretende dar el reino
»Mi marido cruel, y haciendo gente...»
—No hay que leer: cuando una mujer
[noble
Llega á este punto, grande mal se in-
[tenta.
Vete, Ricardo, á descansar; que quiero
Tratar caso tan grave con quien pueda
Aconsejarme bien.

RICARDO.

Si no pretendes
Alborotar el reino, con secreto [da.
Prende á Rodulfo, ó que le maten man-

REY.

Vete; que yo pondré remedio en todo:
Y cree que agradezco de tal suerte
La vida que me has dado, que muy
Tendrás el premio. [presto

RICARDO.

¿Qué mayor me espera
Que ver que te he servido! Guarde el
Tu vida de traidores. (*Vase.*) [cielo

ESCENA IX.

EL REY.

¡Caso extraño!
¡Portentosa maldad! Mas ¿cómo creo
Tan fácilmente tan atroz delito,
Constándome la sangre, la nobleza,
Y la virtud del Duque sobre todo!
Mas ¿cómo su mujer, cómo Roberto
Esto escribieran! Ahora bien, yo quiero
Llamar al Duque, y informarme á
[solas;
Que hablando con el Rey el que es
[culpado,
Muestra el delito en el hablar turbado.
(*Vase.*)

—

Campo y monte.

ESCENA X.

GALO.

No sé cómo ha de tomar
Roberto el haber dejado
La Corte. Pienso que he errado...
Pero ¿cómo púde errar?
Que si el Rey hizo buscar
Los montes, y no le hallaron
Las guardas que le buscaron,
A peligro le ponia
Que se supiese algun dia
Que él y el Conde le engañaron.
¡Válgame Dios! ¿qué habrá sido
De Laura? ¿Si ya Roberto,
De su desventura cierto,
Tomar venganza ha querido!
¡Oh Rodulfo fementido!
Ya no de Santángel eres,
Sino demonio, que quieres
Que así se truequen los nombres;
Porque en errando los hombres,
No hay que culpar las mujeres.

ESCENA XI.

LAURA Y ROBERTO, *dentro.*—
GALO.

LAURA. (*Dentro.*)

¡Es posible, esposo mio,
Que dés crédito á un traidor!

ROBERTO. (*Dentro.*)

Laura, en cosas de mi honor
De mí mismo no me fio.

LAURA. (*Dentro.*)

Advierte que es desvarío
Matar tu inocente esposa.

GALO.

Al pié de aquella fragosa
Montaña que baña el mar,
Aunque en oculto lugar,
Siento una voz lastimosa.
Pues no será cocodrilo
Que llore sobre su arena,
Ni por las ondas sirena
Que cante á su falso estilo.

ROBERTO. (*Dentro.*)

Mi vida pusiste al filo
Del acero de un traidor,
Que me quitaba el honor.
Hoy morirás.

LAURA. (*Dentro.*)

¡Vírgen Santa!
Libradme.

GALO.

Ya me levanta
Todo el cabello el temor.
Las voces se han declarado;
Mujer sin duda se queja.
Alguno la fuerza, ó deja
Muerta, ó la voz me ha engañado.

ESCENA XII.

ROBERTO, *con la daga sangrienta.*
—GALO.

ROBERTO.

Amor, mi honor he vengado.
Mucho ha podido el honor,
Pues no me venció el amor.

GALO. (*Ap.*)

Aquí el homicida viene.
Sangrienta la daga tiene
Y demudado el color.

ROBERTO. (*Ap.*)

Un hombre viene... Camino.
¿Si me ha visto?

GALO.

(*Ap.* ¡Ay santo cielo!
Que este es Roberto recelo,
Y ha hecho algun desatino.)
Señor...

ROBERTO.

(*Ap.* Mi muerte adivino.)
¿Quién es?

GALO.

Galo, tu criado.

ROBERTO.

Seas, Galo, bien llegado;
Que ya parece que el cielo
Te envia para consuelo
De un hombre tan desdichado.

GALO.

¿Cómo vienes de esta suerte!

ROBERTO.

A Laura, amigo, á mi esposa....

GALO.

¡No digas tan fea cosa!

ROBERTO.

Acabo de dar la muerte.

GALO.

¿Qué es lo que dices!

ROBERTO.

Advierte
Que de su boca entendí
Mi ofensa.

GALO.

¡Es posible!

ROBERTO.

Sí;
Que una noche oí que hablaba
Con el Duque, y concertaba
De darme la muerte á mí.

GALO.

En Laura ¿pudo caber
Tal infamia de su nombre!

ROBERTO.

Si mancha su honor un hombre,
No te espante una mujer.

GALO.

¿Qué es lo que piensas hacer?

ROBERTO.

¡Ay Galo! perder el seso,
Porque el amor, te confieso,
Que á Laura tuve, es de suerte,
Que será darme la muerte
Ménos temerario exceso.—
¿Cómo cupo en tu belleza,
Laura, tan grande traicion!
O las hermosuras ¿son
Sujetas á más flaqueza!
¿Hizo la naturaleza
Monstro como tú! Los dos
Muramos; mas, amor, vos
No me permitais perder
Por una ingrata mujer
El alma, imágen de Dios.
Salgamos, Galo, de aquí;
Que muero por ir á vella...
—Mas ya no estará tan bella
Despues que muerte la dí.
Amor, ¿iré á verla? Sí.
Honor, ¿iré á verla? No.
Laura, mi honor te mató.
¡Laura ya muerta! ¡Jesú!
Mas eres la hermosa tú,
Y era el desdichado yo.
Vamos á la Corte, amigo,
Donde alguna industria honrosa
De aquella mujer, mi esposa,
Cubra el bien hecho castigo.
¡Ay honor, fiero enemigo!
¡Maldiga el cielo tu nombre,
Pues no hay hombre á quien no asom-
Que el honor pudiese hacer [bre
Que flaquezas de mujer
Fuesen infamias de un hombre!

GALO.

No te detengas, señor,
Ya que á tal desdicha vienes;
Que miéntras más te detienes,
Más aumentas tu dolor.

ROBERTO.

Montes, que de mi rigor
Sois testigos, sepultura
Le dad en vuestra espesura,
Que mi crueldad encubrió,
A una mujer que mató
Mi desdicha y su hermosura.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Duque de Santángel.

ESCENA XIII.

EL DUQUE, LEONARDA.

DUQUE.

El Rey á llamarme envía,
Y que solo á verle vaya.

LEONARDA.

Pues ¿qué temor os desmaya?

DUQUE.

Dejaros, Leonarda mia;
Que no tengo qué temer...
—Aunque la carta parece
Sospechosa.

LEONARDA.

No merece
Vuestra virtud ofender
La envidia; que siendo tal,
Queda vencida á sus piés.

DUQUE.

Llamarme solo no es,
Leonarda, buena señal.
Há dias que se partió
Roberto, y no ha respondido,
Y hay quien diga que ha venido,
Y que á Laura se llevó
Con gran secreto de aquí.

LEONARDA.

Si no habeis dado ocasion
A Roberto, no es razon
Temer dél más que de mí.
¿Habeisle por gravedad
Tratado descortesmente?
¿No le sentais igualmente,
Y le hablais con voluntad?
Pues siendo así, ¿qué recelo
Os puede Roberto dar?

DUQUE.

¿De quién podré sospechar?

LEONARDA.

De nadie, así os guarde el cielo.

DUQUE.

Ricardo no está ofendido
De mí.

LEONARDA.

¡Qué extraño cuidado!
Hombre que habeis regalado
Y en vuestra casa tenido,
Fuera de su calidad,
¿Habia de hacer traicion
A vuestra justa opinion,
Sangre, virtud y lealtad?
Mirad que el Rey escribió
Con prisa y de letra propia,
Y que fuera cosa impropia,
A lo que presumo yo,
Ser escribiendo importuno
Contra las reales leyes;
Que de su letra los Reyes
No escriben largo á ninguno.

DUQUE.

Esta carta dice ansí:
(*Lee.*) «Duque, solo y con secreto
»Venid para cierto efeto,
»Que os importa á vos y á mí.»
¡Extraña resolucion
Es la de aqueste papel!

LEONARDA.

Vos sois leal y fiel:
Si por dicha envidias son,
Dejaos prender; que muy presto
Saldrá á luz vuestra verdad;
Que temer vuestra lealtad
En gran confusion me ha puesto.
Mas por si os quieren matar
Enemigos que teneis,
Y que vos no conoceis,
Podeis, Rodulfo, llevar,
Cuando en el palacio entreis,
Dos pistolas de secreto.

DUQUE.

Es el consejo, en efeto,
Del ingenio que teneis.
Yo llevaré un peto fuerte
Y dos pistolas, y así,
Si hay envidia contra mí,
Podré escapar de la muerte;
Y si el Rey prenderme intenta,
Obediente esperaré
A que la razon me dé
De hacerme esta injusta afrenta;
Que á los Reyes, no hay tratar,
De resistir; que ha de ser
La defensa obedecer,
Y la respuesta callar.
Con esto y vuestra licencia
Voy á ponerme en camino.

LEONARDA.

Precepto humano y divino
Es «al mayor, obediencia.»
Id á vestiros, y adios.

DUQUE.

El os guarde. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

LEONARDA.

¿En qué reparo,
Pues con su temor es claro
Que nos ofende á los dos?
De Roberto se ha temido,
Como ha ofendido á Roberto:
Bien ha salido el concierto,
Pues todo el Rey lo ha creido.
¿Qué haré yo para poder
Dar más fuerzas al engaño?
No hay daño que iguale al daño
De vengarse una mujer.
Al Rey le quiero escribir
Que el Duque le va á matar;
Las pistolas le han de hallar:
Fácil será de inferir.
Por la posta haré que vaya
Persona, que ántes que llegue,
Al Rey la carta le entregue.
—Algo el amor me desmaya...
Mas ¿qué amor será razon
Que tenga á quien me mataba,
Y con Laura se casaba
Por tan notable traicion?
Muera Rudolfo: los cielos
Me querrán favorecer,
Sabiendo que soy mujer
Y que estoy loca de celos. (*Vase.*)

—

Casa pobre.

ESCENA XV.

BELARDO y TIRRENO, *con* LAURA, *herida.*

BELARDO.

Tenla de los brazos bien.

TIRRENO.

Pardiez, Belardo, que creo
Que se muere.

BELARDO.

Mi deseo
Oigan los cielos.

TIRRENO.

Amén.

BELARDO.

¡Ah Señora! Esa hermosura
Obligada está á valor.

LAURA.

¿Fuése mi bien?

BELARDO.

¡Qué dolor!
¡Llamarle y verle procura,
Habiéndola atravesado
Por mil partes!

TIRRENO.

Guárdeos Dios
En este peligro á vos;
Que él debe de estar guardado.
Y en verdad que no teneis
Mucha obligacion de amar
A quien os vino á matar,
Si ofendido no le habeis.

LAURA.

¡Ofendido! Sabe Dios
Que son celos harto injustos.

BELARDO.

¡Ah celos! ¡qué pocos gustos
Hay en el mundo por vos!
Animáos; que á la cabaña
Habemos llegado ya;
Si Fílida en ella está,
Veréis cómo os acompaña,
Cómo os sirve, cómo os pone
En las niñas de sus ojos,
Y si vivís, los enojos
De vuestro dueño compone;
Que es pastora muy sabida.—
¡Ah Fílida!

ESCENA XVI.

FÍLIDA. — DICHOS.

FÍLIDA.

¿Quién me llama?

BELARDO.

Una medio muerta dama,
A quien puedes dar la vida,
Que un traidor le ha dado aquí
Mil puñaladas.

FÍLIDA.

¡Ay cielo!
¡Qué mortal sudor de hielo
La cubre!

LAURA.

Llégate á mí.

FÍLIDA.

Dadme de presto dos paños.
Diréle aquella oracion...

TIRRENO.

Buenas las palabras son,
Y salud de muchos daños.
Ves aquí un lienzo: entre tanto
Que la curas, tomaré
Mi escopeta, y mataré
Una perdiz.

FÍLIDA.

¡Cielo santo,
Dadme aquí vuestro favor!

TIRRENO.

Tú, Belardo, enciende fuego.

BELARDO.

Ya le enciende amor; que luego
Tras la piedad entra amor.

FÍLIDA.

Toda estoy enternecida.

BELARDO.

Y yo de una muerta muerto.

LAURA.

Aunque me has muerto, Roberto,
Te quiero más que á mi vida.
(*Éntranse con Laura.*)

—

Sala en el palacio Real de Nápoles.

ESCENA XVII.

RICARDO, ROBERTO, GALO.

ROBERTO.

De la suerte que digo, le dí muerte:
Galo testigo, que la vió sin vida.

RICARDO.

Y ¿fué dónde ninguno pudo verte?

ROBERTO.

Está de dos mil árboles ceñida
Una sierra que el mar de Italia baña,
Y de peñas altísimas vestida,
Cuchillo y parte de la gran montaña
Del Gárgano famoso, que compite
Con el Pirene que divide á España.
Allí el honor me manda que la quite
La vida, Conde; aunque el amor pro-
[cura
Que viva en mí, y aquí su voz repite.
Los árboles la dieron sepultura.
Allí enterré su sangre; allí nacieran,
Si naciera sembrada la hermosura,
Ninfas que al monte fértil compusieran
Otro Ovidio de fábulas y amores,
Y hermosas fénix de mi Laura fueran.
Allí le dije lástimas y amores
Con tanto sentimiento, que sospecho
Que se caian de dolor las flores.

RICARDO.

Justo dolor te mueve; mas ya es hecho,
Y tú has mostrdo en eso ser quien eres.

ROBERTO.

Mi honor en fin descanse satisfecho.
Déjeme el vano amor con sus placeres;
Honra quiero en el mundo.

RICARDO.

De la honra [res.
Siempre han sido verdugos las muje-
Hoy, Roberto, verás que el Rey te honra
En esta fiesta que á sus años hace,
Lo que no merecieras con deshonra.
No sé cómo á mil hombres satisface
El oro con infamias adquirido,
Como tesoro que en sus casas nace.

ROBERTO.

No llega á tales hombres al oido
Lo que murmuran todos, y si llega,
Es de áspid, que al encanto está dor-
[mido.
La honra es Argos, la deshonra es cie-
[ga.

ESCENA XVIII.

EL REY, OTAVIO.—RICARDO, ROBERTO, GALO.

OTAVIO.

Aguardo que te resuelvas
Para que luego me parta.

REY. (*Ap. á Otavio.*)

La respuesta de esta carta
Es que á la Duquesa vuelvas.
Di, Otavio, que la leí,
Y que el aviso agradezco,
Y porque al premio me ofrezco
Y quiero dárselo aquí,
Di que con grande secreto
Venga á la Corte.

OTAVIO.

Yo iré
Con brevedad.

REY.

Que tendré
De tí memoria prometo.

(*Vase Otavio.*)

ESCENA XIX.

EL REY, RICARDO, ROBERTO, GALO.

RICARDO.

Roberto ha llegado aquí,
Ya de sus heridas sano.

REY.

No me pudieras, hermano,
Dar mejor nueva.

ROBERTO.

De mí
Te puedes servir, Señor,
Con la lealtad que he nacido.

REY.

Ya sé cuán leal ha sido
Tu virtud, sangre y valor.
Alza, Roberto, del suelo.
Mi capitan de la guarda
Serás desde hoy; que no tarda
Jamás el premio al buen celo.
Es la traicion de Rudolfo
De suerte, que ha de anegar
Mi piedad el fiero mar
De su crueldad en el golfo.
Escribeme la Duquesa
Que viene Rudolfo ya,
Con aviso que será
El fin de su loca empresa.
Esta noche llega aquí
Con dos secretas pistolas
Para matarme, si á solas
Puede ejecutar en mí
Tan atrevida maldad.

RICARDO.

¿Qué no hará quien á su Rey
Contra toda humana ley
Pierde la justa lealtad?

ROBERTO.

Como sin hijos te mira,
Y de la Reina viudo,
Quiere hacer Rey; mas no pudo,
Porque el blanco donde tira
Es blanco de confianza,
De lealtad, amor y fe,
Donde segura se ve
Tu bien fundada esperanza.
No le debes á Ricardo
Nada en esto; que no obliga
La razon.

REY.

No sé qué os diga
Más de que esta noche aguardo
La mayor prueba de todas.

RICARDO.

¿Cómo le hablarás, Señor?
Que le prenderás mejor
Si algun engaño acomodas.

REY.

Cuando esta noche en la fiesta
Entren los nobles, querria
Poner al Duque una espía
Que le conociese; y puesta
En la puerta de palacio,
Que me viniese á llamar
Para que le salga á hablar,
Pues da lugar el espacio
Que hay de la sala á la puerta,
Donde quiero disfrazado
Saber su pecho.

RICARDO.

En cuidado
Me has puesto. Si acaso acierta
A conocerte...

REY.

No hará;
Demas que aparte conmigo
Irá gente.

RICARDO.

Si contigo
Roberto con gente va,
Paréceme que es la traza
De tu ingenio.

ROBERTO.

Es en extremo,
Porque con eso no temo
La muerte que te amenaza.

REY.

Por la Duquesa envié.

RICARDO.

¡Por la Duquesa, señor!

REY.

Téngola notable amor;
Quiero que en la Corte esté,
Así, porque es de importancia
Que haciendo la informacion
Con secreto, no es razon
Que esté con tanta distancia,
Porque esto no lo querria
Publicar.

RICARDO.

¡Qué bien has hecho!
Venga, y sabrás de su pecho
Lo que al papel no se fia.
(*Ap.* ¿Hay ventura que se iguale
A la que el amor me ofrece?)

ROBERTO.

Bien la Duquesa merece
Que tu Alteza la regale,
Porque á quien su mismo esposo
Niega por su Rey, es bien
Que el justo premio le dén.

REY.

Que prevengas es forzoso,
Roberto, algunos soldados
De quien mi persona fies.

ROBERTO.

Bien es, Señor, que confies
Tu vida de mis cuidados.
Yo iré á tu lado con ellos.

REY.

La fiesta previenen ya.
A punto, Roberto, está;
Que hoy nos pone los cabellos
En la mano la ocasion,
Para hacer que éste confiese
Su traicion, aunque le pese.

ROBERTO.

Hoy probarás su traicion.

REY.

Vente, Ricardo, conmigo.
Disfracémonos los dos.

RICARDO.

Vil Rudolfo, hoy quiere Dios
Que tengas justo castigo.

(*Vanse el Rey y Ricardo.*)

ESCENA XX.

ROBERTO, GALO.

ROBERTO.

Galo...

GALO.

Señor...

ROBERTO.

Vil consuelo
Estas probanzas me dan.
Ya soy del Rey capitan.

GALO.

Échase de ver que el cielo
Te favorece, Señor;
Que la muerte de una ingrata
No le ha enojado, pues trata
De dar aumento á tu honor.

ROBERTO.

Galo, mi alférez te hago.
La merced parto contigo,
Y así, á las demas me obligo.

GALO.
Das á mi amor justo pago,
Y beso tus piés mil veces.

ROBERTO.
Hoy estaba sin honor,
Y ya le tengo mayor...

GALO.
Esto y mucho más mereces.

ROBERTO.
Pero si verdad te digo,
No tengo contento el pecho,
Ni estoy, Galo, satisfecho
Yo mismo para conmigo.
Cuanto veo me parece
Sangre; mil arroyos rojos
Me desvanecen los ojos.
Si cómo, allí se me ofrece
Laura, de sangre teñida:
Cosa no voy á tomar,
Que no piense que es á dar
En su pecho alguna herida.
Si hablo, voy á decir
Que maté á Laura, y lo digo
Entre dientes y conmigo
Sin poderme resistir.
Si duermo, á Laura bañada
Toda en sangre sueño luego;
Y cuando á abrazarla llego,
Huye de mi rostro airada.
Ayer cayó una paloma
Llena de sangre á mis piés:
Toméla y dije: «Esta es
Laura que venganza toma.»
Dejóme todas las palmas
Teñidas, como las vi
Cuando á Laura muerte di
Para apartar nuestras almas.
No dudes, Galo, no dudes.
Mi muerte se acerca ya.

GALO.
No dudes que llegará,
Si no es que de intento mudes.
Deja la vana tristeza:
Ya no hay cobrar lo que tiene
La muerte.

ROBERTO.
¿Qué me detiene?
Maté la mayor belleza
Que el cielo comunicó
De su tesoro á la tierra.
Su memoria me hace guerra.

GALO.
Pues piensa en que te ofendió

ROBERTO.
Bien dices. Cuando me acuerdo
Que Rudolfo vió en sus brazos
Tantos amorosos lazos,
El amor y el seso pierdo.
Aborrezco lo que adoro,
Y desprecio lo que estimo;
Mis pensamientos reprimo,
Y mis tristezas mejoro.
Vamos, que es tarde, á servir
Al Rey; que es ya lo que importa.

GALO.
Si la ofensa te reporta,
Muchas te pienso decir.

ROBERTO.
Así de seso me priva
Ser de su culpa jüez,
Que la matara otra vez,
Si otra vez la viera viva.

(*Vanse.*)

—

Entrada al palacio del Rey de Nápoles.

ESCENA XXI.

EL DUQUE, *vestido á la francesa*, TIBERIO.

TIBERIO.
¿Llevas cebadas las pistolas?

DUQUE.
Llevo
De mi cuidado pólvora secreta,
Puesto á las dos para su tiempo el cebo;
Y ¡ojalá que la envidia me acometa!

TIBERIO.
Pues de que haré lo que á tus obras [debo
No es menester, Señor, que lo prometa.
Mas yo pienso que vienes engañado,
Y que como otras veces te han llamado.

DUQUE.
No salta el corazon, Tiberio, en vano,
Ni el alma da mil golpes á su puerta,
Que en el reloj mortal sirve de mano,
Y es quien las horas del vivir concierta.
Las ruedas son el pensamiento humano:
No en balde por momentos me despier- [ta.
O está desconcertada su armonía
O son presagios de la muerte mia.
Esta es la puerta del palacio: aguarda
Que pasen esas hachas de la fiesta;
Que no miro cuchilla ni alabarda,
Que no imagine á nuestros pechos [puesta.

TIBERIO.
Injustamente el miedo te acobarda,
Estando tu inocencia manifiesta.
Tema el culpado, porque injustamente
Se guarda del castigo el inocente.

DUQUE.
Las cosas de los Reyes no caminan
Por los pasos que van las de otros hom- [bres;
Que como por terceros se encaminan,
Dan á las causas diferentes nombres.
Si al Rey envidias á mi daño inclinan,
Que tema su justicia no te asombres,
Porque puede el morir, que es cosa an- [tigua,
Llegar miéntras la culpa se averigua.
Pues muerto el inocente, ¿quién sospe- [chas
Que tratará de restaurar su daño,
Si preso un noble en cárceles estre- [chas
Se atreve la mentira y el engaño?

TIBERIO.
Si; mas tambien las leyes fueron hechas
Para impedir cualquier rigor extraño.

DUQUE.
¡Líbrete Dios de la primera ira [tira!
Con que acomete á un hombre la men-

ESCENA XXII.

EL REY, *embozado;* ROBERTO, GALO, ACOMPAÑAMIENTO, SOLDADOS. — EL DUQUE, TIBERIO.

REY. (*Ap. á Roberto.*)
Este, me dice la espía
Que es el Duque, á quien disfraza
Hábito frances.

ROBERTO.
Aquí
Diez arcabuces te guardan.

TIBERIO.
Gente se esconde, Señor.

DUQUE.
Para mí, no fuera tanta.
¿Si hacen traicion al Rey,
Y el Rey con temor me llama?

TIBERIO.
Esta noche son las fiestas
De sus años: ¿si hoy acaban
Sus años?

DUQUE.
¡Qué bien sospechas!
Muchos extranjeros andan
En corrillos por aquí.

TIBERIO.
Industria fuera estimada,
Pues vienes á la francesa,
Saber lo que aquestos tratan.

DUQUE.
Bien dices, porque si miro
Lo que me dice la carta,
Afirma que es mi venida
Al Rey y á mí de importancia.
Sin duda que los avisos,
Que fingí cuando por Laura
Vino Roberto á la Corte,
Estas quimeras levantan.
Llegar será bien, Tiberio,
Pues traemos buenas armas,
A ver si es traicion al Rey,
Y morir en la demanda.
¡Ah caballero! (*Llégase al Rey.*)

REY.
¿Quién va?

DUQUE.
Mi traje ¿no os lo declara?

REY.
¿Sois de los que han de dar muerte
Al Rey?

DUQUE. (*Ap.*)
¡Ay Dios! No sin causa
El alma me lo decia.
Para saber lo que pasa,
Quiero decir que soy dellos,
Y darle aviso que salga
A dar muerte á los traidores.

REY.
¿No respondeis?

DUQUE.
Reparaba
En si sois de ellos, Señor.

REY.
Yo soy... pero... mucho tardan.

DUQUE.
No harán; que conmigo vienen
Los que han de entrar en la sala
Y disparar las pistolas.
Mas ya que esta confianza
Hago de vos, ¿quién sois vos?

REY.
El Rey, que aquí te aguardaba,
Villano, para saber
De tu boca estas palabras.—
¡Ah capitan, guarda, gente!
(*Llegan todos.*)

ROBERTO.
Señor...

REY.
Mirad si en celada
Hay soldados, y prended
Al Duque.

DUQUE.
Señor, yo estaba
Informándome de tí,
Para ver...

REY.
¡Traidor! pues ¿hablas?...

UN SOLDADO.
Aquí está un hombre con él.

REY.
¿Qué armas trae?

ROBERTO.
No son malas:
Dos pistolas, y un arnes
Debajo de la casaca.

REY.
Confirmóse la verdad.

DUQUE.
Señor, si la confianza
Que tus padres, tus abuelos
Siempre hicieron de mi casa
No merece que me escuches,
A un soldado destos manda
Que por en medio del pecho
Me atraviese con dos balas.

REY.
No hay que oirte: no dés voces.
Mira que la gente baja,
Y no quiero que lo entienda.
¿Adónde están las escuadras
Que para matarme traes?

DUQUE.
¡Yo escuadras! Pero si andabas
Tú, Roberto, por aquí,
Para más traiciones bastas.

ROBERTO.
Aprenderé de las tuyas.
Mas no quiera Dios que haga
Ofensa al Rey ni al amigo.
Tú me entiendes, aunque callas.

REY.
Llevalde luego á una torre.
(*A Tiberio.*) Y tú, vil, que acompañabas
Un traidor, en el tormento
Dirás los demas.

TIBERIO.
Si tratas
Tan mal á un noble inocente,
Y que es lo mejor de Italia,
¿Qué mucho que en mí ejecutes
La crueldad de tu venganza?

DUQUE.
¡Ah cielos! ¿de qué me quejo!
¡Todo me viene por Laura!

ROBERTO.
Por Laura no; que viniendo
Con ella por la montaña,
Salieron del mar cien moros,
Y escondidos en la playa
Me la llevaron, Rudolfo.

DUQUE.
Pues haz cuenta que es la causa,
Si Italia se pierde agora,
Como por Florinda España.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Leonarda en el palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, *en hábito de truhan;* BELARDO, *de criado, con un instrumento músico.*

LAURA.
Advierte que has de callar,
Y á nadie decir quien soy.

BELARDO.
Pardios, muy galano voy:
Bien puedo echarme á rodar.

LAURA.
¿Parécete bien, Belardo,
La Corte?

BELARDO.
Yo soy pastor:
Allá me hallaba mejor
Con mi gaban tosco y pardo.
Hay muchas cosas aquí,
Aunque soy tosco y grosero,
Que de mirarlas me muero,
Y salgo fuera de mí.
Nápoles es gran ciudad,
Su corte cosa excelente;
Mas de que no me contente
Topa en mi rusticidad.
Veo cosas, que reviento
Por decillas; pero he visto
Que hacerse un hombre malquisto
Es de ser necio argumento.
Los que gobiernan darán
Del bien ó el mal cuenta á Dios;
Que os juro que más de dos
Arrepentidos están.
Siempre veréis en la Corte
Una junta de podridos,
Toda la vida afligidos,
Porque esto importe ó no importe.
Si al otro miran galan,
Que juega o gasta, murmuran,
Y muy curiosos procuran
Saber por quién se lo dan.
Hombre, ¿quién te mete á tí
En lo que á tí no te importa?

LAURA.
¡Gran salud [1] la lengua corta!
Yo lo conozco por mí;
Y huélgome que me dés
Tales muestras de callar.

BELARDO.
De vos he aprendido á andar
Con este compás de piés;
Que habiendo estado dos años
En nuestro monte escondida,
La historia de vuestra vida
Nos encubrís como á extraños;
Y áun á Filida, que fué
Quien por ensalmo os curó,
No se la habeis dicho.

LAURA.
Yo
Con algun temor callé;
Que no puedo persuadirme
Que mujer guarde secreto,
Aunque lo soy.

BELARDO.
Ya, en efeto,
Me habeis tenido por firme,
Pues que con vos me traeis
Cuando el hábito mudais,
Y en truhan os trasformais:
Y es que mi amor conoceis.
Pero ¿sabeis que me admira
Que os tengan todos por hombre?

LAURA.
Como este ser y este nombre
Te consta á tí que es mentira,
Piensas que los otros ven
Lo que nunca imaginaron.

BELARDO.
Mucho ayer os alabaron.
¡Voto al sol, que cantais bien!

LAURA.
Pues más te debe admirar
Que compongo lo que canto.

BELARDO.
¿Sois poeta?

[1] Gran salud *es* la lengua corta.

LAURA.
Tanto cuanto.

BELARDO.
Yo lo he sido en mi lugar
Casi por toda mi vida;
Pero es oficio endiablado.

LAURA.
¿Cómo?

BELARDO.
Despues que he pensado
Una cosa nunca oida,
Sale al paso un murmurante
De gorra y áun de bonete,
Y da desde una hasta siete
Con más voz que un elefante.

LAURA.
Tengan paciencia tambien
Los poetas; que es razon,
Pues como los puercos son,
Que muertos parecen bien.
—Aquí viene la Duquesa,
Mujer de aquel Duque preso,
Que ayer te dije el suceso;
Mas no es mujer que profesa
Tristeza por su marido;
Que há dos años que está aquí
Con humos de reina.

BELARDO.
Ansí
Todo lo tengo entendido,
Y sé que el Rey la desea,
Y áun el Conde, se murmura.

LAURA.
Uno y otro le procura;
¡Plega á Dios que por bien sea!
El Rey querria abreviar
Con el preso; mas no creo
Que se le cumple el deseo,
Ni da la verdad lugar.
Yo querria, por ser casa
Donde acude el Rey, tener
Entrada, y darles placer
Miéntras mi desdicha pasa.
Quizá gustarán de mí,
Y vendré á entrar en palacio.

BELARDO.
Pensarémoslo de espacio.

LAURA. (*Ap.*)
La Duquesa viene aquí.
¡Ay cielos! Aunque há dos años
Que á mi Roberto no veo,
Si no es que finge el deseo
Tan aparentes engaños,
Este es, que con ella viene.

ESCENA II.

LEONARDA, ROBERTO, GALO.—LAURA, *de truhan*, BELARDO.

ROBERTO. (*Ap. á Leonarda.*)
Esto me dijo su Alteza,
Y que con mucha presteza
Ejecutarla conviene.

LEONARDA.
Pues diréisle al capitan
Que si al Duque ha de dar muerte,
Que se ejecuté de suerte,
Que los que á la mira están
No lo sepan por agora;
Que tiene deudos y amigos.

ROBERTO.
Ello se hará sin testigos:
Perded cuidado, Señora.

LEONARDA.
Avisadme, si se hace,
Con Galo.

GALO.

Yo volveré,
Y la nueva te trairé. (*Vase.*)

ESCENA III.

LEONARDA; LAURA y BELARDO, *retirados.*

LEONARDA. (*Ap.*)

¡Qué poco el bien satisface
Que por tales medios viene!
El Rey á honrarme camina;
Y aunque á ser suya me inclina
Ver el amor que me tiene,
Considerar la inocencia
Del Duque, me tiene en calma,[1]
Porque está la paz del alma
En la segura conciencia.

LAURA.

Vuestra excelencia, Señora,
Me dé los piés.

LEONARDA.

¿Cómo ansí
Os habeis entrado aquí!

LAURA.

Escucha, y sabrásIo agora.
Soy oficial de placer,
Por otro nombre, truhan.

LEONARDA.

Por mi fe, que sois galan.
¿Sabeis cantar y tañer?

LAURA.

El loco que eso no sabe,
¿Para qué puede ser bueno?
Que todo truhan condeno
Que ha de hablar y vivir grave.
O ha de ser loco sin seso,
O con seso; mas si el loco
Tiene seso, cante un poco,
Porque entretenga con eso.
Que truhanes sin cantar
Solo sirven de chismosos,
De testigos enfadosos,
De comer y de cansar.

LEONARDA.

¿Vienes tú á enmendar agora
La vida de estos galanes?

LAURA.

Soy provincial de truhanes;
Yo los reformo, Señora.
Hecho tengo un arancel
De lo que se ha de llevar
Por entretener y hablar.

LEONARDA.

Debes de ser muy cruel.

LAURA.

Por haberlo sido, estoy
De la manera que veis;
Pero vos no lo seréis
Del modo que yo lo soy.
¿Quereis que cante una letra?

LEONARDA.

Cuando coma hay ocasion.

LAURA.

Tengo una cierta cancion
Que las entrañas penetra.

LEONARDA.

¿De quién?

LAURA.

De Laura, una dama
Que está cautiva en Argel.

LEONARDA.

No nombres esa cruel;
Que áun me lastima su fama.

[1] En suspension.

LAURA.

¿Por qué, si fué tan honrada
Como sabe Dios?

LEONARDA.

¿Es honra
Poner en tanta deshonra
Su sangre y casa, heredada
De padres de tal valor,
Con infamia de Roberto?

LAURA.

¿Eso se tiene por cierto?

LEONARDA.

¿No ves que el Duque traidor
Con ella se concertó
De matarme?

LAURA.

El Duque ha sido
Más que cuantos han nacido
Leal, y esto lo sé yo.

LEONARDA.

Profesaste que el truhan
No ha de enfadar, y tu enfadas.

LAURA.

Si estas cosas son cansadas,
Silencio eterno tendrán;
Que de ignorancia pequé.

LEONARDA.

Tu nombre...

LAURA.

Fénix me llamo.

LEONARDA.

¿Por qué?

LAURA.

Porque sobre un ramo
De palma muerto quedé
De unas heridas un dia,
Y resucité despues.

LEONARDA.

Y ese mancebo ¿quién es?

BELARDO.

Quien canta mal y porfía.

LAURA.

Es portaguitarra mio,
Es funda de mi instrumento,
Es oficial de contento,
Y que os lo dará confio.
No viene muy cortesano;
Que es sacristan en su aldea;
Mas como quiera que sea,
Vos le habeis de dar la mano.

LEONARDA.

Él lo dirá; que yo estoy
De verle con gran contento.

BELARDO.

Lacayo del instrumento
De Fénix, Señora, soy.
Tengo una gracia enfadosa
Aliende desto.

LEONARDA.

Y ¿cuál es?

BELARDO.

Soy poeta de mis piés,
Y pido á comer en prosa.

LEONARDA.

Luego ¿vos le componeis
A Fénix eso que canta?

BELARDO.

Hasta pasos de garganta
Le suelo dar.

LEONARDA.

Bien haceis.

BELARDO.

Con ningun bueno me igualo;[1]
Mas tampoco me condeno;
Digo bien de lo que es bueno,
Y disimulo lo malo;
Siempre callo entre los necios,
Y entre sabios hablo poco:
Parezco en mis cosas loco
Y discreto en mis desprecios.
Amor me enseñó á escribir,
Y hartas veces á llorar;
No tengo por no buscar,
Ni sirvo por no mentir.
Y aunque yo ignorante sea,
Sé, de los sabios que trato,
Conocer un mentecato
A mil pasos que le vea.
No traigo jamás testigos
De mi vida, aunque es proceso;
Trato verdad, y por eso
Tengo muy pocos amigos.
Estas son mis condiciones:
Si con ellas me quereis,
Algun dia os holgaréis
De oirme en dos mil canciones.

[1] Habla LOPE por sí y de sí con su nombre pastoril de Belardo.

LEONARDA.

Huélgome, Fénix, que sea
Vuestro compañero tal.

BELARDO.

Traslado su original.[2]

LEONARDA.

A los dos quiero que vea
El Rey, en viniendo aquí.

LAURA.

Harto lo deseo yo,
Porque nunca el Rey me vió.

BELARDO.

Tampoco el Rey me vió á mí;
Porque si me viese un dia...

LEONARDA.

¿Qué habria en suceso igual?

BELARDO.

¿Qué habria? Ser gran señal
De que el Rey ojos tenía.

LEONARDA.

Ven, Fénix, y cantarás
Algo que me alegre.

LAURA.

Vamos.

BELARDO.

Pardiez, si los dos cantamos,
Que basta una vez no más.

LAURA.

¡Buenos nos han de poner!

BELARDO.

Mal el ser truhan me esfuerza,
Pues he de cantar por fuerza
Cuando otros han de comer.

LAURA.

Calla; que ya comerán.

BELARDO.

Eso me alienta y restaura.

LEONARDA. (*Ap.*)

¡Lo que se parece á Laura
Este Fénix ó truhan!

(*Vanse.*)

[2] Dice Belardo que es traslado de Laura la cual lleva el nombre de *Fénix*: de *Fénix* á *Félix* poca diferencia hay. Parece que LOPE quiere aquí decir que el personaje de Belardo es traslado suyo: esto es, de LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

Cárcel.

ESCENA IV.

EL DUQUE, ROBERTO.

ROBERTO.

Esto me manda el Rey.

DUQUE.

Pues ya que muero,
Roberto amigo, por envidia fiera,
Y que la muerte de tu mano espero,
Oye, por Dios, esta razon postrera.
Serví como galan y caballero
Tu esposa, de la suerte que pudiera
Al mayor imposible, y con cuidado
De no ofender tu honor, Roberto honrado.
Y áun para mis servicios, que eran galas
De un hombre como yo, que te tenia
Respeto, porque tú mi sangre igualas,
Y áun presumo que tienes sangre mia.
Como si fueran intenciones malas,
Laura, que con extremo te queria,
Fué siempre lauro al rayo de mi furia,
Porque el honor del mismo sol se injuria.
Si en mi vida me habló palabra tierna,
Si en mi vida me tuvo amor ninguno,
Baje mi alma á la prision eterna
De la que vivo, sin remedio alguno.
Ese bastardo, que hoy al Rey gobierna,
Por volver á sus ojos importuno,
Trazó de suerte mis confusos daños,
Que hoy siega el tiempo en flor mis verdes años.
Muero inocente de la culpa fiera
Que el Rey dice que tengo, y de la tuya:
¡Presto permita Dios, presto lo quiera,
Que á mi primero honor me restituya!
Ya pues, Roberto, que tu golpe espera
Mi cuello, aunque la vida mortal huya,
Vesme aquí de rodillas, obediente
A lo que manda el Rey y Dios consiente.
Sólo te pido que si á Laura vieres
Algun dia, la quieras y la ampares;
Que es ejemplo y espejo de mujeres,
Y que contra Ricardo te repares.

ROBERTO.

Duque, ¿es posible que inocente mueres,
Y que no tienes cosa que declares
En contra deso!

DUQUE.

Tú lo sabes cierto,
Pues tú has jurado contra mí, Roberto.

ROBERTO.

Si juré contra ti, fué por venganza
De la traicion cruel con que quisiste
Matarme; no teniendo confianza
En que el poder sin ella se resiste.
El vengativo honor, sin esperanza
De poderse cobrar, me puso ¡ay triste!
En levantarte un falso testimonio;
Que la venganza es hija del demonio.
Tras esto, de Ricardo persuadido,
De un Rey hermano, y de los fieros celos
De tu mujer, traidor, Rudolfo, he sido
A mi sangre, á tu vida y á los cielos.
Mas agora que estoy arrepentido,
Y de mi honor seguros los recelos,
Antes me mataré que darte muerte:
Librarte quiero, y la manera advierte.
Un ataud, Rudolfo, que traia
Para llevarte muerto, vivo quiero
Que te lleve á mi casa, y este dia
Te irás; mas con la fe de caballero
Que no descubrirás la amistad mia,
Hasta que el tiempo traiga, como espero,
La verdad destas cosas; que sabida,
Tendrás la tuya sin perder mi vida.

DUQUE.

Dame esos piés; que yo me iré entre tanto
A Argel para buscar tu noble esposa.

ROBERTO.

¡Ay triste yo, que sin oir su llanto,
La di en un monte muerte rigorosa!

DUQUE.

¡Oh qué mal hecho! Pero no me espanto;
Que es, en fin, el honor sagrada cosa.
¡Murió Laura, que no lo merecia,
Y vive la cruel, deshonra mia!

ROBERTO.

Yo pienso que, engañada la Duquesa
De lo mismo que yo, te ha perseguido;
Porque si amor los celos atraviesa,
Es la venganza posta del olvido.
Mas pues mi engaño con tu aviso cesa,
Estáte en esos montes escondido;
Que yo podré sacarla de su engaño,
Cuando á los tres no pueda venir daño.

DUQUE.

Tantas cosas te debo, que no puedo
Responder con palabras, ni áun pensallas.

ROBERTO.

No hablemos; que á las guardas tengo miedo,
Y sangre es menester para engañallas.

DUQUE.

¡Sangre! pues ¿dónde?

ROBERTO.

Cortaréme un dedo.

DUQUE.

Tente, Roberto.

ROBERTO.

¿Desa suerte callas!
O daréme en un brazo.

DUQUE.

Aquí está el mio.

ROBERTO.

Espera; que uno y otro es desvarío.
Un perro he visto allí: matarle quiero;
Y irá muerto á tus piés sin que sea visto.

DUQUE.

Prémiete el cielo, miéntras darte espero
Mi Estado, si algun tiempo le conquisto.

ROBERTO.

Vamos á ver el ataud primero.

DUQUE.

No sé cómo las lágrimas resisto.

ROBERTO.

Aquí te pago el daño que te he hecho.

DUQUE.

Vivo me entierras, y yo á ti en mi pecho.

(*Vanse.*)

—

Habitacion de Leonarda en el palacio Real.

ESCENA V.

RICARDO, ANDRONIO.

RICARDO.

¡Que el Rey de casarse trata!

ANDRONIO.

Ya concertado lo tiene,
Y por eso al Duque mata;
Que miéntras Roberto viene,
Su casamiento dilata.

RICARDO.

Muy poco sabe mi hermano,
Pues no ha entendido que adoro
A la Duquesa.

ANDRONIO.

Ya en vano
Te lamentas.

RICARDO.

Tarde lloro
Lo que pude ver temprano.
Trajeron mis esperanzas
Mi pena, de dia en dia
Dos años, en confianzas,
De gloria, que por ser mia,
Ha hecho tantas mudanzas.
Contra un Rey tan poderoso
Es muy flaco mi poder:
Remedio será forzoso,
Y no sé cuál puede ser
En un trance riguroso;
Porque si ya el Duque es muerto,
Querrá mi hermano casarse.

ANDRONIO.

Pues eso tenlo por cierto.

RICARDO.

Si ello puede remediarse,
Que lo intentaré te advierto.

ANDRONIO.

¿Habrá acaso testimonio?

RICARDO.

Pues ¿qué duda tiene, Andronio?
Testimonios han de ser
Los que contra tal poder
Impidan el matrimonio.

ANDRONIO.

El dueño de tu mudanza
Viene aquí con su truhan,
Que ya es toda su privanza.

RICARDO.

Aun esas cosas me dan,
Andronio, alguna esperanza.

ESCENA VI.

LAURA, *de truhan*, LEONARDA. — RICARDO, ANDRONIO.

LAURA.

Bien me puedes abrazar
En albricias de ser Reina.

LEONARDA.

Mis brazos te quiero dar;
Pero si Leonarda reina,
No has de tañer ni cantar.

LAURA.

¿Qué me habeis de hacer?

LEONARDA.

No sé.
Mi secretario te haré,
Pues este secreto sabes.

LAURA.

Nunca los oficios graves
Vuestra Majestad los dé
A hombres de nacimiento
Humilde, aunque entendimiento
Para ejercerlos les sobre,
Porque es muy soberbio el pobre
Levantado en alto asiento.
Si yo vuelvo á ser quien soy,
Lo que he sido quiero ser.
¿Qué diré al Rey?

LEONARDA.

Que aquí estoy.

LAURA.

Bien haces de obedecer.
A darle esas nuevas voy.

LEONARDA.

Pues este abrazo le lleva.

LAURA.

Si el Duque es muerto, vendré
Tambien á traer la nueva.

LEONARDA.

Vete, Fénix; que no sé
Cómo á escucharla me atreva;
Que en llegando á que yo he sido
Causa de su muerte fiera,
Pierdo el gusto y el sentido.

LAURA.

Luego ¿el amor persevera,
Que habeis al Duque tenido?

LEONARDA.

Si de Laura me acordara,
Con quien me ofendió el traidor,
Las lágrimas excusara.

LAURA.

Si ella no le tuvo amor,
Que fué engaño es cosa clara.

LEONARDA.

Déjame: vete de aquí,
Y al Rey lo que digo di;
Que si de Laura me acuerdo,
Toda la memoria pierdo
Que del Duque vive en mí.

LAURA.

Voyme; que áun espero en Dios
Que os habeis de ver los dos.

LEONARDA.

En la otra vida será.

RICARDO.

Fénix, Andronio, se va. (*Ap. á él.*)
(*Vase Laura.*)

ESCENA VII.

RICARDO, LEONARDA, ANDRONIO.

LEONARDA.

¡Ah, Ricardo! ¿Aquí estais vos?

RICARDO.

Aguardaba á que se fuese
Fénix, para que pudiese
Hablarte con libertad...
Pero si eres Majestad,
Ya no podré, aunque me pese.

LEONARDA.

Majestad dicen que soy
En Nápoles; mas yo estoy
Léjos de pensar que sea.

RICARDO.

Yo sé que el Rey lo desea,
Y así el parabien te doy.

LEONARDA.

Como ha de ser por la muerte
De Rudolfo, Conde, advierte
Que me dés el paramal;
Que estoy de pensar mortal,
Que agora su sangre vierte.

RICARDO.

Disimulas tus engaños.

LEONARDA.

Lágrimas respondan.

RICARDO.

¡Bien!
¡Si ha estado preso dos años!

LEONARDA.

Hasta que muerte le dén,
No sentí tanto sus daños;
Que los celos y el querer
Matarme pueden hacer
Que esté en la venganza fuerte;
Pero en llegando su muerte,
Soy mujer, y su mujer.

RICARDO.

Sí; pero muerto, sería
Mal hecho haberte casado
Con mi hermano el mismo dia;
Pues bien sabes que me has dado
La palabra de ser mia.

LEONARDA.

No es tiempo de eso, Ricardo.
Vete con Dios.

RICARDO.

¡Esto aguardo
Por premio de tanto amor!

LEONARDA.

Si he de casar, ¿no es mejor
Un Rey que un Conde bastardo? (*Vase.*)

ESCENA VIII.

RICARDO, ANDRONIO.

ANDRONIO.

¿Esto pudiste sufrir!

RICARDO.

Reventando, Andronio, estoy.
Todo aquello fué fingir,
Pues no sabe bien quien soy.
¡Vive Dios, que ha de morir!
Lágrimas falsas, yo haré
Si la corona os ha hecho
Que así me deis con el pié,
Que os volvais sangre en el pecho,
Y que ella misma os la dé.

ANDRONIO.

A visitalla ha venido
Tu hermano.

RICARDO.

A buena ocasion
La visita, Andronio, ha sido;
Que ya la traza he fingido.

ESCENA IX.

EL REY.—RICARDO, ANDRONIO.

RICARDO.

¡Hay tal maldad! ¡tal traicion!
¡Qué buen agradecimiento
De ser de un Rey admitida
A desigual casamiento!

REY.

¿Qué es esto?

RICARDO.

A no ser tu vida,
A no ser tu mismo aliento
Esta traidora mujer,
Tú la hallaras muerta aquí,
Por lo que acabo de ver.

REY.

¿Es Leonarda?

RICARDO.

Señor, sí.

REY.

¡Leonarda! ¿Qué puede ser?

RICARDO.

Entré á dar la norabuena,
Que ya merece tan mala
Una mujer que no es buena,
Cuando en su pública sala,
De afrentas secretas llena,
Dos veces este criado
Y yo la vimos tener
Un vil, un loco, abrazado,
Un oficial de placer.

REY.

¡Qué bien el nombre ha empleado!
¿Tú lo viste?

RICARDO.

Yo lo vi.

REY.

Y ¿tú tambien?

ANDRONIO.

Señor, sí;
Y si no es verdad, que el cielo
Permita que abierto el suelo
Reciba mi cuerpo en sí.

REY.

Pues quedo; que no es razon
Con infamia semejante
Al vulgo dar ocasion.
No pase más adelante
Esta mi loca aficion;
No muera el Duque; ántes muera
El villano que á tan fiera
Maldad tuvo atrevimiento.
¡Hay más bajo pensamiento!
Ricardo, ¿quién lo creyera
De una mujer, que en dos años
Se ha defendido de un Rey?

RICARDO.

La belleza fué sus daños,
De este truhan, porque es ley
De los humanos engaños.
Ciega de su rostro y talle,
Se arrojó Leonarda á amalle.

REY.

Castigaré su maldad.

ESCENA X.

ROBERTO.—EL REY, RICARDO, ANDRONIO.

ROBERTO.

¿Está aquí su Majestad?
Que quiero á solas hablalle.

REY.

¡Oh, Roberto! Bien venido.
No muera el Duque.

ROBERTO.

Señor,
Tarde ha sido.

REY.

¡Tarde ha sido!

ROBERTO.

Ejecutóse el rigor
Como estaba prevenido.

REY.

¡Oh! ¡nunca yo lo mandara!
¿Que ya es hecho!

ROBERTO.

Señor, sí;
Que áun traigo el llanto en la cara.

REY.

¿Qué dijo el Duque de mí?

RICARDO. (*Ap.*)

¡Agora en eso repara!

ROBERTO.

Que te perdona el rigor
De su muerte, no el honor;
Que ése ante Dios te le pide,
Donde pienso que reside.

REY.

Pues ¿de qué muestras dolor?
Tú ¿no afirmas su traicion?

ROBERTO.

Venir tierno me ha movido
A decirte esta razon.

REY.

Capitan, ya que has teñido
La espada en esta ocasion,
No la limpies; que hoy es dia
De crueldad.

ROBERTO.

Pues ¿de qué suerte?

REY.

Una grande ofensa mia
De un hombre pide la muerte.

ROBERTO.

Cualquiera cosa me fia;
Que como aquesta, la haré.
¿Quién es el hombre?

REY.

Un truhan,
Que hoy en tu presencia hablé.

ROBERTO.

¿Pena esos hombres te dan?

REY.

Despues te diré por qué.

ROBERTO.

¿Dónde quieres que esto sea?

REY.

Para que nadie lo vea,
Al campo le llevarás.

ESCENA XI.

LAURA.—EL REY, RICARDO, ROBERTO, ANDRONIO.

LAURA. (*Ap.*)

Amor, ¿cuándo me darás
El bien que el alma desea?
¡Ay Dios! ¡Qué ocasion aguardo!
Aquí está el Rey con Ricardo,
Aquí está mi esposo fiero.

ROBERTO. (*Ap. al Rey.*)

¿Es este?

REY.

El mismo.

LAURA. (*Ap.*)

¿Qué espero?

ROBERTO. (*Ap.*)

Por mi vida, que es gallardo.

LAURA.

Ando á buscar á tu Alteza
Con dos abrazos de quien
Es Reina de la belleza,
Y ¡estáse acá!

REY.

Dices bien,
Porque la naturaleza
Hizo reina á la hermosura,
Porque de los Reyes reina
Que vuestro imperio asegura.
. . . .
. . . . [1]

LAURA.

¿Cómo no me habeis pedido
Los abrazos que me han dado?

REY.

Ando agora desabrido.

LAURA.

Y ¿no es mejor que salado?

REY.

Fénix, á tiempo has venido,
Que me has de hacer un placer.

LAURA.

Ese es mi oficio.

REY.

A una dama
Has de cantar y tañer.

LAURA.

¿Quién es y cómo se llama?

REY.

En un jardin ha de ser.

[1] Faltan dos versos para una quintilla.

LAURA.

Pues alto; vamos allá.

REY.

Roberto te enseñará.

ROBERTO.

Ven conmigo.

LAURA.

Voy con vos.
¿Hay que merendar?

ROBERTO. (*Ap.*)

Por Dios,
Que gran lástima me da.

LAURA.

¿Quién es la dama?

ROBERTO.

Es Rosaura.

LAURA.

Conózcola por el nombre.

ROBERTO.

Canta, y su salud restaura.
(*Ap.* ¡Lástima es matar á un hombre
Que tanto parece á Laura!)
(*Vanse Laura, Roberto y Andronio.*)

ESCENA XII.

EL REY, RICARDO.

REY.

Ya, Ricardo, el adúltero villano
Va por los pasos de su justa muerte.
¿Qué castigo daremos á Leonarda?

RICARDO.

Estoy tan afligido de ver muerto
A Rudolfo, su esposo, que imagino
Que me ha de castigar, Señor, el cielo.

REY.

¡A ti! ¿por qué?

RICARDO.

Sospecho que Leonarda
Me dió á entender mil cosas, que por di- [cha
Fueron injustas, y inocente el Duque.
Confírmolas agora que la veo [do,
En los brazos de un hombre desdicha-
Que vive de seis cuerdas siendo loco.

REY.

Pues agora que es muerto, ¡me consue- [las
Con que piensas que ha sido todo en- [gaño!
¿No fuiste tú quien me afirmó por cierto
Que el Duque contra mí se conjuraba?

RICARDO.

Señor, una mujer al primer hombre
Pudo engañar, y desde entónces muchas
A los que del primero procedemos.
Muy triste estoy: traidora fué Leonarda;
A Roberto y á mí nos ha engañado
Por librarse del Duque, ó por ventura
Con pensamiento de casar contigo;
Y ¡plegue á Dios que España, Italia y [Francia
No digan que mataste al Duque, á efeto
De casarte, Señor, con la Duquesa!

REY.

¡Con la Duquesa yo! ¿Cómo es posible,
Si el Duque es muerto por engaño suyo?
Ve, Ricardo, y escoge de los doce
Un senador, el que te diere gusto,
Y venga aquí con guarda, porque quiero
Prender á la Duquesa.

RICARDO.

Voy.

REY.

Camina.

(*Ap.* ¡Qué sospechoso de Ricardo que- [do!
Alguna gran desdicha me amenaza.)
(*Vase Ricardo.*)

ESCENA XIII.

LEONARDA.—EL REY.

LEONARDA.

¿Fuése Ricardo ya?

REY.

Fuése Ricardo.

LEONARDA.

¡De esa suerte me habla vuestra Alteza!

REY.

¿Cómo tengo de hablar, Leonarda loca,
A una mujer que con engaños suyos
Me ha hecho dar la muerte al mejor hom- [bre
Que honró los reinos de Sicilia y Nápo- [les,
Por ventura por ser de entrambos Rei- [na?
Y cuando aquesto fuera ambicion noble,
¿Qué disculpa darás de la bajeza
Con que á un truhan has hecho infame [copla
De tu persona?

LEONARDA.

Gran señor, los Príncipes
Están más obligados que otros hombres
A mirar con acuerdo lo que hacen,
Y á pensar con acuerdo lo que dicen.
Ricardo pretendió mi casamiento;
Y viendo que lo mismo solicitas,
Fingió que á ese truhan me vió en los [brazos,
Dándolos para ti con dos abrazos.
Lo demas, todo ha sido invencion suya,
Dirigida á quitarte la corona;
Y si lo dije yo, fué porque dijo
Que matarnos el Duque concertaba
A Roberto y á mí, para casarse
Con Laura, su mujer. Celos y miedo
Me hicieron pretender esa venganza:
Bien sabe Dios si estoy arrepentida,
Y que no lo estará poco Roberto,
Que ha conocido el alma de Ricardo.

REY.

Extrañas cosas son las que me dices.

LEONARDA.

Pues si las quieres ver con propios ojos,
Escóndete, Señor, detras de un paño,
Y verás lo que tienes en el hombre
Más desleal que vieron Troya y Grecia.

REY.

Pues ven, y pónme tú donde quisieres;
Que quiero del traidor certificarme.

LEONARDA.

¡Ay, mi Duque y Señor, sin causa muer- [to!

REY.

Y ¿no es lástima Fénix, aunque hu- [milde?
Pero quiero enviar en busca suya.

LEONARDA.

¿Mandástele matar?

REY.

El justo enojo
Fué causa.

LEONARDA.

Pues remédialo.

REY.

Si puedo;
Que de que ya le ha muerto tengo mie- [do.
(*Vanse.*)

—

Campo á la orilla del mar.

ESCENA XIV.

LAURA, ROBERTO, GALO.

ROBERTO.

Por Dios, Galo, que le mates;
Que no tengo corazon. (*Ap. á él.*)

GALO

Nunca á quien hace traicion
Con esa lástima trates.
¿Por qué un villano truhan
Habia de osar poner
La vista en una mujer,
Que tiene á un Rey por galan?
Digo, galan pretendiente,
En víspera de marido.

ROBERTO.

Conozco que culpa ha sido
Y atrevimiento insolente;
Mas debes de imaginar
Que le dieron ocasion,
Y es hombre.

LAURA. (*Ap.*)

Alguna invencion
Estos deben de trazar;
Que no veo por aquí
Jardines, huertas ni damas.

ROBERTO. (*Ap. á Galo.*)

Si d'esta traicion le infamas,
Juzga su delito en tí.
Mira la grande hermosura
De Leonarda, y que rogó;
Porque no imagino yo
Que cupo en él tal locura.

GALO.

Conozco que rogaria
Leonarda, porque un villano
No osara tocar la mano
En lo que un Rey pretendia;
Pero ya que sucedió,
Y el Rey te manda matalle,
¿Qué es menester disculpalle?
Pero bien te entiendo yo;
Que el ser aqueste mozuelo
A Laura tan parecido
A lástima te ha movido.

ROBERTO.

Tengo tan grande recelo
De que la maté inocente,
Y que fuí a su amor ingrato,
Que porque este es su retrato,
Le miro piadosamente.
En fin, yo me determino
A que tú le mates, Galo,
Porque ya su rostro igualo
Con aquel rostro divino.
No me mandes que le vea:
Mátale, y diré entre tanto
Al Rey que es muerto.

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué espanto
Me da no saber qué sea
Lo que estos tratando están!

GALO.

Pues vete, y di al Rey que es muerto.

ROBERTO.

¡Buenos servicios por cierto!
Tales los premios serán.
¡Esto vine á pretender!
¿Estos son oficios graves!

GALO.

Vete, pues.

ROBERTO.

Luego que acabes,
Me busca.

LAURA. (*Ap.*)

¿Qué puede ser
Lo que estos hablan secreto?
Malas sospechas me dan.

GALO.

Para matar un truhan,
¿Miras en tanto respeto!

ROBERTO.

¿No es hombre? Y Dios ¿no es júez?

GALO.

Y el delito ¿no es inmenso?

ROBERTO.

¡Ay Laura hermosa, que pienso
Que te doy muerte otra vez! (*Vase.*)

ESCENA XV.

LAURA, GALO.

LAURA.

¿No acabamos de llegar?

GALO.

Sí; que va Roberto á ver
Si ha llegado la mujer,
A quien vienes á cantar.

LAURA.

El color se te ha mudado.
Galo. ¿qué quieres hacer?

GALO.

No tardarás mucho en ver...
(*Ap.* Que naciste desdichado.)

ESCENA XVI.

EL DUQUE.—DICHOS.

DUQUE. (*Ap.*)

Despues que en el ataud
Fuí vivo en forma de muerto
A su casa de Roberto,
Cuya nobleza y virtud
Me dió vida y libertad,
Orilla del mar paseo,
Donde embarcarme deseo,
Y huir del Rey la crueldad.
Gente pienso que hay aquí.
¿Cómo me podré esconder?

GALO. (*Ap.*)

Ya nadie lo puede ver.

LAURA.

Galo, ¿qué quieres de mí?
(*Ap.* ¿Mátame otra vez Roberto?
¿Háme acaso conocido?)

GALO.

Que calles, Fénix, te pido;
Que es dar voces en desierto.
Tú has de morir; que lo manda
El Rey.

LAURA.

¡Otra vez! ¡Ay cielos!

DUQUE.

(*Ap.* Gritos dan: tengo recelos
Que aquel hombre que allí anda,
Matar quiere aquel rapaz.)
¡Villano! ¿por qué le matas?

GALO.

¡Tú de villano me tratas!
Es mi esclavo: vete en paz.

DUQUE.

Déjale.

GALO.

¡Ay cielos! ¡qué veo!
¿No es este el muerto!—Roberto,
Vuelve, escucha: ¡mira el muerto!
Que viene á buscarte creo. (*Huye.*)

ESCENA XVII.

EL DUQUE, LAURA.

DUQUE.

¿Por qué te daba la muerte?

LAURA.

Por robarme; y pues la vida
Me das, que los piés te pida
Es justo.

DUQUE.

Mancebo, advierte,
Si acaso me has conocido,
Que á nadie digas quién soy.

LAURA.

Antes desde aquí me voy
Con vos, si vos sois servido.
Por paje podeis llevarme;
Que soy bien nacido.

DUQUE.

El cielo
Te trajo por mi consuelo.
Mas ¿qué sientes en mirarme,
Que estás con tanta inquietud?

LAURA.

¿Sois el Duque de Santángel?

DUQUE.

Y tú ¿eres Laura, aquel ángel?...
¿O vienes en su virtud
A ser otro Rafael
Deste camino que emprendo?

LAURA.

A Laura, Duque, estás viendo.

DUQUE.

¿No estabas presa en Argel?

LAURA.

No, sino con mil heridas
En medio de esa montaña,
Entre una y otra cabaña
De humilde yerba vestidas,
Hasta que habiendo pasado
Dos años, vine á la Corte.

DUQUE.

¡Que viéndote me reporte!

LAURA.

¡Ay Rudolfo desdichado!
Pon remedio, si es posible;
Que la Duquesa se casa
Con el Rey.

DUQUE.

¡Cielos! ¿que pasa,
Fuera de ser imposible,
Una maldad tan notable!

LAURA.

Testigo soy del concierto;
Que haberme visto Roberto,
Aunque le miro inculpable
Por haber sido engañado,
Causa de mi muerte fué,
Viendo que en palacio entré,
Y que fuí del Rey privado.
Verdad es que la Duquesa
Llora tu muerte.

DUQUE.

¡Qué aguardo!

LAURA.

Porque, sabe que Ricardo,
Ricardo que por empresa
Casarse con ella tiene.
Te levantó que quisiste
Casarte conmigo.

DUQUE.

¡Ay triste!
¡Qué tarde el remedio viene!
Luego ¿todo fué invencion
De Ricardo?

LAURA.

A la Duquesa
Notablemente le pesa
De tu muerte y su traicion.

DUQUE.

¡Ay, Laura, y cómo lo creo!
Mucho pueden celos.

LAURA.

Tanto,
Que matarme no me espanto,
Aunque dos veces lo veo.

DUQUE.

¿Cómo haré para estorbar
Que la Duquesa se case?

LAURA.

Antes que adelante pase,
Te quiero una industria dar
Con que alteres el palacio.

DUQUE.

Pues dila.

LAURA.

Aunque es desatino,
Sígueme; que en el camino
Te la contaré despacio
(*Vanse.*)

—

Sala en el Real palacio.

ESCENA XVIII.

EL REY, LA DUQUESA.

LEONARDA.

Aquí está bien vuestra Alteza.

REY.

Pues, Leonarda, aquí me escondo.

LEONARDA.

Presto verá mi firmeza,
Presto oirá lo que respondo
A un traidor, para que crea
Cómo á quien soy correspondo.

REY.

¡Plegue a Dios que cierto sea!
Que tú verás el castigo,
Si tu pecho le desea. (*Ocúltase.*)

ESCENA XIX.

RICARDO.—LEONARDA; EL REY, *oculto.*

RICARDO.

¿Está aquí el Rey?

LEONARDA.

(*Ap.* ¡Oh enemigo!)
Ya se fué el Rey.

RICARDO.

Ya, Duquesa,
Ni te quiero, ni te sigo.

LEONARDA.

De entrambas cosas me pesa,
Pues has querido perderme,
Y de reinar la alta empresa.

RICARDO.

Sin duda quieres hacerme
Con tu ingenio algun engaño.

LEONARDA.

Fuera en más engaños verme,
Porque de venirte daño,
Resulta en el alma mia.

RICARDO.

Despues de tal desengaño,
¡Tanto bien!

LEONARDA.

¿Cómo podia
Aborrecer quien me adora?

RICARDO.

¡Cielos! Venció mi porfía.
Declárate más, Señora.

LEONARDA.

Digo, que considerando
Tu firmeza, Conde, agora;
Lo que has hecho imaginando;
Tu lealtad agradeciendo
(Que es mucho tenerla amando);
La traicion del Duque viendo,
Pues su muerte procuraste
Al Rey su traicion diciendo;
El ver cómo me engañaste
Con celos y con mentiras
Que de Laura imaginaste;
Los ojos con que me miras
Los dos años que tan tierno
Por agradarme suspiras:
Digo que tu amor eterno
A quererte me ha obligado;
Mas procurando el gobierno,
No del mio ni tu estado,
Sino de Nápoles, digo
Que al Rey dejaré burlado.
Procura reinar conmigo;
Que siendo Reyes los dos,
A ser tu mujer me obligo.

RICARDO.

¡Ay, esperanza, que en vos
Nunca mi remedio vi
Como agora! ¡Plega á Dios
Que si no hiciere por ti
Mil cosas contra mi hermano,
. . . . [1]
Mataréle con mi mano;
Y porque veas que acierta
Tu pecho, y que este es tirano,
Un Senador á la puerta
Te aguarda para prenderte,
Porque tu muerte concierta.

LEONARDA.

Pues ¿quiere darme la muerte?

RICARDO.

Tú lo verás, á no darme
Tu palabra de esta suerte.

LEONARDA.

Contigo quiero casarme.

RICARDO.

Y yo matar este fiero.

REY. (*Ap., saliendo.*)

No hay mas que desengañarme.

RICARDO.

Dame la mano.

REY. (*Ap.*)

¡Qué espero!

LEONARDA.

El Rey viene.

REY.

¿Qué hay, hermano?

RICARDO.

Senador ni Consejero
No parecen.

REY.

Ya, tirano,
Tu boca misma confiesa
Las maldades de tu mano.
Discreta fué la Duquesa
En esconderme!

RICARDO. (*A Leonarda.*)

¡Qué has hecho!

[1] Falta un verso.

LEONARDA.

Engañar á quien profesa
Hacer con su falso pecho
Engaños á todo el mundo.

REY.

Ya estoy de ti satisfecho. (*A Leonarda.*)
Sinon, Ulises segundo, (*A Ricardo.*)
¡A mí matarme!

RICARDO. (*Ap.*)

¡Oh mujeres!
¡Cuántos llevan al profundo
Vuestros prestados placeres!

ESCENA XX.

ROBERTO.—EL REY, LEONARDA, RICARDO.

ROBERTO.

Ya queda, gran señor, ejecutado
Lo que mandaste en Fénix.

REY.

¡Mal heciste!

ROBERTO.

¿Es esto lo del Duque?

REY.

Aunque no es tanto,
Me da mayor dolor y pesadumbre.

LEONARDA.

¿Murió Fénix!

ROBERTO.

No creas que aunque es Fénix,
Vuelva á resucitar de sus cenizas.

LEONARDA.

¿Con qué podrás pagar, Ricardo fiero,
Tantas muertes! ¿No basta que tú fue- [ses
Por quien muriese el Duque, sino un [hombre
Inocente, inculpable, y que vivia
De dar placer y no pesar á nadie?

RICARDO.

Ya estoy en tanto mal por causa tuya,
Que como á los jüeces les responden
Iglesia solamente los culpados, [do.
Tu amor responderé, *tu amor* respon-
A cuanto me pregunten, *tu amor* digo.
Tu amor será respuesta de mi culpa;
Que con decir *amor*, digo disculpa.

ESCENA XXI.

BELARDO.—DICHOS.

BELARDO.

¿Está Fénix por acá?

ROBERTO.

Ya no preguntes por él.

BELARDO.

Pues señor, ¿qué han hecho dél?

REY.

Ya con los muertos está.
Ricardo, con locos celos,
Me dió á entender que le amaba
La Duquesa, y que le daba
Mil abrazos.

BELARDO.

¡Santos cielos!

REY.

Mandéle matar.

BELARDO.

Ricardo,
¿Cuál amor ó cuál demonio
Te obliga á tal testimonio?
Que aquel mancebo gallardo,

Señores, era mujer,
Que por una historia extraña
Vino herida á mi cabaña.
Mirad cómo puede ser.

ROBERTO.

¡Mujer, y herida!

BELARDO.

Señor,
Dos años vivió escondida,
Pagando en tan triste vida
Los celos de un loco amor.

ROBERTO.

¿Llamábase Laura?

BELARDO.

Sí,
Aunque ella me lo encubria.

ROBERTO.

Ricardo, la esposa mia
Maté dos veces por tí.
¡Vive Dios, si no estuviera
El Rey presente!...

REY.

¡Tu esposa
Era el truhan?

ROBERTO.

¡Qué dichosa,
Leonarda, mi muerte fuera,
Cuando el Duque la intentara,
Si hubiera sido verdad!

RICARDO.

De amor fué la libertad,
Y de amor el alma esclava.
Amor, digo, amor fué todo.

ROBERTO.

¡Ay, Laura! mujer, y hombre
Te maté; mas si tu nombre
Fué Fénix, yo le acomodo
A su misma condicion.
Pues muerta una vez viviste,
Vive otra vez, y resiste
Con tu verdad mi traicion.

ESCENA XXII.

ARISTO. — DICHOS.

ARISTO.

Dos caballeros de España
Bien puestos, y áun bien armados,
Quieren hablarte, Señor:
Capas largas, largos sayos,
Bandas al rostro, y sombreros
De mil plumas coronados;
Pero el acero reluce
Por los botones de entrambos.

REY.

Di que entren; que dos ni veinte
Mal pueden hacernos daño.

ESCENA XXIII.

LAURA Y EL DUQUE, *con capas y sayos vaqueros, rebozos, sombreros de plumas, dagas y espadas.* — DICHOS.

DUQUE.

Dame para hablar licencia.

REY.

Hablad para que sepamos
Quién sois y á lo que venís.

DUQUE.

Rey de Nápoles, estando
Este caballero y yo
Mirando vuestro palacio,
Como suelen en las Cortes
Los de otros reinos extraños,
Oimos decir al vulgo
Las traiciones de Ricardo
Y la muerte de Roberto;
Y porque allá profesamos,
Por ser los dos caballeros
Del hábito de Santiago,
Defender á las mujeres
(Que lo tenemos jurado
En nuestras constituciones);
Para que cuando volvamos
A España, al Rey de Castilla,
A los deudos y vasallos
Contemos un hecho de honra,
Volver los dos concertamos
Por las damas ofendidas
De Roberto y de Ricardo.
Yo, que soy Mendo de Viedma,
Reto á Ricardo, y con plazo
De un dia le desafío,
Donde estaré sustentando
Que la Duquesa Leonarda
Honestamente ha guardado
La lealtad que debe al Duque.

LAURA.

Y yó, Rey, que soy don Sancho
De la Vega y de Mendoza,
Caballero toledano,
Sustento que Laura fué
Leal y firme, y señalo
El mismo plazo á Roberto.

REY.

Caballeros castellanos,
Yo os agradezco esa honra;
Pero el concederse el campo,
Es en las cosas dudosas,
No en casos averiguados.
Toda la culpa se cifra
En este infame, y mi hermano
De padre, aunque no lo creo;
Porque Roberto está salvo:
Y así, para que lo queden
Él y la Duquesa, fallo
Por mi sentencia que debo
Honrarlos, y así los caso,
Para que pues la Duquesa
Perdió á Rudolfo gallardo,
Y Roberto á Laura bella,
Tengan este premio entrambos.

DUQUE.

La Duquesa no es posible
Miéntras vive el Duque.

REY.

Es tanto
Lo que he sentido su muerte,
Que os diera albricias...

LAURA.

Y cuando
Se casara la Duquesa,
Mal puede, Rey engañado,
Casarse Roberto.

REY.

¿Cómo?

LAURA.

Vive Laura.

ROBERTO.

¡Cielo santo!
¡Laura vive!

DUQUE.

Y vive el Duque.

LEONARDA.

¿Quién son?

LAURA.

Los que estais mirando.

LEONARDA.

¡Esposo!

ROBERTO.

¡Esposa!

DUQUE.

¡Leonarda!

LAURA.

¡Roberto!

REY.

Quiero abrazaros,
Por el gusto recebido,
A entrambos, y á todos cuatro.

ESCENA XXIV.

GALO. — DICHOS.

GALO.

¡Qué es lo que miran mis ojos!

ROBERTO.

¿Así diste muerte, Galo,
A Fénix!

GALO.

Como era Fénix,
Volvió á vivir en tus brazos.

LAURA.

Belardo, ya ves quien soy.

BELARDO.

De mi servicio no aguardo
Más premio que verte viva.

REY.

¿Qué hemos de hacer de Ricardo?

RICARDO.

A todos pido la muerte.

REY.

Mataldo, guardas, mataldo.

LEONARDA.

Eso no: basta, Señor,
Perder tu gracia y su estado.

REY.

De mis reinos le destierro,
Y doy su aldea á Belardo.

BELARDO.

Y yo fin á la comedia,
Que su autor, noble senado,
Llamó *La inocente Laura*
Y traiciones de Ricardo.

EL MARQUÉS DE LAS NAVAS.

PERSONAS.

EL MARQUÉS.
DON ENRIQUE.
DON FILIPE DE CÓRDOBA.
MENDOZA, *gracioso.*
PEDRO, *lacayo.*
LEONARDO.
LAURENCIA.
GERARDA.
EL PADRE DE LAURENCIA Y GERARDA.
FELICIANA.
CLARA.
ANTONIO.
BERNARDO.
DOS CORTESANOS.
UN MÚSICO.

La accion pasa en Toledo y Madrid.

ACTO PRIMERO.

Una calle en Toledo.

Salen LEONARDO Y FELICIANA [1].

FELICIANA.

Al mismo Neron te igualas.

LEONARDO.

Mira que es gran necedad
Detener la voluntad,
Porque la pintan con alas.

FELICIANA.

¡Tus obras siempre tan malas
A quien las debes tan buenas!
Leonardo, mi fin ordenas.
Di: ¿qué te llegó á deber,
Si ahora me haces poner
A tantas inciertas penas?

LEONARDO.

Suéltame la capa, suelta,
Suelta en paz; que la porfía
Convierte en descortesía
Imaginacion resuelta.

FELICIANA.

Y ¿cuándo darás la vuelta?

LEONARDO.

Luego que este pleito acabe;
Que á pleitos, y en un mal grave,
Por más que abreviarle importe,
El almanac de la corte
Ningun pronóstico sabe.
A Madrid voy; que no voy
A las Indias ni á la China,
En cuya mar filipina
Nuevo navegante soy.
Presto sabrás que allí estoy,
Si otra jornada recelas.

FELICIANA.

Ya ¿de qué sirven cautelas,
Cuando mi desconfianza
Llega á mirar tu mudanza
Con alas y con espuelas?
A pleitos dices que vas.
Bien dices, quiero ayudarte,
Pues vas, Leonardo, á casarte,
O por ventura lo estás.
No hay otro pleito que más
Procure un hombre vencer.
Muchos buenos suele haber;
Mas ninguno oí decir
Que se dejase morir
Primero que su mujer.
Buen pleito llevas: procura
Vencer tan gran diferencia,
Que ha de tener la sentencia
En la misma sepultura;
Porque estoy yo muy segura
Que la palabra que aquí
Me niegas, ingrato, á mí,
Sin que el renombre te valga,
Hará que muy presto salga
La sentencia contra tí.
Engañásteme, villano,
Siendo tú para mi mal
El primero desleal
Que ha nacido toledano.
El juramento y la mano
Que de Dios en la presencia
Me diste, me da paciencia;
Porque es razon que presuma
Que le estás dando la pluma
Para firmar la sentencia.
No gozarás la mujer
De que estás enamorado,
Y has de ser tan desdichado,
Que áun honra no has de tener:
Que si os llegan á ofender
Las propias (como lo infieres,
Aunque tan honrado eres)
A los más nobles y sabios,
Es por vengar los agravios
Que habeis hecho á las mujeres.
Yo que te he querido así,
Llevo tan mal galardon,
Que espero que una traicion
Te infame, y me vengue á mí.
Vete, pues ya te perdí,
Y tan ingrato conoces
Mi verdad.

LEONARDO.

No me dés voces;
Que áun sólo tu voz me enfada. (*Vase.*)

FELICIANA.

¡Mueras de mala estocada
Antes que sus brazos goces!
¡Plegue al cielo, pues el cielo
Es de tu maldad testigo,
Que á sus puertas, enemigo,
Bañes con tu sangre el suelo!

Sale BERNARDO.

BERNARDO.

¿Qué es esto, prima?

FELICIANA.

Que apelo
En tan notable dolor
Al cielo, alcalde mayor.

BERNARDO.

¿Has reñido con Leonardo?

FELICIANA.

Nací con honra, Bernardo;
Que yo no trato de amor.
De aquí se parte á casar
A Madrid.

BERNARDO.

¡Qué dices!

FELICIANA.

Digo
Que me lo ha dicho el amigo
De quien más suele fiar.

BERNARDO.

¡Buen pago te viene á dar
Tras tantas obligaciones!

FELICIANA.

En llegando á sinrazones,
Se pierde todo el amor;
Que tras celos, al traidor
Le alcanzan mil maldiciones.

BERNARDO.

Yo estoy, Feliciana, ahora
Para Madrid de camino;
Que á sus fiestas me previno
Con una carta Leonora.
Cuantas riquezas ahora
Le entrega á la bizarría,
Dicen que salir porfía,
Y que ha de ser el espacio
De la plaza de palacio
Cielo de Marte aquel dia.
Esta sola ocupacion
Poco me puede estorbar,
Cuando te puedo ayudar
En tan justa pretension:
Que suele la dilacion
Deshacer los casamientos
Por un pleito, y sus intentos
No llegar á ejecutarse.

FELICIANA.

Bien sé yo que el dilatarse
Malogre sus pensamientos;
Pero tú solo te pones
A peligro de tener
Disgustos, y una mujer,
Con lágrimas y razones,
Ablanda los corazones
De los jüeces mejor.

BERNARDO.

El mejor procurador
De un pleito es el propio dueño.

FELICIANA.

No lo seré yo pequeño:
Si quieres, contigo iré,
Donde hasta el fin no tendré
Gusto, descanso ni sueño.
Haz esto, primo, por mí,
Por ser tu sangre, y por ser
Mujer.

BERNARDO.

Cuanto pueda hacer,
Haré, Señora, por tí.

FELICIANA.

Luego ¿voy contigo?

[1] Esta comedia y la siguiente, últimas de la Coleccion, se reimprimen sin division de escenas.

BERNARDO.

Sí.

FELICIANA.

Ya, Leonardo, tu mudanza
Júez riguroso alcanza;
Mira que ofendida estoy,
Y mira que mujer soy,
Donde es rayo la venganza
(*Vanse.*)

—

El Prado de Madrid.

Salen DOS CORTESANOS, *de noche.*

CORTESANO 1.°

Bueno está el Prado.

CORTESANO 2.°

Famoso;
Aunque ménos gente viene,
Como va ya refrescando.
¿Qué hay de Fénix?

CORTESANO 1.°

Voló Fénix...

CORTESANO 2.°

¿Qué me dices!

CORTESANO 1.°

A otro nido,
En que se ha visto que miente
La fama en llamarla sola,
Pues otro pájaro tiene.

CORTESANO 2.°

No hay seguridad de brazos,
Ni aun de las palmas á veces,
Sin contradicion del oro.

CORTESANO 1.°

Oro come y oro bebe.

CORTESANO 2.°

Alas le saldrán doradas.

CORTESANO 1.°

Los manteos lo parecen.

CORTESANO 2.°

Músicos vienen al Prado.

CORTESANO 1.°

No puede ser que me alegre.

Sale UN MÚSICO, *cantando;* LAURENCIA, GERARDA y CLARA, *con mantos;* DON FILIPE DE CÓRDOBA, DON ENRIQUE y EL MARQUÉS: *ellas se sientan, y el Músico á otra parte, y* MENDOZA.

GERARDA.

Suspensa me lleva el alma.

LAURENCIA.

¿No ves, Gerarda, que es este
Un hidalgo de Navarra
Que canta celestialmente?

GERARDA.

¿Vive en Madrid?

LAURENCIA.

Aquí vive;
Que sirviendo se entretiene
Al gran Cardenal Quiroga.

GERARDA.

¿De qué le sirve?

LAURENCIA.

Parece
Que preguntas con cuidado.

GERARDA.

Ninguno pudo moverme.

LAURENCIA.

De maestresala le sirve.

DON FILIPE.

¡Gallardas son las mujeres!

MARQUÉS.

Siempre juzgais por los talles.

DON FILIPE.

La bizarría procede
Del talle.

DON ENRIQUE.

Y ¿no de la cara?

MENDOZA.

Cara que no puede verse,
¿Qué ha de llamar por el talle?

MARQUÉS.

No es el que ménos enciende.

MENDOZA.

¡Que siempre vueseñoría
Por lo singular se pierde!

DON FILIPE.

La bizarría del cuerpo
Muestra que el alma contiene
Todas las partes iguales;
No el rostro; que el rostro puede
Ser hermoso, y no tener
La perfeccion que se debe
Á sí mismo en las demas
Partes que el cuerpo contiene.

MENDOZA.

Y ¿qué importa que una dama
Tenga el cuerpo diligente,
Derecho como una lanza,
Bizarro como un alférez,
La cintura que en un puño
Pueda apretarse y cogerse,
Las caderas como en Flándes,
Las piernas como un jinete,
Si el rostro puede ser molde
De hacer diablos para el juéves
En que el despensero cuelgan
Que afrentó los calabreses?
¡Vive Dios, que es de mal gusto
Quien tal opinion tuviere!
Que no puede enamorar
La boca donde los dientes
Sobre los asientos riñen
Como hidalgos montañeses.
La cara es mayor indicio
Del alma; que en ella vense
Las costumbres como en mapa:
Luego á los cuerpos prefiere.

MARQUÉS.

No lo dice don Filipe,
Mendoza, para que alegues
Aforismos por la cara,
Mas porque estas damas vienen
De noche al Prado; y de noche
Las caras no pueden verse.
Por eso habló de los talles.
(*Siéntanse las damas.*)

DON FILIPE.

Ellas se sientan enfrente
De aquel cristal, cuyas venas
Sangran seis puntas ó siete,
Para escuchar al que canta.

DON ENRIQUE.

¡Quiera el cielo que no temple!

MENDOZA.

Si él templare, yo me colo [1]
Por esos álamos verdes,
Donde él y el viento se escuchan.

DON FILIPE.

No harás que te oiga y nos deje.

MENDOZA.

Templar mucho, y mala voz,
Es lo mismo que sucede
A un largo brujulear
Salir sola y echar veinte.
Con la criada me acojo
La parte que me cupiere.

MARQUÉS.

Á don Filipe y mi hermano
Alargo liberalmente;
Que un preso [2] no ha de tratar
De amor, pues darle no puede
Él á la dama que le habla,
La libertad que no tiene.

DON FILIPE.

¿Dáisme licencia que aquí
A vuestro lado me asiente?

LAURENCIA.

Vuestro buen talle y olor
De mi lado os favorece.

DON ENRIQUE.

Y yo ¿podré merecer
Lo que á ese galan conceden?

GERARDA.

Podeis, al ejemplo suyo,
Sentaros seguramente;
Que soy la menor en casa,
Y nunca las grandes suelen
Reñir por lo que ellas hacen.

MENDOZA.

Si vuesa merced no huele,
Que tal vez unido al Prado
El mejor olfato ofende,
Déme lugar junto á sí,
Y, por Dios, que no le pese
De un asocarrado gusto.

CLARA.

¡Arre allá! ¡Cómo se tiende!
¿Hiciera más un borrico?

MENDOZA.

En viendo los alcaceres,
No hay seso que no rebuzne.

CLARA.

Pues vaya á tomar el verde
Con el rocin de su amo.

MENDOZA.

Por tus palabras crueles
Conozco que eres hermosa;
Que las feas no defienden
Con tanto rigor las caras;
Y esta es la causa que siempre
Casan las hermosas tarde,
Juzgando que más merecen.
No han dicho á una fea envido,
Cuando con el resto quiere;
Que piensan que no ha de haber
Otro que á su tienda llegue.

CLARA.

Óigase. Mire que cantan,
Y téngase allá.

MENDOZA.

Tendréme,
Por tenella por hermosa,
Y no porque me sustente.

EL MÚSICO. (*Canta.*)

Por la plaza de San Lúcar
Galan paseando viene
El valeroso Gazul,
De blanco, morado y verde.

MENDOZA.

¡De verde, blanco y morado!
Aunque el poeta se queje,
¿Era rábano ese moro?

CLARA.

¿Quiere callar, insolente?

[1] *Cuelo* decimos ahora.

[2] No se dice cómo ni por qué está preso el Marqués: debe faltar algo al texto de la comedia.

MÚSICO. (*Canta.*)
Queria el moro partirse
A jugar cañas á Gélves.

MENDOZA.
No se parta ahora el moro;
Que hace calor, y le puede
Dar alguna calentura.

MÚSICO.
No se parta si no quiere;
Que yo cantaré otra cosa.

CORTESANO 1.º
Cante alguna cosa alegre. (*Pégale.*)

MÚSICO.
En haciéndolo en chacota,
Perdonen vuesas mercedes. (*Vase.*)

CORTESANO 2.º
Mal hicisteis ¡vive Dios!
Que sus palabras corteses
Más término merecian.
Yo voy á reconocerle,
Y á darle satisfacion.
(*Vanse los dos.*)

DON FILIPE.
Mujer celestial, ¿quién eres,
Con ingenio tan divino,
Con talle tan excelente,
Y con tan hermosa cara?
Que aunque la noche escurece
El cielo en que la retratas,
Sus estrellas resplandecen.

LAURENCIA.
Suplico á vuesa merced
No trate de conocerme;
Que no soy la que parezco,
Porque sólo un padre ausente,
Que mañana ha de venir,
Causa ha sido de atreverme
A ver el Prado; que somos
Codiciosas las mujeres
De ver lo que nos alaban,
Y mucho más las que tienen
Una madre que las riña,
Y un padre que las encierre.

DON FILIPE.
Quién sois dice vuestro brio,
Y me obliga á que os respete;
Pero por Dios, que estoy loco
De ver entre dos claveles
La armonía de esa voz,
Que me desmaya y suspende.

LAURENCIA.
¿Sois acaso portugues?
Que solo á los portugueses,
Para derritirse, amor
Les da término tan breve.
¿Cómo os derritís así?

DON FILIPE.
Pues ¿quién habrá que se acerque
Al sol, que no se derrita,
Y más con alma de nieve?

LAURENCIA.
¡Que teneis tan fria el alma!

DON FILIPE.
Antes, Señora, que os viese:
Ya es fuego despues que os ví.

LAURENCIA.
¡Que haya un hombre que requiebre
A escuras una mujer!
Debeis de haber sido duende.
¡Oh libertad de los hombres!
Cuanto miran apetecen;
De todo lo nuevo gustan;
Cuanto encuentran, tanto quieren!

DON FILIPE.
Pues yo os prometo que he sido
Tan ingrato algunas veces,
Que no han podido unos ojos
Con sus lágrimas moverme.

LAURENCIA.
Y yo, á escuras, ¿puedo tanto
Con un dueño tan rebelde!
¡Oh gran milagro de amor!

DON FILIPE.
Muchas veces acontece
Que un vidrio, que sirve un año,
Por irse á sacar se quiebre.
Sin estrellas no hay amor,
Y como ellas se concierten,
Basta el ver, basta el oir.

LAURENCIA.
¿Voluntades diferentes
Conciertan estrellas!

DON FILIPE
Sí.

LAURENCIA.
¡Qué lucidos alcahuetes!
¿Quién sois?

DON FILIPE.
Mañana en la plaza,
Si gustais de conocerme,
Me veréis con un rejon.

LAURENCIA.
¿Que sois tan noble y valiente!
¡Ah, quién tuviera ventana!

DON FILIPE.
Por la ventana no quede.
Coche tendréis y ventana.

LAURENCIA.
No querrán que yo lo acete.

DON FILIPE.
¿Teneis dueño?

LAURENCIA.
No le he visto,
Y tengo dueño sin verle;
Que ha de venir de Toledo.

DON FILIPE.
A mi solo solamente
Sucediera esta desdicha.
¡Vive Dios, que me atraviese
Esta daga!

LAURENCIA.
Quedo, quedo;
Que no soy de las que creen
De Madalenas de amor.

DON FILIPE.
Si yo de vos mereciese
Una mano.....

LAURENCIA.
Hablad sin mano;
Que sois galan de repente.

DON FILIPE.
Yo os daré treinta diamantes,
Que aquesta joya guarnecen,
Por esa mano.

GERARDA.
Ya es tarde.
No sé cómo se entretiene
Con ese hidalgo mi hermana.

DON ENRIQUE.
Es hombre que lo merece.

CLARA.
Si tú me dices quién son,
Yo te diré libremente
Calidad, nombres y casa
Destas damas.

MENDOZA.
Pues advierte.
Este es Marqués de las Navas.

CLARA.
¿Que el de las Navas es este!
¿Que aqueste es el de las Navas?

MENDOZA.
Te admiras como si fuese
De las Navas de Tolosa.

CLARA.
Es por el nombre que tiene
De gallardo y liberal,
Galan, discreto y valiente.

MENDOZA.
Es su hermano, don Enrique
De Guzmán, el que entretiene
A esa tu menor señora.

CLARA.
¡Gallardo talle!

MENDOZA.
Excelente.

CLARA.
Y aquel, ¿quién es?

MENDOZA.
Don Filipe
De Córdoba, que suspende
La Corte en esta ocasion,
Con gentileza eminente
A cuantas celebra España:
Y habrás oido mil veces
Que es hijo del gran don Diego
De Córdoba, nuevo Oréstes,
Nuevo Atlante de Filipo
Segundo... Mas tú no entiendes
Antigüedades ni historias.

CLARA.
Ya se van: perdona.

MENDOZA.
Tenme
Por tuyo ¿Dónde vivís,
Que quiero servirte y verte?

CLARA.
A Lavapiés, en la calle
De la Cabeza.

LAURENCIA.
Ofendeisme
En querer pasar de aquí.
Vamos, hermana.
(*Vanse.*)

DON FILIPE.
¡Que lleguen,
Para no cesar los males,
Para no durar los bienes!

MARQUÉS.
¿No irémos á acompañarlas,
Filipe?

DON FILIPE.
Marqués, no quieren.

MARQUÉS.
Pues adios.

DON FILIPE.
Mendoza, escucha.
(*Háblale al oido, y vanse las damas.*)

MENDOZA.
Tarde, Señor, me previenes.—
¡Hola, Inés, si eres Inés,
Juana, ó como tú quisieres!
Los nombres me has de decir.

CLARA.
Aunque imposibles emprendes,
La mayor de ellas se llama
Laurencia.

MENDOZA.
Dos mil laureles
Merece su hermoso talle.

CLARA.
Justamente la encareces
La menor llaman Gerarda.

MENDOZA.
Y jerarquía celeste
Se puede llamar, por Dios.
¿Qué estado?

CLARA.
Doncellas.

MENDOZA.
Mientes.
Por discretas las tenía.

CLARA.
¿Por eso pierden?

MENDOZA.
No pierden;
Pero es mucha cobardía
Andarse guardando siempre.
Tú ¿cómo te llamas?

CLARA.
Clara.

MENDOZA.
¡Oh Clara hermosa! pues eres
Clara, herido me has de amor.

CLARA.
Tu nombre...

MENDOZA.
Mendoza.

CLARA.
Vete;
Que se alejan nuestras amas.

MENDOZA.
Pues ¿qué importa que se alejen?

CLARA.
Adios, Mendoza.

MENDOZA.
Adios, Clara.
¡Qué platera!

CLARA.
¡Qué insolente!

MENDOZA.
¡Qué fregatriz!

CLARA.
¡Qué pajazo!

MENDOZA.
¡Qué socarra!

CLARA.
¡Qué alcahuete!
(Vanse.)

Salen LEONARDO, *de camino, y* ANTONIO.

ANTONIO.
Traeis, Leonardo, una valiente empresa.
¿A casaros venis!

LEONARDO.
Vengo á casarme;
Y aunque vengo á casarme, no me pesa;
Que solo lo intenté por apartarme
De aquella necedad que habréis oido,
Que no quiere cansarse de cansarme.

ANTONIO.
Nuevo será poner en tal olvido
Tales obligaciones.

LEONARDO.
Feliciana
Con lágrimas y quejas lo ha sentido;
Mas yo, burlando su esperanza vana,
Vengo á Madrid á verme con mi suegro,
Y á ver esta divina cortesana.

ANTONIO.
De vuestro bien, si lo ha de ser, me alegro.

LEONARDO.
Aquí querría hacer alguna gala;
Que aunque Toledo á lo mejor se iguala,
La Corte no permite competencia;
Y aunque la buena fama siempre exhala
Divino olor en la mayor ausencia;
Antes de efetuar el casamiento,
La calidad dejando de Laurencia,
Sería informarme justo pensamiento
De su virtud y partes.

ANTONIO.
Justamente
Procede vuestro amor y entendimiento.
Hoy es dia de toros, y un asiento
En la plaza tendréis que es de Palacio,
Donde falta á los grandes aposento.
Veréis cifrado el mundo en breve espacio:
Como en sortijas suelen generosas
Estar el amatista y el topacio,
Veréis mil caballeros, mil hermosas
Damas, y que por ellas los rejones
Pretenden intentar suertes dichosas.
Veréis aquel gran Rey que mil naciones
Tiemblan, respetan, aman, y obedecen
Políticas y bárbaras naciones;
Y por dicha verán, si lo merecen
Vuestros ojos, la dama vuestra esposa.

LEONARDO.
Cobardes los recelos me parecen;
Pero yo tengo condicion celosa.
(Vanse.)

—

Sala en casa del padre de Laurencia y Gerarda.

Salen LAURENCIA *y* GERARDA.

LAURENCIA.
Gerarda, déjame aquí;
Que no puedo responder.

GERARDA.
¿Qué mal puedes tú tener,
Para guardarte de mí?

LAURENCIA.
No sé: alguna cosa vi
Que me ha quitado el sosiego;
Que cuando á pensarlo llego,
Me corro en ver que se atreve
A todo un monte de nieve
Tan poca parte de fuego.
Pienso en lo que estoy callando,
Callo lo que estoy sintiendo,
Siento lo que estoy sufriendo,
Sufro lo que estoy penando;
Y con pensar que dejando
De pensar podré callar
Me dan mas ánsias de hablar,
Y es mi rigor tan intenso,
Que pensando en que no pienso,
Nunca acabo de pensar.

GERARDA.
No me ha parecido á mí
Enfermedad de mujer
La que agora llego á ver.

LAURENCIA.
Antes yo pienso que sí.

GERARDA.
Gran descanso tengo en ti.
Yo jurara que era amor;
Pero ¿en tan breve rigor
Tanto mal!

LAURENCIA.
Por eso ha sido.

GERARDA.
Luego ¿quieres?

LAURENCIA.
No he querido
Querer, por querer mejor.
¡Maldiga Dios ¡ay Gerarda!
Quien la pólvora inventó,
Con que tal fuerza le dió
Al cañon y á la bombarda!
Antes, con mano gallarda,
Vira, flecha ó pasador
Tiraba amor, que es rigor:
Ya con arcabuces tira;
Que apénas pone la mira,
Cuando ya mata de amor.
Don Filipe (que ya vengo
A hablar claro y no sentir,
Pues no le puede encubrir
El alma donde le tengo;
Pues le agravio si detengo
Su nombre, y tambien me agravio,
Porque desde el alma al labio
Sale, como todo es fuego)
Cáusame desasosiego,
Y ¡es tan gentil hombre y sabio!...
¡Hame venido muy bien,
Para tratar de casarme
Nuestro padre!—y es matarme,
Sin haber visto con quién.
No hay remedio que me dén
Mis males, sino es morir.

GERARDA.
Si no piensas resistir
Esa inclinacion, no seas
Necia en el bien que deseas,
Sino procura vivir.

LAURENCIA.
Hasta ahora no ha llegado
Al matrimonio la fe.

GERARDA.
Háblale.

LAURENCIA.
¿Cómo podré?

GERARDA.
El tiempo ocasion te ha dado.
Escríbele que has pensado
Ir con secreto á la fiesta:
Que te envíe un coche; que esta
Es la mejor invencion
Para que tome ocasion,
Y se le dé tu respuesta.

LAURENCIA.
Es notable atrevimiento
Para una mujer que está
Como en las vísperas ya
Deste negro casamiento;
Que bien sé yo que tu intento
De ver la fiesta ha nacido.

GERARDA.
Engáñaste; que no ha sido
Más de la pena de verte.

LAURENCIA.
Ahora bien: yo estoy de suerte,
Que de cuanto soy me olvido.—
¡Clara!...

Sale CLARA.

CLARA.
Señora...

LAURENCIA.
¿Sabrás
Llevar un papel?

CLARA.
¿A quién?

LAURENCIA.
Tú respondiste muy bien.

CLARA.
Deseo servirte más.

LAURENCIA.
A buscar un coche vas
Para ver la fiesta.

CLARA.

Creo
Que me has leido el deseo.
¿Es á don Filipe?

LAURENCIA.

Sí.
Pon papel y pluma allí.

CLARA.

Alegre de ojos te veo.

LAURENCIA.

Pero pienso que es locura.
No lo pongas.

CLARA.

¡Cómo no!
Ya está puesto.

LAURENCIA.

Pienso yo
Que es mucha desenvoltura.

CLARA.

Un coche es cosa segura.
Todas le piden por ver.

LAURENCIA.

Yo le pido por querer.

CLARA.

Y tú le puedes honrar;
Que el sol se le puede dar
Á una principal mujer.

LAURENCIA.

¡Ay, don Filipe, que creo
Que me has de tener en poco!
—Mira, pensamiento loco,
Que te vas tras el deseo.
Mas tan venturoso empleo
Hace crecer un cuidado,
Disculpado y áun honrado;
Que no puede haber error
En las locuras de amor,
Si es amor bien empleado.
(*Vanse.*)

—

Habitacion del Marqués de las Navas, en el Convento de San Martin de Madrid.

Salen EL MARQUÉS, DON ENRIQUE y DON FILIPE.

MARQUÉS.

¿En qué caballo entraréis?

DON FILIPE.

Yo he escogido á Pensamiento.

MARQUÉS.

¡Bravo! de entrada es el viento:
Entre sus alas iréis.
¿Tú, Enrique?

DON ENRIQUE.

El overo tengo
Por mejor para la entrada,
Y ahora el bayo me enfada.

MARQUÉS.

Braveza á envidiaros vengo.
Y ahora, para el rejon,
¿Qué lleva Filipe?

DON FILIPE.

Llevo
El castaño.

MARQUÉS.

No lo apruebo.

DON FILIPE.

¿Por qué razon?

MARQUÉS.

Gustos son.

DON FILIPE.

Llégase mejor al toro,
Y le hace más adornado
Aquel jaez encarnado,
Mezclado de plata y oro.
No dejó en la Andalucía
Caballos el del Algaba.

DON ENRIQUE.

El de Palma tiene brava
Cuadrilla.

DON FILIPE.

Buena es la mia.

DON ENRIQUE.

Salen Ásquili y Pastrana,
Que se va el mundo tras ellos.

DON FILIPE.

¿Quién competirá con ellos?

MARQUÉS.

Eso se verá mañana;
Pues, por Dios, que el de Maqueda
No admite ventaja al sol.

DON ENRIQUE.

Es un bizarro español.

MARQUÉS.

Pero ¿dónde, se nos queda
Aquel Alba, que amanece
Con tan extendidos rayos,
Que al mismo sol da desmayos
Cuando el mismo resplandece?

DON ENRIQUE.

Pienso que sale con él
El Duque de Francavila.

DON FILIPE.

¿Qué hay de Peñafiel?

DON ENRIQUE.

Que afila
Sus rayos Marte para él.

DON FILIPE.

Es don Juan el mismo Marte.
¿Sale el de Prada?

MARQUÉS.

Saldrá,
Aunque ninguno tendrá
En las galas mayor parte.
Tiene el Conde de Melgar,
Como hijo del Almirante,
Al mundo en hombros de Atlante,
Que le sabrá sustentar.

DON ENRIQUE.

¡Qué bizarro caballero!

MARQUÉS.

La fiesta ha de ser famosa.

DON FILIPE.

Si aquella ninfa hermosa,
Por quien desde anoche muero,
Me prestara algun favor,
Yo sé, Marqués, lo que hiciera.

MARQUÉS.

¿Es tan hermosa?

DON FILIPE.

Pudiera
Matar al amor de amor.

MARQUÉS.

¿Quereis que vaya por él?

DON FILIPE.

Estais preso.

MARQUÉS.

Pues ¿qué importa?

DON FILIPE.

No es la jornada tan corta.
Es muy bella y muy cruel.

MARQUÉS.

¡Cruel, y en el Prado!

DON FILIPE.

Sí;
Que hay mucho de ver y hablar
Á querer y desear.

MARQUÉS.

Mendocilla viene aquí.

Salen MENDOZA y PEDRO, *con rejones.*

MENDOZA.

Aquí están ya los rejones;
Que no ha de quedar por ellos.
Todos vienen amarillos;
Que á los toros tienen miedo.

MARQUÉS.

Como no le haya en los brazos,
No le habrá, Mendoza, en ellos.

MENDOZA.

Por los brazos, yo lo juro,
Que son de Aquiles y Héctor.

MARQUÉS.

Llegad, Pedro, esos rejones.

DON FILIPE.

Muestra, Mendoza. ¿Son buenos?

MENDOZA.

Tú los has de hacer, Señor;
Que ellos son de pino ó fresno.

DON FILIPE.

Pedro, ¿salís vos conmigo?

PEDRO.

Yo salgo; y vos estad cierto
Que no habrá dado en la plaza
De vuestro rejon el hierro,
Cuando las piernas del toro
Midan á palmos el suelo.

MARQUÉS.

¿Cortais bien?

PEDRO.

¡Cuerpo de tal!

MENDOZA.

Es Pedro un hombre muy diestro;
Aunque en las fiestas pasadas
Un torillo jarameño
Le asió de unas calzas verdes
Hasta el aforro de lienzo;
Y dicen que por alzar
Las cuchilladas de presto,
Alzó tambien la camisa,
Y en las ventanas dijeron
Que era muy hombre, que habia
Todo su honor satisfecho.

MARQUÉS.

Pedro es valiente, y lo hará
Como de un hombre manchego
Se puede esperar, Mendoza.

Sale CLARA, *con manto.*

CLARA.

¡Cé!

MENDOZA.

¡Aquí dama! ¡aquí ceceos!
Vuesa merced sea servida,
Pues ya está en el aposento,
De aliviar la sobrevaina
A los azules ó negros.
Saque de la nieve el sol,
Y diga qué quiere.

CLARA.

Vengo
A buscar á don Filipe.

MENDOZA.

Llamo á don Filipe luego.
Pero dígame quién es;
Que sin saberlo primero,
No me atreveré á llamarle.

CLARA.

¡Buena memoria!

MENDOZA.

No tengo
Buena vista; que memoria
No me falta, si la debo.

CLARA.

¿Con quién hablabas anoche
En el Prado, majadero?

MENDOZA.

¡Válgate Dios, por borrica!
¡Tú en San Martin! ¿Qué hay de nuevo?

CLARA.

Hermano rocin, mi ama,
Por ausencia de su dueño,
Quiere ver aquestas fiestas.

MENDOZA.

Voy, como un sacre, derecho
A decirlo á don Filipe.—
Señor, escucha; que pienso
Que dió la zorra en la miel
Por huir de los buñuelos.

DON FILIPE.

¿Cómo?

MARQUÉS.

Clarilla está aquí.

DON FILIPE.

¿Qué Clara?

MARQUÉS.

La de aquel huevo
Que tú sorbias anoche.

DON FILIPE.

Quedo; no más: ya te entiendo.—
Clara hermosa...

CLARA.

Señor mio ..

DON FILIPE.

¿Vos a buscarme! ¿Qué es esto!

CLARA.

Este papel lo dirá.

DON FILIPE.

De cualquier modo, agradezco
A aquel ángel la memoria.

MENDOZA.

No sé yo si es ángel bueno:
Que ángel que viene de noche
No debe de ser del cielo.

DON FILIPE. (*Lee.*)

«Hoy no viene mi padre, y hemos »determinado mi hermana y yo ver á »vueseñoría valiente en la plaza, co»mo galan en el Prado, si tenemos »coche y ventana; que las de nuestra »casa caen á las tapias, y en el nues»tro no podemos ir donde quisiera el »deseo.»

Basta; que la letra es linda.

CLARA.

Tales manos la escribieron.
Prometo á vueseñoría
Que son de cristal los dedos.

MENDOZA.

¡Qué bien sabe la Clarilla
Socorrer con agua el fuego!
No encajara Celestina
Mejor aquellos dos versos.

DON FILIPE.

Marqués, dadme vuestro coche,
Y desde ahora os advierto
Que teneis dos convidadas.

MARQUÉS.

Pedro, avisad al cochero;
Que yo las pondré en mis ojos.

DON FILIPE.

Clara, decid que yo quedo
De tal manera ocupado
Con galas y caballeros,
Que no puedo responderla
Por papel; mas que la ruego
Que alguna randa me envíe...
De amor digo, no de precio,
Para que saque esta tarde.

CLARA.

Yo os la traeré, y estad cierto
Que si proseguís la empresa,
Seréis dichoso y muy presto,
Porque está, desde que os vió,
Laurencia con mil deseos,
Con mil ánsias, con mil penas,
Todo por volver á veros.
Pero advertid que lo digo
Debajo de aquel secreto
Que debeis á ser quien sois.

DON FILIPE.

Aunque soy mozo soy cuerdo.

CLARA.

Si de noche vais allá,
Hacer de suerte prometo
Que la podais ver y hablar.

DON FILIPE.

Con esta sortija puedo
Sólo serviros ahora.

CLARA.

Que no: que no me gobierno
Por interes.

MENDOZA.

¡Y agarróla!
No trae muy malos dedos
Para organista la dama.

CLARA.

Si vais, como yo deseo,
Llevaos con vos á Mendoza.

MENDOZA.

Encargóme: ya lo entiendo.

DON FILIPE.

Adios, Clara.

CLARA.

Adios, Señor.

DON FILIPE.

Vamos, Marqués. Hoy tenemos
Enrique y yo buena causa
De dar rejones al viento.

DON ENRIQUE.

¿Tengo mi parte?

DON FILIPE.

Pues ¿no?
Y áun Mendoza, á lo que creó.

MENDOZA.

Más quisiera la sortija.

DON FILIPE.

Que envidioso estás sospecho.
Un vestido tendrás hoy.

MENDOZA.

Pues con eso me consuelo.

DON FILIPE.

Muy aprisa soy dichoso:
Perderé si amor, es juego;
Que los que empiezan ganando
Suelen acabar perdiendo.

ACTO SEGUNDO.

Salen DON FILIPE y DON ENRIQUE.

DON ENRIQUE.

Extremada fiesta ha sido

DON FILIPE.

Yo no la he visto mejor:
Cuanto ha querido el honor,
La esperanza ha conseguido.

DON ENRIQUE.

Bizarra ha estado la plaza.

DON FILIPE.

No la vió con más decoro
Cuanto el sol con rayos de oro
Por los dos polos abraza
Toda su gala y riqueza
Parece que en ella estaba.

DON ENRIQUE.

Mucho dicen que la alaba
Su Majestad y su Alteza.

DON FILIPE.

Pueden con mucha razon
El Marqués pienso que viene.

Salen EL MARQUÉS y MENDOZA.

MARQUÉS.

¡Brava fiesta!

MENDOZA.

Fama tiene.

MARQUÉS.

Toros y cañas lo son.
Dadme los brazos mil veces.

DON FILIPE.

¿Habemos andado bien?

MARQUÉS.

Ojos de quien quiere bien
Nunca fueron buenos jueces;
Mas, por Dios, que para mí
(Y áun para todos, sospecho)
Maravillas habeis hecho.

DON FILIPE.

¡Qué cuchilladas que dí
Al que sacó de la silla
A don Juan!

MARQUÉS.

No hay más que hablar.
Los dos os podeis alzar
Con Palacio y con la Villa.

DON FILIPE.

¿Qué te parece, Mendoza?

MENDOZA.

Que en esta ocasion, Señor,
La fama de tu valor
Debidos aplausos goza.
Igualó la valentía
A tu fortuna de modo,
Que la tuvistes en todo.
¡Brava gala y bizarría!
Cuantos os han visto van
Sin ojos y sin enojos:
Que les llevasteis los ojos.

DON ENRIQUE.

Luego ¿sin ojos están!

MENDOZA.

Córdoba y Avila han sido
Los que hoy la plaza laurea.

DON FILIPE.

¡Cómo lució la librea!

MENDOZA.

Como su dueño ha lucido:
Y lució tanto su dueño
Méritos más que ventura,
Que á más de alguna hermosura
Quitará esta noche el sueño.

DON FILIPE.

¿Los toros?

MENDOZA.

Bravos y fieros;

Pero con nuevas razones
Trujeron toros leones
Para lucir caballeros.
Y el buen Pedro anduvo bien,
Aunque en calzas desgraciado;
Pues descubrió lo encarnado
De los aforros tambien.
No le valió resistencias,
Porque le asió por detrás,
Y así, le disculpan más
Los que vieron sus ausencias.
Las dos manos, se me acuerda,
Llevó con gracia extremada,
En la derecha la espada,
Y las calzas en la izquierda.
Así discurrió la plaza:
Volvió el toro la tramoya,
Soltólas, y aquí fué Troya,
Y otra vez la plaza en plaza.

DON ENRIQUE.

¿No preguntais al Marqués
Por las huéspedas que tuvo?

DON FILIPE.

Ya vi cuán galan estuvo,
Puesto que siempre lo es.
Danos parte á mí y á Enrique
De lo que hoy habeis gozado.

MARQUÉS.

¿Tanto me habeis envidiado?

DON FILIPE.

No sé cómo signifique
La que os tuve cuando os vi
Tan ocupado en Laurencia.

MARQUÉS.

Los dos teneis experiencia
De mi lealtad y de mí.
Pero aseguraros quiero
Que es Laurencia un serafin,
Y que esta noche hasta el fin
Tuve á mis antojos miedo;
Que es mujer que darlos puede.
¡Lindo ingenio y linda traza,
Que lo bueno de la plaza
Y todo lo bueno excede!
Habla bien de don Felipe, [1]
Y pienso que habla tan bien,
Que no hay bien de que más bien
Su voluntad participe.
Debeisla notable amor.

DON FILIPE.

Harto mejor me le debe,
Pues en término tan leve
Me trata con tal rigor.

MARQUÉS.

Gerarda no sabe tanto:
Pero es bizarra mujer,
Y que debe de querer,
Si no que se lo levanto,
A Enrique notablemente.

DON ENRIQUE.

Para el tiempo que ha costado,
Yo me doy por bien pagado,
Cuando no quererme intente.

MARQUÉS.

Inquietas estan las dos.
Seguid la empresa; que creo
Que tendrá dicha el deseo.

DON FILIPE.

¿Es burla?

MARQUÉS.

Es verdad, por Dios
No me han dejado alabar
A caballero que hiciese
Suerte, aunque lo mereciese;

[1] *Felipe* dice aquí y en algunos casos más la edicion que seguimos; pero casi siempre, ántes y despues, dice *Filipe*.

Sólo se habia de hablar
En vuestro donaire y talle.

DON FILIPE.

Hachas tomo, ¡vive Dios!
Con que esta noche los dos
Hacemos fiesta á su calle.—
Enrique, ¿no ireis conmigo?

DON ENRIQUE.

No estoy tan enamorado...
. . . . [2]
Si mi esperanza no os digo,
Y serviré, por lo ménos,
De platicante con vos.

MARQUÉS.

Yo tengo de ir con los dos.—
Mendoza, á poner los frenos
A los rocines de caza,
Porque en aquesta ribera
Veamos esta carrera
Mejor que la de la plaza;
Que tú, con Clara ocupado,
No estuviste muy atento.

MENDOZA.

Socarron entendimiento,
Desenvuelto y despejado
Tiene la tal mantellina;
Y á ser mujer principal,
Pudiera ser celestial;
Y quedóse en Celestina.
Dos mil cosas me contó
De sus amas, buenas todas;
Pero aquello de las bodas
Gran pesadumbre me dió.

DON FILIPE.

De nada me maravillo,
Una vez determinado.

MENDOZA.

Dícenme que el desposado
Viene á ser novio, ó novillo;
Si bien á vueseñoría
Le estará mucho mejor
Que delante un gastador
Le allane la incierta via.

DON FILIPE.

No le nombres; que no puedo
Sufrir la imaginacion.

MENDOZA.

Él viene á buena ocasion
Para que le quite el miedo.

DON FILIPE.

¿No se puede enamorar,
Y descuidarse de mí?

MENDOZA.

Las hachas están aquí,
Que se cansan de aguardar.

DON ENRIQUE.

Ahora bien, señores, vamos;
Que este novio no vendrá
Tan presto.

DON FILIPE.

Pena me da.

DON ENRIQUE.

Hoy las bodas celebramos.

MENDOZA.

Pues ha dado vuelta el coche,
Ya está en casa el serafin.

MARQUÉS.

Haz que me dén el rocin
Y un ferreruelo de noche.

(*Vanse.*)

[2] Falta un verso.

Sala en casa del padre de Laurencia y Gerarda.

Salen LAURENCIA y GERARDA.

LAURENCIA.

No hay pasion que se anticipe
A todas como el querer.

GERARDA.

La vida te ha dado el ver
Las gracias de don Felipe.

LAURENCIA.

Cuando yo no le adorara,
Si hoy en la plaza le viera,
Presumo que no tuviera
Voluntad que le negara.
¿Hase visto caballero
De tal alma, de tal brio?
—Justamente, dueño mio,
Como á mis ojos te quiero.
Y no es poco encarecerte,
Puesto que me han dado enojos;
Que quiero bien á mis ojos
Despues que supieron verte.
No digan que es menester [3]
Mucho tiempo para amar;
Que el amor que ha de matar,
Del primer golpe ha de ser.
Amor que comienza ingrato,
Y el trato le da valor,
No se ha de llamar amor,
Sino costumbre del trato.
El que vió, quiso y mató,
Ese es amor verdadero;
Y más cuando fué el primero,
Como el que te tengo yo.
Mirar, escribir, hablar
Años un galan ó dama,
Es tener amor con ama,
Que se lo han dado á criar.
Hombre ha de nacer amor
Luego andar y ser galan;
Que el amor que no es Adan
No puede tener valor.

GERARDA.

Si desta suerte ha de ser,
Ménos tendrá que gozar.

LAURENCIA.

¿Sabes tú cómo han de amar
Dos que se llegan á ver?

GERARDA.

¿Cómo?

LAURENCIA.

A una vela encendida
¿No llega una muerta?...

GERARDA.

Sí.

LAURENCIA.

¿No le comunica allí
En un punto luz y vida?
Pues las almas, en partiendo
A encenderse y á querer,
Aun apénas se han de ver,
Cuando han de quedar ardiendo.

[3] En la obra titulada *Chefs d'œuvre des Théâtres étrangers*, entrega quinta de dicha coleccion y primer tomo de LOPE DE VEGA, se halla un facsímile del autor, dividido en dos láminas, la primera de las cuales comprende los primeros veinte versos que van desde aquí hasta el fin de este discurso de Laurencia. Once variantes resultan, en solas estas veinte líneas, entre el facsímile y la edicion que reproducimos: discurra el lector cuántas habrá en toda la comedia. La primera lámina copia el fin del autógrafo y dice: *Laus Deo et M. V.* En Madrid, 22 de Abril de 1624.—*Lope de Vega Carpio.*

GERARDA.
¡Qué bien disculpas tu error!
LAURENCIA.
Luego ¿tú á Enrique no quieres?
GERARDA.
Como las nobles mujeres,
Quiero con un limpio amor.
No le quiero ver tan hombre
Que me espante de miralle.

Sale CLARA.

CLARA.
Ya está la plaza en la calle,
Si se le debe ese nombre.
LAURENCIA.
¿Cómo, Clara?
CLARA.
¿No sentis
Los caballos de las cañas?
LAURENCIA.
¡Bravas finezas, extrañas!
CLARA.
Si á la ventana salis,
Veréis los dos matadores
De los toros y las damas,
Con otros que arrojan llamas
De amor, encendiendo amores.
LAURENCIA.
Vamos, Gerarda, al balcon.—
Mas ¡ay, Dios! ¡qué gente es esta!
CLARA.
Desconcertóse la fiesta.
Tu padre y Leonardo son.

Salen EL PADRE, LEONARDO Y ANTONIO.

LEONARDO.
Por la calle preguntaba;
Que aun apénas sé la calle.
EL PADRE.
Luego que en la calle os vi,
En la persona y el traje
Conocí que érades vos.
LEONARDO.
Sin acabar de apearme,
Siguiendo vine á Laurencia:
No puedo dejar de hablarle.
ANTONIO.
Vos os disculpais muy bien.
LEONARDO.
Ya estoy en el mar.
ANTONIO.
Pasadle.
PADRE.
Aquí ha venido tu esposo:
Ya no hay de que te recates.
LEONARDO.
Dadme, Señora, las manos.
ANTONIO.
Y á mí, por su amigo, dadme
Licencia de que os las bese.
LEONARDO.
Vuesa merced no se espante
De que en aquesta venida
Me turbe, y vergüenza cause.
LAURENCIA.
¡Nunca, Gerarda, viniera! (*Ap. á ella.*)
Temblando estoy.
LEONARDO.
Excusarme
Quisiera de daros pena.
LAURENCIA.
¡Jesus! ya no hay mal que aguarde.—
Sin duda será mi novio;
Que ha dicho dos necedades.
PADRE.
¡Sillas, hola!
LAURENCIA.
¡No le hundiera
En la calle de Getafe
Algun lodo!
PADRE.
¡Hola, criados!
LAURENCIA.
Señor, no hay en casa nadie;
Que ha sido dia de toros.
PADRE.
Pues ¿hasta cuándo han de holgarse!
Ya ¿no son los toros muertos?
¿Qué puede haber que les falte,
Si no es hallarse en su entierro?
LEONARDO.
¡Que venga un hombre á casarse,
Antonio, en dia de toros!
ANTONIO.
Bravos celos os combaten.
¡Por Dios, que la novia es bella!
LEONARDO.
Confieso que tiene partes
Para un título, y las mias
No las merecen tan grandes.
GENTE. (*Dentro.*)
Aparta, aparta.
PADRE.
¿Qué es esto!
MARQUÉS. (*Dentro.*)
Más que en la tierra, en el aire
Pone los piés Pensamiento.
MENDOZA. (*Dentro.*)
¿Quién ha de haber que le alcance?
LAURENCIA.
El Marqués y Mendocilla
Andan, Gerarda, en la calle.
LEONARDO.
¡Qué inquietas están las dos!
ANTONIO.
Mujeres: no hay que espantarse.
LEONARDO.
Más quisieran las ventanas
Que al novio.
LAURENCIA.
¡Que éste llegase
A quitarnos tanto bien!
GERARDA.
Paciencia.
LAURENCIA.
Estoy por matarme.
GENTE. (*Dentro.*)
Aparta, aparta.
PADRE.
¡Otra vez!
¡Plegue al cielo que te apartes
De aquesta calle mil leguas!
LEONARDO.
No hayais miedo que se cansen,
Si tienen por quien correr,
Hasta que el rocin les hable
Como la burra á Balaan.
GERARDA.
¡Bravo novio!
LAURENCIA.
Dios le amanse.
GERARDA.
¡Burra aquí!
LAURENCIA.
¿De qué te espantas,
Si le enseñaron sus padres?
GERARDA.
¿No escuchas á don Felipe?
LAURENCIA.
Inquieta estoy de escuchalle.
Esta no es silla, que es potro
Donde viene á atormentarme
Este verdugo de amor.
LEONARDO.
¡Cascabeles y pretales
A la puerta de la novia!
Antonio, ¡malas señales!
Si ántes de casar me corren,
¿Qué harán despues que me case?
Pero pues *aparta* dicen,
No será yerro apartarme.
GERARDA.
Habla con él, no seas necia.
LAURENCIA.
¿Qué cordura habrá que baste,
Pues pienso que está diciendo
Don Filipe: «No le hables?»
Más obligacion le corre
A él, que no á mí, de hablarme.

Sale MENDOZA.

MENDOZA.
Perdonad que sin licencia
A entrar, señores, me alargue.
La necesidad me obliga.
PADRE.
Mirad qué quiere ese paje.
MENDOZA.
Dos caballeros que han sido
De las cañas de esta tarde,
Os piden un jarro de agua.
LAURENCIA.
Y aun habrá donde descansen,
Si quieren entrar.
PADRE.
No habrá.
Diles que adelante pasen.—
Y tú, Clara, dales agua.
CLARA.
Dame, Señora, las llaves:
Sacaré del camarin
Algun búcaro.
LAURENCIA.
Y que saques
El mejor te doy licencia,
Por ser para gente grave;
Y lleva aquella toalla
Que tiene puntas de Flándes.
CLARA.
Venga, hidalgo.
MENDOZA.
Clara, escucha.
Los dos jinetes amantes
Dicen que quieren venir
A hablar esta noche, y darte
Un verde con dos azules.
CLARA.
Hermano, pues que no salen
A la reja cuando corren,
Ya debieran acordarse
De que el esperado novio...
MENDOZA.
¿Vino?
CLARA.
Vino, mal y tarde.
MENDOZA.
¿Es aquel descolorido?

CLARA.

El mismo.

MENDOZA.

¡Bellaco talle
Para novio! Aquel color
No muestra dulce la sangre.
¡Viven los cielos, que tiene
Talle el bellacon de darte,
En casándose, mil coces!

CLARA.

Nunca los diablos le casen.

MENDOZA.

Huevo de avestruz parece.
Di á tu ama que se guarde
De mojicones con celos
Y de lisonjas en paces.

PADRE.

¿Qué conversacion es esa,
Clarilla, con ese paje?

CLARA.

Pídeme agua de canela
O de jazmines.

PADRE.

Pues dale
Agua, sea de aquel barril
Que de los tejados cae,
En tanto que yo á Valencia
Por los jazmines despache.

MENDOZA.

¡Buen suegro lleva el buen yerno!
¡Cosa, vive Dios, notable,
Que de un diablo como éste
Saliese un rostro de un ángel!

LEONARDO.

Agua, búcaro, canela,
Toalla, jazmines, paje...
Esto .. ¿Hablan en latin,
O yo no entiendo en romance?

ANTONIO.

Calla; que es trato de Corte.

LEONARDO.

Pues, Antonio, en ella trate
El que hiciere compañía
Por donde la plata pase
Que viniere de las Indias.

PADRE.

¿Cuándo, Leonardo, llegastes
A Madrid?

LEONARDO.

Ayer llegué
Cansado: quise alegrarme,
Y hoy me llevaron á ver
Las fiestas.

PADRE.

Fueron notables,
Segun me han dicho.

LEONARDO.

Famosas:
De mil títulos y grandes.
Bien anduvo el Duque de Alba.

ANTONIO.

De tan altos cielos nace
Para ser sol de su casa.

LEONARDO.

Y con suertes admirables,
El gran Conde de Melgar,
Sucesor del Almirante.

PADRE.

Pastrana, Príncipe ilustre,
Dicen que á Flándes se parte.

LEONARDO.

Volveráse Marte Adónis.

LAURENCIA.

Podian sus generales
Hacer lugar al mayor.

ANTONIO.

¡Qué bien honró los Guzmanes
El de la Algaba!

LEONARDO.

No hay hombre
Que con el rigor le iguale.
Salió un toro, y la cerviz
Le pasó de parte á parte:
Dobló los piés, y el hocico
Sangre bebe y tierra pace.

LAURENCIA.

¡Qué conversacion de novio!

LEONARDO.

Holgárame que esta tarde
Hubiera visto mi esposa
Tales fiestas, suertes tales.

LAURENCIA.

¿Andaba allá don Filipe
De Córdoba?

LEONARDO.

Fué el esmalte
Del corro de aquella fiesta;
Fué envidia de los galanes,
Fué de las damas el blanco,
Y fué español Durandarte.

LAURENCIA.

¡Qué discreto que anda el novio!
No me ha dicho que me agrade
Cosa como esta.

ANTONIO.

Anduvo
En estas fiestas reales
Don Enrique de Guzman
Con aquel valor que sabe
De su gentileza el mundo
Y de sus heróicas partes.

LEONARDO.

Él y don Felipe hicieron
Cosas dignas de sus talles
Y de su valor y fama.

GERARDA.

¡Quién lo viera!

PADRE.

Si se hacen
Otras fiestas, yo os convido.—
Y, porque parece tarde,
Hijo, adios, hasta mañana.

LEONARDO.

El cielo, Señor, os guarde
Y os dé lo que deseais.

(Vanse Leonardo y Antonio.)

PADRE.

Ya no hay para qué te alabe
A Leonardo, pues le has visto.

LAURENCIA.

Solicita que descanse,
Señor, Gerarda.

GERARDA.

Sí haré.

(Vanse Gerarda y su padre.)

Sale CLARA.

CLARA.

Dice Mendoza que bajes
A la puerta, si es posible,
Porque van á desnudarse,
Y quieren volverse luego.

LAURENCIA.

Clara, venga, aunque me mate;
Que ya no hay sin don Felipe
Ni vida ni honor que guarde.

(Vanse.)

—

Calle.

Salen BERNARDO y FELICIANA.

BERNARDO.

¡Qué damas y qué fiestas! ¡qué aposentos
Tan bien aderezados!

FELICIANA.

Ya para mí no hay fiestas ni portentos;
Desdichas sí y cuidados.
Las damas de Leonardo
Son las que viven en aquesta casa:
Siguiéndolas, Bernardo,
Con la luz de la llama que me abrasa,
Desesperada vengo,
Por ver si en ésta algun remedio tengo.

BERNARDO.

Hablarlas será en vano.

FELICIANA.

Amor me muestra industria: piadoso
Me quiere dar la mano.
Daca esa daga tú, y el riguroso
Acero ponme al pecho,
A tantas pruebas de tormentos hecho.

BERNARDO.

¿Qué es lo que hacer pretendes?

FELICIANA.

Decir que aquí Leonardo me mataba.

BERNARDO.

A tu valor ofendes.

FELICIANA.

Antes presto verás que no se alaba
De la traicion y engaño,
Si aquí de la verdad te desengaño.

BERNARDO.

Saco la daga y digo
(Figura que ha ensayado tu tragedia):

(Saca la daga.)

¡Tú, infame! ¡tú conmigo!
¿Piensas que así tu agravio se remedia!

FELICIANA.

Oye, cruel Leonardo.

BERNARDO.

Matarle tengo.!

FELICIANA.

¡Ay Dios! Huye, Bernardo.

BERNARDO.

En la posada espero.

(Vanse.)

FELICIANA *(Dentro.)*

¿No hay justicia en la Corte, no hay justicia
Con tan bárbaro fiero?
Pues defiéndame Dios de su malicia.
¡Piedad, piedad, señores!

—

Sala en casa del padre de Laurencia.

Salen LAURENCIA, GERARDA y SU PADRE y FELICIANA.

PADRE.

¿Qué es esto!

FELICIANA.

Una mujer, que mil traidores.....

LAURENCIA.

Aquí no hay nadie.

FELICIANA.

Huyeron,
Y viendo que aquí entraba, me dejaron.

LAURENCIA.

Sin duda pretendieron
Robarla.

FELICIANA.

Antes de ahora me robaron.

GERARDA.

¿Estais acaso herida?

FELICIANA.

Con más peligro estoy: no tengo vida.

PADRE.

Mujer que sola sale
Cualquier daño merece.

FELICIANA.

Si no fuera
Por disculpa que vale.

PADRE.

Sola, mujer, vendida y forastera,
¿De dónde os ha venido
Tanta desdicha?

FELICIANA.

Desta casa ha sido.

PADRE.

¿Cómo de aquesta casa!

FELICIANA.

Óyeme pues, Señor, atentamente,
Y el fuego que me abrasa
En llamas vivas, respirar intente,
Del tormento que paso.

PADRE.

Ya todos te escuchamos.

LAURENCIA.

¡Triste caso!

FELICIANA.

Entre dos montes de casas,
A quien con grillos estrechos
Calza de cristal el Tajo,
Yace la imperial Toledo,
Corona ilustre de España.
Donde por gusto del cielo
Tuve de padres honrados
Desdichado nacimiento.
Cerca de mi propia casa
Vivió un hidalgo mancebo:
Años que miró mis ojos,
Quizá desengaños fueron.
Dile el alma por la suya;
No fué con ventaja el trueco;
Que aunque se truequen las almas,
Puede estarse el honor quedo.
No dije bien, que no estuvo:
Que tales fueron sus ruegos,
Sus lágrimas y mentiras,
Que á quererle me movieron:
No con liviandad notable,
Sino haciendo juramento
En la presencia de quien
No hay pensamiento encubierto.
Sobre tan altas palabras,
Y con testigo, que tiemblo
De imaginar cómo tuvo
De romperla atrevimiento.
Fié mi honor en sus manos,
Mi valor á sus deseos,
Toda mi vida á su amparo,
Todo mi honor á su pecho.
Pasaron tiempos que pasan
Amándome; avivé el tiempo;
Las horas hurté á la noche,
Los dias á los deseos;
Y sin haberle ofendido
Ni áun con solo el pensamiento,
Sin asomarse á mis ojos
Cosa que le diese celos,
Porque á mí me parecia
Que cuantos hombres nacieron
Se cifraban todos juntos
En aquel mi amor primero,
Dió por su gusto en casarse
(Como lo intenta en efeto,
Sabiendo que no es posible
Por ley del mundo y del cielo),
No sé con cuál de las dos;
Que en esto fuera su intento
Justo, á no haber un agravio
Tan injusto de por medio.
Llegó á Madrid, y seguile,
Favorecida de un deudo,
Que el pleito me aconsejaba;
Aunque ponerle no quiero,
Porque el favor son sus manos
Y sus piés son los dineros;
Tendré quien me acuda mal
Con pluma y lengua sin ellos;
Y un ignorante letrado
Es puñalada de un pleito.
En aquestas confusiones
Vuestra casa me dijeron:
Yo vine á ver si le hallaba;
No me engañó el pensamiento.
Salió de aquí; llegué á él
Con lágrimas que movieron
Los umbrales desta puerta;
Pero no su injusto pecho.
Echéme á sus piés llorando,
Y dije: «De aqueste suelo,
No podrás, Leonardo mio,
Alma y vida deste cuerpo,
Levantarme, hasta que digas
Que eres mi marido, y luego
Me la quites si es tu gusto.»—
¡Ay Dios! cual áspid soberbio,
Así se volvió á la planta,
Que le pisó sin saberlo!
Sacó la daga, di voces,
Entréme aquí, fuése huyendo.
Noble sois, honra teneis:
Este es mi triste suceso. *(Vase.)*

PADRE.

Con justa razon se queja,
Y Leonardo ha procedido
Como mancebo atrevido.

LAURENCIA.

¿Cómo es posible que deja
De acudir un hombre honrado
A tales obligaciones?

GERARDA.

Si conciertan sus razones,
Será Leonardo culpado.

PADRE.

¿Quien duda que lo será?
Ella va desesperada.

LAURENCIA.

¿Qué ha de hacer, desengañada
De que tal pago le da?
Yo, á lo ménos, no seré
Mujer de Leonardo ya:
Claro está.

GERARDA.

Pues claro está.

PADRE.

Ni yo, Laurencia, querré.
No hay juramento, Gerarda:
Aunque estas razones son
De primera informacion,
Y el jüez discreto aguarda
Oir las partes, no quiero
Más partes que esta mujer;
Porque yo no he de tener
Yerno con tan mal agüero.—
Y recogeos; que ya es hora,
Y no haya más casamiento.

(Vase el viejo.)

LAURENCIA.

Dadme albricias, pensamiento:
Llegó mi remedio ahora.
Para el fin de mis desdichas
A don Felipe os envio:
Nunca, pensamiento mio,
Pensasteis mayores dichas.
Desbarató mi ventura
La tempestad que venía
Contra mí, cuando no via
Cosa en el alma segura.
¡Hay tal dicha! Loca estoy...
—Mas no debo de estar loca,
Pues que con muestra tan poca
De mi bien indicios doy.
¿Qué quereis, alma, de mí!
¡Oh! ¿quién otra alma tuviera,
Que por albricias os diera?
Una tengo, que ya os di.
Vamos, Gerarda, á saber
Si he de hablar aquel mi dueño;
Que ya no hay tratar de sueño,
Sino de sólo querer.
Enrique tambien vendrá:
Alegrarte pues es justo.

GERARDA.

Tanto lo estoy de su gusto
Como del que á mí me da.

LAURENCIA.

No quieras tan tibiamente;
Que una principal mujer
En su vida ha de querer,
O ha de querer locamente.

(Vanse.)

—

Calle.

Sale EL MARQUÉS, DON FILIPE Y DON ENRIQUE.

DON ENRIQUE.

¿Quién fué á avisar?

DON FILIPE.

Fué Mendoza
A saber cuándo abrirán.

MARQUÉS.

Notable cuidado os dan.

DON FILIPE.

Quien se descuida no goza.

DON ENRIQUE.

¡Qué libre viene el Marqués!
No hay mujer á quien se aplique.

MARQUÉS.

Sola una vez quise, Enrique;
No he querido más despues.
Hasta casarme, estoy cierto
De no volver á querer.

DON FILIPE.

¡Bravo amor!

MARQUÉS.

Así ha de ser,
En siendo amor descubierto.

DON FILIPE.

¿Que áun dura la voluntad?

MARQUÉS.

Miéntras que Mendoza viene,
Oid la causa que tiene.

DON FILIPE.

Ya estoy atento.

MARQUÉS.

Escuchad.
Nacen al pié de Guadarrama helado
Las Navas del Marqués (este es su nombre)
Donde el florido Mayo viste un prado
Que no hay escarcha ó nieve que asombre.
Mirale enfrente un monte levantado
Sobre sí mismo, donde apénas hombre
Atrevido pisó su centro duro:
Así le defendió su ilustre muro.
En esta parte tan nevada y fria
Vi de Jacinta yo los ojos bellos,
Parte del alma venturosa mia,
Ya que supe morir y arder por ellos

Sufrí miéntras la edad lo prometia,
Sin sentir, la prision de sus cabellos:
Crecieron los deseos y esperanzas,
Esperando en el marquiletas bonanzas.
Salimos al prado: de sus flores
Ceñi tal vez sus cándidos abriles,
Donde la variedad de las colores
En el cielo de amor fueron perfiles.
Allí tal vez los pájaros cantores
Hacen nidos: ya en red, ya con sutiles
Lazos prendí tal vez á la pesada
Perdiz, del plomo ardiente descuidada.
Gustaba alguna vez de que en la silla
Del fogoso bridon diese escarceos,
Estampando en la arena de la orilla
Sus piés como en mis ojos mis deseos.
Tal vez corriendo toros en la villa,
Ganaba aplausos para dar trofeos,
Cortando las cervices arrugadas,
Más de los años que del sol cifradas.
Pero en aquesta vida generosa,
Cuando pensaba yo que fuese mia,
La casaron sus padres, y fué esposa
De quien mejor que yo la merecia.
Entónces con el alma lastimosa
Que las heladas nieves encendia,
Hice locuras, y llamé la muerte...
Pero jamás a quien la llama advierte.

(*Sale Mendoza.*)

MENDOZA.

Bien me podeis dar mil palos
De albricias del mal suceso.

DON FILIPE.

Pues ¿qué tenemos, Mendoza?

MENDOZA.

Tenemos más que queremos.

DON FILIPE.

¿Cómo así!

MENDOZA.

Cuando bajaban,
Las sintió su padre viejo,
Y bajando sin sentir,
Tras de la puerta de en medio
Les ha dado muchos palos,
Y encerrado en su aposento.

DON FILIPE.

¡Hay desdicha semejante!

DON ENRIQUE.

Que no importa: volveremos
Otra noche y otras mil.

DON FILIPE.

¿Cómo, si está en casa el dueño,
Y se han de querer casar
La hermosura y el deseo?

MENDOZA.

¡Oh! ¡qué llorones amantes!
Venid; que os aguardan presto,
A tí la hermosa Laurencia,
Filipe, Alejandro nuevo,
Que hoy has de ganar el mundo;
Y á ti, Gerarda, que un cielo
Tiene, Enrique, para tí,
De nieve y claveles hecho;
Y á mí la fregante Clara
Tambien me esperará al fresco
Con devantal de verano,
Y un zapato del invierno.
Ea, ¿qué me estais mirando?

DON FILIPE.

¿Burlas ó no, majadero?

MENDOZA.

Quien tardare lo verá.

DON FILIPE.

Marqués, amigo don Pedro,
Aquí os habeis de quedar,
Por si acaso el de Toledo
Viniere á ver á la novia.

MARQUÉS.

Id con Dios; que en este puesto
Sufriré como español,
Y estaré como tudesco.

DON ENRIQUE.

Él sabe lo que ha de hacer:
No hay de que tenerle miedo.

MARQUÉS.

Id con Dios; que ya sabeis
Lo que valgo y lo que puedo.

(*Vanse don Filipe, don Enrique y Mendoza.*)

Noche, de estrellas vestida,
Cuyo manto escuro y negro
Mas hurtos que tiene luces
Ha concertado y abierto:
¡Qué bien te pienso llenar
En aquellos dulces versos!
Mas todo es poco, si miro
Tus altos merecimientos.
Tú serás, noche, mi dama:
A tí te diré requiebros,
Pues no tengo a quien decirlos,
Y tengo ocasion y tiempo.
Pero si la blanca Aurora
Saca el argentado velo
Con las manos de jazmines
Al rey del cuarto elemento,
Perdona: que he de querer
Mas su calor que tu hielo,
Más su aljófar que tu escarcha,
Mas su luz que tu silencio —
Gente parece que suena.

Salen LEONARDO y ANTONIO.

ANTONIO.

¡Ahora os falta sosiego!

LEONARDO.

No me puedo sosegar.

ANTONIO.

Sin amor ¿quién tiene celos?

LEONARDO.

No sé, por Dios, lo que son;
Mas sé que es honra tenellos.
¿Qué os pareció de Laurencia?

ANTONIO.

Hermosa por todo extremo,
Y para mujer, más linda
De lo que pide un discreto;
Pero si de la belleza
Es la virtud fundamento,
Por el camino real
Se irá su marido al cielo.

LEONARDO.

Aquello de las carreras
Se me han puesto en el celebro.
No querria que despues.....

ANTONIO.

Callad; que es ruido muy necio.

LEONARDO.

¿Y lo del agua y el paje?

ANTONIO.

¡Qué notable pensamiento!

LEONARDO.

Es la Corte cortesía,
Cortes son con nuevo acero,
Y no querria cortarme.

ANTONIO.

Pues dejad el casamiento;
Que ahora teneis lugar.

LEONARDO.

No sé, por Dios, qué me tengo.

ANTONIO.

Llamad al padre del alma;
Por dicha os dará un remedio.

LEONARDO.

Ahora bien, quiero llegar
A la puerta.

MARQUÉS.

¡Ah caballeros!
Echen por esotra parte.

LEONARDO.

¿Cómo dijo? ¡Bueno es esto!
Y ¿es esto Corte tambien?

ANTONIO.

Lo que es malo, yo no puedo
Decir que es bueno, Leonardo.

LEONARDO.

Pues ¿por qué no pasaremos?

MARQUÉS.

Porque estoy por otro aqui,
Y pienso que me dijeron
Que no dejara pasar
La calle: vuélvanse presto,
O haré que se vuelvan yo.

LEONARDO.

¡A entrambos!

MARQUÉS.

Y á otros ciento.

LEONARDO.

Eso quiero yo probar.

MARQUÉS.

Saquen las espadas presto.

(*Meten mano.*)

ANTONIO.

¡Hombre terrible!

LEONARDO.

¡Notable!

ANTONIO.

¡Muerto soy!

LEONARDO.

¡Ay! ¡que me ha muerto!

ANTONIO.

Vamonos á la posada.

LEONARDO.

¡Ay, Feliciana! que pienso
Que hieren tus maldiciones,
Y me castigan los cielos!

(*Vanse Leonardo y Antonio.*)

MARQUÉS.

Por otra parte les dije
Que echaran, y no quisieron;
Y ahora es fuerza rodear,
Si es que han de ir por el barbero.

ACTO TERCERO.

Habitacion del Marqués en el Convento de San Martin.

Salen DON FILIPE y MENDOZA.

MENDOZA.

Con poco gusto veniste.

DON FILIPE.

Ya no le pienso tener.

MENDOZA.

¿Qué cosa dará placer
A quien gusta de estar triste?

DON FILIPE.

Estoy, Mendoza, cansado.

MENDOZA.

Pues acuéstate, si quieres.

DON FILIPE.
Tengo de aquellas mujeres
Lástima, pena y cuidado.
MENDOZA.
Mal hiciste en no volver.
DON FILIPE.
Lo que el Marqués me contó
La llama de amor templó,
Cuando comenzaba á arder:
Porque yo tengo por cierto
Que es el muerto el desposado.
MENDOZA.
Más vale que desdichado.
DON FILIPE.
¿Qué mas desdicha que muerto?
MENDOZA.
¡Famosa quistion!
DON FILIPE.
Los dos
¡Que llegásemos despues!
MENDOZA.
Y más que dice el Marqués
Que eran muy hombres, par Dios.
DON FILIPE.
¡Bravo valor!
MENDOZA.
¡Espantoso!
Matar uno, y á otro abrir
Los cascos..... no hay que decir:
Él es valiente y dichoso.
¡Quien se le ve mesurado,
Con tan linda cara y talle!...
Para guardar una calle
Nunca fué mejor soldado
Julian Romero ó García
De Paredes.
DON FILIPE.
¡Quién supiera
De Laurencia!
MENDOZA.
Bien pudiera
Entrar de noche otro dia;
Pero temo que no entiendan
Los dueños de la quistion.
DON FILIPE.
Sí; pero será razon
Que del término se ofendan.
MENDOZA.
¿Debéisle algo?
DON FILIPE.
No, por Dios.
MENDOZA.
¿Y Enrique?
DON FILIPE.
Ménos.
MENDOZA.
¡Qué gente
Para poblar brevemente
Una isla!
DON FILIPE.
Si las dos
Dieron en honra y más honra...
MENDOZA.
Perder la buena opinion
Es lo que en toda ocasion
A las mujeres deshonra.
Guardar la fama, Señor,
Es el honor verdadero...
—Mas yo en los dos considero
Dos cantimploras de amor.
Yo llevé gentiles gallos.
¡Qué burlarian las dos!
¡Tú eres Córdoba! Por Dios,
Que hay allá buenos caballos!
¡Bien haya un amigo mio
De quien no se queja Clara!

DON FILIPE.
Pára tus locuras, pára.
MENDOZA.
¡No me descontenta el brio!

Salen EL MARQUÉS y DON ENRIQUE.

DON ENRIQUE.
Quiere don Felipe ir,
Y le pienso acompañar.
MARQUÉS.
¡Bueno! ¿Me quereis dejar!
DON ENRIQUE.
Acábole de decir
Al Marqués nuestra jornada.
DON FILIPE.
¿Cómo se puede excusar
Servir al Rey, ni faltar
A la ocasion desta armada?
MARQUÉS.
Ya he sabido que está llena
De prevenciones Lisboa.
DON ENRIQUE.
Aquí no hay fama ni loa
Del fin para que se ordena.
Fuera de la edad y el brio,
Perdido el ser cortesano,
Es el del Carpio su hermano,
Y el de las Navas el mio:
Con salud y edad de quien
Tendrán presto sucesion
Nuestras casas, no es razon
Que dos segundos estén
En la Corte paseando,
Cuando el Rey á Ingalaterra
Intenta jornada.
MARQUÉS.
Es guerra
En que os estoy envidiando.
Esta noche, no hay salir.
DON FILIPE.
Entrémonos á acostar;
Que despues habrá lugar
De tratar y prevenir
Nuestra partida mejor.
MARQUÉS.
Desnúdame aquí, Mendoza.
MENDOZA.
La jornada me retoza.
MARQUÉS.
¿Vas tú tambien?
MENDOZA.
Sí, Señor.
MARQUÉS.
¡Gran soldado!
MENDOZA.
Soy un Cid.
MARQUÉS.
Alto: el salir determina,
Porque tendrán por gallina
Quien se quedare en Madrid.
(*Vanse.*)

Sale LEONARDO, *con el rostro difunto.*

LEONARDO.
De aquel lugar que tengo
Hasta que llegue de mi bien el dia,
En espíritu vengo
Con voluntad de Dios, no con la mia,
A lo que él es servido,
Porque abrevie el descanso que le pido.
Esto pudo haber hecho
Cuanto en mi muerte ha sido de mi par-
Porque del fiero estrecho [te,
Que tantas llamas, tanto ardor reparte
En mi mortal sentido,
Salga otra vez al mundo que he perdido.
Este es el templo santo
De San Martin, adonde vive preso
Quien me ha de hacer bien tanto,
Porque la causa fuí de aquel exceso;
Que si no le incitara,
¿Cómo pudiera ser que me matara?
Duerme junto á su cama
Don Filipe de Córdoba, y su hermano,
Que tanto quiere y ama,
La suya tiene á la siniestra mano.
Llamar al Marqués quiero, [pero:
De quien remedio en mi tormento es-
De un señor tan valiente y animoso,
Que aquí podrá escucharme.
¡Cómo le oprime el sueño perezoso!
. . . . [1]
Quitar la colcha quiero.
(*Éntrase y dice dentro.*)
Despierta, generoso caballero.
MARQUÉS. (*Dentro.*)
¡Mendoza! ¡Mendocilla!
¡Ah Mendoza!
MENDOZA. (*Dentro.*)
¡Señor!
MARQUÉS. (*Dentro.*)
Mira qué es esto.
MENDOZA. (*Dentro.*)
Sueñas: no es maravilla,
Como estás preso y en cuidado puesto.
MARQUÉS. (*Dentro.*)
¿Quién la colcha me esconde?
¿Es burla, don Felipe? No responde.
¡Ah don Enrique! ¡ah hermano!
Levántate, Mendoza.
MENDOZA. (*Dentro.*)
Ya me visto.

Salen EL MARQUÉS y MENDOZA, *con las espadas desnudas.*

MARQUÉS.
Con la espada en la mano.
O sombras ó ladrones, os embisto.
¡Afuera, digo, afuera!
Quienquiera que esté aquí, responda ó
¡No responde ninguno! [muera.
Pedazos le he de hacer á cuchilladas.
MENDOZA.
Señor, si hubiere alguno,
Con el temor de las que tienes dadas,
Yo sé que respondiera.
MARQUÉS.
Debo de haberle muerto.
MENDOZA.
Un poco espera;
Que es la iglesia en efeto,
Y hay difuntos aquí.
MARQUÉS.
No será mucho.
Tengámosle respeto.

Sale LEONARDO, *con la colcha.*

LEONARDO.
Basta, señor Marqués, basta.
MARQUÉS.
¡Qué escucho!
MENDOZA.
¡Vive Dios, que han hablado!
MARQUÉS.
¿Quién eres?

[1] Falta un verso.

LEONARDO.

Muerto soy.

MENDOZA.

Yo lo he quedado.
¡Jesus! ¡Santa María!
¡San Blas! ¡San Luis!.....[1] ¡San Anto-
¡San..... Santa letanía!..... [nio!

MARQUÉS.

Si no son ilusiones del demonio,
Valor tengo tan cierto, [muerto.
Que os volveré á matar despues de

LEONARDO.

La iglesia derribada
Para la nueva fábrica que han hecho,
Que ya está levantada,
Como lo veis, desde el cimiento al te-
Dejó un confesonario, [cho,
No poco á lo que intento necesario.
Allí podréis oirme.
Tened ánimo.

MARQUÉS.

Nunca me ha faltado.

LEONARDO.

Pues bien podeis seguirme.

MENDOZA.

Ya tengo sin aliento aqueste lado.

MARQUÉS.

¡Sin luz!

LEONARDO.

¿Temor adquieres?

MARQUÉS.

¡Cómo temor! Camina á do quisieres.

LEONARDO.

Pues dame aquesa mano.
(*Vanse los dos.*)

MENDOZA.

¡Vive Dios, que se han ido! ¡Qué inhu-
Temor que me acompaña! [mano
Aquesta es del Marqués notable hazaña.

Salen DON ENRIQUE *y* DON FILIPE.

DON FILIPE.

¿Qué es aquesto, Mendoza?

MENDOZA.

Que ha llamado
Un muerto al Marqués.

DON FILIPE.

¿Cómo! ¿En qué ha parado?[2]

MENDOZA.

Una mano de hierro, otra de plomo,
Cuando llegásteis juntos,
Alrededor de mí dos mil difuntos
Andaban con cadenas.

DON FILIPE.

¡Qué lindo miedo gastas!

DON ENRIQUE.

De sus penas
¿Pueden salir los muertos!

DON FILIPE.

Secretos son de Dios, al hombre incier-
Toma una luz, Mendoza, [tos,
Y busquemos la iglesia. ¡Extraño caso!
¡Notable valor goza
El Marqués, don Enrique![3]

MENDOZA.

Sólo un paso
De miedo dar no puedo.

DON FILIPE.

Saca una hacha, Mendoza.

MENDOZA.

Todo es miedo.
(*Vanse.*)

—

Interior de la iglesia de San Martin, no acabada de reedificar.

Salen de la mano EL MARQUÉS *y* LEONARDO.

LEONARDO.

¿Estais ya más sosegado?

MARQUÉS.

No me ha quitado el sosiego.
Sólo el sueño me ha quitado
El escucharos y veros.

LEONARDO.

Yo fuí, Marqués generoso,
Un hidalgo de Toledo,
Hijo de padres muy ricos,
A quien fianzas trajeron
A quebrar como otros muchos.
Murió: no quedé bien puesto;
Si bien pude sustentarme
Honestamente, aunque haciendo
Algunas trampas y deudas,
Fiando el remedio al tiempo.
Dile palabra á una dama
Con solemne juramento
Delante del mismo Dios,
Que juzga vivos y muertos,
De ser su marido: en fin,
Neciamente se la quiebro,
Deseoso de casarme
En Madrid, adonde vengo,
Y ella con mil maldiciones
Me siguió.

MARQUÉS.

¡Extraño suceso!

LEONARDO.

Llegué, Marqués, á Madrid;
Hallé, Marqués, á mi suegro.
Tengo celos de unas hachas,
Vuelvo á la calle con celos,
Sale un hombre á mí y á Antonio,
Un noble amigo, que tengo;
Sobre pasar, mete mano:
Pasóme su espada el pecho.
Confiésanme en mi posada,
Van por Feliciana luego,
Cásome con ella allí,
El juramento cumpliendo.
Vuelve un criado á la calle
Con una luz; busca el suelo,
Y una cruz de oro, esmaltada
De verde, en un liston negro,
Halla entre la misma sangre.
Enséñanla á los plateros,
Y dice que es del Marqués
De las Navas, uno de ellos,
Porque era hechura del mismo.
Fué de mi muerte consuelo
Ver que á manos tan honradas,
Ya que lo fuí, fuese muerto.

MARQUÉS.

Trabarse á la guarnicion
La cinta fué causa de eso.
La cruz es una esmeralda,
Y que despues la eché menos.

LEONARDO.

Hice testamento en fin,
Y por mi albacea os dejo,
Así por vuestra conciencia,
Marqués, como porque creo
Que acudiréis á mis deudas
Mejor que amigos y deudos.
En poder de Feliciana
Hallaréis mi testamento:
Remediadla, pues podeis,
Generoso caballero;
Que tiene de mí una hija.
Cumplid con ser heredero
Del nombre de Ávila insigne,
En cuya casa os han hecho
Sucesor treinta y seis hombres
De padre á hijo; que el tiempo
Y las memorias lo escriben.
Imitad padres y abuelos
Que han hecho tantos servicios
Con la espada y el consejo
A la corona de España...
—Pero esto basta; que os veo
Fatigado: levantáos,
Daráos el aire.

MARQUÉS.

Teneos;
Que no es desmayo, por Dios,
Aunque fatigarme siento:
Y decid cómo venís
De donde Dios os ha puesto.

LEONARDO.

No fué por mi voluntad,
Marqués; por la suya vengo.
Tienen un mismo lugar
El purgatorio y infierno,
Mas con diferentes penas;
Que yo la del daño tengo
Y el sentido temporal;
Y el condenado, que el fuego
Mereció por su gran culpa,
Del daño y sentido eterno.
Ese lugar, aunque hay duda,
Tiene de la tierra el centro.

MARQUÉS.

Ya sé que San Agustin
Dijo que al humano ingenio
Era ese lugar oculto.

LEONARDO.

Sí; pero refiere luego
Que hay á quien Dios le revela.
En fin, deste lugar vengo;
Que á San Vicente Ferrer,
No en sueños, sino despierto,
Su hermana se apareció;
Y despues de un grave sueño,
A Santo Tomás la suya
En París, y á un mismo tiempo
La del Cardenal Carpasio,
Libre ya del mortal peso,
Al obispo Severino.

MARQUÉS.

Es Dios, y son sus secretos.

LEONARDO.

Esto habeis de hacer por mí.
Mi alma, Marqués, os dejo:
No os descuideis. (*Vase.*)

MARQUÉS.

Él se fué.
Triste y asombrado quedo.—
¿Quién va?

[1] Faltan tres sílabas de medida.
[2] Distribuido el texto así, falta un verso que consuene con el siguiente · variemos la distribucion de esta manera:

MENDOZA.

Que ha llamado
Un muerto al Marqués.

DON FILIPE.

¡Cómo!
¿En qué....... ha parado?

Tambien así falta algo para formar un verso de siete sílabas, y más para un endecasílabo.

[3] Parece por estas expresiones que Mendoza ha contado lo que ha pasado con el Marqués: falta un trozo.

Salen MENDOZA, DON FILIPE Y DON ENRIQUE, *con luz.*

DON ENRIQUE.
Don Enrique soy.

DON FILIPE.
Pues, don Pedro, ¿qué es aquesto!

MENDOZA.
¡Qué es esto, Señor!

MARQUÉS.
El alma
De aquel toledano muerto,
Que me pide ciertas cosas
A que obligado le quedo

DON FILIPE.
¡Notable caso!

DON ENRIQUE.
¡Admirable!
No hubiera un hombre de acero
Que le pudiera escuchar.

MENDOZA.
¡Cuerpo de tal con el muerto,
Y qué notable hablador!
No dirán los que le vieron
Que no murió con su habla;
Mas de suerte, que sospecho
Que la llevó al otro mundo.

MARQUÉS.
Acostémonos; que temo
Que me dé algun accidente.
Mucho en escucharle he hecho.

MENDOZA.
Y ¿ha de volver otra vez?
Porque ¡vive Dios, que duermo
Con el padre sacristan,
Entre docientos calderos
De agua bendita y de hisopos!

DON FILIPE.
Triste estais.

MARQUÉS.
¿Puede ser ménos?
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del padre de Laurencia.

Salen LAURENCIA, GERARDA Y SU PADRE.

PADRE.
Cosas de cuidado son
Y de justo sentimiento.

LAURENCIA.
Suspendes mi entendimiento
Con tan nueva relacion.

PADRE.
Dos lagos de sangre hallaron
Casi al umbral de la puerta:
Cosa muy clara y muy cierta
De lo que al dueño costaron.
Pero yo desde aquel dia
Que Leonardo estuvo aquí,
Ni le hallé más ni le vi.
Temo la desdicha mia.
Una de dos: ó le han muerto,
O él ha muerto á quien dejó
Esa sangre.

LAURENCIA.
No sé yo
Por qué has de tener por cierto
Que un forastero ha tenido,
Que á nadie ha dado ocasion,
Causa de tener quistion.
Bien puede ser que haya sido
Otra cosa diferente.

PADRE.
Si hay diferencia, es mayor
Peligro para mi honor,
Si he de hablarte claramente...

LAURENCIA.
¡Para tu honor!

PADRE.
Pues faltando
Leonardo, causa me dió
Para que imagine yo ..

LAURENCIA.
Prosigue: ¿qué estás dudando?

PADRE.
Que alguno pudo pensar,
Si por dicha te servia
(Que honestamente seria),
Que se viniese á casar...

LAURENCIA.
Presto lo has dicho.

PADRE
Tan presto
Como lo pensé.

LAURENCIA.
Pensaste
Mal, si ofensa imaginaste
De mi proceder honesto.
¿Qué has visto en mí, que jamás
De mi honor un punto baje?

PADRE.
Unas carreras y un paje...
—Y no me preguntes más. (*Vase.*)

LAURENCIA.
¡Ay Gerarda! que sospecho
Que aquella noche volvió
Leonardo con gente, y vió
Mi casamiento deshecho
Con aquella libertad
De entrar don Felipe aquí;
Si bien solamente fuí
Libre de mi voluntad;
Que en lo que toca á mi honor,
Tú sabes mi resistencia.

GERARDA.
Estas tristezas, Laurencia,
Nacen de tu grande amor.

LAURENCIA.
Pues ¿cómo no ha vuelto más?

GERARDA.
Debióse de prometer
Facilidad de mujer
(Como tan rendida estás),
Que de una noche y un dia
Le ha mostrado tanto amor.

LAURENCIA.
Luego ¡por ese rigor
Se venga en la ausencia mia!

GERARDA.
Eso es sin duda.

LAURENCIA.
Si él vive,
Que es lo que yo más deseo,
Verás lo que de mi empleo
En muchos años recibe.
Yo presumí que se usaba
Tener amor.

GERARDA.
Pues yo no

LAURENCIA.
Luego ¿el amor se acabó?

GERARDA.
El tiempo todo lo acaba.

LAURENCIA.
Quiera primero mi honor
Quien á mí me ha de querer,
Porque ofender y querer
No puede llamarse amor.
Mas para saber lo que es
Servirá esta fiesta al fin,
Si vamos á San Martin,
Donde está preso el Marqués;
Que quiero yo que mi honor
Le venga á desengañar,
Que tambien sabe olvidar
Quien sabe tener amor.
(*Vanse.*)

—

Habitacion del Marqués en San Martin.

Salen MENDOZA Y EL MARQUÉS.

MENDOZA.
Esta licencia te pido:
La guerra al alma me toca,
Porque la ocasion provoca
A todo hombre bien nacido;
Y aunque servirte, Señor,
Pudiera el alma excusarme,
No quiere el alma dejarme
Por más que lo mande amor.
No hay hombre que se reporte:
Y ¿que no me parta quieres,
Si hacen burla las mujeres
De quien se queda en la Corte!
Todo es galas, todo es plumas,
Todo es ir á Portugal,
Donde la armada real
Lleva innumerables sumas
De naciones diferentes.

MARQUÉS.
No te canses, Mendocilla;
Que no saldrás de Castilla,
Por más que la guerra intentes.
Y eres ingrato á mi amor
En dejarme de servir.

MENDOZA.
Sirviendo á tu hermano, es ir
Sirviéndote á tí, Señor.

MARQUÉS.
Digo que estás necio ya.

MENDOZA.
Acabóse: ya lo dejo.

MARQUÉS.
Tu provecho te aconsejo...

MENDOZA.
¡Mi provecho! ¡Bueno está!

MARQUÉS.
Que no quiero que te partas.
Dame luz, tinta y papel;
Que este ordinario cruel
Me obliga á un millon de cartas.

MENDOZA.
Voy por él.

MARQUÉS.
Llégame aquí
Una silla.
(*Vase Mendoza.*)
Más quisiera
Salir esta noche fuera,
Aunque es tarde para mí;
Que al fin este templo santo
Es para todo prision.
Pero es forzosa ocasion,
Puesto que lo siento tanto.

Sale MENDOZA.

MENDOZA.
Aquí tienes luz, y tienes
Recado para escribir.
¿Tienes más que me pedir?

MARQUÉS.

¡Qué falso conmigo vienes!
¡Qué metida que tenías
La guerra en el pensamiento!

MENDOZA.

Por los amigos lo siento.

MARQUÉS.

¿Contra mi gusto porfías!

MENDOZA.

Escribe, escribe.

MARQUÉS.

Bien tengo
Que escribir, aunque me canso.
(*Siéntase á escribir.*)

Sale LEONARDO, *como ántes.*

LEONARDO.

A procurar mi descanso
Otra vez al mundo vengo.
Cuando la gran Majestad
De Dios licencia me dió,
Hablé al Marqués, á quien yo
Supliqué mi libertad.
Descuidado se ha de mí...
Es mozo...—y hase olvidado
De lo que habemos tratado;
Si bien entónces le ví
Con ánimo de ayudarme.
Aunque negocios han sido
Causa del injusto olvido
Que ha tenido en remediarme.
¡Ah mortales! pues podeis,
Como soy testigo yo,
Hacer por quien ya partió
Del mundo, no os descuideis;
Porque se descuidarán
De vuestras almas tambien
Aquellos mismos de quien
Encomendadas están.
Pues teneis tantos testigos,
No nos dejeis padecer:
Mirad que podemos ser
Despues muy buenos amigos.

MENDOZA.

El sueño me está brindando:
No será mal alcahuete
Este amigo taburete,
Que tan bien me está llamando;
Que á fe que hay bien que escribir,
Y ya son dadas las dos.
Cabezadas doy, por Dios.
Esto se llama dormir. (*Duérmese.*)

MARQUÉS.

¿No hay más cartas en la lista?
¡Oh inmenso trabajo mio!
Aun falta la de mi tio,
El Conde de Alba de Lista.
Ya me acuerdo, y el concierto
Que en el pleito pretendí.
(*Sopla las luces Leonardo.*)
¡Qué es esto! No hay aire aquí,
Y ¡las luces se me han muerto!
¡Mendoza! ¡Mendoza! ¡hola!

MENDOZA.

¡Señor! ¡Señor!

MARQUÉS.

¿Dónde estás?

MENDOZA.

Aquí estoy.

MARQUÉS.

Llégate más.
Toda la cuadra está sola.

MENDOZA.

¿Dónde estás tú, que te oigo
Hablar, pero no te veo?

MARQUÉS.

¿Adónde tengo de estar,
Sino en el mismo aposento?

MENDOZA.

Pues ¿sin luz!

MARQUÉS.

Sin luz estoy;
Que las velas se me han muerto.
¿Está abierta alguna puerta?
¿No me respondes?

MENDOZA.

A tiento;
Que he perdido el que tenía.

MARQUÉS.

Llégate acá, majadero.

MENDOZA.

Estaba medio dormido.—
¡Jesus! Las manos he puesto
Sobre una cara muy fria.

MARQUÉS.

¿Aun no aciertas?

MENDOZA.

Aun no acierto.

MARQUÉS.

Dame la mano.

MENDOZA.

Eso sí.
¡Cuerpo de tal con el sueño!

MARQUÉS.

Acaba, enciende esas velas.
Los papeles me has revuelto.

MENDOZA.

Yo voy á encender, Señor.

MARQUÉS.

Habrás vertido el tintero
Sobre las cartas.

MENDOZA.

¿Qué importa?
No son tan necios sus dueños,
Que no entiendan lo que escribes,
Dos concetos más ó ménos. (*Vase.*)

MARQUÉS.

Sin entender la ocasion
Se me ha erizado el cabello.
¿Cuándo al Marqués de las Navas
Osó acometer el miedo!
¡Vive Dios, que es fuerte cosa
La imaginacion!

Sale MENDOZA, *con luz.*

MENDOZA.

Ya vengo.

MARQUÉS.

Pon esas velas aquí.

MENDOZA.

¡Jesus! ¡San Blas! ¡San Guillermo!
¡Verbum caro! ¡Anima Christi!

MARQUÉS.

¿De qué tiemblas?

MENDOZA.

¡De qué tiemblo!
Tú ¿no ves ese vecino
Que tienes al lado diestro!

MARQUÉS.

¿Quién eres?

LEONARDO.

Leonardo soy.

MARQUÉS.

¡El muerto Leonardo!

LEONARDO.

El muerto.
Don Pedro de Ávila, escucha.

MENDOZA.

¡Buena plática tenemos!
No se irá hasta la mañana;
Que lo ha tomado de asiento.
No sé por dónde me vaya.
La sangre se me ha revuelto.
De medio abajo, he sentido
Cierto sudor en el cuerpo...
Pero ¿qué mejor pastilla
Merece un muerto tan necio,
Que se aparece al Marqués?
¿Matóle? está muy bien hecho.
Mas yo ¿qué culpa he tenido,
Que se anda tras mí este muerto?

LEONARDO.

¿Cómo os habeis descuidado,
Sabiendo que estaba preso,
En sacarme de la cárcel?

MARQUÉS.

Ocupaciones lo han hecho.
Yo os doy palabra, Leonardo,
Que apénas de rayos bellos
Corone el sol la capilla,
Cuando comience á poneros
En la libertad que es justo,
Para que llegueis á veros
En la patria deseada.

LEONARDO.

Eso os pido; que padezco,
Marqués, por vuestro descuido
En admirables tormentos;
Que en pago, á Dios rogaré
Que os dé un sucesor tan bueno,
Que iguale en fama y virtud
Los antecesores vuestros,
Aquellos grandes señores
A quien los reyes tuvieron
En la guerra por caudillos,
Y en la paz por consejeros.
Con esto, quedaos adios,
Y que mireis os advierto
En hacer bien por las almas
Que deste mundo partieron. (*Vase.*)

MENDOZA.

¿Fuése?

MARQUÉS.

Sí.

MENDOZA.

Míralo bien.

MARQUÉS.

Ya lo tengo bien mirado.

MENDOZA.

¿Cosa que se haya quedado
(Como aquestos no se ven)
Escondido por ahí!

MARQUÉS.

Ahora bien, quita esa mesa.
De no haber hecho me pesa
Lo que entónces prometí.
Yo haré las restituciones,
Si sé venderme.

MENDOZA.

Y si no,
Él volverá; y pienso yo
Que á más peligro te pones;
Porque viendo que por puntos
Te descuidas dél así,
Ha de traer contra tí
Un escuadron de difuntos.

MARQUÉS.

Lo primero es menester
Remediar á Feliciana,
La gallarda toledana
Que fué del muerto mujer.
Casarte quiero con ella,
Y darte tres mil ducados.

MENDOZA.

Fueran muy bien empleados

Mis pensamientos en ella;
Mas no me atrevo, Señor,
Porque vendrá cada dia
Sobre cualquier niñeria
Ese difunto hablador
A romperme los oidos:
Si reñí, si no reñí,
Si los vestidos le dí,
Si no le di los vestidos.....
Que en enseñándose á andar,
Como si vivo estuviera,
Un muerto por acá fuera,
Dios lo puede remediar.
Yo quiero mujer sin puntos
Y agentes tan afectivos:
Que tenga parientes vivos,
Y no habladores difuntos.
Marido hallará, Señor.

MARQUÉS.

Daréle joyas tambien.

MENDOZA.

Harás en hacerle bien
Como cristiano, Señor;
Porque yo con mi pobreza
Cien misas le he prometido.

MARQUÉS.

¡Extraño suceso ha sido!
Ya la Aurora la cabeza
Baña en jazmin y clavel.

MENDOZA.

Ya no hay para qué dormir.

MARQUÉS.

A misa me quiero ir,
Y rogar á Dios por él.

(*Vanse.*)

Salen LAURENCIA, GERARDA, DON FILIPE y DON ENRIQUE.

LAURENCIA.

Hame causado temor,
Si bien mi muerta esperanza
Ha resucitado en veros,
Una historia tan amarga
Cual no se ha visto ninguna.

DON FILIPE.

Esta es, Laurencia, la causa
De faltar la obligacion,
Porque el Marqués nos rogaba
No diésemos ocasion.

LAURENCIA.

En Madrid sólo se habla
Un dia en cualquier suceso;
Que unos á otros se hallan.
Con grande pena he vivido
De vuestra ausencia.

DON FILIPE.

No estaba
Ménos con la vuestra yo.

DON ENRIQUE.

En fin, señora Gerarda,
¡A breve amor, breve olvido!

GERARDA.

¿Qué os debe mi confianza,
Que la habeis tratado así,
Pues áun apénas con Clara
Un papel me habeis escrito?
Que si yo libre me hallara
Para entrar con libertad
Dia ó noche en vuestra casa,
Muy obligado os tuviera.

Sale EL MARQUÉS, MENDOZA, FELICIANA y BERNARDO.

MARQUÉS.

Ya con Mendoza trataba
Vuestro remedio.

FELICIANA.

Señor,
Donde la grandeza es tanta
Seguro está mi remedio.

LAURENCIA.

Y es razon de Feliciana,
De quien somos servidoras
Y sentimos las desgracias.

MARQUÉS.

Pues en aquesta ocasion
Tales personas se hallan,
Que á guardarme este secreto
Están por fuerza obligadas,
Ya no será necesario
Referirles lo que pasa;
Y así en presencia de todos
Escúchenme seis palabras.
Yo dejo depositados,
Para cumplir con el alma
De Leonardo y de sus deudas,
Restituciones y mandas,
Diez mil ducados, que quiero
Que entre todas se repartan;
Si bien confiesa que deja
En joyas, muebles de casa,
Hasta seis mil, y no quiero
Quitarlos á Feliciana.
Ella y su hija los gocen;
Y Mendoza, que rehusaba
Ser su esposo, pues ya quiere
A persuasion de quien ama,
Goce otros tres mil con ella.

MENDOZA.

Dame tus heróicas plantas,
Avila ilustre y famoso;
Que á la bella Feliciana
Doy el alma con la mano.

BERNARDO.

Guardad la mano y el alma;
Que desde ayer tiene dueño.

MENDOZA.

¿Cómo dueño!

BERNARDO.

Está casada
Conmigo, que soy su primo;
Y para el efecto, aguarda
Sólo la dispensacion.

DON FILIPE.

Está muy bien empleada,
Y me ofrezco á ser padrino.

LAURENCIA.

Y yo madrina, ó mi hermana.

MARQUÉS.

Burlado quedas, Mendoza.

MENDOZA.

De estas burlillas me hagan;
Que más de cuatro quisieran
Que como á mí los burlaran.—
Bernardo, ¡buena mujer
Llevais! buen provecho os haga:
Allá os lo dirá un difunto
Despues de las doce dadas.

BERNARDO.

Durmiendo yo con un ángel,
Ningun temor me acobarda.

MENDOZA.

Angel... los primeros dias.

DON FILIPE.

Y aquí, Senado, se acaba
El verdadero suceso
Que al gran *Marqués de las Navas*
Sucedió preso en Madrid:
Dadnos perdon de las faltas.

SAN DIEGO DE ALCALÁ.

PERSONAS [1].

DOS ALCALDES.
UN HIDALGO.
DOS REGIDORES.
DIEGO.
SU PADRE.
UN ERMITAÑO.
LORENZA, JUANA, MENCÍA, *labradoras.*
ALÍ, *moro, hortelano.*
TRES CAZADORES.
EL GUARDIAN.
FRAY ALONSO DE CASTRO.
UN PORTERO.
DOS CRIADOS.
LOS MÚSICOS.
UNA VOZ.

ACTO PRIMERO.

Salen DOS ALCALDES *labradores*, UN HIJODALGO, Y DOS REGIDORES.

ALCALDE 1.°
Han venido los demas.

ALCALDE 2.°
Falta el de los hijosdalgo.

HIDALGO.
No falta, pues que ya salgo.

ALCALDE 1.°
El mal no falta jamás.

HIDALGO.
¿Soy yo el mal?

ALCALDE 1.°
No sois el bien;
Pero hidalgo sois, que basta.

HIDALGO.
¡Villanos de mala casta!

ALCALDE 2.°
¡Oh, mala pedrada os den!

HIDALGO.
¿Tanto de hidalgo me valgo,
Que he venido á ser mal quisto
Entre villanos?

ALCALDE 1.°
Doristo,
¿Qué pensais que es ser hidalgo?
Tener el hombre dineros
Y algun oficio importante.

REGIDOR 1.°
En devocion semejante,
No era razon distraeros,
Sino tratar lo que importa.

ALCALDE 1.°
Poner á sus hijos don
Y sacar en ocasion
Una gorra y capa corta,
Es el mayor fundamento
De la señora hidalguía.

REGIDOR 2.°
Siéntense, por vida mía.

HIDALGO.
De mala gana me siento.

ALCALDE 1.°
¿Qué os habemos de pegar?
Más limpios somos que vos.

REGIDOR 1.°
Viniendo á servir á Dios,
¿Para qué es bueno tratar
Lo que no es de su servicio?

REGIDOR 2.°
Estos hidalgos cansados
Nos tienen por sus criados.

REGIDOR 1.°
¡Mal año! si algun oficio
Tienen aquí ó en Sevilla,
¡Voto al sol, que comen vivos
A los hombres!

REGIDOR 2.°
No hay cautivos
Como en la aldea, en la villa
Los míseros labradores.
Ellos de cualquiera modo
Lo mandan y comen todo.

REGIDOR 1.°
¿Quereislo dejar, señores?
Ya bien os podeis sentar.

REGIDOR 2.°
Ya por mí sentado estoy.

REGIDOR 1.°
Hablemos en lo que hoy
Se debe hacer y tratar,
Y dejemos piñerías,
Porque en esta procesion
No haya ménos devocion
Que se ha tenido otros dias.

HIDALGO.
¿Qué hay en esto que tratar
Más de que á la ermita vamos
Con buen órden, y pongamos
La imágen santa en su altar,
Y que diga misa el Cura?

REGIDOR 1.°
Sí; pero hay necesidad
De que se dé caridad.

HIDALGO.
¿Qué caridad! Por ventura
¿Dase á pobres?

REGIDOR 2.°
El Concejo
Tiene costumbre de dar
A la gente del lugar
Pan y queso y vino añejo;
Y caridad es tambien,
Puesto que á pobres no sea,
Si en los que á pié van se emplea,
Y en necesidad se ven:
Y pues no es á costa vuestra,
No os metais en darla ó no.

HIDALGO.
Lleven todos como yo
Su almuerzo.

REGIDOR 2.°
Es costumbre nuestra.

HIDALGO.
Si viene el visitador
Desta santa cofadría
Y os castiga...

REGIDOR 1.°
En la hidalguía,
¡Qué ordinario es el temor!

REGIDOR 2.°
Jamás visita temí
Que de médico no fuese;
Que viniendo (aunque me pese)
Por él, dice que por mí.
La caridad se ha de dar,
Y nadie se meta en esto.

HIDALGO.
¡Entre qué gente estoy puesto!

REGIDOR 1.°
Vos ¿qué teneis que pagar?
Eso por nosotros corre.

REGIDOR 2.°
Y en las danzas ¿qué se ordena?

ALCALDE 2.°
¿Mas que tambien las cercena?

HIDALGO.
Pues ¿no es razon que se ahorre
Cualquiera gasto excusado?

REGIDOR 1.°
¿Las danzas se excusan?

HIDALGO.
Sí.

REGIDOR 2.°
¿Danzaislo vos?

HIDALGO.
Nunca fuí
A esas fiestas inclinado.

REGIDOR 1.°
Vos no os quereis alegrar;
Solas las andas, que son
De pasos de la pasion,
Nos ayudais á pagar.

HIDALGO.
Y eso ¿no es justo, pues es
De tal devocion su historia?

REGIDOR 1.°
Antes pienso que es memoria
En que teneis interes.

HIDALGO.
Sois un puerco.

REGIDOR 1.°
Yo quisiera,
Para que no me comais.

HIDALGO.
No sabeis lo que os hablais.

REGIDOR 1.°
No hablara si no supiera.

[1] En esta lista faltan muchos personajes de la comedia, como verá el lector. No se apuntan aquí, ni más adelante se expresan los distintos lugares en que pasa la accion, porque se reimprime la comedia como muestra de las ediciones antiguas. La ortografía, sin embargo, va como hoy se usa.

HIDALGO.

Quien viene á honrar á villanos
Esto y mucho más merece.
Yo me voy...

REGIDOR 1.°

¿Qué le parece?

HIDALGO.

Por no ensuciarme las manos.

REGIDOR 1.°

Pensaréis que soy tocino,
Y no os querreis ensuciar.
(*Vase el Hidalgo.*)

REGIDOR 2.°

Él se va.

REGIDOR 1.°

Y áun del lugar.

REGIDOR 2.°

Y no va poco mohino.

REGIDOR 1.°

Es muy propio desta gente
Andarlo siempre con todos.

REGIDOR 2.°

Ellos tienen lindos modos
De mandar soberbiamente.
Hágase la procesion
Con danza y con caridad,
Y él váyase á la ciudad
Con su mala condicion,
O donde le diere gusto.

REGIDOR 1.°

¡Hidalgos!... Gente cansada,
Toda en su honrilla fundada.

REGIDOR 2.°

No tengais deso disgusto.

REGIDOR 1.°

Tiene un hidalgo á su puerta
Puesto un mohoso retablo
De seis lanzas y un venablo
Por ejecutoria incierta,
Y ¡quiérese comparar
Con quien diez tocinos tiene,
Que cuando San Lúcas viene,
Tiene otros diez que colgar!
Vamos de aquí.

REGIDOR 2.°

Hidalgos son
Unos cansados pelones.

REGIDOR 1.°

Haya cruces y pendones;
Que hidalgos no es procesion.
(*Vanse.*)

Entran TRES LABRADORAS.

JUANA.

El sombrero le pedí,
Temiendo el furor del sol.

MENCÍA.

No há menester guardasol
Quien tanto sol lleva en sí.

JUANA.

¡Requiébrasme, desposada!
Das barato de tu amor.

MENCÍA.

¿Tan bien me va de favor,
Celosa y enamorada?

LORENZA.

Yo pienso poner al mio
Mucha amapola y gamarza,
Y de espino y flor de zarza
Cubrille, en llegando al rio.
Pues, rebociño, ya tengo
Uno de color, famoso.

MENCÍA.

Irás en traje vistoso.

LORENZA.

Notables galas prevengo;
Que tengo un ancho liston
Que sacar á Pedro supe,
Que trujo de Guadalupe,
Y de oro las letras son.

JUANA.

¡Mal año! Lorenza, y ¿quién
Irá á tu lado á la ermita?

LORENZA.

¿Quién? Las primas de Benita
Y la del Doctor tambien;
Que un buen almuerzo llevamos.

JUANA.

Luego ¿no piensas bailar,
Si con ellas has de estar?

LORENZA.

Pues ¿á qué piensas que vamos?
Pardios, que va lo primero
El pandero y las sonajas;
Que no hay fiesta con ventajas
Sin sonajas y pandero.

JUANA.

En todo San Nicolás
No hay quien mejor le repique
Que Pascuala, ni que aplique
Mejores letras jamás.
Un romance canta agora
Del moro Muza, que hará
Llorar una piedra.

LORENZA.

Está
Muy hermosa y muy cantora
Despues que se desposó.

JUANA.

Pues ¿es bueno desposarse
Para la voz?

LORENZA.

Alegrarse
De tener dicha nació,
Y el alegre está dispuesto
A cosas de regocijo.

JUANA.

Bras, que te pesa me dijo.

LORENZA.

Juana, no hablemos en esto;
Que yo me pienso alegrar,
Aunque perdí la ocasion,
Con dar al amor de Anton
En mis desdenes lugar.

JUANA.

Buena Pascua te dé Dios;
Que amor con amor se cura.

LORENZA.

Si se cura y se procura,
Salud tendremos los dos.
Préstame unas castañuelas,
Desposada, así te goces,
Que entre relinchos y voces
Se conozcan.

MENCÍA.

Prestarélas
Luego que á casa lleguemos.

LORENZA.

¿Tienes algun faldellin
Que no te sirva?

MENCÍA.

Es muy ruin;
Pero allá le buscaremos.

LORENZA.

¿Acabósete por dicha
El agua que hicimos?

MENCÍA.

No;
Mas basta, que se quebró,
Que fué peor.

LORENZA.

¡Qué desdicha!

JUANA.

Yo la tengo de los cielos.

LORENZA.

De la mujer, ya sabrás
Que nunca se adorna más
Que cuando quiere dar celos.

—

Salen UN ERMITAÑO y DIEGO, *de labrador.*

ERMITAÑO.

¿Está bien aderezada?

DIEGO.

Limpia, á lo ménos, está;
Que es vieja la ermita, y ya
Se va á sentar de cansada.

ERMITAÑO.

¿Limpiaste los santos?

DIEGO.

Mal,
Porque andallos por las caras,
Ni con zorras, ni con varas,
Me causa pena mortal;
Pues dar golpes en un santo,
Aunque por limpiarle sea,
Siento en el alma.

ERMITAÑO.

¿Hay quien crea
Inocencia y temor tanto!
El que limpia un Santo, Diego,
Con respeto, no le ofende;
Que bien su celo se entiende.

DIEGO.

Temblando á los santos llego.

ERMITAÑO.

Luego, si tú fueras santo,
¿No te dejaras limpiar?

DIEGO.

¿Qué más lo pudiera estar,
Padre, que siéndolo tanto?
De lo que me pesa á mí
Es de ver cuán sucio estoy.

ERMITAÑO.

Palabra, Diego, te doy
Que quisiera estarlo ansí.

DIEGO.

Para mí sí que eran buenos
Los golpes, palos y colas
De zorras, no de dos solas,
Pero destos campos llenos;
Que si las colas de tantas
Como á los trigos echó
Sanson, y nos predicó
El cura, de historias santas,
Me limpiaran cada dia,
No acabaran en mil años:
¡Tal polvo tienen los paños
De la injusta vida mia!
Pero de cualquier desgracia
Bien puede el Señor librarme,
Y más que nieve dejarme
Con el agua de su gracia.

ERMITAÑO.

¡Qué santa simplicidad,
Mezclada en sabiduría!

DIEGO.

Limpiar la imágen quería,
Aunque con mucha humildad:
Llego, y el alma repara,
Como soy antojadizo,
Que el niño pucheros hizo

De ver levantar la vara:
Que imaginé que entendia
(Mirad ¡qué ignorancia loca!)
Que otra vez para su boca
Hiel y vinagre traia;
O que la Virgen acaso
Júez presumiese que era
De Heródes, y se nos fuera
A Egipto, alargando el paso.
Mas ¿sabeis á quién limpié
Famosamente?

ERMITAÑO.

¡Oh inocencia
Santa!

DIEGO.

A la mala presencia
De aquel mal ladron.

ERMITAÑO.

¿Por qué?

DIEGO.

Porque mil palos le di
De ver el bien que perdió.
Cuando otro ladron llegó
Donde me pongan á mí.

ERMITAÑO.

Ahora bien: mira que es hora
De venir la procesion:
Y pues en esta ocasion
Mayo los campos enflora,
Corta lirios y retamas,
Corta rosas y alelíes,
Que de esmaltes carmesíes
Bordan esas verdes ramas,
Y adereza cruz y altar,
Y echa hinojo por el suelo.

DIEGO.

Y áun rodillas como al cielo,
Donde á Dios suelo adorar;
Porque rodillas ó hinojos
Todo parece que es uno.

ERMITAÑO.

Ya siento rüido alguno,
Y áun pienso que ven mis ojos
Por el repecho el pendon.

DIEGO.

Las flores quiero coger,
Miéntras subis á tañer,
Pues ya veis la procesion.

ERMITAÑO.

Diego, Dios quede contigo. (*Vase.*)

DIEGO.

Y vaya, padre, con vos.
—Eterno y piadoso Dios,
Que tanto lo sois conmigo,
Perdonad que corte aquí
Las flores que habeis criado,
Pues son para vueso estrado;
Que no, Señor, para mí.
Perdonad, lirio, si vos
Estábades con el velo
Azul alabando al cielo:
Venid; que sois para Dios.
¡Oh maravilla dorada!
Perdonad, porque á las sillas
Del Rey de las maravillas
Esteis más maravillada.
¡Oh rosa de Alejandría!
Mucho os quiero, y mereceis
Mucho, pues nombre teneis
Que se atribuye á María.
Estas hojas encarnadas
Con ese blanco rocío
Parecen al niño mio
Y á sus entrañas sagradas.
Id todas: pareceréis
A los piés desta Señora
Los atributos que agora
Por sus virtudes teneis.
Venid, morado alelí,
Que con las rojas señales
Pareceis los cardenales
Que á Cristo dieron por mí.—
Pero mucho me he tardado.
Ya viene la procesion;
De las campanas el son
Pone mi olvido en cuidado.

Sale LA PROCESION, *y detras en unas andas pequeñas con muchas flores* LA IMÁGEN, *y* LOS MÚSICOS *sobre un libro cantando así:*

Dulce Vírgen bella
De la Esperanza,
Posesion de la gloria
De quien os ama:
(*Toquen las chirimías, y luego tornen á cantar.*)
Las naciones del mundo
Todas te alaban,
Y los ángeles bellos
Tus glorias cantan.
(*Tocan otra vez las chirimías hasta entrarse por la otra parte, y Diego echando rosas delante de la imágen, diga en parando*):

DIEGO.

Salto, bailo de placer,
Haciendo son con las palmas,
A vos, gloria de las almas,
Por quien tengo vida y ser.
Un pobre villano soy;
Así cumpla mi deseo
El Señor que adoro y creo
Y en cuya presencia estoy,
Que ya sabeis que he de ser
Fraile de Francisco santo;
Que os quiero y os amo tanto,
Que he de cantar y tañer.
¡Ay niña bendita,
De un niño madre,
Que es tan grande y tan bueno
Como su padre!
Niña de los ojos
De Dios Eterno,
Acordaos allá arriba
Del pobre Diego.
Dadme un hábito pardo
De San Francisco;
Que como ando en el campo,
Me arromadizo.

Al entrarse las andas, que él va delante cantando, SU PADRE *le ase de la mano y le dice.*

PADRE.

Una palabra.—Detente.
Oye una palabra aparte.
¿No escuchas que quiero hablarte?
—Pienso que ni ve ni siente.
¿Quién como piedra te hizo?
Pues si la mano te estampo...
(*Diego cantando, responda elevado.*)

DIEGO.

Que como ando en el campo,
Me arromadizo.

PADRE.

¿Oyes que es tu padre, di?
¿Oyes que es tu padre, necio?
¿Es locura ó es desprecio?
Repara, ignorante, en mí.—
No se mueve más que un risco.
¿Qué fruto de hablarle aguardo?

DIEGO. (*Canta.*)

Dadme un hábito pardo
De San Francisco.

PADRE.

No sé qué deba sentir
De las cosas deste mozo;
Que aunque de algunas me gozo,
Otras no puedo sufrir.—
Oye; que está aquí tu madre,
Y yo de mil quejas lleno.

DIEGO. (*Canta.*)

Que es tan grande y tan bueno
Como su padre.

PADRE.

¿Es esa buena obediencia?

DIEGO.

¡Oh, padre! ¿Vos sois?

PADRE.

Yo soy.

DIEGO.

Ya, padre, á esos piés estoy:
Dadme vos la penitencia.

PADRE.

No lo soy de confesion,
Sino de haberte engendrado.

DIEGO.

Si os he ofendido, mi amado
Padre, aquí os pido perdon.

PADRE.

Que vivas en esta ermita
Al lado de un hombre santo,
Estimo y conozco tanto,
Que mil pesares me quita;
Pero, hijo, bien pudieras,
Ayudándome á vivir,
A nuestro Señor servir,
Y áun más servicio le hicieras.
¿No cavas para sustento
Tuyo y de aqueste ermitaño
Esta huerta todo el año?

DIEGO.

Sí, padre; pero es á intento
De que me enseñe y doctrine
En el camino de Dios;
Que aunque lo hiciérades vos,
El quiere que á éste me incline.
Tenedlo, padre, por bien:
Así Dios os dé ventura.

PADRE.

Tu madre llora.

DIEGO.

Es locura
Que ella se enoje tambien,
Sino que los dos vivais
Contentos, pues que podeis,
De que á un hijo que teneis
Este maestro le dais.
Y pues ya la procesion
Se parte á San Nicolás,
Id con ella, pues que más
Ganais en su devocion,
Y dejadme, padre, á mí;
Que el ermitaño me manda
Cavar hoy toda esta banda
De hortaliza que hay aquí;
Y porque viene el lugar
Con traviesos mozos, quiere
Que á guardar la fruta espere,
Aunque está por madurar;
Y Diego á guardarla sale,
Que es todo nuestro caudal,
Porque no les haga mal;
Que no por lo que ella vale.

PADRE.

Yo veo tu inclinacion,
Y no acierto á replicarte.

DIEGO.

Así Dios, que el bien reparte,
Estos deseos, que son
De ser fraile en San Francisco,
Me cumpla ¡oh mi padre amado!

Que no os dé mi amor cuidado.—
¡Verá por aquel lentisco
Cuál dan en la almendra verde!
Doyme á Dios si ha de quedar
Una que pueda cuajar...
Ramas y fruta se pierde.
—Pues ¡ya dan al lechuguino
Asalto por otra parte!

PADRE.

Si tu madre viene á hablarte
Con el llanto que imagino,
No la desconsueles más.
—Y quédate, Diego, adios.

DIEGO.

Él os consuele á los dos.—
Mozos de San Nicolás,
Mirad que es verde la fruta,
Y os hará mal, á la fe.
Venid despues, cuando esté
La almendra seca y enjuta.

Sale ALÍ, *morisco, hortelano.*

ALÍ.

¡Bono estar el fe de Dios!
¡Oh heliacos! ¡pecarilios!
El comer almendroquilios
¿Por qué consentidle vos?
Arre acá, so reverencia.
¡Oh labrador! ¡oh merdaño!
¿Por qué consentimos daño
¿Que hacer mozos so presencia?
¿No miralde merced vuestra
Que estamos el orta aquí?

DIEGO.

Mi hacienda comen, Alí;
Que no tocan en la vuestra.

ALÍ.

Por vuestra entramos el mia.
¡A bon recado tenemos!

DIEGO.

Alí, paciencia y callemos:
Dios lo ha dado y Dios lo cria.
Vienen con la procesion
Y del calor fatigados:
Refréscanse en esos prados.

ALÍ.

A teneis boca razon.
¿Criar aquí él so labor,
Para que comelde el gente?
Meter cabeza en la fuente,
Y refrescalde mejor.
El que no mirar hacienda
Tener de bestia el caliar.

DIEGO.

La vuestra podréis mirar.

ALÍ.

Andad, quitadle una brenda.

DIEGO.

¿Yo? ¿por qué?

ALÍ.

Por el lechuga
E rábano que comer.

DIEGO.

Eso no lo puedo hacer.

ALÍ.

Poner un barda, un xamuga,
E llevar el gente acostas.

DIEGO.

Dejaldos, que son cristianos.
. . . . [1]

ALÍ.

¿Estar las bersonas postas
Aquí por sólo espantajos?

DIEGO.

Cavad; que ya no hay ninguno.

ALÍ.

Cavar vos; que estar ayuno.

DIEGO.

Aquí hay dos cabezas de ajos,
Y no falta pan y vino.

ALÍ.

¿Vino beber é vivir!
É Mahoma ¿qué decir!

DIEGO.

Eso, amigo, es desatino.
Mahoma fué un hombre ciego,
Que en efeto os engañó.
Vos lo sabeis como yo.

ALÍ.

Hablar comedido, Dego,
E bartaos aliá de mí.

DIEGO.

De buena gana lo haré.

ALÍ.

Vos ser santo, é ¡decirmé
Que estar cego!

DIEGO.

¡Pobre Alí!
Dios te dé su luz.

ALÍ.

Merar
Que tenemos probecía,
Que ha de volver algun dia
Espania al noso mandar.

DIEGO.

Antes ya podria ser
Que algun Rey tan santo fuese,
Que desterrar os hiciese
Con absoluto poder
Donde no hubiese jamás
Sangre que tanto nos daña;
Y si esto llegase, España
A este Rey debiera más
Que á todos los que ha tenido
Desde Fernando el primero.

ALÍ.

Rey Manzor ser bon guerrero,
Estar amado é temido,
E no le echar de Granada
El cristiano eternamente.

DIEGO.

Dame que sacar intente
Dios de la vaina la espada;
Que muy bien sabrá segar
La cizaña de su trigo.

ALÍ.

Ara no hablalde conmigo,
Dego: dejalde cavar.

Sale JUANA, *villana.*

JUANA.

Hortelano ó ermitaño
Desta huerta y desta ermita,
Dadme un poco de ensalada;
Porque yo y ciertas amigas
Nos quedamos esta tarde
Entre esas verdes olivas,
Y queremos merendar.

DIEGO.

Dios, labradora, os bendiga.

JUANA.

Dos cuartos me dad, buen Diego,
De la mejor hortaliza.

DIEGO.

Cogedla á vuestro placer:
Que á fe que hay lechugas lindas.

JUANA.

¿Teneis algunas acaso,
En estas eras, moriscas?

DIEGO.

Las que tengo son cristianas;
Aquel hombre ser podria
Que moriscas las tuviese;
Aunque tambien las bautiza
Como las de aquesta huerta,
Regándolas cada dia.

JUANA.

Estas son las que yo digo.

DIEGO.

Y á las cosas que Dios cria,
¿Llamais moriscas?

JUANA.

Es, Diego,
Porque están repolladitas.
Estos dos cuartos tomad;
Y cuando vais á la villa
A pedir, id á mi casa.

DIEGO.

Así la bondad divina
Me cumpla tantos deseos
Como tengo de servirla
Con un hábito francisco,
Que apénas os conocia.
¿Sois Juana la de Anton Gil?

JUANA.

Sí, Diego, yo soy la misma.

DIEGO.

Tomad allá los dos cuartos;
Que más debo á vuestra tia,
Que me crió y regaló,
Y hartas veces le comia
El arrope, la cuajada
Y las uvas de las viñas.

JUANA.

No hay tratar de eso. Adios, Diego.

DIEGO.

Él os guarde.

JUANA.

Voy de prisa.

DIEGO.

¿Sois casada?

JUANA.

Con Bartolo.

DIEGO.

¿Hijos?

JUANA.

Cinco y cuatro niñas.

DIEGO.

¡Bien os haga Dios, amén,
Y á cuantas paren y envian
Almas que puebleu el cielo,
Y á Dios en la tierra sirvan!
(*Vase Juana.*)

ALÍ.

¿Qué haber vendido?

DIEGO.

Dos cuartos
Destas lechugas.

ALÍ.

Ser mias:
Mostramos cuartos acá.

DIEGO.

¿Vuestras!

ALÍ.

¿Hacemus gañifa?

DIEGO.

Eso ¿cómo puede ser?

ALÍ.

Armar linda cancanilia.—
Merar, Dego: estas lechugas
Estar, cuando bequeñitas,

[1] Falta un verso.

En mis eras, é su madre
Ponerlas andar un dia,
E pasarse al horta vuestra.

DIEGO.

¡No pensé tal en mi vida!
Tomad los cuartos, Alí.

ALÍ.

El resa me hacer cosquilias.

DIEGO.

¡Brava gente!

ALÍ.

¡Cazadores!
¡Eh! llevar diablos sos vidas;
Que destroir los conejos.

DIEGO.

¿Son galgos?

ALÍ

No estar ben dicha
Esa balabra.

DIEGO.

Pues ¿qué!
¿Traen hurones de la villa?

ALÍ.

El galgos estar de lebres,
E yo estar de sangre limpia.

Salen TRES CAZADORES *que traen un par de conejos.*

CAZADOR 1.°

Tomad allá la ballesta.

CAZADOR 2.°

¡Lindo tiro!

ALÍ.

Esta cuadrilia
Destroir toda esta terra.

CAZADOR 1.°

No puse al corral la mira,
Cuando le di por la frente.

CAZADOR 2.°

Es la ballesta escogida.

DIEGO.

¡Ah señores cazadores!

CAZADOR 1.°

Las guardas desta campiña
Nos han visto.

DIEGO.

¿Por qué matan
Esa pobre gentecilla,
Que Dios cria en estos prados?

CAZADOR 2.°

Si destruyen la hortaliza,
¿No es mejor que los matemos?

DIEGO.

No, señores; que lastima
Verlos muertos de esa suerte:
Y mucho mejor seria
Cogerlos vivos, y luego,
Como quien niños castiga,
Darles algunos azotes
Porque comen la hortaliza.

CAZADOR 1.°

¡Hay semejante inocencia!

ALÍ.

Acá no echamos en risa
El matarnos los conejos.

CAZADOR 2.°

¿Es vuestra hacienda?

ALÍ.

Estar mia.

CAZADOR 2.°

Tomad este real de á cuatro.

ALÍ.

Grandecemos cortesia.
¿Queremos algo del horta?

CAZADOR 1.°

La calor es excesiva:
Sestear aqui.

ALÍ.

Sentar
Al márgen del fuentecica:
Dar ceite, venagre, pan,
Escarolas amarilias,
Cebolletas, merdolagas,
Mastorzos, herbabonicas,
Lechuga como un Mahoma
De poro morescas finas,
Y perejil y borrazas.

CAZADOR 1.°

Sentémonos; que convida
La frescura desta fuente,
Que con su boca de risa
Parece que está llamando.

ALÍ.

Porque estamos gente amigas
Le cantamos, si querelde,
Un letra en el guitarrilia.

CAZADOR 1.°

Haréisnos mucha merced.

DIEGO.

¡Bondad de Dios infinita!
Estos conejos ¿no estaban
En sus vivares? ¿Qué hacian
Cuando aquestos cazadores
Les asestaron las viras?
Salieron dellos. ¡Ay Dios!
Que á estar dentro, y sin codicia
De salir á pradear
Y á comer las yerbecillas,
No los prendieran. Pues yo,
¿Cómo (sin ver defendida
Mi vida de un monasterio,
Reclusion santa y divina,
Grillos de la voluntad
A la obediencia ofrecida,
Que en las manos de un prelado
Con tres votos se resigna)
Seguro del cazador
Pienso vivir, si la liga
Coge al pájaro inocente,
Al conejuelo el que tira?
Francisco, dadme la mano,
Dadme esa mano bendita.
Francisco, á buscaros voy:
Vuestra clara luz me guía.
Aunque á vuestras puertas sea,
Sin que el hábito me vista,
Tengo de vivir contento.
Adios, huerta; adios, ermita. (*Vase.*)

ALÍ.

Oimos esta cancion,
Que estar mo linda á fe mia.

CAZADOR 1.°

Ya aguardamos á que cantes.

ALÍ.

Temblábamos el requinta.
(*Canta.*) *El maniana de san Juan*
Al tempo que el manecia,
Gran festa hacedle los moros
Al senior san Joan Baptista.
¡Ay ha!
Salimos todos al vega,
Divididos al cuadrilias:
Benzaide llevar leonado
Con lunas de plata fina.
¡Ay ha!
Alcaide de los Donceles
Una marlota marilia,
Toda de Mahomas de oro
E mil arábigas cifras.
¡Ay ha!
Cuando estar jugando todos
Con el dargas y cañizas,
El Maestre de Santiaguas
Tener so gente escondida.
¡Ay ha!
Salir de repente juntos:
Damos voces el moriscas,
Desmayábase la Reina
Sobre una turca alcalifa.
¡Ay ha!
Lo que restamos aqui,
No permitilde que diga,
Por ser vitoria cristiana.

CAZADOR 1.°

Buen moro, ansí tengas dicha,
Que dejes tu huerta pobre,
Y te vengas á Sevilla,
Donde te daré en mi casa
Sueldo con que alegre vivas.

ALÍ.

¿De veras?

CAZADOR 1.°

Verdad te digo.

ALÍ.

Tocamos mano.

CAZADOR 1.°

Camina.

ALÍ.

¿Cómo os liamar?

CAZADOR 1.°

Don Enrique.

ALÍ.

¿Borrique!

CAZADOR 1.°

No vi en mi vida
Gracia como la del moro.

ALÍ.

Adios, horta.

CAZADOR 2.°

Pues estimas
La caza, el galgo que llevas
Te dará más que le pidas.
(*Vanse.*)

—

Sale EL GUARDIAN *de San Francisco y otro* PADRE.

GUARDIAN.

Esto se sabe muy cierto,
Y que el proceso se ha visto
Deste confesor de Cristo
Muy de propósito.

FRAY ALONSO.

Advierto
Hoy á vuesa caridad
Que si el Santo Bernardino
Se canoniza, camino
A la sagrada ciudad.

GUARDIAN.

Grandes hijos va criando
Nuestro seráfico padre.

FRAY ALONSO.

Tan dulces pechos la madre
De su regla les ha dado
Y su santa religion.

GUARDIAN.

Es Bernardino de Sena,
Cuya fama el mundo llena
De devota admiracion:
Sus milagros han crecido
De suerte y calificado,
Que el Pontífice admirado,
Ya el proceso definido,
Le quiere canonizar
Muy presto.

FRAY ALONSO.

Veré del santo
La fiesta y honra, que tanto

Debemos todos amar,
Pues en este tiempo ha dado
Tal lustre á la religion.

GUARDIAN.

Grandes los prodigios son
Que se han escrito y probado.

FRAY ALONSO.

La devocion de María
Me dicen que fué notable
En este santo admirable.

GUARDIAN.

Con esta estrella por guia,
¿Qué mucho que viese el puerto
De la gran Jerusalen?

Sale UN PORTERO.

PORTERO.

Aquí está un hombre de bien.

GUARDIAN.

Y ¿sabéislo vos muy cierto?

PORTERO.

Aunque pobre, lo parece.

GUARDIAN.

Entre. ¿Qué puede querer?

Entra DIEGO.

DIEGO.

Hoy, Francisco, quiero ver
Si vuestra mano me ofrece
Lo que debo á mi aficion;
Que en lo demas soy indino. —
Aquel Señor, Uno y Trino,
Cuya tres personas son
Un solo Dios, padre mio,
Os abrase de su amor.
Yo, un cuitado labrador,
Que en su clemencia confío,
Vengo á pedir un sayal
De los que sobran en casa.

GUARDIAN.

Esa limosna no pasa,
Buen hombre, de aquel umbral:
Allá pedirse pudiera.

DIEGO.

Quiero la casa tambien,
Y entré adentro á verla bien;
Que no se ve desde afuera.

GUARDIAN.

¿Cómo! ¿ser fraile?

DIEGO.

Señor,
Aunque indigno, pues hay huerta,
Cocina, edificio y puerta;
Por aquel divino amor
Que en forma de serafin
Hirió á Francisco el costado,
Que me tengais ocupado,
Y no más de hasta mi fin;
Que en muriéndome, os prometo
De no os dar más pesadumbre;
Que me ha dado Dios su lumbre,
Que os busque y viva sujeto.

GUARDIAN.

Fray Alonso, ¿qué os parece?

FRAY ALONSO.

No sé qué he mirado en él.

DIEGO.

Allá estaba en un verjel,
Que mejor mano merece,
En compañía de un santo;
Pero via yo que al alba
Daban los pajaros salva
Al Señor que alaban tanto;
Y que luego, al medio dia,
La comida que les daba,
Con letras que gorjeaba
Cada cual agradecia
Al caer del sol, más bien
Los via, padre, cantar,
Y que ántes de irse acostar
Le daban gracias tambien.
Pájaros tambien oia
Que de noche le cantaban;
Y las aguas que sonaban,
Lo mismo me parecia.
El aire entre verdes hojas
Trataba sus alabanzas;
La tierra, con mil mudanzas
De flores blancas y rojas,
Como con letras que hacia
Y labores que mostraba,
Su nombre santo alababa;
Y ¡yo solo no sabia!
Imaginé que viniendo
A este convento, en el alba
Haria a aquel Señor salva,
Y despues tambien comiendo,
Al anochecer tambien,
Y á media noche mejor;
Y vine con este amor,
Padre, á procurar mi bien.
Yo le juro que chiquito,
¿Qué es chiquito? de dos años
Besaba estos santos paños,
Y me alegraba infinito.
Siempre lo tuve en deseo,
Y siempre á Dios lo rogué.
Pobre soy, así lo fué
Francisco; y pobres os veo.
Al pobre Pedro y Andrés
Admitió al apostolado
Cristo: déme, padre amado,
Un sayalejo, y despues
Verá ¡qué rico que soy!
Pensará que soy monarca,
Rey, príncipe y patriarca.

GUARDIAN.

Por darle el hábito estoy.

FRAY ALONSO.

Cierto, padre guardian,
Que su buena gracia y fe
Obliga á que se le dé.

GUARDIAN.

Donde otros legos están,
Este buen hombre podrá
Servir la casa tambien.

DIEGO.

Padres, el sayal me dén;
Que les prometo, á fe mia,
De no les echar en costa,
De no comer ni beber,
Ni dormir, ni cosa hacer
Que no sea por la posta.
Ea, padre, ea, Señor,
Dad al pobre Diego en casa
Un hábito.

FRAY ALONSO.

Al hombre abrasa
Fuego del divino amor.
Advierta su caridad
Que causa lástima grande.

GUARDIAN.

Cuando recibiros mande,
¿Qué haréis?

DIEGO.

Si digo verdad,
Besar el sayal bendito
Hilo á hilo, y despues dar
Gracias á quien sabe honrar
Con tal brocado un mosquito.

Salen DOS CRIADOS *cargados*, *y* EL PORTERO.

PORTERO.

Don Juan de Guzmán envía
Esta limosna.

GUARDIAN.

Bien viene;
Que el refitorio no tiene
Más que agua y pan este dia.

CRIADO.

Eso supo mi señor,
Y os envia qué comer.

GUARDIAN.

Saben Guzmanes hacer
Ese cristiano favor;
Que como vienen de Bueno,
Buenos son como el Guzmán
A quien este nombre dan,
De tantas virtudes lleno. —
Ea, buen hombre, entrad vos,
Porque el hábito os pongais.

UNA VOZ *(Dentro.)*

Más ha entrado que pensais.

GUARDIAN.

¿Qué es aquello?

FRAY ALONSO.

¡Santo Dios!

GUARDIAN.

Diránlo por la comida
Que entra agora en el convento.

FRAY ALONSO.

Sin duda, porque el sustento,
En fin, conserva la vida.

GUARDIAN.

¿Si fué fraile?

FRAY ALONSO.

Eso sospecho,
Porque de muy alto habló.

PORTERO.

Alguno fué que pasó.

GUARDIAN.

Esta voz pasó del pecho.

(Vanse el Guardian, fray Alonso y los criados.)

DIEGO.

Padre portero...

PORTERO.

Pues bien,
¿Danle el hábito?

DIEGO.

Sí, padre.

PORTERO.

¡Oh, plegue á Dios que le cuadre
En cuerpo y alma tambien!
¿De dónde es?

DIEGO.

Soy de un lugar
Que tiene un nombre famoso.

PORTERO.

Si él es bueno y virtüoso,
Aquí puede conquistar
Nombre famoso tambien.

DIEGO.

¿De qué suerte?

PORTERO.

Con ser santo.

DIEGO.

Soy un simple, y soylo tanto,
Que áun soy más de lo que ven.
Nunca el Christus aprendí...
—Miento; que del *A*, *B*, *C*,
Solamente el Christus sé,
Y ése en el alma imprimí.

PORTERO.

Pues sepa que es esa letra
Mas sábia que cuanto sabe
El filósofo más grave
Que cielo y tierra penetra.
Christus es alfa y omega,
Porque es Dios principio y fin
Sin principio y fin; que en fin
Es círculo, que no llega
Ni á comenzar ni acabar.
CHRISTVS, si le deletrea,
Hallará una *C*, en que crea,
Y una *H* para aspirar.[1]
I, para mostrarse indino.
S. para ser un santo,
Y una *T* que gane tanto
Que de humano sea divino,
Porque aquesta *T* es el todo:
Y así, á Dios llamaron Teos,
Fin de todos los deseos;
Y *T* que es modelo y modo
De la cruz que ha de llevar,
Porque le muestra en dos brazos
Cómo le ha de dar abrazos,
Y nunca la ha de dejar.
La *V* le muestra que vino
A ser de Cristo á esta casa;
La *S* final, que pasa
A otro ser, que es ser divino.
Esto es *Christus:* deletree
Allá dentro esta licion;
Que, sabida su aficion,
No tiene más que desee.

DIEGO.

¡Ay, mi portero del cielo!
No en balde me abristes vos,
Para que yo entrase á Dios.
Esa doctrina, ese cielo,
Me ha de dar vida, aprendida.

PORTERO.

El padre le aguarda ya.

DIEGO.

Francisco, ya estoy acá:
No me deje por su vida.

ACTO SEGUNDO.

Entra EL PADRE *de Diego*, Y ESTÉBAN, *otro labrador*.

PADRE.

Fuése, Estéban, como os digo,
De la ermita en que vivia,
Sin que dejase aquel dia
De su partida testigo;
Porque áun del mismo ermitaño
No sé si en esta ocasion
Quiso tomar bendicion.

ESTÉBAN.

Y ¿que apénas en un año
Supistes dél!

PADRE.

Y áun sospecho
Que han pasado más de dos
Que no supe dél.

ESTÉBAN.

Si Dios
Iba esforzando su pecho,
No os espanteis que á ninguno
Diese cuenta de su intento.

PADRE.

Dias há que estoy contento
De ver que no hay hombre alguno
Que de aquesta tierra venga,
Que no me cuente que Diego,
Puesto que el hábito lego
Sólo de Francisco tenga,
Es tan bueno y ejemplar,
Que le estiman como santo.

ESTÉBAN.

De esa fama no me espanto,
Pues la tuvo en su lugar;
Que bien sabeis que decian
Que admiraba su piedad
Y santa simplicidad
A cuantos hombres le vian.

PADRE.

Tantas cosas me han contado,
Y tanto me han persuadido,
Que hasta Córdoba he venido,
Y á su convento he llegado
Desde aquel nueso lugar,
Que ya sabeis que confina
Con Cazalla y Constantina,
A ver si le puedo hablar.

ESTÉBAN.

San Francisco, me parece,
Que de Arrizafa se llama
Ese convento.

PADRE.

La fama
De Diego en extremo crece
Por toda esta tierra, y tanto,
Que donde quiera que llego,
Dicen que es buen hombre Diego.

ESTÉBAN.

¡Cómo, buen hombre! Es un santo.

PADRE.

En Córdoba me informé
De que á media legua está.
¡Ay Dios! ¿quién le viese ya!

ESTÉBAN.

Con vos por mi gusto iré,
Ya que en aquesta ocasion
Tuve dicha en encontraros;
Que despues de acompañaros,
Tomaré su bendicion.

PADRE.

Dios os lo pague.

ESTÉBAN.

Y os ruego
Que á San Nicolás volvamos
Juntos.

PADRE.

Pienso que llegamos.

DENTRO.

¡Válgate el hermano Diego!

PADRE.

¿Qué es aquello?

ESTÉBAN.

Gente viene.
«¡Válgate Diego!» decian.

ESTÉBAN.

Esas voces ¿qué serian?

Entren DOS Ó TRES CAMINANTES, *y traigan en brazos* UNO.

CAMINANTE 1.°

Agua ese arroyuelo tiene:
Echádsela por la cara.

CAMINANTE 2.°

No es, amigos, menester.

CAMINANTE 1.°

¡Mala bestia! hasta caer,
Cuando se espanta, no pára.
Ya pienso que la cogió
El mozo de mulas.

CAMINANTE 2.°

Él
Suba en bestia tan cruel;
Que aunque á pié me fuese yo,
No he de ponerme, ni es justo,
A peligro de matarme.

PADRE.

De aquestos quiero informarme.—
No reciban á disgusto
Que les pregunte, señores,
Por qué, cuando se espantó
Aquella mula, y cayó
Más en peñascos que en flores,
Dijeron á voces todos:
«¡Válgate el hermano Diego!»

CAMINANTE 1.°

Porque este es un fraile lego,
Que por tan divinos modos
Ha llegado á la excelencia
Y cumbre de santidad,
Con alta simplicidad,
Humildad y penitencia,
Que en esta tierra, si ven
Un mal caso, dicen luego:
«¡Válgate el hermano Diego!»

PADRE.

Mil gracias á Dios se dén.

CAMINANTE 1.°

Ea, volved á subir;
Que de aquí á Córdoba hay poco.

CAMINANTE 2.°

¡Aunque yo estuviera loco!
Porque oí siempre decir:
«De falsa mula y mujer,
Ni fiar ni confiar.»
A pié quiero caminar.

CAMINANTE 1.°

Seguro vais de caer.

(*Éntranse.*)

ESTÉBAN.

¿Qué os parece del estado
Que tiene en la religion
Vuestro Diego?

PADRE.

Cosas son
De que estoy tan admirado,
Que me suspende el sentido
El placer de tanto bien.

ESTÉBAN.

Ya las paredes se ven
Del templo á que habeis venido.

PADRE.

Sin duda es el monasterio.

ESTÉBAN.

Llamad á la portería.

PADRE.

¡Ay, mundo! tu tiranía,
Tu imperio, tu cautiverio,
¡Qué bien que se libra aquí!—
¡Deo gratias!

Sale EL PORTERO.

PORTERO.

Por siempre, hermano.

PADRE.

El llanto detengo en vano,
Que ya quiere hablar por mí.—
¿Cómo podremos hablar
Al hermano Diego?

PORTERO.

¿A quién!

PADRE.

A Diego.

PORTERO.

Conozco bien

[1] Debe faltar una redondilla relativa á la letra R del nombre CHRISTVS. De la H se pasa á la I, omitiendo la significacion de la R.

A quien vienen á buscar;
Pero aquesta admiracion
Nace de buscarle agora,
Cuando ya tan léjos mora
Desta tierra.

PADRE.

El corazon
Temeroso me decia
Que no le habia de ver.

PORTERO.

Harto he sentido perder
Su agradable compañía;
Que es bueno el hermano Diego.

PADRE.

Padre, ¿dónde fué á morar?

PORTERO.

Hermano, está en medio el mar;
Porque la obediencia, luego
Que su virtud conoció,
Para bien de aquella tierra,
Y hacer al demonio guerra,
A Canaria le envió;
Que es bárbara aquella gente,
Y no conocen á Dios.

PADRE.

¡No nos veremos los dos,
Hijo mio, eternamente!

PORTERO.

¿Su padre sois!

PADRE.

Sí, Señor.

PORTERO.

Hermano, tenga consuelo,
Y esté agradecido al cielo
Por tan divino favor
Como darle un hijo, que es
Hombre que la religion
Envía en una ocasion
De tan divino interes.
Es fray Juan de Santorcaz,
El padre que le llevó,
Gran santo; y pues le escogió
Por animoso y capaz
Desta nueva conversion,
Antes lo debe estimar.

PADRE.

Quisiérale ver y hablar.

PORTERO.

Efectos de padre son.
Espérelo en Dios, y crea
Que le ha de volver á España.
Entre y el que lo acompaña,
Porque el Guardian los vea;
Que recibirá consuelo,
Y aquí podrá descansar.

PADRE.

¿Cómo, Diego, te he de hallar
Si vas camino del cielo!

(*Éntranse.*)

Salen FRAY DIEGO, FRAY JUAN Y FRAY PABLO.

FRAY DIEGO.

Padres, ¡á un hombre lego, á un igno- [rante
Por guardian eligen del convento!
No, por amor de Dios; no, padres mios.

FRAY JUAN.

Álcese de la tierra, padre Diego.

FRAY PABLO.

Padre fray Diego, téngase. ¿Qué hace?
Suelte, padre, los piés. ¡Jesus! detén- [gase,
Deténgase: ¿no ve que es nuestro padre?

FRAY DIEGO.

Padres, cuando á un idiota, á un hom- [bre lego
Quieren dar este oficio, no se admiren
De que bese sus piés; pues el maestro
De la humildad, el soberano Cristo,
Lavó á sus doce, que eligió en discipu- [los,
Los piés; y algunos... ¡Ay Jesus! ¡qué [algunos!...
—Y aquí son todos buenos, todos tales,
Que me avergüenzo en ver que á mí me [elijan.

FRAY PABLO.

¿Cómo, si para ser más conocida
Su santidad, debiera ser probada
Con acto de humildad tan excelente!

FRAY DIEGO.

Padres, padres, por Dios, por nuestro [Padre,
Les pido que me quiten el oficio.
¡Yo Guardian, donde hay seis sacerdo- [tes
Ejercitados en divinas letras!

FRAY JUAN.

Ya no hay que replicar: todos los votos
Unánimes lo quieren y conformes.

FRAY PABLO.

Ya es nuestro padre. ¿Qué se cansa en [esto?

FRAY DIEGO.

Padres, miren que soy un hombre ton- [to:
Ya se lo aviso; si despues hiciere
Alguna cosa fuera de su gusto, [to.
No se quejen de mí, pues que no es jus-

FRAY JUAN.

Padre fray Diego, más queremos todos
Lo que él errare, cuando errase en algo,
Que lo que acá mejor acertaríamos.

FRAY DIEGO.

Una vez me dijeron que habia dicho
Un sabio, un capitan, un Rey, un hom- [bre,
(Cierto que yo no sé cuál destos era)
Que era mejor de ciervos un ejército
Con capitan leon, que de leones
Con ciervo capitan: y así presumo
Que siendo todos, padres, leones par- [dos,
No aciertan en tener capitan ciervo.
Haré mil boberías cada dia;
Soy yo naturalmente mentecato.
Pues un hombre sin ciencia ni expe- [riencia
¿Es bueno que gobierne los letrados?

FRAY JUAN.

Sí, padre, si de Dios la tiene infusa.
Y dé luego principio á lo que importa
Para la conversion de aquestos bárba- [ros,
Ya que en Fuerteventura se convierten
Por sus palabras tantos, que parece
Que Dios le ha dado gracia como após- [tol.

FRAY DIEGO.

Y áun en eso verán si yo soy bárbaro,
Pues que los que lo son, sólo me en- [tienden.

FRAY PABLO.

Padre, la gran Canaria, como ha visto,
Rayo no tiene de la luz de Cristo:
Mire cómo ha de ser el convertilla.
Las armas de la gente de Sevilla
No me parece que será importante.

FRAY DIEGO.

Verdad es; que son pocos, aunque es [gente
Ejercitada, práctica y valiente,
Y los bárbaros muchos; mas yo quiero
Ir en la nave y verlos el primero.

FRAY PABLO.

Hará servicio á Dios tan agradable,
Cuanto para los Reyes de Castilla
Será de estimacion y maravilla.

FRAY DIEGO.

Vamos á concertar que yo me embar- [que.
¡Ay Dios de mis entrañas! ¡Ay, si fuese
Diego tan venturoso que muriese
Por vuestra fe, y aunque tan vil perso- [na,
De mártir mereciese la corona!

(*Éntranse.*)

Salga UNA BÁRBARA, *toda coronada de plumas, con un arco.*

CLARISTA.

Detente, ciervo, si acaso
Mis ligeros piés conoces
Más que los tuyos veloces
Para el aliento y el paso;
Que por este campo raso
Puedo vencer tu furor
Con ligereza mayor,
Supuesto que al viento igualas;
Que, sólo por ir con alas,
Pudiera alcanzarme amor.
Amor me alcanzó, aunque reina
De la gran Canaria soy,
Porque en el reino que estoy,
Amor poderoso reina.
¿Qué sirve el oro que peina
A la Sirena del mar?
¿Qué sirve al nebli el volar?
¿Qué sirve al ciervo el huir,
Ni á la mujer el fingir,
Si amor los puede alcanzar?
Selvas, yo no le declaro,
Y así es mayor mi tormento;
Que encubrir el pensamiento
Es el tormento más claro.
De vuestras aguas me amparo
Como cierva en la corriente,
Que viene herida á la fuente.
¡Ay cielos! dichosos son
Los que aman por eleccion,
Y olvidan por accidente.

Sale TANILDO, *bárbaro, con su baston.*

TANILDO.

Por aquí pienso que fué,
Y fué siguiendo una fiera,
Como si más fiera hubiera
Que en su condicion se ve.
Detened su blanco pié,
Conchas del mar plateadas,
Para que quedeis doradas
Con aquellas plantas bellas,
Dignas de pisar estrellas
En las regiones sagradas.
Espinos del monte, haced
Muro á sus piés corredores...
—Pero no: tenelda, flores,
Y entre sus dedos creced.
Árboles altos, poned
Las ramas delante dellas;
No escondais luces tan bellas
Y dejeis escuro el suelo;
Que no llegaré á su cielo,
Si me quitais las estrellas.
Yo adoro al sol, cuya vista
Me enseña que es Dios el sol,
Ya por su hermoso arrebol,
Ya porque no le resista;
Pero en mirando á Clarista,
Creo que ella al sol ha hecho;
Y que es más diosa sospecho
Cuanto con más fuego abrasa,
Pues dél me guarda mi casa,
Y della no al alma el pecho.
Allí viene.—¿Dónde vas
Por estas playas á solas?

CLARISTA.

Voy á ver del mar las olas,
Porque no paran jamás.

TANILDO.

Su inquietud imitarás,

Si tanto sus aguas miras.
Pero ¿por qué te retiras
De los hombres y mujeres?
O, como ninguno quieres,
¿Por las deidades suspiras?

CLARISTA.

Tanildo, yo no me voy
A la soledad por ser
Sola y singular mujer,
Sino porque triste estoy.

TANILDO.

Clarista, príncipe soy
De dos islas, que en belleza
Compiten con la riqueza
De tu gran Canaria: advierte
Que soy poderoso y fuerte,
Y que te igualo en nobleza.
¿Qué te faltará conmigo
Si por marido me admites,
Aunque serlo solicites
De mi cobarde enemigo?
A darte en arras me obligo
Dos mil plumas de colores
Que no se han visto mejores
Cuando se arrebola el cielo,
O se asoma á ver el suelo
El sol á sus corredores.
Daréte otras tantas pieles,
Que en blandura y hermosura
Compiten con la blancura
Que ver en la espuma sueles.
Diez tocados con joyeles
De inestimable valor,
Donde la costa y labor
Vale más que los diamantes,
Con ser ellos semejantes
Con el planeta mayor.
Una cama te daré
Labrada en boj de tal modo,
Que se ve pintado todo
Cuanto en las islas se ve,
Y dos vasos que yo sé
Que son dignos de tu boca,
Que no es alabanza poca;
Pero podrás guarnecellos
De perlas, sólo en ponellos
A las que la lengua toca.
¿Qué te puede dar Lisoro,
Pobre y tu vasallo? Mira
Que á toda Canaria admira
Que mires mal tu decoro;
Yo te igualo, y yo te adoro:
¿Para qué quieres con guerra
Alborotar esta tierra?
No seas, si puede ser,
En la condicion mujer,
Que por sus consejos yerra.

CLARISTA.

Tanildo, mi gente viene.
Despues te responderé.

Salen LOS BÁRBAROS *que puedan, con muchas plumas y arcos*, LOS MÚSICOS *y* LOS QUE BAILAN, *de la misma suerte.*

ALIRA.

Por aquí dicen que fué.

DIRENA.

Mirando el mar se entretiene.

FELISTO.

Con ella Tanildo está.

LISORO.

Celos de Tanildo tengo.

TANILDO.

¡Que apénas á verla vengo,
Y éste me lo impide ya!

CLARISTA.

Si aquí no pones remedio,
Direna amiga, un celoso
Hará algun hecho afrentoso.

DIRENA.

Yo me pondré de por medio.

CLARISTA.

Pues busca alguna invencion.

DIRENA.

Un baile.

CLARISTA.

El baile preven.

LISORO.

¡Tú con Tanildo, mi bien!

CLARISTA.

¿Celos? No tienes razon.
Siguióme: no pude más.

DIRENA.

Ea, Felisto y Liseo,
Cantad; que alegrar deseo
A Clarista.

CLARISTA.

No podrás.

ALIRA.

Ea, vaya un baile.

FELISTO.

¿Cuál?

ALIRA.

El canario.

FELISTO.

Va por mí.

DIRENA.

Él es el mejor, y aquí
Es su patria natural.

(*Canten y bailen el* canario *los bárbaros y las mujeres.*)

Canaria lira,
Lilirum fa;
Que todo lo vence
Amar y callar.
En la gran Canaria,
Isla deste mar,
Que los españoles
Quieren conquistar
Para el Rey Enrique
Que en Castilla está,
Nacen hombres fuertes
Que la guardarán,
Nacen bellas damas
Que les quieren dar
Favores que lleven
Para pelear.
Ellos, que las sirven,
Cristianos trairán:
Para sus cautivos
Los esperan ya.
Canaria lira,
Lilirum fa;
Que todo lo vence
Amar y callar.
Quien ama callando
¿Qué no alcanzará?
Todo lo merece
Servir y callar.
¡Viva nuestra Reina
Mil siglos y más!
Déle el sol esposo
De hermosura igual;
Amor, tales hijos,
Que pasando el mar,
Conquisten á España,
Sin quedarse allá;
Y sus bellas hembras
Nos traigan acá,
Para que la sangre
Que en Canaria está,
Juntándose á España
Pueda sujetar
Desde el indio negro
Al blanco aleman.
Canaria lira,
Lilirum fa;
Que todo lo vence
Amar y callar.

Sale UN BÁRBARO.

BÁRBARO.

¿Qué haceis en bailes ociosos,
Caballeros de Canaria,
Decendientes de gigantes,
Que hoy en aquestas montañas
En las cuevas de sus riscos
De siete codos se hallan?
¿Qué haceis? que un fuerte navío,
Lleno de españolas armas,
Viene de Fuerteventura
Con capitanes de España,
Haciendo con altas voces
Del mar resonar las aguas
Y estremecerse los montes.

TANILDO.

Calla, Minodante, calla;
Que adonde Tanildo vive,
No tiene fuerzas España.
Trocad, bárbaros valientes,
Los instrumentos en mazas,
En amenazas las voces,
Y los bailes en hazañas.
No temas, Clarista hermosa.

CLARISTA.

¿Tú solo, Tanildo, bastas?

TANILDO.

Como eso pueden hacer
El amor y la esperanza.

LISORO.

¿Así me dejas!

CLARISTA.

¿Qué quieres?
Los españoles lo causan;
Que es infamia hablar de amores
En tiempo de guerra y armas.

(*Vanse.*)

Salen FRAY DIEGO Y UN CAPITAN *y algunos* SOLDADOS.

FRAY DIEGO.

Acometamos, señores,
Y tengan justa esperanza
En Dios.

CAPITAN.

Padre, si tenemos;
Pero en cosas temerarias
No es bien pedirle favor.

FRAY DIEGO.

Pues ¿por qué razon desmayan?

CAPITAN.

Porque somos pocos...

FRAY DIEGO.

¡Pocos!

CAPITAN.

Y destas montañas bajan
Bárbaros que el suelo cubren,
Y mar y tierra amenazan;
Y si allá en Fuerteventura
Dijeran que gente tanta
Aquestas islas cubria,
¿Quién viniera á conquistarlas?
Envie Enrique si quiere
Una poderosa armada;
Que un navío, no es razon
Que pierda ducientas almas.

FRAY DIEGO.

Pues vayan con Dios, Señores;

Que aquesta cruz es mi espada
Y yo pelearé con ella.

CAPITAN.

Luego ¿de quedarse trata?

FRAY DIEGO.

Quedarme quiero á morir
Por Cristo.

CAPITAN.

Yo le dejara,
Si allá no me lo tuvieran
A mal.

FRAY DIEGO.

¡A mal! ¿Por qué causa?

CAPITAN.

Porque habemos de morir
Todos ó ninguno.

FRAY DIEGO.

Hallaba
Yo por mi cuenta, señores,
Que era yo ninguno y nada:
Y así, bien puedo morir.

CAPITAN.

Los canarios á la playa
Bajan con arcos diversos.—
¡Embarca! ¡á la mar! ¡embarca!

FRAY DIEGO.

Señores, por Dios les pido...

CAPITAN.

Vaya, padre.

UN SOLDADO.

Padre, vaya.—
Echa la plancha.

FRAY DIEGO.

¡Dios mio!

SOLDADO.

Vaya, acabe.

CAPITAN.

Echa la plancha.

FRAY DIEGO.

Mi Cristo, supla el deseo
Donde la sangre no alcanza.

(*Vanse.*)

Salen UN MAYORDOMO Y ALÍ, *morisco.*

MAYORDOMO.

Ea, salid noramala.

ALÍ.

Para vos tener razon;
Mas para mí en afesion,
Mentir, senior maestresala.

MAYORDOMO.

El Veinticuatro no quiere
Tener quien no crea en Dios.

ALÍ.

Creemos mejor que vos.
¡Al poto que no creyere!

MAYORDOMO.

No volvais más á esta casa. (*Éntrase.*)

ALÍ.

El colpa me tener yo,
Que el bona casa dejó
Que pasar, por el que pasa.
Estarme yo me contento
Con Borrique de Guzmán;
Comer dos anios so pan,
E poder comelde cento;
E por una pesadombre
Salir fora sin borqué,
E venir donde mudé
Naturaleza é costombre.—
Darme mi ropa, beliaco.

DENTRO.

¿No hay un lacayo?

ALÍ.

¡Oste poto!
Este negocio andar roto.
Caliar méntras ropa saco
Y el guitarra que tenemos.

DENTRO.

¡Oh qué palos le daré!

ALÍ.

¡Valga el diablo à vosancé!
El guitarra ¿qué debemos?
¡Pobre Alí!

Sale UN PANADERO *con su pala.*

PANADERO.

Vaya saliendo
Con órden todo ese pan,
Y lo demas sacarán
Como se vaya cociendo.

ALÍ.

Este parecer á mí
Bon cifio. ¿Estar panadero,
Senior?

PANADERO.

¿Quereis algo?

ALÍ.

Espero
Haliar un amo.

PANADERO.

¿Vos?

ALÍ.

Sí.

PANADERO.

¿Qué sabeis hacer?

ALÍ.

Comemos
E dormimos, é cobramos
Salario que trabajamos.

PANADERO.

¡Muy buen recado tenemos!
De dormir y de comer
¿Cobrais salario?

ALÍ.

Es burlar.
Ben sabel de trabajar
En lo que ser menester.

PANADERO.

¿Andaréis una tahona?

ALÍ.

¡Válgate Dios! ¿Estar bestia?
No poder tanta molestia
A sofrilde la brosona.

PANADERO.

¿Qué habeis sido?

ALÍ.

Jardinero
De Zamudio el Veinticuatro.
Servímosle tres ó cuatro
Meses: ser bon cabaliero;
Mas tener un becarilio
Por mayordomo, é salir
Donde podelde vivir,
Por no metelde un cochilio.

PANADERO.

¿Leña traeréis para un horno?

ALÍ.

Sí, senior: al monte andar,
E saber leña cortar;
Que al cifio antiguo me torno.

PANADERO.

Pues entrad, y si os agrada
La casa y ella de vos,
Concertaremos los dos
Por meses vuestra soldada.

ALÍ.

¿Tenelde macho ó pollino?

PANADERO.

Macho.

ALÍ.

Estar bon capitan.
Tú lievar quien cocer pan,
E no te beber el vino.

(*Vanse.*)

Salen ESTÉBAN Y LORENZO *con unos bieldos de aventar trigo.*

ESTÉBAN.

El aire corre de suerte,
Que es de limpiar lindo dia.

LORENZA.

Deseado le tenía;
Mas no que fuese tan fuerte.

ESTÉBAN.

Comencemos esta parva.

LORENZA.

Tomad esotro lugar,
Porque me venís á dar
Con la paja por la barba.

ESTÉBAN.

¡Lindamente ha sucedido
El año, gracias á Dios!

Sale MENCÍA *con una cesta y un sombrero de paja.*

MENCÍA.

Ya ¿querréis comer los dos?

LORENZO.

Y áun haber tambien comido.

ESTÉBAN.

Pardiez, que vienes, Mencía,
Para decirte un requiebro.

MENCÍA.

Para serviros, me quiebro
Piés y manos cada dia,
Y ¡en quillotros me pagais!

ESTÉBAN.

¿Qué tenemos por quillotros?

MENCÍA.

Las cosas con que vosotros
A las mujeres burlais.—
¿Ha venido por acá
El amo?

LORENZA.

Ya viene ahí.

Sale EL PADRE *de fray Diego.*

PADRE.

Holgar y hablar, ¡eso sí!
Bien me lo cuidaba allá.
Donde tú vienes, Mencía,
Poco dejas trabajar.

MENCÍA.

¡A mí me quereis culpar!

PADRE.

Como te vienes baldía,
Querrás que lo estén los mozos.

MENCÍA.

¡Lo que gruñen estos viejos!
Y no dan estos consejos
Cuando tienen rubios bozos.

PADRE.

Ea; que hoy ha de quedar
Limpia en las eras la parva,
Porque esta noche por barba
A pollo habeis de cenar.

LORENZO.

¿A pollo? ¡Oh cuerpo de mí!
Y entiéndese con la olla.

ESTÉBAN.

Más quisiera yo la polla.

MENCÍA.

Dos frailes vienen aquí.

Salen FRAY JUAN y FRAY PABLO.

FRAY JUAN.

¿Hay limosna, gente honrada,
Para san Francisco?

PADRE.

Y ¡cómo!
En mí tiene un mayordomo,
Pues por él tengo aumentada
La pobre haciendilla mia.

FRAY PABLO.

Tambien pedimos dinero;
Que aquí viene un limosnero
Que nuestro convento envía;
Que van en esta ocasion
Cubriendo aquesta campaña
Mil religiosos de España
A la canonizacion
Del Santo fray Bernardino
De Sena.

PADRE.

Yo, padre, quiero
Dar mi trigo y mi dinero,
Pues de su mano me vino.
Tengo un hijo, que aunque es lego,
Le estima la religion,
Y esto me da su oracion.

FRAY JUAN.

¿Cómo se llama?

PADRE.

Fray Diego.

FRAY JUAN.

¡Él es su padre!

PADRE.

Yo soy.

FRAY JUAN.

Haga cuenta que ha engendrado
Un santo.

PADRE.

Al que le ha criado,
Eternas gracias le doy.
¿Sabránme, padres, decir
Si ha de volver de Canaria?

FRAY PABLO.

Si la mar no le es contraria,
No ha de tardar en venir;
Que le envian á llamar
Para ir á Roma.

PADRE.

¡Ay Dios mio!
En vuestra piedad confio
Que le podré ver y hablar.
No se cierren estos ojos
Hasta que á fray Diego vea,
Ni antes la tierra posea
Estos caducos despojos.

FRAY PABLO.

Padre, muy presto será;
Que desde Canaria á España,
Si buen viento le acompaña,
En ocho dias vendrá.

PADRE.

Vénganse, padres, conmigo,
Lleven mi hacienda los dos:
Por ellos me aumenta Dios
El aceite, vino y trigo.

MENCÍA.

Dénme, padres, á besar
El hábito.

FRAY JUAN.

Dios la guarde.

LORENZO.

¡Ah, padres! vengan, que es tarde,
Y tenemos que limpiar.

FRAY JUAN.

Fray Diego vendrá á ayudar
Muy presto.

PADRE.

Espérolo así.
Si el viento que corre aquí
Le diese Dios por la mar;
Pero yo sé que mi santo
No pasara estos enojos,
Si viniera por mis ojos,
Que tambien son mar de llanto.

(*Vanse.*)

Salen FRAY DIEGO y FRAY ALONSO.

FRAY ALONSO.

Milagro, padre, ha sido
Tantas leguas de mar alborotada
Tan presto haber corrido.

FRAY DIEGO.

No importa á la oracion la mar airada.
Dios dijo que áun harian
Mayores cosas los que en él creian.

FRAY ALONSO.

Trescientas leguas dicen
Que hay de Canaria aquí.

FRAY DIEGO.

Poco los vientos
Al hombre contradicen, [mientos.
Que puestos tiene en Dios sus pensa-

FRAY ALONSO.

Triste queda Canaria.

FRAY DIEGO.

Fué partida forzosa y necesaria.

FRAY ALONSO.

Grande provecho hacia
Entre los fieros bárbaros canarios;
Que á muchos convertia
Con viva voz y con ejemplos varios.
Apóstol me parece,
Pues de lenguas el cielo le enriquece.

FRAY DIEGO.

¡Ay! si yo pareciera
No más de bueno! Pero soy tan malo,
Que como bestia fiera,
Desprecio de los cielos el regalo.

FRAY ALONSO.

Desierta es esta orilla,
Marisma de Sanlúcar á Sevilla.
Tenerme puedo apénas
De hambre, padre mio; y él me espan-
Que por estas arenas [ta,
Puede pasar con ligereza tanta,
Y pienso que ha comido
Yerbas tres dias, y del rio bebido.

FRAY DIEGO.

Padre, los animales
Merecen esas yerbas, que agradecen
Los dones celestiales;
Mis pecados aun yerba no merecen.
Aquella historia he oido
Del Rey, que anduvo en bestia conver-
Así, padre, debiera [tido:
Vivir por estos campos este indino,
Que ha convertido en fiera
Su soberbia, su loco desatino,
Con la estatua que ha hecho
De la ambicion de su ignorante pecho.

FRAY ALONSO.

Padre fray Diego, crea
Que yo soy hombre y que me muero
Si mi vida desea, [de hambre.
Ruéguele á Dios que la vital estambre,
Que amenaza la muerte,
Esfuerce, y tenga de su mano fuerte,
O que en este desierto
Pan de su cielo santo nos envíe.

FRAY DIEGO.

Pues, padre, esté muy cierto,
Y mejor que Israel en Dios confíe.

FRAY ALONSO.

Padre, ya me desmaya
La hambre y la aspereza desta playa.

FRAY DIEGO.

Mirar, mi padre, quiero
Entre estas yerbas.—¡Dios me valga!
El pan hallé primero. [Espere.
Vino y pescado es esto.

FRAY ALONSO.

Padre, ¿quiere
Que me arroje á sus plantas?

FRAY DIEGO.

¡Qué! Vuestras son, Señor, mercedes
[tantas!

FRAY ALONSO.

Padre, muestre y perdone:
Que no puedo dejar de darle besos
Con que mi intento abone,
Para que queden en el pan impresos.

FRAY DIEGO.

Espere, padre, tome.
¡Jesus! ¡*Deo gratias!* ¿De esa suerte co-
[me.

FRAY ALONSO.

Pues ¿cómo si en tres dias
No he comido bocado? Agora, ¿llama
La muerte niñerías!
¿Tengo de hacer melindres como dama?
Pues el cielo lo envía,
El no comerlo ingratitud sería.
Cómo, Señor divino,
Por ser cosa tan vuestra. Padre, coma;
Y beba deste vino,
Que está adobado de precioso aroma.

FRAY DIEGO.

¡De esa manera bebe!

FRAY ALONSO.

Padre, el ser de los ángeles me mueve;
Que si otro lo guisara,
Que si otro lo trajera, no lo crea.

FRAY DIEGO.

Pues ¿cómo no repara
En que esto acaso, y no milagro, sea?

FRAY ALONSO.

No diga cosas tales.
¿Niega que son mercedes celestiales?

FRAY DIEGO.

Merced el darlo ha sido;
Pero alguno por dicha en este prado
Su merienda ha perdido.

FRAY ALONSO.

Pues si otro la perdió, yo la he ganado.
Venga, padre, comiendo.

FRAY DIEGO.

Que habemos de ir los dos á Roma en-
[tiendo.

FRAY ALONSO.

Coma desta manera,
Y vamos á Venecia, á Transilvania,
Y hasta la Libia fiera,
Y á los leones de la inculta Albania.
¡Que no quiere un traguito!

FRAY DIEGO.

Deo gratias.

FRAY ALONSO.

Pues, á fe que está fresquito.

FRAY DIEGO.
En la manga ó capilla
Ponga lo que sobrare, y caminemos;
Que he de entrar en Sevilla
A tiempo que en la misa gracias demos
Á aquel Rey infinito.

FRAY ALONSO.
¡Oh cuánto le esforzara otro traguito!
(*Entran.*)

Sale LA MUJER *de aquel panadero, y* ALÍ.

MUJER.
¡Qué es esto que has hecho, moro!

ALÍ.
¿Qué querelde que haber hecho?

MUJER.
Rásguese mi duro pecho,
Báñese mi pecho en lloro.

ALÍ.
Seniora, el horno encender
Como lo tener mandado.

MUJER.
Mi hijo en él se habia entrado;
Todo se debe de arder.

ALÍ.
¡El niño!

MUJER.
Entróse, ¡ay de mí!
Y en el horno se durmió.

ALÍ.
Eso ¿qué sabelde yo?
So marido andar aquí.

Entra EL PANADERO.

MUJER.
¡Ay marido de mi vida!
¡Nuestro niño se ha quemado!

PANADERO.
¡Francisquito! ¡Ah cielo airado!

MUJER.
¡Toda la leña encendida,
Y el niño dentro durmiendo!

PANADERO.
¡Tristes! ¿qué habemos de hacer!
Pero dejádmele ver,
Aunque se esté todo ardiendo.
(*Descúbrese un horno todo ardiendo y echando llamas por la boca.*)
¡Hijo de mi corazon!
¿Puedes hablar?

MUJER.
No es posible;
Que ya en el fuego terrible
Perdió la respiracion.

PANADERO.
Ya no es de provecho el agua.

ALÍ.
¿Qué diablo estar de provecho,
Si estar desde el suelo al techo
El horno como una fragua?

MUJER.
¡Ay miserable de mí!
Crecen las llamas feroces.

Sale FRAY DIEGO *y su* COMPAÑERO.

FRAY DIEGO.
Hermana, ¿de qué da voces?

MUJER.
¡Ay, padre! ayúdeme aquí,
No le digo que á sacarme
Un niño que ardiendo está,
Sino á que me libre ya
De dar en desesperarme.
Téngame Dios en su mano;
Que me abrasaré con él.

FRAY DIEGO.
¡Detente, fuego cruel,
Por el Señor soberano
Que á los tres niños libró!

PANADERO.
La llama el padre santigua.

FRAY DIEGO.
A la Virgen de la Antigua,
De quien soy devoto yo,
Id, hermana, brevemente,
Y esta vida le pedid,
Y algo, por mí, le decid
Con el alma tiernamente.

MUJER.
Yo voy, padre de mis ojos;
Que verle me ha consolado. (*Vase.*)

FRAY DIEGO.
Salid acá, niño amado;
Que no sois vos los despojos
Que han de quedar deste fuego.
(*Mete el brazo en el fuego y sácale.*)

PANADERO.
¡Milagro! ¡milagro!

ALÍ.
¡Logo
Salir! ¿Qué templar el fogo?

FRAY ALONSO.
Déjame besar, fray Diego,
Esos piés.

FRAY DIEGO.
¡Jesus, hermano!
¿No ve que á la Virgen bella,
Del mar y del campo estrella,
Y aurora del bien humano,
Se debe, despues de Dios,
Tan justo agradecimiento!

PANADERO.
No teneis entendimiento
Para agradecerlo vos;
Mas yo por vos, hijo mio,
Besaré á este santo lego
Los piés.

ALÍ.
¿No conocer Dego
A Alí, que estar de so tio
Hortelano en so logar?
¿No se acordar del ermita?
Estar brosona bendita:
El ropa querer besar.
E miramos que te digo
Que cristiano querer ser
Por lo que acabar de ver.

FRAY DIEGO.
¡Dos mil veces te bendigo,
Clementísimo Señor!—
Alí, ¿que estás por acá!

ALÍ.
Cristiano querer ser ya:
Salimos de tanto error.
Mahoma estar un beliaco.
Escopimos zancarron,
E tenemos alfecion
Del voso divino saco.

FRAY ALONSO.
Padre, la voz se levanta
Del milagro por Sevilla;
Y es muy justa maravilla.
Pero en la cosa más santa
Suele entrar la vanagloria.

FRAY DIEGO.
Dice bien; mas ¿por qué en mí?...

FRAY ALONSO.
Venga, padre, por aquí.

FRAY DIEGO.
A Dios se debe la gloria.

ALÍ.
Padre, ya ser to devoto.
Dame el agua.

FRAY DIEGO.
Ven conmigo.

ALÍ.
Yo estar de to ley amigo;
Que Mahoma ser un poto.
(*Vanse.*)

Entran EL GUARDIAN Y FRAY JUAN.

GUARDIAN.
Esto me escriben de Roma.
Notables fiestas se hacen.

FRAY JUAN.
Y ¿qué os dicen de la Órden
De Francisco, nuestro padre,
Tan grande suma!

GUARDIAN.
Que son
Tres mil y ochocientos frailes.

FRAY JUAN.
¡Bendiga Dios tantos hijos
De Francisco!

GUARDIAN.
Cardenales
Y obispos tambien son muchos,
Si lo es que de ciento pasen,
En la gran ciudad de Roma.

FRAY JUAN.
¡Que un hombre muerto es bastante
A juntar ese concurso!

GUARDIAN.
Sí, padre, cuando es tan grande
Por santidad y virtud,
Porque quiere Dios honrarle
En el cielo y en la tierra.

FRAY JUAN.
¡Ay, que somos miserables,
Pues no queremos ser santos!

Sale UN PORTERO.

PORTERO.
¿Saben como vengo á darles
Nuevas á sus reverencias,
Que les serán agradables?
Fray Diego está en el convento.

GUARDIAN.
¡Qué dice!

PORTERO.
Sus caridades
Le verán en un momento.

GUARDIAN.
Mil años será un instante.

PORTERO.
Pues ¿saben que hay de camino?

FRAY JUAN.
Como este convento yace
Bien tres leguas de Sevilla,
Ninguna cosa se sabe.

PORTERO.
Un milagro de fray Diego,
Aunque él á la Reina y Madre
De piedad y de la Antigua,
Por tiempos inmemoriales
En la iglesia mayor puesta,
Le atribuyó.

GUARDIAN.
Muy bien hace.
PORTERO.
De un horno ardiendo ha sacado
Un niño.
FRAY JUAN.
¡Cosa notable!
¡Bendito mil veces sea
El autor de obras iguales!
PORTERO.
Venle ahí.

Sale FRAY DIEGO Y FRAY ALONSO.

FRAY DIEGO.
Dadme los piés,
Padres en Cristo, y mis padres,
Aunque hijo indigno.
GUARDIAN.
El cielo
En su servicio le guarde,
Padre fray Diego. ¡Jesus!
¡Qué bueno viene! No trae
Señal de largo camino.
FRAY DIEGO.
Ni áun de ser bueno señales.
¿Cómo están? Buenos están,
Ya lo veo. ¡Qué ignorante!
Más lo vuelvo que lo fui.
Perdonen.
FRAY JUAN.
¡Él es un ángel!
FRAY ALONSO.
Pues á fe, que si le viesen
Sus caridades las carnes,
Que no podrian sufrir
Que la cara los engañe.
GUARDIAN.
¿Hay hierro?
FRAY ALONSO.
Gruesas cadenas,
Y un rallo tan penetrante,
Que no entiendo cómo vive.
GUARDIAN.
Porque quiere sustentarle
Quien le quiso hacer tan bueno.
FRAY JUAN.
Diga, padre: los gigantes
Y bárbaros de Canaria
¿Cómo llevan que les traten
De que dejen á sus dioses,
Y la fe de Cristo ensalcen?
FRAY DIEGO.
En los de Fuerteventura
Impresion hace el tratarles
Los misterios de la fe;
Los de la Canaria Grande
Defienden que entren en ella;
Pero si los conquistase
El Rey, como en Dios lo espero
(Aunque tiempos adelante),
Tambien la fe tomarian;
Puesto que es gente intratable,
Y más los que Guanchos llaman,
Que allá en Tenerife caen.
PORTERO.
¿Qué visten?
FRAY DIEGO.
Plumas y pieles
De diversos animales.
PORTERO.
¿Qué armas?
FRAY DIEGO.
Arcos y flechas,
Con que en la region del aire,
Aunque fuese la tercera,
No están seguras las aves.

GUARDIAN.
Padre fray Diego...
FRAY DIEGO.
¿Qué manda
Su caridad?
GUARDIAN.
Sepa, padre,
Que á la canonizacion
Que en Roma agora se hace
Del padre san Bernardino,
Luego que un poco descanse,
Se ha de partir; que lo quiere
La obediencia...
FRAY DIEGO.
¡Que me place!
GUARDIAN.
Con el padre fray Alonso
De Castro, porque allá traten
Lo que verán por escrito.
FRAY DIEGO.
Padre, para luego es tarde.
GUARDIAN.
Vaya á ver canonizar
A san Bernardino, y calle;
Que otros podria ser que fuesen
A verle... Pero esto baste.

ACTO TERCERO.

Entran ESTACIO Y AMARO, *estudiantes.*

ESTACIO.
Notable devocion me ha dado el verle.
AMARO.
No pude yo sin lágrimas mirarle.
ESTACIO.
A ejemplo de fray Diego, cada dia
Mil estudiantes van tomando el hábito.
AMARO.
Santa María de Jesus se llama
Este convento de Alcalá de Henáres:
Nombres de capitanes tan ilustres
Que con razon alistan los soldados.
Este es de la Custodia de Toledo,
Y su Arzobispo reedifica agora
La iglesia y casa, y su famoso entierro
En la mayor capilla.
ESTACIO.
Es don Alonso
Carrillo aficionado con extremo
Al pardo paño que bordó Francisco
Del oro y piedras de su regla santa.
AMARO.
Así me pareció que ví vestido
A nuestro compañero.
ESTACIO.
Él fué dichoso
En despreciar el mundo desta suerte,
Si ha de perseverar.
AMARO.
Mucho regalo
Y vida de mancebo distraido
Tuvo en el siglo; pero Dios es grande.
ESTACIO.
El santo Diego, que movió su pecho,
Con sus consejos le tendrá seguro;
Que si él es verde yerba, Dios es muro.

Sale EL PADRE *de san Diego* Y ESTÉBAN.

PADRE.
Aquí nos informarán;
Que es lástima que no pueda
En lo poco que me queda
(Que pocos dias serán)
Ver un hijo que engrandece
Todo el mundo.
ESTÉBAN.
Estos señores
Estudiantes ó doctores,
Que aquí el cielo nos ofrece,
De fray Diego nos dirán.
PADRE.
Señores, ¿qué órden tendremos
Si á fray Diego ver queremos?
ESTÉBAN.
Que muy presto le verán,
Porque ha de salir de aquí,
Cual suele, á dar de comer
A los pobres.
PADRE.
¿Puede ser
Que tal bien pase por mí!
AMARO.
Vienen á buena ocasion;
Porque despues que llegó
De Roma, donde asistió
En la canonizacion
Del santo fray Bernardino,
Y que de la Andalucía
Le trujo el dichoso dia
Que á Alcalá de Henáres vino
El Vicario provincial,
Que es fray Rodrigo de Ocaña,
Hombre tan raro en España,
Que apénas conoce igual,
Vivió fray Diego el convento
Que llaman Nuestra Señora
De la Salceda.
ESTACIO.
Ya es hora
De salir á dar sustento
A infinita gente aquí,
Que con su limosna vive.
PADRE.
Quien tanta de Dios recibe
Bien puede darla.
ESTACIO.
Es así.
AMARO.
Allá el padre en penitencia
Pasaba el tiempo; aquí en obras
Tan piadosas, que de sobras
Desta casa y su abstinencia
Hace milagros notables.
Allá una cueva vivia,
Donde el demonio vencia,
Cuyas voces lamentables
Aquellos padres oyeron
Muchas veces; y aquí agora
Su caridad atesora
En estos sacos, que fueron
Siempre las arcas del cielo,
Y la santa vida activa
Junta á la contemplativa,
Cual muchos santos lo hicieron.
PADRE.
Diego lo debe de ser.
Verle, señores, querria;
Que desde el Andalucía
Con ansia le vengo á ver.
AMARO.
De cualquier necesidad
Remedio hallaréis en él.

Salen SEIS POBRES *con sus horteras, y* DOS MUJERES, *y* FRAY DIEGO *detras con la cuchara*, Y FRAY ALONSO *con la olla y el pan.*

FRAY DIEGO.
No han de llegar de tropel.

Sale UN SOLDADO.

EL SOLDADO.
Déme á mí su caridad.

FRAY DIEGO.
Pónganse por órden, santos;
Que el padre Francisco hará
Que haya para todos.

PADRE.
Ya
Que merezco bienes tantos
De tu gran mano, Dios mio,
Cuando quisieres me lleva.

SOLDADO.
En esta escudilla nueva,
Antes que el caldo esté frio,
Eche, por Dios, padre Diego;
Porque estoy de arcabuzazos
Tullido de piés y brazos.

Sale UN COJO.

COJO.
Destos soldados reniego.

FRAY ALONSO.
Callen y déjenle dar;
Que el padre sabe mejor
Lo que ha de hacer.

FRAY DIEGO.
El Señor
Que los suele sustentar,
Agora lo hará tambien.

UN MUCHACHO.
Déme pan, padre Fray Diego.

UNA MUJER.
¡Padre!...

FRAY DIEGO.
Callen, que ya llego.

SOLDADO.
¡Que á todos sustento dén,
Y falte para un soldado
Hecho un harnero!

FRAY DIEGO.
Por eso,
Que no le di le confieso;
Pero yo tendré cuidado;
Que si un harnero está hecho
Todo el cuerpo, claro está
Que el caldo se le saldrá,
Y no le entrará en provecho.

SOLDADO.
¡Oiga el reliente del padre!
Eche un sorbo solamente,
Pues ha dado á tanta gente.

FRAY DIEGO.
Pare su escudilla, madre.

MUJER.
Págueselo, Dios, amén.

SOLDADO.
Y yo ¿soy algun guillote?
. . . . [1]

FRAY ALONSO.
¿Qué importa que no le dén?

SOLDADO.
¿Qué importa? Luego el comer
¿No es negocio de importancia?

COJO.
No tenga tanta arrogancia.

SOLDADO.
Pues, cojo de Lucifer,
Está empedrando de pan
Su escudilla, y yo perezco,
¡Y arrogante le parezco!
Pues, padres, si no me dan,
Echaréme de cabeza
En ese pozo de caldo.
Deje, por Dios, de aguinaldo
Que moje aquesta corteza.
Mire que he estado en Argel,
En la Mancha, en Roma, en Troya,
En Galicia y en Saboya,
En Sanlúcar y en Daimiel;
Y me han dado mil heridas
Enemigos de la fe.

FRAY DIEGO.
Calle; que yo le daré.

SOLDADO.
Tengo las tripas caidas
En las rodillas, de hambre.

COJO.
Muéleste, y no te han de dar.

SOLDADO.
Comer pudiera y callar
El señor cara de alambre.

COJO.
Señor soldado fingido,
¿Sabe como si me apoda,
Alborotaré la boda?

SOLDADO.
Tome.
(*Dale con un palo en la escudilla.*)

FRAY DIEGO.
Deo gratias. ¿Qué ha sido?

COJO.
La escudilla me ha quebrado.

SOLDADO.
¡Miren la cara que pone!
Su reverencia perdone:
Que soy soldado y honrado,
Y no es mucha maravilla.
Mentis, me dijo; y recelo
Que dice el libro del duelo
Que le quiebre la escudilla.

Sale ALÍ, *morisco, de pobre.*

ALÍ.
¡A lo que habemos venido!
Estar Dios siempre alabado...
—Mas pensar que haber llegado
Cuando habemos repartido
El olla so reverencia.
Echar, bon fray Diego, aquí.

FRAY DIEGO.
¿Es Alí?

ALÍ.
No ser Alí:
Tal estamos diferencia.

FRAY DIEGO.
¡Válgate Dios! ¿Cómo vienes
Deste modo?

ALÍ.
Andar berdido,
Porque no haber conocido
El bon Señor que tú tienes;
Que como sabes, Sevilla
Bautizamos, y despos
Hacer mal, castigar Dios,
E quebramos un costilla.

FRAY DIEGO.
Quien no sirve á Dios, Alí,
Nunca espere buen suceso.

SOLDADO.
¡Échele bien de eso espeso!
¡Que vengan moros aquí,
Y se lleven el sustento!

FRAY DIEGO.
Ea, váyanse con Dios.

SOLDADO.
¿Y yo, padre?

FRAY DIEGO.
¿No os di á vos?

SOLDADO.
¡A mí!

FRAY DIEGO.
A vos.

SOLDADO.
¡Qué lindo cuento!
Con la olla cargaré.

FRAY ALONSO.
Deo gratias.

COJO.
Toda la lleva.

MUJER.
Vamos tras él.

FRAY ALONSO.
¡Buena prueba
De paciencia!

COJO.
Ya se fué.
(*Vanse los pobres.*)

ALÍ.
El tombo del olla estar
Linda cosa. Andrar tras él.

FRAY DIEGO.
Éntrese, padre, con él.

FRAY ALONSO.
Pienso que la han de quebrar.
(*Llega el padre de fray Diego.*)

PADRE.
¡Padre mio, ya no hijo,
Sino padre y padre amado!
¿Conóceme?

FRAY DIEGO.
Ya me ha dado
El alma tal regocijo,
Que me dice bien quién es.

PADRE.
Dame esos piés por favor.

FRAY DIEGO.
¡Jesus, mi padre y señor!
Yo he de estar á vuestros piés.

PADRE.
Pues te ven mis ojos, Diego,
Ya bien se pueden cerrar.
Mil gracias tengo que dar
A Dios, pues á verte llego.
No vengo en esta ocasion
Más de á pedir que me dés
Para morir á tus piés,
Mi Diego, tu bendicion;
Que no fuera desta vida,
Sin tu bendicion, contento.

FRAY DIEGO.
¡Padre mio! el veros siento,
Cual decís, á la partida.
Hacedme, padre, un placer:
Que no sepan que aquí estais;
Que cuando vos os partais,
Prometo de iros á ver.

PADRE.
Pues ¿cómo, Diego, sabrás
Cuándo Dios quiera llevarme?

[1] Falta un verso.

FRAY DIEGO.

Dios hará que pueda hallarme
Con vos en San Nicolás.
Y echadme la bendicion:
Que no puedo detenerme.

PADRE.

¿Prometes, hijo, ir á verme?

FRAY DIEGO.

Si Dios quiere, en ocasion
Que os sirva de algun consuelo.

PADRE.

Hijo, bendígate Dios.

FRAY DIEGO.

Él os guarde, padre, á vos,
Y á entrambos nos lleve al cielo.

PADRE.

¡Qué breve conversacion!
Ojos, llorad la partida
Del sol que alumbra mi vida.

FRAY DIEGO.

Dios os dé su bendicion.

(*Vanse.*)

Salen AMARO Y ESTACIO, *estudiantes.*

AMARO.

En lo que digo paró
La furia de nuestro amigo.

ESTACIO.

Pésame, Dios me es testigo.

AMARO.

Este papel me escribió,
En que dice que no puede
Llevar tal vida adelante.

ESTACIO.

¡Que fuese tan ignorante!
¡Que no hay remedio que quede,
Siquiera por la vergüenza
De amigos y de parientes!

AMARO.

De tantos inconvenientes
No hay ninguno que le venza.
Él no es para fraile: aquí
Me dijo que le esperase,
Para que le acompañase.

ESTACIO.

Eso es peor.

AMARO.

¿Cómo ansí?

ESTACIO.

¿Pedir no fuera mejor
Su vestido?

AMARO.

Salir quiere
Por la huerta; que se muere
De vergüenza y de temor.

ESTACIO.

¡Por la huerta!

AMARO.

Aquí esperemos;
Que él poco puede tardar.

Sale FRAY PEDRO, *novicio.*

FRAY PEDRO.

Ya me deben de aguardar.
Ea, vergüenza, ¿qué hacemos?
¿Qué importa lo que dirán,
Que todo será ocho dias?
Memorias de cosas mias
Notable pena me dan.
Yo no soy para obediencia.
¡Oh! ¡qué mal en esta edad
Se pierde la libertad!

Sale FRAY DIEGO.

FRAY DIEGO.

No, Señor, por tu clemencia;
Y pues te le truje yo,
No permitas que se pierda.
Francisco, pues vuestra cuerda
Este pajarillo ató,
¿Por que le dejais volar
Donde la liga del mundo
Le coja para el profundo?
De rodillas he de estar
Hasta que me hagais favor
De detenerle.

FRAY PEDRO.

¿Qué aguardo!
¡Yo cordon! ¡yo sayal pardo!

FRAY DIEGO.

¡Cristo! ¡Francisco! ¡Señor!

(*Arrodíllase.*)

FRAY PEDRO.

Por este claustro saldré.

(*Descúbrense en dos peñas San Francisco, y Cristo Nuestro Señor, crucificado.*)

FRAY DIEGO.

¡Ay, Francisco, que se va!

(*Al salir el Fraile, baja San Francisco la mano, y Cristo Nuestro Señor desclava de la cruz la suya, y tiénenle entrambos.*)

SAN FRANCISCO.

Pedro, ¡así me dejas ya!

FRAY DIEGO.

Cogióle: no se le fué.

CRISTO.

Pedro, mi yugo es süave:
Prueba, prueba, y lo verás.

FRAY DIEGO.

Y el mismo amor: ¡eso más!

FRAY PEDRO.

¡Ay, Señor!

FRAY DIEGO.

Pues si la llave
De aquella mano divina
Os agarra de esa suerte,
Preso estais hasta la muerte.

FRAY PEDRO.

Señor, tu piedad inclina
A mi ignorancia. Francisco,
Que me perdone le ruega.

FRAY DIEGO.

Pues ¿á quién el perdon niega?

SAN FRANCISCO.

Vuélvete, Pedro, á mi aprisco,
Vuélvete; que este piadoso
Señor te dará perdon.

CRISTO.

Sí haré, por intercesion
De mi alférez vitorioso.

FRAY DIEGO.

A lindo puerto ha llegado,
Porque entre Francisco y Dios
Hay diez llagas.

FRAY PEDRO.

A los dos
Prometo...

FRAY DIEGO.

Y como honrado
Lo cumplirá, yo le fio.

FRAY PEDRO.

De perseverar.

FRAY DIEGO.

Sí hará.

(*Suéltenle, poniendo Cristo su mano en la cruz, y San Francisco elevado.*)

FRAY PEDRO.

¿Qué es lo que pasa por mí!
¿Qué es esto que he visto aquí!

FRAY DIEGO.

Admirado el bobo está;
Que no ve que le han cogido
Los mejores cazadores
Que para redes de amores
El cielo y tierra ha tenido.

FRAY PEDRO.

Las imágenes me hablaron
Que en aquesta puerta están,
Y áun detenido me han,
O los ojos me engañaron. —
¿Quién anda aquí? que ya todo
Me espanta.

FRAY DIEGO.

Pedro, ¿á dó bueno?

FRAY PEDRO.

¡Oh mi fray Diego!

FRAY DIEGO.

El sereno
Le hará mal, si deste modo
Fuera de la celda está.

FRAY PEDRO.

Padre, si él estaba aquí,
¿Qué mal habrá para mí?

FRAY DIEGO.

Ninguno puede haber ya.
Cumpla lo que ha dicho: ¿entiende?

FRAY PEDRO.

Padre...

FRAY DIEGO.

Váyase con Dios.

(*Vase fray Pedro.*)

Si estais de por medio vos
Con fuego que el alma enciende,
¿Qué mucho que se deshaga
El hielo de nuestro pecho?
Mucha merced me habeis hecho.
¿Qué os daré, mi bien, por paga?
¿Qué hará el ignorante Diego,
Mi Jesus, por vuestro amor?
¿Qué hará el pobre labrador,
El idiota, el fraile lego,
El miserable, la tierra,
La ceniza, el polvo, el nada?
Aquí estais, mi cruz amada,
Bandera contra la guerra
Del enemigo del hombre.
En verdad que he de sacaros,
Y aquí en medio acomodaros,
Para que mejor se asombre.
¡Oh qué linda habeis de estar
Para deciros amores!
¡Quién tuviera muchas flores
Con que os poder coronar!

(*Tome una cruz que estará arrimada á la pared, y póngala en medio del teatro.*)

Muere la vida, y muero yo sin vida,
Ofendiendo la vida de mi muerte;
Sangre divina de las venas vierte,
Y mi diamante su dureza olvida.
Está la Majestad de Dios tendida
En una dura cruz, y yo de suerte,
Que soy de sus dolores el más fuerte,
Y de su cuerpo la mayor herida.
¡Oh duro corazon de mármol frio!
Tiene tu Dios abierto el lado izquierdo,
Y ¡no te vuelves un copioso rio!
Morir por él será divino acuerdo.

Mas eres tú mi vida, Cristo mio,
Y como no la tengo, no la pierdo.
(*Vaya subiendo con música por la cruz á lo alto, elevado.*)

Salen FRAY JUAN Y EL PORTERO.

FRAY JUAN.
Digo, padre, que es muy cierto
Que le he visto aquí elevado.

PORTERO.
Yo, padre, no lo he dudado;
Mas del silencio le advierto.
Sienten los siervos de Dios
Que se publiquen sus cosas.

FRAY JUAN.
Cuando son tan misteriosas
Como sabemos los dos,
Para su gloria ha de ser.

PORTERO.
¡Mire, padre, lo que pasa!

FRAY JUAN.
¡Cielo se ha vuelto esta casa!

PORTERO.
Padre, ¿qué se puede ver
De mayor gozo en el suelo?

FRAY JUAN.
De la cruz son los favores.

PORTERO.
Dícele tantos amores,
Que se va con ella al cielo.
(*Baje con música.*)

FRAY JUAN.
Escóndase, padre, aquí:
No vea que le hemos visto.

FRAY DIEGO.
Cama de mi dulce Cristo,
¡Quién se viera en vos así!
¡Dichosos Pedro y Andrés,
Que tanto bien merecieron!
¡Dichosos los que pusieron
En vos sus manos y piés!
Pero ya el alba se muestra.
Mis enfermos ¿qué dirán?
Mi cruz, ménos me echarán:
Yo os vuelvo á la pared vuestra,
Porque tengo que les dar
(*Quítela del encaje, y vuélvala donde estaba de ántes.*)
Ciertas purgas y jarabes. (*Vase.*)

FRAY JUAN.
De sus amores süaves
Le debieron de apartar
Nuestras voces, si por suerte
En el éxtasis divino
Las sintió.

PORTERO.
¡Por qué camino
Va previniendo su muerte,
Este santo lego, padre!
¡Cómo enseña á los letrados!

FRAY JUAN.
¡Qué pechos bien empleados
De la religion su madre!

PORTERO.
Notables batallas cuentan
Que con el demonio tuvo
En la Salceda.

FRAY JUAN.
Allí estuvo
Como una roca que intentan
Derribar en medio el mar
Los vientos; allí en el hielo
Su puro y honesto celo
Quiso mil veces mostrar.
Cual su padre San Francisco,
Allí en zarza le imitó;
Allí tambien le arrojó
De una escalera y de un risco;
Allí, en forma humana, hablar
Con los ángeles le vieron.
. . . . . . [1]

PORTERO.
Pues ¿qué hicieron
En venir á conversar
Con quien su Señor Divino
Tantas veces conversó!

FRAY JUAN.
El ángel ¿cuerpo tomó?

PORTERO.
¿Luego no, cuando convino
Para lo que Dios le ordena?

FRAY JUAN.
¿Cómo le toma?

PORTERO.
Eso, padre,
En Santo Tomás verá,
Para que pueda enterarse.

FRAY JUAN.
¿Qué cuestion?

PORTERO.
Cincuenta y una,
Y en Alejandro de Alaes,
En la cuestion treinta y cuatro,
San Buenaventura trae,
Y Escoto con los doctores
Escolásticos, lugares
Claros en esta materia.

FRAY JUAN.
¡Cuerpo humano toma el ángel!

PORTERO.
Cuerpo humano el ángel toma
Cuando al hombre quiere hablarle.

FRAY JUAN.
Oiga, padre, este argumento.

PORTERO.
No tiene que argumentarme.

FRAY JUAN.
Oiga, digo.

PORTERO.
¿Qué he de oir?

Sale FRAY DIEGO, *con un vaso.*

FRAY DIEGO.
Diga que un momento aguarde;
Que voy muy de prisa agora
A llevar este jarabe.

FRAY JUAN.
Oiga y responda.

PORTERO.
Sí haré.

FRAY JUAN.
Sepa que es error notable
Presumir nadie de sí.

FRAY DIEGO.
De sí no presuma nadie.
¿Qué es esto?

PORTERO.
Vaya, fray Diego,
A sus enfermos; que es tarde;
Que él no sabe nada desto.

FRAY DIEGO.
Ya lo sé: Dios solo sabe;
Mas díganlo, por mi vida.

PORTERO.
Era cuestion *utrum angeli
Possunt asumere corpora.*

[1] Falta un hemistiquio.

FRAY DIEGO.
¿Si puede tomar el ángel
Cuerpo?

PORTERO.
¡El latin entendió,
Que le dije por burlarme!

FRAY DIEGO.
Y ¡cómo, pues es de fe,
Y en la Escritura probable!
Tres ángeles vió Abraham
Que concebido anunciasen
A Isac, como tres varones;
Dos á Loth en otra parte,
El incendio de Sodoma;
Tobías, de lindo talle
Vió un mancebo, que ángel fué;
Y San Lúcas dijo, padres,
Que entró el ángel á la Virgen:
Luego si entró, queda fácil
Que tuvo cuerpo.

PORTERO.
¡Hay tal cosa!
*Dic Pater, et possunt mali
Assumere corpus?*

FRAY DIEGO.
Sí,
Y es de fe.

FRAY JUAN.
¡Caso notable!

FRAY DIEGO.
En figura de serpiente,
Muy conforme á sus maldades,
Se puso en el Paraíso;
Esto los niños lo saben:
Y á Cristo, allá sobre el monte,
Le llevó á que le adorase.
Y conforma esta razon,
Que las cosas naturales
Le quedaran como al bueno:
Luego es argumento fácil
Que si el bueno le tomó,
El malo puede tomarle.

PORTERO.
¿Qué es tomar cuerpo?

FRAY DIEGO.
Es hacer
Por señal manifestarse
Sensible, en que se conozca
Que está allí.

PORTERO.
Padre, repare
En cosa tan milagrosa.

FRAY JUAN.
No habrá ingenio que no espante.

PORTERO.
¿Toma por necesidad
Cuerpo?

FRAY DIEGO.
No.

PORTERO.
¿Pues cómo?

FRAY DIEGO.
Aguarde.
Sólo por nuestro provecho
Le toma el bueno, pues hace
Con esto que el hombre aquí
Familiarmente le trate,
Y es mostrar la compañía
Que en la vida perdurable
Hemos de tener con ellos;
Que como los malos, padre,
Le toman para ofenderle,
Los buenos para ayudarle.

PORTERO.
Diga: el ángel ¿organiza
Aquel cuerpo?

FRAY DIEGO.

No, prepárale.

PORTERO.

Si el malo en ángel de luz,
O en Cristo se transformase,
¿Será adorarle pecado?

FRAY DIEGO.

Será pecado adorarle,
Si ignorancia no lo excusa...
—Mas, padres, ellos acaben
Esta cuestion; que en verdad,
Que como soy ignorante,
Me olvidaba del enfermo
Que ha de tomar el jarabe. (*Vase.*)

FRAY JUAN.

¡Hay cosa más peregrina!

PORTERO.

Cosas sobrenaturales
No están en naturaleza,
Padre mio, ni en el arte.
Todo esto es claro milagro.

FRAY JUAN.

¿Qué mayor que ver que hable
Un lego idiota en materia
Tan alta, y que nos declare
Tan fácilmente el conceto
Que de aquestas cosas hace?

PORTERO.

No tendré por hombre pio
A ninguno que dudase
Que aqueste es puro inocente.

FRAY JUAN.

Tan evidentes señales
De su santidad no pueden
Por ningun hombre negarse..

PORTERO.

Bastaba su caridad.

FRAY JUAN.

Y este ejemplo solo baste:
Que á un leproso, que ninguno
Osaba al rostro mirarle,
Le lamió todas las llagas.

PORTERO.

Pues las limosnas que hace
De milagros están llenas,
Porque sin pan, vino y carne,
Sobra vino, carne y pan.—
Ya viene el patron que hace
Nuestro convento de nuevo.

FRAY JUAN.

Dios le prospere y le guarde

Sale DON ALONSO CARRILLO, ARZOBISPO DE TOLEDO, Y EL GUARDIAN.

GUARDIAN.

Vueseñoría ilustrísima esté cierto
Que esos arcos serán así mejores.

ARZOBISPO.

Queda aqueste muy grande y descubierto.

GUARDIAN.

Ocuparse podrá con las labores.

ARZOBISPO.

¿Adónde está fray Diego?

GUARDIAN.

Allá en su huerto
Cogiendo flores y diciendo amores.

ARZOBISPO.

En extremo le soy aficionado.

FRAY JUAN.

Si hubieras visto lo que aquí ha pasado,
Con más razon, Señor, merced le hicieras.

ARZOBISPO.

¿De qué manera?

PORTERO.

Por probarle, intento
Argüirle en latin, y tan de veras
Ha entendido y resuelto el argumento,
Que si de Escoto ó Alejandro oyeras
La conclusion y el claro entendimiento,
No pudieras salir más satisfecho.

ARZOBISPO.

Vámosle á ver.

PORTERO.

El cielo está en su pecho.

(*Vanse.*)

Sale FRAY DIEGO, *con unas lechugas y unos rábanos.*

FRAY DIEGO.

A la fe que los cogí,
Y no lo vió el hortelano:
Ellos se guardan en vano
De mis hurtos y de mí.
En no hallando por aquí
Algo que á la puerta dar,
La huerta lo ha de pagar.
Paciencia, huerta; que el dia
Que Dios estas cosas cria,
Vos no las podeis negar.
¡Oh! ¡qué lechugas tan bellas!
¡Bendito sea su autor!
¡Qué rábanos! ¡qué color!
Mas quien hizo las estrellas
Y otras mil cosas sin ellas,
¿Qué mucho que muestre en esto
Su poder tan manifiesto?
Pero quiérolas lavar;
Que tiempo habrá de tratar,
Amor dulcísimo, desto.
No las quiero dar así.
La tierra quiero quitallas,
Y en este arroyo lavallas,
Pues él se me ofrece aquí.
Mucho há, mi bien, que á ti
Ninguna cosa te canto;
Pues aguarda, Jesus santo,
Que he de lavar y cantar.
Música te quiero dar,
Pues que della gustas tanto.
(*Siéntese á lavar las lechugas, y cante.*)
Estábase Dios Eterno
En su trono soberano...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Cercado de ángeles bellos,
Que le estaban adorando.

FRAY DIEGO.

Lástima el Señor tenia
Del miserable hombre humano...

MÚSICA.

Aunque le habia ofendido,
Inobediente y ingrato.

Sale UN DEMONIO, *que así como vaya lavando los rábanos y poniéndolos á un lado, se los vaya cogiendo.*

FRAY DIEGO.

Justicia y misericordia
En su pecho están luchando...

MÚSICA.

Venció el amor en efeto,
Y así dijo al Verbo Santo...

(*Vuelva la cabeza, y vea cómo el Demonio le coge la hortaliza, y diga*):

FRAY DIEGO.

¡Oh bellaco! La hortaliza
Que estoy cogiendo y lavando
Para los pobres, me llevas!

DEMONIO.

De envidia, Diego, lo hago,
De ver que van lo que cantas
Los ángeles acabando. (*Vase.*)

FRAY DIEGO.

Dame, traidor, mi hortaliza.—
Pero no; que de tu mano,
Ni áun para los pobres, quiero
Cosa ninguna, bellaco...
Bellaco, que fuiste hermoso,
Y fuiste al Señor ingrato,
Que tan hermoso te hizo...
—Pero ¡ay Dios! ¿quién se ha dejado
Este breviario aquí?
Abrir quiero el breviario.
¡Quién entendiera, Dios mio,
Estos versos y estos salmos,
Que os cantaba vuestro abuelo,
Despues de haberlos llorado!
Dadme un maestro, Señor.
(*De una invencion se le ponga un niño Jesus sobre el libro.*)
¡Oh mi niño soberano!
Si me venis á enseñar,
Yo seré el mayor letrado
Que haya tenido la tierra.
Decid, decid; que ya aguardo.
Enseñadme el A B C
Con este puntero santo,
Donde os entró la licion
Con sangre, pues fué en tres clavos.
Comencemos por el Christus.
¡Ay Dios! ¡qué bien comenzamos!
Así me dijo un portero
Cuando yo vine á buscaros,
Y aqueste saco me dió
Aquel vuestro enamorado
A quien le distes las rosas
De los piés, costado y manos.
¿Qué me decis, vida mia?
¡Oh! ¡bien haya el puro claustro
Que nueve meses os tuvo,
Y los pechos regalados
Donde pusistes, mis ojos,
Los corales de estos labios!
A la mu, Niño, á la muerte
Por mis culpas y pecados.
Ea ro, rostro, al morir
Para que todos vivamos.—
¿Fuése? Pues iré tras vos;
Que por más que vais volando,
Os hallaré en la custodia
Tan Dios, tan grande y tan alto.
(*Vase.*)

Sale EL GUARDIAN Y UN REFITOLERO.

REFITOLERO.

Crea vuesa reverencia
Que le digo la verdad.

GUARDIAN.

Aunque es esto caridad,
Pondré pena de obediencia
A fray Diego, que jamás
Tome el pan del refitorio.

REFITOLERO.

Es esto á todos notorio.

GUARDIAN.

Yo sé que no lo hará más,
Y ya le tengo reñido;
Pero con él no aprovecha.

REFITOLERO.

Yo siempre estoy con sospecha,

Siempre en vela y advertido;
Pero él viene tan sutil,
Que me toma cuanto tengo.
Por eso á quejarme vengo.

GUARDIAN.

Pues vaya, padre fray Gil,
A su refitorio, y calle;
Que yo reñiré á fray Diego.

REFITOLERO.

Por Dios, padre, se lo ruego.

GUARDIAN.

Como culpado le halle,
Yo le daré su castigo.

REFITOLERO.

O puede tambien mandar
Que otro sirva en mi lugar.

GUARDIAN.

Vaya, y descuide conmigo.

REFITOLERO.

Si cogiese todo el pan
Ya para los padres puesto,
O cuando viene en el cesto
Que del horno me le dan,
Así junto le daria. (*Vase.*)

GUARDIAN.

Es esa su condicion.—
Quien supiese la ocasion,
¿Cómo reñirle podria?
Envidio tanta virtud,
Tan ardiente caridad,
Tal pureza, tal bondad,
Tal silencio y tal quietud.
¡Oh santísimo varon!
¡Qué ejemplo á todos nos das!

Sale EL COCINERO.

COCINERO.

No puedo sufrirlo más.
Écheme su bendicion
Vuesa reverencia luego,
Y en otro oficio me ponga,
O la cocina disponga
Sin que pueda entrar fray Diego.

GUARDIAN.

¿Qué ha hecho?

COCINERO.

Hasta de la olla
Saca la vaca y carnero,
Y ayer me llevó un puchero
Que estaba con media polla
Para un enfermo, diciendo
Que un hombre que se moria
De hambre, se le pedia;
Y aunque fui tras él corriendo,
No sé por dónde se fué,
Que no le pude alcanzar.

GUARDIAN.

Con paciencia, fray Gaspar;
Que yo lo remediaré.
Vaya con Dios; que fray Diego
No entrará más á enojalle.

COCINERO.

Es menester castigalle:
Esto, ó que me quites ruego
El cargo de la cocina.

GUARDIAN.

Yo pondré en eso remedio.

COCINERO.

Aunque pongas de por medio
Una pared diamantina,
Hallará su caridad
Por donde darte cuidado.—
Mas por más que haya tomado,
Nunca á la comunidad
El sustento le faltó. (*Vase.*)

Sale FRAY DIEGO, *con una haldada de pan.*

FRAY DIEGO.

¡Lindamente lo cogí;
Que al Refitolero vi,
Y él pienso que no me vió!
¡Bravos panecillos van!
¡Ea, pobres de mis ojos!

GUARDIAN.

Deo gratias.

FRAY DIEGO.

Hoy tengo enojos.

GUARDIAN.

Diga, ¿dónde lleva el pan?

FRAY DIEGO.

¡Dios mio! ¿qué le diré?

GUARDIAN.

Muestre el pan; que no es bien hecho
(Aunque conozco su pecho,
Y ya sus limosnas sé)
Que falte para el convento.

FRAY DIEGO.

Padre, ¿qué dice!

GUARDIAN.

Descubra;
Que no es bien que el pan encubra,
Y que nos quite el sustento.
(*Descubra la falda llena de rosas.*)
¿Qué es aquesto!

FRAY DIEGO.

Rosas son:
¿No lo ve?

GUARDIAN.

Luego ¿no es pan?

FRAY DIEGO.

No, mi padre Guardian.

GUARDIAN.

¡Extraña transformacion!

FRAY DIEGO.

Tome, huela ese clavel.
Mire ¡qué lindo alelí!

GUARDIAN.

Vaya con Dios.

FRAY DIEGO.

¿Cuándo fui,
Jesus mio, á tu verjel
A coger aquestas flores!
Pero vuélvemelas pan,
Porque esperándome están
Tus convidados amores. (*Vase.*)

GUARDIAN.

¿Qué tengo ya que pensar,
Si aqueste prodigio vi?
El pan que guardó de mí,
Le quiso Dios transformar
En tales flores y rosas,
Porque no se le quitase:
Quien esto viese, y dudase
De hazañas tan milagrosas,
Falto seria de fe
Y de piadosa intencion.

Sale FRAY TOMÁS.

FRAY TOMÁS.

La mano y la bendicion
Vuesa caridad me dé.

GUARDIAN.

¡Oh mi padre fray Tomás!
Sea mil veces bien venido.
Diga: ¿en qué se ha detenido?

FRAY TOMÁS.

Estuve en San Nicolás,
Patria de nuestro fray Diego,
Porque al venir de Sevilla
Pasé por aquella villa,
Y casi sucedió luego
La muerte, á que yo me hallé,
De su padre.

GUARDIAN.

¿Que ya es muerto!

FRAY TOMÁS.

Muy viejo y santo.

GUARDIAN.

Eso es cierto,
Porque es muy justo que dé
Este fruto un árbol tal.
Mas su muerte no le diga,
Porque no le dé fatiga;
Que es el amor natural,
Y podrá ser que lo sienta.

FRAY TOMÁS.

Si el padre le vió morir,
Y como yo fué testigo,
¿Para qué he de darle cuenta
De aquello mismo que vió?

GUARDIAN.

¿Qué me dice, fray Tomás?
¡Fray Diego en San Nicolás!
¡Si nunca de aquí salió!

FRAY TOMÁS.

¿Cómo no, si yo le ví
A su padre consolar?

GUARDIAN.

De que se pudo engañar
Esté seguro de mí,
Porque ha estado en Alcalá
De años á esta parte.

FRAY TOMÁS.

Creo
Que pudiera mi deseo
De verle, engañarme allá,
Si no supiera que es santo:
Pues, padre, crea que allí
A fray Diego hablé y le ví.

GUARDIAN.

¿Qué dudo, si he visto tanto?
Calle, pena de obediencia,
Fray Tomás...

FRAY TOMÁS.

Yo callaré.

GUARDIAN.

Hasta que informado esté.

FRAY TOMÁS.

Yo sé que su reverencia
Hallará que ésta es verdad.

GUARDIAN.

Digo que no lo he dudado;
Pero sé que no ha faltado
De nuestra comunidad,
Ni salido del convento.
Fray Nofre viene, y dirá
Como ha estado en Alcalá.

FRAY TOMÁS.

Será milagro.

GUARDIAN.

Eso siento.

Sale FRAY ALONSO.

FRAY ALONSO.

Mande vuesa reverencia,
Padre, que luego se acueste
Fray Diego; que anda muy malo
De una postema que tiene;
Que no es bien que disimule
Si está cercano á la muerte,
Como dicen los doctores.

GUARDIAN.

Temí lo que le sucede,
Por no querer aguardar
A que el hierro la remedie.

FRAY ALONSO.

Con el que trae ceñido
Debe de pensar que puede.

Sale EL PORTERO.

PORTERO.

Paréceme que va aprisa
Nuestro padre.

GUARDIAN.

¿De qué suerte?

PORTERO.

Acostóse ó recostóse,
Y conociendo que viene
El Señor á visitarle,
Porque él lo pide y lo quiere,
Le ha dicho tan altas cosas,
Que en ellas y el accidente
Se pronostica su fin.

GUARDIAN.

Pésame que ya nos deje.
Vayan, padres; que ya voy.

FRAY TOMÁS.

Yo haré que sepan, si él muere,
Cosas que admiren á España,
De que tal hijo merece.
(*Vanse, y queda el Guardian.*)

GUARDIAN.

¿Qué es esto, Eterno Señor?
¡Así permites y quieres
Que sin los buenos quedemos!
Mas bien es que nos consuele
Tener allá quien por todos
Con tantos méritos ruegue.

UN ÁNGEL *en lo alto.*

ÁNGEL.

Fray Juan, hoy permite Dios
Que desde la tierra vuele
Este hijo de Francisco,
Pobre, humilde y inocente,
A la silla que le aguarda;
Y porque más te consueles,
Quiere que le honre el mundo,
Y como á santo venere.
En tiempo del Rey Felipe,
Que llamarán el Prudente,
Tendrá el Príncipe don Cárlos
Salud por Diego; que quiere
Hacer Dios este milagro,
Porque esta ocasion aliente
A su canonizacion
Prelados, ciudades, reyes,
Y las universidades;
Y para que la celebre,
Hijo desta religion
Tendrá la Romana sede:
Sixto Quinto, fraile vuestro.
¡Dichosa Alcalá, que tienes
Tal dicha en santos varones!
Pero bien es que los siembres,
pues te ha regado la sangre
De dos niños tan valientes. (*Vase.*)

GUARDIAN.

Oí la voz, y no ví
El dueño. ¿Si fué celeste
Espíritu?—La cortina
Corren á Diego; ya muere.
Basta; que el mismo arzobispo
Está presente á su muerte.

FRAY DIEGO, *con una cruz, y alrededor* SUS FRAILES.

FRAY DIEGO.

Con mil abrazos y besos
Mi alma quiere abrazarte,
¡Oh soberano estandarte
Adonde viven impresos
Los despojos de la gloria
De aquel capitan divino
Que á abrirnos sus puertas vino,
Y entramos por su vitoria!
¡Oh, cruz mia y mi bien todo,
Agora tu favor pido!

FRAY ALONSO.

¡Qué bien al árbol asido
Podrá pasar deste modo,
Padres, el golfo del mar
De la muerte que le espera!

GUARDIAN.

¡Quién por sus aguas pudiera
Tan dulcemente pasar!

FRAY DIEGO.

Padres, quédense con Dios,
Y el mi padre Guardian
Con los demas que aquí están.
Y vos, gran prelado, vos
Que la silla de Toledo
Tan dignamente teneis,
Suplicoos me perdoneis,
Y me bendigais.

ARZOBISPO.

No puedo
De lágrimas responder.
¡Dios te bendiga!

FRAY DIEGO.

Mi Dios,
Confianza llevo en vos
Que ya nos vamos á ver.
¡Dulce lignum, dulces clavos,
Dulcia ferens pondera,
Que sola fuiste digna
Portare regem coelorum!
(*Besando la cruz espiró.*)

ARZOBISPO.

¡Ya murió!

GUARDIAN.

¡Ya vive en Dios!

FRAY JUAN.

¡Qué olor divino!

FRAY ALONSO.

La villa
Se altera.

GUARDIAN.

No es maravilla,
Pues tal joya tiene en vos.

ARZOBISPO.

Cerrad; que acude la gente.
Póngase en veneracion.

Sale UN CIUDADANO Y UNA DAMA.

EL CIUDADANO.

Déjenle ver; que es razon.
¡Tesoro tan excelente
Quieren, padres, encubrir!

LA DAMA.

¡Las puertas les romperán!

OTRA.

Abranos, padre fray Juan.

UN HOMBRE.

¡Padre fray Juan! mande abrir.

OTRO.

Déjenos ver, pues es justo,
Padres, al santo fray Diego.

OTRO.

Si no le descubren luego,
Les han de hacer un disgusto.

Sale UN MUCHACHO *con* SU PADRE.

EL PADRE.

Agora puedes decir,
Aunque yo contigo vengo,
Que en fray Diego te ha faltado
Padre.

EL MUCHACHO.

Yo se lo prometo.
No habia dia ninguno
Que me viese el santo lego,
Que no me diese algun pan.—
¡Padre! ¡ah padre! Padre pierdo.
No tengo padre, ¡ay de mí!

LA DAMA.

Su sepulcro han descubierto
Lo más presto que han podido.
. . . . [1]

OTRA.

¡Qué hermoso! ¡qué lindo está!
. . . . [2]

OTRA.

Toquemos nuestros rosarios.
(*Aquí se habrá descubierto con muchas lámparas de plata, y todos los* PADRES *que puedan alrededor dél.*)

MUCHACHO.

¡Padre! ¡ah padre! Ya está muerto!
¡Ya no tengo padre! ¡Ah padre!
¿Y mi pan, padre fray Diego!
¿Quién me le ha de dar agora?
(*Saca el brazo con una rosca y dásela.*)

CIUDADANO.

¡Milagro, milagro!

GUARDIAN.

¡Ay cielos!
Pan le dió el difunto santo;
Que áun muerto mostró su pecho
Tan ardiente caridad!

MUCHACHO.

Arrojado por el suelo,
Agradezco, padre mio,
Tan caritativo celo.

GUARDIAN.

Pues el mar de sus milagros
Es tan profundo, aquí demos
Fin á la vida y la muerte
De nuestro español *San Diego*.

1 y 2 Faltan dos versos.

CATÁLOGO

DE COMEDIAS Y AUTOS

DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

compuesto en lengua castellana **POR EL SEÑOR J. R. CHORLEY**, distinguido literato inglés:

TRABAJO CORREGIDO Y ADICIONADO

POR EL SEÑOR DON CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA.

ADVERTENCIAS Y EXPLICACIONES.

Los títulos de las obras dramáticas que componen este Catálogo, se han recogido de las obras que se van citando á continuacion.

En primer lugar, la gran coleccion de *Comedias de* Lope de Vega, que consta de veinticinco tomos ó *Partes*, en tamaño de cuarto español, impresas desde el año de 1604 hasta el de 1647. Las *Partes* III y V de esta serie de libros, en los ejemplares de que hoy subsiste noticia, corresponden, al parecer, á otra coleccion de comedias várias de diversos autores: de manera que, propiamente nombradas, no se conocen *Parte* III ni V de comedias de Lope. Y, por el contrario, existiendo una *Parte* XXII y una XXIV de comedias, real y verdaderamente escritas por Lope de Vega, hay ademas otra *Parte* XXII y dos XXIV que suenan como de nuestro autor y contienen comedias suyas en efecto, bien que mezcladas con las de otros poetas.

El tomo titulado: *Seis comedias de* Lope de Vega, impreso en Madrid, año de 1603, aunque suele aparecer como impreso en Lisboa, contiene una comedia de nuestro autor, despues de cinco ajenas que se le atribuyen.

La obra que Lope intituló: *La Vega del Parnaso*, comprende ocho comedias del mismo Lope.

Dos contiene suyas la *Relacion de las fiestas que la Villa de Madrid hizo en la canonizacion de san Isidro.*

Un libro que lleva por título: *Doce comedias nuevas de* Lope de Vega *y otros autores, segunda parte*, tiene cuatro de aquel.

Hay cuatro volúmenes, numerados como *Parte* XXVI, *Parte* XXVII, *Parte* XXVIII y *Parte* XXIX *de comedias de* Lope, los cuales incluyen obras de nuestro escritor y de otros. A estos cuatro libros acostumbran los bibliógrafos llamar *Partes* (tomos de comedias) *de* Lope de Vega *extravagantes.*

Hállanse además comedias de Lope en una *Parte* XXVIII *de comedias de varios autores*, y en la XXX, la XXXI, la XXXII, la XXXIII y la XLIV de aquel repertorio.

Se ven asimismo comedias de Lope en algun libro de obras dramáticas, impreso aisladamente, amén de los que se dejan citados, y en várias compilaciones de comedias sueltas, que se particularizan en su lugar.

Desde 1632 hasta 1704 fué saliendo á luz en Madrid una coleccion de *Comedias escogidas* que llegó á juntar cuarenta y ocho tomos ó *Partes*. Hay obras de Lope en la *Parte* III, en la VI, la VII, la VIII, la X, la XV, la XVI, la XVII, la XX, la XXV, la XXVIII, la XXII, la XLII, y quizá en la XXXVII y la XLIV.

Existen, en fin, autógrafos de comedias de Lope y copias manuscritas en várias bibliotecas públicas y particulares, de que se da noticia, aumentándose con los títulos de ellas el presente Catálogo.

Se ha completado, hasta donde ha sido posible, con las dos listas de títulos de comedias que el mismo Lope imprimió en dos ediciones de su obra: *El Peregrino en su patria*, y aprovechando,

como recurso postrero, el *Indice general alfabético de las comedias que se venden en casa de los herederos de Francisco del Castillo*, impreso en Madrid, año de 1725, y el *Catálogo alfabético del Teatro Español*, impreso en Madrid por don Vicente García de la Huerta, año de 1785.

Indícase á menudo en qué biblioteca pública ó particular existe el volúmen ó la obra escénica de que se trata, ó qué escritor da noticia de ella, usando generalmente para esto de abreviaturas, cuya lista y significado ponemos aquí.

EXPLICACION DE LAS ABREVIATURAS.

Aguilar.—Gaspar de Aguilar.
Alarcon.—Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.
Barr. (1)—Don Cayetano Alberto de La Barrera.
Belmonte.—Luis de Belmonte.
Bibl. Nac.—Biblioteca Nacional (Madrid).
Calderon.—Don Pedro Calderon de la Barca.
Cáncer.—Don Jerónimo Cáncer.
C. de varios : 1638.—El libro titulado : *Doce comedias de varios autores.* Tortosa : 1638.
Claramonte.—Andrés de Claramonte.
C. N. Amst.—Comedias nuevas. Amsterdam : 1726.
C. N. Barcel. : 1630.—*Doce comedias nuevas de Lope de Vega y otros.* Barcelona : 1630.
Cubillo.—Don Alvaro Cubillo.
Dif. XXVIII, *etc.*—*Comedias de diferentes autores. Parte* XXVIII, etc.
Durán.—Que posee aquella comedia el excelentísimo señor don Agustin Durán.
Enciso.—Don Diego Jimenez Enciso.
Enriquez Gomez.—Antonio Enriquez Gomez.
Escog. I, II, *etc.*—*Comedias escogidas de los mejores ingenios de España, parte* I, II, etc.
Fajardo.—Don Juan Isidro Fajardo, autor de un *Indice de comedias*, que existe manuscrito en Madrid, en la Biblioteca Nacional.
Figueroas.—Don Diego y don José de Figueroa.
Godinez.—Don Felipe Godinez.
Góngora.—Don Luis de Góngora.
Guevara.—Luis Velez de Guevara.
G. y Lope.—*Cuatro comedias famosas de Góngora y Lope.* Madrid : 1617.
(*H.*)—Catálogo de don Vicente García de la Huerta. Madrid : 1785.
Holland.—Que existe aquel artículo del Catálogo en la biblioteca de lord Holland.
Hoz y Mota—Don Juan de la Hoz y Mota.
Hurtado de Velarde.—Alfonso Hurtado de Velarde.
J. R. C.—Que aquel artículo del Catálogo se halla en la biblioteca del señor J. R. Chorley.
Labouchère (2).—Que se halla en la biblioteca del señor Labouchère.
Laso de la Vega.—Gabriel Lobo Laso de la Vega.
Leyva.—Don Francisco de Leiva Ramirez de Arellano.
Lisboa : 1603.—Seis comedias de Lope de Vega. Lisboa, por Crasbek : 1603.
Malaspina.—Don Francisco Malaspina.
Martinez.—Don Antonio Martinez.
Matos Fragoso.—Don Juan de Matos Fragoso.
Medel.—Indice de las comedias que se venden en casa de los herederos de Francisco Medel del Castillo. Madrid : 1725.
Mejía de la Cerda.—El Licenciado Mejía de la Cerda.
Mira de Méscua.—Don Antonio Mira de Méscua, Améscua ó Amézcua.
Monroy.—Don Cristóbal de Monroy.
Montalban.—Don Juan Perez de Montalban.
Moreto.—Don Agustin Moreto y Cavanna.
Mus. Brit.—Artículo del Catálogo que se halla en el Museo Británico.
Olózaga.—Artículo del Catálogo que posee el excelentísimo señor don Salustiano de Olózaga.
Osuna.—Artículo del Catálogo que se halla en la biblioteca del excelentísimo señor Duque de Osuna.
P.—Que consta en la lista de comedias de Lope, impresa en la primera edicion de *El Peregrino en su patria*, hecha en Sevilla (1604) y Madrid : 1604 tambien.
P. 2.—Que consta en la segunda lista de comedias de Lope, inserta en la edicion de *El Peregrino en su patria*, hecha en Madrid, año de 1618.
Pidal.—Comedia que posee el excelentísimo señor marqués de Pidal.
Relacion de las fiestas, etc.—*Relacion de las fiestas que la Villa de Madrid hizo en la canonizacion de san Isidro.* Madrid : 1622.
Rojas.—Don Francisco de Rojas Zorrilla.
Salustrio del Poyo.—Damian Salustrio, ó Salustio, del Poyo.
Schack.—Que de aquel artículo del Catálogo da razon el señor Adolfo Federico, baron de Schack, en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España* (*Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien*), primera edicion, en Francfort del Meno, año de 1845; segunda, aumentada con apéndice, tambien en el mismo Francfort : 1854.
Suelta : Arlington.—Coleccion de comedias sueltas, llamada de lord Arlington.
Tárrega.—El canónigo Francisco de Tárrega.
Ticknor.—Que da razon de aquel artículo del Catálogo el señor Jorge Ticknor en su *Historia de la literatura española.*
Tirso.—El maestro Tirso de Molina, esto es, fray Gabriel Tellez.
Trasl.—Traslado, copia.
Valdivielso.—El Maestro José de Valdivielso.
Vega del P.—Comedia que se halla en el libro intitulado : *Vega del Parnaso.* Madrid : 1637.
Viena.—Que se halla en la Biblioteca Imperial de Viena.
Villaviciosa.—Don Sebastian de Villaviciosa.
Villegas.—Juan Bautista de Villegas.

Hechas estas advertencias y explicaciones, pasamos á dar la lista de las comedias de LOPE, dividida por colecciones de impresas, sueltas y manuscritas, á la cual seguirá el Catálogo por órden alfabético.

(1) No se pone esta abreviatura al fin de todos los artículos que hay del señor don Cayetano Alberto de La Barrera en el presente opúsculo, sino sólo allí donde es indispensable ó muy conveniente.—Hartzenbusch.

(2) La biblioteca del señor Labouchère (Stock Park) contiene la mejor y más completa serie que he visto de las comedias de Lope. Se hallan en ella muy buenos ejemplares de todas las *Partes* de esta coleccion, exceptuada solamente la XXIV de Madrid : 1640. No cito aquí los tomos de las comedias de Lope que contiene la biblioteca de lord Holland, porque tambien los tiene todos el Museo Británico.—Chorley.

La Parte XXIV que falta en la biblioteca del señor Labouchère se halla en Madrid, en la Nacional.

CATÁLOGO DE COMEDIAS.

COMEDIAS DADAS Á LUZ EN COLECCION, Ó QUE HOY SE HALLAN EN COLECCIONES CONOCIDAS.

SEIS COMEDIAS DE LOPE DE VEGA.

En Lisboa, por Pedro Crasbek, 1603, á costa de Francisco Lopez. (Schack, apéndice 40.) (1)

Contiene este libro las comedias siguientes:

La destruicion de Constantinopla.—No es de Lope, sino de Laso de la Vega.
La fundacion de la Alhambra de Granada.
La libertad de Castilla por el Conde Fernan Gonzalez. En lenguaje antiguo.
Las hazañas del Cid y su muerte, con la toma de Valencia.
Los Amigos enojados y verdadera amistad.
El Perseguido. P.

COMEDIAS DE LOPE DE VEGA.

(Partes I, XXV.) 1604-47.

PARTE PRIMERA.

Valencia: 1604. (Schack.)
Valencia: 1605. (Labouchère.)
Madrid: 1604. (Id.)
Zaragoza: 1604. (Mus. Brit.)
Valladolid: 1604. (J. R. C.)
Anvers: 1607. (Schack.)
Valladolid: 1609. (Mus. Brit. y Labouchère.)
Milano: 1619. (J. R. C.)
Zaragoza: por Juan de Larumbe, 1624. (Ticknor.)

Contiene:

Los donaires de Matico. (*El Matico.*) P.
Cárlos el Perseguido. (Su título en la edicion de 1609.) —*El Perseguido.* P.
El cerco de Santa Fe y ilustre hazaña, de Garcilaso de la Vega.
Vida y muerte de Vamba. P.
La traycion bien acertada. P.
El Hijo de Reduan. P.
Nacimiento de Urson y Valentin. P.
El casamiento en la muerte (y hechos de Bernardo del Carpio). P. 2.
La Escolástica celosa. P.
La amistad pagada.
La comedia del molino. P.
El testimonio vengado. P.

A principios de este tomo van doce loas y otros tantos entremeses. En algunas ediciones (Valencia: 1645) falta parte de los entremeses; en otras (Zaragoza: 1626 p. c.) faltan del todo.

PARTE II.

Madrid: 1609. (Mus. Brit. y Labouchère.)
Barcelona: 1611. (Id.)
Madrid: 1618. (Id.)
Valladolid: 1609. (Schack.)
» 1611. (Labouchère.)
Bruselas: 1611. (Schack.)

La fuerza lastimosa. P.
La ocasion perdida. P.
El gallardo Catalan. (*El Catalan valeroso*, del P.)
El mayorazgo dudoso. P.
La Condesa Matilde y resistencia honrada.
Los Benavides. P.
Los Comendadores de Córdoba. (*Los Comendadores.* P.)
La Bella mal maridada. P.
Los tres diamantes. P.
La quinta de Florencia. P. 2.
El Padrino desposado. P. y P. 2.
Las ferias de Madrid. P.

PARTE III.

Parte tercera de las comedias de Lope de Vega y otros autores, con sus loas y entremeses (2).

Valencia: 1611?
Barcelona, por Sebastian de Cormellas, al Call: año 1612.
Madrid: 1613. (Mus. Brit. y Labouchère.)
Barcelona: 1614. (Id.)

Los hijos de la Barbuda, de Guevara.
La adversa fortuna del caballero del Espíritu Santo, de Grajal.
El espejo del mundo, de Guevara.
La noche toledana, de Lope. P. 2.
La tragedia de doña Inés de Castro, de Mejía de la Cerda.
Las mudanzas de fortuna y sucesos de don Beltran de Aragon, de Lope.
La privanza y caida de don Álvaro de Luna, de Salustrio del Poyo.
Próspera fortuna del Caballero del Espíritu Santo, de Grajal.
El Esclavo del demonio, de Mira de Méscua.
La próspera fortuna de Ruy Lopez de Ávalos, partes primera y segunda, de Salustrio del Poyo.
El Santo Negro Rosambuco, de Lope. P. 2. Con cinco loas y tres entremeses.

PARTE IV.

Madrid: 1614. (Labouchère y Mus. Brit.)
Pamplona: 1614. (Id.)
Barcelona: 1614. (Mus. Brit. y J. R. C.)

Laura perseguida. P.
Nuevo Mundo descubierto por Colon. P.
El asalto de Mastrique por el Príncipe de Parma. P. 2. (*El asalto de Mastrique.*)
Peribañez y el Comendador de Ocaña. P. 2.
El Genoves liberal. P. 2.
Los torneos de Aragon. P.
La boda entre dos maridos. P. 2.
El Marido por fuerza. P. y P. 2.
El galan Castrucho. (*El Rufian Castrucho.*) P.
Los embustes de Celauro. P. (*Los enredos de Celauro.*)
La fe rompida. P. y P. 2.
El Tirano castigado. P. y P. 2.

(1) Lope, en el prólogo de *El Peregrino*, declaró estar impreso este apócrifo libro en Castilla, y advirtió á los lectores, «que no creyesen ser estas comedias suyas, aunque llevaban su nombre». La última, *Cárlos el Perseguido*, si le pertenece, aunque probablemente estará adulterada.—Barr.

Segun Ticknor, carta de 5 de Noviembre de 1857, se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milan una edicion del mismo título y contenido, sino que se lee en la portada: «Con licencia de la Santa Inquisicion y Ordinario. En Madrid. Impreso por Pedro de Madrigal. Año 1603.—Chorley.

Es de creer que la edicion sea una sola, llevando unos ejemplares falsa y otros verdadera la nota del lugar y del impresor.—Hartzenbusch.

(2) Esta Parte y la V, aunque se incluyen de ordinario en la serie de las comedias de Lope, pertenecen, segun parece, á la de Comedias de diferentes autores.—Chorley.

El baron de Münch-Bellinghausen, autor de la obra titulada: *Über die ältern Sammlungen Spanischer Dramen* (*Sobre las antiguas colecciones de dramas españoles*), impresa en Viena, año de 1852, conjetura que esta Parte III debió de imprimirse ántes de 1613, tal vez en Sevilla, ó mejor en Valencia. Todas estas dudas se aclaran con mi descubrimiento de una edicion de Barcelona (Sebastian de Cormellas: año 1612), en la cual se lee la primitiva aprobacion del libro dada en Valencia por el doctor Gaspar Escolano, en e año anterior. ¿Hubo acaso otra edicion de Valencia: 1611?—Barr

PARTE QUE PASA POR QUINTA (1).

Flor de las comedias de España de diferentes autores.

Madrid : 1616. (Mus. Brit.) Alcalá : 1615. (Labouchère.)
Barcelona : 1616. (Id.)

Al frente de cada comedia hay una loa y un baile.

El Ejemplo de casadas y prueba de paciencia, de Lope.
Las desgracias del Rey don Alfonso, de Mira de Méscua.
Tragedia de los siete Infantes de Lara, de Hurtado de Velarde.
El Bastardo de Ceuta, de Grajales.
La venganza honrosa, de Aguilar.
La hermosura de Raquel, partes primera y segunda, de Guevara.
El premio de las letras por Felipe II, de Salustrio del Poyo.
La Guarda cuidadosa, de Miguel Sanchez.
El Loco cuerdo, de Valdivielso.
La rueda de la fortuna, de Mira de Méscua.
La Enemiga favorable, de Tárrega.

PARTE VI.

Madrid : 1615. (Labouchère y J. R. C.) Madrid : 1616. (Mus. Brit. y Labouchère.)

La batalla del honor. P. 2.
La obediencia laureada y primer Cárlos de Hungría. P. 2.
El Hombre de bien. P. 2.
Servir con mala estrella. P. 2.
El Cuerdo en su casa. P. 2.
La Reina Juana de Nápoles.
El Duque de Viseo. P. 2.
El Secretario de sí mismo. P. 2.
Llegar en ocasion. P. 2.
El Testigo contra sí. P. 2.
El mármol de Felisardo. P.
El mejor maestro el tiempo.

PARTE VII.

Madrid : 1617. (Mus. Brit. y Labouchère.) Barcelona : 1617. (Mus. Brit., Labouchère y J. R. C.)

El Villano en su rincon. P. 2.
El castigo del discreto. P. 2.
Las pobrezas de Reinaldos. P.
El Gran Duque de Moscovia. P. 2.
Las paces de los Reyes y Judía de Toledo. P. 2.
Los Porceles de Murcia. P. 2.
La Hermosura aborrecida. P. 2.
El primer Fajardo. (*¿Los Fajardos* del P.?)
Viuda, casada y doncella.
El Príncipe despeñado. (*¿El Despeñado* del P.?)
La Serrana de la Vera. P.
San Isidro de Madrid.

Siguen cuatro loas, tres entremeses y tres bailes.

PARTE VIII.

Madrid : 1617. (Mus. Brit.) Barcelona : 1617. (Labouchère.)

Despertar á quien duerme. P. 2.
El anzuelo de Fenisa.
Los locos por el Cielo. P.
El más galan portugués, Duque de Berganza.
El Argel fingido y Renegado de amor. P.
El postrer Godo de España.—Va tambien en el tomo xv con el título de *El último Godo*. P. 2.
La prision sin culpa. P.
El Esclavo de Roma. P.
La Imperial de Oton. P.
El Vaquero de Moraña (2). P. y P. 2.
Angélica en el Catay.
El Niño inocente de la Guardia. P. 2.

Siguen tres entremeses, cuatro loas y tres bailes.

PARTE IX.

Madrid : 1617. (Mus. Brit., Labouchère y J. R. C.) Barcelona : 1618. (Labouchère, Mus. Brit. y J. R. C.)
Madrid : 1618. (Schack.)

Este tomo es el primero que dió á luz el poeta mismo.

La prueba de los ingenios.
La Doncella Teodor.
El Hamete de Toledo.
El Ausente en el lugar.
La Niña de plata.
El Animal de Hungría.
Del mal lo ménos.
La hermosa Alfreda. P.
Los Ponces de Barcelona. P. 2.
La Varona castellana. P.
La Dama boba. P. 2.
Los melindres de Belisa. P. 2.

PARTE X.

Madrid : 1618. (J. R. C. y Labouchère.) Barcelona : 1618. (Mus. Brit. y Labouchère.)
Madrid : 1620. (Mus. Brit.)

El Galan de la Membrilla. P. 2.
La venganza venturosa. P. 2.
Don Lope de Cardona. P. 2.
La humildad y la soberbia.
El Amante agradecido.
Los Guanches de Tenerife, y conquista de Canaria. P. 2.
La octava maravilla. P. 2.
El sembrar en buena tierra. P. 2.
Los Chaves de Villalba. P. 2.
Juan de Dios y Anton Martin. P. 2.
La Burgalesa de Lerma. P. 2.
El poder vencido y amor premiado. P. 2.

PARTE XI.

Madrid : 1618. (Mus. Brit. y Labouchère.) Barcelona : 1618. (Mus. Brit. y Labouchère.)

El perro del Hortelano. P. 2.
El acero de Madrid. P. 2.
Las dos estrellas trocadas, y ramilletes de Madrid. P. 2.
Obras son amores. P. 2.
Servir á señor discreto. P. 2.
El Príncipe perfeto, parte primera.
El Amigo hasta la muerte. P. 2.
La locura por la honra. P. 2.
El Mayordomo de la Duquesa de Amalfi. P. 2.
El arenal de Sevilla. P.
La Fortuna merecida.
La tragedia del Rey don Sebastian, y bautismo del Príncipe de Marruécos.—Chorl. (*¿El Príncipe de Marruécos?* P.)—Barr.

PARTE XII.

Madrid : 1619. (Mus. Brit. J. R. C. y Labouchère.)

Ello dirá.
La sortija del olvido.
Los Enemigos en casa. P. 2.
La cortesía de España.
Al pasar del arroyo.
El Marqués de Mántua. P.
Los Hidalgos de la aldea.
Las flores de don Juan. P. 2.
Lo que hay que fiar del mundo.
La firmeza en la desdicha. P. 2.
La desdichada Estefanía.
Fuente-Ovejuna. P. 2.

---

(1) Segun Fajardo, se imprimió en Sevilla una *Quinta Parte de comedias de Lope*, comprensiva de las tituladas :
El Amor enamorado.
Las bizarrías de Belisa.
La historia de Mazagatos.
El desprecio agradecido.
El Animal profeta, San Julian.
El guante de Doña Blanca.
El Gran Cardenal de España, don Pedro Gonzalez de Mendoza.
La mayor victoria de Alemania.
La mayor virtud de un Rey.
Nardo Antonio, Bandolero.
Porfiando vence amor.
Si no vieran las mujeres...
Refiere además á esta Parte otros cinco dramas de diversos autores.—Barr.
Como los tomos de comedias constaban ordinariamente de doce, parece extraño que éste comprendiera hasta diez y siete.—Hartzenbusch.

(2) Esta pieza y la que sigue faltan en la lista de Nicolás Antonio, copiada con la misma falta por el baron de Schack.

PARTE XIII.

Madrid : 1620. (Mus. Brit., Labouchère y J. R. C.) Barcelona : 1620. (Mus. Brit. y J. R. C.)

La Arcadia.
El halcon de Federico.
El remedio en la desdicha. P. (*Abindarráez y Narváez.*)
Los Esclavos libres. P.
El Desconfiado.
El Cardenal de Belen.
El Alcalde Mayor.
Los Locos de Valencia. P.
Santiago el Verde.
La Francesilla. P.
El desposorio encubierto.
Los Españoles en Flándes.

PARTE XIV.

Madrid : 1620. (Mus. Brit., Labouchère y J. R. C.) Madrid : 1621. (Mus. Brit. y Labouchère.)

Los Amantes sin amor. P. y P. 2.
La Villana de Getafe.
La gallarda Toledana. P.
La corona merecida. P.
La Viuda valenciana. P.
El Caballero de Illéscas. P. y P. 2.
Pedro Carbonero. P.
El verdadero Amante. P.
Las almenas de Toro.
El Bobo del Colegio. P. 2.
El Cuerdo loco. — (Con este título en P., y con el de *El veneno saludable* en P. 2.)
La ingratitud vengada P.

PARTE XV.

Madrid : 1621. Correa. (Labouchère y J. R. C.) Madrid: 1621. Viuda de Alonso Martin. (Mus. Brit. y Labouchère.) — Son distintas ediciones.

La mal casada.
Querer la propia desdicha.
La Vengadora de las mujeres.
El Caballero del Sacramento. P. 2.
La Santa Liga. (*La batalla naval,* del P.)
El favor agradecido. P.
La hermosa Ester.
El leal Criado. P.
La buena Guarda.
La historia de Tobías.
El Ingrato arrepentido. P.
El Caballero del Milagro. P.

PARTE XVI.

Madrid : 1621. (Mus. Brit. y Labouchère.) Madrid : 1622. (Schack.)

El premio de la hermosura.
Adónis y Vénus. P.
Los Prados de Leon. P. 2.
Mirad á quién alabais.
Las Mujeres sin Hombres. (*¿Las Amazonas?* P.)
La fábula de Perseo.
El Laberinto de Creta. P. 2.
La Serrana de Tórmes. P.
Las grandezas de Alejandro.
La Felisarda.
La inocente Laura.
Lo fingido verdadero. P. 2.

PARTE XVII.

Madrid : 1621. (Mus. Brit., Labouchère, y J. R. C.) Madrid : 1622. (Mus. Brit., Labouchère y J. R. C.)

Con su pan se lo coma. P. 2.
Quien más no puede. P. 2.
El Soldado amante. P.
Los muertos vivos. P.
El primer Rey de Castilla. P.
El Dómine Lúcas. P.
Lucinda perseguida. P.
El Ruiseñor de Sevilla. P. 2.
El sol parado. P.
La Madre de la mejor.
Jorge Toledano. P. y P. 2.
El hidalgo Abencerraje.

PARTE XVIII.

Madrid : 1623. (Mus. Brit., J. R. C. y Labouchère.)

El Príncipe perfeto, parte segunda.
La pobreza estimada. P.
El divino Africano. P. 2.
La pastoral de Jacinto. P.
El honrado Hermano. (*¿Los Horacios*, del P.?)
El Capellan de la Virgen.
La piedad ejecutada.
Las famosas Asturianas. P. 2.
La campana de Aragon. P.
Quien ama no haga fieros.
El Rústico del Cielo.
El valor de las Mujeres.

PARTE XIX.

Madrid : 1623. (Mus. Brit.)
Madrid : 1624. (Labouchère.)
Madrid : 1626. (Mus. Brit. y J. R. C.)
Valladolid : 1627. (Bibl. Nac.)

De cosario á cosario.
Amor secreto hasta celos.
La inocente sangre.
El Serafin humano.
El Hijo de los leones.
El Conde Fernan Gonzalez.
Don Juan de Castro, partes primera y segunda. P. 2.
La limpieza no manchada.
El vellocino de oro.
La mocedad de Roldan. P.
Cárlos V en Francia.

PARTE XX.

Madrid : 1625. (Labouchère, Mus. Brit. y J. R. C.)
Madrid : 1627. (Id. id.)
Madrid : 1629. (Labouchère.)
Barcelona : 1630. (Mus. Brit., Labouchère y J. R. C.)

El último tomo que se publicó durante la vida del poeta; pero habia dado á imprimir el XXI, que publicó su hija.

La discreta venganza.
Lo cierto por lo dudoso.
Pobreza no es vileza.
Arauco domada.
La ventura sin buscalla. P. 2.
El valiente Céspedes.
El hombre por su palabra. P. 2.
Roma abrasada. (*¿Neron cruel?* P.)
Virtud, pobreza y mujer. P. 2.
El Rey sin reino.
El mejor mozo de España.
El Marido más firme.

PARTE XXI.

Madrid : 1635. (Mus. Brit., J. R. C. y Labouchère.)

La bella Aurora.
¡Ay, verdades! que en amor.....
La Boba para los otros y discreta para sí.
La noche de San Juan.
El castigo sin venganza.
Los bandos de Sena.
El mejor Alcalde el Rey.
El premio del bien hablar. P. 2.
La vitoria de la honra.
El piadoso Aragones.
Los Tellos de Meneses, parte primera.
Por la puente, Juana.

PARTE XXII.

Madrid : 1635. (Mus. Brit., Labouchère y J. R. C.) Zaragoza : 1630. (Labouchère.) — Segun Schack, está en la Biblioteca Nacional de Paris.

Quien todo lo quiere.
No son todos ruiseñores.
Amar, servir y esperar.
La vida de san Pedro Nolasco.
La primera informacion.
Nadie se conoce.
Nunca mucho costó poco. — No es la comedia de Alarcon.
Dimentira, sacarás verdad.
La Carbonera. (Véase Parte XXII, Madrid.)
La amistad y la obligacion.

La mayor vitoria.
Amar sin saber á quién.
Amor, pleito y desafío. (Es el *Ganar amigos*, de Alarcon.)
El Labrador venturoso.
Los trabajos de Jacob.
La Carbonera.
La verdad sospechosa, de Alarcon.
Quien bien ama tarde olvida.
Amar sin saber á quién. (Véase Parte XXII, Madrid.)
El Marqués de las Navas.
Lo que ha de ser. (Véase el tomo XXV.)
La lealtad en el agravio.
En los indicios la culpa.
La intencion castigada.

PARTE XXIII.

Madrid: 1638. (Mus. Brit., J. R. C. y Labouchère.)

Contra valor no hay desdicha.
Las Batuecas del Duque de Alba. P. 2.
Las cuentas del Gran Capitan.
El piadoso Veneciano. P. 2.
Porfiar hasta morir.
El robo de Dina.
El saber puede dañar.
La envidia de la nobleza. (¿*Zegríes y Bencerrajes* del P.?)
Los pleitos de Inglaterra. P.
Los palacios de Galiana. (¿*La Galiana*, del P.?)
Dios hace Reyes.
El saber por no saber, y vida de San Julian de Alcalá.

PARTE XXIV.

Madrid: 1640. (N. Antonio y Schack.)

El palacio confuso.
El Ingrato.
La tragedia por los celos. (¿De Guillen de Castro?)
El Labrador venturoso. (Véase el tomo XXII.)
La creacion del mundo.
La Despreciada querida, de Villegas.
La industria contra el poder (1).— Es la de Calderon: *Amor, honor y poder.*
La porfía hasta el temor.
El Juez de su misma causa. (Véase el tomo XXV.) P. 2.
La cruz en la sepultura (1). Es la de Calderon: *La devocion de la cruz.*)
El Honrado con su sangre.
El Hijo sin padre. (¿*El Hijo de sí mismo?*) P. y P. 2.

Zaragoza: 1632 y 1633. (Mus. Brit. y Labouchère.)

La ley ejecutada.
Selvas y bosques de amor.
El exámen de Maridos, de Alarcon.
El qué dirán.
La honra por la mujer.
El amor bandolero.
La mayor desgracia de Cárlos V.
Ver y no creer.
Dineros son calidad.
¿De cuándo acá nos vino?
Amor, pleito y desafío. (Véase el tomo XXII.)
La mayor vitoria.—Ya ininserta en el tomo XXII.

Zaragoza: 1641. (Mus. Brit. Labouchère y J. R. C.)

Guardar y guardarse.
La Hermosa fea.
El Caballero de Olmedo.
El bastardo Mudarra. P. 2.
La ilustre Fregona.
El nacimiento de Cristo. (¿El *Nacimiento*, del P.?)
Los Ramirez de Arellano.
Don Gonzalo de Córdoba.
San Nicolas de Tolentino.
Los peligros de la ausencia.
Servir á buenos.
Barlan y Josafá.

PARTE XXV.

Zaragoza: 1647. (Mus. Brit., J. R. C. y Labouchère.)

La Esclava de su Galan.
El desprecio agradecido.
Aventuras de don Juan de Alarcos.
El mayor imposible.
La vitoria del Marqués de Santa Cruz.
Los cautivos de Argel. (*Los cautivos*, del P.)
Castelvines y Monteses. P. 2.
Lo que ha de ser.

(1) Segun el baron Eligio de Münch-Bellinghausen en su obra titulada: *Sobre las colecciones de dramas españoles*. Véase tambien la nota (página 542) acerca de las sueltas de la coleccion de Arlington.—(Mus. Brit.)

El último Godo. (*El postrer Godo*, del tomo XIII.) P. 2.
La necedad del discreto P. 2.
El Juez en su causa. (*El Juez de su misma causa*, del tomo XXIV, de Madrid.) P. 2.
Los embustes de Fabia. P. y P. 2.

Las Partes XXVI, XXVII y XXVIII, que suenan como de Lope, y son de él y de otros ingenios, van más adelante entre las de *diferentes autores*.

CUATRO COMEDIAS FAMOSAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA Y LOPE DE VEGA, recopiladas por Antonio Sanchez.—Madrid: 1617. (Schack, n. s. 41.) Córdoba: 1613.

Las firmezas de Isabela, de Góngora.
Los Jacintos, y Celoso de sí mismo, de Lope. P.
Los enredos de Benito.

Va anónima. Es muy dudoso que sea de Lope.—Barr.

El Lacayo fingido. P.

LA VEGA DEL PARNASO.

Madrid: 1637. Reimpresa en las *Obras sueltas* de *Lope*, tomos IX y X.

Contiene las comedias siguientes:

El guante de doña Blanca.
La mayor virtud de un Rey.
Las bizarrías de Belisa.
Porfiando vence amor.
El desprecio agradecido.—Comedias, tomo XXV.
El Amor enamorado.
La mayor victoria de Alemania.—Es la de don Gonzalo de Córdova, del tomo XXIV. Zaragoza: 1641.
¡Si no vieran las mujeres!...

RELACION

DE LAS FIESTAS QUE LA INSIGNE VILLA DE MADRID HIZO EN LA CANONIZACION DE SU BIENAVENTURADO HIJO Y PATRON SAN ISIDRO, ETC. Dirigida á la misma insigne villa por Lope de Vega Carpio.—Madrid, por la viuda de Alonso Martin, año de 1622. Reimpresa en las *Obras sueltas*, tomo XII: 1777.

Contiene las dos comedias, de

La niñez de San Isidro.
La juventud de San Isidro.

COMEDIAS DE DIFERENTES AUTORES.

PARTE XXVI.

Comedias de Lope de Vega (y otros autores).

Zaragoza, 1645. La primera edicion, de 1633.

Contiene:

El despertar á quien duerme.
Dos agravios sin ofensa.
Lealtad, amor y amistad.
Lo que es un coche en Madrid. (?)
Más vale salto de mata que ruego de buenos.
La merced en el castigo (El premio en la misma pena).
El nacimiento del alba.
El prodigio de Etiopía.
La ventura de la fea.—La primera en P. 2.—Barr.

PARTE XXVII.

Comedias de Lope de Vega (y otros autores).

Barcelona: 1633.

Contiene:

Allá darás, rayo.
El Médico de su honra.

Los milagros del desprecio.
Por la puente, Juana.
La selva confusa.
Los Vargas de Castilla.
Lanza por lanza, la de Luis de Almansa, primera y segunda parte.—Barr.

PARTE XXVIII.

Comedias de Lope de Vega (y otros autores).

Zaragoza: 1639.

Es reproduccion algo variada de la de Huesca: 1634.

Contiene:

El Juez de su misma causa. P. 2.
El Labrador venturoso.
El palacio confuso.
La porfía hasta el temor.
El trato muda costumbre. (?)

Estas referidas son las tres denominadas *Partes* de Lope *extravagantes*. Pertenecen á la Coleccion de *Lope y otros autores*.— Barr.

Parte veinte y ocho de comedias de varios autores.

Bibl. del Arsenal, Paris, y Bibl. Vaticana, Roma: segun Ticknor con fecha de Octubre de 1857.

Huesca: por Pedro Bluson, 1634. (*Biblioteca de Autores Españoles*. Comedias de Calderon, tomo IV, página 654.)

El Labrador venturoso.
El palacio confuso.
La porfía hasta el temor.
El Juez de su causa. P. 2.

PARTE XXIX.

Doze comedias de Lope de Vega Carpio. Parte veinte y nueve.

Güesca (Huesca), por Pedro Luson (Bluson), 1634.

Biblioteca Nacional de Madrid; (Schack, ap. 43.)

La paloma de Toledo.
Querer más y sufrir ménos.
Los Mártires de Madrid.
La próspera fortuna de don Bernardo de Cabrera.
La adversa fortuna de don Bernardo de Cabrera.
Las mocedades de Bernardo del Carpio.

PARTE XXIX.

Comedias de diferentes autores.

Valencia: 1636.

¡Ay, verdades! que en amor.....
El guante de doña Blanca.—Barr.

PARTE XXX.

Parte treinta de comedias famosas de varios autores.

Zaragoza, 1636. (Schack, ap. 99) y Ticknor, Oct. 1857.

El guante de doña Blanca.

PARTE XXXI.

Parte treinta y una de las mejores comedias que hasta hoy han salido.

Barcelona, 1638, por Jaime Romeu. (Mus. Brit.)

Contra valor no hay desdicha.

PARTE XXXII.

Parte treinta y dos con doce comedias de diferentes autores...

Con licencia, en Zaragoza, por Diego Dormer. Año 1640, á costa de Giusepe Ginobart, mercader de libros..

El Enemigo engañado. P.
El sufrimiento del honor.

Adiciones y notas á *Ticknor*, por los señores Gayangos y Vedia: tomo IV de su traduccion, página 413.—Barr.

PARTE XXXIII.

Parte treinta y tres de doce comedias famosas de varios autores.

Valencia, 1642, por Claudio Macé. (Mus. Brit.)

La victoria por la honra. P. 2.
El buen vecino.

PARTE XLIV.

Parte cuarenta y cuatro de comedias de diferentes autores.

(Bibl. Imperial de Viena. Münch-Bellinghausen, 26.)

Zaragoza, 1652, por los herederos de Pedro Lanaja.

El guante de doña Blanca.
El Villano en su rincon. P. 2.

Apéndice. (Barr.)— *Comedias de Lope de Vega (y otros autores)*: tomo impreso en Sevilla, repetidamente citado por Fajardo, y del cual se conserva un fragmento, comprensivo de seis comedias, formando parte del tomo colecticio, número 132, de la biblioteca del señor duque de Osuna. Las piezas de este rarísimo libro, que con más ó ménos duda pueden atribuirse á Lope, son —(Las seis primeras son las contenidas en dicho tomo 132):

El Conde don Pedro Velez.
La adversa fortuna del Infante don Fernando de Portugal.
La Peña de Francia. —¿Será la de Tellez?
El Leon Apostólico, y cautivo coronado.
El Esclavo fingido.
Don Manuel de Sousa. ó el naufragio prodigioso.
El Conde Fernan-Gonzalez, y libertad de Castilla.
El Hijo piadoso, y Bohemia convertida.
El Maldito de su padre, y valiente Bandolero.

COLECCIONES MENORES DE COMEDIAS,
ANTERIORES Á LA DE ESCOGIDAS.

Doce comedias nuevas, de Lope de Vega y otros autores. Parte II.

Barcelona, por Jerónimo Margarit. Año de 1630.

(Biblioteca Nacional de Madrid. Schack. ap. 43.)

Las dos Bandoleras, y fundacion de la Santa Hermandad de Toledo.
El Hijo por engaño, y toma de Toledo.
La desdichada Estefanía.
El pleito por la honra (ó el valor de Fernandico), segunda parte de la anterior.

Doze comedias de varios autores.

Tortosa, por Francisco Martorell, 1638. (Schack ap. 99.)

La bienaventurada madre Santa Teresa de Jesus. (P. 2.)

COMEDIAS ESCOGIDAS.

Madrid, 1652.—1704. (Mus. Brit.)

PARTE III.

La llave de la honra.
Más pueden celos que amor.
La discreta enamorada.— P. 2.
La Portuguesa, y dicha del forastero.—P. 2.
El Maestro de danzar.—P.
Lo que está determinado.
San Diego de Alcalá.

PARTE VI.

En la Biblioteca imperial de Viena (Münch-Bellinghausen, 55) hay una Parte VI de *Comedias escogidas*, impresa en Zaragoza, 1653, por los herederos de Pedro de Lanaja, y reimpresa tambien en la misma ciudad, libro diferente de la edicion de Madrid del año 1654. Biblioteca Bodleiana.

Contiene las piezas siguientes de Lope:

Mirad á quién alabais.
Dineros son calidad.

Las mocedades de Bernardo del Carpio.
Satisfacer callando, y Princesa de los montes. (V. Parte XXXVIII.)

PARTE VII.

El monstruo de la fortuna, de tres ingenios.—Es la de Lope(1), titulada: *La Reina Juana de Napoles*.

PARTE VIII.

El Marqués de las Navas, de Mira de Méscua.—Es la pieza de Lope.

PARTE X.

Los milagros del desprecio.

PARTE XV.

La batalla del honor, de Fernando de Zárate.—Es la de Lope (C. VI). P. 2.

PARTE XVI.

El desden vengado, de Rojas.—Es probablemente la de Lope. MS. aut., 1617. Osuna.

PARTE XVIII.

Las niñeces (ó la niñez) del Padre Rojas, «jamás impresa».

PARTE XX.?

La Difunta pleiteada, de Francisco de Rojas.

Esta puede ser la que cita Lope en la lista de *El Peregrino*. El estilo se parece mucho al suyo, y no al de Rojas.—P.

PARTE XXV.

La Condesa de Belflor, de Moreto.—P. 2.
El perro del Hortelano (ó Amar por ver amar), de Lope.

PARTE XXVIII.

El Palacio confuso, de Mira de Méscua.

Tal vez es la misma que va en las comedias de Lope, XXIV. Madrid, 1640.—Segun Schack, la pieza que se dice de Méscua no es suya, sino de Lope; y á juzgar por el estilo, ésta parece serlo.

San Isidro, labrador de Madrid.—P. 2.
La ventura en la desgracia.

PARTE XXXVII.

Satisfacer callando, y Princesa de los montes (ó los Hermanos encontrados), de Moreto.—Dudosa entre Moreto y Lope.

PARTE XXXIX.

La dicha por el desprecio, de Matos Fragoso.—Es la de *El desprecio agradecido*, de Lope.
La discreta venganza, de Moreto. — Es la de Lope (C.XX.)—P. 2.

PARTE XLII.

El Hijo de la molinera (ó El gran Prior de Castilla), de Francisco de Villegas.—Es la de Lope que corre suelta con el título de *Más mal hay en la aldegüela de lo que suena*.—(Mus. Brit.)

PARTE XLIV.

La prudencia en el castigo, de Rojas

Se atribuye por otros á Lope.

Comedias de los mejores y más insignes ingenios de España.

Lisboa, 1652.

La batalla del honor.—P. 2.

Comedias nuevas de los más célebres autores, etc. de España.

Año 1726.—En Amsterdam, á costa de David García Enriquez.

La creacion del mundo.
La fuerza lastimosa.—P.

COMEDIAS DE LOPE DE VEGA QUE SE HALLAN EN COLECCIONES DE SUELTAS.

COLECCION DE COMEDIAS (Mus. Brit.) HECHA POR LORD ARLINGTON.

Este fué *Bennet*, despues *Earl of Arlington*, ministro de estado del Rey Cárlos II, de quien fué embajador en la Córte de Madrid, desde 1658 hasta 1661. Parece que durante su morada en España habia comprado los artículos de esta Coleccion, que consta de *El mejor de los mejores libros*, etc. Madrid, 1653, y de las Partes IV, V, VII, VIII, X, XI, XII y XIII de las *Escogidas*, de las cuales la última (la XIII) publicada en 1660, puede haber sido comprada ántes de su partida, y de seis tomos de sueltas viejas, una de las cuales contiene las siguientes piezas de Lope:

El nacimiento del Alba.
El Hijo de los leones.
Enmendar un daño á otro.
La Carbonera
La Creacion del mundo.—Una *Loa sacramental*.
Guerras de amor y honor.—P. I.
Los tres Diamantes.
Tanto hagas cuanto pagues.
El valiente Céspedes.

Contiene tambien la comedia de *Bernardo del Carpio en Francia*, de don Lope (2) Llaño, la cual, segun parece, es la misma que citan Huerta y Ticknor como obra de Lope.

Mus. Brit.—Van en otro tomo de la misma serie de sueltas las dos piezas de Calderon con los títulos que llevan en las impresiones donde se atribuyen á Lope:

La industria contra el poder, y el honor contra la fuerza, de Calderon.

(1) La verdadera *de tres ingenios* (Calderon, Montalban y Rojas) va en la Parte XXIV de Escog.

(2) Tengo una impresion suelta de esta comedia, donde el autor se llama don Lope Llano.—Chorley.

La cruz en la sepultura, de Calderon.

Representóla Avendaño.

COLECCION DE COMEDIAS SUELTAS QUE SE HALLA EN LA BIBLIOTECA DEL EXCMO. SR. DUQUE DE OSUNA EN MADRID. (Schack. Ap. 42.)

En el T-131:

Los bandos de Sena.—C. XXI.
Querer más y sufrir ménos.—Parte XXIX de Lope y otros autores: Huesca, 1634.
Nardo Antonio Bandolero.—Parte V de Lope, impresa en Sevilla.
El engaño en la verdad. — Suelta.
El Príncipe despeñado.—C. VII.
Las sierras de Guadalupe.—Suelta.
Amar como se ha de amar.—Suelta.
El nacimiento del Alba.—Parte XXVI, *extravagante*: Zaragoza, 1645.

T-132.

En la mayor lealtad mayor agravio, y favores del cielo. — Impresa en Portugal: suelta.

Las seis comedias siguientes, marcadas con comillas, componen un fragmento del tomo de *Comedias de Lope y otros autores*, impreso en Sevilla, citado por Fajardo. —Barr.

»El Conde don Pedro Velez.
»La fortuna adversa del Infante don Fernando de Portugal.

luestra Señora de la Peña de la Francia.—¿La de Tirso?
:l leon apostólico y cautivo coronado.
:l Esclavo fingido.
)on Manuel de Sousa, y naufragio prodigioso, y el Príncipe trocado.
buen Vecino.—*Dif.* XXXIII.
prodigio de Etiopia.—Parte XXVI, *extravagante*: Zaragoza, 1645.
a vitoria de la honra.—C. XXI.
valor perseguido y traicion vengada.—Suelta.
ngañar á quien engaña.—Suelta.

T-133.

Las ocho comedias siguientes, marcadas con comillas, componen un fragmento de la Parte XXVII, *extravagante*, impresa en Barcelona, 1603.—Barr.

.a Madrastra más honrada.—Suelta.
.os Novios de Hornachuelos.—Suelta.
:l Médico de su honra.
.anza por lanza, la de Luis de Almansa, partes primera y segunda.
\llá darás, rayo.
.a selva confusa.—Segun Schack no es de Lope.
Los Vargas de Castilla.
ulian Romero.—Suelta.

)LECCION DE COMEDIAS SUELTAS QUE SE HALLA EN LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE VIENA..... (Münch-Bellinghausen. 75. En nueve tomos.)

:ontiene las siguientes piezas de Lope, ó que se le atribuyen.

l nacimiento del alba.
a bella Andrómeda.
a puente Mantible, de Calderon.
l Hijo de los leones.—C. XIX.
l Príncipe despeñado.—C. VII.
alor, fortuna y lealtad de los Tellos de Meneses, parte segunda.
uente-Ovejuna, de Monroy.—C. XII.
l Hijo sin padre.—C. XXV.
an Antonio de Padua. ¿De Montalban?
l Príncipe don Cárlos.—Es la conocida de Enciso.
.os tres diamantes.—C. II.
.a obediencia laureada, y primer Cárlos de Austria.—C. VI.
.a creacion del mundo. (C. XXIV, Madrid, 1640.)
.a Moza de cántaro.
:l cerco de Viena por Cárlos V.
:l Conde Dirlos, de Cubillo.
)avid perseguido y montes de Gelboé.

OMEDIAS DE LOPE, Ó QUE SE LE ATRIBUYEN, Y SE HALLAN EN LA BIBLIOTECA DEL EXCMO. SEÑOR DON AGUSTIN DURÁN, EN MADRID. (Schack. Ap. 44.)

:l mayor prodigio ó el purgatorio en la vida.
:l jardin de Vargas, ó la gata de Mari-Ramos.
.os Nobles como han de ser.
:l Enemigo engañado.
:nmendar un daño á otro.
lás valeis vos, Antona, que la Córte toda.
:l mérito en la templanza, y ventura por el sueño.
:l Niño diablo.
:l labrador de Tórmes.
.a ciudad sin Dios. (V. Escog. II. *El Inobediente ó la ciudad sin Dios*, de Claramonte.)
.a competencia en los Nobles.
:ngañar á quien engaña.
:l engaño en la verdad.
.os yerros por el amor.
lás mal hay en la aldegüela que se sueña, ó el Hijo de la Molinera, y el gran Prior de Castilla.
'edro de Urdemalas.—Atribuida, pero falsamente, á Montalban.

El palacio confuso, de Méscua.
El Hijo de los leones.—C. XIX.
Las burlas veras.
Dos agravios sin ofensa.
La horca para su dueño. (*La hermosa Ester.*—C. XXV.)
Guerras de amor y honor, parte primera.
El gran Cardenal de España, don Gil de Albornoz, parte primera.
Ventura y atrevimiento.
La ventura en la desgracia.
La defensa en la verdad.

EN EL MUSEO BRITÁNICO (además de otras que ya se han mencionado en diferentes colecciones).

El pleito por la honra.
San Diego de Alcalá.
El gran Tamorlan de Persia.

La de Guevara, titulada: *La nueva ira de Dios, y Gran Tamorlan.*

El Animal profeta, San Julian.
El Infanzon de Illéscas.

Segun Hartzenbusch, de Tirso. Impresion vieja, inserta en la Parte XVII de las comedias de Lope: libro que pertenenció al señor Tieck, de Berlin, en vez de la duodécima pieza: *El Hidalgo Abencerraje.*

Las Doncellas de Simancas.

EN LA BIBLIOTECA DE LORD HOLLAND, *Kinsington.* (J. R. C.)

El Alcalde de Zalamea.
El Animal profeta, y más dichoso patricida, San Julian.
La bella Andrómeda.
Las burlas veras.
El cerco de Viena por Cárlos V.
La defensa en la verdad.
El Diablo niño.
Don Beltran de Aragon. (Las mudanzas de fortuna, de la C. III.)
La Estrella de Sevilla.
Fernan Mendez Pinto, partes primera y segunda. ¿De Enriquez Gomez?
La fianza satisfecha.
El gallardo Catalan.
La horca para su dueño. (*La hermosa Ester.*—C. II.)
El Labrador del Tórmes.
Lanza por lanza, de Luis de Almansa, primera parte.
El Marqués de las Navas.
Más pesa el Rey que la sangre, de Guevara.
La merced en el castigo.
El milagro por los celos. (Don Alvaro de Luna.)
Las mocedades de Bernardo del Carpio.
La Moza de cantaro.
El nacimiento del Alba.
Las niñeces del Padre Rojas.
El pleito por la honra.
El prodigio de Etiopia.
San Diego de Alcalá.
Satisfacer callando. (Véase Parte XXXVII de Escog.)
El sufrimiento de honor.
El valeroso Aristómenes Mesenio.

De Matos Fragoso, cuya pieza corre bajo el título: *Quitar el feudo á su patria.*

EN LA BIBLIOTECA DE J. R. C. (además de otras ya mencionadas).

El Ejemplo mayor de la desdicha, y Capitan Belisario, de Méscua.
Los milagros del desprecio, de un ingenio.

COMEDIAS DE LOPE, MANUSCRITAS.

La noticia de las piezas de esta clase que se conservan en Madrid, se ha tomado del apéndice del baron Schack (Página 45-50).

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID.

La Viuda valenciana.—Traslado contemporáneo de Lope.
Ver y no creer. — Con las aprobaciones originales dadas en 1619: va sin nombre de autor.
»El Maestro de danzar.
»El Esclavo fingido.
»Garcilaso de la Vega.

Estas tres últimas son copias sacadas de los MSS. antiguos que posee don Cayetano Alberto de La Barrera.—Barr.

DEL DUQUE DE OSUNA.

Amor con vista.—Diciembre 1626: autógrafo.
La discordia en los casados.—Agosto 1611: autógrafo.
Lo que pasa en una tarde.—Noviembre 1617: autógrafo.
La niñez del Padre Rojas —Enero 1625: autógrafo.
El desden vengado —Agosto 1617: autógrafo.
Del monte sale quien el monte quema. — Octubre 1627: autógrafo.
La Dama boba.—Abril 1613: autógrafo.
El Príncipe perfecto.—Diciembre 1614: autógrafo.
El piadoso Aragonés.—Diciembre 1614: autógrafo.
El poder en el discreto.—Mayo 1623: autógrafo.
La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba. — Octubre 1622: autógrafo.
Las pérdidas del que juega.—Autógrafo.
La Reina doña María.—Autógrafo.
En los indicios la culpa —¿Autógrafo? 1620.
El Alcaide de Madrid.
El valiente Juan de Heredia.
Don Gil de la Mancha.
El casamiento por Cristo.
Los celos de Rodomonte.
La mayor hazaña de Alejandro Magno.
Santa Casilda.
Santa Teresa de Jesus.
Amar como se ha de amar.
Audiencias del Rey don Pedro.
El Toledano vengado.
La despreciada querida. (Véase lo que se dice acerca de esta pieza en la última página del tomo II de Lope, en esta BIBLIOTECA.)
La mayor dicha en el monte.
Quien bien ama tarde olvida.—1624.
El aldegüela. (*Más mal hay, etc.*)
Los Novios de Hornachuelos.
El Gran Cardenal de España, don Gil de Albornoz, parte segunda.
La Burgalesa de Lerma. — Noviembre 1613.
El Caballero de Olmedo. — 1606: reformada, 1607.
Amar por burla.
El valor de Fernandico.
El poder del discreto.
Antonio Roca, ó la muerte más venturosa.
Los Mártires del Japon.
La mayor corona.

DEL EXCMO. SEÑOR DON AGUSTIN DURÁN.

El favor agradecido.—Octubre 1593: autógrafo.
Amor, pleito y desafío.—Noviembre 1621: autógrafo.

Obra, segun Schack, distinta de la que se halla con este título en los tomos XXI y XXIV.

El Brasil restituido.—Octubre 1625: autógrafo.
La corona de Hungría y la justa venganza.—Enero 1633: autógrafo.
La lealtad en la traicion.—1617.
La contienda de García de Paredes y el capitan Juan de Urbina.—1600.
El Cuerdo loco ó veneno saludable.—1602.
Sin secreto no hay amor.—1626.
San Agustin.
La divina Vencedora.
El Hijo sin padre.
La prueba de amigos.
El Alcalde de Zalamea.
El Rey por trueque.
El valor de Malta.
La Tercera Orden de San Francisco.

¿No podrá ser la misma pieza de que habla Montalban en su *Fama póstuma*?

Fray Diablo.
La pérdida honrosa ó los caballeros de San Juan.
La gran columna fogosa, San Basilio Magno. — ¿Autógrafo?
Un pastoral albergue.
Arminda celosa.

De Lope, segun Schack, aunque se atribuye á Méscua.

DEL EXCMO. SEÑOR DON SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

La prueba de los amigos. — Setiembre 1604: autógrafo.
Cárlos Quinto en Francia.— Noviembre 1604: autógrafo.
La batalla del honor.—Abril 1618: autógrafo.

DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE PIDAL.

La encomienda bien guardada. — Abril 1610: autógrafo.

DE DON CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA (1).

El Maestro de danzar.—Enero 1594: autógrafo.
El Esclavo fingido.—Sin fecha: autógrafo en parte.
Los hechos de Garcilaso de la Vega, y Moro Tarfe.—Sin fecha.

Traslado contemporáneo de Lope.

DEL MUSEO BRITÁNICO.

Lo que ha de ser.—Setiembre 1621: autógrafo.
¡Ay, verdades! que en amor.—Noviembre 1625: autógrafo.
La competencia en los Nobles (2).—Noviembre 1625.

Traslado de mano ajena, pero corregida, segun parece, por Lope propio.

Sin secreto no hay amor.—Julio 1626: autógrafo.
Las bizarrías de Belisa.—24 de Mayo 1634: autógrafo.
La hermosa Ester.—Abril 1610.
La Niña de plata.—Junio 1613.
El Galan de la Membrilla.—Abril 1615.
Santiago el Verde.

Falta la última hoja: parece ser MS. autógrafo.

Sembrar en buena tierra.—Enero 1616: autógrafo.
El Argel fingido.

Falta la última hoja.

DE MISTER TICKNOR. (Boston.)

El castigo sin venganza.—Agosto 1631: autógrafo.

BIBLIOTECA DE LORD HOLLAND.

El Marqués de las Navas.—22 de Abril 1624: autógrafo.
Barlan y Josafá.—1.° de Febrero: 1611: autógrafo.
El Caballero del Sacramento.—27 Abril 1610: autógrafo.
El Cuerdo loco.—Noviembre 1602: autógrafo.
Antonio Roca.

Parece ser autógrafo; pero faltan la firma de Lope y la fecha.

---

(1) Artículo del mismo señor Barrera.
(2) Nota sobre el MS. de *La competencia en los Nobles*. (Mus. Brit.)
Las enmiendas de este traslado parecen haber sido hechas por Lope, á ruegos de la persona cuya carta se ve en la última hoja del segundo acto, diciendo así:
«Con las noticias que tengo de las comedias de vuesa merced, é (he) venido á buscar esta: porque me an (han) dicho que es muy buena: estamos en duda si es conforme vuesa merced la izo (hizo), y ansí le suplico vuesa merced la aga (haya) de pasar los hojos (ojos) por ella esta noche, que yo le serviré; y mañana á las nueve seré aquí á besar á vuesa merced las manos, que: (Lo demás es casi ilegible) á vida ó de vuestra merced..... firm. — D. Juan Alonso de ¿Monastir ó Morestin?

Peribañez y el Comendador de Ocaña.

Traslado, con enmienda de otra mano, cuya letra se parece á la de Lope.

La Villana de Getafe.—Trasl.
Las pérdidas del que juega.—Trasl.
El valor de Malta.—Trasl.
San Basilio.—Trasl.
El Duque de Berganza. (*El más galan Portugues*. C. VIII.) — Trasl.
Fuente-Ovejuna.—Trasl.
La Noche de San Juan.—Trasl.

Sacada del original el año de 1635.

La honra por la Mujer.—Trasl.
La humildad y la soberbia.—Trasl.
Lo que es un coche en Madrid.—Trasl.
Al pasar del arroyo.—Trasl.

Escrita á 23 de Enero de 1616. — Hay tambien los siguientes (traslados), que se dicen de Lope; pero en cuanto pude juzgar, segun me fué posible examinarlos, me han parecido no ser suyos.—Chorley.

La soberbia de Nembrot, y primero Rey del mundo.

Presentada al teatro del Prado por F. Martinez de Mora, 5 de Agosto de 1635.

Manuscritos:

La Orden de Redencion, y Vírgen de los Remedios.—¿La de Calderon? ¿La de don F. Villegas y José Rojo?
Amar por ver amar.—Fecha de 1659. Licencia del año de 1651. (Es *El perro del Hortelano.*)
El Paraiso de Laura, y floresta del amor.—Fecha de 1680.
El sol en el Nuevo Mundo: Nuevo mundo en Castilla, ó descubrimiento de las Batuecas, por Juan de la Hoz y Lope de Vega.

Nació la Hoz el año de 1620. Probablemente refundió la pieza de Lope (C. XXIII) *Las Batuecas*. En la XXXVIII de Escog. hay una refundicion de esta comedia, titulada: *El Nuevo Mundo en Castilla*, de Matos Fragoso.

NOTA SOBRE LA LISTA DE COMEDIAS QUE PUBLICÓ LOPE EN EL PEREGRINO.

Ediciones del *Peregrino*. Edicion príncipe. — Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604; 4.°
2.ª Madrid.... 1604; 8.°
3.ª Madrid.... 1606; 4.° (?)
4.ª Barcelona, Cormellas, 1605; 8.°
5.ª Bruselas, 1608; 12.°
6.ª Madrid, viuda de Alonso Martin, 1618; 8.°
7.ª Madrid, Martinez Abad, 1733; 4.°
8.ª En la Coleccion de Sancha, tomo V.—Barr.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS DE LOPE DE VEGA

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

Los títulos de las comedias comprendidas en este Catálogo van ordenados en tres clases.
La primera, señalada con una cruz (+), contiene las comedias que se han publicado en coleccion, ya por el autor (*Comedias de Lope*, I á XXV, etc.), ya con las de otros autores (*Comedias de diferentes*, *escogidas*), etc.
La segunda clase, que lleva por distintivo una aspa (×), contiene las comedias (no incluidas ya en la primera) de que tenemos noticia que existen *sueltas* ó en *MSS.*, y las que se hallan en los Catálogos de *Medel del Castillo* y de *Huerta*.
La tercera clase, indicada con una estrella (*), contiene los títulos no incluidos ya en la primera y segunda de las dos listas del *Peregrino*, distinguiendo con una (P. 2) los añadidos en la edicion de 1618.
Un guion (—) antepuesto al título de una comedia, indica, que además de aquél tiene otro, ó que la primera letra de aquél puede ser otra, segun la ortografía antigua ó moderna.

× Abanillo (El).— P. 2. Med. (H.)
* Abderita (La).—La Abderite.—P.
* Abindarráez y Narváez.—P. (V. *El remedio en la desdicha.*)
+ Acero (El) de Madrid. C. XI.—P. 2.

Es primera parte.

× Acertar errando.—(H.)

Segun Schack, la misma que *El Embajador fingido*, impresa por primera vez en Lisboa ó Sevilla, hácia 1603.

* Achaque quieren las cosas.—P. 2. Med.
+ Adónis y Vénus.—P., XVI.
+ Adversa fortuna (La) de D. Bernardo Cabrera.—(H.)

Parte XXIX de Lope y otros. Dudosa. — ¿De Amésena?

* Adversa fortuna (La) del Infante D. Fernando de Portugal.—(H.)

Del tomo de Lope y otros, impreso en Sevilla.—Barr.

* Africano cruel (El).— P. y P. 2.
+ — Agraviado leal (El).—(V. *La firmeza en la desdicha.*)
× Alcalde de Zalamea (El) (H.)— Suelt. Holland. MS. Durán.

De esta pieza tomó Calderon la suya.

+ Alcalde mayor (El).—XIII.
× Alcaide (El) de Madrid. P.—MS. Osuna. (H. anón.)
* Alcázar (El) de Consuegra.—P. 2. Med.
* Alfonso (El) afortunado.—P.
× Allá darás, rayo.— (H.)

De la Parte XXVII de Lope y otros (Barcelona 1633): una de las *extravagantes*.

+ Almenas (Las) de Toro.—XIV.
+ Al pasar del arroyo.—XII.—MS. Trasl. Holland.
× Alvaro de Luna (Don).—(V. *El milagro por los celos.*)
+ Amante agradecido (El).—X.
+ Amante (El) al uso.—(V. *La ilustre Fregona.*)
+ Amantes (Los) sin amor.—P. y P. 2.—XIV.
× Amar como se ha de amar.—(H.) Suelt. Osuna, T-131. —MS. Osuna.
× Amar por burla.—(H.) MS. Osuna.
× Amar por ver amar.—MS. Trasl. Holland. 1659.

Es *El perro del Hortelano* ó *La Condesa de Belflor*.— P. 2. XI, etc. (Véase.)

+ Amar, servir y esperar.—XXII: Zaragoza, 1630.
+ Amar sin saber á quién.—XXII: Zaragoza, 1630 y Madrid, 1635.
* Amatilde (La).—P.
* Amazonas (Las).— P.

Probablemente la misma que *Las Mujeres sin Hombres*. —XVI.

+ Amigo (El) hasta la muerte.—P. 2.—XI.
+ Amigo (El) por fuerza.—P. y P. 2.—IV.
+ Amigos enojados (Los), y verdadera amistad (1).— Lisboa, 1603.—Chorley.

Lope no incluyó este título en las listas del *Peregrino*. —Barr.

+ Amistad pagada (La).—I.
+ Amistad (La) y obligacion.—XXII: Zaragoza, 1630.

(1) Ticknor sospecha que esta comedia y *La amistad pagada* son una misma.—Barr.

×Amor con vista.—(H.) MS. Osuna, 1624.
* Amor constante (El).—P.

¿Será la publicada como de *don Gu llem de Castro* en la Parte i de los valencianos? — Barr.

* Amor desatinado (El).—P.
+ Amor enamorado (El).

Vega del Parnaso y Parte v de Lope, impresa en Sevilla, segun Fajardo.

×Amor, pleito y desafío.—(H.) MS. Durán.

La comedia de este título que va en las Partes xxii y xxiv, es la de *Ganar amigos*, de Alarcon; pero, segun Schack, la del señor Durán es diferente de esta, y probablemente de Lope.—Chorley.
Es de Lope: el MS. del Sr. Durán es autógrafo, firmado en 23 de Octubre 1621, con la censura original. — Barr.

+ Amor secreto hasta zelos.—XIX.
* Amor soldado (El).—P. 2. Med.—(H.)
+ Amor vandolero (El).—XXIV. Zaragoza, 1633.
* Amores (Los) de Narciso.—P.
+ Angélica en el Catay.—P., VIII.
+ Animal (El) de Hungria.—IX.
+ Animal profeta (El), San Julian.—(H.) Suelt. Mus. Brit. MS. Osuna. Suelt. Holland, donde se llama tambien: *«y dichoso patricida.»*

Segun Schack, ap. 57, se atribuye á Méscua en un MS. del D. de Osuna.—Chorley.
Se publicó, segun Fajardo, en una Parte v de Comedias de Lope, impresa en Sevilla. El MS. de Osuna lleva fecha de 1631.—Barr.

×Antonio Roca, ó la muerte más venturosa.—P. (H.): MS. Osuna: MS. Holland.
+Anzuelo (El) de Fenisa.—VIII.
+Arauco domado.—XX.
+Arcadia (La).—XIII.
+Arenal (El) de Sevilla.—P. XI.
+Argel fingido (El), y Renegado de amor.—P. VIII: MS. Mus. Brit.
+Argelan, Rey de Alcalá.—(H.) Es *El Padrino desposado*. P. y P. 2. II. Med. (H.)
×Arminda celosa (H.)—P. 2. MS. Durán.

Se atribuye en algunas impresiones á Méscua.

+Arrogante español (El).—(V. *El Caballero del milagro*.)
+Asalto (El) de Mastrique por el Príncipe de Parma.—P. 2. IV.
+Asturianas (Las). — P. 2. — *Las famosas Asturianas* — XVIII. Med. (H.)
* Atalanta (La).—P. 2. Med. (H.)
×Audiencias del Rey don Pedro.—MS. Osuna. (H. anón.)
+Aventuras de don Juan de Alarcos.—XXV.
+Ausente (El) en el lugar.—IX.
+¡Ay, verdades! que en amor....—XXI: MS. Mus. Brit., 1625.

Inserta en la Parte xxix de diferentes autores, impresa en Valencia, 1636.

×Bárbara (La) del cielo.—P. Medel y (H. anón.)

Acaso la *Santa Bárbara*, impresa suelta como de don Guillem de Castro.

* Bárbaro gallardo (El).—P.
+Barlan y Josafa.—XXIV, Zaragoza, 1641. MS. Autógr., Holland., 1611.

Se ha impreso con título de *Los dos Soldados de Cristo*.

* Basilea (La).—P.
+Bastardo Mudarra (El).—XXIV, Zaragoza, 1641.

Es la citada en la 2.ª lista del *Peregrino* con el título de *Los siete Infantes de Lara*.

×Batalla (La) de dos.—Med. (H.)

Muy dudosa. Hay una *Batalla de los dos, ó San Luis Bertran*, de La Torre Sevil.

+Batalla (La) del honor. — P. 2. VI. MS. Olózaga, 1613.

Inserta en la Parte xv de escogidas, como obra de Zárate (don Fernando). Con el nombre de Lope en el tomo de comedias de los mejores y más insignes ingenios de España. Lisboa, 1652.

+Batalla naval (La).—P. (V. *La Santa Liga*).
+Batuecas (Las) del Duque de Alba.—P. 2. XXIII.

En la xxxvii de escogidas va una refundicion de esta comedia titulada: *El Nuevo Mundo en Castilla*, de Matos Fragoso. (V. tambien el MS. de Holland, titulado: *El Sol en el Nuevo Mundo*, etc., por Juan de la Hoz y Lope de Vega.)

+Bautismo del Príncipe de Marruecos.—(V. *La tragedia del Rey don Sebastian*.)
* Belardo furioso.—P.
×Bella Andrómeda (La). — Medel. Suelta, Viena. Suelta, Holland.—Es *El Perseo. La fábula de Perseo*.—XVI.
+Bella Aurora (La).—XXI.
* Bella Gitana (La).—P.
+Bella mal maridada (La).—P. II.
+Benavides (Los).—P. II.
* Biedmas (Los).—P.
+Bizarrías (Las) de Belisa.—Vega del Parnaso. MS. autógrafo, Mus. Brit., 1634, y Parte v de Lope, de Sevilla.
+Blason de los Chaves. —(H.) (V. *Los Chaves de Villalba*.)
+Boba (La) para los otros, y discreta para sí.—XXI.
+Bobo (El) del Colegio —P. 2. XIV.
+Boda (La) entre dos Maridos.—P. 2. IV.
+Bohemia convertida.—(V. *El Hijo piadoso*.)
* Bosque amoroso (El).—P.

Cervantes escribió una del mismo título, que tampoco es conocida.

×Brasil restituido (El).—MS. Durán, 1625.—Chorl.

El autógrafo existia en Lóndres años pasados.— Barr.

* Buen agradecimiento (El).—P.
+Buen vecino (El).—(H.) Dif., xxxiii. Suelta, Osuna, T-132.
+Buena guarda (La), ó *La encomienda bien guardada*.—XV. MS. Pidal, 1610.

En los últimos versos:

Así para ejemplo acaba,
Como verdadera historia,
La encomienda bien guardada.

+Burgalesa (La) de Lerma.—P. 2. X. MS. Osuna.
+Burla vengada (La).—(V. *La Niña de plata*.)
* Burlas (Las) de amor.—P. Acaso es la siguiente:
×Burlas veras (Las), ó (*El Amor invencionero, y Española de Florencia*.)—Suelta, Duran. Suelta, Holland.
+Caballero (El) de Illescas.—P. y P. 2. XIV.
+Caballero (El) del milagro, y *Arrogante Español*.— P. XV.

En los últimos versos:

Y aquí, Senado, acaba
El Arrogante Español.

+Caballero mudo (El).—P.

Acaso es la que, suelta, se atribuye con igual título á don Guillem de Castro.

+Caballero (El) de Olmedo.—XXIV: Zaragoza, 1641. MS. Osuna, 1606.
+Caballero (El) del Sacramento.—XV. MS. Autógr. Holland, 1610.

Es muy diferente de la de Moreto, titulada: *El Eneas de Dios, y Caballero del Sacramento*.

×Caballeros (Los) de San Juan. —(V. *La pérdida honrosa*.)
* Cadena (La).—P.
+Campana (La) de Aragon.—P. XVIII.
+Capellan (El) de la Virgen. (*San Ildefonso*.)—XVIII.
* Capitan Juan de Urbina (El).

Puede ser la misma que *La contienda de García de Paredes y El Capitan Juan de Urbina*.—MS. Durán, 1600.

+Carvajales (Los).—(V. *La inocente sangre*.)
+Carbonera (La).—XXII.
×Carboneros (Los).—(V. *La suerte de los Reyes*.)
+Cardenal (El) de Belen. (*San Jerónimo*.)—XIII.
+Cárlos el perseguido.—I.

El Perseguido, en la edicion de la Parte i: Valladolid, 1609, y en el tomo supuesto de Lisboa, 1603.

+Cárlos V en Francia.—P. 2. XIX. MS., Olózaga, 1604.
* Casamiento (El) dos veces.—P.
+Casamiento (El) en la muerte, y hechos de Bernardo del Carpio.—P. 2. I.
×Casamiento (El) por Christo.—(H.) MS., Osuna.

* Casta Penélope (La).—P. 2. Med. (H.)
+Castelvides y Monteses. — P. 2. XXV. (*Castelvines y Monteses.*)
+Castigo (El) del discreto.—P. 2. VII.
+Castigo (El) sin venganza.—Y en algunas impr. suelta. (*Cuando Lope quiere, quiere.*) — XXI. MS, Ticknor, 1631.

Publicada por primera vez en Barcelona, 1634. Obras sueltas de Lope, tomo VIII.

* Catalan valeroso (El).—P. (*¿El gallardo Catalan?*)—Chorley.

Creo que es, en efecto, *El gallardo Catalan.*—Barr.

+Cautivo coronado (El). (V. *El Leon apostólico.*)
* Cautivos (Los). P.—(*¿Los cautivos de Argel?*)
+Cautivos (Los) de Argel.—XXV. (*Los esclavos de Argel* en algunas hojas del texto.)
+ —Cegries y Bencerrajes.—P. (*La envidia de la nobleza.*—XXIII.)
+ —Celos (Los) de Rodamonte. (V. *Zelos.*)
+ —Celos (Los) satisfechos.
+ —Celos (Los) sin ocasion.
+ —Celoso (El) de sí mismo. (V. *Zeloso.*)
* Cerco (El) de Madrid.—P.
* Cerco (El) de Orán.—P.
+Cerco (El) de Santa Fe, y ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega.—I.

Refundicion del *Garcilaso de la Vega*, citado en el *Peregrino*, y MS.—Barr.

×Cerco (El) de Toledo.—P. Medel y (H. anón.)
×Cerco (El) de Viena por Cárlos V.—(H.) Suelta, Viena. Suelta, Holland.
+Chaves (Los) de Villalba.—P. (O el blason de los Chaves.)—(H.) X.
+Cierto (Lo) por lo dudoso.—XX.
* Circe Angélica (La).—P.
* Cirujano (El).—P.
+? Ciudad (La) sin Dios.—(H.) Suelta, Durán.

Segun Schack publicóse por primera vez en Lisboa ó Sevilla, hácia 1603. La comedia (Escog. II) titulada: *El inobediente, ó la ciudad sin Dios*, de Claramonte, á juzgar por el estilo, parece ser de Lope.—Chorley.
Se publicó atribuida á Lope en la Parte XXVI *extravagante*, impresa de 1632 al 33, y reimpresa en Zaragoza, 1645. En mi opinion pertenece á Claramonte.—Barr.

+Comendador (El) de Ocaña.— P. 2. (V. *Peribañez.*)
* Comendadores (Los).—P.—Es la que sigue:
+Comendadores (los) de Córdoba.—II.
×Cómo han de ser los Nobles.—Suelta, Durán. (*Los Nobles como han de ser.*—(H.)
+Cómo se vengan los Nobles.—Medel.—(Es *El testimonio vengado.*)—P. I.

Corre suelta una de Moreto.—Chorley.
La de Moreto, no sólo corre suelta, sino en su Parte III de Valencia, 1676, y en la XXIX de escogidas. La de Lope es la misma que su *Testimonio vengado*, inserta en su Parte I. Moreto se aprovechó de ella.—Barr.

×Competencia (La) en los Nobles.—(H.) MS. Mus. Brit., 1625.
* Competencia engañada (La).—P.
+Con su pan se lo coma.—P. 2. XVII.
* Conde Dirlos (El). (*Conde de Irlos.*)—P.

Hay una que se atribuye á Guillem de Castro.—(H.), y Ticknor. Corre tambien suelta una del mismo título, de Cubillo.—Suelta: Viena.—Chorley.
La de Guillem de Castro es legítima suya, publicada en su Parte I. Seria preciso ver la atribuida á Cubillo.—Barr.

+Conde Fernan Gonzalez (El) (y *Libertad de Castilla.*)—XIX.

Es la que se publicó, Lisboa, 1603, con el título: *La libertad de Castilla, por el Conde Fernan Gonzalez:* véanse los últimos versos:

..... y acabe
La libertad de Castilla.

CONDE.
Por quién?

SANCHO.
Por Fernan Gonzalez. Chorley.

No es seguro que sean una misma: Lope rechazó ese falso libro de Lisboa, y no incluyó ese título en las listas del *Peregrino* (1603 y 1618). Su Parte XIX salió en 1623. La expresada pieza del libro de 1603 está en lenguaje antiguo.—Barr.

+Conde (El) Don Pedro Velez.—(H.) Suelta, Osuna, T.-132.—Chorley.

No es suelta, sino desglosada del tomo de comedias de Lope y otros, impreso en Sevilla.—Barr.

* Conde don Thomás (El). — P.
* Condesa (La).—P. (*¿La Condesa Matilde?*)
+Condesa Matilde (La) y la resistencia honrada.—II.

La comedia titulada: *La Condesa perseguida*, etc., de un ingenio, pertenece sin duda ninguna á un tiempo más reciente que el siglo de Lope, aunque puede ser una refundicion de otra suya. En aquella, la Condesa se llama Margarita.—Chorley.
La *Condesa perseguida y Capuchino escocés* es comedia de fray Félix de Adsaneta, que murió en 1767. Hay otro *Capuchino escocés* muy diferente, de Avellaneda (códice M-181 de la B. N.), por consiguiente ese es uno de los muchos errores del Catálogo de Huerta.—Barr.

* Conquista (La) del Andalucía.—P. y P. 2.
+Conquista (La) de Canaria.—P. 2. (V. *Los Guanches de Tenerife.*)
* Conquista (La) de Cortés.—P. 2. Med. (H.)
* Conquista (La) de Tremecen.—P.

Acaso *El cerco de Tremecen*, atribuida á don Guillem de Castro, en el libro de *Doce comedias de varios*, Tortosa, 1638.—Barr.

×Contienda de García de Paredes y el capitan Juan de Urbina. (*El capitan Juan de Urbina.*) — MS., Durán, 1600.
+Contra valor no hay desdicha (y primero Rey de Persia). — XXIII. Así se la llama en los últimos versos.
×Corona (La) de Hungría, y la injusta venganza.—MS., Durán, 1633.
+Corona merecida (La).—P. XIV.
* Cortesano (El) en su aldea.—P.
+Cortesía (La) de España.—XII.
+Creacion (La) del mundo, y primera culpa del hombre. —XXIV. Madr., 1640: C. N.: Amst., 1726. Suelta, Arlington.
+ —Cuando Lope quiere, quiere. (V. *Cuando Lope quiere.*)
+Cuentas (Las) del Gran Capitan.—XXIII.
+Cuerdo (El) en su casa.—P. 2. VI.
+Cuerdo loco (El): P. y veneno saludable.—P. 2. XIV. MS. autógrafo, Holland., 1602. MS. Durán, 1602. Con el segundo título.
+Dama boba (La).—P. 2. IX. MS., Osuna, 1603.
* Dama desagraviada (La).—P.
* Dama estudiante (La).—P.
+Dama melindrosa (La).—(H.) (V. *Los melindres de Belisa.*)
×David perseguido, y montes de Gelboé.—(H.) Suelta, Viena. Suelta, J. R. C.
+De cosario á cosario.—XIX.
* Dé donde diere.—P. 2. Med. (H.)
+¿De cuándo acá nos vino?—XXIV. Zaragoza, 1633.
×Defensa (La) en la verdad.—(H.) Suelta, Durán. Suelta, Holland.
* Degollado fingido (El).—P.
+Del mal lo ménos.—IX.

Esta, la conocida de Tirso y la de la Parte XXVIII de las escogidas, son todas tres diferentes piezas.

×Del monte sale quien el monte quema.—(H.) MS., Osuna, 1627.
+Desconfiado (El).—XIII.
× —Descubrimiento (El) de las Batuecas. (V. *El sol en el Nuevo Mundo.*)
× (1) Desden vengado (El). — MS., Osuna, 1617. (H. cita sólo una de Rojas.)—Chorley.
+Desdichada Estefanía (La).—XII.

Va además en el libro de *Doce comedias* de Lope y otros: Barcelona, 1630, con su segunda parte: *El pleito por la honra, ó el valor de Fernandico.* — Barr.

* Desdichado (El).—P.
* Despeñado (El).—P. (*¿El Príncipe despeñado* C. VIII?)

(1) La pieza *El desden vengado*, atribuida á Rojas, va inserta en la Parte XVI de escogidas.—Barr.

+Despertar á quien duerme. — P. 2. VIII, y Parte XXVI *extravagante:* Zaragoza, 1645.
+Desposorio encubierto (El).—XIII.
+Desprecio agradecido (El).—XXV. (*Vega del Parnaso.*)

Va en la Parte XXXIX de las escogidas con el título de *La dicha por el desprecio*, de Matos. García Suelto y Ochoa, la insertaron en sus colecciones respectivas con este título. Va tambien en la Parte V de Lope, de Sevilla.

+Di mentira, sacarás verdad.—XXII: Zaragoza, 1630.—Chorley.

Probablemente es la de Matías de los Reyes.—Barr.

×Diablo niño (El). —(H.) Suelta, Durán. Suelta, Holland.
+Dicha (La) del Forastero.—P. 2. (V. *La Portuguesa.*)
+Dichoso patricida (El).—(H.) (V. *El Animal Profeta.*)
* ? Difunta pleiteada (La) —P.

La comedia de este título que va en la Parte XX de las escogidas, y como de Rojas, á juzgar por el estilo puede bien ser la de Lope.

+Dineros son calidad.—XXIV: Zaragoza, 1632 y 1623. Parte VI (Zaragoza, 1653) de escogidas.

De Cáncer, segun Schack. Ticknor, por el contrario, afirma que es obra de Lope. En verdad, si es suya, no puede llamarse una de las buenas.—Chorley.

Este drama no puede ser de Cáncer, aunque corre suelto con su nombre. Críticos eminentes le estiman por uno de los mejores del Fénix de los ingenios.—Barr.

+Dios hace justicia á todos.—Medel. (H.) Dudosa.

Va en la Parte XLII de escogidas, y corre suelta una que se dice de F. de Villegas.—Chorley.

Creo que, en efecto, esta pieza es de don Francisco de Villegas.—Barr.

+Dios hace Reyes.—XXIII.
+Discordia (La) en los casados.—MS., Osuna. (H. anón.)
+Discreta enamorada (La).—P. 2. Escogidas, III.
+Discreta venganza (La).—XX. Inserta en la Parte XXXIX de escogidas como obra de Moreto.
+Divina vencedora (La).—P. MS., Durán.
+Divino Africano (El)., San Agustin. P. 2. XVIII.
+Dómine Lucas (El).—P. XVII.
+Donaires (Los) de Matico.—(P. *El Matico.*)
+Don Beltran de Aragon.—(V. *Las mudanzas de la fortuna.*)
+Don Gil de la Mancha. — Dudosa. MS., Osuna. Huerta cita sólo una de Rojas.—Chorley.

No creo que sea de Lope: existe en el códice M-176 de la Biblioteca Nacional. MS. del siglo XVIII, anónima.—Barr.

+Don Gonzalo de Córdoba.—XXIV: Zaragoza, 1641. MS., Osuna, con el título de *La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba*. Va tambien en la *Vega del Parnaso* con el de *La mayor victoria de Alemania*.
+Don Juan de Castro.—Partes I y II. P. 2. XIX.
+Don Lope de Cardona.—P. 2. X.
+Don Manuel de Souza.—(V. *El naufragio prodigioso.*)
+Doncella Teodor (La) —IX.
×Doncellas (Las) de Simancas.—(H.) Suelta, Mus. Brit. y Chorley.
×Doña Inés de Castro.—Medel. (H.), y P. 2.

La que va en la Parte III de Lope y otros autores es de Mejía de la Cerda.

+Dos agravios sin ofensa. — (H.) Durán. Parte XXVI *extravagante:* Zaragoza, 1645.
+Dos Bandoleras (Las), y fundacion de la Santa Hermandad de Toledo.—C. N.: Barcelona, 1630 (H.)
+Dos estrellas trocadas (Las), y Ramilletes de Madrid. —P. 2. XI.
+Dos soldados (Los) de Christo.—Medel. (H.) Es la titulada: *Barlan y Josafá*, XXIV: Zaragoza: 1641.
* Duque de Alba (El) en París.—P.
+Duque de Berganza (El). —MS. Trasl. Holland. (V. *El más galan Portugues.*)
+Duque (El) de Viseo.—P. 2. VI.
* Duques (Los) de Saboya.—P. 2. Medel. (H.)
+Ejemplo (El) de casadas. (V. *El Exemplo de casadas.*)
+El saber por no saber, y Vida de San Julian de Alcalá. —XXIII.
+El saber puede dañar.—XXIII.
+Ello dirá.—XII.

×Embajador fingido (El).—(H.) (V. *Acertar errando.*)
+Envidia (La) de la nobleza.—XXIII. Tal vez la del P.: *Zegríes y Bencerrajes.*
Segun dicen los últimos versos:

Aquí acaba la comedia
Prision de los Bencerrajes,
y *Envidia de la nobleza.*—Chorley.

Creo que, en efecto, son una misma.—Barr.

* Envidia (La) y la privanza.—P.
+Embustes (Los) de Celauro.—P. IV.
+Embustes (Los) de Fabia.—P. y P. 2. XXV.
×En la mayor lealtad mayor agravio, y fortuna del cielo.—(H.) Suelta, Osuna, T-132.
+En los indicios la culpa.—XXII: Zaragoza, 1630. MS., Osuna.
+Encomienda (La) bien guardada. —(V. *La buena guarda.*)
+Enemigo engañado (El).—P (H.). Suelta, Durán. Publicada en la Parte XXXII de diferentes autores: Zaragoza, 1640.
+Enemigos (Los) en casa.—P. 2. XII.
×Engañar á quien engaña.—(H.). Suelta, Osuna, T-132. Suelta, Durán.
×Engaño (El) en la verdad.— P. (H.). Suelta, Osuna, T-131. Suelta, Durán.
×Enmendar un daño á otro.—(H.). Suelta, Durán. Suelta, Arlington.
+Enredos (Los) de Benito.—G. y Lope, 1617. Chorley. Dudosa.

Lope no la incluyó en sus listas de *El Peregrino*. En el singular libro que la contiene se halla anónima.—Barr.

+Esclava (La) de su Galan.—XXV.
+Esclavo (El) de Roma.—P. VIII.
+Esclavo fingido (El). — (H.). Suelta, Osuna. T-132.—Chorl.

Desglosada del tomo de comedias de Lope y otros, impreso en Sevilla. MS. en parte autógrafo de Lope, en la librería de La Barrera.

* Esclavo (El) por su gusto.—P.

Es sin duda la anterior.—Barr.

+Esclavos (Los) de Argel.—(V. *Los cautivos de Argel.*)
+Esclavos libres (Los).—P. XXIII.
+Escolástica celosa (La).—P. I.
* Espada pretendida (La).—P. 2. Medel. (H.)
+Españoles (Los) en Flandes.—XIII.
* Espíritu fingido (El).—P.
×Estrella (La) de Sevilla.—(H.) Suelta, Holland.
+Exemplo (El) de casadas, y prueba de paciencia.

Único drama de Lope contenido en la *Flor de comedias de España de diferentes autores, Quinta parte:* Madrid, Alcalá, 1615.—Barcelona, 1616.—Barr.

+Fábula (La) de Perseo.—XVI. (*El Perseo.*) Suelta con título de *La bella Andrómeda.*
* Fajardos (Los).—P. ¿El primer Fajardo. VII?
×Famosa Montañesa (La).—(H.). P. *La más famosa Montañesa.*
+Famosas Asturianas (Las).—XVIII. Las Asturianas. P. 2.
+Favor agradecido (El).—P. XV. MS. Durán? 1593? Chorl.

El MS. del señor Durán está firmado por Lope en Alba de Tórmes, á 29 de Octubre de 1593. A principios de 1594 firmó allí mismo *El Maestro de danzar*, manuscrito autógrafo que posee La Barrera.—Barr.

+Fe rompida (La).—P. y P. 2. IV.
+Felisarda (La).—XVI.
+Ferias (Las) de Madrid.—P. II.
×Fernan Mendez Pinto.—(H.) Partes I y II. Suelta, Holland.

El Catálogo de Huerta cita tambien una de Enriquez (1) Gomez en dos partes, y ésta creo que es la misma que se atribuye á Lope, así en su lista como en la suelta de Holland.—Chorley.

Son efectivamente las de Antonio Enriquez Gomez.—Barr.

×Fianza satisfecha (La).—(H.) Suelta, Holland. Suelta. —Chorley.

(1) Este, en el prólogo de su poema: *El Sanson Nazareno* (publicado en Rouen, año de 1652), dice así: Las (comedias) mías fueron *veinte y dos*, cuyos títulos pondré aquí, para que se conozcan por mías; pues á todas ellas, ó las más, que se imprimen en

+Fingido verdadero (Lo).—(V. *Lo fingido verdadero.*)
* Firmeza (La) de Leonarda.—P.
+Firmeza (La) en la desdicha, P. 2. y *Agraviado leal.*—XII.

Acaba así:

«Dando fin nuestra alegría
al *Agraviado leal*
y firmeza en la desdicha.»

+Flores (Las) de don Juan, y rico y pobre trocados.—P. 2. XII.

Imitada por los Figueroas en su comedia titulada: *Pobreza, amor y fortuna.* Escogidas, Parte XIII.

×Florestas (Las) del amor.—(H. anón.) (V. *El Paraíso de Laura.*)
×Fortuna del cielo (La).—(V. *En la mayor lealtad, mayor agravio.*)
+Fortuna merecida (La).—XI.
* Fortunas (Las) de Beraldo.—P. 2. (*¿Belardo?*) Medel. (H.)
+Francesilla (La).—P. XIII.
×Fray Diablo.—MS. Durán.
* Fray Martin de Valencia.—P.
* Fregosos (Los) y Adornos.—P.
+Fuerza lastimosa (La).—P. II. y C. N.: Amsterdam, 1726.
+Fuente-Ovejuna.—P. 2. XII. MS., Trasl. Holland.
+Fundacion (La) de la Alhambra de Granada: Lisboa 1603.—Chorley.

Dudosa. Lope no incluyó este título en el *Peregrino.*—Barr.

+Fundacion (La) de la Santa Hermandad de Toledo, Med. (H.)

Las dos Bandoleras.—Doce comedias nuevas de Lope y otros: Barcelona, 1630.

* Galan agradecido (El).—P.
+Galan Castrucho (El).—IV. (P. *El Rufian Castrucho.*)
+Galan (El) de la Membrilla.—P. 2. X. MS., Mus. Brit., 1615.
* Galan escarmentado (El).—P.
* Galiana (La).—P. (*¿Los Palacios de Galiana?*)—Chorley.

Muy probablemente.—Barr.

+Gallarda Toledana (La).—P. XIV.
* Gallardas Macedonias (Las).—P.
+Gallardo Catalan (El).—II. Suelta, Holland.
×Gallardo Jacimin (El).—(Medel y Huerta.) Quizá la misma que:
* Gallardo Jacobin (El).—P. 2. Med. (H.)
* Ganso (El) de oro.—P.
* Garcilaso de la Vega.—P. (V. la nota puesta al título: *El cerco de Santa Fe.*)
×Gata (La) de Mari-Ramos.—(V. *El jardin de Vargas.*) Suelta, Durán.

Sevilla, les dan los impresores el título que quieren, y *el dueño que se les antoja.*

El Cardenal Albornoz.—Dos partes. 1, 2.
Engañar para reinar.
Diego de Camus.
El Capitan Chinchilla.
Fernan Mendez Pinto.—Dos partes. 3, 4.
Zelos no ofenden al sol.
El Rayo de Palestina.
Las soberbias de Nembrot.—5.
A lo que obligan los zelos.
Lo que pasa en media noche.
El Caballero de Gracia.
La prudente Abigail.
A lo que obliga el honor.
Contra el amor no hay engaños.
Amor con vista y cordura.
La fuerza del heredero.
La casa de Austria en España.
El sol parado.
El trono de Salomon.—Dos partes. 6, 7.
Schack. ap. 103.—Chorley.

Las señaladas con los números 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7 son las que se han atribuido á Lope.

Puede advertirse aquí ser completamente equivocada la conjetura de don Adolfo de Castro, fundada en un grosero error del *Índice expurgatorio*, sobre la identidad del judío Enriquez Gomez y de don Fernando de Zárate, de quien poseo algunas noticias.—Barr.

+Ginoves liberal (El).—P. 2. IV.
* Ginovesa (La).—P.
×Gloria (La) de San Francisco.—(H.) (*¿El Serafin humano*, XIX?)
* Gobernadora (La).—P.
×Gran Capitan (El) de España.—Medel. (H. cita sólo una de Aguayo.)
×Gran columna fogosa (La). *San Basilio Magno.*—MS., Durán. MS., Holland. (*S. Basilio.*)
+Gran Duque (El) de Moscovia.—P. 2. VII.
* Gran pintora (La).—P.
×Gran Prior (El) de Castilla.—(H). (V. *El Hijo de la molinera.*)
+Grandezas (Las) de Alexandro.—XVI.
* Grao (El) de Valencia.—P.
+Guanches (Los) de Tenerife y conquista de Canaria.—X.

P. 2., *Conquista de Tenerife.* Es la que citan Medel y Huerta con el título de *Nuestra Señora de la Candelaria.*

+Guante (El) de doña Blanca.—(H.) *Vega del Parnaso.* Dif., Partes XXX y XLIV, y Parte V de Sevilla, y en la Parte XXIX de Valencia, 1636.
+Guardar y guardarse.—XXIV: Zaragoza, 1641.
* Güelfos y Gibelinos. (Huerta cita una de Malaspina.)—P.
* Guerras civiles (Las).—P.
×Guerras de amor y honor.—(H.) Suelta, Durán. Suelta, Arlington.
* Guia (La) de la Corte.—P. 2. Med. (H.)
* Guzmanes (Los) de Toral.—P.
+Halcon (El) de Federico.—XIII.
+Hamete (El) de Toledo.—IX.
+Hazañas (Las) del Cid y su muerte, y *Toma de Valencia* (1): Lisboa, 1603.—Chorley.

Muy dudosa. Lope no incluyó tal título en las listas del *Peregrino.*—Barr.

+Hechicera (La) de Argel.—(V. *La mayor desgracia de Carlos V.*)
+Hechos de Bernardo del Carpio.—(V. *El casamiento en la muerte.*)
+Hermosa Alfreda (La).—P. *La hermosura de Alfreda.*—IX.
+Hermosa Ester (La), ó *La soberbia de Aman y humildad de Mardoqueo.*—XV. MS., Mus. Brit., 1610.
Acaba así:

Porque demos fin con esto
A la soberbia de Aman
Y humildad de Mardoqueo.

Corre suelta (Holland y Huerta) con el título de *La horca para su dueño.* Hay una de este título de Godinez, pero es diferente de la de Lope.

+Hermosa fea (La).—XXIV: Zaragoza, 1641.
+Hermosura aborrecida (La).—P. 2. VII.
* Hero y Leandro.—P.

La que cita Huerta, de Méscua, es probablemente la pieza de Lope.—Chorley.

El señor Durán posee una de *Hero y Leandro*, MS. no original, con el nombre de Améscua.—Barr.

+Hidalgo Abencerraje (El) ó El Hidalgo Jacimin.—XVII.
+Hidalgos (Los) de la Aldea.—XII.
+Hijo (El) de los leones.—XIX.
+Hijo (El) de Reduan.—P. I.
* Hijo (El) de sí mismo. (*¿El Hijo sin Padre?*)—P. y P. 2.
+Hijo piadoso (El) y Bohemia convertida.—Med. (H.)—Chorley.

Se insertó en el tomo de comedias de Lope y otros autores, impreso en Sevilla, del cual se halla un fragmento que comprende esta pieza en el tomo colecticio, número 132, de la biblioteca de Osuna.—Barr.

+Hijo (El) por engaño, y toma de Toledo.—(H. anón.) C. N.: Barcelona, 1630.
+Hijo (El) de la molinera, y el Gran Prior de Castilla. (V. (2) *Más mal hay en la aldegüela*, etc.)

La que va en la Parte XLII de escogidas, titulada: *El Hijo de la molinera*, de Francisco de Villegas, es la comedia de Lope: *Mas mal hay*, etc.

---

(1) Con *La tomada de Valencia*, dice el libro.—Barr.

(2) La comedia: *El Hijo de la molinera y Gran Prior de Castilla ó Mas mal hay en la aldegüela*, etc., de Lope, se publicó en la Parte XLII de escogidas con solo el primer título, atribuida á don Francisco de Villegas.—Barr.

+Hijo (El) sin Padre.—XXIV: Madrid, 1640. MS., Durán. (¿*El hijo de sí mismo?*)—P. y P. 2.
* Hijo (El) venturoso.—P.
×Historia (La) de Mazagatos.—Med. (H.) Parte v de Lope, impresa en Sevilla.
×Historia (La) de Mazagatos.—Med. (H.) Parte v de Lope, impresa en Sevilla.
+Historia (La) de Tobías.—XV.
+Hombre de bien (El).—P. 2. VI.
+Hombre (El) por su palabra.—P. 2. XX.
+Honra (La) por la mujer.—XXIV: Zaragoza, 1633. MS., Trasl., Holland.
+Honrado (El) con su sangre.—XXIV: Madrid, 1640.
+Honrado Hermano (El) —XVIII.—Chorley.

Probablemente *Los Horacios*. P.—Barr.

* Honrado perseguido (El).—P. 2. Med. (H.)
* Horacios (Los).—P.

Probablemente la misma que *El honrado Hermano*.

—Horca (La) para su dueño.—(H.) Suelta, Durán. Suelta, Holland. (V. *La hermosa Ester*.)
+Humildad (La) y la soberbia.—P. 2. X.

Lleva en la Parte x el título de *El triunfo de la humildad y soberbia abatida*.

+Humildad de Mardoqueo.—(V. *La hermosa Ester*.)
+Ilustre Fregona (La), y (1) *Amante al uso*. —XXV: Zaragoza, 1641.
+Ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega.—(V. *El cerco de Santa Fe*.)
+Imperial (La) de Oton.—VIII.
* Imperial (La) Toledo.—P.
* Imperio (El) por fuerza.—P. 2. Med.
* Inclinacion natural (La).—P.
* Infanta desesperada (La).—P.
* Infanta labradora (La).—P.
+Infante don Fernando de Portugal.—(H.) (V. *La adversa fortuna del infante don Fernando*, etc.)
×Infanzon (El) de Iléscas.—Suelta, Mus. Brit.

Segun Hartzenbusch, obra, la mayor parte al ménos (2), de Tirso.—Chorley.
Es de Tirso; imprimióse en la Parte xxvii, *extravagante:* Barcelona, 1633, con el nombre de Lope, al cual va tambien allí atribuida la de Tellez: *Celos con celos se curan*.—Barr.

+Ingratitud vengada (La).—P. XIV.
+Ingrato (El).—XXIV: Madrid, 1640.
+Ingrato arrepentido (El).—P. XV.
×Injusta venganza (La).—(V. *La Corona de Hungría*.)
+Inocente Laura (La).—XVI.
+Inocente sangre (La), ó (3) *Los Caravajales*.—XIX.
+Intencion castigada (La).—XXII: Zaragoza, 1630.
+Jacintos (Los). —P. O *Zeloso de sí mismo*. (H.) (V. *La Pastoral de Jacinto*.)
×Jardin (El) de Vargas.—(H.) O *La Gata de Mari-Ramos*. —Suelta, Durán.
* Jardin (El) de Falerina.—P.
+Jorge Toledano.—P. y P. 2. XVII.
+Juan de Dios y Anton Martin. — X. (P. 2. *San Juan de Dios*.)
+Judía (La) de Toledo.—(V. *Las paces de los Reyes*.)
* Jueces (Los) de Castilla.—P. 2., Med.

Corre suelta una de este título que se dice de Moreto. —Chorley.
La de Moreto es legítima suya, publicada en su Parte i.—Barr.

* Jueces (Los) de Ferrara.—P.
+Juez (El) de su misma causa.—XXIV: Madrid, 1640.
+Juez (El) en su causa.—P. 2. XXV. Dif., Parte xxviii.
×Julian Romero.—(H.) Suelta, Osuna, T-133.
+Juventud (La) de San Isidro.—(H.) *Relacion de las fiestas*, etc.: Madrid, 1622. Reimpresa en las *Obras sueltas*. Tomo xii.
+Laberinto (El) de Creta.—P. 2. XVI.

×Labrador (El) del Tórmes, ó lo que puede un agravio. — (H.) Suelta, Durán. Suelta, Holland.
+Labrador venturoso (El).— XXII y XXIV: Madrid 1640. Dif., Parte xxviii.
+Lacayo fingido (El).—P.-G. y Lope, 1617.
+Lágrimas (Las) de David.—Medel. (H.) (¿ *David perseguido?*)

El Catálogo de Huerta cita otra de Godinez, así como una tercera anónima. Puede sospecharse que las dos de Lope y Godinez sean una misma pieza. Chorley. — La de Godinez es de este autor.—Barr.

+Lanza por lanza, la de Luis de Almansa.—(H.) Partes i y ii. Suelta, Osuna, T-133. Suelta, Holland. (Parte i.)— Chorley.

La del duque de Osuna es fragmento de la Parte xxvii, *extravagante*: Barcelona, 1633.— Barr.

+Laura perseguida.—P. IV.
* Lazarillo de Tormes.—P. 2 Medel.
+Leal criado (El). —P. XV.
+Lealtad, amor y amistad.—Med. (H.) Parte xxvi, *extravagante*: Zaragoza, 1645, y ántes 1632 al 33.
+Lealtad (La) en el agravio.—XII: Zaragoza, 1630.
×Lealtad (La) en la traicion.—(H.) MS., Durán, 1617.
+Leon apostólico (El), y Cautivo coronado. — (H.) Suelta, Osuna, T-132.—Chorley.

Es fragmento del tomo de Lope y otros, impreso en Sevilla.—Barr.

+Ley ejecutada (La).—XXV: Zaragoza, 1633.
+Libertad (La) de Castilla por el Conde Fernan Gonzalez.—Lisboa, 1603.— Chorley.

Dudosa. Véase *El Conde Fernan Gonzalez*. — Barr.

×Libertad (La) de San Isidro. — Med. (H.) (*La juventud de San Isidro*.)
+Limpieza no manchada (La).—XIX. (*Santa Brígida*.)
×Lindona (La) de Galicia.—Med. (H.)

Corre suelta una de este título de Montalban, que no se halla en el Catálogo de Huerta. Puede ser que ésta se haya atribuido á Lope. Chorley.— La que se cita impresa con título de *La Rica-hembra de Galicia*, atribuida á Moreto, es acaso esta misma.—Barr.

+Llave (La) de la honra.—Escog., iii.
+Llegar (El) en ocasion.—P. 2. VI.
+Lo fingido verdadero. — XVI.

El poeta, dirigiéndola á Gabriel Tellez (Tirso), la intitula: ó Tragicomedia de *La vida y martirio de San Ginés, representante*; y en los últimos versos: (y) *El mejor representante*.

+¿Lo que es un coche en Madrid?— (H.) MS. Trasl., Holland.—Chorley. Inserta en la Parte xxvi, *extravagante*: Zaragoza, 1645.

Creo que es la de Mendoza: *Los riesgos que tiene un coche*. — Barr.

+Lo que ha de ser.—XXII: Zaragoza, 1630: y XXV. MS., autógrafo, Mus. Brit., 1624.

La impresion de Zaragoza es más correcta que la de la Parte xxv.

+Lo que hay que fiar del mundo.—XII.
×Lo que pasa en una tarde.—(H.) MS., Osuna, 1607.
×Lo que puede un agravio.— Med. (H.) Es el *Labrador del Tórmes*. Suelta, Durán, Holland.
×Loco (El) por fuerza.—Med. (H.)
×Loco santo (El).—Med. (H.)
+Locos (Los) de Valencia.—P. VIII.
+Locos (Los) por el cielo.—P. VIII.
+Locura (La) por la honra. P. 2. XI.
+Lucinda perseguida. — P. XVII.

De las primeras, dice el poeta dirigiéndola á Emanuel Sueyro, que yo escribia, cuando tambien eran mis años flores. Falta en ella, como en las demás anteriores á *La Francesilla*, la figura del donaire.

+Madrastra más honrada (La).—Suelta, Osuna, T-133.
+Madre (La) de la mejor.—XVII.
+Madre Teresa de Jesus (La).— P. 2. (Véase *Santa Teresa*.)
+Maestro (El) de danzar.—P. Escog., iii.—MS. autógrafo, 1594, La Barrera.—Barr.
×Magdalena (La).—P. 2. (Véase *La mejor Enamorada*.)
+Mal casada (La).—XV.

(1) Así se la llama en los últimos versos.
(2) Eso dije años há; hoy no me atreveria seguramente á estampar otro tanto. Rasgos hay en *El Infanzon* que parecen de Tirso; pero me parece ya que son pocos: de Lope no hay mucho. Será tal vez una refundicion, hecha por Claramonte, sobre la comedia de Lope.—Hartzenbusch.
(3) Este título le dan los últimos versos.

+**Maldito (El) de su Padre, y valiente Bandolero.—Med. (H.)**

Inserta en el tomo de comedias de Lope y otros autores, impreso en Sevilla.

+Marido más firme (El), Orfeo.—XX.
+Marmol (El) de Felisardo.—P. VI.
+Marqués (El) de Mantua.—P. XII.
+Marqués (El) de las Navas.— XXII: Zaragoza, 1630. MS. autógrafo, Holland, 1614. Suelta, Holland.

Va tambien en la Parte VIII de escogidas, como obra de Méscua.

×Marqués (El) del Valle.—Med. (H.)
* Mártir (El) de Florencia.—P. 2. Med.
×Mártires (Los) del Japon.— MS., Osuna; segun Huerta, de Méscua.
+Mártires (Los) de Madrid.—(H.) Dif., XXIX.

En la Biblioteca del duque de Osuna, segun Schack, hay una pieza (MS.) titulada: *El Mártir de Madrid*, de Méscua. El Catálogo de Huerta cita entrambas.—Chorley.
Hay tambien otra de Cáncer, Villaviciosa y Moreto: *Dejar un reino por otro, y Mártires de Madrid.*—Barr.

+Más mal hay en la aldegüela de lo que se suena, ó El Hijo de la molinera y el Gran Prior de Castilla —Suelta, Durán. Suelta, Mus. Brit.

En la Parte XLII de escogidas y en el Catálogo de Huerta se atribuye, bajo el título de *El Hijo de la molinera*, á Francisco de Villegas.—Chorley.
Es de Lope, aunque atribuida en la Parte XLII á don Francisco de Villegas. — Barr.

+Más pueden celos que amor.—(H.) Escog., III.
×Más vale salto de mata que ruego de buenos.— Medel. (H.)
×Más valeis vos, Antona, que la Corte toda.—(H.) Suelta, Duran.
+Más galan Portugues (El), Duque de Berganza. — VIII. MS., Trasl., Holland.—El Duque de B.
* Matico (El).—P. (*Los donaires de Matico.*)
* Matrona constante (La). — P.
×Mayor corona (La)—(H.) MS., Osuna.
+Mayor desgracia (La) de Cárlos V y Hechicera de Argel.—XXIV: Zaragoza 1632 y 1633.

Dudosa. Debe ser la misma que con título de *La mayor desgracia de Carlos V, y conquista de Argel*, se insertó atribuida á Jimenez de Enciso en la Parte XLIII de diferentes autores: Valencia, 1660.—Barr.

×Mayor dicha (La) en el monte.—(H.) MS., Osuna.
×Mayor hazaña (La) de Alejandro Magno. — (H.) MS, Osuna.
+Mayor imposible (El).—XXV.
×Mayor prodigio (El), ó el Purgatorio en la vida. —(H.) Suelta, Durán.
×Mayor Rey (El) de los Reyes. — Med. (H. *El mayor de los Reyes.*)

Segun Schack, hay una (MS.) de este título en la biblioteca del duque de Osuna, que se dice de Claramonte.—Chorley.
Lo más probable es que esta pieza sea de Claramonte. — Barr.

+Mayor virtud (La) de un Rey. — Vega del Parnaso, y Parte v de Lope, impresa en Sevilla.
+Mayor victoria (La). — XXII: Madrid, 1635, y XXIV: Zaragoza, 1632 y 1633. Son una misma pieza.
+Mayor victoria (La) de Alemania. — Vega del Parnaso. (V. *Don Gonzalo de Córdoba.*)
+Mayorazgo dudoso (El).—P. II.
+Mayordomo (El) de la Duquesa de Amalfi.—P. 2. XI.
×Mazagatos (Los). — (H.) (V. *La historia de Mazagatos.*)
+Médico (El) de su honra. — (H.) Suelta, Osuna, T-133. Desglosada de la Parte XXVII, *extravagante*: Barcelona, 1633.

Diferente, segun Schack, de la de Calderon, cuya pieza parece ser no mas que una refundicion de la de Lope.

* Médico enamorado (El).—P.
+Mejor Alcalde (El) el Rey.—XXI.

La de la Parte XX de escogidas, de Martinez, es diferente (como verdaderamente se dice en la tabla) de la que hizo Lope de Vega.

×Mejor enamorada (La), la Magdalena.—P. 2. Med. (H.)
+Mejor maestro (El) el tiempo.—VI.
+Mejor Mozo (El) de España.— XX.
+Mejor Representante (El).—(V. *Lo fingido verdadero.*)
+Melindres (Los) de Belisa.—P. 2., IX.

Corre suelta con el título de *La Dama melindrosa.*

+Merced (La) en el castigo, ó el premio en la misma pena.—(H.) (1) Suelta, Holland.

Dudosa. Parte XXVI, *extravagante*: Zaragoza, 1645.

×Mérito (El) en la templanza (H), y ventura por el sueño. —Suelta, Duran.
* Meson (El) de la Corte.—P.
×Milagro (El) por los celos.—(H.) Y *Don Alvaro de Luna.* Suelta, J. R. C. Suelta, Holland.
+Milagros (Los) del desprecio.— Escog., X. Suelta, J. R. C.: de un ingenio.
+Mirad á quién alabais.—XVI.
+Mocedad (La) de Roldan.—P. XIX.
+Mocedades (Las) de Bernardo del Carpio. — (H.) Diferentes, Parte XXIX. Escog., Parte VI, de Zaragoza. Suelta, J. R. C. Suelta, Holland.
+Molino (El).—P. I.
* Monstruo (El) de amor.—P.
×Montañesa famosa (La).—(H.) P. *La Montañesa.*
* Monteros (Los) de Espinosa.—P.
+Montes de Gelboé.—(V. *David perseguido.*)
×Moza (La) de cántaro. —(H.) Suelta, Viena. Suelta, Holland.
* Mudable (La).—P.
+Mudanzas (Las) de la fortuna y sucesos de don Beltran de Aragon.—P. 2. *Don Beltran de Aragon.* Suelta, Holland.—Chorley.

Parte III de las comedias de Lope y otros autores: Barcelona, 1612-1614: Madrid, 1613.—Barr.

* Muerte (La) del Maestre.—P.
×Muerte (La) mas venturosa.—(V. *Antonio Roca.*)
* Muerto vencedor (El).—P. y P. 2. Med.
+Muertos vivos.—P. XVI.
+Mujeres (Las) sin Hombres.—XVI.

Probablemente la misma que *Las Amazonas.*—P.

* Muza furioso.—P.
* Nacimiento (El).

Tal vez la misma que la siguiente.

+Nacimiento (El) de Cristo. — XXIV: Zaragoza, 1641.
+Nacimiento (El) del Alba.—(H.) Suelta, Osuna, T-131. Suelta, Viena. Suelta, Arlington.—Chorley.

Parte XXVI *extravagante*: Zaragoza, 1645; y ántes, 1632 al 33.—Barr.

+Nacimiento (El) de Urson y Valentin. — I. Es primera parte.
+Nadie se conoce.—XXII.
+Nardo Antonio Vandolero. — (H.) Suelta, Osuna, T-131. — Chorley.

Es sacada de la Parte v de Lope, impresa en Sevilla. —Barr.

+Naufragio prodigioso (El). — (H.) Suelta, Osuna, T-131.

Con el título de *Don Manuel de Sousa ó El naufragio prodigioso, y Príncipe trocado.*—Chorley.
Sacada del tomo de comedias de Lope y otros, impreso en Sevilla.—Barr.

+Necedad (La) del Discreto.—P. 2. XXV.
* Neron cruel. — P. (*¿Roma abrasada*: XX?)—Chorley.

Creo que es la misma.—Barr.

+Niña (La) de plata, y burla vengada. — IX. MS. autógrafo, Mus. Brit., 1613.
+Niñez (La) ó
+Niñezes (2) (Las) del P. Rojas.— Escog., XVIII. Suelta, Holland. MS., Osuna, 1625.

---

(1) Con el título de *El dichoso en Zaragoza*, y algo variado el final, se imprimió, atribuida á Montalban, suelta y en la Parte XL de escogidas. Con el de *El premio en la misma pena* se le dió á don Agustin Moreto en la Parte XXX de la propia coleccion. — Barr.

(2) Así en la tabla; en el cuerpo del volúmen se titula: *La niñez*, etc.

+Niñez (La) de San Isidro.—*Relacion de las fiestas*, etc.: Madrid, 1622. Obras sueltas, tomo XII.
+Niño inocente (El) de la Guardia.—P. 2. VIII.
×Niño diablo (El).—(H.) (V. *El Diablo niño*.)
×Niño pastor.—Med. (H.)
+No son todos ruiseñores.—XXII.
+Noche (La) de San Juan.—XXI. MS., Trasl., Holland. Sacado del original el año de 1637.
+Noche toledana (La).—P. 2.—Chorley.

Parte III de comedias de Lope y otros autores: Barcelona, 1612, etc.—Barr.

×Novios (Los) de Hornachuelos.—Med. Suelta, Osuna, T-133. MS., Osuna.

Huerta cita sólo una de Medrano.

+Nunca mucho costó poco.—XXII: Zaragoza, 1630.

Es diferente de la de Alarcon, titulada: *Los pechos privilegiados*.

+Nuestra Señora de la Peña de Francia.—Huerta cita *La Peña de Francia*. Suelta, Osuna, T-132.—Chorley.

Dudosa. ¿Es la de Tirso? Desglosada del tomo de Lope y otros, impreso en Sevilla.—Barr.

×Nuestra Señora de la Candelaria.—(H.) (V. *Los Guanches de Tenerife*.)
×Nueva victoria (La) de don Gonzalo de Córdoba.—MS., Osuna, 1622. (V. *Don Gonzalo de Córdoba*.)
+Nueva victoria (La) del Marqués de Santa Cruz.—(V. *La victoria del Marqués de Santa Cruz*.)
* Nuevo Mundo (El).—P.

La misma que la siguiente:

+Nuevo Mundo (El) descubierto por Colon.—IV.
×Nuevo Mundo en Castilla.—(V. *El sol en el Nuevo Mundo*.)
×Nuevo Pitágoras (El).—Schack. II. 340.

Donde se halla un análisis muy por menudo de una pieza de este título, de que no ha llegado á mí otra noticia más.—Chorley.

+Obediencia laureada (La) y primer Cárlos de Hungría.—P. 2. VI.
+Obras son amores.—P. 2. Las sueltas añaden: *Y no buenas razones*. XI.
+Ocasion perdida (La).—P. II.
+Octava maravilla (La). P. 2. X.
×Orden (La) de la Redencion y Virgen de los Remedios.—MS., Trasl., Holland.

No tengo más noticia de tal comedia de Lope. El Catálogo de Huerta cita una anónima de este título, y hay en la Parte XXV de las escogidas una titulada: *La esclavitud mas dichosa y Virgen de los Remedios*, de Francisco de Villegas y Jusepe Rojo, la cual tambien corre suelta.—J. R. C.

Acaso esta pieza es la desconocida de Calderon: *Nuestra señora de los Remedios*. El mismo señor Chorley, que la ha examinado, juzga que no es de Lope.—Barr.

* Otomano famoso (El).—P.
+Paces (Las) de los Reyes, y Judía de Toledo.—VII. P. 2.
* Padres engañados (Los).—P.
+Padrino desposado (El).—P. y P. 2. II. (Argelan, Rey de Alcalá.)
* Paje (El) de la Reina.—P.
* Palabra (La) mal cumplida.—P.
+Palacio confuso (El).—Dif., Parte XXVIII. XXIV: Madrid, 1640.

Segun Schack, la que corre suelta con este título, atribuida á Mescua, no es suya, sino de Lope; y esto puede presumirse de la de la Parte XXVIII de escogidas, en que se dice de Mescua, pero cuyo estilo más parece á el de Lope.—Chorley.

Inserta además en la Parte XXVIII, *extravagante*: Zaragoza, 1639.—Barr.

+Palacios (Los) de Galiana.—XXIII. (*La Galiana*. P.)
+Paloma (La) de Toledo.—(H.) Dif., XXIX.
×Paraiso (El) de Laura y florestas del amor.—MS., Trasl., Holland, con la fecha de 1680.

Puede dudarse si es de Lope. El Catálogo de Huerta cita los títulos: *El paraiso de Laura* y *Floresta de amor*, entrambas anónimas.

+Pasar (Al) del arroyo.—(V. *Al pasar del arroyo*.)
×Pastor Fido (El).—Med. (H.)
* Pastoral (La) de Albania.—P.
* Pastoral (La) de los celos.—P.
* Pastoral encantada (La).—P.
+Pastoral (La) de Jacinto.—XVIII (P. *Los Jacintos*). (G. y Lope, 1607, y *El Celoso de sí mismo ó los Jacintos*.)

Corre tambien suelta, segun Ticknor, con el título: *La selva de Albania y Celoso de sí mismo*.

* Pastoral (La) de la siega.—P.
×Pastoral albergue (El).—(V. *Un pastoral albergue*.)
+Pedro Carbonero.—P. XIV.
×Pedro de Urdemalas.—P. 2. Suelta, Durán.

De Montalban, segun Huerta, pero Schack afirma que es de Lope.—Chorley.

Hállase suelta con el nombre de Lope y con el de Montalban. Hay piezas de igual título, de Cervantes y de un ingenio que se ha supuesto ser don José de Cañizares.—Barr.

+Peligros (Los) de la ausencia.—XXIV: Zaragoza, 1641.
×Peña (La) de Francia.—Med. (H.) Dudosa (1).

Tal vez *Nuestra Señora de la Peña*, si no es la de Tirso que cita tambien el Catálogo de Huerta.

* Peraltas (Los).

De esta comedia hace mencion el poeta, dirigiendo la de *El Serafin humano* á doña Paula Porcel de Peralta: «Años há que escribí la descendencia de los Porceles (*Los Porceles de Murcia*. VII.), no la historia, sino la fábula..... Donde seguí la verdad, fue en la comedia de *Los Peraltas*, con que pido perdon de los Porceles.»—P. y P. 2.

×Pérdida honrosa (La) ó los caballeros de San Juan.—MS., Durán.
×Pérdidas (Las) del que juega.—(H.) MS., Osuna. MS., Trasl., Holland.
×Perdicion (La) de España y *Descendencia de los Ceballos*.—P. Suelta, segun Fajardo.
* Peregrina (La).—P.
+Peribañez y el Comendador de Ocaña.—IV. MS., Trasl., Holland. P. 2.
+Perro (El) del Hortelano.—P. 2. XI.

Va en la Parte XXV de escogidas, y tambien corre suelta con el título de *La Condesa de Belflor*, de Moreto.—Chorl.

Ha recibido asimismo el título de *Amar por ver amar*, y con él se halla MS., copia fechada en 1659, en la biblioteca de lord Holland.—Barr.

+Perseguido (El).—P., I., y Lisboa, 1603. (V. *Cárlos el perseguido*.)
+Piadoso Aragones (El).—XXI. MS., Osuna, 1614.
+Piadoso Veneciano (El).—XXIII.
+Piedad ejecutada (La).—XVIII.
* Pimenteles y Quiñones.—P.

Tal vez la misma que la precedente comedia: *La piedad ejecutada*.

+Pleito (El) por la honra. *El valor de Fernandico*.—MS., Osuna. (H.) C. N.: Barcelona, 1630. Suelta, Mus. Brit. Sueltas, Holland.—Chorley.

Es segunda parte de *La desdichada Estefanía*, de Lope, que la precede en el tomo de Barcelona, 1630.—Barr.

+Pleytos (Los) de Inglaterra.—XXIII. P. *El Pleyto*.
+Pobreza no es vileza.—XX.
+Pobreza estimada (La).—P. XVIII.
+Pobrezas (Las) de Reynaldos.—P. VII.
×Poder (El) en el discreto.—(H. anón.) MS., Osuna, 1623.
+Poder vencido (El).—P. 2., y amor premiado.—X.
* Poncella (La) de Francia.—P.
+Ponces (Los) de Barcelona.—P. 2. X.
+Por la puente, Juana.—XXI: y en la Parte XXVII, *extravagante*: Barcelona, 1633.
+Pórceles (Los) de Murcia.—P. 2. VII.
+Porfía (La) hasta el temor.—XXIV: Madrid, 1640. Diferentes, XXVIII, y en la Parte XXVIII, *extravagante*: Zaragoza, 1645.
+Porfiando vence amor.—*Vega del Parnaso*, 1637, y en la Parte V de Lope, impresa en Sevilla.
+Porfiar hasta morir. Macías el enamorado.—XXIII.

(1) Esta de *La Peña de Francia* se publicó en el tomo de comedias de Lope y otros, impreso en Sevilla. Desglosada de él, se halla en el colecticio, Núm. 132, de la biblioteca de Osuna. Falta cotejarla con la de Tirso.—Barr.

Portuguesa (La) y dicha del Forastero.—Escog. III.
Postrer Godo (El) de España.—P. 2. VIII.

Va tambien en la Parte xxv titulándose: *El último Godo.*

Prados (Los) de Leon.—P. 2. XVI.
Premio (El) del bien hablar.—XXI.
Premio (El) de la hermosura.—XVI.
Premio (El) la misma pena. — Med. (H.) Es *La merced en el castigo*, Parte xxvi *extravagante*. (Véase este título.)
Primer Cárlos (El) de Hungría.—(V. *La obediencia laureada.*)
Primer Fajardo (El).—VII. (*¿ Los Fajardos*, P.?)
Primer Rey (El) de Castilla.—P. XVII.
Primera culpa del hombre (La).—(H.)—(V. *La creacion del mundo.*)
Primera informacion (La).—XXII.
Primero Rey de Persia.—(V. *Contra valor no hay desdicha.*)
Primero Médicis (El).—P.
Princesa de los montes.—(V. *Satisfacer callando.*)
Príncipe Carbonero (El).—P. 2. Med.
Príncipe despeñado (El). — VII. (*¿ El Despeñado*, P.?)

Va en la xxviii de Dif. una que se dice de Guevara.—Chorl.
Creo que no hay comedia de Lope de este título.—Barr.

Príncipe inocente (El).—P.
Príncipe ignorante (El).—Med. (H.) (*¿El Príncipe inocente*, P.?)
Príncipe (El) de Marruécos.—P.?—*¿La tragedia del Rey don Sebastian* y *Bautismo del Príncipe de M.?*—Parte xi.—Chorl.

Es muy probable que sean una misma.—Barr.

Príncipe melancólico (El).—P.
Príncipe perfeto (El), Parte i. — XI. — Parte ii : XVIII. Parte ii : MS., Osuna, 1614.
Príncipe trocado (El).—(V. *El naufragio prodigioso*).
Prision (La) de Muza.—P.
Prision (La) sin culpa.—P. VIII.
Prodigio (El) de Etiopia. (*Santa Teodora.*)—(H.) Suelta, Osuna, T-132. Suelta, Holland. En la Parte xxvi *extravagante* : Zaragoza, 1645.
Próspera fortuna (La) de don Bernardo de Cabrera.—(Medel. anón.) Parte xxix de Lope y otros : dudosa. ¿De Mira de Améscua?
Prudencia (La) en el castigo.—Med. (H.) (1).
Prueba (La) de los Amigos. — P. 2. MS., Olózaga, 1604. MS., Durán.
Prueba (La) de los Ingenios.—IX.
Prueba (La) de la paciencia. — (V. *El ejemplo de casadas*).
Psiques y Cupido.—P.
Purgatorio (El) en la vida.—(V. *El mayor prodigio.*)
Cuando Lope quiere, quiere. — (H.) (V. *El castigo sin venganza.*)
Querer más y sufrir ménos. — Suelta, Osuna, T-131. Parte xxix de Lope de Vega y otros autores: Huesca, 1634.
Querer la propia desdicha.—XV.
Quien ama no haga fieros.—XVIII.
Quien bien ama, tarde olvida.—XXII : Zaragoza, 1630. MS., Osuna.
Quien más no puede —P. 2. XVII.
Quien todo lo quiere.—XXII.
Quinas (Las) de Portugal.—P.

Puede que la comedia de este título que cita Huerta como de Molina (Tirso), sea la de Lope. — Chorl.
La que lleva el nombre de Tirso es legítima suya ; existe su MS. en la Biblioteca Nacional de Madrid, firmado por el autor: En esta Corte, á 8 de marzo de 1638.—Barr.

Quinta (La) de Florencia.—P. 2. II.
Ramilletes de Madrid. — P. 2. (V. *Las dos estrellas trocadas.*)
Ramirez (Los) de Arellano.—XXIV : Zaragoza, 1641.
Rayo (El) del cielo.— Medel. (H. anón.)
Remedio (El) en la desdicha. — XIII.

La de *Abindarráez y Narváez* (P.) es probablemente la misma pieza.

+Renegado de amor.—(V. *El Argel fingido.*)
+Resistencia honrada (La).—(H.) (V. *La Condesa Matilde.*)
+Rey Bamba (El) —(H.) (V. *Vida y muerte del rey Vamba.*)
* Rey (El) de Frisia.—P.
+Rey (El) sin reino.—XX.
×Rey (El) por trueque.—MS. Durán.
+Rey don Sebastian (El). — (H.) (V. *La tragedia del Rey don Sebastian.*)
+Reina Juana (La) de Nápoles.—VI.

Va tambien en la Parte vii de escogidas, con el título de *El Mónstruo de la fortuna*, de tres ingenios.—Chorl.
La que va en la Parte xxiv de escogidas es de Calderon, Rojas y Montalban.—Barr.

* Reina (La) de Lésbos.—P. y P. 2.
* Reina loca (La).—P.
×Reina doña María (La).—(H.) MS. Osuna.
* Rico avariento (El).—P.

La de este título, inserta en la coleccion de *Autos sacramentales* con cuatro comedias nuevas, Madrid, 1655, y reimpresa, con el título de *Vida y muerte de San Lázaro*, en la Parte ix de escogidas, es de Mescua, segun se lee en los últimos versos.

+Rico y pobre trocados.—(V. *Las flores de don Juan.*)
* Roberto (El).—P.
+Robo (El) de Dina.—XXIII.
+Roma abrasada.—XX.
* Rómulo y Remo.—P.
* Roncesvalles.—P.
* Rufian Castrucho (El).—P. (V. *El galan Castrucho*).
+Ruiseñor (El) de Sevilla.—P. 2. XVII.
+Rústico (El) del cielo. (*El santo hermano Francisco.*)—XVIII.
+Saber (El).—(V. *El saber por no saber, y El saber puede dañar*).
+Salida (La) de Egipto. — Schack. — (V. *Los trabajos de Jacob.*)
* Salteador agraviado (El).—P.
* San Adrian y Santa Natalia.—P. 2. Med.
+San Agustin. — P. 2. MS. Durán. — (V. *El divino Africano.*)
* San Andrés Carmelita.—P.
* San Ángel Carmelita.—P. 2. Med.
* San Antonio de Padua.—P. 2. Med.
×San Basilio.— MS., Holland. (V. *La gran columna fogosa*).
+San Benito de Palermo. — (V. *El santo negro Rosambuco*).
+San Diego de Alcalá. — Escog. III. Suelta, Mus. Brit. Suelta, Holland.
+San Francisco.—(V. *El Serafin humano*).
+San Ginés representante. — (V. *Lo fingido verdadero*).
+San Ildefonso.—(V. *El Capellan de la Virgen*).
+San Isidro Labrador de Madrid. — P. 2. VII : y Escog. xxviii.
+San Isidro.—(V. *La niñez y la juventud de San Isidro.*)
+San Jerónimo.—(V *El Cardenal de Belen*).
×San Josafat, el prodigio de la India.

Atribuida á Lope en el Catálogo del señor Mesonero, anónima en el de Huerta.—Barr.

+San Juan de Dios.—(V. *Juan de Dios.*)
×?San Julian. — (V. *El animal profeta.*) ¿De Améscua? —Barr.
+San Julian de Alcalá.—(V. *El saber por no saber*).
* San Julian de Cuenca.—P.
* San Martin.—P. 2. Med.
+San Nicolás de Tolentino.—XXIV : Zaragoza, 1641.
×San Pablo, vaso de eleccion.—(H.)
+San Pedro Nolasco. — (V. *Vida de san Pedro Nolasco*).
* San Roque.—P.
* San Segundo de Avila —P.
* San Tirso de España.—P.
+Santa Brígida. — Med. (H). (Es *La limpieza no manchada*).—XIX.
×Santa Casilda.—(H.) MS. Osuna.
+Santa Liga (La).—XV. P. *La batalla naval.*

Véanse los últimos versos:

Este estandarte real
Levantad, gran General,
Y arrastrad el de Selin;
Que con esto damos fin
A *La batalla naval.*

(1) *La prudencia en el castigo* se halla como de Rojas Zorrilla en Parte xliv de escogidas. Dudosa.

×Santa Polonia.—Med. (H.)

+Santa Teodora.—Med. (H.) (*El prodigio de Etiopia.* Parte xxvi *extravagante*: Zaragoza, 1645.)

+Santa Teresa de Jesus.—(H.) *La Madre Teresa de Jesus, su vida y muerte.* P. 2. y MS. Osuna. En el libro de *Doce comedias de varios autores*: Tortosa, 1638.

* Santa Úrsula y las once mil Vírgenes.

Atribuida á Lope en el Catálogo del señor Mesonero, anónima en el de Huerta.—Barr.

+Santiago el verde.—XIII. MS. Mus. Brit.

+Santo negro Rosambuco (El), (P. 2.) de la ciudad de Palermo, titulado en la tabla: *San Benito de Palermo.* Parte III de las comedias de Lope de Vega y otros autores: Barcelona, 1612, etc.

* Santo Tomás de Aquino.—P. 2. Med.

* Sarracinos y Aliatares.—P.

+Satisfacer callando (Suelta, Holland.), y Princesa de los montes, ó los hermanos encontrados.—Parte VI de Escog.: Zaragoza.

La pieza de este título, que se atribuye á Moreto en la Parte XXXVIII de escogidas y por Huerta, parece ser la citada de Lope, segun puede inferirse del estilo.—Chorl.

Se publicó tambien como de Moreto en la Parte III de sus comedias, impresa en Madrid, 1688. Dudosa.—Barr.

+Secretario (El) de sí mismo.—P. 2. VI.

* Secreto (El) bien guardado.—P. 2. Med.

×Selva confusa (La).—(H.) Suelta, Osuna. T-133.

Schack afirma que no es de Lope, y hace mencion de un MS. (Osuna) que la atribuye á Calderon; añadiendo que puede ser la pieza suya que se tiene por perdida, titulada: *El certámen de amor y celos.*—Chorl.

Inserta en la Parte XXVII *extravagante*: Barcelona, 1633. La conjetura de Schack es equivocada, porque Calderon no escribió hasta 1640 su desconocido drama: *Certámen de amor y celos.*—Barr.

+Selva (La) de Albania.—(V. *La pastoral de Jacinto.*)

+Selvas y bosques de amor.—XXIV: Zaragoza, 1633.

+Sembrar en buena tierra.—P. 2. X.—MS. Mus. Brit., 1616.

* Semíramis (La).—P.

+Serafin humano (El).—*San Francisco.*—XIX.

* Serrana (La) de Búrgos.—P. 2. Parte primera y segunda. Med.

+Serrana (La) de Tórmes.—P. XVI.

+Serrana (La) de la Vera.—P. VII.

Schack habla de una de este título en la biblioteca de Osuna, de Guevara, MS. y autógrafa, con la fecha de Valladolid, 1603.

Estando citada en el *Peregrino* una de este título, de Lope, debe creerse que es la inserta en la Parte VII.

+Servir á buenos.—XXIV: Zaragoza, 1641.

+Servir á señor discreto.—P. 2. XI.

+Servir con mala estrella.—P. 2. VI.

+¡Si no vieran las mujeres!—*Vega del Parnaso*, y Parte V de Lope, impresa en Sevilla.

* Sierra (La) de Espadan.—P.

×Sierras (Las) de Guadalupe.—(H.) Suelta, Osuna. T-131.

+Siete Infantes (Los) de Lara.—(H.) P. 2.

En la Parte XXIV: Zaragoza, 1641, se halla con el título de *El bastardo Mudarra*, cuyos últimos versos son:

Aquí la historia acaba, al mundo rara,
Del *Bastardo Mudarra y los de Lara.*

×Sin secreto no hay amor.—(H.) MS. autógrafo. Mus. Brit.: 1626. MS. Durán, con la misma fecha.

+Soberbia (La) de Amán.—(V. *La hermosa Ester.*)

+Sol parado (El).—P. XVII.

+Soldado amante (El).—P. XVII.

+Sortija (La) del olvido.—XII.

+Sucesos de don Beltran de Aragon.—(V. *Las mudanzas de la fortuna.*)

+Sueños hay que verdad son.—(H.) (V. *Los trabajos de Jacob.*)

×Suerte (La) de los Reyes, ó los Carboneros.—(H.) P. *Suerte de los tres Reyes.*

+Sufrimiento (El) del honor.—(H.)

Suelta, Holland, cuyo ejemplar pertenece á algun volúmen de comedias, de que, segun parece, no se conoce hoy dia ningun ejemplar completo. Empieza con la página 291, y en la 293 acaba una comedia titulada: *Amor, ingenio y mujer*, de Méscua, segun H.) Otro fragmento del mismo volumen se halla en la Biblioteca Imperial de Viena. (Münch Bellinghausen, 84). No pertenece á la serie de las escogidas ni á las Partes de Dif. de que hoy dia tenemos noticias.—Chorley.

El ejemplar de esta comedia, propio de Lord Holland, y el fragmento existente en Viena, pertenecen á la Parte XXXII con doce comedias de diferentes autores: Zaragoza, por Diego Dormer, año 1640.—Barr.

* Sufrimiento premiado (El).—P.

×Tanto hagas cuanto pagues.—(H.) Suelta, Arlington.

El excelente drama: *Tanto hagas cuanto pagues*, es el mismo que con título de *La traicion vengada*, se atribuyó á Moreto en la Parte III de sus comedias, impresa en Madrid, 1681. Dudoso.

No debe confundirse con *El valor perseguido y traicion vengada*, tambien dudoso.—Barr.

+Tellos (Los) de Meneses.—XXI.

Forma la parte primera de las dos que corren sueltas con el título de *Valor, lealtad y ventura de los Tellos de Meneses*, partes I y II.

×Templo (El) de Salomon.—Med. (H.)

×Tercera Órden (La) de San Francisco.—MS. Durán.

¿La que escribieron Lope y Montalban en compañía, como refiere este en la *Fama póstuma*, de Lope de Vega?—Chorl.

Sin duda alguna.—Barr.

+Testigo (El) contra sí.—P. 2. VI.

+Testimonio vengado (El).—P. I. (Ó *Cómo se vengan los Nobles*.—Véase este título.)

×Toledano vengado (El).—(H.) MS., Osuna.

* Toma (La) de Alora.—P.

* Toma (La) del Longo, por el Marqués de Santa Cruz.—P. 2. Med.

Tal vez la de la Parte XXV titulada: *La victoria del Marqués de Santa Cruz.*

×Toma (La) de Toledo.—(V. *El Hijo por engaño.*)

+Toma (La) de Valencia.—(V. *Las hazañas del Cid.*)

* Tonto (El) de la aldea.—P.

+Torneos (Los) de Aragon.—P. IV.

* Torneos (Los) de Valencia.—P.

* Torre (La) de Hércules.—P.

+Trabajos (Los) de Jacob, ó sueños hay que verdad son.—XXII.

Es la pieza que analiza Schack, bajo el título de *La salida de Egipto*, de que no he hallado noticias en otra parte sino en su historia, y en los últimos versos de la pieza, la cual, segun estos, deberia llamarse Parte II.

La tercera
parte os dirá lo demas:
Y aquí dió fin el poeta
De Jacob á los trabajos,
Que es la gran tragicomedia
De *La salida de Egipto.*

×Trabajos (Los) de Job.—Med. (H.)

La pieza de este título que va anónima en la Parte XXXI de diferentes, es la de Godinez, reimpresa en la VI de escogidas, donde se titula *la nueva*, quizá para distinguirla de otra más antigua de Lope.

+Traicion bien acertada (La).—P. I.

* Tragedia (La) de Aristea.—P.

+Tragedia (La) del Rey don Sebastian, y Bautismo del Príncipe de Marruecos.—P. XI.

+Tragedia (La) por los celos.—Madrid, 1640.

Huerta cita sólo una de Guillen de Castro, cuyo manuscrito autógrafo, con la fecha de 1622, se halla, segun Schack, en la biblioteca de Osuna. Ya sabemos que esta Parte XXIV contiene, á lo ménos, tres piezas que no son de Lope, y puede que á ellas deba añadirse: *La tragedia por los celos.*—Chorl.

Es sin duda la de don Guillen.—Barr.

Fajardo pone como suelta de Lope: *El triunfo de la humildad, y soberbia abatida.* No es *La hermosa Ester*, ó *la soberbia de Amán y humildad de Mardoqueo*, inserta en la Parte XV, de Lope, sino otra distinta pieza, inserta en su Parte X.

+? Trato (El) muda costumbres.—Med. (H.)

Hay una de este título, de Mendoza, la cual cita Huerta, así como otra de Lope.—Chorl.

Probablemente es la de Mendoza. Se atribuyó á Lope en la Parte XXVIII *extravagante*: Zaragoza 1639.—Barr.

+Tres Diamantes (Los).—P. II. Suelta, viej. Arlington.

+Triunfo (el) de la humildad, y soberbia abatida.—Medel. X.

Triunfo (El) de la limosna.—P.
Triunfos (Los) de Octaviano.—P.
Turco (El) en Viena.—P.
Tirano castigado (El).—IV. P. y P. 2.
Último Godo (El).—XXV.—(V. *El postrer Godo de España.*)
Un pastoral albergue.—MS., Durán.
Urson y Valentin.—P.—(V. *El nacimiento de Urson*, etc.)
Urson (Segunda parte de).—P.
Valeriana (La).—P.
Valiente Céspedes (El).—XX.
Valiente Juan de Heredia (El).—(H.) MS. Osuna.
Valor (El) de Fernandico.—(H.) MS. Osuna.—Chorl.

(*El pleito por la honra.*) Es segunda parte de *La desdichada Estefanía*, y con ella va en el libro de *Doce comedias* de Lope y otros: Barcelona, 1630.—Barr.

Valor (El) de Malta.—MS. Durán. MS. Trasl. Holland.
Valor (El) de las mujeres.—XVIII.
Valor, lealtad y fortuna de los Tellos de Meneses.—P. 2. (H.) Suelta, Viena. Suelta, J. R. C.

La primera parte va en la xxi de las comedias de Lope, bajo el título de *Los Tellos de Meneses.*

Valor perseguido (El), y traicion vengada.—Suelta, Osuna, T-132.

Corre suelta (J. R. C.) una de Montalban, titulada: *El valor perseguido* (H.), y éste cita una de Moreto de *La traicion vengada.*—Chorl.
Dudosa.—Es más frecuente su impresion suelta, atribuida á Montalban, con los dos títulos expresados. Diversa enteramente de *Tanto hagas cuanto pagues*, ó *La traicion vengada.*—Barr.

Vandos (Los) de Sena.—XXI.
Vargas (Los) de Castilla.—(H.) Suelta, Osuna, T-132.—Chorl.

Desglosada de la Parte xxvii *extravagante*: Barcelona, 1633.—Barr.

Vaquero (El) de Moraña.—P. y P. 2. VIII.

Esta y la de *Angélica en el Catay*, faltan en la lista que dan Nicolás Antonio y el Baron de Schack de las comedias de la Parte viii.

Varona castellana (La).—P. IX.
Vaso (El) de eleccion.—(H.)—(V. *San Pablo.*)
Vellocino (El) de oro.—XIX.
Veneno saludable (El).—P. 2.—(V. *El Cuerdo loco.*)
Vengadora (La) de las mujeres.—XV.
Venganza (La) de Gayféros.—P.
Venganza venturosa (La).—P. 2. X.
Ventura (La) en la desgracia.—Escog. xxviii. Suelta, Durán.
Ventura (La) por el sueño.—(V. *El mérito en la templanza.*)
Ventura (La) sin buscalla.—P. 2. XX.
Ventura (La) de la fea.—Parte xxvi *extravagante*: Zaragoza, 1645.—Barr.
Ventura y atrevimiento.—Suelta, Durán.
Ver y no creer.—XXIV: Zaragoza, 1633. MS. anónimo, 1619. Bibl. Nac. de Madrid.
Verdadero amante (El).—P. XIV. Gran pastoral Belarda.

* Viaje (El) del hombre.—P.
+Vida de San Julian de Alcalá.—(V. *El saber por no saber.*)
+Vida de San Pedro Nolasco.—XXII.
+Vida y muerte de Santa Teresa.—(H). (V. *Santa Teresa.*)
+Vida y muerte de Vamba.—I. (P. *El Rey Bamba.*)
+Villana (La) de Getafe.—XIV. MS., ¿Trasl., Holland.
* Villanesca (La).—P.
+Villano (El) en su rincon.—P. 2. VII.
×Virgen (La) de los Remedios.—(H. anón.)—(*La Órden de la Redencion.*)
+Virtud, pobreza y mujer.—P. 2. XX.
+Vitoria (La) de la honra.—P. 2. XXI.—Chorl.

Titúlase en la lista del *Peregrino: La vitoria del honor.* Va en la Parte xxxiii de diferentes (Valencia, 1642) con título de *La victoria por la honra.*—Barr.

+Vitoria (La) del Marqués de Santa Cruz.—XXV.
+Viuda, casada y doncella.—P. 2. VII.
+Viuda valenciana (La).—P. XIV.
* Vizcaina (La).—P.
×Yerros (Los) por amor.—(H.) Suelta, Durán.
+Zegries y Bencerrajes.—(V. *Cegries.*)
×Zelos (Los) de Rodamonte.—P. MS., Osuna.

Es probable que la de este título, atribuida á Méscua en la Coleccion de comedias de varios (Tortosa 1638) sea de Lope. Huerta cita sólo una de Rojas, de que hay un ejemplar (*suelto*) en la Bibl. Imp. de Viena.—Chorl.
La que va con el nombre de Rojas debe ser la suya, publicada por él en su Parte i de comedias: Madrid, 1640.—Barr.

* Zelos satisfechos (Los).—P.
* Zelos (Los) sin ocasion.—P. 2. Med.
+Zeloso (El) de sí mismo.—(H).—(V. *La Pastoral de Jacinto.*)

RESÚMEN DEL CATÁLOGO DE COMEDIAS.

Este resúmen, despues de las modificaciones hechas por mí al apreciabilísimo estudio del señor Chorley, resulta, como es natural, muy diferente del que formó el docto inglés. El que yo he obtenido es el siguiente:

Comedias de Lope, impresas en su coleccion.	290
En colecciones de varios autores.	76
Sueltas (conocidamente).	37
Sueltas (conjeturalmente)..	63
Inéditas (citadas en el *Peregrino*, y desconocidas).	106
Inéditas (no citadas en id. y que se conservan).	11
Dudosas (por varios conceptos).	25
Total.	608

Rebajadas las 106 desconocidas y las 63 sueltas conjeturales, queda el repertorio conocido de Lope reducido á 439 comedias. — Barrera.

PIEZAS ATRIBUIDAS A LOPE, QUE SON CONOCIDAMENTE DE OTROS AUTORES.

Adversa fortuna (La) del Caballero del Espíritu Santo. —(H.)—De Grajales.

Parte iii de Lope y otros autores.

Adversa fortuna (La) de Ruy Lopez Dávalos.—(H.)— De Salustio del Poyo.

Parte v de Lope y otros autores (1).

Amor, pleyto y desafío. — XXII y XXIV : Zaragoza, 1633. (*El ganar amigos*, de Alarcon.)

Anticristo (El). — (H.) — De Alarcon.
Aristómenes Mesenio. (V. *El valeroso Aristómenes.*)
Bernardo del Carpio en Francia.— De don Lope de Liaño.
Capitan Belisario (El).—Escog. vi: Zaragoza, 1653. (Véase *El ejemplo mayor de la desdicha.*)
Celos con celos se curan.—(V. *Zelos.*)
Celoso Extremeño.—(V. *Zeloso.*)
Cómo se engañan los ojos, ó el engaño en el anillo.—De Juan de Villegas.

(1) Las piezas que se citan aquí, contenidas en las Partes iii y v de Lope y otros autores, van en ellas con los nombres de sus legítimos dueños: se atribuyeron á Lope de Vega por un error, ciegamente adoptado, de don Nicolás Antonio.

Cruz (La) en la sepultura.—Dif. XVIII y XXIV: Madrid. 1640. *La devocion de la cruz*. De CALDERON.

De un castigo tres venganzas. — (H.) (*Un castigo en tres venganzas*.) — De CALDERON.

Desgracias (Las) del Rey don Alonso el Casto. — (H.) — De MÉSCUA.

Parte III de Lope y otros.

Despreciada querida (La). — XXIV: Madrid, 1640. — De VILLEGAS (JUAN BAUTISTA DE).

Desprecios (Los) en quien ama. — De MONTALBAN.

Destruccion (La) de Constantinopla. — Lisboa, 1603. — De GABRIEL LOBO LASO DE LA VEGA.

Di mentira y sacarás verdad. — De MATÍAS DE LOS REYES.

Doña Inés de Castro (La tragedia de). —(H.)— De MEJIA DE LA CERDA.

Parte V de Lope y otros

Ejemplo mayor (El) de la desdicha, y Capitan Belisario. — (H.) Suelta, J. R. C. — De MÉSCUA.

El qué dirán, y donaires de Pedro Corchuelo. — De MATÍAS DE LOS REYES.

Enemiga favorable (La). —(H.)— De TÁRREGA.

Parte V de Lope y otros.

Exámen (El) de maridos. — XXIV: Zaragoza, 1633. — ALARCON.

Fernan Mendez Pinto. — De ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

Florestas de amor. (V. *El paraíso de Laura*.)

Gran Cardenal (El) de España. — De ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

Gran Tamorlan (El) de Persia. — Dif. XXXIII. (*La nueva ira de Dios*, etc.) — De GUEVARA (LUIS VELEZ DE).

Guarda cuidadosa (La). — (H.) — Del LICENCIADO MIGUEL SANCHEZ.

Parte V de Lope y otros.

Hijos (Los) del dolor y Albania tiranizada. — De DON FRANCISCO DE LEYVA.

Industria (La) contra el poder y el honor contra la fuerza. — Dif. XXVIII y XXIV: Madrid, 1640. (*Amor, honor y poder*.) — De CALDERON.

Isla (La) bárbara. — De MIGUEL SANCHEZ.

Leño (El) de Meleagro y profetisa Casandra. — De PABLO POLOPE, autor de fines del siglo XVII.

Loco cuerdo (El). —(H)— De VALDIVIELSO.

Parte V de Lope y otros.

Mas pesa el Rey que la sangre. — Suelta, Holland. — De GUEVARA (LUIS VELEZ DE).

? Negro (El) del mejor amo. — De DON ANTONIO DE MIRA DE MÉSCUA.

No hay vida como la honra. —(H.)— De MONTALBAN.

? Orden (La) de la Redencion, y Virgen de los Remedios. — MS., Holland. ?

¿ Paraíso (El) de Laura, y Florestas del amor ?

Peña (La) de Francia. — MS., Holland.

¿ Será la de Tirso ?

Premio (El) de las letras por el Rey Felipe II. — (H.) — De SALUSTIO DEL POYO.

Parte V de Lope y otros.

Primero (El) Rey del mundo (V. *La soberbia de Nembrot*.)

Príncipe don Cárlos. — Suelta, Viena y (H.). — De DON DIEGO JIMENEZ DE ENCISO.

Próspera fortuna (La) de Ruy Lope Dávalos. — (H.) — De SALUSTIO DEL POYO.

Parte III de Lope y otros.

Puente (La) de Mantible. — Suelta, Viena y (H.) — De CALDERON.

Púsoseme el sol, salióme la luna. — Dif. XXIX. — De CLARAMONTE.

Rueda (La) de la fortuna. — (H.) — De MÉSCUA.

Parte V de Lope y otros.

San Antonio de Padua. — De MONTALBAN.

Sastre (El) del Campillo. — De LUIS DE BELMONTE.

Siete Infantes de Lara (Tragedia de los). — (H.) — De ALFONSO HURTADO DE VELARDE.

Parte V de Lope y otros.

Sitio (El) de Viena del año 1683. — (H.) — De PABLO POLOPE Y VALDÉS.

Soberbia (La) de Nembrot, y primero Rey del mundo. — MS., Holland. — De ENRIQUEZ GOMEZ.

Sol (El) en el Nuevo Mundo, ó descubrimiento de las Batuecas. — De DON JUAN DE LA HOZ Y MOTA.

Tragedia (La) por los celos. — XXIV: Madrid, 1640. — De DON GUILLEM DE CASTRO.

? Trato (El) muda costumbre. — (H.) — De MENDOZA?

Valeroso Aristómenes Mesenio (El). — Suelta, Holland. (*Quitar el feudo á su patria*, etc.) — DEL MAESTRO ALFARO.

Venganza honrosa (La). — (H.) — De GASPAR DE AGUILAR.

Parte V de Lope y otros.

Verdad sospechosa (La). — (H.) y XXII: Zaragoza, 1630. — De ALARCON.

Virgen (La) de los Remedios. (V. *La órden de la Redencion*.)

Zelos con zelos se curan. — (H.) — De TIRSO.

Parte XXVI *extravagante*.

Zeloso Extremeño (El). — (H.) — De DON ANTONIO COELLO.

AUTOS QUE SE PUBLICARON EN COLECCION.

FIESTAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, REPARTIDAS EN DOCE AUTOS SACRAMENTALES, CON SUS LOAS Y ENTREMESES. — Zaragoza: P. Verges, 1644. — Mus. Brit. (Reimpresas en el tomo XVIII de las *Obras sueltas*, de Lope.)

Contiene el libro doce autos, cada uno con su loa y su entremés.

Autos.	Primer verso de cada loa.	Entremeses.
El nombre de Jesus.	Que siempre en las grandes fiestas.	El Letrado.
El Heredero del cielo.	En la plaza de Santa María.	El Soldadillo.
Los acreedores del hombre.	Allá en garganta la Olia.	El Poeta.
El pan y el palo.	En la cama de los vicios.	El robo de Elena.
El Misacantano.	Falta de humano consuelo.	La Hechicera.
Las aventuras del Hombre.	Buenas noches, digo dias.	El Marqués de Alfarache.
La siega.	Licencia, Señor, expresa.	El Degollado.
El Pastor lobo.	Válgame San Jorje, amén.	La muestra de los carros.
La vuelta de Egipto.	Por la puerta de la culpa.	Los órganos.
El Niño pastor.	Hi de puta, mala cara.	El Remediador.
Los Cantares.	Sobre entrar en una huerta.	Daca mi mujer.
La puente del mundo.	El consistorio divino.	Las comparaciones.

Navidad y Córpus Christi festejados por los mejores ingenios de España, en diez y seis autos á lo divino. Representados en esta Corte, y nunca hasta ahora impresos. Recogidos por Isidro de Robles, natural de Madrid. — Madrid, 1664. Joseph Fernandez de Buendia. (Mus. Brit.)

Contiene éstos de Lope:

El tirano castigado, auto del *Nacimiento de Cristo*.
El nacimiento de Cristo Nuestro Señor, y la Loa (de Lope) *De los títulos de las comedias*, que va delante del auto de *El divino Jason*, de Calderon.

En *El Peregrino*, Sevilla, 1604, insertó el poeta los autos, de

El viaje del alma.
Bodas del alma y el amor divino.
La Maya.
El hijo pródigo.

SUELTOS.

En el Museo Británico:

El nuevo oriente del sol, y más dichoso portal. — Auto al *Nacimiento*.
Las prisiones de Adan.—Auto al *Nacimiento de Cristo*.

En el ejemplar que se halla en la biblioteca de Lord Holland se dice ser de Lope solo. En el catálogo de Huerta, de Lope y Gallo del Castillo.—Chorl.

Gallo del Castillo fué muy posterior á Lope. Segun Mesonero, escribió un auto de *Las prisiones de Muro*, que tal vez fue confundido por Huerta con el de *Las prisiones de Adan*.—Barr.

Van en los Catálogos de Medel y Huerta los siguientes, de que no hay otra noticia:

La cárcel de amor.
La Concepcion de Nuestra Señora.
La coronacion de la humanidad de Cristo. (Medel) (1).

(1) Huerta atribuye este auto á Calderon, en cuya coleccion no se halla incluido.—Barr.

El Corsario del alma y las galeras.
Los Hijos de María y el Rosario.
La Margarita preciosa.
El Pastor ingrato.
El triunfo de la Iglesia.

MANUSCRITOS.

En la Biblioteca Nacional de Madrid:

Obras son amores.—Autógrafo, 1620.

En la Biblioteca del Excmo. Señor Duque de Osuna: (V. Schack. u. s.)

La Isla del Sol.—Autógrafo. Con la fecha de Abril, 1616.
El Tuson del cielo.—Traslado, 1621.
Las hazañas del segundo David.—Autógráfo, Abril, 1619.
Auto de la Santa Inquisicion.—1629.
La Adúltera perdonada.
Las albricias de Nuestra Señora.
El Ave María y el Rosario.
La oveja perdida.
La privanza del hombre.
La locura por la honra.
El Hijo de la Iglesia.
El divino Pastor.

En el Museo Británico:

Van al fin de los dos volúmenes, que contienen todas las comedias MSS. de Lope, de esta biblioteca (excepto sólo la de *Las bizarrías de Belisa*) dos autos, uno titulado: *El Príncipe de la Paz*, con nombre de Mira de Méscua, y el otro: *El yugo de Cristo*, sin nombre del autor.

Estos dos Autos: *El Príncipe de la Paz, y tranformaciones de Celia* (escrito en 1629), y *El yugo de Cristo* (con licencia, fechada en 1630), se hallan citados en los Catálogos de Salvá, de Lóndres y Paris: ambos eran MSS. antiguos, con el nombre de Lope.

Los Catálogos de Medel y Huerta citan *El yugo de Cristo* sin nombrar su autor, y *El príncipe de la Paz* como de Amésena.

En los mismos Catálogos se apunta otro MS. de principios del siglo XVII, del *Auto de la Natividad de Nuestra Señora*, de Lope.—Barr.

CATÁLOGO DE LOS AUTOS DE LOPE DE VEGA

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

Está repartido en dos clases, equivalentes á las dos primeras del Catálogo de las *Comedias*, y las clases van distinguidas tambien con las dos señales + ×.

+Acreedores (Los) del Hombre.—*Fiestas del Santísimo Sacramento*, 1644.
×Adúltera (La). (H). MS. Osuna.
×Albricias (Las) de Nuestra Señora.—(H. anón.) MS. Osuna.
×Ave María, y Rosario de Nuestra Señora.—(H.) MS. Osuna.
+Aventuras (Las) del Hombre.—(H). *Fiestas*, etc.
+Bodas del alma y el amor divino.—Peregrino.
+Cantares (De los).—*Fiestas*, etc.
×Carcel (La) del amor.
×Concepcion (La) de Nuestra Señora.
×Coronacion (La) de la humanidad de Cristo.—Medel. Segun Huerta, de Calderon (1).
×Corsario (El) del alma, y las Galeras.
×Divino Pastor (El).—(H. anón.) MS. Osuna.
×Hazañas (Las) del segundo David.—(H). MS. Osuna, 1619.
+Heredero (El) del Cielo.—*Fiestas*, etc.
×Hijo (El) de la Iglesia.—(H.) MS. Osuna.
+Hijo pródigo (El).—Peregrino.
×Hijos (Los) de María, y el Rosario.
×Isla (La) del Sol.—(H. anón.) MS. Osuna, 1616.
×Locura (La) por la honra.—Medel y Huerta citan sólo uno de Tirso. MS. Osuna.
×Margarita preciosa (La).
×Maya (La).—Peregrino.
+Misacantano (El).—*Fiestas*, etc.
+Nacimiento (El) de Cristo Nuestro Señor.—Navidad y Corpus Christi festejados, etc., etc.—Madrid, 1644. (Mus Brit.)
×Natividad de Nuestra Señora.—MS. Catálogos de Salvá.
+Niño Pastor (El).—*Fiestas del Santísimo Sacramento.*
+Nombre (El) de Jesus.—*Ibid.*
×Nuevo Oriente (El) del sol, y más dichoso portal.—(H). Suelt. Mus. Brit.
×Obras son amores.—MS. 1620. Biblioteca Nacional de Madrid.
×Oveja perdida (La). (H). MS. Osuna.
+Pan (El) y el palo.—Fiestas, etc.
×Pastor ingrato (El).
+Pastor lobo (El), y cabaña celestial.—*Fiestas*, etc.
×Prisiones (Las) de Adan.—Suelta, Mus. Brit. y Bib. de Lord Holland.
×Príncipe (El) de la Paz.—MS. Mus. Brit.—Id. Catálogos de Salvá.
×Privanza (La) del hombre.—(H). MS. Osuna.
+Puente (La) del mundo.—*Fiestas*, etc.
×Santa Inquisicion (La).—(H.) MS. Osuna.
+Siega (La). *Fiestas*, etc.
×Triunfo (El) de la Iglesia.
×Tuson (El) del cielo.—(H.) MS. Osuna.
+Tirano castigado (El).—*Navidad y Corpus Christi festejados*, etc. Madrid, 1644.
×Yugo (El) de Christo.—MS. Mus. Brit. MS. Catálogo de Salvá. (En el Catálogo de H. no está nombrado el autor.)
+Viaje (El) del alma.—Peregrino.
+Vuelta (La) de Egipto.—*Fiestas*, etc.

(1) En las colecciones de los autos de Calderon, que publicaron Pando y Mier y Apontes, no hay ninguno con este título.

RESÚMEN DEL CATÁLOGO DE AUTOS.

Autos que se han publicado en Coleccion, etc., segun refiere la tabla de materias.	18
Autos cuyos títulos se hallan en los Cátalogos, ó que se conocen hoy dia sueltos ó MSS.	26
Total.	44

De esta clase hay ocho que sólo se conocen por andar en los Catálogos de Medel y Huerta.

No se ha intentado formar Catálogo de las loas y entremeses de Lope en razon de ser muy dudoso si la mayor parte de los dramitas de estos géneros, que van agregados á las comedias de nuestro autor, son suyos ó de manos ajenas (2). J. R. C. London. October, 25, 1857.

(2) Nada puede decirse de cierto respecto de los entremeses de Lope. Tal vez sean suyos algunos de los que publicó el Licenciado José Ortiz de Villena en la ya citada coleccion de *Autos* del mismo Lope, que dió á luz con título de *Fiestas del Santísimo Sacramento*. En ella, sin embargo, no dice que tales piezas fuesen obra de aquel grande ingenio, y dos de las mismas conocidamente son ajenas. Lope rechazó del modo más terminante las de esta clase, que editores extraños insertaron en los tomos I, VII y VIII de sus comedias. Sin embargo, no debe omitirse que en un peregrino libro de entremeses, que posee el señor don Aureliano Fernandez-Guerra, impreso en Cádiz por Francisco Juan de Velasco (1646 y 1647), se halla atribuido á Lope de Vega uno de los que hemos citado últimamente (de la Parte VII) denominado: *El Hospital de los podridos.*

De las loas compuestas por el Fénix de los ingenios pueden darse las siguientes noticias.—*Tres Loas famosas* de Lope de Vega, se imprimieron juntas: *en Sevilla, por Pedro Gomez de Pastrana, á la cárcel Real, año de* 1639.—Cuatro acompañan á los autos insertos en el *Peregrino*.—Doce á los del libro: *Fiestas al Santísimo Sacramento.*—En el de *Autos... con cuatro Comedias...* Madrid, 1655, se halla la famosa de los *Títulos de Comedias*, reproducida en tres libros de entremeses varios: *Flor de Entremeses, Bailes y Loas*: Zaragoza, 1676; *Verdores del Parnaso*: Pamplona, 1697; *Ramillete de Entremeses*: Pamplona, 1700.

Las doce loas que van en algunas de las primeras ediciones de la Parte primera de Lope, no deben ser suyas.—Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado.

APÉNDICES.

N.° 1.°

EL MEJOR AMIGO EL MUERTO.

DE TRES INGENIOS.

PERSONAS.

DON JUAN DE CASTRO.
ROBERTO.
ARNESTO.
TIBALDO.
BONETE.
CLARINDA.
LIDORO.
LISANDRO.
ROSAURA.
UNA DAMA.
UN ACREEDOR.
MARINEROS.
SOLDADOS.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA.

Dentro, MARINEROS, *alternando las voces.*

PRIMERO.

¡Cielos, piedad; que la borrasca crece,
Y á los escollos nos arroja el viento!

SEGUNDO.

Rompió el timon la nave, que parece
Escarmiento fatal de su elemento, [ce
Sin luz la abuja, porque al mar la ofre-
De un revuelto huracan, tan sin alien-
[to,
Que rota del bauprés hasta la quilla,
Encalla en los peñascos de la orilla.

Sale TIBALDO.

En la barra de Plemúa,
Nuestro puerto, ¡airados cielos!
Despojo del crespo mar,
Se rinde un cascado leño.
Las espumas vencedoras
Muestran con feroz estruendo
Una muerte en cada escollo,
Y están todos descubiertos.
¡Suerte infeliz! La resaca
Arroja difuntos cuerpos,
Y ofrece á los que se libran
Tablas el bajel deshecho.
Más cerca ya de la playa,
Conozco, aunque sin remedio,
Que es el bajel de mi padre.
No perezca en él su dueño,
Si hay en los cielos piedad;
Pues conduciendo á Roberto,
Príncipe de Irlanda, viene
A malograr los efectos
De sus bodas con Clarinda,
Nuestra reina, pues á un tiempo
Dará á Ingalaterra en lutos
Lo que prometió en deseos.
En una embreada tabla
Vienen dos bultos, venciendo
Las olas con la esperanza,
Y con la dicha los riesgos.
¡Ay Lidoro! ¡ay padre mio!
Si me diera el cielo en premio
De sus piedades tu vida,
Fuera mi desdicha ménos.
Desde aquí con ánsias mias
Veré, en lágrimas resuelto,
Los que, á cuenta de milagros,
Tocan los márgenes nuestros.

Sale LIDORO, *sacando en hombros á* ROBERTO.

LIDORO.

Príncipe, pues ya estás libre
Del mar, y por mi respeto
Gozas la vida, que yo
Para librarte la pierdo,
Pues la trabazon deshecha
De tantos rompidos leños
Ofreció á piedades mias
En qué salvarte, muriendo;
Por último beneficio,
Señor, suplicarte quiero...

ROBERTO.

¿Qué pides, cuando el peligro
Es tan rebelde, que pienso
Que por perseguirme en tierra,
Anda incitando elementos?

LIDORO.

Causa es piadosa, y te pido
Con piadosos sentimientos
Sólo el remedio del alma
Entre mortales desvelos.

ROBERTO.

¿Qué dices?

LIDORO.

Que yo...

ROBERTO.

Prosigue.

LIDORO.

Estoy dudando y temiendo...
—Mas si mi pena te encubro,
Es mayor la que padezco.
Tengo, Señor... ¡Ay de mí!

ROBERTO.

No me tengas más suspenso;
Que estoy violento á tus voces.

LIDORO.

Señor, á mi cargo tengo...
—No muera con este cargo,
Porque la justicia temo
De Dios...—y si tú me amparas...

ROBERTO.

Hombre, ¿qué dices? Sospecho
Que en la muerte desvarías,
Y serán vanos tus ruegos.

LIDORO.

No serán si tú me escuchas.

ROBERTO.

Pues no me tengas suspenso.

LIDORO.

La memoria de un difunto
Que no cumplí, es la que debo,
Y temo ir á tribunal
Tan justo.

ROBERTO.

Ahora mal puedo
Remediarte.

LIDORO.

Tú eres sólo
De quien mi remedio espero.

TIBALDO.

Roberto y mi padre son.
¿Qué aguardo? ¿qué me detengo?

LIDORO.

¿Cuándo en príncipes faltó
La piedad?

ROBERTO.

Poca te debo.
Si te libraste conmigo,
Acudiste á tu remedio;
Y si la entena rompida
Te hirió, quéjate á los cielos,
Y no me pidas favor
Cuando busco el que te niego.
Sin albergue y sin reparo
Estoy; si te falta aliento
Para que me sigas, muere
A la vista de tu riesgo;
Que de ménos importancia
Será tu vida, que el tiempo
Que ya he gastado en oirte,
Si de mi alivio le pierdo.
La Reina en Lóndres me aguarda
Para que me dé su reino
La corona, y son ya siglos
Las horas que me detengo.

LIDORO.

¡Tal crueldad en pecho humano!
Advierte, Señor, que muero
Excomulgado por deuda
Que ya pagarla no puedo.

Porque me ha quitado el mar
Hacienda y vida, y carezco
De los sufragios divinos.

TIBALDO.

¡Padre mio!

LIDORO.

¡Ay hijo! á tiempo
Has llegado, que la vida
Te da el abrazo postrero.

ROBERTO.

Pagaras cuando pudiste,
Y no llegaras á tiempo
Que hayas menester socorro,
Cuando te le niega el cielo. (*Vase.*)

TIBALDO.

Esta es la mayor desdicha.
¿A quién pediré consuelo
Cuando en la tierra me falta!
¿Hay linaje de tormentos
Que pueda igualarse el mio!
Ya espiró. Cuando me veo
Falto de socorro humano,
Con vos viviré muriendo,
Padre mio, basta que halle
Quien al más cercano pueblo
Me ayude, porque en mis hombros
Lleve el dulce amado peso,
Para enterrarle en sagrado.

Sale el ACREEDOR *y* OTRO *con él.*

ACREEDOR.

¡Ay Lisandro! voy temiendo
Que es el perdido bajel
De Lidoro, con que pierdo
Mi deuda.

TIBALDO.

Llegad, señores,
Si un lastimoso suceso
A tierno afecto os obliga.
Mi padre, en mis brazos muerto,
Pide, con suspiros mios,
Lo que siempre concedieron
Piedad y lástima.

ACREEDOR.

Calla;
Que se anega el sufrimiento
En mi enojo. Este es Lidoro,
Que no me pagó, pudiendo,
Y he de vengarme en su muerte,
Pues de otro modo no puedo.
Por mi está descomulgado
Tan mal hombre.

TIBALDO.

¡Piedad, cielos!

ACREEDOR.

La tierra le ha de negar
La sepultura á su cuerpo...

TIBALDO.

¡Hubo más fiera crueldad!

ACREEDOR.

Y el mar, que es sagrado centro,
Haré que no le reciba.

TIBALDO.

¿En qué bárbaro, sediento
De humana sangre, cupiera
La crueldad que considero
En un corazon cristiano?
Señor, templad el exceso
De vuestro enojo.

ACREEDOR.

Las aves
Y las fieras (y áun no vengo
Mi furia) le despedacen.
(*Ap. al otro.* Desde esta parte veremos
Quién llega, para estorballe
Cualquiera piadoso intento.)

LISANDRO.

El que teneis es cruel;
Pero debo obedeceros
Por amigo.
(*Apártanse á un lado.*)

TIBALDO.

Áun el dolor,
Por incapaz de remedio,
Vergonzoso se retira
Desde los labios al pecho.
¡Ay, padre! y ¡quién imitára
En el mayor desconsuelo
La leona, que á bramidos
Resucita al hijo muerto!
Que á gemidos, si no á voces,
Os diera vida, temiendo
Que la impiedad de los hombres
Os niegue el bien que deseo.
¡Quién pudiera ¡oh! quién pudiera
Daros sepulcro en mi pecho!
Que fuera, aunque no tan rico,
Por lo ménos más funesto.

LISANDRO.

Dos hombres que del naufragio
Se libraron, toman el puerto
En una tabla, y saldrán
Sólo á su reparo atentos;
Y su riesgo los disculpa,
Aunque haya piedad en ellos.

Salen DON JUAN *y* BONETE, *y besan la tierra.*

BONETE.

Tierra, mil besos te doy,
Y agradéceme estos besos,
Pues los que te doy á ti,
Se los quito á un pié de puerco.
¡Ah, señor don Juan de Castro!

DON JUAN.

¿Qué quieres?

BONETE.

¡Estamos buenos!

DON JUAN.

Pues he librado la vida,
Mil gracias le rindo al cielo.

BONETE.

Yo mil desgracias le rindo,
Que son las que darle puedo.

DON JUAN.

¿No le das al cielo gracias?

BONETE.

Déselas un jubileo,
Que tiene muchas; que yo
Mal daré lo que no tengo.

DON JUAN.

Bonete, ¿no eres cristiano?

BONETE.

Soylo, con el contrapeso
De haber perdido en el mar
Mi baul; y no me acuerdo,
Hambriento y desesperado,
Si soy hereje ó gallego.

DON JUAN.

Allí hay gente.

BONETE.

Eso buscamos,
Y nos dirá si está léjos
Algun meson, buen cristiano,
Que hospede los pasajeros
Que llegan á pié y sin blanca,
Que será milagro nuevo.
Si pregunta por la mula,
Les diré que está paciendo
Camarones en el mar,
Que un tiempo le vieron seco,
Huyendo de los gitanos,
Las tropas de judigüelos.
(*Lléganse.*)

DON JUAN.

¡Hubo desdicha mayor!
Lidoro es; que el mar le ha muerto.

BONETE.

Pues no le preguntes nada.

DON JUAN.

Sobre cruel, eres necio.
Es el patron de la nave.

BONETE.

Pues muriérase allá dentro:
Mi patron es Santïago
Y nunca dejo su templo.
(*Levántase Tibaldo.*)

TIBALDO.

Señor, no os pido socorro,
Cuando á vos tambien os veo
Salir del mar tan perdido,
Que habeis menester remedio.
Mi padre es el que mirais:
Sólo he menester consuelo
Para las desdichas mias.

DON JUAN.

¿Qué roca, opuesta á los vientos,
Que es en su origen robusto
Atalaya de los tiempos,
No ablandara por piadosa
El duro exámen soberbio,
Siendo arenas desatadas
Las lágrimas de su pecho?
Hombre soy, que á mis naufragios
Les doy siempre el sufrimiento,
Y guardo la compasion
Para trabajos ajenos.—
En esta playa desierta
Estamos; soy extranjero,
Que ignoro la tierra; tú,
Pues á tu lástima ofrezco
Piedades ejecutadas,
Pide lo mismo que debo.

TIBALDO.

Págueos el cielo, Señor,
El bien que ofreceis; mas temo
Que mis desdichas me nieguen
Vuestro favor.

DON JUAN.

Pues no hay pueblos
Cercanos á esta ribera,
Yo mismo, yo, con aliento
Y valor cristiano iré,
Tus mismos pasos siguiendo;
Y hecho atlante de un difunto
Será la piedad mi celo.

Sale ACREEDOR.

ACREEDOR.

¿Qué intentais tan atrevido?

DON JUAN.

Dar sepultura á este cuerpo.

ACREEDOR.

Hay quien lo estorbe.

DON JUAN.

¿Quién?

ACREEDOR.

Yo.
Es mi deudor, y le he puesto
Censuras, y no ha querido
Pagar la deuda, y ha muerto
Excomulgado.

DON JUAN.

No niega
Jamás el cielo el remedio
A los fieles: ya no tiene

Con qué pagar, pues muriendo
Perdió su caudal.

ACREEDOR.

Pues dadle,
Si tan compasivo os veo,
Sepulcro entre esos peñascos.

DON JUAN.

Estoy, sí, ¡viven los cielos!
Por despeñaros al mar,
Porque troqueis elementos.
En los muertos ¿hay venganza?
Mas no es justo que le demos
Al enojo más licencia
Que á la piedad, y así os ruego
Que me digais lo que os debe.

ACREEDOR.

De una memoria, que tengo
A cargo mio, es deudor.
Tres mil ducados.

DON JUAN.

Yo quiero
Pagar por él. Estas joyas,
(*Dale las joyas.*)
Que entre lo demas que pierdo
Saqué del mar, bien los valen.

ACREEDOR.

Y yo quedo satisfecho,
Y le haré alzar las censuras.

DON JUAN.

El beneficio agradezco.

BONETE.

¡Cielos! ¿qué ha hecho mi amo!
Las joyas da por un muerto,
¡Y no da racion á un vivo!

TIBALDO.

Desde hoy soy esclavo vuestro
Por el mayor beneficio
Que cupo en humano pecho.

BONETE.

Loco estás, pues nos quedamos
In albis, y en otro reino.

DON JUAN.

Yo he pagado una memoria.

BONETE.

Yo pago un entendimiento;
Mas le pago de vacío,
Pues que te vengo sirviendo.
Si ello va en descomuniones,
Yo salí de Rivadeo
Lacayo descomulgado,
Y son mis deudas primero.

DON JUAN.

Hasta ahora tú estás vivo,
Y puedes pagar.

BONETE.

No puedo.

DON JUAN.

¿Por qué no?

BONETE.

Verásio ahora.
(*Tiéndese en el suelo.*)
¡Vive Cristo que me muero!
¿Hay algun caritativo,
Sin escaparse de necio,
Que lo que él ha menester
Quiera gastar en mi entierro?

DON JUAN.

Acaba, loco.

BONETE.

Ya acabo. [1]
Item, mando á mi heredero
Que me entierre en mi baul,
Pues moriré, por lo ménos,
Junto al vestido de paño;
Porque es el mar tan fullero,
Que quiere servirse de él
Como es entrada de invierno.

DON JUAN.

Acaba, que ya me enfadas.
Porque el difunto llevemos
Para enterrarle en sagrado.
Mira que va anocheciendo.
(*Levántase Bonete.*)

BONETE.

Eso me estará de perlas,
Pues vendrá, á lo que sospecho,
La ronda de los demonios,
Y cargarán con el muerto.
Tres mil escudos en joyas
Para el difunto son buenos.
Entréguenselos á él,
Y seré su camarero;
Que un síndico socarron
Se lleva nuestro dinero.
¿Quién nos podrá socorrer,
Si á Lóndres llegar queremos,
Siendo ya nosotros landres
Para que huyan de vernos?

DON JUAN.

Lidoro, pues yo pagué
Por ti, ya estás obligado,
Porque el recibo has firmado
En el papel de mi fe.
Logro conocido fué,
Pues fué sin engaño el trato;
Pues en nuestro fiel contrato
Tengo esperanza que estás
Adonde pagar podrás
Sin los resabios de ingrato.
Dos veces muerto (¡qué esquivo
Dolor!) estabas aquí;
Mas ya adviertes que por mí,
Estando muerto, estás vivo.
El sepulcro te apercibo,
Con qué más te he de obligar;
Pues si merezco alcanzar
Tu favor, he de tener
Una vida que perder,
Pero otra que asegurar.
Tú me has de servir de guia.

TIBALDO.

¿Qué intentais, cuando yo puedo
Serviros con ayudaros?

DON JUAN.

Yo sólo esta dicha quiero;
Que es muy flaca la piedad
Que parte el merecimiento.
(*Carga en los hombros á Lidoro.*)

TIBALDO.

Ejemplo seréis al mundo
De tan dichoso trofeo.
(*Vanse don Juan y Tibaldo.*)

BONETE.

¡Hay tan fiero disparate!
Que cargue un fardo el lencero,
Caracol de lo que vende,
Ya gana en un real dos medios;
Pero ¡que quiera mi amo,
A costa de mi sustento,
Ser ganapan de difuntos!
Déme paciencia un cochero,
Y más si lleva una novia;
Que aunque se parezca el cielo
A Vizcaya en llover chuzos,
Va tan sesgo el majadero,
Que piensa que los caballos
Van pisando queso fresco. (*Vase.*)

Sale ROSAURA Y CLARINDA Y DAMAS.

ROSAURA.

Pues á la luz de tus ojos,
Que dan rayos á la aurora,
¿Cómo es posible, Señora,
Se atrevan nubes de enojos?
Pero en tu melancolía
Muestras tu enojo y tu pena,
Para que el alba serena
Niegue sus rayos al dia.
Si eres reina, con el justo
Aplauso que da el poder,
¿Qué ocasiones puede haber
Para causar tu disgusto?
No me niegues el favor
De dar tu pena á los labios;
Que será aumentar agravios
En tu silencio mi amor.

REINA.

Tiene lugar tan estrecho
Mi pena, y es tan violenta,
Que ya, Rosaura, revienta
Por no caber en el pecho.
El Parlamento llamó
Para mi esposo á Roberto.
Sin mí se trató el concierto,
Porque le aborrezco yo.

ROSAURA.

Pues ¡sin verle!

REINA.

Siempre ha sido
La noticia un ciego ensayo
Del trueno, que ántes que el rayo
Llega á tocar el oido;
Y como el alma le dió
Lugar medrosa y cobarde,
Borra la vista muy tarde
Lo que la voz escribió.

ROSAURA.

Dicen que es muy entendido,
Muy bizarro y muy galan.

REINA.

Eso á ti te lo dirán,
Que tienes mejor oido;
Que á mí, que lisonjas huyo,
Me dicen con pecho fiel
Que es soberbio y es cruel:
Con que fácilmente arguyo
El escándalo que hallo
Del reino, en su imitacion;
Que siempre los reyes son
Lienzos que copia el vasallo.
Esta corona heredé
De mi padre...

ROSAURA.

Caso es llano.

REINA.

Roberto es mi primo hermano,
Porque más confusa esté;
Porque aunque hembras la heredan,
Recelando disinsiones,
No sé si llama á varones
Para que en ella sucedan;
Porque es el Príncipe hijo
De un hermano de mi padre.
No hay consuelo que me cuadre
Entre los medios que elijo;
Porque pretende reinar
El Príncipe por varon,
Cuya ciega pretension
Me comienza á amenazar;
Pues para elegir el medio
Más conveniente á mi estado,
De secreto le ha llamado
El reino: vano remedio,
Pues dicen, siendo mi esposo,
Que se excusarán las guerras.

[1] Parece que falta algo aquí ó más arriba.
L.-v.

ROSAURA.

Si es medio con que destierras
Del alma el temor dudoso,
¿Por qué le quieres negar
A tu reino el bien que espera?

REINA.

Antes, prima, le perdiera
Si con él me he de casar,
Si es hombre tan inhumano
Y en las costumbres tan fiero,
Al reino ofendo, si quiero
Darle por dueño á un tirano.

Sale una DAMA.

DAMA.

Señora, nueva ha venido
Que el Príncipe se anegó
En el mar.

REINA.

Para que yo
Cobre el sosiego perdido;
Si bien tengo por desdicha,
Con un justo sentimiento,
Que su muerte sea instrumento
Para lograr una dicha.
Y así, aunque he llegado á ver
El bien que he de interesar,
Quisiera tener pesar
Para templar el placer.
Mas su templanza condeno;
Que aunque el pesar fuera justo,
Veo sin envidia al gusto
Holgarse del daño ajeno,
Si bien culpa no he tenido
En desearle la muerte;
Mas ya que el alma le advierte,
Me alegro de que haya sido.

ROSAURA.

Más tu pena se templara,
Suerte más dichosa fuera
Que el reino le recibiera,
Y en paz contigo reinara.
Mas si tu gusto prefiere,
Nuevas dichas te apercibe:
Si él te ofende cuando vive,
Ya te alegras cuando muere.

Sale ARNESTO.

ARNESTO.

Señora...

REINA.

¿Qué traes, Arnesto?
Turbado vienes.

ARNESTO.

Quisiera
Decirte...

REINA.

Pues no te excuses
Con suspensiones tan necias.

ARNESTO.

El Príncipe...

REINA.

Ya lo sé.
Murió en fin.

ARNESTO.

Advierte...

REINA.

Sea
General el sentimiento,
Con la pompa y la grandeza
Funeral con que á sus reyes
Sabe honrar Ingalaterra.

ARNESTO.

Advierte que ya está en Lóndres.

REINA.

Pues labre el cincel en piedras,
Afrente el buril en bronces,
Aquella antigua soberbia
De los romanos sepulcros,
Para que mi afecto vea
El mundo, y de siglo en siglo,
Pródiga la fama en lenguas,
Renazca vivo su nombre
Entre sus cenizas muertas.

ARNESTO.

Admiracion me ha causado
Ver que este engaño padezcas.
Vivo está, y entre el aplauso
De la ilustre y la plebeya
Aclamacion, entra ahora
En palacio. (*Vase.*)

REINA.

¡Qué discreta
Fué la sentencia del sabio,
Firmada con experiencias,
Que entre los bienes y males
Hay distancia tan pequeña,
Que un cabello los divide;
Y como luchar desean,
Cuando el cabello se aparta,
Bienes y males se mezclan.
Mi engañada confianza
Es flor que del alba apénas
Nació á beber el rocío,
Para vanidad risueña
Del prado que la regala
Porque su lisonja sea,
Cuando del rústico arado
Se ve tronzada y deshecha,
Siendo delito su vida
Para que en naciendo muera.

DAMA.

Corrida estoy de haber dado
La primer nueva á la Reina.

ROSAURA.

Por ventura querrá el cielo
Que por justas conveniencias,
Viendo lo que al reino importa,
Te agrade lo que desprecias.

UNO. (*Dentro.*)

Plaza, plaza.

REINA.

Estoy sin alma
Con la bárbara violencia
Del pueblo que le recibe.

ROSAURA.

Pues ya á tu presencia llega.

Sale ROBERTO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

ROBERTO.

De llegar á vuestros ojos
Sin la majestad que ostentan
Los reyes, y más viniendo
A provincias extranjeras,
Fué la causa mi naufragio.

ROSAURA.

Mal encubre su tristeza.

REINA.

Príncipe, seais bien venido;
Pero tengo justas quejas...

ROBERTO.

¿De quién?

REINA.

De los que quisieron
Llamaros sin mi licencia.

ROBERTO.

Y yo pudiera quejarme,
Si quejarme permitiera
El gusto con que he llegado,
Del desagrado que muestra
Vuestro ofendido semblante,
Cuando es justo que merezca
Por ser quien soy; mas no libro
Vuestro favor en finezas
De amante, aunque me juzgara
Dichoso si os mereciera,
Porque no vengo fundado
En esperanzas inciertas;
Pues vuestro desaire dice
Que si las truje las pierda:
Que la ocasion más precisa
Con que vine á Ingalaterra
Es el derecho que tengo
A su corona.

REINA.

No os niega
El derecho la justicia,
Si la teneis; pero advierta
El mundo que á mí la mia
Me pide que la defienda,
No sólo en los tribunales,
Mas cuando vuestra soberbia
Ambicion con ese intento
Mi mano gozar pretenda,
Banderas pondré en campaña
Que las luces oscurezcan
Del sol, dilatando eclipses
Donde sus rayos se niegan.
Y en el mar del Albion,
Que ya de mi nombre tiembla,
Sobre la salobre espalda
Pondrá mi valor más velas
Que el márgen quebranta espumas
Cuando medroso le peina.

ROSAURA.

Príncipes, no permitais
Que voluntades opuestas
Engendren guerras civiles
Para que el reino se pierda.
El pueblo ocupa el palacio,
Por ventura con resuelta
Intencion escandalosa
Donde discordias se alientan.

ROBERTO.

Prevenid, Señora, el daño,
Pues os toca á vos.

REINA.

Quisiera
No ser yo la causa.

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva
Roberto, que el reino hereda!

REINA.

¡Qué escucho!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Clarinda,
Nuestra legítima Reina!

Sale ARNESTO.

ARNESTO.

Alterado el pueblo, pide
Que turbaciones sangrientas
Confirmen, diviso en bandos,
Lo que sus voces sustentan.
Los unos piden, Señora,
Que se case vuestra Alteza
Con el Príncipe, excusando
Que el reino se abrase en guerras;
Mas dicen los que se oponen
Que no es justo que á su Reina
La obligue nadie en el mundo
A que se case por fuerza.
Y si el riesgo que amenaza,
Y si el fuego que comienza
De licencias atrevidas
La prudencia no lo templa
Saliendo al remedio, temo
Que de tan breve centella
Proceda en civiles llamas
Hasta derribar por tierra

Los homenajes sagrados
De la lealtad y obediencia.

REINA.

¡Que este alboroto permito!
¡Que mis vasallos se atrevan
Con sedicion popular
A abrir la voz en mi ofensa!
¡Corrida estoy, vive el cielo!
Echad un bando, que pena
De la vida hombre ninguno
Pueda hablar en la materia.
(*Vase Arnesto.*)

ROBERTO.

En lo que puedo serviros,
Porque vuestro amor merezca,
Aunque á los desdenes vuestros
Poco cariño les deba,
Será en templar el furor
De la parte que se empeña
En vuestro agravio, aclamando
Mi nombre; vos de la vuestra,
Pues importa vuestra vista
Porque el pueblo os obedezca,
Sosegaréis el motin,
Pues será vuestra presencia
Iris de paz, que serene
Tan peligrosa tormenta.
Discurramos la ciudad
Los dos.

REINA.

El consejo aprueba
El riesgo, porque estos casos
Próspero suceso tengan.
(*Ap.* Roberto es quien ocasiona,
Para que más le aborrezca,
Las ofensas que recibo.)

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Quién obligarla pudiera
Con mostrarme de su parte!
Pero es infeliz mi estrella.

REINA. (*Ap.*)

El concepto que he formado
De su crueldad y soberbia
Excede al mayor peligro
Adonde el gusto se arriesga.

ROBERTO. (*Ap.*)

El dueño es de mi albedrío,
Clarinda en mi pecho reina.

REINA. (*Ap.*)

Su nombre me atemoriza.

ROBERTO. (*Ap.*)

Idolatro su belleza.

REINA. (*Ap.*)

Pierda, por no verle, el reino...

ROBERTO. (*Ap.*)

Conquiste amor, no la fuerza.

REINA. (*Ap.*)

Que no ha de rendirse mi alma
A la tirana violencia,
Teniendo su imperio libre
Sobre ese globo de estrellas.
(*Vanse.*)

Sale BONETE.

BONETE.

¿Qué es de mi amo? Este ha sido
Para mí el mayor fracaso;
Pues siendo yo tan escaso,
Hoy vengo á ser un perdido.
Juntos salimos del mar,
Juntos á pié caminamos,
Juntos á Lóndres llegamos:
Pues ¿quién nos pudo apartar?
—El hambre.—¿Quién respondió?
¿Si en el estómago hay eco?
Yo presumo que estoy hueco;
Pero de contento no.
Dicen que es lugar honrado
Venecia, y muy socorrido;
Pues si un hombre no ha comido
Se consuela en que hay Senado.
Hétele por do viene
Mi Juan Redondo,
Y seré yo de hambre
Largo y angosto.

Sale DON JUAN *y* TIBALDO.

DON JUAN.

¿Dónde te fuiste, Bonete?

BONETE.

Lleguéme á una sacristía,
Por ver si el cura tenía
Ofrenda de algun mollete.
Pero el cura respondió:
«En habiendo algun difunto.
—Pues póngase todo junto:
Él, la ofrenda, el muerto y yo.»
Salió al fin mi intento vano,
Y luégo, por excusar
Sin fruto el dar y tomar,
Tomé la calle en la mano,
Adonde mi dicha empieza;
Que una vieja, en conclusion,
Me dió un pan y un arencon
Con un pichel de cerveza.
Pero yo con mi mohina,
Como si fuera bajel,
En seco dejé el pichel
Y el arencon en la espina.
Mas las tripas dificultan
Su alivio en cosas tan leves,
Como los ochos y nueves,
Que no aprovechan y abultan.

DON JUAN.

Tibaldo no me dejara,
Porque es más agradecido.

TIBALDO.

Muy ingrato hubiera sido
Si el beneficio olvidara:
Y miéntras viva, Señor,
Para muestras de mi fe,
En tu servicio estaré,
Con que templaré el dolor;
Pues si á mi padre perdí
En fortuna tan cruel,
Hoy vengo á cobrar por él
Dueño que me ampare á mí.

BONETE.

¿Qué bolsa hay que te socorra?
Te engaña si lo promete.
¡No tiene para un bonete,
Y ha de haber para una gorra?

DON JUAN.

A nadie ha faltado el cielo.
Conmigo quiero que esté,
Aunque en la ciudad entré
Con otro mayor desvelo;
Pues en bandos dividida,
La Reina y Roberto son
Dueños de la confusion
De la plebe mal sufrida;
Y aunque al riesgo me ofreciera...

BONETE.

¿Es otra nueva locura?

DON JUAN.

La posesion mal segura
De la Reina defendiera;
Que da piedad y valor
Su causa, por ser mujer.

BONETE.

Él anda muerto por ser
El Infante vengador.
¿A qué has querido venir
De España? Yo lo diré.

DON JUAN.

Calla.

BONETE.

Yo apuesto que fué
Sólo á enterrar y reñir.
Loco es mi amo Don Juan.
La Reina ¿te da cuidados?
Vasallos tiene sobrados:
Ellos la defenderán.

UNO. (*Dentro.*)

¡Matadle! ¡muera el traidor
Que altera el comun sosiego!

BONETE.

Por acá se acerca el fuego.
Retirémonos, Señor.

Salen tres acuchillando á ARNESTO.

ARNESTO.

Quien á su Reina defiende,
Dichosamente peligra.

PRIMERO.

No se escape.

DON JUAN.

¡A un hombre solo!
Es bárbara alevosía.
(*Pónese á su lado.*)

BONETE.

Ya metió el pié en la pendencia.
Pues que la busca, la riña.

SEGUNDO.

La Reina ha llegado.

PRIMERO.

Huyamos
Del rigor de su justicia,
Por el bando.
(*Vanse.*)

ARNESTO.

Por él tengo
Tambien pena de la vida.—
Caballero, perdonadme;
Que la ocasion es precisa,
Y no puedo detenerme
Para que gracias os rinda
Del favor; mas podrá ser
Que en algun tiempo le sirva. (*Vase.*)

DON JUAN.

Pues entre Príncipe y Reina
He de seguir la justicia
De quien...

Sale por una parte la REINA, *por otra* ROBERTO.

ROBERTO.

Prended ese hombre...

REINA.

Porque su culpa acreditan
Sus voces como su acero.

BONETE.

¡Válgame diez letanías!

ROBERTO.

No permita vuestra Alteza,
Pues á castigar se obliga
Por el ejemplo, la culpa.

REINA.

Roberto, no necesita
De vuestro aliento el rigor
Que piden mis justas iras.
Su delito le condena.

BONETE.

Miren ¡qué gentil partida!

DON JUAN.

Señora, advertid que yo...

REINA.

No hay perdon donde hay malicia.
Un bando es pública ley,
Que la voz del Rey la afirma.

DON JUAN.

Príncipe, si en el bajel,
Que le perdió mi desdicha,
Os vine sirviendo...

ROBERTO.

Yo
No es bien que á la Reina pida
Lo que no ha de conceder,
Ni es justo que yo permita
Que quien es contra la Reina,
Aunque en mi favor seria,
Injusto perdon merezca,
Librado en piedades mias;
Porque no me obliga á mí
Quien á vos os desobliga.

DON JUAN.

Reina, Señora...

REINA.

Llevadle.

DON JUAN.

Advertid...

REINA.

Nada me digas.

DON JUAN.

Que soy...

REINA.

Un traidor aleve.

DON JUAN.

Un español...

REINA.

Más me irritas.

DON JUAN.

Que intenta...

REINA.

Será mi ofensa.

DON JUAN.

Tu libertad.

REINA.

Mal podias,
A quien aclamas que muera,
Estar deseando que viva.

ROBERTO.

Llevadle, pues.

DON JUAN.

¡Qué rigor!

TIBALDO.

¡Qué crueldad!

DON JUAN.

¡Que áun no son dignas
Mis voces de tus oidos!

TIBALDO.

¡Cruel fortuna!

REINA. (*Ap.*)

¡Suerte impía!

DON JUAN.

Piadoso cielo, ¡en la tierra
Y en la mar tantas desdichas!

REINA. (*Ap.*)

Astros, ¡que mi libertad
No pueda llamarse mia!

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Oh amor, no tan infelice!

REINA. (*Ap.*)

¡Oh estrella siempre enemiga!

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Oh cielos, no tan crueles!

BONETE.

(*Ap.* ¡Oh temor hácia las tripas!)
Presos y sin blanca vamos,
Y ahora veré...

DON JUAN.

¿Qué imaginas?

BONETE.

Lo que en la prision te valen
Mohatras de la otra vida.

SEGUNDA JORNADA.

Salen TIBALDO *y* BONETE *atados á un grillo. Ha de haber un bufete con luz.*

TIBALDO.

¡Cielos! ¡que me hayan atado
A un lacayo, hombre comun!

BONETE.

¡Que venga yo atado á un
Hijo de un excomulgado!

TIBALDO.

¡Yo atado á un bufon! Reniego
De quien tan infeliz es.

BONETE.

¡Yo al olor de un irlandes!

TIBALDO.

¡Yo á la márgen de un gallego!

BONETE.

Gallego; mas no me pesa.

TIBALDO.

Irlandes, yo lo pregono.

BONETE.

Pues ¿cómo me habla con tono,
Hijo de aquella irlandesa,
La que no se daba manos
A parir niños, y zas,
La que en seis partos no más
Le dió treinta y seis hermanos?

TIBALDO.

¡Oye! Uced padece yerro;
Que eran más; mas no soy yo
Hijo de la que inventó
Jurar en la cruz de ferro.

BONETE.

Mientes.

TIBALDO.

Y en Galicia hay
Gran memoria de ella y dél.

BONETE.

Pues ¿tú hablas, hijo de aquel
Difuntillo Garibay!

TIBALDO.

Eso es mal hablado, y quiero
Decirle otra...

BONETE.

Esta fué brava.

TIBALDO.

¡Ah hijo de aquel que juraba
Falso!

BONETE.

Eso vale dinero.

TIBALDO.

Y á tu abuela, por vecina
De ciertas niñas hermosas,
La echaron sus cien ventosas
Sajadas.

BONETE.

Era sanguina.

TIBALDO.

De un lacayo no me ofendo.

BONETE.

¡Caponazo!

TIBALDO.

Ni eso soy.

BONETE.

Que lleva.

TIBALDO.

Mas ¿que le doy?

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

¿Siempre habeis de estar riñendo?

BONETE.

¿Qué quieres, si atado á un grillo
Con Tibaldo me han dejado?

TIBALDO.

Y yo á ti ¿no estoy atado?

BONETE.

Sí, hijo de aquel muertecillo.

TIBALDO.

Pues ahora llevarás.

DON JUAN.

Quedo.

BONETE.

Bien puedes dejalle.

TIBALDO.

¿Qué es quedo? Recio he de dalle
Treinta puñadas no más.

BONETE.

Que le dejes llegar quiero.

DON JUAN.

Mirad que me he de enfadar.

BONETE.

¿Quiérenos usté dejar,
Seor amo sepulturero?

DON JUAN.

¿Tambien hay para mí?

BONETE.

Hoy lloro,
Viéndote así aprisionado,
Las dos joyas que has gastado
En enterrar á Lidoro.

DON JUAN.

Por perdido no condeno
Lo que en Lidoro gasté;
Que á poco precio compré
Un grande amigo.

BONETE.

¡Eso es bueno!
¡Amigo difunto! Digo,
Si en esa ignorancia das,
Que una parroquia no más
Puede tener tal amigo.
Sacado que sobresale
Un difunto socarron
En una conversacion,
Para lo demas, ¿qué vale?
¿Con qué valor, con qué celo
Te ayudará, á quién verán
Que habla recio un sacristan,
Y él, la boca por el suelo?
¿Es posible que te agradas
De un maricon que se deja
Manosear de una vieja,
Y que otro le hunda á patadas?
¿Quién á la otra vida va
Por amigos que eche ménos?

DON JUAN.

Dime, Bonete: ¿tan buenos
Amigos hay por acá?
Lo primero que te digo,

Si ardiente el amor te llama,
Que en teniendo hermosa dama,
No tendrás seguro amigo.
Aquel que ayudaste al ver
Su mala fortuna y suerte,
Huirá por no agradecerte
El bien que le hiciste ayer.
Tu enemigo verás que es
Al que sin dificultades
Hiciste dos amistades,
Porque no le hiciste tres.
Si á un amigo le has fiado
Un secreto, le dirá;
Y si lo calla, te hará
Cargo que te le ha guardado.
Será amigo sospechoso
En quien codicia se hallare,
Mentirá el que se ausentare,
Cansaráse el poderoso.
No te será el pobre fiel,
Hará el desleal su oficio,
Y el que te haga un beneficio
Querrá comprarte con él.
Pues dime, si esto es así,
¿Cuánto mas útil será
Tener un amigo allá,
Que tener muchos aquí?

BONETE.

Murió Lidoro; mas ya
Que ese amigo has elegido,
Si acaso se hubiere ido
Al infierno (que si habrá),
¿Es buen amigo?

TIBALDO.

¡Que á oillo
Llegue! Mas ¿que le he de dar?

BONETE.

¿Mas que te tengo de inviar
Con tu padre, Tibaldillo?
Mira no hagas que me emperre.

TIBALDO.

Empérrate.

BONETE.

Y mira que
No te he muerto...

TIBALDO.

Di, por qué.

BONETE.

Porque mi amo no te entierre.

TIBALDO.

Calla.

DON JUAN.

¿No lo dejarás?

BONETE.

Digo, pues, dejando esto,
Que, por dar la vida á Arnesto,
Un mes há que preso estás
Con tal miseria y pobreza,
Que nadie la ha visto igual.

DON JUAN.

Y ¡mira Arnesto qué mal
Me ha pagado esta fineza!
Viendo que su amigo soy,
Ni una vez sola ha venido
A verme, habiendo sabido
Que preso por él estoy.

BONETE.

Pero, señor, ¿á qué fin...

DON JUAN.

¿Hay algo que reprender,
Bonete?

BONETE.

Te fuiste á ser
La cabeza de un motin?

TIBALDO.

Dice bien.

DON JUAN.

No me ha pesado,
Porque esto ha sido volver...

BONETE.

¿Por quién?

DON JUAN.

Por una mujer.

BONETE.

Mira ¡cómo te ha pagado!

DON JUAN.

Que no la culpes quisiera
Que ha pagado mal mi fe;
Que ya me pagó.

BONETE.

¿Con qué?

DON JUAN.

Con dejarme que la viera.

BONETE.

Luego, ¿rendido te has
A su amor?

DON JUAN.

Yo lo confieso.

BONETE.

¡Enamoradito y preso,
Y sin blanca! Loco estás.

DON JUAN.

Desde que la vi, lo estoy.

BONETE.

Pues á esta Reina traidora
Di quién eres.

DON JUAN.

Hasta ahora
A nadie he dicho quién soy.

BONETE.

Pues á Arnesto ¿no oí yo
Que tú le dijiste aquí
Tu nombre?

DON JUAN.

Mi nombre sí;
Pero mi apellido no.

BONETE.

Pues ¿apellido de quién
Es el que tomaste? Dí.

DON JUAN.

Don Juan de Alarcos fingí
Que me llamaba.

BONETE.

Está bien.
¿Por qué?

DON JUAN.

Porque si Roberto
Viene á saber mi intencion,
Y que sigo la faccion
De la Reina, ten por cierto
Que mi muerte ha de intentar,
Viendo que igualarle puedo
En sangre.

BONETE.

Yo tengo miedo.

DON JUAN.

¿Qué?

BONETE.

Que nos han de sacar
Deste castillo á los tres,
Dios delante caminando —
Con las guardas está hablando
Un hombre.

DON JUAN.

Mira quién es.

BONETE.

Arnesto es.

TIBALDO.

¡Luego dirán
Que no es fino amigo!

DON JUAN.

Digo
Que Arnesto es sólo mi amigo.
¡Arnesto!

Sale ARNESTO.

ARNESTO.

¡Señor Don Juan!

DON JUAN.

¿Posible es que habeis venido
A verme?

ARNESTO.

Tarde, confieso
Que os vine á ver: mas no tanto,
Que no haya venido á tiempo
Que una nueva os traiga.

DON JUAN.

Nueva
Que vos traeis, será cierto
Que será buena.

ARNESTO.

Ya vos
Sabréis, viendo lo que os debo,
Lo que yo habré deseado
Daros la vida.

DON JUAN.

Si es eso
Decirme que por vos sólo
La consigo, ya yo veo
Que le habréis dicho á la Reina
Que sólo indigné el acero
Por tomar su voz, y sólo
Por su libertad.

ARNESTO.

Con eso
No os libraba de la Reina:
Y de más á más es cierto
Que os criaba un enemigo
En el Príncipe Roberto,
Que os hiciera dar la muerte.

DON JUAN.

Pues no me tengais suspenso.
¿Qué nueva es la que traeis?

ARNESTO.

Es que la Reina, creyendo
Que seguisteis la faccion
De su enemigo Roberto,
Os ha condenado á muerte
(*Túrbase don Juan.*)
Conforme el bando...—¿Qué es esto,
Señor don Juan?

DON JUAN.

¿Qué decis!

ARNESTO.

¡Vuestras voces sin aliento,
Sin color vuestro semblante!

BONETE.

Pues ¿le trae usted buñuelos
Para tenerle gustoso?

DON JUAN.

No juzgueis, señor Arnesto,
Que fue de la cobardía
Hijo villano este afecto.

ARNESTO.

¿Qué es?

DON JUAN.

Que el corazon se corre
De hallarse dentro del pecho
Herido de una desdicha,
Y amagado de consuelo.—
Pero vos, que me debeis...

ARNESTO.

La vida diré que os debo,
Desde el dia que indignados

Darme la muerte quisieron
De Roberto los parciales;
Pues mi vida defendiendo,
Porque ella no peligrara
Pusisteis la vuestra á riesgo.

DON JUAN.

Y tambien os di...

ARNESTO.

Tambien
Me disteis lugar huyendo
A que por vos quede libre,
Y vos por mi causa preso.

DON JUAN.

Pues ¿cómo á quien di la vida
Me trae la muerte? ¿Es bien hecho,
Ya que mi desdicha pague
Un delito sólo vuestro,
Que en mí, porque veis que soy
Piedra que sufro y no siento,
Para derramar mi sangre
Afileis tanto el acero?
Que seais ingrato amigo
Uso es, aunque no le apruebo;
Pero doble, de manera
Que soliciteis vos mesmo
La muerte de vuestro amigo,
Es sólo lo que os condeno,
Pues bastaba usar lo ingrato,
Sin estrenar lo sangriento.

ARNESTO.

Yo soy mandado: la Reina
Me envió á deciros...

DON JUAN.

Yo vengo
En que la Reina os mandase
Dar este aviso; mas viendo
Vos que me debeis la vida,
Y viendo que sois el reo
De un delito que yo pago;
Recíprocamente atento,
Pues pongo yo la inocencia,
¿No pusierais vos el ruego?

ARNESTO.

¿No veis que con disculparos
Me culpo á mí?

DON JUAN.

Y, por lo ménos,
¿No me podeis ayudar?

ARNESTO.

Sois infeliz, no me atrevo.
Aquel, que está agonizando
En las espumas del mar,
Suele al que le va á ayudar
Llevarle tras sí arrastrando.
A pique os vais, fluctuando,
Borrascoso el mar que veis,
Y puede ser, si quereis
Que nos libremos los dos,
Que yo no os ayude á vos,
Y vos tras vos me lleveis.

DON JUAN.

Pero el que á la orilla va
A socorrer quien le llama,
Un brazo afirma á una rama,
Y otro al que se anega da.
Si de vuestra parte está
La Reina, el temor villano
Podeis dejar, pues en vano
Es quereros disculpar,
Si teniendo en qué afirmar,
No quereis darme la mano.

ARNESTO.

Don Juan, no os puedo ayudar.

DON JUAN.

¿Por qué?

ARNESTO.

Porque no deseo
Que mis oidos, mis ojos,
Tengan este contrapeso
De vivir siempre escuchando,
Y tambien siempre estar viendo
A quien me hizo un beneficio
Jactándose de haberle hecho.

DON JUAN.

Pues agradecedle vos
A quien le hizo, y con eso
Tendreis más de qué alabaros.

ARNESTO.

¡Más de que alabarme tengo
Que el que me hizo el beneficio!
Respondedme.

DON JUAN.

Amigo Arnesto,
Más que hacer el beneficio
Es saber agradecerlo.

ARNESTO.

Pues ya que no haga otra cosa
Por vos (con aquesto os dejo),
Os tengo de hacer mayor
Ese beneficio mesmo
Que hicisteis.

DON JUAN.

¡Mayor! ¿Cómo,
Si es el mayor que hacer puedo!

ARNESTO.

Dejadme vos ser ingrato,
Y será mayor con eso. *(Vase.)*

DON JUAN.

Di ahora que los amigos
Que usa el mundo son los buenos.
¡Mira tú qué buen amigo
Salió Arnesto!

BONETE.

Ya lo veo.
Paréceme que mañana
Ha de haber...

DON JUAN.

Dí, ¿qué?

BONETE.

Degüello.
¡Plegue al ángel San Gabriel
Que lleve el diablo los huesos
Del difunto!

TIBALDO.

Pues ahora,
¿Qué tiene que ver con eso
Que lleve el diablo á mi padre?

BONETE.

Pues si él no se hubiera muerto,
No tuviéramos las joyas?

TIBALDO.

Y con las joyas ¿qué haremos?

BONETE.

Tener dinero.

TIBALDO.

¿Y con él?

BONETE.

Tibaldillo, tú eres lego.

TIBALDO.

¿Por qué?

BONETE.

Porque nunca he visto
Degollado con dinero.

DON JUAN.

¡Que la Reina haya ordenado,
Sin saber que yo defiendo
Su faccion, que muera yo!
¡Gran crueldad!

BONETE.

Por tí lo siento.
¡Oh, reina, mesa en figon,
Mucho ruido y nada dentro!

TIBALDO.

Pues tú ¿para qué te quejas
De la Reina?

BONETE.

No me quejo
Sino en nombre de mi amo:
Que yo estoy libre á lo ménos
De la sentencia de horca.

Sale un GUARDA.

GUARDA.

Sea Dios aquí.

BONETE.

¿Qué tenemos,
Señor Guarda?

GUARDA.

Dadme albricias,
Y os diré...

BONETE.

Yo os las ofrezco.

GUARDA.

Como, al salir de la torre,
Me dió para vos Arnesto
Una buena nueva.

BONETE.

Y ¿es?

GUARDA.

Es que Clarinda, sabiendo
Que no habeis tenido culpa
En el motin...

BONETE.

No la tengo,
Y ha andado muy bien la Reina.

GUARDA.

Dispone...

BONETE.

Bien lo ha dispuesto.

GUARDA.

Por ver que sois tan leal
Criado...

BONETE.

De eso me precio.

GUARDA.

Porque lo sois de don Juan,
Que hoy os saquen...

BONETE.

Volaverunt.

GUARDA.

A empalar.

BONETE.

¿A qué?

GUARDA.

A empalar
Junto á vuestro amo.

BONETE.

¡Laus Deo!
Y ¿de eso me pide albricias,
Señor Guarda?

GUARDA.

Pues ¿no puedo,
Si hoy morís, como criado
Leal, junto á vuestro dueño?
Vos tambien, señor Tibaldo,
Os prevenid. *(Vase.)*

BONETE.

Esto es hecho.
¡Plegue á los cielos que guardes,
Guardilla del monumento,
Un señor que no te pague!

TIBALDO.

¡Oh, cuánto esta muerte precio,
Porque muriendo á tu lado
La pague á quien se la debo!

BONETE.

Amigo Tibaldo, en todo
Mi linaje no me acuerdo
Que haya habido un empalado.
Tú, que eres de aquestos reinos
Natural, ¿no me dirás
Cómo empalan?

TIBALDO.

Lo primero,
Hay un palo punteagudo
Y algo esquinado.

BONETE.

¡San Pedro!

TIBALDO.

Métenle éste al delincuente
Por detrás.

BONETE.

¡San Nicudémus!
Cala es que me la han de echar
Despues, y ahora hace efecto.

TIBALDO.

Va hilando el palo las tripas...

BONETE.

Y saldrá amarillo el cerro.

TIBALDO.

Llega el palo á la cabeza...

BONETE.

Haráme perder el seso
Si allá llega.

TIBALDO.

Y poco á poco
Se asa al sol, y va vertiendo
Por todas las coyunturas
El tal empalado...

BONETE.

¡Sebo!

DON JUAN.

¿No quieres callar un rato,
Bonete?

BONETE.

Señor, no quiero:
Basta lo que he de callar
Por ti despues que haya muerto.

DON JUAN.

Ciérrame todas las puertas
De ese cuarto.

BONETE.

Ya las cierro.
(*Cierra las puertas.*)

DON JUAN.

¿Ves lo que yo te decia?

BONETE.

¿Qué decias?

DON JUAN.

Como es bueno
Haber prestado el caudal
A aquellos que se partieron
A mejor patria, pues hoy
Vengo a cobrar por entero
Todo el caudal que en la vida
Fiando estuve á los muertos.

BONETE.

Yo bien quisiera que inviaras
Un ejecutor á eso,
Con cuatrocientos responsos
De salario, y no que andemos
Una jornada tan larga
Sin un real.

TIBALDO.

¡Plegue á los cielos
Que en todo Lóndres no halles...

BONETE.

Di, ¿qué?

TIBALDO.

Quien te rece un credo.

BONETE.

Harto será que le sepan
En Lóndres.

DON JUAN.

¡Cómo me alegro
De ir á ver tantos amigos
Como en la otra vida tengo!

BONETE.

Ve, pues ya estarán podridos
De esperarte.

DON JUAN.

Sólo llevo
De esta vida lo que dí.
Tibaldo amigo, muy presto
Hemos de ver á tu padre.

TIBALDO.

Que él ha de pagarte creo
Lo que por mi padre hiciste.

DON JUAN.

Esta muerte que padezco
La doy por bien empleada,
Por haber llegado á tiempo
Que le hiciese aquel sufragio;
Y si otra vez...
(*Golpe dentro.*)

BONETE.

Esto es hecho.

DON JUAN.

¿Llamaron?

BONETE.

Sí.

DON JUAN.

¿Quién será?
(*Golpe.*)

BONETE.

El confesor.

DON JUAN.

Llega presto
Y mira quién es, Bonete.
(*Golpe.*)

BONETE.

El verdugo.

DON JUAN.

Abre.

BONETE.

No quiero.
Los Cristos de la parroquia.

DON JUAN.

Tibaldo, abre.
(*Golpe.*)

BONETE.

El pregonero.
(*Tira de la cadena Bonete y no le deja llegar.*)

TIBALDO.

Me tira de la cadena
Bonetillo.

DON JUAN.

¿No sabremos
Quién es quien llama?

Toma don Juan la luz, va á abrir la puerta, y muéresele al llegar á abrir, y sale LIDORO, *muerto.*

LIDORO.

Yo soy.

TIBALDO.

¡Cielos! parece que quiero
Conocer esta voz.—Esta
¿No es la voz...

DON JUAN.

La luz se ha muerto.

TIBALDO.

De mi padre?

BONETE.

Niño diablo,
¿Qué me dices?

DON JUAN.

Caballero,
Que á esta prision y á estas horas
Os entrais, dando recelos
A la vista y al oido
Con oiros y no veros,
Quién sois?

LIDORO.

El mayor amigo
Que teneis.

TIBALDO.

¡Él es! ¿Qué espero?
¡Padre de mi vida!

BONETE.

Hijo
De los demonios.

DON JUAN.

No acierto
A hablar.

TIBALDO.

Tibaldo está aquí.

BONETE.

Que no estará, si yo puedo.

TIBALDO.

Deja que le hable, Bonete.

BONETE.

Seor difunto, no tenemos
Otras joyas que le dar:
Vuélvase, si viene á eso.
Ven tras mí.

TIBALDO.

¿Dónde me llevas?

BONETE.

¡Qué cortesano es el perro
Del difunto! A recibirnos
Ha salido ántes de tiempo.
(*Vanse Bonete y Tibaldo.*)

DON JUAN.

Traeré una luz para ver
Quién ha entrado aquí.

LIDORO.

Teneos.
Ya os he dicho...

DON JUAN.

Proseguid.

LIDORO.

Que soy un amigo vuestro.

DON JUAN.

¿Quién sois?

LIDORO.

Soy quien viene á daros
Libertad.

DON JUAN.

Fuera de Arnesto,
¿En Lóndres, qué amigo puede
Decirme que lo es sin serlo?

LIDORO.

¿No os acordais de otro amigo
A quien podeis haber hecho
Una amistad la mayor?
Miradlo bien.

DON JUAN.

No me acuerdo.

LIDORO.

Ya que vos no os acordais
Del bien que haceis, pues hoy veo
Que habeis hecho el beneficio

Solamente por hacerlo,
Yo que cada instante estoy
Recibiéndole de nuevo,
Vengo á ser agradecido.

DON JUAN.

Y vos seréis el primero
Que lo haya sido conmigo.
Mas saber de vos deseo
Qué beneficio decís
Que os hice.

LIDORO.

A tan alto puesto
Subí por vos, que ser más
De aquello que soy, no puedo.
Mi esperanza ya no puede
Llegar á más; ya no tengo
De Dios más que conseguir,
Mayor lugar ni más premio;
Que adonde llegué se acaban
Esperanzas y deseos.

DON JUAN.

Dejadme que os vea.

LIDORO.

Ahora
No podeis, y yo os ofrezco
Que, cuando os haya pagado
El beneficio que os debo,
Me veais; y ofrezco más:
Que deste y de cualquier riesgo
En que os halleis, he de ser
Quien os libre.

DON JUAN.

No os entiendo.
¿Quién á darme libertad
Os ha enviado?

LIDORO.

Si saberlo
Deseais, un Príncipe es
De quien soy valido.

DON JUAN.

(*Ap.* Creo
Que quien me da libertad
Es el Príncipe Roberto,
Creyendo que yo seguí
Su parcialidad.) Supuesto
Que os hice ese beneficio,
¿Cómo él quiere agradecerlo,
No siendo por quien le hice?

LIDORO.

Sabréislo si estais atento.
Este Príncipe, que hoy
Con providencia y piedad
Quiere daros libertad,
De quien hoy valido soy,
Como yo en su gracia estoy,
Me dijo: «A tu amigo di
Que de lo que hizo por tí
Me he dado por satisfecho,
Pues lo que por tí se ha hecho
Tambien se ha hecho por mí.»

DON JUAN.

Gran príncipe será aquel
Que por uno ayuda á dos.

LIDORO.

Yo privé con él por vos,
Y hoy privais por mí con él.

DON JUAN.

Y ¿él es quien de la cruel
Prision me libra?

LIDORO.

Es así.

DON JUAN.

Y ¿está en Lóndres?

LIDORO.

Don Juan, sí.
Lóndres y el mundo le adora.

DON JUAN.

Y ¿por vos decís que ahora
Me da libertad?

LIDORO.

Por mí.

DON JUAN.

Pues si á verle me guiais,
Por vos podré merecer...

LIDORO.

Ya no me habréis menester
El dia que le veais.

DON JUAN.

En fin, palabra me dais...

LIDORO.

De que os tengo de asistir.
Cuanto me querais pedir,
Tanto os tengo de ofrecer,
Y nada habeis de emprender
Sin llegarlo á conseguir.
Libre aquella puerta está.
Llevaos, aunque aprisionados,
Con vos esos dos criados;
Que nadie os lo impedirá.

DON JUAN.

¿Dónde el Príncipe estará
Que vida me quiere dar,
Para que pueda pagar
Lo que ha hecho por los dos?

LIDORO.

Adonde quiera que vos
Le busqueis, le habeis de hallar.

DON JUAN.

Pues buscarle he pretendido
De mi amor por recompensa.

LIDORO.

Con sólo no hacerle ofensa
Se dará por bien servido.
Idos.

DON JUAN.

¿Que no he merecido
Veros!

LIDORO.

Verme no intenteis.

DON JUAN.

Y ¿decirme no podeis
Quién sois?

LIDORO.

Vuestro amigo soy.

DON JUAN.

Id con Dios.

LIDORO.

Con él estoy.
¿Qué aguardais?

DON JUAN.

¿No me diréis,
Si á este Príncipe hablar quiero,
A qué tiempo le he de ver?

LIDORO.

Sin verle, habeis de creer
El bien que os hace primero.

DON JUAN.

Pues voyme; que en él espero
Libertad y vida.

LIDORO.

Sí.
Y para que á un tiempo...

DON JUAN.

Di.

LIDORO.

Verle podamos los dos,
Pedidle que haga por vos
Lo mismo que hizo por mí.

(*Vase Lidoro y Don Juan.*)

—

Sale por una puerta la REINA, *y por otra* ROBERTO.

ROBERTO.

Arnesto...

ARNESTO.

Señor...

ROBERTO.

La Reina,
¿Te dijo que me llamases?

REINA.

Rosaura...

ROSAURA.

Señora...

REINA.

¿Hiciste
Que al Príncipe se avisase
Que hablarle quiero?

ARNESTO.

Rosaura
Me lo dijo de su parte.

ROSAURA.

De tu parte dije á Arnesto
Que le avisara.

ROBERTO.

Ya sale
La Reina.

REINA.

El Príncipe ya
Ha entrado á esta sala á hablarme.

ROSAURA. (*Ap.*)

Quiera el cielo que la Reina
A sólo desengañarle
Llame al Príncipe...

ARNESTO. (*Ap.*)

Los cielos
Quieran que al Príncipe llame
A desengañarle sólo...

ROSAURA. (*Ap.*)

Para que el Príncipe pague
Un amor que en el secreto
Del pecho no abrasa, y arde.

ARNESTO. (*Ap.*)

Porque alcance por mi amor
Lo que puedo por mi sangre.

ROBERTO.

Llamado de vuestra Alteza,
Vengo obediente y amante,
Dudando si es el precepto
Ó el deseo quien me trae.

REINA.

Yo tengo que hablar á solas
Con vos.

ROBERTO.

Arnesto, esperadme
En ese cuarto.

REINA.

Rosaura...

ROSAURA.

¿Qué es lo que me mandas?

REINA.

Salte
Allá fuera.

ARNESTO.

Todo es uno
Obedecerte y mandarme.

ROSAURA.

Voy á obedecerte.

REINA. (*Ap.*)

Ahora
Todo el sentimiento hable.

ROBERTO. (*Ap.*)

Oido, á probar desdenes.

REINA. (*Ap.*)
Quejas, á vengar desaires.
ROSAURA. (*Ap.*)
Amor, á guardar suspiros. (*Vase.*)
ARNESTO. (*Ap.*)
Desmérito, á creer ultrajes. (*Vase.*)
ROBERTO.
¿Fuéronse?
REINA.
Ya estamos solos.
ROBERTO.
Pues proseguid.
REINA.
Escuchadme,
Príncipe invicto de Irlanda,
Que por vuestra heroica sangre
Sois querido, siendo vuestra
Condicion no tan amable...
ROBERTO.
Segun eso, ya puedo irme.
Con bien pocas, eficaces
Palabras, habeis sabido
Reñirme y lisonjearme.
Guárdeos el cielo. (*Hace que se va.*)
REINA.
Esperad.
No os vais tan presto.
ROBERTO.
Dejadme
Ir; que á los labios la ira
Quiere irritada asomarse
De que á mis merecimientos
Un solo defecto estrague:
Y así, con vuestra licencia,
Me voy. (*Hace que se va.*)
REINA.
¿A dónde?
ROBERTO.
A enmendarme.
REINA.
Esperad: oid el cargo.
ROBERTO.
Decid; que quiero escucharle,
Para que en tanto que os dure
La queja, el odio descanse.
REINA.
Pues, digo, señor, que vos
Despues que murió mi padre
A solicitar mi mano
Ceremonioso ó amante
Venisteis á esta ciudad.
ROBERTO.
Vine á Lóndres á casarme
Con vos, y de no querer
Que esto sea, á coronarme
De Ingalaterra por rey.
REINA.
Y decidme: ¿quién se vale
Para el amor de amenazas?
Pregunto: vos ¿sois mi amante,
O mi enemigo? ¿Venis
A servirme ó conquistarme?
ROBERTO.
Vuestro amante soy.
REINA.
Y ¿es bien
Que esta plaza inexpugnable
De la hermosura querais
Que á fuerza de armas se asalte?
Antes mucho que sitieis
La belleza, es importante
Que la fortificacion
De la voluntad se gane.
En el campo de mi frente
Es primero hacer ataques
Al fuerte, y ganar las medias
Lunas que las cejas hacen.
Más allá es abrir la mina
Del alma; el amor constante
Es el ingeniero: á ruegos
Y á merecimientos se abre.
Hacedle despues llamada
Al alma, para que pacte
Tan rendida, que se obligue
Con lo que se amenazare.
Si no quisiere rendirse
La hermosura, el que sitiare
Ruegue, padezca, suspire
Y espere hasta que ella llame.
Esto sí que es ser soldado
Del amor; mayor realce
Da el ruego que la amenaza:
El que con ella es cobarde
Es quien rinde la belleza.
Por trato puede ganarse
El oido de esta plaza,
Que es segundo baluarte;
Pero que querais (¡oh pésia
Mi sentimiento!) que pase
El fuego de amor á ser
Fuego de ira penetrante;
Y esta sangre, tambien vuestra,
La que vuestro odio derrame,
No, señor; que aunque es forzoso
Que haga la guerra quien ame
A sangre y fuego, no es bien
A este fuego ni á esta sangre.
Con retiros persuadirme,
Con despegos obligarme
Es querer á la belleza
Quitarle el uso, y quitarle
A las estrellas su influjo,
Y á los cielos su dictámen.
Y si es vuestro amor no más
Que á la corona, engañadme:
Mienta en vos la voz finezas,
Mienta halagos el semblante,
Persuadidme con blandura;
Que ella no puede ajustarse
En vuestras sienes sin que
Sea mi mano quien la iguale.
Sabed lisonjear la mano
Que os la ha de poner, sin que ántes
Que os la ajuste yo, se os caiga
Sobre los hombros por grande.
¿Engañar á una mujer
No sabeis? Pues no hay amante,
Sea el más fino, que no finja
Aun mucho más de lo que ame.
Más quiero quien me aborrezca,
Sabiendo bien engañarme,
Que, sabiendo bien quererme,
Quien me baldone y me ultraje.
No hay quien no diga á su dama
Sol, y *estrella*, y ella sabe
Que es mentira; pero es
Mentira de muy buen aire.
¡Tanto arriesga vuestra voz
En dos lisonjas vulgares
Que no le tienen al labio
Más costa que pronunciarse?
Ea, Príncipe, ea, Señor;
Que no es razon...
ROBERTO.
Perdonadme;
Que hasta ahora no creia
Mi ignorancia, como es grande,
Que ser lisonjero era
Lo mismo que ser amante.
Demás de eso, es otro rumbo
Por donde quiere guiarse
Mi amor: he dado en pensar
Que os merezco.
REINA.
Linda parte
Es esa para jamás
Conseguirme.
ROBERTO.
Y ¿es bien que ande
Todo un Príncipe de Irlanda
Ocupado y vigilante
En pensar que no os merece?
Mi calidad y mi sangre
¿No se igualan con la vuestra?
Decidme: ¿qué daño os hace
Que piense yo que os merezco,
Si el dia que yo os alcance,
Redunda mi estimacion
En logro de vuestra sangre?
Si digo que no os merezco,
Vos me aborreceis, y es fácil
Que lo creais: pues, señora,
Yo no he de dar materiales
Para que en el odio vuestro
Mi descrédito se labre.
Perdonad la grosería;
Que no he de seguir el arte
De los ruegos y las quejas.
Hoy de mi poder se valen
Mis deseos: conquistando
He de esperar el ganarme,
Ese fuerte de los ojos;
Que todos los que aman saben
Que tambien, como el que ruega,
Suele vencer quien combate.
REINA.
Pues aunque intenteis...

Sale ARNESTO.

ARNESTO.
Señora...
REINA.
¿A qué volveis?
ARNESTO.
Perdonarme
Puedes; que la novedad
Me da licencia por grande.
El caballero español,
A quien ayer ordenaste
Que en el público suplicio
Culpas de tu enojo pague,
Don Juan de Alarcos, segun
Él me ha dicho y tú lo sabes,
Se ha huido de la prision,
Sin que haya sabido nadie
Por dónde se huyó, ni quién
Puede en Lóndres ocultarle.
Por las puertas del castillo
No ha salido, y es su cárcel
Tan segura, que han pensad
Que tú que le condenaste
A muerte, has sido tambien
La que ha ordenado á su alcaide
Le dé libertad: el pueblo
Por campos, plazas y calles
Le busca, y ni áun un indicio
Hay de que puedan hallarle;
Y así...
REINA.
Haced que se eche un bando
Que nadie le esconda y guarde,
Pena de la vida; y vos...
ROBERTO. (*Ap.*)
¿Si acaso la Reina sabe
Que era por ella por quien
El español arrogante
Tomó la voz...
REINA.
Podeis luégo
A los puertos principales
De mi reino dar aviso.
ROBERTO. (*Ap.*)
Y es ella quien, por guardarle

De mí, fingiendo con todos,
Estas prevenciones hace?
Pues ya que Arnesto me ha dicho
Que él tomó su voz, no aguarden
Más mis iras. ¡Vive el cielo,
Que hoy ha de morir!

Sale ROSAURA *con un cartel.*

ROSAURA.

¿Qué haces,
Clarinda, que á los balcones
De tu palacio no sales
A oir tu pueblo?

REINA.

Será
Que como mi reino sabe
Que hoy cumplo años, ha querido,
Como es uso, celebrarle
Con máscaras y festines
Y con músicas.

ROSAURA.

Más grande
Es la novedad.

REINA.

Rosaura,
Prosigue.

ROSAURA.

Señora, sabe
Que en Lóndres esta mañana,
Sin que se sepa ni alcance
Quién los puso, amanecieron,
Bien que el pueblo los aplaude,
Carteles puestos en todas
Esas plazas y esas calles.
Tu libertad se apellida
En ellos, y á verlos sale
El pueblo, que en una voz
Y en muchas voces iguales
Dice...

GENTE DENTRO.

¡Viva nuestra Reina
Clarinda!

ROSAURA.

Y tambien que cases
Con sólo quien te merezca,
No con quien te conquistare.
Que elijas esposo quiere
Tu reino, y todos se valen
De la ocasion, para que
Sólo por Príncipe grande
Elijas á éste, que hoy pone
Este cartel.

REINA.

Luego ¿traes
El cartel?

ROSAURA.

Señora, sí.
Óyele.

REINA.

Pasa adelante.

ROSAURA. (*Lee.*)

Don Juan de Castro, hijo del Príncipe de Galicia y Señor de Lémus y Sarria, defiende contra el Príncipe Roberto de Irlanda la libertad de la Reina de Inglaterra Clarinda. Y dice que si alguno merece su hermosura es él, y á gala, discrecion y valentía desafía á todos los Príncipes de Europa, y con las armas primero tu libertad. — Don Juan de Castro.

REINA.

Y ¿sabe Lóndres quién es
Este gran Príncipe?

ROSAURA.

Sabe
Que ser el que te defiende
Español, ser Castro en sangre
Y de Galicia, si no es
Lo más, es de lo más grande.

REINA.

Venga este Príncipe, pues
Estando para entregarse
La fuerza de la hermosura,
Entre á socorrerla ántes.

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¡que dos españoles,
Uno ingrato, otro cobarde,
Quieran turbar mi fortuna!
Mi ira quiera que los halle,
Para que á un tiempo á los dos
A uno prenda y á otro mate.

REINA.

Y ¿en qué quedamos, señor
Roberto...

ROBERTO.

Penas, dejadme.

REINA.

De nuestra porfía?

ROBERTO.

Digo
Que el alma quiere ajustarse
Más al ruego que á la queja.
Del rendimiento se valen
Mis ojos.

REINA.

¿Que ya elegís
Mi consejo?

ROBERTO.

Sí, y en parte
Vengo á sentir solamente...

REINA.

¿Qué?

ROBERTO.

Que no haya sido ántes.

REINA.

¿Sabeis qué pienso?

ROBERTO.

Decid.

REINA.

Pero habeis de perdonarme
Que sea, ántes que mi labio,
El corazon quien os hable.

ROBERTO.

Nada reserveis, hablad.

REINA.

Que aqueste lisonjearme,
Este empeñarme de nuevo
Para que de nuevo os ame,
No es quien lo hace el amor.

ROBERTO.

Pues ¿quién?

REINA.

Los celos lo hacen.

ROBERTO.

¿De quién?

REINA.

De Don Juan de Castro.

ROBERTO.

Esos son celos mentales.
Yo no he visto á ese Don Juan:
¿Qué sé yo si tiene sangre
Para igualarme?

REINA.

Peor es
Que os compita y no os iguale.
Los celos hacen discretos
Y humildes.

ROBERTO.

Mas no cobardes.
Verá el Príncipe en campaña
Que soy sólo quien...

REINA.

Negadme
Ahora que teneis celos.

ROBERTO.

Hágolo por enseñarme
Con los riesgos de celoso
A los preceptos de amante.

REINA. (*Ap.*)

¡Ah! ¡si mis ojos salieran
De esta prision!

ROSAURA. (*Ap.*)

¡Si lograsen
Con esta ocasion mis ojos
Algun alivio á mis males!

ARNESTO. (*Ap.*)

¡Oh! ¡si en esta competencia
La fortuna me buscase
Algun lugar!...

REINA. (*Ap.*)

¿Quién será
Este Príncipe?

ROBERTO.

Dejadme
Vengar, cielos.

ARNESTO. (*Ap.*)

Dejad, cielos...

ROSAURA. (*Ap.*)

Muerta soy.

ARNESTO. (*Ap.*)

Que viva y ame.

REINA. (*Ap.*)

Haz, estrella, pues parece
Que hoy te pones de mi parte,
Como este sabe ofenderme,
Que el otro sepa obligarme.

(*Vanse.*)

—

Sale BONETE, Y TIBALDO, Y DON JUAN.

BONETE.

¿Adónde vamos, señor?

DON JUAN.

Ven, Bonete; ven, Tibaldo.

BONETE.

Sin que las guardas nos sientan,
Di, ¿cómo nos has sacado
De esta prision?

TIBALDO.

Y di, ¿cómo
Dentro del mismo palacio
De tu enemiga la Reina
Te vienes así?...

BONETE.

No acabo
De agradecer á las guardas
La llaneza de dejarnos
Salir: ninguno nos dijo
Palabra.

TIBALDO.

Y di, ¿qué milagro
Será que no nos conozcan
Los que nos vienen buscando?

BONETE.

Y el quitarnos las prisiones
¿No fué igual?

DON JUAN.

Puesto que estamos
Libres, sabed que Roberto,
El Príncipe, nos ha dado
Libertad. Los dos, ¿no visteis
Entrar un hombre embozado
En la prision?

BONETE.
No le vimos;
Pero sé que estuvo hablando
Contigo.

DON JUAN.
Pues él me dijo
Que un Príncipe soberano
Que está en Lóndres, á quien yo
Dice que tengo obligado,
Nos da libertad.

BONETE.
Sin duda
Que es Roberto, que pensando
Que fuiste tú el que tomaba
Su voz, libertad te ha dado.

DON JUAN.
No hay otro príncipe en Lóndres.

TIBALDO.
¡Padre y Señor!

BONETE.
¡Que haya dado
En aquesta tema, toda
Esta noche, este muchacho!

DON JUAN.
¿Qué dice?

BONETE.
Que ve á su padre.
Pues si dejaran los diablos
Que se pudiera un difunto
Salir á orear, no tan malo...

DON JUAN.
No me hables mal de mi amigo

BONETE.
¡Luégo viniera el tacaño,
Como el Príncipe Roberto,
Desta prision á sacarnos,
Estando presos por él!—
Mas mira que si encontramos
Los que de órden de la Reina
Nos buscan, que han de llevarnos
A empalar segunda vez;
Y es lugar ocasionado
Lóndres á morir un hombre
Mártir.

ARNESTO. (*Dentro.*)
Por acá, atajadlos.

OTRO. (*Dentro.*)
¡Mueran todos!

BONETE.
Acabóse.

DON JUAN.
Oye y calla.

ARNESTO. (*Dentro.*)
¡Mueran cuantos
Siguieren al español,
Y el español muera!

BONETE.
¡Palo!

DON JUAN.
¿No es Arnesto?

TIBALDO.
Arnesto es.

VOCES. (*Dentro.*)
¡Viva el español!

BONETE.
¡San Cárlos!

ARNESTO. (*Dentro.*)
Repetid que muera, amigos.

DON JUAN.
¡Oh ingrato amigo!

Sale un SOLDADO *con un cartel.*

SOLDADO.
En el cuarto
Del Príncipe he de volver
A fijarle.

BONETE.
Seor soldado,
Díganos, qué novedad
Es esta.

SOLDADO.
Está alborotado
El reino; que un español
Dice que defiende á cuantos
Príncipes hay en Europa,
En valla, academia y campo,
Que él es sólo quien merece
A Clarinda. Hoy se han hallado
En Lóndres puestos carteles;
Y así todos los vasallos
De la Reina que seguimos
Su parcialidad, deseamos
Esforzar á este español;
Y yo, el más humilde en tantos,
Este cartel, que hoy quité
Para leerle, he intentado
Fijarle segunda vez
En las puertas de palacio.

DON JUAN.
Esperad.

SOLDADO.
¿Qué me mandais?

DON JUAN.
Aquese español bizarro,
Que de toda Inglaterra
Se lleva el comun aplauso,
¿Está en Lóndres?

SOLDADO.
Corre voz
Que está en Lóndres.

DON JUAN.
Preguntaros
Quisiera cómo se llama.

SOLDADO.
Llámase Don Juan de Castro. (*Vase.*)

DON JUAN.
¿Qué es esto, amigos!

BONETE.
Yo ¿sélo?
Será que estemos soñando.

DON JUAN.
¡Yo he dicho á nadie mi nombre
Ni mi apellido? Yo ¿cuándo
Puedo haber puesto carteles
De desafío!

TIBALDO.
¿Si acaso
Hay otro español en Lóndres
Que llamen don Juan de Castro?

BONETE.
Puede ser; pero ahora intento...

DON JUAN.
¿Qué?

BONETE.
Que nos vamos entrando
Pián, pián...

DON JUAN.
¿Dónde dices?

BONETE.
A este patio de palacio,
Adonde la confusion
Es tanta que en él estamos
Más seguros.

DON JUAN.
Ya anochece,
Con que más disimulados
Podremos entrar.

TIBALDO.
La luna
Sale ya.

BONETE.
Mucho me espanto
Que una dama tan hermosa
Sea buscona: con el manto
De las sombras cada noche
Sale sólo á hacer barato
Con los astros allá arriba.

DON JUAN.
Dí ¿cómo?

BONETE.
De cualquier astro
Se deja lograr un mes
Como la dén cuatro cuartos.

DON JUAN.
¡Borracho!

BONETE.
Más há de un mes
Que no lo he probado: al caso.

Sale SOLDADO SEGUNDO *con una hacha debajo de la capa.*

SOLDADO SEGUNDO.
¡Gran noche, gran noche!

BONETE.
Amigo,
Diga ¿qué hay de nuevo?

SOLDADO SEGUNDO.
Hidalgo,
Que hoy cumple años nuestra Reina
Clarinda, y hay un sarao
En el cuarto de su Alteza,
Y es permitido que cuantos
Quieran entrar, entrar puedan
Esta noche disfrazados
En el *bran.*

BONETE.
¿Qué es *bran*, amigo?

SOLDADO SEGUNDO.
Es una danza que usamos
Los Ingleses.

DON JUAN.
Y, en efecto,
¿Pueden entrar en palacio,
Como disfrazados vayan,
Los que quisieren?

SOLDADO SEGUNDO.
Sí, mi amo.

BONETE.
Y ¿para eso hacen festin
A la Reina?

SOLDADO SEGUNDO.
¿No está claro,
Pues hoy cumple un año más?

BONETE.
Y á que cumpla más un año
¿Le hacen fiestas á una dama?

SOLDADO SEGUNDO.
Pues ¿á qué han de hacerla?

BONETE.
Hermano,
A que tenga un año ménos.

TIBALDO.
¿Qué llevais aquí debajo?

SOLDADO SEGUNDO.
Una hacha.

BONETE.
Pues, ¿para qué?

SOLDADO SEGUNDO.
Es para que soy lacayo,

Y he de alumbrar esta noche,
Pues para eso soy buscado
De un hombre que no conozco,
Que á mí y á otros veinte y cuatro
Camaradas, solamente
Para esta noche, ha llamado,
Que ha de entrar en el festin...

BONETE.

¿Quién?

SOLDADO SEGUNDO.

Un español bizarro,
Que áun no le he visto, y le sirvo.

DON JUAN.

Y ¿quién es?

SOLDADO SEGUNDO.

Don Juan de Castro. *(Vase.)*

DON JUAN.

¡Hay tan raras tropelías!

BONETE.

¿Sabes, Señor, que he pensado
Que eres tú el don Juan que sale
Al festin?

DON JUAN.

¿En qué?

BONETE.

En que ¿cuándo
Tuviste lacayos tú,
Que no fuesen alquilados?

DON JUAN.

¡Pluguiera al cielo, pudiera
Ir á gozar de los rayos
De Clarinda! ¡Ah, si alcanzara
Ir al festin disfrazado
Con los demás!

BONETE.

¿Qué te falta?

DON JUAN.

¿No ves, Bonete, que estamos
Desnudos?

BONETE.

Eso no importa.
De ese don Juan, que te ha hurtado
El apellido, bien puedes
Alquilarte por lacayo.

SOLDADO TERCERO. *(Dentro.)*

Aquí está. *(Sale.)*

BONETE.

Cubierto el rostro
Veo salir de aquel cuarto
Lacayos de mojiganga.

DON JUAN.

Y un hombre se ha adelantado
A hablarme.

SOLDADO TERCERO.

Los cielos guarden
A tu Alteza.

BONETE.

Estoy soñando,
Y en despertando he de hallarme
En la prision.

DON JUAN.

He juzgado
Que no soy á quien buscais.

SOLDADO TERCERO.

Porque veais que no me engaño,
Aquel Príncipe que anoche
De la prision á sacaros
Envió con un grande amigo,
Que es solo vuestro entre tantos,
A convidaros me envía;
Que esta noche hay en palacio
Un festin, y en él intenta
Que entreis tambien disfrazado:
Por señas que os prometió
Que habeis de conseguir cuanto
Deseeis.

DON JUAN.

(Ap. Roberto es sin duda
El Príncipe que ha intentado
Que logre con el disfraz
La noche.) Mucho he estimado
El favor, y aunque esas señas
Son ciertas, lo que ahora extraño
Es que me llameis Alteza,
Sabiendo cuánto he preciado
De ese gran Príncipe ser
El más humilde vasallo.

SOLDADO TERCERO.

Esto es que no solamente
Príncipe tan soberano
Quiere daros libertad,
Sino un reino quiere daros.

DON JUAN.

¿Qué reino?

SOLDADO TERCERO.

Sabréislo presto.

BONETE.

El Roberto es hombre honrado.

DON JUAN.

No os entiendo.

SOLDADO TERCERO.

Ahora falta
Que entreis á este cuarto.

BONETE.

Vamos.

DON JUAN.

¿A qué?

SOLDADO TERCERO.

Aquí el Príncipe quiere,
Para entrar á este sarao
Con la majestad que pide
Vuestra persona, adornaros
De galas.

BONETE.

Lóndres se ha vuelto
País del Pipiripaco.
Este es amigo, y no el muerto.

SOLDADO TERCERO.

Ya á vestiros van entrando,
Don Juan; pero os doy aviso
Que procureis conservaros
De este Príncipe en la gracia.

DON JUAN.

Seré agradecido en cuanto
Viva.

TERCERO.

Sedlo vos en vida;
Que él lo será en muerte. Al lado
Del Príncipe, un grande amigo
Habeis tenido: acordaos
De amigo y Príncipe, y ved
Que otros mayores trabajos
Os esperan para el dia
Que parezcais tan ingrato,
Que del Príncipe y amigo
A un tiempo esteis olvidado.

Salen los LACAYOS *con hachas, y* PAJES *con fuentes; y todos con mascarillas, y visten á* DON JUAN.

MÚSICA.

Los buenos amigos
Te vienen á ayudar,
Todos de otro reino;
Que en este no los hay.
Si llega á la muerte
La fina amistad,
La que te hacen todos
Pasa más allá.
Uno es entre tantos
Quien te ayuda más,
Pues á un beneficio
Un reino te da.
Entra en los palacios,
Entra á batallar;
Que contigo llevas
Quién te ayudará.
Amigos son todos
Los que viendo estás,
Todos de otro reino;
Que en este no los hay.

(Vanse los que vinieron.)

BONETE.

La cuadrilla lacayuna
Al jardin nos va guiando
De la Reina.

TIBALDO.

Y muchas damas,
A quien van acompañando
Muchos galanes, tambien
Salen al festin.

DON JUAN.

A un lado
Nos apartemos.

BONETE.

¿Qué intentas?

DON JUAN.

Que los tres, en empezando
El festin, de la ocasion
Y del disfraz nos valgamos.

(Vanse.)

—

Salen CLARINDA *y* ROSAURA *y* DAMAS, *y* ROBERTO *y* ARNESTO, *y* GALANES, *con mascarillas, y la* MÚSICA, *y danzan con hachas.*

MÚSICA.

A los años que cumple Clarinda,
Divina deidad,
Los que ven por sus ojos celebran
Las luces hermosas con que ha de alumbrar.

DON JUAN DE CASTRO *y* BONETE *y* TIBALDO *se introducen.*

MÚSICA.

Años cumple el cielo,
Y para imitar
Los cielos, Clarinda
Cumple un año más.

ROBERTO. *(Ap.)*

¿Quién es, cielos, aquel que disfrazado
Dueño es de mi temor y mi cuidado?

DON JUAN. *(Ap.)*

Si es, cielos, lo que veo y ver no puedo,
¿Quién me infunde osadía con el miedo?

MÚSICA.

Las fijas estrellas
Parabien le dan.
¡Que vivan las luces
Con que han de alumbrar!

REINA. *(Ap.)*

¿Quién es éste que al verle me da enojos,
Y sin verle no se hallan bien mis ojos?

MÚSICA.

Cumple años, Clarinda;
Yo quisiera más,
Que los que ha cumplido
Los vuelva á empezar.

(Cásele el sombrero al Príncipe y la máscara.)

ROBERTO.

Turbado estoy.

ARNESTO.

¿Qué ha sido?

ROBERTO.
El sombrero y la máscara he perdido.

ARNESTO.
Cobradla.

ROBERTO. (*Ap.*)
¡Oh cielos! ¡oh ira! yo estoy muerto.

DON JUAN. (*Ap.*)
El que miro es el Principe Roberto.
Pues á lograr mi intento me adelanto.

REINA. (*Ap.*)
Ojos, que cegaréis: no mireis tanto.

MÚSICA.
Del sol que amanece
Imita la edad.

DON JUAN.
Aquí teneis, Roberto...

REINA. (*Ap.*)
¡Oh hado enemigo!

ROBERTO.
¿A quién? Decid.

DON JUAN.
Vuestro mayor amigo,
Que os debe...

REINA. (*Ap.*)
Al corazon toca la herida.

DON JUAN.
Como la libertad, tambien la vida.

ROBERTO.
Decid quién sois; que áun no os he co- [nocido.

DON JUAN.
Don Juan de Castro, vuestro agrade- [cido.

MÚSICA.
Que cuanto más vive
Más hermosa está.

ROBERTO. (*Ap.*)
¡Cielos!

REINA.
Rosaura amiga...

ROBERTO. (*Ap.*)
¿No es éste quien me ofende y quien [me obliga?

DON JUAN.
La libertad me disteis, y os confieso
Tambien la vida.

ROBERTO.
(*Ap.* Aquel que estaba preso...)
Escucha, Arnesto amigo.

ARNESTO.
¿Qué quereis?

ROBERTO.
Que de aquí salgas conmigo...

DON JUAN. (*Ap.*)
¡Cielos! dadme valor.

ARNESTO.
Señor, ¿qué haces?

ROBERTO.
Como que vamos á mudar disfraces.

REINA. (*Ap.*)
Cuanto me animo más, ménos me [aliento.

ROSAURA.
Como que ahora ir á mudar intento
Los disfraces usados,
Iré á saber quién es de sus criados.

ROBERTO.
Proseguid el festin.

REINA.
Templanza, penas.

ROBERTO.
Ya me entiendes.

ARNESTO.
Haré lo que me ordenas.

MÚSICA.
A los años que cumple Clarinda,
Divina deidad,
Los que ven por sus ojos celebran
Las luces hermosas con que ha de alum- [*brar.*

Vánse todos, y queda DON JUAN *y la* REINA.

REINA.
A solas ¡oh pena mia!
Me han dejado. Ojos, callad.
No hable el corazon tampoco;
La ira sólo puede hablar
Con este enigma.

DON JUAN. (*Ap.*)
La Reina,
Si engañado no me han
Mis deseos, es la que
A solas conmigo está.

REINA.
Hombre, que hasta estos jardines,
Valiéndote del disfraz
Que el dia te ha permitido,
Te atreves tras tí á llevar
A mi corazon por hierro,
Tus méritos por imán,
¿Quién eres?

DON JUAN.
Un ciego soy,
Que desde la oscuridad
Salió á la luz de repente
Para volver á cegar.

REINA.
Si ciego, ¿cómo hasta aquí
Entraste?

DON JUAN.
Como que no hay
Ciego que aunque pierda el sol,
No logre su claridad.

REINA.
Descúbrete.

DON JUAN.
Temo tu ira.

REINA.
Si me quieres obligar,
Empiézame á obedecer.

DON JUAN.
No puedo; que es tu crueldad
Semejante á tu belleza.

REINA.
Pues yo he de hacer...

DON JUAN.
Ten piedad
De mis ojos.

REINA.
Que aunque no
Quieras descubrirte (*Ap.* ¡Ay
Del corazon!), que por fuerza
Quitándote ese disfraz,
Sepa quién eres.

DON JUAN.
Dí cómo.

REINA.
De esta manera será.
(*Descúbrese la Reina.*)

DON JUAN.
Si estando tú descubierta,
Fuera grosería estar
Disfrazado y encubierto,
Bello imposible, si has
De lograr toda la herida,
Usa tambien del puñal.

REINA.
¡Cielos! ¡qué miro! ¿Pues cómo
Te atreves á profanar,
Cobarde español...

DON JUAN.
¡Cobarde,
Y me atrevo á conquistar
Tus ojos!

REINA.
Este sagrado?

DON JUAN.
¿No confiesa tu deidad
Mi veneracion?

REINA.
¿Qué intentas?

DON JUAN.
Lo que intento es emplear
El alma de tu belleza
En el precioso caudal.

REINA.
¿No eres tú el que estaba preso?

DON JUAN.
Y el que viéndote lo está.

REINA.
¿No eres tú quien contra mí,
Con cuantos en Lóndres hay
Que del Príncipe Roberto
Siguen la parcialidad,
Tomaste el acero?

DON JUAN.
Yo,
Que te adoro, ¿he de intentar
Que seas de ajeno dueño!

REINA.
Di, español, pues ¿no es verdad
Que vi tu voz y tu acero?
¿Cómo te disculparás?

DON JUAN.
Tus ojos y tus oidos
Te pudieron engañar.

REINA.
¿Quién la libertad te ha dado?

DON JUAN.
Pues ¿tengo yo libertad?

REINA.
Vete, hombre.—Mas no te vayas.
Déjame.—(Mas si te vas,
¿Qué haré despues de mis ojos?
¡Oh cobarde actividad
De mi fuego! ¿Para qué es
Encender y no abrasar?)
Español, ya que te atreves
A mis ojos, ¿no dirás
Cómo á mi mano te puedes
Atrever?

DON JUAN.
Como en mí hay,
Ya que no méritos, sangre
Con que te pueda igualar.

REINA.
¿Quién eres?

DON JUAN.
Don Juan de Castro
Es mi nombre.

REINA.
Tú serás,
Segun eso, quien defiende
Mi vida y mi libertad.

DON JUAN.
¡Así de tí me pudiera
Defender!

REINA.
Y ¿quién te ha
Traido á Lóndres?

DON JUAN.
Mi fortuna,
Hasta hoy adversa, no más.

REINA.
Del Príncipe de Galicia
Serás hijo.

DON JUAN.
Mal podrá
Mi temor, de tu precepto
Excusar esa verdad.

REINA.
¿Por qué de tu reino huiste?

DON JUAN.
Una traidora beldad
Fué la causa.

REINA.
Pues di ¿cómo,
Si me quieres obligar,
Por una mujer me dices
Que estás preso, y libre estás?

DON JUAN.
Si me oyes...

REINA.
No he de escucharte.

DON JUAN.
Oye, Señora, y verás
Cómo, primero que á quejas,
Te has de mover á piedad.

REINA.
Pero ha de ser el oirte
Desde mi cuarto; que hay
Gran riesgo que éntre Roberto
Y nos halle.

DON JUAN.
¿Dónde vas?
(*Éntrase la Reina y pónese á la reja.*)

REINA.
Desde aquesta verde reja
Que cae al jardin, podrás
Proseguir ese suceso:
Y así, aunque te oigan hablar,
No pensarán que es conmigo.

DON JUAN.
Haré lo que ordenas.—Ya
Parece que al corazon
Se le acuerda el respirar.

REINA.
Prosigue, Don Juan.

DON JUAN.
Pues digo,
Señora...

Salen ROBERTO Y ARNESTO *y los que puedan.*

ROBERTO.
Amigos, entrad.
¡Muera el español!

DON JUAN.
Que soy
De la ilustre casa real
De Castro, hijo de don Pedro,
De quien en Lóndres habrá
Tanta memoria.

ARNESTO.
Tú ¿dices
Que has hablado con don Juan
De Castro?

ROBERTO.
Con él hablé.

ARNESTO.
Y ¿es el que ido se ha
De la prision?

ROBERTO.
Y el que puso
Carteles por la ciudad.

ARNESTO.
La Reina, que fué sin duda
La que le libró, será
La que esta noche le saca
Con tal pompa y majestad
A que contigo compita.

ROBERTO.
Hoy mi acero ha de vengar
Un agravio hecho á mi amor
Y á mi sangre.

ARNESTO.
Hácia allí hay
Un hombre.

ROBERTO.
Hablando en la reja
De esos jardines está.

ARNESTO.
(*Ap.* Más su muerte á mí me importa
Que al Príncipe, pues será
Mi enemigo siempre, viendo
Que fué doble mi amistad.)
Llegaré á reconocerle.

ROBERTO.
Detente: yo he de llegar.

DON JUAN.
Casó dos veces mi padre:
La primera en Portugal
Con la hija del Rey Dionís,
De quien nací.

ROBERTO.
Hablando está
Un hombre, y no le conozco
En la voz.

ARNESTO.
Pues tú ¿no has
Hablado con él?

ROBERTO.
Sí, Arnesto;
Pero fué una vez no mas,
Y temo errar la venganza.

ARNESTO.
Si no la quieres errar,
Yo, que conozco su voz,
Me llegaré.

ROBERTO.
Tú podrás
Saberlo.

DON JUAN.
Casó despues
(No me quisiera acordar)
Con dama, cuya hermosura
Fué igual con su calidad,
Que...

Sale LIDORO.

LIDORO.
¡Ah, señor don Juan!

DON JUAN.
¿Quién llama?

LIDORO.
La Reina os envía á mandar
Que á este cuarto os retireis
De Su Alteza.

DON JUAN.
Pues si está
La Reina hablando conmigo,
¿Cómo puede ser verdad
Lo que decís?

LIDORO.
Como hay gente
En el jardin, y querrá,
Porque su voz no conozcan,
Que os lo diga yo.

DON JUAN.
Dejad
Que sepa quién son primero.

REINA. (*Ap.*)
¿Por qué se quitó don Juan
De la reja? (*Vase.*)

LIDORO.
De la reja
Se apartó la Reina ya.
A vos solamente os toca
Obedecer y callar.

DON JUAN.
Si es precepto suyo, yo
Le obedezco. (*Vase.*)

LIDORO.
Pues me da
Estas licencias el cielo,
Su voz misma he de tomar
Para estorbarle la muerte.
(*Dentro don Juan, y Lidoro hace las acciones.*)

DON JUAN.[1]
Era, pues, su calidad
Como dije á vuestra Alteza,
Sólo á su hermosura igual;
Y fuese por mi desdicha,
Ó por ser mucha la edad
De mi padre, mi madrastra
Osada atrevió á inclinar
Sus ojos á mis desprecios,
Y con torpe voluntad
Al labio fió el secreto
De su amor.

ARNESTO.
Bien podeis ya,
Señor Roberto, atrever
El acero. ¿Qué esperais?
Don Juan es: su voz lo dice.

ROBERTO.
Pues todo el jardin cercad,
Porque librarse no pueda.

DON JUAN.
Yo entónces, sin revelar
A mi padre este secreto,
Viendo que mi honor está
En el suyo, en la Coruña
Me embarqué.
(*Sacan las espadas y embisten á Lidoro.*)

ROBERTO.
Así pagarás,
Cobarde español, la ofensa
De mi amor.

DON JUAN.
¡Así os vengais,
Señor Roberto, de un hombre
Que no os ofendió jamás!

ARNESTO.
¡Muera!

DON JUAN.
Arnesto, ¡vos tambien
Sois aquel que me quitais
La vida que yo os he dado!

REINA.
¡Soldados! ¡guardas! entrad
Al jardin; que dan la muerte
A vuestra Reina.

DON JUAN.
¿No hay
Quien socorra á un infeliz?
¡Amigos!

ARNESTO.
Ya no hay piedad.
(*Tira un pistoletazo.*)

[1] Es Lidoro quien habla con la voz de Don Juan, y en la representacion, el actor que tiene el papel de Don Juan habla desde donde no se le ve, y el actor que hace el papel de Lidoro, acciona.

DON JUAN.

¡Príncipe!

ROBERTO.

¡Muere, traidor!

Sale la REINA.

REINA.

Vasallos, no consintais
Que un tirano dé la muerte
A quien viene á libertar
Vuestra Reina.

ROBERTO.

En balde, ingrata,
Acudes á la piedad.
Ya es muerto...

REINA.

¡Oh! ¡cieguen mis ojos!

ROBERTO.

El traidor...

REINA.

¡Áun respirais,
Corazon!

ROBERTO.

Que tu venganza
Intentaba, sin mirar
Que aunque es tan grande tu industria,
Es mi poder mucho más.

REINA.

Ya en mi vida te has vengado.
¿Qué quieres de mí?

ROBERTO.

Vengar
Mis agravios en tu reino.
Lóndres conmigo verá
Que mis irlandeses entran
A sangre y fuego á poblar
Tu reino, y sólo desierta
Dejaré tu voluntad.

REINA.

Tú verás cómo mis ojos...

ROBERTO.

No temo á tus ojos ya.

REINA.

Mi ira...

ROBERTO.

¡Con mis celos pones
Tu ira!

REINA.

Al campo saldrá
Mi razon.

ROBERTO.

Saldrá mi agravio
Con los dos á batallar.

REINA.

¡Venganza, cielos!

ROBERTO.

Los cielos
Sólo de mi parte están.

REINA.

Astros...

ROBERTO.

Aves...

REINA.

Cielos...

ROBERTO.

Vientos...

REINA.

Luna...

ROBERTO.

Fuego...

REINA.

Montes...

ROBERTO.

Mar,
¡Venganza os pido, venganza! (*Vase.*)

REINA.

¡Piedad os pido, piedad!—
Murió el sol, fallezca el dia,
Empiécese á desplomar
De los hermosos luceros
Esa vária vecindad.
¡Don Juan de Castro!..

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

Señora...

REINA.

¡Cielos! ¿qué veo! ¿Quién sabrá
De la verdad y la duda
Cuál de las dos es verdad?
Vivo y muerto, hombre y enigma,
Riesgo y vida, alivio y mal,
Dime, ¿cómo á un mismo tiempo
Estás vivo y muerto estás?

DON JUAN.

Vivo estoy, porque por ti
He empezado á respirar;
Muerto, porque tú me matas
Con la vida que me das.

REINA.

¿No eres tú con quien riñendo
Roberto?...

DON JUAN.

Engañada estás;
Que como á llamarme enviaste...

REINA.

Yo, ¿cuándo te envié á llamar?
Aquí, juraran mis ojos,
Que con traicion y crueldad
Te daba Roberto muerte.

DON JUAN.

¿Pudo mi oido soñar
Que me llamabas?

REINA.

Mas ¿si esto
Es ilusion?

DON JUAN.

¿Si es verdad
Que se ha engañado mi oido?

REINA.

Huye, español, porque está
A grande riesgo tu vida:
Mira que te han de matar
De Roberto los parciales.

DON JUAN.

A tus ojos temo más.

REINA.

Mira que Roberto airado
Amenaza que ha de entrar
A sangre y fuego mi reino.

DON JUAN.

Dame tu ayuda, y verás
Cómo tus ojos y yo
No dejamos en campal
Batalla un soldado vivo,
Yo á herir y ellos á cegar.

REINA.

Di, español, ¿tendrás valor...

DON JUAN.

Si tengo amor, claro está.

REINA.

Para que tu mano empuñe
El baston?

DON JUAN.

Si sabes que hay
Sangre de Castro en mis venas,
No sólo se atreverá
Mi mano al baston que ofreces,
Sino á tu mano, que es más.

REINA.

Pues ea, español valiente...

DON JUAN.

Ea, divina deidad...

REINA.

Ahora á regir mis huestes.

DON JUAN.

Ahora á capitanear
Tus ojos.

REINA.

Que si vencieres...

DON JUAN.

Que si llegare á triunfar...

REINA.

Te ceñiré mi corona...

DON JUAN.

Y si tu mano me das
Por cetro...

REINA.

Tambien mi mano,
Si vences.

DON JUAN.

Esto es reinar.

LOS DOS.

Astros, aves, cielos, vientos,
Luna, fuego, montes, mar,
¡Venganza os pido, venganza!
¡Piedad os pido, piedad!

JORNADA TERCERA.

Sale ROBERTO *y* SOLDADOS.

ROBERTO.

Ingrata esfera, donde
El dueño injusto de mi amor se esconde,
Ya llegó, ya llegó fatal el dia
De tu castigo y la venganza mia;
Pues hoy será el postrero
En que al arbitrio vivas de mi acero,
O que al estrago de la hambre mueras,
Si ya no es que admitirme dueño quieras,
Haciendo mi persona
Rey, más de una beldad que una corona.
De ti salí ofendido,
Despreciado ¡ay de mí! y aborrecido,
Despues que, defendida la belleza
De Clarinda, fué roca á la fineza
De mis ansias, feriando mis amores
A celos, á desdenes y á rigores.
Y aunque dejé vengado
En parte mi rencor, habiendo dado
Muerte á aquel español que pretendia
Ciego oponerse á la justicia mia,
Despues que con exceso
Igual salió de donde estaba preso,
Sin saber quien le diese
La libertad, aunque él á mí quisiese
Darme las gracias della,
Con todo eso, no estoy, ingrata bella,
Vengado deste modo
Mas que en la parte, pero no en el todo.
A cuya causa, haciendo mi esperanza
De lo que ántes fué amor, despues venganza,
He vuelto á hacerte guerra,
Sitiándote cruel por mar y tierra:
Pues en el mar mi armada
La comunicacion tiene cortada,
Surta en aquesta boca,
Donde el Támesis fiero desemboca;
Y mi ejército en tierra numeroso
Sus muros tiene ya con valeroso
Esfuerzo sin defensa;
Y áun de uno y otro no valerse piensa,

Sino de la penosa
Hambre, que rigurosa
Te aflige más y más, con la porfía
De un dia y otro dia,
Siendo de tu castigo
El más cruel doméstico enemigo.

ARNESTO.

El número de gente
Que al ver tu armada, atropelladamen-
Desamparó medrosa [te
Sus lugares, huyendo pavorosa
A Lóndres, es quien más los ha afligido.

ROBERTO.

Gracias, Arnesto, á ti, pues que tú has
Dueño de mi consejo. [sido

ARNESTO.

Por tí, Señor, patria y hacienda dejo;
Pues habiéndome hallado [dado
En la muerte de aquel que me habia
La vida, resolviéndome arrogante
A no ver siempre un acreedor delante,
Fué fuerza que contigo me viniera,
Donde á tu lado mi valor espera
Hacerte, en tanto empeño,
De Ingalaterra y de Clarinda dueño.

ROBERTO.

La obligacion en que te estoy confieso

Salen DOS SOLDADOS Y BONETE.

SOLDADO 1.º

Ande.

BONETE.

Soy cojo.

SOLDADO 2.º

Aquí está el Rey.

ROBERTO.

¿Qué es eso?

BONETE.

Yo lo diré.

SOLDADO 1.º

Callad.—Este soldado,
Del muro aquí esta noche se ha arro-
[jado:
Vióle la ronda al despuntar el dia,
Y es sin duda que viene por espía.

ROBERTO.

Pues ¿qué esperais? Ahórquenle de-
De las puertas. [lante

BONETE.

Por ver en un instante
Concluida una causa de capricho
Sin aquesto de suso y sobredicho,
Estoy por consentir en la sentencia.
Mas óyeme; que en Dios y en mi con-
[ciencia,
Que espía no soy, y la sentencia mia,
Por espía es cruel áun más que es pía.

ROBERTO.

Pues ¿á qué, dí, has venido?

BONETE. [dido.

De hambre y temor dos veces soy ren-
Un amo sirvo.. (*Ap.* Callaré su nombre,
Porque al oir quien es más no le asom-
Con cuya compañía, [bre.)
Antes del sitio, de hambre me moria:
Mirad ¡qué será ahora! [hora,
Yo viendo que mi hora es cualquier
Pues áun solo un bocado
Antes que á mí lo daba á otro criado,
Que alhaja racional de la otra vida
Vino á ser sabañon de mi comida;
Huyendo de ambos, á buscar fortuna
Del muro me he arrojado, sin ninguna
Intencion que no sea
La del comer: y para que se crea,
Manda que me dén algo,
Que si lo pruebo, probaré á qué salgo.

ROBERTO.

Pues ya que hayas venido,
Como dices, á ser nuestro rendido,
Dime en qué estado está con la hambre
La plaza. [fiera

BONETE.

Sin ninguna vendedera;
Y hablando sin equívocos, te digo
Que ya la Reina teme tu castigo,
Haciendo consecuencias á quien ama
De que por hambre es el sitiar la dama
Lindo medio: muy presto
Rendida la verás. (*Llamada de clarin.*)

ROBERTO.

Mirad qué es esto.

ARNESTO.

Llamada es que nos hacen desde el mu-

ROBERTO. [ro.

Pues responded.

ARNESTO.

Ya, usando del seguro,
Tres montadas personas han salido.

ROBERTO.

Y una de ellas mujer me ha parecido
En el traje.

ARNESTO.

Y es cierto, [cubierto.
Bien que el rostro unos y otros traen

ROBERTO.

Llevad ese soldado; [do,
Que si es cierta la nueva que me ha da-
Le premiaré, y si no es tanto el exceso
De su hambre, le ahorcad.

BONETE.

Pues para eso,
Si es el hambre la prueba, ¿no sería
Bueno saber, Señor, cuánto es la mia?
Y aquí la informacion hacer pretendo.

SOLDADO 2.º

¿Cómo se puede eso probar?

BONETE.

Comiendo.

Llévanle, y sale CLARINDA Y DON JUAN, Y TIBALDO *con vendas en el rostro.*

CLARINDA.

¡Ah del campo! ¿Dónde está
Vuestro Príncipe?

ROBERTO.

A tu voz.
Atento. ¿Qué quieres?

CLARINDA.

Que oigas.

ROBERTO.

Di ántes quién eres.

CLARINDA.

Yo soy. (*Descúbrese.*)

ROBERTO.

¡De rebozo vuestra Alteza!
Mas ¿cuándo ¡ay de mí! salió
Más hermoso el sol, que cuando
Salió de rebozo el sol?
Permítame que á sus plantas
Su mano bese; que aunque hoy
Por armas soy enemigo,
Sin ellas esclavo soy:
Y una cosa es acudir
A conquistar el valor,
Y otra el alma á rendimientos:
Y así en una y otra accion,
Allí vencedor, y aquí
Vencido, á sus piés estoy,
Blasonando de vencido
Aun más que de vencedor.

CLARINDA.

Aunque debiera tambien,
A esas dos acciones yo
Atenta, Príncipe invicto,
Responder con otras dos,
Como no hay afecto en mí
De rendida, juzgo á error
Que lo que diga la lengua,
No lo sienta el corazon;
Y así en la parte no más
De sitiada, es mi intencion
Hablar: escúcheme atento
Vuestra Alteza.

ROBERTO.

Ya lo estoy.

CLARINDA.

Mi padre, que esté en el cielo,
Heredera me dejó
De Ingalaterra.

ROBERTO.

Es engaño;
Porque siendo, como soy,
Hijo de menor hermano,
Me toca, por ser varon,
El derecho deste reino.

CLARINDA.

Eso fuera si su honor
A las hembras excluyese,
Que en Ingalaterra son
Legítimas herederas.

ROBERTO.

De entrambos la pretension
Esa en sus principios fué,
De que, olvidada la accion,
Quise que de mi derecho
Fuese abogado mi amor.
A este fin...

CLARINDA.

Llamado vino
A mi Corte, del traidor
Afecto de mis vasallos.

ROBERTO.

Y en ella mi dicha halló
Solo un aborrecimiento
Donde buscaba un favor.

CLARINDA.

De lo que hacen las estrellas
No tengo la culpa yo.

ROBERTO.

Ni yo, si de lo que hacen
Busca la enmienda el rigor.

CLARINDA.

Y ¿es enmendar las estrellas
Venir con tal prevencion
De armas, á que ellos consigan
Lo que los méritos no
De vuestra persona?

ROBERTO.

Sí;
Pues cuanto lidia el valor
Osado en la guerra, cuanto
Obra en la paz superior
El ingenio, cuanto anhelan
La fatiga y el sudor
De los hombres, sólo es
Hacer su dicha mejor.
Pues si para conseguir
Lo que cada uno deseó,
Este acude á la tarea,
Aquel cursa la leccion,
Y estotro asiste á la lid,
Fuerza es que hombres como yo,
Para hacerse más dichosos,
Vayan con poder, pues no
Tienen camino los reyes
De hacer su dicha mayor
Sino en las conquistas, pues
Solamente aquella voz

Que el bronce pronuncia, ha sido
La razon de su razon.

CLARINDA.

Pues siendo eso así, y que ya
A su término llegó
De ese concepto la instancia,
De ese discurso la accion,
Tambien, Señor, será cierto
Que mujeres como yo
No tendrán otro camino
De volver por su opinion
Que no dejarse vencer,
Para que diga veloz
La fama, que hizo un estrago
Lo que una fineza no.
Dejo aparte el argüiros.
Vuelta la lid en cuestion,
Si es vanagloria ó desaire
Que Príncipes como vos
Pongan sitio á un albedrío,
Solicitando que atroz
Pronuncie el bronce sus quejas;
Que aunque las quejas de amor
Voces son de fuego, de
Fuego sin pólvora son.
Dejo aparte si, despues
De conseguido el blason
De vencer una hermosura,
Queda airoso el vencedor,
Pues no vence el que no vence
Batallas de la aficion;
Que libre provincia el alma,
Con armas no se venció,
Con llanto, sí; dejo aparte
Las distancias que midió
Amor convertido en tema
Desde el agrado al rigor,
Desde el ruego á la ruina,
La queja á la ira; y voy
Acercándome al empeño
En que ya el árbitro sois.
Esa poderosa armada,
Marítima poblacion
De las ondas, en quien vino
Encerrado tanto horror
De armas, estragos y incendios,
Que cada bajel nos dió
A presumir si era acaso
Bajel ó paladion;
Ese ejército de tierra,
Vaga ciudad, en quien vió
Bajar de un monte otro monte
Atento á su marcha, el sol,
En tanto estrecho mis gentes
Ha puesto, en tanto pavor,
Ya sea en los unos lealtad,
Ya sea en los otros traicion,
Que á las murallas huyeron
De mi corte, donde hoy
El número, que es quien suele
Dar la victoria mayor.
Es quien más les facilita
La ruina y la perdicion;
Pues al no afilado acero,
Pues al embotado arpon
De la hambre y de la sed
Vivos cadáveres son.
Cuantos incluye el recinto
De esos muros, á una voz,
Lamento comun del aire,
Dicen (tiembla el corazon
Al decirlo) que os admita
(¡Qué pena! ¡qué confusion!)
Yo como mi esposo, y ellos
Como á su Rey y Señor.
Esto es lo que todos dicen;
Pero lo que digo yo
Es que moriré primero
Que postrada mi ambicion,
Que abatida mi altivez,
Que ajado mi pundonor,
Sea conquista de la ira
Quien no lo fué del amor.
Y así, pues los dos estamos
En tan resuelta opinion,
Que partamos será bien
La diferencia en los dos:
A cuyo efecto he venido
En persona, porque no
Dudeis si es, oyéndolo á otro,
De otro la resolucion.
Una corona, una mano
Vuestras pretensiones son;
Pues elijamos un medio
Entre estos extremos: vos
Victorioso quedaréis,
Sin quedar vencida yo.
Dejad la mano, y tomad
La corona: yo os la doy.
A vuestra plantas la ofrezco;
Pero con la condicion
De que me deis un bajel
En que escape mi ambicion
Su libertad, al arbitrio
Del agua y viento veloz,
Yendo donde quieran ellos,
Sin decirme dónde voy;
Que como de tanta ruina
Mi libertad salve, no
Desearé mejor imperio,
Desearé patria mejor
Que aquella que el sol abrase,
O aquella que hiele el sol.
Y si á tan igual partido
La igual capitulacion
Negais, persuadios á que
Resuelta á dejar estoy,
Saliendo á campaña, una
Y otra fortificacion,
Por morir peleando en ella
Con más heroico blason
De que me mató el acero,
Que no de que me mató
La civil muerte del hambre,
Si para tan noble accion,
A faltarme armas y gente,
Fiera, obstinada y atroz
Supiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon. [1]
Vuestra Alteza mire que es
Última resolucion
De una mujer ofendida:
Y para que su eleccion
No pueda alegar jamás
Que sin tiempo la tomó,
Una hora le doy de plazo
Para la respuesta. Adios. *(Vase.)*

ROBERTO.

Oye, aguarda, escucha, espera.
Detenedla.

DON JUAN.

Aqueso no;
Que áun más que de tu seguro
Fiada de mi valor,
Llegó hasta aquí.

ROBERTO.

Pues ¿quién eres
Tú que la defiendes?

DON JUAN.

Yo. *(Descúbrese.)*

ROBERTO.

¡Válgame el cielo!

ARNESTO.

¡Qué miro!

ROBERTO.

¿Eres sombra ó ilusion
De mis sentidos?—Arnesto...

ARNESTO.

Nada me digais, señor;
Que helado, absorto y confuso
Inmóvil estatua soy.

DON JUAN.

¿De qué os admirais?

ROBERTO.

¿No eres
A quien di la muerte?

DON JUAN.

No.

ROBERTO.

¿Pues cómo ¡ay de mí! pues cómo
Quien se precia de español,
Al desaire de fingir
La muerte solicitó
Salvar la vida?

DON JUAN.

No creas
De mí tan cobarde accion;
Que si el temor fué de alguno,
Tuyo fué; que tu temor
Privándote á tí de tí,
Te hizo creer que era yo
A quien diste muerte.

ROBERTO.

¿Pudo
Tanto engañarme tu voz?

DON JUAN.

Si pudo ó no pudo, el verme
Vivo lo diga, y mejor
Lo dirá el verme en campaña,
Si acaso no aceptas hoy
Los partidos que Clarinda
Te hace; pues sólo con dos
Leales que la sigan, tengo,
Pues ya su general soy,
De presentarte esta tarde
La batalla, en cuya accion
Verás si don Juan de Castro
Tuvo ó no tuvo temor. *(Vase.)*

ROBERTO.

Prendedle: llegad, llegad,
Soldados.

TIBALDO.

Aqueso no;
Que yo en su defensa tengo
De morir ántes.

ARNESTO.

Veloz
En un caballo se ha puesto;
Pero yo en su alcance voy
Lleno de asombros y espantos. *(Vase.)*

ROBERTO.

Dad la muerte á ese traidor,
Que de las manos me quita
Su castigo.

TIBALDO.

Mi blason
Será morir en honrada
Defensa de mi señor.
(Riñendo cae, y se abrazan con él.)

ROBERTO.

Pues para que no blasone
De que tan noble murió,
No le mateis. Con esotro
Rendido, vaya en prision;
Y advertid que vos habeis
De dar cuenta de los dos.
Y prevéngase la gente
Para la batalla; que hoy
De una hermosura y un reino
He de triunfar vencedor...
—Si bien no sé qué violencia,
Qué ánsia, qué ira, qué furor
Se ha introducido en el alma,

[1] No es posible dudar que son de Calderon estos versos, este trozo, este acto.

Que me arranca el corazon,
De ver que á quien va por muerto
Tuve es mi competidor:
A cuyo asombro rendido,
Imaginando que son
Contrarios mios los muertos,
Rabiando de pena voy. (*Vase.*)

SOLDADO 1.º

Ya que guarda cuidadosa
De dos presos me han dejado,
Aseguraré el cuidado
Que me dan, con esta esposa,
Que para este efecto aquí
De otros tornilleros tengo.
Venga acá, amigo.

Sale BONETE.

BONETE.

Ya vengo.
¿Es hora de comer?

SOLDADO 1.º

Sí;
Pero no lo es para él.

BONETE.

Pues mas que nunca lo sea
Para nadie. ¿Qué desea?

SOLDADO 1.º

Aquesta esposa cruel
Al brazo le quiero echar.

BONETE.

Hombre, ¿qué te ha hecho mi brazo?

SOLDADO 1.º

Ahora lo verá, que el lazo
A otro amigo le he de atar.

BONETE.

¡A otro amigo! ¿No bastó
Verme otra vez en un grillo?
Mas no siendo Tibaldillo
Quien aten conmigo, no
Me da nada que temer.

SOLDADO 1.º

Llegad vos.

TIBALDO.

¿Qué quereis?

SOLDADO 1.º

Quiero
Daros un buen compañero.

TIBALDO.

¡Ay de mí!

SOLDADO 1.º

Para tener
Seguridad de que no
Puedan, uso de este arte,
Cada uno echar por su parte,
Sin poder seguirlos yo.

TIBALDO.

¡Otra vez quieres, fortuna,
Que desta suerte me vea!
Mas como estotro no sea
Bonete, pena ninguna
Estas prisiones me dan.

SOLDADO 1.º

¿Oyen? Así se han de ver
Miéntras yo voy á comer
Aquel rancho, donde están
Los camaradas comiendo. (*Vase.*)

BONETE.

¿No es mejor, si á comer va,
Que vamos todos allá?

TIBALDO.

¿No es mejor, si está diciendo
Que he de ir allá?..

BONETE.

Mas ¿qué veo!
¡Tibaldo!

TIBALDO.

¡Bonete!

BONETE.

¿Quién
Aquí te trujo?

TIBALDO.

Mi suerte.
¿Quién te trujo à tí?

BONETE.

Mi muerte,
Pues estoy donde te ven
Mis ojos.

TIBALDO.

Si haces tú extremos,
¿Qué haré yo?

BONETE.

Nadie lo ignora;
Pero comamos ahora;
Que despues discurriremos.
(*Brindan.*)
Allí brindándose están
En el rancho unos soldados,
Y no dudo que obligados,
Siquiera un poco de pan
Nos dén. Llega tú conmigo;
Que no puedo yo sin tí
Llegar.

TIBALDO.

¿Eso dices?

BONETE.

Sí;
Y lo hago como lo digo.

TIBALDO.

No harás tal.

BONETE.

Pues ¿qué te toma?

TIBALDO.

Muera quien llega á este punto.

BONETE.

Señor hijo de un difunto,
¿Qué le va en que yo no coma?
Desde que es mi camarada,
De hambre me mata de un modo,
Allá por comerlo todo,
Y aquí por no comer nada.

TIBALDO.

¿Que aqueso en la boca tomes?

BONETE.

Sabañon fuiste, y advierto
Que eres sabañon abierto,
Pues que dueles y no comes.

TIBALDO.

¿No es mejor de hambre morir,
Que pedirlo al enemigo?

BONETE.

No es mejor.

SOLDADO 1.º (*Dentro.*)

Brindis, amigo.

SOLDADO 2.º (*Dentro.*)

Déjela vocé venir.

BONETE.

Señores soldados, pues
En dulce conversacion
Tratais de hacer la razon,
Mirad que tambien lo es
Que aqueste pobre cristiano
Coma, en llegando á mirar
Que no lo puede ganar
Porque le falta una mano.

SOLDADO 1.º (*Dentro.*)

En ese caldo le echad
Un poco de pan.

SOLDADO 2.º (*Dentro.*)

Soldado,
Tome.
(*Echa un poco de pan en un plato.*)

BONETE.

Dios sea loado,
Y pague la caridad.

TIBALDO.

Ya tenemos que comer,
Movidos de tus extremos.

BONETE.

¿Cómo es eso de tenemos?
Pues ¿no es mejor perecer
Que pedir?

TIBALDO.

Es bobería,
Porque sólo dije yo
Que no pediria; mas no
Dije que no comeria.

BONETE.

¿Cómo que no? Ni un bocado
Tan sólo de aquí me tome;
Que quien no pide no come.

TIBALDO.

¿Cómo que no? ¿No has notado
Que tú en el plato ocupada
La mano estás, mentecato,
Y yo la mano en el plato?

BONETE.

¡Mas que no me deja nada!

TIBALDO.

Si procuras defenderte,
La comida has de vaciar.

BONETE.

Y tú te la has de tragar,
Si no lo procuro.

TIBALDO.

Advierte
Que no has de probar bocado.
Mano no hay con qué comer.

BONETE.

Pues ¿habrá mas que sorber?

TIBALDO.

¿Cómo has de sorber, menguado?

BONETE.

Quitándome tú la mano
De la boca.

TIBALDO.

A ver.

BONETE.

Así.

TIBALDO.

Venga; que eso es para mí.

BONETE.

¡Que esto suceda á un cristiano!
¡Hay desdicha más cruel?
¡Hay trance más importuno?
Si aparto, es para ninguno:
Y si acerco, es para él.
Mal deste manjar probar
Podré, si en todo se yerra.

DENTRO.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

BONETE.

Ya aquesto es de otro manjar.

TIBALDO.

Vamos á saber qué sea.

BONETE.

Hombre ¿estás endemoniado?
¡Donde comes vas forzado,
Y no donde se pelea!

TIBALDO.
¿Quién ruido de armas oyó
Sin ir á dónde se ven?

BONETE.
¡Maldita sea el alma, amén,
Que contigo me juntó!
(*Vanse.*)

UNOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma!

OTROS.
¡Guerra, guerra!

ROBERTO. (*Dentro.*)
Pues temerarios y locos
Se han atrevido á salir,
¡Todos mueran!

TODOS. (*Dentro.*)
¡Mueran todos!

Sale CLARINDA *con espada desnuda, y* SOLDADOS.

CLARINDA.
Leales vasallos mios,
Que valientes y animosos,
Con el crédito de buenos
Salvais la gloria de pocos,
Ya el último trance, ya
La última accion, el ahogo
Último llegó, áun primero
A las manos que á los ojos.
Dos medios hoy la fortuna
Nos da de morir forzosos,
Ó allí á la hambre y á la sed,
Ó aquí al acero y al plomo.
Pues ya que cortés la muerte
Da á escoger, ¿no será loco
Quien morir quiera á lo infame,
A la vista de lo heroico?
Ménos daño es que en campaña
Seamos marciales despojos
De la fortuna, que no
Que vencidos de nosotros
Diga la fama despues
Que á fuerzas de armas y asombros
Cobardemente admitimos,
Vosotros Rey, y yo esposo.
(*Vanse los soldados repitiendo:* ¡Guerra, Guerra!)

SOLDADOS. (*Dentro*).
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

ROBERTO. (*Dentro.*)
¡Todos mueran!

TODOS.
¡Mueran todos!

CLARINDA.
Ya desesperado allí
Don Juan de Castro, brioso,
Una fortificacion
De las que aqueste contorno
Ciñen, embiste, intentando
Llevar del primer abordo
Sus defensas. ¡Oh! ¡si el cielo
Me permitiera que, roto
Algun cuartel, escapara
Su vida!—Mas ¿cómo, cómo
Es posible, si á pesar
Del fuego y del humo, noto
Que rechazada mi gente
Vuelve atras, y la voz oigo
De don Juan, que despeñado
De aquel defensible escollo
Donde ya puso las plantas,
Cubierto de sangre y polvo
Llega á las mias, diciendo...

Riñen dentro y disparan tiros. Sale DON JUAN *y cae á los piés de* CLARINDA.

DON JUAN.
¡Valedme, cielos piadosos!

CLARINDA.
¿Don Juan?

DON JUAN.
Sí.

CLARINDA.
¡Qué es esto!

DON JUAN.
Ser
Dos veces infeliz.

CLARINDA.
¿Cómo?

DON JUAN.
Una, perdiendo la vida,
Que por tuya reconozco,
Y otra, perdiéndola ¡cielos!
Sin poder darte socorro.
Con ánimo de que tú,
Rompiendo el cuartel que al soto
Corresponde, te escaparas
De las manos de ese monstruo,
Embestí; y cuando tenía
Ganado el primero foso,
A su fortificacion
Vencido el pequeño estorbo,
Una desmandada bala
Atrás volvió mis arrojos,
De suerte, que rechazado
Y herido ¡ay de mí! me postro
A tus piés, equivocando
Sangre y lágrimas, de modo
Que ojos y heridas no saben
Si las vierto ó si las lloro,
Pues igualmente lanzadas
Del dolor y del enojo,
De envidia de las heridas
Hoy lloran sangre los ojos.
Y pues ya el último esfuerzo
Perdimos, piérdase todo;
Mas no tu vida: á tus plantas
Humilde á pedir me arrojo
Que al muro vuelvas, y en él
Capitules, pues no hay otro
Medio de escapar la vida;
Que sea tirano esposo
De tu hermosura Roberto,
Y débate yo que sólo
Adviertas que el pronunciarlo,
Bien que el último de todos
Tus vasallos, es por que
Fallecido el vital soplo
De mi vida, no he de verlo,
Siendo mi postrero gozo
Saber que son mis exequias
Pompas de tu desposorio.
(*Cae desmayado.*)

CLARINDA.
¡Ay de mí infeliz! ¡A cuántas
Penas, desdichas y asombros
Sujeta nací!—¡Don Juan!..
¡Qué mal los acentos formo!
—¡Don Juan! ¡Ay de mí otra vez,
Y otras mil! que al riguroso
Último desmayo yace
Rendido, mudo y absorto,
Sin que no sólo á su vida,
Pero á su cadáver sólo
Socorrer pueda, pues veo
(¡Qué pena! ¡Qué ánsia! ¡Qué enojo!)
Que desmandada mi gente
Corre al muro, y que furioso
En su alcance el enemigo
Dice al viento en ecos roncos...

VOCES. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

ROBERTO. (*Dentro.*)
¡Mueran todos!

TODOS. (*Dentro.*)
¡Mueran todos!

CLARINDA.
Si espero aquí, de un tirano
Seré bárbaro despojo;
Si huyo de aquí, á la piedad
Falto, que le reconozco
A este mísero cadáver,
Dejándole á ser destrozo
U de las aves del viento
U de las fieras del soto.
Y así entre uno y otro afecto,
Y así entre un extremo y otro,
Sin acudir á ninguno,
Humano racional tronco,
Con mis lágrimas me anego,
Con mis suspiros me ahogo.
¿No hay en toda la campaña
De cuantos huyen medrosos,
Un soldado que mis voces
Escuche?

Salen ROBERTO, ARNESTO *y* SOLDADOS.

ROBERTO.
Sí; que yo sólo
No debo estar sordo á ellas,
Aun cuando el aire está sordo.

ARNESTO.
La Reina está aquí.

ROBERTO.
Ninguno
Llegue: apartad, quitad todos.

CLARINDA.
¡Ay de mí infeliz!

ROBERTO.
Segunda
Vez á vuestros piés me pongo,
Adonde segunda vez,
Divino imposible hermoso,
De victorioso y vencido
Veais que igualmente blasono,
Equivocando las señas
De vencido y victorioso.
Daos, no á prision (que no quiero
Usar nombre tan impropio),
Sino al partido que piden
Mi amor y vuestro decoro;
Que yo...

CLARINDA.
No prosigais, no;
Que no quiero en tan penoso
Trance deber á mi suerte
Ni áun beneficio tan corto
Como el del respeto: y pues
Vencida me reconozco,
De todo el poder usad.

ROBERTO.
Pues si es que he de usar de todo,
Llegando mis rendimientos
Y tus iras á su colmo,
Prisionera á mi cuartel
(*Va á tomarla la mano, y tropieza con don Juan.*)
Has de ir.—Pero ¿qué asombro
Es este, de al pronunciarlo
Dar en un cadáver de ojos!
Mas miente, miente el agüero;
Que si de quién es me informo,
Antes es haberme dicho
Este arcano prodigioso
Que andan tan juntas mis dichas,
Que han llegado al mayor logro;

Pues te tengo á ti en las manos,
Cuando en él las planta pongo.

DON JUAN.

Segunda vez ¡ay de mí!
(Pues segundo aliento cobro),
Bella Clarinda, te pido
Que sea Roberto tu esposo. —
Mas ¡cielos! ¿Qué es lo que veo?

ROBERTO.

Ménos de lo que yo oigo.
¡Tú en tus últimos alientos,
Que ya juzgaba forzosos,
Intercedes por mí?

DON JUAN.

Sí.

ROBERTO.

¿Cómo tanta piedad?

DON JUAN.

Como
No juzgué que podia estar
Decirlo y verlo tan pronto.

ROBERTO.

Enigma eres, pues no sé,
Cuando tus prodigios toco,
Si tengo que agradecerte,
O que quejarme.

ARNESTO.

De todos
Esos confusos discursos,
Y sobresaltos y enojos,
Acabando con su vida,
Saldrás de una vez.

ROBERTO.

Furioso,
No le mates; que no es bien
Dar á mi fama ese oprobio,
Ni más allá de rendido
Es justo que pase el odio.
Ven tú prisionera; y tú,
Ya que á tu vida perdono
Esos últimos alientos
Por últimos ó por pocos,
Vuelve, vuelve á la ciudad,
Adonde intimes á todos
Mañana su muerte, si
Mañana no me corono
En ella. Ya que la noche
Entre pálidos embozos
Baja sepultando el dia
En las espumas del golfo,
Ven tú conmigo.

CLARINDA.

¡Qué pena!

ROBERTO.

Vé tú á la ciudad.

DON JUAN.

¡Qué asombro!

CLARINDA.

Don Juan, adios. ¡Qué desdicha!

DON JUAN.

Adios, Clarinda. ¡Qué ahogo!

ROBERTO.

Venid, quitad; y no vuestros
Sentimientos mis enojos
Irriten...—Pero irritadlos,
Pues con vuestras penas compro
Mis dichas, y ya no pueden
Quitarme bien tan heroico
Ni el ceño de la fortuna,
Ni de los hados el odio,
Y áun no sé, no sé si diga
Que el poder del cielo todo.

(*Vanse*.)

DON JUAN.

¡Qué es lo que pasa por mí!
¡Valedme, cielos piadosos!
Que á tanto peso de penas
Son poco atlante mis hombros.
Yo en mis últimos alientos
Agonizando dudoso,
Clarinda presa, y ajeno
El reino que juzgué propio!
¿Habrá algun hombre en el mundo
Que en un término tan corto
Pueda más que yo infelice
Llamarse!

Salen TIBALDO Y BONETE *presos*.

BONETE.

Sí.

DON JUAN.

¿Quién?

LOS DOS.

Nosotros.

DON JUAN.

¿Cómo venís de esa suerte?

BONETE.

Como yo y Tibaldo somos
Un compuesto de dos simples,
De dos letras un diptongo.

TIBALDO.

Para darnos muerte presos
Así nos tenia ese monstruo;
Pero habiéndonos huido
Entre el confuso alboroto,
Hemos venido á buscarte.

DON JUAN.

Y ¿no habeis la prision roto?

BONETE.

No; que no es fácil romper
De aquesta esposa el divorcio.

DON JUAN.

¡Así mi prision rompiera
Yo, como la vuestra rompo!
(*Quítales las prisiones*.)
Venid conmigo, no tanto
Por ver ¡ay de mí! si cobro
Algun alivio de tanta
Derramada sangre, como
Por ser yo de mis desdichas
El instrumento forzoso,
Facilitando que admita
Lóndres por su dueño heroico
A Roberto...—Al pronunciarlo,
Por la boca y por los ojos
Etna soy, rayos respiro,
Volcan soy, llamas aborto.
Llegad conmigo.

TIBALDO.

Cerrada
La puerta examino y toco
Deste rastrillo, que fué
Nuestra surtida.

DON JUAN.

Otro ahogo.
¡Ah de la guarda!

UNO. (*Dentro*.)

¿Quién va?

DON JUAN.

Amigos.

EL DE ADENTRO.

¿Quién es?

BONETE.

Nosotros.

DON JUAN.

Don Juan de Castro soy, vuestro
General.

DENTRO.

No le conozco
Por General á quien deja
Llena de nuestros despojos
La campaña, y vuelve huyendo
Sin la Reina.

Sale ROSAURA.

ROSAURA.

De ese modo
No le hableis; abrid, abrid,
Yo responderé por todos.
Cobarde español, cruel,
Que á aqueste reino has venido
Sólo á haber introducido
Tantas desdichas en él;
Pues él, si por ti no fuera,
Su primera paz gozara,
Roberto se coronara,
Y Clarinda no sintiera
Ultrajes de una prision
A que le indujo su estrella:
¿Cómo, viniendo sin ella,
Sin honra y reputacion,
Te has atrevido á decir
Que aquestas puertas te abramos?
¿No basta saber que estamos
Destinados á morir
Por tu causa, sino que
Aun ser admitido quieras
De los mismos que debieras
Huir el rostro, ya que fué
Tan cobarde tu valor,
Que en la salida que hiciste,
Honor y fama perdiste?
Vuelve, pues, vuelve, traidor,
Atras, pues tan enseñado
Vienes a volver atras;
Porque si otro paso das,
Mi furor desesperado
Te ha de matar riguroso;
Que aquesta surtida en que
Yo por guarda me quedé,
Solamente al victorioso
Se ha de abrir, no al enemigo:
Y puesto que tú lo eres,
Entrar por ella no esperes
Sin temor de tu castigo. (*Vase*.)

DON JUAN.

No sólo en tan triste estado
Perdí el reino y el amor,
Pero tambien el honor,
Que es lo que me habia quedado.
Pues baldonado ¡ay de mí!
Ya de cobarde me veo,
¿Qué he de hacer?

BONETE.

Ahorcarse, creo
Que es sólo el medio que aquí
Puede haber.

TIBALDO.

Yo, si tuviera
En tantas penas lugar,
Señor, de poder hablar,
Que no te rindas dijera
Al poder de la fortuna,
Pues sin padecer mudanza
Nadie heroico nombre alcanza.

DON JUAN.

Ya no puede haber ninguna
Que enmiende tanto castigo
Como el que encierra en mi pecho.

BONETE.

¿No sabremos qué se ha hecho
Aquel nuestro grande amigo,
Que viéndote en tan oscura
Noche, triste y afligido,
Desamparado y herido,
Sin dama, reino y ventura,
No acude á ampararte fiel?

DON JUAN.

Cielos, ¿por qué al verme así,
Ya no se acuerda de mí?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Porque tú te olvidas dél.

BONETE.

¡Musiquita ahora!

DON JUAN.

Imagino
Que mienten mis fantasías.

BONETE.

¿Quién jamás caballerías
Ha leido á lo divino,
Si no ahora?

DON JUAN.

¿Oiste una voz?..

BONETE.

Y por no haberla oido diera
Todo mi miedo, que fuera
Grande alhaja.

DON JUAN.

Eco veloz,
Ya que mis oidos hieres
Con pavoroso sonido,
Y oráculo no entendido
De aquestas montañas eres:
El no acordarse él de mí,
Segun tu voz pronunció,
¿No es olvido suyo?

MÚSICA.

No.

DON JUAN.

Pues ¿qué? ¿descuido mio?

MÚSICA.

Sí.

DON JUAN.

Pues dile que su piedad
Enmienda dé á mis errores;
Que en los peligros mayores
Se conoce la amistad.

MÚSICA.

Sí haré; y fuego, aire, agua y tierra
Tu mal repararán fuerte.

DON JUAN.

¿De qué suerte?

MÚSICA.

Desta suerte.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

BONETE.

Esto sólo nos faltaba.

TIBALDO.

Pues ya no nos falta esto. (*Sordinas.*)

DON JUAN.

¿Qué ejército numeroso
Es aquel que, en el silencio
De la noche, interrumpido
A tantos marciales ecos,
Marchando viene al compas
De todos cuatro elementos,
Pues hace temblar la tierra,
Engendrar rayos el fuego,
Amotinarse las ondas
Y embravecerse los vientos?

BONETE.

¿A quién lo preguntas? Yo,
¿Qué sé?

DON JUAN.

De un temblor, de un hielo
Cubierto está el corazon; (*Sordinas.*)
Y más cuando considero
Que al destemplado compas
Del ronco clamor funesto,
A mí se acercan. ¡Oh, tú!
Que de esa marcha el primero
Vienes, pisando las sombras!
¿Quién (al pronunciarlo tiemblo)
Eres?

LIDORO. (*Dentro.*)

El mejor amigo.

DON JUAN.

Pues ¿qué es lo que quieres?

Sale LIDORO.

LIDORO.

Presto
Lo sabrás: sigue esas tropas.

DON JUAN.

Poco deberé á mi aliento,
Pues con el tuyo me animo.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

BONETE.

¿Qué es aquesto?

TIBALDO.

Tú ¿no vienes allá?

BONETE.

No.

TIBALDO.

¿Por qué?

BONETE.

Yo ni voy ni vengo;
Y si es que me voy, me voy
Por otra parte.

Sale ROBERTO.

ROBERTO.

¿Qué es esto?
¡Hola, soldados!

Sale ARNESTO.

ARNESTO.

Señor,
Que los sitiados de dentro
De la ciudad han salido,
Temerarios y resueltos,
A poner en libertad
La Reina.

ROBERTO.

Engáñaste; que ellos
Por tantas partes no fuera
Posible embestir á un tiempo.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

Sale CLARINDA.

CLARINDA.

¿Qué discurres, si blasfemo
Tú te has labrado tu ruina?

ROBERTO.

Es verdad: contra mí veo
De mil armadas escuadras
Todos los aires cubiertos,
Los montes despedazados
Gentes abortan, abriendo
Volcanes de fuego y humo
Las entrañas de su centro.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
Salvad las vidas huyendo.

LIDORO. (*Dentro.*)

¡Mueran todos!

VOCES. (*Dentro.*)

Todos mueran.

ARNESTO.

Tus cuarteles al incendio
Mayor que vió el sol, se miran
En un instante deshechos.
Huye, Señor.

ROBERTO.

¿Cómo ¡ay triste!
Huir podré, si en tanto fuego
Sitiado, me corta el paso
Uno y otro Etna soberbio?
¿Quién de ejércitos formados
En las campañas del viento,
Por General viene?

Salen TODOS.

LIDORO.

Yo.

ROBERTO.

¿No eres (al mirarte tiemblo)
Lidoro?

LIDORO.

Sí, á quien no diste
Favor ni amparo, muriendo
En defensa de tu vida.

ROBERTO.

Pues ya que á tus piés me veo,
¿En favor de quién militas
Con milagros y portentos?

LIDORO.

En favor de quien me dió
Las venturas que poseo
Para siempre: y porque veas
Juntos el castigo y premio,
Llega, don Juan. Este es
Tu contrario: á tus piés puesto
Yace; á Clarinda tu esposa
En su libertad te entrego,
Para que goces desde hoy
En segura paz el reino
De Ingalaterra, y despues
Tambien rendido te ofrezco
A Arnesto, para que así
Veas en los dos extremos,
Que él vivo y yo muerto, es
El mejor amigo el muerto.
Y pues cumplí mi palabra
Quién soy diciendo, y diciendo
Quién es el Príncipe invicto
Con quien yo por tí intercedo
En tus peligros, en paz
Te queda, en tanto que el cielo
De los muertos las piedades
Te pague en mejor imperio.

ROBERTO.

¡Qué maravilla!

ARNESTO.

¡Qué asombro!

CLARINDA.

¡Qué prodigio!

DON JUAN.

¡Qué portento!
¡Venturoso yo, que he sido
Destas dichas heredero!

BONETE.

Yo no, pues con estas dichas
Se vendrá cada momento
A asustarme, como quien
El camino sabe.

DON JUAN.

Entremos
En la ciudad, para que
Hoy en ella celebremos
Tal victoria.

Sale ROSAURA.

ROSAURA.

Yo sus puertas
Te abriré ahora.

BONETE.

¡A buen tiempo!

CLARINDA.

Pues para que todo acabe
En felicidad, Roberto
Será tu esposo.

DON JUAN.

La vida
Daré yo tambien á Arnesto,
Porque vivir un ingrato
Es el castigo más cierto
A vista del beneficio;
Para que acaben con esto
Las fortunas de don Juan
De Castro, gloria de Lémus.
Y á tres que las han escrito,
Perdonad los muchos yerros.

N.° 2.°

[1] (a) ELOGIO DESCRIPTIVO Á LAS FIESTAS QUE LA MAJESTAD DEL REY FELIPE IIII

HIZO POR SU PERSONA EN MADRID Á 21 DE AGOSTO DE 1623 AÑOS [2], Á LA CELEBRACION DE LOS CONCIERTOS ENTRE EL SERENÍSIMO CÁRLOS ESTUARDO, PRÍNCIPE DE INGLATERRA, Y LA SERENÍSIMA MARÍA DE AUSTRIA, INFANTA DE CASTILLA.

AL DUQUE ADELANTADO, ETC.

[3] Quien yerra obedeciendo, no desmerece errando [4]: en esta confianza se atreve este papel á las manos de V. Exc. [5], y en ésa no teme las demas [6]. Guarde Nuestro Señor á V. Exc.

[7] *El Licenciado* D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

[8] Miéntras [9] la admiracion avara atiende
[10] A tanta majestad, á tanta pompa,
El vuelo ¡oh Fama! con la voz suspende,
Porque informada bien, silencios rompa.
No encarecida la verdad aprende,
Que no mendiga aumentos de tu trompa;
Ministrará mi numerosa Clío
Lengua á tu aliento y ley á tu albedrío.
Era del año la estacion ardiente,
Daba á Febo el Leon último hospicio,
Del alto cielo al húmido occidente
Su carro amenazaba el precipicio;
La turba inferior, y la eminente
Nobleza, ó por su sangre ó su ejercicio,
De la Corte de España concurria,
[11] Y de su circo anfiteatro hacia.
[12] Los tafetanes, rasos, terciopelos,
Telas, tabís, damascos y brocados
Edificios mentian, si eran velos
En consonancia hermosa variados.
[13] Daban ventaja á su esplendor los cielos,
Cuanta soberbia á su color los prados,
Y la inquietud del pueblo y el rüido
[14] Sobraban á la vista y al oido;
Cuando el aplauso roba cortesano
[15] De diosas dos la adoracion humana:
Ésta Juno del Jove castellano,
[16] Del anglo Endimïon ésta Diana.
Coro de ninfas las emula en vano,
Si su hermosura puede soberana,
Ausentes estas dos deidades bellas,
Acreditar de soles sus estrellas.
Grave se mueve el uno y otro plaustro,
[17] De cielo con razon presuntüoso,
Hasta la línea en que su breve claustro,
Lo que negó envidiado, da invidioso:
[18] Rosada y blanca ostentó, opuesto al austro,
[19] Dos bellas albas un oriente hermoso,
Porque á Filipo y Cárlos precursoras,
Pues son dos soles, nazcan dos auroras.
Jerarquía gentil de semidiosas,
Obsequio ilustre de sus Majestades,
Cuando de propios rayos luminosas,
Reflejos gozan de sus dos deidades:
Vivos claveles, animadas rosas
Componen de vistosas variedades
Bellezas, que las alas solicitan
Dar al amor, que á la esperanza quitan.
[20] Candores brilla, si entre auroras puede,
Del cielo de Austria el esplendor tercero,
Que, si no las compite, no les cede;
Si ellas auroras son, él es lucero:
Pimpollo tierno, á quien la edad concede
Maduro fruto en su verdor primero,
Antistes en Toledo vigilante,
Príncipe en Roma, y en Castilla Infante.
Rosas Gáles vertiendo y azucenas,
Si la sed de su amor en la tardanza
Del merecido premio sufre pena,
Glorias bebe en la vista su esperanza:
Duro en medio metal finge cadenas,
Por quien Tántalo preso el bien no alcanza;
Y cuando en fiestas uno y otro polo
Se alegra de su gloria, pena él solo.
Al espléndido trono fija atento
[21] Ávida vista el pueblo circunstante,
Cuando se ve ilustrar el firmamento
De nueva luz, de sol más radïante.—
[22] ¡El Rey! Turbada mano, flaco aliento,
Antes que rudo escriba, ántes que cante
Poco canoro majestad tan suma,
¡Oh! pídele perdon ¡oh voz y pluma!
[23] No tanto entre topacios y jacintos
Se oculta al hijo hermoso de Latona,
Cuando los rayos de su luz distintos
Esparcen oro á la elevada zona,
Alba que de confusos labirintos
De estrellas fugitivas se corona,
Cuantas postró Filipo majestades,
Eclipsó luces, humanó deidades.
Ocupa en el Real trono eminente
Solio, del de Arctus á la mano diestra
[24] (Si su genio, si el signo su ascendente
[25] Predice efetos y verdades muestra),
Del Quinto Cárlos fénix renascente,
Cuanto en el nombre en la marcial palestra,
Que al sol Hesperio en luces emulara,
A no vencerle á rayos su tiara.
Águila, á su esplendor no se deslumbra,
Salamandra, á su fuego no se abrasa,
Aquel que digno á su favor encumbra
Mérito, propio ya, ya de su casa,
Polo constante á la region que alumbra,
Al orbe que gobierna, firme basa,
Por cuyo sabio y religioso celo
[26] Es Anglia España, y es España cielo.
Del alto trono el trono mismo alcanza
El árctico Almirante, que merece
Quien del huésped inglés á la privanza
Con propias partes y adquiridas crece:
Su verde ornato explica la esperanza
Del bien futuro que á su patria ofrece,
Siendo al principio desta union tercero,
Siendo al deseo deste fin, primero.
[27] Tudesca hueste herrado fresno esgrime

(a) Estos números, desde el 1 hasta el 113, corresponden á la censura del *Elogio*, la cual va impresa á continuacion. Los números están hechos con pluma en el ejemplar que reimprimimos.

En la plebeya turba resistente,
Que al escarmiento de sus golpes gime,
Sin que al gemido dellos escarmiente;
Mas tanto su furor al fin la oprime,
Que atropellada en fuga diligente,
Imita por las puertas el gentío
Rápido curso de inundante rio.
[28] Movibles selvas, fuentes racionales
En órden bañan el espacio enjuto,
Formando con sus humedos raudales
Caractéres que borre el marcial bruto.
Mas ya en festivos cóncavos metales
(Porque union tan feliz con su tributo
Ayude á celebrar cada elemento),
Antes que cese el agua, suena el viento.
Pueblo de famas es el ordenado
Escuadron de rubíes numeroso,
De cuya mano ó pecho es inspirado
Uno y otro instrumento sonoroso :
[29] Diez veces quince son los que en ornado
Bruto el término atruenan espacioso,
Y aun no tanto clarín y tanta trompa
Es voz bastante á la futura pompa.
[30] Clara familia infante el grave pasó
Circundante repite, honora atenta,
Del que si presto volará Pegaso,
Agora tardo majestad ostenta.
El rubio que el oriente, el que el ocaso
Cándido pecho rinde, le acrecienta
Rayos sí, mas no fuego al ardimiento,
Sosiego, no opresion al movimiento.
Terliz purpureo, que de Arabia el oro,
Dosel del solio imperial guarnece,
Si del rico jaez niega el tesoro,
Satisface la injuria en el que ofrece;
[31] En medio el nombre regio, á quien el moro
[32] Adusto, el scita helado se estremece,
El oro cifra, y cándidos retrata
Los rayos de sus sienes rica plata.
Siguen sus huellas en ornato iguales
[33] Cincuenta y nueve agravios del primero,
Cuyos retratos son las celestiales
Alas del carro del mayor lucero:
En plata y nácar luce de reales
Ministros pueblo, cuyo lisonjero
[34] Culto el alarde irracional venera
[35] Por sacro altar de la deidad que espera.
Portátil basa que, á sus piés rendida,
[36] Escala sirva al Rey para el estribo,
En los hombros se mueve sostenida
[37] De cuatro copias de granate vivo:
Velo sutil de púrpura tejida,
[38] Cielo avariento, oculta el leño altivo,
[39] Porque nadie presuma, en los despojos,
[40] Donde su Alteza el pié, poner los ojos.
[41] Doce enfrenados montes, que de Ociro
Son, y el tardo animal, mestizo parto,
Hijas conducen de Ladon al tiro,
Que ha de atreverlas al Planeta cuarto.
Metal de Ofir en múrice de Tiro
Presta aljaba á las flechas que del Parto
Honrosas han de ser al arco afrentas,
De la mano partiendo más violentas.
[42] En torno lustra la cuadrada arena
[43] El concertado alarde en lento paso,
Y en órden de sus rayos la enajena
La puerta, que al oriente les da ocaso:
Suspensa está en la admiracion la pena
De la ocultada pompa, que el Parnaso
En vano Musas a alabarla ofrece:
[44] Alábela el callar, que no enmudece.
Madrid entónces a Madrid presenta
Cuatro sonantes bronces, y del fruto
Del azahar sobre el color ostenta
Cándidas venas de oriental tributo:
Ricos jaeces ventidos sustenta,
[45] Número igual de betícano bruto,
Por quien su timbre más presuntüoso
Cambiar pudiera ya en caballo el oso.
Sus huellas borra y borra su memoria
De cuatro voces de metal guiado
El escuadron, que la segunda gloria
Da de Berganza al término cercado:
La plata ofrece letras á su historia
En piel bermeja que el Leon le ha dado,
Siendo rubís, zafiros y esmeraldas
[46] Treinta invidias al sol en treinta espaldas.
Emula de la pompa lusitana,
Despues que al bronce el viento se estremece,
Provincia de vasallos castellana
Del mas claro Mendoza resplandece:
Blanco tesoro de espelunça indiana
[47] La oscura tela esconde, no guarnece,
Con cuarenta caballos en que admiro
La razon de ventaja á los de Epiro.
[48] Ya tiembla el Turco, ya se turba el Medo:
[49] Que el clarin hiere el elemento raro,
Y del color de que se viste el miedo,
Y el blanco amor del insaciable avaro,
El ejército marcha del Toledo,
Claro en la paz, cuanto en la guerra claro:
Su valor muestra en solos veinte frenos,
Porque para vencer le bastan ménos.
Tuba sonante la atencion incita
Al escuadron, ya racional, ya bruto,
Del nombre lusitano, que acredita
[50] De enamorado humor el tinto fruto:
Fecunda de jazmin la planta imita
Sobre el color de Abril indio tributo,
Y en sus caballos treinta y dos podia
Matar la sed la avara bidropesía.
Festivo, si marcial, suena inflamado
Metal de cuatro alientos, que repite
El nombre de Tifeo respetado,
Temido del esposo de Anfitrite:
El Almirante, término cifrado,
Que cuantas glorias á la voz permite
La lisonja mayor, cuantas la pluma
Mendaz amplia, verdadero suma.
Deste, pues, héroe visitó la arena
Copioso pueblo, que en la tela oscura
Rayos borda del sol, furias enfrena,
[51] Ornadas treinta y dos de plata pura:
[52] Y diez el oro en dilatada vena
[53] Cubre desde la espalda á la herradura,
Tanto, que es dellos cada cual juzgado,
No dorado animal, oro animado.
Largo escuadron, al resonar del viento,
De Italia muestra el español Atlante:
El oro en blanca tela es elemento
Que puebla oscura fiera sibilante;
Hijos del Bétis la mitad de ciento
[54] Oprime triplicada turba infante,
Poca opresion á su soberbia furia,
A su humilde obediencia mucha injuria.
De Córdoba al clarin tiembla la tierra,
Que el son conoce de su heroico abuelo:
[55] Blanco tesoro de las Indias hierra
Sobre el color que el mar presta á su velo.
[56] Dos veces doce á la fingida guerra
Marchan, caballos tales, que si el suelo
[57] Saben con hierro penetrar sus huellas,
[58] Sus espaldas con oro las estrellas.
Silencio imprime cuando acorde suena
Último coro de metal dorado,
Que la gloria de Sando da a la arena
Pródigo alarde en órden dilatado:
De lirio azul y cándida azucena,
Mayo es Agosto, y la palestra es prado,
Grande aparato al mundo, si pequeño
A publicar grandezas de su dueño.
Cuanto su vista el ánimo suspende,
Su aplauso más la suspension dilata;
Cuanto la admiracion los labios prende,
Tanto en más libres voces los desata:
Télus se oprime, cuando el sol se ofende
Al peso y luz de perlas, oro, y plata,
Que á venticuatro sillas prestan velos
Que vientos cubren, que descubren cielos.
En él dió fin la ostentacion faustosa;
Y aunque el postrero á la estacada llega,
Estancia ocupa á todos ventajosa,
[59] Pues del alfa del Rey es él omega.
Colunas á la fiesta suntüosa

De Alcides son sus pompas, con que niega
El paso á la esperanza, hasta que el mundo
Al cuarto César deba el *plus* segundo.
Aun no la planta se ocultó postrera,
Aun no el encomio sucedió á la gloria,
Cuando bicorne mugiente fiera
Hurta el pasado fausto á la memoria.
De fugitiva discurrió ligera,
Previniendo su instinto que á la historia
De tan dichosa union no dé la mano
Sólo una letra de licor humano.
Aquí la Aguila régia, aquí el segundo
De Austria Leon, de España aquí el Atlante,
Para mostrarse en nuevo oriente al mundo,
De su esplendor lo privan fulminante;
Bien que la noche al centro más profundo,
Y más alta region tan radiante
Lució de estrellas, que la idolatria
Le dió holocausto en el altar del dia.
[60] Pagó el postrero universal tributo
El toro al filo del metal templado,
Cuando en nácar y plata, en vez del luto
[61] Que debe á sus exequias, adornado
[62] Triyugo impulso de valiente bruto
Del circo ausenta el bulto inanimado,
Por quien no vino á ser ménos festivo
Su rapto muerto que su curso vivo.
[63] Solicitó el segundo con ligera
Hendida planta en círculos el coso:
Segundo a Europa engaño ser pudiera,
No ménos que por manso, por hermoso.
En fieras ocho no se vió una fiera,
Auspicio claro, indicio venturoso
De que fué providencia soberana
[64] Tanta conforme contingencia humana.
Segunda vez de milite extranjero
Huye ofendida la confusa plebe:
Segunda vez de bosque lisonjero
Nube inundante en las arenas llueve;
Porque segunda vez al emisfero
De trompas el ejército se atreve,
Altivas tanto más cuanto á su asiento,
Por precursor del Rey, se humilla el viento.
[65] Los que á la pluma truecan ya la espada
(Injuria de la edad), uno Mejia,
Otro Giron, ilustran la estacada
En gallardo animal de Andalucía.
Para correr Filipo en su embajada
Por la licencia de Isabel envía;
Que al sol para salir no ha sido agora
La vez primera que la dió la aurora.
[66] Cuando la puerta que ántes el oriente
[67] Saluda de la luz que borda el dia,
Del español Titan se vió luciente
Que á pesar de la tarde amanecia,
En uno y otro aplauso de la gente
Vencida la atencion de la alegría,
Bien que en confusa voz, el regocijo
[68] «¡Filipo!» repitió, «¡Filipo!» dijo.
De un bizarro alazan la espalda oprime,
Que fogoso los vientos amenaza,
[69] Sin desmentir, si fatigado gime,
[70] Del céfiro andaluz la noble raza.
[71] Apénas toca el pié, ménos imprime
Su breve huella en la espaciosa plaza,
[72] Dándole, si lo ajusta ó si le bate,
[73] El freno ley, impulso el acicate.
Cárlos le sigue: de su bruto alado
La planta iguala mal el pensamiento,
Pues, aunque de su imperio moderado,
Deja sin plumas y sin alma el viento:
Ménos eran veloces los que al Pado
Jóven precipitó del alto asiento;
[74] Que ellos bajaron, por volar, al suelo,
[75] Y éste penetra, por correr, el cielo.
Rayo es del sol, si puede serlo alguno,
La oliva á cuya ley la militante
Señal obedeciendo de Neptuno,
A Pálas otra vez hace triunfante.
Sigue Carpio, gentil cuanto ninguno,
La luz del sol hermana, y arrogante
Blasona, que á la luna de su espejo
Pueda ser sombra, cuando no reflejo.
Ebano y oro dividiendo hermosa
Línea de plata en animados vientos,
Galas prestó á Madrid, que en la gloriosa
Mentida oposicion á los violentos
Estrépitos de Marte vitoriosa
De su motor siguió los movimientos;
Siendo, pues, luz vecina al sol, mostraba
Nube, que su esplendor reverberaba.
[76] Con relámpagos siete ardiente rayo
Aumentó á la palestra luz süave
Eduardo el regio, y del festivo ensayo
[77] Se argumentaba en él lo horrendo y grave:
Multiplicado en ocho Abriles Mayo
Y en alazanes ocho se vió una ave,
Y si en lo rubio el Dios que nació en Delo,
En lo blanco y azul volaba el cielo.
[78] Mendozas dos un cuarto son planeta,
Pues siendo Faeton uno, y otro Apolo,
Con arrogancia agora más discreta
El hijo unido al padre alumbra el polo:
Cabello blanco en negra piel perfeta
[79] Dan consonancia en dos partos de Eolo,
Que ligeros, conformes y lucidos
[80] Muestran que al carro van del sol uncidos.
Toledo el quinto, quinto ya Mavorte,
Aunque hoy su edad es freno de su ira,
Dando á un rucio la rienda, si á la Corte
Un instante se muestra, un siglo admira:
[81] Segun le iguala su veloz consorte,
La blanca pluma ó la emplumada vira
De dos es una y uno el movimiento,
Y ambas espumas que arrebata el viento.
El lusitano Mora, que dilata
Indias de Portugal hasta Castilla,
Entre esmeralda, entre topacio y plata,
Claro lucero de su hueste brilla:
Tanto le imitan todos, que retrata
Cualquier dellos á todos, en la silla
Tan diestros todos, que comun el lauro
Hizo creible un alazan centauro.
[82] Los aplausos prorumpen alegría,
Porque el Neptuno de Castilla viene,
Que en los piés de un morcillo desafía
Las alas del que dió nombre á Hipocrene.
El oro que llovió en su luz el dia
Lo oscuro esparce de la noche, y tiene
Tal gala uniendo extremos y colores,
Que de sombras se viste y resplandores.
Blasones aclamó del Almirante
El mundo en una voz, no lisonjera:
[85] Llegó su nombre á la opresion de Atlante
Transcendiendo una esfera y otra esfera.
No tuvo más de vida que un instante
El bello tramontar de su carrera,
[86] Y en él arrebatando corazones
Áncoras dió por timbre á sus leones.
Del carro de la noche se desata
[87] Veloz caballo, vegetado monte:
Roca en su oscura cumbre de oro y plata,
Penetra Monterey nuevo horizonte.
Plumosa selva en la inquietud retrata,
Si en la color, las ondas de Aqueronte,
[88] Y en la velocidad, puesto que negra,
[89] Ira de Jove fulminada en Flegra.
Cordobes rucio entiende el pensamiento
Del que á su patria nombre dió lozano,
Y hurtando el pié su ligereza al viento,
Borra invidioso estampas de la mano;
O ya el fértil de plumas elemento,
Negro blason del bárbaro africano,
Talares le calzó, porque en su vuelo
Presuma él de Mercurio y él de cielo.
Mi pluma llega de volar cansada,
Tanta siguiendo, tan veloz carrera,
Para que en propio espíritu fiada
Volar intente igual con la postrera:
Postrera, que ha de ser paragonada,
Siendo al círculo fin, con la primera.
[90] Dadme, pues, un aliento ¡oh musas nueve!
[91] Si á tanta empresa vuestra voz se atreve.
[92] Rápido rucio es rayo arrebatado,

Que spira llamas, cuando vientos bebe;
Alas le presta el peso, y obligado,
[93] Pagan los piés lo que la espalda debe:
A laurear el pueblo aficionado
Al Duque Sandoval las voces mueve;
Pero ¿qué la aficion, si el hondo abismo
Dejó la invidia para hacer lo mismo?
Segunda vez, Bucéfalo espumoso
Del cristiano Alejandro á la carrera,
Fatiga el pié, por no dejar quejoso
[94] Un ángulo del circo en otra esfera;
Segunda vez le sigue el numeroso
Campo equestre, y le sigue la tercera,
Que dió por más vecina al frances norte,
Solsticio al sol de la española corte.
De las escuadras diez que ya leales
Siguieron á su Rey, las cinco en esto,
Obedientes tambien, campos iguales
Van á formar al sitio contrapuesto;
Mas cuando el sol de claros Sandovales
Ocho rayos conduce al otro puesto,
Tan juntos van, que hiriendo las regiones,
Rompe un aplauso en mil admiraciones.
La caña empuña el Rey, la adarga embraza,
[95] La espuela aplica á otro leon bermejo,
Y el occidente de la hermosa plaza
De nuevo ilustra su oriental reflejo.
Juntando la piedad á la amenaza,
De Marte es vivo y Júpiter espejo:
Uno que fresno belicoso esgrime,
Otro que rayo fulminante oprime.
No opuesto el Duque, no; correspondiente
Imitador, émulo no, se muestra
Con la adarga y la caña en rucio ardiente
A la oriental region de la palestra:
Ya se ven los dos campos frente á frente,
Y la blanca señal, que mano diestra
De dos Mercurios ha de dar al viento,
Uno y otro caudillo aguarda atento.
Tremola apénas el delgado lino,
Cuando los dos hermosos escuadrones
La caña blanden, émula del pino,
[96] Por diversas del círculo regiones,
[97] Hasta que en tortüosos cursos vino
[98] A verse junta de los dos Fitones
[99] Una y otra cabeza, cuya furia
Del primero en el sol vengó la injuria.
[100] Aquí de Ampudia el advertido Conde
[101] (Si bien no mendigó de la advertencia
[102] Tan natural accion) la caña esconde,
Y al Rey da, en vez de adarga, la obediencia:
Con no corresponder le corresponde,
Funda en no competir la competencia,
Teniendo en ella su lealtad por gloria
Que el vencimiento venza á la victoria.
Cuatro veces en giros diferentes
Las ecuestres legiones se avecinan,
Y los del Duque tántas obedientes
La inerme lanza con la frente inclinan:
Cesa la escaramuza, y los valientes
Ya divisos ejércitos caminan
Al puesto, en que la paz que goza España,
Ha de mentir el dardo con la caña.
[103] Su campo ostenta el de Austria, y el de Cea
Su escuadra muestra: el mundo se suspende,
Cuando tejida nieve lisonjea
El viento mismo que agitada hiende.
El hipogrifo regio, que desea
Glorias al dueño, con volar pretende
[104] Que no impriman sus piés al leño vano
Ménos violencia que del Rey la mano.
En medio de su curso impele al viento
El jóven brazo la minante vira,
Mayor de los ciclópas escarmiento,
Que las que á Febo ministró la ira.
El provocado campo, en movimiento
Lustrando circular, tan diestro gira,
Que en su alazan (errada la sentencia)
Se juzgó instituto lo que fué obediencia.
Vuelve el caballo el Rey, y acompañando
De los ojos la espalda, al mundo muestra
Que es sol, que es luz esférica, y cambiando
Los oficios las manos en la diestra
Pone el gobierno de las riendas, cuando
Abreviado en la adarga la siniestra
Lo esconde tanto, que á la perla imita,
Que aun la nativa inculta concha habita.
Mas ¿para qué, señor, tanto cuidado,
Si para ostentacion, menor sobrara?
Que á vuestra adarga rinde el Dios armado,
Por más diestro, el escudo y la tiara:
Tanto que en vos el mérito agraviado
Del poder, á poder lo renunciara,
Porque se viera que es vuestra persona
Única adulacion á su corona.
Ya el Duque, pues, que en los pasados giros
Se ufanó de rendirse al encontraros,
Por serviros os sigue, por seguiros
Vuela, os quiere alcanzar por alcanzaros.
Si caña lleva, os juzga Amor, y tiros
Contra sí mismo intenta ministraros
(Si no puede ser más de lo que es vuestro),
Porque ocioso no esté brazo tan diestro.
La lealtad puede tanto, tanto puede
El respeto en su sangre generosa,
Que ni la ley de la ficcion concede
Al brazo una amenaza mentirosa.
Ya de vuestro alazan al curso cede,
Y la que no os sirvió, poco dichosa
[105] Caña, hácia atrás del brazo humilde vuela:
Tanto distó de que hácia vos la impela.
¡Oh Cárlos! perdonad, que deslumbrado
Al sol, que áun os deslumbra á vos, no os via,
Cuando en otro alazan tan semejado
Al luminar mayor de tanto dia,
Dais luz, que ni la vista ni el cuidado
A sutil diferencia os distinguia,
Y juzga cuando os ve, que en el reflejo
Mira al mismo Filipo de un espejo.
El gallardo Guzman, el fiel Acates
Del que es al Tibre más piadoso Enéas,
En lanza, adarga, riendas, y acicates
Vence del pensamiento las ideas:
Cuatro veces por turno los combates
[106] El Rey repite, y tantas semideas,
Que huyendo al dios del campo enmudecieron,
Huyendo al Rey de España, hablar supieron.
No callan, á los cielos atrevidas,
Las que la mano disparó violenta
Del Infante español; que en ser oidas,
Y vistas no, su furia se argumenta.
Mas pública temió el rústico Midas
De su justo suplicio aquí la afrenta,
[107] Cuanto inmobles las otras mormuraban,
Y éstas, volando esferas, voces daban;
Hasta que ya interpuestos los ancianos,
Terceros de la paz, los escuadrones
Cesan de competir, y á ser ufanos
Obsequios van al Rey, que las regiones
Dos veces discurriendo con humanos
Ojos de la palestra, aclamaciones
[108] Concitó tan gloriosas su alabanza,
Que alcanzara cuanto la edad alcanza.
Miéntras seguido de su hueste hermosa
Glorias esparce á la arenosa esfera,
[109] En pié le aguarda su adorada esposa,
Que igualmente lo adora y lo venera:
[110] Con la accion misma la majestüosa
[111] Real copia honorándole le espera.
Púsose al fin el sol, y en sombras frias
[112] Término fué una noche á muchos dias.

Con licencia. [113] En Madrid, por la viuda de Alonso Martin.

Hasta aquí el poema impreso: las décimas y la censura que siguen están manuscritas: ésta de diferente letra que aquellas.

DÉCIMA DE JUAN PEREZ DE MONTALBAN A ESTE ELOGIO.

La Relacion he leido
De don Juan Ruiz de Alarcon,
Un hombre que de embrion
Parece que no ha salido.
Varios padres ha tenido
Este poema sudado;
Mas nació tan mal formado
De dulzura, gala y modo (a),
Que, en mi opinion, casi todo
Parece del corcovado.

OTRA, DE LUIS (b) TELLEZ.

Don Cohombro de Alarcon,
Un poeta entre dos platos,
Cuyos versos los silbatos
Temieron, y con razon,
Escribió una Relacion
De las fiestas, que sospecho
Que, por no ser de provecho,
La han de poner entredicho;
Porque es todo tan mal dicho
Como el poeta mal hecho.

OTRA, DE LUIS VELEZ.

La dama que en los chapines
Te esperaba en pié, muy alta,
Diga tu sobra ó tu falta,
¡Oh padre de matachines!
Porque, por más que te empines,
Camello enano con loba,
Es de soplillo tu trova;
Aunque son de Apolo hazañas
Que todo un juego de cañas
Te cupiese en la corcova.

OTRA, DE DON ALONSO DEL CASTILLO.

El poema que á Alarcon
Le ha costado tan barato,
Es parecido retrato
A su talle y su faccion (c).
Belmonte y Pantaleon
Son jibas del haz y enves,
Méscua y Don Diego los piés,
Él la cabeza, aunque fea,
Y el dinero del de Cea
El alma de todos es.

OTRA, DE ANDRES CLARAMONTE.

Tanto su elogio se arroba,
Que es en la gloriosa accion
Cada verso un Alarcon,
Cada letra una corcova;
Que así las frases innova,
Que cuidadoso ha sacado
Del estilo endemoniado
Cuyas voces dificulto,
Que lo que en Góngora es culto,
En don Juan es corcovado.

OTRA, DE DON JUAN DE ESPINA.

Don Juan, tu elogio contrecho,
Como de ti lo copiaste,
En la espalda lo engendraste,
Y luego le diste el pecho.
Si Dios te hizo mal hecho,
Lleno de faltas y sobras,
Lo mismo pagas que cobras:
De tus obras no te aflijas;
Que ellas parecen tus hijas,
Y tú hijo de tus obras.

OTRA, DE ALONSO DE SALAS BARBADILLO.

El segundo Claramonte,
Por llenar más presto el vaso,
No fué al monte del Parnaso
Por agua, sino á Belmonte.
Ya en soberbia es Rodamonte,
Porque en Belmonte le han dado
El estilo más rodado;
Y pudiéranlo excusar;
Que él tiene para rodar
Una bola en cada lado.

OTRA, DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Yo ví la segunda parte
De don Miguel de Venegas,
Escrita de dos talegas (d)
Por una y por otra parte.
No tiene cosa con arte;
Y así no queda obligado
El señor Adelantado,
Por carta tan singular,
Más que á volverle á quitar
El dinero que le ha dado.

OTRA, DE DON ANTONIO DE MENDOZA.

Ya de corcova en corneja
Se ha vuelto el señor don Juan:
Todos sus plumas le dan
Para escribir su conseja.
Parió la monaza vieja
Mónstruos de octavas confusas;
Y el Duque no tiene excusas
De victorias tan perfetas (e)
Al sayon de los poetas
Ni al sátiro de las Musas.

OTRA.

En el cascaron metido
El señor Volamatriz (f),
Para un elogio infeliz
Octavas ha repartido.
Aunque han cortado y cosido,
Siempre parece Alarcon
Este elogio tolondron,
Pues es, cuanto más se adoba,
Cada octava una corcova
Y cada verso un chichon.

OTRA, DE DON ALONSO DE PUSMARIN (g).

Aquí se muestra un retablo
De figuras inauditas,
De un baul poeta escritas,
Semi Momo y semi diablo (h).
Hay tanto del vil vocablo,
Que Góngora en su memoria
Nunca vió tal pepitoria,
Y con ser cosas tan rudas,
Tantos le echaron ayudas,
Que cagó el mono la historia.

(a) Véase el tomo XX de esta BIBLIOTECA, que comprende las *Comedias de Don Juan Ruiz de Alarcon*, página XXXIII. Allí en el lugar correspondiente se lee:

En postura, traza y modo.

(b) *Luis* en lugar de *Gabriel*, que es el Maestro Tirso de Molina.

(c) De su talle y perfeccion.

(d) *Escrita por Don Talegas*, dice en la edicion de José Alfay, citada en el tomo XX de esta BIBLIOTECA, página XXXII.

(e) De dar fiestas tan perfetas
Al zambo de los poetas
Y al sátiro de las musas.

(f) Así dice el original MS.; pero es evidente que debe decir *mola matriz*.

(g) En el libro citado en el tomo XX de esta BIBLIOTECA, página XXXII, se atribuye esta décima á un don Alonso Perez Marino.

(h) Semienano y semidiablo.

OTRA, DE LOPE DE VEGA.

¿Pedirme en tal Relacion
Parecer! Cosa excusada,
Porque á mí todo me agrada,
Si no es don Juan de Alarcon.
Versos de tirela son;
Y así no hay que hacer espantos (a),
Si son cantones (b) ó cantos;
Que es tambien cosa cruel
Ponelle la culpa á él
De lo que la tienen tantos.

(a) Hemos corregido así este verso, que en el original manuscrito es: *y así no hay de qué espantar*. En el libro ya citado de José Alfay está bien.
(b) *Centones* en el libro de Alfay.

OTRA, DE DON GONZALO HEREDIA.

Un poeta, cuya traza
Un arco flechado es,
De octavas setenta y tres
Hizo injustamente plaza.
De todas anduvo á caza,
Segun que me han informado;
Pero no fué gran pecado;
Que ya por hacer tan mal,
Está poeta mortal
Con el pecho levantado.

COMENTO CONTRA SETENTA Y TRES STANCIAS QUE DON JUAN DE ALARCON

HA ESCRITO Á LAS FIESTAS DE LOS CONCIERTOS HECHOS CON EL PRÍNCIPE DE GÁLES Y LA SEÑORA INFANTA MARÍA.

AL EXCMO. PRÍNCIPE, CONDE DE MONTEREY.

Si de tan graves cuidados como penden de V. E. se libra en algun tiempo, le suplico le invierta en ser juez desta causa; que solo su ingenio puede acreditar la parte favorecida. Si consigo este favor, me consagraré con más veras á solicitar su agrado. Guarde nuestro Señor á V. E., etc.

Parece que don Juan de Alarcon ha escrito setenta y tres stancias á las fiestas de los conciertos hechos con el Príncipe de Gáles y la señora Infanta de Castilla, que los setenta y dos intérpretes será fuerza que las declaren si se han de entender; y la stancia que hay mas, por faltar un intérprete para llegar al número de ellas, se quedará por entender hasta que Dios ordene otra cosa, por ser todas metáfora de metáforas, enigma de enigmas y confusion de confusiones.

Aristóteles, en su Poética, hablando de la locucion, dice: «La bondad de la locucion es que sea clara, y no humilde.» ¿Qué dirá don Juan viendo esto, y que su elogio es una mezcla de metaforas y de nombres forasteros, usando de ellos tan mal, que, como dice el mismo Aristóteles, quien hiciese esto, pretende que su estilo sea ridículo? pues haciendo su discurso de metáforas, fabricó un enigma; y componiéndole de diversidad de lenguas, formó un barbarismo. No se entienda que excedemos de la verdad, y veamos las palabras forasteras, no conocidas ni oidas en nuestro idioma.

Hospicio.	Ávida.	Faustosa.
Obsequio.	Antistes.	Vegetado.
Plaustro.	Télus.	Sibilante.
Alfa.	Parangonada.	Triyugo.
Omega.	Mavorte.	Sólio.
Semejado.	Auspicio.	Circo.
Anglo.	Encomio.	Lustra.
Múrice.	Bicorne.	Minante.
Concitó.	Mugiente.	Predice.

Estos parecen ántes nombres de diablos en conjuro que de poeta en copla: de modo que *candor*, *brillar* y *rutilante*, en comparacion de estas voces, es decir, *trájon*, *dijon*, *hendo* y *sobaco*. Pues querer numerar las metáforas es imposible: quien las leyere, en el discurso de ello lo podrá inferir; mas porque no entienda este trasguillo que se nos va la Pascua en flores, discurramos por menor por sus octavas, si á tanto espacio nos diere tiempo la ocupacion de nuestros negocios, y el no se nos dar nada que yerre ó que acierte. El título dice:

1 *Elogio descriptivo.*

Esto es desatino; que no hay elogio descriptivo, como no hay hombre y caballo, ni tragicomedia, por ser de diferente especie: y aun en el estilo ha de haber diferencia en el elogio, que es alabanza, y en la narracion de unas fiestas; porque tres estilos hay ínfimos: el primero es doctrinal, el sigundo descriptivo y el tercero laudatorio; y uniendo y confundiéndolos, vino á formar un mónstruo.

2 *A la celebracion.*

Esta voz no es usada y es baja: podia decir, *celebrando*, ó buscar otro estilo mejor.

3 *Quien yerra obedeciendo no desmerece errando.*

El es sólo el herrador; mas preguntémosle si le mandaron que errase; que entónces tendria dis ulpa su yerro; pero mandarle escribir unas stancias, y erralias, no es hacer lo que le mandaron, pues le dijeron que las hiciese buenas.

4 *En esta confianza se atreve este papel á las manos de V. E.*

En verdad que no se atrevió en esta confianza, sino en la misma satisfaccion suya, que es la que todos sabemos.

5 *Y en ésa no teme las demas.*

En esas, dijera yo, si hace relacion de las manos; y si de la confianza, dijera *en ella*.

6 *Guarde nuestro Señor á V. E.*

Falta, *de mandarme escribir otras octavas.*

7 *El licenciado don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.*

Los apellidos de don Juan crecen como hongos: ayer

se llamaba *Juan Ruiz;* añadiósele el *Alarcon*, y hoy ajusta el *Mendoza*, que otros leen *Mendacio*. ¡Así creciese de cuerpo! que es mucha carga para tan pequeña bestezuela. Yo aseguro que tiene las corcovas llenas de apellidos. Y adviértase que la D no es don, sino su medio retrato. Ahora da principio al *Elogio*, así:

8 *Miéntras.*

Miéntras, *márras* y *dizque* son parientes. *En tanto* dicen los que no son corcovados de estilo; mas agradezcámosle que no dijo *tanimiéntras*.

9 *La admiracion avara.*

¿Porqué es la admiracion *avara?* Pues en el nombre de admiracion se incluye toda la lisonja que se puede hacer á las grandezas dignas de ser admiradas; y *avaro* es no dar, ó hacer con escasez lo que se puede: y así hay grande diferencia entre la limitacion forzosa y la avaricia, acto voluntario.

10 *A tanta majestad, á tanta pompa.*

Erró en la distribucion, que más es majestad que pompa.

11 *Y de su circo anfiteatro hacia.*

Hacer al circo anfiteatro es lo mismo que si dijera que hicieron plaza á la plaza; porque el circo, el teatro (*a*) y el anfiteatro servian para unos mismos espectáculos, y sólo diferenciaban en la forma y arquitectura, ó por ser redondos ó aovados; y tenía obligacion de saber esto, por ser él tambien aovado: apréndalo en Bulengerio *de Theatro*, en Rosino, en Alejandro de Alejandro, en Lucio Floro y en cuantos escriben antigüedades romanas.

12 *Los tafetanes, rasos, terciopelos,*
Telas, tabís, damascos y brocados.

Estos son versos retahila, y quien los hizo con voces tan comunes ¿por qué no dijo *púrpura*, siendo magnífica, y no *múrice de Tiro?* Nótese con cuidado que todo lo que escribe ó es humilde ó enigma ó barbarismo.

13 *Daban ventaja á su esplendor los cielos.*

No daban tal; que desde la comedia del ángel moro (*b*) no hay que fiar los cielos del corcovado.

14 *Sobraban á la vista y al oido.*

Esto es Garcilaso ajado.

15 *De diosas dos la adoracion humana.*

Diosas no es ajustado ahora ni áun á las santas.

16 *Del Anglo Endimion ésta Diana.*

El nombre de *Diana* le pertenece en los bosques, donde guardó perpétua virginidad, no en el cielo, que se llamó *Luna*, y donde agradecida del amor del pastor, bajaba cada dia á hocicarse con él. No sé qué paridad tiene esta fábula con lo que quiso decir.

17 *De cielo con razon presuntüoso.*

Diga y declare qué cielo es presuntuoso sin razon.

18 *Rosada y blanca, ostenta opuesto al austro*
19 *Dos bellas albas.*

¿Qué gramática es *dos bellas albas*, *rosada y blanca?*

20 *Candores brilla.*

Brillar no se puede decir de *candores*.

21 *Ávida vista.*

¡Qué bueno es para el pueblo lo de *vista ávida!*

22 *¡El Rey! Turbada mano, flaco aliento...*

No me espanto que tenga así la mano y el aliento el pobrecico.

23 *No tanto entre topacios y jacintos.*

Toda esta stancia no se puede entender, por estar el concepto (si alguno tiene) confuso y errado; porque en ella dice que «no tanto se oculta el alba que se corona de estrellas cuando nace el sol, cuantas postró Filipo majestades»; y este *cuantas* habia de presuponer las estrellas y se adjetiva con el alba: porque este nombre *cuantas* es siempre correlativo de *tantas;* y debia decir «no tantas estrellas se ocultan á la luz del sol cuando amanece, cuantas luces eclipsó Filipo»; y dice «no tanto se oculta el alba á la luz del sol, cuantas deidades humanó Filipo». Véase cuán claro es el yerro.

24 *(Si su genio, si el signo su ascendente*
25 *Predice efectos y verdades muestra).*

Este paréntesis es el armazon de nuestro poeta.

26 *Es Anglia España, y es España cielo.*

Es equívoco; que se puede entender que es España Anglia, como que Anglia es España; y lo uno no es verdad, lo otro á nadie está bien, á la fe peor: y deseo saber por qué es España cielo. Mas no me acordaba: por estar en España aquellas santas reliquias de ingleses que acompañaron á su Príncipe en esta jornada.

27 *Tudesca hueste.*

Olvidósele la guarda española al cuitadico: algun palo le han dado con su «quita, diablo», teniéndole por sabandijon.

28 *Movibles selvas, fuentes racionales.*

A los carros que regaban la plaza llama fuentes racionales: esto pertenecia á Aretusa, Biblis ó Egeria, que fueron racionales y se convirtieron en fuentes; pero no á los que hacian este ministerio, que es dar á entender que los pícaros se iban meando: y si así regaron, está bien llamarlos fuentes racionales; si regaron con los cueros, no está bien: ó dígalo Richi (*c*); que en otro no es de creer en tal auditorio.

29 *Diez veces quince son los que en ornado*
Bruto.

En ornado bruto es caballo de masa metido en orno. (*d*)

30 *Clara familia infante.*

Este *Infante* gandido va entre esta familia *circundante*. Repito que no habrá dueña española ni diablo que le entienda, aunque diga que lo dijo por los caballerizos que llevaban á pié el caballo de S. M.

31 *A quien el moro*
32 *Adusto, el scita helado se estremece.*

El *nombre á quien se estremece* es estropeado romance, y áun no fuera bueno decir *á que se estremece*, sino *de quien*.

33 *Cincuenta y nueve agravios del primero.*

¿Cuándo se desagraviará este caballo, que pone el primero, siendo el más agraviado?

34 *Culto el alarde irracional venera*
35 *Por sacro altar de la deidad que espera.*

A la silla del caballo, ó al caballo mismo, llama sacro altar: parece herejía ó encarecimiento temerario. Pero nota, cristiano, y considera la gran devocion de estos caballos, que por dar ejemplo á los ingleses, veneran el altar.

36 *Escala sirva al Rey para el estribo.*

No era esto necesario en la relacion, porque aunque se lleva para que S. M. suba al caballo, no ha de necesitar de escala para eso quien tiene su agilidad.

37 *De cuatro copias de granate vivo.*

No habia granates originales por un ojo de la cara.

38 *Cielo avariento.*

Cielo avariento no hay, porque si le hubiera, en él es-

(*a*) Se equivoca en esto el crítico: en el teatro no corrian caballos, ni lidiaban los gladiadores.

(*b*) Alusion á la comedia de don Juan de Alarcon titulada: *La Manganilla de Melilla*, en cuyo final se lee:

De que el *morabito* Amet
Fuese *ángel* hubo sospechas.

(*c*) El encargado ó empresario de los carros de riego.

(*d*) El autor de la crítica escribe *orno* sin *h*, como si fuera la primera persona del presente de indicativo del verbo *ornar*.

tuviera el Rico Avariento. El corcovado, como el cielo anduvo con él tan avaro, se la pegó de corcova como de puño. Al principio dijo tambien: *avara admiracion*.

39 *Porque nadie presuma, en los despojos,*
40 *Donde su Alteza el pié, poner los ojos.*

Aquellos *despojos* son sin qué ni para qué; mas no advirtamos en esto sino que en la parte que dice, *donde su Alteza*, habia de decir, *S. M*, pues habla del Rey; mas no cabia en el verso.

41 *Doce enfrenados montes, que de Ociro.*

Las acémilas y las mulas no se dicen enfrenadas, sino los caballos; y á Ociroe la llama Ociro el consonante de Tiro: ¿quién le dió bula para alterar los nombres propios? (V. Hesiodo en la Teog, verso 360: Metamor., libro 2.°: Natal C. lib. 4.°, cap. 12.) Con esto quedará entendido cómo ha confirmado esta ninfa ó sincopádola de suerte, que no la conocerá la madre que la parló.

42 *En torno lustra la cuadrada arena.*

La cuadrada arena sólo lo pudo decir un poeta que tiene cuadradas las costillas.

43 *El concertado alarde en lento paso.*

Lento paso es el del buey y el de la tortuga (como su merced bien sabe), y no los galopes.

44 *Alábela el callar que no enmudece.*

Mejor enmudece el quitarse la habla y el morir; pero entre los hombres se dice al que hacen callar, «que presto ha enmudecido»; y no hay otra señal de haber enmudecido sino callar.

45 *Betieano bruto.*

Mejor nombre se le debe al caballo que *bruto*, porque es el mejor entre los animales; y entre ellos llamamos *bruto* al de menor instinto y mayor rudeza.

46 *Treinta invidias al sol en treinta espaldas.*

No iba aquí la suya.

47 *La oscura tela esconde, no guarnece.*

Esconder lo oscuro no es habilidad.

48 *Ya tiembla el Turco, ya se turba el Medo,*
49 *Que el clarin hiere el elemento raro.*

¡Lindo romance! *Ya tiembla el Turco, que el clarin hiere*. Quien esto concertare, concertará las costillas del autor.

50 *De enamorado humor el tinto fruto.*

A este tinto fruto le juzgara yo por vino tinto, y no iba fuera de camino, pues dice en la misma estancia que podia matar la sed; mas si se ha de entender porque el Marqués de Castel-Rodrigo tiene por apellido *Mora*, y la mora es de fruto tinto, tiene dificultad y es cosa ridícula. Aténgome á lo primero. Vase aquí de este concepto el autor de la mosca á la mora.

51 *Ornadas treinta y dos de plata pura.*

Ornadas, si dice de pasteles, era notable cosa; y *plata pura* es baja voz y aguada.

52 *El oro en dilatada vena*
53 *Cubre desde la espalda á la herradura.*

Desde la espalda; lo demás, por falta de oro, iba desdorado.

54 *Oprime triplicada turba infante.*

Repitió el mismo término *infante* por ser de á pié, siendo tan malo.

55 *Blanco tesoro de las Indias hierra.*

Errar el tesoro de la India es ir allá y volver pobre.

56 *Dos veces doce.*

Y ántes *diez veces quince*: parece que dice la tabla.

57 *Saben con hierro penetrar sus huellas.*

Penetrar el suelo con las huellas es pisar con puñales buídos.

58 *Sus espaldas con oro las estrellas.*

Estas *espaldas penetrantes* prestó el autor llenas de puntas.

59 *Pues del* alfa *del Rey, es él* omega.

Este verso tiene mas desatinos que letras: ni quiere decir nada el *alfa* del Rey, porque el Rey no tiene *alfa* sino el alfabeto griego, que tomó este nombre de sus dos primeras letras *a*, *b*; y lo que él quiso decir, y no supo, se habia de explicar diciendo: *Que si el Rey es* alfa, *él es* omega, siguiendo la mala metáfora que eligió; porque así se entenderia que el Rey llevaba el primer lugar y el Duque el último, que son los que tienen en el alfabeto estas dos letras *a*, *o*; mas cuando no fuera yerro lo antecedente por las razones que digo, ¿qué quiere decir ser *omega* del *alfa*? Siendo esto precisamente ignorancia, porque, áun siguiendo su mismo símil, no hay *omega* del *alfa* sino del alfabeto, como no hay *z* de la *a*, sino del *a*, *b*, *c*. Así que, no está dicho lo que quiso de ningun modo.

60 *Pagó el postrero universal tributo*
El toro.

¿Qué más se podia decir de la muerte de Alejandro?

61 *Que debe á sus exequias.*

Exequias se deben al toro en la órden de los corcovados.

62 *Triyugo impulso de valiente bruto.*

Impulso no arrastra, sino impele; y llamar *valiente bruto* á las mulas no obliga, y afea y baja el llamar al caballo tambien *bruto*.

63 *Solicitó el segundo con ligera*
Hendida planta.

El primer toro no debia de tener la planta hendida, pues al segundo lo advierte.

64 *Tanta conforme contingencia humana.*

Dice que fué providencia soberana ser los toros unos borregos.

65 *Los que á la pluma truecan ya la espada.*

Como si hoy fueran estos señores secretarios, dice que mudan hoy por la espada la pluma: no sabe éste que aconsejando quien peleó pelea mejor y con más propiedad; y trocar *á la pluma ya la espada* parece que es vomitar sobre la pluma y la espada.

66 *Cuando la puerta, que ántes el Oriente*
67 *Saluda de la luz, que borda el dia.*

No quieren decir nada estos dos versos, ni entiendo qué es *saludar de la luz;* que así se lee como está apuntado.

68 *Filipo repitió, Filipo dijo.*

Habia de decir: *Filipo dijo, Filipo repitió*.

69 *Sin desmentir si fatigado gime*
70 *Del céfiro andaluz la noble raza.*

¿Por qué habia de desmentir gimiendo su noble raza, puesto que, para desmentirla, ó habia de ser traidor ó mal caballo, y en este caso no entraria S. M. en él?

71 *Apénas toca el pié, ménos imprime.*

Aquí falta por decir qué es lo que apénas toca el pié; que está falta la oracion.

72 *Dándole, si lo ajusta ó si le bate,*
73 *El freno ley, impulso el acicate.*

Esto mismo sucede con todos los caballos del mundo: que el freno les da la ley, y impulso el acicate. Digamos algo de nuevo.

74 *Que ellos bajaron, por volar, al suelo,*
75 *Y éste penetra, por correr, el cielo.*

Miente; que estos caballos no fueron precipitados al Pado, ni bajaron al suelo, ni esotro penetró corriendo el cielo, sino la plaza. Del despeño de Faeton véase á Ovidio, lib. 2.°, donde dice que los caballos sacaron el carro

del camino usado y se desenfrenaron; mas no que cayeron.

76 *Con relámpagos siete ardiente rayo.*

Mal seguida metáfora; que es imposible hacer un rayo con siete relámpagos, porque con cada relámpago cae un rayo.

77 *Se argumentaba en él lo horrendo y grave.*

Argumentaba: imitacion de «la puerta cerrada, la niña dentro; sácala el caballo por argumento.»

78 *Mendozas dos un cuarto son planeta.*

Quiso decir *son el cuarto planeta*, y por decirlo dijo: *son un cuarto de planeta*, que es cuatro maravedís.

79 *Dan consonancia en dos partos de Eolo.*

Correspondencia: porque el caballo, digo las cerdas, no dan consonancia sino el arco de la vigüela, y áun allí no la dan si no la mueven; y llamar partos de Eolo á los caballos fué desatino notable; que Eolo no parió: las yeguas de Lusitania dicen que se hacian preñadas del Céfiro ó Favonio. Holgárame saber qué comadre le dijo que habia parido Eolo, dios de los vientos.

80 *Muestran que al carro van del sol uncidos.*

Los caballos no se uncen, sino los bueyes y mulas.

81 *Segun le iguala su veloz consorte.*

Consorte es correr con su mujer; que así se usurpa en lengua española.

82 *Los aplausos prorumpen alegría.*

Prorumpen alegría no se dice; *en alegría*, sí. El Tasso:

In languido oimè prorupe e disse.
In hæc verba prorrumpit.

85 *Llegó su nombre á la opresion de Atlante.*

¿Dónde está esta opresion de Atlante, que es necesario transcender tantas esferas para llegar allá el nombre? Que yo creo que para llegar á Mauritania, donde está el monte Atlante, no hay esferas en el camino: ¿qué más pudiera decir si estuviera Átlas en el cielo impíreo? Y si dice *la opresion de Atlante* por la esfera que le oprime, esto es decir que llegó el nombre hasta el cielo, y para esto no se transcienden esferas, sino para ascender al empíreo, como he dicho.

86 *Y en él arrebatando corazones.*

Esto era más propio de sacre que de Almirante.

87 *Veloz caballo, vegetado monte.*

Vegetado monte no es predicamento del caballo, sino *sensitivo;* porque las plantas son vegetadas y los animales son sensitivos.

88 *Y en la velocidad, puesto que negra.*

¿Cómo se entiende *velocidad negra?* Ya lo entiendo: quiere decir velocidad desdichada, por haber caido alguno, como *pascua negra* y *negro san Juan.*

89 *Ira de Jove fulminada en Flegra.*

La ira de Jove no fué fulminada; fulminante sí: los gigantes fueron fulminados.

90 *Dadme, pues, un aliento ¡oh musas nueve!*

91 *Si á tanta empresa vuestra luz se atreve.*

Gran ignorancia es que haya cantado de S. M. sin invocar las musas, y ahora lo haga para cantar del Duque. ¿Cómo podrá disculpar su desvergüenza?

92 *Rápido rucio es rayo arrebatado.*

Barrabás te arrebate; que despues que hizo este verso, no se halla una *r* por un ojo de la cara.

93 *Pagan los piés lo que la espalda debe.*

Azotábale en los piés sin duda.

94 *Un ángulo del circo en otra esfera.*

En otra esfera no hace aquí sentido con lo demas. Véase cómo queda entendida la oracion quitándolo, y con ella es confuso desatino.

95 *La espuela pica á otro leon bermejo.*

No hay caballo bermejo. Tomólo de los alquimistas.

96 *Por diversas del círculo regiones.*

Llamar *diversas regiones del círculo* es decir que corrian por diversas partes del mundo.

97 *Hasta que en tortuosos cursos vino*

98 *A verse junta de los dos Fitones*

99 *Una y otra cabeza.*

Estos *tortuosos* (ó corcovados) *cursos* quiere decir que son el caracol que hacian los caballeros; y á estos cursos llama Fitones porque parece que asimilan una culebra, y á la culebra llaman Fiton (ó Pyton) por la sierpe así llamada á que dió muerte Apolo. De modo que esto viene á ser metáfora de perífrasis, y tan dificultoso, que áun el diablo no lo podrá entender.

100 *Aquí de Ampudia el advertido Conde,*

101 *Si bien no mendigó de la advertencia*

102 *Tan natural accion.*

Si no la tomó de la advertencia, y es advertido, ¿de quién la tomó, jibadico?

103 *Su campo ostenta el de Austria y el de Cea...*

De esta estancia, como de otras muchas, no se puede entender palabra alguna.

104 *Que no impriman sus piés al leño vano.*

¡*Leño vano* la caña! Malo; que no es leño. Lo otro, yo no sé cómo podia pisar el caballo la caña que el Rey llevaba; y no es alabanza decir que el Rey la imprimia con poca violencia, pues la tiraba de suerte y con tal brío, que al jibado le pasara de corcova á corcova, aunque llevara por adarga su relacion, con ser tan dura.

105 *Caña hácia atras.*

Esto no me huele bien; pero disimúlalo la grandeza del estilo con que escribe.

106 *El Rey repite, y tantas semideas.*

¿Por qué quiere que se entienda (esta semblea de burujones) que estas semideas son las cañas (a), si por lo consecuente no es posible? porque dice que huyendo al dios del campo enmudecieron, y no es así, que Siringa no enmudeció al dios del campo (que así lo escribe él); ántes huyendo fué transformada; y no enmudeció, sino aumentó mucho más sus voces. Mira á Ovidio, pues que dices que con él te entienden

Arte nova, vocisque Deum dulcedine captum.

Lo que él hizo fué *legere et non intelligere.*

107 *Cuanto inmobles las otras murmuraban.*

Dice que las *cañas inmobles murmuraban* de Midas; pero Ovidio no dice sino que se movian. Nótense los términos *tremulis et leni nam motus ab austro;* vean en qué se fundó para decir que murmuraban inmobles las cañas que trémulas, agitadas y sacudidas del aire, formaban voces. Él pensó que eran inmobles, porque tenian raices; ¿cómo no sabe que inmoble es la cosa que no se mueve?

108 *Concitó tan gloriosas su alabanza.*

Concitar es mover con violencia, y comunmente se entiende por *irritar* ó *indignar*, cuando dicen que se concitan los ánimos: ¡buena alabanza del Rey es decir que irritó ó violentó aclamaciones, cuando todos naturalmente se hacian lenguas en su alabanza!

109 *En pié le aguarda su adorada esposa.*

Y despues en el otro verso:

110 *Con la accion misma la majestuosa*

111 *Real copia honrándole le espera.*

Despues de decir que S. M. de la Reina esperaba al Rey en pié, nos advierte que tambien las demas personas reales se levantaron: ¡miren si estando en pié S. M. habian de estar los demas sentados!

(a) A pesar del paréntesis que hay en el original, parece que el sentido de la crítica es este: «¿Por qué esta semblea de burujosos (Alarcon, por tener dos corcovas) quiere que se entienda que estas semidiosas son las cañas?»

112 *Término fué una noche á muchos dias.*

No hay más que ver que este último verso.

113 *En Madrid, por la Viuda de Alonso Martin.*

Todo se lo achacan á las pobres viudas: ¡como no tienen quien vuelva por ellas! A fe que si viviera Alonso Martin, que no se burlaran con ella.

Y debemos tambien considerar que esta palabra *bruto* la repite seis veces.

> Caractéres que borre el marcial *bruto.*
> ... El ornado *bruto.*
> Número igual de Beticano *bruto.*
> Al escuadron, ya racional, ya *bruto.*
> Triyugo impulso de valiente *bruto.*
> Cárlos le sigue de su *bruto* alado.

Marcial, tres.

> Cuanto en el nombre en la *marcial* palestra.
> Caractéres que borre el *marcial* bruto.
> Festivo, si *marcial.*

Palestra, cuatro.

> Cuanto en el nombre en la marcial *palestra.*
> Mayo es Agosto y la *palestra* es prado.
> Aumentó á la *palestra* luz süave.
> Ojos de la *palestra,* aclamaciones.

Espalda, voz tan humilde, la repite tres veces.

> Treinta invidias al sol en treinta *espaldas.*
> Cubre desde la *espalda* á la herradura.
> Sus *espaldas* con oro las estrellas.

Metal, cinco.

> Duro en medio *metal* finge cadenas.
> *Metal* de Ofir.
> De cuatro voces de *metal* guiado.
> *Metal* de cuatro alientos que repite.
> El toro al filo del *metal* templado.

Ya se sabe que la repeticion de las voces es vicio notable.

Habiendo dado fin á esta censura, me dijeron por cosa cierta que estas stancias no eran del señor don Juan, sino que él las pidió á diferentes personas; y así me dieron la memoria de sus dueños, cuyos nombres pongo aquí sin graduacion, y el número de las stancias que compusieron.

Don Fernando de Lodeña..	8
Don Diego de Villegas.	6
El doctor Mirademéscua.	7
Don Pedro de la Barreda..	5
Anastasio Pantaleon..	8
Luis de Belmonte.	10
Juan Pablo Mártir Rizo.	6
Antonio Lopez de Vega.	4
Manuel Ponce..	4
Francisco de Francia.	2
Diego Velez de Guevara.	6
Luis Velez de Guevara..	7
	73

De modo, que todas estas partidas suman y montan setenta y tres octavas, y el dicho señor don Juan no hizo sino trastocarlas y trasladarlas. Dificulté el dar crédito á ello, así por no persuadirme que nuestro poeta haria una cosa semejante, como por ser las octavas tan malas, y los autores dellas de tanta opinion. Por esta razon lo pregunté luego á algunos dellos, y todos conformes me dijeron que eran suyas, y que ellos las habian compuesto por hacer burla de don Juan, porque él llegaba á pidirles stancias en el estilo de don Luis, y que ellos, burlándose, hicieron las que se han visto, sin pasarles por la imaginacion escribir de veras. Con esto, y con la décima de don Luis de Góngora, me persuadí que las stancias no tenian más que el nombre de don Juan, y que mi censura por ser los versos como he dicho, bernardina.

> Hoy de las fiestas reales
> Sastre y no poeta seas,
> Si á octavas como libreas
> Introduces oficiales.
> ¿De ajenas plumas te vales,
> Corneja? desmentirás
> La que delante y detras
> Gémina concha te viste:
> Galápago siempre fuiste,
> Y galápago serás.

Confieso que me pesa de haberme cansado; mas pues ha llegado hasta aquí, quédese lo dicho dicho.

NOTA.

Al ejemplar del *Elogio* que nos ha servido de original precede una hoja manuscrita que contiene la letrilla satírica de Quevedo contra Alarcon, publicada en el tomo xx de esta Biblioteca, páginas xxxi y xxxii; pero difiere algo del texto que reprodujimos allí. La tercera copla de la hoja agregada al *Elogio* dice:

> ¿Quién parece garabato
> Por lo torcido con puntas?
> ¿Quién con las corcovas juntas
> Forma una cola de gato?
> ¿Quién es el propio retrato
> De Y griega, que es una horquilla?
> Corcovilla.

Sigue la cuarta copla como la tercera en el tomo xx ya citado, *Comedias de don Juan Ruiz de Alarcon*, y en alguna de las siguientes se observa tal cual variante de importancia: por ejemplo. Dice el texto del tomo xx:

> ¿Quién anda engañando bobas,
> Siendo *rico* de la mar?

El MS. nuestro dice:

> ¿Quién anda engañando bobas,
> Siendo *erizo* de la mar?

Dícese en el tomo xx:

> ¿Quién es letrado *codillo*,
> Graduado en una sesma?

Dícese en nuestro MS.:

> ¿Quién es letrado *cuclillo*,
> Graduado en una sesma?

En el tomo xx:

> ¿Quién parece entre juguetes,
> Por lo esquinado y lo *tombo*,
> Hombrecito de biombo
> O *legado* de juanetes?

El MS. del *Elogio*:

> ¿Quién parece entre juguetes,
> Por lo esquinado y lo *combo*,
> Hombrecito de biombo
> O *legajo* de juanetes?

Alguna otra variante hay entre el citado MS. y la sátira impresa en el tomo xx de nuestra Biblioteca; pero ya son insignificantes.

FIN DEL TOMO IV Y ÚLTIMO DE LAS COMEDIAS ESCOGIDAS DE LOPE DE VEGA CARPIO.



TABLA ALFABÉTICA

DE

LAS 112 COMEDIAS COMPRENDIDAS EN ESTA COLECCION,

EXPRESANDO EL TOMO EN QUE SE HALLAN.

INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

